PROFESORES DE SALAMANCA

BIBLIA COMENTADA

Texto de la Nácar-Colunga

II

Libros históricos del Antiguo Testamento

POR

LUIS ARNALDICH, O. F. M

CATEDRÁTICO DE HEBREO Y DE INTRODUCCIÓN GENERAL A LA BIBLIA
EN LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

SEGUNDA EDICION

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLXIII

Nihil obstat: Fr. Raphael Fuster, O. F. M., Script. Sacr. Lic.

Imprimi potest: Fr. Augustinus Sépinski, Min. Gen. O. F. M.

Imprimatur: † Fr. Franciscus Barbado, O. P., Episcopus Salmantinus.

Salmanticae, 19 decembris 1963.

Núm. Registro 3826-1960

Depósito legal M 10437-1962

INDICE GENERAL

Págs.

Siglas convencionales VI
Introducción general 3
Introducción a Josué 27
Comentario a Josué 34
Introducción a los Jueces 110
Comentario a los Jueces 116
Introducción a Rut 196
Comentario a Rut 198
Introducción a Samuel 210
Comentario a I Samuel 218
Comentario a II Samuel 311
Introducción a los Reyes 387
Comentario a I Reyes 395
Comentario a II Reyes 490
Introducción a Crónicas 575
Comentario a I Crónicas 581
Comentario a II Crónicas 625
Introducción a Esdras-Nehemías 679
Comentario a Esdras 684
Comentario a Nehemías 747
Introducción a Tobit 797
Comentario a Tobit 802
Introducción a Judit 845
Comentario a Judit 850
Introducción a Ester 902
Comentario a Ester 908
Introducción a I Macabeos 949
Comentario a I Macabeos 956
Introducción a II Macabeos 1051
Comentario a II Macabeos 1065

A B R E V I A T U R A S

Libros de la Biblia

Abd	Abdías.
Act	Hechos de los Apóstoles.
Ag	Ageo.
Am	Amós.
Ap	Apocalipsis.
Bar	Baruc.
Cant	Cantar de los Cantares.
Col	Colosenses.
Cor	Corintios.
Crón	Crónicas.
Dan	Daniel.
Dt	Deuteronomio.
Ecl	Eclesiastés.
Ecli	Eclesiástico.
Ef	Efesios.
Esd	Esdras.
Est	Ester.
Ex	Exodo.
Ez	Ezequiel.
Flm	Filemón.
Fil	Filipenses.
Gál	Gálatas.
Gén	Génesis.
Hab	Habacuc.
Heb	Hebreos.
Is	Isaías.
Jds	Judas.
Jdt	Judit.
Jer	Jeremías.
Jl	Joel.
Jn	Juan.
Jos	Josué.
Jue	Jueces.
Lam	Lamentaciones.
Lc	Lucas.
Lev	Levítico.
Mac	Macabeos.
Mal	Malaquías.
Mc	Marcos.
Miq	Miqueas.
Mt	Mateo.
Nah	Nahum.
Neh	Nehemías.
Núm	Números.
Os	Oseas.
Par	Paralipómenos.
Pe	Pedro.
Prov	Proverbios.
Re	Reyes.
Rom	Romanos.
Rut	Rut.
Sab	Sabiduría.
Sal	Salmos.
Sam	Samuel.
Sant	Santiago.
Sof	Sofonías.
Tes	Tesalonicenses.
Tim	Timoteo.
Tit	Tito.
Tob	Tobías.
Zac	Zacarías.

Abreviaturas de revistas y libros

AAS	Acta Apostolicae Sedis.
AASOR	Annual of the American Schools of Oriental Research.
AOT	H. GRESSMANN, Altorientalische Texte (Berlín 1926^{2}).
AtAB	Alttestamentliche Abhandlungen.
ATAT	H. GRESSMANN, Altorientalische Texte zum Alten Testament (Berlín 1926^{2}).
BA	Biblical Archaeologist.
BASOR	Bulletin of the American Schools of Oriental Research.
BB	Bonner Biblische Beitrage.
Bi	Biblica.
BS	Biblische Studien.
BZ	Biblische Zeitschrift.
CAP	CHARLES, Apocrypha and Pseudoepigrapha, 2 vols. (Oxford 1913).
CB	Corpus Berolinense. Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhundert (Leipzig 1897ss).
CBi	Century Bible.
CBQ	Catholic Biblical Quarterly.
CBSC	Cambridge Bible for Schools and Colleges.
CE	Catholic Encyclopedia.
CIC	Codex Iuris Canonici.
Cis	Corpus Inscriptionum Semiticarum.
CivCatt	Civiltà Cattolica.
CSEL	Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum (Viena).
CSS	Cursus Scripturae Sacrae.
CT	Ciencia Tomista.
DAC	Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne.
DAFC	Dictionnaire Apologétique de la Foi Catholique.
DB	Dictionnaire de la Bible (Vigouroux).
DBS	Dictionnaire de la Bible (Supplement).
DTC	Dictionnaire de Théologie Catholique.
Dz	Denzinger.
EB	Enchiridion Biblicon.
EBCB	CHEYNE-BLACK, Encyclopedia Biblica.
EHAT	Exegetisches Handbuch zum Alten Testament.
ER	Etudes Religieuses (París).
EREH	HASTINGS, Encyclopedia of Religion and Ethics.
ERS	LAGRANGE, Etudes sur les Religions Sémitiques (París 1903).
EstBib	Estudios Bíblicos.
ETL	Ephemerides Theologicae Lovanienses.
HDB	HASTINGS, Dictionary of the Bible.
ICC	International Critical Commentary.
JAOS	Journal of the American Oriental Society.
JBL	Journal of Biblical Literature.
JE	Jewish Encyclopedia.
JNES	Journal of Near Eastern Studies.
JTS	Journal of Theological Studies (Oxford).
KAT	Kommentar zum Alten Testament.
KHK	Kurzer Handkommentar zum Alten Testament.

KIB	Keilinschriftliche Bibliotek.
KTW	KITTEL, Theologisches Wörterbuch.
LTK	Lexicon für Theologie und Kirche.
MGC	MOULTON-GEDEN, Concordance to Greek NT.
NP	Novum Psalterium (Pontificio Instituto Bíblico).
NRTh	Nouvelle Revue Théologique.
NtAb	Neutestamentliche Abhandlungen.
PG	MIGNE, Patrologia Graeca.
PL	MIGNE, Patrologia Latina.
RA	Revue Apologétique.
RB	Revue Biblique.
RHPR	Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuse.
RSPT	Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques.
RSR	Recherches de Science Religieuse.
RT	Revue Thomiste.
Sal	Salmanticensis.
SB	STRACK-BILLERBECK, Kommentar zum NT aus Talmud und Midrasch.
SC	Studia Catholica (Universidad de Nimega).
Sef	Sefarad.
SPIB	Scripta Pontificii Instituti Biblica.
SSCC	MIGNE, Scripturae Sacrae Cursus Completus.
ST	Summa Theologica de SANTO TOMÁS.
Std	Studies.
StKr	Theologische Studien und Kritiken.
TG	Theologie und Glaube.
TLZ	Theologische Literaturzeitung.
TQ	Theologische Quartalschrift (Tubinga).
TS	Texts and Studies.
VD	Verbum Domini.
Vg	Vulgata.
VT	Vetus Testamentum.
WC	Westminster Commentaries.
ZATW	Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft.
ZKT	Zeitschrift für katholische Theologie.
ZLG	ZORELL, Novi Testamenti Lexicon Graecum.
ZNTW	Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft.
ZTK	Zeitschrift für Theologie und Kirche.

LIBROS HISTORICOS

INTRODUCCION GENERAL

Como se indica en la portada, el presente tomo, el segundo de la *Biblia comentada*, se ciñe exclusivamente al comentario de los libros históricos por antonomasia del Antiguo Testamento, que las Biblias hebraicas clasifican, o entre los «profetas anteriores» (Josué, Jueces, 1 y 2 de Samuel, 1 y 2 de los Reyes), o entre los llamados *Ketubim* o Hagiógrafos (Rut, Esdras-Nehemías, Ester 1,1-10,3, 1 y 2 de las Crónicas), o relegan entre los deuterocanónicos (Tobit, Judit, Ester 10,4-16,24, 1 y 2 de los Macabeos). La clasificación de los mismos por parte del canon griego y latino se basó en la preponderancia del género narrativo, que los distingue de otros en los que predomina el elemento jurídico (Pentateuco), profético («Profetas posteriores» y los doce profetas menores) o sapiencial (libros Sapienciales). Estos libros narran la historia religiosa de Israel desde los preparativos de la conquista de Canaán por Josué hasta la reforma de Esdras-Nehemías en el período persa. Tras un intervalo largo de tiempo, esta historia se reanuda en los libros de los Macabeos, a partir del año 175 hasta 135 antes de Cristo.

Desde el principio se generalizó en la tradición eclesiástica la creencia de que estos libros narraban una historia religiosa a base de hechos y sucesos que respondían a una realidad histórica concreta; pero los Santos Padres, al mismo tiempo que admitían la historicidad total o parcial de los hechos allí narrados, hicieron más bien hincapié en su carácter didáctico, pedagógico, figurativo y kerigmático [1].

Desde que a mediados del siglo pasado los arqueólogos removieron el suelo del Próximo Oriente en busca de las huellas de las antiguas civilizaciones semíticas y desenterraron restos de las mismas, empezó a decaer notablemente el prestigio que hasta entonces había gozado la historia bíblica. Se exhumó la memoria de antiguos pueblos y civilizaciones; se sacaron del olvido secular lenguas y dialectos prácticamente desconocidos, y se descubrieron ricos materiales arqueológicos y numerosas ruinas de antiguas ciudades que dieron un nuevo cariz a la historia del antiguo Próximo Oriente, dentro de la cual el pueblo de Israel ocupaba un lugar más bien modesto. A estos hallazgos siguió el descubrimiento de miles de textos en diversas lenguas y en los más dispares géneros literarios, entre los cuales se hallaba el género narrativo [2].

[1] P. GRELOT, *Le sens chrétien de l'Ancien Testament* (Tournai 1962) 28-43; S. AMSLER, *L'Ancien Testament dans l'Eglise* (Neuchâtel 1960); C. LARCHER, *L'actualité chrétienne de l'Ancien Testament* (París 1962).

[2] Sobre las excavaciones del Próximo Oriente, véanse L. HENNEQUIN, *Fouilles et champ de fouilles en Palestine et en Phénicie:* DBS 3 (1936) col.318-524; G. CONTENAU, *Manuel d'Archéologie Orientale* 4 vols. (París 1927-1947); A. G. BARROIS, *Manuel d'Archéologie Biblique* 2 vols. (París 1937-1953); A. PARROT, *Découverte des mondes ensevelis* (París-Neuchâtel 1952-1962); W. F. ALBRIGHT, *L'Archéologie de la Palestine* (París 1955); K. M. KENYON,

Tales descubrimientos plantearon graves problemas a la exégesis y pusieron en duda no solamente la pureza lingüística del texto de la Biblia, sino su mismo origen divino, su inerrancia y credibilidad. Las reacciones frente a los nuevos datos de la arqueología fueron múltiples y variadas. Los racionalistas, esgrimiendo las nuevas conquistas de la ciencia, lanzaron duros ataques contra las Escrituras, considerándolas como un libro más entre los muchos que se escribieron en el antiguo Próximo Oriente, o, a lo sumo, otorgándoles una prioridad *inter pares*. Estas invectivas contra la Biblia sembraron el desconcierto en el campo de la exégesis católica, que, por haberse guiado hasta entonces por criterios casi exclusivamente teológicos, no estaba madura para el diálogo y la controversia en el terreno científico.

Con la finalidad de armonizar los nuevos datos de la antigua historia oriental con los de la Biblia, algunos exegetas católicos idearon el principio según el cual era absolutamente verdadero todo lo que la Biblia *enseñaba*, pero no todo lo que *decía* Ahora bien, concluían, en la Biblia se enseñan únicamente cosas pertenecientes a la fe y costumbres. Para unos (Rohling, Newmann), la inspiración rechaza necesariamente el error, pero no se extiende a todas las partes de la Biblia [3]. Para otros, la inerrancia no es coextensiva con la inspiración, que se extiende a toda la Biblia. «Si la inspiración se extiende a todo—escribía Mons. D'Hulst—, quizá no confiere la infalibilidad a todas las afirmaciones del autor inspirado, reservándose tal vez este privilegio a los enunciados que interesan a la fe y costumbres» [4]. Estas limitaciones fueron condenadas por el papa León XIII en su encíclica *Providentissimus Deus* [5]. Aunque estas falsas soluciones fueran bien intencionadas, dictadas con finalidades apologéticas, eran, sin embargo, extremadamente peligrosas, por tender de antemano a excluir o reducir notablemente la credibilidad de textos y sucesos narrados en la Biblia que podían formar parte del mensaje escrito de Dios a los hombres, y que, por consiguiente, eran parte integrante del depósito de la revelación.

La gravedad del momento exigía que se buscara una solución exegética que armonizara los nuevos datos positivos de la ciencia con la inspiración, inerrancia e integridad de los libros sagrados. A esta tarea dedicó sus esfuerzos el cardenal Franzelin, que elaboró un concepto de inspiración, que salvaba a la vez el dogma de la

Archaeology in the Holy Land (Londres 1960). Los textos encontrados que tienen cierta relación con Israel han sido publicados y traducidos por H. GRESSMANN, *Altorientalische Texte und Bilder zum Alten Testament* (Berlín 1926); J. B. PRITCHARD, *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament* (New Jersey 1955). Una visión de conjunto sobre los descubrimientos del Antiguo Oriente se encuentra en J. LEVIE, *La Bible parole humaine et message de Dieu* (París-Louvain 1958) 89-133.

[3] A. ROHLING, *Die Inspiration der Bibel und ihre Bedeutung für die freiere Forschung:* «Natur und Offenbarung», 18 (1872) 97-108.385-394; CARD. NEWMANN, *What is of Obligation for a Catholic to believe concerning the Inspiration of the Canonical Scriptures* (Londres 1884). Para la mente de Newmann sobre este particular véase J. SEYNAEVE, *Cardinal Newmann's Doctrine on The Holy Scripture* (Oxford-Tielt 1953) 153-194.

[4] M. D'HULST, *La Question Biblique:* «Le Correspondant». 124 (1893) 220-221. Véase V. LARRAÑAGA, *La crisis bíblica en el Instituto Católico de París (1881-1893):* EB 3 (1944) 173-188.

[5] EB n.124. V. LARRAÑAGA, *En el cincuentenario de la encíclica «Providentissimus Deus»:* EB 3 (1944) 3-24.

inspiración y de la inerrancia y solucionaba las antinomias surgidas entre la Biblia y la fe. Partió él del principio teológico de que la Biblia es veraz, por ser Dios su autor. Ahora bien, decía, para que Dios sea y pueda llamarse autor de las Escrituras se requiere y basta que el argumento y los juicios *(res et sententiae)* que allí figuran sean de Dios, en tanto que las palabras y las formas literarias pueden ser del hagiógrafo, que las escogió con ayuda de una asistencia divina para que expresaran rectamente los conceptos divinos [6].

A esta concepción del carisma inspirativo se le achacó el defecto de confundir el concepto de inspiración con el de revelación, juzgandósela, por consiguiente, inepta para solucionar las antinomias entre la Biblia y la ciencia [7]. Por lo mismo, el P. Lagrange y otros, tomando a Santo Tomás por guía, prefirieron el método de hacer hincapié en la actividad instrumental del hagiógrafo, partiendo de la consideración de que, aun siendo la Biblia indiscutiblemente obra de Dios, era también obra de los hagiógrafos que la escribieron. Dios hizo hacer a los hagiógrafos todo el libro sagrado, fondo y forma, desarrollando su actividad propia, acudiendo a su experiencia y poniendo en juego sus actividades psíquicas. Dios es autor de la Biblia en cuanto que es responsable de la existencia y modalidades del libro. Dios no revela ni propone a los hagiógrafos idea alguna. Dios inspirador se sirve de los conceptos ya elaborados por el autor humano, como también de los términos de su vocabulario y de sus peculiares maneras de decir y narrar. Al principio de Franzelin «Deus eatenus inspirator, quatenus auctor», opusieron este otro: «Deus eatenus auctor, quatenus inspirator» [8]. Esta concepción del carisma inspirativo explica mejor el elemento humano que aparece en la Biblia. De ahí que hoy suele decirse que la Biblia es *palabra humana* y *mensaje de Dios* [9].

Huelga decir que estas dos concepciones son ortodoxas y que mantienen firmemente el principio de la inerrancia, según el cual no puede existir error formal alguno en la Biblia. La inerrancia es coextensiva con la inspiración. Pero el concepto negativo y positivo de la inerrancia aplicados a un escrito no son necesariamente coextensivos. Para el primero basta que nada se diga contra la verdad; para el segundo se requiere que la verdad sea expresada positivamente. Los documentos de la Iglesia tienden a salvaguardar siempre la verdad del libro inspirado, imponiendo la obligación de reconocer en él la inerrancia negativa; pero no pretenden directamen-

[6] L. ARNALDICH, *La naturaleza de la inspiración según el Card. Franzelin:* XIV Semana Bíblica Española (Madrid 1954) 133-163.

[7] D. ZANECCHIA, *Divina inspiratio ad mentem Sti. Thomae Aquinatis* (Roma 1898). Según este autor, el sistema de Franzelin es irracional, ilógico, equivocado. H. LUSSEAU, *Manuel d'Etudes bibliques* (París 1936) 54, compara el sistema de Franzelin a una dictación conceptual. Juicios parecidos en A. DURAND, *Inspiration:* DAFC col.898; J. CHAINE, *Le livre de la Gênèse* (París 1949) 505.

[8] M. J. LAGRANGE, *Une pensée de St. Thomas sur l'inspiration scripturaire:* RB 4 (1895) 553-561; *L'inspiration des livres saints:* ibid. 5 (1896) 199-220; *L'inspiration et les exigences de la critique:* ibid. 5 (1896) 496-515; *La méthode historique* (París 1904).

[9] «Les anciens partiront de Dieu: Dieu parle dans l'Ecriture. Nous dirons plus volontiers que les auteurs humains ont écrit sous l'inspiration divine. Il y a une nuance» (L. CERFAUX, *Simples réflexions à propos de l'exégèse apostolique:* «Ephemerides Theologicae Lovanienses», 28 [1949] 565).

te fijar la inerrancia positiva, que deberá establecerse en cada caso por los principios de una sana exégesis [10].

Sentado el principio inconcuso de que en la Biblia no puede existir error formal alguno, la Iglesia impone a los exegetas católicos la obligación de investigar el sentido de los textos bíblicos que presentan ciertas dificultades y buscar una solución que concuerde con la doctrina de la Iglesia sobre la inspiración y la inerrancia, y satisfaga al mismo tiempo las exigencias de las disciplinas profanas, principalmente la historia. Y les anima a ello diciendo «que, de lo mucho que en los libros sagrados se contiene, son muy pocos los textos cuyo sentido haya sido declarado auténticamente por la Iglesia, y tampoco son más aquellos en que unánimemente convienen los Santos Padres» [11]. Así, pues, en las cuestiones que no han sido objeto de una declaración doctrinal por parte de la Iglesia, «puede y debe ejercitarse libremente el ingenio y agudeza de los intérpretes católicos, para utilidad de todos, para adelantamiento cada día mayor de la doctrina sagrada y para defensa y honor de la Iglesia» [12]. Ante la altísima misión que los soberanos pontífices encomendaban a los exegetas y la confianza que depositaban en ellos, muchos se entregaron a una labor exegética extraordinaria, desafiando los anatemas de los que, adoptando una posición cómoda, juzgaban que «hay que rechazar todo lo nuevo por nuevo o tenerlo al menos por sospechoso» [13], olvidando «que no pocas cosas, y entre ellas principalmente las referentes a la historia, apenas o insuficientemente fueron explicadas por los expositores de los pasados siglos, ya que les faltaban todas las noticias necesarias para ilustrarlas» [14]. Las exploraciones arqueológicas llevadas a cabo en el Próximo Oriente han obligado a veces a revisar posiciones tradicionales que parecían inexpugnables. «Erradamente, pues, dicen algunos que al exegeta de nuestros días no le queda ya nada que añadir a lo que la antigüedad cristiana produjo, cuando, por el contrario, son tantos los problemas por nuestro tiempo planteados que necesitan nueva investigación y nuevo examen» [15].

Mientras algunos exegetas católicos, escudándose indebidamente en la tradición eclesiástica, lanzaban desde su cátedra de teología anatemas estériles e ineficaces contra la exégesis racionalista y modernista, que ponía en entredicho la verdad bíblica, un grupo de «valientes operarios de la viña del Señor» [16] en el campo de la exégesis pasó a la ofensiva, no sólo reafirmando la inerrancia bíblica,

[10] P. ZERAFA, *The Limits of Biblical Inerrancy:* «Angelicum», 39 (1962) 92-119; G. COURTADE, *Inspiration:* DBS 4 col.533; J. T. FORESTELL, *The Limitation of Inerrancy:* CBQ 20 (1958) 9-18.

[11] EB n.565.

[12] EB n.564.

[13] EB n.564. Escribía el papa Pío X en una carta a Mons. Le Camus: «Así como debe condenarse la temeridad de aquellos que, más preocupados por seguir el gusto de la novedad que la enseñanza de la Iglesia, no vacilan en apelar a procedimientos críticos de una libertad excesiva, se debe también desaprobar la actitud de los que no se atreven a romper con una exégesis practicada hasta el presente, aun cuando, quedando salvada la fe, el progreso de las ciencias lo reclaman imperiosamente». Véase J. DÍAZ, *Enquiridion Bíblico* (Segovia 1954) p.141.

[14] EB n.555.

[15] EB n.565.

[16] EB n.564.

sino esforzándose por hallar una solución *positiva* a las dificultades históricas de la Biblia.

En esta labor les había precedido el papa León XIII al señalar la manera como debían solucionarse las dificultades que se oponían a la Biblia en nombre de las ciencias naturales. «En primer lugar —escribía el Papa—se ha de considerar que los escritores sagrados, o mejor, el Espíritu Santo, que hablaba por ellos, no quisieron enseñar a los hombres estas cosas (la íntima naturaleza o constitución de las cosas que se ven), puesto que en nada les habían de servir para su salvación. Y así, más que intentar en sentido propio la exploración de la naturaleza, describen y tratan a veces las mismas cosas, o en sentido figurado o según la manera de hablar en aquellos tiempos» [17]. Al terminar su exposición, añadía León XIII que, siguiendo su ejemplo, buscaran también los exegetas soluciones para las dificultades de orden histórico, y defendieran de este modo la veracidad histórica de la Sagrada Escritura. «Esto mismo habrá de aplicarse después a las ciencias similares, principalmente a la historia» [18].

Tan pronto como apareció el texto de la encíclica, un autor anónimo escribió en la *Gazette de France* [19] que el Papa admitía que los autores sagrados hablaron de los hechos históricos que refieren según las apariencias, *sensibiliter*. Esta misma opinión compartió tímidamente en un tiempo el P. Lagrange, según el cual: 1) El principio de León XIII de que el Espíritu Santo no quiso enseñar a los hombres la naturaleza íntima de las cosas físicas, podía aplicarse a todas las ciencias profanas no relacionadas directamente con cuestiones de fe y costumbres [20]. 2) Cuando los hombres emplean un lenguaje popular, hablan siempre según las apariencias. Manifiestan lo que se dice y circula entre el pueblo, no lo que es históricamente verdadero [21]. 3) En una breve frase dice el Papa que el mismo criterio que rige para las cuestiones de orden físico debe aplicarse a la historia [22]. Esta interpretación tropezó con la oposición del Magisterio de la Iglesia [23] y la de muchos autores católicos, que

[17] EB n.122.

[18] EB n.123. «Y si afirma (León XIII) que se debe aplicar a las demás disciplinas, y especialmente a la historia, lo que tiene lugar en la descripción de fenómenos físicos, no lo dice en general, sino solamente intenta que empleemos los mismos procedimientos para refutar las falacias de los adversarios y para defender contra sus ataques la veracidad histórica de la Sagrada Escritura». Así se expresan Benedicto XV *(Spiritus Paraclitus:* EB n.458) y Pío XII *(Divino afflante Spiritu:* EB n.539).

[19] Texto en H. HÖPFL, *Critique biblique:* DBS 2 col.234. Cuando el redactor de un libro histórico no fue contemporáneo de los hechos que refiere, acudió a los documentos: tradiciones, orales y escritas, que pudo consultar y que retransmitió sin añadir ni quitar nada. Ahora bien, los documentos, en esta teoría, son las apariencias de la realidad. El escritor sagrado no dijo, por ejemplo, que Sansón mató a los filisteos con una quijada de asno, sino: he leído u oído decir que Sansón hizo esto. El relato es objetivo en la medida de la autenticidad del documento. Véase L. ARNALDICH, *¿Todavía la cuestión bíblica?:* «Verdad y Vida», 9 (1951) 174-175.

[20] Véase HÖPFL, l.c., 234-235; A. MORETTI, *De Scripturarum inerrantia et de hagiographis opinantibus:* «Divus Thomas» (Piac.), 62 (1959) 34-68.

[21] «Il en résulte cette théorie que les écrivains sacrés parlent selon les apparences. Elle est traditionnelle» *(La méthode historique* 199).

[22] «Le Saint Père dit dans une toute petite phrase que le même critérium devait s'appliquer à l'histoire» *(La méthode historique* 106). El P. Lagrange cambió más tarde de parecer (RB 28 [1919] 593-600); lo mismo hizo N. PETERS en «Theologie und Glaube», 16 (1924) 337-355.

[23] Hemos visto el punto de vista del papa Benedicto XV. El mismo P. Lagrange cuenta

trataban de salvar a la vez la historicidad de la Biblia y la inerrancia de la misma. «¿Qué comparación cabe entre las cosas naturales y la historia cuando las descripciones físicas se ciñen a las cosas que aparecen sensiblemente y deben, por lo tanto, concordar con los fenómenos, mientras, por el contrario, es ley primaria en la historia que lo que se escribe debe ser conforme con los sucesos tal como realmente acaecieron?» [24].

La interpretación menos recta de la encíclica *Providentissimus Deus* aparece en los diversos procedimientos y fórmulas que se utilizaron para solucionar las dificultades históricas de la Biblia, al distinguir entre lo que la Biblia enseña y no enseña, entre el elemento primario y secundario, hablando de verdad absoluta y relativa, de narraciones sólo en apariencia históricas, de historia según las apariencias, de citas implícitas [25]. No todo es reprobable en estos procedimientos y fórmulas, que deben aquilatarse bien y discernir con precisión lo falso de lo verdadero, lo apriorístico de lo sólidamente probado; lo que es un exceso y una realidad tangible.

El principio más sabiamente ideado, y que se ha abierto camino con el tiempo, con sensibles modificaciones, es el de los géneros literarios. A principios de siglo, y en fuerza de las circunstancias históricas por las que atravesaba la exégesis católica, se habló casi exclusivamente de los géneros literarios históricos, que se clasificaron según su *grado* de verdad histórica. Conforme a este principio confeccionó Francisco de Hummelauer un amplio catálogo de los mismos [26]. El P. Lagrange habló del género histórico propiamente dicho, del género histórico de historia primitiva y del género tan sólo en apariencia histórico [27].

El papa Benedicto XV, en su encíclica *Spiritus Paraclitus* [28], alude a este principio de los géneros literarios al escribir: «Y no faltan a la Escritura santa detractores de otro género; hablamos de aquellos que *abusan* de algunos principios—ciertamente rectos si se mantuvieran en sus justos límites, hasta el extremo de socavar los fundamentos de la verdad de la Biblia y destruir la doctrina católica comúnmente enseñada por los Padres. Si hoy viviera San Jerónimo, ciertamente dirigiría conta éstos los acerados dardos de su palabra, al ver que con demasiada facilidad, y de espaldas al sentido y juicio de la Iglesia..., pretenden que en las Sagradas Letras se encuentren determinados géneros literarios, con los cuales *no puede compaginarse la íntegra* y *perfecta verdad de la palabra divina*» [29]. Como aparece de las palabras del Papa, el principio de los géneros literarios es «ciertamente recto», pero la manera de proponerlos adolecía de tres defectos: delataba una desmedida preocupación apologética, un método erróneo para discernirlos y ligereza en aplicarlos. No podían, pues, los exegetas católicos propugnar unos géneros literarios históricos con los cuales no podía «compaginarse la íntegra y perfecta verdad de la palabra divina». J. Göttsberger describe el método apriorístico que se empleó para discernirlos con estas palabras: «Que el libro de Judit sea una narración fabulosa, no lo deducen de la índole de la misma narración, sino que se afirma por razón de sus aparentes errores. Que el libro de Jonás sea un *Midrash*, se infiere de los milagros insólitos que refiere. Que la historia primordial del libro del Génesis deba clasificarse en el género literario de una tradición popular (o de historia primitiva legendaria), no aparece del hecho de que la narración genesíaca difiera notablemente de las otras narraciones bíblicas, cuya historicidad se admite, sino que se afirma partiendo de la duda de si es digno de fe todo lo que se narra en la historia primordial del Génesis» [30].

Una dificultad o una narración de un milagro insólito no son por sí mismas razón suficiente para eliminarlas como sea y a cualquier precio. Unicamente deben considerarse como toques de alarma para que el exegeta les preste mayor atención, examinándolas a base de una exégesis objetiva, serena y desapasionada. A veces llegará a una solución positiva, otras no; pero cabe la esperanza de que, con el tiempo y con el progreso de las ciencias y de la exégesis, lograrán otros lo que él no pudo llevar a cabo. Lo que no puede hacerse es determinar de antemano, por motivos apologéticos, un género literario histórico que no aspira a la verdad plena. A este método aludía Göttsberger el escribir: «La índole no histórica del relato bíblico no se infería del contenido de un género literario conocido por otros textos bíblicos o extrabíblicos, sino que, partiendo del supuesto que el contenido de un pasaje bíblico no podía ser histórico, deducían de ahí la naturaleza del género literario» [31].

que Roma no aprobaba cuanto se había escrito en la «Revue Biblique», *Loisy et le Modernisme* (Juvisy 1932) 126. La Sagrada Congregación Consistorial (29 junio 1912) puso reparos a varias obras de Holzhey, Tillmann y Lagrange. Véase L. Arnaldich, l.c., 185. Por parte de los exegetas conservadores, véase el artículo aparecido en «Civiltà Cattolica»: *Venticinque anni dopo l'enciclica «Providentissimus Deus»* (1918,4) 361-374; (1919,1) 278-290.364-372.

[24] *Spiritus Paraclitus:* EB n.457.

[25] La Pontificia Comisión Bíblica precisó la manera como podían admitirse las hipótesis de las narraciones sólo en apariencias históricas (EB n.161) y de las citas implícitas (EB n.160). Condena Benedicto XV la distinción que se hacía en la Biblia entre el elemento primario y secundario (EB n.454) y entre la verdad absoluta y relativa (EB n.456). Las mencionadas hipótesis partían del principio de que la verdad absoluta de la Biblia se limita a los textos que hablan de fe y costumbres, lo único que quiso enseñar.

[26] F. de Hummelauer, en su libro *Exegetisches zur Inspirationsfrage* (Freib. i. Br. 1904), distinguió los siguientes: 1) *Fábula* o *parábola* (con ningún fundamento histórico); 2) *Historia épica* (con núcleo histórico y elementos ornamentales); 3) *Historia religiosa* (en la que los hechos se seleccionan únicamente en la medida que contribuyen a una enseñanza religiosa); 4) *Historia antigua* (investigación incompleta de los hechos; exposición libre y artificial de los acontecimientos); 5) *Tradiciones populares o folklore* (que narran los orígenes de los pueblos y familias como hechos históricos envueltos en elementos ornamentales); 6) *Narración libre* (en la que se mezcla la historia objetiva con narraciones ficticias y literarias); 7) *Midrash haggadico* (elaboración libre de los hechos con fundamento más o menos histórico).

[27] *La méthode historique* 183-220.

[28] EB n.461.

[29] L.c.

[30] *Autour de la question biblique:* «Biblische Zeitsfragen», 3 (1905) 141-142. Según A. Robert, «certains catholiques, soucieux de sauvegarder le principe de l'inerrance en face des difficultés jugées insolubles, ont fait l'hypothèse d'une variété de formes historiques dans lequel l'écrivain sacré raconte les événements du passé avec une liberté plus ou moins grande. Ce te manière de voir... avait le tort de ne songer qu'aux écrits historiques, et sous l'angle très spéciel des exigences de l'inerrance» *(Initiation biblique* [Tournai 1954] 281).

[31] L.c. Escribe el P. Bea que «sua cuique generi litterario est veritas». Pero el criterio para definirlo «per se et primario est forma illa externa qua homines in respectivo genere litterario uti solent. Qui certam formam adhibet, *supponitur* velle exprimere illam veritatem quae generi litterario quod elegit propria est». Ahora bien, al género literario narrativo le conviene una verdad estrictamente histórica. Pero esta historia, en particular la de la historia primitiva, ha sido escrita con modos de narrar y métodos propios de su tiempo y época «aliter ac hodierni auctores». Pero estos modos estilísticos «veritatem historiographiae ne minimum quidem infirmant et perperam adhibentur ad probandum genus quoddam *historiae antiquae* quae non ad plenam veritatem aspiret» *(De Scripturae sacrae inspiratione* [Roma 1935] 106-108).

Pío XII y los géneros literarios

Los géneros literarios históricos de que hemos hablado solucionaban las dificultades históricas de la Biblia, pero quedaba la duda de si la limitación del grado de historicidad obedecía más bien a una exigencia apologética que a un principio sano de exégesis. Eliminar de un plumazo toda enseñanza histórica de la Biblia era una receta fácil y peligrosa, que comprometía el mismo mensaje divino. Urgía, pues, precisar y encauzar un principio que, llamado a prestar incalculables servicios a la exégesis bíblica, podía convertirse en instrumento demoledor de la misma. Así lo entendió Pío XII [32].

Señala el Papa que la regla fundamental de exégesis es la de ver y definir qué quiso decir el autor sagrado. Para determinarlo se dispone hoy día de más y mejores medios que los que tenían a su alcance los intérpretes de otros tiempos. En primer lugar, un estudio más atento del carisma inspirativo ha hecho ver más claramente que el hagiógrafo fue un instrumento racional y libre, que de tal manera hizo uso de sus facultades y energías, que por el libro nacido de su acción pueden todos fácilmente colegir la índole propia de cada uno, sus singulares rasgos y características. Siendo así, se sigue que incumbe al exegeta investigar con toda diligencia, y con ayuda de los modernos descubrimientos, la índole propia del autor de cada libro, sus condiciones de vida, tiempo y lugar en que vivió, fuentes que utilizó y de qué manera, formas de decir y narrar que empleó, etc.

Pasa a continuación el Papa a hablar de los géneros literarios, en cuyo apartado nada dice sobre los grados de afirmación, ni alude a la distinción en el hagiógrafo entre autor privado y autor público. Todo su pensamiento se centra en los métodos y maneras de decir y narrar propios de la literatura del Próximo Oriente. Debido a estas peculiares formas de expresión, no aparece a veces «tan claro en las palabras y escritos de los antiguos autores orientales (entre los cuales deben clasificarse los autores bíblicos), como lo es en los escritos de nuestra época (cuyas maneras de decir o géneros

[32] Sobre el recelo de la Iglesia por los antiguos géneros literarios escribe Benoit: «Cette méfiance (de la Iglesia) s'explique par les débuts de cette méthode, ou l'on n'a pas toujours suffisamment respecté les exigences d'une technique objective. Il serait, en effet, trop facile d'inventer a priori des genres littéraires factices, pour y classer ensuite, par un cercle vitieux, les textes bibliques qu'on leur demande d'expliquer. Les genres n'ont le valeur que s'ils représentent les modes d'expression réels, connus des lectuers et des auteurs» *(Inerrance:* «Catholicisme hier, aujourd'hui demain», vol.5 [París 1962] col.1547). Pío XII encarece el uso de los géneros literarios para la recta interpretación de la Biblia, pero no canoniza los géneros literarios tal como se entendían hasta entonces por algunos autores, que procedían del plano de la realidad y tendían a limitar a priori el hecho histórico. «Attamen theoriae Lagrange, Hummelauer et aliorum, quam mitigat et corrigit, principium fundamentale et elementa non pauca in genere resumit et sancit encyclica *Divino afflante Spiritu*» (V. LARIDON, *Novae encyclicae doctrina de generibus litterariis:* «Collationes Brugenses», 42 [1946] 129). Véanse también G. THILS, *L'encyclique sur les études bibliques:* «La Revue Nouvelle», 1 (1945) 158-170; E. GALBIATI, *I generi letterari secondo il P. Lagrange e la «Divino afflante Spiritu»:* «La Scuola Cattolica», 75 (1947) 177-186.282-292. Según este autor, «la linea di pensiero de l'enciclica solo in qualche punto coincide con quella del Lagrange, talvolta diverge decisamente, in qualche punto segue un tratto parallelo, ma su di un altro piano e specifico» (l.c., 291-292). En *Problemi e orientamenti di Teologia Dommatica* (Milán 1957), vol.2,73, precisa su pensamiento: «Ora direi che l'enciclica ha presentato la questione sotto una luce diversa, e tale da completare l'intuizione del Lagrange».

literarios empleados conocemos), *cuál sea el sentido literal,* pues lo que aquéllos quisieron significar no se determina por las solas leyes de la gramática o de la filología, ni por el solo contexto del discurso, sino que es preciso que el intérprete (dejando de lado los géneros literarios modernos) vuelva, por así decirlo, a aquellos remotos siglos del Oriente, y, con la ayuda de la historia, de la arqueología, de la etnología y otras disciplinas, discierna y distintamente vea qué géneros literarios, como dicen, quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella vetusta edad, pues no siempre empleaban las mismas formas y los mismos modos de decir que hoy usamos nosotros, sino más bien aquellos que entre los hombres de sus tiempos y lugares estuvieron en uso. *Cuáles fueran éstos,* no *puede el intérprete determinarlo de antemano,* sino solamente en virtud de una cuidadosa investigación de las literaturas de Oriente. Esta, llevada a cabo en los últimos decenios con mayor cuidado y diligencia que *anteriormente,* nos ha hecho ver con más claridad qué formas de decir se usaron en aquellos antiguos tiempos, ya en la descripción poética de las cosas, ya en el establecimiento de normas y leyes de vida, ya, por fin, en la *narración de hechos y sucesos.* Esta misma investigación ha probado ya con lucidez que el pueblo de Israel se aventajó singularmente a las otras antiguas naciones orientales en *escribir bien la historia,* tanto por la antigüedad como por la *fiel narración de hechos,* lo cual seguramente procede del carisma de la divina inspiración y del *fin peculiar de la historia bíblica, que es religioso*» [33]. Hemos subrayado algunas palabras del documento pontificio y añadido otras entre paréntesis para poner más de relieve el pensamiento del Papa.

Otra de las consecuencias de esta investigación ha sido la de encontrar también «entre los escritores sagrados, como entre los demás antiguos, ciertas artes de escribir y narrar», de las cuales el Papa señala únicamente algunas, tales como «ciertos idiotismos, propios, sobre todo, de las lenguas semíticas, las llamadas *aproximaciones,* y ciertos modos de hablar hiperbólicos; más aún, a veces hasta paradojas, con las cuales más firmemente se graban las cosas en la mente» [34]. En fin, añade que no hay modo de decir en uso entre los antiguos que sea ajeno a la Biblia, con exclusión solamente de los que repugnan a la verdad y santidad de Dios.

Con optimismo subraya la encíclica que conocemos hoy mejor que los exegetas de principios de siglo las formas de decir y narrar de los antiguos escritores orientales. En efecto, una inmensa literatura profana del antiguo Próximo Oriente, en gran parte descifrada ya, facilita la labor de cotejar estos escritos con los libros canónicos del Antiguo Testamento y de aquilatar sus puntos de contacto y sus divergencias. Miles de textos sumerios, acádicos, hititas, fenicios, egipcios, cananeos, ugaríticos, etc., han sido publicados. En líneas generales encontramos en ellos idénticos temas y una redacción y composición muy afines. Se han descubierto textos sobre

[33] EB n.556-558.

[34] L.c., 559. De los géneros literarios, según Pío XII, se habla en la carta de la Pontificia Comisión Bíblica al Card. Suhard de 16 enero 1948 (EB n.581) y en *Humani generis,* 12 agosto 1950 (EB n.618).

historia primordial, códigos de leyes, anales, himnos, escritos sapienciales, cartas, narraciones épicas, listas de reyes, biografías, autobiografías, correspondencia diplomática y administrativa, inventarios, lamentaciones, poesía amorosa, sátiras, especulaciones teológicas y filosóficas, textos mágicos, etc. [35].

Estos descubrimientos han puesto de relieve la superioridad de la historia bíblica en relación con la de los otros historiadores orientales. De esta manera, la ciencia misma ha desmentido la tendencia de ciertos exegetas a descalificarla o a limitarla. En cuanto a los métodos y maneras de decir y narrar, la historia bíblica poco se diferencia de la historiografía antigua oriental, pero se aventaja a ella tanto por la antigüedad como por la fiel narración de hechos y sucesos. Piénsese, por ejemplo, en la diferencia que existe entre las antiguas cosmogonías y la historia bíblica de los Orígenes; en aquéllas prevalece una ilimitada imaginación, que contrasta con el amor a la simplicidad y a la verdad que reina en ésta [36].

En la antigua literatura narrativa oriental encontramos peculiares géneros literarios históricos, de los que mencionaremos algunos. En los *Anales* oficiales se cuentan las acciones gloriosas de sus héroes, pasando por alto lo que era adverso a los soberanos y a los intereses nacionales. Sus autores narran hechos antiguos recogidos por la tradición oral y escrita, considerando como más fiel aquel relato que más se acerca, por orden cronológico, a los acontecimientos sin tenerse en cuenta otros factores. Los analistas conceden una importancia trascendental a las victorias de sus monarcas, a los que se atribuyen también las que lograron sus oficiales subalternos. Se exagera desmesuradamente el número de prisioneros y el de las ciudades conquistadas, que a veces lo fueron por otro monarca posterior. En cuanto a la cronología, o la dejan de lado o se fijan incidentalmente en ella, empleando datos aproximativos. A veces condensan dos o más campañas bélicas en una, omitiendo la que fue menos gloriosa o constituyó un fracaso, convirtiendo a veces en triunfo lo que fue una derrota. Al producirse un hecho nuevo, desenterraban los escribas antiguas historias, resumiendo hechos pasados, relatándolos en líneas generales y fijando su atención en hechos más recientes. En todas sus narraciones se advierte la ausencia total de crítica de las fuentes y elaboración de las mismas, que se incorporan en la narración yuxtaponiéndolas, mezclándolas o retocándolas, sin indicar su presencia y proveniencia. Según Ignacio Guidi, estos métodos históricos se encuentran entre los sirios y árabes y en toda la historiografía semítica [37]. Otra de las peculiaridades de la historia semítica es su índole teocrática y religiosa. Muchos soberanos creíanse lugartenientes de los dioses. Durante mucho tiempo sólo se narraban hechos relacionados con la religión y el culto, atribuyéndose directamente a los dioses todo cuanto

[35] Textos recogidos en los libros citados en nota 2.
[36] EB n.618.
[37] *L'historiographie chez les sémites:* RB 3 (1906) 509-519; Card. E. TISSERANT, *Fragments syriaques du Livre des Jubilées:* RB 29 (1921) 55-80,206-232.

acontecía, aun las cosas más triviales, prescindiendo de la acción de las causas segundas [38].

Parecidos géneros literarios, que señalaremos más adelante, emplearon los historiadores sagrados, con la diferencia de que con métodos análogos lograron *escribir bien la historia.* Esta superioridad de la historia bíblica sobre la de los otros pueblos semitas únicamente se explica por el carisma de la divina inspiración y por el fin peculiar de la historia bíblica, que es religioso.

La inspiración bíblica

El dogma de la divina inspiración nos enseña que un solo y único Dios es el autor principal de todos los libros históricos del Antiguo Testamento, que, por una singular condescendencia, escogió el género narrativo como una de tantas maneras de que se sirvió para comunicar su mensaje a los hombres (Hebr 1,1). Por otra parte, los diversos historiadores humanos, en calidad de instrumentos suyos, concibieron su obra y la escribieron conforme a la intención divina. Por la inspiración conservan su personalidad, sus aptitudes personales, sus limitaciones humanas e incluso sus deficiencias, a las cuales Dios se acomoda. No les favoreció Dios con una nueva perfección; por ejemplo, otorgando una rica imaginación a los que carecían de ella o facilitando un complemento de información a los que no disponían de documentos. Por la inspiración se les confirió una luz sobrenatural por la cual eran infalibles en todo lo que afirmaban y en el sentido en que lo hacían. Además, «si los antiguos hagiógrafos tomaron algo de las tradiciones populares—lo cual puede ciertamente concederse—, nunca hay que olvidar que ellos obraron así ayudados por el soplo de la divina inspiración, la cual los hacía inmunes de todo error al elegir y juzgar aquellos documentos» [39].

Fin religioso de la historia bíblica

La finalidad religiosa de la historia bíblica es evidente. Ciñéndonos a los libros históricos del Antiguo Testamento, vimos que, al clasificar el canon judío a los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes entre los «Profetas anteriores», expresaba con claridad meridiana la verdadera naturaleza de la historia contenida en ellos. En efecto, en los mismos se narran acontecimientos del pasado de Israel que se interpretan en función de la historia de la alianza. Los dos libros de las Crónicas, por ejemplo, son el resultado de una reflexión y meditación de un teólogo sobre los textos de los libros de Samuel y Reyes, de los cuales dedujo el lugar preeminente que

[38] CH. J. JEAN, *La Bible et les récits babyloniens* (París 1933) 203-207; F. SALVONI, *La storiografia degli antichi israeliti:* «La Scuola Cattolica», 63 (1935) 145-171; ID., *Generi letterari nei libri storici dell'Antico Testamento:* «Questioni Bibliche alla luce dell'Enciclica *Divino afflante Spiritu*» (Roma 1940) 62-101; H. G. GUTERBOCK, *Die Historische Tradition und ihre literarische Gestaltung bei Babyloniern und Hethitern bis 1200:* «Zeitschrift für Assyriologie», 42 (1934) 1-94; A. T. OLMSTEAD, *History, Ancient World and the Bible Problems of Attitude and of Method:* JNES 2 (1943) 1-34; W. A. IRWIN, *The Orientalist as Historian:* ibid., 8 (1949) 289-309; A. ADINOLFI, *Storiografia biblica e storiografia classica:* «Rivista Biblica», 9 (1961) 42-58.
[39] *Humani generis:* EB n.618.

ocupaba David en el plan divino como tipo del Mesías y como el liturgista que debía completar la obra de Moisés.

Cuando Dios movió sobrenaturalmente a los hagiógrafos a escribir sus respectivos libros históricos, no fue para que retransmitieran a sus lectores próximos y lejanos los hechos que interesaban exclusivamente a la historia profana, indiferentes de por sí a la historia de la salvación, sino para que manifestaran cuáles eran sus designios sobre el mundo y su pueblo escogido, cuáles sus exigencias religiosas y morales y cuál debía ser la respuesta del hombre a la acción y llamada divinas. De acuerdo con este fin, los historiadores sagrados escogen, seleccionan y orientan todos los acontecimientos históricos, que refieren, mediata o inmediatamente, hacia un fin religioso, dándoles una significación más profunda y sublime, que sólo perciben los ojos de la fe: la actuación de Dios en la historia humana [40]. «En Israel la historia es hija de una creencia, que no solamente ha exigido, sino que ha creado la historia, y le ha dado el sentido y el gusto, ha fijado las grandes leyes del género y ha favorecido su extensión, llegando a la mezcla con otros géneros. De ahí la complejidad, la variedad de realizaciones y la indeterminación de sus respectivas fronteras. La historia bíblica debe a la fe de sus autores su existencia, su naturaleza, sus méritos y deficiencias. La razón profunda de esta historia radica en el hecho, único entre las religiones del Próximo Oriente, de que el yahvismo es una religión histórica» [41].

Por consiguiente, era lógico que la historia constituyera un ideal para estos historiadores judíos, como lo fue siempre para la comunidad creyente de Israel. La historia santa, es decir, la de la comunidad humana llamada por Dios para ser *su* pueblo, es una historia tal como la concibió y vivió el verdadero Israel, presentada a base de hechos más bien en función de medios que de fin. Para los hagiógrafos, todos los pueblos de la tierra están sometidos al dominio y dirección de Yahvé, que, aun ignorándolo ellos, los movía a su arbitrio (Am 9,7). Según los historiadores sagrados, no existe un destino ciego en el curso de la historia, ni hechos que sucedan al azar o que sean fruto de una determinación exclusivamente humana, sino el desarrollo de un premeditado plan divino (Is 7,7; 37,7; 45,4). Permitió Dios la derrota de Josué en Hai para castigar el pecado de Acán (Jos c.7). No arrojó Yahvé de Canaán a ninguno de los pueblos paganos allí afincados, para con ellos poner a Israel a prueba, si seguiría o no los caminos de Yahvé (Jue 2,22). En la guerra entre Sísara y Jabín, rey de Jasor, salió Yahvé de Seír y, a través de los campos de Edom, acudió al campo de batalla con el fin de asegurar la victoria de su pueblo (Jue 5,4). A Gedeón le intima Dios a que reduzca el número de sus soldados, por que, al entregar en sus manos a Madián, no se gloríe luego Israel contra Dios, diciendo: «Ha sido mi mano la que me ha librado» (Jue 7,2).

Los imperios y pueblos que colindaban con Israel eran como centinelas apostados por Dios en sus fronteras en estado de alerta,

[40] GRELOT, l.c., 112.
[41] A. ROBERT, *Historique (genre)*: DBS 4 col.23.

prontos para lanzarse sobre Israel cuando Yahvé les requería como instrumentos de su justicia contra su pueblo pecador. No son ellos los que señalan la hora del ataque, ni el número de soldados ni la efectividad de las armas dirimen las batallas, sino Dios. Los grandes imperios de Asiria y Babilonia eran, en concepto de los hagiógrafos, varas y martillos con los cuales golpeaba Dios a su pueblo pecador (Is 10,5; Jer 51,20). Dios no obra, sin embargo, caprichosamente. La medida de sus actos la determina la ordenación moral del mundo, que reclama el bien y condena el mal.

Los triunfos sobre los enemigos no se consiguen a base de armas, soldados y astucias, sino con la oración, la vida de piedad y de penitencia. Por su conducta religiosa ejemplar acabó David con los pueblos paganos del interior y sometió a los que limitaban con Israel. El poderío y riqueza de Salomón son dones gratuitos de Dios, que le retiró tan pronto como el rey dejóse arrastrar por sus mujeres hacia los dioses ajenos y no fue su corazón enteramente de Yahvé (1 Re 11,4). Senaquerib es derrotado por la piedad de Ezequías (2 Re c.19). El orgulloso Nabucodonosor, que había sometido a todos los pueblos de la tierra, es derrotado por Israel libre de pecado, y su general, Holofernes, murió decapitado por una viuda, de la cual «nadie podía decir de ella una palabra mala, porque era muy temerosa de Dios» (Jdt 8,8). El impío Amán sucumbió ante el piadoso Mardoqueo (libro de Ester), y el rey Antíoco Epifanes murió herido por Dios en castigo de sus actos sacrílegos contra el templo.

De un extremo a otro de la historia bíblica se pone de relieve el estado permanente de tensión entre Dios, que busca al hombre, y éste, que trata de independizarse; entre Dios, que ofrece su gracia, y el hombre, que la rechaza. A Josué prometió Dios la conquista total y la posesión inmediata de Canaán, pero la promesa no surtió efecto a causa de los pecados del pueblo. Saúl fue escogido por Dios como representante y lugarteniente suyo en el reino teocrático, pero, al separarse de El por el pecado, es sustituido por otro según su corazón. David es asimismo víctima del pecado, pero se arrepiente y Dios le perdona. La justicia y la misericordia divinas juegan un papel decisivo en el drama descrito en el libro de los Jueces. Para impedir que se cumplan sobre Israel los planes salvíficos de Dios, despliega sus actividades el *Adversario* (Satán), potencia subordinada a Dios, pero que, al dejarle en libertad, se ceba en el hombre. Por culpa de Satanás, que incitó a David a llevar a término el censo del pueblo, es castigada la ciudad de Jerusalén, a la que se perdonó después por haberse arrepentido su rey (1 Crón 21,1ss). Con la acción coordinada de la justicia y de la misericordia quería Dios que todos los pueblos se sometieran libremente a su yugo suave. En tiempos del Antiguo Testamento sólo en Israel, al que Dios había escogido, llegó a cristalizar este ideal. Toda la historia de este pueblo escogido, tanto en los momentos álgidos de su grandeza como en los momentos de opresión y humillación, gira en torno al pacto de la alianza que Dios quiso mantener a todo

trance y que el pueblo trataba a veces de repudiar, con efectos desastrosos para él.

Una mínima parte de los historiadores sagrados (el del primer libro de los Macabeos y quizá el del segundo; el de las memorias de David: 2 Sam 9-20 y 1 Re 1-2) fueron testigos oculares de los hechos que narran. Los demás tienen detrás de sí un largo período histórico, cuyo recuerdo fue conservado y comentado por una tradición secular oral y escrita. Los primeros, conscientes de que el pueblo había llegado a la consecución de un estado ideal de cosas soñado desde hacía mucho tiempo, sintieron la necesidad de dar una mirada retrospectiva sobre el camino recorrido hasta llegar a él. Los segundos escribieron bajo los efectos de las catástrofes y humillaciones que oprimían a Israel. Juzgaron ellos que este estado de cosas les brindaba una ocasión propicia para escribir, ya que la prueba y las reflexiones que sugiere podrían abrir los ojos de los lectores sobre las causas que las provocaron y obligarles a una rectificación religiosa y moral saludable [42]. Este último es el caso de los autores de los libros de Josué, Jueces, Rut, Crónicas, Esdras-Nehemías, etc. Las mismas partes del segundo libro de Samuel (c.9-20) y del primero de los Reyes (1-2), escritas, como dejamos dicho, por un testigo ocular, fueron después incorporadas por un autor inspirado del tiempo del exilio en un contexto más amplio del que tuvo conciencia aquél.

Escritos estos libros durante y después del exilio, aprovecharon sus autores la tradición o tradiciones seculares, la idea de la alianza y la reflexión teológica de todo un pueblo o de un sector escogido del mismo, del cual el hagiógrafo era el portavoz, que enjuiciaba el momento histórico presente a la luz de un pasado prometedor que, aunque desdibujado por la acción del Adversario y de los hombres que se dejaron seducir por él, con la paralización circunstancial y temporal de los efectos de la alianza, renacerá de nuevo en un futuro más o menos próximo, por la conversión al Dios fuerte (Is 10,21) y misericordioso, siempre fiel a su promesa (Ez 16,8; Jer 25,5; Os 14,2-9).

Los historiadores sagrados se propusieron señalar las raíces de esta fe optimista, que veían expresada en la misma prehistoria de Israel, en las tradiciones populares israelíticas antiguas, en escritos preexistentes, en los anales que la nación conservaba celosamente en sus archivos, en las listas genealógicas, que enlazaban a Israel con el primer hombre o con Abraham; incluso en los escritos profanos o en el mismo curso de la historia universal y de Israel, cuyos hilos movía Dios en vista de sus designios salvíficos. Más que a circunscribirse, como los autores paganos, a una escueta, monótona y partidista narración de hechos aislados, destinada a ensalzar a un soberano de la tierra, pretendieron dar una interpretación religiosa de la historia. En esta labor les había precedido y acompañado la reflexión y meditación profunda de esta misma historia, con matices y enfoques distintos, por parte de los sabios, profetas

42 E. JACOB, *Théologie de l'Ancien Testament* (Neuchâtel-Paris 1955) 157-158.

y sacerdotes (Jer 18,8) [43]; reflexiones y meditaciones que se incorporan en el texto, que, por lo mismo, resulta a veces complejo y carente de nexo lógico entre unas partes y otras.

A la corriente universal del pensamiento de los antiguos historiadores semitas paganos, escribe Goossens, es extraño un pueblo, el judío, cuyo optimismo no se basa en la consideración de la sucesión de imperios más o menos gloriosos, sino que encuentra su consolación o satisfacción de orden religioso en la alianza entre Dios y el pueblo escogido. Ya en las primeras fuentes de la tradición hebraica, en los poemas retransmitidos por la tradición, aparece la idea de una bendición que aísla al pueblo escogido. Desde las más antiguas tradiciones narrativas (tradición yahvista), la alianza concluida entre Dios y su pueblo en el Sinaí constituye el eje de la historia, alianza en la cual el historiador posterior no verá otra cosa que la conclusión definitiva de múltiples alianzas y promesas (tradición deuteronómica). De suerte que, gradualmente, se vislumbra la posibilidad de una nueva alianza, tesis que defenderán los esenios de Qumrân y sobre la cual se fundará el cristianismo. Este aspecto de la filosofía de la historia, la alianza de Dios y de su pueblo, no aparece en ninguna parte del Antiguo Oriente fuera del judaísmo, lo que constituye una contribución esencialmente original [44].

La historia bíblica del Antiguo Testamento puede ser, cambiando de escenario, la historia religiosa de la humanidad de todos los tiempos. Por esto mismo atrae cada vez más la atención del hombre moderno, que busca en sus páginas una lección de vida y una solución a los múltiples problemas que tiene planteados. Puede y debe buscar en ellas ejemplos que le muevan a obrar el bien y desechar el mal, pero a condición de leerlas a través de las páginas de la historia sagrada neotestamentaria y de la vida de la Iglesia. En aquéllas se traza la historia de la promesa y de la prehistoria de la Iglesia; en las del Nuevo Testamento se habla de la promesa convertida en una realidad tangible.

Ante la concepción y finalidad religiosa de la historia bíblica viejotestamentaria—lo que aparecerá más claro al estudiar cada libro en particular—, parece ridícula la actitud de los que, prescindiendo de la finalidad de los historiadores sagrados y de la consideración global de su obra, aplican a cada oración gramatical compuesta de sujeto, verbo y predicado; a cada dato y a cada fecha, los cánones y reglas de la crítica histórica moderna. Con su proceder manifiestan que no es su propósito interpretar la Biblia, sino el de someterla al tribunal de la crítica histórica moderna para que la juzgue inexo-

43 «This literature is the accumulation of a people, the archives of a family, a deposit which was not (until the very end of the OT period) a dead letter but was constantly used, reinterpreted, brought ut po date, commented on, expanded» (A. F. MCKENZIE, *Some Problems in the Field of Inspiration:* CBQ 20 [1958] 3). Algunos autores admiten la inspiración, aunque de manera variable y analógica, de todos los autores que han contribuido a la composición del libro tal como lo ha recibido la Iglesia. P. BENOIT, *Les analogies de l'inspiration:* «Sacra Pagina» (Gembloux 1959) vol.1,87; ID., *Inspiration:* «Catholicisme», 5 col.1719; A. GELIN, *La question des «Relectures» bibliques à l'intérieur d'une tradition vivante:* «Sacra Pagina», vol.1,303-315.

44 G. GOOSSENS, *La Philosophie de l'Histoire dans l'Ancien Testament:* «Sacra Pagina», vol.1,250-251.

rablemente, no a base de lo que ha dicho, sino de lo que, según ellos, debía decir. Esta conducta es tanto más lamentable en cuanto que atribuyen muchas veces al historiador sagrado, y, por consiguiente, a Dios, lo que no han querido decir. «Pues no pocas veces, cuando muchos, cacareando, reprochan al autor sagrado haber faltado a la verdad histórica o haber narrado las cosas con poca exactitud, hállase que no se trata de otra cosa que de *los modos de decir y escribir propios de los antiguos*, que a cada paso lícita y corrientemente se empleaban en las mutuas relaciones de los hombres. Exige, pues, una justa ecuanimidad, que al hallar tales cosas en la divina palabra, que con palabras humanas se expresa, no se les tache de error, como tampoco se hace cuando se hallan en el uso cotidiano de la vida. Conociendo, pues, y exactamente estimando los modos y maneras de decir y escribir de los antiguos, podrán resolverse muchas dificultades que contra la verdad y la fidelidad histórica de las Sagradas Escrituras se oponen, y semejante estudio será muy a propósito para percibir más plena y claramente la mente del autor sagrado[45].

Géneros literarios históricos

Dijimos que los historiadores sagrados eran hijos de su tiempo y lugar, imbuidos de la cultura de su época, compartiendo con los otros historiadores contemporáneos, paganos e israelitas, las formas de decir y narrar, los métodos o medios de que se servían los historiadores de aquella época para exteriorizar sus ideas. Unos adoptan un método histórico parecido al de la historiografía moderna; por ejemplo, 2 Sam 9-20; 1 Re 1-2, y, en menos escala, los otros pasajes de Samuel, Reyes, Esdras-Nehemías y 1 de los Macabeos. Otros siguieron un método histórico-profético (Josué), anecdótico-profético (Jueces), narración popular (Rut), midrásico (Crónicas), patético-oratorio (2 de los Macabeos), romanceado o midrásico (Tobit, Judit, Ester).

Una visión profética de la historia da unidad al libro de Josué, en el que, a base de elementos históricos, épicos, etiológicos, deuteronómicos y sacerdotales, narraciones populares y expresiones enfáticas, se describe la epopeya nacional de la conquista y ocupación de Canaán, en la que predomina más el aspecto teológico que el histórico. El autor de los Jueces ha descrito las vicisitudes de un período oscuro de la historia religiosa de Israel, sintetizándolas en una serie de dramas a cuatro tiempos: prevaricación, castigo; arrepentimiento, perdón, con lo que se logra un pragmatismo religioso sorprendente. En el desarrollo de su tesis religiosa emplea el autor fórmulas estereotipadas, números simbólicos, elementos anecdóticos, populares, folklóricos, y echa mano de tradiciones dispares. Los libros de Samuel presentan el aspecto de una compilación a base de materiales históricos de procedencia distinta y valor desigual, que se combinan, entremezclan, recortan o yuxtaponen dando lugar a repeticiones, narraciones dobles, contradicciones aparentes,

[45] *Divino afflante Spiritu*: EB n.560.

enfoque distinto. Se vislumbra en ellos poca precisión histórica, desproporción en la contextura de los diversos episodios que narran; carecen de una cronología sistemática y dan poco relieve a las causas segundas. En los libros de los Reyes aparecen fórmulas estereotipadas, hipérboles, aproximaciones, cronología imprecisa, discursos elaborados o retocados previamente, unión de dos o más hechos distanciados por el tiempo, trasposición cronológica de los hechos, lagunas en la narración, omisiones significativas de sucesos que no encajaban con la tesis religiosa que el autor trata de desarrollar, silencio absoluto sobre los triunfos y éxitos materiales de los reyes poco o nada religiosos, uso frecuente de fuentes de información, que a veces se citan explícitamente y otras no, yuxtaponiéndolas, recortándolas, amplificándolas o entremezclándolas.

Hemos aludido al carácter midrásico de los libros de las Crónicas. Ahora bien, el género midrásico (del verbo hebreo *darash*, *buscar, indagar)* de interpretación, tan generalizado en los tiempos viejotestamentarios, tendía a interpretar las Escrituras con el fin de actualizarlas y descubrir en ellas lo que decían a los hombres de cualquier tiempo y lugar. Una de las formas de este método midrásico es la llamada *haggada*, encaminada a la edificación espiritual de los oyentes en vistas a su formación moral, a la explicación de las fiestas litúrgicas, al comentario doctrinal, valiéndose para ello desde la simple exposición del texto hasta la narración libre injertada en el texto mismo con el fin de ilustrarlo. En todo momento, la finalidad del *midrash* era la de buscar en los textos bíblicos su valor de vida para la vida. Para ello, el intérprete expone las Escrituras utilizando todos los medios a su alcance, con el fin de extraer de sus palabras, o a través de ellas, el sentido que diera una respuesta a los problemas que se planteaban los hombres de cualquier tiempo y lugar[46]. Para lograr estos objetivos, el autor de las Crónicas emplea varias fuentes de información, canónicas y profanas, que maneja con gran libertad, modernizando antiguas expresiones, omitiendo lo que no se ajustaba a su finalidad, abreviándolas, desplazándolas, completándolas, interpretándolas y cambiando palabras y frases.

La historia del primer libro de los Macabeos pertenece al género literario patético, y, conforme al mismo, los números se agrandan o se reducen, se ponen discursos o razonamientos en boca de sus héroes y personajes, se callan los reveses de Israel y se acentúan los defectos y malos designios de sus enemigos. La hipérbole ocupa en el libro un lugar destacado, y las narraciones se adornan con elementos poéticos. Las diversas tradiciones populares sobre algunos hechos se reproducen íntegramente, sin preocuparse su autor de armonizarlas. Y, sin embargo, el lector que recorre sus páginas está convencido de que, a pesar de estos métodos peculiares de escribir una historia, se encuentra ante un libro histórico, cuya naturaleza el exegeta debe determinar. El autor del segundo de los Macabeos, que resume la obra en cinco tomos de Jasón, no pre-

[46] P. Grelot, en «Introduction à la Bible» (Tournai 1957) 174-175.

tende ser un historiador meticuloso, sino más bien se impone como finalidad «proporcionar solaz del alma a los aficionados a leer y dar a los estudiosos facilidades para aprender las cosas de memoria; en una palabra, alguna utilidad a todos aquellos que tomen este libro en sus manos» (2,26). El libro tiene una finalidad parenético-religiosa; pertenece al género histórico patético, ajustándose a sus reglas. Los números se manejan con libertad, dándoseles un significado simbólico; los discursos que se ponen en boca de los personajes han sido en algunos casos elaborados por el autor, que trata de interpretar los sentimientos que embargaban a los personajes en aquellos momentos, o que él juzga que podían tener.

Se duda hasta qué punto los libros de Tobit, Judit y Ester refieren una historia real, objetiva y concreta, no faltando quienes prefieren ver en ellos una historia según las apariencias. Una vez se demuestre con sólidos argumentos que sus autores no pretendieron escribir una historia, sino emplear el género narrativo como vehículo de una verdad, por considerarlo apto para desarrollar una enseñanza religiosa, no habrá inconveniente alguno en admitir que la historia no entraba en el horizonte de sus autores, aunque el aspecto narrativo de sus libros diera pie a que por mucho tiempo se opinara lo contrario. Lo fundamental es determinar bien lo que el autor sagrado quiso decir.

Al señalar en líneas generales los géneros literarios históricos de los libros que vamos a comentar no nos propusimos presentar un catálogo exhaustivo de los mismos, ni tampoco indicar las múltiples interferencias entre ellos. Quisimos únicamente ofrecer al lector un avance de lo que él mismo comprobará tan pronto se familiarice con la lectura de estos libros. Tenga siempre presente que «tales formas literarias no responden a ninguna de nuestras categorías clásicas y no se pueden juzgar a la luz de los géneros grecolatinos o modernos» [47].

Comprobará asimismo el lector que la orientación religiosa general de toda la historia bíblica permite a cada uno de los autores hacer hincapié sobre un aspecto religioso concreto, ya haciendo resaltar la absoluta trascendencia divina, ya poniendo de relieve la actuación de Dios en el mundo o la fidelidad a su palabra, su providencia, su justicia, su acción salvífica, su misericordia, etc. [48]. De todo lo cual deducirá que la historia sagrada tiende a manifestar el designio salvífico de Dios, el progreso de la revelación y las relaciones de Dios para con el mundo y *su* pueblo escogido, que preparan la salud mesiánica. A los hechos y sucesos que se narran

[47] Carta de la Pontificia Comisión Bíblica al Card. Suhard (EB 581).

[48] Cada día se tiende a poner más de relieve entre los exegetas, católicos y protestantes, la riqueza teológica del Antiguo Testamento; pero no están acordes en señalar la idea central en torno a la cual se desarrolla el pensamiento teológico de la revelación viejotestamentaria. Para unos es la idea de Dios, Señor, Rey, Padre, Jefe, Juez; para otros, el Mesías futuro; la alianza entre Dios y la humanidad en el pueblo de Israel; la idea del reino de Dios, que se extiende progresivamente en el mundo; el misterio del pueblo judío o de la Iglesia en su evolución histórica; y, en fin, contemporáneamente, la doctrina sobre Dios, el hombre y la salvación (S. Bovo, *Orientamento teologico-spirituale dello studio dell'AT nella recente rinascita biblica:* «Problemi e Orientamenti di spiritualità monastica, biblica, liturgica» [Edizioni Paoline 1961] 104-107, con abundante bibliografía sobre el particular).

se les asigna en general la función de puntos de partida o de medios para expresar una verdad religiosa.

Los métodos y modos peculiares de decir y narrar de esta historia religiosa podrán desorientar al lector moderno que no sepa leerla en el ambiente en que fue escrita y desconozca los rasgos propios de la psicología semita. Tienen los semitas una concepción peculiar de Dios, del mundo, del hombre y de las cosas. Para nosotros, realistas empedernidos, es *verdadero* sólo lo que corresponde rigurosamente a una realidad objetiva. Por el contrario, los semitas, simbolistas apasionados por las significaciones espirituales y misteriosas, creen que no traicionan a la verdad, sino que la sirven al presentar libremente la realidad exterior con el fin de acentuar más su significación profunda [49]. Ahora bien, Dios no ha comunicado su mensaje sirviéndose de nuestras categorías, sino de las de los antiguos orientales [50]. Por lo mismo, el que, dejando de lado los postulados de las categorías históricas modernas, se traslade con la mente a los tiempos en que fueron escritos cada uno de los libros históricos y tenga en cuenta los géneros literarios usados, caerá en la cuenta de que, con métodos imperfectos, según nuestra mentalidad, los hagiógrafos escribieron bien la historia religiosa que retransmitieron a sus lectores inmediatos y a la posteridad.

Aun conociendo la existencia de tales géneros literarios, no desaparecerán, sin embargo, todas las dificultades, porque, en primer lugar, no será siempre fácil determinar el género literario empleado en un pasaje concreto, ni será posible tampoco trazar una línea que señale estrictamente los límites entre lo que el autor sagrado pretende afirmar y lo que para él tiene valor de medio *apto* de expresión de su pensamiento. Por otra parte, «para saber lo que un autor enseña *(obiectum formale quod)*, no basta considerar la materia de que trata *(obiectum materiale)*, sino que debe buscarse el punto de vista desde el cual la enjuicia o enfoca *(obiectum formale quo)*. Pero, sea que se raciocine de manera inductiva, partiendo del análisis de los libros santos o de la psicología de sus autores, o deductiva, partiendo de la teología de la inspiración, se llegará siempre a esta conclusión evidente: el objeto formal de todos los textos sagrados es el misterio de la salvación» [51].

No se niega que los autores sagrados afirmen la historicidad de muchos de los hechos que refieren, pero aun en este caso no siempre los consideran aisladamente, en sí mismos y por sí mismos, sino en relación con el ordenamiento general de la obra, que, según hemos visto, es religioso. Esta peculiaridad de la historia bíblica puede recortar el horizonte histórico del autor, en el sentido de que puede enjuiciar los hechos en la medida y grado de evidencia con que llegaron a su conocimiento, que, aunque imparcial e imperfecto,

[49] P. Benoit, *Inerrance:* «Catholicisme», l.c., col.1548.

[50] Para conocer la intención del historiador sagrado se debe: 1) distinguir en él entre el hombre sujeto a error y el escritor que, por la inspiración, es infalible; 2) fijarse en la manera como los hombres de un tiempo y lugar suelen expresarse; 3) tener presente el genio oriental y los caracteres propios de las lenguas semíticas; 4) discernir bien los géneros literarios; 5) conocer al escritor y simpatizar con él; 6) no olvidar que un hombre no pretende siempre hablar de las cosas tal como son en sí (G. Courtade, *Inspiration:* DBS col.534-545).

[51] Grelot, *Le sens chrétien de l'Ancien Testament:* l.c., 424-425.

bastaba para su finalidad proponerlos en esta medida y modalidad, como sostén de la verdad o verdades que pretendía primariamente inculcar. Lo importante, pues, es ver y definir en cada caso lo que pretendió decir el autor sagrado y determinar el método y los modos de decir y narrar que empleó como medios de expresión [52].

El problema de la moralidad en los libros históricos [53]

A medida que el lector se familiarice con la lectura de estos libros, tropezará con narraciones que herirán sus sentimientos, creyendo que se oponen a la regla de moralidad enseñada por Cristo y propuesta por la Iglesia como pauta de vida. Citemos unos ejemplos. Josué entregó al anatema *(herem)* las ciudades de Jericó (Jos c.7), de Hai (8,8.22-24.28-29), de Maseda (10,28), de Libna (10,30-31), de Laquis (10,32), de Eglón (10,35), de Hebrón (10,37), de Dabir (10.39-40), de Jasor (11,10-15). Al rey Adonisedec se le amputaron los pulgares de las manos y de los pies (Jue 1,6); Jefté sacrificó a su hija (Jue 11,39); Samuel descuartizó al rey Agag (1 Sam 15,33); David entregó a los gabaonitas siete de los hijos de Saúl, que fueron muertos y colgados en el monte ante Yahvé (2 Sam 21,3-9). Amasías ejecutó a diez mil cautivos en Edom (2 Crón 25,12); la represión de Jehú fue brutal y sanguinaria (2 Re c.9-10); la venganza de los judíos, tal como se describe en el libro de Ester, fue despiadada (Est 9,1-16). Los enviados de Ocozías fueron abrasados por el fuego caído del cielo a petición de Elías (2 Re 1,9-16); dos osos devoraron a cuarenta y dos muchachos que escarnecieron a Eliseo (2 Re 2,24); Elías degolló a los sacerdotes de Baal (1 Re 18,40). Jael es alabada por Débora por haber dado muerte traidoramente a Sísara (Jue 5,24); Judit desplegó toda su astucia femenina para seducir y engañar a Holofernes, recurriendo a la mentira y palabra de doble sentido (Jdt c.10-13); Ester entra voluntariamente a formar parte del harén real, etc. A todo esto habría que añadir los sentimientos de odio y de venganza, las maldiciones lanzadas contra los enemigos de Israel y las imprecaciones, que tanto abundan sobre todo en los Salmos.

La moral sexual del Antiguo Testamento es deficiente en comparación de la que predicó Cristo. Se narran hechos poco edificantes; se autoriza la práctica de la poligamia, del divorcio (Deut 14,4); se tolera la vida licenciosa de los soldados (Deut 21,10-14), etc.

[52] «Ce qu'il importe de bien comprendre, c'est que cette méthode des genres littéraires ne se présente pas comme une procedé subjectif d'exégètes modernes, venant juger le passé avec leur cadre de pensée d'aujourd'hui, mais comme une *recherche objective des intentions* des auteurs d'alors, ainsi que du *milieu* de *pensées* dans lequel ils vivaient. Ce que les défenseurs de cette méthode demandent, c'est de pouvoir étudier les écrivains inspirés *exactement tels qu'ils étaient*. En precisant le degré de culture qu'ils avaient atteint, la documentation qu'ils avaient utilisés, la manière dont ils concevaient le récit d'un fait passé, l'intention qui les guidait dans ce récit. Alors seulement on pourra *comprendre* parfaitement, et savoir en conséquence ce que Dieu voulait nous dire par eux» (J. LEVIE, *L'encyclique sur les études bibliques* [Tournai-París 1946] 49).

[53] M. DE TUYA, *El problema bíblico de las «imprecaciones»: principios de solución:* «Ciencia Tomista», 78 (1951) 171-192; 79 (1952) 3-29; J. LEVIE, *La Bible parole humaine et message de Dieu* (París-Louvain 1958) 261-175; H. KRUSE, *De inferioritate morali Veteris Testamenti:* VD 28 (1950) 77-88; A. GELIN, *Problèmes d'Ancien Testament* (París-Lyón 1952) 71-92; E. GALBIATI-A. PIAZZA, *Pagine difficili della Bibbia* (Génova-Milano 1954) 309-332; L. JOHNSTON, *Old Testament Morality:* CBQ 20 (1958) 19-25; J. G. TRAPIELLO, *El problema de la moral del Antiguo Testamento:* «Verdad y Vida», 20 (1962) 95-122.

¿Cómo se explican estas imperfecciones en un libro que, según opinión común de los Santos Padres, es la carta que Dios misericordioso escribe a sus hijos de la tierra para enseñarles el camino del cielo? Como principios generales de solución señalamos los siguientes:

1) *Verdadero concepto de la inspiración bíblica.*—Ya hemos indicado más arriba que el carisma de la inspiración difiere del de la revelación. Por aquél no deposita Dios en la mente del hagiógrafo ideas que le fueran desconocidas, sino que le excita y mueve a escribir lo que conocía ya. Por esto se reflejarán en el libro sus conceptos morales poco evolucionados, sus características y rasgos, sus debilidades e imperfecciones. Las imperfecciones y deficiencias que en el orden moral e ideológico pudieran señalarse en la mentalidad de un escritor inspirado, han sido permitidas por Dios en su instrumento sin menoscabo de la misión fundamental que le había confiado dentro del plan de la economía de la revelación. Sería hacer injuria a Dios y al hagiógrafo negarse a reconocer las limitaciones que el ambiente, la formación, las circunstancias personales han impuesto a los autores sagrados en la formulación de su mensaje [54]. Junto, pues, con lo contingente y accidental impuesto por las limitaciones de tiempo y lugar del hagiógrafo, a las que Dios condicionó su misiva, se encuentra en la Biblia el mensaje espiritual y eterno, verdadero para los hombres de todos los tiempos.

2) *Pedagogía de la revelación divina.*—Téngase en cuenta el hecho de la adaptación y de la condescendencia divinas al nivel moral del pueblo escogido. Dios escogió a Israel en su ambiente social y étnico concreto, en un nivel moral y religioso que no era superior al de los otros pueblos circunvecinos. Las directrices que le impartió debían adaptarse a las costumbres ancestrales de este pueblo, a su manera de comprender, a sus reacciones morales espontáneas. Lentamente fue Dios modelando a este pueblo, educándolo moral y religiosamente durante largos siglos con una pedagogía paciente, descubriéndole en cada etapa un aspecto nuevo de su misterio de acuerdo con su capacidad. Aun en materia religiosa toleró Dios largo tiempo concepciones *primitivas*, costumbres groseras, que más tarde serían corregidas. La Biblia es el reflejo de esta larga historia; en ella quiso Dios que se narrara este lento caminar hacia la perfección evangélica. Esta educación fue lenta y difícil, por tener que realizarse, no sobre una humanidad ideal o sobre sujetos superdotados, sino en una humanidad muy real, tal como el pecado la había modelado, y no cesaba de modelarla, en una humanidad encadenada por las pasiones y a menudo rebelde a las llamadas divinas [55].

Sería erróneo considerar todas las órdenes que imparte Dios en el Antiguo Testamento como definitivas; deben más bien juzgarse como leyes condicionadas por la dureza del corazón humano, como una adaptación divina a la debilidad humana. Así lo expresó Cristo al decir: «Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés

[54] J. PRADO, *Síntesis bíblica*, I: *Orientaciones* (Madrid 1958) 54.
[55] LEVIE, l.c., 271.

repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así» (Mt 19,8). En Mt 5,21-48 señala Cristo el carácter de la revelación progresiva del Antiguo Testamento, demostrando que las fórmulas antiguas eran insuficientes para la salvación, y que, por consiguiente, tenían necesidad de un complemento doctrinal o de una corrección formal [56].

Cotejando la moral del Antiguo Testamento con la de los otros pueblos antiguos orientales, vemos que también en este aspecto Israel se aventajó a ellos, lo cual se debe a una acción especial de Dios. Pero, sin embargo, no removió Dios todos los obstáculos que impedían a su pueblo la consideración de lo más perfecto, por no juzgarle capacitado para comprenderlo, por hallarse todavía en su infancia, dominado por los elementos de este mundo (Gál 4,3). Y así como un padre no exige de su hijo pequeño la perfección que reclama y espera de otro mayor, el Padre celestial transigió con Israel en muchas cosas que, por razón de los tiempos, ignoraba invenciblemente. Otras veces Dios aprueba y aun provoca estas cosas, dirigiendo las conciencias hacia pecados materiales que se cometían de buena fe [57]. De esta manera se aprueban en el Antiguo Testamento costumbres que, consideradas materialmente, no alcanzan la norma de la ley natural tal como la conocemos por el Nuevo Testamento. Vemos en el Antiguo Testamento una evolución ética (y también dogmática) en el pueblo escogido como en los otros, correspondientes a la evolución intelectual del género humano [58].

No es, pues, el Antiguo Testamento un manual acabado de vida espiritual, ni un epítome de moral perfecta. Pero en esta historia viejotestamentaria de la acción salvífica de Dios encontramos a cada paso lecciones saludables que incitan a evitar el mal y a practicar el bien. Ante episodios y expresiones que hieren nuestros sentimientos morales sólo cabe dar gracias a Dios por habernos concedido la gracia de leer las páginas bíblicas viejotestamentarias después de que el Verbo encarnado dijo su última palabra.

Sin haber llegado a la perfección evangélica, vemos, sin embargo, que en el Antiguo Testamento existe realmente una ascensión y progresión hacia concepciones morales más perfectas. Por ejemplo, la institución de la ley del *herem* (anatema, exterminio) (Lev 27, 28-29) se basaba en la concepción de la guerra, que declaraba y capitaneaba Dios (Ex 17,15; Jue 5,23), al que pertenecía el botín, en todo o en parte, según las modalidades fijadas por El (1 Sam 15, 2-3) o por los jefes (Jos 6,17). Los cananeos debían ser aniquilados por razón del peligro religioso que representaban para Israel (Deut 20, 16-18). Pero esta ley no fue nunca una regla absoluta, y fue suavizándose con el tiempo, perdiendo aquel aspecto cruel que había heredado de las civilizaciones paganas. El *herem* estaba en uso entre los moabitas, como aparece de la estela de Mesha. De los antiguos germanos escribe Tácito: «Victores diversam aciem Marti ac Mercurio sacravere, quo voto equi, viri, cuncta victa occisioni dantur» (*Ann.* 23,57).

[56] LEVIE, l.c., 271.
[57] KRUSE, l.c., 86.
[58] KRUSE, l.c., 87-88.

Los otros actos de crueldad que hemos citado encuentran también su explicación en las concepciones de su tiempo. Si a Adonisedec (Jue 1,6) se le amputaron los pulgares para inutilizarle para la guerra, el amonita Najas había amenazado a los habitantes de Jabes Galaad con arrancarles el ojo derecho para impedirles el manejo del arco y del escudo (1 Sam 11,2). A la matanza de los sacerdotes de Baal había precedido la de los verdaderos profetas (1 Re 18,22). El mismo Dios reprueba el excesivo celo de Elías (1 Re 19,12-13). Quizá la acción de los osos contra los cuarenta y dos muchachos fuera menos trágica de lo que parece sugerir el texto de 2 Re 1,24. Las matanzas de Jehú son reprobadas por Oseas (Os 1,4-5).

En todos los casos análogos se debe determinar el género literario del libro o pasaje, las características de la lengua hebraica, la rica imaginación de los escritores orientales, su predilección por las hipérboles y exageraciones, el estilo de cada autor, su finalidad, etc., con lo cual se podrá colegir fácilmente que las más de las veces los hechos narrados obedecen a una exageración consciente. Tampoco aparece siempre clara la mente del autor sagrado sobre la moralidad del hecho que refiere, que muchas veces retransmite simplemente, sin pronunciarse a favor o en contra. Sucede que, en algunos pasajes, la orden de exterminio procede de Dios. Pero aun en estos casos no debe olvidarse que la lengua hebraica no se presta a matizaciones del pensamiento, no distinguiendo entre las diversas causalidades. A menudo se deja de lado la acción de las causas segundas, atribuyéndose todo a Dios, aun las cosas más triviales. En fin, téngase presente que los personajes protagonistas de esta historia distan mucho de ser todos ellos un dechado de virtudes.

Estas breves notas introductorias orientarán al lector que tome en sus manos este comentario a los libros históricos del Antiguo Testamento, que, aunque breve, le facilitará la inteligencia del mensaje divino, expresado por medio del género literario narrativo y según los modos de decir y narrar de los tiempos y lugares de cada uno de los autores humanos que intervinieron en su composición en calidad de instrumentos vivos y racionales movidos sobrenaturalmente por Dios.

BIBLIOGRAFIA GENERAL SELECTA

1) Texto sagrado

R. KITTEL, *Biblia Hebraica* 7.ª ed. (Stuttgart 1951); A. RAHLFS, *Vetus Testamentum graece iuxta LXX Intr.* 2 vol. (Stuttgart 1935); *Biblia Sacra cura et studio Monachorum Abbatiae St. Hieronymi in Urbe* (Roma).

2) Textos profanos

Corpus Inscriptionum Semiticarum (París); H. GRESSMAN, *Altorientalische Texte und Bilder zum Alten Testament* (Berlín 1926); D. DIRINGER, *Le Iscrizioni antico-ebraiche palestinesi* (Firenze 1934); S. MOSCATI, *L'Epigrafia ebraica antica* (Roma 1951); J. B. PRITCHARD, *Ancient Near Eastern texts relating to the Old Testament* (Nueva Jersey 1955); H. MICHAUD, *Sur la pierre et l'argile* (Neuchâtel-París 1958); E. JACOB, *Ras Sahmra-Ugarit et*

l'Ancien Testament (Neuchâtel-París 1960); F. MICHAELI, *Textes de la Bible et de l'Ancien Testament* (Neuchâtel-París 1961).

3) Geografía

F. M. ABEL, *Géographie de la Palestine* 2 vols. (París 1933-1938); ADAM SMITH, *The historical Geography of the Holy Land* (Londres 1947); L. H. GROLLENBERG, *Atlas de la Bible* (París-Bruselas 1955); P. LEMAIRE-D. BALDI, *Atlante storico della Bibbia* (Turín 1955); J. SIMONS, *The geographical and topographical texts of the Old Testament* (Leiden 1959); GOBIERNO DE ISRAEL, *Views of the Biblical World* 5 vols. (Jerusalén 1961).

4) Arqueología

H. VINCENT, *Canaan d'après l'exploration récente* (París 1907); C. WATZINGER, *Denkmäler Palästinas* 2 vols. (Leipzig 1933-1935); A. G. BARROIS, *Manuel d'archéologie biblique* 2 vols. (París 1939-1953); W. F. ALBRIGHT, *The archaeology of Palestine and the Bible* 3.ª ed. (Nueva York 1935); ID., *From the Stone Age to Christianity* 2.ª ed. (Baltimore 1946); ID., *Archaeology and the Religion of Israel* 2.ª ed. (Baltimore 1946); G. E. WRIGHT, *The Pottery of Palestine from the Earliest Times to the end of the Early Bronze Age* (New Haven 1938); N. GLUECK, *The other side of the Jordan* (New Haven 1940); ID., *The river Jordan* (Filadelfia 1946); A. ROLLA, *La Bibbia di fronte alle ultime scoperte* (Roma 1959); R. DE VAUX, *Les institutions de l'Ancien Testament* 2 vols. (París 1958-1960); M. NOTH, *Der Beitrag der Archaeologie zur Geschichte Israel:* VT (Suppl.) 7 (1960) 262-282.

5) Diccionarios, enciclopedias

Dictionnaire de la Bible (Vigouroux); *Dictionnaire de la Bible, Supplément* (Robert-Cazelles); K. GALLING, *Biblisches Reallexikon* (Tubinga 1937); W. CORSWANT, *Dictionnaire d'archéologie biblique* (Neuchâtel 1956); J. HASTINGS, *A Dictionnary of the Bible* 2.ª ed. (Edinburg 1963), preparada por F. C. GRANT-H. H. ROWLEY; X. LEON-DUFOUR, *Vocabulaire de théologie biblique* (París 1962); Bo REICKE-LEONHARD ROST, *Biblisch-historisches Handwörterbuch* (Gotinga 1962); *Interpreter's Dictionnary of the Bible* 4 vols. (Nueva York 1962); H. HAAG-A. VAN DEN BORN-S. DE AUSEJO, *Diccionario de la Biblia* (Barcelona 1963).

6) Historias generales de Israel

R. KITTEL, *Geschichte des Volkes Israel* 6.ª ed. (Gotha 1925); O. E. OESTERLEY-T. H. ROBINSON, *A History of Israel* 2 vols. (Oxford 1945); J. RICCIOTTI, *Storia d'Israele* (Turín 1935); J. PEDERSEN, *Israel. Its life and culture* 4 vols. (Copenhague 1926-1940); R. DE VAUX, *Israel: Dictionnaire de la Bible, Suppl.*, col.730-777 (París 1949); M. NOTH, *Geschichte Israels* (Gotinga 1954); C. SCHEDL, *Geschichte des Alten Testaments* 3 vols. (Innsbruck-Viena 1956-1959); A. ALT, *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israels* 3 vols. (Munich 1953-1959); J. BRIGHT, *The History of Israel* (Westminster 1959); J. KAUFMANN, *The Religion of Israel. From its beginnings to the Babylonian exile* (Chicago 1960); ANDRÉS y RENEE NEHER, *Histoire biblique du peuple d'Israël* (París 1962).

7) Introducciones generales

A. MILLER-A. METZINGER, *Introductio specialis in V. Testamentum* (Roma 1946); A. ROBERT-A. TRICOT, *Initiation biblique* (París-Tournai 1954); O. EISSFELD, *Einleitung in das Alte Testament* (Tubinga 1956); A. ROBERT-A. FEUILLET, *Introduction à la Bible* vol.1 (París 1957); B. MARIANI, *Introductio in libros sacros V.T.* (Roma 1958); P. GRELOT, *Le sens chrétien de l'Ancien Testament* (Tournai 1962).

J O S U E

INTRODUCCION

Título

En el texto masorético lleva el título de *Yehoshua*, que la versión de los LXX conserva, adoptando, sin embargo, la forma nominal más reciente de *Yesua* (Neh 8,17). San Jerónimo reproduce el encabezamiento hebraico y griego del libro al escribir: «Josue Bennun, id est Iesus Nave».

En el canon judío el libro de Josué ocupa el primer lugar entre los de la segunda clase, llamada «Profetas anteriores» [1], e inicia en el canon eclesiástico la serie de los libros históricos por antonomasia del Antiguo Testamento. Este lugar destacado en el canon se ha mantenido constantemente a través de los siglos y en todos los manuscritos por razón del prestigio que alcanzó Josué entre los hebreos por estar íntimamente unido a Moisés, del cual fue asiduo colaborador y fiel ministro *(mesharet)* en vida (Ex 17,8-16; 24,13; 33,11; Núm 14,30-38) e inmediato sucesor suyo al morir sobre el monte Nebo, en los umbrales de la tierra prometida. Fue Josué fuerte en las batallas y grande en la salud de los elegidos del Señor, conforme a su nombre (Ecli 46,1-8).

Argumento y división

El argumento desarrollado en el libro de Josué es transparente. Antes de morir transmite Moisés toda su autoridad a Josué (Núm 27, 18-23), que pasa a ser el caudillo indiscutible de Israel en la empresa de la conquista de la tierra prometida y de su distribución entre las doce tribus. Estaba lleno del espíritu de sabiduría, pues había puesto Moisés sus manos sobre él (Deut 34,9). Moisés le confió la misión de velar por la estricta observancia de la Ley, conducir al pueblo en la conquista de Canaán y distribuir su territorio entre las tribus.

El libro se divide en dos grandes partes: conquista de la tierra de Canaán (c.1-12) y distribución de la misma entre las tribus (c.13-21). Siguen al final del libro (c.22-24) algunos apéndices.

Texto

El libro de Josué fue escrito originariamente en hebreo. Al cotejar el texto hebraico con el texto griego de los LXX se encuentran diferencias sensibles. De ahí que haya surgido entre los críticos cierta discrepancia tocante a la valoración de ambos textos. Unos se declaran abiertamente en favor del texto griego (Hummelauer, Clamer, Schulz), otros por el hebraico (Noth, Dillmann, Ca-

[1] M. LAMBERT, *Les premiers et les derniers prophètes:* «Revue des Etudes Juives», 66 (1913) 136-138.

les). La posición más aceptable es la de aquellos que rehuyen los apasionamientos y proceden en cada caso de un modo ecléctico, de conformidad con las reglas de crítica textual, interna y externa.

El texto griego está muy lejos de presentarse uniforme, y las variantes se acentúan a propósito de los nombres geográficos. Es tanta a veces la diferencia entre los diversos códices que A. Rahlfs [2] ha publicado en un cuadro sinóptico los capítulos 15 y 19 de los códices B, A. Algunos críticos han contribuido eficazmente a dilucidar los problemas que ofrece el texto griego de Josué [3].

Autor

El título del libro y el texto de Ecli 46,1 «Josué, hijo de Nun, sucesor de Moisés en la dignidad profética», dieron ocasión de atribuir a Josué el libro que lleva su nombre. Sin embargo, el título se refiere al contenido del mismo, no a su autor. El mencionado texto de Ecli 46,1 dice solamente que Josué sucedió a Moisés en la misión profética (Ex 24,13; 33,11; Núm 11,28; Jos 1,1). Una antigua tradición talmúdica *(Baba Bathra* 14b), según la cual «Josué escribió su libro y los últimos ocho versos de la Ley», tuvo poco eco en la tradición cristiana primitiva, rechazándola Teodoreto [4], el Seudo-Atanasio [5] y San Jerónimo [6]. La sentencia de que Josué escribió su libro es rechazada unánimemente por los autores modernos, y los argumentos aducidos en su favor carecen de sólido fundamento [7].

A falta de argumentos externos que decidan la cuestión de autor, forzoso es recurrir a argumentos de índole interna. Del examen del libro aparece que en su redacción actual se refieren hechos sucedidos después de la muerte de Josué (15,13-19; 19,47; 13,30). La observación de 4,14: *Y éstos* (los israelitas) *le respetaron como habían respetado a Moisés todos los días de su vida*, y la frase tantas veces repetida: *hasta el día de hoy*, sugieren que hubo un intervalo de tiempo entre los hechos que se refieren y su redacción por escrito. Decisivo es el siguiente testimonio de 24,31: *Israel sirvió a Yahvé durante toda la vida de Josué y durante toda la vida de los ancianos que le sobrevivieron y conocían cuanto había hecho Yahvé en favor de Israel.*

¿Cómo fue escrito el libro de Josué? «En ningún otro libro bíblico existen tantos indicios de una compilación como en el de Josué» [8]. Para explicar la manera como se llevó a cabo la composición del libro, algunos críticos independientes le aplican la teoría clásica documentaria, mientras que otros invocan la teoría reciente de la «historia de las formas». Los descubrimientos arqueológicos y el conocimiento de antiguos textos y monumentos aconsejan abandonar la hipótesis de los cuatro documentos fundamentales (J, E, D, P), que fue clásica en un tiempo.

[2] *Septuaginta* (Sttugart 1935).

[3] Véanse A. MARGOLIS, *Specimen of a new Edition of the Greek Yeshua:* «Jewish Studies in memory of Israel Ahrahams. The Alexander Kohut Memorial Foundation» (New York 1927) 307-323; IDEM, *The Book of Joshua in Greek* (New York 1931-1938) (incompleto, ed. crítica del texto de Josué c.1-19,31); IDEM, *Corrections in the Apparatus of the Book os Joshua in Cambridge Septuagint:* «Journal of Biblical Literature», 49 (1930) 234-264; O. PRETZL, *Die griechischen Handschriftengruppen im Buche Josue untersucht nach ihrer Eigenart und ihrem Verhältnis zueinander*: B 9 (1928) 377-427-; IDEM, *Der hexaplarische und tetraplarische Septuagintatext des Origenes in den Büchern Josue und Richter:* «Byzantinische Zeitschrift», 30 (1929-1930) 262-268. Para un estudio comparativo entre el texto hebraico y griego, véanse: S. HOLMES, *Joshua. The Hebrew and Greek text* (Cambridge 1914); CH. D. BENJAMIN, *The variations between the Hebrew and Greek text of Joshua c.1-9* (Philadelphia 1921). Después de los estudios de Margolis, los autores más recientes se inclinan por el texto masorético.

[4] *Quaest. in Ios.* 14: PG 80,473.

[5] *Synopsis* 10: PG 28,309.

[6] *Epist.* 53: PL 22,546.

[7] H. HÖPFL-MILLER-METZINGER, *Introductio specialis in Vetus Testamentum* (Roma 1946) 124-125; B. MARIANI, *Introductio in libros sacros Veteris Testamenti* (Roma 1958) 123-124.

La aplicación de la «historia de las formas» al libro de Josué es obra principalmente de Noth, que desarrolló en varios escritos [9]. Noth reacciona contra la asimilación literaria del libro de Josué con el Pentateuco y niega que haya existido jamás un hexateuco. Señala las diferencias de forma y contenido entre las tradiciones de Josué y las narraciones del Pentateuco. Devuelve al libro su independencia absoluta y lo examina por sí mismo. Distingue dos secciones: *Geográfica* (c.13-21) e *Histórica* c.1-12.22-24. La teoría de Noth tiene el mérito de reconocer una notable antigüedad a las fuentes documentales que están en la base del libro, no tanta como sería de desear [10], y de haber rechazado la antigua teoría documentaria. Su mayor desliz está en negar valor histórico a las narraciones, que considera como estrictamente etiológicas.

Ya hemos indicado que el libro presenta el aspecto de una compilación de documentos contemporáneos o muy poco posteriores a los acontecimientos, que un redactor tardío reunió y ordenó con el fin de desarrollar una tesis religiosa con base histórica. Cada pueblo conserva tenazmente los hechos más salientes de su historia nacional, que se recuerdan y comentan con orgullo. Aparte de la inspiración alada de los poetas y profetas, que los exaltan y revisten con detalles pintorescos, existe la consignación desapasionada de los mismos encaminada a servir de lección y estímulo para las generaciones posteriores. No puede determinarse el tiempo preciso en que las tradiciones orales se fijaron por escrito. Algunos quieren que parte del libro fue escrita antes de Salomón (16,10, comparado con 1 Re 9,16) y aun antes de David (15,63, comparado con 2 Sam 5,6-8). Algunos textos sugieren una época más tardía, tales como los que distinguen entre tierra de Judá y de Israel (11,21), denominación que entró en uso después de la división del reino bajo Roboán. Cree Baldi que la última redacción del libro se hizo en los tiempos de Ezequías (716-687) o de Josías (640-609). La mano de un redactor deuteronomista se reconoce en c.1; 8,30-35; 12,23. Dhorme admite que el libro fue compuesto en Jerusalén después de la promulgación del Deuteronomio (622-621 a.C.). La influencia sacerdotal se vislumbra en 3,6.15.17; 6,1-16 y otros lugares. La redacción definitiva pudo tener lugar durante el exilio o inmediatamente después, pero es indudable que se utilizaron materiales muy antiguos, contemporáneos unos y poco posteriores a los acontecimientos otros. En el exilio, Israel se reconcentró en sí mismo y reflexionó

[8] M.J. LAGRANGE *Le livre des Juges* (París 1903) 26.

[9] *Das System der Zwölf Stämme Israels* (Stuttgart 1930); *Studien zu den historisch-geographischen Dokumenten des Josuabuches:* «Zeitschrift des deutschen Palästina Vereins», 58 (1935) 185-255; *Das Busch Josua* (Tübingen 1938).

[10] R. DE VAUX: RB 47 (1938) 462-463.

acerca de las causas que lo motivaron. Un examen filosófico-teológico de la historia demostraría a Israel que era él mismo el que se había labrado su ruina a causa de su infidelidad al pacto de la alianza. El libro de Josué es un capítulo de esta historia, en la cual se prueba que Dios cumplió todas sus promesas hechas a los patriarcas (Gén 12,7) de dar a su descendencia la tierra de Canaán, venciendo a todos los pueblos que en ella habitaban (24,18). Para el autor sagrado, la conquista de Canaán por los israelitas no es un acontecimiento profano, sino teológico.

La fecha del Exodo

Dos son las sentencias sobre esta cuestión: 1) unos colocan el Exodo en tiempos de Amenofis II (c.1450-1425); 2) otros en el reinado de Mernefta (1234-1224). Los argumentos que aportan los patrocinadores de la primera sentencia se basan en la cronología bíblica (1 Re 6,1), en los resultados arqueológicos de las excavaciones practicadas en Jericó y Hai, en la presencia de los Khapiru en la carta de Abdikhiba a Amenofis III y en la mención de Israel en la estela de Mernefta. Pero todos estos argumentos no tienen valor, según ha demostrado Drioton [11].

La historia de Moisés y del Exodo debe colocarse en un tiempo en que los faraones residían en la zona del Delta, donde llevaron a cabo grandes construcciones. Ahora bien, estas circunstancias solamente se dieron en tiempos de la 19 dinastía. La ciudad donde trabajaban los hebreos llamábase Ramsés (Gén 47,11; Ex 1,11), del nombre del faraón Ramsés II (1298-1232), ciudad que estuvo emplazada o bien en Tanis, como quiere M. Montet, o en Qantir, a 25 kilómetros al sur de Tanis. El resultado de las excavaciones arqueológicas de Montet es favorable a la fecha del Exodo bajo el Ramsés que creó la ciudad que lleva su nombre [12].

Un argumento decisivo se encuentra en el panorama político de Siria y Palestina desde 1500-1200. Unicamente en un período de debilidad política y militar de Egipto pudo producirse la conquista de Canaán por Josué. Ahora bien, esta decadencia egipcia se acentuó al fin de la 19 dinastía y se mantuvo bajo la 20, coincidiendo con la ruina del imperio hitita [12 *]. Ni Josué ni los Jueces fueron nunca molestados por los faraones de Egipto, replegados en su territorio, lo que no sucedía en tiempos de Tell el-Amarna. Además, los reinos de Moab y Edom, que encontraron los israelitas en su viaje a Palestina, se fundaron en el siglo XIII. Terminamos diciendo

[11] E. DRIOTON, *La date de l'Exode:* «Revue d'Histoire et de Philosophie religieuse», 35 (1955) 36-49.

[12] P. MONTET, *Les nouvelles fouilles de Tanis (1929-1932)* (París 1933); IDEM, *Le drame de Avaris* (Paris 1940); B. COUROYER, *La Résidence ramesside de Delta et la Ramsés biblique:* RB 53 (1946) 75-98. Sobre la identificación con Qantir: M. HAMZA, *Excavations of the Department of Antiquities at Qantir (Faqus Distric)*, «Annales du Service des Antiquités de l'Egypte», 30 (1930) 64-68; LABIB HABACHI, *Khata'na-Qantir:* ibid. 52 (1924) 443-562. Sobre Ramsés III, ver W. F. EDGERTON-J. A. WILSON, *Historical Records of Ramses III* (Philadelphia 1936).

[12*] Sobre los hititas y pueblos afines: E. CAVAIGNAC, *Les Hittites* (París 1950); G. CONTENEAU, *La civilisation des Hittites et des Hurrites de Mitanni* (París 1948); H. H. ROWLEY-*From Joseph to Josuah* (Londres 1950); R. DE VAUX, *Etudes sur les Hurrites:* «Vivre et Penser», 1 (1941) 194-211; S. MOSCATI, *Storia e Civiltà dei Semiti* (Bari 1949); IDEM, *Le antiche civiltà semitiche* (Bari 1958).

que la entrada en Canaán se produjo en un momento en que Egipto, dividido interiormente, perdió su influencia sobre Palestina. Este momento fue o durante los últimos años de Mernefta (1232-1224) o durante el reinado de Ramsés III (1198-1166) [13].

Los israelitas salieron de Egipto camino de Palestina. Intentaron penetrar en el territorio por la región de Cades, pero los rechazaron los cananeos de Tell Arad (Núm 14,45; 21,1). Algunos grupos de calebitas y quenitas penetraron por el sur directamente [14]. No está fuera de lugar suponer, dicen Lemaire-Baldi, que los motivos que aconsejaron a los israelitas renunciar a su plan primitivo de penetrar en Palestina por el sur se basaban en la acción de Mernefta y Ramsés III en Palestina, ocupados en atajar la marcha de «los pueblos del mar» hacia Egipto. Al entrar los israelitas en Palestina, el territorio estaba habitado por varios pueblos y razas. Quedaban restos de los antiguos cananeos, amorreos, jebuseos, fereceos. En cuanto a los hititas, bajo la presión de Salmanasar I (c.1266-1236) caminaban hacia su ruina. Después de la muerte de su rey Hattusil perdieron todo el territorio de Mitanni y poco después las regiones del alto y medio Eufrates. En Palestina quedaron algunos islotes de hititas; los de Gabaón y otras tres ciudades inventaron una estratagema para evitar el ataque militar de Josué y de su ejército.

La conquista fue lenta y duró muchos años. En la llanura fueron inferiores a sus enemigos, equipados con carros de combate tirados por caballos; en las montañas, y al amparo de los bosques, se creían más fuertes y seguros. Si la campaña no fue tan brillante como da a entender una lectura superficial del libro de Josué; si muchas ciudades resistieron a su empuje, más que a su inferioridad técnica debe achacarse a la infidelidad del pueblo para con Dios. Ahí debe buscarse la raíz más honda de los fracasos de que se habla en el libro de los Jueces (c.1). Yahvé es ciertamente un Dios poderoso, es Yahvé Sebaot (Sal 24,8-10), que combatía por Israel (Jos 10,14); pero su intervención efectiva en la campaña era mayor o menor según la conducta del pueblo para con El.

[13] Véase R. DE VAUX, *La Palestine et la Transjordanie au IIe millénaire et les origines israélites:* ZAW 38 (1938) 225-237; W. F. ALBRIGHT, *The Israelite conquest of Canaan in the Light of Archeology:* BASOR 74 (1939) 11-23; E. DRIOTON, *La date de l'Exode* l.c.; H. CAZELLES, *Donées géographiques sur l'Exode:* RHPHR 35 (1955) 51-58; IDEM, *Les localisations de l'Exode et la critique littéraire:* RB 62 (1955) 321-364; LEMAIRE-BALDI, l.c. El papiro Harris I da unas listas de los tiempos de Ramsés III: «... guerreros, hijos de príncipes, *maryanu* (guerreros asiáticos), *apiru* y gentes establecidas en el lugar: 2.093 personas» (PRITCHARD, 261). Se habla de los *Apiru* (Khapiru, Hapiru, Habiru) en las tablillas de Mari (A. PARROT, *Les Tablettes de Mari et l'Ancien Testament:* RHPhR, 30 [1950-4], en Ras Shamrah; E. JACOB, *Ras-Shamrah et l'Ancien Testament* (Paris 1960) 78; R. DE LANCHE, *Les Textes de Ras Shamrah-Ugarit et leurs rapports avec le milieu biblique de l'A. T.* (París 1945) 458-466 y en las de Tell el-Amarna (PRITCHARD, 483). Los hebreos entran en la denominación común de *Hapiru*, pero no todos los *Hapiru* son hebreos. J. LEWY, *A new Parallel between Habiru and Hebrew:* «Hebrew Union College Annual», vol.15 (Cincinnati 1940) 47-58; J. BOTTERO, *Le Problème des Habiru à la 4ème rencontre Assyriologique Internationale* (París 1954); M. GREENBERG, *The Habiru* (New Haven 1955).

[14] Jue 1,16-17, comparado con Núm 21,3; Jue 1,9-15, comparado con Jos 15,13-19. Pudo darse que entre los grupos confederados con Josué algunos no descendieran a Egipto o regresaran de allí antes (J. DELORME, *Introduction à la Bible*, 399; A. A. FERNÁNDEZ, *¿Hubo éxodo premosaico? ¿Estuvo Palestina habitada por israelitas durante la estancia de Israel en Egipto?:* EB 4 [1932] 161-175; F. SCHMIDTKE, *Die Einwanderung Israels in Kanaan*, Leipzig 1933).

Ambiente cultural y religioso

Los exploradores enviados por Josué a la tierra prometida quedaron atónitos al contemplar sus riquezas naturales, el grado de cultura y talla de sus habitantes (Núm 13,28-34). A estas riquezas naturales se juntaba un grado de cultura muy desarrollado, que se manifestaba en la construcción de las ciudades «grandes y amuralladas». El fondo de esta cultura era cananeo, hitita, con influencia egipcia y egea. Palestina ocupaba un punto neurálgico en la confluencia de tres continentes y era lugar obligado de tránsito de los mercaderes egipcios y de los otros pueblos del Próximo Oriente. Las modernas excavaciones han puesto al descubierto la civilización de Canaán en tiempos de la conquista, desenterrando plazas fuertes con magníficos servicios hidráulicos para resistir largo tiempo en caso de sitio; ricos santuarios, cerámica trabajada al torno y decorada, así como objetos y utensilios caseros que deslumbraban al pueblo israelita proveniente del desierto (c.7).

La religión cananea contrastaba fuertemente con la severidad del culto yahvístico. Baal y Astarté eran las divinidades máximas del panteón cananeo. En los santuarios construidos, en lugares altos *(bamoth)* o entre la frondosidad de los bosques, había altares para el sacrificio y emblemas masculinos y femeninos que simbolizaban la presencia de la divinidad. El culto iba acompañado con orgías, danzas frenéticas, incisiones, sacrificios humanos y prácticas obscenas. A pesar de las exhortaciones de Josué, no pudo evitarse completamente que el culto cananeo fascinara a los israelitas y se convirtiera en fuente de desventuras para el pueblo escogido [15].

Género literario-histórico del libro

No es el libro de Josué una historia científica escrita de conformidad con las reglas de la historiografía moderna, sino una colección de datos que el autor sagrado, bajo el influjo de la divina inspiración, ha recogido y seleccionado con el fin de poner de relieve el profundo significado religioso de la fidelidad de Dios en cumplir su promesa de entregar la tierra de Canaán a su pueblo escogido. El autor no sacrifica la historia de los hechos a su tesis, sino que basa ésta sobre la veracidad de aquéllos. Todo el libro, incluso las áridas y frías listas de nombres geográficos, deben considerarse desde el punto de vista religioso y profético.

Yahvé, que tan severo se muestra frente a los pueblos paganos de Palestina, se reviste de entrañas de misericordia para con Israel. Dios habla a Moisés y le dicta el modo como debe comportarse en los trances difíciles. Símbolo de su presencia en medio de su pueblo es el arca de la alianza. Otro concepto religioso que se desenvuelve en el libro es la santidad de Dios, que reclama adoradores santos, puros, prontos a poner en práctica todo cuanto prescribe la Ley, fuente de prosperidad y bienestar (1,7-9; c.23), mientras que su inobservancia acarrea desórdenes y calamidades.

Los Santos Padres han visto en la lucha por la conquista de la

[15] H. VINCENT, *Canaan d'après l'exploration récente* (París 1907) 152-205.

tierra prometida una figura del combate para la conquista del reino de los cielos. También ven ellos en Josué una figura de Cristo. Así como Josué destruyó a los enemigos de Yahvé e introdujo a su pueblo en la tierra prometida, de la misma manera Jesucristo, después de librarnos del yugo del pecado, nos introduce en el reino de los cielos [16].

BIBLIOGRAFIA

A) Comentarios

A. CALMET, *Commentaire littéral: Josué, les Juges et Ruth* (París 1711); F. VON HUMMELAUER, *Josue:* «Cursus Scripturae Sacrae» (París 1903); A. SCHULZ, *Das Buch Josue:* «Die Heilige Schrift des A. T.», II 3 (Bonn 1924) A. FERNÁNDEZ, *Commentarius in librum Josue:* «Cursus Scripturae Sacrae» (París 1938); H. V. HERTZBERG (prot.), *Die Bücher Josuah, Richter, Ruth, übersetzt und erklärt* (Göttingen 1957); F. NÖTSCHER, *Josua* (Echter Bibel, Würzburg 1950); M. NOTH, *Das Buch Josua:* «Handbuch zum A. T.» (Tübingen 1938) (protestante); A. GELIN, *Josué, traduit et commenté:* «La Sainte Bible», ed. PIROT-CLAMER (París 1949); A. VACCARI: «La Sacra Bibbia», ed. SALANI (Firenze 1949) (la traducción y comentario de Josué es de M. TOCCABELLI); D. BALDI, *Giosuè:* La Sacra Bibbia», ed. GAROFALO (Marietti, 1952); F. M. ABEL, *Le livre de Josué:* «La Bible de Jérusalem» (París 1950); B. UBACH, *Josué-Jutges-Rut:* «La Biblia» (Monastir de Montserrat 1953); E. DHORME, *Josué:* «La Bible de la Pléiade» (París 1956).

B) Estudios particulares

a) ARQUEOLOGÍA

J. GARSTANG, *The Story of Jericho* (Londres 1914); ID., *Jericho:* «Annals of Archaeology and Anthropology» (Liverpool 1931-1936); J. MARQUET-KRAUSE, *Les fouilles d'Ay (et-Tell) 1933-1935* (París 1949); H. J. KRAUS, *Gilgal. Ein Beitrag zur Kultusgeschichte Israels:* VT 1 (1951) 181-199; C. H. KELLER, *Uber einige alttestamentliche Heiligtumslegenden. Der Hierós Logos von Gilgal:* ZAW 68 (1956) 85-94; ID., *Uber Einige alttestamentlichen Heiligtumslegenden. Die Legenden um Sichem:* ZAW 67 (1955) 143-154; W. HARRELSON-B. W. ANDERSON-G. E. WRIGHT, *Shechem:* BA 20 (1957) 2-32.

b) SOBRE LA GUERRA SANTA

H. FREDRIKSON, *Yahweh als Krieger* (Lund 1945); P. UMBERT, *La «Theruha». Analyse d'un rite biblique* (Neuchâtel 1946); G. VON RAD, *Der Heilige Krieg im alten Israel* (Zurich 1951).

c) CUESTIONES PARTICULARES

A. ALT, *Die Landnahme der Israeliten in Palästina* (Leipzig 1925); ID., *Das System des Stammesgrenzen in Buche Josuah* (E. Sellin-Festschrift 1927) 13-14; P. AUVRAY, *Josue (Livre de):* DBS 4,1131-1141; H. H. ROWLEY, *From Joseph to Joshua* (Londres 1959); Y. YADIN, *Military and Archaeological Aspects of Conquest of Canaan in the Book of Joshua* (Jerusalén 1960); E. JENNI, *Zwei Jahrzehnte Forschung an den Büchern Joshua bis Könige:* «Theologische Rundschau», 27 (1961) 1-32.97-146.

[16] J. DANIÉLOU, *Sacramentum Futuri* (París 1950) 203-256.

c) Historia del Próximo Oriente en tiempos de Josué

A. Dupont-Sommer, *Les Araméens* (París 1949); F. F. Bruce, *The Hittites and the O. T.* (Londres 1948); E. Cavaignac, *Les Hittites* (París 1950); O. R. Gurney, *The Hittites* (Harmonsworth 1952); E. Dhorme, *Les Amorrhéens*: «Recueil Dhorme» (París 1951) 81-165; F. K. Hitti, *History of Syria* (Londres 1951); P. Birot-J. Dresch, *La Mediterranée et le Moyen Orient* vol.2 (París 1956); S. Moscati, *I Predecessori d'Israele* (Roma 1956); Id., *Ancient Semitic Civilisations* (Roma 1957).

Primera parte

CONQUISTA DE LA TIERRA PROMETIDA (1-12)

Josué, caudillo de Israel (1,1-9)

**1 Después de la muerte de Moisés, siervo de Yahvé, habló
Yahvé a Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés, diciendo:
2 «Moisés, mi siervo, ha muerto. Alzate ya, pues, y pasa ese
Jordán, tú y tu pueblo, a la tierra que yo doy a los hijos de Israel.
3 Cuantos lugares pise la planta de vuestros pies, os los doy,
como prometí a Moisés. 4 Desde el desierto hasta el Líbano y
el río grande, el Eufrates, y hasta el mar grande, a occidente,
será vuestro territorio. 5 Nadie podrá resistir ante ti por todos
los días de tu vida; yo seré contigo como fui con Moisés; no
te dejaré ni te abandonaré. 6 Esfuérzate y ten ánimo, porque
tú has de introducir a este pueblo a posesionarse de la tierra
que a sus padres juré darles. 7 Esfuérzate, pues, y ten gran
valor para cumplir cuidadosamente cuanto Moisés, mi siervo,
te ha prescrito. No te apartes ni a la derecha ni a la izquierda,
para que triunfes en todas tus empresas. 8 Que ese libro de la
Ley no se aparte nunca de tu boca; tenlo presente día y noche,
para procurar hacer cuanto en él está escrito, y así prosperarás
en todos tus caminos y tendrás buen suceso. 9 ¿No te mando
yo? Esfuérzate, pues, y ten valor; nada te asuste, nada temas,
porque Yahvé, tu Dios, irá contigo adondequiera que tú vayas».**

Desde la cumbre del monte Nebo (Deut 3,17.27; 4,49), Moisés contempla ante sus ojos la tierra de promisión. *A tu descendencia se la daré*, le dice Dios; *te la hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella. Moisés, el siervo de Dios, murió allí, en la tierra de Moab, conforme a la voluntad de Yahvé* (Deut 34,4-5). Su muerte dejaba un vacío que debía llenarse *para que la muchedumbre de Yahvé no fuera como un rebaño de ovejas sin pastor* (Núm 27,18). Por voluntad divina fue elegido Josué, *hombre sobre quien residía el espíritu* (Núm 27,18), y sobre el cual había Moisés impuesto sus manos en señal de que le retransmitía el caudillaje del pueblo (Núm 27,15-23; Deut 34,9). Desde su juventud había sido colaborador íntimo de Moisés (Ex 34,11; Núm 11,28), quien le cambió el nombre de Oseas por el de Josué = Yahvé es salvación (Núm 13,17), nombrándole su lugarteniente en las empresas bélicas (Ex 17,9).

La misión confiada a Josué era ardua y peligrosa, por estar ocu-

pado el territorio por pueblos de raza mixta que se habían establecido desde hacía tiempo en el país. Todos ellos gozaban de un grado de civilización y técnica superiores a las de los hebreos. Los exploradores que en otros tiempos habían recorrido la tierra pudieron comprobar que el territorio que iban a expugnar estaba habitado por pueblos fuertes, con ciudades muy grandes y amuralladas (Núm 13,29) y con guarniciones bien provistas de armas y carros de combate. En cambio, el pueblo de Israel, que sólo disponía de armas rudimentarias, experto en la técnica de las guerrillas, de la *razzia* y golpes de mano, era humanamente incapaz de medir sus fuerzas con un enemigo aguerrido y atrincherado detrás de las murallas de sus ciudades. Para el autor sagrado, la toma de Canaán no es un suceso profano, sino un acontecimiento teológico.

Desde las estepas de Moab como punto de referencia se señalan los límites ideales de la Tierra Prometida, que se trazan conforme a Deut 11,24-25. El Líbano se encuentra al norte (Deut 1,7; 3,25); el gran río es el Eufrates (Gén 15,18). Como límite occidental se señala el mar Mediterráneo, lugar donde se pone el sol (Deut 11,24). Estos límites fueron un ideal, nunca una realidad concreta. Creen algunos que la mención aquí y en otros lugares (Gén 15,18) del río Eufrates débese a una glosa interpretativa fundada en la universalidad del reino mesiánico, según posteriores profecías. Quizá el texto refleja los límites de la provincia egipcia de Canaán, con el dominio hitita en Siria, señalados en un tratado de paz sellado entre los dos poderes en el primer tercio del siglo XIII a.C.

Josué será el instrumento de que se valdrá Dios para cumplir la promesa hecha anteriormente a los patriarcas (Gén 15,18) y a Moisés (Deut 1,7) de introducir a su pueblo escogido en la tierra que *mana leche y miel*. Para salir airoso de la misión debe cumplir escrupulosamente todo cuanto le mandó Moisés sobre la manera de comportarse con los enemigos del pueblo israelita (Deut 2,15). Si guarda fidelidad a la Torah o Ley (Deut 1,5; 4,8; 5,29), rumiándola y meditándola (Sal 1,2; Deut 17,18-19), Dios estará con él, no le abandonará; *Yahvé es Dios arriba, en los cielos, y abajo, sobre la tierra*. Todo el capítulo es conforme al estilo deuteronómico (Deut c.34).

Primeras medidas (1,10-11)

**10 Dio, pues, Josué a los oficiales del pueblo esta orden:
11 «Recorred el campamento y dad esta orden al pueblo: Preparaos y proveeos, porque dentro de tres días pasaréis ese Jordán para ir a ocupar la tierra que Yahvé, vuestro Dios, os da en posesión».**

A pesar de contar Josué con el auxilio de Dios, toma las precauciones humanas necesarias para asegurar el éxito de la misión que le había sido confiada. Llama a los escribas *(soferim)*, u oficiales encargados de ejecutar las órdenes del jefe (Deut 20,5-9; 29,9), y les encarga retransmitan al pueblo la orden de que estén preparados todos y se provean de víveres, porque dentro de tres días pasarían el Jordán.

Quizá, atendiendo a lo que se dice en 3,2, esta frase equivalía a decir: dentro de tres días partiréis para la empresa de pasar el río Jordán. Es lógico que el pueblo hiciera acopio de provisiones, porque, además del maná, que seguiría cayendo regularmente todas las mañanas hasta que entrara en Palestina (5,10-12), consumía otros manjares, que sacaba de la tierra o compraba con su dinero (Deut 2, 6.28).

Llamamiento a la solidaridad entre las tribus (1,12-18)

[12] A los rubenitas y gaditas y a la media tribu de Manasés les dijo: [13] «Acordaos de lo que os mandó Moisés, siervo de Yahvé, diciéndoos: Yahvé, vuestro Dios, os ha concedido el reposo, dándoos esta tierra. [14] Vuestras mujeres, vuestros niños y vuestros ganados quedarán en la tierra que Moisés os dio de este lado del Jordán; pero vosotros, armados, iréis delante de vuestros hermanos, todos vuestros hombres fuertes y valientes, y los auxiliaréis, [15] hasta que Yahvé haya dado a vuestros hermanos el reposo, como a vosotros, tomando también ellos posesión de la tierra que Yahvé, vuestro Dios, les da. Después volveréis a la tierra que Moisés, siervo de Yahvé, os dio al lado de acá del Jordán, a oriente». [16] Ellos respondieron a Josué, diciendo: «Cuanto nos mandas lo haremos, y adondequiera que nos envíes iremos. [17] Como en todo obedecimos a Moisés, así te obedeceremos a ti. Que quiera Yahvé, tu Dios, estar contigo, como estuvo con Moisés. [18] Quien rebelándose contra tus órdenes te desobedezca, morirá. Esfuérzate y ten valor».

Las tribus de Rubén y Gad y media tribu de Manasés habíanse establecido en la Transjordania (Deut 3,12-17; 29,7). Rubén ocupaba la parte meridional, desde el torrente Arnón, al sur, hasta el valle de Hesbán, al norte, que coincidía con el límite meridional de Gad, que llegaba hasta el torrente Yaboc. La media tribu de Manasés habitaba las regiones de Galaad o del Ashlun. Conforme ha probado A. Bergmann, no hay dificultad en admitir que Manasés se estableciera en Galaad ya en este tiempo [1].

Las tribus transjordánicas mantuvieron su palabra ayudando a sus hermanos en la conquista de Canaán, poniéndose bajo las órdenes de Josué. En el verso 14 del texto original se lee la expresión *Al otro lado del Jordán*, que corresponde a la perspectiva del que escribe, que se encontraba en Palestina propiamente dicha, o sea, en la Cisjordania. En boca de Josué, la indicación correcta era *de este lado del Jordán* (Deut 1,1-5; 3,8). La misma observación vale para el verso 15. Conforme a Deut 17,12, el desobediente será condenado a muerte.

[1] *Journal of the Palestine Oriental Society* 16 (1936) 224-225.

Espías a Jericó (2,1)

[1] Josué, hijo de Nun, mandó en secreto dos espías desde Setim, diciéndoles: «Id a explorar la tierra y Jericó». Puestos en camino, llegaron los dos hombres a Jericó y entraron en la casa de una cortesana de nombre Rahab y pararon allí.

Los exploradores parten de Setim *(Shittim* = acacias), lugar que se identifica comúnmente con Abelsatim (Núm 25,1; 33,49), a once kilómetros y medio al este del Jordán. Los métodos de espionaje empleados en la conquista de Canaán concuerdan con lo que se dice en los Anales de Ramsés II, con ocasión de su batalla contra los hititas en Qadesh, sobre el Orontes (PRITCHARD, 255-257). Desde los contrafuertes de las montañas de Abarim pudieron los israelitas contemplar la extensa llanura, pero no precisar su configuración exacta. Importaba, además, tener noticias concretas sobre Jericó, de sus fortificaciones y de las posibilidades de expugnarla. Situada en la llanura del Ghor, a unos pocos kilómetros de la montaña de la Cuarentena o Qarantal, a veintiocho de Jerusalén, a diez del mar Muerto y a ocho del río Jordán, estaba protegida por una muralla difícil de forzar. Jericó deriva de la palabra *yareah, luna*, llamada así porque en la antigüedad se rendía allí culto al dios Luna. En el curso de los siglos, la ciudad ha conocido tres emplazamientos distintos, muy próximos entre sí: la actual Jericó *(Er-Riha)*, la del tiempo de Herodes y la Jericó cananea, que se alzaba en el lugar conocido por tell el-Sultán. Los contactos literarios de este capítulo son con Ex y Núm. La narración quizá pertenece al ciclo de Gilgal o Gálgala.

Rahab acoge a los espías (2,2-3)

[2] Al rey de Jericó le dieron noticia, diciendo: «Hombres de entre los hijos de Israel han llegado aquí durante la noche para explorar la tierra». [3] El rey mandó decir a Rahab: «Saca a esos hombres que han venido a ti y han entrado en tu casa, porque han venido para explorar toda la tierra».

El país de Canaán estaba dividido políticamente en pequeñas ciudades, con sus dependencias alrededor, que tenían cada una sus propios reyes. También Jericó tenía su rey, que ejercía su dominio sobre la ciudad y sus dependencias.

Los dos exploradores entraron en la ciudad y se hospedaron en casa de una cortesana *(zonah*, de *zanah*, fornicar) de nombre Rahab. Flavio Josefo supuso que Rahab era hostelera de profesión. Sin embargo, el texto y el contexto no permiten ningún eufemismo en este punto. Meretriz *(pórne)* la llama San Pablo (Hebr 11,31). Quiso Dios valerse de esta mujer para facilitar el ingreso de Israel en Canaán y, al mismo tiempo, regenerarla espiritualmente, incorporándola al pueblo escogido. Sus buenos servicios a Israel fueron

[1] ABEL, *Géographie* I 234. N. Glueck *(The River Jordan* [Philadelphia 1946] 168-198) señala su emplazamiento en tell el-Hammam, a unos tres kilómetros al sur de tell el-Kefrein.

muy elogiados posteriormente por los autores inspirados. Rahab, tipo de las naciones paganas que se convierten, merece figurar en la genealogía de Cristo (Mt 1,5). San Pablo alaba su fe (Hebr 11,31); Santiago afirma que sus obras la justificaron al recibir a los espías y enviarles por otro camino (Sant 2,25). La Iglesia primitiva la coloca en el grupo de los pecadores arrepentidos [2].

Alarma en la ciudad (2,4-7)

4 Cogió ella a los dos hombres y los escondió en el terrado, y dijo: «Cierto que han venido hombres a mí, pero yo no sabía de dónde eran, 5 y cuando esta tarde se iban a cerrar las puertas, han salido y no sé adónde han ido; daos prisa a perseguirlos y de seguro los alcanzaréis». 6 Pero ella los había subido al terrado y los había escondido debajo de tascos de lino que para ello dispuso en el terrado. 7 Aquellos hombres fueron en su persecución por el camino que va a los vados del Jordán, y, una vez que salieron, se cerraron las puertas.

El rey de Jericó tuvo noticia de la llegada a la ciudad de dos espías israelitas que se habían hospedado en casa de Rahab. Los dos llamaron la atención, o bien por su indumentaria o por su manera de hablar. Rahab mantuvo un diálogo con los enviados del rey, a los que desorientó con sus mentiras. Un registro minucioso en su reducida casa hubiera sido de fatales consecuencias para los dos espías israelitas. Su interior constaba de una sala única, en la planta baja, acaso un piso y una azotea, en donde, en épocas de calor, solían sus moradores pasar la noche. La noticia de que los espías fueron escondidos debajo de tascos de lino dispuestos en la azotea para secarse al sol demuestra que la entrada de Israel en tierras de Palestina se efectuó a primeros de abril. En el calendario de Gezer [3] se dice que la cosecha del lino en la región mediterránea tenía lugar en el mes séptimo (marzo-abril). En Jericó, situada a 250 metros bajo el nivel del mar, la cosecha era antes. Los exploradores llegaron a casa de Rahab a principios del mes séptimo.

Evasión de los espías (2,8-21)

8 Antes de que los espías se acostasen, subió Rahab al terrado y les dijo: 9 «Yo sé que Yahvé os ha entregado esta tierra; el terror de vuestro nombre se ha apoderado de nosotros, 10 pues hemos sabido cómo Yahvé, a vuestra salida de Egipto, secó las aguas del mar Rojo y cómo habéis tratado a los dos reyes de los amorreos del lado de allá del Jordán, Seón y Og, que disteis al anatema. 11 Al saberlo, nuestro corazón ha desmayado, y todos se han acobardado ante vosotros; porque Yahvé, vuestro Dios, es Dios arriba, en los cielos, y abajo, sobre la tierra.

[2] J. Daniélou, *Rahab, figure de l'Eglise:* «Irénikon», 22 (1949) 26-45; H. Windish, *Zur Rahab-Geschichte:* ZAW 37 (1917) 188-198; Abel, *L'Anathème de Jericho et la maison de Rahab:* RB 57 (1950) 321-330.

[3] D. Diringer, *Le iscrizioni antico-ebraiche palestinesi* (Firenze 1934) 4. Véase, sin embargo, S. Moscati, *L'Epigrafia ebraica antica:* l.c., 8-26; J. C. Fevrier, *Histoire de l'écriture* (París 1959) 211.

12 Ahora, pues, os pido que me juréis por Yahvé que, como yo he tenido misericordia de vosotros, la tendréis vosotros también de la casa de mi padre 13 y dejaréis la vida a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y hermanas y a todos los suyos, y que nos libraréis de la muerte». 14 Los hombres le dijeron: «Te juramos por nuestra vida que, si no nos denuncias, cuando Yahvé nos entregue esta tierra, haremos contigo misericordia y fidelidad». 15 Ella los bajó con una cuerda por la ventana, pues su casa estaba adosada a la muralla. Antes les dijo: 16 «Idos al monte, no sea que los que os persiguen den con vosotros; estad allí escondidos durante tres días, hasta que aquéllos estén de vuelta, y luego id vuestro camino». 17 Los hombres le dijeron: «Mira cómo habrás de hacer para que cumplamos el juramento que te hemos hecho: 18 Cuando entremos en esta tierra, ata este cordón de hilo de púrpura a la ventana por la cual nos has descolgado y reúne contigo en tu casa a tu padre, a tu madre, a tus hermanos y a toda la casa de tu padre. 19 Si alguno sale fuera de la puerta de tu casa, su sangre será sobre su cabeza y nosotros seremos inocentes; pero si alguien pone la mano sobre alguno de los que contigo estén en tu casa, su sangre sea sobre nuestra cabeza. 20 Si nos denuncias, seremos libres del juramento que nos has pedido». 21 Ella respondió: «Sea como decís». Luego los despidió y se fueron, y ella ató el cordón de púrpura a la ventana.

Mientras los emisarios del rey, a la luz de la luna, se dirigieron hacia el Jordán en busca de los exploradores, con el fin de alcanzarles antes de que llegaran a los vados del río (Jue 3,28; 12,5), la mujer subió al terrazo y mantuvo un largo diálogo con los espías. Parece que éstos se disponían a pasar la noche en la azotea; pero Rahab les hizo comprender la necesidad de ausentarse de su casa inmediatamente por temor a un registro. Por haberse cerrado las puertas de la ciudad, el único medio para huir era descolgarse por el muro (Act 9,25), al cual estaba adosada la casa de Rahab. Antes de despedirlos quiso arrancarles la promesa con juramento (v.14) de que, al adueñarse de la ciudad, conservaran su vida y la de sus familiares. La mujer no habla de su marido. La profusión de expresiones bíblicas en boca de la mujer da a entender que el autor sagrado no intenta reproducir literalmente las mismas palabras de la meretriz. A través del desierto corren las noticias de manera sorprendente. En Jericó ha llegado la noticia de los hechos principales referentes a la vida de Israel en el desierto. Como ni la mujer ni los dos espías sospechaban que los muros de la ciudad se derrumbaran, concertaron de común acuerdo colocar en la ventana un cordón de hilo, propiedad de los espías, para que les sirviera de señal. Aunque el texto diga que Rahab ató el hilo en la ventana, no se debe deducir que lo hiciera inmediatamente. Como en otros pasajes, el autor consigna el hecho con anticipación. La narración sobre la llegada y estancia de los espías en casa de Rahab adolece de orden lógico y cronológico.

Regreso al campamento (2,22-24)

**22 Los espías se fueron al monte y se estuvieron escondidos
allí tres días. Los que los perseguían los estuvieron buscando
por el camino, sin hallarlos. 23 Los dos espías, bajando del
monte, repasaron el Jordán, se fueron a Josué, hijo de Nun,
y le contaron todo lo sucedido, diciendo: 24 «Cierto es que
Yahvé ha entregado en nuestras manos toda esa tierra, pues
los habitantes de ella están acobardados de nosotros».**

A un kilómetro y medio de Jericó y al oeste de la ciudad comienzan las estribaciones de las montañas de Judea, formando en algunas partes una muralla infranqueable. Las cuevas abundan en la ladera del monte de la Cuarentena y allí podían esconderse fácilmente los espías. Desde aquellas alturas dominaban la llanura que se extiende alrededor de Jericó, pudiendo observar los movimientos de sus perseguidores. Transcurridos tres días y cerciorados de que los comisionados por el rey habían regresado a la ciudad, los dos espías bajaron del monte, vadearon el Jordán y llegaron sanos y salvos al campo israelita. Su informe movió a Josué a ejecutar inmediatamente sus planes de la conquista de Canaán.

Paso del Jordán y entrada en Palestina (c.3-4)

El texto de 3,1-5,1, al menos aparentemente, presenta cierto desorden cronológico, digresiones, repeticiones, incongruencias. B. Alfrink cree solucionar todas las dificultades apelando a la psicología de los antiguos historiadores orientales, que adoptan peculiares modos de decir y narrar [4]. En primer lugar, dice él, no debe olvidarse que esta perícopa es una narración popular, en la que abundan las repeticiones y en donde se sigue un orden lógico más que cronológico. Teniendo en cuenta las características de la historiografía oriental, las dificultades de estos capítulos se atenúan.

Los principales inconvenientes del texto son: 1) Resulta muy difícil conciliar los datos de 3,17; 4,1 con 4,45, referentes al tiempo en que los israelitas pasaron el Jordán. En los primeros parece que el pueblo ha pasado ya el río; en el último sigue todavía en la ribera oriental. 2) Comparando 4,9 con 4,1-3.20-24, no se sabe cuántos fueron los monumentos erigidos: uno en el Jordán y otro en Gálgala, o si las piedras del primero fueron utilizadas para levantar el segundo. 3) En 4,11 y 4,17 se habla del arca de la alianza, que transportaban los sacerdotes; en el primero de los mencionados textos, los sacerdotes aparecen en la orilla occidental; en el segundo se hallan todavía en el lecho del río.

Estas anomalías sugieren a muchos exegetas y críticos la sospecha de que aquí, como en otros pasajes del libro, existen vestigios de fuentes distintas o de diversas etapas de composición literaria. Wellhausen habló de Hexateuco, considerando el libro de Josué

4 *De litteraire compositie van Jos 3 en 4*: «Studia Catholica», 18 (1942) 185-202; Jan Dus, *Die Analyse zweier Ladeerzaehlungen des Josuabuches (Jos. 3-4 und 6)*: ZAW 72 (1960) 107-134.

como continuación del Pentateuco, con los consiguientes documentos yahvista, elohísta, etc. Rudolp admite el documento J, con adiciones deuteronomistas (3,2-4; 4,6-8a.21-24) o simples glosas (4,1a. 19a). Noth rechaza la teoría del Hexateuco y distingue una narración principal a la que se han añadido glosas (3,2-3.6-10.15.17) y la fusión de dos leyendas etiológicas sobre la erección de los monumentos. En cuanto a los autores católicos, existe diversidad de pareceres, desde las interpolaciones de carácter midrásico (3,5.7-13; 4,4.9-14.20-24) hasta los insignificantes retoques del texto de que habla A. Fernández (eliminación de 3,12; un documento paralelo en 4,15-17, más detallado que 4,11), pasando por la hipótesis de H. Wiesmann de una supuesta trituración del folio que contenía el relato del paso del Jordán. Conocidas las diversas tentativas para solucionar las dificultades, y teniendo en cuenta los detalles que entorpecen la concatenación cronológica de los hechos, no ofrece dificultad el contenido de los capítulos 3-4 [1].

Preparación espiritual del pueblo (3,1-13)

**1 Josué, levantándose bien de mañana, partió de Setim, él y
todos los hijos de Israel, y, llegados al Jordán, hicieron allí alto
y pasaron allí la noche antes de atravesarlo. 2 Al cabo de tres
días, los oficiales recorrieron el campamento 3 y dieron al pue-
blo esta orden: «Cuando veáis el arca de la alianza de Yahvé,
vuestro Dios, llevada por los sacerdotes, hijos de Leví, parti-
réis de este lugar donde estáis acampados y os pondréis en
marcha tras ella; 4 pero, dejando entre vosotros y ella una dis-
tancia de dos mil codos, sin acercaros a ella, para que podáis
ver el camino que habéis de seguir, pues no habéis pasado
nunca por él». 5 Y Josué dijo al pueblo: «Santificaos, porque
mañana Yahvé hará prodigios en medio de vosotros». 6 Des-
pués habló Josué a los sacerdotes, diciendo: «Llevad el arca
de la alianza e id delante del pueblo». Ellos llevaron el arca de
la alianza, adelantándose al pueblo. 7 Yahvé dijo a Josué: «Hoy
voy a comenzar a engrandecerte a los ojos de todo Israel, para
que sepan que yo estoy contigo, como estuve con Moisés.
8 Tú da esta orden a los sacerdotes que llevan el arca de la
alianza: Cuando lleguéis al borde de las aguas del Jordán, os
paráis en el Jordán». 9 Josué dijo a los hijos de Israel: «Acercaos
y oíd las palabras de Yahvé, vuestro Dios». 10 Y dijo Josué:
«En esto vais a conocer que el Dios vivo está en medio de vos-
otros y que no dejará de arrojar delante de vosotros a los ca-
naneos, los jeteos, los jeveos, los fereceos, los guergueseos, los
amorreos y los jebuseos. 11 El arca de la alianza del dueño de
toda la tierra va a entrar delante de vosotros en el Jordán.
12 Tomad doce hombres de entre las tribus de Israel, uno por
cada tribu; 13 y cuando los sacerdotes que llevan el arca de la
alianza del dueño de toda la tierra pongan la planta de sus
pies en las aguas del Jordán, las aguas del Jordán se partirán,
y las que bajan de arriba se pararán en montón».**

1 M. Noth, *Das Buch Josua* (Tübingen 1938); H. Wiesmann, *Israels Einzug in Kanaan* B 11 (1930) 216-230; 12 (1931) 90-92; A. Fernández, *Crítica histórico-literaria de Jos. 3,1-5,1*: B 12 (1931) 93-98; Baldi, l.c.

Las sospechas levantadas por la presencia de espías en Jericó indujeron a Josué a obrar rápidamente, adelantándose a una posible coalición de reyezuelos de Canaán. La empresa era relativamente fácil, porque, según informes de los dos espías, los de la ciudad vivían confiados en que el Jordán llevaba mucha agua, por ser la época del deshielo, y no les sería posible a los israelitas vadearlo. Josué dio las órdenes de movilización de todo el campamento. La mención de los tres días en 1,11 y 32 da lugar a un pequeño conflicto cronológico. Dijimos en 1,11 que la frase *dentro de tres días pasarían el Jordán* puede interpretarse en el sentido de «dentro de tres días partiréis para la empresa de pasar el Jordán». En efecto, según la Vulgata, el orden de los acontecimientos pudo ser el siguiente: Tan pronto como los escribas dieron la orden al pueblo (1,11) de prepararse, enviaba Josué en secreto a dos espías a Jericó (2,2), adonde llegaron el mismo día al atardecer. Tres días permanecieron escondidos en la montaña (2,16.22), regresando al quinto día al campamento. En la mañana del sexto día dio Josué orden al pueblo de ponerse en marcha hacia el Jordán, en cuya ribera oriental permanecieron tres días. Según la Vulgata, los israelitas vadearon el río a los diez días del envío de los exploradores a Jericó. Otra ordenación cronológica de los acontecimientos es la siguiente: la fecha del envío de los espías y el anuncio de los escribas al pueblo de estar preparados coinciden. Los espías llegan a Jericó el mismo día por la noche, 7 de Nisán; durante la misma huyen al monte vecino (2,16), en donde moran todo el día siguiente, 8 de Nisán. Al oscurecer regresaron al campamento, en el que entraron al amanecer del tercer día, 9 de Nisán.

A la orden de Josué, el pueblo se puso en marcha, llegando al atardecer a orillas del Jordán. La preparación espiritual incluía la limpieza de los vestidos y la abstención de todo comercio carnal (Ex 19,10-14). Quizá el verso 4a sea una glosa inspirada en 1 Sam 6, 19-20; 2 Sam 6,7. Por lo regular era incumbencia de los levitas llevar el arca (Núm 4,15; 10,21), pero en casos extraordinarios se confiaba a los sacerdotes.

Dios habla a Josué y promete engrandecerlo a los ojos del pueblo con un hecho extraordinario para que se le obedezca como a Moisés y sepa el pueblo que Dios está con él (1,5-7). La arenga o conjunto de alocuciones de Josué tuvieron lugar antes del tránsito del río. Schulz considera los versos 7-13 como midrásicos, porque, además de romper la ilación existente entre el v.6 y 14, no es de suponer que Josué hablara tan largo tiempo a un pueblo en marcha. El éxito del paso del Jordán está asegurado por ir en vanguardia el arca de la alianza del Dios de toda la tierra (Miq 4,13; Zac 4,14; 6,5). Se eligen diez hombres de entre el pueblo a los que el texto no asigna misión especial. Trátase evidentemente de un anticipo del v.2 del c.4. Al poner los sacerdotes el pie en las aguas del Jordán, éstas se cortaron *(yikkaterun)*, formando un dique o bloque compacto, como si un monte o una colina *(ned)* interceptaran la corriente. Las mismas ideas en Ex 14,21; 15,8. En el v.10 se mencionan siete pueblos que moraban en Canaán. Los cananeos (Gén 10,15-18) eran los más antiguos en el territorio y habitaban preferentemente en las tierras llanas y junto al mar (5,1; 11,3). Los hititas o jeteos era un pueblo originario de Anatolia, que dominó en el Asia Menor, infiltrándose en Siria y Palestina hacia el siglo XV, creando la civilización «jeroglífica». Al ser rechazados por los egipcios, quedaron algunos núcleos en Gabaón, ciudades circunvecinas y al norte de Palestina. Los jeveos pertenecieron a un clan hurrita, pueblo procedente del Kurdistán y de Armenia. Se ignora la procedencia de los fereceos, que, según la etimología de la palabra, moraban en ciudades abiertas. De los guergueseos nada se sabe de cierto. Eran los jebuseos un clan mixto de amorreos e hititas, que dominaron en Jerusalén hasta su conquista por David (2 Sam 5,6-16). Los amorreos eran restos de la emigración de los amurru (segundo milenio), que fundaron el reino de Mari *(Tell Hariri)*, en el Eufrates medio; crearon la primera dinastía de Babilonia y se afincaron en las tierras altas de Palestina (10,1; Deut 1,7.19.20).

El milagro de las aguas (3,14-17)

[14] Cuando hubo salido el pueblo de sus tiendas para pasar el Jordán, precedidos por los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, [15] en el momento en que los que llevaban el arca llegaron al Jordán y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca se mojaron en la orilla de las aguas—pues el Jordán se desborda por todas sus orillas al tiempo de la siega—, [16] las aguas que bajaban de arriba se pararon, se amontonaron a mucha distancia, desde la ciudad de Alam, que está cerca de Sartán, y las que bajaban hacia el mar del Arabá, el mar de la Sal, quedaron enteramente partidas de las otras, y el pueblo pasó frente a Jericó. [17] Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza de Yahvé se estuvieron en seco a pie firme en medio del Jordán, mientras todo Israel pasaba en seco, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán.

Destaca el hagiógrafo la magnitud del milagro anotando que era la época de la siega de la cebada (marzo-abril), en cuya estación el río Jordán va crecido por la licuefacción de las nieves que cubren el monte Hermón. Las aguas interrumpieron su curso a unos veinticinco kilómetros al norte de Jericó, formando una barrera sólida hasta que todo Israel hubo pasado el Jordán. Las aguas descendentes siguieron su curso hasta el mar Muerto.

Los israelitas no vieron el dique o muro de aguas que se formó «a mucha distancia» al norte, en «Adam, la ciudad que está junto a Sartán», dice el texto masorético. La ciudad de Adam (1 Re 7,46) se identifica con *tell ed-Damiyeh*, a unos veinticinco kilómetros al norte de Jericó, y a dos kilómetros de la ribera oriental del Jordán, en la confluencia del Yaboc, donde se encuentra hoy el puente *ed-Damiyeh*, en la carretera de Naplusa a es-Salt. Sartán (1 Re 4,12; 7,46) se identifica corrientemente con *Tell Umm Hamat* o con *Qarn Sartabeh*, promontorio de la parte oriental de la montaña de Efraím, que en forma de cuña se adentra en la cuenca jordánica, frente a *ed-Damiyeh*. En tiempos talmúdicos era este promontorio uno de los

lugares preferidos para anunciar el novilunio. Esta sentencia tradicional ha recibido un contratiempo principalmente por los estudios de N. Glueck [2], que corrige el texto masorético como sigue: «Desde Adam hasta la fortaleza (*mesad*, en vez de *missad*, lado) de Sartán». Este último lugar, según él, debe buscarse en *tell es-Saidiyeh*, a dieciocho kilómetros al norte de *ed-Damiyeh*. La historia recuerda otras dos ocasiones en que el desprendimiento de un inmenso bloque de un espolón oriental de la montaña de Efraím cayó sobre el lecho del río, interceptando el curso de las aguas. Tal fenómeno se produjo, según el historiador árabe Nuwairi, la noche del 6 al 7 de diciembre de 1267, en la región de *ed-Damiyeh*. Mientras éste se produjo a consecuencia del reblandecimiento de la montaña por las lluvias torrenciales de invierno, el del año 1927 debióse a un terremoto. Que igual fenómeno se produjera en el preciso momento en que los israelitas se disponían a pasar el río Jordán, no lo afirma ni lo niega el texto sagrado. Aunque así fuera, no es menos cierto que todo fue previsto, querido y provocado por Dios con el concurso de los agentes naturales dóciles a su palabra. Palabras e ideas demuestran cierto paralelismo entre el paso del Jordán y el del mar Rojo.

Monumento conmemorativo (4,1-9)

1 Cuando toda la gente hubo acabado de pasar el Jordán, Yahvé dijo a Josué: 2 «Tomad de entre el pueblo doce hombres, uno por cada tribu, 3 y dadles esta orden: De ahí, del lecho del Jordán, donde los sacerdotes han estado a pie firme, coged doce piedras; traedlas y depositadlas en el lugar donde acampéis esta noche». 4 Josué llamó doce hombres, que eligió entre los hijos de Israel, uno por tribu; 5 les dijo: «Id al medio del Jordán, ante el arca de Yahvé, vuestro Dios, y echaos al hombro una piedra cada uno, según el número de las tribus de los hijos de Israel, 6 para que sea señal en medio de vosotros. Cuando un día os pregunten vuestros hijos: «¿Qué significan para vosotros estas piedras?», 7 les responderéis: «Las aguas del Jordán se partieron ante el arca de la alianza de Yahvé; cuando ella pasó el Jordán, las aguas del río se dividieron; y esas piedras serán para siempre jamás un memorial para los hijos de Israel». 8 Los hijos de Israel cumplieron la orden de Josué. Cogieron del medio del Jordán doce piedras, como se lo mandó Yahvé a Josué, según el número de las tribus de los hijos de Israel, y, llevándolas consigo al lugar donde pasaron la noche, las depositaron allí. 9 Josué alzó doce piedras en el lecho del Jordán, en el lugar donde habían estado a pie firme los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, y allí han estado hasta hoy.

Quiere Josué que se conserve una memoria del paso del Jordán, como en Ex 12,26; 13,9.14; Deut 6,20. El texto del v.9 puede interpretarse en el sentido de que fueron dos los monumentos levantados en recuerdo del hecho, uno en Gálgala y otro en el lecho del río. Así lo creen Hummelauer, Ubach y Fernández. En favor de la unidad se pronuncian Wiesmann y Alfrink, por no citar más que autores católicos. Según Wiesmann, en el v.9 se dice que se colocaron doce piedras en el cauce del río para impedir que los pies de los sacerdotes se hundieran en el lodo del río. Tales piedras más tarde fueron sacadas del Jordán y colocadas en Gálgala, donde permanecen hasta el día de hoy. Con esta interpretación se quita la posibilidad de un monumento en medio del Jordán, que, salvo en tiempos de mucha sequía, no sería visible, no sirviendo, por lo mismo, para el fin al que se le destinaba.

[2] *Three Israelite Towns in the Jordan Valley: Zarethan, Succoth, Zaphon:* BASOR 9 (1943) 2-43; P. Saydon, *The Crossing of the Jordan (Jos. c.3-4):* CB 2 12 (1950) 194-207; N. Glueck, *The River Jordan* (Filadelfia 1946).

Orden de marcha (4,10-18)

10 Los sacerdotes que llevaban el arca se estuvieron a pie quieto en medio del Jordán, hasta que se hizo todo cuanto Yahvé había mandado a Josué decir al pueblo, conforme a todo cuanto Moisés había ordenado a Josué, y el pueblo se apresuró a pasar. 11 Cuando el pueblo hubo acabado de pasar, el arca de Yahvé y los sacerdotes se pusieron al frente del pueblo. 12 Los hijos de Rubén, los de Gad y la media tribu de Manasés, armados, iban en vanguardia delante de los hijos de Israel, como se lo había mandado Moisés. 13 Unos cuarenta mil hombres de ellos, armados en guerra, pasaron ante Yahvé a los llanos de Jericó. 14 Aquel día engrandeció Yahvé a Josué a los ojos de todo Israel, y éstos le respetaron, como habían respetado a Moisés, todos los días de su vida. 15 Yahvé habló a Josué, diciendo: 16 «Manda a los sacerdotes que llevan el arca del testimonio que salgan del Jordán»; 17 y Josué dio a los sacerdotes esta orden: «Salid del Jordán»; 18 y en cuanto los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza de Yahvé salieron del medio del Jordán y asentaron la planta de su pie en la tierra seca, las aguas del río volvieron a su lugar y se desbordaron, como antes estaban, por todas las orillas.

No dio Moisés ninguna disposición tocante al paso del río Jordán, pero el autor refuerza la autoridad de Josué con la de Moisés (1,17; 3,7). En la perícopa se habla del paso del río por el pueblo, lo que realizó ya antes (3,16-17; 4,1). Según el v.11, el arca y los sacerdotes se pusieron al frente del pueblo estando ya en la ribera derecha del Jordán; en cambio, los v.15-18 suponen que permanecían todavía en el río. Schulz considera los v.9-14 como una adición. Para Ubach, los v.15-18 son residuos de una documentación que el autor sagrado tuvo ante sus ojos y que puso en el lugar que ocupan por creer que contenían detalles nuevos. Parece que el v.11 se refiere a 3,7; 4,1. Una vez pasado el pueblo, el arca y los sacerdotes se colocaron de nuevo delante de la comitiva. Pero a la misma precedía, conforme a lo prescrito en Núm 32,28-30; Deut 3,18, un destacamento militar para defender el arca. La cifra de cuarenta mil guerreros es una hipérbole manifiesta, como en otros pasajes análogos (Ex 12,37; Núm 1,46).

Tan pronto como los sacerdotes abandonaron el cauce, las aguas

volvieron a afluir «como ayer y anteayer», es decir, como antes. No determina el texto el lugar exacto por donde pasaron el río los israelitas. Una tradición judío-cristiana lo fija en el vado de *Bethabara*, frente a *Qars el-Yehud*, donde se encuentra el monasterio del *Prodromos*, construido en memoria del ministerio de San Juan Bautista y del bautismo de Jesús.

En la tierra prometida (4,19-25)

[19] El pueblo salió del Jordán el día diez del mes primero,
y acampó en Gálgala, al límite oriental de Jericó. [20] Josué alzó
en Gálgala las doce piedras que habían cogido del Jordán,
[21] y dijo a los hijos de Israel: «Cuando un día os pregunten
vuestros hijos: «¿Qué significan esas piedras?», [22] instruid a
vuestros hijos, diciendo: «Israel pasó este Jordán a pie enjuto;
[23] porque Yahvé, vuestro Dios, secó delante de vosotros las
aguas del Jordán, como lo había hecho Yahvé, vuestro Dios,
[24] con las aguas del mar Rojo, que secó delante de nosotros
hasta que hubimos pasado, [25] ([24]) para que todos los pueblos
de la tierra sepan que es poderosa la mano de Yahvé y vos-
otros conservéis siempre el temor de Yahvé, vuestro Dios.

El sueño dorado de los israelitas se había realizado y Dios había cumplido su promesa. Israel había entrado en tierras de Palestina el día 10 de Nisán (marzo-abril), coincidiendo con el principio de la Pascua (Ex 12,3), a los cuarenta años de haber salido de Egipto. Los israelitas acamparon en Gálgala, que los autores identifican o bien con *Jirbet en-Netele*, a unos cinco kilómetros al sur de la antigua Jericó, o con *Jirbet Mefshir*, a dos kilómetros al nordeste de la misma. Sobre la antigua Gálgala, nombre que se deriva de la palabra hebrea *galgal* = rueda, rueda de piedras, se edificó una iglesia bizantina llamada *Dodekalithon*, en recuerdo del sitio donde hizo colocar Josué las doce piedras en forma de rueda o *cromlech* [1]. Para la posteridad israelita, Gálgala o Guilgal fue considerado como lugar sagrado muy concurrido (1 Sam 7,16; 10,8; 11,14; 13,4-15; Os 4,15; Am 4,4) [2].

Pánico en Palestina (5,1)

[1] Cuando todos los reyes de los amorreos, a occidente del
Jordán, y todos los reyes de los cananeos de cerca del mar
supieron que Yahvé había secado las aguas del Jordán hasta
que ellos pasaron, desmayó su corazón y perdieron todo su
valor ante los hijos de Israel.

El hagiógrafo empieza el capítulo 5 de su libro con una noticia sobre el pánico que se apoderó de los cananeos y de los amorreos al enterarse del milagro que había obrado Yahvé. Para el autor sagrado y para los enemigos de Israel es Yahvé quien mueve todos

[1] F. M. ABEL, *Galgala qui est aussi le Dodécalithon*: «Mémorial J. Chaine» (Lyón 1950).
[2] HANS JOACHIM KRAUS, *Gilgal. Ein Beitrag zur Kulturgeschichte*: VT 1 (1951) 181-199; J. MUILENBURG, *The Site of Ancient Gilgal*: BASOR, 140 (1956) 11-27.

los resortes y determina los hechos que deben conducir a los israelitas al corazón de Palestina. La noticia del paso del Jordán corrió como reguero de pólvora por todo el territorio; sus habitantes temieron una invasión inminente de los israelitas.

La circuncisión (5,2-9)

[2] Entonces dijo Yahvé a Josué: «Hazte cuchillos de piedra
y circuncida a los hijos de Israel». [3] Hízose Josué cuchillos de
piedra y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de Aralot
(collado de los Prepucios). [4] He aquí por qué los circuncidó
Josué: Todos los salidos de Egipto, los varones, todos los hom-
bres de guerra, habían muerto en el desierto, durante el cami-
no, después de la salida de Egipto. [5] El pueblo que salió estaba
circuncidado; pero los nacidos en el desierto durante el camino
después de la salida de Egipto no habían sido circuncidados;
[6] pues los hijos de Israel anduvieron durante cuarenta años
por el desierto, hasta que perecieron todos los hombres de
guerra salidos de Egipto, por no haber escuchado la voz de
Yahvé. Yahvé les había jurado que no les dejaría ver la tierra
que con juramento había prometido a sus padres darles, la tierra
que mana leche y miel. [7] Los hijos de aquéllos les sucedieron
en su lugar; y éstos son los que circuncidó Josué, porque es-
taban sin circuncidar, pues no habían sido circuncidados du-
rante el camino. [8] Cuando todos se circuncidaron, quedáronse
en el campamento hasta curarse; [9] y Yahvé dijo a Josué: «Hoy
he quitado de sobre vosotros el oprobio de Egipto». Y aquel
lugar fue llamado Gálgala hasta hoy.

No era éste un rito propio de los hebreos, sino que se practicaba en el antiguo Egipto, en Fenicia y, probablemente, en Canaán. La operación debía ejecutarse con cuchillos de piedra, como lo hizo Séfora con su hijo (Ex 4,24-26). La circuncisión tenía en Israel un carácter marcadamente religioso, siendo el signo distintivo de la alianza de Dios con Abraham y de la pertenencia a la comunidad religiosa de Israel (Gén 17,12-14.25-27). Según el texto griego, gran parte del pueblo judío había descuidado la práctica de la circuncisión durante su permanencia en Egipto; pero, según el texto hebraico, el abandono de esta práctica empezó durante los años de peregrinación por el desierto, debido a que no tuvieron los israelitas un día de reposo durante los cuarenta años que anduvieron por él (Núm 14,26-38). El autor sagrado no considera, al parecer, como culpa grave esta negligencia, que recaía sobre los dirigentes de la comunidad judaica. ¿Quiere con ello atenuar la culpabilidad de Moisés? ¿No fue acaso ésta una de las razones por las cuales se le denegó la entrada en la tierra de promisión? Que el gran caudillo de Israel fuera remiso en este punto, aparece de Ex 4,24.

A primera vista choca que Josué pensara en la circuncisión de todos los varones del pueblo inmediatamente después de haber pasado el Jordán, cuando era de temer un ataque por sorpresa de los habitantes del país. Sabido es que la circuncisión es una operación dolorosa que va acompañada de un estado febril que llega a su

punto álgido al tercer día (Gén 34,25). Josué impuso la obligación de circuncidar el prepucio de los varones con el fin de preparar la celebración de la Pascua o para recordar que la circuncisión era el signo de la alianza (Gén 17,10; Ex 12,48) [1]. Con la circuncisión se quitó el oprobio de Egipto, por haber dejado de ser esclavos de los egipcios para convertirse en servidores de Yahvé y propiedad suya [2].

La Pascua (5,10-12)

10 Los hijos de Israel acamparon en Gálgala; y allí, el día catorce del mes, celebraron la Pascua, a la tarde, en los llanos de Jericó. 11 Comieron de los frutos de la tierra, desde el día después de la Pascua, panes ácimos y trigo tostado ya aquel mismo día; 12 y el día siguiente de comer de los frutos de la tierra, no tuvieron ya el maná, y comieron ya aquel año de los frutos de la tierra de Canaán.

Era la segunda vez que los judíos salidos de Egipto celebraban solemnemente la Pascua (Núm 9,1ss). El pan ácimo y el trigo tostado que comió el pueblo el día de la Pascua podían ser en parte productos de la tierra de Canaán. Era el mes de Abib (Ex 13,4). El trigo o las espigas tostadas son un alimento ácimo, pero no se mencionan en ninguna otra parte en el rito pascual. Al día siguiente cesó el maná (Ex 16,14-17), señal de que terminaba la vida nómada en el desierto. En algunos textos (Núm 11,6-8; Deut 8,3) el maná es considerado como un alimento de baja calidad.

Aparición misteriosa (5,13-16)

13 Estando Josué cerca de Jericó, alzó los ojos y vio que estaba un hombre delante de él, en pie, con la espada desnuda en la mano; y Josué se fue hacia él y le dijo: «¿Eres de los nuestros o de los enemigos?» 14 Y él le respondió: «No; soy un príncipe del ejército de Yahvé, que vengo ahora». 15 Entonces Josué se prosternó rostro a tierra y, adorando, dijo: «¿Qué es lo que manda mi señor a su siervo?» 16(15) El príncipe del ejército de Yahvé dijo a Josué: «Descalza tus pies, pues el lugar que pisas es santo». Hízolo así Josué.

Parece que este episodio está desplazado de su lugar primitivo. La actitud del príncipe del ejército de Yahvé es de amenaza, no especificando el texto el motivo que la provocó. Supone Dhorme que el paso de un río requiere la autorización de la potencia celestial que guarda el acceso del territorio situado al otro lado. Por de pronto, la aparición obedecía a consignas más graves y trascendentales que a la de intimar a Josué a que se quitara el calzado

[1] A. George, *Les récits de Gilgal en Jos 5,2-15*: «Mémorial Chaine» (Lyón 1950) 171. 183-184.

[2] E. Powder, *Josue 5,9 and the Institution of Circuncision*: «Irish Theological Quarterly», 18 (1951) 368-372 (interpreta el texto del oprobio del pueblo por no poseer un territorio propio antes de entrar en Canaán); Figueras, A. M., *El concepto de pecado en las diversas fases redaccionales de Josué*: «XVIII Semana Bíblica Española» (Madrid 1959) 145-167.

(Gén 32,25-33). Lo más probable es que el personaje misterioso quiso urgir el rito de la circuncisión, que se había descuidado en el desierto. Quizá en un principio la perícopa precedía al v.2 de este capítulo. En Ex 4,24 se dice que Yahvé salió al encuentro de Moisés, queriéndole matar. Séfora aplacó su ira circuncidando a su hijo. Con la narración de este episodio, truncado, sin duda, se destaca la relevante personalidad de Josué, que por su reverencia y humildad puede parangonarse con Abraham (Gén 15,12) y Moisés (Ex 3,3-6). Todo en el contexto invita a reconocer en el jefe de los ejércitos de Yahvé a un ser sobrenatural, a un ángel de Yahvé que debía convertirse en guía de los israelitas en la penetración y conquista de Canaán (Ex 23,20; 32,34; 33,2). El v.16 es copia de Ex 3,5 [3].

Primeros combates (c.6-8)

Se narra en el capítulo 6 la toma de Jericó. El texto de la versión de los LXX difiere mucho del texto hebreo; los exegetas, o bien se esfuerzan por combinar ambos textos, o se pronuncian por uno o por otro. Aun en el supuesto de adoptar el texto más corto de los LXX, no se eliminan todas las incoherencias de la narración. La solución más obvia consiste en distinguir entre el texto que se cree primitivo y las adiciones posteriores. Con ello la narración fluye de manera lógica y desaparecen o se atenúan las dificultades. Es imposible, por ejemplo, armonizar los v.4.5.16a.20a con 8.9.13. Schulz, seguido en parte por Gelin, considera como texto primitivo los v.1-2a.3-7.11.14.15a.16a.20b.21.24-27. El P. Fernández admite dos recensiones, una larga y otra breve, de las cuales considera como auténtica la última. Según Ubach, dos escribas testigos de los hechos escribieron cada uno independientemente sus impresiones, haciendo uno hincapié en unas circunstancias y otro en otras. El relato es una combinación de una doble táctica: una marcha en silencio alrededor de la ciudad durante siete días hasta el estentóreo grito de guerra, y una procesión con el arca, al son de las trompetas sagradas, símbolo de la cooperación divina en la empresa [1]. Defiende Abel que el redactor final ha querido unificar dos situaciones sucesivas. Baldi opta por la fusión de dos relatos o tradiciones paralelas dispuestas psicológicamente de manera distinta. En una tradición se dio más importancia al valor del ejército judío; en otra, de origen sacerdotal, se puso de relieve la cooperación religiosa. El redactor último trató de conservar estos dos aspectos de la misma tradición fundiéndolos en un solo relato. Explíquese como se quiera, lo cierto es que el texto se presenta con todas las características de una composición literaria heterogénea. El texto hebreo adopta el estilo sacerdotal.

[3] F. M. Abel, *L'apparition du chef de l'armée de Yahvéh à Josué*: «Studia Anselmiana», 27-28 (Roma 1951) 109-113. La concepción de un dios en traje de guerrero y con la espada desenvainada se encuentra en la tradición cananea. El título de «príncipe del ejército» supone quizá la institución de la monarquía. En el v.15 se hace alusión a un lugar sagrado, quizá Gálgala (Jue 2,1), que no se menciona por haberse convertido en santuario de cultos sincretistas (Os 4,15; Am 4,4).

[1] F. M. Abel, *Les stratagèmes dans le livre de Josué*: RB 56 (1949) 321-339.

Toma de Jericó (6,1-14)

1 Tenía Jericó cerradas las puertas y bien echados sus ce-
rrojos por miedo a los hijos de Israel, y nadie salía ni entraba
en ella. 2 Yahvé dijo a Josué: «Mira, he puesto en tus manos a
Jericó, a su rey y a todos sus hombres de guerra. 3 Marchad
vosotros, todos los hombres de guerra, en torno a la ciudad,
dando una vuelta en derredor suyo. Así haréis por seis días.
4 Siete sacerdotes llevarán delante del arca siete trompetas
resonantes. Al séptimo día daréis siete vueltas en derredor
de la ciudad, yendo los sacerdotes tocando sus trompetas.
5 Cuando ellos toquen repetidamente el cuerno potente y oigáis
el sonar de las trompetas, todo el pueblo se pondrá a gritar
fuertemente, y las murallas de la ciudad se derrumbarán.
Entonces subirá el pueblo, cada uno enfrente de sí». 6 Josué,
hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les dijo: «Llevad el arca
de la alianza, y que siete sacerdotes vayan con siete trompetas
resonantes delante del arca de Yahvé». 7 Dijo también al pue-
blo: «Marchad y dad también una vuelta a la ciudad, yendo
los armados delante del arca de Yahvé». 8 Así que Josué hubo
hablado al pueblo, los siete sacerdotes con las siete trompetas
resonantes iban tocando las trompetas delante de Yahvé, y el
arca de la alianza de Yahvé iba en pos de ellos. 9 Los hombres
de guerra iban delante de los sacerdotes que tocaban las trom-
petas, y la retaguardia, detrás del arca. Durante la marcha se
tocaban las trompetas. 10 Josué había dado al pueblo esta orden:
«No gritéis ni hagáis oír vuestra voz, ni salga de vuestra boca
una palabra hasta el día en que yo os diga: Gritad. Entonces
gritaréis». 11 El arca de Yahvé dio una vuelta en derredor de
la ciudad, una vuelta sola, y se volvieron al campamento,
donde pasaron la noche. 12 Al día siguiente se levantó Josué
bien de mañana, y los sacerdotes llevaron el arca de Yahvé.
13 Los siete sacerdotes que llevaban las siete trompetas reso-
nantes delante del arca de Yahvé se pusieron en marcha to-
cando las trompetas. Los hombres de guerra iban delante
de ellos, y detrás la retaguardia seguia al arca de Yahve; y
durante la marcha iban tocando las trompetas. 14 Dieron el
segundo día la vuelta en derredor de la ciudad y se vol-
vieron al campamento; esto mismo hicieron por siete días.

Yahvé prometió poner a Jericó en manos de Josué (Núm 21,34; Deut 2,24; 3,2). Era Jericó una plaza fuerte cananea edificada sobre un altozano elíptico de 307 por 161 metros, dominando la llanura de su nombre. La descripción del ataque de la ciudad por los israelitas es bien conocida. Pero, como hemos apuntado más arriba, cabe distinguir entre el relato primitivo y las adiciones posteriores de carácter religioso referentes a los sacerdotes, arca de la alianza y trompetas sagradas. Los soldados de Josué combatieron contra Jericó y la tomaron. En ciertos ambientes pareció que el relato primitivo era demasiado profano, por darse excesiva importancia a las causas puramente humanas que contribuyeron a la conquista de la ciudad, por lo cual se le añadieron elementos procedentes de ambientes sacerdotales. El relato primitivo, según Noth, era más o menos el siguiente: (v.2): ... Yahvé dijo a Josué: «Mira he puesto en tus manos a Jericó... Todos los hombres de guerra (3) rodearán la ciudad, dando una vuelta en derredor suyo. Así haréis por seis días. (4) Al séptimo día daréis siete vueltas en derredor de la ciudad... (5) Cuando toque el cuerno..., todo el pueblo se pondrá a gritar fuertemente, y las murallas de la ciudad se derrumbarán. Entonces subirá el pueblo, cada uno enfrente de sí» (6)... (7) Dijo Josué al pueblo: «Marchad y dad la vuelta a la ciudad»... (8) y se hizo conforme a la orden dada por Josué al pueblo... (10) Josué dio al pueblo la siguiente orden: «No gritéis ni hagáis oír vuestra voz, ni salga de vuestra boca una palabra hasta el día en que yo os diga: Gritad. Entonces gritaréis»... (12) Al día siguiente se levantó Josué bien de mañana... (14) y se hizo el giro de la ciudad..., regresando al campamento. Esto mismo hicieron por seis días. (15) Al día séptimo se levantaron al alba, dieron siete vueltas en torno a la ciudad. (16) A la séptima... dijo Josué al pueblo: «Gritad, porque Yahvé os entrega la ciudad»... (20) Entonces todo el pueblo se puso a gritar clamorosamente, y las murallas de la ciudad se derrumbaron y cada uno subió a la ciudad frente de sí. El grito de guerra se da en el momento de un ataque o desafío colectivo (1 Sam 17,21.52), seguido a menudo por el toque de las trompetas (Am 2,2). Las trompetas de cuerno de carnero eran un instrumento guerrero que tenía la finalidad de infundir terror al enemigo (Jue 7,8-20), dirigir el movimiento del ejército (2 Sam 2,28; 18,16) y usado en ciertas ceremonias religiosas (2 Crón 15,14; Lev 25,9).

Suerte de Jericó (6,15-24)

15 Al día siguiente se levantaron con el alba, y dieron del
mismo modo siete vueltas en derredor de la ciudad. 16 A la
séptima, mientras los sacerdotes tocaban las trompetas, Josué
dijo al pueblo: «Gritad, porque Yahvé os entrega la ciudad.
17 La ciudad será dada a Yahvé en anatema, con todo cuanto
en ella hay. Sólo Rahab, la cortesana, vivirá, ella y cuantos con
ella estén en su casa, por haber escondido a los exploradores
que habíamos mandado. 18 Guardaos bien de lo dado al ana-
tema, no sea que, tomando algo de lo que así habéis consa-
grado, hagáis anatema al campamento de Israel y traigáis sobre
él la confusión. 19 Toda la plata, todo el oro y todos los objetos
de bronce y de hierro serán consagrados a Yahvé y entrarán
en su tesoro». 20 Los sacerdotes tocaron las trompetas, y cuando
el pueblo, oído el sonido de las trompetas, se puso a gritar
clamorosamente, las murallas de la ciudad se derrumbaron,
y cada uno subió a la ciudad frente de sí. 21 Apoderándose de
la ciudad, dieron al anatema todo cuanto en ella había, y al
filo de la espada a hombres y mujeres, niños y viejos, bueyes,
ovejas y asnos. 22 Pero Josué dijo a los dos exploradores: «Entrad
en la casa de Rahab, la cortesana, y sacad a esa mujer con todos
los suyos, como se lo habéis jurado». 23 Los jóvenes, los espías,
entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus
hermanos y a todos los suyos, y los pusieron en lugar seguro,
fuera del campamento de Israel. 24 Los hijos de Israel que-

maron la ciudad con todo cuanto en ella había, salvo la plata y el oro y todos los objetos de bronce y de hierro, que pusieron en el tesoro de la casa de Yahvé.

¿Cuál fue la causa que provocó el desmoronamiento de las murallas de Jericó? ¿Se produjo este fenómeno, o el texto sugiere o permite otra interpretación? No es de creer que el griterío *(teruah)* de la multitud (Ex 32,17; 1 Sam 4,5; 2 Sam 6,15) y el sonido de las trompetas fueran tan ensordecedores que derribaran las murallas. Algunos suponen que ayudó Dios a los sitiadores provocando a su debido tiempo un terremoto que derribó las murallas. Hizo Dios lo que no pudieron lograr los israelitas con su griterío y sus trompetas. Es muy posible que el autor sagrado, llevado totalmente de la idea de poner de relieve la intervención de Dios en la expugnación de la tierra de Canaán, no haya dicho todo lo que aconteció junto a los muros de la ciudad clave para entrar en Palestina. Es sintomático a este respecto lo que dice Josué en su discurso de despedida de que *las gentes de Jericó combatieron contra vosotros* (24,11), lo que debe interpretarse en el sentido de que fueron necesarios varios combates para conquistar la ciudad, y de que, de no intervenir Dios abiertamente en favor de los israelitas, nunca hubieran éstos penetrado en ella.

El ensañamiento de los israelitas al exterminar todo ser viviente de la ciudad se rige por las leyes del *herem* o del anatema, comunes a los pueblos del antiguo Próximo Oriente. Con el anatema *(herem)* de destrucción (Lev 27,29; Deut 2,35; 7,25; 20,16; 25,17-19), Jericó debía ser arrasada completamente. Dios manda que las ciudades idolátricas sean destruidas con todos sus habitantes, animales domésticos y bienes (Deut 13,16). La misma suerte debían seguir los pueblos enemigos de Israel (1 Sam c.15; Is 34,2; 43,25; Jer 26,9). Unicamente se exceptúan de este anatema en nuestro texto *el oro y la plata y todos los objetos de bronce y de hierro* (v.24), que se destinaban al tesoro de Yahvé, siendo estos objetos conceptuados como anatema de oblación (Lev 27,28; Núm 18,14). Habla el texto del tesoro de la casa de Yahvé porque el autor del relato tiene en su mente la idea del templo [2]. Estas venganzas colectivas no autorizaban las privadas (Prov 25,21-22; 1 Sam 24).

Rahab a salvo (6,25-27)

25 Josué dejó la vida a Rahab, la cortesana, y a la casa de su padre, que habitó en medio de Israel hasta hoy, por haber ocultado a los enviados por Josué a explorar a Jericó. 26 Entonces juró Josué, diciendo: «Maldito de Yahvé quien se ponga a

[2] Sobre el *herem:* A. FERNÁNDEZ, *El herem bíblico:* B 5 (1924) 3-24; H. STIEGLECKER, *Härte and Grausamkeit im Alten Testament:* «Theologische-praktische Quartalschrift», 130 (1950) 9-30.105-128; 131 (1951) 103-118.210-225; C. BREKELMANS, *Le Herem chez les Prophètes du Royaume du Nord et dans le Deutéronome:* «Sacra Pagina» (Miscellanea biblica congressus internationalis catholici de re biblica) (París-Gembloux 1959) 377-383; L. DELPORTE, *L'Anathème de Yahvé. Recherches sur le herem préexilien en Israel:* RSR 5 (1914) 297-300. H. JUNKER, *Der Alttestamentliche Bann gegen heidnischen Völker:* «Trierer Theologische Zeitschrift», 56 (1947) 74-89; J. KAUFMANN, *The Religion of Israel* 247-254.

reedificar esta ciudad de Jericó. Al precio de la vida de su primogénito ponga los cimientos; al precio de la de su hijo menor ponga las puertas». 27 Yahvé fue con Josué, y su fama se extendió por toda la tierra.

Los espías cumplieron la promesa hecha a Rahab, salvando a ella y a toda la familia. En un principio la mujer ocupó un lugar «fuera del campamento de Israel» (v.23), pero más tarde «habitó en medio de Israel hasta hoy», figurando en la genealogía de Jesucristo. Josué maldice al que intente reedificar de nuevo la ciudad de Jericó. La imprecación de Josué cumplióse con Hiel, en el siglo IX (1 Re 16,34). Parece que el texto alude a la costumbre cananea de sacrificar un niño en la fundación de una ciudad (Guezer, Megido, Tell el-Farah), costumbre que imitaron algunos israelitas. Dios condenaba este infanticidio.

LAS EXCAVACIONES DE JERICÓ

Grandes esperanzas pusieron exegetas e historiadores en las excavaciones de Tell el-Sultán para conocer las modalidades de la toma de Jericó por parte de los israelitas, aportando con ello luz al texto, oscuro, enigmático y complejo de la Biblia. Las primeras fueron llevadas a cabo por los alemanes E. Sellin, E. Langenegger y C. Watzinger, durante los años 1907-1913, cuyos resultados fueron publicados en 1913. Algunas de las conclusiones de los citados excavadores fueron censuradas, por lo que se pensó en reanudar las excursiones con mejor base científica. La tarea fue confiada a J. Garstang, bajo los auspicios de *Palestine Exploration Fund*, siendo explorado el Tell desde 1930-1936. El mérito principal de Garstang consiste en haber trazado la evolución histórica de la ciudad. La primera ciudad (precananea), fundada antes del año 3000 antes de Cristo, se hallaba en la parte septentrional del Tell. La primera ciudad cananea fue edificada sobre las ruinas de la anterior hacia los años 2100 a 1900, ocupando la parte más alta del Tell en una extensión aproximada de dos hectáreas. Sus murallas son de ladrillo con bloques de piedra en los fundamentos. La segunda ciudad cananea surgió entre 1900 y 1600, y puede considerarse como ampliación de la primera; ocupa una extensión de dos a cinco hectáreas. Una sólida muralla protegida con una rampa o *glacis* envolvía la ciudad. Es ésta la ciudad más próspera de todas por coincidir con la época de los hicsos, a juzgar por un escarabajo egipcio de la XIII dinastía encontrado en el lugar. Por circunstancias desconocidas, la ciudad fue destruida y abatidas sus murallas hacia el año 1580. Otra vez fue reedificada, protegiéndola con un muro hacia el año 1500. Las nuevas edificaciones desaparecieron por efectos de un cataclismo, sobre cuya fecha discuten los arqueólogos. Garstang lo fija entre los años 1400 y 1385; W. F. Albright, entre 1360 y 1320. El gran arqueólogo H. Vincent, basándose en algunos restos, vajilla y cerámica ilustrada, señala la fecha de la destrucción de esta ciudad en la segunda mitad del siglo XIII, y más concretamente en 1250 [3].

[3] *Jérico et sa chronologie:* RB 44 (1935) 602.

Esta última hipótesis tiene en su favor el registro de las ciudades conquistadas por Ramsés II, encontrado en los muros de un templo de Amarah, en la orilla izquierda del Nilo. Entre los nombres de las ciudades asiáticas conquistadas por el monarca figura la de Jericó [4]. Estas divergencias profundas entre arqueólogos tocante a la fecha de la destrucción de Jericó movieron a la *British School of Archaeology* y a la *American Schools of Oriental Research* a emprender nuevas excavaciones, que dirigió la señorita K. Kenyon. Su finalidad principal era zanjar definitivamente las discusiones en torno a la fecha de la destrucción de Jericó (ciudad D). Las excavaciones empezaron en 1952. ¡Cuál no fue la sorpresa al comprobar que la ciudad de Jericó de Josué se volatilizaba bajo los golpes de los picos de los obreros especializados! ¡Ningún resto de la ciudad bíblica se encontró en Tell el-Sultán! El doble muro (muro D) atribuido por Garstang al Bronce reciente, y, por lo mismo, identificado con el que fue destruido en tiempos de Josué, no es más que una parte del complejo sistema defensivo, reconstruido y retocado varias veces durante el tercer milenio (Bronce antiguo y medio). Ningún rastro de cerámica en toda el área excavada del Bronce reciente, o sea de los tiempos de Josué. Los excavadores de Tell el-Sultán han perdido toda esperanza de encontrar la Jericó de Josué a causa de haber desaparecido las edificaciones de la superficie o por la erosión o por obra de los hombres. A tenor de los resultados de las exploraciones arqueológicas, hacia el año 1200, fecha de la conquista de Canaán, no existía Jericó, o al menos no quedan vestigios arqueológicos de la misma [5].

La arqueología y el texto sagrado

La comprobación de que la ciudad del Bronce reciente (ciudad D) fue destruida por un cataclismo o por el fuego produjo en el ánimo de J. Garstang la más grande satisfacción. Para concordar los resultados arqueológicos con el texto bíblico, colocó Garstang la fecha del éxodo en tiempos de Amenofis II (1447-1442), y la conquista de Jericó hacia el año 1400. Pero, como vimos en la introducción, la sentencia más corriente hoy día fija la penetración de Josué en Palestina hacia el año 1200. Por lo mismo, las cenizas encontradas por Garstang corresponden a una destrucción de la ciudad en tiempos anteriores al incendio provocado por los soldados israelitas (6,24). Con el fin de solventar estas dificultades se recurrió a la hipótesis de varios éxodos de israelitas de Egipto. Cabe otra que ha señalado la señorita Kenyon, según la cual, sobre los restos de la ciudad de 1900-1600 a.C. pudo levantarse otra más reciente, que ha desaparecido, víctima de la erosión, sin dejar huellas sobre el Tell [6].

[4] Q. H. W. Fairman, *Preliminary report on the excavation at Amarah West, Anglo-Egyptian Sudan 1938-1939*: «The Journal of Egyptian Archaeology», 25 (1939) 139-144.

[5] A. Rolla, *La Bibbia di fronte alle ultime scoperte* (Roma 1959) 37; Idem, *Le mura di Gericò e gli scavi archeologici del 1952-1953*: «Rivista Biblica», 2 (1954) 173-178. En las excavaciones de los años 1957-1958 se ha llegado a la fase protoneolítica y mesolítica de la antigua Jericó.

[6] V. Vilar, *Crónica arqueológica de Palestina*: EB 14 (1955) 329-332.

Puestos a enjuiciar toda la cuestión, cabe admitir que el v.20 puede interpretarse en el sentido de que las varias vueltas del ejército israelita en torno a Jericó, con las consiguientes amenazas para los que se negaran a entregarla, impresionaron y descorazonaron a los defensores de tal manera, que la resistencia de la guarnición se derrumbó *(wattippol hahomah)*, entrando los israelitas en la ciudad. El término hebreo *homah* significa muro, pero se emplea también en el sentido de guarnición, protección, como en 1 Sam 25,16: *Nos protegían de día y de noche todo el tiempo*. En este texto, un criado de Abigail confiesa que las gentes de David eran para ellos un valladar, una protección. Con esta explicación se comprende que la casa de Rahab quedara en pie, lo que no habría sucedido en el caso de haberse derrumbado los muros. Con ella se armonizan los datos de la arqueología con los de la Biblia. Al presentarse Josué ante Jericó, encontró a los cananeos atrincherados detrás de las imponentes ruinas de una ciudad que fue destruida antes por causas desconocidas hasta el presente. El ejército israelita luchó, venciendo la resistencia cananea. Según 24,11, ante Jericó hubo fuertes combates, hasta que la suerte se inclinó por los israelitas.

Algunos autores ven en el relato de la conquista de Jericó huellas de un estilo épico. Escribe Delorme que toda la narración tiende a destacar la importancia de esta victoria y atribuirla a Yahvé. En el relato se hace uso del énfasis, se recorta la participación de los valores humanos en el éxito de la empresa, se citan cosas insólitas y maravillosas [7]. Nunca sabremos a punto fijo cuáles fueron los pormenores de la toma de Jericó ni cuál fue la mente del autor sagrado respecto de los mismos. Pero, si los pormenores son oscuros, está patente, en cambio, que la toma de la ciudad abrió a los judíos las puertas de Canaán. Si Dios no hubiera luchado junto a los israelitas, difícilmente hubieran cedido las defensas de la ciudad ni su guarnición se hubiese rendido [8].

Prevaricación de Acán (7,1)

1 Los hijos de Israel cometieron una prevaricación en lo del anatema. Acán, hijo de Jarmi, hijo de Zabdi, hijo de Zare, de la tribu de Judá, se apropió objetos de los dados al anatema, y la cólera de Yahvé se encendió contra los hijos de Israel.

En virtud de la ley de la solidaridad, el pecado de Acán recae sobre todo el pueblo. A este episodio y a sus consecuencias aludía implícitamente el texto en 6,18-19. El autor sagrado, en una breve introducción, hace referencia al precepto divino sobre el *herem* y anticipa la razón del desastre de Hai. Josué había conminado al pueblo

[7] *Introduction à la Bible* (Desclée, 1957) vol.1,392.

[8] A. van Hoonacker, *Das Wunder Josuas*: «Theologie und Glaube», 5 (1913) 454-461; R. Tournay, *A propos des murailles de Jéricho*: «Vivre et Penser», 3 sér. (1945) 304-306. Sobre las excavaciones de Jericó, véase J. B. F. Garstang, *The Story of Jericho* (Londres 1948); K. M. Kenyon, *Excavations at Jericho 1952*: PEQ 84 (1952) 62-82; 85 (1953) 81-95; 86 (1954) 45-63; 87 (1955) 108-117; 88 (1956) 67-82; *Digging up Jericho* (Londres 1957); R. North, *The 1952 Jericho-Sultan Excavation*: B 34 (1953) 1-12; R. Savignac, *La conquête de Jéricho*: RB 49 (1940) 36-53; K. M. Kenyon, *Archaeology in the Holy Land* (Londres 1960) 195-220.

a no tomar nada de lo que debía ser consagrado al exterminio ni de lo que debía reservarse para el tesoro de Yahvé. El pueblo obedeció a su palabra, pero la codicia cegó a Acán. Era Acán hijo de Judá por Zarac (Gén 38,30; 46,12).

Desastre en Hai (7,2-5)

2 Josué mandó desde Jericó hombres hacia Hai, que está al oriente de Bétel, y les dijo: «Id a explorar la tierra». Llegaron y reconocieron Hai. 3 De vuelta a Josué, le dijeron: «No se necesita que el pueblo todo se ponga en marcha contra la ciudad. Dos o tres mil hombres que suban bastarían para tomar Hai, pues sus habitantes son pocos en número; no es preciso que todo el pueblo se fatigue». 4 Pusiéronse, pues, en marcha unos tres mil hombres, que emprendieron la fuga ante los hombres de Hai. 5 Las gentes de Hai les mataron unos treinta y seis hombres y los persiguieron desde la puerta hasta Sebarim, batiéndolos en la bajada. El corazón del pueblo desmayó y perdió todo valor.

Yahvé es un Dios celoso que castiga las infidelidades de su pueblo. Como represalia por el pecado de Acán le abandona a sus propias fuerzas en el ataque a Hai y es derrotado, a pesar del exiguo número de sus defensores. El autor sagrado conoce la ciudad y sus alrededores, pero usa de la aproximación al señalar el número de guerreros que atacaron a la ciudad y las bajas que tuvieron. El número de atacantes parece excesivo en relación con las pérdidas sufridas. Hai, que significa *la Ruina*, se identifica con el actual *et-Tell*, a dos kilómetros al sudeste de Bétel (Gén 12,8; 13,3). Estaba edificada sobre uno de los promontorios que se adelantan hacia la depresión jordánica, con una posición excepcional desde el punto de vista estratégico. Hai era la llave para penetrar en el macizo central de Palestina. Sebarim es el terreno rocoso en la bajada a oriente de Hai, en el valle de *Der Divan* (v.5).

Consternación de Josué (7,6-15)

6 Josué rasgó sus vestiduras y se postró rostro en tierra ante el arca de Yahvé, hasta por la tarde, él y los ancianos de Israel, y echaron polvo sobre sus cabezas. 7 Josué dijo: «¡Oh Señor, Yahvé!, ¿por qué has hecho pasar el Jordán a este pueblo, para entregarnos en manos de los amorreos, que nos destruyan? ¿Por qué no hemos sabido quedarnos al otro lado del Jordán? 8 Por favor, Yahvé, ¿qué voy a poder decir yo después de haber vuelto Israel las espaldas ante los enemigos? 9 Lo sabrán los cananeos y todos los habitantes de la tierra, y nos envolverán y harán desaparecer de la tierra nuestro nombre. Y ¿qué harás tú por la gloria de tu nombre?» 10 Yahvé dijo a Josué: «Levántate; ¿por qué te echas sobre tu rostro? 11 Israel ha pecado y ha llegado a traspasar mi alianza, la que yo le he mandado guardar, hasta tomar cosas de las dadas al anatema, robarlas, mentir y guardarlas entre sus enseres. 12 Por eso los hijos de Israel no han podido resistir ante sus enemigos y

les dieron las espaldas, porque han venido a ser anatema. Ya no estaré yo en adelante en medio de ellos, si no quitáis de en medio de vosotros el anatema. 13 Levántate, santifica al pueblo, y diles: «Santificaos para mañana, porque así dice Yahvé, Dios de Israel: Hay en medio de ti, ¡oh Israel!, un anatema, y no podrás resistir ante el enemigo mientras no hayas quitado el anatema de en medio de vosotros. 14 Os acercaréis mañana por tribus; y la tribu que Yahvé señale, se acercará por familias; y la familia que señale Yahvé, se acercará por casas; y la casa señalada por Yahvé, se acercará por cabezas. 15 El que fuere cogido en el anatema, será consumido por el fuego, por haber traspasado la alianza de Yahvé y haber cometido en Israel una maldad».

El revés sufrido en Hai desconcierta a Josué y a sus íntimos colaboradores por lo que significaba y por las repercusiones que la derrota tendría en el futuro. Yahvé en esta ocasión no había combatido al lado de su pueblo, lo que debía interpretarse como señal de que estaba resentido por alguna infidelidad cometida contra El. Como muestras externas de dolor, rasga Josué sus vestiduras (Gén 37,29; 44,13; Núm 14,6), echa polvo sobre su cabeza (Job 2,12; Lam 2,10, etc.), y, postrado en tierra, se queja a Yahvé, casi reprochándole su conducta (Jer 1,6; 4,10; 14,13), haciéndole ver el porvenir de su pueblo y el menoscabo de su gloria ante los otros pueblos de Palestina. La conducta de Yahvé en momentos tan críticos es desconcertante. La oración de Josué recuerda la de Moisés en casos análogos (Ex 32,11; Núm 14,13-16; Deut 9,26), pero con notables diferencias tanto en las palabras como en las ideas.

Dios señala a Josué la causa del revés sufrido en Hai (v.10-12); en 13-15 se indican los procedimientos para aplacar su ira. El sujeto de este pecado es una colectividad; una vez el pecador es Israel *(hata Yisrael, Israel pecó)*; cinco veces se dice que ellos, es decir, los israelitas, han pecado. De todo el contexto aparece que el pecador es Acán, quien con su pecado trajo la confusión sobre el campamento de Israel (6,18). Para que entre Dios y el pueblo se reanuden las relaciones de amistad, es preciso que desaparezca la infamia de en medio del pueblo (Gén 34,14; Deut 22,21) y de que sea quemado (Gén 38,24; Lev 21,9) el que faltó a la alianza. Dios mismo sugiere a Josué el método que debe seguirse para individualizar al culpable (1 Sam 14,40-42; 10,19-21).

Señalamiento del culpable (7,16-26)

16 Al día siguiente, de mañana, Josué hizo que se acercara Israel por tribus, y fue señalada la tribu de Judá. 17 Hizo acercarse a las familias de Judá, y fue señalada la familia de Zare. Hizo acercarse a la familia de Zare, por casas, y fue señalada la casa de Zabdi. 18 Hizo acercarse a la casa de Zabdi, por cabezas, y fue señalado Acán, hijo de Jazmi, hijo de Zabdi, hijo de Zare, de la tribu de Judá. 19 Josué dijo a Acán: «Hijo mío, anda, da gloria a Yahvé, Dios de Israel, y ríndele honor. Confiésame lo que has hecho, no me lo ocul-

tes». [20] Acán respondió a Josué, diciendo: «Es cierto, soy yo el que ha pecado contra Yahvé, Dios de Israel. He aquí lo que he hecho: [21] Vi entre los despojos un hermoso manto de Senaar, doscientos siclos de plata y una barra de oro de cincuenta siclos de peso, y, codicioso, los cogí, y los enterré en medio de mi tienda, poniendo debajo el dinero». [22] Josué mandó entonces comisionados, que fueron corriendo a la tienda y vieron los objetos enterrados en la tienda de Acán, y debajo el dinero. [23] Tomáronlo de en medio de la tienda y se lo llevaron a Josué y a los hijos de Israel, y lo depositaron ante Yahvé. [24] Josué cogió a Acán, hijo de Zare, y lo condujeron al valle de Acor. [25] Josué dijo: «¿Por qué nos has puesto en perturbación? Pertúrbete a ti hoy Yahvé». Y todo Israel le lapidó. Después de lapidado, fue quemado en el fuego, [26] y echaron sobre Acán un gran montón de piedras, que todavía hoy subsiste. Yahvé aplacó el ardor de su cólera. Por eso se llamó a aquel lugar valle de Acor, hasta el día de hoy.

Según lo que había mandado Dios, echáronse suertes (1 Sam 10, 20-21; 14,40-41) para descubrir al culpable, empleando el sistema de eliminación, empezando por las tribus y terminando por los individuos. Con el *efod* en la mano, un sacerdote interpretaba las respuestas dadas por las dos suertes sagradas, el *urim* y el *tummim*, dos piedras preciosas que, convencionalmente, significaban sí o no. Acán resultó ser el culpable. Reconoció su falta y confesó haber sustraído un hermoso manto de Senaar, es decir, de Babilonia (Gén 10,10; 11,2; 14,1-9), y una cantidad de plata y oro en lingotes, cuya estimación en medidas actuales era de tres kilos y 800 gramos respectivamente. El texto masorético actual extiende el castigo a los familiares y a la hacienda del sacrílego, pero el texto griego reduce la lapidación al culpable, lo que está conforme con Deut 24,16. Como en otras partes del libro de Josué, se ha amplificado el texto primitivo de este pasaje con glosas redaccionales con el fin de acentuar las penas en que incurren los transgresores de la alianza. Como glosa debe también considerarse la noticia de que Acán fuera quemado en el fuego [1]. El valle de Acor (15,7) se identifica con la llanura de Bukeia, al sudoeste de Jericó.

Emboscada en Hai y toma de la ciudad (8,1-23)

[1] Yahvé dijo a Josué: «No temas ni te acobardes. Toma contigo a todos los hombres de guerra, levántate y sube contra Hai. Mira, pongo en tus manos al rey de Hai, a su pueblo, su ciudad y su territorio. [2] Trata a Hai y a su rey como trataste a Jericó y a su rey; pero el botín y el ganado, tomadlo para vosotros. Pon una emboscada detrás de la ciudad». [3] Josué se dispuso a subir con todos los hombres de guerra contra Hai. Escogió treinta mil, todos ellos hombres valerosos, y los hizo partir de noche, dándoles esta orden: [4] «Estad sobre aviso; poneos en emboscada detrás de la ciudad, sin alejaros mucho, y estad todos prontos. [5] Yo, con la gente que llevo conmigo, nos

[1] B. J. ALFRINK, *Die Achan-Erzählung* (Jos 7): «Studia Anselmiana», 27-28 (Roma 1951) 114-129.

acercaremos a la ciudad, y cuando salgan a nuestro encuentro como la primera vez, huiremos ante ellos. [6] Ellos saldrán en persecución nuestra; y cuando los hayamos atraído lejos de la ciudad, porque se dirán: Huyen delante de nosotros, como la primera vez; [7] entonces, saliendo vosotros de la emboscada, os apoderáis de la ciudad. Yahvé, vuestro Dios, la entregará en vuestras manos. [8] Cuando la hayáis tomado, la incendiaréis. Haced según lo que ha dicho Yahvé. Ved, ésas son mis órdenes». [9] Josué los hizo partir; y ellos fueron a ponerse en emboscada entre Bétel y Hai, al occidente de Hai. Josué pasó la noche en medio del pueblo. [10] Levantóse Josué bien de mañana, y, después de revisar al pueblo, avanzó a la cabeza de él, él y los ancianos de Israel, contra Hai. [11] Todos los hombres de guerra que estaban con él subieron y se acercaron; llegados frente a Hai, se detuvieron al norte de la ciudad, teniendo el valle entre ellos y Hai. [12] Tomó Josué unos cinco mil hombres, y los puso en emboscada entre Bétel y Hai, al occidente de la ciudad. [13] Luego que todo el pueblo hubo tomado posiciones al norte de la ciudad, y la emboscada al occidente de ella, avanzó Josué durante la noche al medio del valle. [14] Cuando el rey de Hai vio esto, se levantó de prisa, bien de mañana, para combatir a los hijos de Israel. Y sin saber que detrás de la ciudad había una emboscada contra ella, el rey, con todo su pueblo, se dirigió a un cierto lugar del llano. [15] Josué y todo Israel, fingiéndose derrotados por ellos, huyeron por el camino del desierto; [16] se reunió toda la gente que había en la ciudad, para perseguirlos con gran griterío, y persiguieron a Josué, que los alejó así de la ciudad. [17] No hubo ni uno de Hai que no saliera tras de Israel y le persiguiera, dejando abierta la ciudad. [18] Yahvé dijo a Josué: «Tiende hacia Hai el dardo que llevas en la mano, porque voy a poner en tu poder la ciudad». Josué tendió hacia la ciudad el dardo que tenía en la mano, [19] y las gentes de la emboscada se levantaron prestamente del lugar donde estaban, y, corriendo, entraron en la ciudad, se apoderaron de ella y le pusieron fuego. [20] Cuando los de Hai miraron atrás y vieron el humo que de la ciudad subía al cielo, ya no pudieron ponerse en salvo por ningún lado; pues el pueblo, que huía camino del desierto, se volvió contra los que le perseguían. [21] Josué y todo Israel, viendo que la ciudad había sido tomada por los emboscados y cómo subía el humo de la ciudad, se volvieron y derrotaron a los de Hai; [22] los otros salieron de la ciudad a su encuentro; los de Hai se vieron envueltos por los de Israel, de un lado por unos, del otro por otros; y los de Israel los batieron, sin dejar ni un superviviente ni un fugitivo; [23] cogieron vivo al rey de Hai y se lo llevaron a Josué.

Con el castigo de Acán se normalizaron las relaciones entre Dios y el pueblo, estando seguro Josué del éxito de una futura operación contra Hai. Es probable que los exploradores enviados a Hai (7,2-3) subestimaran su capacidad defensiva y los efectivos de su ejército. Ante la dolorosa experiencia, Josué se dispuso a atacar la ciudad con todos sus hombres de guerra. El número de treinta mil es una hipérbole manifiesta; algunos exegetas [1] lo reducen a tres mil y les parece todavía excesivo, por la razón de que

[1] «Biblica», 3 (1922) 284.

difícilmente pasaría inadvertido a las gentes de Hai un número tan crecido de soldados apostados detrás de la ciudad. Hablando H. Vincent del relato de la conquista de Hai, nota en el texto «un formulario enfático, cifras incoherentes y desmesuradas, insistencia sobre cosas maravillosas cuya inverosimilitud nos es notoria, pero que no desconciertan a un espíritu oriental» [2].

A la mañana siguiente, muy de madrugada (6,12), subió Josué con el resto del ejército y se acercó a la ciudad. La disposición de los combatientes era la siguiente: la emboscada enviada durante la noche subió de Jericó por *Ain ed-Duq*, siguió por el valle Zeitún, dejando Hai a la izquierda, escondiéndose detrás del cerro llamado hoy día *Burdjmus*, entre Bétel y Hai. Josué, al llegar a la altura de *Jirbet Haiján*, se dirigió hacia Hai por la llanura que se encuentra al sudeste de la misma, con el fin de hacerse visible a los habitantes de la ciudad. Hai quedaba entre dos fuerzas. La estratagema de Josué surtió el efecto deseado. Los versículos 11a-13 faltan en el texto griego; deben considerarse como glosa redaccional.

Castigo infligido a Hai (8,24-29)

24 Cuando Israel hubo acabado de exterminar en el campo
a todos los habitantes de Hai, camino del desierto, por donde
los habían perseguido, y todos hasta el último hubieron sido
pasados a filo de espada, todo Israel se volvió a la ciudad y la
pasaron también a filo de espada. 25 El número de muertos
aquel día fue de doce mil hombres y mujeres, todas las gentes
de Hai. 26 Josué no retiró la mano que tenía tendida con el
dardo hasta que no hubo dado el anatema a todos los habitantes
de Hai. 27 Los de Israel sólo reservaron para ellos el ganado y
el botín de esta ciudad, como Yahvé se lo había mandado a
Josué. 28 Josué quemó a Hai, convirtiéndola en un montón
de ruinas, que todavía hoy subsiste. 29 Hizo colgar de un árbol
al rey de Hai y le dejó allí hasta la tarde; a la puesta del sol dio
orden de coger el cadáver y arrojarlo a la puerta de la ciudad,
echando sobre él un gran montón de piedras, que todavía
subsiste hoy.

El anatema de Hai fue más benigno que el de Jericó, autorizándose al pueblo se quedara con el ganado y el botín de la ciudad. La práctica de la destrucción total de todos los seres vivientes hacíase cada día más difícil por privarse a los soldados del botín de guerra. Por este motivo se introdujo paulatinamente cierta mitigación en las leyes del *herem*. Los israelitas se ensañaron con los habitantes de Hai, como hicieron antes con los de Jericó. Tanto los que habían salido de la ciudad como los que habían quedado en ella fueron devorados por la espada. Dios permitía estos excesos, muy propios, como dejamos anotado más arriba, de todos los otros pueblos antiguos del Próximo Oriente, para impedir que sus ha-

[2] «Revue Biblique», 46 (1937) 264; A. TRICOT, *La prise d'Ai (Ios 7,1-8,29)*: B 3 (1922) 273-299; J. M. GRINTZ, *Ai which is beside Beth-Aven. A re-examination of the Identity of Ai*: B 42 (1961) 201-216, en donde trata de probar que Beth-Aven debe identificarse con *et-Tell*: «et-Tell is not the Ai of the Bible» (p.216).

bitantes contagiaran a los israelitas con sus ritos idolátricos [3]. El v.26 es una glosa encaminada a establecer una analogía entre la batalla de Hai y la de Moisés contra los amalecitas (Ex 17,11). El gesto de Josué, además de señal, tiene una eficiencia propia (1 Re 22,11).

HAI A LA LUZ DE LAS EXCAVACIONES

Las excavaciones arqueológicas en *et-Tell*, la antigua Hai, en una área de cerca de diez hectáreas, practicadas por Judit Marquet Krause durante los años 1933-1935, han arrojado datos desconcertantes y contrarios, al parecer, al relato contenido en este capítulo. R. Dussaud ha escrito: «Las excavaciones de Hai llevan a la conclusión de que el relato del paso del Jordán y la caída de Jericó y de Hai no son históricos. No existe razón alguna para salvar la historicidad de los capítulos 7-8 de Josué, por pertenecer a un conjunto manifiestamente legendario».

Por la muerte prematura de la señora Judit Krause no se llevó a cabo una exploración exhaustiva del Tell, pero los datos suministrados demuestran que Hai fue completamente destruida por el fuego hacia el año 2000 antes de Cristo, con mucha anterioridad a la llegada de los israelitas. De la destrucción se salvaron en parte los muros y fortificaciones. El lugar fue abandonado durante ocho siglos. A la llegada de los israelitas delante de Hai habíase incluso perdido el nombre de la ciudad, que el texto masorético llama simplemente Hai = la Ruina. ¿Cómo pueden armonizarse estos datos de las excavaciones arqueológicas de Hai con las afirmaciones del libro de Josué al hablar de Hai y de que el caudillo judío la tomó y redujo a un montón de escombros? Algunos autores resuelven la cuestión, como Dussaud, ya citado, diciendo que el relato es legendario, teniendo la finalidad etiológica de explicar la existencia del montón impresionante de Hai y atribuirlo a una destrucción de la ciudad por parte de Josué. Noth [4] afirma que la explicación etiológica fue creada hacia la mitad del siglo X por los benjaminitas al ocupar aquel lugar. Según Albright [5], el relato bíblico describía originariamente la destrucción de Bétel, acontecida en el siglo XIII; pero después, por motivos etiológicos, se localizó en las imponentes ruinas de *et-Tell*.

El P. Vincent ha intentado armonizar los datos de la arqueología con los de la Biblia recurriendo a la siguiente hipótesis. La ciudad de Hai fue destruida hacia el año 2000. De su antiguo esplendor quedaban en pie gran parte de las murallas y el esqueleto de sus santuarios y otros edificios públicos. Al amparo de aquellos viejos escombros se reunieron los cananeos para impedir la penetración de los israelitas en sus ciudades habitadas. Aquellas vetustas ruinas, reanimadas circunstancialmente por hombres de guerra y otras personas acompañantes, dieron la impresión a los israelitas de en-

[3] *Note additionelle*: «Syria», 16 (1935) 351.
[4] «Palästinajahrbuch», 31 (1935) 20.
[5] BASOR 55 (1934) 2; 56 (1934) 2-15; 57 (1935) 27-30; 74 (1939) 15-18.

contrarse ante una ciudad cananea de vida normal. El autor del libro de Josué habla de Hai como si se tratara de una ciudad en pie, y se complace en usar este apelativo para destacar más la magnitud del triunfo. Hasta aquí Vincent. Esta ingeniosa hipótesis encuentra alguna dificultad en aquellos pasajes (7,5; 8,29) en que se habla de la puerta de la ciudad y del número de hombres y mujeres que mataron los israelitas. Esta misma dificultad se opone a los que interpretan la expresión «cayeron los muros» de Jericó en el sentido de «se derrumbó la guarnición». [6] Se admiten hoy día entre los católicos narraciones de carácter etiológico en el libro de Josué.

Confirmación de la alianza (8,30-35)

30 Entonces Josué edificó un altar a Yahvé sobre el monte
Ebal, 31 según la orden que Moisés, siervo de Dios, había dado
a los hijos de Israel, como está escrito de la Ley de Moisés; un
altar de piedras brutas a las cuales no había tocado el hierro.
Ofrecieron en él holocaustos a Yahvé y sacrificios eucarísticos.
32 Allí, sobre las piedras, escribió Josué una copia de la ley que
Moisés había escrito delante de los hijos de Israel. 33 Todo Is-
rael, sus ancianos, sus oficiales y sus jueces, estaban a los dos
lados del arca, ante los sacerdotes hijos de Leví que llevaban
el arca de la alianza de Yahvé; los extranjeros, lo mismo que
los hijos de Israel, una mitad del lado del monte Garizim,
otra mitad del lado del monte Ebal, según la orden que Moisés,
siervo de Dios, había dado antes, para comenzar a bendecir
al pueblo de Israel. 34 Leyó después Josué todas las palabras
de la Ley, la bendición y la maldición, conforme a todo lo que
está escrito en el libro de la Ley. 35 Ni una palabra de cuanto
había prescrito Moisés se omitió en la lectura que hizo Josué,
en presencia de toda la asamblea, de los hijos de Israel, de mu-
jeres y niños, y de los extranjeros que iban en medio de ellos.

Señala el autor inspirado el hecho de la magna concentración de Israel en los montes de Garizim y Ebal, conforme a lo que mandó Moisés en Deut 11,29-30 y 27,2-27. Causa extrañeza que después de la toma de Hai se desplace todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, a una región que todavía no había sido conquistada, distante unos cincuenta kilómetros de Gálgala. Para obviar la dificultad algunos autores, siguiendo a San Jerónimo, creen que Garizim y Ebal eran dos colinas situadas entre Jericó y Gálgala. Sin embargo, el texto es explícito, y los mencionados montes deben buscarse cerca de Siquem *(Tell el-Balata)*, en la Palestina central. Es posible que esta perícopa esté desplazada del lugar que le correspondía en el texto primitivo. Schulz y otros la trasladan al capítulo quinto; otros, en cambio, como Hummelauer, la retrasan a fines de la vida de Josué. Acaso sea éste el sitio que mejor le cuadre; su desplazamiento al lugar que hoy ocupa se explica por el interés

[6] J. Marquet-Krause, *La deuxième campagne de fouilles à Ay (1934): Rapport sommaire:* «Syria», 16 (1935) 325-345; R. Dussaud, *Note additionelle:* ibid., 346-352; J. Marquet-Krause, *Les fouilles de Ai (et-Tell) 1933-1935* (París 1949); H. Vincent, *Les fouilles d'et-Tell:* RB 46 (1937) 231-266; A. Lods, *Les fouilles d'Ay et l'époque de l'entrée des Israélites en Palestine:* «Mélanges F. Cumont» (Bruselas 1936) 847-857.

del hagiógrafo de presentar a Josué como fiel ejecutor de las órdenes de Moisés (Deut 27,2-5). Antes de la conquista del territorio que conducía a Siquem no era posible realizar semejante mandato. No se trata solamente de la marcha de hombres armados, sino de todo el pueblo, con los sacerdotes y el arca de la alianza. No puede admitirse tampoco la hipótesis de que los israelitas pasaran el Jordán a las alturas de Siquem, sino frente a Jericó. Pero cabe otra hipótesis. Existía en Siquem una población que mantenía relaciones con los antepasados del pueblo judío. Abraham moró allí (Gén 12,6). Dina fue raptada por un siquemita, «príncipe de aquella tierra» (Gén 34,1-2), de origen jeveo o hiwita (TM), o hurrita (LXX), quien, para desposarla, se sometió a la práctica de la circuncisión, con lo cual los siquemitas se incorporarían al pueblo de Jacob, heredando las promesas hechas a Abraham (Gén 12,43). Los hijos de Jacob fueron a Siquem en busca de pastos (Gén 37,12). A José dio Jacob una cumbre *(shekem)*, es decir, la ciudad de Siquem (Gén 48,22 TM), adonde fueron traídos y enterrados los huesos de José (Jos 24,32). Por lo mismo, fue siempre Siquem un lugar adonde afluían «la casa de Israel» y las tribus emparentadas. Los jeveos formaron allí una confederación a la sombra del santuario *Baal Beerith*, «señor de la alianza» (Jue 9,4). Es también probable que, al llegar Josué a Canaán, moraran en Siquem grupos de hebreos que quedaron en Palestina o que subieron de Egipto antes del éxodo. Ellos y los otros elementos étnicos de la ciudad acogieron amistosamente a los recién llegados. En las letras de Tell el-Amarna se refiere que Labaya, gobernador de Siquem, juntó sus fuerzas con las tribus de los *Habiru* (probablemente un grupo étnico relacionado con los hebreos) y hostigaron a los reyes de Canaán leales al faraón (Pritchard, 485). Estas circunstancias influyeron, sin duda, en la actitud amistosa de los de Siquem para con los israelitas. De hecho, en la lista de los reyes vencidos no aparece el de Siquem. Josué entró probablemente en la ciudad sin ser hostigado por sus habitantes o aclamado por ellos como libertador. La presencia de Josué en Siquem, quizá después de la campaña del mediodía (10, 16-43), alarmó a los reyes del norte, que se coaligaron para oponerse a su avance (11,1-15) (E. F. Campbell-J. F. Ross, *The Excavation of Shechem and the Biblical Tradition:* BA 26 [1963] 2-26).

Conforme a la orden de Moisés (Ex 20,25) se levantó un altar de piedras sin pulir sobre el monte Ebal. En él se ofrecieron holocaustos y sacrificios eucarísticos. No se escribió la Ley sobre las piedras del altar, sino sobre aquellas «piedras grandes que revocarás con cal» (Deut 27,2). Bajo el nombre de Ley debe entenderse el Decálogo (Deut 5,6-21). Josué leyó la ley grabada en la piedra, y los sacerdotes proferían las bendiciones y las maldiciones. Entre los asistentes figuraban *extranjeros*, o sea, gentes del país que simpatizaban con el pueblo escogido y que debían entrar a formar parte del pueblo de Israel. En el grandioso escenario de Siquem se renovó y rubricó la alianza de Dios con Israel. Desde este momento, las tribus forman una unidad religiosa, Israel, cuyo único Dios es Yahvé.

Sujeción de los cananeos (9-12)

Estratagema de los gabaonitas (9,1-15)

**1 Cuando supieron estos sucesos todos los reyes del lado de
acá del Jordán, los de la montaña y los del llano y los de las
costas del mar Grande, frente al Líbano; los jeteos, los amo-
rreos, los cananeos, los fereceos, los jeveos y los jebuseos, 2 se
unieron todos para combatir a Josué y a Israel de común
acuerdo. 3 Los habitantes de Gabaón, al saber cómo había
tratado Josué a Jericó y a Hai, 4 recurrieron a la astucia y se
pusieron en camino, llevando provisiones para el viaje. Toma-
ron sacos viejos sobre sus asnos, cueros viejos de vino, rotos y
remendados; 5 zapatos viejos y recosidos para sus pies, y se
pusieron vestidos viejos; todo el pan que traían para el camino
estaba duro y hecho migas. 6 Llegaron a Josué, al campamento
de Gálgala, y le dijeron a él y a los de Israel: «Venimos de muy
lejanas tierras para hacer alianza con vosotros; hagámosla,
pues». 7 Y los de Israel respondieron a aquellos jeveos: «Quizá
vosotros habitáis en medio nuestro; ¿cómo vamos a poder
hacer alianza con vosotros?» 8 Ellos respondieron a Josué: «So-
mos siervos tuyos». Y Josué les dijo: «¿Quiénes sois y de dónde
venís?» 9 Respondieron ellos: «Tus siervos vienen de muy leja-
nas tierras, por fama de Yahvé, tu Dios, pues hemos oído ha-
blar de cuanto hizo en Egipto 10 y de lo que ha hecho a los
reyes de los amorreos de la otra parte del Jordán, Seón, rey de
Hesebón, y Og, rey de Basán, que habitaba en Astarot. 11 Por
eso nuestros ancianos y todos los habitantes de nuestra tierra
nos han dicho: «Tomad con vosotros provisiones para el ca-
mino e id a su encuentro y decidles: Somos siervos vuestros,
haced alianza con nosotros. 12 Aquí tienes nuestro pan; estaba
caliente cuando lo cogimos en nuestras casas para el camino,
el día en que partimos para venir a vosotros; y ahora, como
veis, está seco y en migajas; 13 estos odres de vino eran nuevos
cuando los llenamos; y ya los veis, rotos; nuestros vestidos y
nuestros zapatos se han hecho viejos por lo largo del camino».
14 Los de Israel tomaron de sus provisiones, y sin consultar a
Yahvé, 15 Josué les otorgó la paz y concertó con ellos que les
dejaría la vida, y también los príncipes de la asamblea les ju-
raron.**

Los éxitos militares de los israelitas produjeron efectos dispares entre los habitantes de la montaña *(bahar)*, de la Sefela, del litoral mediterráneo *(hof hayim hagadol)*, pues mientras la mayoría acordó una coalición para enfrentarse contra el enemigo común, otros, los gabaonitas, idearon una estratagema para concertar una alianza con los israelitas a fin de salvar sus vidas y haciendas. Los gabaonitas se diferenciaban de los cananeos no sólo étnicamente, sino política y socialmente. Sus conflictos con los cananeos les movieron a pactar con los israelitas. ¿Conocían los gabaonitas la ley deuteronómica (Deut 20,11-18) que mandaba tratar con dureza a las naciones y ciudades vecinas y con más suavidad a las que estaban lejos? Referente a las primeras, dícese en el Deuteronomio que «las darás al anatema, no harás pactos con ellas ni les harás gracia» (7,2); en cambio, a las ciudades lejanas «les brindarás la paz. Si la aceptan y te abren, la gente de ella será hecha tributaria y te servirá» (Deut 20,10). Gabaón, que se identifica con el actual *Ed-Djib*, hallábase a diez kilómetros al noroeste de Jerusalén y a diez de Hai. Sus habitantes temían para sí idéntico trato que los de esta última. Partieron de su ciudad y se dirigieron a Gálgala para entablar negociaciones con Josué, sorprendiendo a éste y a sus oficiales, los cuales, sin consultar a Yahvé, les dieron crédito, celebrando juntos un banquete de alianza, hospitalidad y protección, intercambiándose las provisiones. Con juramento se les otorgó la paz, concertándose un pacto para asegurarles la vida. Los gabaonitas mencionan al rey Seón, que lo era de Hesebón (2,9; Deut 1,4; 2,34), ciudad emplazada a unos doce kilómetros al norte de Mádaba, en Transjordania. Recibía el nombre de Basán el territorio transjordánico septentrional, desde Galaad, al sur, hasta el monte Hermón, al norte. Astarot se identifica con Astarot Carnaim (Gén 14,5), al norte del Yarmuc, a unos treinta y seis kilómetros al oriente del lago de Genesaret.

El género literario del relato ha llamado la atención. Refiriéndose al mismo, anota Schildenberger que la forma figurada es en ciertas circunstancias más eficaz para hacer comprender a uno el carácter y la importancia de un hecho, como nos lo demuestran las parábolas, por cuyo medio el profeta Natán, por ejemplo, hace ver a David en un momento toda la maldad de su adulterio y de su asesinato (2 Sam 12,1ss). Por la misma razón, tampoco fue menester, para satisfacer las exigencias de la historiografía sagrada, que la anecdótica narración del engaño de los gabaonitas (Jos 9) relatara literalmente los sucesos que han sido la causa de que ellos pudieran quedarse en su tierra y subir hasta el servicio del altar de Yahvé. Bastaba contarlos en la forma figurada que gustaba al pueblo—piénsese en las tradiciones coleccionadas por Herodoto—, que representaba los hechos esenciales que le servían de fundamento, según la importancia que ellos tenían para la historia soteriológica. El pacto que los israelitas habían celebrado con estas cuatro ciudades en el curso de su ocupación (9,17) había sido un hecho político y puramente humano, estipulado sin haberlo preguntado a Yahvé, y puesto que el territorio de las ciudades objeto de la alianza, junto con Jerusalén, que no había sido conquistada, separaba a la tribu de Judá de las restantes tribus, han sido los israelitas los que fueron engañados, porque este territorio perjudicaba la unidad de las doce tribus del pueblo [9].

Josué cae en la trampa (9,16-27)

**16 Tres días después de concertada la alianza supieron que
eran vecinos suyos y que habitaban en medio de ellos. 17 Los
hijos de Israel partieron y llegaron a sus ciudades al tercer día.
Eran sus ciudades Gabaón, Cafirá, Beriot y Quiriat-Jearim.**

1 *Los géneros literarios en los libros del Antiguo Testamento llamados históricos, fuera del Pentateuco:* «Los géneros literarios de la Sagrada Escritura» (Barcelona 1957) 146.

18 No los destruyeron, por el juramento que los príncipes de la asamblea les habían hecho por el nombre de Yahvé, Dios de Israel; pero toda la asamblea murmuraba contra los príncipes. 19 Los príncipes dijeron a la asamblea: «Nosotros les hemos jurado por Yahvé, Dios de Israel; no podemos, pues, tocarlos; 20 pero he aquí cómo los trataremos: les dejaremos la vida, por no atraer sobre nosotros la cólera de Yahvé, por el juramento que les hemos hecho»; 21 y añadieron los príncipes: «Que vivan, pues, pero que sirvan de leñadores y aguadores para toda la congregación»; y se hizo como los príncipes dijeron. 22 Josué hizo llamar a los gabaonitas, y les habló así: «¿Por qué nos habéis engañado, diciendo: Estamos muy alejados de vosotros, cuando habitáis en medio de nosotros? 23 Ahora, pues, malditos sois, y no dejaréis de ser esclavos, para cortar la leña y sacar el agua para la casa de mi Dios». 24 Ellos respondieron a Josué, diciendo: «Es que supimos la orden que Yahvé, tu Dios, había dado a Moisés, su siervo, de que toda la tierra se os entregara y de que todos sus habitantes fueran exterminados delante de vosotros. Por eso tuvimos gran miedo por nuestras vidas y por eso hemos hecho esto. 25 Estamos en tus manos; trátanos como te parezca bueno y justo tratarnos». 26 Josué hizo de ellos lo que había dicho, y los libró de la mano de los hijos de Israel, para que no los matasen; 27 pero los destinó desde entonces a cortar la leña y a sacar el agua para la asamblea y para el altar de Yahvé, en el lugar que Yahvé eligiese, lo que hacen todavía hoy.

A los tres días se descubrió el engaño; pero habiéndose Israel obligado con juramento a respetar sus vidas, no pudieron exterminarlos. Con gran contrariedad supieron los israelitas no sólo que Gabaón estaba cerca, sino que era la ciudad principal de una confederación jetea de cuatro ciudades, regida por un colegio de ancianos. La solución propuesta fue la de convertir a los gabaonitas y a los habitantes de las otras tres ciudades confederadas en esclavos de la comunidad de Israel, destinándolos especialmente al servicio del santuario (2 Sam 21,2-14; 1 Re 9,20). Las ciudades de Cafirá, Beriot y Quiriat-Jearim se identifican, respectivamente, con Jirbet Kefire, a siete kilómetros al sudoeste de Gabaón; el-Bireh, al norte de la misma, y Quiriat-el-Enab, llamado también Abugosch, a doce kilómetros al noroeste de Jerusalén. Las tres ciudades se mencionan en 15,9.60; 18,14-15.24-28. El significado de toda la narración es mostrar que los jeteos quedaron en Israel en virtud de un tratado con los israelitas, que les destinaron al servicio del templo [2].

Coalición de cinco reyes amorreos (10,1-7)

1 Al saber Adonisedec, rey de Jerusalén, que Josué se había apoderado de Hai y que la había dado al anatema—como había hecho con Jericó y su rey, así hizo con Hai y su rey—

[2] F. M. Abel, *La question gabaonite et l'onomasticon:* RB 43 (1936) 346-373; A. Malamat, *Doctrines of Causality in Hittite and biblical Historiography: a parallell:* VT 5 (1955) 1-12; M. Haran, *The Gibeonites, the Nethinim and the Sons of Salomon's Servants:* VT 11 (1961) 159-169; J. Pritchard, *A Bronze Age Necropolis at Gibeon:* BA 24 (1961) 19-24.

y que los habitantes de Gabaón habían hecho paces con los de Israel y moraban entre ellos, 2 temieron mucho, porque Gabaón era una gran ciudad, como una de las ciudades reales, más grande todavía que Hai, y sus hombres eran valientes. 3 Adonisedec, rey de Jerusalén, mandó decir a Oham, rey de Hebrón; a Faram, rey de Jerimot; a Jafia, rey de Laquis, y a Dabir, rey de Eglón: 4 «Subid a mí y prestadme vuestra ayuda para combatir a Gabaón, que ha hecho paces con Josué y con los hijos de Israel». 5 Cinco reyes de los amorreos, el rey de Jerusalén, el rey de Hebrón, el rey de Jerimot, el rey de Laquis y el rey de Eglón, se juntaron y subieron con todos sus ejércitos, y acamparon cerca de Gabaón, asediándola. 6 Los de Gabaón mandaron a decir a Josué, al campamento de Gálgala: «No dejes de socorrer a tus siervos; sube prestamente a nosotros y socórrenos, porque se han coligado contra nosotros todos los reyes de los amorreos que habitan en la montaña». 7 Josué subió a Gálgala, él y todos los hombres de guerra con él, todos los valientes guerreros.

Del rey de Jerusalén—es la primera vez que se hace mención de esta ciudad en la Biblia—partió la iniciativa de una coalición, acaso por ser él el más poderoso de todos o porque se veía más amenazado directamente, por encontrarse Gabaón a diez kilómetros al norte. La toma de Gabaón abría a Josué el camino del valle de Ayalón y del sudoeste de Canaán. La ciudad de Jerusalén es conocida en los textos de *proscripción* con el nombre de Urasalim [1]. La ciudad fue consagrada a Salem o Salim, nombre de una divinidad que aparece en los documentos acádicos del segundo milenio. Llamóse también Bit Sulman, por el templo al dios Sulman, forma dialectal de Salem [2]. Su rey es conocido por Adonisedec («mi Señor es justicia»), que en Jue 1,5 aparece transformado en Adonibézec. En tiempos de Abraham, el rey y sacerdote de Jerusalén era Melquisedec (Gén 14,18). En un principio la ciudad ocupó la cima de la colina del Ofel, al sur del área del templo, entre el torrente Cedrón y el valle del Tiropeón.

Las otras ciudades aliadas de Adonisedec fueron Hebrón, célebre en la vida de los patriarcas (Gén 13,18; 23,2) y de David, a treinta y dos kilómetros al sur de Jerusalén. Jerimot se identifica con la actual *Jirbet Yarmuc*, en la región entre Hebrón y Gaza. La ciudad de Laquis, hoy *Tell Duweir*, explorada en los años 1933-1938 por Starkey, alcanzó su período más próspero en la época del Bronce reciente, caracterizada por la dominación egipcia. Según datos de la arqueología, fue destruida entre los años 1230-1180 a. C., es decir, en tiempos de la conquista de Canaán por Josué. Su emplazamiento era estratégico, al pie de la montaña y al comenzar la llanura ondulada que se extiende entre el monte y el litoral mediterráneo [3]. La ciudad de Eglón se coloca en *tell el-Hesi*, a veinticinco kilómetros de Gaza. Los cinco reyes sitiaron a Gabaón.

[1] J. A. Knudtson, *Die el-Amarna Tafeln* II (Leipzig 1915) 287-289.290.
[2] J. Lewy, *The Sulman Temple in Jerusalem:* JBL 49 (1940) 510-522.
[3] A. Vanden Oudenrijn, *Les fouilles de Lakis et l'étude de l'Ancien Testament* (Friburgo de Suiza 1942); O. Tufnell-M. A. Murray-D. Diringer, *Lachis III (Tell ed-Duweir); The Iron Age* (Oxford 1953); O. Tufnell, *Lachis IV, The Bronze Age* (Oxford 1958).

Josué corre en ayuda de Gabaón (10,8-11)

8 Yahvé había dicho a Josué: «No los temas, porque te los
entregaré en tus manos y ninguno de ellos podrá resistir ante
ti». 9 Josué se echó sobre ellos de improviso; habían hecho la
marcha desde Gálgala, andando toda la noche. 10 Yahvé arrojó
en medio de ellos la turbación ante Israel, e Israel los derrotó
junto a Gabaón; y persiguiéndolos por el camino que va a
Betorón, los batió hasta Azeca y Maceda. 11 Cuando iban hu-
yendo delante de los hijos de Israel en la bajada de Betorón,
Yahvé hizo caer sobre ellos grandes piedras del cielo hasta
Azeca, y murieron muchos, siendo más los muertos por las
piedras de granizo que los muertos por la espada de los hijos
de Israel.

A la angustiosa llamada de los gabaonitas acudió Josué con todo su ejército. Antes de emprender la marcha desde Gálgala, consultó a Yahvé, que le aseguró el éxito de la empresa. Después de una marcha nocturna de más de treinta kilómetros, sorprendió al enemigo de madrugada, derrotándole. En la huida, una furiosa tempestad de piedras y granizo diezmó al ejército enemigo. Se distinguen dos Betorón en el libro, el alto (16,5) y el bajo (16,3; 18,13-14), que corresponden, respectivamente, con los actuales *Beitur* la alta y *Beitur* la baja, al noroeste de Gabaón. En 1 Mac 3,16 se hace mención de Betorón alto.

Hace ver el autor sagrado que la victoria se debe en primer término a Dios, por haber sembrado el pánico entre los confederados, que huyen despavoridos. En la bajada de Betorón sorprendió al enemigo una furiosa tempestad (Is 30,30; Ecli 46,4-6), que presagiaba la derrota; según los antiguos, era la tempestad la manifestación de la ira de Dios (1 Sam 7,10-12; Sal 18,11-16; Hab 3,8-10). En los cuatro kilómetros de la cuesta o *descensus* de Betorón, torrentes de agua bajaban del monte arrastrando tierra y rocas en gran cantidad, mientras el granizo caía abundantemente. Dios luchaba desde el cielo en favor de los israelitas; contra El no había resistencia posible (Ecli 46,6-8). La intervención del cielo era tanto más manifiesta cuanto que, habiendo pasado la época de las lluvias, no era de esperar que se produjeran precipitaciones, y menos aún grandes tempestades.

Versión épica de la batalla (10,12-15)

12 Aquel día, el día en que Yahvé entregó a los amorreos
en las manos de los hijos de Israel, habló Josué a Yahvé, y a la
vista de Israel, dijo:

«Sol, detente sobre Gabaón;
y tú, luna, sobre el valle de Ayalón.
13 Y el sol se detuvo, y se paró la luna,
hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos».

¿No está esto escrito en el libro de Jaser? El sol se detuvo en
medio del cielo, y no se apresuró a ponerse, casi un día entero.
14 No hubo, ni antes ni después, día como aquel en que obede-

ció Yahvé a la voz de un hombre, porque Yahvé combatía
por Israel. 15 Josué, con todo Israel, se tornó al campamento,
a Gálgala.

Josué persiguió a los reyes confederados hasta Azeca, el actual tell-Zacaría, al nordeste de Laquis (15,39; 1 Sam 17,1; Jer 34,7) y Maceda, de cuya identificación discuten los autores. Quizá deba emplazarse en *Jirbet el-Heisum*, a tres kilómetros al norte de tell-Zacaría. El valle de Ayalón es mencionado en las cartas de Tell el-Amarna con el nombre de Yaluna.

El recuerdo de la batalla de Gabaón se conservó entre el pueblo, y los poetas desplegaron en torno a este hecho milagroso su inspiración poética. A este folklore popular y a esta versión épica de la batalla hace referencia el autor sagrado cuando, a continuación del versículo 11, intercala el texto de un cántico antiguo triunfal conservado en el libro de Jaser (2 Sam 2,18). No comprendía el pueblo cómo pudo Josué llevar a cabo en el espacio de un solo día tantas hazañas. De ahí que, teniendo en cuenta su condición de profeta y la amistad que le unía a Yahvé, creyera que, a su voz, se detuvo el sol en su carrera. Con esta inserción, dos cosas ha logrado el autor sagrado: 1) poner de relieve la gran personalidad de Josué, que, como otro Moisés, domina los elementos; 2) recoger en su libro la memoria de una versión poética de un hecho diversas veces celebrado por los vates de Israel. Conforme al texto de esta exaltación poética de la victoria, anota el hagiógrafo, no hubo jamás un día como aquél. Y en verdad que la victoria de Betorón merecía ocupar un lugar destacado en los anales de la historia de Israel, ya que, a partir de la misma, quedaba abierto al ejército de Israel todo el mediodía de Palestina. Según lo que acabamos de exponer, no caben las objeciones que contra este pasaje han amontonado los críticos independientes creyendo abrir una brecha en la absoluta inerrancia de los autores sagrados. El autor de nuestro pasaje se ha limitado a registrar en su libro una versión popular y poética de la victoria, sin comprometer su propio juicio acerca de los pormenores de la misma. Como todos sus contemporáneos, creía el autor sagrado en la inmovilidad de la tierra y admitía que el sol daba vueltas alrededor de la misma; pero en este caso concreto no era su intención dar lecciones de orden astronómico, sino simplemente referir una antigua versión épica de la batalla de Gabaón.

Conocido de todos es el incidente de Galileo Galilei (1564-1643) con las congregaciones romanas referentes a este pasaje del libro de Josué, que se produjo por un falso planteamiento del problema de la inerrancia bíblica y por haberse entrometido Galileo en cuestiones teológicas y bíblicas en vez de mantenerse en el terreno científico. En las discusiones con los teólogos romanos declararon éstos que el sistema de Galileo era falso y absurdo en filosofía y formalmente herético, por contradecir a textos bíblicos según su sentido propio y la interpretación unánime de los Padres y doctores de la Iglesia. Por el decreto del Santo Oficio de 5 de marzo de 1633 se juzga a Galileo sospechoso de herejía «por creer y retener una doctrina falsa y contraria a las Sagradas Escrituras». Este decreto no

tenía carácter *doctrinal*, sino *disciplinar;* no se dictó con el fin de proponer una doctrina, sino como documento en el proceso criminal contra una persona [4].

En el caso concreto de Josué no existe ninguna dificultad contra la total inmunidad de error del autor sagrado, quien, como hemos hecho notar, se limita a reproducir, copiar, citar y retransmitir a los lectores la manera como poetas y vulgo representábanse la victoria de Gabaón. Por su parte, el hagiógrafo no emite ningún juicio formal sobre la verdad o error contenidos en esta descripción poética que halló en una colección de himnos patrióticos. En otros lugares bíblicos encontramos también inserciones en el texto de cantos épicos (Ex 15,1; 1 Re 8,12), que comienzan exactamente con las mismas frases empleadas en el v.12: «Entonces (en aquel día), el día en que Yahvé...» Esta manera poética de narrar un hecho es corriente en la Biblia y en la literatura del Próximo Oriente, por lo que podemos deducir que se trata de un género literario admitido corrientemente en aquel tiempo (Jue 5,2ss). De ahí que podamos concluir la presente cuestión con las palabras: «En vez de ir a la caza de explicaciones de orden físico para explicar este pasaje del libro de Josué, mejor sería ver en él un problema literario y admitir, con muchos autores católicos modernos, que se trata de una citación poética que hay que interpretar conforme a las leyes de la poesía» [5].

Persecución del enemigo y fin de los cinco reyes (10,16-27)

**16 Los cinco reyes huyeron y se refugiaron en la caverna de
Maceda. 17 Se lo comunicaron a Josué, diciendo: «Han sido
hallados los cinco reyes, escondidos en la caverna de Maceda».
18 Josué dijo: «Rodad grandes piedras a la boca de la caverna
y poned a unos cuantos hombres que la guarden; 19 pero vos-
otros no os paréis: perseguid al enemigo y picadle la retaguar-
dia; no los dejéis entrar en sus ciudades, porque Yahvé, vuestro
Dios, los ha entregado en vuestras manos». 20 Cuando Josué
y los hijos de Israel los hubieron enteramente derrotado y ba-
tido, hasta exterminarlos, y se refugiaron en las ciudades fuer-
tes los que pudieron escapar, 21 se vino todo el pueblo tran-
quilamente al campamento, a Josué en Maceda, sin que hu-
biera quien moviese la lengua contra los hijos de Israel. 22 Jo-
sué dijo: «Abrid la boca de la caverna; sacad a los cinco reyes
y traédmelos». 23 Lo hicieron así, llevando a los cinco reyes,
que sacaron de la caverna: el rey de Jerusalén, el rey de He-
brón, el rey de Jerimot, el rey de Laquis y el rey de Eglón.**

[4] P. DE VREGILLE, *Galilée:* «Dictionnaire Apologétique de la Foi Catholique», II 147-192

[5] H. LESÊTRE, *Josué et le soleil:* «Revue Pratique d'Apologétique», 4 (1907) 351-356; G. LAMBERT, *Josué à la bataille de Gabaon:* «Nouvelle Revue Théologique», 76 (1954) 374-391; M. J. GRUENTHANER, *Two Sun Miracles of the Bible:* CBQ 10 (1948) 271-290; A. VAN HOONACKER, *Das Wunder Josuas:* «Theologie und Glaube», 5 (1913) 454-461; VERONNET, *L'arret du soleil:* «Revue du Clergé Français», 41 (1905) 585-609; A. BALOGH, *El milagro del sol (Jos. 10,9-15):* «Revista Ecclesiastica Xaveriana», 1 (1951) 31-70; R. F. FULLER, *Sun, Stand than Still (Jos. 10,12):* «Scripture», 4 (1951) 305-313; J. DE FRAINE, *De miraculo solari Josue:* VD 28 (1950) 227-236; F. CEUPPENS, *Le miracle de Josué* (Lieja 1944); G. THILS, *De solis institutione secundum Jos. 10,12-14:* «Coll. Mechliniensia», 30 (1945) 153-156.

**24 Una vez delante de Josué, llamó éste a todos los hombres
de Israel y dijo a los jefes de los hombres de guerra que le ha-
bían acompañado: «Acercaos y poned vuestro pie sobre el
cuello». Ellos se acercaron y pusieron su pie sobre su cuello,
25 y Josué dijo: «No temáis y no os acobardéis; sed firmes y
valientes, pues así tratará Yahvé a todos vuestros enemigos,
contra los cuales combatís». 26 Después Josué hizo darles muer-
te y los mandó colgar de cinco árboles, y allí estuvieron col-
gados hasta la tarde. 27 Al ponerse el sol los hizo bajar de los
árboles y echarlos en la caverna donde se habían escondido,
y pusieron a la boca de la caverna grandes piedras, que todavía
se ven hoy allí.**

Después de la interrupción del relato con la inserción de una tradición poético-popular de la batalla de Gabaón, reanuda el autor sagrado en el v.16 el curso de la historia. Los cinco reyes coligados llegaron a Maceda y se escondieron en una de las cuevas de la región. Derrotado el enemigo, reunióse en Maceda el ejército de Israel con Josué al frente para ajusticiar a los cinco reyes. Siguiendo una antigua costumbre, mandó Josué a los oficiales *(qesinim)*, personajes revestidos de dignidad civil y militar (Is 1,10; Jue 11,6.11), que pusieran su pie sobre el cuello de los reyes derrotados como símbolo de dominio absoluto sobre ellos y en señal de desprecio (Sal 110,1; Is 51,23; Sal 66,12). Este gesto aparece en bajorrelieves asirios. Al ponerse el sol debía darse sepultura a los cadáveres, conforme al Deuteronomio (21,22-23). Las piedras que obturaron la caverna donde fueron arrojados los cinco reyes eran visibles todavía en los tiempos en que se escribió este relato.

Conquista del mediodía de Palestina (10,28-43)

**28 Aquel mismo día se apoderó Josué de Maceda y la destru-
yó con todos los vivientes que en ella había y su rey, pasándola
a filo de espada. Dio al anatema la ciudad y a todos los vivien-
tes que en ella había, sin dejar uno solo, y trató a su rey como
había tratado al de Jericó. 29 Pasó Josué con todo Israel de Ma-
ceda a Libna y la atacó. 30 Yahvé la entregó también a las ma-
nos de Israel, con su rey, y la pasó a filo de espada a ella y a
cuantos en ella había, sin dejar escapar uno, y a su rey le trató
como había tratado al de Jericó. 31 Pasó luego Josué, y con él
todo Israel, de Libna a Laquis, y la atacó, acampando ante
ella. 32 Yahvé entregó a Laquis en las manos de Israel, que la
tomó al segundo día y la pasó a filo de espada, con todos los
vivientes que en ella había, como había hecho en Libna. 33 En-
tonces Horam, rey de Gazer, subió para socorrer a Laquis;
pero Josué le derrotó a él y a su pueblo, sin dejar escapar a
nadie. 34 Josué, y con él todo Israel, pasó de Laquis a Eglón;
pusieron su campo junto a la ciudad y la atacaron. 35 Aquel
mismo día la tomaron y pasaron a filo de espada a todos los
vivientes que había en ella, y la dieron al anatema, como ha-
bían hecho con Laquis. 36 Josué, con todo Israel, subió de Eglón
a Hebrón y atacaron la ciudad; 37 tomada, la pasaron a filo de
espada a ella y a su rey, a todas las ciudades de ella dependien-
tes y a todos los vivientes que en ellas se hallaban, sin dejar a**

nadie, como lo había hecho Josué en Eglón, y la dio al anatema con todos los vivientes que en ella había. [38] Josué, y todo Israel con él, se volvió contra Dabir y la atacó; [39] tomada, con su rey y todas las ciudades de ella dependientes, las pasaron a filo de espada, y dieron al anatema a todos los vivientes que allí había, sin dejar escapar a nadie. Josué trató a Dabir y a su rey como había tratado a Hebrón. [40] Josué batió toda la tierra, la montaña, el mediodía, los llanos y las pendientes, con todos sus reyes, sin dejar escapar a nadie y dando al anatema a todo viviente, como lo había mandado Yahvé, Dios de Israel. [41] Batiólos Josué desde Cadesbarne hasta Gaza y todo el territorio de Gosén hasta Gabaón. [42] Cogió Josué a todos sus reyes y toda su tierra en una sola expedición, porque Yahvé, Dios de Israel, combatió por Israel. [43] Después Josué, y todo Israel con él, tornó al campamento, a Gálgala.

El escritor sagrado se limita a una descripción esquemática, estereotipada y con profusión de hipérboles de la campaña del mediodía de Palestina. Sin descender a detalles, da un conspecto breve de la campaña relámpago de Josué, a quien asistía Dios para asegurar el éxito. No es probable que Josué sometiera en dos días a todos los enemigos del sur y expugnara todas sus ciudades, muchas de las cuales estaban sólidamente fortificadas. Es muy posible que éstas resistieran a los asaltantes y no se entregaran sino después de feroz resistencia. El género literario histórico empleado en este relato puede fácilmente inducir a error si no se tienen en cuenta los modos peculiares de narrar y decir en uso en aquello tiempos de la antigüedad oriental. Sin preocuparse de los pormenores, ha resumido el hagiógrafo la conquista de las ciudades del mediodía de Palestina, que fue rápida, decisiva para el porvenir y victoriosa frente a un enemigo superior en número y en armas. La razón de este éxito radica en la intervención directa de Dios, que nunca faltaba mientras Israel permanecía fiel a las leyes de la alianza. En breves pinceladas se resume una campaña larga y penosa. El método histórico adoptado lleva al hagiógrafo a repetir la conquista de Maceda, que en los versículos anteriores (16-19) se supone ya subyugada. El rey de Hebrón de que se habla en el v.37 era el sucesor del que fue ajusticiado en Maceda. A la gran figura de Josué se atribuyen victorias logradas por otros, a la manera como a la acción y actividades de Moisés se atribuye toda la legislación israelita. El método esquemático empleado se basa en una visión profética de la historia considerada en su unidad. Los comienzos humildes, desde el punto de vista de los designios de Dios, son ya realizaciones futuras. Al principio de la conquista de Canaán, el autor sagrado contempla el descanso de Israel en la tierra que Dios le da [6].

Quien siga la campaña de Josué en el mediodía de Palestina sobre un mapa verá los desplazamientos en forma de S del jefe israelita. De Maceda *(Jirbet el-Heisum)* pasa a Libna, en la Sefela, en la desembocadura del valle de Elah (15,42; 21,13), cuyo lugar ocupa hoy *Tell Bornat*, a nueve kilómetros al sur de *tell es-Safi*. De Libna

[6] DELORME, l.c., 393; SCHILDENBERGER, l.c., 140.

desciende a Laquis *(Tell ed-Duweir)*. A su ayuda corrió el rey de Gazer o Gezer, ciudad a veintiocho kilómetros al sudeste de Jafa. La ciudad de Dabir se encontraba en la montaña de Judá, al sudoeste de Hebrón, hacia el Negueb (12,13; 15,49; Jue 1,11). Actualmente prevalece la sentencia de identificar su emplazamiento con *tell Beit Mirsim* [7]. Del examen de las ruinas de la ciudad se deduce que en la misma se produjo una gran devastación hacia el año 1225 a. C., contemporáneamente a la campaña bélica de Josué por el mediodía de Palestina. Las excavaciones arqueológicas de Laquis y Dabir confirman el relato histórico de la conquista de Canaán en los alrededores del año 1200 a. C. [8]

Campaña contra el norte de Palestina (11,1-15)

[1] Al tener noticia de estos sucesos Jabin, rey de Jasor, mandó una embajada a Jobab, rey de Madón; al rey de Simerón, al rey de Acsaf, [2] y a los reyes que estaban al norte de la montaña, y en el Arabá, al sur de Queneret, en la llanura, y en las alturas de Dor, al occidente, [3] y a los cananeos de oriente y de occidente, a los amorreos, a los jeteos, a los fereceos, a los jebuseos de la montaña y a los jeveos del pie del Hermón, en el territorio de Masfa. [4] Salieron con ellos todos sus ejércitos, gente innumerable, como las arenas que hay a las orillas del mar, con una gran muchedumbre de caballos y carros. [5] Reuniéronse todos y vinieron a acampar concentrados junto a las aguas de Merom, para combatir a Israel. [6] Yahvé dijo a Josué: «No los temas, porque mañana, a esta misma hora, yo te los daré traspasados delante de Israel: desjarretarás sus caballos y quemarás sus carros». [7] Josué y todos los hombres de guerra llegaron de improviso cerca de las aguas de Merom y se precipitaron sobre ellos. [8] Yahvé los dio enteramente en manos de Israel, que los batió y persiguió hasta Sidón la grande, hasta las aguas de Misrefot y hasta el valle de Masfa, a oriente. Los batió sin dejar escapar uno solo. [9] Josué los trató como Yahvé se lo había dicho; desjarretó sus caballos y dio al fuego sus carros. [10] Entonces se volvió Josué y tomó y pasó a su rey al filo de la espada. Jasor era antes la capital de todos estos reinos. [11] Pasaron a filo de espada a todos los vivientes que en ella se hallaban, dándolos todos al anatema; nada quedó de cuanto vivía, y Jasor fue dado a las llamas. [12] Josué tomó todas las ciudades de estos reyes, y cogió a todos sus reyes y los pasó a filo de espada, dándolos al anatema, como se lo había mandado Moisés, siervo de Yahvé. [13] Israel no quemó ninguna de las ciudades de la montaña, fuera de Jasor, que incendió Josué. [14] Todo el botín de estas ciudades y sus ganados los cogieron los hijos de Israel para ellos; pero pasaron a filo de espada a todos los hombres, hasta exterminarlos, sin dejar uno. [15] Lo que había mandado Yahvé a Moisés, su siervo, lo mandó éste a Josué, que lo ejecutó sin quitar palabra de cuanto Yahvé había mandado a Moisés.

[7] ALBRIGHT, *Archaeology of Palestine and the Bible:* BASOR 17 (1938) 78-79; *The Excavations of the Beit Mirsim:* «Annual of the American Schools of Oriental Research» (New Haven 1932-1938).

[8] Véase K. ELLIGER, *Josua in Judea:* PJB 33 (1934) 47-71.

Es desconcertante la noticia del v.43 del capítulo anterior de que, una vez terminada la conquista de los territorios del mediodía de Palestina, «Josué, y todo Israel con él, tornó al campamento, a Gálgala». Quizá la asamblea de Siquem siguió a la campaña del mediodía. En el presente capítulo describe el autor a grandes rasgos la campaña del norte de Palestina. La iniciativa de formar una coalición para oponerse al avance de los israelitas parte del rey de Jasor (v.1-5). Dios promete a Josué la victoria sobre estos nuevos enemigos (v.6) y, confiado en el auxilio divino, los ataca de improviso y los desbarata (v.7-9), expugnando sus ciudades y devastando toda la región.

Se observa en la redacción de este capítulo una sorprendente analogía con la del capítulo anterior. En ambos se habla de una confederación de reyes, de la derrota de sus ejércitos, de la devastación del territorio y de un balance de la campaña. Como en el capítulo anterior, Dios promete a Josué la victoria sobre los enemigos; Josué parte también de Gálgala para ir en busca del enemigo; una y otra vez Josué cae de improviso sobre el ejército contrario. En el v.6 promete Yahvé a Josué que «mañana, a esta misma hora, yo te los daré traspasados delante de Israel», lo que no puede tomarse al pie de la letra, por mediar entre Gálgala y Jasor una distancia de más de cien kilómetros, que no puede salvarse en un día.

Al llamamiento de Jabin, rey de Jasor *(Tell el-Qedah,* o *Tell Waqqas,* a seis kilómetros al sudoeste del antiguo lago Hule, 12,19; 19,36), acudieron los reyes de Madón *(Jirbet Madin,* a nueve kilómetros al oeste de Tiberíades, Deut 3,17), de Simerón *(Semuriya,* a doce kilómetros al oeste de Nazaret) y de Acsaf *(Kefr Yasif,* a diez kilómetros al nordeste de Acre). Secundaron el movimiento los reyes que ocupaban la parte septentrional de la región montañosa de Judea, los de la planicie al sur del lago de Genesaret, los de la Sefela (9,1) y los de la región de Dor, hoy Tantura, entre el monte Carmelo y Cesarea (12,23; 17,11). En estos territorios habitaban diversos pueblos, tales como los cananeos, establecidos en las llanuras del Jordán y de la costa mediterránea; los amorreos, jeteos, fereceos, jebuseos, en la montaña; los jeveos, al pie del Hermón (9,7). El v.3 parece una adición redaccional para indicar que la región del norte de Palestina estaba poblada por idénticos pueblos y razas que la del sur. No se tiene noticia de que los jebuseos ocuparan otro territorio que el de Jerusalén y alrededores. Usando una expresión familiar en la Biblia (Gén 22,17), dícese que estos pueblos acudieron al llamamiento de Jabin tan numerosos «como las arenas que hay en las orillas del mar». Todos acamparon junto a las aguas de Merom *(Meirum)* o del lago Hule. Unicamente Jasor fue entregada al anatema, tratando a las otras ciudades con más benevolencia. Con el aniquilamiento de los reyes coligados no se adueñó Josué de toda la tierra del norte de Palestina ni la ocupó. Tomados los puntos estratégicos, las ciudades fueron cayendo después una tras otra en manos de los israelitas. Josué persiguió al enemigo hasta Sidón, la ciudad fenicia que con Tiro fue una de las capitales del reino (Gén 10,15); se conoce la Sidón marítima y la *ciudad alta.*

El lugar que ocupaba la ciudad de Jasor *(Tell el-Qedah)* ha sido explorado sistemáticamente durante los años 1955-1957 por Y. Yadin, de la Universidad hebraica de Jerusalén. De entre los valiosos resultados de las excavaciones merece destacarse el hecho de la destrucción de la ciudad cananea del Bronce reciente en el siglo XIII antes de Cristo, coincidiendo con la destrucción de Laquis y de Dabir. Este dato confirma una vez más la fecha de la entrada de los israelitas en Palestina hacia el año 1200 a. C. [1]

Sumario (11,16-20)

16 Así se apoderó Josué de todo este territorio, de la montaña, de todo el mediodía, de todo el distrito de Gosén, de la llanura, del Arabá, de la montaña de Israel y de sus llanos, 17 desde la montaña desnuda que se alza hacia Seír, hasta Baal Gad, en el valle del Líbano, al pie del monte Hermón. Cogió a todos sus reyes y les dio muerte. 18 La guerra que hizo Josué contra todos estos reyes duró largo tiempo; 19 no hubo ciudad que hiciese paces con los hijos de Israel, fuera de los jeveos, que habitaban en Gabaón; todas las tomaron por la fuerza de las armas; 20 porque era designio de Yahvé que estos pueblos endureciesen su corazón en hacer la guerra a Israel, para que Israel los diese al anatema, sin tener para ellos misericordia, y los destruyera, como Yahvé se lo había mandado a Moisés.

Este sumario es muy parecido al que se da en 10,40. Conquistó Israel el macizo central *(hahar)* en torno a Jerusalén (9,1; 10,40); el Negueb (de *nagab,* ser seco, árido), o sea, la extremidad meridional de Palestina, desde Bersabé hasta el desierto de Sin; la Sefela, territorio comprendido entre el macizo central y la costa mediterránea, y la Arabá, nombre con que se designa la cuenca del Jordán, desde el lago de Genesaret hasta el mar Muerto. El término Gosén designa un territorio o ciudad del sur de la montaña de Judá (10,41; 15,51). Como límites meridional y septentrional de todo el territorio conquistado se señalan la montaña desnuda *(hehalaq),* que corresponde al actual *Gebel Halaq,* al nordeste de Abdeh, en el extremo sur de Palestina en dirección a Cadesbarne (Deut 1,2; 9,23) y Baal Gad, en el valle del Líbano, a los pies del Hermón (12,7; 13,5), probablemente, en Hasbeya, una de las fuentes del Jordán.

Se dice que ninguna ciudad hizo las paces con los hijos de Israel, no porque no la pidieran, sino por ser designio de Dios entregarlas al anatema y destruirlas. Pero no endureció Dios el corazón de los enemigos (Ex 4,21-14,17), como pudiera dar a entender el texto masorético, permitiendo únicamente su endurecimiento con vistas al bien religioso y moral de los israelitas. Como se indica en el v.18, la conquista del norte de Palestina exigió largo tiempo.

[1] Y. YADIN, *Excavations at Hazor:* «Biblical Archaeologist», 19 (1956) 2-12; *Further Light on Biblical Hazor:* ibid., 20 (1957) 34-47; *The third Season of Excavation at Hazor 1957:* ibid., 21 (1958) 30-47; S. YEIVIN, *The Israelite Settlement in Galilee and the Wars with Jabin of Hazor:* «Mélanges Robert» (París 1951) 95-104; Y. YADIN, J. AHARONI, R. AMIRAN, T. DOTHAN, I. DUNAYVSKY, J. PERROT, *Hazor I, II* (Jerusalén 1958-1960).

Exterminio de los enaquim (11,21-22)

**[21] En este tiempo se puso Josué en marcha y exterminó a
los enaquim de la montaña de Hebrón, de Dabir y de Anab,
de toda la montaña de Judá y de toda la montaña de Israel.
Josué los dio al anatema con todas sus ciudades. [22] No quedó
un enaquim en todo el territorio de los hijos de Israel; sólo
quedaron en Gaza, en Gat y en Azoto.**

Se introduce con indicaciones cronológicas muy vagas la noticia de la campaña contra los enaquim. Es posible que en la conquista del sur de Palestina les atacara Josué, pero supervivieron largo tiempo, batiéndolos Caleb (Jos 15,13-19; 14,13-15). Pertenecían los enaquim a una raza de grande estatura que había impresionado fuertemente a los exploradores israelitas, ante los cuales se consideraban como langostas (Núm 13,25; 29,34; Deut 2,10). La imaginación popular exageró sus facultades físicas para explicar con ello la construcción de los monumentos megalíticos esparcidos por toda la región. Habitaban en Hebrón (10,36), Dabir (10,38-39) y Anab (15,50), es decir, en el sudoeste de Hebrón. Gaza, Azoto y Gat pasaron a Israel bajo David (1 Sam 6,17).

Conclusión y transición (11,23)

**[23] Se apoderó Josué de todo el territorio, conforme a todo
lo que Yahvé había dicho a Moisés, y se lo dio en heredad a
Israel por partes, según sus tribus, y la tierra descansó de la
guerra.**

En el v.23 termina el autor sagrado la primera parte de su libro. A base de un número determinado de hechos reales presentados de un modo épico, ha probado suficientemente la tesis de que Dios cumplió su promesa de entregar a su pueblo el territorio de Canaán, ocupado por pueblos idólatras. La penetración en Palestina, lejos de ser pacífica, exigió un grande esfuerzo bélico que tuvo éxito gracias a la intervención constante de Dios. Esta providencia divina, que tan desinteresadamente combatió al lado de Israel, obligaba a éste a corresponder a sus beneficios con una fidelidad ciega a los preceptos divinos y una conducta ajustada a las leyes de la alianza. Además de haber limpiado Dios el territorio de enemigos, había facilitado a los israelitas el cumplimiento de sus deberes religiosos y morales, con la orden de exterminar a los habitantes de Canaán para que no fueran motivo de tropiezo y escándalo. Con ello se justifica el rigor con que se trató a los pueblos paganos, aniquilando a sus hombres, mujeres y niños.

Reyes vencidos: 1) de Transjordania (12,1-6)

**[1] He aquí los reyes de la tierra que batió Israel, apoderándose
de sus territorios, al otro lado del Jordán, a oriente, desde el
torrente del Arnón hasta el monte Hermón, y todo el Arabá,
a oriente: [2] Seón, rey de los amorreos, residente en Hesebón;**

**su dominio se extendía desde Aroer, a orillas del torrente del
Arnón, y desde el medio de este valle, sobre la mitad de Ga-
laad, hasta el torrente de Jacob, en la frontera de los hijos de
Amón; [3] sobre el Arabá hasta el mar de Queneret, a oriente,
y sobre el mar del Arabá, el mar de la Sal, a oriente, hacia
Betjesimot, y del lado del mediodía, al pie de las pendientes
del Pasga. [4] El territorio de Og, rey de Basán, de los restos de
los refaím, residentes en Astarot y en Edraí. [5] Su dominio se
extendía sobre la montaña de Hermón, sobre Saleja, sobre todo
Basán, hasta la frontera de Garur y de Macat y hasta la mitad
de Galaad, territorio de Seón, rey de Hesebón. [6] Moisés, sier-
vo de Dios, y los hijos de Israel los batieron; y Moisés, siervo
de Yahvé, dio sus territorios en heredad a los rubenitas y ga-
ditas y a media tribu de Manasés.**

Antes de entrar en la segunda parte de su libro añade el autor sagrado un apéndice sobre los reyes vencidos de Transjordania y de Cisjordania. En la primera parte resume el relato del Pentateuco acerca de los dos poderosos reyes de Transjordania batidos por Moisés (Deut 1,4; 3,8.11-13.16-17), Seón y Og. Su territorio se extendía desde el torrente Arnón (Núm 21,13), al sur, hasta la montaña de Hermón, al norte. No se señalan sus fronteras orientales, que se pierden en la inmensidad del desierto; pero se señala, en cambio, el Arabá (8,15; 11,2) como frontera occidental. El territorio de ambos reyes fue entregado por Moisés a los rubenitas, gaditas y a media tribu de Manasés (Deut 3,12-17; 29,7). Los refaím (v.4) es un pueblo legendario al que se atribuían los monumentos megalíticos (dólmenes, menhires) de Transjordania y Cisjordania (Deut 3,11; Gén 14,5). Residían en Astarot (Tell *Astarat)*, a cuarenta kilómetros al sur de Quenitra, y en Edraí, la actual Dera. Garur y Macat (v.5) estaban al oriente del lago de Tiberíades (Deut 3,14).

2) De Cisjordania (12,7-24)

**[7] Reyes de la tierra que batió Josué y los hijos de Israel de
este lado del Jordán, a occidente, desde Baal Gad, en el valle
del Líbano, hasta la montaña desnuda que se alza hacia Seir,
cuyos territorios dio Josué en heredad a las tribus de Israel,
según sus familias, [8] en la montaña, en la llanura, en el Arabá,
en las vertientes, en el desierto, en el Negueb; de los jeteos,
de los amorreos, de los cananeos, de los fereceos, de los jeveos
y de los jebuseos; [9] el rey de Jericó, el rey de Hai, cerca de
Bétel; [10] el rey de Jerusalén, el rey de Hebrón, [11] el rey de
Jerimot, el rey de Laquis, [12] el rey de Eglón, el rey de Guezer,
[13] el rey de Dabir, el rey de Gueder, [14] el rey de Jorma, el rey
de Arad, [15] el rey de Libna, el rey de Odulam, [16] el rey de
Maceda, el rey de Bétel, [17] el rey de Tafuaj, el rey de Ofer,
[18] el rey de Afeg, el rey de Sarón, [19] el rey de Madón, el rey
de Jasor, [20] el rey de Simerón, el rey de Acsaf, [21] el rey de Tanac,
el rey de Mageddo, [22] el rey de Cades, el rey de Jacneam, en
el Carmelo; [23] el rey de Dor, en las alturas de Dor; el rey de
Goyim, junto a Guilgal; [24] el rey de Tirsa. En todo, treinta
y un reyes.**

Las fronteras norte y sur de Palestina iban, respectivamente, desde Baal Gad (11,16) a la «montaña pelada» *(Gebel Halaq)*, de que habló el texto (11,17). En otras ocasiones, para señalar los límites de Palestina se emplea la fórmula clásica «desde Dan hasta Bersabé» (1 Sam 3,20). Todos los reyes comprendidos dentro de estos límites habitaban, o bien en la montaña *(hahar)*, o en el Arabá, en la Sefela y a lo largo de la costa del Mediterráneo. Todos ellos fueron vencidos y entregado su territorio a los israelitas. El balance de la campaña era espléndido, por cuanto quedaban los israelitas dueños virtualmente de todo el territorio de acá del Jordán. No se había realizado el vasto programa previsto en 1,4, pero el resultado de la campaña era tal que podía pensarse en la distribución del territorio entre las tribus. Esta lista de reyes es una prueba del esquematismo histórico del libro de Josué, en el que se consignan los hechos más salientes sucedidos en los largos años *(yamim rabbim)* que duró la penetración de Israel en Canaán [1].

SEGUNDA PARTE

DISTRIBUCION DE LA TIERRA DE CANAAN (c.13-22)

Advertencia de Dios a Josué (13,1-6)

**1 Josué era ya viejo, entrado en años, y Yahvé le dijo: «Eres
ya viejo, de edad avanzada, y queda todavía mucha tierra por
conquistar. 2 Mira lo que queda: todos los distritos de los filis-
teos y todo el territorio de Gesur; 3 desde el Sijor, que corre al
oriente de Egipto, hasta la frontera de Acarón, hacia el norte,
que se reputa como de los cananeos; los cinco príncipes de los
filisteos, el de Gaza, el de Azoto, el de Ascalón, el de Gat y
el de Acarón; los jeveos al mediodía; 4 toda la tierra de los
cananeos, y Ara, que es de los sidonios, hasta Afec, hasta la
frontera de los amorreos; 5 la tierra de los gueblitas y todo el
Líbano a oriente, desde Baal Gad, al pie del monte Hermón,
hasta la entrada de Hamat; 6 todos los habitantes de la montaña,
desde el Líbano hasta las aguas de Misrefot; todos los sidonios.
Yo los arrojaré de delante de los hijos de Israel. Pero distribuye
por suertes esta tierra en heredad a los hijos de Israel, como yo
lo he mandado.**

La conquista de muchos lugares estratégicos de Palestina había requerido el espacio de muchos años; «quedaba todavía mucha tierra por conquistar», pero Josué era ya de edad avanzada. En la imposibilidad de apoderarse de toda la tierra prometida antes de su muerte, le manda Dios que la distribuya por suertes, aun aquella que ocupaba el enemigo, a los hijos de Israel. Josué puede reunirse tranquilo con sus padres, confiado en la promesa de que Dios arrojará de sus territorios a los pueblos enemigos para entregárselos a su pueblo escogido. Las campañas de Josué habían abierto las puertas

[1] Para la identificación de los territorios mencionados: ABEL, *Géographie* II; BALDI, UBACH, NOTH *(Josua,* 113-22); M. NOTH, *Studien zu den historischgeographischen Dokumenten des Josuabuches:* «Zeitschrift für Deut. Palest. Vereins», 58 (1938) 185-255; SIMONS, l.c.

de Palestina a los israelitas. Quedaban por conquistar los distritos de los filisteos, la Fenicia, el Líbano. Los guesuritas habitaban al sur de Palestina, cabe los filisteos (1 Sam 27,8). El Sijor es uno de los canales de la frontera de Egipto, el llamado *Wadi el-Arish.* Se mencionan los cinco príncipes *(seranim)* de la pentarquía filistea (Jue 3,3; 16,5; 1 Sam 5,6). Los gueblitas son los habitantes de Gebal, la antigua Byblos, al norte de Beirut. En Jue 3,1-6 se da la razón de por qué Dios no entregó estos pueblos en manos de los israelitas, que fue para que las generaciones futuras se acostumbraran a la guerra y apreciaran el esfuerzo llevado a cabo por sus antepasados. Otra razón apuntada en Jue 3,4 es de que «estos pueblos habían de servir para por ellos probar a Israel y saber si obedecería a los mandatos que Yahvé había dado a sus padres por medio de Moisés». La mejor prueba, en efecto, de su fidelidad a la alianza era la de mantenerse fiel a Dios en medio de un mundo idólatra [1]. El reparto debía efectuarse por suertes (Is 34,17; Miq 2,4-5).

Repartición de las tierras de Transjordania (13,7-14)

**7 Ahora, pues, distribuye esta tierra entre las nueve tribus y
la media de Manasés. 8 Con la otra mitad, los rubenitas y ga-
ditas recibieron ya su heredad, que les dio Moisés al otro lado
del Jordán, a oriente, como se la distribuyó Moisés, siervo de
Yahvé: 9 desde Aroer, a orillas del torrente del Arnón, y desde
la ciudad que está en medio del valle, toda la llanura de Madaba
hasta Dibón; 10 todas las ciudades de Seón, rey de los amorreos,
que reinaba en Hesebón, hasta la frontera de los hijos de Am-
món; 11 Galaad, el territorio de Gesur y de Macat, toda la
montaña de Hermón y todo el Basán, hasta Saleca; 12 todo el
reino de Og, en Basán, que reinaba en Astarot, y en Edraí,
y eran los últimos restos de los refaím. Moisés batió a estos
reyes y los desposeyó; 13 pero los hijos de Israel no desposeye-
ron a los guesuritas y a los macatitas, y Gesur y Macat habitan
en medio de ellos hasta hoy. 14 La tribu de Leví fue la sola a
que Moisés no dio heredad, porque las combustiones de Yahvé,
Dios de Israel, son su heredad, como él se lo dijo.**

Como se ha hablado ya otras veces (1,12-15; 12,1-6), las tribus de Rubén, Gad y media tribu de Manasés habían recibido su heredad en Transjordania (Deut 3,12-17). Moisés se la había dado; a Josué quedaba la tarea de hacer la distribución de las tierras de Cisjordania entre las nueve restantes y la media de Manasés. Pero así como las tribus del lado de acá del Jordán debían convivir con los naturales del país, del mismo modo «los hijos de Israel no desposeyeron a los guesuritas y a los macatitas» (12,5; Deut 3,14), que convivían con las tribus transjordánicas aun en los días en que se escribía este relato. A los hijos de Leví no se les concedió heredad entre el pueblo, porque las combustiones por el fuego eran su heredad (Núm 18,20ss; Deut 10,8-9; 18,2) [2].

[1] D. BALDI, *La terra Promessa nel programma di Giosuè (13,2-5):* «Liber Annuus I Studii Biblici Franciscani» (Jerusalén 1951) 87-106; S. MOWINCKEL, *Zur Frage nach Dokumentarischen Quellen in Josua 13-19* (Oslo 1946).
[2] B. MAZAR, *Geshur and Maacah:* JBL 8 (1961) 16-28.

Herencia de Rubén (13,15-23)

[15] Moisés había dado a los hijos de la tribu de Rubén una parte según las familias. [16] Tuvieron por territorio, a partir de Aroer, a orillas del torrente del Arnón y de la ciudad situada en medio del valle, toda la llanura hasta Madaba; [17] Hesebón y todas las ciudades del llano, Dibón, Bamot Baal, Bet Baal, Maón, [18] Jahsa, Quedamot, Mefat, [19] Quiryataím Sabama, Sarat Asar, en el monte del valle; [20] Bet Fogor, las pendientes del Pasga, Bet Jesimot, [21] todas las ciudades del llano y todo el reino de Seón, rey de los amorreos, que reinaba en Hesebón; Moisés le derrotó a él y a los príncipes de Madián, Eví, Requem, Sur, Jur y Rebe, tributarios de Seón, que habitaban la tierra. [22] El adivino Balaam, hijo de Beor, fue también del número de los que los hijos de Israel pasaron a filo de espada. [23] Así el territorio de los hijos de Rubén llegaba hasta el Jordán y sus riberas. Esta fue la heredad, las ciudades y sus pueblos, de los hijos de Rubén y sus familias.

Aunque Rubén se hubiera establecido antes en el territorio por condescendencia de Moisés (Núm 32,1ss), el hagiógrafo menciona de nuevo los límites de su territorio con las principales ciudades. Poseían los rubenitas numerosos rebaños, entregándose a la vida del pastoreo. Débora criticará más adelante su conducta porque su afición desmesurada por la vida nómada le retraía de la obligación de luchar juntamente con las otras tribus de Israel (Jue 5,15-16). En tiempos del rey David no figura Rubén como población sedentaria, terminando por fundirse con los gaditas (1 Sam 13,7; 2 Sam 24,5). En la estela de Mesa solamente se hace mención de Gad como tribu israelítica al norte del torrente Arnón (12,2; Núm 21,13; Deut 2,24; Núm 23,24; Deut 2,36). Pereció Balaam en la guerra contra los madianitas (Núm 31,8).

Territorio de Gad (13,24-28)

[24] Moisés dio a la tribu de Gad una parte según sus familias. [25] Su territorio comprendía: Jaser, todas las ciudades de Galaad, la mitad de la tierra de los hijos de Ammón hasta Aroer, que está enfrente de Raba, [26] desde Hesebón hasta Ramat, Masfe y Betonim, y desde Majanaím hasta la frontera de Debir; [27] y en el valle de Bet Aram, Bet Nimra, Sucot y Safón, parte del reino de Seón, rey de Hesebón, el Jordán y sus riberas, hasta el cabo del mar de Queneret, del otro lado del Jordán, a oriente. [28] Esta fue la heredad, ciudades con sus pueblos, de los hijos de Gad según sus familias.

Gad se instaló en Transjordania, al norte del territorio de Rubén. A diferencia de sus hermanos del sur, los gaditas eran guerreros (Deut 33,20; 1 Crón 21,8). A Gad había dicho Jacob: «Gad: salteadores le asaltan, y él les pica los talones» (Gén 49,19). De hecho, cuando los nómadas le asaltan, sabe defenderse. Y no solamente se defendía, sino que, de tendencia absorbente, acabó por

anexionarse la tribu de Rubén, indolente para la guerra. Se recuerda a Gad en la estela de Mesa, en donde se dice que habitaba en Atarot. Edificó esta tribu ciudades en Galaad (Núm 32,34).

Media tribu de Manasés (13,29-33)

[29] Moisés dio a la media tribu de Manasés una parte, según sus familias. [30] Tuvieron por territorio, a partir de Majanaím, todo Basán, todo el reino de Og, rey de Basán, y todos los burgos de Jair en Basán, sesenta ciudades; [31] la mitad de Galaad, Astarot y Edraí, ciudades del reino de Og en Basán, fueron dadas a Maquir, hijo de Manasés, a la mitad de los hijos de Maquir, según sus familias. [32] Estas son las partes que distribuyó Moisés, cuando estaba en los llanos de Moab, del otro lado del Jordán, frente a Jericó, a oriente. [33] Pero Moisés *no dio parte a la tribu de Leví*; Yahvé, Dios de Israel, es su parte, como él se lo ha dicho.

A la media tribu de Manasés (Deut 3,13-15; Núm 32,41) se le dio el territorio al norte del río Yaboc, que comprendía todo Basán, el reino de Og y los burgos de Jair. Astarot (hoy *Tell Astarat*), llamada así en honor de la diosa Ashtoret, se menciona en los textos egipcios de execración y en la lista de las ciudades cananeas conquistadas por Tutmosis III. Fue la ciudad principal del reino amorrita de Og (12,4). Ciudad levítica (21,27; 1 Crón 6,71), fue conquistada por Teglatfalasar III, como aparece en un bajorrelieve hallado en Calah, sobre el Tigris (PRITCHARD, 242.329). Al norte de su heredad residían los macatitas y los guesuritas, que, según 13,13, resistieron a los israelitas. A Maquir (17,1-6), primogénito de Manasés y padre de Galaad, se le asignó la región septentrional del Yaboc y Basán. De nuevo repite el autor sagrado el estribillo de que esta distribución de la región transjordánica fue ratificada solemnemente por Moisés en los llanos de Moab, frente a Jericó [3].

PRIMERA DISTRIBUCIÓN EN GÁLGALA (c.14-17)

Hasta el presente hemos visto a Josué obrar individualmente, pero a partir del v.1 del c.14 le asisten Eleazar (Ex 6,23; Núm 20, 22-29), sacerdote, y los jefes de familia de las tribus de Israel (Ex 6,25; Núm 32,28; 36,1). Ya en el libro de los Núm 34,16-29 se prevé la repartición del territorio bajo la dirección de dos jefes, uno de la casta sacerdotal y otro laico. En realidad, no eran los hombres ni la suerte ciega los que señalaban a cada tribu su heredad (Núm 26,55; 33,54; 34,13; 36,2), sino el oráculo divino, al que se consultaba por medio de los *urim* y *tummim*, de que hemos hablado. Anota el texto que las tribus de José formaban dos unidades distintas,

[3] Para la identificación de las ciudades y territorios mencionados, véase NOTH, l.c.; R. DE VAUX, *Notes d'histoire et de topographie transjordaniennes:* «Vivre et Penser»: RB 50 (1941) 16-47; N. GLUECK, *Some ancient Twons in the Plains of Moab:* BASOR 91 (1943) 7-26; 92 (1943) 26ss; A. BERGMANN, *The Israelite Tribe of half-Manasseh:* «Journal of Palestine Oriental Society», 16 (1936) 224-254; A. AUGUSTINOVIC-B. BAGATTI, *Escursione nei dintorni di Aglun (nord di Transjordania):* «Liber Annuus II Studii Biblici Franciscani», 2 (1952) 227-314.

aunque se tratase de una sola tribu patriarcal (Gén c.29-30; Deut 27, 11-13), y repite que no se asignó territorio alguno a la de Leví. La distribución anterior entre las tribus de Rubén y de Gad y media de la de Manasés fue determinada por Moisés; a Josué competía la distribución de la heredad entre las otras tribus. Parte de esta tarea la llevó a cabo Josué en Gálgala.

Favor otorgado a Caleb (14,1-15)

1 He aquí lo que los hijos de Israel recibieron en heredad en la tierra de Canaán; lo que les distribuyeron Eleazar, sacerdote; Josué, hijo de Nun, y los jefes de familia de las tribus de los hijos de Israel. 2 Fue la suerte la que asignó su heredad, como Yahvé se lo había mandado a Moisés, a las nueve tribus y a la media tribu de Manasés. 3 Pues Moisés había ya dado su heredad a dos tribus y a media de la de Manasés, al otro lado del Jordán. No dio nada de la heredad a los levitas en medio de ellos. 4 Los hijos de José formaban dos tribus, Manasés y Efraím, y no se dio a los levitas parte en el territorio, fuera de las ciudades de su habitación y los campos de pastos para sus ganados y rebaños. 5 Los hijos de Israel cumplieron lo que Yahvé había mandado a Moisés, y distribuyeron la tierra. 6 Algunos de los hijos de Judá se acercaron a Josué, en Gálgala, y Caleb, hijo de Jefoné el quineceo, le dijo: «Ya sabes lo que a Moisés, siervo de Dios, dijo Yahvé respecto de mí y de ti en Cadesbarne. 7 Cuarenta años tenía yo cuando Moisés, siervo de Yahvé, me mandó de Cadesbarne para explorar la tierra, y yo le hice relación según la sinceridad de mi corazón. 8 Mientras que mis hermanos, los que conmigo habían subido, descorazonaron al pueblo, yo seguí enteramente a Yahvé, mi Dios. 9 Aquel día hizo Moisés este juramento: La tierra que pisaren tus pies será tu heredad y la de tus hijos perpetuamente, porque tú has seguido enteramente a Yahvé. 10 Ahora, pues, Yahvé me ha conservado la vida, como lo prometió durante los cuarenta y cinco años transcurridos desde que Yahvé dirigió a Moisés esta palabra, mientras caminaba Israel por el desierto, y tengo ahora ochenta y cinco años; 11 pero ya ves que estoy robusto hoy, como lo estaba al tiempo en que Moisés me mandó; mi fuerza es ahora la misma de entonces para luchar, para salir y para entrar. 12 Dame, pues, este monte, de que habló Yahvé aquel día, pues allí están los enaquim, y tienen ciudades grandes y fuertes; quizá quiera Yahvé estar conmigo y logre arrojarlos, según la palabra de Yahvé». 13 Josué bendijo a Caleb, hijo de Jenofé, y le dio Hebrón en heredad. 14 Por eso Hebrón pertenece en heredad a Caleb, hijo de Jefoné el quineceo, hasta el día de hoy, porque siguió enteramente a Yahvé, Dios de Israel. 15 Hebrón se llamó antes Quiriat-Arbé.

Arbé fue el hombre más grande de los enaquim.
La tierra descansó de la guerra.

Antes de efectuarse la repartición, Caleb (Núm 13,6-30; 14,6-24; 36,65, etc.), de origen edomita, acompañado por algunos hombres de la tribu de Judá, se presentó a Josué y le recordó el juramento que le hizo Moisés de entregarle en heredad perpetua la

tierra que pisaron sus pies durante la famosa exploración de la tierra de Canaán (Núm 13,22-24; Deut 1,20-40). El grupo de los quineceos (v.6), al que pertenecía Caleb, hijo de Jefoné (Núm 32,12; 34,19), entró en contacto con Israel en la región de Cadesbarne, desde donde penetró directamente en la zona meridional montañosa de Palestina. Josué, al dar su bendición a Caleb, accedió a su petición, entregándole la región montañosa en la cual está enclavada la ciudad de Hebrón. Habitaban aquella región los enaquim (11,21), hombres robustos, con ciudades grandes y fuertes, que el clan calebita arrojará de las mismas con el auxilio de Dios. Según el cómputo de Caleb, la conquista de Palestina se efectuó en unos cinco años. Cuando Moisés le mandó desde Cadesbarne (Deut 2,14; 9,23; Núm 13,22-24) a explorar la tierra, contaba cuarenta años de edad; durante otros cuarenta peregrinó por el desierto. Aunque de edad avanzada, estaba robusto y fuerte tanto para luchar como para los trabajos cotidianos, cuya idea el autor sagrado expresa con la locución semítica de «entrar y salir» (Deut 28,6). El poderío de Hebrón había sido quebrantado por Josué durante la campaña del mediodía de Palestina (10,36-37), pero quedaban todavía enemigos en el territorio. Caleb era de familia edomita (Gén 36,11), agregada a la tribu de Judá (Núm 13,6). Arbé, que se lee en el v.15, fue interpretada por la tradición judía como nombre de varón *(ha hadam ha hadol)*, convirtiéndolo en el más famoso de los enaquim, de donde la traducción de la Vulgata: «Adam, el más grande de los hombres, se encuentra allí entre los enaquim». San Jerónimo se hace eco de una tradición rabínica según la cual Adán fue originario de Hebrón *(Epist. Paulae:* PL 22,886). La última frase del mismo verso: «la tierra descansó de la guerra», denota o que se trata de una glosa posterior o que este capítulo seguía inmediatamente a la conquista del mediodía de Palestina (10,25).

Herencia de la tribu de Judá (15,1-12)

1 La parte que en suerte tocó a la tribu de los hijos de Judá, según sus familias, se extendía hasta la frontera de Edom, en el desierto de Sin, al mediodía por el confín meridional. 2 Su frontera meridional partía desde la extremidad del mar de la Sal, de la parte de este mar que se vuelve hacia el sur, 3 y se prolongaba al mediodía de la subida de Acrabim; pasaba a Sin y subía al mediodía de Cadesbarne; pasaba a Esrón, subía hacia Adar y se volvía a Carcaá; 4 pasaba luego a Asmón y continuaba hasta el torrente de Egipto, para morir en el mar. Esta os será la frontera meridional. 5 La frontera oriental fue el mar de la Sal hasta la desembocadura del Jordán. La frontera septentrional partía de la parte del mar de la Sal donde desemboca el Jordán, 6 subía hacia Bet Aglá, pasaba al norte de Bet Arabá, subía hasta la peña de Boén, hijo de Rubén; 7 seguía subiendo a Deberá, a partir del valle, a Ajor, y volvía hacia el norte del lado de Gálgala, que está al frente del monte de Adomim, al sur del torrente; pasaba a En Semes y llegaba a En Rogel; 8 de allí subía por el valle de Ben Hinón, viniendo por el mediodía hasta tocar el límite de Jebús, que es Jerusalén, y subía luego por la

cima del monte que está frente al valle de Hinón, a occidente, y al extremo del valle de Refaím, al norte. [9] Desde la cima del monte se inclinaba hacia los manantiales de agua de Neftoá, seguía hacia las ciudades de la montaña de Efrón y se volvía en dirección a Bala, que es Quiriat-Jearim. [10] De Bala se volvía la frontera a occidente, hacia el monte Seir; pasaba por la vertiente septentrional del monte Jarim, que es Quesalón; bajaba a Betsames y pasaba por Timna; [11] continuaba al norte por la vertiente de Acarón y se dirigía hacia Secrona; pasaba por el monte de Bala y llegaba a Jabnel, para morir en el mar. [12] La frontera occidental era el mar Grande; éste era el límite. Estas fueron las fronteras de los hijos de Judá según sus familias.

A Judá había prometido su padre Jacob la hegemonía sobre las otras tribus (Gén 40,8-12). En la repartición del territorio hecha por Josué en Gálgala corresponde la primacía a Judá, que recibe una herencia superior a la de cualquiera otra tribu. Con una gran abundancia de detalles, que no se encuentran en la fijación de los límites de las otras tribus, se describen sus fronteras del sur y del norte, este y oeste. Sin embargo, no todo el territorio que se le asigna estaba pronto para la ocupación, ya que el establecimiento de los filisteos en las costas del Mediterráneo le impedía asomarse al mar. Por el sur confinaba con Edom (Núm 20,14ss), desierto de Sin, la región de Cadesbarne (Núm 20,1; Deut 32,51), Jasar Adar (Núm 34,4), en el actual *Ain el-Qaderat*, continuando por el *wadi el-Arish*, o torrente de Egipto, hasta el Mediterráneo. La frontera septentrional arrancaba de la orilla septentrional del mar Muerto, subía hacia Bet Aglá (18,19), al noroeste de la desembocadura del Jordán. Pasaba al norte de Bet Arabá (18,22), que puede identificarse quizá con *Ain Gharba*, al sur de Gálgala, La línea fronteriza pasaba por Deberá (el *wadi Debr)*, al este de Neby Musa, valle de Ajor (7,24) y subida de Adumim, a veinte kilómetros al este de Jerusalén, en la actual carretera de Jerusalén a Jericó; pasaba por Ain Semes, hoy día llamada *Ain el-Hod*, al sudeste de Betania, y llegaba a Ain Rogel (1 Re 1,9), situada al sur de Jerusalén. De allí, por el valle de Bene Hinón, tocaba el límite sudoeste de Jerusalén. Continuaba la frontera por el valle de Refaím, al sudoeste de Jerusalén. Desde la cima del monte, la línea seguía hacia las aguas de Neftoá, actual Lifta, y Baala, Quiriat-Jearim (9,17). De allí se inclinaba un poco hacia el sur hasta Bet Semes y Timna, remontando de nuevo en dirección noroeste hasta alcanzar el mar Mediterráneo por el *nahr Rubin*. La ciudad de Jerusalén pertenecía a la tribu de Benjamín. La proximidad de los límites entre ambas tribus hizo que la ciudad se atribuyera unas veces a Judá y otras a Benjamín (Jue 1,21).

Digresión sobre Caleb (15,13-19)

[13] Se había dado a Caleb, hijo de Jefoné, una parte en medio de los hijos de Judá, como Yahvé se lo había mandado a Josué; Quiriat-Arbé, del padre de Enac, que es Hebrón. [14] Caleb arrojó de allí a los tres hijos de Enac: Sesai, Ajuman y Tolmar, descendientes de Enac. [15] De allí subió contra los habitantes de Dabir, que se llamaba antes Quiriat Sefer. [16] Caleb dijo: «Al que bata y tome Quiriat Sefer le daré por mujer a mi hija Acsa». [17] La tomó Otoniel, hijo de Quenaz, hermano de Caleb, y éste le dio su hija Acsa por mujer. [18] Cuando iba ella a la casa de Otoniel, incitóla éste a que pidiera a su padre un campo; bajóse ella del asno, y Caleb le dijo: «¿Qué tienes?» [19] Ella le respondió: «Hazme un don; pues que me has heredado en tierra de secano, dame también tierra de regadío». El le dio el Gulot (Fuentes) superior y el inferior.

Los v.13-19 de este capítulo son continuación de 14,6-15. Ya dejamos dicho que Caleb, edomita, en premio de su fidelidad recibió una parte en medio de los hijos de Judá (14,9; Deut 1,36). Como había asegurado a Josué, Caleb tenía fuerzas suficientes para arrojar de Hebrón a los enaquim. Hebrón se llamó antiguamente Quiriat-Arbé, es decir, ciudad de los cuatro clanes, Enac y sus hijos. Enac, nombre hurrita, es considerado como el antepasado de los enaquim (21,11). En Dabir, conquistada por Josué (10,39; 11,21; 12,13; Jue 1,11-12), quedaban núcleos de enemigos; Caleb prometió su hija por esposa al que batiera y tomara la ciudad. Lo hizo Otoniel (Jue 3,7-11). Se dice que éste era hijo de Quenaz, hermano de Caleb; pero en otros lugares se le llama hijo de Sefoné (14,6; 15,13), por lo cual debe darse a la palabra *hermano* un sentido amplio de pariente; o acaso se llaman hermanos por representar dos clanes de quenecitas. Cuando Acsa se dirigía a casa de su esposo, pidió, a instancias de éste, «una bendición» a su padre, con lo cual se significaba una parcela de terreno de regadío (Gén 33,11). Caleb accedió, concediéndole dos manantiales de agua, *ed-Dilbeh*, a unos diez kilómetros al sudoeste de Hebrón. En un país tan árido como el sur de Palestina, un manantial representa una bendición.

Ciudades del territorio de Judá (15,20-63)

[20] Esta fue la heredad de la tribu de los hijos de Judá según sus familias. [21] Las ciudades situadas al extremo de la tribu de los hijos de Judá, hacia la frontera de Edom, en el Negueb, son: Cabsel, Eder, Jagur, [22] Quina, Dimona, Adada, [23] Cades, Asor y Jetnán; [24] Zif, Telem, Balot, [25] Asor el nuevo y Cariot, Esrom, [26] Amán, Sama, Molada, [27] Asergada, Asemón, Bet Felet, [28] Asarsual, Berseba y Baciotia; [29] Bala, Jim, Esem, [30] Eltolad, Quesil, Jorma, [31] Siceleg, Madmana, Sansana, [32] Lebaot, Seljim, Ain y Remón; en todo, veintinueve ciudades con sus pueblos. [33] En la Sefela (Llanura), Estaol, Sarea, Asena, [34] Zanoe, Ain Ganim, Tafuaj, Enaim, [35] Jerimot, Adulam, Socó, Azeca, [36] Saraím, Aditaím, Guedera y Guederotaím; catorce ciudades con sus pueblos. [37] Senán, Adasa, Migdal-Gad, [38] Deleam, Masefa, Jactel, [39] Laquis, Bascat, Eglón, [40] Cabón, Lejma, Cetlis, [41] Guiderot, Bet Dagón, Nahama y Marceda; dieciséis ciudades con sus pueblos. [42] Lebana, Eter, Asán, [43] Jefta, Esna, Nesib, [44] Queila, Ajzob, Maresa: nueve ciudades con sus pueblos. [45] Acarón, con las ciudades de ella dependientes y sus pueblos. [46] A partir de Acarón, del lado de occidente, todas

las ciudades cercanas a Azoto, con sus pueblos; 47 Azoto, las ciudades dependientes de ella y sus pueblos; Gaza, las ciudades de su dependencia y sus pueblos, hasta el torrente de Egipto y el mar Grande, que es la frontera. 48 En la montaña, Samir, Jeter, Socot, 49 Dana, Quiriat Sana, que es Dabir; 50 Anab, Istemo, Anim, 51 Gosem, Jalón y Guilo; once ciudades con sus pueblos. 52 Arab, Duma, Esán, 53 Janum, Bet Tafuaj, Afeca, 54 Junta, Quiriat Arbe, que es Hebrón, y Sior; nueve ciudades con sus pueblos. 55 Maón, Carmel, Zif, Juta, 56 Jezrael, Jocdam, Zanoe, 57 Acaín, Gueba, Tamna; diez ciudades con sus pueblos. 58 Jaljul, Besur, Guedor, 59 Marat, Bet Anot y Eltecón; seis ciudades con sus pueblos. 60 Quiriat Baal, que es Quiriat Jearim, y Harabá; dos ciudades con sus pueblos. 61 En el desierto, Bet Arabá, Mendín, Secaca, 62 Nebsán, Ir Armelaj y Engaddi; seis ciudades con sus pueblos. 63 Los hijos de Judá no pudieron expulsar a los jebuseos; habitan en Jerusalén con los hijos de Judá, hasta hoy.

Se citan las ciudades del Negueb, de la costa, de la Sefela y de la región montañosa con sus anejos. Los hijos de Judá no entraron inmediatamente en posesión de todas las ciudades aquí citadas, teniendo que luchar largo tiempo para apoderarse de algunas de ellas. Se considera a Jerusalén como dependiente de Judá, conviviendo con los jebuseos, a los que no pudieron expulsar (Jue 1,21). En el v.59b inserta el texto griego una lista de once poblados cercanos a Jerusalén, que no figuran en el texto masorético (BALDI, FERNÁNDEZ, UBACH). Se cree que esta lista de ciudades presupone la última división administrativa durante el reino de Judá. Se anexiona al territorio (v.33) parte del antiguo país de los danitas (19,41). La colonización de la región desértica (v.61-62) fue hecha por Ocías (2 Crón 26,10). Engaddi, junto a la orilla occidental del mar Muerto, es célebre en la tradición hebraica (1 Sam 24,1; Ez 47,10; Cant 1,14; 4,13).

Los hijos de José (16,1-4)

1 La parte que tocó en suerte a los hijos de José comenzaba en el lado de oriente, en el Jordán de Jericó, en las aguas de Jericó, y por la montaña sube de Jericó al monte de Bétel; 2 seguía de Bétel, Luz, y, pasando a lo largo del territorio de los arqueos, por Atorot, 3 bajaba a occidente hacia la frontera de los jefletitas hasta la de Betorón de Abajo y hasta Gazer, para morir en el mar. 4 Esta es la heredad que recibieron los hijos de José, Manasés y Efraím.

En los cuatro primeros versos del capítulo se habla conjuntamente de las tribus de Efraím y Manasés (Gén 49,25-27; Deut 33, 13-17), como si formaran una misma familia. Lo mismo da a entender el texto de 17,14-18. En cambio, en 16,5-9 y 17,7-11 figuran por separado. De ahí se deduce que las dos narraciones corresponden a dos períodos distintos. Noth dispone ambas narraciones de

la siguiente manera: 16,1-4; 17,1-13; 16,5-10. Esta sería la primera y genuina tradición favorable a Manasés, dándose a Efraím una pequeña porción: 16,9 = 17,9 [1].

Tribu de Efraím (16,5-10)

5 He aquí la frontera de los hijos de Efraím según sus familias. El límite de su heredad era, a oriente, Atarot Adar hasta Betorón de Arriba; 6 se dirigía por el lado de occidente hacia Micmetat, al norte; volvía luego a oriente hacia Tanat Silo y pasaba por delante de ella, al oriente, hasta Janoaj; 7 de Janoaj bajaba a Atarot y Narata, tocaba en Jericó y llegaba hasta el Jordán; 8 de Tafuaj iba a occidente al torrente de Cana, para morir en el mar. Esta era la heredad de los hijos de Efraím según sus familias. 9 Los hijos de Efraím tuvieron también ciudades separadas en medio de la heredad de los hijos de Manasés. 10 No expulsaron a los cananeos que habitaban en Gazer, y los cananeos han habitado hasta hoy en medio de Efraím, pero sometidos a tributo.

En los v.5 y 6 se describe la frontera meridional de Efraím del lado occidental. Inmediatamente se señalan los límites septentrionales, tomando a Micmetat (17,7), *Jirbet Mahneh el-Fauqa*, al sur de Siquem, como punto de partida. No pudieron los efraimitas expugnar la plaza fuerte de Gazer (10,33; 12,12), lo que les obligó a convivir con los cananeos. Jericó pertenecía a Benjamín (18,21). Efraím era una tribu inferior a la de Manasés (17,1), de la cual partió la colonización del territorio (v.9).

Tribu de Manasés (17,1-6)

1 La tribu de Manasés tuvo este territorio, pues era el primogénito de José. Maquir, primogénito de Manasés y padre de Galaad, había recibido Galaad y Basán, pues era hombre de guerra. 2 También fue atribuida una parte a los otros hijos de Manasés, según sus familias: a los hijos de Abezier, a los hijos de Elec, a los hijos de Esriel, a los hijos de Siquem, a los hijos de Jefer y a los hijos de Semida; éstos eran los hijos varones de Manasés, hijo de José, según sus familias. 3 Salfad, hijo de Jefer, hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, no tuvo hijos, sino hijas, cuyos nombres son: Majla, Noa, Jogla, Milca y Tirsa. 4 Presentáronse a Eleazar, sacerdote, delante de Josué, hijo de Nun, y delante de los príncipes, y dijeron: «Yahvé mandó a Moisés que nos diera heredad en medio de nuestros hermanos». Se les dio, pues, según el mandato de Yahvé, heredad en medio de los hermanos de su padre. 5 Tocaron a Manasés diez suertes, además del territorio de Galaad y de Basán, que está al otro lado del Jordán, 6 pues las hijas de Manasés tuvieron su heredad entre los hijos; la tierra de Galaad fue para los otros hijos de Manasés.

[1] M. NOTH, *Die Grenze Manasse und Efraims:* ZDPV 58 (1935) 201-215; K. ELLIGER, *Die Grenze zwischen Ephraim und Manasses:* ibid., 52 (1930) 265-309; A. FERNÁNDEZ, *Problemas de topografía palestinense:* l.c., 45-62; M. NOTH, *Das Land Gilead als Siedlungsgebiet israelitischer Sippen:* PJB 37 (1941) 50-101; J. SIMONS, *The Structure and Interpretation of Josh. XVI-XVII:* «Orientalia Neerlandica» (Leiden 1949) 190-215.

Era lógico que el autor sagrado, que antes (13,7-13.29-31) había señalado el emplazamiento de media tribu de Manasés en Transjordania, se circunscribiera a señalar la porción que le cupo en suerte a la otra mitad en la región cisjordánica; pero insiste sobre los clanes de Manasés y su distribución en una y otra parte del Jordán. Los datos sobre la descendencia de Manasés deben completarse con los que figuran en Núm 26,29-34; 27,1-4; 1 Crón 7, 14-19. Maquir, fue, o bien hijo único de Manasés (Gén 50,23; Núm 26,29), o el primogénito. A Galaad, hijo de Maquir, hombre guerrero, se le entregó Galaad y Basán (13,29-31); a los otros descendientes de Manasés se les asignaron territorios en el lado de acá del Jordán. Salfad murió sin descendencia masculina, y sus hijas pidieron a Moisés una heredad entre sus hermanos (Núm 26, 33-34; 27,1-11; 36,1-12). Moisés creyó justa su petición, y a este fin introdujo una excepción a la ley común entre los antiguos, y aun en el Oriente moderno, según la cual las hijas ocupan ante el derecho un lugar inferior al de los hijos, sin derecho a la herencia paterna. «Si uno muriere sin dejar hijos, haréis pasar su herencia a su hija» (Núm 27,8). Como en Núm 27,2, se nombra a Eleazar (14,1), que aparece al lado de Moisés; en nuestro texto se le asocia a Josué.

Límite de la porción cisjordánica de Manasés (17,7-13)

7 La frontera de Manasés partía de Aser hacia Micmetat, que está junto a Siquem, e iba después a derecha hacia los habitantes de Em-Tafuaj; 8 el territorio de Tafuaj tocó a Manasés; pero Tafuaj, en la frontera de Manasés, fue para los hijos de Efraím; 9 bajaba la frontera del torrente de Cana hasta el medio del torrente. Las ciudades de este territorio que tocaron a Efraím estaban en medio de las ciudades de Manasés. La frontera de Manasés pasaba al norte del torrente y terminaba en el mar; 10 el territorio al mediodía era de Efraím, y el del norte de Manasés, y su término era el mar; hacia el norte tocaban con Aser, hacia oriente con Isacar. 11 Manasés tuvo en los territorios de Isacar y de Aser: Betsán y las ciudades que de ella dependen; Jeblam y las ciudades de su dependencia; los habitantes de Dor y las ciudades de su dependencia; los habitantes de Endor y las ciudades de su dependencia; los habitantes de Tanac y las ciudades de su dependencia, y los habitantes de Megiddo y las ciudades de su dependencia. 12 Los hijos de Manasés no pudieron expulsar a los habitantes de estas ciudades, y continuó el cananeo habitando en aquella tierra; 13 sometieron a los cananeos a tributo, pero no los expulsaron.

La frontera meridional de Manasés se confundía con los límites septentrionales de Efraím, y algunas ciudades de esta tribu estaban enclavadas en el territorio de su hermano. La frontera septentrional confinaba con Aser, y la oriental con Isacar. Teóricamente, Manasés ejercía su dominio sobre un número de ciudades fortificadas situadas en el territorio de las dos tribus mencionadas. El texto

hebreo cita seis ciudades, con sus dependencias; Betsán (Jue 1,27), Jeblam, hoy *Jirbet Belame*, a dos kilómetros de Genin; Endor, al sur del Tabor; Tanac y Megiddo (12,21); los LXX sólo citan tres ciudades: Betsán, Dor, Megiddo. Es muy probable que Jeblam y Dor fueran introducidas en el texto por influencia de Jue 1,27 y que posteriormente se añadiera Dor. Estas ciudades resistieron a Manasés, y la convivencia con sus habitantes fue piedra de escándalo para los israelitas. Más tarde las redujeron a tributo, pero no expulsaron a sus habitantes. E. Sellin exploró Tell Taanac durante los años 1902-1904, encontrando gran cantidad de material a partir de los años 2000 antes de Jesucristo. Durante los años 1903-1905, G. Schumacher exploró la vecina ciudad de Megiddo *(Tell el-Mutesselim)*, cuyas excavaciones reanudó el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago desde 1925-1939. Los tiempos áureos de la ciudad fueron los del Bronce medio. De tiempos del Bronce reciente apareció un palacio real con muchos objetos de marfil. El hallazgo de los establos de la caballería ilustra el período histórico de Salomón [1]. Tell Taanac hállase a diez kilómetros al norte de Genin, y Megiddo a dieciocho, en el límite meridional de la llanura de Esdrelón y al pie de la vertiente nordeste del Carmelo.

Queja de los hijos de José (17,14-18)

14 Los hijos de José hablaron a Josué, diciendo: «¿Cómo nos has dado en heredad una sola suerte y una sola parte, a nosotros, que somos un pueblo numeroso, al que Yahvé ha bendecido hasta ahora?» 15 Josué les dijo: «Puesto que eres un pueblo numeroso, sube al monte y rotura una parte en la tierra de los fereceos y los refaím, ya que la montaña de Efraím te viene demasiado estrecha». 16 Los hijos de José dijeron: «La montaña no nos basta, y todos los cananeos que habitan en el valle disponen de carros de hierro, lo mismo que los de Betsán y las ciudades de su dependencia y los que habitan el valle de Jezrael». 17 Josué respondió a la casa de José, a Efraím y Manasés: «Eres un pueblo numeroso, tu fuerza es mucha, no puedes tener una sola suerte, 18 pero la montaña será tuya; tú roturarás el bosque, y sus términos te pertenecerán; expulsarás a los cananeos por carros de hierro que tengan y por fuertes que sean».

Esta perícopa refiere dos quejas presentadas a Josué en dos tiempos diferentes. La primera (v.16-18) tuvo lugar en un tiempo en que las dos tribus de Efraím y Manasés formaban una unidad. La mención de las dos tribus en el v.17 es una glosa redaccional que falta en el texto griego. Los hijos de José no pueden desenvolverse en la heredad que les fue asignada, porque los cananeos ocu-

[1] E. SELLIN, *Tell Taannek* (Viena 1904); *Eine Nachlese auf dem Tell Taannek* (Viena 1906); G. SCHUMACHER-C. WATZINGER, *Tell el-Muteselim, I, II* (Leipzig 1908, 1929); A. ALT, *Megiddo im Uebergang vom kanaanäischen zum israelitischen Zeitalter:* ZAW 60 (1944) 67-85; G. E. WRIGHT, *The Discoveries at Megiddo 1935-1939:* BA 13 (1950) 28-46. Taanac y Megiddo aparecen en las listas de Tutmosis III y en las letras de Tell el-Amarna. Ambas ciudades dominaban por el sur la llanura de Esdrelón. Fueron conquistadas en tiempos de David (Jue 1,27). Con Salomón, las dos formaron un distrito aparte (1 Re 4,12).

paban los valles, de donde no se les pudo arrojar por disponer ellos de carros de hierro (Jue 1,19; 4,3.13). Por lo mismo, se ven relegados a los montes, en donde falta la tierra de cultivo. Josué les reconviene y les da a entender que no es cuestión de ensanchar los límites de su territorio, sino de explotar sus riquezas naturales, roturar los bosques y convertirlos en tierra de pan llevar. Ya sea por indolencia o porque fracasaran en su empeño de arrojar a los cananeos, acuden de nuevo a Josué con sus lamentos (v.14-15), a los cuales responde Josué que, si la montaña de Efraím les viene demasiado estrecha, vayan con sus hermanos de tribu al otro lado del Jordán, en la tierra de los fereceos (11,3) y de los refaím (12,4; 13,12; Gén 15,20), y que trabajen las tierras incultas de allí.

Segunda distribución en Silo (c.18-19)

El tabernáculo en Silo (18,1-10)

1 Se reunió en Silo toda la asamblea de los hijos de Israel y alzaron allí el tabernáculo de la reunión. El territorio estaba sometido. 2 Quedaban siete tribus, de entre los hijos de Israel, que todavía no habían recibido su heredad. 3 Josué dijo a los hijos de Israel: «¿Hasta cuándo vais a ser negligentes en apoderaros de la tierra que Yahvé, Dios de vuestros padres, os ha dado? 4 Elegid tres hombres por cada tribu, y yo los enviaré para que vayan a recorrer la tierra y hagan de ella una descripción, con vistas a la distribución que hay que hacer, y me la traigan. 5 La dividiréis en siete partes: Judá quedará dentro de sus fronteras, al mediodía, y la casa de José dentro de las suyas, al norte. 6 Describid, pues, la tierra en siete partes, traedme la descripción, y yo haré el sorteo de ella para vosotros, aquí ante Yahvé, nuestro Dios; 7 pues para los levitas no ha de haber parte en medio de vosotros, por ser el sacerdocio de Yahvé su heredad; Gad, Rubén y media tribu de Manasés han recibido ya su heredad al otro lado del Jordán, a oriente, la que les dio Moisés, siervo de Yahvé». 8 Levantáronse los hombres y se pusieron en camino, y al partirse para hacer la descripción de la tierra, les dio Josué sus órdenes, diciendo: «Id, recorred la tierra, describidla y volved a mí, y yo os haré el sorteo aquí ante Yahvé, en Silo». 9 Partieron, pues; recorrieron la tierra, la describieron en un rollo según sus ciudades, dividiéronla en siete partes, y volvieron a Josué, al campo en Silo. 10 Josué les hizo el sorteo en Silo, en presencia de Yahvé, y distribuyó allí la tierra entre los hijos de Israel, según sus familias.

No nos dice el texto cuándo y cómo el tabernáculo de la reunión (Deut 31,14) fue trasladado de Gálgala a Silo. A la sombra del tabernáculo se reunió toda la asamblea de los hijos de Israel. A falta de unidad política, Yahvé servía de lazo de unión entre todas las tribus. Josué había repartido en Gálgala la heredad a las tribus de Judá y de José; quedaban siete que no habían recibido terreno alguno. Josué les hizo el sorteo en Silo, en presencia de Yahvé, y,

según la suerte, entregaba a cada uno su porción. Esta distribución tuvo lugar en un tiempo que el texto no señala. El cuartel general de los hijos de Israel trasladóse de Gálgala a Silo, al norte de Bétel (Jue 21,19), en el lugar llamado hoy *Seilun*, a unos diez kilómetros al sur de Siquem y a cuarenta al norte de Jerusalén. Excavó el lugar una misión danesa, a las órdenes de H. Kjaer, desde 1926-1929, y Schmidt (1932), dando como resultado el conocimiento de la vida próspera de la ciudad durante los siglos XII y X antes de Jesucristo. Parece que el lugar fue abandonado durante los años 1000-300 a.C., lo que corresponde a los datos históricos sobre la destrucción de Silo por los filisteos (1 Sam 4,11.22; Jer 7,14) [1].

Por el texto sabemos que las siete tribus que no habían recibido todavía su heredad se mostraban negligentes en apoderarse de la tierra que Josué les tenía reservada. Es el caudillo del pueblo quien les impulsa a obrar, señalándoles la suerte a cada uno. Manda que se elijan tres hombres por cada una de estas siete tribus con la misión de recorrer la tierra y describirla con vistas a una distribución equitativa. La dificultad para nosotros es saber cómo pudieron estos comisionados recorrer las tierras que todavía se encontraban en manos de los cananeos. Pero no debemos perder de vista el carácter marcadamente esquemático del libro. Quizá por encontrarse Silo en el centro de la tierra prometida, y por haberse efectuado en su recinto la distribución de las tierras, fue considerado más tarde como lugar de peregrinación (Jue 18,31); allí fue Samuel consagrado al servicio de Yahvé (1 Sam c.1-4).

Lote de Benjamín (18,11-28)

11 La parte de la tribu de Benjamín fue sacada a suerte según sus familias, y el territorio que les tocó en suerte tenía sus fronteras entre los hijos de Judá y los hijos de José. 12 Del lado del norte partía su frontera del Jordán, subía al norte sobre la vertiente de Jericó, se elevaba por la montaña a occidente y terminaba en el desierto de Bet Aven; 13 de allí iba a Luz, al mediodía, que es Bétel; luego bajaba a Atarot Adar por la montaña que hay al mediodía de Betorón de Abajo. 14 Del lado de occidente se prolongaba la frontera, volviendo hacia el mediodía, desde la montaña situada frente a Betorón, al sur, y terminaba en Quiriat Baal, que es Quiriat-Jearim, ciudad de los hijos de Judá; esto por el lado de occidente. 15 Por el lado del mediodía partía del extremo de Quiriat-Jearim hasta la fuente de aguas de Naftoaj; 16 bajaba al extremo de la montaña que está frente al valle de Ben Hinón y al norte del valle de Refaím, y bajaba luego por el valle de Hinón hacia el límite meridional de los jebuseos, hasta la fuente de Rogel; 17 volvíase al norte y pasaba luego por En Semes, seguía por Guelitot, que está frente a la subida de Adomim, y bajaba a la peña de Boén, hijo de Rubén; 18 pasaba por la vertiente septentrional, frente al Arabá; bajaba al Arabá, 19 y seguía por la vertiente septentrional de Bet Jogla, para morir en el extremo norte del mar de la Sal, hacia la desembocadura del Jordán, al mediodía.

[1] Véase H. Kjaer, *The Excavation of Siloh 1929*: JPOS 10 (1930) 87-174.

[20] Esta era la frontera meridional. El Jordán era el límite de la frontera oriental. Esta fue la heredad de los hijos de Benjamín con todas sus fronteras, según sus familias. [21] Las ciudades de la tribu de Benjamín, según sus familias, eran: Jericó, Bet Jogla, Emec Casis, [22] Bet Arabá, Semaraím, Bétel, [23] Avim, Afara, Ofra, [24] Quefar Emora, Ofni y Gaba; doce ciudades con sus pueblos. [25] Gabaón, Ramá Berot, [26] Misfe, Cafira, Amosa, [27] Requem, Jirfel, Tarela, [28] Sela, Elef, Jebús, que es Jerusalén; Gabat y Quiriat; catorce ciudades con sus pueblos. Esta fue la heredad de los hijos de Benjamín según sus familias.

La porción que cupo en suerte a Benjamín estaba aprisionada entre Judá, al mediodía, y la tribu de Efraím, al norte; al oeste confinaba con la tribu de Dan y al oriente con el Jordán. La tribu de Benjamín era la más pequeña de todas, pero cobró celebridad a causa del ardor bélico de sus miembros, justificando con ello la comparación que empleó Jacob al decir: «Benjamín es lobo rapaz, que a la mañana devora la presa y a la tarde reparte los despojos» (Gén 49,27). Diezmados los benjaminitas por el acto brutal de Gueba, pronto tomaron nuevo vigor (Jue c.20-21). En los v.15-17 se traza la línea fronteriza meridional, que concuerda con la septentrional de Judá, omitiéndose algunos nombres.

Herencia de Simeón (19,1-9)

[1] La suerte atribuyó la segunda parte a Simeón, a la tribu de los hijos de Simeón, según sus familias; tuvieron su heredad en medio de la heredad de los hijos de Judá. [2] Su heredad fue: Berseba, Sabe, Molada, [3] Aser Sual, Bala, Asem, [4] Eltolad Betul, Jarma, [5] Siceleg, Bet Marcabot, Jasersusa, [6] Bet Lebaot y Sarujen; trece ciudades con sus pueblos; [7] Aín, Remón, Atar y Asán, cuatro ciudades con sus pueblos, [8] así como todos los burgos de los alrededores de estas ciudades, hasta Baalat Beer, que es la Ramat del Sur. Esta fue la heredad de la tribu de los hijos de Simeón según sus familias. [9] La heredad de los hijos de Simeón se tomó de la parte de los hijos de Judá, demasiado grande para ellos, y fue en medio de su territorio donde los hijos de Simeón recibieron su heredad.

Jacob maldijo a Leví y a Simeón, diciendo: «Yo los dividiré en Jacob y los dispersaré en Israel» (Gén 49,7). La realidad confirmó la profecía de Jacob, ya que Leví no ocupó un territorio fijo en Israel, y Simeón, que se estableció en medio de Judá, fue absorbido por éste. Cedió Judá a su hermano la parte más meridional de su territorio y, juntos, conquistaron las tierras del sur (Jue 1,17). Por lo mismo, no se indican sus límites, y las ciudades que se mencionan se consideran en 15,21-32 como pertenecientes a Judá. Sarujen (v.6) *(Tell el-Farah)* era una fortaleza en el límite sudoeste de los cananeos. Durante tres años resistió al sitio del faraón Amosis, después de la expulsión de los hicsos de Egipto. En el reinado de Tutmosis existía en el lugar una guarnición egipcia. La ciudad fue tomada y saqueada por Sesac (1 Re 14,25) (PRITCHARD, 233.235).

Territorio de Zabulón (19,10-16)

[10] La tercera parte tocó en suerte a los hijos de Zabulón según sus familias; la frontera de su heredad se extendía hasta Sarid; [11] subía al occidente hacia Marala y tocaba en Debaset, y luego al torrente, ante Jocnam. [12] De Sarid se volvía a oriente, al sol levante, hasta los confines de Queselet Tabor; se prolongaba hacia Daberet y subía a Jafia; [13] de allí pasaba a oriente a Guita Jefer por Itacasín, y se dirigía a Remón, que confina con Noa; [14] volvía del lado norte hacia Anatón y terminaba en el valle de Jeftael; [15] Catat, Nalal, Seremón, Jedala y Betlejem; doce ciudades con sus pueblos. [16] Esta fue la heredad de los hijos de Zabulón según sus familias; las ciudades y los pueblos.

Este hijo de Jacob (Gén 30,19) sentía afición por los negocios (Deut 33,18-19). Su padre habíale dicho que habitaría la costa del mar; pero, a pesar de sus aficiones marítimas, debían sus descendientes desenvolverse en las vertientes meridionales del macizo galilaico, impidiéndole Aser el acceso al mar Mediterráneo. La posesión de la baja Galilea le permitía explotar su suelo fértil y exportar sus productos. De Anatón *(Tell Bedawiya)* se habla en una letra de Tell el-Amarna. En ella el rey de Babilonia se queja al de Egipto de la muerte y robo de unos mercaderes de Anatón por hombres de Akko y Samhuna (Shimron).

La suerte de Isacar (19,17-23)

[17] La cuarta parte tocó en suerte a Isacar, a los hijos de Isacar, según sus familias. [18] Su territorio era: Jezrael, Quesulot, Sunem, [19] Jafaraím, Sión, Anajerat, [20] Rabot, Quesyón, Abes, [21] Ramet, En Ganim, En Jadda y Bet Fases. [22] La frontera tocaba en el Tabor, en Sejesima y en Betsames, y se extendía hasta el Jordán; dieciséis ciudades con sus pueblos. [23] Esta fue la heredad de la tribu de los hijos de Isacar según sus familias; las ciudades y los pueblos.

La región más fértil de Palestina fue entregada a Isacar (Gén 30,18) quien, «viendo que su lugar de reposo era bueno y que era deleitosa la tierra» (Gén 49,15), se entregó a la holganza en vez de combatir para arrojar de su territorio a los cananeos. A causa de ello «hubo de servir como tributario» (Gén 49,15). De él había dicho Jacob que era «un robusto asno que descansa en sus establos» (Gén 49,14). El patrimonio de Isacar ocupaba la parte oriental de la llanura de Esdrelón, territorios muy fértiles, que fueron causa de la desidia religiosa y patriótica de Isacar. Muchas de sus ciudades reaparecen en el curso de la historia de Israel, tales como Jezrael (1 Re 18,45ss), que dio nombre a la llanura conocida más tarde por llanura de Esdrelón. Sunem (1 Sam 28,4) fue la patria de Abisag (1 Re 1,3) y lugar donde residió Eliseo (2 Re 4,8-36).

Porción asignada a Aser (19,24-31)

**[24] La quinta parte tocó en suerte a la tribu de los hijos de Aser
según sus familias. [25] Su territorio fue Jelcat, Jalí, Beten, Acsaf,
[26] Elmelec, Amad y Mesal; la frontera tocaba a occidente al
Carmelo y a Sijor Lebanat; [27] después se tornaba a oriente hacia
Bet Dagón, tocaba a la de Zabulón y al valle de Jeftael, al norte
de Bec Emec, y de Nejiel, y se prolongaba hacia Cabut, a la iz-
quierda, [28] y hacia Abrón, Rejob, Jamón y Caná, hasta Sidón la
grande; [29] se dirigía luego hacia Rama, hasta la ciudad fuerte de
Tiro, y hacia Josa, para morir en el mar, cerca del distrito de Ac-
ziba; [30] además, Ama, Afec y Rejob; veintidós ciudades con sus
pueblos. [31] Esta fue la heredad de la tribu de los hijos de Aser
según sus familias; sus ciudades y sus pueblos.**

La heredad asignada a esta tribu comprendía una franja de terreno junto al mar Mediterráneo, que limitaba al sur con el monte Carmelo y al norte con la ciudad fuerte de Tiro y, tal vez, con Sidón. Su territorio, sobre todo la región meridional, era muy feraz. Entregados sus habitantes a la agricultura y al comercio, no se sintieron muy solidarios con las empresas guerreras de sus hermanos, y en este sentido le achaca Débora que, mientras otras tribus se unían para combatir al enemigo, «Aser, a orillas del mar, descansaba en sus puertos» (Jue 5,17). En el papiro Anastasi I se habla de un caudillo de Aser (PRITCHARD, 477).

Herencia de Neftalí (19,32-39)

**[32] La sexta parte tocó en suerte a los hijos de Neftalí según sus
familias. [33] Su frontera iba desde Jelef, a partir del encinar que
hay en Senanim, hacia Adami; Negueb y Jabnel hasta Lecum,
e iba hasta el Jordán; [34] volvía hacia occidente a Azonot Tabor,
y de allí seguía a Jucoca; tocaba a la de Zabulón, al mediodía;
a la de Aser, a occidente, y al Jordán, a oriente. [35] Las ciudades
fuertes eran: Asedim, Ser, Jamat, Recat, Queneret Edema,
[36] Arama, Jasor, [37] Cades, Edraí, En Jasor, [38] Jerón, Migdael,
Joren, Bet Anat y Bet Sames; diecinueve ciudades con sus pue-
blos. [39] Esta fue la heredad de la tribu de los hijos de Neftalí se-
gún sus familias; sus ciudades y sus pueblos.**

El hagiógrafo describe a grandes rasgos los límites fronterizos de Neftalí. Por el este limitaba con el Jordán superior, y al sur y oeste con las tribus de Isacar, Zabulón y Aser. En el monte Tabor convergían las tribus de Neftalí, Zabulón e Isacar. Sus campos, en la orilla occidental del lago de Genesaret, eran famosos por su rara fertilidad. Sin embargo, esta riqueza natural no le sumió en la indolencia y holganza, como a Isacar, sino que acudió en ayuda de sus hermanos. Al igual que Zabulón «ofrece su vida a la muerte... desde lo alto de sus campos» (Jue 5,18). Ha perdido actualidad la hipótesis de los que consideraban las tribus norteñas de Aser, Zabulón y Dan como de origen cananeo, de las que se hablaba, decían, en los textos de Rash Shamrah [1].

[1] R. DE LANGHE, *Rash Shamrah et l'Ancien Testament* (París 1945) vol.2,466.

La suerte de Dan (19,40-49)

**[40] La séptima parte tocó en suerte a la tribu de los hijos de
Dan según sus familias. [41] El territorio de su heredad compren-
día Saraa, Estaol, Ir Semes, [42] Selebín, Ayalón, Jetela, [43] Elón,
Temna, Acrón, [44] Elteque, Guibetón, Balat, [45] Jud, Bene Ba-
rac, Gat Renón, [46] Mejarcón y Racón, con el territorio frente a
Jope. [47] El territorio de los hijos de Dan se extendió más allá
de sus límites, pues los hijos de Dan subieron a combatir contra
Lesem, se apoderaron de ella y la pasaron a filo de espada; po-
sesionándose de ella, se establecieron allí y la llamaron Dan,
del nombre de su padre. [48] Esta fue la heredad de la tribu de los
hijos de Dan según sus familias; sus ciudades y sus pueblos.
[49] Terminada la distribución de la tierra, según sus límites, los
hijos de Israel dieron a Josué, hijo de Nun, una heredad en me-
dio de ellos.**

La tribu de Dan, la última en el reparto, recibió un territorio en la llanura de Sarón, que en parte ocupaba Judá. De hecho, algunas ciudades que se mencionan como danitas (Sarac, Estaol, Temna, Acrón), pertenecían a la tribu de Judá (15,33.45-57); otras eran patrimonio de Efraím (Selebín, Ayalón), y algunas estuvieron mucho tiempo en manos de los filisteos. Aprisionado en su territorio y acosado por los filisteos, Dan, «como serpiente en el camino, como víbora en el sepulcro» (Gén 49,17), obra astutamente para hacerse con nuevas tierras. En el v.47 se contiene un breve resumen de la expedición bélica de Dan contra Lais *(Tell el-Qadi)*, en las fuentes del Jordán, a cinco kilómetros de Banías, y cuya excursión se describe largamente en Jueces c.18. Como es fácil adivinar, se intercala en el texto un hecho acaecido en época posterior.

Dotación de Josué (19,50-51)

**[50] Por mandato de Yahvé le dieron la ciudad que él pidió,
Tamnat-Sara, en la montaña de Efraím; Josué reedificó la ciu-
dad y habitó allí. [51] Estas fueron las heredades que Eleazar,
sacerdote; Josué, hijo de Nun, y los jefes de familias de las tri-
bus de los hijos de Israel distribuyeron por suerte en Silo, en
presencia de Yahvé, a la entrada del tabernáculo de la reunión,
terminando la distribución de la tierra.**

Los hijos de Israel quisieron corresponder a los servicios inconmensurables que había prestado Josué a la causa nacional, entregándole una heredad en medio de ellos. Invitado a escoger, pidió la ciudad de Tamnat-Sara. Por mandato o insinuación de Yahvé se aceptó su petición. El emplazamiento de Tamnat-Sara corresponde a la actual *Jirbet Tibne*, a veintinueve kilómetros al noroeste de Jerusalén. Hecha la repartición de la tierra, la misión de Josué había terminado. También el autor sagrado podría poner término a su libro, por haber probado suficientemente la tesis que se propuso desarrollar; pero creyó conveniente añadir a su relato algunos apéndices.

APENDICES

Las ciudades de refugio (20,1-9)

**[1] Yahvé habló a Josué, diciendo: [2] «Habla a los hijos de Israel
y diles: Designad, como os lo mandó Moisés, las ciudades de
asilo, [3] donde pueda refugiarse el homicida que haya matado
a alguno sin querer y le sirvan de refugio contra el vengador de
la sangre. [4] El homicida huirá a una de estas ciudades, se deten-
drá a la puerta de la ciudad y expondrá su caso a los ancianos
de ella; éstos le recibirán entre ellos en la ciudad y le darán ha-
bitación donde more con ellos. [5] Si el vengador de la sangre le
persigue, no le entregarán en sus manos, porque sin querer
mató a su prójimo, a quien de antes no odiaba. [6] El homicida
quedará en la ciudad hasta que comparezca ante la asamblea
para ser juzgado y hasta la muerte del sumo sacerdote que en-
tonces lo sea. Luego se volverá y entrará en su ciudad y en su
casa, en la ciudad de donde huyó». [7] Señalaron, pues, a Cades
en Galilea, en la montaña de Neftalí; a Siquem, en la montaña
de Efraím, y a Quiriat-Arbé, que es Hebrón, en la montaña de
Judá. [8] Del otro lado del Jordán, a oriente de Jericó, designaron
Bosor, en el desierto, en la llanura, ciudad de la tribu de Rubén;
Ramot, en Galaad, de la tribu de Gad, y Golán, en Basán, de la
tribu de Manasés. [9] Estas fueron las ciudades señaladas a todos
los hijos de Israel y a los extranjeros que habitan en medio de
ellos para que cualquiera que matase a alguno impensadamente
pudiera refugiarse en ellas y no muriera a manos del vengador
de la sangre antes de comparecer ante la asamblea.**

En la organización social primitiva hebraica existía entre los individuos de la comunidad entera solidaridad. Toda ofensa hecha a un individuo se consideraba como una afrenta hecha a toda la comunidad. La sangre se vengaba con sangre. El pariente más próximo de la víctima debía ser el *goel*, el vengador de la sangre. A esta ley de la venganza, común a todo el antiguo Oriente, se refiere el autor en esta perícopa. En los v.4-6, que faltan en el texto griego, se compendia la legislación sobre la venganza, expuesta largamente en el libro de los Números (35,9-34) y Deuteronomio (19,1-15). El altar de Yahvé aseguraba el derecho de asilo cuando el homicidio era involuntario; de lo contrario, «de mi altar mismo le arrancarás (al homicida) para darle muerte» (Ex 21,14). Adonías se acogió a este derecho y salvó su vida (1 Re 1,50-53); en cambio, Joab, que se refugió en el tabernáculo de Yahvé, encontró allí su muerte (1 Re 2,31). Para los homicidas involuntarios había creado Moisés tres ciudades de refugio en Transjordania (Bosor, Ramat y Golán), una para cada tribu allí estacionada (Deut 4,43), y había ordenado que, una vez exterminadas las naciones de Palestina, se señalaran otras tres ciudades para las tribus cisjordánicas (Deut 19,1-2). Según Abel *(Géographie* 2,264), Bosor estaba quizá emplazada en el actual *Umm el-Amad*, a catorce kilómetros al nordeste de Madaba; Ramot, en el actual *Tell Ramit*, en la región de Galaad, a diez kilómetros al sudoeste de Derah; Basán hallábase en Golán, a unos veinticinco kilómetros al noroeste de Derah. Las tres ciudades escogidas para las tribus de Cisjordania son: Cades de Neftalí (12,22; 19,37), a dieciocho kilómetros al norte de Safed; Siquem, en el centro del país y ciudad santa (Gén 12,6; 33,18-20), y Hebrón, llamada también Quiriat Arbé (14,15; 15,13.54). Los v.4-6 se consideran como una glosa muy antigua. Con el advenimiento de un nuevo sumo sacerdote se concedía cierta amnistía a los homicidas acogidos a las ciudades de refugio [1]. Toda la antigüedad disponía de ciudades de refugio.

Las ciudades levíticas (21,1-43)

**[1] Los jefes de familia de los levitas se acercaron a Eleazar,
sacerdote; a Josué, hijo de Nun, y a los jefes de familia de las
tribus de los hijos de Israel, [2] y les hablaron en Silo, en tierra de
Canaán, diciendo: «Yahvé mandó a Moisés que nos diese ciu-
dades donde habitar, con sus campos para nuestros ganados».
[3] Los hijos de Israel dieron a los levitas, de sus heredades, según
el mandato de Yahvé, estas ciudades, con sus campos. [4] Salió la
suerte para la familia de los caatitas, y los hijos del sacerdote
Aarón, de entre los levitas, obtuvieron por suerte tres ciudades
de la tribu de Judá, de la de Simeón y de la de Benjamín; [5] los
otros hijos de Caat obtuvieron por suerte diez ciudades de las
familias de la tribu de Efraím, de la tribu de Dan y de la media
tribu de Manasés. [6] Los hijos de Gersón obtuvieron por suerte
trece ciudades, de las familias de la tribu de Isacar, de la tribu
de Aser, de la tribu de Neftalí y de la media tribu de Manasés,
en Basán. [7] Los hijos de Merarí, según sus familias, obtuvieron
doce ciudades de la tribu de Rubén, de la tribu de Gad y de la
tribu de Zabulón. [8] Los hijos de Israel dieron por suerte a los
hijos de Leví esas ciudades y sus contornos, como Yahvé se lo
había mandado a Moisés. [9] Dieron de la tribu de los hijos de
Judá y de la tribu de los hijos de Simeón estas ciudades; [10] pues
la suerte de los hijos de Aarón, de la familia de Caat, de los hijos
de Leví, fue la primera. [11] Diéronles, pues, en la montaña de
Judá, la ciudad de Arbé, padre de Enac, que es Hebrón, con
sus contornos; [12] pero los campos de esta ciudad y las ciudades
de ella dependientes se las dieron a Caleb, hijo de Jefoné, en he-
redad. [13] Dieron a los hijos del sacerdote Aarón la ciudad de re-
fugio para los homicidas, Hebrón y su contorno, así como Lib-
na y su contorno, [14] Jeter y su contorno, Estemo y su contorno,
[15] Jelón y su contorno, Dabir y su contorno, [16] Asín, Juta, Bet-
sames, con sus contornos; nueve ciudades de estas dos tribus.
[17] De la tribu de Benjamín, Gabaón y su contorno, Gueba y
su contorno, [18] Anatot y Almón y sus contornos; cuatro ciuda-
des. [19] En todo, las ciudades de los sacerdotes, hijos de Aarón,
trece ciudades y sus contornos; [20] pero a las familias de los hijos
de Caat, hijos de Leví, y a los otros hijos de Caat, les señaló la
suerte ciudades de la tribu de Efraím. [21] Se les dio la ciudad de
refugio para los homicidas, Siquem y su contorno, en la monta-**

[1] N. H. Nicolsky, *Das Asylrecht in Israel:* ZAW 7 (1930) 146-175; M. Löhr, *Das Asylwesen im Alten Testament* (Halle 1930); E. Merz, *Die Blutrache bei den Israeliten* (Leipzig 1916); M. David, *Die Bestimmungen über die Asylstädte in Josue 20:* «Oudtestamentische Studien», 9 (1951) 30-48; C. Lee Feinberg, *The Cities of Refuge:* «Bibliotheca Sacra» ,103 (1946) 411-417; 104 (1947) 35-48.

ña de Efraím, y Gazer con su contorno; 22 Quisaím y Betorón, con sus contornos; cuatro ciudades. 23 De la tribu de Dan, Elteco, Guibetón, 24 Ayalón y Gat Rimmón, con sus contornos; cuatro ciudades. 25 De la media tribu de Manasés, Tanac, con su contorno, y Gat Rimmón, con sus contornos; dos ciudades. 26 En todo, diez ciudades con sus contornos para las familias de los otros hijos de Caat. 27 Se dio a los hijos de Gersón, de entre las familias de los hijos de Leví, de la media tribu de Manasés, la ciudad de refugio para los homicidas, Golán, en Basán, y su contorno, como también Bosra y su contorno; dos ciudades. 28 De la tribu de Isacar, Quisyón, Daberet, 29 Jaramut y En Ganim y sus contornos; cuatro ciudades. 30 De la tribu de Aser, Masal, Abdón, 31 Jelcat y Rejob, con sus contornos; cuatro ciudades. 32 De la tribu de Neftalí, la ciudad de refugio para los homicidas, Cades, en Galilea, con su contorno, como también Jamot, Dor y Cartán, con sus contornos; tres ciudades. 33 En todo, las ciudades de los guersonitas, según sus familias, trece ciudades con sus contornos. 34 A las familias de los hijos de Merarí, al resto de los hijos de Leví, en la tribu de Zabulón, Jocneam, Carta, 35 Damna y Nalol, con sus contornos; cuatro ciudades; 36 de la tribu de Rubén, Besor y Jasa, con sus contornos; 37 Quedemot y Mefat, con sus contornos; cuatro ciudades; 37 (38) y de la tribu de Gad, la ciudad de refugio para los homicidas, Ramot, en Galaad, y su contorno, así como Majanaím, (39) Jesebón y Jazer, con sus contornos; cuatro ciudades. 38 (40) En todo, las ciudades señaladas por la suerte a los hijos de Merarí, según sus familias, el resto de las familias de los hijos de Leví, doce ciudades. 39 (41) Todas las ciudades de los hijos de Leví, en medio de las posesiones de los hijos de Israel, cuarenta y ocho ciudades y sus contornos. 40 (42) Cada una de estas ciudades tenía en torno suyo un campo, y así para todas las ciudades. 41 (43) Yahvé dio a Israel toda la tierra que a sus padres había jurado darles, y se posesionaron de ella y se establecieron allí. 42 (44) Yahvé les concedió el descanso en torno suyo, como se lo había jurado a sus padres; ninguno de sus enemigos pudo resistirles, y Yahvé los entregó a todos en sus manos. 43 (45) Las buenas palabras que Yahvé había dicho a la casa de Israel, todas se cumplieron.

Según Gén 46,11 y Ex 6,16-20, los hijos inmediatos de Leví fueron Caat, Gersón y Merarí (Núm 3,1-39). Caat, entre otros, engendró a Amram, que tomó por mujer a Jocabet, que le parió Aarón y Moisés. Aarón debe considerarse como padre de las casta sacerdotal. Los hijos de Gersón fueron Lobni y Semeí; los de Merarí, Majli y Musi (Ex 6,14.16-19). No recibió Leví heredad en la distribución de la tierra; su heredad será Yahvé, es decir, la porción que corresponde a los sacerdotes de los sacrificios y ofrendas hechos a Yahvé. Pero a los levitas asignó Moisés algunas ciudades en las cuales podían habitar y lugares de pasto para sus rebaños. El total de ciudades asignadas a los levitas fue 48, seis de las cuales eran al mismo tiempo ciudades de refugio. Las tribus debían ceder estas ciudades en proporción de la extensión de su territorio (Núm 35,8).

Josué, a instancias de los levitas, cumplimentó esta orden de Moisés, en Silo, asistido por Eleazar, sacerdote, y por los jefes de

familia de las tribus. Los aaronitas recibieron trece ciudades en el territorio de Simeón y Judá (nueve) y de Benjamín (cuatro). A los otros caatitas (Núm 3,27; 4,18; 1 Crón 6,39-46.51-55) se les entregaron diez ciudades: cuatro de la tribu de Efraím, cuatro de la de Dan y dos de la media tribu de Manasés. Los hijos de Gersón (Núm 3,17-25; 4,22-28) recibieron trece ciudades: cuatro en Isacar, otras cuatro en Aser, tres en Neftalí y dos en la media tribu de Manasés del territorio transjordánico. Finalmente, se dieron a los hijos de Merarí doce ciudades, en la heredad de Zabulón (cuatro), Rubén (cuatro) y Gad (cuatro). Esta perícopa de la distribución de las cuarenta y ocho ciudades de la tribu de Leví, ¿se encontraba en el texto primitivo del libro de Josué o se añadió, en todo o en parte, al texto ya existente, a últimos del reinado de David y principios del de Salomón por la casta sacerdotal? No puede admitirse, con Wellhausen, Noth y otros, que la lista de ciudades sea obra del documento sacerdotal (P) y, por lo mismo, posterior a la cautividad. Puede ser que las listas fueran escritas en tiempos de David y de Salomón, dice Albright; pero la institución es de los tiempos de la conquista de Canaán [1]. En los v.41-43 se encuentra la idea central que quiso desarrollar el autor del libro.

Vuelta de las tribus orientales a sus posesiones (22,1-8)

1 Entonces llamó Josué a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés, y les dijo: 2 «Habéis guardado todo lo que os mandó Moisés, siervo de Yahvé; habéis obedecido a mi voz en todo cuanto os he mandado. 3 No habéis abandonado a vuestros hermanos durante este largo espacio de tiempo hasta hoy, y habéis observado fielmente el mandato de Yahvé, vuestro Dios. 4 Ahora, pues, que Yahvé, vuestro Dios, ha concedido a vuestros hermanos el descanso, como se lo había prometido, volveos y tornad a vuestras tiendas en la tierra que os pertenece, que Moisés, siervo de Yahvé, os dio al otro lado del Jordán. 5 Pero tened gran cuidado de poner por obra los mandamientos y las leyes que Moisés, siervo de Dios, os ha prescrito, amando a Yahvé, vuestro Dios; marchando por todos sus caminos, guardando sus mandamientos, apegándoos a él y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma». 6 Josué los bendijo y los despidió, y ellos se fueron a sus tiendas. 7 Moisés había dado a una mitad de la tribu de Manasés un territorio en Basán, y Josué dio a la otra mitad un territorio en medio de sus hermanos del lado de acá del Jordán, a occidente. Al mandarles a sus tiendas, Josué los bendijo, 8 diciéndoles: «Volvéis a vuestras tiendas con grandes riquezas, rebaños muy numerosos y mucha plata, oro, bronce y hierro y vestidos; partid con vuestros hermanos los despojos de vuestros enemigos».

Josué despide y arenga a las tribus. Había él reclamado la ayuda de las tribus transjordánicas para que cooperaran con las otras en

[1] *The List of Levitic Cities:* «Louis Ginzberg Volume» (New York 1945) 49-73; M. Haran, *Studies in the Account of the Levitical Cities:* JBL 80 (1961) 45-54.156-165; B. Mazar, *The Cities of the Priests and the Levites:* VT (Suppl.) 7 (1960) 193-205.

la conquista de Palestina. A su llamamiento acudieron presurosas, demostrando con ello fidelidad a la promesa hecha a Moisés (Núm 32,16-32). La posesión de las tierras de Transjordania estaba vinculada al cumplimiento de su promesa de ayuda a las otras tribus (Núm 32,29-30). Concedido el descanso a sus hermanos o habiéndoseles señalado el lote que les pertenecía, pueden regresar a sus tierras del otro lado del Jordán. Como padre del pueblo escogido, Josué bendice a las tribus antes de separarse y les inculca la observancia de todas las leyes de la alianza (Deut 8,6; 10,12; 11,13; 19,9; 28,9; 30,6). La media tribu de Manasés regresaba a su territorio de Basán (13,7; 14,2; 17,6) con grandes riquezas, mientras la otra mitad quedaba en los límites, ampliados con el tiempo, de la montaña de Efraím (17,14-15). La Ley mandaba (Núm 31,25-31) que el botín de guerra fuese distribuido entre los que habían combatido y los que quedaban en casa (1 Sam 30,24).

Erección de un monumento (22,9-12)

9 Los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés, dejando en Silo a los hijos de Israel, en la tierra de Canaán, se volvieron, para ir a la tierra de Galaad, que era la propiedad que habían recibido, como Yahvé se lo mandó a Moisés. 10 Cuando llegaron a las regiones del Jordán que pertenecen a la tierra de Canaán, los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés edificaron allí un altar en la ribera del Jordán, un altar muy grande. 11 Los hijos de Israel lo supieron cuando se les dijo: «Mirad que los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés han edificado un altar en los confines de la tierra de Canaán, en los distritos del Jordán, del lado de los hijos de Israel». 12 Cuando los hijos de Israel lo supieron, se reunió en Silo toda la asamblea de los hijos de Israel para subir contra ellos y hacerles la guerra.

Desde Silo, las tribus transjordánicas regresaron a sus tierras. Al llegar a los contornos *(geliloth)* del Jordán, decidieron levantar un altar muy alto, no con fines cultuales, sino como monumento conmemorativo de la unión nacional y religiosa con las tribus hermanas de la Cisjordania. En toda la narración se establece una antítesis entre la tierra prometida propiamente dicha, que por hallarse del lado de acá del Jordán se llama Cisjordania, y las tierras del lado de allá del río, o sea la Transjordania. El límite divisorio de ambas era el río Jordán. ¿En cuál de las dos orillas se levantó el altar? En el v.10 se dice que fue edificado delante de la tierra de Canaán, y, por lo mismo, en Transjordania. Se admite que el v.11 es una adición al texto primitivo, como se desprende del cotejo de 11a con 12a; pero aun en este supuesto no se elimina del todo la dificultad, por cuanto en el v.19 se supone que la erección del altar se hizo en territorio transjordánico con la finalidad de ennoblecer una tierra que no estaba santificada por la presencia de Yahvé. Es muy posible que el autor sagrado haya querido registrar dos tradiciones que divergían en la cuestión del emplazamiento del altar.

La unidad de altar aseguraba la unidad religiosa de Israel (Deut 12, 1-7; 13,12-18). El auténtico altar de Yahvé se encontraba en Silo; la erección de un rival significaba el cisma.

Alarma en Silo (22,13-20)

13 Los hijos de Israel mandaron a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, en tierra de Galaad, a Finés, hijo del sacerdote Eleazar, 14 y con él a diez príncipes, un príncipe de casa por cada una de las tribus de Israel, todos jefes de casa patriarcal en medio de los millares de Israel. 15 Llegados a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, en tierra de Galaad, les hablaron, diciendo: 16 «Así habla toda la asamblea de Yahvé: ¿Qué infidelidad es la que habéis cometido contra el Dios de Israel, apartándoos así de Yahvé y edificándoos un altar, volviéndoos contra Yahvé? 17 ¿No os basta la maldad de Fogor, de que no nos hemos purificado todavía hasta hoy, a pesar de la plaga que afligió a la asamblea de Yahvé, 18 para que os apartéis hoy vosotros de Yahvé? Si hoy os volvéis contra Yahvé, mañana se volverá la ira de Yahvé contra toda la asamblea de Israel. 19 Si miráis como impuro el territorio que es vuestra propiedad, pasad a la tierra que es propiedad de Yahvé, donde Yahvé ha establecido su morada, y estableceos en medio de nosotros, pero no os volváis contra Yahvé y contra nosotros, edificándoos un altar distinto del altar de Yahvé, nuestro Dios. 20 Acán hijo de Zaré, cometió la infidelidad cuanto a las cosas dadas al anatema, y la cólera de Yahvé vino sobre toda la asamblea de Israel, y no fue él solo el que pereció por su crimen».

La noticia de la construcción de un altar en las orillas del Jordán conmovió a la comunidad israelita reunida en Silo, de tal manera que se habló de subir contra las tribus transjordánicas y declararles la guerra. Pero antes quisieron asesorarse de la verdad del hecho y de la finalidad del monumento. Tratándose de una cuestión religiosa, fue nombrado jefe de la delegación Finés (Núm 25,7-13), hijo del sacerdote Eleazar, a quien acompañaba un representante de cada tribu de Cisjordania. El primer encuentro fue duro por parte de los comisionados, que habían imaginado que las tribus transjordánicas habíanse apartado de Yahvé construyendo un altar rival al de Silo. Con la duplicidad de altares se rompía la unidad de culto, se resquebrajaba la unidad religiosa y se habría un posible cisma en Israel. Con estos proyectos se atraía la ira divina sobre la comunidad de Israel. Dos ejemplos candentes confirmaban sus temores, el de Fogor (Núm 25,1-9; 31,16) y la infidelidad de Acán (7,1-5). Mientras el pueblo estaba estacionado en Setim, se entregó a la idolatría, corrompido al contacto con las mujeres de Moab, y Yahvé le hubiera exterminado a no mediar la enérgica actuación de Finés (Núm 25,11).

Unanimidad de fe entre las tribus (22,21-34)

21 Los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés respondieron así a los jefes de los millares de Israel: 22 «El Todopoderoso Dios, Yahvé, sabe; el Todopoderoso Dios, Yahvé, sabe, y sabrá toda la asamblea de los hijos de Israel: Si ha sido por rebelión y por infidelidad contra Yahvé, que no nos salve hoy. 23 Si hemos edificado un altar para apartarnos de Yahvé, para ofrecer allí holocaustos y oblaciones y hacer sacrificios eucarísticos, que Yahvé nos pida cuenta de ello. 24 Más bien hemos obrado por temor de que llegara algún día en que vuestros hijos dijeran a los nuestros: ¿Qué hay de común entre vosotros y Yahvé, el Dios de Israel? 25 Yahvé ha puesto el Jordán como frontera entre vosotros y nosotros, hijos de Rubén y de Gad; no tenéis parte alguna con Yahvé. De este modo, vuestros hijos serían causa de que los nuestros no temieran ya a Yahvé. 26 Y nos dijimos: Pongámonos a edificar un altar, no para ofrecer holocaustos y sacrificios, 27 sino para que sea testimonio entre nosotros y vosotros, y nuestros descendientes después de nosotros, de que servimos a Yahvé en su presencia, con nuestros holocaustos, nuestros sacrificios y nuestras víctimas pacíficas, para que vuestros hijos no digan un día a los nuestros: No tenéis parte en Yahvé. 28 Nos dijimos: Si algún día llegaran a decirnos eso a nosotros y a nuestros descendientes, les responderíamos: Mirad la forma del altar que nuestros padres edificaron, no con el fin de que sirviera para holocaustos y sacrificios, sino para ser testimonio entre nosotros y vosotros. 29 Lejos de nosotros querer rebelarnos contra Yahvé y apartarnos hoy de El alzando un altar para holocaustos, oblaciones y sacrificios distintos del altar de Yahvé, nuestro Dios, que está ante su tabernáculo». 30 El sacerdote Finés y los príncipes de la asamblea que le acompañaban, al oír las palabras de los hijos de Rubén, de los hijos de Gad y de la media tribu de Manasés, se dieron por satisfechos; 31 y Finés, hijo del sacerdote Eleazar, dijo a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de los hijos de Manasés: «Reconocemos ahora que está Yahvé en medio de nosotros, puesto que no habéis cometido contra Yahvé esa infidelidad, librando así de la mano de Yahvé a los hijos de Israel». 32 Finés, hijo del sacerdote Eleazar, y los príncipes dejaron a los hijos de Rubén y a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés y se volvieron de la tierra de Galaad a la tierra de Canaán, a los hijos de Israel, a los cuales hicieron relación. 33 La cosa agradó a los hijos de Israel; bendijeron a Dios y no hablaron más de subir armados contra ellos para devastar la tierra que habitaban los hijos de Rubén y los hijos de Gad. 34 Los hijos de Rubén y los hijos de Gad llamaron al altar Ed (testigo), porque es testimonio para nosotros de que Yahvé es Dios.

El texto masorético del v.22 dice: «El Dios de los dioses, Yahvé; el Dios de los dioses, Yahvé, sabe bien, y lo sabe también Israel...» La expresión «Dios de los dioses» se halla en Deut 10,17; Sal 136,2; Dan 2,47. Los LXX y la Vulgata consideran *el Dios* delante de Elohim como independiente del complemento, de donde la traducción de la Vulgata: *Fortissimus Deus Dominus*. El superlativo *Dios de los dioses* puede designar al Dios supremo (Dhorme). El altar construido quería ser un monumento conmemorativo que recordara a la posteridad la unidad religiosa y nacional existente entre los hijos de Israel de una y otra parte del Jordán. Unos y otros reconocían la obligatoriedad de un solo altar en Israel. Por ello las tribus transjordánicas aseguran reiteradamente que el altar no tiene fines cultuales, sino un memorial que asegure el derecho de las tribus residentes al otro lado del Jordán de adorar a Yahvé en el único santuario nacional. Las razones alegadas convencieron a Finés y a sus acompañantes, que regresaron a Silo. En la comisión no figura Josué, porque, tratándose de cuestión puramente religiosa, era incumbencia exclusiva de los sacerdotes ver si se había o no infringido la ley de la unidad de culto. La encuesta de Finés se hace a base del contenido de Deut 12,10-11 [1].

Exhortación de Josué al pueblo (23,1-16)

1 Había pasado largo tiempo desde que Yahvé diera a los hijos de Israel el descanso, librándolos en derredor de todos sus enemigos; y Josué era ya viejo, de edad avanzada. 2 Convocó entonces Josué a todo Israel, a sus ancianos, sus jefes, sus jueces y sus oficiales, y les dijo: «Yo soy ya viejo, de edad avanzada. 3 Vosotros habéis visto todo cuanto Yahvé, vuestro Dios, ha hecho con todas las naciones que teníais ante vosotros; porque es Yahvé, nuestro Dios, el que por vosotros ha combatido. 4 Ved: Yo os he distribuido por suertes, en heredad para vuestras tribus, esas gentes que han quedado y aquellas que yo exterminé, desde el Jordán hasta el mar Grande, a occidente. 5 Yahvé, vuestro Dios, las rechazará y las expulsará ante vosotros y os dará en posesión su territorio, como Yahvé, vuestro Dios, os lo ha dicho. 6 Esforzaos, pues, en guardar y poner por obra todo lo que está escrito en el libro de la Ley de Moisés, sin apartaros ni a la derecha ni a la izquierda. 7 No os mezcléis con esas gentes que han quedado en medio de vosotros, no invoquéis el nombre de sus dioses, ni juréis por ellos, ni los sirváis, ni os prosternéis ante ellos, 8 sino adheríos a Yahvé, vuestro Dios, como hasta ahora lo habéis hecho. 9 Yahvé ha arrojado de delante de vosotros naciones grandes y poderosas, y ninguna ha podido resistiros hasta hoy. 10 Uno solo de vosotros perseguía a mil, porque Yahvé, vuestro Dios, combatía por vosotros, como os lo había dicho. 11 Tened gran cuidado de vosotros mismos, amando a Yahvé, vuestro Dios; 12 porque, si os apartáis de El y os ligáis con los restos de esas gentes que han quedado entre vosotros; si contraéis matrimonios con ellas, mezclándoos con ellas y mezclándose ellas con vosotros, 13 sabed bien que Yahvé, vuestro Dios, no seguirá arrojándolas delante de vosotros, sino que serán para vosotros un lazo y una trampa, aguijón en vuestros costados y espinas en vuestros ojos, hasta que desaparezcáis de sobre esta excelente tierra que os ha dado Yahvé, vuestro Dios. 14 Yo estoy ya para irme por el camino de todos. Reconoced con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma que todas las buenas promesas que

[1] Sobre este capítulo véase J. de Fraine, *De altari Rubenitarum:* VD 25 (1947) 301-313.

Yahvé, vuestro Dios, os ha hecho se han cumplido; ninguna ha quedado sin efecto, ninguna ha caído. [15] Lo mismo, pues, que todas las buenas palabras que Yahvé, vuestro Dios, os ha dado se han cumplido, lo mismo también cumplirá Yahvé contra vosotros sus palabras de amenaza, hasta que os haga desaparecer de sobre esta excelente tierra que Yahvé, vuestro Dios, os ha dado; [16] si traspasáis la alianza de Yahvé, vuestro Dios, la que El os ha prescrito, y os vais a servir a otros dioses y os prosternáis ante ellos, la cólera de Yahvé se encenderá contra vosotros y desapareceréis bien pronto de sobre la tierra buena que El os ha dado».

Con una indicación histórica vaga e indeterminada, introduce el autor sagrado las palabras de exhortación de Josué al pueblo. Los israelitas gozaban ya desde largo tiempo de un descanso relativo, y pronto debían resignarse a perder a su caudillo, que, de edad avanzada, estaba para irse por el camino de todos, es decir, el de la muerte. No se indica el sitio donde Josué convocó a los ancianos, a los jefes de las familias (14,1), a los jueces y oficiales, pero se presume que fue en Silo, a la sombra del santuario de Yahvé. Reconoce Josué que quedan en el territorio grupos de enemigos que no han sido desalojados de sus tierras. Si Israel se mantiene fiel a Yahvé, su aniquilamiento es mera cuestión de tiempo, y la tierra le será entregada totalmente, porque Dios estará con él. Pero si en vez de mantenerse alejado de los paganos en cuestiones religiosas y morales, traba contacto con los mismos, contrae matrimonios (Deut 7,3) y, lo que es peor, invoca y ofrece sacrificios a sus dioses, entonces no serán los pueblos paganos los verdugos de Israel, sino que el mismo Dios se aliará con esos pueblos, luchará a su lado hasta que Israel desaparezca de sobre la tierra que Dios le había dado. Hubo un tiempo en que uno solo de Israel perseguía a mil (Deut 32,30) y los vencía, porque Dios combatía a su lado. Esto mismo sucederá en adelante si se mantienen fieles a la alianza de Yahvé. El redactor deuteronomista, escribe Delorme, pone mucho interés en destacar los temas de meditación que la historia de la conquista y distribución de Canaán sugiere, porque ilustran la doctrina de la alianza. Estas ideas las vemos esparcidas en todo el libro. Yahvé realiza sus promesas, dando a su pueblo en heredad la tierra de Canaán (1,3.6.11; 23,5.14; 24,13 = Deut 4,1; 6,10; 11, 9.21...). Todo el libro manifiesta que Dios es fiel a su palabra (1,5. 9.19; 23,3 = Deut 6,17-24; 11,22-25; 31,6.8). A este compromiso por parte de Dios debe corresponder la fidelidad de Josué y de su pueblo (1,6.9.18; 8,1; 10,8.25 = Deut 31,6-8.23). Deben cumplir exactamente la ley de Dios (1,6-9; 8,32-35; 11,15; c.23 = Deut 5,32; 31,9-13). Ante todo deben servir a Yahvé por ser «nuestro Dios» (24,18, etc. = Deut 6,13), manteniéndose apartados de los cultos paganos (23,6-13 = Deut 7,1-6).

Josué se despide del pueblo (24,1-15)

[1] Josué reunió en Siquem a todas las tribus de Israel y convocó a los ancianos, a los jefes, a los jueces y a los oficiales. Todos se presentaron ante Dios, [2] y Josué dijo a todo el pueblo: «He aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Vuestros padres Taré, padre de Abraham y de Najor, habitaron al principio al otro lado del río y servían a otros dioses. [3] Yo tomé a vuestro padre Abraham del lado de allá del río y le conduje a través de toda la tierra de Canaán, y multipliqué su prosperidad, dándole a Isaac. [4] A Isaac le di a Jacob y Esaú, y yo di a Esaú en posesión la montaña de Seír, y Jacob y sus hijos bajaron a Egipto. [5] Después envié a Moisés y Aarón y herí a Egipto con mi mano, como en medio de él lo hice, y os saqué de allí. [6] Saqué de Egipto a vuestros padres, y llegasteis al mar. Los egipcios persiguieron a vuestros padres con carros y caballos hasta el mar Rojo. [7] Clamaron ellos a Yahvé, y Yahvé puso tinieblas entre vosotros y los egipcios y redujo sobre éstos las aguas del mar, que los cubrió. Vuestros ojos han visto lo que yo hice en Egipto y habéis estado largo tiempo en el desierto. [8] Yo os traje a la tierra de los amorreos, que habitaban del otro lado del Jordán, y ellos combatieron contra vosotros. Yo os los entregué en vuestras manos y os posesionasteis de su tierra, y yo los destruí delante de vosotros. [9] Balac, hijo de Sefor, rey de Moab, se alzó para luchar contra Israel, e hizo llamar a Balaam, hijo de Beor, para que os maldijera. [10] Pero yo no quise dar oídos a Balaam, y él os bendijo repetidamente y yo os libré de las manos de Balac. [11] Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Las gentes de Jericó combatieron contra vosotros, los amorreos, los fereceos, los cananeos, los jeteos, los guergueseos, los jeveos y los jebuseos, y yo os los puse en vuestras manos. [12] Mandé delante de vosotros tábanos, que los echaron delante de vosotros. No ha sido vuestro arco ni vuestra espada. [13] Yo os he dado una tierra que no habéis cultivado, ciudades que no habéis edificado, y en ellas habitáis, y coméis el fruto de viñas y olivares que no habéis plantado. [14] Temed a Yahvé y servidle con integridad y en verdad, quitad los dioses a quienes sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto y servid a Yahvé. [15] Y si no os parece bien servirle, elegid hoy a quien queréis servir, si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres al lado allá del río, si a los dioses de los amorreos, cuya tierra habéis ocupado. En cuanto a mí y a mi casa toca, nosotros serviremos a Yahvé».

El argumento de este último capítulo del libro de Josué abarca los siguientes puntos: 1) Josué convoca a Israel en Siquem; 2) habla al pueblo en nombre de Yahvé (v.2-15); 3) diálogo entre Josué y el pueblo (v.16-24); 4) renovación de la alianza (v.25-28).

La alocución que hemos visto en el capítulo anterior tuvo lugar en Silo, en donde se encontraba el tabernáculo con el arca de la alianza. Esta vez la asamblea se reúne en Siquem. Ningún otro lugar más a propósito que éste por estar la ciudad unida a los oríge-

[1] J. L'Hour, *L'alliance de Sichem:* RB 69 (1962) 18-36, donde destaca los elementos primitivos y redaccionales.

nes del pueblo israelita (Gén 12,8; 33,18-20; 35,4; Ex 13,19). La ciudad estaba emplazada en el lugar llamado hoy día *Tell Balata*, al pie del monte Ebal y a un kilómetro y medio de la actual ciudad de Naplusa. El lugar fue excavado durante los años 1913-1914, reanudando los trabajos E. Sellin en 1926 y G. Welter en 1928. Siquem era considerada como una ciudad santa; fue destruida por Juan Hircano el año 128 a.C.

No todo el pueblo reunióse en Siquem, sino los jefes, jueces, oficiales de la nación. «Todos, dice el texto, se presentaron ante Dios». La expresión da a entender que estaba allí presente el arca de la alianza, que habitualmente residía en Silo. ¿Fue trasladada a Siquem con motivo de la concentración? Puede ser, y tenemos análogos ejemplos en textos más tardíos (1 Sam 4,3; 2 Sam 15,24). Los LXX leen Silo en vez de Siquem, por creer que fue la asamblea un acto cultual delante del tabernáculo. Con la frase «ante Dios» puede el autor sagrado aludir a la santidad del lugar en el que se desarrollaron escenas religiosas en tiempos de los patriarcas y del mismo Josué (8,30). En este supuesto no sería necesario admitir la presencia del arca en la ceremonia.

Con un rápido bosquejo histórico describe Josué los designios de Dios sobre su pueblo escogido. No pudo Yahvé hacer más en favor de su pueblo a partir de aquel momento trascendental en que arrancó a Abraham del politeísmo (Gén 11,26-32; 12,1-6) hasta el presente, en que conquistó y entregó generosamente a su pueblo una tierra que Israel no había cultivado y unas ciudades que no había construido. Todas estas muestras de afecto y predilección obligan por sí solas a la justa correspondencia. Dice que Tare y su familia servían a los dioses falsos. Que Abraham antes de su vocación fuese idólatra, no se desprende claramente del texto. Josué deja vislumbrar que la campaña de Jericó fue dura, ganándose gracias a la ayuda divina. Otro dato nuevo es que los tábanos facilitaron a los israelitas la conquista del país. Existía la promesa de que Dios mandaría tábanos contra los enemigos del pueblo, hasta hacer perecer a los sobrevivientes o a los que se escondiesen (Ex 23,28; Deut 7,20). Pero la palabra *sireah, tábano*, puede interpretarse en el sentido de temor, pánico, que obligó a los enemigos a abandonar el combate (10,10). Esta es la interpretación de San Agustín *(Quaest. in Hept.*: PL 34,630).

Diálogo entre Josué y el pueblo (24,16-24)

[16] El pueblo respondió, diciendo: «Lejos de nosotros querer apartarnos de Yahvé para servir a otros dioses, [17] porque Yahvé es nuestro Dios, el que nos sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre; el que ha hecho a nuestros ojos tan grandes prodigios; el que nos ha guardado durante todo el largo camino que hemos recorrido y entre todos los pueblos por en medio de los cuales hemos pasado. [18] Yahvé ha arrojado delante de nosotros a todos los pueblos, a los amorreos, que habitaban en esta tierra. También nosotros serviremos a Yahvé, porque El es nuestro Dios». [19] Josué dijo al pueblo: «Vosotros no seréis capaces de servir a Yahvé, que es un Dios santo, un Dios celoso; El no perdonará vuestras transgresiones y vuestros pecados; [20] cuando os apartéis de Yahvé y sirváis a dioses extraños, El se volverá, y después de haberos hecho el bien, os dará el mal y os consumirá». [21] El pueblo respondió: «No, no; queremos servir a Yahvé». [22] Y Josué dijo al pueblo: «Testigos sois hoy contra vosotros mismos de que habéis elegido a Yahvé para servirle. [23] Quitad, pues, los dioses ajenos que hay entre vosotros y volved vuestros corazones a Yahvé, Dios de Israel». [24] Y el pueblo dijo a Josué: «Serviremos a Yahvé, nuestro Dios, y obedeceremos su voz».

De la simple enunciación de los hechos se deducía que Israel no podía reconocer ni adorar a otros dioses que a Yahvé. Todavía el culto a los dioses falsos existía en Israel en el momento en que Yahvé le acababa de entregar la tierra que manaba leche y miel. Cuáles fueran estos dioses, no lo especifica el texto; pero, aparte de algún contacto esporádico en este tiempo con el culto idolátrico de los cananeos, es probable que muchos conservaran los famosos *terafim*, o dioses lares, tutelares de las casas, a los que se rendía culto en secreto. Josué, como más tarde Elías (1 Re 18,21), conmina al pueblo para que se decida de una vez a favor o en contra de Yahvé. La comunidad se decide por Yahvé. Josué reconoce que nunca se podrá servir a Dios tal como se merece, porque es un Dios santísimo; es, además, un Dios celoso, que no admite competidor (Ex 20, 5; 34,14; Deut 4,24; 5,9; 6,15) y que castiga duramente el pecado de idolatría.

Renovación de la alianza (24,25-28)

[25] Josué concluyó aquel día una alianza con el pueblo y le dio en Siquem leyes y mandatos; [26] y escribió estas palabras en el libro de la Ley de Dios, y, tomando una gran piedra, la alzó allí debajo de la encina que hay en el lugar consagrado a Yahvé. [27] Dijo a todo el pueblo: «Esta piedra servirá de testimonio contra vosotros, pues ella ha oído todas las palabras que Yahvé os ha dicho, y será testimonio contra vosotros para que no neguéis a vuestro Dios». [28] Y Josué mandó al pueblo que se fuese cada uno a su heredad.

En el c.8 se habló de una reunión en Siquem, junto al altar de Yahvé, edificado sobre el monte Ebal, en donde se concertó una alianza entre Dios y su pueblo [2]. Al término de su carrera mortal reúne de nuevo Josué al pueblo en el mismo lugar. Quizá la renovación de la alianza de que se habla en el c.8 sea idéntica a la que se narra en el presente capítulo. A este pacto de la alianza sigue una nueva imposición de leyes y mandatos que se añadían a la legislación mosaica anterior. La primera parte del v.26: *Y escribió*

[2] E. Nielsen, *Schechem. A Traditio-Historical Investigation* (Copenhague 1955). Cada día se ponen más de relieve las afinidades entre la alianza y los pactos existentes entre los pueblos del Próximo Oriente, sobre todo entre los hititas. K. Baltzer, *Das Bundesformular* (Neukirchen 1960); G. E. Mendenhall, *Law and Covenant in Israel and the Ancient Near East*: BA 17 (1954) 26-46.49-76; W. Beyerlin, *Herkunft und Geschichte der altesten Sinaitraditionen* (Tübingen 1961).

estas palabras en el libro de la Ley de Dios, ha sido interpretada diversamente. En concreto, ¿qué escribió Josué? Muy probablemente las repetidas afirmaciones del pueblo de obligarse con juramento a servir a Dios y obedecerle y observar las leyes de la alianza. Este libro es distinto del «libro de la Ley de Moisés» (8,31; 23,6); se trata probablemente de un libro en que se anotaban los dichos y hechos de Josué.

Las promesas hechas de palabra fácilmente podían olvidarse y tergiversarse; escritas, en cambio, recordarían a la posteridad el solemne compromiso de sus padres para con Dios. Para perpetuar la memoria de aquel solemne acto, tomó Josué una gran piedra, que colocó debajo de la encina (Gén 12,6; 35,4; Deut 11,30) que había en aquel lugar sagrado. Era frecuente erigir una piedra para perpetuar la memoria de un hecho o de un pacto (Gén 31,46-48; Jos 22,34); pero esta piedra, como se dice de manera retórica en el texto, tiene oídos y ha escuchado todas las palabras del pueblo (Jue 9,6); de ahí que en el día de mañana dará ella testimonio contra el pueblo en el caso de que falte a su juramento.

Muerte de Josué (24,29-31)

29 Después de esto, Josué, hijo de Nun, siervo de Yahvé, murió a la edad de ciento diez años. 30 Fue sepultado en la tierra de su posesión, en Tamnat Sara, en la montaña de Efraím, al norte del monte Gas. 31 Israel sirvió a Yahvé durante toda la vida de Josué y durante toda la vida de los ancianos que le sobrevivieron y conocían cuanto había hecho Yahvé en favor de Israel.

Murió Josué a la edad de ciento diez años. Este número de años pasaba en Egipto por el tiempo perfecto e ideal de vida. El sabio Ptahhotpe dice de sí mismo: «No es poco lo que he cumplido en esta tierra; he vivido ciento diez años». Un agradecido discípulo augura a su maestro, como premio dado por la divinidad, ciento diez años de vida. Considerando, con relación a esto, la indicación sobre los años de la vida del José *egipcio* y tomándola, además, en relación con las indicaciones de edad de los patriarcas y sobre las genealogías de Gén 5 y 11, parece claro que los números de los años de José y de Josué no tienen valor cronológico, sino simbólico. Tocante a Josué, la cifra quiere significar que él había logrado la talla de su antepasado, pues ambos han cumplido con la importante tarea que Dios les había confiado [3].

Josué fue sepultado en Tamnat Sara, lugar que se identifica generalmente con *Jirbet Tibneh*, a unos veinte kilómetros al nordeste de Lidda y a veinticinco de Jerusalén, correspondiendo al emplazamiento de la antigua *Thamna* o *Thamnatha* (1 Mac 9,50).

[3] SCHILDENBERGER, *Los géneros literarios:* l.c., 138-139.
[4] Primitivamente el lugar llamábase Timnat Heres (Jue 1,9), por rendirse allí culto al dios Sol (hebr. *heres*), que los hebreos cambiaron en *Timnat-Serah* (libertinaje).

Sepultura de los restos de José (24,32)

32 Los huesos de José, que los hijos de Israel habían traído de Egipto, fueron enterrados en Siquem, en el trozo de tierra que Jacob había comprado por cien quesitas a los hijos de Jamor, padre de Siquem, y fueron propiedad de los hijos de José.

Quiso José que sus restos recibieran sepultura en Canaán (Gén 50,25). Moisés cuidó de cumplir el juramento que se le hizo en este sentido, al ordenar que los israelitas, al salir de Egipto, llevaran consigo sus huesos (Ex 13,19), que recibieron sepultura en Siquem, en el trozo comprado por Jacob por el precio de cien quesitas (Gén 33,18-19). La palabra hebraica *quesita*, moneda en curso en los tiempos patriarcales (Job 42,11), significa propiamente *cordero, pecus*, de donde se ha derivado el término *pecunia* (DHORME). Según otros, *quesita* significaba un determinado peso de oro o plata. Al pie del monte Ebal, en Siquem, se enseña todavía hoy el sepulcro de José *(Kubur Jusub)*.

Muerte y sepultura de Eleazar (24,33)

33 Eleazar, hijo de Aarón, murió y fue sepultado en Grieta, ciudad de Finés, su hijo, a quien había sido dada, en la montaña de Efraín.

Eleazar ocupa un lugar destacado en la distribución de Canaán. No indica el texto el tiempo y el lugar de su defunción. El autor sagrado, en fuerza del carácter esquemático del libro, consigna el hecho de su muerte para señalar el fin de un glorioso período en la historia del pueblo de Israel, cuyos protagonistas principales fueron Josué y Eleazar. Fue sepultado Eleazar en la colina de Finés, en la montaña de Efraím, en el actual *Gibije*, a unos seis kilómetros al sudeste de Tibne. El libro de Josué se acaba con la triple sepultura de José, Josué y Eleazar.

J U E C E S

INTRODUCCION

Título del libro

El libro lleva en hebreo el título de *Shofetim*, que los LXX han traducido por *Kritai*, jueces, de donde el título de la Vulgata: *Liber iudicum:* «Libro de los jueces». Pero el calificativo de «jueces» no corresponde propiamente a la misión primordial de estos héroes, que consistía en salvar a Israel o a una tribu de la opresión de sus enemigos y restablecer el orden político, más o menos comprometido. El título más apropiado a ellos es el de *libertador*, que corresponde a la significación primitiva del verbo *shafat*, *establecer*, *restablecer*. Es lógico que, una vez obtenida la victoria, con el prestigio que esto les daba, quedaran al frente de la tribu o de las tribus que les habían elegido por caudillo, ejerciendo su plena autoridad sobre las mismas. La condición social de estos hombres es muy distinta, pues mientras unos eran guerreros, como Aod, Barac y Gedeón, otros eran ricos propietarios, como Jair y Abdón, o aventureros, como Jefté, y héroes populares, como Sansón. Pero todos poseen un *carisma* o marca divina (valor, sabiduría, habilidad o fuerza) que les convierte en jefes o jueces salvadores de Israel [1].

Lugar en el canon

En las Biblias hebraicas va entre el libro de Josué y el primero de Samuel, ocupando el segundo lugar en la colección conocida por el nombre de profetas anteriores. En el canon alejandrino y en la Vulgata, el libro se coloca entre los libros históricos Josué y Rut. Los judíos consideraban el libro como profético.

Texto

Fue escrito originariamente en hebreo y se ha conservado en buen estado, excepto en el cántico de Débora. Burney, que lo ha investigado a fondo, lo cree superior al texto de los libros de Samuel y comparable con el de las partes narrativas de los libros de Josué y Reyes [2]. Se encuentra en él cierta confusión y transposición de letras y palabras, ditografías y glosas. El texto griego de los LXX se ha conservado bajo distintas formas. Después de los estudios de Pretzl [3], se admiten comúnmente tres recensiones del mismo. El texto de la antigua *koiné* fue revisado por Orígenes, cuya recensión se conserva en sirohexaplar, cód. A y B, este último con terminología propia [4]. Luciano utilizó esta revisión con elementos propios, que difieren del texto masorético y que provienen de otro original griego. La recensión de Luciano se encuentra en K2, en muchos minúsculos y en el códice *Lugdunensis* de la *Vetus Latina*. Hesiquio trató de ajustar la recensión de Orígenes al texto masorético, utilizando palabras que figuraban en la antigua *koiné*. Así, pues, según Pretzl, se dispone de dos fuentes para la crítica textual del texto masorético: las lecciones de la antigua *koiné* y la recensión de Luciano. La Vulgata sigue, en general, el texto hebreo, con adición de algunas glosas aclaratorias.

[1] DE VAUX, *Israel:* «Dictionnaire de la Bible», Suppl. col.739; O. GRETHER, *Die Bezeichnung «Richter» für die charismatischer Helden der Vorstaatlichen Zeit:* «Zeitsch. f. Altt. Wissenschaft», 57 (1939) 110-121.

[2] C. F. BURNEY, *The Book of Judges* (Londres 1920).

[3] *Septuaginta problem im Buch Richter:* B 7 (1926) 233-269.353-383.

Argumento y división

El libro de los Jueces trata de la historia del pueblo judío a partir de la muerte de Josué hasta la institución de la monarquía, o, en el estado actual del mismo, hasta el advenimiento de Samuel. Sin embargo, esta historia se presenta en forma esquemática, fragmentaria e incompleta, recogiendo únicamente algunos hechos aislados que sirven al autor de base para el desarrollo y confirmación de su tesis filosófico-religiosa, expresada claramente en 2,11-19; 10,6-16. El carácter de la misma es pragmático, a cuatro tiempos: prevaricación, castigo, arrepentimiento, liberación. Israel es infiel a Yahvé y rinde culto a los ídolos; en castigo, Dios le entrega en manos de sus enemigos. Este revés le induce a penitencia, y Dios, misericordioso, le envía un libertador, muerto el cual, vuelve a las andadas. Esta verdad religiosa se ilustra con seis cuadros históricos que cuentan las hazañas de otros tantos jueces, a los cuales se añaden breves noticias referentes a personajes de menor relieve, que, por esto mismo, se ha convenido en llamar jueces menores.

En líneas generales, el libro se divide en tres partes bien definidas: 1) *una doble introducción:* política (1,1-2,5) y religiosa (2,6-3,6); 2) *cuerpo del libro* (3,7-16,31); 3) *dos apéndices* (17,1-21,25).

Marco histórico y cronología

El libro de los Jueces carece de sistema cronológico propiamente dicho, y la mayor parte de las cifras que se dan en el libro son puramente convencionales. ¿A qué época de la historia universal corresponden los hechos narrados en el libro? ¿Cuál fue la duración aproximada de este período? Dos fechas de valor desigual permiten señalar los términos *a quo* y *ad quem* del período de los jueces.

Para determinar el término *ad quem* parten los autores de la fecha de la fundación del templo de Jerusalén en 968, año cuarto del reinado de Salomón. Este sucedió en el trono a su padre David en c.972, reinando cuarenta años sobre todo Israel. El reinado de David abarca desde c.1010 hasta c.972. No sabemos a punto fijo los años de la permanencia de Saúl en el trono, que, según Act 13,21, fueron cuarenta; pero los autores le atribuyeron una duración que oscila entre los veinte y treinta años. Se indica el año 1030 como

[4] J. SCHREINER, *Septuaginta-Massora des Buches der Richter. Eine textkritische Studie* (Roma 1957).

fecha aproximada de la elevación de Saúl al trono, fecha que coincide más o menos con el término del período de los jueces.

Es más difícil determinar el término *a quo*, ya que depende de la fecha de la salida de Israel de Egipto y de la duración de la campaña de Josué. Está en crisis la hipótesis que señala el éxodo hacia el año 1450. Una segunda opinión, apoyada por hechos históricos y arqueológicos de indiscutible valor, cree que el éxodo tuvo lugar durante el largo reinado de Ramsés II (1301-1235) o en tiempos de Mernefta (1225-1205).

No existe en el libro de los Jueces una cronología perfecta. Los números que allí figuran tienen un valor muy desigual, pues mientras algunos parecen bastante precisos, otros, en cambio, las cifras redondas, sobre todo 40, 80, 20, obedecen a un plan premeditado del redactor o redactores del libro. Los hechos narrados no se desarrollaron con la precisión cronológica que puede sugerir una lectura superficial del libro, sino más bien se trata de un conjunto de piezas fragmentarias de aquel período que los redactores posteriores han reunido en un todo orgánico al servicio de una tesis religiosa. No existía unidad entre las tribus, y las guerras de unas no inquietaban la paz de otras, o, simultáneamente, los enemigos acosaban a los israelitas en diversos puntos de su territorio. Por lo mismo, algunos jueces ejercían sus funciones al mismo tiempo, y podían coincidir los periodos de opresión y de paz (Jue 10,7). La autoridad de los jueces se extendía a una o varias tribus, nunca a todo Israel.

Los pueblos enemigos

Durante el lapso comprendido entre 1190-1040, las dos grandes potencias rivales, Egipto y Asiria, apenas intervienen en los asuntos de Palestina. Egipto se muestra cada vez menos activo, atento a solucionar los problemas de orden interno, y sólo interviene esporádicamente en acciones bélicas hacia el exterior, para defender sus fronteras, amenazadas por los «pueblos del mar», como en 1192, bajo Ramsés III. Por parte de Asiria, sólo Teglatfalasar I (1112-1074) emprendió una campaña hacia el oeste, sometiendo a tributo a las ciudades de Byblos, Sidón, Arward (PRITCHARD, 275); pero no se atrevió a atacar a Tiro *(Surra)* ni a los reinos de Hamat, Damasco y Soba, ni a franquear las fronteras de Palestina. El imperio de los hititas sólo persistía como un recuerdo en Palestina, con insignificantes islotes dejados en el territorio en su retirada. Los enemigos principales contra los cuales tuvieron que luchar los israelitas para arrebatarles los territorios de Transjordania y Cisjordania y mantenerlos en sus manos fueron los cananeos, filisteos, amonitas, amalecitas, moabitas y madianitas. De los dos primeros nos ocuparemos brevemente.

Cananeos

Pueblo abierto a las más dispares influencias, asimiló elementos de las diversas culturas. Como todos los otros pueblos, fueron politeístas, siendo Baal su dios principal, unido a las divinidades femeninas de Anat, Ashera, Astarté, Qadesh. El culto de la fecundidad

y fertilidad era el centro de la religión cananea. Características del mismo son los sacrificios humanos (Jer 7,31; Ez 15,21; 1 Re 16,34) y la prostitución sagrada de hombres y mujeres. Todas las facultades productoras de vida eran santas y sagradas. El culto se ejercía en los *altos (bamoth)*, donde se levantaban los *masseboth* y *asheroth*, que representaban, respectivamente, las divinidades masculina y femenina. Con este pueblo entró en contacto Israel y convivió con él en momentos en que su religión había caído en su nivel más bajo [5].

Filisteos

De la avalancha de los «pueblos del mar» formaban parte los filisteos, procedentes de Licia y Caria, o de Caftor (Deut 2,23; Jer 47,4), que, a través del Asia Menor, pretendieron ganar las tierras fértiles de Egipto. A principios del siglo XII a.C., Ramsés III resistió en Siria a los nuevos invasores no semitas (incircuncisos los llama la Biblia); pero los filisteos fueron descendiendo por la costa mediterránea, estableciéndose a fines del segundo milenio en la región marítima comprendida entre Gaza y Jaifa, con una profundidad hacia el interior que oscilaba entre los veinte y sesenta kilómetros. Agrupábanse en torno a cinco grandes centros, a los que se da el nombre de pentápolis filistea: Gaza, Ascalón, Azoto, Acarón y Gat. Las cinco ciudades tenían un régimen autónomo, aunque en casos extraordinarios se unían para salvar a la nación. Al frente de cada distrito *(geliloth)*, había los llamados *seranim* (tiranos), con autoridad civil y militar, ocupando el mando supremo del ejército unido los *sarim* (1 Sam 18,30). Su organización era superior a la de los israelitas, lo mismo que su cultura, industria, agricultura, comercio, economía, etc. Los filisteos fueron un constante peligro para los israelitas, a quienes oprimían empujándoles hacia el macizo central [6].

Características literarias del libro de los Jueces

Lo primero que se echa de ver al recorrer sus páginas es la repetición de ciertas fórmulas estereotipadas, que indican el punto de vista filosófico-religioso del autor. Con estas fórmulas aparece claramente delineado el pragmatismo a cuatro tiempos de que hemos hablado. Este tema central se expone en las dos introducciones, histórica (1,1-2,5) y cultual (2,6-3,6; 6,8-10; 10,10-16). Estas fórmulas, convenientemente clasificadas por Tamisier *(Introducción* 138-139) y Delorme, son las siguientes:

[5] A. BEA, *Canaan e Cananei:* «Enciclopedia Cat. Italiana», III col.480-486; B. MAISLER, *Canaan and the Canaanites:* «Basor», 102 (1946) 7-12; G. PAVLOVSKI, *De religione Cananaeorum tempore occupationis israeliticae:* «Verbum Domini», 27 (1949) 143-163.193-205; R. DUSSAUD, *Les Religions des Hittites et des Hourrites, des Phéniciens et des Syriens,* «Mana II» (París 1949); R. LARGEMENT, *La religion cananéenne:* «Histoire des Religions», de BRILLANT-AIGRAIN, t.4 (París 1954) 177-199; T. H. GASTER, *The Religion of Canaanites:* «Forgotten Religions» (New York 1950) 111-144; M. J. DAHOOD, *Ancient Semitic Deities in Syria and Palestine* (Antiche Divinita Semitiche) (Roma 1958) 65-94.

[6] Véase R. A. ST. MACALISTER, *The Philistines, their History and Civilisation* (Londres 1911s); G. VAN RAD, *Das Reich Israel und die Philister:* «Palästinajahrbuch», 29 (1933) 30-42; O. EISSFELDT, *Philister und Phönizer* (Leipzig 1936). Sin abandonar sus dioses propios y sus peculiares ideas religiosas, los filisteos adoptaron las divinidades del territorio que ocuparon, siendo los principales Dagón (1 Sam 5,2-5; 1 Crón 10,10), Astarté (1 Sam 31,10) y *Baal Sebub* (2 Re 1,3).

Prevaricación.—(A): «Los hijos de Israel hicieron el mal a los ojos de Yahvé» (2,11; 3,7.12; 4,1; 6,1; 13,1).—(B): «Se apartaron de Yahvé y sirvieron a los Baales» (2,11), «baales y aseras» (3,7), «a Baal y Astarté» (2,13; 10,7).

Castigo.—(C): «Encendióse la cólera de Yahvé contra Israel» (2,14.20; 3,8; 10,7).—(D): (Yahvé) «los entregó en manos de salteadores» (2,14), «de Cusán Risataím» (3,8), «en manos de Jabín» (4,2), «de Madián» (6,1), «en manos de los filisteos y en manos de los hijos de Amón» (10,7); o también, «Yahvé hizo fuerte a Eglón» (3,12). (E): Por consiguiente, «los hijos de Israel sirvieron a Cusán Risataím siete años» (3,8), a Eglón «dieciocho años» (3,14), a Jabín «veinte años» (4,3), a Madián «siete años» (6,1), a los filisteos y amonitas «dieciocho años» (10,8).

Arrepentimiento.—(F): «Clamaron a Yahvé los hijos de Israel» (3,9.15; 4,3; 6,6; 10,10).

Liberación.—(G): «Suscitó Yahvé a los hijos de Israel un libertador» (3,9.15).—(H): «quedó humillado (Moab, Jabín, Madián) bajo la mano de Israel» (3,30; 4,23; 8,28).—(I): Los libertadores (Otoniel, Tola, Jefté, Abesán, Elón, Abdón, Sansón) «juzgaron a Israel diez años» (3,10; 10,2.3; 12,7.9.11.14; 15,20; 16,31).—(J): «Estuvo en paz la tierra durante diez años» (3,11.30; 5,32; 8,28).

En función a esta idea central se han escogido las narraciones que el autor o los autores han insertado en el libro. Entre aquellas y las frases redaccionales se han revelado diferencias ideográficas y de estilo, que se explican por el hecho de que los autores no han elaborado los relatos históricos, sino que se han limitado a seleccionarlos y agruparlos de conformidad con las exigencias del tema central. Al autor no le interesa el hecho histórico por sí mismo, sino desde el punto de vista religioso. Por lo mismo, se cree autorizado a reproducir simplemente los fragmentos, yuxtaponerlos en un plan preconcebido, cercenarlos, resumirlos y amplificarlos, glosarlos y aun modificarlos ligeramente. De este modo, los hechos históricos incorporados en el libro ofrecen garantía de veracidad. La historia del libro de los Jueces es religiosa.

Composición del libro

El libro es anónimo; de donde la diversidad de opiniones sobre su autor y tiempo de su composición. La tradición judía y muchos Padres lo atribuyen a Samuel, o a un autor contemporáneo de David (SCHULZ). Algunos han pensado en Ezequías, y Ricardo Simón lo adjudica a Esdras. La mayoría de los críticos acatólicos extienden a este libro la composición a base de los conocidos documentos J y E, reunidos más tarde por uno o más redactores. Actualmente, católicos y acatólicos están acordes en admitir en el libro la presencia de documentos antiguos que utilizaron el autor o los autores. H. Gressmann [7] prefiere que se hable de tradiciones más bien que de documentos. Desnoyers [8] admite una doble redacción; la primera efectuóse en el reino de Israel por escritores originarios de los medios proféticos, levíticos y proféticos. En esta primera redacción se narraba la historia de los jueces del norte y contenía la lista de los jueces menores. Un redactor del reino de Judá completó aquella obra con documentos procedentes del sur en tiempos del rey Ezequías. Según Desnoyers, el movimiento literario deuteronómico pudo también haber dejado huellas en una reedición del libro de los jueces. Cazelles y Tamisier exponen más concretamente esta hipótesis.

En nada se opone al dogma de la inspiración el hecho de que muchos autores concurrieran a la composición del libro de los Jueces. Muy probablemente, sólo el autor último que redactó el libro en la forma que hoy tiene se benefició del carisma de la inspiración.

Enseñanza religiosa

De misterioso se ha calificado al período de los jueces [9]. Y lo es de verdad. Empezamos por no saber cuándo comenzó y cuándo acabó, ni a qué período preciso de la historia universal pertenece. En el libro encontramos una cronología imprecisa, una historia fragmentaria, anecdótica, engarzada solamente por el pensamiento religioso dominante del autor. Pero del análisis del libro se deduce que nos hallamos en una época de transición en la historia de Israel. Las tribus habían atravesado el Jordán, y durante muchos años dedicábanse a la penosa tarea de conquistar paulatinamente la tierra prometida. En contacto con la religión y cultos cananeos, tan halagadores a los sentidos, fue enfriándose el entusiasmo de los israelitas por Yahvé, olvidándose de sus preceptos y abandonando el camino que «su Dios» les había trazado. Ante las tentativas de sincretismo religioso, no dejó Dios de darles un toque de atención, recordándoles que no había renunciado a los derechos de propiedad sobre su pueblo. En sus páginas se vislumbra también claramente que no quiere Dios la perdición de Israel, su desaparición de entre las gentes, sino que se convierta y viva. A pesar de su moral rústica, los israelitas de este período, incluyendo a sus jefes, son admirables por su fe en Dios, a quien acuden en tiempos de prueba. Esta fe les llevará al triunfo de sus enemigos años más tarde.

BIBLIOGRAFIA

A) Comentarios

V. VON HUMMELAUER, *Commentarium in libros Iudicum et Ruth:* «Cursus Scripturae Sacrae» (París 1889); M. J. LAGRANGE, *Le livre des Juges:* «Etudes Bibliques» (París 1903); * C. F. BURNEY, *The Book of Judges with Introduction and Notes* (Londres 1920); A. SCHULZ, *Das Buch der Richter und das Buch Ruth:* «Com. Bonn» (Bonn 1926); A. VACCARI, *La Sacra Bibbia*, ed. SALANI (Firenze 1949). El comentario a Jueces ha sido escrito por A. PARENTI; R. TAMISIER, *Le livre des Juges:* Com. Pirot-Clamer (París 1949); F. NÖTS-

[7] *Die Anfänge Israels* (Gottingen 1922).
[8] *Histoire:* I. *La période des Juges* 404-406.

[9] E. ROBERTSON, *The Period of the Judges. A Mistery Period in the History of Israel:* «Bulletin of the John Rylands Library», 30 (1947) 91-114.

CHER, *Das Buch der Richter:* «Echter Bibel» (Würzburg 1950); A. VINCENT, *Le Livre des Juges:* «Biblia de Jerusalén» (París 1952); B. UBACH, *El libre dels Jutges:* «Biblia de Montserrat» (Montserrat 1953); E. DHORME, *Juges:* «La Bible, Bibliothèque de la Pléiade» (París 1956).

B) Estudios auxiliares

F. M. ABEL, *Géographie de la Palestine:* «Etudes Bibliques» (París I, 1933; II, 1938); E. AUERBACH, *Untersuchungen zum Richterbuch:* ZAW 48 (1930) 286-295; 51 (1933) 47-51; A. G. BARROIS, *Manuel d'Archéologie Biblique* (París, I, 1939; II, 1953); H. CAZELLES, *Juges (livre des):* «Dict. de la Bible», Suppl. 4,1394-1414; L. DESNOYERS, *Histoire du Peuple Hébreux* vol.1 (París 1922); O. EISSFELDT, *Die Quellen des Richterbuches* (Leipzig 1925); J. GARSTANG, *Foundations of Bible History:* Joshua and Judges (London 1931); A. LODS, *Israel. Des Origines au milieu du VIII siècle* (París 1949); W. RUDOLPH, *Textkritische Anmerkungen zum Richterbuch:* «Eissfeldt Festschrift» (1947) 199-212; E. TAUBLER, *Biblische Studien. Die Epoche der Richter* (Tübingen 1958); H. VINCENT, *Canaan d'après l'exploration récente* (París 1914). Sobre los santuarios y la idolatría: M.-J. LAGRANGE, *Etudes sur les religions sémitiques* 2.ª ed. (París 1905) 158-180; H. DANTHINE, *Le palmier-datier et les arbres sacrés dans l'iconographie de l'Asie Occidentale ancienne* (París 1937); W. F. ALBRIGHT, *The Eastern Mediterranean About 1060 B. C.:* «Studies presented to David Moore Robinson» (Wáshington 1951) 223-231; J. KAUFMANN, *The Biblical Account of the Conquest of Palestine* (Jerusalén 1953); ID., *Traditions Concerning Early Israelite History in Canaan:* «Studies in the Bible», Scripta Hierosolymitana (Jerusalén 1961) 303-334; C. AIKMAN SIMPSON, *Composition of the Book of Judges* (Oxford 1957); M. BUBER, *Königtum Gottes* 3.ª ed. (Heidelberg 1956); V. VOLLBORN, *Die Chronologie des Richterbuches* (Festschrift F. Baumgartel 1959) 192-196; G. E. MENDENHALL, *The Hebrew Conquest of Palestine:* BA 25 (1962) 66-87. Sobre el culto en los «lugares altos»: H. VINCENT, *La notion biblique du haut lieu:* RB 55 (1948) 245-278.438-445; W. F. ALBRIGHT, *The High Place in Ancient Testament:* Suplemento de *Vetus Testamentum* (Leiden 1957) 242-258. Sobre el voto del nazareato: M. JASTROW, *The «nazir» Legislation:* JBL 33 (1914) 265-285; H. SALMANOWITCH, *Das Naziräat in Bibel und Talmud* (Vilna 1931); J. HENNINGER, *Zur Frage des Haaropfers bei den Semiten:* «Die Wiener Schule der Volkerkunde» (Viena 1956) 359-368. Sobre la organización tribal en Israel: A. ALT, *Die Staatbildung der Israeliten in Palästina:* «Kleine Schriften», II (Munich 1953) 1-65; M. NOTH, *Das System der Zwölf Stämmen Israels* (Stuttgart 1930); C. UMHAU WOLF, *Terminology of Israel's Tribal Organization:* JBL 65 (1946) 45-49; W. VISCHER, *Les premiers prophètes* (Neuchâtel 1951).

PRIMERA PARTE

INTRODUCCION HISTORICA (1,1-2,5) [1]

ESTADO POLÍTICO DE ISRAEL A LA MUERTE DE JOSUÉ

El redactor último inspirado compuso esta introducción con el fin de encuadrar el libro de los Jueces en el marco general de la historia de Israel. Siguiendo el orden geográfico, de sur a norte,

[1] A. PENNA, *L'Introduzione al libro dei Giudici:* «Miscelánea Bíblica A. Fernández», EE 34 (1960) 521-529; E. O'DOHERTY, *The literary Problem of Judges 1,1-3,6:* CBQ 18 (1956) 1-8; S. B. GUREWICZ, *The Bearing of Jdg. 1-2,5 on the Authorship of the Book of Judges:* «Australian Biblical Review», 7 (1959) 37-40.

señala cuál era a la muerte de Josué la situación de las tribus del mediodía (Judá y Simeón), del centro (Benjamín, Efraím y Manasés) y de las tribus del norte de Palestina. Los puntos de contacto entre los datos que figuran en el primer capítulo y el libro de Josué se explican por el hecho de que ambos autores se inspiraron en las mismas fuentes escritas y tradiciones orales, que cada uno utilizó de conformidad con el plan o tesis que intentó desarrollar. Los mismos hechos se narran en Jue 1,3=Jos 19,1-9; 1,10-11 = Jos 15,14-15; 1,12.15 = Jos 15,16-19; 1,20 = Jos 15,13; 1,21; = Jos 15,63; 1,27-28; Jos 16,10; 1,34 = Jos 19,48.

Al leer este primer capítulo del libro de los Jueces se obtiene la impresión de que la situación de las tribus en Palestina al iniciarse el período de los jueces era precaria y delicada. La conquista bajo Josué fue lenta y penosa. Entre las tribus no existía la solidaridad de otros tiempos. A menudo, una tribu, un clan, hacían la guerra aisladamente contra un enemigo, exterior o interior, que Josué no pudo dominar ni desalojar de sus posiciones. Los hijos de Israel dominaban en las regiones montañosas, mientras que su influencia en las llanuras era casi nula. ¿Cómo se explica esta inferioridad política de Israel en la tierra de promisión después de las repetidas promesas hechas por Yahvé a los patriarcas y a Moisés de combatir por Israel, destruir a los enemigos y entregarles aquella tierra que, en comparación con la *estepa del desierto, manaba leche y miel?* En el curso del libro trata el autor sagrado, a base de algunos hechos históricos aleccionadores, de dar respuesta adecuada a este enigma aparente.

Elección de Judá y su alianza con Simeón (1,1-3)

1 Después de muerto Josué, consultaron los hijos de Israel a Yahvé, diciendo: «¿Quién de nosotros subirá antes contra el cananeo y le combatirá?» 2 Y respondió Yahvé: «Judá subirá, pues he dado la tierra en sus manos». 3 Y dijo Judá a Simeón, su hermano: «Sube conmigo a la parte que me ha tocado, a hacer la guerra al cananeo, y también iré luego yo contigo a la que te ha tocado a ti». Y fue con él Simeón.

Partiendo del supuesto de que los israelitas «hacían las guerras de Yahvé» (1 Sam 18,17), antes de emprender la campaña contra los cananeos, bajo cuya denominación se incluyen todos los pueblos enemigos de Palestina, consultaron a Yahvé (20,27; 1 Sam 14,17; 23,2; 28,6; 30,8; 2 Sam 5,19-23) por medio del *efod*, «órgano supremo de la manifestación de la voluntad de Dios a su pueblo» [1]. No se dice quién utilizó el efod ni se indica el lugar en que fue consultado Yahvé. Es probable que se hiciera junto al arca de la alianza y por medio de los *urim* y *tummim* (HUMMELAUER). La respuesta del oráculo señaló a Judá, la tribu más numerosa (Núm 1,27; 26,22),

[1] A. VAN HOONACKER, *Le sacerdoce Lévitique dans la loi et dans l'histoire des Hébreux* (Lovaina 1899) 376.

para iniciar las operaciones contra el cananeo (20,18), asegurándosele la protección de Yahvé. Para su empresa pide y obtiene la colaboración de la tribu de Simeón (Jos 19,1ss).

Derrota y muerte de Adonisedec (1,4-8)

**4 Subió, pues, Judá, y puso Yahvé en sus manos al cananeo
y al fereceo, y derrotaron en Becez a diez mil hombres. 5 Ha-
biendo encontrado en Becez a Adonisedec, le atacaron y de-
rrotaron a los cananeos y fereceos. 6 Huyó Adonisedec, y ellos
le persiguieron, y, cogiéndole, le amputaron los pulgares de
las manos y de los pies. 7 Y dijo Adonisedec: «Setenta reyes con
los pulgares de manos y pies amputados migajeaban debajo
de mi mesa. Me devuelve Dios lo que yo les hice a ellos»; y
le llevaron a Jerusalén y allí murió. 8 Atacaron los hijos de Judá
a Jerusalén; y habiéndola tomado, pasaron a los habitantes a
filo de espada y pegaron fuego a la ciudad.**

Entre los vencidos se menciona a los fereceos (Gén 13,7; 15,20), pueblo de origen no semita, establecido en las regiones de Bétel, Siquem y Becez. Con el fin de acentuar la protección especial de Dios a Judá, dice el texto que derrotó en Becez, *Ibzic*, entre Naplusa y Betsán, a diez mil hombres, cifra redonda que equivale a decir que el número de los vencidos fue muy crecido.

El v.8 se concilia difícilmente con otros datos ciertos de la historia de Israel (Jos 15,63; Jue 1,21; 19,11; 2 Sam 5,6-9). La dificultad ha hecho que se ensayaran diversas soluciones. Lagrange y A. Vincent consideran el versículo como una glosa. La hipótesis de los que distinguen entre la ciudad alta y la ciudad baja tiene pocas probabilidades. La solución debe buscarse en el carácter mismo de este capítulo. Su redactor muestra el máximo interés en realzar la actuación de la tribu de Judá y demostrar que Dios la antepone a las otras. Yahvé la escoge para iniciar la campaña contra el cananeo y promete entregar «la tierra en sus manos» (1,1). Sin embargo, no siempre el éxito coronó sus empresas bélicas (1,18-19), pero el autor trata de atenuar su derrota con decir que aun entonces «Yahvé estuvo con Judá» (1,19). A pesar de sus fracasos, tiene a su favor el haber llevado a feliz término por obra de David (2 Sam 5,6-8), elemento destacadísimo de la tribu, la conquista de Jerusalén, la capital del reino teocrático. Con este anacronismo histórico, señala el autor o redactor los títulos que tiene Judá para ocupar un puesto preeminente entre las tribus de Israel.

Conquista de Hebrón y Dabir (1,9-15)

**9 Bajaron luego los hijos de Judá para combatir a los cana-
neos que habitaban en el monte, en el Negueb y en la Sefela.
10 Marchó Judá contra los cananeos que habitaban en Hebrón,
antes llamado Cariat Arbe, y batió a Sesai, Ajimón y Tolmai.
11 De allí marchó contra los habitantes de Dabir, que se llamó
antes Quiriat Sefer. 12 Caleb dijo: «Al que ataque y tome a
Quiriat Sefer le daré por mujer mi hija Acsa». 13 Otoniel, hijo
de Quenaz, el hermano menor de Caleb, se apoderó de ella,
y Caleb le dio su hija Acsa por mujer. 14 Cuando era llevada
a la casa de Otoniel, él la incitó a que pidiera a su padre un
campo. Bajóse ella del asno, y Caleb le preguntó: «¿Qué tie-
nes?» 15 Ella dijo: «Hazme una gracia. Ya que me has dado
tierra de secano, dame también regadíos». Y le dio Caleb el
Gulat superior y el Gulat inferior.**

El campo de batalla se desliza hacia el sur. Como en 1,1 bajo :l nombre genérico de cananeos se incluyen los amorreos y los enaquim, y acaso los descendientes de Jet. Salvo pequeñas diferencias, os v.10-15 concuerdan con Jos 14,15-19. Cariat Arbe, «villa de los :uatro» clanes que formaban el pueblo de los enaquim, tenía a Hebrón por metrópoli (Gén 23,2; 35,27; Jos 20,2). Dabir (Jos 15,15) se hallaba a unos veinte kilómetros al sudoeste de Hebrón (Jos 15, 13-20).

Los quineos y la fama de Sefat (1,16-17)

**16 Los hijos de Jobab el quineo, suegro de Moisés, subieron
de la ciudad de las Palmeras con los hijos de Judá al desierto
que está al mediodía de Judá, según se baja de Arad, y vinieron
a habitar con los amalecitas. 17 Marchó después Judá con
Simeón, su hermano, y batieron a los cananeos que habitaban
en Sefat; la destruyeron totalmente, y se llamó la ciudad Jorma.**

Los quineos (Gén 4,1; Ex 3,1; c.18; Núm 10,29; 24,22; Jue 4,11) habitaban en una región inhóspita al sur de Tell Arad. Subieron de Tamar, «ciudad de las Palmeras» (Deut 34,3), y se establecieron en la región de Arad, a treinta kilómetros al sur de Hebrón, cohabitando con los amalecitas (Núm 24,21-22; 1 Sam 15,6; ue 3,13). Judá mantiene su promesa de ayudar a Simeón en la lucha or la liberación de su territorio de los pueblos enemigos. Las dos ribus unidas destruyeron totalmente a Sefat, que recibió por esto nismo el nombre de Jorma, «consagrada o entregada al anatema» Núm 21,1-3; Jos 12,14; 15,30). ¿Debe identificarse este episodio on la destrucción de la ciudad de que se habla en Núm 21,3? «Seún Dillmann, en el libro de los Números se habla de este aconteimiento por anticipación; es mejor decir, con Bude, Moore y Noack, que la palabra *Jorma* allí es una interpolación» (LAGRANGE). orma se hallaba quizá en el actual *Tell es-Seba*, a once kilómetros l este de Bersabé.

Reveses de Judá (1,18-20)

**18 Pero no se apoderó Judá de Gaza y de su territorio, ni
de Ascalón y Acarón con los suyos. 19 Fue Yahvé con Judá,
y se apoderó Judá de la parte montañosa, pero no pudo expul-
sar a los habitantes del llano, que tenían carros de hierro.
20 Atribuyóse Hebrón a Caleb, como lo había dicho Moisés,
y aquél arrojó de allí a los tres hijos de Enac.**

Victorioso en la montaña, no pudo Judá apoderarse de la región marítima de Gaza, Ascalón y Acarón. Con su armamento rústico

y primitivo no podía enfrentarse con pueblos que disponían de carros de combate (Jos 17,16.18) recubiertos con láminas de hierro. Es la primera vez que se hace mención de este metal en la Biblia. El texto griego (v.18): «Y no se apoderó», debe absolutamente preferirse a la lección del texto masorético: «Y se apoderó». En Jos 13,3 se dice que la región de los filisteos resistió al empuje de los israelitas, lo cual concuerda con 3,3 y la historia subsiguiente. Ya hemos indicado el interés del autor o redactor de este capítulo en encubrir los infortunios de Judá. La nota del v.20 sobre Caleb se refiere a hechos sucedidos anteriormente (Jos 14,12; 15,13).

La tribu de Benjamín (1,21)

21 Los hijos de Benjamín no expulsaron a los jebuseos que habitaban en Jerusalén, y los jebuseos han habitado hasta el día de hoy con los hijos de Benjamín.

La ciudad de Jerusalén se adjudicó a Benjamín (Jos 18,28). En Jos 15,63 se atribuye este fracaso «a los hijos de Judá». No se debe a un copista el hecho de que aquí se lea Benjamín en vez de Judá, sino al autor mismo. La segunda parte del versículo no debe entenderse en el sentido de que antes de la conquista de Jerusalén por David cohabitaran allí los benjaminitas con los jebuseos, sino en el de que elementos jebuseos continuaron en Jerusalén aun después de la conquista de la ciudad por David (2 Sam 24,18). Puede interpretarse también en el sentido de que los benjaminitas vivían alrededor de la ciudad, ocupada por los jebuseos.

La casa de José y la toma de Bétel (1,22-26)

22 También la casa de José subió contra Bétel, y Yahvé estuvo con ellos. 23 La casa de José hizo una exploración cerca
de Bétel, que antes se llamó Luz, 24 y los emboscados cogieron
a un hombre que salía de la ciudad y le dijeron: «Enséñanos por dónde se entra en la ciudad, y te haremos gracia». 25 El
les enseñó por dónde podrían entrar en la ciudad, y ellos la pasaron a filo de espada, pero dejaron en libertad a aquel hombre y a toda su familia. 26 Este hombre se fue a tierra de
jeteos y edificó allí una ciudad, a la que dio el nombre de Luz, y así se llama todavía hoy.

Gracias al favor divino pudo Judá dominar en la parte montañosa de su heredad y la casa de José asegurarse un gran éxito militar frente a la ciudad de Bétel (Jos 16,2). La ciudad fue capturada durante la noche, siguiendo las indicaciones que dio un hombre de la misma. En premio de su traición le perdonaron la vida y se marchó con su familia al norte de Palestina, en los alrededores de Lais (v.26). Leer Lais en vez de Luz. Antiguamente Bétel se llamaba Luz (Gén 28,19; 35,6; 48,3; Jos 18,22). Se encuentra su emplazamiento en la actual *Betin,* a dieciséis kilómetros al norte de Jerusalén.

Manasés y Efraím (1,27-29)

27 Manasés no expulsó a los habitantes de Betsán y de las ciudades de ella dependientes, ni a los de Tanac, Dor, Jeblam, Mageddo y las ciudades dependientes de ellas, y los cananeos se arriesgaron a permanecer en esta tierra. 28 Cuando Israel
fue suficientemente fuerte, los hicieron tributarios, pero no los arrojaron. 29 Efraím no expulsó a los cananeos que habita-
ban Gazer, y los cananeos siguieron habitando en medio de Efraím.

No pudo subyugar Manasés las ciudades cananeas que cerraban el acceso a las fértiles llanuras de Betsán, junto al Jordán; Cisón, entre el Tabor y el Carmelo, y las planicies marítimas junto a Dor. Sólo más tarde, en tiempos de David y Salomón, los habitantes de estas ciudades se vieron obligados a prestar al rey sus servicios personales (1 Re 9,21). También fracasó Efraím en el intento de apoderarse de Gazer (Jos 16,10), plaza fuerte que dominaba la llanura filistea y que además cortaba la comunicación entre las tribus del centro y las del mediodía. Un faraón entregó esta ciudad a Salomón como dote de su hija (1 Re 9,16).

Tribus del Norte (1,30-36)

30 Zabulón no expulsó a los habitantes de Quetrom ni a los de Nalol, y los cananeos siguieron habitando en medio de Za-
bulón, pero fueron hechos tributarios. 31 Aser no expulsó a los
habitantes de Acó, ni a los de Sidón, ni a los de Majaleb, de Aczib, de Jelba, de Afec y de Rejob; 32 y los hijos de Aser
habitan en la tierra en medio de los cananeos, porque no los expulsaron. 33 Neftalí no expulsó a los habitantes de Bet Se-
mes ni a los de Bet Anat, y habitó en medio de los cananeos habitantes de aquella tierra; pero los habitantes de Bet Semes y de Bet Anat fueron sometidos a tributo. 34 Los amorreos
rechazaron a los hijos de Dan hacia los montes y no los dejaban bajar al llano; 35 arriesgáronse los amorreos a quedarse en el
Har Jeres, en Ayalón y en Selebim; pero la mano de la casa de José pesó mucho sobre ellos y fueron sometidos a tributo.
36 El territorio de los idumeos se extendía desde la subida de Acrabim y desde Sela para arriba.

A grandes rasgos describe el autor la precaria situación de las tribus norteñas. Zabulón no pudo con los cananeos, que sólo más tarde fueron hechos tributarios. Ninguna ciudad importante del territorio a ella asignado pasó a poder de Aser. Peor suerte corrió la tribu de Dan, la cual, aprisionada entre los filisteos que habitaban en la costa y los amorreos de la montaña, acabó por emigrar al extremo septentrional de Palestina (c.17-18).

En un rápido bosquejo, el autor de esta introducción histórica reúne datos interesantes sobre la conquista de Palestina. Destaca los esfuerzos de Judá y de la casa de José; la impotencia de Dan para asegurarse la posesión de la herencia que le fue asignada; la desidia de otras tribus, que prefirieron el pacto y la amigable convi-

vencia con los cananeos a los riesgos de la guerra. La rápida posesión del territorio, con la cual soñaban los israelitas procedentes del desierto, se convirtió en una empresa larga, ardua y sangrienta. ¿Sobre quiénes recae la responsabilidad de que las cosas no se hubieran desarrollado de acuerdo con las solemnes promesas que hizo Yahvé a su pueblo?

Causas de la precariedad de los israelitas en Canaán (2,1-5)

1 Subió el ángel de Yahvé de Gálgala a Bétel, y dijo: «Yo os he hecho subir de Egipto y os he traído a la tierra que juré a vuestros padres, y he dicho: No romperé mi pacto eterno con vosotros 2 si vosotros no pactáis con los habitantes de esta tierra; habéis de destruir sus altares. Pero vosotros no me habéis obedecido; ¿por qué habéis obrado así? 3 Pues yo también me he dicho: No los arrojaré de ante vosotros, y los tendréis por enemigos, y sus dioses serán para vosotros un lazo». 4 Cuando el ángel de Yahvé hubo dicho estas palabras a todos los hijos de Israel, lloraron todos a voces. 5 Llamaron a este lugar Boquim, y ofrecieron allí sacrificios a Yahvé.

Dios prometió mandar a su ángel delante de los israelitas para que les guiara en el camino y les hiciera llegar al lugar que les había dispuesto (Ex 23,20-23). De Gálgala, primer campamento de los israelitas a esta parte del Jordán (Jos 4,19; 5,10), subió el ángel de Yahvé a Bétel. ¿Cuál era la condición de este personaje misterioso? ¿Era en realidad un ángel o un profeta? ¿Se trata del arca de la alianza, como sugiere De Vaux? Estiman que era un ángel Schulz y Lagrange, los cuales corroboran su opinión alegando que habla como si fuera Dios mismo, sin usar la fórmula profética: «Esto dice el Señor». La comparación de este pasaje con Gén 16,7 y Ex 23,20-23 parece confirmar esta hipótesis. Según Ex 33,2, Dios dijo a Moisés que iría delante del pueblo «un ángel, que arrojará al cananeo, al amorreo, al jeteo, al fereceo, al jeveo y al jebuseo». Yahvé en persona no quiere ir, porque se vería obligado a aniquilarlo a causa de su dura cerviz. Aquí se distingue claramente el ángel de Yahvé de Dios, que lo manda; pero no especifica si se trata de un verdadero ángel o de un profeta. Hummelauer, basándose en los LXX, cree que el ángel de este pasaje es un profeta. Según Vincent y Dhorme, el término *ángel* fue añadido desde muy antiguo al texto con el fin de evitar los antropomorfismos, como en Ex 3,2.

El público que escuchaba las palabras del enviado se componía de representantes calificados de todas las tribus y de muchos peregrinos que habían acudido a aquel santuario, muy venerado en la antigüedad. El pueblo oyó consternado las duras palabras del ángel y, arrepentido por sus culpas pasadas y temeroso de su porvenir, rompió a llorar (Gén 27,38; 29,11). Por este llanto, aquel lugar fue llamado Boquim (de *baqa*, llorar). He aquí la razón suprema que explica la posición precaria y difícil de los israelitas en Palestina. En todo el discurso del ángel de Yahvé se vislumbraba el estilo deuteronómico.

Introducción religiosa (2,6-23)

En esta segunda introducción, más antigua que la histórica que precede, se enuncia el tema central que se desarrolla en el libro. Se ponen en parangón los tiempos de Josué con los que siguieron a su muerte, y se hace ver la diferencia que había entre ellos desde el punto de vista religioso. En aquel entonces el pueblo permanecía fiel a Yahvé (v.7), pero a la muerte del gran caudillo de Israel surgió una generación nueva que no conocía a Yahvé ni la obra que éste había hecho en favor de Israel (v.10-12). Los hijos de Israel prevaricaron yendo tras los dioses extranjeros. Dios castigó su infidelidad entregándolos en poder de sus enemigos. Pero se apiadó de ellos y les suscitó jueces para que los librara de los enemigos y les obligaran a volver al culto del Dios verdadero (v.14-15.18). El arrepentimiento fue efímero, por cuanto, a la muerte de los jueces, «volvían a corromperse, más todavía que sus padres» (v.19).

Tenemos aquí delineado el tema pragmático a cuatro tiempos que se desenvuelve en el curso del libro: pecado y castigo, conversión y misericordia, que se repite al principio y final de la historia de cada uno de los jueces (3,7.12-15; 4,1; 6,1; 8,33; 10,6). Según se desprende de la tesis del autor, los males que aquejaban a Israel provienen de sus propias infidelidades.

¿Por qué Dios no ha arrojado a los pueblos indígenas de la tierra prometida? Hemos visto la respuesta del autor de la introducción histórica (2,3). La que señala el autor de esta segunda introducción es otra: por haber abandonado a Yahvé y haber desechado sus mandamientos. Esta misma pregunta se habían hecho otros pensadores en el curso de los años, y sus respuestas han sido consignadas en el libro. Uno decía: La razón de no haber arrojado Dios a los pueblos enemigos fue porque quiso adiestrar a su pueblo en el arte de la guerra con el fin de prepararle para la lucha futura (2,23a; 3,2a.5a.6). Otro creía que Dios permitió la permanencia de extranjeros en Palestina en tiempos de Josué para poner a prueba la fidelidad religiosa de Israel (2,22.23b; 3,1a.3.4) y, después de su muerte, para castigar al pueblo en caso de que rindiese culto a Baal y Astarté.

Muerte de Josué (2,6-10)

**6 Cuando Josué despidió al pueblo y se fueron los hijos de
Israel cada uno a su heredad para posesionarse de la tierra,
7 el pueblo sirvió a Yahvé durante toda la vida de Josué y la
de los ancianos que le sobrevivieron y habían visto toda la
grande obra que Yahvé había hecho en favor de Israel. 8 Josué,
hijo de Nun, siervo de Yahvé, murió a la edad de ciento diez
años 9 y fue sepultado en el territorio de su heredad, en Timnat
Heres, en los montes de Efraím, al norte del monte Gas.
10 Toda aquella generación fue a reunirse con sus padres, y**

**surgió una nueva generación, que no conocía a Yahvé ni la
obra que éste había hecho en favor de Israel.**

El comienzo de este versículo se enlaza bastante bien con Jos 24,28. El v.7 corresponde a Jos 24,29-31. Las pequeñas discrepancias que se observan entre ambos relatos proceden de la diferente concepción por parte de los hagiógrafos.

Infidelidad y castigo (2,11-15)

**11 Los hijos de Israel hicieron el mal a los ojos de Yahvé y
sirvieron a los baales. 12 Se apartaron de Yahvé, el Dios de
sus padres, que los había sacado de Egipto, y se fueron tras
otros dioses, de entre los dioses de los pueblos que los rodeaban,
y se postraron ante ellos, irritando a Yahvé. 13 Apartándose
de Yahvé, sirvieron a Baal y Astarté. 14 Encendióse en cólera
Yahvé contra Israel y los entregó en manos de salteadores,
que los asaltaban y los vendían a los enemigos del contorno,
y llegaron a no poder ya resistir a sus enemigos. 15 En cualquier
salida que hacían pesaba sobre ellos para mal la mano de Yahvé,
como El se lo había dicho, como se lo había jurado, y se vieron
en muy gran aprieto.**

La generación que siguió a Josué sucumbió al hechizo del culto de los baales y astartés. No es de creer que abandonara completamente a Yahvé o que perdiera su recuerdo; más bien trató de hacer compatibles ambos cultos. Reconocían que Yahvé era el Dios grande del Sinaí, dueño absoluto de aquellos parajes; pero su poder no se ejercía de igual modo en Palestina, en donde se le reservaba un puesto más o menos destacado en la jerarquía de los dioses. Obligados a vivir en Canaán, se creían en el deber de honrar a los dioses de la tierra con el fin de atraerse su favor y benevolencia (3,7; 10,6). Este sincretismo religioso desagradó a Yahvé, y en castigo los entregó en manos de pueblos nómadas de la tierra. En el v.12 se halla resumida toda la filosofía religiosa del Deuteronomio: abandono del Dios de los antepasados, idolatría, ira de Yahvé, que se manifestará con el castigo pertinente (Deut 6,10-15). Baal y Astarté eran los dos dioses principales del panteón cananeo. Simbolizaban las fuerzas de la naturaleza: Baal, la tempestad; Astarté, el cielo.

Los jueces y su misión (2,16-19)

**16 Yahvé suscitó jueces, que los libraron de los salteadores;
17 pero, desobedeciendo también a los jueces, se prostituyeron,
yéndose detrás de dioses extraños, y los adoraron, apartándose
bien pronto del camino que habían seguido sus padres, obedeciendo los preceptos de Yahvé; no hicieron ellos así. 18 Cuando
Yahvé les suscitaba un juez, estaba con él y los libraba de la
opresión de sus enemigos durante la vida del juez, porque se
compadecía Yahvé de sus gemidos, a causa de los que los
oprimían y los vejaban. 19 En muriendo el juez, volvían a
corromperse, más todavía que sus padres, yéndose tras de los**

**dioses extraños para servirlos y adorarlos, sin dejar de cometer
sus crímenes, y persistían en sus caminos.**

La adversidad hizo reflexionar a los hijos de Israel, dándoles a entender que habían pecado gravemente al abandonar a Dios y desechar sus mandamientos. La historia del pasado les advertía que sus padres fueron fuertes cuando Dios estaba con ellos y de que fracasaban en sus empresas cuando se volvían contra El. Además, en toda la historia de Israel se hallan pruebas de la bondad y benevolencia divinas, que perdona al pecador arrepentido. Acogiéndose a esta misericordia divina, hicieron penitencia y clamaron al Señor. Dios les suscitó jueces, cuya misión era doble: libertarles del enemigo y enseñarles el cumplimiento de sus deberes religiosos. Pero a la muerte del juez, y aun en vida, volvieron a las andadas, prostituyéndose a los ídolos. Este último verbo fue muy usado por los profetas después de Oseas para estigmatizar a Israel (Os c.1 y 2; Is 1,21; Ez 16,16; Deut 31,16).

Permanencia de los pueblos paganos en Palestina (2,20-23)

**20 Encendióse la cólera de Yahvé contra Israel, y dijo: «Pues
que este pueblo ha roto el pacto que yo había establecido con
sus padres y no me obedece, 21 tampoco seguiré yo arrojando
de ante ellos a ninguno de los pueblos que dejara Josué al morir, 22 para por ellos poner a Israel a prueba, si seguiría o no
los caminos de Yahvé, andando por ellos como sus padres».
23 Y Yahvé dejó en paz, sin apresurarse a expulsarlos, a aquellos
pueblos que no había entregado en manos de Josué.**

Diversas razones se dan para explicar la permanencia de los pueblos indígenas en la tierra asignada por Dios a Israel. Una de ellas es porque los israelitas rompieron el pacto que hizo Dios con sus padres y no le obedecían (Deut 17,2); en castigo, no les ayudará en adelante para limpiar la tierra de los enemigos que dejara Josué. ¿Por qué razón Josué dejó subsistir estos pueblos? La respuesta se da en 3,1. Otra razón se da en los v.22-23, que, según Lagrange, son una glosa a modo de pequeño comentario surgido por la siguiente objeción: ¿Por qué Dios no arrojó a los cananeos en tiempo de Josué, ya que entonces el pueblo se mantenía fiel al pacto de la alianza?

Israel puesto a prueba por los pueblos paganos (3,1-6)

**1 He aquí los pueblos que dejó Yahvé para probar por ellos
a Israel, a cuantos no conocieron las guerras de Canaán; 2 sólo
para probar a las generaciones de los hijos de Israel, acostumbrando a la guerra a los que no la habían hecho antes: 3 cinco
príncipes de los filisteos; todos los cananeos; los sidonios, y
los jeteos que habitan el monte Líbano, desde el monte Baal
Hermón hasta la entrada de Jamat. 4 Estos pueblos habían
de servir para por ellos probar a Israel y saber si obedecería**

los mandatos que Yahvé había dado a sus padres por medio de Moisés. 5 Los hijos de Israel habitaban en medio de los cananeos, de los jeteos, de los amorreos, de los fereceos, de los jeveos y de los jebuseos. 6 Tomaron por mujeres a las hijas de éstos y dieron a los hijos de ellos las hijas propias y sirvieron a sus dioses.

Sin querer entrar en el carácter complejo de esta perícopa, vemos que el autor trata de esclarecer o explicar la conducta de Dios con relación a su pueblo. La presencia de naciones extranjeras en el territorio tiene una doble finalidad: religiosa (v.4) y militar (v.1-2). Israel estaba rodeado de enemigos externos (v.3) e internos (v.5). En vez de luchar contra estos enemigos pactó con ellos (2,1-2) y se unió a los mismos por medio de matrimonios, lo que estaba severamente prohibido (Ex 34,15-16; Deut 7,2-4; Jos 23,12-13).

Segunda parte

HISTORIA ANECDOTICA

El primer juez: Otoniel (3,7-11)

7 Hicieron el mal los hijos de Israel a los ojos de Yahvé, y, olvidándose de Yahvé, su Dios, sirvieron a los baales y aseras. 8 Encendióse la cólera de Yahvé contra Israel y los entregó a manos de Cusán Risataím, rey de Edom, y los hijos de Israel sirvieron a Cusán Risataím ocho años. 9 Clamaron a Yahvé los hijos de Israel, y suscitó Yahvé a los hijos de Israel un libertador, que los libertó: Otoniel, hijo de Quenaz, el hermano menor de Caleb. 10 Vino sobre él el espíritu de Yahvé, y juzgó a Israel y salió a hacer la guerra. Puso Yahvé en sus manos a Cusán Risataím, rey de Edom, y pesó su mano sobre Cusán Risataím; 11 y estuvo en paz la tierra durante cuarenta años, y murió Otoniel, hijo de Quenaz.

La tesis religiosa propuesta por el autor en la introducción que precede viene confirmada con la mención de algunos hechos históricos significativos, que afectaban o bien a un clan, o a una o más tribus, raramente a toda la nación. Los hijos de Israel, más concretamente las tribus de Judá y Simeón, se entregaron al culto de los baales y aseras, lo cual desagradó a Yahvé, entregándolos al rey de Edom (no Aram, como dice el texto masorético, por la confusión de *d* en *r*). Cree H. Hansler que Cusán Risataím es el rey de Mitanni Fusratta [1].

Al clamor de los hijos de Israel, Dios les suscitó un libertador en la persona (o clan) de Otoniel (1,13; Jos 15,17), que derrotó a Cusán Risataím («doblemente malo»). Se ignora quién fuera este reyezuelo; se presume que su nombre primitivo fuera desfigurado

[1] *Der historische Hintergrund von Richter 3,8-10:* B 11 (1930) 391-418; A. Malamat, *Cushan Rishataim and the Decline of the Near East around 1200 B. C.:* JNES 13 (1954) 231-241. Según Malamat, Cushan es el sirio Yarsu, que sometió Palestina y Egipto a fines del siglo XIII a.C.

intencionadamente por el autor o tradición popular (Jer 50,21; Mal 1,4). Era rey de Edom, población nómada emparentada con Abraham por Quetura (Gén 25,2.6) y que habitaba en el extremo meridional del mar Muerto. Por Habacuc 3,7 sabemos que estaba emparentado con Madián. El redactor deuteronomista conocía por la tradición o por documentos escritos el caso de Otoniel y lo puso en primer término, acaso por pertenecer a la tribu de Judá (Gén 15, 19; Jos 14,6), por la cual siente una predilección particular.

El benjaminita Aod (3,12-15) [2]

12 Volvieron otra vez a hacer mal los hijos de Israel a los ojos de Yahvé. Y Yahvé hizo fuerte a Eglón, rey de Moab, contra los hijos de Israel, porque hacían el mal a los ojos de Yahvé. 13 Eglón se unió con los hijos de Amón y con Amalec, y marchó contra Israel, le derrotó y conquistó la ciudad de Tamarín; 14 y sirvieron los hijos de Israel a Eglón, rey de Moab, dieciocho años. 15 Clamaron los hijos de Israel a Yahvé, y Yahvé les suscitó un libertador: Aod, hijo de Guera, benjaminita, zurdo. Los hijos de Israel enviaron por medio de él un presente a Eglón, rey de Moab.

A consecuencia de la victoria de Otoniel «estuvo en paz la tierra durante cuarenta años», fórmula estereotipada que se encuentra en 3,20; 5,31; 8,28; Jos 11,23; 14,15. También prevaricaron contra Dios los hijos de Benjamín. En castigo, Dios permitió a Eglón, rey de Moab, que atacara y conquistara lo que un tiempo fuera ciudad de Jericó. La ciudad no se reedificó hasta más tarde (1 Re 16, 34), pero los benjaminitas habitaban en el oasis de Jericó (2 Sam 10,5), desde donde dominaban toda la llanura hasta el Jordán y las estribaciones de los montes de Efraím. Moab, que habitaba enfrente, al otro lado del río, atisbaba aquel oasis y le asaltaba la tentación de vadear el Jordán y anexionar aquella tierra privilegiada a sus dominios. Eglón sucumbió a esta tentación, y con la ayuda de los amonitas y tropas mercenarias de origen amalecita pasó el Jordán y se apoderó de la ciudad de Tamarín o «de las Palmeras». Según Vincent, existen dos versiones de este relato. En la primera se supone que Eglón residía al otro lado del Jordán, en territorio moabita (v.19 y 26), mientras que en la segunda versión se sitúa la escena al oeste del Jordán, probablemente en Jericó (v.28). Los benjaminitas estuvieron dieciocho años sujetos a Eglón, a quien pagaban tributo. Al hacer penitencia, Dios les suscitó un libertador en la persona de Aod, del cual se dice, como introducción a la perícopa siguiente, que era zurdo (20,16). Aod pertenecía al clan de Guera, de la tribu de Benjamín (Gén 46,21; 2 Sam 16,5).

Asesinato de Eglón (3,16-30)

16 Habíase hecho Aod un puñal de dos filos de un palmo de largo, que se ciñó bajo sus vestidos, sobre el muslo derecho. 17 Presentó los dones a Eglón, rey de Moab, que era un hombre

[2] E. G. H. Kraeling, *Difficulties in the Story of Ehud:* JBL 54 (1935) 205-210.

**muy gordo; 18 y, hecha la presentación, despidió a los que ha-
bían traído el presente. 19 Llegado a Happesilim, cerca de
Gálgala, se volvió y le dijo: «Tengo que decirte, ¡oh rey!, una
cosa en secreto». El dijo: «Salid»; y se salieron todos los que
estaban con él. 20 Entró donde estaba él tomando el fresco en
el cenador alto, que era sólo para él, y le dijo: «Tengo que
comunicarte una palabra de parte de Dios, ¡oh rey!» Eglón se
levantó de su silla; 21 y entonces Aod, cogiendo con su mano
izquierda el puñal que sobre el muslo derecho llevaba, se lo
clavó en el vientre, 22 entrándole también el puño tras la hoja y
cerrándose la gordura en derredor de la hoja, pues no sacó del
vientre el puñal; y saltando por la ventana, 23 salió Aod al pór-
tico, cerrando tras sí las puertas del cenador y echando el
cerrojo. 24 Una vez que hubo salido, vinieron los servidores
y, viendo que las puertas del cenador tenían echado el cerrojo,
se dijeron: «Seguramente está haciendo alguna necesidad en el
cubículo de verano». 25 Esperaron mucho tiempo, hasta perder
la paciencia, y, como las puertas del cenáculo alto no se abrían,
cogieron la llave y abrieron, viendo que su amo yacía en tierra
muerto. 26 Mientras estaban ellos perplejos, huyó velozmente
Aod, pasó de Happesilim y se puso en salvo en Seirat. 27 En
cuanto llegó a la tierra de Israel, hizo tocar las trompetas en el
monte de Efraím. Los hijos de Israel bajaron con él de la mon-
taña, y él se puso al frente de ellos 28 y les dijo: «Seguidme, que
Yahvé ha entregado en vuestras manos a vuestros enemigos
los moabitas». Bajaron tras él y se apoderaron de los vados
del Jordán, frente a Moab, sin dejar pasar a nadie. 29 Derro-
taron entonces a Moab. De unos diez mil hombres, todos
robustos y valientes, no escapó uno solo. 30 Aquel día quedó
Moab humillado bajo la mano de Israel; y la tierra quedó
en paz durante ochenta años, mientras vivió Aod.**

Aod presidía la embajada encargada de llevar el tributo anual a Eglón. Por el hecho de intervenir en esta acción varias personas, puede suponerse que este tributo, consistente principalmente en ganado, era crecido. El autor sagrado consigna el relato brutal, pero pintoresco y realista, con que una antigua tradición diseñaba la hazaña de Aod. En todo este relato domina la despreocupación por el carácter moral de la empresa; el autor sagrado únicamente ve en la persona de Aod al instrumento de que se sirvió Yahvé para salvar a su pueblo. No le alaba ni tampoco lo vitupera, conducta que debemos seguir también nosotros. Los antiguos pueblos tenían respeto por los dioses de los pueblos vecinos (2 Re 1,2; 8,10).

Cometido su crimen, Aod hizo tocar las trompetas; ante el anuncio de la muerte del rey opresor, la gente de la montaña se abalanzó sobre la llanura y se apoderó de los tres vados del Jordán (Jos 2,7), frente a Jericó, cortando de este modo la retirada de los moabitas. Con una cifra de tipo redaccional se quiere indicar que fueron muchos los moabitas que perdieron la vida en esta acción. La paz se aseguró por dos generaciones, es decir, ochenta años.

Samgar (3,31)

31 Después de Aod, Samgar, hijo de Anat, derrotó a seiscientos filisteos con una aijada de bueyes, libertando también él a Israel.

La inserción de Samgar en el v.31 presenta algunas dificultades. En algunas versiones antiguas, esta noticia sobre Samgar se coloca después de 16,31. Según 4,1, la historia de Débora sigue inmediatamente a la de Aod. La mención de los filisteos da a entender que la acción de Samgar tuvo lugar al final del período de los jueces. Es posible que el motivo de ocupar el sitio actual se deba al plan de seguir un orden geográfico, o por razón de hablarse de un Samgar en 5,6, opresor de Israel. Lagrange identifica a Samgar con Sama, hijo de Ela, jaradita (2 Sam 23,11), que se enfrentó con los filisteos, en cuyo caso «nuestra historia, dice él, llevaría el sello de una de las tradiciones más antiguas del tiempo de David», que el redactor deuteronomista recogió para convertir en un juez a su héroe, como hizo con Otoniel. Desnoyers rechaza esta identificación. Debe también notarse que ninguno de los dos nombres (Samgar, Anat) son israelitas, figurando en la literatura babilónica y en los textos de Nuzi con la forma Simigari. Anat es una divinidad cananea, de que se habla en Ras Shamra.

Débora y Barac (c.4-5)

Su historia se ha conservado en dos tradiciones o documentos, uno en prosa (c.4) y otro en poesía (c.5), que un redactor yuxtapuso. El relato en prosa se caracteriza por su preocupación religiosa y por contener varios detalles circunstanciales, sobre todo de orden topográfico. El cántico de Débora se propone celebrar con preferencia la gloria de Yahvé y de sus soldados los israelitas e invitar al pueblo a combatir las batallas de Yahvé. Se considera a este poema como muy antiguo, probablemente contemporáneo de los hechos, y por lo mismo, de gran valor histórico.

Escenario de la batalla [1]

Los cananeos mantenían sólidamente su dominio sobre la fértil planicie de Esdrelón, que defendían con sus carros de combate, ante los cuales se inutilizaban las armas rudimentarias de Israel. Una red de ciudades fortificadas defendía sus accesos. Por el sur, Tanac, Megiddo, Yeblam y Yoqnam cerraban el paso a la tribu de Efraím; Betsán era un fuerte baluarte contra las tribus transjordánicas; Quetrom y Nalol la protegían de las incursiones del norte, y Acre, Dor y Jaroset se oponían a un posible ataque por mar. Desde las montañas de Galilea, Zabulón y Neftalí contemplaban aquellas tierras de pan llevar, lo que hacía también Efraím desde la ex-

1 V. Vilar Hueso, *La batalla del Quisón y su problema cronológico (Ju-4-5)*: «Miscelánea Bíblica A. Fernández», EE 34 (1960) 531-536.

tremidad del macizo central. Aquellas tierras rompían la continuidad territorial entre las tribus del norte y del centro de Palestina. Por mucho tiempo, las tribus israelíticas que tenían derechos sobre la llanura se resignaron a mantener buenas relaciones con los habitantes de la misma. Los israelitas bajaban de las montañas y ofrecían sus servicios como agricultores; empleábanse como conductores de caravanas e iban a las ciudades cananeas a vender y entrecambiar sus productos. Este contacto amigable con los paganos tuvo consecuencias desastrosas desde el punto de vista religioso y moral, debilitando en ellos el recuerdo de la alianza con Yahvé. En consecuencia, cuando los cananeos, alarmados por la pujanza de los israelitas en su territorio, determinaron reducirlos, Yahvé se desentendió de ellos, permitiendo que les oprimieran durante veinte años.

Los jefes enemigos (4,1-3)

**1 Muerto Aod, volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los
ojos de Yahvé, 2 y los entregó Yahvé en mano de Jabín, rey
de Canaán, que reinaba en Jasor y tenía por jefe de su ejército
a Sísara, que residía en Jaroset Goím. 3 Clamaron los hijos de
Israel a Yahvé, pues tenían aquéllos novecientos carros de
hierro y desde hacía veinte años oprimían duramente a los
hijos de Israel.**

Se mencionan dos personajes: Jabín y Sísara. Se habla en Jos 11, 1-13 de un rey de nombre Jabín que fue muerto por Josué y su ciudad completamente destruida. No hay inconveniente alguno en admitir la existencia en el mismo reino de dos o más soberanos con el mismo nombre. La dificultad radica en otras circunstancias: 1) Jabín era rey de Jasor, ciudad situada al norte del lago de Genesaret y al sur de Cades de Neftalí. 2) Se dice en el texto que «era rey de Canaán», lo cual contradice al hecho de que nunca hubo entre los indígenas de Palestina unidad política. 3) Durante el conflicto armado, Jabín permanece inactivo, mientras recae sobre Sísara el peso de la batalla. Sísara habitaba en Jaroset Goím, junto al torrente Cisón y a pocos kilómetros de la actual ciudad de Jaifa. Quizá más que nombre de ciudad es posible que Jaroset Goím designe el terreno de Galilea cubierto de bosques (*horesh* = pequeño bosque). A la primera dificultad no se ha presentado todavía solución definitiva alguna. Algunos autores sugieren la eliminación de Jasor, con lo cual figuraría Jabín como rey de Jaroset Goím (LAGRANGE). En cuanto a la segunda, no debe traducirse necesariamente la frase por «rey de Canaán», sino «rey en Canaán»; es decir, uno de tantos reyezuelos que existían entonces en Canaán. En cuanto a la aparente ausencia de Jabín del campo de batalla, se explica porque en aquellos tiempos algunos reyes no intervenían directamente en la dirección de las batallas, que confiaban a algunos generales de su confianza. No se excluye, sin embargo, la inserción de Jabín por influencia de Jos 11,1-13. Quizá en el v.2 se decía que Dios entregó a los israelitas en manos de Sísara.

Débora y Barac (4,4-10)

**4 Juzgaba en aquel tiempo a Israel Débora, profetisa, mujer
de Lapidot. 5 Sentábase para juzgar debajo de la palmera de
Débora, entre Rama y Bétel, en el monte de Efraím; y los
hijos de Israel iban a ella a pedir justicia. 6 Mandó llamar
Débora a Barac, hijo de Abinoam, de Cades, de Neftalí, y le
dijo: «¿No te manda Yahvé, Dios de Israel? Ve a ocupar el
monte Tabor y lleva contigo diez mil hombres de los hijos
de Neftalí y de los de Zabulón. 7 Yo te traeré allí, al torrente
de Cisón, a Sísara, jefe del ejército de Jabín, y a sus carros y
sus tropas, y los pondré en tus manos». 8 Díjole Barac: «Si
vienes tú conmigo, voy; si no vienes tú, no voy. Porque yo no
sé en qué día el ángel de Yahvé me dará el éxito». 9 Ella le
contestó: «Iré, sí, iré contigo; porque ya no será gloria tuya la
expedición que vas a emprender, porque a mano de una
mujer entregará Yahvé a Sísara». Levantóse Débora y se fue
con Barac a Cades. 10 Convocó Barac a Zabulón y Neftalí
y subió con diez mil hombres, subiendo también con él Débora.**

Indica el texto que Débora (*abeja*) era profetisa, como lo fueron otras mujeres en Israel (Ex 15,20; 2 Re 22,14). Sentada debajo de una palmera—que no debe confundirse con la encina bajo la cual fue sepultada otra Débora (Gén 35,8)—, al aire libre y junto a la puerta de su casa, recibía las consultas y solucionaba los pleitos en Israel (2 Sam 15,2ss). Esta palmera convirtióse más tarde en lugar de culto idolátrico.

La situación de las tribus del norte conmovió a Débora, la cual se comprometió a remediarla. Considerando su condición de mujer, confió la dirección del ejército a Barac (*relámpago*). Era éste natural de Cades de Neftalí (Jos 12,22; 19,37), no lejos de Jasor, y había tenido que sufrir de parte de los cananeos (5,12). Al ser llamado por Débora, púsose en camino, salvando los 130 kilómetros que hay en línea recta entre Cades de Neftalí y el lugar donde se encontraba Débora, situado entre Rama y Bétel. Barac aceptó la misión con tal de que Débora le acompañara en esta empresa, con el fin de asegurarse la protección divina y poder contar con la colaboración activa de las tribus del centro. El plan militar ideado por Débora consistía en reunir tropas en el monte Tabor, mientras las tribus del centro atacarían al enemigo por el sur, tratando de atraerlo hacia el torrente Cisón. De este modo el cananeo se encontraría entre dos frentes. Débora y Barac marcharon hacia Cades y reunieron un ejército de diez mil hombres (cifra redonda) sobre el Tabor, lugar donde confluían los límites de las tribus de Neftalí, Zabulón e Isacar (Jos 19,12.22.34). En la poesía bíblica el Tabor es asociado al Hermón y al Carmelo (Jer 46,18; Sal 89,12).

Jeber el quinita (4,11)

11 Jeber el quineo se había separado de los otros quineos, hijos de Jobab, suegro de Moisés, y había plantado sus tiendas en el encinar de Besananim, cerca de Cades.

El clan de Jeber (Gén 15,19) vivía separado del grueso de los quinitas, que habitaban el mediodía de Palestina (1,16; 1 Sam 27,10) y cohabitaban con los cananeos junto al encinar de Besananim (Jos 19,33), cerca de Cades, no lejos de Megiddo. Aunque aparentemente vivía en paz con los cananeos, sin embargo se sentía unido a la suerte de los israelitas, con los cuales existían lazos familiares.

Derrota de Sísara (4,12-16)

12 Hicieron saber a Sísara que Barac, hijo de Abinoam, subía al monte Tabor; 13 y Sísara reunió todos sus carros, novecientos carros de hierro, y todo el ejército de que disponía, y salió de Jaroset Goím al torrente de Cisón. 14 Dijo entonces Débora a Barac: «Anda, que hoy es el día en que Yahvé entrega a Sísara en tus manos. ¿No va él delante de ti?» 15 Bajó Barac del monte Tabor con los diez mil hombres que llevaba, y puso Yahvé en fuga a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército ante Barac. Sísara se bajó de su carro y huyó a pie. 16 Barac persiguió con su infantería a los carros y al ejército hasta Jaroset Goím, y todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, sin que quedara ni un solo hombre.

Según 5,14-15, fueron seis las tribus que respondieron al llamamiento de Débora: Zabulón, Neftalí e Isacar, del norte; Efraím, Benjamín y Maquir, clan importante de Manasés, del centro. Al tener Sísara noticias de la concentración de tropas en el Tabor salió al encuentro de los israelitas. Barac desciende del Tabor, ataca al ejército de Sísara y lo desbarata a filo de espada, dice el texto masorético. Pero no fueron las espadas de los israelitas las que sembraron el pánico en el ejército enemigo, sino una lluvia torrencial (5,20) que desencadenó Dios providencialmente sobre la llanura y montes adyacentes, cuyos efectos fueron favorables a los israelitas y desastrosos para el ejército de Sísara (5,21). En efecto, con la lluvia caída en la llanura y sobre los montes aumentó considerablemente el caudal de los torrentes que desembocan en la planicie, convirtiendo la tierra en un barrizal impracticable. El Cisón, que recibió toda aquella agua, salió de madre, inundando todas sus inmediaciones. Sísara, que tenía puesta su confianza en los carros de combate, contempló aterrado cómo éstos se hundían en el barro y cómo la tierra cedía al peso de los caballos, inmovilizándolos. La expresión *sin que quedara ni un solo hombre* (v.16) es hiperbólica.

Alevosía de Jael (4,17-24)

17 Sísara huyó a pie a la tienda de Jael, la mujer de Jeber el quineo, pues había paz entre Jabín, rey de Jasor, y la casa de Jeber el quineo. 18 Salió Jael al encuentro de Sísara y le dijo:

«Entra, señor mío; entra en mi casa y no temas». Entró él en la tienda, y ella le tapó con una alfombra. 19 Díjole él: «Dame, por favor, un poco de agua, que tengo sed». Y sacando ella el odre de la leche, le dio a beber y volvió a cubrirle. 20 Díjole él: «Estáte a la puerta de la tienda, y si viene alguno preguntando si hay aquí algún hombre, dile que no». 21 Cogió Jael, mujer de Jeber, un clavo de los de fijar la tienda, y, tomando en su mano un martillo, se acercó a él calladamente y le clavó en la sien el clavo, que penetró en la tierra; y él, que estaba profundamente dormido, desfalleció y murió. 22 Llegó entonces Barac, que iba persiguiendo a Sísara. Jael salió a su encuentro y le dijo: «Ven que te enseñe al hombre a quien vienes buscando». Entró y halló a Sísara en tierra muerto, clavado el clavo en la sien. 23 Aquel día humilló Yahvé a Jabín, rey de Canaán, ante los hijos de Israel, 24 y la mano de los hijos de Israel pesó cada vez más sobre Jabín, rey de Canaán, hasta que le destruyeron.

Sísara buscó la salvación en la tienda de Jael, la mujer de Jeber el quineo (Núm 24,22ss). Ya hemos indicado (v.11) que Jeber vivía en Cades, en la falda del Carmelo y frente a Jaroset Goím. No se debe confundir con Cades de Neftalí, patria de Barac, al norte del lago Hule. Es posible que Sísara se dirigiera directamente a la tienda de Jael; toda esposa de categoría tenía su tienda particular (Gén 31,33). Por las palabras de Jael se deduce que Sísara se mostraba receloso del lugar y no tenía intención de parar allí. Al pedirle un poco de agua, le alargó Jael el odre de la leche (Jos 9, 4.13), o *leben*, leche agria, tan común aún hoy día entre los beduinos de Palestina y Transjordania, y le tapó de nuevo. Sísara se creía ya a salvo, calculando que los enemigos no se atreverían a penetrar en la tienda de una mujer y que ésta no violaría los sagrados deberes de la hospitalidad. Pero se engañó en sus cálculos. Unos traducen el v.21: «Se acercó a él en secreto, le hundió el clavo en la sien, precipitándose en el suelo» (Tamisier, Desnoyers). Otros prefieren la lección del códice A de los LXX, según la cual el cuerpo de Sísara se agitó convulsivamente sobre sus rodillas, cayó sin fuerzas y murió (Lagrange, Vincent).

Es difícil justificar moralmente la acción de Jael, que presenta todas las características de una traición y una transgresión inaudita de los deberes de la hospitalidad. El autor del relato no juzga de la moralidad del acto; se limita a exponer los efectos buenos que se siguieron de la acción. Hallamos en la acción de Jael un exponente de la moral rudimentaria de aquellos remotos tiempos.

Cántico triunfal de Débora (5,1-32)

El llamado cántico de Débora, por su ímpetu lírico y atractivo poético, por su antigüedad y energía de lenguaje, por haber sido compuesto bajo la impresión inmediata de los acontecimientos, tiene un valor histórico y literario de primer orden. Dícese en el texto que lo cantaron conjuntamente Débora y Barac. Es muy probable que ni uno ni otro compusieran este cántico, que se debe a un poeta desconocido, que lo compuso para celebrar la hazaña gloriosa de

la profetisa (LAGRANGE, NÖTSCHER). El texto se ha conservado en muy mal estado debido a la circunstancia de haber sido retransmitido oralmente durante mucho tiempo antes de fijarse por escrito. La lengua conserva algunos matices dialectales del norte, lo que puede explicarse por los retoques y cambios introducidos en época tardía al texto primitivo. Modernamente lo ha estudiado, teniendo en cuenta las leyes de la métrica hebraica, Otto Grether [1]. En cuanto a los datos que figuran en esta pieza poética, deben interpretarse a la luz de los que se refieren en el relato en prosa (c.4), teniendo además en cuenta el género literario poético [2].

Primera estrofa: Yahvé vuela hacia el campo de batalla (5,1-5)

1 Aquel día cantaron Débora y Barac, hijo de Abinoam, este canto:
2 «Los príncipes de Israel al frente,
ofrecióse el pueblo al peligro.
Bendecid a Yahvé.
3 Oíd, reyes; dadme oído, príncipes.
Yo, yo cantaré a Yahvé.
Yo cantaré a Yahvé, Dios de Israel.
4 Cuando tú, ¡oh Yahvé!, salías de Seír,
cuando subías desde los campos de Edom,
tembló ante ti la tierra,
destilaron los cielos,
y las nubes se deshicieron en agua.
5 Derritiéronse los montes a la presencia de Yahvé,
a la presencia de Yahvé, Dios de Israel.

Las dos primeras palabras del cántico (v.2) se interpretan diversamente. Unos las derivan de *para'*, «dejar crecer la cabellera» (Núm 5, 18; 6,5; Ez 44,20), y entonces el autor haría alusión al voto de los guerreros de dejar crecer su cabellera hasta el día de la victoria (LODS, 353). Una cabellera larga mecida por el viento indicaba prosperidad y libertad (Deut 32,42; 2 Sam 14,26) o duelo (Jer 41,5) [3].

Débora habla de reyes en plural. No habiendo todavía rey en Israel (1,1), se presume que alude a los reyes extranjeros. Se describe cómo Yahvé viene de Seír (Deut 2,4ss) en ayuda de Israel, conforme a la antigua creencia de que Yahvé habitaba especialmente en

[1] *Das Deborahlied* (Gütersloh 1941).

[2] Véase A. FERNÁNDEZ, *La oda triunfal de Débora:* «Estudios Eclesiásticos», 15 (1936) 5-46; P. RIESSLER, *Zum Deborahlied:* «Biblische Zeitschrift», 7 (1909) 260-278; G. GERLEMAN, *The Song of Deborah in the Light of Stylistics:* «Vetus Testamentum», 1 (1951) 168-180; P. ACKROYD, *The Composition of the Song of Deborah:* VT 2 (1952) 160-162; W. F. ALBRIGHT, *The Song of Deborah in the Light of Archaeology:* BASOR 62 (1936) 26-31; 78 (1940) 7-9; J. BLENKINSOPP, *Ballad Style and Psalm Style in the Song of Deborah. A Discussion:* B 42 (1961) 61-76; R. M. ENGBERT, *Historical Analysis of Archaeological Evidence: Megiddo and the Song of Deborah:* BASOR 78 (1940) 4-7; B. L. GODDARD, *The Critic and Deborah's Song:* «Westminster Theol. Journal», 3 (1941) 91-113; T. PIATTI, *Una nuova interpretazione metrica testuale, esegetica del Cantico di Debora:* B 27 (1946) 65-106.161-209; C. RABIN, *Judges V, 2 and the Ideology of Deborah's War:* JsT 6 (1955) 125-134; J. SCHREINER, *Textformen und Urtext des Deborahliedes in der Septuaginta:* B 42 (1961) 173-200; A. WEISER, *Das Deborahlied:* ZAW 71 (1956) 67-97.

[3] LAGRANGE, NÖTSCHER: «Wenn das Haupthaar frei wachst in Israel». «Quand en Israel on laisse flotter les chevelures» (DHORME).

el Sinaí (Deut 33,2.6; Sal 68,8-9), desde donde dominaba sobre toda la tierra. Seír designa la región de Edom (Gén 32,4; 36,8; 1 Re c.19; Hab 3,3; Sal 68,8-9). La tempestad y conmoción de los elementos denotan la presencia de Yahvé (Ex 19,15-18; Jue 4,14; 2 Sam 22, 8-16; 1 Re 19,11).

Segunda estrofa: la opresión (5,6-8)

6 En los días de Samgar, hijo de Anat; en los días de Jael,
estaban desiertos los caminos;
los que antes andaban por caminos trillados,
íbanse por senderos desviados;
7 desiertos estaban los lugares indefensos,
desiertos en Israel,
hasta que me levanté yo,
hasta que me levanté yo, madre en Israel.
8 A las puertas estaba la guerra;
y no se veía ni un escudo ni una lanza
entre los cuarenta mil de Israel.

La situación de las tribus del norte era desesperada en los días que precedieron al levantamiento de Débora. El comercio y el tráfico estaban paralizados por la inseguridad en las vías de comunicación (v.6). Los que se aventuraban a salir lo hacían por senderos desviados, huyendo del camino trillado en donde les acechaba el robo y la muerte (Lam 1,4; Sof 3,6). Los cananeos poseían los puestos claves para el desenvolvimiento económico de Israel.

Samgar, hijo de Anat, es el gran juez de que se habló en 3,31; otros no admiten esta identificación, viendo en él un enemigo de los israelitas. La mención de Jael en el v.6 debe considerarse como una glosa. Jael sólo alcanzó fama después de la victoria. A Débora se la llama «madre en Israel», como a otros personajes famosos se les llamó «padres» (Gén 48,8; Is 22,21; Job 29,16) por su dignidad y operosidad en favor del pueblo. Según el texto masorético, las causas de este estado lastimoso deben achacarse a la idolatría del pueblo, a la penuria de armas y a la cobardía e impericia guerrera del mismo.

Tercera estrofa: alzamiento (5,9-12)

9 Se va mi corazón tras los príncipes de Israel.
Los que del pueblo os ofrecisteis al peligro,
bendecid a Yahvé.
10 Los que montáis blancas asnas,
los que os sentáis sobre tapices,
los que ya vais por los caminos, cantad.
El que fue lugar de rapiña,
es ya lugar de regocijo.
11 Cantad en él las justicias de Yahvé,
las justicias que ha hecho Yahvé,
a los lugares indefensos de Israel.
Entonces pudo ya el pueblo de Yahvé bajar a sus puertas.
12 Despierta, despierta, Débora,

Despierta, despierta, entona un canto.
Levántate, Barac;
apresa a los que te aprisionaban, hijo de Abinoam.

Débora levanta los ánimos de la multitud. A su grito acuden millares de hombres del pueblo (LXX). Las gentes obligadas a permanecer en casa salían a las encrucijadas de los caminos o se juntaban cabe una fuente para aclamar a los guerreros que marchaban al combate. Todos, sin excepción, los nobles («que montan blancas asnas», Gén 49,11; Núm 22,21), los magistrados («se sientan sobre tapices») y el pueblo humilde («los que van por los caminos»), comparten el mismo entusiasmo. Muchos ponen el v.12 entre el 8 y el 9.

Cuarta estrofa: los valientes (5,13-16a)

13 **Entonces vencieron los pequeños a los grandes;**
prevaleció el pueblo de Yahvé contra los fuertes.
14 **Los de Efraím los exterminaron en el valle.**
Detrás de ti (Débora) iba Benjamín con tu ejército.
De Maquir bajaron los jefes,
de Zabulón los capitanes;
15 **los príncipes de Isacar están con Débora.**
Barac se precipitó con los infantes en el valle.
En las filas de Rubén
hay grandes ansiedades de corazón.
16 **Y ¿por qué te quedaste en tus apriscos,**
oyendo las flautas de tus pastores?

Los cananeos con sus carros de combate son humillados y arrollados por el entusiasmo del pueblo de Yahvé desprovisto de armas. Efraím, Benjamín y el clan de Maquir, atacando por el sur, e Isacar, Zabulón y Neftalí por el norte, quitaron el oprobio de Israel, exterminando a los cananeos en el valle de Cisón. Las tribus del sur, Judá y Simeón, no participaron en la refriega por hallarse muy lejos del teatro de la guerra, y quizá por vivir algo separadas de las otras tribus (Gén c.38). En un principio Benjamín formaba parte de la «casa de José» (2 Sam 19,20), aliándose a la de Judá en tiempos de la monarquía. Los capitanes («los que llevan el bastón de mando», Gén 49,9; Am 1,5-8) de Zabulón iban al mando de soldados de su misma tribu. Maquir, hijo primogénito de Manasés (Jos 17,1-2), designa la fracción de Manasés establecida en Palestina en oposición a la otra mitad, que habitaba en Transjordania.

Quinta estrofa: los cobardes (5,16b-18)

16 **En las filas de Rubén**
hay grandes ansiedades de corazón.
17 **Galaad descansaba al otro lado del Jordán.**
Y Dan, ¿por qué se quedó junto a sus naves?

Aser, a orillas del mar, descansaba en sus puertos;
18 **pero Zabulón es un pueblo que ofrece su vida a la muerte.**
Lo mismo es también Neftalí desde lo alto de los campos.

Las tribus transjordánicas permanecieron al margen de la contienda; la tribu de Dan, que ya por aquel entonces había emigrado hacia el norte, en las fuentes del Jordán (Jue c.17-18), prestaba sus servicios en las naves de Tiro y Sidón, lo mismo que la tribu de Aser. Ningún reproche a la tribu de Leví ni a la de Judá y Simeón, quizá porque estas últimas vivían al mediodía de Palestina o porque estaban ocupadas en rechazar al cananeo de sus territorios. Sin embargo, Rubén no estaba más cerca del campo de operaciones. La conducta de las tribus que se negaron a intervenir es tanto más deplorable en cuanto que habían perdido el sentido de la solidaridad, prefiriendo sus negocios particulares al bien general de la nación.

Sexta estrofa: el combate (5,19-22)

19 **Vinieron los reyes, combatieron;**
lucharon entonces los reyes de Canaán
en Tanac, junto a las aguas de Megiddo.
No cogieron plata por botín.
20 **Desde los cielos combatieron las estrellas;**
desde sus órbitas combatieron las estrellas
contra Sísara.
21 **El torrente de Cisón los arrastró,**
el torrente de Cisón pisa los cadáveres de los fuertes.
22 **Entonces resonaron los cascos de los caballos**
en la veloz huida de los guerreros.
Maldecid a Meroc, dijo el ángel de Yahvé.

El centro de gravedad de la batalla fue Tanac, junto a las aguas de Megiddo, es decir, el *wadi Ledjun*, tributario del Cisón, que en el relato de la victoria de Tutmosis III en 1479 se llama *wadi Qyn*. El Cisón apenas lleva agua en verano; aumenta extraordinariamente su caudal durante la estación lluviosa, alimentado por los torrentes que desembocan en él. Atraviesa la llanura de Esdrelón en dirección hacia el Mediterráneo y es llamado hoy día *Nahr el-Mukatta*. Desemboca en el Mediterráneo al norte de Jaifa. No fueron ni los jefes de las tribus ni los soldados los artífices de la victoria, sino Yahvé, que puso en acción a todo el ejército de los cielos. Las estrellas combatieron desde lo alto de los cielos (2 Sam 5,22-24; 22,8-11; 1 Re 19,11), mandando un diluvio de agua sobre la llanura.

Séptima estrofa: Jael mata a Sísara (5,23-27)

23 **Maldecid, maldecid a sus habitantes,**
porque no cooperaron a la victoria de Yahvé,
a la ayuda de Yahvé a sus valientes.
24 **Bendita entre las mujeres Jael,**
mujer de Jeber el quineo;
bendita entre las mujeres de su tienda.

25 Le pidió agua, y ella le dio leche;
en el vaso de honor le sirvió leche;
26 cogió el clavo con la izquierda,
con la derecha el pesado martillo,
rompiéndole la cabeza.
Rompióle la cabeza,
le atravesó la sien.
27 El se retorció, cayó, yació,
a sus pies se retorció,
cayó donde se retorció,
allí mismo quedó exánime.

Se justifica algo la pasividad de los habitantes de Meroc por hallarse la ciudad situada a poca distancia de Cades de Neftalí, no lejos de Jasor, o en el camino que siguió Sísara en su fuga. La palabra *ángel* (v.22) puede ser una glosa para evitar una expresión antropomórfica. Se ha querido ver en Jael una figura de la Iglesia, que destruye el reino del pecado por la fe en Jesucristo.

Octava estrofa: angustia en casa de Sísara (5,28-32)

28 Mira por la ventana la madre de Sísara,
por entre las celosías, y grita:
¿Por qué tarda en venir su carro?
¿Por qué tardan en oírse los pasos de su cuadriga?
29 La más avisada de sus mujeres le contesta,
y ella repite las mismas palabras:
30 Seguramente está repartiendo los despojos,
una joven, dos jóvenes para cada uno,
un vestido, dos vestidos de varios colores para Sísara,
un vestido, dos vestidos bordados a su cuello.
31 Perezcan así todos los enemigos, ¡oh Yahvé!
Y sean los que te aman como el sol cuando nace con toda su fuerza».
32 La tierra estuvo en paz durante cuarenta años.

Las palabras de Débora rezuman desprecio e ironía. La madre de Sísara se impacienta por la tardanza de su hijo. Oteaba el horizonte para distinguir la silueta de su hijo aureolado con la corona de la victoria. Otras mujeres, esposas acaso de los reyes coligados o de los jefes del ejército, hallábanse en su compañía, la consolaban, alegando que era necesario largo tiempo para repartir el abundante botín de mujeres, vestidos y otros objetos.

Como se ha notado anteriormente, no figura el nombre de Jabín en todo el capítulo y sí el de Sísara, que aparece como el enemigo inmediato y único contra el cual luchan los israelitas. Después de la victoria, descansó Israel cuarenta años, es decir, el tiempo correspondiente a una generación (Sal 95,10; Ez 29,11.13).

Gedeón y Abimelec (c.6-9)

La historia de Gedeón y Abimelec se narra en los capítulos 6-9, con las siguientes divisiones: 1) pecado y penitencia de Israel, que sirve de introducción (6,1-10); 2) aparición del ángel de Yahvé a Gedeón y origen del santuario Yahvé-Salom (6,11-24); 3) segunda vocación de Gedeón y santuario de Jerobaal (6,25-32); 4) campaña de liberación (6,33-8,3); 5) Gedeón, vengador de sangre (8,4-21); 6) últimos días de Gedeón (8,22-35), y 7) Abimelec (c.9).

La composición literaria de esta historia es bastante compleja, y en ella distinguen los críticos, católicos y acatólicos, vestigios de dos o tres documentos yuxtapuestos y elaborados por un compilador. La vocación de Gedeón se narra dos veces (6,11-24 y 6,25-32); emprende dos campañas (7,1-8,3; 8,4-21); las tribus se convocan dos veces (6,35ss y 7,23ss). ¿Cómo explicar este fenómeno literario? Muchas son las hipótesis propuestas por autores acatólicos y católicos (Lagrange, Desnoyers, Cazelles, Tamisier). Cazelles [1] distingue tres piezas independientes (6,6-10; 12-24; 25-32) intercaladas en la leyenda o saga de Gedeón (6,2-5; 6,33-8,3; 8,24-35), y un relato histórico de la campaña de Gedeón contra Zebaj y Salmana y del corto reinado de Abimelec (8,4-21 y c.9). Desnoyers distingue dos narraciones principales: a) *Historia de Jerobaal*, conservada en parte en los fragmentos 6,25-32; 6,36-7,1; 7,22?; 7,23-8,3; 8,29. b) *Historia de Gedeón*, con adiciones y retoques, 6,11-24; 6,34-35; 7,2.21; 8,4-28. c) *Complementos redaccionales*, 6,1-6,7-10; 8,27-35. Según A. Vincent, la historia de Gedeón se basa sobre dos o tres documentos originales del reino del Norte, que ha utilizado un redactor deuteronomista.

El ambiente histórico revela que en este tiempo los israelitas habían pasado del estado nómada a la vida sedentaria, entregados a los trabajos de la agricultura. En cuanto a la situación religiosa, se percibe una apostasía casi general del yahvismo y una tendencia muy acentuada hacia los baales, los dioses que aseguran la fertilidad de los campos y la fecundidad de sus rebaños. Una minoría sigue fiel a Yahvé [2].

Los madianitas, enemigos de Israel (6,1-6)

1 Los hijos de Israel hicieron mal a los ojos de Yahvé, y
Yahvé los entregó en manos de Madián durante siete años.
2 La mano de Madián pesó fuertemente sobre Israel. Por
miedo de Madián se hicieron los hijos de Israel los antros que
hay en los montes, las cavernas y las alturas fortificadas. 3 Cuan-
do Israel había sembrado, subía Madián con Amalec y con los
Bene Quedem y marchaban contra ellos; 4 acampaban en
medio de Israel y devastaban los campos hasta cerca de Gaza,

[1] *Dict. de la Bible*, Suppl., *Juges* 1043.

[2] L. Alonso Schökel, *Heros Gedeon. De genere litterario et historicitate Jdc. 6-8*: VD 12 (1954) 3-20.65-76; C. F. Whitley, *The Source of the Gideon Stories*: VT 7 (1957) 157-164; W. Beyerlin, *Geschichte und Heilsgeschichtliche Traditionsbildung im Altem Testament*: VT 13 (1963) 1-25.

no dejando subsistencia alguna en Israel, ni ovejas, ni bueyes,
ni asnos, 5 pues subían con sus ganados y sus tiendas como una
nube de langostas. Ellos y sus camellos eran innumerables y
venían a la tierra para devastarla. 6 Israel vino a ser muy pobre
a causa de Madián, y los hijos de Israel clamaron a Yahvé.

Los descendientes de Madián (Gén 25,2-6) formaban un pueblo nómada (Gén 37,28-36; Is 60,6), que merodeaba con sus camellos en la península del Sinaí (Ex 2,15-22), en donde fueron derrotados por los israelitas (Núm c.31). En sus excursiones o *razzias* sobre Palestina se alió con Amalec (3,13) y con los Bene Quedem, o hijos de Oriente, bajo cuya denominación entraban las tribus semitas del desierto al este del río Jordán (Gén 29,1; Jue 7,12; 8,10; Ez 26,10; Job 1,3). Más que la conquista de territorios buscaban víveres y pastos para sus ganados [1].

A causa de sus pecados, los israelitas fueron entregados por Dios en manos de estos salteadores, sufriendo sus impertinencias durante siete años. Al acercarse el tiempo de la siega vadeaban el Jordán, acampaban en medio de Israel, penetrando profundamente en su territorio (hasta Gaza, dice con manifiesta exageración el texto hebraico). Como consecuencia, Israel se empobreció rápidamente, y el hambre les hizo recordar que sólo Yahvé podía salvarles.

Un profeta expone las causas de este castigo (6,7-10)

7 Cuando los hijos de Israel clamaron a Yahvé contra Ma-
dián, 8 Yahvé les envió un profeta, que les dijo: «Así habla
Yahvé, Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto y os saqué
de la servidumbre; 9 yo os libré de la mano de los egipcios y
de la mano de todos vuestros opresores; yo los arrojé ante vos-
otros y os di su tierra. 10 Entonces os dije: Yo soy Yahvé, vues-
tro Dios; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra
habitáis. Pero vosotros no habéis escuchado mi voz».

La fórmula empleada por el profeta es frecuente en la Escritura (1 Sam 2,27; 10,18; Jue 2,1; 6,13; Ex 20,2). Hace ver cómo Dios ha cumplido fielmente el compromiso de la Alianza; pero el pueblo ha hecho traición a su palabra de no tener otro Dios que a Yahvé, al temer y rendir culto a los dioses de la tierra. Falta en el texto la conclusión de este discurso, que se saca fácilmente de las premisas puestas (2,3; 10,13). La perícopa contiene expresiones deuteronómicas (amorreos, para designar la población de Canaán; casa de servidumbre: Deut 5,6; 6,12; 8,14).

Aparición del ángel de Yahvé a Gedeón (6,11-24)

11 Vino el ángel de Yahvé y se sentó bajo el terebinto de Ofra,
que era propiedad de Joás, abiezerita, cuando Gedeón, su hijo,
estaba batiendo el trigo en el lagar para esconderlo de Madián.
12 Apareciósele el ángel de Yahvé y le dijo: «Yahvé contigo, va-
liente héroe». 13 Gedeón le dijo: «Por favor, mi señor; si Yahvé

[1] H. J. PHILBY, *The Land of Madian* (Londres 1947).

está con nosotros, ¿por qué nos sucede todo esto? ¿Dónde están
todos los prodigios que nos contaron nuestros padres, diciendo:
Yahvé nos hizo subir de Egipto? Y ahora Yahvé nos ha aban-
donado y nos ha puesto en las manos de Madián». 14 El ángel
de Yahvé se volvió a él y le dijo: «Ve y, con esa fuerza que tú tie-
nes, libra a Israel de las manos de Madián; ¿no soy yo quien te
envía?» 15 Gedeón le dijo: «De gracia, Señor, ¿con qué voy a
libertar yo a Israel? Mi familia es la más débil de las de Mana-
sés, y yo soy el más pequeño de la casa de mi padre». 16 El án-
gel de Yahvé le dijo: «Yo estaré contigo y derrotarás a Madián
como si fuera un solo hombre». 17 Gedeón le dijo: «Si he halla-
do gracia a tus ojos, dame una señal de que eres tú quien me ha-
bla, 18 y no te vayas de aquí hasta que vuelva yo con una ofrenda
y te la presente». Y él le dijo: «Aquí me estaré hasta que tú
vuelvas». 19 Entróse Gedeón y preparó un cabrito, y con un «efá»
de harina hizo panes ácimos; y poniendo la carne en un cestillo
y el caldo en una olla, los llevó debajo del terebinto y se los
presentó. 20 El ángel de Yahvé le dijo: «Coge la carne y los áci-
mos, ponlos encima de aquella piedra y vierte sobre ellos el
caldo». Hízolo así Gedeón; y el ángel de Yahvé, 21 alzando el
báculo que en la mano tenía, tocó con la punta la carne y los
panes. Surgió en seguida fuego de la piedra, que consumió la
carne y los panes, y el ángel de Yahvé desapareció de su vista.
22 Viendo Gedeón que era el ángel de Yahvé, dijo: «¡Ay, Señor,
Yahvé! ¿Entonces he visto cara a cara al ángel de Yahvé?»
23 Díjole Yahvé: «La paz sea contigo; no temas, no morirás».
24 Gedeón alzó allí un altar a Yahvé y le llamó Yahvé Salom,
que todavía existe en Ofra de Abiezer.

Parece que el ángel debe identificarse con Yahvé mismo. De hecho, en los v.14.16.23 se habla solamente de Yahvé. Es muy probable que el vocablo ángel (v.11.12.20.21.22) se añadiera posteriormente para evitar una representación antropomórfica. La aparición fue en Ofra, lugar que debe buscarse entre el Tabor y Betsán (1,27) o en las cercanías de Siquem (NÖTSCHER), pero no en Ofra de Benjamín (Jos 18,23; 1 Sam 13,17). Joás era de la estirpe de Abiezer, descendiente de Manasés (Núm 26,30; Jos 17,2; 1 Crón 7,18). Gedeón batía el trigo a mano o con un bastón, no en la era pública, por temor a los madianitas, sino en el lagar. El saludo del ángel es un deseo, no una afirmación. Gedeón, en vez de examinar su propia conducta y la de su pueblo, culpa a Dios del estado de las cosas. En un principio creía Gedeón que hablaba con un profeta, y como a tal le ofrece lo que se daba a un huésped de honor; pero pronto duda de la naturaleza de aquel personaje. Para salir de dudas le pide una señal (Ex 4,1-9; 2 Re 20,8; Is 7,11). La ofrenda consistía en un cabrito cocido (13,15) y un *efá* (cerca de treinta y seis litros) de harina para hacer panes ácimos (Gén 19,3), que se cocían debajo de la ceniza o sobre piedras o planchas metálicas bien calientes. Lo que en un principio iba a ser una refección, se cambió, por obra del ángel de Yahvé, en un sacrificio de holocausto. El ángel tocó con la punta de su báculo (Núm 17,16-25) la carne y los panes, surgiendo de la piedra un fuego que los consumió. El fuego es manifestación de Yahvé (Deut 4,33.36). Tenemos aquí la con-

sagración de un santuario por el fuego divino (Lev 9,24; 1 Re 18,38; 2 Re 1,10) y una prueba del origen divino del mensaje y promesa de que Dios les asistirá. Gedeón temía morir por haber visto a Yahvé o su ángel (Gén 32,31; Ex 33,20; Deut 5,24; Jue 13,22), temor que se fundaba en el sentimiento de la indignidad humana frente a la omnipotencia y santidad divinas. El altar erigido por Gedeón se llamó Yahvé-Salom, Dios de paz (Gén 33,20; Ex 17,15; Jos 22,34) [2].

Gedeón destruye el altar de Baal (6,25-32)

25 Aquella misma noche le dijo Yahvé a Gedeón: «Coge el toro gordo de tu padre, el toro de siete años; derriba el altar de Baal que tiene tu padre y corta la asera que hay cerca, 26 y construye con la leña un altar a Yahvé, tu Dios, en lo alto de este fuerte; y tomando el toro segundo, lo ofreces en holocausto sobre la leña de la asera que cortarás». 27 Tomó, pues, Gedeón diez hombres de entre sus criados e hizo como le había mandado Yahvé; pero, como no se atreviese a hacerlo de día, por temor de la casa de su padre y de las gentes de la ciudad, lo hizo de noche. 28 Cuando, al levantarse a la mañana siguiente, las gentes de la ciudad vieron que el altar de Baal había sido destruido, cortada la asera que había cerca y el toro segundo ofrecido en holocausto sobre el altar construido, 29 se preguntaban unos a otros: «¿Quién ha hecho esto?» Inquirieron, buscaron, y alguien dijo: «Gedeón, el hijo de Joás, ha hecho esto». Entonces dijeron a Joás las gentes de la ciudad: 30 «Saca a tu hijo para que muera, pues ha derribado el altar de Baal y ha cortado la asera que estaba cerca». 31 Joás respondió a todos los que estaban delante de él: «¿Os toca a vosotros defender a Baal? ¿Sois vosotros los que le habéis de salvar a él? Quien tome partido por Baal será muerto hoy mismo. Si Baal es dios, que se defienda a sí mismo, ya que le han derribado su altar». 32 Aquel día dieron a Gedeón el nombre de Jerobaal, diciendo: «Que sea Baal quien se vengue de él, pues que ha derribado su altar».

Este relato es considerado por algunos como repetición, con circunstancias diferentes y autor distinto, del hecho consignado anteriormente (v.11-24). El v.25 del texto masorético no ofrece un sentido satisfactorio. Por de pronto, atendiendo al contexto (v.26 y 28) parece que debe suprimirse (en contra VACCARI y NÖTSCHER) la alusión a un segundo toro *(toma el toro joven que tiene tu padre, y el segundo toro, siete años)*, y la mención de sus años. Según esto, tendríamos la traducción: «Toma el toro gordo (texto de los LXX) de tu padre; derriba...» Fundándose en una corrección del texto hecha por Kittel, traduce Tamisier: «Toma diez de tus criados y un toro de siete años». Según la Ley, la víctima para el sacrificio no podía tener más de tres años. El toro que debía inmolarse tenía siete años, los que duró la opresión (v.1).

El altar de Baal no era propiedad privada del padre de Gedeón, sino más bien el altar de las gentes del pueblo edificado en terrenos propios, y del cual era él el guardián. Asera, o el tronco sagrado que representaba a Astarté (Ex 34,13; Deut 7,5; 16,21). Por orden de Yahvé, Gedeón derribó el altar y ofreció el toro gordo sobre el nuevo que había edificado. Por sus palabras se deduce que el entusiasmo que sentía Joás por Baal no llegaba hasta el límite de sacrificar a su hijo. Jerobaal significa, según la etimología popular, «defienda Baal».

[2] E. KUTSCH, *Gideons Berufung und Altarbau, Jdc. 6,11-24*: TLZ 81 (1956) 75-84.

Reclutamiento entre las tribus (6,33-35)

33 Todo Madián, Amalec y los Bene Quedem se juntaron y pasaron el Jordán; vinieron a acampar en el valle de Jezrael. 34 El espíritu de Yahvé revistió a Gedeón, que tocó la trompeta, y los abiezeritas le siguieron. 35 Envió mensajeros a todo Manasés, que se reunió también para seguirle. Mandólos también a Aser, a Zabulón y a Neftalí, que subieron a su encuentro.

Los madianitas y sus aliados penetraron con sus camellos en la planicie de Esdrelón (Jos 17,16). El espíritu de Yahvé revistió a Gedeón o «le envolvió como un vestido» (1 Crón 12,19; 2 Crón 24,20), lo cual equivalía a escogerlo para cumplir la misión de liberar a los israelitas del yugo extranjero. Tocó la trompeta Gedeón, y las gentes de su clan le siguieron. No se dice que acudiera Isacar, acaso por haber sido invadido su territorio por los madianitas. Abiezer es el nombre del clan de la tribu de Manasés (6,10.15.24; 8,2.32).

La prueba del vellón (6,36-40)

36 Dijo Gedeón a Dios: «Si en verdad quieres salvar a Israel por mi mano, como me has dicho, 37 voy a poner un vellón de lana al sereno; si sólo el vellón se cubre de rocío, quedando todo el suelo seco, conoceré que libertarás a Israel por mi mano, como me lo has dicho». Así sucedió. 38 A la mañana siguiente levantóse muy temprano, y, exprimiendo el vellón, sacó de él el rocío, una cazuela llena de agua. 39 Gedeón dijo a Dios: «Que no se encienda tu cólera contra mí si hablo todavía otra vez; quisiera hacer otra prueba con el vellón: que sea el vellón el que se quede seco y caiga el rocío sobre todo el suelo». 40 Así lo hizo Dios aquella noche: sólo el vellón quedó seco, y todo el suelo estaba cubierto de rocío.

Exigió Gedeón este segundo milagro no para fortificar su fe, que era mucha (Hebr 11,32), sino para hacer comprender a los aliados que Dios le había escogido para llevar a término aquella misión. El hecho de que en esta perícopa no aparezca el nombre de Yahvé, sino el de Elohim (v.36.39.40), hace sospechar su procedencia de otra tradición o documento. Esta prueba del vellón ha sido interpretada por los Santos Padres en sentido espiritual. Una explicación muy antigua que se encuentra en Orígenes compara el rocío a la gracia divina. El vellón representa el pueblo judío, que en un tiempo gozó él solo de la predilección de Dios. El rocío

cubrirá después toda la tierra, una vez el pueblo judío se haya hecho indigno de la gracia. También se aplica por acomodación a la Virgen Santísima, la única criatura que se vio libre del pecado original.

Campaña de Gedeón en Cisjordania (7,1-8,4)

Reducción del número de combatientes (7,1-8)

**1 A la mañana siguiente, Jerobaal, que es Gedeón, fue a acam-
par, con toda la gente que estaba con él, por encima de la fuente
de Jarod. El campamento de Madián estaba debajo del de Ge-
deón, al norte de las colinas de Moré, en el valle. 2 Y dijo Yahvé
a Gedeón: «Es demasiada la gente que tienes contigo para que
yo entregue en sus manos a Madián y se gloríe luego Israel con-
tra mí, diciendo: Ha sido mi mano la que me ha librado.
3 Haz llegar esto a oídos de la gente: El que tema y tenga mie-
do, que se vuelva y se retire». Veintidós mil hombres se volvie-
ron, y quedaron sólo diez mil. 4 Yahvé dijo a Gedeón: «Toda-
vía es demasiada la gente. Hazlos bajar al agua y allí te los selec-
cionaré; y aquel de quien yo te diga: Ese irá contigo, vaya; y
todos aquellos de quienes te diga: Esos no irán contigo, que no
vayan». 5 Hizo bajar al agua Gedeón a la gente, y dijo Yahvé a
Gedeón: «Todos los que en su mano laman el agua con la len-
gua, como la lamen los perros, ponlos aparte de los que para
beber doblen su rodilla». 6 Trescientos fueron los que al beber
lamieron el agua en su mano, llevándola a la boca; todos los de-
más se arrodillaron para beber. 7 Y dijo Yahvé a Gedeón: «Con
esos trescientos hombres que han lamido el agua os libertaré y
entregaré a Madián en tus manos. Todos los demás, que se
vaya cada uno a su casa». 8 Se proveyeron de cántaros y cogie-
ron las trompetas, y a todos los otros israelitas los mandó a cada
uno a su tienda, quedándose con los trescientos hombres. El
campamento de Madián estaba abajo, en el valle.**

Gedeón y su gente se levantaron de mañana y acamparon en la fuente de Harod *(Ain Gialud)*, mientras que los madianitas lo hicieron en la llanura al pie de la colina de Moré *(Nebi Dahi* de los árabes y *Pequeño Hermón* de los cristianos). Dios mandó a Gedeón que redujera los efectivos de su ejército. Quiere que el pueblo sepa que no tiene necesidad de él para ganar una batalla y deshacer un ejército, aunque los enemigos sean tan «numerosos como langostas» y dispongan de innumerables camellos «como las arenas del mar» (v.12). «Nada le impide (a Yahvé) salvar con muchos o con pocos» (1 Sam 14,6; 1 Cor 1,25-29; Deut 8,11.18; 9,4-5; Is 10,13-15; 59,16; 63,5; Am 6,13). Por lo mismo, le manda, aludiendo a Deut 20,8, que retire a todos los que teman y tengan miedo.

Gedeón «tomó de manos del pueblo» (según corrección de Kittel) sus cántaros y trompetas, que entregó a los trescientos hombres, mandando los restantes a sus casas. El número de voluntarios que se ofrecieron a Gedeón parece excesivo.

Presagio de victoria (7,9-15)

**9 Aquella noche le dijo Yahvé: «Levántate y baja al campa-
mento, porque te los entrego en tus manos. 10 Y si temes atacar,
baja con Fura, tu escudero, al campamento, 11 y escucha lo que
dicen, y se fortalecerán tus manos y atacarás el campamento».
Bajó con Fura, su escudero, hasta el extremo del campamento
donde estaban los hombres de armas. 12 Madián, Amalec y los
Bene Quedem se habían extendido por el valle, numerosos
como langostas, y sus camellos eran innumerables, como las are-
nas del mar. 13 Cuando llegó Gedeón, estaba un hombre con-
tando a su compañero su sueño, diciéndole: «He tenido un sue-
ño. Rodaba por el campamento de Madián un pan de cebada,
que llegó hasta una tienda y chocó contra ella, la derribó y la
hizo rodar por tierra, y la tienda quedó por tierra». 14 El com-
pañero le dijo: «Eso no es sino la espada de Gedeón, hijo de Joás,
varón de Israel, de Jezrael. Dios ha puesto en sus manos a Ma-
dián y a todo el campamento». 15 Como Gedeón oyó el sueño
y la explicación, se prosternó; y volviéndose al campamento de
Israel, les dijo: «Arriba, que Yahvé ha entregado en nuestras
manos el campamento de Madián».**

Gedeón quiso ver con sus propios ojos las posibilidades del enemigo antes de decidirse a atacarlo. En realidad temió al ver aquella muchedumbre y, por lo mismo, quiso antes explorar la situación. Para poder oír lo que los soldados madianitas hablaban entre sí, era necesario que se acercara mucho a sus tiendas. Para los antiguos, Dios manifestaba su voluntad o descubría el futuro por medio de los sueños (Gén 28,10-22; 1 Re 3,5ss). El sueño que había tenido un soldado madianita era significativo. La tienda era el símbolo de la vida nómada; el pan de cebada simbolizaba la vida pobre de los pueblos sedentarios, como eran los israelitas. El compañero a quien confió el sueño sacó la consecuencia de que los israelitas, pueblo sedentario, destruirían al pueblo nómada, los madianitas.

Ataque nocturno (7,16-22)

**16 Dividió en tres escuadras los trescientos hombres y les en-
tregó a todos trompetas, cántaros vacíos, y en los cántaros, teas
encendidas, 17 diciéndoles: «Miradme a mí y haced como me
veáis hacer. En cuanto llegue yo a los límites del campamento,
hacéis lo que yo haga. 18 Cuando toque yo la trompeta y la to-
quen los que van conmigo, la tocaréis también vosotros en de-
rredor de todo el campamento, y gritaréis: «¡Por Yahvé y por
Gedeón!» 19 Gedeón y el centenar de hombres que le acom-
pañaban llegaron a los límites del campamento al comienzo de
la segunda vigilia, en cuanto acababan de relevarse los centine-
las, y tocaron las trompetas y rompieron los cántaros que lle-
vaban en la mano. 20 Los tres cuerpos tocaron las trompetas,
rompieron los cántaros, y cogiendo las teas con la mano izquier-
da y las trompetas con la derecha para tocarlas, gritaban: «¡Es-
pada por Yahvé y por Gedeón!» 21 Quedáronse cada uno en
su puesto en derredor del campamento, y todo el campamento**

se puso a correr, a gritar y a huir. 22 Mientras los trescientos hombres tocaban las trompetas, hizo Yahvé que volviesen todos su espada los unos contra los otros en todo el campamento, y huyó el campamento hasta Bet Hassita en la dirección de Sareda, hasta los límites del Abel Mejola, junto a Tabat.

El campamento de Madián estaba en el valle (v.8), dominado por el campamento israelita. Gedeón dividió a sus gentes en tres cuerpos (9,43; 1 Sam 11,11; 13,17) de cien hombres cada uno. Esta maniobra era tanto más necesaria cuanto que debía dar al enemigo impresión de un ejército numeroso y también para poder cercar al enemigo. Los combatientes llevaban en una mano el cántaro que tenía una tea encendida dentro, o con la tea en la otra mano, mientras que la trompeta colgaba del cinto. Una vez rotos los cántaros, tomaron la trompeta en una mano y la tea en otra. No crea dificultad el que ellos toquen la trompeta y griten, porque ambas acciones deben concebirse sucesivamente y no simultáneas.

Gedeón llegó a las cercanías del campamento enemigo al comienzo de la segunda vigilia. Los hebreos dividían la noche en tres vigilias de cuatro horas cada una: seis de la tarde a diez; diez a dos; dos a seis de la mañana. El grito de guerra de los israelitas era: «¡Por Yahvé y por Gedeón!», grito que refleja bien el carácter religioso de la empresa y la confianza de los soldados en ganar «las batallas de Yahvé» (Núm 21,14; 1 Sam 18,17; 25,28). El enemigo huyó por la llanura de Betsán hacia Sartán (Jos 3,16; 1 Re 4,12). Abel Mejola se halla al sur de Betsán, en el valle del Jordán (1 Re 4, 12; 19,16).

En persecución del enemigo (7,23 - 8,1-3)

23 Reuniéronse los hombres de Israel, de Neftalí, de Aser y de todo Manasés, y persiguieron a los de Madián. 24 Gedeón mandó mensajeros por todo el monte de Efraím para decirles: «Bajad al encuentro de Madián y tomad, antes que lleguen, los vados hasta Bet Bara, en el Jordán». Reuniéronse todos los hombres de Efraím y tomaron los vados hasta Bet Bara, en el Jordán. 25 Se apoderaron de dos príncipes de Madián, Oreb y Zeb, y dieron muerte a Oreb en la roca de Oreb y a Zeb en el lagar de Zeb. Persiguieron a Madián y llevaron a Gedeón las cabezas de Oreb y Zeb del otro lado del Jordán.

8 1 Dijéronle los hombres de Efraím: «¿Cómo has hecho con nosotros eso de no llamarnos cuando ibas a combatir con Madián?» Y se querellaron violentamente contra él. 2 El les dijo: «¿Qué es lo que he hecho yo para lo vuestro? ¿No ha sido mejor el rebusco de Efraím que la vendimia de Abiezer? 3 En vuestras manos ha puesto Dios a los príncipes de Madián, Oreb y Zeb. ¿Qué he podido yo hacer comparable a lo vuestro?» Calmóse su cólera contra él cuando así les habló.

El texto supone que Gedeón no había licenciado definitivamente a los muchos voluntarios que se le habían ofrecido; únicamente prescindió de ellos en el ataque inicial, por habérselo ordenado Dios. Los mensajeros que mandó Gedeón tenían la misión de poner a estos reservistas en activo. La primera orden que les impartió fue la de ocupar los vados del Jordán (3,28; 12,5) para impedir que los madianitas rezagados lograran franquearlo. Dos príncipes madianitas, Oreb *(cuervo)* y Zeb *(lobo)*, fueron pasados por las armas. El nombre de estos dos príncipes es recordado en Sal 83,12, después de Sísara y Jabín (4,2ss) y antes de Zebaj y Salmana (8,5).

Los efraimitas, siempre orgullosos (12,1-6) y con la pretensión de mantener una hegemonía sobre las otras tribus, no podían sufrir que un manasita (Gedeón) no hubiera contado con ellos desde la primera hora (6,35; 7,23). Gedeón, prudente, adula a los efraimitas para aplacarlos.

Campaña de Gedeón en Transjordania (8,4-28)

Gedeón al otro lado del Jordán (8,4-12)

4 Llegó Gedeón al Jordán, lo pasó con los trescientos hombres que llevaba, cansados de la persecución, 5 y dijo a las gentes de Sucot: «Dad, os ruego, unos panes a la gente que me sigue, que están cansados y van en persecución de Zebaj y Salmana, reyes de Madián». 6 Respondiéronle los jefes de Sucot: «¿Acaso tienes ya en tus manos el puño de Zebaj y Salmana, para que demos pan a tu tropa?» 7 Y Gedeón les dijo: «Cuando Yahvé haya puesto en mis manos a Zebaj y Salmana, yo desgarraré vuestras carnes con espinas y cardos del desierto». 8 Desde allí subió a Fanuel, e hizo a las gentes de Fanuel la misma petición, recibiendo la misma respuesta de los hijos de Sucot. 9 Y dijo también a las gentes de Fanuel: «Cuando vuelva vencedor, arrasaré esta fortaleza». 10 Zebaj y Salmana estaban en Carcor con su ejército, unos quince mil hombres, los que habían quedado de todo el ejército de los Bene Quedem, pues habían perecido ciento veinte mil hombres de armas. 11 Gedeón subió por el camino de los que moran en tiendas, al oriente de Nobaj y de Jogbea, y atacó el campamento, que se creía a seguro. 12 Zebaj y Salmana huyeron. El los persiguió y se apoderó de los dos reyes de Madián, Zebaj y Salmana, y derrotó a todo su ejército.

En esta campaña aparece Gedeón como vengador de sangre. Toda la acción se desarrolla en Transjordania y se combate a dos jefes madianitas distintos de los que aparecen en la primera (7,16-8,1-4). Los trescientos hombres escogidos en las fuentes de Harod se encuentran fatigados y hambrientos (LXX, códices A,L). Las gentes de Sucot (Gén 33,17; Jos 13,27) se negaron a entregarles panes, seguramente por temor a una represalia por parte de los madianitas en caso de perder Gedeón la partida. Es exagerado el número de los muertos (135.000), cifra que utiliza el autor para poner de relieve la magnitud de la derrota de los madianitas y la victoria aplastante de Yahvé. Sucot *(tell Ahsas)*, a dos kilómetros al norte de *Nahr ez-Zerka* (Jos 13,27).

Castigo de Sucot y Fanuel (8,13-17)

13 Volvióse Gedeón, hijo de Joás, de la batalla por la subida de Jares; 14 y habiendo cogido a un joven de los de Sucot, le interrogó, y éste le dio por escrito los nombres de los jefes y ancianos de Sucot, setenta y siete hombres. 15 Entonces vino Gedeón a las gentes de Sucot y dijo: «Ved aquí a Zebaj y Salmana, con los que me zaheristeis diciendo: ¿Acaso tienes ya en tu poder el puño de Zebaj y Salmana, para que demos de comer a tus tropas fatigadas?» 16 Cogió, pues, a los ancianos de la ciudad, y con espinas y cardos del desierto castigó a los de Sucot. 17 Arrasó la fortaleza de Fanuel y mató a los hombres de la ciudad.

Al regresar victorioso Gedeón, vengó la ofensa que le habían infligido los habitantes de Sucot y Fanuel. Un joven le entregó por escrito la lista con los nombres de los setenta y siete jefes y ancianos de Sucot. Este número tiene un sentido superlativo (Gén 4,24; Mt 8,22). Esta mención de la escritura da una prueba de la extensión del arte de escribir en aquellos remotos tiempos en Israel. Como se desprende de las recientes excavaciones en Palestina y Siria, estaba ya entonces en uso la escritura alfabética. Fanuel se identifica, o con *tulul-ed-Dahab*, al norte del Jaboc (Gén 32,23; 1 Re 12,25), o con *tell ed-Dolani*, al sur del mismo.

Venganza de sangre (8,18-21)

18 Dijo a Zebaj y Salmana: «¿Cómo eran los hombres que matasteis en el Tabor?» Ellos respondieron: «Eran como tú. Cada uno de ellos parecía un hijo de rey». 19 El les dijo: «Eran hermanos míos, hijos de mi madre. Vive Yahvé, que no os mataría si no les hubierais dado muerte». 20 Y dijo a Jeter, su primogénito: «Anda, mátalos». El joven no desenvainó la espada por tener miedo, pues era todavía muy niño; 21 y Zebaj y Salmana dijeron: «Levántate y mátanos tú, porque eres un valiente». Levantóse Gedeón y los mató, y cogió las lunetas que llevaban al cuello sus camellos.

Estando Gedeón en Ofra, interrogó a los dos jefes prisioneros: «¿Cómo eran los hombres que matasteis en el Tabor?» Se desconoce la historia de esta batalla junto al Tabor. Ellos mataron allí a dos hermanos de Gedeón, no solamente por parte de su padre, sino también por parte de su madre; de lo cual se infiere que Joás, su padre, era polígamo. Esta circunstancia obligaba todavía más a Gedeón a vengar, según la costumbre oriental, el delito de sangre (Ex 21,12; Núm 35,16-18; 2 Sam 3,27; 14,7; 21,1-14). Manda Gedeón a su hijo Jeter que mate a los asesinos de sus tíos, para asociarle así a la venganza de familia. Jeter no se atrevió, y los jefes invitan a Gedeón a que los mate él, por considerar ellos un honor el morir en manos de tan alto príncipe.

Gedeón, proclamado rey (8,22-31)

22 Las gentes de Israel dijeron a Gedeón: «Reina sobre nosotros tú, tu hijo y los hijos de tu hijo, pues nos has libertado de las manos de Madián». 23 Respondióles Gedeón: «No reinaré yo sobre vosotros ni reinará tampoco mi hijo. Yahvé será vuestro rey»; 24 y añadió: «Voy a pediros una cosa. Dadme cada uno de su botín los arillos de nariz que habéis cogido». Los enemigos, como ismaelitas, llevaban arillos de oro en la nariz. 25 Ellos respondieron: «Con mucho gusto te los daremos»; y, extendiendo un manto, fueron echando en él cada uno los arillos del botín. 26 Y fue el peso de los arillos de oro que había pedido Gedeón de tres mil setecientos siclos de oro, sin contar las lunetas y los pendientes, ni los vestidos de púrpura que llevaban los reyes de Madián, ni los collares que al cuello llevaban sus camellos. 27 Con este oro hizo Gedeón un efod, que puso en su ciudad, en Ofra. Todo Israel iba a prostituirse ante este efod, que fue un lazo para Gedeón y para su casa. 28 Madián quedó humillado ante los hijos de Israel y no volvió a levantar la cabeza, quedando la tierra en paz durante cuarenta años, los días de Gedeón.

29 Jerobaal, hijo de Joás, se volvió a su casa; 30 y tuvo Gedeón setenta hijos, todos nacidos de él, pues fueron muchas sus mujeres. 31 Una concubina que tenía en Siquem le parió también un hijo, al que puso por nombre Abimelec.

Las tribus que habían tomado parte en la empresa piden a Gedeón que domine *(mashal)*, reine (Gén 37,8; Jos 12,5) sobre ellas y que a su muerte asuman el poder su hijo y los hijos de éste, lo cual equivale a declararle rey con derecho de sucesión. Este es el primer ensayo para el establecimiento de la monarquía en Israel. A diferencia de los tiempos pasados, el pueblo confiere directamente la autoridad suprema. Gedeón rehusa el título, pero acepta la realidad del poder, que ejercieron él y su hijo (c.9). Aunque renuncie al título, empieza a ejercer ciertos derechos inherentes a la realeza: organización de un santuario con efod (v.24-27) y el harén (v.28-31) [1].

Del botín de guerra habían recogido los israelitas gran cantidad de objetos preciosos. Gedeón pide que cada uno le entregue un arillo de oro, prenda que solían usar las mujeres y aun los hombres, y que llevaban prendida en la pared central de la nariz o en una de las laterales. La cantidad recogida equivalía a veintiocho kilogramos de oro. El autor justifica esta abundancia de oro diciendo que los vencidos eran ismaelitas, cuyo término es tomado en sentido profesional, no étnico, para designar a los comerciantes caravaneros (Gén 37,25-28) que traficaban con objetos preciosos. Los ismaelitas, en un principio distintos de Madián (Gén 25,1-6), terminaron fundiéndose con ellos (Gén 28,9; 37,25-28; Ez 27,22). Era costumbre en Israel reservar parte del botín para Yahvé (Núm 31,28-30; 1 Sam 21,9; 2 Sam 8,11-12; 1 Re 11,10).

Con el oro recogido construyó Gedeón un efod, con el cual toma origen el santuario de Ofra. El efod puede designar el vestido que se lleva a la presencia de Yahvé, y que pueden vestir aun los laicos

[1] G. Henton Davies, *Judges 8,22-23:* VT 13 (1963) 151-157.

(1 Sam 2,18; 22,18; 2 Sam 6,14); el vestido de ceremonia del sumo sacerdote (Ex 28,4-6; 39,2-7); un símbolo divino que servía para consultar a Yahvé (Jue 17,5; 18,14-17; 1 Sam 2,28; 14,3; 21,10); una como estatua, con apliques de oro, que se menciona con los *terafim* (Jue 18,17-18; 1 Sam 21,9; Os 3,4; Is 30,22). Esta última acepción conviene al efod de Gedeón.

Un harén numeroso es, entre orientales, indicio de potencia y soberanía. Además de sus mujeres, tenía Gedeón una esposa de segundo orden en Siquem, en donde gozaba de cierta preponderancia (9,1-8). Aunque ella habitara con su familia, los hijos pertenecían al clan del padre. No se deduce del texto si era cananea o israelita. Desde la época de los patriarcas se practicaba la poligamia en Israel. Como los patriarcas, tiene una concubina, de la que puede tener hijos (Gén 22,24; 25,6; 35,22).

Muerte de Gedeón (8,32-35)

32 Murió Gedeón, hijo de Joás, en buena ancianidad y fue sepultado en la sepultura de Joás, su padre, en Ofra de Abiezer. 33 Muerto Gedeón, los hijos de Israel se prostituyeron de nuevo ante los baales y tomaron por su dios a Baal-Berit, 34 y no se acordaron más de Yahvé, su Dios, que los había librado de los enemigos que los rodeaban. 35 No se mostraron agradecidos a la casa de Jerobaal (Gedeón), según el mucho bien que éste había hecho por Israel.

Como prueba de benevolencia divina y por su fidelidad, murió Gedeón en edad avanzada (Gén 15,15; 25,8). A su muerte, los israelitas volvieron a prevaricar, entregándose al culto de los baales, con introducción de un nuevo dios, El-Berit o Baal-Berit (9,46), «Señor del pacto» o «de la alianza». ¿De dónde le venía este nombre? ¿Era acaso el dios del pacto hecho entre Israel y Siquem? (Gén 34). Entonces sería cierto que los israelitas contaminaron con idolatrías cananeas las antiguas tradiciones patriarcales, uniéndolas a un mismo recuerdo. Este nombre puede derivar de la misión del dios, que consistiría en sancionar los pactos entre particulares y entre familias.

Corto reinado de Abimelec (c.9)

Usurpación del poder (9,1-6)

1 Abimelec, hijo de Jerobaal, se fue a Siquem y habló a los hermanos de su madre y a toda la familia de la casa del padre de su madre, diciéndoles: 2 «Hablad al oído a todos los varones de Siquem: ¿Qué es mejor para vosotros: que os dominen setenta hombres, todos hijos de Jerobaal, o que os domine uno solo? Acordaos de que yo soy hueso vuestro y carne vuestra». 3 Habiendo hablado de él los hermanos de su madre a todos los habitantes de la ciudad conforme a aquellas palabras, se inclinó su corazón hacia Abimelec, pues se dijeron: «Este es hermano

nuestro»; 4 y le dieron setenta siclos de plata de la casa de Baal-Berit, con los que asoldó a los hombres vagos y pervertidos que le siguieron. 5 Bajó con ellos a la casa de su padre, a Ofra, y mató a sus hermanos los hijos de Jerobaal, setenta hombres, a todos sobre una misma piedra. Sólo se salvó Jotán, el hijo menor de Jerobaal, que pudo esconderse. 6 Reuniéronse entonces todos los habitantes de Siquem y todos los de Bet Milo, y, viniendo, proclamaron rey a Abimelec junto al terebinto de Musab, que está en Siquem.

Hijo de la concubina de Gedeón (8,31), a la muerte de éste se dirigió Abimelec a Siquem y convenció a los siquemitas de que era mejor centrar el poder en un solo individuo que compartirlo con los otros setenta hijos de Gedeón. Aparte de las razones económicas, esta concentración del poder en su persona convenía por ser él de la misma tierra y pariente de los siquemitas por su madre (Gén 29,14; 2 Sam 5,1; 19,13). El razonamiento convenció a los notables *(baalim)* de la ciudad, quienes le entregaron setenta siclos de plata del santuario para formar una guardia personal, reclutada entre hombres aventureros (Jue 11,3; 1 Sam 22,2; 2 Sam 15,1). En Israel (2 Mac 3,10-13; 1 Re 15,18), como en Babilonia, los templos en parte eran bancos. El nombre de El-Berit o Baal-Berit (Jos 8,30-35) dado al santuario demuestra el estado de sincretismo religioso practicado en Siquem. Con un método muy oriental, Abimelec se dirige a Ofra (8,32) y mata a sus rivales (2 Re 10,1-14; 11,1-20), escapando solamente uno (2 Re 11,2; 1 Sam 22,20; Job 1,13-20). Esta matanza fué pública y oficial. Bet Milo, *terraplén* (2 Sam 5,9; 1 Re 9,15.24; 11,27).

Apólogo de Jotán (9,7-21)

7 Súpolo Jotán y fue a ponerse en la cresta del monte Garizim; y, alzando su voz, les dijo a gritos desde allí: «Oídme, habitantes de Siquem, así os oiga Dios a vosotros». 8 Pusiéronse en camino los árboles para ungir un rey que reinase sobre ellos, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. 9 Contestóles el olivo: ¿Voy yo a renunciar a mi aceite, que es mi gloria ante Dios y ante los hombres, para ir a mecerme sobre los árboles? 10 Dijeron, pues, los árboles a la higuera: Ven tú y reina sobre nosotros. 11 Y les respondió la higuera: ¿Voy a renunciar yo a mis dulces y ricos frutos para ir a mecerme sobre los árboles? 12 Dijeron, pues, los árboles a la vid: Ven tú y reina sobre nosotros. 13 Y les contestó la vid: ¿Voy yo a renunciar a mi mosto, alegría de Dios y de los hombres, para ir a mecerme sobre los árboles? 14 Y dijeron todos los árboles a la zarza espinosa: Ven tú y reina sobre nosotros. 15 Y dijo la zarza espinosa a los árboles: Si en verdad queréis ungirme por rey vuestro, venid y poneos a mi sombra, y si no, que salga fuego de la zarza espinosa y devore a los cedros del Líbano. 16 Ahora bien: si al elegir rey a Abimelec habéis obrado bien y justamente; si os habéis portado con Jerobaal y su casa como ella merecía—17 pues mi padre combatió por vosotros, y, exponiendo su vida, os libró del poder de Madián—, 18 levantándoos hoy contra la casa de mi padre y matando a sus hijos, setenta sobre una misma piedra, y haciendo rey de las

gentes de Siquem a Abimelec, hijo de una esclava suya, porque es hermano vuestro; [19] si habéis obrado leal y justamente hoy con Jerobaal y su casa, que haga Abimelec vuestra felicidad y que hagáis vosotros la suya. [20] Pero si no, que salga de Abimelec un fuego que devore a los habitantes de Siquem y de Bet Milo, y salga de Siquem y de Bet Milo un fuego que devore a Abimelec. [21] Retiróse Jotán y emprendió la huida, yéndose a Ber, donde habitó, por miedo de Abimelec, su hermano.

El apólogo de Jotán es uno de los primeros ejemplos de poesía gnómica y una de las piezas más antiguas de la poesía hebraica. Jotán se sirvió de una fábula ya conocida para aplicarla a sus fines, que era demostrar la ilegitimidad de Abimelec y la ridiculez de los siquemitas en escogerle. El sentido, pues, del apólogo debe buscarse en el conjunto, no en las particularidades. No habló desde la cumbre, sino desde un lugar más cercano, desde donde pudiera ser visto y oído. Las plantas se reunieron para ungir un rey. La ceremonia de la unción real (1 Sam 10,1; 16,13) es un rito muy antiguo. El aceite se usaba en el culto, en la consagración de sacerdotes (Lev 8,12), profetas y reyes; como cosmético y para usos culinarios. El vino, que se usaba en las libaciones, era agradable a Dios y alegraba el corazón de los hombres (1 Sam 1,24; Os 9,4; Eci 50,16; Sal 104,15). Al renunciar las plantas fructíferas al reino, acudieron a la zarza espinosa, que aceptó. Termina irónicamente diciendo que grandes males seguirán a esta elección [1]. Habiendo terminado de hablar, escapó huyendo hacia Ber *(El-Bire)*, al norte de Betsán y al este del monte Tabor (ABEL, *Géographie* II 262; UBACH) o *Ber* = *Beerot*, al norte de Jerusalén (DESNOYERS).

Revuelta de los siquemitas contra Abimelec (9,22-33)

[22] Tres años dominó Abimelec sobre Israel. [23] Mandó Dios un mal espíritu entre Abimelec y los habitantes de Siquem, e hicieron traición los habitantes de Siquem a Abimelec, [24] para que el asesinato de los setenta hijos de Jerobaal y la sangre de ellos cayese sobre Abimelec, su hermano, que los había matado, y sobre los habitantes de Siquem, que le habían prestado ayuda para matar a sus hermanos. [25] Pusieron los habitantes de Siquem en lo alto de los montes asechanzas, que despojaban a cuantos pasaban cerca de ellos por los caminos, y llegó esto a conocimiento de Abimelec. [26] Vino a Siquem Gaal, hijo de Obed, con sus hermanos. Los de Siquem pusieron en él su confianza, [27] y salieron al campo, vendimiaron sus viñas, pisaron e hicieron gran fiesta; y entrando en la casa de su dios, comieron y bebieron, maldiciendo a Abimelec. «¿Quién es Abimelec y quién es Siquem—[28] dijo Gaal, hijo de Obed— para que le sirvamos? ¿No sirvieron el hijo de Jerobaal y Zebul, su gobernador, a los hombres de Jamor, padre de Siquem? ¿Por qué, entonces, vamos a servirles a ellos nosotros? [29] ¡Quién me diera este pueblo en mis manos! Yo expulsaría a Abimelec.

[1] E. H. MALY, *The Joatam Fable-Antimonarchical:* CBQ 22 (1960) 299-305; D. GONZALO MAESO, *La elocución oratoria en el A. T. Apólogos:* «Sefarad», 7 (1947) 31-48; M. ADINOLFI, *Originalità dell'Apologo de Jotham:* «Rivista Biblica», 7 (1959) 322-342.

Le diría: Refuerza tu ejército y sal». [30] Llegaron a oídos de Zebul, gobernador de la ciudad, las palabras de Gaal, hijo de Obed, y, montando en cólera, [31] mandó secretamente mensajeros a Abimelec a Aruma para decirle: «Mira que ha venido Gaal, hijo de Obed, a Siquem con sus hermanos, y está sublevando a la ciudad contra ti. [32] Sal, pues, de noche tú y la gente que tienes contigo y ponte en el campo en emboscada. [33] Por la mañana, al salir del sol, levántate y cae sobre la ciudad; y cuando Gaal y los que le siguen salgan contra ti, haz contra ellos lo que puedas».

Permitió Dios que entre Siquem y Abimelec hubiera cierto roce y malestar (texto hebreo: «un espíritu malo»: 1 Sam 16,14; 1 Re 22,21-23), provocado por intereses materiales y por no pertenecer estrictamente a su pueblo. Un hombre que había sido exaltado en el camino se ganó el ánimo de los siquemitas y se constituyó en jefe de la revuelta, que debía explotar al acabar los trabajos de la vendimia. Una vez recogido el vino, celebraron todos una gran fiesta, que terminó con un banquete sagrado en el templo de Baal-Berit, en el cual no escaseó el vino (Is 28,1-3). Aprovechó aquella coyuntura Gaal para incitar a la revuelta abierta. ¿Por qué, dice, nosotros, cananeos, hombres libres, debemos servir a un israelita, hijo de una esclava? ¿No sería más lógico que Abimelec y su lugarteniente Zebul sirvieran a los hombres de Jamor, padre de Siquem? (Gén c.34). Zebul, cuyo comportamiento es oscuro, mandó recado a Abimelec a Aruma (actual *El-Orma*, a nueve kilómetros al sudeste de Siquem), notificándole la sublevación que existía contra él. Dhorme lee *be-tormah, con engaño*, traduciendo: «Mandó con engaño mensajeros a Abimelec».

Victoria de Abimelec (9,34-41)

[34] Levantóse Abimelec y toda la gente que con él tenía, de noche, y se pusieron en emboscada cerca de Siquem, divididos en cuatro cuerpos. [35] Salió Gaal, hijo de Obed, a la puerta de la ciudad, y se alzó Abimelec y el cuerpo que con él estaba de la emboscada. [36] Vio Gaal a la gente, y dijo a Zebul: «Mira cómo baja gente de las cumbres de los montes». Y le dijo Zebul: «Son las sombras de los montes, que se te hacen hombres». [37] Volvió a mirar Gaal, y dijo: «Es gente que baja del interior de la tierra y otro cuerpo que viene por el camino de la encina de los adivinos». [38] Díjole entonces Zebul: «¿Dónde está ahora tu boca, con que dijiste: Quién es Abimelec para que le sirvamos? ¿No es ésa la gente para ti despreciable? Sal, pues, a darle la batalla». [39] Salió Gaal, y a la vista de los habitantes de Siquem combatió contra Abimelec, que le puso en fuga. [40] Gaal huyó de él, y cayeron muchos hasta la puerta de la ciudad. [41] Abimelec volvió a Aruma mientras que Zebul impidió a Gaal y los suyos permanecer en la ciudad.

Abimelec ocupó las alturas que rodean a Siquem, sobre la cual se lanzó al amanecer. A Gaal le pareció que los hombres salían del interior de la tierra (literalmente: «ombligo de la tierra»; Ez 38,12).

Otros venían «por el camino de la encina de los adivinos», árbol que debe identificarse con el de Moré (Gén 12,6), cuya palabra significa «el que da una instrucción divina» (2 Sam 5,24; 1 Re 19,11).

Destrucción de Siquem (9,42-49)

42 Al día siguiente salió el pueblo al campo, y lo supo Abi-
melec, 43 que, cogiendo su gente, la había dividido en tres
cuerpos, los había puesto en el campo en emboscada, y, cuan-
do vio que el pueblo salía de la ciudad, se levantó, arremetió
contra ellos, 44 y, avanzando Abimelec con el cuerpo que le
seguía, se puso a la puerta de la ciudad, mientras que los otros
dos cuerpos se extendían por el campo y destrozaban a cuan-
tos en él había. 45 Abimelec combatió a la ciudad durante todo
aquel día y se apoderó de ella, dando muerte a cuantos allí
había; la destruyó y la sembró de sal. 46 Así que le oyeron los
que estaban en la fortaleza de Siquem, se fueron a la torre
del templo de El-Berit. 47 Supo Abimelec que se habían re-
unido todos los habitantes de la fortaleza de Siquem, 48 y subió
al monte Selmón con toda la gente que llevaba; y, tomando
en su mano un hacha, cortó una rama de un árbol y se la puso
al hombro, mandando a su gente que hiciera prestamente lo
que le veía hacer a él. 49 Cortó, pues, también toda la gente
cada uno su rama; y siguiendo a Abimelec, las pusieron contra
la fortaleza, y prendiéndoles fuego, la incendiaron, muriendo
allí todos los habitantes de la fortaleza de Siquem, unos mil
entre hombres y mujeres.

Abimelec se ensaña contra Siquem, destruyéndola y sembrándola de sal [2]. Es la única vez que se habla en la Biblia de semejante gesto. Las tierras saladas son estériles (Deut 28,22; Jer 17,6; Sof 2,9; Sal 107,24). Los nobles de la ciudad se refugiaron en la sala baja del templo de Baal-Berit [3]. Abimelec no quiso violar el lugar sagrado, pero hacinó gran cantidad de leña cortada en la montaña de Selmón, «montaña sombría» a causa del espeso bosque, en la puerta del santuario, en cuyo interior perecieron carbonizados unos mil entre hombres y mujeres. Monte de Selmón es, según Dussaud, Ubach, un contrafuerte del monte Hebal, cerca de Siquem-Balata.

Sitio de Tebes y muerte de Abimelec (9,50-57)

50 Fue luego Abimelec a Tebes, que sitió y tomó. 51 Pero
había en Tebes, en medio de la ciudad, una fuerte torre, en
la que se refugiaron todos los habitantes de la ciudad, hombres
y mujeres, y, cerrando tras sí, se subieron a lo alto de la torre.
52 Abimelec llegó a la torre, la atacó y se aproximó para pegar
fuego a la puerta, 53 y entonces una mujer le lanzó contra la

[2] A. M. Honeyman, *The Salting of Shechem:* VT 3 (1953) 192-195; S. Gevirtz, *Jericho and Schechem: A Religio-Literary Aspects of City Destruction:* VT 13 (1963) 52-62.

[3] Sobre las excavaciones de Siquem y la torre del templo de Baal-Berit, véanse: J. T. Milik, *Notes d'Epigraphie et Topographie Palestiniennes:* RB 66 (1959) 560-562; V. Vilar, *El templo de Baal-Berit en Siquem:* EB 21 (1962) 65-67. El templo-fortaleza (destruido a principios del siglo XII a. C.) estaba fuera de la ciudad, acaso al pie del monte Ebal (Milik).

cabeza un pedazo de rueda de molino y le rompió el cráneo.
54 Llamó él en seguida a su escudero, y le dijo: «Saca tu espada
y mátame, para que no pueda decirse que me mató una mu-
jer». El joven le traspasó, y murió Abimelec. 55 Viendo los
hijos de Israel que había muerto Abimelec, fuéronse cada uno
a su casa. 56 Así hizo caer Dios sobre la cabeza de Abimelec
el mal que había hecho a su padre, asesinando a sus setenta
hermanos; 57 y sobre las gentes de Siquem, todo el mal que
habían hecho, cumpliéndose en ellos la maldición de Jotán,
hijo de Jerobaal.

Abimelec marchó contra Tebes (*Tubas*, a quince kilómetros al nordeste de Siquem). En el centro de la ciudad había una torre fortificada, en donde se refugió la gente de la ciudad. Al aproximarse a ella Abimelec, una mujer dejó caer sobre su cabeza la piedra superior de un molino a mano (Deut 24,6; 2 Sam 11,20-24), rompiéndole el cráneo. Para evitar la ignominia de ser matado por una mujer (5,24-27), mandó a su escudero le atravesara con su lanza. A su muerte, sus adeptos se dispersaron, fracasando con ello el primer ensayo monárquico en Israel. El hagiógrafo saca la lección práctica que se desprende de esta historia, en la cual triunfan la providencia y justicia divinas. Abimelec representaba el partido de Israel, y Gaal el de los siquemitas y cananeos. Pero Dios no podía bendecir la empresa de Abimelec, que empezó con la matanza de setenta hermanos suyos. La justicia divina clamaba venganza contra Abimelec [4].

Los jueces Tola y Jair (10,1-5)

1 Después de Abimelec surgió para librar a Israel Tola, hijo
de Fua, hijo de Dodó, hombre de Isacar. Habitó en Samir,
en los montes de Efraím. 2 Juzgó a Israel durante veintitrés
años y murió, siendo sepultado en Samir. 3 Después de él sur-
gió Jair, de Galaad, que juzgó a Israel por veintidós años.
4 Tuvo treinta hijos, que montaban treinta asnos y eran due-
ños de treinta ciudades, llamadas todavía Javot Jair, en la
tierra de Galaad. 5 Murió Jair y fue sepultado en Camón.

Por la escasez de datos que sobre ellos da el hagiógrafo, estos dos jueces vienen clasificados entre los que llamamos «jueces menores». Tola («el gusano que da el color rojo») era hijo de Fua («el color rojo»), hijo de Dodó (los LXX y Vulgata: «hijo de su tío», es decir, del manasita Abimelec), hombre de Isacar (frase que se omite en los LXX y Vulgata). Tola era de la tribu de Isacar, con residencia en Efraím, lo cual crea cierta sospecha por su condición de jefe. Habitaba en Samir, ciudad que se hallaba dentro de los límites de Efraím, diferente, por consiguiente, de la homónima de Judá (Jos 15,48) y próxima a la llanura de Esdrelón. Dodó, nombre que aparece en las cartas de Tell-el-Amarna y estela de Mesa, es también aquí nombre propio (2 Sam 23,9).

[4] J. Simons, *Topographical and Archaeological Elements in the History of Abimelec:* OTS 2 (1943) 35-78.

Jair, nombre de un clan de Manasés en Galaad (Núm 32,41; Deut 3,14; 1 Re 4,13; 1 Crón 2,21-23). Sus treinta hijos montaban treinta asnos, cada uno el suyo, distintivo de riqueza y dignidad (5,10; 12,14; Zac 9,9), y poseían además treinta ciudades en Galaad. Entre nuestro texto y los otros lugares bíblicos anteriormente citados, en que se habla también de estas ciudades, hay sensibles diferencias en cuanto a su número y lugar de emplazamiento. Fue sepultado Jair en Camón, a unos doce kilómetros al oeste de Irbid.

Judicatura de Jefté (10,6-12,7)

Se antepone a la historia de Jefté una larga introducción (10, 6-16), que repite los temas generales ya expuestos en 2,7-21 y formulados por un profeta. Esta introducción es considerada como introducción general a la segunda parte del libro de los Jueces, incluyendo Samuel (1 Sam 1-12). Los dos grandes enemigos de Israel son Amón y los filisteos, contra los cuales lucharon Jefté y Sansón, y que fueron derrotados finalmente por Samuel y Saúl. Los críticos encuentran en esta historia falta de unidad y, por lo mismo, son de parecer que hay versiones diferentes en el origen de este relato, que un redactor más reciente ha amplificado y unificado.

Causas de la opresión en Israel (10,6-16)

**6 Volvieron los hijos de Israel a hacer mal a los ojos de Yahvé,
y sirvieron a los baales y astartés, a los dioses de Sidón, a los de
Moab, a los de los hijos de Amón, a los de los filisteos, y se apar-
taron de Yahvé, no sirviéndole más. 7 Encendióse la ira de Yah-
vé contra Israel y los entregó en manos de los filisteos y en
manos de los hijos de Amón, 8 que durante dieciocho años
oprimieron y afligieron con gran violencia a los hijos de Is-
rael, a todos los hijos de Israel que habitaban al otro lado del
Jordán, en la tierra de los amorreos, en Galaad. 9 Los hijos de
Amón pasaron el Jordán para combatir a Judá, a Benjamín
y a la casa de Efraím, viéndose Israel muy apretado. 10 Cla-
maron a Yahvé los hijos de Israel, diciendo: «Hemos pecado
contra ti, porque hemos dejado a nuestro Dios y hemos servido
a los baales». 11 Yahvé dijo a los hijos de Israel: «¿No os he
hecho yo subir de Egipto? ¿Acaso los amorreos, y los hijos de
Amón, y los filisteos, 12 y los de Sidón y Amalec no os oprimie-
ron, y clamasteis a mí y os salvé yo de sus manos? 13 Pero
vosotros me habéis dejado a mí para servir a dioses extraños.
Por eso no os liberaré ya más. 14 Id e invocad a los dioses que
os habéis dado; que os libren ellos al tiempo de vuestra angus-
tia». 15 Los hijos de Israel dijeron a Yahvé: «Hemos pecado;
castíganos como quieras, pero líbranos ahora». 16 Quitaron de
en medio de ellos los dioses extraños y sirvieron a Yahvé, que
no pudo soportar la aflicción de Israel.**

Por este texto no puede afirmarse que la invasión amonita y la filistea fueran contemporáneas. Los israelitas clamaron al Señor,

quien les responde irónicamente diciendo que busquen ayuda en los dioses que adoraron (Deut 32,37; Jer 2,28). Bajo esta ironía se oculta, sin embargo, la bondad y misericordia divinas, que simula no querer atender sus ruegos para obligarles a un arrepentimiento más eficaz. Cuando los israelitas quitaron de en medio los dioses extranjeros, Yahvé se mostró impaciente por poner fin a sus sufrimientos. Para indicar la gran misericordia de Dios para con el pecador arrepentido, usa el texto (v.16) la expresión de que el alma de Yahvé no pudo soportar la aflicción de Israel. Literalmente: «el alma del cual el soplo fue corto», como se dice de la impaciencia (16,16; Núm 21,4).

En busca de un jefe (10,17-18)

**17 Reuniéronse los hijos de Amón y acamparon en Galaad;
y se reunieron también los hijos de Israel, acampando en
Masfa. 18 El pueblo, los jefes de Galaad, se dijeron unos a
otros: «¿Quién será el que comenzará a combatir a los hijos
de Amón? Que sea él quien mande a todos los habitantes de
Galaad».**

Los amonitas se congregaron en Galaad con ánimo de atacar a los israelitas y arrojarlos de la meseta transjordánica. Los israelitas, por su parte, se congregaron en Masfa para oponerles resistencia. No se han identificado todavía estas dos localidades, que quizá no formen más que una: la ciudad fortificada que ocupaban los israelitas y los alrededores de la misma en donde acamparon los amonitas. Se cree que esta localidad corresponde a *Jirbet Djelead*, un poco al sur del Yaboc, entre éste y Nebi Osa. Los israelitas, ante aquel numeroso ejército, comprendieron la necesidad que tenían de un jefe único y supremo que dirigiera las operaciones. Barajando nombres, convinieron en que debían ofrecer el mando a Jefté, a pesar de su origen oscuro y vida equívoca.

¿Quién es Jefté? (11,1-5)

**1 Era Jefté, el galaadita, un fuerte guerrero, hijo de una me-
retriz, y tuvo por padre a Galaad. 2 La mujer de Galaad dio
a éste otros hijos, que, cuando fueron grandes, arrojaron de
casa a Jefté, diciendo: «No vas tú a heredar en la casa de nues-
tro padre, pues eres hijo de otra mujer». 3 Jefté huyó de sus
hermanos y habitó en tierra de Tod. Uniéronse con él gentes
perdidas, que salían con él. 4 Al cabo de días hicieron guerra
los hijos de Amón contra Israel, 5 y fueron entonces los ancia-
nos de Galaad a la tierra de Tob en busca de Jefté.**

Son oscuros los datos que da el texto sobre el origen de Jefté. De una parte, Jefté, el galaadita, es decir, del país de Galaad, es hijo de una meretriz y, por consiguiente, de padre desconocido; por otra, cierto Galaad engendró a Jefté de una primera mujer o concubina reconocida. Esta oscuridad del texto proviene de una yuxtaposición imperfecta de los documentos antiguos, y cuyas di-

vergencias el autor sagrado no ha querido aclarar. Galaad tuvo otros hijos de su mujer legítima, los cuales, siendo mayores, arrojaron de casa a Jefté «por ser hijo de otra mujer» (Gén 21,10; 29,19). Jefté fuése a vivir en tierra de Tob, la actual *Et-Taiyibé*, a quince kilómetros de Dera, en el Galaad septentrional. Allí reunió una tropa con gente aventurera (9,9; 1 Sam 22,1-2; 2 Sam 25,13) y se entregó a hacer algaras contra las tribus del desierto, con lo que se hizo famoso.

Pacto de Jefté con los galaaditas (11,6-11)

6 Y le dijeron: «Ven, serás nuestro jefe en la guerra contra
los hijos de Amón». 7 Respondió Jefté a los ancianos de Ga-
laad, diciéndoles: «¿No sois vosotros los que me aborrecéis y
me arrojasteis de la casa de mi padre? ¿A qué venís a mí ahora,
cuando os veis en aprieto?» 8 Los ancianos de Galaad respon-
dieron: «Por eso venimos a ti ahora, para que vengas a com-
batir con nosotros a los hijos de Amón y seas nuestro jefe y de
todos los habitantes de Galaad». 9 Contestóles Jefté: «Si me lleváis
con vosotros a combatir contra los hijos de Amón, en el caso
de que Yahvé me los entregue, seré vuestro jefe». 10 Dijéronle
los ancianos a Galaad: «Sea Yahvé testigo entre nosotros si no
hiciéremos lo que dices». 11 Partió Jefté con los ancianos de
Galaad y le hicieron su jefe y caudillo, y repitió Jefté sus pala-
bras en presencia de Yahvé, en Masfa.

Los enviados rogaron a Jefté que aceptara la jefatura del ejército israelita. No queriendo ellos remover historias pasadas, le prometen, sin más, nombrarle jefe no sólo del ejército, sino otorgarle la jefatura o poder supremo sobre todo Galaad. A ello se obligan con juramento. Pero Jefté quiere que aquel juramento se haga en presencia de Yahvé en el santuario de Masfa.

Negociaciones con los amonitas (11,12-28)

12 Mandó Jefté mensajeros al rey de los hijos de Amón, que
le dijeran: «¿Qué hay entre ti y mí para que hayas venido
contra mí a combatir la tierra?» 13 El rey de los hijos de Amón
respondió a los mensajeros de Jefté: «Cuando subió Israel de
Egipto, se apoderó de mi tierra desde el Arnón hasta el Jaboc
y hasta el Jordán. Devuélvemela, pues, ahora pacíficamente».
14 Jefté mandó nuevos mensajeros al rey de los hijos de Amón,
15 que le dijeran: «He aquí lo que dice Jefté: Israel no se apo-
deró de la tierra de Moab ni de la tierra de los hijos de Amón.
16 Cuando Israel subió de Egipto, marchó por el desierto hasta
el mar Rojo y llegó a Cades. 17 Entonces envió Israel mensaje-
ros al rey de Edom para que le dijeran: Te ruego que me
dejes pasar por tu tierra; pero el rey de Edom no se lo con-
sintió; también se los envió al rey de Moab, que rehusó; e
Israel se quedó en Cades. 18 Después, marchando por el desierto,
rodeó la tierra de Edom y la tierra de Moab, y llegó al oriente
de la tierra de Moab y acampó del lado de allá del Arnón,
sin entrar en tierra de Moab, pues el Arnón es el límite de
Moab. 19 Israel envió mensajeros a Seón, rey de los amorreos,

rey de Hesebón, para decirle: Te ruego que nos dejes pasar
por tu tierra hasta nuestro lugar. 20 Pero Seón no se fio de
Israel, dejándole pasar por su tierra, y reuniendo a toda su
gente, acampó en Jahsa y luchó contra Israel. 21 Yahvé, Dios de
Israel, puso a Seón con todo su pueblo en las manos de Is-
rael, que los derrotó y se apoderó de la tierra de los amorreos,
que habitaban en aquella región. 22 Se apoderó de toda la tierra
de los amorreos desde el Arnón hasta el Jaboc y desde el de-
sierto hasta el Jordán. 23 Ahora, pues, que Yahvé, Dios de
Israel, desposeyó a los amorreos ante su pueblo Israel, ¿pre-
tendes tú apoderarte de su tierra? 24 Eso que Camós, tu dios,
te ha dado en posesión, ¿no lo posees tú? ¿Y no vamos a poseer
nosotros lo que Yahvé, nuestro Dios, nos ha dado en posesión?
25 ¿Querrás tú ser mejor que Balac, hijo de Sefor, rey de Moab?
¿Acaso ha disputado éste a Israel su tierra? ¿Le ha hecho acaso
la guerra? 26 Hace trescientos años que habita Israel en Hese-
bón y en Jazer y en las ciudades que de ellas dependen, lo mis-
mo que en todas las que están a orillas del Jordán. ¿Por qué
no las habéis tomado durante todo ese tiempo? 27 Yo no te
he hecho mal alguno; pero tú obras mal conmigo haciéndome
la guerra. Que Yahvé, el juez, juzgue hoy entre los hijos de
Israel y los hijos de Amón». 28 El rey de los hijos de Amón
desoyó lo que Jefté le mandó a decir.

Amón justifica su agresión diciendo que, al subir los israelitas le Egipto, se apoderaron de su país. Jefté rebate estas razones apoyándose en los datos que se refieren en Núm 20,14; 21,21-30; Deut ,27-37. Cuando Israel subió de Egipto, no atacó a Edom ni a Moab (Núm 20,14-21; 21,11). Pidió a Seón que le autorizara el tránsito por su territorio, pero el rey respondió con las armas. Entonces Israel repelió la agresión, y con el auxilio de Yahvé se apoderó de todo su territorio, es decir, del Arnón al Jaboc, desde el río Jordán al desierto (Núm 21,30; Deut 2,27-37). Luego el erritorio fue arrebatado a los amorreos, no a los amonitas. El derecho, concluye Jefté, está en favor de los israelitas; con todo, si Amón quiere la guerra, debe aceptarla con todas sus consecuencias. Yahvé será el árbitro, el cual no solamente combatirá por su pueblo, sino que con la victoria decidirá quién de los dos tiene razón.

En el curso de su argumentación dice Jefté que Camós es el dios de los amonitas, cuando en realidad era Milcom (1 Re 11,5-7; 2 Re 23,13; Jer 49,1.3.46; Camós, dios de los moabitas, Núm 21, 29; Jer 48,46, estela de Mesa). La presencia de Camós en el texto se explica por el error de algún copista. Jefté se acomoda al lenguaje común del antiguo Oriente, pero sabía que Yahvé extendía su poder aun a las naciones extranjeras (Ex 7,11; Rut 1,13-18). Es probable que Jefté quisiera solucionar pacíficamente este conflicto con los amonitas; pero cabe la sospecha de que iniciara estas conversaciones con el fin de ganar tiempo para reunir un número regular de combatientes (v.29).

Voto de Jefté y victoria sobre los amonitas (11,29-40)

**29 El espíritu de Yahvé fue sobre Jefté, y, pasando por Ga-
laad y Manasés, llegó hasta Masfa de Galaad, y de Masfa de
Galaad pasó a retaguardia de los hijos de Amón. 30 Jefté hizo
voto a Yahvé, diciendo: «Si pones en mis manos a los hijos de
Amón, 31 el que a mi vuelta, cuando venga yo en paz de ven-
cerlos, salga de la puerta de mi casa a mi encuentro será de
Yahvé y se lo ofreceré en holocausto». 32 Avanzó Jefté contra
los hijos de Amón y se los dio Yahvé en sus manos, 33 batién-
dolos desde Aroer hasta, según se va a Menit, veinte ciudades,
y hasta Abel Queramim. Fue una gran derrota, y los hijos de
Amón quedaron humillados ante los hijos de Israel. 34 Al volver
Jefté a Masfa salió a recibirle su hija con tímpanos y danzas.
Era su hija única; no tenía más hijos ni hijas. 35 Al verla rasgó
él sus vestiduras y dijo: «¡Ah, hija mía, me has abatido del
todo, y tú misma te has abatido al mismo tiempo! He abierto
mi boca a Yahvé sobre ti y no puedo volverme atrás». 36 Ella
le dijo: «Padre mío, si has abierto tu boca a Yahvé, haz conmigo
lo que de tu boca salió, pues te ha vengado Yahvé en tus ene-
migos, los hijos de Amón». 37 Y añadió: «Hazme esta gracia:
déjame que por dos meses vaya con mis compañeras por los
montes, llorando mi virginidad». 38 «Ve», le contestó él, y ella
se fue por los montes con sus compañeras y lloró por dos me-
ses su virginidad. 39 Pasados los dos meses, volvió a su casa
y él cumplió en ella el voto que había hecho. No había cono-
cido varón. 40 De ahí viene la costumbre en Israel de que cada
año se reúnan las hijas de Israel para llorar a la hija de Jefté,
galaadita, por cuatro días.**

Aunque el pueblo y los ancianos eligieran a Jefté por jefe (10,18; 11,11), para ejercer su misión de juez tenía necesidad de la «infusión del espíritu de Yahvé» (3,10; 6,34), que acrecentara su fuerza y energía. Mientras duraban las conversaciones, recorrió Jefté el país reclutando tropas entre las tribus vecinas de Manasés y Efraím (12,1-2) con el fin de reforzar el ejército estacionado en Masfa (10,17).

Antes de la batalla hizo Jefté su famoso voto *(neder)* a Yahvé. Quiso sacrificar una víctima humana pensando que con ello agradaba a Dios; pero dejó a Yahvé, árbitro de los acontecimientos, que la escogiera. ¿Pensaba acaso en algunos de los que en otro tiempo le habían arrojado de la casa de su padre? (11,2). Aunque el texto no lo especifique claramente, el pensamiento de Jefté era sacrificar sólo la primera persona que saliera de su casa. La hija intuyó lo trágico de la escena, pero comprendió que, una vez su padre se había comprometido con un voto a Yahvé, no podía volver atrás. Conforme al voto, la hija de Jefté fue inmolada en holocausto. La impresión que causó este sacrificio prueba que el pueblo de Israel no estaba acostumbrado a semejantes sacrificios. En toda la antigüedad se consideraba como una desgracia y deshonor el que una mujer no dejara descendencia (Gén 16,1-5; 30,23; 1 Sam 1,10; Is 47,8; 49,21; Lc 1,25). Con el Evangelio aparece la virginidad voluntaria (Lc 1,34; Mt 19,12).

Nota sobre el voto de Jefté

Mucho se ha escrito sobre la naturaleza del voto de Jefté. Los términos empleados en el texto hebraico no dejan lugar a dudas de que se trata de un sacrificio cruento. Así lo entendieron la mayoría de los Santos Padres (Hummelauer). «Iephte filiam, quae patri occurrit, occidit», dice San Agustín [1]. La tradición judía y cristiana hasta el siglo XI ha admitido la inmolación, y aunque el texto sagrado, por los términos generales que emplea, parece querer echar un velo sobre esta escena sangrienta, es difícil, sin embargo, explicarla en el sentido de una simple consagración a Dios [2]. Hay quienes interpretan las palabras de Jefté en sentido condicional y disyuntivo. Pero esta interpretación es imposible, porque, aunque en hebreo la frase puede tener el sentido de «*Lo* que saliere a mi vuelta...», sin embargo, los LXX lo entienden en sentido masculino: *o ekporeuómenos* (el que saliere; Vulg.: *quicumque primus fuerit egressus)*. Unicamente las personas salen al encuentro de alguien, y aunque entre los animales lo haga también el perro, la Ley lo excluía terminantemente de los sacrificios. Es, además, imposible esta interpretación, por las siguientes razones: 1) El sentido disyuntivo del *waw* (y, *et)* al final del versículo 31 es gramaticalmente imposible. 2) La expresión «ofrecer en holocausto» no puede tomarse en sentido metafórico. 3) En esta hipótesis es inexplicable el gran sentimiento que demuestra Jefté. 4) No se explica el plazo de dos meses para llorar su desgracia. 5) Si la hija de Jefté debía continuar viviendo, consagrada a Dios como virgen, no se comprenden las lamentaciones anuales de sus amigas [3]. Luego Jefté pensaba ofrecer en holocausto a Yahvé a una persona humana.

No se puede negar el aspecto cruento del voto de Jefté recurriendo al testimonio de algunos autores sagrados que alaban a Jefté (1 Sam 12,11; Ecli 46,13-15; Hebr 11,32-33), lo cual no hubieran hecho si realmente su voto hubiera sido de sacrificar una persona humana. Pero en estos textos, o bien se habla de Jefté sin pronunciarse por la moralidad de sus actos, o se le alaba únicamente por su fe. Que la ley mosaica prohibiera terminantemente los sacrificios humanos (Deut 12,31), es innegable; pero también es cierto que, a pesar de esta prohibición, los israelitas, por influencia de los pueblos circunvecinos, los practicaron (Deut 18,9-10; 1 Re 16,34; 2 Re 23,10), clamando contra ellos los profetas (Jer 32,35) [4]. Es cierto que los sacrificios humanos se oponen a los sentimientos naturales y que la ley mosaica los prohibía, pero debemos tener en cuenta que Jefté era un hombre de costumbres rudas, ignorante, aventurero y jefe de una banda de salteadores y malandrines. Por esto mismo es excusable en él la ignorancia de la ley mosaica (Deut 12,31), que prohibía tales sacrificios. Al hacer su voto, Jefté procedió con buena fe. Creyó que la inmolación de una víctima humana se-

1 *De civ. Dei* c.21.
2 Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes* (1896) III 169.
3 Condamin, *Dict. Apol.*, *Jefté* 1270-1271.
4 Véase Desnoyers, *Histoire* I 244 y 342.

ría agradable a Dios. A pesar de su vida azarosa, Jefté se muestra hombre religioso, que reconoce la supremacía de Yahvé sobre todos los otros dioses. Una vez hecho el voto, estaba completamente convencido de que tenía que cumplirlo. La idea de que una promesa hecha a Dios obligaba sin distinción de circunstancias era muy extendida en la antigüedad. El voto, como la bendición y la maldición, una vez pronunciado, existe independientemente de la persona que lo emitió (Núm 32,24; Sal 66,13-14; Jer 44,17). De donde la recomendación de prudencia en hacer el voto (Prov 20,25). Todas estas circunstancias disculpan o atenúan considerablemente la gravedad de la falta de Jefté. El hagiógrafo sólo refiere el hecho, que no aprueba ni condena. Aún más: es por su fe en Yahvé que padre e hija dan un admirable ejemplo de profundo sentimiento religioso y de entrega completa al cumplimiento del deber, sacrificando ella su vida y él el fruto de sus entrañas.

Es erróneo decir que Yahvé inspirara a Jefté a hacer semejante voto, porque la frase «el espíritu de Yahvé fue con él» se refiere exclusivamente al carisma que recibió para cumplir su misión de liberar a su pueblo de la opresión amonita. El mismo espíritu recibieron otros personajes bíblicos (Sansón, Saúl), de los cuales se reprueban algunos de sus actos. Jefté hizo el voto bajo su responsabilidad personal. Dios le castigó por haber procedido precipitadamente y sin reflexión al emitirlo. «Fue insensato Jefté al formular este voto por haberlo hecho sin la debida reflexión e impío al ponerlo en práctica» [5].

Algunos racionalistas consideran el relato de la muerte de la hija de Jefté como una leyenda de origen mítico, encaminada a explicar las fiestas de la Naturaleza que se celebraban en Galaad. Las lamentaciones periódicas sobre la joven víctima son análogas a las que se encuentran en otros pueblos y que tienen por objeto llorar la muerte o la desaparición de una divinidad, ordinariamente divinidad de la vegetación. Así, por ejemplo, se habla del llanto por Adonis-Tammuz, Coré, Linos, Hyacinthe, Hylas, que muchas veces iba acompañado con sacrificios humanos [6]. De hecho se conoce el voto de Idomene, que durante una tempestad prometió a Poseidón inmolar la primera persona que fuera a su encuentro en la playa (SERVIUS, 3,121; 11,264). Agamenón sacrificó a su propia hija Ifigenia, nombre primitivo de la diosa Artemis-Tauropolos, a la cual se honró con sacrificios humanos (SÓFOCLES, *Elect.* 559). Luego, afirma Lods, la perícopa bíblica es la transformación en leyenda heroica, israelita y yahvista, del mito de una antigua divinidad indígena de Galaad. Y es tanto más probable, añade, esta dependencia en cuanto que el período de duelo ritual para los muertos era en Israel de tres y siete días, nunca de cuatro. En tiempos de Ezequiel, las mujeres sentadas junto a la puerta norte del templo de Jerusalén lloraban al dios Tammuz (Ez 8,14).

Pero las fiestas de la Naturaleza, que acaso se celebraban en Galaad, habrían servido, a lo más, como modelo para la nueva

[5] SANTO TOMÁS, 2.2 q.88 a.2 ad 2.
[6] LODS, *Israel. Des Origines au milieu du VIIIe siècle* (París 1949) 402.

fiesta instituida para recuerdo de la hija de Jefté. La dependencia, si existe, se reduce a una simple copia ritual. Existe en la Biblia otro ejemplo de lamentaciones conmemorativas, como la que se instituyó como recuerdo de la muerte de Josías (2 Crón 35,25). Otra diferencia que existe entre las lamentaciones paganas y el relato bíblico se halla en que aquí no se llora la muerte de una diosa, sino la suerte de una virgen condenada a morir sin dejar descendencia. Muy probablemente no existe ninguna dependencia entre los ritos paganos y los circunstancias que rodearon la muerte de la hija de Jefté. Tanto la personalidad de este jefe israelita como la inmolación de su hija son hechos históricos atestiguados unánimemente por la tradición judío-cristiana. El mismo Lods afirma que «no es imposible que en el episodio del voto haya elementos históricos y que el recuerdo de este sacrificio trágico fuese combinado con alguna antigua ceremonia religiosa local» (LODS, 404).

En fin, Jefté sacrificó a su hija en holocausto a Yahvé bajo su omnímoda responsabilidad. Sobre esto toda atenuación es imposible; toda controversia, ociosa (LAGRANGE). El texto está claro; la tradición, unánime. Al elucidar la naturaleza de este voto, se trata de saber lo que ha dicho el hagiógrafo, y no lo que Jefté podía o no podía hacer lícitamente según la ley natural y la mosaica [7].

Guerra civil entre efraimitas y galaaditas (12,1-7)

1 Los hijos de Efraím se reunieron, y, pasando a Safón, di-
jeron a Jefté: «¿Por qué fuiste a combatir a los hijos de Amón
sin habernos llamado a combatir contigo? Vamos a pegar
fuego a tu casa». 2 Jefté les respondió: «Estaba yo y estaba mi
pueblo en gran contienda con los hijos de Amón. Entonces os
llamé yo, pero no me habéis librado vosotros de sus manos.
3 Viendo que no había quien me librase, puse mi vida en mis
manos, marché contra los hijos de Amón, y Yahvé me los
entregó. ¿Por qué, pues, venís hoy a hacerme la guerra?»
4 Reunió Jefté a todas las gentes de Galaad y libró batalla contra
Efraím. Y los hombres de Galaad derrotaron a los de Efraím,
que decían de ellos: «Vosotros, galaaditas, sois huidos de Efraím;
ni sois de Efraím ni de Manasés». 5 Los galaaditas se apodera-
ron de los vados del Jordán, enfrente de Efraím; y cuando
llegaba alguno de los fugitivos de Efraím, diciendo: «Dejadme
pasar», le preguntaban: «¿Eres efraimita?» Respondía: «No».
6 Entonces ellos le decían: «A ver, di: «shibbolet», y él decía
«sibbolet», pues no podían pronunciar así. Los hombres de Ga-
laad le cogían y le degollaban junto a los vados del Jordán.
Murieron entonces cuarenta y dos mil hombres de Efraím.
7 Juzgó a Israel Jefté, galaadita, durante seis años, y murió,
siendo sepultado en una de las ciudades de Galaad.

Da a entender el texto que Efraím no respondió al llamamiento de Jefté, acaso por no habérsele confiado un puesto de honor o

[7] Entre la inmensa literatura sobre el voto de Jefté, señalamos tan sólo los siguientes estudios: A. FERNÁNDEZ, *Votum Iephte:* «Verbum Domini», 1 (1921) 104-108.299.304; E. MADER, *Die Menschenopfer der alten Hebräer und der benachbarten Volker:* «Biblische Studien», 5-6 (1909) 153-162; BASILIO DA MONTECCHIO, *Il sacrificio della figlia di Iefte:* «Palestra del

por no contar con el triunfo de Jefté sobre los amonitas. Los efraimitas se reunieron, sin que se indique el espacio de tiempo entre esta acción y la anterior, y, pasando el Jordán a la altura de Safón (Jos 13,27), increparon a Jefté con su habitual altivez. Jefté, que les llamó cuando él y su pueblo eran oprimidos por los amonitas, les trató con dureza. Encontraron los efraimitas en él a un hombre menos diplomático que Gedeón (8,1-3), y a sus impertinencias respondió con la movilización de un ejército. La primera providencia que tomó Jefté fue la de mandar hombres que ocuparan los vados del Jordán (3,28; 7,24), con el fin de cortar la retirada de los efraimitas. A cada hombre que intentaba pasar, le sujetaban a la prueba de pronunciar la palabra *shibbolet (espiga, corriente de un río)*, que los efraimitas deformaban en *sibbolet*. El motivo principal de los efraimitas al promover aquella cuestión fue la de impedir que las tribus transjordánicas, que antiguamente pertenecían a la casa de José (Núm 26,29), se independizaran. En cuanto al número de efraimitas muertos, debemos tener en cuenta el uso hiperbólico en las cifras.

Este pasaje demuestra que la lengua hebraica, a pesar de su unidad, revestía cierta formas dialectales en las diversas regiones de Palestina. La lengua hebraica del sector norte se diferenciaba sensiblemente de la de Judá sobre todo en la pronunciación.

Jueces menores

Los jueces Abesán, Elón y Abdón (12,8-15) [8]

[8] Después de él fue juez en Israel Abesán, de Belén. [9] Tuvo treinta hijos y treinta hijas. Casó a éstas con gente de fuera y trajo de fuera mujeres para sus hijos. [10] Juzgó a Israel siete años, murió y fue sepultado en Belén. [11] Después de él juzgó a Israel Elón, de Zabulón, durante diez años; [12] murió Elón, de Zabulón, y fue sepultado en Ayalón, en tierra de Zabulón. [13] Después de él juzgó a Israel Abdón, hijo de Hilel, de Faratón. [14] Tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que montaban sobre setenta asnos. Juzgó a Israel durante ocho años, [15] murió y fue sepultado en Faratón, en el monte de Efraím, en tierra de Salim.

Las noticias sobre estos tres jueces, que llamamos menores, se deben a un redactor deuteronómico o de la escuela sacerdotal.

Abesán.—Jefe de un clan y natural de Belén de Zabulón (Jos 19, 15), a doce kilómetros al oeste de Nazaret, era un hombre notable y poderoso, como demuestra el número crecido de sus hijos (10,3-5). En contra de la costumbre antigua, que imponía el matrimonio entre los del mismo clan o tribu, trajo de fuera mujeres para sus hijos, casando asimismo a sus hijas con jóvenes de fuera. Estas

Clero», 18 (1939) 193-195; A. van Hoonacker, *Le voeu de Jephté*: «Muséon», 11 (1892) 448-469; G. Buttignoni, *Il sacrificio di Iefte*: «Palestra del Clero», 18 (1939) 49-51.
[8] H. W. Hertzberg, *Die Kleinen Richter*: TLZ 79 (1954) 285-290.

uniones entre clanes diferentes contribuían a fusionar las tribus, a romper las barreras que imponía la antigua sociedad nómada y a formar una nación hebraica más homogénea.

Elón.—De la tribu de Zabulón (Gén 46,14; Núm 26,26), después de juzgar diez años, fue sepultado en Ayalón (que así se llamaba también el juez, según los LXX, B y Vulg.).

Abdón.—Natural de Faratón, hoy Farata, a doce kilómetros al sudoeste de Siquem (2 Sam 23,30; 1 Mac 9,50), tuvo una descendencia considerable. Según el texto hebraico: «Fue enterrado en el territorio de Efraím, en la montaña del Amalecita», lección que, por razones de crítica textual interna, debe retenerse.

Historia de Sansón (c.13-16)

A pesar de la extensión que ocupa la historia de las hazañas de Sansón, es probable que el autor sagrado se haya limitado a consignar sólo una parte de las tradiciones populares que circulaban en torno a las proezas del héroe. Los críticos convienen en general en apreciar la unidad de la narración, aun en el caso de distinguir más de una etapa en su redacción, como deja suponer la conclusión del c.15,20. En cuanto a la persona de Sansón, no cabe duda de que se trata de un personaje histórico, de la tribu de Dan. El autor sagrado le presenta como un juez (13,1; 15,20; 16,31) que luchó, defendió y vengó a su pueblo de sus enemigos. Pero Sansón no tiene las mismas características que los otros jueces; es un personaje aparte y singular, un héroe de la resistencia, que antepone sus propios negocios a los intereses de la nación. No tiene talla suficiente ni para administrar justicia ni para reclutar y ponerse al frente de un ejército disciplinado. Sus genialidades divertían y le granjeaban la estima del pueblo, que admiraba su fuerza, ponderaba y exageraba su habilidad y arrojo y sonreía ante sus excentricidades, aventuras amorosas y las tretas que jugaba a sus enemigos. Por todo ello, Sansón se convirtió en el héroe popular por excelencia, cuyas gestas, con cierto colorido humorístico, circulaban de boca en boca. De ahí que la historia de Sansón narrada por el autor sagrado tenga un matiz popular y folklórico.

En todos los tiempos y en todas las latitudes conserva la tradición popular memoria de personajes al estilo de Sansón. Por eso y otras razones, debe rechazarse la interpretación mítica que ve en Sansón (por razón de su cabellera) a un héroe solar (Lods) o una copia del griego Hércules, del tiriano Melqart o del héroe babilónico Gilgamesch. Su fuerza hercúlea es de origen divino, debida a la irrupción sobre él del espíritu de Yahvé (13,25; 14,6.9; 15,14; 16,28) o tal vez a su condición de nazir o consagrado a Dios. Durante toda su y vida, y en vista de los combates que debía sostener, debía conservar intacta su cabellera, no tocar nada inmundo y abstenerse de toda bebida fermentada, porque la embriaguez es una impureza que impide distinguir entre puro e impuro (Lev 10,8).

A esta consagración externa correspondió Dios con un carisma que le otorgaba una fuerza extraordinaria. Su larga cabellera era

solamente un signo externo de su consagración a Dios; los dos términos, *fuerza* y *cabellera*, no son estrictamente concomitantes, y aun menos se hallan en relación de causa y efecto.

A pesar de su conducta nada recomendable, no deja de ser Sansón un testimonio viviente que tenía Yahvé en defender a los suyos mientras permanecieran fieles a sus mandamientos. Como instrumentos suyos puede escoger a personas poco recomendables por sus costumbres; pero cuanto más defectuoso sea el instrumento, tanto más resplandece la omnipotencia divina. La acción del héroe no fue del todo eficaz ni tuvo grandes resonancias nacionales, pero preanunciaba el golpe decisivo que más tarde debían sufrir los filisteos en tiempos de Samuel y David.

Opresión de Israel y primer anuncio de un libertador (13,1-7)

**1 Volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de
Yahvé, y Yahvé los dio en manos de los filisteos durante cuarenta años. 2 Había un hombre de Sora, de la familia de Dan,
de nombre Manué. Su mujer era estéril y no le había dado
hijos. 3 El ángel de Yahvé se apareció a la mujer y le dijo:
«Eres estéril y sin hijos, pero vas a concebir y a parir un hijo.
4 Mira, pues, que no bebas vino ni licor alguno inebriante ni comas nada inmundo, 5 pues vas a concebir y a parir un hijo
a cuya cabeza no ha de tocar la navaja, porque será nazareo de
Dios el niño desde el vientre de su madre y será el que primero
librará a Israel de la mano de los filisteos». 6 Fue la mujer y
dijo a su marido: «Ha venido a mí un hombre de Dios. Tenía
el aspecto de un ángel de Dios muy temible. Yo no le pregunté
de dónde venía ni me dio a conocer su nombre, 7 pero me dijo:
Vas a concebir y parir un hijo. No bebas, pues, vino ni otro
licor inebriante y no comas nada inmundo, porque el niño
será nazareo de Dios desde el vientre de su madre hasta el día
de su muerte».**

Dios promete a la mujer de Manué un hijo que «empezará a salvar a Israel de la mano de los filisteos» (v.5). Manué (1 Crón 2,54) era danita y natural de Sora, no lejos de la antigua Betsemes (Jos 15, 33; 19,41; Neh 11,29). La mujer de Manué era estéril (Gén 18,10. 15; 1 Sam 1,11.19; Lc 1,7.13.24), con lo cual se quiere indicar que el hijo es un don de Dios. A ella se le aparece el ángel de Yahvé (2,1; 6,11) y le anuncia el nacimiento del hijo, que será consagrado *(nazir)* al Señor por el nazareato (Núm 6,2-8). Porque el niño es predestinado ya desde el seno de su madre, deberá abstenerse de todo aquello que se prohíbe a los obligados a la ley del nazareato. La frase «la navaja no subirá sobre su cabeza» se aplica preferentemente al niño consagrado a Dios (1 Sam 1,11). En Núm 6,1-21 se mencionan las condiciones del nazareato, siendo de las principales la prohibición de cortarse los cabellos, afeitarse la cabeza.

Segunda aparición del ángel (13,8-23)

**8 Entonces Manué oró a Yahvé, diciendo: «De gracia, Señor:
que el hombre de Dios que enviaste venga otra vez a nosotros
para que nos enseñe lo que hemos de hacer con el niño que ha
de nacer». 9 Oyó Dios la oración de Manué y volvió el ángel
de Dios a la mujer de Manué cuando estaba ésta sentada en el
campo y no estaba con ella su marido. 10 Corrió ella en seguida
a anunciárselo a su marido, diciéndole: «El hombre que vino a
mí el otro día acaba de aparecérseme». 11 Levantóse Manué
y, siguiendo a su mujer, fue hacia el hombre y le dijo: «¿Eres
tú el que has hablado a esta mujer?» El respondió: «Yo soy».
12 Repuso Manué: «Cuando tu palabra se cumpla, ¿qué hay
que guardar y qué habremos de hacerle?» 13 El ángel de Yahvé
dijo a Manué: «La mujer, que se abstenga de cuanto la he
dicho: 14 que no tome nada de cuanto procede de la vid, no
beba vino ni otro licor inebriante y no coma nada inmundo;
cuanto le mandé ha de observarlo». 15 Manué dijo al ángel
de Yahvé: «Te ruego que permitas que te retengamos mientras
te traemos preparado un cabrito». 16 El ángel de Yahvé dijo a
Manué: «Aunque me retengas, no comería tus manjares; pero,
si quieres preparar un holocausto, ofréceselo a Yahvé». Manué,
que no sabía que era el ángel de Yahvé, 17 le dijo: «¿Cuál es tu
nombre, para que te honremos cuando tu palabra se cumpla?»
18 El ángel de Yahvé le respondió: «¿Para qué me preguntas
mi nombre, que es Admirable?» 19 Manué tomó el cabrito y
la oblación para ofrecer a Yahvé en holocausto sobre la
roca, y sucedió un prodigio a la vista de Manué y su mujer.
20 Cuando subía la llama de sobre el altar hacia el cielo, el
ángel de Yahvé se puso sobre la llama del altar. Al verlo Manué
y su mujer, cayeron rostro a tierra, 21 y ya no vieron más al
ángel de Yahvé, 22 y dijo a su mujer: «Vamos a morir porque
hemos visto a Dios». 23 La mujer le contestó: «Si Yahvé quisiera hacernos morir, no habría recibido de nuestras manos el
holocausto y la oblación ni nos hubiera hecho ver todo esto ni
oír hoy todas estas cosas».**

Por las palabras del ángel se deduce que Manué no estaba al corriente de las reglas que imponía el nazareato oficial (Núm c.6). Manué sospecha que el personaje que le habla es un ser divino y no un simple viajero (6,17-23). Por lo mismo, le ofrece hospitalidad, empleando al mismo tiempo un término equívoco *(hasah, ofrecer, presentar)*, que se usa para los sacrificios. Como recurso supremo para saber quién era, Manué le pide cuál es su nombre, alegando el pretexto de recompensar sus servicios una vez la predicción se cumpla (1 Sam 9,6); pero el ángel desvía la cuestión. Manué no insiste y se decide a ofrecer el sacrificio a Yahvé. Toma el cabrito y la oblación de harina y aceite que debía acompañar necesariamente al holocausto y sacrificio de comunión (Lev 7,11-14; Núm 15,28-29; Jos 22,23), y lo ofrece sobre la roca a Yahvé, «que obra cosas misteriosas». El lugar del sacrificio fue más tarde conocido por el nombre de «Yahvé de los milagros». La última parte del v.19 debe traducirse: «Que obra cosas misteriosas», suprimiendo la frase «a la vista de Manué y su mujer». El ángel desapareció en la llama del

holocausto (Ex 3,2-6), cayendo ellos entonces en la cuenta de que el personaje misterioso era Yahvé o su ángel. Manué temía morir por haber visto a Dios (Gén 16,13; 32,30; Ex 20,19, etc.), pero su mujer le tranquiliza con unas palabras que indican su buen sentido. El nombre del lugar *Mahaneh-Dan* no corresponde a ningún poblado, sino a un lugar entre Sora (Jos 15,33) y Estaol (a unos tres kilómetros al sudeste de Sora). Como sucedió con otros jueces (3,10; 6,34; 11,29), también el espíritu de Yahvé se apoderó de Sansón, incitándolo a obrar.

Nacimiento y primeros años de Sansón (13,24-25)

24 Parió la mujer un hijo y le dio el nombre de Sansón. Creció el niño, y Yahvé le bendijo, 25 y comenzó a mostrarse en él el espíritu de Yahvé en el campo de Dan, entre Sora y Estaol.

Al año dio a luz la mujer de Manué a Sansón. Hubo un tiempo en Israel en que la madre tenía el derecho de escoger el nombre que debía darse a sus hijos (Lods, 217-219). La palabra *Sansón* deriva probablemente de *Shemesh, sol,* nombre muy común en la antigüedad oriental aun fuera de Palestina, y que le fue sugerido a la madre por el nombre del vecino pueblo de Betsemes (Jos 15,10; 18,17; 19,41, etc.), *casa del sol,* a tres kilómetros al sur de Sora (Jos 15,33; 19,41). Por lo mismo, no debe considerarse a Sansón, por su nombre y por sus gestas, como un héroe astral o un personaje legendario, sino como una personalidad histórica bien definida [1]. Sora se menciona en las cartas de Tell el-Amarna, junto con Ayalón, como ciudad del rey de Guezer.

Sansón se enamora (14,1-4)

1 Bajó Sansón a Timna y vio allí una mujer de entre las hijas de los filisteos; 2 y cuando volvió a subir, dijo a su padre y a su madre: «He visto en Timna una mujer de las hijas de los filisteos; id a tomármela por mujer». 3 Dijéronle su padre y su madre: «¿Acaso no hay mujeres entre las hijas de tus hermanos y entre todo tu pueblo para que vayas tú a tomar mujer de los filisteos, incircuncisos?» Repuso Sansón y dijo a su padre: «Tómame ésa, pues me gusta». 4 Su padre y su madre no sabían que aquello venía de Yahvé, que buscaba una ocasión de parte de los filisteos, que eran los que entonces oprimían a Israel.

Descendió Sansón a la localidad de Timna *(Tell el-Batashi)* (Jos 19,43) tres veces (v.1-4; 5-7; 18-19). Allí vio a una mujer, viuda probablemente y de vida dudosa, y se prendó de ella. La propuesta del hijo escandalizó a sus padres, quienes le recordaron que el matrimonio de los hebreos con los incircuncisos repugnaba

[1] P. Humbert, *Les métamorphose de Samson en l'empreinte israélite sur la légende de Samson:* «Revue d'Histoire des Religions», 80 (1919) 154-170; A. Lods, *Quelques remarques sur l'histoire de Samson:* «Actes du Congrès international d'Histoire des Religions» (París 1923) 504-516; E. Kalt, *Samson* (Freiburg 1912).

a los sentimientos nacionales (Gén 24,2-4; 27,46; 28,1-2; Ex 34,16; Deut 7,2-4; Jos 23,12-13), máxime con los filisteos, sus enemigos e incircuncisos por excelencia (15,18; 1 Sam 14,6). Además, no era el hijo quien debía escoger la futura esposa, sino el padre (Gén 24,2-8; 34,3-6; 38,6). El fogoso Sansón no atendió a las razones de sus padres y mantuvo sus exigencias. El autor sagrado comenta esta escena familiar diciendo que Dios disponía las cosas providencialmente al servirse de aquel capricho de Sansón para que éste empezara la obra a la que le tenía destinado, que era la de luchar contra los filisteos.

Encuentro con un león (14,5-9)

5 Bajó Sansón a Timna, cuando al llegar a los olivares de Timna le salió al encuentro un joven león rugiendo. 6 Apoderóse de Sansón el espíritu de Yahvé, y, sin tener nada a mano, destrozó al león como se destroza un cabrito. No dijo nada a su padre ni a su madre de lo que había hecho. 7 Bajó y habló a la mujer que le había gustado. 8 Tiempo después, bajando para desposarse con ella, se desvió para ver el cadáver del león, y vio que había un enjambre de abejas con miel en la osamenta del león. 9 Cogióla con sus manos y siguió andando y comiendo; y cuando llegó a su padre y a su madre, les dio de ella, sin decirles que la había cogido de la osamenta del león, y ellos la comieron.

De nuevo fue Sansón a visitar a la mujer de Timna; sucedió que en el viaje le salió al encuentro un cachorro de león con ánimo de abalanzarse contra él. No teniendo a mano ninguna arma defensiva, le agarró por la cabeza y desgarró sus fauces. Análogos actos de bravura realizaron David (1 Sam 17,34) y Benaya (2 Sam 23,20). En la antigüedad había leones en Palestina, como atestiguan algunos textos bíblicos (Am 1,2; 3,4.8) y como se desprende de una narración egipcíaca, según la cual Ramsés III, en la lucha contra los filisteos, alternaba sus hechos de guerra con la caza del león.

Al bajar de nuevo a Timna, vio que las abejas salvajes habían fabricado en su osamenta un panal de miel. El sol de Palestina, los animales carnívoros y las aves de rapiña resecaron pronto las carnes del cadáver. Sansón, aunque consagrado a Dios por el voto del nazareato, no tenía muchos escrúpulos de comer un manjar impuro, que estuvo al contacto con un cadáver.

La boda y el enigma (14,10-20)

10 Bajó, pues, Sansón a casa de la mujer, y Sansón dio allí un banquete, según la costumbre de los mozos. 11 Y porque le temían, invitaron a treinta mozos para acompañarle. 12 Sansón les dijo: «Quisiera que me permitierais proponeros un enigma. Si dentro de los siete días del convite me lo descifráis acertadamente, yo tendré que daros treinta camisas y treinta túnicas; 13 pero, si no podéis descifrármelo, seréis vosotros los que habréis de darme a mí treinta camisas y treinta túnicas». Ellos le dije-

ron: «Propón tu enigma, que lo oigamos». [14] El les dijo: «Del que come salió lo que se come, y del fuerte, la dulzura». Tres días pasaron sin que pudieran descifrar el enigma. [15] Llegó el día séptimo. A la mujer de Sansón le habían dicho: «Persuade a tu marido a que te dé la solución del enigma; si no, te quemaremos a ti y la casa de tu padre. ¿Nos habéis invitado para robarnos?» [16] Ella lloraba y le decía: «Me aborreces; has propuesto un enigma a los hijos de mi pueblo y no quieres explicármelo a mí». El le respondió: «No se lo he explicado ni a mi padre ni a mi madre, ¿y voy a explicártelo a ti?» [17] Así le había estado llorando durante los siete días del convite; pero el séptimo día tanto lo importunó, que él dio la explicación, y ella se la comunicó a los hijos de su pueblo. [18] Los de la ciudad dijeron a Sansón el día séptimo antes de la puesta del sol:

«¿Qué más dulce que la miel?
¿Qué más fuerte que el león?»

El les contestó:

«Si no hubierais arado con mi novilla,
no hubierais descifrado mi enigma».

[19] Apoderóse de él el espíritu de Yahvé, y, bajando a Ascalón, mató allí a treinta hombres, los despojó y dio las túnicas a los que habían descifrado el enigma. Muy enfurecido, se subió a casa de sus padres. [20] La mujer de Sansón fue entregada a uno de los mozos que le habían servido de compañeros.

Sansón fue a desposarse con la mujer de Timna solo, sin que le acompañaran sus padres. El texto masorético dice que fue el padre el que bajó a Timna, lo cual se opone al contexto. Por razones críticas se propone la corrección del texto. Causa extrañeza que sea Sansón el que dé (v.10) el banquete, cuando, según la costumbre judía, debían ser los jóvenes o paraninfos de la mujer. Quizás fueron los padres de la mujer y los jóvenes filisteos invitados como amigos del esposo (Cant 3,7; 1 Mac 9,39) los que prepararon una gran fiesta que duró siete días (LXX y Syt.). Ningún amigo israelita de Sansón le acompañó en este acto, ya que este matrimonio con una extranjera hería los sentimientos nacionales. Tampoco sus padres estuvieron presentes en la fiesta (en contra de la lección del texto masorético).

Sansón quiso humillar a aquellos jóvenes valientes proponiéndoles un enigma que debían resolver en el plazo de los siete días que duraba la fiesta. Estas adivinanzas constituían un juego muy en boga en Siria y Palestina (1 Re 10,1; Prov 1,6). Crea cierta dificultad la enumeración de los días (v.14.15.17), que tal vez puede solucionarse suponiendo una corrupción en el texto o por la «carencia de la precisión matemática por parte de los hebreos» (LAGRANGE).

Sansón resistió siete días a las lágrimas y halagos de su mujer, que le pedía le manifestara el enigma; pero al fin cede, y en el séptimo día, antes de ponerse el sol (o antes de entrar en la cámara nupcial, según muchos autores, después de STADE), los jóvenes le dieron la solución, que el texto reproduce en forma literaria rimada. Del mismo modo les responde Sansón diciéndoles que se han servido de

la que le pertenece para hacer su propio trabajo. Según Lagrange, aunque la respuesta sea dura, no contiene necesariamente nada obsceno. Sin embargo, el doble sentido es transparente, y la metáfora es conocida entre griegos y romanos.

Tentativas de reconciliación con la mujer (15,1-3)

[1] Al cabo de días, al tiempo de la siega, fue Sansón a visitar a su mujer, llevando un cabrito, y dijo: «Quiero entrar a mi mujer en su cámara». [2] Pero el padre le negó la entrada, diciendo: «Yo creí que la habías aborrecido enteramente y se la he entregado a tu compañero. Su hermana menor es más hermosa todavía que ella. Tómala por mujer en lugar suyo». [3] Sansón le dijo: «Ahora, ya sin culpa de mi parte contra los filisteos, podré hacerles daño».

Al cabo de un tiempo, Sansón visitó a su mujer con ánimo de reconciliarse con ella, llevándole un obsequio *(mohar)*. Su indignación fue grande al manifestarle su suegro que la había entregado a otro por creer que él la había repudiado definitivamente (14,16). El hombre quiso reparar buenamente la ofensa, o quiso aprovecharse del incidente para colocar a otra hija menor, más hermosa, dice, que la mujer que había escogido (Gén 29,16ss). Se compara este tipo de matrimonio de Sansón con el de *sadiga* entre los árabes y asirios.

El ardid de los chacales (15,4-8)

[4] Se fue, y cogiendo trescientas zorras y teas, ató a las zorras dos a dos, cola con cola, y puso entre ambas colas una tea. [5] Encendió luego las teas y soltó a las zorras en las mieses de los filisteos, abrasando los montones de gavillas, los trigos todavía en pie y hasta los olivares. [6] Los filisteos se preguntaban: «¿Quién ha hecho esto?» Y se les dijo: «Ha sido Sansón, el yerno del timneo, porque éste le ha quitado su mujer y se la ha dado a un compañero suyo». Los filisteos subieron y la quemaron a ella y a la casa de su padre. [7] Sansón les dijo: «¿Eso habéis hecho? Pues yo no pararé hasta vengarme de vosotros». [8] Y les tundió ancas y muslos, haciendo en ellos gran destrozo, y se bajó luego a la caverna del roquedo de Etam.

El texto hebreo habla de zorras *(shuhal)*, pero el término se emplea también para designar a los chacales (Sal 63,11). Y es tanto más recomendable esta última significación aquí, por cuanto existían y existen aún hoy en Palestina gran cantidad de chacales. El número de trescientos es hiperbólico. Trescientos es múltiplo de treinta (14,11). No indica el texto el tiempo que empleó Sansón en capturar tan gran número de animales, ni si realizó solo esta hazaña o fue ayudado por otros. Al atar a los chacales dos a dos y cola con cola, con una tea encendida entre ambas, se proponía moderar el paso de estos animales para que su acción en los trigales fuera más efectiva. Sansón los soltó durante la noche para evitar el ser sor-

prendido en su maniobra y para que la devastación fuera más completa, por la ausencia de personal que apagara el fuego. Aquellos campos de trigo, segados ya en parte, y otros todavía en pie, fueron pronto pasto de las llamas. Esta acción de prender fuego a las mieses por motivos de venganza (2 Sam 14,30) o como acción bélica (Jdt 2,27) estaba muy en uso entre los romanos y los árabes.

Intento de arresto (15,9-13)

9 Subieron entonces los filisteos y acamparon en Judá, ex-
tendiéndose por Leji. 10 Los de Judá les preguntaron: «¿Por
qué habéis subido contra nosotros?» Ellos respondieron: «He-
mos venido a atar a Sansón para tratarle como él nos ha tratado
a nosotros». 11 Bajaron, pues, tres mil hombres de Judá a la
caverna del roquedo de Etam, y dijeron a Sansón: «¿No sabes
que los filisteos nos dominan? ¿Por qué nos has hecho eso?»
El les respondió: «He hecho con ellos como ellos han hecho
conmigo». 12 Ellos repusieron: «Hemos bajado para atarte y
entregarte atado en manos de los filisteos». Sansón respondió:
«Jurad que no vais a matarme». 13 Ellos le dijeron: «No; sola-
mente a atarte, para entregarte a los filisteos; pero no te mata-
remos». Y, atándole con dos cuerdas nuevas, le hicieron subir
al roquedo.

Humillados por los malos tratos que les había infligido Sansón, los filisteos tomaron represalias con una incursión en Leji (2 Sam 23, 11), lugar todavía no identificado y perteneciente a la tribu de Judá. Los de Judá, acaso por no sentirse solidarizados con los danitas, a cuya tribu pertenecía Sansón, o por deseos de vivir en paz, se comprometieron con los filisteos a entregárselo. Sansón se dejó atar por sus connacionales después de haber arrancado de ellos la promesa de que no le matarían, porque confiaba que con ello tendría una nueva ocasión para castigar a sus enemigos los filisteos.

Sansón derrota a mil filisteos (15,14-20)

14 Llegados a Leji, los filisteos les salieron al encuentro lan-
zando gritos de júbilo. Apoderóse entonces de él el espíritu
de Yahvé, y las cuerdas que a los brazos tenía fueron como
hilos de lino quemados por el fuego; las ligaduras cayeron de
sus manos, 15 y, viendo cerca una quijada de asno fresca, la
cogió y derrotó con ella a mil hombres. 16 Dijo Sansón:

«Con una quijada de asno los he aporreado bien;
con una quijada de asno he matado a mil hombres».

17 Y dicho esto, tiró la quijada y llamó a aquel lugar Ramat
Leji. 18 Devorado por la sed, clamó a Yahvé, diciendo: «Eres
tú el que por la mano de tu siervo has hecho esta gran libera-
ción; ¿voy a caer ahora, muerto de sed, en la mano de los
incircuncisos?» 19 Y abrió Yahvé el pilón que hay en Leji y
brotó de él agua. Bebió, se recobró y vivió, y la llamó por eso

la fuente de En Hacore, que es la que hay todavía en Leji.
20 Sansón juzgó a Israel, en tiempo de los filisteos, durante
veinte años.

Sansón celebró su triunfo con un cántico rítmico en el que hay un juego de palabras [1] y no poca ironía. Ramat-Leji, «altura de la quijada», llamada así por su configuración, que se asemeja a una quijada de asno. Trátase de una explicación popular acerca del origen del nombre de esta ciudad. Recoge también el autor la tradición local sobre el origen de la fuente de Leji al decir que, al final de su proeza, sintióse el vencedor devorado por la sed. En memoria de la plegaria de Sansón, aquella fuente lleva el nombre de *En Hacore*, «fuente del suplicante», o de la perdiz (1 Sam 26,20; Jer 17,11). Sansón juzgó a Israel, es decir, «hizo justicia de los opresores de su pueblo» (Lods, 386), por espacio de veinte años, frase que, según algunos expositores, indica o bien una doble redacción de la historia de Sansón o la intención del autor de señalar los años que duró la misión de Sansón antes de entrar en el relato de sus fracasos.

Sansón en Gaza (16,1-3)

1 Fue Sansón a Gaza, donde había una meretriz, a la cual
entró. 2 Se les dijo a las gentes de Gaza: «Ha venido aquí San-
són». Y le cercaron y estuvieron toda la noche en acecho cerca
de la puerta de la ciudad. Se estuvieron tranquilos durante la
noche, diciéndose: «Al alba le mataremos». 3 Sansón estuvo
acostado hasta media noche. A media noche se levantó, y,
cogiendo las dos hojas de la puerta de la ciudad con las jambas
y el cerrojo, se las echó al hombro y las llevó a la cima del
monte que mira hacia Hebrón.

Sansón tenía buena musculatura, pero el corazón débil. Desde Leji (texto de los LXX) marchó a Gaza (Jos 13,3). La fama que aureolaba a Sansón hizo que se esparciera la voz de su presencia en la ciudad. Inmediatamente las autoridades tomaron las medidas oportunas para apresarlo. Durante todo el día (no: «toda la noche», como se lee en TM) se pusieron guardias a la puerta de la ciudad para impedir su salida, mientras algunas patrullas volantes recorrían sus calles para localizarle. Sucedió que Sansón, al terminar sus quehaceres, entró en casa de una meretriz (11,1; Jos 2,11) [1]. Había ya anochecido cuando supieron su paradero, por lo cual las autoridades no juzgaron oportuno proceder inmediatamente a su detención, porque, entre los antiguos, el sueño era considerado como algo sagrado, no pudiéndose matar a nadie durante el mismo (Ex 14,20; 1 Sam 19,11). Durante la noche se cerraban las puertas de la ciudad, y, juzgando que Sansón no podría escapar, los guardias se retiraron a descansar, conviniendo en matar a Sansón al rayar el alba del día siguiente. Pero Sansón se levantó de noche, arrancó las puertas de la ciudad con jambas y el cerrojo, se las echó al hombro y las llevó a una colina vecina, al este de la

[1] Levesque: RB 7 (1900) 89ss.
[1] B. A. Brooks, *Fertility Cult Functionaries in the Old Testament:* JBL 60 (1941) 227-253.

ciudad, desde donde se divisaban los montes de Hebrón. De Gaza a Hebrón hay más de setenta kilómetros. Por lo mismo, no puede admitirse la interpretación de los que hacen andar a Sansón todo este recorrido con las puertas a la espalda.

Dalila traiciona a Sansón (16,4-14)

4 Después amó a una mujer del valle de Sorec, de nombre
Dalila. 5 Los príncipes de los filisteos subieron a ella y la dijeron:
«Sedúcele para saber en qué está su gran fuerza y cómo podría-
mos apoderarnos de él, para atacarle y castigarle. Si lo haces-
te daremos cada uno mil cien siclos de plata». Dijo, pues,
6 Dalila a Sansón: «Dime, te ruego, en qué está tu gran fuerza
y con qué habrías de ser atado para sujetarte». 7 Sansón
respondió: «Si me atasen con siete cuerdas húmedas, que no
se hubieran secado todavía, me quedaría sin fuerzas y sería
como otro hombre cualquiera». 8 Subiéronle los príncipes de
los filisteos las siete cuerdas húmedas, sin secar todavía, y ella
le ató con ellas. 9 Como tenía en su cuarto gentes en acecho,
le gritó: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!» El rompió las cuerdas
como se rompe un cordón de estopa cuando se le pega fuego,
y quedó desconocido el secreto de su fuerza. 10 Dalila dijo a
Sansón: «Te has burlado de mí y me has engañado. Dime,
pues, ahora con qué hay que atarte». 11 El le dijo: «Si me atan
con cuerdas nuevas que no hayan sido empleadas para ningún
otro uso, me quedaré sin fuerzas y seré como otro cualquiera».
12 Dalila cogió cuerdas nuevas y le ató con ellas. Después le
gritó: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!», pues tenía en el cuarto
gentes en acecho. El rompió como un hilo las cuerdas que
tenía en los brazos. 13 Dalila dijo a Sansón: «Hasta ahora te
has burlado de mí y no me has dicho más que mentiras. Dime
de una vez con qué hay que atarte». El le dijo: «Si entretejes
con un lizo las siete trenzas de mi cabeza y las fijas con una cla-
vija de tejedor, me quedaré sin fuerzas y seré como otro hom-
bre cualquiera». 14 Dalila le adormeció y entretejió con un lizo
las siete trenzas, las fijó con la clavija de tejedor y le gritó:
«¡Sansón, los filisteos sobre ti!» Y despertando de su sueño,
arrancó la clavija y el entretejido, y quedó desconocido el secreto
de su fuerza.

Enamoróse Sansón de una mujer de Sorec (la actual *Suric*, en el valle Serar, a cuatro kilómetros de Sora), llamada así por sus famosos viñedos (Is 5,2; Jer 2,21). No dice el texto si esta mujer era filistea o hebrea, pero se presume que era israelita. Dalila es de significación incierta en hebreo; en árabe significa *la indicadora*, por lo cual puede dudarse si era éste su nombre primitivo o un sobrenombre que le dio la tradición popular por razón de su comportamiento con Sansón. Los príncipes *(sarnim*, Jos 13,9) de los filisteos entran en trato con Dalila para apoderarse de Sansón y le ofrecen por sus servicios una cantidad, que, traducida en números, representa una suma considerable, que Hummelauer, a últimos del siglo pasado, valoraba en 250.000 francos. Sin embargo, la mayoría de los expositores estima que se trata de una suma convencional que equivale a decir que le entregarían mil siclos y que estaban

dispuestos a elevar aún esta cantidad. Para no impresionar a Dalila, los príncipes no hablan de dar muerte a Sansón, sino solamente de apoderarse de él y castigarle. Estaban interesados en que Dalila arrancara de Sansón el secreto de su fuerza, o, en otras palabras, «de dónde provenía el que su fuerza fuese tan grande». Para los primitivos, el origen de este vigor extraordinario no puede ser más que un *mana*, que está sujeto a fuerzas mágicas; por esto mismo, Sansón señala de hecho recetas mágicas para destruir esta fuerza. En el v.17 indica Sansón el origen sobrenatural de su fuerza. El número siete, que emplea Sansón, es un número sagrado, y aquí tiene valor de encanto mágico.

Sansón cede a los halagos de la mujer (16,15-20)

15 Ella le dijo: «¿Cómo puedes decir que me quieres, cuando
tu corazón no está conmigo? Por tres veces te has burlado de
mí y no me has descubierto en qué está tu gran fuerza». 16 Y le
importunaba incesantemente, siempre insistiendo en su de-
manda, hasta llegar a producirle un tedio de muerte. 17 Y le
abrió de par en par su corazón, diciendo: «Nunca ha tocado la
navaja mi cabeza, pues soy nazareo de Dios desde el vientre
de mi madre. Si me rapasen, perdería mi fuerza, quedaría dé-
bil y sería como todos los otros hombres». 18 Dalila vio que en
verdad le había abierto de par en par su corazón; y mandó lla-
mar a los príncipes de los filisteos, diciéndoles: «Subid, que esta
vez ya me ha abierto de par en par su corazón». Subieron, lle-
vando el dinero en sus manos. 19 Le durmió ella sobre sus ro-
dillas, y, llamando un hombre, hizo que raparan las siete trenzas
de la cabellera de Sansón, que comenzó a debilitarse. Había
perdido su fuerza, 20 y ella le dijo entonces: «¡Sansón, los filis-
teos sobre ti!» El se despertó, diciendo: «Saldré como tantas
otras veces y me sacudiré», pues no sabía que Yahvé se había
apartado de él.

Dalila puso en juego toda su astucia femenina para ablandar el corazón del héroe, presionándole hasta causarle angustias de muerte. Por fin, Sansón sucumbió. Rapada su larga cabellera por un hombre llamado al efecto, quedaba violado el voto del nazareato y, como consecuencia, le retiraba Dios el carisma de la fuerza que le había otorgado en vistas a su misión, quedando reducido a la condición de un hombre cualquiera. Durante toda su vida se mostró Sansón infiel a su condición de nazir: banqueteaba como los otros, ingiriendo bebidas alcohólicas que le estaban prohibidas; diversas veces había tenido contacto con cadáveres, y, por fin, no supo conservar intacta su larga cabellera, que era el signo externo más característico de su total consagración a Yahvé. La historia de Sansón nos enseña a qué grado de inconsciencia puede llegar un hombre que da rienda suelta a la sensualidad.

Venganza y muerte de Sansón (16,21-31)

**[21] Cogiéronle los filisteos, le sacaron los ojos y, llevándole a
Gaza, le encadenaron con doble cadena de bronce, y en la cár-
cel le pusieron a hacer dar vueltas a la muela. [22] Entretanto,
volvieron a crecerle los pelos de la cabeza, después de haber
sido rapada. [23] Los príncipes de los filisteos se congregaron para
ofrecer un gran sacrificio a Dagón, su dios, y, para regocijarse,
decían: «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos a Sansón,
nuestro enemigo». [24] El pueblo, al verle, alababa a su dios, di-
ciendo: «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos a nuestro
enemigo, al que asolaba nuestra tierra y mató a tanta gente».
[25] Cuando su corazón se alegró, dijeron: «Que traigan a Sansón
para que nos divierta». [26] Sansón fue sacado de la cárcel y tuvo
que bailar ante ellos. Habíanle puesto entre las columnas, y
Sansón dijo al mozo que le hacía de lazarillo: «Déjame tocar
las columnas que sostienen la casa, para apoyarme». [27] Estaba
la casa llena de hombres y mujeres. Allí estaban los príncipes
de los filisteos, y había sobre el techo más de tres mil personas,
hombres y mujeres, viendo bailar a Sansón. [28] Entonces invocó
Sansón a Yahvé, diciendo: «Señor, Yahvé, acuérdate de mí;
devuélveme la fuerza sólo por esta vez, para que ahora me ven-
gue de los filisteos por mis dos ojos». [29] Sansón se agarró a las
dos columnas centrales que sostenían la casa, y, haciendo fuerza
sobre ellas, sobre la una con la mano derecha, sobre la otra con
la mano izquierda, [30] dijo: «¡Muera yo con los filisteos!» Tan
fuertemente sacudió las columnas, que la casa se hundió sobre
los príncipes de los filisteos y sobre todo el pueblo que allí esta-
ba, siendo los muertos que hizo al morir más que los que había
hecho en vida. [31] Sus hermanos y toda la casa de su padre baja-
ron y se lo llevaron, y le sepultaron entre Sora y Estaol, en la
sepultura de Manué, su padre. Juzgó a Israel durante veinte
años.**

Los filisteos se apoderaron fácilmente de su enemigo, al cual le arrancaron los ojos, suplicio muy frecuente entre los orientales (1 Sam 11,2; 2 Re 25,7; Jer 52,11; texto de los LXX), y, atado de manos y pies con una doble cadena de bronce, lo condujeron a Gaza, condenándole a dar vueltas a la muela, trabajo propio de mujeres y esclavos (Ex 11,5; Is 47,2). Su cabeza volvió a poblarse, pero no por ello debía renacer su fuerza extraordinaria de antes. Tratado como un esclavo y blanco de las burlas de los filisteos, reflexionó Sansón sobre su conducta e infidelidad a la misión para la cual Dios le había escogido. Su oración debió de ser ferviente; su arrepentimiento, verdadero, por lo cual Dios le concedió de nuevo el carisma de la fuerza que le había retirado. Dagón era una divinidad semita, protectora del trigo *(dagan)*, muy venerada en todo el Oriente Medio desde Babilonia al Mediterráneo ya desde el tercer milenio antes de Cristo [2]. Los filisteos adoptaron este dios, rindiéndole un culto especial en Azoto (1 Sam 5,2; 1 Mac 10,84; 11,4). Más tarde esta divinidad fue identificada falsamente con una divinidad con cuerpo de pez *(dag)*. Junto al dios se veneraba a su paredra Atargates (2 Mac 12,26).

[2] E. Dhorme, *Les avatars du dieu Dagon:* RHR 138 (1950) 1 29-140.

Los príncipes y todo el pueblo aclamaban a su dios por haberles librado de Sansón, su enemigo. Cuando su corazón se alegró por el mucho vino, reclamaron su presencia para que les divirtiera. Obligado a bailar al son de instrumentos y zarandeado de una parte a otra, fué el hazmerreír de toda aquella gente ebria de vino y de triunfo. Ya agotado, se le concedió un leve descanso a la sombra de una terraza sostenida por columnas. Sansón pidió a su lazarillo que le permitiera apoyarse en una de las columnas de la casa, o de la sala cabe el templo, donde estaban reunidos los filisteos para consumir el resto de las víctimas ofrecidas en sacrificio (9,46; 1 Sam 1,9; 9,22). Entonces Sansón invocó a Dios, pidiéndole le devolviera la fuerza de otro tiempo. Al tener conciencia de que Dios había oído su oración, se agarró a las dos columnas centrales, sobre las cuales se apoyaba el edificio, y las sacudió con tanta fuerza que la casa se hundió, quedando él mismo sepultado junto a un gran número de filisteos entre los escombros.

No cabe hablar de suicidio directo y voluntario en este caso de Sansón, ya que él quiso directamente la muerte de sus enemigos, los filisteos, y sólo indirectamente atentó contra su vida propia. A pesar de sus debilidades, Sansón pasó a la historia con la fama de un juez que hizo justicia a los enemigos de su pueblo, gracias a un carisma que le otorgó Dios gratuitamente. San Pablo alaba su fe y confianza en Dios (Hebr 11,32). El autor sagrado recogió de la tradición popular esta historia, conservando toda su ingenuidad y los rasgos humorísticos e hiperbólicos con que la había revestido la imaginación de un pueblo que admiraba la bravura de los héroes de la independencia nacional. La historia de Sansón confirma la tesis que el autor sagrado ha desarrollado en todo el libro a base de hechos históricos anecdóticos.

Tercera parte

APENDICES

1. Origen del santuario de Dan

Existe en general en este relato unidad literaria, y no convencen del todo los argumentos aducidos en contra por Moore, Burney, Kittel, etc. Toda la narración está dispuesta en orden a ilustrar el origen del santuario de Dan, que subsistió en Israel hasta el siglo VIII a. de C. No se indica el tiempo en que se desarrollaron los hechos aquí consignados, pero algunos expositores (Desnoyers, Tamisier, Fernández, Vincent, etc.), basándose principalmente en 18,1 y 18,30, juzgan que tuvieron lugar a principios de la época de los jueces. Según Dhorme, los relatos que aquí se refieren no pertenecen propiamente a la historia de los jueces. Se han colocado aquí porque el que los narra sabía que en este tiempo no había

aún rey en Israel (17,6; 18,1). Pero aun en el supuesto que se efectuara en este tiempo la emigración de los danitas hacia el norte de Palestina, sin embargo, no debe suponerse que emigraran en masa, sino que una gran parte se mantuvo firme en el territorio que se les había señalado, resistiendo a filisteos y amorreos. Entre los danitas que permanecieron en el territorio, cabe mencionar al clan danita de Sansón, que habitaba en Sora. Se ha hecho notar el parentesco existente entre la narración del origen del santuario de Dan y la historia de Sansón. Las analogías sugieren que el relato sobre el origen del santuario de Dan y la historia de Sansón proceden de Judá, y probablemente de los medios imbuidos de influencias levíticas. Directamente no condena el hagiógrafo los hechos que refiere, pero incluye en la narración cortas reflexiones que dan a entender que aquella degradación del culto yahvista sólo era posible en tiempos de anarquía, «en que no había rey en Israel y hacía cada uno lo que bien le parecía» (17,6; 18,1.31). La existencia de estos abominables abusos se explica, además, porque «era entonces rara la palabra de Yahvé y no era frecuente la visión» (1 Sam 3,1). En todo el relato late cierta animosidad hacia el reino del norte y simpatía por la monarquía davídica, considerada como el único medio para cortar abusos y asegurar la fidelidad a Yahvé [1].

El santuario privado de Mica (17,1-6)

1 Había un hombre de los montes de Efraím, Mica de nombre. 2 Dijo éste a su madre: «Los mil cien siclos de plata que habías puesto aparte, por los que te oí lamentarte a veces, yo los tengo, yo te los quité». 3 Díjole su madre: «Bendito de Yahvé seas, hijo mío». Devolvió, pues, los mil cien siclos de plata a su madre, que dijo: «Quiero consagrar a Yahvé este dinero y que de mi mano pase a mi hijo, para que se haga una imagen tallada y chapeada. Ahí, pues, te lo entrego». 4 Habiendo, pues, devuelto él a su madre el dinero, tomó su madre doscientos siclos y se los dio a un orífice, y éste hizo una imagen tallada y chapeada, que quedó en la casa de Mica; 5 y así un hombre como Mica vino a tener una casa de Dios. Hízose también un *efod y unos «terafim», y llenó la mano de uno de sus hijos para* que hiciera de sacerdote. 6 No había entonces rey en Israel, y hacía cada uno lo que bien le parecía.

No se especifica la población en que vivía Mica, pero, por lo que se dice en 18,14.22, parece que habitaba en un villorrio o caserío. Los v.1-5, tal como aparecen en el texto masorético, crean algunas dificultades, que cada expositor explica a su manera. Para algunos racionalistas se vislumbra en ellos la existencia de dos narraciones paralelas, independientes entre sí, que se designan con las letras A y B. Los v.1.5 (A) son paralelos a 2.4 (B).

[1] Véase A. Fernández, *El santuario de Dan. Estudio crítico-exegético sobre Jud. 17-18:* «Biblica», 15 (1934) 237-264; C. Hauret, *Aux origines du sacerdoce Danite:* «Mélanges Robert» (París s.a.) 105-113; Murtonen, A., *Some Thougts on Judges XVIIss:* VT 1 (1951) 223-224; H. H. Rowley, *The Danite Migration to Laish:* ET 51 (1939) 465-471; M. Noth, *The Background of Judges 17-18*, en *Israel's Prophetic Heritage* (homenaje a J. Muilenburg) (New York 1962) 68-85.

El orden de estos versículos, propuesto por Moore y adoptado por Lagrange, Vincent, Tamisier y, en parte, por Nötscher, es el siguiente: «Los mil cien siclos de plata que te han robado—y a propósito de los cuales has proferido una maldición, añadiendo, como oí yo mismo: «Yo consagro solemnemente este dinero a Yahvé, por mis propias manos, para hacer una imagen tallada (y un ídolo de metal fundido)»—, helos aquí, pues fui yo quien los substrajo, y ahora te los devuelvo». Su madre respondió: «Que mi hijo sea bendito de Yahvé». Mica le devolvió los mil cien siclos de plata». En este orden, el sentido de la perícopa está claro. Mica substrajo la cantidad de mil cien siclos a su madre. Esta, ignorando quién había sido el ladrón, consagró a Dios aquel dinero, que, por lo mismo y desde el mismo instante, no podía emplearse en cosas profanas sin incurrir en su maldición. Mica, que oyó las palabras de la consagración de aquel dinero, comprendió que le era imposible utilizarlo sin exponerse a la maldición divina, por lo cual decidió devolverlo. Al ver la madre que el ladrón era su propio hijo, se apresuró a bendecirlo para neutralizar en lo posible los efectos de la maldición proferida (Ex 12,32; Deut 29,19; 1 Sam 23,21; 2 Sam 21,3; 1 Re 2,33.44-45). Se creía que no era posible, o al menos muy difícil, suspender los efectos de una maldición una vez proferida (Zac 5,3; Lev 5,1; Prov 29,24).

La madre tomó el dinero que le devolvió su hijo, y entregó doscientos siclos a un orífice para que le hiciera una imagen tallada (y, según el texto hebraico actual, un ídolo de metal fundido, *massekah)*, que colocó en la casa de Mica. Y así, un hombre como Mica vino a tener una casa de Dios. Después fabricó un efod y *terafim* y consagró (literalmente: «llenó las manos») a uno de sus hijos para que le hiciera de sacerdote. El rito esencial de la consagración sacerdotal entre los hebreos consistía en colocar en las manos del sacerdote vísceras de la víctima para que las ofreciera a Dios (Ex 29; 40,12-15; Lev 8,27).

El autor sagrado ha referido escuetamente el origen del santuario de Mica, sin hacer ningún comentario. Al final, sin embargo, añade esta reflexión, rica de contenido: «No había entonces rey en Israel, y cada uno hacía lo que bien le parecía»; lo que equivale a decir: Con la monarquía davídica no hubieran ocurrido tales abominaciones. Aquel santuario es reprobable y no tiene ningún valor, porque su origen es humano; la fabricación del ídolo, impía; el sacerdote escogido, indigno.

El levita de Belén (17,7-13)

7 Un joven de Belén de Judá, de nombre Jonatán, levita, que habitaba allí, 8 saliendo de la ciudad de Belén de Judá, se puso *a recorrer la tierra para buscar dónde vivir, y, pasando por los* montes de Efraím, llegó en su camino a la casa de Mica. 9 Preguntóle Mica: «¿De dónde vienes?», y el levita le contestó: «Soy de Belén de Judá y ando a ver si encuentro dónde vivir». 10 Díjole Mica: «Quédate conmigo y me servirás de padre y de sacerdote. Te daré diez siclos de plata al año, vestidos y comi-

da». Y pasó allí el levita la noche 11 y consintió en quedarse con Mica, para quien fue el joven como otro hijo. 12 Llenó, pues, Mica la mano del levita, y el joven hizo con él de sacerdote, quedándose en casa de Mica. 13 Dijo Mica: «Ahora sí que de cierto me favorecerá Yahvé, pues tengo por sacerdote a un levita». No había por aquel entonces rey en Israel.

En el texto masorético se dice que había un joven en Belén de Judá, del clan de Judá, que era levita y que habitaba allí como *guer* (Deut 18,6). Más adelante (18,30) se dice que este joven levita se llamaba Jonatán. No teniendo la tribu de Leví territorio propio (Yahvé era su *nahalah*, su herencia: Deut 10,9; 18,2; Jos 13,14.33), sus miembros buscaban domicilio en otras tribus (Núm 18,20), en medio de las cuales vivían en calidad de *guer*. El *guer* era un hombre que por nacimiento pertenecía a otro clan, pero que, para protestar contra una injusticia de la cual se creía víctima, o consecuencia de un crimen, había huido o había sido expulsado por los suyos. De esta manera, el hombre que se encontraba fuera de su clan imploraba la protección de algún miembro de otro clan capaz de defenderlo, y se hacía su cliente *(guer)*. Su vida estaba entonces segura, pero quedaba en una posición subordinada, a menudo muy miserable (Lods, 229-230). Esta situación general del *guer* no regía para los levitas, porque habitaban en medio de otras tribus y eran considerados como representantes del yahvismo mosaico, defensores celosos de la tradición yahvista y depositarios natos de la religión más pura. Mica tenía la convicción de que su santuario, servido por levitas, se convertiría pronto en lugar de copiosas bendiciones.

Los exploradores en casa de Mica (18,1-6)

1 En aquellos días, la tribu de Dan andaba buscando dónde establecerse, pues no le había tocado hasta entonces heredad en medio de las otras tribus de Israel. 2 Mandaron, pues, los hijos de Dan de entre los suyos a cinco exploradores, hombres fuertes; los mandaron de Sora y de Estaol para que recorriesen la tierra y la explorasen, diciéndoles: «Id a reconocer la tierra». Llegaron los cinco hombres, por los montes de Efraím, hasta la casa de Mica, y pasaron allí la noche. 3 Estando cerca de la casa de Mica, conocieron por la voz al joven levita, y, acercándose a él, le preguntaron: «¿Quién te ha traído a ti aquí? ¿Qué haces aquí y qué tienes aquí?» 4 El les contestó: «Mica ha hecho por mí esto y lo otro, y me he ajustado con él y le sirvo de sacerdote». 5 Ellos le dijeron: «Entonces consulta a Dios para que sepamos si prosperará el viaje que hemos emprendido». 6 Y les dijo el sacerdote: «Id tranquilos; está ante Yahvé el camino que seguís».

Acosados los danitas por el exterior y reducidos a un espacio vital totalmente insuficiente, fueron constreñidos a emigrar. Con estos acontecimientos se tienen ya los elementos de juicio para entender la expresión ambigua (Jos 19,40-48) de que «no le había tocado hasta entonces heredad en medio de las otras tribus de Israel». Cinco hombres del clan de Sora y Estaol (13,2.25; 16,31) fueron escogidos y enviados a explorar la tierra en busca de un territorio donde poder colocar cierto número de danitas. En su viaje hacia el norte pasaron por los montes de Efraím y llegaron a un villorrio donde estaba la casa de Mica (17,8), pernoctando allí. A la mañana siguiente, ya en trance de proseguir su viaje, reconocieron la voz del joven levita, o porque le habían tratado personalmente en su región, o porque fueron sorprendidos al oír la voz de un hombre que hablaba con el mismo acento que ellos. Entraron en conversación con él, que les informó de los buenos tratos que le daba Mica, a quien servía como sacerdote. Porque los levitas eran expertos en el arte de la consultación, le pidieron consultara a Yahvé acerca del éxito de su viaje. El levita lo hizo —no se dice qué rito empleó—, dándoles una respuesta ambigua, que ellos interpretaron como de buen augurio. Debe descartarse la opinión de Hummelauer, según la cual el levita consultó al diablo, de quien fue la respuesta.

Los cinco exploradores llegan a Lais (18,7)

7 Reemprendieron su camino los cinco hombres y llegaron a Lais. Vieron que la gente de ella vivía en seguridad, a modo de los sidonios, pacífica y tranquilamente, sin que nadie dañase a nadie, y que eran ricos y estaban alejados de los sidonios y no tenían relación con la Siria.

Lais (Jos 19,47) estaba situada en las fuentes del Jordán, a cinco kilómetros de Banías (Cesarea de Filipo), en el actual Tell-el-Qadi. Allí nace el manantial que da origen al río Jordán, Nahr-el-Leddán, que conserva el nombre que se dio más tarde a la ciudad, Dan, en memoria de su conquista por los danitas. La ciudad, situada en una llanura y con abundancia de agua, era rica, no faltando nada de cuanto produce la tierra. Sus habitantes vivían en paz y seguridad, a la manera de los sidonios, es decir, habitantes de Fenicia (3,3), tranquilos y confiados. Tal vez la ciudad fuera colonia de Sidón (v.28), pero en caso de ataque por sorpresa no era fácil a la metrópoli prestarle ayuda, por hallarse a una distancia de cincuenta kilómetros y por mediar entre ambas ciudades la depresión de Nahr-el-Litani. Con respecto a los estados arameos del este, Lais no mantenía ninguna relación con ellos. Los cinco exploradores comprendieron las ventajas que ofrecía el terreno para la emigración.

Emigración de los danitas (18,8-13)

8 Volviéronse, pues, a sus hermanos, a Sora y Estaol, que les preguntaron: «¿Qué traéis?» Ellos contestaron: 9 «Hemos ido y recorrido el país hasta Lais y hemos visto un pueblo que mora tranquilo según las costumbres de los sidonios, alejado de éstos y sin comunicación con la Siria. Subamos luego contra ellos. Hemos visto la tierra y es muy buena. ¿Os estáis quietos? No

dilatéis la ida, para apoderarnos de esa tierra. [10] Daréis con un pueblo que vive seguro. La tierra es amplia, y Dios la ha puesto en vuestras manos. Es una tierra que produce de todo». [11] Salieron, pues, de Sora y Estaol seiscientos hombres de las familias de Dan, armados en guerra, [12] y subiendo, acamparon en Quiriat-Jearim, de Judá, por lo cual se llamó hasta hoy este lugar Majane Dan, al occidente de Quiriat-Jearim. [13] Pasaron de allí a los montes de Efraím y llegaron hasta la casa de Mica.

A las preguntas de sus compatriotas, a su regreso, respondieron los exploradores que el territorio era rico y fácil de conquistar. El laconismo de la respuesta, según el texto hebraico, contrasta con la larga descripción que hacen los LXX, cód. A. L., de las condiciones de vida que han observado en Lais. Según Núm 1,39; 26,43, la tribu de Dan contaba con más de sesenta mil hombres aptos para las armas. Esto indica que no todos los danitas emigraron a Lais, sino únicamente parte del clan residente en Sora y Estaol. La primera etapa fue Quiriat-Jearim (Jos 9,17; 1 Sam. 6,21; 7,1; 2 Sam 6,2), a quince kilómetros al noroeste de Jerusalén, actualmente Abu-Gosch. Mahaneh-Dan significa campamento de Dan (13,25); su emplazamiento no puede determinarse de manera exacta.

Robo en el santuario de Mica (18,14-26)

[14] Los cinco hombres que habían ido a explorar la tierra de Lais dijeron a sus hermanos: «¿Sabéis que en esta casa hay un efod, y «terafim», y una imagen tallada y chapeada? Ved vosotros lo que se ha de hacer». [15] Pasaron adelante; y entrando en la casa del joven levita, la casa de Mica, le preguntaron por su salud. [16] Los seiscientos hombres de los hijos de Dan, armados en guerra, se quedaron a la entrada de la puerta. [17] Subieron los cinco exploradores y entraron para apoderarse del efod, de los «terafim» y de la imagen chapeada, mientras estaba el sacerdote a la entrada de la puerta con los seiscientos hombres armados en guerra. [18] Después que entraron en la casa de Mica, se apoderaron del efod, de los «terafim» y de la imagen tallada y chapeada, les dijo el sacerdote: «¿Qué hacéis?» [19] Ellos le dijeron: «Cállate; ponte la mano en la boca, vente con nosotros y serás nuestro padre y nuestro sacerdote. ¿Qué te es mejor: ser sacerdote de la casa de un solo hombre o serlo de una tribu y de una familia de Israel?» [20] Alegrósele al sacerdote el corazón, y, cogiendo el efod, los «terafim» y la imagen tallada, se fue con aquella gente. [21] Pusiéronse en marcha de nuevo, llevando por delante a los niños, a los animales y las cosas de precio; [22] y estaban ya lejos de la casa de Mica, cuando éste y los hombres que habitaban las casas vecinas de la de Mica se reunieron para salir en persecución de los hijos de Dan. [23] Gritaron a los hijos de Dan; y éstos, volviendo la cara, dijeron a Mica: «¿Qué te ocurre, para que nos vengas dando voces?» [24] El contestó: «Mi dios, el que yo he hecho, me lo habéis quitado junto con el sacerdote, y os marcháis. ¿Qué me queda entonces? ¿Y todavía me preguntáis qué me ocurre?» [25] Dijéronle los hijos de Dan: «No nos hagas oír más tu voz si no quieres que hombres irritados

se arrojen sobre vosotros y pierdas tu vida y la de los de tu casa». [26] Prosiguieron los hijos de Dan su camino; y Mica, viendo que eran más fuertes que él, se volvió y tornó a su casa.

La composición de los v.16-18 es singular. El sentido de la perícopa parece ser el siguiente. Habitaba Mica en un villorrio o caserío en el que las casas, dispuestas en forma circular, dejaban un patio en el centro, con la casa de Mica en el fondo del mismo y frente a la única puerta de entrada (v.16-17). Los seiscientos hombres se aglomeraron en la puerta del caserío, donde saludaron y conversaron largamente con el levita (15-16). Entre tanto, los cinco exploradores aprovecharon la coyuntura de hallarse el levita enzarzado en la conversación con el grueso de la tropa para deslizarse hacia el interior del patio, con ánimo de desvalijar el santuario instalado en la casa de Mica (v.17). Viendo ellos que el levita seguía en la puerta del caserío (v.17c), se filtraron en la casa de Mica, llevándose la imagen tallada *(pesel)*, el efod y los *terafim* y, acaso (véase v.2), el ídolo de metal *(massekah)* (v.18). De regreso, obligados a salir por la única puerta de acceso a la ciudad, en donde se hallaba el levita, no pudieron evitar que éste se diera cuenta del robo, y les increpara, diciendo: «¿Qué hacéis?» Ellos y el grueso de los danitas le impusieron silencio y le invitaron a seguirles para ser su padre espiritual (17,10) y sacerdote. Las propuestas que le hicieron le parecieron más lucrativas que las de Mica, por lo cual cargó él mismo con los objetos sagrados y, en medio de la tropa, como personaje distinguido, púsose en camino.

Toma de Lais (18,27-29)

[27] Lleváronse, pues, lo que había hecho Mica y el sacerdote que tenía, y marcharon contra Lais, contra el pueblo tranquilo y confiado, y los pasaron a filo de espada y prendieron fuego a la ciudad. [28] No hubo quien la librara, por lo lejos que estaba Sidón y por no tener relación con la Siria. Estaba en el valle que se extiende hacia Bet Rejobot. Los hijos de Dan reedificaron la ciudad y habitaron en ella, [29] y la llamaron Dan, del nombre de su padre, hijo de Israel, pues antes se llamaba Lais.

La ciudad fue consagrada al anatema (1,8.25; 4,15). En la antigüedad, la guerra era total, y sigue siéndolo después de tres milenios. Después de la primera fase de la conquista israelita, no se habla más de «consagrar» la población cananea, sino solamente de rechazarla o someterla a tributo [1].

El autor sagrado explica el éxito de la empresa debido al aislamiento de Lais, que se encontraba lejos de Sidón y sin ninguna relación con la Siria. Bet Rejobot (Núm 13,21; 2 Sam 10,8), probablemente sobre el sitio original de Banías, era el centro de un pequeño estado arameo que se organizó durante el siglo XII a. de C. El lugar formaba parte del país de los arameos o sirios (2 Sam 10,8).

[1] W. F. ALBRIGHT, *De l'âge de la pierre a la chrétienté* (París 1951) 204-205.

Fundación de Dan y de su santuario (18,30-31)

**30 Los hijos de Dan se erigieron la imagen tallada de Mica;
Jonatán, hijo de Gersón, hijo de Moisés, él y sus hijos, fueron
sacerdotes de la tribu de Dan hasta el tiempo de la emigración
de Dan. 31 Permaneció entre ellos la imagen tallada de Mica,
que él se había hecho, todo el tiempo que estuvo en Silo la casa
de Dios.**

Estos dos versos han retenido la atención de exegetas e historiadores. Manipulados por los especialistas, los versos han sufrido mucho. Los críticos dudan de que uno u otro figurara en el texto primitivo; a veces suprimen los dos. Sin acudir a operaciones quirúrgicas tan enérgicas, algunos los amputan parcialmente. A pesar de las incertezas de la crítica literaria, los dos versos son importantes para la historia del sacerdocio israelita [2]. Hasta ahora el autor sagrado había callado el nombre de este levita; pero, en el trance de poner de relieve el origen ilustre del santuario, declara que se llamaba Jonatán, hijo de Gersón, hijo de Moisés (Ex 2,22; 18,3; 1 Crón 23,15). Pero este detalle de que un descendiente de Moisés se prestara a una desviación del yahvismo auténtico indica la anarquía religiosa existente en aquella época. Por esto mismo, para salvaguardar el honor del gran caudillo de Israel, los masoretas reemplazaron más tarde su nombre por el del impío Manasés (2 Re c.21). Esta es la razón de que en el texto masorético haya un *nun* suspendido entre la primera y segunda letra del nombre de Moisés *(m(n)sh)* [3].

Descendientes de Jonatán continuaron ejerciendo su sacerdocio, poco ortodoxo, en el santuario de Dan hasta que desapareció con la cautividad del reino del Norte en los años 733 ó 722. En tiempos de Jeroboam, la imagen tallada de plata fue reemplazada por un becerro de oro, lo que «indujo al pecado, pues iba el pueblo hasta Dan para adorar» (1 Re 12,30). Los profetas Amós y Oseas levantaron su voz contra estos sacerdotes.

En estos capítulos puede verse la mano de un autor del reino de Judá, que condena el santuario de Dan, Insiste en su carácter idolátrico (18,30a; 18,31a). El mismo redactor ha impreso su pensamiento en varias partes del relato. Respeta en general la vieja tradición danita; puede ser que haya añadido él los pasajes 17,6 y 18,1; 17,2-4. El redactor es un ferviente yahvista, un partidario del sacerdocio sadocita de Jerusalén [4].

2 HAURET, l.c., 105-106.
3 FERNÁNDEZ, l.c., 253 n.2; HAURET, l.c., 107.
4 HAURET, l.c., 112-113.

II. EL CRIMEN DE GUEBA Y LA GUERRA CONTRA BENJAMÍN (c.19-21)

Los hechos de que se habla en los tres últimos capítulos del libro se desarrollaron también en los tiempos en que no había rey en Israel (v.1). Entre este apéndice y el anterior existen analogías evidentes. Los expositores han puesto de relieve que en el texto actual de este segundo apéndice se vislumbra la intervención de varias manos. Cómo y cuándo alcanzó su forma definitiva, no es posible determinarlo con certeza. Se habla de la yuxtaposición de dos narraciones antiguas; de un redactor posterior que combinó el relato más antiguo con otro sacerdotal completamente independiente o de un relato antiguo elaborado y dispuesto por un escritor perteneciente a los círculos sacerdotales [1].

En cuanto a los fines del autor, este apéndice entra en el plan teológico que se ha propuesto desarrollar. En primer lugar, el episodio deja entrever claramente el estado de anarquía reinante, en oposición a los tiempos de la monarquía davídica. Pero, a pesar de ello, Dios se interesa por su pueblo pecador y corre en su ayuda a la más leve señal de arrepentimiento (v.21-14). No son los pueblos extranjeros los que infligen un castigo a la tribu prevaricadora, sino la comunidad de Israel. Había crímenes que Israel no podía tolerar, tales como violar las costumbres sobre la hospitalidad, forzar una virgen, consentir perder la virginidad antes del matrimonio, apropiarse de las cosas consagradas a Yahvé por el *herem* (DESNOYERS, I 297). Pero, para que Israel lleve a feliz término las guerras de Yahvé contra los prevaricadores, tiene necesidad de purificarse en la lucha y en el sufrimiento. Estas son las dos lecciones morales que se desprenden de este segundo apéndice: la noción de prueba (3,1-6) y la fidelidad de Yahvé.

El levita de Efraím y su concubina (19,1-10)

**1 Sucedió por aquel tiempo, cuando no había rey en Israel,
que un levita que peregrinaba en el límite septentrional de los
montes de Efraím, tomó por mujer a una concubina de Belén
de Judá. 2 Se disgustó con él la concubina y le dejó para irse a la
casa de su padre, a Belén de Judá, donde se estuvo por espacio
de cuatro meses. 3 Su marido, llevando consigo un mozo y dos
asnos, se encaminó donde ella estaba, para hablarle al corazón
y reducirla. Hízole entrar ella en la casa de su padre, que al
verle salió muy contento a recibirle. 4 Instóle su suegro, el pa-
dre de la joven, y se quedó allí por tres días, comiendo, bebien-
do y pasando la noche allí. 5 Al cuarto día se levantó de mañana
y se dispuso a marchar; pero el padre de la joven dijo a su yerno:
«Toma antes un bocado de pan, para refocilarte, y luego parti-
rás». 6 Sentáronse ambos y comieron y bebieron; y el padre
de la joven dijo al marido: «Anda, quédate hoy a pasar aquí la
noche alegremente». 7 Levantóse el marido para marcharse,**

1 A. FERNÁNDEZ, *El atentado de Gabaa. Crítica histórico-literaria de Jud. 19-21*; «Biblica», 11 (1931) 297-300.

pero le instó su suegro, y se quedó a pasar la noche allí. 8 Levantóse de mañana el día quinto, para emprender la marcha; y le dijo el padre de la joven: «Anda, toma un refrigerio y diferid la marcha hasta el caer del día»; y se pusieron a comer juntos. 9 Levantóse el marido para marcharse él, la concubina y el mozo; pero el suegro, el padre de la joven, le dijo: «Mira, comienza ya a caer la tarde; anda, pasad la noche aquí, que el día se acaba ya; pasa aquí la noche, que se te alegre el corazón, y mañana os levantáis bien temprano para volveros a tu casa». 10 El marido rehusó pasar allí la noche, se levantó y partió. Llegó frente a Jebús, que es Jerusalén, con el par de asnos y la concubina.

Este levita habitaba como *guer* en la parte norte de Efraím (17,8; 18,2), lo que revela que el escritor escribía desde Judá. Tomó como concubina (8,31), o mujer de segundo orden (Gén 22, 24), a una de Belén (17,7). No se sabe el porqué, pero lo cierto es que la *mujer montó en cólera contra él*, lo abandonó y se marchó a casa de sus padres. Al cabo de cuatro meses, el buen levita se fue a Belén para reconciliarse con ella. La acogida fue cálida, tanto de parte de su mujer como de parte de su suegro *(hoten)*. Después de muchas tentativas de éste para retenerle por más tiempo en su casa, el levita, con su mujer, emprendió el viaje de regreso a su casa.

Etapa de Gueba (19,11-21)

11 Cuando estaba cerca de Jebús, el día había ya bajado mucho, y dijo el mozo a su amo: «Será mejor que nos desviemos hacia la ciudad de los jebuseos para pasar allí la noche». 12 El amo le respondió: «No, no torceremos hacia la ciudad extraña, en la que no hay hijos de Israel; 13 lleguemos a Gueba»; y añadió: «Anda, vamos a acercarnos a uno de esos dos lugares, y pasaremos la noche en Gueva o en Rama». 14 Prosiguieron la marcha, y al ponerse el sol llegaron cerca de Gueba de Benjamín. 15 Tomaron, pues, hacia allá, para pasar la noche en Gueba. Entraron y se sentaron en la plaza de la ciudad; y no hubo quien los admitiera en su casa para pasar en ella la noche. 16 Llegó en esto un anciano que venía de trabajar en el campo; era un hombre de los montes de Efraím, que se hallaba en Gueba; los habitantes del lugar eran benjaminitas. 17 Cuando, al levantar los ojos, vio al viajero en la plaza de la ciudad, le dijo: «¿Adónde vas y de dónde vienes?» 18 El le contestó: «Vamos de Belén de Judá al límite septentrional de los montes de Efraím, de donde soy yo. Había ido a Belén de Judá y voy a mi casa, pero nadie me admite en su casa. 19 Sin embargo, tenemos paja y forraje para los asnos, y también pan y vino para mí, para tu sierva y para el mozo que acompaña a tus siervos; no necesitamos nada». 20 El anciano le dijo: «Sea contigo la paz; de cuanto te es necesario te proveeré yo; no te quedes en la plaza». 21 Hízolos entrar en su casa y dio forraje a los asnos. Laváronse los pies los viajeros y después comieron y bebieron.

A las dos horas de haber salido llegaron los viajeros a la vista de Jerusalén, que dejaron a la derecha, por encontrarse en poder

de los jebuseos (Jos 15,8), y siguieron hacia adelante con el fin de hospedarse en una ciudad israelita al norte de Jerusalén. Esta se llamaba Urusalim, Jerusalén ya en el siglo XV a. de C., mucho antes de la *ocupación israelita*, y *sólo más tarde* llamóse Jebús (1 Crón 11,4-5). Llegaron los viajeros a Gueba de Benjamín (1 Sam 13,4; 15,34), actualmente *Tell-el-Full*, a seis kilómetros al norte de Jerusalén, y decidieron pernoctar allí. Según la costumbre, el grupo de viajeros sentóse en la plaza (Gén 19,2), junto a la puerta de la ciudad (Neh 8,1; Job 29,7), esperando que alguien les ofreciera hospitalidad; pero nadie los invitó, a pesar de ser la hora en que las gentes regresaban de sus labores del campo. Al fin, un anciano efraimita, después de haberse cerciorado de dónde venían y adónde iban, les acogió benévolamente en su casa. Después de lavarles los pies (Gén 18,4; 19,2; 24,23), acto que se consideraba como necesario por razón de que se andaba con sandalias o con los pies desnudos, les sentó en su mesa.

Horrendo crimen de los guebaítas (19,22-30)

22 Mientras estaban refocilándose, los hombres de la ciudad, gente perversa, aporrearon fuertemente la puerta, diciendo al anciano dueño de la casa: «Sácanos al hombre que ha entrado en tu casa, para que le conozcamos». 23 El dueño de la casa salió a ellos y les dijo: «No, hermanos míos, no hagáis tal maldad, os lo pido; pues que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis semejante crimen. 24 Aquí están mi hija, que es virgen, y la concubina de él; yo os las sacaré fuera para que abuséis de ellas y hagáis con ellas como bien os parezca; pero a este hombre no le hagáis semejante infamia». 25 Aquellos hombres no quisieron escucharle, y entonces el levita cogió a su concubina y la sacó fuera. La conocieron y estuvieron abusando de ella toda la noche, hasta la mañana, dejándola al romper la aurora. 26 Al venir la mañana, cayó la mujer a la entrada de la casa donde estaba su señor, y allí quedó hasta que fue de día. 27 Su marido se levantó de mañana y abrió la puerta de la casa para salir y continuar su camino, y vio que la mujer, su concubina, estaba tendida a la entrada de la casa con las manos sobre el umbral. 28 El le dijo: «Levántate y vamos»; pero nadie respondió. Púsola entonces el marido sobre su asno y partió para su lugar. 29 Llegado a su casa, cogió un cuchillo y la concubina y partió miembro por miembro, en doce trozos, que mandó por toda la tierra de Israel. 30 Y a los enviados encargó que dijeran a todos los israelitas: «¿Se ha visto jamás tal cosa desde que los hijos de Israel subieron de Egipto hasta el presente? Miradlo bien, deliberad y resolved». A su vista decían todos: «Jamás ha sucedido cosa parecida ni se ha visto tal desde que los hijos de Israel subieron de Egipto hasta hoy».

Estando ellos refocilándose en su mesa, los hombres de la ciudad, hijos de Belial (Deut 13,13), se acercaron a la casa y, aporreando fuertemente la puerta, decían al anciano dueño de la misma: «Sácanos a la mujer (texto masorético: al hombre) que ha entrado en tu casa para que la conozcamos» (Gén 19,1-8). La expresión hijos

de Belial (1 Sam 1,16; 2,12; 10,27; Sal 18,5) equivale a decir hombres perversos, dañinos, nefastos. El nombre indica una potencia infernal, el jefe de los demonios (2 Cor 6,15). Según el texto hebreo, se habla aquí de un crimen de sodomía, pecado muy extendido entre la gente nómada. Pero, por el contexto, aparece que los hombres de la ciudad reclamaban la mujer del levita. De hecho, en la declaración de éste (20,5) no se alude al crimen de sodomía, y los hombres del pueblo mostráronse satisfechos una vez les entregó su joven mujer. Es posible que un escriba cambiara el texto, escribiendo *ish* en vez de *isha*, para hacer más horrendo el crimen de los guebaítas y acaso por influencia de la historia de Lot (Gén 19), con la cual presenta sorprendente analogía. El anciano, para cumplir con los deberes sagrados de la hospitalidad (Gén 19,6-8), prefiere entregarles su propia hija antes que a la mujer del levita. Aquella violación de las leyes de la hospitalidad era una villanía en Israel (Gén 34, 7; Deut 22,21), que acarreaba necesariamente consigo un castigo ejemplar. El crimen de Gueba pasó a la historia de Israel como tipo de una perversidad extrema (Os 9,9; 10,9).

A la mañana siguiente (Gén 19,15), el levita encontró a su concubina tendida a la entrada de la casa con las manos en el umbral. Al verla muerta, púsola sobre su asno y marchóse a su casa. Allí la partió en doce trozos, que mandó por toda la tierra de Israel. Acción análoga practicó Saúl (1 Sam 11,7). El instrumento que utilizó el levita para despedazar a su mujer es llamado *maakhelet*, palabra que se emplea en la historia del sacrificio de Isaac (Gén 22, 10). Al parecer era el cuchillo que servía para dividir a los animales destinados al sacrificio. La finalidad del levita con esta partición macabra del cadáver de su mujer fue la de inspirar horror, encender la indignación del pueblo e incitarlo a la venganza. El número doce no está en relación con las doce tribus.

Deliberación de las tribus (20,1-11)

1 Salieron, pues, los hijos de Israel desde Dan hasta Berseba
y la región de Galaad y se reunieron como un solo hombre en
Masfa, delante de Yahvé. 2 Los jefes de todo el pueblo y todas
las tribus de Israel estuvieron presentes en la asamblea del pue-
blo de Dios: cuatrocientos mil hombres de a pie, armados.
3 Supieron los de Benjamín que los hijos de Israel habían subi-
do a Masfa. Los hijos de Israel dijeron: «Sepamos cómo se ha
cometido el crimen». 4 Tomó entonces la palabra el levita ma-
rido de la mujer que había sido muerta, y dijo: «Yo había en-
trado en Gueba de Benjamín con mi concubina para pasar
allí la noche. 5 Los habitantes de Gueba se levantaron contra
mí y rodearon de noche la casa donde estaba, con intención de
matarme. Hicieron fuerza a mi concubina, hasta dejarla muer-
ta. 6 La cogí y la corté en trozos, que mandé por todo el terri-
torio de la heredad de Israel, porque han cometido un crimen
infame en Israel. 7 Todos estáis aquí, hijos de Israel; deliberad
y decidid aquí mismo». 8 Y poniéndose el pueblo todo en pie,
como un solo hombre, dijeron: «No vuelva nadie a sus tiendas
ni se vaya nadie a su casa. 9 Lo que hay que hacer con Gueba

es ir contra ella a la suerte. 10 Tómense de todas las tribus de
Israel diez hombres por cada ciento, ciento por cada mil y mil
por cada diez mil, que vayan en busca de víveres para la gente;
y cuando estén de vuelta, que sea tratada Gueba de Benjamín
conforme a la infamia que ha cometido en Israel». 11 Quedá-
ronse, pues, reunidos en torno a la ciudad todos los hijos de
Israel, unidos como un solo hombre.

El levita logró el efecto que deseaba. La asamblea de la comunidad de Israel, representada por los notables de las tribus, ancianos y jefes militares (Jos 22,12), se reunió en Masfa (1 Sam 7,5-14; 10,17; 2 Re 25,23-26), centro religioso y político, donde existía probablemente un santuario, como deja suponer la expresión «se reunieron... delante de Yahvé». Para expresar la presencia de representantes de todas las tribus (menos Benjamín), se emplea la frase clásica: de Dan, al norte, hasta Berseba, al mediodía (1 Sam 3, 20; 2 Sam 17,11), y la región de Galaad, o sea las tribus transjordánicas. La cifra de los allí reunidos, cuatrocientos mil de a pie, es una hipérbole manifiesta. En toda la narración se emplean cifras muy altas (v.17.21.25.34.44-45).

Fracasan las negociaciones (20,12-13)

12 Habían enviado las tribus de Israel mensajeros a todas las
familias de Benjamín, que les dijeran: «¿Qué crimen es este que
se ha cometido entre vosotros? 13 Entregad luego a los perver-
sos de Gueba para que les demos muerte y extirpemos el mal
de en medio de Israel»; pero los benjaminitas no accedieron
a la demanda de sus hermanos los hijos de Israel.

Antes de empeñarse en una acción bélica contra Gueba, la comunidad de Israel envió un mensaje a los representantes de Benjamín para que entregaran a los culpables para darles muerte y borrar así el crimen que pesaba sobre Israel. Pero los benjaminitas se negaron. Aún hoy, entre los nómadas de Transjordania y Arabia, en caso de algún crimen, el *cheikh* no tiene derecho a matar al culpable que pertenezca a su clan, porque «es su propia sangre», y nada prevalece contra la sangre.

Primeros encuentros (20,14-28)

14 Y saliendo de sus ciudades, se reunieron en Gueba para
combatir contra los hijos de Israel. 15 Los hijos de Benjamín
que, salidos de sus ciudades, se reunieron entonces en Gueba,
fueron veintiséis mil hombres de guerra, sin contar los habitan-
tes de Gueba. 16 Había, de entre éstos, setecientos hombres
escogidos, zurdos, todos capaces de lanzar con la honda una
piedra contra un cabello sin errar el blanco. 17 El número de los
hijos de Israel reunidos, no contando a los de Benjamín, fue de
cuatrocientos mil; todos hombres de guerra. 18 Levantáronse,
pues, los hijos de Israel y subieron a Bétel, y, consultando a Dios,
preguntaron: «¿Quién subirá primero a combatir a los hijos
de Benjamín?» Respondió Yahvé: «Judá subirá el primero».
19 Pusiéronse en marcha de mañana los hijos de Israel y acam-

paron contra Gueba. [20] Avanzaron los hijos de Israel para combatir a los de Benjamín, y se pusieron en orden de batalla contra ellos delante de Gueba. [21] Salieron los hijos de Benjamín de Gueba, y echaron por tierra en aquel día a veintidós mil hombres de Israel. [22] Los hombres de Israel hiciéronse fuertes y presentaron nuevamente batalla en el mismo lugar donde se pusieron el primer día; [23] habían subido antes a llorar ante Yahvé hasta la tarde, y habían consultado, diciendo: «¿Marchamos todavía a combatir a Benjamín, nuestro hermano?»; y Yahvé había respondido: «Marchad contra él». [24] Acercáronse, pues, los hijos de Israel a los hijos de Benjamín el segundo día; [25] y salieron a su encuentro en Gueba los hijos de Benjamín, y echaron por tierra esta vez a dieciocho mil hombres de los hijos de Israel, todos hombres de guerra. [26] Subió todo el pueblo, todos los hijos de Israel, a Bétel; y allí lloraron ante Yahvé, ayunaron aquel día hasta la tarde y ofrecieron holocaustos y hostias pacíficas ante Yahvé. Luego consultaron a Yahvé. [27] Por entonces estaba allí el arca de la alianza de Dios; [28] y Finés, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, servía ante ella. Preguntaron, pues: «¿Marcharé todavía otra vez para combatir a los hijos de Benjamín, mi hermano, o debo desistir?» Yahvé respondió: «Marcha, que mañana lo pondré en tu mano».

Al ejército israelita opusieron los benjaminitas otro de veintiséis mil (la cifra difiere según las versiones), entre los cuales se encontraban setecientos guerreros escogidos, zurdos (3,15), famosos en el manejo de la honda (1 Crón 12,2). Los dos primeros encuentros fueron desastrosos para las tribus reunidas, las cuales, a pesar de su superioridad numérica, fueron rechazadas con grandes pérdidas. Este desastre les indicaba que los medios materiales nada cuentan si Yahvé no combate con su pueblo. Las derrotas de Israel obedecían a que, por una causa que el autor sagrado no manifiesta, el ejército había contraído alguna impureza, de la cual debía purificarse (Jos c.7). La guerra es una empresa de Yahvé; de ahí que todos los que quieren participar en ella deben estar, por así decir, en estado de consagración. Puesto que Yahvé es el Señor de la guerra y que está en medio del campo de su pueblo, conviene que este campo se conserve santo. Previamente purificados, consultaron a Yahvé, quien prometió entregarles a Benjamín. El v.27 dice textualmente: «Y los hijos de Israel consultaron a Yahvé; por aquellos días el arca de la alianza se encontraba allí», es decir, en Bétel, lección que debe retenerse. Es cierto que, según Jos 18,1; 1 Sam 1,1-3, el arca de la alianza se hallaba habitualmente en Silo, donde permaneció hasta los tiempos de Helí; pero, dado que el arca se hallaba en manos de Efraím, es muy posible que éste, que jugaba el primer papel en esta conflagración, la hubiera trasladado a Bétel. Tenemos otros ejemplos del traslado circunstancial del arca (1 Sam 4,3ss). Los exegetas modernos consideran los v.27b-28a como una glosa introducida posteriormente en el texto original. Finés ejerció el sacerdocio después de su padre, Eleazar (Jos 24,33).

Primera derrota de Benjamín (20,29-35)

[29] Israel puso en torno a Gueba una emboscada; [30] y al tercer día subieron los hijos de Israel contra los hijos de Benjamín, y se ordenaron en batalla ante Gueba, como las otras veces. [31] Los hijos de Benjamín salieron al encuentro del pueblo, dejándose arrastrar lejos de la ciudad. Comenzaron a herir y matar gente en el campo, como las otras veces, en los dos caminos, de los cuales el uno sube a Bétel y el otro a Gabaón, unos treinta hombres de Israel. [32] Los hijos de Benjamín se decían: «Derrotados ante nosotros como antes». Y los hijos de Israel dijeron: «Huyamos y atraigámoslos sobre estos caminos, lejos de la ciudad»; y abandonando todos sus posiciones, se pusieron en orden de batalla en Baal Tamar. [33] Los emboscados de Israel, al occidente de Gueba, se echaron fuera de su puesto, [34] y llegaron contra Gueba diez mil hombres escogidos de todo Israel. El combate fue duro, pues los hijos de Benjamín no se dieron cuenta del gran desastre que les amenazaba. [35] Yahvé batió a Benjamín ante Israel, y los hijos de Israel mataron aquel día veinticinco mil cien hombres de Benjamín, hombres de guerra.

Los israelitas usaron de una estratagema para apoderarse de Gueba, como antes hizo Josué para expugnar a Hai. Según muchos expositores, el autor sagrado describe la batalla utilizando dos documentos. En el primero, v.29-36a, o, según otros, v.32-35, se fija la atención preferentemente en la acción del grueso del ejército; mientras que en el segundo, v.36b-41 ó 36-46, se describe el éxito de los emboscados. Los israelitas salieron victoriosos porque Yahvé combatía con ellos: «Yahvé batió a Benjamín ante Israel» (v.35). Puede ser que el v.35 sea una glosa anticipada de los v.44-46, lo mismo que 36a del v.41.

La emboscada contra Benjamín (20,36-41)

[36] Viéronse derrotados los hijos de Benjamín, y se dieron cuenta de que Israel había cedido terreno ante ellos porque confiaba en la emboscada que había puesto contra Gueba. [37] Los emboscados se echaron rápidamente sobre la ciudad y, avanzando contra ella, la pasaron a filo de espada. [38] Los hijos de Israel habían convenido con los de la emboscada en una señal, diciendo: «Haced subir de la ciudad una gran nube de humo». [39] Al verla los hijos de Israel, simularon la fuga. Los de Benjamín habían ya matado unos treinta hombres y se decían: «Helos ahí abatidos ante nosotros, como en la primera batalla». [40] Cuando la nube de humo comenzó a alzarse como una columna sobre la ciudad, volvieron los ojos atrás y vieron que toda la ciudad subía en fuego hacia el cielo. [41] Diéronles entonces la cara los hijos de Israel; y los de Benjamín, aterrados ante el desastre que se les venía encima...

La narración, interrumpida por los v.35-36a, se continúa en esta perícopa en que se describe la acción de la emboscada. Una vez alejados los benjaminitas de Gueba, las gentes de la emboscada penetraron en la ciudad, la incendiaron y pasaron a sus habitantes a filo de espada. Gueba, por su crimen, fue entregada al anatema.

Exterminio de Benjamín (20,42-48)

42 ... volvieron las espaldas ante los hijos de Israel y emprendieron la huida, camino del desierto; pero la batalla los apretaba, y los que venían de la ciudad los exterminaron. 43 Cercaron a Benjamín, le persiguieron sin descanso, le aplastaron, hasta el oriente de Gueba. 44 Dieciocho mil hombres cayeron de Benjamín, todos gente valiente. 45 De entre los que huían hacia el desierto, hacia la roca de Rimón, mataron los de Israel por las subidas cinco mil, y siguieron persiguiéndolos hasta acabar con ellos, y mataron otros mil. 46 El número total de los de Benjamín que perecieron aquel día fue de veinticinco mil hombres de guerra, todos valientes. 47 Seiscientos hombres de los que emprendieron la huida hacia el desierto y pudieron llegar a la roca de Rimón, permanecieron allí durante cuatro meses. 48 Los hijos de Israel se volvieron sobre Benjamín y pasaron a filo de espada las ciudades, hombres y ganados y todo cuanto hallaron, e incendiaron cuantas ciudades encontraron.

En su huida al desierto, al este de Gueba, los benjaminitas fueron también atacados por los soldados de la ciudad, encontrándose entre dos fuegos. Algunos supervivientes, perseguidos constantemente por los israelitas, torcieron hacia el norte con ánimo de alcanzar la roca de Rimón, el pueblo actual de *Rammun*, a tres kilómetros de Taiyibé *(Ofra)*, región poblada todavía hoy de numerosas grutas. Tan sólo unos seiscientos hombres (21,13) pudieron escapar de la espantosa matanza. Los israelitas se desparramaron por el territorio de Benjamín, pasando a filo de espada a hombres, mujeres, niños y ganados, e incendiando las ciudades. Todo Benjamín fue consagrado al anatema, porque todo su territorio se había contaminado con el crimen de los de Gueba, «hijos de Belial». Israel fue el instrumento de que se valió Dios para quitar de en medio aquella abominación.

Rehabilitación de Benjamín (21,1-8)

1 Los hombres de Israel habían jurado en Masfa, diciendo: «Ninguno de nosotros dará por mujer su hija a uno de Benjamín». 2 Vino el pueblo de Bétel y estuvo allí ante Dios toda la tarde. Alzando su voz, lamentábase grandemente, diciendo: 3 «¿Por qué, ¡oh Yahvé, Dios de Israel!, ha sucedido que en Israel venga hoy a faltar una tribu?» 4 Al día siguiente, levantándose de mañana, alzaron allí un altar, ofrecieron holocaustos y hostias pacíficas, 5 y se preguntaron: «¿Quién de entre las tribus de Israel no ha subido a la asamblea de Yahvé?» Porque habían jurado solemnemente contra quien no subiera ante Yahvé a Masfa, diciendo: «Será castigado con la muerte». 6 Los hijos de Israel se compadecieron de Benjamín y su hermano, y se decían: «Hoy ha sido amputada de Israel una tribu. 7 ¿Qué haremos por ellos, para procurar mujeres a los que se quedan? Porque hemos jurado por Yahvé no darles por mujeres nuestras hijas». 8 Dijéronse, pues: «¿Hay alguno entre las tribus de Israel que no haya subido ante Yahvé a Masfa?» Y ninguno de Jabes Galaad había venido al campo, a la asamblea.

Dios, que había castigado hasta el exterminio a los pecadores, se compadece de Benjamín e interviene para rehabilitarle. Al anatema contra Benjamín se unía el juramento de no dar a los benjaminitas las hijas de Israel por esposas, lo que equivalía a la total desaparición de aquella tribu de la comunidad de Israel. En el presente capítulo se indica la manera como los israelitas solucionaron el problema creado por su juramento. Piensan algunos expositores (VINCENT, FERNÁNDEZ) que el redactor final recogió diversas tradiciones al escribir esta historia, en la cual se repiten diversas veces los mismos hechos (v.1.14; 3.6.15; 5.8; 7.16.18; 8-9). Según una de estas tradiciones, se pide a los de Galaad que den de buen grado sus hijas a los hombres de Benjamín, lo que ellos solos pueden hacer sin perjurio. Otra tradición dice que los jabesitas fueron asesinados por no haber acudido a la asamblea de Israel, salvándose tan sólo las jóvenes vírgenes, según Núm 31,17-18. En fin, una tercera tradición refiere que, en ocasión de una fiesta de Yahvé en Silo, los benjaminitas se apoderaron de cuantas jóvenes tenían ellos necesidad.

Las vírgenes de Jabes Galaad (21-9,18)

9 Hicieron un recuento del pueblo, y no se halló ninguno de Jabes Galaad. 10 Entoncez envió contra ellos la asamblea doce mil hombres de los más valientes, con esta orden: «Id y pasad a filo de espada a los habitantes de Jabes Galaad, con sus mujeres y niños. 11 Pero habéis de hacer así: Anatematizad a todo hombre y a toda mujer que haya conocido varón». 12 Hallaron entre los habitantes de Jabes Galaad cuatrocientas jóvenes vírgenes que no habían conocido varón compartiendo su lecho, y las llevaron al campo de Silo en la tierra de Canaán. 13 Mandó entonces toda la asamblea mensajeros que hablaran a los hijos de Benjamín que estaban en la roca de Rimón y les ofrecieron la paz. 14 Volvieron los de Benjamín entonces y se les dieron por mujeres las que habían sobrevivido de las mujeres de Jabes Galaad, pero no hubo bastantes. 15 El pueblo se compadecía de Benjamín, porque había abierto Yahvé una brecha en las tribus de Israel; 16 y los ancianos de la asamblea se preguntaron: «¿Cómo haremos para procurar mujeres a los de Benjamín, puesto que sus mujeres han sido muertas?» 17 Y decían: «Quede en Benjamín la heredad de los que han escapado, para que no desaparezca una de las tribus de Israel; 18 pero nosotros no podemos darles por mujeres nuestras hijas, porque los hijos de Israel han jurado diciendo: Maldito quien dé a los de Benjamín su hija por mujer».

Los presentes en la asamblea no pueden entregar sus hijas a Benjamín; así lo juraron en Masfa (20,1). Pero, hechas las indagaciones pertinentes, comprobaron que Jabes Galaad no había tomado parte en la guerra contra Benjamín, por lo cual no estaban obligados

por el juramento. Ningún vestigio se conserva en la Biblia del anatema contra Jabes de Galaad; las relaciones posteriores entre Galaad y Benjamín fueron cordiales (1 Sam 11,1-10; 31,11-13; 2 Sam 2,4; 21,12). Por lo mismo, algunos expositores católicos consideran los v.5.10 (menos las primeras palabras), 11 y parte del 14, como una glosa inspirada en Núm 31,17 (TAMISIER). Acaso sea también una glosa posterior la frase «Silo en la tierra de Canaán», que se introdujo para dar apariencia legal a la operación. El campo de los israelitas se encontraba en Masfa o en Bétel (v.2), pero no en Silo. El texto primitivo decía solamente: «Y las llevaron (a las vírgenes) al campo», sobrentendiéndose de Masfa o Bétel. Emisarios de los israelitas fueron a Rimón, donde estaban los seiscientos supervivientes de Benjamín, y les ofrecieron la paz (Deut 20,10-13), que aceptaron. No hubo bastantes mujeres para todos, por lo que el pueblo se compadeció de Benjamín, preocupado en reparar la brecha que había abierto Yahvé en las tribus de Israel.

Rapto de las jóvenes de Silo (21,19-25)

19 Y dijeron: «Cerca está la fiesta de Yahvé, que de año en
año se celebra en Silo»—ciudad situada al norte de Bétel, al
oriente del camino que de Bétel sube a Siquem y al mediodía
de Lebona—. 20 Y dieron a los de Benjamín esta orden: 21 «Id
y poneos en emboscada en las viñas. Estad atentos, y, cuando
veáis salir a las hijas de Silo para danzar en coro, salís vosotros
de las viñas y os lleváis cada uno a una de ellas para mujer, y
os volvéis a la tierra de Benjamín. 22 Si los padres o los hermanos
vienen a reclamárnoslas, les diremos: Dejadlos en paz, pues con
las de Jabes Galaad tomadas en guerra no ha habido una para
uno, y no habéis sido vosotros los que se las habéis dado, que
sólo entonces seríais culpables». 23 Hicieron así los hijos de Ben-
jamín, y cogieron de entre las que danzaban una cada uno, lle-
vándoselas y volviéndose a su heredad. Reedificaron las ciudades
y habitaron en ellas.
24 Fuéronse entonces los hijos de Israel cada uno a su tribu,
a su familia, volviendo todos a su heredad. (25) No había enton-
ces rey en Israel, y hacía cada uno lo que bien le parecía.

La desgracia que diezmó la tribu de Benjamín es una manifestación clara de la justa cólera divina. Doscientos hombres habían quedado sin mujer por no hallar las suficientes en Galaad (v.12), y era necesario procurárselas para que «quede en Benjamín la heredad de los que han escapado» (v.17). El texto sagrado refiere el ardid que emplearon los israelitas para que cada benjaminita tuviera su mujer. A este episodio precede una introducción paralela al relato anterior (15 = 6; 16 = 7a; 18 = 1).

Era próxima una de las fiestas de Yahvé en Silo *(Seilun)*, sin duda una de las tres prescritas por la Ley (Ex 23,14; 34,23), sin que pueda precisarse cuál de ellas; durante la misma, las hijas de Israel danzaban en coro—alusión a las danzas acompañadas de gritos— (Ex 32,17-19). Estas fiestas solían coincidir con el fin de la siega o de la vendimia (Jue 9,27; Is 16,9-10). Los doscientos benjaminitas,

por indicación de los ancianos de la asamblea, debían apostarse en emboscada en las viñas, espiando el momento en que ellas salían, para procurarse cada uno una mujer. Este consejo de los ancianos tropezaba con el inconveniente de la lógica protesta de los padres y hermanos de las jóvenes, que tenían derecho a reclamar, fuera del caso de guerra, el *mohar* o la dote de parte del que tomaba a su hija o hermana por esposa. Pero habían prevenido ya esta circunstancia y la respuesta que los raptores debían dar a los demandantes. Los benjaminitas siguieron al pie de la letra aquel consejo. Después de haber asegurado a los padres y hermanos que no tomaban aquellas vírgenes en calidad de botín de guerra, percibiendo, por lo mismo, ellos el *mohar*, marchóse cada uno a su heredad. También los hijos de Israel se marcharon cada uno a su tribu y a su clan.

Las abominaciones de que ha hablado el autor sagrado en estos dos apéndices reclamaban la institución de la monarquía davídica, que impusiera el orden y la justicia, que tanto se echaban de menos en Israel. Esta es la idea que quiere inculcar el hagiógrafo al repetir al final la consabida frase (17,6; 18,1; 19,1): «No había entonces rey en Israel, y hacía cada uno lo que bien le parecía». Pero estas simpatías por la monarquía no eran compartidas por el historiador que ha narrado las tentativas de Abimelec para proclamarse rey (c.9), lo que demuestra el carácter compilatorio del libro de los Jueces.

RUT

INTRODUCCION

Canon

El diminuto libro de Rut, llamado así por razón de su protagonista, figura en el canon judío entre los libros de la colección *Ketubim*, o hagiógrafos, y ocupa el segundo lugar entre los *Megillot*, o rollos, después del Cantar de los Cantares. Se leía el libro en la fiesta de Pentecostés, por hacerse mención en él de la siega de la cebada. En el canon alejandrino y en la Vulgata sigue inmediatamente al libro de los Jueces, y sirve como de introducción a la historia de David. Las razones que motivaron su desplazamiento a este último lugar son: *a)* las palabras que encabezan el libro: «Al tiempo en que gobernaban los jueces», y *b)* la genealogía de David (4,22).

Texto

Fue escrito en hebreo, muy afín al tipo clásico que se encuentra en los relatos del Pentateuco y en el libro de los Reyes (Jouon). Contiene algunos neologismos y aramaísmos (1,13; 4,7; 1,20; 2,14). Los espíritus sensibles al argumento lingüístico tienden a admitir que el lenguaje de Rut es posterior al libro de Jeremías y Reyes. El griego de los LXX es una versión literal del hebreo, que contrasta con la traducción bastante libre y elegante de la Vulgata [1].

Autor y fecha de composición

El libro no lleva nombre expreso de autor. En cuanto a la fecha de su composición se dividen las opiniones. Algunos creen que fue escrito en la época de los primeros reyes [2]; en tiempo de David [3]; antes del exilio; durante el exilio [4], y después del mismo [5].

Existen indicios que confirman las sospechas de que el libro fue escrito después del exilio, probablemente hacia la primera mitad del siglo v a. de C., lo que se confirma con argumentos externos e internos. Entre los primeros se señalan: 1) La presencia de neologismos y aramaísmos (1,8.9.22; 1.20; 3,12; 4,7.2). La expresión «al tiempo en que gobernaban los jueces» (1,1) supone que aquella época está lejana. 3) La frase «existía en Israel la costumbre» (4,7) y la necesidad de explicarla supone una composición tardía del libro. 4) En 4,18-22, la genealogía de Booz se extiende hasta David, lo que sugiere que el libro fue escrito después del reinado de éste. Los argumentos de índole interna son: 1) La mentalidad del autor

[1] A. Rahlfs, *Das Buch Ruth griechisch als Probe einer kritischen Handausgabe der Septuaginta* (Stuttgart 1922).

[2] Fillion, *Dictionnaire de la Bible* col.1275.

[3] De Hummelauer, *Rut:* «Cursus Script. sacrae» (París 1888) 359.

[4] M. David: *The Date of the Book of Ruth:* «Oudtestamentische Studien», 1 (1941) 55-63.

[5] Jouon, A. Vincent, Tamisier, etc.

acerca de la retribución es muy parecida a la del libro de Job. 2) En el libro de Rut, como en el de Job, es la fe la que triunfa. 3) A Rut se la llama la *moabita*, lo que demuestra la concepción universalista del autor, en boga después del exilio. San Mateo ha percibido bien este sentido mesiánico y universalista del libro al incluir a Rut en la genealogía de Cristo (Mt 1,5). Desde comienzos del siglo pasado (Dereser, Berthold) circuló entre los críticos y exegetas la idea del carácter polémico del libro de Rut. Según ellos [6], el autor reacciona contra la campaña rigorista de Esdras (c.9-10) y Nehemías (c.13), que prohibían el matrimonio de los israelitas con mujeres extranjeras. Debe notarse que el autor del libro habla de Rut *la moabita* como formando parte integrante del pueblo escogido, al igual que Aquior del libro de Judit (14,10).

Aunque se rebaje la época de la composición del libro a los tiempos después del exilio, debemos, sin embargo, admitir que los hechos que allí se refieren llevan el sello de una remota antigüedad. La historia de Rut se venía retransmitiendo de boca en boca desde muchos años como episodio edificante para inculcar la práctica de los deberes y obligaciones familiares. En 1 Sam 22,3 se dice que David encomendó al rey de Moab la tutela de sus padres, «y bajó a su padre y a su madre al rey de Moab, y allí con él habitaron mientras estuvo David en la fortaleza.

Como prueba de la antigüedad del contenido del libro se aportan las razones siguientes: 1) *El levirato*. La práctica del levirato de que habla el libro de Rut es más amplia que la del Deuteronomio (25,5-10), ya que ni Booz ni el otro pariente más próximo eran cuñados de Rut. Se ajusta, en cambio, con la práctica más antigua del levirato que aparece en Gén c.38. La ley del levirato de nuestro libro es más antigua que la del código sacerdotal (Núm 27,1-11; c.36) y del código de santidad (Lev 18,16; 20,21). 2) Las concepciones arcaicas sobre la divinidad, como la creencia de que los dioses extranjeros existen realmente, y la noción territorial de la divinidad (1,15; 2,13). 3) Los personajes que intervienen en la trama histórica llevan nombres arcaicos; algunos de ellos aparecen en los documentos de Ras Shamra y en las letras de Tell el-Amarna. 4) La práctica de quitarse el zapato y darlo a otro para convalidar el contrato era muy antigua en Israel. Todos estos argumentos prueban, según nuestro parecer, que el libro, redactado después del exilio, reproduce una tradición antigua familiar de los tiempos de David. Esto no impide admitir que el redactor final adornara el relato antiguo con detalles secundarios.

Enseñanza religiosa

Dios, en sus inescrutables designios, permite grandes males para purificar en el crisol de la prueba a las almas. Dolorosa fue la tragedia de la familia de Elimelec, numerosas las desgracias familiares, pero Dios recompensó copiosamente la piedad y devoción de Noemí. El Dios de Israel no limita su protección a los

[6] De este mismo parecer es H. Lusseau, en *Introduction a la Bible* (Robert-Feuillet) 672.

israelitas que viven dentro de los límites de la tierra prometida, sino que acompaña a sus fieles servidores adondequiera que vayan, y toma bajo su protección a los extranjeros que se confían a Él y se refugian bajo sus alas (2,12). En Dios no hay acepción de personas.

Aunque el libro de Rut sea uno de los más cortos del canon del Antiguo Testamento, se recomienda su lectura a todos por las lecciones religiosas y morales que encierra.

BIBLIOGRAFIA

A) Comentarios

V. HUMMELAUER, *Commentarium in libros Iudicum et Ruth* (París 1889); P. JOUON, *Ruth, commentaire philologique et exégetique* (Roma 1924); A. SCHULZ, *Das Buch der Richter und das Buch Ruth* (Bonn 1926); R. TAMISIER, *Le Livre de Ruth, traduit et commenté* (París 1949); A. VINCENT, *Le livre des Juges, le livre de Ruth* (Biblia de Jerusalén); B. UBACH, *Josué-Jutges-Rut* (Monastir de Montserrat 1953); C. LATTEY, *The Book of Ruth* (London 1945).

B) Estudios

P. CLAUDEL, *Le Livre de Ruth* (París 1938); P. HUMBERT, *Art et leçon de l'histoire de Ruth* (Lausana 1938); M. DAVID, *The date of the Book of Ruth:* «Oudtestamentische Studien», 1 (1941) 55-63; M. B. CROOK, *The Book of Ruth. A new solution:* JBL 67 (1948) 155-160; J. M. MYERS, *The linguistic and literary form of Book of Ruth* (Leiden 1955); S. B. GUREWICZ, *Some Reflexions on the Book of Ruth:* «Australian Biblical Reviews», 1-2 (1956) 43-57; S. SIERRA, *Il libro di Ruth:* «Rivista degli Studi Orientali», 32 (1957) 357-369; O. LORETZ, *The Theme of the Ruth Story:* CBQ 22 (1960) 391-399.

Dios prueba a la familia de Elimelec (1,1-5)

**1 Al tiempo en que gobernaban los jueces, hubo hambre en
la tierra; y salió de Belén de Judá un hombre con su mujer y dos
hijos, para habitar como extranjero en los campos de Moab.
2 Llamábase el hombre Elimelec; la mujer, Noemí, y los dos
hijos, Majalón el uno y Quelyón el otro, efrateos, de Belén de
Judá. Llegaron a la tierra de Moab y habitaron allí. 3 Murió Eli-
melec, marido de Noemí, y se quedó la mujer con los dos hijos,
4 que habían tomado mujeres moabitas, una de nombre Orfa
y la otra Rut. Permanecieron allí por unos diez años, 5 y murie-
ron ambos, Majalón y Quelyón, quedándose la mujer sin hi-
jos y sin marido.**

«Al tiempo en que gobernaban los jueces», sin que sea posible precisar más, tuvo lugar la edificante historia, que un autor anónimo recogió de una tradición popular antigua. Una familia compuesta del matrimonio y dos hijos varones, viose constreñida a emigrar a las altiplanicies de Moab, al otro lado del Jordán. Otras veces, idénticas causas provocaron el éxodo de la población, o bien hacia Egipto (Gén 12,10; c.42-46), Guerar (Gén c.26), Siria (1 Re 17, 7-24) o a la tierra de los filisteos (2 Re 8,1). Los cuatro componentes de la familia eran efrateos, es decir, miembros del clan Efrata que se instaló en Belén de Judá (1 Sam 17,12; Miq 5,2; 1 Crón 2,51; 4,4). Al poco tiempo de vivir como extranjeros en los campos de Moab, murió el jefe de la familia, Elimelec. Después de su muerte, sus dos hijos, Majalón y Quelyón, tomaron por esposas a dos mujeres, quizá con nombre simbólico, de significación incierta, Rut y Orfa, respectivamente. Por haber inducido a los israelitas a la idolatría (Núm c.35), las mujeres moabitas no podían casarse con los hijos de Israel (Esdr 9,2ss; Neh 13,23ss). Poco tiempo duró su vida matrimonial, por cuanto a los diez años de permanencia en Moab murieron ambos, quedándose Noemí sin hijos y sin marido. No reprueba el autor sagrado estos matrimonios con extranjeras ni tampoco insinúa que la muerte sobreviniera como castigo de este matrimonio.

Regreso a la tierra de Judá (1,6-14)

**6 Levantóse la mujer con sus dos nueras para dejar la tierra
de Moab, pues había oído decir que había mirado Yahvé a su
pueblo, dándole pan. 7 Salió con las dos nueras del lugar donde
estaba y emprendió el camino para volver a la tierra de Judá.
8 Y dijo Noemí a sus dos nueras: «Andad, volveos cada una a la
casa de vuestra madre, y que os haga Yahvé gracia, como la
habéis hecho vosotras con los muertos y conmigo. 9 Que os dé
Yahvé hallar paz cada una en la casa de su marido». Y las besó.
Alzando la voz, pusiéronse a llorar, 10 y le decían: «No; nos ire-
mos contigo a tu pueblo». 11 Noemí les dijo: «Volveos, hijas
mías; ¿para qué habéis de venir conmigo? ¿Tengo, por ventu-
ra, todavía en mi seno hijos que puedan ser maridos vuestros?
12 Volveos, hijas mías; andad. Soy ya demasiado vieja para vol-
ver a casarme. Y aunque me quedara todavía esperanza y esta
misma noche estuviera casada y tuviera hijos, ¿íbais a esperar
vosotras hasta que fueran grandes? 13 ¿Ibais por eso a dejar de
volver a casaros? No, hijas mías; mi pena es más grande que la
vuestra. porque pesa sobre mí la mano de Yahvé». 14 Y, alzando
la voz, se pusieron otra vez a llorar. Después Orfa besó a su
suegra; pero Rut se abrazó a ella.**

Un cúmulo de desgracias se habían abatido sobre Noemí. Había salido de Belén «con las manos llenas» y ahora veíase en el trance de regresar a su patria «con las manos vacías» (1,21). Antes, aunque desposeída de bienes de fortuna, con un campo que no les daba para vivir, tenía a su marido y a sus dos hijos; ahora carece de ambas cosas. Ella decide abandonar la tierra en que «el Omnipotente la ha afligido» (1,21) y regresar a Belén para olvidar penas. Además habían llegado a sus oídos rumores de que «Dios había mirado (con benevolencia) a su pueblo (Gén 21,1; Lc 1,68; 7,13), dándole pan. Allí, con sus compatriotas y parientes, le sería más fácil proveer a sus necesidades personales. Las dos nueras quedarían en libertad en casa de su madre para practicar su religión, contratar un segundo matrimonio y asegurar de este modo su porvenir. El texto hebraico dice: «En casa de su madre», porque entre los

hebreos cada mujer tenía su propia tienda (Gén 24,67; 31,33; Jue 4,16), en las cuales habitaban con las hijas. Noemí había formado sus planes sin comunicar nada a sus nueras hasta el día de la marcha. Pero era tanta la afección que las nueras sentían por su suegra, que decidieron acompañarla, lo cual significaba que se expatriaban voluntariamente. Noemí trató de convencerlas para que se quedaran, extendiéndose en una serie larga de consideraciones. De ella nada podían esperar ya, aludiendo a las leyes del levirato (Deut 25,5-10); era, pues, mejor que se quedaran y que enderezaran la vida conforme a las leyes de sus connacionales. Orfa quedó convencida de su razonamiento; la besó y se volvió a su pueblo (LXX) y a su religión (v.15).

Piedad filial de Rut (1,15-18)

[15] Noemí le dijo: «Mira, tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a su dios; vuélvete tú como ella». [16] Rut le respondió: «No insistas en que te deje y me vaya lejos de ti; donde vayas tú, iré yo; donde mores tú, moraré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios; [17] donde mueras tú, allí moriré y seré sepultada yo. Que Yahvé me castigue con dureza si algo, fuera de la muerte, me separa de ti». [18] Viendo que Rut estaba decidida a seguirla, cesó Noemí en sus instancias.

El amor que profesaba Rut a su suegra pudo más en ella que las ventajas que podía esperar si regresaba a su pueblo. Noemí insiste, pero ella porfía en acompañarla. *Mira,* le dice, *tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a su dios.* En estas palabras encontramos la idea antigua de que cada pueblo tenía sus dioses, que ejercían sobre el mismo poder absoluto. No solamente el pueblo bajo de Israel, sino todos los que no estaban en contacto íntimo con los medios estrictamente monoteístas, admitían la existencia real de los dioses extranjeros. Sin duda, Yahvé era el Dios de los padres, más poderoso que todos los dioses juntos de los pueblos vecinos, que aun en tierra extranjera defendía a los suyos; pero se creía que los dioses extranjeros estaban en su derecho de ejercer un poder incontestable sobre sus propios territorios [1]. A esta creencia alude Jeremías (2,10). Rut, al acompañar a Noemí a su tierra, se obliga a trocar sus dioses por el Dios de Israel y a refugiarse bajo sus alas (2,12). *Tu pueblo,* dice a Noemí, *será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios* (1,16; 2,12). Incorporándose a la familia de Noemí tiene derecho a ser sepultada en el sepulcro de los que desde ahora considera como sus padres (1,17). Rut rubrica con un juramento imprecatorio su incorporación a la familia de Noemí, con todos sus derechos y obligaciones (v.17). El juramento imprecatorio parece inspirarse en la visión de la víctima que se inmolaba en el momento de hacer el juramento.

[1] A. VINCENT, *La religion des judéo-araméens d'Eléphantine* (Paris 530).

Entrada de Noemí y Rut (1,19-22)

[19] Juntas hicieron el camino hasta llegar a Belén; y cuando entraron, toda la ciudad se conmovió al verlas, y las mujeres se decían: «¿Es ésta Noemí?» [20] Y ella les contestaba: «No me llaméis más Noemí; llamadme Mara, porque el Omnipotente me ha llenado de amargura. [21] Salí con las manos llenas, y Yahvé me ha hecho volver con las manos vacías. ¿Por qué, pues, habríais de llamarme más Noemí, una vez que Yahvé da testimonio contra mí y me ha afligido el Omnipotente?» [22] Así se volvió Noemí con Rut la moabita, su nuera, y vino de la tierra de Moab, llegando de los campos de Moab a Belén cuando comenzaba la siega de las cebadas.

Al entrar Noemí en Belén de Judá fue reconocida inmediatamente por sus compatriotas. Diez años había durado su ausencia. De pronto circuló la voz entre el elemento femenino de que Noemí había regresado acompañada de una joven moabita. Toda la ciudad se conmovió al verlas llegar solas, sin que las acompañara ningún hombre. Además, los años y los sufrimientos habían hecho mella en el físico de Noemí, tanto que las mismas mujeres se decían: *¿Es ésta Noemí?,* queriendo significar: ¿Cómo llega tan necesitada y pobre, envejecida y sin marido e hijos y con una mujer moabita por compañera? Por la narración siguiente se deduce que las betlemitas acosaron a Noemí con preguntas sobre las incidencias de su vida en Moab y que ella hizo un elogio de la conducta de Rut. La alusión a su nombre, Noemí (que significa *mi graciosa),* en aquellas circunstancias desagradables le llegaba al alma. Para que entre su nombre y su condición actual hubiera correspondencia, prefería que la llamaran *Mara (amargada, la cenicienta).* El Omnipotente *(Sadday)* (Gén 49,25; Núm 24,4-16) la ha afligido. Reconoce Noemí que Dios la ha castigado, aunque no tiene conciencia de que haya pecado contra El. Pero, cuando Dios se ha comportado de esta manera, sus razones tendrá, pues es justo en su proceder. Noemí no se rebela contra la justicia divina. Al final del capítulo se dice que las dos mujeres llegaron a Belén cuando comenzaba la siega de la cebada, es decir, hacia el mes de mayo (2 Sam 21,9-10). Esta aclaración no tiene otra finalidad que la de preparar la narración siguiente y acaso aludir a la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos.

Rut espiga en los campos de Booz (2,1-7)

[1] Tenía Noemí un pariente por parte de su marido, Elimelec, hombre poderoso, de nombre Booz. [2] Dijo Rut a Noemí: «Si quieres, iré a espigar al campo donde me acojan benévolamente»; y Noemí le dijo: «Ve, hija mía». [3] Fue, pues, Rut, y se puso a espigar en un campo detrás de los segadores. Diose precisamente el caso de que el campo era de Booz, el pariente de Noemí; [4] y he aquí que vino éste de Belén para visitar a los segadores, a quienes dijo: «Yahvé sea con vosotros»; contestándole ellos: «Yahvé te bendiga». [5] Y preguntó Booz al criado suyo que

estaba al frente de los segadores: «¿De quién es esa joven?»; [6] y él le contestó: «Es una joven moabita que se ha venido con Noemí de la tierra de Moab. [7] Me dijo: Déjame espigar detrás de los segadores. Desde la mañana hasta ahora está aquí, y bien poco que ha descansado en la cabaña».

En contra de lo que el texto masorético podría hacer sospechar, Booz no era solamente conocido de Elimelec, sino un pariente suyo (2 Re 10,11; Sal 31,12; 55,14). Con relación a Noemí, era pariente por alianza. Booz era *affinis* de Noemí y *cognatus* de Elimelec (JOUON, l.c., 46). Era un hombre poderoso de Belén. Noemí y Rut eran pobres y viudas, tanto que tenían derecho de acogerse a la ley mosaica (Lev 19,9-10; 23,22; Deut 24,19-22) de ir a espigar en los campos al tiempo de la cosecha. Esta costumbre, amparada por una ley, restringíase en la práctica por la voluntad del propietario del campo. Casualmente, el campo adonde se dirigió Rut pertenecía a Booz. El autor sagrado créese obligado a hacer esta aclaración para indicar que la Providencia divina dispuso la marcha de los acontecimientos a su beneplácito, sin que hubiera por parte de Noemí un plan astutamente preconcebido.

Mientras Rut estaba ocupada en espigar llegó Booz a su heredad y, después de saludar a sus criados, preguntó por la parentela de aquella joven espigadora. Probablemente había muchos otros pobres espigando en el campo, a los cuales Booz conocía; pero ignoraba la condición familiar de aquella joven. El que estaba al frente de los segadores le aclaró que era *la* (con artículo, según el texto griego) joven moabita. Toda la ciudad había comentado el caso de las dos mujeres; todos las conocían; pero, en concreto, la joven moabita acaparaba la atención de las gentes. El capataz pondera a Booz la tenacidad de Rut en el trabajo: *Está ahí*, le dice, *desde la mañana hasta el presente, sin darse reposo alguno.* Todo el v.7 presenta algunas dificultades, tanto en el texto hebreo como en las versiones. La lección que hemos adoptado parece la más conforme (VINCENT, JOUON).

Deferencia de Booz hacia Rut (2,8-17)

[8] Dijo Booz a Rut: «¿Oyes, hija mía? No vayas a otros campos a espigar ni te apartes de aquí. [9] Unete a mis criados y vete con ellos al campo donde se siegue. Ya diré a mis criados que nadie te toque; y si tienes sed, te vas al hato y bebes de lo que beban los criados». [10] Postróse Rut rostro en tierra, y dijo: «¿De dónde a mí haber hallado gracia a tus ojos y serte conocida yo, una mujer extraña?» [11] El le contestó: «Sé lo que has hecho por tu suegra después de muerto su marido, y que has dejado a tus parientes y la tierra en que naciste para venir con ella a un pueblo para ti desconocido. [12] Que Yahvé te pague lo que has hecho y recibas cumplida recompensa de Yahvé, Dios de Israel, a quien te has confiado y bajo cuyas alas te has refugiado». [13] Ella le dijo: «Que halle yo gracia a tus ojos, mi señor, que me has consolado y has hablado al corazón de tu sierva, aunque no soy yo ni como una de tus criadas.» [14] A la hora de comer, dijo Booz a Rut: «Acércate acá, come y moja tu pan

en el vinagre.» Ella se sentó al lado de los segadores, y él le dio una porción de trigo tostado, de que comió ella hasta saciarse, y le sobró; y guardando lo que le había sobrado, [15] se levantó para seguir espigando. Booz mandó a sus criados, diciéndoles: «Dejadla espigar también entre los haces, sin reñirle, [16] y sacad vosotros mismos algunas espigas de las gavillas y tiradlas para que ella las recoja, sin decirle nada». [17] Estuvo espigando Rut en el campo hasta por la tarde; y después de batir lo que había espigado, había como un efá de cebada.

Estaba Booz al corriente de las historias que se rumoreaban entre el pueblo en torno a las dos mujeres advenedizas. Gran sensación había causado la conducta de Rut—referida, sin duda, por Noemí—para con su suegra. Booz era el primero en reconocer lo heroico de su conducta y trata ahora de recompensarla. En adelante no será una espigadora como las otras. Ella podrá tomar la refección con los segadores, juntarse con las sirvientas de Booz y apagar su sed bebiendo de lo que beban los criados. Booz mismo, presente a la hora de comer, le alargó buena ración de pan tostado, de que comió hasta saciarse, y le sobró. Le autorizó a espigar entre los haces, lo que estaba terminantemente prohibido a los otros espigadores. Su deferencia hacia ella llegó hastar mandar a los criados, que, al tener entre sus manos el puñado de espigas, dejaran caer adrede algunas al suelo para que las recogiera Rut. Al llegar al atardecer, halló que había recogido cerca de 36 litros de cebada (un *efá*) (Ex 16,36; Lev 5,2). Acaso el v.12 indique la finalidad que se propuso el autor del libro.

Coloquio entre Noemí y Rut (2,18-23)

[18] Cogiólo y se volvió a la ciudad y mostró a su suegra lo que había espigado. Sacó también lo que había guardado, lo que después de comer le sobrara, y se lo dio. [19] Su suegra le dijo: «¿Dónde has espigado hoy y dónde has trabajado? Bendito sea el que se ha interesado por ti». Rut dio a conocer a su suegra dónde había trabajado, diciendo: «El nombre del hombre en cuyo campo he trabajado es Booz»; [20] y dijo Noemí a su nuera: «Bendito él de Yahvé, que la gracia que hizo a los vivos se la ha hecho también a los muertos»; y añadió Noemí: «Es pariente cercano nuestro ese hombre, es de los que tienen sobre nosotros el derecho del levirato»; [21] Rut añadió: «También me ha dicho: Sigue con mis gentes hasta que se sieguen todas mis cosechas.» [22] Y Noemí dijo a Rut, su nuera: «Mejor es, hija mía, que vayas con sus criados, no te vayan a tratar mal en otro campo». [23] Siguió, pues, Rut espigando con los criados de Booz hasta el fin de la siega de las cebadas y de los trigos y habitando con su suegra.

Rut muestra a su suegra la cantidad de cebada recogida. Al decirle que estuvo en el campo de Booz y al referirle las atenciones que tuvo para con ella, Noemí cae en la cuenta de que aquel hombre era pariente carnal de Elimelec y de que tenía, por consiguiente, el derecho de levirato sobre ellas. El *goel* (3,9; 4,1) está obligado por la

ley de solidaridad del clan a respetar al pariente que ha caído en la esclavitud (Lev 25,47-48), a comprar el campo o herencia que fue alienado (Lev 25,25-28), a vengar la sangre (Núm 35,19; Jue 8, 18-21), a casarse con la viuda de su hermano para asegurar su posteridad (Deut 25,5-10). En el caso presente, Booz, como *goel* o pariente más próximo, según creía Noemí, venía obligado a comprar el campo de Elimelec (4,4) y casarse con Rut (3,9-13; 4,6). Siguiendo la invitación de Booz, y conforme al consejo de su suegra, Rut siguió espigando en los campos de Booz hasta el fin de la siega del trigo, que empieza dos o tres semanas después de la siega de la cebada (1,22).

Noemí aconseja a Rut (3,1-5)

1 Dijo Noemí, la suegra de Rut, a ésta: «Hija mía, voy a pro-
curarte una posición para que seas feliz. 2 Booz, con cuyos cria-
dos has estado, es pariente nuestro, y esta noche va hacer en su
era la limpia de la cebada. 3 Lávate, úngete, vístete y baja a la
era. Procura que no te vea hasta que no haya acabado de comer
y beber; 4 y cuando vaya a acostarse, mira bien dónde se acues-
ta, y entra después y, levantando la cubierta de sus pies, te
acuestas a ellos. El mismo te dirá qué es lo que has de hacer».
5 Ella le respondió: «Haré cuanto tú me mandes».

La situación en que se encontraba Rut preocupaba a Noemí, la cual quería darle aquella paz que le deseaba de parte de Yahvé (v.8.19) «en la casa de su marido», y a este efecto le expone el plan que ella ha meditado y que le ha sugerido su parentesco con Booz. Sabe que Booz «esta noche va a hacer en su era la limpia de la cebada». Para esta operación se aprovechaba la brisa del mar, que sopla hacia media tarde en los montes de Judá.

El término *noche* debe entenderse, como en otros pasajes (Jos 2,2), por *tarde*, hacia el crepúsculo. Terminada la operación de la limpieza, entrada ya la noche, Booz cenaría en el campo y se entregaría al descanso junto a uno de los montones de grano, gozando del fresco de una noche de junio. Booz pernoctaba en el campo, o bien por razón de comodidad o para proteger la cosecha de los posibles ladrones. Rut irá a juntarse a él en la era y recordarle su derecho de levirato. Por respeto a tan gran señor (2,13) debe lavarse, ungir su cuerpo con aceite aromatizado (Jdt 10,3), signo de buena reputación (Cant 1,3; Ecl. 7,1), y cubrir su cuerpo con un gran manto *(simlah)*, posiblemente lujoso *(mitppahat*, v.15), para ocultar ante las gentes su personalidad. Se acercó Rut calladamente y, levantando la porción del manto que cubría los pies de Booz, se acostó junto a ellos. Nada de indecoroso hay en esta acción, que a los ojos de Noemí es el único medio para obligar a Booz a que cumpla con el deber que le impone la ley del levirato. La acción de Rut equivalía a pedir a Booz que la tomara por esposa.

En la era de Booz (3,6-15)

6 Bajó, pues, a la era e hizo todo cuanto le había mandado
su suegra. 7 Booz comió y bebió y se alegró su corazón. Fue a
acostarse al extremo de la hacina, y Rut se acercó calladamente,
descubrió sus pies y se acostó. 8 A media noche tuvo el hombre
un sobresalto, e incorporándose, vio que a sus pies estaba acos-
tada una mujer, 9 y preguntó: «¿Quién eres tú?» Ella respon-
dió: «Soy Rut, tu sierva; extiende tu manto sobre tu sierva,
pues tienes sobre ella el derecho del levirato.» 10 El dijo: «Ben-
dita de Yahvé seas, hija mía; tu proceder ha sido a lo último
mejor todavía que al principio, pues no has buscado ningún
joven, pobre o rico. 11 No temas, hija mía; yo haré por ti cuanto
me digas, pues sabe muy bien todo el pueblo que habita dentro
de las puertas de mi ciudad que eres una mujer virtuosa. 12 Yo
tengo, en verdad, el derecho del levirato, pero hay otro que es
pariente más próximo que yo. 13 Pasa ahí la noche, y mañana,
si él quiere hacer uso de su derecho, que lo haga, y si no quiere
hacerlo, yo lo haré, vive Yahvé. Acuéstate hasta la mañana».
14 Quedóse ella acostada a sus pies hasta la mañana, levantán-
dose antes de que los hombres puedan reconocerse unos a otros.
El mandó: «Que no se sepa que esta mujer ha venido a la era».
15 Y añadió: «Coge el manto que te cubre y sosténlo». Sostúvo-
lo ella, y le echó él seis medidas de cebada, que le cargó, y ella
entró en la ciudad.

El plan de Noemí cumplióse en todos sus pormenores. Booz no reprocha a Rut su comportamiento; al contrario, la bendice por su conducta hacia su suegra (2,11) y por el deseo legítimo y justo de querer asegurar una descendencia legal a Elimelec, prefiriendo casarse con un viejo que buscar a un jovem, pobre o rico. Booz no tiene inconveniente alguno en casarse con Rut, pero existe un *goel* más próximo que él y, por consiguiente, con más derecho sobre ella. Booz promete activar cuanto antes la cuestión del levirato, obligando al pariente más próximo a que ejerza su derecho, o, en caso de negarse, hacer él uso del mismo. Booz dictó a Rut las precauciones que debía tomar para asegurar su buena reputación de mujer de valer (Gén 47,6; Ex 18,21; Prov 12,4; 31,10), enviándola a su casa después de haber depositado en la extremidad del manto de Rut seis medidas *(homer*, un poco más de tres litros) de cebada.

Rut regresa a su casa (3,16-18)

16 Cuando llegó Rut a casa de su suegra, le preguntó ésta:
«¿Qué has hecho, hija mía?» Ella le contó lo que el hombre
había hecho por ella, 17 y añadió: «Me ha dado, además, estas
seis medidas de cebada, diciéndome: No vuelvas a casa de tu
suegra con las manos vacías». 18 Noemí le dijo: «Estate tranqui-
la, hija mía, hasta ver cómo acaba la cosa, pues ese hombre no
descansará hasta terminar hoy mismo este asunto».

Noemí muestra impaciencia por conocer el desenlace de las gestiones de Rut. Al llegar le pregunta: *¿Qué has hecho, hija mía?* (Sobre el sentido del interrogatorio hebraico en este lugar, véase

JOUON, l.c., 78.) Acaso la pregunta de Noemí tenga el sentido de: ¿Cuál es tu condición actual? ¿Eres ya esposa de Booz o sigues siendo, como antes, mi nuera, viuda? No cabe duda que, si no hubiera existido un *goel* más próximo, Booz la hubiera desposado aquella misma noche, por concederle aquel derecho la legislación hebraica. Los deseos de Noemí no se realizaron tal como ella había soñado por ignorar la existencia del pariente más próximo.

El pariente más próximo renuncia a sus derechos (4,1-7)

1 Booz subió a la puerta de la ciudad y se sentó allí. Vio pasar al pariente mencionado y le dijo: «Detente y siéntate aquí, fulano». Detúvose el hombre y se sentó. 2 Llamó Booz a diez de los ancianos de la ciudad y dijo: «Sentaos aquí». Una vez sentados, 3 dijo al pariente próximo: «Noemí, que ha vuelto de la tierra de Moab, vende la porción de campo que fue de nuestro hermano Elimelec. 4 He querido darte cuenta de ello para decirte: Cómprala si quieres, en presencia de los ancianos de la ciudad que están aquí sentados. Si quieres usar de tu derecho de levirato, usa; y si no quieres, manifiéstalo para que yo lo sepa, pues no hay nadie que antes que tú tenga ese derecho; después de ti vengo yo». El respondió: «La compraré». 5 Booz le dijo: «Al comprar a Noemí el campo, tendrás que recibir a Rut la moabita por mujer, como mujer del difunto, para hacer vivir el nombre del difunto en su heredad». 6 El otro respondió: «Así no puedo comprarlo, por temor de perjudicar a mis herederos. Cómpralo tú, pues yo no puedo hacerlo». 7 Había en Israel la costumbre, en caso de compra o de cambio, para convalidar el contrato, de quitarse el uno un zapato y dárselo al otro. Esto servía de prueba en Israel.

Al poco tiempo de partir Rut para su casa, Booz se fue a Belén para activar el asunto de su matrimonio. Era muy posible que alguno de los criados o cualquier otra persona de Belén hubiese visto a Rut en el campo de Booz en las horas intempestivas de la noche y hubiera dado ocasión a las habladurías del pueblo. Con ello se menoscababa la virtud de Rut y la buena reputación de Booz. En Israel, los negocios públicos y privados se ventilaban en la puerta de la ciudad, lugar por donde tenían que salir o entrar todos los ciudadanos. En Deut 25,7 se dice que la cuestión del levirato debía resolverse en público, en la puerta de la ciudad, en presencia de los ancianos o notables de la misma. Diez fueron los llamados por Booz para que fueran testigos del contrato que iba a formularse entre los dos parientes más próximos. El autor no ha consignado el nombre del otro pariente, probablemente porque lo ignoraba. En el texto hebreo (v.1) se dice: *peloni almoni:* tal y tal, para significar *fulano*. La misma expresión para indicar un lugar indeterminado (1 Sam 21,3; 2 Re 6,8). Este detalle, como hemos anotado en la introducción, es una prueba de la honorabilidad del autor sagrado.

Ante los diez testigos y el pueblo que se había reunido, Booz planteó al *goel* más próximo la cuestión de esta manera: Si él quiere hacer valer el derecho que le concede la ley del levirato, debe obligarse a dos cosas: 1) comprar la porción del campo que fue de su pariente (hermano, dice el texto masorético) Elimelec, que Noemí pone en venta, y 2) tomar a Rut por esposa, como mujer del difunto, para hacer vivir el nombre del difunto en su heredad. No puede acogerse a un derecho y renunciar al otro. Los dos son inseparables.

Según Núm 27,8-11: «Si uno muere sin dejar hijos, haréis pasar la heredad a su hija; y si no hay tampoco hija, pasará a sus hermanos la heredad. Si no hay hermanos, daréis la heredad a los hermanos de su padre; y si no hay hermanos de su padre, pasaréis la heredad al más próximo pariente de la familia; de éste será». La herencia, como se ve, no se retransmitía a las viudas. Únicamente tenían sobre la misma el derecho de usufructo mientras vivieran, pasando a su muerte automáticamente al pariente más cercano. Esta fue la situación de Noemí. No podía ella enajenar una herencia que no le pertenecía; únicamente, en caso de necesidad, podía ceder el usufructo por un tiempo determinado. «Si tu hermano empobreciere y vendiere algo de su propiedad, vendrá el que tenga derecho, el pariente más próximo, y rescatará lo vendido por su hermano» (Lev 22,25). Noemí quiere vender el campo, en el sentido que hemos indicado arriba, y el pariente más próximo tiene la obligación de impedir que lo compren personas extrañas a la familia o clan. Sin embargo, no puede contentarse con abonar cierta cantidad y hacerse con el campo, sino que está obligado también, como primer *goel* de Majalón, difunto el marido de Rut, a tomar a ésta por esposa «para hacer vivir el nombre del difunto en su heredad». Si de este matrimonio naciere un niño, pasará a él la propiedad, por considerarse legalmente hijo de Elimelec, hijo de Majalón. En este caso, el *goel* se quedaría únicamente con Rut como esposa, pero sin el campo y sin poder dar su nombre al niño, que llevaría el del difunto. En estas condiciones no ve el *goel* más próximo mucho provecho en reclamar sus derechos, y renuncia a ellos en favor a Booz. En el v.5 se considera a Rut como si fuera la esposa de Elimelec, jefe de familia, no teniéndose en cuenta a Majalón, que sólo es un intermediario [1].

El derecho del levirato pasa a Booz (4,8-12)

8 El pariente próximo había dicho a Booz: «Cómpralo tú por tu cuenta». Y se quitó el zapato. 9 Booz dijo a los ancianos y a todos los presentes: «Testigos sois hoy de que yo compro a Noemí cuanto perteneció a Elimelec, a Quelyón y a Majalón, 10 y que tomo al mismo tiempo por mujer a Rut la moabita, mujer de Majalón, para que no se borre de entre sus hermanos y de la puerta de la ciudad el nombre del difunto. Testigos sois de ello». 11 Respondió todo el pueblo que estaba en la puerta y los ancianos: «Somos testigos. Haga Yahvé que la mujer que entra en tu casa sea como Lía y Raquel, que edificaron la casa

[1] H. H. ROWLEY, *The Marriage of Ruth:* «The Harvard theological Review», 40 (1947) 77-99; TH. C. VRIEZEN, *Two old Cruces: Rut 4,5:* «Oudtestamentische Studiën», 5 (1940) 80-88.

de Israel. Que por ella seas poderoso en Efrata y tengas renombre en Belén. [12] **Que sea tu casa como la casa de Fares, el que Tamar dio a Judá, por la descendencia que de esa joven te dé Yahvé».**

El *goel* más próximo cede todos sus derechos y obligaciones a Booz. Como prueba de esta transmisión o cesión de derechos y deberes, aquél se quitó el zapato y se lo dio a Booz (LXX). En Deut 25,9-10 se dice que, «si el hermano se negara a tomar por mujer a su cuñada viuda, y porfiare en ello, la cuñada se acercará a él en presencia de los ancianos, le quitará del pie un zapato y le escupirá en la cara..., y su casa será llamada en Israel la casa del descalzado». En el caso de Rut no hubo necesidad de esto último, por cuanto de una manera u otra se solventaba su situación. Booz muestra interés en ejercer él personalmente el derecho de levirato, y en cierta manera fuerza al *goel* más cercano a que le ceda sus derechos.

Los ancianos llamados para ser testigos de esta cesión de derechos y el pueblo que se había congregado allí hacen votos por la prosperidad del nuevo matrimonio. Desean que Rut sea como Raquel y Lía, las cuales, personalmente y por mediación de sus sirvientas Bala y Zelfa, edificaron la casa de Israel (Gén 35,23-26). Evocan el recuerdo de Tamar, la cual, por su unión levirática con Judá (Gén c.38), dio a su difunto marido Er dos mellizos, Zəray y Fares, antepasados de Booz (1 Crón 2,5.9-10) y de los efrateos (1 Crón 2,5.9.19.50). Antiguamente Belén llamábase Efrata (1,2; Miq 5,1).

Matrimonio de Booz y nacimiento de Obed (4,13-22)

[13] **Tomó Booz a Rut y la recibió por mujer, y entró a ella, y Yahvé le concedió concebir y parir un hijo.** [14] **Las mujeres decían a Noemí: «Bendito Yahvé, que no ha consentido que te faltase hoy un redentor. Que su nombre sea celebrado en Israel.** [15] **Que sea el consuelo de tu alma y el sostén de tu vejez, pues te lo ha dado tu nuera, que tanto te quiere, y es para ti mejor que siete hijos».** [16] **Noemí tomó al niño, se lo puso al seno y fue su madrina.** [17] **Las vecinas le dieron nombre al decir: «A Noemí le ha nacido un hijo, y le llamaron Obed. Este fue padre de Isaí, padre de David».** [18] **He aquí la posteridad de Fares: Fares engendró a Esrom;** [19] **Esrom engendró a Aram; Aram engendró a Aminadab;** [20] **Aminadab engendró a Naasón; Naasón engendró a Salmón;** [21] **Salmón engendró a Booz; Booz engendró a Obed;** [22] **Obed engendró a Isaí, e Isaí engendró a David.**

Dios hizo que Rut concibiera y diera a luz un hijo. La fecundidad o esterilidad de las mujeres está en manos de Dios (Gén 29, 31-30,2, etc.). Las mujeres felicitan a Noemí con motivo de este nacimiento y alaban la piedad filial de Rut. Aunque esta última sea la madre natural del niño, Noemí es su madre legal, lo que deja entender el texto al decir: «Tomó (Noemí) el niño, se lo puso al seno y fue su madrina». Las vecinas comprendían bien esta maternidad legal de Noemí al exclamar: «A Noemí le ha nacido un hijo».

Por lo mismo, el gesto de Noemí para con el hijo de su nuera no quiere significar que ella lo adopte. Ni tiene por qué hacerlo, por cuanto el niño, en cierta manera, es suyo. El texto del v.17 es incoherente en hebreo: «Y las vecinas le dieron un nombre, diciendo: A Noemí le ha nacido un hijo, y le pusieron por nombre Obed». La lección original parece ser: «Y las vecinas dijeron: ¡A Noemí le ha nacido un hijo!», y ella (Noemí) le puso por nombre Obed (JOUON, VINCENT). Obed significa el que *sirve* o *rinde* culto a una divinidad, cuyo nombre se ha suprimido. Noemí es hebrea y Rut moabita. Obed es agregado al judaísmo por su padre, Booz, y por su abuela, Noemí.

Una vez nacido el niño, Rut y Booz desaparecen totalmente de la narración. La causa de ello radica en que el autor sagrado quiere resaltar la maternidad legal de Noemí, esposa de Elimelec. Obed *(el siervo*, se sobrentiende, *de Yahvé)* engendró a Isaí, que engendró a David. La última frase: *Isaí engendró a David*, indica la razón o una de las razones de la narración: el interés que concede el autor al gran rey David (JOUON, l.c., 95).

Es muy probable que, originariamente, el libro de Rut terminara en el v.17, con la mención del rey David, y que los v.18-22 se añadieran posteriormente a base de los datos consignados en 1 Crón 2,5-25. Saber ceñirse es un arte, y el narrador de esta historia, que es un artista, ha terminado hábilmente su relato con la genealogía breve de Obed a David. El narrador insiste sobre el punto de vista según el cual el niño Obed es hijo de Elimelec (4,5.10.14) y de Noemí (v.14-17). El glosador no incurre en ningún contrasentido, ni su genealogía de los versos 18-22 se opone a la del v.17. El primogénito del matrimonio Booz-Rut es al mismo tiempo hijo legal de Majalón y real de Booz, heredero de uno y otro. En Obed se une la línea de Majalón y la de Booz, proveniente, en definitiva, los dos de Judá y Fares y terminando en David.

Todos los nombres que figuran en esta genealogía ampliada reaparecen, aunque con algunas pequeñas diferencias, en las genealogías del Mesías que nos han dejado los evangelistas San Mateo (1,5) y San Lucas (3,31). El nombre de Rut se menciona en la genealogía de San Mateo. Aunque extranjera, merece figurar entre los antepasados del Mesías, que era «luz para la iluminación de los gentiles» (Luc 2,32), por su fe en Dios, su devoción hacia Noemí y por su piedad filial.

SAMUEL

INTRODUCCION

En las Biblias hebraicas modernas, los dos libros de Samuel *(a* y *b)* siguen al de los Jueces. En un principio formaban ambos un solo libro, como lo demuestra la nota masorética final y la que figura en 1 Sam 28,23, con la advertencia de que dicho pasaje está en la mitad del libro. Su división en dos se generalizó a partir de la edición de Daniel Bomberg (Venecia 1517). De la unidad primitiva dan testimonio Orígenes (PG 20,581), San Jerónimo (PL 28, 598) y otros. En la versión de los LXX, los libros son llamados «Primero y Segundo de los Reinos», cuya calificación final rechaza San Jerónimo, diciendo: «Non enim multarum gentium regna describit, sed unius israelitici populi» (l.c., 599). El santo Doctor prefiere que se diga libro de los Reyes, no de los *Reinos*. Los LXX escribieron los libros de Samuel en dos rollos, aproximadamente de la misma extensión, uniéndolos a los de los Reyes, con el título genérico de «Primero y Segundo de los Reyes». La Vulgata siguió la clasificación de los LXX, distinguiendo *cuatro* libros de los Reyes. De ahí que el I y el II de Samuel del texto hebraico corresponden al I y II de los Reyes en los LXX y Vulgata. El concilio Tridentino adoptó la división jeronimiana, que siguen todavía algunos autores. Nosotros distinguimos entre I y II de Samuel y I y II de los Reyes. Llámanse libros de Samuel por la antigua creencia *(Baba Bathra* 15a) de que los escribió el profeta Samuel, cuya obra completaron los profetas Gad y Natán, o por el lugar preeminente que ocupa Samuel en la institución monárquica de Israel.

Texto

Los dos libros fueron escritos originariamente en hebreo, cuyo texto ha llegado defectuosamente hasta nosotros. Las narraciones paralelas con el libro de las Crónicas, a partir de 1 Sam c.31, y la confrontación del texto de 2 Sam c.22 con el Sal 18, ponen en evidencia que el texto no ha sido corrompido sustancialmente [1]. El estilo destaca por su casticismo, lozanía y nitidez, siendo en el género histórico el hebreo más clásico.

Versión griega

El texto griego de Samuel se ha conservado en los códices Vaticano (B) y Alejandrino (A), corregido este último conforme al texto original hebraico. Luciano revisó el texto, cuyo trabajo publicó Lagarde en 1883. En el presente estado de cosas, la confrontación

[1] Para las cuestiones de crítica textual consúltese: P. DHORME, *Les Livres de Samuel:* «Et. Bibliques»; A. FERNÁNDEZ, *Breve introducción a la crítica textual del A. T.* (Roma 1917); ID., *I Samuel 1-15. Crítica textual* (Roma 1917); M. REHM, *Textkritische Untersuchungen zu den Paralleltexten der Samuel-Königsbücher und der Chronik* (Münster 1937).

del texto hebraico con el griego es necesaria para llegar, en lo posible, a restablecer el texto primitivo. A veces la versión de Luciano y de la VL permiten la reconstrucción de un texto hebraico mejor que el masorético. ¿Cuál de los dos textos, hebraico o griego, ha de preferirse? No existe unanimidad entre los autores. P. A. H. de Boer [2] concede poco valor al texto griego para reconstruir el texto hebraico primitivo. Peters sostiene la tesis opuesta [3]. En la cueva cuarta de Qumrân (4QSama) se han encontrado restos de todo el libro de Samuel en estado bastante perfecto de conservación. Su texto está estrechamente emparentado con la recensión atestiguada por los LXX. Otro manuscrito de Samuel (4QSamb) representa un texto similar al de los LXX. Su texto se remonta probablemente a últimos del siglo III a.C. [4]. Lo más prudente es estudiar en cada caso el texto y ver y discernir qué lección se acerca más al original hebraico.

Vulgata

Los libros de Samuel fueron de los primeros que San Jerónimo tradujo del hebreo. Tiene algunas lecciones propias (1 Sam 15,4; 17,18; 30,20; 2 Sam 2,6, etc.), que deben tenerse en cuenta para la crítica textual. El texto consonántico y la escritura defectuosa del manuscrito hebraico empleado hicieron que no siempre lograra San Jerónimo una traducción feliz.

Contenido

En el contenido de los libros de Samuel cabe distinguir cuatro secciones o partes. En la primera (c.1-7) se fija la atención en la figura de Samuel.

Dos personajes resaltan en la segunda sección (c.8-15): Samuel y Saúl. El primero había envejecido, y sus hijos no seguían los caminos del padre, por lo que Israel pidió a Samuel un rey «para que nos juzgue, como todos los pueblos» (8,5). El profeta se resiste en un principio, pero, ante la indicación de Yahvé, accedió a sus deseos (c.8). A causa de su desobediencia, Saúl es rechazado por Dios (c.15). De Saúl y David se ocupan los capítulos 16-31 del libro I de Samuel. Saúl y su hijo mueren sobre los montes de Gelboé en guerra con los filisteos (31,1-13). David les dedica un canto fúnebre (2 Sam 1,1-27). De David se interesa exclusivamente la sección cuarta (2 Sam 2,1-20,35). Al final del libro van unos apéndices (c.21-24). Se refiere la muerte de los descendientes de Saúl en Gabaón (21,1-14); las hazañas de algunos valientes de David (21,15-22). Sigue un cántico de acción de gracias (22,1-51) y el oráculo de David (23,1-7). Se enumeran los laureados del rey (23,8-39). Acaba

[2] *Research into Text of I Samuel 1-16* (Amsterdam 1938).

[3] *Beiträge zur Text- und Literarkritik sowie zur Erklärung der Bücher Samuel* (Friburgo 1899).

[4] J. MILIK, *Dieci Anni di scoperte nel Deserto di Giudà* (Marietti, 1957) 19. La versión de los LXX es conforme a un prototipo hebreo, diferente del que está a la base del texto masorético, lo que prueba la existencia de varias recensiones hebraicas de Samuel antes de nuestra era. H. EYBERS, *Notes on the Texts of Samuel found in Qumran Cave 4:* «Studies on the Books of Samuel» (Pretoria 1960) 1-17.

el libro con la noticia sobre el censo del pueblo, que Dios castigó con tres días de peste (24,1-16). David alza un altar en la era de Areuna, el jebuseo (24,17-25).

Composición literaria

Una lectura superficial del libro o libros de Samuel no revela las anomalías de composición que ofrece. Fijando la atención, se observa entre unos textos y otros algunas divergencias notables (1 Sam 16,14-23 y 17,55-58). Unos son favorables a la monarquía (1 Sam c.9; 10,1-16; c.11) y otros contrarios (1 Sam c.8; 10,17-24; c.12). Los primeros representan la tradición de Guilgal o Gálgala, y los segundos la de Masfa. Las narraciones dobles son varias: dos veces entra David en palacio (1 Sam 16,14.23 y 1 Sam 17,1-18); dos veces huye de la corte (1 Sam 19,12 y 21,1); dos veces le intenta matar Saúl (1 Sam 18,10-11 y 19,9-11); dos veces interviene Jonatán en favor de David (19,1-17 y 20,8-10.18-39); dos veces es traicionado David por aquellos a quienes protege (1 Sam 23,1-13 y 23,19-28); dos veces se dice que Dios reprobó a Saúl (1 Sam 13,8-15 y 15, 10-26). Algunas frases no están en armonía con el resto del libro. Por ejemplo, en 1 Sam 7,13 se afirma que «los filisteos no volvieron más contra la tierra de Israel», lo que difícilmente se ajusta con 9,16; c.13-14; 30-31. Según 1 Sam 15,35, «no volvió Samuel a ver a Saúl hasta el día de su muerte», pero se encuentran en 19,22-24. Otros ejemplos podrían aducirse.

Fuentes

Estas anomalías de composición demuestran claramente que en el libro existe una compilación de varias fuentes preexistentes. Ahora bien, conforme a la costumbre antigua oriental, los autores semitas utilizaban diversos documentos o aducían diversas tradiciones anteriores sin mencionarlas explícitamente. Una sola vez cita el autor el libro de Jaser (2 Sam 1,18), citado también por el autor de Jos 10,12, de donde copió el autor el canto fúnebre que pronunció David en honor de Saúl y Jonatán. En el libro, pues, se plantea el problema de las citas implícitas.

En general, la crítica independiente reparte los libros de Samuel en dos fuentes principales:

1) 1 Sam 1; 2; 4-6; 18; 20; 9,1-10.16; 11,1-11.15; 13,2-6.15-23; 19,1-46.52; 16,14-23; 22; 24; 25; c.27-31 (menos 28,8-39); 2 Sam 1,17-6,23; varios textos de c.9-20; 21,1-14.15-22; 23,8-39).

2) Fragmentos de 1 Sam c.1-3; de c.4-6; 20; 21; 23,1-13.14-18; 7,2-7; 8; 10,17-25a; 12; 15; 17,1-18; 18,6-30; 19; 26; 2 Sam 1,6-10. 14-16. Las dos fuentes corresponden a la yahvista y elohísta del Pentateuco, con las cuales, según sus partidarios, presentan analogía extraordinaria [5]. Pero entre los críticos no existe unanimidad

[5] W. O. E. Oesterley-Th. Robinson, *An Introduction to the Books of the Old Testament* (Londres 1949) 88; A. Lods, *Histoire de la Littérature hebraïque et juive depuis les origines jusqu'à la ruine de l'état juif (135 après J.C.)* (París 1950) 121-124; H. H. Rowley, *The Growth of the Old Testament* (Londres 1950) 64-66; N. H. Snaith, *The Historical Books*, en HH. Rowley, *The Old Testament and Modern Study* (Oxford 1961) 97-102; R. H. Pfeiffer, *Introduction to the Old Testament* (Londres 1948) 340-373; O. Eissfeldt, *Die Komposition der Samuelisbucher* (Leipzig 1931).

ni en señalar el número de fuentes ni en determinar su extensión y sus límites. Así vemos que para Eissfeldt son tres las fuentes de Samuel (L, J, E). Pertenecen a L: 1 Sam c.4-6; 2 Sam c.4; 1 Sam 10, 21b-27; 11,1-5.6b-15; 14,49-51; 2 Sam 3,33-34; 8,16-18, etc.; a J: 9,1-10.16; 11,6a; 13,3-15; a E: 8; 10,17-21b; 12 [6]. La historia del arca, los detalles geográficos y la lamentación de David sobre Jonatán pertenecen a L [7].

Entre los católicos, la existencia de varias fuentes es aceptada hoy por la inmensa mayoría. Bressan distingue dos (J, E) que escribieron testigos oculares o contemporáneos de los hechos, y otra, que llama X, que compuso uno que no fue testigo de lo que refiere *(Samuele* p.22). De dos fuentes que se armonizan mutuamente habla De Fraine [8]. Dos tradiciones admite Ubach, que el autor sagrado transcribe (l.c., 20-21). Rolando de Vaux prefiere hablar de tradiciones o ciclos (de Samuel, de Saúl, de David).

De lo dicho, y por lo que se deduce de la lectura de ambos libros, el autor sagrado ha manejado en su composición un amplio material, escrito y oral, a veces heterogéneo, llevado por el ideal de poner de relieve más bien los caminos que siguió Dios para llevar a término sus designios que de avalar siempre con su autoridad cada uno de los pormenores que aparecían en las fuentes que utilizaba.

La existencia de los diversos materiales utilizados aparece del estudio desapasionado de las siguientes secciones: 1) *Crónica de la sucesión* (2 Sam c.9-20) de la que dice E. de Meyer que es «una historia verdadera» [9]; 2) *Historia de Samuel* (1 Sam c.1-7); 3) *Orígenes de la realeza* (1 Sam c.8-15); 4) *Noticiario sobre Saúl* (1 Sam 13,16-14,46); 5) *David en la corte de Saúl* (1 Sam 16,14-17,58); 6) *Luchas entre Saúl y David* (1 Sam 18,1-31,25); 7) *David rey* (2 Sam 1,1-8,18) [10].

Ante esta heterogeneidad de materiales que esmaltan los libros de Samuel, puede alguno dudar quizá de la historicidad de los mismos. Pero la honradez del autor, su misma conducta de airear los diversos textos y dispares tradiciones acerca del período histórico que estudia son una garantía de que escribe una historia verdadera empleando métodos distintos a los de la historiografía moderna. Los libros de Samuel se presentan exteriormente como una compilación de escritos y tradiciones en torno a los orígenes de la monarquía. Este acontecimiento trascendental en la historia de Israel debió sin duda apasionar a todos los que se vieron envueltos en él y a su posteridad. El autor sagrado a veces yuxtapone las diversas tradiciones, otras veces las combina, las resume, amplía, etc. Esta amalgama de textos dispares puede ocultar la mente del autor e inducir a negar o dudar de la historicidad de estos libros. Antes

[6] *Einleitung in das Alte Testament* (Tübingen 1956).
[7] Otras concepciones vigentes se encuentran expuestas en B. Mariani, *Introductio in libros Sacros Veteris Testamenti* (Roma 1958) 172-174; K. A. Leimbach, *Die Bücher Samuel* (Bonn 1936) 4-11; C. Kuhl, *Die Enstehung des Alten Testaments* (Berna 1953) 146-147.
[8] *L'aspect religieux de la royauté Israélite. L'Institution monarchique dans l'Ancien Testament et dans les textes mésopotamiens* (Roma 1954) 89-112.
[9] *Die Israeliten und ihre Nachbarstämme* (Halle 1906) 485.
[10] *Introduction à la Bible* (Tournai 1957) 415ss.

de dictaminar en pro o en contra, debe el exegeta determinar la existencia de fuentes preexistentes, su naturaleza, su número, extensión. En caso de que la investigación sea positiva, debe con todo cuidado estudiar la actitud del autor sagrado frente a las mencionadas fuentes: si aprueba su contenido, en todo o en parte; si deja a sus respectivos autores la responsabilidad de su contenido, si avala con su autoridad los mínimos pormenores, etc.

Autor y data de composición

En los libros de Samuel se hallan muchos elementos antiguos, contemporáneos algunos de los mismos hechos. En los tiempos posteriores a David se escribió mucho sobre él y se comentaron las incidencias que le llevaron al trono y su actuación en el mismo. Hacia los años que siguieron inmediatamente a la caída de Samaria se generalizaron las especulaciones en torno a la memoria de David. El desastre del reino del Norte era una ocasión propicia para poner de relieve las promesas relativas a la continuidad de la dinastía davídica en el trono. Los reyes de Israel perecieron por haberse olvidado de Yahvé y no haber seguido el camino que les trazó David con su conducta. En tiempos de Ezequías hubo gran actividad literaria encaminada a desempolvar recuerdos antiguos y estudiar las causas que provocaron la dispersión de Israel entre los pueblos. Esta primera colección de noticias sobre la naciente monarquía recibió su forma última, con influencias deuteronomistas, en los días inmediatos al exilio o durante el mismo. Junto a los ríos de Babilonia medita el pueblo judío sobre el pasado de la nación, que, a la luz del castigo reciente, aparece como una continuada transgresión del pacto concluido en otro tiempo en el desierto [11]. El trabajo deuteronomista en los libros de Samuel fue de escasa importancia (1 Sam c.7 y 12; 4,18; 2 Sam 2,10-11; 5,4-5; c.7). En este tiempo pudo el autor obtener una visión panorámica de la historia de Samuel, Saúl y David y de las etapas que condujeron a éste al trono de Judá y de Israel. El exegeta católico podrá estrujar más o menos la letra del texto, pero no puede poner en duda, a la ligera, la historicidad sustancial de los libros de Samuel. Tenemos en ellos una historia religiosa escrita con métodos arcaicos; pero aun con métodos y formas de decir y narrar antiguos y populares puede escribirse historia verdadera. En estos libros, como dejamos anotado, prevalece el elemento religioso. El hagiógrafo trata de inducirnos a observar la obra de Dios en los acontecimientos, cuyas causas humanas sabe él describir con viveza y realismo. Justamente, este mismo realismo, y sobre todo la imagen de David, en la que nos dejó dibujado no tan sólo sus nobles y altas cualidades, sino también sus debilidades, constituyen los elementos que nos dan la garantía de la credibilidad de su obra histórica [12].

[11] DE VAUX, *Israel:* DBS 762.
[12] J. SCHILDENBERGER, *Géneros literarios de los libros del Antiguo Testamento:* «Los géneros literarios de la Sagrada Escritura» (Barcelona 1957) 131-132; M. BUBER, *Die Erzählung von Sauls Königswahl:* VT 6 (1956) 113-173; CH. KEELY, *An Aproach to the Books of Samuel:* CBQ 10 (1948) 254-270; A. SCHULZ, *Erzählungskunst in den Samuelbüchern:* «Biblische Zeitfragen», XI 6-7 (Münster 1923).

Los libros de Samuel en el marco general de la historia

El período comprendido entre Samuel y David no tiene contacto con los grandes imperios del antiguo Oriente. Egipto y Asiria duermen dentro del límite de sus fronteras. El pueblo más peligroso para Israel eran los *incircuncisos*, los filisteos. Fueron ellos los instrumentos de la justicia divina para castigar los pecados de Helí y de sus hijos (1 Sam 4,10-21). La expansión de los filisteos hacia el este despertó en Israel la idea de la unidad entre las tribus, con una autoridad central que las aunara. Por lo mismo, el pueblo pidió a Samuel un rey que saliera al frente de ellos para combatir sus combates (1 Sam 8,20).

Al lograrse la unificación de Judá y de Israel en la persona de David, alcanzó Israel un poderío militar que bien pronto debían experimentar los enemigos fronterizos. Los filisteos fueron rechazados y sus ciudades puestas bajo el control de David; algunos mercenarios filisteos formaron parte de la guardia real. En el interior acabó con los islotes cananeos. Los arameos, amonitas, moabitas y edomitas le fueron tributarios. Con Tiro mantuvo David relaciones comerciales, pero no es posible señalar cuándo se produjeron estos puntos de contacto, porque no ocupaba todavía Hiram el trono de Tiro en los primeros años del reinado de David sobre Israel.

Esta falta de contacto con los pueblos e imperios de los alrededores dificulta la fijación cronológica de algunos puntos álgidos de esta historia. A falta de datos concretos se procede a base de conjeturas. Hacia el año 1030, Saúl fue proclamado rey; entre los años 1010 y 972 reinó David. La arqueología no se opone a estas fechas, antes bien las confirma en líneas generales. Esta despreocupación por la cronología es un rasgo peculiar de la antigua historiografía semita.

Contenido doctrinal

No para halagar a los historiadores han entrado los libros de Samuel en el canon bíblico. Encierran ellos un mensaje religioso, destinado en primer lugar a los israelitas y después a sus herederos espirituales, los cristianos. Los libros anuncian las condiciones y las dificultades del establecimiento del reino de Dios sobre la tierra [13]. Yahvé es el Dios de Israel y su único rey; el monarca que elija el pueblo debe ser el representante de Dios en la tierra y el instrumento del que se servirá Dios para obrar grandes cosas. En ambos libros aparecen los atributos de Dios. En todas sus páginas se manifiesta la justicia divina, que castiga a los que le son infieles y premia a los justos. Pero su justicia va acompañada de la misericordia. Ana es premiada con un hijo. Por olvidar sus obligaciones de padre es castigado Helí y su posteridad. Por las mismas razones debe Samuel ceder el paso a la monarquía. Saúl pierde para él y sus descendientes el reino, a causa de su infidelidad y sus muchos pecados. También David experimenta los efectos de la justicia divina (muerte violenta de algunos de sus hijos, rebelión de Absalón, violación de su harén y la peste), siendo perdonado al

[13] DE VAUX, *Les livres de Samuel* 16.

arrepentirse de sus faltas. Dios condena el pecado, dondequiera se encuentre, pero invita al pecador a que se convierta y viva.

Por medio de sus profetas se comunica Dios a los hombres. Desde su infancia fue Samuel su confidente. Durante toda su vida manifestóse Samuel como defensor acérrimo de los derechos del yahvismo, no temiendo oponerse al mismo rey y echarle en cara su ingratitud para con Dios, que lo había elegido. Fue el profeta Natán el encargado de retransmitir a David la noticia de que la hegemonía prometida a la tribu de Judá se realizaría en su familia: «Permanente será tu casa para siempre ante mi rostro, y tu trono estable por la eternidad» (2 Sam 7,16). Yahvé se compromete a adoptar como hijos a los descendientes de David para ejercer por ellos su realeza sobre su pueblo. La monarquía, que a Samuel parecía contraria a la teocracia, se convierte en vehículo de ideas mesiánicas. Los profetas presentan a David como tipo del Mesías, y, una vez realizadas las profecías, los apóstoles hacen resaltar que las promesas hechas a David se han cumplido en el «hijo de David» por excelencia (Mc 10,47-48; Mt 15,22). San Pedro afirma la ascendencia de Jesús del rey David (Act 2,30; Mt 1,1; Lc 2,4). Con David se abren gloriosas perspectivas para Israel, haciendo surgir en el corazón de todos los hombres de buena voluntad la esperanza de un Mesías Salvador.

Fue David de carácter magnánimo, caritativo y misericordioso. Más que fijarnos en el lunar que suponen sus pecados de adulterio y homicidio, debemos considerar su fe, su arrepentimiento y sumisión a la palabra de los profetas. El autor del libro de las Crónicas tiende un velo piadoso sobre un pecado que David expió cumplidamente. En adelante, la conducta de los reyes de Judá y de Israel es juzgada tomando como punto de referencia la de David. El pueblo pidió a Samuel les diera un rey como las otras naciones (1 Sam 8,20); pero, no siendo Israel como los pueblos paganos, tampoco podía ocupar su trono un rey pagano, sino un vicario o representante de Yahvé. Ahora bien, fue David el prototipo de reyes teocráticos, que no se enorgullece de su cargo, antes bien se reconoce a sí mismo indigno representante y lugarteniente de Dios sobre la tierra. El alma de David se transparenta en la colección de Salmos que se le atribuye, que alimentan todavía hoy la piedad de millares de fieles.

Canonicidad

Judíos y cristianos han admitido siempre la canonicidad de los libros de Samuel. Los primeros los incluyen en la colección de «Profetas anteriores» *(Nebiim hareshonim)*, en tanto que en el canon de la Iglesia ocupan un lugar destacado entre los libros llamados históricos. Fueron conocidos por autores del Antiguo (Jer 2,37; 15,1; Ecli 46,13-20) y del Nuevo Testamento (Mt 12,3-4; Mc 2, 25-26; Act 2,30; Hebr 1,5). Padres griegos (Orígenes, Procopio de Gaza) y latinos (San Isidoro de Sevilla, Beda el Venerable) los han comentado. Varios de ellos (Orígenes, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo) han comentado secciones particulares.

BIBLIOGRAFIA

A) Comentarios

F. HUMMELAUER, *Commentarius in libros Samuelis:* «Cursus Scripturae Sacrae» (París 1886); *H. P. SMITH, *The Books of Samuel:* «International Critical Commentary» (Edinburgh 1899); P. DHORME, *Les livres de Samuel:* «Et. Bibliques» (París 1910); ID., *Samuel:* «La Bible», Bibliothèque de la Pléiade (París 1956); K. A. LEIMBACH, *Die Bücher Samuel:* «Biblia de Bonn» (Bonn 1936); A. VACCARI, *Samuele:* «Sacra Bibbia» (Firenze 1947); M. REHM, *Die Bücher Samuel:* «Echter Bibel» (Würzburg 1949); A. MEDEBIELLE, *Les livres des Rois:* «Biblia Pirot-Clamer» (París 1949); B. UBACH, *Els llibres de Samuel* (Montserrat 1953); R. DE VAUX, *Les livres de Samuel:* «Biblia de Jerusalén» (París 1961); G. BRESSAN, *Samuele:* «La Sacra Bibbia» (Marietti, Turín-Roma 1954).

B) Estudios especiales

Además de las obras citadas de ABEL, *Géographie...;* BARROIS, *Archéologie;* DESNOYERS, *Histoire* II, consúltense: H. GRESSMANN, *Die älteste Geschichtsschreibung und Prophetie Israel* (Göttingen 1921); L. ROST, *Die Überlieferung von der Thronnachfolge Davids* (Stuttgart 1926); J. DE FRAINE, *L'aspect religieux de la royauté israélite. L'Institution monarchique dans l'A.T. et dans les textes mésopotamiens* (Roma 1954); R. PRESS, *Der Prophet Samuel. Eine traditionsgeschichtliche Untersuchung:* ZAW 56 (1938) 177-225; J. BOURKE, *Samuel and the Ark: A Study in Contrast:* «Dominican Studies», 7 (1954) 73-103; W. BEILNER, *Die Totenbeschwörungen im 1 Samuel Buch* (Viena 1954); J. BRIGHT, *I and II Samuel:* «Interpretation», 5 (1951) 450-460; S. GOLDMANN, *Samuel* (London 1951); E. JACOB, *La tradition historique dans Israël* (Montpellier 1946); C. KEELY, *An Approach to the Book of Samuel:* CBQ 10 (1948) 254-270; K. MOHELEN-BRINK, *Sauls Ammo-s niterfeldzug und Samuels zum Königtum des Sauls:* ZAW 58 (1940-1941) 57-70; E. ROBERTSON, *Samuel and Saul:* BJRL 28 (1944) 175-205; W. A. IRWIN, *Samuel and the Rise of the Monarchy:* «American Journal of Semitic Languages and Literatures», 58 (1941) 113-134); T. C. VRIEZEN, *De Compositie van de Samuel-Boeken:* «Orientalia Neerlandica» (1948) 167-189; H. WIENER, *The Ramah of Samuel:* «The Journal of the Palestine Oriental Society», 7 (1927) 109-120; A. WEISER, *Samuels «Philister sieg». Die Überlieferung in 1 Sam. 7:* ZThK 56 (1959) 253-272; H. WILDBERGER, *Samuel und die Enstehung des israelitischen Königtums:* ThZ 13 (1957) 442-469; A. STELLINI, *Samuel Propheta (1 Sam. 3,20) et Iudex (1 Sam. 7,16) in Israel* (Roma 1957); I. HYLANDER, *Die literarische Samuel-Saul-Komplex (1 Sam. 1,15) Traditionssgeschichtlich untersucht* (Leipzig 1952); M. JASTROW, *The Name of Samuel and the Stemsel:* JBL 19 (1900) 83-105; M. BUBER, *Die Erzählung von Sauls Königswahl:* VT 6 (1956) 113-173. Sobre la monarquía israelítica: R. LABAT, *Le caractère religieux de la royauté assyro-babylonienne* (París 1939); M. NOTH, *Gott, König, Volk im Alten Testament:* «Zeitschrift für Theologie und Kirche», 47 (1950) 157-191; C. R. NORTH, *The Religions Aspects of Hebrew Kingship:* ZAW 50 (1932) 8-38. Lugares de culto en tiempos de la monarquía: Silo, O., EISSFELDT, *Silo und Jerusalem,* Suplemento de «Vetus Testamentum» (Leiden 1957) 138-147; Gabaón, A. BRUNO, *Gibeon* (Leipzig 1923); H. CAZELLES, *David's Monarchy and the Gibeonite Claim, II Sam. 21,1-14:* PEQ (1955) 165-175; Jerusalén, M. NOTH, *Jerusalem und die israelitische Tradition:* «Oudtestamentische Studien», 8 (1950) 28-46; H. SCHMIDT, *Yahweh und die Kulttradition von Jerusalem:* ZAW 67 (1955) 168-197. Sobre el arca de la alianza: A. BENT-

ZEN, *The Cultic Use of the Story of the Ark in Samuel:* JBL 67 (1948) 37-53; A. KUSCHKE, *Die Lagervortellung der priesterlichen Erzählung:* ZAW 63 (1951) 74-105; M. HARAN, *The Ark and the Cherubim. There Symbolic Significance in Biblical Ritual:* IEJ 9 (1959) 30-38; W. R. ARNOLD, *Ephod and Ark* (Cambridge, Mass., 1917); K. BUDDE, *Ephod und Lade:* ZAW 39 (1921) 1-42; J. MORGENSTERN, *The Ark, the Ephod and the Tent of Meeting:* HUCA 18 (1943-1944) 1-17; E. SELLIN, *Zu Efod und Terafim:* ZAW 55 (1937) 296-298. Sobre la unción véase E. COTHENET, *Onction:* DBS 6, 701-732.

I SAMUEL

PRIMERA PARTE

SAMUEL: JUEZ DE ISRAEL (1,1-7,27)

La primera parte del libro de Samuel es la continuación lógica de la narración de Jueces 16,31, interrumpida por la inserción del episodio de los danitas, del crimen de Gueba y del libro de Rut. Fueron Helí y Samuel los dos últimos jueces de Israel. De poco relieve la figura de Helí dentro de la historia de Israel, sirve para hacer resaltar más la del profeta Samuel, que cierra el ciclo de los *jueces de Israel y da paso a la monarquía.*

Una familia de Rama (1,1-2)

1 Había entre las gentes de Rama un hombre de la familia de Suf, originario de los montes de Efraím, llamado Elcana, hijo de Jeroam, hijo de Eliú, hijo Toú, hijo de Suf, efraimita.
2 Tenía dos mujeres, de nombre una Ana y otra Penena. Penena tenía hijos, pero Ana era estéril.

Un hombre llamado Elcana *(elqanah* = Dios ha querido) vivía en el pueblo de Rama (Ramathaim), con sus dos mujeres, Ana *(hannah* = gracia) y Penena *(peninnah* = perla, coral); estéril la primera y con hijos la segunda.

El emplazamiento de Rama debe buscarse en la actual Rentis, a 14 kilómetros al nordeste de Lidda. Era Elcana de la estirpe de Suf, residente, a pesar de su condición de levita, en la montaña de Efraím (Jos 17,15; 19,50; Jue 3,27). Los caatitas poseían ciudades en Efraím (1 Crón 6,66-70).

De sus dos esposas, Ana era estéril y Penena tenía hijos. La poligamia era tolerada en Israel (Deut 21,15-17). Los patriarcas de la línea de Set son monógamos (Gén 7,7), al revés de los de la línea de Caín (Gén 4,19). Según el código de Hammurabi, el marido no puede tomar una segunda mujer a menos que la primera sea estéril. En Israel, las restricciones antiguas sobre este punto desaparecen en tiempos de los jueces y de la monarquía [1]. El caso de las mujeres de Elcana es parecido al de las mujeres de Jacob, Raquel y Lía (Gén 16,4-5).

[1] *Les Institutions* 1,45-46.

Religiosidad de la familia (1,3)

3 Subía de su ciudad este hombre de año en año para adorar a Yahvé Sebaot y ofrecerle sacrificios en Silo. Estaban allí los dos hijos de Helí, Ofni y Finés, sacerdotes de Yahvé.

Era Elcana un hombre religioso que cumplía con la ley de presentarse delante de Yahvé al menos una vez al año (Jue 21,19). En rigor eran tres las visitas que todo israelita debía efectuar al lugar del tabernáculo (Ex 23,17; Deut 16,16), pero el tiempo y las circunstancias las redujeron a una. Para llegar a Silo tenía Elcana que recorrer unos cincuenta kilómetros y subir desde la Sefela hasta la montaña. Encontrábase Silo en el lugar que ocupa hoy Seilún, *Jirbet Selún,* a unos veinte kilómetros al sur de Naplusa, «al norte de Bétel, al oriente del camino que de Bétel sube a Siquem y al mediodía de Lebona» (Jue 21,19). Desde el tiempo de Josué (Jos 18,31) se instalaron en este lugar el tabernáculo y el arca de la alianza, acaso por su magnífica posición geográfica, al centro de Palestina. Por mucho tiempo fue Silo el centro de la vida nacional y religiosa de Israel; allí acudían los hebreos el día de los Tabernáculos, que «de año en año se celebraba en Silo» (Jue 21,19). La Ley obligaba únicamente a los hombres, pero Elcana acudía al lugar santo con toda su familia. En el v.3 aparece por primera vez en la *Biblia* la expresión «Yahvé Sebaot», que en adelante se emplea unas 260 veces, de las cuales dos en el N. T. (Rom 9,29; Sant 5,4). La expresión completa es: «Yahvé Dios de los ejércitos», tanto de los cielos, ángeles (1 Re 22,19), astros (Is 24,4), como de la tierra, con todos sus elementos: aire, agua, vientos, etc. (Gén 2,1). Al ejército de Yahvé pertenecen los israelitas (17,26; Ex 7,4), al frente de los cuales marcha el Señor. Por anticipación se previene al lector de que en Silo ejercían sus funciones sacerdotales los dos hijos de Helí, Ofni y Finés, nombres de origen egipcio, con lo cual se armoniza la ascendencia egipcia de Israel, particularmente de Leví (Ex 6,25; Núm 25,7). Helí ostentaba el poder supremo político y religioso de Israel, uniendo en su persona las dignidades de juez y de sumo sacerdote.

Rivalidad entre esposas (1,4-8)

4 El día en que ofrecía Elcana su sacrificio, daba a Penena, su mujer, su porción y la de sus hijos e hijas. 5 A Ana le daba solamente una porción; pues, aunque amaba mucho a Ana, Yahvé había cerrado su útero. 6 Irritábala su rival y la exasperaba por haberla Yahvé hecho estéril. 7 Así hacía cada año cuando subían a la casa de Yahvé, y siempre la mortificaba del mismo modo. Ana lloraba y no comía. 8 Elcana, su marido, le decía: «Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué está triste tu corazón? ¿No soy yo para ti mejor que diez hijos?»

El texto de esta sección puede entenderse de dos maneras, según se siga el texto griego o el masorético. En la traducción que hemos dado aparece Elcana distribuyendo entre sus familiares las partes

del sacrificio que le correspondía; a Penena daba su ración y la de sus hijos e hijas; pero a Ana, que era estéril, daba la que le correspondía. Esta distribución desigual, justa en el fondo, daba pie a cierto malestar y antagonismo entre las dos esposas, creando en Ana un complejo de inferioridad frente a su rival, la que, a su vez, veía con malos ojos el particular afecto que profesaba a Ana su marido. Dhorme sigue el texto masorético e interpreta el texto diversamente. Llevado Elcana por el particular afecto que profesaba a Ana, por haberla Dios hecho estéril, le entregaba como porción la parte de dos (literalmente: «una por cada orificio de la nariz», por ser un sacrificio de olor suave a Yahvé).

Celosa Penena por esta distinción, se vengaba echando en cara a Ana su esterilidad, presentando el hecho como castigo de Dios. En los sacrificios pacíficos se derramaba la sangre al pie del altar; las grasas eran consumidas por el fuego. De las carnes se hacían dos partes: una era entregada a los sacerdotes y la otra a la familia, que la consumía reunida en un banquete sagrado (Lev 7,11ss; Deut 16, 11). La esterilidad era considerada como una prueba (Gén 16,2; 30,2) o como castigo de Dios (Gén 20,18); era un bochorno para una mujer no tener hijos. Según una antigua concepción bíblica (Gén 20,18; 30,22; Rut 4,13), Dios abre o cierra el seno de una mujer casada para facilitar o impedir la concepción.

Voto de Ana (1,9-19)

**9 Un año, después que hubieron comido y bebido en Silo,
se levantó Ana. Helí, el sacerdote, estaba sentado en una silla
ante la puerta del tabernáculo de Yahvé. 10 Ella, amargada el
alma, oraba a Yahvé, llorando muchas lágrimas, 11 e hizo un
voto diciendo: «¡Oh Yahvé Sebaot!, si te dignas reparar en la
angustia de tu esclava, y te acuerdas de mí y no te olvidas de tu
esclava, y das a tu esclava hijo varón, yo lo consagraré a Yahvé
por todos los días de su vida, y no tocará la navaja a su cabeza».
12 Mientras así oraba reiteradamente a Yahvé, Helí le estaba
mirando la cara. 13 Ana hablaba para sí, moviendo los labios,
pero sin que se oyera su voz, y Helí la tomó por ebria, 14 y le
dijo: «¿Hasta cuándo te va a durar la embriaguez?; anda a que
se te pase el vino». 15 Ana contestó: «No, mi señor; soy una
mujer que tiene el corazón afligido. No he bebido vino ni otro
ningún licor inebriante; es que estaba derramando mi alma
ante Yahvé. 16 No tomes a tu sierva como una mujer cualquiera. Lo grande de mi dolor y mi aflicción exponía yo de ese
modo». 17 Díjole entonces Helí: «Vete en paz y que el Dios de
Israel te otorgue lo que tanto le has pedido». 18 Ella le dijo:
«Que halle gracia a tus ojos tu sierva». Fuése, y comió y bebio
con su marido, y no hizo ya la cara de antes. 19 Levantáronse
de mañana, y después de postrarse ante Yahvé se marcharon,
volviendo a su casa, a Rama. Elcana conoció a Ana, su mujer,
y Yahvé se acordó de ella.**

En una de las visitas al santuario de Silo hizo Ana un voto a Yahvé. Una vez concluido el banquete sacrificial, levantóse y «presentóse ante Yahvé» (así los LXX). Junto a la puerta del tabernáculo estaba sentado Helí para recibir las consultas que le hicieran los peregrinos. El texto hebreo emplea el término *hecal* para designar la tienda del tabernáculo que se hallaba en Silo (2 Sam 7,6), que se usa asimismo para indicar el templo de Salomón. Pero, según 3,15, había en Silo algo más que una simple tienda, puesto que el joven Samuel, de madrugada, «abrió las puertas de la casa de Yahvé». Lo que en un principio fue simple tienda convirtióse en santuario más sólido en tiempos de los jueces, siendo destruido, probablemente, por los filisteos (Jer 12,14; 26,6.9; Sal 78,60). Después de la catástrofe que se describe en 4,3ss, el tabernáculo fue trasladado a Nob (21,1-6). El hijo que nazca a Ana será consagrado a Yahvé en calidad de ministro del santuario. Como señal externa de esta consagración llevará los cabellos largos, pero no dice el texto que será *nazir* (Jue 13,5; 16,17), ni que deberá abstenerse de toda bebida fermentada (Núm 6,3; Jue 13,4). En Ecli 46,13 (hebreo) se llama a Samuel *nazir*.

La oración continuada de Ana y el movimiento tembloroso de sus labios despertaron en Helí la sospecha de que estaba ebria. No era raro el caso de excederse en la bebida con ocasión de los banquetes sacrificiales, con los consiguientes efectos (Am 2,8; Is 28,7-13; 1 Cor 11,20-21). La respuesta de Ana tranquilizó al sumo pontífice. Tuvo Ana el presentimiento de que Dios había escuchado su ruego, por lo que no hizo ya la cara de antes, comió y bebió con su marido. Con una expresión semítica (Gén 4,1.17), que usan también los griegos (PLUTARCO, *Vita Alex.* 21), dice el texto que Elcana conoció a Ana y que Dios se acordó de ella.

Nacimiento de Samuel (1,20-23)

**20 Al volver del tiempo, había concebido y parido Ana un
hijo, al que puso por nombre Samuel, porque a Dios se lo había pedido; 21 y subió Elcana con toda su casa a sacrificar a
Yahvé el sacrificio anual y cumplir su voto. 22 Ana no subió,
sino que dijo a su marido: «Cuando el niño se haya destetado,
yo le llevaré para presentárselo a Yahvé y para que se quede
ya allí para siempre». 23 Elcana, su marido, le dijo: «Haz lo que
mejor te parezca. Quédate hasta que le destetes y que Yahvé
cumpla tu palabra». Quedóse la mujer en casa, amamantando
a su hijo hasta que le destetó.**

Es la madre la que impone el nombre a su hijo (Gén 4,25; 32,31), llamándole Samuel, palabra que guarda asonancia con el verbo *shaal* = pedir. El texto señala una etimología popular, ya que, científicamente, la raíz verbal hebraica debía ser *shaul*. La palabra *Samuel* es análoga a la asiro-babilónica *Shumu-il*, «el nombre es Dios» (Ecli 46,13, hebr.). Elcana y su familia suben al santuario de Silo para sacrificar y cumplir *su voto*, es decir, el que había hecho Ana y del cual el marido se hacía responsable (Lev 30,11-16). Ana no acudió, prefiriendo subir después de haber destetado al niño, lo que solía hacerse al cabo de dos años y medio (2 Mac 7,27) o tres.

Samuel en el templo (1,24-28)

24 Destetado, le subió consigo, llevando un toro de tres años
un «efá» de harina y un odre de vino, y le condujo a la casa de
Yahvé en Silo. El niño iba con ella. 25 Inmolaron el toro, y Ana,
la madre del niño, presentó éste a Helí. 26 Ana le dijo: «Oyeme
por tu vida, mi señor. Yo soy aquella mujer que estuvo aquí
cerca de ti orando a Yahvé. 27 Este niño le pedía yo, y Yahvé
me ha concedido lo que pedí; 28 también ahora quiero yo dár-
selo a Yahvé por todos los días de su vida, para que sea siempre
donado a Yahvé». Y adoraron allí a Yahvé.

Toda la familia sube de nuevo al santuario. De Penena no se habla más, creyendo piadosamente que se asoció a la alegría de la familia por haber bendecido Yahvé el seno de Ana. Tomado el verbo *gamal* en sentido estricto de destetar, cabe suponer que tenía Samuel tres años. Junto con el niño, ofreció la familia un toro de tres años (Gén 15,9), un *efá* (39 litros) de harina y un odre de vino (Núm 15,8-10). El niño es presentado a Helí. Puesto que Dios se lo ha regalado, quiere Ana que quede propiedad de Yahvé, sirviéndole en el santuario. En el texto hebraico se halla un juego de palabras a base del verbo *shaal*, pero queda transparente el pensamiento que se quiere expresar.

Cántico de Ana (2,1-10)

1 Oró Ana diciendo:
«Mi alma salta de júbilo en Yahvé;
Yahvé ha levantado mi frente
y ha abierto mi boca contra mis enemigos,
porque esperé de él la salud.
2 No hay santo como Yahvé,
no hay fuerte como nuestro Dios.
3 Dejaos de hablar altaneramente;
no salgan de vuestra boca arrogancias,
que Yahvé es Dios sapientísimo
y no se ocultan a su vista las maldades.
4 Rompióse el arco de los poderosos,
ciñéronse los débiles de fortaleza;
5 los hartos pusiéronse a servir por la comida,
y se holgaron los hambrientos;
parió la estéril siete hijos,
y se marchitó la que muchos tenía,
6 que Yahvé da la muerte y da la vida,
hace bajar al sepulcro y subir de él.
7 A uno empobrece o enriquece,
humilla o exalta.
8 Levanta del polvo al pobre,
de la basura saca al indigente,
para hacer que se siente entre los príncipes
y darle parte en un trono de gloria;
pues suyos son los fundamentos de la tierra,
y El sobre ellos puso el orbe.
9 El atiende a los pasos de los piadosos,

y los malvados perecerán en las tinieblas.
No vence el hombre por su fuerza,
10 aterrados serán los enemigos de Yahvé;
desde los cielos tronará contra ellos.
Yahvé juzga los confines de la tierra;
robustecerá a su rey
y erguirá la frente de su Ungido».

Muchos problemas plantea el presente cántico, que soslayamos en parte para no engolfarnos en cuestiones cuya solución definitiva no verán nunca los mortales. Se discute el significado del cántico, su autenticidad, su composición poética, tiempo en que fue escrito y cuándo entró a formar parte integrante del libro. Los críticos independientes se aferran en negar su autenticidad; algunos católicos (Dhorme, Desnoyers) los han imitado; otros soslayan la cuestión y los más la defienden (Bressan, Leimbach, Rehm, Ubach, etc.). Cabe distinguir cuidadosamente entre autenticidad jurídica de un libro sagrado o partes del mismo y autenticidad crítica. Todos los católicos admiten la inspiración del cántico, aunque por razones críticas niegan algunos que sea de Ana; admiten su autenticidad jurídica, pero no la crítica. De suyo, la cuestión del autor humano de un libro o de una de sus partes no roza directamente con la fe. Ahora bien, si el autor sagrado, con el empleo del verbo *wattomer, y dijo*, pretende afirmar categóricamente que el cántico tal como se conserva salió por primera vez de la boca de Ana, debemos asentir a su testimonio infalible.

Dada la composición heterogénea del libro y la presencia en él de diversas piezas literarias de origen distinto, cabe dudar de la autenticidad humana del canto si existen para ello razones convincentes. Las que aportan los partidarios de la sentencia negativa no carecen de todo valor. En primer lugar, en vez de encontrarse el lector ante un himno improvisado de acción de gracias en boca de una mujer de pueblo, tropieza con un trozo literario esmaltado de ideas sublimes expresadas en forma rítmica, con seis estrofas, dos de cuatro esticos y cuatro de seis. Verdad es que suelen los autores bíblicos entonar un canto de acción de gracias a Dios cuando quieren darle gracias por algún beneficio recibido (2 Sam 23,1). Idéntico es el proceder en los cantos del *Magnificat* y *Benedictus*, tan afín el primero con el cántico de Ana, pero mucho más personal. En cuanto al fondo teológico de su contenido, ya San Agustín había agudizado su talento para encontrar una solución a tamaña anomalía, viendo en el himno una profecía sobre el cambio del antiguo sacerdocio y sobre la Iglesia de Cristo *(De civitate Dei* 17,4).

Por todo cuanto hemos insinuado, cabe ya suponer que la cuestión de su autenticidad crítica está al rojo vivo. Unos lo atribuyen a David, otros a un rey de Samaria, otros a la comunidad judaica, etc. Modernamente se tiende a considerarlo como un canto de la época real, a causa, sobre todo, del v.10, en el que se habla del rey. De ahí la creencia de que el himno es de composición algo tardía y que ha sido intercalado en este lugar por la alusión del v.5 a la mujer estéril. Como se ve, graves son las razones que se oponen

a la autenticidad del canto de Ana. Aun en el supuesto de que el hagiógrafo atribuyese este cántico a Ana, cabe, sin embargo, admitir que su forma literaria actual es obra de un redactor posterior.

Dios, vengador y sabio (v.1-3)

Después de las palabras de Helí no tenía Ana la cara de antes (1,18); con el hijo ha levantado Dios su frente *(qarni* = mi cuerno*)*. Los cuernos eran símbolo de fuerza (Jer 48,25; Sal 75,5-6), con lo cual se quiere significar que Ana ha superado el peso de la tristeza y del sufrimiento que oprimían su corazón. Por metáfora se llama a Dios *roca, peñasco*, por ser un baluarte para todos los que buscan refugio en Él (2 Sam 22,2; 23,3; Sal 18,3.32.47; Is 30,29, etc.).

Pasa Ana a exaltar la sabiduría divina. Los enemigos abrieron desmesuradamente su boca, profiriendo palabras necias (Sal 31,19; 75,6), pretendiendo dar lecciones al que todo lo sabe.

Dios, árbitro y soberano del mundo (v.4-9)

La situación se ha invertido. Los que se creían fuertes han visto cómo su arca se ha quebrado (Sal 18,33.37.40; 2 Sam 1,18); en cambio, los débiles se han hecho fuertes. Los que antes eran hartos hanse puesto a servir para ganar el pan de cada día; los hambrientos de otros tiempos se cruzan ahora de brazos (Sal 34,11); se ha marchitado la que tenía muchos hijos, y la que era estéril pare ahora a placer (Sal 113,9). A Yahvé se debe este cambio en la vida de los mortales; pero hay más: la muerte y la vida las tiene Dios en sus manos, que da y quita a su beneplácito. El *sheol* es la mansión de los muertos (Gén 37,35), adonde se baja después de la muerte. Dios puede sacar de allí al que le plazca [1].

Juicio sobre los enemigos (v.10)

Como un arco en tensión que se rompe, así se quebrarán los enemigos de Yahvé, cuya potencia se manifiesta con los truenos que retumban por collados y valles (Sal 18,14). El paso de Yahvé es señalado por la conmoción de los montes (Jue 5,4) y el estallido del trueno (Job 37,2-4; 2 Sam 22,8-16). De un confín al otro de la tierra se extiende el dominio absoluto de Dios, y nadie puede substraerse a su juicio (Deut 33,17; Jl 4,12). Al final del verso se hace una referencia explícita al ungido de Dios, al rey que preanuncia al Mesías. Son muchas las hipótesis que se han propuesto para determinar a qué personaje en concreto tiene ante su mente el autor. Muchos católicos ven en las palabras una alusión explícita y exclusiva al Mesías; otros, quizá con mayor acierto, creen que el autor habla del rey David (Sal 18,51), en cuanto que preanuncia la llegada del Ungido *(mashiah)* y del Rey por antonomasia, Jesucristo [2].

[1] Dhorme, *L'idée de l'au-delà dans la religion hébraïque:* «Revue d'Histoire des Religions», 123 (1941) 113-142; J. McNaspy, *Sheol in the Old Testament:* CBQ 6 (1944) 326-333.
[2] G. Bressan, *Il Cantico di Anna:* B 32 (1951) 502-521; 33 (1952) 67-89.

Pésima conducta de los hijos de Helí (2,11-17)

11 Volvióse Ana a Rama, a su casa, y el niño quedó sirviendo
en el ministerio de Yahvé en presencia de Helí, sacerdote. 12 Los
hijos de Helí eran hombres perversos, que desconocían a Yah-
vé y las obligaciones de los sacerdotes para con el pueblo.
13 Cuando alguno ofrecía sacrificios, mientras estaba cocién-
dose la carne, venía un criado del sacerdote con un tenedor en
la mano; 14 lo metía en la caldera, caldero, olla o puchero, y
cuanto sacaba con el tenedor era para el sacerdote. 15 Así ha-
cían con cuantos de Israel venían allí, a Silo. Aun antes de que
se quemara el sebo, venía el criado del sacerdote y decía al que
sacrificaba: «Dame la carne para asársela al sacerdote; no re-
cibirá de ti carne cocida, sino cruda». 16 Y si el hombre le decía:
«Espera a que se queme el sebo, como siempre, y luego coge-
rás lo que tu quieras», le respondía el criado: «No; tienes que
dármela ahora mismo, y si no, la cojo yo por la fuerza». 17 Muy
grande era el pecado de aquellos jóvenes ante Yahvé, pues ha-
cían odioso a los hombres el ofrecer ante Yahvé.

Una vez cumplido el sacrificio, volvióse Ana a su casa, dejando al niño en Silo, al servicio *(mesharet)* del santuario. Los hijos de Helí eran unos rufianes, pues no guardaban el ceremonial propio de los sacrificios. La ley concedía a los sacerdotes el muslo derecho y el pecho de la víctima pacífica (Lev 7,30-34), pero el criado del sacerdote metía el tenedor en la caldera y arramblaba con todo lo que era de su agrado. Tradicionalmente, la carne de los sacrificios era hervida, pero los hijos de Helí la preferían asada. Su pecado era triple: apropiábanse de partes de la víctima que no les pertenecía, daban prioridad al sacerdote sobre Yahvé y hacían odioso el sacrificio o inducían a los peregrinos a que obraran con la misma desenvoltura en cuestión tan sagrada. Las partes grasas de la víctima debían quemarse (Lev 3,7.31).

El niño Samuel (2,18-21)

18 Samuel ministraba ante Yahvé vestido de un efod de lino,
19 Hacíale su madre un mantito y se lo traía de año en año.
cuando subía con su marido a ofrecer el sacrificio anual. 20 Helí
bendijo a Elcana y a su mujer, diciendo: «Que te dé Yahvé hi-
jos de esta mujer por el que le prestaste». Volviéronse ellos a su
casa, 21 y Yahvé visitó a Ana, que concibió y parió tres hijos y
dos hijas. El joven Samuel iba creciendo en la presencia de
Yahvé.

El vestido de Samuel, el *efod*, no correspondía al objeto que se utilizaba para sacar las suertes, sino a una túnica de lino ceñida al cuerpo por un cinturón (22,18; 2 Sam 6,14; Ex 28,6-8). El manto que traía el niño sobre el *efod* (Ex 29,5) le protegía del frío en invierno. Pero el *meil* que Ana preparaba para Samuel era como un presagio de la importancia que más adelante alcanzaría el niño en los destinos de Israel. Unicamente los sacerdotes y príncipes vestían el *meil* (18,4; 28,14; Ex 28,3-5), *manto* (v.19).

Helí reprende a sus hijos (2,22-26)

22 Helí era ya muy viejo, y supo lo que sus hijos hacían a todo Israel y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de la congregación; 23 y les dijo: "¿Por qué hacéis cosas tales y tan malas como las que de vosotros he oído a todo este pueblo? 24 No, hijos míos, que no es bueno lo que de vosotros oigo. Estáis haciendo que el pueblo de Yahvé se aparte de él. 25 Si un hombre ofende a otro hombre, está de por medio Dios para juzgarle; pero si un hombre ofende a Yahvé, ¿de quién puede esperar la intervención?» No hicieron caso de lo que les decía su padre, pues quería Yahvé matarlos. 26 Entre tanto, el niño Samuel iba creciendo y se hacía grato, tanto a Yahvé como a los hombres.

A los crímenes enumerados añade el texto hebraico el de abusar de las mujeres que cuidaban quizá de la limpieza y atendían a la conservación del ajuar del santuario (Ex 35,25; 38,8). Los críticos independientes o bien cancelan las palabras que hacen referencia a estas relaciones ilícitas, por creerlas una glosa redaccional, o las interpretan de la prostitución sagrada cabe al santuario, a imitación de los cultos licenciosos de los cananeos. Tal prostitución era severamente prohibida en la Ley (Deut 23,17-18), pero sabemos que se practicó en épocas de decadencia religiosa (Os 4,14; 1 Re 14,24; 15,12; 2 Re 23,7). Algunos autores católicos (DHORME, DE VAUX) suprimen el inciso. Helí reprende a sus hijos echándoles en cara la mala fama que se han granjeado ante el público. No han pecado contra los hombres, sino contra Dios. En el primer caso, la cuestión se lleva a las autoridades que en nombre de Dios dictan justicia. Pero, en caso de pecar contra Dios mismo, nadie puede intervenir, por no disponer de los medios de propiciación que la misericordia de Dios puso al alcance de los hombres. Pero, por faltarle ya las fuerzas, pues *Helí era ya muy viejo*, no los castigó. Tampoco a ellos les fue concedida la gracia de escuchar las amonestaciones de su padre y cambiar de vida, *pues quería Yahvé matarlos*. Endureció Dios su corazón, como hizo en otro tiempo con Faraón y los pueblos de Canaán (Ex 4,21; Jos 11,20). Niega Dios las gracias eficaces para la conversión a los que las rechazan y no cooperan con las mismas. Mientras Helí caminaba a marchas forzadas hacia el sepulcro y sus hijos se adentraban por los caminos de la perdición, Samuel, como un astro que se levanta en el firmamento, crecía en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres, como se dice también de Jesús (Lc 2,52).

Profecía contra la casa de Helí (2,27-36)

27 Vino a Helí un hombre de Dios y le dijo: «Así habla Yahvé: Yo me revelé claramente a la casa de tu padre cuando eran esclavos en Egipto, en la casa del Faraón. 28 Yo me elegí de entre todas las tribus de Israel para sacerdote, para que subiese al altar a quemar el incienso y para que llevase ante mí el efod. Yo di a la casa de tu padre todas las combustiones de los hijos

de Israel. 29 ¿Por qué, pues, envidias mis víctimas y mis ofrendas, las que yo mandé se ofreciesen en mi casa, y tienes en más a tus hijos que a mí, engordándoos de lo mejor de todas las oblaciones de Israel, mi pueblo? 30 Por eso he aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Yo había dicho y repetido a tu casa y a la casa de tu padre que ministraríais ante mí por siempre; pero ahora dice Yahvé: Lejos de mí eso, porque yo honro a los que me honran y desprecio a los que me desprecian. 31 Tiempo vendrá en que yo amputaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, de modo que ya no haya nunca ancianos en tu casa 32 y siempre veas ante ti un rival. Aun en las prosperidades de Israel, no habrá nunca ancianos en tu casa. 33 No haré desaparecer de mi altar a todos tus descendientes, de modo que se consuman sus ojos y desfallezca su alma; pero todos los de tu casa morirán por la espada; 34 te servirá de señal lo que sucederá a tus hijos Ofni y Finés; ambos morirán en el mismo día. 35 Yo me suscitaré un sacerdote fiel, que obrará según mi corazón y según mi alma; le edificaré una casa estable, y él andará siempre en presencia de mi ungido; 36 y cuantos de tu casa queden, vendrán a prosternarse ante él, pidiéndole una moneda de plata y un pedazo de pan; y le dirán: Haz el favor de colocarme en alguna de tus funciones sacerdotales, para que tenga un pedazo de pan que comer».

Un profeta, un hombre de Dios (Deut 33,1; Jos 14,6) se presenta a Helí para comunicarle en estilo profético (Ex 4,22; Jos 7,13) un mensaje de parte del cielo referente a la suerte de su casa. Dios escogió a Aarón para las funciones sacerdotales de sacrificar sobre el altar, quemar el incienso y llevar el efod. Además, aseguró a los sacerdotes un medio decoroso de vida al otorgarles una porción escogida de la víctima. Helí descendía de Aarón por Itamar.

A todos estos beneficios han correspondido con ingratitud. De ahí que ha llegado el día del Señor; va a cumplirse la sentencia de Yahvé contra la casa de Helí. Es Dios quien habla *(neum* = dicho, oráculo) a Helí. Las promesas que hizo antes a Aarón y Finés las revoca; Helí no ha caminado en la presencia de Yahvé; no ha cumplido lo pactado; luego le será denegada en lo venidero la continuación en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Conservará Dios la vida de alguno que otro descendiente de Helí a fin de que, viviendo, padezcan, y devore la envidia su corazón al ver que la dignidad sacerdotal ha pasado a otras manos. Gran parte de los descendientes de Helí morirán por la espada, refiriéndose acaso a la matanza de los ochenta y cinco sacerdotes de la familia de Itamar decretada por Saúl (22,18-19). La pauta de lo que sucederá en los días venideros la dará la muerte en un mismo día de Ofni y Finés (4,11; Ex 3,12; Jue 6,17).

Al anuncio de la reprobación de Helí sigue la noticia sobre el sacerdote que le reemplazará (v.35). El texto se refiere probablemente a Sadoc (1 Re 2,27-35), de la familia de Eleazar, que entró en funciones en lugar de Abiatar, de la ascendencia de Itamar, que había abrazado la causa de Adonías. Al nuevo sacerdocio acudirán los de la línea de Helí pidiendo un óbolo *(agorat)* de plata

insignificante, un pedazo de pan o un puesto humilde entre las funciones sacerdotales para asegurar la vida. «Mi ungido» (v.35) equivale a decir «mi rey» (v.10).

Samuel oye la voz de Dios (3,1-10)

**1 El joven Samuel ministraba a Yahvé en presencia de Helí.
Era por entonces rara la palabra de Yahvé y no era frecuente
la visión. 2 Un día, estando acostado en su lugar Helí, cuyos
ojos se habían oscurecido y no podían ver, cuando todavía no
se había apagado la lámpara de Dios en el santuario, 3 Samuel,
que dormía en el santuario de Yahvé, donde estaba el arca de
Dios, 4 oyó la voz de Yahvé, que le llamaba: «¡Samuel!»; él
contestó: «Heme aquí»; 5 y corrió a Helí y le dijo: «Aquí estoy;
me has llamado». Helí contestó: «No te he llamado, vuelve a
acostarte». Y fue a acostarse. 6 Yahvé llamó otra vez a Samuel;
y éste se levantó, y, yendo a donde estaba Helí, le dijo: «Heme
aquí, pues me has llamado». Helí repuso: «No te he llamado,
hijo mío; vuélvete y acuéstate». 7 Samuel no conocía todavía a
Yahvé, pues todavía no se le había revelado la palabra de Yah-
vé. 8 Yahvé volvió a llamar a Samuel por tercera vez, y éste se
levantó y fue a Helí y le dijo: «Heme aquí, pues que me has
llamado». 9 Comprendió entonces Helí que era Yahvé quien
llamaba al joven, y le dijo: «Anda, acuéstate, y si vuelven a lla-
marte, di: Habla, Yahvé, que tu siervo escucha». Samuel se
fue y se acostó en su lugar. 10 Vino Yahvé, se paró y llamó como
las otras veces: «¡Samuel, Samuel!» Samuel contestó: «Habla,
que tu siervo escucha».**

Helí dormía en su lugar *(meqomo)*, "dentro" o en una dependencia muy cercana al lugar sagrado; Samuel estaba en el *hekal*, en el recinto sagrado, en los alrededores del arca, no lejos del sumo sacerdote. Era bien entrada la noche, pero la lámpara o candelabro que ardía ante el tabernáculo no estaba apagada todavía (Ex 27,20; Lev 24,3). Quizá la palabra *ner* (lámpara) fuera el nombre popular para designar la *menorah*, el candelabro de siete brazos (Ex 27,20) del santuario, que debía arder sin interrupción delante de Yahvé (Lev 24,38). Tres veces habló la voz misteriosa, pero no sospechó Samuel que fuera Dios el que le llamaba, *porque todavía no se le había revelado la palabra de Yahvé* (v.7).

En un principio tampoco Helí barruntó que aquella voz podía ser de Dios. Dios se revela e imparte sus órdenes junto al arca de la alianza (Ex 25,22; Is c.6). El autor sagrado presenta a Yahvé morando en el santuario (Ex 25,8; Lev 26,12; 1 Re 6,17), trasladándose del lugar donde habitaba a la dependencia de Samuel. La última vez Yahvé fue a donde se encontraba Samuel, paróse en su camino y, como otras veces, llamó, sin manifestarse. Por respeto no pronuncia Samuel el nombre de Yahvé.

El mensaje (3,11-18)

**11 Y dijo Yahvé a Samuel: «Voy a hacer en Israel una cosa
que a cuantos la oigan les retiñirán ambos oídos. 12 Entonces
cumpliré cuanto a Helí le he dicho, todo lo que de su casa le
he dicho; comenzaré y acabaré. 13 Yo le he dicho que iba a cas-
tigar a su casa para siempre por el crimen que él sabía que
sus hijos maldecían a Dios, y él no los corrigió. 14 Por eso he
jurado a la casa de Helí que su crimen no será expiado ni con
sacrificios ni con oblaciones». 15 Samuel siguió acostado hasta
la mañana, y después abrió las puertas de la casa de Yahvé. No
se atrevía a contar a Helí su visión; 16 pero éste llamó a Samuel,
diciendo: «Samuel, hijo mío»; y éste contestó: «Heme aquí».
17 Helí le preguntó: «¿Qué es lo que te ha dicho Yahvé? Te
ruego que no me ocultes nada. Que Yahvé te castigue si me
ocultas algo de cuanto te ha dicho». 18 Samuel se lo contó todo,
sin ocultarle nada; y Helí dijo: «El es Yahvé; haga lo que pa-
rezca bien a sus ojos».**

No se equivocó Helí al sospechar que Dios se manifestaba a Samuel. La voz de Yahvé confirma los castigos contra la casa de Helí, que anunció antes otro profeta (2,27-36). El pecado cometido no será expiado ni con sacrificios ni con oblaciones. En aquello mismo que han delinquido encontrarán su castigo, ya que, habiendo abusado de los sacrificios, no encontrarán en éstos el perdón de su pecado (Núm 15,30-31). Hemos dado la traducción del v.13 según el texto antiguo, que los escribas cambiaron para no escribir la idea de una maldición contra Dios.

Duro era el mensaje. Samuel no fue en busca de Helí, como las otras veces, para comunicárselo. Se acostó de nuevo, y a la hora de costumbre abrió las puertas del santuario, comportándose como si nada hubiera ocurrido. Pero su misma conducta delataba que algo muy importante había sucedido. Helí le manda con juramento a que diga toda la verdad (14,14; 20,13; 25,22; Rut 1,17). Helí recibe el anuncio con cierta indiferencia, como si fuera una imposición del destino.

Samuel, profeta (3,19-21)

**19 Samuel llegó a ser grande, y Yahvé estaba con él y no dejó
que cayera por tierra nada de cuanto él decía. 20 Todo Israel,
desde Dan hasta Berseba, reconoció que era Samuel un ver-
dadero profeta de Yahvé. 21 Yahvé siguió apareciéndosele en
Silo. Helí estaba ya muy viejo, y los hijos de éste seguían por el
mismo camino, pésimo ante Yahvé.**

Mientras la estrella de Helí lanzaba sus últimos destellos, surgía refulgente la del nuevo juez de Israel. La noticia de la manifestación de Dios a Samuel se propaló de un extremo a otro de Palestina (Jue 20,1), deduciendo todos que Samuel estaba acreditado como profeta de Yahvé. Tres son los rasgos principales que ponen de relieve su misión profética: frecuentes comunicaciones con Dios,

pruebas evidentes de su origen divino y notoriedad universal. Hasta el presente, Dios se manifestaba raramente; con Samuel las comunicaciones divinas se hacen más frecuentes. La segunda parte del v.21 sólo se ha conservado en los LXX.

Guerra con los filisteos (4,1-2)

1 Sucedió por entonces que los filisteos se reunieron para hacer la guerra a Israel. Israel salió al encuentro de los filisteos para combatir. Acamparon cerca de Eben-Ezer, y los filisteos estaban acampados en Afec. 2 Habiendo presentado batalla los filisteos contra Israel, se empeñó el combate, e Israel fue derrotado por los filisteos, que mataron en el combate, en el campo, unos cuatro mil hombres.

Como es sabido (Jue c.13-16), formaban los filisteos una pentarquía en el límite sudoeste de Canaán, junto al mar Mediterráneo. Sus principales ciudades eran cinco: Azoto, Gaza, Ascalón, Gad, Acarón. Por verse ellos acosados en su frontera meridional y por crecer el número de sus habitantes, se apoderaban insensiblemente de las tierras colindantes con la frontera de Israel, penetrando hacia Sarón y la región montañosa, amenazando cortar a Israel su comunicación con el mar.

Son los filisteos los que declaran la guerra a los israelitas. Aquéllos acampan con Afec, que se identifica con la torre de Afec *(Bell. Iud.* 2,19,1), o *Ras el-Ain,* a quince kilómetros al norte de Jafa (29,1). El ejército israelita acampó en las inmediaciones de Eben-Ezer, en el actual *Megdel Jaba,* a unos cuatro kilómetros del ejército filisteo. Debe notarse el hecho de que Samuel desaparece en los c.4-6, para reaparecer en el 7. Dice De Vaux que, por su contenido, marco geográfico y humor, estos capítulos (4-6) presentan analogías con la historia de Sansón (Jue c.13-16).

El arca en el campo de batalla (4,3-9)

3 El pueblo se recogió en el campamento, y los ancianos se preguntaron: «¿Por qué nos ha derrotado Yahvé hoy ante los filisteos? Vamos a traer de Silo el arca de la alianza de Yahvé, para que esté entre nosotros y nos salve de la mano de nuestros enemigos». 4 Mandaron a Silo, y se trajo de allí el arca de la alianza de Yahvé Sebaot, que se sienta sobre los querubines, y con ella fueron los dos hijos de Helí, Ofni y Finés. 5 Cuando el arca de la alianza de Yahvé entró en el campamento, todo Israel lanzó tan grandes gritos de júbilo, que hacían retemblar la tierra. 6 Oyeron los filisteos el vocerío, y dijeron: «¿Qué vocerío es este tan grande que se oye hoy en el campamento de los hebreos?» Y supieron que había sido traída al campamento el arca de Yahvé. 7 Atemorizáronse los filisteos, y decían: «Ha venido Dios al campamento. ¡Desgraciados de nosotros! Cosa tal no había sucedido hasta ahora. 8 ¡Desgraciados de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de esos dioses poderosos? ¿Acaso no son éstos los que castigaron a Egipto con toda suerte de plagas y con peste en el desierto? 9 Esforzaos y sed hombres, filisteos; no tengamos que servirles nosotros a ellos, como os sirven ellos a vosotros. Sed hombres, luchad».

La derrota humilló a Israel. Un consejo de guerra formado por los ancianos (Jos 7,6; 8,10), al que no asistió quizá Helí por su avanzada edad, determinó que se trajera de Silo el arca de la alianza, creyendo que la presencia de Dios en el campamento aseguraría la victoria (Núm 10,35-36; 2 Sam 11,11). Con el arca fueron los dos hijos de Helí, Ofni y Finés. La presencia del arca fue saludada con entusiasmo tal, que los filisteos se enteraron de la noticia, cundiendo el pánico entre sus filas. Creen ellos que Israel tiene sus dioses tutelares, como los filisteos tienen los suyos; pero los dioses de los israelitas, según consta de la historia, se muestran muy activos contra sus enemigos. Este temor no paraliza sus actividades.

Muerte de Helí (4,10-18)

10 Combatieron, pues, los filisteos y fue derrotado Israel huyendo cada uno a sus tiendas. Fue una derrota, en la que cayeron de Israel treinta mil peones, 11 y fue cogida el arca de Dios, y murieron los dos hijos de Helí, Ofni y Finés. 12 Un hombre de Benjamín, de los huidos del campo de batalla, vino corriendo a Silo aquel mismo día, con los vestidos desgarrados y la cabeza cubierta de polvo. 13 Cuando llegó, estaba Helí sentado en una silla, a la vera del camino, cerca de la puerta, esperando, pues su corazón temblaba por el arca de Dios. Entró el hombre en la ciudad para informarla, y toda ella fue un grito. 14 Al oírlo Helí, preguntó: «¿Qué ruido, qué tumulto es ése?» Entonces vino el hombre para darle la noticia. 15 Helí tenía noventa y ocho años; sus ojos se habían quedado rígidos y no veía. 16 El hombre dijo a Helí: «Vengo del campo de batalla, de donde he huido hoy». Helí le preguntó: «¿Y qué ha pasado, hijo mío?» 17 El le contestó: «Israel ha huido ante los filisteos; ha habido muchos muertos del pueblo; también tus dos hijos, Ofni y Finés, han sido muertos, y el arca de Dios ha sido tomada». 18 Apenas hubo mentado el arca de Dios, cayó Helí de su silla hacia atrás, junto a la puerta, y se desnucó y murió, pues era ya muy anciano y estaba muy pesado. Había juzgado a Israel durante cuarenta años.

Se reanudó el combate y fue derrotado Israel, que huyó a la desbandada, después de abandonar en el campo treinta mil peones. Es posible que este número sea hiperbólico, queriendo significar que Israel fue derrotado de modo estrepitoso a causa de los pecados de la casa de Helí. Pero las dos noticias sensacionales fueron la muerte de los dos hijos de Helí y la captura del arca de Dios. Un mensajero de la tribu de Benjamín fue corriendo para comunicárselo a Helí, al que encontró sentado en una silla (1,9), al lado *(yad)* de la puerta del santuario (1,9), desde donde se dominaba el camino. Nada veía Helí, pero era tal su tensión de ánimo, que dirigía ansiosamente sus apagados ojos en dirección al camino por donde tenían que llegar noticias de la batalla. Su ceguera le impidió ver

los vestidos desgarrados del mensajero, su cabeza desgreñada, cubierta de ceniza en señal de duelo nacional (Gén 37,29.34; 44,13; Jos 7,6; 2 Sam 1,2; 15,32). Debía el cuerpo asociarse al dolor que desgarraba el alma de todo israelita. Toda la verdad le fue comunicada a Helí de forma escalonada y con palabras que fluían a borbotones de labios del mensajero. El corazón de Helí soportó la noticia de la muerte de sus dos hijos, cuya suerte le había sido profetizada (2,34), pero sucumbió ante el anuncio de la captura del arca de Dios. Con ello parece que Yahvé abandona a su pueblo.

Pocas son las noticias que ofrece la Biblia sobre este juez y sacerdote, que entra ya anciano en los anales de la historia. Por lo poco que se sabe, cabe inferir que era un hombre probo, acogedor, devoto, bondadoso, como suelen ser aquellos con los cuales la naturaleza se ha mostrado pródiga, como en Helí (v.18). Su piedad e interés por el arca de la alianza queda patente ante la ansiedad con que esperaba noticias sobre su suerte y el caer muerto al enterarse de que había sido capturada por los filisteos. Pero en medio de tantas virtudes le afeaba un lunar: la excesiva blandura para con sus dos hijos. Era Helí un hombre de reacciones lentas, algo fatalista (3,18). Pero aun en este aspecto no cabe recargar las tintas y presentarlo como un réprobo. En primer lugar, su labor como juez—de hecho, no de derecho—y pontífice le absorbían el tiempo que debía dedicar al control de sus hijos. El hecho de que Helí aparezca a menudo (1,9; 4,13) sentado en una silla o acostado (3,2) puede sugerir la sospecha de que era hidrópico, entrado en años —tenía al morir noventa y ocho—, lo que disminuye su responsabilidad moral ante la conducta de sus hijos, ya mayores de edad. Acaso no fuera así en sus años más mozos.

Helí desaparece del escenario de la historia de Israel dejando en el corazón del lector un sentimiento de conmiseración y de simpatía a la vez. Cuarenta años, cifra simbólica, en la historia de los jueces (Jue 3,11; 13,1), había estado al frente de la nación israelita, no como juez propiamente dicho, sino en calidad de sumo pontífice, a quien acudía el pueblo para dirimir sus cuestiones.

Muere la nuera de Helí (4,19-22)

19 Su nuera, la mujer de Finés, estaba encinta, ya para dar a
luz. Al saber la noticia de la toma del arca de Dios, de la muerte
de su suegro y de su marido, se doblegó y parió, pues le sobre-
vinieron los dolores del parto. 20 Como se veía morir, las muje-
res que estaban junto a ella le decían: «Animo, que has parido
un hijo»; pero ella ni respondía ni entendía. 21 Llamó al hijo
Icabod, 22 diciendo: «Ha pasado de Israel la gloria», por haber
sido tomada el arca de Dios y por la muerte de su suegro y de
su marido. Ella dijo: «Ha pasado la gloria de Israel porque ha
sido tomada el arca de Dios».

El desastre tomó proporciones más grandes de las que deja traslucir el texto, pues es probable que los filisteos llegaran también a Silo, destruyendo y saqueando su santuario. Las excavaciones

practicadas en Silo demostraron que la ciudad fue destruida hacia el año 1050 a.C. Los profetas presentan este hecho como castigo de Dios (Jer 7,12; 26,9; Sal 78,60-65). Desde estos acontecimientos de Silo queda únicamente el recuerdo de una gloria pasada. Con esta victoria controlaron los filisteos la parte central de Palestina hasta los tiempos de Saúl.

El arca hiere a los filisteos (5,1-6)

1 Cogieron, pues, los filisteos el arca de Dios y la llevaron de
Eben-Ezer a Azoto, 2 y la metieron en el templo de Dagón y la
pusieron junto a Dagón. 3 Al día siguiente, levantándose de
mañana, vieron los filisteos a Dagón tendido en tierra y con la
cara contra ella, delante del arca de Yahvé. Le cogieron y vol-
vieron a ponerle en su sitio; 4 pero al otro día, cuando se levan-
taron, encontraron a Dagón tendido en tierra boca abajo y cor-
tadas la cabeza y las manos, que yacían en el umbral, sin quedar
de Dagón más que el tronco. 5 Por esto los sacerdotes de Da-
gón, y cuantos entran en el templo de Dagón en Azoto, no pisan
todavía el umbral del templo. 6 La mano de Yahvé pesó gran-
demente sobre los de Azoto y los desoló e hirió con tumores a
Azoto y su territorio.

Parecía que Yahvé había sido vencido por Dagón; Israel quedaba sin Dios ni jefe que les acaudillara en las guerras. En señal de sumisión, el arca, símbolo de la presencia de Yahvé, es colocada junto al dios Dagón, en condiciones de inferioridad. Era Dagón (*dag* = pez; *dagan* = trigo) un dios del Próximo Oriente venerado en todo el territorio de Mesopotamia, Siria, con un templo en Rash Shamrah, del siglo XIV. Ante él se postró en oración el famoso Sargón, rey de Kis (c.2200 a.C.); de este dios procedía Hammurabi (PRITCHARD, 165). En Palestina estaba difundido su culto; algunas ciudades llevan su nombre (Jos 15,41; 19,27). Era el dios principal de los filisteos (Jue 16,23), con su famoso templo en Azoto (1 Sam 5,1), destruido por Jonatán (1 Mac 10,83). Se le representaba como mitad hombre y mitad pez; originariamente era el dios de la tempestad [1].

Pero no es Yahvé un Dios al que se le puede inmovilizar fuera de su propio territorio, porque suyos son los confines de la tierra. De ello se convencieron los filisteos cuando, al levantarse de madrugada, vieron a su dios tendido en tierra, besando el polvo del suelo. Al día siguiente, de Dagón no quedaba más que el tronco. En recuerdo de esta *profanación*, los devotos del dios, dice el texto griego, saltaban por encima del umbral cuando entraban en el templo para no pisar la tierra santificada por la cabeza y manos de su dios. La misma costumbre existía en otros sitios, por haberse divulgado la creencia de que los espíritus habitaban en el umbral (Sof 1,9).

[1] H. SCHMOCKEL, *Der Gott Dagan. Ursprung, Verbreitung und Wesen seines Kultes* (Heidelberg 1928); E. DHORME, *Les religions de Babylone et d'Assyrie* (Mana, II, Paris 1949) 165-167.173; F. J. MONTALBANO, *Canaanite Dagon. Origin, Nature:* CBQ 13 (1951) 381-397; E. DHORME, *Les avatars du dieu Dagon:* RHR 138 (1950) 129-140.

La acción de Dios alcanzó también a los hombres. Unos tumores *(tehorim)* que propagaban los ratones (6,11.18), especie de peste bubónica, invadieron la ciudad de Azoto. Con la experiencia de lo de Dagón, sospecharon inmediatamente que aquellas protuberancias eran castigo de Dios. En lugar de *tumores*, que se lee en el *qere*, el texto lleva el término *ofelim* = hemorroides. Escribe Gemayel: «El texto hebreo habla de hemorroides y no de simples tumores. Juntamente con esta enfermedad hubo una propagada por ratones, que causó gran mortandad» [2]. Pero, a pesar del eufemismo ideado por los masoretas, creemos que el autor sagrado habló de hemorroides y que, al estampar en su libro este dato, no pudo reprimir una sonrisa sarcástica, no tanto por la enfermedad en sí cuanto por retransmitir a los lectores de su tiempo y del futuro el recuerdo de las *pupas* en las posaderas de los de Azoto. Así, a su manera, se vengaba del pueblo filisteo, enemigo de Israel.

Reunión del consejo (5,7-12)

**7 Viendo los de Azoto lo que pasaba, dijeron: «Que no quede
entre nosotros el arca del Dios de Israel, porque su mano pesa
mucho sobre nosotros y sobre Dagón, nuestro dios». 8 Y convo-
cando a todos los príncipes de los filisteos para que vinieran, se
preguntaron: ¿«Qué haremos con el arca del Dios de Israel?»
Ellos contestaron: «Que lleven el arca del Dios de Israel a Gat».
9 La llevaron, y la mano de Yahvé se dejó sentir sobre la ciudad,
y hubo en ella gran espanto, pues hirió a las gentes de la ciudad,
pequeños y grandes. 10 Entonces mandaron el arca de Dios a
Acarón. Pero, en cuanto entró el arca de Dios en Acarón, los
acaronitas se pusieron a gritar: «Han traído aquí el arca del
Dios de Israel para que nos mate a todos, a nosotros y a nuestro
pueblo». 11 Y convocaron a todos los príncipes de los filisteos,
que dijeron: «Devolved el arca del Dios de Israel; que vuelva
a su sitio, para que no nos mate a nosotros y a nuestro pueblo»;
pues había en toda la ciudad un terror mortal, y la mano de
Dios pesaba sobre ella muy fuertemente. 12 Los que no morían
eran heridos de hemorroides, y los desesperados gritos de la
ciudad subían hasta el cielo.**

Los de Azoto se cansaron pronto del arca de Yahvé; el consejo de la pentápolis filistea determinó descargar a los de Azoto y llevar el arca a Gat, quizá el actual *Tell es-Safiye*, o *Araq el-Menshiye*, a diecinueve y veintidós kilómetros, respectivamente, al sudeste de Azoto (Jos 11,22; 13,3). Para designar a los cinco príncipes *(sarne)* de las ciudades emplea la Biblia una palabra filistea, emparentada con un vocablo minoico que pasó al griego: *tyrannos*. También hirió Dios a los de Gat, que enviaron el arca a Acarón (el actual *Aquir*, a diez kilómetros al sudoeste de Gezer). La peste se enseñoreó de la ciudad, que a grandes gritos exigió que se devolviera el arca a Israel.

2 *L'higiène et la médicine à travers la Bible* (París 1932) 73.

Consejo sobre el destino del arca (6,1-9)

**1 Siete meses estuvo el arca de Yahvé en la tierra de los filis-
teos. 2 Congregaron éstos a sacerdotes y adivinos, y les pregun-
taron: «¿Qué hemos de hacer con el arca de Yahvé? Decidnos
cómo hemos de devolverla a su sitio». 3 Ellos respondieron: «Si
volvéis el arca del Dios de Israel, no la mandéis de vacío, y no
dejéis de hacerle una ofrenda de desagravio; si os curáis, sabréis
que era su mano la que pesaba sobre vosotros sin alzarse».
4 Preguntaron los filisteos: «¿Y qué desagravio hemos de ha-
cerle?» Respondieron: «Cinco tumores de oro y cinco ratas de
oro, según el número de los príncipes de los filisteos, pues una
misma es la plaga que a vosotros y a vuestros príncipes aflige.
5 Haced, pues, una imagen de vuestros tumores y de las ratas
que asuelan la tierra, y honrad al Dios de Israel; quizá deje así
de hacer sentir su mano sobre vosotros, sobre vuestros dioses
y sobre vuestra tierra. 6 ¿Para qué endurecer vuestro corazón,
como endurecieron el suyo Egipto y el Faraón? ¿No tuvieron
que dejar salir a los hijos de Israel después que los hubo casti-
gado? 7 Haced, pues, un carro nuevo, tomad dos vacas que es-
tén criando y que no hayan sido nunca puestas al yugo; uncid
las vacas al carro, y dejad los terneros lejos de ellas, en el establo.
8 Coged luego el arca, la ponéis sobre el carro, y junto a ella, en
un cofre, los objetos que haréis como ofrenda de desagravio, y
la devolvéis; que ella se vaya. 9 Seguidla con los ojos: si sube por
el camino de su tierra hacia Bet Semes, será que Yahvé nos ha
infligido tanto mal; si no, sabremos que no ha sido su mano la
que nos ha herido y que esto ha sucedido por casualidad».**

Siete meses estuvo el arca en tierra de los filisteos. Teniendo en cuenta que llegó a Bet Semes (Jos 15,10; 21,16) en tiempos de la siega (v.13), que suele tener lugar allí entre mayo y junio, cabe deducir que fue capturada hacia el mes de noviembre. Los príncipes de los filisteos son los que solicitan el consejo de los sacerdotes *(Kohanim)* y de los adivinos *(qosmim)* por tratarse de una cuestión religiosa. Eran los filisteos eminentemente supersticiosos (Is 2,6). El término *qesem* (Núm 23,23; Deut 18,14) no se aplica nunca a los profetas verdaderos. Los adivinos y sacerdotes de Dagón responden a la segunda pregunta: «De mandar el arca, dicen, no la enviéis vacía; dadle una reparación». La palabra hebraica *asham* expresa a la vez el delito y el sacrificio por el mismo, la reparación de la falta cometida (Dhorme). Se convino en que el tributo de reparación consistiese en cinco tumores de oro y cinco ratones del mismo metal. Aún hoy día penden de los muros de los santuarios cristianos exvotos que recuerdan la enfermedad que aquejaba al paciente, y de la cual viose libre por una intervención de los santos. En otros tiempos, libres los atenienses de una enfermedad afrentosa, hicieron reproducciones del miembro enfermo *(Scholia Acharnenses* 244). Obsérvese que es la primera vez que el texto menciona a los ratones, asociándolos, acaso, a la peste bubónica, de la cual son ellos los principales propagadores. Se han reunido en este capítulo dos tradiciones; según una, la peste consistió en la aparición

de tumores vergonzosos; según la otra, en una invasión de ratones. En el v.5 se habla de las «ratas que asuelan la tierra».

Porque Dios está presente en el arca, al devolverla a su tierra, debe colocarse sobre un carro nuevo, arrastrado por vacas que no hayan sido puestas nunca al yugo (Núm 19,2; Deut 15,19; 21,3; 2 Re 2,20). Sería indecoroso destinar al servicio sagrado un carro dedicado a usos profanos (2 Sam 6,3). Las vacas jóvenes tenían además la ventaja de indicar a los filisteos si fue o no Yahvé el que los hirió. No acostumbradas al peso del yugo ni a estar uncidas al carro, tampoco sabrían caminar juntas y arrastrar el carro a la tierra de Israel. Con el fin de dificultar su marcha encerraron los terneros en el establo. Las vacas estuvieron bajo la influencia divina, que contrariaba a sus instintos (v.9).

El arca, camino de Bet Semes (6,10-18)

10 Hiciéronlo así, y, tomando dos vacas que estaban criando,
las uncieron al carro y dejaron los terneros en el establo. 11 Pu-
sieron sobre el carro el arca de Yahvé y el cofre, con las ratas de
oro y las figuras de sus tumores. 12 Las vacas tomaron el camino
de Bet Semes y siguieron derechamente por él; iban andando
y mugiendo, sin declinar ni a la derecha ni a la izquierda. Los
príncipes de los filisteos fueron tras ellas, hasta llegar al territo-
rio de Bet Semes. 13 Las gentes de Bet Semes estaban segando
el trigo en el valle, y, alzando los ojos, vieron el arca con gran
alegría. 14 El carro llegó al campo de Josué, betsemita, y se paró
en él. Había allí una gran piedra, y partieron las maderas del
carro y ofrecieron las vacas a Yahvé en holocausto. 15 Los levi-
tas, bajando del carro el arca de Yahvé y el cofre que estaba jun-
to a ella y contenía los objetos de oro, los pusieron sobre la gran
piedra. Las gentes de Bet Semes ofrecieron aquel día holocaus-
tos y sacrificios pacíficos a Yahvé. 16 Los cinco príncipes de los
filisteos, después de ver esto, se volvieron a Acarón aquel mismo
día. 17 Estos son los tumores de oro que los filisteos donaron a
Yahvé como ofrenda de desagravio; uno por Azoto, uno por
Gaza, uno por Ascalón, uno por Gat y uno por Acarón. 18 Tam-
bién las ratas de oro eran según el número de ciudades de los
cinco príncipes, tanto de las fortificadas como de las no amura-
lladas. Testigo la gran piedra que todavía hoy queda en el cam-
po de Josué betsemita, sobre la cual se depuso el arca de Yahvé.

Con gran sorpresa vieron los filisteos que las vacas bisoñas marchaban directamente hacia la tierra de Israel, como si un ser invisible las arrastrara. Cinco representantes de la pentápolis filistea (Jos 13,3) acompañaron el arca hasta entregarla a los betsemitas, que segaban el trigo en el valle llamado hoy *es-Sarar*. La ciudad se hallaba en el sitio conocido hoy por *Tell er-Rumele*, a veinticinco kilómetros al oeste de Jerusalén. La ciudad dominaba la salida del valle a la llanura, y, por lo mismo, era de gran valor estratégico [1].

[1] Sobre las excavaciones practicadas en el lugar, véase E. Grant-E. Wright, *Ain Shems Excavations* 5 vols. (Haverford 1931-1939). En estas excavaciones se encontraron restos de seis ciudades, de las cuales la tercera (años 1200-1000) presenta indicios de haber sido incendiada, quizá en las guerras de Saúl contra los filisteos.

Sobre una de las rocas del lugar ofrecieron los betsemitas las dos vacas en holocausto, consumidas por el fuego de las maderas del carro, hecho astillas. Fueron los levitas los encargados de bajar el arca (Núm 4,15.25); Bet Semes es una ciudad levítica (Jos 21,16). ¿Pertenecen los versos 15.17-18 a otro redactor? Así lo creen Dhorme y De Vaux.

De Bet Semes a Quiriat-Jearim (6,19-21 - 7,1)

19 Los hijos de Jeconías no se alegraron con las gentes de Bet
Semes al ver el arca de Yahvé, e hirió éste de entre ellos a seten-
ta hombres. El pueblo hizo gran duelo por haberlos herido
Yahvé con tan gran plaga; 20 y las gentes de Bet Semes se de-
cían: «¿Quién puede estar delante de Yahvé, este Dios santo?
¿Y adónde habrá de ir al alejarse de nosotros?» 21 Mandaron
mensajeros a los habitantes de Quiriat-Jearim para que les di-
jeran: «Los filisteos han devuelto el arca de Yahvé; bajad para
subirla con vosotros». 7 1 Las gentes de Quiriat-Jearim vinieron
y subieron el arca, depositándola en la casa de Abinadad, que
está sobre una colina; y consagraron a Eliezer, su hijo, para que
custodiase el arca de Yahvé.

La traducción del v.19 es la de los LXX. Aunque en el texto hebraico no esté expreso el sujeto del verbo *herir*, por el contexto se saca que debe ser Yahvé. ¿Por qué les castigó Dios? Porque aprovecharon la coyuntura de la presencia del arca entre ellos para examinarla en sus mínimos detalles, por dentro y por fuera, con curiosidad indiscreta (Núm 4,20). Dios es santo y no permite que personas manchadas con impurezas, o no santificadas por El, se le acerquen (Is c.1-6). No sabemos quién es Jeconías, que cita el texto griego, víctima, con su familia, del castigo divino. La cifra de cincuenta mil que sigue a la de setenta hombres es excesiva; no aparece en muchos códices griegos.

La muerte de setenta personas sembró el pánico en Bet Semes. ¿Quién puede estar al lado de Yahvé? El arca de Dios participa de la santidad divina, y Yahvé es, a su vez, santo y terrible. Las gentes de Quiriat-Jearim la recogieron, depositándola en casa de Abinadab. La localidad de Quiriat-Jearim se encuentra en una altura, junto al actual poblado de *Qariet el-Enab*, al nordeste de Bet Semes y a doce kilómetros al noroeste de Jerusalén [2]. No fue trasladada el arca a Silo por haber sido destruido el santuario por los filisteos (Jer 7,12.4; 26,6.9; Sal 78,60). Quiriat-Jearim era un lugar más seguro para guardar el arca, por estar más cercano del país de los filisteos. La casa de Abinadab se levantaba sobre la colina que domina el pueblo, que, por caprichosa analogía, se llama hoy *Tell el-Azar*, nombre que recuerda el de su hijo Eliezer. Sobre el lugar se levanta hoy una iglesia dedicada a la Virgen, con la advocación de *Foederis Arca*.

[2] El lugar ha sido explorado por R. de Vaux-A. M. Steve, *Fouilles à Qaryet El-Enab Abu Gosh* (París 1950): RB 58 (1951) 443-447.

Reaparición de Samuel (7,2-14)

**2 Mucho tiempo pasó, veinte años, desde que el arca fue de-
positada en Quiriat-Jearim, y toda la casa de Israel se volvió a
Yahvé. 3 Dijo, pues, Samuel: «Si de todo corazón os convertís
a Yahvé, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y
las astartés; enderezad vuestro corazón a Yahvé y servidle sólo
a El, y El os librará de las manos de los filisteos». 4 Los hijos de
Israel quitaron todos los baales y astartés y sirvieron sólo a
Yahvé. 5 Samuel les dijo: «Congregad a todo Israel en Masfa,
y yo rogaré a Yahvé por vosotros». 6 Reuniéronse en Masfa, y
sacando agua, la derramaron en tierra ante Yahvé; y ayunaron
aquel día, y clamaban: «Hemos pecado contra Yahvé». 7 Sa-
muel juzgaba a los hijos de Israel en Masfa. Habiendo sabido
los filisteos que los hijos de Israel se habían congregado en Mas-
fa, subieron sus príncipes contra Israel. Tuvieron miedo de los
filisteos los hijos de Israel, 8 y dijeron a Samuel: «No ceses de
clamar por nosotros a Yahvé, nuestro Dios, para que nos libre
de la mano de los filisteos». 9 Samuel tomó un cordero de leche
y lo ofreció entero en holocausto a Yahvé, y clamó a Yahvé por
Israel, y Yahvé lo escuchó. 10 Mientras Samuel ofrecía el holo-
causto, se acercaron los filisteos para atacar a Israel; pero Yahvé
hizo tronar muy fuertemente aquel día sobre los filisteos y los
puso en derrota, siendo batidos por los hijos de Israel. 11 Los
hombres de Israel, saliendo de Masfa, persiguieron a los filis-
teos en derrota hasta más abajo de Bet-Car. 12 Samuel cogió
una piedra y la puso entre Masfa y Jesana; la llamó Eben-Ezer,
diciendo: «Hasta aquí nos socorrió Yahvé». 13 Así humillados,
no volvieron los filisteos más contra la tierra de Israel; y pesó la
mano de Yahvé sobre ellos durante toda la vida de Samuel.
14 Las ciudades que los filisteos habían tomado a Israel volvieron
a poder de éste, desde Acarón hasta Gat. Israel arrancó de las
manos de los filisteos su territorio, y hubo también paz entre
Israel y los amorreos.**

El presente capítulo, tan luminoso a primera vista, encierra puntos oscuros imposibles de elucidar. El arca de la alianza es conducida a Quiriat-Jearim, ciudad perteneciente a la tetrápolis gabaonita (Jos 9,7), y, por lo mismo, israelita por adopción. Sus habitantes eran en parte cananeos y en parte israelitas. Además, por encontrarse cerca de la línea fronteriza con los filisteos, era considerada como ciudad neutral, terreno de nadie. Choca que el arca sea conducida a este pueblo y no a Silo, a menos que supongamos que los filisteos arrasaron el santuario en donde se encontraba antes. Pero aun en este supuesto no se explica el poco entusiasmo que el pueblo siente por ella y el hecho de que se confíe su custodia a un profano, Eliezer, consagrado aprisa y corriendo (Jue 17,5), y no a los sacerdotes y levitas que de Silo marcharon a Nob para fijar allí el tabernáculo [3]. Mejor que en Quiriat-Jearim hubiera estado el arca en Nob, dentro del tabernáculo. ¿Por qué Samuel no se traslada a Quiriat-Jearim, al lado del arca? Ni éste, ni Saúl, ni David,

[3] Véanse C. Naegele, en «Antonianum», 6 (1931) 401-416; A. Mallon, *Les fouilles danoises de Silo:* B 10 (1929) 369-375.

hasta el día que derrotó definitivamente a los filisteos, se interesaron por ella, ni el pueblo acudía allí en peregrinación. Budde parece haber encontrado la llave que permite una solución satisfactoria. Para evitar los males que Yahvé causaba a los filisteos, determinaron éstos repatriar el arca de la alianza. Pero mientras fueron ellos dueños de Israel no permitieron que el arca de la alianza volviera a ocupar el mismo sitio que antes, reteniéndola en una ciudad cercana a la frontera con el fin de controlar la atmósfera religiosa y política que podría crearse eventualmente en torno a la misma. Parecióles que la ciudad más a propósito era Quiriat-Jearim, por las siguientes razones: 1) por colindar con la frontera; 2) por ser cananeos y, por lo mismo, enemigos de los hebreos la mayoría de sus habitantes; y 3) porque la colonia hebraica residente allí bastaba para asegurar un culto digno a Yahvé (Desnoyers, I 220-221).

El capítulo está desplazado del contexto, no teniendo relación lógica con lo que precede. Con este capítulo quiso su autor demostrar que la monarquía no era necesaria, existiendo en Israel jueces de la talla de Samuel. El texto quiere ser una preparación de la versión antimonárquica que se vislumbra en 8,1-22; 10,18-25; c.12 y 15. Samuel reaparece en el teatro de la historia igual que los antiguos jueces (Jue 6,6-10; 10,10-16). El pueblo de Israel se apartó del camino recto, pero, oprimido por los filisteos, se convierte al Señor. Ante la buena disposición del pueblo, Samuel congregó a Israel en Masfa (Jue 20,1; 1 Sam 10,17), el actual *Tell en-Nasbe*, a 13 kilómetros al norte de Jerusalén [4]. La conversión de Israel viene expresada simbólicamente con la efusión de agua delante de Yahvé (1 Re 18,32-35; Lam 2,19), con el ayuno (Jue 20,26) y la confesión pública de los pecados. La idolatría había contaminado la tierra y era necesario purificarla. No se trata de ningún sacrificio ni libación.

En Masfa juzgaba Samuel a los hijos de Israel (v.7). De la reunión de Masfa tuvieron noticia los filisteos, que subieron para dispersar a los allí congregados. Samuel no les temía; antes bien, ofreció un cordero lechal de más de siete días (Lev 22,27) en holocausto, mientras todo Israel clamaba a Yahvé. Dios escuchó su plegaria: *Hizo tronar aquel día sobre los filisteos y los puso en derrota* (v.10). El trueno es la voz de Dios (Sal 18,14; 29,3-9; Job 37,4-5). Con ello quiere el autor decir que desencadenó Yahvé una tempestad, con truenos y relámpagos, que atemorizó a los filisteos. De este hecho se conservó un recuerdo imperecedero (Eci 46,19-21), como de la tempestad en tiempos de Josué en Betorón (Jos 10,10-14).

Los de Masfa persiguieron a los filisteos más allá de Bet-Car. Otros autores leen Bet-Horón en vez de Bet-Car, apoyándose en que aquella localidad es la ruta clásica de las invasiones por parte de los filisteos y de los pueblos de la costa (Jos 10,10-11). Nos parece

[4] De Vaux distingue entre Masfa *(Tell en-Nasbe)* de 1 Re 15,22; Jer c.40-41 y la de Jue 10,1.3; 21,1.5.8; 1 Sam 7,5ss; 10,17-24, que identifica con el lugar alto de Gabaón, «que era uno de los principales altos» (1 Re 3,4) y que, según De Vaux, fue el santuario central de las tribus desde la destrucción de Silo (c.4) hasta la construcción del templo. Si este lugar alto de Gabaón está bien localizado en el actual *Neby Samuil*, el recuerdo de la tradición en este lugar respondería a la tradición de 1 Sam c.7 y 10. La arqueología ha demostrado que Masfa *(Tell en-Nasbe)* no fue ocupada por los israelitas hasta después de Salomón (F. W. Bade, *Excavations at Tell en-Nasbe*, Berkeley 1927).

acertada la advertencia de Desnoyers: «No es conocido Bet-Car; pero esto no autoriza la lección de Bet-Horón» *(Hist.* II 221). Tampoco sabemos dónde estaba emplazada Jesana, que puede corresponder a *Asena* (Jos 15,33), a *Aslin* (Abel) o a *Bet Shena* (De Vaux, Ubach). Sobre Eben-Ezer véase 4,1. Es difícil, escribe De Vaux, que este lugar sea el mismo de 4,1; pero la semejanza de nombres es intencionada: esta victoria borra el recuerdo de la derrota anterior en este mismo lugar.

Lo que se dice al final del capítulo es un cuadro demasiado optimista. Es verdad que no volvieron los filisteos a la carga mientras duró la judicatura de Samuel, pero reanudaron sus ataques en tiempos de Saúl. Acarón y Gat quedaron en manos de los filisteos (9,16; 10,1ss; 13,2ss). Antes de David no fue nunca Israel dueño de la tierra de los filisteos (Jue 1,18; 1,19; 3,3). En el v.14 se llama amorreos a los cananeos, en medio de los cuales vivían los israelitas.

Samuel, juez (7,15-17)

15 Samuel juzgó a Israel todo el tiempo de su vida. 16 Cada
año hacía un recorrido por Bétel, Gálgala y Masfa, y allí, en todos
estos lugares, juzgaba a Israel. 17 Volvíase luego a Rama, donde
estaba su casa, y allí juzgaba a Israel. Alzó allí un altar a Yahvé.

Aun en vida de Saúl continuó Samuel ejerciendo sus funciones de juez en materia religiosa, siendo consejero del rey en asuntos militares. Su domicilio estaba en Rama (Ramathaim, 1,1), pero se desplazaba a Bétel (Jos 7,2; Gén 28,10-22; Am 7,13), a Gálgala, entre el Jordán y Jericó (Jos 4,19) y Masfa (Jue 20,1). Como Gedeón (Jue 6,24), erige un altar en Rama, su patria. No era sacerdote ni levita. El derecho de erigir un altar pertenecía al jefe de familia, según costumbre muy antigua, en tiempos en que ejercía los poderes judiciales, militares y religiosos. Los reyes, que heredaron estos derechos antiguos, gozarán de gran iniciativa en materia cultual [5].

Segunda parte

INSTITUCION DE LA MONARQUIA (c.8-10) [1]

Han transcurrido muchos años desde que el joven Samuel servía en el santuario de Yahvé en Silo. Su maestro y guía murió. Del santuario de Silo queda sólo un montón de ruinas; el arca de la alianza yace en casa de un particular, bajo la supervisión de los filisteos. Israel vive en medio de gentes que no conocen a Yahvé y se contamina con sus cultos sensuales. No existe santuario nacional donde pueda congregarse la asamblea de los hijos de Israel. Samuel, que

[5] Desnoyers, I 222; De Vaux, *Les Institutions* I 174-176.

[1] A. Alt, *Die Staatenbildung der Israeliten in Palästina* (Leipzig 1930) 1-65; *Das Königtum in den Reichen Israel und Juda:* VT 1 (1951) 2-22; W. Beyerlin, *Das Königscharisma bei Saul:* ZAW 73 (1961) 186-201; G. Buccellati, *Da Saul a Davide:* «Biblia e Oriente», 1 (1959) 99-128; J. A. Soggin, *Charisma und Institution im Konigtum Sauls:* ZAW 75 (1963) 54-65.

tenía su residencia en Rama, se desplazaba periódicamente y visitaba Gálgala, Masfa y Bétel para ponerse en contacto con las gentes de las distintas regiones. Pero los años le aconsejaron limitar sus desplazamientos. De ahí que a la falta de un santuario se añadía la anarquía en el orden político y administrativo.

Por otra parte, los filisteos, a pesar de su derrota en Masfa, mantenían el control del territorio israelita. En el interior urgía cada día más la necesidad de la unión entre las tribus que gozaban de gran autonomía. El medio para aunarlas era la institución de una monarquía. Edom, Moab y Amón habían implantado el régimen monárquico. El rey era un aglutinante en el interior y un caudillo que salía al frente de sus tropas para guerrear contra los pueblos enemigos.

En Israel, desde tiempo, existieron dos corrientes, una a favor y otra en contra de la monarquía (Jue 8,22; 9,1-6; 9,7-20).

En los libros de Samuel se vislumbran claramente estas dos corrientes antagónicas. Algunos textos son favorables a la monarquía: 1 Sam 9,1-10,16; 11,1-11.15; c.13-14; otros, contrarios: 1 Sam 8,1-22; 10,18-25; c.12 y 15. Según la tradición favorable, la iniciativa de la monarquía parte de Dios, que escoge a Saúl como libertador de su pueblo (9,16); la tesis de la segunda tradición es que la idea de la monarquía parte del pueblo, que pide un rey para ser igual que las otras naciones (8,5.20). La evolución de la idea monárquica toma incremento con ocasión del peligro filisteo, que exigía una acción común. De esta manera se justifica la corriente favorable a la monarquía. Saúl aparece como un continuador de la obra de los jueces: como ellos, es el salvador designado por Dios (9,16; 10,1), recibe el espíritu de Yahvé (10,6.10; 11,6), libertando, como ellos, a su pueblo (11,1-11; c.13-14). Pero a esta elección divina corresponde, por primera vez, una aclamación popular después de la victoria sobre los amonitas (11,15). El jefe carismático, el *naguid*, 9,16; 10,1, se convierte en *melek*, rey, 11,15 *(Les institutions* I 145).

Israel pide un rey (8,1-9)

1 Cuando envejeció Samuel, puso para juzgar a Israel a sus
dos hijos; 2 el primogénito, de nombre Joel, y el segundo, de
nombre Abia, y juzgaban en Berseba. 3 Pero los hijos de Sa-
muel no siguieron los caminos de éste, sino que se apartaban de
ellos por avaricia, recibiendo presentes y violando la justicia.
4 Reuniéronse todos los ancianos de Israel, y vinieron a Samuel,
en Rama, 5 y le dijeron: «Tú eres ya viejo y tus hijos no siguen
tus caminos; danos un rey para que nos juzgue, como todos
los pueblos». 6 Desagradó a Samuel que le dijeran: «Danos un
rey para que nos juzgue, y oró ante Yahvé; 7 pero Yahvé dijo
a Samuel: «Oye la voz del pueblo en cuanto te pide, pues no
es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que no reine sobre ellos.
8 Como han hecho conmigo desde que los saqué de Egipto
hasta ahora, dejándome para irse a servir a otros dioses, así ha-

cen ahora contigo. [9] Escúchalos, pues; pero da testimonio con-
tra ellos y dales a conocer cómo los tratará el rey que reinará
sobre ellos.

Samuel envejeció, y no podía cumplir con los deberes que le imponía su condición de juez de Israel. Para sustituirle nombró a sus dos hijos Joel y Abia, que se establecieron en Berseba. Hállase la ciudad al extremo meridional de Palestina, perteneciente a Judá y Simeón (Jos 19,9) [1]. Causa extrañeza que ambos hijos fijaran en Berseba sus actividades judiciales. ¿Habíase Samuel reservado los territorios del norte? ¿Existía en el lugar un santuario al que se acudía en peregrinación? (Am 5,5; 8,14).

La corriente monárquica comenzaba a cristalizar desde el momento en que Samuel instituía como sucesores suyos en el gobierno civil y militar a sus dos hijos. Pero la conducta venal de los mismos inclinó la balanza en favor de un rey representativo de la nación. Con su proceder, los hijos de Samuel transgredían la ley del Deut 16,18-19. Como a Helí, también a Samuel faltó energía para corregirlos; pero esta debilidad debe achacarse también a la vejez.

Los pretextos invocados por los ancianos (4,3) se fundan en que Samuel está ya viejo y en que sus hijos no seguían sus caminos. Pero la razón primordial era que querían ser como los otros pueblos (Deut 17,14), al frente de los cuales había un personaje que reunía en sus manos todos los poderes. Quieren terminar con el desmembramiento de Israel; desean que haya un rey que, en un momento de peligro, agrupe al pueblo en torno suyo y le conduzca a la victoria contra los enemigos. Quieren, en fin, una autoridad estable, no de circunstancias, como sucedía en tiempos de los jueces.

Los ancianos, en esta ocasión, se conforman a las prescripciones legales; no eligen ellos un rey, sino que se limitan a presentar a Samuel las aspiraciones del pueblo, usando las mismas palabras de la Ley (Deut 17,14-15). La propuesta de los ancianos desagradó a Samuel, no tanto por ella en sí cuanto por la manera y ocasión de presentarla. Con ella los ancianos calificaban de deficiente su administración, imponiéndole casi un ultimátum. Además, Samuel interpretó aquel acto como un atentado contra las leyes de la teocracia (Jue 8,22-23). Sin embargo, manda Dios al profeta que acceda a la petición, porque el cambio en sí se ha hecho necesario para que Israel, organizado políticamente de un modo permanente, pueda hacer frente a los enemigos externos. El monarca elegido seguirá siendo el representante de Dios (12,12; Jue 8,23).

Los inconvenientes de la realeza (8,10-22)

[10] Samuel transmitió al pueblo que le pedía rey todo lo que
le había dicho Yahvé, [11] y les dijo: «Ved cómo os tratará el rey
que reinará sobre vosotros: Cogerá a vuestros hijos y los pondrá
sobre sus carros y entre sus aurigas y los hará correr delante de

[1] Véase H. HAAG, *Erwägungen über Beer-sheba:* «Sacra Pagina», I 335-345.

su carro. [12] De ellos hará jefes de mil, de ciento y de cincuenta;
les hará labrar sus campos, recolectar sus mieses, fabricar sus
armas de guerra y el atelaje de sus carros. [13] Tomará a vuestras
hijas para perfumeras, cocineras y panaderas. [14] Tomará vues-
tros mejores campos, viñas y olivares, y se los dará a sus servi-
dores. [15] Diezmará vuestras cosechas y vuestros vinos para sus
eunucos y servidores. [16] Cogerá vuestros siervos y vuestras sier-
vas, vuestros mejores bueyes y asnos para emplearlos en sus
obras. [17] Diezmará vuestros rebaños, y vosotros mismos seréis
esclavos suyos. [18] Entonces clamaréis a Yahvé, pero Yahvé no
responderá, puesto que habéis pedido un rey». [19] El pueblo
desoyó a Samuel, y dijeron: «No, no; que haya sobre nosotros
un rey, [20] y así seremos como todos los pueblos; nos juzgará
nuestro rey, y saldrá al frente de nosotros para combatir nues-
tros combates». [21] Samuel, después de oír las palabras del pue-
blo, se las repitió a Yahvé; [22] y Yahvé le dijo: «Escúchalos y pon
sobre ellos un rey». Entonces dijo Samuel al pueblo: «Váyase
cada uno a su ciudad».

No dicta Samuel un código de leyes a las cuales deberá ajustarse el futuro rey de Israel, sino que hace ver los abusos que los reyes, déspotas muchos de ellos, dueños de personas y haciendas, suelen cometer. Este es el sentido de la frase: *mishpat hamelek*, juicio, costumbre, derecho real (2,13). El rey necesita un ejército de criados y servidores; conductores de aurigas que precederán a los del rey (2 Sam 15,1; 1 Re 1,5); jefes de ejército (22,7; 2 Re 1,9), jardineros, artesanos, sirvientas, etc. En una palabra, los que apoyan el advenimiento de la monarquía con el pretexto de conseguir la libertad del pueblo, caerán en un régimen de esclavitud. De nada valdrán entonces las quejas a Dios, porque tienen el régimen de gobierno que ellos anhelaban [2].

A pesar del cuadro tan sombrío, todos a una contestaron que preferían la monarquía. A las razones aportadas antes (v.5) añaden ahora que con la monarquía dispondrá Israel de una autoridad estable y de un caudillo para las guerras contra los enemigos. «El final del v.22 es de carácter redaccional; prepara la inserción de la escena de la unción de Saúl (9,1-10,16: versión favorable a la monarquía) en el relato antimonárquico de 10,17-14, que primitivamente estaba unido con el capítulo 8» (DE VAUX).

Saúl en busca de las asnas (9,1-5)

[1] Había en Benjamín un hombre llamado Quis, hijo de Abiel,
hijo de Seror, hijo de Becorat, hijo de Afía, de Gueba de Ben-
jamín. Era hombre valiente, [2] y tenía un hijo de nombre Saúl,
todo un buen mozo. No había hijo de Israel más alto que él,
y a todos les sacaba la cabeza. [3] Extraviáronse las asnas de
Quis, padre de Saúl; y dijo Quis a Saúl, su hijo: «Lleva contigo
un mozo y vete en busca de las asnas». [4] Recorrió los montes
de Efraím y atravesó la tierra de Salisa, sin hallarlas. Recorrie-
ron también la región de Salim, y tampoco estaban allí; vol-

[2] I. MENDELSSOHN, *Samuel's Denuntiation of Kingship in the Light of the Akkadian Documents of Ugarit:* BASOR, 143 (1956) 17-22.

vieron a tierra de Benjamín, y tampoco las hallaron. 5 Cuando
llegaron a la región de Suf, dijo Saúl al mozo que le acompa-
ñaba: «Vamos a volvernos, no sea que mi padre, más que por
las asnas, esté ya intranquilo por nosotros».

En esta sección aparece una nueva faceta de Samuel; en vez de juez, es vidente, un profeta famoso, desconocido de Saúl. Una circunstancia fortuita le puso en contacto con él. Parece que Samuel no andaba muy solícito en buscar un rey entre los hijos de Israel; es Yahvé quien le indica el que ha sido escogido. Saúl fue a por las asnas y se encontró con el reino. Su padre, de nombre Quis, poseía una gran fortuna (Rut 2,1). Pero, sobre todo, tenía un hijo, de nombre Saúl *(shaul* = pedido), que era todo un buen mozo, cualidad que entre los orientales es muy estimada para ocupar puestos de responsabilidad. Llamaba la atención por su talla, pues «a todos les sacaba la cabeza» (10,23).

Un episodio baladí le valió la corona. A su padre se le extraviaron unas asnas y encargó a su hijo fuera en su busca. Salió Saúl de Gueba de Benjamín, ciudad que coincide con la actual Tell *el-Ful*, a seis kilómetros al norte de Jerusalén. Recorrió la región de la montaña de Efraím situada entre Siquem y Bétel, pasó a la tierra de Salisa, donde se encontraba el pueblo de Baal Salisa (2 Re 4,42), en el actual *Kfr Tild*, a veintiséis kilómetros al norte de Lidda y veintidós al sudoeste de Siquem; pero todo en vano. Continuó en su búsqueda hacia Salim, acaso Selebim (Jue 1,35), o en los alrededores de Faratón, a unos diez kilómetros al sudoeste de Siquem. Volvió a la tierra de Benjamín sin encontrarlas. Hallándose en el país de Suf, donde vivió Samuel (1,1) y en cuya región estaba Rama, determinó volver a casa. Todos los autores convienen en señalar las anomalías de este largo y complicado recorrido de Saúl y del criado que le acompañaba, en el que emplearon tres días. Pero es posible que, en líneas generales, indique el autor sagrado los principales puntos por donde vagaron Saúl y su criado, sin querer señalar un itinerario concreto [1]. Puede también ser que el autor sagrado pretenda pasear a Saúl por varias regiones de Israel a fin de que sus habitantes fijen su atención en el tipo físico extraordinario del joven que dentro de poco será su rey.

La fama del vidente (9,6-14)

6 El mozo le dijo: «Mira, en esta ciudad hay un hombre de
Dios muy famoso. Cuanto él dice, seguramente sucede. Va-
mos, pues, allá, que quizá él nos diga el camino que hemos
de seguir». 7 Saúl dijo al mozo: «Vamos allá; pero ¿qué vamos
a llevarle a ese hombre de Dios? Ya no hay provisiones en las
alforjas, y nosotros no tenemos nada que podamos ofrecerle
como presente». 8 El mozo le dijo: «Mira, he encontrado un
cuarto de siclo de plata; se lo daré al hombre de Dios y él nos
indicará nuestro camino». 9 En otro tiempo, en Israel, los que

1 L. Heidet, *Le voyage de Saul à la recherche des anesses de son père:* B 2 (1921) 363-368; Milos Bic, *Saul sucht die Eselinnen (I Sam IX):* VT 7 (1957) 92-97. En contra de la interpretación mitológica del pasaje dada por Milos Bic, escribió H. J. Stoebe: VT 7 (1957) 362-370.

iban a consultar a Dios se decían unos a otros: «Venid, vamos
a consultar al vidente», pues al que llaman hoy profeta le lla-
maban antes vidente. 10 Saúl dijo al mozo: «Has tenido buena
idea, vamos»; y se dirigieron a la ciudad, donde estaba el hom-
bre de Dios. 11 Cuando subían el repecho que conduce a la
ciudad, encontraron a unas jóvenes que habían salido a coger
agua, y les preguntaron: «¿Está aquí el vidente?» 12 Ellas le
respondieron, diciendo: «Sí, aquí está; mirad, allí delante; pero
ve pronto, porque ha venido hoy a la ciudad por tener el pue-
blo un sacrificio en la altura. 13 En cuanto entréis en la ciudad,
id a verle, antes que suba a la altura para la comida, pues el
pueblo no comerá antes que llegue él, que es quien ha de ben-
decir el sacrificio, y después comerán los invitados. Subid, pues,
ahora mismo y le hallaréis». 14 Ellos subieron a la ciudad.
Cuando entraban en ella, encontraron a Samuel, que salía para
subir a la altura.

La Providencia les llevó al lugar donde habitaba Samuel, que, como hemos indicado (1,1; 7,17), se llamaba Rama. Samuel es llamado *ish elohim*, varón de Dios (2,27), nombre que se da a los profetas (1 Re 13,1). Al entrar los jóvenes en la ciudad, preguntaron por el vidente *(roeh)*. El v.9 es considerado como una glosa redaccional hecha en tiempos en que los profetas se llamaban *nabi*. No es éste el lugar apropiado para la exposición detenida de ambos conceptos. Profeta, *nabi*, es, propiamente, el que anuncia un mensaje que se le ha confiado. Aarón es profeta *(nabi)* porque retransmite al faraón de Egipto lo que le anuncia Moisés (Ex 7,1); el *nabi* es la boca de Dios (Jer 15,19), porque anuncia su palabra (Jer 18,18; Os 6,5; Am 3,8). Con el tiempo, la noción de *nabi* sufrió algunos cambios. Es llamado *roeh*, vidente, el que ve lo que está oculto a otros (Is 30,10). Samuel es llamado *nabi* (3,20) y *roeh* (9,1-10), según que el texto sea más o menos antiguo.

Los dos jóvenes dirigiéronse a la ciudad. Estaba ésta edificada en un alto; fuera de la misma, sobre una colina, existía un *bamah*, lugar alto (10,13), con el altar que construyó Samuel en otro tiempo (7,17) en sustitución de un antiguo altar cananeo. En la cima de los montes adoraban los cananeos a sus falsos dioses. Al apoderarse los hebreos del territorio, destruyeron parte de estos *bamoth*, consagrando otros a Yahvé (1 Re 3,4; 18,30). Por los excesos cometidos, estos lugares de culto fueron combatidos por los profetas (Os 10,8; Am 7,9) y destruidos por Josías (2 Re 23,8).

Al pie del altozano, una cisterna recogía el agua de las lluvias de invierno, de la que jóvenes de Rama, mañana y tarde, surtían a la ciudad (Gén 24,13). Las jóvenes aguadoras indicaron a Saúl y al criado que debían acelerar el paso, caso de que quisieran entrevistarse con Samuel antes de que el profeta se marchara a «la altura» para la comida. El sacrificio era seguido de una comida sagrada (Ex 18,18; Deut 12,6-7). Las jóvenes estaban bien enteradas del programa de Samuel y responden a mucho más de lo que Saúl y su criado les habían preguntado.

Entrevista de Saúl con el vidente (9,15-21)

**[15] Un día antes de la llegada de Saúl había advertido Yahvé
a Samuel, diciéndole: [16] «Mañana, a esta hora, yo te mandaré
a un hombre de Benjamín, y tú le ungirás por jefe de mi pue-
blo, Israel, y él librará a mi pueblo de la mano de los filisteos,
pues he visto la humillación de mi pueblo y han llegado ante
mí sus clamores». [17] Luego que Samuel vio a Saúl, le dijo
Yahvé: «Este es el hombre de quien te hablé ayer. Este reinará
sobre mi pueblo». [18] Saúl se acercó a Samuel dentro de la puer-
ta, y le dijo: «¿Harías el favor de indicarme dónde está la casa
del vidente?» [19] Samuel le contestó: «Soy yo el vidente; sube de-
lante de mí a la altura y comeréis hoy conmigo. Mañana te
despediré y te diré cuanto tienes en tu corazón. [20] Por las asnas
que hace tres días perdiste, no te inquietes; han sido halladas.
¿De quién va a ser cuanto de precioso hay en Israel? ¿No
va a ser tuyo y de toda la casa de tu padre?» [21] Saúl respondió:
«¿Pues no soy yo benjaminita? ¿No soy yo de la mínima tribu
de Israel, de Benjamín, y no es mi familia la menor de las
familias de Benjamín? ¿Por qué me dices esto?»**

El encuentro tuvo lugar en la misma puerta o en la plazuela adjunta [1]. Ambos no se conocían, pero «Yahvé había abierto el oído» *(galah eth ozen)* de Samuel, es decir, le había revelado (20, 2.12-13; Rut 4,4; 1 Crón 12,25) que había escogido a aquel joven para futuro rey de Israel. El texto llama a Saúl *naguid, jefe, eminente* (del verbo *nagad)*, recibiendo más tarde el título de rey [2]. Yahvé declara a Samuel que unja a Saúl por *jefe* de su pueblo para que le «salve de la mano de los filisteos». La unción era necesaria a los sacerdotes, profetas y reyes. Desde el principio de la monarquía se unge al rey (10,1; 2 Sam 2,4; 5,3). A Saúl le unge un profeta, lo mismo que a David; a Salomón y a Joás (1 Re 1,39; 2 Re 11,12) les unge un sacerdote. Con gran estupor de Saúl, le invita Samuel al banquete que debe celebrarse en la altura. De las asnas, le dice, no pases cuidado, porque han sido halladas. Además, ¿por qué tanta preocupación por unos animales, cuando, dentro de poco, se te entregará toda la casa de tu padre? Por la tensión popular existente en torno a la realeza comprende Saúl el contenido de las palabras de Samuel. Aquél parece considerarse indigno, alegando que pertenece a la tribu de Benjamín, la más pequeña de Israel tanto en población como en extensión (Jue 20,46-67), y a una familia oscura. Parecidas palabras pronunciaron en análogas circunstancias Gedeón (Jue 6,15) y David (2 Sam 7,18).

Saúl en la sala del banquete (9,22-27)

**[22] Samuel, tomando a Saúl y a su mozo, les introdujo en el
comedor y les dio el primer lugar, a la cabeza de los invitados,
que eran unos treinta hombres. [23] Samuel dijo al cocinero:**

[1] A. FERNÁNDEZ, *I Sam 1,15. Crítica textual* (Roma 1917) 57.
[2] J. VAN DER PLOEG, *Les chefs du peuple d'Israël et leurs noms:* RB 57 (1950) 40-61; ID., *Les nobles israélites:* «Oudtestamentische Studien», 9 (1951) 49-64; A. ALT, *Die Staatenbildung der Israeliten in Palästina* (Leipzig 1930) 29.

**«Dame la porción que te mandé pusieras aparte». [24] El coc
nero cogió un pernil y lo puso delante de Saúl. «Es la porció
que se te reservaba», dijo a éste Samuel. «Ponlo delante de
y come, pues la hice guardar cuando convoqué al pueblo
para el momento oportuno». Comió Saúl con Samuel aque
día. [25] Bajaron de la altura a la ciudad, prepararon el lecho
Saúl en la terraza y luego se acostó. [26] Al día siguiente, a la au
rora, llamó Samuel a Saúl, que estaba sobre la terraza, y l
dijo: «Levántate y te despediré». Levantóse Saúl y saliero
ambos juntos. [27] Cuando hubieron bajado al extremo de l
ciudad, dijo Samuel a Saúl: «Dile al mozo que pase delante d
nosotros». Tomó el mozo la delantera, y dijo Samuel: «De
téntate ahora, que te dé a conocer lo que dice Yahvé».**

Ser el invitado de Samuel era considerado por el público com un gran honor. Los comensales sentáronse en el patio abierto dond se celebraba el banquete. A Saúl y a su criado se les señaló el pri mer puesto, a la cabeza de los invitados (10,17-25; 2 Sam 15,11-12 1 Re 9,25-41), Samuel mandó al cocinero colocase ante Saúl «el musl y la cola». El texto del v.24 presenta algunas dificultades. Tanto texto hebraico como los LXX están acordes en el uso de la palabr que significa *muslo, anca* o *pernil;* pero a la misma sigue en el text masorético el vocablo *wehealeyah,* que se traduce, o por *levantó, y lo que va con ello.* Otros sustituyen la palabra por otra que signi fica *riñones;* algunos autores la suprimen (DHORME, UBACH), po considerarla como glosa. Muchos, actualmente, siguen a Houbigan que leía *wehaalyah, y la cola,* que en los banquetes que se celebra hoy en Palestina es muy apreciada. «Cauda quae pars erat femor proxima et optima; luculentum, ut initiati norunt, edulium» (HUMMELAUER). La corrección del texto masorético se introdujo par armonizar el texto con la prescripción según la cual la cola debi «quemarse sobre el altar» (Lev 3,9). La última parte del versícul es todavía más incierta desde el punto de vista textual. De Vau la omite; Houbigant traslada la frase al final del v.23, leyendo «affer carnem, quam iussi tibi, ut apud te reponeres, cum dixi tib me homines invitasse». Otras soluciones en FERNÁNDEZ, l.c., 58-60.

Saúl, ungido rey (10,1)

**[1] Cogió Samuel una redoma de óleo, la vertió sobre la ca
beza de Saúl y le besó, diciendo: «Yahvé te unge por princip
de su heredad. Tú reinarás sobre el pueblo de Yahvé y le sa
varás de la mano de los enemigos que le rodean. Esto te ser
señal de que Yahvé te ha ungido como jefe de su heredad**

Tiene esta unción un carácter religioso. A la misma acompañ la efusión del Espíritu (10,10; 16,13); en lenguaje moderno, diría mos que se le da la gracia de estado. El rey es el ungido de Yahv (24,7.11; 26,9.11.16.23; 2 Sam 1,14, etc.). Es una persona sagrad y, por lo mismo, inviolable (24,7; 26,9.11). David no se atreve poner las manos sobre Saúl por ser el ungido de Yahvé (24,7.11 26,9), y manda ejecutar al que cometió tal crimen (2 Sam 1,14.16) La acción de derramar aceite sobre la cabeza del que se ungía com

a rey tiene su origen en Egipto. Por una carta de Tell el-Amarna, sabemos que el rey Nuhase, de Siria, fue ungido rey por Tutmosis III. Los reyes hititas eran consagrados «con el aceite santo de la realeza» [1].

Terminada la ceremonia, Samuel besó al nuevo ungido de Yahvé en señal de verdadero vasallaje. Es Dios mismo quien, por mediación de Samuel, ha ungido al que había antes escogido por príncipe *(naguid)* de su heredad (Deut 4,20; 9,26). Gran parte del v.1 sólo se ha conservado en los LXX y en la Vulgata.

Tres señales confirmativas (10,2-8)

2 »Cuando hoy me dejes, encontrarás al mediodía dos hombres cerca del sepulcro de Raquel, en tierra de Benjamín, que te dirán: Las asnas que has ido a buscar han aparecido, y tu padre no piensa ya en ellas, sino en vosotros, y dice: ¿Cómo haré yo para saber de mi hijo? 3 Siguiendo tu camino, llegarás a la encina de Tabor, y te encontrarás con tres hombres subiendo a Dios a Bétel, y llevando uno tres cabritos, y el otro tres panes, y el otro una bota de vino; 4 después de preguntarte por tu salud, te darán dos de los panes, que tú tomarás de sus manos; 5 y luego llegarás a Gueba Elohim, donde hay una guarnición de filisteos; y al entrar en la ciudad te encontrarás con un grupo de profetas bajando del excelso, precedidos de salterios, tímpanos, flautas y arpas, y profetizando. 6 El espíritu de Yahvé se apoderará de ti, y profetizarás con ellos y te transformarás en otro hombre. 7 Cuando todas estas señales se hayan cumplido en ti, haz lo que te venga a mano, pues Dios estará contigo. 8 Baja antes que yo a Gálgala, adonde iré a reunirme contigo para ofrecer holocaustos y sacrificios eucarísticos. Espera siete días, hasta que yo vaya y te diga lo que has de hacer».

La primera señal de la elección de Saúl será el testimonio de dos hombres que le informarán del hallazgo de las asnas y de las ansias de su padre. Habiendo partido de Rama (la actual *Rentis)* por la mañana, Saúl y su criado caminaron en dirección a Bétel y Gueba *(Tell el-Ful)*, llegando a las inmediaciones del sepulcro de Raquel al mediodía. El texto reproduce una antigua tradición según la cual el sepulcro de Raquel se encontraba en la línea de Rama, hacia la parte montañosa (Jer 31,15). Su localización cerca de Belén es tardía.

Saúl siguió su camino; al llegar a la encina *(elón)* de Tabor, se encontró con los tres hombres de que le habló Samuel. Algunos críticos cambian la lección del texto masorético por la de los LXX, y leen: «Llegaron a la encina de Débora», o «a la encina de la lamentación de Débora». Además de «encina del llanto de Débora» (Gén 35, 8), se le llamó al lugar «encina del Tabor», en memoria de la vic-

[1] J. DE FRAINE, *L'aspect religieux de la royauté israélite. L'institution monarchique dans l'Ancien Testament et dans les textes mésopotamiens* (Roma 1954); ID., *Peut-on parler d'un véritable sacerdoce du roi en Israël?:* «Sacra Pagina», 537-547; J. GONZÁLEZ NÚÑEZ, *Profetas, sacerdotes y reyes en el antiguo Israel* (Madrid 1962); A. R. JOHNSON, *Sacral Kingship in Ancient Israel* (Cardiff 1955); D. LYS, *L'onction dans la Bible:* «Etudes Théologiques et Religieuses» (1954-1955) 3-54.

toria ganada por Sísara y Débora en el famoso monte de Galilea (Jue 4,14); la encina se encontraba cerca del lugar de la «palmera de Débora» (Jue 4,5), entre Bétel y Rama *(er-Ram)*. En los sacrificios se mataba un animal y se ofrecía pan y vino para el banquete sacrificial (Núm 15,1-15).

En Gueba debía suceder la tercera y más característica de las señales convenidas. El lugar llamado «Gueba Elohim», *colina de Dios*, era conocido antes por Gueba de Benjamín (Jue 19,14) y más tarde por «Gueba de Saúl» (11,4; 15,34). El texto hebraico dice que había en la ciudad *nesibey pelishtim*, que los exegetas traducen: «la estela de los filisteos» (DE VAUX); otros: «una guarnición de los filisteos» (VACCARI), «el prefecto de los filisteos» (DHORME), «gobernador» (UBACH, MEDIEBELLE). Otros (BRESSAN) omiten la frase por considerarla una glosa inspirada en 13,3.

Un tropel *(hebel)* de profetas que se servían de instrumentos músicos para profetizar le salieron al encuentro. Con su porte externo demostraban que hablaban y se movían a impulsos de un espíritu que les forzaba a tomar actitudes violentas, sacudidos por una intensa excitación interna. Estos profetas vivían en grupos y profetizaban al son de la música, que les producía una especie de arrobamiento o éxtasis contagioso (19,20-21; 1 Re 22,10). Se les ha comparado a los modernos derviches. Los cananeos tenían también sus profetas, al estilo de los que encontramos en nuestro texto (1 Re 18,25-29). Subsistieron mucho tiempo en Israel, siendo famosos los colegios de profetas que acaudillaba Eliseo (2 Re 2,3; 4,38). La finalidad de estos profetas extáticos era la de cantar las glorias de Yahvé, acompañando sus himnos con danzas frenéticas, capaces de contagiar a los que las presenciaban. Es la primera vez que estas corporaciones de entusiastas yahvistas aparecen en la historia de Israel. Puede ser que los fundara Samuel como valladar para oponerse a las influencias de los cultos de los pueblos paganos en medio de los cuales vivía Israel o que limitaban con sus fronteras. Misión análoga fue confiada a los nazareos (Am 2,11) y a los recabitas (Jer 35).

Saúl llega a su casa (10,9-16)

9 En cuanto volvió Saúl las espaldas para apartarse de Samuel, se sintió otro, y todas las señales aquellas le sucedieron el mismo día. 10 Cuando llegaron a Gueba, encontráronse con un tropel de profetas, y le arrebató el espíritu de Dios y se puso a profetizar en medio de ellos. 11 Cuantos antes le conocían se preguntaban: «¿Qué le ha pasado al hijo de Quis? ¡Saúl entre los profetas!» 12 Uno de los presentes contestó: «¿Y quién es el padre de esos otros?» Por eso ha quedado en proverbio: «¿También Saúl entre los profetas?» 13 Cuando hubo acabado de profetizar, subió a Gueba. 14 Un tío de Saúl preguntó a éste: «¿Adónde habéis ido?» Saúl respondió: «A buscar las asnas, pero no las hemos visto por ninguna parte y fuimos a casa de Samuel». 15 El tío le dijo: «Cuéntame lo que te

ha dicho Samuel». 16 Y Saúl respondió: «Nos dio a saber que las asnas habían aparecido»; pero en cuanto a lo del reino, nada le dijo de lo que le había hablado Samuel.

La presencia de Saúl entre los profetas causó extrañeza a cuantos le conocían; dice el texto que el fervor religioso que manifestaba con sus cantos y danzas fue efecto del espíritu de Yahvé, que le impelía a obrar. Su actuación dio lugar a un antiguo proverbio existente en Israel. No podían las gentes comprender que Saúl, hijo de un personaje tan sensato y ecuánime como Quis, se mezclara con estos excéntricos, muchos de ellos de baja condición. Estas cofradías de profetas extáticos no debían de gozar de buena fama en ciertos círculos de Israel. El término hebraico *doth* (tío) (v.14) puede interpretarse en el sentido de *prefecto, gobernador* filisteo, en correspondencia al *nasibh* del v.5 [2].

Elección de Saúl a la suerte (10,17-27)

17 Samuel convocó al pueblo ante Yahvé en Masfa, 18 y dijo a los hijos de Israel: «Así habla Yahvé, Dios de Israel: Yo os saqué de Egipto; yo os he librado de la mano de los egipcios y de la de cuantos reyes os oprimieron; 19 y vosotros hoy rechazáis a vuestro Dios, que os ha librado de vuestros males y de vuestras aflicciones, y le decís: ¡No, pon sobre nosotros un rey! Presentaos ahora ante Yahvé por tribus y por familias». 20 Samuel hizo que se acercasen todas las tribus de Israel, y fue sacada la tribu de Benjamín. 21 Hizo acercarse a la tribu de Benjamín por familias, y salió la familia de Hammatri; e hizo acercar a la familia de Hammatri por varones, y fue elegido Saúl, hijo de Quis. Buscáronle, pero no le hallaron. 22 Preguntaron entonces de nuevo a Yahvé: «¿Ha venido?» Y Yahvé respondió: «Está escondido entre los bagajes». 23 Corrieron a sacarle de allí, y cuando estuvo en medio del pueblo, sobresalía de entre todos de los hombros arriba. 24 Samuel dijo al pueblo: «Aquí tenéis al elegido de Yahvé. No hay entre todos otro como él». Y el pueblo se puso a gritar: «¡Viva el rey!» 25 Entonces expuso Samuel al pueblo el derecho real y lo escribió en un libro, que depositó ante Yahvé; 26 y despidió Samuel al pueblo, cada uno a su casa. También Saúl se fue a su casa, a Gueba, acompañado de una tropa de hombres robustos, cuyos corazones había tocado Dios. 27 Sin embargo, algunos perversos decían: «¿Éste va a salvarnos?» Y despreciándole, no le hicieron presentes.

Se considera esta sección como parte integrante de la tradición antimonárquica del capítulo octavo. Pero parece que la elección popular por aclamación debe consignarse para evitar toda sospecha de que Samuel eligió por rey al que le plugo. Con esta elección por suertes (14,38-42; Jos 7,14-18) se pondrá de manifiesto que Yahvé confirma como rey al que Samuel había ungido antes. Cuando la suerte cayó sobre Saúl, fue el mismo Yahvé el que, preguntado por los *urim* y *tummim* (14,41), señaló el lugar donde Saúl se había

[2] R. Ap-Thomas, *Saul's «Uncle»*: VT 11 (1961) 241-245.

escondido, acaso por modestia (9,21). El pueblo aclamó con entusiasmo al apuesto rey, reconociéndole como a tal [3]. Esta aclamación, hecha al son del cuerno o de las trompetas, no significaba que el pueblo escogía el rey, sino que aceptaba el monarca que había escogido Dios. El grito de «¡Viva el rey!» (2 Sam 16,16; 1 Re 1,34; 2 Re 11,12) no es un deseo, sino más bien una aceptación del mismo.

Dictó Samuel al pueblo el derecho real. Puede entenderse la frase en el sentido de que Samuel habló al pueblo conforme a Deut 17,15-20, o bien de que les recordó lo dicho en 8,11-18. De Vaux duda de que la sentencia «expuso Samuel al pueblo el derecho real y lo escribió en un libro» sea auténtica, sospechando que entró en este lugar por influencia de Jos 24,26; Deut 17,18. Sin embargo, es muy lógico que se escribieran y guardaran en lugar sagrado las leyes del reino (2 Re 22,8; 23,2). Los v.26-27 preparan la renovación de la realeza en Gálgala (11,12-15).

No todo el pueblo de Israel se alegró del advenimiento de la monarquía; a diferencia de los valientes (2 Sam 2,7), que reconocieron inmediatamente al nuevo rey, otros, «hijos de Belial» (2,12; Deut 13,14) le despreciaron. La Vulgata lee: «Ille vero dissimulabat se audire»; lección que supone el siguiente original hebraico: *wayehi kemaharish*, «se hizo el sordo». Los LXX cambiaron el mencionado texto en *kemehodesh, cosa de un mes*, que unieron al contexto siguiente (11,1).

Los amonitas, en Galaad (11,1-7)

1 Pasó cosa de un mes, y subió Najas, amonita, y sitió a Jabes Galaad. Los habitantes de Jabes dijeron a Najas: «Pacta con nosotros y te serviremos». 2 Pero Najas amonita les respondió: «Pactaré a condición de sacaros a cada uno de vosotros el ojo derecho y hacer de esto oprobio para todo Israel». 3 Dijéronle los ancianos de Jabes: «Danos tregua de siete días para mandar mensajeros por todo Israel; si no viene nadie a socorrernos, nos rendiremos a ti». 4 Vinieron mensajeros a Gueba de Saúl, y contaron al pueblo esto, y el pueblo todo lloró a voz en grito. 5 Venía entonces Saúl del campo tras de sus bueyes, y preguntó: «¿Qué tiene el pueblo para llorar así?» Contáronle lo que decían los de Jabes. 6 En cuanto lo oyó le arrebató el espíritu de Yahvé y se encendió en cólera. 7 Cogió un par de bueyes, los cortó en pedazos y mandó éstos por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros que dijeran: «Así serán tratados los bueyes de cuantos no se pongan en marcha tras Saúl». El terror de Yahvé cayó sobre el pueblo, que se puso en marcha como un solo hombre.

No tenía Saúl conciencia de la significación trascendental de la realeza encarnada en él. Por de pronto, demuestra Saúl que no era hombre ambicioso. El pueblo le había reclamado para que le acaudillara en las guerras contra los pueblos enemigos; mientras la ocasión no se presentó, siguió él cuidando de la gran hacienda paterna.

[3] P. H. H. Boer, *¡Vive le roi!*: VT 1 (1955) 225-231.

Pero el momento esperado y temido se presentó al cabo de un mes. El amonita Najas (2 Sam 10,1) marchó contra la ciudad de Jabes (Jue 21,14) y la cercó. Las condiciones que Amón puso a los de Jabes parecieron monstruosas a Saúl, que, invadido por el espíritu de Dios (10,10), sintiéndose rey, responsable de los destinos de Israel, conminó a toda la nación para que se pusiera a sus órdenes. El terror de Yahvé (14,15; Gén 35,5) apoderóse del pueblo, que se puso incondicionalmente bajo su mando. Los de Jabes no tomaron parte en el castigo infligido por las tribus a la de Benjamín. Sus jóvenes fueron entregadas a los benjaminitas supervivientes (Jue c.21).

El castigo que Najas pensaba infligir a los de Jabes no tenía por finalidad primaria causar un oprobio a Israel, sino la de inutilizar a los hombres para la guerra, no pudiendo, en adelante, ni luchar con arco ni usar el escudo. Creía Najas que la tregua pedida por los de Jabes no conduciría a nada; los siete días, a su entender, no tendrían otro éxito que el de confirmar plenamente su total aislamiento e impotencia frente a los amonitas (Gén 19,38; Deut 2,37; 3,16; Jue 11,4) [1].

Concentración en Bezec y victoria sobre Najas (11,8-11)

[8] Saúl los revistó en Bezec; y los hijos de Israel eran trescientos mil; los de Judá, treinta mil. [9] Dijo a los mensajeros que habían venido de Jabes: «Decid a los hombres de Jabes Galaad: Mañana al mediodía seréis socorridos». Los mensajeros llevaron la noticia a los hombres de Jabes, que se llenaron de alegría, [10] y dijeron a los amonitas: «Mañana nos rendiremos a vosotros para que con nosotros hagáis lo que bien os parezca». [11] Al día siguiente dividió Saúl el pueblo en tres cuerpos; y a la vigilia matutina penetraron en el campamento de los amonitas y los estuvieron batiendo hasta la hora de más calor. Los que escaparon se dispersaron de tal modo, que no quedaron dos hombres juntos.

Los israelitas acudieron a Bezec en cantidad muy inferior a la que dice el texto, que, o bien está corrompido, o la cifra tiene valor simbólico, queriendo significar que se reunieron algunos miles de hombres contra Amón. Bezec (Jue 1,4) estaba en el lugar conocido hoy por *Jirbet Ibziq*, en los últimos declives de las colinas que dominan desde el sudoeste la llanura de Betsán. Organizado el ejército, Saúl atravesó de noche el Jordán, cayendo a la mañana siguiente sobre el ejército amonita, que acaso acampaba en el llano situado en la desembocadura del *wadi Jabis*, en torno a *Meqbereh*, lugar de la antigua Jabes Galaad (Jue 21,8ss), a quince kilómetros al sudeste de Betsán. Jabes recompensará más tarde estos servicios de Saúl (31,11).

[1] H. Glueck, *Jabes-Gilead:* BASOR, 89 (1943) 1-6; 91 (1943) 7-26.

Saúl, aclamado rey (11,12-15)

[12] El pueblo decía a Samuel: «¿Quiénes son los que decían: Saúl va a reinar sobre nosotros? Entréganos esas gentes para que les demos muerte». [13] Pero Saúl dijo: «Nadie será muerto hoy, pues hoy ha salvado Yahvé a Israel». [14] Y dijo Samuel al pueblo: «Venid y vayamos a Gálgala para renovar allí el reino». [15] Todo el pueblo fue a Gálgala, y restablecieron a Saúl rey ante Yahvé en Gálgala y ofrecieron sacrificios eucarísticos, dando Saúl y todo el pueblo muestras de gran regocijo.

Buenos comienzos para afianzar la monarquía. La coyuntura fue aprovechada por Samuel para reunir al pueblo en Gálgala (10,8), junto a Jericó. Era Gálgala (Jos c.4-5) uno de los principales santuarios de Israel (7,16). Oseas (9,15) parece condenar la proclamación de Saúl en Gálgala. Quizá los congregados formaban parte del ejército que de Jabes regresaba a sus casas siguiendo el curso del Jordán hasta la altura de Jericó. Calientes todavía las armas, el pueblo aclamó a Saúl como a rey, celebrando el acontecimiento con sacrificios de acción de gracias, seguidos de los banquetes sacrificiales (10,8). Victorias como la de Jabes acabarían con la fobia antimonárquica.

Samuel, a la reserva (12,1-25)

**[1] Dijo Samuel a todo Israel: «Ya veis que os he oído en cuanto me habéis dicho y que he puesto sobre vosotros un rey.
[2] Ahora, pues, tenéis ya rey que marche a vuestra cabeza. Yo ya soy viejo y he encanecido, y mis hijos ahí los tenéis entre vosotros, como unos de tantos. He estado al frente de vosotros desde mi juventud hasta hoy. [3] Aquí me tenéis. Dad testimonio de mí ante Yahvé y ante su ungido. ¿He quitado a nadie un buey? ¿He quitado a nadie un asno? ¿He oprimido a nadie? ¿He perjudicado a nadie? ¿He aceptado de nadie presentes, ni aun un par de sandalias? Dad testimonio contra mí y yo responderé». [4] Ellos respondieron: «No nos has perjudicado, no nos has oprimido, de nadie has aceptado nada».
[5] El les dijo: «Testigo Yahvé contra vosotros, y lo es también hoy su ungido, de que nada habéis hallado en mis manos». El pueblo respondió: «Testigo». [6] Samuel añadió: «Yahvé, que hizo a Moisés y Aarón y sacó a vuestros padres de Egipto, es testigo. [7] Ahora, pues, poneos delante de Yahvé, que quiero juzgaros ante Yahvé por los beneficios que os ha hecho a vosotros y a vuestros padres. [8] Cuando Jacob con sus hijos entró en Egipto y los humillaron los egipcios, y vuestros padres clamaron a Yahvé, Yahvé les mandó a Moisés y Aarón, que los sacaron de Egipto y los establecieron en este lugar. [9] Pero se olvidaron de Yahvé, su Dios, y éste los entregó en manos de Sísara, jefe del ejército de Jasor, en manos de los filisteos, en manos del rey de Moab, que les hicieron la guerra. [10] Clamaron a Yahvé diciendo: «Hemos pecado, porque hemos abandonado a Yahvé y hemos servido a los baales y a las astartés. Líbranos ahora y nosotros te serviremos». [11] Mandóles Yahvé a Jerobaal, Abdón, Jefté y Samuel, y os libró de manos de los**

**enemigos que teníais en torno vuestro, y habéis habitado vues-
tras casas en seguridad. 12 Y ahora, cuando habéis visto que
Najas, rey de los hijos de Amón, se ponía en marcha contra
vosotros, me habéis dicho: No, que reine un rey sobre nos-
otros, cuando Yahvé, vuestro Dios, era vuestro rey. 13 Ahí
tenéis, pues, el rey que habéis querido y habéis pedido; Yahvé
le ha puesto por rey vuestro. 14 Si teméis a Yahvé, si le servís
y obedecéis, si no sois rebeldes a los mandamientos de Yahvé,
viviréis vosotros y vuestro rey, que reinará sobre vosotros.
15 Pero si no obedecéis a Yahvé, si sois rebeldes a sus manda-
tos, tendréis contra vosotros la mano de Yahvé y contra vues-
tro rey para destruiros. 16 Quedaos todavía para que veáis el
prodigio que va a obrar Yahvé a vuestros ojos. 17 ¿No estamos
en el tiempo de la siega de los trigos? Pues yo voy a invocar a
Yahvé, y Yahvé tronará y lloverá, y veréis así cuán grande es
a los ojos de Yahvé el mal que habéis hecho pidiendo un rey».
18 Invocó Samuel a Yahvé, y aquel mismo día dio Yahvé true-
nos y lluvia, y todo el pueblo tuvo gran temor de Yahvé y de
Samuel; 19 y dijeron a éste: «Ruega por tus siervos a Yahvé,
tu Dios, para que no muramos, pues a todos nuestros pecados
hemos añadido el de pedir un rey». 20 Samuel les dijo: «No
temáis; habéis hecho todo ese mal, pero no ceséis de seguir a
Yahvé y servirle con todo vuestro corazón. 21 No os apartéis
de él, porque será ir tras vanidades que no os darían provecho
ni ayuda alguna, porque de nada sirven. 22 Yahvé, por la gloria
de su nombre, no abandonará a su pueblo, ya que ha querido
haceros el pueblo suyo. 23 Lejos también de mí pecar contra
Yahvé, dejando de rogar por vosotros; yo os mostraré el cami-
no bueno y derecho. 24 Temed sólo a Yahvé, servidle fiel-
mente y con todo vuestro corazón, pues ya habéis visto los pro-
digios que ha hecho en medio de vosotros. 25 Pero si perse-
veráis en el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey».**

Las aclamaciones populares al nuevo rey dejaban en segundo plano al que hasta entonces fue juez en Israel, Samuel. Comprendió él que su ocaso había llegado; que el rey que en nombre del Señor había elegido le desbancaba. Mejor era retirarse a tiempo. Pero, en aquella atmósfera de jolgorio y victoria, temió que el pueblo le olvidara y juzgara severamente sus actos. En previsión, quiso arrancar del pueblo un testimonio unánime que le absolviera de cuantas imputaciones pudieran hacérsele en lo sucesivo, testimonio que debía darse ante Yahvé y su ungido, el rey (9,16; 16,6; 24,7).

En primer lugar, parece decirles: «Queríais un rey; pues ahí lo tenéis. Anhelabais un caudillo; está en medio de vosotros. En este punto he seguido la voluntad popular. Por lo que a mí atañe, debo decir que mi misión ha terminado; yo soy viejo ya y encanecido; me sucede un rey apuesto y joven. Tampoco me dejé llevar del sentimiento paternal entronizando a uno de mis hijos; ahí están, como unos de tantos. Porque se portaban mal (8,3), les quité sus atribuciones. He obrado, como veis, siempre a la vista de todo el mundo; nada he tratado de ocultar. ¿Alguien puede achacarme algo?» Todo el mundo reconoció su santidad, su amor a Israel, su administración honesta; se despedía del pueblo con el alma rebosante de méritos, pero con los bolsillos vacíos. Con Samuel terminaba una nueva etapa de la historia de Israel. Como en otras circunstancias análogas (Moisés, Deut c.29-3; Josué, Jos c.24), Samuel se despide del pueblo recordándole los grandes beneficios que debe a Yahvé, prometiéndole al mismo tiempo la asistencia divina en el futuro a condición de que le permanezcan fieles.

Samuel, antes de marcharse, tiene que objetar algo al pueblo: echarle en cara su ingratitud para con Yahvé, cuyo último brote fue haber pedido un rey, cuando Yahvé es el verdadero y único rey de Israel. Vosotros, sigue diciendo al pueblo, habéis pedido un rey, y Yahvé, bondadoso, ha *abdicado* de sus derechos para daros gusto. En el conspecto histórico que traza el autor sagrado y pone en boca de Samuel no se sigue el orden cronológico de los hechos (Jue c.4-5; c.13-16; 3,12-30). El discurso es muy parecido a la recapitulación que hace Josué antes de morir (Jos c.24).

La profunda impresión que causaron en el pueblo las palabras de Samuel creció al desencadenarse una tempestad, con truenos y lluvia, en los días de la siega (mayo-junio), fenómeno que no se da en Palestina por aquel tiempo. El trueno es la voz de Yahvé (Ex 9,23; Sal 18,14; 29,3). El milagro está, además, en presentarse el fenómeno atmosférico como efecto de la oración de Samuel. Estando el pueblo aterrado, humillado ante la superioridad de los elementos y del poder de Samuel, escuchó la recriminación que le hizo éste de haber pedido a Dios un rey. No es que Samuel pretenda retirar al rey que ungió en nombre del Señor, pero le recuerda que, con rey o sin él, la salvación de Israel estriba únicamente en servir a Dios y temerle.

Saúl, en guerra con los filisteos (13,1-7a)

**1 Era Saúl de ... años cuando comenzó a reinar, y había ya
reinado dos años sobre Israel. 2 Saúl eligió para sí tres mil hom-
bres de Israel. Dos mil estaban con él en Mijmas y sobre el
monte de Bétel, y mil con Jonatán, en Gueba de Benjamín.
El resto del pueblo lo mandó cada uno a su tienda. 3 Jonatán
batió a la guarnición de filisteos que había en Gueba, y, al sa-
berlo, dijeron los filisteos: «Se han rebelado los hebreos». Saúl
hizo que tocasen la trompeta por toda la tierra; 4 y todo Israel
oyó que decían: «Saúl ha batido a la guarnición de los filisteos»;
e Israel se hizo odioso a los filisteos, y fue convocado el pueblo
por Saúl a Gálgala. 5 Reuniéronse los filisteos para combatir
contra Israel; tres mil carros y seis mil caballeros, y de pueblo un
número comparable a las arenas del mar. Vinieron a acampar
en Mijmas, al oriente de Bet-Aven. 6 Los hombres de Israel se
vieron en gran aprieto, pues estaban casi cercados, y se ocul-
taron en las cavernas, en la maleza y en las peñas, en las torres
y en las cisternas; 7 y los de más lejos pasaron el Jordán y se
internaron en tierra de Gad y de Galaad.**

Consciente Saúl de su misión, viose dominado durante toda su vida por dos ideales: recabar la independencia del país, dominado por los filisteos, y agrupar a todo Israel bajo su mando. En el c.13 se habla de un conflicto bélico provocado por un golpe de mano

de Jonatán, hijo de Saúl. ¿Cuándo tuvieron lugar los hechos que allí se narran? No es posible determinarlo debido, en parte, a las particularidades literarias del capítulo. Empezamos con que el texto hebraico del v.1, que falta en la versión griega, es ininteligible: «Tenía Saúl un año cuando comenzó a reinar, y reinó dos años sobre Israel». El texto masorético actual procede de un redactor que quiso reproducir la fórmula estereotipada empleada en el libro de los Reyes al hacer la presentación de cada uno de los monarcas; pero, no teniendo a mano los datos históricos referentes a Saúl, dejó un espacio en blanco, con ánimo de rellenarlo más tarde. Otra peculiaridad es la composición heterogénea del capítulo. Los v.16-18 pertenecen al relato más antiguo, y enlazan con el c.14. Los v.2 y 19-22 son dos bloques errantes; 3-15 pertenecen a una composición más reciente (De Vaux, Driver, Dhorme, etc.).

Entre la reunión de Gálgala (12,1ss) y los hechos narrados aquí transcurrió un lapso de tiempo difícil de precisar. El rey Saúl de nuestro texto no es ya el joven que consultó a Samuel por el paradero de las asnas ni el joven monarca que oye a su entorno palabras hostiles, sino un hombre maduro, ya formado y avezado a las lides políticas y militares. A su lado encontramos a Jonatán, su hijo, encargado de una sección del ejército. Estos detalles sugieren que entre la batalla de Jabes y el ataque de los filisteos transcurrió largo tiempo, que aprovecharon los filisteos para asegurar en el territorio de Israel una red de guarniciones apostadas en lugares estratégicos, prohibiendo a los hebreos la fabricación de armas.

Saúl era un rey guerrero. Reorganizó el ejército y se rodeó de unos tres mil soldados (Jue 15,11), distribuidos entre las posiciones de Mijmas y Bétel y las de Gueba de Benjamín, acaudilladas por Saúl y Jonatán respectivamente. Según otra tradición (v.5 y 16), los filisteos ocupaban Mijmas. El conflicto estalló al matar Jonatán al prefecto (10,5) filisteo de Gueba. Mijmas, que estaba emplazada en la actual *Mujmas*, se hallaba a unos doce kilómetros al norte de Jerusalén, Jerusalén, entre Gueba, del que distaba tres kilómetros, y Bétel, a siete, en dirección noroeste. Los filisteos dieron la voz de alarma y se dispusieron a castigar a los insurrectos judíos; Saúl, por su parte, mandó que tocasen la trompeta por toda la tierra, equivaliendo el acto a una declaración de guerra. Pero los hebreos abandonaron sus posiciones avanzadas del norte y se replegaron con Saúl en Gálgala, cerca de Jericó (Jos 4,17). El texto masorético, amparado por los LXX y Vulgata, dice que los filisteos movilizaron treinta mil carros de combate, cifra que la versión siríaca reduce a tres mil. Cada carro era al menos ocupado por dos hombres. En los monumentos de Ramsés III aparecen tres hombres en cada uno de los carros filisteos. Pero en esta circunstancia, en que se combatía en terreno montañoso, optaron los filisteos por aligerar el peso del carro, reduciendo su dotación a dos combatientes. Al anuncio de la llegada del ejército filisteo se ingenió el pueblo la manera para no caer en sus manos; los más prudentes atravesaron los vados del Jordán, desparramándose por la meseta de la Transjordania.

Pecado de Saúl (13,7b-14)

7b Saúl estaba todavía en Gálgala, y la gente que estaba con él se dispersaba. 8 Esperó siete días, según el término que había fijado Samuel; pero Samuel no venía, y la gente se dispersaba cada vez más. 9 Entonces dijo Saúl: «Traedme el holocausto y las hostias pacíficas»; y ofreció el holocausto. 10 Apenas ofrecido el holocausto, vino Samuel, y Saúl salió a su encuentro para saludarle. 11 Samuel le dijo: «¿Qué has hecho?» Saúl respondió: «Viendo que la gente se dispersaba, que tú no venías en el término fijado y que los filisteos acampaban en Mijmas, 12 me dije: Los filisteos van a venir a atacarme a Gálgala y yo no he implorado a Yahvé. Entonces, obligado por la necesidad, he ofrecido el holocausto». 13 Samuel dijo a Saúl: «Has obrado neciamente y has desobedecido el mandato de Yahvé, tu Dios. Estaba Yahvé para afirmar tu reino sobre Israel para siempre; 14 pero ahora ya tu reino no persistirá. Ha buscado Yahvé un hombre según su corazón, para que sea jefe de su pueblo, porque tú no has cumplido lo que Dios te había mandado».

El pueblo reclamó un rey que le libertara de sus enemigos y lo consiguió. Pero, en medio de sus triunfos, no llegó a alcanzar el favor de Yahvé (c.13 y 15), que le reemplazó por otro. Noticias de la montaña le comunicaban que los filisteos se diseminaban por todo el territorio y de que avanzaban sin cesar. Los soldados que estaban en su compañía desertaban, huyendo hacia Transjordania. Entre tanto, Saúl encontrábase inmovilizado en Gálgala; de una parte no podía emprender la lucha sin consultar a Dios y ofrecerle sacrificios, para tenerle propicio; de otra esperó siete días (10,8), según el término que había fijado Samuel; pero éste no comparecía. Decidióse entonces Saúl a ofrecer un holocausto. «Los textos históricos muestran que los reyes ejercían personalmente actos sacerdotales. Ofrecen sacrificios (1 Sam 13,9-10; 2 Sam 6,13. 17-18; 24,25, etc.). Algunos de estos actos pueden entenderse en sentido causativo o *factitivo*, pero no todos son susceptibles de esta interpretación, que algunos excluyen (2 Re 16,12-15). Pero el papel que juega el rey en la reglamentación y supervisión del culto o en el nombramiento del sacerdocio no significa que sea sacerdote; todo esto no sobrepasa las atribuciones de un jefe de Estado frente a la religión estatal» [1]. Por su impaciencia demostraba que tenía poca fe en Samuel. Este le había dicho que le esperara, y debía obedecerle, porque era el profeta de Yahvé.

Diversamente es interpretado el pecado de Saúl. Por el texto aparece claramente que Saúl traspasa un precepto de Yahvé. ¿Cuál?, se pregunta Ubach, y responde: «No acabamos de determinarlo. Acaso por ser demasiado evidente no lo ha recogido la pluma del autor sagrado, o, si lo hizo, desapareció más tarde del texto por razones que desconocemos. Sin embargo, parece que Saúl debía

[1] *Les Institutions* l.c., 175.

haber esperado a Samuel, aunque hubiera expirado el plazo señalado. Al precipitarse demostró que temía al ejército filisteo y desconfiaba de la Providencia».

Dos ejércitos se enfrentan (13,15-23)

**15 Levantóse Samuel y subió de Gálgala, prosiguiendo su
camino. El resto del pueblo fue en pos de Saúl al encuentro
del ejército y llegaron a Gueba de Benjamín. Saúl revistó su
tropa, y quedaban con él unos seiscientos hombres. 16 Saúl,
Jonatán, su hijo y la gente que con ellos quedaba se apostaron
en Gueba de Benjamín, mientras los filisteos acampaban en
Mijmas. 17 Salieron del campamento de los filisteos tres tropas
en algara para saquear la tierra. Una tomó el camino de
Ofra, hacia la tierra de Sual; 18 otra, el de Bet Horón, y la ter-
cera, el de Gueba, que domina el valle de Seboím, hacia el
desierto. 19 No había en toda la tierra de Israel herrero alguno,
pues los filisteos se habían dicho: «Que no puedan los hebreos
forjar espadas ni lanzas». 20 Todo Israel tenía que bajar a tierra
de los filisteos para aguzar cada uno su reja, su segur, su azadón
o su pico. 21 No se disponía más que de la lima para sacar el
filo a toda clase de segures, tridentes y hoces y para aguzar
las aijadas. 22 Llegado el día del combate de Mijmas, no había
en mano del pueblo todo que estaba con Saúl y Jonatán espada
ni lanza más que las de Saúl y las de Jonatán, su hijo. 23 Los
filisteos habían salido para guarnecer el paso de Mijmas.**

Marchóse Samuel de Gálgala después de haber insinuado a Saúl la aparición de un rival. Saúl, con seiscientos soldados que le permanecieron fieles, llegó a Gueba. Entre un ejército y otro mediaba el profundo valle de Suwenit. Comprendía Saúl que su reducido ejército no le permitía medir sus fuerzas con el de los filisteos, por lo que optó por quedarse quedo. Los filisteos no debían conocer la gran inferioridad del ejército enemigo, por lo que se dedicaron a dar golpes de mano en tres direcciones; pero no atacaron de frente.

Además, el uso de carros en aquel lugar quebrado era temerario. Las tropas de choque (literalmente: *el destructor, el exterminador*, Ex 22,23) operaron en dirección a Ofra (1 Mac 5,46), en el actual poblado de *Taybeh*, a diez kilómetros al norte de Mijmas. De la tierra de Sual no se tiene otra noticia que la del texto. L. Heidet la coloca en *Araq dar es Shualeh*, a cinco kilómetros de *Jirbet Seilún*, la antigua Silo. Lombardi cree poder identificar la tierra de Sual con la región al nordeste de *el Taybeh* [2]. Un segundo destacamento tomó la dirección de Bet-Horón; un tercero se dirigió hacia la altura que domina el valle de Seboím, o sea, de las *hienas*, el actual *wadi abu Daba*, que desemboca en el *wadi el-Qelt*, continuación del Suwenit.

Expone a continuación el texto las condiciones desfavorables en que se encontraba el ejército israelita en cuanto al material de

2 G. Lombardi, *Alcune questioni di topografia in 1 Sam 13-14; 1-15*: «Liber Annuus», 9 (1959) 269.

guerra. Los filisteos no permitieron a Israel la fabricación de armamento, estando, por lo mismo, a merced de sus enemigos. Era costumbre en la antigüedad, y sigue vigente todavía hoy, la desmilitarización, consistente en prohibir la fabricación de armamento a la nación subyugada. Los cananeos lo hicieron en tiempos de Débora (Jue 5,8); Nabucodonosor llevóse a Babilonia a los herreros de Judá (2 Re 24,14); Asurbanipal hizo prisioneros a todos los menestrales de una ciudad conquistada. El v.21 se ha conservado en mal estado. La palabra *pim* del texto hebraico, que se creía intraducible, se ha identificado con una medida de peso, de la que se han encontrado ejemplares en Jerusalén, Guezer, Tell el-Nasbe, etc., cuyo valor equivalía a dos tercios de siclo [3]. Parece que la traducción del texto más conforme con el original sea la siguiente: «El derecho de afilar las rejas y las hachas era de dos tercios de siclo; un tercio de siclo para aguzar las azuelas y los aguijones» (Dhorme, De Vaux, Ubach). Solamente Saúl y Jonatán disponían de espada y lanza. Con las noticias que preceden cabe concluir que el combate que se avecinaba se inclinaría de parte de los filisteos, y, sin embargo, no fue así.

Hazaña de Jonatán (14,1-14)

**1 Un día Jonatán dijo a su escudero: «Anda, vamos a pasar
al puesto de los filisteos, que está allí del otro lado». Nada había
dicho a su padre. 2 Saúl estaba apostado al extremo de Gueba,
bajo el granado que estaba junto a la era, y tenía con él unos
seiscientos hombres. 3 Ajías, hijo de Ajitub, hermano de Icabod,
hijo de Finés, hijo de Helí, era sacerdote de Yahvé en Silo,
y llevaba el efod. Tampoco la gente sabía nada de adónde
había ido Jonatán. 4 Entre los pasos por donde Jonatán inten-
taba llegar al puesto de los filisteos había un diente de roca de
un lado y otro del otro, el uno de nombre Boses y el otro Sene.
5 Uno de ellos se alza al norte, enfrente de Mijmas, y el otro
al mediodía, enfrente de Gueba. 6 Jonatán dijo a su escudero:
«Anda, vamos a pasar al puesto de los incircuncisos; puede
ser que Yahvé nos ayude, pues nada le impide salvar con
muchos o con pocos». 7 Su escudero le respondió: «Haz lo
que quieras. Donde tú vayas, pronto estoy a seguirte». 8 Jona-
tán le dijo: «Vamos a pasar hacia ésos y a dejarnos ver de ellos.
9 Si nos dicen: Esperad a que vayamos, nosotros nos quedare-
mos donde estemos y no subiremos a ellos; 10 *pero si nos dicen:*
Subid acá, subiremos, porque Yahvé nos los ha entregado
en nuestras manos. Esa será para nosotros la señal». 11 Hicié-
ronse ver ambos del puesto de los filisteos, y éstos dijeron:
«Mirad, los hebreos salen de los agujeros donde se habían
metido»; 12 y, dirigiéndose a Jonatán y a su escudero, dijeron:
«Subid a nosotros y os enseñaremos una cosa». Jonatán dijo
al escudero: «Sube detrás de mí, que Yahvé los ha puesto en
manos de Israel». 13 Y, sirviéndose de manos y pies, subió
Jonatán, seguido de su escudero. Los filisteos volvieron la
espalda ante Jonatán, que los hería, mientras detrás de él los**

3 W. F. Albright: BASOR 68 (1931) 9.

mataba el escudero. 14 Esta primera matanza que hizo Jonatán y su escudero fue de unos veinte hombres; en un espacio como de la mitad de una yugada.

Al joven Jonatán cansaba la vida ociosa de las posiciones, por lo cual ideó llevar a cabo una hazaña. Expuso su plan al escudero que, como oficial, llevaba siempre consigo para que le protegiera en caso de ataque y rematara a los heridos que caían bajo su espada. El oficio de escudero es propio de los tiempos de los jueces (Jue 9,54), de Saúl y de David. Hemos visto que los filisteos acampaban en Mijmas y que tenían una avanzadilla en el torrente Suwenit. Por su parte, Saúl y su ejército moraban en Gueba, en una era de las afueras del pueblo, junto a un melogranado, que le protegía del sol y le camuflaba del enemigo. Algunos autores toman la palabra *migron, migran, era*, en sentido topográfico, basándose en Is 10,28 e identificándolo con el actual *tell miriam*, altozano que domina el camino de Gueba a Mijmas, a un kilómetro y medio de esta última (Mediebelle, Dhorme, Rehm). Jonatán quiso dar un golpe de mano y sorprender a la avanzadilla filistea. «Entre los pasos por donde trataba Jonatán de pasar al apostadero de los filisteos había una peña a manera de diente (lit.: *diente de peña)* de un lado y otra peña a modo de diente del otro lado; la una llevaba por nombre Boses; la otra, Sene. La una, hacia el norte, frente a Mijmas; la otra, hacia el sur, frente a Gabaa» (v.4-5, trad. Fernández, l.c.).

«Los dos jóvenes—escribe el mencionado autor—se lanzan a la temeraria empresa. Bajan de Gabaa al *wadi*, siguen por unos momentos el cauce, y, al dar la vuelta al recodo, son avistados por los del apostadero, quienes echan a gritar: «Mirad los hebreos, que salen de las cuevas donde se ocultaron». Jonatán fue hacia ellos. A ambos lados del gran peñón hay dos subidas, difíciles las dos, pero más la del oeste. Por una de ellas, quizá la más áspera, se subió Jonatán, trepando con pies y manos; y en pos de él su escudero. No contaban, sin duda, los filisteos con tal osadía; ésta los desconcertó; y con esto se explica que en aquel primer encuentro, en la mitad del espacio que un par de bueyes puede arar, los dos valientes jóvenes dejaron fuera de combate no menos de veinte hombres [1].

Ataque general (14,15-23)

15 Trascendió el espanto al campamento, al llano y a todos los puestos de los filisteos, y aun las tres columnas de saqueadores fueron presa del terror. Temblaba la tierra. Fue un espanto de Dios. 16 Los centinelas de Saúl que estaban en Gueba de Benjamín vieron cómo la muchedumbre se dispersaba y corría de un lado para otro. 17 Saúl dijo a la gente que tenía con él: «Pasad revista y ved quién falta de entre nosotros». Pasáronla y se halló que faltaban Jonatán y su escudero. 18 Dijo entonces Saúl a Ajías: «Trae el efod»; pues había llevado el efod y lo tenía allí aquel día delante de Israel. 19 Mientras Saúl

1 Fernández, *Problemas de topografía palestinense* (Barcelona 1936) 133.

hablaba con el sacerdote, iba extendiéndose y creciendo el tumulto en el campamento de los filisteos; y Saúl dijo al sacerdote: «Retira tu mano». 20 Saúl y cuantos con él estaban se reunieron y avanzaron hasta el lugar de la lucha, y vieron que los filisteos habían vuelto sus armas unos contra otros y la confusión era grandísima. 21 Los hebreos que de antes estaban con los filisteos y habían subido con ellos al campamento, se pusieron también al lado de los de Israel, que estaban con Saúl y Jonatán. 22 Los que de Israel se habían ocultado en los montes de Efraím, al tener noticia de la huida de los filisteos, se pusieron igualmente a perseguirlos. 23 Así libró Yahvé aquel día a Israel. El combate siguió hasta Bet-Horón. Vinieron a ser los que se reunieron con Saúl unos diez mil hombres, y se extendió la lucha por todos los montes de Efraím.

El pánico sembrado por todo el campamento filisteo fue providencial. Los filisteos que estaban en las avanzadas huyeron precipitadamente, contagiando con su huida y palabras al ejército, que, temiendo un ataque general por sorpresa, diose también a la fuga. Los gritos de los soldados en retirada, los ruidos de los carros en marcha, levantaron un alboroto imponente, comparado al que produce un terremoto. Fue un espanto de Dios, con lo que se quiere afirmar que no solamente fue un pánico extraordinario, sino un seísmo (1 Re 19,11) enviado por Dios para espantar a los filisteos. Sospechó Saúl que alguno de los suyos había desencadenado este estado de cosas; hechas las averiguaciones pertinentes, se notó la falta de Jonatán y de su escudero. Para conocer la voluntad de Yahvé, manda Saúl a Ajías que acercase el efod (2,28), no el arca de Dios, como dice el texto masorético (3,3; 4,11). Cuando el sacerdote se disponía a echar las suertes, se lo prohibió Saúl por entender que no era cuestión de perder tiempo, sino de salir cuanto antes en persecución del enemigo; la voluntad de Dios era demasiado evidente. Ajías quizá debe identificarse con Ajimelec (21,1-9).

Habían los filisteos penetrado en Palestina por los llamados *ascensus* de Betorón, y por el mismo lugar huyen ahora a su tierra. En lugar de Betorón (texto griego de Lagarde y de la Vetus Latina), algunos autores prefieren la lectura de Bet Aven del texto hebreo [2].

Temerario juramento de Saúl (14,24-30)

24 Saúl cometió aquel día una gran imprudencia, pues conjuró al pueblo, diciendo: «Maldito el hombre que coma nada hasta la tarde, mientras no me haya vengado de mis enemigos». Y nadie probó bocado. 25 El pueblo estaba extenuado por la fatiga, 26 y llegó a un bosque donde había mucha miel en el suelo. A pesar de ver la miel corriendo por el suelo, nadie la tomó para llevársela a la boca, por temor del juramento hecho. 27 Pero Jonatán, que nada sabía del juramento que su padre había hecho hacer al pueblo, metió la punta del bastón que llevaba en la mano en un panal de miel y se la llevó a la boca con la mano, y le brillaron los ojos. 28 Uno del pueblo le advirtió: «Tu padre ha hecho jurar al pueblo, diciendo: Maldito el

2 Consúltese el estudio topográfico de 1 Sam c.13-14,1-15 de G. Lombardi, l.c., 521-282.

hombre que coma hoy». 29 Jonatán respondió: «Mi padre ha
hecho hoy mucho mal al pueblo. ¿No veis cómo han brillado
mis ojos sólo con haber probado un poco de miel? 30 Si el
pueblo hubiera comido hoy del botín cogido a los enemigos,
¡cuánto mayor habría sido la derrota de los filisteos!»

Dice el texto griego que *cometió Saúl aquel día una gran imprudencia* al impedir con su voto coronar más gloriosamente la gran empresa de deshacer al ejército enemigo. Creyó, sin embargo, Saúl que él y su pueblo debían corresponder al favor de haber sembrado Yahvé el pánico en el campo enemigo, decretando en su honor el ayuno de un día. La maldición de Saúl quiere ser una oración a Dios pidiéndole la aniquilación del enemigo. Los soldados mostraron gran fuerza de voluntad al divisar en el bosque la miel que se derramaba por el suelo, no atreviéndose a tocarla por temor del juramento hecho. Con este y otros ejemplos da Saúl la sensación de ser un hombre impetuoso, irreflexivo, que se dejaba llevar por el primer impulso.

Una falta ritual del pueblo (14,31-35)

31 Batieron aquel día a los filisteos desde Mijmas hasta Aya-
lón. El pueblo, desfallecido, 32 cuando volvió sobre el botín,
cogió ovejas, bueyes y terneros, y, matándolos en el suelo,
comió la carne con su sangre. 33 Dijéronle a Saúl que el pueblo
había pecado contra Yahvé comiendo la carne con su sangre;
y dijo: «Habéis prevaricado. Traedme luego una piedra gran-
de»; 34 y añadió: «Id por todo el pueblo y decidle que me traiga
cada uno su buey o su oveja y que la degüelle aquí. Después
comeréis y no pecaréis contra Yahvé comiendo la carne con
sangre». Llevó cada cual lo que tenía en su mano y lo desolló
sobre la piedra. 35 Saúl alzó un altar a Yahvé. Fue el primer
altar que alzó Saúl a Yahvé.

Además de la falta, involuntaria, de Jonatán, el juramento de Saúl dio pie a que el pueblo, hambriento, se lanzara sobre los primeros animales que encontró al paso. Desde Mijmas había perseguido al enemigo hasta Ayalón (la actual *Jalo)*, con un recorrido de más de veinticinco kilómetros, siendo muy natural que le devorara el hambre y la sed. Por considerarse la sangre como sede del alma y principio vital, que pertenecía a Dios (Gén 9,4; Lev 17,10-14; Deut 12,16-23), al atrapar el pueblo hambriento las ovejas, bueyes y cabras, las degolló inmediatamente en el suelo, sin preocuparse de buscar una piedra que les sirviera de soporte o de altar. No podían los hebreos comer la carne con su sangre, por lo cual debían degollar a los animales sobre una piedra o altar que permitiera la salida de la sangre al exterior. No era posible cumplir con este requisito degollando los animales a ras de tierra; por lo mismo, a quienes comían la carne sacrificada de este modo se les imputaba el pecado de comer carne con su sangre. ¿Quiere el autor sagrado aclarar con esto la ley sobre la inmolación contenida en Lev 17,13; Deut 12,16; 15,23, o se refiere a una práctica introducida posteriormente? Parece más verosímil lo primero. En acción de gracias edificó Saúl un altar a Yahvé sobre la piedra que había mandado traer (v.33).

Jonatán, culpable (14,36-44)

36 Saúl dijo: «Vamos a salir a perseguir a los filisteos durante la
noche, a destrozarlos hasta que luzca el día, sin dejar uno solo
con vida». Y le dijeron: «Haz cuanto bien te parezca». Y él
dijo al sacerdote: «Acércate»; 37 y consultó a Dios: «¿He de
bajar en persecución del enemigo? ¿Los entregarás en manos
de Israel?» Pero Yahvé no dio aquel día respuesta. 38 Saúl
dijo: «Acercaos aquí todos los jefes del pueblo y buscad, a ver
por quién haya sido cometido el pecado; 39 pues por vida de
Yahvé, el salvador de Israel, que, si hubiera sido por Jonatán,
mi hijo, sin remisión morirá». Nadie del pueblo osó responderle.
40 Dijo, pues, a todo Israel: «Poneos todos vosotros de un lado,
y yo y mi hijo, Jonatán, nos pondremos del otro». El pueblo
contestó: «Haz como bien te parezca». 41 Saúl dijo: «Yahvé,
Dios de Israel?, ¿cómo es que no respondes hoy a tu siervo?
Si en mí o en Jonatán, mi hijo, está este pecado, Yahvé, Dios de
Israel, da «urim»; y si está la iniquidad en el pueblo, da «tummim».
Y fueron señalados por la suerte Jonatán y Saúl y librado el
pueblo. 42 Saúl dijo: «Echad ahora la suerte entre mí y Jonatán,
mi hijo, y aquel que señalare Yahvé, morirá». Pero el pueblo
dijo: «No será así». Saúl persistió, y fue echada la suerte entre
él y Jonatán, su hijo; y fue señalado Jonatán. 43 Saúl dijo a Jo-
natán: «Dime qué has hecho». Y Jonatán respondió: «He
gustado un poco de miel con la punta del bastón que llevaba
en la mano, ¿y por eso voy a morir?» 44 Saúl dijo: «Que me
castigue Dios con todo rigor si no mueres, Jonatán».

Saciado el pueblo, determinó Saúl emprender la persecución del enemigo al amparo de la noche. Pero antes de acometer la empresa decidió consultar a Dios (Jue 18,5) por el procedimiento del *urim* y *tummim*. El oráculo no contestó, interpretando Saúl aquel silencio como efecto de algún pecado (28,6.15). Ante aquel contratiempo, Saúl, con la impetuosidad que le caracterizaba, lanza otro juramento (Jue 8,19) de dar muerte al pecador, aunque sea su propio hijo Jonatán. En el v.41 seguimos el texto griego, que reproduce el texto original, mutilado por un escriba, que saltó de una línea a otra. Según el texto, la consulta se hace utilizando dos piedras preciosas que llevaba el sumo pontífice en el pectoral (Ex 28,30; Lev 8,8; Núm 27,21), llamadas *urim*, que significa luz o verdad, y *tummim*, perfección o santidad, que, por convención, representaban el sí y el no. Pero esta manera de echar las suertes no tiene aplicación en el caso de que el oráculo no responda. Esta manera de consultar a Yahvé se practicó durante los reinados de Saúl y en los comienzos del de David, cesando en adelante, sustituyéndose por el mensaje profético. La suerte señaló a Jonatán como culpable.

El pueblo salva a Jonatán (14,45-48)

45 El pueblo dijo entonces a Saúl: «¿Va a morir Jonatán, el que ha hecho en Israel esta gran liberación? ¡Jamás! Vive Yahvé, no caerá a tierra un solo cabello de su cabeza, pues hoy ha obrado con Dios». Así salvó el pueblo a Jonatán y no murió. 46 Saúl desistió de salir en persecución de los filisteos, y éstos llegaron a su tierra. 47 Mientras Saúl reinó sobre Israel, hizo la guerra a todos los enemigos de en torno: a Moab, a los hijos de Amón, a Aram Bet Rejob, al rey de Soba y a los filisteos, venciendo en todas partes a donde se volvía. 48 Llegó a ser muy fuerte; derrotó a Amalec y libró a Israel de las manos de cuantos antes le saqueaban.

El pueblo libertó de la muerte al héroe del día, Jonatán, salvándole a la manera como se rescata una víctima debida a Yahvé (Ex 13,13-15; 34,20). No especifica el texto qué víctima se ofreció en vez de Jonatán. A continuación se da un resumen de las campañas bélicas de Saúl. Se citan a los enemigos de Transjordania (Moab, amonitas), los del sur de Palestina (los idumeos), los del norte, cuyo representante más destacado es Soba, y, finalmente, los filisteos. El reino de Moab estaba al otro lado del Jordán, entre Amón, al norte, y los edomitas, al sur. Edom, cuya frontera evolucionó con el tiempo, ocupaba las márgenes derecha e izquierda del *wadi el-Arabá*, al sur del mar Muerto. Entre Damasco y Hamat se encontraba el pequeño reino de Soba (2 Sam 10,6-8; Sal 60,2). Los amalecitas eran aliados de los amonitas y moabitas (Jue 3,12-13).

Familia de Saúl (14,49-52)

49 Los hijos de Saúl fueron Jonatán, Isvi y Melquisúa; sus dos hijas se llamaron Merob la mayor y Micol la menor. 50 La mujer de Saúl se llamaba Ajinoam, hija de Ajimas. El nombre del jefe de su ejército era Abner, hijo de Ner, tío de Saúl. 51 Quis, padre de Saúl, y Ner, padre de Abner, eran hijos de Abiel. 52 La guerra contra los filisteos fue encarnizada durante toda la vida de Saúl; y en cuanto veía Saúl un hombre robusto y valiente, le ponía a su servicio.

Tres hijos y dos hijas tuvo Saúl. El primogénito era Jonatán; le seguía Isvi, que en otros lugares (1 Crón 8,33; 9,39) es llamado Isbaal, que el autor de 2 Sam 2,8 cambia en *Isboset* = hombre de infamia; el tercero se llamaba Melquisúa (31,2). De las hijas, Merob, la mayor, y Micol, la más pequeña, se habla en el curso de la historia (18,17-19; 18,20-27). No se conoce en la historia de Israel otra mujer de nombre Micol; en cambio, lleva este nombre una deidad cananea venerada en Betsán hacia el siglo XIV a.C. Ajinoam no era la única mujer de Saúl, que tuvo otras (2 Sam 12,8), entre las cuales se menciona Resfa (2 Sam 21,8). Abner está unido a la historia de David (17,57; 26,7.15; 2 Sam 2,8ss).

Guerra contra Amalec (15,1-9) [1]

1 Samuel dijo a Saúl: «A mí me envió Yahvé para que te ungiera rey de su pueblo, Israel. Escucha, pues, ahora lo que te dice Yahvé: 2 Así habla Yahvé Sebaot: Tengo presente lo que hizo Amalec contra Israel cuando le cerró el camino a su salida de Egipto. Ve, pues, ahora y castiga a Amalec, 3 y da al anatema cuanto es suyo. No perdones: mata a hombres, mujeres y niños, aun los de pecho; bueyes y ovejas, camellos y asnos. 4 Dio, pues, Saúl la orden al pueblo y lo congregó en Telam. Contó doscientos mil infantes y diez mil hombres de Judá. 5 Avanzó Saúl hasta las ciudades de Amalec y puso una emboscada en el torrente; 6 y dijo a los quineos: «Id, retiraos, salid de en medio de Amalec, no sea que os veáis envueltos con él; pues vosotros tratasteis con benevolencia a los hijos de Israel cuando subían de Egipto». Retiráronse, pues, de Amalec los quineos. 7 Saúl batió a Amalec desde Evila hasta Sur, frente a Egipto. 8 Cogió vivo a Agag, rey de Amalec, y dio al anatema a todo el pueblo, pasándolo a filo de espada. 9 Pero Saúl y el pueblo dejaron con vida a Agag y las mejores ovejas y los mejores bueyes, los más gordos y cebados, y los corderos, no dándolos al anatema, y destruyendo solamente lo malo y sin valor.

Los datos sobre esta campaña contra Amalec son imprecisos; la sección sirve de preámbulo a la escena entre Samuel y Saúl, que culminó en el v.28 con el repudio de Saúl como rey de Israel. Existen dos clases de *herem:* el de *consagración*, cuando un objeto o persona se consagran a Dios de manera irrevocable, substrayéndolos a todo uso profano (Lev 27,28; Miq 4,13), y el de *maldición*, cuando la persona o cosa es destruida (Deut 13,16) con el fin de honrar la santidad de Dios y su justicia. De Amalec dijo Dios (Lev 17,14): «Borraré la memoria de Amalec de debajo del cielo» [2]. Estas palabras debían cumplirse mediante la acción de Saúl. Este congegó al pueblo en Telam, lugar que corresponde a *Telem* (Jos 15,24), que algunos identifican con *Jirbet Umm es-Salafe*, a ocho kilómetros al sur de Kurnub. Las cifras de los combatientes son evidentemente exageradas. De la ciudad a que alude el texto (v.5) nada sabemos. La derrota de los amalecitas fue completa. Su rey Agag cayó vivo en manos de los israelitas, perdonándosele la vida para reclamar por su rescate una cuantiosa suma. También se apoderaron los judíos de los animales que presentaban mejor estampa. Con este proceder se opuso Saúl a las leyes del anatema, que señalaban la destrucción total de los amalecitas y de cuanto les pertenecía. El motivo de la transgresión consiste en haber escogido, oyendo la voz de su pueblo, una manera de honrar a Dios que no se armonizaba con la que le había señalado Samuel. Buscó él un compromiso entre la obediencia a Yahvé y el deseo de satisfacer al pueblo; pero con esta política pendular de querer congraciarse con uno y con otro se atrajo la enemistad de Dios, que se alejó de él

[1] A. Weiser, *I Samuel 15:* ZAW 54 (1936) 1-28.
[2] Fernández, *El herem bíblico:* B 5 (1924) 5-25.

a causa de su desobediencia. Sobre los quineos (v.6), véase Núm 24,20-21; Jue 1,16; 4,17; 5,24. Evila (v.7) estaba en la frontera oriental de los ismaelitas (Gén 25,18). Sur hallábase al nordeste de Egipto (Gén 16,7; 20,1; Ex 15,22).

Saúl, rechazado por Dios (15,10-23)

10 Yahvé dirigió a Samuel su palabra, diciendo: 11 «Estoy arrepentido de haber hecho rey a Saúl, pues se aparta de mí y no hace lo que digo». Samuel se entristeció y estuvo clamando a Yahvé toda la noche; 12 y levantándose de mañana para ir al encuentro de Saúl, supo que había ido al Carmelo, donde se había alzado un monumento, y de vuelta, pasando más allá, había bajado a Gálgala. 13 Dirigióse, pues, a donde estaba Saúl, y le dijo Saúl: «Bendito seas de Yahvé. He cumplido la orden de Yahvé». 14 Samuel le contestó: «¿Qué es entonces ese balar de ovejas que llega a mis oídos y ese mugir de bueyes que oigo?» 15 Saúl respondió: «Los han traído de Amalec, pues el pueblo ha reservado las mejores ovejas y los mejores bueyes para los sacrificios de Yahvé, tu Dios; el resto ha sido dado al anatema». 16 Samuel dijo entonces a Saúl: «Basta; voy a darte a conocer lo que Yahvé me ha dicho esta noche». Saúl le dijo: «Habla». 17 Samuel dijo: «¿No es verdad que, hallándote tú pequeño a tus propios ojos, has venido a ser el jefe de las tribus de Israel y te ha ungido Yahvé rey sobre Israel? 18 Yahvé te dio una misión, diciéndote: Ve y da al anatema a esos pecadores de Amalec y combátelos hasta exterminarlos. 19 ¿Por qué no has obedecido al mandato de Yahvé y te has echado sobre el botín, haciendo mal a los ojos de Yahvé?» 20 Saúl contestó a Samuel: «Yo he obedecido el mandato de Yahvé y he seguido el camino que me ordenó Yahvé: he destruido a los amalecitas y he traído a Agag, rey de Amalec. 21 El pueblo ha tomado del botín esas ovejas y esos bueyes, como primicias de lo dado al anatema, para sacrificarlos a Yahvé, su Dios, en Gálgala». 22 Pero Samuel repuso: «¿No quiere mejor Yahvé la obediencia a sus mandatos que no los holocaustos y las víctimas? Mejor es la obediencia que las víctimas. Y mejor escuchar que ofrecer el sebo de los carneros. 23 Tan pecado es la rebelión como la superstición, y la resistencia como la idolatría. Pues que tú has rechazado el mandato de Yahvé, él te rechaza también a ti como rey».

La gravedad de la falta de Saúl hace que el autor sagrado ponga en boca de Dios la expresión que pronunció con ocasión del diluvio: «Estoy arrepentido de haber hecho rey a Saúl» (Gén 6,6), antropopatismo, figura retórica por la que se aplican a Dios los sentimientos de los hombres. Eligió Dios a Saúl, pero éste se hizo indigno de esta gracia; el cambio de conducta por parte de Saúl determinó que Dios se portara con él de manera distinta que hasta ahora. No sabemos cuándo Samuel recibió esta confidencia divina; acaso de noche, como en su niñez (3,4).

La gran victoria hizo concebir a Saúl la idea de levantar un monumento conmemorativo en el Carmelo, lugar que corresponde al actual ***el-Kurmul***, a doce kilómetros al sur de Hebrón (Jos 15,55), a cuya

inauguración fue invitado el rey. El texto hebreo dice que se erigió *iad* = una mano, para significar un monumento igual al de las estelas púnicas, en las que la mano protege al muerto e indica al viandante el lugar donde descansa (2 Sam 18,18; Is 56,5). Acaso se trata de un monumento funerario en memoria de los caídos en la lucha. Debía tratarse de una tosca piedra erigida en forma de menhir o de una losa con una inscripción.

Regresó Saúl del Carmelo. En el v.13, los LXX han completado el original hebraico. Samuel traía para Saúl un anuncio inesperado que ahogaría en el rey el alborozo del triunfo alcanzado sobre los amalecitas. El balido de las ovejas, el mugir de los bueyes, dieron pie a que Samuel preguntara por la procedencia de aquellos animales. Saúl, inocentemente, creyendo que con aquellos sacrificios agradaba a Dios, le respondió que lo mejor se había reservado para quemarlo en holocausto en honor de Yahvé. Pero no era ésta la orden que le había intimado Samuel, ni era este *herem* el que debía poner en práctica, sino el anatema de la destrucción, de execración. Trató Saúl de justificar su conducta, pero le atajó Samuel diciéndole que su deber era obedecer. Bien están los sacrificios a su tiempo y con las víctimas apropiadas; pero en esta circunstancia, más que sacrificios, quería Dios que se hiciera su voluntad. La oferta de un sacrificio, dice De Vaux, hecha en contra del querer divino, equivale a un rito idolátrico, al que en nuestro texto se alude con la mención de la superstición de los *terafim*, dioses a los cuales se confiaba la custodia de las casas (19,13; Gén 31,19-30). Por haber desobedecido a Yahvé, a quien Saúl debía el reino, Dios le rechaza como rey.

Saúl implora el perdón (15,24-31)

24 Dijo entonces Saúl a Samuel: «He pecado traspasando el mandamiento de Yahvé y tus palabras; temí al pueblo y le escuché. Perdona, pues, te ruego, mi pecado, 25 y vuélvete conmigo para adorar a Yahvé». 26 Samuel le contestó: «No me volveré contigo, porque tú rechazaste el mandato de Yahvé, y Yahvé te rechaza a ti para que no reines en Israel». 27 Volvióse Samuel para irse, pero Saúl le cogió por la orla del manto, que se rompió; 28 y le dijo Samuel: «Hoy ha roto Yahvé de sobre ti el reino para entregárselo a otro mejor que tú; 29 y el Esplendor de Israel no se doblegará, no se arrepentirá, pues no es un hombre para que se arrepienta». 30 Saúl dijo: «He pecado; pero hónrame ahora, te lo ruego, en presencia de los ancianos de mi pueblo y en presencia de Israel, y ven conmigo a adorar a Yahvé, tu Dios». 31 Volvióse Samuel y siguió a Saúl, y éste adoró a Yahvé.

Quizá el arrepentimiento de Saúl nacía más del temor de perder el reino que del dolor de haber ofendido a Dios. Trató Saúl de quitar importancia al incidente, rogando a Samuel que no le abandonase. Samuel rechaza tal propuesta, basándose en que por su pecado se han roto las relaciones amistosas que le unían con Dios. Samuel, que en su calidad de profeta es el mensajero y el instrumento de

que se sirve Dios, no puede, por lo mismo, continuar sus relaciones amistosas con Saúl, poniéndose de su parte en contra del proceder divino. Al marcharse Samuel, corrió Saúl detrás de él con ánimo de retenerle y ganarlo a su causa; en el paroxismo del dolor y ante el porvenir sombrío que se abría ante él, agarró a Samuel del manto, que cedió, rompiéndose. Esta escena dramática se desarrolló en la intimidad de un rey y de un profeta de Yahvé. Ante la actitud firme de Samuel, le pidió Saúl que no hiciera pública la reprobación merecida por su pecado, rogándole que se comportara con él externamente como si nada hubiera ocurrido. Accedió a ello Samuel; de cara al público no sufrió menoscabo, momentáneamente, la dignidad real que ostentaba Saúl.

Muerte de Agag (15,32-35) [3]

32 Samuel dijo: «Traedme a Agag, rey de Amalec»; y Agag
se acercó a él, temblando, y dijo: «¡Qué amarga es la muerte!»
33 Samuel repuso: «Así como a tantas madres privó tu espada
de hijos, así será entre las mujeres tu madre privada de su
hijo». Y destrozó a Agag ante Yahvé, en Gálgala. 34 Partióse
Samuel para Rama, y Saúl subió a su casa de Gueba de Saúl.
35 No volvió Samuel a ver a Saúl hasta el día de su muerte,
pero se lamentaba por Saúl de que se hubiera Yahvé arrepen-
tido de haberle hecho rey de Israel.

Agag había sobrevivido al desastre de su pueblo en contra del mandato divino. Al verse ante Samuel, lanzó esta bravata: «Ahora sí que el amargor de la muerte se ha alejado». Esta lección del texto masorético nos parece la más acertada, por expresar el estado de ánimo de Agag, que, entre burlón y ufano, expresa su satisfacción de poder morir en manos de un profeta y no en manos de cualquiera. A Agag se le aplica la pena del talión: por haber privado a tantas madres de sus hijos, es descuartizado *(waishassef*, de *shassaf;* Vulgata: «Frustra concidit eum Samuel»; LXX: *lo degolló)* él. Su muerte tuvo lugar «ante Yahvé», pero no fue un sacrificio humano, sino el cumplimiento de un anatema. Saúl marchó a Gueba *(Tell el-Ful)* y Samuel a Rama. Según 19,22-24, volvió Saúl a encontrarse con Samuel. Amaba Samuel a Saúl; pero antes debíase a Dios que al rey.

Tercera parte

SAUL Y DAVID (c.16-31)

Conforme a la profecía de Samuel (15,28), estaba a las puertas un contrincante de Saúl que anularía sus esfuerzos para asegurar en su hijo Jonatán la permanencia de la corona en su familia. Logró Saúl que arraigara en el pueblo la idea de la unidad nacional, tanto más necesaria cuanto más dura era la mano de los pueblos

3 J. de Fraine, *Le roi Agag devant la mort (1 Sam 15,32):* «Miscelánea Bíblica A. Fernández»; EE 34 (1960) 537-545.

vecinos. Pero estos triunfos enfriaron en él sus sentimientos de dependencia de Yahvé, llegando a creer, al menos en la práctica, que la firmeza de su trono descansaba más en el favor popular y en sus dotes militares que en las manos de Dios. Esta conducta abrió en su reino una brecha que no le fue posible en adelante taponar. Dios había fijado sus ojos «en otro mejor que él»: David, cuyos pasos hacia el trono dirigía lentamente, pero de forma inexorable.

Samuel, en casa de Isaí (16,1-13)

1 Dijo Yahvé a Samuel: «¿Hasta cuándo vas a estar tú llo-
rando sobre Saúl, a quien he rechazado para que no reine más
sobre Israel? Llena tu cuerno de óleo y ve; te envío a casa de
Isaí de Belén, pues he elegido entre sus hijos al rey que yo
quiero». 2 «¿Cómo voy a ir?—contestó Samuel—; lo sabrá Saúl
y me matará». Yahvé le dijo: «Lleva contigo una ternera, y
dirás: He venido para ofrecer a Yahvé un sacrificio. 3 Invitarás
al sacrificio a Isaí, y ya te indicaré yo luego lo que has de hacer,
ungiendo al que yo te señale». 4 Hizo Samuel lo que le mandaba
Yahvé, y llegó a Belén. Los ancianos acudieron inquietos a él
y dijeron: «¿Tu llegada es para bien?» 5 El contestó: «Sí, he
venido para ofrecer un sacrificio a Yahvé. Santificaos y venid
conmigo al sacrificio». Santificó a Isaí y a sus hijos y los invitó
al sacrificio. 6 Cuando se presentaron ante él, al ver a Eliab,
se dijo Samuel: «Seguro que se halla ante Yahvé su ungido».
7 Pero Yahvé dijo a Samuel: «No tengas en cuenta su figura y
su gran talla, que yo le he descartado. No ve Dios como el
hombre; el hombre ve la figura, pero Yahvé mira el corazón».
8 Isaí llamó a Abinadab y le hizo pasar ante Samuel. Samuel
dijo: «Tampoco es éste el que ha elegido Yahvé». 9 Hizo Isaí
pasar a Sama, y Samuel dijo: «Tampoco es éste el que ha
elegido Yahvé». 10 Isaí hizo pasar ante Samuel a sus siete hijos,
y Samuel le dijo: «A ninguno de éstos ha elegido Yahvé».
11 Preguntó entonces Samuel a Isaí: «¿Son éstos todos tus hijos?»
Y él le respondió: «Queda el más pequeño, que está apacentando
las ovejas». Samuel le dijo: «Manda a buscarle, pues no nos
sentaremos a comer mientras no venga él». 12 Isaí mandó a
buscarle. Era rubio, de hermosos ojos y muy bella presencia.
Yahvé dijo a Samuel: «Levántate y úngele, pues ése es». 13 Sa-
muel, tomando el cuerno de óleo, le ungió a la vista de sus her-
manos; y desde aquel momento, en lo sucesivo, vino sobre
David el espíritu de Yahvé. Samuel se levantó y se volvió a
Rama.

De esta unción de David por Samuel no se habla ya más en el curso de la historia, ni parece que tuviera eficacia para el porvenir. David será ungido rey en Hebrón por las gentes de Judá (2 Sam 2,4) y más tarde por los ancianos de Israel (2 Sam 5,3). Según el texto, toda la familia asiste a la ceremonia, lo que parece contradecir a 17,28, en donde su hermano mayor demuestra no saber nada.

Obedeciendo las órdenes de Dios, tomó Samuel el cuerno de óleo (1 Re 1,39) y marchó a Belén. La visita inesperada de Samuel sembró el pánico en la pequeña ciudad, que temía el anuncio de

algún castigo; por eso preguntan los ancianos: ¿Tu llegada es para bien?, o lo que es lo mismo: ¿Es pacífica tu llegada? ¿Aludían los ancianos al conflicto latente entre Belén y Gueba a consecuencia del atentado contra la concubina originaria de Belén? (Jue c.19-20). Ordena Samuel que se purifiquen para poder tomar parte en el sacrificio, lavando o cambiando sus vestidos y absteniéndose del contacto con mujeres (Ex 19,22; Núm 11,18; Jos 3,5). Tuvo especial interés en que se santificara Isaí y sus hijos; quizá se hospedó Samuel en su casa, en donde se desarrolló la escena de la unción. Según el texto, eran ocho los hijos varones de Isaí. En 17,13-15, su número parece reducirse a cuatro, de los cuales se especifica el nombre. Según 1 Crón 2,12, los otros tres se llamaban: Natanael, Radai y Asom. Además tuvo Isaí dos hijas: Sarvia y Abigaíl.

En la intimidad de la familia, David fue ungido rey, cuya dignidad asumiría a la muerte de Saúl. Al momento recibió también la gracia de estado, necesaria para cumplir los deberes de la realeza (10,6; 11,6). Samuel regresó a Rama.

David, al servicio de Saúl (16,14-23)

14 El espíritu de Yahvé se retiró de Saúl, y le turbaba un mal espíritu mandado de Yahvé. 15 Y dijeron a Saúl sus servidores: «Te ves turbado por un mal espíritu de Dios; 16 permite, señor, que tus siervos te digan que se busque a un diestro tañedor de arpa, que, cuando se apodere de ti el mal espíritu de Dios, la toque y halles alivio». 17 Saúl les dijo: «Buscadme, pues, un buen músico y traédmelo». 18 Tomando uno de los servidores la palabra, dijo: «Yo conozco a un hijo de Isaí, de Belén, que sabe tocar el arpa. Es hombre fuerte y valiente, hombre de guerra y discreto en el hablar, y está Yahvé con él». 19 Saúl envió mensajeros a Isaí para decirle: «Mándame a David, tu hijo, el que está con las ovejas». 20 Isaí tomó un asno, lo cargó con diez panes, un odre de vino y un cabrito, y se lo mandó a Saúl por David, su hijo. 21 Llegado a casa de Saúl, David se presentó a él. Saúl le cogió cariño y le hizo escudero suyo. 22 Saúl dijo a Isaí: «Que se quede, te ruego, conmigo David, a mi servicio, pues ha hallado gracia a mis ojos». 23 Cuando el mal espíritu de Dios se apoderaba de Saúl, David cogía el arpa, la tocaba, y Saúl se calmaba y se ponía mejor, y el espíritu malo se alejaba de él.

Con el v.14 se pone al descubierto el drama de Saúl: Dios le rechaza y Samuel se aleja de él; el espíritu de Dios ha pasado a su rival, a David (v.13). A efectos de este estado de cosas se apoderan de él una sensibilidad extrema, una manía persecutoria, el mal humor y la grave tristeza que le acompaña. Este espíritu malo (Jue 9,23) se dice que fue mandado por Dios porque procedía de la disposición de ánimo de Saúl para con el Señor. En este estado de ánimo, sus familiares acudieron a la música como remedio para calmarlo en sus fases críticas. No acuden, dice Desnoyers, a un medio moral, ayuno, oración u otra cosa, sino a un remedio de orden físico. Este detalle nos transporta a un ambiente profético

en el cual la música tenía gran importancia para provocar y mantener el fervor profético [1].

David fue llevado al palacio real; de él se dice que era hombre fuerte y valiente, hombre de guerra y discreto en el hablar, y Yahvé estaba con él (v.18). Este conjunto de cualidades del joven David le hacen digno de ocupar un lugar en palacio. Saúl le nombró escudero suyo. Como a tal le acompaña en los combates con los filisteos (17,1.11), en uno de los cuales cubrióse de gloria (17,32-53). Pero esta tradición contrasta con otra, según la cual, a los ojos de Saúl, es David un oscuro pastorcillo que visita a sus hermanos y los aprovisiona (17,12-30), entrando poco después al servicio del rey (17,55-18,2).

El gigante Goliat (17,1-11)

1 Los filisteos, juntando sus tropas para hacer la guerra, se reunieron en Soco, que pertenece a Judá. Acamparon entre Soco y Azeca, en Efes Domim. 2 Reuniéronse también Saúl y los hombres de Israel y vinieron al valle del Terebinto, y pusiéronse allí en orden de batalla contra los filisteos. 3 Estaban éstos acampados en un monte, y los de Israel en un monte opuesto, mediando entre ellos el valle que los separaba. 4 Salió al medio, de las filas de los filisteos, un hombre llamado Goliat, de Gat, que tenía de talla seis codos y un palmo. 5 Cubría su cabeza un casco de bronce y llevaba una coraza escamada, de bronce también, de cinco mil siclos de peso. 6 A los pies llevaba botas de bronce y a las espaldas un escudo, también de bronce. 7 El asta de su lanza era como el enjullo de un telar, y la punta de la lanza, de hierro, pesaba seiscientos siclos. Delante de él iba su escudero. 8 Goliat se paró, y, dirigiéndose a las tropas de Israel, ordenadas en batalla, les gritó: «¿Para qué os habéis puesto en orden de batalla? ¿No soy yo un filisteo y vosotros siervos de Saúl? Elegid de entre vosotros un hombre que baje a pelear conmigo. 9 Si en la lucha me vence, que me mate y os quedaremos sujetos; pero si soy yo el que le venzo y le mato a él, seréis vosotros los que nos quedaréis sujetos y nos serviréis». 10 El filisteo añadió: «Yo arrojo hoy este reto al ejército de Israel. Dadme un hombre y lucharemos». Al oír las palabras del filisteo, 11 Saúl y todo Israel se asombraron y llenaron de miedo.

Los filisteos habían abandonado la montaña de Efraím a efectos de la derrota que les infligió Saúl (14,1ss), pero habíanse atrincherado en la Sefela, dispuestos a vengarse. Habiendo salido de Gat y de Acarón, se infiltraron por los *wadis* que desaguan en la Sefela, ramificándose por el macizo central de Judea. En una de las incursiones llegaron a un lugar entre Azeca y Soco llamado Efes Domim (1 Crón 11,13). A su encuentro salió Saúl, acampando en el valle del Terebinto. La acción se desarrollaba a unos treinta kilómetros al sudoeste de Jerusalén. Azeca (Jos 10,10-11; 15,35) se identifica con *Tell Zacaria*, a unos doce kilómetros al noroeste de Beit Gibrin.

[1] *Histoire* II 77 not.1; O. R. Sellers, *Musical Instruments of Israel:* BA 4 (1941) 33-47.

El lugar fue excavado por Bliss y Macalister (1898-1900). El nombre de Soco (Jos 15,35) sobrevive todavía en el actual *Jirbet Shuweike*, a tres kilómetros al sudoeste de Bet Nettif. Efes Domim, según Abel (*Géographie* II 318) corresponde a *Djennbatein*, a tres kilómetros al sur de Tell Zacaría y a dos al oeste de *Jirbet Shuweike*. El valle del Terebinto es el amplio valle *es-Sant*. Los dos ejércitos se pusieron en orden de batalla, frente a frente, separados por el valle del Terebinto. Dice el texto hebreo que del campamento filisteo salió un *ish habenayim*, «un hombre de entre dos», es decir, un guerrero, que, colocado entre dos ejércitos, invitó a un duelo [1]. El hombre llamábase Goliat, natural de Gat, lugar donde, según Jos 11,22, habitaban descendientes de los enacim. Su altura, según los LXX, era de cuatro codos (no seis, como lee el texto masorético). El codo tenía 0,45 metros; siendo, por consiguiente, la talla de Goliat de 2,92 metros, o de 2,02. Su armadura correspondía a su talla: llevaba una coraza de cinco mil siclos de peso, es decir, de unos ochenta kilogramos. Los combates entre dos guerreros eran corrientes en los pueblos egeos, incluyendo entre los mismos a los filisteos.

David, en el frente de batalla (17,12-25)

12 David era hijo de un efrateo, de Belén de Judá, que tenía ocho hijos, llamado Isaí, y era al tiempo de Saúl uno de los hombres más ancianos. 13 Los tres hijos mayores de Isaí habían salido para la guerra, y se llamaban, el mayor, Eliab; el segundo, Abinadab, y Samma, el tercero. 14 David era el menor; y cuando las tropas marcharon tras de Saúl, 15 David iba y venía y apacentaba las ovejas de su padre en Belén. 16 El filisteo salía de su campo mañana y tarde, y estuvo haciendo así por cuarenta días. 17 Isaí dijo a David, su hijo: «Toma ese «efá» de trigo tostado y esos diez panes y corre al campamento donde están tus hermanos; 18 lleva también esos diez requesones para el jefe de su millar. Visitas a tus hermanos para ver cómo están y les preguntas si quieren algo». 19 Saúl, ellos y todos los hombres de Israel estaban en el valle del Terebinto, en campaña contra los filisteos. 20 David se levantó de madrugada y, dejando las ovejas al cuidado de un pastor, se fue cargado de lo que le mandara Isaí. 21 Llegó al campamento cuando el ejército salía a ordenarse en batalla, lanzando sus gritos de guerra. 22 Israelitas y filisteos se ordenaban en batalla, ejército contra ejército. David dejó los objetos que traía en mano de un guardia del bagaje y corrió hacia las filas del ejército. En cuanto llegó, preguntó a sus hermanos cómo estaban; 23 pero mientras hablaba con ellos, he aquí que el campeón, el filisteo de Gat, Goliat de nombre, salió de las filas de los filisteos y se puso a decir lo de los otros días, oyéndolo David. 24 En viendo a aquél, todos los hombres de Israel se retiraron ante él, temblando de miedo. 25 Decíanse unos a otros: «¿Veis a ese hombre que avanza? Viene a desafiar a Israel. Al que le mate le colmará el rey de riquezas, le dará su hija por mujer y eximirá de tributos la casa de su padre».

Toda la perícopa de 17,12-31 falta en el códice B de los LXX, hallándose, sin embargo, en A[2]. Entre las razones que pudo tener el traductor para no incorporarla en su texto fue la de evitar la aparente contradicción del texto con 16,14-23, en que se habla de la estancia de David en la corte. En cambio, en la presente sección parece que Saúl ni le conoce. El autor de 17,12-31 desconocía el texto anterior; los detalles que da sobre la familia de David no concuerdan con los del c.16. Pertenecía Isaí al clan de los efrateos, aliados de Caleb (1 Crón 2,19.24.50) e instalados en Belén (Rut 1,2). El texto original del v.15 es: «David iba y venía, alternando el servicio con Saúl con el cuidado del rebaño de su padre en Belén». Acaso sea el texto una glosa redaccional encaminada a armonizar el texto con 16,22-23. Quizá el espacio de cuarenta días de que habla el v.16 deba entenderse en sentido simbólico (Ex 24,18; 34,28; Gén 7,4). El *efá* era una medida de capacidad correspondiente a treinta y nueve litros. Los granos de trigo tostados (*qali*, Rut 2,14) estaban en uso, como entre nosotros el maíz tostado. El final del v.18 es interpretado diversamente. Cree De Vaux que, atendida la juventud de David, para cerciorarse de que cumplió su encargo, pide Isaí un justificante; según otros (UBACH), encarga Isaí a David traiga el salario que reciben sus hermanos, superfluo para ellos mientras que para él, que cuida de su manutención, representaba una ayuda económica.

David, delante de Saúl (17,26-37)

26 David preguntó a los que tenía cerca: «¿Qué darán al que mate a este filisteo y arranque a Israel la afrenta? ¿Quién es ese filisteo, ese incircunciso, para insultar así al ejército del Dios vivo?» 27 La gente le repitió las mismas palabras, diciendo: «Esto es lo que harán al que le mate». 28 Eliab, su hermano, que había oído hablar a aquellos hombres, se encendió en cólera contra David y le dijo: «¿Para qué has bajado y a quién has dejado tu rebañito en el desierto? Ya conozco tu orgullo y la malicia de tu corazón. Para ver la batalla has bajado tú». 29 David le contestó: «¿Qué he hecho? Sencillamente, hablar una palabra». 30 Y apartándose de él, se dirigió a otro, haciéndole la misma pregunta, y recibió la misma respuesta. 31 Los que habían oído las palabras de David se las repitieron a Saúl, que le mandó venir. 32 David dijo a Saúl: «Que no desfallezca el corazón de mi señor por el filisteo ese. Tu siervo irá a luchar contra él». 33 Saúl le dijo: «Tú no puedes ir a batirte con ese filisteo; eres todavía un niño y él es hombre de guerra desde su juventud». 34 David dijo a Saúl: «Cuando tu siervo apacentaba las ovejas de su padre y venía un león o un oso y se llevaba

[1] R. DE VAUX, *Les combats singuliers dans l'Ancien Testament:* B 40 (1960) 497-498. Este combate entre Goliat y David tiene analogías con el que tuvo lugar entre Sinuhé y un valiente (*guibbor*) de Retenu, según consta de una leyenda egipcia del siglo XVIII antes de Cristo. El combate desarrollóse ante las tribus reunidas. «Era un valiente que no tenía par... El se abalanzó sobre mí, pero tiré contra él, clavándose mi flecha en su cuello. Gritó, cayó de bruces, rematándolo yo con su propia hacha y lanzando un grito de guerra sobre su espalda» (PRITCHARD, 18-22).

[2] W. STOEBE, *Die Goliatperikope und die Textform der LXX:* VT 6 (1956) 397-413.

una oveja del rebaño, 35 yo le perseguía, le golpeaba y le arrancaba de la boca la oveja; y si se volvía contra mí, le agarraba por la quijada, le hería y le mataba. 36 Tu siervo ha matado leones y osos, y ese filisteo incircunciso será como uno de ellos. ¿No seré capaz de ir, de batirle y quitar el oprobio de Israel? Porque ¿quién es ese incircunciso que ha insultado al ejército del Dios vivo?» 37 Y añadió: «Yahvé, que me libró del león y del oso, me librará también de la mano de ese filisteo». Saúl entonces le dijo: «Ve y que Yahvé sea contigo».

Eliab reprende a David por su «orgullo», pareciendo ignorar la escena de la unción de David en Belén (16,611). En toda la narración late la idea de la realeza, que impelía a David a conducirse como caudillo y salvador de Israel. Dios le ha elegido por rey y tiene, por consiguiente, la misión de velar por el bien y el honor de la heredad de Yahvé. Además, la victoria sobre el filisteo equivalía a acaparar el favor popular. Los filisteos eran «los incircuncisos» (Jue 14,3; 15,18; 1 Sam 14,6; 31,4) por antonomasia.

David mata a Goliat (17,38-52)

38 Saúl hizo que vistieran a David sus ropas, púsole sobre la cabeza un casco de bronce y le cubrió de una coraza. 39 Después David se ciñó la espada de Saúl sobre sus ropas y probó de andar, pues nunca había ensayado la armadura; y dijo a Saúl: «No puedo andar con estas armas, no estoy acostumbrado»; y deshaciéndose de ellas, 40 cogió su cayado, eligió en el torrente cinco chinarros bien lisos y los metió en su zurrón de pastor, y con la honda en la mano avanzó hacia el filisteo. 41 El filisteo se acercó poco a poco a David, precedido de su escudero. 42 Miró, vio a David y le despreció por muy joven, de blondo y bello rostro. 43 Díjole, pues: «¿Crees que yo soy un perro para venir contra mi con un cayado?» «No—contestó David—; eres todavía peor que un perro». 44 Maldíjole el filisteo por sus dioses, y añadió: «Ven, que dé tus carnes a las aves del cielo y a las bestias del campo». 45 David respondió al filisteo: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y venablo, pero yo voy contra ti en el nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel, a los que has insultado. 46 Hoy te entregará Yahvé en mis manos; yo te heriré, te cortaré la cabeza y daré tu cadáver y los del ejército de los filisteos a las aves del cielo y a los animales de la tierra; y sabrá así toda la tierra que Israel tiene un Dios, 47 y sabrán todos éstos que no por la espada ni por la lanza salva Yahvé, porque él es el Señor de la guerra, y os entregará en nuestras manos». 48 El filisteo se levantó, se puso en marcha y avanzó hacia David. David echó a correr a lo largo del frente del ejército para ir al encuentro del filisteo; 49 metió la mano en el zurrón, sacó de él un chinarro y lo lanzó con la honda. El chinarro se clavó en la frente del filisteo, y éste cayó de bruces a tierra. 50 Así David, con una honda y una piedra, venció al filisteo y le hirió de muerte. 51 Corrió, parándose ante el filisteo, y, no teniendo espada a la mano, cogió la de él, sacándola de la vaina; le mató y le cortó la cabeza. Viendo los filisteos muerto a su campeón, pusiéronse en fuga, 52 y los hombres de Israel, levantándose y lanzando los gritos de guerra, persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Gat y hasta las puertas de Acarón y cayeron filisteos en el camino de Seraím hasta Gat y Acarón.

Nunca había vestido David las ropas del rey; al imponérselas ahora Saúl, le confiere parte de su dignidad. No había ensayado la armadura, a pesar de su oficio de escudero del rey (16,21). David va a la lucha *en el nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel* (v.45). Goliat le maldice e insulta (Deut 28,26; Is 18,6; Jer 15,3). Al avanzar hacia el filisteo, sabía David que la victoria era suya, porque Yahvé combatirá por él (Jos 10,14; Jue 20,35) y velará por su vida (23,4; 24,5). Dios dirigía sus pasos para afianzarle cada vez más en el camino del trono. Sin saberlo, Saúl contribuye a la exaltación de su rival.

David, ante el rey (17,53-58)

53 A la vuelta de la persecución de los filisteos, los hombres de Israel saquearon su campamento. 54 David cogió la cabeza y las armas del filisteo y llevó a Jerusalén la cabeza, y las armas las puso en su tienda. 55 Cuando Saúl hubo visto a David avanzar contra el filisteo, dijo a Abner, el jefe de su ejército: «¿De quién es hijo ese joven, Abner?» Abner respondió: 56 «Por tu vida que no lo sé, ¡oh rey!» Y el rey le dijo: «Infórmate, pues, a ver de quién es hijo». 57 De vuelta David de la muerte del filisteo, Abner le cogió y le llevó ante Saúl, teniendo todavía en la mano la cabeza del filisteo. 58 Saúl le preguntó: «¿De quién eres hijo, mozo?» Y David le contestó: «Soy hijo de tu siervo Isaí, de Belén».

En los últimos versos del presente capítulo se encuentran algunas antinomias, que se explican por las glosas redaccionales que un escriba posterior ha introducido en el texto o por el hecho de anticipar el autor los acontecimientos. Así, por ejemplo, al hablar en el v.53 de Israel y de Judá, supone la escisión del reino, acaecida después de la muerte de Salomón. Dícese en el v.54 que David *llevó a Jerusalén la cabeza* (de Goliat), *y las armas las puso en su tienda*. Ahora bien, Jerusalén cayó en manos de los israelitas en tiempos en que David ocupaba el trono (2 Sam 5,6-16). Además, al hablar de su tienda parece indicar que David fue movilizado y que disponía de su tienda, como cualquier otro soldado. Según el v.57, David entregó a Saúl la cabeza de Goliat; la espada del gigante fue depositada en Nob (21,9). El autor de los v.55-58 ignora el encuentro de Saúl con David narrado en los v.31-39, así como la vida de éste en la corte real en calidad de escudero y músico (16, 18-23). La única explicación posible de estas anomalías se halla en que el autor sagrado ha escrito su libro a base de tradiciones distintas, orales y escritas, que ha reproducido fielmente, sin incurrir en la tentación de quitar las dificultades y suprimir las diferencias.

Amistad de David con Jonatán (18,1-5)

1 Cuando hubo acabado de hablar David con Saúl, el alma de Jonatán se apegó a la de David, y le amó Jonatán como a sí mismo. 2 Aquel día tomó Saúl a David y no le dejó que se fuera a la casa de su padre. 3 Jonatán hizo pacto con David, pues le amaba como a su alma, 4 y, quitándose el manto que llevaba, se lo puso a David, así como sus arreos militares, su espada, su arco y su cinturón. 5 David salía a combatir donde le mandaba Saúl, y siempre procedía con acierto. Saúl le puso al mando de hombres de guerra, y toda la gente estaba contenta con él, aun los servidores de Saúl.

Esta sección falta en el códice B de la versión griega. Parece que está invertido el orden de los v.1 y 2. Saúl quiso que David, al que antes no conocía (17,55), se quedase definitivamente en su casa. La hazaña realizada impresionó a él, y mucho más a su hijo Jonatán, que en otro tiempo realizó también una gran proeza (c.14). Dice el texto que el alma de Jonatán se apegó *(niqsherah*, Gén 44,30), se aglutinó con la de David, a quien amó *como a su alma*. No se especifica la naturaleza del pacto entre ambos; quizá sea «el pacto de la sal» (Núm 18,19; 1 Crón 13,5), en virtud del cual los interesados se obligaban a prestarse mutua ayuda y a no causarse mal alguno. Como símbolo de esta alianza y mutua entrega, Jonatán se despoja de sus vestidos y armamento y se los puso a David. Entre los orientales, la personalidad abarcaba también los vestidos (2 Re 2,13; Rut 3,9); al entregarle sus vestidos quiere Jonatán darle a entender que se daba a sí mismo.

Saúl, víctima de los celos (18,6-16)

6 Cuando hicieron su entrada, después de haber muerto David al filisteo, salían las mujeres de todas las ciudades de Israel, cantando y danzando delante del rey Saúl con tímpanos y triángulos alegremente, 7 y, alternando, cantaban las mujeres en coro:

«Saúl mató sus mil,
pero David sus diez mil».

8 Saúl se irritó mucho, y esto le desagradó, pues decía: «Dan diez mil a David y a mí mil; nada le falta si no es el reino». 9 Desde entonces miraba Saúl a David con malos ojos. 10 Al otro día se apoderó de Saúl el mal espíritu, y desvariaba en su casa. David tocaba el arpa, como otras veces. Tenía Saúl en la mano su lanza, 11 y, blandiéndola, la lanzó contra David, diciendo: «Voy a clavar a David en la pared». Pero David esquivó el golpe por dos veces. 12 Comenzó Saúl a temer a David, pues veía que estaba Yahvé con éste, mientras que de él se había apartado. 13 Alejóle de sí, haciéndole jefe de millar, y David entraba y salía a la vista de todo el pueblo; 14 en todas sus empresas se mostró acertado, porque Yahvé estaba con él. 15 Vio, pues, Saúl que era muy precavido, y le temía. 16 Todo Israel y todo Judá amaba a David, que a su vista entraba y salía.

La proeza de David desparramóse como gota de aceite por todo Israel. Por las ciudades, villas y aldeas por donde pasaba Saúl con su comitiva, salían las mujeres cantando y danzando, acompañándose de tímpanos y triángulos (Ex 15,20-21; Jue c.5; 11,34), mientras repetían el estribillo: *Saúl mató sus mil, pero David sus diez mil.* Estos cantos de gloria jugarán un papel importante en las relaciones entre Saúl y David (21,12; 29,5). Las preferencias del pueblo por el joven David eran manifiestas, lo que despertó en el corazón de Saúl la enfermedad de los celos (16,14), que no le abandonó en toda su vida. A veces su melancolía le impelía a obrar con el mismo frenesí con que lo hacían los *nabis* (10,5; Jer 29,26). Sus celos aumentaron a medida que los acontecimientos demostraban las preferencias de Yahvé por David.

Matrimonio de David (18,17-30)

17 Dijo Saúl a David: «Mira, te daré por mujer a mi hija mayor, Merob; pero has de mostrarte valiente y hacer las guerras de Yahvé»; pues se decía: «No quiero poner mis manos sobre él; que le maten las de los filisteos». 18 David respondió a Saúl: «¿Quién soy yo y qué es mi vida, qué la casa de mi padre, para que sea yo yerno del rey?» 19 Pero cuando llegó el tiempo en que Merob, la hija mayor de Saúl, había de ser entregada a David, se la dio por mujer a Hadriel, de Mejolá. 20 Micol, la otra hija de Saúl, amaba a David; lo supo Saúl, y esto le agradó, 21 pues se decía: «Se la daré para que le sirva de lazo y le haga caer en las manos de los filisteos». Dijo, pues, Saúl a David: «Por segunda vez voy a darte ocasión de ser yerno mío». 22 Al mismo tiempo dio órdenes a sus servidores, diciéndoles: «Hablad a David a escondidas de mí y decidle: El rey te estima y todos sus servidores te queremos; haz por ser yerno del rey». 23 Dijéronle a David esto los servidores, y respondió David: «¿Os parece cosa fácil eso de ser yerno del rey? Yo soy hombre de poco y de poca hacienda». 24 Fuéronle a contar a Saúl sus servidores lo que decía David, 25 y él les dijo: «Habladle así: No necesita el rey dote; sólo quiere cien prepucios de filisteos para vengarse de sus enemigos». Así pensaba Saúl que caería David en manos de los filisteos. 26 Cuando los servidores dijeron a David las palabras que había dicho Saúl, le agradó a aquél la condición puesta para ser yerno del rey. 27 Y salió David con los que estaban a su mando y mató cien filisteos, trayéndose sus prepucios, y los entregó al rey. Y cuando se cumplieron los días para ser su yerno, diole Saúl por mujer su hija Micol. 28 Saúl vio claramente que Yahvé estaba con David y que todo Israel le amaba. 29 Temíale Saúl más y más cada vez, y fue toda su vida enemigo de David. 30 Los príncipes de los filisteos hacían incursiones; pero, cada vez que salían, David, por su habilidad, alcanzaba mejor suceso que todos los otros servidores de Saúl, y su nombre llegó a ser muy celebrado.

Conforme a lo dicho en 17,25, cumple ahora Saúl su promesa de dar a David por mujer a su hija. Los v.17-19 faltan en el códice B

de los LXX. Sabía David que tenía derecho a ello, pero, por formulismo, declinó el ofrecimiento. Faltó Saúl a su palabra al entregar a su hija mayor, Merob, a Hadriel, que en 2 Sam 21,8 aparece como esposo de Micol, la hija menor de Saúl. Era Hadriel natural de Abel-Mejola, patria de Eliseo (1 Re 19,16), aldea que se hallaba al sur de Betsán, en la depresión del río Jordán. Viendo Saúl que no cayó David en el lazo que le tendió, buscó otro medio para perderle. Conociendo el amor de Micol por David, pensó Saúl que había encontrado la manera de liquidarlo. Ningún impedimento pondría a que se casara con su hija menor en el caso de llevar a término una hazaña concreta y difícil: matar a cien filisteos, trayendo en trofeo y como comprobante sus prepucios, por ser ellos los incircuncisos (17,26). El *mohar* era la dote que aportaba el pretendiente al padre de su prometida (Gén 34,12; Ex 22,16).

Jonatán interviene en favor de David (19,1-7)

1 Propuso Saúl a Jonatán, su hijo, y a todos sus servidores matar a David; y Jonatán, hijo de Saúl, que amaba mucho a David, 2 se lo comunicó a éste, diciéndole: «Saúl, mi padre, busca matarte. Ponte, pues, en guardia; mañana, por favor, no te dejes ver y escóndete. 3 Yo saldré con mi padre al campo adonde tú estés; hablaré de ti a mi padre, veré qué piensa y te lo comunicaré». 4 Jonatán habló a su padre en favor de David, diciéndole: «No peque el rey contra su siervo David, pues él no ha pecado contra ti. Al contrario, cuanto hace es para bien tuyo; 5 ha expuesto su vida, ha derrotado al filisteo, y Yahvé ha obrado por él una gran liberación en todo Israel. Tú lo has visto y te has alegrado. ¿Por qué, pues, vas a hacerte reo de sangre inocente haciendo morir a David sin culpa suya?» 6 Saúl escuchó a Jonatán y juró: «¡Vive Yahvé! No morirá». 7 Y Jonatán llamó a David y le transmitió estas palabras; le llevó luego a Saúl y se quedó David a su servicio, como estaba antes.

La aversión de Saúl por David agravábase de día en día, no ocultando sus intenciones aviesas a su hijo y a toda la servidumbre de palacio. Por lo que se dice en el v.2 sobre Jonatán, «hijo de Saúl», parece que su mención en el v.1 no estaba en el texto original. Sin embargo, de una manera o de otra, directa o indirectamente, se enteró Jonatán de los planes de su padre y se los comunicó a David. Este relato de las gestiones de Jonatán para salvar a David se armoniza difícilmente con 20,2, en donde parece ignorar Jonatán las intenciones perversas de su padre.

Micol salva a David (19,8-18)

8 Comenzó de nuevo la guerra, y David marchó contra los filisteos y les dio la batalla, infligiéndoles una gran derrota y poniéndolos en fuga. 9 Un espíritu malo de Yahvé se apoderó de Saúl, y estando éste sentado en su casa con la lanza en la mano, mientras tocaba David el arpa, 10 quiso Saúl clavar a David en la pared, pero esquivó éste el golpe, y la lanza quedó clavada

en el muro. Huyó David; 11 aquella noche Saúl mandó gente a la casa de David para prenderle y matarle a la mañana; pero Micol, mujer de David, le informó de ello, diciéndole: «Si no te escapas esta misma noche, mañana mismo te matarán», 12 y le descolgó por la ventana. David huyó, poniéndose en salvo. 13 Micol cogió luego los «terafim» y los metió en el lecho, puso una piel de cabra en el lugar de la cabeza y echó sobre ella una cubierta. 14 Cuando Saúl mandó gente para prender a David, ella les dijo: «Está malo». 15 Saúl volvió a mandarlos para que viesen a David, y les dijo: «Traédmelo en su lecho para que lo haga matar». 16 Volvieron ellos, pero hallaron en el lecho los «terafim» y la piel de cabra en el sitio de la cabeza. 17 Saúl dijo a Micol: «¿Por qué me has engañado así y has dejado escapar a mi enemigo para que se ponga en salvo?» Micol respondió a Saúl: «Me dijo: Déjame ir o te mato». 18 Así huyó David y se salvó. Fuése a casa de Samuel, en Rama, y le contó cuanto había hecho Saúl. Después se fue con Samuel a habitar en Nayot, en Rama.

Hay motivos para pensar que los hechos que se refieren en esta perícopa están fuera de lugar. En primer término, los v.8-10 repiten lo que se dijo en 18,10-11 sobre David músico (16,14) y sobre la lanza de Saúl, de que tanto se habla en el texto (20,33; 22,5; 26,12). Al decir el texto que David huyó de las iras de Saúl, es probable que marchara a un lugar fuera de palacio y de su casa (v.12 y 18). En fin, el episodio pudo tener lugar la misma noche que siguió al matrimonio de David con Micol (18,27). Una nueva crisis asaltó a Saúl, durante la cual intentó matar a David al despuntar el día. Por considerarse el sueño como cosa sagrada, era costumbre esperar la llegada de la aurora para ejecutar a los sentenciados a muerte. Con el fin de retrasar la acción de su padre contra David, Micol acudió a una estratagema. Guardaba en su casa unos ídolos llamados *terafim* (Gén 31,19.34-35; Jue 17,5; 18,14), de los cuales puso uno en la cama. Por lo que dice el texto, estos ídolos tenían forma humana, habiéndolos de todos los tamaños (Gén 31,34). Un verdadero adorador de Yahvé rechazaba el culto de tales ídolos (1 Sam 15,23); su presencia en la casa de David puede obedecer al sincretismo religioso de Micol o a que era supersticiosa.

David marchó a Rama (1,1), donde vivía Samuel, al cual contó todas sus peripecias. Los dos fuéronse a habitar en el lugar donde los *nabis* tenían su campamento (2 Re 6,2ss), en los alrededores de Rama.

Saúl entre los profetas (19,19-24)

19 Dijéronle a Saúl: «Mira, David está en Nayot, en Rama». 20 Saúl mandó gente para prenderle, y, viendo a tropa de profetas profetizando, con Samuel a la cabeza, se apoderó de ellos el espíritu de Yahvé y pusiéronse ellos también a profetizar. 21 Dieron a conocer esto a Saúl, y éste mandó nueva gente, y también éstos se pusieron a profetizar. Por tercera vez envió otros, pero también éstos profetizaron. 22 Entonces fue Saúl en persona a Rama, y al llegar a la cisterna de la era que hay en el

teso, preguntó: «¿Dónde están Samuel y David?» Y le respon-
dieron: «Están en Nayot de Rama». 23 Dirigióse allá, a Nayot
de Rama. El espíritu de Dios se apoderó de él, e iba profetizan-
do hasta que llegó a Nayot de Rama, 24 y, quitándose sus ves-
tiduras, profetizó él también ante Samuel, y se estuvo desnudo
por tierra todo aquel día y toda la noche. De ahí el proverbio:
«¿También Saúl entre los profetas?»

Esta sección está desplazada. Según 15,35, «no volvió Samuel a ver a Saúl hasta el día de su muerte». Habiendo fracasado las tentativas de los enviados de Saúl para apoderarse de David, decidió aquél ir en persona, asaltándole, al llegar, el mismo frenesí profético (10,1-10). En este pasaje se ponen más de relieve las características de estos profetas. No debe creerse que Saúl se despojara de toda su ropa, sino que se quitó parte de la misma, como se dice de San Pedro en Jn 21,7. Lo divino de la religión mosaica está con frecuencia envuelto en formas muy humanas, no nacidas de ella misma, sino recibidas de las costumbres del pueblo y purificadas del sentido idolátrico que pudieron tener en sus orígenes y en los pueblos circunvecinos. En estas turbas de profetas parece que debe distinguirse entre el fondo y las formas externas. En las antiguas religiones, los sacerdotes presentábanse ante Dios desnudos; la desnudez es una nota que conviene a los profetas (Is 20,2-6; Miq 1,8). Anteriormente habíase apoderado de Saúl el espíritu profético (10,10-11).

Pacto entre Jonatán y David (20,1-23)

1 David huyó de Nayot de Rama, fue a ver a Jonatán y le
dijo: «¿Qué he hecho yo? ¿Qué crimen he cometido contra tu
padre para que de muerte me persiga?» 2 Jonatán le dijo: «No,
no será así, no morirás. ¿Había de celarme a mí eso mi padre?
No hace mi padre cosa alguna, ni grande ni pequeña, sin dár-
mela a conocer. ¿Por qué había de ocultarme ésta? No hay
nada de eso». 3 Y juró nuevamente a David. Pero éste dijo:
«Sabe muy bien tu padre que me quieres, y se habrá dicho: Que
no lo sepa Jonatán, no vaya a darle pena; pero por Dios y por
tu vida, que no hay más que un paso entre mí y la muerte».
4 Jonatán dijo a David: «Di qué quieres que haga, que yo haré
cuanto me pidas». 5 David le respondió: «Mañana es el novilu-
nio, y yo debería sentarme junto al rey en el convite. Me iré y
me ocultaré en el campo hasta la tarde. 6 Si tu padre advierte
mi ausencia, le dices: David me rogó que le permitiera ir de
una escapada a Belén, su ciudad, porque se celebra el sacri-
ficio anual de toda la familia. 7 Si contesta: Bien está, será que a
tu siervo no le amenaza mal ninguno; pero, si se enfurece,
sabrás que tiene resuelta mi pérdida. 8 Hazme, pues, ese favor,
ya que hemos hecho entre los dos alianza por el nombre de
Yahvé. Si algún crimen hay en mí, quítame tú mismo la vida.
¿Para qué llevarme a tu padre?» 9 Jonatán le dijo: «Lejos de ti
ese pensamiento; pero, si llego a saber que verdaderamente
mi padre tiene resuelta tu perdición, te lo haré conocer, te lo
juro». 10 Preguntó David a Jonatán: «¿Y quién me va a infor-
mar de la cosa y de si tu padre decide algo contra mí?» 11 Jo-

natán le contestó: «Ven, vamos al campo». Y salieron los dos
al campo. 12 Jonatán dijo allí a David: «Por Yahvé, Dios de Is-
rael, te juro que yo sondearé a mi padre mañana o pasado ma-
ñana. Si la cosa va bien para David y no mando quien te infor-
me, 13 que castigue Yahvé a Jonatán con todo rigor. Si mi pa-
dre trata de hacerte mal, te informaré también para que te va-
yas en paz y que te asista Yahvé, como asistió antes a mi padre.
14 Si todavía vivo entonces, usa conmigo de la bondad de Yahvé;
y si he muerto, 15 no dejes de usarla jamás con mi casa; y cuando
Yahvé haya arrancado de la tierra a todos los enemigos de Da-
vid, 16 persista el nombre de Jonatán con la casa de David y
tome Yahvé venganza de los enemigos de David. 17 Jonatán
juró una vez más a David por el gran amor que le tenía, pues
le amaba como a su propia vida. 18 Dijo Jonatán: «Mañana es
el novilunio; se notará tu ausencia, pues se echará de ver vacío
tu asiento; 19 al tercer día se notará más; vienes y te escondes en
el mismo lugar donde te esconderás mañana, junto a la piedra
hito. 20 Yo lanzaré tres flechas hacia allá, como si tirara al blanco,
y mandaré al mozo que vaya a buscarlas. 21 Si le digo: Mira, las
flechas están más acá de ti, cógelas, entonces vienes, que es señal
de que las cosas van bien para ti y no hay nada que temer, vive
Yahvé. 22 Pero, si le digo: Mira, las flechas están más allá de ti,
entonces vete, porque es que Yahvé quiere que te vayas. 23 En
cuanto a lo que uno al otro nos hemos prometido, Yahvé es tes-
tigo entre los dos».

Este relato supone que David está todavía al servicio de Saúl y no presupone la ruptura de que se habla en el capítulo anterior. Además, todo el texto contiene indicios de estar muy recargado; se cree que los v.11-17 y 40-42 fueron añadidos posteriormente. Para enlazar este capítulo con lo dicho en el anterior, un escriba añadió al texto primitivo: «David huyó de Nayot de Rama». La salvación de David, que antes fue obra de Micol, se atribuye a Jonatán. ¿Cuál es en estos momentos la actitud de Saúl para con su escudero David? Con ocasión de la fiesta del novilunio se pondrá de manifiesto. Trátase de una fiesta mensual, menos solemne que la del sábado, consistente en ofrecer otros sacrificios que los ordinarios (Is 1,13-14; Os 2,13; Núm 10,10; 28,11-14). De una fiesta anual de clan habla David en el v.6, en la cual tenía lugar un sacrificio familiar (1,21; 2,19).

Ira implacable de Saúl (20,24-34)

24 David se escondió en el campo. Llegado el novilunio, el
rey asistió a la comida del festín. 25 Sentóse en su sitio, como de
costumbre, en la silla cercana a la pared. Jonatán se sentó en-
frente, y Abner al lado de Saúl; pero la silla de David estaba
vacía. 26 Saúl nada dijo aquel día, pensando que algo le habría
pasado y que se habría contaminado. «Seguramente es eso, que
no estará puro», se dijo. 27 Al siguiente día, segundo del novilu-
nio, la silla de David estaba también vacía, y Saúl preguntó a
Jonatán: «¿Cómo el hijo de Isaí no ha venido a comer ni ayer
ni hoy?» 28 Jonatán contestó a Saúl: «David me pidió poder
ir con premura a Belén. 29 Me dijo: Te ruego me des permiso

para ir, pues tenemos mañana en la ciudad un sacrificio de familia, y mis hermanos me han convocado. Si, pues, he hallado gracia a tus ojos, permíteme que vaya de una escapada a ver a mis hermanos. Esta es la causa de que no haya venido a sentarse a la mesa del rey». 30 Entonces se encendió en cólera Saúl contra Jonatán y le increpó: «¡Hijo perverso y contumaz! ¿No sé yo bien que tú prefieres al hijo de Isaí, para vergüenza tuya y vergüenza de la desnudez de tu madre? 31 Pues, mientras el hijo de Isaí viva sobre la tierra, no habrá seguridad ni para ti ni para tu reino. Manda, pues, a prenderle y tráemele, porque hijo es de muerte». 32 Jonatán respondió a Saúl, su padre, diciéndole: «¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?» 33 Saúl blandió contra él su lanza para herirle. Comprendió Jonatán que su padre estaba enteramente resuelto a hacer morir a David. 34 Levantóse, pues, de la mesa muy enojado y no asistió a la comida del segundo día del novilunio, por estar muy apenado por David, contra quien se había declarado francamente su padre.

Nota Dhorme que, entre los árabes, las maldiciones y las mismas injurias tienen como punto de mira la madre del hijo, aun en el caso de que sea el padre el que injuria. El texto hebreo ha atenuado las palabras de Saúl. La Vulgata traduce: «Fili mulieris virum ultro rapientis!», basándose en la leyenda rabínica según la cual no tomó parte Saúl en el rapto de las bailarinas de Silo (Jue 21,19-24), no atreviéndose a imitar a sus hermanos de tribu; pero uno de ellos se le acercó y llevó consigo [1]. Por el v.31 aparece el pensamiento de Saúl de transmitir la realeza a su hijo, viendo en David un obstáculo para ello (18,8; 22,8).

Separación definitiva (20,35-42)

35 Al siguiente día por la mañana salió Jonatán al campo, como había convenido con David, acompañado de un mozo, 36 a quien dijo: «Corre a cogerme las flechas que tiro». Corrió el mozo, y Jonatán, entre tanto, disparó otra flecha, de modo que pasase más allá de él. 37 Cuando el mozo llegaba al lugar donde estaba la flecha que Jonatán había tirado, éste le gritó: «La flecha está más allá de ti», 38 y siguió diciendo, como si al mozo se dirigiera: «Pronto, date prisa, no te detengas». El mozo de Jonatán recogió la flecha y se vino hacia donde estaba su señor. 39 Nada sabía el mozo. Sólo Jonatán y David lo entendían. 40 Jonatán dio sus armas al mozo que le acompañaba, y le dijo: «Anda, llévalas a la ciudad». 41 Ido el mozo, se alzó David de junto a la piedra y echóse rostro a tierra por tres veces. Después ambos se abrazaron y lloraron, derramando David muchas lágrimas. 42 Jonatán dijo a David: «Vete en paz, ya que uno a otro nos hemos jurado, en nombre de Yahvé, que El estará entre ti y mí y entre mi descendencia y la tuya para siempre».

Parece que el sentido del texto hebraico de la segunda parte del v.41 es que Jonatán y David permanecieron abrazados y llorando lar-

[1] F. Stummer, *Einige Beobachtungen über die Arbeitsweise des Hieronymus bei der Übersetzung des Alten Testaments aus der Hebraica Veritas:* B 10 (1929) 9-19.

go tiempo hasta saciarse. Con las tres genuflexiones, David reconoce la dignidad de Jonatán y su calidad de hijo del rey. Era falsa, pues, la acusación lanzada por Saúl (v.31) de que David atentaba a la seguridad del trono de Saúl y de su hijo.

David en Nob (21,1-10)

1 David se levantó y se fue y Jonatán se volvió a la ciudad. 2 Llegó David a Nob, donde estaba Ajimelec, sacerdote, que le salió, asustado, al encuentro y le dijo: «¿Cómo vienes tú solo, sin que nadie te acompañe?» 3 David le respondió: «Me ha dado él rey una orden y me ha dicho: Que nadie sepa nada del asunto por qué te envío ni de la orden que te he dado. A los mozos les he dicho que se reúnan en tal lugar. 4 Mira, pues, lo que tienes a mano y dame cinco panes o lo que encuentres». 5 El sacerdote respondió a David: «No tengo a mano pan del ordinario; pero hay pan santo, siempre que tus mozos se hayan abstenido de trato con mujeres». 6 David le contestó: «Eso sí, nos hemos abstenido ayer y anteayer, desde que salimos. Los vasos de los mozos están puros, y como el camino que llevamos es desviado, es seguro que hoy están puros sus vasos». 7 Diole entonces el sacerdote panes santos, por no tener más que panes de los de la proposición, de los que habían sido retirados de la presencia de Yahvé para reemplazarlos por otros recientes. 8 Estaba allí aquel día uno de los servidores de Saúl retenido en el santuario, de nombre Doeg, edomita, jefe de los cursores de Saúl. 9 Preguntó David a Ajimelec: «¿Tienes a mano una lanza o una espada?, pues no he traído mis armas, porque urgía la orden del rey». 10 El sacerdote respondió: «Ahí está la espada de Goliat, el filisteo, que tú mataste en el valle del Terebinto. Allí la tienes envuelta en un paño, detrás del efod; si ésta quieres, cógela, pues otra no hay». David le dijo: «Ninguna mejor; dámela».

Se discute el emplazamiento de Nob, que la mayoría de los autores (Abel, Desnoyers, De Vaux, Ubach), siguiendo a Flavio Josefo, colocan al nordeste de Jerusalén, en el monte *Scopus (Ant. Iud.* 11,8,5), o entre Anatot y Ananía (Neh 11,32), a unos tres kilómetros de *Tell el-Ful.* Dhorme señala su emplazamiento en *Beit Nuba,* cerca de Ayalón, en dirección del país de los filisteos (14,31). A Nob habían huido los descendientes de Helí tras la captura del arca y la destrucción del santuario por los filisteos (c.4). Rústico debía de ser el santuario de Nob en su exterior y sin el arca en el interior, que seguía en Quiriat-Jearim (6,21). A falta de la misma, los levitas disponían del *efod* que habían traído consigo de Silo, del que se servían el rey y sus jefes para conocer la voluntad de Yahvé (22,6-23). Pero, aunque tosco en la parte material, el santuario de Nob había alcanzado gran fama. Una mesa repleta de panes santos, que los sacerdotes renovaban periódicamente, da testimonio de que creía el pueblo que Yahvé estaba allí presente.

Al santuario, a cuyo servicio estaba Ajimelec, descendiente de Helí (22,9), hermano, y acaso el mismo personaje conocido en 14,3 con el nombre de Ajías, llegó David hambriento. Cinco panes pidió

David, quizá por ser cinco los componentes del grupo. No disponía el sacerdote en aquel momento de pan ordinario; sólo había existencias de pan sagrado. Era éste el pan de la oblación, que se renovaba todos los sábados y se colocaba a la presencia de Yahvé sobre una mesa de acacia cubierta de láminas de oro. A nadie, fuera de los sacerdotes, era lícito comerlo (Lev 24,5-9; Ex 25,30). Pero, conociendo Ajimelec a David y teniendo en cuenta su estado famélico, accedió a entregarle cinco panes sagrados, a condición de que él y sus acompañantes no hubiesen tenido comercio carnal con mujeres. Cita este episodio Jesucristo para probar a los fariseos que la ley natural está por encima de la positiva y ritual (Mt 12,3-4; Mc 2,25-26; Lc 6,3-4). Aunque el texto esté adulterado, y, por consiguiente, difícil de traducir literalmente, se vislumbra, sin embargo, la idea allí expresada. Algunos interpretan las palabras de David de la siguiente manera: Aunque se trate de un viaje profano, sin embargo, mis hombres se han comportado como en una expedición militar, en la cual la continencia era obligatoria desde el punto de vista religioso (Deut 23,9-11).

En el texto se dice que Ajimelec entregó a David los cinco panes que había pedido, lo que contradice aparentemente al testimonio de Cristo (Mc 2,26), que atribuye este gesto a su hijo Abiatar. Sabemos que Abiatar presenció toda la escena (22,20) y que pudo intervenir en el asunto ejecutando las órdenes de su padre.

En Nob estaba un oficial de la corte (1 Crón 27,30-31) de Saúl, de nombre Doeg, idumeo. Quizá «estaba retenido en el santuario» para purificarse de alguna impureza o en calidad de prisionero, trabajando al servicio del santuario. Los LXX dicen que era sirio *(arami)* de origen. Será éste el traidor que denunciará a Ajimelec (22,9). El texto hebreo dice que era el más poderoso de los pastores de Saúl. Algunos autores cambian *haroim* = pastores, por *harasim* = cursores (22,17).

Antes de marcharse pidió David al sacerdote una espada o lanza, entregándosele la de Goliat. Por lo que dice el texto, el *efod* es un objeto bastante grande, distinto del *efod* de las suertes (2,28). ¿Designa aquí una estatua (Jue 8,27) u otro objeto de culto? (Jue 17,5ss).

David en Gat (21,11-16)

11 Levantóse, pues, David y, huyendo de Saúl, se encaminó
aquel mismo día a Aquis, rey de Gat. 12 Los servidores de Aquis
dijeron a éste: «Ahí está David, rey de la tierra; aquel de quien
cantaban: Mató Saúl sus mil, pero David sus diez mil». 13 Da-
vid comprendió lo que aquellas palabras encerraban, y, temien-
do mucho de Aquis, rey de Gat, 14 fingió haber perdido la ra-
zón y hacía entre ellos el loco; tocaba el tambor en las puertas
y dejaba caer la saliva sobre su barba. 15 Aquis dijo a sus ser-
vidores: «¿No veis que ese hombre está loco? ¿Para qué me lo
habéis traído? 16 ¿Me faltan a mí locos y me traéis a ése para
que vea sus locuras? ¿Voy a tenerlo yo en mi casa?»

La huida de David a la ciudad filistea de Gat *(Araq el-Menshiyeh)* «aquel mismo día» parece apoyar la sentencia de los que localizan Nob en *Beit Nuba*, cerca de Ayalón. Pero no debe tomarse aquella expresión en sentido estricto. Los de Gat, que conocían la escena de David y Goliat, le llamaron, al verle, «rey de la tierra» de Israel. Al darse cuenta de que todos le conocían, y temiendo por su vida, fingió estar loco. En el Próximo Oriente existía la creencia de que el espíritu de Dios invadía a los dementes, obligándoles a proferir palabras incoherentes y a obrar de manera anormal, teniéndoselos, por tanto, en gran veneración. La baba que caía sobre sus barbas denotaba un estado de epilepsia, «la enfermedad sagrada». Cuenta Cicerón *(De officiis* 3,26) que Ulises fingióse loco para escapar de prestar el servicio militar. Aquis era rey de Gat, una de las cinco grandes ciudades de los filisteos (5,8; 6,17; 7,14; 17,4). El título del salmo 34 alude a este episodio de la fingida locura de David.

David en la cueva de Odulam (22,1-5)

1 Partióse de allí David y huyó a la caverna de Odulam. Al
saberlo, sus hermanos y toda la casa de su padre bajaron a él,
2 y todos los *perseguidos, los endeudados y descontentos se le*
unieron, llegando así a mandar a unos cuatrocientos hombres.
3 De allí fuése David a Masfa, en tierra de Moab, y dijo al rey
de Moab: «Te ruego que acojas entre vosotros a mi padre y a
mi madre hasta que yo sepa lo que de mí hará Dios». 4 Y trajo
a su padre y a su madre al rey de Moab, y allí con él habitaron
mientras estuvo David en la caverna. 5 El profeta Gad dijo a
David: «*No sigas en la caverna; ve y vuelve a tierra de Judá*».
Volvióse David y se refugió en el bosque de Jaret.

De la tierra de los filisteos pasó a la caverna (no *fortaleza*, como traduce Leimbach) de Odulam, localizada en el actual *Tell esh-Sheik Madkur*, cerca de *Jirbet id-el-Miyeh*, a unas tres horas al oeste de Belén y a diez kilómetros al norte de *Beit Gibrin*. No sabemos dónde estaba Masfa de Moab, distinta de la homónima de Galaad (Jue 11, 29). David ruega al rey de Moab acoja a su familia temporalmente, a lo que accedió el monarca. David acude a Moab por descender de aquella tierra por parte de su bisabuela Rut, la moabita (Rut 4,21-22; Mt 1,5). Regresó David a Odulam (24,23), hasta que abandonó el lugar por indicación del profeta Gad (2 Sam 24,11-14.18-25), internándose hacia el sur del territorio de Judá. Pasó al bosque de Jaret, situado a unos doce kilómetros al noroeste de Hebrón y a tres de *Jirbet Qeila*. El bosque es conocido hoy con el nombre de *Kharas* *(Géographie* II 343) [1].

[1] Se ha hecho notar que en los textos de Mari aparece la palabra *Dawidum* con el significado de *jefe de tropa*. Se ha lanzado la hipótesis de que David recibió su nombre de parte de los mercenarios a su servicio. Quizá su nombre primitivo fuera *Elijanán* (2 Sam 21,19) o *Baaljanán* (1 Crón 1,49). Véase M. NOTH, *Geschichte Israels* ed. 2.ª (Gottingen 1954) 165; L. M. VON PAROZDI, *Elhanan der fruhen Name Davids?*: ZAW 67-68 (1955-1956) 251-259. En contra de la conexión del término *Dawidum* con David ver TADMOR: JNES 17 (1958) 129-131.

Doeg el traidor (22,6-10)

**6 Supo Saúl que David y los suyos habían sido vistos y, es-
tando en Gueba en el alto, bajo el tamarindo, con la lanza en
la mano y rodeado de todos sus servidores, 7 les dijo Saúl: «Es-
cuchad, benjaminitas: ¿Va a daros también a vosotros el hijo
de Isaí campos y viñas y va a haceros a todos jefes de mil y je-
fes de ciento, 8 para que así todos os hayáis conjurado contra mí
y no haya nadie que me informe de que mi hijo se ha ligado
con el hijo de Isaí, y nadie de vosotros se duela de mí y me ad-
vierta que mi hijo ha sublevado contra mí a un servidor mío,
para que me tienda asechanzas, como está haciendo?» 9 Doeg
el edomita, que estaba entre los servidores de Saúl, respondió:
«Yo he visto al hijo de Isaí en Nob con Ajimelec, hijo de Ajitob.
10 Ajimelec consultó por él a Yahvé y le dio víveres y la espada
de Goliat el filisteo».**

Sentado en una altura de los alrededores de Gueba, con la lanza, símbolo de su dignidad, en la mano y rodeado de sus servidores, habló Saúl de la conspiración del silencio tramada en torno suyo, culpando a sus servidores de haberse confabulado para ocultarle las maniobras de su propio hijo Jonatán encaminadas a derrocarle. Por sus crisis temperamentales había creado el rey en torno suyo una atmósfera de desconfianza y retraimiento. El silencio de los suyos habíale sugerido la sospecha de que también ellos pensaban pasarse a la causa de David. Pero ¿tendrían mejores perspectivas económicas enrolándose en las filas de David en vez de seguir a las órdenes de Saúl? Por el texto se deduce que Saúl ejercía preferentemente su hegemonía sobre sus hermanos de tribu, de quienes aparece rodeado en esta circunstancia. Los de Judá, relegados a un segundo plano, sentían la causa de David, por pertenecer a su tribu (16,1ss). Doeg (21,8), allí presente, quiso hacer méritos informando al rey de que había visto a David en Nob, añadiendo —detalle que no figura en 21,1-10— que Ajimelec había consultado a Yahvé a petición suya.

Matanza de sacerdotes en Nob (22,11-23)

**11 El rey hizo llamar a Ajimelec, sacerdote, hijo de Ajitob, y
a toda la casa de su padre, los sacerdotes que había en Nob,
y todos vinieron al rey, 12 que dijo: «¿Oyes, hijo de Ajitob?»;
y éste contestó: «Aquí me tienes, mi señor». 13 Y añadió Saúl:
«¿Por qué os habéis ligado contra mí tú y el hijo de Isaí? Tú le
has dado pan y una espada, y consultaste por él a Yahvé para
que él se sublevara contra mí y me tendiera emboscadas, como
lo está haciendo». 14 Ajimelec respondió al rey: ¿Quién de en-
tre todos tus servidores como David, de una probada fidelidad,
yerno del rey, admitido a sus consejos y tan honrado por toda
tu casa? 15 ¿Es acaso ese día el primero en que he consultado
yo a Yahvé por él? Lejos de mí semejante cosa. No me haga el
rey cargos que pesarían sobre toda la casa de mi padre, pues
tu siervo no sabe nada de todo eso, ni poco ni mucho». 16 El
rey le dijo: «Vas a morir, Ajimelec, tú y toda la casa de tu pa-**

**dre»; 17 y mandó a los guardias que tenía cerca: «Volveos y dad
muerte a los sacerdotes de Yahvé, pues han dado mano a Da-
vid y, sabiendo bien que huía, no me informaron de ello». Los
guardias del rey no quisieron poner su mano sobre los sacerdo-
tes de Yahvé. 18 Entonces dijo el rey a Doeg: «Vuélvete y mata
a los sacerdotes». Y Doeg, edomita, se volvió, y él mató aquel
día a los sacerdotes: ochenta y cinco hombres de los que vestían
efod de lino. 19 Saúl pasó también a cuchillo a Nob, ciudad
sacerdotal; hombres y mujeres, niños, hasta los de pecho, bue-
yes, asnos y ovejas, todos fueron pasados a cuchillo. 20 Un hijo
de Ajimelec, hijo de Ajitob, pudo escapar. Llamábase Abiatar;
fue a refugiarse a David 21 y le dio la noticia de que Saúl había
matado a todos los sacerdotes de Yahvé; 22 David dijo a Abia-
tar: «Ya pensé yo aquel día que Doeg, edomita, que estaba en
Nob, no dejaría de informar a Saúl. Soy yo la causa de la muer-
te de toda la casa de tu padre. 23 Quédate conmigo y nada te-
mas, que quien a ti te persigue es quien me persigue a mí, y
aquí estarás bien guardado».**

Rechaza Ajimelec la acusación que le hace de conspirar contra él; pero la manía persecutoria pudo más en Saúl, quien mandó ejecutar a Ajimelec y a toda la casa de su padre. Encargó a los guardias que tenía cerca (hebreo: a los *cursores)* dieran muerte a los sacerdotes de Yahvé. Los *rasim*, los *cursores*, formaban un pelotón de escolta, que corrían delante del carro real (2 Sam 15,1; 1 Re 1,5; 14,27-28). Con este mandato cometía Saúl un sacrilegio por atreverse a poner sus manos sobre personas sagradas. Los guardias de la escolta se negaron a hacerlo; pero no tuvo semejantes escrúpulos el edomita Doeg, su jefe (21,8). Solamente Abiatar escapó de aquella carnicería. Con este acto se cumplía la profecía de Yahvé sobre la suerte de los descendientes de Helí (2,31-33). También el poblado de Nob fue víctima de las iras de Saúl, perdiendo en adelante toda su importancia como ciudad religiosa, reapareciendo incidentalmente sólo dos veces en la historia de Israel (Is 10,28; Neh 11,32). Al huir llevóse Abiatar el *efod*, del que se servirá David para consultar a Yahvé. En adelante, David y Abiatar caminarán juntos tanto en la adversidad como en la prosperidad, hasta que este último abrazó la causa de Adonías, en castigo de lo cual fue desterrado a Anatot, donde terminó sus días (1 Re 2,26-27).

David salva a Queila (23,1-6)

**1 Vinieron a decirle a David que los filisteos estaban atacando
a Queila y habían saqueado las eras; 2 y David consultó a Yah-
vé, preguntando: «¿Iré a batir a los filisteos?» Y Yahvé respon-
dió: «Ve, batirás a los filisteos y librarás a Queila». 3 Pero la gente
de David le dijo: «Aquí, en Judá, tenemos que guardarnos;
¿qué será si vamos a Queila contra las tropas de los filisteos?»
4 Consultó David otra vez a Yahvé, y Yahvé le respondió: «Al-
zate y baja a Queila, pues te he dado los filisteos en tus manos».
5 Fue, pues, David a Queila con su gente y atacó a los filisteos,
los puso en fuga, apoderándose de su ganado y haciéndoles ex-**

perimentar una gran derrota, librando así a los habitantes de Queila. 6 Abiatar, hijo de Ajimelec, que se había acogido a David, bajó con él a Queila, llevando consigo el efod.

David, con sus seiscientos hombres, habita en la región accidentada del sur de Palestina, al borde del desierto y de la Sefela. Un día del mes de junio le llega la noticia de que los filisteos saqueaban las eras de Queila y de que atacaban la ciudad. Hallábase *Queila* en el lugar del actual *Jirbet Qila*, a doce kilómetros al este de *Beit Gibrin* y al sudoeste de Odulam. El v.6 está adulterado en el texto hebraico, pero expresa la idea de que Abiatar acompañó a David en esta expedición militar llevando consigo el *efod*. El grupo de adictos a David aumentaba de día en día (22,1; 23,13; 1 Crón 12,1-22).

Saúl, en persecución de David (23,7-18)

7 Cuando Saúl supo que David había ido a Queila, se dijo: «Dios me lo entrega, pues ha ido a encerrarse en una ciudad que tiene puertas y cerrojos». 8 Saúl reunió al pueblo para la guerra, para bajar a Queila y sitiar en ella a David y a los suyos; 9 pero David supo el mal designio que contra él tramaba Saúl y dijo al sacerdote Abiatar: «Trae el efod»; 10 y luego preguntó: «Yahvé, Dios de Israel, tu siervo sabe que Saúl se dispone a venir a Queila para destruir la ciudad por causa mía. 11 ¿Bajará contra ella Saúl, como a tu siervo le han dicho? Yahvé, Dios de Israel, dígnate descubrírselo a tu siervo». Y Yahvé respondió: «Bajará». 12 Volvió a preguntar David: «Los habitantes de Queila, ¿me entregarán a mí y a los míos en manos de Saúl?» Y Yahvé respondió: «Te entregarán». 13 Entonces se levantó David con su gente, unos seiscientos hombres, y, saliendo de Queila, iban y venían a la aventura. Informado de que David había salido de Queila, suspendió Saúl su marcha. 14 David andaba por el desierto, acogiéndose a los lugares fuertes, y se estableció en la montaña del desierto de Zif. 15 Saúl no dejaba de perseguirle constantemente, pero Dios no le puso en sus manos. Mientras andaba David por el desierto, temió por saber que Saúl se había puesto en campaña para quitarle la vida; y estando en el desierto de Zif, en Joresa, 16 fue en su busca Jonatán, hijo de Saúl, a Joresa, y le animó en Dios, diciéndole: 17 Nada temas, pues la mano de Saúl, mi padre, no te alcanzará. Tú reinarás sobre Israel y yo seré tu segundo. Saúl, mi padre, lo sabe muy bien». 18 Renovaron ambos su pacto ante Yahvé, y, quedándose David en Joresa, Jonatán se volvió a casa.

Alegróse Saúl al saber que David estaba al alcance de su mano. De una ciudad con puertas y cerrojos, se decía Saúl, no podrá escapar. Además es de suponer que los de Queila sintieran cierta simpatía por la causa de Saúl, como lo demuestra el hecho de estar dispuestos a entregar a David. De Queila, en la Sefela, mencionada en una letra de Tell el-Amarna con el nombre de *Qiltu*, se internó David en el macizo montañoso, al sur de Hebrón. La expresión *lugares fuertes* no quiere decir que se estableciera David en ciudades amuralladas, sino que habitó en un terreno quebrado, con profundos

torrentes, acantilados, cavernas y lugares intransitables. Con el nombre de *desierto de Zif* se designa la región inhóspita entre Hebrón y el mar Muerto. La localidad de Joresa se identifica con la actual *Jirbet Khoreisa*, a tres kilómetros al sur de Zif. Esta última localidad dará su nombre al desierto *(midbar)* de que hemos hablado, hallándose en el lugar llamado hoy *Tell Zif*, a siete kilómetros al sur de Hebrón. Desde la colina de Zif se divisa un extenso panorama sobre el desierto. El *midbar* designa una región no cultivada, pero capaz de ofrecer pasto al ganado menor *(son)*. El *midbar* es surcado por torrentes en la estación invernal; tiene montes áridos, que admiten un cultivo rudimentario de cebada, trigo y otros cereales.

Los de Zif traicionan a David (23,19-28)

19 Los de Zif habían ido a Gueba a decir a Saúl: «David está escondido entre nosotros en los lugares fuertes, en Joresa, en la colina de Jaquila, que está al mediodía del desierto. 20 Baja, pues, ¡oh rey!, como estás deseándolo, que ponerle en tus manos es cosa nuestra». 21 Saúl les dijo: «Bendígaos Yahvé por haberos dolido de mi suerte. 22 Pero id, os ruego, y observad mejor todavía por dónde anda, inquirid y ved cuáles son sus andanzas y quién le ha visto, porque, según me han dicho, es muy astuto. 23 Examinad y reconoced todos los escondrijos donde se oculta y volved luego a mí con informes exactos, y entonces iré con vosotros, y si allí está, yo le descubriré entre todas las familias de Judá». 24 Fuéronse, pues, otra vez a Zif, precediendo a Saúl; pero David con los suyos se había retirado al desierto de Maón, al mediodía del desierto. 25 Saúl salió con su gente en busca de David, y, habiéndolo sabido éste, bajó de las rocas, quedándose en el desierto de Maón. 26 Informado de ello Saúl, fue en persecución de David al desierto de Maón. Marchaba él por un lado de la montaña, y David y sus gentes, por el opuesto lado. Mientras se apresuraba David para escapar de Saúl y éste y sus gentes perseguían a David y los suyos para apoderarse de ellos, 27 vino un mensajero a decir a Saúl: «Apresúrate, pues los filisteos han invadido la tierra»; 28 y Saúl hubo de desistir de perseguir a David, para salir al encuentro de los filisteos. Por eso se llama todavía hoy aquel lugar Roca de la Separación.

Los de Zif denunciaron a David. Saúl alabó su lealtad. Díceles que David *es muy astuto* (v.22). Esta frase es equívoca; puede ser que desconfiara Saúl de las intenciones de los zifitas al denunciar a David, que marchó a Jaquila *(Dahret el Kola)*, temiendo que le tendieran un lazo. Puede también ser que con ella amoneste Saúl y ponga en guardia a los de Zif a fin de que se retrajeran de David. Finalmente, otra interpretación posible es la siguiente: Mientras los zifitas le daban la noticia sobre su enemigo, Saúl pensaba en su interior y reflexionaba acerca de las medidas que debía tomar, diciéndose a sí mismo: David es muy astuto; ¿qué hacer para capturarle?

Mientras tanto, David acampó más al sur, «en el desierto de Maón» (Jos 15,55), a catorce kilómetros al sur de Hebrón. Los envia-

dos de Zif regresaron a sus pueblos, siguiéndoles poco después Saúl con su ejército. Un torrente profundo, un verdadero cañón difícil de atravesar, separaba a los dos ejércitos. Unos y otros maniobraban, se espiaban, se temían. Buscaba Saúl un vado propicio para atravesar el torrente y atacar a David. En esta coyuntura, muy crítica quizá para David y sus hombres, llegó a Saúl la noticia de que los filisteos habíanse desparramado por tierras de Israel.

David perdona la vida a Saúl (24,1-23)

1 Subió David y se estableció en los lugares fuertes de En-
gaddi. 2 De vuelta Saúl de perseguir a los filisteos, supo que
David estaba en el desierto de Engaddi, 3 y, tomando tres mil
hombres escogidos de entre todo Israel, iba en busca de David
y los suyos por el roquedo de Jealim; 4 y llegado a unos rediles
que había junto al camino, entró en una caverna que allí había,
para hacer una necesidad. David y sus gentes estaban en el
fondo de la caverna, 5 y los hombres de David decían a éste:
«Ahí tienes el día que Yahvé te anunció, diciéndote que entre-
garía a tu enemigo en tus manos; trátale como bien te parezca».
David se levantó y, acercándose calladamente, cortó la orla del
manto de Saúl. 6 Luego le latía fuerte el corazón por haber cor-
tado la orla del manto de Saúl; 7 y dijo a sus hombres: «Líbre-
me Yahvé de hacer cosa tal contra mi señor, el ungido de Yah-
vé; poner mi mano sobre el que es el ungido de Yahvé». 8 Re-
primió David con sus palabras a los suyos y no dejó que se
echasen sobre Saúl. Levantóse luego Saúl para proseguir su
camino; 9 y entonces se levantó también David y, saliendo de
la caverna, se puso a gritarle: «¡Oh rey, mi señor!» Saúl miró
atrás, y David se echó rostro a tierra, prosternándose; 10 y dijo
luego a Saúl: «¿Por qué escuchas lo que te dicen algunos de
que yo pretendo tu mal? 11 Hoy ven tus ojos cómo Yahvé te
ha puesto en mis manos en la caverna; pero yo te he preser-
vado, diciéndome: «No pondré yo mi mano sobre mi señor,
que es el ungido de Yahvé. 12 ¡Mira, padre mío, mira! En mi
mano tengo la orla de tu manto. Yo la he cortado con mi mano;
y cuando no te he matado, reconoce y comprende que no hay
en mí ni maldad ni rebeldía y que no he pecado contra ti. Tú,
por el contrario, andas a la caza de mi vida para quitármela.
13 Que juzgue Yahvé entre mí y tú y sea Yahvé el que me ven-
gue, que yo no pondré mi mano sobre ti. 14 De los malos, la
malicia, dice el proverbio; pero yo no pondré nunca mi mano
sobre ti. 15 ¿Y contra quién se ha puesto en marcha el rey de
Israel? ¿A quién persigues? A un perro muerto, a una pulga.
16 Juzgue y pronuncie Yahvé entre mí y tú. Que él vea, que
él tome mi causa y que su sentencia me libre de tus manos».
17 Cuando hubo acabado de hablar David, dijo Saúl: «¿Eres tú,
hijo mío, David»? Y, alzando la voz, se puso a llorar y dijo:
18 «Mejor eres tú que yo, pues tú me has hecho bien y yo te
pago con mal. 19 Tú has probado hoy que obras benévola-
mente conmigo, pues que Yahvé me ha puesto en tus manos
y tú no me has matado. 20 ¿Quién es el que se encuentra con
su enemigo y le deja seguir en paz su camino? Que Yahvé
te pague lo que conmigo has hecho hoy. 21 Bien sé ya que tú
reinarás y que la realeza de Israel se afirmará en tus manos

22 Júrame, pues, por Yahvé, que no destruirás a mi descenden-
cia después de mí y que no borrarás mi nombre de la casa de
mi padre». 23 David se lo juró a Saúl, y éste se volvió a su casa,
y David y sus hombres subieron a un lugar fuerte.

La invasión de los filisteos impidió que Saúl se apoderara de David y de los suyos. Una vez terminada la campaña, vuelve Saúl a la carga, seguro de que esta vez capturará a David. No considerándose éste seguro en los terrenos de Maón, marchó hacia el nordeste, en dirección a Engaddi, por ser aquél un terreno más abrupto, con colinas, espesos bosques, cavernas, acantilados, profundos barrancos.

A su paso encuentra Saúl rebaños de ovejas y campamentos de pastores, situados muchas veces en las cercanías de las cuevas. En una de tales cuevas entró Saúl *ut purgaret ventrem*, dice la Vulgata, interpretando fielmente el sentido del texto hebraico, que usa la expresión «taparse los pies» (Jue 3,24), porque durante esta operación cubríanse los judíos los pies con el manto o bordes de la túnica. David le perdonó la vida, limitándose a cortarle la orla del manto. Aun de esta acción tuvo graves remordimientos (literalmente: «le latía fuerte el corazón») (2 Sam 24,10), porque el vestido era considerado como parte de la personalidad (18,4); quien rasgaba el vestido de otro infería una injuria a la persona. En un texto acádico se dice que, ya que el rey no puede trasladarse a todas partes, está representado por la orla de su manto. La misma idea encontramos en Mari.

En el supuesto de que los v.21-23 no son una adición posterior, confiesa Saúl que el reino pasará a manos de David (15,28; 23,17-18), pidiéndole, por consiguiente, que le confirme con juramento (20,42) que no destruirá su descendencia. David se lo juró. Malas circunstancias eran aquéllas para confesar Saúl su derrota y afirmar el triunfo de David y su elevación en el trono. Tampoco era para David aquélla la mejor coyuntura para asegurar a Saúl el respeto hacia su descendencia. Saúl pensaba en Jonatán como sucesor suyo (20,31). A pesar del pacto, desconfían mutuamente. Saúl vuelve a su palacio de Gueba, y David a los riscos de Maón. El autor sagrado no cuenta muchos pormenores de este dramático encuentro de David con Saúl; quizá alguno que ha recogido tiene más valor simbólico que real, a fin de ridiculizar la conducta de todo un monarca empeñado en la persecución de un perro muerto (2 Sam 9,8; 16,9) y de una pulga (26,20). Este relato es paralelo al que se refiere en el c.26.

Muerte de Samuel (25,1)

1 En tanto murió Samuel, y todo Israel se reunió para llorar-
le, y fue sepultado en su casa en Rama. David bajó al desierto
de Maón.

Anticipadamente se da la noticia de la muerte y sepultura de Samuel. De este hecho se habla nuevamente en 28,3. Dice el texto que fue sepultado «en el sepulcro de su casa en Rama». La expresión

en su casa debe tomarse en sentido amplio de sepulcro familiar, que se encontraba en las afueras de la población, en una necrópolis (28,3; 1 Re 2,34) o en un patio o jardín contiguo a la casa. Debe excluirse la sepultura bajo el pavimento, ya que, según Núm 19,14, la casa hubiérase contaminado de manera permanente con la presencia de un cadáver en los sótanos. No señala el texto sagrado la duración de los días de luto por Samuel, que acaso fueron siete. Tampoco indica la edad que tenía al morir; por varios datos del texto se deduce que era de avanzada edad (8,1). Debía de ser así, por cuanto Dios premia con una vida larga a los que fielmente le sirven. Con su muerte desaparecía una figura señera en Israel. Samuel gozó de mucho prestigio en la tradición israelita, tanto que Jeremías (15,1) lo compara a Moisés por su poder de intercesión, y el autor del Eclesiástico canta profusamente sus gestas (46,13-20). Lo primero que aparece en Samuel es su acendrado yahvismo. Movido por el celo de Dios, luchó contra los filisteos, que amenazaban la independencia de la heredad de Yahvé; se opone, en cuanto le fue posible, a la institución de la monarquía, por considerarla como un atentado al dominio absoluto de Yahvé, único y supremo rey de Israel. Cuando, por inspiración divina y por la voluntad popular, viose constreñido a ungir a Saúl por rey de Israel, le recuerda que su poder viene de Dios, que sus atribuciones están limitadas, recortadas por la voluntad divina; que el rey es, en fin, un representante del verdadero rey de Israel, Yahvé. Al desviarse Saúl del camino recto, no temió Samuel echarle en cara su infidelidad, sacrificando sus simpatías personales a los intereses de Dios. Samuel fue un hombre austero, severo consigo mismo y con el prójimo. Quiere a Saúl, le aconseja, intercede por él y, a pesar de sus descarríos, no le abandona jamás en sus oraciones. A Samuel cupo la suerte de ungir como sucesor de Saúl a un hombre según el corazón de Yahvé (13,14). En el Martirologio romano se recuerda su fiesta el 20 de agosto.

Negativa de Nabal (25,2-17)

**2 Había en Maón un hombre muy rico, cuyos bienes estaban
en el Carmel; tenía tres mil ovejas y mil cabras. Hallábase en
el Carmel para el esquileo de sus ovejas. 3 Llamábase el hom-
bre Nabal, y su mujer Abigaíl; era una mujer de mucho en-
tendimiento y muy hermosa, mientras que él era un hombre
duro y malo; era del linaje de Caleb. 4 Supo David en el de-
sierto que Nabal estaba de esquileo, 5 y le mandó diez mozos,
a los que dijo: «Subid al Carmel e id en busca de Nabal; y des-
pués de saludarle de mi parte, 6 le habláis de esta manera: La
paz sea contigo, con tu casa y con cuanto tienes. 7 He sabido
que estás de esquileo. Pues bien, tus pastores han estado tiem-
po con nosotros; nunca les hemos hecho ningún mal ni les ha
faltado nada del ganado mientras han estado en el Carmel.
8 Pregúntales a ellos y te lo dirán. Que hallen, pues, gracia a
tus ojos estos mozos, ya que llegamos en un día de júbilo. Da,
pues, a tus siervos y a tu hijo David lo que halles a mano».
9 Cuando llegaron los hombres de David y en nombre de éste**

**repitieron todas sus palabras, se quedaron esperando; 10 pero
Nabal les respondió: «¿Quién es David y quién el hijo de Isaí?
Son hoy muchos los siervos que andan huidos de su señor.
11 ¿Voy a tomar yo mi comida y mi bebida y el ganado que
he matado para mis esquiladores para dárselo a gente que no
sé de dónde es?» 12 Los servidores de David, dando media
vuelta, tomaron el camino y se tornaron, y, una vez llegados,
repitieron a David lo que Nabal les había dicho. 13 Entonces
David dijo: «Cíñase cada uno su espada». Ciñéronsela, y se
ciño también David la suya, y salió con unos cuatrocientos
hombres, dejando doscientos custodiando el bagaje. 14 Uno de
los criados de Nabal fue a decirle a Abigaíl, su mujer: «David
ha mandado del desierto unos mensajeros a saludar a nuestro
amo, que los ha tratado duramente. 15 Siempre esas gentes se
mostraron buenas con nosotros y nunca nos molestaron ni nada
nos faltó de nuestros rebaños cuando estábamos en el campo.
16 Antes nos servían de defensa de noche y de día todo el tiem-
po que estuvimos con ellos guardando el ganado. 17 Mira tú
lo que has de hacer, porque la pérdida de nuestro amo y de su
casa es segura, y es tan malo, que no se le puede hablar».**

Según el texto griego, marchó David a Maón; según el masorético, a Farán. Por el contexto prevalece la lección de los LXX, por encontrarse Farán (Gén 21,21; Núm 10,12; 12,16) al sur del Negueb y del mar Muerto, mientras que Maón (23,25) no estaba lejos de Engaddi ni de Carmel, de que habla el texto a continuación. Por los contornos de Maón vivía Nabal, del linaje de Caleb (Jos 15,13; Jue 1,12), con propiedades y mucho ganado. Por otra parte, él, como indicaba su nombre (*nabal* = necio, bruto, estúpido), carecía de virtudes personales y cívicas. Supo David que Nabal había subido al Carmel para el esquileo de las ovejas (Gén 38,12). El esquileo duraba muchos días, durante los cuales se organizaban fiestas a las que acudían familiares y amigos (2 Sam 13,23ss). Con esta ocasión asistían también los pobres, que comían hasta saciarse. También David pensaba beneficiarse de aquella fiesta para proveer al sostenimiento de sus hombres. En su petición hicieron constar los enviados que, a pesar de la escasez de alimentos y de convivir con los pastores de Nabal, nunca se apropiaron indebidamente de alguna res. Por lo mismo, lo que le pedían era una recompensa por su buena conducta durante el año. Nabal se desató en improperios e injurias contra David y los suyos, calificándolos de rebeldes, de haraganes, que huían del yugo del rey. La actitud de Nabal puede explicarse, o porque temía a Saúl, recordando lo de Nob, o porque era partidario decidido de su método de gobierno.

Sale Abigaíl al encuentro de David (25,18-31)

**18 En seguida Abigaíl cogió doscientos panes, dos odres de
vino, cinco carneros ya compuestos, cinco medidas de trigo
tostado, cien atados de uvas pasas y doscientas masas de higos
secos, y, haciéndolo cargar todo sobre asnos, 19 dijo a sus cria-
dos: «Pasad vosotros delante, que yo os sigo». Nada dijo a su**

marido; [20] y cuando, montada en su asno, bajaba por lo cubierto del monte, se encontró con David y su gente, que bajaban frente a ella. [21] David se había dicho: «Muy en vano he guardado yo todo cuanto ese hombre tiene en el desierto, y he hecho que nada de lo suyo le faltara; me ha pagado mal por bien. [22] Que castigue Dios a su siervo David si de aquí al alba queda con vida un solo hombre en todo lo de Nabal». [23] En cuanto Abigaíl se dio cuenta de la presencia de David, bajóse del asno y, echándose ante David rostro a tierra, [24] se prosternó a sus pies y le dijo: «Caiga sobre mí, señor, la falta. Deja que te hable tu esclava y escucha sus palabras. [25] No haga cuenta mi señor de ese malvado de Nabal, porque es lo que su nombre significa, un necio, y está loco. Yo, mi señor, no vi a los que mi señor envió. [26] Y ahora, mi señor, como vive Yahvé, que te ha preservado Yahvé de derramar sangre y tomar por tu mano la venganza, ojalá que todos tus enemigos y cuantos te persiguen sean como Nabal. [27] Ahí tienes este presente que tu sierva trae a mi señor; que se reparta entre la gente que sigue a mi señor. [28] Perdona, te ruego, la falta de tu sierva, pues, de cierto, Yahvé hará a mi señor casa estable, ya que mi señor combate los combates de Yahvé, y no vendrá sobre ti el mal en todo el tiempo de tu vida. [29] Si alguno se levanta para perseguirte y buscar tu vida, la vida de mi señor estará atada en el haz de los vivos ante Yahvé, tu Dios, y la de tus enemigos será volteada dentro de lo cavo de la honda. [30] Cuando Yahvé haga a mi señor todo el bien que le ha prometido y le haga jefe de Israel, [31] no sentirá mi señor el remordimiento de haber derramado sangre inocente y de haberse vengado por su mano. Cuando, pues, Yahvé favorezca a mi señor, acuérdate de tu esclava».

Apresuróse Abigaíl a deshacer el entuerto de su marido. David, con un contingente de hombres armados, se dirigía a Carmel. En el camino hizo David un juramento (3,17; 14,44; 20,13), en virtud del cual recae sobre la persona que lo profiere el mal que desea a otro en caso de no ponerlo en práctica. De ahí que las palabras «a los enemigos de David», que trae el texto masorético, deben considerarse como una glosa de un escriba, deseoso de evitar que cayeran sobre David los efectos de una maldición que, al no ponerla en práctica, debía recaer sobre él. Al final del v.22 se lee que no dejará David con vida de la casa de Nabal «ni al que mea en la pared», frase usada repetidamente en la Biblia (1 Re 14,10; 16,11; 21,11), que no debe entenderse de una distinción entre hombre y mujer ni entre el niño y el joven, que cubre sus pies al hacer esta necesidad (24,4), sino del perro. Con esta expresión quiere el autor expresar que David no dejará con vida a ninguna persona y animal que pertenezca a la casa de Nabal. Es de notar, dice Ubach, que la palabra hebraica *mashtin, el que orina*, se ha conservado en la palabra castellana *mastín*, que designa una raza canina.

Abigaíl, cuyo nombre significa *mi padre es alegre*, pide disculpa por la conducta de su marido, impío y malo (Is 32,5). Abigaíl habla en términos claros del reinado de David y de la permanencia de sus descendientes en el trono, tal como le prometió más tarde el profeta Natán (2 Sam 7,12).

En un saquito como en el de la mirra de la esposa de los Cantares (Cant 1,12) guarda Dios a los que ama, conservando su vida; a los condenados a muerte los lanza lejos, como con una honda. Los judíos suelen grabar sobre sus tumbas las cinco letras iniciales *t s n b h*, del versículo: «Que su alma se guarde en el cofre de la vida», que corresponden a la inscripción cristiana R. I. P. La imagen mencionada es análoga a la del «libro de la vida» (Sal 69,29; Is 4,3; Dan 12,1). La expresión «saquito de vida» se encuentra en una inscripción judía del siglo VI de Tortosa.

Abigaíl regresa a su casa (25,32-38)

[32] David dijo a Abigaíl: «¡Bendito Yahvé, Dios de Israel, que te ha mandado hoy a mi encuentro! [33] ¡Bendita tu sabiduría y bendita tú, que me has impedido hoy derramar sangre y vengarme por mi mano! [34] De otro modo, ¡vive Yahvé, Dios de Israel, que no me dejó hacer el mal!, si tú no te hubieras apresurado a venir a mi encuentro, que de aquí al alba no le hubiera quedado a Nabal hombre vivo». [35] David recibió de la mano de Abigaíl lo que ella había traído, y le dijo: «Sube en paz a tu casa; te he oído y he acogido tu petición». [36] Volvióse Abigaíl a casa de Nabal. Hallábase éste sentado a un gran banquete, como de rey, y estaba enteramente ebrio. Nada le dijo ella, ni poco ni mucho, hasta ser de día; [37] pero a la mañana, cuando ya había digerido el vino, le contó su mujer lo que había pasado, y el corazón se le quedó como muerto, como una piedra. [38] Unos diez días después, Yahvé hirió a Nabal y murió éste.

Quedó David satisfecho de la acción de Abigaíl y reconocido por las muestras de veneración y simpatía que le había manifestado. David tendrá en cuenta la petición que le ha hecho Abigaíl. Al regresar la mujer a su casa, contó a Nabal lo sucedido, muriendo éste a los pocos días fulminado por un ataque de apoplejía, cumpliéndose lo del v.29 de que Dios le arrojó a la región de los muertos como piedra lanzada por la honda.

Abigaíl, mujer de David (25,39-44)

[39] Cuando supo David la muerte de Nabal, se dijo: «¡Bendito Yahvé, que ha defendido mi causa contra el ultraje que me hizo Nabal e impidió a su siervo hacer el mal! Yahvé ha hecho que la maldad de Nabal recayera sobre su cabeza». Después mandó mensajeros a Abigaíl para proponerla que quería tomarla por mujer. [40] Llegados a casa de Abigaíl, en el Carmel, los mensajeros la hablaron de esta manera: «David nos envía a ti para decirte que quiere tomarte por mujer». [41] Ella se levantó y, postrándose rostro a tierra, dijo: «Que tu sierva sea una esclava para lavar los pies a los servidores de mi señor». [42] Levantóse luego Abigaíl y, montando sobre su asno, acompañada de cinco de sus mozas, siguió a los mensajeros de David, y fue su mujer. [43] David tomó también por mujer a Aji-

noam, de Jezrael. Una y otra fueron mujeres de David. [44] Saúl había dado su hija Micol, mujer de David, a Paltí, de Galim, hijo de Lais.

No debe interpretarse el texto en el sentido de que se alegró David de la muerte de su enemigo; únicamente quiere decir que acató la voluntad de Dios al quitar de en medio al enemigo de su causa. La mujer de David llamábase Ajinoam (14,50), natural de un pueblecito llamado Yezrael (Jos 15,55-56), de los alrededores del Carmel, en el desierto de Maón. Ahora entra también en casa de David Abigaíl; las dos esposas reaparecen en 27,3; 30,5. Ya hemos visto que, paulatinamente, de la monogamia se pasó en Israel a la poligamia [1]. En una sociedad en que se admitía la poligamia, se consideraba como señal de poderío y de riquezas el tener un harén numeroso. Cuando David reinaba en Hebrón tenía ya seis mujeres (2 Sam 3,2-5), que aumentaron con el tiempo (2 Sam 5,13; 15,16; 16,21-22). Saúl retiróle su hija Micol (18,20-27), que entregó por mujer a un hombre llamado Paltí (en 2 Sam 3,15 es conocido por Paltiel), de Galim, al norte de Jerusalén, a un kilómetro al oeste de Anata (Is 10,30). Los dos nombres, Galim y Lais, reaparecen también juntos en el citado texto de Isaías. Con el matrimonio con Abigaíl ganaba David para su causa al clan de los calebitas, que habitaban en la rica y piadosa ciudad de Hebrón (Jos 15,13-19; Jue 1,12-15), y se apoderaba de una hacienda considerable. Este matrimonio le asegurará además un refugio incondicional todas cuantas veces tenga que huir de las iras de Saúl y le proporcionará un contingente de hombres que apoyará su encumbramiento en el trono de Israel.

Saúl a la caza de David (26,1-6)

[1] Vinieron los de Zif a Saúl, a Gueba, y le dijeron que David estaba en la colina de Jaquila, al mediodía del desierto; [2] y, levantándose, bajó al desierto de Zif, llevando consigo tres mil hombres, escogidos de Israel, al desierto de Zif, en busca de David. [3] Acampó Saúl sobre la colina de Jaquila, frente al desierto, junto al camino. David andaba por el desierto. Sabiendo David que había venido Saúl al desierto en busca suya, [4] mandó espías que le informaran que Saúl venía por el camino de Queila. [5] Levantóse y fue al campo donde acampaba Saúl y exploró el lugar donde dormía con Abner, hijo de Ner, jefe de su ejército. Dormía Saúl en la barricada, en derredor de la cual acampaba la gente. [6] Dirigiéndose, pues, a Ajimelec, jeteo, y a Abisaí, hijo de Sarvia, hermano de Joab, les dijo: «¿Quién baja conmigo al campo de Saúl?» Abisaí contestó: «Yo bajaré contigo».

Al leer el texto, asoma a la mente la duda de si nos hallamos frente a una repetición, con algunos pormenores nuevos, de los sucesos narrados en el c.24, o de dos versiones diferentes de un

[1] A. GELIN, *Le passage de la polygamie à la monogamie:* «Mélanges Podechard» (Lyón 1945) 135-146. Véase, sin embargo, W. PLAUTZ, *Monogamie und Polygynie im Alten Testament:* ZAW 75 (1963) 3-26.

mismo hecho. Cree De Vaux que se trata de dos maneras de poner de relieve la generosidad de David, no excluyendo una influencia recíproca de los dos relatos en su redacción final. Anomalías que se observan en el texto sugieren que aun esta segunda tradición no es homogénea; a veces se decía que fue David sólo por la lanza de Saúl (v.22); otras, que fueron David y Abisaí (v.6-7.11) los que se apoderaron de la lanza y de la cantimplora de Saúl (v.11-12.16). Algunos autores (UBACH, MEDIEBELLE, LEIMBACH) ven en el texto el relato de hechos distintos de los que aparecen en el c.24. En efecto, hay diferencias de lugar (Zif), de tiempo (medianoche, cuando todo el mundo duerme), de personas (Abisaí, Abner) y de discursos.

De nuevo son los de Zif (23,19) los que denuncian la presencia de David en su tierra. Como en 24,3, acude allí Saúl con tres mil hombres, acampando en la colina de Jaquila (23,19). David, de noche acaso, como dice el texto griego, marchó en secreto a inspeccionar el campo donde dormían Saúl y Abner (14,51; 17,55). De regreso a su campamento invitó a Ajimelec, jeteo, con nombre hebreo (21,2; 22,9), y a Abisaí a ir con él al campamento enemigo. Abisaí era hijo de Seruya, hermana de David, la cual, según 1 Crón 2, 16, tuvo tres hijos: Joab, Abisaí y Azael (2 Sam 2,18). De Ajimelec no se tienen otras noticias.

David en el campamento de Saúl (26,7-12)

[7] Llegaron David y Abisaí y encontraron a Saúl durmiendo en el medio del campamento, con la lanza clavada en tierra, junto a la cabecera. Abner y la gente dormía en torno de él. [8] Abisaí dijo a David: «Dios ha entregado hoy en tus manos a tu enemigo. Déjame que ahora mismo le atraviese con mi lanza y de un golpe le clave en la tierra; no tendré que repetir». [9] Pero David le dijo: «No le mates. Quien pusiere su mano sobre el ungido de Yahvé, ¿quedaría impune?» [10] Y añadió: «Tan cierto como vive Yahvé que, si no le hiere él y le llega su día y muere, o muere en la guerra, [11] Yahvé me libre de poner la mano sobre su ungido. Coge la lanza y el jarro que está junto a la cabecera, y vámonos». [12] Llevóse David la lanza y el jarro que estaban junto a la cabecera de Saúl, y se fueron. Nadie los vio, ni se dio nadie cuenta de nada; nadie se despertó, todos dormían, pues había hecho caer Yahvé sobre ellos un profundo sopor.

Como en 24,5.11, impide David que Abisaí levante su mano contra el ungido de Yahvé. Con un juramento (14,39; 19,6; 20,1) asegura David que Dios herirá a Saúl (25,38), haciendo que perezca de muerte natural o en combate. Afirma el autor sagrado que este hecho pudo llevarse a cabo gracias a que Yahvé hizo «caer sobre ellos un profundo sopor» *(tardemath Yahweh)* (Gén 2,21; 15,12).

David habla a Saúl y a Abner (26,13-25)

**13 David pasó al otro lado y se puso lejos, sobre la cumbre
de una colina, separándolos largo trecho, 14 y gritó a la gente
y a Abner, hijo de Ner: «¡Abner! ¿No contestas?» Abner res-
pondió: «¿Quién eres tú que así me llamas?» 15 David dijo a
Abner: «¿No eres tú un valiente? ¿Quién como tú en Israel?
¿Cómo no guardas a tu rey y señor? 16 Alguien ha venido a
matar al rey, tu señor. Eso no está bien. Como vive Yahvé, que
mereces la muerte por no guardar a tu señor, el ungido de
Yahvé. Busca la lanza y el jarro que tenía el rey junto a su ca-
becera». 17 Saúl conoció la voz de David y dijo: «¿Eres tú, hijo
mío, David?» David contestó: «Yo soy, ¡oh rey, mi señor!»,
18 y añadió: «¿Por qué persigue el rey a su siervo? ¿Qué he
hecho yo? ¿Qué crimen he cometido? 19 Si es Yahvé quien te
excita contra mí, que El reciba el olor de una ofrenda; pero,
si son los hombres, malditos sean de Yahvé, pues me echan
ahora de mi puesto en la heredad de Yahvé, diciendo: «Vete a
servir a dioses ajenos». 20 Que no caiga mi sangre sobre la tierra
lejos de la faz de Yahvé, ya que el rey se ha puesto a perseguir-
me como se persigue por los montes a una perdiz». 21 Saúl
dijo: «He pecado. Vuelve, David, hijo mío, que yo no te haré
ya mal, puesto que mi vida ha sido hoy preciosa a tus ojos. He
obrado como un insensato y he faltado mucho». 22 David res-
pondió: «Aquí tienes tu lanza, rey. Que venga un mozo a bus-
carla. 23 Yahvé dará a cada uno según su justicia y su fidelidad.
Hoy te ha puesto en mis manos, y yo no he querido alzar mi
mano contra el ungido de Yahvé. 24 Como ha sido hoy preciosa
tu vida a mis ojos, así lo sea la mía a los ojos de Yahvé y me li-
bre él de toda angustia». 25 Saúl dijo a David: «¡Bendito seas
hijo mío, David! Afortunado serás en todas tus empresas».
David prosiguió su camino y Saúl se volvió a su casa.**

David reprocha a Abner de no custodiar convenientemente al monarca. Para David son los «hijos de hombre» (Gén 11,5; Deut 32,8) los que pretenden arrojarle de la heredad de Yahvé (Deut 4,20; 9,26) y hacer que se ponga al amparo y protección de los dioses de la nación a que vaya. En una palabra, pretenden que David abjure de su religión, que abandone a Yahvé y rinda culto a los dioses extranjeros. Era muy difundida la creencia de que los dioses tenían una zona de influencia limitada por las fronteras de la nación (Jue 11,24; 1 Re 20,23). A la tierra extranjera era equiparado el desierto, considerado como tierra maldita, lugar donde no llega la acción bienhechora de Dios; país donde mandan los sátiros, Lilit y Azazel (Is 13,21; 34,13-15).

Saúl se arrepiente de su proceder y acaba por anunciar a David que será afortunado en todas sus empresas. Cada uno de los contratiempos que sufre David sirven para que sus enemigos, o las personas allegadas a ellos, proclamen que Yahvé le «creará una casa estable» (25.28), «que la realeza de Israel se afirmará» en sus manos (24,21) y que «afortunado serás en todas tus empresas» (26,25).

David entre los filisteos (27,1-12)

**1 David se dijo: «Un día u otro voy a perecer a manos de
Saúl; lo mejor será que luego me refugie en la tierra de los filis-
teos, para que desista Saúl de buscarme en la de Israel; así es-
caparé de sus manos». 2 Levantóse, pues, y pasó con los seis-
cientos hombres que le seguían a la tierra de Aquis, hijo de
Maoc, rey de Gat. 3 Quedóse con sus gentes cerca de Aquis,
en Gat, cada uno con su familia. David con sus dos mujeres,
Ajinoam de Jezrael y Abigaíl de Carmel, mujer de Nabal. 4 Sa-
biendo Saúl que David había huido a Gat, no volvió a perse-
guirle. 5 David dijo a Aquis: «Si he hallado gracia a tus ojos,
que me designen en una de las ciudades del campo un lugar
donde habitar. ¿Para qué ha de habitar tu siervo en la ciudad
real?» 6 Entonces le designó Aquis Siceleg, y por eso Siceleg
pertenece hasta hoy a los reyes de Judá. 7 El tiempo que pasó
David entre los filisteos fue de un año y cuatro meses. 8 David
y sus gentes subían y hacían excursiones contra los guesuria-
nos, contra los gizritas y contra los amalecitas, pues todos éstos
habitaban la región, desde Telam, según se va al sur, hasta el
Egipto. 9 David asolaba estas tierras, sin dejar vivos hombre
ni mujer, apoderándose de ovejas, bueyes, asnos, camellos y
vestidos, y se volvía a Aquis. 10 Este le preguntaba: «¿A quién
habéis atacado hoy?» David contestaba: «Al mediodía de Judá,
al mediodía de Jerameel, al mediodía de los quineos». 11 David
no dejaba con vida hombre ni mujer, trayéndolos a Gat por
temor de que informasen contra ellos, diciendo: «Esto es lo
que ha hecho David». Así procedió todo el tiempo que estuvo
en la tierra de los filisteos. 12 Aquis se fiaba de David y se decía:
«Se está haciendo odioso a su pueblo, y será para siempre mi
servidor».**

Barruntaba David que no eran sinceras las muestras de arrepentimiento de Saúl, por lo cual, temiendo caer algún día en sus manos, traicionado por los de Zif o los de Queila, y no teniendo en el desierto de Zif y de Maón provisiones suficientes para sus hombres, decidió marchar a tierra de filisteos y ponerse al servicio del rey de Aquis, con el que estuvo antes (21,11-16). En esta ocasión desciende con seiscientos hombres, doscientos más que la primera vez, «cada uno con su familia» (v.3). El texto llama a Aquis hijo de Maoc (Maaca según 1 Re 2,39), detalle que no figura en el c.21, que el autor de este relato parece ignorar. Al cuidado de David entregó Aquis la ciudad y territorio de Siceleg, entre Gaza y Bersebá, perteneciente a la tribu de Judá y de Simeón (Jos 15,31; 19,5). Con esta política creía el rey Aquis tener asegurada la frontera sudeste de su reino.

David y los suyos operaban por aquellos contornos, con golpes de mano contra los amalecitas (15,2), los guesurianos (Jos 13,2) y los gizritas, tribu desconocida. Todos habitaban al este del *negueb* de Judá, en el área filistea (30,14). Como Jefté (Jue 11,3), David y su gente vivían de lo que les producían las algaras en países enemigos. Creía Aquis que David atacaba la tierra de Israel; en realidad, hacía sus incursiones contra las tribus que habitaban en el desierto entre Palestina y Egipto. En el texto se distinguen tres regiones

en el sur de Palestina: 1) el *negueb* de Judá (2 Sam 24,7); 2) el *negueb* de Jerameel, al sudeste de Bersabé, y 3) el *negueb* de los quineos, que vivían mezclados con los amalecitas, siendo, sin embargo, aliados de los israelitas (15,4-6). Equívoca era la situación de David, y gracias a su habilidad pudo mantenerla por largo tiempo. El autor sagrado refiere lo que la historia narraba acerca de la actividad de David en tierra de filisteos, sin emitir juicio alguno sobre la moralidad de sus actos.

Los filisteos, en guerra contra Israel (28,1-2)

1 Por aquel tiempo reunieron los filisteos sus tropas en un
solo ejército para ir contra Israel. Aquis dijo entonces a David:
«Sabrás que has de venir conmigo a la campaña, tú y tus hom-
bres». 2 David le contestó: «Ya verás lo que hace tu siervo».
Aquis añadió: «Yo te confiaré la guardia de mi persona para
siempre».

Los *seranim* de la Pentápolis filistea gozaban de cierta autonomía en sus respectivos territorios, pero se unían en las empresas de carácter nacional. Los filisteos reunieron sus tropas de choque (17,1; Jue 4,15) para guerrear contra Israel. Aquis creyó poder contribuir a la causa aportando los servicios de un valiente. Pero esta circunstancia puso a David en situación comprometida. De su conducta equívoca dudaron algunos príncipes de los filisteos, como se verá más adelante (29,3).

Noticia sobre Samuel (28,3)

3 Había muerto Samuel. Todo Israel le había llorado, y había sido sepultado en Rama, su ciudad. Saúl había hecho desaparecer de aquella tierra a todos los evocadores de los muertos y adivinos.

Como preámbulo de lo que referirá el autor a continuación, recuerda dos hechos: la muerte de Samuel y la orden de Saúl contra los evocadores de los muertos y adivinos. En 25,1 se dijo que Samuel murió y que fue enterrado en el sepulcro de familia de Rama. En calidad de profeta recibía sus confidencias de Dios y las comunicaba a los hombres. Helí y Saúl conocían bien estas funciones de Samuel. Habiendo desaparecido él y no disponiendo del *efod* ni del sumo sacerdote Abiatar, se encontraba Saúl en situación angustiosa, por no saber cuál era la voluntad de Dios y cuál el éxito de sus empresas. Desaparecido el carisma profético en torno a Saúl, por todas partes, y por contaminación con los cananeos y otros pueblos paganos, pulularon los *magos et ariolos* (2 Re 21,6; Is 8,19), que el texto hebraico llama *aboth* y *yidhonim*, nigromantes y adivinos, respectivamente. La primera palabra significa literalmente *los espíritus de los muertos*, o las personas que evocan estos espíritus, que en lenguaje moderno llamaríamos *medium*. La segunda deriva de la raíz *yadah*, saber, y de ahí su significado de adivinos, aplicado a los hombres que conocen la ciencia oculta. La Ley prohibía el ejercicio de la hechicería (Lev 19,31; 20,6; Deut 18,11), y Saúl lo había combatido, quizá por anunciarle cosas desagradables, no atreviéndose nadie a ejercerla en público. Por todo el contexto se ve que cada día se encontraba Saúl más solo. En cambio, al servicio de David está Abiatar, sumo sacerdote, con el *efod* (23,9-10), y el profeta Gad (22,5), que le avisaban en los peligros. Aún más, Dios se ha alejado de Saúl y se ha puesto de parte de David; el resultado final se vislumbra cada vez más diáfano.

Los filisteos en Esdrelón (28,4-7)

4 Los filisteos, reuniéndose, vinieron a acampar en Sunam
y Saúl, reuniendo a todo Israel, acampó en Gelboé. 5 A la vista
del campamento de los filisteos, Saúl tembló y se le agitó el co-
razón. 6 Consultó a Yahvé, pero Yahvé no le respondía ni por
sueños, ni por los «urim» ni por profetas, 7 y dijo a sus servidores:
«Buscadme una pitonisa para que vaya a consultarla». Sus ser-
vidores le dijeron: «En Endor hay una pitonisa».

Un ataque en forma contra Israel partió de la tierra de los filisteos, que se concentraron en Afec, en la planicie de Sarón, para dirigirse a la de Esdrelón. Cree Desnoyers que, en su marcha hacia el norte, el ejército filisteo vio engrosar sus efectivos con gentes de los *zakalas*, de Dor, cananeos de las ciudades autónomas y por grupos de egeos, establecidos principalmente en la región de Betsán (*Histoire* II 127). Los filisteos acamparon en Sunam, ciudad de la tribu de Isacar (Jos 19,18)[1]. Saúl reunió su ejército y acampó cerca de Jezrael, la actual *Zerin*, a unos seis kilómetros de Sulam, en un lugar de la pendiente norte de los montes de Gelboé, retrasando más tarde el campamento hacia las cimas del monte, el actual *Gebel Fuquah*. Desde aquel observatorio pudo divisar Saúl todo el movimiento del ejército filisteo y examinar sus efectivos; a su vista, y ante la comparación con las fuerzas de que disponía él, «se le agitó el corazón». Los israelitas eran fuertes en la montaña, pero extremadamente débiles en el llano.

Ante el peligro, Saúl encontrábase solo. El cielo enmudeció a sus preguntas; Yahvé no le respondió ni por sueños, medio muy común de comunicarse Dios con los hombres (Gén 28,12; 37,5; Núm 12,6; Jer 23,28), ni por los profetas (9,9), ni por los *urim*, o suertes sagradas (14,41). Por el texto parece que Saúl había sustituido los *urim* y *tummim* que se había llevado Abiatar por otros nuevos (23,6). Viendo que Dios no le hablaba por ningún medio lícito, recurrió al de la evocación de los muertos.

[1] El poblado de Sunam (el actual Sulam) hállase en la pendiente sudoeste de la colina de Moreh, en la división de las aguas entre el torrente Cisón y el valle de Jezrael. Era Sunam un nudo importante de comunicaciones. Se cita en la lista de las ciudades conquistadas por Tutmosis III. En los tiempos de Tell el-Amarna fue saqueada por las tropas del rey de Siquem. Al apoderarse de ella los filisteos, cortaron las comunicaciones entre Galilea y Samaria. Los filisteos fijaron su campamento al norte del valle de Jezrael. En 29,1 se dice que estaban todavía en Afec (4,1).

La pitonisa de Endor (28,8-14)

8 Y Saúl, disfrazándose, fue allá acompañado de dos hombres.
Llegados de noche a la casa de la mujer, Saúl le dijo: «Predime
lo por venir, evocando a un muerto, el que yo te diga». 9 Ella
contestó: «Bien sabrás lo que ha hecho Saúl, que ha borrado
de esta tierra a todos los evocadores y adivinos. ¿Me tiendes un
lazo para hacerme morir?» 10 Saúl le juró por Yahvé, diciendo:
«Como vive Yahvé que por esto no te ha de venir ningún mal».
11 Díjole la mujer: «¿A quién he de evocar?» Y Saúl contestó:
«Evócame a Samuel». 12 A la vista de Samuel, la mujer lanzó
un grito y dijo a Saúl: 13 «¿Por qué me has engañado? Tú eres
Saúl». El rey le dijo: «No temas. ¿Qué es lo que ves?» La mu-
jer dijo a Saúl: «Veo un dios que se alza de la tierra». 14 «¿Y cuál
es su figura?», preguntó Saúl. Ella respondió: «Es un anciano
que sube envuelto en su manto». Comprendió Saúl que era
Samuel y se prosternó rostro a tierra.

Endor, hoy *Endur*, se encuentra al pie de la vertiente norte del Pequeño Hermón (actual *Gebel Nehi Dahi*). Disfrazado marchó allí Saúl acompañado de dos hombres. Ante le insistencia de los visitantes, la mujer se prestó a evocar al espíritu que desearan, o, como dice el texto, a hacer subir del *sheol* al difunto con el cual se quería comunicar. Era creencia general que los muertos habitaban en las profundidades de la tierra (Núm 16,33). No sabemos qué actitud externa tomó la hechicera de Endor al entrar en funciones, ni habla el texto de los ritos que puso en práctica, por creer el autor sagrado que eran conocidos de todos. De repente vio la pitonisa una figura que Saúl no pudo divisar. A su vista, la mujer lanzó un grito, por parecerle que del *sheol* subía un ser extraordinario, semejante a un dios. Se trataba de un anciano venerable cubierto con un manto *(meil)*, que Saúl identificó inmediatamente. La figura de Samuel impresionó a la vidente, poco acostumbrada a la aparición de seres sobrehumanos, extraordinarios; el que la mujer veía parecía un *elohim* (Gén 3,5; Jue 13,22; Sal 8,6). El participio del plural *alim*, ascendentes (Vulg.), establece una diferencia entre este *elohim* [2] y el verdadero Dios. Saúl no se inmuta al oír este nombre de *elohim* en boca de la vidente ni se prosterna en señal de adoración. Unicamente cae de rodillas, rostro en tierra, al comprender que el difunto que *subía* (2,6) del *sheol* era Samuel. Pero tampoco este gesto del monarca debe interpretarse como un acto de adoración, sino de respeto y veneración hacia un profeta que él, no obstante las escenas violentas habidas entre los dos, amaba de corazón. De tales actos tenemos innumerables ejemplos (1 Sam 24,9; 1 Re 1,16.23.31). El muerto conserva los rasgos externos que le caracterizaban en vida; la mujer le ve, le contempla, en tanto que Saúl oye solamente su voz.

2 La palabra se emplea también para designar a hombres poderosos. H. KRUSE, *Elohim non Deus:* VD 27 (1949) 278-286.

Palabras de Samuel (28,15-19)

15 Samuel dijo a Saúl: «¿Por qué has turbado mi reposo, evo-
cándome?» Saúl respondió: «Estoy en gran aprieto. Los filis-
teos me hacen la guerra, y Yahvé se ha retirado de mí. No me
ha respondido ni por profetas ni por sueños. Te he evocado
para que me digas qué he de hacer». 16 Samuel dijo: «¿Cómo
me consultas tú, siendo así que Yahvé se ha retirado de ti para
ponerse al lado de tu prójimo? 17 Yahvé hace lo que te había
predicho por mi boca: arranca el reino de tus manos para dár-
selo a otro, a David. 18 Porque no obedeciste a Yahvé y no
trataste a Amalec según el ardor de su cólera, por eso Yahvé
hace eso contigo. 19 Entregará a Israel, juntamente contigo, a
manos de los filisteos. Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo,
y Yahvé entregará el campamento de Israel a los filisteos».

Es corriente entre los exegetas católicos creer que Dios permitió la aparición de Samuel a fin de que profetizara al rey el fin desastroso que le esperaba, castigando así su pecado de acudir a medios ilícitos para conocer el porvenir (LEIMBACH, MEDIEBELLE). Entre los antiguos existía la convicción de que los muertos gozaban de un merecido descanso en el *sheol*, que los hombres no podían turbar. En una inscripción sepulcral fenicia, el muerto expresa su deseo de que no se interrumpa su reposo por la nigromancia. En el *sheol* conviven juntos buenos y malos; la doctrina de la retribución y del castigo en ultratumba fue desarrollándose lentamente, apareciendo en Sab c.3-5 y en 2 Mac c.7.

Desmayo de Saúl (28,20-25)

20 Saúl se turbó y cayó a tierra cuan largo era, pues las pala-
bras de Samuel le llenaron de espanto y faltáronle las fuerzas,
pues no había tomado nada ni en el día ni en la noche. 21 La
mujer se acercó a Saúl y, viendo su gran turbación, le dijo: «Tu
sierva no ha hecho más que obedecerte, exponiendo su vida.
22 Escucha, pues, tú también a tu sierva, y permite que te ofrez-
ca un trozo de pan, para que tengas fuerzas para proseguir tu
camino». 23 El contestó: «No comeré nada». Sus servidores,
uniéndose a la mujer, insistieron, y él se rindió a sus instancias.
Levantóse de tierra y se sentó sobre el diván. 24 Tenía en casa
la mujer un ternero gordo; matóle luego, y, tomando harina,
coció unos ácimos 25 y los presentó a Saúl y a sus servidores,
quienes, después de comer, se levantaron y partieron aquella
misma noche.

Saúl, que había quebrantado la ley de Dios al consultar a una pitonisa (1 Crón 10,13), escuchó de boca de Samuel el juicio definitivo sobre su próximo fin; sus días estaban contados; desde ahora era un condenado a muerte a corto plazo. No esperaba Saúl que el oráculo fuera tan duro para él: debía desaparecer de la escena para dejar paso a su rival, David. La derrota era completa, moral y material.

Sospechas sobre David (29,1-5)

1 Reunieron los filisteos todas sus tropas en Afec, e Israel acampaba cerca de la fuente de Jezrael. 2 Mientras avanzaban los príncipes de los filisteos a la cabeza de sus centenas y sus millares, David y los suyos marchaban a retaguardia con Aquis. 3 Y los jefes de los filisteos preguntaron: «¿Qué hacen aquí estos hebreos?» Aquis les dijo: «¿No veis que es David, siervo de Saúl, rey de Israel, que está conmigo hace días y años, sin que haya hallado yo la menor cosa que reprocharle desde que se pasó a nosotros hasta ahora?» 4 Pero los jefes de los filisteos se enfurecieron contra Aquis y le dijeron: «Despide a ese hombre, y que se vuelva al lugar que le has designado; que no venga a la batalla, no se revuelva contra nosotros durante el combate. ¿Cómo podría él volver a la gracia de su amo mejor que ofreciéndole cabezas de nuestros hombres? 5 ¿No es ese David del que cantaban danzando: Saúl mató sus mil, pero David sus diez mil?»

El contenido de este capítulo es continuación de 28,2, con la inserción del episodio de Endor. Las tropas filisteas se concentraron en Afec, pueblo situado a quince kilómetros al nordeste de Jafa, en el lugar donde nace el río Jafa, conocido hoy por *Ras el-Ain*. Aquis iba acompañado de David; pero los jefes de los filisteos desconfiaban justamente de él, deshaciéndose de un enemigo temible. La fuente de Jezrael es la de *En Harod* (Jue 7,1).

David, a la retaguardia (29,6-11)

6 Aquis llamó a David y le dijo: «Como vive Yahvé que tú eres un hombre leal y que yo veo con buenos ojos toda tu conducta en esta expedición, sin haber visto en ti nada malo desde que llegaste a mí hasta hoy; pero a los príncipes no les agradas. 7 Vuélvete, pues, y torna en paz, para no desagradar a los príncipes de los filisteos». 8 David respondió: «Pero ¿qué te he hecho yo y qué has hallado tú en tu siervo, desde que estoy junto a ti hasta hoy, para que no marche yo a combatir a los enemigos de mi señor el rey?» 9 Aquis respondió a David: «Yo sé bien que tú has sido bueno conmigo, como un ángel de Dios; pero los jefes de los filisteos dicen: Que no suba con nosotros a la batalla. 10 Así que levántate de mañana tú y los siervos de tu señor que han venido contigo; iréis al lugar que os he señalado; no guardes resentimiento en tu corazón, porque me eres grato; levantaos bien de mañana y partid en cuanto sea de día». 11 David y sus gentes se levantaron bien temprano y partieron de vuelta a la tierra de los filisteos, y los filisteos subieron a Jezrael.

Aquis pronuncia el nombre de Yahvé en su juramento (26,10; 28,10); acaso lo hizo en consideración a David. Esta decisión de los jefes de los filisteos sacó a David de una situación embarazosa. Quiso Dios que, en vísperas de ocupar el trono de Israel, no mancillara su fama enrolándose en el ejército que iba a invadir a Israel. Conforme al consejo de Aquis, levantándose de mañana, regresó David a Siceleg.

David en Siceleg (30,1-5)

1 Cuando al tercer día llegó David con sus hombres a Siceleg, los amalecitas habían irrumpido contra el Negueb y contra Siceleg y la habían tomado e incendiado. 2 Habían apresado a las mujeres y a todos los que allí estaban, pequeños y grandes, pero sin matar a nadie, y, llevándoselos, se habían puesto en camino. 3 Cuando llegaron David y sus gentes a la ciudad y vieron que había sido quemada y que sus mujeres, hijos e hijas habían sido llevados cautivos, 4 alzaron la voz y lloraron hasta más no poder. 5 Habían sido llevadas las dos mujeres de David, Ajinoam, de Jezrael, y Abigaíl, de Carmel, mujer de Nabal.

Tres días emplearon David y sus gentes en regresar a Siceleg. ¡Cuál no fue su asombro al encontrar la ciudad convertida en montón de escombros y cenizas y despoblada! Los amalecitas (27,8), como represalia de las *razzias* de David, aprovecharon su ausencia para vengarse.

David persigue a los amalecitas (30,6-20)

6 David se vio muy angustiado, pues la gente hablaba de lapidarle, ya que todos estaban muy amargados, cada uno por sus hijos y sus hijas. Pero David se confortó en Yahvé, su Dios. 7 Dijo, pues, al sacerdote Abiatar, hijo de Ajimelec: «Trae el efod». Aplicó Abiatar el efod, 8 y David consultó a Yahvé, diciendo: «¿He de perseguir a esa banda? ¿La alcanzaré?» Yahvé respondió: «Persíguela, porque de cierto la alcanzarás y recobrarás». 9 Púsose David en marcha con los seiscientos hombres que le seguían. Cuando llegaron al torrente de Besor, doscientos quedaron sin pasar más allá, rezagados por la fatiga. 10 David continuó la persecución con cuatrocientos hombres. 11 Encontraron en el campo a un egipcio, que llevaron a David; 12 diéronle pan que comiera y agua que bebiera y un trozo de torta de higos secos y un racimo de pasas. Una vez que con el alimento se recobró, pues había estado tres días y tres noches sin comer ni beber, 13 le preguntó David: «¿De quién y de dónde eres tú?» El respondió: «Soy un esclavo egipcio al servicio de un amalecita, y hace tres días me abandonó mi amo porque enfermé. 14 Habíamos hecho una incursión en el Negueb de Queret, y en el de Judá, y en el Negueb de Caleb, y hemos incendiado Siceleg». 15 David le preguntó: «¿Quieres guiarme hacia donde está la banda?» El le respondió: Júrame por Dios que no me matarás ni me entregarás a mi amo, y te guiaré adonde está la banda». 16 Guiólos, y vieron que estaban los amalecitas esparcidos por todo el campo, comiendo, bebiendo y bailando, pues era muy grande el botín que habían cogido en la tierra de los filisteos y en la de Judá. 17 David los batió desde la aurora hasta la tarde, y no escapó ninguno de ellos, fuera de cuatrocientos mozos, que huyeron montados en camellos. 18 David recobró cuanto los amalecitas se llevaran y rescató a sus dos mujeres. 19 No faltó nadie, ni chico ni grande, ni niño ni niña, ni nada del

botín y de cuanto se habían llevado. David lo recobró todo;
[20] y, cogiendo el ganado mayor y menor, se pusieron en marcha
delante de él, diciendo: «Este es el botín de David».

La impresión que causó la ciudad fue tal, que algunos de los partidarios de David hablaron de apedrearlo, acusándolo de imprevisión al abandonar la ciudad y no dejar en ella guarnición alguna. David reaccionó inmediatamente, decidiendo vengar la afrenta. Doscientos soldados no se sintieron con ánimo para continuar, quedando apostados en las cercanías del torrente Besor [1]. Dejamos dicho que Negueb es la región meridional de Palestina. Los queretianos estaban emparentados con los filisteos, escogiendo David de entre ellos parte de su guardia personal (2 Sam 8,18; 15,18). Llámanse queretianos por ser originarios de Creta. Su Negueb se hallaba cerca de Rafa. El Negueb de Judá y de Caleb se extendía al sur de Hebrón (Jos 14,6-16; 15,2-4.13-19). Guiado David por el egipcio, cayó de improviso sobre la banda, batiéndola completamente. Cree Schulz que el término *neshef* (aurora) debe entenderse del crepúsculo vespertino, en cuyo caso la batalla duró escasas horas, desde la puesta del sol hasta las primeras horas de la noche.

Regreso a Siceleg (30,21-31)

[21] Llegó David a los doscientos hombres que, fatigados, no
habían podido seguirle y se quedaron junto al torrente de Be-
sor. Salieron éstos al encuentro de David y de los que venían
con él, y David se acercó a ellos y los saludó amistosamente.
[22] Pero lo peor de cuanto de malo había en la tropa de David
se puso a decir: «Pues que no han venido con nosotros, no les
daremos parte del botín que hemos cogido; que coja cada uno
su mujer y sus hijos y se los lleve y se vayan». [23] Pero David
dijo: «No hagáis eso después de lo que nos ha dado Yahvé; por-
que él nos ha guardado y ha puesto en nuestras manos la banda
que vino contra nosotros. [24] Eso, ni oírse siquiera. La parte debe
ser la misma para el que combate y para el que custodia el ba-
gaje. Todos partirán por igual». [25] Y así se hizo aquel día y en
lo sucesivo, quedando esto como ley y norma, que todavía se
observa. [26] De vuelta a Siceleg, David mandó parte del botín
a los ancianos de Judá, diciendo: «Ahí va para vosotros un pre-
sente del botín de los enemigos de Yahvé». [27] Mandó a los de
Betul, a los de Ramat del Negueb, a los de Jatir, [28] a los de Ara-
ra, a los de Sifamot, a los de Estamoa, [29] a los de Carmel, a los
de las ciudades de los jeramelitas, a los de las ciudades de los
quenitas, [30] a los de Jorma, a los de Borasán, a los de Atac,
[31] a los de Hebrón y a los de todos los lugares por donde David
y sus gentes habían estado.

Victorioso y llevando consigo todo cuanto habían arrebatado los amalecitas, llegó David al torrente Besor. Los que habían ido en persecución del enemigo negaban a los que se quedaron en el mencionado torrente el derecho de participar en el botín; con sus mujeres e hijos tenían bastante. El incidente podía tener graves consecuencias y reducir en dos bandos el ejército de David. Por lo mismo, zanja en seguida David la cuestión, diciendo: «Eso, ni oírse siquiera». La Ley mandaba que el botín se repartiese por igual entre los que habían combatido y los que habíanse quedado en retaguardia (Núm 31,27; Jos 22,8). Además, los que quedaron en Besor, viéronse en la imposibilidad de seguir por haber recorrido en los tres días anteriores un trayecto de unos cien kilómetros (desde Afec a Siceleg). De este botín dio parte a los ancianos de Judá para congraciarse con ellos, pagar la hospitalidad que le concedieron y obligarles a facilitar su acceso al trono (2 Sam 2,4). Cita el texto a continuación una lista de ciudades que se encuentran al sur de Hebrón, y de las cuales se hace mención en Josué, c.15 y 19.

[1] Este torrente corresponde al que en árabe es llamado *wadi Shellale*, y es tributario del *wadi Ghazzah*. La fuente del Besor hállase en el corazón del Negueb, cerca de *Maktesh ha-Gadol*. El torrente Besor está en la línea divisoria entre el terreno cultivable, al norte, y el desierto, al sur.

Derrota y muerte de Saúl (31,1-13)

[1] Libraron batalla los filisteos, y los hijos de Israel se pusieron
en fuga ante los filisteos, y cayeron muchos en los montes de
Gelboé. [2] Los filisteos se pusieron a perseguir a Saúl y a sus hi-
jos, y mataron a Jonatán, a Abinadab y a Melquisúa, hijos de
Saúl. [3] El peso de la batalla cargó principalmente sobre Saúl.
Habiéndole descubierto los arqueros, le hirieron en las caderas,
[4] y dijo a su escudero: «Saca tu espada y traspásame, no me hie-
ran esos incircuncisos y me afrenten». El escudero no obedeció,
por el gran temor que tenía; y cogiendo Saúl su propia espada,
se echó sobre la punta de ella. [5] El escudero, viéndole muerto,
se arrojó igualmente sobre la suya, y murió con él. [6] Así murie-
ron aquel día juntos Saúl y sus tres hijos y su escudero. [7] Los de
Israel, que estaban en las ciudades del lado de acá del Jordán,
viendo huir a los hijos de Israel y sabiendo que Saúl y sus hijos
habían muerto, abandonaron sus ciudades para emprender
también la fuga, y, viniendo los filisteos, las ocuparon. [8] Al día
siguiente vinieron los filisteos para despojar a los muertos, y
hallaron a Saúl y a sus tres hijos que yacían sobre los montes de
Gelboé. [9] Cortaron la cabeza de Saúl y se apoderaron de sus ar-
mas, e hicieron publicar esta buena noticia por toda la tierra de
los filisteos, en los templos de sus ídolos y entre el pueblo.
[10] Las armas de Saúl las depositaron en el templo de Astarté,
y su cuerpo lo colgaron de las murallas de Betsán. [11] Los habi-
tantes de Jabes Galaad, habiendo sabido lo que los filisteos ha-
bían hecho con Saúl, [12] reunieron a los más valientes, y, después
de marchar durante toda la noche, llegaron hasta Betsán, y, co-
giendo de sus murallas el cadáver de Saúl y los de sus hijos, se
volvieron con ellos a Jabes, donde los quemaron. [13] Cogieron
sus huesos y los sepultaron bajo el terebinto de Jabes, y ayunaron
siete días.

Mientras David combatía victoriosamente en el sur de Palestina contra los pueblos meridionales que molestaban a Judá, en los montes de Gelboé, abandonado de Dios y de los suyos, caía el rey de Israel, Saúl. Ninguna culpa tuvo David en este hecho doloroso; entre los teatros de guerra de uno y otro mediaban más de un centenar de kilómetros.

Los filisteos concentraron sus tropas en los alrededores de Sunam, amparados en la retaguardia por las pendientes del monte *Nebi Dahi*. Entre ellos y el ejército israelí se extendía el valle de Jezrael. En la refriega cayeron los tres hijos de Saúl: Jonatán, Abinadab (1 Crón 8,33; 9,39), quizá el mismo que en 14,49 es llamado Isví, y Melquisúa (14,49). Las huestes filisteas dirigieron sus ataques preferentemente hacia el lugar donde ellos barruntaron que estaba Saúl, con ánimo de apoderarse de él. Dice el texto hebraico que, al darse cuenta Saúl de que había sido reconocido por los arqueros *(morim)*, temió mucho *(wayyahel)* de caer vivo en sus manos. El texto griego, seguido por la Vulgata, interpreta el mencionado verbo como forma nifal del verbo *halal*, traduciendo: «fue herido entre las costillas y la cadera» *(motnaim)*. Viéndose acorralado por los enemigos, y ante el temor de caer vivo en sus manos y convertirse en objeto de burla, mandó a su escudero que desenvainara su espada y le traspasase *(daqreni:* hiéreme). Al negarse, por el respeto que sentía por el ungido del Señor (26,9), tomó Saúl su espada y se echó sobre ella, ejemplo que fue imitado por su escudero.

En el campo de batalla murió el primer rey de Israel. El pueblo había pedido un rey que le acaudillase en las guerras contra los pueblos enemigos de los alrededores, amonitas (11,1-7) y filisteos (13,1-7). No defraudó Saúl las esperanzas que el pueblo había cifrado en él, ya que vengó los ultrajes que los pueblos vecinos habían inferido a Israel y rechazó todos cuantos ataques emprendieron contra él. Pero el reinado de Saúl no tuvo la universalidad que alcanzó el de David y, más particularmente, el de Salomón. Estrictamente hablando, el poder de Saúl se apoyaba en la tribu de Benjamín y se extendía a la montaña de Efraím. Fue Saúl como un anillo de transición entre los jueces y la monarquía propiamente dicha. No todas las tribus se sintieron ligadas con él ni con el deber de someterse a su hegemonía.

En las páginas que preceden hemos podido admirar las virtudes de Saúl y lamentar los defectos que le afearon. En los primeros días de su reinado mostróse inteligente, tenaz, dócil a las directrices de Samuel; pero pronto olvidó que su cetro y su corona los había recibido de Dios, del cual era un simple mandatario, un representante suyo sobre la tierra, y al cual tenía obligación grave de obedecer. Por orgullo, debilidad y condescendencia llegó a independizarse a veces de las obligaciones contraídas para con Dios, haciendo caso omiso de los mensajes y oráculos que Samuel en su nombre le retransmitía. De ahí que el espíritu de Dios se apartara de él y fijara su atención en otro mejor que Saúl.

A los pecados de desobediencia que cometió a lo largo de su vida cabe añadir los que precedieron inmediatamente a su muerte. Al no responder el cielo a sus preguntas, comete la villanía de consultar a los nigromantes y adivinos; en el trance de caer en manos del enemigo puede más el honor personal que el deber de no atentar contra su propia vida [1]. De ahí que «murió Saúl porque se había hecho culpable de infidelidad hacia Yahvé, cuyas palabras no guardó, y por haber preguntado y consultado a los evocadores de los muertos. No obedeció a Yahvé, y Yahvé le mató, y transfirió el reino a David, hijo de Isaí» (1 Crón 10,13). Samuel, evocado por la pitonisa de Endor, le dice que «porque no obedeciste a Yahvé y no trataste a Amalec según el ardor de su cólera (de Dios), por eso Yahvé hace eso contigo» (28,18). La desobediencia fue el pecado capital de Saúl y el que provocó su ruina.

[1] A. GEORGE, *Fautes contre Yahve dans les Livres de Samuel:* RB 53 (1946) 161-184.

De su reinado apenas recibió Israel herencia alguna de las que suelen dejar los grandes reyes al morir, ya que a su muerte no existía dinastía estable, ni capital del reino, ni fronteras definidas, ni religión próspera, ni fondos económicos, ni ejército bien equipado. Al contrario, por los celos que le dominaron, pasó sus últimos años en perseguir al que creía rival suyo, persiguiendo a un perro muerto y a una pulga (24,15), en vez de entregarse a la estructuración de la nación. Toda la inmensa tarea de unificación y engrandecimiento del pueblo será obra de sus sucesores en el trono (DESNOYERS, l.c., II 138-141).

Como hizo David en otro tiempo con Goliat (17,51), cortaron los filisteos la cabeza de Saúl y se apoderaron de sus armas, paseándolas en trofeo por todo el país y anunciando a sus ídolos y pueblo la buena nueva de la muerte del rey de Israel. Otros interpretan el texto tal como aparece en la traducción: «e hicieron publicar esta buena noticia...» No cabe duda que las armas, y quizá también la cabeza, constituían el mensaje más elocuente de la gran victoria. Terminada la jira macabra, los filisteos colgaron la cabeza de Saúl en el templo de Dagón (1 Crón 10,10), y las armas las depositaron en el de Astarté. Creen algunos exegetas que la cabeza y las armas fueron depositadas en un templo de Betsán (Jos 17,11-16; Jue 1,27), que identifican con el templo al dios Dagón, encontrado en el quinto estrato en las excavaciones practicadas en Betsán por los americanos a partir del año 1921 [2]. Muchos antiguos y modernos se inclinan por la hipótesis de que aquel trofeo fue depositado en un templo de los muchos que existían en tierra de filisteos (5,2; 21,10), probablemente en Ascalón, donde Astarté era venerada como la gran diosa. Era Astarté la paredra de Baal (7,3-4; 12,10). Esta última parece ser la hipótesis que más se ajusta al texto y a la historia profana.

Los habitantes de Jabes Galaad recordaban la ayuda eficaz que les prestó en otro tiempo Saúl, libertándolos de los amonitas (11, 1ss), y, por lo mismo, emprendieron la hazaña de apoderarse de su cadáver, que colgaba de las murallas de Betsán, e incinerarlo.

[2] BARROIS, A., *Beisan:* DBS; ALAN-ROWE, *Bet-Shan* (Londres 1930); LEIMBACH, MEDIEBELLE. Las excavaciones practicadas en Betsán (el actual *Tell el-Hosn)* han demostrado que el lugar estaba habitado en el período calcolítico. Su importancia radicaba principalmente en su posición estratégica, por ser un importante nudo de comunicaciones. En tiempos de Tutmosis III pertenecía a Egipto (PRITCHARD, 242), cayendo en poder de los filisteos en tiempos de Saúl hasta los días de David. En las excavaciones han aparecido diversos templos. El que ha sido descubierto en la parte norte de la ciudad estaba dedicado a los dioses cananeos (Astarté). ¿Fue en este templo donde fueron depositadas las armas de Saúl? A. ALT, *Zur Geschichte von Beth-Sean 1500-1000 a.C.:* «Palästinajahrbuch», 22 (1926) 108-120; A. ROWE, *The Topography and History of Beth-Shan* (Filadelfia 1930); ID., *The Four Canaanite Temples of Beth-Shan. The Temples and Cult Objets* (ibid., 1940).

En ninguna otra parte de la Biblia se habla de la incineración de los cadáveres, costumbre que repugnaba a los hebreos (Am 2,1), y que solamente se aplicaba al cadáver de los grandes pecadores (Lev 20,14). El autor de 1 Crón 10,12 ha omitido esta circunstancia. Era un acto de misericordia sepultar a los muertos, ya que las almas no encontraban reposo mientras el cadáver permanecía insepulto. También puede entenderse el texto de que solamente las carnes, por su avanzado estado de putrefacción, fueron quemadas, en tanto que los huesos fueron enterrados bajo el terebinto (1 Crón 10,12) o tamarindo de Jabes, desde donde se trasladaron más tarde al sepulcro de familia (2 Sam 21,12-14). En señal de duelo, los de Jabes ayunaron siete días (2 Sam 1,12; 3,15; Gén 50,10; Ecli 22,12-13). En el campo del honor cayó el primer rey de Israel; bajó al sepulcro por haber Dios abreviado sus días a causa de sus pecados.

I I   S A M U E L

Primera parte

DAVID EN HEBRON (c.1-4)

El anuncio de un amalecita (1,1-10)

**1 Después de la muerte de Saúl, cuando hacía dos días que
David, victorioso de los amalecitas, estaba en Siceleg, 2 llegó el
tercer día al campamento un hombre que venía del campo de
Saúl, desgarrados los vestidos y cubierta la cabeza de polvo.
Cuando estuvo cerca de David, se echó a tierra, prosternándose, 3 y David le preguntó: «¿De dónde vienes?» El respondió:
«Vengo huido del campamento de Israel». 4 David preguntó:
«¿Qué ha sucedido? Cuéntamelo». El respondió: «El pueblo
huyó de la batalla, y gran número de hombres han caído. Saúl
mismo y Jonatán, su hijo, han sido muertos». 5 David dijo al
joven que le daba estas noticias: «¿Y cómo sabes tú que han
muerto Saúl y su hijo Jonatán?» 6 El joven que le daba las noticias respondió: «Yo me hallaba por casualidad en el monte Gelboé, y vi a Saúl apoyado sobre su lanza, mientras se acercaban
a él carros y caballeros, que estaban ya para alcanzarle; 7 y volviéndose, me vio y me llamó. Yo respondí: Aquí me tienes.
8 Me dijo: ¿Quién eres tú? Yo le respondí: Soy un amalecita. 9 Y él me dijo: Acércate a mí y mátame, porque me siento
presa de una angustia, mientras todavía tengo en mí toda la
vida. 10 Yo me acerqué a él y le maté, pues sabía muy bien que
no sobreviviría a su derrota; y cogiendo la diadema que llevaba
en la cabeza y el brazalete que tenía en su brazo, se los he traído
aquí a mi señor».**

Dos días hacía que David había regresado de sus incursiones contra los amalecitas (1 Sam 30,1-26). Al preguntar David al mensajero de dónde venía, respondió que había huido del campamento de Israel. Acto seguido, y a instancias de David, el fugitivo comenzó a referir algunos detalles de la batalla, ajustándose a los hechos algunas veces, dramatizando otras e inventando lo que, a su entender, realzaría su prestigio ante David. De su relación se deduce que los arqueros montaban caballos y carros de combate (1 Sam 13,5). Su relato confirma el texto hebraico de 1 Sam 31,3-4, según el cual temió Saúl caer vivo en manos del enemigo, decidiendo suicidarse. Pero, todavía con vida, corrió a él el amalecita, que le asestó el golpe de gracia y arrebató la diadema de su cabeza y el brazalete antes de que se apoderaran de ellos los filisteos. Quizá no intervino el amalecita en el combate, siendo un vulgar salteador que aprovechó la oscuridad de la noche para saquear el campamento. Si llevó a David las insignias reales de Saúl fue para conseguir de él un premio de mucho más valor. Para explicar las diferencias entre la relación del amalecita y el texto de 1 Sam 31,

1-10, admiten algunos que nuestro relato representa una tradición distinta de la del capítulo anterior. Según Dhorme, en esta sección se ha querido hacer menos odiosa la muerte de Saúl, quitándole los caracteres de suicidio. Esta misma tradición, añade De Vaux, no es homogénea: según una forma, un soldado anuncia la muerte de Saúl y de Jonatán; David y su pueblo hicieron duelo (v.1-4. 11-12). Según otra, un joven amalecita se gloría de haber muerto a Saúl, llevando consigo las insignias reales en espera de una recompensa; David dio orden de que lo matasen (v.5-10.13-16).

Muerte del amalecita (1,11-16)

11 David, cogiendo sus vestiduras, las rasgó, y también todos los hombres que con él estaban. 12 Hicieron duelo, llorando y ayunando hasta la tarde, por Saúl, por su hijo Jonatán y por el pueblo de Yahvé, que habían caído a la espada. 13 David dijo al joven que le había traído las noticias: «¿De dónde eres tú?» El respondió: «Soy hijo de un extranjero, de un amalecita». 14 Y David le dijo: «¿Y cómo te atreviste a tender tu mano para dar muerte al ungido de Yahvé?» 15 Y llamando a uno de los suyos, le dijo: «Echate sobre él y mátale». El hombre hirió al amalecita, que murió. 16 David dijo: «Caiga tu sangre sobre tu cabeza. Tu misma boca ha atestiguado contra ti al decir: Yo he dado la muerte al ungido de Yahvé».

David y los que le rodeaban lloraron la muerte de Saúl y de sus hijos, ayunando hasta la tarde (2 Sam 3,35). No puede tolerar David que un meteco, un *guer* que habita en medio de Israel (Ex 22,20), haya osado alzar sus manos contra el ungido del Señor y contra el que era su legítimo soberano. Por el testimonio de su propia boca es condenado a muerte; de ahí que su sangre no clamará venganza contra David, por ser justa su muerte (1 Re 2,32). Con la muerte del amalecita y las muestras de dolor por los caídos comprendió Israel que no tuvo David parte en la muerte de Saúl y de que honraba y respetaba su autoridad.

Elegía de David por Saúl y Jonatán (1,17-27)

17 David cantó una elegía por Saúl y Jonatán, su hijo. 18 Está escrita en el libro del Justo, para que la aprendan los niños de Judá:

19 «Tu gloria, Israel, ha perecido en tus montes.
¿Cómo cayeron los héroes?
20 No lo propaléis en Gat,
no lo publiquéis por las calles de Ascalón;
que no se regocijen las hijas de los filisteos,
y no salten de júbilo las hijas de los incircuncisos.
21 ¡Montes de Gelboé! No caiga sobre vosotros ni rocío ni lluvia,
ni seáis campos de primicias,
porque allí fue abatido el escudo de los héroes,
el escudo de Saúl, como si no fuera ungido con el óleo.
22 De la sangre de los muertos, de la grasa de los valientes,
el arco de Jonatán no se hartaba nunca,
la espada de Saúl no se blandía en vano.

23 Saúl y Jonatán, amados y queridos, inseparables en vida,
tampoco se separaron en la muerte,
más ágiles que las águilas,
más fuertes que los leones.
24 Hijas de Israel, llorad por Saúl,
que os vestía de lino fino
y adornaba de oro vuestros vestidos.
25 ¿Cómo han caído los héroes en medio de la batalla?
¿Cómo fue traspasado Jonatán en las alturas?
26 Angustiado estoy por ti, ¡oh Jonatán, hermano mío!
Me eras carísimo,
y tu amor era para mí dulcísimo,
más que el amor de las mujeres.
27 ¿Cómo han caído los héroes?
¿Cómo han perecido las armas del combate?»

A las muestras externas rituales de duelo y al ejemplar castigo del mensajero amalecita se añaden las notas emocionantes de una elegía, considerada como la mejor de toda la literatura viejotestamentaria, en donde David pone de manifiesto su admiración sincera por Saúl y los lazos de amistad que le unían a Jonatán. La composición corresponde al género elegíaco, que en hebreo se llama *qinah*, canto fúnebre en honor de un muerto (Jer 7,29; 9,9; Am 8,10). Aunque el nombre de Yahvé no aparezca en toda la composición, sin embargo, el lector tiene el convencimiento de que todas las palabras salen de un alma profundamente religiosa.

A la elegía precede el v.18, considerado como una cruz para los intérpretes. La traducción del texto actual hebraico es la siguiente: «Y (ordenó) que se enseñara a los hijos de Judá, Arco. He aquí que está escrita en el libro de Jasar». Muchas han sido las tentativas para interpretar rectamente el texto (Klostermann, Schulz, Dhorme, Smith). El verbo hebraico *amar*, decir, equivale aquí a *ordenar* (Neh 9,15; 2 Sam 2,26). El término hebraico *qeshet*, arco, no figuraba en el texto original; del margen, donde lo escribió un amanuense, penetró dentro del texto. No se lee en el códice B de los LXX. El libro de Jasar lo vimos citado en Jos 10,13. Era una especie de antología de cantos nacionales y de carácter guerrero, muy divulgada entre el pueblo.

Empieza David diciendo que Israel llora la desaparición en los montes de Gelboé de dos personajes que constituían la flor y nata de la nación. En forma de estribillo, repite constantemente: «¿Cómo cayeron los héroes?» (v.25.27; 1 Mac 9,21). Acordándose de los cantos y danzas de las jóvenes israelitas por su victoria sobre Goliat (1 Sam 18,6-9), el pensamiento de David corre hacia las grandes ciudades de los filisteos y se imagina los transportes de alegría de las hijas de los incircuncisos vitoreando a los vencedores de Saúl y de Jonatán. Este pensamiento le conduce a apostrofar a los montes que recogieron la sangre de los héroes, deseando para ellos el castigo que merecen. El texto hebraico añade: «ni campos de primicias». Otros leen: *hare tarmuth, montañas pérfidas, malvadas* (Smith); *montañas de muerte* (Ubach), etc. Estos montes presenciaron la manera como fue abatido allí el escudo de los héroes después

de una vigorosa resistencia. ¿Por ventura no fue ungido Saúl con óleo, y, por consiguiente, no era sagrado? Puede la frase entenderse en el sentido material de que el escudo de Saúl no será en adelante engrasado, aludiendo a la costumbre de engrasar los escudos de cuero a fin de que no se agrietasen.

David sube a Hebrón (2,1-7)

1 Después de esto, consultó David a Yahvé, diciendo: «¿He de subir a alguna de las ciudades de Judá?» Y Yahvé respondió: «Sube». Preguntó David: «¿A cuál de ellas subiré?» Y Yahvé respondió: «A Hebrón». 2 Subió, pues, allá David con sus dos mujeres, Ajinoam de Jezrael y Abigaíl de Carmel, mujer de Nabal. 3 Hizo también que subieran los que estaban con él, cada uno con su familia, y habitaron en las ciudades de Hebrón. 4 Vinieron los hombres de Judá y ungieron allí a David rey de la casa de Judá. Supo David que las gentes de Jabes Galaad habían dado sepultura a Saúl; 5 y David envió mensajeros a los hombres de Jabes Galaad, que les dijeran: «Benditos seáis de Yahvé por la misericordia que habéis hecho con vuestro señor Saúl, dándole sepultura. 6 Que haga Yahvé con vosotros misericordia y verdad. Yo también os pagaré con favores lo que habéis hecho. 7 Fortaleced vuestras manos y tened valor, pues que, muerto Saúl, los hombres de Judá me han ungido por rey suyo».

Con sus familiares y legionarios subió David a tierras de Judá, fijando su residencia en los pueblos en torno a Hebrón. Aquellas gentes le querían y le odiaban al mismo tiempo. Por una parte pudieron comprobar su magnanimidad para con Saúl y su moderación al frente de los legionarios. Perteneciente a la tribu de Judá, gozaba de las simpatías de sus hermanos de sangre. Con los principales clanes de la región entró en contacto por medio de sus mujeres. Quizá los clanes de Caleb (1 Crón 2,50-54), que se establecieron desde antiguo en Hebrón (Jos 15,13; Jue 1,20; 1 Crón 2,43) indujeron a David a habitar en las ciudades de Hebrón. Acabó por ganar a su causa a las gentes del país su campaña contra las tribus nómadas del sur, que amenazaban su seguridad (1 Sam 27,10-12; 30,26-31) y la galantería de enviar parte del botín cogido al enemigo a los ancianos de aquellos pueblos (1 Sam 30, 26-31). Por otra parte, la presencia de un grupo de hombres, muchos de ellos con tipo y hechos de bandolero, no podía halagar a los pueblos, que debían proveer a su manutención, por no alcanzarles las requisas y expolios periódicos en las regiones enemigas de los alrededores. Pero la figura relevante de David servía de contrapeso.

Los ancianos de Judá fueron a Hebrón para ungirle rey de la casa de Judá. No quiere decir el texto que nada sabía David de su unción por parte de Samuel (1 Sam 16,1-13), pero esta unción y designación divinas debían ser rubricadas, como fue el caso de Saúl, por la voluntad popular. La unción de que se habla en nuestro texto es más bien modesta, alcanzando su reinado a la tribu de

Judá, en contraposición a la de 5,3, en que los ancianos de Israel le ungirán por rey sobre las restantes. Al sur de Jerusalén pasaba la línea fronteriza septentrional de la tribu de Judá (Jos 15,6-9). Desde el primer momento trata David de captarse el favor de todo Israel dando la impresión de que es el primero en lamentar la pérdida de Saúl. Al conocer el gesto de los de Jabes Galaad, mandó allí unos mensajeros con el encargo de felicitarles por su acción, prometiéndoles al mismo tiempo una gratificación. Aprovecha esta ocasión para notificarles que los hombres de Judá le han ungido por rey suyo, invitándoles, implícitamente, a alinearse a su lado. Pero los de Jabes, unidos con los benjaminitas por lazos de sangre (Jue 21,12-14) y agradecidos a Saúl (1 Sam 11,1-11), no podían tan pronto situarse en la órbita del nuevo rey.

Intrigas de Abner (2,8-11)

8 Pero Abner, hijo de Ner, jefe del ejército de Saúl, tomó a Isbaal, hijo de Saúl, y, llevándole a Majanaím, 9 le alzó por rey de Galaad, de Aser, de Jezrael, de Efraím, de Benjamín y de todo Israel. 10 Cuarenta años tenía Isbaal, hijo de Saúl, cuando comenzó a reinar en Israel, y reinó dos años. Sólo la casa de Judá seguía a David. 11 El tiempo que David reinó en Hebrón sobre la casa de Judá fue de siete años y seis meses.

Era Abner general del ejército de Saúl (1 Sam 14,50; 17,55; 20,25), primo hermano del rey, por ser ambos hijos de Quis y de Ner, respectivamente, que lo eran a su vez de Abiel. Era natural que Abner defendiera la causa de su casa y entronizara rápidamente al único hijo que quedaba de Saúl, llamado Isbaal, que significa «hombre de Baal». Para expresar su aversión a este dios cananeo, los escribas sustituyeron este nombre por *boset*, que significa «abominación, vergüenza». Se le llama Isbaal en 1 Crón 8,33. Quizá a causa de su poca edad o por enfermedad, no tomó parte Isbaal en los combates de Gelboé, en donde murieron su padre y sus hermanos. Isbaal fue llevado a Majanaím, ciudad de Transjordania, unida estrechamente a la vida de Jacob (Gén 32,2-23), y cuyo emplazamiento se discute [1]. Allí fue proclamado Isbaal rey de Israel unos años después de la muerte de su padre, quizá como reacción al reinado de David sobre Judá, tratando de contrarrestar su prestigio, siempre en aumento. Bajo el dominio de Isbaal pasó el territorio de Galaad, el correspondiente a la tribu de Aser (Jue 1,31), la llanura de Jezrael (1 Sam 29,1.11), el territorio de Efraím (1 Sam 1,1; 9,4) y la tribu de Benjamín, de la cual procedía Saúl (1 Sam 9,21).

Cabe desconfiar de las cifras tocantes a la edad de Isbaal y a los años de su reinado (4,5; 5,4-5); el primer número parece exagerado; el segundo, demasiado bajo. Pero debemos tener en cuenta lo dicho acerca del tiempo en que Abner entronizó a Isbaal, que fue, al parecer, unos años después de la muerte de Saúl. El autor pone de relieve la diferencia territorial entre ambos reinos.

[1] Fernández, *Problemas*... 110.

La batalla de Gabaón (2,12-32)

**12 Abner, hijo de Ner, y los seguidores de Isbaal, hijo de
Saúl, salieron de Majanaím para Gabaón. 13 Joab, hijo de Sar-
via, y los seguidores de David se pusieron en marcha. Encon-
tráronse cerca del estanque de Gabaón y acamparon los unos
de un lado del estanque, los otros del otro. 14 Abner dijo a
Joab: «Salgan unos cuantos jóvenes y combatan a nuestra
vista». Joab respondió: «Que salgan». 15 Y salieron, avanzan-
do en igual número, doce de Benjamín, por Isbaal, hijo de
Saúl, y doce de los seguidores de David; 16 y cogiendo cada
uno a su adversario por la cabeza, le hundió la espada en el
costado y cayeron todos a una, llamándose por eso aquel lugar
Campo de las Rocas, que está en Gabaón. 17 Hubo aquel día
muy recia batalla, y Abner y los hombres de Israel fueron
vencidos por los seguidores de David. 18 Estaban allí los tres
hijos de Sarvia: Joab, Abisaí y Azael. Azael era ligero de pies,
como un corzo de los campos, 19 y persiguió a Abner, sin apar-
tarse de en pos de él, ni a la derecha ni a la izquierda. 20 Abner
miró detrás de sí y le dijo: «¿Eres tú, Azael?» El respondió:
«Yo soy». 21 Y Abner le dijo: «Apártate o a la derecha o a la
izquierda, coge a uno de esos mozos y toma sus despojos».
Pero Azael no quiso apartarse de él, 22 y Abner dijo entonces
a Azael: «Apártate de en pos de mí o te derribo en tierra, y
¿cómo podría yo levantar mis ojos delante de Joab, tu herma-
no?» 23 Pero Azael rehusó retirarse, y Abner le hirió entonces,
sin volverse, con la lanza en el abdomen, saliéndole la lanza
por detrás, y allí cayó y murió. Todos, al llegar al lugar donde
había caído Azael, se detenían. 24 Joab y Abisaí persiguieron
a Abner, llegando, al ponerse del sol, a la colina de Amma,
que está frente a Guiaj, del lado del desierto de Gabaón. 25 Los
hijos de Benjamín se reunieron detrás de Abner en apretado
haz y se apostaron en lo alto de la colina; 26 y Abner, llamando
a Joab, le dijo a voces: «¿Hasta cuándo no dejará de devorar
la espada? ¿No sabes que al fin viene la desesperación? ¿A cuán-
do esperas para decir a los tuyos que dejen de perseguir a sus
hermanos?» 27 Y Joab respondió: «Por Dios vivo que, si no
hubieras hablado tú, el pueblo no habría dejado de perseguir
a sus hermanos hasta mañana». 28 Y Joab hizo sonar la trom-
peta, y el pueblo se detuvo, y no persiguieron ya a Israel, ce-
sando el combate. 29 Abner y sus gentes, después de mar-
char toda la noche por el Arabá, pasaron el Jordán, cru-
zaron todo el Bitrón y llegaron a Majanaím. 30 Joab, cesando
en la persecución de Abner, reunió a todo el pueblo. Faltaban
de los servidores de David diecinueve hombres y Azael. 31 Los
seguidores de David habían herido de muerte a trescientos se-
senta hombres de los de Benjamín, de los de Abner. 32 Lle-
varon a Azael y le sepultaron en el sepulcro de su padre en
Belén. Joab y sus hombres marcharon toda la noche y llega-
ron a Hebrón al despuntar el día.**

Por vez primera, los dos reinos entraban en colisión; los jefes del estado mayor del ejército de Israel y de Judá eran, respectivamente, Abner y Joab. Era este último hijo de Sarvia, hermana de David (1 Crón 2,16; 1 Sam 26,6), generalísimo del ejército de Da-

vid, con gran influencia en la corte, de la que no pocas veces fue víctima el propio rey. Salió Abner de Majanaím (17,24) y pasó el Jordán, acampando en el poblado de Gabaón, el actual *El Gib*, a unos diez kilómetros al norte de Jerusalén y en el límite meridional de la tribu de Benjamín. Quizá fue éste un intento de someter a la tribu de Judá, que permanecía fiel a David, o un despliegue y alarde de fuerzas para atemorizar a éste. A uno y otro lado de un estanque que había en Gabaón se situaron los dos ejércitos, prontos a batirse. Se convino en que combatieran doce jóvenes—o guerreros escogidos—de cada parte; la lucha fue salvaje, cayendo todos a una, atravesados de parte a parte por la espada del enemigo de enfrente. En Gabaón hay un sitio que, en recuerdo de este hecho, se llama *helqath assurim*, campo de las piedras. Algunos proponen las lecciones *helqath hassidim*, campo de los centinelas; *helqath hassarim*, campo de los adversarios (LEIMBACH, SCHULZ) o *helqath hassiddim*, campo de los costados (DHORME). Todos estos cambios se basan en simples conjeturas [2].

A la lucha de los jóvenes siguió el combate general—a no ser que el texto siguiente se refiera a un episodio distinto—, inclinándose la lucha de parte de David.

Los tres hijos de Sarvia estaban presentes. Azael, que era ligero de pies, persiguió a Abner. Temía éste que, al derribar a Azael, su hermano, Joab, se convirtiera en el *goel* de sangre, con derecho a matarle para vengar su muerte (3,27). Azael, en contra de la voluntad de Abner, cayó muerto en el suelo. Se desconoce el emplazamiento de la colina de Amma. Según Fernández (*Problemas* 107), más bien cabe hablar de desierto de Gaba en vez de desierto de Gabaón.

A las reflexiones de Abner sobre la conveniencia de no continuar la lucha responde Joab tocando a retirada. El combate sólo podía conducir a ahondar más las diferencias entre uno y otro reino; o también: sucede que, al encontrarse un pueblo en el paroxismo de la desesperación, es capaz de reaccionar de manera desfavorable para el vencedor. Abner y sus hombres descendieron a la depresión jordánica, remontando el curso del río durante toda la noche; atravesaron el Jordán, siguiendo por la cuenca o desfiladero *(bitrón)* del Yaboc, hasta llegar a Majanaím. Joab y los suyos regresaron a Hebrón, haciendo un alto en Belén para dar sepultura al cadáver de Azael.

La familia de David (3,1-5)

**1 Fue larga la guerra entre la casa de David y la casa de Saúl;
pero David iba fortaleciéndose cada vez más, y la casa de Saúl
cada vez más debilitándose. 2 En Hebrón naciéronle hijos a
David: su primogénito fue Amnón, hijo de Ajinoam de Jez-
rael; 3 el segundo, Dodiya, de Abigaíl del Carmel, mujer de**

2 R. DE VAUX, *Les combats singuliers dans l'Ancien Testament*: B 40 (1960) 502-504. Al estanque de Gabaón alude Jer 41,12. Todavía hoy puede verse al sudeste del poblado una cisterna de 17 × 12 metros, que recibía el agua a través de un canal subterráneo.

Nabal; el tercero, Absalón, hijo de Maaca, hija de Talmai, rey de Guesur; 4 el cuarto, Adonías, hijo de Agit; el quinto, Safatía, hijo de Abital; 5 el sexto, Jetram, de Egla, mujer de David. Estos son los hijos que nacieron a David en Hebrón.

El poderío de David se manifestaba en primer lugar por la descendencia numerosa que le concedía Dios en su nutrido harén. Su primogénito fue Amnón (13,1-22), hijo de Ajinoam (2,2); de Abigaíl tuvo a Kiliab, al que llaman Doluia las versiones de Aquila, Símmaco y Teodoción, y Daniel el autor de 1 Crón 3,1. Se menciona a Jetram en 1 Crón 3,3. Guesur era un principado arameo situado al este del lago de Tiberíades (13,37; 15,8).

Ruptura de Abner con Isbaal (3,6-12)

6 Durante la guerra entre la casa de Saúl y la casa de David, era Abner el que tenía fuerte por la casa de Saúl. 7 Había tenido Saúl una concubina, de nombre Resfa, hija de Aya; e Isbaal dijo a Abner: «¿Por qué has entrado en la concubina de mi padre?» 8 Abner, muy irritado por lo que le decía Isbaal, respondió: «¿Soy yo acaso hoy una cabeza de perro? Hasta hoy he favorecido yo a la casa de Saúl, tu padre, y a sus hermanos y amigos, y no te he puesto en las manos de David, ¿y tú me recriminas hoy por causa de esa mujer? 9 Así haga Dios a Abner, y así le añada, si no hago yo con David conforme a lo que le ha jurado Yahvé, 10 que quitaría el reino a la casa de Saúl y confirmaría el trono de David sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Berseba». 11 No pudo Isbaal responder a Abner palabra, porque le temía. 12 Envió, pues, Abner mensajeros de su parte a David para que le dijeran: «Haz alianza conmigo, y mi mano te ayudará a traer a ti a todo Israel».

Isbaal convirtióse en juguete del generalísimo de su ejército. Tuvo éste la osadía de violar el harén reservado al rey, que se heredaba lo mismo que la corona real (12,8; 16,21). Pudo ser que Abner se acercara a Resfa (21,8ss) a efectos de un movimiento pasional; pero cabe suponer que, habiendo sido esposa de Saúl y formando parte del harén real, entró Abner en relaciones con ella en vistas a desprestigiar al rey y suplantarle (1 Re 2,13-22). Al llamarle Isbaal la atención, reaccionó Abner de manera violenta. A las palabras añade, con juramento (1 Sam 3,17; 14,47), que secundará la causa de David, llevándole al trono de Israel, desde Dan hasta Berseba (Jue 20,1; 1 Sam 3,20), tal como le fue prometido (5,2; 1 Sam 15,28; 25,30).

Abner al habla con David (3,13-21)

13 David respondió: «Está bien, yo haré alianza contigo; pero te pido una cosa: que no vengas a verme sin traer contigo a Micol, cuando vengas a verme». 14 Después de esto mandó David mensajeros a Isbaal, hijo de Saúl, que le dijeran: «Devuélveme mi mujer, Micol, que adquirí a costa de cien prepucios de filisteos». 15 Mandó Isbaal a quitársela a su marido

Paltiel, hijo de Lais, y 16 el marido se fue tras ella, siguiéndola y llorando hasta Bajurim. Abner le dijo: «Anda y vuélvete»; y él entonces se volvió. 17 Habló Abner a los ancianos de Israel, diciendo: «No es de ayer vuestro deseo de que David reinase sobre vosotros; 18 cumplidlo, pues, ahora, pues que Yahvé ha hablado a David, diciendo: Por mano de mi siervo David libraré yo a mi pueblo Israel de la mano de los filisteos y de la mano de todos sus enemigos». 19 Habló también Abner a los hijos de Benjamín, y fue luego a Hebrón a comunicar a David la disposición en que estaba Israel y toda la casa de Benjamín. 20 Vino, pues, Abner a David, a Hebrón, con veinte hombres, y David dio un banquete a Abner y a los que con él habían venido. 21 Y Abner dijo a David: «Voy a levantarme, y partiré para reunir a todo Israel y traerle a mi señor el rey. Ellos harán alianza contigo y tú reinarás como deseas». David despidió luego a Abner, y éste se fue en paz.

David exige de Abner la devolución de Micol, la esposa que adquirió con cien prepucios de los filisteos (1 Sam 18,25ss). Teniéndola consigo podía presentarse ante las tribus de Israel como yerno de Saúl y continuador de su casa. Comprendió Isbaal el alcance de la petición que David le hacía, pero no le era posible romper abiertamente con Abner, sino más bien contemporizar con él y salvar de esta manera, si no el trono, al menos la vida. Micol fue arrebatada a Paltiel, quien sintió en el alma el alejamiento de su mujer, siguiéndola entre sollozos hasta Bajurim *(Ras et-Tmim,* al este del monte Olivete).

Abner habló a los ancianos de Israel en favor de David, mencionando un oráculo que no figura en la Biblia. Acaso cite Abner de memoria y *ad sensum* las promesas que Dios hizo a David a través de Samuel. La más difícil de ganar era la tribu de Benjamín, ligada a la casa de Saúl por los vínculos de sangre. La impresión fue buena, notando Abner en todos gran simpatía por David. Esta corriente favorable al nuevo rey habíase manifestado viviendo todavía Saúl (1 Sam 18,7.16.28) y va en aumento a medida que ven el trono de Israel ocupado por un muñeco manejado a su antojo por el jefe del ejército. Además, sentíase cada vez más la necesidad de una unión nacional.

Cae Abner bajo la espada de Joab (3,22-30)

22 Vinieron los servidores de David y Joab, de vuelta de una expedición, trayendo consigo gran botín. No estaba ya Abner con David en Hebrón; ya le había despedido David y ya se había ido él en paz; 23 pero, al llegar Joab con el ejército que mandaba, dieron aviso a Joab, diciendo: «Abner, hijo de Ner, ha venido a estar con el rey, y éste le ha despedido, y él se ha ido en paz». 24 Vino entonces Joab al rey y le dijo: «¿Cómo has hecho esto? Ha venido a estar contigo Abner; ¿por qué, pues, le has dejado irse en paz? 25 ¿No sabes tú que Abner, hijo de Ner, ha venido a engañarte y a espiarte en tus entradas y salidas y sorprender tus planes?» 26 Y en saliendo de estar con David, mandó Joab algunos tras Abner, que le trajeron

desde la cisterna de Sira sin que David supiera nada. 27 Cuando
Abner estuvo de vuelta en Hebrón, Joab, llevándole aparte
dentro de la puerta, como para hablarle en secreto, le hirió
en el vientre y le mató, en venganza de la sangre de Azael, su
hermano. 28 Al saberlo David, dijo: «Inocente soy yo para
siempre, yo y mi reino, delante de Yahvé, de la sangre de Ab-
ner, hijo de Ner. 29 Caiga su sangre sobre la cabeza de Joab
y sobre toda la casa de su padre. Haya siempre en la casa de
Joab quien padezca el flujo, leproso, quien ande con báculo,
quien muera a cuchillo, quien carezca de pan». 30 Joab y Abisaí,
su hermano, mataron a Abner porque éste había muerto a Azael,
hermano de los dos, en la batalla de Gabaón.

La conducta de Joab puso en peligro la unificación del reino. Conocía David la ojeriza de Joab contra Abner. Con su muerte vengó Joab la sangre de Azael y quitó de en medio a un posible competidor. Podían unos y otros sospechar que fue David el instigador del crimen, y perder de esta manera ante el público el concepto de rey magnánimo que se había granjeado con su conducta para con Saúl. En adelante tiende David a poner de manifiesto su inocencia, haciendo recaer sobre Joab toda la responsabilidad. Para él y su descendencia desea la blenorragia (Lev 15,2-14), la lepra (Lev 14,2), hombres afeminados (texto hebraico: «hombres que manejen la rueca»), el hambre y la muerte violenta. Por lo que respecta a Joab, la maldición se cumplió, tal como refiere 1 Re 2,31ss. El v.30 es considerado como una glosa que separa el v.29 del 31, que le sigue lógicamente.

Elegía sobre Abner (3,31-39)

31 David dijo a Joab y a todo el pueblo que con él estaba:
«Rasgad vuestras vestiduras, ceñíos de saco y haced duelo por
Abner». Y el rey David iba detrás del féretro. 32 Sepultaron a
Abner en Hebrón. Y lloró el rey en alta voz sobre la tumba
de Abner, y todo el pueblo lloró con él. 33 El rey cantó una ele-
gía por Abner y dijo:

«¿Ha muerto Abner la muerte del insensato?
34 No estaban atadas tus manos
ni encadenados tus pies.
Caíste como caen los malvados».

Todo el pueblo siguió llorando a Abner, 35 y se acercaron a
David para hacerle tomar algún alimento antes de que aca-
base el día; pero David juró: «Hágame esto Yahvé, y esto me
añada, si como nada antes de la puesta del sol». 36 Todo el pueblo
lo supo, viendo con agrado lo que hacía el rey; 37 y comprendió
aquel día que no había sido obra del rey la muerte de Abner,
hijo de Ner. 38 El rey dijo a sus servidores: «¿No veis que ha
caído hoy en Israel un gran capitán y un gran hombre? 39 Por
lo que a mí hace, yo soy todavía débil, aunque ungido, y esos
hombres, los hijos de Sarvia, son más duros que yo. Que Yah-
vé pague al que ha hecho el mal, según su malicia».

Prescribió David un duelo nacional por el asesinato de Abner. A Joab le castigó obligándole a que rasgara también sus vestiduras, se cubriera de saco (Jer 6,26; 48,37-38) y tomara parte en el cortejo fúnebre detrás del féretro de Abner. De esta manera expiaba externamente el crimen cometido en fuerza de las leyes del *goel* [1].

Sobre Abner compuso David una corta elegía. Se lamenta el rey de que Abner haya muerto como un hombre vulgar, como un cobarde, por traición y no como guerrero que cae después de haber combatido gloriosamente. Al escuchar el pueblo este canto fúnebre (1,17-27) en honor de Abner, derramó lágrimas. David, a las muestras generales de dolor, añadió el ayuno de un día (1,12; 1 Sam 31,13). Lo lógico en estas circunstancias hubiera sido condenar a la misma suerte al que se había atrevido a alzar la mano contra Abner; pero reconoce David (v.39) que necesita de los servicios de Joab en los momentos en que su reino está consolidándose. Si Abner era la eminencia gris de Israel, Joab lo era de Judá.

Muerte de Isbaal (4,1-12)

1 Cuando supo Isbaal que Abner había muerto en Hebrón,
se le cayeron los brazos, y todo Israel quedó consternado.
2 Estaban con el hijo de Saúl dos jefes de bandidos, uno de
nombre Bana y otro de nombre Recab, hijos de Rimón de
Berot, de los hijos de Benjamín, pues Berot se cuenta también
como parte de Benjamín. 3 Estos berotitas habían huido de
Guitaim y habían habitado allí hasta entonces. 4 Un hijo de
Jonatán, hijo de Saúl, tenía cinco años; y al llegar de Jezrael la
noticia de la muerte de Saúl y Jonatán, le cogió la nodriza para
huir con él, y en la precipitación de la fuga le dejó caer y quedó
cojo; se llamaba Mefibaal. 5 Los hijos de Rimón de Berot,
Recab y Bana, vinieron durante las horas del calor 6 y entra-
ron en la casa de Isbaal, que estaba durmiendo la siesta; la
portera, limpiando trigo, se había dormido; y Recab y Bana
7 llegaron sin ser vistos hasta la alcoba donde Isbaal dormía,
e hiriéndole, le mataron, y cortándole la cabeza, se la llevaron
y huyeron por el camino del Arabá toda la noche. 8 Trajeron
a David, a Hebrón, la cabeza de Isbaal, y dijeron al rey: «Ahí
tienes la cabeza de Isbaal, hijo de Saúl, tu enemigo que te per-
seguía; Yahvé ha vengado hoy a mi señor, el rey de Saúl y
de su descendencia». 9 Pero David, respondiendo a Recab y
Bana, su hermano, hijos de Rimón de Berot, les dijo: «Vive
Yahvé, que me salvó de toda angustia, 10 que si al que me anun-
ció, diciendo: Ha muerto Saúl, creyendo anunciarme cosa gra-
ta para mí, le cogí y le maté en Siceleg, cuando parecía que era
digno de albricias por la noticia, 11 ¿cuánto más ahora, que
unos malvados han quitado la vida a un hombre inocente, en
su casa, en su lecho, no habré de demandar su sangre de vues-
tras manos, exterminándoos de sobre la tierra?» 12 Dio, pues,
orden David a sus gentes de matarlos, y, cortándoles manos y
pies, los colgaron junto a la piscina de Hebrón. La cabeza de
Isbaal la cogieron y la sepultaron en el sepulcro de Abner,
en Hebrón.

Con la muerte de Abner caía el más valioso puntal del reino de Israel, quedando consternados todos los que apoyaban a Isbaal.

[1] *Les Institutions* I 27.

Era un momento delicado para el porvenir del reino, ¿Quién tomaría las riendas de la nación? Dos jefes de bandoleros originarios de Berot determinaron acabar con aquella situación, a sus ojos insostenible. Berot, que corresponde al actual *el-Bire*, a dieciséis kilómetros al norte de Jerusalén, pertenecía a la tetrápolis gabaonita y, por consiguiente, gozó en un tiempo de cierta autonomía (Jos 9,17). Más tarde, por presión de los benjaminitas, viéronse sus habitantes constreñidos a emigrar a Guitaím *(hoy Tell Abu Hamid)*, lugar situado en los alrededores de Ramle (Neh 11,33), pasando luego Berot a depender de Benjamín (Jos 18,21). Este asesinato ¿se debe fundamentalmente a un acto de venganza de los beroditas contra los de Benjamín o acaso fue su único móvil la codicia y el interés? Ambos motivos pudieron existir juntos. Muerto el hijo de Saúl, no quedaba nadie que pudiera sucederle en el trono, ya que el hijo de Jonatán, Mefibaal *(Meribaal* según 1 Crón 8,34; 9,40), estaba cojo. Los escribas cambiaron su nombre por el de Mefiboset.

Recab y Bana aprovecharon la hora de la siesta para burlar la vigilancia de los centinelas y penetrar hasta la alcoba del rey, al que hirieron, cortándole la cabeza. Dice el texto masorético (v.6): «Entraron allí, hasta llegar al centro de la casa, comiendo espigas, y le hirieron en el vientre»; los LXX: «He aquí que la portera de la casa, que limpiaba el grano, estaba amodorrada y dormía». Como se ve, el texto original ha sufrido variaciones.

Mucho había sentido David la muerte de Saúl y de Jonatán; pero, al fin y al cabo, habían muerto como héroes en el frente de combate; pero sintió más todavía la de Isbaal, que murió por traición, con allanamiento de morada, durante el sueño, considerado como cosa sagrada. A estos asesinos correspondía un castigo mayor del que se infirió al amalecita que anunció la muerte de Saúl. Dio orden David de cortarles manos y pies, es decir, las manos que habían cortado la cabeza de Isbaal y los pies que les facilitaron la fuga (Calmet), y exponerlos al aire libre (Deut 21,22-23).

Segunda parte

DAVID, REY DE JUDA Y DE ISRAEL (c.5-20)

David, rey de Israel (5,1-5)

1 Vinieron a David, a Hebrón, todas las tribus de Israel, y
hablaron, diciendo: «Hueso tuyo y carne tuya somos; 2 ya antes,
cuando reinaba Saúl sobre nosotros, tú sacabas a Israel y entra-
bas con él. Además, Yahvé te ha dicho: Apacienta mi pueblo
y sé el jefe de Israel». 3 Vinieron, pues, todos los ancianos de
Israel a David, a Hebrón; y David hizo con ellos alianza en
Hebrón ante Yahvé, y ungieron a David rey sobre todo Israel.
4 Treinta años tenía David cuando comenzó a reinar, y reinó
cuarenta años. 5 Reinó en Hebrón, sobre Judá, siete años y seis
meses, y treinta y tres años en Jerusalén, sobre todo Israel y
Judá.

Todos los acontecimientos históricos convergían en allanar los caminos de acceso de David al trono de Israel. Abner había creado una atmósfera favorable, cuya labor facilitó la escasa personalidad de Isbaal. Desaparecido éste, nadie soñó en entronizar al hijo de Jonatán, inválido a consecuencia de una caída (4,4), ni existía un jefe capaz de reunir a todo Israel bajo su mando. Por lo mismo, una delegación, formada por elementos de todas las tribus de Israel (1 Crón 12,24-40), fue enviada a David para concertar con él un pacto, cuyo éxito fue sellado con el trascendental acto de ungir a David por rey sobre todo Israel. Dos unciones habían precedido: una oficial, religiosa, efectuada por Samuel obedeciendo a una orden de Dios (1 Sam 16,13); otra popular, por parte de los hombres de Judá (2,4). Los embajadores de Israel entran en tratos con David, diciéndole que no es un extraño, sino un israelita como ellos: «Hueso tuyo y carne tuya somos» (Gén 2,23; 29,14; Jue 19,2; 2 Sam 19,13-14), unidos a él por vínculos de consaguinidad nacional o de raza y por el afecto que le profesan. No les es extraña su personalidad, que conocen desde hace mucho tiempo: «ayer como antes de ayer» (3,17; 1 Sam 10,11; 14,21, etc.), desde los días de Saúl, en que él prácticamente llevaba los asuntos del reino y, sobre todo, los negocios relacionados con las armas. Aquella unción íntima, en secreto, en casa de Isaí (1 Sam 16,13) conocióse poco a poco en Israel. Saúl tenía noticia de ella (1 Sam 24,21); Abigaíl no duda del hecho (1 Sam 25,30), como tampoco Abner (3,9). Los embajadores de Israel aludían a esta unción histórica y a las palabras del Deut 17,15. Por el pacto convinieron en que Israel reconocería a David por rey, como lo habían hecho antes los de Judá, convirtiéndose, por lo mismo, en rey de Israel y de Judá. Creóse una monarquía dualista, un reino unido, con sus inevitables dimes y diretes, hasta que vino la escisión definitiva después de la muerte de Salomón (1 Re c.12). Por anticipación afirma el texto que el reinado de David, en números redondos, fue de siete años en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén (1 Re 2,11). Hacia el año mil antes de Cristo, dos coronas ceñían la cabeza de David: la de Judá y la de Israel. ¿Entraba en el pacto la creación de una capital de los dos reinos más céntrica que la lejana Hebrón?

Toma de Jerusalén (5,6-16)

6 El rey se dirigió con su gente a Jerusalén, contra los jebuseos,
que habitaban la tierra, que dijeron a David: «No entrarás tú
aquí; ciegos y cojos bastarán para impedírtelo». Con lo que
querían decir: «Jamás entrará David aquí». 7 Pero David se
apoderó de la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David.
8 Pues había dicho: «¿Quién, batiendo al jebuseo, llegará a
alcanzar por el túnel a los ciegos y cojos, aborrecidos del alma
de David?» Por eso quedó en proverbio: «No entrarán en la
casa los ciegos y los cojos». 9 David estableció su residencia en

la fortaleza, y la llamó la ciudad de David y edificó en derredor, desde el terraplén para adentro. 10 David iba creciendo en poder cada vez más, y Yahvé, Dios Sebaot, estaba con él. 11 Hiram, rey de Tiro, envió a David una embajada y maderas de cedro, carpinteros y canteros, que edificaron la casa de David. 12 Conoció David que Yahvé le había confirmado rey de Israel y que realzaba su reino por amor de Israel, su pueblo. 13 Tomó David más concubinas y mujeres en Jerusalén después de venir de Hebrón, y le nacieron hijos e hijas. 14 He aquí los nombres de los que le nacieron en Jerusalén: Samúa, Sobab, Natán, Salomón, 15 Jibjar, Eliua, Nefeg, Jafia, 16 Elisama, Elijada y Elifelet.

Cronológicamente, la toma de Jerusalén (v.6-16) debe colocarse después de la victoria sobre los filisteos (v.17-25). Los embajadores de Israel habían regresado a su punto de partida con la conciencia de haber logrado lo que estaba en el ánimo de todos: la unión nacional. Pero la compenetración entre un reino y otro y el intercambio y trasiego de personal se efectuaba lentamente. Por lo mismo, en contra de lo que escribe 1 Crón 11,4, no concurrió a este ataque *todo Israel*, sino la gente de David, o sea, el reducido ejército de los seiscientos hombres que no le abandonaban (1 Sam 30,3ss). Así, pues, *con su gente* subió David a Jerusalén «contra los jebuseos, que habitaban la tierra» (Jos 15,63; Jue 19,10; 1 Crón 11,4).

Antiquísima es la ciudad de Jerusalén. Restos arqueológicos atestiguan su existencia en el período calcolítico en el sector llamado Ofel, o sea, el espolón que se encuentra al sur de la explanada del templo, entre los valles del Tiropeón y del Cedrón, al oeste y este, respectivamente, y limitando al sur con la conjunción de los valles Cedrón e Hinnón. En una carta de Tell el-Amarna (c.1400 antes de Cristo) la ciudad es llamada *Urusalim*, palabra que ha sido interpretada diversamente, pero que parece significar «fundación de Salem», nombre este último de una divinidad conocida en la primera mitad del segundo milenio. Desde su más remota antigüedad hasta la conquista de Canaán, la ciudad no tuvo otro nombre que el de Urusalim. Fueron sus primeros pobladores miembros del clan amorreo de los jebusitas, que rendían culto al dios Salem, al que su sacerdote Melquisedec aplicó los calificativos de «altísimo», «dueño de cielos y tierra», que el patriarca Abraham pudo con toda verdad aplicar e identificar con su propio Dios [1]. Junto a sus muros pasaron los patriarcas con sus rebaños, pero la población mantúvose siempre fiel a sus dioses. Al conquistarla David, hubo una corriente encaminada a sustituir el nombre pagano de la ciudad por la designación de «Ciudad de David». Sin embargo, el antiguo nombre subsistió, olvidándose su significado pagano. Al penetrar los israelitas en la tierra prometida, dirigieron sus ataques contra Hai, desviándose hacia el norte y evitando el ataque a la fortaleza de los jebuseos. A pesar de la muerte de su jefe Adonisedec en manos de Josué (Jos 15,8.63; Jue 19,12), la ciudad continuó bajo el dominio de los jebuseos hasta los tiempos de David.

[1] VINCENT, *Jérusalem:* DBS 898.

En los primeros momentos del reinado de David sobre Israel y Judá era del todo necesario quitar de en medio este baluarte amorreo y convertir la ciudad en capital del nuevo reino, tanto por su posición geográfica como por sus condiciones estratégicas. Valía la pena que David iniciara la nueva etapa de su reinado con tamaña empresa.

Un día vieron los jebuseos que un reducido ejército hebreo se estacionaba junto a los muros de la ciudad con propósitos hostiles. Sus habitantes cerraron herméticamente las puertas y desde lo alto de las murallas proferían sus jefes palabras irónicas, diciendo: «No entrarás tú aquí; ciegos y cojos bastarán para impedírtelo». Tan seguros se creían detrás de sus muros, que no cesaban de repetir: «Jamás entrará David aquí». La fortaleza era casi invencible. Y, sin embargo, David habíase presentado delante de ella con ánimo de capturarla; un fracaso le hubiera restado simpatía por parte sobre todo de Israel. Pero David la tomó.

Se llamaba Sión la parte más fortificada de la ciudad, que contenía la acrópolis con su templo y palacio real. La ciudad era relativamente pequeña, no excediendo su área amurallada de algo más de cuatro hectáreas. En 1 Crón 11,6 se dice: «David había dicho: El que primero hiera al jebuseo será jefe y príncipe». El primero en subir fue Joab, hijo de Sarvia, y fue hecho jefe. El texto hebraico del v.8 se ha conservado en mal estado. Su traducción más literal parece ser: «Pues había dicho David aquel día: Quien quiera vencer al jebuseo, que alcance, a través del canal, a los cojos y ciegos, los que odian la persona de David». La traducción de la última parte del versículo mencionado es dudosa; quizá la mejor sea: «A los cojos y ciegos David odia con toda su alma. Por esto se dice: Ciegos y cojos no entrarán en el templo» (DE VAUX). La arqueología ha venido en ayuda de la crítica textual para la recta interpretación del v.8 de nuestro texto. La palabra *sinnor* (túnel) del verso ha recibido múltiples interpretaciones. Sukenik, apoyándose en los LXX y en la palabra árabe *sinnarat*, cree que significaba originariamente *tridente*, aludiendo al arma con que debían atacar. Otros, siguiendo a Wellhausen, refieren el término *sinnor* a un miembro del cuerpo humano que tenga las funciones de canal, tales como cuello, etc. (JOUON, FERNÁNDEZ). La tercera opinión, la más corriente hoy día, ve en *sinnor* una parte de la población que debe ser objeto preferente de ataque. *Sinnor* tiene relación con conducciones de agua, canales (Sal 42,8); en el neohebreo conserva el mismo sentido. Aquila traduce por *krounismo* el *manantial*. En efecto, en el fondo de la fuente Ain-Sitti-Mariam existe una abertura que sube hacia arriba a manera de chimenea excavada en el corazón mismo de la colina. Se hace remontar su construcción, con buenos fundamentos arqueológicos, al tiempo de los jebuseos. Su objeto era evidentemente el de poder sacar agua de la fuente sin necesidad de salir de la ciudad. Esta abertura fue descubierta por Ch. Warren en 1867 [2]. No siendo posible abrir brecha en los muros de la ciudad, David,

[2] FERNÁNDEZ, *Problemas* 189-196.

que tenía sin duda noticia de este túnel por haberlo descubierto en las exploraciones previas del terreno o por habérselo comunicado algún jebuseo, animó a los suyos a que, derribada la pared que interceptaba el paso de la fuente al túnel, treparan por el mismo durante la noche, en una hora en que nadie iba por agua, y penetraran en la ciudad. Joab fue el primero que se aventuró a esta empresa. ¿Hubo lucha en el recinto de la villa? ¿Se entregaron los jebuseos al ver su fortaleza invadida por el enemigo? ¿Qué suerte corrieron sus habitantes? Nada dice sobre estos particulares el texto sagrado; ya hemos hecho notar que sus relatos son sobrios, esquemáticos, con estilo telegráfico.

Pronto trasladó David su familia, ejército, funcionarios y muchos israelitas a la nueva capital, que modificó convenientemente durante el curso de su reinado, embelleciéndola por dentro, construyendo nuevas viviendas (1 Crón 11,8), reparando los destrozos de las murallas y tratando de ampliarla hacia el norte e iniciando la obra de terraplenar el foso que existía entre el muro septentrional de la fortaleza y la colina del monte Moria, obra que acabó Salomón (1 Re 9,15-24) [3].

La noticia sobre la embajada de Hiram recuerda la que tuvo lugar en tiempos de Salomón (1 Re 5,15). Era costumbre esta ayuda mutua entre los reyes amigos al efectuarse un cambio de reino (10,1). Los fenicios mandaban también maderas a Egipto, de donde recibían obreros para trabajarlas. Tiro era una ciudad fenicia edificada sobre una roca que emergía en pleno mar Mediterráneo, a quinientos metros de la costa. Su misma posición la hacía inexpugnable, convirtiéndose en el puerto más importante del Mediterráneo oriental, tanto desde el punto de vista militar como comercial. Flavio Josefo dice que su rey Hiram, hijo de Abibal, reinó treinta y cuatro años (hacia 979-945), muriendo a los cincuenta y tres. Pero no parece que fuera Hiram el que mandó maderas y obreros para construir el palacio de David, ya que no es probable que ocupara él el trono en los primeros años del reinado de David sobre todo Israel. La dificultad se resuelve admitiendo que o no fue Hiram el que mandó tal ayuda, o, en caso afirmativo, que lo hizo años más tarde, a finales del reinado de David. Es probable que David contara en los comienzos con una casa sencilla, que más tarde amplió y adornó extraordinariamente su hijo Salomón.

Un soberano oriental debía contar con un nutrido harén y una descendencia numerosa; por lo mismo, tomó David otras mujeres y concubinas, práctica que toleraba la Ley (Deut 15,17). Con ello pretendía David principalmente entrar en relación con las principales familias del reino y asegurarse la amistad de los monarcas extranjeros. Dos categorías existían en el harén: las esposas de primer orden, que hacían su entrada en palacio con grandes fiestas y boato, y las concubinas, también esposas en sentido estricto, que entraban en el harén real sin aparato externo; sus hijos eran me-

[3] H. Vincent-F. M. Abel, *Jérusalem* 2 vols. (París 1912-1926); J. Simons, *Jerusalem in the Old Testament* (Leiden 1952); L. H. Vincent-A. M. Steve, *Jérusalem dans l'Ancien Testament* (París 1954).

nos considerados. «De la época de Tell el-Amarna—escribe De Vaux—sabemos que el rey de Biblos tenía al menos dos mujeres, y el de Alasia (Chipre) habla de «sus mujeres». Sin embargo, en los siglos VIII-VII a. de C., los anales de Asiria atribuyen a los reyes de Ascalón, Sidón y Azoto sólo una mujer, acaso la reina titular, lo que no excluye otras esposas y concubinas. Mejor información se dispone tocante a los hititas, entre los cuales una esposa llevaba el título de reina, disponiendo el monarca de mujeres libres y concubinas. En Asiria, al lado de la «dama de palacio», existían otras, provenientes muchas veces de pueblos extranjeros. En Egipto tenía el Faraón una esposa que llevaba el título de «gran esposa real». Cinco personas llevaron este título sucesivamente durante el largo reinado de Ramsés II, pero sus ciento sesenta y dos hijos prueba que tuvo otras mujeres además de la reina y esposa oficial. A la luz de las cartas de Tell el-Amarna, el harén que más analogía tiene con el de los faraones es el de Salomón. La princesa mitanni casada con Amenofis III llevó consigo trescientas diecisiete muchachas jóvenes. El mismo rey encarga al de Guezer le envíe cuarenta «mujeres guapas», a cuarenta siclos de plata cada una. El Faraón recibe del rey del Mitanni el regalo de treinta muchachas, veintiuna del rey de Jerusalén y veinte o treinta de un príncipe sirio» [4].

Ataque a los filisteos (5,17-25)

**17 Cuando los filisteos supieron que David había sido ungido
rey de todo Israel subieron todos en busca suya, y David,
que lo supo, bajó a la fortaleza. 18 Los filisteos hicieron una in-
cursión en el valle de Refaím, 19 y David consultó a Yahvé,
diciendo: «¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mis
manos?» Y Yahvé dijo a David: «Sube, pues de cierto los en-
tregaré en tus manos». 20 Vino, pues, David a Baal Barasim,
donde los derrotó, y dijo: «Yahvé ha roto a mis enemigos como
rompen las aguas». Por eso se dio a aquel lugar el nombre de
Baal Parasim. 21 Dejaron allí sus ídolos, que David y su gente
se llevaron. 22 Volvieron los filisteos a subir y a invadir el valle
de Refaím. 23 Consultó David a Yahvé: «¿Subiré contra los
filisteos? ¿Los entregarás en mis manos?» Y El le respondió:
«No subas a su encuentro; rodea por detrás de ellos y atácalos
por la espalda desde el lado de las balsameras. 24 Cuando entre
las balsameras oigas ruido de pasos, ataca fuertemente, porque
es Yahvé que marcha delante de ti para derrotar al ejército de
los filisteos». 25 David hizo lo que Yahvé le mandó, y batió a
los filisteos desde Gabaón hasta Guezer.**

Los exegetas son de parecer que este episodio debe seguir inmediatamente a la noticia sobre la unción de David por rey de Israel (v.3), como se desprende de 1 Crón 14,8. Al mismo hecho se refiere el pasaje de 2 Sam 23,13-17. Practicaban los filisteos la política del «divide y vencerás» con relación a Palestina.

Después del desastre de Gelboé quedaron ellos dueños del territorio palestinense, controlando prácticamente todas sus activi-

[4] *Les Institutions* I 178.

dades. Pero el genio militar de Abner fue rechazándolos de un sitio y de otro hasta libertar los territorios del norte del yugo filisteo. En el sur, estos controlaban el territorio de Judá, en donde, según creyeron en un principio, reinaba un aliado suyo, a quien trataron de apoyar y aupar a fin de que estorbara la acción de sus rivales del norte y mantuviera a la nación dividida en dos bandos. Por lo mismo, llevaron muy a mal el que ciñera David la corona de los dos reinos, temiendo fundadamente que esta unidad nacional redundara en detrimento de sus intereses. Para cortar el mal de raíz, antes de que las relaciones entre los reinos de Judá y de Israel se estabilizaran, lanzaron su ejército sobre la región que servía de enlace a los dos mencionados reinos con el fin de impedir que la unión se hiciera efectiva.

David, que estaba todavía en Hebrón, tuvo noticia de la penetración de los filisteos en tierra de Israel y bajó a la fortaleza de Odulam (1 Sam 22,1: *caverna; 22,4.5: fortaleza)*. El sitio escogido por los filisteos fue el valle de Refaím (Jos 15,8; 18,16), entre Jerusalén y Belén, llamado hoy día llanura de *Baqa*, que se extiende al sur de Jerusalén, parte occidental de la misma hasta Lifta, al norte. Antes de atacarlos consulta David a Yahvé, que le promete la victoria. Desde su refugio de Odulam *subió* (verbo que no se hubiera empleado en el caso de estar David en Jerusalén: 23,1) a la colina de Baal Parasim. Tenemos un nombre compuesto con la palabra *baal*, dios cananeo, y *parasim*, divisiones, brechas, lugar de la división de aguas (v.20), unas en dirección al mar Muerto y otras hacia el Mediterráneo. Este lugar alto en la línea divisoria de las aguas, llamado *Ras en-Nadir*, al sur de Lifta, estaba dedicado al dios cananeo *baal*, dueño y autor, según sus seguidores, de los *parasim*, o divisiones de las aguas.

Con la ayuda de Dios, los filisteos fueron derrotados y dispersados, «como la división de las aguas». De ahí que en adelante perdió el lugar su carácter profano y adquirió uno religioso, cediendo *baal* su puesto al verdadero dueño y señor de los elementos, Yahvé. Para asegurarse la victoria, los filisteos habían traído consigo sus ídolos *(dioses* según los LXX y 1 Crón 14,12), que, según este último texto, fueron quemados.

El segundo encuentro se desarrolló entre el extremo noroeste de Refaím y el *wadi el-Meise*, al oeste de Jerusalén; torrente que va desde *birket Mamillah* hasta *birket es-Sultan* (UBACH). Los filisteos huyeron precipitadamente hacia Gabaón (no *Gueba*, como dice el texto masorético), para emprender desde allí la fuga hacia la costa mediterránea. Estas dos victorias aplastaron el poderío de los filisteos (8,1).

Traslado del arca (6,1-8)

**1 Volvió a reunir David a los selectos de Israel, treinta mil
hombres, 2 y, acompañado de todo el pueblo congregado tras
él, se puso en marcha desde Baalat Judá, para subir el arca de
Dios, sobre la cual se invoca el nombre de Yahvé Sebaot, sen-**

**tado entre los querubines. 3 Pusieron sobre un carro nuevo el
arca de Dios y la sacaron de la casa de Abinadab, que está sobre la colina. Oza y Ajio, hijos de Abinadab, guiaban el carro.
4 Iba Oza al lado del arca de Dios, y Ajio iba delante; 5 David
y toda la casa de Israel iban danzando delante de Yahvé con
todas sus fuerzas, con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos. 6 Cuando llegaron a la era de Nacón, tendió Oza la mano
hacia el arca de Dios y la cogió, porque los bueyes daban sacudidas. 7 Encendióse de pronto contra Oza la cólera de Yahvé, y cayó allí muerto, junto al arca de Dios. 8 Entristecióse
David de que hubiese herido Yahvé a Oza, y fue llamado aquel
lugar Peres Oza, hasta hoy.**

En la primera mitad de sus treinta años de reinado decidió David trasladar el arca de la alianza a la capital de la nación. No se puede precisar más concretamente el tiempo del traslado; sabemos que se encontraba en Jerusalén durante el sitio de Rabat Amón (11,11). Jerusalén había perdido su carácter pagano para convertirse en capital del reino unido. A la centralización política, administrativa y militar convenía añadir la religiosa. La idea era revolucionaria, opuesta en cierta manera al concepto tradicional de no rendir culto a Yahvé fuera de aquellos lugares en que El se había manifestado en tiempos de los patriarcas, Moisés y Josué; pero David encontró la manera de llevarla a cabo. En contra de lo que han pretendido algunos (Mohwinckel), no existen en este relato vestigios de una liturgia del templo en la que se conmemorase la coronación de David como rey de Jerusalén a la manera cananea o la entronización de Yahvé en su santuario.

El proyecto de David de trasladar el arca no encontró el eco unánime que esperaba. Los jefes no pusieron dificultad alguna, pero los sacerdotes y levitas de Gabaón (1 Crón c.13.15.17) no secundaron su invitación. Temían que, con esta centralización del culto, el santuario de Gabaón perdiera importancia y que el nuevo templo de Jerusalén oscureciese su lugar sagrado. En contra y a pesar de ellos, David llevó a término su proyecto.

Para dar realce a la ceremonia, impresionar a los recalcitrantes de Israel y atemorizar a los filisteos, reunió David a los selectos de Israel. Al decir el texto «volvió a reunir» (v.1), hace referencia a la reunión plenaria que tuvo lugar en Hebrón (5,1-3) con motivo de su proclamación por rey de Judá y de Israel. Parece, sin embargo, que la cifra de treinta mil *(setenta mil* según los LXX) sea exagerada, aun en el supuesto de que acudieran al llamamiento e invitación de David todo el pueblo, «desde el Sijor de Egipto hasta el camino de Jamat» (1 Crón 13,5). La tradición manuscrita respecto a los números se ha conservado muy mal. Toda la muchedumbre se dirigió hacia Quiriat-Jearim (1 Sam 6,21; 7,1), llamada en el texto Baalat Judá (Jos 15,11; 1 Crón 13,16), nombre antiguo de aquella ciudad, conocida también por Quiriat-Baal (Jos 15,60; 18,14). Se añade el calificativo «de Judá» para distinguir la ciudad de otras homónimas (Jos 15,11.29; 19,44). Esta diversidad de nombres prueba que la relación de nuestro autor se inspira en una tradición distinta de la de 1 Sam 7,1ss.

Sacaron el arca de casa de Aminadab (1 Sam 7,1ss), donde había permanecido muchos años, casi olvidada y bajo el control y supervisión de los filisteos. Dos son las características que se mencionan de las relaciones de Yahvé con el arca. El es Yahvé de los ejércitos que da la victoria por medio del arca (1 Sam 4,34); Yahvé está sentado entre los querubines, cuyas alas le sirven de trono, que Yahvé ocupa de manera permanente, estando, por lo mismo, allí presente de manera particular (Ex 25,18-22). A falta de sacerdotes y levitas (Núm 4,5-6), la custodia del arca fue confiada a dos laicos, Oza y Ajio. En contra de la prohibición de Núm 4,15, Oza, con la mejor intención sin duda, tocó el arca con su mano, quedando fulminado en el acto. Quiso con esto demostrar Yahvé a su pueblo que, si el arca es terrible para los enemigos (1 Sam c.5), o para los que se mofan de ella (1 Sam 6,19), no lo es menos para sus fieles servidores desde el momento en que no la tratan con el debido respeto. Ella es el trono de Dios; allí habita de una manera estable. Por lo mismo, tocarla equivale a que el hombre profano ponga las manos sobre el mismo Dios. Sin duda que los sacerdotes y levitas comentaron lo sucedido con satisfacción.

El arca, camino de Jerusalén (6,9-15)

9 Atemorizóse entonces David de Yahvé, y dijo: «¿Cómo voy a llevar a mí el arca de Yahvé?» 10 Y desistió ya de llevar a sí el arca de Yahvé a la ciudad de David, y la hizo llevar a la casa de Obededón de Gat. 11 Tres meses estuvo el arca de Yahvé en casa de Obededón de Gat, y Yahvé le bendijo a él y a toda su casa. 12 Dijéronle a David: «Yahvé ha bendecido a la casa de Obededón y a cuanto tiene con él por causa del arca de Dios»; y poniéndose David en camino, subió el arca de Dios de la casa de Obededón a la ciudad de David, con un jubiloso cortejo. 13 Como los que llevaban el arca de Yahvé hubieron andado seis pasos, sacrificaba un buey y un carnero cebado. 14 David danzaba con toda su fuerza delante de Yahvé y vestía un efod de lino. 15 Así subieron David y toda la casa de Israel, entre gritos de júbilo y sonar de trompetas.

El incidente de Oza atemorizó a todos los presentes. David, que pensaba llevar el arca a su palacio, desistió de ello por temor a que le sucediese alguna desgracia; los acompañantes renunciaron también a alojarla en sus casas. Ocurriósele entonces a David colocarla en casa de un extranjero, de nombre Obededón, quizá originario de Edom, habitante en Gat (4,3). Pensó David que, en caso de sobrevenir algo desagradable por causa del arca, fuera un pagano la víctima y no un israelita. Probablemente estaba Obededón al servicio de David. Dios bendijo profusamente su casa. Al enterarse David, revolvió de nuevo el proyecto de llevarla a Jerusalén. Esta segunda etapa se describe con muchos pormenores en 1 Crón 15,1-16,42. Del mencionado texto y de lo que dice sumariamente nuestra perícopa, aparece que David llegó a un acuerdo con los sacerdotes, que decidieron colaborar en la ceremonia, poniéndose al servicio del arca y dando al cortejo un carácter más religioso.

Comprendió David que la colaboración de los sacerdotes le era necesaria; su ausencia había provocado la vez anterior las iras de Yahvé por no observarse el ceremonial sagrado. Los mismos levitas no podían acercarse al arca sin peligro antes de que los sacerdotes no la tapasen (Núm c.4.5.15), moviéndola siempre por las barras adheridas a la misma (Ex 25,15). Con el fin de tenerlos propicios, renunció David a su ideal de un santuario único en Jerusalén, admitiendo con carácter oficial también el de Gabaón, concediendo igual o más categoría a Sadoc, sacerdote de Gabaón, que a Abiatar, de Jerusalén. Sea que los sacerdotes aceptasen estas condiciones o que David les obligase a hacerse cargo del arca, dos sacerdotes y sus levitas encargáronse de llevar el mueble sagrado [1].

El arca salió de casa de Obededón. Después de dar seis pasos, y al comprobar David que esta vez no sucedía nada anormal, ofreció o hizo ofrecer un sacrificio. El texto debe entenderse en el sentido de que el sacrificio tuvo lugar después de los primeros seis pasos, no repitiéndose durante el trayecto, y menos después de cada seis pasos. Durante el trayecto repetíanse las danzas sin cesar, que formaban parte del culto de Yahvé (Sal 149,3; 150,4; 1 Re 18,26). Tenían éstas en los tiempos primitivos un sentido religioso y en muchos cultos orientales eran actos rituales. David llevaba un vestido sacerdotal, por ejercer en cierta manera las funciones sacerdotales (1 Re 8,22.54; 1 Sam 2,18).

Incidente con Micol (6,16-23)

16 Cuando el arca de Yahvé llegó a la ciudad de David, Micol, hija de Saúl, miró por la ventana; y al ver al rey David saltando y danzando delante de Yahvé, le menospreció en su corazón. 17 Una vez que el arca de Yahvé fue introducida y puesta en su lugar, en medio del tabernáculo que David había alzado para ella, David ofreció a Yahvé holocaustos y sacrificios eucarísticos. 18 Acabado que hubo de ofrecer los holocaustos y los sacrificios eucarísticos, bendijo al pueblo en nombre de Yahvé Sebaot. 19 Repartió a todo el pueblo, a toda la muchedumbre de Israel, hombres y mujeres, a cada uno una torta, un pedazo de carne y un racimo de uvas, y el pueblo se fue cada uno a su casa. 20 Cuando se volvió David a la suya para bendecirla, Micol, la hija de Saúl, le salió al encuentro, diciendo: «¡Qué gloria hoy para el rey de Israel haberse desnudado a los ojos de las siervas de sus siervos como se desnuda un juglar!» 21 David respondió a Micol: «Delante de Yahvé, que con preferencia a tu padre y a toda su casa me eligió para hacerme jefe de su pueblo, de Israel, danzaré yo, 22 y aún más vil que esto quiero parecer todavía y rebajarme más a tus ojos, y seré así honrado a los ojos de las siervas de que tú has hablado». 23 Y ya Micol, hija de Saúl, no tuvo más hijos hasta el día de su muerte.

Era Micol esposa de David (3,13-14). No participando de la piedad de su marido, no podía comprender que el entusiasmo de

[1] DESNOYERS, *Histoire* II 193.

David por Yahvé le llevara a efectuar danzas frenéticas en compañía del pueblo. El arca fue colocada provisionalmente en la tienda que le había preparado David, por encontrarse la antigua en Gabaón (1 Crón 16,39), con la esperanza de edificarle un santuario. Todo el pueblo marchó a su casa. También David fuése a la suya, donde le esperaba la malhumorada Micol para reprocharle su conducta, poco digna, a su entender, de un monarca de Judá y de Israel.

Primitivamente, el sacerdote se presentaba desnudo ante la divinidad, de donde se deriva la ley sobre las cualidades corporales que debían reunir los llamados a ejercer las funciones sacerdotales (Lev 21,16-23). Más tarde se les obligó a llevar calzones de lino para cubrir sus desnudeces (Ex 28,42-43)[2]. Vestía David el paño de lino, que, al evolucionar en el calor de la danza, dejaba al descubierto, por intermitencias, partes menos honestas. No dice la Biblia que Micol dejara descendencia, ni de David ni de Paltiel (3,15).

Designios de David (7,1-10)

1 Cuando el rey se hubo establecido en su casa y le hubo dado Yahvé el descanso, librándole de todos sus enemigos en derredor, 2 dijo a Natán, profeta: «Ya ves; yo habito en casa de cedro, y el arca de Yahvé está en una tienda». 3 Natán respondió al rey: «Anda, haz lo que tienes en tu corazón, pues que Yahvé está contigo». 4 Pero aquella misma noche tuvo Natán palabra de Yahvé: «Anda 5 y ve a decir a David, mi siervo: Así habla Yahvé: ¿Vas a edificarme tú una casa para que yo habite en ella? 6 Mira, yo no he habitado en casa desde el día en que saqué de Egipto a los hijos de Israel hasta hoy, sino que he andado en una tienda, en un tabernáculo. 7 Y en todo el tiempo en que anduve con los hijos de Israel, ¿he dicho yo palabra a ninguno de los jefes de Israel, a quienes mandé que apacentaran mi pueblo de Israel, de hacerme una casa de cedro? 8 Di, pues, a David, mi siervo: Así habla Yahvé Sebaot: Yo te tomé de la majada, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe de mi pueblo, de Israel. 9 He estado contigo por dondequiera que has ido; he exterminado delante de ti a todos tus enemigos, y te estoy haciendo un nombre grande, como el de los grandes de la tierra, 10 estableciendo a mi pueblo Israel y plantándolo en su lugar, para que habite en él y no sea perturbado, y los hijos de la iniquidad no le aflijan como antes.

Habiendo narrado el autor el episodio del traslado del arca desde Quiriat-Jearim a Jerusalén, añade una noticia muy distante, cronológicamente, de la anterior, pero unida por razón del tema. Lo que en esta sección se refiere tuvo lugar hacia los últimos años de

[2] De los monumentos hallados en Sumer parece que el soberano se despojaba de sus vestidos reales para presentarse en estado de nudismo ritual. Con ello se conformaba la costumbre de la cual tenemos ejemplos en las placas religiosas de Lagash, Ur, Nippur y sobre todo en un hermoso vaso ritual de Uruk, en el que los portadores de ofrendas se presentan delante de la divinidad completamente desnudos (G. CONTENAU, *Manuel d'Archéologie Orientale* I [París 1927] p.441.443.474.478.481; E. DHORME, *Les Religions de Babylonie et d'Assyrie* [Mana, II, París 1949] 199-200). Sin embargo, después del pecado (Gén 3,7; 9,22-24), el nudismo propiamente dicho es algo repugnante, aun a los ojos de Yahvé (Ex 20,26). La Biblia desconoce la *nuditas sacra*.

David, cuando la paz interior habíase consolidado y en las fronteras del reino imperaba la paz. Israel había dejado de ser un pueblo seminómada. El rey tenía su palacio; sólo el arca ocupaba un edificio provisional y endeble. Este estado precario del arca no podía prolongarse. De sus preocupaciones hizo confidente al profeta Natán.

Es la primera vez que se menciona este profeta, que tanta influencia ejerció sobre David y que decidió a favor de Salomón su sucesión en el trono (1 Re 1,1ss). Fue consejero de David, de cuya compañía no se apartó nunca. Pero, aunque amigo del rey, defendía ante todo los derechos de Dios, no vacilando en reprocharle su adulterio con Betsabé (12,1ss). Tan pronto como David manifestó sus planes a Natán, éste los aprobó en conjunto y de manera provisional, difiriendo su confirmación definitiva hasta saber la voluntad divina[1].

Aquella misma noche tuvo Natán una revelación profética (1 Sam 15,10), en la que Dios le manifestaba que no sería David quien le levantara una casa, sino El se la edificaría a David. Como a Abraham (Gén 12,2), le hará famoso en toda la tierra. No rechaza Dios definitivamente el proyecto de la construcción de un templo; pero no será David quien lo edifique, sino su sucesor (1 Re 8,19). A las razones apuntadas para no conceder a David este honor, el texto de 1 Crón 22,8; 28,3 añade la de haber derramado David mucha sangre en los combates.

Designios de Dios (7,11-16)

11 «Desde el día en que constituí jueces sobre mi pueblo, Israel, dándote descanso de todos tus enemigos. Hácete, pues, saber Yahvé que él te edificará casa a ti; 12 y que, cuando se cumplieren tus días y te duermas con tus padres, suscitaré a tu linaje después de ti, el que saldrá de tus entrañas, y afirmaré su reino. 13 El edificará casa a mi nombre, y yo estableceré su trono por siempre. 14 Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Si obrare el mal, yo le castigaré con varas de hombres y con azotes de hijos de hombres; 15 pero no apartaré de él mi misericordia, como la aparté de Saúl, arrojándole de delante de ti. 16 Permanente será tu casa para siempre ante mi rostro, y tu trono estable por la eternidad».

A la generosidad del rey responde Dios con una generosidad divina eficaz, con promesas trascendentales para David. Yahvé hará que su pueblo no lleve en adelante vida seminómada, sino que lo afincará definitivamente en Palestina, donde echará raíces y vivirá en paz y prosperidad, no molestándole, como hicieron antes, los hijos de la iniquidad.

Dios promete a David la continuidad del reino entre sus descendientes. Porque acontecerá que, al cumplirse los años de su peregrinación (1 Crón 17,11) sobre la tierra y baje al sepulcro para

[1] J. W. AHLSTROM, *Der Prophet Nathan und der Tempelbau:* VT 16 (1961) 113-127, sostiene que David cedió ante la oposición de la tradición jebusita, contraria a un segundo templo en Jerusalén, por temor a que decayera el esplendor del culto jebusita. Al partido jebusita pertenecían, según él, Sadoc, Natán y Banayas.

descansar allí junto a sus padres (Gén 28,8; 47,30; 1 Re 2,10), suscitará Dios de él su posteridad *(zera:* simiente), que saldrá de sus entrañas (Gén 15,4) y afirmará su reino. «El edificará la casa a mi nombre, y yo, añade Dios, estableceré por siempre el trono de su reino». Convienen algunos autores en que el texto del v.13 desentona del contexto (De Vaux), dudando que sea original (Desnoyers), o considerándolo como una adición redaccional (Wellhausen) o un paréntesis (Driver). La antítesis que se observa en el discurso de Natán («No serás tú quien me construirás un templo, seré yo quien te edificaré una casa»), es decir, una posteridad, se interrumpe por la intercalación del mencionado verso (Dhorme). Si el verso se omite, la profecía expresa una aprobación de las costumbres antiguas del desierto (v.6-7) y desafecto hacia el templo, idea que se encuentra en la adición de 1 Re 8,27, en los profetas (Is 66,1-2) y en el discurso de San Esteban (De Vaux).

A la posteridad de David profesará Dios el afecto que un padre siente para con su hijo. Pero así como un padre castiga a su hijo, de la misma manera castigará Dios a la simiente de David en caso de obrar el mal, a la manera como suelen castigar los hombres (Sal 89,31-34). Es decir, como interpretan algunos (Rehm), no dejará Dios impunes los pecados de los descendientes de David; pero, al castigarlos, no hará uso de todo su poder, sino que aplicará un castigo llevadero, análogo a los que emplean los hombres. Sin embargo, cree Ubach que Yahvé anuncia un castigo más ejemplar, más severo contra los descendientes de David que falten a sus deberes. Dios, en este caso, se reserva el derecho de tratarles como a hijos rebeldes, azotándoles no «con varas de hombres y con azotes de los hijos de los hombres», sino con el hierro de la escisión, destituyéndolos de su dignidad real y destruyendo para siempre el trono material de la dinastía davídica (1 Re 2,4; Sal 132,11). La promesa de la perpetuidad de su trono está condicionada, pues, a que sus sucesores sigan los senderos de Yahvé y cumplan el pacto de la alianza. Pero esta explicación rigorista no se armoniza bien con el v.15. Veremos que en los libros de los Reyes Dios castiga moderadamente a los reyes pecadores de Judá a causa de David, su padre.

En el v.16 promete Dios a David que su casa y su trono durarán para siempre ante su rostro; pero no especifica cómo se realizará esta promesa. Muchos exegetas no creen que el texto de 2 Sam 7, 13-15 se refiera al hijo determinado y concreto de David, Salomón, sino a toda su posteridad; en contra opina Desnoyers *(Histoire* II 200-201). Esencialmente, la promesa se refiere a la continuidad de la dinastía davídica en el trono de Israel (v.12-16), como lo entiende el mismo David (v.19.25.27.29). En este sentido lo interpretan los salmos 89,30-38; 132,11-12. La perspectiva profética, pues, rebasa la persona concreta de Salomón. Entre líneas cabe vislumbrar en el texto un descendiente de David en el que se realizarán todos los matices y pormenores contenidos en el oráculo. De ahí que gran número de exegetas admitan el carácter mesiánico de la profecía, discrepando en señalar la manera como se refiere a la persona del Mesías. Unos explican el texto en sentido exclusivamente mesiánico; otros, en sentido literal, lo refieren a Salomón, y en sentido típico, a Cristo. En primer lugar cabe afirmar que el término *zera* = simiente, designa una colectividad y un individuo particular (v.13). No cabe duda que el oráculo constituye el primer anillo de la cadena de profecías que anuncian un Mesías hijo de David. A este texto alude Isaías (9,6) al hablar del nacimiento de un niño «para dilatar el imperio y para asegurar una paz ilimitada sobre el trono de David y sobre su reino, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia desde ahora para siempre jamás». Un eco del oráculo lo hallamos en las palabras del ángel a María (Lc 1,32) y una referencia explícita en Act 2,30. El Mesías será hijo de David, y su reino será eterno: he aquí el sentido pleno que late bajo el sentido obvio de las palabras [2].

Oración de David (7,17-29)

17 Conforme a todas estas palabras y a toda esta visión habló
Natán a David; 18 y entrándose el rey David, puesto delante
de Yahvé, dijo: «Mi Señor, Yahvé, ¿quién soy yo y qué es mi
casa para que hasta tal punto me hayas traído? 19 Y aun esto
ha sido poco a tus ojos, mi Señor, Yahvé, y has hablado acerca
de la casa de tu siervo para lo por venir, aventajándome sobre
los otros hombres, ¡mi Señor, Yahvé! 20 ¿Qué más podrá de-
cirte David? Tú, ¡oh mi Señor, Yahvé!, conoces a tu siervo.
21 Todas estas grandezas las haces según tu palabra y según tu
corazón, y se las has dado a conocer a tu siervo. 22 ¡Qué grande
eres, mi Señor, Yahvé! No hay nadie que se te asemeje ni hay
Dios fuera de ti, como lo hemos oído con nuestros oídos. 23 Y hay
sobre la tierra un pueblo como tu pueblo, Israel, que haya res-
catado Dios para hacerle el pueblo suyo, dándole su nombre
y haciendo por él tan terribles y portentosas maravillas como en
favor de tu pueblo hiciste, redimiéndole de Egipto y expulsan-
do las gentes? 24 Has confirmado a tu pueblo, Israel, por pueblo
tuyo, para que sea tu pueblo para siempre jamás y seas tú su
Dios. 25 Mantén, pues, siempre, mi Señor, Yahvé, la palabra
que has dicho de tu siervo y de su casa, y obra según tu pala-
bra, 26 y sea glorificado por siempre tu nombre; y dígase: Yahvé
Sebaot es el Dios de Israel. Sea firme ante ti la casa de tu siervo
David, 27 pues que tú mismo, Yahvé Sebaot, Dios de Israel,
te has revelado a tu siervo, diciendo: Yo te edificaré a ti casa.
28 Por esto se atreve tu siervo a dirigirte esta plegaria: «¡Oh
mi Señor, Yahvé! Tú eres Dios, y tus palabras son verdaderas,

[2] Para esta profecía consúltese V. Laridon, *De prophetia Nathan:* «Collationes Brugenses», 42 (1946) 281-289.315-321; F. S. Porporato, *Il Trono Eterno promesso a Davide nel suo avveramento:* «La Civiltà Cattolica», 100 (1949, 3) 130-139.265-274; H. van den Bussche, *Le texte de la prophétie de Natan sur la dynastie davidique* (Lovaina 1948); M. Noth, *David und Israel in II Sam 7:* «Mélanges Robert», 122-130; J. L. McKenzie, *The Dinastic Oracle: II Sam. 7:* «Theological Studies», 8 (1947) 187-218; M. Simon, *La Prophétie de Nathan et le Temple:* THPHR 32 (1952) 41-58; C. J. Labuschagne, *Some Remarks on the Prayer of David in II Sam. 7:* «Studies on the Books of Samuel» (Pretoria 1960) 28-35; E. S Mulder, *The Prophecy of Nathan in II Sam. 7:* ibid., 36-42; K. H. Bernhardt, *Das Problem der altorientalischen Koenigsideologie im Alten Testament* (Leiden 1961); G. Cooke, *The Israelite King as Son of God:* ZAW 73 (1961) 202-225; E. Kutsch, *Die Dynastie von Gottes Gnaden. Problem der Nathanweissagung in 2 Sam. 7:* «Zeitschrift für Theologie und Kirche», 58 (1961) 137-153. «L'Oracle de Nathan doit remonter à un ancien document, sans doute plusieurs fois retouché en fonction du développement des espérances qu'il formulait déjà nettement» (J. Delorme, *Introduction à la Bible* [Robert-Feuillet] 424).

y has prometido a tu siervo hacerle esta gracia. 29 Tenlo, pues,
a bien y bendice la casa de tu siervo, para que subsista siempre
delante de ti; porque tú, mi Señor, Yahvé, has hablado, y con
tu bendición será por siempre bendita la casa de tu siervo».

David se dirigió al lugar donde estaba el arca y, sentado, recitó una ferviente oración de acción de gracias y de alabanza. Los antiguos oraban de pie, de rodillas y también sentados. Escoge David esta última postura acaso por su avanzada edad. Muéstrase confuso de haberle Dios elevado a tan grande dignidad.

Guerras y triunfos de David (8,1-18)

1 Después de esto batió David a los filisteos y los humilló,
arrebatando de las manos de los filisteos las ciudades de la cos-
ta. 2 Batió también a los moabitas, y, haciéndolos postrarse en
tierra, los midió echando sobre ellos las cuerdas; y dos de las
medidas las condenó a muerte, y a la otra le dejó la vida. Los
moabitas quedaron sometidos a David y le pagaron tributo.
3 Batió a Hadadezer, hijo de Rojob, rey de Soba, cuando iba
camino para restablecer su dominio hasta el Eufrates. 4 Tomóle
David mil setecientos caballeros y veinte mil infantes; desjarre-
tó a todos los caballos de los carros de guerra, no dejando más
de cien tiros de carros. 5 Habiendo venido en socorro de Hada-
dezer, rey de Soba, los sirios de Damasco, batió David veinte
mil de ellos; 6 puso guarniciones en la Siria de Damasco, y se
le sometieron los sirios, haciéndose tributarios. Yahvé dio a Da-
vid la victoria por dondequiera que fue. 7 Tomó David los es-
cudos de oro que llevaban los de Hadadezer y los trajo a Jeru-
salén. 8 Tomó también gran cantidad de bronce en Tebaj y
Berotai, ciudades de Hadadezer. 9 Cuando Tou, rey de Jamat,
supo que David había derrotado a todas las fuerzas de Hada-
dezer, 10 mandó a Hadurán, su hijo, al rey David para salu-
darle y felicitarle por haber atacado y vencido a Hadadezer,
pues Tou estaba constantemente en guerra con Hadadezer.
Hadurán trajo vasos de oro, vasos de plata y vasos de bronce;
11 y el rey David los consagró también a Yahvé, como había
hecho con la plata y el oro de las gentes que había sometido,
12 de Edom, de Moab, de los hijos de Ammón, de los filisteos, de
Amalec, y el botín que había tomado a Hadadezer, hijo de
Rojob, rey de Soba. 13 David adquirió gran fama, y, de vuelta
de la victoria de Siria, combatió en el valle de la Sal, derrotando
a dieciocho mil edomitas. 14 Puso guarniciones en Edom, y
todo Edom le quedó sometido. Yahvé le daba la victoria por
dondequiera que iba. 15 Reinó David sobre todo Israel, haciendo
derecho y justicia a todo su pueblo. 16 Joab, hijo de Sarvia, era
el jefe del ejército; Josafat, hijo de Ajilud, era cronista; 17 Sadoc
y Abiatar, hijo de Ajimelec, hijo de Ajitub, eran sacerdotes;
y Saraya, secretario. 18 Banayas, hijo de Joyada, era el jefe de los
cereteos y los feleteos, y los hijos de David eran sacerdotes.

Estas pinceladas generales sobre la actividad bélica de David y el silencio casi absoluto sobre las relaciones diplomáticas con los pueblos vecinos hacen que tengamos muy poca información en torno a su reinado. Más que la historia de su reinado, tenemos la historia

de la familia de David. De las luchas contra algunos enemigos habla esquemáticamente el presente capítulo.

Empleando el autor una mera fórmula de transición: «Después de esto» (2,1; 10,1) da noticia de la acción contra los filisteos. Decisivo fue el golpe que les infligió al principio de su reinado (5,22-25), apoderándose, según 1 Crón 18,1, de Gat y de sus dependencias. Durante todo su reinado estuvo atento a cortar rápidamente todo intento de amenaza de las fronteras por parte de este enemigo peligroso. La segunda parte del v.1 puede traducirse: «De esta manera tomó David de la mano de los filisteos las riendas del poder» *(meteg ha ammah)*. Siguiendo a Schulz, Ubach traduce las palabras hebreas mencionadas por «el dominio de la costa». La dificultad textual no justifica el recurso de sustituir las mencionadas palabras por la lección paralela de 1 Crón 18,1: «Gat y las ciudades de su dependencia».

Como los filisteos, también los moabitas fueron en un tiempo aliados de David (1 Sam 22,3). Habitaban en Transjordania, al este del mar Muerto. No sabemos cuándo, cómo y por qué comenzaron las hostilidades entre David y sus antiguos aliados, de los cuales descendía David a través de Rut la moabita [1]. En vez de condenar a los prisioneros moabitas a trabajos forzados, hizo que se tumbaran al suelo y, por medio de cuerdas (Zac 2,8; Am 7,17), los sorteó; de cada tres, dos fueron condenados a muerte. No conociendo el número de prisioneros moabitas ni las razones que le movieron a tan cruel proceder, no podemos tildar a David de inhumano. Las guerras de nuestros tiempos y el trato a los prisioneros no son ciertamente modelo de humanitarismo.

Los arameos, cuyo origen debe buscarse en el desierto siroarábigo, emigraron hacia el norte, estableciéndose en las fértiles regiones de Mesopotamia y presionando hasta llegar a las de Asiria. Desaparecido el imperio hitita y empujados los amorreos hacia el sur por los asirios, los arameos se establecieron en el inmenso territorio que se extiende desde el Eufrates al Mediterráneo, notándose preferentemente su presencia en el valle del Orontes, en la llanura de Celesiria, sobre el Antelíbano y el Hermón, en las colinas de Galilea, en la región de Damasco y en las llanuras que se extienden hasta el Yarmuc, al norte de Transjordania. No obstante su número, no formaron los arameos un estado unido, sino que aparecen fraccionados en tribus, en ciudades-estado, formando pequeños estados independientes. De ahí que en la Biblia se hable de arameos de Soba, de Damasco. Hadadezer, rey de Soba (1 Sam 14,47), en el Antelíbano, que gozaba de gran predicamento entre los arameos, pensó en reunir a los diversos clanes bajo su égida. Algunos reyezuelos, como el de Damasco, aprobaron su idea; otros, el de Jamat, por ejemplo, la desaprobaron. No podía ver David con buenos ojos la formación de un gran imperio arameo unificado al norte de Palestina; por lo cual declaró la guerra a Hadadezer antes que éste lograra la meta de sus aspiraciones de grandeza, atacándole

1 R. E. Murphy, *Israel and Moab in the Ninth Century B. C.*: CBQ, 15 (1953) 409-417.

en Jamat, de Soba, y derrotándole, a pesar de la ayuda de los arameos de Damasco. El botín cogido fue inmenso. Apoderóse de muchos carros de combate, que destrozó y abandonó sobre el campo. De entre los muchos caballos sólo se llevó David un centenar, que destinó a los servicios ordinarios del arrastre y como sementales (15,1). En cambio, se apropió de los escudos de oro, que debían serle de utilidad para la ornamentación de su palacio y embellecimiento del santuario, cuya construcción creía inminente. En Tebaj y Berot, ciudades del Antelíbano, en la Beqa, rica región minera, se apoderó de gran cantidad de bronce, que, según 1 Crón 18,8, utilizó Salomón para construir el mar de bronce [2].

El rey de Jamat, Tou, en guerra con Aram, alegróse de la derrota del ambicioso Hadadezer, y en agradecimiento obsequió a David con ricos metales, que fueron consagrados a Yahvé. El hijo de Tou llevaba el nombre de Hadurán, cuyo primer elemento es Hadad, dios de la tempestad, la divinidad nacional aramea.

A la guerra contra los arameos siguió la de los edomitas, al sur, que hacían *razzias*, a lo largo del Negueb, contra los calebitas y quenitas, aliados de David. Combatirlos no era fácil a causa de lo accidentado del terreno y por el tórrido desierto que le servía de escondite. Las victorias que sus tropas cosechaban por todas partes veíanse empañadas por lo honda preocupación por la campaña de Edom. De estos sentimientos se tiene noticia por Sal 60,8-11. Larga fue la lucha contra los edomitas; David bajó al sepulcro sin poderla ver acabada y asegurado el triunfo (1 Re 11,14-22). El valle de la Sal se identifica con la depresión que se encuentra al sur del mar Muerto, hacia el golfo de Aqaba, que en la Biblia (Gén 14,3; 2 Re 14,7) es llamado también valle de la Sal.

Josafat era el *mazkir*, «el que recuerda», lo que puede entenderse o bien como mensajero o como cronista. Algunos autores (De Vaux) traducen la palabra por *heraldo* del rey, cuyo oficio propio sería preparar y dirigir las ceremonias del palacio real, reglamentar las audiencias, informar al rey de cuanto ocurría en el país, acompañarlo en sus viajes [3]. Sadoc y Abiatar ocuparon sus cargos durante toda la vida de David. El primero desciende de Aarón por la familia de Eleazar. Sadoc estaba al frente del santuario de Gabaón; Abiatar, al servicio del arca en Jerusalén. Este último, descendiente de Helí, fue sacerdote de David desde el principio (1 Sam 22,20-23; 23,6), siendo destituido por Salomón (1 Re 2, 26-27). Sadoc quedó solo como sumo sacerdote, en cumplimiento de la profecía contra Helí (1 Sam 2,30-36). El estado defectuoso del texto original crea una dificultad al señalar a Sadoc como hijo de Ajitub, cuando, según 1 Crón 5,29-34; 6,35-38, era descendiente de Aarón por Eleazar, que los críticos solucionan proponiendo diversas traducciones del texto. Los jefes de culto son clasificados entre los funcionarios reales.

[2] F. M. Unger, *Israel and the Aramaeans of Damascus* (A Study in Archaeological Illumination of Bible History) (London 1957); A. Malamat, *The Kingdoms of Israel and Juda* (Jerusalén 1961) 47-65; Id,, en JNES 22 (1963)1-17.

[3] *Titres et fonctionnaires égyptiens à la cour de David et de Salomon:* RB 48 (1939) 394-405.

Saraya era secretario, *sofer*, cargo semejante a ministro de Estado. Al cuidado y dirección de Banayas corrían los cereteos y feleteos, tribus filisteas establecidas al sur de Gaza antes de la gran invasión filistea. Los primeros eran de origen cretense; los segundos, filisteos; otras veces aparecen también juntos (15,18; 20,7; 1 Re 1,38.44). Modernamente se relacionan los cereteos con Keret, héroe de un poema de Rash Shamrah, que capitaneó un ejército filisteo al sur de Palestina en el segundo milenio [4]. Formaban parte de la guardia personal de David (2 Sam 15,18; 1 Re 1,38.44) y vivían junto en la puerta del palacio (11,9).

Termina el capítulo con la noticia: «Los hijos de David eran sacerdotes», palabras que los exegetas no están acordes en interpretar. Cree Dhorme que la mención de los hijos de David se debe a la preocupación de presentarlos como herederos del sacerdocio ejercido por el rey en 6,13-19. En 1 Crón 18,17, los hijos de David «son los primeros al lado del rey» [5].

Mefibaal en palacio (9,1-13)

1 David preguntó: «¿Queda todavía alguno de la casa de Saúl a quien pueda favorecer por amor a Jonatán?» 2 Había un servidor de la casa de Saúl, de nombre Siba; hiciéronle, pues, venir a David, y el rey le dijo: «¿Eres tú Siba?» El respondió: «Tu siervo». 3 El rey le preguntó: «¿No queda ninguno de la casa de Saúl a quien pueda yo hacer misericordia de Dios?» Siba respondió al rey: «Queda todavía un hijo de Jonatán, que está lisiado de ambos pies». 4 «¿Dónde está?», preguntó el rey; y Siba respondió: «Está en casa de Maquir, hijo de Amiel, en Lodabar». 5 El rey David mandó a buscarle a la casa de Maquir, hijo de Amiel, a Lodabar; 6 y, llegado a David Mefibaal, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, se echó sobre su rostro, prosternándose, y David le dijo: «Mefibaal». El respondió: «Aquí tienes a tu siervo». 7 David le dijo: «Nada temas, porque quiero favorecerte por amor a Jonatán, tu padre. Te devolveré todas las tierras de Saúl, tu padre, y comerás siempre a mi mesa». 8 El se prosternó y dijo: «¿Qué es tu siervo para que pongas tu vista en un perro muerto como yo?» 9 El rey llamó a Siba, servidor de Saúl, y le dijo: «Todo cuanto pertenece a Saúl y a toda su casa, se lo doy al hijo de tu amo. 10 Tú cultivarás para él las tierras, tú, tus hijos y tus siervos, y le traerás la cosecha, para que la casa de tu amo tenga de qué vivir, y Mefibaal, tu amo, comerá siempre a mi mesa». Siba tenía quince hijos y veinte siervos; 11 y dijo al rey: «Todo se hará como el rey, mi señor, se lo manda a su siervo». Mefibaal comía a la mesa de David, como uno de los hijos del rey. 12 Mefibaal tenía un hijo pequeño, que se llamaba Mica, y todos los que vivían en la casa de Siba eran siervos de Mefibaal; 13 pero éste moraba en Jerusalén, porque comía siempre a la mesa del rey; era cojo de ambos pies.

Como medida política, favoreció David a toda la familia de Saúl. Al enterarse de que sobrevivía un hijo de Jonatán, llamóle a palacio,

[4] Ch. Virolleaud, *La Légende de Kéret* (Paris 1936).

[5] Desnoyers, *Histoire* III 211-223.

donde le trató como a hijo propio, cumpliendo de este modo la promesa que hizo a su gran amigo y confidente (1 Sam 18,3; 20,14). Al servicio de Mefibaal estaba Siba, que había echado hondas raíces en casa de Saúl, en donde llegó a ocupar una posición importante. De él se hablará nuevamente en 16,1-4; 19,18.30. El hijo de Jonatán, imposibilitado para andar (4,4), residía en casa de Maquir (17,27), en Lodabar, localidad que corresponde a *Lidbir* (Jos 13,26), en *Umm ed-Dahar*, en Transjordania, a unos catorce kilómetros al sur del lago de Genesaret (ABEL, *Géographie* II 304). Tenía Mefibaal un niño de corta edad, llamado Mica, por el que se continuará la posteridad de Jonatán (1 Crón 8,35). Fue generoso David para con el pobre tullido, entregándole todos los bienes de Saúl, considerándolo como príncipe de sangre real y sentándolo a su mesa como un hijo más. Al mismo tiempo, tenía David cerca a un personaje de sangre real, de la familia de Saúl, que las tribus del norte, siempre recelosas del favor que se concedía a Judá, podrían utilizar como bandera para formar un reino aparte.

Befa a los enviados de David (10,1-5)

**1 Después de esto murió el rey de los hijos de Amón, y le
sucedió Janón, su hijo. 2 David dijo: «Voy a mostrar benevo-
lencia a Janón, hijo de Najas, como su padre me la mostró a
mí». Y envió David embajadores para darle el pésame por la
muerte de su padre. Cuando los embajadores de David llega-
ron a la tierra de los hijos de Amón, 3 dijeron los príncipes de los
hijos de Amón a su señor: «¿Crees tú que para honrar a tu pa-
dre ha mandado David consoladores? ¿No los ha mandado
más bien para explorar la ciudad, con el fin de destruirla?»
4 Entonces Janón, cogiendo a los embajadores de David, ra-
póles la mitad de la barba y les cortó los vestidos hasta la mitad
de las nalgas, y los despachó. 5 En cuanto lo supo David, man-
dó quienes les salieran al encuentro, porque aquéllos estaban
en gran confusión, y les dijeran: «Quedaos en Jericó hasta que
os vuelva a crecer la barba, y entonces volveréis».**

No sabemos cuándo tuvo lugar este hecho que desencadenó la guerra de Israel contra Amón. En 1 Sam c.11 se refiere la victoria conseguida por Saúl sobre Najas, de Amón, al acudir en ayuda de los habitantes de Jabes Galaad. Con este monarca, o su hijo, mantuvo David óptimas relaciones, habiendo recibido de él muestras de amistad. Al enterarse de su muerte quiso dar el pésame a su hijo Janón. Los de Amón cogieron a los enviados de David y los escarnecieron. A la ignominia de afeitarles parte de la barba añadieron la villanía de cortar sus vestidos «ut turpitudo et nuditas in conspectu omnium aulicorum et civium appareret, et circumcissio derideretur» (MENOCHIO).

En orden de batalla (10,6-12)

**6 Viendo los hijos de Amón que se habían hecho odiosos a
David, concertaron tomar a sueldo a veinte mil infantes de los
sirios de Bet-Rejob y de Soba y doce mil de los reyes de Maaca
y de Tob. 7 Súpolo David, y mandó salir contra ellos a Joab
con todo el ejército y sus veteranos. 8 Salieron los hijos de Amón,
y se ordenaron en batalla a la entrada de la puerta; los sirios de
Soba y de Rejob, así como las gentes de Tob y de Maaca, es-
taban aparte en el campo. 9 Al ver Joab que tenía un frente
de batalla delante de sí y otro detrás, escogió entre lo mejor
de su ejército un cuerpo que oponer a los sirios, 10 y puso el
resto del pueblo a las órdenes de Abisaí, su hermano, para
hacer cara a los hijos de Amón, 11 y dijo: «Si ves que los sirios
me superan, vienes en mi ayuda, y si los hijos de Amón te su-
peran a ti, yo iré a socorrerte. 12 Esfuérzate y luchemos valien-
temente por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios,
y que haga Yahvé lo que mejor le parezca».**

Al reflexionar los amonitas sobre la afrenta que habían irrogado a los embajadores de David o al enterarse de la gran indignación que su acto había provocado en Israel, comprendieron que David les declararía la guerra. No sintiéndose bastante fuertes para luchar solos, tomaron a sueldo, mediante la suma de mil talentos (ocho millones y medio de pesetas), a gentes de Bet-Rejob (en las fuentes del Jordán: Jue 18,28), de Soba (con sede en la *Beqa)*, de Maaca (al nordeste del antiguo lago Hule: Jos 13,11-13) y de Tob (el actual *Tai-Yibeh*, en el camino de *Bosra* a Dera: Jue 11,3-5), encargando a las tropas mercenarias el defender la campiña en tanto que ellos protegerían la capital. Como era de esperar, Joab se presentó pronto con su ejército frente a la capital, pero se percató en seguida de la situación estratégica del enemigo. Según 1 Crón 19,7, los arameos estaban apostados en Madaba, es decir, en un lugar entre Rabbat-Amón y Madaba, más cerca de la primera que de la última. Los israelitas luchaban «por las ciudades de nuestro Dios», frase que De Vaux cambia por «por el arca de nuestro Dios». Pero todas las versiones reproducen la lección del texto masorético, atestiguada, además, por 1 Crón 19,13. «Las ciudades de nuestro Dios» se oponen a las de los hijos de Amón.

Derrota de los arameos (10,13-19)

**13 Avanzó Joab con su hueste para atacar a los sirios, pero
éstos se pusieron en fuga ante él; 14 y los hijos de Amón, viendo
que huían los sirios, huyeron también ellos ante Abisaí, en-
trándose en la ciudad. Joab se volvió contra los hijos de
Amón y retornó a Jerusalén; 15 pero los sirios, viéndose venci-
dos por Israel, reconcentraron sus fuerzas; 16 y Hadadezer hizo
venir a los sirios que estaban al otro lado del río, que vinieron
a Jelam, mandados por Sobac, jefe del ejército de Hadadezer.
17 Súpolo David, y, reuniendo a todo Israel, pasó el Jordán y
vino a Jelam. Los sirios presentaron batalla a David y se trabó
el combate; 18 pero huyeron delante de Israel, y David les mató**

los caballos de setecientos carros, mil caballeros y cuarenta mil
hombres de a pie. Mató también al jefe del ejército, Sobac,
que quedó muerto allí. 19 Todos los reyes vasallos de Hadade-
zer, viéndose vencidos por Israel, hicieron la paz con Israel
y se le sometieron, y los sirios no osaron ya socorrer a los hijos
de Amón.

Al primer empuje de Joab huyeron los sirios, imitando su ejemplo los amonitas, que se encerraron en la capital. La retirada desordenada de los arameos estimuló su amor propio, que juraron vengarse. Pero sus jefes no se ponían de acuerdo. En fin, uno de ellos, Hadadezer, rey de Soba, logró una movilización general de todos los arameos de Transjordania, asignándoles, como jefe supremo, al generalísimo de su ejército, Sobac. Los efectivos con que se disponían a luchar eran imponentes: carros de combate, caballería, infantería. El lugar donde acamparon fue Jelam, acaso la ciudad de Alema (1 Mac 5,26), hoy *Alma*, en la llanura del Haurán. Las cifras de los muertos y del botín capturado parecen exageradas. Durante el reinado de Salomón, Aram-Damasco se independizó de Israel (1 Re 11,23).

Adulterio de David (11,1-5)

1 Al año siguiente, al tiempo en que los reyes suelen ponerse
en campaña, mandó David a Joab con todos sus servidores y
todo Israel. Mataron a los hijos de Amón y pusieron sitio en
Raba, pero David se quedó en Jerusalén. 2 Una tarde levantóse
del lecho y se puso a pasear en la terraza de la casa real, y vio
desde allí a una mujer que estaba bañándose y era muy bella.
3 Hizo preguntar David quién era aquella mujer, y le dijeron:
«Es Betsabé, hija de Eliam, mujer de Urías el jeteo». 4 David
envió gentes en busca suya; vino ella a su casa y él durmió con
ella. Purificada de su inmundicia, volvió a su casa. 5 Quedó
encinta y lo hizo saber a David, mandando a decirle: «Estoy
encinta».

El libro de las Crónicas pasa por alto esta debilidad de David, mientras nuestro texto la refiere de manera llana y sincera, no silenciando tampoco el castigo por parte de Dios. Con el fin de animar a los combatientes y asegurar el éxito, determinó David que el arca de la alianza fuera con el ejército (11,11). En la primavera, la estación apta para la guerra (1 Re 20,22), salió el ejército contra Raba, emplazada en el lugar que ocupa la ciudad moderna de Ammán, capital de Jordania, para someterla o con las armas o por el hambre.

En esta ocasión quedóse David en casa. Aconteció un día que, levantándose de la siesta (4,5), salió a pasear a la terraza de su palacio, quizá para gozar del aire fresco que suele soplar en Jerusalén a media tarde. Desde lo alto dominaba el rey con su mirada las casas apiñadas alrededor del palacio, divisando en el portal de una de ellas a una mujer que estaba bañándose, quizá por haber contraído alguna impureza legal (Lev 15,19). Prendóse David de ella, preguntó por su nombre, resultando ser la esposa de un hitita, con

nombre hurrita [1]. Aunque de origen extranjero, la familia habíase incardinado plenamente al pueblo de Israel. Eliam, padre de Betsabé, era uno de los treinta *gibborim* del ejército de David (23,34) e hijo de Ajitofel (15,34; 17,1). También Urías pertenecía al número de los valientes (23,39). Ante el pecado de adulterio de David cabe recordar las palabras de San Gregorio el Grande: La Escritura da a conocer las faltas de hombres como David y San Pedro a fin de que la caída de los grandes ponga en guardia a los pequeños; la misma Escritura habla del arrepentimiento y del perdón que alcanzaron de Dios, animando con esto al pecador a esperar la salvación. Cayó David; que nadie presuma de sí mismo. David se arrepintió; que nadie, después de haber pecado, desespere de conseguir el perdón (PL 76,687).

Segundo crimen: homicidio (11,6-27)

6 Entonces David expidió a Joab esta orden: «Mándame a
Urías el jeteo». Y Joab mandó a Urías a David. 7 Presentóse
Urías a David, y el rey le pidió nuevas de Joab, del ejército
y de las operaciones militares, 8 y después dijo a Urías: «Baja a
tu casa y lávate los pies». Salió Urías de la casa del rey y detrás
de él un obsequio del rey; 9 pero Urías se acostó a la puerta del
palacio real, con los demás servidores de su señor, y no bajó
a su casa. 10 Dijéronle a David: «Urías no ha bajado a su casa».
Y David le dijo: «Después de haber estado fuera, ¿cómo no
has bajado a tu casa?» 11 Urías respondió a David: «El arca,
Israel y Judá habitan en tiendas; mi señor, Joab y los servidores
de mi señor acampan al raso, ¿e iba yo a entrar en mi casa para
comer y beber y dormir con mi mujer? Por tu vida y por la
vida de tu alma que no haré yo cosa semejante». 12 David dijo
a Urías: «Quédate aquí todavía hoy, y mañana te despacharé».
Quedóse, pues, Urías en Jerusalén aquel día; 13 y al día siguien-
te David le convidó a comer con él, y Urías se embriagó, y
salió ya tarde a acostarse con los servidores de su señor, y no
bajó a su casa. 14 A la mañana siguiente escribió David a Joab
una carta y se la mandó por mano de Urías. 15 En esta carta
había escrito: «Poned a Urías en el punto donde más dura sea
la lucha, y cuando arrecie el combate, retiraos y dejadle solo,
para que caiga muerto». 16 Joab, que asediaba la ciudad, puso
a Urías en el sitio donde sabía que estaban los más valerosos
defensores. 17 Los de la ciudad hicieron una salida contra Joab,
y cayeron muchos del pueblo, de los servidores de David, y
entre ellos cayó muerto Urías el jeteo. 18 Joab mandó uno que
informara a David de lo sucedido en el combate, 19 y le dio esta
orden: «Cuando hayas acabado de contar al rey lo sucedido
en el combate, 20 si se enciende su cólera y dice: «¿Por qué os
habéis acercado a la ciudad para trabar combate? ¿No sabíais
que los sitiados habían de arrojar sus tiros contra vosotros?
21 ¿Quién mató a Abimelec, hijo de Jerobaal? ¿No fue una mu-
jer, que lanzó sobre él un pedazo de rueda de molino, de cuya
herida murió en Tebes? ¿Por qué, pues, os acercasteis a la mu-
ralla?», le dirás: Tu siervo Urías el jeteo ha muerto también».

1 Desnoyers, *Histoire du peuple hébreux* II 210 nota 2.

**22 Partió el mensajero al rey a Jerusalén, y a su llegada contó
a David todo lo que Joab le había ordenado y todos los episo-
dios del combate. David se dejó llevar de la cólera contra Joab
y dijo al mensajero: «¿Por qué os habéis acercado a la ciudad?
¿No sabíais que lanzarían proyectiles desde lo alto de la mura-
lla? Pues ¿quién hirió a Abimelec, hijo de Jerobaal? ¿No fue
una mujer que lanzó una muela de molino desde lo alto de la
muralla y le hizo morir en Tebes? ¿Por qué, pues, os habéis
acercado a la muralla?» 23 El mensajero dijo a David: «Porque
aquellas gentes, en más número qur nosotros, hicieron una sa-
lida, pero los rechazamos hasta la puerta. 24 Sus arqueros tira-
ban contra tus servidores desde lo alto de la muralla, y muchos
de los servidores del rey fueron muertos: entre ellos, tu siervo
Urías el jeteo quedó muerto también». 25 David dijo al mensa-
jero: «He aquí lo que dirás a Joab: No te apures demasiado por
este asunto, porque la espada devora unas veces a uno, otras
veces a otro. Refuerza el ataque contra la ciudad y destrúye-
la». Y alentóle así. 26 La mujer de Urías supo la muerte de su
marido y le lloró. 27 Pasado el duelo, mandó David a buscarla
y la introdujo en su casa y la tomó por mujer, y ella le dio un
hijo. Lo que había hecho David fue desagradable a los ojos de
Yahvé.**

Pensó David que el adulterio pasaría inadvertido; llamaría a Urías a Jerusalén, cohabitaría con su esposa, y todo el mundo celebraría el nacimiento de un hijo en el hogar de Urías y Betsabé. Siendo Urías de los principales del ejército, podía dar noticias al rey del curso de las operaciones e informarle de la conducta de Joab. Urías fue llamado a Jerusalén e informó al rey, quien le despidió mandándole a su casa. Nada sospechaba Urías de cuanto había sucedido entre el rey y su esposa; el crimen era reciente.

La conducta del noble Urías desconcertó a David, quien desde este momento maquinó su muerte. Entregó al mismo Urías la carta que decretaba su muerte, que puso, a su vez, en manos de Joab. Muy probablemente se trataba de un escrito sobre papiro encerrado dentro de un sobre.

Como era de ritual, Betsabé lloró la muerte de su marido durante siete días (1 Sam 31,13), al término de los cuales entró a formar parte del harén de David, en donde ocupó un lugar preferente. Creía David que nadie se había enterado de su pecado. Urías no le podía reprochar su crimen porque había muerto; tampoco le alcanzaba la ley de la pena de muerte dictada contra los homicidas y adúlteros, por lo que creíase libre de la ignominia pública. Su concupiscencia habíase convertido en derecho. No compartimos el pensamiento de De Vaux, según el cual la intervención de Natán no figuraba en el relato primitivo, que de 11,27 pasaba a 12,15bss, alegando el mencionado autor que en el v.22 parece ignorar David el castigo del niño. Ninguna razón existe para suponer, dice Dhorme, que el c.12 haya sido intercalado; el pecado exige su castigo.

El profeta Natán en casa de David (12,1-4)

**1 Yahvé le envió el profeta Natán para decirle: «Juzga este
caso: Había en una ciudad dos hombres, el uno rico y el otro
pobre. 2 El rico tenía muchas ovejas y muchas vacas, 3 y el po-
bre no tenía más que una sola ovejuela, que él había comprado
y criado, que con él y con sus hijos había crecido juntamente,
comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su
seno, y era para él como una hija. 4 Llegó un viajero a casa del
rico, y éste, no queriendo tocar a sus ovejas ni a sus bueyes para
dar de comer al viajero que a su casa llegó, tomó la ovejuela
del pobre y se la aderezó al huésped».**

Con una parábola encantadora hace comprender Natán a David la enormidad de su pecado. Había transcurrido casi un año (v.11.17) de la muerte de Urías y estaba David, por lo mismo, persuadido de que su falta había quedado oculta para siempre. No debe urgirse demasiado la exactitud escrupulosa de las palabras de Natán, sino más bien atender al significado de conjunto que quiere darles. Cuando los beduinos reciben una visita de algún personaje, matan un cordero en su honor; lo mismo hizo el rico de la parábola; pero, no queriendo tocar a sus ovejas ni a sus bueyes, tomó la ovejuela del pobre, arrebatándosela violentamente o por medio de amenazas.

Sentencia de David (12,5-6)

**5 Encendido David fuertemente en cólera contra aquel hom-
bre, dijo a Natán: «¡Vive Yahvé, que el que tal hizo es digno de
la muerte, 6 y que ha de pagar la oveja con cuatro tantos encima
por haber hecho tal cosa, obrando sin piedad!»**

Ordenaba la Ley que si uno roba un buey o una oveja y la mata o la vende, restituirá cinco bueyes por buey y cuatro ovejas por oveja (Ex 21,37). El texto griego lee «siete tantos» en vez de cuatro, con el fin de poner de relieve la reacción de David contra el proceder infame del rico. El simple robo por interés se pagaba con la devolución de cuatro ovejas por una; pero el castigo del rico de la parábola debía ser mayor. El número siete era simbólico, significando que el castigo debía ser total, ejemplar (Gén 4,15; Prov 6,31). Al condenar con tanta vehemencia al culpable, David se sentenciaba a sí mismo.

Discurso de Natán (12,7-12)

**7 Natán dijo entonces a David: «¡Tú eres ese hombre! He
aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Yo te ungí rey de Israel
y te libré de las manos de Saúl; 8 yo te he dado la casa de tu se-
ñor, y he puesto en tu seno las mujeres de tu señor, y te he dado
la casa de Israel y de Judá; y, por si esto fuera poco, te añadiría
todavía otras cosas mucho mayores. 9 ¿Cómo, pues, menos-
preciando a Yahvé, has hecho lo que es malo a sus ojos? Has
herido a espada a Urías, jeteo; tomaste por mujer a su mujer,**

y a él le mataste con la espada de los hijos de Amón. 10 Por eso
no se apartará ya de tu casa la espada, por haberme menos-
preciado, tomando por mujer a la mujer de Urías, jeteo. 11 Así
dice Yahvé: «Yo haré surgir el mal contra ti de tu misma casa,
y tomaré ante tus mismos ojos tus mujeres y se las daré a otro,
que yacerá con ellas a la cara misma de este sol; 12 porque tú
has obrado ocultamente, pero yo haré esto a la presencia de
todo Israel y a la cara del sol».

Declara Natán que el hombre que David había condenado era él mismo; su proceder con Urías no se diferencia del rico con el pobre. Pasa luego Natán a enumerar los grandes beneficios que Dios ha hecho a David. Y, a pesar de todo, David le ha vuelto las espaldas, matando a Urías, cometiendo dos pecados que en la legislación mosaica eran castigados con la pena de muerte (Lev 20,10; 24,17). Todo pecado merece su sanción, siendo cada pecador castigado en aquello en que ha delinquido. Por haber matado a Urías, no se apartará la espada de su casa durante toda su vida; a espada morirán sus tres hijos, Amnón, Absalón y Adonías (13,28-29; 18,14-15; 1 Re 2,25). Creen algunos (De Vaux) en la posibilidad de que el recuerdo de la muerte de Urías y el anuncio del castigo correspondiente hayan sido añadidos al oráculo primitivo, que sólo tenía en cuenta el adulterio. Cabe decir lo mismo, añade, de los v.11-12, que aluden a la profanación del harén real por parte de Absalón (16,22).

Arrepentimiento y perdón (12,13-15)

13 David dijo a Natán: «He pecado contra Yahvé». Y Natán
dijo a David: «Yahvé te ha perdonado tu pecado. No morirás;
14 mas, por haber hecho con esto que menospreciasen a Yahvé
sus enemigos, el hijo que te ha nacido morirá». 15 Y Natán se
fue a su casa. Hirió Yahvé al niño que había dado a luz la mu-
jer de Urías, que enfermó gravemente.

David reconoció inmediatamente su pecado, sin buscar excusas ni paliativos: «He pecado contra Yahvé». Aquella confesión llana, sincera y espontánea le merecerá el perdón de su pecado por parte de Yahvé y la mitigación de la culpa. Así se lo comunicó Natán, diciendo que Dios ha perdonado (literalmente: *ha hecho pasar*, 24,10) su pecado; de ahí que, en contra de lo que él había sentenciado contra el rico avariento, Dios se muestra más misericordioso, librándole de la muerte. En cuanto a la pena, y en reparación del escándalo, el hijo adulterino «morirá de muerte» *(mot yamut)*, es decir, morirá irremisiblemente.

Muerte del niño (12,16-25)

16 Entonces rogó David a Dios por el niño y ayunó y se re-
cogió, pasando las noches acostado en tierra. 17 Los ancianos
de su casa fueron a él para hacer que se levantase de la tierra,
mas él no quiso, y ni comía con ellos. 18 Al séptimo día murió
el niño, y los servidores no se atrevían a darle la noticia de su

muerte, pues se decían: «Si cuando aún vivía el niño le hablá-
bamos y no quería oír nuestra voz, ¿cuánto más no lo hará
cuando le digamos que el niño ha muerto?» 19 Mas David, al
ver que sus servidores cuchicheaban entre sí, comprendió que
el niño había muerto, y preguntó a sus servidores: «¿Ha muer-
to el niño?» Y ellos le respondieron: «Ha muerto». 20 Levan-
tóse entonces de tierra David; se bañó, se ungió, se mudó sus
ropas, y, entrando en la casa de Yahvé, oró. Vuelto a casa, pidió
que le trajeran de comer, y comió. 21 Dijéronle sus servidores:
«¿Qué es lo que haces? Cuando el niño aún vivía, ayunabas por
él y llorabas, y ahora que ha muerto te has levantado y has co-
mido». 22 Y él respondió: «Cuando aún vivía el niño, ayunaba
y lloraba, diciendo: ¡Quién sabe si Yahvé se apiadará de mí y
hará que el niño viva! 23 Ahora que ha muerto, ¿para qué he
de ayunar? ¿Podré ya volverle la vida? Yo iré a él, pero él no
vendrá más a mí». 24 Consoló David a Betsabé, su mujer, y,
entrando a ella, durmió con ella, y ella le dio un hijo, a quien
llamó Salomón, 25 al que amó Yahvé, que envió a Natán pro-
feta, el cual le dio el nombre de Jedidia por causa de Yahvé.

Esperaba David que con la oración y el ayuno ablandaría el corazón de Dios y obtendría la gracia de la curación del niño. Oró, ayunó (3,35), pasando las noches sobre el desnudo suelo cubierto de saco (21,10; 1 Re 21,27). Acaso por esta devoción devota y resignada obtuvo David que fecundara Dios la unión de David con Betsabé, dándole un nuevo hijo, al que se le llamó Salomón = *Shelomoh*, pacífico, por estar David en paz con Dios y con los enemigos fronterizos (1 Crón 22,9). Por conducto de Natán hizo saber Dios a David que amaba al niño, por lo cual se le puso el nombre de *Jedidia* = amado de Yahvé. Noticia enigmática, ya que nunca se le llamará por este nombre. Quizá haya aquí el recuerdo de un doble nombre dado al niño, uno al nacer *(Jedidia)*, y otro con ocasión de la coronación por rey (Is 9,5; 2 Re 14,21; 15,1; 23,34; 24,17) (De Vaux). Desde este momento deja adivinar el texto que este hijo sucederá a su padre en el trono, a pesar de existir otros con mayores títulos. Tenemos en este pasaje una confirmación clara de que Dios escoge a los que quiere.

Toma de Raba (12,26-31)

26 Joab, que asediaba Raba, de los hijos de Amón, se apode-
ró de la ciudad de las aguas, 27 y mandó mensajeros a David
para decirle: «He atacado a Raba y ya me he apoderado de la
ciudad de las aguas; 28 reúne, pues, al pueblo todo y ven a acam-
par contra la ciudad, para que no sea yo quien por mí mismo
la tome y sea llamada con mi nombre». 29 David reunió al
pueblo, y, marchando contra Raba, la atacó y se apoderó de
ella. 30 Quitó la corona de Milcom de sobre su cabeza, que pe-
saba un talento de oro. Tenía una piedra preciosa, y fue puesta
en la cabeza de David, que tomó de la ciudad muy gran botín.
31 A los habitantes los sacó de la ciudad y los puso a las sierras,
a los trillos herrados, a las hachas, a los molinos y a los hornos

de ladrillos. Eso mismo hizo con todas las ciudades de los hijos de Amón. Después se tornó David a Jerusalén con todo el pueblo.

Larga fue la campaña contra los amonitas. Una vez en poder de Joab la ciudad baja, rendida por el hambre, dirigió Joab sus ataques contra la parte alta de la misma, que, por los cálculos de Joab y de sus generales, caería de un día a otro. Quiere Joab que sea para David la gloria de entrar en la fortaleza de los temibles amonitas y llamar con su nombre a la ciudad.

Se apoderó David de la corona de *Milcom,* lección esta última atestiguada por los LXX, en vez de *malkam, su rey,* del texto masorético. No es creíble que el rey de los amonitas llevara sobre su cabeza una corona de tanto peso. En efecto, el talento real de Babilonia equivalía a unos sesenta kilogramos; el *kikkar* ordinario valía sesenta minas, o sea tres mil siclos (Ex 38,24-25), correspondiendo a unos treinta y seis kilogramos [1]. Era Milcom el dios principal de los amonitas (1 Re 11,5.33; 2 Re 23,13). No parece que David arrasase la ciudad; de hecho, en tiempos de Amós (1,14) estaban en pie sus murallas y era importante en los días de la invasión de Nabucodonosor (Jer 49,2-3). Los habitantes de Raba fueron hechos prisioneros y condenados a trabajos forzados. A unos empleó en talar árboles y aserrar troncos; a los otros obligó a trabajar como menestrales, molineros y en las tejerías. Los antiguos interpretaban este texto en sentido muy distinto, creyendo que David les había condenado a morir en las sierras, a ser aplastados por carros con ruedas de hierro, descuartizados y quemados vivos en hornos de ladrillo [2].

Con la victoria sobre los amonitas reinó la paz en las fronteras durante toda su vida. Pero los enemigos no habían desaparecido totalmente, subsistiendo con sus reyes, príncipes y soldados. David sometió a los moabitas y amonitas, castigó la soberbia de los filisteos, debilitó la fuerza expansiva de los amalecitas e hizo tributarios a los arameos. Pero nunca pensó anexionar aquellos pueblos a su corona. De ahí que, en realidad, su reino no se extendía al norte hasta el Eufrates, sino hasta el *introitus Hamat,* en Lais, o Dan. Sin embargo, por su influencia y fama dominó a los pueblos vecinos, llegando en este sentido su influencia hasta las riberas del Eufrates [3].

Incesto de Amnón (13,1-14)

1 Después de esto sucedió que, teniendo Absalón, hijo de
David, una hermana, que era muy bella y se llamaba Tamar,
se prendó de ella Amnón, hijo de David. 2 Amnón andaba
por ella atormentado, hasta enfermar por Tamar, su hermana;

[1] Sobre pesos y medidas, véase A. G. Barrois, *La métrologie dans la Bible:* RB 40 (1931) 185 bacq,-213; 41 (1932) 50-76; Idem, *Archéologie biblique* vol.2 (París 1935) 243-258; B. N. Wambacq, *De ponderibus in Sacra Scriptura:* VD 29 (1951) 341-350; Idem, *De mensuris in Sacra Scriptura:* VD 32 (1954) 266-274.325-334; J. Trinquet, *Métrologie Biblique:* DBS 5,1212-1250.

[2] A. Condamin, *David cruel par la faute d'un copiste:* RB 7 (1898) 253-258; H. Kruse, *Ethos victoriae in V.T.:* VD 30 (1950) 71.

[3] Desnoyers, *Histoire* II 228-230. Más optimista es Malamat: JNES 22 (1963) 1-17.

pues siendo ella virgen, le parecía a Amnón difícil obtener
nada de ella. 3 Tenía Amnón un amigo de nombre Jonadab,
hijo de Simea, hermano de David, que era muy astuto, 4 y
que le dijo: «Hijo de rey, ¿cómo y por qué de día en día vas
enflaqueciendo? ¿No me lo descubrirás a mí?» Y Amnón le
dijo: «Es que estoy enamorado de Tamar, la hermana de
Absalón, mi hermano». 5 Jonadab le dijo: «Métete en cama y
hazte el enfermo, y cuando tu padre venga a verte, dile: Ruégo-
te que venga mi hermana Tamar para darme de comer, y
preparando delante de mí algún manjar, lo coma yo de su
mano». 6 Amnón se metió en cama, fingiéndose enfermo.
Vino el rey a verle, y Amnón le dijo: «Te ruego que Tamar,
mi hermana, venga a hacerme delante de mí un par de hojue-
las y las coma yo de su mano». 7 David mandó a decir a Tamar
a sus habitaciones: «Vete a las habitaciones de tu hermano
Amnón a prepararle algo de comer». 8 Fue Tamar a las habi-
taciones de Amnón, que estaba en cama, y, tomando la harina,
la amasó, hizo las hojuelas delante de él, 9 y, tomando la sartén,
las frió y se las presentó; pero él no quiso comerlas, y dijo:
«Que salgan todos de aquí», y todos se salieron. 10 Entonces
dijo Amnón a Tamar: «Trae las hojuelas a la alcoba, para que
yo las coma allí de tu mano», y, tomando Tamar las hojuelas
que había preparado, se las llevó a su hermano a la alcoba.
11 Cuando se las puso delante para que las comiese, él, cogién-
dola, le dijo: «Ven, hermana mía, acuéstate conmigo». 12 Ella
le dijo: «No, hermano mío, no me hagas fuerza; mira que
no se hace eso en Israel. No hagas tal infamia, 13 porque ¿adónde
iría yo con mi deshonra? Y tú serías uno de los perversos de
Israel. Mira, habla al rey, que seguramente no rehusará darme
a ti». 14 Pero él no quiso darle oídos, y, como era más fuerte
que ella, la violentó y se echó con ella.

Con este episodio empiezan las calamidades que el pecado de David acarreó en el palacio real. De parte de Dios, Natán las había profetizado y tenían que cumplirse. Absalón y Tamar eran hermanos uterinos, hijos de David y de su esposa Maaca, hija de Tolmai, rey de Guesur (3,3); Amnón era hijo de David y Ajinoam (3,2). Tamar, como todas las hijas del rey antes de su casamiento, vivía en palacio, en un departamento aislado, inasequible a los hombres, excepto al padre. Amnón, que vivía en su propia casa, al igual que los otros hijos varones, había visto a Tamar, pero le era prácticamente imposible acercarse a ella, y, sin embargo, su amor por ella torturaba su corazón hasta enflaquecer.

El enfermo encamó, cumpliendo al pie de la letra el consejo de Jonadab (1 Sam 16,9; 17,13), su primo. Conforme al capricho del enfermo, Tamar cocinó lo que apetecía su hermano *(lebiloth,* es decir, pasteles en forma de corazón), fuese a la alcoba, dejando a la entrada de la misma lo que había preparado, y se salió inmediatamente. Pero la retuvo Amnón con ánimo de violarla. Tamar apela a su amor de hermano y le hace ver que su unión con ella puede efectuarse de manera legal pidiéndola al rey, su padre, por esposa; seguramente no se lo negará. Algunos autores creen que Tamar habló estas palabras con el intento de ganar tiempo, hacer entrar en razón a su hermano y evitar el escándalo, no porque

creyera posible su matrimonio con Amnón. «En el interior de las familias, los enlaces matrimoniales con los parientes inmediatos por la sangre o por la alianza están prohibidos, porque no se «une a la carne de su cuerpo» (Lev 18,6), siendo considerada la afinidad como creadora de los mismos lazos que la consanguinidad (Lev 18, 17). Estas prohibiciones se reducen, pues, a la prohibición del incesto. Algunos textos son primitivos, otros han sido añadidos después; están agrupados principalmente en Lev c.18. Hay impedimento de consanguinidad en línea directa entre padre e hija, madre e hijo (Lev 18,7), padre y sobrina (Lev 18,10); en línea colateral, entre hermano y hermana (Lev 18,9; Deut 27,22). El matrimonio con una media hermana, aceptado en época patriarcal (Gén 20,12) y aun en tiempos de David (2 Sam 13,13), está prohibido por las leyes del Levítico (18,11; 20,17); el matrimonio entre el sobrino y su tía (Ex 6,20; Núm 26,59) lo prohíbe el Levítico (18,12-13; 20,19)» [1].

Nuevo ultraje (13,15-22)

15 Aborrecióla luego Amnón, con tan gran aborrecimiento, que el odio que le tomó fue todavía mayor que el amor con que la había amado; y le dijo: «Levántate y vete». 16 Ella le respondió: «No, hermano mío, porque, si me echas, este mal será mayor que el que acabas de cometer contra mí». Pero él no quiso oirla, 17 y, llamando al mozo que le servía, le dijo: «Echame a ésta fuera de aquí y cierra la puerta». 18 Estaba ella vestida con una túnica de mangas, traje que llevaban en otro tiempo las hijas del rey vírgenes. El criado la echó fuera y cerró tras ella la puerta. 19 Tamar echó ceniza sobre su cabeza, rasgó la amplia túnica que vestía y, puestas sobre la cabeza las manos, se fue gritando. 20 Su hermano Absalón le dijo: «¿De modo que tu hermano Amnón ha estado contigo? Pues calla por ahora, hermana; es tu hermano; no des demasiada importancia a la cosa»; y Tamar se quedó desconsolada en la casa de Absalón, su hermano. 21 Cuando el rey supo todo esto, enojóse grandemente, pero no quiso castigar a Amnón, porque le amaba como a primogénito. 22 Absalón no dijo a Amnón nada, ni de bueno ni de malo, pero le odió por la violación de su hermana Tamar.

El amor trocóse en odio: *summus amor, summum odium*. Una vez satisfecha su pasión, Amnón arrojó a su hermana de su presencia, no pensando que con ello ponía de manifiesto delante de todo Israel una infamia que pudo quedar oculta, y que, dadas las circunstancias, pudo dar lugar a la creencia de que fue ella la que sedujo a Amnón. El paréntesis del v.18 es una glosa redaccional destinada a hacer más odioso el trato que Amnón dio a Tamar. Llevaban las vírgenes una túnica con mangas anchas (*ketonet passim*, Gén 38,3.23.32); otros entienden la frase en el sentido de una túnica multicolor. La escena llegó a su punto álgido cuando

[1] *Les Institutions* I 56; K. ELLIGER, *Das Gesetz Leviticus* 18: ZAW 67 (1955) 1-25; W. KORNFELD, *Studien zum Heiligkeitsgesetz* (Viena 1952) 89-134.

Tamar esparció ceniza sobre su cabeza en señal de duelo (Ez 27,30), rasgó su amplia túnica (1,2; 3,31), puso la mano sobre su cabeza (Jer 2,37) en señal de confusión y vergüenza y marchóse gritando. El crimen de Amnón merecía la pena de muerte (Lev 21,17), que David, su padre, no aplicó por tratarse del primogénito, a quien amaba preferentemente y a quien quizá destinaba para sucederle en el trono. Pero Absalón tomará por su cuenta la causa de su hermana.

Muerte de Amnón (13,23-29)

23 Al cabo de dos años tenía Absalón el esquileo en Baljasor, que está cerca de Efraím, y quiso convidar Absalón a todos los hijos del rey. 24 Vino Absalón al rey y le dijo: «Tu siervo tiene ahora el esquileo; te ruego que venga el rey y sus siervos a la casa de tu siervo». 25 El rey respondió a Absalón: «No, hijo mío, no iremos todos para no serte gravosos». Y aunque le porfió, no quiso ir, y le bendijo. 26 Entonces le dijo Absalón: «Al menos permite que venga Amnón, mi hermano». «Y ¿para qué ha de ir?», le dijo el rey; 27 mas como le importunase Absalón, dejó ir con él a Amnón y a todos los hijos del rey. Absalón había preparado un gran banquete, como banquete de rey, 28 y había dado orden a sus criados, diciendo: «Estad atentos, y cuando el corazón de Amnón se haya alegrado con el vino y os diga yo: Herid a Amnón, matadle y no temáis, que yo os lo mando. Esforzaos, pues, y tened valor». 29 Los criados de Absalón hicieron con Amnón lo que Absalón les había mandado; y luego todos los hijos del rey se levantaron, montaron en sus mulos y huyeron.

A los dos años del incesto de Amnón llegó su castigo. Tenía Absalón, hermano de Tamar, una gran propiedad en Baljasor, hoy *Gebel el-Asur*, punto culminante de las montañas de Judá, a unos veintitrés kilómetros al norte de Jerusalén y cerca de Efraím. Como gran hacendado, además de tierras, poseía numerosos rebaños de ganado menor, ovejas y cabras. Todos los años, con ocasión del esquileo, se organizaban grandes fiestas (1 Sam 25,2ss; Gén 38,12), en las que tomaban parte gran número de invitados. Quiso Absalón que asistiera el rey y todos sus hijos, haciendo hincapié en Amnón, por ser el primogénito y representar al padre.

El banquete fue espléndido, «como banquete de rey» (1 Sam 25, 36). Pero algo trágico aleteaba en el ambiente que sólo conocían Absalón y algunos de sus criados. Cuando los invitados estaban bajo los efectos del vino (1 Sam 25,36), se abalanzaron los criados sobre Amnón y le mataron, huyendo en desordenada confusión todos los demás invitados.

Llega la noticia a David (13,30-39)

30 Cuando todavía no estaban de vuelta, llegó a oídos de David el rumor de que Absalón había matado a todos los hijos del rey, sin que ninguno quedara; 31 y, levantándose David, rasgó sus vestiduras y se echó en tierra, y todos sus servi-

dores rasgaron delante de él sus vestiduras. [32] Jonadab, hijo de Simea, hermano de David, habló y dijo: «No crea mi señor que han muerto todos los jóvenes hijos del rey; es Amnón sólo el que ha muerto, porque era cosa que estaba en los labios de Absalón desde que Amnón forzó a Tamar, su hermana. [33] No crea, pues, mi señor el rey ese rumor que dice: Han muerto todos los hijos del rey, porque es sólo Amnón el muerto. [34] Y Absalón huyó». El joven que hacía de centinela, alzando los ojos, vio venir gran tropel de gentes por el camino de Joronaím, en la bajada, y lo anunció al rey: «He visto gentes que vienen por el camino de Joronaím, por la falda de la montaña». [35] Entonces dijo Jonadab al rey: «Ya vienen los hijos del rey; es lo que tu siervo ha dicho»; [36] y apenas acabó de hablar, llegaron los hijos del rey, y, alzando la voz, lloraron. También el rey y sus servidores lloraron con grandes lamentos. [37] Absalón fuése huido a Talmai, hijo de Amiud, rey de Guesur, a la tierra de Maaca, y David lloraba todos los días la ausencia de su hijo. [38] Estuvo allí Absalón, después que huyó a Guesur, tres años; [39] y el rey David se consumía por ver a Absalón, pues de Amnón, el muerto, ya se había consolado.

Una noticia vaga y alarmante llegó a oídos del rey de parte de alguien que asistió a la fiesta y se adelantó para informarle de lo sucedido. El centinela de palacio, alertado por las noticias alarmantes que circulaban, divisó un gran tropel de gente que llegaba por el camino de Joronaím (o *Bajurim*, según los LXX), al flanco de la montaña. El v.34 está adulterado y es difícil saber cuál era la lección original. Absalón refugióse en casa de su abuelo materno, Talmai, rey de Guesur (3,3).

La parábola de la mujer de Tecua (14,1-17)

[1] Conociendo Joab, hijo de Sarvia, que el corazón del rey estaba por Absalón, [2] mandó a Tecua y trajo de allí una mujer ladina, y le dijo: «Mira, enlútate, vístete las ropas de duelo, no te unjas con óleo, antes preséntate como mujer que de tiempo atrás lleva luto por un muerto, [3] y, entrando al rey, háblale de esta manera»; y puso Joab en boca de la mujer lo que había de decir. [4] Entró, pues, la mujer de Tecua al rey; y postrándose en tierra, le hizo reverencia y dijo: «¡Oh rey, sálvame!» [5] El rey le dijo: «¿Qué tienes?»; y ella respondió: «Soy una mujer viuda, murió mi marido, [6] y tenía tu sierva dos hijos. Riñeron los dos en el campo, donde no había quien los separase, y el uno, hiriendo al otro, le mató; [7] y he aquí que toda la parentela, alzándose contra tu sierva, dice: Entréganos al que mató a su hermano, para que le demos muerte por la vida de su hermano, a quien mató él; y quieren matar al heredero, apagando así el ascua que me ha quedado, y no dejando a mi marido ni nombre ni sobreviviente sobre la tierra». [8] El rey dijo a la mujer: «Vete a tu casa, que ya daré yo órdenes sobre lo tuyo». [9] Entonces dijo la mujer de Tecua al rey: «Rey, mi señor, yo querría que la responsabilidad recayera sobre mí y sobre la casa de mi padre, no sobre el rey y sobre su trono». [10] El rey entonces respondió: «Si alguno sigue inquietándote, tráelo a mí, que no te inquietará más». [11] Ella entonces dijo: «Ruégote, ¡oh rey!, que interpongas el nombre de Yahvé, tu Dios, y no dejes que el vengador de la sangre aumente la ruina matando a mi hijo». Y él respondió: «Vive Yahvé que no caerá en tierra ni un cabello de la cabeza de tu hijo». [12] La mujer añadió: «Permite, ¡oh rey!, a tu sierva que diga una palabra a mi señor». El rey dijo: «Habla». [13] Y la mujer entonces dijo: «¿Por qué, pues, piensas tú de otro modo contra el pueblo de Dios? Pues con el juicio que el rey ha pronunciado se hace como reo por no hacer el rey que vuelva su fugitivo. [14] Porque todos morimos y somos como agua que se derrama en la tierra, que no puede volver a recogerse; que Dios no hace volver las almas. Medite, pues, el rey cómo el fugitivo no quede arrojado de su presencia. [15] Si he venido yo a decir esto al rey, mi señor, es porque el pueblo me dio miedo, y me dije: Voy a hablar al rey, a ver si hace lo que su sierva le diga. [16] Seguramente el rey escuchará a su sierva y la librará de la mano del que quiere raerme a mí, juntamente con mi hijo, de la heredad de Dios. [17] Tu sierva ha dicho: Que me tranquilice la palabra de mi señor el rey, ya que es el rey, mi señor, como el ángel de Dios para discernir entre lo bueno y lo malo. Y ahora que Yahvé, tu Dios, sea contigo».

El tiempo, que restaña muchas heridas, había hecho olvidar al rey la memoria de Amnón, preocupándole cada día más la suerte de su hijo Absalón, al que ahora, por edad, le correspondía el trono.

Era Tecua *(Jirbet Teku)* una aldea del desierto de Judá, a unos diecisiete kilómetros al sur de Jerusalén, célebre por haber sido la patria de Amós. Tal como le indicó Joab, la mujer tecuita presentóse ante el rey, a quien planteó el problema. Se presenta como mujer viuda, madre de dos hijos, de los cuales uno pereció a manos de su hermano en una pelea. La parentela, o sea, el *goel* más próximo de la víctima, reclama en nombre de la familia la venganza de sangre (3,30; Núm 35,19-21; Deut 19,1-12), con lo que acabará con el único hijo que le queda, exterminando con ello al heredero, cuya misión es hacer revivir el nombre del padre. Si logra su intento, acabará «con el ascua que me ha quedado» (21,17), apagándose, por consiguiente, el fuego del hogar *(scintilla,* Vulg.; *gahelet,* hebr. = carbón encendido). David promete tomar el asunto por su cuenta.

Basándose en la solución propuesta, la mujer hace la aplicación al caso de Absalón. David está obligado a perdonarle. ¿Por qué empeñarse en tener alejado de palacio al hijo que debe propagar su nombre y sucederle en el trono? Si la parentela obraba mal al querer extinguir el nombre de una casa de Israel, ¿cuánto más culpable es el rey al no querer perdonar a su hijo, exponiendo con ello el porvenir de un pueblo? Inútil pensar en resucitar a Amnón: «Dios no hace volver las almas» (v.14), ni se puede recoger el agua que se desparrama. ¿A qué vienen los resentimientos y los castigos despiadados, cuando la vida es tan corta? En tercer lugar debe imitar David la misericordia de Dios, que no mata al pecador, sino que busca ocasión de otorgarle el perdón.

Absalón regresa a Jerusalén (14,18-33)

**18 El rey entonces dijo a la mujer: «Mira, no me ocultes nada
de lo que voy a preguntarte». Y la mujer respondió: «Hable
el rey, mi señor». 19 El rey le dijo: «¿No anda en todo esto la
mano de Joab?» Y la mujer respondió: «Por tu vida, ¡oh rey,
mi señor!, que no se aparta lo que el rey, mi señor, dice ni a
la derecha ni a la izquierda. Joab, tu siervo, me ha mandado
y ha puesto en la boca de tu sierva todas estas palabras. 20 Joab,
tu siervo, ha hecho esto para ver de mudar el aspecto de las
cosas. Pero mi señor es sabio, con la sabiduría de un ángel de
Dios, para conocer cuanto pasa en la tierra». 21 Entonces el
rey dijo a Joab: «Voy a hacer según tu deseo: Ve, pues, y haz
que vuelva el joven Absalón». 22 Joab se echó rostro a tierra y
se prosternó, y, bendiciendo al rey, dijo: «Ahora comprendo
que tu siervo ha hallado gracia a tus ojos, ¡oh rey, mi señor!,
pues ha hecho el rey lo que su siervo le ha dicho». 23 Levantóse
luego Joab y se fue a Guesur, y trajo consigo a Absalón a Jeru-
salén. 24 Pero el rey dijo: «Que se vaya a su casa y no se me
presente», y fuése Absalón a su casa sin ver al rey. 25 No había
en todo Israel hombre tan hermoso como Absalón; desde la
planta de los pies hasta la cabeza no había en él defecto; 26 y
cuando se cortaba el pelo, cosa que hacía al fin de cada año,
porque le molestaba, y por eso se lo cortaba, pesaba el cabello
de su cabeza doscientos siclos, peso real. 27 Naciéronle a Absa-
lón tres hijos y una hija, de nombre Tamar, que era hermosí-
sima. 28 Por dos años estuvo Absalón en Jerusalén sin poder
ver al rey. 29 Mandó Absalón por Joab para enviarle al rey,
pero Joab se negó a ir, y aunque por segunda vez le llamó, no
quiso ir. 30 Entonces dijo a sus siervos: «Ya sabéis que el campo
de Joab está junto al mío y que tiene allí su cebada; id y prended-
le fuego». Y los siervos de Absalón pegaron fuego a las tierras
de Joab. Vinieron entonces los siervos de Joab, rasgadas las
vestiduras, y le dijeron: «Los siervos de Absalón han pegado
fuego a tu campo». 31 Levantóse Joab y vino a casa de Absalón,
y le dijo: «¿Por qué han pegado fuego tus siervos a mis tierras?»
32 Y Absalón le respondió: «Dos veces te he mandado a llamar
para que vinieses y fueses por mí al rey a decirle: ¿Para qué
he venido de Guesur? Mejor me hubiera sido estarme allí.
Que pueda yo ver la faz del rey, y si soy culpable, máteme».
33 Fue, pues, Joab al rey, y le dijo esto, y el rey llamó a Ab-
salón, que inclinó a tierra su rostro ante el rey, y el rey besó
a Absalón.**

David estuvo de acuerdo con el deseo de Joab de que Absalón regresara a Jerusalén, viendo en esta coyuntura la realización de un secreto anhelo que de tiempo anidaba en su corazón. No obstante, para salvar las apariencias e impedir las habladurías, externamente mostróse duro para con su hijo. Los derechos de la justicia prevalecieron esta vez sobre los sentimientos del corazón. Con la inserción de los v.25-27 se corta el hilo del relato, pero tienen la finalidad de servir de preámbulo a cuanto se contará en los capítulos siguientes. El aspecto físico de Absalón era perfecto y armónico; pero, sobre todo, su cabellera no tenía rival.

El texto masorético señala que su peso era de doscientos siclos en peso real, lo que equivaldría a dos kilogramos y medio. Quizá haya en el texto una hipérbole. Hummelauer soluciona la dificultad admitiendo que el texto habla del valor monetario del siclo y que tal era el precio con que se cotizaba la famosa cabellera. Desconocemos el nombre de los hijos de Absalón; la niña llamábase Tamar = palmera; debieron de morir pronto (18,18).

Rebelión de Absalón (15,1-15)

**1 Después de esto se hizo Absalón con un carro y caballos,
y cincuenta hombres iban delante de él. 2 Levantábase Absa-
lón bien de mañana, y, poniéndose junto al camino de la Puerta,
a cualquiera que tenía un pleito y venía a juicio ante el rey, le
llamaba Absalón y le decía: «¿De dónde eres?» Y él contestaba:
«Tu siervo es de tal o cual de las tribus de Israel». 3 Entonces
Absalón le decía: «Mira, tu causa es buena y justa, pero no
tendrás quien por el rey te oiga. 4 ¡Quién me pusiera a mí por
juez de la tierra, para que viniesen a mí cuantos tienen algún
pleito o algún negocio, y yo les haría justicia!» 5 Y cuando
alguno quería postrarse ante él, él le tendía la mano, le cogía
y le besaba. 6 De esta suerte obraba Absalón con todos los
israelitas que venían al rey en demanda de justicia, y así robaba
el corazón de Israel. 7 Al cabo de cuatro años dijo Absalón al
rey: «Te ruego que me permitas ir a Hebrón, a cumplir un
voto que he hecho a Yahvé; 8 porque cuando tu siervo estaba
en Guesur, en Siria, prometí: Si Yahvé me vuelve a Jerusalén,
sacrificaré a Yahvé». 9 El rey le dijo: «Ve en paz»; y él se le-
vantó y se fue a Hebrón. 10 Absalón mandó mensajeros por
todas las tribus de Israel, diciendo: «Cuando oigáis sonar la
trompeta, gritad: Absalón reina en Hebrón. 11 De Jerusalén
fueron con Absalón doscientos hombres invitados, con corazón
sencillo, que nada sabían. 12 También mandó llamar Absalón
a Ajitofel, guilonita, del consejo de David, a su ciudad de Guiló,
que estuvo con él mientras hacía sus sacrificios. La conjuración
iba creciendo, y llegó a ser grande, pues iban aumentando los
secuaces de Absalón. 13 Vinieron a avisar a David, diciendo:
«Todo Israel se va tras Absalón». 14 Entonces David dijo a
todos sus servidores, que estaban con él en Jerusalén: «Le-
vantaos y huyamos, porque no podríamos escapar delante
de Absalón. Daos prisa a salir, no sea que nos sorprenda él y
eche sobre nosotros el mal, y pase la ciudad a filo de espada».
15 Los servidores le dijeron: «Tus siervos están dispuestos a
hacer cuanto mande el rey nuestro señor».**

A medida que el rey avanzaba en edad multiplicábanse las pruebas de su casa. Cierta tirantez existía entre él y el pueblo, entre Joab y Betsabé, entre Absalón y su padre. En primer lugar, las guerras que sostuvo David contra los enemigos exteriores, con las consiguientes pérdidas en hombres y estrecheces económicas, le enajenaron muchas simpatías. A ello cabe añadir la política de centralización en todos los órdenes, el aumento de las contribuciones, que empobrecían a la nación. Por otra parte, el poderoso Joab nutría pocas simpatías por Betsabé, tratando por todos los medios

de oponerse a sus pretensiones de entronizar a su hijo Salomón, ya que a la muerte de David debía sucederle en el trono su hijo Absalón. Dodiya, el segundo hijo (3,3), parece haber muerto joven.

Así lo comprendió también Absalón, quien, una vez reconciliado con su padre, trató de ganarse el favor popular. Joven, apuesto y juncal, atraía sobre sí las miradas del pueblo. Amante del boato, introdujo en Jerusalén el uso de carros tirados por caballos y una guardia personal de cincuenta hombres que le precedía. Pero, además, era un hombre franco, llano, que no tenía inconveniente alguno en ponerse al habla con las gentes del pueblo, conversar con los desocupados junto a la puerta de la ciudad, interesarse por unos y por otros, atender a las necesidades de todos, facilitando a los provincianos el acceso al palacio real y resolviendo él mismo las dificultades. Pronto entre el pueblo apareció Absalón como el príncipe ideal, en contraposición a la diplomacia palaciega, lenta, burócrata, débil e indolente. Con los años menguaban las cualidades que en otros tiempos adornaban la persona de David. En pocos años había Absalón pulsado el sentimiento popular, creyendo que la situación estaba madura para intentar un golpe de estado. Después de haberse ganado a las tribus del Norte (19,42), quiso explorar el apoyo que podrían prestarle las del Sur, especialmente de los alrededores de Hebrón, cuna del reino, y de la cual había desertado David. Tomando como pretexto el cumplimiento de un voto hecho durante su exilio en Guesur, obtuvo de su padre la autorización para trasladarse allí. En Hebrón le conocían ya; había nacido allí (3,3); por él estaban dispuestos los hebronitas a cualquier cosa. Al mismo tiempo que abandonaba Jerusalén para dirigirse a Hebrón, enviaba mensajeros a todas las tribus, alertándolas para cuando sonara el grito de la revolución. En su compañía marcharon unos doscientos hombres de buena posición, que aceptaron la invitación que se les hizo de asistir a la solemnidad religiosa organizada por Absalón (1 Sam 9,22). Al festín fue invitado particularmente el sabio Ajitofel, consejero de David, considerado como el oráculo de Dios. Abuelo paterno de Betsabé (23-34), aprovechó acaso esta ocasión para separarse de David y vengar la deshonra que infirió a Betsabé y la muerte de Urías el jeteo. Ajitofel era de Guiló, que se identifica con el actual *Jirbet Djala*, a once kilómetros al noroeste de Hebrón.

La revolución estaba en marcha. En Hebrón encontró el hijo de David el calor popular, que apoyaba incondicionalmente sus derechos al trono de David, su padre (1 Re 2,15), contra las maquinaciones de la advenediza Betsabé (1 Re 1,17). Los pregoneros, apostados en lugares estratégicos, dieron el toque convenido para el levantamiento general, yéndose todo el pueblo tras de Absalón. Del norte y del sur llegaban aires de guerra; a David quedaban tan sólo dos posibilidades: o atrincherarse en la ciudad al amparo de sus murallas o huir. Esta fue la solución más lógica y viable, por no estar preparada la capital para resistir un cerco prolongado.

David, camino del destierro (15,16-37)

**16 Partióse, pues, el rey a pie, seguido de toda su familia,
dejando diez concubinas al cuidado de la casa. 17 El rey salió
con toda su gente a pie, y se detuvieron en una casa alejada.
18 Todos sus servidores iban a sus lados; los cereteos, los feleteos
y las gentes de Itaí, jeteo, en número de seiscientos, que desde
Gat le habían seguido, marchaban a pie delante del rey. 19 El
rey dijo a Itaí el jeteo: «¿Por qué has de venir tú también con
nosotros? Vuélvete y quédate con el rey, pues tú eres un extranjero y estás fuera de tu tierra sin domicilio. 20 Ayer llegaste,
¿y voy a hacerte hoy errar con nosotros, cuando ni yo mismo
sé siquiera adónde voy? Vuélvete y lleva contigo a tus hermanos, y Yahvé use contigo de gracia y de verdad. 21 Pero Itaí
respondió al rey, diciendo: «Vive Dios, y vive mi señor el rey,
que donde mi señor esté, vivo o muerto, allí estará tu siervo».
22 Entonces dijo David a Itaí: «Ven y pasa»; y pasó Itaí, jeteo,
con toda su gente y su familia. 23 Todos iban llorando en alta
voz, y pasaron el torrente de Cedrón el rey y todo el pueblo,
siguiendo el camino del olivar que se halla en el desierto. 24 Iban
también Sadoc y Abiatar, y con ellos todos los levitas, que llevaban el arca de la alianza de Dios. Detuviéronse con el arca
de la alianza de Dios hasta que toda la gente se hubo salido de
la ciudad. 25 Entonces dijo el rey a Sadoc y a Abiatar: «Volved
el arca de Dios a la ciudad y quédese en su lugar. Si hallo gracia
a los ojos de Yahvé, El me volverá a traer y me hará volver a
ver el arca y el tabernáculo. 26 Pero si El dice: No me complazco en ti, aquí me tiene, haga El conmigo lo que bien le
parezca». 27 Y siguió diciendo a Sadoc: «Tú y Abiatar volveos
en paz a la ciudad con Ajimas, tu hijo, y con Jonatán, hijo de
Abiatar. Vayan vuestros dos hijos con vosotros. 28 Yo esperaré
en las llanuras del desierto hasta que me llegue de vosotros
algún aviso». 29 Volviéronse entonces Sadoc y Abiatar a Jerusalén, llevando el arca de Dios, y se quedaron allí. 30 Subía
David la pendiente del monte de los Olivos, y subía llorando,
cubierta la cabeza y descalzos los pies. También cuantos le
seguían cubriéronse todos la cabeza, y subían llorando. 31 Dieron aviso a David de que Ajitofel estaba entre los conjurados,
y dijo David: «Confunde, ¡oh Yahvé!, el consejo de Ajitofel».
32 Cuando llegó David a la cumbre, donde se adora a Yahvé,
llegó ante él Cusaí el arquita, amigo de David, rasgadas las
vestiduras y cubierta de polvo la cabeza, 33 y le dijo David:,
«Si vienes conmigo, me serías una carga; 34 si, por el contrario,
te vuelves a la ciudad y dices a Absalón: ¡Oh rey, siervo tuyo
soy!; como he servido a tu padre, así te serviré a ti; podrás
confundir el consejo de Ajitofel en favor mío, 35 tendrás contigo a los sacerdotes Sadoc y Abiatar y podrás comunicarles
cuanto sepas de la casa del rey. 36 Y como tendrán consigo
a sus dos hijos, Ajimas, hijo de Sadoc, y Jonatán, hijo de Abiatar,
por ellos podréis informarme de lo que sepáis». 37 Cusaí, amigo
de David, se tornó a la ciudad cuando Absalón hacía su entrada
en ella.**

Pronto se organizó el éxodo. Toda la familia real, los criados, los funcionarios, tropas escogidas y muchos súbditos que defendían su causa le acompañaron camino del destierro. Sólo quedaron en

palacio diez concubinas al cuidado de la casa (16,20-23). Entre la comitiva marchaban los cereteos y los feleteos (8,18) y las gentes de Itaí. Era éste un jefe hitita que había huido de Gat con su familia y seiscientos hombres y se había puesto al servicio de David (1 Crón 18,1; 1 Sam 8,1). Desconocemos qué sentido quiso dar David a la recomendación hecha a Itaí de quedarse en Jerusalén «con el rey», título que se había arrogado Absalón. Pero parece que David únicamente quería a su lado personas capaces de compartir su futuro incierto, por lo cual invita a Itaí y a los suyos a regresar a su país. También los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar habían sacado del tabernáculo el arca de la alianza para llevarla consigo adondequiera que fuera David. Pero el rey ordenó que la devolvieran a su lugar; si las cosas marchaban bien, «volvería a ver el arca y el tabernáculo»; si la suerte le era adversa, se resignaba a la voluntad de Dios. David subió llorando la ladera del monte de los Olivos, cubierta la cabeza y descalzos los pies. El monte Olivete se levanta al este del torrente Cedrón (Zac 14,4); su nombre proviene de los muchos olivos que en otro tiempo cubrían toda la vertiente occidental, quedando magníficos ejemplares centenarios en el actual huerto de Getsemaní. Los árabes llaman al monte *et-Tur;* su cima hállase a 816 metros sobre el nivel del Mediterráneo. La escena de David que subía llorando la cuesta de la montaña recuerda las lágrimas que en este lugar derramó Jesucristo sobre la ciudad deicida (Lc 19,41). Al llegar a la cima del monte diéronle la noticia amarga de que Ajitofel (16,23ss; 17,1ss) habíase unido a la conjuración. Anota el texto que había sobre el monte un santuario cananeo, que más tarde fue consagrado a Yahvé; quizá el texto se refiere al de Nob (1 Sam 21,2).

Tuvo David la satisfacción de comprobar la fidelidad de Cusaí el arquita, perteneciente al clan de los arquianos, de que habla Jos 16,2, que moraba cerca de Bétel y de Atarot. Piensa David utilizar sus servicios para contrarrestar los consejos de Ajitofel (16,16; 17,5ss). David logró montar un espionaje eficiente en torno a Absalón.

Infidelidad de Siba (16,1-4)

1 Cuando David hubo traspuesto la cumbre, Siba, el siervo de Mefibaal, vino a él con dos asnos aparejados y cargados de doscientos panes, cien colgajos de uvas pasas y un pellejo de vino; 2 y dijo el rey a Siba: «¿Qué es esto?» Y Siba respondió: «Los asnos son para la familia del rey, para que monte en ellos; los panes y las tortas de higos y las pasas, para que coman; y el vino, para que beban los que desfallezcan en el desierto». 3 El rey le preguntó: «¿Con quién está el hijo de tu amo?»; y Siba respondió: «Se ha quedado en Jerusalén, diciendo: Hoy me devolverá la casa de Israel el reino de mi padre». 4 Y el rey dijo a Siba: «Tuyo será cuanto fue de Mefibaal». Siba respondió: «Que halle yo gracia a los ojos del rey, mi señor».

Siba, que ocupaba un lugar preeminente en la casa de Mefibaal (4,4; 9,2ss), sale al encuentro de David y le ofrece panes, pasas,

dátiles, frutos de verano *(qais)*, como higos, frutas variadas, etc. Piensa Siba aprovechar esta circunstancia para congraciarse con el rey, no temiendo para ello calumniar a su amo (19,25-31), que, por estar cojo, no pudo acompañar a David en la huida. David dio crédito a las palabras de Siba, entregándole todos los bienes que habían pertenecido a la casa de Saúl (9,7).

Semeí ultraja a David (16,5-23)

5 Cuando llegó el rey a Bajurim, salióle al encuentro un hombre de los de la casa de Saúl, de nombre Semeí, hijo de Guera, que se adelantó profiriendo maldiciones 6 y tirando piedras a David y a los servidores de David, aunque iban los hombres de guerra a la derecha y a la izquierda del rey. 7 Semeí decía maldiciendo: «¡Vete, vete, hombre sanguinario y malvado! 8 Yahvé hace recaer sobre tu cabeza toda la sangre de la casa de Saúl, cuyo reino has usurpado, y ha entregado tu reino en manos de Absalón, tu hijo. Te ha dado lo que tú mereces, porque eres un hombre sanguinario». 9 Entonces Abisaí, hijo de Sarvia, dijo al rey: «¿Cómo se atreve ese maldito perro muerto a maldecir al rey? Déjame, te ruego, que vaya a cortarle la cabeza»; 10 pero el rey le respondió: «¿Qué tenéis que ver conmigo, hijos de Sarvia? Dejadle que maldiga, que si Yahvé le ha dicho: Maldice a David, ¿quién va a decirle: Por qué lo haces?» 11 David dijo a Abisaí y a todos sus seguidores: «Ya veis que mi hijo, salido de mis entrañas, busca mi vida; con mucha más razón ese hijo de Benjamín. Dejadle maldecir, pues se lo ha mandado Yahvé. 12 Quizá Yahvé mirará mi aflicción y me pagará con favores las maldiciones de hoy». 13 Y David y sus gentes prosiguieron su camino, mientras iba Semeí por el lado del monte, detrás de David, sin dejar de maldecirle y tirarle piedras y tierra. 14 El rey y los que con él iban llegaron extenuados, y descansaron allí. 15 Cuando Absalón, llevando con él a Ajitofel, entró en Jerusalén con todo el pueblo, los hombres de Israel, 16 Cusaí el arquita, amigo de David, vino a su encuentro, diciendo: «¡Viva el rey, viva el rey!» 17 Absalón dijo a Cusaí: «¿Es ése el pago que das a tu amigo? ¿Por qué no te has ido con tu amigo?» 18 Cusaí dijo a Absalón: «No, yo soy de aquel a quien Yahvé y todo su pueblo, todos los hombres de Israel, han elegido, y con ése quiero estar. 19 Por lo demás, ¿a quién voy a servir? ¿No es a un hijo suyo? Como servía a tu padre, así te serviré a ti». 20 Absalón dijo a Ajitofel: «Tened consejo para ver lo que conviene hacer»; 21 y Ajitofel dijo a Absalón: «Entra a las concubinas que tu padre ha dejado al cuidado de la casa, y así sabrá todo Israel que has roto del todo con tu padre, y se fortalecerán las manos de cuantos te siguen. 22 Levantóse, pues, para Absalón una tienda en la terraza, y entró a las concubinas de su padre a los ojos de todo Israel. 23 Consejo que daba Ajitofel era mirado como si fuera palabra de Yahvé; tal era la confianza que el consejo de Ajitofel inspiraba, lo mismo a David que a Absalón.

Al descender la pendiente oriental del Olivete, al llegar a Bajurim (3,16), salióle al encuentro Semeí, del clan de la familia de Saúl. Era Semeí un «hombre de Belial» (1 Sam 25,25; 30,22), un

perro muerto (9,8; 1 Sam 24,15). Por fin, David, cansado y rendido corporal y espiritualmente, llegó a Jericó, donde descansó él y cuantos le acompañaban. No determina más concretamente el texto masorético el lugar de este descanso, que probablemente fue el oasis de Jericó, como lo entendió el texto griego de Lagarde.

Por consejo de Ajitofel, Absalón violó públicamente el harén de su padre. Era ley en Oriente que un pretendiente al trono se amparase del harén real (3,7; 12,11-12). Diez concubinas quedaron al cuidado de la casa (15,16), mientras las mujeres propiamente dichas siguieron al rey. Lo que David hizo ocultamente lo repite ahora Absalón a vista de todo el pueblo, cumpliéndose las palabras de Natán (12,11-12). Todavía no había empezado la obra de Cusaí, encaminada a desvirtuar el consejo de Ajitofel. Cusaí es llamado «amigo de David», o por ser su leal ministro, su mejor amigo, o por ser su consejero en los asuntos matrimoniales (13,3-4). Ejemplos de esto último los tenemos en el Código de Hammurabi y en el de Lipit-Ishtar. En Egipto, el oficial de más rango en palacio era llamado «amigo del rey».

Ajitofel y Cusaí aconsejan (17,1-16)

**1 Ajitofel dijo a Absalón: «Voy a elegir doce mil hombres
para salir esta noche en persecución de David, 2 y cargaré so-
bre él cuando esté cansado y flaco de fuerzas; le atemorizaré
y cuantos le siguen huirán, y heriré al rey solo. 3 y haré que ven-
gan a ti todos sus partidarios, el pueblo todo, como viene la no-
via a su novio. Es el alma de un solo hombre la que tú buscas,
y todo el pueblo quedará en paz». 4 Agradó este consejo a Absa-
lón y a todos los ancianos de Israel; 5 pero Absalón dijo: «Lla-
mad a Cusaí el arquita, y sepamos su parecer». 6 Vino Cusaí a
Absalón, y Absalón le dijo: «Esto ha dicho Ajitofel. ¿Hemos de
hacer lo que él dice? Si no, habla tú». 7 Y Cusaí respondió a Ab-
salón: «Por esta vez el consejo de Ajitofel no es bueno». 8 Tú
sabes bien que tu padre y sus gentes son unos valientes, y exaspe-
rarlos sería como si en el campo a una osa le arrebataran su cría,
o como un jabalí enfurecido en el desierto. Tu padre es hom-
bre de guerra, y seguramente no pasará la noche entre los su-
yos. 9 De cierto que estará escondido en alguna caverna o en
otro lugar, y si a los comienzos cayeran algunos de los tuyos, los
que lo oyeran seguramente dirían: «Han sido derrotados los
secuaces de Absalón; 10 y entonces aun el valiente cuyo corazón
sea como el corazón de un león desmayaría, porque todo Israel
sabe que tu padre es un valiente y que son valientes también los
que con él están. 11 Aconséjote, pues, que reúnas a todo Israel,
desde Dan hasta Berseba, en muchedumbre como las arenas
que están a la orilla del mar, y que tú en persona vayas a darle
la batalla. 12 Entonces le atacaremos dondequiera que esté, y
daremos sobre él como rocío que cae sobre la tierra, y no deja-
remos ni uno de cuantos con él están. 13 Y si se acogiere a la ciu-
dad, todos los de Israel llevarán allá cuerdas, y la arrastraremos
al arroyo, hasta no quedar en ella piedra sobre piedra. 14 Enton-
ces Absalón y todos los de Israel dijeron: «El consejo de Cusaí
el arquita es mejor que el de Ajitofel»; porque había dispuesto
Yahvé frustrar el acertado consejo de Ajitofel para traer Yahvé**

**el mal sobre Absalón. 15 Dijo luego Cusaí a Sadoc y a Abiatar,
sacerdotes: «Esto y esto ha aconsejado Ajitofel a Absalón y a los
ancianos de Israel, y esto y esto aconsejé yo. 16 Enviad, pues, in-
mediatamente a dar aviso a David, diciendo: «No te quedes
esta noche en el campo del desierto; pasa en seguida, para que
no sea destruido el rey con todos los que le siguen».**

El consejo de Ajitofel era más realista. Debía Absalón aprovechar el entusiasmo del pueblo para salir en persecución del viejo rey, que, cansado del viaje, se habría detenido en algún lugar. El plan de Cusaí, concebido más bien en provecho de David que de Absalón, consistía en no precipitar los acontecimientos. Prevaleció este consejo por haber confundido Dios las inteligencias de Absalón y de sus jefes. Cerciorado de esto, habló Cusaí a los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar (15,27-29) de lo que había sucedido, indicándoles la conveniencia de que mandaran aviso a David para que se pusiera a salvo. De momento había logrado Cusaí hacer prevalecer su criterio; pero podía Absalón cambiar de parecer.

Los mensajeros informan a David (17,17-23)

**17 Jonatán y Ajimas estaban junto a la fuente de Roguel, por-
que no podían dejarse ver, viniendo a la ciudad; y allá fue una
sierva para darles aviso y que ellos lo hicieran luego llegar al rey
David. 18 Violos, sin embargo, un mozo, que dio cuenta de ello
a Absalón; pero ellos se apresuraron y llegaron a la casa de un
hombre de Bajurim que tenía un pozo en el patio, y en él se
metieron. 19 Tomó la mujer una manta y cubrió con ella la boca
del pozo, poniendo sobre ella el grano trillado, y así nadie pudo
percatarse de la cosa. 20 Llegaron los seguidores de Absalón a la
casa de la mujer y le preguntaron: «¿Dónde están Ajimas y Jo-
natán?» Y la mujer respondió: «Ya han pasado el arroyo».
Y, aunque los buscaron, no los hallaron y se volvieron a Jerusa-
lén. 21 Cuando se hubieron ido, salieron del pozo y fuéronse
luego a dar el aviso a David, diciéndole: «Pasad luego el vado,
porque Ajitofel ha dado este consejo contra vosotros». 22 Levan-
tóse entonces David con todo el pueblo que con él estaba, y pa-
saron el Jordán, y al alba no quedaba uno que no hubiera pasa-
do el Jordán. 23 Ajitofel, viendo que no se había seguido su con-
sejo, aparejó su asno, levantóse, se fue a su casa de la ciudad y,
después de tomar disposiciones acerca de su casa, se ahorcó,
y, muerto, fue sepultado en el sepulcro de su padre.**

Los dos hijos de los sumos sacerdotes (15,27) estaban apostados junto a Ain Roguel, el manantial actual de *Bir Ayub*, al sudeste de Jerusalén, en la confluencia del torrente Cedrón con el Hinnón (1 Re 1,7-9). Una criada los informó de lo dicho por Ajitofel y Cusaí. El v.20 es interpretado diversamente. Según la Vulgata, respondió la mujer a los enviados de Absalón: «Pasaron a toda prisa después de haber bebido un poco de agua»; el texto masorético: «Han pasado ya el *mikal* de las aguas»; los LXX: «Han pasado un poco de agua». Dhorme cambia la palabra *mikal* en *makil*, a la que da el sentido de *estanque* (Jer 2,13). David esperaba noticias en su refugio del desierto de Judá, cerca del Jordán (v.21-22).

Entretanto, Ajitofel, humillado por no haberse seguido su consejo, aparejó su asno, marchóse a Guiló (15,12; 23,24), en donde se suicidó. Estaba convencido de que el único consejo recto era el suyo; de seguir el de Cusaí, la derrota de Absalón sería inevitable, esperándole entonces la muerte como a traidor. Pocos son los casos de suicidio mencionados en el Antiguo Testamento; a excepción de éste, en todos los otros entra de por medio el honor militar o nacional (Jue 9,54; 1 Sam 31,4-6; 1 Re 16,18; 2 Mac 14,41-46).

David y Absalón, en Transjordania (17,24-29)

24 Llegó David a Majanaím, y Absalón pasó el Jordán con
toda la gente de Israel. 25 Absalón hizo jefe de su ejército a Ama-
sa en vez de Joab. Era Amasa hijo de un varón ismaelita llamado
Jitra, casado con Abigal, hija de Isaí, hermana de Sarvia, madre
de Joab. 26 Asentó su campo Israel con Absalón en tierra de Ga-
laad; 27 y en cuanto llegó David a Majanaím, 28 Sobi, hijo de
Najas, de Raba, de los hijos de Amón, y Maquir, hijo de Amiel,
de Lodabar, con Barzilai, galadita, de Roguelim, trajeron a Da-
vid y a la gente que con él estaba camas, alfombras, calderas y
vasijas de barro, trigo, cebada y harina, grano tostado, habas,
lentejas y legumbres tostadas, 29 miel, manteca, ovejas y quesos
de vaca, y ofrecieron todo esto a David y a los que con él esta-
ban para que comiesen, pues se dijeron: «Seguramente están
hambrientos, fatigados y sedientos en el desierto».

Siguiendo el consejo de Cusaí, pasó David el Jordán y llegó a Majanaím (2,8.12.29), la antigua residencia de Isbaal, cuya localización exacta, como dejamos indicado en otras partes, no es posible señalar. Al cabo de un tiempo, que el texto no precisa, lo pasó también Absalón con su gente a la caza de David. Al frente del ejército de Absalón iba Amasa (19,14), hijo del ismaelita (1 Crón 2, 17) Jitra (mismo nombre que Jetró). Su madre, llamada Abigaíl o Abigal (1 Crón 2,16-17), era hija de Isaí *(Najas,* dice el texto masorético), hermana de Sarvia y de David. Amasa es, pues, primo de Joab; ambos, primos de Absalón y sobrinos de David. En Majanaím fue David acogido calurosamente. Presentáronsele el rey Sobi, hijo de Najas (10,12) y hermano de Janón, el que ultrajó a los embajadores de David; Maquir, de Lodabar (9,4-5), y Barzilai (19,33), de Roguelim, en el actual *wadi Bersiniya,* a ocho kilómetros al este de Irbid.

Muerte de Absalón (18,1-15)

1 David revistó las tropas y puso al frente de ellas jefes de mi-
llares y de centenas; 2 una tercera parte, a las órdenes de Joab;
una tercera, a las de Abisaí, hijo de Sarvia, hermano de Joab, y
la otra tercera a las de Itaí el jeteo. El rey dijo a su gente: «Yo
saldré también con vosotros». 3 Pero la gente respondió: «No,
no salgas tú, porque, si somos vencidos, no importaría mucho
aunque sucumbiéramos la mitad de nosotros. Pero tú, tú eres
para nosotros como diez mil, y es mejor que puedas salir de la
ciudad a socorrernos». 4 El rey respondió: «Haré como os pa-

rece». Estúvose el rey cerca de la puerta, mientras por grupos
de mil y de ciento salía la gente, 5 y dio esta orden a Joab, a Abisaí
y a Itaí: «Preservad por amor mío la vida del joven Absalón»; y
todo el pueblo oyó esta orden que dio David a todos los jefes.
6 Salió, pues, la gente al campo contra Israel, y trabóse la batalla
en los bosques de Efraím. 7 Allí sucumbió el pueblo de Israel
ante los seguidores de David y se hizo una gran matanza, de
veinte mil hombres. 8 Dispersóse la gente por toda aquella tie-
rra, y fueron más los que devoró el bosque que los que aquel
día hirió la espada. 9 Al encontrarse Absalón con las gentes de
David, iba montado en un mulo; y al pasar en el mulo debajo
de una encina muy grande y copuda, quedó aprisionada su ca-
beza entre las ramas de la encina, quedando colgado entre el
cielo y la tierra, mientras el mulo en que iba montado escapaba.
10 Vio esto uno, y le dijo a Joab: «He visto a Absalón pendiente
de una encina». 11 Joab le dijo: «¿Y por qué no le echaste a tie-
rra, y yo te hubiera regalado diez siclos de plata y un talabarte?»
12 Pero aquel hombre le dijo: «Aunque me pesaras mil de plata,
no pondría yo la mano sobre el hijo del rey, pues bien oímos
todos que a ti, a Abisaí y a Itaí os dijo el rey: «Guardadme a
Absalón»». 13 Además, haría yo traición a mi vida, pues al rey
nada se le esconde, y tú mismo testificarías contra mí». 14 Joab
le dijo entonces: «No será así, yo mismo le atravesaré delante
de ti»; y cogiendo tres dardos en sus manos, se los clavó en el
corazón a Absalón, que todavía vivía, pendiente de la encina.
15 Cercáronle luego diez mozos, escuderos de Joab, que hirie-
ron a Absalón, acabándole.

Las simpatías del pueblo por David manifestáronse al enrolarse mucha gente en su ejército. Como solía hacerse, se dividió el ejército en tres cuerpos (Jue 7,16; 1 Sam 11,18; 13,17), que se confiaron a tres expertos jefes.

Los dos ejércitos se enfrentaron en un espeso bosque de Transjordania, a la altura de la tribu de Benjamín, no lejos, o acaso en el actual *es-Salt,* palabra derivada del latín *saltus,* bosque. Los soldados de Absalón que no cayeron en la refriega huyeron precipitadamente, buscando la salvación en la fragosidad de la selva, que entorpeció su huida y les puso al alcance de sus perseguidores. El término hebraico *yaar* puede significar bosque o terreno rocoso cubierto de malezas.

También logró escapar Absalón montado en un mulo (13,29), pero las ramas de los árboles y la maleza de la selva entorpecieron la marcha del animal, de manera que se encontró frente a frente con los hombres de David. En el intento de acelerar la marcha, la cabeza de Absalón (no su cabellera, como se interpreta comúnmente), quedó aprisionada entre dos ramas, en tanto que el mulo escapaba, quedando colgado entre el cielo y la tierra. Joab tomó en sus manos tres bastones *(shebatim),* dardos (LXX) o lanza (Vulgata), se los clavó en el corazón, o cerca, porque siguió viviendo.

Con este acto viola Joab el mandato del rey, pero ejerce un derecho de guerra reconocido en aquel tiempo. Priva además a Israel de un personaje indeseable, que, en caso de sobrevivir, hubiera quizá cambiado el curso de las cosas. Absalón era reo de muerte

por haber asesinado a Amnón (13,28) y por haberse rebelado contra su padre (Deut 21,18-21). Unos jóvenes guerreros que acompañaban a Joab (1 Sam 14,13) lo remataron.

Sepultura de Absalón (18,16-18)

16 Entonces tocó Joab la trompeta, y el pueblo cesó en la persecución de Israel, porque Joab dio esta orden; 17 y cogiendo a Absalón, echáronle en un gran hoyo en el bosque y lo cubrieron con un gran montón de piedras, e Israel huyó cada uno a su casa. 18 Habíase alzado Absalón en vida un monumento en el valle del rey, diciendo: «Para que se conserve la memoria de mi nombre, pues que no tengo hijos», y dio al monumento su nombre, y así se llama hoy todavía el cipo de Absalón.

Conforme a la costumbre, el cadáver de Absalón fue arrojado a una fosa abierta en el bosque, que cubrieron con un montón de piedras (Jos 7,26; 8,29) en señal de menosprecio y para escarmiento de las generaciones futuras. En el v.18 se añade una noticia sobre el monumento que Absalón había hecho levantar en el valle del rey, junto al torrente Cedrón, llamado *yad*, la mano de Absalón. Según Flavio Josefo *(Ant. Iud.* 7,10,3), era un mausoleo de mármol blanco situado a menos de medio kilómetro de Jerusalén. Se discute acerca de su emplazamiento concreto, pero cabe conjeturar que se encontraba en el mismo sitio donde hoy se levanta el llamado sepulcro de Absalón, monumento de época helenística. Era costumbre que todos los judíos que pasaban junto a él le arrojasen piedras en señal de reprobación.

David, enterado de la muerte de su hijo (18,19-32)

19 Ajimas, hijo de Sadoc, dijo: «Déjame correr al rey, para darle la noticia de que Yahvé le ha hecho justicia de las manos de sus enemigos». 20 Joab le dijo: «No le llevarás hoy tú la noticia; ya se la llevarás otra vez, pero no lo hagas hoy, pues que ha muerto el hijo del rey». 21 Y Joab dijo a un cusita: «Ve y anuncia al rey lo que has visto». El cusita se prosternó ante Joab y corrió. 22 Ajimas, hijo de Sadoc, dijo, a pesar de todo, a Joab: «Ocurra lo que ocurra, déjame que corra tras el cusita». Y Joab le dijo: «¿Por qué te empeñas en correr a él, hijo mío?» Este mensaje no te aprovecharía». 23 «Ocurra lo que ocurra, yo voy», repuso Ajimas, y Joab le respondió: «Ve». Ajimas corrió por el camino de la Hoya y se adelantó al cusita. 24 Estaba David sentado entre las dos puertas. El centinela que estaba en la torre sobre la puerta alzó los ojos y miró, y vio al hombre que corría solo hacia la ciudad, 25 y gritó para advertir al rey. El rey dijo: «Si viene solo, es que trae buenas noticias». En tanto el hombre siguió acercándose hacia la ciudad, 26 y el centinela descubrió al otro que corría también y gritó del lado de la puerta: «Otro que corre solo». El rey dijo: «Es que también trae buenas noticias». 27 El centinela dijo: «Por el modo de correr, el primero me parece Ajimas, hijo de Sadoc». Y el rey dijo: «Es hombre de bien, seguramente trae buenas noticias». 28 Ajimas, gritando, dijo al rey: «¡Victoria!» Prosternóse luego ante el rey, rostro en tierra, y dijo: «Bendito Yahvé, tu Dios, que ha entregado a los que alzaban su mano contra mi señor el rey». 29 El rey preguntó: «Y el joven Absalón, ¿está bien?» Ajimas respondió: «Yo vi un gran alboroto cuando Joab envió al rey tu siervo, pero no pude saber lo que pasaba». 30 Y el rey le dijo: «Pasa y ponte allí». Pasó él y se paró. 31 Llegó luego el cusita y dijo: «Recibe, ¡oh rey, mi señor!, la nueva de que ha defendido Yahvé hoy tu causa contra todos los que se alzaron contra ti». 32 Y el rey preguntó al cusita: «Y el joven Absalón, ¿está bien?» Y el cusita respondió: «Que lo que es de ese mozo sea de los enemigos de mi señor el rey y de todos cuantos para mal se alcen contra ti».

A Ajimas le espoleaba el prurito de ser el primero en anunciar al rey lo que había sucedido. Joab se lo impidió, porque no era concebible que un hombre de categoría, como era un hijo del sumo sacerdote Sadoc (15,27.36; 17,17), fuera portador de funestas noticias; podía ir él en caso de anunciar solamente la victoria sobre el ejército de Absalón; pero, en las circunstancias actuales, esta buena nueva iba unida estrechamente a la de la muerte de Absalón. Por lo mismo, Joab escoge a un cusita para mensajero. Una vez éste en camino, porfió Ajimas una y otra vez hasta que arrancó de Joab la autorización de ir, pensando éste que no alcanzaría al cusita. En contra de lo previsto, Ajimas llegó antes al lugar «entre las dos puertas», es decir, la interior y la exterior (1 Sam 4,13-14), donde estaba sentado David. A las preguntas que le hizo el rey sobre la suerte de Absalón, encontró Ajimas una fórmula ambigua, un subterfugio para no dar la noticia sobre su muerte, ganando tiempo para que llegara el cusita, esclavo etíope, y se lo anunciara de manera clara.

Luto de David por Absalón (19,1-9a)

1 Turbóse entonces el rey, y, subiendo a la estancia que había sobre la puerta, lloraba y decía: «¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que fuera yo el muerto en vez de ti! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!» 2 Dijeron a Joab: «El rey llora a su hijo y se lamenta». 3 La victoria se trocó aquel día en luto para todo el pueblo, porque todos supieron que el rey estaba afligido por la muerte de su hijo; 4 y la gente entró en la ciudad calladamente, como entra avergonzado el ejército que huye de la batalla. 5 El rey, cubriendo el rostro, gemía: «¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío Absalón! ¡Hijo mío!» 6 Entró Joab en casa del rey y le dijo: «Hoy has llenado de confusión a todos tus siervos, que han salvado tu vida y la vida de tus hijos y tus hijas, la de tus mujeres y tus concubinas. 7 Amas a los que te aborrecen y aborreces a los que te aman, pues has demostrado hoy que nada te importan tus príncipes y tus siervos y que, si viviera Absalón, aunque todos nosotros hubiéramos muerto, estarías contento. 8 Levántate, pues, y sal fuera y habla con el corazón a los que te siguen; pues, de lo contrario, por Yahvé juro que, si no sales, ni uno quedará esta noche contigo; y te habrá de pesar de esto más que de cuantos males han venido sobre ti desde tu mocedad

hasta ahora». 9a Levantóse el rey, se sentó a la puerta, y todo el
pueblo se enteró de que el rey estaba sentado a la puerta, y
todos vinieron ante el rey a la puerta.

A las palabras del cusita turbóse David, que fue a ocultar su debilidad en la estancia superior de la fortaleza (Jue 3,20-25; 1 Re 17, 18-23). Un día y otro lloró David al hijo que le buscaba para matarle. Todo el mundo se enteró del estado de ánimo del rey, asociándose al dolor de un padre por la pérdida del hijo. Cancelóse el programa de festejos, marchándose cada uno a su casa, apesarados y contrariados a la vez. ¿Es que habían cometido un crimen venciendo a los insurrectos y matando a su cabecilla? ¿Quiénes son los amigos del rey, su hijo o los guerreros que le han salvado la vida y el trono? Como le hizo saber Joab, ¿no daba David la impresión de que amaba a los que le aborrecían y aborrecía a los que le amaban? La actitud extraña del rey podía acarrearle la defección de los que le habían permanecido fieles. Joab, amparándose en los lazos de la sangre que le unían a David y abusando también de su alto cargo, invitó al rey a que cambiara de proceder; que hablara al pueblo «con el corazón» (Gén 34,3; 50,21; Rut 2,13).

Tentativas para regresar a Jerusalén (19,9b-16)

9b Los de Israel habían huido cada uno a su casa. 10 Todo el
pueblo, en todas las tribus de Israel, se acusaba diciendo: «El
rey nos ha librado de la mano de nuestros enemigos; nos ha
salvado del poder de los filisteos y ahora ha tenido que huir de
la tierra por miedo a Absalón; 11 y Absalón, a quien habíamos
ungido nosotros, ha muerto en la batalla. ¿Por qué, pues, no
tratáis de hacer volver al rey? 12 El rey David mandó quien
dijera a Sadoc y a Abiatar, sacerdotes: «Hablad a los ancianos
de Judá y decidles: ¿Vais a ser vosotros los últimos en volver
al rey a su casa?» Pues lo que por todo Israel se decía había
llegado a la casa del rey. 13 «Vosotros sois mis hermanos, sois
hueso mío y carne mía. ¿Por qué, pues, habréis de ser los
últimos en volver al rey a su casa? 14 Decid asimismo a Amasa:
¿No eres tú también hueso mío y carne mía? Esto me haga
Dios y esto me añada si no te hago jefe de mi ejército para siem-
pre en lugar de Joab». 15 Inclinóse el corazón de todos los de
Judá, para que como un solo hombre mandasen a decir al rey:
«Vuelve con todos tus servidores». 16 Volvióse, pues, el rey, y,
llegado al Jordán, vino Judá a Gálgala a recibir al rey y acom-
pañarle en el paso del Jordán.

La victoria de David había desconcertado y humillado a los que antes apoyaban la causa de su rival. Los días transcurrían sin que se levantaran voces exigiendo la vuelta de David a su trono. Los que le habían ahuyentado de él no se sentían con valor suficiente para borrar de golpe su pasado con la reposición del rey en su palacio. Los primeros en reaccionar fueron las tribus del norte, las cuales, poco partidarias de David y débilmente comprometidas en la causa de Absalón, veían con más serenidad la situación política de la nación. Además, aunque el reinado de David tuvo sus puntos flacos, ¿no le debía también la nación grandes favores? Los de Judá, más fanáticos por la causa de Absalón, fueron más recalcitrantes. Se mantenían al margen, como queriendo desentenderse del rey y de la monarquía. Ante tamaña actitud, tomó el rey la delantera poniendo en juego la autoridad de los dos sumos pontífices, Sadoc y Abiatar. A través de ellos dio a conocer sus disposiciones para con Judá: nada tendrían que temer de un rey que estaba ligado con ellos con los vínculos del parentesco. Además, para convencerles de su buena disposición, promete nombrar a Amasa, que fue jefe del ejército rebelde (17,24-25), generalísimo del ejército de la nación a perpetuidad. De esta manera, al mismo tiempo que se atraía a los adversarios, se deshacía de Joab, general altivo y brutal, que, de hecho, se arrogaba un poder superior al del rey. Las proposiciones del monarca fueron acogidas con simpatía por Judá. De ahí que, al ponerse la comitiva en marcha hacia Jerusalén, salieron los de Judá a recibir al rey al límite de su territorio, en Gálgala (1 Sam 10,8; 11,14ss), junto a Jericó, para asistirle en el paso del Jordán y escoltarle hasta Jerusalén.

Los enemigos, al encuentro de David (19,17-24)

17 Semeí, hijo de Guera, hijo de Benjamín, que era de Ba-
jurim, apresuróse a venir con los hombres de Judá a recibir al
rey David, 18 trayendo consigo mil hombres. Asimismo Siba,
siervo de la casa de Saúl, con sus quince hijos y sus veinte sier-
vos, que pasaron el Jordán antes que el rey. 19 Se dispusieron
a hacer pasar la familia del rey y a hacer lo que bien le parecie-
ra. Semeí, hijo de Guera, se echó a los pies del rey en el mo-
mento en que el rey iba a pasar el Jordán, 20 y le dijo: «Que
mi señor no me impute la iniquidad y olvide las ofensas de su
siervo el día en que mi señor salió de Jerusalén. ¡Oh rey!, no
atiendas a ellas, 21 pues tu siervo reconoce que ha pecado, y
hoy vengo el primero de toda la casa de José delante del rey mi
señor». 22 Abisaí, hijo de Sarvia, tomó la palabra y dijo: «Pero
¿no va a morir Semeí por haber maldecido al ungido de Yah-
vé?» 23 Mas David respondió: «¿Qué tenéis que ver conmigo,
hijos de Sarvia? ¿Por qué habéis de oponeros hoy a mí? ¿Hoy
va a morir nadie en Israel? ¿No soy yo hoy rey de Israel?»
24 Y dijo a Semeí: «No morirás»; y se lo juró el rey.

Al llegar David junto al Jordán, encontróse con los enemigos que antes le ultrajaran. Semeí (16,5-13) vino acompañado de unos hombres, benjaminitas todos ellos, para dar a entender a David que eran muchos los que compartían idénticos sentimientos hacia él, o para dar la sensación de fuerza, ganándose de esta manera la voluntad del rey o atemorizándole. También Siba, con sus hijos y siervos, se adelantó a dar la bienvenida al rey, a fin de que, en premio de sus servicios, olvidara la calumnia levantada contra su amo Mefibaal (v.25-31). Con la expresión «casa de José» (v.21) se incluye la tribu de Benjamín; José y Benjamín eran hermanos, hijos de Jacob y de Raquel. De ahí que a veces se mencionan las tres tribus bajo

la misma denominación (Núm 2,18-24; 10,22). La pena merecida por haber injuriado al rey la expiará Semeí en tiempos de Salomón (1 Re 2,8-9.36-44).

Mefibaal (19,25-31)

25 También bajó a recibir al rey Mefibaal, hijo de Saúl; no se había hecho el aseo de sus pies, de sus manos y de su bigote, ni se había lavado sus vestidos desde el día en que el rey salió de Jerusalén hasta el día en que volvió en paz. 26 Vino de Jerusalén a recibir al rey, y éste le dijo: «Mefibaal, ¿por qué no viniste conmigo?» 27 Y él respondió: «Mi señor y rey, mi siervo me engañó, porque tu servidor le había dicho: Aparéjame la pollina y montaré en ella para ir con el rey—pues que tu siervo está cojo—, 28 y él ha calumniado a tu siervo ante mi señor el rey; pero mi señor el rey, que es como un ángel de Dios, hará lo que bien le parezca; 29 pues todos los de la casa de mi padre no podían esperar de mi señor el rey otra cosa que la muerte, y, sin embargo, tú has puesto a tu siervo entre los que comen a tu mesa. ¿Qué derecho tengo yo a pedir nada al rey?» 30 El rey dijo: «¿Para qué tantas palabras? Ya lo he dicho: Tú y Siba os repartiréis las tierras». 31 Y Mefibal al dijo al rey: «Que las coja todas, ya que mi señor el rey ha vuelto a entrar en paz en su casa».

Mefibaal, hijo de Jonatán (9,3), hijo de Saúl, quiso también salir al encuentro de David. Al preguntarle el rey por qué no le había acompañado, explicó lo sucedido, quedando al descubierto la vil conducta de Siba, que, por su calumnia, había obtenido del rey la propiedad de todos los bienes de su amo (16,3). Mefibaal asegura a David que dice toda la verdad, *porque sería imposible* mentir a «un ángel de Dios» (14,17.20). Se pone incondicionalmente en manos de su dueño y señor, que reacciona de manera inesperada, dictando una sentencia injusta contra Mefibaal, repartiendo sus tierras con Siba. Parece que David no sabe a qué atenerse en estos momentos, e ignora de parte de quién está la verdad. Sin embargo, no vaciló ante las palabras de Siba (16,3) y se niega ahora a dar crédito a las de un pobre tullido.

Nobleza de Barzilai (19,32-40)

32 Barzilai el galadita bajó de Roguelim para acompañar al rey en el paso del río. 33 Barzilai era muy viejo, tenía ya ochenta años y había proporcionado alimentos al rey durante su estancia en Majanaím, pues era hombre muy rico. 34 El rey le dijo: «Vente conmigo y yo te mantendré durante tu vejez en Jerusalén». 35 Pero Barzilai respondió al rey: «¿Cuántos años voy a vivir yo, para ir con el rey a Jerusalén? 36 Tengo ya ochenta años. ¿Puedo ya distinguir entre lo bueno y lo malo? ¿Puede tu siervo saborear lo que come y lo que bebe? ¿Puedo ya oír la voz de cantores y cantoras? ¿Y por qué tu siervo tiene que ser una carga para mi señor el rey? 37 Tu siervo acompañará hasta un poco más allá del Jordán al rey. ¿Y por qué el rey me

ha de conceder esta recompensa? 38 Permite, te lo ruego, que tu siervo se vuelva, y muera yo en mi ciudad, cerca del sepulcro de mi padre y de mi madre. 39 Pero ahí tienes a tu siervo Quimam; que vaya él con el rey mi señor, y haz por él lo que quieras». El rey le dijo: «Que venga conmigo Quimam, y yo haré por él cuanto tú quieras, y todo cuanto tú me pidas, yo te lo concederé». 40 Cuando todo el pueblo hubo pasado el Jordán, lo pasó también el rey, y el rey abrazó a Barzilai y le bendijo, y Barzilai se volvió a su casa.

Quería el rey pagar a Barzilai sus inestimables servicios (17, 27-29) llevándoselo a palacio y cuidando de él hasta su muerte. Confiesa Barzilai que a su edad es como un niño, que no sabe distinguir entre lo bueno y lo malo, no tiene ya gusto para saborear las comidas regias ni humor para escuchar a los cantores y cantoras de palacio (2 Crón 35,25; Ecl 2,8; Is 5,11-12; Am 6,4-6). En su lugar irá su hijo Quimam (1 Re 2,7).

Altercado entre Israel y Judá (19,41-44)

41 Dirigióse luego el rey a Gálgala, acompañado de Quimam y de todo el pueblo de Judá y la mitad de Israel, que escoltaban al rey. 42 Pero he aquí que todos los hombres de Israel se llegaron al rey y le dijeron: «¿Por qué nuestros hermanos los hombres de Judá te han secuestrado y han pasado por el Jordán al rey y su casa? ¿No son pueblo de David todas sus gentes?» 43 Los hombres de Judá respondieron a los de Israel: «Es que el rey nos toca a nosotros más de cerca; ¿por qué os ha de enojar eso? ¿Hemos vivido nosotros a costa del rey? ¿Hemos recibido algo de él?» 44 Los hombres de Israel respondieron a los de Judá: «Nosotros tenemos en el rey diez partes, y aún nos pertenece David más que a vosotros. ¿Por qué nos habéis hecho esta ofensa? ¿No hemos sido nosotros los primeros en proponer el restablecimiento del rey?» Y la contestación de los de Judá fue todavía más fuerte que la de los de Israel.

Aunque David ciñera la corona de Judá y de Israel, no había, sin embargo, desaparecido el antagonismo entre ambos reinos, que se manifestaba en la más insignificante circunstancia. En nuestro texto vemos cómo los de Israel reclaman sus derechos por haber sido ellos los primeros en apoyar la vuelta del rey a Jerusalén. Si es así, ¿por qué ahora los de Judá han acaparado al rey, secuestrándolo? ¿Es que hay preferencias por un reino en la monarquía de David? Los de Judá aducían el argumento de ser el rey originario de su tribu, a lo que replicaban los de Israel que el rey les pertenecía más a ellos por ser más numerosos, es decir, por ser diez tribus (literalmente: *diez manos*: Gén 47,24; 2 Re 11,7) contra dos (1 Re 12,21), y por ser Rubén el primogénito de Jacob. El antagonismo entre los del sur y los del norte concluirá con la escisión completa poco después de la muerte de Salomón.

Revuelta de Seba (20,1-3)

**1 Había allí un hombre perverso llamado Seba, hijo de Bicri,
benjaminita, que se puso a tocar la trompeta, diciendo: «No
tenemos nosotros parte con David ni heredad con el hijo de
Isaí. ¡Israel, a tus tiendas! ¡Cada uno a su casa!» 2 Y se fueron
de con David todos los hombres de Israel, siguiendo a Seba,
hijo de Bicri. Pero los de Judá se adhirieron a su rey desde el Jor-
dán hasta Jerusalén. 3 Cuando llegó David a Jerusalén, cogió
a las diez concubinas que había dejado al cuidado de su casa
y las puso bajo guardia. Proveyó a su mantenimiento, pero no
volvió a entrar a ellas, y encerradas estuvieron hasta el día de
su muerte, viviendo como viudas.**

El altercado de que dimos cuenta al fin del capítulo anterior amenazó seriamente la unidad nacional. Bastó que alguien levantara la bandera de la rebelión para que las diez tribus del Norte, sintiéndose como arrinconadas y desplazadas, se desgajaran de la corona de David y se rigieran por un poder autónomo. La partícula *sham*, allí, del v.1, indica que entre los participantes en el altercado de Gálgala (1 Sam 10,8; 11,14-15; 13,4-15) hallábase Seba, «hombre de Belial» (16,7; 1 Sam 1,16; 2,17), descendiente de Benjamín por parte de su segundo hijo, llamado Bajor (Gén 46,21). El grito de independencia es idéntico al que más tarde sellará la separación definitiva (1 Re 12,16). La expresión «¡Israel, a tus tiendas!» es un recuerdo de la vida seminómada de los patriarcas (2 Sam 18,17; 19,9; 1 Re 12,16), que vivían en tiendas. El toque de trompeta (16,22) reunió en torno a Seba a los amotinados, que por la cuenca del Jordán arriba o por algún *wadi* se marcharon hacia el macizo central de Palestina, proclamando por dondequiera que nada tenían que ver con un rey que los de Judá habían robado (*ganab*, 19,42).

La comitiva real se puso en marcha hacia Jerusalén escoltada por los de Judá, que, por reacción por el alejamiento de los de Israel, se adhirieron fuertemente a David. No fue triunfal la entrada en Jerusalén; había huido David bajo el signo de la división y entraba de nuevo con un reino resquebrajado.

Muerte de Amasa (20,4-13)

**4 El rey dijo a Amasa: «Convócame para dentro de tres días
a los hombres de Judá, y hállate tú también aquí presente».
5 Fue, pues, Amasa a reunir a Judá, pero se detuvo más del
tiempo señalado; 6 y David dijo a Abisaí: «Seba, hijo de Bicri,
va a hacernos ahora más mal que Absalón. Toma, pues, a los
siervos de tu señor y ve tras él, no sea que se acoja a las ciuda-
des fuertes y se escape de nuestra vista». 7 Marcharon con Abi-
saí las gentes de Joab, los cereteos y feleteos y todos los valien-
tes, y, saliendo de Jerusalén, fueron tras Seba, hijo de Bicri.
8 Cuando llegaron a la gran piedra que hay en Gabaón, les sa-
lió al encuentro Amasa. Iba Joab vestido de una túnica, y sobre
ella llevaba ceñida a sus lomos una espada en su vaina, y, según
avanzó, se cayó de ella la espada. 9 Joab dijo a Amasa: «¿Estás**

**bien, hermano?»; y con la mano derecha tomó a Amasa de la
barba, como para besarle. 10 Amasa no hizo atención a la es-
pada que tenía Joab en la mano, y éste le hirió con ella en el
vientre, echándole a tierra las entrañas, sin repetir el golpe.
Amasa murió. Después Joab y Abisaí, su hermano, fueron en
seguimiento de Seba, hijo de Bicri. 11 Uno de los servidores de
Joab se quedó junto a Amasa, y decía: «Los de Joab, los de
David, que sigan tras Joab». 12 Amasa, bañado en sangre, yacía
en el camino. Viendo aquel hombre que todos se paraban,
apartó a Amasa del camino, lo llevó al campo y echó sobre él
una cubierta, porque vio que cuantos venían se paraban junto
a él. 13 Una vez apartado del camino, iban ya todos tras Joab,
en seguimiento de Seba, hijo de Bicri.**

Percatóse David de la grave situación creada por el altercado de Gálgala y mandó a Amasa (17,25; 19,14) que en el espacio de tres días movilizara a Judá para impedir que Israel se independizara totalmente. Ante la tardanza de Amasa y preocupado David de que Seba «oscureciese sus ojos» (los LXX), o, lo que es lo mismo, que le creara un grave conflicto, encargó a Abisaí, de los hijos de Sarvia (2,18), hermano de Joab, que se pusiera al frente del ejército. No se sabe por qué fue tan lento Amasa en sus funciones; acaso no encontró en el pueblo ambiente propicio para emprender una nueva guerra, o porque continuaba bajo el rescoldo el odio hacia David, o porque los guerreros preferían el caudillaje de Joab. Por otra parte, David mantuvo su palabra de relegar a Joab a un segundo plano, reemplazándolo por Amasa (19,14). Las tropas escogidas de los cereteos y feleteos (8,18), los *gibborim* (23,8-38) y la masa del ejército capitaneada por Abisaí emprendieron el camino hacia el norte para reducir a Israel. Al llegar a Gabaón (2,12) les alcanzó Amasa, quien, o bien llegó precipitadamente de Jerusalén para dar alcance al ejército que había salido a las órdenes de Abisaí, o porque reclutaba tropas por aquellos parajes.

Desde el día en que Joab tuvo que ceder su puesto al general de las fuerzas enemigas (19,14) conservó en su corazón un odio implacable contra Amasa, alimentando el propósito de eliminarlo a la primera ocasión propicia. ¿Quién tenía más derecho a ostentar el puesto de generalísimo del ejército el fidelísimo Joab o el versátil Amasa? El encuentro de ambos rivales fue, al parecer, cordial. Joab alargó su mano derecha para tocar la barba de Amasa, haciendo el ademán de besarle, ocasión que aprovechó para hundirle la espada en el vientre, con la salida de las entrañas. El texto del v.8 es interpretado diversamente. Joab vestía el uniforme de campaña, ceñido al cuerpo por un cinturón, del cual colgaba la espada metida en su vaina. Por casualidad, o por un movimiento voluntario e intencionado, salióse la espada de la vaina y cayó al suelo en el momento en que ambos generales iban a darse el ósculo de la amistad, circunstancia que aprovechó Joab para agacharse, empuñar la espada y hundirla en el vientre de Amasa (2,23; 3,27). El golpe fue tan certero, que no hubo necesidad de repetirlo (1 Sam 26,8).

Joab y Abisaí prosiguieron la marcha, mientras Amasa agoni-

zaba. Un guerrero de Joab quedó junto al cadáver con el encargo de decir a todos que los jefes eran Joab y Abisaí, en cuyo ejército debían enrolarse.

Fin de la revuelta (20,14-22)

**14 Pasó por todas las tribus de Israel, pero no le hicieron caso.
Llegó a Abel-Bet-Maaca, y los de Bicri que le seguían llegaron
en pos de él. 15 Vinieron los otros y asediaron a Seba en Abel-
Bet-Maaca y alzaron contra la ciudad un baluarte, que llegaba
a la explanada de la muralla, y todo el pueblo se esforzaba por
destruir el muro. 16 Dio entonces voces desde la ciudad una
avisada mujer: «¡Oíd, oíd! Os pido que digáis a Joab que se
llegue aquí para que yo le hable». 17 Y, una vez que se acercó,
le dijo ella: «¿Eres tú Joab?» Y él respondió: «Yo soy». Ella si-
guió: «Pues oye las palabras de tu sierva». Y él respondió:
«Oigo». 18 Entonces volvió ella a hablar, diciendo: «En otros
tiempos había costumbre de decir: «Quien preguntare pregun-
te en Abel», y las querellas se arreglaban. 19 ¿Y tú procuras
destruir una ciudad que es madre en Israel? ¿Por qué has de
destruir la heredad de Yahvé?» 20 Joab respondió: «Lejos de
mí, lejos de mí querer destruirla y arruinarla. 21 No es eso; es
que un hombre de la montaña de Efraím, Seba, hijo de Bicri,
ha alzado su mano contra el rey David; entregadle a él solo, y
yo me alejaré de la ciudad». La mujer dijo a Joab: «Se te echará
su cabeza por encima de la muralla». 22 La mujer volvió a la
ciudad y se dirigió a todo el pueblo con mucha sabiduría, y,
cortando la cabeza de Seba, hijo de Bicri, se la echaron a Joab.
Joab hizo sonar la trompeta, y los asediantes y las gentes se re-
tiraron de la ciudad, cada uno a su casa. Joab volvió a Jerusa-
lén, al rey.**

En mal estado de conservación se presenta el v.14 en el texto masorético, pero puede reconstruirse satisfactoriamente con ayuda de las versiones. Seba había lanzado el grito de insurrección, intentando levantar al pueblo en armas. Pero el pueblo no respondió a su llamamiento, dando a entender que no era la actitud del rey lo que les molestaba, sino la política de favoritismo de los de Judá. En su campaña de propaganda llegó Seba hasta Abel-Bet-Maaca, al extremo septentrional del país *(Tell-Abil)*; pero sus palabras no encontraron eco. La ciudad existía en la época del bronce, mencionándose en los anales de Teglatfalasar y de Tutmosis III. Era también conocida con el nombre de Abelmaim (2 Crón 16,4). Fue devastada por Adad I (1 Re 15,20; 2 Crón 16,4) y llevados sus habitantes cautivos a Asiria en tiempos de Teglatfalasar III (2 Re 15,29). Seba, al que se unieron los bicritas o bocritas (Gén 46,21), entró en la ciudad y se atrincheró en ella tan pronto como tuvo noticia de que Joab se dirigía allí.

Sin hallar resistencia, el ejército de Joab atravesó toda Palestina, presentándose ante las murallas de Abel-Bet-Maaca, dispuesto a capturarla. Al encontrar las puertas cerradas, empezaron los trabajos de cerco, montando máquinas de asalto. Las dificultades en el interior de la ciudad debían ser muchas, y el entusiasmo por Seba,

nulo; por lo que los ciudadanos se comprometieron a entregar a Joab la cabeza de Seba con tal de que no destruyera la ciudad y se alejara. Los de Abel tenían fama de ser personas inteligentes, realistas, pacíficas, patriotas.

Funcionarios de David (20,23-25)

**23 Joab mandaba todo el ejército de Israel; Banayas, hijo de
Joyada, era el jefe de los cereteos y feleteos; 24 Adoniram, el
inspector de los tributos; Josafat, hijo de Ajilut, cronista; 25 Sisa,
escriba; Sadoc y Abiatar, sacerdotes. Ira el jaijita era también
sacerdote de David.**

A pesar de la poca simpatía que le profesaba David, seguía Joab ocupando el cargo de generalísimo del ejército; hasta el momento no había encontrado otro jefe militar que igualara a Joab en valor, diligencia y fidelidad al trono. Banayas (8,18) le seguía en dignidad, ejerciendo el cargo de jefe de los cereteos y feleteos[1]. El recaudador de los tributos era Adoniram (hebreo: *Adoram;* Vulg.: *Aduram)*, de que se habla en 1 Re 4,6; 5,28. Josafat sigue en el cargo de *mazkir* (8,16). Sadoc y Abiatar eran sumos sacerdotes, a los que se añade un tal Ira, jairita. Pertenecían los jairitas a un clan de Manasés establecido en Galaad (Núm 32,41; 1 Re 4,13). Según Mediebelle, Ubach, Dhorme, el nombre de Ira es gentilicio, procedente de Jeter (23,38), en el lugar de la actual Attir, al sur de Judá (Jos 15,48), al este de Bersabé y a siete kilómetros al sudeste de *ed-Dahariyeh.* En opinión de Smith, debe leerse: Ira el jairita, hijo de David, en vez de *sacerdote* de David. Este oficio debe entenderse o bien en el sentido de que eran sustitutos de David en las funciones sacerdotales que competían al rey (6,13-20), o como confidente del rey y maestro del ceremonial (Vaccari).

APENDICES (c.21-24)

Como colofón del libro, el autor, o un redactor posterior inspirado, reunió en los cuatro capítulos últimos seis fragmentos, de los cuales dos tienen aspecto de relato (21,1-14; 24,1-7); otros dos se han conservado en forma poética (22,1-51; 23,1-7), y, finalmente, dos en estilo anecdótico (21,15-22; 23,9-39). Estos fragmentos interrumpen el hilo de la historia del capítulo anterior con el primero del libro de los Reyes. La estructura de estos apéndices es artificial. Al c.21, sobre el sacrificio de Gabaón, corresponde el 24, que habla del sacrificio en la era de Orna. Ambos son de inspiración deuteronómica [1]. Se desconoce la razón por la cual han sido agrupados al final del libro. Arrancados de su marco histórico, no es fácil de-

[1] Eran éstos de la misma raza que los filisteos. Se enrolaron como mercenarios en el ejército de David. Los cereteos dieron su nombre al Negueb del sudoeste de Palestina. Otros autores ven en ellos una nación o tribu que, al igual que muchos otros pueblos, se establecieron en el siglo XII a. C. en la costa mediterránea, entrando después a formar parte de la guardia internacional de David. L. M. Muntingh, *The Cheretites and Pelethites. A Historical and Sociological Discussion:* «Studies on the Books of Samuel» (Pretoria 1960) 43-53.

[1] H. Cazelles, *La titulature du roi David:* «Mélanges Robert» (París, s. a.) 132.

terminar a qué época de la vida de David corresponden. Aunque no sean obra del mismo autor del libro y tengan el carácter de «suplemento», tienen, sin embargo, a Dios por autor.

Un pecado de Saúl, causa del hambre (21,1-14)

1 Hubo en tiempo de David un hambre que duró tres años continuos; y David consultó a Yahvé, que le respondió: «Es por la casa de Saúl y por la sangre que hay sobre ella, por haber hecho perecer a los gabaonitas». 2 El rey llamó a los gabaonitas y les dijo: «Los gabaonitas no eran de los hijos de Israel; eran un resto de los amorreos, con el cual estaban los hijos de Israel ligados con juramento; y, sin embargo, Saúl había procurado extinguirlos, por celo de los hijos de Israel y de Judá». 3 Dijo, pues, David a los gabaonitas: «¿Qué queréis que os haga para expiaros y que bendigáis a la heredad de Yahvé?» 4 Los gabaonitas le dijeron: «Nuestra querella con Saúl y su casa no es cuestión de plata y oro, ni pretendemos que muera nadie en Israel». Y él preguntó: «Decid, pues, lo que queréis, para que yo lo haga». 5 Ellos respondieron al rey: «Aquel hombre nos destruyó y quería exterminarnos, haciéndonos desaparecer de toda la tierra de Israel; 6 que se nos entreguen siete de sus hijos para que nosotros los colguemos ante Yahvé en Gabaón, en el monte ante Yahvé». El dijo: «Os los entregaré». 7 No entregó el rey a Mefibaal, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, por el juramento de Yahvé que habían hecho entre sí David y Jonatán, hijo de Saúl. 8 Y tomó el rey a los dos hijos que Risfa, hija de Aya, había dado a Saúl, Armoni y Mefibaal, y a los cinco hijos que Merab, hija de Saúl, había dado a Adriel, hijo de Barzilai, de Abel-Mejola, 9 y se los entregó a los gabaonitas, que los colgaron en el monte ante Yahvé. Todos siete murieron juntos en los primeros días de la cosecha, al comienzo de la siega de las cebadas. 10 Risfa, hija de Aya, tomando un saco, se lo tendió sobre la tierra, y estuvo desde el comienzo de la cosecha de las cebadas hasta que sobre ellos cayeron del cielo las aguas de la lluvia, espantando durante el día a las aves del cielo y durante la noche a las bestias del campo. 11 Dieron noticia a David de lo que había hecho Risfa, hija de Aya, concubina de Saúl; 12 y fue David a recoger los huesos de Saúl y los de Jonatán, su hijo, a la ciudad de Jabes, en Galaad, cuyos habitantes los habían cogido de los muros de Betsán, donde los habían colgado los filisteos después de derrotar a Saúl en Gelboé. 13 Llevó de allí los huesos de Saúl y los de Jonatán, su hijo, y recogió también los de los que habían sido colgados; 14 y fueron enterrados los huesos de Saúl y de su hijo Jonatán y los de los que habían sido colgados, en tierra de Benjamín, en Sela, en el sepulcro de Quis, padre de Saúl, cumpliéndose las órdenes del rey. Después de esto se apiadó Yahvé de la tierra.

El autor coloca este episodio en un tiempo indeterminado de la historia de David. Por las palabras de 9,1 cabe suponer que aconteció antes de lo dicho en el c.9. A consecuencia de una sequía pertinaz prodújose un hambre de tres años (1 Re 17,1ss), que el pueblo atribuyó a un castigo de Dios. Este presentimiento confirmólo una respuesta de Yahvé. La respuesta de Yahvé, dice Rehm, no es pro-

piamente una revelación sobrenatural. Ya el reconocimiento de la culpa puede interpretarse en el modo de hablar del libro como una respuesta de Yahvé (1 Sam 24,5.11; 2 Sam 16,10; 17,14). El oráculo sanciona el derecho semítico según el cual el derramamiento de sangre que no se expiaba manchaba el suelo de la heredad de Yahvé, provocando su cólera contra todo el pueblo (Núm 35,33-34; Deut 21,7-9). El crimen lo había cometido Saúl, no se sabe cuándo, al matar a los gabaonitas, oponiéndose con ello al juramento de Josué (Jos 9,3ss), que, sorprendido por una artimaña que le prepararon, les perdonó la vida, pero obligándolos a trabajar al servicio de Israel. Cree Calmet que el texto se refiere a la matanza de sacerdotes de Nob (1 Sam 22,18-19). David quiere reparar la falta cometida, y les sugiere qué quieren que haga por ellos. Responden que no les interesa el oro ni plata ni quieren que haya gran matanza en Israel. Lo que ellos exigen es el cumplimiento de la ley de sangre, derramándose la del culpable, o, en su defecto, la de sus hijos y parientes. Los gabaonitas se dan por satisfechos con la muerte de siete (Gén 4,15) de los hijos de Saúl, que sacrificarán, en concepto de venganza de sangre, en un lugar público, a la faz de Yahvé, es decir, a la luz del sol (Núm 25,4), sobre el monte conocido hoy con el nombre de *Neby Samuil*, a unos dos kilómetros al sur de Gabaón. Había allí un santuario de Yahvé muy célebre en tiempos de Salomón (1 Re 3,4ss).

Los designados para ser muertos fueron los dos hijos de Risfa (3,7), concubina de Saúl y amante de Abner, Armoni y Mefibaal, y los cinco de Merab (hebreo: *Micol*, que no tuvo hijos, 6,23), hija mayor de Saúl (1 Sam 18,19). Los siete fueron colgados, quizá después de haber sido muertos (Deut 21,22-23). El hecho se produjo a primeros de mayo, época en que se siegan las cebadas en la región central de Palestina. Risfa, cubierta con un saco, en señal de duelo (3,21; 12,16), permaneció junto a los cadáveres desde el día en que los siete fueron empalados hasta que cayeron del cielo las aguas de la lluvia, ahuyentando de los cadáveres las aves de rapiña y las bestias del campo. La Ley (Deut 21,22-23; Jos 10,26-27) mandaba que los cadáveres de los ajusticiados fueran enterrados antes de la noche. A tenor del texto, Risfa permaneció allí hasta las épocas de las primeras lluvias, que suelen caer en noviembre o primeros de diciembre. Con la lluvia se tiene un indicio de que el castigo de Dios ha cesado; que el pecado ha sido expiado. En consecuencia, manda David que sean retirados los cadáveres.

En reparación del castigo infligido a los descendientes de Saúl decide David dar a toda la familia una digna sepultura en el mausoleo familiar de Sela. Vimos en 1 Sam 31,11-13 que los habitantes de Jabes Galaad, en acto de agradecimiento, robaron de Betsán los cadáveres de Saúl y de Jonatán y los enterraron en su tierra (1 Sam 31, 11-13). Sela (Jos 18,28) se halla en tierra de Benjamín, en el lugar llamado hoy *Jirbet Salah*, a unos dos kilómetros al norte de Jerusalén [2].

[2] J. Prado, *El exterminio de la familia de Saúl (2 Sam 21,1-14)*: «Sefarad», 14 (1954) 43-57; H. Cazelles, *David's Monarchy and the Gibeonite Claim, 2 Sam XXI, 1-14*: PEQ (1955) 165-175; A. S. Kapelrud, *König David und die Söhne des Sauls*: ZAW 66-68 (1955-1956) 198-205; *King David and The Sons of Saul*: «Numen» (supl.) 4 (1959) 294-301.

Cuatro anécdotas (21,15-22)

15 Hubo todavía guerra entre los filisteos e Israel, y bajó David con los suyos y acamparon en Gob, y lucharon con los filisteos. Entonces se presentó Dodó, 16 hijo de Joás, uno de los hijos de Rafa, que tenía una lanza que pesaba trescientos siclos de bronce y ceñía una espada nueva, y trató de herir a David. 17 Abisaí, hijo de Sarvia, vino en socorro de David, hirió al filisteo y le mató. Entonces las gentes de David le conjuraron, diciendo: «No salgas ya más con nosotros al combate, para que no extingas la lámpara de Israel. 18 Hubo después de esto en Gob una batalla con los filisteos, y entonces Sobocai, jusatita, mató a Safi, uno de los hijos de Rafa. 19 Hubo otra segunda batalla en Gob con los filisteos, y Elijanán, hijo de Jari, betlemita, mató a Goliat, de Gat, que tenía una lanza cuya asta era como un enjullo de tejedor. 20 Hubo también una batalla en Gat, en que se halló un hombre de gran talla, que tenía seis dedos en cada mano y en cada pie, veinticuatro en todo, descendiente también de Rafa. 21 Insultó a Israel, y Jonatán, hijo de Sima, hermano de David, le mató. 22 Estos cuatro hombres eran de los hijos de Rafa, de Gat, y todos perecieron en manos de David y de sus servidores.

Los protagonistas de los hechos que se narran eran de la raza de los gigantes. Quizá corresponden a las campañas contra los filisteos de que se habla en 5,17-25. Véase el lugar paralelo en 1 Crón 20,4-8, con sensibles diferencias en los nombres propios, debido a que se adulteraron en la tradición oral popular. En lugar de Gob, sitio desconocido, 1 Crón 20,4 habla de Guezer. En vez de Dodó, el texto masorético dice: «Y David se cansó». Rafa es el epónimo de la raza de los gigantes Refaím (Gén 14,5; 15,20; Deut 2,11.20, etc.). Su lanza pesaba algo más de cuatro kilogramos (18,11). En v.17 dícese que le prohibieron a David tomar parte en adelante en los combates para evitar que se apagase la lámpara de Israel, o sea que se extinguiera su dinastía (14,7; 1 Re 11,36; 15,4; 2 Re 8,19). La lámpara es símbolo del hogar, familia, raza. En las tiendas de los beduinos arde una lámpara toda la noche para indicar a los extraños que es un lugar habitado; es símbolo de la vida (UBACH). El v.19 da una nueva versión de la muerte de Goliat (1 Sam 17,4ss), aunque en 1 Crón 20,5 se lee: «El hermano de Goliat». Todas estas noticias han llegado a nosotros por obra de un autor inspirado, que las recogió de la tradición oral popular, transcribiéndolas tal como se las refirieron.

CÁNTICO DE ACCIÓN DE GRACIAS (22,1-51)

Este salmo, con muchas variantes textuales, corresponde al 18 (17 Vulg.) del Salterio. Aquí y allá aparece como un cántico de acción de gracias por haber librado Dios a David de la mano de todos los enemigos. Muchos exegetas niegan su unidad, admitiendo interpolaciones, como la perícopa de la teofanía (v.8-16). Más enconada es la lucha en torno al autor y tiempo en que fue compuesto. La tradición reconoce la autenticidad y valor histórico del título; pero muchos la niegan, aduciendo argumentos lingüísticos, estilísticos y doctrinales. Admite Castellino la posibilidad de que la forma actual masorética haya sufrido retoques litúrgicos y devocionales, llevados a cabo cuando el salmo pasó de uso privado a la condición de oración comunitaria y pública. Según Podéchard, se tiene la impresión de que el salmo fue incorporado en este lugar en época tardía, de donde concluye que es de época reciente. Los que no reconocen a David como su autor (KITTEL, GUNKEL, WUTZ, DE VAUX, PODÉCHARD, etc.) lo datan de los tiempos de Josías, Ezequías, Alejandro Janeo (DHUM), Juan Hircano (SPORER). Una forma abreviada del salmo se halla en Sal 144,1-8 [1].

El salmo se divide en dos grandes partes: 1) v.2-31; 2) 32 51. Se caracteriza por su alto valor poético, abundancia de metáforas y de imágenes.

Peligros de que escapó el salmista (22,1-31)

1 David dirigió a Yahvé las palabras de este cántico cuando le hubo librado Yahvé de la mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl. 2 Dijo:

«Yahvé es mi roca, mi fortaleza, mi refugio,
3 mi Dios, la roca en que me amparo;
mi escudo, el cuerno de mi salvación, **mi inaccesible asilo,**
mi salvador de la violencia.
4 Yo invoqué, alabándole, a Yahvé
y quedé a salvo de mis enemigos.
5 ya me rodeaban con estrépito las olas de la muerte,
ya me aterrorizaban los torrentes del averno,
6 ya me aprisionaban las ataduras del sepulcro,
ya me habían cogido los lazos de la muerte,
7 y en mi angustia invocaba a Yahvé,
imploraba el auxilio de mi Dios.
El oyó mi voz desde su templo,
mi clamor llegó a sus oídos.
8 Conmovióse y tembló la tierra,
vacilaron los fundamentos de los montes
y se estremecieron, porque se airó contra ellos.
9 Subía de sus narices el humo de su ira,
y de su boca fuego abrasador,
carbones encendidos por él.
10 Y abajó los cielos y descendió,
negra obscuridad tenía bajo sus pies.
11 Subió sobre los querubines y voló,
voló sobre las alas de los vientos.
12 Puso en derredor suyo tinieblas por velo.
Se cubrió con calígine acuosa y densas nubes.
13 Ante su resplandor se deshicieron sus nubes.
En granizo y centellas de fuego.
14 Tronó Yahvé desde los cielos,
el Altísimo hizo resonar su voz,

[1] Para un estudio más completo de todas estas cuestiones: J. CASTELLINO, *Libro dei Salmi:* «La Sacra Bibbia», ed. Garofalo (Turín 1955) 364-367, donde hallará el lector abundantes referencias bibliográficas; D. N. FREEDMAN, *A Royal Song of Thanksgiving II Samuel* 22 = *Psalm 18:* JBL 72 (1953) 15-34.

15 lanzó sus saetas y los desbarató,
fulminó sus muchos rayos y los consternó.
16 Y aparecieron arroyos de aguas,
y quedaron al descubierto los fundamentos del orbe
ante la increpadora ira de Yahvé,
al resoplido del huracán de su furor.
17 Extendió su mano desde lo alto y me cogió,
me sacó de la muchedumbre de las aguas,
18 Me arrancó de mi feroz enemigo,
de los que me aborrecían y eran más fuertes que yo.
19 Querían asaltarme en día fatal para mí.
Pero fue Yahvé mi fortaleza,
20 y me puso en seguro,
salvándome, porque se agradó de mí.
21 Remunerábame Yahvé conforme a mi justicia,
según la pureza de mis manos me pagaba,
22 pues yo había seguido los caminos de Yahvé
y no me había impíamente apartado de mi Dios.
23 Tenía ante mis ojos todos sus mandatos
y no rehuía sus leyes,
24 sino que fui íntegro con él
y me guardé de la iniquidad.
25 Y me retribuyó Yahvé conforme a mi justicia
y según la limpieza de mis manos ante sus ojos.
26 Con el piadoso muéstrase piadoso,
íntegro con el íntegro;
27 muéstrase limpio con el limpio
y sagaz con el astuto.
28 Tú salvas al humilde,
pero humillas al soberbio.
29 Tú haces lucir mi lámpara, ¡oh Yahvé!;
mi Dios, ilumina mis tinieblas.
30 Ciertamente, fiado en ti, soy capaz de romper ejércitos;
fiado en mi Dios asalto murallas.
31 Es perfecto el camino de Dios,
la palabra de Yahvé es acrisolada.
Es el escudo de cuantos a él se acogen.

Dios libró al salmista de todos los males; es Dios su roca (1 Sam 2,1; Deut 32,4; Sal 31,4, etc.), el cuerno de su salvación (1 Sam 2,1). Estaba en trance de perecer, envuelto en el oleaje de la muerte (Sal 116,3; Jon 2,4-6), aprisionado en los torrentes de Belial (1 Sam 2, 12; 10,27), que simbolizan la muerte y el *sheol*. Más tarde Belial pasó a significar el príncipe de los demonios (1 Cor 6,15). En esta situación llamó al Señor, que le escuchó desde el interior de su templo. Supone el autor la existencia del templo de Jerusalén. Describe a continuación, mediante una grandiosa teofanía, la intervención de Dios. La conmoción del universo presagiaba el desplazamiento de Dios al mundo. Las nubes eran el humo de la ira que despedían sus narices; de su boca salían los relámpagos como fuego abrasador. Llegó a la altura donde estaba el salmista y descendió hacia él. Negra oscuridad bajo sus pies; al lomo de un querubín cabalgó y voló. Los querubines son el pedestal de Dios en el arca de la alianza (1 Sam 4,3-4); tiran de la carroza de Dios (Ez 1,1ss).

Dios planea sobre las alas del viento (Sal 104,3; Os 4,19). Entre tanto, arrecia la tempestad. Los truenos, que son la voz de Dios (1 Sam 7,10; Job 37,2-5; Sal 28,1ss), retumban en el firmamento; lanza El los relámpagos, considerados como sus saetas (Hab 3,2; Sal 144,6), que desbaratan a los enemigos. Una lluvia torrencial se levantó de los mares, dejó al descubierto los fundamentos del orbe y cayó en forma diluvial sobre la tierra, acompañada del huracán, el resoplido del furor divino. Para que no fuera envuelto en la furiosa tempestad, Dios, desde lo alto, extendió su mano y agarró al justo, salvándole de los peligros (Is 24,18). Reconoce el salmista que su salvación se debe a una gracia especialísima de Dios.

Acción de gracias por las victorias alcanzadas (22,32-51)

32 ¿Qué Dios hay fuera de Yahvé?
¿Qué roca hay fuera de nuestro Dios?
33 El Dios fuerte que me ciñó de fortaleza
y prosperó mis caminos,
34 que me dio pies como de ciervo
y me puso sobre las alturas,
35 que adiestró mis manos para la lucha,
y mis brazos para tender el arco.
36 Me entregaste tu escudo salvador,
tu diestra me fortalecía;
37 me hacías correr a largos pasos,
sin que se cansaran mis pies.
38 Perseguía a mis enemigos y los alcanzaba,
y no me volvía sin haberlos desbaratado.
39 Los machacaba, sin que pudieran levantarse;
caían bajo mis pies.
40 Me ceñiste de fortaleza para la guerra,
sometiste a los que se alzaban contra mí,
41 obligaste a mis enemigos a darme las espaldas
y reducías al silencio a los que me odiaban.
42 Vociferaban, pero no había quien los socorriese;
a Yahvé, pero El no los oía.
43 Y los dispersaba como el polvo lo dispersa el viento,
y como al lodo de las plazas los pulverizaba.
44 Me libraste de las sediciones del pueblo,
me pusiste por cabeza de gentes.
Pueblos que no conocía me servían.
45 Los extraños me halagaban,
obedécenme con diligente oído;
y los extraños desfallecieron,
46 salen temblando de sus refugios.
47 ¡Viva Yahvé y bendito sea su nombre!
Ensalzado sea el Dios, mi salvador.
48 El es el Dios que me otorga la venganza,
el que me somete los pueblos,
49 el que me libra de mis enemigos,
el que me hace superar a los que se alzan contra mí,
el que me libra del hombre violento;

50 por eso le daré gracias, ¡oh Yahvé!, ante las gentes,
y cantaré yo salmos en tu honor.
51 El que da grandes victorias a su rey,
el que hace misericordia a su ungido, David,
y a su descendencia por la eternidad».

Con la ayuda eficaz de Yahvé, Dios único, la Roca por excelencia (Deut 32,4), que le ciñó de fuerza (Sal 18,33), tuvo el salmista el camino expedito para vencer. Veloz para acudir al combate, diestro en el manejo de las armas, en el lanzamiento de las flechas. En todo momento fue Yahvé su escudo protector, el que le fortalecía, sin vacilar jamás. Fue al combate, de donde volvió siempre victorioso; los enemigos, o bien caían bajo sus pies o volvían las espaldas, huyendo. Gritaban, vociferaban, pero no llegaba al cielo su voz. Victorioso el salmista, extiende su dominio sobre propios y extraños (v.44-46). Los que antes le odiaban buscan ahora su amistad. El v.51 tiene carácter mesiánico; pudo añadirse al texto en tiempos más recientes.

Ultimas palabras de David (23,1-7)

1 Estas son las últimas palabras de David:
«Oráculo de David, hijo de Isaí.
Oráculo del hombre puesto en lo alto,
del ungido del Dios de Jacob,
del dulce cantor de Israel.
2 El espíritu de Yahvé habla por mí
y su palabra está en mis labios.
3 Ha hablado el Dios de Jacob.
La Roca de Israel me ha dicho:
Un justo dominador de los hombres,
dominador en el temor de Dios, es
4 como la luz de la mañana cuando se levanta el sol
en una mañana sin nubes.
A sus rayos, después de la lluvia
yérguese la hierba de la tierra.
5 ¿No es así mi casa para con Dios?
Porque El ha hecho conmigo una eterna alianza,
en todo ordenada y que será cumplida.
El hará germinar toda mi salud y todo su buen deseo,
6 mientras que los impíos serán todos como espinas del desierto,
que nadie toca con sus manos.
7 El que las coge se arma de un hierro o de un asta de lanza
y son luego arrojadas al fuego».

El testamento de David figura en 1 Re 2,1-9. El que aquí se le atribuye tiene índole profética. Su estilo recuerda el de las sentencias de Agur (Prov c.30) y el de Lemuel (ibid. 31,1-9). Para De Vaux, las palabras que se ponen en boca de David representan la enseñanza religiosa que se desprende de su vida: prosperidad del justo, desgracia del malvado, según el estilo de Sal 1 y Prov 4,10-19, con una introducción que imita los oráculos de Balaam (Núm 24,3.15). Como a Jacob (Gén c.49), a Moisés (Deut c.33) y a Josué (c.24), se atribuyen también a David unas «últimas palabras». Muchos autores católicos no consideran suficientes las razones que se invocan para dudar de su autenticidad, pero reconocen en el texto algunos retoques posteriores.

El v.1 es el título del salmo. Reconoce (v.2) que habla por divina inspiración por haber venido sobre él el espíritu de Yahvé (1 Sam 16,13). En calidad de vocero de Dios hace saber que un justo colocado en dignidad y temeroso de Dios «es como la luz de la mañana cuando se levanta el sol», que hace brillar la gota de agua prendida sobre las hojas verdes. Dios es el sol; David, la hierba cubierta con el rocío de la mañana, la tierra feraz que da su fruto por la acción de Dios y por la buena disposición de la criatura. Por ello seguirá inalterable el pacto sempiterno (7,16) sellado entre Dios y él. ¡Qué distinta, en cambio, será la suerte de los impíos! El poema es incompleto, habiendo desaparecido algunos versos.

Los héroes de David (23,8-39)

Esta sección es continuación del c.21. En él se recogen unas noticias de carácter militar sobre los héroes que ayudaron a David a levantar y sostener erguido su trono sobre todo Israel. En el ejército de David cabe distinguir entre la tropa en servicio permanente, de la cual formaban parte los *gibborim*, los cereteos y feleteos, los gatitas, mercenarios, etc. Otros elementos eran enrolados en caso de movilización general [1].

Los tres héroes (23,8-12)

8 He aquí los nombres de los héroes de David: Jesbaal, jacamonita, era el primero de los tres; éste desnudó su espada contra ochocientos hombres y los derrotó de un solo ímpetu. 9 Después de éste, Eleazar, hijo de Dodó, ajojita; era uno de los tres más valientes que estaban con David en Pas Damim, cuando los filisteos presentaron allí batalla, y, huyendo los de Israel, 10 se quedó él a pie firme, blandiendo su espada, hasta que se le cansó la mano y se le quedó pegada a ella la espada, consiguiendo aquel día Yahvé una gran victoria, pues el pueblo se tornó a donde estaba Eleazar, pero sólo tuvo que recoger los despojos. 11 Después de él, Sama, hijo de Ela, jaradita. Habíanse concentrado los filisteos en Lejí, en un lugar donde había un trozo de terreno sembrado de lentejas, y el pueblo iba huyendo ante los filisteos; 12 Sama se puso en medio del campo aquel, lo defendió y derrotó a los filisteos, obrando Yahvé por él una gran victoria.

Entre el pueblo se recordaban y comentaban algunas hazañas extraordinarias de héroes que habían militado en el ejército de David. Tres de ellos menciona el texto. El primero, jefe de los tres (Jue 10,18; 11,8), como leen el griego de Lagarde y Vulgata *(princeps inter tres)*, se llamaba Isbaal (texto de los LXX, tanto aquí como en 1 Crón 11,11; los masoretas transformaron su nombre en

[1] Sobre la composición del ejército de David véase DESNOYERS, *Histoire* II 234-252.

Isboset). Era natural de Bet-Kamón o de Hakamón. Quizá esta localidad debe buscarse en el actual Jirbet Kammune, a cincuenta kilómetros al norte de Jerusalén (*Géographie* II 275). Su hazaña consistió en blandir su espada contra ochocientos hombres, que mató en un combate. Eleazar es el segundo héroe, hijo de Dodó, que hizo frente a los filisteos en Pas Damim (1 Sam 17,1). Los pormenores del combate se cuentan de manera ligeramente distinta en 1 Crón 11,12. Contra los filisteos luchó también heroicamente cierto Sama, de Jarod, en el actual *Jirbet Kareidan*, a seis kilómetros al sur de Jerusalén. Los filisteos habíanse concentrado en Lejí (Jue 15,9).

Los treinta (23,13-39)

13 Estos tres, los más valientes de los treinta, habían antes
bajado al tiempo de la cosecha a reunirse con David en la ca-
verna de Odulam, mientras acampaba una tropa de filisteos
en el valle de Refaím. 14 Estaba entonces David en la fortaleza
y los filisteos tenían guarnición en Belén. 15 Se le antojó a David
decir: «¡Quién me diera poder beber agua de la cisterna que
está a la puerta de Belén!» 16 Y luego los tres valientes, atrave-
sando el campamento de los filisteos, cogieron agua de la cis-
terna de Belén y se la llevaron a David; pero David no la bebió
e hizo con ella una libación a Yahvé, diciendo: 17 «Lejos de mí,
¡oh Yahvé!, hacer tal cosa. ¿No sería beber la sangre de estos
hombres que con peligro de su vida han ido a buscarla?» Y se
negó a beberla. Esto hicieron los tres valientes. 18 Abisaí, her-
mano de Joab, hijo de Sarvia, era el jefe de los treinta. Blandien-
do su lanza contra trescientos hombres, los derrotó, y adquirió
gran renombre entre los treinta. 19 Era el más considerado en-
tre los treinta y jefe de ellos, pero no igualaba a los tres. 20 Ba-
nayas, hijo de Joyada, hombre valiente y hazañoso, de Cabsel.
Este mató a los dos Ariel, de Moab, y, bajando a una cisterna
en un día de nieve, mató en ella a un león. 21 También mató
a un egipcio de gran talla que blandía una lanza; acometiéndole
con un palo, le arrancó de las manos la lanza y con su propia
lanza le mató. 22 Esto hizo Banayas, hijo de Joyada, de fama
entre los treinta 23 y glorioso entre ellos, pero que no llegaba
tampoco a los tres. Hízole David jefe de su guardia. 24 Azael,
hermano de Joab, era de los treinta; también Eljanán, hijo de
Dodó, de Belén; 25 Sama, de Jarod; Elica, de Jarod; 26 Jeles, de
Bet Paltí; Ira, hijo de Iques, de Tecua; 27 Abiezer, de Anatot;
Mebonai, jusatita; 28 Selmón, ajojita; Marai, de Netofat; 29 Je-
leb, hijo de Bana, de Netofat; Itai, hijo de Ribai, de Gueba, de
los hijos de Benjamín; 30 Banayas, de Paratón; Edi, de los valles
de Gas; 31 Abi Albón, del Arabá; Azmavet, de Barjum; 32 Eliaj-
ba, de Salabona; Jasén, de Guní; 33 Jonatán, de Sama, arodita;
Ajiam, hijo de Sarar, arodita; 34 Elifelet, hijo de Ajasbai, ma-
catita; Eliam, hijo de Ajitofel, de Guilón. 35 Jesra, de Carmel;
Para, de Arba; 36 Jigal, hijo de Natán, y Soba, de Gad; 37 Selec,
amonita; Najarai, de Betot, escudero de Joab, hijo de Sarvia;
38 Ira, jetrita; Gareb, jetrita; 39 Urías, jeteo. En total, treinta
y siete.

Entre los treinta cita a los tres que deshicieron el plan de los filisteos de apoderarse de David para impedir que reinara sobre

Israel. El jefe de los treinta era Abisaí (16,9; 19,22); de él se recuerda una proeza. Banayas, jefe de los cereteos y feleteos (8,18; 20,23), era de Cabsel, quizá el actual *Jirbet Hora*, a once kilómetros al norte de Bersabé. Ramsés II disponía de un séquito denominado «el batallón de los treinta».

A partir del v.24 se da la lista de treinta y siete *gibborim*, suma que se obtiene adicionando a la lista de v.24-38 los tres de v.8-12 y los tres de que se habla en los v.18-20, contando, además, a Joab y Urías del v.39. En el lugar paralelo de 1 Crón 11,26-47 se dan cuarenta y nueve nombres. El número de los *gibborim* no excedía de treinta; pero es posible que el autor cite el nombre de los que reemplazaban a los que morían.

Censo del pueblo (24,1-9) [1]

1 Volvió a encenderse el furor de Yahvé contra Israel, im-
pulsando a David a que hiciera el censo de Israel y de Judá.
2 Dijo, pues, David a Joab, jefe de su ejército: «Recorre todas
las tribus de Israel, desde Dan hasta Berseba, y haz el censo
del pueblo, para saber su número». 3 Joab dijo al rey: «Aumente
Yahvé, tu Dios, el pueblo cien veces otro tanto como son, y
véalo mi señor el rey. Mas ¿para qué quiere esto mi señor el
rey?» 4 Pero prevaleció la orden del rey sobre Joab y sobre los
jefes del ejército, y salió Joab, con los jefes del ejército, de la
presencia del rey para hacer el censo del pueblo de Israel; 5 y,
pasado el Jordán, comenzaron por Aroer y la ciudad que está
en medio del valle y por Gad hasta Jazer. 6 Y fueron a Galaad
y a la tierra de los jeteos, hasta Cades, y luego desde Dan hasta
Sidón la grande; 7 fueron a la ciudad fuerte de Tiro y a todas las
ciudades de los jeveos y cananeos, y, por fin, al Negueb de Judá,
a Berseba. 8 Cuando hubieron así recorrido toda la tierra, vol-
vieron a Jerusalén al cabo de nueve meses y veinte días; 9 y Joab
remitió al rey el rollo del censo del pueblo. Había en Israel
ochocientos mil hombres de guerra que esgrimían la espada,
y quinientos mil en Judá.

Se ignora a qué época del reinado de David corresponde este suceso. A tenor del v.1, es el mismo Dios el que impulsó a David a que llevara a término el censo de Israel, acción que provoca el castigo de la peste. El autor de las Crónicas señala que David obró a impulsos de Satán, el adversario del pueblo judío. Hacer un censo del pueblo era considerado como un atentado a las prerrogativas divinas, en cuyas manos está el poder de dar la vida y de quitarla, de cerrar y abrir el útero. Con el censo parece que se quiere poner un tope a la población, que, conforme a las promesas divinas, debía ser *incalculable* (Gén 13,16; 15,5; 22,17; 26,4; 28,14). En términos modernos, el censo correspondía a un *birth control*. Otros creen que la malicia del acto estriba no en sí mismo, sino en los motivos de vanagloria que movieron a David a ponerlo en práctica. Los encargados del censo fueron los militares, quizá por desear conocer el rey el número de personas hábiles para la guerra o

[1] A. Faller, *Bibel und Volkszählung:* «Bibel und Liturgie», 27 (1957) 121-124; W. Fuss, *2 Samuel 24:* ZAW 74 (1962) 145-164.

porque la situación interior requería la presencia de las armas en caso de que se boicoteara la acción del rey. A Joab le pareció aquella orden fuera de lugar, porque, a su entender, el censo equivalía a limitar el crecimiento de la población. Por lo mismo, pronuncia una bendición augurando que Yahvé «aumente el pueblo cien veces otro tanto como son» y que David pueda verlo. Ante la insistencia del monarca, Joab acató la orden. El censo tuvo lugar en un período muy avanzado de la vida de David.

El itinerario seguido fue el siguiente: pasado el Jordán, comenzaron por Aroer, hoy *Jirbet Arair*, que domina el torrente Arnón. La ciudad que está en medio del valle puede ser Aroer, que se encontraba en el país de Amón (Jue 11,33) y era el límite sur de las posesiones israelitas de Transjordania (Deut 2,36). Se menciona a Gad por pertenecer la ciudad a dicha tribu. De Jazer (Núm 32,3), hoy *Jirbet es-Suq*, a pocos kilómetros de *es-Salt*, continuaron hacia las tierras de Galaad, entre el Yaboc y el Yarmuc, de donde pasaron a «la tierra de jeteos», a Cades. Algunos exegetas sospechan que los comisionados llegaron a Cades, junto el Orontes, a veintiséis kilómetros al sudoeste de Homs. Otros identifican la ciudad con Cades de Neftalí (Jos 12,22) o de Galilea (Jos 20,7). De Dan (3,10; 17,11) marcharon a Sidón (Jos 11,8; 19,28; Jue 1,31) y a la fortaleza de Tiro (Jos 19,29). Visitaron allí las ciudades de los jeveos y cananeos (Jos 11,3; Jue 3,3), tomando nota de los hebreos que vivían en medio de la población pagana. Por la costa del Mediterráneo descendieron hacia el sur, pasando al Negueb de Judá (1 Sam 27,10) y Berseba, en la extremidad meridional del reino. De regreso a Jerusalén se compulsaron las notas de viaje y se confeccionó la estadística definitiva, que arrojó la cifra de ochocientos mil hombres de guerra en Israel y quinientos mil en Judá, cifra que, según 1 Crón 21,5, remonta a un millón cien mil y cuatrocientos setenta mil respectivamente. Estos números han sido alterados y aumentados considerablemente. De los datos consignados en el texto, y teniendo en cuenta que en el censo no se incluyen los levitas ni los benjaminitas (Núm 1,49; 1 Crón 21,6), resultaría una población total de unos cuatro millones de personas.

Anuncio del castigo (24,10-14)

10 David sintió latir su corazón cuando hubo hecho el censo
del pueblo, y dijo a Yahvé: «He pecado gravemente al hacer esto. Ahora, ¡oh Yahvé!, perdona, te ruego, la iniquidad de tu
siervo, pues he obrado como un insensato». 11 Al día siguiente,
cuando se levantó David, había llegado a Gad, profeta, el vidente de David, palabra de Yahvé, diciendo: 12 «Ve a decir a
David: Así habla Yahvé: Te doy a elegir entre tres cosas la que
he de hacer yo a tu elección». 13 Vino Gad a David y se lo comunicó, diciendo: «¿Qué quieres: tres años de hambre sobre la tierra, tres meses de derrotas ante los enemigos que te persigan o tres días de peste en toda la tierra? Reflexiona, pues, y
ve lo que he de responder al que me envía». 14 David respon-

dió a Gad: «Estoy en una cruel angustia. Caigamos en las manos de Yahvé, cuya misericordia es grande; pero que no caiga yo en las manos de los hombres».

El remordimiento se apoderó de David, latiéndole el corazón (1 Sam 24,6); se arrepiente y confiesa su pecado. El profeta Gad es el encargado de retransmitirle el oráculo divino, que da a escoger a David entre tres castigos de progresión descendente: tres años de hambre (21,1ss), tres meses de rebelión o tres días de peste. El texto masorético habla de siete años de hambre, cifra que corresponde a la de otros textos bíblicos (Gén 41,27ss; 2 Re 8,1). A David le pareció que el castigo de tres días de peste era el más benigno y el que dependía directamente de Dios, más misericordioso y clemente que los hombres.

La peste (24,15-17)

15 David escogió para sí la peste. Eran los días de la mies del
trigo, cuando la peste comenzó en el pueblo, y murieron, desde
Dan a Bersabé, setenta mil hombres del pueblo. 16 El ángel
de Yahvé tendía ya su mano sobre Jerusalén para destruirla; pero se arrepintió Yahvé del mal y dijo al ángel que hacía perecer al pueblo: «Basta; retira ya tu mano». El ángel de Yahvé
estaba cerca de la era de Areuna el jebuseo. 17 A la vista del án-
gel que hería al pueblo, dijo David a Yahvé: «Yo he pecado; pero éstos, las ovejas, ¿qué han hecho? Caiga tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre».

Comenzó la peste al principio de verano, cayendo unas setenta mil víctimas, demostrando con ello a David que, si Yahvé había multiplicado el pueblo de Israel como las estrellas del cielo, podía en un momento segar su vida. Según el texto hebraico, la peste *(deber)* empezó por la mañana. Fue el pecado de David el que provocó el castigo; pero su arrepentimiento impidió que tomara proporciones alarmantes, diezmando la capital. Otra tradición atribuye la salvación de Jerusalén al amor que tenía Dios por ella (v.16).

Construcción de un altar (24,18-25)

18 Aquel día vino Gad a David y le dijo: «Sube y alza a Yahvé
un altar en la era de Areuna el jebuseo». 19 Subió David, con-
forme a la orden de Gad, como se lo había mandado a éste
Yahvé. 20 Areuna, al mirar, vio al rey y a sus servidores que se dirigían hacia él, y, saliendo, se prosternó delante del rey, rostro a tierra, 21 diciendo: «¿Cómo mi señor el rey viene a su
siervo?» David respondió: «Vengo a comprarte esta era y a alzar en ella un altar a Yahvé, para que se retire la plaga de sobre su pueblo». 22 Areuna dijo a David: «Tómela mi señor y
ofrezca cuantos sacrificios le plazcan. Ahí están los bueyes para el holocausto; los trillos y los yugos darán la leña; 23 todo eso,
¡oh rey!, se lo regala Areuna al rey. Que Yahvé, tu Dios, te sea favorable». 24 Pero el rey respondió a Areuna: «No; quiero
comprártelo por precio de plata; no voy a ofrecer yo a Yahvé,

mi Dios, holocaustos que no me cuestan nada». Y compró David la era y los bueyes en cincuenta siclos de plata; 25 alzó allí el altar a Yahvé y ofreció holocaustos y sacrificios pacíficos. Así se aplacó Yahvé con su pueblo y cesó la plaga en Israel.

El ángel exterminador estaba junto a la era de Areuna (llamada *Ornán* en 1 Crón 21,18; *Orna*, los LXX), en donde su propietario estaba ocupado en la trilla del trigo (v.15). Los bueyes sin bozal (Deut 25,4) arrastraban lentamente los trillos sobre las resecas gavillas, que quedaban trituradas por los guijarros incrustados en el rulo. Tan pronto como David le manifestó el deseo de comprar la era para alzar allí un altar, el jebuseo Areuna [2] se la entregó generosamente, con bueyes, trillos y yugos. David quiso pagársela, conviniendo en cincuenta siclos de plata, o sea, unas ciento cincuenta pesetas. Según 1 Crón, pagó David seiscientos siclos de oro. En aquel altar ofreciéronse holocaustos y hostias pacíficas (6,17-18), con lo que se aplacó la cólera divina. Este sitio recibirá una mayor consagración por la edificación del templo. No fue concedido a David levantar el grandioso templo de Jerusalén, pero fue el autor de la idea y el que compró los terrenos sobre los cuales debía construirse [3].

Con este apéndice se cierra el segundo libro de Samuel; pero la historia de David se continuará en los dos primeros capítulos del libro I de los Reyes.

[2] H. B. Rosen, *Arawna nom Hittite?*: VT 5 (1955) 318-320.

[3] Según G. H. Ahlstrom, la era de Areuna fue el lugar principal de culto de los jebuseos. El mismo Areuna fue el último rey jebuseo *(Der Prophet Nathan und der Tempelban:* VT 11 [1961] 117-118). Quizá no se trataba de una era propiedad de un particular, sino de un lugar de reunión al aire libre, junto a la ciudad (Gén 50,11; 1 Re 22,10; Os 9,1).

R E Y E S

INTRODUCCION

Título

La historia de Israel desde los últimos años de David hasta la cautividad de Babilonia, unos cuatro siglos, se narra en los libros que la Biblia hebraica llama 1 y 2 de los Reyes, que corresponden a 3 y 4 de los Reinos (LXX) o de los Reyes (Vulgata). En los comienzos, los mencionados libros formaban uno solo, de lo que dan fe Orígenes (PG 12,1084), Eusebio (PL 20,581) y San Jerónimo (PL 28,558-559). La división en dos partes iguales, aproximadamente, empezó con D. Bomberg (Venecia 1517). Esta división es artificial. El estilo es inferior al de los libros de Samuel.

Texto

El texto original hebraico del libro se ha conservado medianamente bien. A los textos masoréticos cabe añadir ahora el de los fragmentos de Jirbet Qumrân, que facilitarán la labor de crítica textual. Con el texto masorético andan de acuerdo la versión siríaca Peshitta y la Vulgata [1].

Versiones griegas

De la versión de los LXX existe un texto prehexaplar, representado por el códice B, y otro posterior a Orígenes, que se halla en A. Los textos de Jirbet Qumrân son más afines al texto griego que al masorético, presentando lecciones propias, omisiones y trasposiciones. Es digno de mención el texto griego de Luciano, que a veces se aparta del texto masorético. Con él concuerda la Vetus Latina. En las ediciones críticas de Sweete, Rahlfs y en la de Brooke-McLean-Thackeray se da preferencia a los textos B y A.

Contenido

El libro (o libros) de los Reyes puede dividirse en tres partes: 1) Ultimos años de David y reinado de Salomón (c.1-11). 2) Existencia de los reinos de Israel y de Judá (1 Re c.12-2 Re c.17). 3) El reino de Judá desde la caída de Samaria hasta la destrucción de Jerusalén (2 Re c.18-25). En el período de existencia sincrónica de los reyes de Judá y de Israel cabe distinguir: 1) el período de hostilidades, que en Israel empieza con Jeroboam (1 Re c.12-14,30) y termina con Omrí (1 Re 16,23-28); 2) período de amistad: Asa-Omrí; Josafat-Ajab; Joram-Ocozías; Joram-Joram; Ocozías-Joram (1 Re 16, 29-2 Re 8,29); 3) el segundo período de relaciones tensas, desde Jehú en Israel y Atalía en Judá hasta la caída de Samaria en 722, en el año quinto de Oseas, rey de Israel.

[1] F. C. Burney, *Notes on the Hebrew Text of the Books of Kings* (Oxford 1903).

Fecha de composición

Para fijarla se dispone de criterios internos. Del texto se entresacan indicios que sugieren la composición del libro antes del exilio (1 Re 8,8; 9,21; 12,19; 2 Re 8,22; 16,6). La insistencia con que los profetas anuncian que no faltará nunca una lámpara en el trono de David se comprende mejor en tiempos anteriores al exilio (1 Re 11,26; 15,4; 2 Re 8,19). Por otra parte, otros textos suponen un origen posterior a la cautividad (2 Re c.24-25; 1 Re 4, 24, etc.).

Una antigua tradición hebraica *(Baba Bathra* 14b) atribuía el libro a Jeremías a causa de las afinidades literarias e ideológicas del libro con la profecía de Jeremías. A esto se opone que el profeta inauguró su ministerio el año 13 de Josías (627), de lo que se infiere que hacia el año 561 contaba con una edad que oscilaba entre los noventa y los cien años. Además, la pretendida afinidad existe preferentemente en los capítulos 24-25 del segundo libro, que no formaban parte del texto primitivo. Según De Vaux, la composición hízose por etapas. Una primera redacción tuvo lugar entre el año 621 (2 Re 22,8ss) y el primer sitio de Jerusalén en 598. Su autor residía en Jerusalén; era probablemente sacerdote y entusiasta decidido de la reforma religiosa y del templo. Del libro hízose una segunda edición durante el exilio, o bien después del año 562, si se le atribuye 2 Re 25,22-30, o algo antes, en el caso de que el libro terminase con 2 Re 25,21. En esta segunda redacción el autor añadió la historia hasta el último rey de Judá, manteniéndose dentro de la misma línea deuteronómica, aunque el hecho de la ruina de Jerusalén le obliga a mostrarse más severo para con Judá, lo que le llevó a revisar algunos pasajes anteriores. Es visible su mano en 2 Re 21,7-15; 22,16-17. En realidad, ambos reinos son culpables (2 Re 17,7-20); pero también Israel se beneficia de la misericordia divina (2 Re 13,4-5.23). Durante el exilio se hicieron al libro otros retoques, tales como, probablemente, 2 Re 25,22-30. Después del exilio amplióse la oración de Salomón (1 Re 8,41-51). Pequeños detalles son posteriores a la traducción griega (200-150 a.C.), tales como 1 Re 6,11-14; 8,1-15.

De lo dicho se infiere que es opinión común entre los católicos que la composición definitiva del libro efectuóse durante el exilio y más probablemente después del mismo. La finalidad histórico-religiosa del autor lo confirma.

Fin del autor sagrado

A los pocos renglones de lectura cae el lector en la cuenta de que el libro tiende a probar que todos los males que han azotado a Israel y Judá son efecto de la infidelidad de los reyes y del pueblo al pacto de la alianza (2 Re 23,27). Como padre comportóse Dios para con su pueblo, ya premiando su conducta cuando seguía por las sendas del bien o castigándole en caso de desvío religioso, dispuesto siempre a perdonarle en caso de arrepentimiento. Por entregarse a la idolatría desapareció el reino de Israel; en cuanto

al de Judá, le castigó Dios con la deportación a Babilonia, pero no lo destruyó totalmente a fin de mantener en pie la promesa del trono eterno hecha a David. Los libros de los Reyes pueden considerarse como un comentario a la profecía de Natán (2 Sam 7,12-16).

Como se desprende de lo dicho, no quiere el autor sagrado escribir todo lo sucedido desde todos los puntos de vista en Israel y Judá desde la muerte de David hasta el exilio de Babilonia, sino más bien entresacar de la historia del Israel y Judá de aquellos cuatro siglos algunos hechos característicos que son sostén y base de la tesis religioso-histórica que intenta probar.

Fuentes de información

El autor último inspirado echó mano de algunas fuentes históricas preexistentes para componer su libro. A veces las cita explícitamente, otras las utiliza sin dar testimonio de ello. Las fuentes que cita son: 1) *Libro de los hechos de Salomón* (1 Re 11,41); 2) *Libro de las Crónicas de los reyes de Judá* (1 Re 14,29, etc.); 3) *Libro de las Crónicas de los reyes de Israel* (1 Re 14,19, etc.). Estos libros o bien eran crónicas oficiales de los mencionados reinos [2], o escritos de algún sacerdote o profeta que consultó los archivos reales.

En cuanto a las fuentes implícitas, es difícil precisar su número e importancia en el escrito. Se distinguen comúnmente: 1) *Historia de la familia de David* (1 Re c.1-2); 2) *Escrito sacerdotal* (1 Re c.6-7); 3) *Historia de Elías*, de la que existen dos o más versiones; 4) *Historia de Eliseo*, menos homogénea todavía que la de Elías; 5) *Escritos de origen profético;* 6) otras fuentes de procedencia indeterminada; 7) el archivo real, de donde, por ejemplo, procede la lista de ministros y prefectos de Salomón (1 Re 4,2-19).

Puede discutirse sobre el número de fuentes históricas que consultó el autor sagrado y sobre el grado en que las utilizó, modo en que lo hizo, si eran o no escritas; pero todos convienen en que el autor no las transcribió totalmente, sino que seleccionó aquello que conducía a probar su tesis.

Esquematismo histórico

La historia sincrónica de los reyes de Judá y de Israel se dispone conforme al esquematismo siguiente: 1) nombre del nuevo rey, de sus padres y el año correspondiente al soberano contemporáneo de Israel o de Judá (1 Re 22,41, etc.); 2) edad del nuevo monarca y años que reinó (1 Re 22,42); 3) mención de algún hecho notable, remitiendo para un informe más amplio a determinadas fuentes (1 Re 16,8-14, etc.); 4) dictamen sobre el comportamiento religioso y cultual del rey; 5) noticia sobre la muerte y sepultura del rey y nombre del sucesor. Un esquema parecido se sigue para los monarcas de Judá desde la caída de Samaria hasta la cautividad. Dentro de los límites del rígido esquematismo, habla de la única dinastía reinante en Judá y de las nueve que se sucedieron en Israel: 1) Jeroboam-Nadab (931-909); 2) Baasa-Ela (909-885); 3) Zimbri

[2] J. A. Montgomery, *Archival Data in the Book of Kings:* JBL 53 (1924) 46-52; A. Jepsen, *Die Quellen des Königsbuches* (Halle 1957).

(885); 4) Omrí-Ajab-Ocozías-Joram (885-841); 5) Jehú-Joacaz-Joás-Jeroboam II-Zacarías (841-743); 6) Selum (743); 7) Menajem-Pecajya (743-737); 8) Pecaj (737-732); 9) Oseas (732-724).

Historia religiosa

Este compendio histórico tiene un acentuado carácter religioso. Del reinado de Salomón pone de relieve su sabiduría y prosperidad económica, por considerar todo ello como premio y bendición de Dios por la conducta religiosa y cultual del monarca. Esta prosperidad es efecto del temor de Dios: «Rico serás si temes a Dios y te apartas de todo pecado y haces lo que le es grato» (Tob 4,21).

A partir de la división del reino condena el autor la conducta de todos los reyes de Israel, diciendo de ellos que hicieron el mal a los ojos de Yahvé, siguiendo los pecados de Jeroboam (2 Re 13,2; 15,26.34, etc.); incluso de Zimbri, que reinó siete días, se dice: «Y murió por los pecados que él había cometido, haciendo lo malo a los ojos de Yahvé y marchando por los caminos de Jeroboam y dándose a los pecados que Jeroboam había cometido para hacer pecar a Israel» (1 Re 16,19). Oseas hizo lo malo a los ojos de Dios, «aunque no tanto como los reyes de Israel que le precedieron» (2 Re 17,2). De los reyes de Judá, unos reciben plena aprobación por su conducta y por haber quitado los lugares altos (2 Re 18,3-4; 22,2), otros hicieron lo recto a los ojos de Yahvé, pero se les puede tachar de alguna imperfección por no haber procurado la unidad de santuario (1 Re 15,11-14; 22,43-44; 2 Re 12,3-4). Severo juicio merecen los reyes que «obraron el mal a los ojos de Yahvé», siguiendo el ejemplo de Ajab (2 Re 8,18), o se entregaron a la idolatría (2 Re 21,2; 22,21-22). Esta finalidad primaria del autor le llevó a pasar por alto multitud de hechos importantes que sucedieron durante los reinados de Omrí, Jeroboam II, Ajab, etc. Los hechos que se recogen se relacionan con cuestiones religiosas.

Más que una historia propiamente dicha, el libro de los Reyes es una compilación histórica y una interpretación religiosa de la historia. La conducta de los reyes es juzgada de conformidad a las leyes del Deuteronomio, cuyos principios fundamentales son: un solo Dios, un solo santuario (Deut c.12). Reflexiones, ideas y fórmulas deuteronómicas hállanse a lo largo y ancho del libro (1 Re 2, 2-9; 8; 11,29-39; 13,1-31; 14,1-18), así como en las mismas palabras atribuidas a Yahvé (3,14; 6,12; 9,5-9; 2 Re 10,30). Pero no sigue el autor a la letra el espíritu y doctrina del Deuteronomio, sino que los interpreta inspirándose en Jeremías. Para este profeta parece que la falta de unidad de santuario no contribuyó a que se encendiera la ira de Yahvé contra su pueblo y le castigara con la deportación. La causa fueron la idolatría y las faltas contra la ortodoxia dogmática y cultual. Para Jeremías, las faltas contra la unidad de santuario no son graves, pudiéndose calificar de veniales. Así, pues, el autor de los Reyes se coloca en una posición intermedia entre la doctrina deuteronómica y la de Jeremías. En su libro aparecen fórmulas propias de este profeta (1 Re 14,10-11; 16,2-4; 21,20-24; 2 Re 9,8-10).

Valor histórico del libro

El autor del libro refiere fielmente ciertos hechos conducentes a probar su tesis; no escribe una historia completa, sino preferentemente la historia religiosa de los reinos de Israel y de Judá. Dice Garofalo que la obra del autor es un trabajo de tesis, bastante parecido al que compuso Lactancio en su obra *De mortibus persecutorum*, en el cual no debe buscarse la historia económica, social y política de los dos reinos, sino la presencia de Dios, que dirige todos los acontecimientos terrenos y da premio o envía el castigo según el mérito o demérito. En el fondo, añade, la historia del libro de los Reyes es una historia vista con los ojos de Dios.

El libro de los Reyes en el marco de la historia universal

En el comentario hemos tratado siempre de encuadrar la historia del pueblo judío dentro del marco de la historia universal; a él remitimos. Basta anotar aquí que, además de los pueblos circunvecinos, influyeron en Israel los imperios de Egipto, Babilonia y Asiria. Sheshonq fundó la XX dinastía hacia los años 950-929; Salmanasar III, rey de Asiria, hizo sentir su presencia en occidente; en 853 tuvo lugar la batalla famosa de Qarqar. Otros reyes asirios pesaron sobre el reino del Norte: Teglatfalasar III (745-727), Salmanasar V (726-722), Sargón (721-705). Sobre Judá actuaron: Senaquerib (704-681), Asaraddón (680-669), Asurbanipal (668-628). Funesto para Judá fue sobre todo el rey de Babilonia Nabucodonosor (605-562). Ambas historias se completan, pero no se contradicen.

Cronología

Es un punto difícil de resolver. San Jerónimo se juzgó incapaz de hacerlo. Son muchos los autores modernos empeñados en ello, pero hasta el presente no han llegado a soluciones satisfactorias. La primera dificultad con que se tropieza estriba en que los historiadores de hoy se preocupan de una cuestión a la que nuestro autor no dio importancia alguna. Las divergencias que se observan entre unos datos y otros se deben a múltiples factores. Muchas provienen del estado defectuoso del texto o textos que utilizó el autor sagrado, que se limitó a copiarlos. Ahora bien, pudo suceder que los autores de aquellos textos siguieran cada uno un cómputo distinto, que varió incluso según las épocas. Además, algunas corregencias han ocasionado la adición de cifras que sólo en parte corresponden al monarca contemporáneo (2 Re 15,5). ¿Se cuentan los años a partir del que siguió al acontecimiento (sistema asirio), o del que le precedió (sistema egipcio), contando el último de un rey y el primero de su sucesor por uno solo? ¿Se databa a partir del año nuevo, que en Babilonia y calendario sacerdotal comenzaba en primavera, o en octubre, sistema este último que se siguió en Israel, sin que se pueda precisar a partir de qué época y el tiempo de su duración? Finalmente, puede darse que ya desde el principio se dieran cuenta los lectores de la anomalía que presentaban los diversos datos

esparcidos por los libros de los Reyes, y que algunos trataron de eliminar, creando con ello nuevas dificultades.

Las listas de personajes importantes, cuyos nombres servían para designar los años (los *epónimos)*, o el catálogo de los reyes de Asiria y Babilonia, permiten fijar algunas fechas comunes a la historia de Mesopotamia y Palestina (A. Ungnad, *Reallexikon der Assyriologie* II 412-457). Como fechas casi ciertas pueden señalarse las siguientes:

853: Batalla de Qarqar, reinando Ajab en Israel (874-853).
841: Salmanasar III recibe tributo de Jehú.
738: Menajem, rey de Israel, paga tributo a Teglatfalasar.
722: Toma de Samaria por Salmanasar V y Sargón II.
701: Campaña de Senaquerib en Palestina.
609: Muerte de Josías en Megiddo.
605: Nabucodonosor vence a Necao en Karkemish.
597: Toma de Jerusalén y primera deportación.
586: Destrucción de Jerusalén y del templo.

SINCRONISMO DE LOS REYES DE ISRAEL Y DE JUDA

REYES DE JUDÁ		REYES DE ISRAEL	
Roboam	931-913	Jeroboam I	931-910
Abiam	913-911		
Asa	911-870	Nadab	910-909
		Basa	909-886
		Ela	886-885
		Zimbri	885
		Omrí	885-874
Josafat	870-848	Ajab	874-853
		Ocozías	853-852
Joram	848-841	Joram	852-841
Ocozías	841		
Atalía	841-835	Jehú	841-814
Joás	835-796		
		Joacaz	814-798
		Joás	798-783
Amasías	796-781		
		Jeroboam II	783-743
Azarías	781-740		
		Zacarías	743
		Selum	743
		Menajem	743-738
Jotam	740-736	Pecajya	738-737
		Pecaj	737-732
Ajaz	736-716		
		Oseas	732-724

REYES DE JUDÁ		REYES DE ISRAEL	
		Toma de Samaria	722
Ezequías	716-687		
Manasés	687-642		
Amón	642-640		
Josías	640-609		
Joacaz	609		
Joaquim	609-598		
Joaquín	598		
Sedecías	598-587		
Toma de Jerusalén	586		

LISTA DE LOS REYES DE ASIRIA, EGIPTO Y BABILONIA

REYES DE ASIRIA		REYES DE EGIPTO	
		Shosenq I (Sesac)	c.945-924
Salmanasar III	859-824	Osorkón I	c.924-888
Adad-Nirari III	809-782	Osorkón II	c.870-847
Teglatfalasar III	745-727	Tafneth funda la XXIV dinastía	730
Salmanasar V	727-722		
Sargón II	722-705		
Senaquerib	705-681	Taharqa	c.690-664
Asaraddón	681-668	Dinastía XXVI	663-525
Asurbanipal	668-632	Psamético I	c.663-609
Asuruballit	611-609	Necao II	609-594
Destrucción de Nínive	612		
		Psamético II	594-588
		Ofra (Apries)	588-568
		Amasis	568-525

REYES DE BABILONIA (CALDEOS)	
Nabopolasar	626-605
Nabucodonosor	605-562
Evil Merodac	562-559
Nabónides	559-539

Doctrina religiosa

Hemos hecho notar el carácter religioso de la historia que se narra en nuestro libro. Su autor tiene puesta su mirada en el templo de Jerusalén, el santuario donde tiene su asiento Yahvé; en él debe concentrarse el culto que se le debe. En todo el libro se recuerda que sólo existe un Dios: Yahvé; un solo santuario legítimo: el templo de Jerusalén. Pero, aunque Yahvé tenga su asiento en Jerusalén, domina aun fuera de los límites de Palestina; tiempo vendrá en que todas las naciones reconocerán a Yahvé por único Dios (1 Re 8, 60). Dios no admite rivales, que nada son; exige que se guarden sus mandamientos y leyes; a los fieles les premiará aun en vida; a los que le abandonan castigará. Pero no quiere Dios la muerte del pecador ni la ruina de la nación que ha tomado bajo su protección. En último término es el hombre el que teje su porvenir feliz o desgraciado; es el pueblo judío el que labra su destino, el que prepara la caída de Samaria y la de Jerusalén.

BIBLIOGRAFIA

A) Comentarios

E. H. SANDA, *Die Bücher der Könige:* «Exegetisches Handbuch zum A. T.», 2 vols. (Münster 1911-1912); S. LANDERSDORFER, *Die Bücher der Könige:* «Die Heilige Schrift des A. T.» (Bonn 1927); A. VACCARI, *La Sacra Bibbia* (Firenze 1947); R. DE VAUX, *Les Livres des Rois:* «Biblie de Jérusalem» (París 1949); A. MEDIEBELLE, *Livres des Rois:* «Biblia PIROT-CLAMER» (París 1949); *J. H. MONTGOMERY-H. S. GEHMAN, *The Book of King* (Edimbourgh 1951); S. GAROFALO, *Il libro dei Re:* «La Sacra Bibbia» (Marietti 1951); E. DHORME, *L'Ancien Testament:* «La Bible de la Pléiade» (París 1956).

B) Estudios

Sobre cuestiones cronológicas: J. COPPENS, *En marge de l'histoire sainte. La chronologie biblique:* ETL 13 (1936) 463-483; 14 (1937) 640-641; V. COUCKE, *Chronologie biblique:* DBS 1245-1269; W. F. ALBRIGHT, *The Chronology of the Divided Monarchy of Israel:* BASOR 100 (1945) 16-22; J. BEGRICH, *Die Chronologie der Könige von Israel und Judah und die Quellen des Rahmens der Königsbücher* (Tübingen 1929); A. DEIMEL, *VTi Chronologia monumentis Babilonico-Assyriis illustrata* (Roma 1912); M. ERBETTA, *La cronologia delle monarchie ebraiche nelle recostruzione di E. F. Thiele:* «Euntes Docete», 7 (1954) 91-103.270-283.400-401; W. H. HALLO, *From Qarqar to Carchemish. Assyria and Israel in the Light of New Discoveries:* BA 23 (1960) 34-61; F. J. KUGLER, *Von Moses bis Paulus* (Münster 1922); J. LEWY, *Die Chronologie der Könige von Israel und Juda* (Giessen 1927); E. MAHLER, *Zur Chronologie der Könige von Israel und Judah:* «Monatschrift fur Geschichte und Wissenschaft des Judentums», 78 (1934) 55-81; C. SCHEDL, *Textkritische Bemerkungen zu den Synchronismen der Könige von Israel und Judah:* VT 12 (1962) 88-119; E. R. THIELE, *The Mysterious Numbers of the Hebrews Kings* (Chicago 1951); ID., *A Comparison of the Chronological Data of Israel and Judah:* VT 4 (1954) 185-195; W. A. IRWIN, *The Question of Corregencies among the Hebrew Kings* (Dallas 1956); A. G. WELCH, *Kings and Prophets of Israel* (Londres 1953). Textos orientales: H. GRESSMANN, *Altorientalische Texte und Bilder z. A. T.* (Berlín 1926); J. B. PRITCHARD, *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament* (Princeton 1955); B. BONKAMP, *Die Bibel im Lichte der Keilschriftforschung* (Recklinghausen 1939); D. D. LUCKENBILL, *Ancient Records of Assyria and Babylonia* (Chicago 1926-1927); A. PARROT, *Ninive et l'Ancien Testament* (Neuchâtel 1953); ID., *Babylone et l'Ancien Testament* (ibid. 1956); ID., *Le Musée de Louvre et la Bible* (ibid. 1957); B. ALFRINK, *Die Gadd'sche Chronick und die Hl. Schrift:* B 8 (1927) 385-417. Historias recomendables: A. POHL, *Historia populi Israel* (Roma 1933); J. RICCIOTTI, *Storia d'Israele* 2 vols. (Turín 1933); J. VANDERVORTS, *Israël et l'Ancien Testament* (Bruselas 1929); R. DE VAUX, *Israël:* DBS 730-777; ID., *Les Institutions de l'Ancien Testament* 2 vols. (París 1958-1960). Consúltense las obras ya citadas de ABEL, *Géographie;* BARROIS, *Archéologie;* DESNOYERS, LEMAIRE-BALDI, *Atlante Biblico*, etc.

Las excavaciones han dado a conocer mejor los lugares bíblicos. Sobre Jerusalén: J. SIMONS, *Jerusalem in the Old Testament* (Leyden 1952); L. H. VINCENT-A. M. STEVE, *Jérusalem de l'Ancien Testament. Recherches d'Archéologie et d'Histoire* 3 vols. (París 1954-1956). Sobre Samaria, además de la obra de PARROT, véase G. A. REISNER, *The Harvard Excavations at Samaria* 2 vols. (Cambridge [Mass.] 1924). Sobre Megiddo: R. S. LAMON, *Megiddo I* (Chicago 1939); LOUD GORDON, *Megiddo Ivories* (Chicago 1939); ID., *Megiddo II* (Chicago 1948); G. E. WRIGHT, *The Discoveries at Megiddo: 1935-1939:* BA 13 (1950) 28-46. Sobre Betsán: ALAN ROWE, *The Topography and History of Beth-shan* (Philadelphia 1930); ID., *The Four Canaanite Temples of Beth-shan* (ibid. 1940).

Sobre el templo véanse P. L. GARBER, *Reconstructing Solomon's Temple:* BA 14 (1951) 2-24; ID., *Reconsidering the Reconstruction of the solomonic Temple:* JBL 77 (1958) 123-129. Sobre sus analogías con otros templos de la antigüedad: A. ALT, *Verbreitung und Herkunft des syrischen Tempeltypus:* PJB 35 (1939) 83-99; H. H. NELSON, *The Egyptian Temple;* A. L. OPPENHEIM, *The Mesopotamian Temple;* G. E. WRIGHT, *The Temple in Palestina-Syria:* BA 7 (1944) 41-88; Sobre el carácter del templo: K. GALLING, *Königliche und nichtkönigliche Stifter beim Tempel von Jerusalem:* ZDPV 68 (1946-1947) 134-152; L. H. VINCENT, *Le caractère du Temple de Salomon:* «Mélanges Bibliques... A. Robert» (París 1957) 137 148. Sobre los altares del templo: J. DE GROOT, *Die Altäre des Salomonischen Tempelhofes* (Stuttgart 1924); M. LÖHR, *Das Räucheropfer im Alten Testament. Eine Archäologische Untersuchung* (Halle 1927). Sobre los cultos idolátricos en tiempo de la monarquía: E. DHORME, *Le dieu Baal et le dieu Moloch dans la tradition biblique:* «Anatolian Studies», 6 (1956) 57-61; H. CAZELLES, *Moloch:* DBS 5,1337-1346. Otra bibliografía se citará en el curso del comentario.

I REYES

HISTORIA DEL REINADO DE SALOMON *(c.1-11)*

Abisag, sunamita (1,1-4)

1 Era ya viejo el rey David, entrado en años, y, por más que le cubrían con ropas, no podía entrar en calor. 2 Dijéronle entonces sus servidores: «Que busquen para mi señor el rey una joven virgen que le cuide y le sirva; durmiendo en su seno, el rey mi señor entrará en calor». 3 Buscaron por toda la tierra de Israel una joven hermosa, y hallaron a Abisag, sunamita, y la trajeron al rey. 4 Era esta joven muy hermosa y cuidaba al rey y le servía, pero el rey no la conoció.

A partir del incesto de Amnón (2 Sal 13,1ss) los síntomas del cansancio y de la vejez se manifiestan cada vez más sobre David. Entra en el libro 2 de Samuel con una energía y vitalidad extraordinarias, y sale con el ánimo amargado, triste, encanecido. Cuando el autor del libro de los Reyes recoge el hilo de la historia de David, contaba éste cerca de setenta años (2,11; 2 Sam 5,4). La mala circulación de la sangre restaba vida y calor a su organismo desgastado. Conforme a una creencia y a una práctica antiguas [1], sus servidores, o sus médicos, según Flavio Josefo [2], le aconsejaron la compañía de una muchacha virgen *(betulah)* que le cuidara y sirviera. La elección recayó sobre una muchacha de Sunam, hoy Sulam, perteneciente a la tribu de Isacar (Jos 19,18; 1 Sam 28,4; Cant 7,1). Anota el texto que David no la *conoció*, eufemismo para significar

[1] GALENO, *Meth. med.* 8,7; Eccl 4,11.
[2] *Ant. Iud.* 7,14,3.

que no tuvo con ella relaciones sexuales (Gén 4,1; 17,25; 1 Sam 1,19), lo que, en cierta medida, desvirtúa el alcance de las pretensiones de Adonías sobre ella (2,17).

Pretensiones de Adonías al trono (1,5-14)

5 Adonías, hijo de Jaguit, había levantado sus pensamientos,
y decía: «Yo reinaré». Se había hecho con carros y caballos y
cincuenta hombres que corrieran delante de él; 6 y su padre
nunca se lo había reprochado, diciéndole: «¿Por qué haces
eso?» Era, además, Adonías de hermosa presencia y había
nacido después de Absalón. 7 Se entendía con Joab, hijo de
Sarvia, y con Abiatar, sacerdote, que se hicieron partidarios
suyos; 8 pero el sacerdote Sadoc, Banayas, hijo de Joyada; Na-
tán, profeta; Semeí, amigo de David; Reí y los valientes de
David no le seguían. 9 Inmoló Adonías ovejas, bueyes y bece-
rros cebados, junto a la piedra de Zojelet, que está al lado de
En-Roguel, e invitó a todos sus hermanos y a todos los hombres
de Judá que estaban al servicio del rey; 10 pero no invitó a Na-
tán, profeta, ni a Banayas, ni a los valientes, ni a Salomón, su
hermano. 11 Entonces dijo Natán a Betsabé, madre de Salo-
món: «¿No sabes que Adonías, hijo de Jaguit, pretende reinar
sin que nuestro señor David lo sepa? 12 Ven, pues, y sigue ahora
mi consejo, para que salves tu vida y la de tu hijo Salomón.
13 Ve y entra al rey David y dile: ¡Oh rey mi señor! ¿No has
jurado tú a tu sierva, diciendo: Salomón, tu hijo, reinará des-
pués de mí, él se sentará sobre mi trono? ¿Cómo, pues, reina
Adonías? 14 Y mientras tú hablas con el rey, entraré yo detrás
y confirmaré tus palabras».

La vida de David se apagaba por momentos, y no había señalado todavía al heredero. Para Saúl y David fue la unción real privilegio personal (1 Sam 9,15-16; 16,1-2), pero con David la monarquía se había estabilizado. El sucesor, según la promesa divina (2 Sam 7,12-16; 16,1-2), sería de ascendencia davídica. ¿A cuál de sus hijos legaría David el reino? Amnón, el primogénito, murió asesinado por Absalón (2 Sam 13,28-29); a Absalón lo atravesó Joab con una lanza (2 Sam 18,14); de Kileab se conserva tan sólo el nombre, creyéndose que murió joven (2 Sam 3,3; 1 Crón 3,1); el hijo mayor que le quedaba era Adonías.

Viendo éste que su padre no se pronunciaba explícitamente, amparándose en la presunción de que debía sucederle el hijo mayor (1 Sam 20,31), invocó públicamente, ignorándolo su padre, los derechos que tenía al trono. Este incidente puso al descubierto las intrigas que existían en palacio. Dos bandos habíanse constituido en torno a la sucesión de David; unos, acaudillados por Joab, Abiatar y los príncipes de Judá, defendían la causa de Adonías. Representaban ellos la tradición de Hebrón, según la cual tocaba al hijo mayor suceder al padre en el trono. El partido contrario, con Banayas, jefe de la guardia real; Sadoc, sacerdote de Gabaón; Semeí (4,18) y el profeta Natán, defendía la causa de Salomón. En el fondo de estas disensiones, aparte de los intereses creados y de las ambiciones personales, este segundo partido buscaba la manera de separar la monarquía de la excesiva influencia ejercida por las grandes familias de Judá. La cuestión que no resolvió el rey, ni los dos partidos mencionados atreviéronse a plantear públicamente, la decidió una imprudencia de Adonías, hijo de Jaguit (2 Sam 3,4).

Hacía días que Adonías abrigaba en su corazón el convencimiento de que el trono era para él. Como hijo de un rey oriental, y al estilo de las cortes paganas, Adonías se había hecho con caballos (2 Sam 8,4; 10,18), carros y cincuenta jóvenes que corrían delante de él a manera de vistosa escolta (1 Sam 8,11; 2 Sam 15,1). Esta vida fastuosa no era del agrado de todos; el autor sagrado recrimina de ello al padre, que, débil para con sus hijos (2 Sam 18,5; 19,1), no les reprendió a tiempo (1 Sam 2,29). La buena estampa (2 Sam 14,25) de Adonías contribuyó a granjearle amigos de su causa; seguía a Absalón en edad, pero era hijo de distinta madre (2 Sam 3, 3-4).

Adonías reunióse con sus partidarios más influyentes en En-Roguel (Jos 15,7; 18,16; 2 Sam 17,17; 2 Mac 1,19), fuente conocida hoy día con el nombre de *Bir Ayub*, al sudeste de Jerusalén. Junto a la fuente había una grande piedra llamada *haz zoheleth*, de la rampa. Sobre la misma inmoló Adonías gran cantidad de ovejas, bueyes y becerros, que comieron todos los invitados a la fiesta (2 Sam 15,12). El lugar y la ocasión eran propicios para adelantar el nombramiento de rey o de sucesor de su padre en el trono. En-Roguel estaba muy cerca de Jerusalén y, al mismo tiempo, era lugar apartado, tranquilo y fuera del alcance de los espías que el partido contrario podía mandar. En el banquete tomaron parte todos los prohombres de Judá. En el curso del mismo, por efectos del vino y por el entusiasmo que el joven príncipe despertaba entre los comensales, oyéronse gritos de «¡Viva el rey!», adelantándose al veredicto definitivo de David.

Enteráronse del banquete y de sus incidencias los del partido contrario, que decidieron obrar inmediatamente con el fin de atajar en sus comienzos el movimiento subversivo de Adonías. Natán fue el encargado de pasar al contraataque, valiéndose de Betsabé como de intermediaria. Le hace saber que el triunfo de Adonías ponía en peligro su vida y la de su hijo Salomón. Del juramento que, según el texto, hizo David a Betsabé en favor de su hijo no tenemos noticia alguna en otros textos, de lo que no se sigue que no lo hiciera.

Natán cree que Betsabé era la persona más indicada para notificar al rey—que acaso guardaba cama habitualmente (v.1)—la rebelión de Adonías. Una vez hubiera ella expuesto al rey la situación, entraría Natán para completar la obra. El partido contrario había mandado espías al banquete de En-Roguel, como lo demuestra el hecho de que manifiesta conocer Natán detalles que el texto no mencionó al dar cuenta del mismo.

Betsabé y Natán ante David (1,15-37)

**15 Betsabé fue a la cámara del rey. Estaba ya muy viejo y le
servía Abisag, la sunamita. 16 Inclinóse y prosternóse ante el
rey, que le preguntó: «¿Qué quieres?» 17 Ella le respondió:
«¡Oh señor! Tú has jurado a tu sierva por Yahvé, diciendo:
«Salomón, tu hijo, reinará después de mí, él se sentará sobre
mi trono»; 18 y he aquí que Adonías se ha hecho rey sin que
tú, mi señor el rey, sepas nada. 19 Ha inmolado bueyes, bece-
rros cebados y ovejas en gran número, y ha invitado a todos los
hijos del rey, a Abiatar, sacerdote; a Joab, jefe del ejército;
pero no ha invitado a Salomón, tu siervo. 20 En tanto los ojos de
todo Israel están puestos en ti, ¡oh rey!, mi señor, esperando
que tú declares quién es el que se ha de sentar sobre el trono
del rey mi señor después de él; 21 pues de lo contrario, cuando
el rey mi señor se duerma con sus padres, mi hijo Salomón y yo
seremos detenidos por culpables». 22 Mientras todavía estaba ella
hablando con el rey, llegó Natán, profeta. 23 Anunciáronselo a
David, diciendo: «Natán, profeta, está ahí». Entró a la presen-
cia del rey y se prosternó ante él, rostro a tierra, 24 y dijo: «¡Oh
rey mi señor! ¿Has dicho tú: Adonías reinará después de mí,
y se sentará sobre mi trono? 25 Porque hoy ha bajado y ha
inmolado bueyes, becerros cebados y ovejas en gran número,
y ha invitado a todos los hijos del rey y a Joab, general del
ejército, y al sacerdote Abiatar, que están comiendo y bebien-
do con él y han dicho: ¡Viva Adonías rey! 26 Pero ni me ha
invitado a mí, tu siervo, ni al sacerdote Sadoc, ni a Banayas,
hijo de Joyada, ni a Salomón, tu siervo. 27 ¿Se ha hecho esto
por voluntad del rey mi señor, sin dar a saber a tus siervos
quién es el que se ha de sentar en el trono del rey mi señor
después de él?» 28 El rey David respondió: «Que venga Bet-
sabé». Entró ella y se puso ante el rey, 29 y el rey hizo este ju-
ramento: «Vive Yahvé, que libró mi alma de toda angustia,
30 que así como he jurado por Yahvé, Dios de Israel, diciendo:
Salomón, tu hijo, reinará después de mí y se sentará en mi trono
en lugar mío, ahora mismo lo haré». 31 Betsabé se inclinó
rostro a tierra, prosternándose ante el rey, y dijo: «Viva por
siempre mi señor el rey David». 32 Luego dijo el rey: «Que
vengan Sadoc, sacerdote; Natán, profeta, y Banayas, hijo de
Joyada». Cuando estuvieron éstos en presencia del rey, 33 el
rey les dijo: «Tomad con vosotros a los servidores de vuestro
señor, montad a mi hijo Salomón sobre mi mula y bajadle a
Guijón. 34 Allí el sacerdote Sadoc y Natán, profeta, le ungirán
rey de Israel, y tocaréis las trompetas, gritando: ¡Viva el rey
Salomón! 35 Después volveréis a subir tras él y se sentará en
mi trono para que reine en mi lugar; pues a él le instituyo jefe
de Israel y de Judá». 36 Banayas, hijo de Joyada, respondió al
rey: «Amén. Hágalo así Yahvé, el Dios de mi señor el rey,
37 y como estuvo Yahvé con el rey mi señor, esté igualmente
con Salomón y alce su trono sobre el trono de mi señor el rey
David».**

Pone de relieve el texto sagrado el estado de postración en que se encontraba el rey, condición ésta muy apta para dejarse influir por el último que le hablara. Betsabé quería que el rey hiciera

público el juramento que en otra ocasión le hizo en privado, recordándole que, de no renovarlo pronto, Salomón perdería el trono y la vida. Adonías ha levantado la bandera de la rebelión, ayudado por los más influyentes de su partido; al excluir a los contrarios del banquete ha demostrado que piensa reinar a pesar de éstos y en contra de los mismos. Con ello rompe Adonías la unidad del reino, que David ha defendido y conservado con tanto tesón. En estos momentos, añade Betsabé, todo Israel está pendiente de una palabra del rey que determine de manera clara la persona de su sucesor. En el antiguo Oriente la reina madre influía a menudo decididamente en el nombramiento del sucesor. Asaraddón y Asurbanipal llegaron al trono por este medio.

El profeta Natán (2 Sam 12,1ss) se presentó al palacio y, obtenido el permiso para entrar a su presencia, abordaba al monarca con un razonamiento habilidísimo. Adonías ha organizado un banquete, al que ha convidado a los de su partido, excluyendo a otras personalidades relevantes del reino. ¿Es que el rey, sigue argumentando Natán, ha autorizado el banquete y los gritos de «¡Viva el rey!», ocultando a sus siervos su voluntad acerca del que debía sucederle a su muerte? Además, contando Natán con el juramento hecho por David de entregar a su muerte el trono a Salomón, le hace ver que, al autorizar la proclamación de Adonías por rey de Judá y de Israel, era un perjuro, y que obraba por sí y ante sí, sin consultar la voluntad divina, que en otras ocasiones se manifestó por mediación suya (2 Sam 12,1ss). Reaccionando David ante las noticias alarmantes que le habían comunicado, repite y confirma públicamente el juramento hecho antes en privado en favor de Salomón.

Como despertando de un letargo, David dio orden de que se acercaran Sadoc, Natán y Banayas, a los que impartió la orden de que montaran a Salomón sobre la mula real (2 Sam 13,29; 18,9), le llevaran a Guijón y le ungieran allí Sadoc y Natán, proclamándolo rey al son de las trompetas. En la antigüedad era el asno el animal preferido para los viajes (Jue 10,4; 12,14); tenía el rey a su disposición una mula blanca (2 Sam 13,29). El Guijón es la fuente llamada hoy día Ain-sitti-Mariam, al pie de la colina del Ofel, junto al torrente Cedrón y al este de Jerusalén (5,8). Adonías había escogido una fuente más alejada de la ciudad; David quiere que el representante del sacerdocio, Sadoc, y Natán, profeta, unjan a Salomón en una más próxima y concurridísima. Ordenó David asimismo que, una vez ungido rey Salomón, con la misma solemnidad y escoltado por su guardia personal, regresara a Jerusalén y entrara en palacio a fin de entronizarlo en el trono regio: «Pues a él, dijo David, le instituyo jefe (*naguid*, 1 Sam 13,14; 25,30; 2 Sam 6,21) de Israel y de Judá» (v.35) [3].

[3] J. Van der Ploeg, *Les chefs du peuple d'Israel et leurs titres:* RB 57 (1950) 42-61.

Unción de Salomón (1,38-40)

[38] Bajó el sacerdote Sadoc con Natán, profeta; Banayas, hijo de Joyada; los cereteos y los feleteos, y, montando a Salomón sobre la mula de David, le llevaron a Guijón; [39] y tomando Sadoc, sacerdote, el cuerno de óleo del tabernáculo, ungió a Salomón al son de las trompetas, y gritó todo el pueblo: «¡Viva Salomón rey!» [40] Después subió con él todo el pueblo, tocando las flautas y haciendo gran fiesta, y parecía retemblar la tierra con sus aclamaciones.

Cumpliéronse las órdenes de David. Sadoc, en calidad de sumo sacerdote, consagró al nuevo rey, con la asistencia de Natán y de los soldados de la guardia real (2 Sam 8,18; 15,18; 20,7), que, a partir de este momento, se convierte en guardia de Salomón. Desde ahora el hijo de Betsabé es un *mesías*, un ungido del Señor (2 Sam 1, 14-16; 19-22; 23,1; 2 Crón 6,4), que comparte el trono con su padre (1 Crón 23,1; 28,1-11; 29,20-25). El aceite para las unciones reales conservábase en un cuerno (1 Sam 16,1.13); el que utilizó Sadoc procedía del tabernáculo donde David había colocado provisionalmente el arca de la alianza (2 Sam 6,17). Durante la ceremonia tocóse el *sofar*, trompeta de cuerno de borrego o de buey debidamente trabajado, que se empleaba para convocar al pueblo a las ceremonias sagradas y para una movilización general (Lev 23,24). Un entusiasmo grande reinó entre el público asistente al acto, que contagió a los de la ciudad. La cosa no era para menos, ya que se había asegurado la descendencia davídica en el trono, salvándose al mismo tiempo la unidad nacional. David podía morir tranquilamente, porque Israel tenía ya un joven rey. Los cereteos y los feleteos son llamados por Sofonías (2,5) *gentes del mar*.

Huida de los conjurados (1,41-53)

[41] Oyólo Adonías, así como sus invitados, cuando terminaba su banquete; y Joab, al oír el sonido de las trompetas, dijo: «¿Por qué con tanto estrépito se alborota la ciudad?» [42] Todavía estaba él hablando cuando llegó Jonatán, hijo del sacerdote Abiatar. Díjole Adonías: «Acércate, que tú eres un valiente y de seguro traerás buenas nuevas». [43] Respondió Jonatán a Adonías: [44] «De cierto que nuestro señor el rey David ha hecho rey a Salomón. Ha enviado con él a Sadoc, sacerdote; Natán, profeta; Banayas, hijo de Joyada; los cereteos y feleteos; y le han hecho montar sobre la mula del rey; [45] y Sadoc, sacerdote, y Natán, profeta, le han ungido rey en Guijón, y de allí han subido con grandes muestras de júbilo, y toda la ciudad está en conmoción; ése es el alboroto que habéis oído. [46] Además, Salomón se ha sentado en el trono real, [47] y los servidores del rey han ido a felicitar al rey David, diciendo: «Que haga tu Dios el nombre de Salomón más grande que el tuyo y eleve su trono sobre tu trono». [48] El rey mismo se prosternó en su lecho y habló así: «Bendito Yahvé, Dios de Israel, que ha hecho sentarse hoy sobre mi trono un sucesor de mi descendencia, viéndolo mis ojos». [49] Todos los convidados de Adonías

se llenaron de miedo y, levantándose, fuéronse cada uno por su lado. [50] Adonías, temiendo de Salomón, se levantó y fue al tabernáculo de Yahvé a cogerse de los cuernos del altar. [51] Vinieron a decir a Salomón: «Adonías tiene miedo del rey Salomón y ha ido a cogerse de los cuernos del altar, diciendo: «Que el rey Salomón me jure hoy que no hará morir por la espada a su siervo». [52] Salomón respondió: «Si él se porta lealmente, ni uno de sus cabellos caerá a tierra; pero, si algo malo trama, morirá». [53] Mandó, pues, Salomón gentes que le hicieron bajar del altar, y Adonías vino a postrarse ante el rey Salomón, que le dijo: «Vete a tu casa».

Los acontecimientos se precipitaron. Todavía estaban banqueteando los conjurados, cuando Salomón regresaba a la ciudad ceñida la cabeza con la doble corona de Judá y de Israel, empezando a reinar desde aquel momento (16,11; 2 Re 13,13). De la fuente de Guijón a la de En-Roguel hay una distancia de 760 metros, pero la configuración del terreno no permitía que de una se divisara la otra. Adonías oyó el griterío, pero no vio el acto que se desarrollaba a unos centenares de metros más al norte. Jonatán, hijo del sumo sacerdote, partidario de Adonías, contó lo que ocurría, añadiendo que la corte había reconocido ya al nuevo monarca y que David, postrado en su lecho, como otro Jacob moribundo (Gén 47,31), lo había confirmado como sucesor suyo, congratulándose de haberlo podido ver con sus propios ojos.

Nada había ocultado Jonatán de cuanto había sucedido; sus palabras, tajantes y certeras, destrozaron las esperanzas de Adonías y sembraron el pánico entre los comensales, ya que, conforme a las costumbres antiguas orientales, la amenaza de muerte colgaba sobre la cabeza de los del partido derrotado (v.21). Esto temía Adonías, que para salvar su vida marchó al tabernáculo de Yahvé, acogiéndose al derecho de asilo (Ex 21,14). En otros pueblos antiguos, fenicios, griegos y romanos, tenía también el altar cuatro cuernos (Ex 27,2), que simbolizaban la fuerza de Dios y eran consideradas como las partes más sagradas del altar (Am 3,14). También fuera de Israel existían ciudades sagradas a las que podían refugiarse los perseguidos por la justicia. En Israel, además del altar existían las ciudades de refugio (Ex 21,14; Núm 35,9-15; Jos 20,1ss). A este mismo derecho se acogerá más tarde Joab. Mandó Salomón que Adonías marchara a su casa, significándole que le separaba de palacio y que perdía su favor. No era prudente que Salomón iniciara su reinado con la muerte de los jefes de la oposición, imitando en esto la política de su padre David.

Ultimas instrucciones de David a Salomón (2,1-9)

[1] Llegaron los días de la muerte para David, y dio sus instrucciones a Salomón, su hijo, diciéndole: [2] «Yo me voy por el camino de todos; esfuérzate, pues, y sé hombre. [3] Sé fiel a Yahvé, tu Dios, marchando por sus caminos, guardando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos como están escritos en la ley de Moisés, para que seas afortunado en cuanto hicieres y

dondequiera que vayas; 4 de manera que cumpla Yahvé su
palabra, la que a mí me ha dado, diciendo: Si tus hijos siguen
su camino ante mí en verdad y con todo su corazón y toda su
alma, no te faltará jamás un descendiente sobre el trono de
Israel. 5 Bien sabes también tú mismo lo que me ha hecho
Joab, hijo de Sarvia; lo que hizo con los dos jefes del ejército de
Israel, Abner, hijo de Ner, y Amasa, hijo de Jeter, que los
mató derramando en la paz la sangre de la guerra y man-
chando con la sangre inocente el cinturón que ceñía sus lomos
y los zapatos que calzaban sus pies. 6 Haz, pues, con él con-
forme con tu sabiduría y no dejes que sus canas bajen en paz
a la morada de los muertos. 7 Trata con benevolencia a los hijos
de Barzilai el galadita, y sean de los invitados a tu mesa, pues
hicieron así bien conmigo cuando yo iba huyendo de Absa-
lón, tu hermano. 8 Ahí tienes también a Semeí, hijo de Guera,
benjaminita, de Bajurim, que profirió contra mí violentas mal-
diciones el día que iba yo a Majanaím. Cuando luego me salió
al encuentro al Jordán, yo le juré por Yahvé, diciendo: No te
haré morir a espada. 9 Pero tú no le dejes impune, pues, como
sabio que eres, sabes cómo has de tratarle y harás que con
sangre bajen sus canas al sepulcro».

David reconoce que el fin de su carrera mortal se aproxima, y quiere aprovechar los últimos momentos para aconsejar a su hijo empleando los conceptos que utilizó Moisés al hablar a Josué (Deut 31,7-23) y recordarle la venganza de sangre y la eficacia de las maldiciones (v.8). En el v.4 se hace referencia a la promesa hecha a David mediante el profeta Natán (2 Sam 7,12-16). Le recuerda los dos homicidios de Joab (2 Sam 3,21-27; 20,8-12), derramando sangre en época de paz, sangre que a grandes voces pedía venganza. No podía invocar Joab el derecho de asilo (Ex 21, 14; Deut 19,11-13; Núm 35,22). Con estas muertes mancilló Joab el honor del rey y le hizo odioso al pueblo, dándole pie para creer que fue David el instigador de las mismas. El rey o sus descendientes deben vengar tales muertes. No habla de la de Absalón por haberle matado Joab en pleno combate. De Barzilai y de sus buenos servicios al rey hablamos en otro lugar (2 Sam 17,27-29; 19,32). En cuanto a Semeí (2 Sam 16,5ss; 19,17ss), no quiere David faltar a su juramento; pero encarga a su hijo que anule los efectos de las maldiciones proferidas por él (2 Sam 16,5ss).

Muerte de David (2,10-12)

10 Durmióse David con sus padres y fue sepultado en la
ciudad de David. 11 El tiempo que reinó David sobre Israel
fue de cuarenta años: siete años reinó en Hebrón y treinta y
tres en Jerusalén. 12 Sentóse Salomón en el trono de David,
su padre, y su reino quedó muy firme.

Murió David y fue sepultado en la ciudad que lleva su nombre. Tradiciones recientes colocaban el sepulcro de David en Belén o en una dependencia del Cenáculo (Benjamín de Tudela); pero era natural que sus restos mortales descansaran en un mausoleo

levantado en la ciudad que arrebató a los jebuseos. En las excavaciones hechas por R. Weill durante los años 1913-1914 creyóse haberse encontrado el sepulcro de los trece primeros reyes de la dinastía davídica cerca de la piscina de Siloé; pero su optimismo no encontró eco entre los historiadores y exegetas [1]. Tampoco debe buscarse en las llamadas Tumbas de los Reyes, al norte de Jerusalén, fuera de los actuales muros.

Según los cómputos, murió David a los setenta años de edad (2 Sam 5,4), después de un reinado de cuarenta en cifras redondas. Con su muerte desaparecía el que ha sido llamado modelo de reyes y tipo del Mesías. Son pocos los datos que la historia ha dejado para poder dar un juicio certero y cabal de su obra. La Biblia ha puesto de relieve «que Yahvé estaba con él», que le asistía en todo momento y que le colmó de bienes. Dios escogió a David por rey de Israel; lo tomó de la majada, de detrás de las ovejas, para ser príncipe en Israel (1 Sam 7,8-9). Con el auxilio de Dios y su propio valor y constancia fue venciendo los obstáculos que cerraban sus pasos al trono, llevando una vida arriesgada y errante, con la mirada fija en la meta que debía alcanzar. Muerto Saúl, fue requerido para que reinara sobre Judá (2 Sam 2,4), ejemplo que siguieron poco después las tribus del norte (2 Sam 5,1-3). Con este acto, el rey, con poder personal, se convierte en monarca de Judá y de Israel, es decir, de un reino unido bajo el imperio de su persona. Durante toda su vida demuestra David fe y piedad, celo por el arca y por el culto. Quiso edificar un templo a Yahvé, sirviendo de modelo el palacio que había levantado en la ciudad de David para él y su familia; pero, si no tuvo este honor, fue él quien adquirió los terrenos y construyó un altar en la era de Areuna (2 Sam 24,22ss), donde más tarde levantará Salomón el edificio. Pero, a pesar de su piedad, cayó en el pecado, cometiendo un adulterio y un homicidio (2 Sam 11,1ss). Si pecó, como puede hacerlo cualquier rey humano, se arrepintió sinceramente de su falta tan pronto como el profeta Natán le echó en cara sus crímenes, en lo que no suelen imitarlo los reyes de este mundo. Durante su vida vivió oprimido por su culpa y recibió con resignación los castigos que le mandó Dios. En su tiempo se empieza a vislumbrar cierto movimiento cultural. David mismo cultivó la poesía y dio gran impulso al arte y a la literatura. Junto a su trono desarrollaban sus actividades los poetas, los cronistas y artistas, y es muy probable que en su tiempo se pusiera por escrito la tradición yahvística del Pentateuco. David inició un movimiento cultural que debía continuar su hijo Salomón. Desarrolló la literatura cultual conocida por el Salterio, en cuya composición, como músico y poeta, intervino personalmente.

Menos conocido es el aspecto profano del reinado de David. Sabemos que con su diplomacia supo mantener el equilibrio entre Judá e Israel, turbado más de una vez. Bastaba cualquier pretexto, como el que invocaba Seba (2 Sam 20,1), para que se manifestasen las susceptibilidades de ambos reinos. En lo exterior tuvo a raya

[1] R. Weill, *La cité de David* (París 1920).

a los enemigos tradicionales del pueblo hebreo: filisteos, amonitas, moabitas, amalecitas, arameos, etc. A los jebuseos arrebató la ciudad de Jerusalén, que, dadas sus condiciones geográficas, convirtió en capital de su reino. Para llevar a término tantas guerras contaba principalmente con una legión extranjera y tropas mercenarias. A la paz entre las tribus, al menos aparente, acompañó la tranquilidad en las fronteras, dominando a cananeos y jebuseos, sometiendo a tributo a otros pueblos e imponiéndose por su prestigio a todas las naciones colindantes hasta el *Introitus Hamat* [2]. El reino de David tuvo atisbos de imperio. Murió David en la brecha, luchando por la grandeza y unidad del reino.

Al desgaste físico se unió el drama de su familia, que aceleró su marcha hacia el sepulcro. En su umbral salvó a Israel de una lucha civil para ocupar su trono vacante. De no ser la imprudencia de Adonías, acaso David hubiera muerto sin arreglar el problema de su descendencia. Murió David hacia el año 972 a. C. [3]

Muerte de Adonías (2,13-25)

13 Adonías, hijo de Jaguit, fue en busca de Betsabé, madre de Salomón. Ella le dijo: «¿Vienes de paz?» Y él respondió: «De paz». 14 El añadió: «Quisiera decirte una palabra». «Habla», le dijo ella. 15 Y él dijo: «Tú sabes que el reino era mío y que todo Israel había puesto en mí los ojos para hacerme rey; pero el reino ha sido traspasado y dado a mi hermano, porque Yahvé se lo había destinado. 16 Una sola cosa te pido ahora; no me la niegues». Ella respondió: «Di». 17 Y él prosiguió: «Te pido que digas a Salomón, porque él no te lo negará, que me dé por mujer a Abisag la sunamita». 18 Betsabé dijo: «Bien, yo hablaré por ti al rey». 19 Betsabé fue a hablar a Salomón por Adonías, y el rey se levantó para salir a su encuentro, la besó, y, sentándose sobre su trono, hizo poner otro para la madre del rey y la sentó a su derecha. 20 Ella le dijo entonces: «Tengo una cosita que pedirte; no me la niegues». Y el rey la dijo: «Pide, madre mía, que yo no te negaré nada». 21 Ella le dijo: «Que le des por mujer a Adonías, tu hermano, Abisag la sunamita». 22 El rey Salomón preguntó a su madre: «¿Por qué pides tú para Adonías a Abisag la sunamita? Pide ya el reino para él, pues que es mi hermano mayor y tiene con él a Abiatar, sacerdote, y a Joab, hijo de Sarvia». 23 Y juró por Yahvé, diciendo: «Así me haga Yahvé y así me añada si no ha sido pronunciada contra su vida esta palabra de Adonías. 24 Ahora, pues, vive Yahvé, que me ha confirmado y me ha establecido sobre el trono de David, mi padre, y me ha edificado mi casa, según su promesa, que hoy mismo morirá Adonías». 25 El rey Salomón mandó a Banayas, hijo de Joyada, que le hirió, y Adonías murió.

A Adonías había Salomón perdonado la vida, imponiéndole, sin embargo, la orden de marcharse a su casa y conducirse lealmente

[2] K. Elliger, *Die Nordgrenze des Reiches Davids*: «Palästinajahrbuch», 48 (1939) 394-405

[3] S. Mowinckel, *Die letzten Worte Davids*: ZAW 45 (1927) 20-30; J. P. M. Smith, *The Character of King David*: JBL 32 (1932) 1-11; J. Steinmann, *David, roi d'Israel* (París 1948).

(1,52). Enamorado de Abisag la sunamita (1,3), quiso desposarla. Sabido es que, a la muerte del rey, el harén pasaba a su sucesor. Si alguien lograba casarse con alguna mujer o concubina del rey, adquiría un título que le daba derecho a la sucesión (2 Sam 3,8). De ahí que Absalón abusó de las concubinas de su padre ante todo el pueblo para confirmar sus pretensiones al trono (2 Sam 16,22). Abisag no era propiamente del harén de David, pero el pueblo opinaba lo contrario. El monarca comprendió las intenciones malignas de Adonías al pedir la mano de Abisag, y así se lo da a entender a su madre (v.22).

Con el apoyo de un gran sector, por su condición de hermano mayor, con la sunamita por esposa tenía Adonías en sus manos títulos suficientes para derrocar a Salomón y ocupar el trono de Judá y de Israel. ¿Había en las palabras de Adonías indicios de una conjura en gran escala? Puede ser. Salomón, con su juramento (1 Sam 3,17; 14,44), afirma que la mano de Adonías mueve turbiamente a Betsabé a hacerle tal petición y con igual firmeza decreta su muerte. ¿Puede Salomón proceder con guante blanco en unos momentos decisivos para el trono? ¿No ha manifestado su padre su voluntad? ¿No es manifiesta la voluntad de Dios de que sea él el sucesor de David? En pocas palabras refiere el texto la ejecución de Adonías.

Abiatar, desterrado (2,26-27)

26 Luego dijo el rey al sacerdote Abiatar: «Vete a tus tierras de Anatot. Tú merecías la muerte, pero yo no quiero hacerte morir ahora, por haber llevado el arca de Yahvé delante de David, mi padre, y porque participaste en los trabajos de mi padre». 27 Echó, pues, Salomón a Abiatar para que no fuese sacerdote de Yahvé, cumpliéndose así la palabra que había pronunciado Yahvé contra la casa de Helí en Silo.

Entre bastidores apoyaba Abiatar la causa de Adonías. Por haber llevado el arca de Yahvé (2 Sam 15,24-29) y por haber compartido las penalidades de su padre David desde que escapó de la matanza de Nob (1 Sam 22,18-23), Salomón le perdonó la vida, desterrándole a Anatot, ciudad levítica (Jos 21,18), a cuatro kilómetros al nordeste de Jerusalén, en el actual *ras el-Jarrube* y a un kilómetro al sudoeste de *Anata*, famosa por haber nacido allí el profeta Jeremías. Este castigo es, además, el epílogo de la amenaza divina contra la casa de Helí (1 Sam 2,30-36; 3,10-18).

Muerte de Joab (2,28-35)

28 Llegaron estas noticias a Joab, que había seguido el partido de Adonías, aunque no había seguido el de Absalón, y se refugió en el tabernáculo de Yahvé, cogiéndose a los cuernos del altar. 29 Dijeron a Salomón que Joab se había refugiado en el tabernáculo de Yahvé y estaba cogido a los cuernos del altar; y Salomón mandó decir a Joab: «¿Qué sucedió para que huyeses al altar?» Y contestó Joab: «Es que he temido de ti

y me he refugiado cerca del Señor». Y Salomón mandó a
Banayas, hijo de Joyada, diciendo: «Ve y hiérele». 30 Llegado
al tabernáculo de Yahvé, Banayas dijo a Joab: «Así habla el
rey: Sal». Pero él respondió: «No; quiero morir aquí». Bana-
yas llevó al rey esta respuesta, diciendo: «Esto he dicho a Joab
y esto me ha contestado». 31 El rey dijo a Banayas: «Haz como
él dice: Hiérele y sepúltale, y quita hoy de sobre mí y de sobre
la casa de mi padre la sangre inocente que Joab ha derramado.
32 Haga caer Yahvé esa sangre sobre su cabeza, pues mató a dos
hombres más rectos y mejores que él, dándoles la muerte con
la espada, sin que nada supiera mi padre, David: Abner, hijo
de Ner, jefe del ejército de Israel, y Amasa, hijo de Jeter,
jefe del ejército de Judá. 33 Su sangre caerá sobre la cabeza de
Joab y sobre la de sus descendientes por siempre, mientras
que sobre David y su descendencia, sobre su casa y su trono,
dará siempre Yahvé su paz». 34 Subió entonces Banayas, hijo
de Joyada, y le hirió, matándole, y Joab fue sepultado en su
sepulcro en el desierto. 35 Puso el rey en su lugar, por jefe del
ejército, a Banayas, hijo de Joyada, y al sacerdote Sadoc en el
lugar de Abiatar.

Joab temió correr la misma suerte que los otros jefes de la conjuración y trató de salvar su vida buscando asilo en los cuernos del altar del tabernáculo de Yahvé. Pero, conforme a la Ley (Ex 21,14), debía morir. A sangre fría, y por temor a que le suplantara, no temió matar a Abner (2 Sam 3,27), aduciendo las leyes de la venganza de sangre por la muerte de su hermano Azael (2 Sam 2,22). Mientras besaba a Amasa, le introdujo la espada en sus entrañas, desplomándose (2 Sam 20,9). Tanta sangre inocente derramada en tiempo de paz (v.5) debía ser vengada. Por los favores que hizo a su padre David se autorizó fuera sepultado en el mausoleo familiar, que se encontraba en las afueras de Belén, al descampado, donde estaba también sepultado su hermano Azael (2 Sam 2,32). Banayas le sustituyó en la jefatura del ejército; Sadoc quedó único sumo sacerdote, descendiente de la rama de Eleazar.

Aviso a Semeí (2,36-46)

36 Hizo el rey llamar a Semeí, y le dijo: «Hazte una casa en
Jerusalén y habita en ella, sin salir ni entrar para nada. El día
en que salgas y pases el torrente de Cedrón, 37 sabe que con toda
certeza morirás; será tu sangre sobre tu cabeza». 38 Semeí res-
pondió al rey: «La orden es buena. Como lo dice mi señor el
rey, así hará tu siervo». Semeí estuvo mucho tiempo en Jeru-
salén; 39 pero, al cabo de tres años, dos siervos de Semeí huyeron
a refugiarse junto a Aquis, hijo de Maaca, rey de Gat. Le di-
jeron a Semeí: «Tus siervos están en Gat»; 40 y, levantándose,
montó en su asno y se fue a Gat, a Aquis, en busca de sus sier-
vos, y de vuelta, se los trajo con él. 41 Informaron a Salomón
de que Semeí había ido de Jerusalén a Gat y estaba ya de
vuelta; 42 y mandando llamar a Semeí, le dijo: «¿No te conjuré
yo por Yahvé y no te advertí que el día en que salieras acá
o allá sería el de tu muerte? Y me dijiste tú: La orden es buena
y la obedeceré. 43 ¿Por qué, pues, no has guardado el juramento

de Yahvé y la orden que yo te di?» 44 Y siguió el rey diciendo a
Semeí: «Bien sabes tú, tu corazón lo sabe muy bien, todo el
mal que hiciste a David, mi padre. Yahvé hace recaer tu mal-
dad sobre tu cabeza, 45 mientras que el rey Salomón será ben-
decido, y el trono de David afirmado por siempre ante Yah-
vé». 46 Dió el rey orden a Banayas, hijo de Joyada, que salió
e hirió a Semeí, y Semeí murió. El reino se afirmó en las ma-
nos de Salomón.

Había David afirmado con juramento a Semeí que no le haría *morir a espada (2 Sam 19,17); pero encargó a Salomón* no le dejara impune a causa de las maldiciones que profirió contra él (2 Sam 19,17). Salomón buscó una ocasión propicia para cumplir con una y otra voluntad de su padre. Empezó por someterlo a una libertad vigilada, quizá por estar también comprometido con la causa de Adonías. Se le prohibió salir de Jerusalén e incluso atravesar el torrente Cedrón (2 Sam 15,23) para ir a su casa de Bajurim, en la vertiente oriental del monte Olivete. Buena le pareció a Semeí la propuesta del rey, que se obligó con juramento a cumplir. Según 1 Sam 27,2, Aquis, rey de Gat, era hijo de Maoc. Era Gat una de las cinco grandes ciudades filisteas; dos veces habíase refugiado David allí (1 Sam 21,11-16; 27,2ss). No atravesó Semeí el torrente Cedrón, pero hizo un recorrido superior a los cuarenta kilómetros en dirección al sudoeste de la capital. En seguida se enteró Salomón de esta salida de Semeí, que, por perjuro y para anular los efectos de sus maldiciones, fue condenado a muerte. Después de la maldición que pronuncia el rey en el v.44, añade inmediatamente una bendición para contrarrestar los efectos de aquélla. Con estas medidas se afirma el reino de Salomón. Muertos los conspiradores, nadie pensó en adelante en disputarle su derecho al trono, que en tres años quedó afianzado (v.39).

Matrimonio de Salomón (3,1)

1 Emparentó Salomón con el Faraón, rey de Egipto, tomando
a una hija del Faraón por mujer. Trájola a la ciudad de David,
hasta acabar de edificar su casa, la casa de Yahvé, y las murallas
de Jerusalén en derredor.

Tras de haber narrado el autor inspirado la elevación de Salomón al trono y el cumplimiento de la última voluntad de su padre, entra de lleno a hablar de su reinado, fijándose en tres aspectos principales: 1) Prudencia y sabiduría del nuevo monarca (3,1-5,14); 2) Salomón constructor (5,15-9,25); 3) Política comercial (9,26-10,29). A estos tres cuadros luminosos sigue un apéndice en que se anota la parte sombría del reinado de Salomón (11,1-43).

En contra del carácter dinámico del reinado anterior, el de Salomón es estático: conserva, organiza y saca provecho de las circunstancias [1]. A la muerte de David hubo conatos de rebelión por parte de Hadad, rey de Moab (11,21), y de Rezón, el arameo que creó

[1] De Vaux, *Israel:* DBS 745-746.

la dinastía de Damasco (11,23-25). Para proteger la ruta comercial nordeste, viose obligado Salomón a enfrentarse con Rezón en Soba (2 Crón 8,3). Pero, a pesar de estos intentos de independencia, el imperio de David se mantuvo intacto durante todo el reinado de Salomón. Para afianzarlo modernizó el ejército con armamento nuevo y carros de combate, fortificó las ciudades clave y creó una línea de plazas fuertes a lo largo de la gran vía comercial que unía Egipto con Siria: Hasor, Megiddo, Betorón, Guezer. Por el sur, las fortalezas de Baalat y Tamar protegían las rutas de los metales, que Salomón extraía de las minas de Asiongaber, junto al moderno puerto del golfo de Aqaba.

En vez de velar las armas, creyó Salomón que el método más seguro para asegurar la paz era la vía diplomática. De ahí su política de las uniones matrimoniales. Después de una larga ausencia de Egipto de la historia de Palestina reaparece ahora acogiendo a Hadad fugitivo en el palacio del Faraón y apoyando su causa en contra de los israelitas (2 Sam 8,13-14; 1 Re 11,14-22). Salomón se apresuró a pactar con el faraón egipcio, obteniendo de él el privilegio de llegar a ser yerno *(yithhatten)* suyo. No solían los faraones egipcios entregar sus hijas a reyes extranjeros en calidad de esposas. Al hacerlo con Salomón revelan la alta estima en que le tenían y la fama de que gozaba. No es fácil determinar de qué faraón se trata, pero los autores modernos están acordes en admitir que fue uno de los últimos monarcas de la XXI dinastía, de Tanis, muy probablemente Psusenne II, cuya tumba ha sido encontrada en Tanis, y que reinó hacia los años 984-950 a.C.

El reinado de Salomón abarca aproximadamente los años 970-930 a.C. Como dote entregó el faraón a su hija la ciudad de Guezer, que conquistó, «incendiándola y matando a los cananeos que habitaban en la ciudad» (9,16). Parece que el faraón se apoderó de Guezer en los primeros años del reinado de Salomón, poco después de la muerte de David y del regreso de Hadad a su patria. Una de las razones en apoyo de lo dicho está en que, al cuarto año de su reinado, estableció Salomón relaciones comerciales con Hiram, rey de Tiro, en virtud de las cuales la madera de cedro era transportada por mar hasta el puerto de Jafa y de allí, en arrastre, a Jerusalén, por el camino que pasaba junto a Guezer (2 Crón 2,1-15). Ninguna dificultad ponen los de esta ciudad al arrastre de la madera por su territorio, lo que induce a creer que estaba entonces bajo el poder de Salomón. El texto que comentamos añade que Salomón condujo a su esposa egipcia provisionalmente (9,24) al palacio real que existía en la ciudad de David, en espera de que se terminaran las tres grandes construcciones salomónicas: palacio real, el templo y la muralla de la ciudad. Los matrimonios de israelitas con extranjeros, aunque no estaban expresamente prohibidos por la Ley (Ex 34,16; Deut 7,3), eran poco conformes con el espíritu religioso de Israel. Estos enlaces matrimoniales torcieron el corazón de Salomón (11,3).

El sueño de Gabaón (3,2-15)

**2 El pueblo sacrificaba en los altos, porque no había sido has-
ta entonces edificada casa a Yahvé. 3 Salomón amaba a Yahvé
y marchaba según las órdenes de David, su padre, pero sacri-
ficaba y quemaba perfumes en los altos. 4 Fue el rey a sacrificar
a Gabaón, que era uno de los principales altos. Mil holocaustos
ofreció Salomón en aquel altar. 5 Yahvé se le apareció en Ga-
baón durante la noche, en sueños, y le dijo: «Pídeme lo que
quieras que te dé». 6 Salomón respondió: «Tú hiciste gran
misericordia a David, mi padre, conforme marchaba él en tu
presencia en la fidelidad, en la justicia y en la rectitud de cora-
zón ante ti; le has guardado esta misericordia, dándole un hijo
que se sentara sobre su trono, como lo está hoy. 7 Ahora,
pues, ¡oh Yahvé!, mi Dios, que has hecho reinar a tu siervo
en el lugar de David, mi padre, no siendo yo más que un
mocito, que no sabe por dónde ha de entrar y por dónde ha
de salir, 8 y que está tu siervo en medio del pueblo que tú te
elegiste, un pueblo grande, que por su muchedumbre no puede
contarse ni numerarse, 9 da a tu siervo un corazón prudente
para juzgar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo
malo; porque ¿quién, si no, podrá gobernar a un pueblo tan gran-
de?» 10 Agradó al Señor que Salomón le hiciera esta petición;
11 y Dios le dijo: «Por haberme pedido esto y no haber pedido
para ti ni vida larga, ni muchas riquezas, ni la muerte de tus
enemigos, sino haberme pedido entendimiento para hacer jus-
ticia, 12 yo te concedo lo que me has pedido y te doy un corazón
sabio e inteligente, tal como antes de ti no ha habido otro ni lo
habrá en adelante después de ti. 13 Y aún te añado lo que no has
pedido: riquezas y gloria tales, que no habrá en tus días rey
alguno como tú; 14 y si andas por mis caminos, guardando
mis leyes y mis mandamientos, como lo hizo David, tu padre,
prolongaré tus días». 15 Despertóse Salomón de su sueño, y,
de vuelta a Jerusalén, se presentó ante el arca de la alianza de
Yahvé y ofreció holocaustos y sacrificios eucarísticos y dio un
banquete a todos sus servidores.**

La ley de unidad de altar, que tanto encarece el Deut 12,4-14, no estaba en vigor en tiempos de Salomón; la urgió el rey Josías hacia el año 621 a.C. Vimos que dos eran los santuarios nacionales en tiempos de David: el de Gabaón, con Sadoc al frente, y el de Jerusalén, que presidía el sumo sacerdote Abiatar (2,26). Era Gabaón una ciudad levítica, de la tribu de Benjamín (Jos 9,3; 10,2; 18, 25; 21,17).

Había allí una piedra célebre (2 Sam 20,8), que quizá era un monumento conmemorativo. No lejos de Gabaón se levantaba la colina llamada hoy día *Nebi Samuil*, donde, según 1 Crón 16,40; 21,29, se encontraba el tabernáculo de Moisés y el antiguo altar de los holocaustos. A este lugar iba Salomón para ofrecer sacrificios al Señor (2 Crón 1,1-6); por este lugar debía también tener sus preferencias Sadoc. El autor sagrado, al mismo tiempo que pone de relieve la piedad y munificencia de Salomón, le disculpa de ir a Gabaón y ofrecer allí sacrificios, «porque no había sido hasta entonces edificada casa a Yahvé». De ahí que el monarca siguiera la costum-

bre antigua de sacrificar «en los lugares altos» (Ex 20,24), por creer el pueblo que, por razón de su altura, los montes estaban más cerca de los cielos y en comunicación más estrecha con la divinidad, con el Dios «que marcha por las alturas de la tierra» (Am 4,13).

Fueron acaso razones políticas las que aconsejaron a Salomón a desplazarse a Gabaón, por mirar las tribus del norte con recelo el centralismo de Judá (SANDA). El número de sacrificios cruentos ofrecidos parece excesivo, si consideramos que en tales sacrificios la víctima era consumida totalmente por el fuego. Pero no parece fuera de lugar entender la expresión «mil holocaustos ofreció» *(oloth ya aleh)* de los sacrificios pacíficos, en los cuales parte de la víctima era consumida y otra servida a los que intervenían en el banquete sagrado. También el número crecido de víctimas puede significar la piedad y munificencia del rey.

Durante aquella fiesta, Dios habló a Salomón en sueños (Gén 20, 3-6; 31,10-11; 28,12-15). Deja entrever el texto que Salomón dormía en una de las dependencias del santuario, lugar propicio para recibir comunicaciones celestiales por residir Dios allí (Gén 28,10-11; 1 Sam 3,1ss). Agradecido Dios por tanto sacrificio, concedió a Salomón la gracia que le pidió. Discreta y juiciosa fue la petición que le hizo el monarca. Le concedió Dios un corazón que «entienda» *(leb shomeah)* (2 Sam 14,17), a fin de poder juzgar rectamente las causas del pueblo. Según las promesas de Dios a Abraham, el pueblo de Israel será incalculable, como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Tal vez el v.8 aluda al pecado de David al hacer el censo de la población (2 Sam 24,1-9) que estaba bajo sus dominios.

Fue proverbial la sabiduría de Salomón, que ya admiraban sus contemporáneos, israelitas y paganos (5,9-14; 10,1-10). La ciencia extraordinaria que poseía es de origen divino, es un don de Dios. De ahí que la tradición le haya atribuido los libros llamados sapienciales. Anota Dhorme que esta petición de bienes espirituales por parte del rey es única en la antigüedad semítica [2]. Los reyes de Babilonia y de Asiria pedían a sus dioses larga vida, seguridad nacional, un ejército invencible, país próspero, un poder duradero, etc. Da a entender Dios en su respuesta que también sus servidores de Israel le pedían preferentemente larga vida, derrota de los enemigos, grandes riquezas, gracias que también concedía Dios graciosamente a los que le servían (Deut 5,33; 11,9; 17,20). De vuelta a Jerusalén ofreció nuevos sacrificios, cruentos y pacíficos, en el santuario donde se albergaba el arca de la alianza (2 Sam 6,1-19). No convenía al rey indisponerse con los de Judá.

Juicio salomónico (3,16-28)

16 Vinieron por entonces al rey y se presentaron ante él
dos mujeres de mala vida. 17 Dijo una de ellas: «Escucha, mi
señor: Yo moraba con esta mujer en la misma casa y allí di

[2] *La religion assyrobabylonienne: ce qu'on demande dans la prière* (París 1910) 250-225; A. ALT, *Die Weisheit Salomos:* ThLZ 76 (1951) 139-144; R. BALGORNIE y SCOTT, *Salomon and the Beginnings of Wisdom in Israel:* VT (Suppl.) 3 (1955) 262- 279; M. NOTH, *Wewáhrungs von Salomon «Göttlicher Weisheit»:* VT (Suppl.) 3 (1955) 225-237.

a luz a un niño. 18 A los tres días dio también ella a luz un niño.
Habitábamos juntas, y ningún extraño había entrado en la
casa, no había allí más que las dos. 19 El hijo de esta mujer
murió una noche por haberse ella acostado sobre él; 20 y ella,
levantándose en medio de la noche, me quitó de mi lado a mi
hijo, mientras tu sierva dormía, y púsolo a su lado, dejando al
mío a su hijo muerto. 21 Cuando yo me levanté por la maña-
na para dar el pecho a mi hijo, halléle muerto; mas, mirándole
atentamente a la mañana, vi que no era mi hijo, el que yo ha-
bía parido». 22 La otra mujer dijo: «No; mi hijo es el que vive,
es el tuyo el que ha muerto». Y la primera replicaba: «No; tu
hijo es el muerto, y el mío el vivo». Y así disputaban en pre-
sencia del rey. 23 Tomó entonces el rey la palabra: «La una
dice: Mi hijo es el que vive, el tuyo ha muerto; y la otra dice:
No; es el tuyo el que ha muerto, y el mío vive»; 24 y añadió:
«Traedme una espada». Trajeron al rey la espada, 25 y él dijo:
«Partid por el medio al niño vivo, y dad la mitad de él a la una
y la otra mitad a la otra». 26 Entonces la mujer cuyo era el
niño vivo dijo al rey, pues se le conmovían todas las entrañas
por su hijo: «¡Oh señor rey, dale a ésa el niño, pero vivo; que
no le maten». Mientras que la otra decía: «Ni para mí ni para
ti: que le partan». 27 Entonces dijo el rey: «Dad a la primera el
niño vivo, sin matarle; ella es su madre». 28 Todo Israel supo la
sentencia que el rey había pronunciado, y todos temieron al
rey, viendo que había en él una sabiduría divina para hacer
justicia.

El autor sagrado cita un ejemplo en prueba de la sabiduría de Salomón. El relato tiene analogías con otras narraciones similares de la antigüedad. Gressmann señala veintidós [3], de lo cual no se sigue que el presente relato no sea histórico. Además, los hechos similares que se aducen son posteriores a nuestra época.

No se toleraban las meretrices en Israel (Deut 23,17), pero a menudo se camuflaban presentándose como sirvientas en los bares y casas de bebidas (Jos 1,17). El hombre que frecuenta una prostituta disipa sus bienes y pierde su vigor (Prov 29,3; 31,3), pero no comete un delito que la ley castigaba. Lo que prohíbe el citado texto del Deuteronomio es la prostitución sagrada de los dos sexos *(qadesh, qedesha)* (1 Re 14,24; 15,12; 22,47). El código de Hammurabi (§ 101-111) prohibía a las mujeres abrir cervecerías y aun entrar en ellas (MONTGOMERY).

Ministros de Estado (4,1-6)

1 Reinaba Salomón sobre todo Israel. 2 Los jefes que tenía
a su servicio eran: Azarías, hijo de Sadoc, sacerdote; 3 Elijoret
y Ajías, hijos de Sisa, secretarios; Josafat, hijo de Ajilud, cro-
nista; 4 Banayas, hijo de Joyada, mandaba el ejército; 5 Azarías,
hijo de Natán, superintendente; Zabud, hijo de Natán, era el
consejero del rey. 6 Ajisar, mayordomo del palacio; Adoniram,
hijo de Abdar, el prefecto de los tributos.

Con la prudencia y sabiduría que le caracterizaba emprendió Salomón la organización del reino. Entre los oficiales *(sarim)* reales se

[3] *Das salomonische Urteil:* «Deutsche Rundschau», 130 (1907) 211ss; J. G. FRAZER, *Folklore in the O. T.* (Londres 1918) t.2 c.11.

enumera en primer lugar al sacerdote Azarías, sobrino de Sadoc (2,35) por parte de su hijo Ajimas (1 Crón 6,9), para poner de relieve el matiz teocrático de su reino. Dos oficiales ejercían el cargo de secretario *(sofer)*; ambos eran hijos de Sisa (2 Sam 8,17). Algunos exegetas (De Vaux) ven en los nombres del padre y del hijo reminiscencias egipcias, deduciendo que pertenecían a una familia egipcia establecida en Jerusalén [1]. Josafat era *mazkir*, o sea archivero (Dhorme) o heraldo (De Vaux), jefe del protocolo e intermediario entre el rey y el pueblo. Entre los egipcios, el heraldo dirigía el ceremonial de palacio, introducía las audiencias, comunicaba las órdenes pertinentes al pueblo (Gén 20,14) y transmitía las órdenes reales; acompañaba al rey en sus desplazamientos, regulaba las etapas de viaje y velaba por la seguridad del monarca [2].

En el texto hebraico se mencionan Sadoc y Abiatar como sumos sacerdotes, pero sus nombres entraron en la lista de los funcionarios reales por influencia de los catálogos de los tiempos de David (2 Sam 8,16; 20,18-24). Por los buenos servicios prestados, Salomón recompensó a Natán nombrando a su hijo mayor, Azarías, superintendente y ministro de Hacienda; a Zabud, confidente y familiar suyo. Este título de «amigo del rey» (2 Sam 16,16) era muy apreciado en Israel en tiempos de los Macabeos (1 Mac 10,19). Ajisar ejercía el cargo de visir o primer ministro (Gén 43,16.19; 44,1). Adoniram, abreviado en Adoram en 2 Sam 20,24, era el prefecto de los tributos.

Las doce prefecturas (4,7-19)

**7 Tenía Salomón sobre todo Israel doce intendentes, que pro-
veían al rey y a su casa, cada uno durante un mes del año.
8 Sus nombres eran: Ben Hur, en la montaña de Efraím;
9 Ben Decar, en Maques, en Salebín, en Betsames, y Elón
hasta Betanán; 10 Ben Jesed, en Arubot; éste tenía también
Soco y toda la región de Jefer; 11 Ben Abinadad, que tenía
todas las alturas de Dor, estaba casado con Tafat, hija de Sa-
lomón; 12 Bana, hijo de Ajilud, tenía Tanac y Megiddo y
todo Betsán, que está cerca de Sartana, por debajo de Jezrael,
desde Betsán hasta Abelmejolá y más allá de Jocmeán; 13 Ben
Gaber, en Ramot Galaad, tenía los burgos de Jair, hijo de
Manasés, en Galaad, sesenta grandes ciudades muradas y con
cerrojos de bronce; 14 Ajinadab, hijo de Ido, en Majanaím;
15 Ajimas, en Neftalí, también casado con una hija de Salomón,
de nombre Basemat; 16 Bana, hijo de Jusi, en Aser Alot; 17 Jo-
safat, hijo de Farua, en Isacar; 18 Semeí, hijo de Ela, en Benja-
mín; 19 Guebar, hijo de Urí, en la región de Galaad, la tierra
de Seón, rey de los amorreos, y de Og, rey de Basán; para
esta región había un solo intendente.**

En el reinado de David habían las tribus mostrado su indiferencia por los intereses nacionales. Con el fin de conseguir una mayor

[1] *Titres et fonctionnaires égyptiens à la cour de David et Salomon:* RB 48 (1939) 394-405; H. Donner, *Der Freund des Königs:* ZAW 73 (1961) 269-277.

[2] De Vaux, *Les Institutions* 202-203; J. Begrich, *Sofer und Mazkir. Ein Beitrag zur inneren Geschichte des davidisch-salomonischen Grossreiches und des Königsreiches Juda:* ZAW 58 (1940-1941) 1-29; K. Galling, *Die Halle des Schreibers:* PJB 27 (1931) 51-57.

solidaridad en todo el reino, ideó Salomón la creación de doce prefecturas o distritos administrativos, al frente de los cuales colocó un gobernador *(nissib, nissabim)*. Las doce prefecturas no correspondían a los límites de las doce tribus, sino a los doce meses del año, debiendo cada una, y según la estación, proveer por turno a las necesidades de palacio, enviando harina, bueyes, ovejas, aves, frutas, etc., y cebada y paja para los caballos del rey. No eran arbitrarias las nuevas divisiones, que tendían a quitar las barreras políticas de tribu, nocivas para el interés de la nación. Parece que la división en doce prefecturas se aplicó solamente a las tribus del centro y del norte; Judá ocupaba un lugar *aparte*.

La nueva división administrativa se presenta en tres grupos: el primero (v.8-14) comprende el territorio de la montaña de Efraím, con las posesiones de la «casa de José», al otro lado del Jordán, y las ciudades cananeas incorporadas al reino; el segundo grupo (v.15-17) comprende las tribus del norte; el tercero (v.18-19), los territorios de Benjamín y de Gad.

El autor señala el nombre de los doce *nissabim*. Pero, a causa de estar deteriorado el documento que copió, no se ha conservado el nombre de los cinco primeros, dándose solamente el de sus padres. Sin embargo, las listas administrativas de Ugarit indican más bien que el uso del nombre patronímico era común para los miembros de determinadas familias que estaban al servicio del rey. A un hijo de Hur (Ex 17,10; 24,14) le tocó ejercer sus funciones en la montaña de Efraím (1 Sam 1,1; 9,4). Esta prefectura limitaba al sur con Baal Hasor, cerca de Bétel, y terminaba al norte en Abelmejolá, al mediodía de Betsán. Al frente del segundo distrito destinó Salomón a un hijo de Decar, que fijó su residencia en Maqas (quizá en el actual *el-Muheizin*, a quince kilómetros al occidente de Betsemes) (1 Sam 6,9). Al sur del Carmelo, limitando en su parte meridional con Afec y al oeste con el Mediterráneo, estaba el tercer distrito. El gobernador residía en Arubot, que acaso estaba en el lugar conocido hoy por *tell-el-Asawir*, a quince kilómetros al oriente de Cesarea. Al sur de Arubot estaba Soco (hoy *tell er-Ras*) (Jos 15,35; 1 Sam 17,1). En Jefer, territorio de la llanura de Sarón, pacían grandes vacadas pertenecientes a la familia real (1 Crón 27,29). Al norte de esta prefectura se extendía la de Dor, entre *Nahr ez-Zerqa*, al sur, y la ciudad de Haifa, al norte. Las famosas ciudades cananeas de Tanac, Megiddo (Jos 12,21; 17,11; Jue 1,27), Jibleam y Betsán (Jos 17,11.16; Jue 1,27) entraban en el distrito gobernado por Bana, que residía en el palacio salomónico de Megiddo. Al otro lado del Jordán, en el país de Tob, Makir y Basán, vastos territorios regados por el Yarmuc y sus afluentes, se extendía la sexta prefectura, que tenía a Ramot Galaad por capital (Jos 20,8; 21,38). Al sur de la misma, limitando en su parte meridional con el Yaboc, estaba la prefectura de Majanaím (Jos 13,26; 21,38; 2 Sam 2,8). La octava, la del territorio de Neftalí, al noroeste del lago de Genesaret, se extendía desde un punto paralelo al extremo meridional del mismo hasta la gran curva que forma el *Nahr el-Litani*, al norte. A su lado occidental, en el territorio de Aser, se extendía la novena prefectura, que limitaba al

norte con *Nahr el-Qasimiye*. La décima, la de Isacar, limitaba al este con el Jordán y al oeste con Tanac y Megiddo. Al norte de Jerusalén, entre Bétel, al norte, y Jericó, al este, se extendía la demarcación de Benjamín. Finalmente, la duodécima hallábase en Transjordania, entre el Arnón y el Yaboc. Llama la atención que no figure Judá en esta lista, lo que ha parecido tan anormal a algunos exegetas, que incluso han modificado el texto para incluirla. Sin embargo, la tribu de Judá se menciona implícitamente, por ser «el país» que, según 4,19b, tenía al frente un gobernador particular; de la misma manera, en asirio, *matu*, el país, designa la provincia central del imperio [3].

Límites del reino (4,20-21)

20 Judá e Israel eran numerosos como las arenas que hay en
la orilla del mar, y comían, bebían y se alegraban. 21(5,1) Salo-
món señoreaba sobre todos los reinos desde el río hasta la tierra
de los filisteos y hasta la frontera de Egipto; todos le pagaban
tributo y le estuvieron sometidos todo el tiempo de su vida.

La paz reinaba en el interior y en las fronteras del reino; Israel multiplicábase de día en día, con una población numerosa como la arena del mar (Gén 22,17; Jos 11,4; 2 Sam 17,11, etc.); reinaba en el país un nivel de vida que engendraba alegría y bienestar; todo el mundo tenía lo suficiente para comer y beber (Ex 32,6; 1 Sam 30,16). El reino de Salomón se extendía desde el río Eufrates (Jos 24,2.4; Is 7,20; 8,7; Jer 1,18) hasta el Mediterráneo y Egipto (Núm 34,5; Jos 15,4). De Vaux traduce: «Pues dominaba sobre toda la Transeufratena—desde Tapsaco hasta Gaza—, sobre todos los reyes de la Transeufratena». Cree él que este verso ha sido añadido en período persa. *Tapsaco* o *Tipsah* es un vado, hoy *Dibseh*, en la ribera occidental del medio Eufrates. Propiamente no se extendía hasta el Eufrates el reinado de Salomón, pero puede interpretarse el texto en el sentido de que los arameos, que limitaban con el Gran Río, habían sido sometidos a tributo por David (2 Sam 8,6), continuando el mismo trato durante gran parte del reinado de Salomón.

En la edición masorética de Kittel, el capítulo 5 empieza en 4,21 de la Vulgata y los LXX. En el hebreo no se ha conservado el texto puro, invirtiéndose el orden de versículos. La continuación lógica de la lista de los prefectos es c.4 v.7.8.2.3, seguidos inmediatamente de v.20.21.24.25.

[3] *Les Institutions* I 208. Para un estudio más completo de las prefecturas véase ABEL, *Géographie* II,79-83; DESNOYERS, *Histoire* III,15-21; A. ALT, *Israels Gaue unter Salomon*: «Alttestamentliche Studien R. Kittel dargebracht» (Leipzig 1913) 1-19; W. F. ALBRIGHT, *The Administrative divisions of Israel and Juda*: JPOS 5 (1925) 17-54; F. PUZO, *La segunda prefectura salomónica*: EB 7 (1949) 43-73; A. ALT, *Menschen ohne Namen*: «Archiv Orientalni» 18,1-2 (1950) 9-24. El hecho de que seis prefecturas lleven el nombre de tribus (la 12 es llamada de Gad en los LXX), y las otras no, ha sugerido la hipótesis de que las dos clases de distritos reflejan un origen histórico diferente. Las primeras se ajustan virtualmente con las limitaciones asignadas a las tribus; las segundas corresponden a áreas cananeas conquistadas en tiempos del rey David. Salomón controlaba las comunicaciones que unían la Creciente Fértil con Egipto.

Opulencia real (4,22-28)

22(2) Consumía Salomón cada día treinta coros de flor de
harina y sesenta coros de harina común, diez bueyes cebados;
23(3) veinte bueyes de pasto y cien carneros, sin contar los cier-
vos, las cabras, los búfalos y las aves cebadas. 24(4) Señoreaba
toda la tierra del lado de acá del río, desde Tipsaj hasta Gaza,
y tuvo paz por todos lados en derredor suyo. 25(5) Judá e Israel
habitaban seguros, cada uno debajo de su parra y de su hi-
guera, desde Dan hasta Berseba, durante toda la vida de Salo-
món. 26(6) Tenía Salomón en sus caballerizas cuatro mil pese-
bres para los caballos de sus carros y doce mil caballos de silla.
27(7) Los intendentes proveían al rey Salomón y a cuantos se
sentaban a su mesa, cada uno un mes, sin dejar que nada faltara.
28(8) Hacían llegar también la cebada y la paja para los caba-
llos de tiro y de carrera allí donde se hallaran, cada uno según
las órdenes recibidas.

En confirmación de la grandeza de Salomón, refiere el autor sagrado los gastos de la casa real (Neh 5,17-18), incluyendo la guarnición de la capital. Diariamente consumíanse varios coros de harina (*koros* en griego; *kor*, *karru*, en asirio y babilónico), medida de capacidad para sólidos, correspondiente al *homer*. Cada *homer* equivalía aproximadamente a trescientos sesenta y cinco litros (Lev 27,16). Algunos (DE VAUX), basándose en el árabe, traducen la palabra *barburim* (aves cebadas) por *cucos*, que, según Plinio, tienen la carne muy sabrosa. Otros la traducen por *gansos*, *ánades*, que se cebaban, como demuestra un marfil de los siglos XII-XIII hallado en Megiddo. Dice el texto hebraico que disponía Salomón de cuarenta mil establos para sus caballos, cifra que 2 Crón 9,25 reduce a cuatro mil. Calculábanse tres caballos por carro. El Deut 17,16 prohibía al rey de Israel disponer de gran número de caballos. En 10,26 los carros a disposición del monarca son mil cuatrocientos. Cabe, pues, suponer que la tradición judía tendía a aumentar la gloria y magnificencia de Salomón multiplicando el número de sus carros, caballos y consumo diario. En las excavaciones practicadas durante los años 1928-1929 en Megiddo se descubrieron las cuadras de Salomón, que medían cincuenta y cinco metros de largo, veintidós de altura y cincuenta y cinco de ancho. Los dos grupos de cuadras descubiertas podían albergar unos cuatrocientos cincuenta caballos [4].

Proverbial sabiduría de Salomón (4,29-34)

29(9) Dio Yahvé a Salomón sabiduría y un gran entendi-
miento y anchura de corazón, como la arena que está a orillas
del mar. 30(10) La sabiduría de Salomón sobrepasaba la de
todos los hijos de Oriente y la sabiduría toda del Egipto.
31(11) Fue más sabio que hombre alguno; más que Etán el
ezraíta; más que Emán, Calcol y Dorda, hijos de Majol, y su
fama se extendió por todos los pueblos en derredor. 32(12) Pro-

[4] RB 41 (1932) 152.

firió tres mil parábolas, y sus cantos fueron mil cinco; [33(13)] disertó acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en el muro, y acerca de los animales, de las aves, de los reptiles y los peces. [34(14)] De todos los pueblos venían para oír la sabiduría de Salomón, de parte de todo los reyes de la tierra, a los que había llegado la fama de su sabiduría.

Es proverbial la sabiduría de los orientales, particularmente de los egipcios (Gén 41,8; Ex 7,11; Is 19,11). Cultivaban éstos la literatura sapiencial [5]. A Etán se atribuye el salmo 89, y a Hemán el 88. Los dos son descendientes de Zerak, hijo de Judá (Gén 38,30). Según 1 Crón 2,6, también descienden de Judá Calcol y Dorda [6]. Las máximas o *mashal* de Salomón fueron muchas; parte se conservaron por tradición oral y otras pusiéronse por escrito. No está fuera de lugar suponer que gran parte de las máximas que se encuentran en los Proverbios proceden de él. La tradición le ha atribuido los libros de la Sabiduría, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares. Para indicar la universalidad de sus conocimientos naturales se emplea la frase «desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en el muro» (Jue 9,15; 2 Re 14,9; Ex 12,22; Lev 14,4.6; Núm 19,6.18).

Alianza de Salomón con Hiram (5,1-9)

[1(15)] Hiram, rey de Tiro, mandó sus embajadores a Salomón cuando supo que había sido ungido rey en lugar de su padre, pues siempre había sido amigo de David. [2(16)] Salomón dijo a Hiram: [3(17)] «Tú sabes que David, mi padre, no pudo hacer casa para Yahvé, su Dios, por las guerras que tuvo en torno, hasta que Yahvé los puso bajo las plantas de sus pies. [4(18)] Ahora Yahvé, mi Dios, me ha dado la paz por todas partes; no tengo enemigos ni querellas, [5(19)] y quiero edificar a Yahvé, mi Dios, una casa, como se lo manifestó Yahvé a mi padre, diciendo: «Tu hijo, el que pondré yo en tu lugar sobre tu trono, edificará casa a mi nombre». [6(20)] Manda, pues, cortar para mí cedros en el Líbano; mis siervos se unirán a los tuyos y yo te daré lo que tú me pidas para el salario de los tuyos, pues bien sabes que no hay entre nosotros quien sepa labrar la madera como los sidonios». [7(21)] Alegróse mucho Hiram cuando oyó las palabras de Salomón, y dijo: «Bendito Yahvé, que ha dado a David un hijo sabio sobre ese gran pueblo». [8(22)] Y mandó a Salomón esta respuesta: «He oído lo que me has mandado a decir. Haré lo que me pides en cuanto a la madera de cedros y cipreses. [9(23)] Mis siervos los bajarán del Líbano al mar y

[5] H. DUESBERG, *Les Scribes Inspirés* I (Maredsous 1938) 21-124. Son célebres las «máximas de sabiduría» de Amen-em-opé, que presenta coincidencias con el libro de los Proverbios (E. DRIOTON, *Le Livre des Proverbes et la Sagesse d'Aménémopé*: «Sacra Pagina» [París-Gembloux 1959] vol.1 229-241).

[6] Etán era miembro de una familia cananea. La Biblia le llama *ezraíta*, es decir, *aborigen*, y su nombre se lee en una lista de nombres del siglo XV descubierta en Ras Shamra. También Emán es un cananeo, porque el salmo 88 le llama ezraíta; su nombre se halla en Ras Shamra. Calcol es el nombre de una cantante del siglo XIII, adscrita al templo de Ptah, en la ciudad cananea de Ascalón; nos ha dejado su nombre bajo la forma de Kulkul en numerosos marfiles de Megiddo. Además, los nombres de Etán y Emán, con su terminación en *an*, que en semítico caracteriza el diminutivo, son propios de la onomástica cananea solamente en la época del Bronce reciente. Finalmente, los nombres de Calcol y Dorda se inspiran en nombres de flores y plantas, que en el antiguo Oriente son habitualmente usados por los músicos (A. ROLLA, *La Biblia ante los últimos descubrimientos* [Madrid 1962] 314).

yo los haré llegar en balsas hasta el lugar que tú me digas. Allí se desatarán, y tú los tomarás, y cumplirás mi deseo proveyendo de víveres a mi casa».

En el texto de los LXX, en la Vulgata y en algunos manuscritos hebraicos empieza aquí el capítulo quinto. Como su padre había pedido a Hiram (2 Sam 5,11) maderas de cedro para su palacio, también Salomón se dirige al monarca fenicio para que le mande maderas de cedro y de ciprés. Según Flavio Josefo *(Ant. Iud.* 8,31; *Cont. Apion.* 1,18), Hiram sucedió en el trono a su padre Abibaal y reinó treinta y cuatro años, a saber, desde 979 hasta 945 (KUGLER). En la cronología de los reyes de Judá se calcula que Salomón reinó desde 970 hasta 930, coincidiendo parte de su reinado con el de Hiram. No se excluye la posibilidad de que David, en vez de tratar directamente con Hiram, lo hiciera con el padre, de nombre Abibaal (1 Crón 14,1), con lo que se armonizan los datos cronológicos bíblicos y los de la historia universal. El nombre del rey de Tiro es conocido en la Biblia bajo tres formas: Hiram, Hirom (1 Re 5, 10.22) y Huram (en los libros de las Crónicas). El nombre es una abreviación de *Ahi-ram*, que significa *mi hermano* (el dios Baal) *es elevado*, forma que se ha conservado en la inscripción fenicia del siglo XIII a.C. sobre el sarcófago de Hiram, rey de Biblos. El rey fenicio emprendió grandes obras encaminadas al engrandecimiento de Tiro, que en tiempos de David y de Salomón era la ciudad principal de Fenicia.

Había en el Líbano un bosque inagotable de cedros que se exportaban a una y otra nación para la construcción y amueblamiento de edificios suntuosos. El egipcio Wenamón dejó escrito el diario de un viaje desde Tebas a Biblos, hacia el año 1100, con el fin de comprar planchas de cedro destinadas a la construcción de la barca sagrada del dios Amón. Teglatfalasar I cortó cedros del Líbano para los templos de Anu y Adad (PRITCHARD, 25-29.274). David utilizó para su palacio maderas de cedro; Salomón quiso que en el templo de Yahvé se emplearan maderas de cedro, abeto o ciprés *(berosh)*.

El contrato entre Hiram y Salomón remonta a la unción de éste por rey de Israel. A la felicitación de Hiram responde Salomón que su padre David abrigaba el deseo de levantar un templo a Yahvé, que no pudo realizar a causa de no habérsele dado la oportunidad de poner a sus enemigos bajo la planta de sus pies (Jos 3,13; 4,18); expresión que se inspira en la costumbre de poner el vencedor su pie sobre el cuello del rey vencido. Basándose en lo que se dice en Deut 12,10, cree Salomón que ha llegado el momento en que, obtenida la paz dentro y fuera de las fronteras, ponga él en práctica el proyecto de un templo nacional. Encarga a Hiram que corte maderas de cedro, proponiéndole el envío de obreros israelitas para ayuda de los sidonios en el corte y arrastre de la madera. El nombre de sidonios aplicábase frecuentemente a todos los habitantes de la costa fenicia (11,5; 16,31). Ajustándose a la mentalidad de su tiempo, reconoce Hiram que Israel está bajo la protección de Yahvé, dueño y señor de Palestina, como Baal-Melqart

lo era de Fenicia [1]. En cuanto al transporte de la madera, Hiram propone, como más económico y fácil, la utilización de la vía marítima, embarcando el material en los diversos puertos de Fenicia y desembarcando en Jafa (2 Crón 2,15), desde donde sería arrastrada hasta Jerusalén, distante unos sesenta y ocho kilómetros.

La empresa, en marcha (5,10-18)

10(24) Hiram facilitó a Salomón cuanta madera de cedro y de
ciprés quiso éste; 11(25) y Salomón daba a Hiram veinte mil co-
ros de trigo para el mantenimiento de su casa y veinte mil batos
de aceite de olivas molidas. Esto es lo que cada año entregaba
Salomón a Hiram. 12(26) Yahvé dio a Salomón la sabiduría, como
se lo había prometido, y hubo entre Hiram y Salomón paz e
hicieron una alianza. 13(27) Salomón hizo en todo Israel una leva
de treinta mil hombres para el trabajo, 14(28) que enviaba al
Líbano. Diez mil por mes alternativamente, estando un mes
en el Líbano y dos en sus casas. El prefecto de estos trabajadores
obligados era Adoniram. 15(29) Tenía, además, Salomón setenta
mil hombres dedicados al transporte y ochenta mil cortadores
en el monte, 16(30) sin contar los principales jefes que había pues-
to Salomón al frente de las obras, en número de tres mil tres-
cientos, que mandaban a los grupos de trabajadores. 17(31) Man-
dó el rey traer grandes piedras escogidas para los cimientos de
la casa, y los carpinteros 18(32) y los canteros de Salomón y los
de Hiram cortaban con los guibalenses y labraban la madera
y la cantería para la casa.

Ambos reyes estipularon lo que anualmente, mientras duraran los trabajos, debía Salomón aportar al rey de Tiro, consistente en veinte mil coros *(homer;* cada coro equivalía a 365 litros) de trigo y veinte mil batos (el *bato* era la décima parte del coro) de aceite *kathith,* o sea, de olivas machacadas (Ex 27,20; 29,40; Lev 24,2). Según el texto hebraico, entregaba Salomón solamente veinte coros de aceite, cantidad ridícula. Los trabajos se hacen a base de prestaciones personales forzadas. Sobre los cananeos y extranjeros *(guer)* recayó principalmente esta carga, pero tampoco quedaron exentos de ella los hebreos (v.27-28). Treinta mil hombres, a las órdenes de Adoniram (4,6), trabajaron en esta magna empresa, turnándose en grupos de diez mil por mes, con el fin de permanecer una mensualidad en el Líbano y dos meses en casa para atender a sus respectivas ocupaciones. A este número cabe añadir otro muy crecido dedicado al transporte de la madera y a la extracción de bloques de piedra, labores que ejercían los extranjeros, sometidos a trabajos forzados (2 Crón 2,16). En las montañas de Judá se encuentran buenas canteras con piedras y mármoles de excelente calidad. Gran parte de los bloques de piedra para el santuario procedían probablemente de *mogaret el Kattan,* que Flavio Josefo [2] llama «cavernas de los reyes», junto a la actual puerta de Damasco de Jerusalén.

[1] A la mención de la madera de cedro añade Hiram la de *berosh,* palabra que los LXX traducen por *ciprés* y la Vulgata por *abeto:* «magis abietes quam cupressos significare» (San Jerónimo: PL 21,861). Flavio Josefo prefiere la traducción de *berosh* por ciprés *(Ant. Iud.* 8,2,7).

[2] *Ant. Iud.* 5,4,2.

Entre los obreros especializados se citan los guibalenses, oriundos de la ciudad de Gebal, la antigua Biblos (Jos 13,5; Ez 27,9). En cuanto al número de trabajadores e inspectores, no van acordes los textos bíblicos de los libros de los Reyes y de las Crónicas, debido al mal estado de la tradición textual referente a los números.

Construcción del templo de Jerusalén

Este hecho tiene una importancia extraordinaria en la historia de Israel. Todos los santuarios particulares (Bétel, Gabaón, Rama) perdían con el nuevo templo su importancia. En tiempos de David llegóse a una unificación nacional política y administrativa, dejándose subsistir por razones diplomáticas el santuario de Gabaón, al lado del de Jerusalén. Al levantar Salomón el templo de Yahvé, lograba la unificación cultural y religiosa, no permitiéndose en adelante ofrecer sacrificios fuera de Jerusalén (Deut 12,5). El pecado mayor de las tribus del norte fue contravenir esta disposición sobre el santuario. Después del exilio, los judíos de Egipto levantaron un templo en Elefantina, y más tarde (siglo II a.C.), otro en Leontópolis. Pero estas tentativas de escisión fueron siempre condenadas en Israel.

Levantóse el edificio al norte de la ciudad de David, en los terrenos de una antigua era perteneciente al jebuseo Areuna (2 Sam 24,20ss), llamado también Orna (2 Crón 3,1). El altar de los sacrificios se levantaba sobre la llamada Roca Santa, que ocupa el centro de la rotonda de la actual mezquita de Omar. Para otros, el santo de los santos estaba emplazado en el lugar que ocupa la mencionada Roca.

Toda la presente narración presenta graves dificultades textuales, debidas a la corrupción del texto masorético y a las diferencias existentes entre éste y la versión de los LXX, con todas sus recensiones. El texto original no se ha conservado en el mismo orden que tenía originalmente; lo que ha dado lugar a interrupciones, a relatos ilógicos y a frases ininteligibles. Damos a continuación el orden de los versículos tal como se cree estaban en el texto primitivo: 1.2.19.16b.17.20a.3-10.15.16a.18.29.21.20b.22.30.23a.26.23b. 24-25.27.28.31-36.11-14.37-38.

Indicación cronológica (6,1)

1 El año cuatrocientos ochenta después de la salida de los hijos de Israel de Egipto, el cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel, el mes de Ziv, que es el segundo mes, comenzó a edificar la casa de Yahvé.

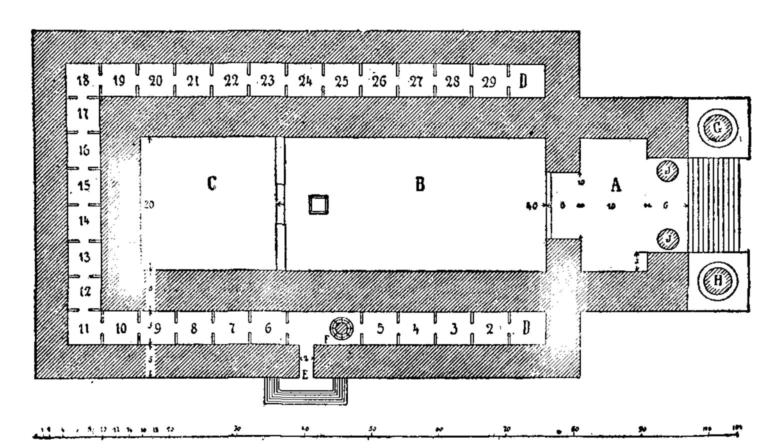
El texto masorético afirma que la obra del templo dio comienzo el año 480 después de la salida de Egipto, correspondiente al cuarto año del reinado de Salomón. Esta última fecha se encuentra también en la Vulgata y en la versión de Símmaco. Los LXX reducen los años a 440; Flavio Josefo los hace remontar a 592. Pero cabe preguntar: ¿En qué fecha tuvo lugar la salida de los israelitas de

Egipto? Ya hemos visto en la introducción al libro de Josué que existen dos hipótesis principales: una que pone el éxodo hacia los años 1440 a.C.; una segunda señala el siglo XIII, en tiempos de la XIX dinastía. Los partidarios de la primera hipótesis hallaban el argumento principal en nuestro texto al decir que tan grande acontecimiento tuvo lugar el año cuarto del reinado de Salomón. Ahora bien, este año coincide aproximadamente con 968, lo que sugiere el año 1445 como fecha del éxodo. Pero es éste un argumento frágil por tener el número 480 carácter simbólico, como puso de relieve el P. Lagrange [1]. En definitiva, el número 480 debe considerarse como dato cronológico «accidental y precario» [2]. El mes segundo es llamado Ziv, nombre fenicio y cananeo, y corresponde al segundo mes de la primavera (marzo-abril).

Dimensiones del templo y ventanas (6,2-4)

2 Tenía la casa que Salomón edificó a Yahvé sesenta codos de largo, veinte de ancho y treinta de alto. 3 El vestíbulo (ulam), delante del templo (hecal) de la casa, era de veinte codos de largo, el ancho de la casa, y diez de fondo por delante de la casa. 4 Hizo en la casa ventanas enrejadas.

El templo era un edificio rectangular, construido en dirección este-oeste, que se dividía en tres partes principales: el vestíbulo o pórtico *(ulam)*, una grande sala *(hecal)*, lugar que más tarde se



Planta del templo (Gressmann)

llamó convencionalmente «el santo», y el santuario íntimo *(debir)*, o «santo de los santos».

El pórtico (LXX, *ailam*, Ez 40,7, del babilonio *ellamu* = que está delante) comprende la parte anterior del templo propiamente

[1] *Juges* p.XXXIV.
[2] L. H. VINCENT: RB 48 (1939) 282 nota.

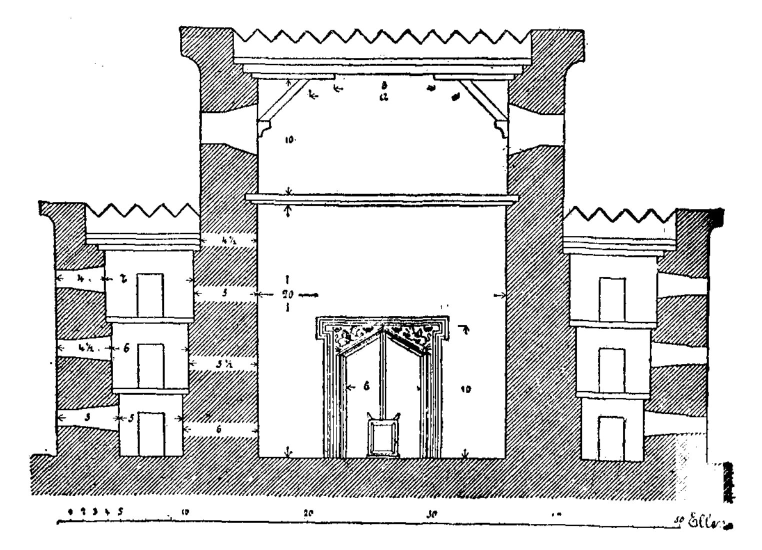
dicho. Medía 20 por 10 codos, o sea, 11 metros de ancho por 5,50 de largo; se desconoce su altura, creyéndose que la cifra de 120 codos de alto que señala 2 Crón 3,4 está equivocada. Se entraba al *ulam* o pórtico por una doble puerta.

Del *ulam* se pasaba al *hecal (heikal*, del babilónico *ekallu*, palacio; *e-gal* = casa grande en sumero) por una doble puerta de madera de ciprés (v.33). Era ésta la gran sala donde se desarrollaba el culto y los sacerdotes sacrificaban las víctimas. Medía 40 codos de largo, 20 de ancho y 30 codos de altura; en total, unos 15 metros cuadrados. Las medidas se dan en codos, cuyo valor preciso no puede determinarse; lo único que se puede afirmar es que el codo equivalía a algo más de medio metro. Existían el llamado codo menor, correspondiente a 45 centímetros, y el mayor, que se utilizaba en las grandes construcciones sagradas, a 55 centímetros.

En el v.4 aparece la palabra *shekufim*, que deriva de una raíz verbal que significa *mirar desde lo alto*. Estas ventanas hallábanse en la parte superior del muro del santo y tenían la finalidad de alumbrar y permitir la renovación del aire de la gran sala del culto. Galling supone que se abrieron ventanas tanto en los muros que daban sobre la puerta como en los laterales. Las ventanas estaban provistas de rejas.

Cámaras laterales (6,5-10)

5 Levantó un edificio lateral en torno del «hecal» y del «debir», haciendo cámaras laterales todo en derredor. 6 El piso inferior era de cinco codos de ancho; el de en medio, de seis codos de ancho, y el tercero, de siete codos, pues había hecho retallos



Sección transversal del templo (Gressmann)

en el muro por fuera para no tener que empotrar en los muros.
7 Cuando se construyó la casa, hízose de piedras ya labradas,
de modo que durante la edificación no se oyó allí el golpe del
martillo, ni el del pico, ni de ningún otro instrumento de hierro.
8 La puerta de entrada a las habitaciones del piso inferior estaba
al costado derecho de la casa, y por un caracol se subía al del
medio y de éste al tercero. 9 Cuando hubo acabado de edificar
la casa, la cubrió con artesonado de cedro. 10 A cada uno de los
pisos de habitaciones que rodeaban la casa les dio cinco codos
de altura y los unió a la casa con vigas de cedro.

Junto a las paredes del *hecal* y del *debir* se construyeron cámaras para alojar el personal al servicio del templo. En el v.5 aparece por primera vez el término *debir*, que designaba el lugar llamado santísimo *(sancta sanctorum)*. San Jerónimo, siguiendo a Aquila y Símmaco, traduce la palabra por *oraculum*, aunque muestre preferencia por *locutorium* (PL 26,476), derivándola de *dabar* = hablar. Pero el término *debir* viene de la raíz *dbr* = lo que está detrás. Parece que del *hecal* se entraba al *debir* subiendo un escalón. Ninguna ventana iluminaba el lugar, cerrado por una puerta que raramente se abría. En realidad habitaba Yahvé en la oscuridad (8,12).

Después del v.7 vuelve el texto a ocuparse de las habitaciones de los alrededores del templo señalando la entrada a las mismas. La puerta de entrada de la planta baja se encontraba al «costado derecho», es decir, al sur. Por unas escaleras *(lubim)* internas o externas, en forma de caracol, se subía a las habitaciones del primero y segundo piso. En el v.10 se señala la altura de este edificio, correspondiendo a cada piso una equivalente a 2,70 metros, siendo la altura total de 8,50. Por encima de estas edificaciones laterales divisábase el muro del *hecal* y del *debir*, que las sobrepasaba en algunos metros. Se cree comúnmente que estos edificios, además de servir de alojamiento a los sacerdotes y empleados del templo, eran utilizados para almacenes, depósitos, etc.

Manifestación divina (6,11-13)

11 Entonces dirigió la palabra Yahvé a Salomón, diciendo:
12 «Tú estás edificando esta casa. Si guardas mis leyes y pones
por obra mis mandamientos, y guardas y observas todos mis
preceptos, yo cumpliré contigo mi palabra, la promesa que
hice a David, tu padre, 13 y habitaré en medio de los hijos de
Israel y no abandonaré a mi pueblo, Israel».

Esta perícopa está desplazada de su contexto. En el curso de la obra parece que Dios quiere animar a Salomón a terminarla. Con expresiones que se inspiran en Lev 18,4; 26,11, y sobre todo en Deut 11,22; 19,9; 28,9, le recuerda que no basta el templo material para obligar a Dios a fijar su morada en medio del pueblo y a comprometerse a defenderlo de sus enemigos, siendo necesario guardar sus leyes, practicar sus mandamientos y cumplir todos y cada uno de los preceptos. Entonces cumplirá también Dios lo que

prometió a David, su padre, por medio del profeta Natán (2 Sam 7, 13-15). Esta perícopa parece ser una glosa; no se halla en la versión griega.

Ornamentación interior (6,14-22)

14 Así, pues, edificó Salomón la casa y la terminó. 15 Revistió
Salomón los muros de la casa al interior con planchas de cedro,
desde el suelo hasta el techo, revistiendo así de madera todo
el interior; y el suelo lo revistió de planchas de ciprés. 16 Revistió
también de planchas de cedro los veinte codos del fondo de la
casa, desde el suelo, todo lo alto de los muros, reservando este
espacio para el «debir». 17 Los cuarenta codos de delante cons-
tituían el «hecal» delante del «debir». 18 El revestimiento interior
del cedro iba tallado por entalladuras de flores abiertas y en bo-
tón, y todo era cedro, sin que se viera nada de piedra. 19 Dispuso
dentro, en lo más interior de la casa, el «debir» para el arca de la
alianza de Yahvé. 20 El «debir» tenía veinte codos de largo, veinte
codos de ancho y veinte de alto, y lo revistió de oro purísimo.
Hizo un altar de madera de cedro 21 para delante del santuario,
y lo recubrió de oro puro. 22 Toda la casa la recubrió de oro
puro de arriba abajo, y recubrió también de oro todo el altar
que estaba ante el santuario (debir).

Los muros del interior fueron recubiertos con planchas de cedro, empleándose la madera de ciprés para la pavimentación. En el interior no eran visibles las piedras de los muros. Ya hemos dicho que del *hecal* se entraba en el *debir*, la parte posterior del edificio, lugar santísimo, que medía 10,50 metros de largo, ancho y altura. En este lugar santísimo, oscuro y en forma de cubo, debía colocarse el arca de la alianza, dentro de la cual se conservaban las tablas donde estaban escritas las condiciones de la alianza de Yahvé con su pueblo. En el *debir*, lugar santísimo (Ex 26,33), residía la divinidad. El acceso a este lugar se hacía a través de una puerta de dos hojas, de madera de olivo (v.31). Todo su interior estaba revestido de oro. Delante de la puerta, al exterior, se levantó el altar de los perfumes (Ex 30,31-36), de madera de cedro. En Hebr 9,4 se coloca en el interior del *debir*. No tenía entonces el oro el valor que ha alcanzado hoy; los doradores empleaban hojas de oro, que aplicaban sobre la superficie.

Los querubines (6,23-28)

23 Hizo en el santuario dos querubines de madera de olivo.
La altura de uno era de diez codos, e igualmente de diez codos
la del otro. 24 Cinco codos era el largo de una de las alas del
querubín y cinco el de la otra, haciendo en todo diez codos,
desde la punta de una ala hasta la punta de la otra. 25 El segundo
querubín tenía también diez codos. 26 La medida y la forma eran
las mismas para ambos querubines. 27 Puso los querubines en
medio de la casa, en el espacio interior. Tenían las alas desple-
gadas, y la punta del ala del primero tocaba al uno de los muros

y la punta del ala del segundo al otro muro, tocándose una a
otra las otras dos alas en el medio de la casa. [28] **También cubrió**
de oro los querubines.

En el *debir* ocupaba un lugar destacado el arca de la alianza, sobre cuyas extremidades había dos querubines de oro con las alas extendidas (Ex 25,18-22; 37,8-9; Núm 7,89; 2 Crón 3,10-13). Además de éstos, se modelaron otros dos con madera de olivo salvaje *(shemen)*, de 5,25 metros, cuya configuración externa correspondía probablemente a cuadrúpedos alados con cabeza humana. Las grandes alas desplegadas de los querubines ocupaban toda la anchura del *debir*, en cuyo centro estaba el arca.

La palabra *querubín* viene del acádico *karabu* = bendecir, y particularmente del participio *karibu*, que era el término técnico para designar una divinidad de segunda categoría que intercedía por los hombres delante de los dioses supremos. Los querubines que se mencionan en la Biblia tienen diversas misiones. Los dos querubines del arca, que con sus alas desplegadas tapaban el *capporeth*, el propiciatorio, crearon la expresión bíblica de que Dios habla en medio de dos querubines (Ex 25,18-20; 37,8). Significan ellos la presencia de Dios, que tiene su «trono sobre los querubines» (1 Sam 4,4; 2 Sam 6,2; Is 37,16; Sal 80,2; 99,1). Con estos dos querubines pueden relacionarse los de madera de olivo colocados en el *debir*, «de pie y con los rostros vueltos a la entrada de la casa» (2 Crón 3,13), considerados como guardianes y custodios del santuario. La misión de los querubines bíblicos coincide en líneas generales con la que tenían en la antigüedad pagana. Los querubines alados del cenotafio de Setis I tienen mucho parecido con los querubines del arca. De la misma manera pueden éstos relacionarse con los dos genios que, uno frente a otro, de pie o de rodillas, se ven en los muros exteriores del *naos*, o cofre sagrado de los templos egipcios, y también con los cuatro dioses que con los brazos abiertos y alas desplegadas protegen el sarcófago de Tutankamon.

Pero, aunque existan analogías externas entre los querubines paganos y los bíblicos, sin embargo, cabe tener presente que estos últimos son de género indefinido, en tanto que en Egipto se habla de genios masculinos y femeninos. En la Biblia no se les rinde culto; están al servicio de Dios, sujetos a El y simbolizando su presencia. Su misión primaria es atestiguar que Dios está allí presente. Ningún atributo divino se les reconoce; no se les adora ni se les considera como protectores o mediadores entre Dios y los hombres. Los querubines son humildes servidores del Dios de Israel. La tradición les concederá un lugar entre la jerarquía angélica. Concretándonos a los querubines del arca, puede admitirse que los israelitas, en contra de la ley que les prohibía hacer imágenes y figuras (Ex 20,4; Deut 5,8), los representaron inspirándose en los *karibi* de Egipto, que, a su vez, fueron importados de Mesopotamia. Su misión principal en el templo era la de simbolizar la presencia divina y custodiar el lugar sagrado [3].

[3] P. Dhorme-H. Vincent, *Les Cherubins:* RB 35 (1926) 328-258.481-495; J. Trinquet, *Kerub, Kerubim:* DBS 161-186. Sobre el arca: H. Gressmann, *Die Lade Yahves und das Allerheiligste des Salomonischen Tempels* (1920); G. H. May, *The Ark. A Miniature Temple:* «The American Journal of Semitic Languages and Literatures», 52 (1936) 215-234; W. F. Albright, *What were the Cherubim?:* BA 1 (1938) 1-3.

Muros y pavimentos (6,29-30)

[29] **Hizo esculpir todo en torno de la casa, en los muros, por**
dentro y por fuera, querubines, palmas y guirnaldas de flores.
[30] **También recubrió de oro el piso de la casa, lo mismo en el**
espacio interior que en el exterior.

En torno de la casa, en los muros del *debir* (interior) y del *hecal* (exterior), hizo «grabados de esculturas», que representaban querubines, palmas y guirnaldas de flores. La misma decoración se empleó en las hojas de las puertas (v.32.35). Conforme al estilo de los tiempos (v.22.30; 2 Crón 3,5-7), cabe admitir exageraciones hiperbólicas en el uso del oro, aunque no le faltaba este metal a Salomón (10,14-15).

Puertas y atrio (6,31-36)

[31] **A la entrada del santuario (debir) hizo una puerta de dos**
hojas, de madera de olivo, y el dintel y las jambas eran de cinco
esquinas... [32] **Las dos hojas eran de madera de olivo y talladas**
con entalladuras de querubines, palmas y botones de flores;
y todo, querubines, palmas y botones de flores, cubierto de
oro. [33] **Hizo igualmente para las puertas de entrada del templo**
(hecal) postes de madera de olivo cuadrados. [34] **Ambas puertas**
eran de madera de ciprés, de dos hojas giratorias la una y de
dos hojas giratorias la otra. [35] **Hizo esculpir en ellas querubines,**
palmas y botones de flor, y todo lo recubrió de oro. [36] **Hizo**
también el atrio interior, de tres órdenes de piedras labradas,
y uno de vigas de cedro.

La puerta del *debir* era de madera de olivo silvestre, y el dintel tenía forma angular. La puerta del *hecal* era cuadrangular, de madera de ciprés, con dos hojas giratorias, lo que permitía a los sacerdotes la entrada para el servicio cotidiano sin necesidad de abrir todo el portal. Fuera y alrededor del templo había un atrio cuadrangular (Ex 27,29), que, en oposición a otro mayor, llamóse atrio *(haser)* interior o sacerdotal (2 Crón 4,9). En medio estaba el altar de los holocaustos, y a los lados lo necesario para los ritos sacrificiales. Nos lo podemos representar como un cercado con un muro semejante a los otros, de tres hiladas de piedra y una de vigas de cedro para mayor consistencia [4].

[4] Sobre el templo: L. H. Vincent, *La description du temple de Salomon:* RB 16 (1907) 515-542; G. Contenau, *Manuel d'Archéologie Orientale* III (París 1931) 1379-1383; A. G. Barrois, *Manuel d'Archéologie biblique* II (París 1953) 436-443; A. Parrot, *Le Temple de Jérusalem* (Neuchâtel-París 1954); G. E. Wright, *Solomon's Temple Resurrected:* BA 4 (1941) 17-31; Id., *The Temple of Solomon:* BA 7 (1944) 73-77.

Duración de los trabajos (6,37-38)

37 El año cuarto, el mes de Ziv, quedaron puestos los cimientos de la casa de Yahvé; 38 y el año undécimo, el mes de Bul, que es el octavo mes, estaba terminada en todas sus partes y con todo lo necesario. La construyó en el espacio de siete años.

Empezada la obra en el mes segundo *(Ziv)* del cuarto año de Salomón, fue acabada en el mes de *Bul* (octubre-noviembre) del año 11, de lo que se desprende que los trabajos duraron exactamente seis años y medio. En el texto se emplea una cifra redonda, de valor altamente simbólico. De lo dicho se deduce que la construcción procedió lentamente. No deben urgirse demasiado las analogías del mismo con los templos de Egipto y de Mesopotamia. El ideal sería disponer de un templo fenicio del siglo x a. de C.; pero hasta el momento no ha aparecido ninguno. Algunos invocan el santuario de Tainat (siglo IX), en la Siria septentrional, entre Alepo y Antioquía, en que figura la división tripartita del edificio sagrado con dos columnas en su parte delantera. Presenta analogías con el templo cananeo encontrado en Jasor.

El palacio de Salomón (7,1-12)

1 También edificó Salomón su casa, durando trece años la edificación, hasta que estuvo completamente terminada. 2 Construyó la casa «Bosque del Líbano», de cien codos de largo, cincuenta codos de ancho y treinta codos de alto, sobre tres filas de columnas de cedro y capiteles de cedro sobre las columnas. 3 Estaba cubierta de tablones de cedro, arriba, sobre arquitrabes que se apoyaban en las cuarenta y cinco columnas, quince columnas en cada hilera; 4 pues había tres naves y en cada una de ellas ventanas, que se correspondían unas enfrente de otras. 5 Todas las puertas y ventanas eran cuadradas, y en las tres naves se correspondían unas a otras. 6 Hizo además un pórtico de columnas de cincuenta codos de largo y treinta de ancho, y delante de éste, otro pórtico con columnas y gradas delante de él. 7 Hizo asimismo el salón del trono, donde juzgaba; el pórtico de la justicia, cubriéndolo de cedro desde el suelo hasta el techo. 8 Del mismo modo fue construida la casa donde había de habitar, en otro patio, detrás del pórtico. Hizo también otra casa habitación, de obra semejante a la del pórtico, para la hija del Faraón, que había tomado por mujer. 9 Para todas estas construcciones se emplearon grandes piedras, que habían sido cortadas con la sierra, a la medida, por el lado de dentro y el de fuera, y esto desde los cimientos hasta las cornisas, y asimismo en el exterior, hasta el gran atrio. 10 Los cimientos eran de excelentes y muy grandes piedras de diez y de ocho codos. 11 De ahí arriba se emplearon también excelentes piedras cortadas a la medida y madera de cedro. 12 En el gran atrio había todo en torno tres órdenes de piedras labradas y uno de vigas de cedro. Lo mismo que en el atrio interior de la casa de Yahvé, así también en el atrio de la casa real.

Entre el relato de la construcción del templo y la enumeración de los utensilios empleados para los sacrificios se intercala la noticia

sobre la construcción del palacio salomónico. La descripción del edificio es somera e incompleta. Se hace solamente hincapié en la parte palaciega llamada «Bosque del Líbano», en el vestíbulo y salón regio. En la obra se invirtieron unos trece años. Todos los edificios descritos levantábanse en la zona sur de la explanada del templo, a continuación de la ciudad de David.

La casa del «Bosque del Líbano» *(beth yaar halebanon)* se llamaba así por sus muchas columnas de cedro, que daban la impresión de una selva de cedros del Líbano. Medía algo más de 68 por 26 metros, iluminada por tres series de ventanas. Tres hileras de quince columnas sostenían las habitaciones y el techo del edificio, que tenía una altura total de 15 metros. En su estructura, los artífices se inspiraron en los famosos atrios de Egipto, especialmente en la gran sala del templo de Karnac. Los LXX hablan de tres series de cuarenta y cinco columnas cada una, lo que elevaría el número total de las mismas a ciento treinta y cinco, igual que en el mencionado templo de Karnac. En la gran sala celebrábanse las fiestas, servía de arsenal y se guardaban los quinientos escudos de oro de la guardia real (10,16-17; Is 22,8). Delante de la sala había un pórtico, que el texto describe someramente [1].

En el salón del trono, o sala de justicia *(elam hakisse)*, dirimía Salomón las cuestiones judiciales. Sus paredes estaban recubiertas de madera de cedro desde el suelo hasta el techo, o, como dice el texto masorético, «desde el suelo hasta el suelo». En el v.8 se cita la habitación privada de la familia real; la casa de la reina, la hija del Faraón (3,1; 9,16-24). El texto sagrado no especifica la causa de otorgar esta distinción a la esposa egipcia; acaso fuera por escrúpulos religiosos de la princesa o porque se creía superior a las otras esposas reales, pero no parece que se le diera el título de *guebira*, como a la reina madre, Betsabé (2,19).

Para estos edificios empleáronse materiales nobles. Las piedras eran *eben yeqarah* (que en asirio reciben el nombre de *abun aqartu*, piedras caras) (5,31), grandes bloques cortados a medida o según «las medidas de la talla». Las piedras se serraban tanto en la parte exterior, visible, como en la interior. Se desconoce la naturaleza de esta sierra *(meguerah)*. En los fundamentos se colocaron enormes bloques de cerca de seis por cinco metros. El gran atrio *(haser haguedolah*, 7,9.12) rodeaba toda el área en la que se levantaba el templo y el palacio, abarcando en parte la gran explanada que los árabes conocen por *Haram es-Sherif*, de forma trapezoidal.

[1] L. H. VINCENT, *Une antichambre du Palais de Salomon:* RB 14 (1905) 258-265; C. WATZINGER, *Denkmäler Palästinas* I (Leipzig 1933) 95-99.

El artífice de Tiro (7,13-14)

13 Trajo Salomón de Tiro a Hiram, hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y de padre natural de Tiro, que trabajaba el bronce. 14 Estaba Hiram lleno de sabiduría, de entendimiento y de conocimiento para hacer toda suerte de obras de bronce; y vino al rey Salomón, y fue quien hizo para él toda la obra.

El artífice recibió el nombre de Hiram (2 Crón 2,12-13) por parte de su padre adoptivo, por pertenecer por su madre a la tribu de Neftalí. Habiendo quedado viuda su madre, emigró con el hijo a Tiro, en donde se casó de nuevo con un hombre del país, obrero especializado en trabajar el bronce y maestro insigne de su hijo adoptivo. Este alcanzó gran fama en Tiro, siendo considerado como el artífice más capacitado y completo de sus dominios. Dios tenía destinado para el nuevo templo un artífice de la talla de Beseleel (Ex 31,3-4). La nacionalidad de la mayoría de los artífices del templo y del palacio explican en parte el origen y naturaleza de algunas decoraciones.

Las dos columnas de bronce (7,15-22)

15 Fundió dos columnas de bronce. Tenía cada una dieciocho codos de alto, y un hilo de doce codos era el que podía rodear a cada una de las columnas. 16 No eran *macizas, sino huecas;* el grueso de sus paredes era de cuatro dedos. Fundió capiteles de bronce para encima de las columnas, de cinco codos de alto el uno y cinco codos de alto el otro. 17 Hizo para los capiteles de encima de las columnas reticulados y trenzados, de trenzas a modo de cadenas, uno para cada capitel. 18 Hizo granadas *todo en derredor del reticulado y el trenzado en dos filas,* 19 y para cubrir el capitel que estaba sobre una de las columnas hizo lo mismo que para el capitel de la otra. Los capiteles eran por arriba de forma de flor de loto y tenían cada uno cuatro codos. 20 Había en cada capitel sobre las columnas doscientas granadas alrededor de dos órdenes en lo alto de cada capitel, junto al trenzado. 21 Alzó las columnas delante del atrio del templo. Alzó la primera al lado de la derecha, y la llamó Jaquín; luego la del lado de la izquierda, y la llamó Boaz. 22 Así terminó la obra de las columnas.

Las dos columnas de bronce estaban delante del pórtico (v.15-22; 2 Re 25,17; 2 Crón 3,15-17; 4,12-13; Jer 52,17-23), a ejemplo de los obeliscos que se levantaban delante de los templos egipcios y de Fenicia (Korsabad, Tiro, Hierápolis). Se les ha equiparado a dos gigantescos candelabros [2] o a dos indicadores permanentes para el cálculo de los equinoccios [3]. Otros les dan un significado simbólico: dos columnas entre las cuales el sol se levanta al este; «árboles de

[2] W. F. Albright, *Two Cressets from Marisa and the Pillars of Jachin and Boaz:* BASOR, 85 (1942) 18-27; H. G. May, *The Two Pillars before the Temple of Solomon:* ibid., 88 (1942) 1927.
[3] J. Morgentern: «Hebrew Union College Anual», 21 (1948) 471-474.

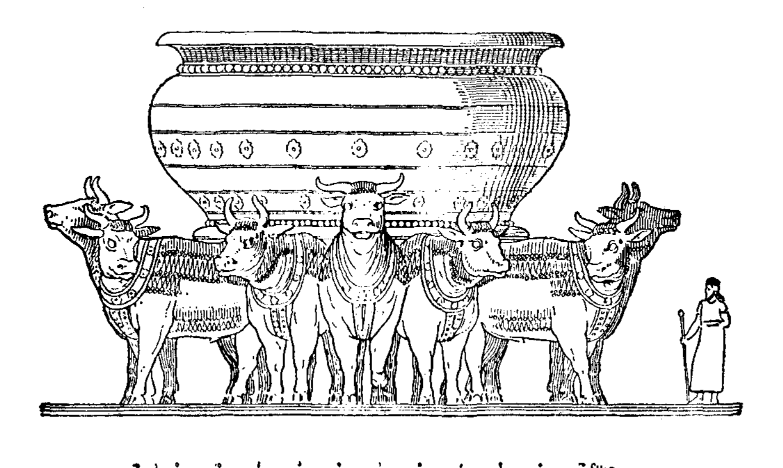
vida»; columnas de nube y de fuego, que acompañaron a los israelitas por el desierto.

A la de la derecha se llamó *Yakin;* a la de la izquierda, *Boaz,* palabras que significan, respectivamente, «que asegure» y «por él la fuerza». Según B. Y. Scott [4], las dos palabras hebreas son los dos vocablos con los que empiezan los oráculos dinásticos inscritos en las columnas, significando que «Yahvé *establecerá* su trono perpetuamente en la *fuerza* de Yahvé; que el rey se alegre». En 586 fueron reducidas a pedazos y llevadas a Babilonia (Jer 52,17-20).

El mar de bronce (7,23-26)

23 Hizo asimismo un mar de fundición de diez codos del uno al otro lado, redondo, y de cinco codos de alto, y ceñíalo en derredor un cordón de treinta codos. 24 Por debajo del borde llevaba todo en derredor *coloquíntidas, diez por cada codo,* dispuestas en dos órdenes y fundidas al mismo tiempo que el mar. 25 Estaba asentado sobre doce toros, de los cuales tres miraban al norte, tres al poniente, tres al mediodía y tres al naciente. Sobre éstos se apoyaba el mar, y la parte posterior de sus cuerpos quedaba por dentro. 26 Tenía un palmo de grueso, y su labio estaba en forma de cáliz, como una flor de lis. Hacía dos mil batos.

Tratábase de un gran pilón de bronce (2 Crón 4,2-5), sostenido por doce figuras de toro, que servían para depósito del agua



El mar de bronce (Gressmann)

necesaria para los servicios del templo. De este famoso pilón se ocupan varios textos bíblicos (2 Re 25,13; Jer 27,19; 52,17). Tenía una capacidad para cerca de 44,500 litros, pero advierte Barrois

[4] *The Pillars Jachin and Boaz:* JBL 58 (1939) 143ss; W. Kornfeld, *Der Symbolismus der Tempelsäulen:* ZAW 74 (1962) 50-57.

que las dimensiones que señala el texto contradicen a las medidas lineales del mar de bronce. Todas las cifras dadas son exageradas y desproporcionadas en relación con otros recipientes encontrados en las excavaciones arqueológicas [5]. El mar de bronces estaba al lado derecho del templo, al sudeste (v.39), destinado a las abluciones de los sacerdotes (2 Crón 4,6). No sabemos cómo ni de dónde llegaba el agua a este «mar de bronce», al que muchos críticos independientes dan un significado simbólico [6]. Se sacaba el agua o por medio de grifos o con cubos, valiéndose de una escalera para alcanzar el borde del pilón. Subsistió en su lugar hasta el reinado de Ajaz. A su vuelta de Damasco «quitó el mar de encima de los toros de bronce, que estaban debajo, y le colocó sobre un solado de piedra» (2 Re 16,17). Bur-Sin, de Ur; Ur-Nanshe, de Lagash (tercer milenio), y Ayum II, de Babilonia (1650 a.C.), se vanaglorian de haber construido un *mar* para su templo.

Basas de bronce (7,27-39)

**27 Hizo también diez basas de bronce, cada una de cuatro
codos de largo, cuatro codos de ancho y tres de alto. 28 He aquí
cómo eran: Estaban hechas de tableros, encerrados dentro de
sus marcos y unidos. 29 En los tableros, dentro de los marcos,
había leones, toros y querubines, y en los marcos, lo mismo por
encima que por debajo de los leones y toros, había adornos en
relieve. 30 Cada basa tenía cuatro ruedas de bronce con sus ejes
de bronce, y en las cuatro esquinas había repisas de fundición,
sobre las cuales iba la fuente, y que sobresalían de los festones.
31 El coronamiento de las basas tenía en lo interior un hueco
con una prolongación de un codo hacia arriba; este hueco era
redondo, de la misma hechura del remate y de medio codo de
altura, y también esculpido; pero los tableros eran cuadrados,
no redondos. 32 Las cuatro ruedas estaban debajo de los tableros,
y los ejes de las ruedas, fijos en la basa. Tenía cada rueda codo
y medio de altura, 33 y estaban hechas como las de un carro;
sus ejes, llantas, rayos y cubos, todo era fundido; 34 y en las cuatro esquinas de cada basa había cuatro repisas, que hacían un
mismo cuerpo con la basa. 35 La parte superior de la basa terminaba en un cilindro de medio codo de altura, cuyos apoyos
y entables eran una sola pieza. 36 Hizo en los tableros y en los
marcos querubines, leones y palmas en todos los espacios vacíos
y molduras en derredor. 37 Así fue como hizo las diez basas;
la fundición, la medida y la forma eran las mismas para todas.
38 Hizo también diez fuentes de bronce, cada una de cuarenta
batos de cabida y de cuatro codos cada una, para asentarlas en
las diez basas; 39 y puso cinco basas al lado derecho de la casa
y cinco al lado izquierdo, y el mar de bronce lo puso al lado
derecho, al sudeste.**

Siendo muchos los sacrificios cotidianos que se ofrecían, hacíase gran consumo de agua. De ahí que, además del pilón de bronce, se disponía de diez pilas más pequeñas *(mekonoth)*, en forma cuadrangular, montadas sobre ruedas, con facilidad de trasladarse de un lugar a otro (2 Re 16,17; 25,13-16; Jer 27,19; 52,17-20). Los detalles de estas basas de bronce son difíciles de precisar por los términos técnicos empleados. Sin embargo, da el texto ideas muy aproximadas acerca de su capacidad, de la facilidad de movimientos, de su utilidad en los servicios de limpieza y de la variada ornamentación que presentaban. Como motivos ornamentales empleáronse figuras de toros, leones y querubines, que, según Dhorme, tenían la misión de proteger las basas contra cualquier intento de los malos espíritus. Por comparación con las basas similares encontradas en Larnaca, Enkomi, Chipre y Megiddo, parece que tales ornamentaciones hallábanse en los *misgueroth* [7].

[5] RB 40 (1931) 212 nota 1.
[6] PARROT, 32-34.

Otros utensilios; resúmenes (7,40-51)

**40 Hizo también Hiram los calderos, las tenazas y las copas. Así
terminó Hiram toda la obra de bronce que Salomón le encargó
para la casa de Yahvé; 41 dos columnas con sus capiteles para
encima de las columnas; sus reticulados y trenzados para los
capiteles; 42 las cuatrocientas granadas para los reticulados y trenzados; dos filas de granadas para cada una en derredor de los capiteles; 43 las diez basas y las diez fuentes para poner sobre estas
basas; 44 el mar y los doce toros que iban debajo de él; 45 los
calderos, las tenazas y las copas. Todos estos utensilios que el
rey Salomón mandó hacer a Hiram para la casa de Yahvé,
eran de bronce bruñido. 46 Hízolos fundir el rey en las llanuras del Jordán, de suelo arcilloso, entre Sucot y Sartán. 47 Salomón no inquirió el peso de bronce de estos utensilios por su
gran cantidad. 48 Salomón hizo, además, todos los otros utensilios para la casa de Yahvé: el altar de oro, la mesa de oro, sobre la cual se ponían los panes de la proposición; 49 los candelabros, de oro macizo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda
delante del santuario (debir), con sus flores, sus lámparas y sus
despabiladeras de oro; 50 las fuentes, los cuchillos, las copas, las
tazas y los braseros, de oro macizo; los goznes de oro para la
puerta del interior de la casa, a la entrada del santísimo, y para
la puerta de entrada del templo (hecal). 51 Así se acabó toda la
obra que hizo el rey Salomón para la casa de Yahvé. Después
tomó el oro y los utensilios y los puso todos en el tesoro de la
casa de Yahvé.**

Para los sacrificios eran necesarios los calderos, en los que se hervía la carne (1 Sam 2,13); las palas se utilizaban para retirar las cenizas y transportarlas fuera del recinto sagrado; empleábanse las tenazas para extraer las carnes del interior de los calderos; en los cuatro cuernos del altar había cuatro copas que recogían la sangre de las víctimas. En el v.46 señala el autor que la fundición de metales hacíase en el valle del Jordán en terreno arcilloso, entre Sucot (Gén 38,17; Jos 13,27, hoy *tell der Allah*, en la parte oriental del río) y Sartán (Jos 3,16), difícil de localizar. Dentro del santuario,

[7] H. G. MAY-M. ENGBERG, *Materials Remains of the Megiddo Cult* (Chicago 1935); H. VINCENT, *Les Bassins roulants du Temple de Salomon:* «Miscellanea Biblica Ubach» (Monasterio de Montserrat 1953) 147-159.

los utensilios eran de oro. El altar de los perfumes (Ex 30,1-10; 39,38) estaba construido con madera de cedro recubierto de oro (6,20.22). De Ex 40,26 cabe inferir que estaba colocado en el *hecal*, ante la puerta del *debir*. En el *hecal* hallábanse asimismo la mesa de los panes de la proposición (*lehem hapanim* = panes del rostro), también revestida de oro (Ex 25,23; 37,10-16), diez candelabros (v.49), además de numerosos y variados utensilios, tales como lámparas, copas, tazas, cuchillos, basas, braseros. El famoso candelabro de los siete brazos, de oro puro (Ex 25, 31-35; 37,17-20), se encendía al atardecer (2 Crón 13,11) y se apagaba en las primeras horas de la madrugada (1 Sam 3,2); no debe confundirse con los diez candelabros de oro macizo de que habla el v.49. En el v.50 se distingue entre casa interior (*debir*) y casa exterior, llamada simplemente casa o templo (*hecal*). Todo el oro y la plata que David adquirió en sus campañas contra los arameos, moabitas, amonitas, filisteos y amalecitas fue consagrado a Yahvé (2 Sam 8,9-12)[8].



Fuentes móviles de bronce (Gressmann)

Dedicación del templo

La solemne dedicación del templo constituía el sueño dorado de Salomón. Finalmente, Yahvé tenía su casa, mucho más suntuosa que cualquiera de las que había habitado anteriormente. Ya no era Yahvé un Dios peregrino, trashumante, que iba de un lugar a otro, de una tienda a un tabernáculo (2 Sam 7,6). A Salomón, rey pacífico, cupo el honor de levantar un templo digno a Yahvé. Vimos que su fábrica se terminó el año undécimo del reinado de Salomón, en el mes octavo, correspondiente a octubre-noviembre. La dedicación, que se inicia con el traslado del arca de la alianza, efectuóse en el mes séptimo (septiembre-octubre). ¿En qué año del reinado de Salomón tuvo lugar tan gran acontecimiento? Unos (Desnoyers, Landersdorfer) creen que fue el año 12, es decir, once meses después de terminada la obra; otros (Kortleiner)

[8] Sobre el altar de oro (v.48) escribe De Langhe: «Originariamente se designaba el altar de los perfumes con la fórmula *miqtar hazzahabh*. Para todo iniciado, las dos palabras tenían resabio pagano. Por lo mismo, en un primer tiempo *miqtar* fue considerado como glosa, y reemplazado más tarde por *mizbeah*. Pronto el mismo vocablo *zahabh*, en el sentido de aroma, cayó en olvido. Puesto que el altar de los perfumes había sido decorado con láminas de oro, se aplicó la expresión *mizbeah hazzahabh* a «un altar de oro», cuya existencia real está atestiguada muy pobremente en la tradición bíblica y profana» (*L'autel d'or du Temple de Jérusalem*: B 40 [1959] 494). Véase J. de Groot, *Die Altäre des Salomonischen Tempels* (Stuttgart 1924); K. Galling, *Der Altar in den Kulturen des alten Orients* (Berlín 1925).

retrasan la ceremonia hasta el año 20 de su reinado. Esta segunda hipótesis tiene a su favor el testimonio de los LXX y algunos indicios textuales. No es posible zanjar la cuestión.

Traslación del arca (8,1-9)

1 Entonces convocó Salomón a los ancianos de Israel, a todos los cabezas de las tribus y a los príncipes de las familias de los hijos de Israel, para trasladar el arca de la alianza de Yahvé de la ciudad de David, que es Sión. 2 Reuniéronse con el rey Salomón todos los varones de Israel en el mes de Etanim, que es el séptimo mes, en el día solemne de la fiesta; 3 y, llegados todos los ancianos de Israel, llevaron los sacerdotes el arca. 4 Llevaban el arca de Yahvé, el tabernáculo de la reunión y todos los utensilios sagrados del tabernáculo. Los sacerdotes y los levitas los llevaban. 5 El rey Salomón y toda la asamblea de Israel, convocada por él, iban delante del arca. Sacrificaron ovejas y bueyes en número incontable por su muchedumbre. 6 Los sacerdotes pusieron el arca de la alianza de Yahvé en su sitio, en el santuario (debir) de la casa, en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines, 7 pues los querubines tenían las alas extendidas sobre el lugar del arca y la cubrían por encima, el arca y sus barras. 8 Se había dado a las barras una longitud suficiente para que sus extremidades se viesen desde el lugar santo, que está delante del santuario (debir), pero sin que pudiesen verse desde fuera, y así quedaron hasta el día de hoy. 9 No había en el arca ninguna otra cosa más que las dos tablas de piedra que Moisés depositó en ella en Horeb, cuando hizo Yahvé alianza con los hijos de Israel a su salida de Egipto.

El arca de la alianza era el símbolo del pacto existente entre Yahvé y su pueblo y una prueba de su presencia en medio de éste. Vimos que el arca se encontraba en Silo (1 Sam 4,3), desde donde fue sacada para acompañar al ejército en guerra contra los filisteos (1 Sam 4,11; c.5-6). Olvidada casi por mucho tiempo en Quiriat-Jearim (1 Sam 7,1), fue trasladada solemnemente a Jerusalén, siendo colocada en medio del tabernáculo que David había alzado para ella (2 Sam 6,17). De este refugio va a sacarla Salomón para llevarla procesionalmente «de la ciudad de David, que es Sión» (2 Sam 5,7.9), al nuevo templo. En el solemne acto toman parte los ancianos de Israel, los jefes de las tribus y los príncipes de los padres (*aboth*) de los hijos de Israel. Con la última expresión, que falta en el texto griego, se designan los príncipes de las casas paternas, o sea, los padres (Ex 6,25; Núm 32,28). El traslado efectuóse en el mes de *Etanim*, séptimo, llamado *Tishri* después del exilio. La fiesta de que se habla es la de los Tabernáculos (Lev 23,39; Jue 21,19). El traslado coincidió con el quince del mes, primer día de la fiesta.

Los sacerdotes llevaban el arca (Jos 3,6; 6,6) y el tabernáculo de la reunión, o sea, la tienda que albergó el arca (2 Sam 7,2; 1 Re 1, 39). En el texto hebraico se añade que los levitas tomaron parte en la ceremonia, que propiamente les pertenecía (Núm 1,48ss; 4,1-15). Delante del arca marchaba Salomón y todo el pueblo sacrificando muchos animales. El sentido factitivo, dice De Fraine, del verbo

«ofreció» es patente, por ejemplo, cuando se menciona explícitamente la participación, no ritual, por supuesto, del pueblo. Este es el caso de 1 Re 8,5 [1].

El arca fue depositada en el *debir* (6,5ss; 7,49), debajo de los querubines (6,23-28). Con ello toma Yahvé posesión de su templo y lo santifica con su presencia. No es creíble que el arca se depositara a ras del suelo. Según una tradición judía reciente, colocóse sobre una piedra, a una altura de pocos centímetros sobre el pavimento. (Véase, sin embargo, Ecli 49,10; Ez 1,15.) Contenía el arca las dos tablas, en piedra, del decálogo (Ex 34,1-4; Deut 4,14; 5,22; 9,9-11) y las tablas de la alianza *(luhot haberith)* que Yahvé había concluido con Israel. Según Hebr 9,4, durante la peregrinación por el desierto contenía también un poco de maná y la vara de Aarón. En el Deut 1,6; 4,10 y en los relatos elohístas, el monte Sinaí es llamado Horeb.

Dios toma posesión del templo (8,10-13) [2]

10 En cuanto salieron los sacerdotes del santuario, la nube
llenó la casa de Yahvé, 11 sin que pudieran permanecer allí los
sacerdotes para el servicio por causa de la nube, pues la gloria
de Yahvé llenaba la casa. 12 Entonces dijo Salomón: «Yahvé,
has dicho que habitarías en la oscuridad. 13 Yo he edificado
una casa para que sea tu morada, el lugar de tu habitación para
siempre».

Tan pronto como los sacerdotes hubieron abandonado el *debir;* una vez depositada allí el arca, una nube misteriosa se esparció por el *hecal,* o templo propiamente dicho, anunciando y velando al mismo tiempo la presencia de Yahvé (Ex 16,10; 19,16; 40,34-35; Ez 1,4). Repetíase la escena descrita en Ex 40,34-35. Los sacerdotes comprendieron el excelso simbolismo de aquella nube, por lo cual, temblando, se retiraron, no siéndoles posible pisar la habitación de Yahvé ni acercarse al altar de los perfumes. Ante aquel fenómeno pronuncia Salomón un corto poema, que se ha conservado fragmentariamente en el texto hebraico y que los LXX reproducen después del v.53, añadiéndole al principio un hemistiquio. Dicen los traductores que estas palabras formaban parte de un libro de cantos. El sentido del poema parece ser de admiración, ya que el Dios que creó el sol resplandeciente ha escogido su morada en el departamento oscuro del *debir.* El Dios de luz se oculta entre las nubes al avecinarse al hombre (Ex 19,18; Is 6,4; Sal 18,12) para significar que nunca podrá el hombre comprender su grandeza. Una nube llena el templo porque Dios habita en él; es su casa.

[1] *Le sacerdoce du roi en Israel:* «Sacra Pagina», I (París-Gembloux 1959) 543.
[2] T. CHARY, *Une demeure pour Dieu sur la terre:* «Bible et Vie Chrétienne», 20 (1957-58) 65-78.

Salomón habla al pueblo (8-14,21)

14 Volvióse el rey y bendijo a toda la asamblea de Israel, mien-
tras toda la asamblea de Israel se tenía en pie, 15 y dijo: «Bendi-
to Yahvé, Dios de Israel, que con su misma boca habló a Da-
vid, mi padre, y ha cumplido con su mano lo que había pro-
metido, diciendo: 16 «Desde el día en que yo saqué de Egipto
a mi pueblo, Israel, no he elegido ciudad de entre todas las tri-
bus de Israel para que en ella se me edificase una casa consa-
grada a mi nombre, aunque elegí a David para que reinase
sobre mi pueblo, Israel». 17 David, mi padre, tuvo en su corazón
edificar una casa al nombre de Yahvé, Dios de Israel; 18 pero
Yahvé dijo a David, mi padre: «Tú tenías en tu corazón el de-
seo de edificar una casa a mi nombre; has hecho bien en tener
esta voluntad, 19 pero no edificarás tú la casa; tu hijo, salido de
tus entrañas, edificará casa a mi nombre». 20 Yahvé ha cum-
plido la palabra que dio. Yo me he levantado en el lugar de
David, mi padre, y me siento sobre el trono de Israel, como
se lo había anunciado Yahvé, y he edificado la casa al nombre
de Yahvé, Dios de Israel. 21 He dispuesto un lugar para el arca
de la alianza de Yahvé, de la alianza que hizo con nuestros pa-
dres al sacarlos de la tierra de Egipto».

Salomón, de pie, bendijo a toda la asamblea de Israel. Este acto no constituye una función sacerdotal, sino que era un derecho reconocido a todo padre de familia (Gén 24,60; 27,23.30; 28,1-2; 31,55; Ex 39,43; Deut 33,1; Jos 14,13). Como padre y representante de la familia israelita, Salomón bendice a su pueblo, recordándole la importancia del acontecimiento, en el cual ve una confirmación plena de las promesas que hizo Dios a su padre David (1 Sam 7,4-16; 2 Sam 24,18), a las que se alude vagamente a través de Deut 12,4-26. Afirma Salomón que en el templo reside el Nombre de Yahvé (3,2; 2 Sam 7,13), precisión teológica que concilia la restricción local con la inmensidad divina (v.27). Según una antigua concepción, el nombre expresa la persona y la representa; donde está el nombre de Yahvé se encuentra también Dios presente de manera especial, aunque no exclusiva (DE VAUX). Termina Salomón afirmando que en el templo ha dispuesto un lugar para el arca que contiene las tablas en las que están escritas las condiciones de la alianza y del pacto sellado entre Dios y su pueblo. El nuevo templo no representa, por consiguiente, un cambio o una orientación distinta de la religión mosaica, sino que es la continuación de la misma.

Oración de Salomón (8,22-53)

22 Púsose Salomón ante el altar de Yahvé en presencia de
toda la asamblea de Israel, y, tendiendo sus manos al cielo,
23 dijo: «Yahvé, Dios de Israel: No hay Dios semejante a ti, ni
en lo alto de los cielos ni abajo sobre la tierra. Tú guardas la
alianza y la misericordia con tus siervos, los que de todo cora-
zón andan en tu presencia. 24 Así has mantenido tu palabra a

tu siervo David, mi padre, y lo que por tu boca dijiste lo has cumplido hoy con tu mano. [25] Ahora, pues, ¡oh Yahvé, Dios de Israel!, guarda la promesa que a David, mi padre, hiciste diciendo: No faltará de ti varón delante de mí que se siente en el trono de Israel, siempre que tus hijos sigan mis caminos y anden delante de mí como has andado tú. [26] Cúmplase ahora, ¡oh Yahvé, Dios de Israel!, la palabra que a David, tu siervo, mi padre, dijiste. [27] Pero, en verdad, ¿morará Dios sobre la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte. ¡Cuánto menos esta casa que yo he edificado! [28] Mas, con todo, atiende a la plegaria de tu siervo, ¡oh Yahvé, Dios mío!, y oye la oración que ante ti hace hoy tu siervo. [29] Que estén abiertos tus ojos noche y día sobre este lugar, del que has dicho: «En él estará mi nombre», y oye toda oración que tu siervo haga en este lugar. [30] Oye, pues, la oración de tu siervo y la de tu pueblo, Israel; cuando oren en este lugar, óyela tú también desde el lugar de tu morada de los cielos, y, oyendo, perdona. [31] Cuando pecare alguno contra su prójimo y, haciéndolo jurar, le tomen juramento delante de tu altar en esta casa, [32] oye tú desde los cielos, y obra juzgando a tus siervos, condenando al impío, haciendo recaer su maldad sobre su cabeza y justificando al justo para retribuirle según su justicia. [33] Cuando tu pueblo, Israel, cayere ante sus enemigos por haber pecado contra ti, y, vueltos a ti, confiesen tu nombre y oren, y te rueguen, y te supliquen en esta casa, [34] óyelos tú en los cielos, y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y restitúyelos a la tierra que diste a sus padres. [35] Cuando se cierre el cielo y no llueva por haber ellos pecado contra ti, y te rueguen en este lugar, invocando tu nombre, convertidos del pecado por haberlos tu afligido, [36] oye tú en los cielos, y perdona el pecado de tus siervos y de tu pueblo, Israel, enseñándoles el recto camino por donde han de ir y dando las lluvias a su tierra, la que por heredad diste a tu pueblo. [37] Cuando haya en la tierra hambre o pestilencia, o tizón, añublo, langosta o pulgón invadan la tierra; y cuando el enemigo asedie a tu pueblo en su tierra, en sus ciudades; cuando haya enfermedades y plagas de cualquier clase; [38] si cada uno, si todo tu pueblo, Israel, reconociendo la llaga de su corazón y alzando las manos hacia este lugar, te hiciere oraciones y súplicas, [39] óyelas desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y perdona. Obra con cada uno según sus caminos, y según ellos retribúyelos tú, que escudriñas el corazón de todos los hijos de los hombres, [40] y ellos te temerán durante todo el tiempo que habiten en la tierra que diste a nuestros padres. [41] Cuando el extranjero, el que no es de tu pueblo, Israel, venga de tierra lejana por la fama de tu nombre, [42] porque se sabrá que tu nombre es grande, fuerte tu mano y tendido tu brazo; cuando venga a orar a ti en esta casa, [43] óyele desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y otorga a ese extranjero lo que pida, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre para temerte como tu pueblo, Israel, y sepan que tu nombre es invocado en esta casa que yo he edificado. [44] Cuando salga el pueblo para combatir a sus enemigos por el camino que tú les señalares, si dirigen a Yahvé sus plegarias, vueltos sus ojos a la ciudad que tú has elegido y a la casa que yo he edificado a tu nombre, [45] oye desde los cielos sus oraciones, y hazles justicia. [46] Si hubieren pecado contra ti, pues no hay hombre

que no peque, y estuvieres tú airado contra ellos, y los entregares al enemigo para que los cautive y los lleve a tierra enemiga, lejana o cercana; [47] si ellos vuelven en sí en la tierra de su cautividad, y, convertidos a ti, te suplican en la tierra adonde los llevaren, y dicen: Hemos pecado, hemos hecho el mal, hemos cometido impiedad, [48] y se convierten a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de los enemigos que los cautivaron, y oran a ti, hacia su tierra, la que diste a sus padres, y hacia la ciudad que elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre, [49] oye en los cielos, en la habitación de tu morada, su oración y su súplica y hazles justicia. [50] Perdona, pues, a tu pueblo, que ha pecado contra ti, todas las infracciones con que contra ti se rebelaron, y haz que hagan con ellos misericordia los que los hubieran llevado cautivos; [51] porque son tu pueblo y tu heredad, que tú sacaste de Egipto, de en medio del horno de hierro. [52] Que estén abiertos tus ojos a las oraciones de tu siervo y a la plegaria de tu pueblo, Israel, para oírlos en todo aquello en que te invoquen, [53] pues que tú los separaste para ti, por heredad tuya, de entre todos los pueblos de la tierra, como lo dijiste por medio de Moisés, tu siervo, cuando sacaste de Egipto a nuestros padres, ¡oh Señor, Yahvé!»

Salomón oró arrodillado o postrado ante el altar de los holocaustos (v.54), con la cara dirigida hacia el templo (Dan 6,11) y los brazos extendidos (Ex 9,29; Is 1,15). En 2 Crón 6,13 se dice que oró Salomón sobre un estrado de bronce.

Repetidamente pide Salomón que realice Dios todo cuanto ha prometido. Propiamente Dios habita en los cielos (v.27), pero está muy cerca del templo. Si el universo, si los cielos de los cielos (Deut 10,14; Sal 148,4) no pueden contener la inmensidad de Dios, ¿cómo es posible que pueda habitar en los estrechos límites del templo? Que Dios, al que el espacio no puede aprisionar, oiga desde los cielos la oración que en el templo le dirige el hombre encadenado por el espacio (GÖTTSBERGER).

A continuación dirige Salomón a Dios siete peticiones. La primera se refiere a la santidad del juramento. En ciertos casos permitía la Ley al acusado de algún crimen se justificase presentándose ante Yahvé en el templo para atestiguar su inocencia mediante juramento (Ex 22,6-12; Lev 5,21-24). Ruega Salomón a Dios que su nombre sea santificado; que castigue al perjuro y justifique al justo. En una palabra, que Dios dé a conocer quién es el culpable y quién el inocente (Deut 25,1). La segunda petición se refiere a los prisioneros. Según los antiguos, la guerra es un castigo de Dios. Quienes caen en la lucha o son hechos prisioneros reciben el castigo de sus pecados. Para expiarlos, los que están en sus casas deben encaminarse al templo y pedir por la libertad y regreso de los prisioneros (Deut 28,15-25; 30,1-4). Una petición a favor del forastero, que, atraído por la fama del nombre de Yahvé y por la idea de que su mano es fuerte y tendido su brazo (Deut 4,34; 5,15; 7,19; Sal 136,12), acudiere a orar en el santuario. Le suplica Salomón que escuche la plegaria de estos extranjeros para que, favorecidos por Yahvé, vuelvan a sus tierras proclamando la gran-

deza de su nombre. Este universalismo, comenta De Vaux, no aparece antes del exilio y es como una visión del porvenir (Is 2,2; Jer 16,19-21; Miq 4,1ss). El proselitismo que aquí se vislumbra es un rasgo característico de los tiempos posteriores (Zac 8,20-22).

La séptima petición se refiere al exilio, que es un castigo por los pecados cometidos. Todo hombre peca (1 Jn 1,8-10); el pecado provoca la indignación divina, que lo castiga de diversas maneras: con la sequía, muerte, destierro, invasión enemiga, etc. Tiene Dios en su mano todos los medios para azotar al pecador. El castigo máximo que mandó Dios contra su pueblo fue la cautividad de Babilonia (v.48). No pide aquí Salomón que los desterrados regresen a sus casas, sino que hallen gracia ante los vencedores. Algunos autores católicos sugieren que esta petición data del tiempo de la primera o segunda deportación a Babilonia. De Vaux, Dhorme, etc., creen que es ésta la oración que hacían los de Palestina en favor de los que estaban en la cautividad. Los que en ella viven se encuentran en medio del horno de hierro (Deut 4,20; Jer 11,4).

Bendición del pueblo (8,54-61)

54 Cuando hubo acabado Salomón de hacer esta oración y súplica, levantóse de delante del altar de Yahvé, donde estaba arrodillado, y con las manos tendidas al cielo, 55 puesto en pie, bendijo a toda la asamblea de Israel, diciendo: 56 «Bendito Yahvé, que ha dado el reposo a su pueblo, conforme a lo que él había dicho; ninguna de las promesas hechas por medio de Moisés, su siervo, ha fallado. 57 Que Yahvé, nuestro Dios, sea con nosotros, como lo fue con nuestros padres; que no nos deje ni nos abandone, 58 sino que incline nuestros corazones hacia El, para que marchemos por todos sus caminos y sigamos sus mandamientos, y sus leyes, y sus mandatos, los que El prescribió a nuestros padres. 59 Que estas mis palabras y el objeto de mis súplicas estén delante de Yahvé, día y noche presentes a Yahvé, nuestro Dios, para que defienda la causa de su siervo y la de su pueblo, Israel, en todo tiempo; 60 para que todos los pueblos de la tierra sepan que Yahvé es Dios y no hay otro. 61 Que vuestro corazón sea todo para Yahvé, nuestro Dios, como lo es hoy, para seguir sus leyes y guardar sus mandamientos».

Durante la oración estuvo el monarca arrodillado o postrado en tierra; ahora se levanta ante el altar de los holocaustos, bendiciendo a Yahvé por haber cumplido todas sus promesas, augurando que siga siempre en su compañía y no le abandone jamás. En un bajorelieve del siglo XIII antes de Cristo aparece el rey de Asiria Tukulti I arrodillado en oración ante el altar.

Sacrificios y fiestas de la dedicación (8,62-66)

62 El rey y todo Israel ofrecieron sacrificios a Yahvé. 63 Salomón inmoló veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas en sacrificios eucarísticos que ofreció a Yahvé. Así hizo el rey, y con él todos los hijos de Israel, la dedicación del templo. 64 Aquel

día consagró el rey el atrio que está delante de la casa de Yahvé, pues ofreció allí holocaustos y ofrendas y los sebos de los sacrificios eucarísticos, porque el altar de bronce que hay delante de Yahvé era demasiado pequeño para contener los holocaustos, las ofrendas y los sebos de los sacrificios eucarísticos. 65 Celebró entonces la fiesta, y todo Israel con él. Una gran muchedumbre venida de todas partes, desde Jamat hasta el torrente de Egipto, se reunió ante Yahvé, nuestro Dios, durante siete días. 66 El día octavo despidió al pueblo, y ellos bendijeron al rey, yéndose cada uno a su morada, alegre y lleno de gozo el corazón por todos los beneficios que Yahvé había hecho a David, su siervo, y a su pueblo, Israel.

Estos sacrificios son del rey y del pueblo; el elevado número de víctimas sacrificadas expresa de manera clara el entusiasmo y devoción popular. Los LXX nada dicen de las cien mil ovejas. Los sacerdotes eran propiamente los que sacrificaban; del rey se dice que «hizo sacrificar» (Lev 5,10; 9,7; 15,15). Con el fin de dar abasto al sacrificio de tantos animales, se consagró el atrio (6,30) para que se inmolaran también allí víctimas. El altar de los holocaustos medía, según 2 Crón 4,1, veinte codos de largo, veinte de ancho y diez de alto, correspondiendo, respectivamente, a 11, 11 y 5,50 metros. A él se llegaba por unos escalones (Ez 43,17), colocándose encima del mismo la víctima para el sacrificio. No se indica el lugar de su emplazamiento; unos lo colocan sobre la roca de Ornán (BARROIS), otros al lado (LODS). Con ocasión de esta fiesta de la dedicación, fue incapaz este altar de bronce de dar abasto a tanto sacrificio, por lo que se improvisaron otros altares menores en la parte media del atrio, que se convirtió en una gran ara sacrificial. El trabajo de los sacerdotes durante la semana debió de ser agotador. Coincidiendo la dedicación con la fiesta de los Tabernáculos, los festejos se prolongaron durante siete días, con asistencia de grandes muchedumbres provenientes de toda Palestina, desde Hamat (Jos 13,5; Jue 3,3; 2 Re 14,25) hasta el torrente de Egipto (Núm 34,5; Jos 15,4.47, etc.). El día octavo de la fiesta, Salomón despidió al pueblo. Los regocijos habían durado desde el 15 hasta el 21 del mes *Etanim* (septiembre-octubre), conforme a lo preceptuado en Lev 23,34; Ex 23,16.

Segunda aparición de Yahvé (9,1-9)

1 Cuando hubo acabado Salomón la casa de Yahvé, la casa real y todo cuanto se había propuesto hacer, 2 se apareció Yahvé por segunda vez a Salomón, como se le había aparecido en Gabaón, 3 y le dijo: «He oído tu oración, el ruego que has hecho ante mí. He santificado esa casa que has edificado, para poner en ella mi nombre para siempre, y en ella estarán siempre mis ojos y mi corazón. 4 Si andas en mi presencia, como anduvo David, tu padre, en integridad de corazón y en equidad, haciendo cuanto yo te he mandado y guardando mis leyes y mandamientos, 5 yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como se lo prometí a David, tu padre, diciendo: No faltará de ti varón en el trono de Israel. 6 Pero si

os apartáis de mí vosotros y vuestros hijos, si no guardáis mis
mandamientos, mis leyes, las que yo os he prescrito, y os vais
tras dioses ajenos para servirlos y prosternaros ante ellos, 7 yo
exterminaré a Israel de la tierra que le he dado y echaré lejos
de delante de mí esta casa, que he consagrado a mi nombre,
e Israel será el sarcasmo y la burla de todos los pueblos. 8 Y esta
casa será una ruina, y cuantos pasen cerca de ella se quedarán
pasmados y silbarán. Se dirá: ¿Por qué ha tratado así Yahvé a
esta tierra y esta casa? 9 Y responderán: Porque abandonaron
a Yahvé, su Dios, que sacó de la tierra de Egipto a sus padres,
y se ligaron a otros dioses, prosternándose ante ellos y sirviéndolos. Por eso ha hecho venir Yahvé sobre ellos todo este mal».

No se indica de qué manera se apareció Yahvé a Salomón; acaso fue también en sueños, como en la aparición de Gabaón (3,4). El objeto de la misma es confirmarle en sus esperanzas de que ha escuchado Yahvé su oración y sus ruegos. En el templo estarán siempre los ojos y el corazón de Dios. En cuanto a la continuidad de la descendencia en el trono, depende de la conducta de Salomón y de cada uno de los reyes. Si Salomón y sus hijos se alejan de Dios (Deut 28,45), no cumplen sus preceptos, van tras dioses ajenos, entonces quedará sin efecto todo cuanto ha prometido Dios. No basta con tener un templo dedicado a Yahvé, ni su presencia sola puede asegurar la felicidad del pueblo, que depende de la fidelidad al pacto de la alianza. En caso de que Israel sea infiel a su palabra, está dispuesto Yahvé a abandonar el templo y entregar el edificio en manos de los enemigos para que no dejen de él piedra sobre piedra. En esta sección, que se inspira en Deut 29,21-27, se ve reflejada la historia de Israel desde la salida de Egipto hasta el exilio [1]. De la costumbre de silbar (v.8) en señal de extrañeza hablan Job 27,23 y Jer 18,16; 19,8; 29,18.

Hiram, descontento (9,10-14)

10 Al cabo de veinte años de haber edificado Salomón las dos
casas, la casa de Yahvé y la casa real, 11 para las cuales Hiram,
rey de Tiro, había mandado a Salomón madera de cedro y de
ciprés y cuanto oro quiso, dio Salomón a Hiram veinte ciuda-

[1] A partir de Renán *(Histoire du peuple d'Israël* [París 1891] vol.2 142), muchos historiadores y críticos independientes han considerado el templo de Salomón como «un templo doméstico, una capilla de palacio», análogo a los que los reyes de Mari tenían en sus mansiones reales. En apoyo de sus puntos de vista hacen hincapié en las dimensiones reducidas del edificio, que medía, incluidos los muros, 50 por 30 metros. Es verdad que Salomón edificó una casa a Yahvé, porque la divinidad, al igual que los hombres, tenía necesidad de disponer sobre la tierra de una casa, una mansión, un albergue. Todos los planos de los santuarios orientales que remontan al tercer milenio a. C. están inspirados en los de las casas particulares. Así, pues, el motivo principal y esencial que movió a Salomón a levantar el templo fue para dar a Yahvé, presente en el arca, una residencia. Pero de esto no se deduce que el templo fuera una capilla de palacio, una dependencia del mismo; al contrario, fue el santuario nacional adonde acudía todo Israel por creer que habitaba allí Dios de una manera particular. Asimismo se ha especulado sobre el simbolismo de la distribución del templo en tres partes: *ulam*, *hecal*, *debir*, que, según Flavio Josefo, representaban las tres partes del cosmos: agua, tierra y cielo; lo que correspondería a la cosmogonía bíblica (Ex 20,4; Gén 1,6). Las dos columnas de bronce (7,15-22) colocadas *delante* del templo recordaban los pilares sobre los cuales descansaba el universo (Sal 75,4; Job 9,6). Mucho se ha fantaseado sobre este particular (PARROT, l.c., 38; J. DANIÉLOU, *La symbolique cosmique du Temple de Jérusalem:* «Symbolisme cosmique et monuments religieux» [París 1953] 61-64; W. VISCHER, *Les premiers prophètes* [París-Neuchâtel 1951] 363-376; MONTGOMERY).

des en tierra de Galilea. 12 Salió Hiram de Tiro para ver las
ciudades que le daba Salomón; y, no gustándole, 13 dijo: ¿Qué
ciudades me has dado, hermano?» Y las llamó tierras de Cabul,
nombre que tienen todavía hoy. 14 Había mandado Hiram a
Salomón ciento veinte talentos de oro.

Los trabajos del templo y de la casa de Salomón duraron muchos años, no siendo posible determinar cuántos, por no saber si los trabajos de la construcción del templo efectuáronse contemporáneamente con los de ornamentación por parte de Hiram (7,13). Tampoco es fácil determinar cuándo Hiram se quejó de las ciudades que le había entregado Salomón. Este había pagado el material que le mandó Hiram y abonado los sueldos a los obreros del rey de Tiro. Pero lo presupuestado era insuficiente, por cuanto las deudas de Salomón debían de ser muchas, y los gastos de palacio, muy subidos. Por lo mismo, un nuevo contrato se firmó entre ambos reyes: Salomón entregó a Hiram veinte aldeas de Galilea a cambio de ciento veinte talentos de oro, o sea, alrededor de cinco toneladas, y quizá más, en caso de que se acepte como medida el talento babilónico, de un peso aproximado de sesenta kilogramos. Según una costumbre existente en el Próximo Oriente, que se remontaba al segundo milenio, los reyes se consideraban hermanos. El nombre de Cabul se ha conservado en una aldea que se halla a quince kilómetros al sudeste de Acre (Jos 19,27). Probablemente se trata de un juego de palabras: *Kabul*, de *ke-bal*, que significa «como nada», aludiendo a la apreciación que hizo Hiram de las aldeas que se le habían entregado. Según Flavio Josefo, Kabul significa terreno pantanoso [2].

Salomón, constructor (9,15-28)

15 He aquí cómo se reguló el servicio personal impuesto por
el rey Salomón a los hombres cuya leva hizo para edificar la
casa de Yahvé y su propia casa, el terraplén y las murallas de
Jerusalén, y, además, Jasor, Meguiddo y Guezer. 16 Había su-
bido el Faraón, rey de Egipto, y, apoderándose de Guezer,
la había incendiado, matando a los cananeos que habitaban la
ciudad. Después se la dio en dote a su hija, la mujer de Salo-
món; 17 y Salomón edificó a Guezer, Bet-Horón de abajo
18 Balaat y Tamar en el desierto del mediodía; 19 todas las ciu-
dades de almacenes, que le pertenecían, y las destinadas a los
carros y a la caballería, y todo cuanto quiso Salomón edificar
en Jerusalén, en el Líbano y en toda la tierra de su dominio.
20 Toda la gente que había quedado de los amorreos, de los
jeteos, de los fereceos, de los jeveos y de los jebuseos, que no
pertenecían al pueblo de Israel; 21 sus descendientes que habían
quedado después de ellos en la tierra, y que los hijos de Israel
no habían podido dar al anatema, los obligó Salomón a presta-
ción personal como lo están hoy; 22 no empleó Salomón como
tales a los hijos de Israel, que eran sus hombres de guerra, sus
servidores, sus jefes, sus oficiales y los comandantes de sus

[2] A. JOHNSON *(1 Kön. 9,13:* «The Expository Times», 66 [1954] 32) ve en *Kabul* un enigma o chascarrillo.

carros y su caballería. 23 Los jefes que Salomón puso al frente de las obras eran quinientos cincuenta, encargados de vigilar a los trabajadores. 24 La hija de Faraón subió de la ciudad de David a la casa que Salomón le había edificado. Entonces fue cuando se hizo el terraplén. 25 Tres veces cada año ofrecía Salomón holocaustos y sacrificios pacíficos sobre el altar que él edificó a Yahvé, y quemaba perfumes sobre el que estaba delante de Yahvé. El acabó toda la casa. 26 Construyó también Salomón naves en Asiongaber, que está junto a Elat, en la costa del mar Rojo, en la tierra de Edom; 27 y mandó Hiram para estas construcciones a sus siervos, diestros marineros, con los siervos de Salomón, 28 y fueron hasta Ofir, y trajeron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón.

Empleó Salomón gran número de obreros en reparar y mejorar el recinto amurallado de la ciudad, ampliar las murallas existentes con el fin de encerrar dentro del casco de la población los nuevos barrios de la ciudad [3]. Entre las obras descuella por su importancia la del Millo, palabra derivada de *male* = estar lleno, de donde *millo* = terraplén. Parece poder identificarse este lugar con el relleno que empezó David y acabó Salomón en el valle que separaba la colina del Ofel del monte Moria, donde estaba la era que Areuna cedió a David para levantar allí un altar a Yahvé (2 Sam 24,21-25), y en donde más tarde alzó Salomón el templo.

De la conquista de Guezer por el faraón Psusenne II hemos hablado en 3,1. En vez de *Guezer*, algunos autores creen que se trata de Gerar *(Tell-esch-Sheria)*, a medio camino entre Bersabé y Gaza. De norte a sur del reino construyó algunas plazas fuertes, tales como Jasor (Jos 11,1.10-13; 12,19), Megiddo (4,12), Bet-Horón (Jos 16,3; 18,13) y Guezer (Jue 1,29). Dos fortalezas se levantaron en el sur, Balaat y Tamar, en el desierto (Ez 47,19; Gén 14,7), hacia el sudeste de la punta meridional del mar Muerto, que protegían el camino del bronce. Debe retenerse la lectura de Tamar en vez de Tadmor (Palmira), por exigirlo así el contexto. Nunca Palmira es llamada Tamar. Balaat es la Bealot del Negueb (Jos 15,24), la *Kurnub* de los árabes (J. STARCKY, *Palmyre:* DBS 1066-1075). En todo el territorio estableció ciudades de almacén (Ex 1,11), al frente de las cuales puso un prefecto, construyendo asimismo otras que guardaban los carros de guerra y las caballerías (10,26). El peso de todos los trabajos recayó sobre los extranjeros que los judíos no habían aniquilado en la conquista de Canaán (Deut 7,1-2; 20,17-18), y que existían en gran cantidad en el país. Los trabajadores estaban divididos en escuadrones mandados por jefes, al frente de los cuales figuraba Adoniram (4,6). Pero llegó un tiempo en que la mano de obra extranjera no alcanzaba, empleándose entonces a obreros israelitas (5,27-28) como leñadores en el Líbano o en las canteras de Palestina (11,26-40).

Una fuente de riquezas para Salomón eran las minas del Arabá, al sur del mar Muerto, como han puesto al descubierto las excavaciones practicadas en *tell-el-Heleifeh*, la antigua Asiongaber, en el

3 FERNÁNDEZ, *Problemas* 142-172.

golfo de Aqaba, junto al actual puerto de Alat o Eilat. En Asiongaber construyóse una fundición de hierro y bronce, minerales que se extraían de las minas vecinas, cuyas instalaciones se protegieron contra los posibles ataques de Hadad, rey de Edom. Es ésta la más vasta y grandiosa instalación de este género que se conoce en los territorios del antiguo Oriente Medio. Con el fin de poder explotar el mineral y exportarlo, Salomón, de acuerdo con Hiram, construyó una flota, que lanzó sobre las aguas del mar Rojo hacia los países de Ofir. Las naves que hacían este servicio de exportación e importación llamábanse «naves de Tarsis», esto es, naves al servicio de las fundiciones de Asiongaber (9,26-29; 10,22; 2 Crón 8,17-18; 9,10-11). Esta flota salomónica llevó la fama del rey hebreo hasta lejanos países [4]. En la construcción de las naves se inspiró Salomón en las que utilizaban los fenicios.

La reina de Saba, en Jerusalén (10,1-10)

1 Llegó a la reina de Saba la fama que para gloria de Yahvé tenía Salomón, y vino para probarle con enigmas. 2 Llegó a Jerusalén con muy numeroso séquito y con camellos cargados de aromas, de oro en gran cantidad y de piedras preciosas. Vino a Salomón y le propuso cuanto quiso proponerle; 3 y a todas sus preguntas respondió Salomón, sin que hubiera nada que el rey no pudiera explicarle. 4 La reina de Saba, al ver la sabiduría de Salomón, la casa que había edificado, 5 los manjares de su mesa y las habitaciones de sus servidores, sus cometidos y los vestidos que vestían, los de los coperos, y los holocaustos que se ofrecían en la casa de Yahvé, fuera de sí, 6 dijo al rey: «Verdad es cuanto en mi tierra me dijeron de tus cosas y de tu sabiduría. 7 Yo no lo creía antes de venir y haberlo visto con mis propios ojos. Pero cuanto me dijeron no es ni la mitad. Tienes más sabiduría y prosperidad que la fama que a mí me había llegado. 8 Dichosas tus gentes, dichosos tus servidores, que están siempre ante ti y oyen tu sabiduría. 9 Bendito Yahvé, tu Dios, que te ha hecho la gracia de ponerte sobre el trono de Israel. Por el amor que Yahvé tiene siempre a Israel, te ha hecho su rey para que hagas derecho y justicia». 10 Dio al rey ciento veinte talentos de oro, una gran cantidad de aromas y de piedras preciosas. No se vieron nunca después tantos aromas como los que la reina de Saba dio al rey Salomón.

La reina de Saba *(Sheba)* encaminóse a Jerusalén acaso movida por una doble finalidad: preparar un tratado comercial y admirar la sabiduría del soberano. Las naves hebreas y de Tiro que surcaban los mares ponían en peligro el comercio que se efectuaba hasta ahora entre pueblos y continentes por medio de las famosas rutas caravaneras. La reina de Saba, viendo mermados sus intereses, dirigióse a Jerusalén para pactar con Salomón y llegar a un acuerdo

4 LEMAIRE-BALDI, *Atlante Biblico* 122. Ofir se localiza probablemente en la costa occidental de Arabia (Gén 10,29; Job 22,24; 28,26; 1 Crón 1,23). Es posible que haya una exageración en el número de talentos, o el texto se ha conservado defectuosamente (A. BEA, *Eisongaber-Elath: tell el-Helefi:* B 21 [1940] 437-445; N. GLUECK: BASOR, 71 [1938] 3-18; 75 [1939] 8-22; 79 [1940] 2-18).

comercial. Diversas veces aparece en la Biblia la palabra *Sheba* (Gén 10,30; 15,3; Job 16,19). En Is 43,3; 45,14 se coloca el país de Saba en relación con Kus y Etiopía, y en Gén 10,7, con Dedán. Ambos pueblos no estaban lejos de Tarsis (Sal 72,10) [1].

La reina presentóse con numeroso séquito y con camellos (Gén 37,25) cargados de aromas (Ex 25,6; 30,23), oro y piedras preciosas. Gustaban mucho los orientales de proponer y solucionar enigmas (Jue 14,10). Emplea la reina una fórmula de bendición (5,21; 8,56) corriente en la que se emplea el nombre de Yahvé, lo cual no quiere significar que reconociera a Yahvé por único Dios, sino expresar que Israel estaba bajo la protección de un Dios muy activo y solícito de su nación, en comparación con otros de otras naciones. Cristo alude a la visita de la reina de Saba a Salomón (Mt 12,42; Lc 11,31) para condenar la incredulidad de los judíos de su tiempo. Antes de marcharse hizo la reina cuantiosos regalos a Salomón. También Hiram entregó a Salomón ciento veinte talentos de oro (9,14), o sea, más de tonelada y media.

La flota de Hiram (10,11-13)

**11 Las flotas de Hiram que traían el oro de Ofir trajeron
también de Ofir gran cantidad de madera de sándalo y de
piedras preciosas. 12 Con la madera de sándalo hizo el rey las
balaustradas de la casa de Yahvé y de la casa del rey y arpas
y salterios para los cantores. No vino después nunca más ma-
dera de ésta y no se ha vuelto a ver hasta hoy. 13 El rey Salo-
món dio a la reina de Saba todo cuanto ella deseó y le pidió,
haciéndole, además, presentes dignos de un rey como Salomón.
Después se volvió ella a su tierra con sus servidores.**

En un *ostrakon* encontrado en *tell Qasileh*, al norte de Jafa, se habla de «oro del Ofir para Bet Horón, treinta siclos» [2]. De las excavaciones del mencionado *tell* ha aparecido el antiguo puerto de Jafa, adonde llegaba la madera del Líbano para ser trasladada a Jerusalén [3]. A este puerto llegaba también el oro de Ofir, lugar que se encontraba en las costas de Arabia [4], en la región del mar Rojo, que los egipcios llamaban Punt. La naturaleza de las maderas que trajeron las naves de Hiram es desconocida. Se supone que *almuggim*, por metátesis de *algummim* (2 Crón 9,10-11), designa la madera de sándalo. Toda ésta se utilizó en obras de ornamentación del templo, tales como balaustradas *(mis'ad* = apoyo) e instrumentos músicos.

[1] El episodio de la reina de Saba goza de extraordinaria popularidad en Etiopía, cuya dinastía reinante está vinculada, se dice, a la unión matrimonial de Salomón con la reina, que la leyenda árabe llama Balkis y la cristiana Makeda. Según Flavio Josefo *(Ant. Iud.* 8,6,2), la reina llamábase Nikaule, soberana de Egipto y de Etiopía. No es de extrañar que una mujer fuera reina de un país árabe, ya que en tiempos de Teglatfalasar III se recuerdan las reinas Zabibe y Samsi (N. ABBOT, *Pre-Islamic Arab Queens:* «American Journal of Semitic Languages and Literature», 58 [1941] 1-22; PRITCHARD, 283; P. DHORME, *Le Pays biblique et l'Assyrie* [París 1913] 37.80.94 y 119; A. CHASTEL, *La Légende de la reine de Saba:* RHR 119 [1939] 204-225; 120 [1939] 24-44.160-174). Sobre la exploración del sur de Arabia: G. W. VAN VEEK, *Recovering the Ancient Civilisation of Arabia:* BA 15 (1952) 2-18; WENDELL PHILLIPS, *Qataban and Sheba: Exploring the Ancient Kingdoms on the Biblical Spice Routes of Arabia* (New York 1955).

[2] B. MAISLER, *Two Hebrew Ostraca from Tell Qasile:* JNES 10 (1951) 265-267.

[3] B. MAISLER, *The Excavation of Tell Qesile:* BA 14 (1951) 43-49.

[4] H. MICHAUD, *Sur la pierre et l'argile* (París-Neuchâtel 1958) 48. Sobre el dios Horón, véase R. DUSSAUD, *Les religions des Hittites et des Hourrites, des Phéniciens et des Syriens* (Mana I, París 1945) 358.363 y 402.

Riquezas de Salomón (10,14-25)

**14 El peso de oro que cada año llegaba a Salomón era de
seiscientos sesenta y seis talentos de oro, 15 además del que
como tributo recibía de los grandes y pequeños mercaderes,
de los príncipes de los beduinos y de los intendentes de la tierra.
16 Hizo también el rey Salomón doscientos grandes escudos de
oro macizo, para cada uno de los cuales empleó seiscientos si-
clos de oro, 17 y otros trescientos escudos de oro macizo, para
cada uno de los cuales empleó tres minas de oro, y los puso
en la casa «Bosque del Líbano». 18 Hizo también el rey un
gran trono de marfil, que cubrió con láminas de oro purísimo.
19 Seis gradas tenía el trono, y el respaldo era arqueado, y
tenía dos brazos, uno a cada lado del asiento, y junto a los bra-
zos dos leones, 20 y doce leones en las gradas, uno a cada lado de
cada una de ellas. No se ha hecho nada semejante para rey
alguno. 21 Todas las copas del rey Salomón eran de oro, y toda
la vajilla de la casa «Bosque del Líbano» era de oro macizo.
No había nada de plata; no se hacía caso alguno de ésta en tiem-
pos de Salomón, 22 porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis
con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis
trayendo oro, plata, marfil, monos y pavones. 23 Fue el rey
Salomón más grande que todos los reyes de la tierra por las
riquezas y la sabiduría. 24 Todo el mundo buscaba ver a
Salomón para oír la sabiduría que había puesto Yahvé en su
corazón; 25 y todos le llevaban presentes, objetos de plata, de
oro; vestidos, aromas, caballos y mulos, y todos los años era
lo mismo.**

El oro que llegaba cada año a Salomón tenía un valor fabuloso. Comenta Colunga que la suma de seiscientos sesenta y seis talentos de oro es colosal. El talento equivalía a tres mil siclos; éste, a unos catorce gramos; luego el talento correspondía a cuarenta y dos kilogramos de oro. La suma de seiscientos sesenta y seis talentos equivale a unas veintiocho toneladas de oro, o sea, setenta y ocho millones de pesetas oro. Pero puede ser que el número seiscientos sesenta y seis, que reaparece en Ap 13,18 como nombre de la bestia, tenga sentido simbólico. La cifra puede provenir de la suma de ciento veinte (9,14), más cuatrocientos veinte (9,28), más ciento veinte (10,10). Construyó Salomón muchos escudos de oro, doscientos de los grandes *(sinnah)*, que cubrían todo el cuerpo, y trescientos de los pequeños *(maguen)*. Para cada uno de los primeros se utilizaron seiscientos siclos de oro (unos 6,7 kgs.); para los segundos, tres minas de oro cada uno (2,07 kgs.). El trono construido llamábase de marfil por contener muchas incrustaciones de este material. Empleábase el marfil para la fabricación de muebles en Fenicia, Siria, Palestina, Mesopotamia y Egipto (22,39; Am 3,15; 6,4; Ez 27,15; Ap 18,12). Las mejores fuentes de riqueza eran las famosas *naves de Tarsis*, de construcción análoga a las

naves fenicias que iban a Tarsis (Sal 48,8). Mucho se ha discutido acerca del significado de la palabra *Tarsis*, que acaso corresponde a *fundición;* las naves de Tarsis exportaban a las diferentes naciones los metales de las fundiciones de Asiongaber, cobrando la mercancía en oro. El texto bíblico habla siempre de «naves de Tarsis» (10,22; 2 Crón 9,21). En la segunda parte del verso 21 del texto último mencionado se dice que las naves iban *(halekot)* a Tarsis, verbo que un copista pudo añadir erróneamente, como hizo la Vulgata en 1 Re 10,22. También en 2 Crón 20,36 se encuentra la expresión «ir a Tarsis», pero quizá el texto deba corregirse conforme a 1 Re 22,49 (Garofalo) [5].

Los carros (10,26-29)

26 Reunió carros y caballos. Tenía mil cuatrocientos carros
y doce mil jinetes, que puso en las ciudades donde tenía los
carros, y en Jerusalén, cerca del rey. 27 El rey hizo que en Jeru-
salén abundara la plata como las piedras, y los cedros fueron
tan numerosos como los sicómoros que crecen en el llano.
28 Los caballos los traía de Musri y de Coa; una caravana de
comerciantes del rey los compraba a un precio determinado;
29 un tiro de carro venía a costar, al salir de Musri, seiscientos
siclos de plata, y un caballo, ciento cincuenta siclos. Traíanlos
también al mismo tiempo para los reyes de los jeteos y los de
Siria.

En algunas ciudades concentró Salomón los carros de combate, desconocidos antes en Israel. Según el códice B, disponía Salomón de cuatro mil carros, con tres hombres cada uno, obteniéndose de esta manera la suma de doce mil jinetes adictos al servicio de los carros de combate [6]. Los caballos importábanse de Coa, pequeña ciudad de las costas de Cilicia; Musri hallábase al norte de la misma región, cuya riqueza principal consistía en la cría de caballos (Herodoto, 3,90), entregando anualmente trescientos caballos blancos a Darío. Salomón negociaba con los caballos de Musri y Coa; los traía de allí para él y para los países vecinos, Siria, Egipto y el reino de los hititas, a quienes los revendía a precios más remuneradores.

Hasta el presente nos ha hecho ver el autor sagrado la prosperidad del reinado de Salomón en todos los órdenes: religioso, militar,

5 Muchos creen que se trata de Tarsis, lugar que se encontraba cerca de la desembocadura del Guadalquivir. Otros, por el hecho de que la flota tenía sus bases en el golfo de Aqaba, buscan Tarsis por estos parajes, cerca de Ofir. Otros (Halevy, Albright) han pensado en Cerdeña. No es posible zanjar la cuestión (Desnoyers, *Histoire* III 66-70; L. de las Muñecas, *La Tarsis bíblica:* «Estudis Franciscans», 43 [1931] 111-150; S. Bartina, *Tarsis:* VD 34 [1956] 342-348). W. Albright («Basor», 83 [1941] 14-22) reconoce en *Tarsis* una palabra técnica fenicia que significa *fundición (rashashu)*, que funcionaba en Nora, o en la región adyacente, de la isla de Cerdeña.

6 En las excavaciones practicadas en Megiddo se han encontrado restos de establos capaces de albergar a cuatrocientos cincuenta caballos para ciento cincuenta carros. Otras cuadras se han hallado en Jasor (9,15), en Taanac, Eglón y Guezer (9,15). J. Simons, *Caesurae in the history of Megiddo:* OTS 1 (1942) 17-54; A. Alt, *Megiddo im Uebergang vom Kanaanäischen zum israelitischen Zeitalter:* ZAW 60 (1944) 67-85; G. H. Wright, *The Discoveries at Megiddo 1935-1939:* BA 13 (1950) 28-46; A. M. Steve, *Megiddo:* DBS 5,1083-1101.

administrativo y político. A partir del próximo capítulo se nos enseña el reverso de la medalla, con la exposición de las causas que llegaron a empañar tanta gloria y adelantaron la escisión del reino.

Las mujeres extranjeras y la idolatría (11,1-13)

1 El rey Salomón, además de la hija del Faraón, amó a mu-
chas mujeres extranjeras, moabitas, amonitas, edomitas, sido-
nias y jeteas, 2 de las naciones de que había dicho Yahvé a los
hijos de Israel: «No entréis a ellas, ni entren ellas a vosotros,
porque de seguro arrastrarán vuestros corazones tras sus dioses».
A éstas, pues, se unió Salomón con amor. 3 Tuvo setecientas
mujeres de sangre real y trescientas concubinas, y las mujeres
torcieron su corazón. 4 Cuando envejeció Salomón, sus mu-
jeres arrastraron su corazón hacia los dioses ajenos; y no era
su corazón enteramente de Yahvé, su Dios, como lo había
sido el de David, su padre; 5 y se fue Salomón tras de Astarté,
diosa de los sidonios, y tras de Milcom, abominación de los
amonitas; 6 e hizo Salomón el mal a los ojos de Yahvé, y no
siguio enteramente a Yahvé, como David, su padre. 7 Entonces
edificó Salomón, en la montaña que está frente a Jerusalén, un
excelso a Camos, abominación de Moab, y a Milcom, abomina-
ción de los hijos de Amón; 8 y de modo semejante hizo para
todas sus mujeres extranjeras, que allí quemaban perfumes y
sacrificaban a sus dioses. 9 Irritóse Yahvé contra Salomón por-
que había apartado su corazón de Yahvé, Dios de Israel, que
se le había aparecido dos veces 10 y le había mandado, cuanto a
esto, que no se fuese tras los dioses ajenos; pero él no siguió
lo que Yahvé le había mandado. 11 Yahvé dijo a Salomón:
«Pues que así has obrado y has roto mi alianza y las leyes que
yo te había prescrito, yo romperé de sobre ti tu reino y se lo
entregaré a un siervo tuyo. 12 No lo haré, sin embargo, en tus
días, por amor de David, tu padre; lo arrancaré de las manos
de tu hijo. 13 Ni le arrancaré tampoco todo el reino, sino que
dejaré a tu hijo una tribu por amor de David, mi siervo, y por
amor de Jerusalén, que yo he elegido».

Próspero en todos los órdenes había sido el reinado de Salomón. De su padre recibió un reino pacífico en el interior y exterior; todos sus contrincantes fueron eliminados. Dios le eligió entre los otros hijos de David para sucederle en el trono; le colmó de sabiduría y de bienes, imponiéndole únicamente la obligación de mantenerse fiel a Dios y de observar sus preceptos y mandamientos. Pero, a medida que crecía su fama y amontonaba riquezas, dejóse arrastrar por los sentimientos del corazón hasta ofuscar su privilegiada inteligencia. No supo administrar sus riquezas ni su gloria con moderación. La conciencia de su superioridad le llevó al despotismo, tratando a sus súbditos con severidad, en vez de amarlos como padre. La misma piedad era más espectacular que nacida del corazón. Su ansia de gloria llevó a Salomón a concertar tratados con reyes extranjeros, a recibir comisiones de los pueblos gentiles, a contraer matrimonios con numerosas princesas paganas. Las muchas mujeres de variada procedencia y religión llegaron a

cautivar su corazón a medida que avanzaba en años hasta arrastrarlo a rendir culto a dioses extranjeros. Si a la hija del Faraón le concedió una habitación separada, ¿cómo negar a ella y a las otras su deseo de tener un lugar de culto para sus respectivos dioses? A causa de las muchas mujeres extranjeras, el reino del gran monarca israelita empezaba a resquebrajarse; los profetas, antes fervientes admiradores suyos, no dudaron en declarársele en contra; el pueblo, gravado por tasas y trabajos, anhelaba un cambio de cosas.

Era costumbre antigua entre los reyes trabar amistad con otros monarcas con el envío de una o más hijas para el harén real. A Salomón se le hicieron innumerables ofrecimientos, porque todos deseaban la amistad de un monarca tan sabio y rico. Otras mujeres y concubinas entraban en el harén para cancelar una deuda o un impuesto. Sin embargo, el número de las mujeres y concubinas que señala el texto es exagerado. En el Cantar de los Cantares (6,8) se habla de sesenta reinas y ochenta concubinas; el número total de mil que señala el texto es una hipérbole manifiesta, encaminada a poner de relieve la grandeza de Salomón, que en Oriente se mide principalmente por el número de mujeres del harén. En Ex 34,11-16; Deut 7,1-5 se prohibían los matrimonios entre israelitas y mujeres cananeas por temor a que los arrastraran a la idolatría. Más tarde esta prohibición se extendió a las mujeres de otras procedencias.

La idolatría era considerada como el mayor de los pecados (9,6-7). Salomón rindió culto a Astarté *(ashtoret)*, la diosa principal de los fenicios y sidonios, asociada al dios Baal. De Milcom sabemos que era el supremo dios de los amonitas (2 Sam 12,30), al que se ofrecían niños en holocausto [1]. Los moabitas reconocían al dios Camos (Núm 21,29; Jer 48,46). De él se habla en el obelisco de Mesa [2]. Los altares de estos ídolos fueron levantados en la vertiente occidental del monte Olivete, enfrente del templo de Yahvé, constituyendo un grave escándalo para el judaísmo. Desde estos tiempos arranca la denominación de monte del Escándalo que se da a la parte extrema sudoccidental del mencionado monte. Este pecado debía atraer sobre Salomón un castigo ejemplar, anunciándosele la división del reino en el interior y la aparición de enemigos en las fronteras (v.14). No sabemos si se valió Dios de un profeta para anunciar estos castigos a Salomón.

Enemigos externos de Salomón (11,14-25)

[14] Suscitó Yahvé a Salomón un enemigo, Hadad, idumeo, de la sangre real de Edom. [15] Cuando David batió a Edom, Joab, jefe del ejército, subió para enterrar a los muertos y mató a todos los varones de Edom, [16] quedándose con todo Israel durante seis meses en Edom, hasta exterminar a todos los varones. [17] Entonces Hadad, con algunos edomitas, siervos de su padre, huyó para refugiarse en Egipto, siendo todavía muchacho. [18] Partiendo de Madián, se fueron a Parán, y, uniéndose allí algunos de Parán, llegaron a Egipto, junto al Faraón, rey de Egipto. El Faraón dió a Hadad una casa, proveyó a su subsistencia y le dio tierras. [19] Fué Hadad muy grato al Faraón, que le dio por mujer a Ano, hermana mayor de su mujer, hermana de la reina Tafnes. [20] La hermana de Tafnes le dio su hijo Guenubat, a quien Tafnes educó en la casa del Faraón, estando en ella Guenubat como un hijo del Faraón. [21] Cuando supo Hadad, en Egipto, que David se había dormido con sus padres y que Joab, jefe del ejército, había muerto, dijo al Faraón: «Déjame ir a mi tierra»; [22] y el Faraón le respondió: «¿Qué te falta cerca de mí, para que quieras irte a tu tierra?» Y él contestó: «Nada me falta, pero déjame ir». Hadad se volvió a su casa. Este fue el mal que hizo Hadad, que odiaba a Israel y se alzó rey de Edom. [23] Suscitó Dios a Salomón otro enemigo, Rezón, hijo de Eliada, que había huido de su señor Hadadezer, rey de Soba. [24] Reunió gente y se hizo jefe de banda cuando David derrotó a las tropas arameas. Fuése entonces a Damasco y se estableció allí, y reinó en Damasco, [25] siendo enemigo de Israel todo el tiempo de la vida de Salomón. Al mismo tiempo que Hadad, le hacía el mal que podía, porque aborrecía a Israel y reinaba en Siria.

[1] N. SCHNEIDER, *Melchom, das Scheusal der Ammoniter:* B 18 (1937) 337-343; 19 (1938) 286-307.

[2] D. SIDERSKI, *La stèle de Mésa, index bibliographique* (París 1920).

Dos fueron los principales enemigos que amenazaron las fronteras del reino salomónico: Hadad, de la sangre real de Edom, y Rezón, creador del reino de Damasco. En cuanto al primero se amplía aquí la noticia del ataque de David contra Edom y el ensañamiento contra el mismo (2 Sam 8,13-14). Una vez vencidos los edomitas, Joab se ensañó contra los varones del país, a quienes persiguió durante seis meses. Hadad, de la familia real, logró escapar a tierras de Madián, al sudeste de Edom, y de allí a Egipto. Hadad es el nombre del dios cananeo del cielo y de las tempestades [3], que llevaron anteriormente otros dos reyes idumeos (Gén 36. 35-39). Hadad marchó a Egipto por existir quizá entre ambos países relaciones cordiales, ya que en el papiro Anastasi VI, de la XIX dinastía, se autoriza a una tribu edomita para que apaciente sus ganados junto a Pithom (PRITCHARD, 259). En su huida atravesó el desierto de Farán, al norte de la península del Sinaí (Núm 10,12; 12,16; 13,3; 1 Sam 25,1). El Faraón, probablemente de la XXI dinastía, recibiólo amigablemente, hasta el punto de entregarle a Ano, su cuñada, por esposa. El texto masorético llama Tahpenes a la reina, palabra que, según algunos, debe cambiarse en *tahmenis haguebirah* = grande esposa del rey. La mutilación del título egipcio proviene, probablemente, de su asonancia con el nombre de la ciudad, *Tahpankes* o *Takhpankhes* (Jer 2,16; 43,7-9) [4]. La reina adoptó al hijo de Hadad, llamado Guenubat, que fue educado juntamente con los hijos del rey. A la muerte de David y de Joab pidió Hadad autorización para regresar a su patria, llevando en el corazón un gran odio contra los israelitas.

Rezón, súbdito de Hadadezer, rey de Soba (2 Sam 8,3-10; 10,

[3] H. HAAG, *Bibellexikon* 635.

[4] Véase B. GRDSELOFF, *Takpnés:* «Annales du service des Antiquités de l'Egypte», 47 (1947); IDEM, *Edom d'après les sources Egyptiennes:* «Revue de l'histoire Juive en Egypte», 1 (1947) 88-93.

15-19), se proclamó jefe de una banda, instalándose en Damasco, donde inició el reino que más tarde se convertiría en un enemigo peligroso del reino del Norte, separado del de Judá. Salomón no pudo apoderarse de Tadmor (Palmira) ni ejercer su influencia comercial hasta las tierras del Eufrates. Perdió parte de sus posesiones en Siria, decayendo su prestigio.

Jeroboam (11,26-43)

26 También Jeroboam, siervo de Salomón, se alzó contra el rey. Era hijo de Nabat, efrateo, de Sereda, siervo de Salomón, y tenía por madre a una viuda llamada Sarva. 27 He aquí la ocasión de alzarse contra el rey. Estaba Salomón construyendo el terraplén para rellenar la depresión que había en la ciudad de David, su padre. 28 Jeroboam era hombre muy capaz y fuerte, y, habiéndole visto Salomón a la obra, dio al joven el mando de todas las gentes de trabajo de la casa de José. 29 Por aquel tiempo salió Jeroboam de Jerusalén y le halló en el camino el profeta Ajías, de Silo. Iba éste cubierto con un manto nuevo, y estaban los dos solos en el campo. 30 Ajías cogió el manto nuevo que llevaba sobre sí, lo partió en doce pedazos, 31 y dijo a Jeroboam: «Coge diez pedazos, porque así habla Yahvé, Dios de Israel: Voy a romper el reino en manos de Salomón y a darte a ti diez tribus. 32 El tendrá una tribu, por amor de David, mi siervo, y de Jerusalén, que yo he elegido entre todas las tribus de Israel. 33 Porque me han abandonado y se han prosternado ante Astarté, diosa de los sidonios; ante Camos, dios de Moab, y ante Milcom, dios de los hijos de Amón. No han marchado por mis caminos, haciendo lo que es bueno a mis ojos y guardando mis leyes y mandamientos, como lo hizo David, su padre. 34 No quitaré de sus manos el reino, pues mantendré su reinado todos los días de su vida por amor a David, mi siervo, a quien elegí yo y que guardó mis mandamientos y mis leyes. 35 Pero quitaré el reino de las manos de su hijo y te daré a ti diez tribus, 36 dejando a su hijo una tribu, para que David, mi siervo, tenga siempre una lámpara ante mí en Jerusalén, la ciudad que yo he elegido para poner allí mi nombre. 37 A ti te tomaré yo; dominarás sobre cuanto tu corazón desea y serás rey de Israel. 38 Si me obedeces en cuanto yo te mande y sigues mis caminos, mis leyes y mandamientos, como lo hizo David, mi siervo, yo seré contigo y te edificaré casa estable, como se la edifiqué a David, y te daré Israel. 39 Humillaré a la descendencia de David, mas no por siempre». 40 Salomón procuró dar muerte a Jeroboam; pero Jeroboam huyó, refugiándose en Egipto, cerca de Sesac, rey de Egipto, hasta la muerte de Salomón. 41 Lo demás de los hechos de Salomón, de lo que hizo y de su sabiduría, ¿no está escrito en el libro de los hechos de Salomón? 42 Reinó Salomón en Jerusalén cuarenta años sobre todo Israel, 43 y luego se durmió con sus padres y fue sepultado en la ciudad de David, su padre. Le sucedió Roboam, su hijo.

El enemigo más peligroso para Salomón y su reino fue Jeroboam, capataz de los trabajos del terraplén entre la ciudad de David y el templo. Era efraimita de nacimiento (Jue 12,5; 1 Sam 1,1), de la ciudad de Sareda (Jue 7,22; Jos 3,16), en el actual *Deir Ghassaneh*, a

treinta kilómetros al este de Jafa *(Géographie* II 457) y a ocho al sudeste de Rentis, patria de Samuel (1 Sam 1,1). La madre de Jeroboam es llamada *Seruah*, leprosa en el texto masorético; *porne, meretrix*, por los LXX, por considerar los glosadores que el cisma fue como la lepra y un adulterio para Israel. Probablemente se llamaba *Seruyah*, Sarvia, como una hermana de David. Jeroboam veía con indignación que, mientras la tribu de Judá gozaba de un régimen de excepción, toda la carga de las obras recaía sobre los efraimitas. Jeroboam, joven, valiente *(guibbor hail)*, dirigía los trabajos, pero sentía la causa de sus hermanos de tribu. Seguramente que debió él maquinar desde tiempo algún complot contra la política del rey en connivencia con las tribus del norte. A la misma tribu pertenecía Ajías, de Silo (1 Sam 14,3.18), a quien algunos críticos incluyen entre los confabulados para protestar por la decadencia del templo de Silo, absorbido y desplazado por el de Jerusalén [5]. Pero, como dice el texto, reconoció Ajías los méritos de David (v.34) y los privilegios de Jerusalén como ciudad escogida por Dios (v.36). Con una acción simbólica (19,19; 20,37-42; 2 Re 13,14-19; Is 8,1-4; 20,1-6; Jer 19,10; 27,2; Ez 3,1-3) profetizó la división del reino, reservando una tribu para el hijo de Salomón y entregando a Jeroboam las diez restantes. Siendo doce las tribus, se pensó en corregir el texto escribiendo *dos* tribus (de Judá y de Benjamín), en vez de una. Las diez partes representan el bloque de las tribus norteñas (2 Sam 19,44). Las otras dos piezas del manto simbolizan la tribu de Judá, con la que habíase fusionado la de Simeón (Jos 19,1); pero acaso se trata de la tribu de Benjamín, que se asoció a la de Judá, con la que jugó un papel importantísimo (12,21-23). Las palabras del profeta no son ni fórmulas geométricas ni ecuaciones algebraicas [6].

Ajías, yahvista acérrimo, achaca a Salomón su apostasía, pero calla las otras causas que aceleraron la división de su reino. Conoce Ajías las ambiciones de Jeroboam, al cual promete una dinastía perdurable en caso de que religiosamente imite a David. Jeroboam pudo escapar de manos de Salomón huyendo a Egipto, cerca del faraón Sesac, llamado Sheshonq, fundador de la XXII dinastía, que reinó aproximadamente los años 950-929 a.C. De él se ocupará más tarde nuestro autor (14,25). Según los LXX (12,24ss), Jeroboam tomó en Egipto por esposa a Ano, hermana mayor de Thekemina, mujer de Faraón.

Una historia más amplia del reinado de Salomón tuvo el autor sagrado ante su vista, de la cual extrajo lo poco que ha consignado en los capítulos 3-11. Pero, además, conoció otro documento en el que se exponían ampliamente las etapas de la construcción y ornamentación del templo. Para describir los primeros brotes del reino del norte, o sea los primeros conatos de rebelión por parte de Jeroboam, inspiróse en una historia de los reyes del Norte.

Como hemos podido apreciar en las páginas que anteceden, el autor sagrado ha escrito una historia breve, concisa, del reinado de Salomón, poniendo de relieve sus puntos luminosos y no ocultando

5 A. Caquot, *Ahiyya de Silo et Jéroboam Ier*: «Semitica», 11 (1961) 17-27.
6 B 7 (1926) 87.

sus sombras, considerándolo todo desde el punto de vista deuteronómico. Salomón es figura del Mesías (Mt 12,47; Lc 11,31) únicamente por razón de algunas misteriosas y solemnes palabras que le dirigió Dios, por el esplendor y sabiduría que le acompañó en los primeros años de reinado. Pero es también un ejemplo viviente de cómo puede sucumbir un alma que no coopera con la gracia que Dios le concede a raudales. En cifras redondas se dice que Salomón reinó cuarenta años sobre Judá e Israel. Iniciado su reino hacia el año 972, prolongóse hasta cerca de 930; otros autores (Dhorme) señalan los años 972 y 932 como términos *a quo* y *ad quem* del reinado salomónico. Fue sepultado junto a su padre (2,10). Le sucedió su hijo Roboam.

Segunda parte

HISTORIA SINCRONICA DE LOS REYES HASTA AJAB Y JOSAFAT (c.12-22)

Roboam en Siquem (12,1-15)

**1 Roboam fue a Siquem por haberse reunido en Siquem todo
Israel para proclamarle rey. 2 Así que lo oyó Jeroboam, hijo
de Nabat, que estaba en Egipto, adonde había huido de Salo-
món, se volvió de Egipto. 3 Y hablaron a Roboam diciendo:
4 «Tu padre hizo muy pesado nuestro yugo; aligera tú, pues,
ahora esta dura servidumbre, y te serviremos». 5 El les respon-
dió: «Id y volved a mí dentro de tres días». Fuése el pueblo.
6 El rey Roboam consultó a los ancianos que habían estado cer-
ca de Salomón, su padre, durante su vida, diciéndoles: «¿Qué
me aconsejáis que responda a este pueblo?» 7 Y ellos le dijeron:
«Si ahora te rindes a este pueblo y le complaces hablándole blan-
das palabras, te estará siempre sujeto». 8 Pero Roboam no si-
guió el consejo de los ancianos, y consultó a los jóvenes que se
habían criado con él y le rodeaban, 9 diciéndoles: «¿Qué me
aconsejáis que responda a este pueblo que así me habla: Aligera
el yugo que tu padre nos impuso?» 10 Y los jóvenes que se ha-
bían criado con él le dijeron así: «Habla de este modo al pueblo
que te ha dicho: Tu padre hizo muy pesado su yugo sobre nos-
otros; aligéralo tú. Háblales así: Mi dedo meñique es más grue-
so que los lomos de mi padre. 11 Ahora, pues, mi padre os cargó
con pesado yugo, y yo haré vuestro yugo más pesado todavía.
Mi padre os azotó con azotes, y yo os azotaré con escorpiones».
12 Vino a Roboam, pues, todo Israel al día tercero, según lo que
había dicho el rey: «Volved dentro de tres días»; 13 y el rey res-
pondió al pueblo duramente, dejando el consejo que le habían
dado los ancianos, 14 y le habló así, según el consejo de los jóve-
nes: «Mi padre hizo pesado vuestro yugo, y yo lo haré más pe-
sado todavía; mi padre os azotó con azotes, y yo os azotaré con
escorpiones». 15 Desoyó, pues, el rey al pueblo, porque así lo
disponía Yahvé para cumplir la palabra que El había dicho por
medio de Ajías, de Silo, de Jeroboam, hijo de Nabat.**

Salomón había bajado al sepulcro dejando a su hijo en herencia un descontento general en el interior. Antes de morir habíanse reno-

vado los conatos de independencia de las tribus del norte a causa del trato desigual de que eran objeto con relación a los de Judá, que la conducta abiertamente imprudente de Roboam sellaron definitivamente. Roboam dispuso que la ceremonia de la proclamación como nuevo rey de Israel se celebrara en Siquem, lugar donde se produjo la primera tentativa de la monarquía (Jue 8,22ss; c.9). A las razones históricas se añadieron otras consideraciones de orden social. Las tribus norteñas eran más ricas económicamente que Judá; sus tierras, más feraces; sus ciudades, más abiertas a las grandes vías comerciales, lo que originó un nivel de vida superior, una cultura más refinada. Las tasas que pesaban sobre ellos eran insoportables, en tanto que Judá gozaba de un trato de favor. Desde el punto de vista religioso, Siquem guardaba el sepulcro de José (Jos 24,32). Abraham había estado allí (Gén 12,6); Jacob había morado grandes temporadas en sus inmediaciones (Gén 33,18). Además, ¿no había sido contaminada Jerusalén por los santuarios extranjeros? El numeroso harén real creó en la capital un ambiente de sensualidad y cierto sincretismo religioso. No solamente las reinas acudían a los templos de sus respectivos dioses, sino también la servidumbre, el séquito, los mercaderes extranjeros, los simpatizantes. Los mismos israelitas debían ser, en parte, los proveedores de víctimas y de cuanto se necesitaba para los sacrificios a los ídolos.

El acto de señalar a Siquem como lugar de su proclamación como rey fue un acierto diplomático de Roboam. No sabemos si Jeroboam estuvo o no presente en la ceremonia, ya que había abandonado Egipto tan pronto como se enteró de la muerte de Salomón. Los LXX dicen que se retiró a Sareda; del texto masorético (v.3.5.12), de 2 Crón 10,3 y Vulgata parece deducirse que asistió a la misma.

«¡A tus tiendas, Israel!» (12,16-24)

**16 Entonces todo Israel, viendo que el rey no le escuchaba,
dijo al rey: «¿Qué tenemos que ver nosotros con David? No
tenemos heredad con el hijo de Isaí. ¡A tus tiendas, Israel! ¡Pro-
vee ahora a tu casa, David!» Fuése Israel a sus tiendas (17 y Ro-
boam no reinó sobre más hijos de Israel que los que habitaban
en las ciudades de Judá). 18 Mandó entonces Roboam a Adoni-
ram, que era prefecto de los tributos; pero éste fue lapidado por
todo Israel y murió. Apresuróse Roboam a montar en su carro
para huir a Jerusalén; 19 y así se separó Israel de la casa de David
hasta el día de hoy. 20 Sabiendo que había vuelto Jeroboam, todo
Israel le mandó a llamar a la asamblea y le hicieron rey de todo
Israel. La tribu de Judá fue la sola que siguió a la casa de David.
21 Llegado Roboam a Jerusalén, convocó a toda la casa de Judá
y a la tribu de Benjamín, ciento ochenta mil hombres de guerra,
para hacer la guerra a la casa de Israel y reducirla a la obedien-
cia de Roboam, hijo de Salomón; 22 pero Semeyas, varón de
Dios, recibió palabras de Yahvé, diciendo: 23 «Habla a Roboam,
hijo de Salomón, rey de Judá, y a toda la casa de Judá y de Ben-
jamín, y a todos los del pueblo, diciendo: 24 He aquí lo que dice
Yahvé: No subáis a hacer la guerra a vuestros hermanos, los hi-**

jos de Israel. Vuélvase cada uno de vosotros a su casa, porque de mí ha venido esto»; y ellos, obedeciendo la palabra de Dios, se volvieron, según la palabra de Yahvé.

La respuesta insolente del rey pone en boca de la muchedumbre el grito separatista lanzado en otro tiempo por Seba (2 Sam 20,1). La escisión del pueblo era un hecho: Roboam dominaría sobre Judá y Benjamín, mientras que las diez tribus del norte se unirían bajo Jeroboam. Varias causas contribuyeron a esta división. En el colmo de la imbecilidad, no encontró Roboam otro funcionario para atraer y reducir a los del norte que el odiado Adoniram (4,6; 5,28), jefe de los tributos. Dios obceca a los que quiere perder. Vuelto el rey a Jerusalén, trató de reducir a los separatistas por la fuerza, pero le disuadió el profeta Semeyas (13,1-9). Según algunos textos (11, 13.32), solamente la tribu de Judá obedeció a Roboam; sin embargo, parte de Benjamín, en cuyo territorio se encontraba Jerusalén, se unió al reino del sur (2 Crón 11,1), en tanto que Jericó se adhirió al del norte (16,34). La de Simeón habíase fundido con la de Judá [1].

Cisma religioso (12,25-33)

**25 Jeroboam edificó Siquem, en la montaña de Efraím, y re-
sidió allí; salió después y edificó Penuel. 26 Jeroboam se dijo en
su corazón: «El reino podría muy bien volver otra vez a la casa
de David. 27 Si este pueblo sube a Jerusalén para hacer sus sa-
crificios en la casa de Yahvé, el corazón del pueblo se volverá
a su señor, Roboam, rey de Judá, y me matarán a mí». 28 Des-
pués de pensarlo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pue-
blo: «Bastante tiempo habéis subido a Jerusalén; ahí tienes a tu
Dios, Israel, el que te sacó de la tierra de Egipto». 29 Hizo poner
uno de los becerros en Bétel y otro en Dan; 30 y esto indujo al
pecado, pues iba el pueblo hasta Dan para adorar. 31 Edificó
también Jeroboam lugares excelsos e hizo sacerdotes a gentes
del pueblo que no eran de los hijos de Leví. 32 Instituyó Jero-
boam una solemnidad en el mes octavo, el quince del mes, con-
forme a las de Judá, y sacrificó sobre el altar. Así puso también
en Bétel sacerdotes en los altos que había construido, para que
sacrificasen a los becerros que había hecho; 33 y subió al altar
que se había hecho en Bétel el día quince del octavo mes, que
él a su voluntad eligió. Instituyó una fiesta para los hijos de Is-
rael y subió al altar para sacrificar.**

Con el fin de defender el nuevo reino, fortificó Jeroboam las ciudades de Siquem y de Penuel. Se identifica esta última con *Tulul ed-Dahab*, en la ribera del Yaboc, a unos once kilómetros al este del Jordán. Pensó en rehabilitar los dos santuarios antiguos: Dan, en los confines septentrionales (Jue 18,1-31), y Bétel, en el límite sur, lugar donde existían recuerdos venerandos de los tiempos de los patriarcas (Gén 12,8; 13,4; 28,19; 35,7) y en donde se ofrecían sa-

[1] A partir de 12,24 hallamos en los LXX una larga adición proveniente de una historia de Jeroboam en la que se busca la explicación de cómo empezaron las enemistades entre Salomón y Jeroboam. Trátase de una ampliación midrásica de lo que dice el TM (J. A. MONTGOMERY, l.c., 251-254). Esta adición midrásica es muy antigua; el traductor griego no la inventó, sino que la encontró en un texto hebraico.

crificios en tiempos de los jueces (Jue 20,21; 21,4; 1 Sam 10,3). Jeroboam repite las palabras que pronunció Aarón después de haber construido el becerro de oro (Ex 32,4). Al rey se le ocurrió representar a Yahvé en forma de becerro por influencias religiosas paganas de Palestina y Siria, en donde el becerro era considerado como símbolo de fecundidad y de fuerza, atributos del dios cananeo Baal-Hadad. En Israel no se practicaba propiamente la idolatría, ya que no se adoraba a dioses extranjeros, sino que se representaba a Yahvé bajo la forma de un toro o becerro, considerado como soporte de un Dios invisible, lo que suponía, sin embargo, a la ley sobre la representación sensible de la divinidad (Ex 20,34; Deut 4,15-20; 5,8-9). Además, con esta práctica Jeroboam ponía el yahvismo al nivel de las otras religiones paganas, creando una especie de sincretismo religioso y una gran desorientación. ¿Cómo distinguirá el pueblo entre el toro de Yahvé y el de Baal? Oseas (8,6) y escritores posteriores consideran este culto de las imágenes como una verdadera apostasía. Es posible, además, que buscara Jeroboam un acercamiento religioso con los cananeos, muy numerosos en su territorio. En todo caso, consciente o no de sus actos, abría Jeroboam las puertas del sincretismo religioso [2].

Para el servicio de los nuevos santuarios creó sacerdotes a gentes que no pertenecían a la tribu de Leví; los sacerdotes y levitas habían emigrado casi en masa a Judá (2 Crón 11,13). La institución de sacerdotes que no contaban con títulos para ello fue considerada como un gran escándalo y un nuevo pecado de Jeroboam (13,33-34). Procuró conservar las festividades principales vigentes en Judá, acomodándolas, sin embargo, a la nueva situación. Retrasó un mes la fiesta de los Tabernáculos, haciéndola coincidir con el término de la recolección de la uva, a fin de que la solemnidad y jolgorio fueran mayores. El rey ofrecía sacrificios, considerándose rey teocrático y sumo sacerdote. Por todo lo dicho, vemos cuán dudosos fueron los comienzos del reino del norte desde el punto de vista religioso. Jeroboam restableció el culto según el modelo antiguo (Ex c.32).

Un profeta de Judá increpa a Jeroboam (13,1-10)

**1 Llegó de Judá a Bétel un hombre de Dios, por mandato de
Yahvé, mientras estaba Jeroboam en el altar para sacrificar;
2 y alzando su voz contra el altar, según la palabra de Yahvé,
gritó: «¡Altar, altar! Así habla Yahvé: Nacerá de la casa de David
un hijo que se llamará Josías, que inmolará sobre ti a los sacer-
dotes de los altos que en ti sacrifican, y sobre ti quemarán huesos
humanos». 3 Y dio entonces mismo una señal, diciendo: «Esta
es la señal que da Yahvé: el altar se quebrará y se derramará la
ceniza que hay en él». 4 Al oír el rey Jeroboam las palabras del
varón de Dios, lo que había gritado contra el altar de Bétel, ex-
tendió su brazo desde el altar, diciendo: «Prendedle»; pero la
mano que contra él extendió se quedó rígida y no pudo volverla**

[2] R. DE VAUX, *Le Schisme réligieux de Jéroboam I:* «Angelicum», 20 (1943) 77-91; A. M. DUBARLE, *Le jugement des auteurs bibliques sur le schisme de Jéroboam:* «Miscelánea Bíblica A. Fernández»: EE 34 (1960) 577-591.

**a sí. 5 El altar se quebró y las cenizas que sobre él había se de-
rramaron, según la señal que el hombre de Dios había dado,
conforme a la palabra de Yahvé. 6 Entonces el rey, dirigiéndose
al hombre de Dios, dijo: «Implora a Yahvé, tu Dios, y ruégale
por mí para que pueda volver a mí la mano». El hombre de
Dios imploró a Yahvé, y el rey pudo volver a sí la mano, que
quedó como estaba antes. 7 Entonces dijo el rey al hombre de
Dios: «Vente conmigo a mi casa para tomar algo y te haré un
presente». 8 Pero el hombre de Dios dijo al rey: «No iré contigo
a tu casa aunque me dieras la mitad de ella, y no comeré pan ni
beberé agua en este lugar, 9 porque esa orden me ha sido dada
por la palabra de Yahvé: No comas pan, ni bebas agua, ni tomes
para tu vuelta el camino por donde vayas». 10 Fuése, pues, por
otro camino, no tomando para volver el camino por donde ha-
bía venido a Bétel.**

Todos los profetas condenan la política religiosa de Jeroboam. Aparece en escena, en primer lugar, un profeta anónimo, oriundo de Judá («hombre de Dios»), que Flavio Josefo llama Jadón *(Ant. Iud.* 8,8,5), acaso el mismo que en 2 Crón 9,29 es denominado Jeddo. El profeta increpa al rey en el momento en que éste se disponía a sacrificar en el altar de Bétel. Alzando su voz, anuncia la suerte que correrá el altar en un futuro lejano. Un rey de Judá lo contaminará con la más grande de las impurezas legales (Núm 19,18) al degollar sobre el mismo a los sacerdotes que le sirven. El profeta anuncia un hecho con trescientos años de anticipación (2 Re 23,15-20) y pronuncia el nombre del monarca que llevará a cabo esta acción. Garantiza con un hecho actual lo que sucederá trescientos años más tarde; con ello conocerá el pueblo que su mensaje es verdadero. Las palabras del profeta enfurecieron al rey. El hombre de Dios consideraba aquel altar como un *bamah,* un lugar alto, a estilo de los cananeos, llamando a los sacerdotes que lo servían «sacerdotes de los altos». Rechazó el profeta el ofrecimiento que le hizo el rey de entrar en su casa y sentarse a su mesa, con lo cual expresa el horror que todos los hombres de Dios sienten por el santuario ilegítimo de Bétel. Dios le había manifestado que ni siquiera debía regresar por el camino por el que había venido, a fin de que no trabara amistad con nadie de Israel.

Desobediencia del profeta (13,11-22)

**11 Habitaba en Bétel a la sazón un viejo profeta, cuyos hijos
vinieron a contarle lo que el hombre de Dios había hecho aquel
día en Bétel y lo que había dicho al rey; 12 y su padre les dijo:
«¿Por qué camino ha ido?» Indicáronle sus hijos el camino por
donde se volvió el hombre de Dios venido de Judá; 13 y él les
dijo: «Aparejadme el asno». Ellos se lo aparejaron, y él, subien-
do en el asno, 14 se fue tras el hombre de Dios; y una vez que lo
alcanzó, mientras estaba sentado debajo de una encina, le pre-
guntó: «¿Eres tú el hombre de Dios que ha venido de Judá?»
El le respondió: «Yo soy». 15 Díjole entonces el otro: «Ven con-
migo a casa para tomar algún alimento». 16 Pero él respondió:
«No puedo ir contigo ni entrar en tu casa, 17 porque la palabra**

**de Yahvé me ha dicho: No comas pan, ni bebas agua, ni tomes
para la vuelta el camino de la ida». 18 Pero él le dijo: «Yo tam-
bién soy profeta como tú, y un ángel me ha hablado de parte
de Yahvé, diciéndome: Tráele contigo a tu casa para que coma
pan y beba agua». Mentía. 19 Volvióse entonces con él el hom-
bre de Dios, y en su casa comió pan y bebió agua. 20 Pero, mien-
tras estaban sentados a la mesa, fue palabra de Yahvé al profeta
que le había hecho volver, 21 que gritó al venido de Judá: «Así
habla Yahvé: Por haber sido rebelde al mandato de Yahvé y no
haber guardado la orden que Yahvé, tu Dios, te había dado,
22 y porque volviéndote has comido pan y bebido agua en el
lugar de que te había dicho: «No comas pan allí ni bebas allí
agua», no entrará tu cadáver en la sepultura de tus padres».**

Había en Bétel un viejo profeta que rechazaba el culto de este santuario, como indica el hecho de no asistir a la solemne fiesta de la dedicación del nuevo templo. Enterado de todo por sus hijos, marchó al encuentro del profeta de Judá, rogándole que se dignara aceptar la hospitalidad que le ofrecía. Durante la refección manifestó Dios su indignación por la desobediencia del profeta de Judá, anunciándole que, por castigo de su desobediencia, no sería enterrado en el sepulcro de sus padres (2 Sam 17,23; Neh 2,3.5). El viejo profeta de Bétel mintió formalmente; el don de profecía es un carisma social que no supone necesariamente la santidad del sujeto.

Castigo por desobediencia (13,23-34)

**23 Cuando el profeta que le había hecho volver acabó de co-
mer pan y de beber agua, hizo que aparejaran para el otro su
asno, y el hombre de Dios se fue. 24 Encontró en el camino un
león, que le mató, quedando su cadáver tendido en el camino;
el asno siguió junto a él, y el león junto al cadáver. 25 Los que
pasaban vieron el cadáver tendido en el camino y junto a él
el león, y hablaron de ello en la ciudad donde moraba el viejo
profeta. 26 Cuando el profeta que lo había hecho volver lo supo,
dijo: «Es el hombre de Dios que ha sido rebelde a la orden de
Yahvé, y por eso le ha entregado Yahvé al león, que le ha des-
trozado y muerto, conforme a la palabra que Yahvé le había
dicho». 27 Después, dirigiéndose a sus hijos, dijo: «Aparejadme
un asno». Aparejáronlo ellos, 28 y se fue. Halló el cadáver tendi-
do en el camino, y el asno y el león, que estaban junto al cadáver.
El león ni había devorado el cadáver ni había dañado al asno.
29 El profeta levantó el cadáver del hombre de Dios y, ponién-
dolo sobre el asno, se lo llevó, y vino con él a la ciudad, donde
le lloró y le sepultó. 30 Puso su cadáver en la sepultura y le llora-
ba, diciendo: «¡Ay hermano mío!» 31 Después que le sepultó,
dijo a sus hijos: «Cuando yo muera, me sepultaréis en la sepul-
tura donde está enterrado el hombre de Dios, poniendo mis hue-
sos junto a los suyos para que mis huesos se conserven intactos
junto a los suyos; 32 porque se ha de cumplir la palabra que de
parte de Yahvé gritó él contra el altar de Bétel y contra todos los
altares de las ciudades de Samaria». 33 A pesar de esto, no se
apartó Jeroboam de su mal camino; creó nuevos sacerdotes de
entre todo el pueblo para los altos. A cualquiera que quisiera**

serlo le consagraba él sacerdote de los altos. [34] Esto fue causa de pecado para la casa de Jeroboam, y por eso fue exterminada y borrada de sobre la haz de la tierra.

La amenaza pendía sobre la cabeza del hombre de Dios desobediente al mandato divino. En ruta le asaltó un león, que, abalanzándose sobre él, le mató, quedando su cadáver tendido sobre el camino. Había leones en el desierto de Judá (1 Sam 17,34), en cuyas cercanías caminaba el hombre de Dios. Quiso Dios que el león respetara al asno y a cuantos transitaban por el camino. A su sepulcro se alude en 2 Re 23,16-18. A pesar de los avisos del profeta y de conocer el castigo que le esperaba, continuó Jeroboam el camino que había emprendido. A cualquiera que quisiera ser sacerdote «le llenaba la mano», frase con la que se alude al rito de Moisés (Ex 28,41; 29,9), que en la consagración sacerdotal de Aarón tomó los ácimos y algunas vísceras de la víctima, colocándolo todo en manos de Aarón y de sus hijos (Ex 29,22). ¿Se practicaba esta ceremonia en caso de conferirse la dignidad sacerdotal a personas ajenas a la familia de Aarón? (Jue 17,5.11; 2 Crón 13,9). Nada sabemos en concreto sobre este particular [1].

La mujer de Jeroboam, en Silo (14,1-9)

[1] Enfermó por entonces Abiya, hijo de Jeroboam; [2] Jeroboam dijo a su mujer: «Anda, levántate y disfrázate de modo que nadie sepa que eres la mujer de Jeroboam, y vete a Silo. Allí está Ajías, profeta, el que anunció que me sería rey de este pueblo. [3] Coge contigo diez panes, tortas y una vasija de miel, y entra en su casa, y él te dirá lo que va a ser del niño». [4] Hízolo así la mujer de Jeroboam. Se levantó, fue a Silo y entró en la casa de Ajías. Ajías no veía ya, pues por la vejez se le habían quedado fijos los ojos; [5] pero Yahvé había dicho a Ajías: «La mujer de Jeroboam va a venir a consultarte acerca de su hijo, que está enfermo; y esto le dirás». Cuando llegó, quiso hacerse pasar por otra. [6] Así que oyó Ajías el ruido de sus pasos en el momento en que trasponía la puerta, dijo: «Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra? Estoy encargado de anunciarte cosas muy duras. [7] Ve y dile a Jeroboam: Así habla Yahvé, Dios de Israel: «Yo te alcé de en medio del pueblo y te hice jefe de mi pueblo, Israel, [8] rompiendo el reino de la casa de David y dándotelo a ti. Pero tú no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo su corazón, no haciendo más que lo recto a mis ojos; [9] antes hiciste el mal, más que cuantos han sido antes de ti, haciéndote otros dioses y fundiendo imágenes para irritarme, echándome tras de tus espaldas.

El profeta Ajías anunció a Jeroboam su elevación al trono de Israel (11,29-39). No sabemos en qué año del reinado de Jeroboam aconteció el hecho que aquí se narra. Por una parte, dícese que Ajías era ya anciano (v.4), señalando los LXX una edad rayana a los sesenta años; por otra, el hijo era pequeño, no habiendo ejercido todavía cargo alguno político (v.13). Ajías habíase alejado de Jeroboam

[1] K. BARTH, *Exegese von 1. Konige 13* (Neukirchen 1955).

a causa de su conducta religiosa. Desde Silo había seguido los acontecimientos del nuevo reino, demostrando con su aislamiento voluntario el juicio desfavorable que le merecía la política religiosa de Jeroboam. Le recrimina «haberse hecho otros dioses», frase con la cual quiere expresar que el becerro fundido para representar a Yahvé es el primer paso que conducirá al pueblo de Israel a la idolatría. Yahvé no puede ser representado por imagen alguna (12,26-32; 13,33); por lo mismo, el becerro es como una sustitución de Yahvé, que queda en segundo plano, preterido [1].

Anuncio del castigo (14,10-20)

[10] »Por eso voy a hacer venir el mal sobre la casa de Jeroboam y exterminaré a todos cuantos a Jeroboam pertenecen, al esclavo y al libre en Israel, y barreré a la casa de Jeroboam, como se barren las basuras, hasta que del todo desaparezca. [11] El que de la casa de Jeroboam muera en la ciudad será devorado de los perros, y el que muera en el campo será comido por las aves del cielo. Porque ha hablado Yahvé». [12] Y tú álzate y vete a tu casa. En cuanto tus pies entren en la ciudad, morirá el niño; [13] todo Israel le llorará y será sepultado, pues será el único de la casa de Jeroboam que será sepultado, por ser el único de la casa de Jeroboam en quien se ha hallado algo de bueno a los ojos de Yahvé, Dios de Israel. [14] Yahvé alzará sobre Israel un rey, que exterminará en su día la casa de Jeroboam. [15] Yahvé sacudirá a Israel como en el agua se agita una caña, y arrancará a Israel de esta buena tierra que dio a sus padres y le dispersará al otro lado del río por haberse hecho ídolos, irritando a Yahvé. [16] Entregará a Israel por los pecados que ha cometido Jeroboam y los que ha hecho cometer a Israel». [17] Levantóse la mujer de Jeroboam y se fue. Llegó a Tirsa, y cuando tocaba con sus pies el umbral de la puerta, murió el niño. [18] Se le enterró, y todo Israel le lloró, según la palabra que Yahvé había dicho por su siervo Ajías, profeta. [19] Lo demás de los hechos de Jeroboam, de las guerras que hizo y de cómo reinó, todo ello está escrito en las crónicas de los reyes de Israel. [20] Reinó veintidós años y se durmió con sus padres. Le sucedió Nadab, su hijo.

Ajías predice la desaparición de todos los varones de la casa de Jeroboam (literalmente: *Los que mean en la pared)* (1 Sam 25,22.34), tanto esclavos como libres, es decir, todos sin excepción (Deut 32,36). Como una caña no resiste la fuerza del viento, tampoco Israel resistirá las acometidas de sus enemigos (v.15), siendo conducido al exilio. En cuanto al hijo, morirá, sin que la madre pueda verlo todavía vivo; pero, por ser inocente, se le concederá el honor de la sepultura. Su muerte prematura es una gracia que Dios le concede (Sab 4,10), ahorrándole con ello la suerte que correrán sus familiares. Basa fue el instrumento de que se valió Dios para llevar a término este casti-

[1] Recientemente, W. F. Albright, apoyándose sobre gran cantidad de iconografía cananea, aramea, hitita y sumerio-acádica, ha sugerido que el becerro consistía en un pedestal sobre el cual descansaba la presencia invisible de Yahvé, a la manera como hacía sobre los querubines del arca de la alianza (ROLLA, *La Bibbia di fronte a le ultime scoperte* [Roma 1959] 221).

go (15,27-30). La mujer se levantó y se fue. El texto de los LXX afirma que marchó a Sareda (11,26), ciudad natal de Jeroboam, adonde había sido trasladado el niño con urgencia. Sin embargo, no hay razón suficiente para renunciar a la lección del texto masorético. Tirsa (Jos 15,24), quizá la actual *Talluzah* (Fernández), *Tell el-Farah* (Albright, De Vaux) o *Tell Abu Zarad*, a quince kilómetros al sur de Naplusa, fue la capital del reino del norte hasta el advenimiento de Omri (16,24), que la trasladó a Samaria. Desde el año 1946, la Escuela Bíblica de Jerusalén ha practicado sendas excavaciones en *Tell el-Farah*, a unos doce kilómetros al nordeste de Naplusa [2].

Con una frase estereotipada se remite al libro de las Crónicas de los reyes de Israel para una mayor información sobre el reinado de Jeroboam. Reinó aproximadamente del año 931 hasta 910. No se han conservado detalles de su muerte (2 Crón 13,20); mereció ser sepultado en el panteón familiar. La profecía de Ajías se refería a su descendencia. Anuncia la deportación del pueblo más allá del Eufrates, a tierras de Mesopotamia (Jos 24,2-3; 2 Sam 10,16). El autor sagrado enjuicia el reinado de Jeroboam exclusivamente desde el punto de vista religioso. Parece que no tuvo éxito en sus guerras contra Roboam (14,30).

Roboam, rey de Judá (14,21-31)

21 Roboam, hijo de Salomón, reinó sobre Judá. Tenía cuarenta y un años cuando empezó a reinar y reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que Yahvé se había elegido de entre todas las tribus de Israel para poner allí su nombre. Su madre se llamaba Noama, amonita. 22 Roboam hizo el mal a los ojos de Yahvé, irritando su celo con los pecados que cometía, más que cuanto lo habían hecho antes sus padres. 23 Edificáronse altos, con cipos y «aseras» sobre todas las alturas y bajo todo árbol frondoso. 24 Hasta consagrados a la prostitución idolátrica hubo en la tierra. Imitaron todas las abominaciones de las gentes que Yahvé había echado de delante de los hijos de Israel. 25 El año quinto del reinado de Roboam, Sesac, rey de Egipto, subió contra Jerusalén. 26 Saqueó los tesoros de la casa de Yahvé y los tesoros de la casa del rey; todo lo saqueó, con todos los escudos de oro que había hecho Salomón. 27 El rey Roboam hizo en su lugar escudos de bronce y se los entregó a los jefes de la guardia de la entrada de la casa del rey. 28 Cuantas veces iba el rey a la casa de Yahvé, los llevaban los de la guardia y luego los volvían al cuartel de la guardia. 29 El resto de los hechos de Roboam, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? 30 Siempre hubo guerra entre Roboam y Jeroboam. 31 Durmióse Roboam con sus padres y fue sepultado en la ciudad de David. Le sucedió Abiam, hijo suyo.

Los primeros pasos de Roboam en la escena de la historia hacen de él un tipo repugnante. Hombre duro, imprudente, amante del

[2] R. de Vaux-A. M. Steve, *Les fouilles a Tell el-Farah:* RB 54 (1947) 394-433; 55 (1948) 544-580; 56 (1949) 102-138; 58 (1951) 393-430.566-59; 59 (1952) 551-583; 62 (1955) 541-589; 64 (1957) 552-580; 68 (1961) 557-596.
Tell el-Farah se encuentra a once kilómetros al noroeste de Naplusa. Hubo allí un rey

lujo, despótico, fue el causante inmediato del cisma de Israel. Un profeta logró disuadirlo de que atacara a las tribus del norte, a las cuales había exasperado con el anuncio de su programa de gobierno (12,22-24), logrando evitar una guerra civil; a pesar de ello, hubo guerra constante entre Roboam y Jeroboam. Lo peor de su actuación fue la práctica de la idolatría, a la que se entregó él y su pueblo. Hijo de una mujer amonita (11,18), heredó de su madre el gusto por los ídolos. Su conducta religiosa fue peor que la de cualquiera de los reyes antes existentes. Edificáronse altos *(bamoth)*, lugares de culto a estilo de los cananeos. Antes de la construcción del templo de Jerusalén sacrificaban los israelitas legítimamente en lugares altos (1 Sam 9,12-24; 1 Re 3,4), pero en estos lugares no existían representaciones idolátricas de Yahvé. Fue distinto a partir de Roboam, en que tales *bamoth* apenas se diferenciaban de los altos cananeos.

En las instalaciones de los *bamoth* se tendía a un culto naturístico. Había allí altares para los sacrificios y libaciones; piedras *(masseboth)* que representaban la divinidad masculina (1 Sam 7,4), árboles o palos *(asherim)*, clavados en el suelo simbolizando la divinidad femenina. Para que tales palos se conservaran verdes cambiábanse con frecuencia. Estos santuarios fueron prodigándose por todas partes, erigiéndose preferentemente en los alrededores de un manantial, en bosques frondosos, por ser dioses de la fertilidad y fecundidad [3]. La corrupción fue tanta, que se llegó a practicar con descaro la prostitución sagrada de ambos sexos (Deut 23,18-19; 1 Re 15,12; 22,47; 2 Re 23,7).

Durante su reinado atacó a Palestina (2 Crón 12,2-11) el rey Sesac (Sheshonq) de Egipto. Esta invasión está confirmada por una inscripción del templo de Amón en Karnac, en la que se enumeran las ciudades conquistadas. Se sabe que la acción del faraón, fundador de la XXII dinastía, alcanzó al reino del norte. Por la lista cabe deducir que las tropas egipcias llegaron a Megiddo, pasaron por Sunem (1,3), Betsán, llegando incluso a Majanaím, en Transjordania. Del reino de Judá se mencionan las ciudades de Betorón, Guibeón. No puede darse mucho crédito a esta lista de ciudades conquistadas ni concluir de ella que Sheshonq hizo dos incursiones en Palestina, una contra el reino del norte y otra contra los territorios del Negueb y de Edom, al sur, perdonando el reino de Judá por haberle Roboam mandado un tributo [4]. Según Noth, el rey egipcio no se apoderó de Jerusalén, que no figura en la lista de ciudades conquistadas, por haberle entregado Roboam los escudos de oro, que reemplazó por otros de bronce [5]. Otros datos sobre su familia y reinado se encuentran en 2 Crón 11,5-12,16. Su reinado abarca aproximadamente los años 931-913.

cananeo (Jos 12,24); era una ciudad hermosa, en la tribu de Manasés. Fue abandonada hacia el año 2600 a. C. y ocupada de nuevo en el siglo XIX a.C.

[3] L. H. Vincent, *La notion biblique du Haut-lieu:* RB 55 (1948) 245-278; J. Goitia, *La torre de Babel; valor simbólico de la narración de Gén 11,1-9:* «Verdad y Vida», 17 (1959) 402-418.

[4] De Vaux, *Israel:* DBS 748. Una reproducción de la inscripción de Sheshonq se halla en B. van de Walle, *Inscriptions:* DBS 472-476.

[5] M. Noth, *Die Wege der Pharaonnenheere in Palästina und Syrien:* IV. *Die Schochenkliste:* «Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins», 61 (1938) 277-304; B. Mazar, VT (suppl.), 4 (1957) 57-66; E. Vogt: «Biblica» 38 (1957) 234-236.

Abiam, rey de Judá (15,1-8)

1 El año decimoctavo del reinado de Jeroboam, hijo de Nabat, comenzó a reinar en Judá Abiam. 2 Reinó tres años en Jerusalén. Su madre se llamaba Maaca, hija de Absalón. 3 Diose a todos los pecados que antes había cometido su padre, y su corazón no estuvo enteramente con Yahvé, como lo había estado el de David, su padre. 4 Mas, por amor de David, Yahvé, su Dios, dio a éste una lámpara en Jerusalén, estableciendo a su hijo después de él y sosteniendo a Jerusalén; 5 porque David había hecho lo recto a los ojos de Yahvé y no se había apartado de ninguno de sus mandamientos durante toda su vida, fuera de lo de Urías el jeteo. (6 Hubo guerra entre Roboam y Jeroboam mientras vivió aquél.) 7 El resto de los hechos de Abiam, lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? Hubo guerra entre Abiam y Jeroboam. 8 Abiam se durmió con sus padres y fue sepultado en la ciudad de David. Le sucedió Asa, su hijo.

Abiam, o Abía (2 Crón 13,20), era hijo de Maaca, nieta de Absalón, por Tamar (2 Sam 14,27), que se había casado con Uriel de Gabaón (2 Crón 13,2). La palabra *hija* tiene aquí, como en otros lugares bíblicos (2 Re 8,2; 8,18), un significado amplio. Difícil es armonizar los datos cronológicos del texto por desconocer el sistema numeral empleado y por no haberse conservado íntegros los números del texto primitivo. Fue pésima la conducta religiosa del rey; pero, por amor a David, «le dio Dios una lámpara en Jerusalén», es decir, le concedió que le sucediera su hijo en el trono (11,36; 2 Re 8,19). Parece que la alusión al pecado de David, que falta en el texto griego, se debe a una glosa marginal que entró más tarde en el texto. También falta en los LXX el v.6, repetición de 14,30. En 2 Crón 13, 3-15 se narra ampliamente la guerra que sostuvieron Abiam y Jeroboam en la montaña de Efraím, reproduciendo una larga alocución de aquél.

Reinado de Asa en Judá (15,9-24)

9 El año veinte del reinado de Jeroboam comenzó a reinar Asa en Judá. 10 Reinó cuarenta y un años en Jerusalén, y su madre se llamaba Maaca, hija de Absalón. 11 Asa hizo lo recto a los ojos de Yahvé, como David, su padre. 12 Arrancó de la tierra a los consagrados a la prostitución idolátrica e hizo desaparecer los ídolos que sus padres se habían hecho; 13 y hasta despojó a su abuela, Maaca, de la dignidad de reina, porque se había hecho una «asera» abominable; cogió la abominación y la quemó en el torrente de Cedrón. 14 Pero no desaparecieron todos los altos, aunque el corazón de Asa estuvo enteramente con Yahvé durante toda su vida. 15 Llevó a la casa de Yahvé cosas consagradas por su padre y por él mismo: plata, oro y utensilios. 16 Hubo guerra entre Asa y Basa, rey de Israel, durante toda su vida. 17 Basa, rey de Israel, subió contra Judá y fortificó Rama para impedir a Asa, rey de Judá, salir y entrar. 18 Asa tomó toda la plata y todo el oro que habían quedado

en el tesoro de la casa de Yahvé y el tesoro de la casa del rey y se lo entregó a sus servidores, que envió a Ben Adad, hijo de Tabrimón, hijo de Jezyión, rey de Siria, que residía en Damasco. El rey Asa le dijo: 19 «Que haya alianza entre ti y mí, como la hubo entre mi padre y tu padre. Te mando este presente de plata y oro. Rompe la alianza con Basa, rey de Israel, para que éste se aleje de mí». 20 Ben Adad escuchó a Asa y mandó a los jefes de su ejército contra las ciudades de Israel; y devastó a Iyón, Dad, Abel Maaca, todo el Quenefet y toda la tierra de Neftalí. 21 Cuando Basa supo esto, cesó de fortificar a Rama y se volvió a Tirsa. 22 El rey Asa convocó a todo Judá, sin excepción, y se apoderó de las piedras y de la madera que Basa empleaba en las fortificaciones de Rama, y el rey Asa se sirvió de ellas para fortificar a Gueba de Benjamín y Misfa. 23 El resto de los hechos de Asa, todas sus hazañas, cuanto hizo, las ciudades que edificó, ¿no está escrito en el libro de las Crónicas de los reyes de Judá? Al tiempo de su vejez estuvo enfermo de los pies. 24 Durmióse Asa con sus padres y fue sepultado con ellos en la ciudad de David, su padre. Le sucedió Josafat, su hijo.

Entre Asa y el rey de Israel, Basa (909-886), hubo lucha durante toda su vida. El rey de Israel subió contra el de Judá, fortificando la ciudad de Rama *(Er-Ram)*, a nueve kilómetros al norte de Jerusalén. Abiam había ocupado Bétel, Jesana y Efrón con sus dependencias (2 Crón 13,19), que Basa reconquistó y rebasó, presentándose con su ejército a nueve kilómetros al norte de la capital del reino de Judá. Viéndose Asa en grave aprieto, se desembarazó de su enemigo aliándose con Ben Hadad, rey de Siria, a quien hizo entrega de todo el oro que se había reunido (v.15) en el templo y en el tesoro real después del tributo pagado a Sesac (14,26; 15,15). Ben Hadad era hijo de Tabrimón *(Rimmón es bueno)*[1]. El nombre de Jezyón acaso debe cambiarse por Rezón (11,23), fundador del reino de Damasco. Ben Hadad siguió la recomendación de Asa, atacando a Israel y apoderándose de la totalidad de la tierra de Neftalí (Jos 19,32-39), incluyendo la llanura occidental del lago de Genesaret (Jos 19,47). Cayeron en su poder Dan (12,29-30; Jos 19,47), Abel-Bet-Maaca (2 Sam 20,14-18) y el *Kinneroth*, la llanura junto al lago de Genesaret (2 Crón 16,3-4). Política funesta la de Asa, que, dando prueba de poca confianza en Dios, facilitó la entrada en Palestina a los reyes y pueblos vecinos, ávidos de encontrar un resquicio por donde infiltrarse en territorio de Canaán. Al tener noticia Basa de la penetración en su territorio septentrional de las tropas de Ben Hadad, abandonó Rama y se dirigió hacia el norte, a Tirsa (14,17), capital del reino. Quiso prevenir Asa otro ataque por el norte fortificando las ciudades de Gueba de Ben-

[1] En 1939 se encontró al norte de Alepo una inscripción en la que se habla de «Barhadad, hijo de Tabrimón, hijo de Jezyón, rey de Aram, en honor de su señor Melqart». M. DUNAND, *Stèle araméenne dédiée à Melqart:* «Bulletin du Musée de Beyrouth», 3 (1939) 65-76; *A propos de la Stèle de Melqart du Musée d'Alep:* ibid., 6 (1942-1943) 41-45; A. HERDNER, *Dédicace araméenne au Dieu Melqart:* «Syria», 25 (1946-48) 329-330; A. JEPSEN, *Zur Melqart-Stele Barhadads:* AFO 16 (1952-1954) 315-317; W. F. ALBRIGHT, *A Votive Stele erected by Ben-Hadad I of Damascus to the God Melcarth:* BASOR, 87 (1942) 23-29; W. F. ALBRIGHT-G. L. DELLA VIDA, BASOR, 90 (1943) 30-34; H. L. GINSBERG, en *L. Ginzberg Jubilee Volume* (New York 1945) 159-171.

jamín (1 Sam 13,15; 14,16) y Misfa (1 Sam 7,5-7). En 2 Crón 14, 8-14 se narra la acción de Zerac, cusita, contra Judá. Asa los persiguió hasta Guerar (en la región de Gaza, Gén 10,19; 20,1), siendo destruidos por «Yahvé y su ejército». En su vejez, Asa estuvo enfermo de los pies, confiando más en los médicos que en Dios (2 Crón 16,11-14). Reinó durante los años 911-870. Conservó los lugares altos en los que se rendía culto a Yahvé.

Reinado de Nadab y Basa (15,25-34)

25 Nadab, hijo de Jeroboam, reinó sobre Israel; comenzó a reinar el segundo año de Asa, rey de Judá, y reinó dos años sobre Israel. 26 Hizo lo malo a los ojos de Yahvé y marchó por el camino de su padre, dándose a todas las abominaciones que su padre había hecho cometer a Israel. 27 Basa, hijo de Ajías, de la casa de Isacar, conspiró contra él y le mató en Guibetón, que pertenecía a los filisteos, mientras Nadab y todo Israel asediaba a Guibetón. 28 Le mató el año tercero de Asa, rey de Judá, y reinó en lugar suyo. 29 Cuando reinó, destruyó toda la casa de Jeroboam, sin dejar escapar a nadie, matando a cuanto respiraba, según la palabra que Yahvé había dicho por medio de Ajías, de Silo, su siervo, 30 por los pecados que Jeroboam había cometido y los que había hecho cometer a Israel, irritando así a Yahvé, Dios de Israel. 31 El resto de los hechos de Nadab, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? (32 Hubo guerra entre Asa y Basa todos los días de su vida.) 33 El año tercero de Asa, rey de Judá, reinó sobre todo Israel, en Tirsa, Basa, hijo de Ajías. Reinó veinticuatro años. 34 Hizo lo malo a los ojos de Yahvé y marchó por el camino de Jeroboam, dándose a los pecados que Jeroboam había hecho cometer a Israel.

A Jeroboam sucedió su hijo Nadab, reinando durante los años 910-909. Fue malo como su padre. Mientras sitiaba la ciudad filistea de Guibetón (Jos 19,44; 21,23), en el actual *Tell el-Melat*, a cinco kilómetros al este de Acarón (*Géographie* II 333), cayó asesinado por Basa, de la tribu de Isacar, que ocupó el trono de Israel los años 909-886. En un bajo relieve de Korsabad, del reinado de Sargón II, se representa la toma de Gabbutunu (Guibetón) por el ejercito asirio en la campaña contra Asdad (711-711 a.C.). Fue Basa el instrumento de que se valió Dios para realizar el mensaje de Ajías (14,10-11). Fue Basa un hombre impío, «marchando por el camino de Jeroboam», cruel, quitando de en medio a todos los descendientes de Jeroboam a fin de deshacerse de todos los presuntos rivales que le podrían disputar el trono. Reinó en Tirsa (14,17).

El profeta Jehú (16,1-7)

1 Recibió Jehú, hijo de Janani, palabra de Yahvé contra Basa, diciendo: 2 «Yo te he levantado del polvo y te hice jefe de mi pueblo, Israel; mas por haber tú marchado por el camino de Jeroboam y haber hecho pecar a mi pueblo, Israel, irritándome con sus pecados, 3 voy yo a barrer a Basa y a su casa, y haré tu

casa semejante a la de Jeroboam, hijo de Nadab. 4 El que de la casa de Basa muera en la ciudad será devorado por los perros, y el que de los suyos muera en el campo será comido por las aves del cielo». 5 El resto de los hechos de Basa, cuanto hizo, sus hazañas, ¿no está escrito en el libro de las Crónicas de los reyes de Israel? 6 Basa se durmió con sus padres, y fue sepultado en Tirsa. Le sucedió Ela, su hijo. 7 La palabra de Yahvé había sido dirigida por medio del profeta Jehú, hijo de Janani, contra Basa y contra su casa, no sólo por todo el mal que él había hecho a los ojos de Yahvé, irritándole con la obra de sus manos y haciéndose semejante a la casa de Jeroboam, sino también por haber destruido a la casa de Jeroboam.

El oráculo de Jehú es parecido al de Ajías (14,7-11). El mismo profeta apostrofó más tarde a Josafat (2 Crón 19,2-3; 20,34), en cuyo lugar se cita «la historia de Jehú, hijo de Janani, que fue inserta en el libro de los reyes de Israel». Basa no pertenecía a la familia real. Jehú le acusa de impiedad y de haber destruido la casa de Jeroboam. Aunque esta acción entraba en los planes de la Providencia, sin embargo, parece que Basa se ensañó y procedió con mala intención. Es muy posible (Garofalo) que el v.7 sea una adición posterior.

Reinados de Ela, Zimri y Omri (16,8-28)

8 El año veintiséis de Asa, rey de Judá, comenzó a reinar sobre Israel, en Tirsa, Ela, hijo de Basa, y reinó dos años. 9 Conspiró contra él Zimri, su siervo, jefe de la mitad de los carros. Estaba Ela en Tirsa, comiendo y embriagándose en casa de Arsa, su mayordomo en Tirsa; 10 y entró Zimri y le hirió, matándole, el año veintisiete de Asa, rey de Judá, y reinó en su lugar. 11 Hecho rey, una vez que se sentó sobre el trono, 12 destruyó a toda la casa de Basa, sin dejar que escapara nadie de cuantos le pertenecían, ni pariente ni amigo. Destruyó Zimri toda la casa de Basa, según la palabra que Yahvé había dicho contra Basa por medio de Jehú, profeta, 13 por todos los pecados que Basa y Ela, su hijo, habían cometido y habían hecho cometer a Israel, irritando con sus ídolos a Yahvé, Dios de Israel. 14 El resto de los hechos de Ela, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las Crónicas de los reyes de Israel? 15 El año veintisiete de Asa, rey de Judá, reinó siete días Zimri en Tirsa. 16 Estaba el pueblo acampado contra Guibetón, que pertenecía a los filisteos, y supo la noticia: «Zimri ha conspirado contra el rey, y aun le ha dado muerte»; y aquel mismo día todo Israel alzó en el campamento por rey a Omri, jefe del ejército. 17 Omri, y con él todo Israel, subieron de Guibetón y pusieron cerco a Tirsa. 18 Cuando Zimri vio que era tomada la ciudad, se metió en el palacio real y puso fuego a la casa con él dentro, y así murió, 19 por los pecados que él había cometido, haciendo lo malo a los ojos de Yahvé y marchando por el camino de Jeroboam y dándose a los pecados que Jeroboam había cometido para hacer pecar a Israel. 20 El resto de los hechos de Zimri, la conspiración que tramó, ¿no está escrito en el libro de las Crónicas de los reyes de Israel? 21 Entonces el pueblo de Israel se dividió en dos partidos; una mitad del pueblo quería hacer rey a Tib-

ni, hijo de Guinat, y la otra mitad estaba por Omri. 22 Los partidarios de Omri vencieron a los partidarios de Tibni, hijo de Guinat, y Tibni fue muerto y reinó Omri. 23 El año treinta y uno de Asa, rey de Judá, comenzó a reinar Omri sobre Israel, y reinó doce años. Reinó en Tirsa seis años; 24 luego compró a Semer la montaña de Samaria por dos talentos de plata, y edificó sobre la montaña, dando a la ciudad que edificó el nombre de Samaria, del monte de Semer, el dueño del monte. 25 Omri hizo el mal a los ojos de Yahvé y obró todavía peor que los que le habían precedido. 26 Marchó por todos los caminos de Jeroboam, hijo de Nabat, y se dio a todos los pecados que Jeroboam había hecho cometer a Israel, irritando con sus ídolos a Yahvé, Dios de Israel. 27 El resto de los hechos de Omri, cuanto hizo, sus hazañas, ¿no está escrito en el libro de las Crónicas de los reyes de Israel? 28 Se durmió Omri con sus padres y fue sepultado en Samaria. Le sucedió Ajab, su hijo.

Poco se cuidó Ela (889-885) de los negocios de su reino. Mientras banqueteaba en su palacio, su ejército combatía cerca de Guibetón (Jos 19,44; 21,23). Le mató Zimbri en el curso de una francachela en casa de su mayordomo, en Tirsa (14,17). Por los pecados de Basa y de Ela, exterminó Zimbri (885) «toda la casa de Basa». Reinó Zimbri una semana (2 Crón 9,31; 2 Re 9,31).

El ejército que acampaba cerca de Guibetón eligió por rey a Omri, jefe del ejército, que reinó durante los años 885-874. No fue reconocido rey por todo Israel, pero sus partidarios vencieron a los de su rival Tibni, que cayó asesinado. Los años del reinado de Omri parece que se computan a partir de la efímera usurpación del poder por parte de Zimbri. Omri trasladó a Samaria la capital del reino. Samaria estaba al nordeste de Naplusa, en lugar estratégico, rodeada de tierras feraces (Is 28,1; Am 3,12; 6,1) [1].

El autor sagrado juzga severamente la conducta religiosa de Omri por haber introducido el culto del Baal sirio (v.25.30-33); pero, por lo demás, parece que fue un gran rey. Trató de sellar una alianza estable con Fenicia, casando a su hijo Ajab con Jezabel, hija de Etbaal, con la finalidad de mantener a raya a los arameos de Damasco. Según la inscripción de Mesa (c.840), «Omri humilló por muchos años a Moab, porque el dios Kemosh (Camos) estaba airado contra los de su tierra» (línea 5). En las inscripciones asirias, Israel es llamado *mat Humri* = tierra de Omri, denominación que emplea todavía Salmanasar III veinte años después de la muerte del rey de Israel (PRITCHARD, 280.281.284.285: *Bit Hu-um-ri-ia)*. No parece (20,34), sin embargo, que tuviera éxito en su lucha contra los arameos [2]. Basa introdujo la idolatría formal en Israel (v.13; 21,22), sobrepasando el culto equívoco de los becerros (15,26.29-30).

[1] La ciudad ha sido explorada arqueológicamente por la Universidad de Harvard durante los años 1908-1910 (J. W. JACK, *Samaria in Ahab's Time. Harvard Excavations and their Results*, Edimburgo 1929; A. ALT, *Der Stadstaat Samaria*, Berlín 1954). Más tarde, en 1931-1935, los sondeos arqueológicos de J. W. Crowfoot descubrieron la obra de Omri (J. W. CROWFOOT-K. KENYON-L. SUKENIK, *The Buildings at Samaria* [Londres 1942]; A. PARROT, *Samarie:* «Cahiers d'archéologie biblique», 7 [París-Neuchâtel 1955]; R. DUSSAUD, *Samarie au temps d'Achab:* «Syria», 6 [1925] 314-338; 7 [1926] 9-29). En los documentos asirios llámase a la ciudad *Samarina*, parecido al término arameo *Shamerain*, conservado en Esdr 4,10.17. Sobre las ruinas de la ciudad de Omri edificó más tarde Herodes el Grande una magnífica villa, que llamó Sebaste, nombre que sobrevive en la actual *Sebastiyeh*. La ciudad hallábase edificada sobre una colina de 443 metros de altura, desde donde se divisa el mar Mediterráneo. Ocupaba un lugar estratégico en las comunicaciones de la llanura de Esdrelón con Jerusalén. La zona más alta de la colina era amplia, permitiendo el ensanche de la ciudad. Más tarde Samaria dio su nombre a toda la región. Isaías (28,1) habla de la feracidad de sus campos. Sobre Omri, el fundador de la ciudad, véase C. F. WHITLEY, *The Deuteronomic Presentation of the House of Omri:* VT 2 (1952) 137-152.

Ajab, rey de Israel (16,29-34)

29 Ajab, hijo de Omri, comenzó a reinar en Israel el año treinta y ocho de Asa, rey de Judá, 30 y reinó sobre Israel en Samaria veintidós años. Ajab, hijo de Omri, hizo el mal a los ojos de Yahvé, más que todos cuantos le habían precedido; 31 y como si fuese todavía poco darse a los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, tomó por mujer a Jezabel, hija de Etbaal, rey de Sidón, y se fue tras Baal, le sirvió y se prosternó ante él. 32 Alzó a Baal un altar en la casa de Baal, que edificó en Samaria. 33 Hízose además una «asera», haciendo más que cuantos reyes le precedieron para provocar la ira de Yahvé, Dios de Israel. 34 En su tiempo, Jiel, de Bétel, reedificó a Jericó; echó los fundamentos, al precio de su primogénito, Abiram, y puso las puertas al precio de Segub, su hijo menor, según la palabra que Yahvé había dicho por medio de Josué, hijo de Nun.

Ajab subió al trono de su padre, reinando desde el año 874 hasta 853. Como hemos dicho, tomó por esposa a Jezabel, hija de Etbaal, rey de Tiro y Sidón, sumo sacerdote de Astarté. Esta unión matrimonial acarreó grandes males a Israel, que se vio inundado por una ola de paganismo, fomentado por la reina. Junto con el culto a Yahvé, Ajab sacrificó al dios fenicio Baal Melqart y a su paredra *Ashera* (14,15; 15,13; 18,19). En tiempos de Ajab se representa al dios fenicio bajo el aspecto de un guerrero [3].

Al lado de su política religiosa impía, cabe señalar que en su tiempo el reino de Israel alcanzó un período de gran esplendor. Sus relaciones con Fenicia beneficiaron a Israel desde el punto de vista económico y cultural; dominó a los moabitas *(Obelisco de Mesa* lín.8); mantuvo relaciones amistosas con el reino de Judá, que, en cierta manera, dependía del de Israel (22,4-45). En un principio vivió Ajab pacíficamente con el reino arameo de Damasco, iniciándose las hostilidades en los últimos años del rey. Benadad II marchó contra Samaria (20,1ss), siendo derrotado. Por segunda vez atacó Benadad a Israel, pero fue nuevamente derrotado en Afec, en la planicie de Esdrelón, en las cercanías de Endor. A causa del peligro asirio que se cernía sobre los pueblos de la costa, Ajab perdonó la vida a Benadad. De estas guerras y de la intervención de Asiria se hablará más tarde.

Antes de empezar la actividad religiosa de Elías, recuerda el autor sagrado el hecho de que Jiel, de Bétel, reedificó a Jericó.

[2] POHL, *Historia* 53-57; DE VAUX, *Israel:* DBS 749.

[3] R. DUSSAUD, *Melqart:* «Syria», 25 (1946-1948) 205-230; IDEM, *Melqart d'après de récents travaux:* «Revue d'Histoire des Religions», 151 (1957) 1-21; H. SEYRIG, *Héraclès, Melkart et Nergal:* «Syria», 24 (1944-1945) 69-71.

Cabe suponer que Jiel emprendió la obra por indicación del monarca, no pudiendo precisar si levantó parte de la ciudad o si le encomendó solamente la erección de un palacio para el gobernador. Josué tomó la ciudad, en cuya ocasión lanzó una maldición (Jos 6,26). Diversamente es interpretado el texto referente a la obra de Jiel. Ningún israelita atrevióse a reedificar la ciudad de Jericó a causa de la maldición de Josué; pero Ajab y su comisionado Jiel, poco o nada religiosos, prescindieron de aquel juramento y pusieron manos a la obra, que edificaron conforme al rito cananeo, que exigía el sacrificio de un niño al poner la primera piedra y de otro al colocar las puertas. Con esta costumbre bárbara querían ahuyentar a algún demonio peligroso o poner la casa bajo la protección de la divinidad. Hasta el momento, la arqueología no ha aportado pruebas fehacientes sobre los sacrificios de fundación en Jericó, en uso entre los cananeos, pero existen indicios de que se practicaban. En este sentido se interpretan los hallazgos de cadáveres de niños en los fundamentos de casas de Tanac, Guezer, Megiddo. Pero la costumbre de los sacrificios humanos y de *fundación* era netamente cananea (Lev 18,21; 20,2; Deut 12,31; 2 Re 16,3; 23,10; Jer 7,31).

El ciclo de Elías (17,1, 2 Re 2,1-15)

En la introducción vimos que el autor sagrado utilizó diversas fuentes preexistentes para la composición de su obra. En la historia de Elías, que tuvo ante sus ojos, pueden vislumbrarse dos corrientes: una, en la que Elías desempeña el papel principal y en la que existe una hostilidad violenta contra Ajab y su familia, comprende los relatos referentes a la gran sequía (c.17-18), al viaje del profeta a Horeb (c.19), a la viña de Nabot (c.21) y a la enfermedad de Ocozías (2 Re c.1). La segunda corriente trata a Ajab con más indulgencia; en ella aparecen varios profetas (c.20 y 22). Cabe suponer que hacia finales del siglo IX se escribió una historia de Elías, a la que siguió más tarde una de Eliseo. Las dos biografías fueron refundidas, de tal suerte que el final de la vida de Elías y los comienzos de la historia de Eliseo se han perdido. El autor del libro de los Reyes ha utilizado quizá un *corpus* de relatos proféticos compuestos en el reino del norte [1].

Elías en la palestra (17,1-7)

1 Elías, tisbita, habitante en Galaad, dijo a Ajab: «Vive Yahvé, Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años ni rocío ni lluvia sino por mi palabra». 2 Y dirigió Yahvé a Elías su palabra, diciendo: 3 «Pártete de aquí, vete hacia el oriente y escóndete junto al torrente de Querit, al este del Jordán. 4 Beberás el agua del torrente y yo mandaré a los cuervos que te den de comer allí». 5 Hizo según la palabra de Yahvé, y fue a asentarse junto al torrente de Querit, que está al este del Jordán. 6 Los cuervos le llevaban por la mañana pan, y carne por la tarde, y bebía del agua del torrente; 7 pero al cabo de cierto tiempo se secó el torrente, pues no había caído lluvia alguna sobre la tierra.

Elías aparece de improviso en la historia del reino de Israel. Originario de Tisbe, en Transjordania, del lugar conocido hoy por *Il-Istib*, Lisdib, al norte del Yaboc [2], pertenecía a una familia profundamente yahvista. Su mismo nombre: *eliyahu* = Yahvé es Dios, indica su fe y su misión. Aunque fuera profeta, como le llama repetidamente el texto griego, es más conocido por «el hombre de Dios» (17,18-24; 2 Re 1,9-16). Presentóse ante Ajab, anunciándole en nombre de Yahvé que no habrá ni rocío ni lluvia sino por la palabra de Dios. La sequía será total (2 Sam 1,21), porque Dios, amo y señor supremo de los elementos, quiere castigar a Israel por la introducción oficial del culto de los baales en la nación (18,18), y asegurar el triunfo del yahvismo (18,41). De esta sequía en tiempos de Ajab (Lc 4,25-26; Sant 5,17-18) habla también Menandro de Efeso, citado por Flavio Josefo [3]. Una vez anunciado su mensaje al rey, Elías se escondió en una caverna del torrente Querit, al este del Jordán. El torrente es uno de los afluentes orientales del *Wadi Yabes*, que inicia su curso en Transjordania y pasa junto a Jabes Galaad. Por voluntad divina, los cuervos le proveían «de pan y carne por la mañana y de pan y carne por la tarde» (texto hebreo), o, como dicen los LXX, «de pan por la mañana y carne por la tarde».

El milagro de la harina y del aceite (17,8-16)

8 Entonces le dirigió Yahvé su palabra, diciendo: 9 «Levántate y vete a Sarepta, de Sidón, y mora allí. Yo he dado orden a una mujer viuda para que te mantenga». 10 Levantóse y fuése a Sarepta. Al llegar a la entrada de la ciudad, vio a una mujer viuda que recogía serojos; la llamó y le dijo: «Vete a buscarme, por favor, un poco de agua en un vaso para que beba»; 11 y ella fue a buscarla. Llamóla de nuevo cuando iba a traérselo, y le dijo: «Tráeme también, por favor, un bocado de pan»; 12 pero ella le contestó: «Vive Yahvé, tu Dios, que no tengo nada de pan cocido y que no me queda más que un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la vasija; precisamente estaba ahora cogiendo unos serojos para ir a preparar esto para mí y para mi hijo; lo comeremos y nos dejaremos morir». 13 El le dijo: «No temas, ve y haz lo que has dicho, pero prepárame para mí antes una tortita cocida en el rescoldo y tráemela, y luego ya harás para ti y para tu hijo; 14 pues he aquí lo que dice Yahvé: No faltará la harina que tienes en la tinaja ni disminuirá el aceite en la vasija hasta el día en que Yahvé haga caer la lluvia sobre el haz de la tierra». 15 Fue ella e hizo lo que le había dicho Elías, y durante mucho tiempo tuvieron que co-

[1] R. de Vaux, *Les livres des Rois 1; Elie le prophète selon les Ecritures et les traditions chrétiennes* (París 1956) 53; G. Fohrer, *Elia* (Zurich 1958); A. Schulz, *Die Quellen der Geschichte des Elias* (Braunsberg 1916).

[2] *Géographie* II 486.

[3] *Ant. Iud.* 8,13,2.

**mer ella y su familia y Elías, 16 sin que faltase la harina de la
tinaja ni disminuyese el aceite de la vasija, según lo que había
dicho Yahvé por Elías.**

El torrente Querit se secó al cabo de un tiempo; entonces indicó Dios a Elías que se trasladara a Sarepta, al mediodía de Sidón, en el lugar llamado hoy *Sarfend, Sarafand*, entre Tiro y Sidón. Un *wely* guarda todavía el recuerdo de la permanencia allí del gran profeta Elías. Al pedirle pan, le responde la mujer fenicia, poniendo a Yahvé por testigo, que no dispone de pan cocido, o sea de pan plano, redondo y cocido bajo la ceniza. Parece que la viuda solamente tenía un hijo de corta edad.

Resurrección del hijo de la viuda (17,17-24)

**17 Después de esto enfermó el hijo de la mujer dueña de la
casa; y su enfermedad era tan violenta, que no podía resollar.
18 La mujer dijo entonces a Elías: «¿Qué hay entre ti y mí,
hombre de Dios? ¿Has venido por ventura a mi casa para
traer a la memoria mis pecados y hacer morir a mi hijo?» 19 El
le respondió: «Dame acá tu hijo». El le tomó del regazo de su
madre, le subió a la habitación donde él dormía y le puso en
su cama, 20 e invocó a Yahvé, diciendo: «¡Oh Yahvé, mi Dios!
¿Vas a afligir a la viuda que en su casa me ha hospedado ma-
tando a su hijo?» 21 Tendióse tres veces sobre el niño, invocan-
do a Yahvé y diciendo: «¡Yahvé, Dios mío! Que vuelva, te
ruego, el alma de este niño a entrar en él». 22 Yahvé oyó la voz
de Elías, y volvió dentro del niño su alma, y revivió. 23 Tomó
entonces al niño Elías, bajó y entrególo a su madre, diciendo:
«Mira, tu hijo vive». 24 La mujer dijo a Elías: «Ahora conozco
que eres hombre de Dios y que es verdad en tu boca la palabra
de Yahvé».**

Al cabo de un tiempo enfermó el hijo de la viuda, quedando sin respiración *(neshama)*. Por razones literarias, por la forma con que se introduce el relato, por no tener éste relación con lo que precede, ya que la mujer parece ignorar el milagro de la harina y del aceite, y, finalmente, por su analogía con lo de la mujer sunamita (2 Re 4,8ss), se sospecha que el presente episodio fue añadido al texto de Elías por los discípulos de Eliseo [4]. La mujer le echa en cara el haberse entremetido en su vida, atrayendo sobre ella la atención divina, que le castiga por los pecados pasados. Tres veces se tendió el profeta sobre el niño muerto, como hizo más tarde Eliseo (2 Re 4,34) y San Pablo (Act 20,10). Parece como un rito esencial, por el cual se establecía una corriente de vida entre ambos cuerpos (LANDERSDORFER). Pero Dios obra el milagro a ruegos de Elías.

Encuentro de Elías con Abdías (18,1-15)

**1 Pasados muchos días, al tercer año, dirigió Yahvé su pala-
bra a Elías, diciendo: «Ve, preséntate a Ajab, que voy a hacer
que caiga la lluvia sobre el haz de la tierra». 2 Fue, pues, Elías**

[4] DE VAUX, *Elie* 56.

**para presentarse ante Ajab. El hambre era grande en Samaria,
3 y Ajab mandó a llamar a Abdías, su mayordomo. Abdías era
muy temeroso de Yahvé; 4 y cuando Jezabel exterminaba a
los profetas de Yahvé, escondió a cien profetas, de cincuenta
en cincuenta, por cincuenta días en cavernas, proveyéndoles
de pan y de agua. 5 Ajab dijo a Abdías: «Vete por la tierra a
todas las fuentes de agua y a todos los torrentes, a ver si por allí
hay alguna hierba para que podamos conservar con vida a los
caballos y mulos y no nos quedemos sin ganado». 6 Dividiéronse,
pues, la tierra para recorrerla, y Ajab se fue solo por un cami-
no y Abdías se fue solo por otro. 7 Cuando iba Abdías por su
camino, encontróse con Elías, y como le reconoció, echóse
sobre el rostro, diciendo: «¿Eres tú, mi señor, Elías?» 8 El le
respondió: «Sí, yo soy; vete a decir a tu señor: Ahí está Elías».
9 Y Abdías le contestó: «¿Qué pecado he cometido yo para que
tú me entregues en manos de Ajab, que seguramente me hará
morir? 10 Vive Yahvé, tu Dios, que no hay nación ni reino
adonde no haya mandado mi amo a buscarte; cuando venían
diciéndole que no estabas allí, hacía jurar al reino y a la nación
que no te habían hallado. 11 ¿Y ahora tú me dices: Ve a decir
a tu amo: Ahí está Elías? 12 Además, en cuanto yo te deje, el
espíritu de Yahvé te llevará yo no sé dónde, y cuando vaya a
informar a Ajab, él no te hallará y me matará. Sin embargo,
tu siervo teme a Yahvé desde su juventud. 13 ¿No le han dicho
a mi señor lo que yo hice cuando Jezabel mataba a los profetas
de Yahvé? Yo oculté a cien profetas de Yahvé, de cincuenta en
cincuenta, en cavernas, y los proveí de pan y de agua. 14 Y ahora
me mandas: ¿Ve a decir a tu amo: Ahí está Elías, para que me
mate?» 15 Pero Elías le dijo: «Vive Yahvé, Sebaot, a quien sirvo,
que hoy mismo me presentaré yo delante de Ajab».**

La sequía fue de tres años o de tres años y medio (Lc 4,25; Sant 5,17), según la distinta manera de contar, al término de los cuales fue palabra de Dios (17,2.24) a Elías para que se presentara a Ajab. Tenía éste un mayordomo que, a pesar de vivir en un ambiente idolátrico, conservóse fiel a la religión de sus padres. Abdías se encontró con Elías, que le mandó fuera a anunciar a Ajab su presencia. Con estilo propio de los orientales, el mayordomo se excusa exponiendo al profeta los temores que le asaltaban. La última de las razones que aduce para justificar sus temores es que, conociendo Abdías que el espíritu de Yahvé se presenta de improviso sobre Elías y sobre los profetas, trasladándolos a otras partes (1 Sam 10,6-10; 19,20-23; 2 Re 2,16), teme que en su ausencia se produzca este fenómeno y desaparezca, apareciendo ante Ajab como mentiroso. Elías le asegura con juramento que aquel mismo día se presentará ante Ajab. Emplea Elías la expresión «Yahvé Sebaot», el Dios de los ejércitos (1 Sam 1,3.11; 4,4; 17,45) [1].

[1] Véase B. N. WAMBACQ, *L'Epithète divine Yahvé-Sebaot* (Bruges 1947). En un tiempo era considerada el arca como un *palladium* militar, al cual se recurría en los momentos difíciles; sobre ella «se invoca el nombre de *Yahvé Sebaot*, que tiene su trono entre los querubines» (2 Sam 6,2).

Elías y Ajab se enfrentan (18,16-19)

16 Abdías, yendo al encuentro de Ajab, le informó, y Ajab
se volvió para ir al encuentro de Elías. 17 Apenas le vio Ajab,
le dijo: «¿Eres tú ruina de Israel?» 18 Y Elías le respondió: «No
soy yo la ruina de Israel, sino tú y la casa de tu padre, apartán-
doos de los mandamientos de Yahvé y yéndoos tras los baales.
19 Anda, convoca a todo Israel sobre el monte Carmel, y a los
cuatrocientos cincuenta profetas de Baal que comen de la mesa
de Jezabel».

Ajab acudió inmediatamente al encuentro de Elías, con el que sostuvo un breve diálogo. A las palabras: «¿Eres tú, ruina de Israel?», responde Elías con decisión y aires de superioridad. No es él el causante de la ruina de Israel, sino el rey y la casa de Omri (16,16.27-28) al rendir culto a los baales, abandonando al verdadero y único Dios; la sequía es efecto de un castigo de Yahvé.

Sacrificio sobre el monte Carmelo (18,20-40) [2]

20 Convocó, pues, Ajab a todos los hijos de Israel y a todos
los profetas al monte Carmel; 21 y acercándose Elías a todo el
pueblo, le dijo: «¿Hasta cuándo habéis de estar vosotros claudi-
cando de un lado y de otro? Si Yahvé es Dios, seguidle a El;
y si lo es Baal, id tras él». El pueblo no respondió nada. 22 Vol-
vió a decir Elías al pueblo: «Sólo quedo yo de los profetas de
Yahvé, mientras que hay cuatrocientos cincuenta profetas de
Baal. 23 Que traigan bueyes para que escojan ellos uno, lo cor-
ten en pedazos y lo pongan sobre la leña, pero sin poner fuego
debajo; yo prepararé otro sobre la leña, sin poner fuego debajo.
24 Después invocad vosotros el nombre de vuestro Dios y yo
invocaré el nombre de Yahvé. El dios que respondiere con el
fuego, ése sea Dios»; y todo el pueblo respondió: «Está muy
bien». 25 Entonces dijo Elías a los profetas de Baal: «Escogeos
el buey y haced vosotros primero, pues que sois los más, e in-
vocad el nombre de vuestro dios, pero sin poner fuego debajo».
26 Tomaron ellos el buey que les entregaron, aprestáronlo, y
estuvieron invocando el nombre de Baal desde la mañana has-
ta el mediodía, diciendo: «Baal, respóndenos». Pero no había
voz ni quien respondiese, mientras estaban ellos saltando en
torno del altar que habían hecho. 27 Al mediodía burlábase de
ellos Elías, diciendo: «Gritad bien fuerte; dios es, pero quizá
está entretenido conversando, o tiene algún negocio, o está de
viaje. Acaso esté dormido, y así le despertaréis». 28 Ellos daban
voces y más voces y se sajaban con cuchillos y lancetas, según
su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos. 29 Pasado
el mediodía, siguieron enfurecidos hasta la hora en que suele
hacerse la ofrenda de la tarde; pero no hubo voz ni quien es-

[2] D. R. Ap.-Thomas, *Elijah on Mt. Carmel (1 Reg 18):* PEQ 92 (1960) 146-155; H. H. Rowley, *Elijah on Mount Carmel* (Manchester 1961). Elías escogió el monte Carmelo por estar dedicado al «Baal de los cielos», una apelación de Hadad, el dios que asegura el verdor de las montañas, el señor de la lluvia y del relámpago. Desde tiempos antiguos, Hadad se identificaba con el dios del Carmelo. En el período helenístico y romano, el Baal del Carmelo se identificaba con Zeus. En el monte se ha encontrado un exvoto con una inscripción en griego dedicada a Zeus Heliopolites, «el dios del Carmelo». Tácito habla de un templo erigido sobre el Carmelo *(Hist. 11,78)*.

cuchase ni respondiese. 30 Entonces dijo Elías a todo el pueblo:
«Acercaos». Y todo el pueblo se acercó a él. Preparó el altar de
Yahvé, que estaba en ruina; 31 y tomando Elías doce piedras,
según el número de las tribus de los hijos de Jacob, a quien
había dicho Yahvé: «Israel será tu nombre», 32 alzó con ellas
un altar al nombre de Yahvé. Hizo en derredor una zanja tan
grande como la superficie en que se siembran dos «satos» de
simiente; 33 compuso la leña, cortó el buey en pedazos y púsolo
sobre la leña. 34 Dijo luego: «Llenad de agua cuatro cántaros
y echadla sobre el holocausto y sobre la leña». Después dijo:
«Haced lo mismo otra vez». Otra vez lo hicieron. Dijo aún:
«Hacedlo por tercera vez». Y por tercera vez lo hicieron. 35 Co-
rría el agua todo en derredor del altar y había llenado el agua
también la zanja. 36 Cuando llegó la hora de ofrecerse el holo-
causto, llegóse el profeta Elías y dijo: «Yahvé, Dios de Abra-
ham, de Isaac y de Israel: que se sepa hoy que tú eres Dios de
Israel y que yo soy tu siervo, que todo esto hago por mandato
tuyo. 37 Respóndeme, Yahvé; respóndeme, para que todo este
pueblo conozca que tú, ¡oh Yahvé!, eres Dios y que tú con-
viertes a ti su corazón». 38 Bajó entonces fuego de Yahvé, que
consumió el holocausto y la leña, las piedras y el polvo, y aún
lamió las aguas que había en la zanja. 39 Viendo esto el pueblo,
cayeron todos sobre sus rostros y dijeron: «¡Yahvé es Dios,
Yahvé es Dios!» 40 Y díjoles Elías: «Coged a los profetas de
Baal, sin dejar que escape ninguno». Cogiéronlos ellos y llevó-
los Elías al torrente Cisón, donde los degolló».

Los reyes paganos de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón consultaban a los profetas en los negocios más importantes del reino (Jer 27,3.9-10). Existía en Canaán el profetismo extático y delirante y otro más moderado. En uno de los textos de Ras Shamra se habla de un éxtasis sobrevenido durante un acto cultual: la toma de posesión de parte de la divinidad se expresa con la imagen típicamente bíblica de la «mano que agarra». La forma moderada del profetismo se encuentra especialmente en el área aramaica y moabítica, como atestiguan las inscripciones de Zakir y de Mesa [3]. La reina Jezabel había traído gran número de profetas de Tiro y Sidón. Siguiendo la indicación de Elías, Ajab convocólos al Carmelo. Debían deslindarse de los campos y no andar Israel encendiendo una lámpara a Yahvé y otra a Baal. No se trata de decidir cuál de los dos es el más fuerte, sino de saber cuál de los dos es Dios; si lo es Yahvé, entonces Baal es pura nada, y viceversa. El juicio de Dios tendría lugar sobre el monte Carmelo *(Kerem* = viña), hermosa montaña que se extiende al sudoeste de la llanura de Esdrelón, cubierta de abundante vegetación.

El punto tradicional del sacrificio es *El Muhraqa*, en la extremidad sudoriental del monte, a 514 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Desde este sitio se divisa el mar; cerca brota el manan-

[3] A. Guillaume, *Prophecy and Divination among the Hebrews and other Semites* (Londres 1938); A. Haldar, *Associations of Cult Prophets among the Ancient Semites* (Upsala 1945); A. Neher, *L'Essence du prophétisme* (París 1955); E. Jacob, *Le prophétisme israélite d'après les recherches récentes:* «Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuse», 32 (1952) 59-69; A. Malamat, *Prophecy in the Mari Documents:* «Israel Exploration Society», 4 (1955) 1-12; G. Dossin-A. Lods, *Une tablette inédite de Mari, intéressante pour l'histoire ancienne du prophétisme sémitique:* «Studies in the Old Testament Prophecy» (Edimburgo 1950) 103-110.

tial *Bir-el-Mansura*, del cual se sacaba el agua para el sacrificio. En *Tell el-Qasis*, al pie de *El Muhraqa* y cerca del Cisón, se conserva todavía hoy la memoria de la matanza de los profetas de Baal. Alt, para el cual el dios Baal era el dios local del Carmelo, propone como lugar del sacrificio la punta norte de la montaña que domina el mar; pero no convencen sus razones [4].

Elías habla al pueblo, reprobando su conducta sincretista. Como ejemplo del avance de la idolatría, dice que es el único profeta de Yahvé que se atreve a presentarse en público, lo que contrasta con el apoyo oficial con que cuentan los profetas de Baal. A pesar de esta desproporción numérica, propone Elías el duelo entre Yahvé y los baales, entre él y los centenares de profetas de los ídolos. La prueba consistirá en que cada uno de los dos bandos inmole sobre el Carmelo un becerro (Ex 24,5; Núm 23,2; Jue 6,25); que se corte la víctima en pedazos y se coloque sobre la leña, pero sin poner fuego debajo (Gén 22,6). Al pueblo agradó aquella propuesta de Elías. A los profetas de Baal, por ser muchos, se les concedió fueran los primeros, dándoseles, además, la facultad de escoger la víctima. Elías reservóse para el acto apoteósico final.

Los profetas de Baal aparejaron el altar e invocaron a Baal a grandes voces, al mismo tiempo que se entregaban a una danza violenta y frenética, que a la larga solía provocar el delirio mántico (v.28-29). Era esta danza originaria de Fenicia [5]. Con este baile fenicio cabe relacionar lo que se dice en 19,18: «Voy a dejar con vida a siete mil cuyas rodillas no se han doblado ante Baal». Al ver Elías que nada conseguían con sus gritos y danzas, burlábase de ellos, diciéndoles que su dios Baal, o *Herakles*, llamado el *filósofo*, estaba acaso enfrascado en resolver alguna cuestión filosófica; o que por razón de atribuírsele la invención de la púrpura y de las naves, estaba ocupado en algún negocio, o de viaje. Al dios fenicio se le atribuían expediciones a Libia, y sus admiradores se lo imaginaban al frente de las naves fenicias que surcaban los mares enarbolando las banderas de Tiro y de Sidón, o cabalgando sobre un hipocampo alado. Admite Elías la posibilidad de que Herakles esté dormido [6].

A las palabras de Elías redoblaban los profetas de Baal sus esfuerzos a fin de llamar la atención de su dios. Los gritos se suceden cada vez más agudos y suplicantes, y la danza toma caracteres

[4] A. ALT, *Das Gottesurteil auf dem Karmel:* «Festschrift G. Beer» (Stuttgart 1935) 1-18; R. DE VAUX, *Les prophètes de Baal sur le Mont Carmel:* «Bulletin de Musée de Beyrouth», 5 (1941) 7-20 Según O. Eissfeldt, Elías combatió al dios *Baal-Shamen*, o sea, «señor del cielo» *(Baalshamen und Yahvé:* ZAW 57 [1939] 1-31; K. GALLING, *Der Gott Karmel und die Achtung der fremden Gotter:* «Festschrift A. Alt» [Tübingen 1953] 105-125; M. AVI-JONAH, *Mount Carmel and the God of Baalbek:* «The Israel Exploration Journal», 2 [1952] 118-124).

[5] La describe Heliodoro de Emesa *(Ethiop.* 4,17,1) con estas palabras: «Enardecidos al son de los instrumentos músicos, danzaban vertiginosamente, ya levantándose en alto con ligeros saltos, ya cayendo repetidamente con las rodillas en el suelo y dando vueltas sobre sí mismos, como si estuvieran poseídos».

[6] Según Menandro, el rey Hiram, contemporáneo de Salomón, celebró «el despertar de Herakles el mes de Peritios». En las inscripciones fenicias de Chipre, Rodas y Cartago se habla de «despertadores» del dios esposo de Astronoé, forma de Astarté, paredra de Baal. El esposo de Astronoé es, pues, Herakles-Melqart, el baal de los profetas del Carmelo. Los *despertadores* del dios eran grandes personajes, altos funcionarios, constituyendo el acto del despertar del dios una ceremonia ordinaria de culto (DE VAUX, *Elie* 61).

de vértigo; la agitación alcanza el paroxismo. Aturdidos, insensibles y fuera de sí, se sajaban con cuchillos y lancetas, a la manera de los derviches de nuestros días. Añade la Biblia que lo hacían «según su costumbre» [7]. Por la Biblia consta la costumbre de hacerse tales incisiones (Jer 16,6; 41,5) en honor de los muertos (Deut 14,1) y por otros motivos, que los verdaderos profetas condenaban (Jer 41,5; 47,5; Os 7,14; Zac 13,6; Lev 19,28; 21,5). Hasta bien entrada la tarde no cesaron de profetizar, en el sentido de estar poseídos y dar señales externas del éxtasis profético (Núm 11,25-27; 1 Sam 10, 5-13; 19,20-24).

Cuando la noche amenazaba caerse encima en aquel lugar inhóspito, y ante el rotundo fracaso de los falsos profetas, Elías recogió las piedras del altar de Yahvé que Jezabel había hecho demoler y lo reconstruyó [8]. Sobre el Carmelo residió Eliseo (2 Re 4, 25) y allí celebraba el pueblo las neomenias y sábados (2 Re 4,23). Causa extrañeza el interés en reunir doce piedras que evocaran la memoria de las doce tribus en unos momentos en que existía la escisión; quizá se trata de alguna alusión histórica (Ex 24,4; Jos 4,4). Abrió Elías alrededor del altar una zanja tan grande que en su superficie cabían dos *satos* de simiente. Es el *sato* una medida de capacidad (Gén 18,6; 1 Sam 25,18), que equivalía a trece litros [9].

Al llegar la hora del sacrificio vespertino, que tenía lugar entre dos luces (Ex 29,39.41; Núm 28,4.8), empezó Elías su oración a Yahvé. Nada de gritos ni de danzas rituales, ni incisiones de ninguna clase, para dar a entender que sólo «el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel» (1 Crón 29,18; 2 Crón 30,6) podía mandar el fuego, quizá en forma de chispa eléctrica o rayo. El milagro se produjo, de lo que dedujeron los israelitas que Yahvé era el solo y verdadero Dios. A una indicación de Elías se apoderó el pueblo de los profetas de Baal, que Elías degolló en el torrente Cisón (Jue 4,7.13; 5,21), al pie del Carmelo. En la lucha entre Yahvé y Baal, los servidores de éste sufren las consecuencias de la derrota de su dios, conforme a las leyes entonces en uso sobre la suerte de los vencidos (Deut 13,2-6; 18,20-22).

[7] En efecto, cuenta Apuleyo *(Met.* 7,27-28; LUCIANO, *De dea syria* 50) que en las fiestas en honor de la diosa Siria «prorrumpían en alaridos discordantes, como si estuvieran fanatizados; por mucho tiempo tenían la cabeza colgante, el cuello torcido, ejecutando movimientos audaces, dando vueltas y mordiéndose las carnes. Finalmente, con la espada de doble hoja que llevaban consigo hacíanse incisiones en el brazo».

[8] Desde muy antiguo existía sobre el Carmelo un lugar alto dedicado a Baal, como indica el nombre de *rusha qadesh*, «promontorio sagrado», que se da a la montaña en las listas de Tutmosis III (PRITCHARD, 243). Probablemente, en tiempos de David y de Salomón el lugar alto cananeo fue anexionado al culto de Yahvé.

[9] En este supuesto, la zanja ocupaba unos 1.660 metros, con un cuadrilátero de 40 metros por cada lado. Lo más razonable, escribe Steinmann, es decir que los 26 litros indican la anchura del canal. En cuanto a las doce ánforas de agua, se ha hecho notar que es curioso que se malgaste tanta agua; pero el mar estaba cerca y aún más el manantial de *Bir-el-Mansura*. El agua servía para hacer incombustible la leña del altar (J. STEINMANN, *Elie dans l'Ancien Testament:* «Elie le prophète», l.c., 104; MONTGOMERY, 308; A. JUNKER, *Der Graben um den Altar des Elias. Eine Untersuchung über die kultische Überlieferung von I Kg. 18,29-83:* «Trierer Theologische Zeitschrift», 69 [1960] 65-74). El agua, al mismo tiempo que purificaba el altar, lo aislaba de los alrededores a fin de que, al caer el fuego del cielo (Núm 11,1; Job 1,16; 2 Re 1,12), no devorara el terreno y personas de las inmediaciones.

Fin de la sequía (18,41-46)

41 Entonces dijo Elías a Ajab: «Sube a comer y a beber, por-
que ya suena gran ruido de lluvia».* 42 *Y subió Ajab a comer y
a beber. Elías subió a la cumbre del Carmel y se postró en tie-
rra, poniendo el rostro entre las rodillas; 43 y dijo a su siervo:
«Sube y mira hacia el mar». Subió él, miró y dijo: «No se ve
nada». Elías le dijo: «Vuelve a hacerlo siete veces». 44 Y a la
séptima vez dijo el siervo: «Veo una nubecilla, como la palma
de la mano de un hombre, que sube del mar». El le dijo: «Ve
y dile a Ajab: Unce y baja, no te lo impida luego la lluvia».
45 Y en esto se cubrió el cielo de nubes, sopló el viento y cayó
gran lluvia. Subió Ajab y vino a Jezrael. 46 Fue sobre Elías la
mano de Yahvé, que ciñó sus lomos, y vino corriendo a Jezrael
delante de Ajab.

El gran drama ha terminado con el triunfo aplastante de Yahvé. Ajab y Elías suben del torrente Cisón a la cumbre del monte (Jue 6,26); el rey dirigióse al lugar donde se guardaban las provisiones, mientras subía Elías a otra altura superior. Allí se arrodilló, y, con la cabeza entre las rodillas, no atreviéndose a mirar de cara lo que está por suceder, esperaba la lluvia, que debía proceder del mar anunciando con gran ruido su llegada. En Palestina la lluvia es producida por vientos del oeste y sudoeste. En la nubecilla se ha querido ver una figura de la Virgen María, que llevó la salud al mundo [10]. Ajab marchóse a Jezrael, la actual Zerín, a 25 kilómetros del Carmelo.

Camino de Horeb (19,1-7)

1 Ajab hizo saber a Jezabel lo que había hecho Elías y cómo
había pasado a cuchillo a los profetas, 2 y Jezabel mandó a Elías
un mensajero para decirle: «Así me hagan los dioses y así me
añadan si mañana a estas horas no estás tú como uno de ellos».
3 Temió, pues, Elías y se levantó y huyó para salvar su vida,
y llegó a Berseba, que está en Judá; y dejando allí a su siervo,
4 siguió él por el desierto un día de camino y sentóse bajo una
mata de retama; deseó morirse, y dijo: «¡Basta, Yahvé! Lleva
ya mi alma, que no soy mejor que mis padres». 5 Y, echándose
allí, se quedó dormido. Y he aquí que un ángel le tocó, dicién-
dole: «Levántate y come». 6 Miró él y vio a su cabecera una
torta cocida y una vasija de agua. Comió y bebió y luego volvió
a acostarse; 7 pero el ángel de Yahvé vino por segunda vez y le
tocó, diciendo: «Levántate y come, porque te queda todavía
mucho camino».

Quiso vengarse Jezabel de Elías por haber hecho matar a todos los profetas que alimentaba la reina. Con un juramento hecho en nombre de sus dioses decide Jezabel desquitarse (20,10). Elías huyó

10 «En una tarde calurosa de primavera he observado largo tiempo el punto del horizonte que oteaba el criado de Elías, y en donde vio cómo subía del mar la nubecilla, símbolo de la gracia fecunda que la Virgen Inmaculada debía enviar sobre la tierra, y me alegré de que estos lugares, tan cercanos al corazón, estén todavía, hoy como ayer, rodeados del silencio y de la más impresionante soledad (PAUL MARIE DE LA CROIX, *Hauts Lieux Elianiques:* «Elie le prophète», l.c., 22-23).

a Horeb, nombre del monte Sinaí en los relatos elohístas del Pentateuco. Teniendo como misión establecer la doctrina de la alianza en toda su pureza, marcha al lugar donde Dios e Israel sellaron el pacto de la alianza, y en donde Yahvé tiene preferentemente su asiento (Jue 5,2-4). Del Carmelo se dirige hacia el sur, andando de noche y durmiendo de día en alguna caverna que encontraba al paso o recostado al pie de un árbol. Las mismas precauciones tuvo que tomar en el reino de Judá por reinar allí Josafat, emparentado con el rey de Israel. Finalmente, llegó al viejo santuario de Bersabé, en el límite meridional de Palestina (Gén 21,31; 26,23; 41,1-4; 2 Sam 17,11). Allí dejó en libertad a su siervo para adentrarse solo en las inmensidades del tórrido desierto, teniendo como meta el Sinaí. Detrás de sí deja al pueblo infiel, «que claudica de un lado y de otro» (18,21) para refugiarse en el santuario de Yahvé. Todo el día caminó bajo el implacable sol del desierto, llegando al anochecer a un sitio donde se erguía una retama (hebreo: *rothem;* árabe: *retem)*, arbusto característico del Negueb, lo suficientemente desarrollado para dar cobijo a Elías. En aquellos momentos de cansancio, perseguido por los de su pueblo, devorado por el hambre y la sed, deseóse la muerte (Jon 4,8; Job 31,30). Mejores que él eran sus padres, y, sin embargo, murieron; ¿por qué Yahvé alarga su vida? Más que el reposo de una noche en la soledad acogedora del desierto, anhela la muerte: «Lleva ya mi alma»; en el *sheol* piensa encontrar la paz y el reposo que los hombres le niegan. Servido antes por los cuervos (17,4.5), manda ahora Yahvé a su ángel para que lo conforte (2 Re 1,2). Repuesto del cansancio, el mismo ángel le invitó a que comiera de nuevo, cobrando fuerzas para el gran viaje que le esperaba. Refocilado con aquel alimento, emprendió el camino hacia el monte Horeb, andando cuarenta días y cuarenta noches; caminaba de noche y descansaba durante el día, con etapas cortas, a fin de prepararse, como Moisés (Ex 24,12-18; Deut 9,9-11), con cuarenta días de penitencia, ayuno y oración (Mt 4,2; Lc 4,2). Es el número *cuarenta* uno de los que, según San Agustín, no deben tomarse a la letra. Elías se acercaba por etapas «a la montaña de Dios» (Ex 3,1; 4,27; 18,5), Horeb-Sinaí *(Jebel Musa)* [1].

Encuentro con Dios en Horeb (19,8-18)

8 Levantóse, pues; comió y bebió y anduvo con la fuerza de
aquella comida cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte
de Dios, Horeb. 9 Allí metióse en una cueva, donde pasó la
noche, y le dirigió Yahvé su palabra, diciendo: *«¿Qué haces*
***aquí, Elías?»* 10 El respondió: «He sentido vivo celo por Yahvé**
Sebaot; porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han de-
rribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los
que sólo he quedado yo, y me están buscando para quitarme la
vida». 11 Díjole Yahvé: «Sal afuera y ponte en el monte ante
Yahvé. Y he aquí que va a pasar Yahvé». Y delante de él pasó
un viento fuerte y poderoso que rompía los montes y quebraba
las peñas, pero no estaba Yahvé en el viento. Y vino tras el vien-

1 G. HÖLSCHER, *Sinai und Choreb* (Festschrift Bultmann) (Stuttgart 1949) 127-132.

to un terremoto, pero no estaba Yahvé en el terremoto. 12 Vino tras el terremoto un fuego, pero no estaba Yahvé en el fuego. Tras el fuego vino un ligero y blando susurro. 13 Cuando lo oyó Elías, cubrióse el rostro con su manto, y, saliendo, se puso en pie a la entrada de la caverna y oyó una voz que le dirigía estas palabras: «¿Qué haces aquí, Elías?» 14 Y él respondió: «He sentido vivo celo por Yahvé Sebaot, porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los que sólo quedo yo, y me buscan para quitarme la vida». 15 Díjole entonces Yahvé: «Vete; vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco, y, cuando llegues, unge a Jazael por rey de Siria, 16 y a Jehú, hijo de Nimsi, le unges por rey de Israel. A Eliseo, hijo de Safat, de Abel Mejola, le ungirás para que sea profeta en lugar tuyo. 17 Al que escapare de la espada de Jazael le matará Jehú, y al que escapare de la espada de Jehú le matará Eliseo. 18 Voy a dejar con vida en Israel a siete mil cuyas rodillas no se han doblado ante Baal y cuyos labios no le han besado».

En una cueva muy conocida (Ex 33,21) busca refugio Elías para descansar y guarecerse después del largo viaje por el desierto. Dios le sacó de la misma revelándosele, como hizo cinco siglos antes con Moisés (Ex 19,16-21; 33,21ss). Por orden de Yahvé sale fuera de la caverna; Dios se le manifiesta, no en el viento fuerte y poderoso ni en el terremoto, sino «en el ligero y blando susurro». Cuando creyó Elías que Yahvé estaba presente, por respeto (Ex 3,6) o por creer que nadie puede sobrevivir después de ver a Dios (Jue 6,22-23), cubrióse su rostro con el manto. ¿Cuál es el significado de esta visión? Según algunos, quiso Dios condenar el celo excesivo desplegado por el profeta al exterminar a los videntes de Baal, dándole a entender la conveniencia de emplear métodos más humanos y mitigados. Otros creen que la manera suave y misteriosa con que se hace sentir la presencia de Yahvé representa la espiritualidad de Dios. Los más potentes elementos materiales: vientos, relámpagos, terremotos, anuncian la visita, pero no constituyen la misma. La presencia divina es algo imperceptible (VACCARI).

Tres son los mensajes que el profeta recibe de Dios: unción de Jazael por rey de Siria, de Jehú por rey de Israel y de Eliseo para que sea profeta en su lugar. Estos tres personajes serán los que vengarán el honor de Dios y del profeta. Como deja entrever el texto, se encuentra Elías al fin de su carrera mortal; empezó él la campaña contra la idolatría; otros, que él ha preparado para el combate, conseguirán la victoria. En contra de lo dicho en v.15-16, nada se dice en los textos que siguen del cumplimiento de esta triple misión por parte de Elías. Jazael ocupó el trono de Siria aupado por Eliseo (2 Re 8,7). Jehú es ungido por un discípulo de Eliseo (2 Re 9,1). En lo que se refiere a Eliseo, Elías le llama a su servicio (v.19-21), entregándole más tarde como herencia su espíritu (2 Re 2,9). Estas anomalías del texto se explican por la compo-

sición literaria de toda la sección referente al ciclo de Elías. Como veremos más tarde (2 Re 8,7-15), Jazael sucedió a Ben Hadad en el trono de Siria [2].

Vocación de Eliseo (19,19-21)

19 Partió de allí y halló a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando con doce yuntas, una de las cuales era la suya; y pasando Elías junto a él, echóle su manto; 20 y él, dejando los bueyes, se vino corriendo tras Elías y le dijo: «Déjame ir a abrazar a mi padre y a mi madre, y te seguiré». Elías le respondió: «Ve y vuelve, pues ya ves lo que he hecho contigo». 21 Alejóse de Elías, y, cuando volvió, cogió el par de bueyes y los ofreció en sacrificio; con el yugo y arado de los bueyes coció la carne e invitó a comer al pueblo, y, levantándose, siguió a Elías y se puso a su servicio.

De este viaje de regreso nada cuenta el texto. Acaso desde el Sinaí marchó Elías a tierras de Madián, y de allí, por Transjordania, subió hasta Galaad. Abel Mejolá (1 Sam 18,19; 1 Re 4,12), al sur de Betsán, era la patria de Eliseo, de profesión labrador. En vez de ungirlo por profeta, lo llamó a su servicio echándole encima su manto, adquiriendo con ello un derecho sobre él. El vestido era considerado como parte de la personalidad (1 Sam 18,4); el manto de Elías tenía poder sobrenatural (2 Re 2,8-14). Eliseo pidió a Elías le concediera autorización para ir a su casa y abrazar a su parentela, lo que le fue concedido. Eliseo renuncia a su vida de terrateniente para enrolarse a las órdenes de Elías.

Guerras con los arameos (20,1-34)

1 Ben Hadad, rey de Siria, reunió todo su ejército. Tenía consigo treinta y dos reyes vasallos, caballos y carros. Subió y puso sitio a Samaria, 2 y mandó mensajeros que dijesen a Ajab, rey de Israel: 3 «Así habla Ben Hadad: Tu plata y tu oro son míos, mías tus mujeres y míos tus hijos». 4 El rey de Israel respondió: «Rey, mi señor, yo soy tuyo, y tuyo es, como tú dices, todo lo que yo tengo». 5 Volvieron los mensajeros y dijeron: «Así habla Ben Hadad: Yo te he mandado a decir: Entrégame tu plata y tu oro, tus mujeres y tus hijos. 6 Mañana, pues, a estas horas, yo mandaré a ti mis servidores para que escudriñen tu casa y la de tus siervos y pongan su mano sobre cuanto de precioso encuentren y me lo traigan». 7 El rey de Israel convocó a todos los ancianos de Israel y les dijo: «Oíd bien y entended que este hombre nos quiere mal; porque él me ha pedido mis mujeres y mis hijos, mi plata y mi oro, y yo no se los he rehusado». 8 Todos los ancianos del pueblo dijeron a Ajab: «No le oigas y niégate a ello». 9 Y él les dijo a los mensajeros de Ben Hadad: «Decid a vuestro señor el rey: Yo haré todo lo que has mandado a decir a tu siervo la primera vez, pero esto otro no puedo hacerlo». Los mensajeros se fueron y le llevaron la respuesta.

2 En el palacio de *Arslan Tash*, al este del Eufrates, se ha encontrado una placa de marfil con la inscripción de Jazael (PARROT, *Le Musée de Louvre et la Bible* 90-91).

10 Ben Hadad mandó a decir a Ajab: «Que esto me hagan los
dioses y esto me añadan si el polvo de Samaria basta para llenar
el hueco de la mano del pueblo todo que me sigue». 11 Y el rey
de Israel respondió: «Decidle que no ha de alabarse el que se
ciñe como el que ya se desciñe». 12 Cuando Ben Hadad recibió
esta respuesta, estaba bebiendo en su tienda con los reyes va-
sallos y dijo a sus servidores: «Preparaos». E hicieron sus pre-
parativos contra la ciudad. 13 Acercóse a Ajab, rey de Israel, un
profeta y le dijo: «Así habla Yahvé, Dios de Israel: ¿Ves toda
esta muchedumbre? Voy a entregarla en tus manos, y así sa-
brás que yo soy Yahvé». 14 Ajab preguntó: «¿Por mano de
quién?» Y él respondió: «Así dice Yahvé: Por mano de los ser-
vidores de los jefes de provincia». Ajab preguntó más: «¿Quién
comenzará el combate?» Y él respondió: «Tú mismo». 15 En-
tonces Ajab revistó a los servidores de los jefes de provincia, en
todo doscientos treinta y dos. Luego revistó a todo el pueblo,
a todos los hijos de Israel, que fueron siete mil. 16 Hicieron una
salida al mediodía, mientras Ben Hadad estaba bebiendo y em-
briagándose en las tiendas con los treinta y dos reyes, sus auxi-
liares. 17 Salieron los primeros los servidores de los jefes de pro-
vincia. Ben Hadad fue informado y le dijeron: «Los de Sama-
ria han hecho una salida». 18 Y él respondió: «Si han salido de
paz, traédmelos vivos, y si han salido en guerra, traédmelos
vivos». 19 Una vez que los servidores de los jefes de provincia
salieron de la ciudad, y tras ellos el ejército, 20 cada uno de ellos
mató a su hombre, y los sirios emprendieron la fuga. Israel los
persiguió. Ben Hadad, rey de Siria, se salvó en un caballo con
algunos de la caballería. 21 El rey de Israel salió y destrozó a la
caballería y a los carros, haciendo en los sirios gran estrago.
22 Entonces se acercó al rey de Israel el profeta y le dijo: «Ve y
fortifícate, y mira lo que debes hacer, porque el rey de Siria
volverá contra ti a la vuelta del año». 23 Los servidores del rey
de Siria dijeron a éste: «Su Dios es un Dios de monte; por eso
nos han vencido; pero, si peleamos con ellos en el llano, los
venceremos. 24 Haz, pues, así: quita a los reyes sus mandos y
pon jefes en lugar de ellos, 25 y hazte un ejército semejante al
que has perdido, *con otros tantos caballos y otros tantos carros*.
Después daremos la batalla en el llano y se verá si no los vence-
mos». El rey les dio oídos e hizo así. 26 Pasado el año, Ben Hadad
reunió a todos los sirios y vino a Afec, a dar la batalla a Israel.
27 Reuniéronse también los hijos de Israel y saliéronle al en-
cuentro. Asentaron su campo frente a ellos, como dos rebañitos
de cabras, mientras que los sirios llenaban la tierra. 28 Un hom-
bre de Dios se acercó al rey de Israel y le dijo: «Así habla Yahvé.
Porque los sirios han dicho: Yahvé es un Dios de monte y no
de llano, entregaré en tus manos toda esta muchedumbre, y
así sabréis que yo soy Yahvé». 29 Siete días estuvieron acam-
pando los unos frente a los otros. El séptimo día se trabó el
combate, y los hijos de Israel hicieron a los sirios cien mil muer-
tos de a pie en un día. 30 El resto huyó a la ciudad de Afec, y las
murallas se les caían encima a los veintisiete mil hombres que
quedaban. También Ben Hadad se refugió en la ciudad, y an-
daba de cámara en cámara. 31 Sus servidores le dijeron: «Nos-
otros hemos oído que los reyes de la casa de Israel son reyes
misericordiosos; vamos a vestirnos sacos sobre nuestros lomos
y a ponernos sogas al cuello, y a ir así al rey de Israel, a ver si te

deja la vida». 32 Vistiéronse sacos sobre los lomos y pusiéronse
sogas al cuello y se fueron al rey de Israel y le dijeron: «Tu
siervo Ben Hadad dice: Déjame la vida». Ajab respondió:
«¿Vive todavía? Es mi hermano». 33 Tuvieron esto los hombres
por buen agüero y se apresuraron a tomarle por la palabra,
diciendo: «Ben Hadad es tu hermano». Y él dijo: «Id y traéd-
melo». Vino a él Ben Hadad, y Ajab le hizo subir a su carro.
34 Ben Hadad le dijo: «Yo te devolveré las ciudades que mi
padre tomó al tuyo y tendrás en Damasco calles para ti, como
las tuvo mi padre en Samaria». «Y yo, repuso Ajab, te dejaré
ir libre, hecha esta alianza». Hizo, pues, alianza con él y le dejó ir.

Rezón (11,23) creó el reino de Damasco y reinó allí. Sus sucesores, Jezyón, Tabrimón y Ben Hadad I (15,18), ensancharon los límites del reino apoderándose de las rutas caravaneras del desierto sirio hasta el Eufrates. Omri estuvo desafortunado frente a ellos, viéndose obligado a cederles algunas ciudades de la frontera septentrional y otorgarles privilegios comerciales en Samaria (20,34). Como consecuencia, Omri buscó la alianza de los fenicios, en particular con el rey y sumo sacerdote Etbaal, sellándose la amistad con el matrimonio de Ajab, hijo de Omri, con Jezabel, hija del rey de Tiro (16,31). Entre Israel y Judá existían relaciones amistosas. Josafat (870-848), rey de Judá, asociado al reino durante la enfermedad de su padre Asa, pagaba, al parecer, tributos al rey de Israel (22,4). Joram (848-841), hijo de Josafat, tomó por esposa a la omrita Atalía, hija o hermana de Ajab. Esta amistad permitió a Josafat tener sujeto a Edom y libre el camino de las minas de Asiongaber (22,48).

Pero Israel tenía un enemigo al norte: los arameos, a quienes molestaba la amistad de Israel con Fenicia y el control, por parte de Judá, de los territorios de Edom y costa del mar Rojo, que cortaban a Siria las vías comerciales con Arabia. Ben Hadad II, hijo de Ben Hadad I (15,18), con gran número de tribus aliadas, puso sitio a Samaria. Reconoció Ajab la superioridad de Ben Hadad, disponiéndose a entregarle el tributo que le exigía con tal de salvar la capital. Del texto hebraico no puede deducirse claramente en qué consistía el tributo exigido por Ben Hadad. La segunda vez reclama, además del oro y la plata para sus arcas, las mujeres para su harén y los hijos en calidad de rehenes. El rey mandó recado a Ben Hadad diciéndole que está dispuesto a entregarle el oro y la plata, pero no sus mujeres e hijos. Ben Hadad juró vengarse (19,2); atacará a Samaria con un ejército tan numeroso, que todo el polvo de Samaria no llenará el hueco de la mano de cada uno de los soldados. A lo que respondió Ajab que no conviene envalentonarse antes de conocer el resultado de la batalla.

Un profeta de Yahvé promete a Ajab la victoria sobre Ben Hadad por la acción guerrera de los soldados reclutados por los jefes de distrito. No deja de causar extrañeza que un profeta de Yahvé intervenga activamente en favor de Ajab; pero ya vimos que hizo otro tanto Elías (18,41-46). En esta coyuntura está en causa la independencia de Israel. Ben Hadad, que sitiaba la ciudad de

Samaria, bebía con sus reyezuelos aliados hasta embriagarse (16,9), no preocupándose de la marcha de la guerra. Al anuncio de que los israelitas habían hecho una salida, no se interesa por saber quiénes han salido y por qué, dando la orden de que, en todo caso, los capturen vivos. Ben Hadad tuvo que escapar a uña de caballo. El profeta antes mencionado advirtió al rey que fortificara la ciudad, porque Ben Hadad volvería al ataque a la primavera siguiente (2 Sam 11,1).

Saben los arameos que Yahvé es el dios de los montes, que tiene su asiento en el Sinaí-Horeb (Jue 5,4-5); por esta causa han ganado la batalla los israelitas en el terreno montañoso de Samaria. Decidieron atacar a Israel esta segunda vez en terreno llano. Además, los jefes de tribu no han demostrado ser guerreros, por lo que se recomienda a Ben Hadad que los sustituya por otros jefes. Al año siguiente, Ben Hadad presentó batalla en Afec, el actual *Fiq*, al este del lago de Tiberíades, punto estratégico en el camino de Damasco a Betsán (2 Re 13,17). La cifra de cien mil muertos es inverosímil; obedece a un género literario preconcebido (1 Sam 11, 8). Ben Hadad, vencido, vistióse de saco, confiando en la misericordia de Ajab para salvar su vida. Los reyes llamábanse entre sí hermanos (9,13). Ben Hadad promete devolver las ciudades israelitas que le arrebató a su padre (15,20) y conceder al rey de Israel idénticos privilegios comerciales a los que tenía él en Samaria. La razón principal de haber Ajab perdonado la vida de Ben Hadad fue el peligro asirio que se cernía sobre Siria y Palestina [1]. A Ben Hadad no le convenían las condiciones que se le habían impuesto a raíz de su derrota en Afec.

Un profeta condena la conducta de Ajab (20,35-43)

35 Uno de los profetas dijo a un su compañero por mandato
de Yahvé: «Hiéreme, te lo ruego»; pero éste se negó a herirle.
36 Entonces le dijo el otro: «Por no haber obedecido la voz de
Yahvé, en cuanto me dejes te herirá un león»; y en cuanto se
alejó, encontróse con un león, que le hirió. 37 Encontró el otro
a otro hombre y le dijo: «Hiéreme, te lo ruego»; y éste le dio un
golpe y le hirió. 38 Fue a ponerse el profeta en el camino del rey
y se disfrazó cubriéndose el rostro con un velo. 39 Cuando pasaba
el rey, le gritó diciendo: «Tu siervo estaba entre las tropas, y,
apartándose uno, me entregó a un hombre, diciendo: Guarda

1 El coloso asirio despertóse con Assurdan II (c.934-911) y Adadnirari I (c.911-891). Assurbanipal II (c.884-860) invadió el territorio de Siria septentrional. A él le sucedió Salmanasar III (c.859-824), quien al segundo año de su reinado se adueñó del reino de *Bit-Adini* y de las ciudades del Orontes inferior. Al año siguiente (857) se apoderó de unos doscientos poblados y de Karkemish, sobre el Eufrates, amenazando con extender sus conquistas hacia Siria y Palestina. Los reyes de Fenicia apresuráronse a ofrecerle donativos. Inmediatamente se formaron alianzas contra el peligro asirio. Los reinos de Hamat y de Damasco se unieron y obligaron a otros a entrar en la liga antiasiria, consiguiendo la coalición de doce reyes. Cuando Salmanasar hubo reducido a los de Urartu (Armenia), dirigió sus ejércitos contra Siria. Los reyes aliados le salieron al encuentro, trabándose la célebre batalla de Qarqar, sobre el Orontes, el año 853. Los aliados opusieron al monarca asirio setenta mil soldados. A pesar de lo que dice Salmanasar en su monolito, el éxito del combate fue indeciso. Buena prueba de ello está en que Salmanasar regresó a Asiria. Entre los vencidos señala Salmanasar a diez mil soldados de *Ajab, el Israelita (A-ha-ab-bu mat Sir-i-la-a-a)* (PRITCHARD, 279). Ben Hadad es llamado en este prisma *Adad-idri*, esto es, Hadadézer.

a este hombre. Si llega a faltar, responderás de su vida con la
tuya o con un talento de plata. 40 Mientras tu siervo andaba de
una parte para otra, el hombre desapareció». El rey de Israel le
dijo: «Tú mismo te juzgas; ésa es tu sentencia». 41 Quitóse en-
tonces el profeta el velo de sobre los ojos, y vio el rey que era
un profeta. 42 Este le dijo entonces: «Así dice Yahvé: Por haber
dejado ir de tus manos al que yo había dado al anatema, tu vida
responderá de la suya, y tu pueblo de su pueblo». 43 Fuése el
rey para su casa triste e irritado, y llegó a Samaria.

Un profeta manifestó su disconformidad por el proceder del rey de Israel al confiar más en las alianzas humanas que en la ayuda divina y anuncia al rey su castigo por no haber entregado al anatema a Ben Hadad II (9,21; 1 Sam 15,3.18). Con una parábola hábilmente propuesta obliga al rey a pronunciar su propia condenación, como en el caso de Natán (2 Sam 12,1-12) y de la mujer de Tecua (2 Sam 14,1-20). No sabemos si los profetas llevaban externamente alguna incisión, tatuaje o algo que les caracterizara (2 Re 2,23). Ben Hadad debía correr la suerte del *herem*, que tanto urgían los profetas. En el texto griego, los cuatro últimos capítulos del libro están dispuestos en el siguiente orden: 19, 21, 20, 22. Parece que sea éste el orden lógico de la narración. En buena lógica, al capítulo 20 debía seguir inmediatamente el 22.

Nabot se niega a enajenar su viña (21,1-7)

1 Después de esto, Nabot, de Jezrael, tenía en Jezrael una
viña junto al palacio de Ajab, rey de Samaria; 2 y Ajab dijo a
Nabot: «Cédeme tu viña para hacer un huerto para legumbres,
pues está muy cerca de mi casa. Yo te daré otra viña mejor, y si
esto no te conviene, te daré en dinero su valor». 3 Pero Nabot
le respondió: «Guárdeme Yahvé de cederte la heredad de mis
padres». 4 Volvióse Ajab a su casa entristecido e irritado por la
respuesta que le había dado Nabot de Jezrael: «No te cederé
la heredad de mis padres». Acostóse en su lecho, vuelto el rostro,
y no quiso comer. 5 Jezabel, su mujer, vino a él y le dijo: «¿Por
qué estás triste y no quieres comer?» 6 El le respondió: «He
hablado a Nabot de Jezrael y le he dicho: Cédeme tu viña en
venta, y si no quieres, yo te daré otra viña en su lugar. Pero
él me ha contestado: No te daré mi viña». 7 Entonces Jezabel,
su mujer, le dijo: «¿Y eres tú el rey de Israel? Levántate, come,
y que se alegre tu corazón. Yo te haré con la viña de Nabot de
Jezrael».

Un hombre de buena posición poseía una viña, heredada de sus antepasados, colindante con el palacio real de Ajab, al oriente de Jezrael (18,45-46; 2 Re 9,17). Corresponde esta ciudad a la actual *Zerin*, al pie de los montes de Gelboé. Situada junto a la *via maris*, gozaba de una importancia estratégica extraordinaria. Por su agradable clima y fertilidad de sus campos fue convertida en residencia real y capital de invierno (2 Re 8,29; 9,15.17.30). El monarca pensó en ampliar sus posesiones, proponiendo a Nabot le cediera su viña para convertirla en huerta a cambio de otra mejor en

otro lado o entregándole su valor en metálico. Nabot se negó, alegando que no cedería la herencia de sus padres (Núm 36,5-12; Tob 6,11-12), en la cual, quizá, hallábase su sepulcro. La palabra *gan* del texto hebraico (v.1-2) puede significar aquí jardín, huerto o viña (Job 8,16; Cant 4,12).

Muerte de Nabot (21,8-16)

8 Escribió ella unas cartas en nombre de Ajab, sellólas con el
sello de éste y se las mandó a los ancianos y a los magistrados
que habitaban con Nabot en su ciudad. 9 He aquí lo que escribió
en las cartas: «Promulgad un ayuno y traed a Nabot delante
del pueblo, 10 y poned ante él a dos malvados que depongan
contra él, diciendo: Tú has maldecido a Dios y al rey; y sacadle
luego y lapidadle hasta que muera». 11 Las gentes de la ciudad
de Nabot, ancianos y magistrados que habitaban en la ciudad,
hicieron como Jezabel les decía, según las cartas que les mandó.
12 Promulgaron un ayuno, trajeron a Nabot ante el pueblo,
13 y dos malvados vinieron a ponerse ante él y depusieron así
contra Nabot delante del pueblo: «Nabot ha maldecido a Dios
y al rey». Luego le sacaron fuera de la ciudad y le lapidaron, y
murió. 14 Mandaron a decir a Jezabel: «Nabot ha sido lapidado
y muerto». 15 Cuando Jezabel supo que Nabot había sido lapi-
dado y muerto, dijo a Ajab: «Levántate y ve a posesionarte de
la viña de Nabot de Jezrael, que se negó a cedértela por su pre-
cio, porque Nabot no vive ya, ha muerto». 16 Ajab, al oír que
Nabot había muerto, se levantó para bajar a la viña de Nabot
de Jezrael y tomar posesión de ella.

Ante una calamidad inminente se convocaba un ayuno general, que ordinariamente iba unido a una reunión de todo el pueblo (Jl 1,14; 2,15; Jue 20,26; 1 Sam 7,6; Jer 36,6; 2 Crón 20,3). En esta reunión, todos debían examinar su conducta y hacer confesión de sus pecados ante Dios. Era también aquél el momento propicio para delatar el crimen de alguno del que pudiera sospecharse ser el causante del mal. Jezabel había comprometido a dos «hijos de Belial» (1 Sam 2,12; 10,27; 25,17) para que acusaran a Nabot llegado el momento adecuado. La carta de Jezabel, refrendada por el rey, surtiría su efecto. Todo salió a pedir de boca. Reunida la asamblea y ocupando Nabot en la misma un lugar preeminente por razón de su posición social, los dos testigos, los suficientes que exigía la ley para poder aplicar la sentencia capital (Núm 35,30; Deut 17,6), calumniaron burdamente a Nabot acusándole de haber maldecido a Dios, pecado que se condenaba con la lapidación (Ex 22,27), y al rey, cuya maldición asimilábase a la que se profería contra Dios (Ex 22,27). El texto hebraico evita poner el nombre de Dios junto al verbo *maldecir*, por lo que sustituye dicho verbo por «tú has bendecido» (Job 1,5; 2,5; Sal 10,3). Nabot fue lapidado, conforme a la ley (Lev 24,14-23; Núm 15,36; Act 7,58), fuera del pueblo.

Intervención de Elías (21,17-29)

17 Entonces fue la palabra de Yahvé a Elías, tisbita, diciendo:
18 «Levántate y baja al encuentro de Ajab, rey de Israel, a Sa-
maria. Está en la viña de Nabot, adonde ha bajado para pose-
sionarse de ella. 19 Dile: Así habla Yahvé: ¿No eres tú un ase-
sino y un ladrón? Y le dirás: Así habla Yahvé: En el lugar mismo
donde han lamido los perros la sangre de Nabot lamerán los pe-
rros tu propia sangre». 20 Ajab dijo a Elías: «¿Me has hallado, ene-
migo mío?» Y Elías le respondió: «Te he hallado. Porque tú te
has vendido para hacer el mal a los ojos de Yahvé, 21 yo haré
venir el mal sobre ti, yo te barreré, yo exterminaré a cuantos
pertenecen a Ajab, esclavo y libre, en Israel, 22 y haré tu casa
semejante a la de Jeroboam, hijo de Nabat, y a la casa de Basa,
hijo de Ajiya, porque tú me has provocado y has hecho pecar
a Israel. 23 Así habla Yahvé a Jezabel: Los perros comerán a
Jezabel cerca del muro de Jezrael. 24 El que de la casa de Ajab
muera en la ciudad será comido por los perros, y el que muera
en el campo será comido por las aves del cielo». 25 Nadie hubo
que como Ajab se vendiera para hacer el mal a los ojos de
Yahvé. Jezabel, su mujer, le incitaba a ello. 26 Obró de manera
enteramente abominable, yéndose tras los ídolos, como lo ha-
cían los amorreos, que arrojó Yahvé de delante de los hijos de
Israel. 27 Cuando hubo oído Ajab las palabras de Elías, rasgó
sus vestiduras, se vistió de saco y ayunó; dormía con saco y
caminaba humillado, 28 y Yahvé dirigió a Elías tisbita su pala-
bra, diciendo: 29 «¿Has visto cómo se humilla Ajab ante mí?
Porque se ha humillado ante mí, yo no haré venir el mal du-
rante su vida; durante la vida de su hijo haré yo venir el mal
sobre su casa».

Ordena Dios a Elías que vaya al encuentro de Ajab, que había ido a la viña de Nabot para tomar posesión de la misma. Dios y su profeta velan por la moralidad y la justicia. Dios vengará por su cuenta la sangre de Nabot. En otras ocasiones, Dios había mandado a Ajab profetas de segunda categoría (20,13ss); pero ahora, tratándose de un crimen grave, envía al mismo Elías, que el rey no creía ya ver más (19,3ss). El profeta predice contra Ajab los mismos castigos que se anunciaron contra Jeroboam (14,10-11) y Basa (16,3-4). Ante aquella amenaza se arrepintió de su pecado, dando señales externas de arrepentimiento, cubriéndose de saco (20,32), rasgando sus vestiduras (2 Sam 1,2; 3,31) y ayunando (2 Sam 12,16). Dios aun en el castigo se comporta como padre misericordioso. No será Ajab el que morirá devorado por los perros, sino su hijo Joram (2 Re 9,25-26).

Profetas a sueldo (22,1-12)

1 Tres años pasaron sin que hubiera guerra entre Siria e Is-
rael. 2 Al tercer año, Josafat, rey de Judá, bajó a ver al rey de
Israel. 3 El rey de Israel dijo a sus servidores: «¿No sabéis que
Ramot Galaad es nuestra? Y nosotros nada hacemos para to-
mársela al rey de Siria». 4 Y dijo a Josafat: «¿Quieres venir con-
migo para atacar a Ramot Galaad?» Josafat respondió al rey

de Israel: «Yo como tú, mi pueblo como tu pueblo y mis caballos como tus caballos». 5 Luego dijo Josafat al rey de Israel: «Consulta, te ruego, la palabra de Yahvé». 6 El rey de Israel reunió a los profetas, en número de unos cuatrocientos, y les preguntó: «¿Iré a atacar a Ramot Galaad o he de desistir de ello?» Y ellos le respondieron: «Sube, que Yahvé la entregará en manos del rey». 7 Pero Josafat preguntó: «¿No hay aquí ningún profeta de Yahvé para que podamos consultarle?» 8 El rey de Israel respondió a Josafat: «Queda todavía aquí un hombre por el que podríamos consultar a Yahvé, Miqueas, hijo de Yemla; pero yo le aborrezco, porque no me profetiza bien alguno: nunca me profetiza más que mal»; y Josafat dijo: «No hable así el rey». 9 Entonces el rey de Israel llamó a un eunuco y le dijo: «Trae luego a Miqueas, hijo de Yemla». 10 Estaban el rey de Israel y Josafat, rey de Judá, sentados cada uno en su trono, vestidos de sus reales vestiduras, en la plaza, cerca de la entrada de la puerta de Samaria, y todos los profetas estaban delante de ellos profetizando. 11 Sedecías, hijo de Canana, se había hecho unos cuernos de hierro, y decía: «Así habla Yahvé: Con estos cuernos heriré yo a los sirios hasta destruirlos». 12 Y todos los profetas profetizaban igualmente, diciendo: «Sube a Ramot Galaad y tendrás buen suceso, pues Yahvé la pondrá en manos del rey».

Desvanecido por el momento el peligro asirio, la coalición de las doce naciones se disolvió, después de la batalla de Qarqar (853). Ben Hadad II no cumplió su palabra de restituir a Israel todas las ciudades de Israel que estaban bajo su poder (20,24); en particular negóse a devolver la ciudad de Ramot Galaad (4,13), en Transjordania. El rey de Israel y Josafat (870-848), rey de Judá (15,24), llegaron a un acuerdo para arrebatársela. Ajab reunió a unos cuatrocientos profetas (18,19), que querían pasar por profetas de Yahvé, cuando en realidad eran falsarios que halagaban al rey anunciándole siempre cosas agradables, comprometiendo el nombre de Yahvé. A Josafat no gustaron las respuestas de aquellos profetas venales, por lo que reclamó la presencia de uno que fuera verdadero mensajero de Yahvé. Había uno al cual Ajab aborrecía por decirle la verdad amarga; el rey mandó llamarle por medio de un eunuco (1 Crón 28,1; 1 Sam 8,15). Entre tanto, los profetas áulicos, a las órdenes de Sedecías, emitían uno tras otro sus mensajes. Sedecías, con unos cuernos de hierro, aseguraba al rey que cornearía hasta el último arameo. Simbolizaban estos cuernos el ímpetu con que Ajab se apoderaría de Ramot Galaad y destruiría al ejército sirio (Deut 33,17, etc.). Tutmosis III y Seti I se llamaron invencibles, toros jóvenes con cuernos.

La profecía de Miqueas (22,13-28)

13 El mensajero que había ido en busca de Miqueas le habló así: «Todos los profetas a una voz profetizan el bien al rey; que sea, pues, tu palabra como la de todos ellos; anúnciale el bien». 14 Pero Miqueas le respondió: «Vive Yahvé que yo anunciaré lo que Yahvé me diga». 15 Llegado al rey, díjole éste: «Miqueas, ¿iremos a atacar a Ramot Galaad o hemos de desistir de ello?» El respondió: «Sube, tendrás buen éxito, y Yahvé la entregará en manos del rey». 16 El rey le dijo entonces: «¿Cuántas veces habré de conjurarte que no me digas más que la verdad en nombre de Yahvé?» 17 Miqueas respondió: «Yo he visto a todo Israel disperso por los montes, como ovejas sin pastor, y Yahvé me dijo: Son gentes que no tienen señor; que se vuelva cada uno en paz a su casa». 18 El rey de Israel dijo a Josafat: «¿No te lo había dicho yo? No me profetiza nada bueno, no me profetiza más que mal». 19 Díjole entonces Miqueas: «Oye, pues, la palabra de Yahvé: He visto a Yahvé sentado sobre su trono y rodeado de todo el ejército de los cielos, que estaba a su derecha y a su izquierda; 20 y Yahvé decía: ¿Quién inducirá a Ajab para que suba a Ramot Galaad y perezca allí? Unos respondieron de un modo, otros de otro; 21 pero vino un espíritu a presentarse ante Yahvé y dijo: Yo, yo le induciré. ¿Cómo?, preguntó Yahvé. 22 Y él respondió: Yo iré, y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas. Yahvé le dijo: Sí, tú le inducirás y saldrás con ello. Ve, pues, y haz así. 23 Ahora, pues, he aquí que Yahvé ha puesto el espíritu de mentira en boca de todos tus profetas y ha decretado perderte». 24 Llegóse entonces Sedecías, hijo de Canana, que golpeó a Miqueas en la mejilla, diciendo: «¿Cómo se ha retirado de mí el espíritu de Yahvé para hablarte a ti? 25 Y Miqueas respondió: «Ya lo sabrás el día en que vayas de cámara en cámara para esconderte». 26 El rey de Israel dijo: «Coge a Miqueas y llévalo a Amón, prefecto de la ciudad, y a Joás, hijo del rey, 27 y diles: «Así dice el rey de Israel: Poned preso a este hombre y mantenedlo con pan escaso y agua tasada hasta que yo vuelva en paz». 28 Y Miqueas respondió: «Si tú vuelves en paz, no ha hablado Yahvé por mí».

El eunuco recomendó a Miqueas que se plegara a los deseos del rey anunciándole feliz éxito en la empresa de Ramot Galaad. Repitió Miqueas lo que otros habían anunciado, pero debió de poner en sus palabras un dejo de ironía, de que se dio cuenta el rey. ¿Para qué reclamaba el rey su presencia? ¿No deseaba Ajab que Miqueas uniera su voz al coro de los profetas falsos? Si así lo quería el rey, le hablará Miqueas palabras de hombre, pero no le comunicará el mensaje divino. Puesto que el rey reclama esto último, Miqueas le dirá toda la verdad, aunque veladamente: Israel será dispersado, y el rey, herido de muerte. Pudo comprendei Ajab que si Israel es como rebaño sin pastor (Núm 27,17; Ez 34,5-6), es porque el que debía hacer las veces de pastor había perecido. Faltando el amo, cada uno volverá en paz a su casa. A la observación que hizo Ajab a Josafat respondió Miqueas refiriendo una visión profética. Sedecías reclamó para sí el derecho de hablar en nombre de Yahvé; Miqueas le anuncia un castigo como el que sufrió Ben Hadad (20,30), profetizándole que imploraría clemencia. El texto hebreo pone en boca de este profeta desconocido las palabras con que empieza la profecía de su homónimo, clasificado entre los profetas menores (Miq 1,2).

Muerte de Ajab en Ramot Galaad (22,29-40)

29 Subieron a Ramot Galaad el rey de Israel y Josafat, rey de Judá. 30 El rey de Israel dijo al de Judá: «Voy a disfrazarme para ir al combate, pero tu vístete tus vestiduras». El rey de Israel se disfrazó y fue al combate. 31 El rey de Siria había dado a los jefes de sus carros esta orden: «No ataquéis a ninguno, ni chico ni grande, sino sólo al rey de Israel». 32 Cuando los jefes de los carros vieron a Josafat, se dijeron: «Seguro que éste es el rey de Israel», y todos se dirigieron a él para atacarle. Josafat gritó 33 y, viendo los jefes de los carros que no era el rey de Israel, le dejaron. 34 Entonces uno disparó su arco al azar, e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura, y el rey dijo a su auriga: «Vuélvete y sácame del campo, porque estoy herido». 35 El combate fue muy encarnizado aquel día. El rey estuvo retenido en su carro frente a los sirios, y por la tarde murió. La sangre de la herida corría por dentro de su carro. 36 A la puesta del sol se gritó por todo el campo: «Cada uno a su ciudad, cada uno a su tierra». 37 Así murió el rey, que fue llevado a Samaria y en ella le sepultaron. 38 Cuando lavaron el carro en el estanque de Samaria, los perros lamieron la sangre de Ajab y las rameras se lavaron en ella según las palabras que había dicho Yahvé. 39 El resto de los hechos de Ajab, lo que hizo, la casa de marfil que construyó, las ciudades que edificó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? 40 Ajab se durmió con sus padres, y le sucedió Ocozías, su hijo.

A pesar de la profecía de Miqueas los dos soberanos marcharon contra Ramot Galaad. Disfrazóse Ajab con el fin de pasar inadvertido. Arreció el combate. Quiso la Providencia que una flecha lanzada al azar penetrara por entre una juntura del escudo del rey y le hiriera mortalmente. Los escudos eran de cuero, con placas de metal a manera de escamas. Para no alarmar a los suyos, nada dijo Ajab; pero se desangraba lentamente en su carro. Su entereza permitió que el combate se prolongara hasta la caída del sol. Fue entonces cuando la voz del heraldo repitió las palabras de Miqueas: «Cada uno a su ciudad, cada uno a su tierra; el rey ha muerto». A esta noticia se dispersó el ejército. Ajab fue llevado a Samaria y enterrado. Al lavarse el carro real, los perros lamieron la sangre de Ajab, conforme a las palabras de Elías (21,19-29). Los LXX añaden que lo hicieron también los cerdos, que también eran animales impuros, noticia que añadió un escriba poco simpatizante con Ajab. A este mismo origen se debe el informe de que las rameras se lavaron en la sangre del rey. La mención de las rameras es asociada a la de los perros, ya que se daba este nombre a los hombres que se prostituían (Deut 23,19; Apoc 22,15). Debe relegarse al fondo folklórico la creencia de que la sangre era tenida como precioso cosmético. Dotado Ajab de grandes cualidades, pudo llegar a ser un gran monarca y un émulo de David y de Salomón. Prisionero en manos de una mujer cuyo fanatismo religioso y pasión de mando eran capaces de cometer los mayores crímenes, atrajo sobre sí la maldición de Dios, dejando para la posteridad el recuerdo de haber sido uno

de los más detestables reyes de Israel (MEDIEBELLE). Entre las construcciones principales de su reinado menciona la Biblia «la casa de marfil» (v.39), expresión (Am 3,15; Sal 45,8) que debe interpretarse en el sentido de que mesas, sillas, camas y otros muebles tenían incrustaciones de marfil, como solía hacerse en Fenicia, Asiria y Babilonia [1].

Josafat, rey de Judá (22,41-51)

41 Josafat, hijo de Asa, comenzó a reinar en Judá el año cuarto de Ajab, rey de Israel. 42 Tenía treinta y cinco años cuando empezó a reinar, y reinó en Jerusalén veinticinco años. Su madre se llamaba Azuba, hija de Silji. 43 Marchó por todos los caminos de Asa, su padre, sin apartarse, haciendo lo que es recto a los ojos de Yahvé. 44 Pero no desaparecieron los altos, y el pueblo siguió ofreciendo sacrificios y perfumes en ellos. 45 Josafat estuvo en paz con el rey de Israel. 46 El resto de los hechos de Josafat, sus gestas y sus guerras, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? 47 Barrió también de la tierra el resto de los consagrados a la prostitución idolátrica que quedaban del tiempo de Asa, su padre. 48 No había entonces rey en Edom; un gobernador la gobernaba. 49 Josafat construyó naves de Tarsis para ir a Ofir en busca de oro; pero no fueron, porque las naves se destrozaron en Asiongaber. 50 Entonces Ocozías, hijo de Ajab, dijo a Josafat: «¿Quieres que vayan mis servidores con los tuyos en las naves?» Pero Josafat se negó. 51 Josafat se durmió con sus padres y fue sepultado con ellos en la ciudad de David, su padre. Le sucedió Joram, su hijo.

De Josafat (870-848) se ha ocupado anteriormente el texto sagrado; de sus actividades habla largamente 2 Crón 17,11-21,1. De él se dice que obró rectamente a los ojos de Yahvé, achacándosele únicamente haber autorizado el funcionamiento de altares erigidos en honor de Yahvé fuera del templo de Jerusalén (2 Crón 17,6). Fue aliado del rey de Israel, Ajab, con el que tomó parte en la expedición contra Ramot Galaad (22,1-38). Luchó contra los amonitas y mineos (2 Crón 20,1-30) y los moabitas (2 Re c.3). Casó a su hijo Joram (848-841) con Atalía, hermana, probablemente, de Ajab. La alianza con Israel le permitió reafirmar sus pretensiones sobre Edom y continuar la tradición marítima de Salomón en el puerto de Asiongaber; el vasallaje de Edom continuó hasta su revuelta en tiempos de Joram (2 Re 8,20). Los reyes de Judá y de Israel equiparon conjuntamente «naves de Tarsis» para ir, como en tiempos de Salomón, a la busca de oro (9,28; 10,22). Pero un profeta hizo saber a Josafat que, en castigo de haberse aliado con el impío Ocozías, fracasaría aquella empresa (2 Crón 20,37). Una tempestad deshizo la flota.

[1] H. POPE, *The Enigma of King Achab:* «Studies», 23 (1934) 77-86; J. W. JACK, *La situation religieuse d'Israel au temps d'Achab:* RHR 112 (1935) 145-168.

Reinado de Ocozías (22,52-54)

52 Ocozías, hijo de Ajab, comenzó a reinar sobre Israel en Samaria el año diecisiete de Josafat, rey de Judá, y reinó dos años sobre Israel. 53 Hizo el mal a los ojos de Yahvé y marchó por los caminos de su padre y los de su madre y por el camino de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel. 54 Sirvió a Baal y se prosternó ante él, y provocó a Yahvé, Dios de Israel, como lo había hecho su padre.

Con esta perícopa debía comenzar el libro II de los Reyes. Ocozías (853-852) siguió en todo la política religiosa de su padre y de su madre. Rindió culto a Baal, como en tiempos de su padre (16,31; 18,26; 19,18), irritando con ello a Yahvé (14,9.15; 16,2.7.33; 21,22).

I I   R E Y E S

Primera parte

HISTORIA SINCRONICA DE LOS REYES DE ISRAEL Y DE JUDA (c.1-17)

Enfermedad de Ocozías (1,1-8)

1 Después de la muerte de Ajab, Moab se rebeló contra Israel. 2 Ocozías se cayó por una ventana del piso superior de su casa en Samaria y se hirió; y envió mensajeros, diciéndoles: «Id a consultar a Baalzebub, dios de Acarón, si curaré de estas mis heridas»; 3 pero el ángel de Yahvé dijo a Elías tisbita: «Levántate y sube al encuentro de los mensajeros del rey de Samaria y diles: ¿No hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Baalzebub, dios de Acarón? 4 Por eso así dice Yahvé: No bajarás del lecho en que has subido, pues morirás». Y Elías se fue. 5 Volvieron los mensajeros a Ocozías, y él les preguntó: «¿Cómo os habéis vuelto?» 6 Y ellos respondieron: «Ha salido a nuestro encuentro un hombre y nos ha dicho: Id y volveos al rey que os ha mandado y decidle: Así habla Yahvé: ¿No hay Dios en Israel, para que mandes tú a consultar a Baalzebub, dios de Acarón? Por eso no bajarás tú del lecho a que has subido, pues morirás». 7 Ocozías les preguntó: «Qué trazas tenía el hombre que ha salido a vuestro encuentro y ha dicho eso?» 8 Ellos le respondieron: «Era un hombre vestido de pieles y con un cinturón de cuero a la cintura». Ocozías dijo: «Es Elías tisbita».

De Ocozías se ocupó brevemente el libro I de los Reyes (22, 52-54), enjuiciándolo desde el punto de vista religioso. Por un lado conservaba el culto a Yahvé; por otro entregóse a la idolatría, rindiendo culto a Baal. En castigo de su conducta permitió Dios que se rebelara el rey de Moab, Mesa, negándose a pagar los tributos

que le había impuesto Omri (1 Re 16,28) y buscando la independencia total (2 Re 3,4ss). Fue también efecto de su conducta idolátrica la caída que sufrió en su palacio, y que le acarreó la muerte.

Las casas de la gente humilde eran de planta baja. Las familias acomodadas disponían además de un piso que recibía el nombre de habitación fresca (Jue 3,23-25), reservado a los señores de la casa y en donde se recibían los visitantes de honor (1 Re 17,19; 2 Re 4,10-11). Para seguridad del personal se le protegía con una baranda. Al querer el rey asomarse, apoyándose en ella, cedió, cayendo Ocozías al suelo.

En todo trance difícil iban los hebreos a consultar a Yahvé. El impío Occzías consultó al dios de Acarón (Jos 13,3; Jue 1,18; 1 Sam 5,10). El nombre del dios es una forma de Baal (1 Sam 7,4) [1]

Por orden de Dios, comunicó Elías a los enviados del rey que su monarca moriría de aquella caída. Ante aquella noticia regresaron precipitadamente a palacio. A los enviados les había llamado la atención la manera de vestir de aquel hombre, al que llaman *baal sear* = maestro del pelo, por llevar vestidos de piel. La pelliza de Elías flotaba al aire, no estando atada a la cintura por un cinturón de cuero (Mt 3,4; Mc 1,6). Debajo de la misma llevaba un vestido de piel, que sujetaba alrededor de la cintura para marchar mejor (1 Re 18,46). Este vestido, característico en un principio del profeta Elías, fue adoptado posteriormente por otros profetas [2].

En busca de Elías (1,9-16)

9 Mandó a él un quincuagenario con sus cincuenta hombres. Subió el jefe a Elías, que estaba sentado en la cumbre de la montaña, y le dijo: «Hombre de Dios, el rey dice: Baja». 10 Elías respondió al jefe de los cincuenta: «Si soy hombre de Dios, que baje fuego del cielo y te abrase a ti y a tus cincuenta hombres». Y bajó fuego del cielo y le devoró con sus cincuenta hombres. 11 Ocozías mandó a él a otro quincuagenario con sus cincuenta hombres. El quincuagenario habló a Elías y le dijo: «Hombre de Dios, he aquí lo que dice el rey: Baja en seguida». 12 Elías le respondió: «Si soy hombre de Dios, que baje fuego del cielo y te devore a ti y a tus cincuenta hombres». Y bajó del cielo fuego que le devoró a él y a sus cincuenta hombres. 13 Mandó de nuevo Ocozías, por tercera vez, a un quincuagenario con sus cincuenta hombres. Este tercero subió, y a su llegada se prosternó ante Elías suplicándole, y le dijo: «Hombre de Dios, sea preciosa a tus ojos mi vida y la vida de tus siervos. 14 Fuego del cielo ha bajado y ha devorado a los dos primeros quincuagenarios y a sus cincuenta hombres; pero ahora sea a tus ojos

[1] Según los textos hallados en Ras Shamra, el nombre primitivo del dios era Baal-Zebul, que aparece en el Nuevo Testamento como sinónimo de «príncipe de los demonios» (Mt 10,25; 12,24.27; Lc 11,15), cuyo significado originario era de *Baal el sublime*, o el *príncipe*. El texto hebraico, por menosprecio a esta falsa divinidad, transformó aquel nombre en *Baal de las moscas*. Los LXX y Flavio Josefo traducen *el dios mosca*. Por el mismo Ras Shamra sabemos que *zebul* significaba también *habitación, morada*. Los cananeos rendían culto a un dios que tenía su morada en las profundidades de la tierra, de donde su título de *Beel Zebul* o *Beel Ars*, el *maestro de la tierra* (R. Dussaud, *Les découvertes de Ras Shamra et l'Ancien Testament* [París 1937]; W. H. Albright: BASOR, 42 [1932] 17).

[2] De Vaux, *Elie;* P. Jouon, *La costume d'Elie et celui de Jean Baptiste:* B 16 (1935) 74-81

preciosa mi vida». 15 El ángel de Yahvé dijo a Elías: «Baja con
él. Nada temas de él». Elías se levantó y bajó con él para diri-
girse al rey; 16 y dijo a éste: «Así habla Yahvé: Por haber man-
dado mensajeros para consultar a Baalzebub, dios de Acarón,
como si no hubiera en Israel Dios a quien poder consultar, no
bajarás del lecho a que has subido, pues morirás».

No sabemos sobre qué montaña se encontraba Elías, pero es de suponer que estaba sobre un altozano de los alrededores de Samaria. El jefe que estaba al mando de los cincuenta hombres (Is 3,3) llama a Elías «hombre de Dios» (1 Re 17,17-24). La expresión «hombre de Dios» debía de ser entre los soldados, gente descreída, una expresión despectiva. El profeta, tomando pie de la misma, demuestra que de verdad es varón de Dios, pues Yahvé obra por él prodigios terribles. La historia que aquí se narra es análoga a la de 1 Re 13,24; 2 Re 7,2.20, destinadas ambas narraciones a inculcar el respeto que se debe a los representantes de Dios. En lenguaje bíblico, el rayo es llamado «fuego del cielo» (Núm 11,1; 16,35; 1 Re 18,38).

Muerte de Ocozías (1,17-18)

17 Ocozías murió, según la palabra de Yahvé por medio de
Elías, y le sucedió su hermano Joram, el año segundo de Joram,
hijo de Josafat, rey de Judá, pues aquél no tenía hijos. 18 El resto
de los hechos de Ocozías, lo que hizo, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes de Israel?

Al no tener hijos, Ocozías dejó a su hermano Joram (852-841) como sucesor suyo. El reino de Israel hundíase cada vez más en la idolatría. En las *ostrakas* de Samaria aparece muchas veces el nombre de Yahvé y se citan personajes con nombres teóforos, lo que demuestra que todavía existían allí personas adictas a la religión de sus padres. Pero el hecho de llevar un nombre compuesto con la palabra *Yahvé* no indica necesariamente un yahvismo auténtico, ya que el mismo Ajab lo impuso a su hija Atalía y a sus dos hijos (MÉDEBIELLE).

ELÍAS, ARREBATADO AL CIELO

Esta perícopa es considerada como perteneciente al ciclo de Eliseo, con la finalidad de probar que éste era su legítimo sucesor, o como parte integrante de la historia de Elías, admitiendo que se formó a su muerte. El ciclo de Eliseo se caracteriza por referir algunos episodios aislados de la vida privada de Eliseo sin datos cronológicos ni detalles sobre lugares y personas. Pudo esta perícopa haber sido redactada durante la primera mitad del siglo VIII a. C. (DE VAUX).

De Gálgala a Jericó (2,1-8)

1 Aconteció que, cuando quiso Yahvé arrebatar al cielo a
Elías en un torbellino, salió Elías de Gálgala con Eliseo, 2 y dijo
a Eliseo: «Quédate aquí, te ruego, pues Yahvé me manda ir a
Bétel». Eliseo respondió: «Vive Yahvé, y vives tú, que no te
dejaré». Y bajaron ambos a Bétel. 3 Los hijos de los profetas
que había en Bétel salieron al encuentro de Eliseo y le dijeron:
«¿Sabes tú que Yahvé alzará hoy a tu señor sobre tu cabeza?»
El respondió: «Sí, lo sé; callad». 4 Elías le dijo: «Eliseo, quédate
aquí, te lo ruego, pues Yahvé me manda ir a Jericó». El le res-
pondió: «Por la vida de Yahvé y por tu vida que no te dejaré».
Y llegaron a Jericó. 5 Los hijos de los profetas que había en Je-
ricó se acercaron a Eliseo y le dijeron: «¿Sabes tú que hoy va
a elevar Yahvé a tu señor sobre tu cabeza?» Y él les respondió:
«Sí, lo sé; callad». 6 Elías le dijo: «Quédate aquí, te lo ruego,
pues Yahvé me manda ir al Jordán». Y él le respondió: «Por
la vida de Yahvé y por tu vida que no te dejaré». Y siguieron
ambos su camino. 7 Vinieron cincuenta hombres de los hijos
de los profetas y se pararon enfrente, a distancia, y ellos dos si-
guieron, parándose a la orilla del Jordán. 8 Cogió entonces Elías
su manto, lo dobló y golpeó con él las aguas, que se partieron
de un lado y de otro, pasando los dos a pie enjuto.

Discípulo y maestro salieron de Gálgala y, a través de Bétel y el desierto de Judá, marcharon en dirección a Jericó. Se encontraba Gálgala sobre una colina escarpada, a doce kilómetros al norte de Bétel, en el lugar conocido hoy por *Gilgilia*. Más tarde existió en Gálgala un santuario pagano (Am 4,4; Os 4,15; 9,15; 12,12). Desde este lugar a Jericó se calcula una distancia de veintisiete kilómetros. El relato da a entender que el momento era solemne, patético y sublime, cargado de misterio. Todos los círculos proféticos barruntaban que algo muy importante se avecinaba, pero ignoraban cuándo, cómo y de qué se trataba. Elías forcejea para deshacerse de la compañía de su discípulo, significándole implícitamente que su presencia le era embarazosa. La primera vez pide le permita marchar a Bétel, adonde Dios le manda. Elías no le revelaba el término del viaje; solamente le habla de las diversas etapas. Al llegar a Bétel, «los hijos de los profetas» comunicaron a Eliseo el rumor que circulaba acerca de la desaparición próxima de Elías. Bajo la denominación de «hijos de los profetas» se puede entender, o bien los profetas en cuanto formaban parte de una cofradía o colectividad, o de discípulos que se formaban bajo la dirección de un maestro para llegar a ser profetas (1 Sam 10,5-12; 19,20-24; 1 Re 20,35). Debía de ser Bétel sede de muchos celadores fervorosos de la casa de Yahvé, sobre los que veremos a Eliseo ejercer mucha influencia.

Paso del Jordán (2,9-10)

9 Cuando hubieron pasado, dijo Elías a Eliseo: «Pídeme lo que quieras que haga por ti antes que sea apartado de ti». Y Eliseo le dijo: «Que tenga yo dos partes en tu espíritu». 10 Elías le dijo: «Difícil cosa has pedido. Si cuando yo sea arrebatado de ti me vieres, así será; si no, no».

Las aguas del Jordán interceptaron el paso de los dos misteriosos viajeros; pero Elías, con naturalidad, se despojó de su manto, doblóle y golpeó con él las aguas, que se partieron para dejarles paso libre. El manto es símbolo de la personalidad. A la muerte de Elías pasará en posesión de Eliseo, que realizará con él el mismo milagro que su maestro. Las aguas se dividieron como en tiempos de Moisés hicieron las del mar Rojo (Ex 14,21) y las del Jordán en los días de Josué (Jos 3,13). Llegados a la otra orilla, manifestó Elías a Eliseo que había llegado el momento de separarse; pero, en prueba de afección y estima, quiere dejarle un recuerdo, invitándole a que pida lo que quiera. A lo que respondió Eliseo: «Que venga sobre mí una doble parte de tu espíritu» (literalmente: «una parte de dos»). La frase se explica rectamente en caso de relacionarla con Deut 21,17, en donde se dice que los bienes que deja el padre de familia se dividen en tres partes, recibiendo el primogénito «dos partes del todo». La iconografía cristiana ha representado este doble espíritu por el águila a dos cabezas, que es el emblema de Eliseo. Elías responde que no está en su mano concederle lo que pide; pero no se lo niega.

Rapto de Elías (2,11-14)

11 Siguieron andando y hablando, y he aquí que un carro de fuego con caballos de fuego separó a uno de otro, y Elías subía al cielo en el torbellino. 12 Eliseo miraba y clamaba: «¡Padre mío! ¡Carro de Israel y auriga suyo!» Y no le vio más, y, cogiendo sus vestidos, los rasgó en dos trozos, 13 y cogió el manto de Elías, que éste había dejado caer. Volvióse después, y, parándose a la orilla del Jordán, 14 cogió el manto que Elías había dejado caer, golpeó con él las aguas, diciendo: «¿Dónde está ahora Yahvé, el Dios de Elías?» Y en cuanto golpeó las aguas, se partieron éstas de un lado y de otro y pasó Eliseo.

Mientras hablaban, un carro de fuego y dos caballos también de fuego se interpusieron entre los dos, y Elías subió al cielo en un torbellino. Caballos y carro de fuego aparecen en la visión de Eliseo (6,17). Según Ez 1,15, el fuego, el torbellino y el carro son elementos de la majestad de Yahvé, que apareció para llevarse consigo a Elías. Este rapto de Elías se recuerda en 1 Mac 2,38; Ece 48,9. Eliseo pudo seguir con la vista lo que a los ojos humanos profanos no era dado ver (6,17). Una vez desapareció Elías de su vista, en señal de duelo rasgó sus vestiduras (1 Sam 4,12; 2 Sam 1,2); o también podemos entender la acción en el sentido de que Eliseo vestirá en adelante el manto de Elías. El lugar donde se produjo este acontecimiento se coloca en una colina al este del Jordán, junto al *wadi kharrar* [1]. Elías fue arrebatado al cielo poco después del año 852.

Por los detalles que da el texto, comparados con los que aparecen en otros lugares bíblicos (Eci 48,9; 1 Mac 2,58), se deduce que Elías fue arrebatado violentamente en alas de un torbellino; el carro y los caballos sirvieron únicamente para separar a los dos profetas. Eliseo fue el único que contempló la desaparición misteriosa de su maestro.

Podemos buscar, dice Steinmann, los orígenes psicológicos de esta visión de Eliseo, como se hace con la de Amós o de Isaías. A los ojos de los profetas como de sus contemporáneos, Yahvé, maestro del universo, habita en los cielos. Tiene a su disposición ejércitos concebidos a imagen de los de la tierra, con caballos de fuego y carros de guerra. Es posible que el hombre encuentre a Yahvé sobre la tierra, sobre el Horeb, como fue el caso de Moisés y del mismo Elías, o en Bétel, donde lo encontró Amós (9,1), o en el templo de Jerusalén, como Isaías. Pero, en este caso extremo, Yahvé convoca cerca de sí, en pleno cielo, a un profeta, con el que se quiere comunicar directamente. En este sentido, el rapto de Elías es como la teofanía de Horeb. Es una visita, un *rendez-vous* del profeta a la corte celestial, en cuyas deliberaciones asistió en visión Miqueas (1 Re 22,19-22). Con palabras modernas, diríamos hoy que Elías, en presencia de su discípulo Eliseo, tuvo un transporte extático [2].

Sin embargo, es preciso admitir un milagro, al menos *quoad modum*, en la desaparición de Elías. ¿Adónde fue trasladado? Esta cuestión se relaciona con la de su muerte. Del texto que examinamos no podemos deducir si Elías murió o no; el testimonio dudoso de Eci 48,11 de que Elías vive todavía se basa en una reconstrucción hipotética de un texto mutilado. Eliseo prohíbe a los hijos de los profetas que lo busquen (v.16-17); pero no se pronuncia abiertamente en pro o en contra de su muerte. Aunque el texto sagrado, escribe Garofalo, da la impresión de que Elías no murió, no se puede, sin embargo, concluir que lo afirme. De todos modos no puede apelarse al hecho de que, si Elías hubiese muerto, no habría su cuerpo recibido sepultura, lo que era considerado por los hebreos como castigo grave y una desgracia. También la sepultura de Moisés está envuelta en un misterio (Deut 34,6). La tradición cristiana, con la hebraica—no siendo posible determinar en qué medida aquélla depende de ésta—, habla de que Elías no murió, pero no consta que el mencionado hecho esté en conexión explícita con la fe en tanto que la Iglesia no se pronuncie sobre este punto.

Se habla de la vuelta de Elías antes del «día del Señor» (Mal 3,1.23-24; Eci 48,10). En tiempos de Cristo se esperaba la vuelta de Elías (Mt 11,14; 16,14; 10,17; 26,46-47; Mc 6,15; 8,28; 9,11; Lc 9,9.19; Jn 1,21). Cristo zanjó la cuestión diciendo que «Elías ha venido ya» (Mt 7,11-13). Es Elías el que revive en la persona del

1 RB 41 (1932) 237-252; «La Terra Santa», 23 (1948) 43-50.
2 *Elie dans l'Ancien Testament* l.c., 113.

Bautista para preparar los caminos del Mesías; es Elías el que aparece también en el momento del tránsito de la Antigua a la Nueva Alianza, como si quisiera retransmitir a las nuevas generaciones la antorcha de la profecía, eterna como el Espíritu de Dios [3].

Búsqueda inútil (2,15-25)

[15] Los hijos de los profetas que había en Jericó, frente por frente, habiéndole visto, dijeron: «El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo». Y le salieron al encuentro y se prosternaron ante él rostro a tierra, [16] diciendo: «Hay entre tus siervos cincuenta hombres fuertes que, si quieres, irán en busca de tu señor; quizá el espíritu de Yahvé le ha llevado y le ha echado contra algún monte o algún valle». El les respondió: «No, no los mandéis». [17] Pero ellos le importunaron, hasta que por fin dijo: «Mandadlos». Mandaron ellos a los cincuenta, que estuvieron durante tres días buscando a Elías, pero no lo hallaron. [18] Cuando estuvieron de vuelta, Eliseo, que continuaba en Jericó, les dijo: «¿No os decía yo que no fuerais?» [19] Las gentes de la ciudad dijeron a Eliseo: «El sitio de la ciudad es bueno, como lo ve mi señor; pero las aguas son malas, y la tierra, estéril». [20] El les dijo: «Traedme un plato nuevo y poned sal en él». Trajéronselo ellos, [21] y, yendo a la fuente de las aguas, echó en ella la sal, diciendo: «Así dice Yahvé: Yo saneo estas aguas y no saldrá de ellas en adelante ni muerte ni esterilidad»; [22] y las aguas quedaron saneadas hasta el día de hoy, como lo había dicho Eliseo. [23] De allí subió a Bétel, y, según iba por la pendiente, salieron de la ciudad unos muchachos y se burlaban de él, diciéndole: «¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!» [24] Volvióse él a mirarlos y los maldijo en nombre de Yahvé; y saliendo del bosque dos osos, destrozaron a cuarenta y dos de los muchachos. [25] De allí subió al monte Carmel, desde donde se volvió a Samaria.

De regreso tomó Eliseo el manto de Elías, golpeó con él las aguas del Jordán, que se abrieron, pasando al otro lado. Con este milagro demostraba Dios que el poder taumatúrgico de Elías lo había heredado Eliseo. Los cincuenta profetas que habían seguido sus pasos (v.7) le reconocieron inmediatamente por maestro suyo, postrándose en tierra en señal de acatamiento a sus órdenes. Dado que Elías aparecía y desaparecía como un meteoro, los discípulos de los profetas propusieron a Eliseo organizar una búsqueda a fondo, a lo que se opuso éste. ¿Dónde estaba Elías? No creían ellos que su desaparición fuese definitiva, ni tampoco Eliseo les dio una respuesta categórica sobre su paradero; su destino era un misterio. Los hijos de los profetas no soñaban siquiera en la posibilidad de que Elías hubiese sido arrebatado al cielo.

Con otro milagro prueba Eliseo que es el heredero del espíritu de Elías. Las aguas de Jericó eran malas tanto para beber como para el regadío. Pide un plato nuevo con un poco de sal (Ex 15,22).

[3] M. E. Boismard, *Elie dans le Nouveau Testament:* «Elie», l.c., 128; G. Perrelia, *Num, Henoch et Elias a morte immunes?:* «Divus Thomas», 39 (1936) 395-298; A. di Guglielmo, *Dissertatio exagetica de reditu Eliae* (Jerusalén 1938); R. Kittel, *Theologisches Worterbuch* II 930-943; G. Molin, *Elijahu, der Prophet und sein Weiterleben in den Hoffnungen des Judentums und der Christenheit:* «Judaica», 8 (1952) 65-94.

Para que la sal conserve su virtud de purificar, debe colocarse en una escudilla que no haya servido para ningún uso profano. La fuente de que se habla es la de *Ain es-Sultán*, que nace al pie de *Tell es-Sultán*, en el cual estaba enclavada la ciudad de Jericó (Jos 6,1-14).

Un tercer hecho extraordinario atestigua la virtud que poseía Eliseo. Al llegar a Bétel fue recibido entusiásticamente por la corporación de los profetas, pero su presencia despertó la hostilidad de los partidarios del becerro de oro, que instigaron a un nutrido grupo de niños a que se mofaran del profeta, gritándole: «¡Sube, calvo!» *(ale, quereah)*, aludiendo quizá al cerquillo o tonsura que denotaba su carácter profético (1 Re 20,41). Pero es posible que Eliseo fuera calvo del todo (Lev 13,40-41). Dos osos destrozaron a cuarenta y dos de aquellos insolentes burlones. Se pretende disminuir el estrago diciendo que los osos limitáronse a sembrar el pánico entre la muchachada, que huyó a la desbandada. Como anota Dhorme, ni Elías ni Eliseo son modelos de mansedumbre. Su conducta contrasta con la que recomienda Jesús: «Dejad que los niños se acerquen a mí» (Mt 19,14; Mc 10,14; Lc 18,16). Eliseo fijó su residencia en el monte Carmelo, desde donde encaminábase con frecuencia a Samaria. En la antigüedad había osos en los montes de Efraím (1 Sam 17,34-37; Am 5,19; Lam 3,10). Era peligroso acercárseles en tiempos de las crías (2 Sam 17,8; Os 13,8).

Joram, en pie de guerra (3,1-8)

[1] Joram, hijo de Ajab, comenzó a reinar sobre Israel, en Samaria, el año segundo de Joram, hijo de Josafat, rey de Judá, y reinó doce años. [2] Hizo el mal a los ojos de Yahvé, no tanto, sin embargo, como su padre y su madre. Derribó los cipos de Baal que había hecho su padre, [3] pero se dio a los pecados con que Jeroboam, hijo de Nabat, había hecho pecar a Israel, y no se apartó de ellos. [4] Mesa, rey de Moab, tenía muchos ganados y pagaba al rey de Israel cien mil corderos y cien mil carneros con su lana. [5] A la muerte de Ajab, el rey de Moab se rebeló contra el rey de Israel. [6] Entonces el rey Joram salió de Samaria y revistó a Israel y se puso en marcha, [7] mandando decir a Josafat, rey de Judá: «El rey de Moab se ha rebelado contra mí. ¿Quieres venir conmigo para atacar a Moab?» Josafat respondió: «Iré yo como tú, mi pueblo como tu pueblo y mis caballos como tus caballos». [8] Y preguntó: «¿Por qué camino subiremos?» Y Joram dijo: «Por el camino del desierto de Edom».

Vimos que a Ocozías (853-852) sucedió en el trono su hermano Joram (852-841). En Judá reinaba su homónimo Joram (848-841), hijo de Josafat (870-848). Con el advenimiento de Joram suavizóse la tensión religiosa imperante en Israel, contribuyendo a ello la acción de Eliseo. Joram demolió los cipos de los baales que había construido su padre por indicación de su mujer Jezabel (1 Re 16, 29-33). Sin embargo, por conveniencias políticas, dejó en pie los antiguos santuarios religiosos erigidos por Jeroboam, rivales del templo de Jerusalén (1 Re 12,29).

En tiempos de Omri extendió Israel sus dominios sobre Moab (1 Re 16,27), en una de cuyas ciudades, Madaba, fue colocada una guarnición para urgir el cumplimiento del fuerte tributo impuesto. Al morir Ajab, hubo una tentativa por parte de Mesa de sacudir el yugo israelita (1,1). Durante el reinado de Joram probó fortuna nuevamente. Joram salió de Samaria y pasó revista a Israel; mandó después un mensaje al rey de Judá, llamado también Joram, pidiéndole su colaboración en la campaña contra Moab (1 Re 22,4). En los v.11.12.14 se dice que Josafat era rey de Judá; en un principio, el texto no lo citaba por su nombre; pero más tarde, en atención a la piedad de Josafat y a la analogía de esta acción con la de 1 Re c.22, un escriba introdujo el nombre de Josafat en vez del de Joram. Por aquel entonces, Edom dependía de Judá (2 Sam 8,14). Esta circunstancia favoreció los planes de Joram de atacar a Moab por el sur a través de las fronteras septentrionales de Edom.

En busca de un profeta (3,9-14)

[9] Partieron el rey de Israel, el rey de Judá y el rey de Edom; y después de siete días de marcha faltó el agua para el ejército y para el ganado que le seguía. [10] Entonces el rey de Israel dijo: «¡Ay! Yahvé ha reunido a tres reyes para entregarlos en manos de Moab». [11] Pero Josafat dijo: «¿No hay aquí ningún profeta de Yahvé?» Uno de los servidores del rey de Israel dijo: «Sí, aquí está Eliseo, hijo de Safat, que es el que daba aguamanos a Elías». [12] El rey de Judá dijo: «La palabra de Yahvé es con él». El rey de Israel y el rey de Judá y el rey de Edom bajaron en busca suya. [13] Eliseo dijo al rey de Israel: «¿Qué tengo yo que ver contigo? Ve a los profetas de tu padre». El rey de Israel le dijo: «No, es que ha reunido Yahvé tres reyes para entregarlos en manos de Moab». [14] Eliseo dijo: «Vive Yahvé Sebaot, a quien sirvo, que, si no fuera por respeto al rey de Judá, a ti ni te atendería ni te miraría siquiera».

Los tres reyes emprendieron la marcha por los arenales al sur del mar Muerto, avanzando hacia el nordeste. Era primavera; no contaron los inexpertos monarcas con el agua, tan importante en el desierto para proveer a todo un ejército. Los dos reyes, de Israel y de Judá, conocían la existencia de Eliseo, que comenzó por ser el servidor de Elías, siendo una de sus misiones derramar el agua en las manos del profeta para purificárselas (Mt 15,2; Mc 7,3; Lc 11,38). Eliseo demuestra gran indiferencia por el rey de Israel, recordándole los profetas de Baal al servicio de su padre (1 Re 18, 19; 19,1). Pero en atención al rey de Judá plegóse al ruego que le hicieron.

Eliseo profetiza (3,15-20)

[15] «Traedme, pues, un tañedor de arpa». Mientras el arpista tocaba el arpa, fue sobre Eliseo la mano de Yahvé, [16] y dijo: «Así habla Yahvé: Id y haced en el valle muchas zanjas. [17] Porque así dice Yahvé: No veréis viento ni veréis lluvia, y el valle se llenará de agua, y beberéis vosotros, vuestro ejército y vuestro ganado. [18] Pero todo esto es poca cosa a los ojos de Yahvé. Yahvé entregará a Moab en vuestras manos; [19] tomaréis todas las plazas fuertes, talaréis todos los árboles frutales y cegaréis todos los manantiales de agua, y destruiréis, cubriéndola de piedras, toda la tierra fértil». [20] Por la mañana, a la hora de la presentación de la ofrenda, vino el agua del camino del desierto de Sur por la parte de Edom, y la tierra toda se llenó de agua.

Tenemos en la Biblia otros ejemplos sobre el uso de instrumentos músicos para despertar la inspiración profética (1 Sam 10, 5ss; 16,23; 18,10; 19,20). Al son del arpa, el espíritu de Yahvé púsose sobre Eliseo, o, como dice el texto, «fue sobre Eliseo la mano de Yahvé» (1 Re 18,46), profiriendo en este estado dos oráculos. Promete a los reyes de Israel y de Judá que tendrán agua en abundancia, que llegará sin viento ni lluvia. A veces furiosas tormentas se desencadenan en la meseta transjordánica, tomando las aguas un curso impetuoso en dirección al Ghor o al mar Muerto. Por esta causa vieron los reyes en la madrugada que las aguas bajaban por el camino de Edom, o sea, por el actual *Wadi Fikre*. Las grandes zanjas que debían abrir cortarían el curso de las mismas, poniéndolas al servicio de hombres y animales. La segunda promesa se refiere a la victoria sobre Moab.

Derrota y huida de Moab (3,21-27)

[21] Entre tanto, los moabitas, sabiendo que subían los reyes a atacarlos, reunieron a cuantos estaban en edad de empuñar las armas y se pusieron en la frontera. [22] Al levantarse por la mañana y ver brillar el sol sobre las aguas, a los de Moab les parecieron las aguas desde lejos como si fueran sangre; [23] y se dijeron: «Es sangre; los reyes se han vuelto uno contra otro, y unos a otros se han matado. ¡Hala, pues, Moab, a la presa!» [24] Mas, cuando llegaron al campo de Israel, alzáronse los israelitas y destrozaron a los de Moab, que se pusieron en huida delante de ellos. Siguieron en la fuga hiriendo a los de Moab, [25] y asolaron sus ciudades, y en todas las tierras fértiles echó cada uno su piedra, llenándolas de ellas; cegaron los manantiales de aguas y talaron los árboles frutales. Sólo quedó Quir Jareset, que rodearon los honderos, arrojando sobre ella sus tiros. [26] Viendo el rey de Moab que llevaba lo peor en la batalla, hizo una salida con setecientos hombres de guerra para ver de desbaratar al rey de Edom. No pudo conseguirlo; [27] y entonces, tomando a su primogénito, al que había de reinar después de él, le ofreció en holocausto sobre la muralla. Se desató entonces gran cólera contra Israel, que, retirándose de allí, se volvió a su tierra.

Moab dispúsose al ataque. A los primeros rayos del sol, y a consecuencia de las tormentas producidas en un punto muy distante hacia el norte, tenían las aguas color de sangre, lo que interpretaron en el sentido de que los reyes aliados habían combatido uno contra otro. Confiados en esta creencia y no contando con una resistencia armada, avanzaron los moabitas alegres y confiados hacia el campo enemigo. Pronto cayeron en la cuenta de que se habían

equivocado. Los vencedores devastaron toda la región, talando árboles (Deut 20,19), cegando pozos y sembrando de piedras los campos de cultivo. Pusieron cerco a la capital Quir Jareset, hoy *Kerak* (Is 16,1.11; Jer 48,31.36), durante el cual Mesa, su rey, en el paroxismo de la desesperación, tomó a su hijo mayor y, a la vista de todos, sobre la muralla, lo sacrificó. Según Lev 18,21; 20,2, el culto de Moloc comportaba tales sacrificios. Atribuía Mesa la derrota de su ejército a la ira del dios Kamos, al que quiso aplacar con la oblación de su hijo. Filón de Byblos escribe que en las grandes calamidades solían los antiguos sacrificar a la divinidad al hijo más querido en aras de la salvación de todos [1].

El capítulo termina con unas palabras enigmáticas, que se prestan a variadas interpretaciones. Para algunos exegetas, los israelitas se indignaron al ver el sacrificio del hijo de Mesa y, horrorizados de lo que veían sus ojos, abandonaron la ciudad y se fueron. Creen otros en una indignación de Kamos contra los israelitas, los cuales, heridos por la peste o rechazados por una salida inesperada de los sitiados, viéronse constreñidos a levantar el cerco y escapar. Finalmente, pudo Yahvé indignarse contra los israelitas por algún pecado cometido. La opinión más en boga hoy ve en la frase una derrota de los israelitas y la victoria de Moab, en cuya memoria el rey Mesa erigió su famoso obelisco. Lo cierto es que después de este hecho de armas los moabitas recuperaron su independencia, ejemplo que imitó también Edom.

El monolito de Mesa

La situación política de Moab nos es conocida principalmente por la famosa inscripción del rey Mesa encontrada en Dibón, al noroeste del mar Muerto, el año 1868. Mide 1,13 por 0,70 metros; consta de treinta y cuatro líneas, de las cuales las últimas se han conservado en mal estado. Probablemente el monolito remonta al año 842 antes de Cristo, siendo, por consiguiente, contemporáneo del rey Mesa, por cuyo mandato se llevó a cabo la famosa inscripción, que reproducimos en castellano:

«(1) Yo soy Mesa, hijo de Kamos, rey de Moab, el (2) dibonita. Mi padre reinó treinta años sobre Moab y yo rei (3) né después de mi padre. Levanté este lugar alto para Kamos en Qorhah (que el texto bíblico llama Quir Jareset), lugar alto de sal (4) vación, por haberme salvado de todos los ataques y concederme haber visto la victoria sobre todos mis enemigos. En cuanto a Omri, (5) rey de Israel, oprimió a Moab durante mucho tiempo, porque Kamos habíase irritado contra su (6) país. Le sucedió su hijo, que díjose también: Oprimiré a Moab. Fue en mi tiempo que habló así, (7) y yo me he alegrado de la victoria sobre él y sobre su casa, en tanto que Israel ha perecido para siempre. Ahora bien, Omri había ocupado el país (8) de Madaba, e Israel habitó allí en su tiempo y durante parte de la vida de su hijo, cuarenta años; pero (9) Kamos me lo ha devuelto durante mis días. He edificado Baal-Meón, donde hice un estanque; (10) he edificado Qaryaten. Los hombres de Gad habitaban desde siempre en el país de Atarot, donde el rey de Israel habíase construido (11) Atarot para él. Ataqué la ciudad y la tomé, matando a todo el pueblo de (12) la ciudad, a fin de saciar a Kamos y Moab. De allí saqué cautivo a Ariel, su jefe (literalmente su *dawid*) y le (13) llevé delante de Kamos en Queriat. Instalé allí gentes de Sarón y gentes de (14) Maharot. Y Kamos me dijo: «Vete y toma Nebo a Israel». Fui (15) de noche y combatí contra ella, desde el amanecer hasta el mediodía. La (16) tomé, matando a todos: siete mil hombres en la fuerza de la edad y viejos, mujeres en la fuerza de la edad y ancianas (17) y concubinas, que entregué a Astar-Kamos en anatema. Y tomé de allí los utensilios (18) de Yahvé, que puse delante de Kamos. Pues el rey de Israel había edificado (19) Yahas, donde habitaba cuando combatía contra mí. Pero Kamos lo arrojó lejos de mí. (20) Tomé doscientos hombres de Moab, todos sus jefes, que conduje contra Yahas, (21) anexionándola a Dibón. Soy yo quien ha edificado Qorhah, el muro del bosque, la muralla de la (22) ciudadela; fui yo el que construyó sus puertas y el que levantó sus torres. (23) Soy yo quien ha construido el palacio real y el que ha fabricado los muros que sostienen el estanque para las aguas en medio de (24) la ciudad. No había cisterna dentro de la ciudad, en Qorhah; di entonces la orden a todo el pueblo: (25) «que cada uno edifique una cisterna en su casa». Hice abrir zanjas para Qorhah a los (26) prisioneros de Israel. Fui yo quien construyó Aroer y el que abrió la ruta en el valle del Arnón. (27) Fui yo el que construyó Bet-Bamoth, que estaba destruida; yo reconstruí Betser, que estaba en ruinas, (28) con cincuenta hombres de Dibón, porque Dibón está bajo mi obediencia. Reiné (29) sobre un centenar de ciudades que había anexionado al país de Moab. Fui yo quien levantó (30) también Medeba y Bet-Diblaten. En cuanto a Beel Baal Meón, llevé yo allí viñadores (31) y pastores para el ganado menor del país. En cuanto a Hauronén habitaba... (32) Kamos me dijo: «Desciende, combate contra Hauronén»; bajé y (33) combatí contra ella y la tomé. Y habitó allí Kamos en mi tiempo... de allí... (34) la lluvia cayó abundante...»

De la inscripción de Mesa se deduce que el rey de Moab la escribió en un momento eufórico por su victoria sobre Israel. Como puede observarse, los reveses y las victorias se atribuyen al dios nacional Kamos. Como en Israel, las ciudades enemigas eran entregadas al anatema de destrucción [1].

Poder taumatúrgico de Éliseo

En esta sección ha recogido el autor sagrado algunas anécdotas relacionadas con Eliseo para confirmar que recibió de Elías el don de hacer milagros, al que incluso superó. Con estos hechos extraordinarios sirvió a la causa del yahvismo, confirmando con ellos sus enseñanzas religiosas. Repetidas veces se inmiscuyó en la vida política de Israel, tratando de oponerse al avance de la idolatría. Como Elías, su apostolado fue oral. Toda la narración tiene sabor popular y folklórico; los hechos narrados formaban parte de una colección más amplia.

[1] Eusebio, *Praep. Evang.* 4,16: PG 21,273.

[1] R. Dussaud, *Les monuments palestiniens* (Musée de Louvre) (París 1912) 4-22; Pritchard, 320-321; H. Michaud, *Sur la pierre et l'argille* (París 1958) 33-45; A. Parrot, *Le Musée du Louvre et la Bible* (París 1957) 84-90.

El aceite de la viuda (4,1-7)

1 Una mujer de las de los hijos de los profetas clamó a Eliseo,
diciendo: «Tu siervo, mi marido, ha muerto, y bien sabes tú
que mi marido era temeroso de Yahvé; ahora un acreedor ha
venido para cogerme a mis dos hijos y hacerlos esclavos». 2 Eli-
seo le dijo: «¿Qué puedo yo hacer por ti? Dime: ¿Qué tienes
en tu casa?» Ella le respondió: «Tu sierva no tiene en casa ab-
solutamente nada más que una vasija de aceite». 3 El le dijo:
«Vete a pedir fuera a todos los vecinos vasijas vacías, y no pidas
pocas. 4 Cuando vuelvas a casa, cierra la puerta tras de ti y tras
de tus hijos y echa en todas esas vasijas el aceite, poniéndolas
aparte, conforme vayan llenándose». 5 Entonces ella se alejó,
cerró la puerta tras de sí y de sus hijos, y éstos fueron presen-
tándole las vasijas, y ella las llenaba. 6 Cuando estuvieron llenas
todas las vasijas, dijo a su hijo: «Dame otra vasija»; pero él le
respondió: «Ya no hay más». Estacionóse entonces el aceite,
7 y ella fue a dar cuenta al hombre de Dios, que le dijo: «Vete
a vender el aceite y paga la deuda; y de lo que te quede vive tú
y tus hijos».

Una viuda de un profeta acudió a Eliseo para que le solucionara un asunto grave. El profeta, temeroso de Dios, murió, dejando a la viuda algunas deudas. No teniendo ésta con qué pagar, el acreedor, amparándose en la ley (Lev 25,39-41; Am 2,6; 8,6; Mt 18,25), reclamaba sus hijos a fin de que redimieran con el trabajo su deuda. Entre los hebreos, esta servidumbre no debía ser considerada como régimen de esclavitud, no pudiéndose prolongar más allá del año del jubileo. La mujer disponía únicamente de un poco de aceite con el que se perfumaba (Rut 3,3). La abundancia de aceite simbolizaba una vida desahogada (Deut 33,24). El milagro recuerda el que obró Elías en otro tiempo (1 Re 17,8.16).

La mujer de Sunam (4,8-37)

8 Pasaba un día Eliseo por Sunam. Había allí una mujer dis-
tinguida, que insistentemente le invitó a comer, y siempre que
por allí pasaba iba a comer a su casa. 9 Ella dijo a su marido:
«Yo sé que este hombre, que pasa siempre por nuestra casa,
es un santo hombre de Dios. 10 Vamos a prepararle en lo alto
una pequeña habitación y a ponerle allí una cama, una mesa,
una silla y un candelero, para que él pueda retirarse a ella cuan-
do venga a nuestra casa». 11 Habiendo vuelto un día Eliseo a
Sunam, se retiró a la habitación alta y se acostó. 12 Dijo a su
siervo Guejazi: «Llama a esa sunamita». Llamóla Guejazi, y
ella se presentó a él. 13 Eliseo dijo a Guejazi: «Dile: Tú nos has
mostrado toda esa solicitud por nosotros y este esmero; ¿qué
quieres que haga por ti? ¿Necesitas que hable por ti al rey o al
jefe del ejército?» Y ella respondió: «Yo habito en medio de mi
pueblo». 14 Y él dijo: «¿Qué haremos, pues, por ella?» Y Gue-
jazi respondió: «Mira, no tiene hijos y su marido es viejo».
15 Entonces dijo Eliseo: «Llámala». La llamó, y ella se paró a
la puerta. 16 El le dijo: «El año que viene, por este tiempo,
abrazarás a tu hijo». «No, por favor, mi señor; no engañes a tu

sierva». 17 La mujer quedó encinta, y al año siguiente, como
se lo anunciara Eliseo, por aquel mismo tiempo dio a luz un
hijo. 18 Creció el niño, y un día fue a donde estaba su padre
con los segadores 19 y dijo a su padre: «¡Ay mi cabeza, ay mi
cabeza!» El padre dijo a un criado: 20 «Llévalo a su madre».
El criado lo cogió y se lo llevó a su madre. El niño estuvo sobre
las rodillas de su madre hasta el mediodía y luego murió. 21 Ella
subió, le acostó en el lecho del hombre de Dios, cerró la puerta
y se fue. 22 Llamó a su marido y le dijo: «Mándame, te ruego,
un criado y una asna, que quiero ir en seguida al hombre de
Dios y luego volveré». 23 El le dijo: «¿Para qué quieres ir a
verle hoy? No es ni novilunio ni sábado». Ella respondió: «Esta-
te tranquilo». 24 Hizo enalbardar la borrica y dijo al criado:
«Cógela y anda, y no me detengas más que cuando yo te lo diga».
25 Partió, pues, y llegó al hombre de Dios en el monte Carme-
lo. Cuando el hombre de Dios la vio de lejos, dijo a su criado
Guejazi: «Ahí está la sunamita». 26 Vete corriendo a recibirla
y pregúntale si está bien ella y su marido y su hijo». Y ella con-
testó: «Sí, bien». 27 Llegó luego al hombre de Dios en el monte,
y, cogiéndose de sus pies, llegó Guejazi para desasirla; pero el
hombre de Dios le dijo: «Déjala, que su alma está angustiada
y Yahvé me lo ha ocultado y no me lo ha revelado». 28 Ella le
dijo: «¿Pedí yo a mi señor un hijo? ¿No te dije ya que no me en-
gañaras?» 29 Entonces dijo él a Guejazi: «Cíñete los lomos, toma
en tu mano mi bordón, y si a alguno encuentras, no le saludes
siquiera, y si alguno te saluda, no le respondas, y pon mi bordón
sobre la cara del niño». 30 La madre del niño le dijo: «Por la
vida de Yahvé y la tuya que no te dejaré». 31 Levantóse en-
tonces y la siguió. Guejazi había llegado antes que ellos y había
puesto el bordón sobre el rostro del niño; pero éste no tenía ni
voz ni sentido; así que se había vuelto para decírselo a Eliseo
y se lo manifestó, diciendo: «El niño no despierta». 32 Llegado
Eliseo a la casa, el niño estaba tendido, muerto, en la cama.
33 Entró entonces él, cerró la puerta tras los dos y oró a Yahvé.
34 Subió a la cama y se acostó sobre el niño, poniendo su boca
sobre la boca del niño, sus ojos sobre los del niño, y sus manos
sobre las manos del niño, y se tendió sobre él. La carne del
niño se recalentó 35 y Eliseo se alejó, yendo y viniendo por la
habitación, y luego volvió a subirse en la cama y se tendió so-
bre el niño. El niño estornudó siete veces y abrió los ojos. 36 Lla-
mó entonces Eliseo a Guejazi y le dijo: «Llama a esa sunamita».
Llamóla Guejazi, y ella vino a Eliseo, que le dijo: «Toma a tu
hijo». 37 Ella se echó a sus pies y se prosternó ante él rostro a
tierra; cogió a su hijo y salió.

También este episodio es análogo al que se refiere de Elías en 1 Re 17,17-24. Es curioso observar que el milagro de Elías, tal como se narra en el texto citado, aparece fuera de lugar. Mientras en 1 Re 17,7-16 se habla de una viuda pobre, en el v.17 es llamada «dueña de la casa», lo que se armoniza con la frase de «mujer distinguida» de que habla el texto de Eliseo (v.8). Entre la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta y el de la sunamita existen otros puntos de contacto. Entre ambas narraciones existe, al menos, dependencia literaria. Al desplazarse Eliseo desde el Carmelo hacia su pueblo natal de Abel Mejolá (1 Re 4,12) pasaba por Sunam. A la

insinuación del criado promete Eliseo a la mujer sunamita un niño para el año. La sunamita acogió las palabras del profeta con escepticismo (Gén 18,10.14; 18,11-15). Al año cumplióse la promesa; el niño creció y fuése un día al campo en tiempo de la siega sufriendo una insolación (Jdt 8,2), a consecuencia de la cual murió. La sunamita pensaba que, si Eliseo tuvo poder para darle un niño, ¿no lo tendría para devolvérselo vivo después de muerto? No comunicó a su marido la muerte del hijo, pidiéndole, en cambio, un criado y una asna para salir al encuentro del hombre de Dios. Quiso el marido disuadirla alegando que no eran las neomenias, tiempo en que tenían lugar asambleas religiosas (1 Sam 20,5; 18,24). Su encuentro con Eliseo fue dramático. El profeta promete su intervención y manda a su criado por delante, con la prohibición de saludar a nadie (Lc 10,4). Deseaba Eliseo que su criado llegase pronto a su casa y pusiera encima del cadáver su bastón para tomarlo bajo su custodia y propiedad e impedir de esta manera las tentativas de enterrarlo antes de que él llegara. A su tiempo vino Eliseo, quien, entrando en casa, subió a la habitación superior y, encerrándose en ella, «oró a Yahvé» (v.33), porque sabía que sólo Dios podía obrar el milagro. Después realizó la misma ceremonia que Elías en parecida circunstancia (1 Re 17,19-21), tratando de comunicar su espíritu vital al niño. Poco a poco hace la vida su aparición, manifestándose externamente con el estornudo, ya que por los orificios de las narices pasa la vida (Gén 2,7; 7,22; Lam 4,20; Is 2,22). La mujer tomó a su hijo vivo en sus brazos y salió.

«*La muerte está en la olla*» *(4,38-41)*

38 Eliseo volvió a Gálgala. Había gran hambre en la región, y estando los hijos de los profetas sentados ante él, dijo a su criado: «Coge la olla grande y pon a cocer un potaje para los hijos de los profetas». 39 Salió uno de ellos al campo para coger hierbas, y encontró una vid silvestre, y cogió de ella coloquíntidas hasta llenar su vestido. Cuando estuvo de vuelta, las cortó en pedazos en la olla donde estaba el potaje, pues él no las conocía. 40 Sirvióse la comida a aquellos hombres; pero en cuanto hubieron probado el potaje, se pusieron a gritar: «La muerte está en la olla, hombre de Dios», y no pudieron comerlo. 41 Eliseo dijo: «Traed harina». El la echó en la olla, y dijo: «Servid a esas gentes; que coman». Y ya no había en la olla nada de malo.

Eliseo regresó a Gálgala, al norte de Bétel (2,1), donde sucedió un percance desagradable a los hijos de los profetas. Salió uno de ellos al campo a coger hierbas y juntó cierta cantidad de coloquíntidas. Produce la coloquíntida *(Citrullus Colocyntis)* unos calabacines del tamaño de naranjas, pero muy amargos y empleados en farmacia como purgante poderoso. Crece la planta en la costa mediterránea y en la cuenca del Jordán, dato este último que induce a algunos exegetas a situar este episodio en Gálgala de Jericó, cerca del Jordán (1 Sam 7,16). Pero las gentes de Jericó debían de conocer perfectamente las propiedades de la planta, que los de Gálgala

ignoraban. A los primeros bocados experimentaron los efectos de la coloquíntida, por lo que, alarmados, imploraron la intercesión de Eliseo. De este suceso se desprende que los hijos de los profetas vivían en comunidad.

Multiplicación de los panes (4,42-44)

42 Llegó de Baalsalisa un hombre a traer al hombre de Dios el pan de las primicias, veinte panes de cebada, y espigas nuevas en su saco. Eliseo dijo: «Da a esas gentes; que coman». 43 Su criado le contestó: «¿Cómo voy a poder dar a cien personas?» Pero Eliseo le repitió: «Da a esas gentes; que coman. Así dice Yahvé: Comerán y sobrará». 44 Puso entonces los panes ante ellos, comieron y quedaron sobras, según la palabra de Yahvé.

Un hombre de Baalsalisa (1 Sam 9,4), en el actual *Kefr Tilt*, a veinticinco kilómetros al norte de Lidda, entre Siquem y Haifa, supo que Eliseo se encontraba en Gálgala y le llevó «el pan de las primicias», amasado con grano nuevo (Lev 23,17.20). Pero Eliseo rehusó comerlo, indicando al buen hombre que lo repartiera entre el centenar de profetas. Ante su admiración, vio cómo ellos comieron, se saciaron y que sobró todavía. El hecho es análogo al que se refiere en Mt 14,20; 15,37.

Curación de Naamán (5,1-14)

1 Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, gozaba el favor de su señor y era tenido en mucha estima, pues por medio de él había salvado Yahvé a Siria. Pero este hombre robusto y valiente era leproso. 2 Habían salido los arameos por escuadras y habían cautivado a una jovencita de tierra de Israel que estaba al servicio de la mujer de Naamán; 3 y dijo un día a su señora: «¡Oh!, si mi señor estuviese cerca de un profeta que hay en Samaria, el profeta le curaría su lepra». 4 Fue él a su señor y le dijo: «Esto y esto ha dicho una jovencita de tierra de Israel»; 5 y el rey de Siria dijo: «Pues anda, vete a la tierra de Israel, y yo mandaré una carta al rey de Israel». Partió él, llevando diez talentos de plata, seis mil siclos de oro, diez vestidos nuevos 6 y una carta para el rey de Israel, en que se decía: «Cuando recibas esta carta, sabrás que te mando a mi servidor Naamán para que le cures de la lepra». 7 Leída la carta, el rey de Israel rasgó sus vestiduras y dijo: «¿Soy yo acaso Dios para dar la vida o la muerte, que así se dirige a mí para que yo cure a un hombre de su lepra? Sabed, pues, y ved que me busca querella». 8 Cuando supo Eliseo que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras, mandó a decir al rey: «¿Por qué has rasgado tus vestiduras? Hazle venir a mí, y sabrá que hay en Israel un profeta». 9 Vino Naamán con sus caballos y su carro, y se detuvo a la puerta de la casa de Eliseo. 10 Eliseo le mandó a decir por un mensajero: «Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne sanará y quedarás puro». 11 Enojóse Naamán y se fue, diciendo: «¡Cómo! Yo esperaba que saldría en persona, se presentaría a mí, invocaría el nombre de Yahvé, su Dios; me tocaría y curaría así al leproso. 12 Los ríos de Damasco, el Abana y el Parpar,

**¿no son mucho mejores que todas las aguas de Israel? ¿No
podía yo lavarme allí y quedar limpio?» Y se iba muy enojado.
13 Pero sus siervos se acercaron a él para hablarle, y le dijeron:
«Padre mío: Si el profeta te hubiera mandado algo muy difícil,
¿no lo hubieras hecho? ¿Cuánto más habiéndote dicho: Lávate
y quedarás limpio?» 14 Bajó él entonces y se bañó siete veces en
el Jordán, según la orden del hombre de Dios; y su carne quedó
como la carne de un niño, quedó limpio.**

El momento histórico de este episodio nos es desconocido. Se sospecha, sin embargo, que aconteció en los últimos años de Ben Hadad II, el rey que se enfrentó con Salmanasar III en Qarqar (853). La finalidad de la intervención de Eliseo en este asunto es la de probar la superioridad de Yahvé, cuya acción no está limitada a los estrechos límites de Palestina. Naamán tuvo conocimiento de Eliseo a través de una sirvienta de su mujer. El rey tomó cartas en el asunto y prometióle enviar al de Israel letras de recomendación. Este detalle prueba que entre ambos monarcas existían relaciones amistosas. Naamán, pagano, compara a Eliseo a los profetas de Ajab, que profetizaban a sueldo; de ahí la suma de dinero que llevó consigo.

Naamán púsose en contacto con Eliseo. Aunque no se tratara de un período avanzado de la enfermedad, no obstante, por estar considerada la lepra como enfermedad impura (Lev 13,45-46), no es admitido a la presencia de Eliseo. Creía Naamán que Eliseo lo podía todo; pero el profeta le quiere demostrar que únicamente Dios tiene poder de obrar milagros. Habituado el general a los exorcismos de los profetas de Baal, esperaba que Eliseo pusiera manos a la obra de manera espectacular. Sin embargo, el profeta le manifestó que el único medio de curación era bañarse en las aguas del Jordán durante siete veces consecutivas. El siete es un número simbólico y sagrado; en Lev 4,6.17 háblase de siete aspersiones con la sangre de las víctimas. Los ritos de purificación asirio-babilónicos incluían frecuentemente siete aspersiones o inmersiones en aguas del Eufrates. El río Abana corresponde al Barada, que riega Damasco y su huerta, y al que los griegos llaman *Chrysorrhoas*. El Parpar o Farfar es el actual *Nahr el-Awady*. Por insinuación de sus criados, el general depuso su actitud altiva y desdeñosa, humillóse, tuvo fe en la palabra del profeta y quedó limpio de la lepra.

Conversión de Naamán (5,15-19a)

**15 Volvió Naamán al hombre de Dios con todo su séquito, y,
cuando llegó, se presentó a él, diciendo: «Ahora conozco que
no hay en toda la tierra Dios sino en Israel. Dígnate aceptar
un presente de parte de tu siervo». 16 Eliseo respondió: «Vive
Yahvé, a quien sirvo, que no aceptaré». Naamán insistió, pero
él se negó. 17 Entonces Naamán le dijo: «Pues te niegas, permi-
te que den a tu siervo tierra de ésta, la carga de dos mulos, pues
en adelante no ofrecerá tu siervo sacrificio ni holocausto a otros
dioses sino a Yahvé. 18 Yahvé perdonará a tu siervo que, cuando
mi señor entre en el templo de Rimón para adorar y se apoye**

**en mi mano, me prosterne yo también en el templo de Rimón.
Perdone Yahvé a tu siervo si me prosterno en el templo de Ri-
món». 19a Eliseo le dijo: «Vete en paz».**

Naamán quiere compensar a todo trance a Eliseo por el favor alcanzado, a lo que se niega rotundamente el profeta. Este ejemplo de desprendimiento y el milagro obrado en su cuerpo movieron a Naamán a reconocer a Yahvé como único y supremo Dios. Según la concepción de los antiguos, cada dios ejercía su dominio e influencia dentro de su propio territorio (1 Sam 26,19; 1 Re 20,23; 2 Re 17,26). Por lo mismo, y a consecuencia de haber reconocido a Yahvé como Dios, pide una carga de tierra de Israel para esparcirla sobre su huerta de Damasco, que, por una ficción jurídica, convirtióse desde entonces en tierra de Yahvé. Pero un caso de conciencia asalta a Naamán. Por su condición está obligado a asistir a los cultos oficiales que se rinden al dios Rimón o Ramán (1 Re 15,18); de no hacerlo perdería su rango y acaso la vida. El profeta le autoriza una participación puramente externa a los mismos. Su respuesta no se consigna en el libro, pero de sus palabras: «Vete en paz», se deduce que no ve inconveniente alguno en la participación externa y protocolaria a los ritos paganos.

Avaricia y castigo de Guejazi (5,19b-27)

**19b Cuando Naamán hubo dejado a Eliseo y estaba ya a cierta
distancia, 20 Guejazi, el criado de Eliseo, dijo para sí: «Mi señor
ha tratado demasiado bien a Naamán, ese sirio, no queriendo
aceptar de él lo que traía. Vive Yahvé que voy a correr tras él
a ver si me da algo». 21 Y Guejazi echó a correr tras Naamán.
Viéndole Naamán correr tras él, bajó de su carro para ir a su
encuentro, y le preguntó: «¿Hay novedad?»; 22 y él respondió:
«No, todo está bien; pero me manda mi señor para decirte:
Acaban de llegar a mi casa dos jóvenes de la montaña de Efraím,
de los hijos de los profetas; haz el favor de darme para ellos un
talento de plata y dos vestidos nuevos». 23 Naamán dijo: «Toma
dos talentos», y los metió en dos sacos, y le dio dos vestidos, ha-
ciendo que sus criados se los llevasen a Guejazi. 24 Llegado a la
altura, tomólos Guejazi de sus manos y los metió en casa, des-
pidiendo a aquellas gentes, que se fueron. 25 Luego fue a pre-
sentarse a su señor, que le dijo: «¿De dónde vienes, Guejazi?»
El le respondió: «Tu siervo no ha ido a ninguna parte». 26 Pero
Eliseo le dijo: «¿Estaba yo ausente en espíritu cuando el hombre
se bajó de su carro para salirte al encuentro? Ya tienes dinero y
vestidos, y luego podrás tener olivares, viñas, ovejas y bueyes,
siervos y siervas, 27 pero la lepra de Naamán se te pegará a ti
y a tu descendencia para siempre». Y Guejazi salió de la pre-
sencia de Eliseo blanco de lepra como la nieve.**

El siervo de Eliseo no aprobó la conducta desinteresada de su amo, por lo que corrió detrás de Naamán, reclamándole en nombre de Eliseo una cantidad relativamente módica y dos vestidos. Creía Guejazi que Eliseo no se enteraría de su proceder, pero nada puede ocultarse a los ojos de los profetas. No tanto por la mentira y la

avaricia cuanto por el escándalo y abuso de su nombre y autoridad le castigó Eliseo severamente, enviándole la lepra. No obstante, este nuevo estado no le impedirá en adelante mantener relaciones con su amo (8,4); puede ser que la enfermedad de Guejazi se pareciera externamente a la lepra, sin serlo en realidad.

El hacha flotante (6,1-7)

1 Los hijos de los profetas dijeron a Eliseo: «El lugar en que moramos contigo nos es demasiado estrecho. 2 Vamos a ir al Jordán, y tomaremos de allí una viga cada uno para hacernos una habitación». Eliseo les respondió: «Id». 3 Uno de ellos le dijo: «Ven tú también con nosotros». El dijo: «Iré»; 4 y partió con ellos. Llegados al Jordán, cortaron los árboles, 5 y mientras uno estaba cortándolos, el hierro fue a caer en las aguas. Se puso a clamar: «¡Ah, mi señor! Era prestado». 6 Y el hombre de Dios le preguntó: «¿Dónde ha caído?» El le indicó el lugar, y Eliseo, cortando un trozo de madera, lo arrojó al mismo lugar, y el hierro sobrenadó. 7 Entonces le dijo: «Cógelo»; y él tendió la mano y lo cogió.

Había en Gálgala muchos profetas—un centenar (4,43—, y el espacio en que habitaban resultaba insuficiente. Por lo mismo, la mayoría propuso trasladarse a orillas del Jordán, donde había abundancia de árboles, lugar muy a propósito para levantar sus cabañas. Llegados a las orillas del río, empezaron a talar árboles. Al golpear uno de ellos con el hacha, se le cayó el hierro al agua, quedando con el mango en la mano. A los gritos del leñador acudió Eliseo, que, cerciorado del accidente, cortó una rama y la introdujo en el agua, logrando sacar a flote el hierro. A este episodio anota San Jerónimo que estos profetas de las orillas del Jordán fueron los precursores de los monjes y anacoretas cristianos [1]. Aunque algunos de los hijos de los profetas contrajeran matrimonio (4,1), la mayoría vivían célibes. Llevaban los profetas una vida pobre y fatigosa; sus vestidos estaban tejidos con pieles; comían en común (4,38.42), oraban juntos (1 Sam 10,10; 19,19-24) y obedecían a un superior (2 Re 9,1-10).

Fracasan los planes de los arameos (6,8-23)

8 El rey de Siria estaba en guerra con Israel, y en un consejo que tuvo con sus servidores, dijo: «En tal y en cual lugar acamparemos». 9 El hombre de Dios mandó a decir al rey de Israel: «Guárdate de ir a tal lugar, porque los sirios bajarán allá». 10 El rey de Israel mandó gentes al lugar que el hombre de Dios había señalado, para que estuvieran al acecho. Y esto sucedió no una ni dos veces solamente. 11 El de Siria se inquietó con esto, y preguntó a sus servidores: «¿No me diréis vosotros quién nos traiciona ante el rey de Israel?» 12 Uno de los servidores le dijo: «Nadie. ¡Oh rey, mi señor! Es Eliseo, el profeta que hay en Israel, que lleva al rey de Israel las palabras que tú pronuncias

[1] *Epist.* 124, *ad Rusticum.*

en tu misma alcoba». 13 El rey le dijo: «Id y ved dónde está, y yo le haré prender». Vinieron, pues, a decirle: «Está en Dotán». 14 Mandó él entonces caballos y carros, una gran tropa, que llegaron de noche y cercaron la ciudad. 15 El siervo del hombre de Dios se levantó muy de mañana y vio que la ciudad estaba cercada por una tropa con caballos y carros, y dijo al hombre de Dios: «¡Ah, mi señor!, ¿qué haremos?» 16 El le respondió: «Nada temas, que los que están con nosotros son más que los que están con ellos». 17 Eliseo oró y dijo: «¡Oh Yahvé! Abrele los ojos para que vea». Y Yahvé abrió los ojos del siervo, y vio éste la montaña llena de caballos y carros de fuego que rodeaban a Eliseo. 18 Los sirios bajaron al valle en busca de Eliseo, y éste dirigió entonces a Yahvé esta súplica: «Dígnate herir de ceguera a esta gente». Y Yahvé los hirió de ceguera, conforme a la súplica de Eliseo. 19 Eliseo les dijo: «No es éste el camino ni ésta la ciudad. Seguidme y yo os llevaré a donde está el hombre a quien buscáis»; y los condujo a Samaria. 20 Entrados en Samaria, dijo Eliseo: «¡Oh Yahvé! Abre los ojos de esta gente para que vea»; y Yahvé les abrió los ojos, y vieron que estaban en medio de Samaria. 21 El rey de Israel, viéndolos, preguntó a Eliseo: «¿Los hiero, padre mío?» 22 Y Eliseo respondió: «No los hieras, que no los has hecho tú prisioneros con tu espada y tu arco. Dales pan y agua, para que coman y beban, y que se vayan a su señor». 23 El rey de Israel hizo que les sirvieran una gran comida, y ellos comieron y bebieron; luego los despidió para que fueran a su señor. Las tropas sirias no volvieron más a la tierra de Israel.

No es posible determinar en qué momento histórico se desarrollaron los hechos que se refieren en el texto. Puede ser que remonten a los reinados de Joás (798-783), rey de Israel, y de Ben Hadad III (797-773), hijo de Jazael (2 Re 13,3.19.24), rey de Siria. En guerra con Joás fue vencido Ben Hadad tres veces (c.790), perdiendo todas las ciudades que Jazael había arrebatado a Joacaz (814-798). El rey de Siria puso asechanzas al de Israel, planeando incursiones contra esta o aquella ciudad. Pero todas las veces fracasaron, porque, al presentarse los sirios, estaban ya al acecho las tropas de Israel, prontas para rechazar el ataque. En un principio creyó Ben Hadad que existían traidores en su ejército, pero pronto le enteraron de que en Israel había un profeta que comunicaba al rey lo que Ben Hadad hablaba en la intimidad de su alcoba (Ex 7,28; 2 Sam 4,7). Quiso entonces el rey de Siria apoderarse de Eliseo, que habitaba en Dotán, o Dotáin, a unos dieciséis kilómetros al norte de Siquem (Gén 37,17; Jdt 4,6; 7,18). A este fin mandó tropa con carros y caballos para que cercaran la ciudad de Dotán. Invocado el auxilio divino, logró Eliseo quitar a la tropa enemiga el sentido de la orientación y del discernimiento, dejándose llevar incautamente a Samaria. El rey de Israel quería matar a los que no había hecho prisioneros con su valor, a lo que se opuso Eliseo alegando que los soldados enemigos eran botín suyo y no del rey.

Sitio de Samaria (6,24-30)

24 Después de esto, Ben Hadad, rey de Siria, reunió todo su ejército y, subiendo, puso cerco a Samaria. 25 Hubo en Samaria mucha hambre, y de tal modo la apretaron, que una cabeza de asno valía ochenta siclos de plata, y el cuarto de un «cab» de palomina cinco siclos de plata. 26 Pasando el rey por la muralla, le gritó una mujer: «¡Sálvame, oh rey, mi señor!» 27 Y el rey respondió: «Si Yahvé no te salva, ¿cómo voy a salvarte yo? ¿Con algo de la era o con algo del lagar?» 28 Preguntóle luego el rey: «¿Qué te pasa?» Y ella respondió: «Esta mujer me dijo: Trae a tu hijo y lo comeremos hoy, y mañana comeremos el mío. 29 Cocimos, pues, mi hijo y lo comimos, y al día siguiente yo le dije: Trae a tu hijo para que lo comamos, pero ella ha escondido a su hijo». 30 Cuando oyó el rey las palabras de esta mujer, rasgó sus vestiduras mientras iba por la muralla, y la gente vio que por dentro estaba vestido de saco.

Quizá el hecho tuvo lugar en el reinado de Ben Hadad III. El sitio a Samaria duró mucho tiempo, a consecuencia de lo cual escasearon los alimentos, hasta el punto de desencadenarse un hambre espantosa. Era tal la escasez, que una «cabeza de asno» se cotizaba a ochenta siclos de plata, y un cuarto de *cab*, o sea, medio litro de palomina *(harey yonim)*, a cinco siclos de plata, equivalente a unas quince pesetas. Algunos cambian las palabras *rosh hamor* = cabeza de asno, por estas otras: *homer tirosh* = un jómer de mosto. Pero cuenta Plutarco en la *Vita Artaxersis*, 24, que en la guerra contra los cadusianos fue tanta la escasez de víveres, que la cabeza de asno se vendía a sesenta dracmas. Al decir el texto «cabeza de asno», es verosímil que tome la parte por el todo, refiriéndose a todo el animal, cuyas carnes en tiempos normales eran arrojadas en los muladares. Más barato resultaba el cuarto de un *cab* de palomina. Según Is 36,12, Rabsaces amenazó a Jerusalén con un asedio tal que los sitiados fueran constreñidos a «comerse sus excrementos y beberse sus orines». Muchos exegetas, por creer poco probable la lectura actual del texto masorético, cambian las palabras *harey yonim* en estas otras: *harsonim* = ajos silvestres, o sea, bulbos de una liliácea *(ornithogalum umbellatum)*, muy común en Palestina [2]. Según Dhorme, *harey yonim* es una denominación conservada también en árabe para designar una especie de guisante.

El hambre llevó a la antropofagia materna, tan prohibida por la Ley (Lev 26,29; Deut 28,43ss; Ez 5,10). Alusiones a las madres que cocinan y comen las carnes de sus hijos se hallan en Lam 2,20; 4,10. El rey vestía de saco debajo del vestido exterior (1 Re 21,27).

Amenazas del rey a Eliseo (6,31-33)

31 El rey dijo: «Que esto me haga Yahvé y esto me añada si la cabeza de Eliseo, hijo de Safat, quedare hoy sobre los hombros». 32 Estando, pues, Eliseo sentado en casa, rodeado de los ancianos que se sentaban con él, mandó el rey a uno delante

2 «Bíblica», 19 (1938) 198-199.

de él, y antes que el mensajero llegara dijo Eliseo a los ancianos: «¿No veis cómo ese hijo de asesino manda a que me quiten la cabeza? Estad atentos: Cuando llegue el mensajero, cerrad y rechazadle con la puerta; ¿no se oye ya tras él el ruido de los pasos de su amo?» 33 Todavía estaba hablándoles, cuando ya el rey llegó a él y le dijo: «De Yahvé ciertamente nos ha venido este mal. ¿Tendré yo todavía que esperar más de Yahvé?»

El monarca culpa a Eliseo del desastre, ya que a una simple intervención suya podía desbaratar al ejército sirio. No era imposible esto al profeta, que solamente esperaba un acto de arrepentimiento de parte del rey. El hambre que se atribuye a los efectos de un prolongado cerco de Samaria se debe, según 7,2, a una tenaz sequía. No puede determinarse el lugar donde residía Eliseo, ni saber dónde fue a encontrarle el rey. El cerco de Samaria se relaciona con los acontecimientos de que se hablará en el capítulo 13. La expresión «hijo de asesino» (v.32) no debe tomarse a la letra.

Se levanta el cerco de Samaria (7,1-20)

1 Entonces dijo Eliseo: «Oíd la palabra de Yahvé: Así dice Yahvé: Mañana a estas horas estará en las puertas de Samaria el «sea» de flor de harina a un siclo, y dos «seas» de harina de cebada, a un siclo». 2 El oficial sobre cuyo brazo se apoyaba el rey respondió al hombre de Dios: «Cuando Yahvé abra ventanas en los cielos, sucederá eso». Y él le dijo: «Con tus ojos lo verás, pero no lo comerás». 3 Había en la entrada de la puerta cuatro leprosos, que se decían unos a otros: «¿Por qué nos vamos a estar aquí hasta morirnos? 4 Si nos decidimos a entrar en la ciudad, moriremos por el hambre que en ella hay, y si nos quedamos aquí, moriremos igualmente. Vamos a pasarnos al campamento de los sirios, y si nos dejan vivir, viviremos, y si nos matan, moriremos». 5 Partieron, pues, al anochecer para el campamento de los sirios; y cuando llegaron a la entrada del campamento, no había en él nadie. 6 El Señor había hecho oír en el campamento de los sirios estrépito de carros y estrépito de caballos, el estrépito de un gran ejército, y se habían dicho unos a otros: «Es el rey de Israel, que ha tomado a sueldo contra nosotros a los reyes de los jeteos y a los reyes de los egipcios y viene a atacarnos». 7 Y se levantaron, y al anochecer se pusieron en fuga, abandonando sus tiendas, sus caballos y sus asnos, el campamento tal cual estaba, y huyeron para salvar la vida. 8 Los leprosos, llegados al campamento, penetraron en una tienda, comieron y bebieron y se llevaron de allí plata, oro y vestidos, que fueron a esconder. Volvieron y penetraron en otra tienda y se llevaron cosas, que fueron a esconder. 9 Después se dijeron uno a otro: «No está bien lo que hacemos. Este día es un día de buena nueva, y si nosotros nos estamos callados y esperamos la luz del día, nos sucederá mal. Venid, pues, y vayamos a dar cuenta a la casa del rey». 10 Partieron, dieron voces a los centinelas de la ciudad e hicieron este relato: «Hemos entrado en el campamento de los sirios y allí no había nadie ni se oye voz alguna de hombre; no hay más que caballos atados, asnos atados y las tiendas intactas». 11 Los centinelas de la puerta dieron

**voces y transmitieron esta noticia a la casa del rey. [12] El rey
se levantó de noche y dijo a sus servidores: «Voy a deciros lo
que pretenden los sirios: Como saben que estamos hambrien-
tos, se han salido del campamento para esconderse en los cam-
pos, diciéndose: Cuando salgan de la ciudad, los cogeremos
vivos y entraremos en la ciudad». [13] Uno de los servidores del
rey dijo: «Que cojan cinco de los caballos que todavía quedan
en la ciudad—porque también a ellos les sucede lo que a la mu-
chedumbre, que han perecido—y mandemos a ver». [14] Cogieron,
pues, dos carros con sus caballos, y el rey mandó gente que si-
guiera tras los sirios, diciendo: «Id y ved». [15] Fueron tras ellos
hasta el Jordán, y todo el camino estaba sembrado de vestidos
y objetos que en su precipitación habían tirado los sirios. Vol-
vieron los mensajeros y dieron cuenta al rey. [16] Salió el pueblo
y saqueó el campamento de los sirios, y se puso el «sea» de flor de
harina a un siclo, y a un siclo los dos «seas» de harina de cebada,
según lo que había dicho Yahvé. [17] El rey había entregado la
custodia de la puerta al oficial sobre cuyo brazo se apoyaba el
día antes, pero éste fue atropellado por el pueblo a la puerta, y
murió, según la palabra que había pronunciado el hombre de
Dios cuando el rey bajó a él. [18] El hombre de Dios había dicho
al rey: «Mañana a estas horas estarán a siclo los dos «seas» de ha-
rina de cebada y a siclo el «sea» de flor de harina»; [19] y el oficial
había respondido al hombre de Dios: «Cuando Yahvé abra ven-
tanas en los cielos, veremos eso». Y Eliseo le había dicho: «Con
tus ojos lo verás, pero no lo comerás». [20] Fue en verdad lo que
sucedió, pues el pueblo le atropelló a la puerta y murió.**

Reconoció el rey que el mal venía del cielo. Ahora bien, si Dios no remedia la situación, «¿tendré yo todavía que esperar más de Yahvé?» (6,33). Eliseo, al ver logrado su intento, profetiza gran abundancia para la mañana siguiente. Algo más de trece litros (Gén 18,6; 1 Sam 25,18; 1 Re 18,32) de flor de harina se adquirirán por un siclo de plata, y dos *seas*, es decir, veintiséis litros de harina de cebada, valdrán un siclo. El mercado tenía lugar junto a las puertas de la ciudad. El oficial que acompañaba al rey burlóse de las palabras del profeta, diciéndole que su oráculo se cumpliría «cuando Yahvé abriese ventanas en los cielos», refiriéndose a las ventanas o compuertas de los cielos por donde cae el agua sobre la tierra en forma de lluvia (Gén 7,11; 8,2; Is 24,28; Mal 3,10). O acaso el incrédulo escudero *(shalish)* quiso decir que sucedería esto cuando de las ventanas del cielo lloviera trigo, como en otro tiempo maná. Según la profecía de Eliseo, al día siguiente murió el oficial burlón pisoteado por el pueblo (7,17-19).

Cuatro leprosos fueron los primeros en comprobar que los sirios habían abandonado el cerco. Obligados por su enfermedad a permanecer alejados de la sociedad (Lev 13,28-46; Núm 5,1-4), se refugiaron a la puerta de Samaria confiando en la caridad de los transeúntes. Como las puertas permanecieran cerradas por razón del cerco y nadie transitara por ellas, llegaron los leprosos a una penuria extrema. En un trance desesperado, tramaron un proyecto audaz. Era inútil entrar en la ciudad hambrienta en busca de alimentos; quedarse en su lugar equivalía a condenarse a muerte.

Quizá entre los sirios hallarían algo. Si la hazaña les salía bien, seguirían viviendo; si los matan, mala suerte. ¡Cuál no fue su sorpresa al no encontrar nadie en el campamento! ¿Qué había pasado?

Un rumor cundió entre el ejército de que los reyes de los hititas y de Musri, con otros aliados, amenazaban lanzarse sobre Damasco. El rey y los suyos, temiendo la acción conjunta de los invasores y la persecución por parte de los israelitas, huyeron precipitadamente aprovechando la oscuridad de la noche. El pánico tenía su fundamento. Quedaban en el norte de Siria pequeños estados hititas en Jaadi, Hatti, Karkemish y Hamat, que estaban en guerra con los arameos de Siria. Por otra parte, las relaciones que mantenían aquéllos con Israel eran excelentes desde los reinados de David y Salomón (1 Re 10,29). De una guerra entre arameos e hititas nos habla la inscripción de Zakar, al sudeste de Alepo, en la que se dice que «Bar-Hadad, hijo de Hazael, rey de Aram», marchó a la cabeza de una confederación de reyes de Siria y que fue derrotado por los reyes de Hamat y Laas. De ahí que el rey de Aram temiera ahora que los hititas acudieran en ayuda de Joram, hijo de Ajab. Los cuatro leprosos penetraron en una tienda, donde comieron y bebieron hasta saciarse; después entregáronse a la rapiña. De pronto les asaltó el temor de que les castigaría el rey en caso de no informarle de la situación. A este fin decidieron presentarse ante los muros de la ciudad, llamar a los centinelas y contarles lo que pasaba. Los centinelas informaron al rey, quien, levantándose de noche, puso a sus servidores en estado de alerta a fin de que su pueblo no cayera en alguna trampa ideada por los sirios. Un oficial propuso que se enviara una patrulla que inspeccionara los alrededores de la ciudad. Aparejáronse dos carros con otros tantos caballos cada uno (1 Sam 21,3; Is 19,18) y salieron a explorar el terreno en dirección hacia el nordeste, llegando al río Jordán en las proximidades de Betsán. Tras un reconocimiento de unos sesenta kilómetros de terreno regresaron los exploradores a la ciudad para anunciarles la buena nueva (v.9). Tan pronto la supo el pueblo salió en tromba hacia el campamento sirio en busca de alimentos y otro botín. El oficial incrédulo, que por orden del rey custodiaba las puertas, fue desbordado, arrastrado y pisoteado por la avalancha del pueblo hambriento, cumpliéndose la profecía de Eliseo.

Otra vez la sunamita en escena (8,1-6)

**[1] Eliseo dijo a la mujer a cuyo hijo había resucitado: «Le-
vántate y vete, tú y tu casa, y mora donde puedas, porque
Yahvé llama al hambre y vendrá sobre la tierra por siete años».
[2] Levantóse la mujer e hizo lo que le decía el hombre de Dios,
y se fue ella y su casa, y habitó siete años en tierra de filisteos.
[3] Al cabo de siete años volvió la mujer de la tierra de los filisteos
y fue a implorar al rey por su casa y su campo. [4] Estaba el rey
hablando con Guejazi, servidor del hombre de Dios, y le decía:
«Anda y cuéntame todas esas grandes cosas que ha hecho Eli-
seo»; [5] y mientras estaba contando al rey cómo Eliseo había**

vuelto a la vida a un muerto, llegó la mujer cuyo hijo había
resucitado Eliseo para implorar al rey por su casa y su campo,
y dijo Guejazi: «¡ Oh mi señor rey!, ésa es la mujer y ése es su
hijo, que Eliseo resucitó». 6 Preguntó el rey a la mujer, y ella le
hizo el relato; el rey le dio un eunuco, a quien dijo: «Haz que le
sea devuelto a esta mujer todo lo que le pertenece, con todos
los frutos de su campo, desde el día en que dejó la tierra has-
ta hoy».

De esta «mujer distinguida» de Sunam se habló en 4,8-37. Pero, con el fin de cubrir el espacio de los siete años de hambre que predice el profeta (8,1), ha insertado el autor entre 4,37 y el presente capítulo los que hemos estudiado anteriormente, que empiezan con el hambre y terminan con la escasez de Samaria (De Vaux). En agradecimiento por su hospitalidad recomienda Eliseo a la mujer de Sunam emigre al país de los filisteos en la costa mediterránea, en donde, por la feracidad del suelo, no serán tan alarmantes los efectos del hambre. El número siete tiene valor simbólico, significando aquí que el hambre duraría largo tiempo. Guejazi, aunque leproso (5,27), sigue en compañía de Eliseo. En ausencia de la sunamita, los vecinos habíanse apoderado de sus bienes. Parece que en estos años de hambre murió su marido, ya viejo (4,14); al menos no se habla más de él. La mujer se presentó delante del rey en una coyuntura providencial. No sabemos si el rey se movió por benevolencia o justicia al determinar que se devolvieran a la mujer todos los bienes «desde el día en que dejó la tierra hasta hoy».

¿Quién es este rey que tanto interés manifiesta por los milagros de Eliseo? ¿Había éste muerto al regresar la sunamita a su tierra? Difícil es contestar a tales preguntas.

Eliseo, en Damasco (8,7-15)

7 Fue Eliseo a Damasco. Estaba enfermo Ben Hadad, rey
de Siria, y le avisaron, diciendo: «Está aquí el hombre de Dios».
8 El rey dijo a Jazael: «Toma contigo un presente y vete a ver
al hombre de Dios, y consulta por mí a Yahvé si curaré de esta
enfermedad». 9 Fue Jazael a su encuentro, llevando consigo un
presente, todo lo mejor que había en Damasco, la carga de cua-
renta camellos. Llegado, se presentó a él y le dijo: «Tu hijo Ben
Hadad, rey de Siria, me manda a ti para preguntarte: ¿Curaré
de esta enfermedad?» 10 Eliseo le respondió: «Ve y dile: Tú
curarías, pero Yahvé me ha revelado que morirás». 11 El hom-
bre de Dios puso sus ojos sobre Jazael 12 y los fijó en él hasta
hacerle enrojecer; luego se puso a llorar. El le preguntó: «¿Por
qué llora mi señor?» Y Eliseo le respondió: «Porque sé el mal
que vas a hacer a los hijos de Israel: incendiarás sus ciudades
fuertes, pasarás a cuchillo a sus mancebos, estrellarás a sus ni-
ños y abrirás el seno a sus preñadas». 13 Y Jazael dijo: «Pues
¿qué es tu siervo, este perro, para hacer tan grandes cosas?»
Y Eliseo respondió: «Yahvé me ha revelado que serás rey de
Siria». 14 Jazael dejó a Eliseo y volvió a su señor, que le pregun-
tó: «¿Qué te ha dicho Eliseo?» Y él respondió: «Me ha dicho:

Curarás». 15 Al día siguiente cogió una manta, la empapó en
agua y la puso sobre el rostro del rey, que murió. Jazael le
sucedió.

De los tiempos de Ben Hadad III nos conduce el autor a los primeros años del ministerio de Eliseo, reinando en Siria Ben Hadad II, y en vísperas de que le sucediera su favorito y asesino Jazael (1 Re 19,15-17). Quizá marchó Eliseo a Damasco para cumplir la orden que se le había dado de ir allá y ungir a Jazael por rey de Damasco (1 Re 19,15). Enteróse Ben Hadad de su llegada y le mandó a Jazael para que le preguntara por la marcha y éxito de su enfermedad. Jazael salió al encuentro del profeta con gran cantidad de camellos—el número de cuarenta es una cifra redonda que denota abundancia—cargados de dones. No debía tener Ben Hadad mucha confianza en las profecías de los *nabis* de Baal, por lo que pide que se consulte a Eliseo, por saber que le habla Yahvé (3,11; 1 Re 22,7). No dice el texto si aceptó o no Eliseo los presentes que le hacía el rey, pero es lógico que, como en otra ocasión (5,16), los rehusara.

Jazael habló a Eliseo en nombre del rey, que, por sentimientos de veneración, se declara hijo (6,21) sumiso del profeta. A su pregunta responde Eliseo que la enfermedad del rey no es de muerte y que, por tanto, de no existir otra circunstancia que amenazara su vida, curaría de esta enfermedad. Eliseo asegura que el rey curará de la dolencia que le aqueja; pero, atendiendo a su inminente asesinato por parte de Jazael, añade: «pero Yahvé me ha revelado que morirás». De estas palabras no cabe deducir que el profeta insinuara a Jazael la conveniencia de asesinar al rey, sino más bien que Dios había dado a conocer a Eliseo los planes que Jazael había concebido para liquidar a su amo. El profeta no le incita al asesinato; únicamente no se opone a los designios que Dios tenía sobre Jazael, al que escogía como instrumento para azotar al pueblo de Israel en castigo de sus pecados. Que Jazael tuviera de antemano ultimados sus planes sobre el monarca lo demuestra el hecho de enrojecer al fijar Eliseo en estado extático sus ojos sobre su rostro. Eliseo no solamente estaba enterado de los planes del asesinato de Ben Hadad, sino que conocía los males que la actuación de Jazael acarrearía a Israel. También pudo Eliseo evitar estos males, o dar al menos al ambicioso general una grave reprimenda; pero se limita a anunciarle que todos los actos de su vida los tiene Dios anotados en sus registros. Jazael expresa su dependencia y pequeñez frente a un profeta de Yahvé (1 Sam 24,15; 2 Sam 9,8; 16,9), diciendo: «¿No es tu siervo un perro, para que mi señor se haya acordado de su siervo?», frase que se halla asimismo en una de las cartas de Laquis [1].

Al día siguiente expiraba Ben Hadad. El texto sagrado ha tendido un velo misterioso sobre las circunstancias de su muerte, quizá para quitar toda sospecha de que Eliseo cooperó a ella. Se

[1] A. Vaccari, *La Lettere di Lachis:* B 20 (1939) 184. Trátase de 65 fragmentos de cerámica escrita descubiertos en 1910. Tienen más valor epigráfico que histórico.

omite el sujeto de la frase, no sabiendo a punto fijo si se trata de un suicidio o de un asesinato por parte de Jazael. El término hebraico *makber* se traduce comúnmente por *manta, colcha de cama.* Teniendo presente el contexto anterior, no hay duda de que Jazael ahogó a Ben Hadad en su lecho. Empapando en agua la colcha, la aplicó al rostro del rey hasta que murió asfixiado. Creen otros que empleó Jazael el mosquitero (Jdt 10,21) para perpetrar su crimen. En la inscripción de Salmanasar III se dice sobre la descendencia de Ben Hadad: «Hadadidri murió; Hazailu, hijo de nadie, tomó posesión del trono» (PRITCHARD, 280). Hadadidri o Hadadézer de los documentos asirios es el rey Ben Hadad de la Biblia. Jazael es llamado «hijo de nadie» por no ser de ascendencia real.

Reino de Joram en Judá (8,16-24)

[16] El año quinto de Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, co-
menzó a reinar Joram, hijo de Josafat, rey de Judá. [17] Trein-
ta y dos años tenía cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años
en Jerusalén. [18] Marchó por los caminos de los reyes de Israel,
como había hecho la casa de Ajab, pues tuvo por mujer a una
hija de Ajab, e hizo el mal a los ojos de Yahvé. [19] Pero Yahvé
no quiso destruir a Judá por amor a David, su siervo, según la
promesa que le había hecho de darle siempre una lámpara per-
petuamente. [20] En su tiempo se rebeló Edom contra el domi-
nio de Judá, y se dio un rey. [21] Joram marchó a Seír con todos
sus carros. Una noche arriesgó combate con los edomitas, que
le tenían cercado, y le derrotaron juntamente con los jefes de
los carros, y el pueblo huyó a sus tiendas. [22] La rebelión de
Edom contra el dominio de Judá dura hasta hoy. Entonces se
rebeló también Libna. [23] El resto de los hechos de Joram, cuan-
to hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes
de Judá? [24] Joram se durmió con sus padres y fue sepultado
con ellos en la ciudad de David. Le sucedió su hijo Ocozías.

En Judá reinó un monarca, Joram (848-841), homónimo del colega y contemporáneo suyo Joram (852-841), rey de Israel (1,17; 3,1ss). Por influencia de su esposa Atalía introdujo en Judá el culto de los baales (2 Crón 21,11). Por este pecado merecía Judá ser destruido, pero le perdonó Dios a causa de la promesa hecha a David de darle una lámpara perpetuamente (1 Re 11,36; 15,4), no extinguiendo su dinastía.

En su tiempo se independizó Edom, que fue vasallo de Josafat (1 Re 22,48; 2 Re 3,9). Desde los tiempos de Adad fue Edom una pesadilla para Judá (1 Re 11,17). Sobre la manera como recuperó Edom su independencia no es fácil opinar, por conservarse el texto en mal estado. El texto hebraico, traducido literalmente, dice: «Y pasó Joram a Seír *(sa'ira)*, y todos los carros con él. Aconteció que se levantó él de noche y batió a Edom, que le rodeaba, y a los jefes de los carros, y huyó el pueblo a sus tiendas». Ante este texto cabe preguntar: ¿Quién es el vencido y cuál el vencedor? El autor sagrado trata de paliar una derrota de tan enormes consecuencias para Judá. Entre líneas cabe leer que los hechos sucedieron de la siguiente manera: Joram, al frente de un ejército de a pie, caballería y carros de combate, marchó contra Edom para castigar los movimientos de independencia. Llegó a Seír—que algunos identifican con Soar, en la extremidad sur del mar Muerto—, donde fue cercado por carros de combate, logrando, sin embargo, abrirse una brecha y huir. Pero el pueblo, al verse asaltado por el enemigo, huyó a la desbandada hacia Judá *(a sus tiendas;* 1 Sam 4,10; 2 Sam 18,17; 19,9). La pérdida de Edom repercutió desfavorablemente en el prestigio comercial de Judá, por cuanto se le cortaba el camino que conducía a las minas de cobre y de hierro y al puerto de Asiongaber. Con la pérdida de Edom envalentonóse la confederación arábigo-filistea (2 Crón 21,16-17), que penetró hasta Jerusalén. Dentro de este fermento revolucionario cabe señalar la revolución de Libna *(Tell es-Safi)*, en la Sefela (Jos 10,29-39; 12,15). Según 2 Crón 21,18-20, el pueblo denegó a Joram el honor de una sepultura solemne, siendo enterrado en la ciudad de David, fuera de la necrópolis real.

Ocozías, rey de Judá (8,25-29)

[25] El año doce de Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, comenzó
a reinar Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá. [26] Tenía Ocozías
veintidós años cuando comenzó a reinar, y reinó un año en Je-
rusalén. Su madre se llamaba Atalía, hija de Omri, rey de Is-
rael. [27] Marchó por los caminos de la casa de Ajab e hizo el
mal a los ojos de Yahvé, como la casa de Ajab, con la que es-
taba emparentado. [28] Acompañó a Joram, hijo de Ajab, en la
guerra contra Jazael, rey de Siria, a Ramot Galaad. Los sirios
hirieron a Joram, [29] y el rey Joram se volvió para hacerse curar
en Jezrael de las heridas que los sirios le habían hecho en Ra-
mot cuando combatía contra Jazael, rey de Siria. Ocozías, hijo
de Joram, rey de Judá, bajó a Jezrael para ver a Joram, hijo de
Ajab, que estaba allí herido.

Desde el punto de vista religioso influyó en él su madre Atalía (2 Crón 22,3). Su ascensión al trono efectuóse en un momento de efervescencia política. Hacía un par de años que en Siria moría asesinado por su favorito Jazael el enérgico rey Ben Hadad II (8,15). Al enterarse Joram (852-841) aprovechó la ocasión para apoderarse de Ramot Galaad (1 Re 4,13; 22,3; 2 Re 9,14), lo que dio origen a la guerra entre Joram y Jazael. El rey de Israel pidió auxilio a su sobrino Ocozías (841), que no se lo negó. En un encuentro bajo los muros de Ramot fue herido el rey de Israel (1 Re 18,45-46; 21,1ss). Su fiel aliado y pariente, Ocozías, que se hallaba todavía en Jerusalén, bajó a visitar al rey herido.

Un profeta unge a Jehú por rey (9,1-10)

[1] Eliseo, profeta, llamó a uno de los hijos de los profetas y le
dijo: «Cíñete los lomos, toma esta redoma de óleo y vete a Ra-
mot Galaad. [2] Cuando llegues, busca a Jehú, hijo de Josafat,
hijo de Nimsi. Le haces que se levante de entre sus compañe-
ros y le llevas aparte, a una cámara retirada, [3] y, tomando la

redoma de óleo, lo derramas sobre su cabeza, diciéndole: «Así
habla Yahvé: Yo te unjo por rey de Israel». Abres luego la
puerta y huyes sin detenerte». 4 El joven servidor del profeta
partió para Ramot Galaad; 5 y cuando llegó, estaban los jefes
del ejército reunidos, y dijo: «Jefe, tengo que decirte una cosa».
Jehú le preguntó: «¿A quién de nosotros?» El respondió: «A ti,
¡oh jefe!» 6 Levantóse Jehú y entró en casa, y el joven derramó
sobre su cabeza la redoma de óleo, diciéndole: «Así habla Yah-
vé, Dios de Israel: Yo te unjo rey de Israel, del pueblo de Yahvé.
7 Tú herirás a la casa de Ajab, tu señor, y vengarás en Jezabel
la sangre de mis siervos, los profetas, y la sangre de todos los
siervos de Yahvé. 8 Toda la casa de Ajab perecerá; yo extermi-
naré a todos cuantos pertenecen a Ajab, al esclavo y al libre de
Israel, 9 y haré la casa de Ajab semejante a la casa de Jeroboam,
hijo de Nabat, y a la casa de Basa, hijo de Ajiya. 10 Los perros
comerán a Jezabel en el campo de Jezrael, y no habrá nadie
que le dé sepultura». Después, el hombre abrió la puerta y huyó.

El encargo hecho a Elías (1 Re 19,16) lo cumple por orden de Eliseo uno de los hijos de los profetas. No se sabe el punto de partida, pero el mensajero recibe la orden de ir a Ramot Galaad y ungir por rey de Israel al general Jehú, que, en ausencia del rey, herido en Jezrael, estaba al frente de las tropas. El viaje de ida y vuelta tenía que ser rápido, lo que se indica con la frase «cíñete los lomos» (4,29) y la advertencia de que, una vez cumplida su misión, huyera sin detenerse (v.3.10).

En Israel reinaba el descontento. En el interior, el excesivo lujo de palacio reclamaba constantemente el aumento de los impuestos. La conducta religiosa de la corte le restaba la simpatía y colaboración de muchos que odiaban la importación del culto de Baal de Fenicia (1 Re 19,18). A Eliseo poca simpatía le inspiraba Joram (3,13). En el exterior había perdido el rey la guerra con los moabitas (3,27); habíase indispuesto con Jazael en unos momentos en que pesaba sobre ambos la amenaza de Asiria. Joram era un rey marioneta, movido por su madre Jezabel.

El profeta llegó a Ramot, llamó aparte a Jehú, a quien ungió por rey, excediéndose acaso el joven profeta en el hablar, al recitar la amenaza que pronunció Elías contra Ajab (1 Re 21,21-23). A Jezabel se la hace responsable de la muerte de los profetas de Yahvé (1 Re 18,4; 19,10). Pero es posible que se le atribuyan más cosas de las que dijo. Según el P. De Vaux, el autor del libro añadió los oráculos contra Ajab, Jeroboam (1 Re 14,10-11) y Basa (1 Re 16, 3-4). En el relato primitivo no figuraba nada de esto; el joven profeta, obediente a las disposiciones impartidas por su maestro, ungió a Jehú por rey y marchó sin proferir palabra alguna.

Rebelión de Jehú (9,11-37)

11 Cuando salió Jehú para reunirse con los servidores de su
señor, le dijeron éstos: «¿Va todo bien? ¿Por qué ha venido a
ti ese loco?» Jehú respondió: «Seguramente conocéis al hombre
y sabéis lo que me ha dicho». 12 Ellos respondieron: «No es
verdad. Explícanos lo que ha dicho». El entonces dijo: «Esto

y esto es lo que ha dicho: Así habla Yahvé: Yo te unjo por rey
de Israel». 13 En seguida tomaron todos sus mantos y los pu-
sieron debajo de él en las gradas, y, haciendo sonar las trom-
petas, gritaron: «¡Jehú, rey!» 14 Así conspiró Jehú, hijo de Jo-
safat, hijo de Nimsi, contra Joram. Joram defendía con todo
Israel a Ramot Galaad contra Jazael, rey de Siria; 15 pero el
rey Joram había tenido que volverse para curarse en Jezrael de
las heridas que los sirios le habían hecho cuando combatía con-
tra Jazael, rey de Siria. Jehú dijo: «Pues que lo queréis, sea;
pero que no salga de la ciudad nadie que pueda llevar la noti-
cia a Jezrael». 16 Jehú subió a su carro y partió para Jezrael,
pues Joram estaba allí en cama, y Ocozías, rey de Judá, había
bajado a verle. 17 El centinela que estaba en la torre de Jezrael
vio venir a la tropa de Jehú y dio la noticia: «Veo venir una
tropa». Joram dijo: «Manda que salga a su encuentro uno de
a caballo para saber si es de paz». 18 Salió el jinete, se presentó
a Jehú y preguntó: «Así habla el rey: «¿Es la paz?» Jehú res-
pondió: «¿Qué te importa a ti la paz? Vuélvete detrás de mí».
El centinela dio luego el aviso, diciendo: «El mensajero ha lle-
gado hasta ellos, pero no vuelve». 19 Entonces se mandó otro a
caballo, que, llegado a ellos, preguntó: «Así habla el rey: ¿Hay,
paz?» Y Jehú respondió: «¿Qué te importa a ti la paz? Vuél-
vete detrás de mí». 20 El centinela volvió a decir: «También
éste ha llegado a ellos y no vuelve; mas, al parecer, por la mar-
cha, el que viene es Jehú, hijo de Nimsi, porque viene con mu-
cho ímpetu». 21 Entonces Joram dijo: «Engancha»; y engan-
chado que fue su carro, salió Joram, rey de Israel, y Ocozías,
rey de Judá, cada uno en su carro. Salieron al encuentro de
Jehú, a quien hallaron en la heredad de Nabot de Jezrael. 22 En
cuanto vio Joram a Jehú le preguntó: «¿Hay paz, Jehú?» Y éste
respondió: «¿Qué paz mientras duren las prostituciones de Je-
zabel, tu madre, y sus muchas hechicerías?» 23 Entonces Jo-
ram, volviendo grupas, huyó y dijo a Ocozías; «¡Traición, Oco-
zías!» 24 Pero Jehú tendió su arco e hirió a Joram entre las es-
paldas, saliéndole la flecha por el corazón, y Joram cayó en su
carro. 25 Jehú dijo a su oficial Bidcar: «Cógele y tírale en el
campo de Nabot de Jezrael, pues me acuerdo de que, cuando
yo y tú íbamos juntos a caballo detrás de Ajab, su padre, Yahvé
pronunció contra él la sentencia, diciendo: 26 Yo he visto ayer
la sangre de Nabot y de sus hijos, dice Yahvé, y yo te daré su
merecido en esta misma heredad. Cógele, pues, y tírale a ese
campo, según la palabra de Yahvé. 27 Ocozías, rey de Judá,
que vio esto, huyó por el camino de Bet Ganim; pero Jehú le
persiguió, diciendo: «También a él». Y le hirieron en el carro
en la subida de Gur, cerca de Jibleam; él siguió hasta Megid-
do, pero allí murió. 28 Sus servidores le trasladaron en un carro
a Jerusalén y le sepultaron en la sepultura de sus padres, en la
ciudad de David. 29 Ocozías había comenzado a reinar el año
once de Joram, hijo de Ajab. 30 Jehú entró en Jezrael. Sabién-
dolo Jezabel, se pintó los ojos, se peinó y se puso a mirar a una
ventana. 31 Al pasar Jehú por la puerta, le gritó: «¿Le salió
bien la cosa a Zimbri, asesino de su señor?» 32 El alzó el rostro
hacia la ventana y preguntó: «¿Quién eres tú para que quieras
contender conmigo?» Entonces miraron por la ventana dos o
tres eunucos, 33 y él les mandó: «Echadla abajo»; y ellos la echa-
ron, y su sangre salpicó los muros y los caballos; Jehú la pisoteó

**con sus pies, [34] y después entró, comió, bebió y dijo: «Id a ver
a esa maldita y enterradla, que al fin es hija de rey». [35] Fueron
para enterrarla; pero no hallaron de ella más que el cráneo, los
pies y las palmas de las manos. [36] Volvieron a dar cuenta a Jehú,
que dijo: «Es la amenaza que había hecho Yahvé por su siervo
Elías tisbita, diciendo: Los perros comerán la carne de Jezabel
en el campo de Jezrael, [37] y el cadáver de Jezabel será como
estiércol sobre la superficie del campo, en el campo de Jezrael,
de modo que nadie podrá decir: Esta es Jezabel».**

El profeta atrajo la atención de la oficialidad tanto por su condición de profeta extático como por su atuendo externo y sus modales rústicos, andar alocado y quizá por la tonsura que llevaba (Jer 29,26; Os 9,7). Sin embargo, todos demuestran su ansia por conocer el porqué de la llegada de aquel *loco*. Al enterarse, todos reconocieron a Jehú por rey. Tomaron inmediatamente sus mantos, que extendieron ante Jehú (Mt 21,8). Una vez declarado rey, trató Jehú (841-814) de deshacerse cuanto antes del impopular Joram. Prohibió que nadie se adelantara a anunciarle lo sucedido. Acompañado de un grupo de soldados y de su ayudante Bidcar (v.25), montó en su carro y se dirigió a Jezrael, donde hallábanse los reyes de Israel y de Judá. Desde lejos apercibió su llegada el centinela. A los dos reyes no les pareció de buen augurio la llegada intempestiva del general del ejército, por lo que decidieron enganchar sus carros y salirle al encuentro, alcanzándolo en la heredad de Nabot de Jezrael. Joram creía ver en todo ello un revés militar en Ramot Galaad, no una rebelión. El choque entre los reyes y Jehú fue violento. Sin apearse del carro disparó Jehú una flecha contra Joram, atravesándole el corazón. Su cadáver fue arrojado en el campo de Nabot, la inocente víctima de Ajab (1 Re 21,1-29). Ocozías pudo huir por el camino de Bet Hagán en las cercanías de Engannim, el actual Djenin (Jos 19,21; 21,29), pero le persiguió Jehú, hiriéndole al llegar a la subida de Gur, cerca de Jibleam (Jos 17,11; Jue 1,27), hoy *tell Belameh*, al mediodía de Djenin, arrastrándose hasta Megiddo *(tell el-Musellim)*, donde murió exangüe. Numerosos príncipes y altos funcionarios de Judá fueron asesinados en Bed Equed, llanura de Beit Qad, cerca de Djenin (10,12-14). La misma suerte corrió la familia real.

Al entrar Jehú en Jezrael divisó a la impía Jezabel apoyada en el alféizar de una ventana de palacio. Jezabel alude al reinado efímero de Zimbri (siete días), asesino de Ela (1 Re 16,15-18). Murió Jezabel en un charco de sangre, pisoteada por los caballos de la comitiva de Jehú. Dice el texto que Jehú «la pisoteó con sus pies». A su cadáver no se dio sepultura. De ahí las palabras de Jehú de que «el cadáver de Jezabel será como estiércol sobre el campo de Jezrael». Según Jeremías (8,2; 9,21; 16,4; 25,33), el cadáver sin recibir sepultura es como un estercolero esparcido por el campo. Tuvo el rey compasión de la reina y mandó que la enterrasen, porque al fin era hija de rey. Al ir a cumplimentar la orden de Jehú, los comisionados no encontraron más que el cráneo, pies y palmas de las manos, lo que hizo exclamar a Jehú que el oráculo

de Elías habíase cumplido en todos sus pormenores: privación de sepultura, devorado su cadáver por los perros, abandonado sobre el campo y tan desfigurado que nadie podrá decir: Esta es Jezabel (1 Re 21,23).

Matanzas de Jehú (10,1-14)

**[1] Había en Samaria setenta hijos de Ajab. Jehú escribió car-
tas, que mandó a Samaria, a los príncipes de la ciudad. En ellas
decía: [2] «En cuanto recibáis esta carta, pues que tenéis con vos-
otros a los hijos de vuestro señor y, además, carros y caballos,
ciudades fortificadas y armas, [3] ved cuál de los hijos de vuestro
señor queréis mejor y os conviene poner en el trono de su pa-
dre, y combatid por la casa de vuestro señor». [4] Ellos se llena-
ron de miedo, y se dijeron: «Dos reyes no han podido resistirle,
¿cómo vamos a resistirle nosotros?» [5] Y el mayordomo de pala-
cio, los ancianos y los ayos mandaron a decir a Jehú: «Nosotros
somos servidores tuyos y haremos cuanto tú nos digas. No ele-
giremos a ninguno por rey. Haz tú lo que bien te parezca».
[6] Entonces les escribió Jehú una segunda carta, en que les de-
cía: «Si estáis por mí y dispuestos a obedecerme, tomad las ca-
bezas de esos hombres, hijos de vuestro señor, y venid a mí
mañana a estas horas a Jezrael». [7] Cuando éstos recibieron la
carta, cogieron a los hijos del rey, setenta hombres; los dego-
llaron y pusieron sus cabezas en canastillas, y se las mandaron
a Jehú a Jezrael. [8] Vino uno a informarle, diciendo: «Han traído
las cabezas de los hijos del rey»; y él dijo: «Ponedlas en dos
montones a la entrada de la puerta hasta mañana». [9] Por la
mañana salió, y, presentándose ante el pueblo todo, dijo: «Vos-
otros sois justos. Yo he conspirado contra mi señor y le he dado
muerte. Pero ¿quién ha matado a todos éstos? [10] Sabed, pues,
que no caerá por tierra ni una de las palabras que Yahvé ha
pronunciado contra la casa de Ajab. Yahvé cumple lo que de-
claró por medio de su siervo Elías». [11] Y Jehú mató a todos
cuantos de la casa de Ajab quedaban en Jezrael, a todos sus
parientes, a sus familias y a sus sacerdotes, sin dejar escapar a
uno solo. [12] Después se levantó para ir a Samaria, y, llegado
a un albergue de pastores que había en el camino, [13] encontró
a los hermanos de Ocozías, rey de Judá, y les preguntó: «¿Quié-
nes sois vosotros?» Y ellos le dijeron: «Somos los hermanos de
Ocozías, que hemos venido a saludar a los hijos del rey y a los
hijos de la reina». [14] Jehú dijo: «Cogedlos vivos». Cogiéronlos
vivos y los degollaron, en número de cuarenta y dos, en la cis-
terna del albergue. Jehú no dejó escapar ni a uno solo.**

Los hijos de Ajab y de Joram vivían en Samaria. En cifras redondas, se dice que eran setenta (Gén 46,27; Jue 8,30; 9,2; 12,14). Dado que los reyes disponían de un nutrido harén, era también numeroso el número de hijos. Era costumbre en Oriente exterminar a todos los que tenían algún derecho al trono, con el fin de no tener rival alguno que hiciera peligrar al nuevo monarca (Jue 9,5; 1 Re 15,29; 16,11). La carta de Jehú es lo suficientemente expresiva para que los destinatarios sepan a qué atenerse. La situación de hecho es que Jehú ha matado al rey y de que ocupa ahora él el

trono. Reunidos en consejo el mayordomo de la casa real, el gobernador de la ciudad, los ancianos y tutores, decidieron aceptar los dos hechos consumados. Entonces les exigió Jehú la entrega de las cabezas de los hijos y nietos de Ajab. Cumplida la orden, llevaron a Jezrael las cabezas de los muertos, que fueron apiladas en dos montones, junto a las puertas de la ciudad. En algunas representaciones asirias se ven montones análogos de cabezas de enemigos colocadas en la puerta durante la noche [1]. Por la mañana acudió Jehú a aquel lugar con el fin de tapar la boca a los amigos de comentar desfavorablemente los sucesos de la actualidad. En su alocución quiere probar que la dinastía de Ajab ha desaparecido para siempre y de que tal era la voluntad de Yahvé, de quien Jehú es mero instrumento (1 Re 21,19-24). Da garantía al pueblo de que la sangre derramada no caerá sobre la ciudad, porque no reclamará venganza (Gén 9,6; Ex 21,12; Deut 21,1-9). El, con cinismo, únicamente se hace responsable de la muerte de Joram; el pueblo es inocente; del asesinato de los hijos del rey no sabe él nada. ¿Quién los ha matado?

También a los familiares del rey de Judá llegó el castigo. Iba de Jezrael a Samaria para tomar posesión de la capital, cuando, al llegar a *Bet Equed*, quizá *Bed Qad*, cerca de Djenin (9,27), encontró a una numerosa parentela de Ocozías (2 Crón 22,8) que se dirigía a Jezrael para saludar a la familia real de Israel. Es muy probable que esta noticia esté fuera de lugar, ya que, habiendo rebasado ellos la ciudad de Samaria, podían en el camino haberse enterado de los acontecimientos. Por razón de este parentesco se deshace también Jehú de los posibles pretendientes al trono de Israel de parte de Ocozías.

Encuentro con Jonadab (10,15-17)

15 Partido de allí, encontró a Jonadab, hijo de Recab, que venía a su encuentro; le saludó y le dijo: «¿Es sincero conmigo tu corazón, como lo es el mío contigo?» Y Jonadab le respondió: «Sincero». «Si es así—replicó Jehú—, dame la mano». Jonadab le dio la mano, y Jehú le hizo subir a su carro junto a él,
16 y dijo: «Ven conmigo, y verás mi celo por Yahvé». Llevólo, pues, en su carro; 17 y cuando llegó a Samaria, mató a cuantos de Ajab quedaban en Samaria, exterminándolos del todo, según la palabra que Yahvé había dicho a Elías.

Jonadab pertenece a la secta de los recabitas (1 Crón 2,55); fundador de la misma, según Jeremías (35,6). Yahvistas fervientes, veían con malos ojos la vida sedentaria de los hebreos, viviendo en ciudades, cultivando campos y construyendo edificios. Según el texto de Jeremías (35,1-11), a los recabitas les estaba totalmente prohibido beber vino, construir casas, sembrar los campos, plantar y poseer viñas. Durante toda su vida debían vivir en tiendas, «con tal de vivir muchos años en la tierra en la que eran peregrinos». Al llegar Nabucodonosor a Palestina, los recabitas refugiáronse

[1] PARROT, *Ninive et l'Ancien Testament* p.48-49.

en Jerusalén. La presencia de Jonadab en el carro de Jehú era buen cebo para atraerse la colaboración de los adictos al culto de Yahvé [2].

Degollina de falsos profetas (10,18-28)

18 Después reunió a todo el pueblo, y le dijo: «Ajab sirvió poco a Baal; Jehú le servirá más. 19 Llamad, pues, a mí a todos los profetas de Baal, a todos los sacerdotes, sin que quede ni uno solo, porque quiero ofrecer a Baal un gran sacrificio. El que falte no vivirá». Jehú obraba arteramente, para exterminar a los servidores de Baal. 20 Dijo, pues: «Promulgad una fiesta en honor de Baal». Promulgáronla, 21 enviando mensajeros por todo Israel, y llegaron todos los servidores de Baal, sin que ni uno dejara de venir, y entraron en la casa de Baal, que se llenó de bote en bote. 22 Jehú dijo al que estaba al cuidado del vestuario: «Saca vestiduras para todos los siervos de Baal». El las sacó, 23 y fue Jehú con Jonadab a la casa de Baal, y dijo a los servidores de Baal: «Mirad y ved si por acaso hay aquí entre vosotros algún servidor de Yahvé o si están sólo los servidores de Baal». 24 Y entró Jehú para ofrecer sacrificios y holocaustos. Había apostado fuera a ochenta hombres, diciéndoles: «Cualquiera que dejare escapar a alguno de estos que yo pongo en vuestras manos, me responderá de su vida con la suya». 25 Cuando hubo acabado de preparar los sacrificios y holocaustos, Jehú dijo a los de su guardia y a los oficiales: «Entrad y matadlos, sin que ni uno quede». Los de la guardia y los oficiales pasáronlos a todos a cuchillo. Penetraron luego en el templo de Baal, 26 sacaron fuera el altar de Baal y lo quemaron. 27 Destrozaron los cipos de Baal, y derribando el templo, hicieron de él una cloaca, que todavía subsiste hoy. 28 Así exterminó Jehú a Baal de en medio de Israel.

Aparte del trato de favor con que distinguió a Jonadab, Jehú no había dejado traslucir claramente cuál sería su conducta religiosa. Por lo mismo pudo valerse de una estratagema para acabar con los profetas del dios fenicio, cuyo culto oficial introdujo Ajab por instigación de Jezabel (1 Re 16,31; 18,26; 19,18; 22,54). El lugar de reunión fue el templo que Ajab había hecho levantar a Baal (1 Re 16,32). Según Lagrange [3], la costumbre de cambiar de vestido para tomar parte en el culto es muy antigua (Gén 35,2), hallándose atestiguada entre los fenicios y árabes paganos. La causa de este cambio de vestido debe buscarse quizá en la creencia de que el vestido del que está en el lugar santo es sagrado y no puede utilizarse para la vida común o profana. Es problemático que Jonadab, ferviente yahvista, entrara en el templo pagano; quizá un escriba introdujo en el texto este detalle. ¿Ofreció Jehú el holocausto? El texto puede entenderse en el sentido de que él tomó parte únicamente en la preparación del holocausto. Llegado el

[2] L. GAUTIER, *A propos des Rékabites*: «Etudes sur la Religion d'Israel» (Lausana 1927) 104-129; P. HUMBERT, *Osée le prophète bédouin*: «Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuse», 1 (1921) 97-118; S. NYSTROM, *Beduinentum und Yahvismus* (Lund 1946); NEHER, *Amos. Contribution à l'étude du prophétisme* (París 1950) 173-186.
[3] *Etudes sur les Religions Sémitiques* (París 1905) 149.

momento del ofrecimiento de las víctimas, confió la tarea de su sacrificio a los sacerdotes de Baal, en tanto que él salía del santuario por una puerta lateral. Terminada la matanza, los oficiales destruyeron los *masseboth* (1 Re 14,23), rompieron las estatuas de Baal y demolieron su templo, cuyo lugar fue dedicado en adelante a vertedero.

Castigo de Jehú (10,29-36)

29 Con todo, no se apartó Jehú de los pecados con que Jero-
boam, hijo de Nabat, hizo pecar a Israel, y dejó en pie los bece-
rros de oro que había en Bétel y Dan. 30 Yahvé dijo a Jehú:
«Por haber hecho lo que es recto a mis ojos, haciendo desapa-
recer a la casa de Ajab, conforme a mi voluntad, tus hijos se
sentarán en el trono de Israel hasta la cuarta generación. 31 Pero
Jehú no se cuidó de andar con todo su corazón en la Ley de
Yahvé, Dios de Israel, ni se apartó de los pecados con que Je-
roboam había hecho pecar a Israel. 32 En aquellos días comen-
zó Yahvé a cercenar el territorio de Israel, y los hirió Jazael en
toda la frontera de Israel, 33 desde el Jordán, a oriente, toda la
tierra de Galaad, de Gad, de Rubén y de Manasés, desde
Aroer, que está junto al torrente del Arnón, hasta Galaad y
Basán. 34 El resto de los hechos de Jehú, cuanto hizo, sus ha-
zañas, *¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de*
Israel? 35 Jehú se durmió con sus padres, y fue sepultado en
Samaria. Le sucedió Joacaz, su hijo. 36 Había reinado Jehú
veintiocho años sobre Israel en Samaria.

A pesar de su campaña contra el culto de los baales, Jehú no destruyó los becerros de oro que puso Jeroboam en Bétel y Dan (1 Re 12, 28-32). En premio de su celo religioso ocupará su descendencia el trono de Israel hasta la cuarta generación. Su dinastía duró desde 841 hasta 743 antes de Cristo. ¿Aprobó Dios las matanzas de Jehú? Para juzgar su conducta deben tenerse presentes los siguientes puntos: 1) La imperfección moral en la antigua economía. Jehú comportóse como solían hacerlo los soberanos de aquel tiempo. Dios, que previó la conducta de Jehú, sirvióse de la misma, dejando que las causas segundas siguieran su camino, para castigar los pecados de Ajab. 2) Jehú se excedió en su cometido, derramando más sangre de la que convenía.

Mayor castigo le esperaba a Jehú desde el exterior. Enterado Jazael de la situación interna de Israel, atacó de improviso su territorio, apoderándose de toda Transjordania, cumpliéndose con ello lo dicho por Eliseo (8,12). Con el fin de oponerse a la obra de Jazael, buscó Jehú la protección de Salmanasar III, al que envió un tributo para ganarlo a su causa. En el prisma de Salmanasar aparece Jehú postrado ante el rey asirio. Dícese allí que el rey asirio recibía tributo de Tiro y Sidón y de «Ya-ú-a, hijo de *Hu-um-ri*» (PRITCHARD, 281), esto es, de Jehú, de la casa de Omri (1 Re 16,27). Pero era un enemigo demasiado potente Jazael para que Salmanasar le redujera a silencio. En efecto, según el prisma de Salmanasar, Jazael, «hijo de nadie», ocupó el reino y reunió un gran ejército para luchar

contra el rey asirio. «Yo—dice Salmanasar en su prisma—luché contra él, tomé sus ciudades fortificadas; él, para salvar su vida, huyó. Le perseguí hasta Damasco, capital del reino». El año 842 Salmanasar trabó batalla con Jazael en el monte Senir *(Sa-ni-ru)*, en el Antilíbano, en la que el rey de Damasco perdió mil ciento veintiún carros y cuatrocientos setenta caballos. Encerrado en Damasco, defendióse con éxito, en tanto que Salmanasar recorría y devastaba el territorio hasta el Haurán (PRITCHARD, 280)[4].

Sin embargo, tanto esta vez como en otra más tarde tuvo Salmanasar que retirarse sin haber doblegado al enérgico y hábil Jazael. Para colmo de sus males, el rey asirio viose constreñido hacia el año 839 a huir precipitadamente a su tierra, en donde su hijo *Assur-danin-apal* habíase rebelado contra él; murió cercado en *Kalah*. Jehú encontrábase de nuevo solo ante el temible Jazael. Como dice el texto, apoderóse éste de las tierras del oriente del Jordán.

Atalía, reina de Judá (11,1-20)

1 Atalía, madre de Ocozías, viendo que había muerto su hijo,
levantóse y exterminó a toda la descendencia real. 2 Pero Jo-
saba, hija del rey Joram y hermana de Ocozías, cogió a Joás,
hijo de Ocozías, *y le sacó furtivamente de entre los hijos del*
rey cuando los estaban asesinando, ocultándole de Atalía, a él
y a su nodriza, en la cámara-dormitorio, y así pudo aquél esca-
par a la muerte. 3 Seis años estuvo oculto con Josaba en la casa
de Yahvé, y entre tanto reinó Atalía en la tierra. 4 El año sép-
timo, Joyada mandó a llamar a los centuriones de los cereteos
y la guardia y los introdujo en la casa de Yahvé. Hizo pacto
con ellos, juramentándolos en la casa de Yahvé, y les mostró
el hijo del rey, 5 dándoles esta orden: «He aquí lo que habéis
de hacer: 6 La tercera parte de vosotros, que monta la guardia
en el palacio real, 7 más las otras dos partes de vosotros, que
montan la guardia en el templo de Yahvé, 8 con las armas en
la mano, formaréis en torno del rey y mataréis a cualquiera
que pretenda penetrar en las filas. Estaréis junto al rey donde-
quiera que vaya». 9 Cumplieron los capitanes las órdenes que
les había dado el sacerdote Joyada. 10 Tomó cada uno sus gen-
tes, las que hacían el servicio el sábado, y se fueron al sacerdote
Joyada. Este les entregó las lanzas y los escudos del rey David,
que se hallaban en la casa de Yahvé, 11 y cuando los soldados
de la guardia, todos con las armas en la mano, desplegaron des-
de el lado sur al lado norte, entre el altar y el templo, 12 sacó al
rey, púsole la diadema y los brazaletes y le ungió. Todos en-
tonces palmotearon y gritaron: «¡Viva el rey!» 13 Cuando oyó
Atalía el estrépito del pueblo, se vino a donde estaba la gente
reunida en la casa de Yahvé 14 y miró. Y estaba el rey sobre el
estrado, según costumbre, y cerca de él los jefes y las trompe-
tas, y todo el pueblo daba muestras de gran júbilo, mientras
sonaban las trompetas. Atalía rasgó sus vestiduras y clamó:

[4] En el obelisco negro de Salmanasar III, encontrado en 1846 en el palacio de Kalakh, se habla del tributo de Jehú, hijo de Omri. «Me entregó plata, oro, una taza de oro, un vaso de oro, cubiletes de oro, objetos de oro, de estaño, el cetro de un rey y los *puruthu* de madera» (PRITCHARD, 281).

«¡Traición! ¡Traición!» 15 Entonces el sacerdote Joyada dio orden a los capitanes, que estaban a la cabeza de las tropas: «Sacadla de las filas y matad a quienquiera que la siga». Pues el sacerdote había dicho: «Que no la maten en la casa de Yahvé». 16 Pusieron sobre ella las manos, y cuando llegó al palacio real, por la puerta de los caballos, allí la mataron. 17 Joyada intervino en la alianza que con Yahvé hicieron el rey y el pueblo, de ser el pueblo de Yahvé. 18 Todo el pueblo penetró en el templo de Baal y lo demolió, destruyendo del todo su altar y sus estatuas; y al sacerdote de Baal, Matán, le dieron muerte delante del altar. 19 Después, dejando una guardia en el templo de Yahvé, tomó a los jefes de los cereteos y a los guardias y a todo el pueblo, y llevaron al rey desde el templo de Yahvé al palacio real, donde entró por la puerta de la guardia. Sentóse allí sobre el trono real, 20 y todo el pueblo estaba lleno de alegría, y la ciudad se quedó tranquila. Atalía había sido muerta en el palacio real.

Con la muerte de su hijo Ocozías, Atalía, la reina madre, pudo satisfacer sus ansias de mando. De la familia de Ajab no dudó ella en matar a todos los miembros de la familia real, incluidos sus hijos, para ocupar tranquilamente el trono. Su reino duró los años 841-835. Faltó poco para que aniquilara a toda la descendencia davídica, diezmada ya anteriormente (2 Crón 21,17; 2 Re 10,12-14). Pero Josaba, que, según 2 Crón 22,11, era la mujer del sumo sacerdote Joyada e hijastra de Atalía (2 Crón 22,11), ocultó a Joás, hijo de Ocozías, en la cámara dormitorio. Esta noticia supone que junto al templo existían habitaciones para los sacerdotes. El año séptimo decidió el sumo sacerdote sacar al niño de su escondite y proclamarlo rey en lugar de Atalía. A este fin preparó una amplia conjura. Según 2 Crón 23,2, el sumo pontífice contó con el apoyo de los levitas y del pueblo procedente de provincias; según nuestro texto, la acción fue apoyada principalmente por tropas mercenarias y laicos. Aun en nuestro mismo texto cabe vislumbrar dos relatos combinados. Según v.1-12.18b-20, la entronización de Joás fue obra del sumo sacerdote, apoyado por la guardia real; en los v.13-18a se sugiere, en cambio, que un movimiento popular derrocó a Atalía. Los cereteos, o carios, eran tropas mercenarias procedentes de Caria, pueblo del Asia Menor. Algunos autores creen que eran los guardias del mercado real, basados en la analogía del nombre con la palabra asiria *karu*, mercado. El día fijado para dar el golpe era un sábado, día en que el cambio de guardia no hacía sospechar ningún complot militar (1 Crón 9,25).

Formada la tropa en el atrio, de cara al altar de los holocaustos, el sacerdote Joyada sacó al niño, púsole la diadema y los brazaletes (2 Sam 1,10) y le ungió por rey. En el texto hebraico, versiones y lugar paralelo de 2 Crón 23,11, en vez de brazaletes *(hase adoth)*, se lee: *ha eduth* = testimonio, ley. Pero este uso de entregar al nuevo rey el rollo de la Ley no es atestiguado por ningún otro texto. Por esto mismo, muchos autores católicos (Landersdorfer, De Vaux, Vaccari, Garofalo) cambian el texto leyendo *brazaletes* allí donde el texto masorético dice *testimonio, ley*.

Terminada la ceremonia, todos los asistentes prorrumpieron en aclamaciones al nuevo monarca. Atalía acudió al lugar del tumulto; al penetrar en el templo pudo ver a Joás colocado sobre un estrado *(ammud)* para que el pueblo le pudiera contemplar (23,3; 2 Crón 23,13). El sumo sacerdote dio orden a la guardia de que mataran a la reina fuera del templo para no contaminarlo. De regreso a palacio, al llegar a la puerta de los caballos, al sudeste del templo (Jer 31,40; Neh 3,28), cayó asesinada.

El rey de Israel debía ser un monarca teocrático. En los comienzos del reinado del joven monarca se renovó la alianza entre Yahvé, el rey y el pueblo del Señor (Ex 19,5-6). Para renovar este pacto era totalmente imprescindible destruir el templo de Baal existente en Jerusalén, como hizo Jehú con el de Samaria (10,26-27); hacer desaparecer su altar y estatuas. Matán, el sacerdote de Baal al servicio del santuario, fue asesinado ante el altar de su dios.

En el v.20 se deja también traslucir la idea de que el nuevo rey fue entronizado con el apoyo de las gentes de provincia, mientras que los de la capital mostrábanse partidarios de Atalía. Había ésta imitado el ejemplo de Jezabel, introduciendo en el reino de Judá el culto de Baal; pero no estaba dispuesto el pueblo de Judá a recibir en dosis masivas esta irrupción de los cultos de los baales y astartés [1].

Joás y el templo (12,1-17)

1 Tenía Joás siete años cuando comenzó a reinar. 2 Comenzó a reinar Joás el séptimo año de Jehú, y reinó cuarenta años en Jerusalén. Su madre se llamaba Sibia, de Berseba. 3 Hizo Joás lo que era recto a los ojos de Yahvé todo el tiempo que le dirigió el sacerdote Joyada; 4 pero no desaparecieron los altos, y seguía el pueblo sacrificando y quemando perfumes en ellos. 5 Joás dijo a los sacerdotes: «Todo el dinero que como ofrenda sagrada ha entrado en el templo de Yahvé, el dinero del rescate de personas según estimación y el que voluntariamente se ofrece a la casa de Yahvé, 6 tómenlo los sacerdotes y empléenlo en reparar la casa de Yahvé, en todo lo que necesite reparación». 7 Pero sucedió que, el año veintitrés del reinado de Joás, los sacerdotes no habían hecho las reparaciones necesarias en la casa. 8 Llamó entonces el rey al sacerdote Joyada y a los otros sacerdotes y les dijo: «¿Por qué no habéis reparado lo que había que reparar en la casa? En adelante no seréis vosotros los que dispongáis del dinero del pueblo, sino que lo entregaréis para que se haga la reparación de la casa». 9 Los sacerdotes asintieron a no ser ellos los que recogieran el dinero del pueblo para hacer las reparaciones de la casa. 10 Entonces el sacerdote Joyada tomó un cofre, hizo en su tapa un agujero y lo puso al lado del altar, a la derecha, en el paso para la entrada en la casa de Yahvé. Los sacerdotes de guardia metían allí todo el dinero que se traía a la casa de Yahvé; 11 y cuando se veía que en el cofre había bastante dinero, subía el secretario del rey con el gran sacerdote y contaban el dinero que había en la casa de

[1] P. Lemaire, *Crise et efrondement de la monarchie davidique:* RB 45 (1936) 161-183).

Yahvé. 12 Iban entregando a los encargados de las obras de reparación lo necesario para pagar a los carpinteros y demás obreros que trabajaban en la casa de Yahvé, 13 a los albañiles y a los canteros, para el pago de las maderas y el tallado de las piedras necesarias para las reparaciones. 14 Pero con todo lo que entraba en la casa de Yahvé no hubo para hacer ni fuentes de plata, ni cuchillos, ni copas, ni trompetas; en suma, nada de oro ni de plata, 15 sino que hubo que emplearlo todo en la reparación de la casa. 16 No se tomaban cuentas a los que recibían el dinero para entregarlo a los que hacían las obras, porque eran personas de fidelidad. 17 El dinero por el delito y el dinero por los pecados no entraba en la casa de Yahvé, porque era de los sacerdotes.

El nuevo rey subió al trono de Judá a la sombra del templo y del sacerdocio; era, pues, justo que se interesara por el santuario nacional. Joás reinó aproximadamente los años 835-796. Desde el punto de vista religioso, su reinado no merece ningún reproche grave; únicamente se le achaca no haber suprimido los lugares de culto de lo altos. Su conducta religiosa fue buena, por estar asesorado por el sumo pontífice Joyada.

El templo de Jerusalén necesitaba reparaciones urgentes, mayormente después de los siete años de total abandono por parte de Atalía (2 Crón 24,7). La administración de las obras confióse en un principio a los sacerdotes; pero pasaron veintitrés años, y las obras no se habían empezado todavía, por lo cual el rey les quitó la administración. Junto al altar de los holocaustos, en el atrio interior, se puso una arquilla o cepo en el que se echaba todo el dinero que se daba para las obras. Los que administraban las obras eran laicos muy honrados, de manera que ni siquiera se les exigía cuentas, lo que indirectamente condena la mala administración en un tiempo en manos de los sacerdotes (v.7). El dinero por el delito y por el pecado (Lev 4,2-24; 5,2-13.15-19) se entregaba a los sacerdotes para su mantenimiento.

Joás y Jazael (12,18-20)

18 Entonces subió Jazael, rey de Siria, y atacó a Gat y la tomó. Jazael tenía el designio de subir contra Jerusalén. 19 Joás, rey de Judá, tomó todas las cosas consagradas, lo que habían consagrado Josafat, Joram y Ocozías, sus padres, reyes de Judá, y lo que él mismo había consagrado, y todo el oro que había en el tesoro de la casa de Yahvé y en el del real palacio, y envióle todo a Jazael, rey de Siria, que desistió de subir contra Jerusalén. 20 El resto de los hechos de Joás, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

Jazael, rey de Damasco, libre ya de Asiria, amenazó constantemente a Palestina. Dueño prácticamente de todo el reino del norte (13,3.7), atrevióse a profundizar hasta Gat (1 Sam 21,11; 1 Re 2, 39-40), en la región de los filisteos, planeando el ataque a Jerusalén. Es muy probable que la campaña contra Gat tuviese lugar en tiempos de Ben Hadad III.

Muerte de Joás (12,21-22)

21 Sus servidores conspiraron contra él, y, rebelándose, le mataron cuando bajaba a la casa del terraplén. 22 Josacar, hijo de Simat, y Josabab, hijo de Somer, sus siervos, le hirieron, y murió. Fue sepultado con sus padres en la ciudad de David, y le sucedió Amasías, su hijo.

En 2 Crón 24,18-23 se hace una exposición severa de la conducta religiosa de Joás después de la muerte de Joyada. En castigo de haber matado a Zacarías, hijo de Joyada, sufrió Joás la invasión de Jazael. Sus servidores conspiraron contra él, matándole en la casa de Millo, o sea, del terraplén (1 Re 9,15-24; 11,27). Parece tratarse de una confabulación de altas personalidades del reino.

Joacaz, rey de Israel (13,1-9)

1 El año veintitrés de Joás, hijo de Ocozías, rey de Judá, comenzó a reinar Joacaz, hijo de Jehú, en Samaria, y reinó diecisiete años. 2 Hizo el mal a los ojos de Yahvé, y siguió los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, con que hizo pecar a Israel, y no se apartó de ellos. 3 Encendióse el furor de Yahvé contra Israel, y los entregó en manos de Jazael, rey de Siria, y en manos de Ben Hadad, hijo de Jazael, todo el tiempo que estos reyes vivieron. 4 Joacaz imploró a Yahvé, y Yahvé le oyó, pues vio la opresión en que los reyes de Siria tenían a Israel. 5 Deparó a Israel un libertador, que les sacó de las manos de los sirios, y habitaron en sus tiendas como antes; 6 pero no se apartaron de los pecados de la casa de Jeroboam, que había hecho pecar a Israel, sino que se dieron a ellos, y aun una «asera» quedaba erigida en medio de Samaria. 7 De todo el ejército que tenía Joacaz no le dejó Yahvé más que cincuenta caballeros, diez carros y diez mil infantes, porque el rey de Siria los había aniquilado, como si los redujera a polvo. 8 El resto de los hechos de Joacaz, cuanto hizo, sus hazañas, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? 9 Joacaz se durmió con sus padres, y fue sepultado en Samaria. Le sucedió Joás, su hijo.

Reinó unos diecisiete años en Israel (814-798). Malos vientos soplaban para Israel. Retenido el rey de Asiria en su territorio por intrigas internas, tuvo Jazael las manos sueltas para oprimir a Israel (Am 1,3), al que sólo autorizó el uso de diez carros de combate —Ajab condujo dos mil a la batalla de Qarqar (853)—, cincuenta caballeros y diez mil soldados. La política de Jazael inspirábase en el odio hacia Israel por no haberse unido éste a la liga contra el rey de Asiria. La misma línea política siguió su sucesor Ben Hadad III (c.797-773).

¿Quién es el libertador que se anuncia en el v.5? Algunos creen que fue Jeroboam II (14,27), en tanto que otros ven en él al monarca asirio Adadnirari. Al emanciparse de la tutela de su madre, Semíramis, Adadnirari III (809-782) continuó la política de penetración hacia occidente, queriendo vengarse de aquellas regiones que o bien se desuncieron del carro asirio o se negaron a continuar pagando

el tributo convenido. De esta política en favor o en contra de Asiria en tierras de Siria y Palestina tenemos diversos documentos. Adadnirari cebóse con el reino de Damasco por considerarlo cabeza de la liga antiasiria y por ser el más fuerte de todos. Todo su reino fue saqueado y cercada la capital. El rey de Damasco, que Adadnirari llama con el nombre genérico de Mari, era Ben Hadad III, el cual escapó con vida pagando al de Asiria un tributo de guerra equivalente a treinta y dos millones de dólares, además de entregar telas, tejidos de algodón, camas y sillas con incrustaciones de marfil, etc. Parte de este botín ha sido hallado en Arslán Tas, la antigua Hadatu. En una placa de marfil se lee: «A nuestro amo Jazael». Asiria quitó de en medio al temible reino de Damasco, pero Israel *(Hu-um-ri)* no pudo substraerse a la influencia de Asiria, a la que enviaba tributos. «Desde el Eufrates hasta el mar Grande, donde se pone el sol, he sometido el país de Hatti y el de Amurru en su totalidad, el de Tiro, el de Sidón, el de Omri *(Hu-um-ri)*, el de Edom y el de la Filistea. Les impuse un fuerte tributo» (PRITCHARD, 281). Tal es el texto de una inscripción perteneciente a Adadnirari III grabado en una losa encontrada en Calah. De lo dicho aparece que los asirios libertaron parcialmente a Israel del dominio de Damasco [1].

Muerte de Eliseo (13,10-25)

**10 El año treinta y siete de Joás, rey de Judá, comenzó a rei-
nar Joás, hijo de Joacaz, en Israel, en Samaria, y reinó dieciséis
años. 11 Hizo el mal a los ojos de Yahvé, y no se apartó de nin-
guno de los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que había
hecho pecar a Israel, sino que se dio a éstos como él. 12 El resto
de los hechos de Joás, cuanto hizo, sus hazañas, y la guerra
contra Amasías, rey de Judá, ¿no está escrito en el libro de las
crónicas de los reyes de Israel? 13 Joás se durmió con sus padres,
y le sucedió Jeroboam. 14 Enfermó Eliseo de la enfermedad
de que murió, y Joás, rey de Israel, bajó a verle, lloró sobre él,
y dijo: «¡Padre mío, padre mío! ¡Carro de Israel y su auriga!»
15 Eliseo le dijo: «Toma tu arco y unas flechas». El tomó arco
y flechas. 16 Luego dijo Eliseo al rey de Israel: «Pon tus manos
en el arco». Y él las puso, y puso Eliseo las suyas sobre las del
rey. 17 Luego añadió: «Abre la ventana que da al oriente».
Abrióla, y Eliseo le dijo: «Dispara»; y disparó. Eliseo exclamó:
«Es una flecha de liberación de Yahvé; es una flecha de libera-
ción contra Siria. Tú batirás a los sirios en Afec hasta extermi-
narlos». 18 Eliseo le dijo nuevamente: «Coge las flechas». El las
tomó, y Eliseo le mandó: «Hiere la tierra»; y el rey la hirió
tres veces, y se detuvo. 19 El hombre de Dios se irritó contra él,
y le dijo: «Debieras haber herido cinco o seis veces, y entonces
hubieras llegado a batir a los sirios hasta la exterminación; ahora
sólo tres veces los batirás». 20 Eliseo murió y fue sepultado. Por
entonces hacían incursión en la tierra, un año y otro, las tropas
de Moab; 21 y sucedió que, mientras estaban unos sepultando
a un muerto, vieron de pronto venir una de estas tropas, y arro-**

1 A. PARROT, *Ninive et l'Ancien Testament* (Neuchâtel-París 1953) 26; R. DE VAUX, *La chronologie de Hazael et Benhadad III, rois de Damas:* RB 43 (1934) 515-518.

**jaron al muerto en el sepulcro de Eliseo, y se fueron; y en cuan-
to el muerto llegó a tocar los huesos de Eliseo, resucitó y se
puso en pie. 22 Jazael, rey de Siria, afligió a Israel todo el tiem-
po de la vida de Joacaz. 23 Pero Yahvé tuvo misericordia de
ellos y los miró por amor de su alianza con Abraham, Isaac y
Jacob, y no quiso destruirlos del todo, y no los arrojó de ante sí.
24 Murió Jazael, rey de Siria, y le sucedió su hijo Ben Hadad.
25 Joás, hijo de Joacaz, reconquistó de manos de Ben Hadad,
hijo de Jazael, las ciudades conquistadas por Jazael a Joacaz,
su padre, durante la guerra. Joás batió tres veces a los sirios y
recobró las ciudades de Israel.**

Al principio del reinado de Joás (798-783), rey de Israel, hacíase sentir todavía la presión de Damasco. Pero, animado el rey por Eliseo, combatió a los arameos, venciéndolos tres veces y recuperando las ciudades perdidas durante el reinado de Jazael. Los oráculos de Eliseo (v.14-25) se refieren a estas luchas entre Joás y Ben Hadad III. A la provocación por parte de Amasías, rey de Judá (796-781), respondió Joás batiéndolo en Bet Shemes, subiendo a Jerusalén, desmantelándola y saqueando los tesoros del templo y del palacio real.

Eliseo cayó enfermo de gravedad; murió y fue enterrado en su pueblo de Abel Mejolá *(tell Abu Sifri)*, al sur de Betsán.

Con Eliseo desaparecía un gran profeta que había actuado intensamente en la vida nacional. Yahvista fervoroso, se opuso tenazmente al culto de los baales, increpando a los reyes por su conducta religiosa. El mismo Ajab, cautivo en las mallas de su mujer, cruel y fanática, rompió sus vestiduras, se vistió de saco y ayunó cuando le anunció Eliseo el castigo por el asesinato de Nabot (1 Re 21,27). Fue Eliseo un valladar ante la invasión de los profetas de Baal, procedentes de Fenicia, a quienes Elías desenmascaró sobre el Carmelo (1 Re 18,26-29). Demostró hasta la saciedad que Yahvé es el único Dios que habla a los profetas. Los profetas falsos daban sus oráculos a sueldo, mientras que Eliseo se comporta desinteresadamente (5,16) [2].

Amasías, rey de Judá (14,1-22)

**1 El año segundo de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel, co-
menzó a reinar Amasías, hijo de Joás, rey de Judá. 2 Tenía
veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve
años en Jerusalén. Su madre se llamaba Joadán, de Jerusalén.
3 Hizo lo recto a los ojos de Yahvé; no, sin embargo, como Da-
vid, su padre. Obró enteramente como había obrado Joás, su
padre. 4 No desaparecieron los altos, y el pueblo siguió ofre-
ciendo sacrificios y perfumes en ellos. 5 Cuando hubo afirmado
en sus manos el reino, castigó a los servidores que habían ma-
tado al rey, su padre; 6 pero no hizo morir a los hijos de los ase-**

2 En el comentario sobre los libros proféticos se hallará solución a los múltiples problemas que plantea el profetismo hebreo en parangón con el de los pueblos gentiles. Entre la inmensa literatura sobre el particular citamos: M. A. VAN OUDENRIJN, *L'expression «fils des prophètes» et ses analogies:* B 6 (1925) 165-171; G. RINALDI, *Alle origini della letteratura profetica:* «Aevum», 19 (1945) 195-228; A. HERRANZ, *El profetismo en Israel:* «Revista Española de Estudios Bíblicos», 1 (1926) 3-120; 4 (1929) 113-114.233-264.

sinos, según lo que está escrito en el libro de la Ley de Moisés, donde manda Yahvé: «No se hará morir a los padres por los hijos ni se hará morir a los hijos por los padres, sino que se hará morir a cada uno por su pecado». 7 Batió a diez mil edomitas en el valle de la Sal. Conquistó en la guerra Sela, y la llamó Joctel, nombre que conserva hoy todavía. 8 Entonces mandó Amasías mensajeros a Joás, hijo de Joacaz, hijo de Jehú, rey de Israel, para decirle: «Ven que nos veamos las caras». 9 Joás, rey de Israel, hizo decir a Amasías: «El cardo del Líbano mandó a decir al cedro del Líbano: Dame tu hija por mujer para mi hijo. Las fieras del Líbano pasaron y pisotearon el cardo. 10 Tú has batido a los edomitas, y tu corazón se ha envanecido. Goza tu gloria y quédate en casa. ¿Para qué meterte en una empresa desafortunada, que será tu ruina y la de Judá?» 11 Pero Amasías no le escuchó, y Joás, rey de Israel, subió y se vieron las caras él y Amasías, rey de Judá, en Betsamés, que está en Judá. 12 Judá fue batido por Israel, y cada uno huyó a su tienda. 13 Joás, rey de Israel, cogió prisionero en Betsamés a Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, hijo de Ocozías, y vino a Jerusalén e hizo una brecha de cuatrocientos codos en la muralla de Jerusalén, desde la puerta de Efraím hasta la puerta de la Esquina. 14 Se apoderó de todo el oro y plata y de los vasos que había en la casa de Yahvé y en el tesoro del palacio real, y, tomando rehenes, retornó con ellos a Samaria. 15 El resto de los hechos de Joás, cuanto hizo, sus hazañas y la guerra que hizo a Amasías, rey de Judá, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? 16 Joás se durmió con sus padres, y fue sepultado en Samaria con los reyes de Israel. Le sucedió Jeroboam, su hijo. 17 Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, vivió quince años después de la muerte de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel. 18 El resto de los hechos de Amasías, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? 19 Se tramó contra él una conjuración en Jerusalén, y huyó a Laquis; pero le persiguieron hasta Laquis, y allí le dieron muerte. 20 Le trajeron en caballos, y fue sepultado en Jerusalén con sus padres, en la ciudad de David. 21 Todo el pueblo de Judá tomó a Azarías, hijo de Amasías, y le puso sobre el trono, a la edad de dieciséis años, en lugar de Amasías, su padre. 22 Azarías reedificó a Elat y la restituyó al dominio de Judá, después de dormirse el rey con sus padres.

De los primeros actos de su reinado (796-781) fue dar muerte a los asesinos de su padre, Joás (12,21-22); pero, dado que las circunstancias de política interior aconsejaban el apaciguamiento, no hizo morir a los hijos de los asesinos. El autor señala que este proceder se inspiraba en Deut 24,16, en cuyo texto se dice que la responsabilidad es individual, doctrina que Ezequiel reafirmará (Ez 18, 2-23). Según la codificación antigua, la familia era solidaria de las faltas de su jefe (Jos 7,24; 1 Sam 21,5).

A consecuencia de la desastrosa expedición de Joram y de Josafat contra los moabitas (2 Re 3,9-27), emancipáronse los edomitas, cerrando el paso a Judá hacia Asiongaber. Contando con un buen ejército y algunos mercenarios de Efraím, Amasías invadió Edom (2 Crón 25,5-12). Tras de una victoria conseguida en el valle de la Sal *(wadi el-Milh)*, al este de Bersabé, conquistó Sela, *la Roca*, lugar que se hizo famoso más tarde con el nombre de Petra, capital del reino de los nabateos, entre el golfo de Aqaba y el mar Muerto, a la que impuso el nombre de Yoctel (Jos 15,38), imitando la antigua costumbre de dar otro nombre a la ciudad conquistada. Vencido en Bet Shemes (1 Re 4,9) y prisionero de Joás, Amasías contempló cómo el vencedor penetraba en su capital, abría una brecha en las murallas desde el centro de la muralla septentrional hasta el ángulo noroeste (Neh 8,16; Jer 31,38). La brecha fue aproximadamente de doscientos metros. Los v.15-16 deben colocarse después de 13,25. El desastre nacional, seguido de la humillación de ver a un rey de Israel en el recinto de Jerusalén, dueño y señor de Judá, crearon una atmósfera enrarecida en torno a la persona de Amasías, hasta que un movimiento popular le obligó a huir a Laquis *(Tell el-Duweir)*, donde, alcanzado por la gente armada, fue asesinado. En 2 Crón 25,14ss se achaca la derrota de Amasías en Bet Shemes al culto que rindió el rey a los ídolos capturados en Edom.

Jeroboam, rey de Israel (14,23-29)

23 El año quince de Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, comenzó a reinar sobre Israel en Samaria Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, y reinó cuarenta y un años. 24 Hizo el mal a los ojos de Yahvé. No se apartó de ninguno de los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que había hecho pecar a Israel. 25 Recobró el territorio de Israel, desde la entrada de Jamat hasta el mar del Arabá, según la palabra que había dicho Yahvé, Dios de Israel, por medio de su siervo Jonás, profeta, hijo de Amitai, de Gat Jefer. 26 Porque había visto Yahvé la amarga aflicción de Israel, a la que todos, esclavos y libres, habían sido reducidos, sin que hubiera quien pudiera socorrer a Israel. 27 No había resuelto Yahvé todavía raer el nombre de Israel de debajo del cielo, y le libró por medio de Jeroboam, hijo de Joás. 28 El resto de los hechos de Jeroboam, cuanto hizo, sus hazañas en la guerra y cómo restituyó al dominio de Israel Damasco y Jamat, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? 29 Jeroboam se durmió con sus padres, los reyes de Israel, y le sucedió Zacarías, su hijo.

Pocas líneas dedica el texto sagrado a Jeroboam II (783-743), a pesar de conceptuarse como el más grande de los reyes de Israel. Para enjuiciar su reinado deben tenerse en consideración las profecías de Amós y de Oseas, así como los resultados de las excavaciones practicadas en Samaria y Megiddo. Vimos (13,4) que algunos ven en Jeroboam II al libertador prometido a Joacaz (De Vaux). Puede atribuírsele este calificativo, por cuanto «recobró el territorio de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar del Arabá», es decir, desde el punto indeterminado al sur de Hama, en Siria, hasta el mar Muerto (1 Re 8,65; Jos 3,16; 12,3). Según Amós (6,13), reconquistó Transjordania «hasta el torrente del Arabá», quizá el *wadi el-Hesa*, al sur del mar Muerto (1 Crón 5,14-18). Esta grande prosperidad se debe en gran parte a que el rey de Damasco, Ben Hadad, había sido derrotado por Joás (13,25) y oprimido por Adad-

nirari III con un enorme tributo de guerra. Se atribuye el bienestar del reino al cumplimiento de un oráculo dado por un profeta llamado Jonás, distinto del homónimo del que se conserva un libro, hijo de Amita y oriundo de Gat Jefer, al noroeste del Tabor (Jos 19,13). Algunos historiadores suponen que Jeroboam se apoderó de los reinos de Hamat, al norte de Siria, y de Damasco.

Azarías, rey de Judá (15,1-7)

**1 El año veintisiete de Jeroboam, rey de Israel, comenzó a
reinar Azarías, hijo de Amasías, rey de Judá. 2 Tenía dieciséis
años cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y dos años en
Jerusalén. Su madre se llamaba Jolía, de Jerusalén. 3 Hizo lo
que es recto a los ojos de Yahvé, enteramente como lo había
hecho Amasías, su padre; 4 pero los altos no desaparecieron, y
el pueblo seguía ofreciendo sacrificios y perfumes en ellos
5 Yahvé hirió de lepra al rey, y leproso estuvo hasta el día de
su muerte, y moraba en su casa aislada. Jotam, su hijo, estaba
a la cabeza del palacio y juzgaba al pueblo. 6 El resto de los he-
chos de Azarías, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las
crónicas de los reyes de Judá? 7 Azarías se durmió con sus pa-
dres, y fue sepultado con ellos en la ciudad de David. Le suce-
dió Jotam, su hijo.**

Amasías, padre de Azarías (781-740), fue víctima de un levantamiento popular. El monarca es llamado constantemente Ozías por el autor de 2 Crón 26,1-23, que le dedica una noticia extensa. En 14,22 dícese que Azarías reedificó Elat después de la victoria de su padre sobre Edom, iniciando un período comercial próspero. Las excavaciones de *Tell el-Kheleifeh*, en Asiongaber, confirman estos datos. Allí se ha encontrado un sello perteneciente a «Jotam». Fomentó la agricultura y ganadería, excavando cisternas y levantando torres de protección en el Negueb y Sefela y plantando muchas viñas [1]. Por una parte existía mucho lujo, y por otra, la miseria más espantosa (Is 2,7; 3,1-21). Según 2 Crón 26,1ss, Azarías organizó el ejército, aumentando el número de combatientes y jefes, dotándoles de nuevo armamento. Mejoró el sistema defensivo de Jerusalén levantando torres altas, según planos de un ingeniero, rematadas por un dispositivo para lanzar flechas y gruesas piedras. En política externa, además de la puesta en marcha del puerto de Elat, aseguró los accesos al mismo luchando contra árabes y moabitas. En guerra contra los filisteos destruyó a Gat, Jabne y Azoto. La fama del rey «extendióse hasta las fronteras de Egipto, pues llegó a ser muy poderoso» (2 Crón 26,8). Pagó tributo a Teglatfalasar (PRITCHARD, 282).

Religiosamente anduvo por el recto camino en los primeros años de su reinado; mas, ensoberbecido por sus éxitos y triunfos, se arrogó privilegios que eran peculiares de los sacerdotes. En castigo, dice el autor del libro de las Crónicas, Yahvé le hirió de lepra,

[1] De este tiempo es el palimpsesto Mur 17, publicado por J. T. Milik *(Les grottes de Murabbaat* [Oxford 1961] 93-100; R. FEUILLET, *Les villes de Juda au temps d'Ozias:* VT 11 [1961] 270-291).

por lo que, conforme a la costumbre, fue separado de la sociedad, no autorizándosele la entrada en el templo. A pesar de su condición de rey, vivió en su «casa de libertad», dice el texto masorético, queriendo con esta expresión aludir al régimen de libertad en que vivían los leprosos, desconectados y separados de la sociedad. En nombre de su padre, Jotam se hace cargo de las funciones correspondientes al rey.

Zacarías y Selum, reyes de Israel (15,8-16)

**8 El año treinta y ocho de Azarías, rey de Judá, comenzó a
reinar sobre Israel, en Samaria, Zacarías, hijo de Jeroboam, y
reinó seis meses. 9 Hizo lo que era malo a los ojos de Yahvé,
como lo habían hecho sus padres, y no se apartó de los pecados
de Jeroboam, hijo de Nabat, que había hecho pecar a Israel.
10 Selum, hijo de Jabes, conspiró contra él, y le hirió en Jebleam,
dándole muerte. El le sucedió. 11 El resto de los hechos de Za-
carías escrito está en el libro de las crónicas de los reyes de Is-
rael. 12 Así se cumplió lo que Yahvé había declarado a Jehú,
diciendo: «Tus hijos se sentarán en el trono de Israel hasta la
cuarta generación». 13 Selum, hijo de Jabes, comenzó a reinar
el año treinta y nueve de Ozías (Azarías), rey de Judá, y reinó
un mes en Samaria. 14 Menajem, hijo de Gadí, subió de Tirsa
a Samaria; hirió a Selum, hijo de Jabes, matándole, y le sucedió.
15 El resto de los hechos de Selum y la conspiración que tramó
está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel.
16 Entonces Menajem castigó a Tapuaj y cuanto en ella había,
con su territorio, desde Tirsa, porque no había querido abrirle
sus puertas, y abrió el vientre de todas las mujeres encinta.**

Se presiente el fin del reino del Norte, en donde domina la anarquía. Zacarías (743) estuvo en el poder seis meses, muriendo asesinado en manos de Selum, ignorándose el porqué. Acaso se deba a que Selum era hijo de Jabes, en Galaad, en donde había muchos partidarios de los arameos, cuyo rey era Rezón. Zacarías fue asesinado en Jebleam, donde cayó en otro tiempo Ocozías en manos de Jehú (9,27). Con su muerte se acaba la dinastía de Jehú, a quien habíase prometido que duraría hasta la cuarta generación.

Sucedióle Selum (743), que reinó un mes en Samaria. Menajem, que posiblemente capitaneaba la corriente favorable a Asiria, le quitó de en medio. Castigó Menajem a todos los partidarios de Selum, en especial a los habitantes de Tapuaj, ciudad de los confines de Efraím y de Manasés (Jos 12,17; 16,8; 17,7-8), correspondiente al actual *Sheikh Abu Zarad*, a quince kilómetros al sur de Naplusa.

Menajem, rey de Israel (15,17-24)

**17 El año treinta y nueve de Azarías, rey de Judá, comenzó
a reinar en Israel Menajem, hijo de Gadí, y reinó diez años en
Samaria. 18 Hizo lo malo a los ojos de Yahvé, y no se apartó,
mientras vivió, de los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat,
que había hecho pecar a Israel. 19 Ful, rey de Asiria, vino a Is-**

rael, y Menajem le dio a Ful mil talentos de plata para que le
ayudase a consolidar el reino en sus manos. 20 Menajem, para
obtener esta cantidad, hizo una derrama sobre todos los que
en Israel eran ricos, imponiendo a cada uno cincuenta siclos de
plata, para dárselos al rey de Asiria. El rey de Asiria se volvió,
y por entonces no se quedó en la tierra. 21 El resto de los hechos
de Menajem, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las cró-
nicas de los reyes de Israel? 22 Menajem se durmió con sus pa-
dres, y le sucedió Pecajya, su hijo. 23 El año cincuenta de Aza-
rías, rey de Judá, comenzó a reinar en Israel, en Samaria, Pe-
cajya, hijo de Menajem, y reinó dos años. 24 Hizo lo malo a los
ojos de Yahvé y no se apartó de los pecados de Jeroboam, hijo
de Nabat, que hizo pecar a Israel.

Los imperios vecinos influían decisivamente en la política interna de Israel. Durante el reinado de Menajem (743-738) vuelve a aparecer la figura siniestra de Asiria, que parecía haberse diluido después de la acción de Adadnirari III. Con el advenimiento de Teglatfalasar III (745-727), la mano de Asiria se hará sentir duramente en toda la costa mediterránea. Después de su entrada triunfal en Babilonia el año 729, Teglatfalasar tomó el nombre de Pul, Ful o Pulu, nombre que aparece en el canon de Tolomeo bajo la forma de *poros*. Menajem derrocó a Selum, partidario de los arameos, y abrazó la causa de Asiria, apresurándose a prestar acto de vasallaje a Teglatfalasar. Ofreció Menajem ricos presentes al rey asirio, el año 738, consistentes en mil talentos de plata, que equivalen a unas treinta y cinco toneladas. Para recaudarlos impuso un tributo a los *guibborim hail* del reino, es decir, a los que disponían de gran fortuna (Rut 2,1) [2], que, según los cálculos, eran unos sesenta mil. Entregado el tributo a Teglatfalasar, «el rey de Asiria se volvió, y por entonces no se quedó en la tierra» (v.20).

En los anales de Teglatfalasar se narran las campañas del monarca en el norte de Siria, su manera brutal de tratar a los vencidos y las deportaciones en masa. El rey Rasín *(Rasunnu)*, de Damasco (15,37); Menajem *(Me-ni-hi-im-me)*, de Samaria (Sa-me-ri-na-a-a); Hiram *(Hirum)*, de Tiro; Sibiti-bili, de Byblos; Inil, de Hamat, etc., le enviaron tributos para congraciarse con él (PRITCHARD, 283). Creyendo el rey asirio que había subyugado definitivamente a los reyes del oeste, pasó de nuevo el Eufrates y fuése a combatir a los medos y Urartu. Durante estas campañas en el este, los países siro-palestinenses comprendieron la necesidad de coligarse para hacer frente a las pretensiones territoriales de Asiria. El reino de Damasco llevó la iniciativa en estas negociaciones, ya que «Damasco es la cabeza de los países de Aram, y la cabeza de Damasco, Rasín» (Is 7,8). A esta coalición se invitó a entrar a los reyes de Judá y de Israel. Pero este último era filoasirio. El pueblo odiaba a Menajem. En el seno de Israel existía el partido filoegipcio, que se oponía a la política de aquél (Os c.4; 5,13; 7,8-17; 8,9-10; 12,2). Su hijo Pecajya (738-737) fue víctima del partido simpatizante con Egipto.

[2] J. VAN DER PLOEG, *Le sens de gibbor hail:* «Vivre et Penser», 1 (1941) 120-125.

Pecaj, en el trono de Israel (15,25-31)

25 Pecaj, hijo de Romelía, su oficial, conspiró contra él, y le
hirió en Samaria, en la torre del palacio del rey, en unión de
Argob y Arie y de cincuenta hombres de entre los hijos de Ga-
laad que le seguían. Así dio muerte a Pecajya, y le sucedió.
26 El resto de los hechos de Pecajya, cuanto hizo, escrito está
en el libro de las crónicas de los reyes de Israel. 27 El año cin-
cuenta y dos de Azarías, rey de Judá, comenzó a reinar en Is-
rael, en Samaria, Pecaj, hijo de Romelía, y reinó veinte años.
28 Hizo lo malo a los ojos de Yahvé, y no se apartó de los peca-
dos de Jeroboam, hijo de Nabat, que había hecho pecar a Is-
rael. 29 En tiempo de Pecaj, rey de Israel, Teglatfalasar, rey de
Asiria, vino y tomó Iyyón, Abel Bet Maaca, Janoaj, Quedes y
Jasor, Galay y la Galilea, todo el territorio de Neftalí, y llevó
a sus habitantes cautivos a Asiria. 30 Oseas, hijo de Ela, cons-
piró contra Pecaj, hijo de Romelía, y le hirió, dándole muerte,
y sucediéndole el año veinte de Jotam, hijo de Ozías (Azarías).
31 El resto de los hechos de Pecaj, cuanto hizo, escrito está en
el libro de las crónicas de los reyes de Israel.

Pecaj (737-732) sucedió al difunto Pecajya, a quien asesinó en colaboración con Argob y Arie y de cincuenta hombres de los de Galaad. Pecaj representaba la corriente política favorable a Egipto. Dice el profeta Oseas que en aquel tiempo «Efraím era como paloma tonta, sin juicio; acuden al Egipto, llaman a la Asiria» (7,11). La primera de las consecuencias de la federación antiasiria fue la guerra entre Ajaz, rey de Judá, y Pecaj, de Israel, dando origen a la llamada guerra siro-efraimita del año 734.

Una vez Pecaj en el trono, estableció una alianza con Aram. Judá no se había pronunciado; Jotam, su rey, se hacía el sordo, por lo que Israel y Damasco tramaron la idea de suprimirlo poniendo en su lugar a otro que fuera partidario de la coalición antiasiria. En esto murió Jotam, sucediéndole su hijo Ajaz (736-716). Ante el nuevo monarca presentábase un panorama plagado de interrogantes. Eran muchos los estados adheridos a la liga: Damasco, Israel, Tiro, Sidón, Gaza, la Filistea, Edom, la reina de los árabes. Los edomitas, deseosos de sacudirse el yugo de Judá, ocuparon Elat (2 Crón 28,17); los amonitas negáronse a pagar el tributo que les impuso Jotam (2 Crón 27,5); los filisteos ocuparon y destruyeron Bet Shemes, Ayalón, Guederot, Soco y las ciudades vecinas. A estos males se añadió la invasión del territorio por la liga siro-efraimita. Viéndose Ajaz en tal apuro, escribió urgentemente a Teglatfalasar, diciéndole: «Tu siervo soy y tu hijo. Sube y líbrame de las manos del rey de Siria y de las del rey de Israel, que se alzan contra mí» (16,7). No fue sordo el monarca asirio a la llamada del rey aliado. Con el fin de sujetar a Egipto en sus fronteras, el ejército de Teglatfalasar ocupó toda la costa mediterránea al sur del Carmelo, obligando al rey de Gaza, Hanno, a huir a Egipto. Al enterarse de este suceso los reyes de Siria y de Israel que sitiaban la ciudad de Jerusalén, levantaron el cerco y marcharon precipitadamente a sus respectivas capitales de Damasco y Samaria. Teglatfalasar mandó

al momento el ejército contra el rey de Israel, al que, de paso para el sur, había usurpado la ciudad fronteriza de Abel Bet Maaca (1 Re 15,20), al oeste de Dan. Pero quiso el rey asirio atacar en primer lugar, o contemporáneamente, al principal instigador de la liga antiasiria: Damasco. Rasín defendióse valientemente, pero sucumbió ante las fuerzas atacantes el año 732, siendo ajusticiado. Las tropas asirias devastaron el territorio sirio; centenares de ciudades y aldeas fueron incendiadas y arrasadas, y la población, deportada a Elam. Desde aquel tiempo, Siria convirtióse en una provincia de Asiria.

Después de esta acción, o contemporáneamente, los soldados asirios invadieron el territorio de Israel, que no opuso mayor resistencia. De la corona de Pecaj fueron arrebatados los territorios de Galilea y Transjordania. Se apoderó Teglatfalasar de Iyyón y Abel Bet Maaca (1 Re 15,20), de Janoaj (quizá Yanuk, a diez kilómetros al este de Tiro), de Quedes, o sea, de Cades de Neftalí (Jos 12,22; 20,7), de Jasor (1 Re 9,15). Los hallazgos de ceniza y escombros en las excavaciones de Jasor confirman su destrucción por este tiempo. Las tribus de Neftalí y de Transjordania fueron deportadas a Asiria (1 Crón 5,26; Is 8,21-9-6). Del reino de Israel quedó solamente el tronco; a saber, el macizo central en torno a Samaria. La derrota creó el malestar interno; cierto Oseas conspiró contra Pecaj, hijo de Romelía, dándole muerte. Era el partido filoasirio el que se impuso esta vez, eligiendo a Oseas, cuya elección confirmó Teglatfalasar, según se desprende de sus palabras: «Del país de Omri *(Bit Humria)*... transporté todos sus habitantes, y sus posesiones las entregué a Asiria. Ellos derrocaron a su rey Pecaj *(Pa-qa-ha)* y puse en su lugar a Oseas *(A-ú-si)* en el trono. Recibí de ellos diez talentos de oro, mil (?) talentos de plata como tributo, que me llevé a Asiria» [3].

Jotam, en el trono de Judá (15,32-38)

**32 El año segundo de Pecaj, hijo de Romelía, rey de Israel,
comenzó a reinar Jotam, hijo de Ozías (Azarías), rey de Judá.
33 Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó
dieciséis años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jerusá, hija
de Sadoc. 34 Hizo lo recto a los ojos de Yahvé, enteramente
como lo había hecho Ozías (Azarías), su padre; 35 pero no desaparecieron los altos, y el pueblo seguía ofreciendo sacrificios
y perfumes en ellos. Jotam edificó la puerta superior de la casa
de Yahvé. 36 El resto de los hechos de Jotam, cuanto hizo, ¿no
está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? 37 En
este tiempo comenzó a mandar Yahvé contra Judá a Rasín,
rey de Siria, y a Pecaj, hijo de Romelía. 38 Jotam se durmió
con sus padres y fue sepultado con ellos en la ciudad de David,
su padre. Le sucedió Ajaz, su hijo.**

Pocos años estuvo Jotam en el trono (740-736). Durante muchos años estuvo asociado al trono con su padre, leproso. En su administración siguió su línea; favoreció la agricultura; edificó la puerta

[3] PRITCHARD, 284; PARROT, *Ninive et l'Ancien Testament* 29.

superior de la casa de Yahvé, es decir, la puerta alta de Benjamín (Jer 22,2). Restauró los muros del Ofel, construyó ciudades en las montañas de Judá, torres y fortalezas en los bosques para proteger la ganadería. Luchó contra los amonitas y los venció, pagándole un crecido tributo (2 Crón 27,1-5). Jotam no reaccionó ante la presión que le hacía desde el norte la liga siro-efraimita; cuando los reyes de Israel y de Damasco pensaban en sustituirlo por otro, le sorprendió la muerte.

Ajaz, rey de Judá (16,1-20)

**1 El año diecisiete de Pecaj, hijo de Romelía, comenzó a reinar Ajaz, hijo de Jotam, rey de Judá; 2 tenía Ajaz veinte años
cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén.
No hizo lo recto a los ojos de Yahvé, su Dios, como lo había
hecho David, su padre. 3 Marchó por el camino de los reyes de
Israel, y hasta hizo pasar a su hijo por el fuego, según las abominaciones de las gentes que Yahvé había expulsado ante los hijos
de Israel. 4 Ofrecía sacrificios y perfumes en los altos, en los
collados y bajo cualquier árbol frondoso. 5 Entonces Rasín, rey
de Siria, y Pecaj, hijo de Romelía, rey de Israel, subieron contra
Jerusalén para atacarla, y sitiaron a Ajaz, pero no pudieron vencerle. 6 En el mismo tiempo, el rey de Edom sometió a Elat al
dominio de Edom, expulsando de ella a los judíos, y los edomitas se establecieron en Elat, y allí habitan hasta el día de hoy.
7 Ajaz mandó mensajeros a Teglatfalasar, rey de Asiria, para
decirle: «Tu siervo soy y tu hijo. Sube y líbrame de las manos
del rey de Siria y de las del rey de Israel, que se alzan contra
mí». 8 Ajaz cogió la plata y el oro que había en la casa de Yahvé
y en el tesoro del palacio del rey y se lo mandó en presente al
rey de Asiria. 9 El rey de Asiria le dio oídos, y subió contra Damasco, la tomó y llevó a sus habitantes cautivos a Quir, y dio
muerte a Rasín. 10 El rey Ajaz fue a Damasco para ver a Teglatfalasar, rey de Asiria, y, habiendo visto el altar que había
en Damasco, mandó luego al sacerdote Urías el modelo y la
forma exacta del altar. 11 El sacerdote Urías construyó uno,
ajustándose al modelo enviado de Damasco por el rey Ajaz,
acabándole antes de que Ajaz volviese de Damasco. 12 Llegado de Damasco, vio el rey el altar, y, acercándose, subió a él;
13 hizo quemar en él su ofrenda y su holocausto, y libó en él
sus libaciones y derramó en él la sangre de sus sacrificios eucarísticos. 14 Quitó de ante la casa el altar de bronce que había
ante Yahvé, para que no estuviese entre el nuevo altar y la casa
de Yahvé, y le puso cerca del nuevo altar, hacia el norte. 15 El
rey Ajaz dio al sacerdote Urías esta orden: «Quema en el gran
altar el holocausto de la mañana y la ofrenda de la tarde, el holocausto del rey y su ofrenda, el holocausto de todo el pueblo y
sus ofrendas; derrama en él sus libaciones y la sangre de todos
los holocaustos y todos los sacrificios. Del altar de bronce ya
dispondré yo». 16 El sacerdote Urías hizo en todo conforme a lo
que el rey Ajaz le había mandado, 17 y el rey Ajaz rompió los
tableros de las basas y quitó las fuentes que había sobre ellas.
Quitó el mar de encima de los toros de bronce, que estaban
debajo, y le colocó sobre un solado de piedra; 18 y para agradar
al rey de Asiria, mudó de la casa de Yahvé el pórtico del sábado**

que se había construido en ella, y la entrada exterior del rey.
[19] El resto de los hechos de Ajaz, cuanto hizo, ¿no está escrito
en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? [20] Ajaz se durmió
con sus padres y fue sepultado con ellos en la ciudad de David.
Le sucedió Ezequías, su hijo.

Subió al trono en momentos difíciles, reinando desde 736-716. Hemos visto (15,23-31) que, ante la negativa de uncirse al carro de los enemigos de Asiria, invadieron su territorio los reyes de Israel y de Damasco (Is 7,5-6). Rasín habíale atacado por el sur; el puerto de Elat fue entregado a los edomitas. Pecaj descendió desde el norte contra Jerusalén; en el oeste los filisteos apoderábanse de algunas de sus ciudades. Prisionero en Jerusalén, creía que había llegado la agonía de su reino. Rasín y Pecaj habían designado a *Tobeel* para sucederle. Ante el cariz de los acontecimientos «tembló su corazón» (de Ajaz) y el corazón del pueblo «como tiemblan los árboles del monte a impulsos del viento» (Is 7,2). Isaías, por encargo de Yahvé, confortóle, invitándole a confiar en Yahvé, prometiéndole cualquier milagro si fuera necesario (Is 7,3-20); pero Ajaz confiaba más en el poderío de Teglatfalasar que en la ayuda de su Dios. En los anales de Teglatfalasar se lee: «Puse cerco y conquisté la villa de Hadara, la heredad de Rezón de Damasco, donde él nació. Llevé conmigo, en calidad de prisioneros, ochocientos habitantes con sus bienes...» (PRITCHARD, 284). Esto concuerda con lo dicho en el v.9.

La conducta de Ajaz, desde el punto de vista religioso, fue pésima. Su sincretismo religioso culminó con el sacrificio de su hijo (*hijos* se dice en 2 Crón 28,3). Estos ritos, condenados por la Biblia (Deut 12,31; 18,10-12) por ser propios de los paganos, penetraron en Israel (23,10; Jer 7,31; 19,5; Ez 16,21; 20,31). No dice el texto a qué divinidad sacrificó Ajaz su hijo, pero tales holocaustos hacíanse a Moloc [1].

En el v.9 se dice que los israelitas fueron llevados cautivos a Quir, lugar de donde son originarios los arameos (Am 1,5; 9,7; Is 22,6). El altar de Damasco estaba dedicado al dios Rimmón (5,18). Instalado otro igual en Jerusalén por Urías (Is 8,2), subió el rey en él para ofrecer sacrificios (2 Crón 28,22-23), consagrando el altar. ¿Tenía el rey derecho a ello? Tanto el gesto de Jeroboam I (1 Re 12,23) como el de Ajaz son imitaciones serviles de costumbres extranjeras que el yahvismo aborrecía [2].

El altar que estaba ante Yahvé era de bronce y fue instalado por Salomón (1 Re 8,64; 9,25). Según 2 Crón 28,24, «Ajaz reunió los utensilios de la casa de Dios y los hizo pedazos; cerró las puertas de la casa de Yahvé». El pórtico del sábado, o sea, el estrado y la entrada del rey (1 Crón 9,17; Ez 46,12), eran señales de soberanía, cuya supresión exigía Teglatfalasar de su rey vasallo (DE VAUX). Ajaz, como hemos visto, entregóse al culto de los falsos dioses, autorizando el politeísmo. De ello se lamentó repetidamente Isaías (2,18-20; 30,22), recriminando las *asheras* y los cipos del sol (Is 17,8; 27,29) y el culto en los bosques y huertas (Is 1,29)

[1] O. Eissfeldt interpreta Molek (Molok traducen los LXX en 2 Re 23,10.23) como nombre común de una especie de sacrificio votivo. *Molok als Opferbegriff im punischen und in Hebräischen und das Ende der Gottes Moloch*, Halle 1935). En contra: N. SCHNEIDER, *Melchom, das Scheusal der Ammoniter:* B 18 (1937) 337-343; A. BEA, *Kinderopfer für Moloch in den Mari-Tafeln:* B 18 (1937) 95-107; E. DHORME, *Le dieu Baal et le dieu Moloch dans la tradition biblique:* «Anatolian Studies», 6 (1956) 56-61; H. CAZELLES, *Encore un texte sur Malik:* B 38 (1957) 485-6.

[2] J. DE FRAINE, *Le sacerdoce du Roi:* l.c., 546.

Caída de Samaria y deportación (17,1-23)

[1] El año doce de Ajaz, rey de Judá, comenzó a reinar en Is-
rael, en Samaria, Oseas, hijo de Ela, y reinó nueve años. [2] Hizo
lo malo a los ojos de Yahvé, aunque no tanto como los reyes de
Israel que le precedieron. [3] Subió contra él Salmanasar, rey de
Asiria, y Oseas se le sometió y le pagó tributo; [4] pero el rey de
Asiria descubrió luego una conspiración que tramaba Oseas,
que había mandado embajadores a So, rey de Egipto, y había
dejado de pagar el tributo anual al rey de Asiria, y el rey de Asi-
ria le hizo encarcelar y encadenar en una prisión. [5] Recorrió
el rey de Asiria todo el territorio y subió contra Samaria, que
tuvo asediada durante tres años. [6] El año noveno de Oseas, el
rey de Asiria tomó a Samaria y llevó cautivos a sus habitantes
a Asiria, haciéndolos habitar en Calac y Jabor, junto al río Go-
zán, y en las ciudades de la Media. [7] Los hijos de Israel habían
pecado contra Yahvé, su Dios, que los había sacado de la tierra
de Egipto, de bajo el dominio de Faraón, rey de Egipto, te-
miendo a los dioses ajenos. [8] Siguieron las costumbres de las
gentes que Yahvé había expulsado ante los hijos de Israel y las
que habían introducido los reyes de Israel. [9] Los hijos de Israel
hicieron contra Yahvé ocultamente cosas detestables, edificaron
altos en todas sus ciudades desde la torre de atalaya hasta la
ciudad murada. [10] Se alzaron cipos y «aseras» en todo collado alto
y bajo todo árbol frondoso, [11] y quemaron perfumes en todos
los altos, como las gentes que Yahvé había expulsado ante ellos,
e hicieron maldades, con las que irritaron a Yahvé. [12] Sirvieron
a los ídolos, de quienes había dicho Yahvé: «No haréis tal».
[13] Yahvé advertía a Israel y a Judá por todos sus profetas, por
todos sus videntes, y les decía: «Convertíos de vuestros perver-
sos caminos y guardad mis leyes y mis mandamientos, siguiendo
fielmente la Ley que yo prescribí a vuestros padres y os he in-
culcado por medio de mis siervos los profetas». [14] Pero ellos no
le escucharon y endurecieron su cerviz, como lo habían hecho
sus padres, que no creyeron en Yahvé, su Dios. [15] Rechazaron
sus leyes, y la alianza que había hecho con sus padres, y las
amonestaciones que les había hecho. Se fueron tras las vanida-
des y cayeron así ellos mismos en la vanidad como los pueblos
que los rodeaban, y a quienes Yahvé les había prohibido imitar.
[16] Traspasaron todos los mandamientos de Yahvé, su Dios, y
se hicieron imágenes fundidas, dos becerros, «aseras», y se pos-
traron ante todo el ejército de los cielos, y sirvieron a Baal.
[17] Hicieron pasar por el fuego a sus hijos y a sus hijas, se dieron
a la adivinación y a los encantamientos y se entregaron a cuanto
era malo a los ojos de Yahvé, para irritarle. [18] Por eso Yahvé
se irritó fuertemente contra Israel, y le arrojó de su presencia,
y no quedó más que la tribu de Judá. [19] Pero tampoco Judá
guardó los mandamientos de Yahvé, su Dios, y ha imitado las
costumbres de Israel. [20] Por eso arrojó Yahvé de sí a toda la

descendencia de Israel, la humilló y la entregó en manos de
salteadores, hasta arrojarla de su presencia. 21 Israel se separó
de la casa de David y se dio por rey a Jeroboam, hijo de Nabat,
que los apartó de Yahvé e hizo cometer a Israel un gran pecado.
22 Los hijos de Israel se dieron a todos los pecados de Jeroboam,
que él comenzó, y no se apartaron de ellos 23 hasta que Yahvé
arrojó a Israel lejos de su presencia, como lo había anunciado
por todos sus siervos los profetas. E Israel ha sido llevado cautivo lejos de su tierra, a Asiria, donde está hasta el día de hoy.

Oseas subió al trono de Israel (732-724) con la aprobación de Teglatfalasar, del que se separó por influencias de los partidarios de Egipto, con cuyo rey entró en negociaciones a través de Hanón, rey de Gaza. Nuestro texto dice que Oseas «mandó embajadores a So, rey de Egipto». Por aquel entonces ejercía su autoridad sobre el Delta *Tafneth*, de la XXIV dinastía, teniendo como generalísimo a *Sibu, Sibe*, como se le llama en los anales de Sargón. Era Sibe un *turtan*, es decir, un alto oficial militar y administrativo, que ocupaba el segundo lugar en el reino (PRITCHARD, 285). Fácilmente estos jefes del ejército arrogábanse el título de reyes, aunque estaban sometidos a la autoridad suprema del Faraón. En la primera visita que hizo Salmanasar V (727-722) a Israel no encontró nada grave contra el imperio asirio. Todo el imperio habíalo reconocido por rey; Babilonia hizo lo mismo, dándole el nombre de *Ululaia*. Israel le entregó el tributo anual que le debía (Is 5,22-29).

En esta ocasión era Egipto el que pretendía apoderarse de Israel. Oseas se prestó al juego. Supo Salmanasar las veleidades del rey de Israel y las razones por las cuales negóse a enviar el tributo anual a Asiria. Salmanasar no esperó a que el complot llegase a madurar; mandó encarcelar al rey, mientras él y su ejército poníanse en marcha para castigarle. Desde este momento desaparece Oseas de la faz de la historia; no sabemos en qué circunstancias fue preso ni cuándo murió. Pero no por esto el partido antiasirio doblóse ante Salmanasar. Confiando en que Tiro resistiría al cerco y esperando en la ayuda de Egipto, los enemigos de Asiria encerráronse en Samaria dispuestos a defenderse del rey Salmanasar. El año 724 empezó el cerco. Ni Tiro logró romper el sitio, ni Egipto mandó soldado alguno en ayuda de Samaria.

Entre tanto, apoyado por los sacerdotes, subió al trono de Asiria el generalísimo del ejército, Sargón (722-705). Samaria seguía resistiendo el cerco asirio; pero su caída era inminente, convirtiéndose en una realidad a principios de otoño del año 722. De ahí que, mientras Sargón se vanagloria de haber expugnado la ciudad, el texto bíblico atribuye a Salmanasar la toma de la misma (18,9-10) [1].

[1] Dice Sargón: «Puse sitio y conquisté Samaria (Sa-me-ri-na); deporté a veintisiete mil doscientos noventa habitantes que habitaban en ella; tomé cincuenta carros que allí había. Al resto (de los habitantes) dejé continuaran sus actividades. Puse a mi general sobre ellos y les impuse el mismo tributo que al rey anterior» (PRITCHARD, 285; PARROT, *Ninive el l'Ancien Testament*, 31). Ninguna contradicción entre ambos textos por haber contribuido ambos eficazmente a la rendición de Samaria. Recientemente Hayin Tadmor ha intentado probar que Samaria capituló a finales de verano del año 722, reinando todavía Salmanasar («Journal of Cuneiform Studies», 12 [1958] 22ss; E. VOGHT, *Samaria a.722 et 720 ab assyriis capta:* B 39 [1958] 535-541; E. THIELE, *The mysterious Numbers of the Hebrew Kings* [Chicago 1951] 122-128).

Sargón II aplicó a Samaria el sistema bélico de la deportación [2]. En un principio se deportó al personal directivo y a los notables del reino, sacerdotes, militares, grandes terratenientes; más tarde siguieron otras deportaciones. La masa fue conducida a las regiones septentrionales del imperio asirio, Jabor, y Harán, en la provincia asiria de Guzana, Gozán (v.6); otros fueron mandados a la Media. Los habitantes fueron reemplazados por gentiles (v.24) (PRITCHARD, 284). Parte de los exilados fueron deportados a las márgenes del río Jabor, afluente del Eufrates, llamado en el texto (v.6) «río Gozán», por ser ésta la ciudad principal. Gozán, en el actual Tell Halaf, fue un reino arameo importante al principio del primer milenio antes de Cristo. A fines del año 900 fue ocupada por los asirios (2 Re 19,12), convirtiéndose en la capital de la provincia asiria de Gozán. En las excavaciones llevadas a cabo en Tell Halaf se han encontrado documentos del año 700 antes de Cristo, en los cuales aparecen los nombres hebraicos de Oseas, Ismael, Dayana (Dina).

Entre tanto, aprovechando la rebelión de Merodacbaladán contra Asiria (721), se formó de nuevo una liga antiasiria, a la que se unieron los israelitas que quedaron en el país, bajo la dirección de Ilubit, rey de Hamat. Sargón los atacó, consiguiendo sobre ellos una victoria aplastante, que describe en sus anales [3].

El texto sagrado señala que fueron varias las causas que contribuyeron a este desastre nacional. La principal de todas debe buscarse en el cisma religioso de Israel y en el culto al becerro de oro (1 Re 12,26-33). Otra de las causas fue el sincretismo religioso y la erección de santuarios locales (v.7.18). Se hace notar que esta moral se concibe desde el punto de vista deuteronómico y de los profetas (DHORME, DE VAUX).

Origen de los samaritanos (17,24-41)

24 El rey de Asiria mandó gentes de Babilonia, de Cuta, de
Avá, de Jamat y de Sefarvaím, y las estableció en las ciudades
de Samaria, en lugar de los hijos de Israel. Se posesionaron de
Samaria y habitaron en sus ciudades. 25 Cuando comenzaron
a habitar allí, no temían a Yahvé, y Yahvé mandó contra ellos
leones, que los devoraban. 26 Dijeron, pues, al rey de Asiria:
«Las gentes que tú has trasladado para establecerlas en las ciudades de Samaria, no conocen el modo de servir al dios de aquella tierra, y éste ha mandado contra ellas leones, que los devoran porque no saben el modo de servir al dios de la tierra».
27 El rey de Asiria dio esta orden: «Mandad que vaya allá uno
de los sacerdotes que de allí habéis traído en cautividad, que vaya a establecerse allí y les enseñe el modo de servir al dios de

[2] Escribe Sargón en sus anales: «Al principio de mi gobierno y en el primer año del mismo... conquisté Samaria..., deporté a 27.290 habitantes».

[3] «En el segundo año de mi reinado, Ilubidi, de Hamat..., un potente ejército reunió en Qarqar, y el juramento de los supremos dioses violó. A Arpad, Simirra, Damasco y Samaria indujo él a rebelarse contra mí... A Sibe, su *turtan*, hizo entrar en la liga, y para dar batalla levantóse contra mí. Infligí a ellos (a Hanno de Gaza y a Sibe), en nombre de Asur, mi señor, una derrota. Sibe escapó solo; como un pastor al que se roban las ovejas, huyó y desapareció. a Hanno hice prisionero y lo conduje encadenado a mi ciudad Asur (PRITCHARD, 285).

aquella tierra». 28 Vino, pues, a establecerse en Bétel un sacerdote
de los que habían sido llevados cautivos a Samaria, y les enseñó
cómo habían de servir a Yahvé. 29 Pero las gentes aquellas se
hicieron cada una sus dioses en las ciudades que habitaban, y
los pusieron en los altos edificados por los de Samaria. 30 Las
gentes de Babilonia se hicieron su Sucot Benot; las de Cuta, su
Nergal; 31 las de Jamat, su Asima; las de Avá, su Nibján y Tar-
tac, y las de Sefarvaím pasaban a sus hijos por el fuego en honor
de Adarmelec y Anamelec, dioses de Sefarvaím. 32 También
servían a Yahvé, y se dieron sacerdotes de los altos de entre
todo el pueblo; estos sacerdotes ofrecían por ellos sacrificios en
los templos de los altos. 33 Así que temían a Yahvé y le servían
al mismo tiempo que a sus dioses, según la costumbre de las
gentes de que provenían. 34 Todavía hoy siguen haciendo como
hicieron al principio. Ni temen a Yahvé ni se conforman con
sus leyes y mandamientos, dados por Yahvé a los hijos de Ja-
cob, a quien dio el nombre de Israel. 35 Yahvé había hecho
alianza con ellos y les había dado este mandato: «No temeréis
a otros dioses, ni os prosternaréis ante ellos, ni les serviréis, ni
les ofreceréis sacrificios. 36 Temeréis a Yahvé, que os ha sacado
de la tierra de Egipto con gran poder y brazo tendido. Sólo a
El temeréis, sólo ante El os prosternaréis y sólo a El ofreceréis
sacrificios. 37 Guardaréis y pondréis por obra las leyes y man-
damientos, los estatutos y decretos que El ha escrito para vos-
otros, y no serviréis a otros dioses. 38 No olvidaréis la alianza que
yo he hecho con vosotros, y no temeréis a otros dioses, 39 sino
que temeréis a Yahvé, vuestro Dios, y El os librará de las manos
de todos vuestros enemigos». 40 Ellos no le han obedecido y si-
guen sus antiguas costumbres; 41 estas gentes temen a Yahvé y
sirven a sus ídolos, y sus hijos y los hijos de sus hijos han seguido
haciendo siempre hasta hoy como hicieron sus padres.

Según la costumbre asiria, otras gentes fueron enviadas para ocupar el lugar dejado vacío por la deportación de muchos israelitas[4]. Debido a que el país quedó medio despoblado, multiplicáronse las fieras, que invadieron ciudades y poblados (Jue 14,6-9; 1 Sam 16, 34-37; 2 Sam 23,20). Las gentes supersticiosas lo achacaron a la falta de culto debido al dios de la tierra (1 Sam 26,19; 2 Re 5,17), que, enojado, los castigaba. Enterado de ello Sargón, mandó que un sacerdote de entre los deportados se trasladase a Samaria y les enseñara a servir al dios de la tierra, restableciendo el culto a Yahvé. La deportación de gentes de Babilonia a Israel tuvo lugar una vez restablecido el orden en Babilonia después de la revuelta de Merodacbaladán II, que reinó en Babilonia aproximadamente los años 722-711[5].

El sacerdote enviado por el rey era probablemente de ascendencia aaronítida. Su acción religiosa debió consistir en mantener

[4] De esta deportación se habla en una inscripción del palacio de Sargón, en Korsabad. «Reconstruí la ciudad de Samaria mejor que era antes e instalé en ella una población de las regiones que había conquistado. Puse de gobernador a uno de mis oficiales sobre sus habitantes, a los que impuse un tributo, como a los ciudadanos asirios» (Pritchard, 284).

[5] R. Follet, *Une nouvelle inscription de Merodach-Baladan II:* B 35 (1954) 413-428. En ella, entre otras cosas, leemos: «El gran señor Marduk, en su cólera, había vuelto las espaldas..., y durante *x* años el enemigo malo, el Sabureo (los asirios), ejerció su poder en el país de Akkad (Babilonia)». La fecha es ilegible. La inscripción se refiere a los tiempos de Teglatfalasar III y Salmanasar V.

puros los ideales del yahvismo en los israelitas de condición humilde que quedaron en el país. Las gentes advenedizas no se desprendieron de sus dioses, cuyas estatuas colocaron en los lugares edificados anteriormente (1 Re 12,31; 13,32). Los de Babilonia veneraron a Sucot *(Sikkut,* Am 5,26), nombre babilónico del dios Saturno *(Sakkut);* los de Cuta, a Nergal, dios de los infiernos; los de Hamat, a Asima, quizá la paredra del dios fenicio Ashmún o del dios babilónico Ishum. Tenía este último probablemente un santuario en Bétel, ya que los colonos de la Elefantina veneraban al dios Ashim-Bétel. Los dioses Nibján y Tartac son desconocidos. Los de Sefarvaím practicaban sacrificios humanos en honor de su dios Adramelec. Quizá sea éste el dios Adad-Milki[6]. Cabe estos cultos se concedió un lugar a Yahvé, Dios de la tierra *(numen loci).* Por su parte, los israelitas radicados en el país dejáronse arrastrar por el culto de los falsos dioses, sin abandonar totalmente el de Yahvé. El autor sagrado acaba el capítulo con un juicio muy severo de los samaritanos. En el período del segundo templo y en el Talmud, los samaritanos son llamados «cuteos», es decir, originarios de Cuta. Pero, como demuestra la historia posterior, parte de ellos contribuyeron a la reconstrucción del templo de Jerusalén (2 Crón 34,9). En la fiesta de la Pascua del año 621 celebrada en Jerusalén asistieron samaritanos (2 Crón 35,18), extendiéndose a su territorio la reforma de Josías (23,15-19). El antagonismo entre judíos y samaritanos subsistirá todavía en tiempos de Cristo (Jon 4,9; Lc 10,30-37).

Segunda parte

REYES DE JUDA HASTA EL CAUTIVERIO DE BABILONIA (c.18-25)

Ezequías sube al trono (18,1-12)

1 El año tercero de Oseas, hijo de Ela, rey de Israel, comenzó
a reinar Ezequías, hijo de Ajaz, rey de Judá. 2 Tenía veinticinco
años cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve años en
Jerusalén. Su madre se llamaba Abí, hija de Zacarías. 3 Hizo
lo que es recto a los ojos de Yahvé, enteramente como lo había
hecho David, su padre. 4 Hizo desaparecer los altos, rompió
los cipos, derribó las «aseras» y destrozó la serpiente de bronce
que había hecho Moisés, porque los hijos de Israel hasta enton-
ces habían quemado incienso ante ella, dándole el nombre de
Nejustán. 5 Puso su confianza en Yahvé, Dios de Israel, y de
todos los reyes de Judá que le sucedieron o le precedieron no
hubo ninguno semejante a él. 6 Se allegó a Yahvé y no se apartó
de El, guardó todos los mandamientos que Yahvé había pres-
crito a Moisés. 7 Y Yahvé fue con Ezequías, que salió bien en
todas sus empresas. Se rebeló contra el rey de Asiria, y no le
estuvo sujeto. 8 Batió a los filisteos hasta Gaza y devastó su tierra

[6] A. Pohl, *In 4 Kon. 17,1:* B 22 (1941) 35. Esta divinidad acádica es conocida por las excavaciones de Tell Halaf.

**desde las torres de atalaya hasta las ciudades fuertes. 9 El año
cuarto del rey Ezequías, que era el año séptimo de Oseas, hijo
de Ela, rey de Israel, Salmanasar, rey de Asiria, subió contra
Samaria y la asedió. 10 La tomó al cabo de tres años; el año
sexto de Ezequías, que era el año noveno de Oseas, rey de Is-
rael, fue tomada Samaria. 11 El rey de Asiria llevó cautivo a
Israel a Asiria y los estableció en Cala, en Cabor, junto al río
Gozán, y en las ciudades de Media, 12 porque no habían escu-
chado la voz de Yahvé, su Dios, y habían roto su alianza, y no
habían obedecido y puesto por obra todo lo que Yahvé había
mandado a Moisés, su siervo.**

Un hijo de Ajaz, Ezequías (716-687), subió al trono de Judá en los días en que el reino del norte había dejado de existir (Is 28,1). Con el advenimiento de Ezequías vuelve Judá a revivir los hermosos tiempos de David. Hizo desaparecer los altos, rompió los cipos, derribó las *asheras*. Entre los objetos de culto figura el *Nehushtan*, palabra compuesta de *Nahas*, serpiente, y *nehosheth*, bronce, o sea, la serpiente de bronce, que, según se decía, era la misma que había Moisés levantado en el desierto como profilaxis contra las mordeduras de las serpientes (Núm 21,8-9). Su conducta religiosa fue ejemplar, a pesar de haber tratado con demasiada suavidad a los enviados de Merodacbaladán (20,17-19). Adoctrinado por los profetas Isaías y Miqueas, comprendió que para salvar a Judá era necesario deshacerse poco a poco de sus compromisos con Asiria, encerrarse en la espiritualidad propia en torno a Yahvé. Entregarse en manos de Asiria o de Egipto significaba renunciar a las leyes supremas sobre las que descansaba la monarquía hebraica. La caída del reino del norte era un aviso serio. Dios estuvo con Ezequías.

Invasión de Senaquerib (18,13-16)

**13 El año catorce del rey Ezequías, Senaquerib, rey de Asiria,
subió contra todas las ciudades fuertes de Judá y se apoderó
de ellas. 14 Ezequías, rey de Judá, mandó decir al rey de Asiria,
a Laquis: «He pecado; déjame y haré todo lo que me impon-
gas». El rey de Asiria impuso a Ezequías, rey de Judá, trescien-
tos talentos de plata y treinta talentos de oro. 15 Ezequías entregó
toda la plata que había en la casa de Yahvé y en el tesoro del
palacio real. 16 Fue entonces cuando Ezequías destruyó las puer-
tas del templo de Yahvé y los dinteles, que el mismo Ezequías,
rey de Judá, había cubierto con láminas de oro, para entre-
gárselas al rey de Asiria.**

La presencia de Asur en Samaria inspiraba recelo en Judá. Ezequías, mediante la reforma interna, fue sacudiendo el yugo de la dependencia sin romper directamente con Asiria. En tiempos de Senaquerib (705-681), hijo de Sargón, se produjo un primer choque serio contra Asiria. Merodacbaladán fue arrojado de Babilonia por Sargón el año 709, refugiándose en lugares pantanosos del golfo Pérsico. Muerto el monarca asirio en una expedición al país de Tabal, Merodacbaladán salió de su refugio y posesionóse nuevamente de Babilonia. Pero en esta ocasión buscó el apoyo

de otros pueblos, presentándose sus embajadores en Jerusalén (20, 12-19). Judá, gracias a los años de paz, era un reino fuerte. De los contactos con Merodacbaladán y de su política antiasiria tuvo noticias Senaquerib, quien, una vez eliminado Merodacbaladán y otros enemigos de oriente, en 701 dirigióse contra los reinos de occidente.

En Palestina, el sentimiento antiasirio habíase manifestado con la rebelión de Acarón contra *Padi*, que fue entregado a Ezequías. A pesar de los consejos de Isaías (Is 28,7-22; c.29-31), Ezequías habíase pasado a la causa egipcia. Senaquerib apoderóse de la costa, entrando en lucha con Egipto en un lugar entre Timna y Acarón. *Victorioso en el encuentro, dirigió sus tropas contra el* reino de Ezequías, apoderándose de cuarenta y seis ciudades y capturando miles de prisioneros. Estando Senaquerib en Laquis, Ezequías le mandó recado pidiéndole perdón y prometiendo pagar un elevado tributo. Este texto bíblico concuerda en lo esencial con el texto de la campaña descrita en el llamado cilindro de Taylor [1].

Sitio de Jerusalén (18,17-37)

**17 El rey de Asiria mandó desde Laquis a Ezequías al copero
mayor con un fuerte ejército a Jerusalén. Pusiéronse en mar-
cha, y cuando se acercaron a Jerusalén, hicieron alto en el acue-
ducto del estanque superior, en el camino del campo del Ba-
tanero, 18 y preguntaron por el rey. Vino entonces Eliaquín,
hijo de Helcías, mayordomo del rey, con Sobna, el secretario,
y Joaj, hijo de Asaf, cronista; 19 y el copero mayor les habló,
diciendo: «Decid a Ezequías: Así habla el rey grande, el rey
de Asiria: ¿Qué confianza es esa que manifiestas? 20 ¿Crees tú
que las meras palabras son prudencia y fuerza para la guerra?
¿En quién realmente confías para querer rebelarte contra mí?
21 ¿Confías en Egipto, en esa caña rota que pincha y hiere la
mano de quienquiera que en ella se apoya? Así les sucede con
el Faraón, rey de Egipto, a cuantos confían en él. 22 Y si me decís:
Confiamos en Yahvé, nuestro Dios, ¿no ha hecho desaparecer
Ezequías sus altos y sus altares, diciendo a Judá y a Jerusalén:
Ante este altar de Jerusalén habéis de ofrecer? 23 Haz, pues,
un convenio con mi señor el rey de Asiria, y yo te daré dos mil
caballos, si estás en condiciones para proveerlos de caballeros.
24 ¿Cómo podrás resistir ni a un solo jefe de los menores entre
los siervos de mi señor? ¿Confías en que Egipto te mandará
carros y caballeros? 25 Y, además, ¿ha sido sin la voluntad de
Yahvé como he subido yo a este lugar para destruirlo? Es Yahvé
quien me ha dicho: Sube contra esa tierra y destrúyela». 26 Elia-
quín, hijo de Helcías, Sobna y Joaj dijeron al copero mayor:
«Habla a tus siervos en arameo, que lo entendemos; no nos
hables en judío delante de todo el pueblo que está en las mura-
llas». 27 Entonces el copero mayor respondió: «¿Acaso es a tu**

[1] En cuanto a los tributos, dícese en el mencionado documento que Ezequías pagó «treinta talentos de oro y ochocientos de plata», lo que puede explicarse o bien por una exageración del vencedor o porque el valor del talento babilonio difería del hebreo. Véase texto en PRITCHARD, 287-288; PARROT, 39. Estos hechos están avalados por otros relatos más cortos y menos solemnes. Un toro de Nínive lleva esta inscripción: «Devasté el gran distrito de Judá y sometí a su rey, Ezequías *(Ha-sa-qi-a-a)*, el dominador y orgulloso». Otro texto procedente de Nebi Yunus dice: «Devasté el gran distrito de Judá y puse los lazos de mi yugo sobre Ezequías, su rey» (PRITCHARD, 288; PARROT, 39).

señor y a ti a quienes mi señor me ha mandado decir estas pa-
labras, y no más bien a la gente que hay en la muralla, para
comerse sus propios excrementos y beberse su propia orina?»
28 Entonces se acercó el copero mayor y gritó en alta voz, en ju-
dío: «Escuchad la palabra del rey grande, del rey de Asiria:
29 Así habla el rey de Asiria: No os dejéis engañar de Ezequías,
que no podrá libraros de mi mano. 30 Que no os haga confiar
tampoco Ezequías en Yahvé, diciendo: Yahvé nos librará, y
esta ciudad no será entregada en manos del rey de Asiria. 31 No
deis oídos a Ezequías, porque así habla el rey de Asiria: Haced
paces conmigo, rendíos a mí, y cada uno de vosotros comerá
de su viña y de su higuera y beberá el agua de su cisterna,
32 hasta que yo venga y os lleve a otra tierra como la vuestra,
a una tierra de trigo y de vino, tierra de pan y de viñas, de olivos,
de aceite y de miel, y allí viviréis y no moriréis. No escuchéis a
Ezequías; no hace más que engañaros cuando dice: Yahvé nos
librará. 33 ¿Han librado los dioses de los pueblos a su tierra
del poder del rey de Asiria? 34 ¿Dónde están los dioses de Ja-
mat y de Arfad? ¿Dónde los dioses de Sefarvaím, Ana y Avá?
¿Dónde están los dioses de la tierra de Samaria? ¿Han librado
a Samaria de mi poder? 35 ¿Qué dios de éstos ha librado a su
tierra de mi poder, para que pueda Yahvé librar de mi mano
a Jerusalén?» 36 El pueblo estuvo callado, y no dijo una sola
palabra, porque el rey había dado esta orden: «No les respon-
dáis». 37 Eliaquín, hijo de Helcías, mayordomo del palacio;
Sobna, secretario, y Joaj, hijo de Asaf, cronista, vinieron a Eze-
quías, rasgadas las vestiduras, y le refirieron las palabras que el
copero mayor había dicho.

La campaña de Senaquerib contra Palestina y Jerusalén es narrada en estos capítulos (18,13-19,37), en Crón 32,1-21 y, con sensibles diferencias, en Isaías, c.36-37. Del cerco de Jerusalén narrado extensamente en nuestro texto nada se dice en los anales de Senaquerib, contentándose con la indicación de que había encerrado a Ezequías en Jerusalén «como a un pájaro en su jaula». No dice el cilindro que Senaquerib se apoderara de la ciudad [2].

De todo el relato bíblico (18,17-19,37) nada aparece en los documentos cuneiformes. ¿Corresponde a la misma campaña de que se habló en 18,13-16, acaecida en 701, o a otra posterior? Divídense los autores [3].

[2] «Construí—escribe—contra él (Ezequías) torres y castigaba a cualquiera que salía por la grande puerta de su ciudad. Las ciudades que había devastado las separé de su país y las entregué a *Mi-ti-in-ti*, rey de Azoto; a *Padi-i*, rey de Acarón, y a *Ismien*, rey de Gaza... Ezequías... me hizo llegar, más tarde, a Nínive, mi villa señorial: treinta talentos de oro, ochocientos talentos de plata, piedras preciosas..., armas de guerra en gran número, con sus hijas, mujeres de palacio, cantores y cantoras. Envió sus mensajeros para entregar el tributo y hacer acto de obediencia» (PRITCHARD, 288; PARROT, 37-38).

[3] Según DE VAUX, se trata de un mismo acontecimiento narrado con otros detalles; tenemos, dice, dos relatos paralelos, dos maneras distintas de contar el mismo hecho (2 Re 18, 17-19,9; 19,8-37). Esta opinión es compartida por A. LODS, *Bible du Centenaire: II Re 18,13*, not.*c.*; H. HAAG, *La campagne de Sénnachérib contre Jérusalem en 701:* RB 58 (1951) 348-359; A. PARROT, l.c. En el texto se mencionan dos embajadas enviadas por Senaquerib, una con mensaje a Ezequías (18,19-25), y una arenga al pueblo (18,26-34). Por este motivo, Juan le Moyne *(Les deux Ambassades de Sennachérib à Jerusalem:* «Mélanges Robert», 149-153) niega exista homogeneidad en la sección 18,17-19,9. En efecto, en la primera embajada, Jerusalén no se halla cercada por el enemigo; en la segunda, sí (v.30). Como hemos insinuado, hay autores que distinguen en todo este relato dos campañas distintas: una que tuvo lugar durante el año 701 (18,13-16) y otra posterior al año 693 (18,17ss). Basan sus argumentos (DHORME: RB [1910], 512; W. F. ALBRIGHT: «Basor» 130 [1953] 8ss) en que el

Dice el texto bíblico que Senaquerib residía en Laquis, población que no se cita en el cilindro de Taylor. Sin embargo, en unos bajo relieves conservados en el Museo británico se representa el cerco y conquista de Laquis por parte de Senaquerib con una inscripción en la que se dice que el monarca «rey del mundo, rey de Asiria, se sienta sobre su trono, mientras el botín de Laquis *(La-ki su)* pasaba ante él» (PRITCHARD, 288). Al oír Ezequías que el rey asirio sitiaba aquella ciudad, apresuróse a fortificar Jerusalén (2 Crón 32,1-8), en tanto que enviaba a Senaquerib una embajada en que se reconocía su siervo y vasallo. A la embajada de Ezequías contesta Senaquerib enviando a la capital de Judá tres personajes escoltados por un piquete de soldados. Uno es llamado el *tartanu*, o sea el general jefe del ejército; el segundo enviado era el *rab-sharis*, el jefe de los eunucos, y el tercero el *rab-shaque*, el copero real. En Is 20,1 es llamado *tartanu* «el segundo después del rey», o sea el generalísimo del ejército; del gran copero hablan Is 36,2 y Eci 48,20. De los tres altos funcionarios enviados únicamente habla el copero real.

Al llegar a Jerusalén hicieron alto en el acueducto del estanque superior, en el camino del campo del Batanero (Is 7,3). Quedaron fuera de la ciudad, que se encontraba sitiada o amenazada por inminente cerco por parte de Senaquerib. El copero llevó la voz cantante en un discurso insolente, durante el cual nunca llama rey a Ezequías. Habla en nombre del gran rey, *sharru rabu*, de Asiria. Egipto era la panacea de todos los coligados contra Asiria; Isaías (c.30-31) anatemiza a los partidarios de la alianza con Egipto. La reforma religiosa referente a la unidad de santuario (Deut 12,11-14) llevada a cabo por Ezequías (v.4) es interpretada por los asirios en el sentido peyorativo de haber querido limitar el poder de Yahvé a la capital substrayéndole las ciudades de provincia. Eliaquín rogó al copero que hablara en arameo, lengua que los jefes entendían. El arameo, que más tarde se impondrá en casi todo el Próximo Oriente como lengua hablada, era solamente conocida por los intelectuales; el pueblo hablaba el hebreo. Los asirios se servían del acádico, pero conocían el arameo [4]. A grandes voces, el mensajero de Senaquerib habló al pueblo en hebreo (Neh 13,24), invitándole a rebelarse contra su rey, haciéndoles ver que nadie les puede librar de manos de los asirios. Al terminar el copero su discurso, esperó la reacción del pueblo, que, conforme a la consigna que se le dio, guardó silencio absoluto. Los oficiales fueron a informar al rey [5].

rey Taraca (Taharqa), faraón de la XXV dinastía (2 Re 19,9), empezó solamente a reinar en 690, siendo un niño de nueve años en 701. J. Bright admite dos campañas de Senaquerib: una en 701, con la capitulación de Ezequías; otra, hacia 688, con la liberación milagrosa de Jerusalén *(Hommage à W. Vischer: Maqqel Shaqedh. La Branche d'Amandier* [París 1960] 20-30). H. H. ROWLEY *(Hezekiah's Reform and Rebellion:* «Bulletin of the John Rylands Library», 44 [1961-62] 395-431) admite una sola campaña en 701.

[4] A. DUPONT-SOMMER, *Les Araméens* (París 1949); IDEM, *L'Ostracon araméen d'Assur:* «Syria», 24 (1944) 24-61.

[5] El sepulcro de Sobna, el secretario (v.18), ha sido encontrado en Siloé (N. AVIGAD, «The Israel Exploration Journal», 3 [1953] 137-152).

En busca de Isaías (19,1-7)

1 Cuando Ezequías lo oyó, rasgó sus vestiduras, se cubrió de
saco y fue a la casa de Yahvé. 2 Mandó a Eliaquín, mayordomo
del palacio del rey; a Sobna, secretario, y a los sacerdotes más
ancianos, cubiertos de saco, al profeta Isaías, hijo de Amós,
3 para que le dijeran: «Así habla Ezequías: Hoy es día de an-
gustia, de castigo y de oprobio, como si los hijos estuvieran para
salir del seno de sus madres y no hubiera fuerza para el alum-
bramiento. 4 ¿No habrá oído Dios las palabras del copero ma-
yor, que el rey de Asiria, su señor, ha mandado para insultar
al Dios vivo, y dejará Yahvé, tu Dios, de castigar las palabras
que ha oído? Haz, pues, subir a El una plegaria por el resto
que aún queda». 5 Los servidores del rey Ezequías fueron a
Isaías, 6 e Isaías les dijo: «He aquí lo que diréis a vuestro señor:
Así habla Yahvé: No te asusten las palabras que has oído, con
las que los servidores del rey de Asiria me han ultrajado. 7 Yo voy
a poner sobre él un espíritu tal, que, al oír una noticia que reci-
birá, se volverá luego a su tierra, y allí, en su tierra, yo le haré
morir a espada».

Enterado Ezequías de lo sucedido, marchó al templo de Yahvé. No lejos del mismo vivía Isaías, el cual, habiendo empezado su ministerio bajo Ocías (Is 6,1), lo continuó bajo Jotam y Ajaz, encontrándose ahora al final de su carrera. Entre los miembros de la comisión encargada de ir al encuentro de Isaías figuraban los sacerdotes más ancianos. Existía un proverbio que decía: «Los niños llegan a la abertura del seno, pero la madre no tiene fuerza suficiente para alumbrarlos» (Sal 48,7; Is 13,8; Jer 6,24; Miq 4,9), queriendo significar que la situación era trágica. La comisión ruega a Isaías pida a Dios que salve al *resto* fiel a sus leyes (Is 7,3; 10, 20-21; 2 Re 21,14). El profeta confortó al rey, animándole a resistir a los asirios. Dios castigará a Senaquerib, sugestionándolo de tal manera que, al dársele una noticia, huirá a su tierra (v.36-37).

Segunda embajada y oración de Ezequías (19,8-19)

8 El copero mayor se retiró y se vio con el rey de Asiria, que
estaba atacando a Libna, pues se le dijo que se había retirado
de Laquis. 9 Diéronle noticia de Taraca, rey de Etiopía, dicien-
do: «Se ha puesto en marcha para atacarte». El rey de Asiria
mandó entonces de nuevo mensajeros a Ezequías, diciendo:
10 «Hablad así a Ezequías, rey de Judá: Que tu Dios, en quien
confías, no te engañe, diciendo: Jerusalén no será entregada en
manos del rey de Asiria. 11 Bien sabéis lo que los reyes de Asi-
ria han hecho con todos los pueblos y cómo los han destruido,
¿y vas a librarte tú? 12 Los dioses de los pueblos que mis padres
han destruido, ¿los libraron en Gozán, Harán, Resef, y libraron
a los hijos de Edén, que habitan en Telasar? 13 ¿Dónde están
el rey de Jamat, el rey de Arfad y el rey de la ciudad de Sefar-
vaím, de Ana y de Ava?» 14 Ezequías tomó las cartas de manos
de los mensajeros y las leyó. Luego subió a la casa de Yahvé,
y las desplegó ante Yahvé, 15 a quien hizo esta plegaria: «Yahvé,
Dios de Israel, que te sientas sobre los querubines; tú, que eres

el solo Dios de todos los reinos de la tierra; tú, que has hecho
los cielos y la tierra, ¡oh Yahvé!, 16 inclina tu oído y escucha.
Abre, ¡oh Yahvé!, tus ojos y mira. Oye las palabras que Sena-
querib ha mandado a decir para insultar al Dios vivo. 17 Es
verdad, ¡oh Yahvé!, que los reyes de Asiria han destruido pue-
blos y asolado tierras 18 y que han quemado sus dioses; pero
ésos no eran dioses, eran obra de la mano del hombre, leño y
piedra, y ellos los aniquilaron. 19 Líbranos, pues, Yahvé, Dios
nuestro, líbranos de la mano de Senaquerib, y que todos los
reinos de la tierra sepan que sólo tú eres Dios, ¡oh Yahvé!»

La delegación asiria abandonó Jerusalén y fuése a informar a Senaquerib, el cual, una vez conquistada Laquis [1], habíase trasladado a Libna (8,22), al noroeste de aquélla. A este desplazamiento hacia el norte había contribuido quizá la noticia de que Taraca (*Tirhaqah, Taharqa, Tarku*) avanzaba al frente de un gran ejército egipcio. Este generalísimo del ejército egipcio debía reinar más tarde (690-664) en el trono de Egipto, de la XXV dinastía. Su dinastía era etiópica, de donde le viene el apelativo de «rey de Etiopía», que por anticipación le da el autor sagrado. Aunque el texto bíblico no lo diga explícitamente, parece que el ejército egipcio fue rechazado por Senaquerib en la batalla de Elteque. Amo de nuevo de la situación, envió éste otra embajada a Ezequías, intimándole a que depusiera su actitud antiasiria y se sometiera a las condiciones de armisticio que él le impondrá. Mejor le será entregarse que resistir, evitando que Jerusalén sea entregada al anatema, como se ha hecho con los otros pueblos conquistados (Deut 2,34; 3,6; Jos 6,17). De la misma manera que no pudieron resistirle los dioses de Gozán (17,6; 18,11), de Harán (Gén 11,31), de Resef (el actual *Rusafeh*, entre Palmira y el Eufrates), de los hijos de Edén (Am 1,5), tampoco lo conseguirá Yahvé.

Ezequías leyó la carta que le mandaba el rey asirio; subió luego al templo y la extendió ante Yahvé, desenrollándola (Ez 2,9). A esta acción siguió una oración fervorosa al Dios de Israel. Senaquerib estaba equivocado al reducir el dominio de Yahvé a los estrechos límites de Judá (18,32-35).

Profecía de Isaías (19,20-34)

20 Entonces Isaías, hijo de Amós, mandó a decir a Ezequías:
«Así habla Yahvé, Dios de Israel: He escuchado la plegaria que
tú me has dirigido a causa de Senaquerib, rey de Asiria. 21 He
aquí la palabra que Yahvé ha pronunciado contra él:
Te desprecia y se burla de ti, virgen hija de Sión;
Detrás de ti El mueve la cabeza, hija de Jerusalén.
22 ¿A quién has insultado y ultrajado tú? ¿Contra quién has
alzado tu voz?
¿Contra quién alzaste tus ojos? ¡Contra el Santo de Israel!
23 Por tus mensajeros has ultrajado al Señor y has dicho:
Con el poder de mis carros subo yo a las altas montañas, a
las cimas del Líbano;

[1] D. DIRINGER, *Sennacherib's Attack on Lachish:* VT 1 (1951) 134-136; J. M. A. JANSSEN, *Que sait-on actuellement du pharaon Tirhaqa?:* B 34 (1953) 23-43.

Derribo los altos cedros, los selectos cipreses;
Penetro en los más remotos lugares, en los más espesos bosques.
24 Yo alumbro las aguas extranjeras para refrescarme con ellas.
Y con la planta de mi pie seco todos los ríos de Egipto.
25 ¿No lo has oído tú? Desde mucho ha lo he preparado yo;
Desde muy antiguo lo he planeado yo, y ahora lo realizo;
Que sirve para reducir a montones de ruinas las ciudades fortificadas.
26 Sean sus habitantes reducidos a la impotencia, aterrorizados y confusos.
Como la hierba de los campos, como la hierba tierna,
Como las hierbas de los tejados, como el pasto quemado por el viento solano.
27 Yo sé muy bien cuándo te levantas y cuándo te sientas, y cuándo vienes y cuándo vas.
28 Porque te has enfurecido contra mí y han llegado a mis oídos tus bravatas,
Por eso yo pondré mi anillo en tus narices y mi freno en tus labios.
Y te haré volver por el camino que has traído.
29 Y he aquí lo que te servirá de señal:
Este año se comerá lo que retoñe, y el año que viene lo que de sí brote.
Pero al tercer año sembrarás, y cosecharás plantaréis viñas y comeréis su fruto,
30 Pues el resto de la casa de Judá que se salve y quede echará raíces por debajo y dará frutos por arriba.
31 Porque saldrá de Jerusalén un resto, y de la montaña de Sión los escapados,
Y el celo de Yahvé hará esto.
32 Por eso, así dice Yahvé del rey de Asiria:
No entrará él en esta ciudad, ni meterá en ella una flecha,
Ni la acordonará con escudos, ni alzará contra ella empalizadas.
33 Se volverá por el camino por donde ha venido. No entrará en esta ciudad. Palabra de Yahvé.
34 Yo protegeré esta ciudad y la salvaré por amor de mí y por amor de David, mi siervo».

Esta profecía se encuentra en Is 37,21-37. En ella se condena el orgullo de Senaquerib (v.21-28); se ofrece a Ezequías una señal de la humillación de Senaquerib (v.29-31), y, finalmente, anuncia el profeta de manera clara que el asirio no entrará en Jerusalén (v.32-34). Un comentario completo de esta profecía lo encontrará el lector en el tomo consagrado a la literatura profética.

Derrota y huida de Senaquerib (19,35-37)

35 Aquella misma noche salió el ángel de Yahvé e hirió en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil hombres; y al levantarse por la mañana, todos eran muertos. 36 Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campo y partió; se volvió y se quedó en Nínive. 37 Mientras estaba prosternado en el templo de Nisroc, su dios, Adramelec y Sarasar, sus hijos, le hirieron con la espada y huyeron a la tierra de Ararat. Su hijo Asaradón reinó en su lugar.

Hemos hablado de la amenaza egipcia contra Senaquerib. En una noche prodújose un acontecimiento que diezmó al ejército asirio. Habla el texto de la acción de un ángel exterminador (2 Sam 24,15-16; Ex 12,23), que dio muerte a ciento ochenta y cinco mil soldados de Senaquerib. Esta cifra tan elevada no se encuentra en 2 Crón 32,21, por lo que puede creerse que se trata de una hipérbole. La derrota tuvo lugar cerca de la frontera de Egipto, en Pelusio, coincidiendo quizá con lo que dice Heródoto [2], quien, a su vez, afirma haberlo oído a los egipcios y sacerdotes. Cuando Senaquerib *(Sanacharibos)*, rey de los árabes y de los asirios, condujo su ejército a Egipto, el sacerdote Sheton, que entró en el templo de Efaistos (dios de *Ptah*, de Menfis) para quejarse de sus males, recibió en sueños el mensaje divino que le ordenaba marchara confiadamente contra el enemigo porque el dios le dará *aliados*. Habiendo llegado a Pelusio con escasas tropas, aconteció que, «durante la noche, una manada de ratones cayó sobre el campamento asirio, devorando las aljabas, los arcos, correas de los escudos, de suerte que al día siguiente los enemigos encontráronse sin armas, pereciendo la mayoría en su huida». Este hecho, añade Heródoto, se recuerda en una escultura del templo de Efaistos, que tiene en la mano un ratón, con la inscripción: «Quien me tenga sea religioso».

En esta relación se vislumbran armonías con el texto masorético. Difieren ambos textos en la interpretación del hecho, pues, mientras la Biblia relaciona la derrota con la intervención directa del ángel de Dios, en el relato egipcio se atribuye la hecatombe a los ratones, portadores de una epidemia (1 Sam 5,9-12; 6,11.18). Hay en la narración de Heródoto un eco de la epidemia desencadenada en el campamento asirio. A los primeros síntomas de la misma, el rey asirio levantó el campamento y marchó, ante el temor de perder su ejército en tierra extranjera [3].

Senaquerib asoció al trono a su hijo menor, Asaradón, que le dio su esposa Nadía. Llevaron a mal este trato de favor sus demás hijos, por lo cual dos de ellos, Adramelec *(Arad-Belit)* y Sarasar, conspiraron contra su padre, matándole el año 681 antes de Cristo. Asaraddón (Esd 4,2-3) reinó en su lugar los años 681-668. Nisroc (v.37) debe identificarse con el dios Marduk [4].

Enfermedad de Ezequías (20,1-19)

1 Por entonces enfermó de muerte Ezequías, y el profeta Isaías, hijo de Amós, vino a él y le dijo: «Así dice Yahvé: Dispón de tu casa, porque vas a morir y no vivirás más». 2 Ezequías volvió su rostro con la pared y oró a Yahvé, diciendo: 3 «¡Oh

[2] *Hist.* II 141.
[3] Más detalles sobre esta campaña pueden verse en P. DHORME, *Le Pays biblique et l'Assyrie* (París 1911); J. PLESSIS, *Babylone et la Bible:* DBS 789-794; PARROT, *Ninive et l'Ancien Testament* 40-45.
[4] J. P. LETTINGA, *A Note on 2 Kings XIX, 37:* VT 7 (1957) 105-106.

Yahvé! Ten en cuenta que he andado ante ti fielmente y con
corazón íntegro y que he hecho lo que es bueno a tus ojos».
Y Ezequías lloraba con gran llanto. 4 Isaías había salido; pero
antes que llegase al atrio central, recibió palabra de Yahvé, que
le dijo: 5 «Vuelve a Ezequías, jefe de mi pueblo, y dile: Así ha-
bla Yahvé, el Dios de David, tu padre: He escuchado tu ora-
ción y he visto tus lágrimas. Te curaré. Dentro de tres días su-
birás a la casa de Yahvé. 6 Te añadiré otros quince años a tus
días y te libraré a ti y a esta ciudad de la mano del rey de Asiria,
y protegeré a esta ciudad por amor de mí y por amor de Da-
vid, mi siervo». 7 Isaías dijo: «Tomad una masa de higos». To-
máronla y se la pusieron sobre la úlcera, y Ezequías sanó. 8 Eze-
quías había preguntado a Isaías: «¿En qué señal conoceré yo
que Yahvé me curará y que al tercer día subiré a la casa de
Yahvé?» 9 Isaías le respondió: «He aquí la señal por la que co-
nocerás que Yahvé cumplirá la palabra que ha pronunciado:
La sombra avanzará diez grados o retrocederá diez grados».
10 Y Ezequías dijo: «Poca cosa es que avance diez grados; no
así que retroceda diez grados». 11 Entonces Isaías, profeta, in-
vocó a Yahvé, que hizo retroceder diez grados la sombra en el
reloj de Ajaz. 12 Por este tiempo, Merodacbaladán, hijo de Ba-
ladán, rey de Babilonia, mandó una carta y un presente a Eze-
quías, pues había tenido noticia de su enfermedad. 13 Ezequías
dio audiencia a los mensajeros y les enseñó todos sus tesoros,
la plata, el oro, los aromas y el aceite refinado, el arsenal y todo
cuanto de precioso había en el tesoro. Nada hubo que Ezequías
no les enseñara, en la casa y en todas sus dependencias. 14 Isaías,
profeta, vino luego a Ezequías y le dijo: «¿Qué han dicho esas
gentes que han venido a ti?» Ezequías contestó: «Vienen de
tierra lejana, de Babilonia». 15 Isaías añadió: «¿Qué es lo que
han visto de tu casa?» Ezequías respondió: «Han visto todo
cuanto hay en la casa; les he enseñado todo mi tesoro, sin dejar
nada». 16 Entonces Isaías le dijo a Ezequías: «Escucha la pala-
bra de Yahvé: 17 Tiempo vendrá en que será llevado a Babilo-
nia todo cuanto hay en esta casa, todo cuanto atesoraron tus
padres hasta hoy, sin quedar nada. 18 Y de los hijos que de ti
saldrán, de los engendrados por ti tomarán para hacer de ellos
eunucos del palacio del rey de Babilonia». 19 Ezequías respon-
dió a Isaías: «Buena es la palabra de Yahvé que has pronuncia-
do. Que durante mi vida haya paz».

Con una indicación cronológica vaga introduce el autor sagrado el relato de la enfermedad y curación de Ezequías, que, con algunas variantes, aparece en Is 38,1-8.21-28. Dos noticias (v.6 y 12) dan a entender que la escena se desarrolló antes de la invasión de Senaquerib. El rey curará en el plazo de tres días, sobreviviendo otros quince años. Por indicación del profeta Isaías le aplican sobre la úlcera una cataplasma. Entre los orientales se empleaban los emplastos de higo para curar úlceras e inflamaciones [1]. Como puede observar el lector, el v.7 está desplazado de su contexto, debiendo colocarse después del v.11. No siendo instantánea la curación, pide Ezequías una confirmación de la promesa que se le hace. Accede Isaías a dársela, preguntando al rey lo que prefería, o que

[1] PLINIO, *Hist. Nat.* 23,7; SAN JERÓNIMO, *In Is:* PL 24,396.

avanzara diez grados la sombra o que retrocediera otros tantos. Había en el palacio un reloj solar, llamado cuadrante de Ajaz por haberlo colocado allí él. Para Isaías era indiferente hacer avanzar o retroceder la sombra que señalaba las horas. Al rey, en cambio, le parecía más fácil que, a medida que avanza el día, lo haga también la sombra; lo difícil para él era hacerla retroceder. Por el contexto no aparece del todo claro si se trata de un cuadrante solar o de una escalera que construyó Ajaz. Los *ma aloth* (Is 38,8) pueden significar, o bien los peldaños o gradas de una escalera, o los grados marcados sobre un cuadrante. Anota Garofalo que el milagro no debe entenderse en el sentido de que las leyes físicas se suspendieran con una inversión del movimiento de rotación de la tierra, sino en el sentido de una refracción de los rayos solares.

Hemos mencionado más arriba la visita de los enviados de Merodacbaladán (Is 39,1) a Ezequías en tiempos de su enfermedad. Merodacbaladán pretendía ocupar el trono de Babilonia, en donde reinó los años 721-710, y el 703, en que fue vencido definitivamente por Senaquerib, viéndose obligado a huir a Beth-Yakin, al sur de Babilonia. Esta embajada pudo tener lugar en esta segunda etapa de su reinado. No podía Ezequías sospechar que cien años más tarde el rey de Babilonia conduciría a Judá al cautiverio y se apoderaría de todos los tesoros del palacio real y del templo (25,1-21). Reconoce Ezequías que la sentencia divina era buena, alegrándose una vez más de la misericordia de Dios para con él al diferir el castigo hasta muchos años después de su muerte. Maravillosa profecía, tanto por haberse pronunciado con muchos años de anticipación como por haber predicho el hundimiento de un imperio que dominaba en todo el Próximo Oriente.

El acueducto de Ezequías (20,20-21)

20 El resto de los hechos de Ezequías, todas sus hazañas, cómo
hizo el estanque y el acueducto y trajo las aguas a la ciudad,
¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
21 Ezequías se durmió con sus padres, y le sucedió Manasés,
su hijo.

Pensó Ezequías en construir un canal que llevara las aguas de Ain-Sitti-Mariam a través de la colina del Ofel hasta la piscina de Siloé (2 Crón 32,30; Eci 48,17; Is 22,9-11). La obra se hizo famosa en la antigüedad; la ciudad de Jerusalén disponía de agua en su recinto en caso de cerco. El canal fue descubierto en 1838 por Robinson [2]. Más tarde, en 1880, un alumno de la Escuela Industrial comunicó al arquitecto C. Schick el hallazgo de una inscripción en la pared oriental de la galería. Consta de seis líneas, en las que los mineros celebran en lengua hebrea y caracteres paleohebraicos el momento en que las aguas de la fuente fluyeron a través del canal hasta la piscina de Siloé [3].

[2] «Biblical Researches», vol.1 (1856) 139ss.
[3] Damos su traducción, incluyendo entre paréntesis las palabras que faltan en el texto a causa de haberse roto la piedra en varios pedazos en el momento de arrancarla de su lugar:

En tiempos de Ezequías se incrementaron los conatos de cultura, recogiéndose los proverbios de Salomón (Prov 25,1). En Is 38,10-20 se reproduce un himno que parece haber compuesto el mismo rey. También favoreció la música en el templo (2 Crón 29, 30). En vida suya ejerció parte de su ministerio el profeta Isaías, que fue para él un válido consejero.

Manasés, rey de Judá (21,1-18)

1 Doce años tenía Manasés cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y cinco años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jafsiba. 2 Hizo el mal a los ojos de Yahvé, según todas las abominaciones de las gentes que Yahvé había arrojado ante los hijos de Israel. 3 Reedificó los altos que Ezequías, su padre, había destruido; alzó altares a Baal, levantó una «asera», como había hecho Ajaz, rey de Israel, y se prosternó ante todo el ejército de los cielos y le sirvió. 4 Alzó altares en la casa de Yahvé, de la que Yahvé había dicho: «Pondré mi nombre en Jerusalén». 5 Alzó altares a todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Yahvé. 6 Hizo pasar a su hijo por el fuego; se dio a la observación de las nubes y de las serpientes, para obtener pronósticos, e instituyó evocadores de los espíritus y adivinadores del porvenir. Hizo enteramente lo que es malo a los ojos de Yahvé, para irritarle. 7 También alzó en la casa de Yahvé la «asera», en la casa de que Yahvé había dicho a David y a Salomón, su hijo: «En esta casa, en Jerusalén, que he elegido entre todas las tribus de Israel, yo pondré para siempre mi nombre. 8 No haré errar más el pie de Israel fuera de la tierra que yo he dado a sus padres, siempre que ellos cuiden de poner por obra los mandamientos y las leyes que yo he prescrito a mi siervo Moisés». 9 Pero ellos no obedecieron, y Manasés fue causa de que se descarriaran e hicieran el mal, más todavía que las gentes que Yahvé había destruido ante los hijos de Israel. 10 Entonces Yahvé habló por medio de sus siervos los profetas, diciendo: 11 «Por haber cometido Manasés, rey de Judá, todas esas abominaciones, por haber obrado peor que antes de él obraron los amorreos, por haber hecho pecar a Judá con sus ídolos, 12 he aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Voy a echar sobre Jerusalén y sobre Judá males, que a quien los oyere le retiñirán los oídos. 13 Yo echaré sobre Jerusalén la cuerda de Samaria y la plomada de la casa de Ajab, y fregaré a Jerusalén como se friega un plato, volviéndolo de un lado y de otro. 14 Abandonaré el resto de mi heredad y se lo entregaré a sus enemigos; y serán la presa y el botín de todos sus enemigos, 15 por haber hecho lo malo a mis ojos y haberme irritado desde el día en que sus padres salieron de Egipto hasta hoy». 16 Derramó también Manasés mucha sangre inocente, hasta llenar a Jerusalén de

(lín. 1) «(acabada) la perforación. Y ésta fue la historia de la perforación: mientras (los excavadores alzaban) (2) el pico el uno contra el otro y mientras quedaban todavía tres codos para exca(var, se oy)ó la voz de un hombre que lla (3) maba a otro, porque había una hendidura en la roca de la derecha y de la (izquierda). Y en el día de la (4) perforación los mineros picaban uno contra otro, pico contra pico, y comenzó a correr (5) el agua de la fuente a la piscina (en un recorrido) de mil doscientos codos. Y cien (6) codos era la altura de la roca sobre la cabeza del minero» (D. DIRINGER, *Le Iscrizioni anticoebraiche Palestinesi* [Firenze 1934] 81-110; H. MICHAUD, *Sur la pierre et l'argile* [París-Neuchâtel 1958] 64-72; H. MICHAUD, *Un passage difficile dans l'inscription de Siloé:* VT 8 [1958] 297-302).

un cabo al otro, sobre los pecados que él cometió y que hizo cometer a Judá, haciendo el mal a los ojos de Yahvé. 17 El resto de los hechos de Manasés, cuanto hizo, los pecados a que se entregó, ¿no está escrito en el libro de las Crónicas de los reyes de Judá? 18 Manasés se durmió con sus padres, y fue sepultado en el jardín de su casa, en el jardín de Uza. Le sucedió Amón, su hijo.

Manasés (687-642) sucedió a su padre, Ezequías. Mientras el texto bíblico afirma del padre que no hubo otro semejante a él por su piedad y celo religioso (18,5), de Manasés podría decir que superó a todos por su maldad (Jer 15,4), si exceptuamos al impío Ajaz (v.3). En 2 Crón 33,11-17 se refieren su conversión y buenas obras después de su cautiverio, de todo lo cual nada dice el libro de los Reyes.

Desconocemos los factores que contribuyeron al desviamiento religioso de Manasés. Entregóse al culto pagano (16,3), reparó los altos que había derribado su padre (18,4), levantó altares a Baal y una *asera*, como hizo Ajab (1 Re 16,32-33), adorando a los astros (17,16; Deut 4,19; 17,3). Adoró a Shamas (sol) (Ez 8,16), a la diosa Sin (luna) (Jer 8,2) y a la reina de los cielos, Ishtar (Jer 7,18; 44,17). A estas divinidades construyó altares en el templo de Yahvé; a las divinidades astrales honró con altares en los atrios del templo (1 Re 7,8); favoreció a los adivinos y hechiceros y entregóse a la superstición, leyendo el porvenir en el curso de las nubes (Lev 19, 26; Deut 18,10.14) o por artes de encantamiento. Sacrificó a Moloc su hijo (16,3; 23,10). Puso en el templo la estatua de la diosa cananea *Ashera*, paredra de Baal (23,4.7; 1 Re 18,19). Quizá la reforma de Ezequías, llevada a raja tabla, había soliviantado al pueblo, ya acostumbrado a un régimen de tolerancia religiosa. La reacción de Manasés puede obedecer a este descontento, y más probablemente al influjo de Asiria, cuyo favor quiso ganarse el rey de Judá rindiendo culto a los astros.

El pueblo de Judá, desorientado por Manasés, practicó un sincretismo religioso que tendrá graves repercusiones en el porvenir. Los profetas, en general, sin especificar su nombre, son los voceros de Yahvé encargados de anunciar a Judá su castigo. Ni los amorreos, considerados como los primeros habitantes de Palestina (1 Re 21,26), se portaron tan mal como Manasés. Por lo mismo, como a Samaria, también a Judá le espera el exilio. Este anuncio es duro y hace reteñir los oídos (1 Sam 3,11; Jer 19,3), pero es justo. La cuerda y la plomada juegan su papel en la construcción de una casa (Is 34,11; Am 7,7); el mismo cuidado que se pone en levantar un edificio se tendrá para que la demolición de Jerusalén sea total. Judá es el resto de la heredad de Yahvé, que, al igual que el reino del Norte, será arrojado fuera de su presencia.

Fue, además, Manasés un rey cruel, que derramó mucha sangre inocente. Quizá sus víctimas procedían preferentemente de los círculos sacerdotales y proféticos, que debieron ellos oponerse a la idolatría y profanación del templo. Según una tradición judía (*Talmud*, Sanhed. 103,2), Isaías murió asesinado por orden de Ma-

nasés, quien mandó que el cuerpo del profeta fuera aserrado en trozos (Hebr 11,37). Al morir fue sepultado en el jardín de Uza, o de Ocías. Después de Ezequías, ningún otro rey fue sepultado en la necrópolis real, acaso por estar el cementerio completo. En 2 Crón 33,11ss se refiere que los jefes del ejército asirio apresaron a Manasés, que, cargado de grillos y cadenas, fue llevado a Babilonia, formando parte quizá de los veintidós reyes de Hatti llevados a Nínive (PRITCHARD, 291). Las fuentes asirias no recuerdan este hecho, que pudo producirse en tiempos de la rebelión del rey de Babilonia Shamassumukin (c.648), que capitaneaba una liga antiasiria que abarcaba desde Elam hasta Etiopía. Quizá en su tiempo se produjo la ruptura definitiva entre Asiria y Egipto.

La muerte de Senaquerib, acompañada de la noticia de la guerra civil en Asiria, hizo concebir grandes esperanzas a los pueblos oprimidos. Pero Asaraddón *(Asarhaddon)* (681-669) cortó pronto la oposición empleando métodos brutales. En su viaje hacia occidente destruyó la ciudad de Sidón, construyendo otro pueblo con cananeos deportados [1].

El año 671, Asaraddón atravesó Siria, puso sitio a Tiro y, por la costa mediterránea, se dirigió hacia Egipto al encuentro del ejército de Taraca (19,9), al que venció, apoderándose de Menfis. Impuso a Egipto un tributo anual. De regreso llevóse cautivos a la mujer del faraón, sus hijos e hijas, que hizo trasladar a Nínive junto con un botín considerable. La caña quebrada de Egipto (Is 36,6) había capitulado ante el monarca asirio. De vuelta de Egipto atravesó Palestina y Siria, dejando esculpido su retrato en las márgenes de Nahr el-Kelb, y dos estelas, una en Zengirli y otra en Tell Ahmar. Pudo Manasés caer prisionero de Asaraddón durante su viaje de regreso, uniéndosele a la caravana de cautivos egipcios.

Amón, en el trono (21,19-26)

**19 Veintidós años tenía Amón cuando comenzó a reinar, y
reinó dos años en Jerusalén. Su madre se llamaba Mesulemet,
hija de Jarus, de Yotbá. 20 Hizo el mal a los ojos de Yahvé, como
lo había hecho Manasés, su padre, 21 y siguió en todo el camino
que había seguido su padre. Sirvió a los ídolos a que había ser-
vido su padre y se prosternó ante ellos, 22 apartándose de Yah-
vé, Dios de sus padres, y no siguiendo sus caminos. 23 Los ser-
vidores de Amón conspiraron contra él y mataron al rey en
su casa; 24 pero el pueblo castigó a todos los que habían cons-
pirado contra el rey Amón, y puso por rey a Josías, su hijo, en
lugar suyo. 25 El resto de los hechos de Amón, lo que hizo, ¿no
está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? 26 Fue
sepultado en su sepulcro en el jardín de Uza, y le sucedió Jo-
sías, su hijo.**

A diferencia de su padre, pocos años reinó Amón sobre Judá (642-640). En el aspecto religioso siguió el proceder de su padre.

[1] En cuanto a su rey, dice el prisma B: «Abdi-Milkuti, que ante mis armas había huido al medio del mar, le pesqué fuera de él como a un pez, cortándole la cabeza» (PRITCHARD, 291). A este hecho hace referencia Amós al dirigirse a las mujeres de Samaria, diciendo: «Vienen

Sus mismos servidores conspiraron contra él, matándole. El partido yahvista, constituido en su mayor parte por gente de provincias, castigó a los asesinos, colocando en el trono a Josías, hijo de Amón. Como su padre, fue sepultado en el mausoleo que estaba en el jardín de Uza. La desaparición de Asurbanipal, rey de Nínive (c.631), favorecería la labor reformadora de Josías.

Advenimiento de Josías (22,1-7)

**1 Ocho años tenía Josías cuando comenzó a reinar, y reinó
treinta y un años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jedida,
hija de Adaya, de Boscat. 2 Hizo lo que es recto a los ojos de
Yahvé y siguió en todo el camino de David, su padre, sin apar-
tarse ni a la derecha ni a la izquierda. 3 El año dieciocho del
reinado de Josías mandó el rey a la casa de Yahvé a Safán, se-
cretario, hijo de Asalía, hijo de Mesulam, diciéndole: 4 «Sube a
Helcías, sumo sacerdote, y que reúna el dinero que haya en la
casa de Yahvé y que han recaudado del pueblo los guardias de
la puerta, 5 y lo entregue a los encargados de hacer las obras
en la casa de Yahvé, empleándolo en pagar a los que trabajan
en las obras de reparación de la casa de Yahvé, 6 a los carpin-
teros, a los maestros y albañiles, y en pagar la madera y las pie-
dras talladas para la reparación de la casa. 7 Pero que no se les
exijan cuentas del dinero que se les entregue, por ser gente de
probidad».**

La política religiosa de Judá da un gran viraje con el nuevo monarca, que reinó durante los años 640-609. Su madre llamábase Jedida, *querida*, hija de Adaya, de Boscat, localidad de la Sefela, cerca de Laquis (Jos 15,39). Puede ser que ella influyese decididamente en la formación religiosa del nuevo monarca. El mejor elogio que podía hacerse de él en este sentido era compararlo al rey David, caminando por el sendero recto, sin declinar ni a la derecha ni a la izquierda (Deut 5,32; 17,11; Jos 23,6). El año 622 inició la restauración del templo de Jerusalén, ya purificado con anterioridad de todos los objetos de culto pagano introducidos por Manasés y Amón (2 Crón 34,3). A Safán le confió la administración del dinero recaudado para las obras, que se depositaba en un cepillo colocado junto al altar. En 2 Crón 34,8, Safán se ve asistido por el gobernador de la ciudad y por el cronista o archivero.

Hallazgo del libro de la Ley (22,8-13)

**8 Entonces Helcías, el sumo sacerdote, dijo a Safán, secreta-
rio: «He encontrado en el templo de Yahvé el libro de la Ley».
Helcías dio el libro a Safán, y Safán, escriba, lo leyó; 9 y fue lue-
go a dar cuenta al rey, y le dijo: «Tus siervos han reunido el
dinero que había en el templo y se lo han entregado a los en-
cargados de hacer las obras en la casa de Yahvé». 10 Y añadió:
«El sacerdote Helcías me ha entregado este libro»; y lo leyó**

sobre vosotras días en que os levantarán con bicheros, y a vuestros descendientes con arpones» (4,2). En Sidón recibió Asaradón el homenaje de los reyes siro-palestinenses, de Tiro (Baalu), de Judá (Me-na-si-i = Manasés), de Edom, Moab, Gaza, Acarón (PRITCHARD, 291).

delante del rey. [11] Cuando oyó el rey las palabras del libro de la Ley, rasgó sus vestiduras, [12] y dio esta orden al sacerdote Helcías, a Ajicán, hijo de Safán; a Acbor, hijo de Miqueas; a Safán, secretario, y a Asaya, ministro del rey: [13] «Id a consultar a Yahvé por mí, por el pueblo y por todo Judá, respecto de las palabras del libro que se ha encontrado, porque seguro que es grande la cólera de Yahvé contra nosotros por no haber obedecido nuestros padres las palabras de este libro y no haber puesto por obra cuanto en él se nos manda».

En una de las veces en que Safán y Helcías convinieron en el templo para retirar las limosnas del cepillo, el sumo sacerdote comunicó al secretario real una noticia de gran trascendencia: «He encontrado en el templo el libro de la Ley». ¿En qué lugar lo encontró? ¿En qué circunstancia? ¿Qué se entiende por «libro de la Ley»? ¿Cuál era su contenido? ¿Encontróse todo el Pentateuco o el código de la alianza (Lev c.17-26), todo el Deuteronomio o parte del mismo? El laconismo del relato bíblico da pie a la formulación de todas estas preguntas, para concluir que parte de las mismas no admiten respuesta satisfactoria y definitiva.

No fueron los obreros (Naville), sino el sumo sacerdote el que, revolviendo quizá en un cuarto o departamento donde habíanse arrinconado diversos objetos de culto, topó con el rollo de la Ley [1].

En cuanto a la naturaleza del rollo encontrado discrepan los autores. Unos pocos lo entienden de todo el Pentateuco (Bea). La doble lectura del rollo en un solo día sugiere que se trataba de un trozo literario reducido. Unos (Fries) lo limitan al c.34 del Deuteronomio; otros (Van Hoonacker) al código de santidad (Lev c.17-26). Los más sostienen que Helcías encontró el Deuteronomio, todo (Ricciotti, Vaccari, Landersdorfer) o la parte legislativa del mismo (De Vaux, Dhorme, Clamer). Esta última parece ser la sentencia más probable, ya que en 23,2.21 y 2 Crón 34, 30 se habla del libro de la alianza (Ex 24,7). Este hallazgo sirvió de base para que emprendiera el rey su reforma famosa, en la que predominan las prescripciones contenidas en el Deuteronomio c.12-26 [2].

Las características de la reforma de Josías corresponden al contenido del Deuteronomio: 1) Monoteísmo absoluto, con anulación de los cultos de la gentilidad, especialmente astrales (Deut 4,19; 17,3; 2 Re 23,4-5). 2) Extirpación de la prostitución sagrada (Deut 23, 18-19; 2 Re 23,7). 3) Condenación de la magia (Deut 18,9-14;

[1] En un tiempo debió de estar colocado en el interior o sobre el arca de la alianza, entre los querubines, conforme a una costumbre existente entre los egipcios y los hititas, según la cual los documentos importantes, profanos y religiosos, se colocaban delante de los dioses para que los santificasen y consagrasen con su presencia. Así procedió Tutmosis con el relato de sus hazañas en Megiddo. Sobre todo poníanse bajo la protección de los dioses los textos legislativos. Hammurabi puso su famoso código en el templo de Marduk, en Babilonia y otros muchos santuarios.

[2] S. A. Fries, *Die Gesetzschrift des Königs Josia* (Leipzig 1903); E. Naville, *La découverte de la Loi sous Josias* (París 1910); J. Coppens, *Le réforme de Josias. L'objet de la réforme de Josias et la loi trouvée par Helcias:* ETL 5 (1928) 581-588; A. Alt, *Die Heimat des Deuteronomiuns* (Muenchen 1953) 250-275; P. Buis, *Josias* (París 1958); F. Dummermiuth, *Zur deuteronomischen Kulttheologie:* ZAW 70 (1958) 59-98; A. Jepsen, *Die Reform des Josias:* «Festschrift F. Baumgaertel» (Erlangen 1959) 97-108; V. Maag, *Erwägungen zur deuteronomischen Kultzentralisation:* VT 6 (1956) 10-18; H. H. Rowley, *The Prophet Jeremiah and the Book of Deuteronomy:* «Studies in Old Testament Prophecy presentad to the Th. H. Robinson» (Edimburgo 1950) 157-174.

2 Re 23,24).4) Unidad de santuario (Deut 12,5.11.21; 2 Re 23,8.27). 5) Como aconseja Deut 13,3-4; 19,9; 30,6.10.20, Josías renueva la alianza y la observancia de la Ley «con todo su corazón y toda su alma» (23,3) (Mediebelle).

El oráculo de Jolda (22,14-20)

[14] El sacerdote Helcías, Ajicam, Acbor, Safán y Asaya fueron a la profetisa Jolda, mujer de Salum, hijo de Tecua, hijo de Jarjam, guardarropa que moraba en Jerusalén, en el otro barrio de la ciudad. Una vez que le hablaron, [15] les dijo ella: «Así habla Yahvé, Dios de Israel: Decid al que a mí os ha enviado: [16] Así dice Yahvé: Yo voy a hacer venir sobre este lugar y sus habitantes los males de que habla este libro que el rey de Judá ha leído; [17] porque me han dejado y han quemado perfumes a otros dioses, irritándome con la obra de sus manos, y mi cólera se ha encendido contra este lugar, y no se apagará; [18] pero diréis al rey de Judá, que os envía para consultar a Yahvé: Así dice Yahvé, Dios de Israel: Acerca de las palabras de este libro que tú has oído, [19] por haberse conmovido tu corazón y haberte humillado ante Yahvé al oír lo que yo he anunciado contra este lugar y contra sus habitantes, que serán objeto de espanto y de execración; por haber rasgado tus vestiduras y haber llorado ante mí, yo también te he oído a ti, dice Yahvé, [20] y por eso yo te recogeré a tus padres y serás sepultado en paz, y no verán tus ojos todos los males que yo haré venir sobre este lugar». Ellos llevaron al rey esta respuesta.

Eran raras en Israel las mujeres dotadas del carisma profético. María, hermana de Moisés, y Débora son llamadas profetisas en sentido amplio (Ex 15,20; Jue 4,4). Se da también el nombre de profetisa a la mujer de un profeta (Is 8.3), pero en nuestro texto se trata de una vidente en sentido estricto. Llama la atención que se consulte a esta mujer y no a Jeremías y Sofonías, que habían empezado su ministerio antes de la reforma de Josías. Acaso fue por temor a que tales profetas confirmaran las amenazas que se hallan en sus respectivos libros o porque Jolda habitaba cerca o gozaba de mucha popularidad. Su marido llamábase Salum, hijo de Tecua, hijo de Jarjam, sastre de la corte y posiblemente del templo. A las palabras de los enviados responde la profetisa diciendo que los males de que habla el libro vendrán sobre Jerusalén y sus habitantes en castigo de su pecado de idolatría. Josías bajará en paz al sepulcro de sus padres, no viendo sus ojos los castigos que mandará Dios contra su pueblo.

Josías renueva la alianza (23,1-3)

[1] El rey hizo reunir junto a él a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén, [2] y subió luego a la casa de Yahvé con todos los hombres de Judá y todos los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande; y leyó delante de ellos todas las palabras del libro de la alianza que se había encontrado en la casa de Yahvé.

3 Estaba el rey en pie junto a la columna; e hizo alianza con
Yahvé, de seguir a Yahvé y guardar sus mandamientos, sus
preceptos y sus leyes, con todo su corazón y toda su alma, po-
niendo por obra las palabras de esta alianza escritas en el libro.
Todo el pueblo confirmó esta alianza.

Con el fin de conjurar la amenaza que pesaba sobre su pueblo, reunió Josías a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén (1 Sam 30,26; 2 Sam 19,12). Juntó después a todos los habitantes de la capital y a muchos de provincias, a los que leyó el libro de la alianza (Deut 5,3; 28,69). Nuestro texto menciona a los profetas, de que no se habla en el lugar paralelo de 2 Crón 34,30 que cita a los levitas. Durante la lectura estaba el rey de pie junto a una columna, de las dos que se levantaban delante del templo (11,14; 1 Re 7,15-22). Una vez terminada la lectura del libro, renovó la alianza *(karat haberith,* Ex 24,8) en nombre propio y de todo el pueblo.

Medidas de reforma en Jerusalén (23,4-14)

4 El rey mandó al sumo sacerdote, Helcías; a los sacerdotes
de segundo orden y a los que hacían la guardia a la puerta que
sacaran del templo de Yahvé todos los enseres que habían sido
hechos para Baal, para Asera y para toda la milicia del cielo, y
los quemó fuera de Jerusalén, en el valle de Cedrón, e hizo
llevar las cenizas a Bétel. 5 Expulsó a los sacerdotes de los ído-
los, puestos por los reyes de Judá para quemar perfumes en los
altos, en las ciudades de Judá y en los alrededores de Jerusalén;
a los que ofrecían perfumes a Baal, al Sol, a la Luna, al Zodíaco
y a toda la milicia de los cielos. 6 Sacó a Asera fuera de la casa
de Yahvé, fuera de Jerusalén, al valle de Cedrón, y la quemó
allí, reduciéndola a ceniza, que hizo arrojar a la sepultura co-
mún del pueblo. 7 Derribó los lugares de prostitución idolátri-
ca del templo de Yahvé, donde las mujeres tejían tiendas para
Asera. 8 Hizo venir de las ciudades de Judá a todos los sacerdo-
tes, profanó los altos donde los sacerdotes quemaban perfumes,
desde Gueba hasta Berseba; derribó los altos de los sátiros que
había delante de la puerta del gobernador Josué, a mano iz-
quierda de la puerta de la ciudad. 9 Sin embargo, los sacerdotes
de los altos no subían al altar de Yahvé en Jerusalén, pero co-
mían panes ácimos con sus hermanos. 10 El rey profanó el To-
fet del valle de los hijos de Hinón, para que nadie hiciera pasar
a su hijo o su hija por el fuego en honor de Moloc. 11 Hizo des-
aparecer de la entrada de la casa de Yahvé los caballos que los
reyes de Judá habían dedicado al sol, cerca de la habitación del
camarero Natanmelec, en el atrio. Quemó los carros del sol,
12 demolió los altares que había en la terraza de la cámara alta
de Ajaz, que habían alzado los reyes de Judá, y los altares que
había hecho Manasés en los dos atrios de la casa de Yahvé; y
después de destrozarlos y quitarlos de allí, arrojó el polvo al
valle de Cedrón. 13 Profanó el rey los altos que había al oriente
de Jerusalén, al mediodía del monte de los Olivos, que Salo-
món, rey de Israel, había erigido a Astarté, la abominación de
los sidonios; a Camos, la abominación de los moabitas, y a

Milcom, la abominación de los amonitas. 14 Destrozó los cipos,
derribó las «aseras» y llenó los lugares donde estaban de huesos
humanos.

La obra de la purificación del templo fue confiada al sumo sacerdote Helcías, al que le seguía en dignidad, y a los custodios de las puertas (12,10; 22,4; 25,18). Fueron sacados del templo todos los enseres que habían servido para el culto de los ídolos, quemándolos en el torrente Cedrón y llevando a Bétel sus cenizas. Ignoramos el porqué de esta última medida; el santuario de Bétel será también destruido. Expulsó a los ministros *(kemarim,* Os 10,5; Sof 1,4) de los ídolos y a los que rendían culto a las divinidades astrales (Deut 17,3). Las *mazzaloth,* habitaciones (del babilonio *mazzalat),* son la morada de los dioses, designando especialmente los signos del Zodíaco. La *Ashera,* que representaba a la diosa Astarté (Deut 16,21), fue reducida a cenizas, que se arrojaron en la fosa común (Jer 26,23) del cementerio de «los hijos del pueblo». Las habitaciones que ocupaban los mancebos que se prostituían (Deut 23,18-19; 1 Re 14,24; *quedeshim)* fueron derribadas.

Siendo la unidad del santuario una ley fundamental deuteronómica (c.12), obligóse a todos los sacerdotes *(kohanim)* de Yahvé que estaban al servicio de los santuarios edificados en los altos (1 Re 3,2) a concentrarse en Jerusalén. Con la mención de Gueba (1 Re 15,22) y de Bersabé (1 Re 19,3) señala el autor los límites norte y sur de Judá. Entre los santuarios demolidos figura el de las puertas *(Shearim),* que algunos exegetas cambian en «santuario de los machos cabríos» *(se irim),* llamado así por estar la divinidad representada bajo la forma de estos animales (Lev 17,7; 2 Crón 11,15). No sabemos quién era el Josué de que habla el texto ni dónde se levantaba este santuario. Pudo levantarse junto a una de las puertas del oriente y parte meridional de la ciudad donde ejercían su poder los sátiros (Is 13,21; 34,14). En contra de Deut 18,6-8, a los sacerdotes de los lugares altos, sus colegas de Jerusalén no les autorizaron el ejercicio de sus funciones sacerdotales en el templo, permitiéndoles solamente comer los panes ácimos en la fiesta de Pascua (Ex 12,15; Deut 16,3-4). Parece que se les permitió comer de la carne de los sacrificios reservada a los sacerdotes (Lev 6,9; 10,12). El quemadero *(Tofet),* en el valle de Hinnón, donde se sacrificaban los niños (Jer 7,31-32; 19,6.11.14; 2 Re 16,3; 21,6), fue profanado. El dios al que se sacrificaban es llamado Moloc (Lev 18,21) en todas las versiones, mientras que en el texto masorético recibe las vocales de *boshet,* ignominia. Entre los cananeos y fenicios era llamado Milk. El valle de Hinnón, que en un tiempo fue propiedad de los hijos de Ibinnón, corre al oeste y sur de Jerusalén, juntándose con el Cedrón cerca de la fuente de En-Roguel. Es Hinnón el prototipo de la Gehenna. Acabó también Josías con el culto solar, aludiendo a los carros y caballos del sol, que se utilizaban en las fiestas y procesiones en honor del dios Sol. Los reyes de Judá guardaban en establos especiales estos caballos y carros, de los que cuidaba Natanmelec. Para estos cultos astrales había levantado Ajaz altares sobre

las terrazas (19,13). Los santuarios en honor de los falsos dioses levantados por Salomón en torno a Jerusalén (1 Re 11,5-7.33) fueron derribados. Todas las estatuas y *asheras* fueron quemadas, esparciendo huesos humanos por encima del lugar que ocuparon, con lo cual se profanaba de manera definitiva aquel lugar (Núm 19,11ss). El elenco de ídolos, santuarios, altares y objetos de culto dan una idea de la situación religiosa a que había descendido el reino de Judá. La acción de Ezequías fue parcial (18,4).

Desaparecen los santuarios provinciales (23,15-20)

15 Derribó también el altar de Bétel, el alto que había hecho
Jeroboam, hijo de Nabat, que había hecho pecar a Israel; des-
trozó sus piedras y las redujo a polvo, y quemó la «asera». 16 Cuan-
do Josías se volvía de allí, vio los sepulcros que había en la mon-
taña, y mandó sacar de ellos los huesos y los quemó sobre el
altar, profanándolo conforme a la palabra de Yahvé pronun-
ciada por el hombre de Dios que había anunciado esto. 17 Y
preguntó: «¿Qué monumento es aquel que veo allí?» Los ha-
bitantes de la ciudad le respondieron: «Es el sepulcro del hom-
bre de Dios que vino de Judá y anunció estas cosas que tú has
hecho con el altar de Bétel». 18 Entonces dijo él: «Dejadle en
paz. Que nadie remueva sus huesos». Así se conservaron in-
tactos sus huesos, juntos con los del profeta que procedía de
Samaria. 19 Josías hizo también desaparecer todos los templos
de los altos de las ciudades de Samaria, que habían hecho los
reyes de Israel para irritar a Yahvé; hizo con ellos enteramente
como había hecho con Bétel. 20 Inmoló sobre los altares a todos
los sacerdotes de los altos que había allí, y quemó huesos hu-
manos en el sitio donde habían sido elevados. Después se vol-
vió a Jerusalén.

El santuario de Bétel (1 Re 12,32-33) desapareció, siendo reducido a cenizas. Esta incursión a Bétel prueba que era débil la influencia asiria sobre la parte meridional del reino de Israel. De regreso vio unos sepulcros; mandó sacar de ellos huesos humanos, que quemó sobre el altar, profanándolo (1 Re 12,33; 13,32). Respetó, en cambio, los huesos de los dos profetas de que habla el texto mencionado.

Celebración de la pascua (23,21-23)

21 Luego mandó Josías a todo el pueblo: «Celebrad la pascua
en honor de Yahvé, vuestro Dios, como está escrito en el libro
de esta alianza.» 22 Ninguna pascua semejante a ésta se había
celebrado desde el tiempo en que los jueces juzgaban a Israel
ni durante todo el tiempo de los reyes de Israel y de los reyes
de Judá. 23 El año dieciocho del reinado de Josías se celebró
esta pascua en honor de Yahvé en Jerusalén.

Con grandes fiestas y regocijos celebróse la pascua (2 Crón 35, 1-17). Todo Judá tomó parte en la fiesta de Jerusalén, lo que no había acontecido desde tiempos antiquísimos (Jos 5,10). Hasta entonces celebrábase la pascua en la intimidad de las familias, conforme a Ex 12,7; pero en esta ocasión se cumple el texto de Deut 16,5-6, según el cual «sólo en el lugar que Yahvé, tu Dios, elija... sacrificarás la pascua».

Elogios a Josías (23,24-28)

24 Además, hizo Josías desaparecer a los evocadores de los
espíritus y a los adivinos, los «terafim», los ídolos y todas las abo-
minaciones que se veían en la tierra de Judá y en Jerusalén,
para poner por obra las palabras de la Ley escritas en el libro
que el sacerdote Helcías había encontrado en la casa de Yahvé.
25 Antes de Josías no hubo rey que como él volviera a Yahvé
con todo su corazón, y con toda su alma, y con todas sus fuerzas,
conforme a toda la Ley de Moisés; y después de él no le ha ha-
bido tampoco semejante. 26 Pero, con todo, no desistió Yahvé
del ardor de su gran cólera, encendida contra Judá por todo lo
que había hecho Manasés para irritarle. 27 Yahvé dijo: «Qui-
taré también de mi presencia a Judá, como lo he hecho con Is-
rael, y rechazaré a esta ciudad de Jerusalén, que yo había ele-
gido, y la casa de que yo dije: Allí estará mi nombre». 28 El resto
de los hechos de Josías, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro
de las crónicas de los reyes de Judá?

Acabó Josías con los evocadores de espíritus y adivinos que protegía Manasés (21,6), y que la ley reprueba (Deut 18,11). Los *terafim*, o dioses lares (Gén 31,19.34-35), los ídolos y las abominaciones fueron extirpados de todo el territorio de Judá.

Muerte de Josías (23,29-30)

29 En su tiempo, el faraón Necao, rey de Egipto, subió hacia
el rey de Asiria hacia el río Eufrates. El rey Josías le salió al
paso, y el faraón le mató en Meguiddo, en cuanto le vio. 30 Sus
servidores le llevaron muerto en el carro, trayéndolo de Me-
giddo a Jerusalén, y le sepultaron en su sepulcro. El pueblo
tomó a Joacaz, hijo de Josías, y le ungió rey en lugar de su padre.

En agosto del año 612, Nínive fue conquistada por asalto por la acción combinada del ejército de Babilonia y de los medos; sus habitantes, pasados a filo de espada, y «la ciudad, reducida a un montón de ruinas», como dice la crónica de Gadd [1]. Su último rey, Assuruballit (611-609), reinó en Harrán, esperando la ayuda de su aliado, Egipto. El año 610, los Umman-Manda, al mando de escitas y babilonios, barrieron esta sombra de poderío. El ejército egipcio, acaudillado por Necao II (609-594), llega con retraso en ayuda del rey asirio, tratando de recuperar Harrán. La tardanza en llegar debióse a que a su paso por Palestina salióle al encuentro Josías con la intención de cerrarle el paso, presentándole batalla. Ignoramos el porqué Josías se opuso al ejército egipcio, cuando anteriormente autorizó al de Psamético (663-609). Necao marchaba hacia el Eufra-

[1] J. Gadd, *The Fall of Niniveh. The newly discovered Babylonian Chronicle, no. 21, 901, in the British Museum* (Londres 1923); Pritchard, 304-305.

tes para enfrentarse contra Nabopolasar, rey de Babilonia. Quizá por esto le salió al paso Josías, tratando de congraciarse con el nuevo imperio triunfante de Babilonia. Atravesando Josías todo el territorio de Samaria aprovechando la debilidad y decadencia de Asiria, llegó a Megiddo, en donde esperó a Necao, al que atacó. Al poco de empezar el combate, Josías cayó herido por una flecha disparada por arqueros egipcios. Necao II siguió su marcha hacia el Eufrates, en cuyas orillas se desarrolló la famosa batalla de Karkemish (605). La muerte de Josías apagó en labios de Judá los cantos de alegría por la caída de Nínive (Nahum 1,2-3,13), que había profetizado Sofonías (2,13-15) [2].

Joacaz y Joaquim, reyes de Judá (23,31-37)

31 Veintitrés años tenía Joacaz cuando comenzó a reinar,
y reinó tres meses en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamutal,
hija de Jeremías de Libna. 32 Hizo el mal a los ojos de Yahvé,
enteramente como lo habían hecho sus padres. 33 El faraón
Necao le encadenó en Ribla, en tierra de Jamat, y le destronó,
e impuso a las gentes de la tierra una contribución de cien ta-
lentos de plata y un talento de oro. 34 El faraón Necao puso por
rey a Eliaquím, hijo de Josías, en lugar de Josías, su padre, y le
mudó el nombre, poniéndole el de Joaquim. Cogió a Joacaz
y lo llevó a Egipto, donde murió. 35 Joaquim entregó al faraón
la plata y el oro; mas para reunir este dinero, según la imposi-
ción del faraón, hubo de sacarlo al pueblo, determinando lo
que cada uno había de dar para entregarlo al faraón Necao.
36 Veinticinco años tenía Joaquim cuando comenzó a reinar,
y reinó once años en Jerusalén. Su madre se llamaba Sebida,
hija de Pedaya, de Ruma. 37 Hizo el mal a los ojos de Yahvé,
enteramente como lo habían hecho sus padres.

El pueblo lloró la muerte ignominiosa de su rey (Jer 22,10) en manos de Necao. El mismo Jeremías dedicó una endecha a la derrota de los egipcios en Karkemish (Jer c.46). De estos lamentos quedan vestigios en la literatura apocalíptica, que habla del día «de Armageddón». A la muerte de Josías subió al trono su segundo hijo, Joacaz (609), llamado también Salum (Jer 22,11). De regreso Necao II del Eufrates detúvose en Ribla, en tierras de Hamat, por considerar a Siria y Palestina como herencia recibida de Asiria. Joacaz fue llamado por Necao II a Ribla, desde donde, después de cargarlo de cadenas, fue enviado prisionero a Egipto, donde murió al poco tiempo. Al país impuso un tributo de cien talentos de plata y uno de oro (15,19-20; 18,14-15; 1 Re 9,14). Fue tan corto su reinado, que Jeremías ni siquiera lo menciona (Jer 1,1). La muerte violenta de Josías desencadenó una reacción antiyahvista por no haber salvado Yahvé al piadoso monarca y autor de la reforma que lleva su nombre. ¿Para qué confiar en Yahvé, argumentaba el pueblo, si abandona incluso a sus mejores servidores? El movimiento fue capitaneado por el rey y el elemento oficial.

[2] B. COURROYER, *Le litige entre Josie et Néchao:* RB 55 (1948) 388-396; B. ALFRINK, *Die Schlacht bei Megiddo und der Tod des Josias:* B 15 (1934) 172-184; A. C. WELCH, *The Death of Josias:* ZAW 43 (1925) 255-260; F. CROSS-D. N. FREEDMAN, *Josiah's Revolt against Assyria:* JNES 12 (1953) 56-58.

En lugar de Joacaz nombró Necao II a Eliaquim, al que, en señal de sujeción al monarca egipcio, le cambió el nombre en Joaquim (609-593). No es fácil determinar el porqué impuso Necao al rey de Judá un nombre en cuya composición entra el de Yahvé. ¿Fue acaso para congraciarse con el partido yahvista? Entre ambos monarcas existieron relaciones amistosas. Joaquim pagó la contribución que impuso Necao, para lo cual gravó al país, principalmente a los campesinos (Jer 22,13-19), con muchos impuestos. Por su parte, Necao correspondió a la lealtad de su vasallo dándole pruebas de buena voluntad; a una indicación de Joaquim entregó Necao II al profeta Uría, que se había refugiado en Egipto (Jer 26,22). La conducta religiosa de Joaquim es enjuiciada severamente por el autor sagrado, pudiéndose contar en el número de los últimos reyes de Judá que prepararon la hecatombe final (24,3.9).

Campaña de Nabucodonosor (24,1-7)

1 En su tiempo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, se puso
en campaña. Joaquim le había estado sujeto durante tres años,
pero luego se volvió y se rebeló contra él. 2 Entonces mandó
Yahvé contra Joaquim tropas caldeas, tropas de los sirios,
tropas de los moabitas y de los amonitas; las envió contra Judá
para destruirle, según la palabra que Yahvé había pronunciado
por sus siervos los profetas. 3 No sucedió esto sino por orden de
Yahvé, que quería arrojar a Judá de su presencia a causa de
los pecados cometidos por Manasés, 4 y de la sangre inocente
derramada por Manasés, que había llenado a Jerusalén, que
no quiso Yahvé perdonar. 5 El resto de los hechos de Joaquim,
cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los
reyes de Judá? 6 Joaquim se durmió con sus padres, y le sucedió
Joaquín, su hijo. 7 El rey de Egipto no salió ya más de su tierra,
porque el rey de Babilonia se había apoderado de cuanto era
del rey de Egipto, desde el torrente de Egipto hasta el Eufrates.

Necao II habíase establecido en el norte de Siria, en Ribla, convirtiendo a Karkemish, en la orilla occidental del Eufrates, en baluarte de sus posesiones avanzadas en Asia. A la llegada de las tropas de Nabucodonosor huyó el ejército egipcio hacia el sur, en tanto que oponía una leve resistencia, cubriendo su retirada con ligeras escaramuzas. Las tropas babilónicas atravesaron victoriosas Siria y Palestina. Nabucodonosor llegó a las fronteras de Egipto, dispuesto a entrar en él, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, Nabopolasar (605 a.C.). Acompañado por soldados escogidos, y a través del desierto, marchó precipitadamente a Babilonia para ceñir la corona del imperio. Su rápido paso por tierras de Siria y Palestina, camino de Egipto, no le había permitido ajustar las cuentas con sus soberanos. De ahí que, especulando ellos con el regreso del rey a Babilonia e interpretando su retirada como señal de debilidad, mostráronse remisos en pagar los tributos que se les impusieron. Por otra parte, en Judá iba engrosando cada día el partido de los que eran

favorables a reanudar las conversaciones con Egipto con el fin de crear una coalición antibabilónica. Contra este movimiento pronuncióse repetidamente el profeta Jeremías, recomendando humilde sumisión al rey de Babilonia, por ser ésta la voluntad de Yahvé (Jer 25,1-13; 27,1-22; 29,10). Esta actitud antiegipcia acarreó al profeta la enemistad del partido filoegipcio, que trató incluso de eliminarlo (Jer c.26). De estas intrigas y tratativas con Egipto tuvo noticia Nabucodonosor, el cual visitó de nuevo Palestina, probablemente el año 602, para imponer su dominio efectivo [1]. En castigo de sus intrigas y contactos con Egipto, Nabucodonosor dirigióse a Jerusalén, en donde entró sin encontrar resistencia. El rey Joaquim fue cargado de cadenas, recobrando su libertad solamente al comprometerse con promesa formal a cumplir todas las obligaciones de vasallaje que le imponía el rey de Babilonia. Muchos nobles del país, entre los cuales contábase Daniel, fueron deportados a Babilonia en calidad de rehenes [2].

El rey Joaquim, alentado por el partido filoegipcio, no cumplió las condiciones que se le habían impuesto. De ello tuvo noticia Nabucodonosor, quien, para castigarle, mandó contra él las tropas mercenarias acampadas en Siria y las bandas guerreras de los pueblos de los alrededores, aliados de Babilonia. Su acción fue catastrófica: aldeas enteras fueron arrasadas y saqueadas, asolada la campiña y reducido el país a una situación lamentable (Jer 12,7; c.48-49). Permitió Dios que así sucediera para castigar el pecado de su pueblo, tal como habían predicho los profetas (17,23; 21,10). Todos los territorios de Siria y Palestina que habían pertenecido a Egipto, «desde el torrente de Egipto hasta el Eufrates», pasaron a depender del rey de Babilonia. Joaquín murió en circunstancias misteriosas, que, a juzgar por sus consecuencias, fueron trágicas. De él profetizó Jeremías: «Sepultura de asno será la tuya, cogido y tirado lejos de las puertas de Jerusalén» (22,19); «su cadáver será arrojado al calor del día y al frío de la noche» (36,30). Según 2 Crón 36,8 (versión de los LXX), fue enterrado en el jardín de Uza.

Deportación a Babilonia (24,8-17)

**8 Dieciocho años tenía Joaquín cuando comenzó a reinar,
y reinó tres meses en Jerusalén. Su madre se llamaba Nejusta,
hija de Elnatán, de Jerusalén. 9 Hizo el mal a los ojos de Yahvé,
enteramente como lo había hecho su padre. 10 En este tiempo
subieron contra Jerusalén los servidores de Nabucodonosor,
rey de Babilonia, y la ciudad fue asediada. 11 Nabucodonosor,
rey de Babilonia, llegó a la ciudad mientras sus servidores la
asediaban. 12 Entonces Joaquín, rey de Judá, salió al rey de Babilonia con su madre, sus servidores, sus jefes y sus eunucos.
El rey de Babilonia le prendió el octavo año de su reinado.
13 Sacó de allí todos los tesoros del templo de Yahvé y los tesoros del palacio real; rompió todos los utensilios que Salomón,**

[1] J. Bright, *A New Letter in Aramaie, Written to the Pharaoh of Egypt:* BA 12 (1949) 46-52.

[2] J. I. Nelis, *Note sur la date de la sujétion de Joiaquim par Nabuchodonosor:* RB 61 (1954) 357-391.

**rey de Israel, había hecho para el templo de Yahvé, conforme
a lo que había anunciado. 14 Llevó cautiva a toda Jerusalén, a
todos los jefes y a todos los hombres de importancia, en número de diez mil, con todos los carpinteros y herreros, no dejando
más que a la gente pobre de la tierra. 15 Deportó a Joaquín a
Babilonia, y llevó cautivos, de Jerusalén a Babilonia, a la madre
del rey, a las mujeres del rey, a sus eunucos, a los grandes de
la tierra; 16 a todos los hombres de armas, en número de siete
mil, y a los carpinteros y herreros, en número de mil. A todos
los hombres de valer, aptos para la guerra, el rey de Babilonia
los llevó cautivos a Babilonia. 17 Luego puso por rey, en lugar
de Joaquín, a Matanías, su tío, mudándole el nombre en el de
Sedecías.**

Del rey Joaquín (598) dice el texto que «hizo el mal a los ojos de Yahvé, enteramente como lo había hecho su padre». Semejante proceder iba a desencadenar las iras de Dios contra su pueblo infiel. La conducta de Joaquín, siempre recalcitrante en cumplir las cláusulas que le impuso el rey de Babilonia, exasperaron a éste, que se presentó en Palestina con un gran ejército. Pero el culpable había muerto y ocupaba su puesto Joaquín, llamado también Jeconías (Jer 28,4ss) y *Yekonyahu* (Jer 24,1). Su nombre figura en los *ostraca* de Laquis [3]. El nuevo monarca era débil, tanto que incluso Jeremías habla despectivamente de él (22,24-30). Al poco tiempo de subir al trono, las tropas de Nabucodonosor sitiaron la ciudad de Jerusalén. A los tres meses de cerco abrió el rey las puertas de la ciudad y se entregó al monarca babilónico. Este entró en el templo, que saqueó. Llevó presos al rey, a toda la casa real, a los notables *(sarim)*, a los obreros especializados, artesanos, no dejando en el país más que la gente pobre de bienes y de espíritu. Jerusalén fue tomada los días 13-16 de marzo del año 597 [4]. Al llegar a Babilonia, Joaquín, su familia y nobles fueron encerrados en un castillo. A la muerte de Nabucodonosor fue admitido Joaquín en la corte como comensal del rey (25,27). Entre los prisioneros figuraba el profeta Ezequiel (1,2).

Sedecías, rey de Judá (24,18-20)

**18 Veintiún años tenía Sedecías cuando comenzó a reinar, y
reinó once años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamutal,
hija de Jeremías, de Libna. 19 Hizo el mal a los ojos de Yahvé,
enteramente como lo había hecho Joaquín, 20 por la cólera de**

[3] Sobre los *ostraca* de Laquis, W. F. Albright, *A Supplement to Jeremiah: The Lachis Ostraka:* BASOR 61 (1936) 10-16; *The Lachis Letters after five Years;* ibid. 82 (1941) 18-24; R. de Vaux, *Les Ostraka de Lachis:* RB 48 (1939) 181-206; H. Michaud, l.c., 75-103.

[4] En la Crónica de Babilonia, descifrada en 1956 por D. J. Wisemann, se lee: «El año séptimo, en el mes de Kislew, el rey de Akkad reunió sus tropas y marchó contra el país de Hatti (Siria-Palestina). Puso sitio a la ciudad de Judá, y el segundo día del mes de Adar se apoderó de la ciudad y capturó a su rey. Puso allí a un rey según su corazón, recibió un fuerte tributo y lo envió a Babilonia». D. J. Wisemann, *Chronicles of Chaldean Kings in the British Museum* (Londres 1956); A. Parrot, *Babylone et l'Ancien Testament* (París-Neuchâtel 1956); E. Vogt, *Nova Chronica Babylonica de pugna apud Karkemish et expugnatione Jerusalem:* B 37 (1956) 389-397; Id., *Die neubabilonische Chronik und die Einnhame von Jerusalem:* VT (suppl.), 4 (1956) 67-96; E. R. Thiele, *New Evidence on the Chronology of the Last Kings of Judah:* BASOR 143 (1956) 22-27; Pritchard, l.c., 303-307; D. N. Freedman, *The Babylonian Chronicle:* BA 19 (1956) 50-60.

Yahvé contra Jerusalén y contra Judá, que Yahvé quería arrojar de su presencia. Sedecías se rebeló contra el rey de Babilonia.

Llamábase el rey Matanías, pero el monarca babilónico le impuso el nombre de Sedecías (23,34). Reinó desde 598 hasta 587. Era hermano de Joacaz y tío de Joaquín. Toda esta perícopa (24,18-25,21) se encuentra en Jer 52,1-27. No era Sedecías de malos sentimientos, pero fue débil y de pocos alcances. Quizá le faltaron buenos consejeros; únicamente de noche podía entrevistarse con Jeremías, que siente compasión por él. Ezequiel describe de manera tétrica las condiciones políticas y religiosas de este tiempo. Los sacerdotes violaban la ley, los profetas vaticinaban cosas vanas, los príncipes «son leones rapaces», igual que los ministros del rey (Ez 22,23-31). La idolatría habíase adueñado de Jerusalén; se adoraba al dios del cielo (Ez 8,3), al sol (8,16), a los animales (8,10). Las mujeres lloraban al dios Tammuz (8,14). Los verdaderos profetas eran objeto de mofa (12,21), mientras triunfaban los falsos. En el pueblo existían diversas tendencias políticas, que torpedeaban toda unidad de acción. En tales circunstancias, la prudencia aconsejaba que el reino de Judá se amoldara al régimen de vida que le imponía Babilonia y no intentara rebelarse contra su dueño. La experiencia demostraba que Egipto no tenía poder suficiente para enfrentarse con Babilonia. Por lo mismo, querer sacudir el yugo en estas condiciones equivalía a un suicidio colectivo.

A la muerte de Necao (594) subió al trono de Egipto el faraón Psamético II (594-588), que intentó un ataque contra Babilonia, penetrando por mar en la región filistea. Para oponerse a la nueva invasión, Nabucodonosor fijó su cuartel general en Ribla (25,6), hecho que se conoce por una inscripción hallada en el *wadi Brisa* (Líbano). El rey de Babilonia estaba atento a cualquier intento de ataque contra el imperio.

Sitio de Jerusalén (25,1-7)

1 El año noveno del reinado de Sedecías, el día diez del mes
décimo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino con todo su
ejército contra Jerusalén, acampó ante ella, y levantaron con-
tra ella ingenios en derredor. 2 La ciudad estuvo cercada hasta
el año undécimo del reinado de Sedecías. 3 El día nueve del
cuarto mes del año undécimo de Sedecías era grande el ham-
bre en la ciudad, y no había ya pan para la gente del pueblo.
4 Entonces abrieron brecha en la ciudad, y toda la gente de
guerra huyó de noche por el camino de la puerta entre los mu-
ros, cerca del jardín del rey, mientras los caldeos tenían cercada
la ciudad. Los huidos tomaron el camino del Arabá; 5 pero el
ejército de los caldeos persiguió al rey y le dio alcance en los
llanos de Jericó, y todo su ejército se dispersó, dejándole. 6 Apre-
saron al rey y le llevaron al rey de Babilonia, a Ribla, y le sen-

tenciaron. 7 Los hijos de Sedecías fueron degollados en su pre-
sencia; a Sedecías le sacaron los ojos, y, cargado de cadenas de
bronce, le llevaron a Babilonia.

Nabucodonosor quiso acabar con las veleidades de Judá cortando definitivamente sus contactos con Egipto. Al aparecer el rey Psamético en Palestina el año 590, algunos judíos enroláronse en su ejército. Los falsos profetas anunciaban el ocaso de Babilonia y el encumbramiento de Egipto (Jer 27,29); Sedecías, a pesar de haber jurado fidelidad a Nabucodonosor, dejóse arrastrar por la corriente filoegipcia. Ofra, el sucesor de Psamético, inició las hostilidades. Pero Nabucodonosor le salió al encuentro en Ribla, dividiendo su ejército en dos cuerpos: uno en dirección a Tiro, y otro, que capitaneaba el mismo monarca, apuntando hacia Judá (Ez 21,24ss). A su paso, las ciudades de Judá cayeron en su poder, menos Laquis, Azeca y Jerusalén (Jer 34,7). En las cartas de Laquis, de que hemos hablado, se reflejan los estertores de estas ciudades, resto del que fue reino de Judá. El 15 de enero del año 588, las tropas de Nabucodonosor presentáronse ante Jerusalén, estrechándola con el cerco. Sedecías llamó en su auxilio al ejército egipcio. No se hizo sordo Ofra a estos gritos de socorro, mandando su ejército a Palestina y comenzando por invadir la Sefela (Jer 21,1ss; Ez 30,20). Temiendo Nabucodonosor ser apresado entre dos fuegos, levantó el cerco de Jerusalén para cortar el avance egipcio (Jer 34,21; 37,5). Aquel contratiempo del rey de Babilonia envalentonó a los del partido filoegipcio, de Jerusalén, que encarcelaron a Jeremías, culpándole de traidor y derrotista (Jer c.37). Sedecías fue a consultarle secretamente el futuro de la ciudad, a lo que respondió el profeta: «Volverán los caldeos a combatir esta ciudad, y la tomarán y la incendiarán» (Jer 37,7). En efecto, los egipcios huyeron ante las tropas de Nabucodonosor (Ez 30,20ss), que volvieron a reunirse en torno a Jerusalén. El hambre comenzó a hacer su aparición en la ciudad. A los dieciocho meses de sitio abrióse una brecha en el muro septentrional, por donde los soldados de Babilonia penetraron en el interior. Sedecías huyó de noche por la puerta que había en el muro del sudeste del Ofel, tomando el camino de Arabá, hacia el valle del Jordán (Jer 52,7; 39,2-4; Deut 1,1-7). Los soldados sitiadores alcanzaron a los fugitivos en las estepas de Jericó (Jos 4,13). A Sedecías condujéronle cautivo a Ribla (23,33), en donde, después de haber presenciado el asesinato de sus hijos, el mismo Nabucodonosor, en castigo de sus traiciones, le arrancó los ojos (Jer 39,6-7; 52,10-11). Después, cargado de cadenas de bronce, mandó Nabucodonosor que fuera llevado a Babilonia a fin de que muriera en un rincón de alguna cárcel de la capital. Jerusalén cayó en 587[1]. Igual suerte corrieron las ciudades de Laquis y Azeca (Jer 34,7).

[1] T. AUERBACH, *Wann eroberte Nebukadnezar Jerusalem:* VT 11 (1961) 128-136; E. VOGT, *Chronologia exeuntis regni Iudae et exsilii:* B 38 (1957) 229-233. Según Vogt, se atacó la ciudad el 4 de enero de 587, fue conquistada el 19 de julio y destruida el 18 de agosto del mismo año.

Saqueo de Jerusalén (25,8-17)

8 El día séptimo del quinto mes—era el año diecinueve del reinado de Nabucodonosor en Babilonia—, Nebuzardán, jefe de la guardia, servidor del rey de Babilonia, entró en Jerusalén, 9 quemó el templo de Yahvé, el palacio real y todas las casas de Jerusalén. 10 Todo el ejército de los caldeos que estaba con el jefe de la guardia, demolió las murallas que rodeaban a Jerusalén. 11 Nebuzardán, jefe de la guardia, llevó cautivos a los que habían quedado en la ciudad, de los que se rindieron al rey de Babilonia, y al resto de la gente, 12 fuera de algunos pobres que dejó, como viñadores y labradores. 13 Los caldeos rompieron las columnas de bronce que había en la casa de Yahvé, las basas, el mar de bronce que había en la casa de Yahvé, y se llevaron el bronce a Babilonia. 14 Cogieron los ceniceros, las tenazas, las palas, los cuchillos, las tazas y todos los utensilios de bronce con que se hacía el servicio. 15 El jefe de la guardia cogió también los braseros y las copas y todo cuanto era de oro y cuanto era de plata. 16 Las dos columnas, el mar, las basas que Salomón había hecho para la casa de Yahvé; todos los utensilios de bronce tenían un peso incalculable. 17 La altura de una columna era de dieciocho codos, y tenía encima un capitel de bronce de tres codos de altura, y en derredor del capitel había trenzados y granadas, todo de bronce; y lo mismo la otra columna.

Nebuzardán fue el encargado de saquear metódicamente la ciudad, a la cual llegó el 15 de agosto del año 586. Empezó por prender fuego al templo y principales edificios. Los soldados abrieron diversas brechas en las murallas de la ciudad, que en gran parte permanecieron en pie (Neh 6,15). Todos los habitantes, exceptuando a algunos agricultores y viñadores, fueron llevados cautivos a Babilonia. Todo lo que quedó en pie en el templo después del incendio fue destruido y demolido; las columnas de bronce (Jer 27,19; 1 Re 1,7.15-22), las basas (1 Re 7,27-39) y el mar de bronce (1 Re 7, 23-26) corrieron esta suerte. Todos los utensilios de valor fueron requisados y llevados a Babilonia. De los objetos de oro y plata se hizo cargo Nebuzardán (Jer 52,15-24).

Castigo de los culpables (25,18-21)

18 El jefe de la guardia cogió a Sarayas, el sumo sacerdote; a Sofonías, el segundo sacerdote, y a los tres guardias del atrio; 19 y de la ciudad, a un eunuco, que tenía a sus órdenes la gente de guerra; a cinco hombres de los consejeros del rey, que fueron encontrados en la ciudad; al secretario del jefe del ejército encargado del alistamiento y a sesenta más del pueblo que se hallaban en la ciudad. 20 Nebuzardán, jefe de la guardia, los cogió y los llevó a Ribla, al rey de Babilonia. 21 El rey de Babilonia les dio muerte en Ribla, en tierra de Jamat. Así fue llevado cautivo Judá lejos de su tierra.

Judá fue llevado cautivo lejos de su tierra. En Palestina quedaba solamente «un resto» (Jer 40,11), un reducido número (Jer 42,2).

Judá parecía un desierto (Jer 44,22; Ez 33,28); por todas partes veíanse ruinas (Jer 45,4; Lam 1,1-2; 4,17; 5,15-16). Dios había castigado con la humillación del destierro la infidelidad de su pueblo.

Godolías, prefecto (25,22-26)

22 Nabucodonosor puso el resto del pueblo que quedaba en la tierra bajo el gobierno de Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán. 23 Cuando los jefes de las tropas supieron, ellos y sus hombres, que Godolías había sido puesto por el rey de Babilonia como gobernador del territorio, vinieron a Godolías, a Misfa, Ismael, hijo de Netanía; Jojanán, hijo de Careaj; Sarayas, hijo de Tanjumet, de Neftoa, y Jazanía, hijo de un macateo, con sus gentes. 24 Godolías les juró a ellos y a sus hombres, diciéndoles: «No temáis nada de parte de los caldeos; quedaos en la tierra, servid al rey de Babilonia, y os irá bien». 25 Pero el séptimo mes, Ismael, hijo de Netanía, hijo de Elisama, de sangre real, vino acompañado de diez hombres, e hirieron mortalmente a Godolías, así como a los judíos y caldeos que estaban con él en Misfa. 26 Entonces todo el pueblo, pequeños y grandes, los jefes y sus tropas, se levantaron y se fueron a Egipto por temor de los caldeos.

Al frente de los pocos que habían quedado en Judá puso Nabucodonosor a Godolías por prefecto. Este nombre figura en un sello encontrado en *Tell el-Duweir*, como perteneciente al maestro de palacio en tiempos de Sedecías, cargo que pudo ejercer Godolías [2]. Era éste un hombre bueno, prudente, amigo de Jeremías, generoso, que acogía a todos amablemente, dándoles saludables consejos. Estableció su residencia en Misfa (v.25,), con Jeremías por consejero (Jer 39,11-15; 40,1-6). Cierto Ismael, de estirpe real, sobornado por los amonitas, asesinó al prefecto y a todos los caldeos que estaban con él. Jeremías relata largamente este lamentable episodio (40,14-41,16). Por temor a represalias, el pueblo emigró a Egipto (Jer 4,17-18), arrastrando por la fuerza al profeta Jeremías (Jer 42,1-43,7). De esta manera desaparecía de Palestina aun el resto que había dejado Nabucodonosor.

Joaquín, fuera de la prisión (25,27-30)

27 El año treinta y siete de la cautividad de Joaquín, rey de Judá, el día veintisiete del duodécimo mes, Evil Merodac, rey de Babilonia, el año primero de su reinado, alzó la cabeza de Joaquín, rey de Judá, y le sacó de la prisión. 28 Le habló con benevolencia, y puso su trono por encima de los tronos de los reyes que con él estaban en Babilonia. 29 Le hizo quitar sus vestidos de preso, y ya siempre comió a su mesa todo el tiempo de su vida. 30 El rey proveyó constantemente a su mantenimiento todo el tiempo de su vida.

Estos versos se encuentran en Jer 52,31-34. Quiso Nabucodonosor vengar la muerte de Godolías enviando a Palestina un contin-

[2] R. DE VAUX, *Le Sceau de Godolías. Maître du palais:* RB 45 (1936) 96-102; MICHAUD, l.c., 104-109; PARROT, *Babylone et l'Ancien Testament* 80.

gente militar que devastara el país y deportara (año 582) a los que allí quedasen (Jer 52,30). Para reemplazarlos no se mandaron colonos de Babilonia; el país permaneció mucho tiempo abandonado, desierto, penetrando poco a poco en él los pueblos circunvecinos de los amonitas, árabes y edomitas (Ez 35,5-12; 36,2-5; Abd 10-16). Los judíos fieles volvían sus ojos hacia la ciudad de Jerusalén, adonde acudían, según sus posibilidades, para orar y ofrecer sacrificios (Jer 41,4-5).

Pero el pueblo de Judá comía el pan del exilio, llorando su desgracia junto a los sauces de los ríos de Babilonia, acordándose de Sión (Sal 136,1ss). Dios los había arrojado de su heredad, de su presencia, a causa de sus muchos pecados. El exilio será una buena ocasión para que Israel reflexione sobre las causas de su desgracia y expíe su pecado con una sincera penitencia. Para el pueblo de Judá era también el exilio una pena medicinal. En Babilonia, Joaquín dejaba atrás los barrotes de la prisión a los treinta y siete años de su cautiverio y era admitido por Evil Merodac (562-559) en su mesa durante todo el tiempo de su vida. Los honores reales que se reconocen en él anuncian la gloria y la restauración judía (Jer 52, 32-33) [3]. Dios no olvidaba a su pueblo, mostrándose fiel a su mucha misericordia aun en los momentos que le azotaba.

[3] E. F. Weidner, *Jojachin König von Juda in babilonischen Keilschriftentexte:* «Mélanges R. Dussaud», II (París 1941) 923-935; W. F. Albright, *King Joiachin in Exile:* BA 5 (1942) 49-55; A. Bea, *König Jojachin in Keilschriftentexten:* B 23 (1942) 79-82; A. Malamat, *Jeremiah and the Two Last Kings of Judah:* PEQ 83 (1951) 81-87. Conforme a la profecía de Jeremías (22,30), ninguno de los hijos de Joaquín nacidos en el exilio (1 Crón 3,17ss) subió al trono. Le sucedió su tío Sedecías.

CRONICAS

INTRODUCCION

Los libros de las Crónicas formaban en un principio un solo volumen, que los LXX, al igual que hicieron con los de Samuel y Reyes, dividieron en dos. En el hebreo llevan el título *Dibre hayyamim (palabras, cosas de los días,* expresión que equivale a anales, crónicas). Esta última denominación empleó San Jerónimo al considerar el libro como «Chronicon totius divinae historiae» (PL 28,554) o «Instrumenti veteris epitomen» (PL 22,548). Lutero adoptó y generalizó el título jeronimiano de Crónicas. Los LXX dieron a la obra el título de 1 y 2 libro de los *Paraleipómenon,* por creer que su autor quiso completar las historias de los libros de Samuel y de los Reyes, recogiéndose noticias que allí habíanse omitido o dejado de lado.[1] Pero el libro es una historia independiente y autónoma. Créese que el libro formaba parte originariamente de los actuales libros de Esdras y Nehemías.

Lugar en el canon

En las Biblias hebraicas actuales las Crónicas van al final, lugar que ocupaban ya en tiempos de Jesucristo (Mt 23,35; 2 Crón 24, 20ss). En las ediciones del texto griego y latino, las Crónicas siguen a los libros de los Reyes y preceden a los de Esdras y Nehemías. Hemos dicho que éstos originariamente formaban un todo con los de las Crónicas, con los cuales se parecen en cuanto al estilo, vocabulario, composición, ideas fundamentales, predilección por las genealogías, interés por el culto, relieve concedido al sacerdocio, levitas, cantores y porteros. A estos argumentos debe añadirse que los dos últimos versos de las Crónicas (36,22-23) se reproducen exactamente en Esd 1,1-4. Cuando el libro de las Crónicas se desgajó del de Esdras, quedaron en aquél los primeros renglones con que empezaba éste.

Texto

El texto hebreo, salvo el de Crón c.1-9 (San Jerónimo, *In librum Paralipomenon praefatio)* se ha conservado en buen estado, aunque no perfecto. Los textos de otros libros canónicos que utilizó el autor no concuerdan con el texto masorético actual, lo que confirman los textos hebraicos de Qumrân [2], más afines al de los LXX. El de éstos sigue de cerca el texto hebreo, salvo algunas excepciones. Luciano tiende a armonizar el texto con el de los libros de Samuel y Reyes. El texto de la Vetus Latina según la primera Biblia ma-

[1] P. Audet, *A Hebrew-Aramaic List of Books of the Old Testament in Greek Transcription:* «Journal of Theological Studies», 1 (1950) 135-154.

[2] F. M. Cross, *A new Qumrân biblical Fragment related to the Original Hebrew underlying the Septuaginta:* BASOR 132 (1953) 15-26; Id., *The Ancient Library at Qumrân and Modern Biblical Studies* (Londres 1958) 140-145.

nuscrita de Alcalá (s.x), conservada en Madrid, representa un texto de una antigua versión latina emparentada con la que utilizó Lucifer de Cagliari y proviene de una versión griega distinta de la de los LXX [3]. La Vulgata traduce fielmente.

Autor y fecha de la composición

La unidad primitiva de composición de las Crónicas y el libro de Esdras ha llevado a algunos autores católicos a adherirse a la opinión del Talmud *(Baba Bathra* 15a), según la cual Esdras «escribió su libro y la genealogía del libro de las Crónicas hasta él». Pero es más probable que el autor, muy probablemente levita, sea posterior a Esdras, sin que nos sea posible señalar su nombre, ni siquiera precisar el tiempo exacto en que vivió y en qué fecha puso manos a la obra. Faltando datos históricos sobre el particular, se hace preciso recurrir al examen del texto.

Encontramos en el texto indicios claros de que el autor de las Crónicas es posterior a Esdras. En 2 Crón 36,22-23 se habla del decreto de Ciro (año 537 a. C.); en 1 Crón 29,7 se menciona el dárico *(adarkonim)*, lo que nos traslada a un tiempo posterior a Darío I (522-486). En 2 Crón 36,20 supone que el imperio persa no existía ya. La lista de los descendientes de David (1 Crón 3,22-24) nos lleva hacia el año 350. En Nehemías (12,22) se dice que desde Eliasib hasta el reinado de Darío se confeccionaron los censos de los sacerdotes y levitas. Uno de los sumos sacerdotes mencionados es Yadúa, del cual escribe Flavio Josefo que fue contemporáneo de Alejandro Magno *(Ant. Iud.* 11,7,2), de lo que se deduce que el autor escribió hacia el año 300. M. Noth [4] señala la fecha de composición entre los años 300-200 a. C. El autor del Eclesiástico (hacia el año 180 a. C.) habla de la institución de los levitas cantores por el rey David (47,11), inspirándose quizá en el testimonio del libro de las Crónicas. Eusebio *(Praeparatio Evangelica* 9,30-34: PG 21,747-8) da a entender que Eupolemos (158-157 a. C.) utilizó una versión griega de 2 Crón 1,2-15.

Las particularidades lingüísticas del libro tienden a probar la composición tardía de la obra. En resumen, las características del libro responden a una fecha bastante adelantada en el curso del siglo III a. C. Dado que el autor se esfuerza por concentrar la atención de los lectores en torno al templo, puede deducirse que escribe en la época en que el yahvismo se encontraba en situación comprometida por razón de los esfuerzos conjugados del cisma samaritano, que tomó gran incremento a partir del año 350 y llega a su punto álgido con la construcción del templo sobre el monte Garizim, la confabulación de los sumos sacerdotes sucesores de Simón I el Justo con los Tobiadas y el apoyo financiero de Tolomeo III Evergetes. Esto nos lleva de nuevo a la segunda mitad del siglo III a. C. Hemos dicho antes que el autor procede de los círculos de los levitas; se

[3] R. WEBER, *Les anciennes versions latines du deuxième liv. des Paralipomènes* (Collectanea Biblica Latina, VIII, Roma 1945); A. MERCATI, *Nuove note di litteratura biblica e cristiana* (Roma 1941) 127-134.
[4] *Überlieferungsgeschichtliche Studien* I (Halle 1943).

complace en dar sus genealogías, señalar el cometido de las clases levíticas inferiores, tales como músicos, cantores y porteros. Tiene frases nada halagadoras para los sacerdotes (2 Crón 5,11; 29,34).

Contenido

La obra del cronista puede dividirse en dos partes: 1) Introducción (c.1-9). 2) Historia de los reyes de Judá (1 Crón 10,1; 2 Crón c.36). Alude el autor a las vicisitudes del establecimiento del reino de Yahvé en Israel, y para ello parte del primer hombre, Adán, llegando por vía de exclusión hasta David. Hace hincapié en las genealogías de la tribu de Judá y de Leví; a la familia de David se le concede un trato de favor. Si las genealogías sirven de introducción al reinado de David y si éste es considerado como jefe ideal del reino teocrático, es porque el cronista se propone enfocar la historia de su pueblo desde un ángulo particular: el de la teocracia, fundada sobre las promesas hechas por Yahvé a la dinastía davídica (2 Crón 6,4-11.42; 21,7). En semejante perspectiva es natural que el reino de Judá atraiga su atención [5].

En la segunda parte se extiende largamente en los reinados de David (1 Crón c.10-29) y de Salomón (2 Crón 1-9). Al primero prometió Dios una descendencia perpetua en el trono de Judá. David, del cual se callan todas las debilidades capaces de empañar su figura, correspondió a la liberalidad divina promoviendo y preparando eficazmente la construcción del templo y asegurando el esplendor de su culto. Salomón fue el que realizó el ideal de su padre, David. Dejó de lado a los reyes del reino del Norte, separados de la comunidad de Israel por el cisma político-religioso (2 Crón 13,5) y fija su atención en los de Judá, deteniéndose en aquellos que se distinguieron por su celo por la buena marcha del culto en el templo, Ezequías y Josías. De los 822 versículos del segundo libro de las Crónicas, 201 están dedicados a Salomón (1,1-9,31), 102 a Josafat (17,1-21,1), 117 a Ezequías (29,1-32,33) y 60 a Josías (34,1-35,27). De los reyes de Israel habla incidentalmente por su intervención en la política de los de Judá. La prosperidad de cada monarca de Judá se mide por la fidelidad del monarca al pacto de la alianza establecido entre Yahvé y David (2 Crón 13,5). Judá es el verdadero Israel, nombre que muchas veces se le aplica (2 Crón 12,6; 19,8; 21,4). Sus reyes, especialmente David y Salomón, son los representantes de Yahvé para con *su* pueblo y *su* reino. Israel es una teocracia, que consiste en la elección de Israel y de Jerusalén, donde David tiene su palacio y Yahvé su templo. Después de David y de Salomón, esta teocracia estuvo a punto de desaparecer, a causa de la infidelidad a la Ley de Dios por parte de los reyes y del pueblo. Por su justicia debía Dios abolir esta teocracia; pero, de la misma manera que la había instaurado por una gracia especial, la conservó y mantuvo a causa de su misericordia. La duración eterna de la dinastía davídica es un elemento esencial de la teocracia.

[5] BRUNET, *Le Chroniste et ses sources* 348.

Fuentes de información

El autor sagrado utilizó fuentes canónicas y extrabíblicas; unas veces las cita explícitamente, otras no. Incorpora en su libro textos del Génesis, Exodo, Números, Josué, 1 y 2 de Samuel, 1 y 2 de los Reyes. Sin embargo, nunca menciona explícitamente estas fuentes canónicas, a pesar de utilizarlas a partir de 1 Crón c.10 de manera masiva [6].

Las principales fuentes extrabíblicas, históricas y proféticas, son: A) HISTÓRICAS: 1) *Crónica del rey David* (1 Crón 27,24); 2) *Libro de los reyes de Israel* (1 Crón 9,1; 2 Crón 20,34); 3) *Actas de los reyes de Israel* (2 Crón 33,18); 4) *Libro de los reyes de Israel y de Judá* (2 Crón 27,7; 35,27; 36,8); 5) *Libro de los reyes de Judá y de Israel* (2 Crón 16,11; 25,26; 28,26; 32,32); 6) *Midrash del libro de los reyes* (2 Crón 24,27). Es parecer de muchos exegetas que los libros de los números 2, 3, 4 y 5 son una misma obra que se cita diversamente por no tener todavía un título reconocido oficialmente. ¿Lo es también el *Midrash* del libro de los reyes? A juzgar por su género literario no hay duda alguna. Es posible, escribe Podéchard, que el *Libro de los reyes* sea una misma cosa con el *Midrash* del mismo nombre. Del hecho de que este libro de los reyes, a juzgar por su contenido, era también un *Midrash*, hace que esta simple posibilidad se convierta en una probabilidad seria [7].

B) FUENTES PROFÉTICAS: 1) *Actas de Samuel el vidente* (1 Crón 29,29); 2) *Actas de Natán profeta* (1 Crón 29,29; 2 Crón 9,29); 3) *Actas de Gad el vidente* (1 Crón 29,29); 4) *Profecía de Ido* (2 Crón 9, 29; 12,15); 5) *Actas de Semeyas profeta* (2 Crón 12,15); 6) *El Midrash del profeta Ido* (2 Crón 13,22); 7) *Actas de Jehú, hijo de Janani* (2 Crón 20,34); 8) *Historia de Ozías* (2 Crón 26,22); 9) *La visión de Isaías* (2 Crón 32,32); 10) *Actas de los videntes* (2 Crón 33,19); 11) *Libro de Ajías, silonita* (2 Crón 9,29); 12) *Lamentaciones de Jeremías* (2 Crón 35,25), de contenido más amplio que las del libro canónico. ¿Cada uno de estos libros existía por separado o circulaba en forma de antología profética? ¿Deben o no identificarse las fuentes proféticas con los libros históricos mencionados antes? ¿Son o no ficticias tales citaciones? Discuten los autores sobre estos puntos. Parece que existía un escrito que contenía el texto de varios oráculos proféticos atribuidos a diversos *nabis;* en lugar de escritos individuales y por separado circulaban antologías proféticas con los textos de los oráculos pronunciados por los videntes en tiempos y circunstancias dispares. Para su obra consultó el autor las fuentes históricas y proféticas; la distinción entre ambas colecciones es manifiesta, a juzgar por 2 Crón 32,32; 33,18-19.

Además de las fuentes que cita explícitamente, consultó el autor listas genealógicas confeccionadas acaso al regreso de la cautividad, cuando se sintió la necesidad de que cada «hijo de la cautividad» probase o bien su ascendencia judaica o los derechos que algunos alegaban para ejercer las funciones sacerdotales (Neh 7,61-65; 12,

[6] A. CLAMER, *Paralipomènes:* DTC 5,2135-2136; VANNUTELLI, *Libri synoptici V. T.*
[7] RB 23 (1915) 241; GÖTTSBERGER, 6; BRUNET, DBS 1236: «Ceci nous engagerait à voir dans ce (sixième) tître un équivalent des quatre premiers».

22-23). La lista de los guerreros de las doce tribus (1 Crón 12, 24-38) tiene indicios de ser de origen popular. En fin, sin que nos sea dado ver y discernir cuántas y de qué naturaleza fueron las fuentes escritas que tuvo el autor a su disposición, no cabe perder de vista que muchas informaciones llegaron a su conocimiento por tradición oral.

Manera de utilizar las fuentes

Si el autor recurre a fuentes preexistentes, no es para ajustarse a ellas estrictamente, sino servirse libremente de las mismas de acuerdo con su finalidad pragmático-religiosa. Desde el primer capítulo se observa en su obra una mezcla de fidelidad y libertad frente a las fuentes. Esta libertad de acción está condicionada a un fin suprahistórico: la historia, más que término, es medio para un fin. El fin religioso no fluye o se desgaja del relato histórico, que muchas veces tiene para el autor valor de ejemplo; algunos han calificado al libro de catecismo con ejemplos. Debe examinarse en cada caso hasta qué punto responde el autor de la objetividad histórica del hecho.

Valor histórico

En las Crónicas aparece un género literario característico del tiempo: el *midrash*, que consiste en examinar los textos antiguos con vistas a una explicación conforme a los tiempos presentes. En realidad es un género edificante y explicativo ligado íntimamente a la Escritura, en el cual la parte amplificada es real, pero secundaria y subordinada siempre al fin religioso esencial, que es poner de manifiesto la obra de Dios, la palabra de Dios. En los libros históricos, escribe Lusseau, las fuentes, sean canónicas o no, se utilizan con el designio bien definido de adaptarlas, embelleciéndolas, a las necesidades de una tesis, conforme a la exégesis tradicional de una época [8]. Su libro es una historia dirigida, o mejor, una meditación sobre la historia, con tendencia a darle una actualidad conforme a las preocupaciones de los tiempos presentes. Coloca en el centro de la historia el reino de David, al que atribuye toda la legislación del culto del santuario, desplazando en cierta manera a Moisés (1 Crón c.22-29). Esta transposición histórica pone de manifiesto el desarrollo de las ideas religiosas al mismo tiempo que descubre el fin inmediato que el autor se propuso, que fue el de fundamentar los privilegios de los levitas. De esta manera el cronista se sirve de materiales antiguos, que pone al servicio de sus concepciones teológicas y sus puntos de vista apologéticos [9]. Su libro es una síntesis de las concepciones proféticas y de las preocupaciones levíticas.

[8] *Introduction à la Bible* 1,723.
[9] R. BLOCH, *Midrash:* DBS 5,1271; C. CAMPS, *Midrash sobre la historia de les plagues:* «Miscellanea Biblica Ubach» (Montserrat 1953) 97-114. «Speculation doctrinale et édifiante sur la base des anciens textes et des anciennes traditions» (ROBERT, *Initiation Biblique* [París 1954] 307).

Doctrina religiosa

Se propone el autor inducir a sus lectores a mantenerse fieles al pacto de la alianza concluido entre Dios y David. Como condición indispensable para pertenecer a esta comunidad davídica se requiere fidelidad a Yahvé. Dios mantendrá en pie todas las promesas a condición de que su pueblo se someta a sus preceptos y mandamientos, tal como están escritos en la Ley de Moisés. A Dios se le debe un culto digno en el santuario de Jerusalén; alejarse del templo equivale a apostatar de Dios. «Más que cualquier otro libro histórico del A. T., el de las Crónicas pretende que sus lectores vuelvan la mirada hacia el que el profeta Ezequiel llama el «único pastor», «David, mi siervo» (36,22), «el verdadero justo», de Jeremías (23,5); «el niño», de Isaías (9,5); «el que debe ser jefe supremo de Israel» (Miq 5,1), es decir, hacia Cristo, el apogeo y término final de Israel, que, por su vida y por su muerte, pondría las bases de una teocracia que ningún adversario podrá aniquilar jamás» [10].

Canonicidad

El libro fue admitido, no sin lucha, en el canon judío, quizá después del concilio de Jamnia (hacia el año 95 d. C.), cuando los saduceos habían perdido su hegemonía, que les arrebataron los fariseos. La secta de Jirbet Qumrán se inspira en el espíritu del cronista: «el mismo ideal comunitario, idénticas exigencias morales, el mismo culto de la Ley y el mismo respeto por el sacerdocio de Aarón» (Cazelles). La iglesia cristiana recibió sin dificultad en el canon el libro de las Crónicas, salvo acaso la iglesia siriaca.

BIBLIOGRAFIA

A) Comentarios

L. Marchal, *Les Paralipomènes traduits et commentées:* «La Sainte Bible», Pirot-Clamer (París 1949); J. Göttsberger, *Die Bücher der Chronik oder Paralipomenon:* «Bibl. Bonn» (Bonn 1939); M. Rehm, *Die Bücher der Chronik (Echter Bibel)* (Würzburg 1949); J. Ricciotti, *Chronache o Paralipomeni:* «La Sacra Bibbia» (Firenze 1950); H. Bückers, *Die Bücher der Chronik oder Paralipomenon:* «Herder's Bibelkommentar» (Freib. i. Br. 1952); H. Cazelles, *Les Livres des Chroniques:* «Biblia de Jerusalén» (París 1954); E. Dhorme, *Chroniques:* «Biblia de la Pléiade» (París 1956); B. Ubach, *I i II dels Paralipomens* (Montserrat 1958).

B) Estudios particulares

W. F. Albright, *The Date and personality of the Chronicler:* JBL 40 (1921) 104-124; B. Alfrink, *Die Schlacht bei Megiddo und der Tod des Josias (609):* B 15 (1934) 173-183; A. Bea, *Neue Arbeiten zum Problem der Chronikbücher:* B 22 (1941) 46-58; A. M. Brunet, *Le chroniste et ses sources:* RB 60 (1953) 481-508; 61 (1954) 349-386; Id., *La théologie du Chroniste:* «Sacra Pagina» (Miscellanea Biblica Congressus Internationalis Catholici de re Biblica) (París-Gembloux 1959) 1,384-397; Id., *Paralipomènes (livre des) ou des Chroniques:* DBS 6 (1960) 1220-1261; A. Clamer, *Paralipomènes:* DTC t.5; A. Lefèvre, *Notes d'exégèse sur les généalogies des Qehatites:*

[10] A. Noordtzij, *Les intentions du Chroniste:* RB 49 (1940) 168.

RSR 37 (1950) 287-292; H. Lusseau, *Les Livres des Chroniques* (Introduction à la Bible, 1) (París 1957) 718-730; A. Noordtzij, *Les intentions du Chroniste:* RB 37 (1940) 161-168; E. Podéchard, *Les références du Chroniqueur:* RB 23 (1915) 236-247; Id., *Le premier chapître des Paralipomènes:* ibid., 24 (1916) 363-386; M. Rehm, *Textkritische Untersuchungen zu den Parallelstellen des Samuel, Königsbücher und der Chronik* (Münster 1937); A. C. Welch, *The Work of the Chronicler, its Purpose and Date* (Oxford 1939); P. Vannutelli, *Libri Synoptici Veteris Testamenti librorum Regum et Chronicorum loci paralleli* (Roma 1931); G. van Rad, *Das Geschichtsbild des chronistichen Werkes* (Stuttgart 1930); F. von Hummelauer, *Das vormosaische Priestertum in Israel. Vergleichende Studie zum Exodus und 1 Chron. 2-8* (Freiburg i. Br. 1899); J. G. Bötterwech, *Zur Eigenart der Chronistischen Davidsgeschichte:* «Theologische Quartalschrift», 136 (1956) 402-435; D. N. Freedmann, *The Chronicler's Purpose:* CBQ 23 (1921) 436-442; M. Friedlander, *Die Veranderlichkeit der Namen in den Stammlisten der Bücher der Chron.* (Berlín 1903); H. Neil Richardson, *The Historical Reliability of Chronicles:* «The Journal of Bible and Religion», 1 (1958) 9-12; G. Richter, *Zu den Geschlechtsregistern 1 Chr. 2 bis 9:* ZAW 49 (1931) 260-270; 50 (1932) 130-141; L. Waterman, *Some Repercussions from Late Levitical Genealogical Accretions in P and the Chronicler:* «American Journal of Semitic Languages and Literatures», 58 (1941) 49-56; F. J. Kugler, *Von Moses bis Paulus* (Münster 1922) 234-300: Glaubwürdigkeit der Chr.; L. Randellini, *Il libro delle Cronache nel decennio 1950-1960:* «Rivista Biblica», 10 (1962) 136-155.

I CRONICAS

Primera parte

GENEALOGIAS DE TODO ISRAEL (c.1-9)

De Adán a Israel (1,1-2,2)

En estas genealogías ocupa David, antepasado y prototipo del Mesías, el lugar central, rodeado de sacerdotes, levitas y cantores. También San Mateo introduce la figura de Jesús por una genealogía (1,1-17), pero sin mencionar la organización sacerdotal del judaísmo. En cambio, la genealogía de San Lucas (3,23-38) va precedida por dos capítulos, en los que el sacerdocio levítico está representado por Zacarías e Isabel. El sentido de cada lista debe interpretarse separadamente y debe determinarse en cada caso el sentido que le da el cronista (Cazelles). Las genealogías de los c.3-9 van a menudo más allá del exilio.

En el primer capítulo, el cronista se inspira en las genealogías del Génesis, cuyo texto a veces abrevia (Gén c.5 y 11), siguiendo el mismo orden (excepto en v.32-33) y plan. En conjunto, todo el capítulo es propio suyo, excepto quizá los v.32-34a. Se omiten las genealogías de los cainitas (Gén c.4), de Arán y Nacor (11,27-29; 19,37-38; 22,20-24) y el nombre de los hijos de Datán (25,3). Des-

pués de eliminar sucesivamente a los jafetitas y camitas, procede de igual manera con los ismaelitas y edomitas, para fijarse en Isaac y Jacob [1].

Orígenes de los tres grandes grupos (1,1-4)

**1 Adán, Set, Enós, 2 Cainán, Malaleel, Jared, 3 Janoc, Metu-
sela, Lamec, 4 Noé, Sem, Cam y Jafet.**

Descendientes de Jafet (1,5-7 = Gén 10,2-4)

**5 Hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Me-
sec y Tiras. 6 Hijos de Gomer: Asquenas, Difat y Togorma.
7 Hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim y Rodanim.**

Los camitas (1,8-16 = Gén 10,6-8.11-16)

**8 Hijos de Cam: Cus, Misraím, Put y Canaán. 9 Hijos de Cus:
Saba, Javila, Sabta, Regma, Sabteca. Hijos de Regma: Seba y
Dadán. 10 Cus engendró a Nimrod; éste comenzó a ser potente
sobre la tierra. 11 Misraím engendró a los Ludim, los Anamim,
los Leabim, los Naftujim, 12 los Patrusim y los Caslujim, de los
que salieron los Pelistim y los Caftorim. 13 Canaán engendró a
Sidón, su primogénito, 14 y a Jet, a los jebuseos, los amorreos,
los guergueseos, 15 los jeveos, los arqueos, los sineos, 16 los ar-
vadeos, los semareos y los jamateos.**

Los hijos de Sem (1,17-23 = Gén 10,22-23.24-28)

**17 Hijos de Sem: Elam, Asur, Arfacsad, Lud y Aram. Hijos
de Aram: Us, Jul, Gueter y Mesec. 18 Arfacsad engendró a
Salaj, y Salaj engendró a Eber. 19 A Eber le nacieron dos hijos;
el nombre del uno Peleg, porque en su tiempo se dividió la
tierra, y el nombre de su hermano, Joctán. 20 Joctán engendró
a Almodad, Selef, Jasarmavet, Jeraj, 21 Adoram, Uzal, Dicla,
22 Eval, Abimael, Seba, 23 Ofir, Abila y Jobab. Todos éstos son
hijos de Joctán.**

De Sem a Abraham (1,24-29 = Gén 11,10-32)

**24 Sem, Arfacsad, Selaj, 25 Eber, Peleg, Reu, 26 Sarug, Najor,
Teraj, 27 Abraham, que es Abram. 28 Hijos de Abraham:
Isaac e Ismael. 29 Su posteridad: Nabot, primogénito de Ismael;
Quedar, Adbeel, Mibsam.**

Los ismaelitas (1,30-33 = Gén 25,12-16; 25,1-4)

**30 Misma, Duma, Masa, Jadad, Tema, Jetur, Nafis y Qued-
ma. Estos son los hijos de Ismael. 31 Hijos de Quetura, concu-
bina de Abraham: tuvo a Zimram, a Jocsam, a Medá, a Ma-
dián, a Jisbac y a Suaj. 32 Hijos de Jocsam: Seba y Dabán.
33 Hijos de Madián: Efa, Efer, Janoc, Abida y Elda. Estos son
todos los hijos de Quetura.**

[1] E. Podéchard, *Le premier chapître des Paralipomènes:* RB 24 (1916) 363-386.

Esaú e Israel (1,34-37 = Gén 25,19.26; 36,4-5.10-17)

**34 Abraham engendró a Isaac. Hijos de Isaac: Esaú e Israel.
35 Hijos de Esaú: Elifaz, Reuel, Jeús, Jelam y Coré. 36 Hijos
de Elifaz: Temán, Omar, Sefi, Guetam, Quenaz, Timna y
Amalec. 37 Hijos de Reuel: Najar, Zeraj, Samma y Miza.**

El autor sagrado emplea el método de eliminación, para fijar sólo su atención sobre los semitas, Abraham, Isaac e Israel. Según Gén 36,2, era Timna concubina de Elifaz.

Hijos de Seír (1,38-42 = Gén 36,2-28)

**38 Hijos de Seír: Lotán, Sobal, Sibeón, Ana, Disón, Eser y
Disán. 39 Hijos de Lotán: Jori y Omán. Hermana de Lotán,
Timna. 40 Hijos de Sobal: Alián, Manajat, Ebal, Sefi y Onam.
Hijos de Sibeón: Aya y Ana. Hijo de Ana: 41 Disón. Hijos de
Disón: Jamram, Esbam, Jitram y Queram. 42 Hijos de Eser:
Bilán, Zaván y Jacán. Hijos de Disán: Uz y Arán.**

Es Seír el nombre de una montaña del país de Edom, al sur del mar Muerto; allí habitaban los horritas, que fueron suplantados por los descendientes de Esaú (Deut 2,12.22).

Los reyes de Edom (1,43-50 = Gén 36,31-39)

**43 He aquí los reyes que reinaron en la tierra de Edom antes
que reinase rey alguno sobre los hijos de Israel: Bela, hijo de
Beor; el nombre de su ciudad fue Dinaba. 44 Murió Bela y le
sucedió Jobab, hijo de Zeraj, de Bosra. 45 Murió Jobab y le su-
cedió Jusam, de la tierra de los temanitas. 46 Murió Jusam y
le sucedió Adad, hijo de Bedad. Este es el que destrozó a Ma-
dián en los campos de Moab. El nombre de su ciudad fue Avit.
47 Murió Adad y reinó en su lugar Sambla, de Marseca. 48 Murió
Sambla y reinó en su lugar Saúl, de Rejobot. 49 Murió Saúl y le
sucedió Baal-Janán, hijo de Acbor. 50 Murió Baal-Janán y le
sucedió Hadad. El nombre de su ciudad fue Pahi, y el nombre
de su mujer, Metabeel, hija de Matred, hijo de Mezahab.**

El v.43 puede traducirse: «He aquí los reyes que reinaron en el país de Edom antes que reinara allí un rey de los hijos de Israel» (2 Sam 8,13.14). Los v.51-52 no figuran en Génesis (36,40-43).

Los jefes de Edom (1,51-54 = Gén 36,40-43)

**51 Murió Hadad. Los jefes de Edom fueron: el jefe Timna,
el jefe Alya, el jefe Jetet, 52 el jefe Olibama, el jefe Ela, el jefe
Pinón, 53 el jefe Quenaz, el jefe Temán, el jefe Mibsar, 54 el
jefe Magdiel y el jefe Iram. Estos son los jefes de Edom.**

La posteridad de Judá (2,1-4,23)

El autor sagrado señala las genealogías de las tribus de Israel, pero muestra sus preferencias por la de Judá por proceder de ella la dinastía davídica. Jacob es llamado Israel (Gén 35,23-26; Ex 1,1-4). Los v.1-2 son de transición entre las genealogías que anteceden y las de las tribus de Israel.

Hijos de Judá (2,1-8=Gén 35,23-26; 32,2-5.27-30; 46,12)

1 He aquí los hijos de Israel: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, 2 Dan, José, Benjamín, Neftalí, Gad y Aser. 3 Hijos de Judá: Er, Onán y Sela; estos tres le nacieron de la hija de Súa la cananea. Er, primogénito de Judá, fue malo a los ojos de Yahvé, que le mató. 4 Tamar, nuera de Judá, le dio Fares y Zeraj. En todo, los hijos de Judá, cinco. 5 Hijos de Fares: Hesrón y Jamul. 6 Hijos de Zeraj: Zimri, Hetán, Hemán, Calcol y Dara. En todo, cinco. 7 Hijo de Carmi: Acar, que conturbó a Israel cuando fue infiel acerca de las cosas dadas al anatema. 8 Hijo de Etán: Azarías.

De Acar (Acán) habla Jos 7,1ss; 22,20. Zimri es llamado Zabdi en Jos 7,1-17.18. Etán, Hemán, Calcol y Dara son hijos de Majol y célebres por su sabiduría (1 Re 4,31). El v.3 confirma que mezcló Judá su sangre con la de los cananeos (Gén 38,2), desenvolviéndose casi al margen de las otras tribus (Jue 1,3; Deut 33,7). Tres de sus clanes vivían en la montaña de Judá, de origen más o menos cananeo, de los cuales dos parece que no descendieron a Egipto (Gén 46,12). Véase el comentario a Josué 8,30-35. Fares (v.5) es un antepasado de David (Rut 4,18).

Orígenes de David (2,9-17=Rut 4,9-22)

9 Hijos que le nacieron a Esrón: Jerajmeel, Ram y Quelubai. 10 Ram engendró a Aminadab. Aminadab engendró a Nacsón, príncipe de los hijos de Juda; 11 Nacsón engendró a Salma; Salma engendró a Booz; 12 Booz engendró a Obed; Obed engendró a Isaí. 13 Isaí engendró a Eliab, su primogénito; a Abinadab, su segundo; a Simea, el tercero; 14 a Netaneel, el cuarto; a Radai, el quinto; 15 a Osén, el sexto, y a David, el séptimo. 16 Sus hermanas fueron Sarvia y Abigaíl. Hijos de Sarvia: Abisai, Joab y Azael, tres. 17 Abigaíl parió a Amasa. El padre de Amasa fue Jeter, ismaelita.

Tres hijos tuvo Esrón: Ram, Quelubai y Jerajmeel, de los cuales teje el autor la genealogía. David es descendiente de Esrón por Ram o Aram (Mt 1,3; Lc 3,33). Caleb era hijo de Jefoné (Núm 32, 12; Jos 14,6-14), y, por lo mismo, extraño a la confederación israelita, de la que entró a formar parte en Cades. Aparece como incorporado a la tribu de Judá (Núm 13,6; Jos 15,3), convirtiéndose en hijo de Esrón, de Fares y de Judá.

Hijos de Quelubai (2,18-24)

18 Caleb, hijo de Esrón, tuvo hijos de Azuba, su mujer, y de Jeriot. Los hijos que tuvo de Azuba fueron: Jeser, Sobab y Ardón. 19 Murió Azuba y Caleb tomó a Efrata, que le parió a Jur. 20 Jur engendró a Uri, y Uri engendró a Betsael. 21 Luego entró Esrón a la hija de Maquir, padre de Galaad, cuando tenía sesenta años, y ella le parió a Segub. 22 Segub engendró a Jair, que tuvo veintitrés ciudades en la tierra de Galaad. 23 Los guesureos y los sirios les tomaron los burgos de Jair, con Quenat, y las ciudades de su dependencia: sesenta ciudades. Todos éstos eran hijos de Maquir, padre de Galaad. 24 Después de la muerte de Esrón vino Caleb a Efrata, que le parió a Asjur, padre de Tecua.

De Caleb se dice que era un quineo (Núm 32,12; Jue 1,13) de ascendencia edomita. Sobre la descendencia de Caleb, Núm 32,12; Jos 14,6-14. Con los quineos subió de Edom, colonizando gran parte de la montaña de Judá, pero no parece que en los tiempos de David se hubiera fusionado con los de Judea (1 Sam 25,3; 30,14). El clan de Efrata, que pobló Belén, emparentó con Maquir, de la tribu de Manasés (Jos 17,1), al este del Jordán (Deut 3,14; Jos 13,30; Jue 10,3-4).

Hijos de Jerajmeel (2,25-41)

25 Los hijos de Jerajmeel, primogénito de Esrón, fueron: Ram, el primogénito; Buna, Orén y Osén, sus hermanos. 26 Jerajmeel tuvo otra mujer llamada Atara, que fue madre de Onam. 27 Los hijos de Ram, primogénito de Jerajmeel, fueron: Maas, Jamín y Equer. 28 Los hijos de Onam fueron: Samai y Jada. Hijos de Samai: Nadab y Abisur. 29 El nombre de la mujer de Abisur era Abijail, y le parió a Ajbán y Molid. 30 Hijos de Nadab: Seled y Apaim. Seled murió sin hijos. 31 Hijo de Apaim, Iseí. Hijo de Iseí, Sesán. Hijo de Sesán, Ajlaí. 32 Hijos de Jada, hermano de Samai: Jeter y Jonatán. Jeter murió sin hijos. 33 Hijos de Jonatán: Pelet y Zaza. Estos son los hijos de Jerajmeel. 34 Sesán no tuvo hijos, pero sí hijas. 35 Sesán tenía un esclavo egipcio llamado Jarja, y Sesán dio su hija por mujer a Jarja, su esclavo, a quien le parió ella a Atai. 36 Atai engendró a Natán; Natán engendró a Zabad; 37 Zabad engendró a Efilal; Efilal engendró a Obed; 38 Obed engendró a Jehú; Jehú engendró a Azarías; 39 Azarías engendró a Jales; Jales engendró a Elasa; 40 Elasa engendró a Sismai; Sismai engendró a Salum; 41 Salum engendró a Jecamya; Jecamya engendró a Elisama.

Vivían en el Negueb, al sur de Bersabé, y se aliaron con David (1 Sam 30,29), fusionándose desde entonces (1 Sam 27,10) con los de Judá.

Hijos de Caleb por Mesa (2,42-49)

42 Hijos de Caleb, hermano de Jerajmeel: Mesa, su primogénito, que fue padre de Zif, y los hijos de Maresa, padre de Hebrón. 43 Hijos de Hebrón: Coré, Tapuaj, Requén y Sama.

**44 Sama engendró a Rajam, padre de Jorqueam; Requén en-
gendró a Samai. 45 Hijo de Samai: Maón; y Maón, padre de
Betsu. 46 Efa, concubina de Caleb, parió a Jarán, Mosa y Ga-
zez. Jarán engendró a Gazez. 47 Hijos de Jodaim: Reguem,
Jotán, Guesa, Pelet, Efa y Saaf. 48 Maaca, concubina de Caleb,
parió a Seber y Tircana. 49 También parió a Saaz, padre de
Madmana, y a Seba, padre de Majbena y padre de Guibea.
Hija de Caleb fue Acsa.**

Los LXX leen *Maresa* en vez de Mesa (v.42). Maresa es la ciudad bien conocida al sur de Beit-Gibrin (Jos 15,44; Miq 1,15). En la lista figuran muchos nombres de ciudades. Acsa, hija de Caleb (Jos 15,16-19). Jerajmeel, grupo extranjero (1 Sam 27,10), es llamado hermano de Caleb, por haber sido incorporado a la confederación tribal de Israel (2,9).

Hijos de Hur (2,50-55)

**50 Estos fueron hijos de Caleb: Sobal, hijo de Jur, primogé-
nito de Efrata, y Sobal, padre de Quiryat-Jearim; 51 Salma, pa-
dre de Betlejem; Jaret, padre de Bet-Gader. 52 Los hijos de
Sobal, padre de Quiryat-Jearim, fueron: Aroé, Jasi el menajita.
53 Las familias de Quiryat-Jearim fueron: los jeturianos, los pu-
cianos, los sumacianos y los misreenos; de estas familias salie-
ron los soreacianos y los estatolianos. 54 Hijos de Salma: Betle-
jem y los netopacianos, Astoret, Bet-Joab, Jasi, los manajteos,
los soreos, 55 y las familias de escribas que habitan en Jabes; los
tireacianos, los simeacianos y los socacianos. Estos son los qui-
neos, descendientes de Jamat, padre de la casa de Recab.**

De la casa de Recab proceden los recabitas (2 Re 10,15-16; Jer 35,6ss). En contra Göttsberger, Ubach, que ven en los recabitas a los habitantes de Ber Marcabot (Jos 19,5). El nombre de Jur está asociado a las tradiciones de Aarón (Ex 17,10; 24,14). Los quineos eran parientes de Moisés (Núm 9,29-32; Jue 4,11).

La casa de David (3,1-24)

**1 He aquí los hijos de David que le nacieron en Hebrón: el
primogénito, Ammón, de Ajinoam, de Jezrael; el segundo, Da-
niel, de Abigaíl, de Carmel; 2 el tercero, Absalón, de Maaca,
hija de Talmai, rey de Guesur; el cuarto, Adonías, hijo de Agit;
3 el quinto, Safatía, de Abital; el sexto, Jitream, de Egla, su mu-
jer. 4 Estos seis le nacieron en Hebrón. Reinó allí siete años y
seis meses, y en Jerusalén treinta y tres años. 5 He aquí los que
le nacieron en Jerusalén: Simea, Solab, Natán y Salomón, cua-
tro de Betsabé, hija de Ammiel; 6 Jibjar, Elisama, Elifelet,
7 Noga, Nefeg, Jafia, 8 Elisama, Elyada y Elifelet: nueve. 9 To-
dos éstos fueron hijos de David, y además los hijos de las concu-
binas. Tamar fue su hermana. 10 Hijos de Salomón: Roboam;
Abiya, su hijo; Asa, su hijo; Josafat, su hijo; 11 Joram, su hijo;
Ococías, su hijo; Joás, su hijo; 12 Amasías, su hijo; Azarías, su
hijo; Jotam, su hijo; 13 Ajaz, su hijo; Ezequías, su hijo; Mana-
sés, su hijo; 14 Amón, su hijo; Josías, su hijo. 15 Hijos de Josías:
el primogénito, Jojanán; el segundo, Joaquim; el tercero, Se-**

**decías; el cuarto, Salum. 16 Hijos de Joaquim: Jeconías, su hijo;
Sedecías, su hijo. 17 Hijos de Jeconías: Asir, cuyo hijo fue Sala-
tiel; 18 Malquiram, Pedaya, Senasar, Jecamías, Hosama y Ne-
dabia. 19 Hijos de Pedaya: Zorobabel y Simeí. Hijos de Zoroba-
bel: Mesulam y Hananía; Selomit, su hermana; 20 y Hasaba,
Ohel, Berequía, Jasadía, Jusab, Jesed, cinco. 21 Hijos de Jana-
nía: Pelatía y Jisaya; los hijos de Refaya, los hijos de Arnán, los
hijos de Abdías, los hijos de Secanía. 22 Hijo de Secanía: Semae-
ya. Hijos de Semaeya: Jatus, Jigueal, Bariaj, Nearia y Safat, seis.
23 Hijos de Nearia; Elyoenai, Ezequías y Azricam, tres. 24 Hijos
de Elyoenai: Jodavía, Elyosib, Pelaya, Acub, Jojanán, Delaya
y Anani, siete.**

En la perícopa se dan los nombres de los hijos de David (2 Sam 3,2-5; 5,14-16; 13,1) nacidos en Hebrón y de los que le nacieron en Jerusalén (1 Crón 14,3-7). Sigue la lista de los reyes de Judá hasta la cautividad y de los descendientes de David a partir de Saaltiel (Mt 1,12-16). En Esdras (3,2.8; Neh 12,1; Ag 1,1.12.14), Saaltiel es el padre de Zorobabel. Las genealogías llegan hasta mediados del siglo IV a.C.

Clanes de la tribu de Judá (4,1-23)

**1 Hijos de Judá: *Peres, Jesrón, Carmi, Jur y Sobal.* 2 Reaya,
hijo de Sobal, engendró a Jajat; Jajat engendró a Ajumai y Lahad.
Estas son las familias de los sareotitas. 3 He aquí los descendien-
tes del padre de Etam: Jezrael, Jisma y Jidbas. El nombre de
su hermana era Haselponi. 4 Penuel fue padre de Guedor, y
Ezer, padre de Jusa. Estos son los hijos de Jur, primogénito
de Efrata, padre de Betlejem. 5 Asjur, padre de Tecua, tuvo
dos mujeres: Jeleá y Naará. 6 Naará le parió a Ajuzam, Jefer,
Temení y Ajastarí; éstos son los hijos de Naará. 7 Hijos de Elea:
Seret, Jesojar y Etnán. 8 Cos engendró a Annub y Asobeba y
las familias de Ajarjel, hijo de Arum. 9 Jaebes fue más ilustre
que sus hermanos. Su madre le dio el nombre de Jaebes, dicien-
do: «Porque le he parido con dolor». 10 Jaebes invocó al Dios
de Israel, diciendo: «Si me bendices y ensanchas mis términos
y está conmigo tu mano y me preservas del mal de modo que
yo no padezca...» Y Dios le dio lo que le había pedido. 11 Que-
lub, hermano de Suja, engendró a Mejir, que fue padre de Es-
tón. 12 Estón engendró a Bet Rafa, Paseaj y Tejina, padre de la
ciudad de Najas. Estos son los hombres de Reca. 13 Hijos de
Quenaz: Otoniel y Serai. Hijo de Otoniel: Jatat. 14 Meonatai
engendró a Ofra. Sarvia engregado a Joab, padre del valle
de las herrerías, pues eran herreros. 15 Hijos de Caleb, hijo
de Jefoné: Iru, Ela y Naán; y el hijo de Ela, Quenaz.
16 Hijos de Jabeel: Zif, Zifa, Tirya y Asarel. 17 Hijos de
Esdras: Jeter, Mered, Efer y Jalom. Jeter engendró a Mi-
riam, Samai y Jisbaj, padre de Estemoa. 18 Su mujer,
Judaya, parió a Jered, padre de Guedor; a Jeber, padre de
Soco, y a Jecutiel, padre de Zanoaj. Estos son los hijos de Bitia,
hija del Faraón, que Mered tomó por mujer. 19 Hijos de la mu-
jer de Odías, hermana de Najam, el padre de Queila el garmi-
ta y Estemoa el macateo. 20 Hijos de Simón: Ammón, Rina,
Ben-Janán y Tiloa. Hijos de Jisei: Zojet y Ben-Zojet. 21 Hijos**

**de Sela, hijo de Judá: Er, padre de Leca; Laeda, padre de Ma-
resa; y las familias de la casa donde se trabaja el lino, la casa de
Arseba, [22] y Joaquim y los hombres de Cozeba, y Joás y Sarat,
que dominaron en Moab y Jasubí Lejem. Estas son cosas an-
tiguas. [23] Estos eran alfareros y habitaban en Netaim y Gue-
dera, cerca del rey, y trabajaban para él.**

En el v.1 señala tres clanes de Judá más auténticamente israelitas: Carmi (2,7), Jur (2,19-50) y Sobal (2,50-52). Kittel sustituye el nombre de Carmi por el de Caleb. En 2 Crón 11,6, Etam (v.2) está asociado a Belén y Tecoa. Aquí, como en el capítulo anterior, se dan los nombres de lugares como nombres propios de los personajes que los fundaron. Efrata fue el fundador de Belén (v.4). Jaebes (v.9), llamado así por un juego de palabras por metátesis (*Jabes* y *joseb:* sufrimiento, dolor) (Gén 3,18; 35,18-20). En v.11-20 recoge el texto diversas tradiciones relativas a los clanes que habitaban en Judea, algunos de los cuales subsistían todavía en tiempos del autor. El valle de los artesanos (v.14) o de las herrerías es mencionado en Neh 11,35. Sela es uno de los tres hijos de Judá (2,3), cuya genealogía no se había señalado todavía, relacionándola con ciertas ciudades y profesiones. Los alfareros habitaban junto a la residencia real y estaban al servicio del rey. Procedían desde muy antiguo de Moab. Algunas ánforas halladas en las excavaciones llevan la inscripción: «para el rey».

Genealogía de Simeón (4,24-43)

**[24] Hijos de Simeón: Nemuel, Jamín, Jarib, Zeraj y Saúl. Hi-
jos de Saúl: [25] Salum, Mibsam, su hijo; Misma, su hijo. [26] Hijos
de Misma: Hamuel, su hijo; Zacur, su hijo; Simeí, su hijo.
[27] Simeí tuvo dieciséis hijos y seis hijas. Sus hermanos no tu-
vieron muchos hijos, y sus familias no se multiplicaron tanto
como las de los hijos de Judá. [28] Habitaban en Berseba, en Mo-
lada, en Jasar Sual, [29] en Bila, en Esen, en Tolad, [30] en Batuel,
en Jorma, en Siceleg, [31] en Bet-Marjabot, en Jasar Susim, en
Bet-Bireí y en Saaraim. Estas fueron sus ciudades hasta el reino
de David, y sus pueblos. [32] Tenían también Etam, Ain, Rim-
món, Toquen y Asán, cinco ciudades, [33] y todos los pueblos
en derredor de estas ciudades hasta Baal. Estas son sus habita-
ciones y sus genealogías. [34] Mesebab, Jamlec; Josa, hijo de
Amasía; [35] Joel, Jehú, hijo de Josibia; hijo de Seraya, hijo de
Asiel. [36] Elyoeani, Jacoba, Jesojaia, Asaya, Adiel, Jesimiel, Be-
naya, [37] Ziza, hijo de Sifei, hijo de Alón, hijo de Jedaya, hijo de
Simri, hijo de Semaya. [38] Estos, por sus nombres, eran príncipes
en sus familias, y sus casas paternas tomaron gran incremento.
[39] Fueron del lado de Guedor, hasta el oriente del valle, en
busca de pastos para sus ganados. [40] Hallaron hierba y buenos
pastos y una región vasta, tranquila y apacible; los que antes
la habitaron descendían de Cam. [41] Estos, descritos por sus
nombres, vinieron en tiempo de Ezequías, rey de Judá, y ata-
caron sus tiendas y los mineos que allí hallaron, y los destruye-
ron hasta hoy, habitando en su lugar, por haber allí pastos para
sus ganados. [42] También quinientos de ellos, de los hijos de**

**Simeón, se fueron al monte de Seír, llevando por jefes a Pelatía,
Nearías, Rofaías y Oziel, hijos de Isi; [43] y derrotaron a las reli-
quias que habían quedado de Amalec, y habitaron allí hasta hoy.**

Fue asociado desde antiguo a la tribu de Judá (Jos 19,9). Ocupaba Simeón la extremidad meridional de Palestina. El texto da una lista genealógica (v.24-27), topográfica (v.28-33) y menciona dos emigraciones de los hijos de Simeón, una en tiempos de Ezequías y otra en época desconocida (2 Re c.18-19). Los camitas habitaban en la frontera de Egipto (Gén 10,6). Los amalecitas (v.43), supervivientes de las derrotas que les infligieron Saúl y David (1 Sam 14, 48; c.15; 2 Sam 8,12).

TRIBUS DE TRANSJORDANIA (5,1-26)

Hijos de Rubén (5,1-10)

**[1] Hijos de Rubén, primogénito de Israel. Era el primogénito;
mas, por haber manchado el lecho de su padre, el derecho de
primogenitura fue dado a los hijos de José, hijo de Israel, y no
fue contado en las genealogías como primogénito. [2] Judá fue
en verdad poderoso entre sus hermanos, y el príncipe de ellos,
pero el derecho de primogenitura fue de José. [3] Hijos de Ru-
bén, primogénito de Israel: Janoc, Palú, Hesrón y Carmí. [4] Hi-
jos de Joel: Semeya, su hijo; Gog, su hijo; Simaí, su hijo; [5] Mica,
su hijo; Reayá, su hijo; Baal, su hijo, [6] y Beera, su hijo, que llevó
cautivo a Asiria Teglatfalasar, rey de Asiria; era príncipe de
los rubenitas. [7] Hermanos de Beram, según sus familias, tal
como fueron registrados en las genealogías según sus genera-
ciones: el primero, Jeiel; Zacarías; [8] Bela, hijo de Azaz, hijo
de Sema, hijo de Joel, habitó en Aroer hasta Nebo y Baal-Meón;
[9] al oriente habitaba hasta la entrada del desierto, desde el río
Eufrates, pues tenía muchos ganados en la tierra de Galaad.
[10] En tiempo de Saúl hicieron la guerra a los agareos, que caye-
ron en su poder, y habitaron en sus tiendas en todo el lado orien-
tal de Galaad.**

Fue Rubén el primogénito, pero se le quitaron los derechos anejos a la primogenitura a causa de un pecado suyo (Gén 35,22; 49,4). Judá llegó a ser un *naguid* entre los hijos de Israel (28,4). El v.2. demuestra su fe mesiánica en la dinastía de David por Judá, reconociendo, sin embargo, los derechos de primogenitura de José (Gén 48,5; 49,22-26). Joel (v.4) es el clan rubenita que regresa del exilio, después de la deportación en tiempos de Teglatfalasar, de las poblaciones de Damasco y Samaria (2 Re 15,29). Los agareos (v.10) son los descendientes de Agar (Gén c.16 y 21; Bar 3,23). Cazelles traduce el v.10: «En tiempos de Saúl hicieron guerra (los rubenitas) a los agareos; cayeron en sus manos, y los agareos se establecieron en sus tiendas, en toda la zona oriental de Galaad». La traducción que figura en nuestro texto es la más común.

Descendencia de Gad (5,11-22)

11 Enfrente de ellos habitaban los hijos de Gad, en la tierra
de Basán, hasta Salca. 12 Joel, el primero; Safán, el segundo;
Jaenai y Safat, en Basán. 13 Sus hermanos, según las casas de
sus padres: Micael, Mesulam, Sema, Joraim, Jeacam, Zía y
Eber; siete. 14 He aquí los hijos de Abigaíl, hijo de Juri, hijo de
Jaroaj, hijo de Galaad, hijo de Micael, hijo de Jesisai, hijo de
Jajdo, hijo de Buz; 15 Aji, hijo de Abdiel, hijo de Guni, era el
jefe de las casas de sus padres. 16 Habitaban en Galaad, en Ba-
sán y en las ciudades de su dependencia, y en los ejidos de Sa-
rón, hasta sus límites. 17 Fueron registrados todos en las ge-
nealogías en tiempo de Jotam, rey de Judá, y en tiempos de
Jeroboam, rey de Israel. 18 Los hijos de Rubén y de Gad y de
la media tribu de Manasés eran valerosos, llevaban escudo y
espada, tendían el arco y eran diestros en la guerra, en número
de cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta aptos para la gue-
rra. 19 Hicieron la guerra a los agareos, a los itureos, a Nafis y a
Nodab. 20 Fueron ayudados contra ellos, y los adareos y cuan-
tos estaban con ellos cayeron en sus manos, pues durante la lu-
cha clamaron a Dios, que los oyó por haber confiado en El.
21 Tomaron sus ganados, cincuenta mil camellos, doscientas
cincuenta mil ovejas, dos mil asnos y cien mil personas, 22 pues
hubo muchos muertos, porque el combate venía de Dios. Se
establecieron en su lugar hasta el tiempo en que fueron lleva-
dos a la cautividad.

Según Deut 3,10-12; Jos 13,24-28, los gaditas habitaban en Galaad, al sur de Basán, que pertenecía a Manasés. La inscripción de los gaditas en los registros genealógicos tuvo lugar en los reinados de Jotam (740-736) y de Jeroboam II (783-743). El gran número de muertos (v.21) se explica hiperbólicamente diciendo que era un combate de Dios, cuya ayuda se invocó antes de la lucha (2 Crón 14,10).

Media tribu de Manasés (5,23-26)

23 Los hijos de la media tribu de Manasés habitaban la re-
gión desde Basán hasta Baal-Hermón, y Sanir, y la montaña
de Hermón. Eran numerosos. 24 He aquí los jefes de las casas
de sus padres: Efer, Jisui, Eliel, Azriel, Jeremías, Hodavía y
Jajdiel, hombres valerosos, gente de fama, jefes de las casas de
sus padres. 25 Pero pecaron contra el Dios de sus padres y se
prostituyeron tras los dioses de las gentes de la tierra que Dios
había destruido ante ellos; 26 y el Dios de Israel incitó contra
ellos el espíritu de Pul, rey de Asiria (el espíritu de Teglatfala-
sar, rey de Asiria), y Teglatfalasar llevó cautivos a rubenitas,
gaditas y a la media tribu de Manasés, y los condujo a Calaj,
Jahor, Hara y al río Gozán, donde habitan hasta hoy.

En los v.25-26 se refiere el autor a las causas de la deportación de Israel hecha por Teglatfalasar III, que, al apoderarse de Babilonia, recibió asimismo el nombre de Pul (2 Re 15,19). Dios lo escogió como instrumento suyo (Jer 51,11) para castigar la idolatría de su pueblo.

TRIBU DE LEVI (6,1-81)

Ascendencia de los sumos sacerdotes (6,1-15)

1 (27) Hijos de Leví: Gersón, Caat y Merarí. 2 (28) Hijos de
Caat: Amram, Jitsear, Hebrón y Uziel. 3 (29) Hijos de Amram
Aarón, Moisés y María. Hijos de Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar
e Itamar. 4 (30) Eleazar engendró a Finés; Finés engendró a
Abisúa; 5 (31) Abisúa engendró a Buqui; Buqui engendró a
Uzi; 6 (32) Uzi engendró a Zerajya; Zerajya engendró a Merajot
7 (33) Merajot engendró a Amaría; Amaría engendró a Ajitub;
8 (34) Ajitub engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Ajimas; 9 (35)
Ajimas engendró a Azarías; Azarías engendró a Jojanán; 10 (36)
Jojanán engendró a Azarías, que ejerció el sacerdocio en la casa
que Salomón edificó en Jerusalén; 11 (37) Azarías engendró a
Amarías; 12 (38) Amarías engendró a Ajitub; Ajitub engendró
a Sadoc; Sadoc engendró a Salum; 13 (39) Salum engendró a
Helcías; Helcías engendró a Azarías; 14 (40) Azarías engendró
a Seraya; Seraya engendró a Josadec; 15 (41) Josadec fue a la
cautividad cuando Yahvé trasladó a Judá y a Jerusalén por
mano de Nabucodonosor.

Por razón de que la vida de la comunidad se apoya sobre el sacerdocio y la monarquía davídica, el texto señala la genealogía de los sumos sacerdotes, conectando a Josedec, padre de Josué (Esd 3,2; 5,2), con Aarón, y al sacerdocio legítimo, en la línea de Caat. Señala los jefes de las tres grandes familias levíticas (v.1-3) y la descendencia de Eleazar hasta la cautividad (v.4-15). En la lista se omiten algunos nombres (Joyada, 2 Re c.11 y 13; 2 Crón 26,17; Urías, 2 Re 16,10; Azarías, 2 Crón 26,17; 21,10).

Descendencia de Leví (6,16-30 = Núm 3,17-37)

16 (6,1) Hijos de Leví: Gersón, Caat y Merarí. 17 (2) He aquí
los nombres de los hijos de Gersón: Libni y Simeí. 18 (3) Hijos
de Caat: Amram, Jitsear, Hebrón y Uziel. 19 (4) Hijos de Me-
rarí: Majli y Musi. Estas son las familias de Leví según sus pa-
dres. 20 (5) De Gersón: Libni, su hijo; Jajat, su hijo; Zimma, su
hijo; 21 (6) Joaj, su hijo; Ido, su hijo; Zeraj, su hijo; Jetrai, su
hijo. 22 (7) Hijos de Caat: Aminadab, su hijo; Coré, su hijo;
Asir, su hijo; 23 (8) Elcana, su hijo; Ebiasaf, su hijo; Asir, su
hijo; 24 (9) Tajat, su hijo; Oriel, su hijo; Ozías, su hijo; Saúl, su
hijo. 25 (10) Hijos de Elcana: Amasai y Ajimot; Elcana, su hijo;
26 (11) Elcana Sofaím, su hijo; Najat, su hijo; 27 (12) Eliab, su
hijo; Jerojam, su hijo; Elcana, su hijo; 28 (13) y los hijos de Sa-
muel, el primogénito, Joel, y el segundo, Abías. 29 (14) Hijos de
Merarí: Majli; Libni, su hijo; Simeí, su hijo; Uza, su hijo;
30 (15) Simea, su hijo; Jaguiya, su hijo; Asuya, su hijo.

Los cantores (6,31-48)

**31 (16) He aquí los que puso David para dirigir el canto en la
casa de Yahvé después que el arca tuvo un lugar de reposo.
32 (17) Servían de cantores ante el tabernáculo, ante la tienda de
la reunión, hasta que Salomón edificó la casa de Yahvé en Je-
rusalén, en la que hicieron su servicio según las reglas que les
fueron prescritas. 33 (18) He aquí los que asistían con sus hijos:
De entre los hijos de Caat, Hemán, cantor, hijo de Joel, hijo
de Samuel, 34 (19) hijo de Elcana, hijo de Jerojam, hijo de Eliel,
hijo de Toaj, 35 (20) hijo de Suf, hijo de Elcana, hijo de Majat,
hijo de Amasaí, 36 (21) hijo de Elcana, hijo de Joel, hijo de Aza-
rías, hijo de Sofonía, 37 (22) hijo de Tajat, hijo de Asir, hijo de
Ebiasaf, hijo de Coré, 38 (23) hijo de Jitsear, hijo de Caat, hijo
de Leví, hijo de Israel. 39 (24) Su hermano Asaf estaba a su de-
recha: Asaf, hijo de Baraquías, hijo de Sima, 40 (25) hijo de Mi-
cael, hijo de Basías, hijo de Malaquías, 41 (26) hijo de Etni, hijo
de Zeraj, hijo de Adaya, 42 (27) hijo de Etán, hijo de Zima, hijo
de Simeí, 43 (28) hijo de Jojat, hijo de Gersón, hijo de Leví.
44 (29) Además, los hijos de Merarí estaban a su izquierda: Etán,
hijo de Cusi, hijo de Abdi, hijo de Meluc, 45 (30) hijo de Asabías,
hijo de Amasías, hijo de Helcías, 46 (31) Hijo de Amasaí, hijo
de Bani, hijo de Semer, 47 (32) hijo de Majalí, hijo de Musí, hijo
de Merarí, hijo de Leví. 48 (33) Sus hermanos los levitas fueron
puestos a todo el ministerio del tabernáculo de la casa de Dios.**

Organizó David el canto una vez que «el arca de la alianza tuvo un lugar de reposo». Los cantores levitas de la familia de Caat estaban en el lugar central ante el tabernáculo; los de la familia de Gersón, a los que dirigía Asaf, estaban a su derecha; los de Merarí colocáronse a la izquierda (v.44). A las tres familias levíticas correspondían las tres de cantores: Hemán, Asaf y Etán.

Lista genealógica de sumos sacerdotes (6,49-53)

**49 (34) Aarón y sus hijos eran los que ofrecían los sacrificios
en el altar de los holocaustos y el incienso en el altar de los per-
fumes, cumpliendo estos servicios en el lugar santísimo y ha-
ciendo la expiación por Israel, según cuanto había mandado
Moisés, siervo de Dios. 50 (35) He aquí los hijos de Aarón: Elea-
zar, su hijo; Finés, su hijo; Abisúa, su hijo; 51 (36) Buqui, su
hijo; Uzi, su hijo; Zerajya, su hijo; 52 (37) Merajot, su hijo; Ama-
ría, su hijo; Ajitab, su hijo; 53 (38) Sadoc, su hijo; Ajima, su hijo.**

Ciudades levíticas (6,54-81)

**54 (39) He aquí sus habitaciones según sus términos, y los lí-
mites que les fueron señalados: a los hijos de Aarón, de la fami-
lia de los caatitas, que fueron los primeros señalados por la
suerte, 55 (40) se les dio Hebrón, en la tierra de Judá y sus con-
tornos; 56 (41) pero el territorio de la ciudad y sus pueblos fue-
ron atribuidos a Caleb, hijo de Jefoné. 57 (42) A los hijos de Aa-
rón se les dieron: la ciudad de refugio de Judá, Hebrón y Libna
con sus contornos; 58 (43) Jeter y Estemo con sus contornos; Je-
lón y sus contornos; Davir y sus contornos; 59 (44) Asán y sus**

**contornos; Juta y sus contornos; Betsamés y sus contornos.
60 (45) De la tierra de Benjamín, Guebat con sus contornos y
Almat con sus contornos. Todas sus ciudades fueron trece, se-
gún sus linajes. 61 (46) A los otros hijos de Caat dio la suerte diez
ciudades de familias de la tribu de Efraím, de la tribu de Dan
y de la media tribu de Manasés. 62 (47) Los hijos de Gersón,
según sus familias, tuvieron trece ciudades de la tribu de Isacar,
de la tribu de Aser, de la tribu de Neftalí y de la tribu de Ma-
nasés en Basán. 63 (48) Los hijos de Merarí, según sus familias,
tuvieron por suerte doce ciudades de la tribu de Rubén, de la
tribu de Gad y de la tribu de Zabulón. 64 (49) Los hijos de Is-
rael dieron a los levitas estas ciudades y sus contornos. 65 (50) Dié-
ronles, por suerte de la tribu de los hijos de Judá, de la tribu de
los hijos de Simeón y de la tribu de los hijos de Benjamín, las
ciudades que designaron con sus nombres. 66 (51) Para las otras
familias de los hijos de Caat, las ciudades de su territorio fueron
de la tribu de Efraím. 67 (52) Les dieron la ciudad de refugio,
Siquem, y sus contornos en la montaña de Efraím; Guezer y
sus contornos; 68 (53) Jocmeam y sus contornos; 69 (54) Ayalón
y sus contornos; Gat-Rimmón y sus contornos; 70 (55) y de la
media tribu de Manasés, Aner y sus contornos; Bileam y sus
contornos para las otras familias de los hijos de Caat. 71 (56) Se
dio a los hijos de Gersón: de las familias de la media tribu de
Manasés, Golán, en Dasán, y sus contornos; Astarot y sus con-
tornos; 72 (57) de la tribu de Isacar, Quedes y sus contornos;
Dobrat y sus contornos; 73 (58) Ramot y sus contornos y Anem
y sus contornos; 74 (59) la tribu de Aser, Masal y sus contornos;
Abdón y sus contornos; 75 (60) Jacob y sus contornos y Rejob y
sus contornos; 76 (61) y de la tribu de Neftalí: Quedes de Galilea
y sus contornos; Jammón y sus contornos y Quiriat-Jearim y
sus contornos. 77 (62) Al resto de los hijos de Merarí se les dieron:
de la tribu de Zabulón, Rimmón y sus contornos; Tabor y sus
contornos; 78 (63) y del otro lado del Jordán, frente a Jericó, al
oriente del Jordán: de la tribu de Rubén, Beser, en el desierto,
y sus contornos; Jasa y sus contornos; 79 (64) Quedemot y sus
contornos; Mefat y sus contornos; 80 (65) y de la tribu de Gad,
Ramot de Galaad y sus contornos y 81 (66) Hesebón y sus con-
tornos; Jazer y sus contornos.**

A los de la familia de Caat se les entregaron trece ciudades (Jos 21,19); en la lista, por la omisión de Yuta y Gabaón (Jos 21, 16-17), se mencionan solamente once. Otras ciudades se entregaron a los hijos de Gersón y de Merarí (Jos 21,27-39). Se reproduce, con algunas modificaciones, la lista de las ciudades levíticas según Jos 21,5-39.

Tribus del Norte (7,1-5)

Tribu de Isacar (7,1-5)

**1 Hijos de Isacar: Tola, Púa, Jasub y Simrom, cuatro. 2 Hijos
de Tola: Uzi, Refaya, Jeriel, Jajmai, Jibsán y Samuel, jefes de
las casas de sus padres de Tola, hombres valerosos en sus ge-
neraciones. Su número al tiempo de David era de veintidós**

mil seiscientos. 3 Hijo de Uzi: Jizrayá. Hijos de Jizrayá: Micael,
Abdías, Joel, Jisyá; en todo, cinco jefes. 4 Tenían, según sus ge-
neraciones, según las casas de sus padres, treinta y seis mil
hombres armados para la guerra, pues eran muchas sus mu-
jeres e hijos. 5 Sus hermanos de todas las familias de Isacar,
hombres valerosos, hacían un total de ochenta y siete mil, re-
gistrados en las genealogías.

Descendientes de Benjamín y Neftalí (7,6-13)

6 Hijos de Benjamín: Bela, Bequer y Jediael, tres. 7 Hijos de
Bela: Esbón, Ozi, Uziel, Jerimot e Iri, cinco jefes de las casas
de sus padres, hombres valerosos, registrados en las genealo-
gías, en número de veintidós mil treinta y cuatro. 8 Hijos de
Bequer: Zemira, Joós, Eliezer, Elyoenai, Omri, Jeremot, Abi-
ya, Anatot y Alamet, todos hijos de Bequer, 9 registrados en las
genealogías, según sus generaciones, como jefes de las casas de
sus padres, hombres valerosos, en número de veinte mil dos-
cientos. 10 Hijo de Jediael: Bilán. Hijos de Bilán: Jehús, Ben-
jamín, Ehud, Quenana, Zetán, Tarsis y Ajisajar, 11 todos hijos
de Jediael, jefes de las casas de sus padres, hombres valerosos,
en número de diecisiete mil doscientos en estado de tomar las
armas para ir a la guerra. 12 Los Supim y los Jupim fueron hi-
jos de Iri; y los Jusim, hijos de Ajer. 13 Hijos de Neftalí: Jajsiel,
Guni, Jeser y Salum, hijos de Bila.

Hijos de Manasés (7,14-19)

14 Hijos de Manasés: Asriel, que le dio su concubina siria,
que parió también a Maquir, padre de Galaad. 15 Maquir tomó
una mujer de los Jupim y Supim. La hermana se llamaba
Maaca. El nombre de su segundo hijo fue Selofjad. Selofjad
tuvo hijas. 16 Maaca, mujer de Maquir, parió un hijo y le llamó
Peres; su hermano se llamó Seres, 17 y fueron sus hijos Ulam
y Requem. Hijo de Ulam: Bedán. Estos son los hijos de Ga-
laad, hijo de Maquir, hijo de Manasés. 18 Su hermana, Hamo-
lequet, parió a Isjod, a Abiezer y a Majla. 19 Los hijos de Semi-
da fueron: Ajiam, Siquem, Liqji y Aniam.

Descendientes de Efraím (7,20-29)

20 Hijos de Efraím: Sutelaj, Bered, su hijo; Tajat, su hijo;
Eleada, su hijo; Tajat, su hijo; 21 Zabad, su hijo; Sutelaj, su hijo;
Ezer y Elead. Los hombres de Gat naturales del territorio los
mataron cuando bajaban para recoger sus ganados. 22 Efraím,
su padre, hizo mucho tiempo duelo por ellos, y sus hermanos
vinieron a consolarle. 23 Después entró a su mujer, que conci-
bió y parió un hijo, llamándole Beria, porque su casa estaba
en la desgracia. 24 Tuvo por hijo a Sera, que edificó a Betorón,
el bajo y el alto, y a Uzensera. 25 Refa, su hijo, y Reset; Telaj,
su hijo; Taján, su hijo; 26 Laedán, su hijo; Amihud, su hijo;
Elisama, su hijo; 27 Nun, su hijo; Josué, su hijo. 28 Tenían por
posesión y habitación Bétel y las ciudades de su dependencia;
al oriente, Narón; al occidente, Guezer y las ciudades de su
dependencia; Siquem y las ciudades de su dependencia, hasta

Gaza y las ciudades de su dependencia. 29 Los hijos de Mana-
sés poseían Betsán y las ciudades de su dependencia, Tanac y
las ciudades de su dependencia, Megiddo y las ciudades de su
dependencia, Dor y las ciudades de su dependencia. En estas
ciudades habitaron los hijos de José, hijo de Israel.

Descendientes de Aser (7,30-40)

30 Hijos de Aser: Jimna, Jisva, Jisvi y Beria, y Seraj, su her-
mana. 31 Hijos de Beria: Jeber y Malquiel. Malquiel fue padre
de Birzavia, 32 y Jeber engendró a Jaflet, Somer, Jotán y a Súa,
hermana de éstos. 33 Hijos de Jaflet: Pasac, Bimal y Asevat.
Estos son los hijos de Jaflet. 34 Hijos de Somer: Aji, Roega, Juba
y Aram. 35 Hijos de Elem, su hermano: Sofaj, Jimna, Seles y
Amal. 36 Hijos de Sofaj: Suaj, Jarnefer, Sual, Beri, Jimra, 37 Be-
ser, Hod, Samma, Silsa, Jitrán y Beera. 38 Hijos de Jeter: Jefo-
né, Pispa y Ara. 39 Hijos de Ula: Araj, Janiel y Risya. 40 Todos
estos hijos de Aser, jefes de las casas de sus padres, hombres
selectos y valerosos, jefes de príncipes, registrados en número
de veintitrés mil hombres en estado de tomar las armas para
la guerra.

Descendientes de Benjamín (8,1-40)

1 Benjamín engendró a Bela, su primogénito; Asbel, el se-
gundo; Ajraj, el tercero; 2 Noja, el cuarto, y Rafa, el quinto.
3 Hijos de Bela: Adar, Guera, Abihud, 4 Abisúa, Namán, Ajoaj,
5 Guera, Sefufán y Juram. 6 He aquí los hijos de Ejud, que
eran jefes de familias entre los habitantes de Gueba, y fueron
a Manajat: 7 Namán, Ajías y Guera. Este los condujo y engen-
dró a Uza y Ajud. 8 Serajaim engendró hijos en la tierra de
Moab después de haber dejado a Jusim y a Bara, que eran sus
mujeres. 9 Tuvo de Jodes, su mujer: a Jobab, Sibia, Mesa, Mal-
cam, 10 Jeús, Sequiya y Mirma. Estos son sus hijos, jefes de fa-
milia. 11 Tuvo de Jusim: Abitut y Elpaal. 12 Hijos de Elpaal:
Heber, Misán y Semer, que edificó Ono. Lod y las ciudades
de su dependencia. 13 Beria y Sema, que eran jefes de familia
entre los habitantes de Ayalón, hicieron huir a los habitantes
de Gat. 14 Ajio, Sasac, Jeremot, 15 Zebadías, Arad, Heder,
16 Micael, Jispa y Joja, hijos de Beerías. 17 Zebadías, Mesulam,
Jizguí, Jeber, 18 Jismerai, Jizlía y Jobab, hijos de Elpaal. 19 Ja-
quim, Zicrí, Zabdí, 20 Elyoenai, Silitai, Eliel, 21 Adaia, Baraya,
Semarat, hijos de Semeí, 22 Jispán, Eber, Eliel, 23 Adón, Zicrí,
Janán, 24 Jananía, Helam, Anatotías, 25 Jifdaías y Peniel, hijos
de Sasac. 26 Samseraí, Sejarías, Atalía, Atolía, 27 Jarsías, Elías,
Zicrí, hijos de Jerojam. 28 Estos eran jefes de familias según sus
linajes. Habitaban en Jerusalén. 29 El padre de Gabaón habitaba
en Gabaón. El nombre de su mujer fue Maaca; 30 Abdón,
su hijo primogénito; después Sur, Quis, Beal, Her, Nadab,
31 Guedor, Ajía y Zequer. 32 Mielot engendró a Simea. Estos
habitaron también con sus hermanos en Jerusalén. 33 Ner
engendró a Quis, Quis engendró a Saúl, Saúl engendró a Jona-
tán, Malquisúa, Abinadab y Esbal. 34 Hijo de Jonatán fue Meri-
baal, y Meribaal engendró a Mica. 35 Hijos de Mica: Pitón, Me-
lec, Tarea y Ajaz. 36 Ajaz engendró a Joada; Joada engendró a

Alemet, Azmavet y Zimri; Zimri engendró a Mosa, 37 y Mosa engendró a Bina; Rafa, su hijo; Eleasa, su hijo; Asel, su hijo; 38 Asel tuvo seis hijos: Arricam, Bocrú, Ismael, Searías, Obadías y Jonán. Estos fueron hijos de Asel. 39 Los hijos de Esec, su hermano: Ulán, su primogénito; Jehú, el segundo; Elifelet, el tercero. 40 Los hijos de Ulán eran fuertes y valerosos, diestros arqueros. Tuvieron muchos hijos y nietos, ciento cincuenta. Todos éstos son hijos de Benjamín.

Habitantes de Jerusalén a la vuelta del exilio (9,1-44)

1 Todo Israel está registrado en las genealogías e inscrito en el libro de los reyes de Israel. Judá fue por sus infidelidades llevado cautivo a Babilonia. 2 Los primeros habitantes que entraron en sus posesiones, en sus ciudades, eran israelitas, sacerdotes, levitas y netineos. 3 En Jerusalén habitaron hijos de Judá, hijos de Benjamín e hijos de Efraím y Manasés. De los hijos de Peres, hijo de Judá; 4 Utai, hijo de Amihud, hijo de Omri; hijo de Inri, hijo de Bani. 5 De los sinolitas: Asaya, el primogénito, y sus hijos. 6 De los hijos de Zerej: Jehuel y sus hermanos, seiscientos noventa. 7 De los hijos de Benjamín: Salú, hijo de Mesulam, hijo de Hodavía, hijo de Asenúa; 8 Jibnea, hijo de Jerojam; Ela, hijo de Uzi, hijo de Micri; Meuslam, hijo de Sefatya, hijo de Reuel, hijo de Jibniya, 9 y sus hermanos, según sus generaciones, novecientos cincuenta y seis. Todos éstos eran jefes de familias en las casas de sus padres. 10 Sacerdotes: Jedaya, Jeoyarib; Jaquim, 11 Azarías, hijo de Helcías, hijo de Mesulam, hijo de Sadoc, hijo de Merayot, hijo de Ajitub, jefe de la casa de Dios; 12 Adaya, hijo de Jerojam, hijo de Pasjur, hijo de Malquiva; Maesaí, hijo de Adiel, hijo de Jajzerat, hijo de Mesulam, hijo de Mesilamit, hijo de Immer, 13 y sus hermanos, jefes de las casas de sus padres, mil setecientos sesenta hombres vigorosos ocupados en el servicio de la casa de Dios. 14 Levitas: Semeya, hijo de Jasub, hijo de Azricam, hijo de Jasabia, de los hijos de Merarí: 15 Bacbacar, Jeres, Galal, Matania, hijo de Miqueas, hijo de Zicrí, hijo de Asaf; 16 Abdías, hijo de Semeya, hijo de Galal, hijo de Jedutún; Berequías, hijo de Asa, hijo de Elcana, que habitó en los poblados de Netopat. 17 Porteros: Salum, Acub, Talmón, Ajmán y sus hermanos; Salum era el jefe, y hasta ahora está a la puerta del rey, a oriente. 18 Estos son los porteros de entre los levitas. 19 Salum, hijo de Coré, hijo de Ebiasaf, hijo de Coraj, y sus hermanos de la casa de su padre. Los coreítas tenían a su cargo la guardia de la entrada de la tienda; sus padres habían hecho la guardia de la entrada al campo de Yahvé, 20 y Finés, hijo de Eleazar, fue antes su jefe. Y Yahvé estuvo con él. 21 Zacarías, hijo de Meselemía, era portero de la entrada de la tienda de la reunión. 22 Eran, en todo, ciento doce elegidos para porteros de la entrada, y registrados en las genealogías según sus ciudades. David y Samuel, el vidente, los habían nombrado para sus funciones. 23 Ellos y sus hijos guardaban las puertas de la casa de Yahvé y de la casa de la tienda. 24 Había porteros a los cuatro vientos, a oriente y a occidente, y a norte y a mediodía. 25 Sus hermanos, que habitaban en sus ciudades, tenían que venir de tiempo en tiempo por siete días; 26 pero estos cuatro jefes, de los porteros, estos levitas, estaban siempre en funciones, y tenían ade-

más a su cargo la vigilancia de las cámaras y de los tesoros de la casa de Dios; 27 pasaban la noche en torno a la casa de Dios, cuya guardia tenían y habían de abrir cada mañana. 28 De los levitas, algunos estaban al cuidado de los utensilios de servicio, que recibían por cuenta y entregaban por cuenta. 29 Otros cuidaban de todos los utensilios del santuario, sobre la harina de flor, el vino, el aceite, el incienso y los aromas. 30 Los hijos de los sacerdotes hacían la mezcla de los perfumes aromáticos. 31 Matitiya, uno de los levitas, primogénito de Salum, coreíta, se cuidaba de las tortas fritas en sartén; 32 y algunos de sus hermanos de entre los caatitas tenían a su cargo preparar para cada sábado los panes de la proposición. 33 Estos son los cantores, jefes de familia de los levitas, que moraban en las cámaras, exentos de toda otra función, porque de día y de noche estaban en la suya. 34 Eran los jefes de familia de los levitas, jefes según sus generaciones. Habitaban en Jerusalén. 35 El padre de Gabaón, Jeiel, habitaba en Gabaón, y el nombre de su mujer era Maaca; 36 Abdón, su hijo primogénito; después Sur, Quis, Baal, Ner, Nadab. 37 Guedor, Ajio, Zacarías y Miclot. 38 Miclot engendró a Samán. Estos habitaban también en Jerusalén junto a sus hermanos con sus hermanos. 39 Ner engendró a Quis; Quis engendró a Saúl; Saúl engendró a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Esbaal. 40 Hijo de Jonatán: Meribaal; Meribaal engendró a Mica. 41 Hijos de Mica: Pitón, Melec, Tazrea y Ajaz. 42 Ajaz engendró a Jaera; Jaera engendró a Alemet, Azmevet y Zimri; Zimri engendró a Mosa; 43 Mosa engendró a Binoa, Rafaya, su hijo; Eleazar, su hijo; Asel, su hijo; 44 Asel tuvo seis hijos, cuyos nombres son: Azricam, Bocrú, Ismael, Searías, Abdías y Jonán. Estos son los hijos de Asel.

Esta lista de repatriados concuerda fundamentalmente con la que figura en Neh 11,3-23; discuten los autores si existe interdependencia entre ambas, inclinándose en admitir una fuente común. En los v.35-44 se repite con algunas divergencias la genealogía de Saúl, que sirve de introducción a la historia que sigue. La lista fue confeccionada después del exilio. De Manasés no se habla en Nehemías. La lista de los porteros es más amplia que en Neh 11.

SEGUNDA PARTE

HISTORIA DE DAVID (c.10-29)

Muerte de Saúl (10,1-14 = 1 Sam 31,1-13)

1 Los filisteos dieron la batalla a Israel, y los hombres de Israel huyeron ante los filisteos, y cayeron muchos muertos en el monte de Gelboé. 2 Los filisteos persiguieron a Saúl y a sus hijos, y mataron a Jonatán, Abinadab y Malquisúa, hijos de Saúl. 3 El peso de la batalla cargó sobre Saúl; y viéndose descubierto por los arqueros, se apoderó de él la angustia ante sus dardos. 4 Entonces dijo Saúl a su escudero: «Saca tu espada y traspásame con ella, no vengan esos incircuncisos y me escarnezcan»; pero su escudero no quiso por temor. Entonces cogió Saúl su espada y se echó sobre ella. 5 El escudero de Saúl, viéndole

muerto, se echó también sobre su espada, y murió. [6] Así perecieron Saúl y sus tres hijos, pereciendo con ellos toda su casa. [7] Todos los de Israel que estaban en el valle, viendo que habían huido los hombres y que Saúl y sus hijos eran muertos, dejaron sus ciudades para ponerse también en fuga, y los filisteos se apoderaron de ellos. [8] Al día siguiente vinieron los filisteos para despojar a los muertos, y hallaron a Saúl y a sus hijos caídos en el monte de Gelboé. [9] Los despojaron y se llevaron su cabeza y sus armas, e hicieron pregonar las buenas noticias por toda la tierra de los filisteos a sus ídolos y al pueblo. [10] Pusieron las armas de Saúl en el templo de su dios, y colgaron su cabeza en el templo de Dagón. [11] En Jabes Galaad, al saber lo que los filisteos habían hecho con Saúl, [12] se le levantaron todos los hombres útiles, y tomaron el cuerpo de Saúl y los de sus hijos y los transportaron a Jabes, y allí los sepultaron bajo la encina de Jabes, y ayunaron por siete días. [13] Murió Saúl porque se había hecho culpable de infidelidad hacia Yahvé, cuyas palabras no guardó, y por haber preguntado y consultado a los evocadores de los muertos. [14] No obedeció a Yahvé, y Yahvé le mató y transfirió el reino a David, hijo de Isaí.

Salvo leves diferencias, se reproduce el texto de 1 Sam relativo a la muerte de Saúl, hecho que da paso a David al trono de Israel. Calla el texto la circunstancia de que los filisteos colgaron el cuerpo de Saúl de las murallas de Betsán (1 Sam 31,10), quizá por respeto a Deut 21,22ss. Tampoco menciona el hecho de la incineración de los cadáveres (1 Sam 31,12), costumbre pagana. La desaparición de Saúl se debe a su infidelidad a Dios (v.14).

David, rey (11,1-3 = 2 Sam 5,1-3)

[1] Todo Israel se congregó en torno a David en Hebrón, diciendo: «Mira: tú eres hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne». [2] Ya antes, aún reinando Saúl, eras tú el que sacabas y volvías a Israel; Yahvé, tu Dios, te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel y tú serás el jefe de mi pueblo Israel». [3] Así todos los ancianos de Israel vinieron al rey, a Hebrón, y David hizo con ellos alianza en Hebrón ante Yahvé. Ungieron a David por rey de Israel, según la palabra de Yahvé pronunciada por Samuel.

Presenta a David como rey de todo Israel, omitiendo los siete años de reinado en Hebrón y la guerra civil entre la casa de Saúl y la de Judá (2 Sam c.2-4). Su misión era reunir a todas las tribus en torno a Yahvé.

Conquista de Jerusalén (11,4-9 = 2 Sam 5,4-10)

[4] Marchó David con todo Israel contra Jerusalén, que es Jebús. Habitaban allí los jebuseos; [5] y los de Jebús dijeron a David: «No entrarás tú aquí». Pero David se apoderó de la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David. [6] David había dicho: «El que primero hiera al jebuseo será jefe y príncipe». Y fue el primero en subir Joab, hijo de Sarvia, y fue hecho jefe. [7] David se estableció en la fortaleza, que por esto se llamó la ciudad de David. [8] Edificó la ciudad en derredor, desde el terraplén, y Joab reconstruyó el resto de la ciudad. [9] David vino a ser de día en día más grande, y Yahvé Sebaot estaba con él.

Los laureados de David (11,10-47 = 2 Sam 23,8-39)

[10] He aquí los primeros de los valientes que siguieron a David y que le ayudaron con todo Israel a asegurar su dominación y hacerle rey de Israel según la palabra de Yahvé. [11] He aquí por sus nombres los valientes que siguieron a David: Jasobán, hijo de Jacmoni, jefe de los treinta. Blandió su lanza contra trescientos hombres, que derrotó de una vez. [12] Después de él, Eleazar, hijo de Dodó, ajojita, otro de los tres. [13] Estaba éste con David en Pas Damim, donde los filisteos se habían reunido para la lucha; había allí una haza de cebada, y huyendo ya el pueblo ante los filisteos, [14] se puso en medio de la haza y la defendió, derrotando a los filisteos y obrando Yahvé una gran salvación. [15] Tres de los treinta bajaron a donde estaba David, a la roca de la caverna de Odulam, cuando estaban acampados los filisteos en el valle de Refaím. [16] Estaba David en la fortaleza y los filisteos tenían una guarnición en Betlehem. [17] Se le ocurrió a David decir: «¡Quién me diera poder beber agua de la cisterna que está a la puerta de Betlehem!» [18] Y entonces los tres, pasando a través del campamento de los filisteos, cogieron agua de la cisterna que hay a la puerta de Betlehem, y, llevándola, se la presentaron a David; pero David se negó a beberla y la derramó ante Yahvé, [19] diciendo: «Líbreme Dios de hacer tal cosa. ¿Voy a beber yo la sangre de estos hombres, que a riesgo de su vida han ido allá?» Porque era ciertamente con riesgo de la vida como la habían traído, y no quiso beberla. Esto hicieron los tres valientes. [20] Abisaí, hermano de Joab, era jefe de los treinta. Blandió su lanza contra trescientos, que mató, y tuvo renombre entre los treinta, [21] y era entre ellos muy considerado, pero no llegaba a los tres primeros. [22] Benaya, hijo de Joyada, hombre de mucho valor y célebre por sus hazañas, de Cabsiel, mató a dos valientes de Moab, y un día de nieve, bajando a una cisterna, mató a un león. [23] Mató también a un egipcio que tenía cinco codos de estatura, y cuya lanza era como un enjullo de tejedor. Bajó contra él con un palo y le arrancó de la mano la lanza, con la que le mató. [24] Esto hizo Benaya, hijo de Joyada, que tuvo gran renombre entre los treinta. [25] Fue muy considerado entre los treinta, pero no llegaba a los tres primeros; David le puso al frente de su guardia. [26] Los valientes del ejército: Azael, hermano de Joab; Elcana, hijo de Dodó, de Betlehem; [27] Samot, de Haror, y Eles, pelonita; [28] Ira, hijo de Iques, tecuita; Abiezer, de Anatot; [29] Sibeca, cusafita; Ilal, ajusita; [30] Maharai, netofatita; Jeled, hijo de Bana, netofatita; [31] Itaí, hijo de Ribai, de Gueba, de los hijos de Benjamín; Banayas, faratonita; [32] Jurai, de los valles de Gas; Abiel, arbatita; [33] Azmavet, bajarumita; Eliajba, salbonita; [34] Jasem, agunita; Jonatán, hijo de Sague, de Haror; [35] Aliam, hijo de Sacar, de Haror; Elifal, hijo de Ur; [36] Efer, de Mequera; Ajiya, de Palón; [37] Jesro, del Carmel; Naraí, hijo de Esbaí; [38] Joel, hermano de Natán; Mibjar, hijo de Hagri; [39] Selec, amonita; Najrai, de Berot, escudero de Joab, hijo de Sarvia; [40] Ira, de Jeted; Garet,

de Jeter; 41 Urías, jeteo; Zabad, hijo de Ajlaí; 42 Adina, hijo de Siza, rubenita, jefe de los rubenitas, y treinta con él; 43 Jonán, hijo de Maaca; Josafat, de Mituí; 44 Ozías, de Astarot; Sama y Jetiel, hijos de Jotán, de Aroer; 45 Jediael, hijo de Simri; Joja, su hermano, tisaíta; 46 Eliel, de Majavim; Jeribaí y Josavía, hijos de Elnaam; Jitma, moabita; 47 Eliel, Obed y Joasiel, de Mesobía.

Entre ambas listas existen divergencias de poca monta (GÖTTSBERGER, DHORME). A partir del v.40 falta en Samuel, así como el v.23. No menciona a Ajitófel (2 Sam 15,31) por haber traicionado a David (v.36).

Los amigos de primera hora (12,1-22)

1 Estos son los que vinieron a unirse a David en Siceleg, cuando estaba alejado de Saúl, hijo de Quis, y fueron parte de los valientes que le prestaron su ayuda durante la guerra. 2 Eran arqueros y tiraban piedras lo mismo con la mano derecha que con la izquierda, y disparaban flechas con el arco. Eran de Benjamín, del número de los hermanos de Saúl. 3 El jefe era Ajiezar; Joás, hijo de Sema, de Guibea; Jeriel y Pelet, hijos de Azmavet; Beraca; Jehú, de Anatot; 4 Jismaeya, de Gabaón, valiente entre los treinta y jefe de los treinta; Jeremías, Jajaziel, Jojanán, Jozabad, de Gueder; 5 Eluzai, Jerimot, Bealia, Semarías, Sefatías, de Jarif; 6 Elcana, Jizjiva, Azazel, Joezer y Jesobeam, corejitas; 7 Joela y Zebadías, hijos de Jerojam, de Guedor. 8 También entre los gaditas fueron hombres valientes a unirse a David, en la fortaleza del desierto, soldados diestros en la guerra, armados de escudo y lanza, semejantes a leones y ligeros como cabras monteses. 9 Ezer, el jefe; Abdías, el segundo; Eliab, el tercero; 10 Mismana, el cuarto; Jeremías, el quinto; 11 Ataí, el sexto; Eliel, el séptimo; 12 Jojanán, el octavo; Elzabad, el noveno; 13 Jeremías, el décimo; Macbanai, el undécimo. 14 Eran hijos de Gad, jefes del ejército. Uno solo, el menor de todos, era capaz de atacar a cien hombres, y el mayor, a mil. 15 Estos fueron los que pasaron el Jordán en el mes primero, cuando se desbordaba por todas sus márgenes, y pusieron en fuga a todos los habitantes de los valles, a oriente y a occidente. 16 Hubo también de entre los hijos de Benjamín y de Judá quienes se unieron a David en la fortaleza. 17 David les salió al encuentro y les dijo: «Si venís a mí con buenas intenciones, para ayudarme, mi corazón se apegará a vosotros; pero si es para engañarme en provecho de mis enemigos, estando mis manos limpias de iniquidad, véalo el Dios de nuestros padres y que El os lo demande». 18 Entonces se revistió del espíritu Amasaí, que era el jefe, y dijo: «A ti y a tu pueblo, hijo de Isaí, paz. Paz, paz a ti y paz a cuantos te ayudan, pues te ayuda a ti tu Dios». David los recibió y los hizo jefes de las tropas. 19 También de los hijos de Manasés vinieron a unirse a David, cuando vino con los filisteos a la batalla contra Saúl, aunque no combatió, porque los príncipes de los filisteos, habido consejo, le despidieron diciendo: «Se pasaría a Saúl con peligro de nuestras cabezas». 20 Cuando retornó a Siceleg, éstos fueron los que de Manasés se le unieron: Adnas, Jozabad, Jediael, Micael, Jozabad, Eliú y Siltaí, jefes de millares de Manasés. 21 Ayudaron a David contra las bandas de ladrones, pues eran todos hombres valerosos, y vinieron a ser jefes en el ejército. 22 De día en día llegaban gentes a unirse a David, hasta que vino a tener un gran ejército, como un ejército de Dios.

En 1 Sam 27,2; 30,1ss se nos presenta a David rodeado de unos seiscientos guerreros, cuyos nombres dejó en el olvido el autor, y que ha recogido en parte el de las Crónicas, sacándolos o de algún escrito o retransmitidos por tradición oral. Muchos se le juntaron en Siceleg (1 Sam 27,2-11), entre los cuales figuraban hombres de la tribu de Benjamín. Con la adhesión de los benjaminitas destaca el autor el prestigio que alcanzó David aun entre los de la tribu de su rival. Estaba convencido David de que su causa era justa, pudiendo tomar a Dios como testigo (v.17-18).

Los que le proclamaron rey (12,23-40)

23 He aquí el número de hombres de guerra que, armados, vinieron a David, a Hebrón, para transferirle el reino de Saúl, según el mandato de Yahvé: 24 Hijos de Judá armados de escudo y lanza, seis mil ochocientos hombres de guerra. 25 De los hijos de Simeón, hombres valerosos para la guerra, siete mil ciento. 26 De los hijos de Leví, cuatro mil seiscientos; 27 y Joyada, príncipe de Aarón, y con él tres mil setecientos; 28 y Sadoc, joven valeroso, con veintidós de los principales de la casa de su padre. 29 De los hijos de Benjamín, hermano de Saúl, tres mil, pues hasta entonces la mayor parte de ellos habían permanecido fieles a la casa de Saúl. 30 De los hijos de Efraím, veinte mil ochocientos hombres valientes, gentes de renombre, según las casas de sus padres. 31 De la media tribu de Manasés, dieciocho mil, que fueron nominalmente designados para ir a proclamar rey a David. 32 De los hijos de Isacar, doscientos jefes, hombres inteligentes, sabedores de lo que había de hacer Israel, y cuyo consejo era respetado por todos. 33 De Zabulón, cincuenta mil, en estado de tomar las armas y provistos de toda clase de armas para el combate, prestos a librar batalla con ánimo resuelto. 34 De Neftalí, mil jefes, y con ellos treinta y siete mil soldados, que llevaban escudo y lanza. 35 De Dan, armados para la guerra, veintiocho mil seiscientos. 36 De Aser, hombres de guerra prestos para el combate, cuarenta mil. 37 Y del otro lado del Jordán, de los rubenitas, gaditas y de la media tribu de Manasés, ciento veinte mil armados de todas armas. 38 Todos estos hombres, gente de guerra, prestos para el combate, llegaron a Hebrón con leal corazón para hacer a David rey de todo Israel, y todo el resto de Israel estaba igualmente unánime en querer a David por rey. 39 Estuvieron allí tres días con David, comiendo y bebiendo, pues sus hermanos los habían provisto de víveres, 40 y aun los que habitaban cerca, hasta Isacar y Zabulón y Neftalí, trajeron en asnos, camellos, mulos y bueyes, pan, harina, masa de higos y pasas, vino, aceite, bueyes y ovejas en abundancia, porque Israel estaba en alegría.

En 2 Sam c.24 se habla del censo del pueblo hecho por David; el que reproduce nuestro texto está calcado en Núm c.1-3; c.26, y es propio del cronista. Joyada (*nagid* de Aarón) era padre de

Benaya (11,22), con el cual parece identificarlo el texto. Tuvo Benaya una importante actuación en el traslado del arca (15,24; 16,5). No se menciona a Abiatar, por haber apoyado la causa de Adonías en contra de Salomón (1 Re 1,19), al que sustituyó Sadoc (1 Re 2,27-35).

El arca en casa de Obededom (13,1-14 = 2 Sam 6,2-11)

1 Tuvo David consejo con los jefes de millares y de centenas, con todos los príncipes, 2 y dijo a toda la asamblea de Israel: «Si os parece bien, y que la cosa viene de Yahvé, nuestro Dios, vamos a mandar a todas partes a nuestros hermanos que están por todo Israel, a los sacerdotes y a los levitas que habitan en las ciudades, para que vengan a reunirse con nosotros, 3 y traigamos el arca de nuestro Dios, pues no nos hemos cuidado de esto desde el tiempo de Saúl». 4 Toda la asamblea resolvió hacer así, pues la cosa pareció conveniente a todo el pueblo. 5 Reunió, pues, David a todo el pueblo, desde el Sijor de Egipto hasta el camino de Jamat, para traer de Quiriat-Jearim el arca de Dios; 6 y subió David con todo Israel a Baala, de Quiriat-Jearim, que está en Judá, para trasladar de allí el arca de Dios, ante la cual se invoca el nombre de Yahvé, que se sienta entre los querubines. 7 Pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y la llevaron de la casa de Abinadab. Conducían el carro Uza y Ajió. 8 David y todo Israel danzaban ante el arca con todas sus fuerzas y cantaban y tocaban arpas, salterios y tímpanos, címbalos y trompetas. 9 Cuando llegaron a la era de Cidón, Uza tendió la mano para coger el arca, porque los bueyes la ladeaban; 10 se encendió la cólera de Yahvé contra Uza, y Yahvé le hirió por haber tendido la mano sobre el arca. Uza murió allí ante Dios. 11 David se apesadumbró porque había herido Dios a Uza con tal castigo, y aquel lugar se llamó hasta hoy Peres Uza. 12 David entró aquel día en temor, y dijo: «¿Cómo voy a traer a mí el arca de Dios?» 13 Y no llevó el arca de Dios con él a la ciudad de David, sino que la hizo llevar a la casa de Obededom, de Gat. 14 Allí quedó por tres meses el arca en la casa de Obededom, y Yahvé bendijo la casa de Obededom y cuanto le pertenecía.

El autor de las Crónicas da relieve extraordinario, consagrándole cuatro capítulos, al traslado del arca desde Quiriat-Jearim hasta Jerusalén. Según el cronista (13,2), desde el primer momento se cuenta con el concurso de sacerdotes y levitas, en contra de lo que insinúa el texto paralelo de Samuel. Los v.1-4 son propios de las Crónicas. Suele el autor posponer los acontecimientos profanos a los religiosos. De ahí que, abandonando el orden cronológico, pasa a referir el traslado del arca. Con el arca en Jerusalén se lograría la unidad de todas las tribus en torno al templo de Jerusalén y del arca, «ante la cual se invoca el nombre de Yahvé, que se sienta entre los querubines» (v.6).

Familia de David (14,1-7 = 2 Sam 5,11-16)

1 Hiram, rey de Tiro, mandó embajadores a David, y le proporcionó madera de cedro, canteros y carpinteros para que edificaran su casa. 2 Conoció David que Yahvé afirmaba su dominio sobre Israel y que ensalzaba su reino por amor de Israel, su pueblo. 3 David tomó entonces mujeres en Jerusalén, y tuvo hijos e hijas. 4 Los nombres de los que le nacieron en Jerusalén son: Samúa, Sobab, Natán, Salomón, 5 Jibjar, Elisúa, Elfelet, 6 Noga, Nefeg, Jafia, 7 Elisama, Beeliada y Elifelet.

En pocos versos reúne el autor algunos hechos salientes de la vida de David: sus relaciones con Hiram, la lista de sus hijos (3,5-8). En 2 Sam 5,15 no se mencionan entre los hijos de David Elfelet y Noga.

Victoria de David sobre los filisteos (14,8-17 = 2 Sam 5,17-25)

8 Cuando los filisteos supieron que David había sido ungido rey de todo Israel, subieron todos en busca suya, y David, que lo supo, les salió al paso. 9 Llegaron los filisteos y se desparramaron por el valle de Refaím. 10 David consultó a Dios, preguntando: «¿Subiré contra los filisteos y los entregarás en mis manos?» Y Yahvé le dijo: «Sube, y los entregaré en tus manos». 11 Subieron ellos a Baal Perasim, donde David los derrotó. Luego dijo: «Dios ha dispersado por mi mano a mis enemigos, como rotura de aguas que se derraman». Por eso se dio a aquel lugar el nombre de Baal Perasim. 12 Se dejaron allí sus dioses, que por orden de David fueron quemados en el fuego. 13 Los filisteos invadieron de nuevo el valle, 14 y David consultó de nuevo a Dios, y Dios le dijo: «No subas contra ellos. Rodéalos y échate sobre ellos desde delante de las balsameras. 15 Cuando por las cimas de las balsameras oigas un estruendo, sal luego y atácalos, que irá Dios delante de ti para derrotar el campo de los filisteos». 16 Hizo David como Dios le mandara, y derrotó a los filisteos desde Gabaón hasta Guezer. 17 La fama de David se extendía por todas aquellas tierras, y puso Yahvé sobre todas las gentes el temor de David.

Traslado del arca a Jerusalén (15,1-29)

1 David hizo casa para sí en la ciudad de David y preparó un lugar para el arca de Dios, alzando para ella una tienda. 2 Entonces se dijo: «El arca de Dios no debe ser transportada sino por los levitas, porque son los que eligió Yahvé para trasladarla y para hacer su servicio por siempre». 3 Reunió, pues, David a todo Israel en Jerusalén, para subir el arca de Yahvé al lugar que le había dispuesto. 4 Reunió a los hijos de Aarón y a los levitas. 5 De los hijos de Caat, a Uriel, jefe, y sus hermanos, ciento veinte; 6 de los hijos de Merarí, Asaya, jefe, y sus hermanos, doscientos veinte; 7 de los hijos de Gersón, Joel, jefe, y sus hermanos, doscientos; 8 de los hijos de Elisafán, Semeya, jefe, y sus hermanos, doscientos; 9 de los hijos de Hebrón,

**Eliel, jefe, y sus hermanos, ochenta; 10 de los hijos de Uziel,
Aminadab, jefe, y sus hermanos, ciento doce. 11 David llamó
a los sacerdotes Sadoc y Abiatar y a los levitas Uriel, Asaya, Joel,
Semeya, Eliel y Aminadab, 12 y les dijo: «Vosotros sois los jefes
de familia de los levitas; santificaos vosotros y vuestros herma-
nos para subir el arca de Yahvé, del Dios de Israel, al lugar que
yo le he preparado. 13 Por no estar vosotros allí la primera vez,
Yahvé, nuestro Dios, nos castigó, porque no fuimos a buscarle
según la ley». 14 Santificáronse los sacerdotes y los levitas para
subir el arca de Yahvé, Dios de Israel. 15 Los hijos de los levitas
llevaban el arca de Dios en hombros, con sus barras, como lo
había ordenado Moisés, según el mandato de Yahvé. 16 David
mandó a los jefes de los levitas que dispusieran a sus hermanos
los cantores, que hiciesen resonar los instrumentos musicales,
arpas, salterios y címbalos, en señal de regocijo; 17 y los levitas
designaron a Hemán, hijo de Joel, y de entre sus hermanos,
a Asaf, hijo de Baraquías, y de entre los hijos de Merarí, sus
hermanos, a Etán, hijo de Cusaya; 18 después, con ellos, sus
hermanos del segundo orden: Zacarías, Uziel, Semiramot, Je-
jiel, Uní, Eliab, Banayas, Maaseyas, Matatías, Elifele, Micne-
yas, Obededom y Jeiel, porteros. 19 Los cantores Hemán, Asaf
y Etán llevaban címbalos de bronce para hacerlos resonar;
20 Zacarías, Uziel, Semiramot, Jejiel, Uní, Eliab, Maaseyas y
Benaya llevaban salterios templados para las voces altas; 21 y
Matatías, Elifele, Mienaya, Obededom, Jeiel y Azarías, con
cítaras acordadas a la octava; 22 y Quenanías, jefe de los levitas,
dirigía el canto, pues tenía mucho conocimiento de él. 23 Bera-
quías y Elcana eran los porteros del arca; 24 y Sebanías, Josafat,
Natanael, Amasí, Zacarías, Benayas y Eliezer, sacerdotes, toca-
ban las trompetas delante del arca de Dios. Obededom y Jijías
eran también porteros del arca. 25 David, pues, los ancianos de
Israel y los jefes de millares, fueron a traer el arca de la alianza
de Yahvé desde la casa de Obededom, con gran alegría. 26 Y por
haber asistido Dios a los levitas que llevaban el arca de la alianza
de Yahvé, se sacrificaron siete novillos y siete carneros. 27 David
iba vestido de un manto de biso, lo mismo que todos los levitas
que llevaban el arca, los cantores y Quenanías, jefe de la mú-
sica entre los cantores. Llevaba David también sobre sí el efod
de lino. 28 De esta manera llevó todo Israel el arca de la alianza
de Yahvé entre gritos de júbilo, al son de las bocinas, las trom-
petas, los címbalos, los salterios y las cítaras. 29 Cuando el arca
de la alianza de Yahvé llegó a la ciudad de David, Micol, hija
de Saúl, mirando por una ventana, vio al rey David saltando
y bailando delante del arca y le menospreció en su corazón.**

Pone de relieve el autor sagrado el papel que juegan sacerdotes y levitas en el traslado del arca. Son los levitas quienes deben transportarla (Núm c.3-4); da una lista de los que se habían congregado a este fin (v.4-10). En el v.13 hace alusión al castigo de Oza (13,9-11). Los levitas cantores, a las órdenes de Hamán, Asaf y Etán (6,18. 24.29) y otros acompañaron al cortejo con instrumentos músicos y cantos. La expresión (v.24) «porteros del arca» responde a la situación del momento, por existir dos santuarios legítimos: el del Arca y el de la Morada (16,37-42) (CAZELLES).

El arca en el tabernáculo (16,1-6 = 2 Sam 6,17-19)

**1 Traída el arca de Dios, pusiéronla en medio de la tienda
que David había alzado para ella, y ofrecieron ante Dios holo-
caustos y sacrificios eucarísticos. 2 Cuando hubo acabado Da-
vid de ofrecer los holocaustos y los sacrificios eucarísticos, ben-
dijo al pueblo en nombre de Yahvé, 3 y distribuyó a todo Israel,
hombres y mujeres, a cada uno una porción de pan, de carne
y de uvas pasas. 4 Puso levitas al servicio del arca de Yahvé,
para que invocaran, alabaran y ensalzaran a Yahvé, Dios de
Israel. 5 Fueron: Asaf, el jefe; Zacarías, el segundo después de
él; Uziel, Semiramot, Jejiel, Matatías, Eliab, 6 Benaya, Obede-
dom y Jeiel, con instrumentos músicos, salterios y arpas, y Asaf
era el que hacía sonar los címbalos. Los sacerdotes Benaya y
Jojaziel tocaban continuamente las trompetas delante del arca
de la alianza de Dios.**

A partir del v.4 el cronista introduce una noticia que falta en el lugar paralelo de Samuel. Los cantos litúrgicos constituyen un tema favorito de nuestro autor.

Cántico de alabanza (16,7-36)

**7 Aquel día dio David a Asaf y a sus hermanos por primera
vez, para cantar las alabanzas de Yahvé, este canto:**

**8 «Alabad a Yahvé, invocad su nombre.
Pregonad a los pueblos sus hazañas.
9 Cantadle, cantad salmos en su honor.
Cantad todos sus portentos.
10 Gloriaos en su santo nombre;
Alégrese el corazón de los que buscan a Yahvé.
11 Buscad a Yahvé y fortaleceos.
Buscad siempre su rostro.
12 Recordad cuántas maravillas ha obrado.
Sus prodigios, los juicios de su boca.
13 Descendientes de Abraham, su siervo;
Hijos de Jacob, su elegido.
14 Es Yahvé nuestro Dios.
Por la tierra toda prevalecen sus juicios.
15 Fielmente se ha acordado siempre de su alianza,
De sus promesas para mil generaciones,
16 De lo que pactó con Abraham,
De lo que juró a Isaac.
17 De lo que firmemente estableció con Jacob,
Y con Israel como pacto eterno,
18 Diciendo: A ti te daré la tierra de Canaán
Como porción de vuestra heredad.
19 Eran entonces poco numerosos,
Poco numerosos y extranjeros en ella,
20 Iban de una gente a otra gente
Y de un reino a otro pueblo.
21 Pero no consintió que nadie los oprimiese,
Y por causa de ellos castigó a reyes.
22 No toquéis a mis ungidos.
No hagáis mal a mis profetas.**

23 Cantad a Yahvé, habitantes todos de la tierra;
Pregonad uno y otro día su salvación,
24 Contad a los pueblos su gloria,
Sus maravillas a los pueblos todos.
25 Porque Yahvé es grande, digno de toda alabanza,
Temible sobre todos los dioses.
26 Porque los dioses de las gentes son *ídolos*,
Pero Yahvé es el hacedor de los cielos.
27 La gloria y la majestad sean ante El,
La alabanza y el honor en su santuario.
28 Dad a Yahvé, ¡oh familias de los pueblos!,
Dad a Yahvé la gloria y la alabanza,
29 Dad gloria al nombre de Yahvé,
Traed ofrendas y entrad en sus atrios.
Adorad a Yahvé en ornamentos santos,
30 Temblad ante El todos los de la tierra.
El afirmó el orbe, y firme está.
31 Alégrense los cielos y regocíjese la tierra,
Pregónese entre las gentes: Yahvé reina.
32 Truene el mar con cuanto lo llena,
Salte de gozo el campo y cuanto hay en él,
33 *Den gritos de júbilo los árboles de las selvas.*
Al venir Yahvé, pues viene para juzgar a la tierra.
34 Dad gracias a Yahvé, que es bueno.
Y es eterna su misericordia.
35 Decid: sálvanos, ¡oh Dios!, salud nuestra;
Reúnenos y líbranos de las gentes,
Para que confesemos tu santo nombre
Y nos gloriemos alabándote.
36 Bendito Yahvé, Dios de Israel,
Por eternidad de eternidades.
Y diga todo el pueblo: Amén.
Alabad a Yahvé».

Trátase de un salmo compuesto por el autor sirviéndose de fragmentos de otros salmos: los v.8-22 = Sal 105,1-15; v.22-23 = = Sal 96,1b.2b-13a; v.34-36 = Sal 106,1.47-48. Quizá el autor, más que reproducir las mismas palabras de David, expresa sus sentimientos teniendo en cuenta las nuevas y diversas condiciones del tiempo en que vivía.

Al servicio del arca (16,37-43)

37 David dejó allí, delante del arca de la alianza de Yahvé,
a Asaf y a sus hermanos, para que constantemente ministrasen
delante del arca, cada cosa a su tiempo, 38 y a Obededom, hijo
de Jedutún, y a Josa y a sus hermanos, en número de sesenta
y ocho, estableció como porteros. 39 Asimismo a Sadoc y a sus
hermanos, sacerdotes, ante el tabernáculo de Yahvé, en la al-
tura de Gabaón. 40 Para que allí ofreciesen continuamente, ma-
ñana y tarde, a Yahvé holocaustos y cumpliesen cuanto está
escrito en la Ley de Yahvé, dada por Yahvé a Israel. 41 Con
ellos estaban Hemán y Jedutún y los otros que nominalmente
habían sido designados para alabar a Yahvé: «Porque su mise-
ricordia es eterna». 42 Estaban Hemán y Jedutún con ellos, y

las trompetas y los címbalos para los que los tocaban, y los ins-
trumentos para los cantos en honor de Dios. Los hijos de Je-
dutún eran los porteros. 43 Todo el pueblo se fue luego cada
uno a su casa, y David se volvió a bendecir a la suya.

Una vez el arca en Jerusalén, imparte David las órdenes convenientes para asegurar un culto digno al arca (v.37-38) y al santuario de Gabaón (v.39-42). Vimos en el lugar paralelo de Samuel que existía el tabernáculo de Yahvé en Gabaón (21,29; 1 Re 3,4ss), al frente del cual estaba Sadoc. Hallábase asimismo allí el altar construido en el desierto (21,29; Ex 27,1ss; 38,15s). Debido a que se trataba de un tiempo de transición, se autorizó el funcionamiento de dos lugares de culto, lo que en rigor se oponía a la ley de la unidad de santuario. Sólo el santuario de Gabaón disponía de un altar para los sacrificios. Para el holocausto cotidiano véase Ex 29, 38-42; Núm 28,3-8.

Profecía de Natán (17,1-27 = 2 Sam 7,1-29)

1 Una vez que David se hubo establecido en su casa, dijo a
Natán, profeta: «Yo estoy habitando una casa de cedro, mien-
tras que el arca de la alianza de Yahvé está bajo una tienda».
2 Natán respondió a David: «Haz lo que tienes en tu corazón,
pues Dios está contigo». 3 Pero aquella noche fue dirigida a
Natán la palabra de Dios: 4 «Ve y dile a David, mi siervo: Así
habla Yahvé: No serás tú quien a mí me edifique casa para que
more en ella. 5 Nunca, desde que saqué a Israel hasta hoy, he
habitado en casa, *sino que* anduve de una parte a otra en una
tienda. 6 ¿Dije yo nunca a ninguno de los jueces de Israel, a
quienes mandé apacentar a mi pueblo: Por qué no me hacéis
una casa de cedro? 7 Di, pues, ahora a mi siervo David: Así
habla Yahvé Sebaot: Yo te cogí de la majada, de detrás del ga-
nado, para que fueras jefe de mi pueblo, Israel; 8 he estado
contigo por dondequiera que tú has andado; he exterminado
ante ti a todos tus enemigos y he hecho tu nombre semejante
al de los grandes que hay en la tierra. 9 He dado un lugar de
habitación a mi pueblo, Israel, y le he plantado para que se fije
y no sea ya conmovido, ni los hijos de la iniquidad le destruyan,
10 como antes en el tiempo en que establecí los jueces sobre
mi pueblo, Israel. He humillado a todos tus enemigos y te
anuncio que Yahvé te edificará a ti casa. 11 Cuando se cumplan
tus días y vayas a reunirte con tus padres, yo alzaré tu descen-
dencia, después de ti, a uno de entre tus hijos, y yo afirmaré
su trono. 12 El será quien me edifique casa, y yo afirmaré para
siempre su trono. 13 Seré padre para él, y él será para mí un
hijo, y no apartaré de él mi gracia, como la aparté del que te
precedió. 14 Le estableceré para siempre en mi casa y en mi
reino, y su trono será firme por toda la eternidad». 15 Natán
transmitió a David todas estas palabras y toda la visión, 16 y el
rey David fue a ponerse ante Yahvé y dijo: «¿Quién soy yo,
Yahvé Dios, y qué es mi casa para que tú me hayas traído a
donde estoy? 17 Y todavía esto, ¡oh Dios!, es poco a tus ojos.
Hablas de la casa de tu siervo para tiempo lejano y te dignas
mirarme como un hombre de excelencia, 18 ¡oh Yahvé, Dios!
¿Qué más podrá decirte David de la gloria que concedes a tu

siervo? Tú conoces a tu siervo, ¡oh Yahvé!, 19 y por amor de tu siervo y conforme a tu corazón has hecho todas estas grandes cosas, revelando todas estas grandezas, ¡oh Yahvé! 20 No hay semejante a ti, no hay otro Dios como tú, como con nuestros oídos hemos oído. 21 ¿Hay sobre la tierra una sola nación que sea como tu pueblo, Israel, cuyo Dios fuése a rescatar un pueblo para hacerse nombrar con tantos milagros y prodigios, y arrojando a naciones delante de tu pueblo, al que redimiste de Egipto? 22 Tú has hecho de tu pueblo, Israel, tu pueblo para siempre, y tú, ¡oh Yahvé!, tú eres su Dios. 23 Ahora, pues, ¡oh Yahvé!, que la palabra que has dicho de tu siervo y de su casa sea perdurable por la eternidad y cúmplela. 24 Que perdure, para que tu nombre sea glorificado por siempre y se diga: Yahvé Sebaot, Dios de Israel, es en verdad un Dios para Israel. Y que la casa de David, tu siervo, sea firme ante ti, 25 pues que tú mismo, Dios mío, has revelado a tu siervo que le edificarás casa. Por eso ha osado tu siervo orarte así. 26 Ahora, pues, ¡oh Yahvé!, tú eres Dios y tú has prometido esta gracia a tu siervo. 27 Bendice, pues, la casa de tu siervo, para que subsista para siempre delante de ti. Porque tú, ¡oh Yahvé!, la has bendecido y bendita será por la eternidad».

El texto sigue muy de cerca el del libro de Samuel, con algunos cambios característicos del cronista. La estabilidad de la dinastía davídica está unida a la de la presencia de Yahvé en el templo que edificará Salomón; «su trono será firme por toda la eternidad» (v.14). David ora, sentado, ante Yahvé (v.16). El carácter mesiánico de la profecía aparece más claro que en el libro de Samuel, al emplear las palabras: «uno de entre tus hijos» (v.11), que no debe ser necesariamente «el que saldrá de tus entrañas» (2 Sam 7,11), expresión que sugiere un hijo *inmediato* de David.

Victorias de David (18,1-13=2 Sam 8,1-18)

1 Después de esto batió David a los filisteos y los humilló, arrebatándoles de las manos Gat y las ciudades de su dependencia. 2 Batió a los moabitas, que quedaron sujetos a David, pagándole tributo. 3 Batió también David a Hadadezer, rey de Soba, en Jamat, cuando iba éste a establecer su dominio sobre el Eufrates. 4 Le tomó David mil carros, siete mil caballeros y veinte mil infantes; desjarretó a todos sus caballos de tiro, no conservando más que los de cien carros. 5 Vinieron los sirios de Damasco en socorro de Hadadezer, rey de Soba, y David derrotó a veinte mil sirios, 6 puso guarniciones en la Siria de Damasco, y los sirios quedaron sujetos a David, pagándole tributo. Yahvé protegía a David por dondequiera que iba. 7 Cogió David los escudos de oro que llevaban los servidores de Hadadezer y los llevó a Jerusalén. 8 También se apoderó de una gran cantidad de bronce en Tebaj y en Cun, ciudades de Hadadezer. De él hizo Salomón el mar de bronce, las columnas y los utensilios de bronce. 9 Supo Toú, rey de Jamat, que David había derrotado a todo el ejército de Hadadezer, rey de Soba, 10 y le mandó como embajador a Hadoram, su hijo, para saludarle y felicitarle por haber atacado a Hadadezer, venciéndole, pues Toú estaba en guerra con Hadadezer. Mandóle también toda suerte

de vasos de oro, de plata y de bronce, 11 que el rey David consagró a Yahvé con el oro y la plata que había tomado a todas las naciones, a Edom, a Moab, a los hijos de Amón, a los filisteos y a Amalec. 12 Abisaí, hijo de Sarvia, batió en el valle de la Sal a dieciocho mil edomitas. 13 Puso guarniciones en Edom, y todo Edom quedó sometido a David. Yahvé protegía a David por todas partes donde iba.

El autor pasa por alto el castigo que infligió David a los moabitas (2 Sam 8,2). Por una confusión de letras, el texto masorético lleva *Hadarezer* por *Hadadezer* (v.3). El v.8 es propio del cronista; en el 12 es Sarvia quien batió a Edom (2 Sam 8,13; 1 Re 11,15-16). David destinaba a la fábrica del templo el botín capturado a los enemigos.

Oficiales de David (18,14-17=2 Sam 8,15-18)

14 David reinó sobre todo Israel, haciendo derecho y justicia a todo el pueblo. 15 Joab, hijo de Sarvia, era jefe del ejército; Josafat, hijo de Ajilud, era cronista; 16 Sadoc, hijo de Ajitub, y Abimelec, hijo de Abiatar, eran sacerdotes; Sisa era secretario; 17 Banayas, hijo de Joyada, era jefe de los cereteos y feleteos, y los hijos de David sus áulicos.

De los hijos de David (v.17) escribe el texto que «eran los primeros al lado del rey»; en Samuel dícese que «los hijos de David eran sacerdotes»; para el cronista, los sacerdotes eran de raza levita y no de Judá, distinguiendo entre poder político y religioso.

Guerra contra los amonitas y sus aliados (19,1-19=2 Sam 10,1-19)

1 Después de esto murió Najas, rey de los hijos de Amón, sucediéndole su hijo. 2 David dijo: «Voy a mostrar mi benevolencia a Janún, hijo de Najas, pues su padre se mostró conmigo benévolo»; y le envió una embajada para consolarle por la muerte de su padre. Cuando los enviados de David llegaron a la tierra de los hijos de Amón y se presentaron a Janún para consolarle, 3 los jefes de los hijos de Amón dijeron a Janún: «¿Crees tú que para honrar a tu padre te manda David consoladores? ¿No será más bien para reconocer la ciudad y destruirla y explorar la tierra para lo que han venido a ti sus servidores?» 4 Entonces Janún, cogiendo a los servidores de David, los rapó y les cortó los vestidos por el medio hasta las nalgas, y luego los despachó. 5 Fuéronse ellos, y David, que supo lo que a sus hombres había sucedido, mandó gente que les salieran al encuentro, pues se hallaban en gran confusión, y les dijeran: «Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba y volved luego». 6 Los hijos de Amón vieron que se habían hecho odiosos a David, y Janún y los hijos de Amón mandaron mil talentos de plata para asoldar a los carros y a los caballeros de los sirios de Mesopotamia y de los sirios de Maacá y Soba. 7 Tomaron a sueldo treinta y dos mil carros y al rey de Maacá y su pueblo, que vinieran a acampar delante de Madaba. Los hijos de Amón

se reunieron en sus ciudades y salieron para combatir. 8 Al re-
cibir David estas nuevas, mandó contra ellos a Joab y todo el
ejército, hombres valerosos. 9 Salieron los hijos de Amón y se
ordenaron en batalla a la entrada de la ciudad; los reyes que
habían venido tomaron posesión aparte en el campo. 10 Viendo
Joab que tenía contra quien combatir de frente y a la espalda,
escogió de lo más selecto de Israel un cuerpo que oponer a los
sirios, 11 y el resto del pueblo lo puso a las órdenes de su her-
mano Abisaí para hacer cara a los hijos de Amón, 12 diciéndo-
le: «Si los sirios son más fuertes que yo, vas tú en socorro mío,
y si los hijos de Amón son más fuertes que tú, iré yo en soco-
rro tuyo. 13 Esfuérzate y esforcémonos por nuestro pueblo y
por las ciudades de nuestro Dios, y haga Yahvé lo que bien le
parezca». 14 Avanzó Joab con los suyos para atacar a los sirios,
que huyeron ante él, 15 y los hijos de Amón, cuando vieron
que habían huido los sirios, se pusieron también en fuga de-
lante de Abisaí, hermano de Joab, y se encerraron en la ciu-
dad. Joab se volvió a Jerusalén. 16 Viendo los sirios que habían
sido derrotados por Israel, mandaron a buscar a los sirios del
otro lado del río, que vinieron al mando de Sofac, jefe del ejér-
cito de Hadadezer. 17 Súpolo David y reunió a todo Israel, y,
pasando el Jordán, marchó contra ellos y se preparó a atacar-
los. Ordenóse David en batalla contra los sirios, 18 y los sirios,
después de haberse batido con él, se pusieron en huida delante
de Israel, y David les mató siete mil hombres de los carros y
cuarenta mil infantes. Mató también a Sofac, jefe del ejército.
19 Los hombres de Hadadezer, viéndose derrotados por Israel,
concertaron paces con David y se le sometieron. No volvieron
más los sirios a socorrer a los hijos de Amón.

Pasa por alto el autor lo que hizo David con Mefibaal (2 Sam c.9); de Aram Naharaím (v.6, texto masorético) habla Gén 24,10. El número de treinta y dos mil carros (v.7) es una exageración evidente; quizá un amanuense escribió *carros* en vez de *hombres* (2 Sam 10,6). La ciudad de los amonitas (v.9) es Rabbat-Amón.

Fin de la campaña contra los amonitas (20,1-3 = 2 Sam 12,26.30-31)

1 Al año siguiente, al tiempo en que suelen los reyes salir a
campaña, Joab, a la cabeza de un fuerte ejército, fue a talar la
tierra de los hijos de Amón y puso sitio a Raba. David se quedó
en Jerusalén. Joab se apoderó de Raba y la destruyó. 2 Quitó
David la corona de Milcón de encima de su cabeza, y hallóla
del peso de un talento de oro y que tenía una piedra preciosa,
que fue puesta sobre la cabeza de David. Saqueó la ciudad y
obtuvo de ella un gran botín. 3 Sacó de ella a los habitantes y los
puso a serrar con las sierras y a los trillos y a las hoces. Lo mis-
mo hizo con todas las ciudades de los hijos de Amón. Volvióse
luego David con todo el pueblo a Jerusalén.

No habla el texto del adulterio de David, aunque reproduce el comienzo que le sirve de preámbulo en 2 Sam 11,1. Sistemáticamente silencia todo aquello que mancilla la fama y el buen nombre de David y pueda escandalizar a la comunidad teocrática; por los mismos motivos suprime los capítulos 13-20 del 2 de Samuel.

Victorias sobre los filisteos (20,4-8 = 2 Sam 21,18-22)

4 Después de esto hubo en Guezer una batalla contra los
filisteos. Entonces fue cuando Sibecai, jusatita, mató a Sipai,
uno de los refaím. Los filisteos quedaron humillados. 5 Tam-
bién hubo otra batalla con los filisteos, en la que Eljanán, hijo
de Jair, mató a un hermano de Goliat, Lajni, de Gat, que lle-
vaba una lanza cuya asta era como un enjullo de tejedor. 6 Hubo
otra batalla más en Gat, en la que se halló un hombre de alta
talla que tenía seis dedos en cada mano y en cada pie, veinti-
cuatro en todo, y que descendía también de Raba. 7 Retó a Is-
rael, y Jonatán, hijo de Simea, hermano de David, le mató.
8 Estos hombres eran hijos de Rafa, de Gat, y perecieron a ma-
nos de David y sus servidores.

El censo del pueblo (21,1-15 = 2 Sam 14,1-16)

1 Alzóse Satán contra Israel e incitó a David a hacer el censo
de Israel. 2 David dijo a Joab y a los jefes del pueblo: «Id a ha-
cer el censo de Israel, desde Berseba hasta Dan, y traédmelo,
para que sepa yo su número». 3 Joab respondió a David: «¡Oja-
lá hiciera Yahvé a su pueblo cien veces más numeroso! Pero, rey
y señor mío, ¿no son todos servidores tuyos? ¿Para qué pide esto
mi señor? ¿Para qué hacer una cosa que será imputada como
pecado a Israel?» 4 El rey persistió en la orden que había dado
a Joab, y Joab partió y recorrió todo Israel, y vino luego a Je-
rusalén. Joab entregó a David el rollo del censo del pueblo,
5 y había en todo Israel un millón cien mil hombres de guerra
y en Judá cuatrocientos setenta mil. 6 No hizo entre ellos el
censo de Leví y Benjamín, porque abominaba Joab la orden
del rey. 7 Desagradó la orden a Dios y castigó a Israel. 8 En-
tonces dijo David a Dios: «He cometido con esto un gran pe-
cado. Perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he
obrado como un insensato».
9 Yahvé habló así a Gad, el vidente de David: 10 «Ve a decir
a David: Así habla Yahvé: tres plagas te propongo para que eli-
jas una con que te heriré». 11 Gad vino a David y le dijo: «Así
habla Yahvé: 12 Elige: o tres años de hambre, o tres meses du-
rante los cuales huirás de tus enemigos y te alcanzará la espada
de tus enemigos, o tres días durante los cuales la espada de
Yahvé y la peste estarán sobre la tierra, y el ángel de Yahvé
llevará la destrucción a todo el territorio de Israel. Ve, pues, lo
que he de responder al que me envía». 13 David respondió a
Gad: «En gran aprieto me veo, pero caiga yo en las manos de
Yahvé, cuya misericordia es inmensa, y no caiga en las manos
de los hombres». 14 Mandó Yahvé la peste sobre Israel, y ca-
yeron setenta mil hombres de Israel. 15 Dios mandó un ángel
a Jerusalén para destruirla, y, cuando ya estaba destruyéndola,
miró Yahvé y se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel des-
tructor: «Basta, retira ya tu mano». El ángel de Yahvé estaba
junto a la era de Ornán, jebuseo.

En el relato paralelo de Samuel, Dios castiga a su pueblo culpable sirviéndose del censo ordenado por David. En nuestro texto, el castigo llega al pueblo por la acción de Satán, *el adversario*,

al cual Dios, que quiere castigar a su pueblo, permite que incite a David a llevar a término su proyecto. Satán es un ser hostil a Dios y al hombre (Job 1,6-8; Zac 3,1), pero subordinado al poder divino. Dios no es autor del mal, sino Satán, que, al dejarlo Dios libre, se ceba en el hombre. Dios perdonó (v.15) a Jerusalén en vista del arrepentimiento de David (v.16).

La erección del altar (21,16-30 = 2 Sam 24,17-25)

16 Y David alzó los ojos y vio al ángel de Yahvé entre la tierra y el cielo teniendo en su mano, desnuda, la espada, vuelta contra Jerusalén. Entonces David y los ancianos, vestidos de saco, cayeron sobre sus rostros, 17 y David dijo a Dios: «¿No soy yo el que he mandado hacer el censo del pueblo? Yo soy quien ha pecado y ha hecho el mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? ¡Yahvé, Dios mío! Pese tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre y no haya plaga en tu pueblo». 18 El ángel de Yahvé dijo a Gad que hablase a David para que subiese a alzar un altar en la era de Ornán, jebuseo, 19 y subió David, cumpliendo la orden que Gad había dado en nombre de Yahvé. 20 Ornán, que estaba trillando el trigo, se volvió y vio al ángel y se escondió con sus cuatro hijos. 21 Cuando llegó David cerca de Ornán, miró Ornán y vio a David, y, saliendo de la era, se prosternó ante David rostro a tierra. 22 David dijo a Ornán: «Cédeme el campo de tu era para que yo alce en ella un altar a Yahvé; cédemelo por su precio en plata, para que se retire la plaga de sobre el pueblo». 23 Ornán respondió a David: «Tómala, y que mi señor el rey haga en ella lo que bien le parezca; mira, te doy los bueyes para el holocausto, los trillos para leña y el trigo para la ofrenda. Todo te lo doy». 24 Pero el rey dijo a Ornán: «No, quiero comprártela por su valor en plata, pues no voy a presentar yo a Yahvé lo que es tuyo ni a ofrecerle un holocausto que no me cuesta nada». 25 Y dio David a Ornán seiscientos siclos de oro por el lugar, 26 y edificó allí un altar a Yahvé, y le ofreció holocaustos y sacrificios eucarísticos. Invocó a Yahvé, y Yahvé le respondió por el fuego que del cielo descendió sobre el altar del holocausto. 27 Entonces habló Yahvé al ángel, que volvió la espada a la vaina. 28 Viendo David que Yahvé le había oído en la era de Ornán, jebuseo, sacrificaba allí, 29 pues el tabernáculo de Yahvé, que Moisés había hecho en el desierto, y el altar de los holocaustos estaban entonces en la altura de Gabaón, 30 y David no podía ir allá a buscar a Yahvé, pues la espada del ángel le había llenado de espanto.

Debido a que el autor considera este altar como definitivo, ha tenido que introducir algunas variantes al texto paralelo de Samuel, por ser distintas las perspectivas en uno y otro lugar. Los v.28-30 faltan en el lugar paralelo de Samuel. La teofanía en la era de Ornán y el mandato de edificar allí un altar justifican el abandono del santuario nacional y legítimo (2 Crón 2,1-6) de Gabaón por parte de David.

Preparativos para la construcción del templo (22,1-19)

1 Y dijo David: «Esta será la casa de Yahvé Dios, y aquí estará el altar de los holocaustos para Israel». 2 Mandó David que se reuniesen todos los extranjeros que había en la tierra de Israel, y encargó a los canteros que fuesen preparando piedras talladas para la construcción de la casa de Dios. 3 Preparó también hierro en abundancia para la clavazón de las puertas y para las grapas, y bronce en cantidad imponderable, y madera de cedro innumerable, 4 pues los sidonios y los tirios habían traído a David maderas de cedro en abundancia. 5 David se decía: «Mi hijo Salomón es todavía joven e inexperto, y la casa que ha de edificarse a Yahvé ha de ser, por la grandeza, por la magnificencia, por la belleza reputada en todas las tierras; por eso quiero hacer preparativos»; y los hizo, antes de su muerte, en abundancia. 6 David llamó a Salomón, su hijo, y le dio orden de edificar una casa a Yahvé, Dios de Israel. 7 Le dijo: «Hijo mío, yo tenía el propósito de edificar un templo al nombre de Yahvé, mi Dios; 8 pero Yahvé me dijo: Tú has derramado mucha sangre y has hecho grandes guerras. No serás tú quien edifique una casa a mi nombre, porque has derramado ante ti mucha sangre sobre la tierra. 9 He aquí que te nacerá un hijo, que será hombre de paz y a quien daré yo paz, librándole de todos sus enemigos en derredor. Su nombre será Salomón, y durante su vida haré yo venir sobre Israel la paz y la tranquilidad. 10 Ese edificará una casa a mi nombre. Será para mí un hijo, y yo seré para él un padre, y afirmaré para siempre el trono de su reino en Israel. 11 Ahora, pues, hijo mío, que Yahvé sea contigo, para que prosperes y edifiques la casa de Yahvé, tu Dios, como él de ti lo ha declarado. 12 Quiera darte Yahvé la sabiduría y la inteligencia para reinar sobre Israel en la observancia de la Ley de Yahvé, tu Dios. 13 Prosperarás si cuidas de poner por obra los mandamientos y preceptos que mandó Yahvé a Moisés para Israel. Esfuérzate, pues, ten ánimo y no temas ni desmayes. 14 Yo con mis esfuerzos he reunido para la casa de Yahvé cien mil talentos de oro, un millón de talentos de plata y una cantidad imponderable de bronce y de hierro, en gran abundancia. He aprestado asimismo madera y piedra, que tú acrecentarás. 15 Tienes a la mano un gran número de obreros, de canteros, carpinteros y hombres expertos en toda clase de obras. 16 El oro, la plata, el bronce y el hierro son sin número. Levántate, pues, ponte a la obra y que Yahvé sea contigo». 17 Mandó también David a todos los principales de Israel que prestasen su ayuda a Salomón, su hijo. 18 «¿No está con vosotros Yahvé, vuestro Dios, y no os ha dado El paz de todas partes? El ha puesto en mis manos a los moradores de la tierra, y la tierra está sometida ante Yahvé y ante su pueblo. 19 Poned, pues, todo vuestro corazón y vuestro ánimo en buscar a Yahvé, vuestro Dios; levantaos y edificad el santuario de Yahvé, Dios, para traer el arca de la alianza de Yahvé y los utensilios consagrados a Dios a la casa edificada al nombre de Yahvé».

Ante los hechos extraordinarios acaecidos en la era de Ornán, comprendió David que había escogido Dios aquel lugar para resi-

dir en él. No pudiendo levantar materialmente el templo por haber derramado mucha sangre (v.8), acumula materiales para facilitar la empresa a su hijo Salomón; con una hipérbole manifiesta señala el texto la gran cantidad de oro y plata reunida por David (v.14). A partir de este capítulo hasta el 29 inclusive se inspira el autor en fuentes extracanónicas. En 1 Re 5-6 es Salomón el que hace todos los preparativos para «edificar la casa de Yahvé» (1 Re 6,1). La prosperidad se basa en la observancia de la Ley (v.13).

Censo y organización de los levitas (23,1-32)

1 Viejo ya David y harto de días, hizo a Salomón, su hijo, rey de Israel. 2 Reunió a todos los jefes de Israel, a los sacerdotes y a los levitas. 3 Hízose el censo de los levitas de treinta años arriba, y su número, contado por cabezas uno a uno, fue de treinta y ocho mil. 4 Y dijo David: «Que de ellos veinticuatro mil se dediquen a los oficios de la casa de Yahvé, seis mil sean jueces y oficiales, 5 cuatro mil porteros y cuatro mil dedicados a alabar a Yahvé con los instrumentos que yo he hecho para ello». 6 David los distribuyó en órdenes según los hijos de Leví, Gersón, Caat y Merarí. 7 Hijos de Gersón: Ladán y Simeí. 8 Hijos de Ladán, tres: Jejiel, el primero; Zetam y Joel. 9 Hijos de Simeí, tres: Selomit, Jaziel y Harán. Estos son los jefes de las familias de Ladán. 10 Hijos de Simeí: Jajat, Ziza, Jeús y Beria. 11 Estos cuatro son los hijos de Simeí. Jajat era el primero y Ziza el segundo. Jeús y Beria no tuvieron muchos hijos y formaron en el censo una sola casa paterna. 12 Hijos de Caat: Amram, Jiscar, Hebrón y Usiel, cuatro. 13 Hijos de Amram: Aarón y Moisés. Aarón fue elegido para servir en el santo de los santos, él y sus hijos perpetuamente, para ofrecer los perfumes ante Yahvé, para hacer su ministerio y bendecir por siempre su nombre. 14 Los hijos de Moisés, hombre de Dios, fueron contados en la tribu de Leví. 15 Los hijos de Moisés fueron Gersón y Eliezer. 16 Hijo de Gersón fue Sebuel, el jefe. 17 Hijo de Eliezer fue Rejabía; el jefe Eliezer no tuvo más hijos, pero los hijos de Rejabía fueron muchos. 18 Hijo de Jisear fue Selomit, el jefe. 19 Los hijos de Hebrón: Jeería, el jefe; Amarías, el segundo; Jezaziel, el tercero, y Jacamán, el cuarto. 20 Hijos de Uziel: Mica, el primero; Jisía, el segundo. 21 Hijos de Merarí: Majlí y Musí. Hijos de Majlí: Eleazar y Quis. 22 Murió Eleazar sin hijos, pero dejó hijas, y los hijos de Quis, sus hermanos, las tomaron por mujeres. 23 Hijos de Musí: Majlí, Eder y Jerimot, tres. 24 Estos son los hijos de Leví, según las familias de sus padres, cabezas de las casas paternas, según el censo hecho contando por cabezas. Estaban dedicados al ministerio de la casa de Yahvé desde los veinte años arriba. 25 Pues David dijo: «Yahvé, Dios de Israel, ha dado el reposo a su pueblo, Israel, y habitará por siempre en Jerusalén, 26 y los levitas no tendrán ya que transportar el tabernáculo y todos los utensilios de su servicio». 27 Y así, conforme a las últimas disposiciones de David, se hizo el censo de los hijos de Leví desde los veinte años para arriba. 28 Puestos a las órdenes de los hijos de Aarón para el servicio de la casa de Yahvé, tenían a su cuidado los atrios y las cámaras, la limpieza de todas las cosas santas y las obras del servicio de la casa de Dios; 29 los panes de la proposición,

la harina de flor para las ofrendas, las tortas de pan ácimo, las hojuelas fritas en sartén y las cocidas y todas las medidas de capacidad y de longitud. 30 Tenían que presentarse cada mañana y cada tarde para alabar y celebrar a Yahvé 31 y ofrecer continuamente los holocaustos a Yahvé los sábados, los novilunios y las fiestas, según el número y los ritos prescritos. 32 Daban la guardia al tabernáculo de la reunión a las órdenes de los hijos de Aarón, sus hermanos, en el servicio de la casa de Yahvé.

Los v.1-2 son el preámbulo del relato sobre la grande asamblea celebrada por David antes de su muerte (28,1-29,25), y constituyen una síntesis de 1 Re c.1-2. Era lógico que nuestro autor, después de ocuparse del templo, señalara la organización del sacerdocio por parte de David. Según Núm 4,3, los levitas entraban en servicio a los treinta años, que más tarde se rebajó a los veinticinco (Núm 8,24) y que David fijó en los veinte. Se reparten en tres grupos (v.4-5) y en veinticuatro clases, según los jefes de las familias levíticas. Prestarán servicio en el templo a las órdenes de los hijos de Aarón (v.28). Estos últimos se ocuparán esencialmente de consagrar las cosas sacrosantas (DHORME) (Lev 6,19), ofrecer los perfumes (Núm 16,7ss) y bendecir por siempre su nombre (v.13; Núm 6, 22-27; Deut 10,8). Moisés es llamado simplemente «hombre de Dios» (Deut 33,1; Jos 14,6), título que se da también a David (2 Crón 8,14). El v.32 debe traducirse: «(Los levitas) cuidarán de guardar la tienda de la reunión; la guardia del santo; la de sus hermanos, los hijos de Aarón, al servicio de la casa de Yahvé». La tienda de la reunión hallábase todavía en Gabaón (6,17; 9,21; 21,29). El santo es la parte central del templo (1 Re 8,8).

Las veinticuatro clases de los sacerdotes (24,1-19)

1 He aquí las clases de los hijos de Aarón: Hijos de Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. 2 Nadab y Abiú murieron antes que su padre y no dejaron hijos. Eleazar e Itamar cumplieron las funciones sacerdotales. 3 David distribuyó a Sadoc, de los hijos de Eleazar, y Ajimelec, de los hijos de Itamar, en turnos para el servicio. 4 Hubo entre los hijos de Eleazar más jefes que entre los hijos de Itamar, y se hizo esta división: los hijos de Eleazar tenían dieciséis jefes de casas paternas, y los hijos de Itamar, ocho. 5 Hízose la distribución por suerte, unos con otros, y fueron jefes del santuario y jefes de Dios tanto los hijos de Eleazar como los hijos de Itamar. 6 Semeyas, hijo de Natanael, secretario de la tribu de Leví, los inscribió delante del rey y de los príncipes, delante de Sadoc, sacerdote, y de Ajimelec, hijo de Abiatar, y de los jefes de familias de sacerdotes y levitas, y se iba sacando por suerte una casa paterna para Eleazar y una casa paterna para Itamar. 7 La primera suerte tocó a Jojarib; la segunda, a Jidaya; 8 la tercera, a Jorim; la cuarta, a Seorim; 9 la quinta, a Malaquías; la sexta, a Miamín; 10 la séptima, a Cos; la octava, a Abías; 11 la novena, a Jesúa; la décima, a Secanía; 12 la undécima, a Elyasib; la duodécima, a Jacim; 13 la decimotercera, a Jupa; la decimocuarta, a Jebab; 14 la decimoquinta, a Bilga; la decimosexta, a Imer; 15 la decimoséptima, a Jezir; la decimoctava, a Afses; 16 la decimonona,

a Petaya; la vigésima, a Jezaquiel; 17 la vigésimo primera, a Jaquim; la vigésimo segunda, a Gamul; 18 la vigésimo tercera, a Delaya; la vigésimo cuarta, a Mazía. 19 Así fueron distribuidos para su ministerio, para que entrasen en la casa de Yahvé a las órdenes de Aarón, conforme a los mandatos que les había dado Yahvé, Dios de Israel.

Dado el gran número de sacerdotes, David los organizó en veinticuatro clases, cada una de las cuales entraba por turno en funciones durante una semana. La línea de Eleazar es la de los sadocitas (6,50-53); la de Itamar es la de Abiatar por Ajimelec. A algunos críticos les parece mejor la lectura: «Abiatar, hijo de Abimelec» (v.6; 2 Sam 8,17). Gran parte de estos nombres se encuentran en Esdras c.2 y Nehemías c.7 y 12.

Jefes de las familias de los levitas (24,20-31)

20 He aquí los jefes de las otras familias de los levitas: Subael, de los hijos de Amram, y Jejdaya, de los hijos de Subael. 21 De los hijos de Rejabía, el jefe era Jisía. 22 Salemot era hijo de Isab, y Jajat, hijo de Salemot. 23 El primogénito de los descendientes de Hebrón fue Jeriyán; el segundo, Amarías; el tercero, Jajaziel; el cuarto, Jacmán. 24 Hijo de Uziel fue Mica, e hijo de Mica, Samir. 25 Jisiya era hermano de Mica, y Zacarías, hijo de Jisiya. 26 Los hijos de Merarí son: Majlí y Musí. Uzías tuvo un hijo, llamado Beno. 27 Merarí tuvo además a Uzías, Soam, Zacur y Jibrí. 28 Majlí tuvo un hijo, llamado Eleazar, que no tuvo hijos. 29 Quis tuvo un hijo, llamado Jerameel. 30 Los hijos de Musí son: Majlí, Eder y Jerimot. Estos son los hijos de Leví según sus familias. 31 También ellos, como los hijos de Aarón, fueron sorteados ante David, Sadoc, Ajimelec y los jefes de las casas paternas de sacerdotes y levitas. Todo se hizo por suerte para distribuir igualmente los oficios, siendo el jefe de familia como el menor de sus hermanos.

A los levitas elencados incumbía la misión de servir a los sacerdotes en los actos de culto, siendo asimismo organizados en veinticuatro clases, entrando por turno en sus funciones por espacio de una semana. Los nombres se encuentran en la lista del c.23,16-24.

Los cantores, distribuidos en veinticuatro clases (25,1-31)

1 David y los jefes del ejército separaron a los que de entre los hijos de Asaf, de Hemán y de Jedutún habían de hacer el oficio de cantores, acompañándose del arpa, del salterio y de los címbalos, cumpliendo cada uno el oficio a que se le destinaba en proporción de su número. 2 De los hijos de Asaf: Zacur, José, Natanía y Asarela, bajo la dirección de Asaf, cantor del rey. 3 De Jedutún: los hijos de Jedutún, Godolías, Sori, Jeseías, Josabías, Matatías y Semeí, seis, bajo la dirección de su padre, Jedutún, que cantaba con el arpa para alabar y celebrar a Yahvé. 4 De Hemán: sus hijos, Buquías, Matanías, Oziel, Sabuel, Jerimot, Jamanías, Janani, Eliata, Guedeltí, Romentiezer, Jesbacasa, Melotí, Otir y Majaziot. 5 Todos éstos eran hijos de Hemán, vidente del rey, para cantar las alabanzas de Dios y ensalzar su poder, pues Dios había dado a Hemán catorce hijos y tres hijas. 6 Todos éstos de Asaf, de Jedutún y de Hemán fueron puestos bajo la dirección de sus padres para cantar en el templo de Yahvé tocando los címbalos, las arpas y los salterios, cumpliendo los ministerios de la casa de Yahvé según el orden prescrito por el rey. 7 El número de ellos, con sus hermanos hábiles en el arte y que enseñaban a los otros a cantar las alabanzas a Yahvé, era de doscientos ochenta y ocho. 8 Fueron sorteados en cada clase sin acepción de personas, jóvenes y viejos, hábiles y menos hábiles. 9 El primero por suerte fue José, de la casa de Asaf; el segundo, Godolías, por él y por sus hijos y hermanos, en número de doce; 10 el tercero, Zacur, y sus hijos y hermanos en número de doce; 11 el cuarto, Jisrí, con sus hijos y hermanos en número de doce; 12 el quinto, Natanías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 13 el sexto, Buquías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 14 el séptimo, Jisreela, con sus hijos y hermanos en número de doce; 15 el octavo, Jesaya, con sus hijos y hermanos en número de doce; 16 el noveno, Matanías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 17 el décimo, Semeya, con sus hijos y hermanos en número de doce; 18 el undécimo, Azareel, con sus hijos y hermanos en número de doce; 19 el duodécimo, Asabías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 20 el decimotercero, Sabael, con sus hijos y hermanos en número de doce; 21 el decimocuarto, Matatías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 22 el decimoquinto, Jerimot, con sus hijos y hermanos en número de doce; 23 el decimosexto, Jananías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 24 el decimoséptimo, Jesbacasa, con sus hijos y hermanos en número de doce; 25 el decimoctavo, Janani, con sus hijos y hermanos en número de doce; 26 el decimonono, Melotí, con sus hijos y hermanos en número de doce; 27 el vigésimo, Eliata, con sus hijos y hermanos en número de doce; 28 el vigésimo primero, Otir, con sus hijos y hermanos en número de doce; 29 el vigésimo segundo, Guedeltí, con sus hijos y hermanos en número de doce; 30 el vigésimo tercero, Majaziot, con sus hijos y hermanos en número de doce; 31 el vigésimo cuarto, Romentiezer, con sus hijos y hermanos en número de doce.

Los cantores se agrupaban en torno de tres grandes personajes: Asaf, Hemán y Jedutúm (Etán), descendientes, respectivamente, de las tres ramas levíticas de Gersón, Caat y Merarí. Para el autor el canto sagrado tiene un valor profético: «los profetas que se acompañaban de cítaras, arpas y címbalos» (v.1).

Los porteros del templo (26,1-19)

1 También fueron distribuidos los guardas de las puertas. De los hijos de Coré: Meseelemías, hijo de Coré, de los hijos de Asaf. 2 Hijos de Meseelemías: Zacarías, el primogénito; Jediael, el segundo; Zebadías, el tercero; Jataniel, el cuarto; 3 Elam, el quinto; Jeojanán, el sexto; Elyoenai, el séptimo. 4 Hijos de Obededom: Semeyas, el primogénito; Jozabad, el

segundo; Joaj, el tercero; Sacar, el cuarto; Netaneel, el quinto;
5 Amiel, el sexto; Isacar, el séptimo; Peultai, el octavo, pues
Dios le había bendecido. 6 A Semeyas, su hijo, le nacieron hijos,
que prevalecieron en la casa de su padre y eran hombres fuer-
tes. 7 Hijos de Semeyas: Otní y Rafael, Obed, Elzabad y sus
hermanos, hombres valerosos; Eliu y Samaquías. 8 Todos éstos
eran hijos de Obededom. Ellos, sus hijos y sus hermanos fue-
ron hombres vigorosos y de mucha fuerza para el servicio;
setenta y dos de Obededom. 9 Los hijos y los hermanos de Me-
selemías, hombres valientes, eran en número de dieciocho.
10 De los hijos de Merarí: Josa, que tuvo por hijos: Simri, el
jefe, hecho jefe por su padre a pesar de no ser el primogénito;
11 Jilquiya, el segundo; Tebalía, el tercero; Zacarías, el cuarto.
Los hijos y los hermanos de Josa eran, en todo, trece. 12 A estos
órdenes de porteros, a los jefes de ellos, y a sus hermanos, fue
encomendada la guardia para el servicio de la casa de Yahvé.
13 Fueron sorteados para cada puerta, pequeños y grandes, se-
gún sus casas paternas. 14 Tocó por suerte a Selemía el lado de
oriente. Se echó la suerte para Zacarías, su hijo, que era un pru-
dente consejero, y le tocó el lado del norte. 15 A Obededom,
con sus hijos, le tocó el lado del mediodía, donde estaban tam-
bién las despensas. 16 A Josa le tocó el lado de occidente, la
puerta de Salequet, que sale a la calle empinada. Estos cuerpos
de guardia se correspondían unos a otros. 17 La puerta de orien-
te estaba guardada por seis levitas, y la del norte por cuatro,
que se renovaban todos los días. Había también cuatro por día
a la puerta del mediodía, y otros cuatro que servían de dos en
dos en el lugar de las despensas. 18 En el Parvar (pórtico), al
occidente, cuatro en la calle y dos en el Parvar. 19 De este modo
fueron distribuidos los porteros, que eran todos hijos de Coré
y de Merarí.

Parte de los descendientes de Coré (9,19) y de Merarí fueron ocupados en guardar las puertas del templo y todas sus dependencias. En el v.5 se hace alusión a la permanencia del arca en casa de Obededom (13,14); al rebasar el número sagrado de siete, el. octavo es considerado como una bendición de Dios. En el v.18 se menciona Parvar (Parhar, *parwarim)*, nombre de origen persa (2 Re 23,11). En 16,37-43, los porteros se asimilan a los cantores, de los cuales se distinguen en Esdras (2,42) y Nehemías (11,19).

Encargados de los tesoros (26,20-32)

20 Ajías tenía la guarda de los tesoros de la casa de Dios y de
los utensilios sagrados. 21 De entre los hijos de Laedam, los
hijos de Gersón, descendientes de Laedam, jefe de las casas
paternas de Laedam, gersonita, eran: Jejielí y Zetán. 22 Los
hijos de Jejielí, Zetán y Joel, su hermano, que guardaban los
tesoros de la casa de Yahvé. 23 De entre los amramitas, jiseari-
tas, hebronitas y *uzelitas,* 24 Sebuel, *hijo de Gersón, hijo* de
Moisés, era intendente del tesoro. 25 De entre sus hermanos,
los descendientes de Eliezer, cuyo hijo fue Rejabía; hijo de
éste, Jesaya; hijo de éste, Joram; hijo de éste, Zicrí; hijo de éste,
Selomit; 26 Selomit y sus hermanos guardaban los tesoros de
las cosas santas que habían sido consagradas por el rey David,

por los jefes de las casas paternas, los jefes de millares y de cen-
tenas, y los jefes del ejército, 27 del botín de guerra y de los des-
pojos para la casa de Yahvé. 28 Todo lo que había sido consa-
grado por Samuel el vidente; por Saúl, hijo de Quis; por Abner,
hijo de Ner; por Joab, hijo de Sarvia, todas las cosas consagradas,
estaban bajo la custodia de Selomit y sus hermanos. 29 De entre
los jisearitas, Quenayas y sus hermanos ejercieron funciones
exteriores, como oficiales y jueces en Israel. 30 De entre los he-
bronitas, Josabía y sus hermanos, hombres valientes, mil sete-
cientos, gobernaban a los israelitas del lado de allá del Jordán,
en su parte occidental, tanto en lo concerniente al servicio de
Yahvé cuanto en lo concerniente al servicio del rey. 31 Por lo
que hace a los hebronitas, de quienes era jefe Jeriyá, se hicieron
el año cuarenta del reinado de David investigaciones en Jazer
de Galaad, según sus genealogías y sus casas paternas; 32 y se
halló que los hermanos de Jeriyá, hombres valientes y robustos,
eran dos mil setecientos, jefes de casas paternas. El rey David
los constituyó sobre los rubenitas, los gaditas y la media tribu
de Manasés para lo tocante a Dios y lo tocante al rey.

Unos levitas (hijos de Gersón) cuidaban de los objetos preciosos destinados al culto (9,26); otros (los hijos de Caat), de los tesoros de las cosas santas (18,11). Algunos tenían a su cargo las funciones cultuales que tenían lugar fuera del templo (v.29). La organización de sacerdotes y levitas la hizo David en el último año de su vida (29,27). La función de los jesearitas (24,22) es conocida por Neh 11,16.

Los jefes del ejército (27,1-15)

1 El número de los hijos de Israel que entraban en servicio
de tropa para la guardia del rey, que se relevaba todos los meses
del año según la distribución que de ellos se había hecho, era
de veinticuatro mil cada vez; cada tropa tenía sus jefes de casas
paternas, sus jefes de *millar y de centena y sus oficiales* al ser-
vicio del rey. 2 A la cabeza de la primera división para el primer
mes estaba Jasobeam, hijo de Zabadiel; mandaba una división
de veinticuatro mil hombres. 3 Era de los hijos de Peres y man-
daba a todos los jefes de la tropa del primer mes. 4 A la cabeza
de la división del segundo mes estaba Dodaí, ajotita; y tenía bajo
él a Miclot, que mandaba una parte de esta tropa, que era de
veinticuatro mil hombres. 5 El jefe de la tercera división, la del
tercer mes, era Banayas, hijo de Joyada, sacerdote, y tenía a su
mando veinticuatro mil hombres. 6 Este es el Banayas que era
el más valiente de los treinta y los superaba a todos. Su hijo
Amisadab era uno de los jefes de su división. 7 El cuarto jefe,
para las tropas del cuarto mes, era Asael, hermano de Joab;
y Zabdías, su hijo, después de él. El número de sus tropas era
de veinticuatro mil. 8 El quinto jefe, para el mes quinto, era
Samaot, de Jezer, y su tropa era de veinticuatro mil. 9 El sexto,
para el sexto mes, era Jira, hijo de Iques, de Tecua, y tenía en
su tropa veinticuatro mil hombres. 10 El séptimo, para el sép-
timo mes, era Jeles, de Falón, de la tribu de Efraím; su tropa
era de veinticuatro mil hombres. 11 El octavo, para el octavo
mes, era Sibcaí, de Jusat, del linaje de Zarjí, que tenía bajo él

veinticuatro mil hombres. 12 El noveno, para el noveno mes, era Abiezer, de Anatot, de los hijos de Benjamín, que mandaba veinticuatro mil hombres. 13 El décimo, para el décimo mes, era Maraí, de Netofat, descendiente de Zarjí, y tenía bajo sí veinticuatro mil hombres. 14 El undécimo, para el undécimo mes, era Banayas, de Faratón, de la tribu de Efraím; su tropa era de veinticuatro mil hombres. 15 El duodécimo, para el duodécimo mes, era Joldaí, de Netofat, descendiente de Otoniel, y su tropa era de veinticuatro mil hombres.

Dividió David al ejército en doce cuerpos, al frente de cada cual puso un capitán. Cada cuerpo de ejército constaba de veinticuatro mil hombres en servicio activo por espacio de un mes, al finalizar el cual eran relevados por otros tantos. El nombre de los doce comandantes figura en 11,10-47.

Los jefes de las doce tribus (27,16-24)

16 Estos eran los jefes de las doce tribus: en la de Rubén, Eliezer, hijo de Zicrí; en la de Simeón, Safatías, hijo de Maacá; 17 en la de Leví, Josabías, hijo de Camuel; de los aronitas, Sadoc; 18 en la de Judá, Elihú, hermano de David; en la de Isacar, Amri, hijo de Micael; 19 en la de Zabulón, Jismaías, hijo de Abdías; en la de Neftalí, Jerimot, hijo de Azriel; 20 en la de Efraím, Oseas, hijo de Azacías; en la media tribu de Manasés, Joel, hijo de Pedaya; 21 en la media tribu de Manasés en Galaad, Jidom, hijo de Zacarías; en la tribu de Benjamín, Jasiel, hijo de Abner; 22 en la tribu de Dan, Ezriel, hijo de Jorojam. Estos eran los príncipes de las tribus de Israel. 23 David no quiso contar a los que estaban por debajo de los veinte años, porque Yahvé le había dicho que multiplicaría a Israel como las estrellas del cielo. 24 Joab, hijo de Sarvia, había comenzado a hacer el censo; mas no le acabó, porque esto trajo la ira sobre Israel, y por eso el número de los que habían sido contados no está escrito en las crónicas de David.

No se mencionan los jefes de las tribus de Aser y de Gad; su creación recuerda las doce prefecturas de Salomón (1 Re 4,7-19) y la antigua repartición por tribus (Núm c.1). El v.24 alude a lo dicho en c.21.

Intendentes de la casa real (27,25-31)

25 Azmavet, hijo de Adiel, tenía a su cargo el tesoro del rey; sobre los almacenes del campo, en las ciudades, en los pueblos y en las torres, estaba Jonatán, hijo de Ozías. 26 Ezri, hijo de Jelub, estaba sobre los obreros del campo, que labraban las tierras; 27 Simeí, de Rama, sobre las viñas; Sabdí, de Sefam, sobre las bodegas; 28 Baal Anam, de Gueber, sobre los olivares e higueras, en el llano; Joás, sobre las provisiones de aceite; 29 Sitraí, de Sarón, sobre el ganado vacuno que se apacentaba en Sarón; Safat, hijo de Adlaí, sobre el ganado vacuno que se

apacentaba en los valles; 30 Obed, ismaelita, sobre los camellos; Jejdía, de Moronot, sobre los asnos; 31 Jazis, agareno, sobre las ovejas. Todos éstos eran intendentes de la hacienda de David.

En esta sección David aparece como un gran terrateniente, con viñas, olivares, grandes rebaños.

Oficiales de la corte (27,32-34)

32 Jonatán, tío de David, era consejero, hombre de sentido y de saber; Jejiel, hijo de Jacmoní, era mayordomo de los hijos del rey; 33 Ajitofel era consejero del rey; Jusaí, arquita, era amigo del rey; 34 además de Ajitofel, eran consejeros Joyada, hijo de Banayas, y Abiatar. Joab era el jefe supremo del ejército del rey.

Jonatán (2 Sam 21,21), tío de David, era su consejero, lo mismo que Ajitófel (2 Sam 15,12) y Cusaí el arquita (2 Sam 15,32). El texto no alude al carácter sacerdotal de Abiatar (v.34) por considerar sólo como legítimo el sacerdocio de la línea de Sadoc, su adversario (1 Re 1,7ss).

Instrucciones de David sobre el templo (28,1-21)

1 David convocó a Jerusalén a todos los jefes de Israel; a los jefes de las tribus, a los jefes de las divisiones al servicio del rey, a los jefes de millares y de centenas, a los intendentes de la hacienda y de los ganados del rey, a los hijos del rey, a los eunucos y oficiales del palacio, a todos los hombres de valer; 2 y levantándose en pie, dijo: «Oídme, hermanos míos y pueblo mío: Yo tenía el propósito de edificar una casa de reposo para el arca de la alianza de Yahvé, para el escabel de los pies de nuestro Dios, y había ya hecho aprestos para ello; 3 pero me dijo Dios: Tú no edificarás casa a mi nombre, porque eres hombre de guerra y has derramado mucha sangre. 4 Pero Yahvé, Dios de Israel, me eligió de toda la casa de mi padre para que perpetuamente fuese rey de Israel, pues eligió a Judá por caudillo, y de la casa de Judá, a la familia de mi padre, y de entre los hijos de mi padre, se agradó de mí para hacerme rey de todo Israel. 5 De todos mis hijos, pues me ha dado Yahvé muchos hijos, eligió a mi hijo Salomón para sentarse en el trono de Yahvé sobre Israel; 6 y me ha dicho: Salomón, tu hijo, edificará mi casa y mis atrios, porque yo le he elegido por hijo y yo seré padre para él. 7 Yo afirmaré su reino para siempre, si él se esfuerza en poner por obra mis mandamientos y mis juicios como hoy. 8 Ahora, pues, ante todo Israel, la congregación de Yahvé, y ante nuestro Dios, que nos oye, guardad y observad todos los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, para que poseáis la buena tierra y la dejéis en heredad a vuestros hijos después de vosotros a perpetuidad. 9 Y tú, Salomón, hijo mío, conoce al Dios de tu padre y sírvele con corazón perfecto y ánimo generoso; porque Yahvé escudriña los corazones de todos y penetra todos los designios y todos los pensamientos. Si tú le buscas, le hallarás; mas si le dejas, te rechazará para siempre. 10 Mira que Yahvé te ha elegido para edificar casa que sea su

santuario; esfuérzate y hazlo». 11 Entregó David a su hijo la
traza del pórtico y sus dependencias y oficinas, de las salas, de
las cámaras y de la casa del propiciatorio. 12 Asimismo, la traza
de cuanto él quería hacer para los atrios de la casa de Yahvé, para
las cámaras de alrededor, para los tesoros de la casa de Yahvé
y para los tesoros de las cosas consagradas. 13 Diole también la
distribución de los órdenes de los sacerdotes y los levitas, para
todo el ministerio de la casa de Yahvé, y de los utensilios del
ministerio de la casa de Yahvé; 14 el modelo de los utensilios
de oro, con el peso que cada uno había de tener, y el de los uten-
silios de plata, con el peso de ella que había de tener cada uno
de los utensilios para el servicio. 15 El peso de los candeleros
de oro; el de lámparas de oro, con el peso de cada candelero
y de cada lámpara; el peso de los candeleros de plata y de sus
lámparas, según el uso a que se destinaba cada candelero. 16 Le
dio el peso de oro para las mesas de los panes de la proposición,
para cada mesa, y la plata para las mesas de plata. 17 Le dio el
modelo de los tenedores, de las fuentes, de los cálices de oro
puro, el de las copas de oro, con el peso de cada copa; 18 el del
altar de los perfumes de oro puro, con su peso de oro; el modelo
del carro y de los querubines, que tienden sus alas y cubren el
arca de la alianza de Yahvé. 19 «Todo esto, dijo, me ha sido mos-
trado por la mano de Yahvé, que me dio a entender el diseño
de todas las obras». 20 Dijo después David a Salomón, su hijo:
«Esfuérzate y anímate, y ponte a la obra; no temas ni desma-
yes, porque Yahvé, Dios, mi Dios, estará contigo y no te dejará
ni te desamparará hasta que acabes toda la obra para el servicio
de la casa de Yahvé. 21 Las órdenes de sacerdotes y levitas, para
todo el ministerio de la casa de Yahvé, y todos los hombres de
buena voluntad y de habilidad para toda suerte de obras, y
los príncipes y todo el pueblo estarán contigo para ejecutar
tus órdenes».

Reunida toda la asamblea de Israel (c.25-29), expone David los motivos por los cuales no emprende la obra de la construcción del templo; pero manifiesta que la llevará a cabo su hijo Salomón, a quien entrega los materiales recogidos para la construcción de la obra, los utensilios para el culto, los planos y proyectos del santuario. La magna asamblea, en la que toman parte todos los representantes del pueblo (sacerdotes y levitas [v.13,21], jefes de Israel, de tribu, de la hacienda real, eunucos y oficiales de palacio) tiene como finalidad la entronización de Salomón, aunque este hecho quede supeditado a la idea del templo, que constituye la preocupación constante del cronista. Expuestas las razones por las cuales no construye él mismo la casa de Yahvé (v.3; 22,7ss), manifiesta David que Dios no ha rechazado esta idea, como lo prueba el hecho de haber escogido a la tribu de Judá (5,2), a la familia de Isai (1 Sam 16,1), a David mismo (1 Sam 16,6-13) y, por último, a Salomón (1 Re 1,48). Es Yahvé el que ha escogido a Salomón por rey de su reino y para que edifique el templo. Dios será padre para él (17,2; 22,10); su reino será para siempre (17,14) a condición de que guarde sus mandamientos (22,12; 1 Re 3,14). El culto no agrada a Dios si no va acompañado de las disposiciones interiores necesarias. El templo y su culto digno deben ser una de sus mayores

preocupaciones. La misma fidelidad a los mandamientos divinos se exige del pueblo si quiere permanecer en la tierra que posee y legarla a la posteridad (v.8).

Ofrendas voluntarias para el templo (29,1-9)

1 Después dijo David a toda la asamblea: «Sólo a Salomón,
mi hijo, ha elegido Dios; es joven y de corta edad, y es grande
la obra, porque la casa no es para hombres, sino para Yahvé
Dios. 2 Yo, con todo mi esfuerzo, he preparado para la casa de
mi Dios oro para lo de oro, plata para lo de plata, bronce para
lo de bronce, hierro para lo de hierro, madera para lo de ma-
dera, y piedras de ónice, y piedras preciosas, y piedras blancas
como el alabastro, y piedras de diversos colores, toda suerte de
piedras preciosas y mármol de Sais. 3 Además, en mi devoción
para la casa de Yahvé, guardo en mi tesoro particular oro y pla-
ta, además del preparado para la casa del santuario, que doy
para la casa de mi Dios. 4 Tres mil talentos de oro, de oro de
Ofir, y siete mil talentos de plata fina, para recubrir las paredes
de la casa. 5 Oro, pues, para las cosas de oro; plata para las cosas
de plata, para todas las obras de orfebrería. ¿Quién quiere hoy
hacer ofrenda a Yahvé?» 6 Entonces todos los príncipes de las
familias, los príncipes de las tribus de Israel, los jefes de milla-
res y de centenas y los intendentes de la hacienda real ofrecie-
ron voluntariamente sus ofrendas, 7 dando para la obra de la
casa de Dios cinco mil talentos de oro y diez mil dáricos, diez
mil talentos de plata, dieciocho mil talentos de bronce y cien
mil talentos de hierro. 8 Y todo el que se halló con piedras pre-
ciosas diolas para el tesoro de la casa de Yahvé, entregándoselas
a Jejiel, gersonita. 9 Gozóse el pueblo de haber contribuido
voluntariamente con sus ofrendas, porque con entero corazón
se las hacían a Yahvé, y el rey David tuvo de ello gran alegría.

Todo lo que David había recogido para el templo lo entrega liberalmente; pero añade incluso su tesoro particular de oro y plata: tres mil talentos de oro y siete mil de plata, cantidad destinada a poner en evidencia la devoción de David hacia el templo y su generosidad. Ante aquel desinterés del rey, todos los príncipes de las familias, de las tribus, los jefes militares y los intendentes de la hacienda ofrecieron voluntariamente oro, plata, bronce, hierro, piedras preciosas, etc. En el v.7 se cita el dárico, moneda persa que no existía todavía en tiempos de David (Esdr 8,27).

Oración de David (29,10-19)

10 David bendijo a Yahvé ante toda la asamblea, diciendo:
«Bendito tú, ¡oh Yahvé!, Dios de Israel, nuestro padre, de siglo
en siglo. 11 Tuya es, ¡oh Yahvé!, la majestad, el poder, la gloria
y la victoria; tuyo el honor y tuyo cuanto hay en los cielos y en
la tierra. Tuyo, ¡oh Yahvé!, es el reino; tú te alzas soberana-
mente sobre todo. 12 Tuyas son las riquezas y la gloria; tú eres
el dueño de todo. En tu mano está la fuerza y el poderío. Es tu
mano la que todo lo afirma y engrandece. 13 Por eso, Dios
nuestro, nosotros te confesamos y alabamos tu glorioso nom-

bre. [14] Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos hacer estas voluntarias ofrendas? Todo viene de ti, y lo que voluntariamente te ofrecemos, de ti lo hemos recibido. [15] Somos ante ti extranjeros y advenedizos, como lo fueron nuestros padres. Son como la sombra nuestros días sobre la tierra, y no dan espera. [16] ¡Oh Yahvé, Dios nuestro! Toda esta abundancia que para edificar la casa a tu santo nombre te hemos ofrecido, tuya es, de tu mano la hemos recibido. [17] Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas el corazón y que amas la rectitud; por eso te he hecho yo todas mis ofrendas voluntarias en la rectitud de mi corazón, y veo ahora con alegría que todo tu pueblo, que está aquí, te ofrece voluntariamente sus dones. [18] Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, conserva para siempre en el corazón de tu pueblo esta voluntad y estos pensamientos y encamina a ti su corazón. [19] Da asimismo a mi hijo Salomón corazón perfecto para que guarde todos tus mandamientos, tus leyes y tus mandatos, y que todos los ponga por obra, y te edifique la casa para la que yo he hecho apreston».

Emocionóse David ante la generosidad de su pueblo y da gracias por ello a Dios. Ruega para que conserve Dios para siempre en el corazón de su pueblo esta voluntad y estos pensamientos, encaminando hacia Dios su corazón (1 Re 18,36). Dice David (v.13-15) que todo cuanto ha dado para el templo no era suyo, sino de Dios (Sal 39,13; Job 8,9). El y todos los hombres son meramente usufructuarios de los bienes que poseen (tierra, casa, riquezas), cuyo propietario es Dios. Los hombres son peregrinos y advenedizos en este mundo; son como sombra que pasa y desaparece (Job 14,2; 17,7). No se debe, por tanto, confiar en los bienes caducos, sino en Dios. Lo que David puede ofrecer a Dios como cosa propia es la «rectitud del corazón» (v.17), la devoción con que el pueblo y él se han desprendido de sus bienes para entregárselos a Yahvé.

Fiesta sacrificial (29,20-25)

[20] Luego dijo David a toda la asamblea: «Bendecid ahora a Yahvé, vuestro Dios»; y toda la asamblea bendijo a Yahvé, Dios de sus padres, y, postrándose, oraron ante Yahvé y ante el rey. [21] Sacrificaron víctimas a Yahvé, y al día siguiente ofrecieron a Yahvé holocaustos, mil becerros, mil carneros, mil corderos con sus libaciones y muchos sacrificios por todo Israel; [22] comieron y bebieron ante Yahvé aquel día con gran gozo. Dieron por segunda vez la investidura del reino a Salomón, hijo de David, y le ungieron rey ante Yahvé, y a Sadoc, sacerdote. [23] Sentóse Salomón por rey en el trono de Yahvé en lugar de David, su padre; y fue prosperando, obedeciéndole todo Israel. [24] Todos los jefes y los valientes y todos los hijos del rey David prestaron homenaje al rey Salomón, [25] a quien Yahvé engrandeció en extremo a los ojos de todo Israel, dándole un reinado glorioso, cual ningún rey lo tuvo antes de él en Israel.

Todo el pueblo postróse ante Yahvé en oración ferviente. Los sacrificios (holocaustos, libaciones, sacrificios eucarísticos) fueron muchos. Por segunda vez (la primera en 1 Re 32-40) fue Salomón ungido rey ante Yahvé; en lugar de Abiatar fue ungido Sadoc (1 Re 2,26-27). Parece que el autor exalta el reinado de Salomón por encima del de David. En el v.21 los LXX leen: «y David sacrificó», lo que parece más correcto.

Muerte de David (29,26-30)

[26] Así reinó David, hijo de Isaí, sobre todo Israel, [27] siendo cuarenta años el tiempo que reinó sobre Israel; siete años reinó en Hebrón y treinta y tres años reinó en Jerusalén. [28] Murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria. Sucedióle Salomón, su hijo. [29] Los hechos del rey David, los primeros y los postreros, están escritos en el libro de Samuel, vidente, y en las crónicas de Natán, profeta, y en las de Gad, vidente, [30] con todo su reinado, sus hazañas y los sucesos de su tiempo que pasaron sobre él, y sobre Israel, y sobre los otros reinos de aquellas tierras.

Cuarenta años reinó David: siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén (1 Re 2,11). Dios premióle con una vida larga y feliz (Gén 15,15; 25,8). Termina el autor citando las fuentes documentales de su libro, que han sido los libros de Samuel, las crónicas de Natán (17,1-15) y de Gad, vidente (21,9). Tenemos un testimonio explícito del uso de documentos por parte del autor sagrado; el examen del libro demuestra que el autor los utiliza con una finalidad muy definida, silenciando algunas cosas, poniendo de relieve otras y sacando del olvido no pocos datos interesantes para la historia religiosa de Israel. El cronista ha dejado probado que el trono de David se ha convertido en el trono de Yahvé. La realeza de David y de Salomón no desplazan ni suprimen la teocracia. Son ellos los representantes, los lugartenientes de Dios. El v.30 encierra una idea universalista al hablar de todos los reinos que no estaban sometidos todavía a Yahvé.

II CRONICAS

Primera parte

HISTORIA DEL REINADO DE SALOMON (c.1-9)

Salomón al santuario de Gabaón (1,1-6)

[1] Salomón, hijo de David, se afirmó en su reino; Yahvé, su Dios, estaba con él y le engrandeció sobremanera. [2] Salomón convocó a todo Israel, a los jefes de millares y centenas, a los jueces, a los príncipes de todo Israel, a los jefes de las casas paternas; [3] y fue Salomón con toda la asamblea al alto de Gabaón, donde estaba el tabernáculo del testimonio de Dios, que Moi-

sés, siervo de Yahvé, había hecho en el desierto. 4 El arca de Dios había sido ya trasladada por David, de Quiriat-Jearim al lugar que él la había preparado, pues había alzado para ella una tienda en Jerusalén. 5 Allí estaba también ante el tabernáculo de Yahvé el altar de bronce que había hecho Besalel, hijo de Uri, hijo de Jur. 6 Salomón y la asamblea adoraron a Yahvé, y Salomón ofreció allí, en el altar de bronce, que estaba ante el tabernáculo del testimonio, mil holocaustos a Yahvé.

Con algunas diferencias sensibles, este relato nos ha sido retransmitido por 1 Re 3,4-15. Salomón da carácter nacional a esta peregrinación al lugar alto de Gabaón (1 Crón 16,39-42; 21,29). Al autor le parecen justificados estos sacrificios fuera de Jerusalén, ya que también en Gabaón estaba presente Dios. Los sacrificios llevólos a cabo por mediación de Sadoc y otros sacerdotes. Había en Gabaón el altar de bronce y el tabernáculo del testimonio (1 Crón 2, 20; 9,21; 23,32); el autor relaciona el culto del templo con las instituciones mosaicas del Exodo (CAZELLES). La frase (v.1) «se afirmó en su reino» alude a las dificultades que tuvo Salomón (1 Re c.9-2).

Salomón pide y recibe la sabiduría (1,7-12)

7 Durante la noche apareciόse Dios a Salomón y le dijo: «Pide lo que quieres que te dé»; 8 y Salomón respondió a Dios: «Tú hiciste con David, mi padre, gran misericordia, y a mí me has hecho reinar en su lugar. 9 Ahora, pues, ¡oh Yahvé!, cumple tu palabra a David, mi padre, ya que me has hecho rey de un pueblo numeroso como el polvo de la tierra. 10 Dame la sabiduría y el entendimiento, para que pueda conducir a este pueblo; porque ¿quién podrá gobernar a este tu gran pueblo?» 11 Dios dijo a Salomón: «Pues que esto es lo que más deseas, y no me has pedido riquezas, hacienda o gloria, ni la vida de tus enemigos, ni muchedumbre de días, sino que me has pedido la sabiduría y el entendimiento para gobernar a mi pueblo, cuyo rey te he hecho, 12 la sabiduría y el entendimiento te doy; pero te daré también riquezas, hacienda y gloria tales como no las tuvieron nunca los reyes que te han precedido, ni las tendrán los que te sucedan».

Entre las promesas hechas a Salomón no figura la de concederle larga vida en premio de sus virtudes (Deut 5,33; 17,20). Véase el relato paralelo, más amplio, en 1 Re 3,5-15.

Poderío de Salomón (1,13-18=1 Re 10,26-29)

13 Tornóse Salomón a Jerusalén desde el alto de Gabaón, desde el tabernáculo del testimonio, y reinó sobre Israel. 14 Salomón juntó carros y caballos; tuvo mil cuatrocientos carros y doce mil jinetes, que distribuyó entre las ciudades donde tenía los carros, y en Jerusalén, cerca del rey. 15 Hizo la plata y el oro en Jerusalén tan comunes como las piedras, y los cedros tan numerosos como los sicómoros, que se dan con abundancia en los campos. 16 De Musri traía Salomón los caballos. Iban

a buscarlos a Musri y Coa mercaderes del rey, que los compraban allí a un precio determinado. 17 Un tiro de cuatro caballos costaba seiscientos siclos de plata, y un caballo, ciento cincuenta, y los compraban también para todos los reyes de los jeteos y para los de Siria. 18 Resolvió, pues, Salomón edificar una casa al nombre de Yahvé y un palacio real para sí.

Pasa por alto el autor todo cuanto puede perjudicar el buen nombre del rey: omite las intrigas de Adonías (1 Re 1-2). Por su sabiduría reunió Salomón tantas riquezas.

Concierto de Salomón con Hiram (2,1-17=1 Re 5,15-20)

1 Destinó setenta mil hombres para transportar las cargas, ochenta mil para los trabajos de las canteras en los montes, y tres mil seiscientos capataces para ellos. 2 Mandó también decir a Hiram, rey de Tiro: «Lo que hiciste con David, mi padre, mandándole madera de cedro para edificar el palacio en que habitara, 3 hazlo también conmigo, para que pueda yo edificar un templo al nombre de Yahvé, mi Dios, y consagrarlo para quemar incienso y aromas delante de El, tener siempre ante El los panes de la proposición y ofrecerle holocaustos mañana y tarde, así como también los sábados, los novilunios y las otras solemnidades de Yahvé, nuestro Dios, por siempre, como El se lo ha mandado a Israel; 4 pues el templo que quiero edificar ha de ser grande, ya que grande es nuestro Dios, más que todos los dioses; 5 ¿y quién se creerá capaz de edificar una casa digna de El? Si el cielo y los cielos de los cielos no bastan a contenerle, ¿quién soy yo para la empresa de edificarle una casa? Gracias que sólo es para quemar el incienso en su presencia. 6 Envíame, pues, un hombre hábil, que sepa trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, la púrpura, la escarlata y el jacinto; que sepa hacer toda suerte de cincelados, para que dirija a los maestros que tengo yo en Judá y en Jerusalén, los cuales previno ya David, mi padre. 7 Envíame también maderas de cedro, de ciprés y de sándalo, pues yo sé que tus siervos entienden de cortar los árboles del Líbano; y los míos trabajarán con los tuyos, 8 para preparar gran cantidad de madera, pues la casa que yo deseo construir ha de ser grande y magnífica. 9 Yo daré a los siervos tuyos que se ocupen de cortar y derribar los árboles veinte mil coros de trigo y otro tanto de cebada, veinte mil batos de vino y veinte mil de aceite». 10 Hiram, rey de Tiro, respondió en un escrito que dirigió a Salomón: «Porque ama Yahvé a su pueblo, te ha hecho rey de él». 11 Y decía también: «Bendito Yahvé, Dios de Israel, que ha hecho los cielos y la tierra y ha dado al rey David un hijo sabio, entendido, cuerdo y prudente, que edifique casa a Yahvé y casa real. 12 Yo, pues, te envío un hombre hábil y entendido, a Hiram-Abi, 13 hijo de una mujer de las hijas de Dan, pero cuyo padre era de Tiro, que sabe trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, la piedra, la madera, la púrpura, el jacinto, el lino y la escarlata, y grabar toda suerte de figuras; y es ingenioso en inventar cuanto se necesita para toda clase de obras. El trabajará

con tus obreros y con los de David, mi señor, tu padre. 14 Man-
da tú, pues, mi señor, a tus siervos el trigo y la cebada, el aceite
y el vino que has ofrecido. 15 Nosotros cortaremos en el Líbano
toda la madera que necesites y la pondremos en balsas para
llevarla por mar hasta Jope, y tú la harás llevar de allí a Jeru-
salén». 16 Salomón hizo el censo de todos los extranjeros que
había en la tierra de Israel, después del hecho por David, su
padre, y fueron hallados ciento cincuenta y tres mil seiscientos.
17 Destinó de ellos setenta mil para los transportes, y ochenta
mil para las canteras en los montes, y tres mil seiscientos capa-
taces para vigilar a los obreros.

El autor sigue el lugar paralelo de 1 Re, que a veces amplía (v.2-15) o abrevia (v.16-17) de acuerdo con su teología.

Construcción del templo (3,1-17 = 1 Re 6,1-38)

1 Comenzó, pues, Salomón a edificar la casa en Jerusalén,
en el monte Moria, que había sido mostrado a David, su pa-
dre; en el lugar que David había dispuesto en la era de Ornán,
jebuseo. 2 Comenzó la edificación a dos días del mes segundo
del año cuarto de su reinado. 3 He aquí el plano seguido por
Salomón para la construcción de la casa de Yahvé: el largo era
de sesenta codos, según la medida antigua; el ancho, de veinte
codos. 4 El vestíbulo (ulam), que iba delante, tenía un largo
correspondiente al ancho de la casa de veinte codos, y su an-
chura era de diez codos y ciento veinte de alto; lo recubrió in-
teriormente de oro puro. 5 Revistió la parte mayor de la casa
(hecal) de madera de ciprés y la recubrió de oro puro, hacien-
do grabar en ella palmas y cadenetas que se enlazaban unas
con otras. 6 Hizo el pavimento del templo de mármoles pre-
ciosos y de gran belleza. El oro de que recubrió los artesona-
dos, las vigas, las pilastras, los muros y las puertas eran de lo
más fino. 7 Hizo también cincelar querubines sobre los muros.
8 Hizo también la casa del santísimo (debir), cuyo largo, que
correspondía a la anchura de la casa, era de veinte codos, y su
ancho, igualmente de veinte codos; y lo recubrió todo de oro,
que venía a pesar seiscientos talentos. 9 Hizo también de oro
los clavos, cada uno de los cuales pesaba cincuenta siclos de
oro. También los techos estaban revestidos de oro. 10 Hizo tam-
bién para la casa del santísimo dos querubines tallados, que
cubrió de oro. 11 El largo de las alas de los querubines era de
veinte codos, pues era cada uno de cinco codos, y la una toca-
ba al muro de la casa y la otra llegaba hasta el ala del otro que-
rubín; 12 y de igual modo las del otro querubín, de cinco codos
de largo, tocaba la una al muro, y la otra a la del otro querubín.
13 Las alas de ambos querubines estaban desplegadas y tenían
en todo veinte codos de largo. Estaban en pie y con los rostros
vueltos a la entrada de la casa. 14 Hizo también el velo, de ja-
cinto, de púrpura, de escarlata y de lino, en el cual hizo dibu-
jar querubines. 15 Hizo, además, ante la puerta del templo,
dos columnas de treinta y cinco codos de altura, con sus capi-
teles, cada uno de los cuales tenía cinco codos de alto. 16 Hizo
también en ellos cadenetas, como las del santuario (debir), y
las puso en los capiteles, y con ellas se enlazaron cien granadas.

17 Alzó las columnas en el vestíbulo del templo, la una a la de-
recha y la otra a la izquierda. A la que estaba a la derecha la
llamó Jaquín, y a la de la izquierda, Boaz.

Sigue, por lo regular, el relato paralelo, pero insiste en ponderar la riqueza de los materiales, sobre todo la abundancia del oro. Según una tradición judía, Abraham sacrificó a Isaac sobre el monte Moria (v.9), lugar donde se levantó el templo.

El altar de bronce; el mar de bronce (4,1-5 = 1 Re 7,23-26)

1 Hizo, además, el altar de bronce, de veinte codos de largo,
y veinte de ancho, y diez de alto. 2 También hizo un mar de
fundición, que tenía diez codos del uno al otro borde, entera-
mente redondo; su altura era de cinco codos, y un cordón de
treinta codos lo ceñía en derredor. 3 Había debajo de él figuras
de toros, y estaba todo en derredor adornado de dos filas de
figuras de toros, diez por cada codo, todo en torno, y todo de
la misma fundición. 4 El mar descansaba sobre doce toros, de
los cuales tres miraban al norte, tres al occidente, tres al me-
diodía y tres al oriente, todos soportando el mar, y la parte
posterior de los toros estaba oculta debajo del mar. 5 El grueso
de este vaso era de un palmo, y su borde era como el de una
copa o como el de un lirio abierto; hacía tres mil batos.

El autor de los Reyes no concede tanta importancia al altar de bronce (1 Re 8,64) como el nuestro. La descripción del mar de bronce es casi igual a la del lugar paralelo, pero de mayores proporciones (casi para setenta mil litros).

Utensilios para el culto (4,6-22 = 1 Re 7,12.38-50)

6 Hizo igualmente diez fuentes y puso cinco de ellas a la de-
recha y cinco a la izquierda, para lavar allí lo que había de ser
ofrecido en holocausto. Los sacerdotes se lavaban en el mar.
7 Hizo diez candeleros de oro de la forma que se le había or-
denado, y los puso en el templo (hecal), cinco a un lado y cinco
al otro. 8 Igualmente diez mesas, y las puso en el templo (he-
cal), cinco a la derecha y cinco a la izquierda, y cien tazas de
oro. 9 Hizo, a más, el atrio de los sacerdotes, y el gran atrio, y
las puertas del mismo, que cubrió de bronce. 10 Asentó el mar
al lado derecho, al sudeste. 11 Hizo también Hiram las calde-
ras, las palas y las tazas, y acabó toda la obra que el rey había
emprendido hacer en el templo de Dios, es decir: 12 las dos
columnas, los entrelazos, los dos capiteles que las coronaban y
entrelazados con las granadas que los cubrían. 13 Hizo cuatro-
cientas granadas y dos retículas, de modo que había dos filas
de granadas unidas a cada una de estas retículas, que cubrían
los capiteles de las columnas. 14 Hizo también basas, sobre las
que asentó las fuentes, 15 y el mar; los doce toros sobre los que
se asentaban, 16 las calderas, las palas, los tenedores; todos los
enseres se los hizo Hiram-Abi al rey Salomón para la casa de
Yahvé del bronce mejor. 17 Hízolos fundir el rey en los llanos
del Jordán, en tierra arcillosa, entre Sucot y Sereda. 18 La mu-

chedumbre de estos utensilios era grande y no pudo saberse su peso en bronce. 19 Hizo, pues, Salomón de oro todos los utensilios del templo de Yahvé, con el altar y las mesas de los panes de la proposición. 20 Hizo también de un oro purísimo los candeleros con sus lámparas, para que ardieran delante del oráculo (debir) según costumbre; 21 las flores, las lamparillas y las despabiladeras, todo de oro purísimo. 22 Igualmente las jofainas, las cucharillas y los incensarios, de oro puro. Las puertas del templo interior, del santísimo, así como las del templo exterior (hecal), eran de oro.

El autor trabaja libremente sobre su fuente de información; no describe los soportes del mar de bronce (1 Re 27,37), destinado a las abluciones de los sacerdotes (Ex 30,18-21). Habla el autor de diez mesas, en tanto que 1 Re 7,48 menciona una; en 1 Crón 28,16 se habla de *mesas de los panes.*

Traslado del arca al santuario (5,1-14 = 1 Re 8,1-9)

1 Así terminó Salomón todo lo que había determinado hacer para la casa de Yahvé. Salomón hizo traer al templo todo cuanto su padre había consagrado, y puso la plata, el oro y todos los vasos en el tesoro de la casa de Dios. 2 Después convocó a *Jerusalén* a todos los ancianos de Israel, a todos los príncipes de las tribus y a los jefes de familias de los hijos de Israel; para trasladar el arca de la alianza de Yahvé a la ciudad de David, que es Sión. 3 Así se reunió todo Israel en torno del rey el día de la solemnidad del séptimo mes; 4 y cuando hubieron venido todos los ancianos de Israel, tomaron los levitas el arca 5 y la llevaron al templo, con el *tabernáculo* de la *reunión* y todos los utensilios del tabernáculo. Los sacerdotes y los levitas llevaron todos los vasos del santuario que había en el tabernáculo. 6 El rey Salomón y todo el pueblo, cuantos se habían reunido, iban delante del arca, e inmolaron carneros y bueyes sin número; tanta fue la muchedumbre de las víctimas. 7 Los sacerdotes pusieron el arca de la alianza de Yahvé en el lugar para ella destinado; es decir, en el oráculo (debir) del templo, en el santísimo, bajo las alas de los querubines; 8 de modo que los querubines cubrían con sus alas el lugar en que había sido puesta, así como las barras; 9 y como las barras con que había sido trasladada eran un poco largas, salían las cabezas de ellas un poco fuera del santuario, pero no se veían desde fuera. Allí ha estado siempre el arca hasta hoy. 10 No había en el arca más que las dos tablas que en ella fueron puestas por Moisés en Horeb cuando Yahvé dio su ley a los hijos de Israel a su salida de Egipto. 11 Cuando los sacerdotes salieron del santuario, pues todos los sacerdotes que allí se encontraban fueron santificados, sin observar la distribución de los servicios, 12 los levitas cantores, los de Asaf, de Hemán y Jedutún, con sus hijos y hermanos, vestidos de lino fino, hacían resonar los címbalos, los salterios y las cítaras, puestas al oriente del altar, con ciento veinte sacerdotes que tocaban las trompetas. 13 Todos al mismo tiempo cantaban a una, entre el sonar de las trompetas, los címbalos y los otros instrumentos músicos, y alababan y confesaban a Yahvé: «Porque es bueno, porque su *misericordia* es *eterna*».

La casa de Yahvé se llenó de una nube; 14 y no pudieron ya estar allí los sacerdotes para ministrar por causa de la nube, porque la gloria de Yahvé llenaba la casa de Dios.

Se pone de relieve la participación de cantores y músicos en el traslado del arca (v.11b-13a). Los levitas asistieron en masa al acto, así como los sacerdotes.

Dedicación del templo (6,1-42 = 1 Re 8,12-53)

1 Entonces dijo Salomón: «Yahvé ha dicho que habitaría en la oscuridad, 2 y yo he edificado una casa de morada para que El la habite para siempre». 3 Luego el rey, volviéndose a toda la asamblea, la bendijo estando toda en pie; 4 y prosiguió: «Bendito Yahvé, Dios de Israel, que ha cumplido lo que por su boca prometió a David, mi padre, diciendo: 5 Desde que saqué de Egipto a mi pueblo, ninguna ciudad elegí de las tribus de Israel para edificar casa donde estuviese mi nombre, ni elegí varón que fuese *príncipe* de *mi pueblo,* Israel; 6 pero *elegí* a Jerusalén para que en ella esté mi nombre, y elegí a David para que esté a la cabeza de mi pueblo, Israel. 7 David, mi padre, tuvo el propósito de edificar casa al nombre de Yahvé, Dios de Israel; 8 pero Yahvé dijo a David, mi padre: Bien has hecho en querer edificar casa a mi nombre; bueno ha sido este propósito, 9 pero no serás tú quien edifique la casa, sino tu hijo, salido de tus entrañas; ése será quien edificará casa a mi nombre. 10 Yahvé ha cumplido lo que dijo, pues me levanté yo en lugar de David, mi padre, y me he sentado en el trono de Israel, como Yahvé había dicho, y he edificado casa al nombre de Yahvé, Dios de Israel, 11 y he puesto en ella el arca, en la cual está el pacto de Yahvé concertado con los hijos de Israel». 12 Púsose luego Salomón delante del altar de Yahvé, en presencia de toda la asamblea de Israel; y tendiendo sus manos 13 pues había hecho un estrado de bronce de cinco codos de largo, otro tanto de ancho y tres de alto, que había mandado poner en medio del templo—y puesto en pie, arrodillándose luego, vuelto a toda la muchedumbre y alzando las manos al cielo, dijo: 14 «Yahvé, Dios de Israel, no hay Dios semejante a ti ni en el cielo ni en la tierra; tú guardas la alianza y la misericordia a tus siervos que andan delante de ti con todo su corazón; 15 otorgaste a David, mi padre, todo cuanto le prometiste, y has puesto por obra cuanto de palabra dijiste, como lo vemos hoy. 16 Cumple, pues, ahora, Yahvé, Dios de Israel, todo cuanto a David, mi padre, *tu siervo, prometiste, diciendo:* No *faltará* de *ti varón* delante de mí que se siente en el trono de Israel, siempre que tus hijos guarden sus caminos, andando en mi Ley, como has andado tú delante de mí. 17 Ahora, pues, ¡oh Yahvé, Dios de Israel!, que se cumpla la palabra dada a tu siervo David. 18 Pero ¿en verdad habitará Dios con el hombre en la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta casa que yo he edificado! 19 Pero atiende, ¡oh Yahvé, mi Dios!, a la oración de tu siervo y a su súplica; oye el clamor y la oración con que tu siervo ora delante de ti, 20 y que tus ojos estén siempre abiertos sobre esta casa día y noche, sobre este lugar de que has dicho: Allí estará mi nombre; 21 y que oigas la oración que en este lugar ora tu siervo. Oye asimismo el

ruego de tu siervo y de tu pueblo, Israel, cuando oren en este lugar; oye tú desde lo alto de los cielos, desde el lugar de tu morada; oye y perdona. 22 Si alguno pecare contra su prójimo, y él le pidiere que jure con juramento, y vinieren a jurar ante tu altar en esta casa, 23 óyele desde los cielos, y obra y juzga a tus siervos, dando su merecido al impío, haciendo recaer su impiedad sobre su cabeza, y justifica al justo, retribuyéndole según su justicia. 24 Cuando tu pueblo, Israel, cayere delante de sus enemigos por haber prevaricado contra ti y, convirtiéndose, confesaren tu nombre y rogaren delante de ti en esta casa, 25 óyelos desde los cielos, y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y vuélvelos a la tierra que a ellos y a sus padres les diste. 26 Si se cerraren los cielos y no hubiere lluvias, por haber pecado contra ti, y oraren a ti en este lugar, y confesaren tu nombre, convirtiéndose de sus pecados al afligirlos tú, 27 oye en los cielos y perdona el pecado de tus siervos y de tu pueblo, Israel, y enséñales el buen camino, para que anden por él, y dales la lluvia sobre tu tierra, la que por heredad diste a tu pueblo. 28 Si hubiera hambre en la tierra, o pestilencia, o tizón, o añublo, o langosta, o pulgón, o el enemigo los cercare en su tierra, en sus ciudades, o hubiere otra cualquiera plaga o enfermedad; 29 si un hombre, o todo Israel, hace oraciones y súplicas y, reconociendo su llaga y su dolor, tendiere sus manos hacia esta casa, 30 óyele desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y perdona y da a cada uno conforme a sus caminos, según su corazón; pues solo tú conoces el corazón de los hijos de los hombres, 31 para que te teman y anden por tus caminos todos los días de su vida en la tierra que diste a nuestros padres. 32 Cuando el extranjero, que no es de tu pueblo, Israel, venido de lejanas tierras por la fama de tu nombre y de tu fuerte mano y tu tendido brazo, viniere a orar en esa casa, 33 óyele tú desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y haz lo que con clamores te pida el extranjero, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo, Israel, y sepan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo te he edificado. 34 Si saliere tu pueblo a la guerra contra sus enemigos por el camino que les señales, y oraren a ti, hacia esta ciudad que tú has elegido, hacia la casa que a tu nombre he edificado, 35 oye tú desde los cielos su oración, su ruego, y ampara su derecho. 36 Si pecaren contra ti—pues no hay hombre que no peque—, y, airado contra ellos, los entregares a sus enemigos, que los lleven cautivos a tierra enemiga, lejana o cercana, 37 y ellos, volviendo en sí en la tierra adonde fueren llevados cautivos, se convirtieren y oraren a ti en la tierra de su cautividad y dijeren: Hemos pecado, hemos obrado inicua e impíamente; 38 si se convirtieren a ti de todo corazón y con toda su alma en la tierra de su cautividad, donde los hubieren llevados cautivos, y oraren hacia su tierra, la que diste a sus padres, hacia la ciudad que tu has elegido y hacia esta casa que yo he edificado a tu nombre, 39 oye tú desde los cielos, desde el lugar de tu morada, su oración y su ruego, y perdona a tu pueblo, que pecó contra ti. 40 Ten, pues, ¡oh Dios mío!, abiertos tus ojos y atentos tus oídos a la oración hecha en este lugar. 41 ¡Oh Yahvé, Dios! Levántate y ven a tu lugar de reposo, tú y el arca de tu majestad. Que tus sacerdotes, Yahvé, Dios, se

revistan de salud, y tus santos gocen de tus bienes. 42 ¡Yahvé, Dios, no rechaces a tu ungido; acuérdate de tu misericordia con David, tu siervo!»

El texto sigue de cerca la oración pronunciada por Salomón antes de la dedicación del templo. En el v.13 se describe el estrado sobre el cual colocóse el rey «de pie, y arrodillándose luego». Los v.41-42 están tomados, con ligeras variantes, de Sal 132,8-11. La alusión que en 1 Re 8,53 se hace al Exodo la suprime nuestro autor, porque, después de la alianza con David y sus descendientes, tanto el éxodo como la misma alianza del Sinaí son para él elementos secundarios, o sea, simples etapas que conducen a Israel hacia el régimen perfecto: la teocracia.

Sacrificio solemne; fiestas y nueva teofanía (7,1-22=1 Re 6,2-9,9)

1 Cuando Salomón acabó de orar, descendió del cielo fuego, que consumió los holocaustos y las víctimas, y la gloria de Yahvé llenó la casa. 2 No podían los sacerdotes estar en la casa de Yahvé, porque la gloria de Yahvé llenaba la casa de Yahvé. 3 Al ver los hijos de Israel descender el fuego y la gloria de Yahvé sobre la casa, cayeron a tierra sobre sus rostros en el pavimento y adoraron y confesaron a Yahvé: «Porque es bueno, porque es eterna su misericordia». 4 Entonces el rey y todo el pueblo sacrificaron víctimas delante de Yahvé, 5 y le ofreció el rey Salomón en sacrificio veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas, y así fue dedicada la casa de Dios por el rey y todo el pueblo. 6 Los sacerdotes asistían en su ministerio, y los levitas, con los instrumentos de música de Yahvé, que había hecho el rey David para alabar a Yahvé, «cuya misericordia es eterna», y con los que le alababa también David. Asimismo, los sacerdotes tocaban trompetas delante de ellos, y todo el pueblo estaba en pie. 7 También santificó Salomón el atrio que estaba delante de la casa de Yahvé, ofreciendo allí los holocaustos y el sebo de las víctimas, por ser el altar de bronce que Salomón había hecho insuficiente para tantos holocaustos, la ofrenda y el sebo. 8 Hizo Salomón fiesta con todo Israel por siete días, reuniéndose una gran muchedumbre desde la entrada de Jamat hasta el torrente de Egipto. 9 Al octavo día celebraron asamblea santa, pues habían hecho la dedicación del altar durante siete días y celebrado por siete días la solemnidad. 10 A veintitrés del séptimo mes envió al pueblo a sus estancias, alegres y gozosos en su corazón, por los beneficios que Yahvé había hecho a David, a Salomón y a su pueblo, Israel. 11 Acabó, pues, Salomón la casa de Yahvé y la casa del rey; y todo cuanto se había propuesto hacer en la casa de Yahvé y en su casa lo consiguió. 12 Entonces se le apareció Yahvé durante la noche y le dijo: «He oído tu plegaria y he elegido este lugar como la casa en que se me habrán de ofrecer sacrificios. 13 Cuando yo cierre el cielo y no haya lluvia, cuando mande a la langosta devorar la tierra, cuando mande la peste entre mi pueblo, 14 si mi pueblo, sobre el que se invoca mi nombre, se humilla, ruega y me busca la cara, si se aparta de sus malos caminos, yo oiré desde los cielos y le perdonaré su pecado y curaré a la

tierra. [15] Mis ojos estarán siempre abiertos y atentos mis oídos
a su plegaria hecha en este lugar. [16] Yo elijo y santifico esta casa
para que en ella sea invocado mi nombre y para morar en ella
por siempre, y la tendré siempre ante mis ojos y en mi corazón.
[17] Y tú, si andas en mi presencia como anduvo David, tu pa-
dre, haciendo todo cuanto yo he mandado, y guardas mis leyes
y mis preceptos, [18] yo afirmaré el trono de tu reino, como se
lo prometí a David, tu padre, diciendo: No faltará jamás un
hijo tuyo que reine en Israel. [19] Pero si os volvéis y dejáis los
mandamientos y preceptos que yo os he prescrito y os vais a
servir a dioses ajenos, adorándolos, [20] yo os arrancaré de mi
tierra, que os he dado; y esta casa que a mi nombre he santi-
ficado, la rechazaré de ante mí y será la burla y el escarnio de
todas las gentes; [21] y por ilustre que haya sido, será el espanto
de cuantos cerca de ella pasen, que dirán: ¿Por qué ha hecho
Yahvé así con esta tierra y esta casa? [22] Y se responderá: Por-
que dejaron a Yahvé, Dios de sus padres, que los había sacado
de la tierra de Egipto, y se adhirieron a dioses ajenos y los ado-
raron y los sirvieron; por eso ha traído El sobre ellos todos estos
males».

Como en tiempos del autor la bendición se reservaba a los sacerdotes (1 Crón 23,13; Núm 6,22-27), omite la que se halla en el lugar paralelo de los Reyes (8,54-61). Todo el pueblo vio cómo bajaba el fuego del cielo (1 Re 18,38) y la gloria de Dios sobre la casa. También los sacerdotes y levitas dieron realce a la fiesta, aquéllos ejerciendo sus oficios y éstos cantando salmos de David, acompañándose con instrumentos músicos (v.6). Los v.12b-16 son propios del cronista.

Diversas construcciones de Salomón (8,1-18 = 1 Re 9,10-25)

[1] Al cabo de veinte años, en los que edificó Salomón la casa
de Yahvé y su propia casa, [2] reconstruyó las ciudades que le
había dado Hiram, y estableció en ellas a los hijos de Israel.
[3] Después marchó Salomón contra Jamat de Soba y la tomó.
[4] Edificó a Tadmor, en el desierto, y todas las ciudades de mu-
niciones en Jamat. [5] Edificó Bethorón, el alto y el bajo, ciuda-
des fuertes, amuralladas, con puertas y barras; [6] Balat y todas
las ciudades de munición que le pertenecían, y las ciudades de
los carros y de la caballería, y todo lo que quiso edificar en Je-
rusalén, en el Líbano y en toda la tierra de su dominio. [7] Todo
el pueblo que había quedado de los jeteos, amorreos, fereceos,
jeveos y jebuseos, que no era parte de Israel; [8] sus descendien-
tes, que habían quedado con ellos en la tierra y no habían ex-
terminado los hijos de Israel, los hizo servir en los trabajos, y
así se sigue haciendo hasta hoy. [9] No empleó Salomón como
esclavos para sus trabajos a ningún hijo de Israel, pues éstos
eran hombres de guerra, jefes, oficiales, comandantes de los
carros y de la caballería. [10] Los jefes puestos por Salomón a la
cabeza del pueblo y encargados de la vigilancia eran doscientos
cincuenta. [11] Salomón subió a la hija del Faraón, de la ciudad
de David; a la casa que para ella había edificado, pues dijo:
«Mi mujer no ha de habitar en la casa de David, rey de Israel,

porque los lugares en que ha estado el arca de Yahvé son sa-
grados». [12] Entonces ofreció Salomón a Yahvé holocaustos en
el altar de Yahvé que había alzado delante del pórtico, [13] ofre-
ciendo lo que para cada día prescribió Moisés, para los sábados,
los novilunios y las tres solemnidades del año: la de los ácimos,
la de las semanas y la de los tabernáculos. [14] Estableció en sus
funciones, como las había determinado David, su padre, a los
sacerdotes según su oficio, a los levitas según su cargo de alabar
a Yahvé y servir cada día a los sacerdotes en el ministerio, e
igualmente a los porteros asignados a cada puerta, según sus
clases, como lo había ordenado David, hombre de Dios. [15] Nada
escapó a la ordenación del rey en cuanto a los sacerdotes y le-
vitas ni en cuanto a cosa alguna tocante a los tesoros. [16] Así fue
dirigida toda la obra de Salomón desde el día en que se pusie-
ron los cimientos de la casa de Yahvé hasta el día en que fue
terminada. Acabóse, pues, la casa de Yahvé. [17] Entonces par-
tió Salomón para Asión-Gueber y Elat, a orillas del mar, en
tierra de Edom, [18] pues Hiram, por medio de sus siervos, le
había enviado navíos y marineros diestros, conocedores del
mar. Fueron éstos con los siervos de Salomón a Ofir, y traje-
ron de allí cuatrocientos cincuenta talentos de oro, que entre-
garon a Salomón.

Utilizando libremente el texto del libro de los Reyes, el autor da una descripción grandiosa e hiperbólica de las actividades de Salomón. Por razón de una perspectiva diferente, dice el texto que reconstruyó «las ciudades que le había dado Hiram» (1 Re 9,10). De la campaña a Jamat de Soba nada dice el lugar paralelo de los Reyes. Tamar (1 Re 9,18) es distinta de Tadmor, Palmira, a unos doscientos treinta kilómetros al nordeste de Damasco. A la hija de Faraón no se le autoriza habitar en un lugar donde ha estado el arca de Dios (v.11); quizá esta anotación está basada en los abusos que había acarreado la presencia de mujeres en el templo. Según el texto, Salomón fue a Asiongaber, lo que no dice 1 Re 9,26-28. A la mención de las tres solemnidades oficiales (1 Re 9,25) el cronista (v.13) añade los sacrificios cotidianos, los sábados y novilunios (Lev 23,1-37). Las clases sacerdotales y las de los levitas y porteros establecidos por David (1 Crón 24-26) aseguraron el culto (v.14-16).

La reina de Saba (9,1-12 = 1 Re 10,1-13)

[1] Llegó a la reina de Saba la fama de Salomón, y vino a Jeru-
salén para probarle con enigmas, acompañada de muy gran
séquito de camellos, cargados de aromas y oro en abundancia
y piedras preciosas. Vino a Salomón y le dijo cuanto se le ocu-
rrió, [2] y Salomón respondió a todas sus preguntas, sin que hu-
biera nada que él no pudiera explicarle. [3] La reina de Saba,
viendo la sabiduría de Salomón, la casa que había construido,
[4] los manjares de su mesa, el asiento de sus servidores, el porte
y los vestidos de la servidumbre y la subida a la casa de Yahvé,
[5] fuera de sí dijo al rey: «Verdad es cuanto de tu estado y tu
sabiduría había oído en mi tierra. [6] No lo creía hasta que he
venido y lo he visto con mis ojos; y hallo ahora que no me ha-
bían dicho ni la mitad de tu grandeza, de tu sabiduría, pues

sobrepujas la fama que a mí había llegado. 7 Dichosas tus gen-
tes, dichosos tus servidores, que continuamente están delante
de ti y oyen tu sabiduría. 8 Bendito Yahvé, tu Dios que te ha
hecho la gracia de ponerte sobre su trono, por rey para Yahvé,
tu Dios. Por amor de Yahvé a su pueblo y por querer que por
siempre subsista, te ha hecho rey de él para que le hagas dere-
cho y justicia». 9 Dio al rey ciento veinte talentos de oro, gran
cantidad de aromas y de piedras preciosas, y no hubo nunca
aromas como los que la reina de Saba dio a Salomón. 10 Tam-
bién los siervos de Hiram y los de Salomón, que habían traído
el oro de Ofir, trajeron madera de sándalo y piedras preciosas.
11 Con la madera de sándalo hizo el rey las gradas de la casa
de Yahvé y las de la casa del rey, e hizo también de ella arpas
y salterios para los cantores. Nunca en tierra de Judá se había
visto semejante. 12 El rey Salomón dio a la reina de Saba cuan-
to ella quiso y pidió, más que lo que ella había traído al rey,
Después volvióse ella a su tierra con sus siervos.

Riquezas de Salomón (9,13-28=1 Re 10,14-29)

13 El peso del oro que cada año llegaba a Salomón era de
seiscientos sesenta y seis talentos de oro, 14 fuera del que reci-
bía de negociantes y comerciantes, de todos los reyes de Arabia
y de los gobernadores de la tierra, que recaudaban oro y plata
para Salomón. 15 Hizo el rey Salomón doscientos grandes es-
cudos de oro batido, para cada uno de los cuales empleó seis-
cientos siclos de oro; 16 y otros trescientos escudos de oro bati-
do, para cada uno de los cuales empleó trescientos siclos de
oro, y los puso en la casa «Bosque del Líbano». 17 Hizo un gran
trono de marfil, que recubrió de oro puro. 18 Tenía el trono
seis gradas y un escabel de oro. Tenía brazos a uno y otro lado
de la silla, y cerca de los brazos dos leones, 19 y otros doce leo-
nes sobre las seis gradas, de una y otra parte. Para ningún rey
se hizo cosa semejante. 20 Todos los vasos del rey Salomón
eran de oro, y toda la vajilla de la casa «Bosque del Líbano»
era de oro puro. Nada de plata. No se hacía de ella estima al-
guna en tiempo de Salomón, 21 pues tenía el rey naves de Tar-
sis que navegaban con las de los siervos de Hiram; y llegaban
cada tres años las naves de Tarsis, trayendo oro, plata, marfil,
monos y pavos reales. 22 Fue el rey Salomón más grande que
todos los reyes de la tierra por riquezas y por sabiduría. 23 To-
dos los reyes de la tierra buscaban ver a Salomón, para oír la
sabiduría que había puesto Dios en su corazón, 24 y cada uno
le traía su presente, objetos de plata, de oro, vestidos, armas,
aromas, caballos y mulos. Y así cada año. 25 Tenía Salomón
cuatro mil troncos de caballos, y los carros y doce mil jinetes,
que puso en las ciudades de los carros y cerca de sí en Jerusa-
lén. 26 Se extendió su dominio sobre todos los reyes desde el
río hasta la tierra de los filisteos y hasta las fronteras de Egipto.
27 Hizo que la plata fuera en Jerusalén tan común como las
piedras y que los cedros fuesen tanto como los sicómoros, que
se dan en el llano. 28 Traíanle los caballos de Egipto y de todas
partes.

Muerte de Salomón (9,29-31)

29 El resto de los hechos de Salomón, los primeros y los pos-
treros, *¿no está escrito en los libros de Natán, profeta, en el de
Ajías, silonita, y en las profecías de Ido, vidente, contra Jero-
boam, hijo de Nabat?* 30 Reinó Salomón en Jerusalén, sobre
todo Israel, *cuarenta años.* 31 Se durmió con sus padres, y fue
sepultado en la ciudad de David, su padre. Le sucedió Roboam,
su hijo.

No transcribe el autor los hechos sombríos que empañaron la figura de Salomón en los últimos años de su vida, tales como el numeroso harén, su apostasía religiosa y los enemigos externos e internos que le suscitó Dios en castigo de su conducta (1 Re 11,1-40.) Además del libro de los *Hechos* de Salomón (1 Re 11,41), nuestro autor ha consultado los de Natán (1 Crón 29,29), de Ajías de Silo (1 Re 11,29) y de Ido (12,15; 13,22). Fue el último que reinó sobre todo Israel. Para el cronista fue Salomón, al igual que su padre, David, el rey ideal teocrático.

SEGUNDA PARTE

HISTORIA DE LOS REYES DE JUDA (c.10-36)

El cisma de las diez tribus (10,1-19=Re 12,1-20)

1 Fue Roboam a Siquem, donde se había reunido todo Israel
para proclamarle rey. 2 Súpolo Jeroboam, *que estaba en Egip-
to,* adonde había huido por causa del rey Salomón, y volvió
de Egipto. 3 Enviaron a llamarle, y vino Jeroboam con todo
Israel y hablaron a Roboam, diciendo: 4 «Tu padre agravó
nuestro yugo. Afloja, pues, ahora la dura servidumbre y el pe-
sado yugo con que tu padre nos oprimió, y te serviremos». 5 El
les respondió: «Volved a mí de aquí a tres días». El pueblo se
fue. 6 Entonces Roboam pidió consejo a los ancianos que ha-
bían servido a Salomón, su padre, mientras vivió, y díjoles:
«¿Qué me aconsejáis vosotros que responda a este pueblo?»
7 Ellos le hablaron diciendo: «Si tú hoy te conduces humana-
mente con este pueblo, y le complaces, y le das buenas pala-
bras, ellos te servirán perpetuamente». 8 Pero él, dejando el
consejo que los ancianos le dieron, lo pidió a los mancebos que
se habían criado con él y le asistían, 9 diciendo: «¿Qué me acon-
sejáis vosotros que responda a este pueblo, que me ha hablado
diciendo: Alivia el yugo que tu padre nos impuso?» 10 Los
mancebos que se habían criado con él le hablaron así: «Diles
a los que te han pedido que aligeres su yugo: Mi dedo meñique
es más grueso que la cintura de mi padre. 11 Si mi padre os
cargó de pesado yugo, yo lo agravaré. Mi padre os castigó con
azotes, y yo os azotaré con escorpiones». 12 Vino, pues, Jero-
boam con todo el pueblo a Roboam el tercer día, según lo que
mandara el rey, diciendo: «Volved a mí de aquí a tres días»;
13 y el rey les respondió ásperamente, pues se apartó el rey Ro-
boam del consejo de los ancianos 14 y siguió el consejo de los

jóvenes, diciendo: «Mi padre agravó vuestro yugo, y yo lo agravaré más todavía; mi padre os castigó con azotes, y yo os azotaré con escorpiones». 15 No escuchó el rey al pueblo, porque era cosa de Dios, para que se cumpliera la palabra que había dicho Yahvé por medio de Ajías, silonita, a Jeroboam, hijo de Nabat. 16 Viendo todo Israel que no los había escuchado el rey, respondió el pueblo al rey diciendo: «¿Qué tenemos que ver nosotros con David? No tenemos heredad con el hijo de Isaí. ¡A tus tiendas, Israel! Mira tú ahora por tu casa, David». Y todo Israel se fue a sus estancias. 17 Reinó Roboam sobre los hijos de Israel que habitaban en las ciudades de Judá. 18 Mandó luego el rey Roboam a Adoram, prefecto de los tributos; pero los hijos de Israel le lapidaron, y murió. Entonces se apresuró Roboam a subir a su carro y huyó a Jerusalén. 19 Así se apartó Israel de la casa de David hasta hoy.

El autor centró su pensamiento en Judá, desentendiéndose del reino del Norte, del cual ni siquiera consigna su ruina y desaparición. De sus reyes hablará únicamente en caso de intervenir en los asuntos de Judá. Roboam es el sucesor legítimo de Salomón. Salvo alguna expresión propia, el texto concuerda perfectamente con el relato paralelo de 1 Reyes.

Actividades de Roboam (11,1-12=1 Re 12,1-20)

1 Vino Roboam a Jerusalén y reunió a la casa de Judá y a la de Benjamín, ciento ochenta mil hombres de guerra escogidos, para combatir contra Israel y reducirle al dominio de Roboam; 2 pero dirigió Yahvé su palabra a Semeyas, hombre de Dios, diciéndole: 3 «Habla a Roboam, hijo de Salomón, rey de Judá, y a todos los de Israel en Judá y Benjamín, y diles: 4 Así habla Yahvé: No subáis a luchar con vuestros hermanos; vuélvase cada uno a su casa, porque soy yo quien ha hecho esto». Y ellos, escuchando la palabra de Yahvé, se tornaron y no fueron contra Jeroboam. 5 Habitó Roboam en Jerusalén y edificó y fortificó ciudades en Judá. 6 Fortificó Belén, Etam, Tecua, 7 Betsur, Socó, Adulam, 8 Gat, Maresa, Ziv, 9 Adoraím, Laquis, Azeca, 10 Sora, Ayalón y Hebrón, que eran de Judá, y otras en Benjamín. 11 Guarneció también las fortalezas, y puso en ellas jefes, y las avitualló de aceite y vino, 12 las proveyó de armas, escudos y lanzas, fortificándolas en gran manera, y Judá y Benjamín le estuvieron sujetos.

Durante los tres años que reyes y pueblos siguieron por el camino de David y de Salomón (v.17), prosperaron las cosas de Judá. La perspectiva del autor se fija en Judá, cuyos reyes serán llamados «reyes de Israel» (21,2; 28,19); el pueblo es designado por Israel (12,1; 15,17); los jefes de familia son los jefes de Israel (12,6; 15,17). Las quince localidades mencionadas en v.6-10 se hallaban al sur y oeste de Jerusalén.

Sacerdotes y levitas en torno a Roboam (11,13-17)

13 Los sacerdotes y levitas de todo Israel venían a él de todos sus términos, 14 y dejaban sus heredades y posesiones para venirse a Judá y a Jerusalén, pues Jeroboam y sus hijos los echaban del ministerio de Yahvé. 15 Él se hizo sacerdotes para los altos, para los machos cabríos y para los becerros que se habían fabricado. 16 Tras de aquéllos vinieron también, de todas las tribus de Israel, los que tenían puesto su corazón en seguir a Yahvé y Dios de Israel, para poder sacrificar en Jerusalén a Yahvé, el Dios de sus padres. 17 Así se fortaleció el reino de Judá y afirmaron a Roboam, hijo de Salomón, en el reino por tres años, pues tres años siguieron por el camino de David y Salomón.

La apostasía de Jeroboam (1 Re 12,26ss) determinó que los sacerdotes y levitas de todo Israel se refugiaran en el reino de Judá, ejemplo que siguieron «los que tenían puesto su corazón en seguir a Yahvé, Dios de Israel» (v.16). Las ciudades levíticas estaban esparcidas por todo el territorio (Jos c.21).

Familia de Roboam (11,18-23)

18 *Tomó Roboam por mujer a Majalet, hija de Jerimot, hijo* de David, y Abigaíl, hija de Aliab, hijo de Isaí, 19 que le parió hijos: Jesús, Semarías y Zaham; 20 tomó después a Maacá, hija de Absalón, que le parió a Abías, Ataí, Ziza y Selomit. 21 Amó Roboam a Maacá, hija de Absalón, más que a todas sus mujeres y concubinas, pues tuvo dieciocho mujeres y sesenta concubinas, y engendró veintiocho hijos y sesenta hijas. 22 Puso Roboam a Abías, hijo de Maacá, por cabeza y príncipe de sus hermanos, pues quería hacerle rey; 23 y le hizo educar y esparció a sus otros hijos por todas las tierras de Judá y Benjamín y por todas las ciudades fuertes, dándoles bienes en abundancia y pidiendo para ellos muchas mujeres.

Dios castiga la infidelidad de Roboam (12,1-16)

1 Cuando Roboam se hubo afirmado en el reino y se sintió fuerte, se apartó de la ley de Yahvé, y con él todo Israel. 2 El año quinto del reinado de Roboam subió Sesac, rey de Egipto, contra Jerusalén, por haberse rebelado contra Yahvé, 3 con mil doscientos carros y sesenta mil jinetes; y el pueblo que con él venía de Egipto no tenía número, de libios, suquios y cusitas. 4 Tomó las ciudades fuertes de Judá y llegó hasta Jerusalén. 5 Entonces Semeyas, profeta, se presentó a Roboam y a los príncipes de Judá, que estaban reunidos en Jerusalén por miedo a Sesac, y les dijo: «Así dice Yahvé: Vosotros me habéis dejado a mí, y por eso también yo os he dejado a vosotros en manos de Sesac». 6 Los príncipes de Israel y el rey se humillaron y dijeron: «Justo es Yahvé». 7 Y viendo Yahvé que se habían humillado, dirigió su palabra a Semeyas, diciendo: «Se me han humillado; no los destruiré, antes los salvaré pronto, y no se derramará mi ira sobre Jerusalén por medio de Sesac; 8 pero habrán de

servirle para que sepan distinguir entre lo que es servirme a mí y servir a los reyes de las gentes». 9 Subió, pues, Sesac, rey de Egipto, a Jerusalén, y pilló los tesoros de la casa de Yahvé y los de la casa del rey; todo se lo llevó. Tomó los escudos de oro que había hecho Salomón, 10 y en vez de ellos hizo el rey Roboam escudos de bronce para los jefes de la guardia que custodiaban la entrada de la casa del rey. 11 Cuando iba el rey a la casa de Yahvé, tomábanlos los de la guardia y los volvían luego al cuartel de la guardia. 12 Como se humilló, apartóse de él la ira de Yahvé, por no destruirle del todo, y las cosas mejoraron en Judá. 13 Fortalecióse, pues, Roboam y reinó en Jerusalén. Cuarenta y un años tenía Roboam cuando comenzó a reinar, y reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que eligió Yahvé entre todas las tribus de Israel para poner en ella su nombre. El nombre de su madre fue Naamá, amonita. 14 Hizo el mal porque no aprestó su corazón para buscar a Yahvé. 15 Los hechos de Roboam, los primeros y los postreros, ¿no están escritos en los libros de Semeyas, profeta, y de Ido el vidente, y en los registros de las genealogías? Hubo perpetuamente guerra entre Roboam y Jeroboam. 16 Durmióse Roboam con sus padres y fue sepultado en la ciudad de David, y le sucedió Abías, su hijo.

Aparte de algunas noticias conocidas por 1 Re 14,25.26-27. 21-22), refiere el autor la campaña de Sesac (Shesonq) contra Jerusalén, la profecía de Semeyas (v.5-8), la muerte del rey y las fuentes de información que ha utilizado. La invasión de Sesac contra Roboam fue «por haberse rebelado contra Yahvé», pero mejoraron las cosas al arrepentirse y al conseguir por ello el perdón de Dios (v.12).

Reinado de Abías (13,1-23)

1 A los dieciocho años del reinado de Jeroboam comenzó a reinar en Judá Abías, 2 y reinó tres años en Jerusalén. Su madre se llamaba Maacá, hija de Absalón. Hubo guerra entre Abías y Jeroboam. 3 Reunió Abías un ejército de hombres de guerra escogidos y valientes, de cuatrocientos mil hombres, y Jeroboam se ordenó en batalla contra él con ochocientos mil hombres de guerra escogidos y valerosos. 4 Alzóse Abías en el monte de Semaron, de las montañas de Efraím, y gritó: «Oídme, Jeroboam y todo Israel: 5 ¿No sabéis vosotros que Yahvé, Dios de Israel, dio a David el reino sobre Israel para siempre a él y a sus hijos en pacto de sal? 6 Pero Jeroboam, hijo de Nabat, siervo de Salomón, hijo de David, se levantó y se rebeló contra su señor, 7 y allegándose a él hombres vanos y perversos, se sobrepusieron a Roboam, hijo de Salomón, porque Roboam, mozo e inexperto, no se defendió contra ellos. 8 Ahora tratáis vosotros de triunfar contra el reino de Yahvé, que está en manos de los hijos de David, porque sois muchos. Pero tenéis con vosotros a los becerros de oro que Jeroboam os hizo por dioses. 9 ¿No habéis arrojado de entre vosotros a los sacerdotes de Yahvé, a los hijos de Aarón y a los levitas, y os habéis hecho sacerdotes a la manera de las gentes de la tierra, para que cualquiera pueda consagrarse con un becerro y siete carneros, y

ser así sacerdote de los que no son dioses? 10 Para nosotros, Yahvé es nuestro Dios; no le hemos dejado, y los sacerdotes ministros de Yahvé son los hijos de Aarón, y los levitas cumplen sus funciones. 11 Queman a Yahvé los holocaustos cada mañana y cada tarde y los perfumes aromáticos; ponen los panes sobre la mesa limpia y el candelero de oro con sus lámparas cada tarde, para que ardan, porque nosotros guardamos los mandatos de Yahvé, nuestro Dios, *mientras que vosotros los* habéis dejado. 12 Y Dios está, pues, con nosotros a nuestra cabeza, y están con nosotros los sacerdotes con sus trompetas, para hacerlas resonar contra vosotros. Hijos de Israel, no hagáis la guerra a Yahvé, el Dios de vuestros padres, porque no os irá bien». 13 Jeroboam hizo que rodeara una emboscada para acometer a los de Judá por la espalda, atacándoles así de frente y por la espalda; 14 y cuando Judá *se percató, tenía* a Israel de frente y a las espaldas. 15 Clamaron los de Judá a Yahvé, y los sacerdotes tocaron las trompetas, dieron sus gritos, y así como alzaron sus gritos, Dios desbarató a Jeroboam y a todo Israel delante de Abías y de Judá. 16 Huyeron los hijos de Israel ante Judá, y Dios los entregó en sus manos, 17 y Abías y sus gentes hicieron en ellos gran mortandad, cayendo de Israel quinientos mil hombres escogidos. 18 Así fueron humillados entonces los hijos de Israel, mientras que los de Judá se fortalecieron, porque se apoyaron en Yahvé, el Dios de sus padres. 19 Persiguió Abías a Jeroboam y le tomó ciudades: Bétel, con las ciudades de su dependencia; Jesana, con sus dependencias, y Efrón, con sus dependencias. 20 No tuvo ya Jeroboam fuerza en tiempo de Abías; le hirió Yahvé y murió. 21 Abías fue poderoso, tuvo catorce mujeres y engendró veintidós hijos y dieciséis hijas. 22 El resto de los hechos de Abías, sus hechos y sus cosas, está escrupulosamente escrito en el libro de Ido, profeta. 23 Durmióse Abías con sus padres y fue sepultado en la ciudad de David. Le sucedió Asa, su hijo, en cuyo tiempo tuvo paz la tierra durante diez años.

De Abías habla brevemente 1 Re 15,1-8; nuestro autor completa la información de su reinado mencionando la guerra que sostuvo contra Jeroboam, rey de Israel. El número de combatientes es muy alto, tanto que puede pensarse en una hipérbole; dígase lo mismo del número de los que cayeron muertos (v.17). En su discurso hace saber el rey que Yahvé prometió el reino a David para siempre; Jeroboam es un usurpador y un rebelde. Además cuenta Judá para el culto con sacerdotes, hijos de Aarón y levitas; los de Israel han improvisado los ministros de culto «a la manera de las gentes de la tierra». Por todo esto, Israel no puede vencer a Judá a pesar de ser superior en número de combatientes. Nuestro texto calla los pecados que el autor de los Reyes reprocha a Abías. En el discurso que el autor sagrado pone en boca de Abías se trata de probar que Judá es el reino teocrático, cuyo trono, por voluntad divina, pertenece a los descendientes de David. Jerusalén es la sede del culto legítimo, servido por ministros también legítimos. La alianza entre Yahvé y la dinastía davídica es una «alianza de sal» (Núm 18,19), es decir, perpetua e irrevocable. Jeroboam, por lo mismo, no triunfará contra el reino de Yahvé (v.8), aunque sean

muchos, por haber apostatado de Yahvé y haberse creado un sacerdocio ilegítimo (v.8-9). Además, ellos no guardan los mandatos de Dios; Judá, sí. Dios estará con sus fieles de Judá y les llevará a la victoria (v.12). Combatir a Judá equivale a luchar contra Yahvé. Antes de la batalla se tocaban las trompetas (Núm 10,9).

Asa, rey de Judá (14,1-14)

1 Asa hizo lo que es bueno y recto a los ojos de Yahvé, su
Dios. 2 Hizo desaparecer los altares de los cultos extranjeros
y los altos, demolió los cipos y abatió las «aseras». 3 Mandó a Judá
a buscar a Yahvé, el Dios de sus padres, y practicar la Ley y sus
mandamientos. 4 Hizo desaparecer de todas las ciudades de
Judá los altos y los pilares del sol, y su reinado fue reinado de paz.
5 Edificó ciudades fuertes en Judá, pues la tierra estaba tran-
quila, y no hubo guerra contra él durante aquellos años, pues
Yahvé le dio paz. 6 Dijo a Judá: «Edifiquemos estas ciudades y
rodeémoslas de murallas y de torres, con puertas y barras,
mientras no estamos en guerra, porque hemos buscado a Yahvé,
nuestro Dios, y por haberle buscado nos ha dado el reposo de
todas partes». Edificáronlas, pues, sin que nadie lo impidiera.
7 Tenía Asa un ejército de trescientos mil hombres de Judá,
armados de escudo y lanza, y doscientos ochenta mil de Ben-
jamín, armados de escudo, y arqueros, todos hombres valero-
sos. 8 Subió contra ellos Zerac, cusita, con un ejército de mil
millares y trescientos carros, y llegó hasta Maresa. 9 Salióle Asa
al encuentro y le presentó batalla en el valle de Sefatá, junto
a Maresa. 10 Clamó Asa a Yahvé, su Dios, diciendo: «Yahvé,
no hay para ti diferencia entre socorrer al que tiene muchas
fuerzas o al que tiene pocas. Ven, pues, en ayuda nuestra, Yahvé,
nuestro Dios, porque en ti nos apoyamos nosotros, y a combatir
en tu nombre hemos venido contra toda esta muchedumbre.
Yahvé, tú eres nuestro Dios; que no sea el hombre quien triun-
fe de ti». 11 Yahvé deshizo a los cusitas ante Asa y ante Judá, y
los cusitas se pusieron en fuga. 12 Asa y la gente que llevaba los
persiguieron hasta Guerar, y cayeron los cusitas sin poder salvar
su vida, porque fueron destruidos por Yahvé y su ejército. 13 Asa
y su gente cogieron gran botín y batieron todas las ciudades que
había cerca de Guerar, porque el terror de Yahvé se había
apoderado de ellos y saquearon todas las ciudades, siendo mu-
chos los despojos. 14 Dieron también contra los apriscos y esta-
blos de los ganados, llevándose gran cantidad de ovejas y came-
llos. Después se volvieron a Jerusalén.

A las noticias de 1 Re 15,9-24, nuestro autor añade varias otras. Suprimió Asa los altares extranjeros (Neh 13,30), los lugares altos (1 Re 15,14), las *masseboth* y las *asheras* (Deut 12,3). Zerac hizo una algara contra Judá, pero fue derrotado. Discuten los autores sobre la identificación de este personaje, que o bien es el jefe de alguna tribu nómada madianita (21,16) (CAZELLES) o un faraón de la dinastía etiópica, que dominó en Egipto en el siglo VIII a. C. (GÖTTSBERGER, DHORME). La desproporción numeral entre ambos ejércitos pone de relieve la intervención de Yahvé en la victoria.

Mensaje de Azarías y celo de Asa (15,1-19)

1 Fue el espíritu de Yahvé sobre Azarías, hijo de Oded, 2 y se
presentó Azarías a Asa y le dijo: «Oyeme, Asa, y todo Judá y
Benjamín: Yahvé está con vosotros cuando vosotros estáis con
El; si vosotros le buscáis, le hallaréis; pero si vosotros le aban-
donáis, El os abandonará a vosotros. 3 Durante mucho tiempo
ha estado Israel sin verdadero Dios y sin sacerdote que ense-
ñase su Ley; 4 pero cuando en medio de la tribulación se vol-
vían a Yahvé, Dios de Israel, y le buscaban, siempre le hallaron.
5 No había en aquellos tiempos paz, ni para quien entraba ni
para quien salía, sino muchas aflicciones sobre todos los mora-
dores de la tierra; 6 y una gente destruía a otra gente, y una
ciudad a otra ciudad, porque las conturbaba Dios con toda
suerte de calamidades. 7 Esforzaos, pues, vosotros y no desfa-
llezcan vuestras manos, porque merced hay para vuestra obra».
8 Cuando oyó Asa las palabras y la profecía del hijo de Oded,
profeta, se sintió fortalecido e hizo desaparecer las abomina-
ciones de toda la tierra de Judá y Benjamín y de las ciudades
que había tomado en la montaña de Efraím, y restauró el altar
de Yahvé que estaba delante del pórtico de Yahvé. 9 Convocó
a todo Judá y Benjamín y a los de Efraím, Manasés y Simeón,
que habitaban entre ellos, pues gran número de gentes de Israel
se unieron a él cuando vieron que con él estaba Yahvé, su Dios;
10 y se reunieron en Jerusalén el tercer mes del año quince del
reinado de Asa. 11 Aquel día sacrificaron a Yahvé, del botín
que habían traído, setecientos bueyes y siete mil ovejas, 12 y ju-
raron buscar a Yahvé, el Dios de sus padres, con todo su cora-
zón y toda su alma; 13 y que cualquiera que no buscase a Yahvé,
Dios de Israel, muriese, fuese grande o pequeño, hombre o
mujer. 14 Este juramento hicieron a Yahvé en medio de voces
de júbilo y al son de trompetas y bocinas. 15 Alegráronse de este
juramento todos los de Judá, porque de todo corazón lo juraron
y con toda su voluntad le buscaban; y así le hallaron, y les dio
Yahvé reposo de todas partes. 16 Aún a Maacá, su madre, el rey
Asa la depuso de la dignidad de reina porque se había hecho
un ídolo abominable en honor de Asera. Abatió el ídolo, lo re-
dujo a polvo y lo quemó en el valle de Cedrón. 17 Pero los altos
no desaparecieron de Israel, a pesar de que el corazón de Asa
fue perfecto en todos los días de su vida. 18 Metió en la casa de
Yahvé lo que había sido consagrado por su padre y por él mis-
mo, de plata, oro y vasos. 19 No hubo guerra hasta los treinta
y cinco años del reinado de Asa.

Tomando pie de la victoria sobre Zerac, Azarías hace ver al rey la necesidad de dedicarse a una reforma religiosa a fondo, haciendo desaparecer las abominaciones y restaurando el altar de Yahvé. Todo el pueblo juró buscar a Yahvé con todo su corazón; el que no lo hiciera sería muerto. Los v.16-18 hállanse en 1 Re 15, 13-15. El profeta Azarías no aparece en otros textos. Los v.3-6 se refieren al período de los jueces.

Pecado de Asa. Su muerte (16,1-15 = 1 Re 15,17-22.23-24)

1 El año treinta y seis del reinado de Asa subió contra Judá
Basa, rey de Israel, y edificó Rama para impedir la entrada y
la salida a los de Asa, rey de Judá. 2 Asa sacó de los tesoros de la
casa de Yahvé y de los de la casa del rey la plata y el oro y se los
mandó con una embajada al rey de Siria, Benadad, que habitaba
en Damasco. Hizo que le dijeran: 3 «Hagamos alianza entre los
dos, como la hubo entre mi padre y tu padre. Te mando esta
plata y este oro. Rompe tu alianza con Basa, rey de Israel, para
que se retire de mí». 4 Benadad escuchó a Asa y mandó a los
jefes de su ejército contra las ciudades de Israel, y batieron a Ión,
Dan, Abelmain y las ciudades de aprovisionamiento de Neftalí.
5 Cuando lo supo Basa, cesó en la edificación de Rama y sus-
pendió su obra. 6 Entonces el rey Asa mandó a todo Judá a lle-
varse la piedra y la madera que empleaba Basa en la edificación
de Rama, y se sirvió de ellas para edificar Gueba y Misfa.
7 Por aquel tiempo, Janani el vidente fue a Asa, rey de Judá,
y le dijo: «Por haberte apoyado sobre el rey de Siria y no sobre
Yahvé, tu Dios, se te ha escapado de las manos el ejército del
rey de Siria. 8 ¿No eran un gran ejército los cusitas y los libios,
con carros y una muchedumbre de jinetes? Y, con todo, Yahvé
los puso en tus manos porque te apoyaste en El. 9 Pues tiende
Yahvé sus ojos por toda la tierra para sostener a los que tienen
para con El corazón perfecto. Has obrado en esto insensatamen-
te, y desde ahora tendrás guerra». 10 Irritóse Asa contra el vi-
dente y le puso en prisión, porque se encolerizó mucho contra
él, y al mismo tiempo oprimió también Asa a algunos del pue-
blo. 11 Los hechos de Asa, los primeros y los postreros, están
escritos en los libros de los reyes de Judá y de Israel. 12 El año
treinta y nueve de su reinado enfermó Asa de los pies, padecien-
do mucho de ellos; pero tampoco en su enfermedad buscó a
Yahvé, sino a los médicos. 13 Durmióse Asa con sus padres,
muriendo el año cuarenta y uno de su reinado, 14 y fue sepulta-
do en el sepulcro que él había hecho para sí en la ciudad de Da-
vid. 15 Se le puso en un lecho lleno de aromas y perfumes, pre-
parados según el arte de la perfumería, y se quemó además en
honor suyo una cantidad muy considerable de ellos.

El año treinta y seis de su reinado atacóle Basa. En 1 Re 16,8 se dice que Basa murió el año veintiséis del reinado de Asa; quizá era ésta la cifra primitiva de nuestro texto. ¿Es intencionada la modificación del cronista? No lo creemos. Abel Main es Abel Bet Maaca (1 Re 15,20). Janani, padre del profeta Jehú (19,2; 20,34), reprocha a Asa haber confiado más en la ayuda de Siria que en Yahvé (Is 7,13ss). Esta falta de confianza le ha perjudicado, convirtiéndose en cierta manera en vasallo de Ben Hadad. También en su enfermedad prefirió los médicos a Yahvé. Sobre la costumbre de quemar perfumes en honor del muerto, véase Jer 34,5.

Josafat, rey de Judá (17,1-19)

1 A Asa le sucedió Josafat, su hijo. Se fortificó contra Israel
2 y puso guarniciones en todas las ciudades fuertes de Judá, así
como en las de Efraím, de que Asa, su padre, se había apo-
derado. 3 Estuvo Yahvé con Josafat, porque éste anduvo por
los caminos primeros de David, su padre, y no buscó a los
baales, 4 sino que se acogió al Dios de sus padres y siguió sus
mandatos, sin imitar lo que hacía Israel. 5 Yahvé afirmó el reino
en las manos de Josafat, a quien traía presentes todo Judá, y
tuvo gran abundancia de riquezas y mucha gloria. 6 *Su corazón*
se fortaleció en los caminos de Yahvé, e hizo también desapa-
recer de Judá los excelsos y las «aseras». 7 El año tercero de su
reinado mandó a sus príncipes Benjail, Abdías, Zacarías, Nata-
niel y Miqueas por las ciudades de Judá para que enseñasen,
8 y con ellos a los levitas Semeyas, Netanías, Zebadías, Asael,
Semiramot, Jonatán, Adonías, Tobías y Tobadonías, levitas, y
con ellos a los sacerdotes Elisama y Joram, 9 que enseñaron por
las ciudades de Judá, teniendo consigo el libro de la Ley de Yahvé
y recorriendo las ciudades de Judá enseñando al pueblo. 10 Cayó
el terror de Yahvé sobre todos los reinos de las tierras que había
en torno de Judá y no osaron hacer la guerra contra Josafat.
11 Los filisteos traían a Josafat presentes y tributos de plata.
Traíanle también los árabes ganados, siete mil setecientos car-
neros y siete mil setecientos machos cabríos. 12 Crecía, pues,
Josafat grandemente y edificó en Judá fortalezas y ciudades
de depósito. 13 Tuvo, además, muchas provisiones en las ciu-
dades de Judá y hombres de guerra muy valerosos en Jerusalén.
14 Este es el número de ellos según las casas paternas: en Judá,
jefes de millares, su jefe era Adna, y con él trescientos mil hom-
bres muy esforzados; 15 después de él, el jefe Jojanán, y con él
doscientos ochenta mil; 16 tras éste, Amasías, hijo de Zicrí, que
se había consagrado voluntariamente a Yahvé, y con él doscien-
tos mil hombres valientes; 17 de Benjamín: Eliada, hombre
muy valeroso, y con él doscientos mil armados de escudo y arco;
18 después de éste, Josafat, y con él ciento ochenta mil dispues-
tos para la guerra. 19 Estos eran los que hacían el servicio del
rey, sin contar los que él había puesto de guarnición en todas
las ciudades fuertes de Judá.

Fue rey piadoso, lo que le valió la bendición por parte de Yahvé, que le hizo fuerte militarmente, dándole muchas riquezas y mucha gloria. Además de extirpar los vestigios de culto idolátrico y los lugares altos, emprendió una campaña de instrucción religiosa del pueblo, que llevaron a cabo los sacerdotes y levitas amparados por los *príncipes* del rey. Esta fue la misión que recibió también Esdras de parte de Artajerjes (Esd 7,25). Las prosperidad del rey es consecuencia de su fidelidad a Dios.

Josafat y Ajab contra los sirios (18,1-34 = 1 Re 22,1-40)

1 Tuvo Josafat mucha riqueza y poder y emparentó con Ajab,
2 y al cabo de algunos años bajó a ver a Ajab a Samaria. Ajab
mató para él y para su séquito gran número de ovejas y bueyes,
y le persuadió que subiese con él contra Ramot Galaad. 3 Dijo
Ajab, rey de Israel, a Josafat, rey de Judá: «¿Quieres marchar
conmigo a Ramot Galaad?» Y éste respondió: «Yo como tú,
y mi pueblo como tu pueblo; iremos contigo». 4 Y dijo Josafat
al rey de Israel: «Pero consulta, te ruego, la palabra de Yahvé».
5 Juntó entonces el rey de Israel cuatrocientos profetas y les
preguntó: «¿Iremos contra Ramot Galaad o me estaré quieto?»
Ellos le dijeron: «Sube, que Dios la entregará en manos del
rey». 6 Pero Josafat dijo: «¿Queda todavía aquí algún profeta
de Yahvé por quien podamos preguntarle?» 7 El rey de Israel
respondió a Josafat: «Aún hay aquí un hombre por quien po-
demos preguntar a Yahvé; pero yo le aborrezco, porque nunca
me profetiza cosa buena, sino siempre malas. Es Miqueas, hijo
de Jimla». Y respondió Josafat: «No diga eso el rey». 8 Llamó
entonces el rey de Israel a un eunuco, y le dijo: «Haz que venga
luego Miqueas, hijo de Jimla». 9 El rey de Israel y Josafat, rey
de Judá, estaban sentados cada uno en su trono y vestidos de
sus vestiduras reales, en la plaza que hay a la entrada de la puerta
de Samaria, y estaban delante de ellos todos los profetas. 10 Se-
decías, hijo de Quenana, se había hecho unos cuernos de hie-
rro, y decía: «Así dice Yahvé: Con éstos acornarás a los sirios
hasta destruirlos del todo». 11 Lo mismo profetizaban también
todos los profetas, diciendo: «Sube a Ramot Galaad y triunfa-
rás, porque Yahvé la entregará en manos del rey». 12 El men-
sajero que había ido a buscar a Miqueas le habló, diciendo:
«Mira que todos los profetas a una profetizan bienes al rey; ha-
bla, pues, como ellos y anuncia bienes». 13 Miqueas respondió:
«Vive Yahvé que yo anunciaré lo que mi Dios me diga». Llegó,
pues, a la presencia del rey, 14 que le preguntó: «Miqueas,
¿iremos a combatir a Ramot Galaad o he de estarme quieto?»
Y él respondió: «Subid, que lo lograréis y será entregada en
vuestras manos». 15 Entonces le dijo el rey: «¿Hasta cuántas
veces tendré que conjurarte, por el nombre de Yahvé, que no
me digas sino la verdad?» 16 Y él le contestó: «He visto a todo
Israel disperso por los montes, como ovejas sin pastor»; y dijo
Yahvé: «Es que no tienen señor; que se vuelva cada uno en paz
a su casa». 17 Y el rey de Israel dijo a Josafat: «¿No te decía yo
que no me profetiza bien, sino mal?» 18 Y dijo entonces él:
«Oíd, pues, la palabra de Yahvé: Yo he visto a Yahvé sentado
en su trono, y a su derecha y a su izquierda estaba todo el ejér-
cito de los cielos; 19 y Yahvé dijo: ¿Quién inducirá a Ajab, rey
de Israel, a que suba para caer en Ramot Galaad? Y uno decía
una cosa y otro decía otra; 20 pero salió un espíritu que se puso
delante de Yahvé y dijo: Yo le induciré. Y Yahvé le preguntó:
¿Cómo? Y él dijo: 21 Saldré y me haré espíritu de mentira en
la boca de todos sus profetas. Y Yahvé le dijo: Tú le inducirás;
tú saldrás con la tuya; ve y haz así. 22 Y ahora ha puesto Yahvé
el espíritu de mentira en la boca de todos estos tus profetas, pues
ha decretado Yahvé el mal contra ti». 23 Entonces Sedecías,

hijo de Quenana, se llegó a Miqueas y le dio una bofetada en
la mejilla, diciendo: «¿Por qué camino se ha ido de mí el espí-
ritu de Yahvé para hablarte a ti?» 24 Y Miqueas le respondió:
«Ya lo verás un día, cuando andes de cámara en cámara para
esconderte». 25 Entonces el rey de Israel dijo: «Coged a Mi-
queas y llevadlo a Amón, gobernador de la ciudad, y a Joás,
hijo del rey, 26 y decid: Esto dice el rey: Meted a éste en la cár-
cel y mantenedle con pan de aflicción y agua de angustia hasta
que yo vuelva en paz». 27 Miqueas le dijo: «Si vuelves tú en paz,
no ha hablado Yahvé por mí». 28 Subió, pues, el rey de Israel,
y con él Josafat, rey de Judá, a Ramot Galaad; 29 y dijo el rey
de Israel a Josafat: «Yo me disfrazaré para entrar en la batalla;
tú vístete tus vestiduras». Disfrazóse el rey de Israel y entró así
en la batalla. 30 El rey de Siria había mandado a los jefes de los
carros que con él tenía, diciendo: «No ataquéis a ninguno, ni
chico ni grande, sino sólo al rey de Israel». 31 Y cuado los jefes
de los carros vieron a Josafat, dijeron: «Este es el rey de Israel»,
y le cercaron para combatirle. Entonces clamó Josafat, y Yahvé
le socorrió, apartándolos Dios de él. 32 Los jefes de los carros
se percataron de que no era el rey de Israel y se alejaron de él.
33 Entonces disparó un hombre su arco al azar e hirió al rey
de Israel por entre las junturas de la armadura. El rey dijo
entonces a su auriga: «Da la vuelta y sácame del campo, que
estoy herido». 34 El combate fue encarnizado aquel día, y el rey
de Israel estuvo en su carro hasta la tarde frente a los sirios, mu-
riendo a la puesta del sol.

El rey de Judá, Josafat, alióse con el de Israel, Ajab, para atacar a los sirios en Ramot Galaad. Casó a su hijo Joram con Atalía, hija de Ajab y de Jezabel (21,6); estas relaciones fueron condenadas por los profetas Miqueas y Jehú. En el v.2 se trata de un sacrificio contrario a Lev c.17, por estar hecho fuera del santuario legítimo. A excepción de los dos primeros versos, los restantes coinciden con el lugar paralelo de Reyes.

Jehú reprende a Josafat (19,1-3)

1 Josafat, rey de Judá, se volvió en paz a su casa, a Jerusalén.
2 Salióle al encuentro Jehú el vidente, hijo de Janani, que dijo
a Josafat: «¿Socorres al impío y ayudas a los que aborrecen a
Yahvé? Por eso Yahvé está irritado contra ti. 3 Pero hay en ti
buenas obras, porque has arrancado de la tierra las «aseras» y has
puesto tu corazón en buscar a Yahvé».

Esta perícopa es propia del cronista. Jehú, hijo de Janani (16,7), le reprocha haber ayudado a Ajab, rey impío y enemigo de Yahvé. Esta misma doctrina enseñan Isaías (c.30), Ezequiel (c.23) y Oseas (7,11; 8,9-10) al condenar las alianzas políticas con el fin de librarse de un enemigo.

Reformas en la administración de justicia (19,4-11)

4 Habitaba Josafat en Jerusalén; pero salió a recorrer el reino
desde Berseba hasta la montaña de Efraím para traerlos a to-
dos a Yahvé, el Dios de sus padres. 5 Puso en la tierra jueces por
todas las ciudades fuertes de Judá, de ciudad en ciudad, 6 y les

dijo: «Mirad lo que hacéis, porque no juzgáis en lugar de hom-
bres, sino en lugar de Yahvé, que está cerca de vosotros cuando
sentenciáis. 7 Sea, pues, sobre vosotros el temor de Yahvé, y
cuidad de guardarlo, porque no hay en Yahvé, nuestro Dios,
iniquidad ni acepción de personas, ni recibir cohecho». 8 Puso
también Josafat en Jerusalén levitas, sacerdotes y jefes de las
familias de Israel para que diesen a los habitantes el juicio de
Yahvé y decidiesen las causas. 9 Les dio sus órdenes, diciendo:
«Haced en todo con temor de Yahvé, fielmente y con cora-
zón perfecto. 10 En toda causa que venga a vosotros de vuestros
hermanos que habitan en las ciudades, trátese de causas de san-
gre, de cuestiones de la Ley, de los mandamientos, ceremonias
y preceptos, instruídlos para que no pequen contra Yahvé y
caiga su cólera sobre vosotros y sobre vuestros hermanos, y así
no pecaréis. 11 Amarías, sacerdote, os presidirá en toda causa
tocante a Yahvé, y Zebadías, hijo de Ismael, príncipe de la casa
de Judá, en las causas tocantes al rey; tenéis entre vosotros a los
levitas, que serán vuestros maestros. Esforzaos, pues, y a la obra,
y que Yahvé sea con quien bien lo haga».

Instituyó tribunales locales en las principales ciudades del país; los jueces, junto con los sacerdotes, escribas y ancianos, representan la autoridad civil y religiosa (Deut 16,18ss; 17,9; 21,2). El tribunal supremo de Jerusalén estaba dotado de autoridad civil y religiosa (Deut 17,8-13). En sus juicios debían ser justos, obrando siempre con temor de Yahvé. El verdadero juez del pueblo es Dios (Deut 1,17). Para las cuestiones religiosas será el sumo sacerdote el juez supremo; para las civiles, Zebadías; los levitas ejercían el cargo de escribas.

Victoria de Josafat contra moabitas y amonitas (20,1-30)

1 Después de esto, los hijos de Moab y los hijos de Amón y
algunos mineos vinieron en guerra contra Josafat. 2 Dieron
noticia a Josafat, diciendo: «Viene contra ti desde el otro lado
del mar, de Edom, una gran muchedumbre, y están ya en Ja-
sasón Tamar, que es Engaddi». 3 En su temor, se dispuso Josa-
fat a buscar a Yahvé, y promulgó un ayuno para todo Judá.
4 Reuniéronse los de Judá para clamar a Yahvé, y vinieron para
buscar a Yahvé de todas las ciudades de Judá. 5 Puesto enton-
ces en pie Josafat en medio de la asamblea de Judá en Jerusa-
lén, en la casa de Yahvé, delante del atrio nuevo, 6 dijo: «Yahvé,
Dios de nuestros padres: ¿No eres tú Dios en los cielos y no
eres tú quien domina a todos los reinos de las gentes? ¿No eres
tú quien tiene en su mano la fuerza y la potencia, a que nadie
puede resistir? 7 ¡Dios nuestro! ¿No arrojaste tú delante de tu
pueblo, Israel, a los moradores de esta tierra y la diste para siem-
pre a la posteridad de Abraham, tu amigo? 8 Ellos la habitan
y han edificado a tu nombre un santuario, diciendo: 9 Si nos
sobreviene alguna calamidad, la espada, el castigo, la peste o el
hambre, nos presentaremos en esta casa delante de ti, pues tu
nombre está en esta casa, y clamaremos a ti en la tribulación,
y tú nos oirás y nos salvarás. 10 Ahora, pues, he aquí que los
hijos de Amón y los de Moab y los del monte Seír, a cuyas tie-

rras no dejaste que fuese Israel cuando venía de Egipto, sino
que se apartase y no los destruyese, 11 nos pagan queriendo
echarnos de tu heredad, que tú nos diste en posesión. 12 ¡Oh
Dios nuestro! ¿No los juzgarás tú? Porque nosotros no tene-
mos fuerza contra tanta muchedumbre como contra nosotros
viene y no sabemos qué hacer: nuestros ojos se vuelven a ti».
13 Todo Judá estaba en pie delante de Yahvé, con sus niños,
sus mujeres y sus hijos. 14 Estaba allí Jajaziel, hijo de Zacarías,
hijo de Benaya, hijo de Jeiel, hijo de Matanías, levita, de los
hijos de Asaf, sobre quien vino el espíritu de Yahvé en medio
de la asamblea, 15 y dijo: «Oíd, Judá todo, y vosotros los mo-
radores de Jerusalén, y tú, rey Josafat: Así dice Yahvé: No te-
máis ni os amedrentéis ante tan gran muchedumbre, porque
no es vuestra la guerra, sino de Dios. 16 Mañana bajaréis con-
tra ellos; ellos van a subir por la cuesta de Sis, y los hallaréis al
extremo del valle, frente al desierto de Jeruel. 17 No habrá por
qué peleéis en esto vosotros; paraos, estaos quedos y veréis la
salvación de Yahvé con vosotros. ¡Oh Judá y Jerusalén!, no
temáis ni desmayéis; salid mañana contra ellos, que Yahvé es-
tará con vosotros». 18 Echóse entonces Josafat rostro a tierra, y
todo Judá y todos los moradores de Jerusalén se postraban ante
Yahvé, adorándole. 19 Los levitas de los hijos de Caat y de los
hijos de Coré se levantaron para alabar a Yahvé, Dios de Is-
rael, con fuerte y alta voz. 20 Levantáronse por la mañana y
salieron por el desierto de Tecua, y mientras salían, Josafat, en
pie, dijo: «Oídme, Judá y habitantes de Jerusalén: Confiad en
Yahvé, vuestro Dios, y seréis seguros; creed a sus profetas, y
prosperaréis». 21 Después, habido consejo con el pueblo, puso
cantores de Yahvé para alabar la hermosura de su santuario
delante del ejército: «Alabad a Yahvé, porque es eterna su mi-
sericordia». 22 Y en cuanto comenzaron los cantos y alabanzas,
arrojó Yahvé discordias sobre Amón, Moab y los del monte
Seír, que habían venido contra Judá, y se mataron unos a otros.
23 Echáronse los hijos de Amón y Moab sobre los moradores
del monte Seír, para destruirlos y exterminarlos; y cuando hu-
bieron acabado con los habitantes del monte Seír, unos a otros
se destruían. 24 Cuando Judá llegó a la altura desde la cual se
descubre el desierto y miraron del lado donde estaba la mu-
chedumbre, no vieron más que cadáveres por tierra; ninguno
había escapado. 25 Josafat y su gente fueron a apoderarse de
los despojos, hallando entre los cadáveres muchas riquezas y
objetos preciosos; cogiendo tantos, que no pudieron llevárselo
todo de una vez, y emplearon tres días en recoger el botín: tan
considerable fue. 26 Al cuarto día se reunieron en el valle de
Beracá, donde alabaron a Yahvé. Por eso llamaron a este valle
Beracá, nombre que lleva todavía hoy. 27 Los hombres de Judá
y de Jerusalén, con Josafat a la cabeza, partieron gozosos para
volverse a Jerusalén, pues Yahvé los había llenado de alegría,
librándolos de sus enemigos. 28 Entraron en Jerusalén, en la
casa de Yahvé, al son de las cítaras, los salterios y las trompetas.
29 El terror de Yahvé se apoderó de todos los reinos de las otras
tierras cuando supieron que Yahvé había combatido contra
los enemigos de Israel. 30 El reinado de Josafat fue tranquilo,
y su Dios le dio la paz de todas partes.

El presente capítulo es propio del cronista, no teniendo, al parecer, relación con la campaña de 2 Re 3,4-27. Los atacantes son

Moab, Amón y los *meonitas*, o sea, colonia de mineos que habitaban en Edom, cerca de Petra. Llegaron a Jasasón Tamar (Gén 14,7), en Engaddi, en la ribera occidental del mar Muerto. Josafat acude a un ayuno colectivo (Jer 36,6) y reúne una asamblea general. Los edomitas habitan en las montañas de Seír (Núm 20,21; Deut 2,8). El levita Jajaziel promete una resonante victoria de parte de Yahvé; pudo observar el pueblo que una multitud de cadáveres yacía en el suelo a consecuencia de una guerra de exterminio total (Deut 2,34ss) entre las tropas enemigas. El terror de Yahvé (17,10) apoderóse de todos los reinos. La oración de Josafat recuerda la de Salomón (6,12-42).

Resumen del reinado de Josafat (20,31-37)

**31 Josafat reinó sobre Judá. Tenía treinta y cinco años cuando
comenzó a reinar, y reinó veinticinco años en Jerusalén. Su
madre se llamaba Azuba, hija de Silji. 32 Anduvo por el camino
de Asa, su padre, sin apartarse de él, haciendo lo recto a los
ojos de Yahvé. 33 Pero los altos no desaparecieron y el pueblo
no tenía su corazón firmemente apegado al Dios de sus padres.
34 El resto de los hechos de Josafat, los primeros y los postreros,
están escritos en la historia de Jehú, hijo de Jananí, que fue
inserta en el libro de los reyes de Israel. 35 Josafat, rey de Judá,
se alió con el rey de Israel, Ocozías, que fue un impío, 36 y se
asoció con él para construir naves que fueran a Tarsis, hacién-
dose las naves en Asiongaber. 37 Entonces Eliecer, hijo de Do-
dava, de Maresa, profetizó contra Josafat, diciendo: «Por ha-
berte asociado con Ocozías, Yahvé destruirá tu obra». Las na-
ves se destrozaron y no pudieron ir a Tarsis.**

Subsistieron en su reinado los lugares altos (1 Re 22,44), aunque en menor escala; todavía el corazón del pueblo no estaba del todo apegado al Dios de sus padres (v.33). Una de las fuentes históricas de información fueron las actas de Jehú (19,2; 1 Re 16,1ss). Por su alianza con Ocozías, rey de Israel, «que fue un impío», le profetizó Eliecer que su obra sería destruida. 1 Re 10,22; 22,49 habla de «naves de Tarsis», construidas según el modelo de las naves fenicias que iban a Tarsis.

Reinado de Joram (21,1-20)

**1 Josafat se durmió con sus padres y fue sepultado en la ciu-
dad de David. Le sucedió Joram, su hijo. 2 Joram, hijo de Jo-
safat, tuvo por hermanos a Azarías, Jejiel, Zacarías, Azarías,
Micael y Sefatías, todos hijos de Josafat, rey de Judá. 3 Habíales
hecho su padre grandes donaciones de plata, oro y objetos pre-
ciosos, con ciudades fuertes en Judá; pero dejó el reino a Jo-
ram, por ser el primogénito. 4 Cuando Joram se posesionó del
reino y se afirmó en él, pasó a cuchillo a todos sus hermanos
y a algunos jefes de Israel. 5 Tenía Joram treinta y dos años
cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años en Jerusalén. 6 An-
duvo por los caminos de los reyes de Israel, como había hecho
la casa de Ajab, pues tuvo por mujer a una hija de Ajab, e hizo**

**lo malo a los ojos de Yahvé. 7 Pero no quiso Yahvé destruir la
casa de David por la alianza que había hecho con David y la
promesa que le hizo de darle siempre una lámpara a él y a sus
hijos. 8 En su tiempo se rebeló Edom contra el dominio de
Judá y se dio un rey. 9 Marchó Joram con sus jefes y todos sus
carros, y, levantándose de noche, derrotó a los de Edom, que
le tenían cercado a él y a los jefes de sus carros. 10 Sin embargo,
la rebelión de Edom contra el dominio de Judá dura hasta hoy.
También se rebeló contra su dominio Libna porque había de-
jado a Yahvé, Dios de sus padres. 11 Joram se hizo altos en los
montes de Judá, incitó a los habitantes de Jerusalén a la pros-
titución idolátrica e impelió a ella a Judá. 12 Recibió un escrito
del profeta Elías, que decía: «He aquí lo que dice Yahvé, Dios
de David, tu padre: Por no haber andado por los caminos de
Josafat, tu padre, ni por los de Asa, rey de Judá, 13 antes bien
por los de los reyes de Israel; por haber hecho fornicar a Judá
y a los moradores de Jerusalén, como fornica la casa de Ajab,
y por haber dado muerte a tus hermanos, a la casa de tu padre,
que eran mejores que tú, 14 Yahvé castigará a tu pueblo con
una plaga muy grande, y a tus hijos, y a tus mujeres, y a tu ha-
cienda, 15 y a ti con una violenta enfermedad, con enfermedad
de tus entrañas, que aumentará de día en día, hasta que las en-
trañas se te salgan por la fuerza del mal». 16 Despertó entonces
Yahvé contra Joram el espíritu de los filisteos y de los árabes,
que habitan cerca de los cusitas, 17 los cuales subieron contra
Judá, invadieron la tierra y pillaron toda la hacienda que ha-
llaron en la casa del rey, y se llevaron a sus hijos y a sus muje-
res, no quedándole otro hijo que Joacaz, el menor de todos.
18 Después de esto le hirió a él Yahvé en las entrañas de una
enfermedad incurable, 19 que fue creciendo de día en día, hasta
que al fin del año segundo se le salieron a Joram las entrañas
por la violencia del mal. Murió en medio de los más acerbos
dolores, y su pueblo no quemó perfumes en su honor, como
lo había hecho con sus padres. 20 Treinta y dos años tenía cuan-
do comenzó a reinar, y reinó ocho años en Jerusalén. Se fue
sin ser llorado de nadie y le sepultaron en la ciudad de David,
pero no en los sepulcros de los reyes.**

Además de una ampliación de las noticias de 2 Re 8,16-24, habla el texto de la matanza de los hermanos del rey y jefes de Israel (v.4), de la carta que le escribió Elías (v.12-15) y de su fin desastroso (v.18-19). La mención de Elías y su intervención en el reinado de Joram crea dificultades, a menos que se lea *Eliseo* en lugar de Elías (2 Re 3,11ss). Acaso el autor sagrado se refiera más a la actitud que hubiera tomado Elías que a su misma persona.

Reinado de Ocozías (22,1-9a = 2 Re 8,24-29; 9,21; 10,12-14)

**1 Los habitantes de Jerusalén proclamaron sucesor de Joram
a Ocozías, el menor de sus hijos, porque la tropa que había
venido al campo con los árabes había dado muerte a todos los
mayores que él. Así, Ocozías, hijo de Joram, fue rey de Judá.
2 Tenía Ocozías veintidós años cuando comenzó a reinar, y
reinó un año en Jerusalén. Su madre se llamaba Atalía, hija de**

Omrí. [3] Anduvo por los caminos de la casa de Ajab, pues su
madre le aconsejaba impíamente. [4] Hizo lo malo a los ojos de
Yahvé, como la casa de Ajab, que después de la muerte de su
padre le sirvió de consejero para su perdición. [5] Llevado de sus
consejos, fue con Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, a la guerra
contra Jazael, rey de Siria, a Ramot Galaad, y los sirios hirie-
ron a Joram. [6] Volvióse éste a Jezrael para curar las heridas
que los sirios le habían hecho en Ramot, cuando luchaba con-
tra Jazael, rey de Siria. Bajó Ocozías a ver a Joram, hijo de
Ajab, a Jezrael, donde estaba herido; [7] y por voluntad de Dios,
para su ruina, bajó Ocozías a ver a Joram; pues, llegado allí,
salió con Joram al encuentro de Jehú, hijo de Nimsí, a quien
Yahvé había ungido para exterminar a la casa de Ajab; [8] y mien-
tras Jehú hacía justicia con la casa de Ajab, dio con los jefes de
Judá y con los hijos de los hermanos de Ocozías que estaban
al servicio de Ocozías, y los mató; [9a] buscó a Ocozías, que fue
hallado en Samaria, donde se había escondido; y le cogieron
y llevaron a Jehú, que le dio muerte; sepultáronle, porque di-
jeron: «Es hijo de Josafat, que buscó a Yahvé de todo corazón».

Obró Ocozías el mal por instigación de su madre Atalía. Según 2 Re 8,26, tenía veintidós años al empezar a reinar, cifra que debe retenerse según el lugar paralelo y versiones. Alióse con el rey de Israel contra Jazael. Fue muerto por Jehú cerca de Megiddo cuando trataba de esconderse en Samaria. Por su tolerancia religiosa es juzgado severamente.

El crimen de Atalía (22,9b-12=2 Re 11,1-3)

[9b] No quedaba de la casa de Ocozías persona en edad de rei-
nar, [10] y Atalía, madre de Ocozías, viendo que era muerto su
hijo, se alzó y exterminó a toda la estirpe real de la casa de Judá;
[11] pero Josabat, hija del rey, cogió a Joás, hijo de Ocozías, y le
arrebató de en medio de los hijos del rey cuando los mataban,
escondiéndole a él y a su nodriza en el dormitorio. Así, Josabat,
hija del rey Joram, mujer del sacerdote Joyada y hermana de
Ocozías, le escondió de Atalía, que no pudo matarle. [12] Seis
años estuvo escondido con ellos en la casa de Dios, y era en
tanto Atalía la que reinaba en la tierra.

El relato concuerda de cerca con el de los Reyes. Atalía estaba a punto de extinguir la dinastía davídica; pero Dios vela por el cumplimiento de sus promesas salvando a Joás.

Proclamación de Joás y muerte de Atalía (23,1-21=2 Re 11,4-20)

[1] *Al séptimo año revistióse Joyada de valor, y se concertó*
con los jefes de centenas: Azarías, hijo de Jerojam; Ismael, hijo
de Jojanán; Azarías, hijo de Obed; Masaya, hijo de Adaya, y
Elisafat, hijo de Zicrí. [2] Recorrieron Judá y reunieron a los le-
vitas de todas las ciudades de Judá y a los jefes de las familias
de Israel, que vinieron a Jerusalén, [3] y toda la asamblea hizo
alianza con el rey en la casa de Dios. Joyada les dijo: «Ahí te-
néis al hijo del rey que reinará, como lo ha dicho Yahvé, de los

hijos de David. [4] Mirad lo que habéis de hacer. El tercio de
vosotros que el día del sábado entra de servicio, sacerdotes y
levitas, hará la guardia en los atrios; [5] otro tercio estará en el
palacio del rey, y el otro, en la puerta de Jesod. Todo el pueblo
se reunirá en el atrio de la casa de Yahvé. [6] Que no entre ni
salga nadie de la casa de Yahvé, fuera de los sacerdotes y levi-
tas que están de servicio; éstos podrán entrar porque están con-
sagrados. [7] Todo el pueblo hará la guardia de Yahvé, y los le-
vitas rodearán al rey por todas partes; cada uno tendrá las ar-
mas en su mano, y quienquiera que entrare en la casa, morirá.
Estaréis con el rey cuando éste entre y salga». [8] Los levitas y
todo Judá hicieron todo lo que el sacerdote Joyada había man-
dado, y cada uno tomó a los suyos, los que entraban en servicio
y los que salían de servicio el sábado, pues el sacerdote Joyada no
exceptuó a ninguna de las divisiones. [9] El sacerdote Joyada
entregó a los jefes de centenas las lanzas y los escudos grandes
y pequeños, que provenían del rey David y se hallaban en la
casa de Dios. [10] Hizo que rodeasen al rey, poniendo a todo el
pueblo cada uno con las armas en la mano, desde el lado dere-
cho hasta el lado izquierdo de la casa, junto al altar y por toda
la casa. [11] *Y adelantando al hijo del rey pusieron sobre su ca-*
beza la diadema y el testimonio y le proclamaron rey. Joyada
y sus hijos le ungieron y gritaron: «¡Viva el rey!» [12] Atalía oyó
el estrépito del pueblo, que corría y aclamaba al rey; vino a
donde estaba el pueblo en la casa de Yahvé [13] y miró. Estaba
el rey sentado en su estrado, a la entrada, y los jefes y las trom-
petas estaban junto al rey, y todo el pueblo de la tierra daba
muestras de gran alegría, y sonaban las trompetas, y los canto-
res, con los instrumentos de música, entonaban cánticos de ala-
banza. Atalía rasgó sus vestiduras y gritó: «¡Conspiración, cons-
piración!» [14] Entonces el sacerdote Joyada, llamando a los jefes
de centena que estaban al frente de las tropas, les dijo: «Sacadla
de las filas, y a quienquiera que la siga le matáis». Pues el sacer-
dote dijo: «No la matéis en la casa de Yahvé». [15] Hízosele lugar
y se encaminó al palacio real por la entrada de la puerta de los
caballos, y allí la mataron. [16] Joyada hizo alianza entre Yahvé,
el pueblo todo y el rey, de ser el pueblo de Yahvé. [17] Después
de esto entró todo el pueblo en el templo de Baal y lo derriba-
ron echando por tierra sus altares, haciendo pedazos sus imá-
genes, y mataron *delante del altar a Matán, sacerdote de Baal.*
[18] Luego ordenó Joyada los oficios en la casa de Yahvé por
mano de los sacerdotes y levitas, según la ordenación hecha
por David en la casa de Yahvé, para ofrecer a Yahvé holocaus-
tos, como está escrito en la Ley de Moisés, en medio de cantos
de júbilo, conforme a la ordenación de David. [19] Puso también
los porteros a las puertas de la casa de Yahvé para que por nin-
guna entrase ningún inmundo. [20] Y tomando luego a los jefes
de centena, a los jefes del pueblo y al pueblo todo de la tierra,
llevaron al rey de la casa de Yahvé, y, llegados al medio de la
puerta principal de la casa del rey, sentaron al rey sobre el tro-
no del reino. [21] Todo el pueblo de la tierra estaba lleno de júbi-
lo, y la ciudad se estuvo tranquila. Atalía había sido muerta a
espada.

Ambas relaciones concuerden fundamentalmente, con sensibles diferencias que surgen por la diferente perspectiva de los autores,

en la disposición y valoración de los hechos. A diferencia del lugar paralelo de Reyes, la entronización del rey fue hecha por la asamblea, compuesta en su mayoría por levitas. Para el cronista sólo los sacerdotes y levitas podían entrar en el santuario, en el cual estos últimos tenían una misión concreta (1 Crón c.15-28; Núm c.1-4). La entronización de Joás reviste los caracteres de un acontecimiento más litúrgico que político. Los guardias se quedaron en la puerta del templo o en el palacio. Joás debe ser proclamado rey por ser hijo de David (v.3); Joyada y sus hijos le ungieron (v.11), después de haberle puesto sobre la cabeza la diadema y la *alianza*, o sea, la Ley, según Deut 17,18, que manda al rey copiar un ejemplar de la Ley.

Joás, rey de Judá (24,1-16 = 2 Re 12,1-17)

1 Siete años tenía Joás cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años en Jerusalén. Su madre se llamaba Sibyá, de Berseba. 2 Hizo Joás lo que es recto a los ojos de Yahvé todo el tiempo de vida del sacerdote Joyada. 3 Joyada tomó para Joás dos mujeres, y Joás engendró hijos e hijas. 4 Después de esto vino a Joás el pensamiento de reparar la casa de Yahvé, 5 y, reuniendo a los sacerdotes y levitas, les dijo: «Salid por todas las ciudades de Judá y recoged cada año de todo Israel dinero para reparar la casa de vuestro Dios, y poned en esto gran diligencia». Pero los levitas no se dieron prisa, 6 y llamando el rey a Joyada, sumo sacerdote, le dijo: «¿Por qué no has cuidado de que los levitas trajesen de Judá y de Jerusalén el tributo impuesto por Moisés, siervo de Dios, a toda la congregación de Israel para el tabernáculo del testimonio? 7 Pues la impía Atalía y sus hijos han saqueado la casa de Dios, empleando para servir a los baales todo lo consagrado a la casa de Yahvé». 8 Mandó entonces el rey que se hiciera un arca y la pusieran fuera, a la entrada de la casa de Yahvé; 9 y se pregonó por Judá y Jerusalén que trajesen a Yahvé el tributo que Moisés, siervo de Dios, había impuesto a Israel en el desierto. 10 Todos los jefes y el pueblo todo se complacieron en ello, y traían y echaban en el arca lo que había de pagarse. 11 En el momento oportuno, cuando los levitas veían que en el arca había mucho dinero, que había que entregar a los intendentes del rey, el secretario del rey y el comisario del sumo sacerdote venían a vaciar el arca y luego volvían a ponerla en su sitio, haciendo así todos los días y cogiendo dinero en abundancia. 12 El rey y Joyada se lo entregaban a los encargados de hacer las obras en la casa de Yahvé para pagar a los canteros y carpinteros para la reparación de la casa de Yahvé, así como a los herreros y broncistas para reparar la casa de Yahvé. 13 Los oficiales trabajaron e hicieron las reparaciones necesarias, restituyendo a su estado la casa de Dios y consolidándola. 14 Cuando se terminaron las obras, llevaron al rey y a Joyada el resto del dinero, y de él se hicieron utensilios para la casa de Yahvé, los utensilios para el servicio, copas para los holocaustos, copas y otros utensilios de oro y de plata; durante toda la vida de Joyada se ofrecieron continuamente holocaustos en la casa de Yahvé. 15 Murió Joyada viejo y harto de días; tenía al morir ciento treinta años. 16 Fue sepultado en la ciudad de David, con los reyes, pues había hecho mucho bien por Israel, por Dios y por su casa.

Según el libro de los Reyes, utilizó Joás las ofrendas hechas al templo con ocasión de los votos o de peregrinaciones para reparar el templo; en nuestro texto se dice que sacerdotes y levitas se esparcieron por las ciudades de Judá recolectando limosnas para este fin. Ante el poco celo de sacerdotes y levitas, colocó el rey en el templo un cepillo en el que se recogerían las limosnas de los fieles (2 Re 12,7-16). Es el sumo sacerdote Joyada quien propone al rey las dos mujeres (v.3). Joás restableció el reino teocrático y cuidó, por lo mismo, de devolver al templo su antiguo esplendor, proveyéndolo de los utensilios necesarios para el culto (v.12-14).

Idolatría y castigos (24,17-27)

17 Después de la muerte de Joyada comenzaron los príncipes a adular al rey, y éste los escuchó, 18 y dejando la casa de Yahvé, Dios de sus padres, sirvieron a las «aseras» y a los ídolos; y vino la ira de Dios sobre Judá y sobre Jerusalén, porque se habían hecho culpables. 19 Yahvé les mandó profetas para reducirlos a sí, pero no escucharon sus advertencias. 20 El espíritu de Dios descendió sobre Zacarías, hijo del sacerdote Joyada, que, presentándose ante el pueblo, dijo: «Así habla Dios: ¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Yahvé? No os vendrá bien por ello, pues si vosotros dejáis a Yahvé, Yahvé os dejará a vosotros». 21 Conjuráronse contra él y de orden del rey le lapidaron en el atrio de la casa de Yahvé. 22 No se acordó el rey Joás del bien que le había hecho Joyada, padre de Zacarías, y dio muerte a su hijo. Zacarías dijo al morir: «Vea Yahvé y El lo requiera». 23 A la vuelta del año subió contra él el ejército de Siria, que vino a Judá y Jerusalén. Mataron de entre el pueblo a todos los príncipes de él, y llevaron todos sus despojos al rey de Damasco. 24 El ejército de Siria había venido con poca gente; pero Yahvé entregó en sus manos un ejército muy considerable, porque habían abandonado a Yahvé, Dios de sus padres. 25 Los sirios hicieron justicia a Joás, y, una vez que se retiraron dejándole en gran dolor, conspiraron contra él sus servidores para vengar la sangre de los hijos de Joyada, sacerdote, y le dieron muerte en su lecho. Murió y fue sepultado en la ciudad de David, mas no en los sepulcros de los reyes. 26 Los que conspiraron contra él fueron Zabud, hijo de Simat la amonita, y Jozabad, hijo de Simrit la moabita. 27 Lo que toca a sus hijos, a las grandes amenazas que hubo de soportar y a las reparaciones hechas en la casa de Dios, escrito está en el «Midrás» del libro de los Reyes. Le sucedió Amasías, su hijo.

A la muerte de Joyada cambió el rey de conducta, por lo cual Yahvé se indignó y castigó a Judá y Jerusalén. Permanecieron sordos a la voz de los profetas; a Zacarías le apedrearon en el atrio de la casa de Yahvé (Mt 23,35; Lc 11,51). Las circunstancias de la muerte de Zacarías (v.21) coinciden con las que señalan Mt 23,35 y Lc 11,51; pero en estos textos es llamado «hijo de Baraquías». Es posible que

Zacarías no fuera hijo, sino nieto de Joyada (que murió a los ciento treinta años). Muchos consideran las palabras «hijo de Baraquías» como adición posterior, proveniente de la confusión del hijo de Joyada con el Zacarías de que habla Isaías (5,2) o con el profeta de este nombre (Zac 1,7). Las palabras pronunciadas por Zacarías al morir (v.22) recuerdan Gén 4,10. En castigo mandó Dios contra Judá el ejército sirio, que le venció, a pesar de ser poco numeroso. El rey fue asesinado (2 Re 12,21-22). En el v.27 se habla del *Midrás*, o comentario al libro de los Reyes (13,22); es un libro distinto a nuestros libros canónicos de los Reyes.

Comportamiento religioso de Amasías (25,1-10 = 2 Re 14,2-6)

**1 Veinticinco años tenía Amasías cuando comenzó a reinar,
y reinó veinticinco años en Jerusalén; su madre se llamaba
Jehoadán, de Jerusalén. 2 Hizo lo recto a los ojos de Yahvé,
pero no con un corazón perfecto del todo. 3 Luego que se afir-
mó en el trono, dio muerte a los siervos que habían asesinado
a su padre, 4 pero no mató a sus hijos, conforme a lo que está
escrito en la Ley, en el libro de Moisés, donde manda Yahvé:
«No morirán los padres por los hijos, ni los hijos por los padres,
sino que cada uno morirá por su pecado». 5 Reunió Amasías
a Judá y constituyó, según las casas paternas, jefes de millares y
de centenas por todas las ciudades de Judá y Benjamín, hizo
el censo desde los veinte años arriba, y fueron hallados trescien-
tos mil aptos para la guerra, armados de lanza y escudo. 6 Tomó
de Israel a sueldo cien mil hombres valientes por cien talentos
de plata. 7 Vino a él un hombre de Dios y le dijo: «¡Oh rey!,
que no vaya contigo el ejército de Israel, pues no está Yahvé
con Israel, con todos esos hijos de Efraím. 8 Si vas con ellos, aun-
que tú hagas en el combate esfuerzos de valor, Dios te hará caer
ante el enemigo, porque tiene Dios poder para levantar y para
derribar». 9 Amasías dijo entonces al hombre de Dios: «¿Qué
será, pues, de los cien talentos que he entregado a las tropas de
Israel?» Y el hombre de Dios le respondió: «Mucho más que
eso puede darte Yahvé». 10 Entonces Amasías apartó la tropa
que había venido de Efraím, para que se volvieran a sus casas;
ellos se irritaron fuertemente contra Judá y se volvieron a sus
casas enfurecidos.**

Un hombre de Dios le desaconsejó la alianza con Israel en la lucha contra los edomitas (2 Re 14,7), «pues no está Yahvé con Israel». Por haber seguido este consejo consiguió una brillante victoria (14,10; 19,1-3; 20,6).

Infidelidad del rey después de la victoria (25,11-16)

**11 Amasías se esforzó, y a la cabeza de su pueblo vino al valle
de la Sal y deshizo a diez mil hombres de los hijos de Seír.
12 Los hijos de Judá apresaron vivos a diez mil, y, llevándolos
a la cresta de una roca, los despeñaron, y todos se hicieron pe-
dazos. 13 Los de la tropa que Amasías había despedido para
que no fuesen con él a la guerra, se derramaron por las ciudades
de Judá desde Samaria hasta Betorón, y mataron a tres mil
personas y tomaron muchos despojos. 14 Al regresar Amasías
de la derrota de los edomitas, trajo también consigo los dioses
de los hijos de Seír y se los puso por dioses, prosternándose ante
ellos y quemándoles perfumes. 15 Encendióse el furor de Yahvé
contra Amasías, y le mandó un profeta, que le dijo: «¿Por qué
has buscado los dioses de esas gentes, que no pudieron librar a
su pueblo de tus manos?» 16 Cuando esto le dijo el profeta, res-
pondió él: «¿Y quién te ha hecho a ti consejero del rey? Quítate
de ahí. ¿Es que quieres que te haga azotar?» El profeta se retiró,
diciendo: «Yo sé que Dios ha decretado destruirte por haber
hecho eso y no haber escuchado mi advertencia».**

Cometió Amasías la locura de postrarse ante los ídolos de los idumeos, que no pudieron salvar a su pueblo. Esta idolatría explica el desastre de Betsames. Amasías es juzgado con menos severidad por el autor del libro de los Reyes.

Desastre en Betsames (25,17-24 = 2 Re 14,8-14)

**17 Amasías, después de haber tenido consejo, mandó a de-
cir a Joás, hijo de Joacaz, hijo de Jehú, rey de Israel: «Ven, que
nos veamos las caras». 18 Entonces Joás, rey de Israel, envió a
decir a Amasías, rey de Judá: «El cardo del Líbano mandó a
decir al cedro del Líbano: Da tu hija por mujer a mi hijo. Pero
vinieron las fieras del Líbano, pisaron y hollaron el cardo. 19 Tú
te dices: He derrotado a Edom; y tu corazón se ha ensoberbeci-
do. Quédate en tu casa. ¿Para qué has de meterte en una em-
presa desgraciada que será tu ruina y la ruina de Judá?» 20 Pero
Amasías no le escuchó, porque había resuelto Dios entregarle
en sus manos por haber buscado a los dioses de Edom. 21 Subió,
pues, Joás, rey de Israel, y viéronse las caras él y Amasías, rey
de Judá, en Betsames, que está en Judá; 22 y cayó Judá delante
de Israel y huyeron cada uno a su casa. 23 Joás, rey de Israel,
apresó en Betsames a Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, hijo
de Joacaz, y le llevó a Jerusalén, donde abrió una brecha de
cuatrocientos codos desde la puerta de Efraím hasta la puerta
de la esquina. 24 Tomó el oro y la plata y todos los vasos sagra-
dos que había en la casa de Dios al cuidado de Obededom, y
los tesoros del palacio real, y a los rehenes, y se volvió a Samaria.**

En el v.20 se encuentra una reflexión del autor destinada a poner de relieve la próxima derrota de Amasías. Obededom era el guardián de la puerta meridional del templo (1 Crón 26,15).

Muerte de Amasías (25,25-28 = 2 Re 14,17-22)

**25 Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, vivió quince años des-
pués de la muerte de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel. 26 El
resto de los hechos de Amasías, los primeros y los postreros,
¿no está escrito en el libro de los reyes de Judá y de Israel?
27 Después que Amasías se apartó de Yahvé, tramaron una
conjuración contra él en Jerusalén; y como huyera a Laquis,**

mandaron tras él a Laquis los conjurados, y le mataron allí. 28 Trajéronle en caballos y le sepultaron con sus padres en la ciudad de David.

La conspiración que tramaron contra él fue efecto de haberse apartado de Yahvé; fue sepultado en la ciudad de David, no de *Judá*, como escribió erróneamente un amanuense en el texto masorético (2 Re 14,20).

Ozías, rey de Judá (26-1,15)

1 Todo el pueblo de Judá tomó a Ozías, de edad de dieciséis años, y le puso por rey en lugar de su padre, Amasías. 2 Ozías reconstruyó Elat y la restituyó al dominio de Judá después que el rey se durmió con sus padres. 3 Dieciséis años tenía Ozías cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y dos años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jecolía, de Jerusalén. 4 Hizo lo recto a los ojos de Yahvé, enteramente como lo había hecho Amasías, su padre. 5 Se dio a buscar a Yahvé durante la vida de Zacarías, que le educó en el temor de Dios; y mientras él buscó a Yahvé, Dios le protegió. 6 Tuvo guerra contra los filisteos, y derribó las murallas de Gat, las de Jabne y las de Azoto, y reconstruyó ciudades en el territorio de Azoto y en el de los filisteos. 7 Dios le ayudó contra los filisteos, contra los árabes que habitaban en Gur Baal y contra los meonitas. 8 Los amonitas traían presentes a Ozías, y su fama se extendió hasta las fronteras de Egipto, pues llegó a ser muy poderoso. 9 Alzó en Jerusalén torres en la puerta del ángulo, y en la del valle y en la de la esquina, y las fortificó. 10 Construyó torres en el desierto y excavó muchas cisternas, porque tenía muchos ganados en los valles y en el llano, y labradores y viñadores en la montaña y en el Carmel, pues era muy aficionado a la agricultura. 11 Tuvo un ejército de soldados, que iban a la guerra por bandas, contadas según el censo que de ellas hicieron el secretario Jeiel y el comisario Maseya, a las órdenes de Jananía, uno de los jefes del rey. 12 El número total de los jefes de casas paternas, de guerreros valientes, era de dos mil seiscientos, 13 que mandaban un ejército de trescientos siete mil cinco soldados, capaces de sostener al rey contra el enemigo. 14 Ozías proveyó a todo el ejército de escudos, lanzas, cascos, corazas, arcos y hondas. 15 Construyó en Jerusalén máquinas inventadas por un ingeniero, destinadas a las torres y a los ángulos, para lanzar flechas y gruesas piedras. Su fama se extendió lejos, porque supo ayudarse maravillosamente hasta llegar a ser fuerte.

Se reúnen aquí más datos que en los lugares paralelos de 2 Re 14, 21-22; 15,1-7. Su vida religiosa fue ejemplar mientras vivió Zacarías, que le educó en el temor de Dios (v.5); por lo mismo, Dios le protegió y llevó a la victoria contra los filisteos y árabes; los amonitas le traían presentes. En el interior fortificó la ciudad de Jerusalén y favoreció la agricultura y ganadería. En el libro de los Reyes es llamado Azarías.

Orgullo y castigo (26,16-23)

16 Mas, cuando se hubo fortalecido se ensoberbeció su corazón hasta corromperse, y se rebeló contra Yahvé, su Dios, entrando en el templo de Yahvé para quemar incienso en el altar de los perfumes. 17 El sacerdote Azarías entró tras él con ochenta sacerdotes de Yahvé, hombres valerosos, 18 que se opusieron al rey Ozías, y le dijeron: «Tú, Ozías, no tienes derecho a ofrecer perfumes a Yahvé. Esto pertenece a los sacerdotes, hijos de Aarón, que han sido consagrados para ello. Sal del santuario, porque estás prevaricando, y no te será esto de honor ante Yahvé, Dios». 19 Enfurecióse Ozías, que tenía un incensario en la mano; y en ésta su ira contra los sacerdotes, brotó la lepra en su frente en presencia de los sacerdotes, en la casa de Yahvé, cerca del altar de los perfumes. 20 El sumo sacerdote, Azarías, y todos los sacerdotes, pusieron en él sus ojos, vieron la lepra sobre su frente y le arrojaron precipitadamente fuera. El mismo apresuróse a salir, porque le había herido Yahvé. 21 El rey Ozías fue leproso hasta el día de su muerte, y vivió apartado en una casa, excluido de la casa de Yahvé. Jotam, su hijo, estaba al frente de la casa del rey y juzgaba al pueblo de la tierra. 22 El resto de los hechos de Ozías, los primeros y los postreros, fue escrito por Isaías, hijo de Amós, profeta. 23 Ozías se durmió y fue sepultado en el campo de los sepulcros, no con los reyes de Israel, por ser leproso. Le sucedió Jotam, su hijo.

Por haberse entrometido en una función sacerdotal que no le pertenecía (Núm 18,7; Ex 307.20), fue castigado con la lepra. Los sacerdotes defendieron con la fuerza sus derechos (1 Crón 23,31). La lepra le impedía entrar en adelante en el santuario (Lev 13,45-46; Núm 19,13.20). De él se ocupó el profeta Isaías, que escribió las actas de Ozías. Por razón de su lepra fue sepultado al lado de los sepulcros de los reyes de Judá. Sobre el monte Olivete encontró Sukenik un epitafio en arameo, que dice: «Aquí fueron llevados los huesos de Ozías, rey de Judá; ¡no abrir!» (RB [1932] 480).

Jotam, rey de Israel (27,1-9 = 2 Re 15,32-35)

1 Veinticinco años tenía Jotam cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jerusa, hija de Sadoc. 2 Hizo lo recto a los ojos de Yahvé, enteramente como había hecho Ozías, su padre; pero no entró, como él, en el templo de Yahvé. Seguía, sin embargo, la corrupción del pueblo. 3 Jotam construyó la puerta superior de la casa de Yahvé e hizo bastantes edificaciones sobre los muros de Ofel. 4 Edificó ciudades en la montaña de Judá y fortalezas y torres en el bosque. 5 Hizo la guerra contra el rey de los hijos de Amón, y los venció. Los hijos de Amón le entregaron aquel año cien talentos de plata, diez mil coros de trigo y diez mil de cebada, y siguieron pagándole el segundo y el tercer año. 6 Jotam llegó a ser poderoso, porque se afirmó en los caminos de Yahvé, su Dios. 7 El resto de los hechos de Jotam, todas sus guerras, todo cuanto hizo, está escrito en el libro de los reyes de Israel y de

**Judá. 8 Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó
dieciséis años en Jerusalén. 9 Se durmió con sus padres y fue
sepultado en la ciudad de David. Le sucedió Ajaz, su hijo.**

Jotam siguió la política de su padre; por su piedad logró tener a raya a sus enemigos, obligándoles a pagar tributo. Fue poderoso «porque se afirmó en los caminos de Yahvé».

Reinado de Ajaz (28,1-27)

**1 Veinte años tenía Ajaz cuando comenzó a reinar, y reinó
dieciséis años en Jerusalén. No hizo lo recto a los ojos de Yahvé,
como lo hizo David, su padre. 2 Marchó por los caminos de los
reyes de Israel, y aun se hizo imágenes fundidas de Baal, 3 y
quemó perfumes en el valle de los hijos de Hinón, y pasó a sus
hijos por el fuego, según las abominaciones de las gentes que
Yahvé había arrojado ante los hijos de Israel. 4 Ofrecía sacri-
ficios y perfumes en los altos, sobre los collados y bajo todo
árbol frondoso. 5 Yahvé, su Dios, le entregó en manos del rey
de Siria, y los sirios le derrotaron, haciéndole gran número de
prisioneros, que se llevaron a Damasco. Fue entregado también
en manos del rey de Israel, que le hizo experimentar una gran
derrota. 6 Pecaj, hijo de Romelía, mató en un solo día en Judá
a ciento veinte mil hombres, todos valientes, porque habían
dejado a Yahvé, Dios de sus padres. 7 Zicrí, guerrero de Efraím,
mató a Maseya, hijo del rey; a Azricam, jefe de la casa del rey,
y a Elcana, segundo después del rey. 8 Los hijos de Israel hicie-
ron entre sus hermanos doscientos mil prisioneros, mujeres,
hijos e hijas, y les hicieron mucho botín, que se llevaron a Sa-
maria. 9 Había un profeta de Yahvé llamado Oded, que fue
al encuentro del ejército que volvía a Samaria y les dijo: «Yahvé,
Dios de vuestros padres, en su cólera contra Judá, los ha en-
tregado en vuestras manos, y vosotros los habéis matado con
furor, que ha subido hasta el cielo. 10 Ahora queréis hacer de
los hijos de Judá y de Jerusalén vuestros esclavos y vuestras es-
clavas. Pero vosotros, ¿no sois culpables contra Yahvé, vuestro
Dios? 11 Oídme, pues, y devolved esos cautivos que habéis
hecho entre vuestros hermanos, porque os amenaza la cólera
encendida de Yahvé». 12 Algunos de entre los jefes de Efraím:
Azarías, hijo de Jojanán; Berequías, hijo de Meselimot; Eze-
quías, hijo de Salum, y Amasa, hijo de Jadlaí, se opusieron a los
que venían en el ejército, 13 y les dijeron: «No entréis con esos
cautivos, porque sería añadir pecados sobre pecados a los que
nosotros hemos cometido contra Yahvé. Demasiado culpables
somos ya y la cólera encendida de Yahvé está sobre Israel».
14 Los soldados abandonaron los cautivos y el botín ante los
jefes y ante toda la asamblea, 15 y los hombres de que se ha he-
cho mención tomaron los cautivos, empleando el botín en ves-
tir a los desnudos; les dieron vestidos y calzado, les dieron de
comer y de beber, los ungieron y, montando en asnos a los que
estaban fatigados, los condujeron a Jericó, la ciudad de las pal-
mas, a sus hermanos, y luego se volvieron a Samaria. 16 En aquel
tiempo, el rey Ajaz mandó a pedir socorros al rey de Asiria.
17 Los edomitas volvieron otra vez y derrotaron a Judá, lleván-
dose cautivos. 18 Los filisteos invadieron las ciudades del llano
y del mediodía de Judá, tomaron a Betsames, Ayalón, Guede-**

**rot, Soco y las ciudades de su dependencia, Timna y las ciuda-
des de su dependencia, y se establecieron en ellas. 19 Así humi-
llaba Yahvé a Judá por causa de Ajaz, rey de Judá, que había
arrojado la disolución en Judá y pecado contra Yahvé. 20 Te-
glatfalasar, rey de Asiria, vino contra él y le estrechó sin darle
respiro. 21 Ajaz despojó la casa de Yahvé, la del rey y las de los
príncipes, para hacer un presente al rey de Asiria; pero no
le sirvió de nada. 22 A pesar de verse en gran aprieto, el rey Ajaz
seguía pecando contra Yahvé; 23 sacrificaba a los dioses de Da-
masco, que le habían herido, diciéndose: «Puesto que los dioses
de los reyes de Siria los ayudan, voy a sacrificarles para que me
socorran a mí». Pero fueron la ocasión de su ruina y de la de
todo Israel. 24 Ajaz reunió los utensilios de la casa de Dios y los
hizo pedazos; cerró las puertas de la casa de Yahvé, se hizo alta-
res en todos los rincones de Jerusalén 25 y levantó altos en todas
las ciudades de Judá, para ofrecer allí perfumes a otros dioses,
irritando así a Yahvé, Dios de sus padres. 26 El resto de sus he-
chos, todos sus caminos, los primeros y los postreros, está es-
crito en el libro de los reyes de Judá y de Israel. 27 Ajaz se durmió
con sus padres y fue sepultado en la ciudad de Jerusalén, pues
no se le sepultó en los sepulcros de los reyes de Judá. Le sucedió
Ezequías, su hijo.**

De este monarca se habla en 2 Re 16,1-20. Nuestro autor pasa por alto lo que favorece al monarca y atenúa sus éxitos, poniendo, en cambio, de relieve sus humillaciones y fracasos. Dios le entregó en manos del rey de Siria y de Israel (2 Re 16,5; Is 7,1). Por intercesión de un profeta son libertados los prisioneros de Judá (v.8-15). Por atacarle los filisteos y los idumeos, pidió ayuda al rey de Asiria, quien «vino contra él y le estrechó» (v.20); de nada le sirvieron los presentes que le entregó. Pero, a pesar de tantos castigos, «seguía pecando contra Yahvé» (v.22), que hizo sentir su mano justiciera sobre él. Mostró su sectarismo al cerrar el templo (v.24) y destruir sus utensilios.

Ezequías: purificación del templo (29,1-17)

**1 Veinticinco años tenía Ezequías cuando comenzó a reinar,
y reinó veintinueve años en Jerusalén. Su madre se llamaba
Abiyá, hija de Zacarías. 2 Hizo lo recto a los ojos de Yahvé, en-
teramente como lo había hecho David, su padre. 3 En el pri-
mer año de su reinado, el mes primero, abrió las puertas de la
casa de Yahvé y las reparó. 4 Hizo venir a los sacerdotes y levi-
tas, que reunió en el atrio oriental, 5 y les dijo: «Oídme, levitas:
santificaos y santificad la casa de Yahvé, el Dios de vuestros pa-
dres, y echad la impureza fuera del santuario. 6 Porque han
pecado nuestros padres y han hecho el mal a los ojos de Yahvé,
nuestro Dios; le han abandonado, han apartado sus ojos del
tabernáculo de Yahvé y le han vuelto las espaldas. 7 Hasta cerra-
ron las puertas del pórtico, apagaron las lámparas y dejaron de
ofrecer a Yahvé, Dios de Israel, perfumes y holocaustos en el
santuario. 8 Por eso la cólera de Yahvé pesa sobre Judá y sobre
Jerusalén, y los ha entregado a la confusión, a la desolación y a
la burla, como lo estáis viendo con vuestros ojos. 9 Ya veis que
por eso han caído nuestros padres por la espada, y nuestros**

hijos y nuestras hijas están en cautividad. [10] Yo quiero que ha-
gamos alianza con Yahvé, Dios de Israel, para que se aparte
de nosotros su encendida cólera. [11] Ahora, pues, hijos míos,
basta de negligencias, pues habéis sido elegidos por Yahvé para
ministrar ante El en su servicio, para ser sus servidores y ofre-
cerle perfumes». [12] Levantáronse los levitas Macat, hijo de Ama-
saí; Joel, hijo de Azarías, de los hijos de Caat; y de los de Merarí,
Quis, hijo de Abdí; Azarías, hijo de Jelaleel; y de los gersonitas,
Joaj, hijo de Simma; Edén, hijo de Joaj; [13] y de los hijos de Eli-
safán, Simrí y Jehiel; y de los hijos de Asaf, Zacarías y Mata-
nías; [14] y de los hijos de Hemán, Jejiel y Simeí; y de los hijos de
Jedetún, Semeyas y Uziel. [15] Reunieron a sus hermanos y, des-
pués de santificarse ellos, vinieron a purificar la casa de Yahvé,
según las órdenes del rey y según las palabras de Yahvé. [16] En-
traron los sacerdotes en el interior de la casa de Yahvé para puri-
ficarla; sacaron todas las impurezas que hallaron en el templo
de Yahvé y las arrojaron al atrio de la casa de Yahvé, donde
las recibieron los levitas para llevarlas fuera, al valle del Cedrón.
[17] Comenzaron las purificaciones el día primero del primer mes;
el octavo día del mismo mes entraron en el pórtico del templo
de Yahvé, y emplearon ocho días en purificar el templo de
Yahvé; el día dieciséis del mismo mes acabaron lo que habían
comenzado.

Es el reverso de la medalla de Ajaz; el autor sagrado hace resaltar aquellos hechos que atestiguan la devoción de Ezequías a Yahvé y a su templo. Abrió las puertas del templo, que había cerrado Ajaz (28,24), y purificó el santuario; los sacerdotes y levitas fueron sus mejores colaboradores. La lista de los levitas es algo artificial, pero muy significativa. Con relación a la de los levitas que transportaron el arca (1 Crón 15,4-10) aumenta la importancia del canto; con ello diseña el cronista toda una orientación cultual nueva (CAZELLES). En el v.9 se hace alusión al exilio. El texto completa lo dicho en 2 Re 18,2-20.

Sacrificio expiatorio (29,18-36)

[18] Fueron luego al rey Ezequías y le dijeron: «Hemos purifi-
cado toda la casa de Yahvé, el altar de los holocaustos y todos
sus utensilios, y la mesa de los panes de la proposición. [19] Y to-
dos sus utensilios, que el rey Ajaz profanó durante su reinado
con sus transgresiones, están ya reparados y purificados y ante
el altar de Yahvé». [20] El rey Ezequías se levantó bien de maña-
na, reunió a los jefes de la ciudad y subió a la casa de Yahvé.
[21] Ofrecieron siete novillos, siete carneros, siete corderos y siete
machos cabríos en sacrificio expiatorio por el reino, por el san-
tuario y por Judá. El rey mandó a los sacerdotes hijos de Aarón
que los ofreciesen en el altar de Yahvé. [22] Los sacerdotes inmo-
laron los novillos, recibieron su sangre y la derramaron en torno
al altar; inmolaron los carneros y derramaron su sangre en el
altar. [23] Presentaron luego los machos cabríos expiatorios ante
el rey y ante la asamblea, que pusieron sus manos sobre ellos,
[24] y los sacerdotes los inmolaron y derramaron la sangre al pie
del altar, en expiación por los pecados de todo Israel, pues por
todo Israel había ordenado el rey el holocausto y el sacrificio

expiatorio. [25] Hizo que los levitas se pusieran en la casa de Yahvé
con címbalos, salterios y arpas, según la ordenación de David,
de Gad, vidente del rey, y de Natán, profeta, porque tal era
la orden de Yahvé, transmitida por medio de sus profetas. [26] Los
levitas ocuparon su sitio con los instrumentos de David, y los
sacerdotes el suyo con las trompetas. [27] Ezequías mandó ofre-
cer el holocausto sobre el altar; y en cuanto comenzó el holo-
causto, comenzó también el canto de Yahvé al son de las trom-
petas y con el acompañamiento de los instrumentos de David,
rey de Israel. [28] Prosternóse toda la asamblea, se cantó el canto
y se tocaron las trompetas, todo hasta que el holocausto se ter-
minó. [29] Cuando se hubo acabado de ofrecer el holocausto, el
rey con toda la asamblea doblaron las rodillas y se prosterna-
ron. [30] Después el rey Ezequías y los jefes dijeron a los levitas
que alabasen a Dios con palabras de David y de Asaf, vidente,
y ellos lo hicieron con gran júbilo, e inclinándose, adoraron.
[31] Luego dijo Ezequías: «Vosotros habéis llenado seguramente
vuestras manos para Yahvé. Llegaos, pues, a ofrecer víctimas
y sacrificios eucarísticos en la casa de Yahvé». Y así toda aque-
lla muchedumbre ofreció hostias, sacrificios eucarísticos y ho-
locaustos con gran piedad y liberalidad. [32] Los holocaustos que
ofreció la asamblea fueron setenta novillos, cien carneros y dos-
cientos corderos, todo en holocausto a Yahvé. [33] Consagraron
también a Yahvé seiscientos bueyes y tres mil ovejas. [34] Como
los sacerdotes eran pocos y no bastaban para desollar las víc-
timas destinadas al holocausto, ayudáronles sus hermanos los
levitas hasta acabar y hasta que se hubieron purificado los sacer-
dotes, pues los lejitas se mostraban con corazón dispuestos a
purificarse más que los sacerdotes. [35] Ofreciéronse, pues, mu-
chos holocaustos, muchos sebos de sacrificios eucarísticos, que-
dando enteramente restablecido el culto de la casa de Yahvé.
[36] Ezequías, lo mismo que todo el pueblo, dieron muestras de
gran júbilo por haber Yahvé dispuesto al pueblo al restableci-
miento, pues la resolución de hacerlo había sido tomada de
pronto.

Para significar que el sacrificio debía ser perfecto e importantísimo, dícese que debían sacrificarse *siete* (Gén 21,28; Núm 23,1) novillos, *siete* carneros, *siete* corderos destinados al holocausto (v.22-24) y *siete* machos cabríos en sacrificio expiatorio (Lev 9,15; 10,16; 16,15.27; Lev 1,4; 3,2ss). La ceremonia del sacrificio (Núm c.29; Lev c.4) fue acompañada con cantos de alabanza a Dios con «palabras de David y Asaf, vidente» (v.30) y con instrumentos músicos, tal como han prescrito los profetas y David (1 Crón 25,4ss; 29,29). Los levitas ayudan a los sacerdotes en los sacrificios, quizá por haberse santificado pocos sacerdotes.

Solemne celebración de la pascua (30,1-14)

[1] Mandó el rey Ezequías por todo Israel y Judá, y escribió
cartas a Efraím y Manasés, para que viniesen a la casa de Yah-
vé a celebrar la pascua de Yahvé, Dios de Israel. [2] Habíase
aconsejado el rey de los príncipes y de toda la asamblea en Je-
rusalén para celebrar solemnemente la pascua en el mes se-
gundo, [3] pues no había podido celebrarla antes la otra vez por

no haberse santificado muchos sacerdotes y no haberse reuni-
do el pueblo en Jerusalén. 4 Agradó esto al rey y a toda la asam-
blea, 5 y determinaron hacer publicar por todo Israel, desde
Berseba hasta Dan, que viniesen a Jerusalén a celebrar la pas-
cua de Yahvé, porque en mucho tiempo no lo habían celebra-
do al modo prescrito. 6 Fueron, pues, emisarios con letras de
mano del rey y de los príncipes por todo Israel y Judá, como
el rey lo había mandado, en que se decía: «¡Hijos de Israel!,
volveos a Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, y El
se volverá a las reliquias que os han quedado de la mano de
los reyes de Asiria. 7 No seáis como vuestros padres y como
vuestros hermanos, que se rebelaron contra Yahvé, Dios de sus
padres, por lo que los entregó El a la desolación, como estáis
viendo. 8 No endurezcáis, pues, ahora vuestra cerviz, como
vuestros padres. Dad vuestras manos a Yahvé y venid a su
santuario, que El ha santificado para siempre, y servid a Yahvé,
vuestro Dios, y la ira de su furor se apartará de vosotros. 9 Por-
que, si os volvéis a Yahvé, vuestros hermanos y vuestros hijos
hallarán misericordia ante los que los tienen cautivos y volve-
rán a esta tierra; pues Yahvé, vuestro Dios, es clemente y mi-
ricordioso y no apartará de vosotros su rostro si vosotros os
volvéis a El». 10 Fueron, pues, los emisarios de ciudad en ciu-
dad por tierra de Efraím y de Manasés, hasta Zabulón; pero
las gentes se reían y se burlaban de ellos. 11 Con todo, muchos
de Aser, de Manasés y de Zabulón se humillaron y vinieron a
Jerusalén. 12 También en Judá la mano de Dios se dejó sentir
sobre ellos, dándoles corazón pronto y dispuesto a cumplir el
mensaje del rey y de los príncipes, conforme a la palabra de
Yahvé. 13 Juntóse mucha gente en Jerusalén para celebrar la
solemnidad de los ácimos en el segundo mes: una gran mu-
chedumbre. 14 Levantáronse y quitaron los altares que había
en Jerusalén, también los altares de perfumes, y los echaron al
torrente del Cedrón.

La restauración del culto por Ezequías comportaba la celebración de la pascua, ejemplo que siguieron los repatriados de Babilonia al volver a Jerusalén (Esd 6,19-22). A la misma son invitados las gentes de Efraím y Manasés. Por el poco celo demostrado por los sacerdotes en santificarse (2 Re 16,16), se celebró la fiesta el mes segundo (Núm 9,9-12) en vez del 14 de Nisán, primer mes del año religioso. Se mandaron emisarios a todo el territorio de Israel, aun el ocupado por Asiria, invitando a todos a celebrar la pascua en Jerusalén.

La pascua y los ácimos (30,15-27)

15 Sacrificaron la pascua el día catorce del mes segundo; y
los sacerdotes y levitas, que, llenos de confusión, se santificaron
por fin, ofrecieron holocaustos en la casa de Yahvé 16 y se dis-
pusieron por sus clases, según la ordenación y la Ley de Moi-
sés, hombre de Dios. Los sacerdotes recibían de manos de los
levitas la sangre que había de derramarse; 17 y como muchos
del pueblo no se habían santificado todavía, los levitas inmola-
ron la pascua por los que no habían tenido el cuidado de san-
tificarse para Yahvé. 18 Una gran parte del pueblo de Efraím,

de Manasés, de Isacar y de Zabulón, que no se había purifica-
do, comió la pascua sin ajustarse a lo prescrito; pero Ezequías
rogó por ellos, diciendo: «Quiera Yahvé, que es bueno, per-
donar a todos aquellos que de todo corazón buscan 19 a Yahvé,
Dios de sus padres; no les impute el no estar suficientemente
purificados». 20 Escuchó Yahvé a Ezequías y perdonó al pue-
blo. 21 Así celebraron los hijos de Israel que se hallaron en Je-
rusalén la solemnidad de los ácimos durante siete días, con
gran gozo, cantando todos los días las alabanzas de Yahvé, y
tocando los levitas y los sacerdotes los instrumentos con toda
fuerza a Yahvé. 22 Ezequías habló con bondad a los levitas que
conocían mejor el culto de Yahvé, y éstos comieron las vícti-
mas durante los siete días que duró la solemnidad, inmolando
hostias pacíficas y alabando a Yahvé, Dios de sus padres. 23 Tam-
bién la muchedumbre decidió alegremente celebrar la fiesta
otros siete días, haciéndolo con gran regocijo, 24 pues había re-
galado Ezequías al pueblo mil toros y siete mil ovejas; y tam-
bién los príncipes, por su parte, dieron al pueblo mil bueyes
y diez mil ovejas. Hubo, pues, gran número de sacerdotes que
se habían santificado. 25 Todo el pueblo de Judá estaba rebo-
sando de alegría, lo mismo sacerdotes y levitas, que la muche-
dumbre venida de Israel, que los extranjeros que habían ve-
nido de la tierra de Israel o habitaban en Judá. 26 Fue grande
la solemnidad celebrada en Jerusalén, tal cual nunca la hubo
desde los días de Salomón, hijo de David, rey de Israel. 27 Le-
vantáronse después los sacerdotes y levitas y bendijeron al pue-
blo, y fue oída su voz, y llegó su oración al santuario de los cielos.

Los sacerdotes y levitas hicieron penitencia y ofrecieron holocaustos en la casa de Yahvé. En vez de los padres de familia (Lev 1,5; 3,24; Ex 12,6), fueron los levitas los que inmolaron los corderos pascuales. La fiesta de los ácimos duró siete días (Lev 23,6; Deut 16,3). Perdonó Dios a los de Efraím, Manasés, Isacar y Zabulón que comieron la pascua sin purificarse, interpretando más ampliamente las leyes sobre la pureza legal (Mc 7,1-13). Los cielos son la morada de la santidad de Yahvé (Deut 26,15; Jer 25,30).

Reforma del culto (31,1-21)

1 Después de todo esto, los de Israel que habían venido fue-
ron por las ciudades de Judá y destrozaron los cipos, abatieron
las «aseras» y derribaron del todo los altos y los altares de todo
Judá y Benjamín y en Efraím y Manasés. Luego todos los hijos
de Israel se volvieron a sus ciudades, cada uno a su posesión.
2 Ezequías restableció las clases de los sacerdotes y de los levi-
tas, según sus divisiones, cada uno según sus funciones, sacer-
dotes y levitas, para los holocaustos y los sacrificios eucarísticos,
para el servicio, para los cantos y alabanzas, y las puertas de la
casa de Yahvé. 3 El rey dio una parte de sus bienes para los
holocaustos, para los holocaustos de la mañana y de la tarde,
para los holocaustos de los sábados, de los novilunios y de las
fiestas, como están prescritos en la Ley de Yahvé. 4 Mandó al
pueblo y a los habitantes de Jerusalén que dieran su porción a
los sacerdotes y a los levitas, para que éstos observasen fielmen-
te la Ley de Yahvé. 5 Cuando la cosa se extendió, los hijos de

Israel dieron en abundancia las primicias del trigo, del mosto,
del aceite, de la miel y de todos los productos del campo, y
trajeron también en abundancia el diezmo de todo. 6 Igual-
mente, los hijos de Israel y de Judá que habitaban en las ciuda-
des de Judá dieron el diezmo del ganado mayor y menor y el
diezmo de las cosas santas que eran consagradas a Yahvé, su
Dios, y de que se hicieron muchos montones. 7 Comenzó a
hacerse el cúmulo el tercer mes y se acabó el mes séptimo.
8 Ezequías y los jefes vinieron a ver los montones y bendijeron
a Yahvé y a su pueblo, Israel. 9 Preguntó Ezequías a los sacer-
dotes y a los levitas acerca de los montones, 10 y el sumo sacer-
dote Azarías, de la casa de Sadoc, le respondió: «Desde que
se ha comenzado a traer ofrendas a la casa de Yahvé hemos
comido, nos hemos saciado y hemos dejado mucho de sobra,
porque Yahvé ha bendecido a su pueblo, y he aquí la gran can-
tidad que todavía queda». 11 Ezequías dio orden de preparar
las cámaras de la casa de Yahvé, y se prepararon. 12 Lleváronse
a ellas fielmente las ofrendas, el diezmo y las cosas consagradas.
El levita Cananías tuvo la intendencia de ellas, y su hermano
Simeí era su segundo. 13 Jejiel, Azarías, Najat, Asael, Jerimot,
Jozabal, Elieí, Jismaquía, Majat y Benaya estaban empleados
bajo la dirección de Cananías y de su hermano Simeí, según
las órdenes del rey Ezequías y las de Azarías, jefe de la casa de
Dios. 14 El levita Coré, hijo de Jimna, portero de la puerta de
oriente, tenía la intendencia de las donaciones voluntarias he-
chas a Dios, para distribuir lo que se presentaba a Yahvé por
elevación y las cosas santísimas. 15 En las ciudades sacerdotales,
Edén, Minyamín, Jesúa, Semeyas, Amarías y Secamías esta-
ban a sus órdenes para hacer fielmente las distribuciones a sus
hermanos, grandes o pequeños, según lo que les correspondía;
16 a los varones registrados de tres años arriba, y a todos los que
diariamente entraban en la casa de Yahvé para hacer su servi-
cio según sus funciones y según sus divisiones, 17 y a los sacer-
dotes registrados según sus casas paternas, y a los levitas de
veinte años arriba, según sus funciones y según sus divisiones;
18 y a los de toda la congregación registrados con todos sus ni-
ños, sus mujeres, sus hijos y sus hijas, porque se consagraban
fielmente al servicio del santuario. 19 Y para los hijos de Aarón,
los sacerdotes, que habitaban en los campos, en los suburbios
de sus ciudades, había en cada ciudad hombres nominalmente
designados para distribuirles sus porciones a todos los varones
de los sacerdotes y a todos los levitas registrados. 20 Esto hizo
Ezequías en todo Judá; hizo lo bueno y lo recto y lo verdadero
ante Yahvé, su Dios. Obraba con toda la rectitud de su cora-
zón, 21 y prosperó en cuanto emprendió, buscando a su Dios,
para el servicio de la casa de Dios, por la Ley y los manda-
mientos.

La obra religiosa de Ezequías fue extraordinaria. A la purificación del templo efectuada antes de la Pascua (29,3-17) siguió la de Jerusalén (30,14) y la de las ciudades de Judá y de Israel (sometido a Asiria) con la destrucción de los *masseboth*, *asherim* y lugares altos (v.1), incompatibles con la ley de la unidad de santuario (Deut 12,13-14). A ello siguió la reorganización de los sacerdotes y levitas según la antigua clasificación señalada por David. Superando a Salomón (8,13), Ezequías comprometióse a proveer el holocausto perpetuo de la mañana y de la tarde. Obligóse el pueblo al pago de los diezmos y primicias para el mantenimiento de los ministros del templo (Núm 18,21-32; Deut 14,22-27; 18,1). Para ello efectuóse una colecta que duró desde Pentecostés hasta la fiesta de los Tabernáculos (v.7), reuniéndose tal cantidad, que los sacerdotes y levitas no pudieron consumir. La explicación de tanta abundancia es por haber bendecido Dios a su pueblo a causa de su celo por el culto (Lev 26,3ss). Lo sobrante se colocó en las cámaras del templo (Neh 13,5; 1 Crón 9,26) bajo la vigilancia de dos administradores levitas, nombrados por el rey y el sumo sacerdote y asistidos por otros diez. La distribución de estos bienes alcanzó también a los sacerdotes y levitas que vivían en las ciudades levíticas (1 Crón 6, 54-81). Por sus reformas fue Ezequías un representante auténtico de la teocracia al interesarse por el culto y por la observancia de la Ley por parte de todos. Dios recompensará su conducta asegurándole la victoria sobre los enemigos de la comunidad davídica *(qahal)*.

Invasión de Senaquerib (32,1-33)

1 Después de estas cosas y de estos actos de fidelidad, vino
Senaquerib, rey de Asiria, que invadió Judá y puso sitio a las
ciudades fuertes para apoderarse de ellas. 2 Ezequías, viendo
que había venido Senaquerib y que se proponía atacar Jerusa-
lén, 3 tuvo consejo con los príncipes y los más valerosos de los
oficiales, proponiendo si se cegarían las fuentes de aguas que
había fuera de la ciudad, y ellos le apoyaron. 4 Una gran mu-
chedumbre se reunió, y cegaron todas las fuentes y el arroyo
que corría por el medio del territorio, diciendo: «¿Por qué ha-
brán de hallar los reyes de Asiria, cuando vengan, provisión
de agua?» 5 Ezequías cobró ánimo y reparó también con gran
cuidado todas las murallas que habían sido derribadas, alzó en
ellas torres y una antemuralla; reparó el terraplén de la ciudad
de David e hizo armas de toda suerte y escudos. 6 Nombró je-
fes para mandar el ejército y, reuniendo luego a todo el mundo
en la plaza de la puerta de la ciudad, les habló al corazón, di-
ciendo: 7 «Esforzaos y confortaos; no temáis; no os dé miedo
el rey de Asiria y toda esa muchedumbre que trae, porque
más son los que con nosotros están que los que están con él.
8 El tiene el brazo de carne; pero con nosotros está Yahvé, nues-
tro Dios, para ayudarnos y combatir nuestros combates». El
pueblo cobró valor con las palabras de Ezequías, rey de Judá.
9 Después de esto, Senaquerib, rey de Asiria, que combatía a
Laquis con todo su poder, mandó emisarios a Jerusalén para
decir a Ezequías, rey de Judá, y a todos los de Judá que esta-
ban en Jerusalén: 10 «Así dice Senaquerib, rey de Asiria: ¿En
quién confiáis vosotros para estaros quietos, cercados en Jeru-
salén? 11 ¿No os engaña Ezequías para entregaros a la muerte,
al hambre, a la sed, diciendo: Yahvé, nuestro Dios, nos librará
de la mano del rey de Asiria? 12 ¿No es Ezequías el que ha
hecho desaparecer sus altos y sus altares, diciendo a Judá y a
Jerusalén: Sólo ante este altar adoraréis y quemaréis perfumes?
13 ¿No sabéis lo que yo y mis padres hemos hecho con todos

los pueblos de la tierra? ¿Pudieron acaso los dioses de esas gentes librar sus tierras de mis manos? 14 ¿Qué dios de entre los dioses de esas gentes que destruyeron mis padres pudo salvar a su pueblo de mis manos? ¿Cómo, pues, va a poder vuestro Dios libraros de mi mano? 15 Que no os engañe, pues, Ezequías; cuando tal cosa quiera persuadiros, no le creáis; que si ningún dios de los de todas esas naciones y reinos pudo librar a sus pueblos de mis manos y de las manos de mis padres, ¡cuánto menos podrá vuestro Dios libraros de mis manos!» 16 Otras cosas más añadieron los emisarios de Senaquerib contra Yahvé y contra Ezequías, su siervo. 17 Escribió, además, cartas en que blasfemaba de Yahvé, Dios de Israel, y hablaba contra El, diciendo: «Lo mismo que los dioses de las gentes de las tierras no pudieron librar a sus pueblos de mis manos, tampoco el Dios de Ezequías librará al suyo de mis manos». 18 Y hablaban en voz muy alta, en judío, al pueblo de Jerusalén que se hallaba en las murallas, para asustarlos y hacerlos entrar en temor, para apoderarse de la ciudad. 19 Hablaron contra el Dios de Jerusalén, lo mismo que contra los dioses de las gentes de la tierra, obra de manos de hombres. 20 Pero el rey Ezequías y el profeta Isaías, hijo de Amós, opusieron sus oraciones a estas blasfemias y clamaron al cielo; 21 y Yahvé envió un ángel, que mató a cuantos fuertes y valerosos había en el ejército del rey de los asirios y al jefe que los mandaba; y Senaquerib se volvió con afrenta a su tierra, y allí, entrando en el templo de su dios, hijos suyos, que de él habían salido, le mataron a espada. 22 Así libró Yahvé a Ezequías y a los moradores de Jerusalén de la mano de Senaquerib, rey de los asirios, y de las manos de todos, y les dio la paz con todos sus reinos. 23 Muchos de éstos aún trajeron a Jerusalén víctimas para ofrecer allí sacrificios a Yahvé y presentes a Ezequías, rey de Judá, cuya fama fue luego muy grande entre todas las naciones. 24 Por aquel entonces cayó enfermo de muerte Ezequías y rogó a Yahvé, que le escuchó, dándole una señal de su curación. 25 Pero no correspondió Ezequías al bien que le había sido hecho; antes se ensoberbeció su corazón, y se encendió la ira de Yahvé contra él y contra Judá y Jerusalén. 26 Pero Ezequías, después de haberse engreído su corazón, se humilló, y se humillaron con él los moradores de Jerusalén, y no vino sobre ellos la ira de Yahvé en los días de Ezequías. 27 Tuvo Ezequías riquezas y gloria sobremanera, y reunió tesoros de plata y oro, de piedras preciosas, de aromas, de escudos y de cuantas alhajas son de desear. 28 Asimismo tuvo depósitos para almacenar las rentas de trigo, vino y aceite, y establos para las bestias y apriscos para sus ganados. 29 Hízose también ciudades para él, pues tenía una gran muchedumbre de rebaños, de ovejas y de toda suerte de ganado mayor, por haberle dado Dios mucha hacienda. 30 Este mismo Ezequías fue el que cubrió los manantiales de las aguas de Guijón de Arriba, y condujo las aguas bajo tierra a occidente de la ciudad de David, y salió con cuanto emprendió. 31 Dios, sin embargo, para probarle y para que descubriese lo que tenía en su corazón, le dejó en lo de los embajadores de los príncipes de Babilonia, que vinieron a él para informarse del prodigio que había acaecido en la tierra. 32 El resto de los hechos de Ezequías, de todas sus buenas obras, escrito está en las profecías de Isaías, profeta, hijo de Amós, y en

el libro de los reyes de Judá y de Israel. 33 Durmióse Ezequías con sus padres, y fue sepultado en un lugar más eminente que los sepulcros de los reyes, hijos de David, y todo Judá y Jerusalén celebraron sus funerales. Le sucedió Manasés, su hijo.

Salvo pocas novedades (v.2-8; Is 22,9-11), el presente capítulo alude a hechos narrados en 2 Re 18,13.17-37; 19,14-15.35-37; 20, 12-21; Is 36,1-22; c.37-39. El trato amistoso dado a los enviados de Merodacbaladán significa una mancha en la vida de Ezequías (1 Re 20,12-19), pero Dios le perdonó por haberse humillado (v.26). Porque su vida fue agradable a Dios, le fueron concedidas muchas riquezas.

Deshace Manasés la obra de Ezequías (33,1-10=2 Re 21,1-18)

1 Doce años tenía Manasés cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y cinco años en Jerusalén. 2 Hizo el mal a los ojos de Yahvé, conforme a las abominaciones de las gentes que Yahvé había arrojado ante los hijos de Israel, 3 y, volviéndose, reedificó los altos que había derribado Ezequías, su padre; levantó altares a los baales, se hizo «aseras» y adoró a toda la milicia de los cielos y les sirvió. 4 Alzó también altares en la casa de Yahvé, de la que había dicho Yahvé: «En Jerusalén estará mi nombre perpetuamente»; 5 pero los alzó en honor de toda la milicia del cielo, en los dos atrios del templo de Yahvé. 6 Pasó a sus hijos por el fuego en el valle de Ben Hinnón; observaba los sueños y los augurios, se dio a la magia, teniendo cerca de sí magos y encantadores, e hizo mucho mal ante Yahvé, irritándole. 7 Puso, además, una estatua fundida en la casa de Dios, de la que había dicho Yahvé hablando a David y a Salomón, su hijo: «Estableceré para siempre mi nombre en esta casa y en Jerusalén, que he elegido entre todas las tribus de Israel, 8 y no removeré el pie de Israel de la tierra que yo di a vuestros padres, siempre que ellos guarden y pongan por obra cuanto yo les he mandado, toda la Ley, mandamientos y preceptos que les he dado por mano de Moisés». 9 Descarrió Manasés a Judá y a los moradores de Jerusalén, para hacer peor todavía que las gentes que Yahvé destruyó ante los hijos de Israel. 10 Habló Yahvé a Manasés y a su pueblo, pero ellos no le escucharon.

Entregóse por completo a la idolatría, siendo calificado repetidamente de ser el rey más impío de Judá (2 Re 23,26; 4,3-4). La narración concuerda en todo con la de Reyes.

Conversión del rey (33,11-20)

11 Por lo que trajo Yahvé contra ellos a los jefes del ejército del rey de los asirios, que apresaron a Manasés y, cargado de grillos y cadenas, se lo llevaron a Babilonia. 12 Cuando se vio en la angustia, oró a Yahvé, su Dios, humillándose grandemente ante el Dios de sus padres. 13 Gimió y le dirigió instantes súplicas, y fue atendido, pues oyó su oración y le volvió a Jerusalén, a su reino. Entonces conoció Manasés que Yahvé es Dios.

**14 Después de esto reedificó la muralla exterior de la ciudad
de David, a occidente de Guijón, en el valle, desde la entrada
de la puerta del pescado, continuándola hasta el Ofel y elevándola
considerablemente, y puso jefes del ejército en todas las ciu-
dades fuertes de Judá. 15 Hizo desaparecer los dioses ajenos y
quitó de la casa de Yahvé el ídolo y todos los altares que había
alzado en el monte de la casa de Yahvé y en Jerusalén, y los
hizo arrojar todos fuera de la ciudad. 16 Restableció el altar de
Yahvé, y sobre él ofreció víctimas y sacrificios pacíficos y eu-
carísticos, y mandó a Judá que sirviese a Yahvé, Dios de Israel.
17 Pero el pueblo seguía sacrificando en los altos, aunque sólo
a Yahvé, Dios de Israel. 18 El resto de los hechos de Manasés, su
oración a Dios y las palabras de los videntes que le hablaron
en nombre de Yahvé, Dios de Israel, escrito está en el libro de
los reyes de Israel. 19 También su oración, y cómo fue oído,
y todos sus pecados y prevaricaciones, los lugares donde edi-
ficó altos y puso «aseras» e ídolos antes de humillarse, todo está
escrito en la historia de los videntes. 20 Durmióse Manasés con
sus padres y fue sepultado en el jardín de su casa. Le sucedió
Amón, su hijo.**

A causa de sus pecados, Dios le castigó enviando sobre él a los asirios, que, cazándolo con garfios (Ez 19,9; Job 40,26), le llevaron cautivo a Babilonia. En tal estado trató de apaciguar a Yahvé con la oración, humillándose ante Dios. Entonces conoció Manasés que Yahvé es Dios (v.13). Como consecuencia, hizo desaparecer los dioses extranjeros y todo cuanto tenía resabio de idolatría, mandando a Judá que sirviese al Dios de Israel.

Asaraddón (681-668) cita a Manasés entre los vasallos que le mandan a Nínive toda suerte de bienes. Le menciona también Asurbanipal (668-632) en su campaña contra Egipto como rey sometido a tributo. Pero en ninguna parte se alude a su cautividad. Tampoco el relato de 2 Re 21,1-18 habla de su conversión. El libro apócrifo *Oración de Manasés* habla de la salvación del pecador y de la misericordia divina, pero no puede afirmarse que reproduzca la oración del rey. Quizá su autor la compuso tomando como base las noticias de nuestro texto. No quitó Manasés los altos de Yahvé (v.17), que subsistieron en todo el tiempo anterior a la cautividad (2 Re 23,13-19). Sobre su sepultura, véase 2 Re 21,18.

Reinado de Amón (33,21-25 = 2 Re 21,19-26)

**21 Veintidós años tenía Amón cuando comenzó a reinar,
y reinó dos años en Jerusalén. 22 Hizo el mal a los ojos de Yahvé,
como lo había hecho Manasés, su padre, pues sirvió y sacrifi-
có Amón a todos los ídolos que había hecho su padre; 23 pero
nunca se humilló delante de Yahvé, como se humilló Manasés,
su padre; antes cometió crímenes mucho más grandes. 24 Cons-
piraron contra él sus servidores, y le mataron en su casa. 25 El
pueblo dio muerte a los que habían matado a Amón, y puso
por rey en su lugar a Josías, su hijo.**

El v.23 es una reflexión propia del autor de nuestro libro; lo otro es paralelo al texto del libro de los Reyes.

Josías, rey de Judá (34,1-13)

**1 Ocho años tenía Josías cuando comenzó a reinar, y reinó
treinta y un años en Jerusalén. 2 Hizo lo recto a los ojos de
Yahvé y anduvo por los caminos de David, su padre, sin apar-
tarse de ellos ni a la derecha ni a la izquierda. 3 A los ocho
años de su reinado, siendo aún mozo, comenzó a buscar al
Dios de David, su padre, y a los doce años comenzó a limpiar
a Judá y Jerusalén de altos, «aseras», esculturas e imágenes de
fundición. 4 Derribaron en su presencia los altares de los baales
e hizo pedazos los ídolos que estaban en ellos, abatió las «aseras»
y desmenuzó las esculturas y fundiciones, esparciendo el polvo
sobre las sepulturas de los que les habían sacrificado. 5 Quemó
los huesos de los sacerdotes de los ídolos sobre sus altares y lim-
pió a Judá y Jerusalén. 6 Igual hizo en las ciudades de Manasés,
Efraím y Simeón, hasta Neftalí, 7 y después de haber derribado
los altares y las «aseras» y de haber roto y desmenuzado las escul-
turas y destruido todos los ídolos por la tierra de Israel, se volvió
a Jerusalén. 8 A los dieciocho años de su reinado, después de
haber limpiado la tierra y el templo, mandó a Safán, hijo de
Asalías, y a Maasías, gobernador de la ciudad, y a Juaj, hijo de
Joajaz, cronista, que reparasen la casa de Yahvé, su Dios.
9 Vinieron éstos a Helcías, sumo sacerdote, y recibido de él
el dinero que había sido puesto en la casa de Yahvé y el que
los levitas y porteros habían recaudado de Manasés y Efraím
y de todo el resto de Israel, así como de todo Judá y Benjamín
y de los habitantes de Jerusalén, 10 lo entregaron a los encargados
de las obras de reparación del templo, para restaurarlo y re-
parar las ruinas. Estos dieron el dinero a los maestros encar-
gados de las obras de la casa de Yahvé, 11 los cuales lo entrega-
ban a los obreros que trabajaban para restaurar y reparar la
casa, a los carpinteros y canteros, para que comprasen piedra
en las canteras y maderas para las techumbres de los edificios
que habían destruido los reyes de Judá. 12 Estos hombres se
portaron con probidad en sus trabajos. Estaban bajo la vigi-
lancia de Jajat y Abdías, levitas, de entre los hijos de Merarí,
y de Zacarías y Mesulam, de entre los caatitas, todos ellos há-
biles músicos, 13 que vigilaban las obras y dirigían a los obreros
ocupados en los diversos trabajos; había además otros levitas
que hacían de secretarios, comisarios y porteros.**

A la lista de reyes fieles al reino teocrático: David, Salomón (Ecli 49,5 lo omite) y Ezequías añade el de Josías, del cual dice el texto que no se apartó «ni a la derecha ni a la izquierda», caminando por el recto sendero de la Ley. Según el lugar paralelo de Reyes, comenzó Josías su reforma a los dieciocho años, pero nuestro texto lo adelanta ocho años (v.3). También, según él, esta reforma precedió al hallazgo de la Ley. Hizo destruir Josías todos los ídolos, altares, objetos idolátricos y lugares altos, reduciéndolo todo a cenizas, que se esparcieron sobre las tumbas de los que habían sacrificado en ellos, contaminándose al contacto con los ídolos. Asimismo, los huesos de sus sacerdotes fueron quemados sobre los altares donde habían servido. La reforma alcanzó a todo el país, desde el extremo sur hasta la parte más septentrional (v.6).

Después emprendió la purificación (v.8) y restauración del templo, empleando el dinero depositado allí (24,8-14) y encargando a cuatro jefes de las familias levíticas de Merarí y Caat, hábiles músicos, la supervisión de las obras, asistidos por otros levitas en calidad de escribas, inspectores y porteros (v.13). El cronista pone de relieve la participación activa de los levitas en todos los movimientos encaminados al mayor esplendor del templo y de su culto.

Hallazgo del libro de la Ley (34,14-28a = 2 Re 22,8-13)

[14] Cuando se sacaba el dinero llevado a la casa de Yahvé, Helcías, sacerdote, encontró el libro de la Ley de Yahvé, dado por mano de Moisés. [15] Entonces Helcías, tomando la palabra, dijo a Safán, secretario: «He encontrado el libro de la Ley en la casa de Yahvé»; y se lo entregó a Safán. [16] Safán llevó el libro al rey y le dio cuenta del hallazgo, diciendo: «Tus siervos han hecho cuanto les has mandado, [17] reuniendo el dinero que había en la casa de Yahvé y entregándoselo a los inspectores y a los obreros». [18] Y Safán, secretario, añadió: «El sacerdote Helcías me ha dado este libro»; y Safán lo leyó ante el rey. [19] Cuando el rey oyó las palabras del libro de la Ley, rasgó sus vestiduras [20] y dio esta orden a Helcías, a Ajicam, hijo de Safán; a Abdón, hijo de Miqueas; a Safán, secretario, y a Asaya, servidor del rey: [21] «Id y consultad a Yahvé, por mí y por el resto que queda en Israel y en Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha encontrado; porque grande es la cólera de Yahvé, que se ha derramado sobre nosotros por no haber guardado nuestros padres la palabra de Yahvé y no haber puesto por obra todo lo que en este libro está escrito». [22] Helcías y los que con él había designado el rey fueron a la profetisa Julda, mujer de Salum, hijo de Tecua, hijo de Jasra, guarda del vestuario, que habitaba en Jerusalén, en el otro barrio de la ciudad. Después que ellos le manifestaron lo que tenían que decirle, [23] ella les respondió: «Así habla Yahvé, Dios de Israel: Decid al que a mí os envía: Así habla Yahvé: [24] Yo voy a traer sobre este lugar y sobre sus habitantes todas las maldiciones escritas en el libro que ha sido leído ante el rey de Judá, [25] porque me han abandonado y han ofrecido perfumes a otros dioses, irritándome con todas las obras de sus manos; mi cólera se derramará sobre este lugar y no se extinguirá. [26] Pero decid al rey de Judá, que os ha mandado a consultar a Yahvé: Así habla Yahvé, Dios de Israel, acerca de las palabras que has oído: [27] Por haberse conmovido tu corazón y haberte humillado ante Dios al oír sus palabras contra este lugar y contra sus habitantes; porque has rasgado tus vestiduras y has llorado ante Yahvé, también yo he oído, dice Yahvé, [28a] y tú te recogerás a tus padres y bajarás en paz al sepulcro y no verán tus ojos todas las desventuras que yo he de hacer venir sobre este lugar y sobre sus habitantes».

Se refiere el hecho siguiendo casi literalmente el texto paralelo de Reyes, excepto el v.14, que es propio de nuestro autor. El libro se encontró no precisamente en el lugar donde estaba depositado el dinero, sino durante la operación de sacarlo para sufragar las obras.

Reforma religiosa (34,28b-33 = 2 Re 23,1-3)

[28b] Ellos llevaron al rey esta respuesta. [29] El rey hizo reunir a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén; [30] y subió luego a la casa de Yahvé con todos los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes y los levitas y todo el pueblo, desde el más grande al más chico, y leyó delante de todos las palabras del libro de la alianza que había sido encontrado en la casa de Yahvé. [31] Estaba el rey sobre su estrado y renovó la alianza ante Yahvé, obligándose a seguir a Yahvé y a guardar sus mandamientos, sus preceptos y sus leyes con todo el corazón y toda el alma, poniendo por obra las palabras de la alianza escritas en el libro. [32] Hizo entrar en el pacto a todos los que se hallaban en Judá y Benjamín, y los moradores de Jerusalén hicieron según la alianza de Yahvé, Dios de sus padres. [33] Josías hizo desaparecer todas las abominaciones de toda la tierra de los hijos de Israel y obligó a todos cuantos se hallaban en Israel a servir a Yahvé, su Dios. Durante toda su vida no se apartó de Yahvé, Dios de sus padres.

Josías murió de muerte violenta (35,23), lo que parece contradecir al oráculo de Julda, que le augura una muerte pacífica. Quizá el autor reproduzca fielmente las palabras pronunciadas antes de la muerte del rey, que encontró escritas en la fuente literaria que emplea. Con todo, no vio Josías los males que se abatieron sobre su pueblo. Durante la lectura el rey estuvo de pie (23,13; 2 Re 11,14). En la asamblea figuran los levitas, pero no los profetas. A la observancia de la alianza se obligaron Judá y Benjamín, pero todos los israelitas eran obligados a servir a Yahvé, su Dios.

Solemne celebración de la pascua (35,1-19 = 2 Re 23,21-29)

[1] Josías celebró la pascua en honor de Yahvé en Jerusalén, y se inmoló la pascua el día catorce del primer mes. [2] Estableció a los sacerdotes en sus funciones y los animó al servicio de la casa de Yahvé. [3] Dijo a los levitas que enseñaban a Israel y estaban consagrados a Yahvé: «Colocada el arca santa en la casa que edificó Salomón, hijo de David, rey de Israel, ya no tenéis que trasladarla en hombros. Servid ahora a Yahvé, vuestro Dios, y a su pueblo Israel. [4] Aprestaos todos según vuestras casas paternas, según vuestras divisiones, conforme a la ordenación escrita por David, rey de Israel, y de Salomón, su hijo; [5] ocupad vuestros puestos en el santuario según las diversas casas paternas de vuestros hermanos los hijos del pueblo y según la clasificación de las casas paternas de los levitas. [6] Inmolad la pascua, santificaos y preparadla para vuestros hermanos, conformándoos a las palabras de Yahvé pronunciadas por Moisés». [7] Josías dio a las gentes del pueblo, a cuantos allí se hallaban, corderos y cabritos en número de treinta mil, todo para

la pascua, y tres mil bueyes, todo de la hacienda del rey. 8 Sus jefes hicieron voluntariamente un presente al pueblo, a los sacerdotes y a los levitas. Helcías, Zacarías y Jejiel, príncipes de la casa de Dios, dieron a los sacerdotes para la pascua dos mil seiscientos corderos y trescientos bueyes. 9 Conaya, Semeyas y Natanael, sus hermanos Jasabía, Jeiel y Jozabad, jefes de los levitas, dieron a los levitas para la pascua cinco mil corderos y quinientos bueyes. 10 Organizóse el servicio, y los sacerdotes y levitas ocuparon sus puestos, según sus divisiones, conforme a la orden del rey. 11 Inmolaron la pascua; los sacerdotes derramaron la sangre que recibían de mano de los levitas, y los levitas desollaron las víctimas. 12 Pusieron aparte los holocaustos para dárselos a las varias casas paternas de las gentes del pueblo para que se los ofreciesen a Yahvé, como está escrito en el libro de Moisés. Lo mismo hicieron con los bueyes. 13 Asaron la pascua al fuego, como está ordenado, y cocieron las cosas santas en calderas, calderos y sartenes, distribuyéndolas diligentemente al pueblo. 14 Luego prepararon lo que era para ellos y para los sacerdotes, pues los sacerdotes, hijos de Aarón, estuvieron hasta la noche ocupados en ofrecer los holocaustos y sebos; por eso los levitas hubieron de preparar para ellos y para los sacerdotes, hijos de Aarón. 15 Los cantores, hijos de Asaf, estaban en sus puestos, según las órdenes de David, de Asaf, de Hemán y de Jedetún, vidente del rey; y los porteros, cada uno en su puerta; no tuvieron que abandonar sus oficios, porque sus hermanos los levitas prepararon lo que era para ellos. 16 Así se organizó aquel día todo el servicio de Yahvé para celebrar la pascua y para ofrecer holocaustos en el altar de Yahvé, según las órdenes del rey Josías. 17 Los hijos de Israel que se hallaban allí celebraron entonces la pascua y la fiesta de los ácimos durante siete días. 18 Ninguna pascua semejante a ésta se había celebrado en Israel desde los días de Samuel, profeta, y ningún rey de Israel había celebrado una pascua semejante a esta que celebraron Josías, los sacerdotes y los levitas, todo Judá e Israel que allí se hallaba y los habitantes de Jerusalén. 19 Fue el año dieciocho del reinado de Josías cuando se celebró esta pascua.

Nuestro texto es una ampliación de la noticia dada por el autor del libro de los Reyes. Supone el texto que el arca de la alianza no estaba en el *debir*, de donde acaso había sido retirada por el impío Manasés o por el mismo Josías con motivo de hacer algunas reparaciones en el lugar (34,8-13). Sacerdotes y levitas juegan un papel decisivo en la fiesta de la pascua. La pascua no se celebrará en las casas particulares, sino en Jerusalén (Deut 16,5), el día 14 de Nisán (Ex 12,6). A la celebración de la pascua precede una reorganización del clero, señalándose las respectivas funciones de los sacerdotes y levitas. No debiendo ya los levitas llevar el arca, colocada definitivamente en el templo, se dedicarán en adelante al servicio de Dios y del pueblo. Ellos serán los educadores del pueblo e inmolarán por él la víctima pascual. Seguirá en vigor su repartición en clases que establecieron David (1 Crón c.33) y Salomón (8,14ss). Nuestro texto tiende a aumentar los poderes religiosos de los levitas

en relación a los del sacerdocio sadocita. Son los levitas los que preparan la comida pascual de los sacerdotes (v.14), de los cantores y porteros (v.15).

Muerte de Josías (35,20-27 = 2 Re 22,23-28)

20 Después de esto, después de haber reparado Josías la casa de Yahvé, Necao, rey de Egipto, subió para combatir en Carquemis a orillas del Eufrates. Josías le salió al paso, 21 y Necao le mandó emisarios que le dijeran: «¿Qué hay entre ti y mí, rey de Judá? No es contra ti contra quien voy yo ahora; es contra una casa con la que estoy en guerra, y Dios me ha dicho que me apresure. No te opongas, pues, a Dios, que está conmigo, no te destruya». 22 Pero Josías no se retiró y se disfrazó para entrar en el combate sin escuchar las palabras de Necao, que venían de la boca de Dios. Avanzó para atacarle en el valle de Megiddo. 23 Los arqueros tiraron contra el rey Josías, y el rey dijo a sus servidores: «Retiradme, que estoy gravemente herido». 24 Los servidores le sacaron de aquel carro y le pusieron en otro y le llevaron a Jerusalén. Murió y fue sepultado en el sepulcro de sus padres. Todo Judá y Jerusalén lloraron a Josías, 25 y Jeremías compuso una lamentación sobre Josías, que cantan todavía hoy los cantores y cantoras en sus lamentaciones sobre Josías, habiendo venido a ser esta costumbre como ley en Israel. Están escritas entre las lamentaciones. 26 El resto de los hechos de Josías, todas sus buenas obras, conforme a lo mandado en la Ley de Yahvé, 27 sus hechos primeros y postreros, escrito está en el libro de los reyes de Israel y Judá.

Necao II (609-594) corrió en ayuda de los asirios atacados por Babilonia y los medos, atravesando para ello Palestina. Josías, que había sacudido prácticamente el yugo asirio, sometiendo, al menos en parte, el reino del norte, vio amenazada su autonomía con la presencia de Necao en su territorio. En nombre de Dios, Necao le conmina para que le deje el paso libre, a lo que se opuso Josías, aprestándose al combate. Necao era instrumento de Dios para castigar a los asirios; oponérsele en esta ocasión equivalía a contrariar la voluntad divina. Por esta razón murió el rey teocrático ideal, Josías. Según Alfrink, el término *Dios* en boca de Necao designaba al rey de Asiria. En las letras de Tell el-Amarna, los cananeos dan a su soberano el título de *ilani:* Elohim. Asurbanipal había dejado en Egipto funcionarios asirios; la correspondencia entre ambos imperios se hacía en asirio; luego no es de extrañar que los mensajeros de Necao utilizaran el lenguaje oficial para designar al rey con el título de *ilani* (MARCHAL). Sin embargo, más probable es que el término *Dios* en boca de Necao designara a Yahvé y que se buscara una razón que explicara satisfactoriamente la extraña muerte de un rey tan piadoso. Todos lo lloraron, y se compusieron lamentaciones en su recuerdo (Jer 22,10.15.18; Zac 12,11-14), que no se han conservado.

Reinado de Joajaz (36,1-4 = 2 Re 23,30-34)

[1] El pueblo tomó a Joajaz, hijo de Josías, y le hicieron rey en lugar de su padre en Jerusalén. [2] Veintitrés años tenía Joajaz cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalén. [3] El rey de Egipto le depuso en Jerusalén y castigó al pueblo con una contribución de cien talentos de plata y un talento de oro. [4] El rey de Egipto puso por rey sobre Judá a Eliaquim, hermano de Joajaz, mudándole el nombre por el de Joaquim. Necao cogió a su hermano Joajaz y se lo llevó a Egipto.

Joaquim, rey de Judá (36,5-8 = 2 Re 23,36-37)

[5] Veinticinco años tenía Joaquim cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. Hizo el mal a los ojos de Yahvé, su Dios. [6] Nabucodonosor, rey de Babilonia, subió contra él y le cargó de cadenas de bronce para conducirle a Babilonia. [7] Llevóse Nabucodonosor a Babilonia los utensilios de la casa de Yahvé y los puso en su palacio de Babilonia. [8] El resto de los hechos de Joaquim, las abominaciones que cometió y lo que en él se halló, escrito está en el libro de los reyes de Israel y de Judá. Le sucedió Joaquim, su hijo.

El rey fue deportado a Babilonia; Nabucodonosor saqueó el templo. Parece que en época tardía se atribuyeron a Joaquim hechos que sucedieron en tiempos de Joaquín (Dan 1,1-2).

El rey Joaquín (36,9-10 = 2 Re 24,8-10)

[9] Dieciocho años tenía Joaquín cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses y diez días en Jerusalén. Hizo el mal a los ojos de Yahvé. [10] A la vuelta del año mandó el rey Nabucodonosor que le llevasen a Babilonia con los vasos preciosos de la casa de Yahvé, y puso en su lugar por rey a Sedecías, su hermano, sobre Judá y Jerusalén.

Sedecías, rey (36,11-13 = 2 Re 18,20; Jer 52,1-3)

[11] Veintiún años tenía Sedecías cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. [12] Hizo el mal a los ojos de Yahvé, su Dios, y no se humilló ante Jeremías, profeta, que le habló de parte de Yahvé. [13] Rebelóse asimismo contra Nabucodonosor, al cual había por Dios jurado fidelidad, y endureció su cerviz, y, obstinándose su corazón, no se volvió a Yahvé, el Dios de Israel.

Como noticia nueva cabe señalar que Sedecías no se humilló ante el profeta Jeremías (v.12b) (Jer 52,1-27).

La nación judaica (36,14-16)

[14] También todos los príncipes de los sacerdotes y el pueblo aumentaron sus prevaricaciones, siguiendo las abominaciones de las gentes y contaminando la casa de Yahvé, que él había

santificado en Jerusalén. [15] Yahvé, Dios de sus padres, les mandó sus mensajeros constantemente para amonestarlos, pues quería perdonar a su pueblo y a su casa. [16] Pero ellos hicieron escarnio de los mensajeros de Dios y menospreciaron sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Dios contra su pueblo y ya no hubo remedio.

Es como un resumen de la historia religiosa de Israel, tejida de múltiples y universales transgresiones y apostasías, causa de la ruina del reino y de la humillante cautividad de Babilonia. Constantemente les envió Dios profetas para que amonestaran a su pueblo, pues Yahvé «quería perdonar a su pueblo y a su casa». Pero el pueblo rebelde y de dura cerviz hizo escarnio de los mensajeros divinos, burlándose de los profetas. Viendo que no había muestras de arrepentimiento, decidió Dios castigar a su pueblo.

El fin (36,17-21 = 2 Re 25,9-10.14ss)

[17] Trajo contra ellos el rey de los caldeos, que pasó a cuchillo a sus mancebos en la casa de su santuario, sin perdonar a mancebo ni a doncella, a viejo ni a encanecido. A todos los entregó en sus manos. [18] Nabucodonosor llevó a Babilonia todos los utensilios de la casa de Dios, grandes y pequeños; los tesoros de la casa de Yahvé y los del palacio del rey y los de sus jefes. [19] Quemaron la casa de Dios, demolieron las murallas de Jerusalén, dieron al fuego todos sus palacios y destruyeron todos los objetos preciosos. [20] A los que habían escapado a la espada llevólos Nabucodonosor cautivos a Babilonia, y allí le estuvieron sujetos a él y a sus hijos hasta la dominación del reino de Persia, [21] para que se cumpliese la palabra de Yahvé pronunciada por boca de Jeremías, hasta que la tierra hubo reposado sus sábados, descansando todo el tiempo que estuvo devastada hasta que se cumplieron los setenta años.

La profecía atribuida a Jeremías (11,12; 29,10) combina un texto del Levítico (26,34-35) y los pasajes en que el profeta habla de una cautividad de setenta años en Babilonia (Jer 25,11-12; 27,7; 29,10)[1].

Hacia el futuro (36,22-23 = Esd 1,1-3a)

[22] El año primero de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Yahvé pronunciada por boca de Jeremías, Yahvé suscitó el espíritu de Ciro, rey de Persia, que hizo publicar de viva voz y por escrito, por todo su reino, este decreto: [23] «Así habla Ciro, rey de Persia: Yahvé, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha mandado edificarle una casa en Jerusalén, en Judá. ¿Quién de entre vosotros es de su pueblo? Que suba, y Yahvé sea con él».

Estos dos versos se leen al comienzo del libro de Esdras; son como un colofón que anuncia la historia del regreso del exilio y la

[1] F. Whintley, *The Term Seventy Years Captivity:* VT 4 (1954) 60-72; A. Orr, *The Seventy Years of Babylon:* VT 6 (1956) 304-306. En el comentario al libro de Esdras se expone la manera de entender esta fecha.

reconstrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén, surgiendo a su sombra con nuevos bríos la comunidad del pueblo judío.

Los anteriores versículos (16-21) parecían anunciar la ruina total y definitiva de Israel, del cual se desentendía Dios para siempre. Pero la misma profecía de Jeremías (v.21) sobre la destrucción de Babilonia y la dominación del reino de Persia (Jer 25,12; 27,7; 29,10) hacen presagiar el advenimiento de tiempos mejores. Entretanto, por el alejamiento temporal de Israel de su heredad, se cumplirán las prescripciones sacerdotales antiguas sobre el año sabático (Ex 23,10-12; Lev 25,2-7) y el jubilar (Lev 25,8-22; 26,32-35), que no se observaron desde muchos años. Cumplido el plazo señalado por el profeta (Esd 1,1), volverá Israel a su tierra, se restaurará el templo y regirán de nuevo todas las instituciones davídicas. El mismo Dios cuidará de poner término a la situación actual, suscitando el espíritu de un monarca pagano para edificarle una casa en Jerusalén. Los que forman parte de *su* pueblo pueden regresar a su patria y ponerse de nuevo bajo la protección de su Dios. El libro termina con una nota optimista y una clara alusión a la infinita misericordia de Dios, que acoge al pecador arrepentido, devolviéndole lo que había perdido por el pecado.

ESDRAS-NEHEMIAS

INTRODUCCION

Título

Llámanse así por razón de que los protagonistas de los mencionados libros son Esdras y Nehemías. En el antiguo canon judío formaban un solo libro, que llevaba el título de *Esdras;* la misma unidad existía en los antiguos códices griegos (B, S, A) de los LXX, en los que ocupa el primer puesto el libro de Esdras A, que corresponde al III de Esdras, apócrifo, seguido de Esdras B, o sea de los libros canónicos de Esdras-Nehemías. Los Santos Padres dividieron el libro en dos, atendiendo a su argumento. Al primero llamaron Esdras, y Nehemías al segundo, por razón de las palabras de Neh 1,1. Esta división entró en el texto hebraico a partir de la edición de D. Bomberg (Venecia 1917). En la Vulgata se les llama 1 y 2 de Esdras.

Texto

El libro fue escrito originariamente en hebreo en su mayor parte, bien conservado en general, pero deficiente en cuanto a la transcripción de los nombres propios y números. En general, la lengua hebraica es decadente en cuanto a la gramática y sintaxis, principalmente en las partes que son propias del autor; menudean los aramaísmos. Dos pasajes están escritos en lengua aramaica, Esd 4,8-6, 18; 7,12-26, sobre cuya índole disputan los autores. La versión griega se ha conservado en los códices B, S, A; fue hecha directamente del hebreo; de gran utilidad para la crítica textual es la revisión de Luciano. En general, el texto griego es inferior al hebreo (KLOSTERMANN).

Argumento y división

Tres son los temas principales que se desarrollan en el libro: 1) Reconstrucción del templo (Esd c.1-6, menos 4,6-23). 2) Reparación de los muros de Jerusalén y repoblación de la misma (Esd 4, 6-23; Neh c.1-13). 3) Bases jurídicas del judaísmo (Esd c.7-10). A la restauración material, moral y religiosa de la comunidad hebraica se dedicaron los sionistas a partir del decreto de Ciro (538 a. C.). Podríamos dividir el libro de Esdras en dos partes: 1) Vuelta de los primeros cautivos bajo el caudillaje de Zorobabel (c.1-6). 2) Caravana de repatriados conducidos por Esdras y reforma de costumbres (c.7-10). También el libro de Nehemías presenta una doble división: 1) Nehemías llega a Jerusalén (c.1-7). 2) Reforma llevada a cabo por Esdras.

Autor

Cada día toma más auge la sentencia de los que defienden que al principio los libros de Esdras y Nehemías formaban parte integrante de las Crónicas, siendo uno mismo el autor de unos y otras. Los que admiten esta unidad de autor insisten en las analogías; pero, si bien es verdad que entre estos libros es idéntico el espíritu de redacción, existen diferencias en cuanto al método empleado. La época de la redacción final es la de Alejandro Magno.

Documentos

En la primera parte del libro de Esdras (1,1-6,22) hallamos una sección en hebreo y otra en aramaico (4,6-6,18). En la hebraica cabe distinguir dos documentos: 1) edicto de Ciro (1,1-4), que se reproduce en 6,3-5, y 2) elenco de repatriados (2,1-70), que, con ligeras variantes, se halla en la segunda (4,6-6,22), donde se incluyen los siguientes documentos: *a)* carta de los samaritanos a Artajerjes (4,7-16); *b)* respuesta del rey (4,17-22); *c)* carta de Tatnaí y Setar-Boznaí a Darío I (5,6-17), y *d)* contestación del monarca (6,3-12). El autor sagrado ha añadido a las mencionadas fuentes algunas indicaciones (4,7), las ha encuadrado en su contexto histórico (4,24-5,5), ha puesto una conclusión de índole histórica (6,13-18), terminando con una noticia sobre la celebración de la pascua (6,19-22). A las fuentes mencionadas cabe añadir, según algunos autores, otra de origen hebraico en los dos primeros capítulos, visible, según dicen, en Esd 1,2-4.8-11.

En la última parte del libro (c.7-10) aparecen las memorias de Esdras. Según Lusseau, este documento representa la relación global de su memorial destinado a las autoridades persas (7,1-10,44). Es importante este documento por los datos cronológicos que encierra. En estas memorias se incluye una carta, en arameo, del rey Artajerjes a Esdras, sacerdote y escriba (7,11.26).

Las memorias de Nehemías abarcan desde Neh 1,1 hasta 12, 27-13,3, con la inserción de otros documentos contemporáneos (Neh 3,1-32; 11,4.19) y otro de origen más antiguo (7,6-72). El autor no siempre reproduce íntegramente las fuentes de que se sirve; algunas veces ha suprimido aquello que no interesaba y ha añadido algo que conducía a su fin (Neh 11,25-12,26; Neh 8,7.9; 9,4-5; 12,33-36); otras las ha resumido (Esd 4,6-7; 7,1-11) o retocado ligeramente o las ha desplazado de su contexto (Esd 4,6-6,18). Los capítulos Neh 8-10 interrumpen el discurso directo, desplazan la reforma material al terreno religioso y moral, reapareciendo la figura de Esdras. Su colocación plantea un problema no resuelto todavía.

¿Esdras-Nehemías, o a la inversa?

La lectura del libro supone que los acontecimientos se sucedieron según el orden cronológico actual de Esdras-Nehemías.

Este orden tradicional es puesto en tela de juicio por muchos autores recientes, católicos e independientes, siguiendo a Van Hoonacker, quienes proponen el siguiente curso de los acontecimientos:

1) reconstrucción del templo por los repatriados con ocasión del edicto de Ciro (año 538) (Esd 1,1-6,22); 2) en el año veinte de Artajerjes I Longímano (445-44) se dirige Nehemías a Jerusalén, emprendiendo el trabajo de reconstrucción de las murallas; 3) al año séptimo del reinado de Artajerjes II Mnemone (404-358), es decir, el 398, llegó Esdras a Jerusalén para acometer la reforma religiosa (Esd 7,1-10,44). Sus argumentos tienen importancia, lo que explica el gran favor que ha encontrado esta inversión entre los autores católicos (Touzard, Renié, Ricciotti, Vandervost, Pelaia, Lemaire-Baldi, etc.) e independientes. Pero no son decisivos. Es difícil, escribe Dhorme, pronunciarse sobre esta cuestión, que obligaría a reconsiderar toda la historia de la restauración hecha por Esdras y Nehemías. Según el espíritu del autor sagrado, el templo es antes que la ciudad, el sacerdote antes que el gobernador.

Podríamos amontonar razones en pro y en contra de esta debatida cuestión; nuestra posición coincide con la de Schneider al decir que se inclina más por la prioridad de Nehemías; pero, haciendo suyas unas palabras del P. De Vaux [1], añade: «Sin embargo, no estoy todavía convencido de ello. Lemaire-Baldi y Pelaia confiesan que las razones aportadas para la prioridad de Nehemías no son apodícticas; tomadas aisladamente, pueden impugnarse; consideradas en su conjunto, tienen gran valor».

Historia profana del período Esdras-Nehemías

Las noticias sobre la repatriación y reorganización de la comunidad judaica en Jerusalén por obra de Esdras y Nehemías corresponden a un marco histórico que tiene como término *a quo* el año 538 y como fin el reinado de Artajerjes II (405-358). El año 539, Ciro entró triunfante en Babilonia. Murió en 530, sucediéndole su hijo Cambises (530-522), que sometió a Egipto, achacándole Heródoto haberse dejado dominar allí por su «locura sacrílega», noticia que confirma un texto de Elefantina en que se dice que destruyó todos los templos egipcios, excepto el de Yaho (Yahvé) (Pritchard, 492).

A Cambises siguió Darío I (521-486), que unificó el imperio, construyó una red de caminos por todo el país, dividió el imperio en veinte satrapías, ensanchando sus límites. La quinta satrapía, llamada Abarnahara, comprendía Palestina, Fenicia, Chipre y Siria. Sucedióle Jerjes (485-465). Fue un rey muelle, afeminado, despótico y cruel. En el libro de Ester se da de él un retrato muy parecido a este que hemos mencionado de Heródoto. Fue asesinado en una revuelta de palacio, junto con su hijo Darío. Subió al trono Artajerjes I (465-424), con el sobrenombre de Longímano. A su muerte reinó su hijo Jerjes II, sólo por cuarenta y cinco días. Darío II (424-405), hijo de Artajerjes, siguió las inspiraciones de su mujer Parisatis. Del séptimo año de Darío (417) se conserva un texto del sátrapa de Egipto, Arsames, que señala a los judíos de la colonia de Asuán la manera de celebrar la pascua [2].

[1] RB 63 (1956) 423-427.

[2] De esta fecha data el mensaje de los sacerdotes de Elefantina «a nuestro señor Bagohi, *peha* de Judea». En él se narra la destrucción del santuario del dios Yaho en la fortaleza de Elefantina por parte de Widarnac, instigado por los sacerdotes del dios Khnum. Se añade

A él siguió Artajerjes II (405-358), llamado Mnemone. Tuvo que sofocar la revuelta de su hermano Ciro el Joven, a quien venció en la batalla de Kunaxa (401 a. C.). El año 404, Egipto consiguió la independencia, dando inicio la 28 dinastía. Los partidarios del orden Nehemías-Esdras colocan la misión de este último el año 398 a. C., en tiempos en que a la dinastía 28, de Amirteo, sucedió la 29, de Neferites I (398-392), contra la que combatía encarnizadamente Artajerjes. ¿Era buena esta fecha para autorizar la repatriación de numerosos judíos capitaneados por Esdras?

Esta rápida ojeada histórica confirma que la historia bíblica y profana corren paralelas, sin desacuerdos ni antinomias.

Los judíos en el imperio persa

Los judíos marcharon al destierro por última vez el año 587 por orden de Nabucodonosor. En un principio fueron recluidos en campos de concentración, de donde fueron sacados para dedicarse a trabajos de construcción, de canalización y riegos agrícolas. Estableciéronse en lugares cercanos a Babilonia, junto al río Kebar, en Tell Abib (Ez 3,15) y otros lugares de la región de Nippur. Acudían a Babilonia en busca de trabajo o se afincaban en el campo dedicados a la explotación agrícola (Ez 3,15-23). Pronto gozaron de relativa libertad de movimientos, autorizándoseles enviar cartas a Palestina (Jer c.29; 51,59; Neh 1,1ss), agruparse y gobernarse por sus ancianos (Jer 29,1; Ez 8,1; 14,1). Con el tiempo, la fortuna sonrió a no pocos, que atesoraron grandes riquezas, ocuparon elevados cargos, mientras otros vivían en la indigencia. Se han conservado los archivos de la familia Murashu, que en tiempos de Artajerjes I y Darío II dedicábase a operaciones bancarias, al comercio, administración de bienes, etc. [3]. Con abundantes medios de vida en Babilonia, se comprende que muchos se negaran a repatriarse llegado el momento de la libertad en tiempo de los persas.

La administración persa mostróse liberal con los pueblos subyugados por Babilonia, a los que se autorizaba gobernarse según sus propias leyes. Los primeros gobernadores de los repatriados pertenecían a la dinastía davídica.

Renovación religiosa

Fue el exilio una dura prueba para Israel (Jer 31,15). Corría peligro de que al contacto con los pueblos paganos perdiera su peculiaridad religiosa, su sentimiento de pertenencia a Yahvé y de

en el mensaje que enviaron «una carta a nuestro señor, el sumo sacerdotes Yojanán, y a sus colegas, los sacerdotes de Jerusalén; a Ostán, hermano de Anani, y a los judíos notables; pero hasta hoy no hemos recibido ninguna carta de respuesta». De Bagohi esperan recibir una carta favorable a la reconstrucción del templo de Yaho. «Todavía una palabra: De todo este asunto hemos informado en una carta a Delayas y a Selemías, hijos de Sambalat, gobernador de Samaria. De todo lo que se ha obrado en contra de nosotros, nada sabe Arsames. A veinte de Marheshwan del año XVII del rey Darío». La respuesta llegó: «Memorándum de Bagohi y Delayas. He aquí lo que me dijeron. Tú dirás a Egipto delante de Arsames... Debe reconstruirse (el templo) en el lugar donde existió antes, y se ofrecerán oblaciones e incienso sobre este altar, conforme se hacía antes» (PRITCHARD, 491-492). Esta intervención del sátrapa Arsames en favor de los judíos se ilustra con nuevos documentos. E. G. KRAELING, *New Light on the Elephantine Colony:* BA 15 (1952) 50-67; G. R. DRIVER, *Aramaics Documents of the Fifth Century. B. C.* (Oxford 1954).

[3] G. CARDASCIA, *Les Archives de Murashu* (París 1951).

renegar de un Dios que en concepto de algunos, no fue capaz de liberarlo de manos de Nabucodonosor. Pero la actividad de los profetas, sobre todo Jeremías y Ezequiel, salvó al pueblo en esta coyuntura trágica. Israel supo reaccionar favorablemente. Ezequiel fue el promotor de las grandes corrientes religiosas existentes después del exilio: separación total del mundo pagano, estudio de la Ley. Las almas encontraban asimismo una literatura tonificante en el oráculo de Is c.40-55, que, a causa de sus predicciones mesiánicas, excitaba también el patriotismo. Con el exilio nace el judaísmo y se constituye el Estado-Iglesia [4].

Los repatriados iniciaron su vida según las Escrituras, que, por obra de Esdras, se comienzan a codificar formando el canon de las Escrituras sagradas. En toda la literatura sagrada, mosaica y profética, coleccionada en esta época, se encontraba la respuesta de Israel a la revelación divina. Restauróse el altar de los sacrificios, el templo y la ciudad santa; Israel surgía con espíritu y corazón nuevos (Ez 6,9; 11,19) y reanudaba su alianza con Dios (Ez 11,20; 14,11).

Doctrina religiosa

Los judíos que habitaban en Babilonia no se desentendieron de sus hermanos que en Judea ponían las bases del nuevo Estado de Israel. Zorobabel, Esdras y Nehemías fueron hombres providenciales, instrumentos de que se sirvió Dios para despertar la conciencia de su pueblo escogido. Sometido Israel al dominio persa, no trató de sacudir su yugo, proclamar su independencia nacional, sino que centró todas sus actividades en torno al templo y a la sombra de los muros de la Ciudad Santa. La Ley será su norma de fe y costumbres; de su meditación y estudio surgirán diversas leyes encaminadas a separar, segregar al pueblo escogido de las gentes del país y obligarle a un comportamiento escrupuloso de las leyes de la teocracia. Quienes se negaban a acatarlas eran separados de la comunidad. Israel se agrupa en torno a un solo Dios, a un único templo servido por sacerdotes y levitas. En las sinagogas empezó a leerse la Ley y los Profetas, con lo que se recuerda constantemente al pueblo sus deberes religiosos. Un cuerpo de escribas se entrega al estudio de la Escritura. Es una época de renovación espiritual silenciosa, pero eficaz.

BIBLIOGRAFIA

A) Comentarios

A. MÉDIEBELLE, *Esdras-Néhémie:* «La Sainte Bible» (París 1949); A. VACCARI, *Esdra, Neemia:* «La Sacra Bibbia» (Firenze 1948); A. FERNÁNDEZ, *Comentario a los libros de Esdras y Nehemías:* «Collectanea Biblia» 4 (Madrid 1950); H. BÜCKERS, *Die Bücher Esdras und Nehemias:* «Herder's Komm.» (Friburgo 1953); A. GELIN, *Le livre d'Esdras et Néhémie:* «Biblia de Jerusalén» (París 1956); R. A. DYSON, *Esdras-Nehemias:* «Verbum Dei», vol.2 (Barcelona 1956); F. MICHAELI, *L'Ancien Testament:* «Bible de la Pléiade» (París 1956); A. PELAIA, *Esdra-Nehemia:* «La Sacra Bibbia» (Turín 1956);

[4] DE VAUX, *Israel:* DBS 761.

M. Rehm, *Esdra-Nehemias:* «Echter Bibel» (Würzburg 1956); B. Ubach, *Esdras-Nehemias:* «La Biblia» (Montserrat 1958); H. Schneider, *Die Bücher Esra und Nehemia:* «Com. Bonn» (Bonn 1959); *W. Rudolph, *Esra und Nehemia samt 3 Esra:* «Handbuch z. AT» (Tübingen 1949) (independiente); *K. Galling, *Die Bücher der Chronik, Esra, Nehemia:* «Das Alte Testament» (Göttingen 1954); *L. W. Batten, *The Books of Ezra and Nehemias:* «International Commentary» (Edimburgo 1913).

B) Estudios especiales

A. Van Hoonacker, *Néhémie et Esdras. Une nouvelle hypothèse sur la chronologie de l'époque de la restauration juive:* «Le Muséon», 9 (1890) 151-184.317-351.389-401; Id., *La succession chronologique Néhémie-Esdras:* RB 32 (1923) 481-494; 33 (1924) 33-64; J. Touzard, *Les juifs au temps de la période persane:* RB 23 (1915) 59-133; A. Clamer, *Esdras Néhémie:* DTC 5,535-550; A. Fernández, *Epoca de la cautividad de Esdras:* B 2 (1921) 424-447; Id., *Indole y autenticidad del decreto de Ciro (Esd 1,1-14):* EB 8 (1936) 17-35; *Esdras 9,9 y un texto de Josefo:* B 18 (1937) 207-208; S. Navarro, *¿Esdras-Nehemías?:* EB 5 (1933) 12-19; B. Santos Olivera, *Una oración modelo (Esd 9,5-15):* «Revista Española de Estudios Bíblicos», 2 (1927) 147-151; A. Ibáñez Arana, *Sobre la colocación original de Nehemías:* EB 10 (1951) 379-402; A. S. Kapelrud, *The Question of Authorship in te Ezra-Narrative. A Lexical Investigation* (Oslo 1944); R. de Vaux, *Les décrets de Cyrus et de Darius sur la réconstruction du temple:* RB 46 (1937) 29-57; E. J. Bickermann, *The Edict of Cyrus in Ezra:* JBL 65 (1946) 249-275; N. H. Snaith, *The Date of Ezra's Arrival in Jerusalem:* ZAW 63 (1951) 53-66; H. Cazelles, *La Mission d'Esdras:* VT 4 (1954) 113-140; V. Pavlovsky, *Die Chronologie der Tätigkeit Esdras. Versucheiner neuen Lösung:* B 38 (1957) 275-305.428-456; E. Cavaignac, *Mèdes et Perses:* DBS 868-82; J. Gabriel, *Zorobabel* (Viena 1935); J. Wright, *The Date of Ezra's coming to Jerusalem* (Londres 1947); H. H. Rowley, *The Chronological Order of Ezra and Nehemia* (Budapest 1948); Id., *Nehemiah's Mission and its Background:* BJRL 37 (1954) 528-561; 38 (1955) 166-198; H. Vincent, *Les murs de Jérusalem d'après Néhémie:* RB 12 (1904) 56-74. Sobre el ambiente religioso de la época de Esdras: H. H. Rowley, *Sanballat and the Samaritan Temple:* BJRL 38 (1955-1956) 166-198; P. Antoine, *Garizim:* DBS 3,535-561; A. Vincent, *La religion des judéo-araméens d'Eléphantine* (París 1937); C. H. Gordon, *The Origin of the Jews in Elephantine:* JNES 14 (1955) 56-58; M. J. Lagrange, *Le Judaïsme avant Jésus-Christ* (París 1931). Más bibliografía encontrará el lector en el curso del comentario y en las citadas obras de Schneider, Pelaia y Fernández.

E S D R A S

Primera parte

LA VUELTA DE LOS PRIMEROS CAUTIVOS (c.1-6)

El libro de Esdras puede dividirse en dos grandes partes: 1) Regreso de la cautividad de Babilonia (c.1-6). 2) Ministerio de Esdras (c.7-10). En la primera, después de señalar la esplendidez del rey, refiere el autor la constitución de la primera caravana bajo el caudillaje de Zorobabel (Sesbasar), señala las familias que componían este primer contingente de repatriados y cuenta las incidencias que acompañaron y siguieron a la empresa de restaurar el altar de los holocaustos, el templo de Jerusalén y su dedicación.

Una coyuntura providencial (1,1-4)

**1 El año primero de Ciro, rey de Persia, para que se cum-
pliese la palabra de Yahvé por boca de Jeremías, profeta, excitó
Yahvé el espíritu de Ciro, rey de Persia, que hizo pregonar de
palabra y por escrito por todo su reino: 2 «Así dice Ciro, rey de
Persia: Yahvé, Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos
de la tierra y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén,
en Judá. 3 ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea
Dios con él y suba a Jerusalén, que está en Judá, y edifique la
casa a Yahvé, Dios de Israel; El es el Dios que está en Jerusalén.
4 Y en todo lugar donde habiten restos del pueblo de Yahvé,
ayúdenles las gentes del lugar con plata, oro, utensilios y gana-
dos, con dones voluntarios para la casa de Yahvé, que está en
Jerusalén».**

Empieza el libro por señalar la fecha del decreto real que abría a los judíos la esperanza de volver a su patria. Su autor pone de relieve que este edicto se publicó «para que se cumpliese la palabra de Yahvé por boca de Jeremías profeta», e indica en líneas generales su contenido.

De rey vasallo a monarca soberano

Cuando los judíos partieron para el exilio (2 Re 25,21), todo el Próximo Oriente, desde las fronteras de Egipto hasta el Indo, se hallaba bajo el dominio de los dos grandes imperios de Babilonia y de la Media. El rey de la Media, Ciaxares, que había contribuido eficazmente a la desaparición del imperio asirio (614-612 a. C.), reinaba en Ecbatana sobre un vasto territorio. Sucedióle su hijo Astiages (583-553), indolente y vicioso, que perdió el imperio en lucha con un rey vasallo que, a partir del año 550, fue llamado «rey de Persia». En efecto, dentro del gran imperio medo existían algunas tribus sobre las cuales ejercía el rey un dominio indirecto, a través de algunos príncipes dependientes, en más o menos grado, de Ecbatana. Una de tales tribus era la de los Pasargades, a la cual pertenecía la poderosa familia de los Aqueménidas. El primer rey de la misma fue *Teispés*, hijo del legendario Aquemenes, quien, después de ocupar el territorio de Elam en guerra contra Asurbanipal (Jer 25,25; 49,35-39; Ez 32,24), proclamóse rey de Anzán. A él sucedieron Ciro I y Cambises I. Hacia el año 559, el hijo de este último, Ciro II el Grande, subió al trono, empezando en 553-552 la lucha por la independencia, dominando a los medos con la conquista de Ecbatana y la derrota de Astiages. Creso, rey de Lidia, trató de formar una liga defensiva con Egipto y Babilonia para oponerse al avance de Ciro, pero fue vencido por éste en Pteria, la actual Boghazcoi. Babilonia veíase amenazada; su rey Nabónides reunió tropas en Teima, pero capituló ante Ciro, quien se presentó

ante los muros de Babilonia el 16 del mes Tishri (septiembre-octubre) del año 539. La ciudad cayó en su poder con la ayuda eficaz del desertor de Babilonia Gobryas (Ugbaru), gobernador de Gutium, y de Gadatas. Nabónides huyó de la ciudad, que cayó sin lucha [1].

Los sacerdotes de Marduk y la población reconocieron a Ciro por rey legítimo del país. A Nabónides le perdonó la vida, en tanto que su hijo Baltasar, asociado al trono de su padre, murió en el palacio, donde se había refugiado. En la crónica babilónica de Ciro se lee: «Yo soy Ciro, el rey del mundo, el gran rey, rey legítimo, rey de Babilonia, rey de Sumer y de Acad, rey de las cuatro regiones; hijo de Cambises, gran rey, rey de Anzán; descendiente de Teispés, gran rey, rey de Anzán; hijo de una familia que ha ejercido siempre el poder real» (PRITCHARD, 316). Ciro quedó dueño de un vasto imperio que se extendía desde el Mediterráneo hasta las primeras estribaciones del Himalaya. Desde el año 550 era rey de los persas y de los medos.

POLÍTICA RELIGIOSA DE CIRO

Al revés de los soberanos de Babilonia y de Asiria, Ciro adoptó una política de apaciguamiento, tolerancia y respeto hacia los pueblos vencidos. Hombre religioso, reconocía a Ahura Mazda como dios «superior a todos los otros dioses, creador de los cielos y de la tierra, que creó a los hombres, a los que dio su bendición» (PRITCHARD, 317). Pero cabe este dios supremo reconocía a otros dioses secundarios que le habían sido propicios en sus conquistas y le habían abierto las puertas de las ciudades en las que eran ellos venerados. De ahí que su habilidad política le llevara a respetar los santuarios de los diversos dioses de los países conquistados; a contribuir a su reconstrucción en caso de haber sido damnificados por la guerra y embellecerlos en el supuesto de encontrarse en estado de dejadez y abandono. A todos los pueblos se les concedía libertad de culto, presentándose a cada pueblo como servidor y enviado del dios local. De esta manera quiso Ciro probar que era él el bienhechor y padre de todos los pueblos. De su política de tolerancia religiosa existe una prueba en el cilindro de Rassam [2].

[1] PRITCHARD, 306. Para estos acontecimientos pueden consultarse: E. DHORME, *La mère de Nabonide:* «Recueil Dhorme» (París 1951) 325-350; ID., *Cyrus le Grand:* ibid., 351-381; ID., *La fille de Nabonide:* «Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale», 11 (1914) 105-117; R. DUSSAUD, *Sur le chemin de Suse et de Babylone:* «Mélanges Franz Cumont» (1936) 143-150; H. DE GENOUILLAC, *Nabonide:* «Revue d'Assyriologie et d'Archéologie», 22 (1925) 71-83; S. SMITH, *Babilonian Historical Texts relating the Capture and Downfall of Babylon* (Londres 1924), que publica la llamada «Crónica de Nabónides», reproducida por PRITCHARD, l.c., 305-7. Para el imperio persa, véase A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire* (Chicago 1948); H. H. SCHAEDER, *Das persische Weltreich* (Breslau 1940-1941).

[2] Dice allí Ciro que Marduk «buscó un príncipe recto conforme a los deseos de su corazón» y escogió a Ciro, rey de Anzán, «llamándole al gobierno del mundo. Marduk, el gran señor, protector de su pueblo, miró con complacencia sus obras pías y su corazón recto. Le ordenó marchara sobre Babilonia, y marchó él mismo a su lado, como amigo y camarada». Hizo Marduk que Ciro «entrara en Babilonia, su ciudad, sin batalla ni combate, preservándola de disturbios. Entregó a Nabónides en sus manos, al rey que no lo honraba... Cuando entré pacíficamente en Babilonia... Marduk, el gran señor, inclinó el noble corazón de los hijos de Babilonia hacia mí, en tanto que yo, todos los días, tenía cuidado de venerarlo... Por mi obra regocijóse Marduk, el gran señor, que me colmó de favores a mí, el rey que lo adora, y a Cambises, mi hijo, salido de mi carne, y a todas mis tropas. Con mucho agrado exaltamos

Por estos textos profanos aparece el celo de Ciro por reconstruir los templos y asegurar el culto de los dioses de todos los países de su vasto imperio. Con ello creía él granjearse no solamente el favor de las distintas divinidades, sino de los pueblos que las consideraban como dioses propios suyos. De ahí que el autor del cilindro arriba mencionado considere a Ciro como soberano providencial enviado por Marduk.

También Isaías celebra en términos parecidos la elección de Ciro por parte de Yahvé: «Yo le he suscitado del septentrión, y ya llega, llamado por su nombre, del lado del levante» (Is 41,25). «Yo digo a Ciro: Tú eres mi pastor, y él hará lo que yo quiera. Yo digo a Jerusalén que será reedificada y que su templo será reconstruido» (Is 44,28; 45,1-4). De la manera de comportarse Ciro con los países vencidos se explica satisfactoriamente el hecho de que autorizara oficialmente a los judíos el regreso a su patria y la reconstrucción en Jerusalén del templo dedicado a su dios nacional. No es creíble que, dada su amplitud de miras religiosas para los pueblos paganos, hiciera una excepción para el pueblo judío y su Dios».

«EL AÑO PRIMERO DE CIRO»

Al autor del libro no importan los veinte años que precedieron a la toma de Babilonia por Ciro, por no tener relación directa con la historia del pueblo de Israel. Sólo con la caída de Babilonia a principios de otoño del año 539 pasaron los israelitas a ser súbditos del soberano persa. De ahí que, para el cronista, «el año primero de Ciro» corresponde al que sigue inmediatamente a la ruina del imperio babilónico, empezando en el mes de Nisán (marzo-abril) del año 538.

Dios tiene en sus manos las riendas de la historia y dispone los acontecimientos como le place (Is 44,24; 48,1-16; 52,1-11). Como hemos visto en los textos de Isaías (41,25; 44,28), fue Yahvé quien suscitó a Ciro y el que le empujó a conceder la libertad a los judíos. Al inspirarle que publicara un decreto de libertad en favor de los judíos, quiso Dios que se «cumpliese la palabra de Yahvé por boca de Jeremías». Los profetas hablaban lo que Dios les comunicaba. Los oráculos de los profetas debían realizarse necesariamente, por cuanto era Dios, que se servía de ellos como de meros instrumentos para manifestarse a los hombres.

PROFECÍA DE JEREMÍAS

Desde el año 606 había anunciado Jeremías «que (Dios) hacía desaparecer de Israel los cantos de alegría, las voces de gozo, el canto del esposo y el canto de la esposa, el ruido de la muela y el

su divinidad». Pero no sólo Marduk, dios de Babilonia, sino todos los otros dioses encontraron en Ciro su gran protector. «A todos los dioses de Sumer y Akkad que Nabónides, con la cólera del dios de los cielos, había reunido en Babilonia, hice, por encargo de Marduk, que encontraran en sus santuarios una mansión agradable a su corazón. Que todos los dioses que yo devolví a sus ciudades hablen cotidianamente a Bel y a Nabu de alargar mi vida, y que digan a mi señor Marduk: De Ciro, el rey que te teme, y de Cambises, su hijo...» (PRITCHARD, 315-316).

resplandor de las antorchas. Toda esta tierra será desierto y desolación y servirán entre los pueblos setenta años» (25,10-11). Al cabo de los mismos pedirá Dios cuentas al rey de Babilonia. Entonces, al cumplirse el plazo señalado, «yo os visitaré y cumpliré la promesa de traeros a este lugar» (29,10). Según estos textos, el imperio babilónico, fundado por Nabucodonosor, se mantendrá en pie unos setenta años, al término de los cuales dejará de existir, coincidiendo su ocaso con la libertad de los judíos cautivos.

Presenta cierta dificultad esta fecha de los setenta años, por desconocerse el término *a quo* de la misma. Dos fechas señalan el principio y fin del exilio: 587 y 537 a. C. No parece que Jeremías cuente los años a partir de la primera de las mencionadas fechas, sino a partir del año en que anunció el oráculo. En efecto, en 606 a. C. pronunciaba el oráculo contenido en 25,11-12, y en aquella fecha habíanse puesto los antecedentes que desembocarían en la deportación definitiva del año 587. Jeremías pronunció su famosa profecía el año cuarto del rey Joaquín, es decir, hacia el 606. Con este cómputo tenemos que desde 606 hasta 537 median sesenta y nueve años. Como de costumbre, los profetas suelen emplear números redondos, ejemplo que siguió Jeremías en nuestro caso.

El P. Colunga [3] considera el número setenta como simbólico, significando «el espacio de tiempo de la prueba más grave a que Dios sometió a su pueblo» (p.363). Según él, desde el año 605 hasta el 586 fue obra de *justicia;* del 587 al 539, obra de *penitencia;* del año 538 al 398, obra de *misericordia*, que se inicia con el decreto de Ciro y se prolonga hasta la era mesiánica. Aunque quepan en el texto tales interpretaciones, no vemos la razón por la cual no deba tomarse el texto en su sentido literal y obvio. El texto masorético no autoriza la sustitución del profeta Jeremías por Isaías, como pretende Batten.

El decreto de Ciro

Refiere Flavio Josefo [4] que los judíos mostraron a Ciro el texto de la profecía de Isaías en la cual aparecía su nombre, quedando él tan impresionado que promulgó inmediatamente el decreto de libertad. Sea lo que fuere de esta noticia, el proceder de Ciro para con los judíos concuerda perfectamente con sus métodos de gobierno. El edicto real, más que obra de Ciro, debe considerarse como una prueba de que Dios mueve, «despierta» y «excita» el corazón de los reyes de manera que hagan siempre su voluntad (1 Crón 5, 26; 2 Crón 21,16; 36,22; Jer 55,11). El decreto se formuló de viva voz y por escrito.

Disponían los persas de un servicio de correo bien organizado a base de cursores *(aggaroi)*, que corrían velozmente a pie o montados en ágiles corceles todo el imperio, proclamando las órdenes reales o también entregando a los funcionarios públicos y a los particulares cartas, paquetes, etc. Según se desprende de 6,2-5, una

[3] «Ciencia Tomista», 10 (1914-15) 353-374.
[4] *Ant. Iud.* 11,1,2.

copia del decreto fue depositada en los archivos reales de Ecbatana. Por una hipérbole muy propia de los orientales, se dice que el decreto fue pregonado «por todo su reino», cuando, en realidad, se dirigía únicamente a las autoridades y poblaciones del antiguo reino de Babilonia, en donde radicaban las colonias judías.

Contenido del decreto

Ciro se llama a sí mismo «rey de Persia». Ciro era politeísta; admitía un dios supremo y trascendente, Ahura Mazda, y cabe él un ejército de dioses de rango inferior que dominaban sobre determinadas regiones y pueblos de su vasto imperio. Estos dioses particulares facilitaron a Ciro la derrota de sus enemigos. El mismo dios de Babilonia, Marduk, cansado y enojado con el rey Nabónides, llamó a Ciro para que ocupara su trono. Entre los pueblos vasallos de Babilonia estaba el pueblo judío, que adoraba a su Dios nacional, Yahvé. También Yahvé había contribuido al triunfo de Ciro; es probable que los judíos de Babilonia se colocaran de lado de los enemigos de Nabónides y apoyaran la acción de Ciro. Por lo mismo, sin menoscabo del dios Ahura Mazda, considera a Yahvé como a Dios suyo, «Dios grande, Dios del cielo y de la tierra». La expresión «dios de los cielos» aparece en Neh 1,5; 2,4.20 y los papiros de la isla Elefantina.

No era propiamente Yahvé, en opinión de Ciro, el dios que le entregó «todos los reinos de la tierra» (Is 45,1), como dice con evidente hipérbole el texto, pero contribuyó, sin duda, a su engrandecimiento junto con los otros dioses. De ahí que Ciro ensalzara a todos los dioses según convenía a las circunstancias y pueblos a los que se dirigía. Puede suponerse que el rey se valió de algún personaje judío para la redacción del decreto que anunciaba su libertad.

A una orden del Dios de los judíos atribuye la voluntad de que «le edifique casa en Jerusalén, en Judá». Antiguos comentaristas, siguiendo a Flavio Josefo, creen que, habiendo conocido Ciro la profecía de Isaías (44,28), quiso cumplir su voluntad con el fin de tenerlo propicio en lo venidero. Pero puede el texto entenderse en el sentido de que quiso el soberano mostrarse deferente con los judíos y su Dios, autorizando y contribuyendo a la edificación del templo de Jerusalén, como había hecho con los dioses de los otros pueblos. Así leemos en su cilindro: «A los dioses que estaban (en las ciudades en ruinas) hice que se colocaran en su lugar, construyéndoles una mansión eterna». Convenía a Ciro tener a los judíos propicios en el caso de que Egipto atacara al imperio persa por el sudoeste.

Invitación a todo Israel

Del texto del decreto se colige que Ciro se dirige a todos los judíos. Sabido es que, después de la muerte de Salomón, el pueblo se dividió en dos reinos: el del Norte y el de Judá. Los del Norte fueron deportados a Asiria el año 722 por Sargón II; el año 587, los de Judá fueron conducidos cautivos a Babilonia. Con los triunfos

de Ciro, Asiria y Babilonia pasaron a depender de su autoridad. ¿Quiso referirse a todos los judíos, de uno y otro reino? Acaso no estuviera Ciro al corriente de las diferencias que dividían al pueblo de Israel; por lo mismo, las palabras «de todo su pueblo» *(micol amo)* abarcan a todos los judíos que viven en el imperio persa. Las versiones griegas han restringido el alcance de esta orden, añadiendo: «y que desean partir». No se impone la obligación a los exilados judíos de regresar a su patria. El que se decida a hacerlo contará con el favor de Dios, por cuanto el motivo principal del regreso a la patria era para reedificar el templo de Yahvé. Para Ciro, el Dios de Israel, Yahvé, tiene su morada en Jerusalén.

Solidaridad con los judíos repatriados

«En todo lugar donde habiten restos *(nistar)* del pueblo de Yahvé», dice el texto. El término hebraico que significa *resto* es de uso muy común en la literatura profética (Is 51,7; 49,13), y se aplica a los judíos que por su fidelidad al pacto de la alianza se libran de los castigos con que Dios amenazara a los transgresores del mismo. En nuestro texto se aplica más bien a los sobrevivientes de los que habían sido deportados a Asiria y Babilonia (Is 10,20-21).

Un viaje a Palestina requería valor y medios económicos. Muchos judíos habíanse enriquecido en Babilonia y gozaban de una posición económica holgada (Jer 29,5; Ez 3,24; 8,1; 14,1; 33,31), pero otros vivían penosamente de su trabajo. En general fueron estos últimos los que se aprestaron con más entusiasmo a volver a la patria de sus antepasados. Con el fin de incitarles a emprender el regreso hace el rey un llamamiento a todos los que conviven con los judíos a fin de que les ayuden con plata, oro, utensilios y ganados, cosas necesarias tanto para el largo viaje cuanto para poder rehacer su vida en Judá. Esta colecta en favor de los judíos en vísperas de su partida recuerda en cierta manera el hecho de la huida de Egipto (Ex 12,35-36). Aquí la situación es distinta; es el rey mismo quien recomienda la caridad en favor de los judíos repatriados. Los vecinos (1,6), principalmente los judíos que habitaban en Babilonia (15), mostráronse generosos. Se recomendaba asimismo a todos hicieran donativos voluntarios *(nedabah)* para la casa de Yahvé. El sentido técnico de la palabra hebrea (Lev 22,18) se mantiene en 3,5.

¿Es auténtico el decreto de Ciro?

Algunos críticos lo niegan, por las siguientes razones: 1) No se concibe que Ciro diera la orden de edificar el templo de Jerusalén; a lo más, podía *autorizar* dicha construcción. 2) No es creíble que Ciro entregara dinero para la mencionada obra. 3) Se conserva un doble texto del decreto (1,2-4 y 6,3-5), con notables diferencias. 4) Algunas frases de sabor monoteísta no se explican en boca de Ciro. 5) El decreto fue redactado en hebreo, lo que parece improbable.

A estas dificultades puede responderse: 1) El verbo *mandar*

equivale en el lenguaje semítico a *permitir, autorizar* (Jue 14,6; Mal 1,3-3). Un ejemplo de lo dicho hállase en 5,9, con la traducción: «¿Quién os ha autorizado la construcción de esta casa?» Tampoco Ciro procede como déspota ordenando a todos los israelitas que regresen a Jerusalén, sino más bien deja a todos en libertad. 2) No quiso el texto hacer un parangón entre la huida de Egipto y la vuelta de los sionistas a su patria. Ciro exhorta a las gentes vecinas a que ayuden a los judíos en esta empresa, que debe redundar en provecho del mismo rey y de su imperio. Ciro se jactaba de haber restituido a muchos dioses en sus ciudades, esperando que con ello se mostrarán propicios. Espera que los favorecidos «pidan todos los días a Bel y Nabo la prolongación de mis días» (Pritchard, 316). Le convenía a Ciro llevar esta política religiosa como presupuesto indispensable para obtener la pacificación de todos los pueblos que integraban su imperio. Aun modernamente se dan casos de que monarcas y jefes de Estado contribuyen económicamente a la ayuda de un culto no estatal por razones políticas. 3) Efectivamente, existen dos textos diferentes del decreto, con sensibles diferencias. ¿Cuál de los dos es el auténtico? Contra el primero se oponen dos argumentos: *a)* no pudo Ciro, politeísta, expresarse con frases que reflejan una mentalidad monoteísta y de formación judía; *b)* el decreto no pudo ser redactado en hebreo. En cuanto al primero, se responde que Ciro era politeísta, pues, además de Ahura Mazda, reconocía como suyos los dioses de los pueblos sujetos a su dominio, y en el trato con cada uno de ellos se esforzaba para acomodarse al lenguaje que exigían sus creencias. También Yahvé es Dios de Ciro, que atribuye a una inspiración suya la idea de levantarle de nuevo su templo.

Modernamente, Bickermann ha defendido vigorosamente la autenticidad del edicto de Ciro, exponiendo su texto en el sentido de que se trata de una proclamación hecha en hebreo por heraldos públicos, judíos quizá algunos de ellos. De esta manera se explica el matiz hebraico del mismo, porque, aunque emanaba de la cancillería real, su contenido fue dado a conocer por oficiales que pensaban y hablaban hebreo. El texto de 6,3-5 es un memorándum para uso de los oficiales y funcionarios persas. Pudo el texto original ser redactado en lengua persa o babilónica; pero, en atención a los judíos, fue dado a conocer en su propia lengua [5].

Ofrecimiento de voluntarios (1,5)

5 Levantáronse entonces los jefes de las familias de Judá y de Benjamín, los sacerdotes y levitas, y todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios, para subir a edificar la casa de Yahvé que está en Jerusalén.

No todos los judíos exilados se aprovecharon de la libertad otorgada por Ciro, sino sólo aquellos a los cuales animó e inspiró Dios.

[5] Batten, 61. Defienden la autenticidad del decreto: R. de Vaux, *Les décrets de Cyrus et de Darius:* RB 46 (1939) 27-57; J. Bickermann, *The Edict of Cyrus in Ezra I:* JBL 65 (1946) 249-275.

Se señalan en primer lugar los tres grupos o categorías de voluntarios: los jefes de familia, los sacerdotes y los levitas. Se discute si el texto alude a un cuarto grupo, al de los laicos, al decir: «y todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios». Para unos (FERNÁNDEZ), la frase es restrictiva; para otros señala un cuarto grupo (BERTHEAU, PELAIA). No sirven las razones aducidas por este último en el sentido de que, faltando los laicos, daría a entender el texto que los «laicos» no se prestaron a la invitación de repatriarse, lo que es falso. Al autor sagrado interesa más bien señalar la conducta de los jefes de la nación, eclesiásticos y laicos. Entre estos últimos hallamos a «las cabezas de familia», o de los *padres (aboth)*. Israel dividíase en tribus, la tribu en parentela y éstas en familias [6]. Los cabezas de familia, de clan o parentela, de las dos tribus meridionales de Judá y Benjamín dieron ejemplo al *levantarse* y *prepararse* para emprender el largo camino hacia la patria. Para el autor, el verdadero Israel está formado por las dos tribus de Judá y Benjamín (1,5; 4,1; Neh 11,4), siendo sospechoso de sincretismo todo individuo procedente del reino del Norte.

Ayuda a los voluntarios (1,6-8)

[6] Todos los que habitaban en derredor suyo les dieron objetos de plata y oro, utensilios, ganados y cosas preciosas, a más de los dones voluntarios. [7] El rey Ciro devolvió los utensilios de la casa de Yahvé, que Nabucodonosor había llevado de Jerusalén y puesto en la casa de sus dioses. [8] Ciro, rey de Persia, hizo que los sacara Mitrídates, tesorero, que se los entregó a Sesbasar, príncipe de Judá.

Porque la empresa de estos valientes parecía arriesgada, las gentes vecinas, tanto indígenas como judíos, apresuráronse a colmarles de bienes. El texto hebraico dice literalmente: «fortificaron sus manos» (Jue 9,24; Is 35,3; Neh 2,18), idea que puede traducirse por «los ayudaron», tanto desde el punto de vista moral, animándolos y alabando su decisión, como material, entregándoles todo cuanto necesitaban para el viaje y para rehacer su vida en Jerusalén. El rey mandó que se devolviesen los utensilios sagrados empleados en la liturgia del templo, que Nabucodonosor había sustraído (2 Re 24,13-17; 25,13-15) y colocado parte en su palacio (2 Crón 36,7; Dan 5,2-3) y otra en el templo de sus dioses (Dan 1,2). Jeremías predijo la restitución de estos tesoros (52,17-23). Encargó al tesorero del templo, Mitrídates (4,7), que los entregara a Sesbasar. Mitrídates es nombre persa que puede significar «don de Mitra» o «consagrado a Mitra»; era Mitra el dios persa del sol. El nombre del príncipe de Judá, Sesbasar, es transcrito diversamente, lo que dificulta el conocimiento de su etimología. ¿Corresponde este nombre al de Senasar que se lee en 1 Crón 3,18? Es indudable su origen babilónico; acaso provenga del babilónico *shamash-bal-usur* = Samash protege al hijo.

[6] *Les institutionx* I 17-43.

Utensilios que se devuelven (1,9-11)

[9] He aquí la lista de ellos: treinta fuentes de oro, mil fuentes de plata, veintinueve cuchillos, [10] treinta tazas de oro, cuatrocientas diez tazas de plata y otros mil vasos del segundo orden. [11] Los objetos de oro y plata eran en número de cinco mil cuatrocientos. Sesbasar lo llevó todo de Babilonia a Jerusalén a la vuelta de la cautividad.

Hemos traducido por *fuentes* el término hebraico *hagartal*, que probablemente querrá designar un balde, cubo o herrada que servía para múltiples purificaciones en el templo. El texto hebreo, así como el de las versiones, no se ha conservado fielmente en lo que se refiere al número de utensilios. La suma de los mismos en el v.11 no corresponde a la enumeración anterior. ¿Dónde yace el error, en la suma total o en la enumeración parcial? Probablemente en esta última, como prueban las divergencias entre el texto hebreo y el griego. Pero no está probado que el v.11 sea la suma de los objetos enumerados anteriormente. Conocida es la facilidad con que el texto consonántico hebraico se ha prestado a la adulteración de los números. El encargado de llevar todos estos tesoros a Jerusalén fue Sesbasar.

¿QUIÉN FUE SESBASAR?

Hemos hablado de la etimología del nombre; réstanos ahora averiguar su personalidad. Muchos autores, católicos y acatólicos, lo identifican con Zorobabel, de que se hablará en el capítulo siguiente; otros creen que es un personaje distinto. Las razones para la identificación son: 1) Es Sesbasar el encargado de devolver a Jerusalén los tesoros robados al templo; pero Zorobabel va al frente de los repatriados (2,2). 2) En el año segundo de Darío I (520 a. C.) era Zorobabel *peha* de Judea (Ag 1,1); construye él el templo (Esd 3,8; 5,2; Zac 4,9). Pero también es llamado *peha* Sesbasar (Esd 5,14), y se dice de él que puso los fundamentos del templo (5,16). 3) Sesbasar es llamado *nasi*: príncipe de Judá (1,5), título que compete asimismo a Zorobabel por ser hijo de Pedaya, que lo fuera de Jeconías (1 Crón 3,17-19). 4) Era común en la corte babilónica tener dos nombres. Así, nuestro personaje pudo llamarse Sesbasar en el trato con los funcionarios gentiles, y Zorobabel al ponerse en contacto con los judíos, a los cuales repugnaba el primer nombre, teóforo de una divinidad pagana.

No parece que tales razones zanjen la cuestión. En primer lugar, es distinta la misión que recibe Sesbasar de la que se confía a Zorobabel. Que los dos son personajes distintos con misión diferente se deduce de 5,14-16, en donde se habla de Sesbasar—acaso sea el mismo Zorobabel el que habla—en tercera persona, lo que es incomprensible en el caso de ser él Zorobabel. En segundo lugar, del hecho que fuera Zorobabel *peha* en tiempos del profeta Ageo (520 a. C.) no se deduce que lo fuera en 537, esto es, en tiempos de la primera caravana de repatriados. Pero aún es probable que

Sesbasar fuera el primer gobernador de Judea, siendo reemplazado más tarde por Zorobabel. En 5.14-16 se habla de Sesbasar como persona ausente. Fue él el primer alto comisario del poder central, encargado de transportar el material cultual y de reedificar el templo. Al tercer argumento cabe oponer que el título de príncipe *(nasi)* no prueba que descendiera de familia real. Con el mencionado título se alude al poder político que ejercía Sesbasar (Ez 30,13; Jer 34,2). Era Sesbasar príncipe de Judá por nombramiento real, mientras que Zorobabel lo era de nacimiento (3,2.8; 4,23; 5,2; Neh 12,1; Ag 1,1.12; 2,2.23). No cabe duda que un mismo personaje llevaba a veces dos nombres (Dan 1,6; 2 Re 15,19), pero la dificultad radica en que un príncipe de Judá lleve dos nombres de origen babilónico. Hemos visto el origen etimológico de la palabra *Sesbasar;* Zorobabel viene de *Zer-babili* = simiente de Babilonia. ¿Por qué no adoptó un nombre hebraico al contacto con los judíos? De todo lo dicho se desprende que no existen argumentos válidos para identificar a Sesbasar con Zorobabel. En cuanto al testimonio de los antiguos, el autor de 3 Esd 2,11; 4,13.43-46; 5,1-6.68-73 distingue ambos personajes; Flavio Josefo[7] los identifica.

Regreso a la patria (2,1)

1 Estos son los de la provincia que volvieron del destierro, de los que había llevado cautivos a Babilonia Nabucodonosor, rey de Babilonia, y tornaron a Jerusalén y a Judá, cada uno a su ciudad.

Con la palabra *provincia (medinah)* se quiere establecer la distinción entre los judíos de la cautividad y los que habitaban en Palestina. El término *medinah* corresponde en sentido amplio al de *región* (Lam 1,1; Ez 19,8; 1 Re 20,14-17). En sentido estricto da a entender el texto que Judea estaba constituida en provincia autónoma, independiente de Samaria, gobernada por un *peha,* lo cual no tuvo lugar antes de Darío I (522-486). En el texto hebraico se emplean dos palabras casi sinónimas para designar el destierro: *shebi, golah.* «El primero se toma en sentido abstracto (3,8; 8,35), es decir, refiriéndose a la *situación* en que se hallaba Israel, la cautividad; mientras que el segundo puede entenderse, o bien del *sitio,* o bien de los desterrados (6,19-20; 8,35; 9,4). Por lo dicho se ve que los repatriados se llamaban *bene hammedinah,* en cuanto se hallaban ya en Judá, y *bene haggolah,* en cuanto habían estado en el destierro» (Fernández). El texto hace referencia exclusivamente a los deportados en tiempos de Nabucodonosor. Cada uno tornó a Jerusalén y a Judá, según eran o no sacerdotes. Estos últimos, por razón de sus funciones en el templo, habitaban en la Ciudad Santa y en sus alrededores. El área ocupada por los repatriados era reducida. Al norte moraban los samaritanos; los edomitas, que se extendían hasta Hebrón, estaban al sur, y los de Azoto

[7] *Ant. Iud.* 11,1,4.

(Neh 13,23-24), al oeste. Los laicos marcharon cada uno a su ciudad natal. La llegada de los repatriados y su afincamiento en el territorio no fue nada fácil. Algunos encontraron sus casas destruidas, sin aperos de labranza, con los campos abandonados y las cuadras vacías; pero otros ni siquiera les fue dado regresar a sus hogares ni ocupar sus campos, por haber pasado a poder de judíos que quedaron en Palestina o que habían pasado a ser propiedad de los paganos que se establecieron en Judea. Con tesón y dinero pudieron los repatriados volver a sus heredades, lo que hicieron los sionistas modernos al establecerse en Palestina amparados por la ley Balfour.

Jefes de expedición (2,2a)

2a Partieron con Zorobabel: Josué, Nehemías, Seraya, Raelayas, Mardoqueo, Bilsán, Mispar, Bigraí, Rejum y Baana.

Esta misma lista aparece, con ligeras variantes (Neh 7,7; 3 Esd 5,8). Zorobabel no es el mismo personaje que Sesbasar. En estos dos últimos libros se añade el nombre de *Najamani* entre Raelayas (Nehemías: Raamías) y Mardoqueo, que en 2 Esd es llamado Euenius. Con este número doce (once en nuestro texto) se quiere aludir a las doce tribus de Israel, aunque solamente se repatriaran familias de las de Judá y Benjamín (6,17; 8,35). El jefe de la expedición es Zorobabel, a causa de sus cualidades y por ser descendiente del rey Joaquim (Vulgata: Jeconías), en la línea de David (1 Crón 3,17-19). Josué era hijo de Josadac (5,2; Ag 1,1; 1 Crón 6, 14) y sobrino de Seraya, el último sumo sacerdote del templo, muerto en Ribla, en tierras de Hamat, por Nabucodonosor (2 Re 25, 18-21). De regreso a Jerusalén ejerció las funciones sacerdotales (3,2; 5,2). No parece que el personaje al que se llama Nehemías deba identificarse con el autor del libro que lleva su nombre. El padre de Esdras es llamado Seraya (7,1); en la lista de Neh 7,7, en vez de Seraya, leemos Azaría. Raelayas (Neh 7,7: Raamías) sólo es conocido por su nombre. Mardoqueo lleva un nombre derivado del dios babilónico Marduk; es distinto del Mardoqueo del libro de Ester.

Lista de repatriados

En el elenco de los que regresaron del exilio se observa un orden riguroso. Se mencionan en primer término los laicos (2,2-35), siguen los sacerdotes (v.36-39), los levitas (v.40), cantores (v.41-42), porteros (v.42), netineos (v.43-54), hijos de los siervos de Salomón (v.55-58), los de origen israelita dudoso (v.59-63), suma total (v.64-67).

Laicos repatriados (2,2b-35)

2b Número de los hijos del pueblo de Israel: 3 Hijos de Paros, dos mil ciento setenta y dos. 4 Hijos de Sefatías, trescientos setenta y dos. 5 Hijos de Araj, setecientos setenta y cinco. 6 Hi-

jos de Pajat Moab, de los hijos de Josué y de Joab, dos mil ochocientos doce. 7 Hijos de Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro. 8 Hijos de Zatu, novecientos cuarenta y cinco. 9 Hijos de Zacaí, setecientos sesenta. 10 Hijos de Baní, seiscientos cuarenta y dos. 11 Hijos de Bebaí, seiscientos veintitrés. 12 Hijos de Azgad, mil doscientos veintidós. 13 Hijos de Adonicam, seiscientos sesenta y seis. 14 Hijos de Bigvaí, dos mil cincuenta y seis. 15 Hijos de Adín, cuatrocientos cincuenta y cuatro. 16 Hijos de Ater, de Ezequías, noventa y ocho. 17 Hijos de Besaí, trescientos veintitrés. 18 Hijos de Jora, ciento doce. 19 Hijos de Jasún, doscientos veintitrés. 20 Hijos de Gibar, noventa y cinco. 21 Hijos de Betlehem, ciento veintitrés. 22 De las gentes de Netofa, cincuenta y seis. 23 De las gentes de Anatot, ciento veintiocho. 24 Hijos de Asmavet, cuarenta y dos. 25 Hijos de Quiriat-Jearim, Quefira y Beerot, setecientos cuarenta y tres. 26 Hijos de Rama y Gueba, setecientos veintiuno. 27 De las gentes de Mijmas, ciento veintidós. 28 De las gentes de Bétel y Hai, doscientos veintitrés. 29 Hijos de Nebo, cincuenta y dos. 30 Hijos de Megbis, ciento cincuenta y seis. 31 Hijos del otro Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro. 32 Hijos de Jarim, trescientos veinte. 33 Hijos de Lod, Jadid y Ono, setecientos veinticinco. 34 Hijos de Jericó, trescientos cuarenta y cinco. 35 Hijos de Senaa, tres mil seiscientos treinta.

En la larga lista de los laicos repatriados, diecisiete de ellos se citan con el respectivo nombre de familia; otros veintiuno, según el lugar de donde eran oriundos. A los diecisiete primeros se les llama *hijos de (bene)* Paros, etc., según el nombre de su familia o clan; los veintiuno restantes son conocidos por *hombres de (anse)* Gibar, etc., según las respectivas localidades de donde eran oriundos. En el primer caso, escribe Gelin, se refiere el autor a familias pertenecientes al proletariado *(dalat haares);* en el segundo, a los de posición confortable *(am haares)* [1]. Los límites geográficos de las localidades citadas en v.20-35 se ciñen al reducido territorio comprendido entre Bétel y Hai, al norte; Belén y Netofa, al sur; entre Lod y Jericó, al este y oeste, respectivamente.

Abren el elenco los hijos de Paros, clan que reaparece en 8,3; 10,25; Neh 3,25; 10,5. El nombre significa «Pulga» y se ha encontrado en letras fenicias en un sello antiguo (DB 5,219). En el v.6 háblase de los hijos de Pahat Moab. ¿Debe entenderse como nombre propio o en el sentido de «gobernador *(peha)* de Moab»? Es probable que algún personaje de esta familia ejerciera durante la dominación asiria el cargo de gobernador de Moab (1 Crón 4,22). Podemos suponer que el personaje que se esconde bajo las palabras *pahat moab* fuera tan conocido que no necesitaba ser nombrado con su nombre. De sus descendientes se habla en 8,4; 10,30; Neh 3,11; 10,15. Sus hijos se ramificaron en dos familias, la de Josué y la de Joab (Neh 7,11). De Elam (1 Crón 8,24) se habla nuevamente en el v.31: «Hijos del otro Elam». Según Batten, es un caso de repetición accidental.

[1] E. WÜRTHWEIN, *Der amm haarez im Alten Testament* (Stuttgart 1936); S. ZEITLIN, *The Am haarez:* JQR 23 (1932-33) 45-61; E. KLAMROTH, *Die Jüdischen Exulanten in Babylonien* (Leipzig 1912) p.99-101.

En la lista por localidades ofrece el texto ciertas particularidades. En vez de Gibar parece recomendarse la lectura de *gibeon* (Neh 7,25), la ciudad de Gabaón, la actual el-Djib, a unos diez kilómetros al noroeste de Jerusalén. En contra de esta identificación puede invocarse el hecho de que en la lista se empieza con las ciudades del sur, terminándose con las del norte. En caso de tratarse de Gabaón, está el versículo desplazado de su lugar de origen. Belén pertenecía a la tribu de Judá (Jue 17,7; 1 Sam 17,12), a diferencia del otro Belén, en Galilea, que pertenecía a la de Zabulón (Jos 19,15). El poblado de Netofa no se ha identifirado plenamente. Algunos (KOB, ABEL) lo emplazan en *Jirbet Bedd Faluh*, a unos cuatro kilómetros al sudeste de Belén; otros (FERNÁNDEZ) lo buscan en *Umm Tuba*, al nordeste de la mencionada ciudad, o en *Ramat Rahel*, a cuatro kilómetros al sur de Jerusalén (UBACH). De Netofa era Marai, héroe de David (2 Sam 23,28). Anatot es la patria de Jeremías (Jer 1,1), a unos cuatro kilómetros al norte de Jerusalén. Era una residencia sacerdotal (Jos 21,18; 1 Crón 6,60). Azmavet (Bet-Azmavet, Neh 7,28) se hallaba a tres kilómetros al norte de Anatot (Neh 12,29), en el lugar conocido actualmente por Hizma. Conocida es la ciudad de Quiriat-Jearim (Jos 9,17; 15,9, etc.), que se identifica con el actual *Abu Gosh*, a catorce kilómetros al oeste de Jerusalén. Quefira (Jos 18,26) es el actual *Jirbet Kefire*, a tres kilómetros al norte del anterior. En cuanto a Beerot (Jos 18,28), se identifica con Tell el-Nasbe (FERNÁNDEZ) o con el Bire, a doce o dieciséis kilómetros, respectivamente, al norte de Jerusalén.

Pertenecía Rama a la tribu de Benjamín (Jos 18,25), así como Gueba (Jos 18,24). Famosas son las localidades de Bétel (Gén 28,19) y Hai (Jos 8,1-28), Beitin y et-Tell, respectivamente, de nuestros días, al norte de Jerusalén. Debe distinguirse el poblado de Nebo (Nob, Beit Nuba, Niba) de la ciudad homónima de la tribu de Rubén (Núm 32,3.38). Hemos hablado de la expresión «el otro Elam». Tanto a éste como al que se menciona en el v.7 se asignan mil doscientos cincuenta y cuatro repatriados. Según unos (PELAIA), es nombre de persona; para otros (FERNÁNDEZ), de lugar. Dígase lo mismo de Jarim; en el v.39 reaparece el nombre como perteneciente a familia sacerdotal. Del extremo occidental de Judá se cita Lod (Neh 11, 31-35), la actual Lidda, Ludd, y Ono (1 Crón 8,12; Neh 6,2), el actual Kefr Ana, entre Lidda y Jafa, a unos ocho kilómetros al noroeste del primero. Por el este se menciona Jericó (Deut 37,3; Jos 6,1ss). Senaa debe encontrarse en los alrededores de Jericó (Neh 3,3), identificándose con Magdalsenna o *Sheik Terimi*, a unos once kilómetros al norte de la mencionada ciudad. Para Batten trátase de un nombre personal.

Lista de sacerdotes (2,36-39)

[36] Sacerdotes: Hijos de Jedaya, de la casa de Jesúa, novecientos setenta y tres. [37] Hijos de Immer, mil cincuenta y dos. [38] Hijos de Pasjur, mil doscientos cuarenta y siete. [39] Hijos de Jarim, mil diecisiete.

Los sacerdotes de la primera caravana ascendían a cuatro mil doscientos ochenta y nueve, repartidos en cuatro familias. Los de Jedaya, Immer y Jarim representan la segunda, la dieciséis y la tercera de las veinticuatro clases sacerdotales de David (1 Crón 24, 7-18). No se especifica si son o no familias sadocitas. Propiamente los sacerdotes «hijos de Jedaya» descendían de la familia de Josué, que ejercía el cargo de sumo sacerdote en tiempos de la vuelta a la patria. Cinco de los descendientes de Jarim habían contraído matrimonio con mujeres extranjeras (Esd 10,21). Como puede observarse, dieron los sacerdotes ejemplo de valor al presentarse como voluntarios para regresar a la patria.

Levitas, cantores y porteros (2,40-42)

[40] Levitas: Hijos de Jesúa y de Cadmiel, de los hijos de Odavías, setenta y cuatro. [41] Cantores: Hijos de Asaf, ciento veintiocho. [42] Porteros: Hijos de Salum, hijos de Ater, hijos de Talmó, hijos de Acub, hijos de Jetita, hijos de Sobaí, todos ciento treinta y nueve.

Trátase de tres familias distintas de levitas: Jesúa, Cadmiel y Odavías (3,9; Neh 9,5). Del primer texto parece deducirse que de Odavías se pasaba a Cadmiel. Gelin traduce: «Los hijos de Josué, a saber, Cadmiel, Binnoni (3 Esd 5,26), Odavías». Pocos fueron los levitas que regresaron, porque, «habiendo disminuido su dignidad en la perspectiva deuteronómica y de Ezequiel (Ez 44,9-14), tuvieron pocos deseos de regresar (8,15). Puede darse también que fueran pocos los levitas deportados por pertenecer a una clase social pobre *(dalat haares)*, que no interesaba al vencedor en 587» (Gelin, Ubach).

Además de los levitas propiamente dichos, que ayudaban a los sacerdotes en el servicio del templo, existían los *cantores*, cuyo oficio era acompañar con instrumentos músicos los cantos litúrgicos (Neh 12,24-30; 1 Crón 9,33-34; 15,16). David los había distribuido en veinticuatro clases bajo la dirección de Asaf, Hemán y Jedutún (1 Crón 15,16-17; 25,1). Constituían los *porteros* la tercera categoría de los levitas (Neh 10,24-26; 13,22; 1 Crón 9,17-26; 2 Crón 8,4). Su oficio consistía en guardar «las puertas de la casa de Yahvé y de la casa de la tienda» (1 Crón 9,23). Recogían las limosnas que se ofrecían para el templo (2 Re 22,4). Tres de los mencionados aparecen también juntos en otros textos (Neh 12,25; 1 Crón 9,17). En Jeremías se habla de «Maasías, hijo de Salum, el guarda del vestíbulo» (35,4). Un levita llamado Acub aparece en Neh 8,7 interpretando la Ley al pueblo. De las palabras del salmo 84,11: «Prefiero estar a la puerta de la casa de mi Dios a morar en las tiendas de la iniquidad», deduce Batten que este oficio debía de ser considerado como muy humilde.

Los netineos (2,43-54) [2]

[43] Netineos: Hijos de Sija, hijos de Jasufa, hijos de Tabaot, [44] hijos de Queros, hijos de Sía, hijos de Fadón, [45] hijos de Lebana, hijos de Jagaba, hijos de Acub, [46] hijos de Jagab, hijos de Sanlaí, hijos de Janón, [47] hijos de Guidel, hijos de Gajar, hijos de Reaya, [48] hijos de Resín, hijos de Necoda, hijos de Gazam, [49] hijos de Uza, hijos de Paseaj, hijos de Besaí, [50] hijos de Asena, hijos de Meunim, hijos de Nefasim, [51] hijos de Bacbuc, hijos de Jacufa, hijos de Jarjur, [52] hijos de Baslut, hijos de Mejida, hijos de Jarsa, [53] hijos de Barcos, hijos de Sísera, hijos de Tamaj, [54] hijos de Nesiaj, hijos de Jatifa.

Descendían los netineos de los prisioneros de guerra que Josué destinó a cortar leña y a sacar el agua para la asamblea y para el altar de Yahvé (Jos 9,27). Propiamente su institución se remonta a David (Esd 8,9), que los sometió a las órdenes de los levitas, ayudándoles en los trabajos más humildes de cortar leña, acarrear agua, barrer el santuario, etc. Ya desde Moisés (Núm 31,47) disponían los levitas de prisioneros como ayudantes. Su mismo nombre en hebreo, *Netinnim*, y en griego, *oi dedomenoi*, significa los *donados*, los *oblatos*. Estos nombres reciben también en algunas órdenes religiosas los que entran en religión con el fin de ocuparse en trabajos ordinarios y humildes. Tanto el libro de Esdras (2,43.58.70; 7,7.22; 8,17.20) como el de Nehemías (3,26.31; 7,46.60.73; 10,29; 11,3.21) dan mucha publicidad a estos abnegados trabajadores que regresaron del exilio para continuar su tarea al servicio del templo. En los «hijos de Meusim» ven algunos autores a descendientes de los maonitas o mineos, que venció el rey Azarías y puso al servicio del templo (1 Crón 4,41; 2 Crón 26,7). Los Nefasim acaso sean descendientes de la tribu ismaelítica de Nafis (Gén 25,15-16).

Los siervos de Salomón (2,55-58)

[55] Hijos de los siervos de Salomón: hijos de Sotaí, hijos de Soferet, hijos de Peruda, [56] hijos de Jaala, hijos de Darcón, hijos de Gudel, [57] hijos de Sefatías, hijos de Jatil, hijos de Poguеret, Asebaim, hijos de Amí. [58] Todos los netineos e hijos de los siervos de Salomón, trescientos noventa y dos.

Con este nombre se designan los descendientes de los amorreos, jeteos, fereceos, de los jeveos y de los jebuseos que habían quedado en Palestina y que los hijos de Israel no habían podido dar al anatema. A todos obligó Salomón a prestación personal (1 Re 9,21-22), a la manera como hacían los netineos (Neh 11,3).

[2] En Babilonia son llamados *shirku*, femenino *shirkatu* (E. Dhorme, *Les Religions de Babylone et d'Assyrie* (París [Mana, II] 1949) 214.

De origen y dignidad indefinidos (2,59-63)

59 Estos son los que subieron de Tel Mela, Tel Harsa, Querub, Addán e Immer, sin poder dar razón de su casa paterna y de su estirpe para probar que eran de Israel. 60 Hijos de Delaya, hijos de Tobías, hijos de Necoda, seiscientos cincuenta y dos. 61 Y de los hijos de los sacerdotes, hijos de Abaya, hijos de Cos, hijos de Barzilai, que tomó por mujer a una de las hijas de Barzilai, galadita, y fue llamado con el nombre de ellos; 62 éstos buscaron sus registros genealógicos, pero no los hallaron y fueron excluidos del sacerdocio, 63 y el gobernador les prohibió comer las cosas santas mientras un sacerdote no consultase los «urim» y «tummim».

Algunos laicos no pudieron presentar pruebas de su pertenencia al pueblo judío, a pesar de llevar algunos de ellos nombres israelitas y yahvistas. Tampoco pudieron demostrar su ascendencia sacerdotal algunos que se preciaban de serlo. Por precaución, el gobernador les prohibió comer las cosas santas mientras un sacerdote no consultase los *urim* y *tummim* (1 Sam 14,41; Ex 28,30; Lev 8,8; Núm 27,21; Deut 33,8), o sea las suertes que llevaba en su pectoral el sumo sacerdote. Todos ellos procedían de cinco localidades babilónicas no identificadas. Puede darse que estos hombres fueran prosélitos o descendientes de matrimonios mixtos.

De entre los tres grupos pertenecientes al sacerdocio se citan Abaya, Cos, Barzilai. Sabemos que fue Cos el jefe de la séptima clase de los sacerdotes (1 Crón 24,10). Háblase de Barzilai en 2 Sam 17,27; 19,32-39, por ser bienhechor y favorito de David. Una hija suya contrajo matrimonio con un sacerdote, del cual se desconoce el nombre. A causa de querer conservar el nombre de tan gran personaje, o porque, habiéndose extinguido la línea del padre, pasó la herencia a las hijas, perdióse el nombre del sacerdote, adoptando sus descendientes el de la madre. Puede darse muy bien que la hija de Barzilai hubiera sido la heredera (Núm 36,1-13). Con los sacerdotes procedióse con rigor, tomándose todas las precauciones para no autorizar el uso de los privilegios a unos individuos que no podían acreditar sus títulos. El *tirsata*, o sea el gobernador (Neh 7,65-70; 8,9; 10,2), tomó cartas en el asunto. La solución definitiva de esta cuestión dejóse para un tiempo en que el sacerdote consultase a Dios sirviéndose de las suertes *urim* y *tummim*. Después del exilio cayeron en desuso; sin embargo, del texto cabe inferir que existía la esperanza de que entrarían de nuevo en acción una vez reconstruido el templo. Según el Talmud *(Yoma* 21,2), faltaron cinco cosas al nuevo templo: el arca de la alianza, el fuego celestial, los *urim* y *tummim*, la *shekinah* o presencia divina y el aceite santo.

Suma total (2,64-67)

64 La congregación toda entera era de cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas, 65 sin contar los siervos y siervas, en número de siete mil trescientos treinta y siete. Entre ellos había trescientos cantores y cantoras. 66 Tenían setecientos treinta y seis caballos, doscientos cuarenta y cinco mulos, 67 cuatrocientos treinta y cinco camellos y seis mil setecientos veinte asnos.

El término hebraico *qahal* significa la comunidad o congregación que formaban los que se habían ofrecido voluntariamente a regresar a la patria. El término indica un cuerpo organizado, lo cual no es estorbo para extenderlo a esta multitud pronta para partir. En el texto se habla de cantores y *cantoras*, lo que pone de relieve la existencia de agrupaciones que tenían por misión alegrar con sus cantares los banquetes o acompañar con sus lúgubres acentos las ceremonias funerarias. Algunos exegetas encuentran exagerado el número de camellos con relación a unos pobres exilados. Pero, dado el interés que puso el rey en formar el primer contingente, el interés de la vecindad, persa y judía, por dotar de todo lo necesario a los que partían, se comprende que tenían necesidad de muchos animales de carga. Además, iban en la caravana mujeres y niños, que no podían andar a pie largo trecho. Tampoco parece cierto que los repatriados fueran todos pobres.

Ofrendas para el templo (2,68-70)

68 Muchos de los jefes de familias, al llegar a la casa de Yahvé en Jerusalén, hicieron ofrendas voluntarias para la casa de Yahvé, para reedificarla en el lugar en que había estado. 69 Dieron para el tesoro de la obra, según sus medios, sesenta y un mil dáricos de oro, y cinco mil minas de plata, y cien túnicas sacerdotales. 70 Los sacerdotes y levitas y las gentes del pueblo, los cantores, los porteros y los netineos se establecieron en sus ciudades. Todo Israel habitó en sus ciudades.

Quería Ciro que los judíos se repatriasen, con la finalidad de reconstruir cuanto antes el templo de Yahvé en Jerusalén. Al llegar allí la primera expedición encontró el templo convertido en un montón de escombros. Impresionados por ello, y antes de pensar en el establecimiento propio, hicieron cuantiosas limosnas, en metálico y en especie. La moneda persa dracma o dárico (8,27) (en hebreo: *darkhemonim;* 1 Crón 29,7: *adarkhonim)* equivalía aproximadamente a una libra esterlina. Según cálculos, la suma recaudada monta a medio millón de dólares, «enorme suma, que estas gentes no podían entregar» (BATTEN). La mencionada cantidad procedía en parte de los donativos de los ricos judíos de Babilonia. También entre los modernos sionistas prevalece el inmigrante de clase modesta; pero, sin embargo, la banca judía mundial provee a los repatriados de lo necesario y les entrega enormes sumas para la transformación del territorio que debe ser el «Hogar judío». Un vestido sacerdotal completo constaba de unos pantalones, túnica con mangas hasta los pies, cíngulo y turbante para la cabeza.

¿ HUBO UNA REPATRIACIÓN EN TIEMPOS DE CIRO?

Algunos críticos independientes dudan de la autenticidad de las listas de repatriados que acabamos de ver. Sus razones, en síntesis, son: 1) Número excesivo de ellos. 2) No se comprende el cese del sacerdocio antes de la reconstrucción del templo. 3) Hablar de la provincia *(hammedinah)* de Judea en tiempos de Ciro es anacrónico. 4) El término *qahal* significa una asamblea o comunidad de hombres ya organizada. 5) Nada dicen los profetas Ageo y Zacarías de una repatriación anterior al año segundo del rey Darío (520 a. C.).

A esto cabe responder: 1) Los repatriados suman, en cifras redondas, unos cincuenta mil, número muy insignificante si tenemos en cuenta el número de deportados en los años 598-97 y 587-86 (2 Re 24,13-16; 25,11-12). Según Van Hoonacker, el número global de deportados en los mencionados años «sobrepasaba con mucho los doscientos mil hombres». 2) No cabe invocar el testimonio de 2,62; Neh 7,64, para decir que los sacerdotes no ejercían sus funciones sagradas. Unicamente se deduce de dichos textos que se mantenían alejados provisionalmente del ministerio los que no podían justificar su genealogía sacerdotal. 3) Hemos visto que la palabra *medinah* puede tener un sentido amplio de región, como aparece en los textos ya mencionados. 4) El vocablo *qahal*, además de significar comunidad organizada, admite otros más genéricos de «cualquier muchedumbre de hombres» (GESENIUS, Jer 31,8; 44,15; Ez 16,40; 23,46-47; 27,27; 32,22-23).

En cuanto a lo de Ageo y Zacarías, cabe decir que no era conveniente recordar a los judíos de tiempos de Darío el intento fallido de restaurar el templo. Pero Ageo alude a una vuelta del destierro, al decir: «A causa de mi casa, que está en ruinas, mientras que vosotros andáis corriendo cada cual hacia su propia casa» (1,9), palabras que indican celo en los repatriados para reconstruir sus casas, olvidando la de Yahvé. En cuanto a Zacarías (6,9-15), dice Van Hoonacker: «Zacarías afirma en términos explícitos que la *gola*, los judíos vueltos de Babilonia, están ya establecidos en Judea». En conclusión: la historicidad de las listas de los repatriados en tiempos de Ciro (Esd 2,2-70; Neh 7,7-22) va afianzándose cada día más.

Restauración del altar y del culto (3,1-7)

1 Llegado el séptimo mes, los hijos de Israel que estaban ya en sus ciudades se reunieron como un solo hombre en Jerusalén. 2 Josué, hijo de Josadac, con sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel, hijo de Saaltiel, con sus hermanos, se levantaron para edificar el altar del Dios de Israel y ofrecer sobre él el holocausto, como está prescrito en la Ley de Moisés, hombre de Dios. 3 Asentaron el altar sobre sus cimientos, aunque había que temer de los pueblos vecinos, y ofrecieron en él holocaustos a Yahvé, el holocausto de la mañana y el de la tarde. 4 Celebraron la fiesta de los tabernáculos, como está escrito; ofrecieron día por día holocaustos, según el número prescrito para cada día. 5 Después siguieron ofreciendo el holocausto perpetuo, los holocaustos de los novilunios y los de todas las solemnidades consagradas a Yahvé, y los de todos aquellos que hacían ofrendas voluntarias a Yahvé. 6 Comenzaron a ofrecer holocaustos desde el día primero del mes séptimo. Todavía, sin embargo, no se habían puesto los cimientos de la casa de Yahvé. 7 Dieron dinero a los canteros y a los carpinteros, y comida, bebida y aceite a los sidonios y a los tirios, para que trajesen maderas de cedro del Líbano a Jafa, según había dispuesto en cuanto a esto Ciro, rey de Persia.

Dentro del mismo año de haber llegado los primeros repatriados celebróse una reunión «como un solo hombre» en Jerusalén. Suponiendo que salieron de Babilonia a primeros de Nisán y calculando unos tres meses de viaje, se deduce que dispusieron los sionistas de tres meses para establecerse, aunque de manera provisional, en sus respectivas ciudades. Al llegar el séptimo mes, el de *Tishri* (septiembre-octubre), acudieron a Jerusalén. El día 10 de este mes celebrábase el día de la expiación (Lev 23,27-32) y el 15 la fiesta de los tabernáculos (Lev 23,33-36). No convenía que los repatriados olvidaran que la misión primordial que les había confiado el rey era la reconstrucción del templo.

El sacerdote Josué (2,2), ayudado por todos sus colegas en el sacerdocio, decidió reconstruir el altar de los holocaustos. Al decir el texto «Zorobabel... con sus hermanos» quiere aludir a los jefes de familia, de que se habló en 2,2. En muchos pasajes bíblicos (2,8; 5,2; Neh 12,1; Ag 1,1.12.14; 2,3.24) se afirma que Zorobabel era hijo de Saaltiel, lo que parece en contradicción con 1 Crón 3, 17-19, que le llama hijo de Pedaya, hermano de Saaltiel, ambos hijos de Jeconías. La dificultad se resuelve, o bien dudando del valor crítico de la lección del libro de las Crónicas, o recurriendo a ley del levirato (CORNELY, SCHANZ, BUZY, PELAIA), según la cual tomó Pedaya por esposa a la viuda de su hermano Saaltiel, muerto sin hijos, que tuvo de ella a Zorobabel. En este caso sería Zorobabel hijo natural de Pedaya e hijo legal de Saaltiel.

El altar de los holocaustos era de bronce; estaba en el atrio del templo, donde se sacrificaban las víctimas (Ex 27,1-8). En el sacrificio de holocaustos se consumía toda la víctima, denotándose con ello la total sumisión del hombre a Dios (Lev 1,3). Todos los días, mañana y tarde, era sacrificado un cordero en holocausto (Ex 29, 38-42). En otros lugares es llamado Moisés «hombre de Dios» (Deut 33,1; Jos 14,6; 1 Crón 23,14; 2 Crón 30,16).

No aparece claro el sentido que tiene el versículo 3 en el texto original. Fernández traduce: «Y asentaron el altar en su propio sitio, porque se les mostraban hostiles los pueblos de la región». Vaccari: «Y lo erigieron sobre sus bases, aunque con el terror que les infundían la población paisana». Gelin: «Se restableció el altar en su lugar tradicional, a pesar del temor que se tenía al pueblo del país». Según la primera traducción, los judíos levantaron el altar para tener propicio a Dios, ya que los pueblos vecinos les eran hostiles. Otros exponen el texto en el sentido de que se apresuraron a edificar el altar por temor a que, tardando más, les pusieran algún estorbo los

pueblos vecinos. Calculaban ellos que, una vez levantado, más difícil era demolerlo.

Van Hoonacker justifica el temor de los judíos por haberse levantado el altar sobre un *bamah*, donde ofrecían sacrificios las gentes de los pueblos de los alrededores. Los judíos, puritanos, no podían sacrificar sobre aquel altar sincretista y aun sacrílego, por lo cual decidieron demolerlo y edificar otro a toda prisa. Con el nuevo altar pudieron reanudarse los sacrificios conforme mandaba la Ley. La fiesta de los tabernáculos duraba ocho días, del 15 al 22 del mes de *Tishri*, durante los cuales vivían en cabañas fabricadas con ramas de árboles (Lev 23,42). Los sacrificios de los novilunios o neomenias se ofrecían al principio de cada mes (Núm 10,10). Las ofrendas voluntarias o de devoción *(nedabah)* no dispensaban de ningún sacrificio preceptuado por la Ley. Algunas ofrendas voluntarias hacíanse obligatorias cuando intervenía algún voto *(neder)*.

Sin embargo, el simple altar no podía satisfacer las aspiraciones religiosas del pueblo, ni agradar a Dios, ni, finalmente, ser del agrado de Ciro, empeñado en que se reconstruyese el templo de Yahvé. A esta empresa se pensó desde los primeros momentos. Se hicieron, en primer lugar, los preparativos que permitieran, dado un determinado momento, empezar y terminar rápidamente la fábrica del templo. ¿Es casualidad que coincidieran estos preparativos con los del templo de Salomón? (1 Re 5,6-12; 2 Crón 2,3ss). No ignoraban los judíos las incidencias de la construcción del templo salomónico. No quisieron los repatriados que faltara al nuevo templo la madera de cedro, tanto más que Palestina era pobre en árboles aptos para la construcción. Más que pura casualidad, debe verse en el texto no una narración artificial inventada por el autor, sino más bien la solicitud de los sionistas por construir un templo digno a Yahvé. Como en tiempos de Salomón, la madera era transportada desde Fenicia al puerto de Jafa. Siendo Fenicia pobre en agricultura, preferían sus obreros el salario en especie. Sidón fue destruida en 676 antes de Jesucristo, pero era nuevamente dueña del mar en tiempo de los persas (HERÓDOTO, *Hist.* 7,96,99). La riqueza principal de tiros y sidonios eran los cedros del Líbano (Is 2,13; Ez 31,3).

Sacerdotes y levitas en acción (3,8-9)

8 El año segundo después de la llegada a la casa de Yahvé a Jerusalén, el segundo mes, Zorobabel, hijo de Saaltiel; Josué, hijo de Josadac, con el resto de sus hermanos los sacerdotes y los levitas, y todos los otros que habían venido de la cautividad, dieron principio a la obra y encargaron a los levitas de veinte años arriba la vigilancia de los trabajos de la casa de Yahvé.
9 Josué, con sus hijos y sus hermanos; Cadmiel, con sus hijos, hijos de Odavías; los hijos de Jenadad, con sus hijos y sus hermanos, los levitas, se dispusieron todos a una a vigilar a los que trabajaban en la casa de Dios.

En la reunión de Jerusalén (3,1) se decidió la reconstrucción del templo. En el mes segundo *(Iyyar)* del año siguiente de su llegada, estaban las cosas listas para dar comienzo a la gran obra. El verbo hebraico correspondiente a *empezar* (en nuestro texto: *dieron principio)* carece de complemento. El texto no sugiere que empezara el mes segundo la obra material del templo. Más bien creemos que en este tiempo comenzaron las autoridades civiles y religiosas a ocuparse de todo lo conducente a la obra, que debía empezar a últimos de junio una vez libre el pueblo de las faenas del campo y con trigo para pagar a los trabajadores. La presencia de Zorobabel no es un argumento decisivo para admitir su identificación con Sesbasar. Como los operarios debían de ser muchos, se dispuso que los levitas de más de veinte años vigilaran los trabajos. Desde los últimos años de David no se permitió que los levitas ejercieran sus funciones antes de los veinte años (1 Crón 23,24-27; 2 Crón 31,17). El texto original del v.9 dice: «Se dispusieron Josué y sus hijos y sus hermanos; Cadmiel, y sus hijos, los hijos de Judá, unánimemente a vigilar a los que trabajaban en la casa de Dios. Los hijos de Jenadad, sus hijos y sus hermanos, los levitas». En vez de Judá debe leerse Odavías, conforme a 2,40.

La primera piedra (3,10-13)

10 Cuando los obreros pusieron los cimientos de la casa de Yahvé, asistieron los sacerdotes revestidos, con trompetas, y los levitas, los hijos de Asaf, con címbalos, para alabar a Dios según la ordenación de David, rey de Israel, 11 y cantaban alabando y confesando a Yahvé: «Porque es bueno, porque es eterna su misericordia para Israel». Todo el pueblo lanzaba gritos jubilosos, alabando a Yahvé, porque se ponían los cimientos de la casa de Yahvé. 12 Muchos de los sacerdotes y levitas y de los jefes de familias, ya ancianos, que habían conocido la casa primera, lloraban en voz alta al ver poner los cimientos de esta obra, mientras que los demás gritaban jubilosos, 13 no pudiendo distinguirse en el pueblo entre el clamor de los gritos de alegría y el de los llantos, porque clamaba el pueblo con júbilo y el ruido se oía hasta lejos.

Fue un acontecimiento histórico el acto de colocar la primera piedra. Sacerdotes y levitas asistieron a la ceremonia revestidos con los hábitos sagrados y tocando instrumentos (2 Crón 5,12-13). Desde Moisés, el uso de las trompetas era reservado a los sacerdotes (Núm 10,10). Los descendientes de Asaf son los levitas cantores por antonomasia (1 Crón 25,1-2). En sus cantos se acompañaban con címbalos. De este instrumento se habla en las Crónicas y en los libros de Esdras y Nehemías. Era el címbalo para los levitas hijos de Asaf lo que las trompetas a los sacerdotes. La institución de los levitas cimbalistas, como los arpistas y tocadores de lira, se remonta a David (1 Crón 25,1-6) y a los profetas Gad y Natán (2 Crón 29,25) [1].

Muchos de los repatriados, que no habían contemplado el maravilloso templo de Salomón, lanzaban gritos de entusiasmo al ver

[1] MÉDIEBELLE; E. GERSON-KIWI, *Musique:* DBS 1411-1468.

convertido en realidad el sueño de sus ideales yahvísticos. Con la reconstrucción del templo volvería a renacer Israel como pueblo independiente y soberano. Los ancianos, laicos y sacerdotes, lloraban de emoción. Su llanto nacía del recuerdo del grandioso templo salomónico convertido en ruinas.

¿Es histórica la narración de 3,1-13? Algunos exegetas independientes lo negaron en otros tiempos, alegando 5,2 y los testimonios de Ag 2,15-18 y Zac 4,9; 8,9. Pero el primer texto no debe aislarse de 3,7 y 5,16. Así las cosas, se comprende que la noticia de 5,2 se armoniza con lo dicho en este capítulo. Sin embargo, parece que la obra empezada bajo Ciro fue interrumpida muy pronto, quedando apenas rastro visible de lo hecho. «¿Qué interés podían tener Ageo y Zacarías en volver los ojos hacia aquel episodio desgraciado, que todos los judíos debían de mirar con pena e indignación, si no es que lo habían ya casi olvidado? Por esto, aquel primer conato de restauración era para ellos como si nunca hubiese existido» (FERNÁNDEZ). ¿Quiénes malograron tan santo empeño?

Los samaritanos [1]

Llámanse así los descendientes de la mezcla o fusión de los indígenas de Samaria con los colonos procedentes de Babilonia, de Cuta, de Ava, de Jamat y de Sefarvaím que mandó el rey asirio para que se estableciesen en las tierras de Samaria en lugar de los hijos de Israel (2 Re 17,24-41). Más tarde, Asaradón y Asnapar (¿Asurbanipal?) mandaron nuevos colonos (Esd 4,2.10). Con el emplazamiento de estos extranjeros en tierras de Canaán cayó el país en un caos religioso. Los mismos israelitas, adoradores de Yahvé, dejáronse seducir por los dioses de los advenedizos, de tal manera que, sin abandonar sus creencias yahvistas, servían simultáneamente a sus dioses (2 Re 17,33.41). Junto a esta híbrida mezcolanza de razas, escribe Ricciotti, sobrevino un hecho muy lógico según la antigua mentalidad oriental. Partiendo del principio de que cada región tenía su dios local, como si fuera el *numen loci*, los pueblos extranjeros y alienígenas acabaron por venerar al Dios de Samaria, Yahvé. A este fin se les envió un sacerdote que había sido deportado para que les enseñara el culto del Dios de la región (2 Re 17,27). Los samaritanos habían adquirido ciertos privilegios en la región a costa de los israelitas deportados a Babilonia. Al volver éstos y reivindicar el derecho sobre sus casas, sus campos, sus haciendas, e intentar reedificar el templo como punto aglutinante de su nueva personalidad, hirieron la susceptibilidad de los samaritanos.

Exigencias de los samaritanos (4,1-3)

1 Cuando los enemigos de Judá y Benjamín supieron que los vueltos de la cautividad estaban reedificando el templo de Yahvé, Dios de Israel, 2 llegáronse a Zorobabel y a los jefes de familia y les dijeron: «Queremos cooperar con vosotros en la reconstrucción, porque también nosotros buscamos a vuestro Dios, y a él sacrificamos desde los días de Asaradón, rey de Asiria, que aquí nos trajo». 3 Dijéronles Zorobabel, Josué y los demás jefes de familia de Israel: «No conviene que juntos edifiquemos la casa de nuestro Dios; hemos de ser nosotros solos quienes la edifiquemos a Yahvé, Dios de Israel, pues así lo ha mandado el rey Ciro, rey de Persia».

No se mencionan explícitamente los enemigos de los repatriados, pero no cabe duda que fueron los samaritanos (Neh 4,2). El autor habla de «Judá y Benjamín», las dos tribus que formaban fundamentalmente el reino de Judá, considerando el templo de Jerusalén como santuario nacional. A los repatriados llama el texto «los hijos de la cautividad». Los samaritanos dirigiéronse a las autoridades civiles y religiosas, pidiendo se les autorizara contribuir a la obra. Alegan ellos que invocan a Yahvé y le ofrecen sacrificios. El texto hebraico, a causa de una corrección debida probablemente a los masoretas, pone en boca de los comisionados las palabras: «Y nosotros no sacrificamos». Además de estas razones de carácter religioso, pretendían ellos otras ventajas políticas. Al colaborar con los repatriados, adquirían un derecho sobre el templo, se les facilitaba su presencia en Jerusalén y acaso se les abría el camino para ejercer sobre los sionistas una especie de control y autoridad. Los jefes de los repatriados no se dejaron engañar, rechazando el ofrecimiento por ser orden de Ciro que fueran ellos solos los que edificaran el templo. Las autoridades no aducen las razones decisivas que motivaron su negativa. Fueron éstas de carácter religioso principalmente. ¿Cómo podían admitir la colaboración de unos sincretistas que «buscaban a Dios» y ofrecían al mismo tiempo sacrificios a los ídolos? ¿No era Yahvé un Dios celoso, que no toleraba competidores? (Ex 20,5; 34,14). ¿Cómo podían autorizar esta colaboración sabiendo que con ellos se franqueaba la puerta del santuario a gentes incircuncisas e impuras? (Is 52,1). El dato sobre los colonos llevados a Samaria en tiempos de Asaraddón es propio de nuestro libro (v.2).

Reacción samaritana (4,4-5)

4 Entonces las gentes de aquella tierra intimidaron al pueblo de Judá, queriendo impedir la construcción; 5 y ganándose con dinero algunos consejeros de la corte, procuraron hacer fracasar su propósito durante todo el reinado de Ciro, rey de Persia, hasta el reinado de Darío, rey de Persia.

La indignación apoderóse de los samaritanos, llamados aquí «pueblo de la tierra» *(am haares)*, no en el sentido sociológico de *terratenientes* (2 Re 23,30.35), en oposición a *dalat haares*, «los indigentes», sino en el sentido de las gentes que ocupaban el país a la llegada de los repatriados. Con sus manejos impedían a los obreros que trabajaran, retrasando con ello la reconstrucción del templo. Para su causa ganaron la voluntad de algunos funcionarios

[1] J. A. MONTGOMERY, *The Samaritans* (Filadelfia 1907).

residentes en Samaria, que paralizaron la obra del templo durante los años 538-530 de Ciro y durante todo el reinado de Cambises (530-522), con unos quince o dieciséis años en total. Seguramente que Ciro se hubiera opuesto a la idea de paralizar las obras, pero sus oficiales destacados en Palestina, ganados por el dinero, se daban maña para impedir que las quejas de los repatriados llegaran a la corte imperial. La historia conservó memoria de este primer fracaso en orden a la reedificación del templo. En contra de lo que sucederá más tarde (Ag 1,3ss), la primera caravana de repatriados empezó la obra con entusiasmo, pero una oposición sistemática la paralizó en sus comienzos.

El autor, que ha hablado del obstruccionismo samaritano en tiempos de Ciro (4,1-5), abandona el orden cronológico para insistir sobre el mismo tema, aduciendo unos hechos acaecidos bajo el reinado de Jerjes (485-465) y Artajerjes, que encontró en un escrito arameo.

En el mencionado documento se hablaba, conforme al orden cronológico (5,1-6.18), de la reconstrucción del templo bajo el reinado de Darío (522-486), y, finalmente, de las tentativas de levantar los muros de Jerusalén en tiempos de Jerjes (485-465) y Artajerjes (465-424). Pero el autor invirtió conscientemente el orden con el fin de juntar 4,6-23 con 4,1-5 y reunir de esta manera toda la documentación relativa a las intrigas de los samaritanos.

Esta inversión del texto (5,1-6.18 después de 4,6-23) obedece a la semejanza de argumento. De hecho, tanto en la sección 4,6-23 como en 4,1-5 se habla de la paralización de las obras por intrigas de los samaritanos, aunque en el primero de los textos se hable de la reconstrucción de los muros en tiempos de Jerjes y en el segundo de la reedificación del templo en tiempos de Ciro. Otras explicaciones han sido propuestas por autores católicos y acatólicos, que, a nuestro parecer, presentan sus dificultades.

Los samaritanos durante el reinado de Asuero (4,6)

6 En el reinado de Asuero, al comienzo de él, escribieron una acusación contra los moradores de Judá y de Jerusalén.

El tema de la oposición de los samaritanos le apasiona tanto al autor, que le obliga a dar un salto histórico. Como en tiempos de Ciro, también en los del rey Asuero se mostraron los samaritanos hostiles a los judíos, escribiendo en contra suya una carta al monarca persa. Era éste Jerjes (485-465), hijo de Darío, llamado Asuero en el texto hebraico *(ahashverosh)*, y del cual se habla largamente en el libro de Ester. Los autores de la carta eran tanto los samaritanos como las personas que se habían afincado después del exilio en tierras de Judá y de Jerusalén. Bajo la capa de patriotismo y adhesión al rey de Persia, escribieron una acusación a fin de conservar los derechos adquiridos sobre las tierras y domicilios, tratando, además, de impedir sucesivas oleadas de repatriados. Los samaritanos debían exponer al monarca el peligro que representaba la reconstrucción de las murallas de la capital del yahvismo.

Carta a Artajerjes (4,7)

7 Y en tiempos de Artajerjes, Bislam, Mitrídates, Tabeel y el resto de sus colegas escribieron a Artajerjes, rey de Persia. La carta fue traducida al arameo y transcrita con caracteres arameos.

Era Artajerjes el hijo menor de Asuero, al cual sucedió en el trono (465-424) después de haber dado muerte a su hermano mayor, Istaspes, que se lo disputaba. Durante su reinado recibió varias acusaciones de los samaritanos contra los judíos. La primera carta fue escrita por tres personajes conocidos, con la aprobación de todos sus colegas. Se discute si son tres o dos los firmantes de la carta con su nombre. Algunos autores (RICCIOTTI, MÉDIEBELLE) interpretan el término *bishlam* como equivalente al hebreo *beshalom*, en paz, de acuerdo, aduciendo en su apoyo la versión griega, árabe y siríaca. Rudolph propone la lectura *besahlem*, *birushalayim*, contra Jerusalén, siendo el sentido de la frase: «... escribieron contra Jerusalén a Artajerjes». Bislam figura como primer promotor de la acusación. Mitrídates es un persa establecido en Palestina, ganado por los samaritanos a su causa. Dícese que la carta estaba escrita en arameo. Fueron los arameos tribus nómadas que habitaban los territorios comprendidos entre Arabia y Mesopotamia, que se infiltraban, ya sea en Siria, en Transjordania y Mesopotamia. A últimos del siglo VIII, su lengua convirtióse en la lengua diplomática y de las relaciones comerciales entre los pueblos del Próximo Oriente (2 Re 18,26). En el texto masorético dice la última parte del v.7: *traducida al arameo*. Falta esta última palabra en el texto griego, por lo cual se ha deducido que faltaba en el texto original, en el que entró por obra de un copista que quiso indicar que empezaba aquí la sección aramaica. En efecto, a partir del v.8 empieza el texto aramaico, que se prolonga hasta 6,18. Calla el texto el éxito de la carta. Tampoco se vislumbra en él si la letra fue escrita en arameo y traducida al persa, o viceversa.

Los samaritanos, a la carga (4,8-10)

8 Rehum, el gobernador, y Simsai, secretario, escribieron a Artajerjes, rey de Persia, acerca de Jerusalén, esta carta: 9 «Rehum, gobernador; Simsai, secretario, y el resto de sus colegas, los jueces y los oficiales persas y los hombres de Erec, de Babilonia, de Susa, de Deha, de Elam 10 y de otros pueblos que el grande y glorioso Asnapar trasladó y estableció en la ciudad de Samaria y otros lugares del lado de acá del río», etc.

Quizá la carta antes mencionada (v.7) no surtió efecto, por lo cual los samaritanos ganaron para su causa al gobernador de Samaria, Rehum (v.17), quien, a su vez, mandó otra a Artajerjes, que firmaron las autoridades supremas de la provincia, los funcionarios persas y los jefes de los colonos que habían sido trasladados a Palestina de varias regiones. Considerando los acontecimientos

fríamente, se comprende e incluso se justifica esta conducta de los samaritanos. Desde el año 722 fue Samaria capital de una provincia creada por los reyes de Asiria. Después de la muerte de Godolías (587), el territorio de Judá fue sometido a la provincia de Samaria. Al regresar los sionistas a Jerusalén, encontráronse bajo el control de los samaritanos, quienes se esforzaron en mantener sus privilegios sobre Jerusalén y Judá. Ante el conflicto entablado entre samaritanos y sionistas, las autoridades provinciales apoyaron fuertemente los derechos adquiridos desde muchos años por los primeros, haciendo ver al monarca las fatales consecuencias que podían derivarse de un cambio político. La intervención personal del gobernador debía pesar mucho en el palacio del soberano persa. Algunos autores (FERNÁNDEZ, PELAIA, MICHAELI, MÉDIEBELLE) toman las palabras que significan «los jueces, oficiales y delegados persianos» como nombres propios de dineos, afarsakeos, tarpeleos, afarseos. Hanse hecho muchas conjeturas acerca del lugar de origen de estos personajes—en el supuesto de que lo sean—. Los dineos pueden provenir de la Media o de una región vecina al lago Van. Se identifican los afarsakeos con los habitantes de Partasak o Partuka, tribus medas de las cuales se habla en la inscripción de Asaradón. En cuanto a los tarpeleos, pueden identificarse, o con los *tapurai*, de que habla Tolomeo [2], o los *tapyroi*, de Estrabón [3]. Los afarseos pueden ser acaso los parsuas de los textos de Senaquerib, que habitaban al sur del lago Urmia. Como hemos dicho, con estos nombres se designan hipotéticamente unos colonos de Palestina procedentes de las regiones mencionadas. Pero es muy posible que se trate de nombres de oficio. Los hombres de Erec proceden de la ciudad del mismo nombre mencionada en Gén 10,10, hoy Warka. Los de Deha pueden identificarse quizá con los de Daai, de los griegos [4], tribus nómadas de Persia. Asnapar es Asurbanipal (668-626), llamado Sardanápolo por los griegos. Con la expresión «otros lugares del lado de acá del río» debe entenderse la región que se extiende desde el Eufrates hasta la frontera de Egipto, abarcando el territorio de la quinta satrapía *(Abarnahara)*, llamada también Transpotamia y Transeufratena.

Contenido de la carta (4,11-16)

11 He aquí la copia de la carta que mandaron al rey Artajerjes: «Tus siervos, las gentes del lado de acá del río, etc. 12 Sepa el rey que los judíos que de ahí salieron y han llegado entre nosotros a Jerusalén están reedificando la ciudad rebelde y mala, alzando sus murallas y restaurando los cimientos. 13 Que sepa, pues, el rey que, si esta ciudad es reedificada y reconstruidas sus murallas, no pagarán tributo, ni impuesto, ni derecho de peaje, y que de ello se ha de resentir el real tesoro. 14 Ahora, pues, como nosotros comemos la sal del palacio y no creemos conveniente que el rey sea menospreciado, mandamos al rey

[2] *Géogr.* 6,2,6.
[3] *Géogr.* 6,8,6.
[4] HERÓDOTO, *Hist.* 1,125; ESTRABÓN, *Géogr.* 7,3,12.

esta información; 15 que se investiguen los libros de las historias de tus padres, y en ellos verás que esta ciudad es una ciudad rebelde, funesta para los reyes y sus provincias, y que ya de antiguo se movieron en ella revueltas, habiendo sido por esto destruida. 16 Hacemos saber al rey que, si esta ciudad se reedifica y se levantan sus murallas, perderás con esto mismo tus posesiones del lado de acá del río».

En la carta se exponen fríamente los hechos. Ninguna acusación referente al templo, cuya fábrica despertaba menos recelo que la construcción o reparación de las murallas. Una ciudad desmantelada, abierta, no puede hacer frente a un ejército; pero, en el caso de contar con potentes fortificaciones y gruesos muros, puede resistir largo tiempo. Este es el caso de la «ciudad rebelde y mala», que resistió casi dos años a las tropas de Nabucodonosor. ¿Quiere ahora el rey que la historia se repita? Una vez los judíos se crean amparados por las murallas, volverán la espalda al rey e incluso se negarán a pagarle los tributos, impuestos y derechos de peaje por las grandes vías del imperio. Estos tributos en metálico, unidos a los impuestos que pagaban las gentes del país en especie, contribuían a sanear el erario público.

Al fin del v.13 se lee una palabra aramaica, que algunos consideran de origen persa y otros babilónico, traduciéndola por *finalmente* y *en lo sucesivo*, respectivamente. El texto original puede interpretarse en el sentido de que en tiempos de Artajerjes hubo una caravana de repatriados cuya misión era la de reconstruir la ciudad. Pero cabe el sentido más genérico de una repatriación de judíos procedentes de Babilonia y de Persia, sin aludir al tiempo en que tuvo lugar. No se conoce una repatriación en tiempos de Artajerjes.

La frase «comer la sal» puede significar que los firmantes eran asalariados del gobierno central, o puede referirse a la existencia de una alianza entre ellos y el soberano persa semejante al pacto de la sal de que se habla en Lev 2,13; Núm 18,19; 2 Crón 13,5. El contexto nos induce a inclinarnos por el primer significado. A los firmantes de la carta, que viven de un salario, no interesa que otros se adueñen de una situación que podría significar el cese en sus cargos. Las acusaciones lanzadas contra los judíos tienen fundamento histórico. Un repaso de las crónicas de sus antepasados (aramaico: «de tus padres») confirmará las acusaciones. Los escribas reales tenían la misión de consignar los acontecimientos que sucedían. Esta costumbre es conocida en Israel, en donde se habla de los anales de los reyes de Samaria y de Judá.

Insisten los acusadores en decir que fue Jerusalén una ciudad rebelde, y que en su recinto se fraguaron muchas revueltas. Es muy probable que con ello hagan referencia al hecho de que los últimos reyes de Judá (Joaquín y Sedecías) buscaran la alianza de Egipto para sacudir el yugo babilónico. La conclusión de la carta es de amenaza, pero sigue lógicamente lo dicho en las premisas. Mientras Jerusalén carezca de murallas que la protejan, permanecerá fiel al gobierno central y no se volverá contra las autoridades provinciales.

Una vez se reedifiquen las murallas, puede el rey temer que de un día a otro pierda no sólo aquella ciudad, sino todos los territorios de la provincia transeufratena, o sea, toda la quinta satrapía. Tres clases de tasas se mencionan en el v.13: el *tributo* (hebreo, *mindah*, del acádico *mandattu)*, llamado también tasa real (Neh 5,4), que pagaban los súbditos de las satrapías; el *impuesto* (hebreo, *belo*, quizá del persiano *beli*, o del acádico *biltu)*; el *derecho de peaje*, o trabajo forzado en obras públicas, en hebreo *halakh*, del acádico *ilku*.

Respuesta del rey (4,17-22)

17 Respuesta que mandó el rey a Rehum, gobernador; a Simsaí, secretario, y al resto de sus colegas que habitan en Samaria y otros lugares del lado de acá del río: «Salud, etc. 18 Ahora, la carta que nos habéis enviado ha sido leída exactamente en mi presencia. 19 Por orden mía se hicieron investigaciones y ha sido hallado que ya de antiguo esa ciudad se rebeló contra los reyes y que se dio a la sedición y a la revuelta. 20 Hubo en Jerusalén reyes poderosos, dueños de toda la tierra del lado de allá del río, a los que se pagaba tributo, impuesto y derecho de peaje. 21 Por consiguiente, mando que cesen los trabajos de esas gentes, para que esa ciudad no sea reconstruida sin una autorización mía. 22 No dejéis de poner en esto gran diligencia, no sea que el mal aumente, con perjuicio de los reyes».

El rey acusa recibo de la carta que le habían enviado desde Samaria. Los destinatarios son Rehum, Simsaí y otras autoridades y personajes de la satrapía transeufratena. La letra impresionó al monarca, que escuchó y meditó su contenido. Escrita en arameo, le fue leída en persiano, despacio, acentuando cada palabra distintamente *(mefarash)*. Atendiendo a las sugerencias que le hacían en la carta, dio orden el rey de consultar las crónicas referentes a Judá, o, en general, al pueblo de Israel. Se leía allí que en un tiempo fue un reino muy poderoso, que se extendía hasta el Eufrates, y al cual los pueblos dominados pagaban tributos, impuestos y derecho de peaje. Sólo en tiempos de David y Salomón (2 Sam 8,6; 1 Re 4,24) conquistó Israel algunos territorios del lado de acá del Eufrates, pero emplea el texto un lenguaje hiperbólico. En cuanto a estos documentos que el texto llama «memorias de los padres», cabe decir que, además de los anales de los reyes de Babilonia, pudo el rey persa conocer las memorias e historias de los reyes de Judá, trasladadas a Babilonia juntamente con los deportados.

En vista de los datos históricos que confirmaban los temores expresados por el gobernador de Samaria, dispuso el monarca el cese de los trabajos hasta que no disponga otra cosa. Artajerjes no niega de manera definitiva la autorización de construir las murallas de Jerusalén; sólo suspende la orden temporalmente.

Se cumple la orden real (4,23)

23 En cuanto la copia de esta carta del rey Artajerjes fue leída ante Rehum, gobernador; Simsaí, secretario, y sus colegas, marcháronse apresuradamente a Jerusalén a los judíos e hicieron cesar los trabajos por la violencia y por la fuerza.

El texto refleja bien la tirantez de relaciones existentes entre Samaria y Jerusalén. Rehum (el *gobernador*, dice el texto griego), Simsaí y sus colegas marcharon precipitadamente a Jerusalén para hacer cumplir la orden real. Ante la resistencia de los judíos, apelaron a la fuerza y a la violencia. ¿Quién había autorizado la reconstrucción de la ciudad y de las murallas? No lo especifica el texto. Quizá los repatriados, amparándose en el permiso de reconstruir el templo, vieron la necesidad que tenían de protegerlo contra los ataques de los pueblos circunvecinos. De ahí que, andando el tiempo, atreviéronse a emprender esta obra, contando con la anuencia implícita del rey y con la indiferencia de las autoridades provinciales. Sus cálculos fallaron, teniendo que esperar a que el tiempo hiciese factible su legítimo anhelo.

Paralización de las obras del templo (4,24)

24 Entonces se pararon las obras de la casa de Yahvé en Jerusalén, quedando interrumpidas hasta el año segundo del reinado de Darío, rey de Persia.

Este verso sigue inmediatamente al v.5 de este mismo capítulo. La razón de su desplazamiento radica en que el autor, enfrascado en el tema de la hostilidad de los samaritanos, intercaló en su texto una narración antisamaritana hallada en un documento aramaico (v.6-23). Con ello pudo hacer resaltar que la enemistad de los samaritanos contra Jerusalén continuaba año tras año y se manifestaba todas cuantas veces intentaban los judíos emprender algo concerniente a su resurgimiento, seguridad y progreso en perjuicio de los samaritanos. «Como el v.24 era no sólo natural conclusión del relato arameo paralelo a 4,1-5, sino que al mismo tiempo era oportuna introducción a 5,1ss, por esto lo conservó, colocándolo inmediatamente antes de la segunda restauración del templo» (FERNÁNDEZ). Por algunos años quedaron paralizadas las obras del templo hasta los tiempos de Darío. Entre tanto, los repatriados aprovecharon el tiempo en asegurar e incrementar su patrimonio, mejoras de tierra, construcciones de casas confortables. ¿Ha venido para vosotros, les dirá Ageo, el tiempo de morar en casas artesonadas, mientras está en ruinas esta casa (el templo)? (Ag 1,4).

Los profetas Ageo y Zacarías (5,1-2)

1 Ageo, profeta, y Zacarías, hijo de Ido, profeta, hablaron en nombre de Dios a los judíos que había en Judá y en Jerusalén; 2 y entonces Zorobabel, hijo de Salatiel, y Josué, hijo de Josa-

dac, se levantaron y comenzaron a edificar la casa de Dios en Jerusalén. Con ellos estaban los profetas de Dios que los asistían.

Desde el decreto de Ciro (1,2-4) hasta la aparición de los profetas Ageo y Zacarías (520) cambiaron las condiciones políticas del imperio persa. Ciro murió en circunstancias misteriosas. El falso Smerdis, valiéndose de una burda estratagema, ocupó el trono de Persia desde la primavera hasta el otoño del año 522, en que fue suplantado por Darío I Istaspe, que reinó desde 521 hasta 485 a. C. Durante este período surgieron acá y allá algunos movimientos de independencia, ciertas actividades separatistas al margen del poder central persiano. Estos primeros síntomas de debilidad del imperio persa debían aprovechar los judíos de Jerusalén para reemprender las obras, suspendidas en sus comienzos a causa de la hostilidad de los samaritanos (4,5). Pero, con el correr de los años, fueron apagándose los entusiasmos de los repatriados, que se dedicaron preferentemente a sus intereses particulares. Jefes y pueblo acallaban sus remordimientos con el estribillo: «... No ha venido todavía el tiempo de reedificar la casa de Yahvé» (Ag 1,2).

Dos profetas despertaron la conciencia nacional adormecida. «El año segundo del rey Darío (520 a. C.), el mes sexto, el día primero del mes, fue la palabra de Yahvé» (Ag 1,1) a los dirigentes del pueblo reprochándoles su pasividad en la reconstrucción del templo. Dos meses más tarde apareció Zacarías, hijo de Baraquías, hijo de Ido (Zac 1,1), que colaboró con Ageo en promover la rápida reedificación del santuario. El ministerio de ambos profetas fue providencial; aún más, fue Dios mismo «que estuvo sobre ellos», dictándoles los oráculos que debían dirigir al pueblo. En el texto se llama a Zacarías hijo de Ido, cuando, en realidad, lo era de Baraquías; es frecuente en la Biblia la omisión del padre en las genealogías, dándose el del abuelo.

Según Ag 1,1, enviaba Dios al profeta «a Zorobabel, hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué, hijo de Josadac»; a estas mismas autoridades civiles y religiosas fue enviado Zacarías (1,1; 3,1; 4,6; 6,11). No sabemos cuánto tiempo fue menester a los dos enviados de Dios para convencer a los jefes y al pueblo de su obligación para con el templo. Dice el texto que ambos jefes *comenzaron a edificar*, lo cual no se opone a 3,8; 4,1-5. En primer lugar, el verbo *edificar* se toma muchas veces como sinónimo de *reedificar*. En segundo lugar, cabe inferir del contexto que los trabajos de construcción empezados en tiempos de Ciro fueron suspendidos al poco tiempo, no quedando después de dieciocho años apenas vestigio alguno. Puede darse también que la oposición de los samaritanos llegó hasta el extremo de derribar lo poco que se había construido. De ahí que la expresión *comenzaron a edificar* es tanto como decir que antes muy poca cosa se había hecho. No habiendo sido revocado el decreto de Ciro, se empezaron los trabajos sin previo aviso a las autoridades provinciales. Los dos profetas estuvieron en todas las

dificultades al lado de las autoridades, animando a todos a proseguir sin desfallecimiento en los trabajos empezados. Cree Ricciotti que una nueva caravana llegó por entonces de Babilonia y que, gracias a su ayuda en dinero, mano de obra y entusiasmo, siguió la obra adelante.

Inspección del gobernador (5,3-5)

3 Vinieron entonces a ellos Tatnaí, gobernador del lado de acá del río; Setar-Boznaí y sus colegas, y les dijeron: «¿Quién os ha dado autorización para levantar esta casa y levantar estos muros?», y preguntaron: «¿Cuáles son los nombres de los que construyen este edificio?» 4 Entonces les respondieron, dándoles los nombres de los que hacían la construcción. 5 Pero los ojos de Dios estaban sobre los ancianos de los judíos, y se permitió que continuasen las obras mientras se consultaba al rey Darío, hasta que se recibiese de él carta acerca de esto.

No fueron los samaritanos los que dieron la cara en esta circunstancia, aunque fuesen acaso ellos los instigadores. En los documentos neobabilónicos de este tiempo se menciona a un cierto *Ushtani* como gobernador de los territorios de la provincia transeufratena. Aunque así fuera, no existe dificultad por cuanto puede admitirse que *Ushtani* ejercía la autoridad suprema del territorio y que Tatnaí era el *peha* o representante suyo en Judea. Schneider identifica a Tatnaí con *Tattanu*, que en el año 502 era sátrapa de Transpotamia.

Tatnaí dirigióse a Jerusalén e inquirió las razones que tenían los judíos para comenzar las obras del templo. Finge el gobernador desconocer el edicto de Ciro; acaso suponía que, muerto aquel monarca, cesaban automáticamente los privilegios y concesiones que había otorgado. Sin embargo, se muestra muy comedido y ecuánime en sus intervenciones, autorizando la continuación de las obras mientras exponga el caso a la consideración de Darío. Pregunta el gobernador: «¿Quién os ha dado autorización para levantar esta casa y levantar estos muros?» La última palabra es traducción del término aramaico *ussharna*. Según Jouon (B 22 [1941] 38-40), el misterioso vocablo debe traducirse por *andamiaje*, *maderamen*. Michaeli, apoyándose en el testimonio de los asiriólogos, traduce la palabra por *santuario*. De todas maneras, no se habla de las murallas de la ciudad, sino del templo y sus muros.

El texto masorético del v.4 dice: «Entonces nosotros les respondimos (dándoles) los nombres...»; muchos autores siguen el texto griego, que emplea la tercera persona del plural: «Entonces les respondieron». Siguiendo la lección de 3 Esd 6,4 y ajustándose al contexto, otros autores suprimen todo el verso (Pelaia, Gelin). Es de notar que el v.5 habla de los *ancianos*, que en adelante dejarán a Zorobabel en la penumbra. Encontraron ellos gracia a los ojos de Tatnaí.

Carta a Darío (5,6-17)

6 He aquí copia de la carta que al rey Darío mandaron Tatnaí, gobernador del lado de acá del río; Setar-Boznaí y sus colegas los persas que habitaban del lado de acá del río. 7 Le enviaron una relación en estos términos: «Al rey Darío, salud. 8 Comunicamos al rey que hemos ido a la provincia de Judá, a la casa del Dios grande. Está construyéndose en piedras talladas, y se colocan las maderas en los muros y el trabajo se hace rápidamente y adelanta en sus manos. 9 Hemos preguntado a los ancianos y les hemos hablado así: «¿Quién os ha dado autorización para edificar esta casa y levantar estos muros?» 10 Les hemos preguntado también los nombres para dártelos a conocer, y hemos puesto por escrito los nombres de los que están al frente suyo. 11 He aquí la respuesta que nos dieron: «Nosotros somos servidores del Dios de los cielos y de la tierra y estamos reconstruyendo la casa que fue construida muchos años ha. Un gran rey de Israel la edificó y la terminó. 12 Pero luego que nuestros padres irritaron al Dios de los cielos, él los entregó en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, el caldeo, que destruyó esta casa y llevó cautivo el pueblo a Babilonia. 13 Pero el año primero del reinado de Ciro, rey de Babilonia, el rey Ciro dio la orden de reedificar esta casa de Dios, 14 y el mismo rey Ciro sacó del templo de Babilonia los utensilios de oro y plata que Nabucodonosor había tomado del templo de Jerusalén, llevándolos al templo de Babilonia, e hizo que fueran entregados al llamado Sesbasar, que nombró gobernador, 15 diciéndole: Toma esos utensilios y ve a llevarlos al templo de Jerusalén, y que la casa de Dios sea reconstruida en su mismo lugar. 16 Este mismo Sesbasar vino y puso los cimientos de la casa de Dios en Jerusalén; desde entonces está reconstruyéndose y no se ha terminado. 17 Ahora, pues, si al rey le parece conveniente, que se hagan investigaciones en la casa de los tesoros del rey de Babilonia para ver si hubo una orden del rey Ciro para la reconstrucción de esta casa de Dios en Jerusalén, y que el rey nos transmita luego su voluntad en este asunto».

Por su carta se revela Tatnaí ser hombre sereno y objetivo, que expone desapasionadamente los hechos, sometiéndolos al criterio de Darío. La palabra del v.6, *Afarsak*, que hemos traducido por «los persas», es interpretada por algunos como nombre de un pueblo desconocido (4,9) o como función oficial. El gobernador desea al rey *Shelama kola* [1]. Pero el texto griego relaciona la palabra *kola* con la siguiente: «Que el rey conozca enteramente que hemos ido». Por las palabras *provincia de Judá* debe entenderse la región de Judea, no la provincia en sentido técnico persiano. Sabido es que en tiempos de Darío creóse la provincia de Judea *(iehud)*, dependiente de la satrapía de *Ebernahara* o *Abarnahara*, con plenos poderes, separada de la de Samaria y regida por un *peha* o gobernador. Al referirse al templo y emplear Tatnaí la expresión «Dios grande», se acomoda al modo de hablar de los judíos, mostrándose respetuoso con sus creencias. La construcción del templo

1 Jouon, B 22 (1941) 265.

se hace con material noble, en *piedra tallada* (literalmente: «piedras que se hacen rodar»: *eben gelal)*. No convienen los exegetas en el sentido de la expresión «colocan las maderas en los muros», que explican, o 1) por el empleo de madera en el interior del muro; 2) por las viguetas transversales, formando pisos, o 3) por el andamiaje que se sujetaba al muro por medio de tablones. Schneider lo interpreta del revestimiento de los muros internos con madera (Dan 5,5; Ag 1,4; 1 Re 6,15). Como hemos dicho, en adelante desaparece Zorobabel de la escena—aunque ocupen él y Josué el primer lugar—, para ser suplantado por los ancianos.

Los judíos respondieron que el templo fue construido por Salomón (1 Re 6,1). A la posteridad pasó con la fama de haber sido gran rey. «Los siervos del Dios del cielo y de la tierra», al reconstruir el templo, tratan de poner de nuevo el gran centro religioso de Jerusalén en condiciones de poder celebrar allí los actos de culto a su Dios, Yahvé. Propiamente, la autorización de reconstruir el templo la han recibido, dicen los judíos, de Dios, creador de todo, Señor de los reyes, el Dios no solamente de Canaán, sino de todo el reino, al que los mismos persas rinden o al menos autorizan el culto.

Reconocen los judíos que no fueron propiamente los soberanos de Babilonia los que destruyeron un templo tan antiguo, sino el mismo Dios, que se sirvió de los hombres para castigar la rebeldía de su pueblo al pacto de la alianza (2 Re 25,8ss). Ahora, con la expresa autorización de Ciro, reedifican la casa del gran Dios. Los judíos suspendieron temporalmente las obras, pero la orden del rey no fue nunca revocada. Por lo cual dicen astutamente y con fundamento real los ancianos que «desde entonces está reconstruyéndose y no se ha terminado». Las circunstancias que enumeran los ancianos prueban claramente cuál era la voluntad de Ciro. ¿Qué monarca se desprende de los tesoros de oro y plata para devolverlos al templo que otros habían expoliado? De ahí que, continuando ellos la obra del templo, demuestran su adhesión inquebrantable al trono de Persia. Los que impiden tal obra se oponen a las órdenes del rey.

La expresión «Ciro, rey de Babilonia» se encuentra en diversos textos cuneiformes [2] y es empleada por Artajerjes (Neh 13,6). Ninguna dificultad surge de la comparación del principio y fin del v.15, ya que la frase en boca de Ciro no podía significar que depositara Sesbasar los tesoros en un templo que no existía. No se indica el lugar provisional donde fueron colocados. Sesbasar puso los fundamentos de la obra del templo (3,8; 4,1-5). Correctamente invita el gobernador a Darío a que se cerciore de la existencia del derecho invocado por los judíos. Los documentos reales, el archivo de la corona, eran conservados en un departamento de la mansión real. Sin embargo, exista o no tal documento, lo que cuenta definitivamente es la voluntad de Darío, que puede confirmar o abrogar edictos dados por sus antecesores o proceder según su antojo. La palabra *Babilonia* no estaba acaso en el texto original.

2 Pritchard, 315-316.

Hallazgo en Ecbatana (6,1-2)

1 Entonces el rey Darío dio orden de hacer investigaciones en las casas de los archivos, donde se depositaban los tesoros, en Babilonia; 2 y se encontró en Ecbatana, capital de la provincia de Media, un rollo en que estaba escrito el memorial siguiente.

Algunos autores cambian el orden de los términos *archivo* y *tesoro*, traduciendo: «En la casa de los tesoros en donde se depositaban los libros», alegando que se guardaban los libros en el mismo lugar que los tesoros; pero éstos no se colocaban en las bibliotecas. Se discute en qué sentido debe entenderse la palabra *Babilonia*. Algunos (GELIN, KITTEL) la interpretan en el sentido de reino de Babilonia. Pero puede ser que, siguiendo el rey la indicación del gobernador Tatnaí, diera orden de que se registraran los archivos de Babilonia y, al no encontrarse allí el documento, se buscara en otras villas reales, encontrándose en Ahmeta. Según datos de Jenofonte [1], solía Ciro habitar en *medio* de su imperio, pero cambiaba de ciudad. Durante los siete meses de invierno vivía en Babilonia; en los tres meses de primavera residía en Susa, desde donde marchaba a Ecbatana, hoy Hamadan, para veranear allí.

Ahmeta es el nombre aramaico de Ecbatana. En las tres capitales del imperio mencionadas existían archivos reales, donde se guardaba la relación de los hechos más salientes de la historia. De la circunstancia de hallarse en Ecbatana el memorial de Ciro se concluye que fue promulgado durante el verano del año 538. Según la crónica de Nabónides (PRITCHARD, 316), no se hallaba en Babilonia el 4 de Nisán, presidiendo su hijo Cambises las ceremonias (530-522). El rey invernaba en Babilonia, veraneaba en Ecbatana y pasaba en Susa la primavera. El memorial estaba escrito en un rollo de pergamino o piel, de uso, desde muy antiguo, en Persia (DIODORO, *Bibl. Hist.* 2,32). El término *Dikronah*, memorial, «es un documento que guarda el recuerdo de un acto oficial» (MICHAÉLI). No se reproduce el texto completo del decreto.

Extracto del decreto (6,3-5)

3 «El año primero del rey Ciro ha dado el rey Ciro esta orden respecto de la casa de Dios de Jerusalén: Que la casa sea reconstruida para ser un lugar en que se sacrifique, y que tenga sólidos fundamentos. Tendrá sesenta codos de alto, sesenta de ancho 4 y tres hiladas de piedra tallada y una de madera nueva, siendo abonado el importe por la casa del rey. 5 Además, los utensilios de oro y de plata que Nabucodonosor sacó del templo de Jerusalén, trayéndolos a Babilonia, serán devueltos y llevados al templo de Jerusalén, al lugar donde estaban, y depositados en la casa de Dios.

El extracto del decreto de Ciro se hace teniendo en cuenta la petición del gobernador. Por lo mismo, se indica la fecha en que

[1] *Cyr.* 8,6,22; *Anab.* 3,5,15.

Ciro dio la orden de reedificar el templo. Quería el monarca que se ofrecieran allí sacrificios cruentos e incruentos. El texto masorético: «Y sean erigidos sus fundamentos *(ussohi)*» debe cambiarse por: «sus sacrificios ígneos *(esshohi)*» o cruentos. No quiere indicar Ciro el lugar donde debe emplazarse el futuro templo, sino hacer hincapié en que deben celebrarse sacrificios para tener propicio al Dios de los judíos. Este Dios tenía su asiento en Jerusalén; era necesario, pues, que se le rindiera culto en el mismo lugar que Dios había escogido. Se añade una noticia incompleta y acaso desfigurada de las medidas del nuevo templo. Se indican la altura y la anchura, pero nada se dice de su longitud. Comparando las medidas señaladas por Ciro con las del templo de Salomón, aparece que éste debía ser superado por el nuevo. El santuario salomónico contaba 60 codos de largo, 20 de ancho y 30 de altura (1 Re 6,2). Si el nuevo tenía 60 codos de alto y 60 de ancho, ¿cuánto medía su longitud? No lo dice el texto, pero es de suponer que superase a las otras dos medidas. Pero estas proporciones colosales del nuevo templo contradicen al testimonio de Ageo (2,3) y de Zacarías (4,10), que hablan de un templo de proporciones menores que el de Salomón. Es evidente que los números dados aquí no corresponden a la realidad ni eran los que escribió el autor sagrado. La altura resultaría extraordinaria; el ancho del templo sería tres veces mayor que el de Salomón [2].

El codo, como unidad de medida, era doble: el *vulgar*, equivalente a 0,45 metros, y el que se empleó en la construcción del templo, 0,52. Las particularidades sobre la manera como debía procederse en la construcción se explican por la forma administrativa del decreto. Sobre el empleo de hiladas de piedra y de madera en las construcciones antiguas véase 1 Re 6,36; 7,12. La misma construcción se observa en un muro del siglo XIV antes de Cristo en la antigua Ugarit (Ras Shamra) y en los restos del palacio de Herodes en Masada, en la orilla occidental del mar Muerto.

Ordenes concretas (6,6-10)

6 »Por tanto, Tatnaí, gobernador del otro lado del río; Setar-Boznaí, y vuestros colegas de Afarsac, que habitáis al lado de allá del río, alejaos de ahí 7 y dejad que prosigan los trabajos de esa casa de Dios y que el gobernador de los judíos y los ancianos de los judíos la reconstruyan en su lugar. 8 Esta es la orden que os doy acerca de lo que debéis hacer, respecto de esos ancianos de los judíos, para la construcción de esa casa de Dios. 9 El costo, tomado de la hacienda del rey, proveniente de los tributos de la parte de allá del río, será íntegramente pagado a esos hombres, para que no haya interrupciones. 10 Lo necesario para los holocaustos al Dios de los cielos: novillos, carneros, corderos, trigo, sal, vino y aceite, será entregado, a petición suya, a los sacerdotes de Jerusalén, día por día y sin falta, para que ofrezcan sacrificios de grato olor al Dios de los cielos y rueguen por la vida del rey y la de sus hijos.

Indicados sumariamente los puntos clave del edicto de Ciro, pasa Darío a dar órdenes concretas. Exige en primer lugar que se

[2] RB 46 (1937) 53.

deje en paz a los judíos para que prosigan la obra del templo. Tienen los sionistas derechos adquiridos y no deben inmiscuirse en este negocio las autoridades locales y regionales, poniendo cortapisas a la amplia concesión de Ciro. Se citan los nombres del gobernador, Tatnaí; de Setar-Boznaí, ambos nombres asirios. La palabra *Afarsac* debe probablemente traducirse por *persas* (5,6). La orden, pues, se dirige a los funcionarios persas de la satrapía Abarnahara o transeufratena. A las disposiciones antiguas añade Darío muestras evidentes de simpatía hacia la causa judía. Lejos de obstaculizar la construcción del templo, impone a las autoridades provinciales la obligación de entregar a los ancianos de los judíos el dinero recaudado en concepto de tributos de la provincia de Abarnahara. Debió de sospechar el rey que tenían los judíos necesidad de dinero para esta empresa y acaso había llegado a sus oídos la noticia de haberse paralizado las obras por falta de fondos. Ciro habíase mostrado espléndido; los amigos de los judíos habían entregado sumas considerables (1,3-4); los judíos que quedaron en Babilonia habíanse solidarizado con sus hermanos repatriados, pero en aquellas circunstancias en que comenzaba una vida nueva para Israel no había nunca dinero suficiente. Confirma la historia la religiosidad de Darío y su generosidad hacia los lugares sagrados. En Egipto reparó muchos templos, mostrándose tan religioso, que dioses y diosas le reconocieron como a hijo suyo. Restauró el templo de Pta en Menfis, construyó el santuario en el oasis de Kargah. Uzahor, en la descripción de Sais, dice: «Todo esto hizo Darío, porque sabía que tal era la mejor manera de dar nueva vida a lo que estaba cayendo en ruinas, con el fin de mantener el honor de todos los dioses, sus templos, sus rentas y la perduración de su culto con sus fiestas» (FERNÁNDEZ).

Sus donativos a los judíos tenían como finalidad obtener de ellos la seguridad de que en sus sacrificios se acordarían de Darío y de sus hijos. Entre los persas existía el deber de rogar por el rey con ocasión de los sacrificios [3]. Los judíos de la Elefantina prometieron al gobernador persa de Judá, Bagoas, ofrecer sacrificios por él, asegurándole que, si hace reconstruir su templo, alcanzará con ello delante de Dios un mérito más grande que el ofrecimiento de holocaustos «por un valor de mil talentos de plata» [4].

Aspira Darío a obtener la bendición de Yahvé, como de todos los otros dioses, por impulsar y ayudar la construcción de templos y contribuir a los gastos que importaban los sacrificios (PRITCHARD, 492). El tecnicismo cultual empleado en el texto explícase por disponer el rey de funcionarios judíos encargados de los negocios referentes a su pueblo. Se mencionan tres clases de sacrificios: cruentos (animales), ofrendas (cereales, sal) y libaciones (vino y aceite). La expresión «sacrificio de grato olor» debe tomarse en sentido general, y no en el particular de ofrendas de incienso y perfume (Lev 1,9; 2,9).

[3] HERÓDOTO, *Hist.* I 132.
[4] A. COWLEY, *Aramaic Papyri* 30 lín.26-28; PRITCHARD, 492.

Severos castigos (6,11-12)

11 »Y ésta es la orden que doy acerca de cualquiera que traspasare este mandato: se arrancará de su casa una viga, que se alzará para colgarle en ella, y su casa será convertida en un montón de inmundicias. 12 Que el Dios que hace residir su nombre en ese lugar derribe a todo rey y todo pueblo que tienda su mano para traspasar mi mandato, destruyendo esa casa de Dios en Jerusalén. Yo, Darío; yo he dado esta orden. Que sea puntualmente cumplida».

Dos penas impone el rey a los transgresores. Por la primera, los contraventores serán empalados en una viga de su misma casa. El mismo Darío empaló a tres mil babilonios [5]. No era corriente este castigo entre los hebreos; únicamente los cadáveres eran colgados de un palo para que sirvieran de escarmiento (Deut 21,22; Jos 10,29; Est 5,14; 6,4; 7,10; 8,7). El segundo castigo consistía en destruir la casa del culpable y convertirla en estercolero o lugar de inmundicias (*newalu*, 2 Re 10,27; Dan 2,5). La expresión «que el Dios que hace residir su nombre» es de sabor deuteronómico (Deut 12,11; 14,23; 1 Re 9,3; Jer 7,12). Su presencia en el texto sugiere la idea de que el redactor del libro da al texto cierto colorido judaico. La maldición encaja bien con la idiosincrasia de Darío, que en la inscripción de Behistun invoca la maldición de Ahura Mazda contra aquel que se atreva a destruirla.

Efectividad del decreto (6,13-15)

13 Tatnaí, gobernador de la parte de acá del río; Setar-Boznaí y sus colegas, se conformaron puntualmente a esta orden que les mandó el rey Darío; 14 y los ancianos de los judíos prosiguieron con buen suceso la reconstrucción, según las profecías de Ageo, profeta, y de Zacarías, hijo de Ido; y terminaron la reconstrucción, según la orden del Dios de Israel y las de Ciro y Darío. 15 La casa fue terminada el día tercero del mes de Adar del año sexto del reinado de Darío.

Aunque las apariencias pudieran hacer creer otra cosa, es cierto que Dios rige los acontecimientos de la historia universal para la consecución de sus fines inefables. De esta manera vemos que el exilio fue una medicina saludable para Israel, que reconoció sus pecados y se volvió a su Dios. Como consecuencia, Yahvé depone su actitud airada y perdona a su pueblo. En prueba de su amistad y benevolencia hizo surgir monarcas adictos a la causa de Israel, permitiendo y facilitando el regreso a la patria y un nuevo resurgimiento del pueblo judío. Las autoridades provinciales recibieron con satisfacción la orden de Darío, escudándose en ella para frenar toda actividad hostil de parte de los samaritanos. El favor real animó a los judíos, tanto por la ayuda económica que les prometió como por la seguridad que les garantizaba con su decreto. En estas

[5] HERÓDOTO, *Hist.* III 159.

circunstancias pudieron los profetas Ageo y Zacarías urgir el deber que incumbía a todos de trabajar en la obra del templo. Por un conjunto de circunstancias favorables, la obra terminóse el día tercero del mes de Adar (febrero-marzo) del año 515. El libro 3 de Esdras (7,5) y Flavio Josefo[6] señalan el término de la obra el 23 del duodécimo mes, del mes de Adar. Kugler prefiere la data del 23, por razón de que en aquel año el día 3 caía en sábado y el 23 en viernes. Pero es posible, dice Médiebelle, que el término de una obra tan importante prevaleciera al reposo sabático, sobre todo si la obra terminó a primeras horas del sábado, al caer el sol en la tarde del viernes. Los trabajos duraron cuatro años y medio. Todos los pormenores concurren a demostrar que no pudo competir este nuevo templo con el de Salomón, en cuya construcción invirtiéronse siete años. Sin embargo, se procuró conseguir una reproducción del edificio anterior bastante perfecta, como se desprende de la letra de Aristeas[7]. Ezequiel contempla la nueva construcción desde el punto de vista escatológico. Este nuevo templo fue santificado por la presencia de Jesucristo, que sacó de él, a latigazos, a los que lo habían convertido en cueva de ladrones. De este segundo templo escribió Ageo: «La gloria de esta postrera casa será más grande que la de la primera, dice Yahvé Sebaot, y en este lugar daré yo la paz, dice Yahvé Sebaot» (2,10).

Dedicación del templo (6,16-18)

16 Los hijos de Israel, los sacerdotes y levitas y los demás que habían venido de la cautividad, hicieron con gozo la dedicación de esta casa de Dios, 17 ofreciendo en la dedicación de esta casa de Dios cien novillos, doscientos carneros y cuatrocientos corderos; y como víctimas expiatorias por todo Israel, doce machos cabríos, según el número de las tribus de Israel. 18 Establecieron a los sacerdotes según sus clases y a los levitas según sus divisiones para el servicio de Dios en Jerusalén, como está escrito en el libro de Moisés.

Terminadas las obras, procedióse a la dedicación del templo, conforme se hizo en tiempos de Salomón (1 Re 8,1ss; 2 Crón 5, 1-7). Con ello, aquella obra se destinaba exclusivamente al culto religioso, declarándose lugar sagrado. No se dice cuánto duró la fiesta. La pequeña comunidad formada por los repatriados celebró el acontecimiento con todo entusiasmo. Sacerdotes, levitas y laicos regocijáronse en este día. Para esta celebración se inmolaron un número reducido de víctimas, que contrasta con el gran número de los tiempos de Salomón (1 Re 8,62-63). Los holocaustos se ofrecieron a Dios en reconocimiento de su dominio universal y para darle gracias por los beneficios recibidos; los sacrificios por el pecado eran expiatorios, conducentes a purificar al pueblo de sus pecados (Lev c.4; Núm c.15). Aunque los repatriados fuesen pocos y pertenecientes en su inmensa mayoría a las tribus de Judá y de

[6] *Ant. Iud.* 11,4,7.
[3] H. VINCENT, *Jérusalem d'après la lettre d'Aristée:* RB (1908) 520-532; (1909) 555-575.

Benjamín, ofreciéronse doce machos cabríos, según el número de las tribus de Israel (8,35). Aquel pequeño grupo representaba a todo Israel, que en cierta manera había contribuido a aquella obra (1,4; 7,16; 8,33). Al edificio material siguió la reorganización del culto en el templo. En tiempos de David (1 Crón 23,6-24; 24,1-19) se organizaron las veinticuatro clases sacerdotales. Pero el texto invoca el «libro de Moisés», a saber, Núm 3,6-13; 8,6-15, en donde se habla de los sacerdotes y levitas y de sus respectivos oficios.

Con el v.18 acaba el texto aramaico. ¿Por qué no termina con el decreto de Darío? Porque el autor del libro reproduce una fuente o documento escrito en arameo, empezando con el v.19 su trabajo personal.

Celebración de la pascua (6,19-22)

19 Los hijos de la cautividad celebraron la pascua el día catorce del mes primero. 20 Los sacerdotes y los levitas se purificaron todos a una y todos estaban puros, e inmolaron los levitas la pascua para todos los hijos de la cautividad, para sus hermanos los sacerdotes y para sí mismos. 21 Los hijos de Israel que habían vuelto de la transmigración comieron la pascua con todos aquellos que se habían apartado de las inmundicias de las gentes de aquella tierra y se habían unido a ellos para buscar a Yahvé, el Dios de Israel. 22 Celebraron con alegría la fiesta de los panes ácimos durante siete días, pues los había regocijado Yahvé, disponiendo al rey de Persia a apoyarlos en la obra de la casa de Yahvé, Dios de Israel.

Durante los ocho días que duraba la pascua, el reposo era obligatorio los días primero y último, y se comía el pan ácimo (Ex 12,15-2). La ceremonia principal consistía en la inmolación del cordero pascual, que se comía en familia, según un detallado ceremonial (Ex 12,1.14). Esta nueva pascua significaba el restablecimiento definitivo de Israel. *Los hijos de la cautividad* se conformaron a las prescripciones antiguas. A ellos juntáronse los israelitas que no habían sido deportados, y que se separaron de los cultos idolátricos de los pueblos paganos que poblaban la tierra. Tras un largo paréntesis histórico, los nuevos tiempos enlazábanse con los de Moisés. La pascua celebróse el día 14 de Nisán (Ex 13,6; Lev 23, 5), a saber, el 23 de abril (KUGLER) o el 21 (PARKER-DUBBERSTEIN) del año 515. La reconstrucción del templo despertó la fe dormida de los judíos que habían quedado en el país. Se trata de israelitas y no de prosélitos, como prueba la comparación de nuestro texto con 9,1.2.10; 10,2.10-11; Neh 9,2; 10,29. La constancia y fe de los repatriados no podía menos de influir en el ánimo de los judíos, que se dejaron seducir por prácticas religiosas de otros pueblos.

Nadie que no estuviera puro podía tomar parte en la fiesta (Ex 12,2.5; Núm 9,3), sino que debía esperar a celebrarla un mes más tarde (Núm 9,11). Según 2 Crón 30,3, bajo Ezequías celebróse la pascua «en el mes segundo, pues no había podido celebrarla antes la otra vez por no haberse santificado muchos sacerdotes». En esta

ocasión podía celebrarse la pascua en su día, ya que los sacerdotes y levitas estaban purificados, pudiendo, por lo tanto, ejercer las funciones que les señalaba la Ley. Nuestro texto es algo confuso en relación a las personas que se purificaron, pues mientras al final del verso da a entender que solamente se purificaron los levitas a fin de inmolar la pascua para el pueblo, para sus hermanos los sacerdotes y para sí mismos (2 Crón 30,17-19; 35,11), al principio señala que se purificaron «los sacerdotes y los levitas». Esta purificación hacíase con sacrificios por el pecado y por el delito o con purificaciones lustrales. La purificación era tanto más necesaria en cuanto que, después del exilio, el cordero pascual era inmolado por los levitas en el atrio del templo, en vez de hacerlo el jefe de familia, como en otros tiempos (Ex 12,3-7; Deut 16,2). En la celebración de la pascua en tiempos de Ezequías inmolaban los levitas el cordero pascual «por los que no habían tenido el cuidado de santificarse para Yahvé» (2 Crón 30,17); bajo Josías, los levitas desollaban las víctimas para los sacerdotes y para ellos mismos, no teniendo los cantores y porteros que abandonar sus oficios (2 Crón 35,11-15). Los sacerdotes esparcían la sangre al pie del altar (Lev 17, 3-6; 2 Crón 30,16; 35,11). El sacrificio del cordero pascual revestía un carácter expiatorio para todos los que habían estado en el exilio. Al final del capítulo se hace hincapié en la alegría que reinó en «la fiesta de los panes ácimos durante siete días». Esta fiesta, que en un principio era distinta de la pascua, pero unida a ella estrechamente, duraba una semana (Ex 12,15-20; Lev 23,6-9; Núm 28,17), celebrándose con grande alegría (2 Crón 30,21). En el texto masorético se lee: «Disponiendo al rey de Asiria», en vez del rey de Persia. O bien es llamado así por ejercer su dominio sobre Asiria [8], como Artajerjes es llamado rey de Babilonia (Neh 13,5) y Darío rey de la misma ciudad (5,13). En la fiesta de la pascua, los judíos tuvieron presente al rey Darío, que tan favorablemente habíase portado para con ellos.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA CARAVANA DE REPATRIADOS Y REFORMAS DE ESDRAS (c.7-10)

En esta segunda parte del libro ocupa Esdras el puesto central. Señala el texto su ascendencia sacerdotal, su viaje a Jerusalén, llevando una carta de recomendación; algunos detalles sobre los acompañantes y nuevos repatriados. Los dos últimos capítulos del libro tratan de los matrimonios mixtos.

[8] Véase HERÓDOTO, I 178; JENOFONTE, *Cyr.* 2,1,5.

Genealogía de Esdras (7,1-5)

1 Después de esto, en el reinado de Artajerjes, rey de Persia,
vino Esdras, hijo de Serayas, hijo de Azarías, hijo de Helcías,
2 hijo de Salum, hijo de Sadoc, hijo de Ajitub, 3 hijo de Ama-
rías, hijo de Azarías, hijo de Merayot, 4 hijo de Zarajías, hijo
de Uzi, hijo de Buqui, 5 hijo de Abisúa, hijo de Finés, hijo de
Eleazar, hijo de Aarón, sumo sacerdote.

Con datos concretos se prueba la ascendencia sacerdotal de Esdras = Ezrayah, nombre que significa «al que Yahvé ayuda». Otros personajes llevaron este nombre (Neh 12,1.13.33). Unicamente con este requisito podía ejercer Esdras las funciones sacerdotales en el templo (2,62). Serayas es el último sumo pontífice del reino de Judá, muerto por Nabucodonosor en Ribla (2 Re 25, 18.21). Su pontificado fue retransmitido a Esdras a través de su hijo primogénito Josadac, padre de Josué (5,2). Entre Serayas y Esdras hanse omitido algunos nombres. Serayas, escribe Fernández, fue padre de Josadac, que fue llevado al destierro (1 Crón 5, 10); y sus hijos, que le sucedieron en el sumo pontificado, se hallan citados en Neh 12,10-11, de donde cabe concluir que Esdras descendía de Serayas por uno de sus hijos menores. Queriendo el autor sagrado demostrar que Esdras procedía de la línea de sumos sacerdotes, y entre sus progenitores el primer sumo sacerdote era Serayas, nombró a éste, saltando a los demás intermedios, que no le interesaban. Este método de omitir algunos nombres en las listas genealógicas es muy común en la Biblia. El género literario genealógico expresa más bien un sistema teológico-jurídico que una encuesta biológica. Parece que las genealogías sacerdotales se hicieron remontar hasta Aarón entre la época de Esdras y de las Crónicas (GELIN). Entre Serayas y Esdras median unos ciento treinta y ocho años, siendo evidente que la palabra *hijo* tiene aquí un sentido muy amplio. De Azarías apenas se sabe nada. Helcías era sumo sacerdote durante el reinado de Josías; en su tiempo fue encontrado el libro de la Ley (2 Re 22,4; 2 Crón 34,9). Entre Sadoc y Ajitub ha omitido el autor el nombre de Merajot (1 Crón 9,11). Fue Amarías sumo sacerdote en tiempos de Josafat, rey de Judá. Abisúa fue hijo de Finés (1 Crón 5,30-31), y éste de Eleazar (Ex 6,25). A la muerte de los hijos de Aarón (Nadab y Abiú), Eleazán sobrevivió, sucediendo a su padre en el sacerdocio (Núm 20,26-28). Fue Aarón hermano de Moisés; recibió para él y para su descendencia la dignidad del sumo sacerdocio (Ex c.28-29), de manera que el primogénito fuera sumo sacerdote, y los otros, simples sacerdotes (Núm 3,10). Tal dignidad se retransmitió a través de sus dos hijos Eleazar e Itamar, más del primero que del segundo (1 Crón 24,3-6). Es de notar que el texto original no contiene ningún verbo hasta el v.6; tanta es la atención y admiración del autor por su personaje, que incluso olvida las reglas de la gramática, llevado por el afán de poner de relieve la ascendencia sacerdotal de Esdras. En el v.1 se habla de que la llegada de Esdras fue «reinando Artajerjes». Ahora bien,

como diremos más tarde, tres son los monarcas persas con este nombre: Artajerjes I Longímano (465-424), Artajerjes II Mnemone (405-358), Artajerjes III Oco (358-337). Desde el año 515 (6,19) hasta el séptimo de Artajerjes (458) existe un espacio de cincuenta y ocho años.

En ruta hacia Jerusalén (7,6-10)

6 Venía de Babilonia, y era un escriba muy versado en la ley de Moisés, dada por Yahvé, Dios de Israel; y como estaba sobre él la mano de Yahvé, su Dios, el rey le otorgó todo cuanto le pidió. 7 Muchos de los hijos de Israel, de los sacerdotes y levitas, de los cantores, de los porteros y de los netineos, vinieron también a Jerusalén el año séptimo del rey Artajerjes. 8 Llegó Esdras a Jerusalén el mes quinto del año séptimo del rey, 9 habiendo salido de Babilonia el día primero del primer mes, y llegó a Jerusalén el día primero del quinto mes, estando sobre él la mano de su Dios, 10 porque Esdras había dispuesto su corazón para poner por obra la Ley de Yahvé y enseñar en medio de Israel sus mandamientos y preceptos.

El autor sagrado ha utilizado tres fuentes de información en estos capítulos: el archivo donde se guardaba la genealogía sacerdotal de Esdras (1 Crón 6,29-40), un memorial de Esdras y la carta de Artajerjes. Además de sacerdote, era Esdras un *escriba* versado en la Ley de Moisés. Por el nombre de escriba *(sofer)* pueden entenderse aquellos funcionarios que conocían el arte de escribir (Sal 45,2) y que prestaban sus servicios preferentemente en la corte real (2 Sam 8,17; 2 Re 12,11). Del tiempo de la cautividad llámase *sofer* al hombre dedicado al estudio e interpretación de la Ley (Eci c.38-39). Parece que Esdras, a ejemplo de los colegios sacerdotales babilónicos, formó junto al templo un colegio de *soferim*, cuya misión era reunir las tradiciones escritas y orales, ordenarlas y codificarlas con vistas a una futura reforma [1].

Su contacto permanente con la legislación mosaica hizo de él un escriba especializado o, como dice el texto, versadísimo en la Ley de Moisés. El término hebraico *mahir* significa *pronto, rápido, ágil*, tanto para escribir la Ley como para interpretarla. Hasta su tiempo no existía una codificación o colección escrita de toda la legislación mosaica, que se conocía a través de la tradición oral o por algunas colecciones escritas incompletas. Sus muchos años de permanencia en el palacio y su trabajo en el departamento de negocios hebraicos le familiarizaron con la Ley de Moisés, ahondando en su espíritu y desentrañando su verdadero sentido. De ahí que puede llamarse escriba muy versado y ágil en la interpretación de una ley que tantas veces había transcrito y meditado profundamente. El v.10 dice que estaba Esdras dedicado a escudriñar *(darash)* la Ley de Moisés con el fin de conocerla perfectamente. En los v.14 y 25 se puntualiza que esta Ley «está entre sus manos» (v.14), que la conoce al dedillo; «según la sabiduría de tu Dios, que está en tu

1 E. Dhorme: RHPHR 35 (1955) 129-143.

mano» (v.25). Esta ciencia y sabiduría de la Ley la había asimilado él, llevándola totalmente a la práctica. A todo ella faltaba un complemento, a saber, comunicar a otros esta ciencia y moverlos a practicarla mediante su ejemplo.

Debía de ser Esdras un hombre íntegro, fiel y hábil para granjearse la estima de sus superiores y súbditos. La afección que el rey sentía por él le impelía a concederle todo cuanto pedía. Dios había recompensado la conducta intachable de su siervo haciendo que encontrara gracia a los ojos del rey; de donde se decía que «la mano de Dios estaba sobre él» (7,10.28; 8,18; Neh 2,8). Aprovechó Esdras aquella coyuntura favorable para obtener una autorización para regresar a Jerusalén él y otros que quisieran acompañarle. De seguro habría oído él que la vida de los repatriados en Palestina no correspondía al ideal señalado por la Ley de Moisés.

¿Cuándo partió Esdras para Jerusalén?

Dice el texto (v.7) que fue el año séptimo de Artajerjes. Tres son los monarcas persas con este nombre: Artajerjes I Longímano (465-424), Artajerjes II Mnemone (405-358) y Artajerjes III Oco (358-337). Se excluye que Esdras regresara en tiempos de este último; quedan en litigio los dos primeros. Según datos del texto, la misión de Esdras tuvo lugar el año 458, coincidiendo con el año séptimo de Artajerjes Longímano; Nehemías llegó el año 20 del mismo monarca, es decir, el año 445. La sentencia de Van Hoonacker, que defendieron después otros autores, hace coincidir la fecha de la misión de Esdras con el año 398, séptimo del reinado de Artajerjes II Mnemone. Las razones que se aducen en su apoyo han sido indicadas en la introducción; en caso de aceptarse, el orden de los capítulos sería el siguiente: Esd c.1-6; Neh 1-7 y 10-13; Esd 7-10 y Neh 8-9. En el supuesto de que la misión de Esdras precedió a la de Nehemías, ¿cómo se explica que este último silencie completamente la obra del sacerdote escriba? Además, al llegar Esdras a Jerusalén, halló que la ciudad había sido reconstruida, lo que supone la acción anterior de Nehemías. Por estas y otras razones considera Van Hoonacker que la llegada de Esdras es posterior a la de Nehemías.

El autor del libro, dicen, ha sacrificado el orden cronológico de los hechos al respeto que sentía por Esdras sacerdote, que ostentaba una dignidad superior a la del laico Nehemías. Una y otra hipótesis presentan soluciones aceptables y dificultades.

Con Esdras llegaron sacerdotes, levitas, cantores, porteros y netineos (2,36-63). Esta noticia está relacionada con lo dicho en el capítulo anterior acerca de la dedicación del templo. La caravana partió de Babilonia el día primero del mes de Nisán (marzo-abril) y, tras un viaje de ciento ocho días, llegó a Jerusalén el primero del mes de Ab (julio-agosto). El día primero del primer mes los expedicionarios concentráronse en las orillas del río Ahavá (8,15.21.31). Allí esperó Esdras la concentración de nuevos levitas (8,15-20.)

Túvose un día de oración y ayuno (8,21-23), partiendo definitivamente hacia el día 12 del primer mes (8,31). Dios protegió la caravana de enemigos y bandoleros, llegando felizmente a su destino (8,31).

CARTA DE ARTAJERJES

Encabezamiento (7,11-12)

11 He aquí la copia de la carta entregada por el rey Artajerje
a Esdras, sacerdote y escriba, versado en los mandamientos y
las leyes de Yahvé a Israel. 12 «Artajerjes, rey de reyes, a Esdras,
sacerdote y escriba, versado en la ley del Dios de los cielos», etc.

El autor antepone a la carta real una corta introducción. A Esdras se le llama sacerdote y escriba (Neh 8,9; 12,26), aunque en el contexto se insista más en esto último. De nuevo se le califica de muy versado en los mandamientos y leyes de Yahvé. El verso, en el texto original, va en hebreo, a pesar de que la carta del rey (v.12-26) esté escrita en arameo. Es digno de notarse la repetición de la palabra *escriba* en el v.11. Artajerjes se llama «rey de reyes», como hacían también los soberanos asirios y neobabilónicos (Ez 26,7; Dan 2,37), por su dominio sobre un vastísimo imperio. Los persas daban a su dios Ahura Mazda el título de dios del cielo.

Misión de Esdras (7,13-16)

13 »He dado la orden de dejar partir a todos los del pueblo
de Israel, de sus sacerdotes y sus levitas, que hay en mi reino,
que estén dispuestos a ir contigo a Jerusalén. 14 Tú eres enviado
del rey y de sus siete consejeros para inspeccionar a Judá y a
Jerusalén respecto de la Ley de tu Dios, que está entre tus ma-
nos, 15 y para llevar allá el oro y la plata que el rey y sus conse-
jeros han ofrecido generosamente al Dios de los cielos, cuya
casa está en Jerusalén; 16 toda la plata y el oro que puedas re-
unir en Babilonia, con las ofrendas voluntarias hechas por el
pueblo y los sacerdotes a la casa de Dios en Jerusalén.

El rey no fuerza a nadie; deja a todos en libertad de quedarse o de partir para Jerusalén. Se menciona a los laicos, sacerdotes y levitas. Disponía el monarca de un consejo de siete consejeros (Est 1,14; Tob 12,15; Dan 4,14), llamados «los ojos y los oídos del rey», que gozaban de su máxima confianza y a los que se sometía el estudio de los negocios importantes. Componíase en un principio de aristócratas persas (HERÓDOTO, 3,71.76.83-84), al que entraron más tarde nobles medos (Est 1,14). Refiere el mismo Heródoto (3,70) y Ctesias *(Pers.* 14ss) que «siete príncipes entre los persas» se conjuraron contra el falso Smerdis, siendo Darío uno de ellos.

Habían llegado a palacio noticias alarmantes sobre abusos en la vida religiosa de los repatriados, contaminados tal vez al contacto

de los «pueblos de la tierra». La expresión «que está en tus manos», refiriéndose a la Ley, puede significar que Esdras debe examinar la situación religiosa existente de acuerdo con lo preceptuado en la Ley de Moisés, que él conocía a fondo. No parece que aquí se aluda a un ejemplar escrito que Esdras llevara consigo.

Con ocasión de la primera repatriación mandó Ciro que se entregaran a Sesbasar los objetos de oro y plata que había substraído Nabucodonosor del templo de Jerusalén (1,7). Artajerjes contribuye generosamente al esplendor de la casa del Dios de los cielos, que tiene su morada en aquella ciudad. Da, además, facultad para que se hagan colectas en Babilonia y se acepten las ofrendas voluntarias. No cabe en el texto la distinción entre las ofrendas de los paganos y las que hicieron los judíos; fueron estos últimos los que más contribuyeron con sus donativos al esplendor del templo.

Destino de las limosnas (7,17-20)

17 »Cuidarás de adquirir con ese dinero novillos, carneros
corderos y cuanto es necesario para las ofrendas y las libacio-
nes, que ofrecerás sobre el altar de la casa de vuestro Dios en
Jerusalén, 18 y con el resto de la plata y del oro harás lo que
mejor te parezca a ti y a tus hermanos, conforme a la voluntad
de vuestro Dios. 19 Deposita ante Dios en Jerusalén los uten-
silios que se te entregan para el servicio de la casa de tu Dios
20 y saca de los tesoros del rey lo que sea necesario para las otras
expensas que has de hacer para la casa de tu Dios.

Tenían fe los monarcas persas en la eficacia de los sacrificios cruentos, incruentos y libaciones. De ahí que se indique a Esdras la obligación de destinar el dinero a la compra de lo necesario para asegurarlos. Es posible que entre los abusos existía el de limitar el número de sacrificios e incluso descuidarlos, alegando la carencia de dinero para la adquisición de víctimas. Si algo resta, puede Esdras, con el consejo de sus colegas, disponer libremente de ello. Los utensilios que se destinan para la casa de Yahvé no pueden utilizarse en usos profanos; necesariamente deberán colocarse «delante del Dios de Jerusalén», o sea, del Dios de Israel, que ha escogido Jerusalén por morada. Lo que haga falta, añade el dadivoso rey, lo proporcionará el tesoro real (6,8).

Ordenes a los tesoreros reales (7,21-24)

21 »Yo, el rey Artajerjes, doy orden a todos los tesoreros de
la parte de allá del río de entregar íntegramente a Esdras, sacer-
dote y escriba, versado en la ley del Dios de los cielos, todo lo
que él os pidiere, 22 hasta cien talentos de plata, cien coros de
trigo, cien «batos» de vino, cien «batos» de aceite y sal a discreción.
23 Que todo cuanto está mandado por el Dios de los cielos se
haga puntualmente para la casa del Dios de los cielos, para
que no venga su cólera sobre nuestro reino, sobre el rey y so-
bre sus hijos. 24 Os hacemos saber que no podrá ser impuesto

tributo, ni gabela, ni derecho de peaje a ninguno de los sacerdotes, levitas, cantores, porteros y netineos ni a ningún servidor de esa casa de Dios.

La provincia de Abarnahara tenía rentas propias y era independiente de la administración central (4,10; 3,2). Las gentes pagaban impuestos y tributos al gobernador, quien retransmitía lo recaudado al poder central. En adelante, parte de las cantidades recaudadas serán entregadas a Esdras. En concreto, Esdras recibirá hasta cien talentos de plata (cerca de un millón de pesetas), cien coros de trigo (unos treinta y seis mil litros), cien *batos* (unos cuatro mil litros) de vino, otros tantos de aceite y sal a discreción.

A estos donativos se añadía la exención de tributos, gabelas, derechos de peaje a todos los funcionarios del templo. En la inscripción de Gadata y otras aparece la costumbre de eximir a los sacerdotes de los impuestos. Darío, en la mencionada inscripción, reprende a su sátrapa Gadata por haber exigido impuestos a los jardineros del bosque sagrado de un templo de Apolo. Antíoco III eximió perpetuamente de impuestos a los sacerdotes, levitas y cantores del templo [2]. El descuido tocante al culto podía desencadenar la ira de los dioses sobre el imperio, el monarca y sus hijos [3].

Ultimas disposiciones (7,25-26)

25 »Y tú, Esdras, según la sabiduría que de Dios, que está en tu mano, tienes, establece jueces y magistrados que administren justicia a todo el pueblo del otro lado del río, a todos los que conocen la Ley de tu Dios, y enséñasela a los que no la conocen. 26 Cualquiera que no guarde puntualmente la ley de tu Dios y la ley del rey, será condenado a muerte, a destierro, a multa o a prisión».

Los poderes otorgados a Esdras son extraordinarios, pero se limitan a los judíos que viven en Judá y Jerusalén (v.14). Debía establecer jueces *(sofetim)* y magistrados *(dayyanim)* que le ayudaran en su misión. La Ley de Moisés debía ser la norma de todos los judíos. Los que se negaran a someterse a ella, o serán condenados a muerte o expulsados de la comunidad judaica, a multa o prisión. Existiendo entre Dios y su pueblo el pacto de la alianza, era lógico que no podía Yahvé quedar satisfecho mientras su pueblo no ajustara su conducta a las prescripciones de la alianza. Todos los judíos, que conozcan o no la Ley, por el hecho de serlo, deben vivir conforme a ella. Para que no tengan excusa, Esdras y sus ayudantes les instruirán en la misma. Los que se negaran a practicarla serán castigados, o con la muerte, o con la expulsión de la comunidad judaica, siendo considerado el delincuente como excomulgado, con multa o prisión. Con pena de muerte se castigaba la idolatría (Ex 22,19; Lev 20,2; Deut 13,6-10), el adulterio (Lev 20,10; Deut 22,22-24). La expulsión de la comunidad judaica practicóse

[2] Flavio Josefo, *Ant. Iud.* 12,3,3.
[3] D. Delorme, *La religion des Achéménides:* RB 22 (1913) 15-35; G. Lambert, *La restauration juive sous les rois Achéménides:* «Cahiers Sioniens», 1 (1947) 314-337.

en tiempos de Nehemías (Neh 13,3.28). La figura de Esdras no está aislada en la historia. En muchos rasgos se parece a la del sacerdote egipcio Udja-Horesnet, que vivió en un tiempo en Elam y que fue enviado por Darío I en misión oficial a Egipto para que, según reza una inscripción en su estatua, «reorganizara los muros de la casa de vida». En ésta fueron escritos y conservados los libros de contenido religioso. En tiempos posteriores conserváronse en los templos [4]. Semejante instalación pudo haber creado Esdras en Jerusalén (Schneider).

Acción de gracias (7,27-28)

27 Bendito Yahvé, Dios de nuestros padres, que ha dispuesto el corazón del rey a glorificar así la casa de Yahvé en Jerusalén 28 y que me hizo objeto de la benevolencia del rey, de sus consejeros y de todos sus poderosos jefes. Fortalecido por la mano de mi Dios, que estaba sobre mí, reuní a los jefes de Israel para que partieran conmigo.

Con el v.27 empieza de nuevo el texto hebraico. Esdras habla en primera persona del plural y llama a Yahvé «el Dios de nuestros padres». Le alaba no tanto por haber recibido donativos cuantiosos cuanto por haber dispuesto el corazón del rey en favor del pueblo judío. Al conceder el monarca autorización para que Israel viviera según sus propias leyes, ponía los fundamentos del nuevo pueblo judío. El decreto real era la *carta de fundación del judaísmo*. Más tarde, Antíoco el Grande concedió «a todo el pueblo poder vivir según sus leyes antiguas» [5]. Esto mismo concedieron los romanos, con la limitación de que los jueces judíos no podían condenar a pena de muerte (Jn 18,31).

¿Es auténtico el decreto de Artajerjes?

Existen autores (Batten, Kuenen, Torrey, Holscher, etc.) que lo niegan. No es posible, dicen, que proceda de Artajerjes un decreto que chorrea judaísmo por sus cuatro costados. Efectivamente, quien redactó el decreto conocía bien la terminología hebraica y la Ley de Moisés; estaba enterado de las diversas clases de sacrificios y se expresa como podía hacerlo un legislador judío cualquiera. Además, parece improbable que el rey de Persia se mostrase tan generoso para con Esdras y le otorgara una autoridad comparable a la de un gobernador. Sin embargo, las razones no son de peso decisivo para dudar de la autenticidad sustancial del decreto. Es muy probable que éste fuese redactado por un escriba judío, y aun cabe aventurar la hipótesis de que fuera Esdras el que lo dictó. Artajerjes se muestra generoso; pero hemos visto que sus dádivas tendían exclusivamente al esplendor del templo para tener a Dios propicio. A Esdras le da un poder casi absoluto sobre sus súbditos judíos; los gentiles, las gentes de la tierra, dependían direc-

[4] E. Otto, *Kleines Wörterbuch der Egyptologie* (1957) s.v. *Lebenshaus.*
[5] Flavio Josefo, *Ant. Iud.* 12,3,3.

tamente y en todo de las autoridades civiles persas. Con su decreto conseguía Artajerjes tener sometido a un pueblo que reclamaba vivir conforme a sus propias leyes, dentro, naturalmente, del inmenso imperio persa (Neh 8,9). Con estas concesiones tenía el rey la seguridad de que tanto Israel como su Dios no constituirían en adelante impedimento alguno para la pacífica dominación persa en Judea y Jerusalén. No vemos, pues, mayor dificultad en que el decreto, al menos en su esencia, sea auténtico.

Familias repatriadas (8,1-14)

**[1] He aquí los jefes de familias y las genealogías de los que su-
bieron conmigo de Babilonia en el reinado de Artajerjes. [2] De
los hijos de Finés, Gersón; de los hijos de Itamar, Daniel; de
los hijos de David, Jatús, [3] hijo de Secanías; de los hijos de Pa-
ros, Zacarías, y con él ciento cincuenta varones registrados;
[4] de los hijos de Pajat Moab, Elyoenai, hijo de Zazajías, y con
él doscientos varones; [5] de los hijos de Zatú, Secanías, hijo de
Jacaziel, y con él trescientos varones; [6] de los hijos de Adín,
Ebed, hijo de Jonatán, y con él cincuenta varones; [7] de los hijos
de Elam, Isaías, hijo de Atalía, y con él setenta varones; [8] de
los hijos de Sefatías, Zebadías, hijo de Micael, y con él ochenta
varones; [9] de los hijos de Joab, Abdías, hijo de Jejiel, y con él
doscientos dieciocho varones; [10] de los hijos de Baní, Selomit,
hijo de Josifía, y con él ciento sesenta varones; [11] de los hijos
de Bebaí, Zacarías, hijo de Bebaí, y con él veintiocho varones;
[12] de los hijos de Azgad, Jojanán, hijo de Acatán, y con él cien-
to diez varones; [13] de los hijos de Adonicam, los últimos; he
aquí los nombres: Elifelet, Jeuel, Semeyas, y con ellos sesenta
varones; [14] de los hijos de Bigvaí, Utaí y Zabub, y con ellos se-
senta varones.**

En el texto se emplea la primera persona, lo cual sugiere que utiliza el cronista los apuntes o recuerdos personales de Esdras, que inserta total o parcialmente en su libro. Entre las familias de repatriados se mencionan en primer lugar dos de ellas unidas con la familia sacerdotal de Aarón. Gersón desciende de él a través de Finés (Ex 6,25); Daniel, por Itamar, cuarto hijo de Aarón (Ex 6, 23; Núm 26,60; 1 Crón 5,29). Es muy interesante que suba con Esdras una familia descendiente de Itamar. Los de Itamar habían sido englobados en la desgracia de su antepasado Abiatar (1 Re 2,27), prestando sus servicios en santuarios provinciales. En tiempos del cronista representan en Jerusalén a ocho clases sacerdotales, mientras que los descendientes de Eleazar (sadocitas) representan a dieciséis (1 Crón 24,4). También los sumos sacerdotes posteriores al exilio descendían de la familia de Finés (3,2; 1 Crón 5,29-41; 1 Mac 2,54).

La tercera familia representa la casa de David (1 Crón 3,22), en donde se señala a Jatús como hijo de Secanías. La casi totalidad de nombres que se mencionan en esta lista figuran en la de los tiempos de Zorobabel (2,2-20), de lo cual se deduce que parte de los miembros de las familias repatriadas se quedaron en Babilonia, de donde regresaron con Esdras. De la familia de Adonicam, 666 se enrolaron en la caravana conducida por Zorobabel (2,13). En el texto hebreo del v.10 falta el nombre de Baní, que figura en 3 Esd 8,36 y en la versión griega.

La suma de los repatriados es de 1.504. Pero si a este número añadimos el de los sacerdotes, levitas y netineos (8,18-20), se llega a la cifra de 1.800, sin contar las mujeres y los niños. Una inmensa muchedumbre enfervorizada regresaba a Palestina con el fin de inyectar nueva vida al judaísmo, que, influido por las gentes del país, llevaba una vida religiosa lánguida.

Concentración de repatriados (8,15-20)

**[15] Los reuní cerca del río que corre hacia Ahavá, y acampa-
mos allí tres días; y habiendo buscado entre el pueblo y los
sacerdotes, no hallé ninguno de la casa de Leví. [16] Entonces
llamé a los jefes Eliezer, Ariel, Semeyas, Jarib, Elnatán, Natán,
Zacarías y Mesulam, [17] y los mandé al jefe Ido, que habitaba
en Casifía, poniendo en su boca lo que habían de decir a Ido
y a sus hermanos los netineos que había en Casifía, para que
nos mandasen servidores para la casa de nuestro Dios. [18] Como
estaba con nosotros la buena mano de nuestro Dios, nos tra-
jeron a Serebía, hombre de sentido, de entre los hijos de Majlí,
hijo de Leví, hijo de Israel, y con él sus hijos y sus hermanos,
en número de dieciocho; [19] Jasabía, y con él Isaías, de entre
los hijos de Merarí, sus hermanos y sus hijos, en número de
veinte; [20] y de entre los netineos, que David y los jefes habían
puesto al servicio de los levitas, doscientos veinte netineos, to-
dos designados por sus nombres.**

De diversas regiones del imperio persa, principalmente de Babilonia y su provincia, respondieron al llamamiento de acompañar a Esdras. El lugar de concentración fue un sitio cercano al río que corre junto a Ahavá. Para algunos, Ahavá es el nombre del río en cuyas orillas se concentraron los repatriados, basando su opinión en los v.21 y 31; otros consideran Ahavá como nombre de región; otros, en fin, ven en él una ciudad o uno de tantos canales que riegan las tierras de los alrededores de Babilonia. No distaría mucho de esta ciudad la región, pueblo, canal o río de nombre Ahavá, sobre «cuya identificación es inútil perderse en conjeturas, ninguna de las cuales puede apoyarse sobre base suficientemente sólida» (FERNÁNDEZ). La concentración tuvo lugar del día primero al tercero del primer mes. Habiendo pasado revista a todas las familias y después de haberlas individualizado, comprobó Esdras con profunda pena la falta de levitas. Mandó entonces una comisión de once personas con el encargo de presentarse a Ido, jefe de una colonia levítica de la localidad de Casifía, y retransmitirle su mensaje sobre el asunto de los levitas. Nueve de estos mensajeros eran cabezas de familia; los restantes son llamados *mebinim*, los *inteligentes*, los «que hacen comprender» (Neh 8,7.9; 1 Crón 25,8), los instructores, hombres encargados de explicar la Ley. Algunos autores se basan en este término para admitir una clase especial de

maestros, distintos de los sacerdotes y levitas, encargados de explicar la ley a los judíos de Babilonia.

No se ha identificado Casifía. Existía allí una colonia judía importante formada preferentemente por levitas y netineos. Acaso había allí un *lugar alto*, un templo, en el cual prestaban los levitas sus servicios. Los judíos de Egipto tenían sus templos; puede también darse que los exilados de Babilonia hubiesen edificado santuarios a Yahvé. Aquel lugar debía de ser muy conocido a causa de su carácter religioso, por lo cual Esdras, ante la carencia de levitas, pensó inmediatamente que podría encontrarlos en Casifía. Probablemente era Ido jefe de los levitas, con los cuales convivían los netineos. Los enviados presentáronse a Ido, le expusieron lo que les había dictado Esdras. Pedían ellos «servidores» para la casa de Dios. El resultado fue que pocos levitas, treinta y ocho en total, y doscientos veinte netineos se unieron a la expedición. El texto atribuye a una intervención divina el feliz éxito de la embajada, ya que anteriormente rehusaron ellos ir a Palestina, prefiriendo la vida cómoda de Babilonia a los ruegos de un futuro incierto en Palestina. El v.18, tal como se presenta en el texto hebraico, puede sugerir que se habla de dos individuos, a saber, de un personaje anónimo, del cual se dice que era «hombre inteligente» *(ishsekel)*; de los hijos de Majlí, hijo de Leví, hijo de Israel, y de Serebía. Unos autores opinan que el nombre del primer personaje cayó en el anonimato por obra de los copistas; otros piensan que no existe más personaje que Serebía, del cual se dice que era hombre inteligente, en cuyo caso suprimen la partícula *waw* que antecede inmediatamente al nombre: Y Serebía... Finalmente, una tercera hipótesis une las dos palabras hebraicas *ish shekel* = hombre inteligente, formando el nombre propio Ishshekel.

Sabemos que los netineos se remontan a los tiempos de Josué (Jos 9,21-23; 2 Sam 21,1-9). Supone Michaéli que la frase del v.20: «Que David y los jefes habían puesto al servicio de los levitas», es, probablemente, una adición posterior para explicar el término *netinim* = donados, que David puso al servicio de los levitas. El carácter tardío de esta frase aparece sobre todo por el empleo de un pronombre relativo, el único que figura en los libros de Esdras y Nehemías, y que es de uso tardío *(she)*.

Preparación espiritual (8,21-23)

[21] Allí, cerca del río Ahavá, publiqué un ayuno de peniten-
cia ante nuestro Dios, para implorar de él un feliz viaje para
nosotros, para nuestros hijos y para toda nuestra hacienda.
[22] Me hubiera avergonzado de pedir al rey una escolta y caba-
llería para protegernos del enemigo durante el camino, pues
habíamos dicho al rey: «La mano de nuestro Dios está, para
bien de ellos, sobre cuantos le buscan; pero su poder y su ira
se desencadenan contra los que le abandonan». [23] Por eso ayu-
namos e invocamos a nuestro Dios, y El nos escuchó.

La fe en la Providencia divina se refleja en toda la conducta de Esdras. Los hebreos acudían al ayuno cuando querían implorar

la ayuda divina en un trance difícil (Dan 3,38; Tob 12,8; Est 4,15). La protección divina era en esta ocasión tanto más necesaria cuanto que había rechazado Esdras la escolta que le había ofrecido el rey. Esdras habíale dicho que confiaba más en Dios que en los hombres. Ahora bien, en caso de un asalto de parte de los bandoleros del desierto, podía Artajerjes dudar del poderío de Yahvé al abandonar a los «que le buscan» en manos del enemigo. En cambio, ante la noticia de un viaje sin incidentes desagradables, reafirmaría su fe en el Dios de los judíos. En el v.21 se habla del «río Ahavá», lo cual no empece que existiera un pueblo o una región con este mismo nombre.

Los encargados del tesoro (8,24-30)

[24] Elegí doce jefes de los sacerdotes: Serebía, Jasabía y diez
de sus hermanos. [25] Pesé delante de ellos la plata, el oro y los
utensilios donados en ofrenda para la casa de nuestro Dios por
el rey, sus consejeros y sus jefes, y por todos los de Israel que
habían sido hallados, [26] y pesé en sus manos seiscientos cincuen-
ta talentos de plata, utensilios de plata por cien talentos, cien
talentos de oro, [27] veinte copas de oro por valor de mil dáricos
y dos vasos de un hermoso bronce bruñido, tan precioso como
el oro. [28] Luego les dije: «Vosotros estáis consagrados a Yahvé;
estos utensilios son cosas santas, y esta plata y este oro son ofren-
da voluntaria hecha a Yahvé, el Dios de vuestros padres. [29] Ve-
lad y guardadlos hasta que los peséis ante los jefes de los sacer-
dotes y levitas y ante los jefes de las familias de Israel en Jeru-
salén, en las cámaras de la casa de Yahvé». [30] Los sacerdotes
y levitas recibieron a peso la plata, el oro y los utensilios para
llevarlos a Jerusalén, a la casa de nuestro Dios.

Doce sacerdotes y doce levitas compartieron con Esdras la responsabilidad de trasladar a Jerusalén los tesoros que el rey, sus consejeros y jefes y todos los israelitas habían entregado para el templo de Jerusalén. Los tesoros se pesaron escrupulosamente. El talento de plata equivale a 8.600 francos oro; el de oro, a 132.000; el dárico, a 37. Batten pone en duda esta fabulosa cantidad, atribuyéndola a la fantasía popular; quizá las cantidades fueron aumentadas posteriormente (SCHNEIDER). Esdras hace hincapié en el carácter sagrado de los tesoros. De los sacerdotes dice Esdras: «Vosotros sois santidad de Yahvé *(qodesh layahweh)*, es decir, consagrados a Yahvé. Son santos porque sus funciones tienen por objeto el culto del Dios tres veces santo. Esta condición suya exige que su conducta moral se ajuste a su dignidad, cuidando de que todo cuanto ha sido entregado con vistas al templo sea custodiado escrupulosamente y llegue al lugar sagrado. Su responsabilidad durará hasta que entreguen los tesoros a las autoridades religiosas de Jerusalén. El peso en este segundo control debía corresponder al que tenían en el momento de recibirlos de manos de Esdras.

Viaje a Jerusalén (8,31-34)

**31 Partimos del río de Ahavá, para dirigirnos a Jerusalén, el
día doce del mes primero. La mano de Dios fue con nosotros
y nos preservó de ataques de enemigos y de toda emboscada
durante el camino. 32 Llegamos a Jerusalén y descansamos tres
días; 33 el cuarto día pesamos en la casa de nuestro Dios la pla-
ta, el oro y los utensilios, y lo entregamos todo a Merimot, hijo
de Urías, sacerdote, que tenía consigo a Eleazar, hijo de Finés,
y con ellos los levitas Josabad, hijo de Josué, y Noadías, hijo de
Biní. 34 Después de recontarlo y repesarlo todo, se puso por
escrito el peso total.**

En las riberas del Ahavá permanecieron doce días, dedicándolos a hacer el censo de las familias, a la busca de levitas y al peso y entrega de los tesoros a los veinticuatro escogidos entre los sacerdotes y levitas. El día 12 de Nisán, la muchedumbre de los repatriados se puso en marcha, llevando consigo ganado mayor y menor, bestias de carga, camellos, asnos. Penetraron en Palestina, llegando a Jerusalén el día primero del mes Ab, mes quinto, hacia el 15 de julio. Según el calendario sacerdotal, el día 13 del primer mes era el primer día de la semana, muy apropiado para emprender la marcha, llegando a Jerusalén en un viernes. Parece que los datos del libro de Esdras concuerdan con este calendario sacerdotal, que se ha puesto en evidencia en los descubrimientos de Qumrân [1].

El rey tenía interés por el feliz éxito de la misión de Esdras. Las autoridades de Abarnahara habían tomado medidas para que no ocurriera nada desagradable a la caravana. Desde el lugar de origen, en un punto cercano a Babilonia, hasta Jerusalén, emplearon unos ciento ochenta días. Teniendo en cuenta la distancia de unos 1.400 a 1.500 kilómetros entre ambas ciudades, se calcula una marcha de unos quince kilómetros diarios. Pero Esdras, considerando más tarde el camino recorrido, la multitud que se movía y el viaje sin ningún incidente serio, comprende que todo salió a pedir de boca porque Dios les acompañó y protegió durante el trayecto. Después de un breve descanso, los encargados del tesoro lo consignaron a las autoridades religiosas de Jerusalén. De Merimot se habla en Neh 4,3.41. En el momento de regresar a Jerusalén tuvo dificultades la familia a causa de no poder probar su origen sacerdotal (Neh 7,63), aunque, según 1 Crón 24,10, remontaba a la época de David.

Sacrificios en acción de gracias (8,35-36)

**35 Los hijos de la cautividad vueltos del destierro ofrecieron
en holocausto al Dios de Israel doce novillos por todo Israel,
noventa y seis carneros, setenta y siete corderos y doce machos
cabríos, como víctimas expiatorias, todo en holocausto a Yah-
vé. 36 Transmitieron las órdenes del rey a los sátrapas del rey
y a los gobernadores del lado acá del río, y éstos honraron al
pueblo y a la casa de Dios.**

[1] A. Jaubert, *Le Calendaire des Jubilés et de la secte de Qumrân. Ses origines bibliques:* VT 3 (1953) 250-264; E. Vogt, *Antiquum Kalendarium sacerdotale:* B 35 (1955) 403-408; Y. Kaufman, *Der Kalender und das Alter des Priesterkodex:* VT 4 (1954) 307-313; J. Morgestern, *The Calendar of the Book of Jubilees, its Origin and its Charakter:* VT 5 (1955) 34-76; J. B. Segal, *Intercalation and the Hebrew Calendar:* VT 7 (1957) 250-307.

Fueron «los hijos de la cautividad» quienes ofrecieron sacrificios en acción de gracias y por expiación de sus pecados. Aunque la mayoría de los repatriados descendía del reino de Judá, sin embargo, se consideran ellos los auténticos representantes de las doce tribus de Israel (6,17). De ahí que ofrezcan doce novillos en holocausto (Lev 1,1-9; 2 Crón 29,24); otras víctimas (8 x 12 = 96) en sacrificios latréuticos, y doce machos cabríos (Lev 4,1-5,3) en expiación de los pecados. La frase «sátrapas del rey» es considerada como adición posterior de un amanuense inexperto. La palabra correspondiente a gobernador *(pəha)* es de origen babilónico. La yuxtaposición de estas dos palabras sugiere que se trata de una explicación del uno por el otro; pero en Ester (3,12; 8,9) y Daniel (3,2-27) aparecen también juntas. Parece que la palabra *pəha* se usó en la época persa para designar a los gobernadores subalternos, dependientes de los sátrapas (Michaeli). En el texto aparece clara la distinción entre satrapía *(ahashdarpəna)* y provincia *(pahrah)*. Estas eran distritos en que se dividía la satrapía.

Los matrimonios mixtos (c.9-10)

Grave acusación (9,1-2)

**1 Después de todo esto se me acercaron los jefes, diciendo:
«El pueblo de Israel, los sacerdotes y levitas no han estado apar-
tados de las gentes de esta tierra e imitan sus abominaciones,
las de los cananeos, jeteos, fereceos, jebuseos, amonitas, moabi-
bitas, egipcios y amorreos; 2 pues han tomado de entre ellos
mujeres para sí y para sus hijos y han mezclado su raza santa
con la de las gentes de esta tierra. Los jefes y magistrados han
sido los primeros en cometer este pecado».**

Al poco de llegar Esdras a Jerusalén enteróse del clima religioso y moral de los judíos que habitaban en la ciudad y alrededores. No será aventurado decir que la mayoría de los deportados eran varones que buscaron mujeres entre las hijas del país. Con gran dolor supo Esdras que todos, autoridades y pueblo, habían contraído matrimonio con mujeres extranjeras. Esta mezcla de la «raza santa» con la de las gentes de la tierra constituía un grave pecado (Deut 7,3; Ex 23,32; 34,11-16; Neh 13,25). En Deut 7,3 había dicho Dios: «No contraigas matrimonio con ellas, no des tus hijas a sus hijos, ni tomes sus hijas para tus hijos, para que no te arrastren a la idolatría». En el mencionado texto se citan «los jeteos, guergueseos, amorreos, cananeos, fereceos, jeveos, jebuseos», de los que deben apartarse los hijos de Israel. Israel debe vivir separado de los pueblos gentiles (6,21; 10,11; Neh 9,2; 10,28). Israel pertenece a Yahvé, le pertenecía, y, por tanto, debía ser santo. «Sed santos para mí,

porque yo, Yahvé, soy santo, y os he separado de las gentes para que seáis míos» (Lev 20,26).

Inútil buscar una indicación concreta temporal en las palabras «después de todo esto». ¿Cuánto tiempo transcurrió entre los sucesos narrados anteriormente y el hecho que se refiere en este capítulo? No es posible fijarlo. Algunos hacen estos cálculos: entre el día 4 del mes quinto y la escena que aquí se narra, que sucedió cinco días antes del 20 del mes noveno (10,9), transcurren más de cuatro meses. Lo más lógico es considerar las mencionadas palabras como fórmula general de transición.

Esdras examinó detenidamente la situación religiosa y moral del pueblo. Como el mal estaba muy enraizado y los culpables eran muchos y de categoría, comprendió que debía proceder con prudencia, informándose de los abusos, identificando los culpables, ganándose adeptos para su causa y estudiando las reformas que debían llevarse a cabo. El mal había sido provocado por el contacto con las gentes del país, envueltas en sus abominaciones idolátricas *(teboth)*. La prohibición de tomar mujeres extranjeras aparece, además del citado texto de Deut 7,3, en Ex 23,32; 34,11-16. El ejemplo de Salomón causó impresión en Israel: sus mujeres extranjeras torcieron su corazón, arrastrándole hacia los dioses ajenos (1 Re 11,3-13). Esta defección dolorosa debía servir de lección a Israel; ella sola justificaba el rigor de la ley referente a los matrimonios con mujeres extranjeras (Neh 13,25). El motivo de esta prohibición es religioso (9,1.11), pero se invoca también la pureza de la raza (9,2). A la lista estereotipada de pueblos (Ex 23,23; Deut 7,2; 20,17; Gén 15,19-21; Ex 3,8. 17; 33,2) se añaden los egipcios; quizá debe leerse «edomitas» en lugar de amorreos (Mal 1,2-5; Lam 4,21). De vuelta del exilio se emplea la frase «los pueblos del país» (Ag 2,4; Zac 7,5; Dan 9,6); pero el sentido que tenía antes cambia en Esdras y Nehemías, en los cuales (Esd 3,3; 9,1.2.11; 10,2.11; Neh 9,30.31.32) designa a los habitantes de Palestina que no son los judíos que obstruyen la obra de la restauración, dificultan la observancia del sábado y con los cuales se celebran matrimonios mixtos. Se oponen al «pueblo de Judá» en Esd 4,4, al pueblo de Israel en Esd 9,1. Es un cambio completo del sentido de la frase con relación al uso anterior al exilio, y se explica todavía por el sentido fundamental de la expresión. La comunidad de los repatriados no es el «pueblo del país», porque no se rige por el estatuto político que había reconocido a los samaritanos, amonitas, moabitas; éstos son «los pueblos del» o «de los países». De esta manera se prepara la tercera significación de la época rabínica: «pueblo del país» son los que ignoran la Ley o no la practican [1].

Muestras de dolor (9,3-5)

3 Al oír esto resgué mis vestiduras, mi manto, y me arranqué cabellos de mi cabeza y de mi barba, y me senté desolado. 4 Juntáronse conmigo todos los temerosos de las palabras del Dios de Israel por la prevaricación de los hijos de la cautividad.

1 De Vaux, *Les Institutions de l'Ancien Testament* I 112-113.

Yo estuve desolado hasta el sacrificio de la tarde; 5 y luego, al tiempo de la ofrenda de la tarde, me levanté de mi humillación y, con mis vestidos y mi manto rasgados, postréme de rodillas y, tendiendo a Yahvé, mi Dios, mis manos, dije:

Una vez examinado el estado religioso de los repatriados, que forman la *golah* (Neh 10,6.8.16), percatóse de la magnitud que el abuso de los matrimonios mixtos había alcanzado, con los consiguientes efectos religiosos. Su alma sacerdotal sintióse transida de dolor, y así la expuso públicamente. No cabe hablar de un acto de debilidad senil, sino más bien de una manifestación previamente calculada. Desgarró Esdras la túnica y el manto, las dos prendas principales del vestido judío (Gén 37,29-34; Lev 10,6; Jos 7,6; Am 8,10; Mt 26,65). Al decir que se arrancó cabellos de su cabeza, acaso quiere aludir al hecho de raerse la cabeza, como solía hacerse en señal de pena o dolor (Jer 7,29; Miq 1,16). Lo mismo solía hacerse con la barba, signo de distinción y virilidad (2 Sam 19,24; Jer 41,5). Muchos judíos contemplaron las muestras de dolor de Esdras; unos siguieron su camino, otros se unieron a su empresa. No dice el texto cuándo empezaron estas muestras externas de dolor, pero asegura que duraron hasta las tres de la tarde (la hora nona), en que se ofrecía el sacrificio vespertino (Ex 29,38-41). Fue entonces cuando Esdras, con la túnica y el manto rasgados, oró en voz alta al Señor, consiguiendo con ello impresionar a gran muchedumbre de gentes, que derramaron lágrimas (10,1). No indica el texto que Esdras rasgara los vestidos por segunda vez.

Israel ha pecado (9,6-7)

6 «¡Dios mío! Estoy confuso y avergonzado, Dios mío, y no me atrevo a levantar a ti mi rostro, porque nuestras iniquidades se han multiplicado por encima de nuestra cabeza, y nuestros delitos suben hasta el cielo. 7 Desde los días de nuestros padres hasta hoy hemos sido muy culpables; y por nuestras iniquidades, nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes hemos sido entregados a las manos de los reyes extranjeros, a la espada, a la cautividad, al saqueo, a la vergüenza que cubre nuestro rostro.

Con dos expresiones hiperbólicas (Sal 38,4; 36,6) confiesa que Israel ha amontonado pecados sobre pecados. Esta apostasía de Israel no tenía justificación alguna, por lo cual, avergonzado (10,1.6; 1 Re 8,23), no se atreve a levantar la cabeza delante de Dios ofendido. Pero estas prevaricaciones no quedarán impunes. Por el pacto de la alianza se compromete Dios a velar por la prosperidad e independencia de Israel; si éste prevarica, Dios se desentiende de él y le castiga entregándole en manos de los enemigos. Aun en la actualidad, parte del pueblo judío vivía en el exilio, bajo el dominio de los reyes de Persia. Cuando cese el pecado y vuelva Israel a su Dios, se acabará el estado ignominioso actual y se reanudarán plenamente las relaciones amistosas entre Yahvé y su pueblo.

El Dios de misericordia (9,8-9)

**8 »Con todo, Yahvé, nuestro Dios, acaba de hacer con nos-
otros misericordia, dejándonos un resto de libertad y dándonos
refugio en su lugar santo, para hacer brillar nuestros ojos y darnos
un poco de vida en nuestra servidumbre; 9 porque esclavos so-
mos; pero, en medio de nuestra esclavitud, Dios no nos ha aban-
donado. Nos ha conciliado la benevolencia de los reyes de Persia,
conservándonos la vida para que pudiéramos edificar la casa
de nuestro Dios, levantando sus ruinas y dándonos un refu-
gio seguro en Judá y en Jerusalén.**

Dios castigó a Israel entregándole en manos del enemigo. Sin embargo, Dios, de repente, ablanda el corazón de los reyes de Persia para que traten con benignidad a su pueblo, autorizándole incluso el regreso a la patria. De ahí que, por un acto de misericordia de Yahvé, un resto *(peleta)*, una porción escogida se ha salvado del naufragio general. Este resto será la simiente de la cual surgirá el nuevo Israel.

Permitió Dios que su pueblo fuera probado en el crisol de la cautividad y que la vergüenza cubriera su rostro, pero no permitió la ruina total. La nueva comunidad instalada en Palestina ha sido purificada por la prueba, pero a ella está vinculada la promesa de un futuro glorioso (Is 1,9; 4,23; 7,3; 10,21-22). El texto hebraico usa la siguiente imagen: «Y dándonos una estaca de tienda *(yetad)* en su lugar santo» (v.8). Con una imagen sacada de la vida nómada dice que Dios ha concedido al resto de los exilados el privilegio de fijar su tienda, o lo que es lo mismo, de establecerse de nuevo en Jerusalén. Pero esta tienda puede arrancarse y ser transportada a lejanas tierras en el caso de que los repatriados imiten la conducta de sus antepasados. Con la expresión «hacer brillar nuestros ojos» se expresa la nueva inyección de vida, de fuerza y energía (1 Sam 14,27). No goza Israel de completa independencia política, pero dentro de la esclavitud se le conceden privilegios inauditos, que sólo se explican por la acción de Dios en el corazón de los reyes de Persia. Ciro permitió a los cautivos regresar a su patria (1,2-4); Darío atajaba las intrigas de los samaritanos y contribuía con fondos del peculio real a la reconstrucción del templo (6,6-12); Artajerjes (7,12-26) hizo otro tanto. Dios ha conservado la vida de los repatriados para que éstos reedifiquen el templo, «dándonos un refugio seguro en Judá y en Jerusalén». El término *refugio* es una traducción de la palabra hebraica *gader*. Ordinariamente significa muralla, muro de protección de un campo, viña, ciudad (Núm 22,24; Prov 24, 31; Ez 42,7.10; Is 5,5). Los que admiten la prioridad de la llegada de Nehemías a Jerusalén toman el término en el sentido obvio de la muralla que levantó Nehemías en torno a la Ciudad Santa; los partidarios del orden Esdras-Nehemías interpretan *gader* en sentido traslaticio de refugio, abrigo, protección (Ez 13,5; 22,30; Os 2,8). Este último sentido recomienda el contexto al hablar de un refugio en Judá, ya que no cabe la idea de una muralla protectora del territorio de Judea [2].

Nuevas transgresiones (9,10-15)

**10 »¿Qué podemos, pues, decir después de todo esto, oh Dios
nuestro? Pues hemos abandonado tus mandamientos, 11 los
que nos prescribiste por medio de tus siervos los profetas, di-
ciendo: «La tierra que vais a poseer es una tierra manchada
por las abominaciones de los pueblos de esas regiones, que del
uno al otro cabo la han llenado de sus inmundicias; 12 no deis
vuestras hijas a sus hijos, ni toméis sus hijas para vuestros hijos,
ni os cuidéis nunca de su prosperidad ni de su bienestar, y así
vendréis a ser fuertes y comeréis lo mejor de los frutos de la
tierra, y la dejaréis a vuestros hijos en heredad para siempre».
13 Después de todo lo que nos ha sucedido por nuestras mal-
dades y grandes pecados que hemos cometido, porque tú, Dios
nuestro, no nos has castigado en proporción de nuestras iniqui-
dades, 14 ¿vamos a comenzar de nuevo a traspasar tus manda-
mientos, a emparentar con esos pueblos abominables? ¿No se
ensañaría contra nosotros tu cólera hasta destruirnos del todo,
sin dejar ni resto ni escape? 15 Yahvé, Dios de Israel: Tú eres
justo, pues que hemos quedado hoy un resto de escapados.
Henos aquí ante ti como culpables, sin poder por eso perma-
necer en tu presencia».**

La oración de Esdras se parece algo a un sermón. De ahí que no debe extrañarnos que alegue el Deuteronomio y los profetas. Estos, aunque no condenaron explícitamente los matrimonios mixtos, señalan la contaminación de la tierra por los ídolos (Jer 12,6). En la época de Esdras denuncia Malaquías (2,10-12) estas uniones (GELIN). Esdras no se inspira en el espíritu cultual y formalista del código sacerdotal, sino en las palabras de los profetas, de los cuales el mayor de todos fue Moisés. Ninguna oposición entre la Ley y los profetas: Moisés fue un legislador porque fue profeta. No cita un texto determinado, pero resume las enseñanzas contenidas en Ex 34,16; Lev 18,25.27; Deut 7,1.3; 23,6; 2 Re 17,23; 21,10; 24,2. El mayor pecado que puede cometer Israel es la idolatría, crimen que se caracteriza por las palabras *niddah* = mancha (Lev 18,25), *to ebah* = abominación, *tuma* = impureza. Israel debe cumplir los mandamientos de Dios, que señalaron los profetas, incluyendo en primer lugar el de servir a Dios con exclusión de los ídolos. Teniendo una experiencia de muchos años, sabiendo que el alejamiento de los mandamientos de Dios acarrea los males que sufre el pueblo, ¿querrán los repatriados, los que forman parte del resto de Israel, excitar de nuevo la ira de Yahvé y atraer sobre sí nuevos castigos? Los matrimonios mixtos, ¿no constituyen el primer peldaño que conduce necesariamente a la idolatría?

Estamos en un momento definitivo, viene a decir Esdras, mo-

[2] H. KAUPEL, *Die Bedeutung von Gader en Esd. 9,9:* BZ 22 (1934) 89-92; A. FERNÁNDEZ, *La voz Gader en Esd. 9,9:* B 16 (1935) 213.

mento en que se juega la supervivencia de Israel como pueblo de Yahvé. Si los escogidos, el resto (Is 11,11; 28,5; Jer 31,7; 50,20); si los que han sido salvados *(peleta)* (9,8.13-15) delinquen, no quedará ni resto ni escape. Al término de la oración pone Esdras de relieve la justicia de Dios, que equivale a su voluntad salvífica y que le inclina a la misericordia, como demostró al reservarse el *resto*. «En la salvación de unos pocos pueden considerarse dos aspectos: misericordioso, en cuanto que éstos fueron realmente salvados; justiciero, en cuanto que sólo éstos se salvaron, mientras que todos los otros perecieron» (FERNÁNDEZ). No quiere Dios que Israel, a pesar de sus graves pecados, desaparezca de la faz de la tierra. Pero exige que el pueblo pecador se arrepienta y confiese sus pecados, abandonando las sendas del mal para andar por los caminos que señalan los mandamientos de Yahvé. Esdras se incluye entre los pecadores por formar parte del pueblo judío, aunque individualmente llevara una vida perfecta.

Oración provechosa (10,1-4)

1 Mientras que Esdras lloraba postrado ante la casa de Dios y hacía esta plegaria y esta confesión, habíase reunido junto a él una gran muchedumbre de gentes de Israel. Hombres, mujeres, niños y todos derramaban abundantes lágrimas. 2 Entonces Secanías, hijo de Jejiel, de entre los hijos de Elam, tomando la palabra, dijo a Esdras: «Hemos pecado contra Dios tomando mujeres extranjeras de entre los pueblos de esta tierra, pero Israel no queda por esto sin esperanza. 3 Hagamos pacto con nuestro Dios de echar a todas esas mujeres y a los nacidos de ellas, según el parecer de mi señor y de cuantos temen los mandamientos de nuestro Dios, y que se cumpla la Ley. 4 Levántate, pues, ya que esto cosa tuya es. Nosotros seremos contigo. Ten valor, y a la obra».

A medida que prolongaba Esdras su oración, fue congregándose una gran multitud, que se contagió por las lágrimas del gran celador de la Ley, prorrumpiendo todos en llanto. El lugar de la oración era público; de boca en boca corrió la noticia de la profunda desolación de Esdras. Entre los curiosos que acudieron cita el texto a Secanías, quien, impresionado por la actitud de Esdras y teniendo en cuenta el perdón que tenía Dios prometido a los que de verdad se arrepintiesen (Deut 30,1-10), le asegura que existen fundadas esperanzas de arreglo. Si hay penitencia, hay esperanza. Reconoce Secanías que el pecado existe; que los matrimonios mixtos están prohibidos por la Ley (Ex 34,16; Deut 7,1-3), y, por lo mismo, quienes han contravenido esta Ley, han delinquido. ¿Cómo reconciliarse con Dios? Con una medida radical: echar a todas las mujeres extranjeras y a los nacidos de ellas. No es partidario de una solución media, sino radical: romper desde el primer momento con todo aquello que esté contra la Ley. «Propuesta drástica, que tronchaba muchas vidas, deshacía muchos hogares y echaba a la aventura a muchas gentes, pero necesaria para el renacimiento religioso y moral del nuevo pueblo: a grandes males, grandes remedios» (PELAIA). Secanías, portavoz

en esta ocasión del pueblo, se pone incondicionalmente a las órdenes de Esdras; lo que éste diga se hará. La conducta de Secanías es tanto más admirable cuanto que, descendiente de Elam e hijo de Jejiel, pertenecía a una familia que se había contagiado con los matrimonios mixtos (10,27). Pospone sus intereses personales al cumplimiento escrupuloso de la Ley.

Primeras medidas (10,5-8)

5 Levantóse Esdras e hizo jurar a los jefes de los sacerdotes, de los levitas y de todo Israel que harían lo que se acababa de decir, y ellos lo juraron. 6 Después se retiró Esdras de la casa de Dios y se fue a la cámara de Jojanán, hijo de Eliasib; pero no comió allí pan ni bebió agua, porque estaba en gran desolación por el pecado de los hijos de la cautividad. 7 Se publicó por Judá y Jerusalén a todos los hijos de la cautividad que se reuniesen en Jerusalén, 8 y que, si alguno no se presentaba dentro de los tres días, conforme al acuerdo de los príncipes y de los ancianos, le fuesen confiscados todos sus bienes, y él excluido de la congregación de los hijos de la cautividad.

La buena disposición manifestada por Secanías debía consolidarse con el juramento de todos los jefes de los sacerdotes, levitas y pueblo, porque fácilmente podían desvanecerse los buenos deseos concebidos en un momento de entusiasmo. Tomado el juramento, retiróse Esdras a una de las dependencias del templo, que llevaba el nombre de Jojanán, hijo de Eliasib, por haber morado él mucho tiempo allí, donde pasó la noche. Fue tanta la emoción que le produjo la defección del pueblo, que no pudo tomar bocado. No menos debía contribuir a esta inapetencia la idea del triunfo conseguido y la buena voluntad del pueblo, que se aventuró a tomar trascendentales decisiones para mantenerse fiel a la Ley.

¿Quién era Jojanán, hijo de Eliasib? Algunos niegan que se trate del sumo sacerdote Jojanán, el cual, según Neh 12,10-11.22-23, era hijo del sumo sacerdote Joyada y nieto de Eliasib, que ejerció el pontificado en Jerusalén el año 410, como consta del testimonio de un papiro de Elefantina [1]. Fernández anota que Esdras fuése a la cámara de Jojanán y que allí no comió pan ni bebió agua. «Si en dicho aposento se hallaba el mismo Jojanán, y Esdras fue allá para tratar con él del asunto de los matrimonios, ¿es posible que el autor sagrado, ni entonces ni después, dijera una palabra del sumo sacerdote? Cierto, tal proceder no deja de ser extraño. Tal dificultad se desvanece por completo si Jojanán indica no la presencia del sumo pontífice, sino únicamente el aposento que de él había tomado el nombre» (211). «El aposento mencionado en Esd 10,6 era conocido con el nombre de Jojanán, hijo de Eliasib, y por este nombre lo designa el autor, que escribía bastante tiempo después de Esdras» (ibid., 209).

Los partidarios del orden Nehemías-Esdras identifican a este Jojanán con el sumo sacerdote, hijo de Joyada. Según Neh 3,1, en

[1] COWLEY, 30,1.18.

tiempo de la primera misión de Nehemías (año 445 a. C.) era sumo sacerdote Eliasib. A él sucedió Joyada, que ejerció el cargo del año 432 hasta 415. De este año empiezan las funciones de Jojanán como sumo sacerdote. Los partidarios de esta tesis hacen coincidir la actividad de Jojanán con la de Esdras, que ellos suponen empezó el año 398, el séptimo de Artajerjes II.

Aprovechando el entusiasmo del momento, convocó Esdras una asamblea general para plantear el problema de los matrimonios mixtos. El poder de que gozaba y su reconocido celo sacerdotal eran garantía del éxito de la convocatoria. A los reacios se les confiscaban los bienes en favor del templo (Lev 27,28; Núm 18,14; Ez 44,29) y se les borraba de la comunidad de Israel, con todas sus consecuencias (Ex 12,15; Jn 9,22; 12,42; 16,2). Siendo muy reducida el área geográfica de la nueva comunidad de repatriados, eran suficientes tres días para que todos pudiesen asistir a la asamblea.

Asamblea en Jerusalén (10,9-17)

**9 Todos los hombres de Judá y Benjamín se reunieron en
Jerusalén dentro de los tres días. Era el día veinte del noveno
mes, y todo el pueblo estaba en la plaza de la casa de Dios tem-
blando con motivo de aquel negocio y a causa de la lluvia. 10 Le-
vantóse Esdras, sacerdote, y dijo: «Habéis prevaricado toman-
do mujeres extrañas, añadiendo prevaricaciones a la iniquidad
de Israel. 11 Dad ahora gloria a Yahvé, el Dios de vuestros pa-
dres, y cumplid su voluntad. Apartaos de los pueblos de esta
tierra y de las mujeres extrañas». 12 Toda la asamblea respon-
dió a una y en alta voz: «Hágase así, conforme a tu palabra».
13 «Pero como el pueblo es muy numeroso y está el tiempo de
lluvias, no siendo posible permanecer al descubierto; y como,
además, no es cosa de un día o dos, por ser muchos los que de
nosotros han pecado en esto, 14 que sean nuestros jefes los que
en lugar de la asamblea toda se queden; y a todos los que de
nuestras ciudades han tomado mujeres extrañas les hagan ve-
nir en tiempos determinados con los ancianos y los jueces de
cada ciudad, hasta que la encendida cólera de nuestro Dios se
aparte de nosotros en cuanto a esto». 15 Jonatán, hijo de Azael,
y Jajzía, hijo de Tecua, apoyados por Mesulam y por Sabtaí,
levitas, fueron los únicos que se opusieron a este parecer. 16 Pero
los hijos de la cautividad obraron según se les había dicho. Se
eligió a Esdras, sacerdote, y a algunos de los jefes de las casas
paternas, todos designados por sus nombres, y éstos se sentaron
para resolver el asunto el día primero del mes décimo. 17 El
día primero del mes primero acabaron de juzgar a todos los
que habían tomado mujeres extrañas.**

La casi totalidad de los repatriados pertenecía a las tribus de Judá y Benjamín, que moraban en la capital y pueblos de los alrededores (2,20-35). Esta proximidad facilitó la concentración dentro del plazo señalado. El mes noveno era el de Kisleu, correspondiente a noviembre-diciembre. El día 20 coincide aproximadamente con el 5 de diciembre. Hacía cuatro meses que Esdras encontrábase en Jerusalén (7,8). Por este tiempo empiezan las grandes lluvias, que

a menudo duran días enteros, siguiendo, por consiguiente, una baja notable de la temperatura. Por razones atmosféricas, y mucho más por la gravedad del asunto que se iba a ventilar, el público, congregado quizá en la puerta de las Aguas (Neh 3,26; 8,1), estaba temblando. Algunos dudan de que el autor sagrado asociara una causa moral con otra física; por lo cual, siguiendo la sugerencia de Joüon [2], cambian el texto de la manera siguiente: «Y todo el pueblo estaba temblando... a causa del granizo *(baradh*, en lugar de *haddabar* = asunto) y de las lluvias». Hipótesis ingeniosa, pero no necesaria. Una vez reunidos, Esdras se levantó a hablar. De sus palabras da un resumen el autor sagrado. Empieza por denunciar el hecho de que muchos son los que se han unido en matrimonio con mujeres extranjeras, lo cual es una prevaricación más en la larga cadena de las que cometió Israel. Pero existe una posibilidad de justificarse, confesando el pecado ante Yahvé y reparándolo (Jos 7,19; 1 Re 6,5; Jer 13,16; Mal 2,2). Se imponía, por consiguiente, la necesidad de quitar aquella abominación de Israel, lo que equivalía a la obligatoriedad de despedir a las mujeres extranjeras. El pueblo manifiesta su conformidad con las propuestas de Esdras (2 Sam 15,23; 1 Re 8, 55; 2 Crón 15,14; 20,19). El mismo Esdras se percató de que las condiciones climatológicas no permitían permanecer al descubierto y de que las negociaciones serían largas. Por lo mismo creóse una comisión de jefes encargada de tramitar los asuntos y de llamar a cada uno de los culpables a medida que se ventilaba su caso. Al culpable acompañarían los ancianos de cada ciudad y sus jueces a fin de discutir con la autoridad central el expediente y asegurar de esta manera un veredicto justo e imparcial. El v.15 se interpreta de varias maneras. Puede el texto significar que Jonatán y sus compañeros se encargaron de llevar adelante la propuesta. Se obtiene este sentido tomando la partícula hebraica *ak* en sentido aseverativo (Gén 26,9), siendo el sentido: «Sólo Jonatán y Jojzías insistieron sobre este punto, y Mesulam y Sabtaí los apoyaron» (Médebielle). Sin embargo, la mayoría de los exegetas modernos dan a la mencionada partícula un sentido adversativo, viendo en el texto una oposición por parte de cuatro individuos. ¿En qué discrepaban los de la oposición? Puede entenderse el texto en el sentido de que no aprobaban la solución propuesta por Esdras sobre la formación de un tribunal, por creer que este proceder sería demasiado lento. Puede también interpretarse el texto en el sentido de que se opusieron a la idea de expulsar a las mujeres extranjeras. La frase siguiente induce a creer que los disidentes eran judíos que habían quedado en Palestina y que habían sido influenciados por las gentes del país. Al frente de la comisión fue colocado Esdras. El texto puede traducirse: «Esdras el sacerdote escogió» *(wayyabdel lo*, 3 Esd 9,16; LXX), o: «Se escogió a Esdras el sacerdote». Puesto que Esdras dio la orden, es lógico que escoja sus colaboradores; conocía él la Ley (7,6) y estaba investido de plenos poderes (7,25). Las reuniones empezaron

2 «Biblica», 12 (1931) 85.

el primer día del mes décimo, el de Tebet (diciembre-enero), y se acabaron el primero de Nisán (marzo-abril); tres meses se necesitaron para estudiar el asunto de los matrimonios.

Los sacerdotes culpables (10,18-22)

**18 De entre los sacerdotes fueron hallados que habían toma-
do mujeres extrañas: de los hijos de Josué, hijo de Josadac, y
sus hermanos: Maasías, Eliezer, Jarib y Godolías, 19 que se
comprometieron, dando su mano, a echar a sus mujeres y a
ofrecer un carnero por su pecado; 20 de los hijos de Immer,
Janani y Zebadías; 21 de los hijos de Jarim, Maasías, Elías, Se-
meyas, Jejiel y Ozías; 22 de los hijos de Pasur, Elyoenai, Maa-
sías, Ismael, Natanael, Jozabad y Elasa.**

Diecisiete habían pecado. Josué había regresado del exilio en la primera expedición, junto con Zorobabel (2,2; 5,2). Josadac fue llevado a la cautividad de Babilonia (1 Crón 5,40-44). El acto de dar la mano equivale a comprometerse, obligarse a despedir a sus mujeres (2 Re 10,15; Ez 17,18). Conforme a Lev 5,15, ofrecen un carnero para expiar su pecado.

Elenco de los levitas pecadores (10,23-24)

**23 De entre los levitas, Jozabad, Simeí, Quelaya, que es que-
lita; Petajya, Judá y Eliezer. 24 De entre los cantores, Eliasib.
De entre los porteros, Salum, Telem y Urí.**

Seis fueron propiamente los levitas que incurrieron en el pecado, pudiéndose enumerar también entre ellos un cantor y tres porteros. Quelaya, probablemente, es el mismo que asistió a Esdras en el momento de leer la Ley al pueblo (Neh 8,7; 10,11).

Los laicos (10,25-44)

**25 De entre los hijos de Israel: de los hijos de Paros, Ramia,
Jiziya, Malquiya, Miyamim, Eleazar, Malquiya y Benaya; 26 de
los hijos de Elam, Matanías, Zacarías, Jejiel, Abdí, Jeremot y
Elías; 27 de los hijos de Zatu, Elyoenai, Eliasib, Matanía, Jere-
mot, Zabad y Aziza; 28 de los hijos de Bebaí, Jojana, Ananías,
Jabdu y Atlaí; 29 de los hijos de Baní, Mesulam, Maluc, Adaya,
Jasub, Seal y Jerimot; 30 de los hijos de Pajat, Moab, Adna,
Quelal, Banayas, Masías, Matanías, Besaleel, Biní y Manasés;
31 de los hijos de Jarim, Eliezer, Jisjiya, Malquiya, Semeyas,
Simeón, 32 Benjamín, Maluc y Semaría; 33 de los hijos de Ja-
sum, Matnaí, Matata, Zabad, Elifelet, Jeremaí, Manasés y Se-
meí; 34 de los hijos de Baní, Madaí, Amram, Uel, 35 Benayas,
Bedia, Queluyas, 36 Vania, Meremot, Eliasib, 37 Matanías,
Matnaí, Jasaí, 38 Baní, Biní, Semeí, 39 Selemías, Natán, Adayas,
40 Macnadbaí, Sasaí, Saraí, 41 Azareel, Selamías, Semarías, 42 Sa-
lum, Amarías y José; 43 hijos de Nebo, Jeiel, Matatías, Zabad,
Zebina, Jadar, Joel y Banayas. 44 Todos éstos habían tomado
mujeres extranjeras y muchos tenían ya hijos de ellas.**

Son ochenta y seis. Comparando el número de los culpables con los datos de 9,1-2, se vislumbra que no hay proporción entre el número exiguo de delincuentes y la gran masa de que se habla en el texto mencionado (9,1-2). El redactor que encontró las listas en los archivos no ha reproducido quizá el nombre de todos los pecadores. De muchos de los que se mencionan tenemos noticia en otras partes del libro (2,3-35; 8,3-14) y en el de Nehemías.

El v.44 tiene sus dificultades. En el original hebraico se dice: «Hubo entre ellas mujeres que habían parido». Hemos seguido la traducción de 3 Esd 9,36, por ajustarse más al contexto. Comentando esta firmeza por parte del pueblo, dice Flavio Josefo: «Pusieron la observancia de la Ley por encima de los objetos más queridos» [3]. La reforma de Esdras representa una resolución con enormes repercusiones en Israel y entre las «gentes del país». De no haber contado Esdras con el apoyo decidido del soberano persa, difícil hubiera sido conseguir la implantación de una ley tan revolucionaria. Los judíos, y más concretamente *el resto*, se pusieron a las órdenes de Esdras, ya por el temor de las sanciones (10,4), ya por celo religioso. Sentíanse ellos orgullosos de pertenecer al pueblo escogido y tenían conciencia de ser el plantel y la simiente de donde brotaría ufano el árbol frondoso del judaísmo. Digna de admiración es la prudencia y energía de Esdras en esta gigantesca obra de reforma. Supo él aprovechar las buenas disposiciones de un grupo selecto para ganar la voluntad de todos (MÉDIEBELLE). Puso Esdras las bases del nuevo Israel, que iba a consolidarse todavía más por obra de Nehemías.

N E H E M I A S

Encabezamiento del libro (Neh 1,1a)

1a Palabras de Nehemías, hijo de Helcías:

El autor del libro ha utilizado ampliamente las memorias que escribió Nehemías, y que se reconocen por el empleo de la primera persona (1,1-5; 10,30b-40; 12,31-13,31). Es la única vez que el título *Palabras de (dibre)* aparece en libros históricos; es frecuente, sin embargo, en los escritos proféticos (Jer 1,1; Am 1,1) y sapienciales (Ece 11; Prov 30,1). La traducción más fiel parece ser: «Memorias de Nehemías», y no: «Historia de las gestas o actos de Nehemías». La palabra *Nehemías* significa «Yahvé consuela» y únicamente aparece en nuestro libro. Se añade «Hijo de Helcías» para distinguirlo de otros personajes que llevaron el mismo nombre (Neh 7,7). Nehemías no fue sacerdote, en contra del texto de la Vulgata en 2 Mac 1,21: «Iussit sacerdos Nehemias», traducción errónea del texto griego original.

3 *Ant. Iud.* 11,5,4.

Malas noticias (1,1b-3)

[1b] En el mes de Casleu del año veinte, estando yo en Susa, en la capital, [2] llegaron de Judá Jananí y uno de mis hermanos con algunos otros. Yo les pregunté por los judíos que habían sido libertados, los restos de la cautividad y por Jerusalén. [3] Ellos me respondieron: «Los restos de la cautividad están en la provincia en gran miseria y afrenta. Las murallas de Jerusalén están todavía en ruinas, y sus puertas quemadas por el fuego».

Al hablar el texto del *año veinte*, sin especificar el origen de este cálculo, parece que haga referencia al reinado de Artajerjes, como sugiere la lección de 2,1. El rey Artajerjes Longímano sucedió a Jerjes el año 465, reinando hasta 424. Según el cómputo babilónico, que empieza el mes de Nisán de 464, el año 20 del reinado de aquel monarca corresponde a 445. El mes de Casleu es el nono del calendario, correspondiente a la mitad de los meses de noviembre-diciembre. Después del exilio se designan los meses con los nombres del calendario asirio-babilónico (2,1; Esd 6,15). Comparado el v.1 con 2,1, surge una dificultad cronológica. En efecto, según el texto que comentamos, llegó Jananí de Jerusalén el mes de Casleu del año veinte del reinado de Artajerjes I Longímano; por otra parte, en 2,1 se habla del primero de Nisán del mismo año. Algunos comentaristas, como Fernández, zanjan la dificultad alegando la manera diversa con que se computaba el principio del año. Sin embargo, no parece probable que un mismo autor emplee en el mismo libro diversos sistemas de computación. Por lo mismo, cabe suponer que existe una adulteración de los números: año veinte en vez de diecinueve (1,1), y veinte en vez de veintiuno en 2,1, o una trasposición de los meses (Casleu, 1,1; Nisán, 2,1) (SCHNEIDER).

La escena tuvo lugar en la ciudadela *(hahbirah)* de Susa. Según las excavaciones practicadas por M. Dieulafoy (1884-1886) y por otros arqueólogos más modernos, *birah* era la acrópolis de Susa. Al norte de la misma se encontraba un palacio con la grande sala del trono *(apadana)*, rodeado de jardines. Al este estaban los departamentos reales, de sus colaboradores y del gineceo. Rodeada de recias murallas, estaba protegida en el ángulo sudoeste por una ciudadela. Hacia el año 440, un violento incendio redujo a cenizas tan suntuoso lugar [1]. Los reyes de Persia invernaban en Susa (Est 1,2.5; 3,15). Por el texto no es posible determinar si Jananí era hermano carnal de Nehemías o un pariente suyo. «Aunque la palabra *hermano* es de significación muy vaga, aquí, empero, debe tomarse en el sentido estricto de hermano propiamente dicho o al menos de pariente, pues tal es su alcance en 7,2» (FERNÁNDEZ). La palabra *peleta*, resto, los que se han salvado, designa a los judíos repatriados que se encontraban en Jerusalén. A este resto se le promete la participación en los beneficios de la elección (Is 10,20-21; Jer 23,3). Vimos las dificultades que experimentaron los repatriados de parte de las gentes del país. A pesar del apoyo prestado por los monarcas persas, el

[1] DIEULAFOY, *L'Acropole de Suse* (París 1893).

resto se encontraba aislado en medio de un pueblo que veía en los recién llegados a enemigos que intentaban desplazarlos. Con el dinero recogido en Babilonia pudieron poco a poco reconstruir sus casas, procurarse tierras de cultivo, proveerse de ganado mayor y menor, etc. A duras penas habíase reedificado el templo, dejando para más tarde la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. A este lamentable estado material de los repatriados debe añadirse que ellos, al contacto con las gentes del país, dejáronse seducir, renegando de su fe yahvista. Muchos llegaron a esta situación por culpa de sus mujeres paganas. Esdras había conjurado la situación consiguiendo que los judíos despidieran a las mujeres extrañas, pero al poco tiempo volvieron a las andadas. La alusión a las murallas de Jerusalén puede referirse a su destrucción por Nabucodonosor, o, lo que es más probable, a la que siguió al recibirse la carta de Artajerjes (Esd 4,7-23). Verdad es que no habla el texto explícitamente de que se destruyera la parte de las murallas que se había levantado, pero deja vislumbrarlo (Esd 4,19-23). El dolor que causa a Nehemías la noticia sobre las murallas sugiere que se trata de una destrucción reciente.

Consternación y plegaria de Nehemías (1,4-11)

[4] Cuando oí esto, sentéme y lloré, y estuve por muchos días desolado. Ayuné y oré ante el Dios de los cielos, [5] diciendo: «Ruégote, Yahvé, Dios de los cielos, Dios grande y terrible, que guardas tu alianza y haces misericordia con los que te aman y guardan tus mandatos, [6] que esté atento tu oído y abiertos tus ojos para escuchar la oración que tu siervo te dirige ahora, día y noche, por tus siervos los hijos de Israel, confesando los pecados de Israel, nuestros pecados contra ti, porque yo y la casa de mi padre hemos pecado, [7] te hemos ofendido y no hemos guardado los mandamientos, las leyes y los preceptos que tú prescribiste a Moisés, tu siervo. [8] Acuérdate de estas palabras que tú mandaste decir a Moisés, tu siervo: Si pecareis, yo os dispersaré entre los pueblos; [9] pero, si os volvéis a mí y guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, aunque hubiereis sido desterrados a los confines de la tierra, de allí os reuniré yo y os volveré al lugar que he elegido para hacer residir en él mi nombre. [10] Son tus siervos, son tu pueblo, que redimiste tú con tu gran poder y tu fuerte mano. [11] ¡Oh Señor!, que esté atento tu oído a la plegaria de tu siervo y a la de los siervos tuyos que desean temer tu nombre. Concede ahora próspero suceso a tu siervo y haz que halle yo gracia a los ojos de este hombre»; pues servía yo entonces de copero al rey.

La noticia que le dieron Jananí y los otros que habían llegado de la provincia *(medinah)* de Judá impresionó extraordinariamente a Nehemías. ¿Por qué sucedieron estas cosas en Jerusalén? Nehemías intuye inmediatamente que el pecado es el causante de tantos males, por lo cual acude a las lágrimas, al ayuno y a la oración, con el fin de aplacar al Dios ofendido (1 Sam 14,24; Esd 8,21). El Dios de los cielos (2,5.20; 9,6.28; Esd 1,2; 5,11-12; 6,9-10; 7,2) era un título que los persas daban a Ahura Mazda, pero que Nehemías

aplica al único y verdadero Dios. Es Yahvé grande y terrible, que no deja impune ningún pecado contra su ley (Dan 9,4). Es celoso Yahvé del pacto de la alianza (Ex c.19-20). En el caso de que Israel cumpla lo estipulado, le colma Dios de gracias espirituales y materiales; en caso contrario le retira su ayuda, dejándole solo ante sus enemigos. Nehemías confiesa que Israel ha pecado; él mismo se incluye entre los pecadores. Pero la penitencia es el principio del perdón; Israel reconoce su pecado; confiesa que ha traspasado los mandamientos que Dios prescribió por medio de Moisés. La expresión «que esté atento tu oído y abiertos tus ojos» aparece en otros lugares bíblicos (1 Re 8,28-29; 2 Re 19,16; 2 Crón 6,40).

En los v.8-9 recuerda Nehemías que Dios amenazó a los pecadores, pero prometió reconciliarse con ellos si reconocen su pecado y lo detestan. Por el pecado, Israel fue llevado cautivo entre las gentes; ahora, habiendo hecho penitencia, le reunirá Dios de nuevo y le volverá al lugar que el mismo Dios escogió como morada suya (1 Sam 4,4; 2 Sam 6,2; Sal 80,1). La promesa que se dice fue hecha a Moisés se encuentra formulada implícitamente en varios pasajes del Pentateuco (Lev 26,33-45; Deut 4,25-31; 28,1-15; 30,1-5). Dios no puede desentenderse de Israel, porque, en realidad, Israel es su pueblo predilecto (Ex 5,1; 8,20; Deut 32,15; Jer 3,19; 31,20); los israelitas son siervos suyos, que redimió con gran poder y mano fuerte (Deut 9,29).

Al final del v.11 alude Nehemías al rey Artajerjes con las palabras «este hombre». Ruega a Dios que cambie el corazón del rey en el sentido de que se le conceda autorización para levantar los muros de Jerusalén, revocando la orden contraria dada anteriormente (Esd 4,23).

Se preguntan muchos intérpretes: ¿Es auténtica esta oración de Nehemías? Todos confiesan que su forma es estereotipada; que tiene muchas semejanzas con otras muchas (Esd 9,6-15; Neh 9, 6-37; Dan 9,4-19; Est 13,8-17; 14,3-19; Eci 36,1-6); que presenta un colorido deuteronómico muy marcado (Deut 7,9.21; 9,29; 30,1-4). Por lo mismo, piensan muchos que fue compuesta por el autor del libro. La verdad parece estar en un término medio. No cabe suponer que el cronista reprodujera textualmente una oración que Nehemías hizo en determinada ocasión; se limita a transcribir las ideas maestras de la misma.

Nehemías era copero del rey, cargo honorífico en la corte persa [2]; los funcionarios reales solían ser eunucos (Est 1,10; Jdt 12,11). ¿Lo era Nehemías? Se discute; para los judíos ser eunuco era una deshonra, salvo excepción (Deut 23,2; Sal 127; en contra Is 56,3-5).

Hondo pesar de Nehemías (2,1-3)

1 En el mes de Nisán del año veinte del rey Artajerjes, estando ya el vino delante de él, tomé el vino y se lo ofrecí al rey. Jamás había yo aparecido triste en su presencia, 2 pero aquel día me dijo: «¿Por qué estás con tan mala cara? Enfermo no estás; no puede ser, pues, sino alguna pena de tu corazón». Yo entonces me atemoricé sobremanera, 3 y respondí al rey: «¡Viva el rey eternamente! ¿Cómo no va a estar triste mi rostro cuando la ciudad donde están los sepulcros de mis padres está en ruinas y quemadas por el fuego sus puertas?»

[2] Heródoto, III 34.

Las informaciones que le dieron Janani y otros calaron hondo en el corazón de Nehemías. Era copero del rey; la frase «el vino delante de él» apenas tiene sentido, por lo que el texto griego la ha cambiado por «el vino estaba delante de mí», lo que equivale a decir que le había llegado a Nehemías el turno de servir el vino al monarca. A pesar de sus esfuerzos para permanecer sereno, no pudo, sin embargo, evitar que sus pesares se reflejaran en su rostro. Las palabras del rey le atemorizaron, por estar prohibido a los empleados de palacio mostrarse tristes o aparentar malhumor durante el servicio real (Est 4,2). Además, pensando él pedir a Artajerjes revocara la orden que había dado de suspender la reconstrucción de las murallas de Jerusalén (Esd 4,7-23), temía que la tristeza le indispusiera con el rey y le cerrara las puertas para pedirle tan gran favor. A la pregunta del rey responde Nehemías poniendo por delante la cuestión sentimental: en Jerusalén estaban las tumbas de sus antepasados en situación lamentable y expuestas a ser profanadas por carecer la ciudad de murallas y puertas que aseguraran la incolumidad de las mismas. Los persas profesaban gran respeto a los sepulcros. De Darío cuenta Valerio Máximo (5,4) que, al invadir el país de los escitas, notó que aquellas gentes no presentaban batalla. Al manifestar su extrañeza, le respondieron: «No tenemos ciudades amuralladas ni campos cultivados que defender; pero, si tú nos fuerzas a retirarnos hasta los sepulcros de nuestros padres, sabrás cómo los escitas saben batirse».

Petición de Nehemías (2,4-8)

4 Y me dijo el rey: «¿Qué es lo que quieres?» Yo, rogando al rey de los cielos, 5 respondí al rey: «Si al rey le pareciera bien y hallara gracia tu siervo ante ti, que me mandaras a Judá, a la ciudad de los sepulcros de mis padres, para reedificarla». 6 El rey, a cuyo lado estaba sentada la reina, me dijo: «¿Cuánto durará tu viaje? ¿Cuándo estarás de vuelta?» Plugo al rey dejarme partir, y yo le señalé tiempo. 7 Después dije al rey: «Si al rey le parece bien, que se me den cartas para los gobernadores del otro lado del río, para que me permitan pasar y entrar en Judá; 8 y otra carta para Asaf, guardabosques del rey, para que me facilite maderas y viguería para las puertas de la ciudadela vecina a la casa, para las murallas de la ciudad y para la casa que yo he de habitar». Diome el rey estas cartas, pues la buena mano de mi Dios estaba sobre mí.

Sabía Nehemías que Dios ablanda y endurece a su beneplácito el corazón de los reyes; por lo cual, antes de responder al monarca, oró brevísimamente a Dios, poniendo en sus manos el trascendental asunto. En primer lugar le pidió le concediera ir a Jerusalén para reedificarla. Ante la carta de Rehum y Simsaí, había respon-

dido Artajerjes que cesaran los trabajos para la reconstrucción de las murallas (Esd 4,21); pero el rey dictó aquella orden a base de los informes que le transmitían. Nehemías, funcionario palaciego, cumplidor de su deber, reitera la petición. Existía la dificultad de que la corte persa no revocaba nunca una ley (Dan 6,16; Est 8,8), pero podía sustituirla por otra. Además, Artajerjes era muy conocido a causa de su carácter voluble y por la influencia que ejercían las mujeres sobre él. Al lado del rey, dice el texto, hallábase la reina. En el texto original, la soberana es llamada *hashegal* (Dan 5,2). Por razón del artículo parece que se trata de la reina propiamente dicha, aunque el término en sí puede aplicarse más bien a una mujer del harén o a una concubina. Del hecho de que Nehemías tuviera familiaridad con la reina no se deduce necesariamente que fuera eunuco.

Tanto el rey como la reina se preocupan menos del favor que les pide su servidor que del tiempo que tardará en volver. No señala el texto el lapso de tiempo que pidió Nehemías, pero consta que su permanencia en Jerusalén duró unos doce años (5,14). No es creíble que Nehemías pidiera autorización para ausentarse tanto tiempo; cabe más bien suponer que el corto lapso de tiempo señalado fuera prolongándose poco a poco a instancias del mismo. Una vez obtenido el permiso, pide letras comendaticias para los gobernadores de las provincias que debía atravesar hasta llegar a Jerusalén, y de una manera especial para el de Judá. Algunos autores (VACCARI) suponen que Nehemías pidió una escolta para el trayecto. Pide otras cartas para el guardabosques del rey. Asaf era judío. Puede relacionarse este personaje con Gadatas, intendente de los dominios reales en Asia Menor, al cual felicitó Darío por haber trasplantado en la Baja Asia árboles que crecen al otro lado del Eufrates. Los reyes persas habíanse reservado algunos parques nacionales, llamados *pardes lammelek*, paraíso del rey. El término *pardes* (Ecc 2,5; Cant 4,13) es de origen persa. De él se ha derivado la palabra *paraíso*, con el significado de parque, jardín o bosque (Gén 2,8). ¿En dónde se encontraban estos bosques reales? Algunos creen que el monarca persa tenía algunos bosques en Palestina, quizá en la región de Etam, a unos once kilómetros al sur de Jerusalén, en el lugar donde Flavio Josefo *(Ant. Iud.* c.8,7,3) coloca los jardines de Salomón (Ag 1,8) o en los montes de Judá (1 Crón 27,28). Supone Abel que *pardes* designaba los bosques del Líbano, de los cuales el rey se reservaba la explotación (SCHNEIDER). Pedía Nehemías maderas para las puertas de la ciudadela, construida acaso en el lugar que ocuparon más tarde las fortalezas de Baris y Antonia; para las murallas de la ciudad y para su propia casa. La ciudadela era un edificio cuya finalidad era proteger el templo contra las gentes del país.

Nehemías llega a Jerusalén (2,9-12)

9 Presentéme a los gobernadores del otro lado del río y les
entregué las cartas del rey, que había hecho que me acompañasen dos jefes del ejército y alguna gente de a caballo. 10 Cuan-
do lo supieron Sambalat, joronita, y Tobías, siervo amonita,
disgustóles en extremo que viniese un hombre para procurar
el bien de los hijos de Israel. 11 Llegué a Jerusalén y estuve allí
tres días; pasados los cuales, 12 me levanté de noche con algu-
nos hombres, sin decir a nadie lo que mi Dios me había puesto
en el corazón hacer por Jerusalén. No llevaba conmigo bestia
alguna de carga; sólo mi propia cabalgadura.

Además de las cartas de recomendación, el soberano puso una escolta a disposición de Nehemías. Al llegar a Jerusalén entrevistóse con las autoridades provinciales y locales, las cuales no vieron con buenos ojos la presencia de un hombre autorizado por el rey para procurar el bien de los judíos repatriados. Sambalat es un nombre asirio que significa «Sin (el dios lunar) da la vida». Era gobernador de Samaria (3,34). Se le llama el joronita, o bien porque era originario de Bet-Horón (Jos 10,10; 16,1-3; 1 Re 9,17), o porque descendía de Joronaím o Bet-Jarán, en la región de Moab (Is 15,3; Jer 48,34). En un papiro de Elefantina se dice que los hijos de Sambalat, gobernador de Samaria, gozaban de gran autoridad [1]. El papiro es del año 17 de Darío II (424-405). Tobías estaba a las órdenes de Sambalat, como parece sugerir la palabra *siervo*, que puede tomarse en sentido honorífico o peyorativo. Se cree que este amonita dio origen a la poderosa familia de los Tobiadas, que, según Flavio Josefo [2] y el testimonio de los papiros de Zenón, gozó de gran fama en el siglo III antes de Cristo, tanto por su riqueza como por su influencia política. De estos documentos se deduce que Tobías vivía en la *Birta* (hebreo *birah*, griego *baris*, fortaleza) de Amón y era jefe de unos camelleros establecidos allí como colonos. Mantenían buenas relaciones con Tolomeo II, al cual mandaba caballos como obsequio. Dedicábase al comercio, que ejercía también en Jerusalén (13,4-8), en donde tuvo gran influencia durante el siglo II por sus relaciones con el sumo sacerdote Onías. Las modernas excavaciones han demostrado que la mencionada colonia estaba en el lugar conocido por Araq-el-Emir, entre la ciudad de Amán y el río Jordán. Allí, al pie de una colina, en un subterráneo excavado en la roca, se lee dos veces el nombre de Tobías en caracteres hebraicos antiguos. A unos trescientos metros más allá existen vestigios de un gran edificio conocido con el nombre de *Qasr-el-Abd* = castillo del siervo, lugar que corresponde, sin duda, a la mencionada *Birta* de Amón. Dada la tenacidad característica de la toponomástica semítica, es posible que el apelativo *siervo* sea un recuerdo del calificativo honorífico de los antiguos Tobiadas que eran *siervos*, es decir, *ministros* de los reyes a que obedecían. Es improbable que el apelativo de *siervo* deba tomarse en sentido peyorativo [3].

[1] PRITCHARD, 492. [2] *Ant. Iud.* 12,4,1.
[3] RICCIOTTI, *Storia* 25; H. VINCENT, *La famille des Tobiades et les origines du Palais d'Araq-el-Emir:* RB 28 (1920) 182-202.

Inspección nocturna (2,13-15)

**13 Salí de noche por la puerta del Valle y me dirigí hacia la
fuente del Dragón y la puerta de la Escombrera, mirando las
murallas de Jerusalén en ruinas y sus puertas consumidas por
el fuego. 14 Seguí a la puerta de la Fuente y al estanque del Rey,
y no había por allí sitio por donde pasar la cabalgadura en que
iba. 15 Subí, todavía de noche, por el torrente e inspeccioné la
muralla. Luego volví a entrar por la puerta del Valle, estando
así de vuelta.**

Decidió Nehemías efectuar el recorrido durante la noche con el fin de no llamar la atención de las autoridades. Algunos íntimos que le acompañaron no conocían sus planes. Montaba éste en su cabalgadura; los que le acompañaban iban a pie. En líneas generales, parece que Nehemías inició su itinerario nocturno empezando por la parte noroeste de la ciudad, descendió por el valle de Hinnón en dirección a la piscina de Siloé, remontó el torrente Cedrón hasta Ain-sitti-Mariam, estanque de Salomón, regresando al punto de partida. La puerta del Valle (3,1-32; 12,31.40; 2 Crón 26,9) hallábase cerca de la actual puerta de Jafa, no en el Tiropeón. De la mencionada puerta pasó a la fuente del Dragón *(hattanin)*, en el actual Birket es-Sultán. Sabido es que los *tanninim* eran considerados como monstruos marinos (Gén 1,2; Job 7,12). Esta fuente misteriosa (DBS 4,949), difícil de localizar, evoca espontáneamente la «piscina de las serpientes» existente en tiempos de Flavio Josefo [4]. La puerta de las Escombreras coincide muy probablemente con la de los esenios de que habla Flavio Josefo [5], situada, según él, en la región llamada Berzo, o sea, del *estercolero*. Llamábase así porque junto a ella arrojábanse las basuras de la ciudad que iban a depositarse en el torrente Hinnón, donde las aguas las arrastraban hacia el *wadi en-Nahr*. De trecho en trecho se paraba Nehemías contemplando el estado de las murallas.

Bajando en dirección sur de la ciudad, llegó a la puerta de la Fuente (3,15; 12,57), que se identifica o con la fuente de Siloé o con la de Ain Roguel. Algunos localizan el estanque del Rey con la actual fuente Ain-sitti-Mariam, junto al Cedrón, y otros con la piscina de Siloé. Según Vincent (DBS 950), corresponde al complejo de estanques construidos por Ezequías y sus sucesores en el valle del Tiropeón para regar los jardines reales (2 Re 20,20; 2 Crón 32, 30; Is 22,9). A partir de este lugar, los escombros de las antiguas murallas habían obstruido el paso. Por lo mismo, bajó al torrente Cedrón, desde donde inspeccionó de lejos las murallas, regresando al punto de donde había salido. Dado que el texto nada dice del perímetro septentrional de la ciudad, muchos creen que Nehemías no dio la vuelta completa a la misma. Sin embargo, puede admitirse que, en vista de lo avanzado de la hora y para no llamar la atención de las autoridades y del pueblo, siguió rápidamente su camino, remontando el torrente Cedrón y torciendo en dirección oeste hasta llegar al lugar de partida.

[4] *Bell. Iud.* 5,3,2. [5] *Bell. Iud.* 5,4,2.

Asamblea general (2,16-18)

**16 Los magistrados no sabían a dónde había ido y qué era lo
que había hecho. Hasta entonces no había dicho nada a los ju-
díos, ni a los sacerdotes, ni a los jefes, ni a los magistrados, ni a
ninguno de los que llevaban la dirección de los negocios. 17 En-
tonces yo les dije: «Bien veis el lamentable estado en que nos
hallamos. Jerusalén está destruida y sus puertas consumidas
por el fuego. Vamos, pues, a reedificar las murallas de Jeru-
salén, y no estemos más en el oprobio. 18 Les conté cómo la
buena mano de mi Dios había estado sobre mí y las palabras
que el rey me había dirigido; y entonces dijeron: «¡Andando,
a edificarla!» Y tomaron resueltamente esta buena determi-
nación.**

Los magistrados *(seganim)* ignoraban el recorrido que había hecho Nehemías. La palabra *seganim* (Esd 9,2; Neh 4,8.13; 5,7.17; 7,5; 12,40; 13,11) es de origen asirio y tiene un sentido dudoso. Acaso designa a los miembros de un consejo o tribunal creado después del exilio. Otros traducen por «magnates», jefes de las principales familias. Pero no es fácil entonces establecer la diferencia entre los términos que significan *magistrados* y notables *(horim)*, que a veces parecen sinónimos (13,11-17). Según Michaéli, los *horim* son los notables por su nacimiento; los *seganim* lo son por sus funciones. Con las palabras «no había dicho nada a los judíos», quiere referirse a los laicos que tenían cierta representación, tanto por su ascendencia como por su posición social.

A los reunidos planteó Nehemías el problema de los muros. Hacía años que los primeros repatriados habían regresado del exilio y las murallas estaban todavía sin construir. Este estado de cosas era un oprobio para el pueblo y una señal de debilidad y desidia. Ahora que se cuenta con la actitud favorable del rey conviene aprovechar la coyuntura, procediendo rápidamente, antes de que las autoridades locales puedan reaccionar y empezar los trámites para elevar su protesta al rey.

Mofas de los enemigos (2,19-20)

**19 Cuando lo supieron Sambalat, joronita; Tobías, siervo amo-
nita, y Guesem, árabe, se burlaban de nosotros y nos menos-
preciaron. Nos dijeron: «¿Qué es lo que hacéis ahí? ¿Os rebe-
láis contra el rey?» 20 Y yo les di esta respuesta: «El Dios de los
cielos nos hará salir con nuestra empresa. Nosotros, sus sier-
vos, nos levantaremos y haremos la edificación. Vosotros no
tenéis parte, ni derecho, ni recuerdos en Jerusalén».**

El autor presenta los acontecimientos atropelladamente: Nehemías reúne la asamblea al día siguiente de haber inspeccionado los muros de la ciudad y empieza inmediatamente las obras. Desde los comienzos presentáronse los enemigos mofándose de la empresa, que creían descabellada. No se opusieron a ella por la fuerza por conocer las prerrogativas de que estaba investido Nehemías. Por

lo mismo, pudo responder arrogantemente a las preguntas que le dirigieron sus enemigos. A Sambalat y Tobías se añade un tercer enemigo, llamado Guesem (6,1.2.6), descendiente de una tribu árabe; ejercía las funciones de gobernador o rey de la provincia del Negueb, la más meridional de la quinta satrapía [6]. Puede ser que Guesem fuera descendiente de los árabes deportados a Samaria en tiempos de Sargón II. Si el libro de Nehemías no habla de los idumeos, enemigos ancestrales de los judíos, es porque los identifica con los árabes. La pregunta «¿Os rebeláis contra el rey?» se refiere a la orden dada por Artajerjes (Esd 4,17-22); pero no insisten, sabiendo que una orden de la corte persa puede ser sustituida por otra.

REPARACIÓN DE LAS MURALLAS DE JERUSALÉN (3,1-32)

Eliasib y sus hermanos (3,1-2)

1 Eliasib, sumo sacerdote, se levantó con sus hermanos los sacerdotes y edificaron la puerta de las Ovejas; la consagraron y pusieron las puertas, desde la torre de Meá hasta la torre de Jananeel. 2 A continuación de Eliasib edificaron los hombres de Jericó, y a continuación de éstos edificó Zacur, hijo de Imri.

Eliasib (Esd 2,2; Neh 12,10), con sus hermanos los sacerdotes, construyó la puerta de las Ovejas; su ejemplo arrastró a otros, hasta el punto de que la obra se terminó en cincuenta y dos días (Neh 6,15). Además, la decisión de Eliasib era tanto más meritoria cuanto que mantuvo relaciones con los samaritanos (Neh 13,4). La puerta de las Ovejas, o Probática, estaba en el sector norte, cerca del ángulo nordeste (3,32; 12,39; Jn 5,2), recibiendo este nombre por entrar por ella el ganado destinado a los sacrificios. Dice el texto que «la consagraron *(qiddeshuhu)*; lo que se dice con respecto a los sacerdotes; en otros lugares se dice que la cubrieron *(qeruhu)*. Muchos autores (VINCENT, GELIN, BATTEN) unifican el texto corrigiendo la lección *qiddshuhu* en *qiruhu*. La consagración de toda la obra efectuóse más tarde (12,27), pero esto no impide que los sacerdotes consagraran su obra al momento de terminarla. Parece que los sacerdotes tuvieron que rehacer totalmente el muro.

No puede identificarse la torre de Meá *(los ciento)*. Vincent cree que no ha existido nunca, debiéndose su mención a una lectura errónea del texto. En efecto, la traducción material del texto es: «Y hasta la torre de Meá la consagraron, hasta la torre de Jananeel». En caso de haber existido no se sabe por qué recibió semejante nombre; acaso porque tenía cien codos de altura o porque cabían en su interior cien hombres para defenderla. De la torre de Jananeel se habla en Jeremías (31,38) y Zacarías (1,20). Herodes el Grande

[6] Guesem era rey de Qedar, dominando sobre las tribus árabes del sur de Palestina y Transjordania. Su nombre aparece en la parte interior de un plato de plata hallado en Tell el-Maskhutta, no lejos de Ismaelía, en Egipto, en que se habla de «Qainu, hijo de Guesem, rey de Qedar». El mencionado texto es de fines del siglo V o comienzos del IV a. C.

la amplió y embelleció, llamándola *Antonia* en honor del triunviro Antonio (FLAVIO JOSEFO, *Ant. Iud.* 15,11,4). El nombre le pudo venir de Jananías, que era el custodio (7,2). A continuación de los sacerdotes trabajaron los repatriados de Jericó (Esd 2,34), siguiendo después Zacur.

Puerta del Pescado (3,3-5)

3 Los hijos de Sena edificaron la puerta del Pescado y la cubrieron, pusieron las puertas, los cerrojos, los goznes. 4 Al lado de ellos trabajó en las reparaciones Meremot, hijo de Urías, hijo de Acus, y al lado de éstos reconstruyó Mesulam, hijo de Berquías, hijo de Mesezabel; y al lado de éstos restauró Sadoc, hijo de Baana. 5 Inmediatos a ellos restauraron los tecuitas, aunque sus nobles no doblaron su cerviz al servicio de su señor.

No lejos de la torre de Jananeel y al occidente de la misma hallábase la puerta del Pescado, llamada así por celebrarse en sus alrededores el mercado del pescado que traían las gentes de Tiro o los ribereños del mar de Galilea (12,39; 2 Crón 33,14; Sof 1,10). En el v.3 se inspiran algunos autores para corregir el v.1, ya que el trabajo de cada sector comprendía: 1) la edificación o reparación de la puerta; 2) cubrirla; 3) colocación de las hojas de la misma; 4) instalación de los cerrojos y goznes. Junto a los hijos de Sena (Esd 2,35; Neh 7,38), Meremot (Esd 8,33) reparó los desperfectos de otro tramo de muralla. Las gentes de Tecua, ciudad situada a ocho kilómetros al sur de Belén, trabajaron en los muros; pero los notables de la población, orgullosos, no doblaron su cerviz al servicio del señor, es decir, de Nehemías. Acaso existían diferencias personales entre ellos y el gobernador o no reconocían la autoridad que se arrogaba.

En el sector de la puerta Vieja (3,6-12)

6 La puerta Vieja la restauraron Joyada, hijo de Pasea, y Mesula, hijo de Besodías; la ensamblaron y pusieron a las puertas sus cerrojos y sus goznes. 7 Junto a éstos reedificaron Melatías, gabaonita, y Jadón, meronotita; y los hombres de Gabón y Misfa trabajaron cerca del gobernador de este lado del río. 8 Junto a ellos trabajó Uziel, hijo de Jarayas, de los orífices, y a su lado Ananías, de los perfumistas; continuaron Jerusalén hasta la muralla ancha. 9 A continuación de éstos trabajó Refaías, hijo de Hur, jefe de la mitad del distrito de Jerusalén. 10 A continuación trabajó, enfrente de su casa, Jedaya, hijo de Jaromat, y a su lado Jatús, hijo de Jesabnía. 11 Otra porción de la muralla y la torre del horno fue reparada por Malquiya, hijo de Jarim, y Jasub, hijo de Pajat Moab. 12 A continuación de ellos trabajó con sus hijos Salum, hijo de Jaloes, jefe de la otra mitad del distrito de Jerusalén.

La puerta de *ha-Yeshana*, la Vieja, puede referirse o bien «a la puerta vieja», o bien «puerta de la ciudad vieja»; Vincent cambia el texto en *hammisneh*, «del barrio nuevo». Trátase de la puerta de Efraím (12,39), llamada así por encontrarse en la parte septentrional

de la ciudad. Según el mismo Vincent, la extensión de la ciudad hacia el norte hizo que se creara este nuevo barrio (Sof 1,10; 2 Re 22,14). Algunos ven en *Yeshana* el nombre del poblado homónimo, a 25 kilómetros al norte de Jerusalén, en la actual *Ain Siniya*. Gabaón estaba a 10 kilómetros al norte de Jerusalén; la villa de Meronot es desconocida. Masfa hallábase a 13 kilómetros al norte de Jerusalén. Diversamente se traduce el final del v.7: «Al lado del trono del gobernador del otro lado del río» (Michaeli); «de la jurisdicción del gobernador de Abarnahara» (Fernández); «a costa del gobernador de la Transeufratena» (Gelin). La más aceptable nos parece ser la siguiente: «Al palacio *(lekisse)* del gobernador», o sea, la parte de la muralla que se hallaba junto al palacio del gobernador de la Abarnahara.

El gremio de los plateros y de los perfumistas construyeron el trozo de la muralla ancha, llamada así por ser de construcción más resistente, por reclamarlo el terreno, más expuesto para un ataque contra la ciudad. En vez de muralla *ancha*, algunos leen «plaza» *(rehob)*; de hecho había una plaza cerca de la puerta de Efraím (8,16).

Refaías era jefe de la mitad del distrito o sector *(pelek)* de Jerusalén. Para su mejor gobierno y administración habíase dividido la ciudad en dos sectores (v.9.12). La torre del Horno (12,38) se hallaba cerca de la actual puerta de Jafa, entre la de Efraím (12,39) y la del Valle (3,13). Llamábase así por existir varios hornos en su alrededor. *Jaloes* significa *encantador, adivino*. Dícese en el texto hebreo que trabajaron con él «sus hijas». ¿Se trata de hijas en sentido propio o en el de *benoth*, habitantes de la ciudad o del sector? En otros pasajes bíblicos (11,25-31; Núm 21,25, etc.) se toma el término en este sentido figurado.

En el sector sudoccidental (3,13-14)

13 Janum y los habitantes de Zanoaj repararon la puerta del
Valle, la edificaron, pusieron las puertas, los cerrojos y los goz-
nes. Hicieron además mil codos de muralla, hasta la puerta de
la Escombrera. 14 Malquiya, hijo de Recab, jefe del distrito
de Bet Maquerem, reedificó la puerta de la Escombrera, po-
niendo sus puertas, sus cerrojos y sus goznes.

De la puerta del Valle hemos hablado ya (2,13), pudiendo coincidir con la de Hebrón. Zanoaj es el nombre de un poblado situado a unos 30 kilómetros al sudoeste de Jerusalén (Jos 15,34). Mil codos de muralla corresponden a unos 500 metros, suponiendo que se habla del codo egipcio, que prevaleció entre los hebreos después del exilio. Por eufemismo, acaso, en el texto hebreo se llama a la puerta de la Escombrera puerta del *queso*. Malquiya era jefe del distrito de Bet Maquerem (Jer 6,1), lugar que muchos identifican con el actual Ain Karem. Creen los autores (Gelin, Pelaia, Vincent) que se anticipa la mención de la fuente del Valle, que se encontraba en el ángulo sudeste de la ciudad. Antes de esta puerta había la de la Cerámica o del Alfarero (Jer 19,2).

Trabajo de Salum (3,15)

15 Salum, hijo de Col José, jefe del distrito de Misfa, recons-
truyó la puerta de la Fuente, la levantó, la cubrió, puso las puer-
tas con sus cerrojos y sus goznes. Construyó además el muro
de la piscina de Siloé, cerca del jardín del rey, hasta la escalinata
que baja de la ciudad de David.

Cerca de la puerta de la Fuente hallábase la piscina de Siloé. Recogía las aguas de la lluvia y terminaba en ella el canal subterráneo que hizo excavar Ezequías (2 Crón 32,30). El jardín del rey se encontraba más al sur, en el lugar donde se reunían las aguas del Cedrón y del valle del Tiropeón, cerca de Ain Roguel. En cuanto a la escalinata de que habla el texto, acaso puedan vislumbrarse vestigios de la misma en los peldaños excavados en la roca viva entre la piscina de Siloé y el Ofel.

Obra de Nehemías (3,16)

16 Después de él, Nehemías, hijo de Azbuc, jefe de la mitad
del distrito de Bet Sur, trabajó en las reparaciones hasta enfren-
te de los sepulcros de David, y hasta delante de la piscina, que
había sido artísticamente construida, y hasta el cuartel.

El pueblo de Betsur se encuentra a unos 20 kilómetros al sur de Jerusalén. Se habla solamente de una mitad del distrito, silenciándose la otra. Los sepulcros de David yacían en el Ofel; allí fueron enterrados los monarcas de Judá (1 Re 2,10). Antes del exilio era menos rigurosa la ley acerca de la impureza por el contacto de un cadáver (Ez 43,7.9). De la piscina artísticamente construida no se sabe nada; acaso sea la piscina de Salomón, junto a la actual fuente Ain-Sitti-Mariam, o fuente de Guijón. La casa de los valientes o cuartel (2 Sam 16,6; 23,8) hallábase al norte de la necrópolis real.

Trabajos en el sector oriental (3,17-27)

17 Después de él trabajaron los levitas, Rehú, hijo de Baní,
y a su lado trabajaba Jasabías, jefe de la mitad del distrito de
Queila. 18 Después de él sus hermanos, Binnuí, hijo de Jena-
dad, jefe de la otra mitad del distrito de Queila; 19 y al lado de
éste, Ezer, hijo de Josué, jefe de Misfa, reparó otra porción
de la muralla frente al arsenal, hacia el ángulo. 20 Después de
él, Baruc, hijo de Zabal, reparó otra porción, desde el ángulo
hasta la entrada de la casa de Eliasib, sumo sacerdote. 21 Des-
pués de él reparó Meremot, hijo de Uría, hijo de Hacos, otra
sección, desde la entrada de la casa de Eliasib hasta el extremo
de ella. 22 Después de él trabajaron en la reparación los sacer-
dotes de los alrededores, 23 y después de ellos Benjamín y Asub,
enfrente de sus casas. Después de éstos, Azarías, hijo de Maasías,
hijo de Ananía, reparó lo cercano a su casa. 24 Después de él,
Binní, hijo de Jenadad, reparó otra sección, desde la casa de
Azarías hasta la vuelta del ángulo. 25 Palal, hijo de Uzai, constru-

**yó lo de delante del ángulo y la torre que hay en el saliente,
sobre lo alto del palacio real, en el patio de la prisión. Después
de él trabajó Padayas, hijo de Paros. 26 Los netineos que habi-
tan el Ofel trabajaron hasta enfrente de la puerta de las Aguas,
a oriente, y la torre en saliente. 27 Después de ellos los tecuitas
repararon otra porción, frente a la gran torre en saliente, hasta
el muro del Ofel.**

Queila pertenecía a la tribu de Judá (Jos 15,44), a 35 kilómetros al sur de Jerusalén. No es posible localizar el llamado *arsenal* o *armería*, que no debía de estar lejos del palacio real y del cuartel. El *ángulo* debe de ser el que, a unos metros antes del templo, señala un cambio de dirección. A partir del v.20 nos sitúa el texto en unos parajes vecinos al templo, aunque no sea fácil determinar los lugares que se mencionan. Eliasib tenía su casa cerca del templo, ocupando grande extensión (10,76-7).

Los sacerdotes que habitaban en los pueblos vecinos *(kikkar)* de Jerusalén (12,28) trabajaron en la obra. Binnuí (3,18) es mencionado dos veces; quizá quiere decir el autor que, llevado del celo y entusiasmo por la causa judía, se prestó a ayudar a otros una vez terminada la obra que se le encomendó. Su ejemplo fue seguido por otros (Meremot; v.4 y 21; tecuitas: v.5,27). El ángulo de que se habla en v.24 no puede determinarse con seguridad; no es improbable que coincidiera con alguno en los que Ocías colocó máquinas de guerra para defender a la ciudad (2 Crón 26,15).

Palal edificó junto al ángulo y a la torre *superior (elyon)*; esta torre está en relación con otras situadas en un nivel más bajo, o con el palacio real. Los que lo entienden en este último supuesto hablan del palacio superior o elevado, desde el cual se dominaba el ángulo o la torre saliente, identificando este palacio con el de Salomón (1 Re c.7). Más abajo hallábase el de David (2 Sam 5,9-11). La prisión estaba junto al palacio real, y en ella fue encerrado Jeremías (32,2).

Los netineos (Esd 2,43) figuran en el texto debido quizá a una glosa sugerida por 11,21. Los v.25-26 pueden redactarse como sigue: Después de él trabajó Padayas, hijo de Paros (y los netineos habitaban en el Ofel), hasta enfrente de la puerta de las Aguas. De la mención del Ofel en el v.27, un escriba anotó en el margen que allí vivían los netineos, glosa que entró más tarde en el texto. Ofel significa *protuberancia, saliente*. La puerta de las Aguas debe buscarse en un sitio de paso obligado para bajar a la fuente de Guijón, de que se habla en 8,1.3.16; 12,37. Estaba cerca del ángulo sudeste del templo.

En el sector noroeste (3,28-32)

**28 A partir de la puerta de los Caballos, los sacerdotes trabaja-
ron en la reparación, cada uno frente a su casa. 29 Después de
ellos trabajó Sadoc, hijo de Immer, delante de su casa; y después
de él, Semeyas, hijo de Secanías, guarda de la puerta de oriente.
30 Después de él reparó Jananías, hijo de Selemías, y Janún, hijo
de Salaf, otra sección, y después de éste, Mesulam, hijo de Bara-**

**quías, reparó delante de su vivienda. 31 Después reparó Mal-
quías, de entre los orífices, hasta la casa de los netineos y de los
comerciantes lo de frente a la puerta de Nifcad y hasta la cáma-
ra alta del ángulo. 32 Entre la cámara alta del ángulo y la puerta
de las Ovejas trabajaron los orífices y los mercaderes.**

Se ignora el sitio de la puerta de los Caballos. Según Jeremías, estaba cerca del Cedrón (31,40). Muy probablemente se abría esta puerta en la muralla del templo, al norte de la puerta de las Aguas, llamada así por haber colocado los reyes idólatras de Judá unos caballos junto a la misma (2 Re 23,11); junto a esta puerta fue asesinada Atalía (2 Re 11,16; 2 Crón 23,15). Sadoc era sacerdote (Esd 2,37); Semeyas, levita. La puerta de Oriente es llamada también *Dorada*. Según Ezequiel, el término *mifcad* (43,21) designaba el lugar reservado para el sacrificio del toro expiatorio, fuera del templo. Estaba junto al ángulo nordeste de la muralla, no lejos de la puerta Probática. ¿No indica acaso el nombre *(paqad)* que en esta puerta efectuábase el control de las víctimas y demás presentes destinados para el sacrificio? Con el v.32 se vuelve al lugar de partida.

Amenazas y mofas de los enemigos (3,33-35)

**33 Cuando supo Sambalat que estábamos reconstruyendo la
muralla, se enojó mucho y se encolerizó. Burlábase de los ju-
díos, 34 diciendo ante sus hermanos y ante los soldados de Sa-
maria: «¿Para qué trabajan estos impotentes judíos? ¿Acaso van
a dejarlos hacer? ¿Van a sacrificar? ¿Van a terminar? ¿Van a
resucitar las piedras enterradas bajo montones de escombros
y consumidas por el fuego?» 35 Y Tobías el amonita, que esta-
ba junto a él, decía: «Ya pueden edificar. Una zorra que contra
ellos se lance, derribará la muralla de piedra».**

La versión de los LXX empieza con el c.4 v.33. Sambalat y Tobías (2,10; 2,18-19) se indignan al contemplar que la obra de la reconstrucción de la muralla avanzaba. Impotentes para impedirlo, se mofan de los judíos y de su obra, empleando más tarde la violencia (4,1-17). Llama a los judíos *impotentes*, débiles *(amelalim)*; no se explica cómo se les autoriza llevar a término sus proyectos. A las mofas hizo coro el amonita Tobías, quien con una frase irónica expresa su pensamiento de que no vale la pena de tomar aquello en serio, porque bastará un pequeño esfuerzo o el simple querer para que aquellos muros vayan al suelo.

Oración de Nehemías (3,36-38)

**36 «Escucha, ¡oh Dios nuestro!, cuántos nos menosprecian,
y haz que sus insultos recaigan sobre sus cabezas, y dalos al
pillaje en una tierra de cautiverio. 37 No perdones su iniquidad,
y que no se borre delante de ti su pecado, porque injurian a los**

que están edificando». [38] Reedificamos, pues, la muralla, quedando del todo acabada hasta la mitad de su altura, y el pueblo se animó para el trabajo.

Ante los improperios y burlas, se refugia Nehemías en la oración, como en otras ocasiones (5,14; 6,9.14; 13,14.22), poniendo el asunto en manos de la Providencia divina. Duras son sus palabras, hablando como representante de la comunidad de Israel contra los enemigos de Yahvé. En la oración se usan palabras y conceptos que reaparecen en Jeremías (18,23). Los trabajadores continuaron su obra.

Proyectos de ataque (4,1-2)

[1] Pero Sambalat, Tobías, los árabes, los amonitas y los de Azoto se enfurecieron sobremanera al saber que la reparación de las murallas avanzaba y que comenzaban a cerrarse las brechas, [2] y todos a una se confabularon para venir a atacar a Jerusalén y hacer el daño posible.

Los enemigos temían que el resurgir del judaísmo menguara las atribuciones de las gentes del país. Indica el autor la idea de reparación por el término *aruka*, que indica, en sentido propio, la piel nueva que sube poco a poco y cubre la herida (Jer 8,22; 30,17; 2 Crón 24,13).

Temores de los judíos (4,3-5)

[3] Nosotros rogamos a nuestro Dios, y pusimos una guardia que de día y de noche vigilara, para defendernos de sus ataques. [4] Sin embargo, Judá decía: «Ya faltan las fuerzas a los acarreadores, y el escombro es todavía mucho; no podemos acabar la muralla». [5] Mientras que los enemigos decían: «Nada sabrán y nada verán hasta que lleguemos en medio de ellos y los matemos, y así haremos que cesen las obras».

Junto con la oración tomó Nehemías las medidas humanas conducentes a asegurar los trabajos. Tales medidas eran tanto más necesarias cuanto que algunos se desanimaban al contemplar lo mucho que quedaba por hacer. En forma rimada, como un refrán del género de las lamentaciones, decían unos: «A los acarreadores les faltan fuerzas»; otros: «Son demasiados los escombros que se deben remover», y otros, finalmente: «Por más que trabajemos, no terminaremos la muralla». No existía ningún complot en contra de Nehemías; únicamente el desaliento asomaba de vez en cuando, apagando el entusiasmo, que constituía la tónica reinante. Los enemigos urdían asechanzas y amenazaban con lanzarse sobre Jerusalén en el momento más inesperado.

Medidas defensivas (4,6-8)

[6] Los judíos que entre ellos habitaban vinieron diez veces para advertirnos de todos los lugares de donde venían a nosotros. [7] Por eso puse detrás de las murallas al pueblo por familias, todos con sus espadas, sus lanzas y sus arcos. [8] Fui a ver, y levantándome, dije a los jefes y a los magistrados y al resto del pueblo: «¡No los temáis! Acordaos del Señor, grande y terrible, y luchad por vuestros hermanos, por vuestros hijos y vuestras hijas, por vuestras mujeres y vuestras casas».

Los judíos que venían de los pueblos vecinos a tomar parte en las obras contaban a Nehemías las confabulaciones de las gentes del país, con lo que crecía el temor de algunos. Dícese que *diez veces* trajeron tales noticias, con lo que quiere significarse que fueran muchas o repetidas veces. Otros comentaristas entienden diversamente el texto. Nehemías no se arredró por las amenazas; al contrario, a la violencia opuso la violencia. El v.7, escribe Fernández, es de una oscuridad desesperante. Lo que se deduce de cierto del mismo es que Nehemías armó al pueblo y colocó a gente armada en torno a la ciudad para hacer abortar todo intento de ataque por sorpresa. Fernández traduce: «Entonces aparté en las partes bajas del lugar, detrás del muro, en los sitios abiertos, al pueblo, distribuido por familias, con sus espadas, sus lanzas y sus arcos». La frase en *sitios abiertos (sehihim)* parece que no corresponde a las leyes de la estrategia; de donde algunos prefieren la expresión de los LXX: *en tois skepeinois* = en los lugares abrigados. Las medidas defensivas de Nehemías atemorizaron a sus contrarios, quienes, al ser descubiertos, se retiraron. Nehemías recorría los puestos de guardia para levantar la moral de todos, diciéndoles que no temieran porque Dios estaba con ellos.

Trabajadores y guerreros (4,9-15)

[9] Cuando supieron los enemigos que estábamos apercibidos frustró Dios su consejo, y volvimos todos a continuar la muralla, cada uno en su trabajo. [10] Desde entonces, la mitad de los míos trabajaba, y la otra mitad estaba sobre las armas con las lanzas, los escudos, los arcos y las corazas. Los jefes estaban detrás de toda la casa de Judá. [11] Los que construían la muralla y los que cargaban y acarreaban las cargas, trabajaban con una mano y tenían una arma en la otra; [12] todos, mientras trabajaban, tenían las espadas ceñidas a sus lomos. Yo tenía junto a mí al trompeta; [13] y dije a los jefes, a los magistrados y al resto del pueblo: «La obra es mucha y extensa y estamos en la muralla apartados, lejos unos de otros; [14] cuando oigáis, pues, la trompeta, reuníos, y nuestro Dios combatirá por nosotros». [15] Seguimos, pues, trabajando en la obra, teniendo la mitad de nosotros la lanza en la mano desde el levantarse de la aurora hasta el salir de las estrellas.

Fue Dios el que desbarató los planes del enemigo. Pero si bien éste había desistido por el momento, convenía tomar precauciones. De ahí que, al mismo tiempo que mandó continuar la obra, estableció una vigilancia permanente. Parte de sus servidores (jóvenes, dice el texto original), que formaban su escolta personal (5,10.13.19), trabajaban, y otra parte empuñaba las armas para proteger a sus hermanos. El autor señala en bloque el armamento de que dispo-

nía la guardia de Nehemías. Dice el texto que los jefes estaban detrás cuidando de que todo estuviera en orden. Michaeli suprime el término *jefes (sarim)*, que considera como glosa, y traduce: «Detrás toda la casa de Judá». Según esta versión, todo Judá apoyaba estas medidas tomadas por Nehemías. No se explica fácilmente cómo albañiles y transportistas pudieran manejar simultáneamente las herramientas de trabajo y las armas. Entiéndese el texto en el sentido que los albañiles, que necesitaban ambas manos para trabajar, llevaban una espada ceñida a los lomos; los que acarreaban materiales, que tenían una mano libre, utilizaban la otra para llevar jabalinas y otras armas. Sin embargo, el texto más bien debe entenderse en el sentido de que todos tenían a mano armas para repeler el ataque en caso de que los enemigos les acometieran.

El encargado de dar la señal de alarma con la trompeta estaba constantemente al lado de Nehemías. Las obras proseguían a lo largo de toda la muralla, de manera que entre unos y otros mediaba gran distancia. La única manera de retransmitir órdenes urgentes era el toque de trompeta. A los jefes y magistrados dio las órdenes de reunir a todos tan pronto como el toque convenido llegue a sus oídos. Habrá llegado la hora del combate, pero también de la victoria, ya que Yahvé combatirá junto a ellos. En el v.15 se dice: «Y la mitad de ellos tenían la lanza en la mano», palabras que acaso un escriba ha introducido inspirándose en el v.10. Mejor corre el texto con la siguiente traducción: «Seguimos trabajando en la obra desde el levantarse de la aurora hasta la aparición de las estrellas».

En la brecha (4,16-17)

16 Al mismo tiempo dije también al pueblo: «Que cada uno con su criado pase la noche en Jerusalén, haciendo así de noche centinela y trabajando de día en la obra». 17 Ni yo, ni mis hermanos, ni mis mozos, ni la gente de guardia que me seguía nos desnudábamos si no era para bañarnos. Cada uno tenía su arma en la mano derecha.

Del v.16 se deduce que muchos de los que trabajaban en la muralla residían en las aldeas de los alrededores de la capital, adonde regresaban de noche para pernoctar allí. Nehemías decretó que, para seguridad de unos y de otros, quedaran todos en la capital, turnándose en el puesto de centinela. Es posible que de cada familia fueran dos o más personas al trabajo. Basándose en varios manuscritos, algunos exegetas traducen: «Ellos (los que vienen de fuera) nos servirán de guardia durante la noche y trabajarán de día». El texto del v.17 en el original hebraico es ininteligible, deduciendo por el contexto y las versiones que el sentido alí contenido debe ser: el peligro es inminente; de un momento a otro se teme un ataque. Por lo mismo, ni Nehemías, ni su parentela, ni sus criados, ni los componentes de su guardia personal se desnudaban de noche, a no ser para tomar un baño. Las cuatro palabras del hebreo dicen: «Y cada uno su arma, el agua», que faltan en el texto griego. En lugar de *hammaim*, leer *beminó, beyado*, y traducir: «Cada uno tenía el arma en su mano derecha».

Quejas del pueblo (5,1-5)

1 Alzáronse entre las gentes del pueblo y sus mujeres muchas quejas contra sus hermanos judíos. 2 Unos decían: «Nosotros, nuestros hijos y nuestras hijas, somos muchos y tendremos que venderlos por trigo para poder comer y vivir». 3 Otros decían: «Tenemos que empeñar nuestros campos, nuestras viñas y nuestras casas por trigo a causa del hambre». 4 Otros decían: «Hemos tenido que pedir a usura dinero sobre nuestros campos y nuestras viñas para pagar los tributos del rey; 5 nuestra carne es, sin embargo, como la carne de nuestros hermanos, y nuestros hijos son como sus hijos; pero tenemos que sujetar a servidumbre a nuestros hijos y a nuestras hijas, y algunas de nuestras hijas lo están ya, sin que tengamos con qué rescatarlas, por estar nuestras tierras y nuestras viñas en poder de otros».

Algunos comentaristas son de parecer que este capítulo está fuera de su contexto. En él se plantea un problema que tuvo lugar en los últimos años de la administración de Nehemías. El momento corresponde más bien a esta coyuntura histórica. Las gentes humildes, sobre todo, acudieron con entusiasmo a la llamada patriótica de Nehemías. Recuérdese que los tecuitas trabajaron con fervor, en tanto que «sus nobles no doblaron su cerviz al servicio de su señor» (3,5). El mismo entusiasmo por la causa nacional hizo que se sucedieran los días y tuvieran abandonados los trabajos del campo y otros quehaceres remunerativos, resintiéndose cada vez más su escasa economía. Con la confianza de rehacerse una vez terminadas las obras de las murallas, pidieron dinero prestado a los grandes y a los magistrados, quienes se lo entregaron con un interés crecido. Este proceder de los grandes era endémico en Israel. Las quejas parten del pueblo pobre, víctima de la usura de la clase adinerada. Y, sin embargo, todos eran hermanos, pertenecientes a una misma raza, con las mismas prerrogativas espirituales. En el v.2 la lectura «tenemos que empeñar» *(orebim)*, en vez de «somos muchos» *(rabbim)*, es preferible. La ley prohibía terminantemente que los israelitas exigieran de sus hermanos interés alguno, «ni por dinero, ni por víveres, ni por nada de lo que con usura se presta» (Deut 23,19-20; Ex 22,24-25; Lev 25,35-38). Prevé la Ley el caso de que un israelita se venda a sí mismo y a sus hijos hasta el año sabático o año jubilar (Ex 21,1-11; Lev 25,35-47), pero invitaba a los ricos a que trataran a los necesitados con benignidad. En nuestro caso, hijos y propiedades se empeñaban a causa del interés crecido que exigían los ricos (v.7.11). Las propiedades se consideraban sagradas por haberse recibido de los antepasados. Los judíos que habían llegado de Babilonia compraron a base de sacrificios una pequeña propiedad, que ahora los ricos ponían en peligro.

Aún más, teniendo que pagar tributo al rey, tenían que hipotecar las propiedades, no para procurarse comida, sino para obtener dinero con que pagar los impuestos. En el v.5 se insiste en la igualdad de derechos y deberes. No existe diferencia entre la carne de un judío rico y la de uno pobre; ni el pobre es menos hijo de Abra-

ham que el rico (Deut 15,7). Según la ley mosaica, podía un padre colocar a sus hijas al servicio de otro (Ex 21,7), pero no podían ser tratadas como esclavas o concubinas. La lucha de clases podía entorpecer la restauración del pueblo judío y debilitarlo ante sus enemigos.

Nehemías increpa a los usureros (5,6-9)

6 Yo me enojé en gran manera al oír estos clamores y estas quejas. 7 Pensando, resolví reprender a los grandes y a los magistrados, y les dije: «¡Cómo! ¿Prestáis a usura a vuestros hermanos?» Y reuní una gran asamblea contra ellos, 8 y dije: «Nosotros, según nuestras facultades, hemos rescatado a nuestros hermanos los judíos, vendidos a las gentes, ¿y ahora venderíais vosotros mismos a vuestros hermanos, y éstos serán vendidos a nosotros?» Callaron, no teniendo nada que responder.
9 Yo añadí: «Lo que hacéis no está bien. ¿No marcharéis en el temor de nuestro Dios, para no ser el oprobio de las gentes enemigas nuestras?

Antes de emprender la obra de las murallas, cada familia se defendía económicamente con los fondos monetarios traídos de Babilonia, con los productos del campo o con el jornal cotidiano. La obra del templo era gratuita. Nehemías no se enteró hasta más tarde del malestar que cundió entre el pueblo. Una queja sucedía a otra, lo que le hizo caer en la cuenta de que el mal tenía hondas raíces. Reunió una grande asamblea, en la que apostrofó la conducta de los grandes *(horim)* y de los magistrados *(seganim)*. ¿Es que pretenden ellos que Nehemías rescate ahora al pueblo pobre con el dinero de su propio bolsillo? A su argumentación no encontraron respuesta alguna, porque sabían que estaban fuera de la Ley. Su conducta es reprochable; como miembros de la comunidad judaica, deben temer a Dios y vivir según las leyes patrias (Lev 25, 35-36; Deut 23,9). En segundo lugar, no deben obrar de manera que den lugar a los enemigos a mofarse de ellos por existir desacuerdo entre la teoría y la práctica, entre lo que la Ley manda y su manera de comportarse.

Las palabras de Nehemías conservan toda su actualidad. Si nuestras obras no se ajustan a la ley que libremente hemos aceptado, causaremos más daños a la religión que nuestros propios enemigos (Rom 2,24; 1 Pe 2,12). Antiguamente este divorcio entre vida y pensamiento, entre la fe y las obras, era la tumba de aquel proselitismo por el cual se emprendían acciones heroicas (Mt 23,15); hoy puede ser éste el impedimento más grave para la expansión del reino de Dios (Pelaia).

Ejemplo que arrastra (5,10-13)

10 »También yo, mis hermanos y mis servidores les hemos prestado dinero y trigo. Vamos a perdonarles lo que nos deben.
11 Devolvedles hoy mismo sus campos, sus viñas, sus olivares y sus casas, y restituidles el uno por ciento del dinero, del trigo, del vino y del aceite que les habéis exigido como interés».
12 Ellos dijeron: «Se los devolveremos y no les exigiremos nada. Haremos como tú dices». Llamé entonces a los sacerdotes, y delante de ellos les hice jurar que harían así. 13 Yo sacudí mi manto, diciendo: «Que así sacuda Dios fuera de esta casa y de sus bienes al que no cumpla su palabra; y que así sea, el que tal haga, sacudido y vacío». Y toda la asamblea respondió «Amén», y alabaron a Yahvé. El pueblo hizo conforme a esto.

Dice Nehemías que también él había prestado, pero no trataba a sus deudores como hacían los grandes. Que imiten, pues, su ejemplo. Invita a todos a perdonar todo cuanto los pobres les adeudan y a prestarles en el futuro sin interés. La restitución debe hacerse cuanto antes, hoy mismo, dando el consentimiento durante la reunión de la asamblea. En el texto hebraico del v.11 se lee: «Y restituidles el uno por ciento del dinero». La palabra *meat*, cien, es sustituida por la mayoría de los intérpretes por *masshath*, deuda; corrección que está más conforme con el espíritu de Nehemías. Añade el texto que Nehemías sacudió su «seno» *(hosen)*, es decir, agarró con las dos manos los bordes del pliegue que la ancha túnica de los orientales, sujeta a la cintura, forma a la altura del pecho; los desplegó y, agitándolos con fuerza como si tratara de vaciar su contenido, quería significar que de la misma manera despojará Dios de todos sus bienes al que faltara al juramento (Médiebelle). Otros comentaristas explican diversamente este hecho simbólico y profético, cuyo significado genérico es evidente.

Liberalidad de Nehemías (5,14-19)

14 Desde el día en que el rey me puso por gobernador de la tierra de Judea, del año veinte al año treinta y dos del rey Artajerjes, durante doce años ni yo ni mis hermanos habíamos vivido de las rentas del gobernador. 15 Antes de mí, los gobernadores anteriores abrumaban al pueblo, tomando de él pan y vino por valor de cuarenta siclos de plata, y sus servidores mismos oprimían al pueblo. Yo, por temor de Dios, no hice así.
16 Antes bien, he trabajado en la construcción de estas murallas, no hemos adquirido campo alguno y todos mis servidores a una estaban a la obra. 17 Tenía a mi mesa ciento cincuenta hombres, judíos y magistrados, a más de los que a nosotros venían de los pueblos de en derredor. 18 Cada día se me aderezaba un buey, seis ovejas escogidas y aves, y cada diez días vino en abundancia. A pesar de esto, yo no he reclamado los derechos de gobernador, porque la servidumbre del pueblo era grave. 19 Acuérdate de mí para bien, Dios mío, y de cuanto yo hice por este pueblo.

Nehemías expone ante los reunidos su proceder desinteresado. Fue el rey Artajerjes el que nombró a Nehemías gobernador de los judíos de Palestina, habiendo durado su cargo desde el año veinte de Artajerjes (2,1) hasta el treinta y dos (445-443). ¡Qué diferencia entre su comportamiento y el de sus antecesores! No solamente no renunciaban a los derechos que les pertenecía por su

cargo, sino que imponían a sus súbditos cargas pesadas. Solamente por los conceptos de pan y vino se les exigía una cantidad equivalente a 120 pesetas oro.

¿A qué gobernadores se refiere? Acaso a los paganos, que se turnaban con otros de origen judío. Alude a los gobernadores de Samaria, de los cuales dependía Jerusalén. Nehemías podía exigir los honorarios que señalaba la ley, pero nunca habría abusado de su autoridad para explotar y oprimir a sus súbditos, por prohibírselo el santo temor de Dios. Nehemías no se ha enriquecido durante los años que ejerció el cargo de gobernador. Con ironía dice que no compró campo alguno, dando a entender que otros gobernadores habían aumentado su patrimonio con nuevos campos a costa de los desvalidos. Con el fin de impedir que los otros jefes y magistrados cayesen en la tentación de gravar a sus súbditos, les obligó a que comieran en su casa y a su cuenta. Todos sus comensales eran tratados con esplendidez, aunque no llegara a los excesos que se cometían en la mesa de Salomón (1 Re 4,22-23). La provisión de vino hacíase cada diez días, lo que quiere decir que se bebía con abundancia. Algunos podían pensar que hacía Nehemías la apología de su persona para halagar su vanidad; pero bien lejos estaba de gloriarse de sus buenas obras y esperar la recompensa de los hombres. Si él ha sacado a relucir su comportamiento, ha sido únicamente con el fin de convencer totalmente a jefes y magistrados de la necesidad de proceder caritativamente con los pobres. La recompensa de sus buenas obras se la dará con creces el Señor. La oración de Nehemías se repite en 13,22.

Propuesta insidiosa (6,1-4)

1 Todavía no había acabado yo de poner las puertas, cuando Sambalat, Tobías, Guesem el árabe y los otros enemigos nuestros supieron que había reconstruido la muralla sin que ya quedara brecha, aunque todavía no se habían puesto las hojas de las puertas. 2 Entonces Sambalat y Guesem mandaron a decirme: «Ven, y entrevistémonos en los pueblos del valle del Ono». Ellos tenían pensado hacerme mal. 3 Yo les mandé emisarios, diciendo: «Estoy ocupado en la grande obra y no puedo ir, porque tendría que interrumpirla para verme con vosotros». 4 Por cuatro veces me pidieron lo mismo, y siempre les di la misma respuesta.

El relato del malestar entre la clase trabajadora interrumpió la historia de la reconstrucción de las murallas (4,17). Las dificultades externas forzaron de tal manera las obras, que los mismos enemigos fueron los primeros en maravillarse de la rapidez con que se habían llevado a término. Un ataque armado contra una ciudad amurallada no tenía probabilidades de éxito, ni el rey de Persia lo hubiera autorizado. Entonces los enemigos de los judíos idearon una estratagema: convocar a Nehemías a una reunión que tendría lugar en país neutral, a unos 50 kilómetros de Jerusalén, en el poblado de Kefira, en el valle de Ono, lugar que corresponde al

actual Kefr Ana, a nueve kilómetros al noroeste de Lidda. El texto hebraico dice «en las ciudades», lección que debe cambiarse en «una de las ciudades». Unos interpretan el término hebraico *Kefirim* como nombre propio de una ciudad o aldea, muy probablemente Kefira (Esd 2,25; Jos 9,17). Nehemías intuyó lo que estaban maquinando y rehusó la invitación alegando que estaba ocupado.

Carta a Sambalat (6,5-9)

5 La quinta vez me mandó Sambalat el mismo mensaje por medio de un servidor suyo, que traía en la mano una carta abierta. 6 En ella estaba escrito: «Dícese entre las gentes, y Guesem lo confirma, que tú y los judíos pensáis rebelaros, y que, con este fin, construís las murallas. Según estas mismas informaciones, tú serás su rey. Asimismo se dice 7 que tienes ya profetas que predican de ti por Jerusalén, diciendo: «Judá tiene rey». Esto seguramente llegará a oídos del rey. Ven, pues, y hablamos». 8 Entonces mandé decirle: «No hay nada de lo que dices; eres tú quien lo inventó». 9 Pues todos querían asustarnos, creyendo que así dejaríamos los trabajos; por eso yo me di a la obra con más ardor todavía.

La tozudez de Sambalat le movió a insistir. Al mandar la carta abierta no pretendía mofarse o insultar a Nehemías, sino más bien sembrar entre el público la inquietud y divulgar unas acusaciones que él había inventado o recogido de ambientes dudosos. Efectivamente, Guesem (2,19) había lanzado la acusación de que Nehemías y los judíos querían rebelarse contra el rey de Persia. Otro rumor habla de la existencia de profetas enviados por Dios y encargados de apoyar la candidatura de Nehemías como nuevo rey de Israel. La declaración de los profetas era tenida por palabra de Dios; bastaba que ellos ungieran rey a Nehemías para que el pueblo lo reconociera como tal. En la historia de Israel (Saúl, David, Jehú) existen ejemplos de la intervención profética en la elección y unción real. El profetismo existía todavía (v.10-14). La proclamación de Nehemías por rey significaría una rebelión contra el poder central, pero se ajustaría a ciertas tendencias judías que habían visto en Zorobabel al rey mesiánico anunciado por Ageo (2,20-23). Si este movimiento hubiérase producido en torno a Nehemías, fomentándolo él, hubiera alterado sin duda sus relaciones con el monarca persa. Tampoco Nehemías se intimida ante estas nuevas amenazas; al contrario, reaccionó hasta el punto de decir a Sambalat que todo lo había inventado él.

Juego sucio de Semeyas (6,10-14)

10 Fui luego en secreto a casa de Semeyas, hijo de Delayas, hijo de Metabeel, al no poder venir él por estar impedido, y me dijo: «Vamos juntos a la casa de Dios, a la parte interior del templo; cerremos bien las puertas del santuario, porque van a venir a matarte; esta noche vendrán a matarte». 11 Yo le contesté: «¿Huir un hombre como yo? ¿Es que un hombre como yo

puede entrar en el templo y seguir viviendo? No entraré». [12] Entonces conocí que no era Dios quien le enviaba, sino que me aconsejaba esto porque Sambalat y Tobías le habían sobornado con dinero, [13] y creían que así yo me atemorizaría y seguiría su consejo, cometiendo un pecado que podrían aprovechar para infamarme y cubrirme de oprobio. [14] Acuérdate, Dios mío, de Tobías y de Sambalat y de sus obras. Acuérdate también de Naadía la profetisa y de los otros profetas que procuraban atemorizarme.

Parece que no salió de Nehemías la idea de ir a la casa de Semeyas. Más bien el texto sugiere que este último fingió encontrarse en estado de exaltación mántica, manifestando el deseo de verlo y hablarle. La palabra hebraica *asur*, impedido, cerrado (Jer 36,5), es interpretada diversamente. Unos le dan un sentido simbólico, como queriendo manifestar que permanece encerrado en casa para significar a Nehemías que corre peligro de que le recluyan. Otros suponen que una impureza ritual le retenía en casa sin poder ir al templo (Jer 36,5; 1 Re 14,10). El falso profeta había inventado un plan misterioso con el fin de coger a Nehemías en la trampa. Porque la voz popular le concedía la categoría de profeta, y, por pertenecer al orden sacerdotal, Nehemías acudió a la llamada de Semeyas. Pronto adivinó la malicia que había en sus palabras. Le proponía huir al templo y buscar asilo en el lugar santísimo, donde no podían entrar los laicos bajo pena de muerte (Ex 33,20; Núm 18,7). El mismo Semeyas, de la veintitrés clase sacerdotal (1 Crón 24,13), hubiera denunciado el hecho y reclamado las penas que la ley prescribía contra los profanadores del santuario. Huyendo demostraría cobardía ante sus súbditos y ante los enemigos.

¿Podía ser verdadero profeta el que así aconsejaba? No puede un profeta de Yahvé inducir a que se falte a los deberes del propio estado y se quebranten los preceptos de Dios. Supo después Nehemías que Sambalat y Tobías habían sobornado con dinero a Semeyas. Ruega Nehemías a Dios que castigue a sus enemigos conforme a sus maldades, invocando la ley del talión (Ex 21,23; Lev 24,28; Deut 19,21). ¿Por qué se invoca la justicia de Dios sobre la profetisa Naadía, dejando impune a Semeyas? Acaso porque el plan tramado para perder a Nehemías fuera obra de Naadía, engañando a aquél. Vaccari pretende que Naadía era *un* profeta, el mismo que invitó a Nehemías a su casa; en el v.10 lee «Naadía» en vez de «Semeyas». Traduce el v.14: «Acuérdate, Dios mío, de Tobías y de Sambalat por lo que han hecho, y también del profeta Naadía...» Con esta hipótesis resuelve Vaccari la dificultad creada por el v.14, pero introduce arbitrariamente en el v.10 un nombre que no existe en el texto. Además, aunque los LXX llamen profeta a Naadía y en 8,33 sea éste nombre de varón, no hay razones para abandonar la lección «profetisa» del texto masorético.

El muro, acabado (6,15-16)

[15] La muralla quedó terminada el día veinticinco del mes de Elul, en cincuenta y dos días; [16] y cuando todos nuestros enemigos lo supieron, todas las gentes que habitaban en torno nuestro entraron en temor y experimentaron una gran humillación, teniendo que reconocer que la obra se había llevado a cabo por la voluntad de Dios.

El mes Elul corresponde a septiembre-octubre. Las obras empezaron el día 3 ó 4 del mes Ab y se prosiguieron hasta el 25 de Elul, o sea hacia principios de octubre (el 2 de octubre del año 445, según Parker-Dubberstein). En total duraron cincuenta y dos días, terminando el mismo año 20 de Artajerjes. Flavio Josefo [1] dice que se emplearon dos años y cuatro meses en acabar los muros, terminando el año 28 de Artajerjes. Pero el rey solamente reinó veinte años. En contra no puede invocarse la magnitud de la obra, que reclamaba muchos días y aun años de trabajo. No se trataba las más de las veces de levantar totalmente las murallas, sino de taponar los boquetes que en ella había. Además, la obra se hizo a marchas forzadas, con turnos de noche, de manera que una multitud enardecida por su amor religioso y patriótico pudo terminar en cincuenta y dos días un trabajo que normalmente hubiera exigido años. Los mismos pueblos vecinos maravilláronse de la rapidez de la obra. ¿Qué impresión les causó? Dice el texto que «cayeron en sus propios ojos», frase que puede entenderse o bien en el sentido de que quedaron deprimidos o en el de que «bajaron los ojos llenos de confusión». Con un leve cambio textual *(wayyppale)* se obtiene la traducción: «Y esto fue admirable a tus ojos», que está más en armonía con el contexto. Vieron ellos que Dios estaba a favor de su pueblo y que hacía fecundas sus obras.

Los amigos de Tobías (6,17-19)

[17] Había también entonces grandes de Judá que mandaban frecuentemente cartas a Tobías y las recibían de éste, [18] pues muchos de Judá se habían conjurado con él, por ser yerno de Secanías, hijo de Araí, y haber tomado su hijo Jojanán por mujer la hija de Mesulam, hijo de Baraquías. [19] Hablaban bien de él en mi presencia y le iban a contar lo que yo decía, y Tobías escribía sus cartas con el fin de atemorizarme.

Entre los enemigos ocupaba Tobías un lugar destacado, y era temible por estar en relación con los grandes de Judá. Muchos judíos habíanse obligado con juramento a permanecer fieles a Tobías. Este juramento es el llamado de *parentesco*, que obligaba a una identidad de puntos de vista en todas las cuestiones económicas y políticas. Basábase sobre un deber que radicaba en los vínculos de sangre, y, por lo mismo, se le concedía un carácter estrictamente sagrado. Puede también interpretarse el texto diciendo que media-

[1] *Ant. Iud.* 11,5,8.

ban entre Tobías y algunos grandes judíos vínculos de parentesco. Tobías era yerno de Secanías (Esd 2,5), y su hijo estaba casado con una hija de Mesulam (Neh 3,4.30). Por su matrimonio, Tobías estaba emparentado con el sumo sacerdote Eliasib (13,4). Los matrimonios mixtos eran los causantes de muchos males que aquejaban al pueblo judío. Por el texto aparece que la obra de las murallas fue más bien llevada a cabo con la cooperación de los pobres que con la aportación de los ricos, entre los cuales eran impopulares las reformas radicales ideadas por Nehemías.

Medidas de seguridad (7,1-3)

1 Cuando estuvo terminada la muralla y hube puesto las hojas de las puertas, los porteros, los cantores y levitas dedicáronse a sus funciones. 2 Confié el gobierno de Jerusalén a mi hermano Janani y a Jananías, jefe éste de la fortaleza, hombre superior a muchos por su fidelidad y por su temor de Dios, 3 y les dije: «Las puertas de Jerusalén no han de abrirse hasta que caliente el sol, y se cerrarán al ponerse, echando los cerrojos; y los habitantes de Jerusalén harán la guardia cada uno en su puesto delante de su casa.

Una vez puestas las hojas de las puertas, los porteros hiciéronse cargo de las mismas. A primera vista choca la mención de cantores y levitas cabe la de los porteros. Muchos autores (BATTEN, BETHOLET, REHM, GELIN, MICHAELI, etc.) los eliminan del texto, y explican su presencia en él por tratarse de una lista de nombres casi mecánica y de una lamentable confusión entre los porteros del templo y los de la ciudad. Un amanuense acostumbrado a leer las tres palabras juntas (Esd 2,70; 7,7; Neh 7,72; 10,29; 13,5) las repitió mecánicamente aquí. Los pocos exegetas que siguen el texto aducen las circunstancias extraordinarias por las que atravesaba la ciudad, en régimen de excepción. En tiempos normales eran solamente los porteros los que vigilaban las puertas; pero en un ambiente de hostilidad, interna y externa, «no es de maravillar que Nehemías tomara medidas extraordinarias y, no juzgando suficiente el número de los porteros, echara mano de otros que tenían una posición oficial y de cuya probada fidelidad podía fiarse» (FERNÁNDEZ).

De Janani se habló en 1,2; se duda si era hermano de Nehemías en sentido estricto. De Jananías se sabe que era fiel y temeroso de Dios. Debía de ser de condición humilde, pero superaba en virtud a otros muchos que alardeaban de religiosos y patriotas, desmintiendo en la práctica lo que afirmaban de palabra. A Jananías estaba encomendada la vigilancia de la fortaleza, de la *birah*, *baris*, o torre Antonia, que se hallaba en la extremidad noroeste del templo. Las puertas de la ciudad abríanse de día y cerrábanse de noche, «cuando todavía había sol», según lección de Aquila y siríaca. Este parece ser el sentido del v.3, cuyo texto masorético debe corregirse ligeramente. Circunstancialmente había dos clases de guardias: los que lo eran de oficio y los que vigilaban el trecho de la muralla delante de su casa.

Repoblación de Jerusalén (7,4-6)

4 La ciudad era espaciosa y grande, pero estaba poco poblada y había muchas casas sin reedificar. 5 Mi Dios me puso en el corazón reunir a los grandes, a los magistrados y al pueblo para hacer el censo. Hallé un registro genealógico de los primeros que habían vuelto, y vi escrito en él lo siguiente: 6 «Estos son los hijos de la provincia (judea) que subieron del destierro, los que había llevado cautivos Nabucodonosor, rey de Babilonia, y volvieron a Jerusalén y a Judá cada uno a su ciudad.

No cabe imaginar el área de Jerusalén en tiempos de Nehemías como la que ocupa actualmente. No puede calcularse el número de habitantes, y sería aventurado señalar un censo superior a los diez mil. Porque aunque regresaran de Babilonia 42.360 judíos en tiempos de Zorobabel, muchos de ellos se establecieron en los pueblos de la provincia (Esd 2,70; Neh 7,72; 11,3), por disponer allí de tierras, por ser más llevadera la vida (5,1-19; 11,3) y por estar allí el sepulcro de sus mayores. Reconstruida la muralla de la ciudad, era fácil que muchos judíos de los pueblos circunvecinos se trasladaran a la capital, por considerarse allí más seguros. Nehemías favorecía la inmigración a la ciudad con el fin de formar una aglomeración compacta de muchas familias. Dícese en el texto que «había muchas casas sin reedificar». No quiere esto decir que la ciudad estuviera en ruinas, sino que muchas casas derruidas con ocasión de la toma de Jerusalén por Nabucodonosor no fueron levantadas de nuevo. A medida que llegaban nuevas olas de sionistas, levantábanse casas (Ag 1,4-9), devolviendo a la capital el aspecto urbanístico que tuvo antes de la cautividad. Pero quedaban muchos solares baldíos y casas derruidas que no encontraban una mano que los redimiera. Sin embargo, la expresión «casas sin reedificar» puede tener el sentido de «familias que no estaban constituidas», alegando para esta interpretación el v.3 y Ageo (1,8). La frase «construir una casa» debe entenderse, dice Gelin, de «formar una familia» (Prov 24,27; Rut 4,11).

¿Cuántos eran los repatriados? ¿En dónde habitaban? Para hacer el censo convocó Nehemías una asamblea general en vistas a reconstruir la genealogía de las familias. Esto le permitirá saber con certeza qué familias conservaban su pureza de raza y cuáles habíanse contagiado con matrimonios mixtos. Un elenco de familias repatriadas en tiempos de Zorobabel facilitó la tarea. Dicha lista yacía en algún archivo de la ciudad. Nehemías la juzgó tan importante, que la incorporó en sus memorias, ejemplo que siguió más tarde el cronista o autor del libro de Esdras. Aparte de pequeñas variantes de nombres y cifras, debido a la tradición textual, ambas listas coinciden.

Familias que volvieron con Zorobabel (7,7-68)

7 Partieron con Zorobabel: Josué, Nehemías, Azarías, Raamías, Najamaní, Mardoqueo, Bilsán, Misperet, Bigbai, Nahum y Baana. Número de los hombres del pueblo de Israel: 8 Hijos de Paros, dos mil ciento setenta y dos. 9 Hijos de Sefatías, tres-

cientos sesenta y dos. 10 Hijos de Ara, seiscientos cincuenta y
dos. 11 Hijos de Pahat Moab, los hijos de Josué y de Joab, dos
mil ochocientos dieciocho. 12 Hijos de Elam, mil doscientos
cincuenta y cuatro. 13 Hijos de Zatu, ochocientos cuarenta y
cinco. 14 Hijos de Zacai, setecientos sesenta. 15 Hijos de Baní,
seiscientos cuarenta y ocho. 16 Hijos de Bebai, seiscientos vein-
tiocho. 17 Hijos de Azgad, dos mil trescientos veintidós. 18 Hi-
jos de Adonicam, seiscientos sesenta y siete. 19 Hijos de Bigbai,
dos mil sesenta y siete. 20 Hijos de Adín, seiscientos cincuenta
y cinco. 21 Hijos de Ater, de Jejisquía, noventa y ocho. 22 Hijos
de Jasún, trescientos veintiocho. 23 Hijos de Besai, trescientos
veinticuatro. 24 Hijos de Jarif, ciento doce. 25 Varones de Ga-
baón, noventa y cinco. 26 Varones de Betlehem y de Netofa,
ciento ochenta y ocho 27 Varones de Anatot, ciento veintiocho.
28 Varones de Betazmavet, cuarenta y dos. 29 Varones de Qui-
riat-Jerarim, Quefira y Beerot, setecientos cuarenta y tres.
30 Varones de Rama y Gabba, seiscientos veintiuno. 31 Varones
de Micmas, ciento veintidós. 32 Varones de Bétel y de Hai,
ciento veintitrés. 33 Hijos de Nebo, de Magbis, cincuenta y dos.
34 Hijos de la otra Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro.
35 Hijos de Jarim, trescientos veinte. 36 Varones de Jericó, tres-
cientos cuarenta y cinco. 37 Varones de Lod, de Jadid y Ono,
setecientos veintiuno. 38 Hijos de Senaa, tres mil novecientos
treinta. 39 Sacerdotes: Hijos de Idayas, de la casa de Josué, no-
vecientos setenta y tres. 40 Hijos de Immer, mil cincuenta y dos.
41 Hijos de Pasjur, mil doscientos cuarenta y siete. 42 Hijos de
Jarim, mil diecisiete. 43 Levitas: Hijos de Jesúa, de Cadmiel,
de Baní, de Odevías, setenta y cuatro. 44 Cantores: Hijos de
Asaf, ciento cuarenta y ocho. 45 Porteros: Hijos de Salum, hi-
jos de Ater, hijos de Talmán, hijos de Acub, hijos de Jatita,
hijos de Sobai, ciento treinta y ocho. 46 Netineos: Hijos de Sija,
hijos de Jasufa, hijos de Tabaot, 47 hijos de Queros, hijos de
Sia, hijos de Padón, 48 hijos de Lebana, hijos de Jegaba, hijos
de Acub, hijos de Jabag, hijos de Salmeí, 49 hijos de Janón, hi-
jos de Guedel, hijos de Gajar; 50 hijos de Rehaya, hijos de Ra-
sín, hijos de Necada, 51 hijos de Gasam, hijos de Uza, hijos de
Fasea, 52 hijos de Besaí, hijos de Asna, hijos de Mehunim, hi-
jos de Nefisim, 53 hijos de Bacbuc, hijos de Jacufa, hijos de Jar-
jur, 54 hijos de Basut, hijos de Mejidas, hijos de Jarsa, 55 hijos
de Barcos, hijos de Sisera, hijos de Temaj, 56 hijos de Nesiaj,
hijos de Jatifa. 57 Hijos de los siervos de Salomón: hijos de Sotai,
hijos de Hasoforet, hijos de Perida, 58 hijos de Jaala, hijos de
Darcón, hijos de Guidel, 59 hijos de Sefatías, hijos de Jatil, hi-
jos de Poqueret-Asebasim, hijos de Amón. 60 Todos los neti-
neos e hijos de los siervos de Salomón, trescientos noventa y dos.
61 Estos son los que subieron de Telmelaj, Teljarsa, Querub,
Addón e Immer, y no pudieron probar la casa de sus padres
ni su linaje, y si eran de Israel: 62 hijos de Delayas, hijos de To-
bías, hijos de Necoda, seiscientos cuarenta y dos. 63 Y de los
sacerdotes, hijos de Abaías, hijos de Hacos, hijos de Barzilai,
que tomó mujer de las hijas de Barzilai, galadita, y se llamó
con el nombre de ellas. 64 Estos buscaron su registro en las ge-
nealogías, y no se halló, y fueron privados del sacerdocio, 65 y
les mandó el «tirsata» que no comiesen de las cosas santas hasta
que hubiese sacerdote con «urim» y «tummim». 66 La congre-
gación toda era de cuarenta y dos mil trescientos sesenta, 67 sin

contar sus siervos y siervas, que eran siete mil trescientos treinta
y siete, habiendo entre ellos doscientos cuarenta y cinco cantores
y cantoras. Sus caballos eran setecientos treinta y seis; sus mu-
los, doscientos cuarenta y cinco; 68 sus camellos, cuatrocientos
treinta y cinco, y sus asnos, seis mil setecientos veinte.

Este elenco de familias repatriadas concuerda fundamentalmente con Esd 2,2-63. En el v.7 se leen los nombres de Azarías, Raamías, Misperet y Nahum en lugar de Seraya, Raelayas, Mispar y Rehum. En el v.10 se halla el número 652 en vez de 775 (Esd 2,5). Otras diferencias numerales en los v.11.13.17.32. Gran parte de las lecciones variantes se explican por desidia de los copistas y por el afán de otros de querer concordar ambas listas.

Regalos al templo (7,69-72)

69 Algunos de los príncipes de las familias dieron para las
obras. El «tirsata» dio para el tesoro mil dáricos de oro, cincuen-
ta tazones y treinta vestiduras sacerdotales; 70 y los príncipes
de las familias dieron para el tesoro de la obra veinte mil dári-
cos de oro y dos mil doscientas minas de plata; 71 y lo que dio
el resto del pueblo fueron veinte mil dáricos de oro, dos mil
minas de plata y sesenta y siete vestiduras sacerdotales. 72 Ha-
bitaron los sacerdotes, los levitas, los cantores, los porteros, los
netineos y todo Israel en sus ciudades. Llegado el séptimo mes,
ya estaban los hijos de Israel en sus ciudades.

A medida que el elenco toca a su fin se observa mayor discrepancia entre el texto de Esdras y el de Nehemías. El v.69 no se halla en Esdras. Algunos jefes de familia dieron *para la obra;* en Esd 2,68 se dice que las limosnas iban destinadas a las obras del templo. Un dato nuevo es el donativo del gobernador *(tirsata)*, probablemente Zorobabel. ¿Es acaso Nehemías? Los LXX citan expresamente su nombre. Distingue el texto tres clases de donantes: el gobernador, los jefes y el pueblo. El v.72 y el primero del capítulo siguiente se reproducen casi textualmente en Esd 2,70b-3,1. Acaso sea éste su lugar propio, por tratarse de un fragmento de las memorias de Esdras, que cita el cronista. Cuando este último tomó la lista de Neh 7,6-72a, para insertarla también en Esd c.2, dejó subsistir estos dos versículos, que preparan la lectura de la Ley, y no el restablecimiento del altar, de que se habla en Esdras (MICHAÉLI).

LAS REFORMAS DE NEHEMÍAS (8,1-13,1)

Venciendo grandes dificultades, había creado Nehemías una atmósfera patriótica con la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Este hecho tiene una significación extraordinaria por cuanto devolvía al pueblo aquel orgullo y sentimiento nacional que había animado a las generaciones anteriores al exilio. Con la ciudad desmantelada no podían los judíos hacer prevalecer sus derechos; estaban supeditados al capricho de las gentes del país y de sus autoridades, que podían libremente penetrar en el interior y desbaratar

los planes para la creación de una conciencia nacional. Una vez que Jerusalén ha recobrado sus murallas, vuelve a convertirse en la capital del judaísmo y en el punto céntrico donde convergían las miradas de todos los judíos, de dentro y de la diáspora. Aunque no disfrutaba la ciudad de autonomía completa, sin embargo podían sus habitantes atrincherarse detrás de sus muros en caso de que las gentes del país les acometieran. El rey de Persia estaba lejos y no inquietaba a los judíos con tal de que oficialmente le estuvieran sujetos.

Pero a la reconstrucción de las murallas, al mejoramiento económico, al arreglo social operado por Nehemías, debía acompañar la reforma moral, política y disciplinar. El factor espiritual era la base sobre la cual debía asentarse el nuevo Israel. La vuelta a la Ley le aseguraba la propia personalidad e independencia frente a los imperios que le rodeaban y de continuo le acechaban. En los capítulos siguientes se trata de la reforma religiosa llevada a término por Esdras y Nehemías (8,1-9,37); de la renovación de la alianza entre Dios y el nuevo Israel (10,1-40). Los capítulos 11 y siguientes se enlazan con el séptimo, en donde se empezó a hablar de la repoblación de Jerusalén.

En la puerta de las Aguas (8,1-2)

1 Llegado el séptimo mes, los hijos de Israel estaban ya en sus ciudades; y entonces todo el pueblo, como un solo hombre, se reunió en la plaza que hay delante de la puerta de las Aguas, y dijeron a Esdras el escriba que llevase el libro de la Ley de Moisés, dada por Yahvé. 2 Esdras el sacerdote llevólo ante la asamblea, compuesta de hombres y mujeres, de cuantos eran capaces de entenderlo. Era esto el día primero del mes séptimo.

Discuten los exegetas si los c.8-10 están o no desplazados de su contexto. Los que se pronuncian por la parte afirmativa insisten en que interrumpen la narración de la repoblación de Jerusalén, cuyo tema se esboza en el c.7 y se desarrolla a partir del c.11. La repoblación de Jerusalén, escribe Ricciotti, se narra en Neh 7,72a y 11,1ss, formando originariamente un bloque, en medio del cual fue puesta más tarde, y en contra de la cronología, como una cuña, la relación contenida en los c.7,72b; 8; 9; 10. Según Ricciotti, el orden de la narración debía ser el siguiente: 7,1-72; 11,1-36; c.8-10; 12; 13. Dado que los acontecimientos de los capítulos 7 y 11 exigen un año de tiempo, debe concluirse que, si en 8,1 se habla del séptimo mes, no puede éste corresponder al mes séptimo del año en que fue acabado el muro (6,15), mes exacto del año 20 de Artajerjes I (445 a. C.), porque no pudieron hacerse tantas innovaciones en el curso de una semana, a saber, del 25 de Elul al 1.º de Tishri. Luego el año séptimo de que habla 8,1 corresponde al 445. Gelin fija los acontecimientos como sigue: 1) Esd 7,1-8,36: viaje de Esdras a Jerusalén; 2) Neh 7,72b-8,18: Esdras lee la Ley; 3) Esd 9,1-10,44: los matrimonios mixtos; 4) Neh 9,1-37: ceremonia expiatoria. Opina Dyson que Neh 8-10 seguía originariamente a Esd c.10. Con esta disposición se llena un hueco en la narración de Esdras y se suprime la dificultad del texto actual, consistente en la presencia de Neh 8-10 entre 7,4 y 11,1. Tal vez el traslado se deba a que las primeras líneas de Neh c.8 son idénticas a las que siguen inmediatamente al catálogo de Esd c.2, siendo de esta manera colocada toda la sección del catálogo de Neh c.7. Acaso con ello no hacemos más que enriquecer a Esdras a expensas de Nehemías [1]. Otros autores (Fernández, Ubach, Médebielle) reconocen que los capítulos 8-10 están en su sitio; hay unanimidad en ver entre los mismos unidad perfecta (contra Batten y Torrey), y no creen que la reforma religiosa deba atribuirse totalmente a Esdras, con exclusión de Nehemías. En resumen, para estos autores los c.8-10 no *están fuera de lugar ni deben trasladarse* al libro de Esdras. Interrumpen, es verdad, el relato de la repoblación de Jerusalén; pero era necesario mucho tiempo para realizar el proyecto anunciado en 7,4-5 y para llegar a las medidas de que habla el c.11. En pocos días no podían reconstruirse las casas (7,4) e instalar en Jerusalén los habitantes de la provincia (11,1-3). Entre las operaciones primera y última hubo tiempo para la renovación de la alianza (c.8-10), condición indispensable para el pío Nehemías de la restauración política, de la cual la dedicación de la muralla sería el coronamiento (12,27-43). A la objeción que se les hace del cambio en estos capítulos de la primera persona por la tercera, responde Fernández: Estos acontecimientos los había descrito brevemente Nehemías en sus memorias; pero el autor del libro, queriendo ampliar el tema, se apartó en este punto de las memorias y las sustituyó por una narración propia, fundada en dichas memorias y otros documentos.

Estos son los argumentos que esgrimen los partidarios del orden actual. Para éstos, el séptimo mes tiene relación con el mandato de Nehemías. Las murallas se acabaron el 25 del mes Elul; la asamblea se reunió al mes siguiente del año 445. En contra no puede aducirse el hecho de haberse celebrado entre las dos fechas otra asamblea (7,5), porque ésta congregó únicamente a los grandes y magistrados.

La asamblea se congregó en la puerta de las Aguas (3,26), al nordeste del Ofel, lugar donde Esdras reunió al pueblo (10,9), y que llama *plaza del templo*. En ella tomaron parte hombres y mujeres, todos los que «escuchando podían comprender» (texto hebreo). Esdras aparece aquí por vez primera en el libro de Nehemías, dándosele los títulos de escriba (Esd 7,6) y sacerdote (Esd 7,5.11). El tercer libro de Esdras le llama «sumo sacerdote» (9,39.40.49). Por el título se relaciona con aquellos doctores cuya misión consistía en interpretar auténticamente la Ley y asegurar su fiel transmisión a la posteridad. Pelaia, que admite el orden Nehemías-Esdras, y para el cual la misión de este último tuvo lugar el año 398, reinando Artajerjes II Mnemone (405-358), escribe que Esdras, siendo joven (unos treinta años), asistió a la asamblea convocada por Nehemías (444 a. C.) por invitación de éste. Aunque joven, era aprecia-

1 «Verbum Dei», t.2 (Barcelona 1956) 39.

do universalmente por el conocimiento profundo que tenía de la Ley. Por lo mismo le llamó Nehemías para que le asesorara en unos momentos en que tenía necesidad de un sacerdote que completara, con la reconstrucción moral y religiosa, los trabajos materiales que había llevado a cabo. Accediendo a la invitación de Nehemías, sigue diciendo Pelaia, abandonó Esdras a Babilonia para colaborar con él. Terminada su misión, regresó de nuevo a Babilonia, que dejó definitivamente el año 398, llevando consigo una caravana de repatriados (Esd 7,1-10). Sin embargo, en el acto de la promulgación de la Ley aparece Esdras como hombre maduro y familiarizado desde muchos años con la misma. El fracaso en su empeño por reconstruir las murallas de Jerusalén (Esdr 4,6-23) hizo que abandonara la dirección del grupo de repatriados y se dedicara a sus funciones sacerdotales y al estudio de la Ley. De hecho, desde el séptimo año de Artajerjes (Esd 7,1-10,44) hasta el año 20 desaparece de la escena de la historia. Durante estos catorce años moró en Jerusalén; no se vislumbran en el texto vestigios de que fuera llamado de Babilonia para leer la Ley a los judíos de Jerusalén.

¿Qué debe entenderse por la Ley de Moisés? Ciertamente no llevó Esdras el Pentateuco tal como nos lo han retransmitido los masoretas. Algunos autores católicos modernos admiten que Moisés escribió o hizo que se escribiera bajo su dirección todo el Pentateuco, excepto el episodio de su muerte y funerales. No es ésta la opinión más corriente entre los católicos, los cuales admiten la mosaicidad substancial del Pentateuco. En el fondo, la substancia de las tradiciones que se han incorporado en el Pentateuco, el núcleo de su legislación, remontan a los tiempos en que Israel se constituyó como pueblo bajo la égida de Moisés. Fue él el organizador de su pueblo, su mentor religioso o su primer legislador. Las tradiciones anteriores que terminan en él y los acontecimientos de los cuales fue él protagonista convirtiéronse en epopeya nacional. La religión de Moisés marcó siempre la fe y la práctica del pueblo; la Ley de Moisés ha sido siempre su norma. Las adaptaciones que impuso el cambio de tiempos hiciéronse conforme a su espíritu y pusiéronse bajo su autoridad [2]. La tradición yahvista es acaso anterior al mismo Moisés; la elohísta, contemporánea suya; una y otra se pusieron por escrito andando el tiempo. El Deuteronomio tiene relación con la reforma de Josías. La tradición sacerdotal es posterior, constituyéndose como tal durante el exilio e imponiéndose después del mismo. Es muy posible que Esdras, durante el tiempo en que desapareció de la vida pública, se dedicara a la composición del Pentateuco, dándole la estructura que presenta hoy. Esdras compone un libro con materiales de procedencia y espíritu diverso, muchos de los cuales tienen sus raíces en tiempos de Moisés; los restantes están impregnados y concebidos de conformidad con su espíritu. De ahí que Esdras, con su obra redaccional, pudo dar a conocer por vez primera en la historia y sistematizar en un todo orgánico el libro de la Ley de Moisés. Como hemos dicho, ni en su espíritu ni en cada

[2] De Vaux, *La Genèse:* «Bibl. de Jérusalem», 19-20.

una de sus partes, tomadas aisladamente, era desconocido este libro de la Ley; le faltaba la mano del gran legislador Esdras para que las diversas tradiciones existentes fueran refundidas en una obra de conjunto.

Prescribe la Ley (Lev 23,24; Núm 29,1) que en el novilunio del séptimo mes hubiera fiesta solemne y asamblea santa *(miqraqodesh)*. *Miqra* significa también, y precisamente en nuestro relato (8,8), *lección de la Ley*. Así, pues, los judíos que se reúnen el día primero del séptimo mes para la lectura de la Ley cumplen, según la mente del autor, la Ley (Schneider).

Esdras en el estrado (8,3-6)

3 Esdras estuvo leyendo el libro desde la mañana hasta la tarde en la plaza que hay delante de la puerta de las Aguas, a los hombres, mujeres y a cuantos podían entender. 4 Estaba Esdras el escriba sobre un estrado de madera que se alzó con esta ocasión; y estaban junto a él, a su derecha, Matatías, Semeyas, Anaía, Urías, Jecías y Maasías, y a su izquierda, Pedaya, Misael, Malquiya, Asum, Jasbadana, Zacarías y Mesulam. 5 Abrió Esdras el libro, viéndolo todos, por estar él más alto que todo el pueblo, y, al abrirlo, todos se pusieron de pie. 6 Bendijo entonces Esdras a Yahvé, Dios grande, y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: «Amén, amén»; y, postrándose, adoraron a Yahvé rostro a tierra.

Escena grandiosa que el v.3 describe en sus rasgos esenciales y que redondean los versos siguientes (4-8). Delante de la puerta se extendía una plaza, en la cual se apiñaron hombres, mujeres y jóvenes para escuchar la lectura de la Ley de Moisés. Junto a la puerta se levantó un estrado, desde el cual dominaba Esdras a la multitud. A su derecha e izquierda sentáronse trece hombres, probablemente sacerdotes, que garantizaban con su presencia la verdad de cuanto leía Esdras. La lectura duraba unas seis horas, desde el amanecer hasta el mediodía. El texto sugiere que se leían secciones particulares, puntos aislados, predominantemente legislativos; no se excluye, sin embargo, la lectura continua de los pasajes históricos. Esdras, de pie, tomó el rollo de la Ley y, desenvolviéndolo para empezar la lectura, vio cómo toda la multitud se ponía de pie en señal de respeto (Jue 3,20). Hemos dicho que eran trece los personajes que rodeaban a Esdras. ¿Por qué este número? Las versiones antiguas lo reducen a doce, para simbolizar a las doce tribus. Otros elevan el número a catorce. El número 13 reaparece en el v.7. Se empieza el acto con una oración de alabanza a Yahvé, no citándose la fórmula empleada, que acaso coincidía con la de 1 Crón 29,10 o de Neh 9,5. Durante la misma alzó el pueblo las manos en señal de aprobación o solidaridad (Vaccari, Dyson), de oración (Ex 17,11) o de juramento, respondiendo: «Amén», postrándose en tierra para adorar a Yahvé (2 Crón 7,3; 20,18).

Misión de los levitas (8,7-8)

[7] Josué, Baní, Serebías, Janún, Acub, Sebtaí, Odías, Maasías, Quelita, Azarías, Josabad, Janán y Pelaya, levitas, explicaban la Ley al pueblo. [8] Leían el libro de la Ley de Dios, explicándolo, exponiendo su sentido de modo que el pueblo entendiera la lectura.

Gelin piensa que el v.7 ha sido añadido por el cronista con el fin de dar a los levitas mayor relieve, de conformidad con la que tienen en la liturgia reciente. Añade que esta adición es poco feliz por el hecho de mencionar las explicaciones del texto que leía Esdras, de que se habla en el v.8. Sin embargo, no convencen tales razones; antes bien, el contexto exige su presencia. En efecto, va describiendo el autor el marco en que se desenvolvía la gran ceremonia. Además de Esdras, de sus acompañantes y del pueblo presente, habla el texto de la misión de los levitas, que consistía en aclarar lo que se leía o iba a leerse. Estaban ellos colocados sobre un lugar alto (9,4). ¿Cómo procedían? Podemos imaginar que Esdras leía un punto, y los levitas, por turno, lo aclaraban con algunas explicaciones. Puede darse también que el pueblo estuviera dividido en secciones, de cada una de las cuales cuidaba un levita. En el v.8 se especifica más la labor de los levitas. Los LXX traducen: «Y Esdras leyó»; «y leían ellos» (hebreo). Algunos exegetas traducen: «Se leía», sin especificar el sujeto. No vemos inconveniente en mantener la lección «y ellos leían». Esto no empece que Esdras leyera el texto de la Ley, que los levitas repetían de nuevo, o bien a todo el pueblo, o cada levita a los de su sección. A esta lectura seguía una paráfrasis, probablemente en arameo. La palabra *meparash* (Esdr 4,18) significa separar, cortar, expresar claramente (Prov 23,32; Ez 34,12). Unos autores le dan el sentido de *traducir*. Esdras leía en hebreo y los levitas traducían al arameo; o leían en arameo y los levitas lo traducían al hebreo (NAVILLE). Creemos que la palabra debe significar que los levitas exponían y explicaban en lengua aramaica el texto que Esdras y ellos habían leído en la lengua santa, que muchos habían olvidado durante los años de la cautividad.

Las autoridades exhortan a la alegría (8,9-12)

[9] Nehemías, gobernador; Esdras, sacerdote y escriba, y los levitas que hacían al pueblo la explicación dijeron a todo el pueblo: «Hoy es día consagrado a Yahvé, vuestro Dios; no os entristezcáis ni lloréis», pues todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la Ley. [10] Y luego les dijo: «Id y comed manjares grasos, y bebed licores dulces, y mandad parte a los que no han preparado, pues hoy es día consagrado al Señor; y no os entristezcáis, porque la alegría de Yahvé es vuestra fortaleza». [11] Los levitas apaciguaban al pueblo, diciendo: «Callad, que hoy es día santo, y no os entristezcáis». [12] Fuése todo el pueblo a comer y a beber y a enviar porciones, disfrutando de gran alegría porque había entendido lo que se le había enseñado.

Nehemías es llamado el Tirsata (Esd 2,63; Neh 7.65.69), nombre persa cuyo significado corresponde a gobernador. Algunos consideran las palabras «Nehemías, gobernador» como una adición posterior; suprimen también la mención de los levitas, basándose en que el verbo de los v.10 y 11 está en singular.

¿Por qué lloró el pueblo? Porque pudo comparar su conducta con lo que se prescribía en la Ley; tuvo conciencia de su pecado y temía el castigo. Bueno era que reconocieran su pecado, pero mejor todavía que se arrepintieran de sus descarríos e hicieran el propósito de enmendarse. Además, el primer día del mes séptimo era la fiesta de las trompetas (Lev 23,23-25; Núm 29,1-6). Debían, pues, regocijarse en este día consagrado al Señor. Invita Esdras al pueblo a que coma manjares escogidos (*grasuras* dice el texto) y beba bebidas dulces (Deut 14,26). De esta alegría debían participar los judíos pobres (Deut 16,11-14; Est 9,19.22). «¡La alegría de Yahvé es vuestra fortaleza!» (1 Crón 16,27), dice Nehemías.

Proclamación de la fiesta de los Tabernáculos (8,13-15)

[13] El segundo día, los jefes de familia de todo el pueblo, los sacerdotes y los levitas se reunieron con Esdras el escriba para profundizar en las palabras de la Ley. [14] Hallaron que en la Ley que había dado Yahvé por mano de Moisés estaba escrito que los hijos de Israel habitasen en cabañas en la solemnidad del mes séptimo. Cerciorados de ello, [15] proclamaron por todas las ciudades y en Jerusalén esta nueva, diciendo: «Subid a los montes y traed ramas de acebuche, ramas de arrayán, ramas de palmera y de todo árbol frondoso, para hacer las cabañas, como está mandado».

En la Ley se habla de las fiestas de los Tabernáculos (Lev 23, 34-43; Deut 16,13-15), pero en términos distintos. Recordaba la fiesta la marcha de Israel por el desierto (Ex 16,35; Lev 23,43); daba gracias a Dios al finalizar la cosecha (Ex 23,16; Deut 16,13). El texto no menciona la fiesta de la Expiación (*kippur*), que se celebraba entre la de las trompetas y la de los Tabernáculos (*sukkot*) (Lev 23,27).

El pueblo de fiesta (8,16-18)

[16] Salió, pues, el pueblo todo, y, trayendo las ramas, hicieron cabañas, unos en sus terrados, otros en sus patios y en los atrios de la casa, en la plaza de la puerta de las Aguas y en la plaza de la puerta de Efraím. [17] Todos los de la congregación que volvieron de la cautividad hicieron cabañas y habitaron en ellas, cosa que no habían hecho los hijos de Israel desde los días de Josué, hijo de Nun, hasta entonces. Hubo gran alegría. [18] Se fue leyendo día por día el libro de la Ley de Dios, desde el primero hasta el último. La fiesta duró siete días, y al octavo tuvieron gran asamblea, según lo prescrito.

De esta fiesta da noticia Esd 3,4; era muy arraigada en el pueblo (1 Re 8,62.65; 12,32; Os 12,10). Celebrábase en tiempos de Sa-

lomón (2 Crón 7,8; 8,13), pero no con tanta solemnidad como ahora. Conforme a las prescripciones de Lev 23,36; Núm 29,35, tuvo lugar una asamblea el día octavo, día 22 de Tishri (2 Mac 10,6).

Ayuno y abstinencia (9,1-3) [1]

1 El día veinticuatro del mismo mes se reunieron los hijos de Israel en ayuno, vestidos de saco y cubiertos de polvo. 2 La estirpe de Israel se separó de todos los extranjeros, y, puestos en pie, confesaron sus pecados y las iniquidades de sus padres. 3 En pie cada uno en su lugar, se leyó en el libro de la Ley de Yahvé, su Dios, una cuarta parte del día, y otra cuarta parte confesaban y adoraban a Yahvé.

Había ayuno riguroso desde el anochecer del 23 hasta la misma hora del día siguiente, vestidos todos de saco (2 Sam 3,31; 1 Re 21, 27), cubierta la cabeza (Job 2,8.12; 1 Sam 4,12). Algunos exegetas creen que se trata de la fiesta de las Expiaciones, que este año se trasladó a este día (8,14). Se leía la Ley por espacio de tres horas, desde el holocausto de la mañana, hacia las nueve, hasta el mediodía. Después de la cautividad, los hebreos dividían el día en cuatro partes: prima (6-9), tercia (10-12), sexta (13-15), nona (16-18). La noche dividíase en cuatro vigilias (Ex 14,24; Mt 14,25).

Confesión de los pecados (9,4-5)

4 Luego los levitas Josué, Baní, Cadmiel, Sebanías, Buni, Serebías, Baní y Quenani se levantaron sobre la grada de los levitas y clamaron en voz alta a Yahvé, su Dios. 5 Dijeron los levitas Josué, Cadmiel, Baní, Jasabanías, Serebías, Odías, Sebanías y Petajya: «Levantaos, bendecid a Yahvé, vuestro Dios, por los siglos de los siglos. Bendito sea su glorioso nombre sobre toda alabanza y bendición».

En los v.4 y 5 se citan ocho levitas en ambas listas; los nombres no concuerdan debido a la corrupción del texto.

Plegaria de los levitas (9,6-37)

**6 «Tú, ¡oh Yahvé!, eres único;
tú hiciste los cielos
y los cielos de los cielos y toda su milicia;
la tierra y cuanto hay en ella;
los mares y cuanto en ellos hay;
tú das vida a todas las cosas,
y los ejércitos de los cielos te adoran.
7 Tú eres, ¡oh Yahvé!, el Dios que elegiste a Abraham,
y le sacaste de Ur Casdim,
y le diste el nombre de Abraham.
8 Hallaste fiel su corazón ante ti
e hiciste con él alianza
de darle la tierra del cananeo,**

[1] M. Rehm, *Nehemías 9: BZ* 1 (1957) 59-69.

**del jeteo, del amorreo, del fereceo,
del jebuseo y del guergueseo,
de dársela a su descendencia,
y cumpliste tu palabra,
porque eres justo.
9 Tú miraste la aflicción de nuestros padres en Egipto
y oíste su clamor en el mar Rojo.
10 Tú obraste prodigios y maravillas contra Faraón,
contra sus siervos y contra todo el pueblo de su tierra,
porque sabías con cuánta crueldad los habían tratado,
y engrandeciste tu nombre como lo es hoy.
11 Tú dividiste el mar ante ellos,
y pasaron por en medio de él a pie enjuto,
y a sus perseguidores los arrojaste a lo profundo,
como cae una piedra en el abismo.
12 Tú en columna de nubes los guiaste de día,
y en columna de fuego de noche,
para alumbrar el camino que habían de seguir.
13 Tú descendiste sobre el monte Sinaí,
y hablaste desde el cielo,
y les diste juicios justos,
leyes de verdad y mandamientos.
14 Tú les diste a conocer tu santo sábado,
y por Moisés, tu siervo,
les prescribiste mandamientos, preceptos y Ley.
15 Tú les diste en su hambre pan del cielo,
y en su sed hiciste que el agua brotara de la roca.
Tú les pusiste en posesión de la tierra
que alzando tu mano prometiste darles.
16 Pero nuestros padres fueron soberbios,
y endurecieron su cerviz,
y no guardaron tus mandamientos.
17 No quisieron oír,
no se acordaron de las maravillas que tú habías hecho por ellos;
antes, con dura cerviz, y en rebelión,
pensaron en elegir caudillo
para volverse a su servidumbre.
Pero tú eres Dios de perdones,
clemente y piadoso, tardo a la ira y de mucha misericordia,
y no los abandonaste.
18 Y cuando se hicieron un becerro fundido
y dijeron: «He ahí tu Dios, que te ha sacado de Egipto»,
y cometieron grandes abominaciones,
19 tú, con todo, por tu mucha misericordia,
no los abandonaste en el desierto,
y la columna de nube no se apartó de ellos de día,
para guiarlos por el camino,
ni la columna de fuego de noche,
para alumbrarles en el camino por donde habían de ir.
20 Tú les diste tu buen espíritu, para enseñarlos,
y no retiraste de su boca el maná,
y les diste agua en su sed.
21 Los sustentaste por cuarenta años en el desierto,
y nada les faltó,
y no se envejecieron sus vestidos
ni se hincharon sus pies.**

22 Tú les diste reinos y pueblos
y les distribuiste sus regiones, señalando a cada uno su porción,
y poseyeron la tierra de Seón,
rey de Hesebón,
y la tierra de Og, rey de Basán.
23 Tú multiplicaste sus hijos como las estrellas del cielo,
y los introdujiste en la tierra de que dijiste a sus padres
que entrarían a poseerla.
24 Vinieron los hijos, y la poseyeron,
y humillaste delante de ellos a los moradores de la tierra, los
entregándolos en sus manos, [cananeos,
y a sus reyes, y a los pueblos de la tierra,
para que hicieran con ellos lo que quisieran.
25 Y tomaron sus ciudades fuertes y su tierra pingüe,
y heredaron casas llenas de toda suerte de bienes,
cisternas hechas, viñas y olivares
y muchos árboles frutales,
y comieron y se hartaron y engordaron,
y se deleitaron con tu gran bondad.
26 Pero te irritaron rebelándose contra ti,
y echaron tu Ley a sus espaldas;
y mataron a tus profetas, que los reprendían para convertir-
e hicieron grandes abominaciones. [los a ti,
27 Los entregaste en manos de sus enemigos, que los afligieron;
y clamaron a ti en el tiempo de su aflicción,
y tú desde los cielos los oíste,
y, según tus muchas misericordias, los libraste dándoles liber-
que los salvasen de las manos de sus enemigos. [tadores
28 Pero en cuanto quedaban en paz se volvían
para hacer lo malo a tus ojos,
y los dejaste en manos de sus enemigos, que los dominaban,
y de nuevo convertidos clamaban otra vez a ti;
y tú desde los cielos los oías
y, según tus misericordias, los libraste muchas veces.
29 Los amonestaste
para que se volviesen a tu Ley;
pero ellos, en su soberbia,
no escucharon tus mandamientos
y pecaron contra tus juicios
—los juicios que, si los sigue el hombre, vivirá—,
y tuvieron hombres rebeldes,
y endurecieron su cerviz y no obedecieron.
30 Los soportaste largos años,
amonestándolos con tu espíritu,
y no le dieron oídos.
Y entonces los entregaste en manos de pueblos extraños;
31 pero, en tu gran misericordia, no los consumiste del todo
ni los abandonaste,
porque eres un Dios clemente y misericordioso.
32 Ahora, pues, Yahvé, Dios nuestro,
Dios grande, fuerte, terrible,
que guardas la alianza y la misericordia,
no tengas en poco
todas las aflicciones que nos han alcanzado a nosotros,
a nuestros reyes, príncipes, sacerdotes y profetas,
a nuestros padres y a todo tu pueblo

desde los días de los reyes de Asiria
hasta el día de hoy.
33 Pero tú has sido justo en todo lo que sobre nosotros ha venido,
tú has obrado justamente, mientras nosotros hicimos el mal,
34 y nuestros reyes, príncipes, sacerdotes y nuestros padres
no pusieron por obra tu Ley
y no atendieron a tus mandamientos,
a tus testimonios y a tus protestas;
35 y en su reino, en medio de los muchos bienes que les conce-
en la espaciosa y pingüe tierra que les diste, [diste,
no te sirvieron,
no se convirtieron de sus malas obras;
36 y hoy somos siervos
en la tierra que diste a nuestros padres
para que comiesen sus frutos y sus bienes.
37 Ella multiplica sus productos para los reyes
que por nuestros pecados has puesto sobre nosotros,
que se enseñorean de nuestros cuerpos, de nuestras bestias,
conforme a su voluntad; y estamos en gran angustia».

Este cántico de los levitas es considerado como una de las mejores páginas de la Biblia. Recuerda en síntesis la acción providencial de Dios sobre el pueblo de Israel y la correspondencia ingrata por parte de los israelitas. Se alaba a Dios creador (v.6), que escoge a Abraham (v.7-8), que se preocupa de los israelitas en Egipto (v.9-15), que en pago le corresponden mal (v.16-21); les ayuda en la conquista (v.22-25), está con ellos hasta en el exilio (v.26-31), terminando con un llamamiento a la piedad divina (v.32-37). De lo dicho se desprende que el pecado es el causante de los males que han afligido a Israel.

Los firmantes de la alianza (10,1-28)

1 Por todo esto, nosotros hacemos hoy una fiel alianza y la
escribimos, signada por nuestros príncipes, nuestros levitas
y nuestros sacerdotes. 2 Los que firmaron con sus sellos fueron:
Nehemías el gobernador, hijo de Helcías; Sedecías, 3 Serayas,
Azarías, Jeremías, 4 Pasjur, Amarías, Malaquías, 5 Jatús, Se-
banías, Maluc, 6 Jarín, Meremot, Obadías, 7 Daniel, Guine-
tón, Baruc, 8 Mesulam, Abías, Miyamín, 9 Maasías, Bilgai
y Semeyas. Estos sacerdotes. 10 Levitas: Josué, hijo de Azanías;
Binuí, de los hijos de Jenadad; Cadmiel 11 y sus hermanos;
Sebanías, Odías, Quelita, Pelayas, Jonán, 12 Mica, Rejob, Ja-
sabías, 13 Zacur, Serebías, Sebanías, 14 Odías, Baní y Beninu.
15 Cabezas del pueblo: Paros, Pahat Moab, Elam, Zatu, Baní,
16 Buní, Azgab, Babai, 17 Adonías, Bigval, Adim, 18 Ater, Je-
jisquía, Azur, 19 Odías, Jasum, Besai, 20 Jarif, Anatot, Nebaí,
21 Magpías, Mesulam, Jezir, 22 Mesezabeel, Sadoc, Jadúa, 23 Pe-
latías, Janán, Ananías, 24 Hoseas, Jonanías, Jasub, 25 Halojes,
Pilja, Sobeo, 26 Rejum, Jesabna, Maaseas, 27 Ajías, Janán, Anán,
28 Maluc, Jarim, Baana.

La expresión corriente para la alianza es *karath berith* = cortar la alianza, aludiendo a la ceremonia de dividir una víctima en el acto de contraer una alianza (Jer 34,18). El escrito donde estaba la

alianza antes de firmarse se plegó y se puso el sello en la parte exterior, llamándose por lo mismo *hatum*, como en Jeremías (32, 11-14); junto al sello pusiéronse las firmas (Jer 32,10-14). En el texto griego no figura Nehemías entre los firmantes. Firman veintiún sacerdotes, cuyos nombres reaparecen en 12,1-7; de los levitas (9,4-5; 11,22-24; 12,8-9) firman diecisiete.

Juramento del pueblo (10,29-40)

29 Y el resto del pueblo, los sacerdotes y los levitas, porteros y cantores, los netineos y todos los que se habían apartado de los pueblos de la región, volviendo a la Ley de Dios, sus mujeres, sus hijos y sus hijas y todos cuantos tenían conocimiento y discreción, 30 se adhirieron a sus hermanos, sus príncipes, y convinieron en la protestación y el juramento de andar en la Ley de Dios, que dio por mano de Moisés, su siervo, y guardar y cumplir los mandamientos de Yahvé, nuestro Señor, y sus juicios y preceptos; 31 de no dar nuestras hijas a los pueblos de aquella tierra, ni tomar sus hijas para nuestros hijos; 32 de no comprar nada en día de sábado, en día santificado, de las mercaderías y comestibles que en sábado trajesen a vender los pueblos de la tierra; de liberar la tierra el año séptimo y remitir toda deuda. 33 Impusimos, además, por ley la carga de contribuir cada año con un tercio de siclo para la obra de la casa de nuestro Dios, 34 para los panes de la proposición, para la ofrenda perpetua y para el holocausto continuo, el de los sábados, el de los novilunios y el de las solemnidades, para las santificaciones y sacrificios expiatorios por Israel y para toda la obra de la casa de nuestro Dios. 35 Echamos también suertes entre los sacerdotes, los levitas y el pueblo, sobre la ofrenda de la leña, y para traerla a la casa de nuestro Dios en tiempos determinados cada año, para quemarla sobre el altar de Yahvé, nuestro Dios, según está prescrito; 36 de traer cada año las primicias de nuestra tierra y las primicias de los frutos de nuestros árboles a la casa de Yahvé, así como los primogénitos de nuestros hijos y de nuestras bestias, como está escrito en la Ley; 37 y de traer los primogénitos de nuestras vacas y de nuestras ovejas a la casa de nuestro Dios, a los sacerdotes que ministran en la casa de nuestro Dios; 38 de traer las primicias de nuestras masas y nuestras ofrendas, y del fruto de todo árbol, del vino, del aceite, a los sacerdotes, a las cámaras de la casa de nuestro Dios, y el diezmo de nuestra tierra a los levitas; y de que recibirían los levitas las décimas de nuestras labores en todas las ciudades. 39 De que estaría el sacerdote hijo de Aarón con los levitas cuando los levitas recibieran el diezmo, y que los levitas llevarían el diezmo del diezmo a la casa de nuestro Dios, a las cámaras de la casa del tesoro; 40 pues a las cámaras han de llevar los hijos de Israel y los hijos de Leví la ofrenda del grano, del vino y del aceite, y allí han de estar los vasos del santuario y los sacerdotes que ministran, los porteros y los cantores, no abandonando la casa de nuestro Dios.

Con juramento obligáronse a no contraer matrimonios mixtos (v.31), a no comerciar en sábado (Ex 31,12-14; 23,12; Deut 5,12; Lev 18,3), no admitiendo la mercancía de los pueblos del país

(13,16). Se juramentaron a guardar el año sabático, dejando la tierra en barbecho (Ex 23,10; Lev 25,2-7; Deut 15,2), a no exigir la deuda (v.32; Deut 15,1-6), a pagar la contribución al templo por valor de un tercio de siclo, en vez de medio (Ex 30,11-16; 38,26), dada la condición económica precaria en que se hallaban. Con ello contribuían a sufragar los gastos de los panes de la proposición (Lev 24, 5-8), la ofrenda perpetua (Ex 29,38-42; Núm 28,3-8), el holocausto perpetuo (Ex 29,38-42; Núm 28,3-8), los sacrificios del sábado (Núm 28,9-10), de los novilunios (Núm 28,11-15), de las fiestas (Núm 28,16-29) y expiatorios (Lev 4,13-21; 16,21-34). El edificio del templo necesitaba continuas reparaciones (Esd 3,8; 6,22), que todos se comprometen a sufragar. De la misma manera se obligan a procurar la leña para el sacrificio (Lev 6,5-13; Jos 9,27; Esd 2,43), a hacer la ofrenda de las primicias del campo (Ex 23,19; Deut 26,2-10), de los árboles (Núm 18,12; Lev 19,23; Deut 8,8). Debían consagrarse a Dios los «primogénitos» de los hombres, que se rescataban con cinco siclos de plata. Rescatábanse asimismo los primogénitos de los animales inmundos (Ex 13,11-16; 34,19-20; Lev 27,27; Núm 18,15-19). Los primogénitos de los animales mundos eran ofrecidos en sacrificio. Otra de las obligaciones a que se obligaron fue a pagar los diezmos a los levitas (Núm 18,20-24), a los que pertenecía toda décima de la tierra (Lev 27,30). Reforzando las prescripciones del código sacerdotal (Lev c.27 y Núm c.18), que, según Malaquías, el pueblo había olvidado (3-8,11), toma Nehemías la decisión de obligar a que lleven a Jerusalén, en los almacenes, todos los diezmos destinados a los levitas, que entregarán a los sacerdotes la parte que se les debe.

En esta solemne asamblea pusiéronse los cimientos del judaísmo. Autoridades y pueblo sellan y firman un documento con el cual se comprometen con juramento a observar en adelante todo cuanto prescribe la Ley de Moisés. Debe considerarse Esdras como el segundo legislador del judaísmo. En el continuo estudio de la Ley llegó él a penetrar en su espíritu y a actualizarla sin quitarle la paternidad mosaica.

REPOBLACIÓN DE JERUSALÉN (11,1-12,26)

Gran parte de los repatriados afincáronse en las aldeas de los alrededores de Jerusalén. Una vez levantadas las murallas, convenía concentrar en la capital un núcleo importante de judíos (7,4-5).

Método de reclutamiento (11,1-3)

1 Los jefes del pueblo residían en Jerusalén. Para el resto del pueblo se echaron suertes con el fin de hacer que cada uno de diez fuera a habitar a Jerusalén, la ciudad santa, quedando los otros nueve en las ciudades. 2 El pueblo bendijo a los que se ofrecieron voluntariamente para habitar en Jerusalén. 3 Estos son los jefes de la provincia que habitaron en Jerusalén. En las

ciudades de Judá, cada uno se estableció en su propiedad, en su ciudad: Israel, los sacerdotes, los levitas, los netineos y los hijos de los siervos de Salomón.

Algunos eran destinados a Jerusalén por determinarlo así las suertes; otros se ofrecían voluntariamente, por lo que recibían la bendición del pueblo. Está justificada la repugnancia que sentían los de pueblo para ir a una capital donde «había muchas casas sin edificar» (7,4).

Los hijos de Judá (11,4-6)

**4 Hijos de Judá y Benjamín que habitaron en Jerusalén: Hijos de Judá: Ataya, hijo de Uzías, hijo de Zacarías, hijo de Amarías, hijo de Sefatías, hijo de Malaleel, hijo de los hijos de Fares;
5 Maasías, hijo de Baruc, hijo de Coljose, hijo de Jayas, hijo de Adías, hijo de Joyarib, hijo de Zacarías, hijo de Siloní. 6 Los hijos de Fares que moraron en Jerusalén fueron cuatrocientos setenta y ocho fuertes.**

¿Debe identificarse esta lista con la de 1 Crón 2,3-6? En ésta, después de los hijos de Benjamín, se mencionan «los hijos de Efraím y Manasés». Ambas listas representan dos estadios históricos distintos.

Hijos de Benjamín (11,7-9)

7 Hijos de Benjamín: Salu, hijo de Mesulam, hijo de Joed, hijo de Pedaías, hijo de Colayas, hijo de Maasías, hijo de Itiel, hijo de Isaías, 8 y sus hermanos, valientes guerreros, novecientos veintiocho. 9 Joel, hijo de Zicrí, era su prefecto, y Judas, hijo de Senuá, el segundo en la ciudad.

En el v.9 dícese que Joel era prefecto. ¿De quiénes? De los benjaminitas, según unos; de todos los habitantes de la ciudad, según otros autores. Ningún jefe de los de Judá se menciona en el texto.

Los sacerdotes (11,10-14)

10 Sacerdotes: Jedayas, hijo de Joyarib; Joaquim, 11 Serayas, hijo de Helcías, hijo de Mesulam, hijo de Sadoc, hijo de Merayot, hijo de Ajitub, príncipe de la casa de Dios, 12 y sus hermanos, ocupados en el servicio de la casa, ochocientos veintidós; Adayas, hijo de Jerojam, hijo de Pelayas, hijo de Amsí, hijo de Zacarías, hijo de Pasjur, hijo de Malaquías, 13 y sus hermanos príncipes de las familias, doscientos cuarenta y dos. Amasai, hijo de Azarael, hijo de Ajazai, hijo de Mesilemot, hijo de Immer, 14 y sus hermanos, hombres de gran vigor, ciento veintiocho, de los cuales era jefe Zabdiel, hijo de Guedolim.

Quizá habla el autor sagrado del sumo sacerdote Jedayas y de su genealogía (12,10-11). De Serayas (Esd 7,1) se dice que era príncipe *(naguid)* de la casa de Dios, es decir, sumo sacerdote (2 Crón 31,10.13).

Los levitas (11,15-20)

15 Levitas: Semeyas, hijo de Jasub, hijo de Azricam, hijo de Jasabías, hijo de Buní; 16 Sabtaí y Jozabad, de los príncipes entre los levitas, sobrestantes de la obra exterior de la casa de Dios; 17 Matanías, hijo de Mica, hijo de Zabdí, hijo de Asaf, el primero, el que dirigía las alabanzas y la acción de gracias al tiempo de la oración; Bacbuquías, el segundo de entre sus hermanos; y Abda, hijo de Samúa, hijo de Galaad, hijo de Jedutún. 18 Todos los levitas en la ciudad santa fueron doscientos ochenta y cuatro. 19 Porteros: Acub, Talmán y sus hermanos, guardas de las puertas, ciento setenta y dos. 20 El resto de Israel, de los sacerdotes y de los levitas, en todas las ciudades de Judá, cada uno en su heredad.

Algunos levitas desempeñaban sus funciones en el interior del templo; otros, al exterior, recogiendo las limosnas destinadas al santuario. Los jefes de estos últimos eran Sabtaí y Jozabad. Los cantores se asimilan a los levitas, como en los libros de las Crónicas, que hablan de veinticuatro coros de cantores. Los porteros se mencionan aparte.

Los netineos y levitas (11,21-24)

21 Los netineos habitaban en el Ofel, y sus jefes eran Sija y Guispa. 22 El jefe de los levitas en Jerusalén era Uzí, hijo de Baní, hijo de Jasabías, hijo de Matanías, hijo de Mica, de los cantores, hijos de Asaf, en la casa de Dios, 23 porque había acerca de ellos una ordenación especial del rey y se les había asignado un salario fijo por cada día. 24 Petayas, hijo de Mesezabeel, de los hijos de Zera, hijo de Judá, era comisario del rey para todos los negocios del pueblo.

Los netineos (7,47) habitaban en el Ofel (3,26), al sudeste de Jerusalén, entre el torrente Cedrón y el valle del Tiropeón. Artajerjes había reglamentado el trabajo de los levitas-cantores (v.23). Petayas, judío, ejercía el cargo de representante oficial de los intereses del pueblo en la corte persa.

La población judía en provincias (11,25-36)

25 En cuanto a las aldeas y sus tierras, algunos de los hijos de Judá habitaron en Cariatarbé y sus suburbios, en Dibón y los suyos y en Jacabseel y los suyos. 26 En Josuá, Molada, Betfale, 27 Hasar Sual, Bersabé y en sus aldeas; 28 en Siceleg y Mecana y sus aldeas; 29 en Enrimón, Sarea, Jarmut, 30 Zanoaj, Adulam y sus aldeas; en Laquis y sus tierras y en Azeca y sus aldeas. Habitaban desde Berseba hasta el valle de Hinnón. 31 Los hijos de Benjamín, desde Gueba, en Micmas, Aya, Bétel y sus aldeas; 32 en Anatot, Nob, Ananía, 33 Jasor, Rama, Guitaim, 34 Jadid, Seboím, Nabalat, 35 Lod y Ono, en el valle de los Artesanos. 36 Hubo algunos levitas que se unieron a Benjamín, aunque pertenecían a los repartimientos de Judá.

Este fragmento es mucho más corto en los LXX, que mencionan cuatro ciudades de Judá (Cariatar, Jasúa, Laquis, Bersabé) y

dos de Benjamín (Gala, en lugar de Gueba, y Micmas). Quizá esta lista es posterior (GELIN). Del emplazamiento de las ciudades citadas se ha hablado en el curso del comentario.

Sacerdotes y levitas repatriados (12,1-26)

[1] Estos son los sacerdotes y levitas que subieron con Zorobabel, hijo de Saaltiel, y con Josué: Serayas, Jeremías, Esdras, [2] Amarías, Maluc, Jatus, [3] Secanías, Rejum, Meremot, [4] Ido, Guinetón, Abías, [5] Minyamín, Maadas, Bilgá, [6] Semeyas, Joyarib, Jedayas, [7] Salu, Amoc, Helcías, Jedayas. Estos eran los príncipes de los sacerdotes y sus hermanos en los días de Josué. [8] Levitas: Jesuá, Benuí, Cadmiel, Serebías, Judá y Matanías, que con sus hermanos dirigía el canto de las alabanzas; [9] Bacbuquías y Uní con sus hermanos, cada cual en su ministerio. [10] Jesuá engendró a Joaquín, Joaquín engendró a Eliasib, Eliasib engendró a Joyada, [11] Joyada engendró a Jonatán y Jonatán engendró a Jadúa. [12] En los días de Joaquín, los sacerdotes cabezas de familia eran: de Serayas, Merayas; de Jeremías, Jananías; [13] de Esdras, Mesulam; de Amarías, Jojanán; [14] de Melicu, Jonatán; de Sebanías, José; [15] de Jarim, Adúa; de Meremot, Elcaí; [16] de Ido, Zacarías; de Guinetón, Mesulam; [17] de Abías, Zicrí; de Minyamín y Moadías, Piltaí; [18] de Bilgá, Samúa; de Semeyas, Jonatán; [19] de Jojarib, Metenaí; de Idayas, Uzí; [20] de Salaí, Calei; de Amoc, Eber; [21] de Helcías, Josabías; de Jedayas, Natanael. [22] En los días de Eliasib, Joyada, Jojanán y Jadúa, los levitas jefes de familia y los sacerdotes fueron inscritos hasta el reinado de Darío, persa. [23] Los jefes de familia de los hijos de Leví se inscribieron en el libro de los anales hasta el tiempo de Jojanán, hijo de Eliasib. [24] Eran los jefes de los levitas: Jasebía, Serebía, Josué, hijo de Cadmiel, y sus hermanos, que cada uno, según su rango, cantaban las alabanzas y ensalzaban el poder de Dios, según la ordenación prescrita por David, hombre de Dios, y servían por turno. [25] Matanías, Bacbuquías, Ovedías, Mesulam, Talmán y Acub eran los guardas de las puertas y de los vestíbulos de las puertas. [26] Estos lo eran en tiempo de Joaquín, hijo de Josué, hijo de Josedec, en tiempo de Nehemías, gobernador, y de Esdras, sacerdote y escriba.

Los veintidós sacerdotes mencionados se citan, con algunas variantes, en 10,3-8; 12,12-21. Esdras (v.1) no es el gran reformador. De los levitas se mencionan ocho familias (10,9-13). Se dan en los v.10-11 los nombres de los sumos sacerdotes desde Josué (Esd 2, 2; 3,2) hasta Jadúa, contemporáneo de Alejandro Magno [1]. El rey Darío, de que habla el texto (v.22), debe identificarse con Darío III Codomano (335-330), último de los aqueménidas. De la mención de Nehemías antes que Esdras no cabe deducir argumento alguno en favor de una prioridad cronológica.

[1] FLAVIO JOSEFO, *Ant. Iud.* 12,8,4-5.

Dedicación de las murallas de Jerusalén (12,27-43)

[27] Para la dedicación del muro de Jerusalén fueron llamados los levitas de todos sus lugares, para venir a Jerusalén a celebrar la dedicación y la fiesta con alabanzas y cánticos, címbalos, salterios y cítaras; [28] reuniéronse, pues, los hijos de los cantores, lo mismo los de la campiña alrededor de Jerusalén como los de las aldeas de Netofá, [29] de Bet Guilgal y de los campos de Gueba y Azmavet, pues los cantores se habían edificado aldeas en los alrededores de Jerusalén. [30] Purificáronse los sacerdotes y levitas y purificaron al pueblo, las puertas y el muro. [31] Hice luego subir al muro a los príncipes de Judá y los dividí en dos grandes coros que fueran en procesión: uno por la mano derecha, sobre el muro hacia la puerta de la Escombrera; [32] tras éste iban Osías y la mitad de los príncipes de Judá, [33] Azarías, Esdras, Mesulam, [34] Judá, Benjamín, Semeyas y Jeremías; [35] y de los hijos de los sacerdotes, con las trompetas, Zacarías, hijo de Jonatán, hijo de Semeyas, hijo de Matanías, hijo de Mica, hijo de Zacur, hijo de Asaf, [36] y sus hermanos, Semeyas, Azarael, Milalai, Gilabai, Maaí, Natanael, Judá y Janani, con los instrumentos músicos de David, hombre de Dios, y Esdras, escriba, delante de ellos; [37] a la puerta de la Fuente subieron de frente las escaleras de la ciudad de David, por la subida al palacio de David y hasta la puerta de las Aguas, al oriente. [38] El segundo coro iba por la izquierda, y yo en pos de él con la mitad de los príncipes del pueblo, sobre el muro, por encima de la torre del horno, hasta la muralla Ancha, [39] y luego por la puerta de Efraím la puerta del Pescado, la torre de Jananael y la torre de Meá, hasta la puerta de las Ovejas, haciendo estación a la puerta de la Custodia. [40] Pararon ambos coros en la casa de Dios, y yo con la mitad de los magistrados, [41] y los sacerdotes Eliacim, Maasías, Minyamim, Mica, Elyoenai, Zacarías y Ananías, con trompetas; [42] y Maasías, Semeyas, Eleazar, Usí, Joyanán, Malquías, Elam y Ezer. Los cantores cantaban alto, dirigidos por Jisrajías. [43] Sacrificáronse aquel día muchas víctimas y se hicieron grandes regocijos, porque había dado Dios al pueblo un gran motivo de alegría. Regocijáronse también las mujeres y los muchachos, oyéndose de lejos el alborozo de Jerusalén.

El 25 del mes Elul quedó terminada la muralla (6,15). Al mes séptimo (7,73), es decir, Tishri, tuvieron lugar los acontecimientos que se narran en los c.8-10. Más tarde proveyó Nehemías a la repoblación de la capital, seguida de solemne dedicación de las murallas. La ceremonia tenía carácter religioso, simbolizando la entrega de las murallas a la custodia de Yahvé. Los levitas dieron realce a la fiesta, acudiendo todos, tanto de la capital como de la campiña. Para la purificación pudo seguirse un ceremonial análogo al que se usó en la purificación del templo en tiempos de Ezequías (2 Crón 29, 18-27). La procesión sobre los muros parte de la puerta del Valle, junto a la actual puerta de Jafa; los que torcieron a mano derecha fueron en dirección sur-este-norte, hacia la puerta de las Escombreras; los que lo hicieron a la izquierda dirigiéronse hacia el nordeste, uniéndose al otro coro en el templo. Con motivo de la fiesta

ofreciéronse muchos sacrificios (Esd 6,17). La alegría era universal. Después de los años de cautividad, el judaísmo renace de sus cenizas y triunfa estrepitosamente.

Restablecimiento de los diezmos (12,44-47)

44 Por entonces fueron puestos comisarios de las cámaras de las despensas, de las ofrendas, de las primicias y de los diezmos, para recibir de los campos y de las ciudades las porciones legales para los sacerdotes y levitas; porque estaba muy gozoso Judá de que los sacerdotes y los levitas estuvieran en sus puestos, 45 observando cuanto concierne al servicio de Dios y a las purificaciones, y de que los cantores y porteros cumplieron sus funciones según la ordenación de David y de Salomón, su hijo; 46 pues, desde el tiempo de David y de Asaf, ya de antiguo había jefes de cantores y se cantaban cantos de alabanza y de acción de gracias en honor de Dios. 47 Todo Israel, en los días de Zorobabel y en los días de Nehemías, daba las porciones de los cantores y de los porteros, cada cosa en su día. Dábanse a los levitas las cosas sagradas, y los levitas daban a los hijos de Aarón la parte de las cosas consagradas.

Normalizadas las cosas, era preciso asegurar la manutención de sacerdotes y levitas para que ejercieran sus funciones en el templo. Junto a éste existían grandes almacenes en donde se depositaban los productos procedentes del campo y de las ciudades. Todos, sacerdotes, levitas, porteros y cantores, cumplían sus deberes. En tiempos de Zorobabel y de Nehemías, el culto marchó bien; todo procedía ordenadamente; la Ley se cumplía con escrupulosidad.

CORRECCIÓN DE LOS ABUSOS (13,1-31)

En este capítulo último se menciona la corrección de algunos abusos introducidos en la comunidad judaica. Lo dicho anteriormente (12,44-47) demuestra que hubo un tiempo en que se cumplía la Ley con toda perfección. Pero con el andar de los años enfrióse Israel en sus fervores religiosos y sacudió el yugo de los preceptos. Al volver Nehemías, encontró algunos abusos, que corrigió. Atajó las pretensiones de Tobías (v.4-9), procuró que se entregaran los diezmos a los levitas (v.10-14); se revalorizó el sábado (v.15-22); prohibiéronse los matrimonios mixtos (v.23-29) y reglamentáronse las funciones cultuales (v.30-31). No indica el texto el tiempo que Nehemías estuvo ausente de Jerusalén.

Separación de todo extranjero (13,1-3)

1 Leíase un día al pueblo el libro de Moisés, y salió el lugar en que se mandaba que los amonitas y los moabitas no debían entrar jamás en la congregación de Dios, 2 por no haber salido a recibir a los hijos de Israel con pan y agua y por haber incitado

contra ellos a Balaam para que los maldijera; nuestro Dios volvió la maldición en bendición. 3 Al enterarse de esta ley, fue apartado de Israel todo extranjero.

De la exclusión de los amonitas y moabitas habla Deut 23,4-7. Tales pueblos nacen de un incesto (Gén 19,30-38), rehusan entregar a los judíos pan y agua e inducen a Balaam a que les maldiga (Núm 22,5-11; Deut 2,9). Todo el que no tenía pura sangre judía era excluido de la comunidad judaica.

Expulsión de Tobías (13,4-9)

4 Antes de esto, Eliasib, sacerdote, siendo superintendente de las cámaras de la casa de nuestro Dios y habiendo emparentado con Tobías, 5 había cedido a éste una gran cámara, en la cual se guardaban antes las ofrendas, los perfumes, los vasos y el diezmo del trigo, del vino y del aceite, mandado a dar a los levitas, a los cantores y a los porteros, y la ofrenda de los sacerdotes. 6 Mas entonces no estaba yo en Jerusalén, pues fue el año treinta y dos de Artajerjes, rey de Babilonia; yo fui al rey, y al cabo de algún tiempo pedí y obtuve del rey volver a Jerusalén, 7 donde supe el mal que había hecho Eliasib en favor de Tobías, haciendo para él cámara en los atrios de la casa de Yahvé; 8 y me dolió en gran manera, y, echando fuera de la cámara todo cuanto pertenecía a Tobías, 9 mandé que purificasen la cámara y volviesen a poner en ella las cosas de la casa de Dios, las ofrendas y los perfumes.

Durante la ausencia de Nehemías hubo un escándalo en Jerusalén promovido por el mismo sumo pontífice. Al año 32 de Artajerjes, o sea, el 433, regresó Nehemías a Persia, después de haber permanecido doce años en Jerusalén (2,1-6), desde 445 hasta 433 (5,14). Al regresar al cabo de un tiempo (1 Re 17,7), comprobó que Eliasib había cedido a un pariente suyo, Tobías (2,10.19; 6,1.19), el uso de una cámara del templo como almacén. Tobías era amonita (13,1). Más que Eliasib parece que el culpable fue su hijo Joyada, que fue sumo sacerdote desde 432 hasta 415. El local cedido a Tobías quizá le servía de sucursal de la banca, cuya central radicaba en Amón, y como punto clave desde donde influía económicamente sobre Israel. El local fue purificado por haber sido destinado a usos profanos.

Los diezmos (13,10-13)

10 Supe asimismo que no se habían dado a los levitas sus porciones y que los levitas y cantores habían tenido que retirarse cada uno a su heredad. 11 Reprendí a los magistrados y dije: «¿Por qué ha estado abandonada la casa de Dios?» Y reuniendo a los levitas y cantores, los restituí cada uno a su puesto. 12 Todo Judá trajo el diezmo del trigo, del vino y del aceite a los almacenes, 13 y puse por intendentes en ellos a Selemías, sacerdote, y a Sadoc, escriba; y de los levitas, a Pedayas, y como adjunto,

a Janán, hijo de Zacur, hijo de Matanías, que tenían reputación de fieles. Ellos fueron los encargados de hacer la distribución a sus hermanos.

Al no pagarse los diezmos a los levitas, emigraron éstos a sus heredades respectivas, abandonando el servicio del templo. Los magistrados *(seganim)* encargados de velar por la pureza de la Ley solidarizáronse con el pueblo. Con su actitud pasiva infringían la Ley (Núm 18,21-24); negar los diezmos era tanto como robar a Dios (Mal 3,8-9). ¿Había influido el caso Tobías en esta medida?

La cuestión del sábado (13,14-18)

14 Acuérdate de mí, ¡oh Dios!, por todo esto, y no olvides el bien que hice a la casa de mi Dios y en orden a la observancia
15 Por aquellos días vi en Judá que algunos pisaban en sus lagares el sábado y acarreaban haces, cargaban asnos con vino, con uvas, con higos y toda suerte de cargas, y los traían a Jerusalén en día de sábado. Los advertí acerca del día en que vendían sus mercancías.
16 Había también tirios, que traían el pescado y toda clase de mercancías, vendiéndolas a los hijos de Judá en Jerusalén el día del sábado.
17 Reprendí a los magistrados de Judá y les dije: «¿Qué es esto tan malo que hacéis, profanando así el día de sábado?
18 ¿No es eso lo que hicieron vuestros padres, y por eso trajo nuestro Dios sobre nosotros y sobre esta ciudad tantos males? ¿Y vosotros acumuláis ira contra Israel profanando el sábado?»

El descanso sabático estaba en crisis a partir de la cautividad; sin embargo, era una ley fundamental del Decálogo (Ex 20,8-11). Nehemías diose cuenta de la profanación del sábado en una gira en la provincia, notando que las gentes dedicábanse a trabajos agrícolas (Ex 34,21; Jer 17,21-24) y transportaban mercancías a Jerusalén (Jer 17,21-24). También en sábado se comerciaba (Am 13,5-6) con los tirios (Ez 27,12-25; Esd 3,7). Los grandes males sobrevenidos a la nación lo fueron por la profanación del sábado (Ez 20,13; 22,8; 23,38). Los tirios, por sus relaciones con los fenicios, reemplazaron a los judíos en la venta del pescado.

Medidas para santificar el sábado (13,19-22)

19 Mandé, pues, que al oscurecer antes del sábado cerrasen las puertas de Jerusalén y que no las abriesen hasta después del sábado. Puse a las puertas algunos de mis servidores, para que en día de sábado no dejasen entrar carga alguna;
20 y así se quedaron una y dos veces fuera de Jerusalén los mercaderes, que vendían toda suerte de mercancías.
21 Yo les advertí, diciendo: «¿Por qué pasáis la noche delante de la muralla? Si otra vez lo hacéis, os mandaré prender». Y ya no vinieron más en día de sábado.
22 Entonces mandé a los levitas que se purificasen y que viniesen a guardar las puertas para santificar el día de sábado. También por eso acuérdate de mí, Dios mío, y perdóname según la muchedumbre de tu misericordia.

Empieza el sábado la noche del viernes al caer el sol. En el Estado actual de Israel acuden a aquella hora los rabinos y obligan a los

mercaderes a cerrar sus establecimientos. El tránsito de un día ordinario a uno festivo realizábase en el momento en que, según el texto, las puertas «empezaban a estar en la sombra».

Contra los matrimonios mixtos (13,23-27)

23 Vi asimismo por aquellos días judíos que habían tomado mujeres de Azoto, de Amón y de Moab,
24 cuyos hijos por mitad hablaban azoteo o la lengua de este o el otro pueblo, y no sabían hablar judío.
25 Yo les reprendí y les maldije, hasta golpeé a algunos y les arranqué los pelos, y los conjuré en nombre de Dios, diciendo: «No daréis vuestras hijas a sus hijos ni tomaréis sus hijas para vuestros hijos o para vosotros.
26 ¿No pecó por esto Salomón, rey de Israel? Aunque no hubo en la muchedumbre de las gentes rey semejante a él, que era amado de su Dios, y fue puesto por El rey sobre todo Israel, aun a él le hicieron pecar las mujeres extranjeras.
27 ¿Vamos, pues, a consentir, sabiéndolo, que vosotros cometáis ese gran mal de prevaricar contra nuestro Dios tomando mujeres extranjeras?

Esdras luchó contra esta plaga (Esd c.9-10); nuevas medidas tomáronse más tarde (Neh 10,30; 13,1-3), pero bastó que Nehemías se ausentara para volver a las andadas. Algunas de estas mujeres eran de Azoto (Jos 13,3). De Azoto se apoderó Cambises el año 525; los filisteos hablaban un lenguaje ario; los amonitas usaban una lengua afín al hebraico, así como los moabitas.

Expulsión del hijo del sumo sacerdote (13,28-29)

28 Uno de los hijos de Joyada, hijo de Eliasib, sumo sacerdote, era yerno de Sambalat, joronita, y por eso le arrojé lejos de mí.
29 Acuérdate de ellos, Dios mío, de los que contaminan el sacerdocio y el pacto del sacerdocio y de los levitas.

Joyada, sumo sacerdote, tuvo la osadía o la debilidad de autorizar el matrimonio de un hijo suyo con la hija de Sambalat, enemigo declarado de los judíos (2,10.19; 6,1). Mandaba la ley que el sumo sacerdote tomara por esposa a una virgen de su pueblo (Lev 21,14). Nehemías no pudo tolerar semejante escándalo, dado por el sacerdocio en la misma capital del judaísmo (Mal 2,4-8). Este hecho es el mismo que refiere Flavio Josefo [1], situándolo en tiempos de Darío III (335-330), durante el pontificado de Jadúa. Acaso haya en esta noticia de Flavio Josefo un anacronismo. Según los documentos de Elefantina, era Sambalat gobernador de Samaria el año 407, bajo Darío II (424-405).

[1] *Ant. Iud.* 11,7,2.

Conclusión (13,30-31)

[30] Por eso los limpié de todo lo extranjero y puse a sacerdotes y levitas por clases, cada uno a su obra, [31] y para la ofrenda de la leña en los tiempos señalados y para las primicias. ¡Acuérdate de mí, Dios mío, para bien!

Termina Nehemías su libro con un *Memento mei:* «Acuérdate de mí para bien» *(zakrali letobah:* 5,19; 6,14; 13,14). Dando una mirada retrospectiva, comprueba Nehemías los esfuerzos que ha llevado a cabo para devolver al templo el antiguo esplendor; las dificultades que tuvo con ocasión de la reconstrucción de los muros de Jerusalén y todo cuanto hizo para la creación de un nuevo Estado judío. Al término de sus trabajos, lejos de buscar la gloria y la recompensa humana, fija su vista al cielo y pide a Dios se acuerde para bien de todo cuanto ha batallado para procurar su gloria. Con estas palabras desaparece de la historia uno de los más grandes reformadores del pueblo judío. En toda su administración se muestra hombre sagaz, político, israelita ejemplar, en quien no hay doblez. De él dice Eci 49,13: «¿Cómo engrandecer a Nehemías, cuya memoria es gloriosa, que levantó nuestras ruinas, reedificó nuestras casas arruinadas, puso puertas y cerrojos?»

T O B I T

INTRODUCCION

Título del libro

Se lo dan sus dos protagonistas. En los LXX, el padre es llamado *Tobit, Tobeit;* en la V. Latina, *Tobis;* al hijo se llama Tobías. En los manuscritos de Qumrân, donde se han encontrado fragmentos del libro, al padre se le conoce por *Twby,* y al hijo por *Twbyh* («Bíblica», 34 [1953] 417).

Texto original

No se admite ya que el libro fuera originariamente escrito en griego. Su autor utilizó una de las dos lenguas, hebraica o aramaica. Los muchos semitismos que esmaltan el libro tienden a probarlo hasta la saciedad. El texto hebreo no fue conocido por Orígenes [1] ni por San Jerónimo [2], pero se hallaron fragmentos de él en la gruta cuarta de Qumrân, tres en arameo y uno en hebreo [3]. Estos hallazgos no resuelven definitivamente la cuestión de si la lengua original del libro fue la aramaica o la hebrea. Milik se inclina por la primera.

Traducciones griegas

Se presentan bajo tres formas:

1) Representada por los códices B y A. Los dos reproducen el mismo tipo de texto, pero el último es una revisión del primero. Este texto es llamado también *vulgar,* y se encuentra en todos los manuscritos de la misma familia. Se caracteriza por su sobriedad. Se reproduce, con pocos cambios, en la edición *Sixtina,* de donde tradujeron Nácar-Colunga.

2) Su mejor representante es el códice Sinaítico. Faltan en él las secciones 4,7-19[a]; 13,8-11. Su nota especial está en presentar un texto más amplio que el anterior, con tendencia parafrástica. En la edición Bover-Cantera se toma como base el texto B, al que se le han acoplado de un modo orgánico las adiciones de S (encerradas entre corchetes) y las de la Vulgata (en letras cursivas).

3) Existe un tercer grupo de códices griegos minúsculos que a veces siguen a B y en otras se apartan de él. Son los principales: Cód.44,107,609. Se trata de una revisión del texto vulgar [4]. Resumiendo, el texto griego de Tobías ofrece la nota característica de presentarse bajo dos formas fundamentales: una corta y otra larga. Modernamente las simpatías van por esta última.

[1] *Epist. ad Afric.:* PG 11,80.
[2] *Praef. in Tobit:* PL 29,23.
[3] J. M. Milik, *Dieci Anni di scoperte nel deserto di Giudà* (Turín 1957) 23.
[4] A. Rahlfs, *Verzeichnis der Griechische Handschriften des A. Testamentes* (Berlín 1914).

Versión Vetus Latina

Fundamentalmente se acerca al texto amplio de Sin.; pero existen grandes diferencias entre los códices de esta versión. En general, puede decirse que la Vetus Latina ocupa un lugar intermedio entre la corriente breve y la amplia, lo que deja presumir que el traductor tuvo ante su vista ejemplares griegos representantes de las dos corrientes, decidiéndose por una o por otra según juzgaba conveniente. Para Milik el texto de la Vetus Latina es superior al del Sinaítico.

Vulgata

A instancias de Cromacio de Aquileya y de Heliodoro de Altino tradujo San Jerónimo, en una noche, el libro de Tobit, que le dictaba en hebreo un rabino que tenía ante su vista un texto arameo. Parece que San Jerónimo conoció la Vetus Latina. Su versión no es *sensum e sensu*, sino libre (PL 29,23).

Textos semíticos

Se perdió el original aramaico, del cual tradujo San Jerónimo, conservándose, en cambio, otros más recientes, entre los cuales citamos el ArN, descubierto y publicado por Neubauer [5], que se cita en el comentario con las siglas ArN. Es un texto más amplio que el de B; carece de los capítulos 13-14; en los primeros, al igual que la Vulgata, usa la tercera persona en vez de la primera. Afín a éste cabe mencionar el texto de Münster = HM, publicado por Sebastián Münster (Basilea 1542). Tampoco tiene los dos últimos capítulos. Otros textos hebraicos, el de P. Fagius y M. Gaster (traducciones de un ejemplar griego), no tienen gran importancia. Cabe mencionar, en cambio, la versión siríaca publicada por LAGARDE [6], notable en la primera parte del libro.

Autor

No existe una tradición judío-cristiana acerca del autor del libro, ni en el texto se encuentran indicios suficientes para individualizarlo. Se hace hincapié en las secciones del libro en que se usa la primera persona en la narración (1,1-6), y en el testimonio de 12,20, para decir que Tobit y su hijo escribieron su historia. Pero a ello cabe responder que se ignora cuál fue la forma literaria original de los primeros capítulos de la obra, y en segundo lugar, que no manda el ángel a padre e hijo que escriban toda la historia, sino que divulguen lo que él ha hecho con ellos. La forma actual del libro se debe a un judío que vivió después de la cautividad.

Fecha de composición

El autor escribe después de la cautividad. Considera como un hecho antiguo la destrucción de Nínive (14,6.16); los capítulos 13-14 suponen la destrucción de Judá, de Jerusalén y de su templo. A estas razones cabe añadir su parecido con la literatura sapiencial: estilo didáctico y parenético, fórmulas de oración y terminología que aparecen en los libros de la Sabiduría y Eclesiástico. La doctrina sobre la retribución revela un avance sobre la retribución puramente material. Por otra parte, su composición no puede rebajarse hasta el último período de los Macabeos, por no aparecer en sus páginas ninguna de las preocupaciones político-religiosas de entonces, ya internas, ya externas. Pudo escribir el libro un judío de la diáspora, quizá de Egipto, hacia los siglos IV-III o un poco más tarde. Galdos admite que los últimos retoques se hicieron en el siglo II antes de Cristo; según Schumpp, fue compuesto el libro entre los siglos III-II; antes del siglo II, dice Clamer; antes de la rebelión macabaica, añade Lods.

[5] *The Book of Tobit. A Chaldee Text* (Oxford 1878).
[6] *Libri Veteris Testamenti apocryphi syriace* (Leipzig 1861).

¿Tobit libro histórico?

En apariencia, sí; *a priori* debe retenerse como tal; que no lo sea, en todo o en parte, debe probarse. Los exegetas pueden y deben determinar el género literario del libro.

Como se desprende de la respuesta de la Comisión Bíblica [7], cabe la posibilidad de que, andando el tiempo, y a consecuencia de nuevos estudios y descubrimientos, se dude de la historicidad del libro de Tobit. Los que la sostienen invocan la tradición; el aspecto externo, con sus indicaciones históricas, geográficas, genealógicas, etc.; la narración en primera persona en los primeros capítulos, fin del libro, etc. A ello se oponen las dificultades de orden histórico, los milagros y hechos insólitos, la dependencia del libro de la *Leyenda de Ahikar*. Los críticos independientes niegan su historicidad.

Entre los exegetas católicos de hoy día se tiende a considerar el libro como novela didáctica con fondo histórico. En él se atiende más a la doctrina que al hecho histórico. Su finalidad es probar que también en el exilio, fuera de Palestina, se puede servir a Yahvé. Dios somete a prueba a los justos y recompensa profusamente a los que la soportan. Pone de relieve la práctica de las obras de misericordia. El autor se inspira en su composición en los relatos del Génesis, sobre todo en la embajada de Eliezer (Gén c.24). Como el Génesis, es Tobías un libro de bendiciones, de oraciones, de cánticos de acción de gracias. En el desarrollo del libro se anotan incongruencias que un autor deseoso de escribir una historia objetivamente verdadera trata de eliminar. En fin, la disposición del libro sugiere que el autor ha utilizado y embellecido una tradición, escrita u oral, de un episodio sucedido en tiempos de la deportación a Asiria. El exegeta no está hoy en trance de discernir en cada caso lo que pertenece al núcleo histórico y lo que se debe a la fantasía del autor.

A esta opinión se suman casi todos los autores católicos modernos: Hummelauer («romance histórico»), Lagrange («historia edificante»), Clamer, Miller, Priero, Bückers, Schumpp, Barucq, etc. Al

[7] *Documentos Bíblicos* (Madrid 1955) 265-266.

terminar el P. Vaccari la recensión del comentario de Miller, escribe: «Sumado todo, respecto de los libros de Tobit y de Judit puede seguirse la opinión de que pertenecen a un género literario menos rigurosamente histórico» [8]. Parecido es el pensamiento del P. Juan Prado, del cual son estas palabras: «La tesis de la estricta historicidad, aun restringida al relato tal como salió de manos del hagiógrafo, nos parece más comprometedora y arriesgada para la defensa de la canonicidad, inspiración e inerrancia del libro de Tobit, tal como se ha recibido en el canon, que la hipótesis contraria [9].

La «Leyenda de Ahikar»

Se ha relacionado el libro con diversas piezas literarias de la antigüedad: *La esposa desgraciada* [10], *El muerto agradecido* [11], *El justo que sufre* [12]; pero, sobre todo, tiene el libro analogías con la *Leyenda de Ahikar*.

La *Leyenda de Ahikar* es muy antigua; un fragmento ha sido encontrado entre los papiros arameos de Elefantina, siglo V antes de Cristo. Bajo diversas formas, se ha conservado en siríaco, armenio, árabe (adaptación en *Las mil y una noches)* y en griego (en la *Vida de Esopo)*. Los autores se dividieron desde el principio en dos bandos: los que negaban a la leyenda todo fundamento histórico y los que lo defendían. La no historicidad de la leyenda no prueba la no historicidad de Tobit, y viceversa. La discusión sigue todavía sobre su origen, pagano o judío; autor, lengua original, lugar de composición, etc. En cuanto a sus relaciones con el libro de Tobit, prevalece hoy la opinión de que Ahikar es anterior, máxime después del hallazgo de fragmentos en Elefantina que, según algunos, son transcripción de un texto del siglo VI antes de Cristo [13].

Terminamos diciendo que entre ambos libros hay mezcla de elemento narrativo y didáctico, prevaleciendo el primero en Tobit y el segundo en Ahikar. Esto nos lleva a la conclusión, dice Vaccari, de que ambos libros pertenecen al mismo género literario de *novela moral con fondo histórico* [14], cuyo juicio comparten la casi totalidad de autores católicos actuales. El carisma inspirativo es compatible con el uso de fuentes en cuyo manejo el autor sagrado fue ayudado por el soplo de la divina inspiración, que le hacía inmune de todo error al escoger y elegir sus fuentes de información [15].

Doctrina religiosa

Como hemos dicho, el libro tiene una finalidad preferentemente didáctica. En el libro se contienen doctrinas preciosas acerca de Dios, de los ángeles y demonología. Enseña además cómo debe vivir el justo para agradar a Dios.

[8] «Biblica», 27 (1946) 140.
[9] *La índole literaria del libro de Tobit:* «Sefarad», 7 (1947) 381-382.
[10] NEUBAUER, *Le Midrasch Tanhuma:* «Revue des Etudes Juives», 8 (1886) 224-238.
[11] SIEGER, *Das Buch Tobias und das Märchen vom dankbaren Toten:* «Katholik», 29 (1904) 367-377.
[12] «Revue Biblique», 59 (1952) 239-250.
[13] F. NAU, *Histoire et sagesse d'Ahikar l'Assyrien* (París 1909).
[14] *La Sacra Bibbia* 233.
[15] *Humani generis:* «Documentos Bíblicos», 601.

El fin religioso primario del libro es poner de manifiesto la providencia de Dios para los que le sirven. Pueden los justos experimentar temporalmente grandes calamidades, psíquicas y materiales; pero Dios les devolverá, tarde o temprano, el bienestar, ya que las desgracias son solamente pruebas que les manda Dios para acrisolar su virtud. La providencia de Dios se manifiesta sobre Tobit, el varón que «caminó por las sendas de la verdad y de la justicia todos los días de su vida» (1,3), sobre su familia. Dios escucha la oración de Tobit y de Sara y acude prontamente en su auxilio enviándoles un ángel, que llevará el bienestar y la alegría a las dos familias.

Mención especial merece la doctrina del libro sobre la angelología. Para poner término a los males de Tobit y Sara, mandó Dios a Rafael para que los curara (12,14). En el viaje señaló al joven Tobías la virtud de la hiel y del hígado; aquélla era remedio eficaz contra la enfermedad de los ojos que padecía su padre; el hígado y el corazón del pez, puestos sobre las brasas, tendrían la virtud de paralizar a Asmodeo, el maligno demonio. Finalmente, Rafael se presenta a Tobit como ángel mediador, que le asistía «cuando enterraba a los muertos». Uno de sus oficios era presentar el *mnemósynon* (Act 10,4; Apoc 8,3) de sus oraciones delante de la gloria del Señor. Es la primera vez que se habla en el Antiguo Testamento de la categoría especial de los siete ángeles; en el Apocalipsis (8,2) se mencionan de nuevo. El nombre de tres consta en la Biblia: Miguel (Dan 10,13.21; 12,1; Tes 4,16; Jue 9; Apoc 12,7); Gabriel (Dan 8,16; 9,21; Lc 1,19) y Rafael (Tob 3,17; 12,15); los de los otros provienen del libro IV de Esdras y de Henoc [16].

Hemos hablado de que una de las misiones de Rafael era la de «paralizar a Asmodeo» (3,17). En la antigüedad [17] se hacían fumigaciones provocando olores nauseabundos para ahuyentar a los demonios. Esto mismo hizo Tobías por indicación del ángel. En su parte esencial vemos que la acción del Asmodeo conviene al papel de Satanás. Como en el Nuevo Testamento, se confirma la realidad de los espíritus demoníacos, enemigos de Dios y de los hombres, cuya acción nefasta, sin embargo, está bajo el control de la Providencia divina [18].

Canonicidad

Falta el libro en el canon judío de Palestina. Las dudas existentes en el judaísmo contra la inspiración del mismo determinaron el poco respeto de los traductores por el texto original, de donde se ha originado gran variedad en la tradición textual. San Jerónimo, influido por ambientes rabínicos, lo consideró como un libro edificante (PL 29,23-24), dudando de su canonicidad. En la literatura patrística se encuentran infinidad de citas y alusiones al libro de Tobit (PRIERO, CLAMER).

[16] J. BONSIRVEN, *Judaïsme Palestinien* (París 1935) 234-235.
[17] F. LEXA, *La magie dans l'Egypte antique* I (París 1925) 104.
[18] R. PAUTREL-M. LEFÈVRE, *Trois textes de Tobie sur Raphaël:* «Recherches de Science Religieuse» (Mélanges Lebreton) 39 (1951) 115-124; M. LEFÈVRE, *Ange ou bête?:* «Satan» (Desclée de Brouwer 1948) 13-27. En uno y otro trabajo se encuentra una discreta bibliografía.

BIBLIOGRAFIA

a) Comentario

R. GALDOS, *Commentarium in Librum Tobiae:* «Cursus Scripturae Sacrae» (París 1930); M. SCHUMPP, *Das Buch Tobias Ubersetzt und erklärt* (Münster 1933); A. MILLER, *Das Buch Tobias:* «Com. de Bonn» (Bonn 1940); A. VACCARI, *Tobia:* «La Sacra Bibbia» (Firenze 1948); A. CLAMER, *Tobie:* «La Sainte Bible», Pirot (París 1949); F. STUMMER, *Das Buch Tobit:* «Echter Bibel» (Würzburg 1950); R. PAUTREL, *Tobie:* «La Sainte Bible Jérusalem» (París 1951); J. PRIERO, *Tobia:* «La Sacra Bibbia» (Turín 1952); A. GUILLAUMONT, *Tobie:* «La Bible», Biblioth. de la Pléiade (París 1959); F. ZIMMERMANN, *The Book of Tobit* (Nueva York 1958).

b) Estudios

A. BEEL, *Doctrina dogmatica libri Tobiae:* «Collationes Brugenses», 38 (1938) 169-174; ID., *Libri Tobiae analysis:* ibid., 38 (1938) 120-122; ID., *Doctrina moralis libri Tobiae:* ibid., 38 (1938) 204-209; ID., *Libri Tobiae indoles historica:* ibid., 265-274; J. GOETTMANN, *Le livre de Tobie:* «Bible et Vie Chrétienne», 28 (1959) 20-33; J. MÜLLER, *Beitraege zur Erklärung und Kritik des Buches Tob* (Giessen 1908); J. PRADO, *Historia, enseñanzas y poesía en el libro de Tobías:* «Sefarad», 9 (1952) 27-51; A. SCHULTE, *Beitraege zur Erklaerung des B. Tob* (Freiburg 1914); F. ZORELL, *Canticum Tobit (13,1-18):* VD 5 (1925) 298-300.

Abundante bibliografía en los comentarios mencionados, especialmente SCHUMPP, p.LXXXXI-LXXXXVI.

INTRODUCCION

Ascendencia de Tobit (1,1-2)

1 Historia de Tobit, hijo de Tobiel, hijo de Ananiel, hijo de Aduel, hijo de Gabael, de la familia de Asiel, de la tribu de Neftalí, 2 que fue llevado cautivo en tiempo de Enemesar, rey de los asirios, y era natural de Tisbe, que está a la derecha de Cades de Neftalí, en Galilea, por encima de Hasor.

Se indican en el título del libro la genealogía del personaje protagonista de la historia y la patria del mismo (1 Sam 1,1; 9,1; Jt 8,1; 1 Mac c.21). La expresión griega, de sabor hebraico, *biblos logon*, libro de las palabras, *liber sermonum*, equivale a decir: *Tratado de los dichos y hechos de Tobías* (1 Re 11,41; 14,19.29; Neh 12,23), o simplemente: *Historia de Tobías.* Todos los nombres que entran en la genealogía de Tobit son teóforos, con significación simbólica, lo que no deja de ser sorprendente. En algunos textos, a esta genealogía se añaden los nombres de Rafael y Ragüel (Sin.). Con esta genealogía se hace resaltar la ascendencia gloriosa de nuestro héroe.

La mención de Enemesar ofrece cierta dificultad. Sabemos que los reyes de Asiria se sucedieron por este orden: Teglatfalasar III (745-727), Salmanasar V (727-722), Sargón (722-705), Senaquerib (705-681), Asaradón (681-669). La deportación de Tobit a Asiria tuvo lugar, o bien en 732, bajo el reinado de Teglatfalasar, del cual su hijo Salmanasar era jefe de operaciones en occidente, o en 721, ocupando el trono asirio el rey Sargón (722-705). Pero, dado el caso de que no existe ningún soberano asirio que lleve el nombre de Enemesar, ¿cómo se explica la presencia del mismo en el texto del libro de Tobías? Con este nombre, ¿se quiere designar a Salmanasar o a Sargón? Divergen los autores al dar una respuesta a estas preguntas. Para algunos, la presencia de Enemesar en los textos griegos en vez de Salmanasar se explica por un error de lectura y escritura, por confusión y substitución de letras iniciales (CLAMER, STUMMER, VACCARI, SCHUMPP). Otros creen que Enemesar quiere designar al rey Sargón. En realidad, parece que más que de *personas* es cuestión de *nombres.* Es cierto que el personaje es Sargón, pero deben explicarse las variantes y mutaciones del nombre en los diversos textos (PRIERO).

Indica el texto que Tobit fue arrancado de Tisbe y llevado cautivo a Asiria. El texto griego no señala precisamente el lugar de la patria de Tobit, sino más bien la localidad desde donde salió para su cautiverio. Todos los textos convienen en afirmar que la localidad pertenecía a la tribu de Neftalí, en Galilea (superior, al occidente de Fogor, añaden S y Vulgata).

PRIMERA PARTE

DESGRACIAS DE TOBIT Y SARA (c.1,3-3,17)

Vida ejemplar de Tobit (1,3)

3 Yo, Tobit, caminé por las sendas de la verdad y de la justicia todos los días de mi vida, haciendo muchas limosnas a mis hermanos, los de mi nación, que conmigo habían sido llevados a tierra de los asirios, a Nínive.

Desde el principio, la Vulgata emplea en la narración la tercera persona, mientras que las versiones griegas hasta el c.3 v.7 ponen el texto en boca de Tobit. El autor sagrado tiene interés en hacer resaltar que la vida de Tobit se caracterizó por la fidelidad a la ley divina y por su caridad hacia el prójimo. Durante toda su vida caminó Tobit por la senda de la verdad, que es la ley y el temor de Dios (Sal 119,30; 2 Pe 2,2). En el texto original se encuentran tres términos que no pocas veces tienen un significado sinónimo: verdad *(alézeia)*, justicia *(dikaiosyne)* (4,6) y limosna *(eleemosyne)*. En pocas palabras da el texto un fiel retrato de la personalidad moral de Tobit. Su múltiple acción bienhechora se ejercía en favor de sus hermanos compatriotas deportados como él a Nínive, ciudad que más tarde, bajo Senaquerib (705-681), debía convertirse oficialmente en capital de Asiria. En este capítulo (1,10-15) se supone que ya en tiempos de Salmanasar y de Sargón era Nínive la capital de Asiria. Podía serlo de hecho, pero oficialmente no.

Fidelidad de Tobit en un ambiente de apostasía (1,4-5)

4 Siendo yo joven, vivía en mi patria, en la tierra de Israel,
y toda la tribu de Neftalí, mi padre, se había apartado del tem-
plo de Jerusalén, de la ciudad elegida entre todas las tribus de
Israel para ofrecer sacrificios y ser morada del Altísimo, santi-
ficada por todas las generaciones. 5 Todas las tribus, que a una
habían apostatado, sacrificaban a Baal, al becerro, y asimismo
la casa de Neftalí, mi padre.

Siendo todavía joven *(neotérou)*, demostró Tobit su fidelidad a la casa de David (Sin., VL) y hacia el templo de Jerusalén. Esta conducta del joven Tobit es tanto más de admirar cuanto que la mayoría de sus hermanos de tribu habían apostatado del culto verdadero y se habían rebelado contra Jerusalén. No sólo la tribu de Neftalí, sino todas las tribus del Norte, habían apostatado, sacrificando a Baal, no adorando al verdadero Dios en su único santuario legítimo de Jerusalén. La apostasía fue general, no total, pues un pequeño núcleo de fieles resistieron al mal ejemplo y se aventuraban a hacer las visitas reglamentarias al templo de Jerusalén (5,14). El texto alude al cisma político-religioso perpetrado por Jeroboam I (1 Re 12,16-14,20). Con el fin de poner de relieve la conducta de Tobit, se menciona en los primeros dos capítulos la apostasía de la tribu de Neftalí, a la cual pertenecía aquél. La expresión *Neftalí, mi padre* debe entenderse en el sentido de antepasado.

Fidelidad de Tobit a los deberes para con el santuario de Jerusalén (1,6-8)

6 Yo iba, las más veces solo, a Jerusalén durante las fiestas, se-
gún está mandado a todo Israel por precepto eterno, y llevaba
las primicias y los diezmos de las cosechas y las primicias del
esquileo, 7 y los entregaba a los sacerdotes, hijos de Aarón, en
el altar. El diezmo de todas las cosas se lo entregaba yo a los
hijos de Leví que sirven en Jerusalén; el segundo diezmo lo
vendía e iba y lo gastaba en Jerusalén cada año; 8 y el tercero
lo daba a quienes correspondía, según que me había recomenda-
do la madre de mi padre, Débora, pues yo era huérfano de
padre.

Dice el texto que Tobit, en las peregrinaciones que a menudo *(pleonákis)* hacía a Jerusalén, iba solo *(mónos)*, lo que debe interpretarse en sentido amplio, como da a entender 5,14. Las tres solemnidades a las cuales tenía obligación de asistir todo varón israelita eran Pascua, Pentecostés y fiesta de los Tabernáculos. Con ocasión de estas visitas periódicas a la Ciudad Santa, llevaba Tobit las primicias, los diezmos de todos los productos y el primer esquileo (Deut 18,4), que entregaba a los sacerdotes. Mandaba la Ley que los israelitas no se presentaran ante Yahvé con las manos vacías, sin llevar las primicias de los frutos del suelo (Ex 23,15). En general, todas las

primicias pertenecían a Yahvé (Lev 23,19; 27,26; 34,36; Deut 12,6), y eran consignadas en manos de los sacerdotes, quienes las ofrecían con una ceremonia que consistía en la elevación *(teruma)* y agitación *(tenufa)* de las ofrendas [1]. El montante de los diezmos se distribuía de la siguiente manera: un diezmo de todas las cosas se destinaba al sostenimiento de los levitas (Núm 18,21); el segundo lo consumía el oferente en los departamentos del templo (Deut 14,22-27), y el tercero se entregaba para beneficencia cada tres años (Deut 14,28-29). El texto refleja las costumbres de una época tardía con relación a las prescripciones de la ley antigua. El v.8 es más explícito en el texto sinaítico.

En el fondo de esta observancia tan escrupulosa de las primicias y diezmos, está, además de su fidelidad a la ley mosaica, la educación esmerada que recibió Tobit de parte de Débora, madre de su padre, es decir, madre de Tobiel, la cual corrió con la educación del niño después de la muerte de su padre. La mención de Débora (Jue 4,4) en este texto obedece al designio del autor sagrado de poner de relieve la buena índole de Tobit, que era hijo de profetas (4,12).

Fiel observancia de las leyes concernientes al matrimonio (1,9)

9 Hombre ya, tomé por mujer a Ana, del linaje de nuestro padre, y de ella tuve a Tobías.

No sólo se abstuvo Tobit de tomar por esposas a mujeres extranjeras, lo que prohibía la Ley (Deut 34,15; Esd 9,1), sino que se obligó a tomar a una mujer de su mismo linaje, lo cual, aunque no se exigía por la Ley, se consideraba como más conforme al ejemplo de los patriarcas (Gén 24,4.37.38; 28,2-9; 29,19). No indica el texto la edad de Tobit en el momento de contraer matrimonio; con una fórmula vaga, dice el texto latino: *Cum factus esset vir (anér)*, lo que da a entender que contaba unos veinte años cumplidos. Era éste el término *a quo* para poder contraer matrimonio (Ex 30,14; Deut 20,7; 24,5). De él tuvo un hijo, al que llamó Tobías. Todos los textos, excepto la Vulgata, están acordes en llamar *Tobit* al padre y *Tobías* al hijo, ejemplo que seguiremos nosotros.

Observancia de la ley referente a los manjares (1,10-14)

10 Cuando fuimos llevados cautivos a Nínive, todos mis her-
manos y los de mi linaje comían de los manjares de los gentiles;
11 pero yo me abstenía de comerlos, 12 porque con toda mi alma
me acordaba de Dios. 13 Diome el Altísimo favor y gracia ante

[1] O. Eissfeldt, *Erstlingen und Zehnten im Alten Testament* (Leipzig 1917); A. Vincent, *Les rites de balancement (tenouphah) et de prélévement (teroumah) dans le sacrifice de Communion de l'A. T.*: «Mélanges Syriens offerts a M. D. Dussaud», I (París 1939) 267-272.

Enemesar, que me hizo su proveedor, [14] y, viajando por la Media, presté a Gabael, hermano de Gabrías, en Ragues de Media, diez talentos de plata.

Sus compatriotas y connacionales en el exilio comían sin reparo de los manjares de los gentiles, que la ley prohibía terminantemente a los israelitas. No podían comer carnes de animales impuros (Lev 2,23; Deut 14,3-21) o que hubieran sido ofrecidos a los ídolos (Ex 34,15; Act 15,29; 21,25; 1 Cor 10,28), o comer la carne con su sangre (Gén 9,4; Lev 17,10-12; Deut 12,23-25). Dice el texto que todos sus hermanos comían de los manjares de los gentiles, lo que es una exageración, como 1,4-5.

Dios premió la fidelidad de Tobit haciendo que encontrara favor y gracia delante de Enemesar, el cual, en señal de benevolencia y confianza, le nombró proveedor *(agorastes)* suyo, cargo que, según Sin. y Vet. Latina, conservó hasta la muerte del rey. Este nombramiento real permitió a Tobit gran libertad de movimientos por todo el territorio asirio. En uno de sus viajes llegó hasta Ragues de Media, en donde residía una familia (su hermano, dice el texto) de su misma tribu. Según 2 Re 17,6, Salmanasar llevó cautivos a los habitantes de Samaria y a algunos les «hizo habitar en las ciudades de la Media». En Ragues—en los clásicos, *Ragai; Ragau*, según Judit 1,6; en antiguo persiano, *Raga*—, edificada en el lugar de las ruinas de Rai, a 13 kilómetros al sudeste de Teherán, vivía un cierto Gabael (véase v.1), hermano de Gabrías (Vet. Lat., HM: «su hermano»; 4,20: «hijo de Gabrías»), a quien Tobit prestó diez talentos de plata. Cabe la suposición de que Tobit prestó aquel dinero con el fin de solucionar una necesidad económica de su pariente, como deja suponer el texto de la Vulgata, al decir que se lo entregó *sub chirographo;* pero el texto y el contexto se refieren más bien a una cantidad que dejó allí en depósito. Este es el sentido del verbo griego *paratizemi* (1,14; 4,1.20). En 9,5 se dice que Rafael se hospedó en casa de Gabael, «a quien dio el recibo», y que «Gabael trajo los talegos sellados».

Caridad de Tobit hacia sus hermanos exilados (1,15-18)

[15] Muerto Enemesar, le sucedió Senaquerib, su hijo. Los caminos se hicieron inseguros, y ya no pude volver a la Media.
[16] En los días de Enemesar hacía yo muchas limosnas a mis hermanos, [17] dando pan a los hambrientos y vistiendo a los desnudos; y si veía muerto a alguno de mi linaje, arrojado juntos a los muros de Nínive, le daba sepultura. [18] Si el rey Senaquerib mataba a alguno, luego que volvió huido de Judea, yo en secreto lo enterraba. En su furor mató a muchos, cuyos cadáveres buscaba luego él, y no los hallaba.

Con la muerte de Enemesar (¿Sargón?) y el advenimiento al trono de Senaquerib cambió la situación privilegiada de que gozaba Tobit. Con Senaquerib (705-681) perdió el cargo de proveedor de la real casa, lo que coartaba su libertad de movimientos. En

el nuevo panorama político diósele ocasión de ejercitar la obra de misericordia de sepultar los cadáveres de sus compatriotas arrojados en una fosa común para ser pasto de los perros y aves de rapiña (Jer 8,1; 14,16; 29,19). Es la primera vez que en la Biblia se considera como obra de misericordia el dar sepultura a los muertos (2 Sam 2,4-7). Con el fin de asegurar el honor y el descanso del alma de los muertos (2 Sam 21,10; 1 Re 14,11; Is 14,19), era costumbre que, en caso de que los familiares del muerto no pudieran cumplir con este deber, realizaran este acto de misericordia individuos de la misma tribu (1 Sam 31,11; 2 Sam 2,4; Ez 39,13; Eci 7,33; 38,16). Según 2 Re 18,13-19,37, fracasó Senaquerib en su intento de apoderarse de Jerusalén, lo que repercutió desfavorablemente en el trato concedido a los prisioneros en Babilonia.

Tobit, perseguido por el rey (1,19-20)

[19] Pero un ninivita hizo saber al rey que era yo el que los enterraba, y entonces tuve que ocultarme; y sabiendo que me buscaba para darme muerte, temeroso, huí. [20] Fui despojado de todos mis bienes, no dejándome nada sino a Ana, mi mujer, y a Tobías, mi hijo.

Era costumbre denegar la sepultura a los cadáveres de los condenados a muerte, con el fin de que su espíritu no hallara reposo. Senaquerib comprobó que los cadáveres de los judíos que él había hecho matar desaparecían. Un ninivita hizo saber al rey que era Tobit quien los enterraba. Al enterarse Tobit de la denuncia, continuó practicando la piadosa obra con más cautela y a escondidas. Pero pronto se enteró que el rey le buscaba para matarle, por lo cual, temiendo, buscó refugio en otra parte.

Muerte de Senaquerib (1,21)

[21] No eran pasados cincuenta días, y le mataron dos de sus hijos, que huyeron a los montes de Ararat, y le sucedió Saquerdón, su hijo, el cual puso a Ahikar, el hijo de mi hermano Anael, al frente de toda la contabilidad administrativa del reino.

No habían transcurrido cincuenta días (Sin., *cuarenta;* A, Vet. Lat., Vulg., *cuarenta y cinco)*, cuando Senaquerib fue muerto por dos de sus hijos, Adramelec y Sarasar (2 Re 19,37). Tomó las riendas del gobierno su hijo Saquerdón, o Asaradón (681-669). Es Ahikar el héroe de la leyenda que lleva su nombre. Fue ministro de finanzas de Senaquerib y Asaraddón. Al presentar el autor sagrado a Tobit como tío del mismo, pretende incorporarlo al ciclo de Ahikar [2].

[2] L. SEMKOWSKI, *De morte Sennacherib:* «Miscellanea Biblica», 2 (1934) 148-160.

Reinado de Saquerdón (1,22)

22 Ahikar me alcanzó el perdón y pude volver a Nínive. Era Ahikar, mi sobrino, copero, guardasellos, administrador y contador, y Saquerdón le había hecho su primer ministro.

La subida de Saquerdón al trono trajo un clima más propicio a los israelitas en el exilio. Tobit pudo salir de su escondite, pero no le fueron restituidos sus bienes. En favor de Tobit intervino el misterioso personaje llamado Ahikar, sobrino de Tobit.

Convienen los diversos textos en afirmar que Ahikar fue ministro de Saquerdón y que intercedió por Tobit para obtenerle el perdón del rey. Pero es difícil imaginar que, dado lo elevado de su cargo, no consiguiera que le fueran devueltos los bienes a su pariente. Mientras estuvo en Nínive, cuidaba él de proveerle; pero, al partir para Elimaida, se encontró Tobit en la indigencia, hasta el punto de que su mujer, Ana, se vio constreñida a servir.

Tobit reanuda sus obras de misericordia (2,1-9)

1 Al volver a mi casa me fueron devueltos Ana, mi mujer, y Tobías, mi hijo. Era por la fiesta de Pentecostés, la fiesta santa de las siete semanas; y habiéndome sido preparado un banquete, me recosté para comer. 2 Al ver tantos manjares, dije a mi hijo: «Vete y trae al primer necesitado que encuentres de nuestros hermanos, que me recuerde al Señor; y espero por ti». 3 Cuando volvió, dijo: «Padre, uno de nuestro linaje yace en la plaza estrangulado» 4 En seguida, sin probar bocado, me lancé a la calle, le tomé y le metí en una habitación hasta que se puso el sol. 5 Vuelto a casa, me lavé y comí con tristeza, 6 porque me vino a la memoria la profecía de Amós: «Vuestras fiestas se convertirán en duelo, y vuestras alegrías, en lamentaciones». 7 Lloré, y en poniéndose el sol fui a cavar una hoya en que sepultar el cadáver. 8 Los vecinos se reían de mí, diciendo: «Aún no ha escarmentado; ya tuvo que huir por eso, y ahora vuelve a enterrar a los muertos». 9 Aquella misma noche, cuando acabé de darle sepultura, aun antes de purificarme, me dormí en el atrio junto al muro, quedando con el rostro descubierto.

Sobre el fondo general del cuadro histórico trazado en el capítulo 1, en el cual se sigue un orden pragmático más que cronológico, desenvuelve el autor sagrado el drama que la divina Providencia dispuso en torno a la persona de Tobit. Trátase de algunos episodios particulares, que ponen en evidencia la virtud de Tobit y la Providencia divina, que no le abandona en medio de sus tribulaciones. Como prueba de que el autor no sigue un orden estrictamente cronológico, tenemos el hecho de que en la narración de 2,4-5 se describe una situación histórica que corresponde al reinado de Senaquerib. Para celebrar Tobit su regreso a casa y el encuentro con su mujer e hijo dispuso un gran banquete. Al mismo tiempo que celebraba su rehabilitación, quiso Tobit solemnizar la fiesta de Pentecostés (nuestra fiesta, dice el cód. Sin.), llamada

también de las Semanas (Deut 16,10; 2 Crón 8,13). La fastuosidad del banquete da a entender que tuvo lugar en los días en que gozaba Tobit de una situación económica desahogada, antes de la confiscación de sus bienes (1,20). Por otra parte, el episodio del judío muerto violentamente y abandonado en la plaza, o lugar público, recuerda los días de persecución de Senaquerib. No dice el texto que Tobit escondiera el cadáver en su casa, con lo cual se hubiera contaminado (Lev 11,32-35; Núm 19,14), sino en una casucha (*oikema*, B; *oikidion*, Sin.), o local vecino al lugar donde yacía el muerto. Esperó a sepultarlo una vez puesto el sol, para no quebrantar el reposo del día de Pentecostés. Vuelto a su casa, se lavó las manos (Núm 19,11-22) y comió con tristeza de los manjares preparados en un ambiente de alegría, por recordar las palabras de Amós (8,10), cuyo mensaje se reproduce libremente.

La grande prueba (2,10)

10 No sabía yo que había pájaros en el muro, y, teniendo los ojos abiertos, los pájaros dejaron caer en mis ojos su estiércol caliente, que me produjo en ellos unas manchas blancas que los médicos no fueron capaces de curar. Por este tiempo, Ahikar proveía a mi sustento, hasta que partió para Elimaida.

Esta prueba de Tobit constituye el punto álgido de la composición literaria de esta primera parte del libro (MILLER). A las penalidades que tuvo que sufrir de parte de los gobernantes y de los que se mofaban de sus obras de caridad, se añade la pérdida de la vista, con la consiguiente imposibilidad de atender a la manutención de su familia y de consagrarse, como hasta entonces, al servicio de los menesterosos. Era el día de Pentecostés por la noche. Habiendo dado sepultura a un muerto, Tobit quedóse a dormir en el patio para no contaminar su casa (Núm 19,22). Otro motivo de haberse quedado en el patio fue a causa del calor sofocante, como sugiere el otro detalle de que, en contra de la costumbre general entre los orientales, durmiera con el rostro descubierto. Ignoraba Tobit que en lo alto del muro junto al cual habíase acurrucado, bajo el alero del tejado, había pájaros (*strouzia*, golondrinas según la Vulgata). Sucedió que, «teniendo los ojos abiertos (detalle exclusivo de B), los pájaros dejaron caer sobre mis ojos su estiércol caliente, que me produjo en ellos unas manchas blancas» (*leukómata*). El contacto de los excrementos cargados de sales amoniacales, dice Vaccari, determinaron la formación de escamas o manchas blancas en la córnea del ojo, opacándola (11,12) y causando de este modo la ceguera.

Tobit considera esta circunstancia como la primera causa que contribuyó a la pérdida total de la vista. Pero, según el texto, la ceguera se produjo instantáneamente. Los excrementos mancharon sus ojos, y, como consecuencia, notó Tobit fuerte irritación en los mismos, que fue en aumento a pesar de las curas de los médicos. Según otra versión, fueron los médicos los que, con sus intervenciones, agravaron el estado del ojo. Dice el Sinaítico: «Recurrí a los

médicos para que me curaran; pero cuanto más me ungían con sus medicamentos, tanto más se ofuscaban mis ojos por las leukomas» *(tais leukómasin)*. Con el tiempo sobrevino la grave enfermedad que terminó con la ceguera total. Aquélla se manifestó por unas manchas blancas *(albugo, leukoma, macula cornea)*, terminando por la ceguera, que Tobit sufrió por espacio de cuatro años.

El texto Sin. hace notar que la desgracia de Tobit consternó a todos sus compatriotas. Movido a compasión Ahikar, proveyó a su mantenimiento por espacio de dos años, hasta que partió para Elimaida (1,6). Se halla esta región, con Susa por capital, entre el Tigris, las orillas del mar Pérsico y el límite sudeste de la meseta del Irán [1].

Penuria extrema y burlas de su mujer (2,11-14)

11 Entonces Ana, mi mujer, se ocupaba de su casa en traba-
jos femeniles 12 y llevaba su labor a los amos. Estos, al pagarle
una vez su salario, le regalaron un cabrito. 13 Cuando volvió a
casa, comenzó el cabrito a balar. Y yo le dije: «¿De dónde viene
ese cabrito? ¿No será robado? Devuélvelo a los amos, que no
es lícito comer cosa robada». 14 Ella me contestó: «Es un regalo
que han añadido a mi salario». Pero yo no la creía, y la instaba
a que lo devolviese a los amos, enojado contra ella. Mas me re-
plicó: «¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? Ya lo
ves ahora».

La situación económica de Tobit llegó a tal extremo, que su mujer, Ana, viose obligada a trabajar en un lanificio para recibir un sueldo. Cierto día le dieron también un cabrito. Nuestro texto no indica si Ana trabajaba en casa o fuera de ella; únicamente hace notar que, una vez terminada la labor, la mandaba a sus clientes. Tampoco se deduce claro si el cabrito le fue entregado como sueldo normal de su trabajo o como regalo, lo que afirma el Sinaítico.

Al oír Tobit los balidos del cabrito, sospechó que el animal había llegado a su casa o por extravío o por robo. Descartaba la suposición de que su mujer hubiera podido comprarlo. En ambas hipótesis, el animal debía restituirse a su dueño (Ex 23,4; Deut 22,1-3). No obstante las explicaciones de Ana justificando la procedencia del cabrito, Tobit no le daba crédito, acaso por constarle la conciencia poco escrupulosa de su mujer (5,18; 10,4), en contraste con su modo recto de proceder. En la discusión, Ana se refiere a la concepción corriente entonces de que las desgracias son castigo del pecado. Con ello hiere en lo más íntimo a su marido, porque detrás de sus palabras se esconde la sospecha de que es él un pecador y de que sus buenas obras son pura hipocresía. Es manifiesto el parecido de la mujer de Tobit con la de Job; ambas, con sus impertinencias, contribuyeron a agrandar los sufrimientos de sus respectivos maridos, tan duramente probados por Dios.

[1] DHORME, *Elam:* DBS 920-962.

Plegaria de Tobit (3,1-6)

1 Yo me entristecí y lloré, y con dolor me puse a orar, diciendo:
2 «Justo eres, Señor, y justas todas tus obras;
todos tus caminos son misericordia y verdad;
juzgas siempre según verdad y justicia.
3 Muéstrate a mí y para en mí tus ojos.
No me castigues por mis pecados,
ni por mis ignorancias, ni por las que mis padres cometieron contra ti.
4 Porque ellos desoyeron tus preceptos,
tú nos has entregado en botín al cautiverio y a la muerte,
objeto de escarnio para todas las naciones
entre las que hemos sido dispersados.
5 Muchos son tus juicios y verdaderos,
para que vayas a tomar venganza
por mis pecados y los de mis padres;
porque ni cumplimos tus preceptos
ni caminamos sinceramente delante de ti.
6 Ea, pues, haz conmigo según tu beneplácito.
Quítame el aliento de vida,
para que muera y me convierta en polvo;
porque más prefiero morir que vivir,
pues he oído ultrajes mentirosos
y una gran tristeza se apodera de mí.
Haz que sea yo libertado de esta angustia
para ir al eterno lugar.
No apartes tu rostro de mí».

Las palabras de Ana hirieron a Tobit en lo más íntimo. A las persecuciones de parte de los gentiles, a las risas burlonas de sus connacionales, se juntaban ahora las palabras injuriosas de su mujer, que le «habló como una mujer necia» (Job 2,10). En tales circunstancias, su pensamiento se vuelve al Señor. En la plegaria habla Tobit de la justicia y misericordia divinas; ruega al Señor que no le trate según su justicia (3-5), sino según su misericordia, pidiéndole que ponga fin a su vida, llena de penalidades. Con la muerte iría al «eterno lugar». En el texto no se presenta el «lugar eterno» como una morada oscura, sombría y espantosa, sino como lugar de reposo y de tregua de las penalidades de la vida. Esta concepción de la vida de ultratumba es superior a la de otros pasajes bíblicos más antiguos, y algunos autores católicos ven en el texto aquella confianza, seguridad y paz que se respira en el libro de la Sabiduría (MILLER).

La prueba de Sara (3,7-8)

7 Aquel mismo día aconteció en Ecbatana de Media que
Sara, hija de Ragüel, fue insultada por las esclavas de su padre,
8 porque, habiendo sido dada en matrimonio a siete maridos,
el maligno demonio Asmodeo les había dado muerte antes
que con ella hubieran tenido vida conyugal, y le decían: «¿No
estás loca tú, que ahogas a tus maridos? Siete has tenido ya, y
de ninguno de ellos has gozado».

El autor sagrado ha diseñado en esta perícopa (3,7-17) un cuadro concebido en estrecha relación con 2,1-3,6. Los acontecimien-

tos que se narran en ambos cuadros son contemporáneos, y entre ellos se dibuja una manifiesta analogía y paralelismo. Simultáneamente, en el mismo día, dicen B y Vulgata, una dura prueba alcanzó a los dos protagonistas: a Tobit en Nínive (2,29) y a Sara en Ecbatana (3,7); en el mismo tiempo (Sin.) ambos, en su dolor, acuden a Dios (3,11); la oración del uno y de la otra fue escuchada al mismo tiempo (Sin. 3,16), y «en la misma hora en que se volvía Tobit y entraba en su casa, bajaba Sara del piso alto de la suya» (3,17). A Tobit le persiguió un monarca asirio; a Sara, el demonio Asmodeo; de aquél se mofaban sus compatriotas y su mujer; de Sara, las sirvientas o esclavas de su padre. Las desgracias que acaecieron a ambos no eran consecuencia de sus pecados, porque los dos eran justos, sino resultado de una prueba a la cual Dios les sujetó para acrisolar su virtud. Dios premia su resignación en el sufrimiento, devolviendo a uno las riquezas y la vista, y a la otra premiándola con un matrimonio feliz. Los males que aquejaron a Tobit acontecieron por su piedad y amor hacia sus compatriotas; los de Sara contrastan con su buena conducta. Tobías y Sara son hijos únicos, y la presente narración pone de relieve la Providencia divina, que destinaba el uno para el otro. Junto a estas analogías, existen algunas divergencias, pues es distinto el estado de ánimo de Tobit y Sara y la ocasión de los sufrimientos de ambos. Estas analogías entre la situación de Tobit y la de Sara revelan que el autor ha dispuesto la narración artificiosamente. El número siete (v.8) reaparece varias veces (3,15; 6,14; 7,11) y equivale a decir: más de uno, varios, en sentido indefinido o completivo (todos los que desposó) (Gén 4, 15; Jue 16,13; Rut 4,15; 1 Sam 2,55; Prov 24,16).

Vanos intentos de matrimonio (3,9)

9 «¿Por qué nos azotas? Ya que ellos murieron, vete tú con ellos y que no veamos jamás hijo o hija tuya».

Sara era hija única. Para perpetuar la descendencia de su padre fue dada en matrimonio a siete jóvenes, que murieron antes que llevaran con ella vida conyugal. Lo extraordinario del caso dio pie a que se esparciera entre el vulgo el rumor de que todos ellos fueron muertos por el demonio Asmodeo. Probablemente, los pretendientes eran judíos, que iniciaron su vida de matrimonio con la bendición de Dios, al que invocaron con la oración (6,17). Pero la razón principal que deja traslucir el libro es que ellos no reunían las condiciones que exigía la Ley para desposar a una hija única (6,12.18; 8,17), sobre la cual sólo Tobías tenía derecho (3,15; 6,12-18; 7,10). Según la Vulgata, los pretendientes murieron en la primera noche de la boda: «mox ut ingressi fuissent ad eam»; sin embargo, los textos B y Sin. señalan que ellos murieron de improviso (3,15; 6,14; 7,11; 8,10), antes que tuvieran con ella relaciones sexuales, sin ulterior determinación de tiempo. La muerte extraña de los esposos fue muy comentada e interpretada diversamente. Las criadas *(una criada* según la Vulg.) acusaban a Sara de que ahogaba a sus maridos.

El demonio Asmodeo

En el v.8 se atribuye la muerte de los varios maridos de Sara a la acción del demonio Asmodeo. Unicamente en este lugar y en 3,17 se especifica el nombre de este ser diabólico que concurrió, involuntariamente, a la realización de los designios de Dios. En las diversas redacciones, este demonio es llamado «el perverso» *(ponerós*, B, Sin.); «el rey de los demonios» (HM), o «demonio de la impureza» *(akázarton)*. Muchos autores creen que Asmodeo, tanto por el nombre como por su naturaleza y actividad, corresponde al *Aeschma daeva* de los antiguos persas; otros rechazan decididamente este supuesto parentesco. El Asmodeo bíblico no parece que deba considerarse como procedente de la mitología irania. En el supuesto que así fuera, no podría, sin embargo, concluirse que la demonología judía fuera de origen iránico. La única conclusión que pudiera deducirse es que tenemos aquí un rasgo, que podríamos llamar de color local, en el sentido de que los acontecimientos del libro de Tobías se desarrollaron en Persia [1]. El nombre de Asmodeo puede ser de origen semítico y derivar del verbo hebraico *shamad* (Hifil), destruir, arruinar, de donde los nombres derivados: *Ashmodai, Ashmedon*, que se encuentran en la literatura rabínica y talmúdica [2]. En este supuesto, el Asmodeo del libro de Tobías correspondería al ángel destructor de que se habla en otros textos bíblicos o al Satán intrigante y enemigo de la felicidad (2 Sam 24,16; Sab 18,25; Apoc 9,11; 1 Crón 21,1; 1 Re 22,20), y estaría en oposición con Rafael, el ángel cuya misión es curar los males de Sara y llevar la felicidad a las familias [3].

La inserción en el texto del demonio Asmodeo ofrece algunas particularidades que merecen destacarse. Las sirvientas no culpan al demonio de la muerte de los maridos, sino a Sara (3,8). Esta y sus padres comprueban el hecho de la muerte de los maridos, pero no lo achacan al demonio (3,15; 7,11; 8,10); tampoco se hace mención del demonio en la plegaria de Sara (3,11-15) ni en la de su padre (8,15-17) y de Tobías (8,8-7). Unicamente el pueblo atribuye al demonio aquellas muertes. Tobías recoge el rumor popular de que el demonio ama a Sara y que, por lo mismo, mata a todos los que trataban de acercarse a ella (6,14-15).

En todos los pueblos del antiguo Oriente existía la creencia en la existencia de espíritus malos. Los antiguos árabes creían que el desierto estaba poblado por *djinns;* que estos espíritus malignos desencadenaban enfermedades y que constituían un peligro para los nuevos esposos. Según los árabes, los *djinns* se encuentran en todas partes: «cada lugar tiene sus habitantes sobrenaturales». A es-

[1] Clamer, Lagrange, *Le judaïsme avant Jésus-Christ* 403; *Asmodée:* DBS 1103-1104.

[2] *Talmud, Git.* 68a. Véase Strack-Billerbeck, *Kommentar zum Neuen Testament* IV 510-513.

[3] En el Testamento de Salomón reaparece Asmodeo con las siguientes palabras de presentación: «Mi misión es conspirar contra los nuevos esposos para impedir que se conozcan. Yo destruyo la belleza de las esposas y cambio sus corazones. Provoco en los hombres accesos de locura y hago que, aunque tengan sus mujeres, las abandonen para ir a las de otros, de manera que pequen y caigan en actos de homicidio» (cit. Pautrel).

tas potencias invisibles se atribuían las anormalidades de la vida sexual [4]. El demonio Asmodeo presenta ciertos rasgos que demuestran su parentesco con los demonios del paganismo, mencionados en el Antiguo Testamento con los nombres de *Shedim*, *Seirim* (Is 13,21; 34,14; Deut 32,17; Sal 106,37). En la versión aramea del libro de Tobías, Asmodeo es llamado rey de los *Schedim* (3,8; 6,14), o simplemente *shedu* (6,16), término con el cual se designan los espíritus de potencia limitada que, aun entre los paganos, no tienen el rango de las divinidades. De lo dicho podemos concluir que la naturaleza del Asmodeo no es estrictamente bíblica ni pagana, sino una mezcla creada por la fantasía popular, la cual, como es sabido, no conoce límites en esta materia.

Tentación de suicidio (3,10)

10 Oyéndolas, se entristeció sobremanera, tanto que quería ahorcarse. Pero decía: «Soy la hija única de mi padre; si tal hiciera, el oprobio vendría sobre él y de dolor conduciría su ancianidad al sepulcro».

Fue tan sensible Sara a los ultrajes de las sirvientas, que quería ahorcarse. Unicamente la reflexión sobre su condición de hija única, y por respeto a su anciano padre, no llevó a efecto su alocada idea. Todos los textos, excepto B, hablan de que Sara «se afligió grandemente, tanto que, subiendo a la terraza *(yperoon)* de su padre, quiso ahorcarse». La Vulgata señala que estuvo Sara en la terraza tres días y tres noches, sin comer ni beber. El suicidio es raro en Israel (2 Sam 17,23). De las funciones de las terrazas: 2 Sam 19,1; Dan 6,11; Jdt 8,5; 1 Crón 17,19; 2 Crón 4,11.

Plegaria de Sara (3,11-15)

11 Y oraba puesta a la ventana, y decía: «Bendito eres, Señor Dios mío, y bendito tu nombre, santo y excelso por los siglos. Bendígante todas tus obras para siempre. 12 Y ahora, Señor, en ti pongo mis ojos y mi rostro. 13 Llévame de la tierra y que no oiga ya más ultrajes. 14 Tú sabes, Señor, que yo estoy limpia de todo pecado con hombre 15 y que no he manchado mi nombre ni el nombre de mi padre en esta tierra de mi cautiverio. Hija única soy de mi padre, el cual no tiene hijo que pueda heredarle ni pariente próximo con un hijo para quien yo deba guardarme por mujer; ya se me han muerto siete maridos; ¿de qué me sirve la vida? Y si no te parece bien quitármela, mírame y ten piedad de mí y que no escuche ya más estos ultrajes».

Recobrada la serenidad, después de la tentación de suicidio, se asomó Sara a la ventana y, con las manos extendidas y la vista dirigida hacia Jerusalén, como solían orar los israelitas en el destierro (Dan 6,10), se entregó a una fervorosa oración. Pide al Señor que le envíe la muerte para no oír más las afrentas de que ha sido objeto. Las criadas (v.9) le habían dicho lo peor que podía desearse a una mujer judía (Gén 30,23; Lc 1,25). No evoca el recuerdo de sus propios pecados y los de su pueblo para obtener esta misericordia del Señor, como hizo Tobit; al contrario, recuerda su pureza de vida, su conducta ejemplar en sus pensamientos, intenciones y obras. Recuerda su condición de hija única, y que, por lo mismo, le correspondía heredar todos los bienes de su padre y conservarlos por el matrimonio en la familia o tribu (Núm 36,1-13), lo que no le es posible por la muerte de sus siete maridos que intentaron desposarla. De ahí que su vida no tiene ya finalidad alguna. Sara no tiene ningún pariente próximo. Tanto ella como sus padres, que conocían la existencia de Tobit (7,2), ignoraban la de Tobías (3,15).

[4] Lods, 274-277. Véase el estudio de E. Dhorme sobre la demonología del A. y N. T. en *Hommage à W. Vischer: Maqqel shaqedh*. La Branche d'Amandier (París 1960) 46-54, en donde habla de los siete malos espíritus: Shedu, Elilim, Asmodeus, Beelzebub, Satán, Diábolos. El nombre del Asmodeo sólo aparece en el libro al principio de la narración de los hechos y nunca en boca de los que obran y hablan. Por hallarse en la parte redaccional cabe suponer que el nombre Asmodeo se introdujo más tarde en el texto. Con su presencia se consigue un doble efecto: poner en evidencia que Sara se reservaba para Tobías y, además, la santidad del matrimonio.

Dios escucha las oraciones de Tobit y Sara (3,16-17)

16 Fue escuchada la oración del uno y de la otra en la presencia de la gloria de Dios. 17 Rafael fue enviado para remediarlos a los dos, para batir las cataratas de Tobit y para casar a Sara, la hija de Ragüel, con Tobías, el hijo de Tobit, y paralizar a Asmodeo, el maligno demonio, por cuanto a Tobías tocaba heredarla. Al mismo tiempo en que se volvía Tobit y entraba en su casa, bajaba Sara, la de Ragüel, del piso alto de la suya.

Ha descrito el autor la situación trágica de los dos fieles servidores de Dios Tobit y Sara. ¿Cuál será la solución que dará Dios para acabar con las tribulaciones que afligen a ambos? En el v.16 aparece el salvador, el instrumento de la Providencia divina, el que recompensa a los fieles por sus virtudes, el ángel que cura, Rafael (que significa *Dios cura)*.

Ambos rogaban a un mismo tiempo, y, sin que uno supiera nada del otro, pedían al Señor que les quitara la vida. Sus oraciones fueron escuchadas en presencia de la gloria de Dios (12,12.15) o delante de Dios Todopoderoso, cuya presencia se revelaba por la manifestación de su gloria, como en los días del Sinaí (Ex 24,16; 33,18). Las oraciones de Tobit y Sara llegaron al trono del Altísimo por mediación de Rafael, quien, además, era el guía de Tobit en todas las obras de misericordia que practicaba (12,12). En la literatura apócrifa se habla a menudo de Rafael *(Henoc* 10,4; 23,3; 49,9). En nuestro texto, su misión es doble: curar la enfermedad física que aquejaba a Tobit (12,14) y sanar los males morales de Sara con un matrimonio feliz. Con la mención de Asmodeo se quiere contraponer la obra salvífica de Rafael a la acción destructora del demonio.

SEGUNDA PARTE

ACCION BENEFICA DE RAFAEL EN FAVOR DE TOBIT Y SARA (c.4-11)

Consejos del padre al hijo (4,1)

1 En aquel día se acordó Tobit de la suma que tenía en poder de Gabael, en Ragues de Media.

Por aquel tiempo se acordó Tobit de la cantidad de plata que había dejado en depósito a Gabael, en Ragues de Media. Este recuerdo, suscitado por la penuria económica en que se encontraba y el presentimiento de su muerte próxima, sirven de tránsito de la primera a la segunda parte del libro. Tobit quiere que su hijo sepa de la cantidad depositada en Ragues y se haga con ella, a ser posible antes de su muerte.

Deberes de Tobías para con sus padres (4,2-4)

2 Y se dijo: «Yo me he pedido la muerte; ¿por qué, pues, no llamar a Tobías, mi hijo, y comunicárselo antes de morir?»
3 Llamóle y le dijo: «Si muero, hijo mío, me darás sepultura y te guardarás de menospreciar a tu madre; hónrala siempre todos los días de tu vida, obra según su beneplácito y no le causes tristeza. 4 Acuérdate, hijo, de los muchos trabajos que ella pasó por ti cuanto te llevaba en su seno; cuando muera, dale sepultura a mi lado, en el mismo sepulcro.

Obsesionado por el pensamiento de la muerte, Tobit recuerda a su hijo el más santo de los deberes que tiene para con su padre: darle honrosa sepultura al morir. Tal era el deseo que todo buen israelita manifestaba a su hijo en el trance de la muerte (Gén 49,29; 50,24). Otro de los deberes que le inculca es el respeto y reverencia hacia su madre (Ex 20,12; Prov 23,22; Eci 3,5), que al morir debía enterrar a su lado (Gén 25,10).

Deberes para con Dios (4,5-6)

5 »Acuérdate, hijo, siempre del Señor, nuestro Dios, y guárdate de pecar; observa sus preceptos. Practica la justicia todos los días de tu vida y no sigas los caminos de la iniquidad. 6 Porque, siguiendo la verdad, serás feliz en todas tus obras, como todos los que practican la justicia.

Estos se resumen en una frase: acuérdate siempre del Señor, nuestro Dios, lo que equivale a tenerle presente en la mente (1,13; Deut 8,19; Ece 12,1; Sab 15,3).

Deberes para con el prójimo (4,7-11)

7 »Según tus facultades, haz limosna y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti. 8 Si abundares en bienes, haz de ello limosna, y si éstos fueren escasos, según sea tu escasez, no temas hacerla. 9 Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad, 10 pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas, 11 y es un buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo para todos los que la hacen.

Tobit inculca particularmente a su hijo la práctica de la limosna, que ha constituido la nota característica de toda su vida (1,3.16; 2,2.14; 12,8). La limosna, según el texto, libra de la muerte y del sepulcro, expresiones estas últimas que deben tomarse en sentido sinónimo (12,9; 14,10-11; Prov 10,2; 11,4; Dan 4,24). Caer en las tinieblas equivale a otra expresión bíblica: «Bajar al sepulcro o al *sheol*» (14,10; Sal 88,13; Ece 11,8; Job 10,21). Debe ejercer la caridad para con todos, en proporción a las riquezas de que disponga (Ecli 4,4). Dios recompensa la generosidad para con los pobres (v.7), pues «a Yahvé presta el que da al pobre; El le dará la recompensa» (Prov 19,17). La tradición, a la luz de una revelación posterior, ha visto en el texto una recompensa más allá de la muerte. Texto hebreo de Münster: «El que dé limosna verá la faz de Dios»; y el de Fagio: «La limosna libra del juicio de la *gehenna*». Según la concepción judía, las tinieblas invadían el lugar reservado a las almas después de la muerte (Job 10,22; 15,22). Si la limosna libra de la muerte y de las tinieblas es porque asegura en el más allá un puesto de luz, a diferencia de los malos, que serán arrojados a las tinieblas exteriores (Mt 8,12).

Continencia (4,12)

12 »Guárdate, hijo, de toda fornicación, y ante todo toma esposa del linaje de tus padres; no tomes mujer extranjera que no sea del linaje de tu padre, que hijos somos de profetas, Noé, Abraham, Isaac y Jacob, nuestros antiguos padres. Recuerda, hijo, que éstos tomaron mujeres de entre sus hermanos, y fueron bendecidos en hijos, y heredó su descendencia la tierra.

Recomienda Tobit a su hijo que huya de toda fornicación *(porneia)*, es decir, de todo contacto ilícito con una mujer que no fuera suya. No se unirá en matrimonio con una mujer extranjera (Ex 34, 15-16; Deut 7,1-4; Esd 9,1-10; Neh 13,25; Mal 2,11). Conforme el ejemplo de sus padres, buscará por esposa a una mujer de su mismo linaje y descendencia (1,9; 3,17; 6,12; 7,10.12.13). Los israelitas descendían de los «antiguos padres», a quienes Dios llama «mis profetas» (Sal 105,15).

Amor a los hermanos (4,13)

13 »Y ahora, hijo mío, ama a tus hermanos.

El amor a los individuos de la misma tribu y linaje le preservará de caer en la tentación de unirse en matrimonio con mujeres extranjeras. Las diferencias étnicas y culturales provocan la desunión y desacuerdo.

Justicia (4,14)

14 »Y no te ensoberbezcas en tu corazón ni desprecies a los hijos e hijas de tu pueblo, rehusando tomar de ellas mujer, porque en el orgullo está la perdición y el desorden, y en la ruindad la penuria y el hambre, pues la madre del hambre es la ruindad. No retengas una noche el salario de un obrero que trabajare para ti; entrégaselo luego. Si sirvieres a Dios, El te recompensará. Atiende, hijo, a todas tus obras y muéstrate prudente en tu conversación.

Como consecuencia del amor hacia los hermanos, debía Tobías entregar cuanto antes el salario convenido al que trabajara por él (Lev 19,13), y si el obrero fuera pobre, «antes de la puesta del sol» (Deut 24,15).

Moderación (4,15)

15 »Lo que no quieras para ti no lo hagas a nadie. No bebas vino hasta embriagarte, no vaya contigo la embriaguez.

En unión con los deberes de caridad para con el prójimo, recomienda Tobit a su hijo el uso moderado del vino, ya que los excesos en el beber dan lugar a discordias entre hombres y familias.

Obras de misericordia (4,16-17)

16 »Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo en limosnas, y no se te vayan los ojos tras lo que dieres. 17 Pon tu pan y tu vino en los funerales de los justos y no comas ni bebas con los pecadores.

Volviendo sobre el tema de la limosna, insiste Tobit en el deber de proveer a las necesidades de los que tienen hambre y no tienen con qué cubrirse. Lo sobrante de los bienes de fortuna de que dispone pertenece en cierta manera al pobre, a quien debe entregárselo alegremente. Recomienda asimismo a su hijo mantenerse fiel a la costumbre de ofrecer a las familias israelitas que están de luto panes (el pan de consolación) o cualquier otro alimento (Jer 16,7; Ex 24,17; Eci 7,33) para el banquete funerario. No se daba el banquete con ánimo de que sirviera de viático al difunto en su largo viaje hacia el más allá, sino para consuelo de los familiares (2 Mac 12, 39). Este pan llamábase «panis dolorum», pan de dolores, y el vino, «calix consolationis», cáliz de consuelo (Jer 16,7; Os 9,4; Ez 24,17; Prov 31,6; Eci 7,37). Esta costumbre pasó a los primitivos cristianos, los cuales celebraban banquetes funerarios junto a las tumbas; costumbre que en parte subsiste todavía en nuestros días. En el supuesto de que el difunto no sea israelita, entregará el pan y el vino, pero no participará en el banquete funerario (v.17).

Prudencia (4,18-20)

18 »Sigue el consejo de los prudentes y no desprecies ningún buen consejo. 19 En todo tiempo bendice al Señor Dios, y pídele que tus caminos sean rectos y todas tus sendas y consejos vayan bien encaminados; porque no es del hombre el consejo; sólo el Señor es quien da todos los bienes, y a quien quiere le humilla según su voluntad. Acuérdate, pues, hijo mío, de mis preceptos, y no se borren de tu corazón. 20 Has de saber también que tengo diez talentos en poder de Gabael, hijo de Gabrías, en Ragues de Media. 21 No temas, hijo; somos pobres, pero rico serás si temes a Dios y te apartas de todo pecado y haces lo que le es grato».

Desconfiar de sí mismo y confiarse al consejo de una persona sabia y prudente es una norma repetida en los libros sapienciales (Prov 12,15; 3,10-16; 27,9; Eci 32,24). «Pero no es del hombre el consejo», sino de Dios de quien procede en último término (Prov 3,5; Eci 39,10). En la *Leyenda de Ahikar* se leen consejos muy semejantes, y a veces idénticos, a los que Tobit dicta a su hijo. Al fin de su discurso Tobit pone en conocimiento de su hijo la existencia de diez talentos de plata que consignó en depósito a Gabael, de los cuales podía él disponer.

Tobit resuelve las dificultades de su hijo (5,1-3)

1 Respondió Tobías, diciéndole: «Padre, cuanto me has mandado lo cumpliré. 2 Pero ¿cómo voy a poder recobrar el dinero de Gabael, si no le conozco?» 3 Diole su padre el recibo y le dijo: «Busca quien te acompañe, que yo le daré su recompensa, y ponte en camino para cobrar el dinero antes que yo muera».

Tobías recibió dócilmente los consejos y exhortaciones que le había dado su padre. Tobías no conocía a Gabael, de donde su pregunta: ¿Cómo podré cobrar de él la plata, si no le conozco y él tampoco a mí? El padre resuelve inmediatamente las dificultades expuestas por su hijo. A la primera le dice que bastará presentar el recibo para que Gabael caiga en la cuenta de que Tobit le dejó en depósito la suma de diez talentos de plata. Resuelve la segunda aconsejando a su hijo busque un guía fiel *(pistós)* que conozca los caminos que llevan a la Media. El S pone en boca de Tobías otra pregunta: «¿Qué señal le daré para que me reconozca, me crea y me entregue la plata?»

El compañero de viaje (5,4-9)

4 Fuése en busca de uno, y se encontró con Rafael, que era
un ángel. 5 No conociéndole, le dijo: «¿Podrías acompañarme
a Ragues de Media, si es que conoces el camino?» 6 El ángel le
contestó: «Yo iré contigo, que conozco bien el camino y hasta
he sido huésped de Gabael, nuestro hermano». 7 Tobías le
contestó: «Espera un poco, que voy a decírselo a mi padre».
8 El le respondió: «Vete y no tardes». Se fue y dijo a su padre:
«Ya hallé quien pueda acompañarme». El le dijo: «Llámale,
que quiero saber de qué tribu es y si es de confianza para acom-
pañarte». 9 Llamóle, entró y se saludaron.

Fue providencial que, apenas hubo Tobías traspasado el umbral de su casa, se encontrase frente a un «joven gallardo, de pie, ceñido y como dispuesto a emprender un viaje» (texto de la Vulgata), al cual todos los otros textos llaman por su nombre, Rafael, añadiendo que era un ángel.

Tobit se informa (5,10-13)

10 Díjole Tobit: «Dime, hermano, ¿de qué tribu y familia
eres tú?» 11 Y le contestó: «¿Quieres conocer la tribu y la fa-
milia o informarte de la persona que va a acompañar a tu hijo?»
Replicóle Tobit: «Quiero, hermano, conocer tu linaje y tu per-
sona». 12 «Pues yo soy hijo de Azarías, hijo de Ananías, grande
entre tus hermanos». 13 Respondióle él: «Seas, hermano, bien
venido; pero no te enojes de que haya querido saber tu tribu
y tu familia. Por suerte eres hermano mío, de una buena y
noble ascendencia, pues yo conocía a Ananías y a Jonatán, hi-
jos de Semeí el grande, de cuando juntos íbamos a Jerusalén
para adorar, llevando las primicias y los diezmos de las cose-
chas; que no se descarriaron ellos como nuestros hermanos. De
buena raíz eres, hermano.

La descripción del encuentro entre Tobit y Rafael es sobria en el texto B, en tanto que en el Sin. se extiende en muchos detalles. A Tobit interesa saber en qué manos confía a su hijo. El ángel reveló en parte su personalidad, al decir: «Yo soy Azarías, dijo, hijo de Ananías, el grande de tus hermanos». Estos dos nombres reaparecen en otros pasajes bíblicos (Azarías: 1 Re 4,2.5; Jer 43,2; Dan 1,6; Neh 3,23; 1 Crón 2,8.28; 2 Crón 15,1; Ananías: Jer 37,13; Dan 1,6; 1 Crón 3,19.21; Esd 10,28; Neh 3,3). El calificativo de «el grande» que se da a Ananías puede significar cabeza de familia, príncipe de alguna tribu u hombre distinguido por su celo religioso. Pero, mientras Tobit toma los nombres de Ananías y Azarías como nombres propios de personajes históricos con los cuales ha convivido, el ángel les da una significación simbólica en consonancia con la misión que le había sido confiada. Rafael era el ángel enviado por Dios para curar *(rafa,* 3,17; 14,14-15) a Tobit y a Sara. Dios, que es benignidad, bondad y misericordia *(Ananía)*, escucha las súplicas de los que le temen *(Semaia)*, derrama sus gracias o favores *(Jonatán)* y les ayuda *(Azaría)* por medio de su ángel. No alcanza Tobit, de momento, la profundidad de las palabras del ángel. Rafael no deshace el equívoco; por el momento bastábale saber que el guía «era de buena raíz»; en realidad, mejor de cuanto él podía sospechar.

Acuerdo sobre el salario y preparativos del viaje (5,14-16)

14 »Pero dime: ¿cuál será el salario que habré de darte? ¿Bas-
taría una dracma por día y el sustento para ti y para mi hijo?
15 Y cuando felizmente volváis, te añadiré algo». 16 Convinie-
ron en ello, y dijo a Tobías: «Prepárate para el camino, y que
tengáis feliz viaje». Una vez que el hijo preparó lo necesario
para el camino, díjole su padre: «Parte con éste, y Dios, que
mora en los cielos, os dé feliz viaje y un ángel os acompañe».
Y se pusieron en camino, yendo con ellos el perro del mozo.

Sin regateos, convienen en una dracma por día y la manutención. La dracma, moneda de plata ática o fenicia, representaba la paga ordinaria de un trabajador común (2 Mac 4,19; 12,43; Lc 15,8). Antes de partir bendice Tobit a los viajeros con una fórmula que recuerda la bendición que impartió Abraham al siervo mayor de su casa al enviarle a buscar mujer para su hijo Isaac (Gén 24,7.40), deseando que el ángel del Señor les acompañe (Ex 23,20; Jue 13,20; Sal 91,11). Al ponerse en camino, fue con ellos el perro del mozo. Entre los hebreos era el perro un animal impuro y despreciable (Eci 9,4), tolerándose únicamente su empleo en la custodia del ganado (Job 30,1) para señalar con sus ladridos la presencia de salteadores y animales carnívoros (Is 56,10) [1].

Desconsuelo de la madre (5,17-22)

17 Su madre, Ana, se puso a llorar, diciendo a Tobit: «¿Por
qué habrás enviado a nuestro hijo? ¿No era nuestro báculo,
viviendo con nosotros?» 18 No tuviéramos nunca ese dinero,
si había de costarnos nuestro hijo. 19 Hasta el presente, el Se-
ñor nos dio de qué vivir, y vivíamos contentos». 20 Pero Tobit
le dijo: «No digas eso, mujer. Volverá sano y tus ojos lo verán.
21 Porque un ángel bueno le acompaña, tendrá un viaje feliz
y volverá sano». 22 Y ella dejó de llorar.

La madre prorrumpe en lágrimas y en amargos reproches contra su marido tan pronto como su hijo abandonó el hogar. A las inquietudes de Ana responde Tobit con serenidad y confianza: «No te preocupes, hermana *(adelfé)*; vendrá sano, y tus ojos lo verán, porque le *acompaña un ángel bueno*» (Sal 91,11; Gén 24,7-40). El que Tobit llame *hermana* a su mujer debe interpretarse en el sen-

[1] Probablemente el texto primitivo no aludía al perro, que introdujeron los redactores griegos por influencia de la cultura helénica y como detalle pintoresco. Otra explicación sugiere el códice S en 11,4, que lee *kyrios*, señor, en vez de *kyon*, perro. En el margen de algún ms. griego estaba escrito: *o ky met'autón*, y la palabra abreviada *ky(rios)* fue interpretada torcidamente por *kyon*. De hecho, la idea de que el Señor acompañara a los dos viajeros encaja perfectamente con la situación y con la concepción religiosa del texto (5,17.22; 10,11).

tido de cordialidad, como si dijera: «amor mío». En el papiro Oxyrrh. LV 744, un tal Hilario llama *adelfé* a su mujer. A menudo, antes de los Tolomeos, la esposa recibía el calificativo de *hermana*.

Los viajeros pernoctan a orillas del Tigris (6,1)

[1] Siguieron los caminantes su viaje y llegaron al atardecer a las orillas del río Tigris, donde pasaron la noche.

Dice el texto B que los dos (acompañados del perro, según Sin. y Vet. Lat.) llegaron al atardecer a la ribera del Tigris. En ningún texto se lee que los dos viajeros lo atravesaran. Tampoco se indica el punto de partida, aunque toda la narración da a entender que ambos salieron de Nínive ciudad o de alguna localidad vecina. No deja de extrañar la afirmación de que, saliendo ellos de Nínive, edificada junto al Tigris, llegaron, al cabo de una jornada de viaje, a las orillas del mismo. La explicación más común entre los autores es suponer que los viajeros siguieron un camino que corría a lo largo de la orilla izquierda del río, en dirección sudeste, y que al atardecer pernoctaron allí, antes de atravesar el Zab superior, más al este, sobre *Sulemanije*, para alcanzar Ecbatana.

La aventura del pez (6,2-5)

[2] Bajó el muchacho a bañarse y salió del río un pez que quería devorarle. [3] Pero el ángel le dijo: «Cógelo». Cogiólo el joven y lo sacó a tierra». [4] Díjole el ángel: «Descuartiza el pez y separa el corazón, el hígado con la hiel, y ponlos aparte». [5] Hizo el muchacho lo que el ángel le decía, y, asando el pez, comieron. Continuaron su camino y llegaron cerca de Ecbatana.

Cansado por el largo viaje, el joven Tobías bajó al río para lavar sus pies, «y salió del río un pez que quería devorarle». Con el fin de explicar convenientemente la voracidad de este pez, han introducido los diversos textos algunas particularidades en la narración. Unos (Vet. Lat.) dicen que se trataba de un pez de mar *(piscis maris)*; de «un pez grande» *(megas*, Sin.; *magnus*, Vet. Lat.), de proporciones desmesuradas *(immanis*, Vulg.). Según B, el pez quería devorar a Tobías, o morderle en el pie *(poda*, Sin.), o ambas cosas *(circumplexus est pedes eius et pene puerum devoraverat*, Vet. Lat., r., g.). Según la Vulgata, el pez salió del agua *ad devorandum eum*. Más modestas eran las pretensiones del animal según HMAR, al decir que «quería comer el pan del joven». Según muchos, la lección original es quizá la del texto B: «el pez quería devorar al joven Tobías», lo que debe entenderse de conformidad con el carácter bastante libre de la narración (MILLER, CLAMER). El ángel, que esperaba esta escena, tranquilizó inmediatamente al mozo, dándole instrucciones sobre el modo de conducirse con el pez. Por el hecho de que Tobías agarrara el pez y lo arrojara a la orilla, cabe deducir que no era un *piscis immanis*. Según indicaciones del ángel, descuartizó Tobías el pez, separó del mismo el corazón y el hígado

con la hiel, que puso cuidadosamente aparte; tiró sus entrañas, y, como se trataba de un pez con escamas, del cual podían comer los hebreos (Lev 11,9-12; Deut 14,9-10), se asaron sus carnes y las comieron [1].

El ángel satisface la curiosidad de Tobías (6,6-8)

[6] Dijo el joven al ángel: «Hermano Azarías, ¿para qué sirven el corazón y el hígado con la hiel del pez?» [7] El le respondió: «Sirven para que, si un demonio o espíritu le atormenta a uno, quemándolos ante él ya no vuelva a molestarle. [8] Cuanto a la hiel, sirve para ungir a quien tuviese cataratas, pues con ella quedará curado».

Cerca de Ecbatana, Tobías preguntó a su guía el porqué del corazón, del hígado y de la hiel que traía consigo. El ángel le informó acerca de sus virtudes medicinales, que Tobías desconocía. Entre los antiguos se creía en la virtud de la hiel contra las enfermedades de los ojos [2], pero por el contexto se deduce que Tobías la ignoraba totalmente, al igual que los médicos que asistieron a su padre (2,10). ¿Creía el autor sagrado en la eficacia de los productos farmacéuticos recomendados por el ángel? ¿Qué acción tenían contra los malos espíritus las fumigaciones obtenidas de la combustión del corazón y del hígado? El autor sagrado se ha limitado a referir *una creencia existente en el ambiente pagano sobre un remedio que* se creía apto para ahuyentar al demonio del cuerpo de un poseso. Por su parte no le atribuye eficacia alguna; quiso poner en evidencia la potencia divina, que se sirve a menudo de medios humanos despreciables como de instrumento para obtener efectos sorprendentes. En cuanto al ángel, debemos decir que se acomoda a los usos y costumbres del ambiente histórico y cultural en que se desenvuelve.

Propuestas de matrimonio (6,9-12)

[9] Así que llegaron a Ecbatana, [10] dijo el ángel al joven: «Hoy, hermano, habremos de pernoctar en casa de Ragüel, tu pariente, que tiene una hija llamada Sara. Yo le hablaré para que te la dé por mujer, [11] pues a ti te toca su herencia, pues tú eres ya el único de su linaje; la joven es bella y discreta. [12] Oye, pues, lo que voy a hacer: Yo hablaré a su padre, y cuando volvamos de Ragues, celebraremos la boda; pues yo sé que Ragüel no puede darla a ningún otro marido, según la ley de Moisés, o sería reo de muerte, porque antes que a ningún otro te pertenece a ti la herencia».

Al llegar cerca de Ecbatana (no Ragues, como traen B y Vulgata) propuso el ángel la conveniencia de pernoctar allí y de hospe-

[1] Según ArHM, Tobías puso aparte el corazón y la hiel por haberle indicado el ángel sus excelencias terapéuticas, lo que, según otros, hizo el ángel más tarde, ya en territorio de la Media. Los textos SHMAr especifican que, de los dos, sólo Tobías comió parte del pescado, salando el resto. La *Vetus Latina:* «asavit carnes eius, et secum tulerunt in via; cetera salierunt quousque pervenirent in Ragues, civitatem Medorum». Según HM, Tobías «asó, comió y arrojó el resto». La divergencia pudo originarse de la confusión de *munnach*, resto (HM), con *mullach*, salar. En este pasaje parece imponerse la sobriedad de B.

[2] PLINIO, *Hist. Nat.* 32,24; GALENO, *Fac. simpl. med.* 10,2-13; tablilla K.11095, que atestigua, según Stummer, esta creencia entre los asirios.

darse en casa de Ragüel, apoyando su propuesta en tres razones: 1.ª Ragüel era pariente de Tobías. 2.ª Tenía una hija única llamada Sara. 3.ª Que Tobías debía tomarla por esposa. Aparte de las cualidades de la joven, bella y discreta, las razones de este matrimonio se basaban en el cumplimiento escrupuloso de la Ley (Núm 27,1-11; 36,1-12). En efecto, Sara era pariente próximo de Tobías (B, Sin. y Vulg.), de la misma tribu (Vulg.). El ángel se compromete a llevar personalmente todo el asunto; hablaría al padre de Sara y esperaba tener éxito en su empresa. El uso exigía que la petición fuera hecha por el padre de familia o por un representante suyo (Gén 24,2ss; Jue 14,2ss); pero, conociendo la voluntad formal de Tobit de que su hijo se uniera en matrimonio con una mujer de su misma parentela (4,12), se compromete a allanar todas las dificultades que pudieran acontecer y llevar a término los trámites de costumbre.

Temores de Tobías (6,13-14)

[13] Replicó entonces el joven al ángel: «Hermano Azarías, he
oído que la doncella fue dada a siete maridos y que todos pere-
cieron en la cámara nupcial; [14] yo soy hijo único de mi padre,
y temo que, si me acerco a ella, voy a morir como los anterio-
res, porque la ama un demonio y a ella no le hace ningún daño,
pero sí a los que se le acercan. Temo ahora que, si muero, lle-
varé al sepulcro a mi padre y a mi madre de dolor por mí,
pues no tienen otro hijo que les dé sepultura».

Ante la inesperada propuesta del ángel no encuentra Tobías dificultades serias que oponer; al contrario, comprende que este matrimonio sería ideal, de no existir una circunstancia grave que lo desaconsejara. La voz popular llevó hasta Nínive la noticia de que Sara fue dada a siete maridos y de que todos perecieron en la cámara nupcial la primera noche de bodas por obra del demonio. No se ensaña el demonio contra la joven, sino contra los que se le acercan, porque la amaba (B y Vet. Lat.).

Pero no se desprende del texto que el demonio sintiera por Sara un afecto sensual; más bien da a entender que este amor le obligaba a impedir un matrimonio que no convenía a la joven. Como hemos anotado antes (3,7-9), Dios había destinado desde la eternidad (v.18) que Sara debía unirse a Tobías en matrimonio (v.18). El demonio fue en este asunto un instrumento inconsciente, pero dócil, de la Providencia divina.

Palabras tranquilizadoras de Rafael (6,15-19)

[15] Contestóle el ángel: «¿No te acuerdas de las palabras que
tu padre te inculcó sobre tomar mujer de tu propio linaje? Es-
cúchame, pues, hermano: Esa será tu mujer, y del demonio
no te preocupes, que esta misma noche te será dada por mujer.
[16] Cuando entres en la cámara nupcial, toma un perfumador
y pon en él trozos del corazón y del hígado del pez, que hagan
humo; [17] que en cuanto lo huela el demonio, huirá y no volve-
rá por los siglos de los siglos. [18] Pero cuando a ella te acerques,

levantaos ambos e invocad al Dios misericordioso, que os sal-
vará y tendrá piedad de vosotros. No temáis, que para ti está
destinada desde la eternidad, y tú la salvarás e irá contigo, y
estoy seguro de que tendrás de ella hijos». [19] Así que oyó To-
bías estas palabras, sintió grande amor por ella y se le apegó su
corazón. En esto llegaron a Ecbatana.

El ángel acaba con las vacilaciones de Tobías. Aquella misma noche le será dada Sara por mujer. Para neutralizar la acción del demonio deberá Tobías emplear el procedimiento de tomar un perfumador y colocar sobre él trozos del corazón e hígado del pez de manera que desprendan humo. En cuanto el demonio lo huela, huirá para no volver más. Es difícil comprender el significado de este acto. No existe unanimidad entre los diversos textos sobre las veces que debía repetirse este exorcismo, ni convienen en señalar qué partes debían quemarse, el hígado y el corazón, o sólo éste [3]. Quizá nuestro pasaje se refiere a cierto rito religioso casero, consistente en quemar incienso en ciertas horas del día. En este supuesto, el uso del corazón podría explicarse como un concepto religioso relacionado con la oración que recomienda el ángel.

A los perfumes debe acompañar la oración de ambos. El matrimonio iniciado con la bendición de Dios y santificado por la oración dará sus frutos. Sobre ellos tuvo poder el diablo, pero nada puede contra los que se acercan a este matrimonio con recta intención. Una vez solucionadas las dificultades de Tobías tocantes a su matrimonio con Sara, sintió gran afecto hacia ella y se le apegó fuertemente a su corazón. En esto llegaron a Ecbatana.

Caluroso recibimiento en casa de Ragüel (7,1-8)

[1] Llegados a casa de Ragüel, les salió al encuentro Sara, que
los saludó, y ellos a ella, y los introdujo. [2] Dijo Ragüel a Edna,
su mujer: «¡Cómo se parece este joven a Tobit, mi primo!»
[3] Entonces Ragüel les preguntó: «¿De dónde sois, hermanos?»
A lo que ellos contestaron: «De los hijos de Neftalí, de los cau-
tivos de Nínive». [4] «¿Conocéis a Tobit, nuestro hermano?»
Respondiéronle: «Sí que le conocemos». «¿Está bien?» [5] «Vive
y está bien», contestaron ellos. Y Tobías añadió: «Es mi padre».
[6] Ragüel, saltando, se echó a su cuello y le besó, derramando

[3] Según Döller, *Die Reinheits- und Speisegesetze des A. T.* (München 1917) 74, muchos pueblos antiguos consideraban peligroso el primer coito por temor a que el demonio entrara en la joven. De ahí que en muchos lugares diferían los jóvenes esposos por algunos días el uso matrimonial con el fin de despistarlo. Se empleaban muchos y variados estratagemas para engañar al demonio. La costumbre de asistir hombres armados al cortejo nupcial disparando tiros y cohetes se fundaba en la creencia de que debía alejarse al demonio, que acechaba de una manera especial a la novia. En la Iglesia primitiva, hasta la Edad Media, existía también la creencia de la acción funesta del diablo, enemigo del matrimonio. Para contrarrestarle se acudía a la oración, exorcismos, agua bendita y bendición del tálamo nupcial, etc. Según la Vulgata, el ángel recomienda a Tobías que se abstenga de todo comercio carnal con su esposa durante los tres primeros días que siguen al matrimonio, que se dedicarán a la oración. Pasada la tercera noche, podrá acercarse a su mujer, llevado más por el temor de Dios y amor a los hijos que por la sensualidad, con el fin de ser bendecido en la descendencia de Abraham por su posteridad. No se tienen noticias de que esta costumbre de las tres noches rigiera entre los israelitas. Las llamadas «noches de Tobías» tuvieron eco en la Iglesia católica. Amonesta el concilio Tridentino: «Sancta Synodus coniuges hortatur, ut antequam contrahant vel saltem triduo ante matrimonii consummationem sua peccata diligenter confiteantur et ad SS. Eucharistae sacramentum pie accedant» (sess.24, *De reformatione matrimonii* 1).

**lágrimas. 7 Y bendíjole, diciendo: «Eres hijo de un varón bue-
no, bonísimo». Pero al saber que Tobit había perdido la vista,
se entristeció hasta derramar lágrimas. 8 Edna, su mujer, y
Sara, su hija, lloraron también; los recibieron cordialmente,
sacrificaron un carnero y les ofrecieron un suntuoso banquete.**

Los dos viajeros se dirigieron a la casa de Ragüel. El primer encuentro de Sara con los huéspedes recuerda escenas análogas en la historia de los patriarcas (Gén 24,15-25; 29,9-13). Ragüel llama «primo» a Tobit, término que puede entenderse en sentido estricto o en el sentido más amplio y genérico de hermano. Al darse a conocer Tobías, Ragüel se abalanzó sobre el joven, se le echó al cuello y le besó, derramando lágrimas de emoción. El autor sagrado no ha referido el diálogo que siguió a esta revelación; sólo sabemos que, entre otras cosas, Tobías habló a Ragüel de la ceguera de su padre, con la consiguiente consternación del pariente. Como era costumbre entre los hebreos, el anciano Ragüel bendijo a Tobías (Jue 17,2; Rut 3,10), mientras hacía la apología de su padre. La familia entera se conmovió al encuentro inesperado de Tobías. Mataron un carnero en su honor (Gén 18,15ss) y aparejaron un suntuoso banquete. Toda la escena, aparte de algunos matices, es copia de lo sucedido en idénticas circunstancias en la historia de los patriarcas (Gén 29,4-6; 18,16ss), lo que está en conformidad con el espíritu del libro.

Ajuste de matrimonio (7,9-17)

**9 Dijo luego Tobías a Rafael: «Hermano Azarías, habla de
aquel asunto de que en el camino tratamos, y que se acabe este
negocio». 10 Expuso Azarías el asunto a Ragüel, que dijo a To-
bías: «Come, bebe y alégrate; en efecto, a ti te toca recibir a mi
hija; pero antes tengo que advertirte una cosa: 11 He dado ya
mi hija a siete maridos, pero, en entrando a ella, en la misma
noche murieron. Tú ahora regocíjate». Mas Tobías contestó:
«No gustaré bocado hasta que no resolváis este negocio y me
lo confirméis» 12 Dijo Ragüel: «Tómala desde ahora, según la
Ley, pues tú eres su hermano y a ti se te debe. Que Dios mise-
ricordioso os colme de felicidades». 13 Llamó a Sara, su hija,
y, cogiéndola de la mano, la entregó a Tobías por mujer, di-
ciendo: «Anda, según la Ley de Moisés, tómala y llévala a tu
padre». Y los bendijo. 14 Llamó a Edna, su mujer; tomó un
rollo, escribió el contrato matrimonial, lo selló, 15 y luego co-
menzaron a comer. 16 Llamó después Ragüel a Edna, su mu-
jer, y le dijo: «Prepara, hermana, otra alcoba y llévala a ella».
Hizo Edna lo que le mandaba, y llevó a su hija a la cámara.
Lloraba Sara, y, enjugando la madre las lágrimas de su hija, le
decía: 17 «Ten buen ánimo, hija; el Señor del cielo te dará gra-
cia en vez de tristeza; ten valor, hija mía».**

En contra de la Vulgata, es el ángel quien, a ruegos de Tobías, entabla las negociaciones para ajustar el matrimonio con Sara. Compárase el contenido de esta perícopa con la narración del criado de Abraham, comisionado para pedir la mano de Rebeca para su hijo

Isaac (Gén 24,32-33). Al llegar de viaje, solían los huéspedes lavarse los pies (Gén 18,4; 19,2; 43,24); seguía una comida (Gén 18,6-7). Como el criado de Abraham, se niega Tobías a tomar bocado antes de obtener la seguridad del consentimiento a su anhelado (6,19) matrimonio. Trata Ragüel de calmar la impaciencia de Tobías, diciéndole que de momento coma y beba, asegurándole que no tiene inconveniente alguno en entregarle a su hija por esposa.

Inmediatamente se formaliza el matrimonio con un rito cuya descripción, aunque muy sumaria, revela las costumbres antiguas de su celebración. Tomó el padre la mano derecha de su hija y la puso en la derecha del esposo (Vulgata), con lo cual se indicaba que, desde aquel momento, Sara pertenecía a Tobías. Contemporáneamente, pronunció Ragüel una fórmula de bendición nupcial (Gén 24,6; Rut 4,11ss), que la Iglesia reproduce en la misa *pro sponsis*. Acto seguido se procedió a la redacción por escrito del contrato matrimonial, del cual no se habla en la Ley mosaica, pero de cuyo uso en la antigüedad dan testimonio algunos documentos extrabíblicos *(Código de Hammurabi* 128).

En la cámara nupcial (8,1-9a)

**1 Cuando hubieron terminado de comer, llevaron a la alco-
ba a Tobías. 2 El, recordando las palabras de Rafael, tomó un
brasero y, poniendo encima de las brasas el corazón y el hígado
del pez, hizo humo. 3 El demonio, en cuanto olió aquel humo,
huyó al Egipto superior, donde el ángel le ató. 4 Una vez que
quedaron los dos solos, se levantó Tobías del estrado y dijo:
«Levántate, hermana; vamos a orar para que el Señor tenga
misericordia de nosotros». 5 Y comenzó Tobías, diciendo: «Ben-
dito eres, Dios de nuestros padres, y bendito por los siglos tu
nombre, santo y glorioso. Bendígante los cielos y todas las cria-
turas. 6 Tú hiciste a Adán y le diste por ayuda y auxilio a Eva,
su mujer; de ellos nació todo el linaje humano. Tú dijiste: No
es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda seme-
jante a él. 7 Ahora, pues, Señor, no llevado de la pasión sensual,
sino del amor de tu Ley, recibo a esta mi hermana por mujer.
Ten misericordia de mí y de ella y concédenos a ambos larga
vida». 8 Ella respondió: «Amén». 9a Y pasaron ambos dormidos
aquella noche.**

La primera providencia de Tobías fue tomar un brasero y poner el corazón y el hígado sobre las brasas para que produjeran humo. Tan pronto como lo aspiró el demonio, huyó al Egipto superior. Todos los textos repiten esta ceremonia. Parece que esta combustión tuvo lugar en presencia de los padres, pues dice el texto actual que, «una vez quedaron los dos solos, se levantó Tobías...» No es de suponer que el brasero se encontrara en la habitación para caldearla, porque la circunstancia de haberse bañado Tobías en el río demuestra que no estaban en la estación invernal. Había en la alcoba perfumador o pebetero, al que se le echaba incienso o algunas hierbas para aromatizar la habitación, lo que está de acuerdo con el texto griego al decir que puso el corazón y

el hígado sobre la ceniza de los perfumes o sobre las brasas del perfumador. Al oler el demonio aquel humo, huyó al desierto, lugar considerado como morada de los malos espíritus (Is 13,21; Mt 12,43; Mc 5,2-3), reducidos allí a la impotencia.

Existen graves discrepancias entre los autores sobre la interpretación de la naturaleza del hecho de ahuyentar el diablo por el humo desprendido de la combustión del corazón y del hígado del pez[1]. Si todos los textos no estuvieran acordes en atestiguar su autenticidad, nos inclinaríamos por considerar el pasaje como un adorno popular introducido tardíamente en el texto primitivo (Schlögl). De hecho puede borrarse perfectamente del texto sin perjudicar en lo más mínimo el curso de la narración. Debe rechazarse la hipótesis según la cual se oculta tras de este hecho una práctica mágica y supersticiosa, lo que repugna totalmente al espíritu del libro. Entre las muchas hipótesis que se han ideado, plácenos citar la que sigue. La combustión del corazón y del hígado fue una acción verdadera, pero simbólica, la cual, presupuesta la rectitud de intención de Tobías y su confianza en las palabras del ángel, recibía su eficacia de la oración. Aquella acción externa, unida a la oración, obraba como causa instrumental para significar también la operación interna que debía realizarse. El hecho se explica, con las debidas reservas, como el pasaje evangélico en que se habla del uso del barro (Jn 9,6) y de la saliva (Mc 47,33) que empleó Jesús en la curación del ciego y sordomudo. Concretamente, en nuestro pasaje, más que al humo producido por la combustión del corazón y del hígado, la fuga y la reducción del demonio a la impotencia se atribuyen a la intervención del ángel y a la oración de los esposos. Los dos, según la costumbre judaica, oran de pie, pidiendo al Señor que tenga compasión de ellos. Ninguna alusión hay en los textos griegos a la circunstancia atestiguada por la Vulgata de vivir en continencia las tres primeras noches que seguían al matrimonio, pues consideran la primera como la primera noche de vida conyugal.

Inquietud y oración de Ragüel (8,9b-18)

9b Cuando Ragüel se levantó, se fue a cavar una sepultura, 10 di-
ciendo: «Seguro que ha muerto éste también». 11 Vuelto Ra-
güel a casa, 12 dijo a Edna, su mujer: «Manda a una de las sier-
vas que vea si está vivo, para enterrarle si no, y que nadie se
entere». 13 Abrió la sierva la puerta y vio que ambos dormían.
14 Salió luego y les comunicó que estaba vivo. 15 Entonces ben-
dijo Ragüel a Dios, diciendo: «Bendito seas tú, Dios, con toda
bendición pura y santa, y bendígante tus santos, y todas tus
criaturas, y todos tus ángeles, y todos los elegidos; bendígante
por los siglos. 16 Bendito tú, que me has alegrado, no sucedien-
do lo que yo me temía, sino que has obrado con nosotros según
tu gran misericordia. 17 Bendito seas tú, Señor, que tuviste mi-

1 G. Lefèvre, *Les maladies des yeux dans l'Ancien Israël*: «Kemi», 15 (1959) 6; R. Labat, *A propòs de la fumigation dans la médicine assyrienne*: «Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale», 55 (1961) 152-153; H. Zimmer, *Die Beschwörungstafeln Surpu* (Berlín 1901).

sericordia de estos dos hijos únicos; ten de ellos piedad y con-
cédeles acabar en bien su vida con alegría y misericordia».
18 Y mandó a sus siervos rellenar la sepultura.

La fe de Ragüel en el feliz éxito del nuevo matrimonio prácticamente no existía, a pesar de que él y su mujer, como da a entender el texto, presenciaron la ceremonia de la fumigación, encaminada, según el ángel, a alejar el mal espíritu. Por lo cual, levantándose Ragüel muy de mañana, hacia la hora en que suele cantar el gallo (*circa pullorum cantum*, Vulgata), mandó cavar una fosa, diciéndose a sí mismo: «Seguro que también éste habrá muerto». Cerciorado por la sirvienta de que vivía, dio la orden inmediatamente de rellenar la sepultura «antes de despuntar el día» (texto de Sin.) para evitar las habladurías de la gente.

Grandioso banquete (8,19-21)

19 Hízoles la fiesta de bodas por espacio de catorce días,
20 pues antes ya le había instado a que no partieran hasta ter-
minar los catorce días de la boda. 21 Pasados, le daría la mitad
de su hacienda y le dejaría irse en paz a su padre, y el resto lo
recibiría cuando muriesen él y su mujer.

Para celebrar el acontecimiento, dispuso Ragüel que los días del banquete de bodas, que solían durar siete días (Gén 29,27; Jue 14,12-18), se duplicaran, obligando a Tobías con juramento a que no se ausentara antes del plazo de los catorce días.

Rafael va y vuelve de Ragues (9,1-6)

1 Llamó entonces Tobías a Rafael y le dijo: 2 «Hermano Aza-
rías, toma contigo un siervo y dos camellos y vete a Ragues de
Media, a casa de Gabael, y cóbrame el dinero y tráele a él a la
boda, 3 pues Ragüel me ha pedido con instancia que no me
vaya, 4 y mi padre estará contando los días, y si ve que tardo
mucho, se morirá de pena». 5 Partió Rafael y se hospedó en
casa de Gabael, a quien dio el recibo. Trajo Gabael los talegos
sellados y se los entregó. 6 Madrugaron y juntos vinieron a la
boda, bendiciendo Gabael a Tobías y a su mujer.

Por haberse Tobías obligado con juramento a no ausentarse de la casa de Ragüel durante los catorce días de la boda, y dominarle, por otra parte, el pensamiento de la ansiedad de sus padres, ancianos, rogó a Rafael, al que tenía por un simple hombre (Vulg.), partiera en dirección a Ragues en busca del dinero. Para poder retirar la cantidad que obraba en poder de Gabael le entrega, como documento acreditativo, el recibo (*jeirografón*), que deberá presentar al llegar. Al mismo tiempo ruega al ángel invite a Gabael a asociarse a los festejos con motivo de su boda. Rafael partió para Ragues, no indicando el texto el tiempo que tardó en efectuar un recorrido de 300 kilómetros que median entre Ecbatana y Ragues. Arriano (*De exp. Alex.* 3,20) cuenta que Alejandro Magno hizo el recorrido en once días. Se ha querido salvar la dificultad diciendo

que el banquete empezó al regresar Rafael de Ragues, lo que es poco probable. Débese notar que no nos hallamos ante una agenda de viajes en la que se anotan escrupulosamente todas las etapas del viaje, sino ante una narración redactada libremente, en la que se hace más hincapié en la lección práctica que en la relación de los pormenores. El S describe la emoción que sintió Gabael al encontrarse, después de veinte años (5,3, según S), con el hijo de su viejo amigo Tobit.

Ansiedad de los padres de Tobías (10,1-7)

1 Entre tanto, Tobit, su padre, estaba contando los días que podía durar el viaje, y cuando éstos se pasaron y vio que su hijo no volvía, 2 comenzó a decir: «Tal vez están retenidos por la cobranza del dinero, o acaso ha muerto Gabael y no hay nadie que se lo entregue». 3 Y se entristecía sobremanera. 4 Su mujer le decía: «Sin duda que ha perecido nuestro hijo, porque tarda mucho». Y comenzaba a llorarle, diciendo: 5 «¡Ay de mí, hijo mío! ¿Por qué te dejé ir, luz de mis ojos?» 6 Tobit le decía: «Calla, no te apures; seguro que está bien». 7 Pero ella replicaba: «Calla, no pretendas engañarme; seguro que ha muerto». Y todos los días iba al camino por donde se fue, pasando el día sin tomar bocado y la noche llorando sin cesar a Tobías, su hijo.

Como lo había intuido Tobías (9,4), su padre contaba los días que podía durar el viaje, por haberlo hecho él antes (1,14). Al cumplirse el plazo según sus cálculos y no verlo a su lado, comenzó a ponerse intranquilo. En realidad su hijo no se había retrasado ni un solo día en el horario previsto, ya que, durante los catorce días de la boda, los únicos que podían diferirlo, hizo Rafael el viaje de ida y vuelta de Ecbatana a Ragues. La alusión a las inquietudes de los padres puede obedecer a un artificio literario del autor con el fin de poner en un paralelismo exacto los dos cuadros de la ansiedad de los padres y las razones que presenta Tobías para marcharse de casa de Ragüel.

Los padres de Tobías reaccionaron cada uno a su manera. El tema de la tardanza de su hijo a menudo era causa de algún altercado entre ellos. Tobit trataba de apaciguar a Ana con razonamientos afectuosos, invitándola a la confianza y a la fe en Dios; pero la arisca mujer le respondía con un seco «Cállate» (Job 13,13), que equivalía a decir: «No me molestes» (Vet. Lat.). Sin embargo, tampoco había perdido ella toda esperanza (v.7).

Tobías se despide de sus suegros (10,8-13)

8 Cumplidos los catorce días de la boda, que Ragüel le había rogado que pasase con ellos, dijo Tobías a Ragüel: «Déjame partir, que mis padres habrán perdido ya la esperanza de volver a verme». 9 Pero su suegro le respondió: «Quédate aquí y yo enviaré un mensajero a tu padre para darle noticias de ti». 10 Mas Tobías insistió: «Déjame ir a mi padre». 11 Entrególe luego Ragüel su mujer, Sara, y la mitad de la hacienda, siervos, ganados y dinero; 12 y, al despedirlos, los bendijo, diciendo: «Que el Dios del cielo os dé feliz viaje, hijos míos, y que vea yo vuestros hijos antes de morir». 13 Y a su hija le dijo: «Honra a tus suegros, que ellos son ahora tus padres, y tenga yo buenas noticias de ti». Y la besó. Edna dijo a Tobías: «Hijo mío, que el Señor del cielo te dé una vida feliz y a mí ver a los hijos de Sara, mi hija, para que me alegre en presencia del Señor. Yo te la doy como en depósito; mi hija es, no le des mala vida».

Cumplidos, o en trance de cumplirse, los catorce días de la fiesta, manifestó Tobías a Ragüel su voluntad irrevocable de regresar a casa, alegando que cualquier tardanza en el horario previsto acarrearía un grave trastorno a sus ancianos padres. Rechaza Tobías la insinuación que le hace Ragüel de enviar un mensajero; los ancianos padres no querían tanto saber noticias de su hijo cuanto tenerlo a su lado. Viendo Ragüel que no era posible retener por más tiempo a su yerno, le entrega Sara, su mujer; la mitad de la hacienda, siervos, ganados y dinero. Algunos textos especifican que le fueron entregados a Tobías: siervos *(sómata*, Gén 36,6; 2 Mac 8,11; Apoc 18,3); siervas *(puellas*, Sin., Vet. Lat.), ganados, bueyes, asnos, camellos, vestidos de lino y púrpura, vasos de oro y plata (HM). Edna llama a Tobías «hijo y hermano carísimo» (S), augurándole buen viaje y deseando para ella poder ver los hijos de Sara. Miq 7,6 señala la falta de amor para con los suegros como una característica de una sociedad corrompida; nuestro libro, considerado como un cántico a la familia, lo recomienda. La mayoría de los textos (Vulg., ArM) hablan de besos y abrazos al despedirse.

Camino de Nínive (11,1-7)

1 Al punto se puso Tobías en camino, bendiciendo a Dios, que le había dado tan feliz viaje, y bendiciendo también a Ragüel y a Edna, su mujer. Así caminaron hasta llegar cerca de Nínive. 2 Entonces dijo Rafael a Tobías: «Bien te acordarás, hermano, de cómo hemos dejado a tu padre. 3 Vamos a adelantarnos nosotros a tu mujer para preparar la casa. 4 Lleva contigo la hiel del pez». Partieron ellos, siguiéndoles el perro. 5 Entretanto, Ana, sentada, miraba hacia el camino para ver si descubría a su hijo. 6 Cuando creyó verle venir, dijo al padre: «Mira, viene nuestro hijo, y con él su compañero». 7 Rafael dijo a Tobías: «Estoy seguro de que tu padre recobrará la vista.

Agradecido a Dios por los beneficios que le había otorgado con ocasión de su viaje a Ragues, Tobías regresa rico a su casa, acompañado de su esposa, siervos y ganados. La lentitud *(lento gressu*, según Vulg.) con que procedía la caravana llenaba de inquietudes al joven Tobías, deseoso de llegar cuanto antes a casa para consolar a sus ancianos padres. Su fiel compañero de viaje, Rafael, debió de comprender su intranquilidad, y a este fin le sugirió que los dos se adelantaran a la caravana para preparar la casa. En ella reinaba el desasosiego por su tardanza en regresar. Su padre soportaba la angustia en silencio, tratando de apaciguar el ánimo exaltado de su mujer. Esta, menos resignada y virtuosa, iba al camino que había

tomado su hijo y oteaba el horizonte con la esperanza de vislumbrar su silueta. Quizá la casa se hallaba en el extremo sudoriental de la ciudad, desde donde podía divisarse gran trecho del camino que conducía a Ecbatana.

Tobías debió de percatarse, por los ademanes y movimiento que notó ante su casa, de que algo extraordinario acontecía. La madre, como muy lógico en tales circunstancias, después de haber anunciado con alborozo a su marido la noticia del regreso del hijo, corrió a su encuentro, sin esperar a su marido, que, por efectos de la ceguera y de la emoción que embargaba su alma, se agitaba en el interior de la casa, avanzando a tientas hacia la puerta. La visión de la madre que corría alocada al encuentro de su hijo y la ausencia del padre, impedido por la enfermedad, debieron de conmover a Tobías hasta hacerle derramar lágrimas. El ángel le consoló asegurándole su curación. La presencia del perro en casa, o bien debe considerarse como detalle ornamental, o demuestra que en épocas avanzadas del judaísmo no era ya considerado como animal inmundo.

Empleo y efectos de la hiel (11,8)

8 »Untale los ojos con la hiel; al escocerle se frotará, se des prenderán las cataratas y verá».

A las palabras con las cuales asegura Rafael a Tobías que recobrará la vista su padre, que abrirá *(anoixei)* los ojos para ver, añade una breve instrucción sobre el empleo y efectos de la aplicación de la hiel sobre la parte enferma. «Aplica, le dice, la hiel a sus ojos y, al sentir el escozor, se frotará (tu padre) repetidamente, de una a otra parte *(diatribo)*, y lanzará de sí las manchas blancas y te verá» (texto de B). En el texto Sin. dice el ángel: «Extiende la hiel del pez sobre sus ojos, y el remedio hará contraer y despegar las manchas blancas *(leukómata)*, y de esta manera tu padre recobrará la vista y verá la luz».

Antes del encuentro de Tobías con sus padres, señala la Vulgata el detalle pintoresco del perro. Este detalle, que el cardenal Newmann clasificaba entre los «obiter dicta», y que tanto preocupó en su tiempo a teólogos y exegetas, es considerado hoy como un pormenor pintoresco y ornamental, muy conforme con el estilo y finalidad del libro. Galdos cree que este fragmento faltaba en el texto primitivo y que fue introducido, o bien por San Jerónimo, consciente o inconscientemente, bajo la influencia de los clásicos, especialmente de Ovidio (17,301), o anteriormente, por algún redactor de la versión aramaica [1].

Tobías abraza a sus padres (11,9-15)

9 Ana, corriendo, se arrojó al cuello de su hijo, diciéndole:
«¡Te veo, hijo mío! ¡Ahora ya puedo morir!» Y ambos lloraban. 10 Salió Tobit a la puerta y tropezó; pero el hijo corrió a
él, 11 y, cogiéndole, derramó la hiel sobre sus ojos, diciendo:
«¡Animo, padre!» 12 En cuanto le escocieron los ojos, se frotó,
13 y se desprendieron las escamas. Al ver a su hijo, se arrojó a
su cuello 14 y, llorando, dijo: «Bendito tú, ¡oh Dios!, y bendito sea tu nombre por los siglos, y benditos también todos tus santos ángeles, 15 porque después de azotarme has tenido misericordia de mí, y veo a Tobías, mi hijo». Entró su hijo contento, y refirió a su padre todas las maravillas que le habían sucedido en Media.

[1] GALDOS, l.c., n.323.

Madre e hijo marchaban juntos a su casa, y, al acercarse a ella, intentó Tobit traspasar el dintel de la puerta de casa (texto B) sin ayuda de nadie *(nemine dante illi manum*, Sin., Vet. Lat.), o de la puerta del atrio de la misma (Sin.); pero, a causa de la precipitación y azoramiento, tropezó. Su hijo, que estaba cerca, al divisar a su padre que caminaba a tientas hacia él, aceleró el paso, llegando a tiempo para impedir que diera de bruces en tierra.

Cinco momentos distinguen los distintos textos en el proceso curativo de la ceguera de Tobit: 1) Se ungen sus ojos con la hiel a manera de un linimento que se extiende sobre toda la superficie del ojo *(lini super oculos*, dice la Vulg. 8,13; Vet. Lat. 6,9; *egxrison*, según B, 11,8; BS 6,9). La hiel presentaba el aspecto de un líquido viscoso, denso, a manera de pomada que se extiende por medio de una espátula sobre las heridas o partes doloridas. 2) Al aplicársele la hiel, Tobit experimentó una punzada, un escozor en todo el ojo *(dexceis*, según B, v.8 y 11), que le molestaba. 3) Al notar aquella sensación de molestia, Tobit se frotó y restregó los ojos en todas direcciones *(diatripsei*, B, v.8 y 11). 4) A consecuencia de esta acción violenta, comenzaron a desprenderse las manchas blancas de los bordes de los ojos hasta caer totalmente, o bien debido a la eficacia del medicamento («el remedio hará contraer y despegar las manchas blancas», texto Sin., v.8), o a consecuencia de la frotación *(decoriavit duabus manibus*, Vet. Lat.). Las citadas manchas en su aspecto exterior parecían escamas, sutiles telillas o membranas. La Vulgata añade que tenían parecido con una membrana de huevo («quasi membrana ovi»). 5) El resultado final de toda la operación fue que Tobit, una vez libre de aquellas manchas, vio al hijo (B), o vio la luz (Sin.). De los textos se desprende que la recuperación de la vista fue instantánea y completa, pudiendo distinguir inmediatamente los objetos.

Los autores tratan de si hubo o no milagro. El hagiógrafo describe el proceso de la curación de Tobit como cosa normal y como efecto de la aplicación de un medicamento. Con esto concuerda el hecho de que la antigüedad consideraba la hiel de diversos peces como un eficaz remedio contra los ojos [2]. También el proceso curativo se describe en el sentido de que la curación se produjo naturalmente. De ahí que muchos antiguos expositores no ven en ello milagro alguno. Otros lo admiten en el hecho de la curación. Calmet no se pronuncia ni a favor ni en contra («cuivis hac in re quidvis colligere licet»). El hagiógrafo no ha señalado en este punto cuál es su pen-

[2] PLINIO, *Nat. hist.* 32,4.

samiento. Unicamente ha dado a entender que para él aquella curación fue obra de Dios *(ergon tou zeou,* 12,11). Tobit alaba a Dios por haberle devuelto la vista (v.14) por ministerio de los ángeles (v.16; 12,3).

Llegada de Sara (11,16-19)

16 Salió Tobit a las puertas de Nínive al encuentro de su nuera,
contento y bendiciendo a Dios. Y cuantos le veían se maravi-
llaban de verle andar sin lazarillo. 17 Tobit alababa delante
de ellos a Dios, porque había tenido misericordia de él. Así
que llegó Tobit a Sara, su nuera, la bendijo, diciendo: «Bien
venida seas, hija mía. Bendito sea Dios, que te ha traído entre
nosotros, y benditos sean tus padres». Fue todo esto motivo
de alegría para sus hermanos en Nínive. 18 Llegaron Ahikar
y Nadab, su sobrino, 19 y durante siete días se celebraron con
regocijo las bodas de Tobías.

Una vez en casa, Tobías refirió a sus padres las maravillas que le habían sucedido en el viaje. La presencia de Sara y de la caravana que iba con ella despertó la curiosidad de todos, especialmente de los judíos que moraban en Nínive. Entre los concurrentes mencionan los textos a *Ahikar* y *Nadab*. El nombre de este último aparece con algunas variantes: Nabad (Sin.), Nadab (Sin. 14,10), *Nasbás* (texto B), Aman (B 14,10), falsa corrección de Adam, que, según Nau, es la verdadera, que tiene relación con el Nadán de la historia de *Ahikar* [2]. Nadab era sobrino de Tobit (texto B); según Sin. y Vet. Lat., lo eran ambos, a saber, Ahikar y Nadab.

A la descripción sombría que hizo el autor sagrado en la primera parte del libro, contrapone ahora, con vivos colores, la profusión de beneficios con que regala el Señor a Tobit como premio de su fidelidad en el sufrimiento.

TERCERA PARTE

EL ANGEL DESCUBRE SU PERSONALIDAD (c.12-13)

Deliberación y acuerdo sobre el salario de Rafael (12,1-5)

1 Llamó Tobit a Tobías y le dijo: «Mira, hijo mío, el salario
que has de dar a ese hombre que ha ido contigo y lo que con-
viene añadirle». 2 «Padre—contestó él—, no me parece mucho
darle la mitad de lo que he traído, 3 pues me ha vuelto sano,
curó a mi mujer, cobró el dinero y a ti también te ha curado».
4 Respondió el anciano: «Todo se lo merece». 5 Y, llamando al
ángel, le dijo: «Toma la mitad de todo lo que habéis traído
y vete en paz».

Transcurridos los siete días de la fiesta nupcial (11,7), o catorce según la Vulgata, que cuenta a partir de su llegada a casa, comprende

2 NAU, *Histoire de la Sagesse d'Ahikar* 52 not.2.

Tobit que ha terminado la misión del joven que se ofreció como guía de su hijo (5,4). Al contratarle, además de señalarle el salario base, había Tobit insinuado que le daría una pequeña recompensa, a la que se haría acreedor según la conducta y el éxito que tuviera en su cometido (5,15). Pero, ante el cúmulo de beneficios que le había reportado su actuación, entiende que debía recompensarle con prodigalidad. No sabía cuánto debía entregarle; su hijo, que estuvo en contacto con él, podía apreciar mejor la cuantía de los servicios prestados. La versión aramea presenta la escena diversamente.

Rafael se da a conocer e invita a alabar a Dios (12,6-7)

6 Entonces el ángel, llamando a los dos aparte, les dijo: «Ben-
decid a Dios y glorificadle, ensalzadle, pregonad a todos los
vivientes lo que ha hecho con vosotros, 7 pues bueno es ben-
decir a Dios y ensalzar su nombre, pregonando sus obras.
No os canséis de confesarle. Bueno es guardar el secreto del
rey, glorioso pregonar las obras de Dios. Habéis hecho el bien
y nada malo os pasará.

Ante el acuerdo de Tobit y su hijo de pagarle los servicios prestados, Rafael los llama aparte para comunicarles algo trascendental y misterioso. Antes de revelar su verdadera personalidad, invita a ambos a alabar y bendecir a Dios, de cuyas manos han recibido todos los bienes y favores que ellos le atribuyen, haciéndoles ver que él ha sido simplemente un instrumento puesto a su servicio por la infinita bondad divina. Por consiguiente, les exhorta a que bendigan a Dios, a que le alaben y den gracias y que pregonen ante todo el mundo las maravillas que ha obrado para con ellos.

Virtudes practicadas por Tobit (12,8-10)

8 »Buena es la oración con el ayuno y la limosna con la jus-
ticia. Mejor es poco en justicia que mucho en iniquidad. Me-
jor es dar limosna que acumular tesoros, 9 pues la limosna li-
bra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican
la misericordia y la justicia serán repletos de vida, 10 mientras
que los pecadores son enemigos de su propia dicha.

De entre las virtudes cultivadas preferentemente por Tobit se especifican las siguientes: la oración, el ayuno y la limosna [1], que han sido llamadas las virtudes cardinales judaicas. Las tres son

1 El v.8 es interpretado diversamente en los diferentes textos. El Sinaítico: «Buena es la oración con la verdad; y la limosna con la justicia vale más que la riqueza con injusticia; mejor es dar limosna que amontonar oro» Vetus Latina: «Buena es la oración con el ayuno, y la limosna con la justicia», a lo que añaden algunos manuscritos: «pero sobre ambas es mejor poco con justicia que mucho con iniquidad». Parece que el texto debería decir: «Buena es la oración con el ayuno; pero sobre ambos está la limosna». Esta reconstrucción del texto concuerda con 4,7-11.16-17 y se adapta a la fórmula empleada por San Cipriano *(De orat. Domini* 32: PL 4,540; *De opere et eleem.* 5: PL 4,606) y San Agustín *(Epist.* 36: PL 33,144). La asociación de la oración con el ayuno es frecuente en el A. T. (2 Sam 12,16; Dan 9,3; Jdt 4,11-13; 1 Mac 3,46; 2 Mac 13,12).

como el compendio de las obligaciones para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo (VACCARI). Por encima está la oración (3,2-6), tanto más meritoria cuanto que en el exilio no eran posibles las manifestaciones externas del culto judaico. La conducta de los pecadores es suicida por atraerse sobre sí los males que evitarían con la limosna (4,10-11).

La revelación del ángel (12,11-15)

11 «Nada os quiero ocultar. Ya os lo he dicho: bueno es guar-
dar los secretos del rey, pero es glorioso revelar las obras de
Dios. 12 Cuando orabais tú y tu nuera, Sara, yo presentaba
ante el Santo el memorial de vuestras oraciones. Cuando en-
terrabas a los muertos, también yo te asistía. 13 Cuando sin
pereza te levantabas y dejabas de comer para ir a sepultarlos,
no se me ocultaba esa buena obra, antes contigo estaba yo.
14 Por eso me envió Dios a curarte a ti y a Sara, tu nuera. 15 Yo
soy Rafael, uno de los siete santos ángeles que presentamos
las oraciones de los justos y tienen entrada ante la majestad
del Santo».

Rafael tenía en el cielo el encargo de presentar las oraciones de Tobit y Sara delante del Santo, a la manera como los oficiales y ministros de la corte real presentan al soberano los memoriales de las súplicas de sus súbditos. Rafael se presenta aquí no como intercesor y abogado de Tobit ante Dios, sino como mediador y simple ministro (Apoc 8,3-4). Dios recibía por mediación de Rafael las oraciones de Tobit y Sara, y las tenía en cuenta para remunerarlas en el tiempo oportuno, de acuerdo con sus inescrutables designios. También Rafael asistía a Tobit y le acompañaba en aquellos momentos en que con diligencia, e interrumpiendo incluso sus comidas, practicaba la obra de misericordia de enterrar a los muertos, hecho que Rafael anotaba y presentaba ante Dios. Se le envió en recompensa un ángel para que en premio se le devolviera la vista y librara a Sara del demonio, además de otros favores. En todos los textos, menos B, se dice que Rafael fue enviado a Tobit «para ponerlo a prueba» con la adversidad. Vulgata: «Porque eras grato a Dios, fue necesario que la tentación te probara». El concepto de que Dios castiga a los que ama, a sus escogidos, es característico de la Biblia (Jdt 8,23; Prov 3,12; 22,15; 23,12-14; Sab 3,5; Jer 2,30; 5,3; 31,18; 2 Mac 6,12-17; Apoc 3,19; Heb 12,6).

El anuncio de su misión lleva insensiblemente a Rafael a descubrirles su verdadera personalidad. Por naturaleza es un ser incorpóreo, invisible; pero, al ser mandado por Dios, tomó aquella forma sensible que mejor se ajustaba a la misión que se le había confiado. Para Tobit y familia era Rafael un joven apuesto, de noble ascendencia, buen andarín, perito en el arte de la medicina y de rara habilidad en solucionar rápidamente los asuntos casamenteros; pero nunca hubieran podido conjeturar que tras aquella apariencia sensible se ocultase un ángel de gran categoría. En realidad, Rafael es uno de los siete ángeles que están junto al trono de Dios en calidad de confidentes, consejeros y ministros. A semejanza

de los vasallos y servidores de los reyes de la tierra (1 Sam 22,17; 1 Re 12,6-8; 2 Crón 9,7), tenía Rafael libre entrada ante la majestad del Altísimo para cumplir con su misión específica de presentar a Dios las oraciones de los justos, tales como Tobit.

La mayoría de los ángeles no tienen nombre; pero, en una época en que se tendía a identificar a los ángeles con las estrellas, el recuerdo de los textos de la Escritura, según los cuales Dios «llama a las estrellas por sus nombres» (Is 40,26; Job 37,3; 38,35; Sal 147,4; Bar 3,33), contribuyó sin duda a dar un determinado nombre a los ángeles que entraban en escena. Los ángeles más importantes, en primer lugar los arcángeles, fueron los primeros en recibir una individualización más completa. Tres de los siete principales reciben en la Biblia un nombre propio: Miguel (Dan 10, 13-21; 12,1; 1 Tes 4,16; Jds 9), Gabriel (Dan 8,16; 9,21; Lc 1,9) y Rafael (Tob 3,17; 12,15), a los cuales los libros apócrifos (IV *Esdras, Henoc, Apocalipsis de Baruc, Apoc. de Moisés)* han añadido otros, tales como Uriel, Fanuel, Ragüel, Sariel, Jeremiel, Faltiel, etc. No aparece clara en los libros apócrifos la existencia de una categoría especial formada por siete arcángeles. La creencia en la existencia de la agrupación de siete arcángeles, ¿es de origen bíblico o de inspiración pagana? Algunos pan-babilonistas ven en los siete planetas deificados de la religión babilónica el origen de los siete ángeles del judaísmo. Pero los nombres de los siete ángeles, según *Henoc* c.20, están formados con el nombre de Dios. Y ellos no son asimilados a las estrellas, porque, al contrario, son los siete seres blancos que conducen las estrellas delante de Dios para ser juzgadas *(Hen.* 90,21). Tampoco es de origen persa, porque, según el P. Lagrange, «los siete *Ameschas Spentas* son puras abstracciones: buen pensamiento, docilidad, inmortalidad» [2]. Pero cabe la pregunta: ¿Ha servido la corte real persa como punto de partida para concebir la corte divina? Esd 7,14; Est 1,14 podrían sugerir esta hipótesis (DIEGO DE CELADA, GASPAR SÁNCHEZ).

Acomodándose Rafael al uso en la corte persiana, podía presentarse como uno de los siete consejeros de Dios, no poniendo el término de la comparación en el número matemático, sino en el oficio y misión de aquel grupo de consejeros, como si dijera: «Yo soy Rafael, uno de la junta de los consejeros divinos» (GALDOS). Otros autores se inclinan por considerar el número siete como simbólico, en el sentido de «uno de los muchos», o tomar el número en sentido propio y simbólico al mismo tiempo: «Yo soy uno de los siete que estamos ante Dios», lo cual no impide que fueran más o menos de siete. Miller busca el origen de este número septenario en Ez c.9 y 10, en donde se habla de espíritus y querubines al servicio de la gloria de Dios (9,13; 10,3.7) y en donde, aunque de manera oscura, se diseña el número siete (9,2-3). Con este número relacionan otros el texto de Zach 4,10 y Apoc 1,4;

[2] LAGRANGE, *La religion des Perses:* RB 14 (1904) 208-209. El término *arcángel* no figura en el A. T., hallándose dos veces en el Nuevo (1 Tes 4,16; Judas 9), raramente en los apócrifos antiguos *(Henoc)* y a menudo en los más recientes *(Apoc. de Baruc, de Moisés; Vita Adae).* HACKSPILL, *L'angélologie juive à l'époque néo-testamentaire:* RB 11 (1902) 535.

3,1; 8,2. Lo cierto es que esta mención ha contribuido eficazmente al desarrollo de la doctrina de los siete arcángeles.

Tobit y su hijo, llenos de temor (12,16-21)

16 Los dos se quedaron turbados, y cayeron sobre su rostro, llenos de temor. 17 El les dijo: «No temáis; la paz sea con vosotros. Bendecid a Dios siempre, pues no he venido por mi voluntad, sino por la de Dios, por lo que a El debéis bendecir siempre. 18 Todos los días me hacía ver de vosotros; no comía ni bebía; lo que vosotros veíais era una apariencia. 19 Ahora alabad a Dios, que yo me subo al que me envió, y poned por escrito todo lo sucedido». 20 Se levantaron, pero no le volvieron a ver. 21 Y confesaron las grandezas y maravillas de Dios y cómo el ángel del Señor se les había aparecido.

La revelación de Rafael infundió gran terror a los dos hombres, porque era creencia que nadie podía ver a Dios o a su ángel y seguir viviendo. Los dos cayeron inmediatamente sobre su rostro, llenos de espanto por la suerte que les esperaba (Ex 33,20; Jue 6,22; 13,22; Dan 10,7). No se ve, como pretende Pautrel, la influencia que haya podido tener esta perícopa con la redacción evangélica sobre las apariciones de Jesús (Mt 28,2-10; Lc 24,41-43). Rafael, adoptando una expresión de afectuosa cordialidad: «la paz sea con vosotros», tranquiliza a los dos y les inculca de nuevo que alaben a Dios, haciendo hincapié en señalar la gran diferencia existente entre Dios, de quien proceden todos los bienes que han recibido, y su condición de ministro y siervo.

CÁNTICO DE TOBIT (c.13)

Características generales

El cántico de Tobit se divide en dos partes: 1) Tobit alaba a Dios por los beneficios concedidos a él y a su pueblo en el destierro (v.1-10a); 2) perspectivas de salvación y grandeza de Jerusalén (v.11-18). Doxología final (v.18cd). Por su contenido genérico e incoloro, el himno da la sensación de estar desconectado del ambiente histórico que le precede. De hecho son escasas las referencias a las vicisitudes de la vida de Tobit, si exceptuamos una clara alusión a su cautividad (v.18) y algunas otras menos explícitas (13,2 = 11,15; 13,4 = 12,6; 13,5 = 33,4-5). Por su aspecto se asemeja a una composición a base de otros pasajes bíblicos (1 Sam 2,1ss) y lugares comunes, sin contenido original. En cuanto a su inspiración poética, nos hallamos frente a un himno lírico, aunque su belleza poética es inferior a los modelos de la antigua poesía hebraica conservados en libros históricos anteriores (Ex 15; Deut 32; Jue 5; 2 Sam 1,18-27) (VACCARI).

Invitación al pueblo a ensalzar a Dios (13,1-10)

1 Y Tobit, en un transporte de júbilo, escribió una oración y dijo:

**«Bendito sea Dios, que vive por los siglos,
por todos los siglos permanece su reino.
2 Porque El azota y se compadece,
lleva al sepulcro y saca de él;
nadie hay que escape de su mano.
3 Confesadle, hijos de Israel, ante las naciones,
pues El nos dispersó entre ellas.
4 Pregonad aquí su majestad,
ensalzadle ante todos los vivientes,
que El es nuestro Señor y nuestro Dios,
El nuestro Padre por los siglos de
los siglos.
5 Nos azota por nuestras iniquidades,
y luego se compadece y nos reunirá
de las naciones en que nos ha dispersado.
6 Si os convertís a él de todo corazón
y con toda vuestra alma
para practicar la verdad en su presencia,
entonces se volverá a vosotros
y no os ocultará su rostro.
7 Contemplad ahora lo que ha hecho con vosotros;
dadle gracias a boca plena,
bendecid al Señor de la justicia
y ensalzad al rey de los siglos.
8 Yo le confesaré en la tierra de mi cautiverio
y pregonaré su poder y su majestad al pueblo pecador.
Convertíos, pecadores, y practicad la justicia delante de El;
quizá tenga misericordia de nosotros.
9 Yo ensalzo a mi Dios, rey de los cielos;
mi alma se regocijará en su grandeza.
10 Hablen todos y confiésenle en Jerusalén.**

Conforme a la recomendación del ángel (12,6.17), en la primera estrofa (v.2-3) bendice Tobit al Dios verdadero, Dios viviente y eterno (Jer 10,10; Deut 5,26; 32,40; Sal 24,5).

En la segunda estrofa (v.4-5) se profundiza en los motivos que recomiendan la alabanza a Dios. Si es verdad que Dios castigó a su pueblo con el exilio, también lo es que Dios es para Israel como un padre que le ama, y que lo castiga precisamente porque le ama (Heb 12,6).

En la cuarta estrofa (v.7) invita al pueblo a volver la vista hacia el pasado, en donde encontrará innumerables ejemplos de la misericordia de Dios para con él. El Señor es justo, castiga cuando uno se lo merece y ensalza cuando el pecador confiesa su culpa y hace penitencia.

En las dos estrofas (v.8-10a), no obstante las dificultades del texto, con sus muchas variantes, parece vislumbrarse clara la idea de que Tobit continuará sin cesar de alabar a Dios en el destierro para obtener su misericordia.

Perspectivas de grandeza para Jerusalén (13,11-18)

11 »Jerusalén, la ciudad del Santo.
Por las obras de tus hijos te azotará,
pero de nuevo se compadecerá de
los hijos de los justos.
12 Confiesa dignamente al Señor
y bendice al rey de los siglos
para que de nuevo sea en ti
edificado su tabernáculo con alegría,
para que alegre en ti a los cautivos
y muestre en ti su amor hacia los desdichados
por todas las generaciones y generaciones.
13 Pueblos numerosos vendrán de lejos,
al nombre del Señor, nuestro Dios,
trayendo ofrendas en sus manos,
ofrendas para el Rey del cielo.
Las generaciones de las generaciones
exultarán en ti.
14 Malditos todos los que te aborrecen
y benditos para siempre todos los que te aman.
15 Alégrate y salta de gozo por los hijos de los justos,
que serán congregados, y al Señor
de los justos bendecirán.
16 Dichosos los que te aman;
en tu paz se alegrarán.
Dichosos cuantos se entristecieron por tus azotes,
pues en ti se alegrarán contemplando toda tu gloria,
y se regocijarán para siempre.
17 Bendice, alma mía, a Dios, Rey grande,
porque Jerusalén con zafiros y esmeraldas será reedificada,
con piedras preciosas sus muros
y con oro puro sus torres y sus almenas.
18 Y las plazas de Jerusalén serán pavimentadas
de berilo y rubí y piedra de Ofir,
y todas sus calles dirán: ¡Aleluya,
bendito sea Dios, que te ensalzó,
por todos los siglos!»

Tobit abriga la esperanza de que muchos de sus connacionales se convertirán y que con ello darán ocasión a que Dios se apiade de los justos, de que regresen a Jerusalén, siendo con ello posible la reedificación de la ciudad y del templo. Jerusalén volverá a ser el punto de reunión de todos los pueblos (Is 2,2-3; 66,18ss; Bar 4, 36-37; Miq 4,2), a la que irán con abundantes dones (Is 60,6; Sal 67,30; 71,10-11), y, según la Vulgata, adorarán al rey de los cielos.

El profeta invita a Jerusalén a alegrarse por el retorno de los hijos de los justos, lo que puede interpretarse como refiriéndose al *resto santo* de que habla Is 10,21; 60,4; 65,8-9, o a los israelitas en general.

EPÍLOGO

ULTIMOS AÑOS DE TOBIT Y DE SU HIJO

Cronología y vicisitudes de los últimos años (14,1-2)

1 Terminó Tobit su canto de alabanza. 2 Era de cincuenta y ocho años cuando perdió la vista, que recobró al cabo de ocho años. Haciendo limosnas, proseguía en temer al Señor Dios y en darle gracias.

Los años que siguieron a la curación de la ceguera hasta su muerte se caracterizan por una felicidad imperturbable, a ejemplo de Job (49,10-16). Existe divergencia en cuanto a la cronología de este último período de la vida de Tobit entre las diversas versiones. Según B, el anciano Tobit perdió su vista a los cincuenta y ocho años y la recobró al cabo de ocho, siendo el número total de vida ciento cincuenta y ocho años (v.11). El códice Sin. dice que «murió en paz, a la edad de ciento doce años, y fue enterrado dignamente en Nínive. Tenía sesenta y dos años cuando perdió la vista», que recobró después de cuatro años (2,10). En los cómputos de la Vulgata, Tobit quedó ciego a los cincuenta y seis años de edad, recuperó la vista a los sesenta años y murió a la edad de ciento dos. ¿Es posible reconstruir la cronología del texto original? Lo más prudente es pensar que el autor sagrado no tuvo la preocupación de señalar matemáticamente los años de vida de Tobit, sino más bien emplear unas cifras altas (véase 14,12-15) con el fin de dar a entender que la vida santa y la limosna aseguran una vida larga en este mundo (4,10; 12,9). Tienen estos números más valor simbólico que real.

Ultimas recomendaciones de Tobit (14,3-11)

3 Siendo ya muy viejo, llamó a su hijo y a los hijos de éste, y les habló así: «Hijo, yo estoy ya muy viejo y para partir de esta vida. Toma a tus hijos 4 y vete a la Media, pues estoy persuadido de que cuanto dijo el profeta Jonás sobre Nínive se cumplirá y será destruida. En la Media habrá más paz hasta un determinado tiempo. Pasado éste, nuestros hermanos que moran en la tierra feliz serán dispersados. Jerusalén quedará desolada, y la casa de Dios entregada a las llamas, durando la desolación hasta cierto tiempo; 5 pero otra vez Dios se compadecerá de ellos y los volverá a su tierra y edificará la casa, aunque no como la primera, hasta que se cumplan los tiempos del mundo. Después de esto volverán de la cautividad y edificarán a Jerusalén magníficamente, y en ella la casa de Dios, gloriosa, como de ella han dicho los profetas. 6 Todas las naciones se convertirán de veras al temor del Señor Dios y enterrarán sus ídolos. 7 Bendecirán todas las naciones al Señor, y su pueblo le dará gracias, y el Señor ensalzará a su pueblo, y se alegrarán todos los que aman al Señor Dios en verdad y en justicia, practicando la mi-

sericordia hacia nuestros hermanos. 8 Vete, pues, hijo mío, de Nínive, porque enteramente se cumplirá lo que dijo el profeta Jonás. 9 Pero tú guarda la Ley y los preceptos, sé misericordioso y justo, y serás feliz. 10 Dame digna sepultura, y a tu madre después conmigo, y no te quedes más en Nínive. Hijo mío, mira lo que hizo Nadab a Ahikar, que le había criado; cómo le llevó de la luz a las tinieblas, y cuán mal le pagó. Pero Dios salvó a Ahikar, y aquél recibió su merecido bajando a las tinieblas. Por haber practicado la limosna, fue sacado del lazo de muerte que le había puesto, mientras que Nadab cayó en la trampa y pereció. 11 Ved, hijos, lo que hace la limosna, y cómo la justicia es salud». Diciendo esto, dio su alma en el lecho. Tenía ciento cincuenta y ocho años, y le dieron honrosa sepultura.

A ejemplo del patriarca Jacob (Gén 47,29), llamó Tobit a su hijo y a los hijos de éste para manifestarles su última voluntad y dirigirles sus postreras amonestaciones. Según la Vet. Lat. y Vulg. acudieron junto a su lecho «filium suum et septem iuvenes filios eius nepotes suos» (el hebreo de Fagio habla de seis), lo cual puede considerarse como una adición inspirada en Job 1,2; 42,13. La lección «siete hijos» se encuentra en el manuscrito arameo de Qumrân (42).

a) *Destrucción de Nínive* (14,4)

Las palabras de Tobit tienden en primer lugar a revelar a su hijo la próxima destrucción de Nínive por los medos; de ahí la recomendación de huir de la misma antes de que se cumplan los vaticinios proféticos de Jonás (3,4). No le sugiere que vaya a Palestina porque aun los hermanos que moran en la tierra feliz serán dispersados; Jerusalén será destruida, y el templo, devastado (año 586 antes de Cristo). En este mismo texto, junto con la derrota de Asiria y la destrucción de Nínive, se predice también la ruina de Babilonia (año 539 a.C.). Ya antes los profetas habían anunciado la destrucción de Nínive (Is 10,12-19; Nah c.2-3), profecía que se cumplió en el año 612 con el ataque combinado de Babilonia y de los medos. Pero a Babilonia le estaba reservada igual suerte (Is 13-14; 47; Jer 50-51).

b) *Suerte de los hermanos que moran en Palestina* (14,4)

Con una visión profética habla Tobit de la suerte de los hermanos que viven todavía en la tierra feliz (Ex 3,8; Deut 11,17), anunciando su dispersión. El texto se refiere directamente a la suerte de los habitantes del reino de Judá, verdadero centro religioso de Israel (1,4) y cuya devastación (598-586) señalará el tiempo en que toda Palestina quedará convertida en un erial.

c) *La nueva Jerusalén* (14,5-7)

Pasado el tiempo de prueba, se compadecerá Dios de su pueblo, permitiéndole regrese a su tierra y reedifique la casa, o sea, el templo (Esd 3,12; Ag 2,10); seguirá después el retorno y la reedifica-

ción de Jerusalén (Esd 1,3ss; 3,6ss; Neh 1,3.17ss; Jer 31,38). Encontramos aquí no una profecía por separado, sino una combinación de vaticinios proféticos sobre los últimos tiempos y de Daniel, en particular sobre la suerte de Jerusalén. Todas las naciones se convertirán al temor de Dios (Is 18,7-19,22), le bendecirán juntando sus voces con las de los judíos; adorarán al único Dios verdadero y sepultarán a sus ídolos (Is 2,20). Con ello se habrá llegado a la plenitud de los tiempos mesiánicos.

d) *Consejos a su hijo* (14,9-11)

En confirmación de que la perversidad acarrea la ruina de los pueblos e individuos, trae Tobit el ejemplo de Ahikar, relación que falta en los textos semíticos y en la Vulgata.

e) *Muerte de Tobit* (14,11)

A semejanza del patriarca Jacob (Gén 49,32), Tobit dictó sus últimas recomendaciones a su hijo desde la cama donde yacía por razón de su vejez extraordinaria, cayendo muerto tan pronto como terminó de inculcar a su hijo la práctica de la limosna, que había sido la virtud predilecta de toda su vida.

Tobías marcha a la Media: caída de Nínive (14,12-15)

12 Cuando murió Ana, la sepultó con su padre; y partió Tobías con su mujer y todos sus hijos a Ecbatana, a casa de Ragüel, su suegro. 13 Tuvo Tobías una buena ancianidad y sepultó a sus suegros honrosamente, heredando su hacienda y la de Tobit, su padre. 14 Murió en Ecbatana de Media, a la edad de ciento veintisiete años. 15 Antes de morir tuvo noticia de la ruina de Nínive, cuyos habitantes llevaron cautivos Nabucodonosor y Asuero, y se alegró de la suerte de Nínive antes de morir.

De conformidad con las indicaciones de su padre, Tobías partió con toda su familia y fortuna a la Media, fijando su residencia en Ecbatana, en casa de Ragüel, su suegro. Como premio de su buen comportamiento para con sus padres, Dios le concedió una vejez tranquila, aumentando sus riquezas al heredar, a su muerte, la hacienda de su suegro, viviendo en total ciento veintisiete años (B), ciento diecisiete (Sin.), ciento siete (siríaca) o noventa y nueve (Vulgata), lo que le permitió ver a los hijos de sus hijos hasta la quinta generación (Vulgata). Ya hemos indicado el valor simbólico de estos números.

Los documentos extrabíblicos no dicen que los conquistadores de Nínive deportaran a sus habitantes, pero era ésta la costumbre de aquellos tiempos. Entre los soberanos que asaltaron la ciudad se halla a Ciaxares, rey de los medos. El otro asaltante fue el rey de Babilonia Nabopolasar (626-605). Se alegró Tobías al recibir la noticia de la caída de Nínive, como hicieron, en general, todos los habitantes del Próximo Oriente, por ver confirmada una vez más la verdad de los vaticinios proféticos (14,4 Sin.), y porque,

con la destrucción de Nínive, desaparecía un enemigo encarnizado del pueblo judío y una potencia contraria al Dios verdadero (Is 10,7; 52,4; Hab 1,9).

El texto Sin. termina el libro con la frase: «Y bendice al Señor Dios por los siglos de los siglos. Amén». Tobías alaba a Dios por haber triunfado de sus enemigos y desea que esta victoria se perpetúe por los siglos de los siglos. El apogeo de Nínive, que se describe en las primeras páginas del libro, contrasta con la humillación que siguió a su vergonzosa caída. El autor sagrado se complace en acentuar el aplastamiento del poderío de la soberbia ciudad para enseñar una vez más que Dios castiga a sus enemigos y da su gracia a los justos. Con esta conducta se pone de manifiesto su justicia tanto sobre los individuos como sobre las naciones (Is 10,5; 14,24; Nah 1,3). Dios premió aún después de su muerte a sus fieles servidores Tobit y su hijo, como lo declara la Vulgata al terminar el libro con las palabras: «Toda su parentela y todos sus descendientes llevaron una vida santa y practicaron buenas obras, por lo cual fueron aceptos tanto a Dios como a los hombres y a todos los habitantes del país».

JUDIT

INTRODUCCION

División del libro

Dos partes cabe distinguir en el libro: 1) Antecedentes al asedio de Betulia (c.1-6). 2) Victoria del pueblo judío (c.7-16).

Texto

El texto hebreo o arameo, en que fue escrito originariamente el libro, se perdió desde muy antiguo. Orígenes no lo conoció y San Jerónimo afirma que revisó la antigua versión latina basándose en un ejemplar escrito en arameo.

El texto griego se ha conservado en tres formas principales: 1) la de las unciales B A S; 2) forma peculiar de los códices 19 y 108; 3) texto del manuscrito 58 *(Vaticano Reginense)*, del que dependen los textos de la Vetus Latina y Pesitto. Los manuscritos 19 y 108 representan el texto de Luciano, y en ellos se inspiran la versión aramea y la Vulgata. San Jerónimo, a instancias de sus amigos, tradujo el libro precipitadamente, fijándose más en el sentido que en la letra del texto. Quiso él acabar con la multiplicidad viciosa de manuscritos—no dice si eran griegos—y puso en latín lo que encontró en un texto aramaico. «Huic (Iudith) unam lucubratiunculam dedi, magis sensum e sensu, quam ex verbo verbum transferens. Multorum codicum varietatem vitiosissimam amputavi; solum ea, quae intelligentia integra in verbis Chaldaeis invenire potui, Latinis expressi» *(Praef. ad Jdt:* PL 29,39). Se sospecha que el texto aramaico utilizado por San Jerónimo era más una paráfrasis de estilo targúmico que una simple versión del texto hebreo primitivo.

Se conocen tres textos hebraicos de Judit con carácter midrásico, que de ninguna manera pueden identificarse con el texto hebreo primitivo. Dos de ellos fueron publicados por A. Yellineck [1], y el tercero por M. Gaster [2]. Este último coloca la historia de Judit en la época del sitio de Jerusalén por Seleuco, no mencionándose a Nabucodonosor ni Holofernes [3]. El texto de nuestro comentario se ajusta al texto griego publicado en la edición que hizo Sixto V del texto de los LXX, teniendo asimismo a la vista el texto editado por A. Rahlfs [4].

[1] *Beth ha-Midrasch* (Leipzig 1853).

[2] *An Unknown Hebrew version of the history of Judith:* «Proceedings of the Society of biblical Archaeology», 16 (1893-94) 156-163.

[3] C. Meyer, *Zur Entstehungsgeschichte des Buches Judith:* B 3 (1922) 193-203.

[4] Stuttgart 1952. Sobre la cuestión textual véase A. M. Dubarle, *Les textes diverses du livre de Judith:* VT 8 (1958) 344-373. En un *ostracon* proveniente de *el Fayum*, de los siglos II-III antes de Cristo, se halla un fragmento griego de Judit 15,1-7 (J. Schwartz, *Un fragment grec du livre de Judith:* RB 53 [1946] 534-537).

Autor y fecha de composición

Llámase libro de Judit por ser ella la protagonista, no por haberlo escrito. No podemos determinar quién fue su autor ni fijar la fecha de su composición. Se ha dicho que su autor lo fue también del libro del Eclesiástico [5], lo que nos confirma todavía más en nuestra impresión de que el libro fue escrito en tiempos posteriores al destierro. Las razones que se aducen para una fecha anterior a la cautividad carecen de valor [6]. Grintz fija la data de la composición en el período persa (hacia 366-360). Dos testimonios explícitos tenemos en el libro que hablan de la cautividad como de un acontecimiento histórico: 4,2-3; 5,19, que quedó atrás (8,18-20). Por consiguiente, se excluye toda fecha de composición anterior a Darío.

En el libro se vislumbran no pocos elementos persas. En efecto, la frase que se aplica a Nabucodonosor de «gran rey, señor de toda la tierra», es el título que se daba a los reyes persas. La invocación de Dios como «Dios del cielo» es peculiar de los persas (Esd 5,6; papiros de Elefantina); el ejército invasor era persa (16,10); Holofernes y Bagoas son nombres de origen persa. Las armas que utiliza el ejército (*akinakés*, 13,6; 16,9) tienen el mismo origen, así como la expresión «preparar la tierra y el agua» (2,7).

Pero el mismo examen revela la presencia de elementos helenísticos. Alejandro fue el primer monarca que se arrogó, aun en vida, honores divinos. Su ejemplo fue seguido por los seléucidas, especialmente por Antíoco Epifanes, que mandó colocar en el templo de Jerusalén la estatua de Júpiter Olímpico y grabar en sus monedas las palabras: «Antíoco Rey Dios Epifanes Nicéforo». Una costumbre helenista es la de adornarse con coronas de laurel (3,7; 15,13).

La importancia que se da a las observancias legales, más minuciosas que en la Ley misma (10,5); la devoción hacia Jerusalén, al templo y al sacerdocio; la moda de los arcaísmos, sugieren la época de Ben Sirach (180 a. C.) o la de los macabeos. Estos indicios, unidos a las analogías que presentan con los apócrifos, jubileos y salmos de Salomón, pueden situar al autor y la fecha de composición del libro hacia el año 70. Aventurando todavía una hipótesis, cabe conjeturar que el autor escribió su libro a instancia de los fariseos, deseosos de glorificar con el seudónimo de Judit a su bienhechora la reina y viuda Alejandra (76-67 a. C.). Que el autor escribió su libro en Palestina, está fuera de duda.

Finalidad del libro

El autor del libro de Judit se propuso una finalidad concreta al escribirlo. Quien lo lea de corrida y superficialmente creerá que su autor no tuvo otro empeño que el de narrar una serie de hechos históricos. Pero detrás de esta corteza histórica se perfila claramente una idea religiosa directriz, que acaso ocupa el primer plano en la mente del autor sagrado, conducente a demostrar la providencia

[5] A. Jansen, *Der verschollene Verfasser des Buches Judith*: «Theologie und Glaube», 4 (1912) 269-277.
[6] B. Mariani, *Introductio in libros sacros Veteris Testamenti* (Roma 1958) 277-278.

y fidelidad divinas hacia su pueblo escogido. Dios sometió a Israel al crisol de la prueba (8,27) con el fin de tantear hasta dónde llegaba su fidelidad. Permitió que éste se encontrara al borde del abismo, pero intervino en el momento crítico y lo salvó.

¿Judit libro histórico?

Hemos dicho que bajo la corteza histórica se vislumbra en el libro el desarrollo de una tesis religiosa. Pero cabe preguntar: ¿Tiene solidez esta corteza o más bien es una pantalla de que se sirvió el autor como de medio apto para proponer una enseñanza religiosa? En otras palabras: Los hechos que figuran en el libro, ¿corresponden en todo o en parte a una realidad objetiva o deben considerarse como ficción creada por el autor? Estas preguntas no están lanzadas al azar, sino que las sugieren las múltiples antinomias históricas y geográficas del libro. Sabido es que las dificultades de por sí no son suficientes para que dudemos inmediatamente de la historicidad de un libro bíblico, que aparentemente se presenta como tal; pero son un toque de atención que obliga al exegeta a un examen más detenido del texto.

Las dificultades históricas de mayor relieve del libro de Judit son las siguientes: 1) De Nabucodonosor, que reinó en Babilonia desde 604 hasta 562, se dice que era rey de los asirios. 2) Se afirma que el mencionado monarca reinó en Nínive, capital de Asiria, que fue destruída el año 612 por la acción combinada de Nabopolasar y Ciaxares. 3) Dícese (1,5) que Nabucodonosor combatió y derrotó a Arfacsad, rey de los medos. 4) Por el texto se deduce que en los días de la invasión de Holofernes no había rey en Israel; un sumo sacerdote, Joaquín, asistido por un consejo de ancianos, ejercía el poder supremo. 5) Hacía poco que los judíos habían subido de la cautividad de Babilonia y habían edificado el templo (538-458). 6) El general en jefe del ejército de Nabucodonosor es llamado Holofernes, nombre de origen persa, no babilónico; dígase lo mismo del nombre del eunuco Bagoas. ¿Cómo pudo Nabucodonosor reinar sobre Nínive, destruida antes de subir él al trono? ¿Por qué se llama rey de los asirios, cuando en realidad lo fue de Babilonia? ¿Cómo pudo combatir a Arfacsad, monarca que no figura en el catálogo de los reyes medos y persas? Sabido es que Nabucodonosor destruyó a Jerusalén y el templo, enviando a los judíos a la cautividad de Babilonia; ahora bien, ¿cómo puede armonizarse esta noticia con la de que habían los judíos reedificado la ciudad y el templo y de que habían subido hacía poco del cautiverio? ¿Cómo se explica que un rey de Babilonia reine sobre los asirios, en Nínive, y tenga como generalísimo de su ejército a un persa?

A estas dificultades de orden histórico se juntan otras de carácter geográfico y topográfico. El libro de Judit, escribe De Vaux, demuestra una arrogante indiferencia por la historia y la geografía. El itinerario del ejército de Holofernes (2,21-28) es un desafío a la geografía. Ante las dificultades mencionadas, y teniendo en cuenta los modos de decir y narrar empleados por el autor sagrado, pierde erreno la sentencia tradicional, que admitía la historicidad total

del libro, y cobran actualidad las opiniones de los partidarios de una exégesis más libre y más ajustada a lo que realmente quiso decir y expresar el autor.

El pensamiento actual sobre el género literario de Judit lo resume Lefèvre en estos términos: «Solamente pueden darse dos hipótesis. O los hechos se ocultan cuidadosamente por el empleo de seudónimos, o el autor escribe, con una finalidad didáctica, una historia ficticia utilizando para ello elementos sacados de épocas muy distintas [7]. Existe una corriente entre los exegetas que tratan de encajar dentro de un marco histórico determinado los hechos y el ambiente general que se supone en el texto. A este fin se han hecho tentativas para identificar al personaje que se esconde bajo el nombre de Nabucodonosor. Se han barajado más de quince nombres, que abarcan un período de unos mil años, desde Adadnirari III (787 a. C.) hasta Adriano (138 d. C.) [8].

Puede ser que, al utilizar el autor sagrado el nombre de Nabucodonosor, quisiera reunir en él los rasgos más salientes de todos y cada uno de los antiguos monarcas orientales y griegos, cuyo distintivo era el orgullo, la impiedad, la ambición y el odio hacia Yahvé y a su pueblo escogido. Para el autor, Nabucodonosor es una figura sintética, ejemplar, simbólica y apocalíptica. Es el adversario poderoso e impío del pueblo de Israel. Es un monarca que sobrevive a sí mismo, ya que ataca a Israel incluso en los tiempos posteriores a la cautividad. Es un personaje de todos los tiempos y de ninguno en particular. No es hombre concreto; es una fuerza, una idea encarnada. Es el orgullo personificado, es Satanás (STEINMANN, 24). Aquior, lo mismo que Nabucodonosor, tiene en el texto función de tipo (CAZELLES).

En cuanto al personaje central, Judit, se identifica en 16,4 con la nación judía. Según De Vaux, «Judit, palabra que significa *la judía*, representa el partido de Dios, identificado con el de la nación» [9]. Es probable que Judit «no sea otra que Jael de Jue 4,5, transformada, primeramente por los de Elefantina y últimamente por los judíos de Leontópolis, en la heroína que conocemos con el nombre de Judit» [10].

Como escribimos en otro lugar [11], terminamos este apartado diciendo que con datos extraídos de la historia de la lucha secular de los pueblos paganos contra Israel compuso el autor sagrado una narración, en la que hechos sucedidos en diversos períodos históricos forman unidad por razón de la identidad de fines que les atribuye. Se barajan nombres, reales o fingidos, de personajes, con preferencia de tiempos antiguos. Según el P. Guillet, una de las leyes

[7] *Introduction à la Bible* I (1957) 1747.
[8] Véase SOUBIGOU, MILLER, G. BRUNNER, *Der Nabuchodonosor des Buches Judith* (Berlín 1959).
[9] *Bible de Jérusalem* (1956) 493-494.
[10] J. EDGAR BRUNS, *The genealogy of Judith:* «The Catholic Biblical Quarterly», 18 (1956) 19-22; *Judith or Jael:* ibid., 16 (1954) 12-14.
[11] «Verdad y Vida», l.c. Quizá San Jerónimo alude al libro de Judit al escribir: «Quia frequenter historia ipsa metaphorice texitur, et sub imagine mulieris, vel unius viri de toto populo praedicatur» *(In Habacuc* 3,14-16: PL 25,1328). En el prefacio a Judit escribe el mismo santo Doctor: «Chaldaico tamen sermone conscriptus inter historias computatur». ¿Compartía él esta opinión?

del género apocalíptico es la de sintetizar la historia en visiones globales [12]. Son muchos actualmente los que clasifican a Judit entre la literatura apocalíptica. Lo que ésta proclama con lenguaje profético lo dice nuestro autor empleando el estilo simple de un relato [13].

Valor doctrinal de Judit

Es un libro fundamentalmente religioso. La tesis central del mismo se plantea en 5,20-21. Especial providencia de Dios por el pueblo de Israel mientras éste le sea fiel, no solamente rechazando la idolatría, sino evitando aun las más leves transgresiones legales. Puede permitir Dios que le sobrevengan grandes calamidades, pero aun entonces debe Israel esperar en Dios, que permite estos males para probar su fidelidad, no para castigarle. En el libro se profesa el más puro monoteísmo. El Dios de Israel es el Señor *(Kyrios)* indiscutible, que humilla al que pomposamente se llamaba «el señor Nabucodonosor» (5,2). Dios es el *Kyrios pantokrátor* (4,13; 8,13; 15,10), dueño de cielos y tierra (13,18), rey de toda la creación (9,12). Dios es infinitamente sabio, siendo inexplorables sus designios (8,14.16); conoce el pasado, el presente y el futuro (9,5). Todo sucede tal como Dios lo ha decretado (9,6); es plenamente libre en sus decisiones y designios (8,15). A Dios no se le puede someter a prueba (8,13). Se muestra propicio con los que le temen (16,18) y confunde a los soberbios (16,20; 13,17). Dios escucha las oraciones de los que le sirven y tiene providencia del pueblo escogido que le permanece fiel, cumpliendo lo estipulado en el pacto de la alianza. La fidelidad a Dios implica amor a Jerusalén, devoción hacia el templo y cumplimiento de toda la legislación religiosa y cultual.

El pecado es el gran enemigo de la alianza. El mayor de todos es la idolatría; pero también otras faltas menos graves debilitan los lazos de la alianza. Quienes juzgan las acciones de Judit con un enfoque moderno le achacan varios pecados: mentira, seducción, acción voluntaria de ponerse en peligro próximo de pecar, asesinato de Holofernes, utilización de medios ilícitos para lograr un bien. Pero no es el de Judit un libro de casos de conciencia, ni aun de edificación, sino más bien un tratado teológico. Ningún pecado le recrimina el autor sagrado, que ve en ella un instrumento débil del que se sirve Dios para castigar a los enemigos de su pueblo. Por el hecho de que su pureza salió ilesa de las provocaciones de Holofernes, a quien decapitó, algunos teólogos consideran a Judit como figura de la Inmaculada Concepción. A María se aplican las palabras de 15,9.

Canonicidad

Se clasifica entre los siete libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento. Según Orígenes [14] y San Jerónimo [15], los judíos leían el libro. Muchos Padres de los siglos II y III consideran el libro

[12] *Thèmes Bibliques* (París 1951) 137-38.
[13] LEFÈVRE, *Judith:* DBS 1319; ARNALDICH, l.c., 99-100.
[14] *Epist. ad Iunilium Africanum* 13: PG 11,80.
[15] *Praefatio in Libr. Iudith:* PL 29,37.

como parte integrante de la Biblia [16]. Por dudar de su canonicidad, San Jerónimo no puso mucho esmero en su traducción o revisión de un texto aramaico. Pero el mismo santo Doctor cambió de parecer *(Epist.* 65: PL 12,623; 25,1394) al verse libre de los prejuicios rabínicos. Afirma San Jerónimo que el concilio de Nicea «in numero sanctarum scripturarum computasse» al libro de Judit (PL 39,39) [17].

BIBLIOGRAFIA

a) Comentarios

A. SCHOLZ, *Commentar über das Büch Judith* (Leipzig 1898); A. MILLER, *Das Buch Judith:* «Com. de Bonn» (Bonn 1940); A. VACCARI, *Giuditta:* «La Sacra Bibbia» (Firenze 1948); L. SOUBIGOU, *Judith:* «La Sainte Bible», Pirot (París 1949); F. STUMMER, *Das Buch Judith:* «Echter Bibel» (Würzburg 1950); A. BARUCQ, *Judith:* «La Sainte Bible de Jérusalem» (París 1959); * Y. M. GRINTZ, *Sefer Yehudith (The Book of Judith).* A reconstruction, commentary, appendices and indices (Jerusalén 1957); J. PRIERO, *Il libro di Giuditta:* «La Sacra Bibbia» (Marietti, 1959).

b) Estudios

L. ARNALDICH, *El pecado en el libro de Judit:* «Verdad y Vida», 16 (1958) 95-115; H. CAZELLES, *Le personnage d'Achior dans le Livre de Judith:* «Recherches de Science Religieuse» (Mélanges Lebreton), 39 (1951) 125-137; A. COLUNGA, *El género literario de Judit:* «Ciencia Tomista», 74 (1948) 98-126; A. LEFÈVRE, *Judith:* «Dict. de la Bible», Suppl. IV 1315-1321; C. MEYER, *Zur Entstehungsges[illegible]te des Buches Judith:* B 3 (1922) 193-203; J. STEINMANN, *Lecture de Judith* (París 1953); F. STUMMER, *Geographie des Buches Judith* (Stuttgart 1947); P. W. SKEHAN, *Why Leave out Judith?:* CBQ 24 (1962) 147-154; F. ZIMMERMANN, *Aids for the Recovery of the Hebrew Original of Judith:* JBL 57 (1938) 67-74; L. BIGOT, *Livre (le) de Judith:* DTC 8,1709-1719; E. VOIGT, *The Latin Version of Judith* (Leipzig 1925); E. HAAG, *Die Besondere literarische Art des Buches Judith und seine theologische Bedeutung:* «Trierer theologische Zeitschrift», 7 (1962) 288-301; P. W. SKEHAN, *The Hand of Judith:* CBQ 25 (1963) 94-109.

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES DEL ASEDIO DE BETULIA (c.1-7)

Dos reyes en escena (1,1-4)

1 Era el año duodécimo del reinado de Nabucodonosor, que reinó sobre los asirios en la gran ciudad de Nínive en los días de Arfacsad, rey de los medos, que reinó sobre los medos en Ecbatana, 2 a la que rodeó de un muro construido de piedras labradas, de tres codos de altura y seis de largo, siendo la altura del muro de setenta codos y de cincuenta su anchura. 3 Levantó

[16] CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* 2,17: PG 8,969; ORÍGENES, *De oratione* 13,2: PG 11,452.

[17] Véase A. M. DUBARLE, *La mention de Judith dans la littérature ancienne, Juive et chrétienne:* RB 66 (1959) 514-549.

torres en las puertas hasta la altura de cien codos, y el ancho de sus cimientos era de sesenta codos. 4 Construyó sus puertas, que se levantaban hasta setenta codos, siendo su ancho de cuarenta, para dar paso a sus fuerzas poderosas y a la muchedumbre de sus infantes.

Por haber arrasado el país en sus incursiones bélicas, por la profanación del templo y por la humillante deportación a Babilonia (2 Re c.24-25) fue Nabucodonosor, a juicio de los judíos, el prototipo del soberano despótico, cruel e impío. Dícese en el texto que «reinó sobre los asirios, en la gran ciudad de Nínive». Por documentos cuneiformes se conoce la lista completa de los reyes de Asiria desde 930 hasta 612 a.C., fecha en que fue destruida la ciudad por Ciaxares y Nabopolasar, no figurando en los mismos ningún rey con el nombre de Nabucodonosor. ¿Cómo explicar esta anomalía histórica? Los exegetas han identificado a Nabucodonosor con Asurbanipal (669-626), Darío I (521-486), Artajerjes III Oco (358-337), etc. Con estas hipótesis no se solucionan las dificultades históricas del libro. La misma incertidumbre presenta la mención de Arfacsad, rey de los medos, cuya identificación debe ser correlativa con la de Nabucodonosor. Ningún rey lleva este nombre. Como personal figura en Gén 10,22; 11,10.

Fue Ecbatana, la actual Hamadán, la capital del reino de los medos y más tarde residencia de verano de los monarcas persas (Esd 6,2). Fue fundada hacia el año 700 a.C. por Deyoces, hijo de Phaortes. Situada en una región montañosa, en la encrucijada de las comunicaciones de Persia con el valle del Eufrates, tenía un comercio muy floreciente. Se habla de Ecbatana en Tob 3,7; 6,7; 2 Mac 9,3. Las fortificaciones de Ecbatana eran impresionantes [1]. Según Heródoto (I 96-99; II 153), siete murallas concéntricas, de la misma altura, con las almenas de diversos colores, custodiaban el palacio real y sus tesoros. El codo de que habla el texto debe de ser el babilónico, que equivale aproximadamente a 0,52 metros. De ahí que las medidas de las fortificaciones traducidas en metros son las siguientes: 1) piedras labradas: 3,12 metros de largo por 1,56 de ancho; 2) altura de las torres: 52 metros, con una anchura de 31,20; 4) puertas: medían 36,40 metros de alto por 20,80 de anchura. Las medidas dadas por el texto griego no concuerdan con las de la Vulgata.

Nabucodonosor combate a Arfacsad (1,5-6)

5 En aquellos días combatió Nabucodonosor contra Arfacsad en la gran planicie, esto es, en los confines de Ragau. 6 Le habían salido al paso todos los habitantes de la montaña, todos los ribereños del Eufrates, del Tigris y del Hidaspes; y en la llanura de Arioc, el rey de los elamitas y muchísimos pueblos se juntaron para hacer frente a los hijos de Jeleal (caldeos).

La expresión «en aquellos días», de sabor hebraico, debe entenderse del año 17 de Nabucodonosor, según el texto griego del v.13,

[1] POLIBIO, 10,27; DIODORO, 17,100.

o del año 12 del mismo, conforme a la Vulgata. El combate que anuncia en este versículo, y cuya descripción se hace en los v.13 y 16, tuvo lugar en la gran llanura que se extiende en los confines de Ragau. ¿En dónde emplazar esta gran planicie? En la inscripción de Bischtun de Darío I (año 520) se cita dos veces la región de Raga. El historiador Tolomeo (6,2,6) habla de una llanura de nombre *Ragiana*. Existe actualmente la ciudad Rai a 160 kilómetros al noroeste de Ecbatana. En resumen, se desconoce el emplazamiento exacto de la ciudad de Ragau. Entre los aliados de Arfacsad se cuentan las tribus de la meseta del Irán occidental (Zagros), los ribereños del Eufrates, del Tigris y del Hidaspes. Se ignora a qué río corresponde este último. Se descarta el Hidaspes, llamado hoy Gehlam, en el Panjab, y que desemboca en el Indo. También son aliados los habitantes de la llanura de Arioc, rey de los elamitas o elymeos. Arioc es un personaje que se menciona en Gén 14,1 como rey de Elasar *(rex Ponti*, según la Vulgata). Se desconoce el emplazamiento concreto de esta llanura. Por el texto griego no aparece claro si estos pueblos se unieron a Arfacsad o a Nabucodonosor. El contexto sugiere lo primero.

Con la frase «de modo que fueron muchos los pueblos que se juntaron a las huestes de los hijos de Queleud» (Yeleal) se pondera la potencia de los confederados contra Nabucodonosor. «Hijos de Queleud», frase que la Vulgata omite, pueden ser, o bien los caduseos, los caldeos, o los pueblos de la región de Quilmad (Ez 27,23), que el talmudista traduce por *Media* y los LXX por *Carmenia*, que corresponde a la región llamada actualmente Kerman, al sudeste de Persia. El resultado de la batalla se describe en los v.13-16.

Mensaje de Nabucodonosor (1,7-12)

7 Después mandó Nabucodonosor, rey de los asirios (un mensaje) a todos los habitantes de Persia, a todos los de las regiones occidentales, a Cilicia, Damasco, al Líbano y al Antelíbano, a todos los de la costa del mar, 8 a los del Carmelo, a Galaad, a Galilea la alta, a la gran llanura de Esdrelón, 9 y a los moradores de Samaria y a sus ciudades, a los del otro lado del Jordán, hasta Jerusalén, Betana, Quelos, Cades, hasta el río de Egipto; a Tafna, Rameses y a toda la tierra de Guesen, 10 hasta por encima de Tafnis y de Menfis, y a todo Egipto hasta los confines de Etiopía. 11 Despreciaron todos los moradores de la tierra el mensaje de Nabucodonosor, rey de los asirios, y no se le asociaron para la guerra, porque no le temían, porque a sus ojos era un don nadie. 12 Enfurecióse grandemente Nabucodonosor contra todas estas gentes, y juró por su trono y por su señorío que se vengaría y devastaría con su espada todos los territorios de Cilicia y de Damasco y de Siria y a todos los moradores de Moab, a los hijos de Amón y a toda la Judea, y a todos los que moran en Egipto hasta los confines de los dos mares.

Según el texto, envió Nabucodonosor su mensaje a pueblos del este y del oeste. Omiten la palabra *Persia* (v.7): Sin., Syr., VL y Vulgata.

En la lista del grupo extremo occidental se sigue una línea geográfica de nordeste a sudoeste: Cilicia, Damasco, Líbano, Antelíbano, «la costa del Mar», con la Fenicia y terri orio de los filisteos. Del territorio de Palestina cita los pueblos del Carmelo, que entran en el elenco porque el autor sagrado coloca a Betulia en el ámbito geográfico del Carmelo, hacia su extremidad sudoriental. Del Carmelo se pasa a Galaad, región situada al otro lado del Jordán, entre el Yaboc y el Yarmuc. Es la primera vez que se habla en la Biblia de la Alta Galilea como término geográfico. La extensa y fértil planicie enclavada en la Baja Galilea, delimitada al sur por el Carmelo y los montes de Samaria y al norte por los de Galilea, es llamada en el libro de Judit (1,8; 3,9; 4,6; 7,3) llanura de «Esdrelón». La expresión «al otro lado del Jordán» es ambigua, y puede designar la Transjordania o la Cisjordania, según el lugar en que se sitúe el historiador. Aquí el punto de referencia de Nabucodonosor es Asiria, y, por lo mismo, la frase citada se refiere a los territorios de la Cisjordania. La tierra de Guesen corresponde a la región de Gosen, en la cual moraban los israelitas durante su permanencia en Egipto. El río de Egipto es el *wadi el-Arish*, que servía de frontera entre Palestina y Egipto. Tafna corresponde a *tell Defneh*, cerca del lago *Menzaleh*. Rameses (Ex 1,11) es quizá Tanis. Menfis es la antigua capital del Bajo Egipto, llamada Nof en hebreo (Is 19,13; Jer 2,16).

Los pueblos de occidente despreciaron al mensaje de Nabucodonosor. La Vulgata dice: «Omnes uno animo contradixerunt». Todos desecharon su invitación de apoyarle en la lucha contra Arfacsad. A sus ojos, el monarca era un rey aislado políticamente, incapaz, por lo mismo, de hacer frente con las armas a todas las naciones coligadas. A los mensajeros del rey se les negaron incluso los presentes de ritual.

Nabucodonosor jura vengarse (1,13-16)

13 Había puesto en movimiento sus fuerzas contra el rey Arfacsad en el año diecisiete; le venció en batalla campal y aniquiló todo el poder de Arfacsad, toda su caballería y todos los carros, 14 y se apoderó de sus ciudades, llegando hasta Ecbatana, haciéndose dueño de sus torres y devastando sus calles y convirtiendo en oprobio toda su belleza. 15 Se apoderó de Arfacsad en las montañas de Ragau, y le atravesó con sus propias armas y acabó con él. 16 Vuelto Nabucodonosor a Nínive con todo su ejército y con todos los que se le habían unido, muchedumbre incontable de guerreros, descansó allí y banqueteó con su ejército por espacio de ciento veinte días.

Nabucodonosor jura por su trono, lo que equivale a *jurar* por la divinidad, de la cual era él el representante en todo su imperio. La soberbia del rey es tanta, que no puede concebir que pueblo alguno se atreva a contradecir sus designios. Jura vengarse de Moab, de Amón (2 Re 24,2; Gén 12,5) y de Judea, cuyas naciones se mencionan por el designio literario del autor de preparar la narración ulterior del

libro. El amonita Aquior es una figura relevante del libro (5,1; 6,20; 11,9-11; 14,5.10). La mención de Judea es un toque de alerta para el lector. Los pueblos se equivocaron al valorar la potencia bélica de Nabucodonosor. Solo, con su propio ejército, presentó batalla a Arfacsad, derrotándole completamente en batalla campal y aniquilando todo su ejército, compuesto de infantería, caballería y carros de combate. Los datos que anteriormente había señalado el texto (1,2-4) sobre Ecbatana daban la impresión de que era una ciudad invulnerable; pero no hay potencia humana capaz de oponerse al poder e ímpetu de Nabucodonosor.

Consejo de oficiales en palacio (2,1-3)

1 El año dieciocho, el veintidós del primer mes, se corrió en el palacio de Nabucodonosor, rey de los asirios, que iba a tomar venganza de toda la tierra, como lo había dicho. 2 Llamó a todos sus oficiales y a todos sus grandes, y confirió con ellos sus secretos planes, resolviendo poner en ejecución toda la maldad que había proferido su boca contra la tierra. 3 Fueron de parecer que se destruyese a cuantos no se sometieran a los decretos del rey.

Herido en su amor propio, planea Nabucodonosor un ejemplar castigo de las naciones rebeldes a su llamamiento. Corría el año dieciocho de su reinado, el veintidós del mes de Nisán, es decir, a principios de abril, «tiempo en que los reyes suelen ponerse en campaña» (2 Sam 11,1), cuando en el palacio del rey se bosquejó el plan de ataque. Según Jer 32,1; 52,29, el año dieciocho del Nabucodonosor histórico coincide con la fecha en que el mencionado rey se apoderó de Jerusalén (año 587). El autor ha querido asociar la memoria del año más triste para los judíos con el desquite por manos de Judit; el sacrilegio de Nabucodonosor señala el comienzo de su caída. El v.2 deja traslucir claramente el texto original semítico.

Holofernes, generalísimo del ejército (2,4)

4 Terminado el consejo, llamó Nabucodonosor, rey de los asirios, a Holofernes, general de su ejército, que era el segundo después de él.

Un rey de Babilonia que reina sobre los asirios en la ciudad de Nínive tiene a un persa como generalísimo de sus tropas. Que el nombre de Holofernes sea de origen persa, lo prueban tanto su terminación como la analogía con otros nombres de la misma procedencia, como Artafernes, Datafernes. ¿Qué personaje se esconde bajo este nombre que recuerda el mugido de un buey en una caverna? (CLAUDEL). Según Eusebio [1], con ocasión de la campaña contra Egipto, Artajerjes III Oco deportó a Hircania, a orillas del mar Caspio, a muchos judíos. En esta misma campaña [2] destruyó

[1] *Chron.* 2: PG 19,486.
[2] SOLINO, 35,4.

y conquistó Jericó, lugar en donde se habían congregado los levantiscos judíos, hecho que tuvo lugar hacia el año 351. Según Diodoro Sículo (31,19,2-3), un cierto Holofernes, hermano del rey de Capadocia, Ariarates, combatió al lado de Artajerjes contra los egipcios. El mismo Diodoro (16,47,4) menciona al muy influyente eunuco Bagoas (12,11; 13,3; 14,14). Aunque el nombre de Bagoas era muy común [3] entre los eunucos, y aunque el nombre de Holofernes se halla en otras partes, es, sin embargo, muy casual que se hable de los dos en una misma narración. La mención de éste y del eunuco Bagoas, ¿basta para identificar a Holofernes con Artajerjes III? ¿No es diametralmente opuesto el papel de Holofernes en la obra de Diodoro y el que juega en el libro de Judit? Aquél regresa victorioso a Persia, seguido de una caravana de judíos, camino del destierro; éste cae muerto por la acción de una mujer israelita. Concluyamos diciendo que el hagiógrafo ha escogido el nombre de Holofernes con el fin de asociarlo al de otros enemigos de los judíos. Para el autor del libro es Holofernes un instrumento calificado del enemigo de Israel por antonomasia.

Holofernes recibe consignas del rey (2,5-13)

Y le dijo: 5«Esto ordena el rey grande, el señor de toda la tierra: En saliendo de mi presencia, tomarás contigo hombres que confíen en sus fuerzas; de infantes, hasta ciento veinte mil, y caballos con sus jinetes, doce mil; 6 e invadirás toda la tierra de occidente por haber desobedecido la orden de mi boca. 7 Les intimarás que me preparen la tierra y el agua, porque en mi furor saldré contra ellos y cubriré toda la haz de la tierra con los pies de mis soldados, y la entregaré al saqueo; 8 y sus heridos llenarán los barrancos y los torrentes, y el río se desbordará lleno de muertos; 9 y conduciré sus cautivos hasta los extremos confines de la tierra. 10 Empezarás por ocupar todo su territorio, y si no se te rinden, me los reservas para el día del castigo. 11 Mas para los rebeldes no haya perdón; sean entregados a la muerte y al saqueo toda su tierra. 12 Por mi vida y por la fuerza de mi imperio, que cuanto dije lo ejecutaré por mi mano. 13 No dejes de cumplir ni una palabra de tu señor, antes las ejecutarás exactamente según te lo ordeno y sin dilación».

«El gran rey» es una expresión que usaban los reyes de Asiria (2 Re 18,19; Is 36,4) y de Persia (Est 13,1; 16,1). Yahvé es el único que puede ostentar el título de «rey de toda la tierra» (Miq 4,13; Zac 4,14; Sal 47,3; Jer 32,27). Los reyes de Asiria se llamaban a sí mismos «reyes de las cuatro regiones». El autor sagrado ha puesto en boca del monarca una locución más ambiciosa con el fin de poner de relieve su soberbia, que le llevó a arrogarse un título propio de la divinidad. Al paso de Holofernes y de su ejército seguirá la visita real, que acabará por aniquilar a los pueblos que no se rindieron. La frase «preparar la tierra y el agua» se halla en los documentos persas [4] para significar que las naciones, en señal de sumi-

[3] PLINIO, *Hist. Natur.* 13,41: *ita vocant spadones, qui apud eos etiam regnavere.* Según Plinio , un eunuco llamado Bagoas envenenó a Artajerjes III Oco (13,4,9).
[4] HERÓDOTO, 6,48-49; 6,94; 7,32; 13,8.

sión, debían poner a disposición del vencedor todo cuanto necesitara para el traslado y mantenimiento de las tropas durante su permanencia en ellas. La orden es formal: «que tu ojo no perdone a ninguno» (Deut 7,16; Ez 20,17), dice literalmente el texto del v.11. En confirmación de sus palabras jura Nabucodonosor por su vida y por su imperio (1 Re 17,12; 18,10; 2 Re 2,2.4.6; Is 49,18) que ejecutará cuanto dijo. En opinión de Scholz, sólo Dios emplea esta fórmula de juramento (Núm 14,21.18); los hombres juran por Dios vivo (Jue 8,19). De ello se infiere que Nabucodonosor se atribuye un poder sobrehumano.

Movilización general (2,14-18)

[14] Partió Holofernes de la presencia de su señor y tomó consigo a todos los magnates, generales y capitanes del ejército asirio; [15] pasó revista a las tropas escogidas para la guerra, según le había ordenado su señor, hasta ciento veinte mil infantes y doce mil arqueros a caballo, [16] y los ordenó como se ordenan las muchedumbres guerreras. [17] Tomó, además, camellos, asnos y mulos, para la impedimenta, en cantidad muy grande; ovejas, bueyes y cabras [18] para su aprovisionamiento, y vituallas en cantidad para toda la gente, y asimismo mucho oro y plata del tesoro del rey.

A Holofernes, «el segundo después del rey» (2,4), que no asistió al consejo secreto de «sus servidores y magnates» (2,2), le fue confiado el reclutamiento y la puesta en marcha de un poderoso ejército. Pasó revista a sus tropas escogidas, infantes y arqueros a caballo (2 Crón 14,7; 17,17; 1 Sam 31,3; 1 Re 22,34; Jer 4,29; 6,23) y los organizó militarmente. Aparte de este ejército escogido, reunió gran cantidad de bestias de carga y animales para el servicio de la tropa. A todos se les entregó dinero abundante y provisiones para una larga campaña.

Un ejército en marcha (2,19-21)

[19] Luego se puso en marcha con todo su ejército; y, adelantándose al rey Nabucodonosor, cubrió toda la haz de la tierra, hacia el occidente, con sus carros, jinetes e infantes escogidos; [20] y una abigarrada muchedumbre como la langosta, incontable como el polvo de la tierra, que se les agregó. [21] Partieron de Nínive, caminando durante tres días por la llanura de Bectelet, y asentó su campamento desde Bectelet hasta cerca de la montaña, a la izquierda de la Cilicia superior.

Del texto parece desprenderse que el ejército de Holofernes estaba encargado de marchar en vanguardia con el fin de someter las naciones que Nabucodonosor debía ocupar. Esta muchedumbre se compara, por su gran número, a la invasión de langosta proveniente del desierto, o al polvo de la tierra (Jos 11,4; Jue 7,12). El autor sagrado junta nombres del abigarrado mosaico de nacionalidades situadas al norte de Palestina y pasea por ellas el rulo del ejército de Nabucodonosor con el fin de presentar al monarca como señor y dueño de todo el mundo conocido, enfrentándolo con el diminuto pueblo de Betulia. La llanura de Bectelet nos es desconocida. En caso de encontrarse en la Cilicia superior, es imposible que llegara a ella en tres días el ejército de Holofernes.

Luchas en el Asia Menor (2,22-23)

[22] Y tomó todo su ejército, sus infantes, sus jinetes y sus carros; partió de allí en dirección a la montaña. [23] Rompió por Put y Lut, devastó a los hijos de Rarses y a los de Ismael, que habitan los linderos del desierto hacia el mediodía de Quelos.

El v.23 es una verdadera cruz para los intérpretes. A menudo se mencionan juntos en el Antiguo Testamento los nombres de Put y Lut (Jer 46,9; Ez 27,10; 30,5). ¿En dónde localizar ambos pueblos? Según Stummer, Put es un pueblo de Africa (Gén 10,6; 1 Crón 1,8; Jer 46,9; Ez 27,10; 30,5; 38,5; Neh 3,9); Lut puede ser, o bien Lidia (Gén 10,22), o un pueblo norteafricano (Gén 10,13; 1 Crón 1,11, etc.). En Is 66,19, los dos nombres se asocian a Javán, Tarsis y a «las islas lejanas, que no han oído hablar nunca de mi nombre (Yahvé)», de lo cual se infiere que su localización debe buscarse en el extremo occidental del Asia Menor. Sin embargo, la predilección del autor por la antigüedad hace sospechar que al mencionar Put y Lut tuvo en la mente los textos de Gén 10,6.13.22. Los hijos de Rarses son los habitantes de Tarso de Cilicia (Vulg.). Quelos es una localidad desconocida, en el desierto siroarábigo.

Combates en Mesopotamia (2,24-26)

[24] Pasó el Eufrates y, atravesando la Mesopotamia, tomó por asalto todas las ciudades fuertes del torrente Abrona hasta el mar. [25] Se apoderó de todo el territorio de Cilicia, derrotando a cuantos se le opusieron, llegó hasta los confines de Jafet por la parte del mediodía, enfrente de la Arabia. [26] Cercó a todos los hijos de Madián, dio al fuego sus tiendas y saqueó sus apriscos.

Con el fin de solucionar la dificultad del regreso del ejército a su punto de partida, cambian algunos comentaristas el orden actual por el siguiente: v.21.21a.24ab.22.21b.23a.24c.25a.23b.26.25b. Con ello se obtiene un desplazamiento de Holofernes más en consonancia con los datos geográficos de que disponemos hoy. Del v.23 se desprende que, una vez dominadas las naciones del Asia Menor y ya en territorio de Siria, pronto para descender a Palestina, torció Holofernes hacia el este con el fin de someter las tribus nómadas acampadas entre Palmira y el Eufrates. En el v.24, el ejército de Holofernes cruza de nuevo el río y presenta batalla a los pueblos situados entre los ríos Eufrates y Tigris. En la primera campaña, Holofernes siguió la ribera del Eufrates; en esta segunda ataca Cilicia y lleva sus tropas hacia «los confines del norte» (Ez 38,6). Según Gén 10,1-2, los hijos de Jafet se establecieron en la orilla meridional

del mar Negro, en los alrededores de los lagos Van y Urmia y junto a las riberas del Caspio. No se ha explicado todavía satisfactoriamente la presencia en el texto de la palabra «Arabia»; la mayoría de los autores la consideran como glosa. El torrente Abrona es desconocido. Los madianitas vivían en el Sinaí (Ex 2,15-21), en el país de Moab (Núm 22,4-7; 31,1-8) y al este del golfo de Aqaba.

Por tierras de Siria y Fenicia (2,27-28)

**27 Descendió luego a la planicie de Damasco en los días de
la recolección del trigo, incendió todos los campos, destruyó
sus rebaños y vacadas, saqueó sus ciudades, asoló sus campiñas
e hirió toda su juventud al filo de la espada. 28 Temor y temblor
se apoderó de toda la costa, de los moradores de Sidón y de Tiro
y de los habitantes del Sur, de Ocina, de Jamnia. Los habitantes de Azoto y Ascalón se llenaron, asimismo, de miedo.**

Holofernes desciende de los confines del norte a la llanura en los días de la siega del trigo, a fines de mayo (Gén 30,14). La cebada se segaba en abril (1 Sam 21,9). Como en el v.1 se dice que el consejo se tuvo hacia primeros de abril, asombra la rapidez de las campañas del ejército de Holofernes. La ciudad de Damasco se halla situada en la fructífera y bien regada llanura de Guta (2 Re 5,12; Jer 49,25), en un lugar por donde pasa la gran ruta caravanera que une Egipto con Mesopotamia. Existía la bárbara costumbre de incendiar las mieses (Jue 15,4-8) para sumergir a los pueblos en la indigencia. Llama la atención este comportamiento de Holofernes en relación con la noticia de la Vulgata, según la cual contaba él con el trigo de Siria para su ejército (2,9: *frumentum ex omni Syria in transitu suo parari constituit)*. Es muy probable que el autor haya imputado a Holofernes la conducta que solían seguir otros conquistadores. A medida que las tropas se acercan a Palestina se intensifican los actos conducentes a sembrar el pánico y el terror entre los pueblos. Ante ello, los pueblos prefieren pactar antes que lanzarse a un combate en el que llevarían las de perder. La ciudad de Ocina quizá sea San Juan de Acre; Jamnia (1 Mac 4,15), al norte del país de los filisteos, al que pertenecían Azoto (1 Sam 6,17) y Ascalón.

Rendiciones en masa (3,1-5)

**1 Y le enviaron mensajeros con propuestas de paz, diciendo:
2 «Mira, nosotros somos siervos del gran Nabucodonosor, nos
postraremos en tu presencia para que hagas con nosotros según
tu arbitrio. 3 Nuestras majadas, con todo nuestro territorio, y
todos nuestros trigales, nuestros rebaños y vacadas, y los apriscos de nuestros ganados, todo está a tu disposición; dispón de
todo según te plazca. 4 Y nuestras ciudades con sus moradores,
siervos tuyos son; ven y haz con ellos como bien te parezca».
5 Llegados los hombres a Holofernes, le hablaron en esta
forma».**

Los pueblos de Fenicia y los del litoral de Palestina prefirieron ser esclavos de Nabucodonosor a perder la vida. Los delegados

ponen a disposición de Holofernes las majadas *(epauleis)*, los campos de trigo, ganado mayor y menor, los apriscos, las ciudades con sus habitantes. Por tres veces consecutivas expresan ellos su total entrega (v.2.3.4). El autor hace hincapié en el temor y servilismo de los pueblos gentiles. Esta disposición de ánimo contrasta con la actitud valiente y confiada de Israel, que, puesta su confianza en Dios, resiste al invasor en defensa de sus valores espirituales y nacionales.

Duro trato de los vencidos (3,6-8)

**6 Descendió él con su ejército a la costa y puso guardianes
en las ciudades fuertes, y de ellas enroló en su ejército gente
escogida. 7 Toda la región le recibió con coronas, danzas y panderos. 8 Devastó todo su territorio y taló sus bosques sagrados,
y ordenó destruir todos los dioses de aquella tierra para que sólo
a Nabucodonosor adorasen todas las naciones y le invocaran
como a Dios todas las lenguas y todas las tribus.**

Descendió *(katébe)* Holofernes de las llanuras de Damasco a la costa fenicia acompañado por tropas de choque. A pesar de tantas muestras de sumisión, no pudieron los mencionados pueblos aplacar la ira del general persa. Los pueblos salíanle a recibir con cánticos y danzas. Estas muchedumbres que se adornaban con coronas y danzaban al son del tambor, no parecen inspirarse en costumbres orientales. En la Biblia se habla de estas manifestaciones de alborozo en la época griega (Eci 32,1; Sab 2,8). Véanse, sin embargo, tales manifestaciones en Jdt 11,34; 1 Sam 18,6. Holofernes no dañó a estos pueblos en sus bienes materiales. El castigo se reduce a talar los bosques sagrados [1] que crecían alrededor de los santuarios y hacer añicos las imágenes de Baal y Astarté y de cuantos dioses tenían, para entronizar en su lugar a Nabucodonosor. La conducta de Holofernes se ajusta a las concepciones antiguas orientales en lo referente a las relaciones entre la divinidad, el rey y el pueblo. Dios conquista el país y a él se someten los dioses locales, que deben retirarse ante el vencedor y cederle el puesto.

Solían los reyes asirios llevar en sus triunfantes campañas las efigies de los dioses del país vencido, que eran sustituidas por las divinidades del vencedor. Al destruir Holofernes los símbolos locales, pretendía obligar a que «sólo a Nabucodonosor adorasen todas las naciones y le invocaran como a Dios todas las lenguas y todas las tribus». ¿Se arrogaron los reyes asirio-babilónicos el título de *dios?* Muchos monarcas se gloriaban de ser los representantes de Dios en la tierra, sus vicarios y lugartenientes, pero no llegaron nunca a proclamarse a sí mismos dioses. Los reyes asirios, dice Baruc, no manifestaron nunca esta pretensión. En Dan 3,1-5 no se dice que la estatua representara al rey divinizado. Nuestro texto puede ser una crítica de las exigencias de Antíoco IV. Los seléncidas, a ejemplo de

[1] El v.8 puede traducirse: «Devastó sus lugares altos y cortó las *aseras*». La palabra griega *alse* (bosque) es quizá una traducción defectuosa del hebraico *asherim* (2 Crón 14,2; 24,18), *árboles sagrados*, o sea, *ashtaroth* (1 Sam 7,3; 12,10). El término *horia* (monte) es una transcripción incorrecta de *hierá*, que significa lugares altos *(bamoth)*.

Alejandro Magno, fueron los primeros en arrogarse honores divinos (2 Mac 9,12) y obligar a que se les llamara oficialmente *dioses*. Antíoco Epifanes hizo acuñar monedas con el título «Antíoco Rey Dios Epifanes Nicéforo». Se reserva para este lugar la declaración blasfema de Holofernes con el fin de enfrentar al más poderoso monarca de la tierra con el Dios de los hebreos.

Holofernes en Esdrelón (3,9-10)

9 Llegado al llano de Esdrelón, cerca de Dotán, frente a la gran llanura de Judá, 10 asentó su campo entre Gaba y Escitópolis, donde permaneció un mes esperando toda la impedimenta de su ejército.

Holofernes impuso sus condiciones de paz a las ciudades de Fenicia y de Filistea que se le habían rendido. Desde las ciudades de la Filistea (Gaza, Ascalón, Asdod) podía Holofernes marchar hacia el este y atacar a Jerusalén, pero determinó volver sobre sus pasos en dirección noroeste, alcanzar la llanura de Esdrelón en un punto cercano a Dotán e ir a acampar en un lugar entre Gaba y Escitópolis. Era Dotán (Gén 37,17; 2 Re 6,13) una población cananea situada al norte de Siquem, a 40 kilómetros al sur de Nazaret y junto a la actual carretera que une esta última ciudad con Jerusalén. El campamento de Holofernes estaba entre Gaba y Escitópolis. La primera de estas ciudades puede corresponder a Gibleam, Gelboé, al sur de Betsán. Escitópolis era el nombre que recibió en el período helenístico la antiquísima ciudad de Betsán (2 Mac 12,29). Aquí esperó Holofernes los servicios auxiliares del ejército antes de aventurarse a dar la batalla a los judíos. En las luchas que van a comenzar entre Holofernes e Israel se enfrentan dos potencias: la del mal, en cuyo ejército militan todos los enemigos del yahvismo, y la del bien, o sea la del Dios de los judíos. De Judea no ha recibido Holofernes propuesta de rendición, y sospecha que será dura la campaña para reducir aquel país. La llanura de Esdrelón (2 Re 2,9) formaba parte de Israel, pero su ocupación por Holofernes no exacerba el orgullo judío. El próximo campamento de Holofernes será la región montañosa entre Dotán y Betulia.

Pánico en Judea (4,1-3)

1 Así que los hijos de Israel que moraban en Judá oyeron todo cuanto había hecho a los gentiles Holofernes, general en jefe del ejército de Nabucodonosor, rey de los asirios, y cómo había saqueado todos los templos y los había destruido, 2 sintieron grandísimo miedo y se turbaron por Jerusalén y por el templo del Señor, su Dios; 3 pues recientemente habían subido de la cautividad, y hacía poco que se había reunido todo el pueblo de Judea, y el mobiliario y el altar y la casa habían sido santificados después de su profanación.

La noticia de que Holofernes destruía y saqueaba los templos cayó como una bomba sobre Israel. El texto supone la unidad nacional. Tanto los de «Judá» como los «hijos de Israel» forman parte de la nación hebraica. No se alude al reino del norte (Israel) ni al del sur (Judea), sino al pueblo que adora a un mismo Dios en su templo de Jerusalén. A pesar de su mucho temor *(sfodra, sfodra,* que corresponde al hebraico *meod, meod)*, sabrán reaccionar hasta morir con tal de impedir que Holofernes repita en Jerusalén lo que hizo con los pueblos que se le rindieron. El pánico de los judíos era tanto más explicable cuanto que «recientemente» *(prosfátos)* habían subido de la cautividad y hacía poco *(neosti)* que se había reunido el pueblo en Judea en torno al templo.

¿Pertenece el v.3 al texto original? En dicho versículo se mencionan tres acontecimientos: 1) regreso de la cautividad; 2) reagrupación del pueblo en Judea; 3) purificación del templo y de su mobiliario. ¿De qué cautividad y repoblación habla el autor? Del famoso exilio de Babilonia y de la repoblación de Judea bajo la égida de Esdras y Nehemías. Impresionados por consideraciones religiosas, reaccionaron los judíos y decidieron morir antes que ver saqueado y destruido el templo *(oikós,* casa) del Señor. Si el pueblo judío está dispuesto a morir para defender a Yahvé y su templo, ¿no «les protegerá Dios y será con ellos» (5,21) al ver su buena disposición? El texto no habla de la reconstrucción del templo (Neh 6,15-18), sino de la purificación del mismo, lo que nos lleva a los tiempos de Antíoco IV Epifanes (1 Mac 4,36; 2 Mac 10,3-5).

Resistencia al enemigo (4,4-5)

4 Enviaron, pues, a toda la región de Samaria y sus aldeas, a Betorón, Belmain, Jericó, Joba, Aisora y al valle de Salem, 5 y ocuparon todas las cimas de los montes altos y amurallaron sus aldeas, y se aprovisionaron de vituallas en previsión de la guerra, pues recientemente habían recogido la cosecha de sus campos.

El sujeto del verbo *enviar* son los hijos de Israel, de que se habló en el v.1. Se menciona en primer lugar la «región de Samaria», porque se hallaba amenazada directamente. Ninguna alusión a la enemistad existente entre samaritanos y judíos despues del exilio (Esd 4,1-5; Neh 4,33-35; Jo 4,9). Toda la retahila de lugares geográficos se suprimen en la Vulgata, la cual se limita a decir: «Y enviaron a toda la región de Samaria hasta Jericó». No es de suponer que el autor sagrado tenga mucho interés en dar a este elenco un valor geográfico estricto. Se citan: Coma, que la VT y Vulg. traducen por «castella», «per circuitum», y que, según Stummer, corresponde a Qamun (Jue 10,5); Betorón (Jos 16,3); Belmain, quizá Baal Meón (Núm 32,38), cerca de Madaba, al este del mar Muerto; Joba (Gén 15,15); Aisora *(Tell Asur,* cerca de Jericó); valle de Salem, junto a Jerusalén, o la aldea actual de Salim, en la llanura de Siquem. Los israelitas habían segado ya (2,27), lo cual nos dice que los hechos narrados tienen lugar en los meses de junio-julio, o sea en pleno verano de Palestina.

Sumo sacerdote y estratega (4,6-8)

[6] Escribió Joaquín, que por aquellos días era sumo sacerdote en Jerusalén, a los moradores de Betulia y de Bet-Omestaim, enfrente de Esdrelón, ante la llanura que está junto a Dotán, [7] diciéndoles que resistiesen en las subidas de las montañas, pues por ellas era el acceso a Judea, y como éste era estrecho, sería fácil aun a sólo dos hombres impedir el paso a los que llegaban. [8] Ejecutaron los hijos de Israel las ordenes de Joaquín, el sumo sacerdote, y del senado de todo el pueblo de Israel, que tenía su asiento en Jerusalén.

Habiendo dado el autor un carácter religioso al ataque de Holofernes, era lógico que fuera el sumo sacerdote el que, en nombre de Dios, se enfrentara contra el general impío. Además de su cargo religioso, reunía en su persona la autoridad política suprema de la nación, ayudado en este cometido por un senado *(gerousía)* (2 Mac 11,27). No había en Jerusalén ni rey ni gobernador; un sacerdote rige los destinos de la nación hebraica, lo que no sucedía en tiempos de Nehemías. La sede del mismo estaba en Jerusalén. Supone el texto la existencia de un santuario central y nacional en Jerusalén. El sumo sacerdote Joaquín (Vulgata *Eliacim)* figura en la línea de los sumos sacerdotes en Neh 12,10.12.26.

Betulia tiene la misión de aplastar la soberbia de Nabucodonosor. No hay duda de que el texto localiza la ciudad al norte de Samaria, no lejos del desfiladero que conduce a la planicie de Esdrelón. Según el texto, se hallaba Betulia [1] en la subida de un monte al pie del cual brotaba un manantial (6,11; 7,3.7). Entre la ciudad y el campo de Holofernes (7,1-3) se extendía una pequeña planicie. Judit y su sierva atravesaron el campamento, «rodearon el valle y subieron al monte de Betulia» (13,10). Se hallaba cerca de Dotán (4,6). La corriente más en boga entre los exegetas tiende a localizar Betulia en *Sheik Shibel*, a quince kilómetros al noroeste de Sanur y a ocho al sudoeste de Djenin. Entre *Sheik Shibel* y Dotán se extiende la planicie de *Schael Arrabeh*, que produce abundantes pastos por la abundancia de aguas que manan de dos manantiales. Con los datos que se dan en los capítulos siguientes se puede llegar a una localización más exacta de Betulia. La orden de Joaquín era de ocupar las pendientes o subidas *(anábaseis)* de la montaña, porque por ellas era el acceso *(eisódos)* a Judea. Era fácil impedir el paso de los que, dada la estrechez del desfiladero *(prósbasis)*, veíanse obligados a caminar de dos en dos. El tránsito de la planicie de Dotán a Esdrelón es mucho más ancho de lo que supone el texto, cuyas palabras deben entenderse en sentido hiperbólico.

[1] Palabra derivada de *Bethul* o *Bathuel* (Jos 19,4; 1 Crón 4,31), de la tribu de Simeón, a la cual pertenecía Judit (9,2). Quizá viene de *betulah* (virgen), nombre simbólico de Jerusalén. El códice Sinaítico la llama «Baitoulía»; el Vaticano, «Baitoulona»; el c.58, «Betyloua»; el c.108, «Baitolia»; cód. A, «Betyloua». Se localiza en: *Karun Hattin* (al este del lago de Tiberíades); *Beth-Ilfa* (entre Gelboé y Betsán), o al sur de Dotán: en *Sanur*, en *Messaliye*, en *Tell Kheibar*, en la cumbre *Sheik Shibel*, en la aldea de *Barid* o en *Haraiequel-Malla* (Bover-Cantera). En conclusión, en un lugar, caso de que haya existido, imposible de identificar.

Oraciones, ayunos y sacrificios (4,9-12)

[9] Todos los hijos de Israel clamaron con gran instancia a Dios y se humillaron con gran fervor; [10] ellos, sus mujeres y sus hijos, sus ganados, todos los extranjeros o jornaleros, y sus esclavos, vistiéronse de saco. [11] Todos los israelitas, las mujeres y los niños, los moradores de Jerusalén, se postraron ante el santuario, cubriéndose de ceniza sus cabezas; mostraron sus sacos al Señor y revistieron de saco el altar. [12] Todos a una clamaron al Dios de Israel, pidiéndole con ardor que no entregase al saqueo sus hijos ni diese sus mujeres en botín, ni las ciudades de su heredad a la destrucción, ni el santuario a la profanación y al oprobio, regocijando a los gentiles.

Comprende el pueblo que, «si no guarda Yahvé la ciudad, en vano vigilan sus centinelas» (Sal 127). La única fuerza efectiva con que contaba Israel era el favor de su Dios, que se había comprometido a no entregar a su pueblo predilecto en manos de los enemigos, a menos que le fuera infiel. Bien decía Aquior a Holofernes que, si en Israel no «había ninguna culpa o pecado contra su Dios», pasara de largo y no le molestara, porque su Dios lo protegerá y será con él (5,20-21). La iniciativa de prepararse a la lucha con armas espirituales parte del pueblo. El autor del libro se contagia de este fervor religioso. Unicamente en este lugar se menciona el acto de revestir el altar del santuario con un saco. Para más forzar a Yahvé, «extendían sus sacos ante el Señor» (v.11), a la manera de Ezequías, que «desplegó ante Yahvé» (2 Re 19,14) las cartas de Senaquerib. La ley mosaica sólo prevé un día de ayuno oficial al año, el día grande de la Expiación (Lev 16,29; 23,27; Núm 29,7). En los libros de Ester, Tobías y Judit se percibe mejor que en otros la importancia creciente que toma el ayuno en la piedad de los ambientes judíos (Est 4,1-3; 9,32; 14,2; Tob 3,10-11; 12,8; Jud 4,8-10; 8,6; 9,1; 12,9) [1].

Los sacerdotes, solidarios con el pueblo (4,13-15)

[13] Escuchó el Señor sus clamores y miró su aflicción. Ayunaba el pueblo todos los días en toda Judea y en Jerusalén ante el santuario del Señor omnipotente. [14] Joaquín, sumo sacerdote, y todos los sacerdotes que asistían en la presencia del Señor y le servían, ceñían de saco su cintura al ofrecer el holocausto perfecto y los votos y las ofrendas del pueblo, [15] y echaban cenizas sobre sus tiaras, y clamaban al Señor con todas sus fuerzas pidiendo que se dignase visitar a toda la casa de Israel.

En la Vulgata se representa a Eliacim (Joaquín) de viaje por todo Israel, exhortando a todos a perseverar en la oración y en el ayuno, prometiéndoles la ayuda divina. Los sacerdotes dan ejemplo a los fieles, que se solidarizan con ellos. El sumo sacerdote, los simples sacerdotes y los levitas clamaban al Señor con todas sus fuerzas al ofrecer el holocausto perpetuo y los votos y las ofrendas del pueblo.

[1] T. Chary, *Les prophètes et le culte à partir de l'exil* (París 1955) 200-201.

En vez de echar la ceniza sobre la cabeza, como los laicos (2 Sam 13,19; Ez 27,30) lo hacían «sobre sus tiaras» *(kidareis)* (Ex 28,40; 29,9).

En este capítulo se describe la reacción del pueblo judío al anuncio de la presencia de Holofernes en sus fronteras. Pensar en una rendición era temerario, mayormente después de la conducta de Holofernes para con los que pactaron con él. La oposición bélica que se planea es más ideal que efectiva; la verdadera fuerza del pueblo judío se halla en su vida religiosa y moral. Hubo movilización espiritual, pero no militar.

Holofernes ante la resistencia de Israel (5,1-4)

**1 Llegó a noticias de Holofernes, generalísimo del ejército
asirio, que los hijos de Israel se preparaban para la guerra; que
habían cerrado las entradas de las montañas y habían fortificado
todas las cumbres de los montes altos y colocado barreras en el
llano. 2 Montado en cólera, llamó a todos los príncipes de Moab,
a los capitanes de Amón y a todos los sátrapas de la costa, 3 y les
habló en estos términos: «Decidme, hijos de Canaán, ¿qué
pueblo es ese que mora en las montañas? ¿Qué ciudades habitan? ¿Cuál es el número de sus soldados? ¿En qué está su
fuerza y su poder? ¿A quién tienen por rey y jefe de su ejército? 4 ¿Por qué desdeñan venir a mi encuentro, a diferencia
de todos los moradores del occidente?»**

Dos fuerzas opuestas se hallan frente a frente. Holofernes vivaquea en las inmediaciones de Betsán. Le llegan noticias de que Israel se prepara a la lucha. La audacia de Israel tiene la virtud de inquietar el ánimo de Holofernes. La guerra relámpago que había practicado hasta ahora se acaba en el límite de la frontera con Judea. En vez de atacar, pierde el tiempo coleccionando consejos y escuchando informes. Llama a los príncipes de Moab, a los generales de Amón y a los sátrapas o gobernadores locales del litoral para cerciorarse acerca del pueblo judío. La encuesta gira en torno a un triple tema: 1) étnico-histórico; 2) estratégico y político; 3) psicológico.

Discurso de Aquior (5,5-21)

Aquior demuestra tener un conocimiento profundo de la historia del pueblo de Israel. Su testimonio es tanto más valedero en cuanto que él es príncipe y jefe de Amón, pueblo que no tuvo relaciones amistosas con Israel (Núm c.22-24; Deut 23,4; Jue 10, 7-11.33; 1 Sam 11,1). Aquior demuestra simpatía hacia Israel y pone mucho calor en sus palabras, lo que recuerda el episodio de Balaam al bendecir contra su voluntad al pueblo de Israel (Núm c.22-24). Exalta la protección de Yahvé sobre su pueblo. En prueba de sus buenos servicios, Aquior «quedó agregado a la casa de Israel» (14,10), al igual que lo fue Rahab en otro tiempo, y por idénticos motivos (Jos 2,9.11). Sin embargo, en Deut 23,4 se decía que «amonitas y moabitas no serán admitidos ni aun a la décima generación; no entrarán jamás». La expresión «hijos de Canaán» (v.3) es arcaica y sólo se utiliza en textos poéticos y arcaizantes (Esd 9,1; Neh 9,8).

La situación descrita en todo el capítulo no exige un período histórico determinado, sino que puede ajustarse a todo el decurso de la historia del pueblo judío, a todo lo largo y ancho de la historia de Israel. A la tesis defendida por Aquior opone Holofernes esta otra: Nabucodonosor es el único dios, y las armas darán razón de un pueblo indefenso que ha tenido la osadía de oponérsele. Los dos poderes, material y espiritual, se enfrentan en una lucha de la cual, ya desde ahora, se vislumbra el fin.

Prehistoria de Israel (5,5-9)

**5 Le contestó Aquior, jefe de todos los hijos de Amón: «Escuche mi señor una palabra de boca de tu siervo, y te diré la
verdad acerca del pueblo que habita estas montañas próximas
a donde tú estás, que no saldrá mentira de la boca de tu siervo.
6 Este pueblo es originario de Caldea; 7 habitaron primero en
la Mesopotamia; y por no seguir a los dioses de sus padres, que
vivían en la Caldea, 8 la abandonaron y dejaron su culto para
adorar al Dios del cielo, el Dios que se les había dado a conocer. Los padres los arrojaron de la presencia de sus dioses, y
ellos huyeron a Mesopotamia, donde habitaron muchos días.
9 Les dijo su Dios que salieran de sus moradas, y se encaminaron a la tierra de Canaán, donde peregrinaron, enriqueciéndose
de oro y plata y muchos rebaños.**

Según Aquior, Israel es originario de Caldea (Gén 11,28.31), desde donde emigró Abraham estableciéndose en Jarán (Gén 11,31; 12,4). El motivo de este desplazamiento fue por no querer adorar a los dioses de sus padres, establecidos en Caldea. Abraham rompió con la tradición idolátrica de sus antepasados para adorar al «Dios del cielo» (Esd 5,11ss; 6,9; papiros de Elefantina). El discurso de Aquior representa el punto desde el cual debe enjuiciarse el libro. Da una vista panorámica de la historia de Israel según la mentalidad profética. La figura de Aquior se inspira en la del sabio Ahikar (Tob 1,21; 2,10; 11,18; 14,10). El nombre significa «mi hermano es luz», pudiendo significar simbólicamente el amigo que ilustra la historia de Israel.

Permanencia en Egipto (5,10-12)

**10 »Bajaron a Egipto, porque el hambre había invadido la tierra de Canaán, y se instalaron allí, donde hallaron alimentos,
multiplicándose hasta hacerse incontable su número. 11 Pero
se levantó contra ellos un rey de Egipto, que los oprimió con
trabajos de hacer ladrillos, y los humillaba, convirtiéndolos en
esclavos. 12 Clamando a Dios, hirió éste toda la tierra de Egipto**

con plagas, para las cuales no había cura, hasta que los arrojaron los egipcios de su presencia.

La protección divina sobre Israel se revela también en el tiempo que permaneció en Egipto. Si Yahvé escuchó a su pueblo y castigó a Egipto, ¿no puede acontecer ahora lo mismo?

A través del desierto (5,13-15a)

13 »Secó su Dios el mar Rojo delante de ellos 14 y los encaminó al Sinaí y a Cadesbarne; y, arrojando a todos los que moraban en el desierto, 15a habitaron en la tierra de los amorreos, y con su poder aniquilaron a todos los habitantes de Hesebón.

Mientras el texto griego consigna los hechos de la salida de Egipto y el paso del mar Rojo (Ex 15,22-19,2; 13,1-20,13), la Vulgata subraya el carácter milagroso de ambos episodios y amplía el texto.

En la Tierra Prometida (5,15b-17)

15b »Atravesaron luego el Jordán, y se posesionaron de la montaña; 16 expulsaron pronto a los cananeos, a los fereceos, a los jebuseos, a los siquemitas y a todos los guergueseos, y habitaron mucho tiempo en esta tierra. 17 Todo les fue bien mientras no pecaron contra Dios, porque éste, que aborrece la iniquidad, estaba con ellos.

Por una providencia extraordinaria de Dios penetraron los israelitas en Canaán, apoderándose en un principio de la región montañosa, por no poder enfrentarse en las tierras bajas con los carros de combate de los cananeos. Ellos recibieron esta tierra en herencia *(ekleronómesan)*. La permanencia pacífica de los israelitas en la Tierra Prometida estaba condicionada a su fidelidad al pacto de la alianza. La prosperidad y la ruina de Israel dependen de su adhesión al mismo. El v.17 constituye el punto central del discurso y encierra la teología de la historia de Israel (Sal 5,6; Deut 5,9-10; Is 59,2; Jue 2,11-19).

Pecado y arrepentimiento (5,18-19)

18 »Pero cuando se apartaron del camino que les había señalado, luego fueron destruidos con muchas guerras y llevados cautivos a tierra extraña, y el templo de su Dios convertido en ruinas, y sus ciudades ocupadas por los enemigos. 19 Ahora que se han convertido a su Dios, han subido de la región en donde estuvieron dispersos, y se apoderaron de Jerusalén, donde está su santuario, y se establecieron en la montaña, que estaba despoblada.

Los principios señalados por Aquior se confirman con dos acontecimientos: cautividad y regreso a la tierra. En el exilio encontró Israel ocasión propicia para reflexionar sobre las causas que lo motivaron. Para muchos, la cautividad significaba el fracaso de la

doctrina de la alianza y un indicio de la impotencia de Yahvé para salvaguardar a su pueblo frente a sus enemigos. Para otros, en cambio, impresionados por la predicación de los profetas, este desastre nacional fue el principio de una total y sincera conversión a Yahvé. Gracias a ello les ha sido posible a los israelitas poder regresar *(nuper*, añade la Vulgata) a su patria, establecerse en Jerusalén y repoblar la montaña, que quedó desierta (2 Re 17,7-23; Sal 106, 40-46).

Conclusión (5,20-21)

20 »Ahora, pues, dueño y señor: ¿Hay escándalo en este pueblo? Si hay en él alguna culpa o pecado contra su Dios, entonces subamos, que los derrotaremos. 21 Pero si no hubiese en ellos iniquidad, pase de largo mi señor, porque su Dios los protegerá y será con ellos, y vendremos a ser objeto de oprobio ante toda la tierra».

Del discurso de Aquior puede Holofernes deducir que las preguntas que él dirigió al estado mayor indican un desconocimiento de la situación. Lo importante y justo hubiera sido cerciorarse de si Israel tenía o no culpa o pecado contra Dios. En caso afirmativo puede atacarle, seguro de conseguir la victoria; en caso contrario, pase de largo, si no quiere convertirse en el hazmerreír de los pueblos.

Efectos del discurso (5,22-24)

22 Y así que acabó Aquior de pronunciar estas palabras, todo el pueblo, que estaba en torno de la tienda, rompió en murmullos de reprobación. Los magnates de Holofernes y todos los moradores de la costa y de la región de Moab pidieron que Aquior fuese descuartizado. 23 «Porque nunca temeremos—decían—nada de los hijos de Israel. Es un pueblo sin ejército, sin fuerza para sostener una lucha dura. 24 Subamos, pues, y serán pasto de todo tu ejército, señor Holofernes».

Mal eco encontró el discurso de Aquior entre los seguidores de Holofernes. Ninguno de ellos dejóse impresionar por la tesis teológica desarrollada, estando todos acordes en admitir que las armas son las que deciden las batallas. A la concepción religiosa yahvista de la historia oponen Holofernes y su estado mayor la fuerza de las armas. Todo el libro trata de demostrar que Aquior tenía razón.

Intervención de Holofernes (6,1-9)

1 En cuanto cesó el tumulto de las gentes que rodeaban al consejo, dijo Holofernes, general en jefe del ejército asirio, a Aquior y a los moabitas, en presencia de todo el pueblo extranjero: «¿Quién eres tú, Aquior, y vosotros, mercenarios de Efraím, para profetizar como lo habéis hecho hoy, diciendo que no luchemos contra la nación israelita porque la protege su Dios? 2 ¿Qué dios hay si no es Nabucodonosor? 3 Este ha enviado su ejército y los borrará de la faz de la tierra, sin que su Dios pueda librarlos; pero nosotros, siervos de Nabucodo-

nosor, los aplastaremos como a un solo hombre, y no podrán resistir el empuje de nuestra caballería. [4] Con ella inundaremos su tierra, y bañaremos en sangre sus montañas, y llenaremos de cadáveres sus valles, y no podrán mantenerse en pie delante de nosotros, y todos enteramente perecerán, dice el rey Nabucodonosor, señor de toda la tierra, y sus palabras no quedarán sin cumplimiento. [5] Pero tú, Aquior, mercenario de Amón, que tales discursos has tenido este día de tu insensatez, no volverás a ver mi rostro hasta que yo no haya castigado a esa nación de huidos de Egipto. [6] Cuando yo vuelva, atravesará tu cuerpo el hierro de mi ejército, y la muchedumbre de mis lanceros tu costado, y caerás bañado en tu sangre. [7] Mis siervos te llevarán a la montaña y te pondrán en una de las ciudades de la subida, [8] y no perecerás hasta que con ellos seas aniquilado. [9] Ya que tan firme esperanza tienes de que no sean conquistados, no se abata tu rostro. De cuanto he dicho, ni una palabra caerá en el vacío».

Acallado el tumulto popular, intervino Holofernes violentamente, aludiendo en tono sarcástico a la tesis religiosa de Aquior. En presencia de Moab y de toda la muchedumbre de extranjeros increpó a Aquior y a los mercenarios de Amón. Su ejército les demostrará que se han equivocado al meterse en profetas de mal agüero. Holofernes rechaza la posibilidad de que el Dios de Israel, pueblo formado con «huidos de Egipto», pueda prevalecer contra el omnipotente Nabucodonosor. Anuncia la derrota completa de Israel, que no podrá resistir el empuje de su caballería. Aquior será testigo de este desastre. Holofernes no menciona el nombre de Betulia, pero da a entender que los judíos preparan la resistencia «en una de las ciudades de la subida». Estaba tan creído de su victoria, que no temía que Aquior revelara a los de Betulia sus planes guerreros. Pero la razón fundamental por la cual Aquior es entregado y colocado en Betulia es para que, una vez cortada la cabeza de Holofernes, diera fe de que era la del generalísimo del ejército de Nabucodonosor. Como se ve por todo el contexto, no son dos pueblos los que se enfrentan, sino dos dioses: el dios Nabucodonosor (3,8; Dan 3,14-18) y el Dios de Israel.

Aquior es llevado a Betulia (6,10-13)

[10] Luego ordenó Holofernes a los siervos que estaban a su lado en la tienda que tomasen a Aquior y le llevaran a Betulia, entregándole a los israelitas. [11] Cogiéronle los siervos de Holofernes, y le condujeron fuera del campamento, que estaba en el llano, y le llevaron del llano a la montaña, a las fuentes que están por debajo de Betulia. [12] En cuanto los de la ciudad los vieron, tomaron sus armas y salieron a la cima del monte. Los honderos se mantuvieron en sus puestos y arrojaron piedras sobre los asirios. [13] Pero ellos, ocultándose en los repliegues de la montaña, amarraron a Aquior y le abandonaron a raíz del monte, volviéndose a su amo.

Por las palabras del texto se deduce que no existía un frente continuo, sino focos aislados de resistencia. De ahí que los siervos de Holofernes penetraran en territorio israelita y se acercaran a Betulia. Holofernes seguía en su campamento entre Gelboé y Betsán. Los que acompañaron a Aquior podían informarle de los preparativos bélicos.

Aquior con los jefes de Betulia (6,14-17)

[14] Bajaron de la ciudad los hijos de Israel, dieron con él y le desataron, y, llevándole a Betulia, le entregaron a los jefes de la ciudad. [15] Eran éstos en aquellos días Ocías, hijo de Mica, de la tribu de Simeón; Abris, hijo de Otoniel, y Carmis, hijo de Malquiel; [16] los cuales convocaron luego a los ancianos de la ciudad. Todos los jóvenes y las mujeres concurrieron también a la asamblea, y, puesto Aquior en medio del pueblo, le interrogó Ocías acerca de lo sucedido. [17] Dioles cuenta él de los discursos habidos en la sesión de Holofernes, y de lo que había dicho a los príncipes asirios, y de las insolencias proferidas por Holofernes contra los israelitas.

Una vez regresaron los asirios a su campamento, descendieron los hombres del pueblo a la falda del monte; hallaron a Aquior y, desatándolo, le entregaron a los jefes *(arjontes)* de la ciudad, pertenecientes a la tribu de Simeón. El autor del libro trata de rehabilitar a Simeón, poco afortunado en la bendición de Jacob (Gén 49, 5-7), y cuya tribu llevó siempre una vida lánguida y deslucida (2 Crón 15,9; 34,6), fundida con la tribu de Judá. Judit (9,2-4) alaba a Simeón por «haberse vengado de los extranjeros que habían violado a una doncella». Ocías es quizá Oziel (1 Crón 4,42), perteneciente a la tribu de Simeón. Los otros dos *arjontes* eran Cabris (Núm 26,45; Gén 46,17) y Carmis (Jos 7,1; 1 Crón 2,7).

Oraciones y banquetes (6,18-21)

[18] Postrándose en tierra el pueblo, clamaron a Dios, diciendo: [19] «Señor, Dios del cielo, mira el orgullo de éstos y apiádate de nuestro linaje humillado, y pon hoy tus ojos en el rostro de tus santos». [20] Consolaron a Aquior y le alabaron grandemente. [21] Ocías le sacó de la asamblea y le condujo a su casa, donde le dio un banquete, al que invitó a todos los ancianos. Toda aquella noche estuvieron invocando el auxilio del Dios de Israel.

Durante aquella noche perseveraron en la oración, invocando el auxilio de Dios. En este momento crucial para la ciudad no existen preparativos de carácter militar y estratégico. Saben ellos que la victoria o la derrota está en manos de Dios. Los israelitas eran los santos, los consagrados a Dios y, por lo mismo, los que ocupaban un lugar aparte (Dan 7,27; 8,24).

SEGUNDA PARTE

YAHVE TRIUNFA SOBRE NABUCODONOSOR (c.7-16)

Los asirios frente a Betulia (7,1-3)

1 Al día siguiente dio órdenes Holofernes a todo su ejército y a las tropas auxiliares de prepararse para atacar a Betulia, ocupando las subidas de los montes y haciendo ya la guerra contra los hijos de Israel. 2 Entonces se dispusieron todos sus hombres de armas y la masa de sus guerreros, en número de ciento setenta mil infantes y doce mil jinetes, fuera de la impedimenta y de la muchedumbre de los hombres que iban con ella, que era muy grande, 3 acamparon en el valle junto a Betulia, cerca de la fuente, y se desplegaron a lo ancho, hasta Dotán, Belmáin, y a lo largo desde Betulia hasta Ciamón, que está frente a Esdrelón.

Holofernes obra rápidamente. Al día siguiente de haber deportado a Aquior a Betulia, manda que su ejército marche en dirección a esta ciudad, que se ocupen las vertientes de las montañas y que se establezca contacto con el enemigo. Hemos hablado ya del emplazamiento de esta heroica y enigmática ciudad (4,4-6), que, a lo más, disponía de unas murallas levantadas precipitadamente al anuncio de la llegada del ejército de Holofernes. Teniendo en cuenta todos los datos desparramados en todo el libro, no se llega a identificar el lugar de Betulia; pues si de una parte figura en la entrada de Esdrelón, al norte de Samaria, de otra se dice que salió una procesión de Betulia en dirección a Jerusalén, lo cual significaría que los participantes en ella recorrieron un centenar de kilómetros (16,18). De ahí que algunos exegetas dudan incluso de la existencia real de una ciudad con este nombre. Obsérvese la pasividad de las otras ciudades frente al ejército invasor. Ninguna le hace frente, ni se ponen obstáculos a las maniobras tácticas del mismo. Holofernes tiene la obsesión de Betulia, en donde cree radica la máxima resistencia por parte de los judíos. El nombre de Ciamón se conserva en *tell Qaimun*, la antigua Jocneam (Jos 12,22; 19,11), a ocho kilómetros al norte de Dotán.

Consternación de los israelitas (7,4-5)

4 Cuando los israelitas vieron tanta muchedumbre, quedaron consternados, y unos a otros se dijeron: «Ahora sí que van a devorar éstos toda la haz de la tierra, y ni los altos montes, ni los valles, ni los collados, podrán soportar su peso». 5 Y tomando cada uno sus armas, encendieron hogueras sobre las torres y permanecieron guardándolas toda aquella noche.

Desde la ciudad contemplaron los de Betulia la marcha del ejército asirio, que estrechaba el cerco. Al ver tanta muchedumbre, les asalta la idea de que el enemigo devorará toda la haz de la tierra

(Núm 22,4) y de que el suelo cederá a su paso. Aunque las noches en Palestina sean algo más frescas que el día (Mc 14,54; Lc 22,55), no es probable que tuvieran necesidad de fuego los centinelas de las murallas, dada la estación en que se produjo el asedio (4,5). Más bien encendieron hogueras, o para divisar los movimientos del enemigo en torno a los muros, o para darle la sensación de que los habitantes de la ciudad estaban alerta (1 Mac 12,28-29).

Estratagema de Holofernes (7,6-7)

6 Al día siguiente hizo desfilar Holofernes toda su caballería a la vista de los israelitas que estaban en Betulia; 7 examinó las subidas de la ciudad y recorrió las fuentes de sus aguas, apoderándose de ellas y estableciendo puesto de guardia, para volverse luego a su gente.

Exploró Holofernes personalmente los accesos de la ciudad, reconoció los manantiales que surtían de agua a Betulia y los ocupó. Antes (v.3) se dijo que el ejército acampó en el valle, junto a Betulia, «cerca de la fuente». Desde este momento Betulia se encuentra cercada por todas partes, no quedándole más dilema que entregarse o resistir. No cabe esperar ayuda de las otras ciudades, ni de la misma ciudad de Jerusalén, que contempla la heroica resistencia de Betulia, apoyando su causa con ayunos y oraciones, pero sin enviar soldado alguno.

Otro consejo dado a Holofernes (7,8-15)

8 Entonces se acercaron e él los príncipes de Esaú, los jefes de Moab y los capitanes de la costa, diciéndole: 9 «Escuche nuestro señor una palabra, si quieres que no sufra quebranto tu ejército. 10 Este pueblo de los israelitas no confía en sus lanzas, sino en las alturas de los montes en que habitan; y, en efecto, no es fácil dominar la cima de sus montes. 11 Ahora bien, señor, no luches contra ellos como se lucha en batalla campal, y evitarás que caiga un solo guerrero. 12 Quédate tú en el campamento y ten en guardia todo tu ejército; pero haz que tus siervos se apoderen de las fuentes de agua que brotan a raíz del monte, 13 porque de ella se abastecen todos los moradores de Betulia. La sed los matará, y acabarán por entregarte la ciudad, mientras que nosotros y nuestro pueblo subimos a las cimas de los montes próximos y acampamos en ellas, para guardarlas e impedir que salga de la ciudad hombre alguno. 14 Así el hambre los consumirá a ellos, a sus mujeres y a sus hijos, y antes que los alcance la espada quedarán tendidos en las calles de su propia ciudad, 15 dándoles tú el merecido por su malvada conducta de no haber salido a tu encuentro en son de paz».

El designio de Holofernes era atacar la ciudad y acabar con ella, fiado en su superioridad. Considerando las cosas humanamente, era ésta la mejor solución. Pero mercenarios de los pueblos vecinos de Israel, tales como los «príncipes de Esaú», o sea los idumeos (Núm 21,14), los jefes de Moab (Núm 22,3-5) y los capitanes de las ciudades filisteas de la costa mediterránea, aconsejan

al generalísimo de Nabucodonosor que estreche el cerco y espere a que los habitantes de Betulia se entreguen, acosados por el hambre y la sed. Estos consejeros conocen bien la geografía de Betulia. Edom, Amón y Moab son los enemigos tradicionales de Israel (Am 1,11; Ex 35,5).

Asedio a Betulia (7,16-22)

**16 Fueron bien recibidas por Holofernes y todos sus siervos
estas palabras, y al punto ordenó ejecutar cuanto se había dicho.
17 Los hijos de Amón levantaron el campo, y con ellos cinco
mil asirios, que acamparon en el valle y ocuparon las aguas y
los manantiales de agua de los israelitas. 18 Subieron los hijos
de Esaú y los de Amón, y acamparon en la montaña, frente a
Dotán. Pusieron luego una división hacia el mediodía, hacia
el este, contra Ecrebel, que cae cerca de Husi, sobre el torrente
de Mocmur, y el resto del ejército asirio acampó en el llano,
cubriendo toda la haz de la tierra. Las tiendas y la impedimenta
se extendían en inmensa muchedumbre, con todas sus gentes,
que eran en extremo numerosas. 19 Los hijos de Israel clamaron
al Señor, su Dios, pues perdieron el ánimo al verse cercados
por sus enemigos, sin posible escape. 20 El campo de los asirios,
su infantería, sus carros y su caballería, los tuvieron cercados por
espacio de treinta y cuatro días; de manera que a los habitantes
de Betulia se les agotaron todas las aguas, 21 quedaron vacías
las cisternas, sin que tuviesen para beber a saciedad un día, y
el agua se les distribuía con medida. 22 Desmayaban las muje-
res y los niños; los jóvenes desfallecían de sed y caían sin fuerza
en las calles de la ciudad y en los pasos de las puertas.**

Señala la Vulgata el detalle de que se pusieron cien centinelas en cada fuente. Los edomitas y parte de los amonitas ocuparon las cumbres de los montes vecinos, «frente a Dotán». Un tercer destacamento fue enviado hacia el mediodía, «hacia el este, contra Ecrebel, que cae cerca de Cus, sobre el torrente de Mocmur». Los comentaristas de Judit identifican generalmente a Ecrebel con *Aqrebeh*, a catorce kilómetros al sudoes e de Naplusa, que bajo la dominación romana fue capital de la toparquía Acrabatene. A ocho kilómetros al noroeste de Acrabe se encuentra Quzah, la antigua Cus. El torrente Mocmur debe identificarse con algún *wadi* al mediodía de la capital samaritana. Si estas identificaciones corresponden a la realidad, resulta que Holofernes cortó toda comunicación, ocupando un inmenso territorio al mediodía, este y norte de Betulia.

En todo este despliegue de fuerzas no encuentra Holofernes ninguna oposición de parte de los israelitas. Los habitantes de Betulia comprendieron que estaban completamente cercados. Al cabo de treinta y cuatro días, cifra que varía en los códices, se agotaron las provisiones de agua. Cortado el acceso a las fuentes, sus habitantes viéronse obligados a utilizar exclusivamente el agua recogida en las cisternas durante el tiempo de lluvia. También estas reservas se agotaron, sin que hubiera posibilidad de ser rellenadas en breve plazo por razón de hallarse en los meses de junio y julio (2,47; 4,5), en cuyo tiempo no llueve en Palestina.

Motín en la ciudad (7,23-29)

**23 Se amotinó todo el pueblo contra Ocías y contra los jefes
de la ciudad: jóvenes, mujeres y niños, y clamaron a grandes
voces contra los ancianos, diciendo: 24 «Sea Dios juez entre
nosotros y vosotros por habernos sometido a tamaña injusticia,
no proponiendo tratos de paz a los asirios. 25 Ahora ya no hay
para nosotros auxilio, y Dios nos ha entregado en sus manos
para que ante ellos caigamos de sed y suframos completa ruina.
26 Ahora, pues, llamadlos y entregad la ciudad al saqueo de las
gentes de Holofernes y de todo su ejército. 27 Más ventajoso
nos será entregarnos a ellos, porque siquiera, siendo siervos
suyos, viviremos y no veremos con nuestros ojos la muerte de
nuestros niños y consumidas nuestras mujeres y nuestros hijos.
28 Os conjuramos por el cielo y la tierra, por nuestro Dios y Se-
ñor de nuestros padres, que nos castiga según nuestros pecados
y según las transgresiones de nuestros padres, que desistáis».
29 Se produjo un gran llanto en medio de la asamblea, y todos
a una clamaron a grandes voces al Señor Dios.**

Betulia no estaba preparada para sostener un largo asedio. Además de la falta de provisiones, no estaban dispuestos sus habitantes a morir por la defensa de su Dios y de su ciudad. La orden de resistir emanaba del sumo sacerdote Joaquín (4,6), pero no iba acompañada con la promesa de una ayuda bélica eficaz. La frase (v.24) «sea Dios juez entre nosotros» equivale a un juramento (Gén 16,5; 31,53), como si dijeran: «que juzgue Dios quién de nosotros tiene razón». La expresión quiere decir que el pueblo la tiene, porque es mejor vivir en la opresión que entregar a la muerte a niños y mujeres. En el v.28 debe leerse: «a nuestro Señor, el Dios de nuestros padres». Se duda de cuál sea el sujeto de la segunda parte del verso, Dios o las autoridades. Estas reconocen que Dios les castiga a causa de sus pecados, aunque, según la Vulgata, el pueblo se arrepiente de ellos y pide perdón.

Respuesta de Ocías (7,30-32)

**30 Díjoles Ocías: «Tened ánimo, hermanos; esperemos cinco
días, en los cuales volverá sobre nosotros su misericordia el Se-
ñor, nuestro Dios, que no nos abandonará hasta el fin. 31 Si pa-
sados estos días no nos viniera ningún auxilio, yo haré lo que
pedís». 32 Despidió al pueblo, y se fue cada uno a su puesto, a
los muros y a las torres de la ciudad, y a las mujeres y a los niños
los mandó a sus casas. Grande era el abatimiento que dominaba
en la ciudad.**

Desde el punto de vista puramente humano, la guerra de Holofernes contra Betulia puede compararse a la lucha de un elefante con una hormiga. Ya hemos visto que Betulia no cuenta con ninguna ayuda militar exterior de parte de sus hermanos de raza, a pesar de «ser un pueblo numeroso» (5,10). Los guerreros de la villa son casi inexistentes. No se señala su número, no se dice que disparen una sola flecha ni que intenten una salida desesperada. Su población

se compone de mujeres quejumbrosas, de niños y hombres débiles, cuya aspiración es rendirse al ejército invasor antes que morir por su fe. Las mismas autoridades de Betulia se muestran incapaces, débiles, oportunistas y de poca fe. De una parte temen los alborotos del pueblo, y de otra, la justicia de los sitiadores. El discurso de Ocías, que prepara el de Judit (8,11-27), contrasta con el de esta última por su forma protocolaria, falto de fe y convicción. Ante un numeroso ejército dispuesto a la lucha, con unos jefes de Betulia sin fe y un pueblo desmoralizado, es fácil predecir la suerte de los acontecimientos. Pero sobreviene algo inesperado.

Judit, la heroína (8,1-3)

**1 Entonces lo supo Judit, hija de Merarí, hijo de Ox, hijo de
José, hijo de Ociel, hijo de Helcías, hijo de Elías, hijo de Quel-
cías, hijo de Eliab, hijo de Natanael, hijo de Salamiel, hijo de
Sarasadai, hijo de Israel. 2 Su marido, Manasés, era de su mis-
ma tribu y familia y había muerto en los días de la siega de la
cebada. 3 Hallándose con los atadores de haces en el campo,
cogió una insolación, y cayó en el lecho, y murió en Betulia,
su ciudad. Diéronle sepultura en la de sus padres, en el campo
que hay entre Dotán y Belamón.**

Cuando el pueblo pedía a gritos la rendición, en el momento crucial en que las autoridades de Betulia habían señalado un plazo de cinco días para entregarse, surge inesperadamente Judit, la heroína. No escoge Dios a un profeta, a un guerrero, sino a una viuda retirada en un cobertizo que se había fabricado en el terrado de su casa. Cuanto más débil sea el instrumento, más visible será la intervención de Dios en favor de Betulia. ¿Quién es esta mujer que salva a su pueblo de una catástrofe inminente? ¿Es un personaje ideal, simbólico, creado por el autor, o una mujer de carne y hueso? Era una viuda ideal, tal como la concibiera más tarde San Pablo (1 Tim 5,5). En Betulia era la única persona que confiaba ciegamente en Dios. Su mismo nombre es revelador: Judit, *Yehudith*, femenino de *Yehudi*, significa la *judía*, nombre que llevó una mujer de Esaú, de origen jeteo (Gén 26,34). Las dudas acerca de la existencia real de la heroína se fundan en el nombre que lleva, *Yehudith*, y en su propio testimonio. En efecto, el término *Yehudith* puede ser gentilicio y simbolizar la nación judía en su ideal de vida religiosa. En el cántico que siguió a la victoria, Judit misma se identifica con el pueblo judío (15,4-6). No existen razones poderosas para dudar de la existencia real de Judit, pero tampoco se dan argumentos ciertos que obliguen a admitirla. Lo primero que debe hacerse para resolver esta cuestión es examinar el género literario empleado por el autor en este libro. El carácter inspirado del mismo es indiferente a esta cuestión [1].

[1] J. E. Burns, *The genealogy of Judith*: CBQ 18 (1956) 19-22. Según Burns, los nombres de los personajes de la genealogía de Judit reflejan la tradición onomástica de los judíos en Egipto entre los siglos V-I a. C. Los diferentes códices y versiones no convienen ni en el número ni en el nombre de los antepasados de Judit. La mayoría de ellos aparecen en Números (Salamiel, 1,6; 2,12; 7,36; 10,19; Natanael, 1,9; Merari, 26,57) y Nehemías (12,12-21: José, Elcías, Ociel, Quelcías, Natanael). El nombre Ox (*syr.* Uz) no es hebreo. Probablemente se trata de una genealogía ficticia. La noticia sobre la sepultura de Manasés (Gén 41,51; Esd 10,33) en «el campo» y en la «caverna» es arcaizante (Gén 23,17-19; 25,7.19).

Vida ejemplar de Judit (8,4-8)

**4 Vivía en su casa Judit, guardando su viudez hacía tres años
y cuatro meses. 5 Habíase hecho un cobertizo en el terrado de
la casa y llevaba saco a la cintura, debajo de los vestidos de su
viudez. 6 Ayunaba todos los días, fuera de los sábados, novilu-
nios, las solemnidades y días de regocijo de la casa de Israel.
7 Era bella de formas y de muy agraciada presencia. Su marido,
Manasés, le había dejado oro y plata, siervos y siervas, ganados
y campos, que ella por sí administraba. 8 Nadie podía decir de
ella una palabra mala, porque era muy temerosa de Dios.**

Al morir su marido, decidió Judit vivir perpetuamente en la viudez (16,26). Teniendo en cuenta que las hebreas contraían matrimonio entre los doce y quince años y que Bagoas la llama *paidiske e kalé, niña hermosa*, cabe suponer que quedó viuda muy joven. Al producirse la invasión de Betulia se cumplían tres años y cuatro meses de su viudez (Vulgata: tres años y seis meses). De su matrimonio con Manasés no tuvo descendencia, no quejándose contra Dios de no habérsela dado, como hicieron otras mujeres hebreas menos piadosas (1 Sam 1,8-20). Vivía retirada con su esclava (16,26) en un cobertizo (Neh 8,16) que se fabricó en el terrado de su casa, o sea, la *alliyyah*, la habitación alta (Jue 3,23-25; 2 Sam 19,1; 2 Re 4,10). A una mujer tan perfecta en el cumplimiento de sus deberes religiosos debía Dios mirar con ojos de complacencia. Aunque las restantes gentes de Betulia tuvieran una fe vacilante, Dios les perdonaría en atención a las virtudes heroicas de Judit, de la cual nadie podía hablar mal. Su sensibilidad religiosa y su viudez eran factores que facilitaban su cometido de intercesora delante de Dios para salvar a su pueblo escogido.

Judit se entrevista con las autoridades (8,9-10)

**9 Llegaron a los oídos de Judit las desatinadas palabras que
el pueblo había dirigido al jefe; vio cuán abatidos estaban por
la escasez del agua y supo asimismo la respuesta de Ocías, ju-
rando entregar la ciudad a los asirios pasados cinco días. 10 En-
vió a su sierva, la que tenía puesta sobre todos sus bienes, e hizo
llamar a los ancianos de la ciudad Ocías, Cabris y Carmis.**

La prestigiosa mujer no tomó parte en el motín del pueblo. Por la servidumbre pudo enterarse de la situación y de la decisión tomada por las autoridades. Gran prestigio debía de gozar Judit entre los dirigentes del pueblo, ya que se dirigieron obedientes a casa de Judit tan pronto como su sierva, la que tenía puesta sobre todos sus bienes (Gén 24,2), les comunicó el deseo de su ama.

Judit increpa a los dirigentes de Betulia (8,11-15)

[11] Y cuando llegaron les dijo: «Escuchadme, príncipes de la ciudad de Betulia: No es acertado lo que hoy habéis dicho al pueblo, como tampoco el juramento que habéis interpuesto entre Dios y vosotros, diciendo que entregaríais la ciudad a vuestros enemigos si en esos días no viniere el Señor en vuestro auxilio. [12] ¿Quiénes sois vosotros para tentar a Dios, los que estáis constituidos en lugar de Dios, en medio de los hijos de los hombres? [13] ¿Al Dios omnipotente pretendéis poner a prueba? ¿No acabaréis de aprender? [14] Si no podéis sondear la profundidad del corazón humano ni comprender sus pensamientos, ¿cómo vais a escudriñar a Dios, el Creador de todas las cosas; a penetrar su mente y comprender sus pensamientos? De ningún modo, hermanos, irritéis al Señor, Dios nuestro, [15] que, si no quisiera ayudarnos en los cinco días, poder tiene para protegernos en el día que quisiere o para destruirnos en presencia de nuestros enemigos.

La valiente mujer se encara con los *príncipes* de la ciudad (6, 14-15; *jefes, ancianos)* por haberse atrevido a fijar a Dios un plazo de cinco días dentro de los cuales debía acudir en su ayuda; pasado aquel tiempo, ya no tenían necesidad de El. El proceder de las autoridades equivalía a un ultimátum. Ellos se obligaron con juramento a entregar la ciudad a los enemigos, y este juramento debía cumplirse necesariamente. El hecho de exigir a Dios que se decida a intervenir en el plazo de cinco días, ¿no equivalía a un atentado contra su soberanía divina? Hay que esperar pacientemente y con confianza la hora de Dios. Las autoridades de Betulia hacen mal en discutir sus designios. Una sola solución es viable: humillarse ante El y callar. A diferencia de Job (38,2; 40,2.7.8; 42,3), el autor de Judit pone más de relieve la confianza filial en Dios. Su concepción de la eficacia de la oración se asemeja a la cristiana.

Motivos de confianza (8,16-20)

[16] »No pretendáis hacer fuerza a los consejos del Señor, Dios nuestro, que no es Dios como un hombre que se mueve con amenazas, ni como un hijo del hombre que se rinde. [17] Por tanto, esperando la salud, clamemos a El que nos socorra. Si fuese su beneplácito, oirá nuestra voz. [18] Porque no hay en nuestra generación ni se conoce en nuestros días tribu, ni familia, ni región, ni ciudad que adore dioses fabricados, como sucedía en los tiempos antiguos, [19] por causa de los cuales fueron entregados nuestros padres a la espada y al saqueo y cayeron con gran estrago delante de sus enemigos. [20] Pero nosotros no conocemos otro Dios fuera de El, por donde esperamos que no nos desatenderá ni a nosotros ni a ninguno de nuestro linaje.

Por la ley de la alianza, Dios se comprometió a ayudar a Israel y defenderlo de sus enemigos con tal de que observara su Ley y permaneciera fiel a un puro monoteísmo (Lev 26,1-8; Deut 28, 1-7; Jue 2,7-23; 1 Sam 7,3). Tan segura está Judit de la eficacia de esta promesa, que se atrevió a decir a Holofernes: «Nunca nuestro linaje es castigado, ni la espada prevalece contra ellos si no han pecado contra Dios» (11,10). La situación religiosa actual de Israel es fundamentalmente buena, porque, al revés de los tiempos antiguos, no existe en la generación actual ni se conoce familia, región ni ciudad que adore a falsos dioses. Por este pecado de idolatría, contra el cual clamaba Jeremías (7,17-20; 14,7-15), fueron entregados los judíos a la espada y al saqueo. En los momentos actuales no existe este funestísimo pecado en Israel; luego hay motivos de esperar la ayuda de Dios. El autor del libro de Judit considera como pecado leve el amotinamiento del pueblo, porque sus protestas están más bien dictadas por el estómago vacío que por falta de confianza en Dios. Tampoco concede excesiva gravedad a la conducta de los magistrados de Betulia, que obraron más bien por cobardía que por malicia. Aquí, como en 11,10, Judit repite la tesis de Aquior (5,20-21).

Desastrosas consecuencias de una capitulación (8,21-27)

[21] »Considerad que, si nosotros fuéramos tomados, toda Judea sería destruida, y nuestro santuario saqueado, y entonces Dios nos pediría cuenta de su profanación. [22] Y la matanza de nuestros hermanos, y el cautiverio de la tierra, y la desolación de nuestra heredad, la haría el Señor recaer sobre nuestras cabezas en medio de las naciones a quienes sirviéramos, siendo escarnio y ludibrio a los ojos de nuestros dueños. [23] Ni sería nuestra servidumbre para nuestro bien; antes en nuestra deshonra la volvería el Señor, Dios nuestro. [24] Y ahora, hermanos, mostremos a nuestros conciudadanos que de nosotros pende no sólo nuestra vida, sino que el santuario, el templo y el altar sobre nosotros se apoyan. [25] Demos gracias al Señor, nuestro Dios, que nos prueba igual que a nuestros padres. [26] Recordad cuanto hizo con Abraham, cómo probó a Isaac y qué cosas sucedieron a Jacob en Mesopotamia de Siria cuando apacentaba las ovejas de Labán, su tío. [27] Pues así como aquéllos no los pasó por el crisol sino para examinar su corazón, así también a nosotros nos azota, no para castigo, sino para amonestación, de los que le servimos».

La suerte de Jerusalén, del templo y de toda la nación depende de la actuación de los habitantes de Betulia. Si, para evitar una situación crítica, de momento los magistrados de Betulia se rinden al enemigo, serán responsables ante Dios de las espantosas consecuencias de su cobardía y poca fe. Judit acumula razones con el fin de elevar la moral de los ancianos de Betulia: el país sería arrasado; sus habitantes, asesinados o deportados; el templo, saqueado. El ejemplo de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob debe estimularles a la resistencia. Dios los pasó por el crisol para examinar su corazón, no para castigarlos (Gén 22,1-19; 28,5; 29,22-30; 32,3-33,20). De la misma manera azota a los de Betulia, no a título de castigo,

sino con el fin de someter a prueba su confianza en Dios. Judit proclama que Dios castiga y azota a sus amigos con el único fin de purificarlos y santificarlos con la práctica de las virtudes (Prov 3, 12; Sab 11,5-10; Eci 2,3-5). La recomendación que hace Judit de dar gracias a Dios por las pruebas a que les sujeta es considerada por muchos como una interpolación cristiana (Rom 5,3-5; Heb 12,5-11).

Respuesta de Ocías (8,28-31)

28 Ocías le respondió: «Todo cuanto has dicho es salido de un buen corazón, y no hay quien a tus palabras pueda oponerse a nada. 29 No es hoy cuando tu sabiduría se descubre; desde el principio de tus días conoció todo el pueblo tu inteligencia y tu buen corazón. 30 Pero es mucho lo que el pueblo padece por la sed, y esto nos obligó a hablar como hablamos y a hacer el juramento que no quebrantaremos. 31 Ruega por nosotros, tú que eres mujer piadosa, y el Señor enviará lluvia que llene nuestras cisternas para que no perezcamos».

Con palabras halagadoras para Judit, Ocías reconoce su clara inteligencia y su gran corazón, pero le da a entender que no puede cambiar la decisión tomada en atención a los sufrimientos del pueblo, que muere de sed, y por el juramento que hizo, y que debe cumplirse inexorablemente (Jos 9,19; Jue 11,35; 2 Sam 21,1-8). La única solución está, dice Ocías, en que Dios nos mande lluvia que llene las cisternas, lo que equivale a pedir un milagro. La época de las lluvias en Palestina se extiende desde octubre hasta mayo, y sólo por un milagro (1 Sam 12,17) se da una lluvia torrencial durante los meses de junio y julio (Jos 10,11). Ocías no entiende la teología de la historia de Israel, tal como se la explica y comprende Judit. Es posible que teóricamente tenga razón Judit; pero en la práctica, parece decir Ocías, no se ve que Dios se muestre solícito en cumplir su compromiso con Israel. Por lo demás, la voluntad salvífica de Dios debe manifestarse en el plazo de cinco días, porque un juramento debe cumplirse necesariamente.

Judit expone sus planes (8,32-36)

32 Díjoles Judit: «Escuchadme: Yo me propongo realizar una hazaña que se recordará de generación en generación entre los hijos de nuestra raza. 33 Vosotros estaos esta noche a la puerta; yo saldré con mi sierva, y en los días que pusisteis por término para entregar la ciudad a vuestros enemigos, visitará el Señor a Israel por mi mano. 34 No tratéis de averiguar mis planes, que no os lo manifestaré mientras no haya dado remate a lo que me propongo ejecutar». 35 Y le contestaron Ocías y los jefes: «Vete en paz, y que el Señor vaya delante de ti para que nos vengues de nuestros enemigos». 36 Y, saliendo del cobertizo, se fueron.

De repente saca Judit a las autoridades de la situación embarazosa en que se encontraban. El plan que les propone no es improvisado; lo ha meditado bien en su soledad, porque también ella debía de tener noticia de cómo andaban las incidencias del sitio de Betulia. Sabe también que tendrá éxito el plan que ha trazado, porque confía en el poder de la oración (9,9-10,12).

Rostro en tierra (9,1)

1 Judit, postrándose rostro a tierra, echó ceniza sobre su cabeza y descubrió el cilicio que llevaba ceñido. Era precisamente la hora en que se ofrecía en Jerusalén, en la casa de Dios, el incienso de la tarde, cuando clamó Judit con gran voz al Señor, diciendo:

Consciente de la responsabilidad que había cargado sobre sus hombros, Judit postróse en tierra en actitud suplicante, echó ceniza sobre sus cabellos (4,11) y, quitándose las prendas exteriores con que se había revestido, dejó ver el vestido o túnica de penitencia que llevaba a raíz de sus carnes. El autor sagrado hace coincidir este momento solemne, del cual pendía la salvación de Israel, con la hora en que se ofrecía en Jerusalén el incienso de la tarde (Ex 30,7-34,3; Sal 141,2) y en la hora en que se encendían las lámparas del santuario (Ex 30,8). En todo el libro tiene el hagiógrafo su pensamiento fijo en el templo de Jerusalén (4,2-3.6-8.11-15; 5,19; 8, 21.25; 9,8.13). Supone el texto el culto en el templo (3,3).

Judit evoca el recuerdo del pasado (9,2-5)

**2 «Señor, Dios de mi padre Simeón, en cuya mano pusiste la espada para vengarse de los extranjeros, los cuales soltaron la cintura de una virgen para deshonrarla y desnudaron sus muslos para confusión, profanando su seno para su oprobio.
3 Porque tú dijiste: No será así. Y ellos lo hicieron. Por esto entregaste sus príncipes a la muerte, y su lecho, avergonzado por su engaño, siendo engañado a su vez, a la sangre. Y heriste a los esclavos con los poderosos, y a los poderosos en sus tronos.
4 Diste sus mujeres al saqueo, y sus hijas al cautiverio, y todos sus bienes en reparto entre tus hijos amados, los cuales se inflamaron en tu celo y abominaron la contaminación de su sangre y te invocaron en su auxilio. ¡Oh Dios, Dios mío! Escucha también a mí, que soy viuda. 5 Pues fuiste tú el autor de aquellos hechos y de cuantos le precedieron y siguieron, y lo presente y lo futuro tú lo dispusiste, y lo que tú dispusiste se hizo.**

Judit pertenecía a la tribu de Simeón. Se recuerdan hechos del pasado que Dios permitió que sucedieran para bien de su pueblo. Uno de ellos fue la manera como Simeón vengó el honor ultrajado de su hermana Dina (Gén 34,1-29). Simeón fue en aquella ocasión instrumento de Dios para vengar a una virgen de Israel por el ultraje inferido por un *extranjero*. El hecho de Dina y sus consecuencias tienen relación con la hora presente. Dina y Judit se exponen a perder el honor; pero, así como Dina obró con ligereza al salir «sola para ver a los hijos de aquella tierra» (Gén 34,1), Judit sale fuera de la ciudad por inspiración divina y después de un maduro

examen y largas oraciones y penitencias. Los hermanos de Dina, Leví y Simeón, se enfurecieron por el ultraje hecho a ella, y, espada en mano, penetraron en la ciudad y mataron a todos los varones. Los otros hijos de Jacob se arrojaron sobre los muertos y saquearon la ciudad «por haber sido deshonrada su hermana» (Gén 34,27). Jacob recrimina la conducta de los hermanos por la crueldad del hecho y por las funestas consecuencias que puede acarrearles (Gén 34,30; 49,5-7). Judit, en cambio, alaba aquella explosión patriótica y religiosa de su antepasado (Gén 34,31). Para Judit, la violación de Dina fue un atentado al honor del alma judía. El malvado Siquem del Génesis es el prototipo de Holofernes, y la joven viuda se imagina tener en sus débiles manos la fuerza y vigor de Simeón, y, como él, sabrá vengar la audacia y osadía del que pretende ahora destruir a Israel. Lo que hizo Siquem «era una cosa que no debía hacerse» (Gén 34,7; 2 Sam 13,12). En el v.3 se anuncia la ley del talión, al decir que sobre aquel mismo lecho en que se consumó el engaño y seducción de Dina, perpetróse también la muerte del seductor y de sus cómplices. Judit se vengará del impío Holofernes dándole muerte en aquel lecho donde él pretendía abusar de ella. De la hazaña de Judit se «hablará de generación en generación entre los hijos de nuestra raza» (8,32) y nadie se atreverá a reprobar su conducta. Como en el caso de Siquem, saldrán de la ciudad todos los habitantes de Betulia y saquearán el campamento asirio, entonando a continuación grandes alabanzas a la que en adelante será llamada «el orgullo de Jerusalén y la gloria de Israel» (15,9).

Momento crucial (9,6-8)

6 »Tú planeaste lo que estaba por venir, y sucedía como tú lo habías decretado, y se presentaba a ti, diciendo: Heme aquí. Pues todos tus caminos están dispuestos y previstos tus juicios. 7 Mira que los asirios tienen un ejército poderoso, se engríen de sus caballos y jinetes, se enorgullecen de la fuerza de sus infantes, tienen puesta su confianza en sus broqueles, en sus lanzas, en sus arcos y en sus hondas, y no saben que tú eres el Señor que decide las batallas, cuyo nombre es Yahvé. 8 Quebranta su fuerza con tu poder, pulveriza su fuerza con tu ira, porque han resuelto violar tu santuario, profanar el tabernáculo en que se posa tu glorioso nombre y derribar con el hierro los cuernos de tu altar.

Tanto la historia de la humanidad en general como la del pueblo escogido en particular son obra de Dios. A él pertenece el pasado, el presente y el porvenir. Por voluntad divina se han presentado los asirios en las puertas de Palestina. Como en otro tiempo los egipcios confiaban en sus armas y fueron aniquilados (Ex 14, 19-29), también los asirios se enorgullecen de sus infantes, de sus caballos y de sus jinetes (Is 5,26-29). Pero no saben que basta que Dios dirija su vista hacia el campo asirio, como hizo con los egipcios (Vulgata), para ser aniquilados. Dios ama a los humildes y aborrece el orgullo de las naciones paganas (Ez 25,6-7; 28,6-10; 30,6; 31,10).

A la viuda humilde, Dios la ensalzará; al general orgulloso lo humillará. Los cuernos simbolizan el poderío de un pueblo o de un individuo (Deut 33,17; Sal 22,22; 44,6; 75,11; Ez 32,2; 34,21).

Súplica anhelante (9,9-14)

9 »Pon los ojos en su soberbia, descarga tu cólera sobre su cabeza, dame a mí, pobre viuda, fuerza para ejecutar lo que he premeditado. 10 Hiere con la seducción de mis labios al siervo con el príncipe y al príncipe con el siervo, y quebranta su orgullo por mano de una mujer. 11 Que no está tu poder en la muchedumbre, ni en los valientes tu fuerza; antes eres tú el Dios de los humildes, el amparo de los pequeños, el defensor de los débiles, el refugio de los desamparados y el salvador de los que no tienen esperanza. 12 Sí, sí. Dios de mis padres y Dios de la heredad de Israel, Señor de los cielos y de la tierra, Creador de las aguas, Rey de toda la creación, escucha mi plegaria 13 y dame una palabra seductora que cause heridas y cardenales en aquellos que han resuelto crueldades contra tu alianza, contra tu santa casa, contra el monte de Sión, contra la casa que es posesión de tus hijos. 14 Haz que todo tu pueblo y cada una de sus tribus reconozca y sepa que tú eres el Dios de toda fortaleza y poder y que no hay otro fuera de ti que proteja al linaje de Israel.

La figura de Holofornes se describe con frases que se aplican a los agentes de Satanás. ¿Es posible que Judit triunfe de las fuerzas del mal coligadas? Ella es débil; es el símbolo de una raza indefensa ante la potencia de un imperio pagano que domina el mundo conocido. Uno de los motivos que le mueven a depositar su esperanza en Dios lo encuentra Judit en las páginas de la Biblia en que Yahvé aparece como el protector de los humildes y de los pobres, amparo de los pequeños, refugio de los desamparados y salvador de los que no tienen esperanza (1 Sam 2,7; Is 13,11; 14,4; Sal 9,10; 10,14; 18,28; 22,25; 35,10; 72,12, etc.). No es la venganza personal lo que impele a Judit a obrar, sino un interés religioso. Pide «una palabra seductora» (Est 4,17-18), como única arma que puede blandir contra el impío Holofernes, que amenaza destruir todo lo que Israel considera como más santo y venerable: la alianza, el templo, Jerusalén, lugar este último donde se reúnen los hijos de Dios (Deut 32,5.19; Is 1,2; Sab 9,7; 12,19-21). El discurso de Judit está a tono con la seriedad del momento. En todo él, en prosa rimada, se vislumbra su matiz poético, un estudiado patetismo, que va creciendo poco a poco hasta desbordar en las últimas palabras. Las ideas se exponen atropelladamente a impulsos del fuego que consumía su corazón, abrasado, como su padre Simeón, por el celo de Dios y por el honor de su pueblo. Al finalizar la última estrofa, tanto Judit como el autor del poema tienen la seguridad de que la suerte del ejército invasor está echada. En el libro de Judit, Yahvé no habla, y menos todavía en el de Ester, pero obra. Yahvé es el Dios de la heredad de Israel (1 Sam 10,2; 2 Re 21,14; Is 19,25) [1].

[1] Jansen considera el v.11 como una adición de origen cristiano (*Theologie und Glaube* 2 [1910] 441-449). En el v.12 se dan a Yahvé cinco títulos: 1) Dios de mi padre, es decir, de

Preparativos de Judit (10,1-5)

1 Una vez que cesó de clamar al Dios de Israel y acabó todo esto, 2 se levantó de su postración, y, llamando a la esclava, bajó a la casa en que solía morar los sábados y las festividades. 3 Se quitó el saco que llevaba ceñido y se despojó de los vestidos de viudez; bañó en agua su cuerpo, se ungió con ungüentos, aderezó los cabellos de su cabeza, púsose encima la mitra, se vistió el traje de fiesta con que se adornaba cuando vivía su marido, Manasés; 4 calzóse las sandalias, se puso los brazaletes, ajorcas, anillos y aretes y todas sus joyas, y se quedó tan ataviada, que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban. 5 Entregó a su sierva una bota de vino y un frasco de aceite, llenó una alforja de panes de cebada, de tortas de higos y de panes limpios, envolviéndolo todo en paquetes, y se lo puso a la esclava a las espaldas.

Confortado su espíritu con la oración (9,2-14), adorna su cuerpo para seducir a Holofernes y prenderle en las redes de sus encantos femeniles (14,19; 11,20; 12,15; 16,6.9). Arranca de su cuerpo cualquier prenda que recuerde el hábito penitente de su viudez, baña su cuerpo, se unge con mirra (Cant 5,5; Est 2,12), adereza su cabellera (Cant 4,1), que «prendió con la mitra» (16,10; Is 3,20) o turbante, y se viste el traje de fiesta que llevaba en vida de su marido. Según lo que se dice en 16,10, este vestido consistía en una «túnica de lino». «Sus sandalias arrebataron los ojos de los asirios» (16,11). Según Scholz, las sandalias de las mujeres de alcurnia eran preciosas, con adornos de oro y púrpura [1].

Sabía Judit que sus planes debían realizarse en el plazo máximo de cinco días (7,31; 8,30). Si carga su alforja con algunos productos alimenticios, no es tanto por la incertidumbre sobre el tiempo que permanecerá entre los asirios cuanto por no contaminarse con los alimentos extraños e impuros (12,2; Tob 1,10; Dan 1,8). Preveía ya desde ahora que las alforjas tendrían una finalidad trágica (13,10). Por «panes de cebada» debe entenderse la cebada tostada, producto llamado *qalí* (Jos 4,5; Rut 2,14; 1 Sam 25,18), muy apropiado para los viajes. En cuanto al «pan limpio» (1 Sam 17,17-19), podemos conjeturar que se refiere al pan cocido a la manera judía, bajo la ceniza. Judit se muestra más exigente que la misma Ley (Lev 17, 10-14; Núm 19,14), en la cual no se habla de panes rituales. A estas provisiones añade la Vulgata el queso o leche para beber (Job 10,10).

En las puertas de la ciudad (10,6-10)

6 Al salir por la puerta de la ciudad de Betulia, encontró al prefecto de la ciudad, Ocías, y a los ancianos Cabris y Carmis, 7 los cuales, al verla y notar su rostro mudado y sus ricos vestidos, quedaron sobremanera maravillados de su belleza, y le dijeron: 8 «Dios, el Dios de nuestros padres, te dé gracia y lleve a cabo tus proyectos para gloria de Israel y exaltación de Jerusalén». Y adoraron a Dios. 9 Ella les dijo: «Ordenad que se me abran las puertas de la ciudad, y saldré a realizar lo que con vosotros he hablado». Y ordenaron a los jóvenes que le abriesen las puertas, como ella había dicho. 10 Hiciéronlo así, y Judit salió, seguida de su esclava. La gente de la ciudad estuvo mirándola hasta que, bajando el monte, atravesó el valle y la perdieron de vista.

Simeón, a cuya tribu pertenecía Judit; 2) Dios de la heredad *(kleronomías)* de Israel; 3) Dueño *(déspota)* de los cielos y tierra; 4) Creador *(ktista)* de las aguas (Gén 1,9), quizá de las del diluvio o de las del mar Rojo; 5) Rey *(basileus)* de la creación. Nada podrá Nabucodonosor contra un Dios que reúne en sí todos los títulos que le proclaman soberano de cielos y tierra.

[1] VIRGILIO, *Aen.* 1,336,7: «Virginibus Tyriis mos est... purpureoque alte suras vincere cothurno».

Una ciudad amurallada tenía tenía diversas puertas, pero una era la principal. En ésta se hallaban los jefes de Betulia preparados para desear feliz éxito a Judit en la empresa que iba a llevar a cabo. Barruntaron ellos que el arma que debía esgrimir Judit era su belleza, y, por lo mismo, le desean que Dios aumente sus encantos para que pueda llevar a cabo sus proyectos. Los centinelas de los muros seguían atónitos sus pasos y no sabían qué admirar más, o la belleza de la joven viuda o su valentía y arrojo. Dios guiaba sus pasos para que no encontrara tropiezo alguno en su hazaña.

Entre los asirios (10,11-13)

11 Siguiendo la dirección del valle, caminaron hasta que les salió al paso una avanzada de los asirios, 12 que la cogieron y le preguntaron: «¿Quién eres tú y de dónde vienes y adónde vas?» A lo que ella contestó: «Soy una hija de los hebreos, que voy huyendo de su presencia, porque están a punto de seros dados en presa. 13 Voy a presentarme a Holofernes, general en jefe de vuestro ejército, para comunicarle noticias verdaderas; quiero indicarle el camino por donde puede subir y dominar toda la montaña, sin que perezca ni uno solo de sus hombres».

Señala la Vulgata que ambas mujeres descendían de la montaña hacia las primeras horas de la madrugada («circa ortum diei»). Las avanzadas de los asirios estaban bastante lejos de Betulia, de manera que los centinelas de la ciudad no pudieron divisar el momento del encuentro de Judit con los soldados de Holofernes. A las preguntas de éstos respondió Judit que era una mujer judía que huía de Betulia antes de que la ciudad fuese entregada a ellos, y que deseaba entrevistarse con Holofernes. Las palabras de Judit, que no corresponden a la verdad escueta, no se diferencian de las estratagemas que se consideraban lícitas por aquel entonces. El autor sagrado, como anota Santo Tomás [2], alaba y recomienda lo que hay de virtud (patriotismo, piedad y fortaleza) en las obras de Judit, y suspende su juicio al referir los medios que utilizó para salvar a su pueblo. A pesar de sus protestas de decir la verdad (11,5-10), Judit pone todo su empeño en engañar a Holofernes (11,12-19). Con esta conducta el autor sagrado coloca a Judit en el ambiente moral de la época de los patriarcas (Gén 27,1-25; 34,13-29; 37,

[2] *Sum. Theol.* 2-2 q.110 a.3 ad 3.

32-34) o en el de las guerras de Yahvé (Jos 2,1-7; Jue 4,17-22). En aquel entonces la discriminación entre el bien y el mal no se hacía como en épocas más recientes.

Hacia la tienda de Holofernes (10,14-23)

14 Cuando oyeron tales palabras y contemplaron su rostro, que les pareció maravilloso por su extraordinaria belleza, le dijeron. 15 «Has salvado tu vida apresurándote a bajar a nuestro señor; ve, pues, a su tienda, que de los nuestros te acompañarán hasta entregarte a él. 16 Cuando estés en su presencia, no temas, comunícale esas noticias y serás bien recibida». 17 Escogieron de ellos cien hombres, que la acompañaron a ella y a su sierva, conduciéndolas a la tienda de Holofernes. 18 Corrió por las tiendas la voz de su venida, y se juntó un gran concurso en el campamento, que la rodeó mientras estuvo fuera de la tienda de Holofernes, esperando ser presentada. 19 Todos se maravillaban de su belleza, y por ésta, de los hijos de Israel, diciéndose unos a otros: «¿Quién se atreverá a despreciar a este pueblo que tales mujerse tiene? No se debe dejar ni una sola de éstas, porque las que quedaren serían capaces de seducir a toda la tierra». 20 Salieron los que hacían la guardia cerca de Holofernes y todos sus siervos, y la introdujeron en la tienda. 21 Hallábase Holofernes descansando en su lecho, bajo un dosel tejido de púrpura y oro y cuajado de esmeraldas y otras piedras preciosas. 22 En cuanto se la anunciaron, salió a la antecámara, precedido de lámparas de plata. 23 Llegada Judit a presencia de Holofernes y de sus servidores, todos se quedaron maravillados de la belleza de su rostro. Postróse ante él, pero los servidores la levantaron.

La belleza de Judit pone en movimiento a todo el campamento asirio. A su paso hacia la tienda de Holofernes despertaba Judit oleadas de entusiasmo, y los soldados se alineaban delante de sus tiendas, fijando sus ojos sensuales sobre el desconcertante rostro de la viuda de Betulia. Obligada a esperar ante las habitaciones privadas de Holofernes (12,1; 13,1-3; 14,14-15), pronto un enjambre de oficiales y soldados rodeó la comitiva. La guardia de Holofernes y sus ayudantes de campo interrogaron a Judit en la tienda del general. Se componía el edificio de diversos departamentos (Is 54,2), ocupando el lecho del generalísimo el lugar más aislado del mundo exterior. El uso de lámparas demuestra que los hechos sucedían de noche (11,3) o a primeras horas de la madrugada, antes de la aurora. Ahora bien, si Judit llegó de noche a la tienda de Holofernes, ¿cómo pudieron los soldados admirar su rostro a su paso hacia la tienda de Holofernes? Dice el texto que a los soldados el rostro de Judit «les pareció maravilloso por su extraordinaria belleza». Al autor sagrado pasó inadvertido este detalle en su afán de pasear a su heroína por entre los soldados del campamento y rodear los acontecimientos con detalles dramáticos, que únicamente tenían en su mente el valor de medios para un fin. El autor del libro, al describir las riquezas de la tienda de Holofernes, se inspira más en un palacio suntuoso que en una tienda de campaña.

Entrevista con Holofernes (11,1-4)

1 Díjole Holofernes: «Ten buen ánimo, mujer, y no te intimides, que yo nunca hice daño a nadie que estuviera dispuesto a servir a Nabucodonosor, rey de toda la tierra. 2 Si ese tu pueblo que habita en la montaña no me hubiera despreciado, nunca yo levantara contra ellos mi lanza; pero ellos lo han querido. 3 Ahora dime por qué has huido de ellos, viniéndote a nosotros. En verdad te has salvado. Ten ánimo, que salva serás esta noche y en lo futuro. 4 Nadie se atreverá a ofenderte; antes todos te harán bien, como se hace a los siervos de mi señor el rey Nabucodonosor».

Postróse Judit a los pies de Holofernes. Estos rasgos de femineidad desarmaron al general persa. Trata el generalísimoa sirio de explicar a Judit que él y su dueño no abrigan ningún odio personal contra Israel; aún más, en contra de su voluntad se vio constreñido a declararle la guerra, por haberle menospreciado los judíos al hacerle frente y no querer someterse libremente (5,4) y por no haber salido a su encuentro, como hicieron los otros pueblos (3,1-7). Todo el capítulo está redactado con arte y con calculada astucia.

Discurso de Judit (11,5-19)

5 Judit le respondió: «Oye las palabras de tu esclava y deja que te hable tu sierva, que no dirá a mi señor esta noche cosa que no sea verdad. 6 Si sigues las indicaciones de tu esclava, seguramente que Dios acabará por ti el negocio y no fracasará mi señor en su empresa. 7 Pues por la vida de Nabucodonosor, rey de toda la tierra, y por el poder de quien te ha enviado para reducir al buen camino a todos los vivientes, que no sólo los hombres serán por ti reducidos a su servidumbre, sino que aun las mismas fieras del campo y los ganados y las aves del cielo, por tu fortaleza, vivirán bajo el gobierno de Nabucodonosor y de toda su casa. 8 En verdad, a nuestros oídos ha llegado la fama de tu sabiduría y la de tu gran inteligencia, y por toda la tierra se ha corrido la noticia de que tú eres el mejor de todo el reino, el que más vale por la ciencia y el más admirable por el arte de la guerra. 9 Sabemos las palabras que Aquior habló en tu consejo y hemos oído sus dichos, pues las gentes de Betulia se apoderaron de él, y él les comunicó todo lo que había hablado en tu presencia. 10 Por esto, dueño y señor mío, no eches en olvido ninguna de sus palabras; guárdalas en tu corazón, que son verdaderas. Nunca nuestro linaje es castigado ni la espada prevalece contra ellos si no han pecado contra Dios. 11 Ahora, para que mi señor no sea rechazado y fracase, ya la muerte se abate sobre ellos y se apodera de ellos el pecado con que han irritado a su Dios. Seguramente que han cometido un gran pecado, 12 ya que se les han agotado las provisiones, el agua escasea y han resuelto matar sus ganados, y beber su sangre, y comer cuanto Dios en sus leyes les ordenó que no comieran, 13 y hasta las primicias del trigo, los diezmos del vino y del aceite, que, como cosas santas, están reservadas a los sacerdotes que en Jerusalén asisten en la presencia de nuestro Dios,

a pesar de que a ninguno del pueblo le es lícito tocarlo con las manos. [14] Han enviado mensajeros a Jerusalén, donde también sus moradores han hecho lo mismo, para que obtengan el perdón del senado; [15] y sucederá que en cuanto les llegue la noticia lo harán, y entonces, para ruina suya, te serán entregados. [16] Por lo cual yo, tu sierva, sabedora de todas esas cosas, huí de ellos, y Dios me envía a ejecutar en ti una cosa de que se maravillará toda la tierra cuando la oyeren. [17] Pues tu sierva es temerosa del Dios del cielo, a quien día y noche sirve. Por ahora me quedaré aquí señor mío, y a la noche me iré al valle a orar a mi Dios; [18] y cuando ellos hayan cometido esos pecados, él me lo dirá y yo vendré a comunicártelo. Tú entonces saldrás con tu ejército, al que nadie podrá resistir. [19] Yo misma te guiaré por en medio de Judea hasta llegar a Jerusalén, y haré que te sientes en medio de ella y los conduzcas como ovejas sin pastor. Ni un perro ladrará contra ti. Todo esto me ha sido comunicado por revelación, y para anunciártelo he sido yo enviada».

Judit confirma la tesis de Aquior de que Israel es invencible mientras no peque contra su Dios, y añade en tono de escarnio: «Guárdalas en tu corazón, que son verdaderas». Hasta el momento habíase mantenido Israel fiel a su Dios; pero en la actualidad, debido a las estrecheces de la comida y bebida, corre hacia la muerte, por observarse en ellos síntomas de desorden *(atopía)* y de pecado *(amártema)*. ¿En dónde está este pecado? En que, «agotadas las provisiones y escaseando el agua, han resuelto abalanzarse *(epibalein)* sobre sus ganados *(ktênesin)*, decididos a devorar todo lo que Dios en sus leyes ha prohibido comer». El pecado no está en comer la carne de los animales, sino en beber su sangre (Lev 17,10-14; Deut 12,23-25; 1 Sam 14,31-34). Tan pronto como hicieren esto, serán entregados a Holofernes, porque, habiendo pecado, Dios se desentiende de ellos.

Existe también la posibilidad de que, acuciados por el hambre y la sed, pongan en práctica su loco designio de comer y beber lo que está reservado exclusivamente a los sacerdotes, cosa que no puede hacerse, ni aun contando con la autorización del consejo de ancianos de Jerusalén. Como se ve, Judit exagera el alcance de la ley (Lev 22,1-16), que autoriza el uso de estos alimentos en casos de necesidad (1 Sam 21,4-7) [1]. Judit asegura a Holofernes que le avisará cuando sus paisanos hayan cometido los pecados mencionados *(amartémata)*, y se ofrece entonces a guiarle «por medio de Judea hasta llegar a Jerusalén» (11,19),

Se presenta como mujer piadosa que alaba a Dios noche y día. En la Ley no se prescribía la oración durante la noche, pero solían entregarse a esta práctica las personas piadosas (Sal 42,9; 119,62). Judit alega esta práctica en vistas a la consecución de sus planes. Como las noches son propicias para las comunicaciones de Dios con los hombres, Judit asegura a Holofernes que, durante la oración nocturna, Dios le anunciará el preciso momento en que los de Betulia cometerán los pecados previstos. Entonces será la hora apropiada para el ataque. Termina Judit su largo discurso diciendo que todo cuanto ha dicho le ha sido comunicado por revelación, lo cual debe decidir a Holofernes a creer en la veracidad de sus palabras. En todo el discurso de Judit campea el equívoco.

[1] L. ARNALDICH, *El pecado en el libro de Judit:* «Verdad y Vida», 16 (1958) 111.

Respuesta de Holofernes (11,20-23)

[20] Mucho agradaron semejantes discursos a Holofernes y a todos sus servidores, y, maravillados de su sabiduría, decían: [21] «De un extremo a otro de la tierra no hay mujer de tan hermoso rostro y de tan discretas palabras». [22] Contestóle Holofernes: «Bien ha hecho Dios en enviarte delante del pueblo para entregarlo en nuestras manos y perder a los que desprecian a mi señor. [23] Cuanto a ti, muy hermosa eres y muy discreta en tus palabras. Si haces cuanto has dicho, tu Dios será mi Dios y tendrás un asiento en la casa del rey Nabucodonosor, y tu fama se extenderá por toda la tierra».

No acertó Holofernes a vislumbrar la hiel que rezumaban las palabras de Judit. Un oriental no teme anexionar un dios más a su panteón nacional. Ante las palabras halagadoras de Judit, Holofernes incluso olvida que sólo existía un dios: Nabucodonosor (6,2), y habla de convertirse al judaísmo (Rut 1,16). En las palabras de Holofernes hay más dosis de cortesía que de sinceridad.

Agasajos y atenciones (12,1-4)

[1] Mandó Holofernes que la alojaran en donde guardaba su vajilla de plata! y dispuso proveerle la mesa de sus propios manjares y darle a beber de su vino. [2] Pero Judit dijo: «No comeré de tus manjares, pues podrían ser para mí tropiezo; comeré de lo que traigo conmigo». [3] Holofernes le contestó: «Y cuando se agoten las provisiones que traes, ¿de dónde podremos traer otras semejantes para darte? Porque no hay entre nosotros ninguno de tu nación». [4] A lo que contestó Judit: «Juro por tu vida, mi señor, que no consumirá tu sierva las provisiones que consigo trae antes que Dios realice por mi mano lo que tiene resuelto».

Había llegado la hora de retirarse a descansar, después de una noche de ajetreo. En la tienda de Holofernes había muchos aposentos (10,20-22). Por deferencia, Judit fue alojada en la «cámara de los tesoros» (Vulgata), en la cual se guardaba la vajilla de plata. Se le señala una habitación con carácter permanente, porque opina Holofernes que Judit será su huésped por muchos días. Ella aceptó el alojamiento, pero rehusó los ofrecimientos que le hacía respecto de los alimentos y de la bebida «para que no haya escándalo». Los manjares impuros serían un tropiezo para ella. Sabía Judit que, aun en el supuesto de comerlos inconscientemente, transgredía con ello una regla que concernía a la pureza legal, y que, por consiguiente, Dios se alejaría de ella (Dan 1.8; Tob 1,12; 2 Mac 6,18-7,2). La simple transgresión material de una prohibición era ya un pecado, una ofensa hecha a Dios.

Judit inicia su plan de vida (12,5-9)

[5] La introdujeron los servidores de Holofernes en la tienda y durmió hasta medianoche; y se levantó hacia la vigilia matutina. [6] Y mandó recado a Holofernes, diciendo: «Ruego a mi señor ordene que sea permitido a tu sierva salir a hacer oración». [7] Y ordenó Holofernes a los de la guardia que no la estorbasen. Permaneció tres días en el campamento, saliendo cada noche al valle de Betulia para bañarse en el agua de la fuente que estaba dentro del campamento. [8] Y en cuanto subía del baño, oraba al Señor, Dios de Israel, que encaminase sus pasos para exaltación de los hijos de su pueblo. [9] Luego que entraba limpia, permanecía en la tienda hasta que le traían la comida, a la caída de la tarde.

Los acontecimientos se suceden rápidamente; era necesario aprovechar el tiempo para cumplir su misión antes del plazo fijado para la rendición de Betulia (7,31; 8,33). Judit se entrevistó con Holofernes a altas horas de la madrugada. Una vez hecha la presentación, tanto Holofernes como ella fuéronse a sus respectivas cámaras a descansar. Judit durmió hasta media noche. No se concibe que durmiera hasta esta hora y que, al despertar, mandara recado a Holofernes para que le autorizara a salir al campo. Algunos solucionan la dificultad traduciendo el aoristo *apésteilen* en sentido de pluscuamperfecto: «Había enviado a decir». Alega Judit motivos religiosos para salir a bañarse a aquellas horas intempestivas y en un sitio vecino a Betulia. En el v.7 se dice que salía para bañarse y de esta manera purificarse de las impurezas que pudo haber contraído en el trato con los gentiles (Ex 30,17-21; Sal 26,6; Act 16,13). Es curioso ver a una viuda joven y de extremada belleza deambular sola, de noche, por el campamento asirio y tomar sus baños en la fuente custodiada por «cinco mil asirios» (7,17). No se comprende tampoco cómo Holofernes accedió a una petición que podía poner en peligro su estrategia. Esta circunstancia del baño fue creada para realzar más el puritanismo de Judit y para facilitar el regreso de la misma a Betulia después de la muerte de Holofernes. Entre los sectarios de Qumrân se practicaban estos mismos ritos (baños en los manantiales).

Bagoas el anfitrión (12,10-14)

[10] Al cuarto día dio Holofernes un banquete sólo a sus servidores, sin invitar a ninguno de sus oficiales. [11] Y al eunuco Bagoas, que tenía la intendencia de todas las cosas, le dijo: «Ve y persuade a esa mujer hebrea que tienes encomendada que venga acá a comer y beber con nosotros. [12] Sería vergonzoso que despidiéramos a tal mujer sin tener comercio con ella; porque, si no la conquistáramos, se iría riendo de nosotros». [13] Salió Bagoas de la presencia de Holofernes y vino a Judit, diciéndole: «No vacile esta hermosa sierva en venir a mi señor, para ser honrada de él y alegrarse bebiendo vino con nosotros, haciéndose este día como una hija de los asirios que asisten en el palacio de Nabucodonosor». [14] Judit le contestó: «¿Quién

soy yo para contradecir a mi señor? Todo lo que fuere grato a sus ojos lo haré con presteza, y será esto motivo de alegría para mí hasta el fin de mi vida».

Entre los antiguos orientales se encomendaba a los eunucos la custodia del harén, y no pocas veces se les conferían cargos de gran responsabilidad. A Holofernes le hastiaba la vida cenobítica de la joven judía y no veía la hora de poseerla (Dan 13,54.58). Buscando una ocasión propicia, pensó en celebrar un gran banquete, al cual se invitaría a Judit y a los íntimos colaboradores del general. Pudo excluir del banquete tanto a los oficiales del ejército como a los de los servicios auxiliares y admitir tan sólo a los de su guardia personal. Judit acepta sin titubear, convencida de encontrar en este festín la ocasión propicia para acabar con Holofernes. Coincidía aquel banquete con la noche del cuarto día. Terminaba al día siguiente el plazo señalado por Ocías (7,31). Nótese que también en este libro como en el de Ester juegan un gran papel los banquetes, que deciden situaciones muy comprometidas. El eunuco Bagoas era el jefe de los servicios de intendencia. Su nombre es de origen persa. La historia recuerda a dos personajes con este nombre. Uno fue gobernador de Judea bajo Darío II (FLAVIO JOSEFO, *Aut. Iud.* 11,7-15), conocido también en los documentos de Elefantina. Otro fue general de Artajerjes III (358-317) y su consejero en la campaña contra Egipto (DIOD. SÍC., 16,47). Llevaron este nombre varios eunucos (PLINIO, *Hist. Nat.* 13,4,9; PLUTARCO, *Vit. Alex.* 67).

En la sala del festín (12,15-20)

[15] Y, levantándose, se atavió Judit con su traje y con todo su aderezo juvenil. Su sierva fue y le preparó en el suelo, enfrente de Holofernes, las pieles que para su uso cotidiano había recibido de Bagoas, para comer recostada sobre ellas. [16] Entrando Judit, se recostó. El corazón de Holofernes, fuera de sí, iba tras ella; su espíritu se turbó y abrigaba un deseo ardiente de unirse a ella. Desde el día que la vio estaba aguardando una ocasión para seducirla. [17] Díjole Holofernes: «Bebe y alégrate con nosotros». [18] Y contestó Judit: «Beberé, sí, señor, porque desde los días de mi nacimiento no había apreciado tanto la vida como hoy». [19] Tomó lo que la sierva le había preparado y comió en presencia de Holofernes, [20] el cual se alegró sobremanera con ella, y bebió tanto vino cuanto jamás lo había bebido desde el día que nació.

Debía Judit en este momento crucial herir el corazón de Holofernes con sus encantos juveniles. Asiste al banquete, pero, a pesar del ambiente sensual, supo mantenerse digna de su misión. Se recuesta sobre las pieles *(takódia)* de su uso y come y bebe de lo que trajo consigo. Esta manera de instalarse en la mesa era considerada como un lujo en Israel antes del exilio (Ez 23,41). Antiguamente, los judíos se sentaban para comer (1 Sam 20,24). Ester se tendió en un diván durante el banquete (Est 7,8). Holofernes se halla en el paroxismo de la pasión, que iba *in crescendo*, enardecida por la presencia de la hermosura de la joven *(paidíske e kalé)*. Con la pretensión de

quebrantar su entereza con el vino, Holofernes la invitaba a beber, lo que hizo él copiosamente. Mientras él acariciaba el pensamiento de poseerla en breve, se alegraba ella pensando que su misión salvadora estaba para realizarse de un momento a otro. Los sendos vasos de vino que ingería Holofernes serían el principio de su ruina.

El golpe decisivo (13,1-10a)

**1 Cuando ya se hizo tarde, los siervos de Holofernes se salie-
ron aprisa, y Bagoas cerró por fuera la tienda e hizo a todos re-
tirarse de la presencia de su señor, y se fueron a sus lechos, pues
estaban rendidos, porque el banquete había sido largo. 2 Que-
dó Judit sola en la tienda, y Holofernes tendido sobre su lecho,
todo él bañado en vino. 3 Dijo Judit a su sierva que se quedase
fuera de la alcoba y aguardara su salida como en los días pasa-
dos, añadiéndole que saldría a la oración. Lo mismo había di-
cho a Bagoas. 4 Habíanse ido ya todos, sin quedar nadie, ni
pequeño ni grande, en la estancia. Puesta entonces en pie junto
al lecho de Holofernes, dijo en su oración: «Señor, Dios todo-
poderoso: Mira, en esta hora, la obra de mis manos, para exal-
tación de Jerusalén, 5 pues ésta es la ocasión de acoger tu here-
dad y de ejecutar mis proyectos, para ruina de los enemigos
que están sobre nosotros». 6 Y acercándose a la columna del
lecho, que estaba a la cabeza de Holofernes, descolgó de ella
su alfanje; 7 llegándose al lecho, le cogió por los cabellos de su
cabeza y dijo: «Fortaléceme, Dios de Israel, en esta hora».
8 Y con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole
la cabeza. 9 Envolvió el cuerpo en las ropas del lecho, quitó de
las columnas el dosel, y, cogiéndolo, salió en seguida, entregan-
do a la sierva la cabeza de Holofernes, 10a que ésta echó en la al-
forja de las provisiones, y ambas salieron juntas como de cos-
tumbre.**

El banquete se había prolongado y todos estaban rendidos por el sueño y el vino. Holofernes, no pudiéndose valer por sí mismo, fue arrastrado al departamento donde dormía, quedando tendido, inconsciente, sobre el lecho, vomitando el vino en cantidades hasta bañarlo. Bagoas, que ejecutaba puntualmente el plan prefijado por su amo, despidió a todos los presentes, menos a Judit, que debía pasar aquella noche en compañía de Holofernes. Antes de retirarse tiró la cortina (14,15) de la alcoba para no violar la intimidad de aquel encuentro del general con la joven viuda de Betulia. Judit recordó a Bagoas que, como en noches anteriores, saldría también aquélla para hacer oración. Judit cree llegada la hora de actuar aprovechando el estado inconsciente de Holofernes. En su oración no se vislumbra ningún odio personal ni deseo de venganza. En aquellos momentos Judit obra por puro patriotismo y por motivos religiosos. Jerusalén, la capital teocrática, está en peligro; la herencia de Yahvé puede pasar a manos extrañas. Una vez asegurado el auxilio del Dios de Israel, Judit avanza, se coloca junto a la columna del lecho descuelga de ella su cimitarra *(ten akinaken)*, se aproxima hasta, rozar su cuerpo, agarra con la izquierda la cabellera desgreñada del general y con la cimitarra en su mano derecha descarga dos certeros golpes en el cuello de Holofernes, quedando la cabeza separada del tronco. Al igual que Sísara, Holofernes muere en Esdrelón por obra de una mujer (Jue 4,21). El cuerpo del general rodó al suelo (14,15), envolviéndolo Judit con las ropas del lecho, acaso para empapar la sangre que a borbotones salía de la herida. Como trofeo y para que empapase la sangre que chorreaba la cabeza, llevóse consigo el dosel que cubría las columnas del lecho (13,15). La cabeza de Holofernes fue entregada a la sierva, que la colocó en la alforja *(péra)* de las provisiones. Era llegada la hora de la oración, y ambas salieron como de costumbre.

Camino de Betulia (13,10b-13)

**10b Atravesando el campamento, rodearon el valle y subieron al
monte de Betulia, hasta llegar a las puertas de la ciudad. 11 Gri-
tó de lejos Judit a los que hacían guardia sobre las puertas:
«Abridnos, abridnos las puertas; Dios, nuestro Dios, está con
nosotros, para mostrar una vez más su fuerza en Israel y su
poderío contra los enemigos, como hoy acaba de hacerlo».
12 Y en cuanto los hombres de la ciudad oyeron su voz, se dieron
prisa en bajar a la puerta, y avisaron a los ancianos de la ciudad.
13 Todos, desde el pequeño hasta el grande, concurrieron, por-
que era para ellos inesperada la llegada de Judit. Abrieron
la puerta, las recibieron, y, encendiendo fuego para alumbrar,
las rodearon.**

No dice que se purificara esta noche Judit en las aguas del torrente ni que se acercara a ellas. En 11,17 y 12,6 alega Judit que debía salir a «orar a mi Dios»; en 12,7 se dice que salía cada noche «para bañarse en el agua de la fuente». Estas dos prácticas no estaban impuestas por la Ley. La alegría que produjo su llegada a Betulia fue indescriptible. A pesar de la hora intempestiva, todos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, corrieron a las puertas de la ciudad. La presencia de los ancianos era necesaria tanto para dar la orden de abrir las puertas como para ser testigos del triunfo de Judit. En contra de lo que dice el texto, debían todos esperar la vuelta de Judit, tanto más cuanto que expiraban las horas concedidas para entregar la ciudad. El verdadero triunfador de Holofernes es Yahvé, el Dios de los ejércitos (Ex 15, 1-2; Sal 68; 99,1-3).

Triunfo total (13,14-17)

**14 Judit, levantando la voz, les dijo: «Alabad a Dios, alabadle,
alabad a Dios, que no ha apartado su misericordia de la casa
de Israel: antes, por mi mano, ha herido esta noche a nuestros
enemigos». 15 Y sacando de la alforja la cabeza, se la mostró,
diciendo: «Ahí tenéis la cabeza de Holofernes, el general en
jefe del ejército asirio, y ahí el dosel bajo el que yacía en su em-
briaguez aquel a quien el Señor hirió por la mano de una mu-
jer. 16 Yo juro por el Señor, que me ha guardado en todos
mis pasos, que mi rostro le sedujo para perdición suya, pero
que no cometió contra mí pecado alguno que pudiera manci-
llarme o avergonzarme». 17 Todo el pueblo quedó estupe-**

facto, y, doblando las rodillas, adoraron a Dios, diciendo a una voz: «Bendito seas, Dios nuestro, que has aniquilado en este día a los enemigos de tu pueblo».

Judit reclama para Dios toda la gloria de haber triunfado sobre los enemigos. Dios no ha olvidado *todavía* a su pueblo; hoy como ayer y como siempre, Yahvé mantiene fielmente sus promesas mientras el pueblo se hace digno de ellas. La cabeza de Holofernes y el dosel de su cama atestiguan su victoria sobre el general asirio. La heroína quiere salir al encuentro de posibles torcidas interpretaciones, afirmando que sería blasfemo pensar que permitió Yahvé que ella saliera triunfante comprometiendo su honor y su virtud. Con energía vuelve a insistir diciendo que Holofernes no cometió contra ella pecado *(amártema)* alguno. De ahí que no debe avergonzarse de su hazaña, porque no se ha repetido en ella la aventura de Dina (9,2; Gén c.34). Dios ha demostrado una vez más su misericordia para con su pueblo, cuyo representante en esta ocasión era Judit (Sal 136).

Palabras de Ocías (13,18-20)

18 Ocías le dijo: «Bendita tú, hija del Dios Altísimo, sobre todas la mujeres de la tierra, y bendito el Señor Dios, que creó los cielos y la tierra y te ha dirigido hasta aplastar la cabeza del jefe de nuestros enemigos. 19 Tus alabanzas estarán siempre en la boca de cuantos tengan memoria del poder de Dios. 20 Haga El que esto sea para tu eterna gloria, y cólmete de todo bien, pues no has perdonado tu vida por librar a tu pueblo. En nuestra caída has sido su socorro, andando rectamente en la presencia de nuestro Dios». Y el pueblo contestó: «Amén, amén».

Ocías pone de relieve que, en momentos difíciles para el pueblo, Judit no duda en exponer su vida para salvarle. Esto y su inquebrantable confianza en Dios la ha exaltado sobre todas las mujeres (Jue 5,24; Lc 1,42). La escena recuerda Gén 14,19. La liturgia aplica a la Virgen las palabras de Ocías.

LA LIBERACIÓN (14,1-16,25)

Judit, estratega (14,1-5)

1 Y díjoles Judit: «Oídme, hermanos: Coged esta cabeza y colgadla de las murallas. 2 Y en cuanto amanezca y el sol se derrame sobre la tierra, tome cada uno sus armas, y salid todos los hombres de guerra fuera de la ciudad, con el jefe al frente; haréis ademán de bajar al valle contra los puestos de guardia de los asirios, pero sin bajar. 3 Ellos, tomando sus armas, se encaminarán a su campo para despertar a los jefes del ejército asirio, e irán a la tienda de Holofernes; y al no hallarle, se apoderará de ellos el temor y huirán ante vosotros. 4 Se unirán a vosotros en la persecución todos los habitantes de toda la montaña de Israel y los desbarataréis por los caminos. 5 Pero antes de hacer esto llamad a Aquior el amonita, para que vea y reconozca la cabeza del que despreció a la casa Israel y nos lo envió como destinado a la muerte».

Judit explota su triunfo a fondo y rápidamente. Llama *hermanos* a los habitantes de Betulia (7,30; 13,18). Como último acto de humillación y afrenta, recomienda que se suspenda la cabeza de Holofernes en la parte externa del muro (1 Sam 17,54; 1 Mac 7,47; 2 Mac 15,25). Propone, además, una salida simulada, con el fin de que, al querer comunicar los soldados esta novedad a su jefe, caigan en la cuenta de que ha sido asesinado, lo que originará gran revuelo y desorientación en el ejército. La estrategia de Judit no parece la más acertada; pero la Providencia divina se encargará de superar las deficiencias de la ciencia humana. Podía subsistir la duda de que Judit traicionara al pueblo presentando como cabeza de Holofernes la de cualquier soldado u oficial del campo asirio, porque ningún ciudadano de Betulia había visto jamás al generalísimo de Nabucodonosor. Pero allí estaba Aquior, que podía reconocer si se trataba o no de la cabeza de Holofernes.

Testimonio de Aquior (14,6-10)

6 Hicieron venir a Aquior de casa de Ocías. Cuando aquél llegó y vio la cabeza de Holofernes en las manos de un hombre en medio de la asamblea del pueblo, cayó sobre su rostro, sintiéndose desfallecido. 7 Levantáronle, se arrojó a los pies de Judit y, humillándose en su presencia, dijo: «Bendita seas tú en todas las tiendas de Judá y en todas las naciones. Cuantos oigan tu nombre quedarán asombrados. 8 Dime ahora lo que has hecho en estos días». Y en medio de todo el pueblo le contó Judit cuanto había hecho desde el día de su salida hasta el momento en que les hablaba. 9 Cuando acabó de hablar, prorrumpió el pueblo en grandes aclamaciones, y resonaron en la ciudad los gritos de alegría. 10 Viendo Aquior lo que el Dios de Israel había hecho, creyó en El, y se circuncidó la carne de su prepucio, y hasta el día de hoy quedó agregado a la casa de Israel.

No fue necesario que Judit invitara a Aquior a certificar la autenticidad de aquel trofeo; su vista le impresionó tanto, que cayó desmayado en tierra. Quien había sido testigo de la arrogancia y orgullo de aquel poderoso general no podía comprender que fuera ahora su cabeza el escarnio del pueblo. Con la muerte de Holofernes desaparecía la amenaza que pesaba sobre su cabeza (6,6). Una vez recuperado, entona un canto a Judit, inspirándose en el poema de Débora (Jdt 5,24) y repitiendo conceptos expresados por Ocías (13,18) y repetidos más tarde por Joaquín (15,9-10). A petición de Aquior, repite Judit los pormenores de su proeza. Impresionado Aquior por la intervención palpable de Dios, que guió los pasos de Judit, abjuró de su religión y creyó firmemente *(sfodrá)* en el Dios de Israel. Con la circuncisión quedó incorporado al pueblo escogido él y toda su descendencia, rehabilitándose de esta manera el pueblo amonita (Deut 23,4-5) delante de Israel.

Los de Betulia, a la ofensiva (14,11-13)

**11 En cuanto despertó la aurora, colgaron del muro la cabe-
za de Holofernes, y todos los hombres de Israel tomaron sus
armas y en escuadrones salieron a las subidas del monte. 12 Así
que los asirios los vieron, dieron aviso a sus oficiales, y éstos a
sus jefes y a sus generales. 13 Llegando a la tienda de Holofer-
nes, dijeron al que estaba de guardia: «Di que despierten en
seguida a nuestro señor, porque estos esclavos se han atrevido
a bajar contra nosotros en son de guerra, pretendiendo aniqui-
larnos».**

Los asirios no podían divisar la cabeza de Holofernes colgada del muro, por hallarse fuera de su alcance visual. Esta cruel exhibición tenía como finalidad primaria humillar al jefe vencido y enardecer el ánimo de los sitiados. De conformidad al plan estratégico trazado por Judit (14,2), todo el pueblo empuñó las armas y salió a las subidas del monte. Las avanzadas asirias dieron parte a sus jefes inmediatos, transmitiéndose la noticia ordenadamente hasta llegar a oídos del que estaba de guardia, al cual dijeron: «Despierta a nuestro señor, porque los esclavos *(douloi)* se han atrevido a bajar contra nosotros en son de guerra».

Consternación de Bagoas (14,14-19)

**14 Entró Bagoas y llamó agitando la cortina de la tienda, pues
suponía él que estaría durmiendo con Judit. 15 Y como nadie
le respondía, corrió la cortina, y, entrando en la alcoba, le en-
contró tendido sobre el estrado, muerto y con la cabeza corta-
da. 16 Gritó en medio de llantos, lamentos y fuertes voces, y
rasgó sus vestiduras. 17 Entró luego en la tienda en que estaba
alojada Judit y, no hallándola, salió corriendo al pueblo y gritó:
18 «¡Esas esclavas nos han traicionado! Una mujer hebrea ha
echado la confusión en la casa del rey Nabucodonosor. ¡Holo-
fernes está en tierra y sin cabeza!» 19 Cuando los jefes del ejér-
cito asirio oyeron tales palabras, rasgaron sus vestiduras y que-
daron consternados, levantándose en medio del campo gran
griterío y alboroto.**

Bagoas era el hombre de confianza de Holofernes; era él quien había preparado el banquete en busca de un pretexto para rendir la virtud de Judit. Sabía él que, una vez celebrado el festín, quedaron solos en la alcoba Holofernes y Judit (13,3-4). Estaba completamente convencido de que Holofernes «estaría durmiendo con Judit» (v.14). Se llegó hasta la misma cortina que cerraba la alcoba, dio unas palmadas *(krouein)* y agitó la cortina. Como nadie le respondía, atrevióse a mirar dentro, y ¡cuál no fue su estupor al contemplar el cuerpo de su dueño en el suelo, decapitado, bañado en su propia sangre! En el paroxismo del dolor, gritó, lloró, sollozó, dio fuertes alaridos y rasgó sus vestiduras. Acaso la muerte de su señor suponía la suya, por negligencia. Al hallar vacío el cuarto de Judit, sospechó que fuera ella la autora del crimen. Morir en manos de una mujer era considerado como una ignominia (Jue 9,54).

El ejército invasor, desbaratado (15,1-3)

**1 Llegada la noticia a los que estaban en las tiendas, quedaron
fuera de sí por lo sucedido, 2 apoderándose de ellos el temor y
el espanto, tanto, que ya no se vio hombre al lado de su com-
pañero, porque todos a una se dispersaron, huyendo por los
caminos del llano y de la montaña. 3 Los que estaban acampa-
dos en la montaña en torno de Betulia se dieron a la fuga; y
entonces los hijos de Israel, todos sus guerreros, se lanzaron
sobre ellos.**

Aunque algo pudieron contribuir a esta desbandada espectacular las noticias de la muerte de Holofernes y el ataque de los de Betulia, sin embargo, el factor principal debe buscarse, según la mente del autor del libro, en el hecho de que «arrojó Yahvé en medio de ellos la turbación ante Israel» (Jos 10,10; Gén 35,5; Jue 7,21; 2 Sam 5,24; 2 Re 7,6; 2 Crón 13,15; 14,12).

Israel al ataque (15,4-7)

**4 Envió Ocías mensajeros a Betmastai, a Coba y a todos los
confines de Israel que comunicasen lo sucedido, para que to-
dos se lanzasen sobre los enemigos hasta acabar con ellos.
5 Cuando esto oyeron los hijos de Israel, todos a una se echaron
sobre ellos, y los desbarataron hasta Coba; y asimismo los que
habían venido de Jerusalén y de toda la montaña, porque tam-
bién a ellos había llegado la noticia de lo acontecido en el cam-
po enemigo. Los habitantes de Galaad y de Galilea les infli-
gieron una gran derrota, hasta pasar de Damasco y sus con-
fines. 6 Los restantes moradores de Betulia cayeron sobre el
campamento de los asirios y lo saquearon, enriqueciéndose
grandemente. 7 Los hijos de Israel, al volver de la persecución,
se adueñaron de lo restante, y las aldeas y las alquerías que ha-
bía en la montaña y en el llano se apoderaron de mucho botín,
porque era éste enormemente grande.**

El tímido Ocías se muestra enérgico y dinámico al ver que sus enemigos huían precipitadamente. Aprovechando la coyuntura de que el ejército invasor levantó el sitio, envió mensajeros a todo Israel para que se lanzaran todos contra sus enemigos. El escenario cambia de decoración rápidamente. Un pueblo hambriento y muerto de sed, desmoralizado, apático, más amante de su vida que de los valores sobrenaturales y patrióticos, se reanima de improviso y se encara con un numerosísimo ejército. Como en Gén 14,15, los habitantes de Betulia y de las ciudades mencionadas persiguen al ejército enemigo hasta Coba, al norte de Damasco, desde donde partió el ataque de Holofernes contra Israel. Esta acción fue posible solamente en virtud de las promesas: «Mi terror te precederá... y todos sus enemigos volverán ante ti la espalda» (Ex 23,27).

Congratulación oficial (15,8-10)

**8 Joaquín, sumo sacerdote, y el senado de los hijos de Israel,
que moraba en Jerusalén, vinieron para contemplar los bienes
que el Señor había hecho a Israel y para ver a Judit y darle la
enhorabuena. 9 En cuanto entraron en su casa, todos a una le
aclamaron, diciendo: «Tú, orgullo de Jerusalén; tú, gloria de
Israel; tú, honra de nuestra nación; 10 por tu mano has hecho
todo esto; tú has realizado esta hazaña en favor de Israel. Que
se complazca Dios en ella. Bendita seas tú del Señor omnipo-
tente por siempre jamás». Y todo el pueblo respondió: «Amén».**

Mientras duraba el saqueo (Is 9,2; Est 9,10-16) del campamento asirio, el sumo sacerdote Joaquín, con el senado *(gerousía)* de los hijos de Israel, vinieron para ver a Judit e intercambiar con ella palabras de paz *(eirene)*. La proeza de Judit reviste interés nacional, y, por lo mismo, es justo que la suprema autoridad religiosa y política vaya a darle la enhorabuena. Pero el sumo sacerdote y la *gerousía* reconocen que la victoria se debe a la intervención eficaz de Yahvé, que ha utilizado los servicios de una viuda a título de instrumento. La Iglesia aplica a la Virgen las alabanzas que las autoridades dirigen a Judit.

Aclamación popular (15,11-13)

**11 Por espacio de treinta días estuvieron saqueando el cam-
pamento. A Judit le dieron la tienda de Holofernes, con toda
la argentería, y los lechos y los cojines, y todos los muebles.
Ella lo tomó y puso sobre la mula, y, unciendo los carros, lo
cargó sobre ellos. 12 Todas las mujeres de Israel se reunieron
para verla y aclamarla, y organizaron danzas en su honor. Co-
gió tirsos en sus manos y se los dio a las mujeres que iban con
ella, 13 todas coronadas de olivo, y a cuantos las acompañaban.
Delante de todo el pueblo, guiando la danza de las mujeres,
iba Judit, y todos los hombres de Israel la seguían armados,
ceñidas las sienes con coronas y cantando himnos.**

Con el fin de poner de relieve la magnitud de la victoria alcanzada, habla el texto de un saqueo del campo asirio por espacio de treinta días. A Judit se le reserva la tienda de Holofernes, toda la plata (12,1), los lechos, la vajilla y todo el mobiliario. Judit cargó todo ello sobre una mula y sobre unos carros, que, por el contexto siguiente, debían tomar el camino que les conduciría a Jerusalén.

A medida que el cortejo iba avanzando hacia Jerusalén, salíanle al encuentro las mujeres de Israel, que organizaban danzas en su honor (Ex 15,20; Jue 11,34; 21,21-23; 1 Sam 18,6; Jer 31,4-13; 2 Mac 10,7). Judit, por su parte, proveía de tirsos *(tyrsoi)* a las mujeres que la acompañaban. Se empleaban los tirsos en el culto de Dionisios. Todas las mujeres de la comitiva ostentaban sobre sus cabezas coronas de laurel o de olivo, según la costumbre griega. Judit iba delante dirigiendo la danza de las mujeres, mientras los hombres caminaban armados, ceñidas las sienes con coronas y cantando

himnos. La procesión se organiza e inicia en Betulia o en un lugar cercano donde estaba el campamento de los asirios. Allí empezó Judit su canto, que terminó al llegar la comitiva a Jerusalén. También los hombres armados cantaban himnos durante la procesión. Todo este contexto supone que Betulia se encontraba cerca de Jerusalén.

Cántico de Judit (16,1-4)

Es considerado como una de las mejores composiciones de la poesía hebraica, comparable a los famosos cánticos de Moisés (Ex 15, 1-31) y de Débora (Jue c.5) [1]. Puede dividirse en tres partes. En la primera habla la heroína empleando la primera persona del singular; en la segunda, el sujeto de la oración se halla en primera persona del plural, lo que se ha interpretado como si fuera un estribillo puesto en boca del pueblo; en la última parte vuelve a emplearse el singular, siendo Judit la que habla. Este mismo cambio de sujeto se observa en el cántico de Débora (Jue 5,2-31).

Invitación a la alabanza (16,1-4)

**1 Y comenzó Judit este cántico de acción de gracias, y todo
Israel a una respondía:**

**2 «Entonad a mi Dios con tímpanos.
Cantad a mi Señor con címbalos,
entonadle un salmo nuevo,
ensalzad e invocad su nombre.
3 Porque el Señor es Dios que acaba con las guerras;
4 porque en su campamento, en medio del ejército,
me libró del poder de mis perseguidores.**

Como en otras situaciones bíblicas análogas (Ex 15,1; Núm 21, 17; Jue 5,1), Judit entonó un cántico de acción de gracias por la victoria conseguida, al cual todo Israel a una debía responder, conforme al rito antifónico de la antigüedad.

Invasión de Asur (16,5-8)

**5 »Vino Asur de las montañas del Norte,
llegó con las miríadas de su ejército,
cuya muchedumbre obstruía los valles
y cuya caballería cubría los collados.
6 Pensó él que abrasaría mis términos,
que daría mi juventud a la espada,
que estrellaría contra el suelo mis niños de pecho,
que daría en botín mis jóvenes,
que repartiría mis doncellas.
7 El Señor omnipotente los aniquiló por mano de una mujer.
8 No cayó su caudillo a manos de jóvenes,**

[1] H. L. Jansen, *La composition du chant du Judit:* «Acta Orientalia», 15 (1936) 63-71; A. Vacari», *Note critiche e esegetiche (Jdt 16,11):* B 28 (1947) 401-404; 29 (1948) 344; F. Zorel, *Canticum Iudith (Vulg. 16.1-20):* VD 5 (1925) 329-332; P. Jouon, *Iudith 16,15 (Vulg. 18):* B 3 (1923) 112; A. Jansen, *Das Gebet Judiths:* «Theologie und Glaube», 4 (1910) 441-449.

ni le hicieron tajos de titanes,
ni soberbios gigantes pusieron en él la mano;
Judit, hija de Merarí,
con la hermosura de su rostro le paralizó.

Contra el campamento de Yahvé dirigió Nabucodonosor «las miríadas de su ejército». Vino del Norte, siguiendo la clásica ruta de las invasiones de Palestina, junto a la costa mediterránea, a través de los desfiladeros de las montañas. Al héroe de tantas batallas ganadas en ruta hacia Palestina no se le concedió el honor de morir herido por la espada de los *gibborim*, de los fuertes, como en otro tiempo murió Goliat (1 Sam 17,52); ni fueron los hijos de los titanes *(titánon)* los que le hirieron, ni soberbios gigantes los que le abatieron, sino Judit, la hija de Merarí, que prendió al campeón del ejército en las redes de sus encantos femeninos.

Judit seduce a Holofernes (16,9-11)

9 »Se despojó del hábito de su viudez,
para exaltación de los que quedaban en Israel.
Se ungió el rostro con perfumes,
10 prendió sus cabellos con la mitra,
se puso la túnica de lino para seducirle.
11 Sus sandalias arrebataron los ojos del asirio,
y su belleza cautivó su alma,
y el alfanje segó su garganta.

A partir del v.7 habla Judit en tercera persona. Se describe con orgullo y jactancia la belleza que ofuscó la mente de Holofernes. Judit era viuda; vivía alejada de la sociedad, vestía las ropas de la viudez, escondiendo bajo ellas el vestido de penitencia que mortificaba sus carnes (8,5). Cuando sonó la hora de salvar a su pueblo, se cubre con sus mejores galas, unge su rostro, recoge sus cabellos bajo el turbante (Is 3,2), se adorna con toda suerte de collares y brazaletes y calza las sandalias que debían arrebatar los ojos del impúdico asirio (Cant 7,2). Todos estos soberbios atavíos no tenían más finalidad que servir de armas para acabar con la vida de Holofernes. No podía concebirse mayor humillación que perecer en manos de una mujer viuda.

Pánico entre los pueblos (16,12-14)

12 »Se estremecieron los persas de su audacia,
y los medos se pasmaron de su temeridad.
13 Dieron gritos de júbilo mis humildes,
y exultaron mis débiles.
Mas los asirios se estremecieron de espanto,
alzaron el grito y se dieron a la fuga.
14 Hijos de madres jóvenes los atravesaron,
y como a siervos huidos los hirieron;
perecieron de las filas de su señor.

La fama de la proeza de Judit pasó las fronteras. Todos los imperios, al tener noticia de ella, se estremecieron. Si una mujer pudo contra el mayor ejército de entonces, ¿qué sucedería si Israel emprende la ofensiva? Dios persigue al enemigo, que huye desordenadamente. Pero ni aun en la huida les fue concedida una muerte honrosa, por cuanto los atravesaron con sus lanzas hijos de sirvientas o de mujerzuelas *(korasíon)* (1 Sam 20,30), hiriéndoles de muerte los hijos de los desertores. Con esto quiérese responder a las injurias proferidas por Holofernes contra Israel (5,23; 6,5).

Grandeza y poderío del Señor (16,15-19)

15 Cantaré al Señor un cántico nuevo.
16 Señor, grande eres tú y glorioso,
admirable en poder, insuperable.
17 A ti te sirve la creación entera,
porque tú dijiste, y todo fue hecho;
enviaste tu aliento, y él lo vivificó,
y no hay quien resista a tu voz.
18 Los montes se agitarán por las aguas en sus cimientos,
las rocas se derretirán como cera ante tu rostro.
A los que te temen te muestras propicio,
19 Porque es poco para ti el sacrificio de suave olor,
y es nada toda la grasa para tus holocaustos.
Sólo el que teme al Señor es siempre grande.

De las cosas terrenas, de casos concretos en que se manifiesta la grandeza y el poder de Dios, pasa el salmista a fijar su atención en el Todopoderoso, al que entona un cántico nuevo para celebrar su grandeza, su gloria, poderío y trascendencia. Habló el Señor, y los seres fueron hechos *(egenézesan*, Sal 33,9; 104,30; 148,5); envió su soplo, y fue construido *(oicodómesen)*, no habiendo nadie que pueda oponerse a su mandato.

Porque Dios es el creador del universo, ejerce sobre él un dominio absoluto; todos los seres le obedecen y sirven (Sal 25,14; 97,5; 103,13). A la presencia de Yahvé se derrite el granito de los montes (Jue 5,5); la tierra tiembla sobre sus columnas, hundidas en las aguas del abismo (Sal 24,2); destilan los cielos, y las nubes se deshacen en agua (Jue 5,4-5).

Castigo de los enemigos (16,20-21)

20 » ¡Ay de las naciones que se levanten contra mi pueblo!
El Señor omnipotente los castigará en el día del juicio,
21 dando al fuego y a los gusanos sus carnes,
y gemirán de dolor para siempre».

Termina el canto con una seria amonestación a los enemigos de su pueblo. Perecerán las naciones que se atreven a levantar sus manos contra Israel.

El fuego y los gusanos en la carne de los enemigos de Israel son el símbolo de la muerte espeluznante que espera a todos sus enemigos. Antíoco Epifanes vio cómo manaban gusanos de sus carnes, que caían a pedazos, apestando a todos en derredor (2 Mac

9,9). Los profetas (Jl 4,1-4; Is 66,24; Eci 7,17) recuerdan que el castigo del impío en el día del juicio será el fuego y el gusano. Judit pide para el enemigo de su pueblo un juicio severo y la condenación eterna. Esta será también la suerte del pecador, que será arrojado a la gehenna, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga (Mc 12,46) y en donde será el llanto y crujir de dientes por toda una eternidad.

Sacrificio en Jerusalén (16,22-24)

22 Llegados a Jerusalén, adoraron a Dios, y, luego que el pueblo se hubo purificado, ofrecieron sus holocaustos, sus votos y sus ofrendas. 23 Ofreció Judit todos los muebles de Holofernes, que el pueblo le había regalado, y el dosel que había cogido de la tienda, y lo dio en ofrenda al Señor. 24 El pueblo pasó tres meses alegre en Jerusalén ante el santuario, permaneciendo Judit con ellos.

La procesión, que se había iniciado en el campamento asirio, llegó a Jerusalén. Era el templo de Jerusalén la meta hacia la que apuntaba directamente Holofernes con el fin de entronizar en él a Nabucodonosor. Al llegar la comitiva al templo se postraron todos ante Yahvé. Por haber contraído impurezas legales al contacto con los cadáveres enemigos (Núm 19,11; 31,19), se purificaron antes de ofrecer a Dios sacrificios. Los que en épocas de apuro hicieron sus votos y promesas al Señor, las cumplieron, dice el texto de la Vulgata. Un sacrificio especial ofreció Judit al entregar al anatema *(herem)* (Deut 13,13-19; Lev 27,28ss) todo el ajuar de Holofernes y el dosel de su tienda (15,11). La fiesta se prolongó tres meses. Acaso haya aquí una hipérbole para expresar que a una gran victoria y a un saqueo de un mes (15,11) correspondía un largo período de regocijo (Est 1,4; 3 Mac 6,30-40; 7,18).

Ultimos días de Judit (16,25-28)

25 Pasados aquellos días se volvió cada uno a su heredad, y Judit partió para Betulia y moró en su posesión, y fue por toda su vida ilustre en toda la tierra. 26 Muchos la pretendieron; pero ningún varón la conoció en todos los días de su vida desde el día que murió Manasés, su marido, y se reunió con su pueblo. 27 Llegó a muy anciana en la casa de su marido, 28 alcanzando la edad de ciento cinco años. A la esclava le dio la libertad. Murió Judit en Betulia y fue sepultada en la gruta de Manasés, su marido.

Regresó Judit a su casa de Betulia, donde continuó el mismo género de vida que llevaba antes de realizar su hazaña (8,4-8). No le ofuscó la fama de que estaba aureolada, ni se engrió creyendo que tenía Israel todavía necesidad de su caudillaje. A Israel le serviría mejor en la soledad de su morada y en el ejercicio de la oración. Por la fama de sus virtudes, su nombre corrió de boca en boca. El autor sagrado alaba su decisión de permanecer viuda toda

la vida, guardando fidelidad a la memoria de su marido, Manasés. Por sus hazañas y virtudes habíase convertido en madre de todo Israel, como Débora (Jue 5,7). El tiempo corría también para Judit, que alcanzó la edad de ciento cinco años. Dios premia a sus fieles servidores con una vida larga y pacífica (Gén 23,1; 25,7; 35,28; 50,26). Una mujer de vida ejemplar, consagrada enteramente al servicio de Dios y de su pueblo, debía gozar de una larga vida. Como los patriarcas (Gén 23,19; 49,29.32), fue sepultada en una caverna excavada en la roca, descansando cabe los restos de su marido, Manasés (8,3).

Recuerdo de Judit (16,29-30)

29 La lloró la casa de Israel por espacio de siete días. Antes de morir repartió su hacienda con los más próximos parientes de su marido, Manasés, y con los más próximos de su misma familia. 30 En los días de Judit, y por mucho tiempo después de su muerte, no hubo nadie que infundiera temor a los hijos de Israel.

Según la costumbre (Gén 50,10; Eci 22,10; 1 Sam 31,13), el duelo duró siete días. Antes de morir quiso cumplir con el espíritu de la ley que mandaba conservar el patrimonio dentro de la tribu o familia (Lev 25,10; Núm 27,5-11). Después de su muerte gozó Israel de paz por mucho tiempo (1 Mac 7,50; 9,57; 14,4), no osando sus enemigos levantar su mano por estar vivo en ellos el recuerdo del triunfo. Como los jueces de Israel (Jue 3,11; 3,30; 5,32; 8,28), también ella supo inculcar a su pueblo el cumplimiento de los deberes religiosos que impone el pacto de la alianza, por ser un valladar contra las incursiones del enemigo. En sus manos tiene Dios las riendas de la historia; los imperios son instrumentos que maneja a su libre albedrío, utilizándolos a veces para castigar y poner a prueba a su pueblo infiel y otras para su exaltación. La fuerza de Israel está en la fidelidad al pacto de la alianza. Los pueblos gentiles deben saber que, si tocan al verdadero Israel, hieren al mismo tiempo a su Dios.

ESTER

Nombre

El libro de Ester ha ido errante de un lugar a otro en el catálogo de libros sagrados, dándosele a veces un carácter poético, otras considerándolo como profético y no pocas colocándolo al final de la lista de los libros históricos. En el canon judío ocupa un lugar entre los libros de la tercera colección *(Ketubim)*, asignándosele el quinto puesto en la subdivisión conocida con el nombre de *megilloth* = rollos. En un tiempo gozó el libro de tanta estima entre los judíos, que se le llamaba la *megillah* por excelencia. Corrientemente es conocido por *megillath Ester, rollo de Ester*, que se leía en la fiesta de Purim.

Texto

Gran parte del libro se ha conservado en hebreo (1,1-10,4), y otra en griego (10,5-16,24). Estas dos partes reciben el nombre de proto y deuterocanónicas, respectivamente.

A) TEXTO HEBREO.—Se ha conservado en buen estado y en él se reflejan las modalidades propias del hebreo posterior a la cautividad, con influencias aramaicas. A este texto se le llama también *masorético*. Una edición del mismo al alcance de todos es la de R. KITTEL, *Biblia Hebraica* (Stuttgart 1949).

B) TEXTO GRIEGO DE LAS ADICIONES.—Damos este nombre a las secciones griegas que siguen al texto hebraico a partir de 10,4. No es el texto una traducción de algún original hebraico, como lo demuestra su estilo depurado helenista. Los pocos semitismos con que se tropieza en la lectura provienen del alma judía del autor, probablemente judío helenista. Este texto griego se conserva en dos formas, una abreviada y otra amplia.

Versiones

A) GRIEGAS.—La traducción griega del texto original hebraico se ha conservado en tres formas: 1) *Texto común*, que se encuentra en los códices unciales B S A y en otros menos importantes de la misma familia. Hizo esta versión Lisímaco, hijo de Tolomeo, que moraba en Jerusalén. En tiempos de Tolomeo y Cleopatra, cierto Dositeo, que se decía sacerdote y levita, y su hijo Tolomeo, la introdujeron en Egipto (11,1). Se reproduce en las principales ediciones griegas del Antiguo Testamento, tales como Tischendorf (1850ss), Vigouroux (1902), Swete (1887-1894), Rahlfs *(Septuaginta* I, Stuttgart 1935). Es el texto breve. 2) *Texto amplio:* Es una revisión de Luciano conservada en los códices 19, 93, 108. La publicó O. F. Fritzche [1]. 3) *Un tercer texto*, del que nació la *Vetus Latina*, es acaso el más antiguo de todos. Schildenberger lo llama E2.

[1] *Libri Apocryphi V. T. graece* (Leipzig 1871) p.30-72.

B) LATINAS.—1) *Vetus Latina*.—Es la que mejor retransmite el texto griego original. Cree Schildenberger, siguiendo las huellas de D. de Bruyne, que es el testimonio más caracterizado del texto griego primitivo. Esta hipótesis, añade Lefèvre [2], aunque no resuelva todas las dificultades, parece, sin embargo, la más probable.

2) *Vulgata*.—San Jerónimo tradujo el texto hebraico cuidadosamente, «verbum e verbo» *(Praef. in libr. Iudith:* PL 28,1433). Como apéndice de esta versión coloca las partes *adicionales*, que dice haber encontrado en la edición vulgata de la Biblia griega, reuniéndolas al final del libro y anotándolas con un obelo (l.c.). No puso en su traducción el mismo esmero que en la del texto hebraico.

Cuestiones textuales

No es fácil determinar la interdependencia existente entre los textos que acabamos de mencionar. ¿Cómo se explican las diferencias existentes entre los mismos? ¿Cuál es el origen del texto de las *adiciones?* El concilio de Trento decretó que el libro era sagrado y canónico en sus partes proto y deuterocanónicas.

Sobre la cuestión textual se han propuesto las siguientes y principales hipótesis:

1) En un principio existieron dos textos hebraicos: uno corto, que corresponde al masorético actual, y otro más amplio, que utilizó Lisímaco en su traducción griega. Las partes deuterocanónicas no figuraban en el texto breve, pero sí en el segundo, que, al igual que las partes protocanónicas, fueron traducidas al griego.

2) El texto masorético reproduce exactamente el original hebraico primitivo. El autor sagrado compuso su libro sirviéndose de las memoria de Mardoqueo y Ester (9,20-23) y de los anales de los reyes de Persia (2,23; 6,1). El traductor griego, que tuvo a su disposición las mismas fuentes de consulta, quiso completar lo que le parecía manco y dar al libro un carácter religioso más palmario. De ahí el origen de las famosas *adiciones* griegas [3].

3) El texto griego de las partes proto y deuterocanónicas es una versión del texto original hebraico o aramaico. Más tarde, por motivos de la lectura del libro en la fiesta de Purim, se hizo una edición abreviada, que se ajusta al actual texto masorético. Dado que la fiesta había degenerado de su pureza primitiva, convirtiéndose en una bacanal, por respeto al nombre de Dios se suprimieron aquellas partes del libro de carácter religioso más acentuado. A esta opinión, que en su tiempo defendió J. B. de Rossi, se adhiere en parte B. Mariani [4].

4) El texto hebraico masorético es el original; las partes deuterocanónicas griegas son amplificaciones, adiciones, suplementos hechos por el primer traductor griego u otro posterior. Hoy prevalece la opinión de que las *adiciones* fueron escritas originariamente en griego, no vislumbrándose en ellas vestigios de una traducción.

[2] *Introduction à la Bible* I (París 1957) 778.

[3] Véase F. X. ROIRON, *Les parties déuterocanoniques du livre d'Esther:* «Recherches de Science Religieuse», 6 (1916) 1-16.

[4] *Introductio in libros sacros V. T.* 284.

Partes deuterocanónicas

Hemos dicho que San Jerónimo las puso como apéndice de su traducción del original hebraico. En las ediciones modernas se intercalan en el texto de la obra. Esta última costumbre ha puesto más al descubierto que su contenido no encaja perfectamente con lo que se dice en la primera parte o protocanónica (3,2-6 y 12,6; 2,9 y 11,3; 6,3 y 12,5; 9,20-28 y 16,22). En las partes protocanónicas no se menciona a Dios; en las otras, sí.

A pesar de las aparentes contradicciones, no hay inconveniente mayor en intercalar en el texto las partes que San Jerónimo reunió al final. Sus autores no tuvieron la intención de escribir una historia objetiva en todos sus pormenores, sino más bien componer, a base de una amplia libertad, un relato cuya finalidad primaria era didáctica. De las partes deuterocanónicas decía San Jerónimo que eran improvisaciones del autor, al igual que se hace en un ejercicio escolar, con el fin de manifestar los sentimientos del que sufre una injusticia o del que la infiere a otro (PL 28,1433). Con estas adiciones se facilitaba la lectura del libro en los ambientes helenistas; se humanizaba la obra con la supresión de pasajes demasiado hostiles a los paganos (9,5-19) y se daba al conjunto un carácter más religioso, mencionando explícitamente a Dios. El autor que compuso estas partes adicionales viose asistido por el carisma de la inspiración, por el cual era infalible y exento de error formal en todo lo que él afirmaba y en el sentido que daba a su afirmación. Por ser de origen divino, estas partes fueron incluidas en el canon eclesiástico de los libros sagrados.

Ester, ¿libro histórico?

Muchos exegetas independientes zanjan la cuestión con decir que se trata de una leyenda etiológica inventada para explicar el origen y naturaleza de la fiesta de Purim. Por razón de la analogía sorprendente que existe entre los dos primeros capítulos del texto hebraico y la leyenda de *Las mil y una noches*, lanzó Goeije la hipótesis según la cual el libro de Ester procede de una leyenda persa que dio también origen a la famosa leyenda árabe [5].

Los pan-babilonistas encuentran su origen en una leyenda babilónica. Ester corresponde al nombre de Ishtar; Amán es una palabra derivada de Humman, dios de Elam; Vasti es el Mashti de Babilonia. En el libro se ensalza la victoria de los dioses de Babilonia, Ishtar y Marduk, sobre los de Elam (Humman y Mashti) (Jensen, Wildeboer, Haupt, M. Maller). Otros, en fin, vuelven sus miradas hacia Egipto. Todas estas actitudes extremas carecen de fundamento histórico, por lo que caen cada día más vertiginosamente en el descrédito.

Al extremo opuesto se colocan muchos católicos y no pocos independientes, que consideran el libro como eminentemente histórico, tanto en sus líneas generales como en sus pormenores.

[5] E. Cosquin, *Le Prologue-Cadre des mille et une nuits. Les légendes perses et le livre d'Esther:* RB 16 (1909) 7-49; 161-197.

Contra los argumentos en favor de la total historicidad del libro se oponen los siguientes: 1) La expulsión de Vasti da la impresión de que es un episodio creado para facilitar el advenimiento de Ester al trono real de Persia. 2) Es inexplicable que tanto Asuero como Amán ignoraran la ascendencia judía de Ester conociendo, por otra parte, los vínculos que le unían al judío Mardoqueo. 3) Según los historiadores paganos [6], la esposa de Jerjes y reina de Persia se llamaba Amestris; desconocen los nombres de Vasti y de Ester. 4) No se explica que el rey concediera tan alegremente la muerte masiva de sus súbditos persas (8,11-12). 5) La actitud tolerante de los monarcas persas es incompatible con el decreto de exterminio total de los judíos del imperio (3,7-15; 13,1-7). 6) De Mardoqueo se dice que fue deportado en los tiempos de Nabucodonosor (2,6) y que era oficial palaciego en tiempos de Jerjes, lo que equivale a concederle una edad de unos ciento cincuenta años.

Todas estas dificultades tienden a crear una atmósfera desfavorable al carácter estrictamente histórico del libro. La técnica con que se conduce la narración, el dramatismo que se observa en cada página, confirman aquella impresión. En efecto, aunque el autor sagrado no mencione explícitamente el nombre de Dios, da a entender que Yahvé dispone los acontecimientos históricos en beneficio del pueblo judío. Para nosotros la llave para la recta interpretación del libro está en las palabras de Zeres a Amán: «Si el Mardoqueo ese delante del cual has comenzado a caer es de la raza de los judíos, no le vencerás; antes de cierto sucumbirás ante él» (6,13). Toda la narración está salpicada con notas pintorescas encaminadas a intrigar al lector; se retrasa voluntariamente el desenlace y se acumulan detalles que contribuyen a poner de manifiesto la providencia divina para con su pueblo escogido. En el libro de Ester, como en el de Judit, se enfrentan el judaísmo y el paganismo, el Dios de Israel y la astucia y malicia humanas. Las dos fuerzas antagónicas están personificadas en dos personajes: el *judío* Mardoqueo y el *agagita* Amán. Aquél se niega a doblar su rodilla ante un ministro pagano (3,5), y Dios premia este acto de religión o de orgullo patriótico con el triunfo sobre el orgulloso Amán. De lo dicho cabe concluir que no deben tomarse al pie de la letra todos los pormenores de la narración. Más que en los archivos de Persia, el autor en la composición de su obra se inspiró en escenas de la antigua historia de Israel, tales como la exaltación de José al trono del Faraón y, sobre todo, en el libro de Judit, en el que una mujer salva a su pueblo en unos momentos desesperados. El texto del libro recuerda la ideología imperante en la literatura sapiencial.

Autor y fecha de composición

Debe distinguirse entre el autor del texto hebraico y el de las adiciones griegas; ambos son posteriores al exilio. El autor de la primera parte es judío. Modernamente prevalece el criterio de ver en estas páginas la pluma de un escritor de Palestina que vivió en tiem-

[6] Heródoto, 7,61; 9,108-113.

po de los Macabeos (Soubigou, Vaccari, Stummer) o hacia finales del mismo (Schildenberger). En esta última sentencia se explica el hecho de que sistemáticamente, por respeto quizá, no se mencione el nombre de Dios, como hace también el autor del 1 Mac. En una nota de 10,13 se dice que Dositeo introdujo la versión griega en Egipto durante el reinado de Tolomeo y Cleopatra. De los cuatro Tolomeos casados con una Cleopatra, parece que el texto se refiere, o bien a Tolomeo VIII Latire (116-80), o a Tolomeo Neos Dionisios (51-44). Sólo el primero vivió cuatro años con una mujer llamada Cleopatra. Según 2 Mac 15,37, celébrase en Palestina el «Día de Mardoqueo».

Canonicidad

La Mishna y el Talmud de Jerusalén dan instrucciones para la lectura de Judit en la fiesta de Purim. El libro y la mencionada solemnidad eran conocidos antes de los tiempos neotestamentarios. Flavio Josefo cita ampliamente el libro de Ester en sus *Antiquitates Iudaicae* (I.2), y utiliza asimismo las secciones griegas, que posteriormente fueron eliminadas del canon judío.

La Iglesia recibió el libro en el canon según su versión griega. Orígenes no duda de la canonicidad aun de las partes deuterocanónicas, pero sus anotaciones críticas dieron pie a que lo hicieran San Atanasio y San Jerónimo. En cuanto a este santo Doctor, cabe decir que, por el hecho de relegar las adiciones al final del libro, dudaba de su canonicidad. Las dudas para estas partes griegas continuaron hasta el concilio Tridentino, que las declaró sagradas y canónicas.

Contenido doctrinal

En conjunto, la obra quiere hacer ver que los judíos prevalecen siempre y en todas partes de sus enemigos. Otra de las finalidades es explicar los orígenes de la fiesta de Purim, que debe ser un día de alegría y acción de gracias por haberles salvado Dios del exterminio. La doctrina de la providencia divina para con su pueblo aparece en todo el libro (4,13-17). Lo que el autor no declara, no sabemos por qué exigencias literarias o ambientales, lo proclaman a los cuatro vientos las secciones propias del texto griego. La doctrina de la alianza es menos visible en Ester que en Judit, pero no está ausente del texto.

Por otra parte, hallamos en el libro pasajes que recuerdan la imperfección de la moral antigua en comparación con la del Evangelio (Mt 5,44). El espíritu de venganza de los judíos y la complacencia de la joven reina en la matanza de los enemigos de su pueblo no reza con la doctrina del amor a los enemigos y el perdón de los que nos persiguen y calumnian. Pero estas y otras circunstancias han sido introducidas en el texto por el autor sagrado por exigencias de la tesis doctrinal que intentó desarrollar. En el libro se aplica la ley del talión. Escribe el autor para alentar a sus hermanos de raza, tan a menudo envueltos en cuestiones raciales, y para dar un toque de atención a sus enemigos. Es natural que la puesta en práctica de los principios fundamentales del judaísmo llame la atención de los que conviven con ellos y que les tilden de separatistas, de conspiradores contra la completa unidad del Estado. De ahí las reacciones antijudías de los pueblos de ayer y de hoy. El autor quiere advertir a los de su pueblo que su seguridad y permanencia en medio de las gentes depende exclusivamente del apoyo que Dios les preste [7].

La fiesta de Purim

Flavio Josefo [8] habla de la fiesta que se celebraba durante los días 14 y 15 de Adar (febrero-marzo) para conmemorar la salvación de sus hermanos de Persia en tiempos de Mardoqueo. El 2 Mac 15,37 conmemora la fiesta de Nicanor, que se celebraba el día 13 de Adar, «un día antes del Día de Mardoqueo». El ceremonial de la festividad es indicado en el tratado *Megillah* del Talmud de Jerusalén. La fiesta tenía un doble aspecto, profano y religioso. Cabe las manifestaciones ruidosas de regocijo, al estilo de nuestros carnavales, vistiéndose las mujeres con trajes de hombre y éstos con vestidos de mujeres, suculentos banquetes y excesos en las bebidas, intercambios de presentes entre parientes y amigos, se leía el libro de Ester. Modernamente prevalece la opinión de que la fiesta de Purim en parte es copia de una fiesta de primavera que se celebraba en Persia y Babilonia. Hacia el mes de marzo celebraban los persas la festividad llamada *nauruz*, con carácter de fiesta de primavera, durante la cual se intercambiaban presentes y se distribuían limosnas a los pobres, detalle que imitaron los judíos en la fiesta de Purim. Entre los años 160-114 antes de Cristo, la comunidad judaica dio a la fiesta un carácter político-religioso, relacionándola con la liberación de la colonia judía de Persia en tiempos de Jerjes I.

BIBLIOGRAFIA

a) Comentarios

A. Barucq, *Esther:* «Bible de Jérusalem» (1959); F. Michaeli, *Esther:* «La Bible de la Pléiade» (París 1959); * L. B. Paton, *A Critical and Exegetical Commentary on the Book of Esther* (Edimburgo 1908); L. Soubigou: «La Sainte Bible», ed. Pirot-Clamer; J. Schildenberger, *Das Buch Esther:* «Com. de Bonn» (Bonn 1941); F. Stummer, *Das Buch Ester:* «Echter Bibel» (Würzburg 1950); A. Vaccari, *Esther:* «La Sacra Bibbia» (Firenze 1948).

b) Estudios particulares

L. Bigot, *Esther:* «Dictionnaire de Théologie catholique», V (1924) col.850-871; E. J. Bikerman, *Notes on the Greek Book of Esther:* «Proc. American Acad. of Jewish Research», 20 (1950) 101-133; N. S. Doniach, *Purim, or the Feast of Esther. A Historical Study* (Philadelphia 1933); J. Lewy, *Old Assyrian «puruum» and «purum»:* «Revue Hittite et Asianique», 5 (1939) 117-124; Id., *The Feast of the 14th Day of Adar:* «HUCA», 14 (1939) 121-151; V. Christian, *Zur Herkunft des Purim-Festes:* «Alttestamentliche Studien» (Festschrift Nötscher) (Bonn 1950) 33-37; T. Gaster, *Purim and Hanukkah in Eastern and Western Traditions* (New York 1950); W. Rudolph, *Textkritisches zum Estherbuch:* VT 5 (1954); H. Ringgren, *Esther and Purim:* «Svensk Exegetisk Arsbok», 20 (1955) 5-24; H. Cazel-

[7] J. Straubinger, *Ester y el misterio del pueblo judío* (Buenos Aires 1943) 78.
[8] *Ant. Iud.* 11,6,13.

LES, *Notes sur la composition du rouleau du livre d'Esther:* «Festschrift H. Junker» (Trier 1961) 31-45; E. COSQUIN, *Le Prologue-Cadre des mille et une nuits. Les légendes perses et le livre d'Esther* (París 1909); H. GUNKEL, *Das Königsschloss von Susa und das Buch Esther:* ThLZ 44 (1919) 2-4; K. GALLING, *Susa* (Biblisches Reallexikon), 504-505; J. HOSCHANDER, *The Book of Esther in the Light of History* (Filadelfia 1923). Identifica a Asuero con Artajerjes II Mnemon. E. DE MARSEY, *De l'authenticité des livres d'Esther et de Judith* (París 1911); A. UNGNAD, *Keilinschriftliche Beiträge zum Buch Esra und Esther, 2. Mardechai:* ZAW 58 (1940) 243-244; ID.: ZAW 59 (1942-1943) 219; H. STRIEDL, *Untersuchungen zur Syntax und Stilistik des hebräischen Buches Esther:* ZAW 55 (1937) 73-108.

*Mardoqueo en escena (*11,1-3)*

1 El año segundo del reinado del gran Artajerjes, el primero de Nisán, tuvo un sueño Mardoqueo, hijo de Jaír, hijo de Semeí, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín, 2 judío que moraba en la ciudad de Susa, varón ilustre, que servía en la corte del rey. 3 Era de los cautivos que Nabucodonosor, rey de Babilonia, había llevado en cautiverio de Jerusalén con Jeconías, rey de Judá.

Estos versículos pertenecen a la parte deuterocanónica del libro (10,4-16,26). En ellos presenta el autor al verdadero héroe del libro, Mardoqueo. Se habla del año segundo del reinado de Artajerjes. San Jerónimo y Eusebio lo identifican con Artajerjes II (405-358); pero modernamente prevalece la opinión de los que consideran el nombre de Artajerjes como una traducción falsa del nombre Asuero, que corresponde a Jerjes I (485-465). De ahí que algunos exegetas, en vez de hablar de Artajerjes, emplean constantemente los nombres de Asuero (BARUCQ) o de Jerjes (VACCARI). Fue Jerjes hijo de Darío I Hystaspes (522-486) y es conocido principalmente por su campaña contra Egipto (485) y por su derrota por las tropas griegas en Eurimedón (470 a. C.). Más cortesano que guerrero, entregóse a una vida de molicie y de placeres, como atestiguan el libro de Ester y el historiador Heródoto [2]. Muerto en una conspiración (465), le sucedió su hijo Artajerjes I Longímano (465-424).

El sueño de Mardoqueo tuvo lugar el primero de Nisán (Neh 2,1; Est 3,7), en cuyo mes empezaba el año religioso hebraico (marzo-abril). Como a José (Gén 37,5-11; 40,8; 41,1), el porvenir se manifiesta a Mardoqueo por medio de los sueños. Con esta noticia se llama la atención de los lectores sobre la intervención palpable de Dios en los hechos que narra a continuación. Todo el libro, incluso el texto hebraico, demuestra un sentimiento religioso profundo y una confianza sin límites en los destinos de la Providencia. El nombre de Mardoqueo deriva del babilónico Marduk. El simple hecho de que este judío auténtico (2,5) escogiera el nombre de Mardoqueo no autoriza la conclusión de que en un tiempo rindiera culto al dios Marduk. Toda la historia del libro demuestra lo contrario. Entre los deportados a Babilonia había algunos que llevaban este mismo nombre (Esd 2,2; Neh 7,7).

2 *Hist.* IX 108-110.

La genealogía de Mardoqueo se repite en 2,5. Por 1 Sam 15,7-9 sabemos que Saúl, hijo de Quis y del linaje de Benjamín, triunfó sobre Agag, rey de Amalec. Esta coincidencia sugiere la sospecha de que el autor sagrado no pretende fijar la ascendencia inmediata de Mardoqueo, sino hacer ver cómo un benjaminita que encarna el alma judía se impone y triunfa de un enemigo de Israel. Este varón ilustre moraba en Susa, que antiguamente fue capital de Elam [3] y que se convirtió en residencia invernal de los reyes de Persia (Neh 1,1). Conquistada en 596 por los persas, fue fortificada y embellecida por Darío I [4].

Mardoqueo fue llevado cautivo por Nabucodonosor a Babilonia, junto con Jeconías (Jer 24,1; 27,20; 28,4), llamado también Joaquín (2 Re 24,8.15), el año 597. Con el fin de concordar el hecho de la presencia de Mardoqueo en la corte de Asuero o Jerjes (hacia los años 484-480) y la fecha de su deportación por Nabucodonosor, algunos exegetas interpretan el texto en el sentido de que era descendiente de alguno que fue deportado en aquel tiempo. Tales anomalías textuales las hemos visto también en el comentario al libro de Judit, lo que nos invita asimismo a preguntarnos si el autor sagrado busca la máxima precisión en los datos cronológicos que refiere.

*Sueño de Mardoqueo (*11,4-10)*

4 He aquí su sueño: 5 Soñó que oía voces y tumultos, truenos terremotos y gran alboroto en la tierra, cuando dos grandes dragones, prestos a acometerse uno a otro, dieron fuertes rugidos, 6 y a su voz se prepararon para la guerra todas las naciones de la tierra, a fin de combatir contra la nación de los justos. 7 Fue aquel día día de tinieblas, de obscuridad, de tribulación y de angustia, de oprobio y de turbación grande sobre la tierra. 8 Toda la nación justa se turbó ante el temor de sus males, y se disponía a perecer. 9 Pero clamaron a Dios, y a su clamor, una fuentecilla se hizo un río caudaloso 10 de muchas aguas, y apareció una lumbrerita que se hizo sol, y fueron ensalzados los *humildes y devoraron a los gloriosos.*

Mardoqueo oye en la lejanía voces y tumultos acompañados de truenos *(brontai)* y terremotos *(seismós)*, que presagiaban algo trágico que se avecinaba. En efecto, aparecen dos dragones en actitud de acometerse uno a otro. A un rugido suyo, todas las naciones de la tierra *(pas eznós)* acometieron a la nación de los justos *(dikaion eznós)*. Los primeros síntomas anunciadores de este combate recuerdan la escena del Sinaí (Ex 16,18; 20,18) o la descripción que los profetas hacen del juicio (Is 22,5; Jer 30,5). Según interpretación del mismo Mardoqueo, los dos dragones simbolizaban a él y a Amán (10,7) [5].

3 HERÓD., III 30,65,70; JEN., *Cyr.* VIII 6,22; ESTRAB., XV 3,2.
4 *Mémoires de la Mission Archéologique en Irán* (París 1900-1943).
5 E. L. EHRLICH, *Der Traum des Mardochai:* «Zeitschrift für Religions- und Geistesgeschichte», 7 (1955) 69-74. Las naciones combatieron la nación de los justos (v.6), que en

*Conatos para descifrar el sueño (*11,11)*

11 Mardoqueo, levantándose, luego de haber visto el sueño, sobre lo que Dios se proponía ejecutar, lo guardó en su corazón, y a toda costa quería penetrar su sentido, hasta que llegó la noche.

Mardoqueo se levanta intrigado por la significación de su sueño (Gén 41,8) y pasa todo el día esforzándose para encontrarle una explicación. Otros videntes, en casos análogos, acudían a un intérprete (Gén 41,16; Dan 2,28), pero Mardoqueo prefirió conservar el secreto en su corazón (Lc 2,19.51), esperando a que Dios se lo revelara.

*Mardoqueo denuncia una conjura (*12,1-6)*

1 Moraba Mardoqueo en el palacio con Gabata y Tarra, eunucos del rey, guardas del palacio, 2 y se enteró de sus planes y penetró sus proyectos, averiguando que trataban de apoderarse del rey Artajerjes, y los denunció al rey. 3 Mandó éste interrogar a los eunucos, que, habiendo confesado, fueron condenados a muerte. 4 Para conservar la memoria de estos sucesos, mandó el rey ponerlos por escrito, y el mismo Mardoqueo escribió un relato sobre ellos. 5 Por el servicio prestado, ordenó el rey dar a Mardoqueo un cargo en el palacio y le otorgó otras mercedes. 6 Pero Amán, hijo de Amasata, agagita, que gozaba de gran crédito ante el monarca, buscaba cómo perder a Mardoqueo y a su pueblo por la delación de los eunucos del rey.

Este relato se refiere a los mismos hechos de que se habla en 2,21-23; 6,1-3; pero el redactor griego quiso completarlos con nuevos datos, que explican el porqué llegó Mardoqueo a ocupar un puesto privilegiado en la corte, a pesar de su condición de judío. El nombre de los dos eunucos difiere en los diversos textos. Del libro de las crónicas del rey se habla en 6,1; 10,2.

EL GRAN BANQUETE REAL Y SUS INCIDENCIAS (C.1,1-22)

Poderío del rey Asuero (1,1-3a)

1 En tiempo de Asuero, el Asuero que reinó desde la India hasta la Etiopía, sobre ciento veintisiete provincias, 2 mientras se sentaba sobre su trono real en Susa, la capital, 3a el año tercero de su reinado dio un festín a todos sus príncipes y servidores.

El imperio de Asuero se dividía en 127 provincias *(medinoth)*, de que se habla en 8,9 y en Esd 3,2. En Dan 6,2 se dice que «resolvió Darío constituir en su reino 120 sátrapas *(ahaschdarpenaia)* que gobernasen el reino». El autor del libro de Ester (3,2) distingue entre sátrapas, jefes de provincias y gobernadores. Según Heródoto (III 89), Darío dividió el imperio en veinte satrapías. La quinta (Neh 5,14) comprendía, según el cómputo de Heródoto (III 89-91), el territorio de Mesopotamia septentrional, Siria, Fenicia y Palestina. Algunos intérpretes dan un valor simbólico al número 127. Doce eran las tribus de Israel. Ahora bien, multiplicando este número por diez, número de plenitud, y añadiendo siete, el número de perfección, se obtiene la cantidad mencionada, con lo cual se quería significar que todas las naciones estaban sujetas a Asuero.

En el tercer año de su reinado (483 a. C.), una vez consolidado su trono, pensó Asuero en celebrar un gran festín en Susa, la capital. Hállase esta ciudad al pie del actual Luristán. El antiguo río Coaspes, el actual Kerka, dividía la ciudad propiamente dicha de la ciudadela *(hab-birah)*. El palacio real se levantaba en la parte de la ciudad conocida por la *Apadana*. El autor coloca la parte principal de los acontecimientos en el palacio real, que distingue de la ciudadela (3,15; 8,14; 9,11).

otros textos es llamada «pueblo santo» (Sal 10,15; 2 Mac 15,24), «pueblo de los santos» (Dan 8,24), o de los «justos» (Sab 16,23; 18,7), en oposición a los pueblos paganos.

[1] E. VOGT, *Convivium regium populi urbis Kalhu:* B 38 (1957) 374-375.

Los invitados al festín real (1,3b-9)

3b Los comandantes del ejército de los persas y de los medos, los grandes y los jefes de las provincias, se reunieron en su presencia, 4 y él hizo muestras de la espléndida riqueza de su reino y de la brillante magnificencia de su grandeza durante muchos días, 5 durante ciento ochenta días. Pasados éstos, el rey dio a todo el pueblo de Susa, la capital, desde el más grande hasta el más pequeño, un festín, que duró siete días, en los jardines del palacio real. 6 Cortinajes blancos, verdes y azules pendían de columnas de mármol, sujetos con cordones de lino y de púrpura a anillos de plata. Lechos de oro y plata estaban sobre un pavimento de pórfido, alabastro, mármoles de varios colores y nácar. 7 Servíase el vino en vasos de oro de diversas configuraciones, y se servía con real abundancia, gracias a la generosidad del rey; pero a nadie se le obligaba a beber, 8 pues había mandado el rey a todas las gentes de su casa que se hiciese conforme a la voluntad de cada cual. 9 También la reina Vasti dio un festín a las mujeres en el palacio real del rey Asuero.

Quiso Asuero que todas las clases sociales de sus dominios tomaran parte en los festejos organizados con motivo de su consolidación en el trono persa después de la victoria sobre Egipto. Invitó al festín a los grandes (v.1-4), al pueblo (v.5-8) y a las mujeres (v.9), que lo celebraron aparte, presidiéndolo la reina. El número (v.5) 180, o bien es simbólico, o se refiere a los preparativos del banquete (v.4).

Banquete para los oficiales

Entre los invitados al festín *(mishte)* se citan los altos empleados *(sarim)* del reino y los funcionarios de rango inferior. Asistió el estado mayor que había apoyado al rey en las luchas que tuvo que sostener contra Egipto y Babilonia. Del ejército fue invitada la oficialidad de las tropas escogidas y la de la guardia personal del rey. También los nobles *(partemim*, 6,9; Dan 1,3) y los jefes de las provincias *(sarey hamedinoth)* acudieron al llamamiento.

Banquete popular

Los habitantes de la ciudadela tomaron parte en este banquete de siete días de duración, en un recinto contiguo al palacio real. Recostados sobre divanes (Am 6,4), con incrustaciones de oro y plata, comía el pueblo de los manjares reales y alegrábase con sendos vasos de vino. Entraba en el protocolo de los persas la costumbre de que los invitados debían vaciar un determinado número de copas; pero esta vez, con el fin de evitar abusos [2], había dado el rey un decreto por el cual cada uno era libre de ingerir la cantidad de vino que le pluguiera. Esta descripción de la munificencia de la corte persa concuerda con los datos retransmitidos por Heródoto (IX 80-82) y Jenofonte [3]. Las excavaciones de Susa practicadas por Dieulafoy y Morgan han demostrado el lujo del palacio real.

El convite de la reina

No prohibían las leyes persas la presencia de mujeres en los banquetes públicos [4]; muchas veces los invitados acudían a los mismos acompañados de sus esposas o concubinas. Por el libro aparece natural que la reina convocara en un salón aparte a las mujeres de los grandes del reino. El texto hebraico dice «que organizó el banquete la reina Vasti» (v.8.11.16.17). En cambio, Heródoto (7,61; 9,108-113) no menciona otra reina y esposa de Jerjes que Amestris, hija de Otanes.

Propuesta del rey y negativa de Vasti (1,10-12)

10 El día séptimo, alegre por el vino el corazón del rey, mandó éste a Mahuman, Bizta, Harbona, Bigta, Abagta, Zetar y Carcas, los siete eunucos que servían ante el rey Asuero, 11 que trajeran a su presencia a la reina Vasti, con su real corona, para mostrar a los pueblos y a los grandes su belleza, pues era de hermosa figura; 12 pero la reina se negó a venir con los eunucos, y el rey se irritó mucho y se encendió en cólera.

El día del banquete ocurriósele a Asuero exhibir a Vasti delante del pueblo y de los grandes. Esta noticia parece indicar que los tres banquetes se celebraban simultáneamente en lugares distintos, ya que el rey quiere mostrar a los representantes del pueblo y a los nobles la belleza de la reina, acto con el cual se pondría término al suntuoso festín. ¿Por qué Asuero determinóse a exhibir a Vasti? El texto griego supone que el rey en esta ocasión quería coronarla; lo más probable es que, siguiendo una costumbre persa (5,18), quisiera presentar a los comensales, a petición de éstos, a la reina, que gozaba de gran reputación por su belleza. Puede ser que en la frase «mostrar la belleza» haya un eufemismo (Ez 16,25) [5]. Según Plutarco [6], al finalizar el banquete retirábanse las esposas y entraban las

[2] Heródoto, 1,33.
[3] *Cyrop.* VIII 8,18.
[4] Heródoto, 5,18; 29,110.
[5] Heródoto, 1,8-12.
[6] *Coniugalia praecepta* 16.

concubinas y danzarinas. A consecuencia de la negativa de Vasti, el rey «se irritó mucho y se encendió en cólera» (Jdt 1,12; Dan 3,13; 6,15), porque, además de una desobediencia a sus órdenes, su negativa le ridiculizaba ante los comensales, los cuales podían llevarse la impresión de que las mujeres eran las que mandaban en palacio. Ya hemos dicho que, según Heródoto (9,108-113), la reina de Persia era Amestris.

Asuero se aconseja (1,13-15)

13 Y preguntó el rey a los sabios conocedores de las leyes, pues era costumbre que los negocios del rey se trataran con los sabios, legistas y juristas. 14 E hizo entrar a Carsena, Setar, Admata, Tarsis, Meres, Marsena y Memucan, siete príncipes persas y medos que asistían al rey y ocupaban el primer rango en su reino, 15 a los cuales dijo: «¿Qué debe hacerse, según la ley, a la reina Vasti por no haber hecho lo que el rey le había intimado por medio de los eunucos?»

Asuero no consultó a los astrólogos propiamente dichos, sino a los que saben dar un consejo en el tiempo oportuno, por razón de que la experiencia diaria les ha familiarizado con la ley de la justicia (1 Crón 12,33; Dan 2,2-12; 5,7-12). En Esdras se alude a los siete consejeros del rey persa (7,14). Su posición en el reino era preeminente; formaban parte de su séquito, «veían la faz del rey» (2 Re 25,19) y tenían precedencia. Según Heródoto, se les permitía entrada franca al rey, excepto el caso en que éste se hallara en compañía de sus mujeres. El número siete se usa con profusión (1,10).

Consejo de los sabios (1,16-20)

16 Memucan respondió ante el rey y los príncipes: «No es sólo al rey a quien ha ofendido la reina Vasti; es también a todos los príncipes y a todos los pueblos de todas las provincias del rey Asuero. 17 Porque lo hecho por la reina llegará a conocimiento de todas las mujeres y será causa de que menosprecien a sus maridos, pues dirán: El rey Asuero mandó que llevasen a su presencia a la reina Vasti, y ella no fue; 18 y desde hoy las princesas de Persia y de Media que sepan lo que ha hecho la reina se lo dirán a todos los príncipes del rey, y de aquí vendrán muchos desprecios y mucha cólera. 19 Si al rey le parece bien, haga publicar e inscribir entre las leyes de los persas y de los medos, con prohibición de traspasarlo, un real decreto mandando que la reina Vasti no aparezca más delante del rey Asuero, y dé el rey la dignidad de reina a otra que sea mejor que ella. 20 El edicto del rey será conocido en todo su reino, por grande que es, y todas las mujeres honrarán a sus maridos, desde el más grande hasta el más pequeño».

En nombre de los siete sabios habló Memucan, presentando la cuestión de Vasti como de interés nacional. Teme un avance del feminismo en caso de quedar impune la conducta de Vasti. Por ser del dominio público la desobediencia, recomienda Memucan que el

castigo tenga amplia difusión. A este fin sugiere al rey que publique un decreto irrevocable (Dan 8,6-10) prohibiendo a Vasti presentarse en adelante delante del rey Asuero, despojándola de la dignidad de reina. Memucan invoca razones de Estado para perder a Vasti, lo que harán también Amán (3,8) y Ester (7,4).

Orden real (1,21-22)

21 Agradó al rey y a los príncipes este discurso, y mandó el rey que se siguiera el parecer de Memucan. 22 Y mandó cartas a todas las provincias del reino, a cada una según su escritura y a cada pueblo según su lengua, ordenando que todo hombre había de ser amo en su casa y que todas sus mujeres le estuvieran sujetas.

El consejo de Memucan fue aprobado en toda su línea: Vasti fue repudiada y sustituida por otra. Por convivir en el imperio persa varios pueblos de origen étnico diverso, existía multiplicidad de lenguas, siendo las principales el persa, griego, egipcio y arameo (3,12; 8,9; Dan 3,4; 6,26). Del texto no se deduce que cada provincia tuviera su lengua. De las excavaciones hechas en Persia aparece que la mayoría de las inscripciones reales estaban redactadas en lengua persa, babilónica y dialecto de Susa. Los monumentos epigráficos de tiempos de Darío I encontrados en Persépolis y Behistun son trilingües. Según algunos (Soubigou), el final del verso debe traducirse: «y que hable la lengua de su pueblo».

En busca de una reina (2,1-4)

1 Después de esto, cuando ya se calmó la cólera del rey, pensó en Vasti y en lo que ésta había hecho y en la decisión que respecto de ella se había tomado. 2 Los servidores del rey le dijeron: «Búsquense para el rey jóvenes vírgenes y bellas, 3 poniendo el rey en todas las provincias de su reino comisarios que hagan reunir todas las jóvenes vírgenes y de bella presencia en Susa, la capital, en la casa de las mujeres, bajo la vigilancia de Hegue, eunuco del rey y guarda de las mujeres, que les dará lo necesario para ataviarse, 4 y que la joven que más agrade al rey sea la reina en lugar de Vasti». Aprobó el rey ese parecer y se hizo así.

Memucan hizo hincapié en que el decreto fuera irrevocable, acaso porque conocía el afecto que el monarca profesaba a Vasti. El hecho de que el rey estuviera intrigado por estos recuerdos prueba el cariño que sentía hacia la reina, a la cual hubiera devuelto su rango a no mediar la solemne decisión tomada contra ella y las nefastas consecuencias que de semejante proceder se originarían. En la literatura bíblica de inspiración persa es frecuente el tema de «un decreto irrevocable» (Dan 6,8-10; 6,12.16). Sus servidores le propusieron (3,2-3; 6,3.5) que se buscara dentro de los límites del imperio jóvenes «vírgenes y bellas» que pudieran suplir la ausencia de Vasti. Asuero aceptó el consejo. Quizá el autor se haya dejado llevar de la fantasía en torno a este hecho.

Mardoqueo y Ester (2,5-7)

5 Había en Susa, la capital, un judío llamado Mardoqueo, hijo de Jaír, hijo de Semeí, hijo de Quis, del linaje de Benjamín, 6 que había sido deportado de Jerusalén entre los cautivos llevados con Jeconías, rey de Judá, por Nabucodonosor, rey de Babilonia, 7 y había criado a Hedisa, que es Ester, hija de su tío, pues no tenía padre ni madre. La joven era bella de talle y de hermosa presencia y había sido adoptada por Mardoqueo cuando se quedó sin padre y sin madre.

Hemos visto la presentación de Mardoqueo por el autor del texto griego. El texto hebraico sólo ha hablado hasta ahora de personajes paganos; con estos versículos introduce al personaje central del relato, Mardoqueo el judío, que, en lucha contra el enemigo del pueblo hebraico, Amán, sale victorioso y salva a su pueblo de una catástrofe. En la mente del autor sagrado es Mardoqueo un judío íntegro, recto, patriota, y toda su grandeza radica y deriva del siguiente título honorífico: «El *judío* Mardoqueo» (5,13; 6,10; 8,7; 9,29; 10,3). El término *judío* debe tomarse aquí en sentido racial, y no en el sentido limitado de hombre perteneciente a la tribu de Judá. Aunque judío, era descendiente del linaje de Benjamín. A su cuidado corría una joven judía, huérfana de padre y madre. Hija de Abigail (2,15), la adoptó Mardoqueo como hija a la muerte de los padres, tomándola bajo su tutela y protección. La joven era llamada Hedisa, del hebreo *hadassah*, mirto, y Ester, que puede derivar del babilónico *Ishtar* o del persa *stareh*, estrella. Dice el texto griego que la «había educado con la finalidad de que fuera mujer suya», lo que debe rechazarse. Según la Vulgata, fue Mardoqueo «nutritius filiae fratris sui».

Ester en el harén real (2,8-11)

8 Cuando se publicó la orden del rey y su edicto, al ser reunidas en Susa, la capital, jóvenes en gran número, bajo la vigilancia de Hegue, fue también tomada Ester y llevada a la casa del rey bajo la vigilancia de Hegue, guarda de las mujeres. 9 La joven le agradó y halló gracia a sus ojos, y él se apresuró a proveerla de todo lo necesario para su adorno y su subsistencia, y le dio siete doncellas escogidas de la casa del rey, y la aposentó con éstas en el mejor departamento de la casa de las mujeres. 10 Ester no dio a conocer ni su pueblo ni su nacimiento, pues Mardoqueo le había prohibido que lo declarase. 11 Todos los días iba y venía Mardoqueo al vestíbulo de la casa de las mujeres para saber cómo estaba Ester y cómo la trataban.

El edicto real pronto surgió efecto. Entre las jóvenes «vírgenes y bellas» se encontró a Ester, que desde el primer momento granjeóse la estima de Hegue, siendo objeto de todas sus atenciones. La situación de Ester es parecida a la de los tres jóvenes de que habla Dan 1,3-20. Del hecho de ocultar a Hegue su nacionalidad se deduce que Ester se sometió al mismo régimen dietético que las

otras jóvenes reunidas en la casa del rey. Con el fin de disculpar a Ester, el texto griego ha hecho notar que detestaba el lecho de un incircunciso (14,15) y los banquetes del rey (14,17). Para que su ascendencia judía no le creara dificultad para llegar a ser esposa del rey, el astuto Mardoqueo le prohibió revelar a nadie «ni su pueblo ni su condición». Razones políticas (3,4) aconsejaban este silencio. En el reclutamiento de jóvenes no se tenía en cuenta su nacionalidad; únicamente se exigía que fueran jóvenes, vírgenes y bellas. A Mardoqueo, como a cualquier otro hombre, estaba prohibida la entrada en la casa de las mujeres, pero se le autorizaba «ir y venir al vestíbulo» de la misma. Acaso por su misma juventud y por el hecho de ser huérfana, autorizó Hegue la visita diaria de Mardoqueo a su protegida. Ester no demuestra preocupación por la pureza legal de los manjares, a diferencia de Judit (10,5) y de los jóvenes de Babilonia (Dan 1,8-14). Tampoco tuvo escrúpulos de entrar en el harén real.

Régimen de vida en el harén (2,12-14)

**12 Después de haber estado ya doce meses, conforme a la ley
de las mujeres, ungiéndose seis meses con óleo y mirra y otros
seis con los aromas y perfumes de uso entre las mujeres, cuando
le llegaba el turno era llevada cada joven a la presencia del rey.
13 Así iba cada una a la presencia del rey, y cuando pasaba de la
casa de las mujeres a la casa del rey, se le dejaba llevar cuanto
ella quería; 14 iba allá por la tarde, y a la mañana siguiente pasaba a la segunda casa de las mujeres, bajo la vigilancia de
Saasgaz, eunuco del rey y guarda de las concubinas. No volvía
ya más a la presencia del rey, a menos que éste la desease y fuese
nominalmente llamada.**

Es probable que se hacía la ficha de cada joven a medida que entraban en el harén, anotándose el día de su ingreso. Al cabo de un año, luego de haberse sometido a un régimen especial de belleza, con el empleo de cosméticos, la joven era llevada, por turno riguroso, a la presencia del rey. El mismo ceremonial debían observar las mujeres del usurpador Smerdis al acercarse a él [1].

Llega el turno a Ester (2,15-16)

**15 Al llegar el turno a Ester, hija de Abigaíl, tío de Mardoqueo, el que la había adoptado por hija, de presentarse al rey,
no pidió nada más que aquello que le había indicado el eunuco
real, Hegue, encargado de guardar las mujeres. Halló Ester
gracia a los ojos de cuantos la miraban. 16 Fue conducida Ester
a la presencia del rey Asuero, a la casa real, el mes décimo, que
es el mes de Tebet, en el año séptimo de su reinado.**

Hegue percatóse de que Ester descollaba entre todas las mujeres por sus encantos femeninos y barruntó que agradaría al rey. Por lo mismo, ya desde el principio la rodeó de atenciones, preocupóse

1 Heródoto, 3,69.

por sus adornos y alimentación, puso a su disposición siete (1,10) doncellas escogidas y la aposentó en la mejor habitación de la casa. Las otras mujeres, al acercárseles el turno de ser presentadas al rey, multiplicaban sus atavíos para realzar su belleza; Ester, en cambio, tenía plena confianza en su hermosura. Pese a lo que dice el texto griego (14,15), Ester no siente repugnancia por el lecho de un incircunciso, ni manifiesta esta aversión ni a Hegue ni al rey. El autor sagrado refiere escuetamente los hechos, sin pronunciarse por la moralidad de los acontecimientos. Por la importancia política del hecho, el autor especifica el año y el mes en que Ester fue conducida por primera vez a la presencia del rey. Habían transcurrido cuatro años (1,3) desde el banquete en que se repudió a Vasti. El mes de Tebet corresponde a diciembre-enero.

Ester, elegida reina (2,17-20)

**17 El rey amó a Ester más que a todas las otras mujeres, y
halló ésta gracia y favor ante él más que ninguna otra de las
jóvenes. Puso la corona real sobre su cabeza y la hizo reina en
lugar de Vasti. 18 El rey dio un festín a todos sus príncipes y a sus
servidores, un festín en honor de Ester, y dio alivio a las provincias e hizo mercedes con real liberalidad. 19 Cuando por segunda
vez reunieron a las jóvenes, estaba Mardoqueo sentado a la
puerta del rey. 20 Ester no había dado a conocer su nacimiento
ni su pueblo, porque se lo había prohibido Mardoqueo, y seguía cumpliendo las órdenes de Mardoqueo tan fielmente como
cuando estaba bajo su tutela.**

Con palabras que recuerdan el saludo del ángel a María (Lc 1, 30.42), se dice que amó Asuero a Ester más que a todas las mujeres que tenía, y que halló ella gracia y favor más que todas las otras jóvenes que habían estado con el rey. Ester superaba a todas; incluso era mejor que Vasti (1,19). Para celebrar el acontecimiento dio el rey un festín, que el autor sagrado llama «festín de Ester» por efectuarse en su honor. Según los LXX, el banquete duró siete días. Fueron invitados los príncipes y los servidores de la casa real. Al decir el texto (v.19) que Mardoqueo estaba sentado a la puerta del rey, quiere significar que prestaba sus servicios en la corte (4,2; 5,9; 6,12), en la puerta del palacio.

Aborta un complot contra el rey (2,21-23)

**21 En aquellos días, cuando Mardoqueo se sentaba en la puerta del rey, Birgán y Teres, dos eunucos del monarca, de la guardia del umbral, quisieron poner su mano sobre el rey Asuero.
22 Mardoqueo tuvo conocimiento de ello e informó a la reina
Ester, que se lo comunicó al rey de parte de Mardoqueo. 23 Averiguada la cosa y hallada cierta, los dos eunucos fueron colgados
de un madero, escribiéndose el caso en el libro de las crónicas delante del rey.**

Mientras se desarrollaban las fiestas en honor de la nueva reina, dos eunucos del rey preparaban un complot contra él. Este episo-

dio coincide con el que se refiere en 12,1-6 del texto griego. Los nombres de los dos eunucos difieren en uno y otro texto; en el griego se llaman Gabata y Tarra; en el hebreo, Birgán y Teres. Ambos estaban de guardia en las puertas del palacio real. También Mardoqueo ocupaba un lugar destacado en la real puerta, siéndole fácil descubrir el atentado contra el rey. En el texto griego se dice que el complot estaba motivado por haber confiado el monarca un puesto de responsabilidad y categoría a un judío. Es muy probable que los dos eunucos, de nacionalidad persa, se sintieran humillados por estar sujetos a las órdenes de un judío. Mardoqueo comunicó confidencialmente la noticia a Ester y ésta la retransmitió al rey. Aun en este caso no manifestó la reina el parentesco que le unía con Mardoqueo, lo que hizo más tarde (8,1). Los dos eunucos fueron ahorcados (Paton) o empalados, suplicio este último muy usado por los antiguos persas [2]. Por sus servicios mereció Mardoqueo que se inscribiera su nombre y lo que había hecho en la crónica real (Esd 4, 15) [3]. En prueba de la importancia que el rey concedía al hecho, quiso que se anotara estando él presente, cubriendo con su autoridad la veracidad del relato.

Mardoqueo y Amán en conflicto (3,1-6)

1 Después de esto, el rey Asuero elevó al poder a Amán, hijo de Hamedata, agagita, ensalzándole y poniendo su silla sobre la de todos los príncipes que estaban con él. 2 Todos los servidores del rey que estaban a la puerta del palacio doblaban ante Amán la rodilla y se prosternaban ante él, pues tal era la orden del rey; pero Mardoqueo no doblaba sus rodillas ni se prosternaba, 3 y los servidores del rey que estaban a la puerta dijeron a Mardoqueo: «¿Por qué traspasas la orden del rey?» 4 Y como se lo repitiesen todos los días y él no les hiciese caso, se lo comunicaron a Amán, para ver si Mardoqueo persistía en su resolución, pues les había dicho que era judío. 5 Viendo Amán que Mardoqueo no doblaba la rodilla y no se prosternaba ante él, se llenó de furor; 6 pero, teniendo en poco poner su mano sobre Mardoqueo solamente, pues ya le habían dicho a qué pueblo pertenecía, quiso destruir al pueblo de Mardoqueo, a todos los judíos que habitaban en el reino de Asuero.

Con la noticia de la elevación de Ester al rango de reina se explica la alegría de los judíos y su pretensión de medir sus fuerzas y aun vencer a sus enemigos. El final del capítulo anterior hacía presentir que el rey, agradecido a Mardoqueo por haberle salvado la vida, le recompensaría pródigamente. Pero, en vez de la exaltación del judío Mardoqueo, habla el texto de la elevación de Amán, enemigo encarnizado del pueblo judío. De este hecho insólito arrancan las raíces del conflicto. El honor y la religión inducían a Mardoqueo a negar a su enemigo los honores que exigía. Amán quiere castigar la insolencia de Mardoqueo con el exterminio de todos los judíos residentes en Persia. Amán, descendiente de la familia Hamedata,

[2] Heródoto, 3,159; Est 4,43; 5,14; 6,4; 7,9-10; 8,7; 9,13.14-25; Esd 6,11.
[3] Heródoto, 7,100; 8,85.

extraño a la sangre de los persas (12,10), es llamado el agagita (*haagagi*: 3,10; 8,3.5; 9,24), mientras que Mardoqueo es conocido por el judío (*hayyehudi*: 2,5; 5,13; 6,10; 8,7; 9,29.31; 10,3). Estos dos personajes, el agagita y el judío, representan dos mundos religiosa y políticamente antagónicos, que se odian y persiguen hasta que el más fuerte, según la apreciación de los hombres, cae víctima del odiado judío. El *agagita* recuerda el rey Agag (Núm 24,7; 1 Sam 15,9).

La actitud de Mardoqueo, al negarse a rendir a Amán las muestras exteriores de respeto que le correspondían por su dignidad, se explica únicamente por un acto de orgullo de raza. ¿Cómo él, el *judío*, podía doblar la rodilla y postrarse ante un pagano enemigo declarado de su pueblo? El ceremonial persa exigía, según Heródoto (7,134), que los súbditos doblaran la rodilla y se postraran delante del rey. A este ceremonial se acomodaba Mardoqueo todas cuantas veces se acercaba al monarca; pero rompe con él al tratarse de Amán, aunque lo hubiera mandado Asuero. Cuenta Heródoto (7,136) que los embajadores de Esparta, Esperties y Bulis, se negaron, por motivos de dignidad, a rendir al rey Jerjes tales muestras de respeto. A los servidores del rey les manifestó Mardoqueo que su condición de judío no le permitía tales reverencias (3,4). Sin embargo, los judíos se postraban ante los reyes (1 Sam 24,9; 1 Re 1,23; 2,19; 2 Re 4, 37) y otros superiores (Gén 23,7; 27,29; 33,3). El texto griego (13,12-14) atribuye la actitud de Mardoqueo al hecho de que Amán reclamaba para sí honores divinos. Según algunos autores (Vaccari, Stummer), cuando los dos verbos *doblar la rodilla* y *postrarse* van unidos (2 Crón 7,3; 22,29; Sal 22,30; 95,6), denotan un acto de adoración a Dios. De Ester (8,3) se dice que, al presentarse ante el rey, «se echó a los pies de Asuero». Otros exegetas explican que Mardoqueo se negó a rendir homenaje a Amán por tratarse de un amalecita, pueblo odiado por Israel; opinión esta que concuerda con el espíritu del libro, pero que no está respaldada por los hechos históricos. Considerada la índole del libro, creemos que Mardoqueo negóse a doblar su rodilla y postrarse ante un enemigo de su pueblo por motivos políticos y religiosos, arrostrando valientemente todas las consecuencias desagradables que pudieran surgir de semejante acto de insubordinación.

Fecha memorable (3,7)

7 El mes primero, que es el mes de Nisán, en el duodécimo año del rey Asuero, se echó el «par», es decir, la suerte, ante Amán, de día en día y de mes en mes, hasta que salió el mes duodécimo, que es el mes de Adar.

Amán ha decidido destruir al pueblo judío. Sólo le faltaba determinar el día y el mes. Nos hallamos en el año 12 del reinado de Asuero (474 a. C.), cinco años después de la exaltación de Ester (2,16). Es muy probable que ignorase Amán la ascendencia judía de la reina Ester. Bajo la mirada de los dioses, como dice Luciano, echó Amán el *pur*, palabra extranjera, acaso acádica: *puru* = suerte;

o persa: *pará* = pedazo, fragmento, que, según el autor hebraico, corresponde a *goral* [1]. Es probable que la palabra *pur* sea una glosa introducida con el fin de señalar anticipadamente la etimología de la fiesta de Purim (9,24-26). Heródoto (3,128) y Jenofonte *(Cir.* 1, 6,46; 4,5,55) dan fe de que los persas tenían la costumbre de *echar las suertes.* El texto hebreo no especifica quién echó las suertes ni para qué fin. El v.7, ¿es una glosa introducida intencionadamente, así como 9,20-32?

Amán delibera con Asuero (3,8-11)

8 Dijo entonces Amán al rey: «Hay en todas las provincias de tu reino un pueblo, disperso y separado de todos los otros pueblos, que tiene leyes diferentes de las de todos los otros y no guarda las leyes del rey. No conviene a los intereses del rey dejarlos en paz. 9 Si al rey le parece bien, escríbase orden de exterminarlos, y yo pesaré diez mil talentos de plata en manos de los superintendentes de la hacienda para que se ingresen en el tesoro real». 10 Entonces el rey se quitó de la mano su anillo y se lo entregó a Amán, hijo de Hamedata, agagita, enemigo de los judíos, 11 y le dijo: «La plata que ofreces sea para ti, y para ti también ese pueblo, para que hagas con él lo que bien te parezca».

Amán no puede por sí mismo desencadenar una persecución contra los judíos. Los reyes persas, en general, se mostraron tolerantes con las prácticas religiosas de los pueblos sometidos a su autoridad. Sólo en momentos de ira cometió Jerjes actos sacrílegos [2]. Las acusaciones de Amán contra los judíos son lugares comunes que se manejan en todos los escritos de la época helenística: 1) viven segregados de los otros pueblos; 2) se rigen por leyes propias (Dan 1,8; Jdt 12,1); 3) no cumplen los decretos reales (Dan 3,8-12; Esd 4,12-16). De ello concluye Amán que, por interés del rey y seguridad del imperio, no se les debe dejar en paz. De las acusaciones pasa Amán a solicitar del rey, empleando la fórmula habitual de cortesía (19), el exterminio del pueblo judío. Con el fin de compensar el erario real de la pérdida económica que acarrearía la matanza de los judíos (7,4) ofrece de su propio peculio la elevada cantidad de diez mil talentos de plata. En moneda moderna su oferta equivalía a dieciocho millones de dólares. Esta cantidad está de acuerdo con el dramatismo que impera en todo el libro.

[1] A. BEA, *De origine vocis «pur»:* B 9 (1930) 198-199. J. Lewy (RHA 5 [1939] 117-124) deriva la palabra del verbo asirio-babilónico *paru, parauum,* «cortar».

[2] En una inscripción encontrada el año 1935 en Persépolis se gloría el rey de haber actuado contra un culto extranjero («Vivre et Penser», 1 [1945] 125-132). El factor religioso contribuyó a que los judíos de la diáspora se unieran bajo la dirección de los ancianos (Ez 8,1; 14,1). El pueblo judío debía vivir separado de los otros (Neh 15,1-3), y aun de los de su pueblo que no vivían conforme a la Ley.

Publicación del edicto real (3,12-13)

12 Fueron entonces llamados los secretarios del rey, el día trece del mes primero, y se escribió todo lo que ordenaba Amán a los sátrapas del rey, a los gobernadores de todas las provincias y a los jefes de todos los pueblos, a cada provincia según su escritura y a cada pueblo según su lengua. Se escribió en nombre del rey Asuero y se sellaron las cartas con el anillo del rey. 13 Fueron mandadas las cartas, por medio de los correos, a todas las provincias del rey, ordenando destruir, hacer perecer y matar a todos los judíos, jóvenes y viejos, niños y mujeres, en un solo día, el día trece del duodécimo mes, que es el mes de Adar, y que sus bienes fuesen dados al pillaje.

Para el día 13 de Nisán, día nefasto, que coincidía con la víspera de la fiesta judía de Pascua (Ex 12,6), convocó Amán a los escribas reales (2,23; 8,9) para que copiaran el edicto contra los judíos que él les dictaría. El decreto real, sin embargo, surtiría su efecto el 13 del duocécimo mes. Las cartas dirigidas a las autoridades mencionadas fueron repartidas por los *harasim,* «los corredores». Fueron los persas los que crearon un servicio perfecto de correos con el fin de comunicar el palacio real con los pueblos del inmenso imperio. Los empleados utilizaban caballos veloces para cubrir enormes distancias. Nada ni nadie podía detener al correo en el cumplimiento de su deber, ni los fenómenos atmosféricos ni la oscuridad de la noche. Para asegurar el servicio existían fortalezas y puestos militares junto a los puentes y las zonas fronterizas [2]. Calcula Heródoto que un correo cubre la etapa («camino real») de Sardes a Susa en noventa días (5,53). La mención de un *correo rápido* en 8,10 parece indicar que Amán tenía mucho interés en que la orden llegara rápidamente a conocimiento de los que debían ejecutarla. Dios concedió a los judíos un largo lapso de tiempo para salvar sus vidas y poner sus bienes en lugar seguro.

*Contenido de la carta (*13,1-7)*

1 He aquí el texto de la carta: «El gran rey Artajerjes, a los gobernadores y a sus subordinados de las ciento veintisiete provincias, desde la India hasta la Etiopía, ordena lo que sigue: 2 Aun cuando tenga el imperio de muchas naciones y haya subyugado toda la tierra, jamás he querido engreírme con la confianza del poder, sino gobernar con justicia y moderación, asegurando a mis vasallos una vida perpetuamente tranquila y procurando la quietud y seguridad del reino hasta los extremos confines, para que florezca la paz tan deseada de los hombres. 3 Consultando con mis consejeros cómo podría llevarse esto a cabo, uno de ellos, de nombre Amán, distinguido por su discreción acerca de mí, de lealtad bien probada, de firme fidelidad, que en el palacio real ocupa la segunda dignidad, 4 me ha dado a conocer la existencia de un pueblo que vive mezclado con todas las tribus de la tierra, odioso por sus leyes, opuesto a to-

[2] HERÓDOTO, 8,98; JENOFONTE, *Cyr.* 8,6.17.

das las naciones, que continuamente traspasa los mandatos de los reyes e impide que tengan efecto las medidas de gobierno por mí intachablemente ordenadas. 5 He averiguado también que esta nación vive totalmente aislada, siempre en abierta oposición con todo el género humano, y que al tenor de sus leyes observa un género de vida extraño, hostil a nuestros intereses, y comete los más perversos excesos para impedir el buen orden del reino. 6 En virtud de esto, os ordeno que todos los por mí señalados en las cartas de Amán, a quien he encomendado este negocio, siendo como es mi segundo padre, todos, con sus mujeres e hijos, sean de raíz exterminados por la espada de sus enemigos, sin misericordia ni piedad, el día catorce del mes duodécimo de Adar del presente año; 7 de suerte que los enemigos de ayer y de hoy en un solo día desciendan al infierno por muerte violenta, y para el tiempo venidero sea nuestro gobierno estable y perfectamente tranquilo».

La carta se ha conservado en griego más aliñado, con períodos más amplios y vocabulario más rico que el que figura en otras partes del libro. ¿Contribuye esta circunstancia a poner en duda su autenticidad? El contenido concuerda muy de cerca con la letra de Tolomeo IV, que aparece en 3 Mac 5,12-30. Salvo una palabra, el proemio es idéntico. Esta semejanza se explica, o bien porque ambos documentos proceden de la cancillería real, en que predominaba el estilo helénico, o porque el autor del libro la copió de 3 Mac 3,12-30. Al pueblo judío se lo manda *eis ton Aide*, al Hades, al *sheol* de los judíos (Gén 37,35), lugar en donde habitan los muertos y de donde no se sale jamás. Por su conducta merece que perezca de muerte violenta, considerada como un castigo de Dios. Si la carta no es auténtica críticamente, forma, sin embargo, parte del canon bíblico. Como el texto hebraico hablaba de cartas (3,12.14), que no se reproducían, quiso el autor suplir aquella laguna con la inserción de una cuyo contenido debía corresponder fundamentalmente con la que mandó Amán a los sátrapas y gobernadores.

Promulgación del decreto (3,14-15)

14 Las cartas encerraban una copia del edicto, que debía publicarse en cada provincia, invitando a los pueblos a estar apercibidos para aquel día. 15 Los correos partieron apresuradamente, según la orden del rey. El edicto se publicó en Susa, en la ciudadela; y mientras el rey y Amán bebían, estaba la ciudad de Susa consternada.

A la carta dirigida a las autoridades provinciales acompañaba una copia *(patsegen)* del decreto real, que debía colocarse en lugar público, para que la población estuviera apercibida para el día de la matanza. Puede entenderse el texto en el sentido de que debían las autoridades sacar copias del decreto real y divulgarlo entre la población. La primera copia se fijó en la ciudadela de Susa, de modo que la noticia llegó pronto a la capital, sembrando el pánico entre la población judía. Entre tanto, invitaba el rey a su fiel ministro a celebrar conjuntamente con sendas copas de vino el exterminio del pueblo judío. La Vetus Latina reproduce el texto de una oración que los judíos dirigieron a Yahvé al enterarse de la carta.

Consternación de los judíos (4,1-3)

1 Cuando supo Mardoqueo lo que pasaba, rasgó sus vestiduras, se vistió de saco y se cubrió de ceniza y se fue por medio de la ciudad, dando fuertes, dolorosos gemidos, 2 y llegó hasta la puerta del rey, pues no era a nadie lícito entrar vestido de saco. 3 En todas las provincias, dondequiera que llegó la orden del rey y su edicto, hubo entre los judíos gran desolación, y ayunaron y lloraron y clamaron, acostándose muchos sobre la ceniza y vestidos de saco.

Los judíos de Susa leyeron el decreto real que decidía su suerte, pero ignoraban otros detalles. En cambio, un secreto servicio de información había contado detalladamente a Mardoqueo la manera como Amán había arrancado al rey aquel decreto, la cantidad en metálico que había ofrecido al tesoro (4,7) y otros pormenores. Ya que Mardoqueo había provocado con su conducta arrogante la catástrofe que se avecinaba, justo era que tomara él la iniciativa para contrarrestar el golpe. Primeramente quiso asegurarse el apoyo de Ester. Para ello, en señal de profundo duelo (Is 37,1; Jdt 4,10; 1 Mac 3,47), rasgó sus vestiduras, se vistió de saco, puso ceniza sobre su cabeza y, a grandes gritos, lanzóse a la calle, caminando en dirección al palacio real. Por el hecho de andar Mardoqueo con hábitos de penitencia exteriorizando su dolor por la orden real, podía correr peligro su vida. Pero Amán, seguro de la presa, toleró que Mardoqueo continuase en su actitud (5,9-15). Los dioses, además, habían ya fijado el día y mes en que debía actuar, y no era posible contravenir su voluntad (3,7) adelantando los acontecimientos. Existía también en Persia la costumbre de rasgar los vestidos en señal de duelo (Heródoto, 8,99).

La noticia en palacio (4,4-8)

4 Las doncellas de Ester y sus eunucos vinieron a decírselo. La reina se quedó muy atemorizada y mandó vestidos a Mardoqueo para que se los pusiese, quitándose el saco; pero él se negó a aceptarlos. 5 Entonces llamó Ester a Hatac, uno de los eunucos que había puesto cerca de ella el rey, y le mandó que fuera a preguntar a Mardoqueo qué era aquello y de dónde venía. 6 Fue Hatac a Mardoqueo, a la plaza de la ciudad, delante de la puerta del rey; 7 y Mardoqueo le contó lo que pasaba y le dio noticia de la suma que Amán había ofrecido entregar al tesoro del rey en pago del exterminio de los judíos. 8 Diole también copia del edicto que se había publicado en Susa para exterminarlos, a fin de que se la enseñase a Ester y le diese cuenta de todo, y mandó a Ester presentarse al rey para pedirle gracia y pedirle por su pueblo.

Mardoqueo consiguió lo que se propuso: llegar a las puertas del palacio e interesar a la reina en el asunto. La extraña indumentaria

y los gritos de dolor despertaron la curiosidad de los servidores de palacio, los cuales, al reconocer a Mardoqueo, y conociendo su parentesco con Ester, lo anunciaron a la reina. Esta, tras de ofrecer a Mardoqueo otros vestidos, trató de introducirlo en palacio, pues a nadie estaba permitido traspasar el umbral del palacio vestido de saco. Mardoqueo rehusó el ofrecimiento. No pudiendo convencerle, Ester dispuso que el eunuco Hatac se entrevistara con Mardoqueo para que éste le explicara lo que ocurría. Mardoqueo se lo contó al detalle, entregándole además una copia del edicto para que se lo diera a la reina. Terminó su entrevista con el eunuco exigiendo a la reina Ester que se presentara al rey e intercediera por el pueblo judío. Según la Vetus Latina, algunos eunucos sabían que Ester y Mardoqueo eran judíos y que intercedieron por éste.

*Mardoqueo exige obediencia (*15,1-3)*

1 Le dijo que la mandaba que entrase al rey y le pidiese gracia para el pueblo: 2 «Acuérdate de los días de tu abatimiento, cuando eras criada por mi mano; porque Amán, el primero después del rey, ha hablado contra nosotros para hacernos morir. 3 Invoca al Señor y habla al rey por nosotros; líbranos de la muerte».

Razones de conveniencia aconsejaban a Ester a tener en secreto su ascendencia judía (2,10.20); pero, ante el peligro que se cierne sobre su pueblo, debe posponer sus intereses propios al bien de la nación. Mardoqueo es el portavoz de los intereses de su nación. Al revés de la reina, que se siente desligada de la comunidad judía y busca preferentemente su comodidad.

Reparos de Ester (4,9-11)

9 Fue Hatac y comunicó a Ester lo que le había dicho Mardoqueo. 10 Ester encargó a Hatac que fuera a decir a Mardoqueo: 11 «Todos los servidores del rey y todo el pueblo de las provincias del rey saben que hay una ley que castiga con pena de muerte a cualquiera, hombre o mujer, que entre al rey, al atrio interior, sin haber sido llamado; sólo se libra de la muerte aquel a quien el rey tiende su cetro de oro, y yo no he sido llamada por el rey desde hace treinta días».

Ester invocó una ley conocida en Susa y provincias. En efecto, Dioces el Meda, según Heródoto (1,99), ordenó que nadie se presentara al rey si no había sido convocado previa y nominalmente. Esta ley fue confirmada por los monarcas de Persia [1], que autorizaban a los particulares y corporaciones solicitar audiencia real. Tales medidas se dieron para mantener la figura real envuelta en un nimbo misterioso y para asegurar su vida contra los conspiradores ambiciosos. Era libre Ester de solicitar audiencia real; pero existía el temor de que el rey montara en cólera y tomara ocasión

[1] HERÓDOTO, 3,72.77.84.

de ello para repudiarla. El texto deja vislumbrar que su reputación había disminuido notablemente. Es probable que la verdadera reina fuera Amestris [2], y que Ester ocupara un puesto secundario. En una situación tan grave no dice el texto que Ester invocara la ayuda divina.

Seria amenaza de Mardoqueo (4,12-14)

12 Cuando recibió Mardoqueo la contestación de Ester, 13 mandó que le respondieran: «No vayas a creer tú que serás la única en escapar entre los judíos todos por estar en la casa del rey, 14 porque, si ahora callas y el socorro y la liberación viniera a los judíos de otra parte, tú y la casa de tu padre pereceríais. ¿Y quién sabe si no es precisamente para un tiempo como éste para lo que tú has llegado a la realeza?»

Del verbo en plural, «le respondieran», se deduce que en esta ocasión intervinieron varios mensajeros. Se recrudece el forcejeo entre Ester, que trata de inhibirse, y Mardoqueo, que defiende y se identifica con la causa del pueblo. Mardoqueo le da a entender que, si cree peligroso presentarse ante el rey, no lo es menos cruzarse de brazos y dejar que la historia siga su curso. Porque, tarde o temprano, conocerá Amán la nacionalidad de Ester, y entonces es posible que se vea envuelta en el exterminio general. No vaya tampoco a pensar que recibirá del rey un trato de favor, porque los monarcas persas repudiaban por cualquier motivo aun las mismas esposas que fueron en un tiempo las favoritas. La marea antijudía podría penetrar incluso en el mismo palacio real. Por otra parte, sabe Mardoqueo que el pueblo judío no puede perecer, porque Dios no permitirá que su pueblo desaparezca de la faz de la tierra. Si Ester se niega a actuar, la salvación surgirá de otra parte. No piensa Mardoqueo en una ayuda militar de otra nación, sino en la providencia de Dios, que vela por su pueblo predilecto. En la literatura rabínica aparece el término *maqom*, lugar, para designar a Dios. De esta manera, al decir el autor que la salvación vendrá de otro *lugar*, quiere expresar que, en todo caso, se encargará Dios de proteger a su pueblo. Finalmente, está convencido Mardoqueo que la elevación de Ester a la categoría de reina la dispuso Dios en previsión de la situación actual. La forma interrogativa equivale aquí a una afirmación. Si Ester no sabe leer en el curso providencial de la historia (Gén 45,8), demuestra que la vida muelle de palacio le ha hecho olvidar la verdad de que Dios levanta y humilla las personas a su antojo y de que todos los hilos de los acontecimientos están en sus manos.

Ester en acción (4,15-17)

15 Ester mandó decir a Mardoqueo: 16 «Ve y reúne a los judíos todos de Susa y ayunad por mí, sin comer ni beber por tres días, ni de noche ni de día. Yo también ayunaré igualmen-

[2] HERÓDOTO, 7,61.114.

te con mis doncellas, y después iré al rey, a pesar de la ley, y si he de morir, moriré». 17 Mardoqueo se fue e hizo lo que Ester le había mandado.

Los argumentos de Mardoqueo la convencen, y Ester decide presentarse ante el rey. Pero, como la misión es difícil y pone en peligro su vida, necesita de la ayuda espiritual de los judíos residentes en Susa, de los cuales era Mardoqueo el elemento más destacado. Con el ayuno quería Ester que Dios se acordara de su pueblo (2 Sam 12,16; 2 Re 21,27); que tuviera compasión de él y alejara el peligro que se cernía sobre la nación judía (Jdt 4,13; 1 Crón 20,3). Ester ayunará también tres días (Ex 19,10-16; Jos 1,11), en compañía de sus doncellas, que o bien eran de origen judío, o se habían convertido al judaísmo.

Tomadas estas medidas de orden espiritual, decide Ester presentarse al rey, resignándose a morir en el caso de que su misión fracasara. No espera ella triunfar por su belleza y encantos femeniles, sino con la ayuda del cielo, aunque el texto no dice que Ester orara a Yahvé. En la historia que refiere Heródoto (3,68-78) sobre el descubrimiento del fraude del falso Smerdis y la matanza de magos que siguió, Otanes pide a su hija Fedima, concubina de Smerdis, que lleve a cabo una misión parecida a la de Ester. Con peligro de su vida, Fedima decidió informar a su padre sobre la personalidad del usurpador, asegurando de esta manera el restablecimiento de la dinastía persa.

*Oración de Mardoqueo (*13,8-18)*

8 Y oró al Señor, haciendo memoria de todas sus obras, 9 diciendo: «Señor, Señor, Rey omnipotente, en cuyo poder se hallan todas las cosas, a quien nadie podrá oponerse si quisieres salvar a Israel: 10 Tú, que has hecho el cielo y la tierra y todas las maravillas que hay bajo los cielos, 11 tú eres dueño de todo, y nada hay, Señor, que pueda resistirte. 12 Tú lo sabes todo; tú sabes, Señor, que no por orgullo, ni por altivez, ni por vanagloria hice yo esto de no adorar al orgulloso Amán; 13 que de buena gana besaría las huellas de sus pies por la salud de Israel; 14 que yo hice esto por no poner la gloria del hombre por encima de la gloria de Dios; que no adoraré a nadie fuera de ti, mi Señor, y que obrando así no lo hago por altivez. 15 Ahora, pues, Señor, mi Dios y mi Rey, Dios de Abraham, perdona a tu pueblo cuando ponen en nosotros los ojos para nuestra perdición, con el ansia de destruir tu antigua heredad. 16 No eches en olvido esta tu porción, que para ti rescataste de la tierra de Egipto. 17 Escucha mi plegaria y muéstrate propicio a tu heredad; vuelve nuestro duelo en alegría para que viviendo cantemos, Señor, himnos a tu gloria, y no cierres, Señor, la boca de los que te alaban». 18 Y todo Israel clamó con toda su fuerza, porque tenían la muerte a la vista.

Una vez llegados a un acuerdo, Ester y Mardoqueo pusieron manos a la obra. El texto griego recoge las oraciones que pronunciaron ambos antes de emprender la difícil tarea de desvirtuar el decreto real. Una vez terminado el himno de alabanza y habiendo justificado su conducta, pide Mardoqueo clemencia para su pueblo. El ayuno colectivo de Susa demuestra que, si hasta el presente han sido infieles a su Dios, quieren ahora expiar su pecado con la penitencia. Si Israel desaparece bajo la espada de Amán, no habrá nadie en adelante que cante himnos a Yahvé, «pues en la muerte no se hace ya memoria de ti; en el sepulcro, ¿quién te alabará?» (Sal 6,6). Los otros pueblos tienen sus propios dioses y, por lo mismo, no se acordarán de Yahvé. La oración de Mardoqueo es parecida a la que se lee en Ecli 36,1-19.

*Ester en traje de penitencia (*14,1-2)*

1 La reina Ester, presa de mortal angustia, acudió al Señor, 2 y, despojándose de sus vestidos de corte, se vistió de angustia y duelo, y, en vez de los ricos perfumes, se cubrió la cabeza de polvo y ceniza, mortificando duramente su cuerpo, dejando caer en desorden las trenzas de su cabellera sobre aquellas partes que cubría antes con graciosos atavíos.

A tono con la gravedad de las circunstancias, pone Ester en juego las muestras de dolor en uso entre los antiguos. Como señal de duelo, hombres y mujeres cortaban su cabellera (Am 8,10; 3,17-24; 15,2; 22,12, etc.); pero no recurrió Ester a este medio, en vistas de que debía presentarse ante el rey dentro de día y medio. Sin embargo, sacrificó el orgullo de su cabellera, dejándola caer en desorden (Lev 10,6) sobre su rostro y busto, tapando con ello lo que antes fue trono de su hermosura. La adversidad hace que desconfíe de sí misma y se dirija al Señor reclamando su auxilio con la oración y la penitencia.

Plegaria de Ester (v.3-19)

En esta larga oración podemos distinguir los siguientes elementos: 1) exordio (v.3-4); 2) pasado y presente de Israel (v.5-7); 3) designios de los enemigos (v.8-10); 4) peticiones: castigar a los enemigos (v.11); salvar al pueblo (v.13-14), alegando sus buenas intenciones (v.15-18); conclusión (v.19).

*Exordio (*14,3-4)*

3 Y oró al Señor, Dios de Israel, diciendo: «Señor mío, tú, que eres nuestro único Rey, socórreme a mí, desolada, que no tengo ayuda sino en ti, 4 porque se acerca el peligro.

Confiesa Ester que Yahvé es el único Rey de Israel, el único Dios que merece tal nombre. Cualquier hombre o mujer que osare entrar al atrio interior del palacio sin haber sido llamado, incurría en la pena de muerte. Ester estaba decidida a hacerlo, y sabe que, si Dios no está con ella, morirá dentro de unas horas. La reina con-

fiesa ahora que el poder de Yahvé es ilimitado, lo que contrasta con la situación de Ester, que, arrumbada en un rincón del palacio real, nada puede hacer en favor de su pueblo, a menos que Yahvé la ayude. Y esta ayuda debe ser rápida, porque, según el texto griego, «el peligro está en mi mano», es decir, encima, tanto que Ester puede palparlo con sus manos (1 Re 28,21; Job 13,14).

*Pasado y presente de Israel (*14,5-7)*

5 «Desde que nací he oído en la tribu de mi familia que tú, Señor, escogiste a Israel entre todas las naciones y a nuestros padres entre todos sus progenitores por heredad perpetua, y que les cumpliste cuanto les habías prometido. 6 Ahora nosotros hemos pecado delante de ti y tú nos entregaste en poder de nuestros enemigos 7 en castigo de haber adorado a sus dioses. Justo eres, Señor.

Era Ester de la tribu de Benjamín. Se inculcaba a los niños de Israel la idea de que pertenecían a un pueblo que Dios había escogido para sí (Jos 24,2-3; Ez 20,5). Pero, al pecar, Dios los ha castigado, alejándose de ellos (Jdt 2,11-15; 2 Re 21,11-15).

*Designios de los gentiles (*14,8-10)*

8 »Mas ellos no se contentan con imponernos dura servidumbre, y han puesto sus manos sobre las manos de sus ídolos, 9 jurando anular las promesas de tu boca, borrar tu heredad, cerrar la boca de los que te alaban, extinguir la gloria de tu casa y de tu altar, 10 abrir la boca de los gentiles para celebrar las proezas de sus ídolos y hacer que un rey de carne sea por esto ensalzado para siempre.

Este estado de pecado en que se encuentra Israel ha envalentonado a los gentiles, que han decidido borrar definitivamente su memoria y anular las promesas que un tiempo le hizo Yahvé. A ello se han obligado con juramento, «colocando sus manos sobre sus ídolos», como actualmente se jura con las manos sobre los santos Evangelios. Es más, pretenden que, al exterminar a Israel, acabarán también con su Dios, celebrando ellos las proezas de sus ídolos y concediendo honores divinos «a un rey de carne». Así, pues, la ruina de Israel significa el término del reinado de Yahvé sobre el mundo.

*Peticiones (*14,11-19)*

11 »No entregues, Señor, tu cetro a los que nada son, ni se rían de nuestra caída; antes bien, haz que sus consejos se vuelvan contra ellos; haz para todos escarmiento al autor de esta guerra contra nosotros; 12 acuérdate de nosotros, Señor; date a conocer en el día de nuestra tribulación y fortaléceme, Rey de los dioses, Dominador de todo poder. 13 Pon en mis labios palabras apropiadas en presencia del león y muda su corazón en odio al que nos hace la guerra para ruina suya y de sus parciales.

14 Líbrame con tu mano y ayúdame a mí, que estoy sola y no tengo sino a ti, Señor. 15 Tú lo sabes todo y sabes, por tanto, cómo aborrezco la gloria de los inicuos y detesto el lecho de los incircuncisos y de todos los extraños. 16 Tú conoces que sólo por necesidad estoy donde estoy, que detesto las señales de mi gloria que llevo sobre la cabeza en los días de mi pública presentación; que las abomino como paño de menstruación; que no las llevo en mis días de retiro; 17 que no ha participado tu sierva de la mesa de Amán, ni aprecio los banquetes del rey, ni bebo el vino de las libaciones; 18 que no ha tenido tu sierva día alegre, desde el día de su encumbramiento hasta hoy, sino en ti, Señor, Dios de Abraham. 19 ¡Oh Dios sobre todos fuerte! Oye la voz de los desamparados y líbranos del poder de los perversos, líbrame a mí de todo mal».

Pide Ester a Dios castigue la insolencia de los que pretenden quitarle el cetro para entregárselo a los ídolos, a los que «nada son» (Sal 96,5; 1 Cor 8,4.10). No permita Dios que los paganos se rían de El y de su pueblo (Sal 70,2-4; 71,10-13), ni que Amán, su enemigo encarnizado, lleve a término sus planes. No se trata ya de una cuestión que ataña exclusivamente a Israel, sino al honor de Yahvé, a su reinado, a su subsistencia. Es Yahvé el rey de los dioses (Dan 2,47; 11,36), el «Dios de los dioses» (Deut 10,17; Sal 136,2), «el señor de los señores» (Deut 10,17). Pero puede perder estos títulos. ¿Cómo evitarlo? Dando gracia a Ester para que en presencia del león mude su corazón en odio contra el que hace la guerra a Israel. El león es Asuero (Prov 19,16; 28,15; Jer 5,6; 49,19). Teme Ester que Dios no la ayude por haber cohabitado con un incircunciso (Deut 7,3), pero declara que lo hizo sólo para salvar a su pueblo. Abomina de sus emblemas reales «como paños de menstruación», objeto aborrecible por ser legalmente impuro (Lev c.15; Is 30,22; 64,5). Ahora no asiste a los banquetes para no contaminarse, ni bebe el vino de las libaciones (Deut 32,38; Dan 1,8), que, en parte, se derramaba en honor de los dioses. De reina frívola se trueca ahora Ester en una mujer judía observante de la Ley. Esta oración de Ester no se encuentra en el texto hebraico. La ardiente devoción que demuestra en ella no se armoniza con su resistencia a intervenir en favor del pueblo (c.4), más interesada en conservar su puesto que en ayudar a sus hermanos los judíos. La intervención decidida de Mardoqueo logró despertar los sentimientos religiosos, que yacían, acaso aletargados, en su corazón; es de creer que durante los años que estuvo bajo la tutela de Mardoqueo recibió una educación religiosa y patriótica muy sólida, que reaparece en este trance definitivo.

*En la guarida del león (*15,4-9a)*

4 El día tercero, así que acabó su oración, se despojó de sus hábitos de penitencia y se vistió de gala. 5 Y así, espléndidamente aderezada e invocando a su Dios y Salvador, testigo de todas las cosas humanas, tomó a dos de sus siervas, 6 apoyándose en una de ellas, como quien no puede, de puro delicada, sostenerse, 7 mientras la otra la seguía, llevando la cola de su man-

to. 8 Aparecía enteramente hermosa, el rostro sonrosado, alegre y como encendido de amor, mas el corazón oprimido por el miedo. 9a Y, atravesando todas las puertas, se detuvo delante del rey.

El autor griego dramatiza la escena, que refiere escueta y sobriamente el texto hebreo (5,1ss). El día tercero determinó presentarse al rey. Su confianza en Dios era ilimitada, pero no pudo impedir que le asaltase el miedo. La oveja se iba a enfrentar con el lobo.

*Ante el rey (*15,9b-19)*

9b Hallábase éste sentado en su trono, vestido con todo el aparato de su majestad, cubierto de oro y piedras preciosas, y aparecía en gran manera terrible. 10 Levantando el rostro radiante de su majestad, en el colmo de su ira, dirigió su mirada, y al punto la reina se desmayó, y, demudado el rostro, se dejó caer sobre la sierva que la acompañaba. 11 Pero mudó Dios el espíritu del rey en mansedumbre, y, asustado, se levantó de su trono y la puso sobre sus rodillas hasta que ella volvió en sí. La consolaba con blandas palabras, 12 diciendo: «¿Qué es esto, Ester? Yo soy tu hermano, cobra ánimo. 13 No, no morirás, que mi mandato es para el común de las gentes. 14 Acércate». 15 Y tomando el cetro de oro, la tocó en el cuello y la besó, diciendo: «Háblame». 16 Y ella le dijo: «Te vi, señor, como a un ángel de Dios, y mi corazón quedó turbado ante el temor de tu majestad, 17 pues eres, señor, admirable y tu rostro está lleno de dignidad». 18 Y mientras hablaba, volvió a caer desmayada. 19 Turbóse el rey, y toda la servidumbre la atendía.

La belleza encantadora de Ester no pudo impedir que a su aparición le lanzara el rey una mirada «en el colmo de su ira»; pero la femineidad de la reina, que tiembla y se desvanece a tiempo ante la actitud viril del monarca, triunfó plenamente. El texto atribuye a Dios el cambio radical operado en el ánimo del rey (Prov 21,1). Ester compara a Asuero a un ángel de Dios (1 Sam 29,9; 2 Sam 14, 17-20), ante cuya vista tiemblan los hombres (Dan 8,17-18; 10, 5-10). Otro desmayo de la reina turbó al rey, que pidió auxilio a la servidumbre. El texto que acabamos de comentar es una paráfrasis del siguiente pasaje del original hebraico.

Petición de Ester (5,1-5a)

1 Al tercer día, Ester se vistió sus vestiduras reales y se presentó en el atrio interior de la casa, delante del aposento del rey. Estaba éste sentado en su real trono, en el palacio real, enfrente de la entrada; 2 y cuando vio a la reina Ester en pie, en el atrio, halló ésta gracia a sus ojos y tendió sobre ella el rey el cetro de oro que tenía en su mano, 3 y le dijo: «¿Qué tienes, reina Ester, y qué es lo que quieres? Aunque fuera la mitad de mi reino, te sería otorgada». 4 Ester respondió: «Si al rey le

place, venga hoy el rey con Amán a un festín que yo le he preparado». 5a El rey dijo: «Id a llamar a Amán, como lo desea Ester».

Se dice que tres días después presentóse Ester ante el rey. El día tercero tiene un valor simbólico en la Biblia (Gén 22,4; Ex 19, 16; Jos 1,11; Os 6,2). La reina avanzó majestuosa hacia el atrio interior, desde donde se divisaba el trono, deteniéndose ante el departamento real. Del texto puede deducirse que Ester, desde allí, pidió audiencia a Asuero, que se la concedió. La petición de Ester podía parecer al rey de escasa trascendencia e interpretarla como un capricho de la soberana, pero, en realidad, tenía un alcance capaz de cambiar totalmente la escena. Así lo comprendió la sagacidad del rey, como aparece por 5,6, intuyendo que la proposición de Ester ocultaba algo que rebasaba el significado de sus palabras. A Ester le promete el rey, en prueba de confianza ilimitada, la mitad de su reino (5,6; 7,2; 9,12; Mt 14,7).

El primer festín (5,5b-8)

5b Fue el rey con Amán al festín que había preparado Ester, y durante él dijo el 6 rey a Ester: «¿Qué es lo que pides? Todo te será concedido. ¿Qué deseas? Aunque fuera la mitad de mi reino, la tendrías». 7 Ester respondió: «He aquí lo que pido y lo que deseo: 8 Si he hallado gracia a los ojos del rey, y si place al rey concederme mi petición y satisfacer mi deseo, que vuelva el rey con Amán al banquete que yo les prepararé, y mañana yo daré la respuesta al rey según su mandato».

El rey invita a Ester a que abra su corazón. Espera que con ocasión del festín abra Ester su boca y vacíe todo cuanto le acongoja. Dice el texto hebraico que preguntó Asuero a la reina «en el festín del vino», a saber, hacia finales del banquete, en que el vino alegraba a los invitados y soltaba su lengua [1]. La respuesta de Ester está encaminada a diferir el desenlace del drama. En el caso de denunciar a Amán, en esta ocasión no tendría lugar el encubrimiento de Mardoqueo y la humillación de Amán.

Contrariedad y alborozo de Amán (5,9-14)

9 Amán salió aquel día gozoso y lleno de contento su corazón; pero, cuando vio a la puerta del rey a Mardoqueo, que no se levantó ni se movió a su paso, se llenó de ira contra Mardoqueo. 10 Supo, sin embargo, contenerse, y se fue a su casa. Luego mandó a buscar a sus amigos y a Zeres, su mujer; 11 y Amán les habló de la grandeza de sus riquezas, del número de sus hijos, de todo cuanto había hecho el rey para engrandecerle, dándole el primer lugar, por encima de los jefes y los servidores del rey. 12 Y añadió: «Sólo a mí ha invitado la reina Ester al banquete que ha dado al rey, y me ha invitado además para mañana en su casa con el rey. 13 Pero todo esto no es nada para mí mientras vea a Mardoqueo el judío sentado a la puerta del

[1] Heródoto, 1,133.

rey». [14] Zeres, su mujer, y todos sus amigos le dijeron: «Prepara una horca de cincuenta codos de alta, y mañana por la mañana pide al rey que sea colgado en ella Mardoqueo y luego te irás satisfecho al festín con el rey». Agradó a Amán el consejo y mandó preparar la horca.

Salía Amán del banquete alegre y con buen humor *(tob leb,* 1 Sam 25,36), cuando divisó a Mardoqueo ocupando de nuevo su puesto junto a la puerta real (2,19-21; 3,2; 5,13; 6,10.12). También él había acabado los días de penitencia y, como tenía de costumbre, no se levantó ni se movió al pasar el primer ministro (3,1-5). Zeres y los consejeros recomiendan a Amán cuelgue de una horca (2,23; 6,4; 7,9; 8,7; 9,13) a Mardoqueo. Parece exagerada la altura de cincuenta codos, que corresponde a veinticinco metros. Una muerte inminente amenaza a Mardoqueo, por cuanto puede Amán pedir al rey que se anticipe la fecha señalada para la ejecución de Mardoqueo, reservando para el día y mes señalado por la suerte el exterminio del pueblo judío. El término *Zeres* es de origen iranio, y significa la *dorada,* la de los cabellos de oro [2]. La vanidad de Amán contrasta con su inminente humillación.

El insomnio del rey (6,1-5)

[1] Aquella noche, no pudiendo el rey conciliar bien el sueño, hizo que le llevaran el libro de los anales, las crónicas; y leyéndolas ante el rey, [2] hallóse escrito lo que había revelado Mardoqueo, descubriendo que Bigtán y Teres, los dos eunucos del rey, guardias del atrio, habían querido poner su mano sobre el rey Asuero. [3] El rey preguntó: «¿Qué honores y distinciones se han concedido por esto a Mardoqueo?» «Ninguna ha recibido», respondieron los servidores. [4] Entonces dijo el rey: «¿Quién está en el atrio?» Amán había venido al atrio exterior de la casa para pedir al rey que mandara colgar a Mardoqueo de la horca que le había preparado. [5] Los servidores le respondieron: «Ahí está Amán en el atrio». Y dijo el rey: «Que entre».

No es probable que los sucesos del día narrados en el capítulo anterior quitaran el sueño a un monarca acostumbrado a resolver negocios mucho más trascendentales. El texto griego expresa claramente lo que aparece de manera velada en el original hebraico. No es de extrañar que al rey se le antojara llenar las horas de insomnio con la lectura de las crónicas de su reinado (2,23; 10,2; Esd 4,15), aunque tuviera al alcance otros pasatiempos. Del atentado de los dos eunucos se habla en 2,21-23. El texto hebreo ignora, o al menos no menciona, la recompensa que recibió Mardoqueo por sus servicios (12,5).

[2] RB (1909) 186-187. Según Jensen, Zeres es una deformación de *Geresh,* que identifica con *Girisha* o *Kirisha,* diosa elamita, o con *Siris,* diosa babilónica del vino (ZDMG 55 [1901] 228).

Asuero se aconseja con Amán (6,6-11)

[6] Entró Amán, y el rey le dijo: «¿Qué ha de hacerse con aquel a quien el rey quiere honrar?» Amán se dijo a sí mismo: «¿A quién otro ha de querer honrar el rey?» [7] Y contestó: «Para honrar a quien el rey quiere honrar, [8] habrán de tomarse las vestiduras reales que se viste el rey, y el caballo en que el rey cabalga, y la corona real que ciñe su cabeza, [9] y dar el vestido, el caballo y la corona a uno de los más nobles príncipes del rey, para que vistan a aquel a quien el rey quiere honrar, y, llevándole en el caballo por la plaza de la ciudad, vayan pregonando ante él: Así se hace con el hombre a quien el rey quiere honrar». [10] El rey dijo a Amán: «Coge luego el vestido y el caballo, como has dicho, y haz eso con Mardoqueo el judío que se sienta a la puerta del rey. No omitas nada de cuanto has dicho». [11] Cogió Amán el vestido, vistió a Mardoqueo y le paseó a caballo por la plaza de la ciudad gritando delante de él: «Así se hace con el hombre a quien el rey quiere honrar».

Solían los reyes persas recompensar espléndidamente a sus bienhechores. Según Heródoto (8,85), había en Persia unos hombres llamados *orosangai,* bienhechores del rey. Amán gozaba de la confianza real, y por lo mismo le admite en su presencia sin necesidad de pedir audiencia. Ni que decir cabe que su ida a palacio en aquellas primeras horas del día fue por disposición providencial de Dios. Nótese que el rey no nombra a Mardoqueo al pedir su parecer a Amán. El autor del libro cuenta los hechos con reticencias y palabras equívocas para hacer más apasionante la narración. Es difícil creer que Amán propusiera al rey se concedieran honores reales a aquel a quien el rey quería honrar. No puede concebirse que el orgullo llevara a Amán a proponer tales honores a un ministro de la corona. Amán cumple la orden de Asuero (v.10-11). En la respuesta hace el rey hincapié en que no se omita ningún detalle del ceremonial que le ha propuesto. Sabe el rey que Mardoqueo, el judío, se hallaba habitualmente en la puerta del palacio real (2,19; 3,2; 5,9).

Amán, corrido (6,12-14)

[12] Volvióse Mardoqueo a la puerta del rey, y Amán se fue corriendo a su casa, desolado y cubierta la cabeza. [13] Contó Amán a Zeres y a todos sus amigos todo lo que le había sucedido, y sus amigos y Zeres, su mujer, le dijeron: «Si el Mardoqueo ese, delante del cual has comenzado a caer, es de la raza de los judíos, no le vencerás; antes de cierto sucumbirás ante él». [14] Y cuando todavía estaba ella hablando, vinieron los eunucos del rey y se lo llevaron apresuradamente a Amán al festín que Ester había preparado.

El autor ama los contrastes. Mardoqueo vuelve a la puerta real, confiado más que nunca en el éxito de las gestiones que ha emprendido Ester; Amán, corrido, marcha a su casa a ocultar la humillación que ha sufrido. ¡Qué diferencia entre ayer y hoy! Sus amigos

y aun su mujer le predicen la derrota. El presagio de Zeres, que demuestra conocer bien el temperamento judío, iba a cumplirse fatalmente y más pronto de cuanto podía sospechar. La presencia de los eunucos en casa, llevándose apresuradamente a Amán, indica que el desenlace final se aproxima. El banquete que antes esperaba con ansia (5,14), será el anzuelo en el que quedará prendido. Entre el primer banquete y el segundo corre el espacio de veinticuatro horas. Por lo cual vemos difícil que en tan poco tiempo se hayan podido desarrollar los acontecimientos que se narran en el capítulo 6. Las palabras de Zeres terminan en los LXX con estas otras: «porque el Dios viviente lo ampara».

Petición de la reina (7,1-4)

1 Fueron el rey y Amán al banquete a casa de Ester. 2 El se-
gundo día dijo el rey a Ester otra vez durante el festín: «¿Cuál
es tu petición, reina Ester? Te será concedida. ¿Qué es lo que
deseas? Aunque fuera la mitad de mi reino, la tendrías». 3 La
reina Ester respondió: «Si he hallado gracia a tus ojos, ¡oh rey!,
y si el rey lo cree bueno, concédeme la vida mía: he ahí mi pe-
tición, y salva a mi pueblo: he ahí mi deseo. 4 Porque estamos
vendidos yo y mi pueblo para ser exterminados, degollados,
aniquilados. Si siquiera fuéramos vendidos por esclavos y sier-
vos, me callaría, aunque no compensaría el enemigo al rey el
perjuicio que le haría».

Corría el segundo día del banquete. Una vez servida la comida, empezóse a escanciar el vino (5,6). Barruntaba el rey que Ester ocultaba algo muy interesante en su corazón, que no se atrevía a manifestar. Conforme a la pregunta del rey (v.2), Ester pide que se le conceda la vida y manifiesta el deseo de que viva también su pueblo. La noticia de que su vida estaba en peligro debió de impresionar al rey. ¿Es posible que perezca la reina que Asuero ama, y a la cual permitió el acceso espontáneo a sus aposentos sin que le aplicara la ley? Ester resume el contenido del decreto, que conocía a través de Mardoqueo (4,8). Ella y su pueblo están vendidos por el precio de diez mil talentos (4,7); corren peligro de ser exterminados, degollados, aniquilados; tres verbos que se empleaban en el mencionado decreto (3,13). Amán había invocado motivos de Estado para matar a los judíos. Ester, en respuesta a las sugerencias de Amán (3,8), hace ver en primer lugar las desventajas políticas y económicas que supone tal medida. Si los judíos fueran reducidos a la condición de esclavos, el imperio sacaría provecho de ellos. Pero ¿qué ventaja le reportará el degüello colectivo? ¿Podrá Amán, por más dinero que prometa, cubrir las pérdidas que ello supone? No; y para que el imperio no salga perjudicado, Ester se dispone a hablar.

Ester delata al traidor (7,5-7)

5 Tomó el rey Asuero la palabra y dijo a Ester: «¿Quién es
y dónde está el que eso se propone hacer?» 6 Y Ester le respon-
dió: «El opresor, el enemigo, es Amán, ese malvado». Amán
se sobrecogió de terror ante el rey y la reina. 7 El rey, en su ira,
se levantó y se salió del banquete para ir al jardín del palacio,
y Amán se quedó para pedir la gracia de la vida a la reina Es-
ter, porque veía bien que su pérdida estaba resuelta en el áni-
mo del rey.

Asuero montó en cólera y quiso saber quién se había atrevido a proponer semejante despropósito. Es imposible que el rey no recordara la existencia del decreto contra los judíos y su contenido, al menos en líneas generales. El autor sagrado no describe la escena tal como sucedió realmente, sino de una manera dramática, buscando para ello el procedimiento literario que más impresionara al lector. No revela Ester el nombre del conspirador ni da a entender que se trata de una persona concreta, individual. Pero el rey, en su respuesta, se interesa inmediatamente por el nombre del traidor, queriendo averiguar su paradero. La pregunta del rey está formulada en relación al contexto siguiente. ¿Quiere saber quién es el opresor de los judíos y el que atenta contra los intereses económicos de la nación? Ahí lo tiene; a su lado está, banqueteando con él y gozando de su amplia confianza. Podía el rey repetir: «Si un enemigo me agraviara, de buena gana le sufriría. Si quien me odia se me alzara, de él me pondría a cubierto; pero eres tú, un otro yo, mi amigo, mi íntimo (Sal 55,15) quien acecha contra mí». El episodio recuerda el momento en que Cristo desenmascara al traidor (Mt 26,23). No pudiendo el rey soportar la presencia de Amán, salióse al jardín. Amán se sobrecogió de temor: Ester le había señalado con su nombre. Ante ella aparecía como opresor y enemigo de su raza; ante el rey, como enemigo de la prosperidad del imperio. Si Amán hubiera conocido la ascendencia de Ester, ¿se hubiera atrevido a implorar del rey el exterminio de los judíos? El autor ha logrado dramatizar la escena, aunque deja en el aire algunas cuestiones. Por la actitud del rey comprendió Amán que su suerte estaba echada; sólo la intervención de la reina podía salvarlo. Pero ¿cómo atreverse a pedir perdón a Ester, cuya perdición tramaba? (4,13).

Fin de Amán (7,8-10)

8 Cuando volvió el rey del jardín del palacio a la sala del ban-
quete, vio a Amán, que se había precipitado hacia el lecho so-
bre el cual estaba Ester, y dijo: «¡Qué! ¿Será que pretende
también hacer violencia a la reina en mi casa, en el palacio?»
En cuanto salieron estas palabras de la boca del rey, cubrieron
el rostro de Amán; 9 y Harbona, uno de los eunucos, dijo en
presencia del rey: «En casa de Amán hay una horca, alta de
cincuenta codos, que Amán ha preparado para Mardoqueo,

**el que habló para bien del rey». El rey dijo: «Que cuelguen de
ella a Amán». 10 Y fue colgado Amán de la horca que él había
preparado para Mardoqueo, y se aplacó la ira del rey.**

Recuperada la serenidad, entró de nuevo Asuero en la sala. Al ver a Amán postrado a los pies de la reina, montó en cólera. El texto hebreo supone que la reina estaba tumbada sobre el diván; Amán, a sus pies, imploraba clemencia. El texto griego añade: «Suplicaba perdón, cogido a las rodillas de la reina». No es que Amán tuviera intenciones menos rectas; no era el momento más apropiado para ello; pero la gravedad de la situación le hicieron olvidar las reglas de la etiqueta. Puede darse también que el autor sagrado haya consignado esta circunstancia insólita para amontonar nuevos delitos sobre el odiado Amán. A este crimen se añadió otro: el de haber preparado una horca para colgar de ella a Mardoqueo, a quien el rey acababa de honrar. Harbona (1,10) conocía el hecho y lo delata al rey, quien, avaro en palabras, ordena «que cuelguen de ella a Amán». Cambio total de escena: el rey se apacigua, Ester celebra su triunfo, Mardoqueo ve desaparecer a su enemigo. A la tempestad sucede la calma; al temor, la confianza. Una vez más reaparece en este texto el tema bíblico de la rehabilitación del justo y del oprimido (Prov 11,8; 26,27; 28,10; Ece 10,8; Eci 27,26; Sal 7,16, etc.). A los condenados a muerte (v.8) se les cubría el rostro con un velo (QUINTO CURCIO, 6,8; TITO LIVIO, 1,26).

Exaltación de Mardoqueo (8,1-2)

**1 Aquel mismo día, el rey Asuero dio a Ester la casa de Amán,
el enemigo de los judíos; y Mardoqueo fue presentado al rey,
pues le había dado a conocer Ester el parentesco que a él le
unía. 2 Quitóse el rey el anillo que había retirado a Amán y se
lo dio a Mardoqueo. Ester, por su parte, estableció a Mardo-
queo en la casa de Amán.**

Los acontecimientos se precipitan de manera asombrosa. El rey, voluble, brusco y expeditivo en sus negocios, se deja fácilmente llevar por el último que le habla, aunque sean sus cortesanos (1,21; 5,5; 6,10; 7,5). En un día cambia de favorito, dando muerte al que ocupaba el segundo lugar en el reino y elevando al mismo rango a un empleado de la puerta real. A Asuero le duele la traición de Amán. A más de condenarle a muerte, dispone que Mardoqueo administre en adelante los bienes de la casa de Amán (Gén 39,4; 44,1-4; 1 Re 13,8) y vigile los movimientos de sus familiares hasta que la justicia disponga otra cosa. Amán era rico (5,11) y tenía muchos hijos (9,10). Según las leyes [1], la propiedad de los ajusticiados pasaba al Estado. El rey entrega la casa de Amán a Ester como prueba de confianza, y ésta la traspasa a Mardoqueo (Dan 2,48-49). Empiezan los judíos a enriquecerse a costa de su enemigo. De repente se convierten en amigos del rey, en bienhechores del imperio.

1 HERÓDOTO, 3,129.

Ester intercede por su pueblo (8,3-6)

**3 Volvió después Ester a hablar al rey y, echándose a sus pies
llorando, le suplicó impidiera los efectos de la maldad de Amán,
agagita, y la realización de sus proyectos contra los judíos. 4 El
rey tendió a Ester el cetro de oro, y ésta se levantó, quedándose
en pie delante del rey, 5 y le dijo: «Si al rey le place y si le pare-
ce justo mi ruego, y si soy grata a sus ojos, escriba revocando
las cartas inspiradas por Amán, hijo de Hamedata, agagita, y
escritas por él para exterminar a los judíos que hay en todas
las provincias del rey, 6 porque ¿cómo podría yo ver que el in-
fortunio alcanzara a mi pueblo? ¿Cómo podría ver el extermi-
nio de mi raza?»**

Ester y Mardoqueo estaban a salvo, pero era menester revocar el edicto de exterminio que pesaba sobre el pueblo judío desparramado por todo el imperio. El patriotismo de Ester se manifiesta de nuevo al presentarse por segunda vez al monarca sin haber sido llamada previamente. Por un artificio literario manifiesto, todo el capítulo 8 es una repetición, casi palabra por palabra, de lo dicho en 3,8-4,4, pero a la inversa. El paralelismo es perfecto entre la conducta de Amán en sus relaciones con el rey, la intervención de Ester para liberar al pueblo y las gestiones hechas por Mardoqueo. Señalamos las siguientes equivalencias: 8,5b-8 = 3,8-11; 8,9-12 = 3,12-13; 8,13-14 = 3,14-15; 8,15-17 = 4,1-4.

El rey, bien dispuesto (8,7-8)

**7 El rey Asuero dijo a la reina Ester y al judío Mardoqueo:
«Yo he dado a Ester la casa de Amán y él ha sido colgado de la
horca por haber extendido la mano contra los judíos. 8 Escri-
bid, pues, en favor de los judíos lo que bien os parezca en nom-
bre del rey, y selladlo con el anillo del rey, porque edicto escrito
en nombre del rey y sellado con el anillo del rey, no puede ser
revocado».**

Asuero se encuentra en situación embarazosa. Se ha puesto incondicionalmente de parte de Ester y Mardoqueo. Pero, como el edicto era irrevocable por llevar el sello real (Dan 6,9.13.16), sugiere que se busque una solución para neutralizar con otro lo que se prescribía en el primero. La solución consistió en otorgar a los judíos autorización y medios no sólo para repeler la agresión, contando con el apoyo de los órganos gubernativos, sino para vengarse de sus enemigos. El nuevo decreto tendrá tanto valor como el primero y tendrá la ventaja de ejecutarse antes.

Manos a la obra (8,9-10)

**9 Fueron entonces llamados los secretarios del rey el día vein-
titrés del mes tercero, que es el mes de Siván; y se escribió, con-
forme a lo que fue ordenado por Mardoqueo, a los judíos, a los
sátrapas, a los gobernadores y a los jefes de las ciento veintisiete**

provincias, desde la India a la Etiopía, a cada provincia según su escritura y a cada pueblo según su lengua, y a los judíos según su escritura y su lengua. [10] Se escribió en nombre del rey Asuero y se selló con el anillo del rey. Enviáronse las cartas por correos montados en ligeros caballos procedentes de los potreros reales.

Esta sección corresponde exactamente a 3,12-15. La diferencia principal está en que el remitente es Mardoqueo; entre los destinatarios se mencionan los judíos. Antes eran ellos las víctimas. Estamos en el mes de Siván (nombre de origen babilónico), que corresponde a mayo-junio, por lo cual han transcurrido dos meses y diez días desde el edicto de Amán (3,12). Durante este tiempo se desarrollaron los hechos narrados en 4,1-8,2. El uso que hace el autor de los números prueba que maneja libremente la narración. En efecto, al decir que el edicto favorable a los judíos se escribió el 23 de Siván, quiere significar que aquella fecha fue favorable a los judíos, lo que expresa con el número 70, que se obtiene de la suma de dos meses y diez días después del edicto de Amán. Parece que en el libro se adopta el calendario sacerdotal. El decreto que Amán arrancó del rey fue dado en una fecha funesta: día 13 de Nisán (3,12). Como el tiempo apremiaba, los correos utilizaron los mejores caballos de los potreros (*ahasteranim*, del persa *khshatra*) reales con el fin de llevar el nuevo edicto a todos los rincones del imperio.

Privilegios a los judíos (8,11-13)

[11] Se daba a los judíos, en cualquier ciudad en que estuviesen, permiso para reunirse y defender su vida, y para destruir, matar y exterminar a todos aquellos, con sus niños y mujeres, de cada pueblo y de cada provincia que tomaran las armas para atacarlos, y para dar sus bienes al pillaje; [12] y esto en un solo día, en todas las provincias del rey Asuero, el día trece del duodécimo mes, que es el mes de Adar. [13] Estas cartas contenían una copia del edicto que había de publicarse en cada provincia, e informaban a todos los pueblos de que los judíos estarían aquel día prestos a vengarse de sus enemigos.

En el edicto anterior (3,13) se amenazaba a los judíos con el exterminio total; ahora se les autoriza a reunirse para defenderse, matar, destruir, exterminar a cuantos les ataquen (Dan 6,25). Se les autoriza asimismo a incautarse de los bienes de sus perseguidores. Otros textos permiten a los judíos no sólo defenderse, sino pasar al ataque (8,13; 9,1-16). Esta matanza tendrá lugar el 13 del mes de Adar, coincidiendo con el día señalado por Amán para acabar con los judíos (3,13). Difícil se hace imaginar que Asuero autorizara una hecatombe semejante de su pueblo por parte de los judíos.

Renace la alegría (8,14-17)

[14] Los correos partieron en seguida con toda prisa por la posta según la orden del rey. El edicto fue publicado también en Susa, la ciudadela. [15] Mardoqueo salió de la casa del rey vestido

con un vestido real color violeta y lino blanco, con una gran corona y un manto de lino y de púrpura. [16] Hubo para los judíos luz y alegría, gozo y honra. La ciudad de Susa lanzaba gritos de regocijo, [17] y en cada provincia y en cada ciudad, por dondequiera que llegaron la orden del rey y su edicto, hubo entre los judíos gozo y regocijo, banquetes y fiestas; y muchas de las gentes de los pueblos de las regiones se hicieron judíos, porque se había apoderado de ellos el temor a los judíos.

Una vez hubo Amán arrancado del rey el edicto de exterminio de los judíos, púsose a banquetear con Asuero (3,15). Mardoqueo, en paridad de circunstancias, abandonó el palacio y marchó a su casa. Anteriormente, con ocasión de su exaltación por Asuero (6,11), había vestido Mardoqueo vestiduras reales; pero en la actualidad lleva los vestidos que corresponden a su posición de gran visir. Entre los persas tenían éxito los vestidos amplios y multicolores [2].

No son motivos nobles los que impulsan a los paganos a abrazar el judaísmo; pero el temor puede ser el principio de una conversión total. Nótese cómo el autor establece la antítesis entre el pueblo judío próximo a desaparecer (4,13) y la situación privilegiada de que goza en la actualidad. El autor ha probado suficientemente que Dios, tarde o temprano, se acuerda de su pueblo. que castiga a sus opresores y da su gracia a los que viven según el pacto de la alianza. A pesar de su apariencia laica, el texto original hebraico se muestra en el fondo extraordinariamente religioso y adicto a la mentalidad tradicional hebraica.

Carta de Asuero (*16,1-22)

En el texto hebraico se habla de la carta y del contenido del decreto que en nombre del rey enviaba Mardoqueo a las autoridades del reino. El texto griego reproduce íntegramente su contenido, que llama la atención por su ampulosidad y sus consideraciones de matiz filosófico. Su mismo texto demuestra que no es una traducción del hebreo. Presenta analogías con los escritos reales que figuran en 3 Mac 7,1-9.

*Destinatarios (*16,1)*

[1] La copia de la carta es como sigue: «Artajerjes, rey grande, a los gobernadores de las regiones de las ciento veintisiete satrapías desde la India hasta la Etiopía, y cuantos entiendan en nuestros negocios, salud.

En contra de lo dicho en 1,2, el autor griego confunde provincias con satrapías; acaso, por extensión, toma el término *satrapía*

[2] Heródoto, 9,109. En el banquete dado por Asuero se adornó el local con colgaduras y gallardetes de color blanco, verde y azul (1,6). José recibió del faraón un vestido de lino blanco finísimo (Gén 41,42); Alejandro ordena, en señal de distinción, que vistan de púrpura a Jonatás (1 Mac 10,62), lo que hizo Baltasar con Daniel (Dan 5,29). El rico epulón iba vestido de púrpura y lino (Lc 16,19). Sobre la cabeza traía Mardoqueo una gran corona *(ateret)* de oro, distinta de la que llevaban los reyes *(keter:* 1,11; 2,17; 6,8). Según Heródoto (8,118), se premiaba a los bienhechores con el uso de la corona. No es probable que Mardoqueo deambulase por la calle con las prendas de que habla el texto. Más bien debe entenderse de que, una vez proclamado gran visir, gozara del privilegio de ostentar tales prendas.

como sinónimo de *provincia*. Esta confusión puede provenir de la época relativamente reciente en que fue escrito el libro.

*Conducta de los soberbios (*16,2-4)*

2 »Muchos, después de haber recibido honores singulares de la extremada bondad de sus bienhechores, aspiran a cosas más altas, 3 y no sólo tratan de oprimir a nuestros súbditos, sino que, incapaces de sostener el peso de su dignidad, conspiran hasta contra el que se la confirió. 4 Y no sólo destierran de entre los hombres la gratitud, sino que, hinchados por el fausto de su inesperada prosperidad, procuran escapar a la justicia vengadora de Dios, perpetuo testigo de todas las cosas.

El autor quiere aludir a Amán, que, elevado a la más alta gloria por la extraordinaria bondad del monarca, se dejó arrastrar por el orgullo, oprimiendo no sólo a los humildes y súbditos, sino conspirando incluso contra su bienhechor.

*Peligro que acecha a las autoridades (*16,5-6)*

5 »Con frecuencia, a muchos de los constituidos en la suprema autoridad, la falaz adulación de aquellos a quienes encomendaron la dirección de los negocios los hace cómplices de sangre inocente y les causa irremediables males, 6 engañando con la mentirosa astucia de su malignidad la noble sencillez de los soberanos.

El autor se refiere veladamente al caso de Amán, que, fingiéndose amigo del rey, tutelando aparentemente sus derechos, lo engañó miserablemente hasta hacerle cómplice de sangre inocente. Se trata de disculpar al soberano y cargar la culpabilidad sobre Amán. No obstante, no sale Asuero bien parado, a pesar de las tentativas para disculparle, porque no debió confiar la suerte de una nación al capricho de un individuo. Es cómplice, por lo mismo, del crimen que rubricó con su sello.

*Ejemplo actual (*16,7-9)*

7 »Esto podemos comprobarlo, no tanto por las historias antiguas, según dejamos indicado, cuanto por el examen de sucesos que tenéis a la vista, hechos impíamente consumados por la peste de los indignos gobernantes. 8 Por eso es preciso proveer para lo futuro, procurando con la paz un reino tranquilo a todos los hombres, 9 realizando los cambios necesarios y juzgando siempre con equidad los negocios que se ofrecieren.

Por las palabras anteriores podían barruntar los lectores que la carta, aunque en términos generales, tenía en vista la situación presente; ahora es el mismo rey quien descubre el misterio. Amán ha sido liquidado, pero hay que impedir con un castigo ejemplar que surjan otros enemigos de los judíos.

*Se desenmascara el traidor (*16,10-14)*

10 »Vosotros sabéis cómo Amán, hijo de Hamedata, macedonio, enteramente extraño a la sangre de los persas y sobremanera desconocedor de nuestra bondad, por mí acogido hospitalariamente, 11 alcanzó la benevolencia que usamos con todas la naciones, en tanto grado, que fue apellidado nuestro padre y por todos venerado hasta postrarse a sus pies, dándole un poder correspondiente a la dignidad del trono real. 12 E incapaz de llevar el peso de tanta grandeza, intentó privarme del reino y de la vida, 13 y con toda suerte de maliciosos engaños trató de perder a mi salvador y bienhechor constante Mardoqueo y a la irreprochable compañera del reino, Ester, con toda su nación. 14 Así pensaba él aislarnos y pasar a los macedonios el imperio de los persas.

El autor de tantos males es un extranjero, «extraño a la sangre de los persas». Se le llama el «Macedonio». Es difícil explicar el porqué el calificativo de agagita (3,1; 8,3) ha sido substituido por el de *macedonio*. Acaso el contexto histórico de la narración alude a los conflictos en torno a la hegemonía entre medos y persas [1]. Según Stummer, en tiempos de Alejandro Magno aparecen los macedonios como enemigos de los persas. Nuestro texto, añade, es originario del tiempo helenístico. Con estas maquinaciones trataba Amán de entregar a los macedonios el imperio de los persas. Las acusaciones contra el antiguo ministro son graves y aconsejan que se proceda contra él con el máximo rigor. La acusación de Amán contra los judíos, culpándoles de falta de patriotismo, es explotada ahora por los mismos para presentarlo ante la nación como favorecedor de las aspiraciones colonialistas de los odiados macedonios.

*Elogio del pueblo judío (*16,15-16)*

15 »Pero hemos averiguado que los judíos, entregados a la muerte por este consumado criminal, no son malhechores, antes se gobiernan por leyes santísimas, 16 que son hijos del Altísimo, sumo y viviente Dios, que conserva el reino en el mejor estado en favor nuestro, como de nuestros predecesores.

En la presente carta se desmienten las acusaciones contra los judíos. No son ellos malhechores ni enemigos del género humano. Se rigen por leyes santísimas, que en nada se oponen a la legislación estatal persa. Por su fidelidad al Dios suyo son llamados «hijos de Dios» (Ex 4,22; Sab 9,7). Además, rindiendo ellos culto al «altísimo, sumo y viviente Dios», muestran su patriotismo por cuanto conserva Dios el reino en el mejor estado. No se olvide que el rey en esta carta suscribe el pensamiento judío de Mardoqueo.

[1] HERÓDOTO, 3,65.

*Ordenes concretas (*16,17-24)*

[17] «Por esto haréis bien en no prestar atención a las cartas remitidas por Amán, hijo de Hamedata, [18] por cuanto el autor de ellas ha sido crucificado a las puertas de Susa con toda su casa, habiéndole dado sin tardanza su merecido castigo el Dios omnipotente. [19] La copia de esta carta haréis publicarla en todas partes, para que sea permitido a los judíos vivir según sus leyes, [20] y les prestaréis apoyo para que puedan rechazar a los que en el día de la tribulación los ataquen, el día trece del mes duodécimo, de Adar; [21] pues el Dios que todo lo domina ha convertido en día de alegría el que estaba señalado para ruina de la nación escogida. [22] Vosotros, pues, celebraréis con todo regocijo, como una de vuestras festividades, el día señalado, [23] para que ahora y en lo futuro sea día de salud para vosotros y para todos los leales a los persas, y para los que maquinaban contra vosotros sea de infausta memoria. [24] Y toda ciudad o región en general que esto no cumpliere, sea inexorablemente destruida por el hierro y el fuego y hecha inaccesible no sólo a los hombres, sino también a las fieras y a las aves, y por siempre odiosa».

De lo dicho anteriormente se saca la conclusión de que el primer edicto real no tiene fuerza de ley (13,6-7); por eso se recomienda a las autoridades que no presten atención a su contenido. Los términos con que está concebida la carta hacen dudar de su autenticidad. Es muy difícil creer que un rey persa convierta en fiesta oficial el día señalado para la destrucción del pueblo judío y que ordene destruir las ciudades y arrasar las regiones que se opusieren a este edicto real. Además de su tono hiperbólico, la carta quiere ser una apología del pueblo judío, que demuestra los peligros a que se exponen los enemigos del mismo y aviva la confianza de aquellos judíos que habitan en territorio extranjero.

VENGANZA DE LOS JUDÍOS (9,1-19)

Los judíos, en situación ventajosa (9,1-4)

[1] Al duodécimo mes, que es el mes de Adar, el día trece del mes, el día en que debía cumplirse el edicto del rey y en que los enemigos de los judíos habían pensado dominarlos, fue lo contrario lo que sucedió, y los judíos dominaron a sus enemigos. [2] Reuniéronse los judíos en sus ciudades, en todas las provincias del rey Asuero, para poner la mano sobre todos aquellos que buscaban su perdición; y nadie pudo resistirlos, porque el temor de ellos se había apoderado de todos los pueblos. [3] Y todos los jefes de las provincias, los sátrapas, los gobernadores y los funcionarios del rey apoyaron a los judíos, por el temor que les inspiraba Mardoqueo; [4] pues era Mardoqueo poderoso en la casa del rey, y su fama se esparció por todas las provincias, porque se hacía de día en día más poderoso.

A consecuencia de la carta de Mardoqueo cambió totalmente el cariz de los acontecimientos señalados para el 13 del mes de Adar (3,12). Desde el edicto de Mardoqueo hasta el citado día transcurrieron, según 8,9, nueve meses, durante los cuales pudieron los judíos reunirse (8,11), organizarse para mejor repeler la agresión. ¿Atreviéronse los persas a molestar a los judíos? Conociendo el contenido del decreto real y sabiendo que Mardoqueo era «poderoso en palacio», que su fama iba en aumento, no es probable que los persas atacaran a los judíos, salvo pocas excepciones. En los libros sapienciales se hace hincapié en el hecho de que la ayuda divina llega a su debido tiempo en apoyo de los pobres y justos oprimidos (Prov 11,8; 26,27; 28,10; Ecli 27,26; Sal 7,16; 66,6, etc.).

Matanzas en Susa (9,5-10)

[5] Los judíos hirieron a espada a todos sus enemigos, los mataron y los hicieron perecer, y trataron como quisieron a los que les eran hostiles. [6] En Susa, la ciudadela, mataron los judíos, haciéndolos perecer, a quinientos hombres, [7] y degollaron a Parsandata, Dalfón, Asfata, [8] Porata, Adalía, Arudata, [9] Parmasta, Arisai, Aridai y Baizata, [10] los diez hijos de Amán, hijo de Hamedata, el enemigo de los judíos; pero éstos no se dieron al pillaje.

Los términos del texto sugieren claramente que hubo algo más que una defensa. Todos los que se habían mostrado contrarios a los judíos eran víctimas de los mismos. Aquellos que les resistieron fueron objeto de malos tratos: «trataron como quisieron a los que les eran hostiles». ¿Hubo víctimas de parte de los judíos? Sin duda (9,16), porque no todos se resignaron a morir pasivamente. El texto hebreo señala la lista de los hijos de Amán en tres columnas verticales, viendo en ello la manera como fueron ejecutados. Los diez murieron al mismo tiempo. Por lo mismo, sus nombres debían leerse de corrida.

Ansiedad del rey (9,11-16)

[11] Llegó aquel día a conocimiento del rey el número de los muertos en la ciudadela de Susa, [12] y el rey dijo a Ester: «Los judíos han matado y hecho perecer en Susa, la ciudadela, a quinientos hombres y a diez hijos de Amán. ¿Qué habrán hecho en el resto de las provincias del rey? ¿Qué más pides? ¿Qué más quieres? Se te concederá, lo tendrás». [13] Ester respondió: «Si al rey le parece bien, que les sea permitido a los judíos de Susa obrar también mañana conforme al edicto de hoy, y que se cuelgue en la horca a los diez hijos de Amán». [14] El rey mandó que así se hiciera, y se publicó el edicto en Susa. [15] Los judíos de Susa se reunieron de nuevo el día catorce del

mes de Adar, y mataron en Susa a trescientos hombres; pero tampoco se dieron al pillaje. [16] Los otros judíos que había en las provincias del rey, se reunieron y defendieron su vida, y se procuraron reposo, librándose de sus enemigos, y mataron a setenta y cinco mil, pero no se dieron al pillaje.

Llegó la noticia de la hecatombe a oídos del rey, quien se alarmó por las proporciones que tomaba la reacción judía. Llevado por dos sentimientos, de ansiedad uno y de satisfacción el otro, se dirigió a la reina, diciéndole: «¿Qué más pides?», esperando que Ester le manifestara su gratitud y satisfacción por haber escuchado su ruego. Pero ¡cuál no fue su asombro al escuchar de labios de Ester la petición de prórroga de la matanza por espacio de otro día! Pero no quiso contrariarla y accedió a su ruego. La ansiedad del rey estaba muy justificada por las noticias alarmantes sobre la gran cantidad de víctimas. El texto hebraico habla de setenta y cinco mil muertos; los LXX los reducen a quince mil, y Luciano a diez mil ciento siete. Como hemos anotado, se exageran extraordinariamente las cifras con el fin de demostrar a los pueblos e individuos que, en caso de molestar a los judíos, se exponen a sufrir un castigo ejemplar. Una reina que en un principio no osaba presentarse delante del rey (4,11-13) pierde paulatinamente su timidez (4,16; 5,1.7-8; 7,3-6; 8,3) y aparece en nuestro texto ávida de sangre, imponiéndose y aun contradiciendo los sentimientos del soberano. Por grande afecto que le profesara Asuero, no se explica en él la tolerancia frente al degüello de sus súbditos. Pero no olvidemos que esta matanza sólo existe en el papel, no en la realidad. Sus razones tenía el autor al inventarla.

Día conmemorativo (9,17-19)

[17] Esto sucedió el día trece del mes de Adar. Los judíos se aquietaron el catorce, haciendo de él un día de banquetes y regocijo. [18] Los que había en Susa, que se habían reunido el trece y el catorce, se aquietaron el quince, haciendo de él un día de banquetes y regocijo. [19] Por eso los judíos del campo, que habitan ciudades no amuralladas, hacen del día catorce del mes de Adar un día de banquete y de fiesta, en que se mandan presentes los unos a los otros.

Señala el autor las razones históricas que dieron origen a la fiesta de Purim. Los judíos cumplieron matemáticamente la orden contenida en la carta de Mardoqueo. El 13 de Adar, los judíos de las provincias se vengaron a placer de sus enemigos, apoyados por las autoridades, exterminando a cuantos se habían mostrado contrarios a ellos. La petición de Ester hizo que se prorrogara otro día la matanza en Susa, destinando uno a los antijudíos de la ciudadela y otro a los de la población de Susa. Con ello se explica el porqué, en tiempos del autor, las gentes de provincia anticipaban en un día la fiesta de la liberación. Acaso se trata de una explicación popular de un hecho que no tiene justificación histórica.

Institución de la fiesta de Purim (9,20-22)

[20] Mardoqueo escribió estas cosas y envió cartas a los judíos de todas las provincias del rey Asuero, cercanas y lejanas, [21] mandándoles celebrar todos los años el día catorce y el quince del mes de Adar, [22] como días en que habían obtenido el reposo, librándose de sus enemigos, y celebrar el mes en que su tristeza habíase convertido en alegría, y su desolación en regocijo; y de hacer de estos días días de festín y de alegría, en que se mandan presentes los unos a los otros y se distribuyen dones a los indigentes.

Nos hallamos en la parte jurídica del libro de Ester. Algunos creen que la sección 9,20-32 procede de una fuente distinta de la del resto del libro, presentando un estilo propio, que se caracteriza por las repeticiones e insistencia en los mismos temas. Según Paton, pudo el autor encontrar esta sección en una antigua historia judía.

Mardoqueo, en su calidad de jefe religioso, se dirige a todos los judíos de cerca y de lejos (Is 57,19; Jer 25,26; Dan 9,7), encareciéndoles la celebración de la fiesta de la liberación. El día del triunfo de los judíos se celebrará con ruidosos banquetes (16,22; 9,17), en los cuales se beberá vino en abundancia, permitiéndose la bebida hasta el límite de no poder distinguir entre las palabras «maldito sea Amán» y «bendito sea Mardoqueo». La fiesta tuvo siempre un carácter profano, alcanzando proporciones comparables a la de los carnavales, vistiendo las mujeres trajes de hombre, y adoptando éstos la indumentaria femenina. En un principio prescribía el Talmud (*Meg.* 2a) que en los pueblos se leyera el libro de Ester el día 14 de Adar, y en ningún caso antes del 11 ni después del 14. La lectura en las sinagogas era interrumpida con imprecaciones contra los enemigos del pueblo judaico. En conmemoración del ayuno de Ester (4,3.16) se observó un día de ayuno. El envío de presentes (v.22) se prescribe en Neh 8,10-12 con ocasión de la proclamación solemne de la Ley.

Adopción oficial de la fiesta (9,23-28)

[23] Los judíos se comprometieron a hacer lo que ya habían comenzado y les mandaba Mardoqueo; [24] porque Amán, hijo de Hamedata, agagita, enemigo de todos los judíos, había concebido el proyecto de exterminarlos y había echado el «pur», es decir, la suerte, para matarlos y exterminarlos; [25] pero, habiéndose presentado Ester al rey, mandó el rey por escrito hacer recaer sobre la cabeza de Amán el maligno proyecto que él había hecho contra los judíos, y le colgó de la horca a él y a sus hijos. [26] Por eso se llaman estos días «purim», del nombre de «pur». Conforme al contenido de esta carta, según lo que ellos mismos habían visto y les había sucedido, [27] los judíos tomaron por ellos, por su descendencia y por todos aquellos que a ellos se unieron, la resolución y el compromiso irrevocable de celebrar cada año estos dos días al modo y al tiempo prescritos. [28] Estos días habían de ser celebrados y recordados de generación en

generación, en cada familia, en cada provincia y en cada ciudad, y estos días de «purim» no habían de ser jamás abolidos entre los judíos, ni borrado su recuerdo entre sus descendientes.

Los judíos se habían adelantado a los deseos de Mardoqueo, ya que celebraban la fiesta con anterioridad y conforme a lo que se les dijo en la carta (16,22). Pero, al recibir el nuevo escrito de Mardoqueo, determinaron prorrogar la fiesta un día más. El término *pur* no es hebreo, en el que se llamaría día del *goral*.

Intervención de Ester en favor de la fiesta (9,29-32)

29 La reina Ester, hija de Abigaíl, y el judío Mardoqueo escribieron con instancia a los judíos por segunda vez para confirmar su carta acerca de los «purim», 30 y se mandaron cartas a todos los judíos, a las ciento veintisiete provincias del rey Asuero. Contenían palabras de paz y fidelidad, prescribiendo los días de «purim» al tiempo fijado, 31 como el judío Mardoqueo y la reina Ester los habían establecido, para ellos y para toda su posteridad, y añadiendo prescripciones de ayunos y lamentaciones. 32 Así, la orden de Ester confirmó la institución de los «purim», y esto fue escrito en el libro.

La carta escrita por Mardoqueo (v.23-24) iba refrendada por Ester con el fin de asegurar más su cumplimiento. ¿Supone esto que la primera carta de Mardoqueo (v.20-22) no consiguió la finalidad que pretendía? Como el lector puede observar, presenta el texto gran número de repeticiones, que engendran confusión. A partir de 9,19 se habla de la doble manera de celebrar la fiesta de *purim*. En 9,26b se la considera como de origen tradicional, y en 9,20.26a.29 como institucional. Tres cartas se mencionan: dos de Mardoqueo (9,20-22; 9,24-26) y una de Ester (9,29-32). En esta última aparece la noticia inesperada de que los judíos deben prepararse a esta fiesta con ayunos y abstinencias. La fiesta de *purim* celebróse desde muy antiguo. La recuerdan 2 Mac 15,36-37, con el nombre de «día de Mardoqueo», y Flavio Josefo (11,6.11-13). Según el Talmud, el día 13 había reunión en la sinagoga y se distribuían limosnas a los pobres.

*Interpretación del sueño (*10,5-13)*

5 Y dijo Mardoqueo: «Del Señor viene esto. Recuerdo, en efecto, el sueño que acerca de estos sucesos tuve, de los cuales ninguno ha quedado sin cumplimiento: 6 la fuentecilla que se convirtió en río de muchas aguas y la lucecita convertida en sol. El río es Ester, a quien el rey tomó por esposa, haciéndola reina. 7 Los dos dragones éramos yo y Amán, 8 y las naciones son las que se juntaron para acabar con el nombre judío. 9 Mi pueblo es este mismo Israel, los que clamaron a Dios y fueron salvos. Salvó el Señor a su pueblo y nos sacó de todos estos males, haciendo señales y prodigios grandes, cuales no se vieron entre las naciones. 10 Por esto estableció dos suertes: una para el pueblo de Dios y otra para todas las otras naciones. 11 Y estas dos suertes han llegado a su hora y tiempo, es decir, en el día

del juicio delante de Dios. 12 Y se acordó el Señor de su pueblo y salió por la causa de su heredad. 13 Por esto serán celebrados por ellos estos días en el mes de Adar, los días catorce y quince del mes, con grande concurso, alegría y exaltación, delante de Dios, de generación en generación para siempre, en el pueblo de Israel».

El redactor griego empezó el libro narrando un sueño que tuvo Mardoqueo, con lo cual quería poner de relieve la intervención providencial de Dios en la trama de esta historia. Transcurridos aproximadamente once años, vuelve Mardoqueo su mirada hacia atrás y, después de un examen ponderado de los hechos, reconoce que todo cuanto ha acaecido fue predicho y anunciado de antemano por Dios. Entre las diversas maneras de comunicarse Dios a los hombres eran los sueños (Núm 12,6; Job 33,15-18; Jl 2,28; Mt 2,13-19) una de las principales.

Epístola sobre los «purim»

El año cuarto del reinado de Tolomeo y Cleopatra, Dositeo, que se decía sacerdote y levita, y Tolomeo, su hijo, trajeron la presente epístola sobre los «purim», que dicen ser auténtica y haber sido traducida por Lisímaco el de Tolomeo, vecino de Jerusalén.

El autor del texto griego fue, probablemente, algún jefe de la comunidad judaica. Dice haber recibido «la presente epístola sobre los *purim*», a saber, el libro de Ester, de la comunidad de Palestina (2 Mac 2,14-16). Defiende su autenticidad afirmando que es una traducción hecha por Lisímaco, hijo de cierto Tolomeo, perteneciente a la comunidad de Jerusalén. Una vez conocido el origen del texto, se añade que Dositeo, «que se decía sacerdote y levita», lo introdujo en Egipto. Ambos, Dositeo y su hijo Tolomeo, tienen interés en hacer constar que esta traducción de Ester es la mejor y que, por lo mismo, debe recibirse. Además debe notarse la noticia de que el libro procedía de Palestina, lo cual prueba la dependencia de los judíos de la Diáspora de las autoridades de Jerusalén en cuestiones disciplinares y cultuales. ¿Cuándo el libro fue introducido en Egipto? No es posible dar una respuesta definitiva, por ser muchos los Tolomeos que reinaron en Egipto, unos trece, y ser muy común el nombre de Cleopatra. Los pareceres se inclinan preferentemente entre las dos siguientes parejas reales: 1) Tolomeo VIII, Soter II, llamado Latire (116-80), casado sucesivamente con Cleopatra IV y V; 2) Tolomeo XIV (51-44 a. C.), que asoció al imperio a su hermana Cleopatra. Fue ésta derrotada por Octavio Augusto en la batalla de Accio el año 30.

Colofón (10,1-4)

1 El rey Asuero impuso un tributo a la tierra y a las islas del mar. 2 Todos los hechos concernientes a su poderío y sus hazañas y los pormenores de la grandeza a que elevó a Mardoqueo, ¿no están escritos en el libro de las crónicas de los reyes

de los medos y de los persas? [3] Pues el judío Mardoqueo era el primero después del rey Asuero, muy considerado entre los judíos y amado de la muchedumbre de sus hermanos; [4] buscó el bien de su pueblo y habló para el bien de su raza.

La mención del tributo tiene como finalidad poner de relieve la grandeza del imperio persa, que se extendía desde la India hasta Etiopía, abarcando también las islas costeras del Asia Menor. De todo este inmenso poderío y de los hechos más salientes del rey queda una relación pormenorizada en los anales de los reyes medos y persas. En aquellas crónicas se han consignado los hechos de Mardoqueo, y allí se inspiró nuestro autor para componer el libro. Acaso esta noticia tenga sólo un valor literario, llevado su autor por el afán de imitar el estilo empleado en los libros de los Reyes (1 Re 11, 41; 14,19.29, etc.).

El libro de Ester quiere ser una apología del pueblo judío. La raza judía no morirá, por encarnizados que sean sus enemigos. Al contrario, quien se atreva a maquinar su ruina recibirá un justo castigo. Porque, aunque Israel sea una nación despreciable a los ojos de los hombres, es en realidad invencible, porque cuenta con la protección de su Dios. Sean o no históricos muchos de los pormenores del libro, no podrá negarse que el libro de Ester encierra una lección provechosa, tanto para el pueblo judío como para sus enemigos. Israel no debe perder nunca sus esperanzas ni temer su aniquilamiento; sus enemigos deben escarmentar en la cabeza de Amán, porque todo el que tocare a Israel será barrido, como lo fue aquél. Aunque parezca lo contrario, Dios vela siempre por su pueblo, al cual defiende y protege tan pronto como implora su auxilio. Como la madre no puede olvidar a su hijo, tampoco Yahvé olvidará a Israel.

M A C A B E O S

INTRODUCCION

En las épocas asmonea y herodiana vieron la luz pública cuatro libros que llevan el título que encabeza estas líneas. El primero y segundo forman parte integrante del canon cristiano, mientras que el tercero y el cuarto, que ya en tiempos de Eusebio y Orígenes llevaban el mismo título que ostentan hoy, han sido relegados entre los apócrifos. En el tercero se narran los designios de Tolomeo IV Filopator contra los judíos de Egipto. Libro escrito probablemente en Alejandría antes del año 70 antes de Jesucristo, se distingue por la pureza de su lengua y estilo y por un vocabulario rico y esmaltado de palabras raras [1]. El cuarto libro de los Macabeos está escrito en forma de discurso, en el que se comenta ampliamente el martirio de Eleazar y de los siete hermanos Macabeos. En un tiempo formó parte de la Biblia cristiana [2].

Macabeos

La palabra se encuentra en los manuscritos más antiguos. El título *Makkabaion* se lee en los códices Sinaítico y Alejandrino. En el primero aparece la forma antigua de *Makkabaikón*. Desde fines del siglo II y en el III, los autores eclesiásticos griegos designaban los dos primeros libros con el título de *ta makkabaiká*. Entre los escritores latinos suelen citarse: *Liber primus, o liber secundus Macchabaeorum*. Por vez primera este nombre se da a Judas (1 Mac 2,4.16; 2 Mac 8,5.16; 10,1.16), pasando luego, por extensión, a sus hermanos y sucesores.

No es fácil determinar qué significa este término. Descartada la interpretación cabalística y la que propuso S. I. Curtiss [3], recogemos las dos que hoy están más en boga. Unos (PERLES, GRANDCLAUDON, etc.) derivan el vocablo del hebreo *maqqeneth* (Jue 4,21; Jer 10,4) o de la palabra aramaica *maqqaba*, con el significado de *martillo*, por haber machacado ellos duramente a los enemigos o por tener Judas la cabeza en forma de martillo. Zeitlin, Bevan, Abel y Penna creen que *macabeo* viene de la raíz *naqab*, que significa *designar, nombrar* (Is 62,2) [4]. Originariamente el libro I de los Macabeos llevaba el título hebraico *Sarbeth-Sabanaiel*, cuya significación todavía no ha sido explicada satisfactoriamente [5]. Recientemente A. Yadrijevic [6] cree que el título del libro I es *Angustiae filiorum Dei*; el del II, *Angustiae templi*.

[1] Véase H. WILLRICH, *Der historische Kern des III Makkabäerbuches*: «Hermes», 39 (1904) 244-258.
[2] Véase A. DUPONT-SOMMER, *Le quatrième livre des Machabées* (París 1939).
[3] *The Name Maccabee historically and philologically examined* (Londres 1876).
[4] A. A. BEVAN, *The Origin of the Name Maccabee*: «The Journal of Theological Studies», 30 (1929) 190-193.
[5] A. SCHULTE, *Der hebräische Titel des ersten Makkabäerbuches*: «Biblische Zeitschrift», 7 (1909) 254ss; J. BOEHMER, *Sarbeth Sarbanaiel*: «Theologische Studien und Kritiken», 73 (1903) 332-338.
[6] *Tria Aenigmata hebraica librorum Machabaeorum*: «Antonianum», 33 (1958) 267; F. PER-

I MACABEOS

Autor

Se ignora su nombre. Por el libro puede colegirse que fue un judío de Palestina conocedor de la topografía del país, versadísimo en la lengua bíblica, admirador ferviente de la familia asmonea, desde el padre hasta el último miembro de la familia que al autor conoció. Por razón de la minuciosidad histórica de que hace gala se cree que fue testigo ocular de la mayoría de los hechos que refiere y que siguió de cerca y con entusiasmo todos los esfuerzos de los Macabeos para el triunfo de la causa del judaísmo ortodoxo. Nada se sabe de su condición; unos suponen que pertenecía a la casta sacerdotal, otros lo niegan. También los críticos andan divididos al querer adivinar su ideología. Para unos fue de ideas y tendencias saduceas (OESTERLEY, GEIGER, ABEL); para otros, un filofariseo. Lo cierto es que no oculta sus simpatías por la dinastía asmonea. Según él, nadie puede suplantarles en la dirección de la guerra.

Fecha de composición

En esta cuestión procedemos también por conjeturas. Del autor hemos dicho que fue un ferviente admirador de la familia de los asmoneos; que la meticulosidad de los hechos que narra revela que fue testigo ocular de los mismos. Ahora bien, pudo él recordar perfectamente los hechos que se desarrollaron en Palestina desde la ascensión al trono de Antíoco IV Epifanes (año 175 a. C.) hasta el reinado de Juan Hircano (135-104 a. C.). No es posible señalar el término *a quo* de la composición. Pudo empezarlo en tiempos de Simón, o también antes, y terminarlo en los días del reinado de Juan Hircano (16,23), cuyo texto se aduce para probar que la obra fue acabada después de la muerte de Juan Hircano (año 104 a. C.). A este texto se acogen muchos exegetas y críticos para señalar la fecha de la composición del libro: Oesterley la fija entre el 90-70; Abel Bentzen, Schürer, Kautzch, 100-90; Lods, 100-60; Grimm, 105-64. Pero se puede dudar de la autenticidad literaria de los dos últimos versículos del libro, que pueden ser una adición *post scriptum* del editor, del traductor o de cualquier otro. Más posibilidades caben para señalar el término *ad quem*. Los sucesores de Aristóbulo y Alejandro empañaron la gloria de sus antepasados. Si el autor hubiera sido testigo de su conducta, hubiera frenado sus entusiasmos por la dinastía asmonea. Una fecha tope es el año 63 a. C., en que Pompeyo el Grande profanó brutalmente el templo de Jerusalén, granjeándose con ello el odio de los judíos. Este hecho es incompatible con la simpatía que el autor siente por los romanos (8,1-32; 12,1; 14,40). En definitiva, la fecha de la composición del libro va desde el año 140 (TORREY, OESTERLEY) hasta el 63 antes de Cristo (LODS).

LES, *The Name Makkabaios:* JQR 17 (1926-1927) 404ss; S. SACHS, *Le titre des livres des Machabées:* REJ 26 (1893) 161-162.

Fuentes

En contra de las tentativas de J. von Destinon[7] y Lods[8], no puede ponerse en duda la homogeneidad del libro I de los Macabeos[9]. A lo más, podríamos considerar como adición posterior los v.23-24 del c.16. En todas las páginas anteriores existe trabazón perfecta y una idea rectora, que procede de un mismo autor. Hasta qué punto cada uno de los hechos que se narran proceden de la información ocular o de un testimonio oral o escrito, es imposible determinarlo. Acaso haya en 9,22 una alusión a un texto que refería la historia de Judas Macabeo, que el autor tuvo entre manos.

A la información personal, oral o escrita, se añade la consulta de los archivos oficiales (16,24), de los cuales transcribió el autor algunos documentos que se insertan. Pudo copiarlos textualmente, traducirlos a veces del texto original (hebraico o latino), abreviarlos, simplificarlos, amplificarlos con el empleo masivo de la retórica, resumirlos libremente o limitarse a extractar uno u otro punto para colocarlo en un contexto no del todo homogéneo. Del hecho de transcribir un documento no se infiere que el autor apruebe su contenido en todos sus pormenores. Los documentos que se intercalan en el texto son: 1) carta de los israelitas de Galaad (5,10-13); 2) carta de los romanos a Judas (8,1-32); 3) carta de Alejandro Balas a Jonatán (10,18-20); 4) carta de Demetrio I a Jonatán (10,25-45); 5) carta de Demetrio II a Jonatán (11,30-37); 6) carta de Antíoco VI a Jonatán (11,57); 7) carta de Jonatán a los de Esparta (12,6-18); 8) carta de Ario a Onías (12,20-23); 9) carta de Demetrio II a Simón (13,36-40); 10) carta de los espartanos a Simón (14,20-23); 11) carta de Antíoco VI a Simón (15,2-9); 12) carta del cónsul Lucio a Tolomeo (15,16-21); 13) inscripción en honor de Simón (14,27-45).

Algunos críticos han impugnado su autenticidad, siendo Willrich[10] el que lleva en esto la voz cantante, coreado débilmente por algunos otros[11]. Actualmente convienen todos en admitir la autenticidad de conjunto. No existe fundamento alguno para afirmar que el autor ha inventado los documentos o de que los haya falsificado intencionadamente. Ni de la misma carta de Ario a Onías (12,20-23) existen razones contra su autenticidad.

En el libro se encuentran algunas secciones poéticas que sugieren la idea de una colección de cantos populares compuestos con ocasión de la guerra santa (1,25-28; 1,37-40; 2,8-12; 3,3-9; 14, 14-15). Otros autores atribuyen estas secciones al autor mismo, que las compuso con el intento de imitar los cánticos del Salterio y de las Lamentaciones.

Carácter histórico

No se han puesto objeciones graves contra el valor histórico del libro, considerado en su conjunto. Puede discutirse este o aquel

7 *Die Quellen des Fl. Josephus* (Kiel 1882

8 *Histoire de la littérature hebraïque et juive* (París 1950) 780.

9 E. W. ETTELSON, *The Integrity of I Maccabeos* (New Haven 1925).

10 *Urkundenfälschungen in der hellenistisch-jüdischen Literatur* (Gottingen 1924).

11 OESTERLEY, *Apocrypha* (Oxford 1913); *Introduction to the Books of the Apocrypha* (Londres 1935); LODS, l.c., etc.

detalle (1,6; 8,1-32); poner en tela de juicio la autenticidad plena de este o aquel documento (12,5-23), pero todos están acordes en admitir un fondo histórico firme y real. Aún más, por ser el autor contemporáneo de los sucesos que narra, se concede mucha importancia a algunos detalles históricos, a las noticias interesantes y concretas sobre topografía macabaica, al enfoque general de su historia y a las noticias sobre el carácter y temperamento de sus héroes. A ello, como hemos dicho, se añade el uso de documentos de primera mano. Su fobia helenista le lleva a ser a veces injusto al enjuiciar la conducta de los seléucidas y sus funcionarios.

Género literario

No se puede juzgar la historia antigua según los cánones de la crítica histórica moderna. Nuestro autor es hijo de su tiempo, y de conformidad a los gustos de sus lectores escogió los modos de decir y narrar que emplea. Para él Israel es el centro hacia donde convergen todas las miradas del universo. Dos mundos se enfrentan en su libro: el paganismo y el judaísmo. Aquél contaba con fuerzas militares formidables (3,38; 4,28; 15,13, etc.), en contraste con el diminuto ejército israelita. Sin embargo, a veces el número de soldados judíos se exagera notoriamente (4,34; 12,41) [12]. El fenómeno es propio de la literatura patética, y, en general, de toda la historiografía antigua (HERÓDOTO). Las cifras que llaman nuestra atención no creaban ninguna dificultad a los lectores inmediatos del libro. A menudo el autor no da a una determinada cifra un valor absoluto. En hebreo se emplea la palabra *rebaba*, muchedumbre, para expresar el número diez mil, que en plural o dual puede significar el doble.

Otra característica de la historiografía antigua son los discursos que se ponen en boca de los héroes y personajes que entran en escena. Es propio de la historia semítica antigua atribuir a los personajes aquellas ideas o reacciones de ánimo que brotan o se experimentan en determinadas circunstancias bajo los efectos de una impresión especial. Sistemáticamente se muestra parcial al ocultar los reveses de los judíos y poner de relieve las derrotas, defectos y designios malos de los enemigos de Israel. Pero, como señala certeramente Abel, su parcialidad no llega al extremo de convertir en victoria lo que fue humillante derrota (2 Mac 13,9-24, que parece contradecir a 1 Mac 6,28-63). En sus páginas hallan eco palabras y frases de la antigua literatura hebraica, que el autor conocía perfectamente y que asimiló. En fin, si los métodos históricos usados no se ajustan a los que utiliza la historiografía moderna, cabe, sin embargo, decir que no por ello desmerece el fondo histórico del libro.

Cronología

La cronología y geografía, llamadas los ojos de la historia, ocupan un lugar de honor en nuestro libro. Multitud de fechas y datos concretos se encuentran en él. El autor utiliza el calendario seléucida

[12] Otros ejemplos en KNABENBAUER, 17; BÉVENOT, 34-35.

y enumera los meses según la costumbre judía. Sabido es que la era seléucida empieza el año 312 con la conquista de Babilonia por Seleuco. Pero el cómputo difiere según que el año empiece en primavera o en otoño. En Siria y Occidente empezaba el año con el mes de Tishri (septiembre-octubre), es decir, el año 312. En Babilonia comenzaba el mes de Nisán (marzo-abril) del año 311. De ahí que, según los lugares, haya en el cómputo una diferencia de un año.

¿Qué cómputo siguen los libros de los Macabeos? Unos admiten el mismo cómputo en ambos libros (KUGLER, MEYER, LAGRANGE, GRANDCLAUDON) a partir del año 312; otros distinguen un cómputo a partir del año 312 para los asuntos profanos y del 311 para noticias de carácter religioso (VACCARI). Gibert, Kolbe, Unger, Bickermann y Abel sostienen que, para el autor del libro 1 de los Macabeos, el primer año de los seléucidas empieza el 311; para el del segundo, el año 312. Ninguno de los dos cómputos puede resolver todas las dificultades cronológicas que surgen de la confrontación de las fechas de nuestros libros con otros documentos paganos. Nos atenemos al cómputo de Abel.

CRONOLOGIA DE LOS TOLOMEOS, SELEUCIDAS Y ASMONEOS

REYES TOLOMEOS O LAGIDAS

304-285	Tolomeo I Soter.
285-246	Tolomeo II Filadelfo.
246-221	Tolomeo III Evergetes.
221-205	Tolomeo IV Filopator.
205-180	Tolomeo V Epifanes.
180-145	Tolomeo VI Filometor.
145	Tolomeo VII.
145-116	Tolomeo VIII Evergetes II.

REYES SELÉUCIDAS

305-281	Seleuco I Nicator.
281-261	Antíoco I Soter.
261-246	Antíoco II Theos.
246-226	Seleuco II Calínicos.
226-223	Seleuco III Soter.
223-287	Antíoco III el Grande.
187-175	Seleuco IV Filopator.
175-164	Antíoco IV Epifanes.
164-161	Antíoco V Eupator.
161-150	Demetrio I Soter.
150-145	Alejandro Balas.
145-138	Demetrio II Nicator (primer reinado).
145-142	Antíoco VI Epifanes.
142-138	Trifón.
138-129	Antíoco VII Sidetes.
129-125	Demetrio II Nicator (segundo reinado).
128-123	Alejandro II (Zebina).

DINASTÍA ASMONEA

166	Muerte de Matatías.
166-160	Judas Macabeo.
160-143	Jonatán.
143-134	Simón.
134-104	Juan Hircano I, hijo de Simón.

Doctrina religiosa

En ninguna parte del libro se menciona de manera explícita el santo nombre de Dios, que es sistemáticamente sustituido por otras expresiones, tales como *cielo* (3,50.60; 4,10.40; 9,46; 12,15; 16,2). Esta ausencia de los nombres que se emplean en la literatura bíblica para designar a Dios se suple en las versiones. Este mismo fenómeno hemos encontrado en el libro de Ester. Pero tanto en éste como en el 1 de los Macabeos, aunque se excluya el nombre de Dios en sus páginas, su presencia se adivina en cada una de ellas. Era tal el respeto que se tenía por estos nombres venerables, que nadie se atrevía a pronunciarlos, reservándose su uso exclusivamente a los sacerdotes durante el ejercicio del culto. Toda la historia de los Macabeos es eminentemente religiosa, y la idea de Dios domina en todos los renglones del libro. Siente el autor gran simpatía y celo por la Ley y las antiguas instituciones (1,15; 3,21; 14,14), por el templo y la Ciudad Santa (1,21; 2,7; 4,38.59; 7,37.42; 9,54). Conoce maravillosamente los libros sagrados, a los cuales tiene gran devoción (3,48; 12,9) y cita diversas veces (2,52-60; 7,17). Las cosas indecisas y difíciles de resolver se reservan al juicio del profeta que ha de venir (4,46; 9,27; 14,41).

Canonicidad

No sabemos si en algún tiempo formó parte del canon judío palestinense. Se encuentra en la versión de los LXX, que refleja el canon judío alejandrino. En la tradición cristiana influyó el recelo y la animosidad de los judíos contra él. Lo encontramos en los antiguos catálogos mommseniano y claramontano (s.III). El concilio Florentino (1442) lo incluyó en el canon de los libros sagrados. El concilio Tridentino confirmó la doctrina del Florentino y quitó toda distinción entre libros proto y deuterocanónicos.

Texto

El texto original hebraico se ha perdido. La versión griega se ha conservado en los códices unciales: Sinaítico, Alejandrino y Véneto, y en muchos minúsculos. El texto más antiguo parece ser el de los códices Sinaítico y Véneto. De esta versión existe la edición crítica preparada por A. Rahlfs [13], que se basa en el Sin. y tiene en cuenta las antiguas traducciones latinas (De Bruyne). Otra versión crítica del texto griego se debe a Werner Kappler [14]. La versión latina fue publicada por D. de Bruyne y Sodar [15]. Según De Bruyne, la antigua traducción latina reproduce un texto anterior y mejor que el retransmitido por los antiguos unciales griegos.

[13] *Septuaginta* (Stuttgart 1935).
[14] *Septuaginta. Vetus Testamentum graecum auctoritate societatis litterarum Gottingensis editum* vol.9 fasc.1: *Maccabaeorum liber primus* (Göttingen 1936).
[15] *Les anciennes traductions latines des Macchabées* (Maredsous 1932).

BIBLIOGRAFIA

a) Comentarios

* C. F. Keil, *Commentar über die Bücher der Makkabäeer* (Leipzig 1875); J. Knabenbauer, *Commentarius in duos libros Macchabaeorum:* «Curs. Script. Sacrae» (París 1907); H. Bévenot, *Die beider Makkabäerbücher:* «Com. Bonn» (Bonn 1931); H. Bückers, *Die Makkabäerbücher:* E. Com. de Herder (Freib. im Br. 1939); D. Schötz, *Erstes und zweites Buch der Makkabäer:* «Echter Bibel» (Würzburg 1948); A. Vaccari, *I e II dei Maccabei:* Ed. Salani (Firenze 1948) (el primero fue comentado por R. Tramontano, y el segundo por J. Rinaldi); F. M. Abel, *Les livres des Maccabées:* «Etudes Bibl.» (París 1949); F. M. Abel-J. Starcky, *Les livres des Maccabées:* «La Bible de Jérusalem» (París 1961); * J. C. Dancy, *A Commentary on I Maccabees* (Oxford 1954); M. Grandclaudon, *Les livres des Maccabées:* «Biblia Pirot-Clamer» (París 1951); A. Penna, *Libri dei Maccabei:* «La Sacra Bibbia» (ed. Garofalo, Marietti, 1953); A. Guillaumont, *Les Maccabées:* «La Bible» (Bibliothèque de la Pléiade, París 1956); M. Laconi, *Primo e secondo libro dei Macabei* (La Sacra Bibbia) (Padua-Turín 1960).

b) Estudios particulares

Para la historia del período macabaico son importantes las obras de E. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi* vol.3 (Leipzig 1920); A. Bouche-Leclerq, *Histoire des Seléucides (323-64 a. C.)* 2 vols. (París 1913-1914); F. M. Abel, *Histoire de la Palestine:* «Etudes Bibliques», 2 vols. (París 1952); M. J. Lagrange, *Le Judaïsme avant Jésus-Christ* (París 1931); E. Bickermann, *Der Gott der Makkabäer. Untersuchungen über Sinn und Ursprung der Makkabäischen Erhebung* (Berlín 1937). Sobre cuestiones cronológicas de este período: J. Hontheim, *Zur Chronologie der beiden Machabäerbücher:* ZfKT 43 (1919) 1-30; W. Kolbe, *Beiträge zur syrischen und jüdischen Geschichte. Kritische Untersuchungen zur Seleukenliste und zu den beiden ersten Makkabäerbücher* (Estocolmo 1926); E. Cavaignac, *La chronologie des Seléucides d'après les documents cunéiformes:* «Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale», 28 (1931) 37-39; Idem, *Remarques sur le deuxième livre des Macchabées:* RHR 80 (1945) 42-58; F. M. Abel, *L'Ere des Seléucides:* RB 47 (1938) 198-213; J. Schalaumberger, *Die neue Seleukiden-List BM* 35, 603 und die makkabäische *Chronologie:* B 36 (1955) 423-435; V Coucke, *Chronologie biblique à l'époque des Machabées:* DBS 1273-1279. Otros estudios: F. M. Abel, *Topographie des Campagnes machabéennes:* RB 32 (1923) 495-521; 33 (1924) 201-217.371-387; 34 (1925) 194-216; 35 (1926) 206-222.510-533; A. Barucq, *Leontopolis:* DBS 5,359-372; L. Bigot, *Machabées (livres des):* DTC 9,1479-1502; E. Bickermann, *Un document relatif à la persécution d'Antiochus IV Epiphane:* RHR 115 (1937) 188-223; A. Lefèvre, *Machabées (livres des):* DBS 5,597-612; A. Momigliano, *Prime linee di storia della tradizione maccabaica* (Roma 1930); Id., *Preistoria del moto maccabaico:* «Atti della R. Accademia delle Scienze di Torino», 67 (1932) 165-200; A. Lods, *Histoire de la littérature hebraïque et juive* (París 1950); E. Rongy, *L'Historicité du premier livre des Machabées:* «Revue Ecclesiastique de Liège», 30 (1938-1939) 230-244; L. Gil, *Sobre el estilo del segundo libro de los Macabeos:* «Emerita», 26 (1958) 11-32; B. Renaud, *La Loi et les lois dans les livres des Maccabées:* RB 68 (1961) 39-67.

Alejandro Magno (1,1-10)

**1 Sucedió que Alejandro el Macedonio, hijo de Filipo, una
vez hubo salido del país de los Kittin y derrotado a Darío, rey
de los persas y de los medos, reinó en su lugar, primeramente
en Grecia. 2 Combatió muchas batallas, expugnó muchas for-
talezas y dio muerte a reyes de la tierra. 3 Atravesándola hasta
sus confines, se apoderó de los despojos de la muchedumbre
de pueblos, y la tierra enmudeció a su presencia. 4 Juntó pode-
rosos ejércitos, 5 sometió provincias, naciones y reyes, que le
pagaron tributo. 6 Después de todo esto se encamó y tuvo el
presentimiento de que se moría. 7 Llamando a sus oficiales, los
nobles que con él se habían criado desde su juventud, dividió
aún en vida su reino entre ellos. 8 Había reinado Alejandro
doce años cuando le arrebató la muerte. 9 Sus generales hicié-
ronse cargo del poder, cada uno en el lugar que le cupo en
suerte. 10 Todos ciñeron la corona después de su muerte, y sus
hijos después de ellos durante muchos años, llenando la tierra
de males.**

Con un rápido bosquejo histórico señala el autor las raíces de la situación política y religiosa de Palestina, contra la cual se levantó la dinastía asmonea. Este resumen histórico ocupa todo el capítulo primero. En el verano del año 336 fue asesinado Filipo, sucediéndole en el trono su hijo Alejandro, a la sazón de veinte años de edad. El año anterior (335) subió al trono su futuro rival, Darío III Codomano, por gracia del eunuco Bagoas. En el pecho del joven macedonio hervía el deseo de vengar las ofensas que había infligido a Grecia el imperio persa. Una vez afianzado en el trono y reforzadas las fronteras de Macedonia, cruzó los Dardanelos en la primavera del año 334, al frente de treinta mil soldados de infantería y cinco mil de caballería. Le seguía un reducido número de letrados, entre los cuales descuella Tolomeo, que recibió el encargo de tener al día la crónica de los acontecimientos. Apenas desembarcó en Abidos, consiguió la gran victoria de Granico (mayo-junio del año 334), que le abrió las puertas de Asia. A medida que se internaba iban cayendo en su poder las ciudades costeras. En octubre del año 333, la victoria sobre Darío Codomano en Isso abre al helenismo las puertas de Oriente. Las bases de Adrados, Biblos y Sidón se le rinden; Tiro cerróle sus puertas. Después de seis meses de sitio cayó la ciudad en su poder (julio del año 332). En su marcha hacia el sur sitió a Gaza, que se le rindió a los dos meses. En noviembre del año 332 llega victorioso al valle del Nilo. En la primavera del 331 se encuentra nuevamente en Tiro, en donde organizó la provincia siro-palestinense.

Cuenta Flavio Josefo [1] que, después de la conquista de Gaza, Alejandro visitó Jerusalén, en donde fue acogido con grandes honores por parte del pueblo y del sumo sacerdote Yaddúa, ofreciendo sacrificios en el templo y concediendo grandes favores al pueblo judío. Se cree que esta noticia es una pura leyenda.

[1] *Ant. Iud.* 11,8,4.

Ante los grandes triunfos de Alejandro enmudeció la tierra (Jue 3,11.30; 2 Crón 13,23; Is 14,7), por lo que su corazón se engrió y llenó de orgullo, hasta el límite de reclamar para sí honores divinos. En el oasis de Siwa, los sacerdotes legitimaron su advenimiento al trono de los faraones, declarándolo hijo de Dios. A estas locas pretensiones alude el autor del libro, ya que «nacimiento divino y dominación universal son dos pretensiones inseparables» [2]. El autor del libro juzga a Alejandro por la fama que de él se ha conservado entre el pueblo, sin pretender estudiar a fondo el alma y las gestas del famoso general macedonio.

La muerte le sorprendió antes de nombrar sucesores. Al preguntársele en vida cuál sería su sucesor, respondió: «El mejor» [3]. Es posible que en vida manifestara vagamente su pensamiento sobre quiénes debían sucederle a su muerte. El autor sagrado no quiere entrar en detalles. Cualquiera que fuese la última voluntad del conquistador, el texto sagrado tiene en cuenta preferentemente el hecho histórico de la división de mando entre los más conspicuos generales, faltando una sucesión dinástica directa (Dan 11,4). Rabano Mauro explicaba el texto bíblico de la siguiente manera: «Dividió, a saber, dejó que su reino se dividiera». En el consejo de oficiales se sistematizó la sucesión de Alejandro. Por unos veinte años, el imperio único sobrevivió a los conatos de las fuerzas disolventes. Las intrigas empezaron entre los *Diádocos*, o sea, los *sucesores*, eliminándose uno a otro. Después de la victoria naval contra Tolomeo en Salamina de Chipre, año 306, Antígono se arrogó el título de rey, ejemplo que imitaron Tolomeo en Egipto, Lisímaco en Tracia, Seleuco en Babilonia, Casandro en Macedonia. Prácticamente, Palestina sólo tuvo roces con los Lágidas y los Seléucidas, especialmente en el período comprendido entre el año 280 al 219 antes de Cristo. Durante todo este espacio de tiempo «se multiplicaron los males sobre la tierra». El peor de ellos para el autor sagrado fue la penetración en tromba de la cultura griega, en el amplio sentido de la palabra, en Palestina, con graves amenazas para el judaísmo tradicional.

El retoño de iniquidad (1,11) [4]

**11 De ellos salió un retoño de pecado, Antíoco Epifanes, hijo
del rey Antíoco, que estuvo en Roma como rehén y se apoderó
del reino el año 230 de la era de los griegos.**

Antíoco III el Grande (223-187 a. C.) fue derrotado en Magnesia el año 189. Entre las cláusulas del armisticio firmado en Apamea figuraba la de entregar veinte rehenes, a elección de los romanos, entre los que estaba su hijo menor, Antíoco. Los impuestos de gue-

[2] RADET, *Alexandre le Grand* 128; I. P. V. D. BALSDON, *The «Divinity» of Alexander*: «Historia», 1 (1950) 363-388. Los *Kittim* eran los habitantes de Kition, pero el término se extendió a los moradores de Chipre, de las islas del mar Jónico (Jer 2,10), Macedonia (8,5) y en general a todas las naciones allende del mar Mediterráneo.

[3] ARRIANO, *Anab.* 7,23,3.

[4] F. M. ABEL, *Antiochus Epiphanes*: «Vivre et Penser», 50 (1941) 231-254; H. LUDIN-JANSEN, *Die Politik des Antiochos* (Oslo 1943).

rra que P. Escipión el Africano impuso a Antíoco vaciaron las arcas reales de Siria. Para llenarlas, el rey asaltó de noche el templo de Bel, en Elimaida, pereciendo en manos de los defensores del santuario. La misma necesidad de dinero retuvo en todo tiempo la atención de su hijo Seleuco IV Filopator (187-175), reducido a la condición de agente de tasas. Enterado por Apolonio de Tarso de las riquezas existentes en el templo de Jerusalén, mandó a su ministro Heliodoro con la misión de que se apoderara de ellas (2 Mac 3,1-34). Poco después el rey murió en manos de Heliodoro. Un año antes (175 a. C.), su hijo Demetrio fue enviado a Roma en calidad de rehén, en lugar de Antíoco IV Epifanes. «Este retoño de iniquidad», como le llama nuestro autor, tuvo noticia en Atenas de la muerte de su hermano Seleuco. Con la ayuda de Eumenio II de Pérgamo apoderóse del trono que dejó vacante su hermano. Para los judíos fue Antíoco un usurpador; «un hombre despreciable ocupará su puesto, sin estar revestido de la dignidad real. Pero sobrevendrá de improviso y se apoderará del reino por la intriga» (Dan 11,21). El advenimiento de Antíoco al trono tuvo lugar el año 137 de la era de los griegos, que corresponde al año 175 antes de Cristo, muriendo en Tabe el año 164 (6,1-17).

Los heraldos del helenismo (1,12-16)

12 Salieron de Israel por aquellos días hijos inicuos, que sedujeron a muchos, diciendo: «Ea, hagamos alianza con las naciones vecinas, pues desde que nos separamos de ellas nos han sobrevenido tantos males». 13 Estas palabras aparecieron bien a sus ojos. 14 Algunos del pueblo apresuráronse a ir al rey, el cual les dio facultad para seguir las costumbres de los gentiles. 15 En virtud de éstos, levantaron en Jerusalén un gimnasio, conforme a los usos paganos; 16 se restituyeron los prepucios, abandonaron la alianza santa para asociarse con los gentiles, y se vendieron para obrar el mal.

Ya en tiempos de Antíoco III existía en Jerusalén un grupo partidario del helenismo (2 Mac c.3). Muchos judíos sentían la necesidad de abandonar moldes antiguos para colocarse en el nivel cultural de los pueblos de la gentilidad. El aislamiento judío era considerado por los griegos como signo de barbarie. La libertad de costumbres, de expresión y organización encandilaban a la juventud judía. El ideal griego era tentador; desde el punto de vista humano era una locura renunciar a él. Para los helenizantes, el aislamiento impuesto por la Ley (Ex 34,11-16; Deut 7,1-11; 12,29-31) había acarreado infinitos males a la nación judaica (Jer 44,16-19). Los más exaltados pedían la abrogación de la Ley mosaica, la destrucción total de los rollos de la Torá y la facultad de poder comer las carnes que el judaísmo consideraba impuras. El hecho de que algunos acudan al rey de Siria para conseguir de él la autorización de seguir las costumbres paganas se explica, o bien para escapar a las penas que la Ley dictaba contra los apóstatas (Lev 24,14), o para pedir al rey abrogara el decreto de Antíoco III por el que se

concedía a cada pueblo el derecho de seguir sus leyes y costumbres propias [4]. El jefe de esta expedición fue Jasón, al que concedió el rey la autorización para instalar un gimnasio y una mancebía en Jerusalén. Una vez en el poder, «se dio a introducir las costumbres griegas entre sus conciudadanos» (2 Mac 4,9-10). Los jóvenes judíos actuaban desnudos en el gimnasio griego, lo que dio pie a que se introdujera la costumbre de practicar una operación dolorosa, conocida por el nombre de *epispasmós* (1 Cor 7,18) [6], con el fin de borrar las señales de la circuncisión, considerada por los griegos como un atentado contra la dignidad personal e integridad corporal.

Antíoco contra Tolomeo (1,17-20)

17 Una vez que Antíoco se consolidó en el trono, concibió el propósito de ser rey de la tierra de Egipto, a fin de reinar sobre las dos naciones. 18 Entró en ella con un poderoso ejército, con carros, elefantes y jinetes y con una gran flota, 19 e hizo la guerra a Tolomeo, rey de Egipto. Atemorizado éste, huyó ante él, y fueron muchos los que cayeron heridos. 20 Antíoco se apoderó de las ciudades fuertes de Egipto y volvió cargado de despojos.

El año 172, el rey Tolomeo VI Filometor cumplía cerca de catorce años de edad. Al morir su madre, Cleopatra, hermana de Seleuco IV y de Antíoco Epifanes, pasó el joven monarca a depender de dos tutores, que planearon la conquista de la Celesiria, a saber, de los territorios de Fenicia y Palestina, que constituían el dote que Cleopatra debía aportar al casarse con Tolomeo V. Enterado Antíoco de los planes de los tutores del rey por confidencias del embajador enviado a las fiestas de la entronización, hizo un despliegue de fuerzas en Palestina con el fin de impresionarles. Más tarde, aprovechando la coyuntura de que los romanos estaban empeñados en la guerra contra Perseo, rey de Macedonia, repelió la agresión de Egipto contra Palestina, penetrando con un numeroso ejército en las riberas del Nilo. En esta campaña empleó Antíoco carros armados con hoces (2 Mac 13,2), que habían usado profusamente los aqueménidas, por razón de su gran movilidad en las pistas de la costa mediterránea. El elefante era el animal preferido por los seléucidas, recibiendo Seleuco I el título de *elefantarco*. Puesto en fuga el ejército egipcio, Antíoco ocupó Pelusio, penetró hasta Menfis, hizo prisionero al joven monarca y se dirigió a Alejandría, cuyo sitio tuvo que abandonar. Con un inmenso botín regresó a Palestina (Dan 11,25-28), donde llegó el año 169, 143 de la era de los seléucidas.

[4] FLAVIO JOSEFO, *Ant. Iud.* 12,3,3.
[6] CELSO, *De Medicina* 7,25,1; S. EPIFANIO, *De Mensuris* 16: PG 43,264.

Saqueo del templo (1,21-24)

[21] El año 143, después de haber vencido a Egipto, Antíoco
vino contra Israel, [22] y subió a Jerusalén con un poderoso ejér-
cito. [23] Entró altivo en el santuario, arrebató el altar de oro, el
candelabro de las luces con todos sus utensilios, la mesa de la
proposición, las tazas de las libaciones, las copas, los incensa-
rios, la cortina, las coronas, y arrancó todo el decorado de oro
que cubría el templo. [24] Se apoderó asimismo de la plata, del
oro y de los vasos preciosos, y se llevó los tesoros ocultos que
pudo hallar, y con todo se volvió a su tierra.

Sus motivos tenía Antíoco para dirigirse a Jerusalén antes de entrar en Siria. En efecto, durante su permanencia en Egipto circuló el rumor de que había muerto, lo que aprovechó Jasón, animador del partido filoegipcio y ex sumo sacerdote depuesto por el rey, para adueñarse de Jerusalén. Menelao entregó a Antíoco una importante cantidad con el fin de que le nombrara sumo sacerdote. El rey, avaro y necesitado de dinero, satisfizo sus anhelos, lo que obligó a Jasón a huir de Jerusalén y refugiarse en la región de Ammán (2 Mac 4,23-26), en Transjordania. Dispuesto a quitar de en medio a todos sus rivales, aprovechó Menelao los servicios del regente Andrónico para asesinar a Onías III, el sumo sacerdote legítimo, hermano de Jasón. En el golpe de mano que dio este último contra Jerusalén logró apoderarse de la ciudad, pero no pudo expugnar la ciudadela, al norte del templo, en donde se refugió Menelao. Al enterarse Jasón de que Antíoco se acercaba a la ciudad con su poderoso ejército, huyó de nuevo hacia su refugio de Transjordania, buscando asilo entre los nabateos, cuyo rey, Areta I, lo encarceló.

Antíoco entró triunfante en Jerusalén. Acompañado por Menelao, sumo sacerdote, penetró en el templo, señalando a su paso por el lugar sagrado los objetos preciosos que debían entrar en el bagaje real (2 Mac 5,11-18).

La idea de los derechos de la monarquía divina era tan arraigada, que el dios Epifanes se creía con el derecho de disponer de la riqueza de los templos de su imperio sin cometer un pecado de sacrilegio [7]. Antíoco proclamóse dios después de la victoria sobre Tolomeo VI, añadiendo al nombre el título de *Theós Epiphanés*, dios manifiesto, es decir, el dios solar Hor, título que lleva Tolomeo V en el decreto de Roseta. Con el tiempo, el simple apelativo de *Epiphanés* pudo designar más bien un título honorífico, correspondiente a *ilustre*. También se le conoció por el sobrenombre de *epímane*, maniático [8], a causa de su orgullo, que le impulsaba a igualarse con Zeus (Dan 7,8-25; 11,36).

[7] ABEL, *Histoire* I 120.
[8] POLIBIO, 26,10. Según Flavio Josefo *(Contra Ap.* 2,83), son muchos los historiadores, entre ellos Polibio, que narran el saqueo de Jerusalén.

Luto en Israel (1,25-29)

[25] Hicieron gran matanza y profirieron palabras insolentes.
[26] Un gran duelo se levantó en Israel y en todos sus lugares;
[27] jefes y ancianos gimieron;
las doncellas y los jóvenes languidecieron,
la belleza de las jóvenes palideció.
[28] El recién casado entonó una lamentación,
y la que estaba sentada en la cama hizo duelo;
[29] tembló la tierra a causa de los que la habitaban,
y toda la casa de Jacob se cubrió de confusión.

El saqueo del templo exacerbó el ánimo de los fieles, que demostraron públicamente su disconformidad con el proceder de Antíoco y del sumo sacerdote Menelao. La guardia real debió castigar su valentía con la muerte de los manifestantes, derramando su sangre sobre el pavimento sagrado, ya contaminado por las plantas de un rey gentil (2 Mac 5,12-13). Tal parece ser el sentido de la frase *epóiesen fonoktonian* (Núm 35,33; Sal 106,38). Es una fantasía de Posidonio de Apamea la noticia de que Antíoco en su visita al templo vio a un hombre barbudo montado sobre un asno y con un libro en las manos. Este relato grotesco dio pie a que se propalara la fábula de que los judíos rendían culto a una cabeza de asno.

El pillaje del templo desencadenó un duelo general, que el autor describe empleando el estilo de la *quinah*, o lamentación.

Apolonio en Jerusalén (1,30-34)

[30] Pasados dos años, envió el rey al jefe de los tributos a las
ciudades de Judea y presentóse en Jerusalén con un ejército
poderoso. [31] Hablóles con falsía palabras de paz, en las que ellos
creyeron. [32] Pero de repente se arrojó sobre la ciudad, causando
en ella gran estrago y haciendo perecer a muchos del pueblo
de Israel. [33] Saqueó la ciudad y la incendió, y destruyó sus casas
y los muros que la cercaban. [34] Llevaron cautivas a las mujeres
y a los niños y se apoderaron de los ganados.

A los dos años del saqueo del templo, a saber, en el año 145 de la era seléucida y 167 antes de Cristo, otro infortunio debía probar al sufrido pueblo judío. Soñaba Antíoco con anexionar Egipto a su imperio. Pero «esta última vez no sucederán las cosas como en la primera» (Dan 11,29), porque una embajada capitaneada por Popilio Laenas entregó a Antíoco el ultimátum del senado romano por el que se le intimaba a que abandonara Egipto si no quería perder la amistad de Roma. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, respondió: «Haré lo que el senado disponga». La noticia de la humillación real llegó a Palestina, llenando de gozo al partido proegipcio, que se forjaba la ilusión de pasar pronto a depender de Tolomeo. Pero fue Jerusalén el blanco de las iras del rey (Dan 11,30). Un emisario real, llamado Apolonio (2 Mac 5,24), penetró en Judea el año 167 antes de Cristo al frente de veintidós mil soldados. Dícese que era el

cobrador de tributos, o *el misarca*, por ser comandante de los misios. Fingió Apolonio que venía en calidad de amigo, sin abrigar aviesas intenciones contra el pueblo judío. Un sábado reunió sus tropas en los alrededores de la ciudad bajo la mirada curiosa de un público ocioso por la ley del descanso sabático, fiado en las palabras de paz del misarca. Cuando el público era más numeroso y ante el desconcierto general, se lanzaron los soldados contra la muchedumbre, que, presa de pánico, se atropellaba desordenadamente, buscando la manera de huir de la soldadesca, que blandía sus espadas desenvainadas contra los despavoridos judíos. Día de gran duelo para la ciudad mártir.

La fundación del Acra (1,35-37)

35 Edificaron la ciudad de David con un muro alto y fuerte, torres también fuertes, convirtiéndola en ciudadela. 36 Instalaron allí gente impía, hombres malvados, que en ella se hicieron fuertes. 37 La aprovisionaron de armas y vituallas, y, juntando los despojos de Jerusalén, los depositaron en ella, viniendo a ser para la ciudad un gran lazo.

Se cree que, en tiempos de los Macabeos, la expresión *ciudad de David* se empleaba para designar la población que se levantaba en la colina occidental del templo (2,31; 7,32; 14,36; *Ant. Iud.* 12, 5,4). Entre el Acra y el templo mediaba el valle del Tiropeón. Desde el lugar alto del Acra dominábase perfectamente la explanada del templo, de manera que los sirios podían hacer abortar o aplastar los intentos de rebelión de parte de los judíos. En esta fortaleza, rodeada de potentes muros, vivía una guarnición militar siria, sus familias y las de algunos judíos apóstatas. Para casos de emergencia, contenía depósitos de armas, víveres y objetos requisados a los particulares.

El santuario desolado (1,38-42)

38 Fue una asechanza para el santuario, una grave y continua amenaza para Israel. 39 Derramaron sangre inocente en torno al santuario y lo profanaron. 40 A causa de ello huían los moradores de Jerusalén, que vino a ser habitación de extraños. Se hizo extraña a su propia prole, y sus hijos la abandonaron. 41 Su santuario quedó desolado como el desierto; sus fiestas se convirtieron en duelo; sus sábados en oprobio, y en desprecio su honor. 42 A la medida de su gloria creció su deshonra, y su magnificencia se volvió en duelo.

Los ciudadanos del Acra eran dueños de vidas y haciendas. Desde su posición elevada dominaban el templo, ridiculizaban las ceremonias religiosas y hacían extorsión a los peregrinos que acudían al lugar sagrado. Los mismos habitantes de la ciudad, fieles a las tradiciones patrias, huyeron de la misma para no ser el escarnio de sus connacionales apóstatas. El lugar que dejaban era ocupado inmediatamente por algún advenedizo de la gentilidad, de tal manera que, poco a poco, la Ciudad Santa convirtióse en morada de extraños. La vida religiosa se extinguió. El Acra se convirtió, en palabras del autor, en un diablo malo *(diábolon ponerón)*.

Edicto de Antíoco (1,43-45)

43 El rey Antíoco publicó un decreto en todo su reino de que todos formaran un solo pueblo, dejando cada uno sus peculiares leyes. 44 Todas las naciones se avinieron a la disposición del rey. 45 Muchos de Israel se acomodaron a este culto, sacrificando a los ídolos y profanando el sábado.

Dos tesis se debatían entre los judíos: la de los conservadores, que trataban de aislar a Israel del mundo que los rodeaba con el fin de impedir que elementos paganos entraran en el judaísmo tradicional; la de los helenizantes, que achacaban al aislamiento el germen de los males que aquejaban a Israel. Abrir las fronteras y permitir que nuevos aires rejuvenecieran una religión y una cultura exótica y retrógrada era la máxima aspiración de los sincretistas judíos. Antíoco, según nuestro texto, quiso terminar con los particularismos dentro de su reino; de ahí el decreto de unificación nacional. Los pueblos paganos no opusieron a ello dificultad alguna; pero Israel sí. Los apóstatas aceptaron satisfechos la imposición real, sacrificando a los ídolos. El edicto de Antíoco sobre la abolición del judaísmo constituye un hecho decisivo en la historia del pueblo judío.

El edicto obliga a los judíos (1,46-52)

46 Por medio de mensajeros, el rey envió a Jerusalén y a las ciudades de Judá órdenes escritas de que siguieran todos aquellas leyes, aunque extrañas al país; 47 que se suprimiesen en el santuario los holocaustos, el sacrificio y la libación; 48 que se profanasen los sábados y las solemnidades; 49 que se contaminase el santuario y el pueblo santo; 50 que se edificasen altares y santuarios y templos idolátricos y se sacrificasen puercos y animales impuros; 51 que dejasen a los hijos incircuncisos; que manchasen sus almas con todo género de impureza y de abominación, de suerte que diesen al olvido la ley y mudasen todas sus instituciones, 52 y que quien se negase a obrar conforme a este decreto del rey fuera condenado a muerte.

La ley general se aplicó inexorablemente a los judíos. Un enviado especial de Antíoco notificó a todos el contenido de la orden real. Más que por iniciativa propia, Antíoco decidióse a dar este paso instigado por los judíos apóstatas (Dan 11,30). Empezó Antíoco por abolir el decreto de su padre, Antíoco III, en favor de los judíos, por el cual, entre otros privilegios, se les concedía que «todos los que forman parte del pueblo tienen obligación de vivir conforme a las leyes de sus antepasados» [9]. El pretexto invocado por Epifanes era la reuni-

[9] E. BIKERMANN, *Une proclamation séléucide relative au temple de Jérusalem*: «Syria», 25 (1946) 67-85; ABEL, *Histoire* I 89-90. La Ley prohibía comer carne de cerdo (Lev 11,7; Deut 14,8). Eleazar la rechazó (2 Mac 6,18; 7,1), prefiriendo morir a contaminarse con los

ficación del imperio, resquebrajado por gran variedad de costumbres y religiones. En vez del altar legítimo mandó el rey que se levantaran altares a los falsos dioses (Os 10,8; Núm 23,1; Jer 7,31), templos *(teméne)*, con terrenos propios alrededor, y que se multiplicaran por los pueblos, campos y montañas las hornacinas (10,83) con el correspondiente icono del dios en cuyo honor se erigían. Era Antíoco ferviente devoto de Júpiter Olímpico. Pero acaso pretendió que debía ser él el dios que sustituyera a Yahvé. El año 166 acogía con satisfacción el grito enfervorizado de la muchedumbre que en Dafne le aclamaba como *Theós Epiphánes Nikéforos*. Es de suponer que el culto oficial del rey divinizado establecido por Antíoco III en cada satrapía fue reforzado por Epifanes. A los judíos estaba terminantemente prohibido comer y sacrificar animales impuros (Lev 11,7; Deut 14,8). Antíoco mandó que se sacrificaran cerdos y otros animales impuros, tales como perros, camellos, liebres, etc. Con su decreto había herido de muerte al judaísmo ortodoxo. No había lugar ni persona que gozara de pureza legal.

Medidas diabólicas (1,53-56)

53 Tal fue el decreto publicado en todo el reino. En todo Israel
instituyó inspectores, 54 y a las ciudades de Judá les dio la orden,
de que sacrificasen cada una por sí, ciudad por ciudad. 55 Se les
unieron muchos del pueblo, todos los que abandonaron la Ley.
Fueron grandes los males que cometieron en la tierra, 56 obli-
gando a los verdaderos israelitas a ocultarse en todo género de
escondrijos.

Los inspectores *(epískopoi)* cuidaron del cumplimiento del decreto en Jerusalén y ciudades de Palestina. La Ley mosaica no autorizaba la celebración de sacrificios fuera de Jerusalén. Las medidas tomadas por Antíoco lograron la adhesión de muchos vacilantes en la fe (Dan 7,27; 11,30). Su ejemplo fue causa de grandes males. Los verdaderos israelitas veíanse obligados a renunciar a la vida de sociedad y a esconderse en parajes solitarios y desérticos, esperando tiempos mejores.

Actos sacrílegos (1,57-60)

57 El día quince del mes de Casleu del año ciento cuarenta y
cinco edificaron sobre el altar la abominación de la desolación,
y en las ciudades de Judá de todo alrededor edificaron altares,
58 ofrecieron incienso en las puertas de las casas y en las calles,
59 y los libros de la Ley que hallaban los rasgaban y echaban al

alimentos impuros, profanando la santa alianza (1,63). El sacrificio del cerdo era excepcional en el mundo oriental y griego; solamente era utilizado como víctima en los sacrificios a los dioses infernales. Huesos de cerdo han sido hallados en los santuarios subterráneos de la Palestina cananea, como en Tell el-Fara, al norte de Siquem. Estos sacrificios, con las comidas sagradas que les seguían, habían seducido a los hebreos, que los practicaban aún en el siglo VI (Is 65,4. 66,3.17). La prohibición de comer carne de cerdo tiene un origen religioso, por considerárselo a la vez como animal sagrado e impuro (ABEL-STARCKY, 75-77).

fuego. 60 A quien se le hallaba con un libro de la alianza en su
poder y observaba la Ley, en virtud del decreto real se le con-
denaba a muerte.

Convertida Jerusalén en ciudad griega, su templo tenía que correr la misma suerte. Por su condición de *Polis*, el Acra debía incorporarse al santuario local, por ser el templo, a los ojos de los griegos, uno de los elementos principales de la nueva ciudad. De ahí que a principios de diciembre del año 167 empezó la transformación del templo, perdiendo su condición de santuario de Yahvé y convirtiéndose en templo idolátrico. Sobre el altar de los holocaustos fue levantada «la abominación de la desolación». Esta peregrina expresión procede de Daniel (9,27; 11,31; 12,11), discutiéndose sobre el significado que le quiso dar el profeta. Para Flavio Josefo [10], confirmado por el v.62 de nuestro texto y 4,43, la frase designa un altar profano de pequeñas dimensiones que se levantó sobre el grandioso altar judío. En 2 Mac 6,2 se alude acaso a un estatua en honor de Júpiter Olímpico. Sea cual fuese su naturaleza específica, se trata evidentemente de algo que desconcertaba a los judíos ortodoxos al ver convertido el templo de Yahvé en guarida de ídolos. Esto era una abominación horrible, idea que expresa el texto original con las palabras hebraicas *siqqus mesommem*, que representan una deformación intencionada de *Baal Shamem*, señor del cielo, expresión aramea equivalente a Zeus Olimpo. Baal fue cambiado en *siqqus* (abominación) y *shamem* en *shomem*. Dioses paganos habían arrebatado a Yahvé la propiedad del altar donde antes se le ofrecían sacrificios. Era la primera vez que se cometía tan horrendo crimen. Antes, durante los reinados de Ajab y Manasés (2 Re 16,10; 21,1; 23,11-12), Yahvé quedaba en su casa, dueño de la misma, lo que no sucedía ahora. El altar idolátrico empezó a construirse el 15 de Casleu, inaugurándose solemnemente el 25 del mismo mes, por coincidir con el natalicio del rey y las fiestas de Dionisios (2 Mac 6.7) [11].

Toda Palestina se paganizó. Exponentes del nuevo cambio eran los altares que se levantaron en todas las ciudades, las hornacinas en honor de Apolo, Mercurio, Diana, que en cantidad respetable invadieron los caminos, los campos, los manantiales, los bosques y montes. A las divinidades colocadas en los pórticos de las casas se les ofrecía incienso o se les demostraba devoción con otras manifestaciones externas. Con saña especial, los esbirros del rey quemaron los ejemplares de la *Torah* que pudieron atrapar, por contenerse allí la regla de fe y costumbres por la que se regía el pueblo judío.

[10] *Ant. Iud.* 12,5,4.

[11] H. H. ROWLEY, *Menelaus and the Abomination of Desolation*: «Studia Orientalia Ioanni Pedersen dicata» (Copenhague 1953) 303-315; H. BÉVENOT, *Execratio vastasionis*: RB 45 (1936) 53-65; O. EISSFELDT, *Baalsamem und Yahve*: ZAW 57 (1939) 1-31.

Firmes en la fe (1,61-66)

61 Por estar ellos en el poder, procedían de esta manera en las ciudades, un mes y otro mes, contra los israelitas que eran descubiertos. 62 El veinticinco del mes ofrecían sacrificios sobre el altar construido sobre el antiguo de los holocaustos. 63 Las mujeres que circuncidaban a sus hijos eran muertas, según el decreto, 64 con los hijos colgados a su cuello, ejecutándose al mismo tiempo a sus familiares y a los que habían practicado la circuncisión. 65 Muchos en Israel se mantuvieron fuertes en su resolución de no comer cosa impura, prefiriendo morir a contaminarse con los alimentos y profanar la santa alianza, y por ello murieron. 66 Muy grande fue la cólera que descargó sobre Israel.

Cada año, en el natalicio de Antíoco, se tenían grandes banquetes en los que se servía la carne sacrificada a los ídolos. Los inspectores reales tenían la misión de recorrer las ciudades con el fin de arrestar a los que no asistían a los actos oficiales en honor del rey (2 Mac 6,7). Se perseguía la práctica de la circuncisión, matando a la madre que la autorizaba, a los familiares de la misma y al encargado de ejecutarla. Para que la muerte de las madres fuera más cruel, se les entregaban sus propios hijos, que morían conjuntamente, suspendidos del cuello de la que les había dado la vida [12].

El autor sagrado ha puesto de relieve la conducta de muchos judíos que se doblegaron a las órdenes del rey. Muchos otros huyeron al desierto para no contaminarse y poder observar la Ley, o lucharon valientemente con las armas al lado de los jefes asmoneos, y muchos prefirieron morir a quebrantar los preceptos graves que les imponía la Ley mosaica. El autor sagrado reconoce que los males que afligieron a Israel fueron efecto de un castigo que infirió Dios a su pueblo por sus muchos pecados (2 Mac 6,17; 6,12; 7,8.33; 8,5).

PRIMERA PARTE

UN HEROE NACIONAL: MATATIAS (2,1-69)

Familia de Matatías (2,1-5)

1 Se levantó por entonces Matatías, hijo de Juan, hijo de Simeón, sacerdote, de los hijos de Joarib, que abandonó Jerusalén y se estableció en Modín. 2 Tenía cinco hijos: Juan, apellidado Caddis; 3 Simón, llamado Tasi; 4 Judas, apellidado Macabeo; 5 Eleazar, apellidado Abarán, y Jonatán, llamado Apfos.

La figura de Matatías entra en la historia en los días en que arreciaba la persecución de Antíoco, que llegó a su grado máximo al «edificar sobre el altar la abominación de la desolación» (1,57). Muchos oponían una resistencia pasiva (1,56), pero faltaba un jefe

12 FLAVIO JOSEFO, *Ant. Iud.* 12,5,4; 2 Mac 6,10.

que aunara a los descontentos y formara una fuerza capaz de neutralizar las órdenes reales.

En la genealogía de Matatías se mencionan tres personajes: Juan, Simeón y Joarib. No se dice que Matatías fuera sacerdote. Al mencionar Flavio Josefo a Simeón [1] le da el apelativo de *asmoneo*. En otro lugar [2] afirma que el padre de Matatías se llamaba Asmoneo. ¿Trátase de un nombre propio o de un sobrenombre de Simeón? La segunda hipótesis es la más probable. Se ignora cuál sea la significación del término *asmoneo*. Acaso procede de *hasmannim* (Sal 68,32), o puede ser un apelativo geográfico de *Hesmon*, localidad de la tribu de Judá (Jos 15,27). La frase griega del texto *apó Jerusalem*, ¿indica lugar de origen de la familia o es un complemento de movimiento? En este segundo supuesto (ABEL, GRANDCLAUDON, PENNA) indicaría el texto que Matatías siguió el ejemplo de muchos israelitas, que, indignados por la situación religiosa de Jerusalén, huyeron a las ciudades de provincias menos influenciadas por el helenismo (1,40). Matatías se retiró a Modín, lugar que ocupa el pueblo actual de *Medieh*, o *el Midya*, a 10 kilómetros al este de Lidda y a 30 al noroeste de Jerusalén.

Lamentaciones de Matatías (2,6-14)

6 Viendo las abominaciones cometidas en Judá y en Jerusalén, dijo: 7 «¡Ay de mí! ¿Por qué nací yo, para ver la ruina de mi pueblo y la ruina de la Ciudad Santa, obligado a habitar aquí mientras es entregada a los enemigos la Ciudad Santa 8 y el santuario en manos de los extranjeros? Su templo ha llegado a ser como un hombre deshonrado; 9 los instrumentos de su gloria han sido llevados cautivos; sus niños, muertos en las plazas, y sus jóvenes, caídos bajo la espada del enemigo. 10 ¿Qué nación no la ha desheredado de sus derechos reales y no se ha apoderado de sus despojos? 11 Todo su ornato le fue arrebatado, y la que era libre fue hecha esclava. 12 He aquí que nuestro santuario, que era nuestro honor y nuestra gloria, está desolado, profanado por las gentes. 13 ¿Para qué vivir?» 14 Rasgaron Matatías y sus hijos sus vestiduras y se vistieron de saco e hicieron gran duelo.

A Matatías se le partía el corazón al contemplar el avance de la impiedad y la inacción de los que podían y debían atajarlo. La lamentación contenida en los v.8-13 está en forma rimada, imitando las lamentaciones de Jeremías y repitiendo frases y conceptos que suponen un conocimiento perfecto del texto bíblico. El autor pone la lamentación en boca de Matatías, tratando de interpretar los sentimientos que le embargaban ante el panorama religioso y político de la nación. Jerusalén ha perdido su encanto (Lam 2,1), como una flor ajada o una mujer libre que degenera en esclava. El templo ha sido vaciado, quedando los gentiles dueños

1 *Ant. Iud.* 12,6,1.
2 *Bell. Iud.* 1,36.

del mismo. Si tal es la triste realidad, ¿vale la pena vivir? A estas palabras de dolor acompañó la acción de rasgar las vestiduras y vestirse de saco (Gén 37,34; Núm 14,6; Jos 7,6; Jer 6,26, etc.).

Invitación al sacrilegio (2,15-18)

[15] En tanto, llegaron a la ciudad de Modín los delegados del rey, encargados de forzar a la apostasía y organizar los sacrificios. [16] Muchos israelitas se unieron a ellos, mientras Matatías y sus hijos se mantenían apartados. [17] Los enviados del rey dirigiéronse a Matatías y le dijeron: «Tú eres un jefe, un hombre ilustre y un magnate en esta ciudad, apoyado por hijos y hermanos; [18] acércate, pues, el primero, y haz conforme al decreto del rey, como hacen todas las naciones, los hombres de Judá y los que quedaron en Jerusalén. Y seréis tú y tus hijos los amigos del rey, y seréis enriquecidos, tú y tus hijos, de plata, oro y muchas mercedes».

El plan de Antíoco tendía a la helenización de todos los rincones de Palestina. En su gira a través de las ciudades y pueblos, los emisarios *(prostates)* del rey llegaron a Modín, con el fin de cumplir con la misión que se les había confiado. Comprobaron que el pueblo se retraía. Con lenguaje adulador invitaron a Matatías a dar ejemplo de lealtad al monarca sirio, prometiéndole su amistad y mucho dinero. No le amenazan con la muerte en caso de negarse a sacrificar. Los amigos del rey eran asociados al poder. En la corte seléucida había *amigos* y *primeros amigos* (10,65; 11,27; 2 Mac 8,9).

Negativa de Matatías (2,19-22)

[19] A lo que contestó Matatías en alta voz: «Aunque todas las naciones que forman el imperio abandonen el culto de sus padres y se sometan a vuestros mandatos, [20] yo y mis hijos y mis hermanos viviremos en la alianza de nuestros padres. [21] Líbrenos Dios de abandonar la Ley y sus preceptos. [22] No escucharemos las órdenes del rey para salirnos de nuestro culto, ni a la derecha ni a la izquierda».

Cualquier vacilación por parte de Matatías podía arrastrar a todo un pueblo a la idolatría. Su actitud fue invocada para legitimar la rebelión contra Antíoco.

Degüello de un judío (2,23-26)

[23] Apenas había terminado de hablar, cuando en presencia de todos se acercó un judío para quemar incienso en el altar que había en Modín, según el decreto del rey. [24] Al verlo Matatías, se indignó hasta estremecerse, y, llevado de justa ira, fue corriendo y le degolló sobre el altar. [25] Al mismo tiempo mató al enviado del rey, que obligaba a sacrificar, y destruyó el altar. [26] Así mostró su celo por la Ley, como había hecho Finés con Zambri, hijo de Salom.

Dice el texto que a Matatías se le estremecieron los riñones *(kai etrómesan oi nefroi)*. Según la mentalidad semítica antigua,

eran los riñones la sede de las pasiones (Sal 73,21; Nah 2,10; Ez 29,7). El texto original añade que «dejó subir una justa cólera» (Prov 15,1), expresión semítica que se basa en la experiencia de sentir subir como una ola hasta manifestarse por la nariz con el soplo o resoplido. La cólera de Matatías está conforme al derecho, por cuanto el Deuteronomio (13,7-12; 17,2-7) prescribía que se matara a los idólatras y a los que inducían a otros a cometer tan horrendo crimen. Junto con el judío cayó muerto el enviado del rey *(ton andra tou basiléos)*. Según Flavio Josefo [3], este último se llamaba *Apelles*, nombre que algunos autores creen que ha entrado en el texto por una confusión con Apolonio (1,29; 3,10). El autor sagrado aprueba explícitamente el gesto de Matatías, comparándolo con el de Finés (Núm 25,7-8), hijo de Eleazar, hijo de Aarón, el antepasado de la línea sadocita de los sumos sacerdotes (1 Crón 6,35-37).

Sangre en el desierto (2,27-38)

[27] Alzó luego Matatías el grito en la ciudad, y dijo: «¡Todo el que sienta celo por la Ley y sostenga la alianza, sígame!» [28] Y huyeron él y sus hijos a los montes, abandonando cuanto tenían en la ciudad. [29] Entonces muchos que suspiraban por la justicia y la equidad bajaron al desierto [30] para habitar allí, así ellos como sus hijos y sus mujeres y sus ganados, pues los males pesaban sobre ellos. [31] Y así que llegó a noticia de los enviados del rey y de las fuerzas que había en Jerusalén, en la ciudad de David, que aquellos hombres, desobedeciendo el decreto del rey, habían bajado para esconderse en el desierto, y que muchos los habían seguido, [32] los sorprendieron; y acampando enfrente de ellos, se dispusieron a atacarles en día de sábado. [33] Y les decían: «Basta con lo hecho hasta aquí. Salid y cumplid el decreto del rey, y viviréis». [34] Ellos contestaron: «No saldremos, ni haremos lo mandado por el rey, profanando el sábado». [35] En seguida los acometieron, [36] y ellos no les respondieron, ni les lanzaron una piedra, ni taparon sus escondrijos, [37] diciendo: «Muramos todos en nuestra inocencia, y el cielo y la tierra serán testigos de que injustamente nos hacéis morir». [38] Y, acometidos en día de sábado, murieron ellos, sus mujeres, sus hijos y sus ganados, hasta mil hombres.

La actitud del pueblo ante la invitación de los enviados reales confirmó a Matatías en la impresión de que el pueblo judío se mantenía fiel a la religión de sus padres. Los que obedecían al rey eran llevados por el interés o por el miedo. Calculó él que al enarbolar la bandera de la rebelión serían muchos los que se aprestarían a defenderla. De ahí su proclama y su llamamiento a los que se sentían todavía solidarios con la supervivencia de su pueblo. Anticipándose al *maquis* de hoy día, abandonaron Modín, situada al borde de la Sefela, y huyeron a las montañas centrales del país *(hahar*, Jos 10,40; 11,16; Lc 1,39), donde encontrarían grutas naturales para guarecerse, piedras para defenderse de sus perseguidores

[3] *Ant. Iud.* 12,6,2.

y acantilados para tener en jaque a las tropas enemigas en caso de que Antíoco mandara contra ellos su ejército.

Al lado de este puñado de valientes de Modín hubo otros que, animados por los mismos ideales, imitaron su ejemplo. Pero les faltó arranque para desprenderse «de cuanto tenían en la ciudad», huyendo al desierto para habitar allí con sus hijos, sus mujeres y sus ganados. Con el término genérico de *midbar, éremos*, se designaba el terreno comprendido entre *el-Asur* hasta el sur del mar Muerto, o, más concretamente, el llamado desierto de Tecua. La guarnición siria de Jerusalén y provincias tuvo noticia del éxodo de judíos ortodoxos hacia el desierto, enviando contra ellos un destacamento de soldados. El encuentro con los fugitivos tuvo lugar en día de sábado. Las tropas de Antíoco escogieron adrede el día de sábado para presentar batalla, convencidos de que en dicho día no ofrecerían resistencia. El año 320 antes de Cristo, Tolomeo había conquistado la ciudad de Jerusalén sin lucha en día de sábado. Los *Hasidim*, dada su mentalidad rigorista, comprenden que no les es posible salir de su escondite sin profanar el descanso sabático, conforme al texto de Ex 16,29. En el *peser* de Habacuc, hallado en Qumrân, se habla de que el sacerdote impío persiguió al maestro de justicia. «Durante la fiesta del descanso del día *Hakkipurim* se presentó a ellos para que tropezaran en el día del ayuno, que es para ellos un sábado de reposo» [4]. Mueren ellos mártires de sus peculiares concepciones acerca del sábado. No especifica el texto qué género de muerte les alcanzó. Flavio Josefo [5] dice que perecieron asfixiados por el humo en el interior de sus antros, noticia esta respaldada por 2 Mac 6,11.

Duelo de Matatías (2,39-41)

39 Cuando Matatías y sus amigos lo supieron, se dolieron grandemente, 40 pero dijeron: «Si todos hacemos como nuestros hermanos han hecho, no combatiendo contra los gentiles por nuestras vidas y nuestras leyes, pronto nos exterminarán de la tierra». 41 Y tomaron aquel día esta resolución: Todo hombre, quienquiera que sea, que en día de sábado viniese a pelear contra nosotros, será de nosotros combatido, y no nos dejaremos matar todos, como nuestros hermanos, en sus escondrijos.

Según Flavio Josefo [6], fueron algunos de los supervivientes los que contaron a Matatías lo sucedido. Acaso discrepaban ellos de la manera de pensar de sus compañeros, salvándose gracias a su interpretación recta de la ley del descanso sabático. Matatías, en vista de lo sucedido, decretó que en adelante no será lícito tomar la ofensiva en día de sábado o de fiesta, pero todos estarán obligados a defenderse en caso de ser atacados. La concepción rigorista del descanso sabático nació en la época persa (Neh 13,19-20).

[4] L. ARNALDICH, *El Cristo del Evangelio y el supuesto Cristo del mar Muerto:* «Verdad y Vida», 11 (1953) 57-71.
[5] *Ant. Iud.* l.c.
[6] *Ant. Iud.* 12,6,2.

Los asideos (2,42-44)

42 Entonces se unió a ellos un grupo de asideos, israelitas, valientes, todos adictos a la Ley. 43 Cuantos buscaban escapar a la persecución se unían a ellos, acrecentándose así sus fuerzas. 44 Formaron un ejército, hirieron a los pecadores en su ira y a los impíos en su furor. Los restantes buscaban su salvación entre los gentiles.

La chispa revolucionaria había prendido en todo Israel. Al grupo insignificante de Matatías, de sus hijos y familiares, se unieron los que huyeron al desierto y, últimamente, los asideos. ¿Quiénes eran éstos? El texto revela dos de sus características peculiares: adictos a la Ley y valientes guerreros. Los asideos (griego *asidaioi;* hebreo *hasidim*, los *piadosos)*, que existían antes de los Macabeos, aparecen en nuestro libro formando un grupo aparte, distinto del que inició la resistencia contra el helenismo, con Matatías por jefe, y más aún de aquellos que en un tiempo flirtearon con los gentiles. No eran ni monjes ni guerreros en el sentido pleno de la palabra, pero tenían un poco de ambas cualidades. Los asideos, no obstante su adhesión a los Macabeos (2 Mac 14,6), formaron un grupo distinto, hasta el punto de llamarse fariseos o separados por haberse opuesto a los asmoneos (7,13). No siempre compartían ellos el pensamiento de éstos, y en algunas ocasiones manifestaron puntos de enfoque opuestos (7,13). Existe hoy día una tendencia a considerar a los asideos como el tronco de donde surgió la comunidad esenia de los sectarios del mar Muerto. Tres veces aparece su nombre en el libro de los Macabeos (2,42; 7,13; 2 Mac 14,6). Sin embargo, se cree que en la lucha contra el helenismo tuvieron ellos gran influencia. [7]

Campañas de Matatías (2,45-48)

45 Recorrieron Matatías y sus amigos las ciudades, destruyendo altares 46 y obligando a circuncidar a cuantos niños encontraban incircuncisos en los confines de Israel. 47 Dieron caza a los insolentes, y sus operaciones tuvieron pleno éxito. 48 Arrancaron la Ley de manos de los gentiles y de los reyes y no dejaron prosperar al pecador.

El temor a las represalias había inducido a muchas familias al abandono de la práctica de la circuncisión. Por haber huido los helenizantes, buscando refugio entre los gentiles, las gentes de los pueblos que se mantenían fieles a su fe ayudaron a Matatías en la labor del saneamiento religioso de Israel. Con particular ahínco perseguían a los *hijos de la arrogancia*, o sea a los emisarios reales que se vanagloriaban de haber acabado con el judaísmo. Matatías y los suyos arrancaron la Ley de manos de los gentiles y de los reyes, quebrantando el cuerno del impío (Sal 75,5-6; 89,18.25; 92,11), aludiendo a Antíoco Epifanes.

[7] Véase PENNA, *Gli Asidei* l.c., 61-63, con abundante bibliografía, y ABEL-STARCKY, l.c., 56-59.

Testamento de Matatías (2,49-68)

**49 Acercándose el fin de los días de Matatías, dijo éste a sus
hijos: «Al presente triunfa la soberbia y el castigo, es tiempo de
ruina y de furiosa cólera. 50 Hijos míos, mostraos celadores de
la Ley y dad la vida por la alianza de nuestros mayores. 51 Acor-
daos de las hazañas de vuestros padres en sus días y alcanzaréis
gran gloria y nombre eterno. 52 ¿No fue Abraham hallado fiel
y le fue imputado a justicia? 53 En el tiempo de la tribulación,
José guardó la Ley, y vino a ser señor de Egipto. 54 Finés, nues-
tro padre, por su gran celo recibió la promesa del sacerdocio
eterno. 55 Josué, por la observancia de la Ley, llegó a ser juez
de Israel. 56 Caleb, por su testimonio ante el pueblo, recibió la
heredad de la tierra. 57 David, por su misericordia, heredó el
trono real por los siglos de los siglos. 58 Elías, por su gran celo
de la Ley, fue arrebatado al cielo. 59 Ananías, Azarías y Misael,
por su fe, fueron librados del fuego. 60 Daniel, por su inocencia,
fue libertado de la boca de los leones. 61 Recorred de este modo
todas las generaciones, y veréis cómo ninguno que confía en
Dios es confundido. 62 No temáis las amenazas de este malva-
do, porque su gloria se volverá en estiércol y en gusanos. 63 Hoy
se engríe, pero mañana no será hallado, porque se habrá vuelto
al polvo y se habrán disipado sus planes. 64 Vosotros, hijos míos,
cobrad ánimo, combatid varonilmente por la Ley, que con esto
vendréis a ser gloriosos. 65 Yo sé que Simón, vuestro hermano,
es hombre de consejo; oídle siempre, y sea él vuestro padre.
66 Judas el Macabeo es fuerte y vigoroso desde su mocedad;
que sea el capitán del ejército y quien dirija la guerra contra las
naciones. 67 Atraed a vosotros a todos los cumplidores de la
Ley, y tomad severa venganza de los ultrajes a vuestro pueblo.
68 Dad a los gentiles su merecido y atended a la observancia de
los preceptos de la Ley».**

Como otro Jacob, Matatías, ya viejo y agotado por sus campañas, reunió en torno a su lecho a sus hijos para dictarles su testamento, pronunciando palabras de bendición, como Jacob y Moisés. Empieza por recordarles la gravedad de los tiempos que corren. Estas circunstancias adversas no deben descorazonarles, antes bien, deben servir de acicate para estimularles a la lucha hasta conseguir el triunfo definitivo, dando por ello la vida si fuere necesario. La historia demuestra que Dios no desampara nunca a los que le permanecen fieles. Ningún temor deben inspirarles las amenazas de Antíoco, que, al igual que los otros hombres, acabará por reducirse a polvo, estiércol y gusanos (2 Mac 9,9). Dios, en cambio, permanece eternamente y maneja en sus dedos los hilos de la historia. La lucha contra el hombre de pecado (*andros amartolou*, v.62) puede prolongarse más o menos; pero acabará con la victoria de los que combaten con fe las batallas del Señor. El testamento de Matatías aparece en algunos puntos en forma estandardizada y recuerda Ecli 44-50. El texto supone un conocimiento, al menos vago, de sucesos que se narran en el curso del libro, posteriores a la muerte de Matatías. En el v.62 se halla una alusión bastante clara a la enfermedad que acabó con Antíoco. De los hijos de Matatías sólo

se mencionan el primero y el último. Puede admitirse que el autor sagrado ha vaciado en su texto algunas de las ideas y conceptos que le embargaban en el momento de escribirlo. El testamento de Matatías está en estilo poético. El género literario de «testamentos» estaba en boga, como demuestran los descubrimientos de Qumrân.

Muerte de Matatías (2,69-70)

**69 Y, bendiciéndoles, fue a reunirse con sus padres. 70 Murió
el año ciento cuarenta y seis, y los hijos le sepultaron en el se-
pulcro de sus padres, en Modín, y todo Israel hizo por él gran
llanto.**

La muerte significa reunirse con los padres (Gén 25,8; 35,29; 49,33). El año seléucida 146 corresponde al 166 antes de Cristo. Afirma Flavio Josefo que Matatías estuvo un año al frente de los insurrectos. Quizá fueron solamente unos meses. El impulso estaba dado; faltaba continuar la tarea, que sus hijos llevarían a cabo brillantemente.

Segunda parte

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA BAJO JUDAS MACABEO (3,1-9,22)

Elogio del nuevo jefe (3,1-9)

**1 Le sucedió Judas, apellidado Macabeo, 2 a quien apoyaron
sus hermanos y cuantos habían seguido a su padre, y comba-
tían alegremente los combates de Israel.**

**3 Y dilató la gloria de su pueblo
y, como héroe, se vistió la coraza,
y se ciñó sus armas para guerrear,
y trabó batallas, protegiendo con su espada el campamento.
4 Por sus hazañas se pareció al león
y al cachorro que ruge en busca de la presa.
5 Persiguió a los impíos, despistándoles,
y entregó a las llamas a los perturbadores de su pueblo.
6 Los impíos se sobrecogieron de miedo ante él;
los obradores de la iniquidad se turbaron.
En sus manos llegó a buen término la salvación.
7 Dio en qué entender a muchos reyes,
y fue el regocijo de Jacob con sus hazañas.
Por los siglos perdurará su memoria en bendición.
8 Recorrió las ciudades de Judá,
exterminó a los impíos de ellas
y alejó de Israel la ira.
9 Llegó su nombre hasta los confines de la tierra,
y reunió a los dispersos.**

Judas Macabeo sucede a su padre. Los guerreros que antes se habían puesto incondicionalmente a las órdenes de Matatías (2,28-45) apoyaron con alegría las empresas del nuevo jefe. El chispazo pro-

ducido en Modín llevaba trazas de convertirse en una hoguera de entusiasmo que debía tener en jaque a los jefes del helenismo.

El autor sagrado teje un elogio del nuevo héroe del yahvismo. Por él la fama de Israel traspasó las fronteras, que su hermano Simón ensanchará (14,6). Su figura es como la de un gigante. Marcha a la cabeza de sus tropas. Es intrépido y arrojado como un león (Gén 49,9; Núm 23,24; 24,9; 2 Mac 11,11), como un cachorro de león ruge por la presa, pidiendo así a Dios su alimento (Sal 104,21). Sus connacionales afiliados al helenismo eran la mira de sus pesquisas, entregando a la hoguera los culpables (5,5; 5,44; 2 Mac 8,33). Combatió victoriosamente contra Antíoco Epifanes, Antíoco Eupator y Demetrio I. Sus victorias elevaron la moral del pueblo y eran celebradas con cánticos y odas en toda la nación. Su fama llegó a Roma (8,17ss; 2 Mac 11,34ss).

Derrota de Apolonio (3,10-12)

10 Apolonio movilizó a los gentiles y a un fuerte ejército de Samaria para hacer la guerra contra Israel. 11 Así que lo supo Judas, le salió al encuentro, derrotóle y le dio muerte. Muchos cayeron gravemente heridos y huyeron los demás. 12 Se apoderó de sus despojos y de la espada de Apolonio, de la cual se sirvió en la guerra todos los días de su vida.

Las gentes que se apiñaron en torno a Judas Macabeo crecían en número de día en día. Las autoridades de Jerusalén calcularon que para infligirles una derrota definitiva necesitaban refuerzos de fuera, buscándolos en Samaria. Apolonio *(tes samareías strategós)* estaba al frente de las tropas apostadas en Samaria, distrito de la Celesiria. Era meridarca de los territorios de Samaria y Judea (2 Mac 6,2). No tomaron parte en la lucha sus soldados de Misia (1,29). Apolonio vio en ello una ocasión propicia para descargar su saña contra los odiados judíos. Pero el Macabeo no estaba desprevenido; le atacó de improviso, dejando muchos muertos sobre el campo, entre los cuales figuraba el mismo Apolonio [1]. ¿Dónde se produjo este encuentro? No lo declara el texto. Cabe suponer que el teatro de la lucha fue en un lugar entre Jerusalén y Samaria, al descampado, en el año 166.

Ilusiones de Serón (3,13-17)

13 Cuando llegó a oídos de Serón, jefe del ejército de Siria, que Judas había juntado gente y que una muchedumbre de fieles a la ley combatía a su lado, 14 se dijo: «Me haré famoso y ganaré gloria en el reino combatiendo a Judas y a los suyos, que desprecian los decretos del rey». 15 Y, preparada la segunda expedición, salió y subió con poderoso ejército, al cual se unieron los impíos para apoyarle y tomar venganza de los hijos de Israel. 16 Cuando llegaban a la subida de Betorón, les salió al paso Judas con un puñado de hombres. 17 Estos, viendo el ejér-

[1] *Ant. Iud.* 12,5,5.

cito que venía contra ellos, dijeron a Judas: «¿Cómo podremos nosotros, tan pocos, luchar contra tan poderosa muchedumbre, y menos estando, como estamos hoy, extenuados por el ayuno?»

La derrota de Apolonio tuvo repercusiones en el reino seléucida. Un general del cuerpo de ejército regular de Celesiria quiso borrar la ignominia del ejército sirio con una expedición de castigo y aprovechar la acción para cubrirse de gloria ante el soberano. A los soldados que reclutó en Siria se les juntaron algunos judíos apóstatas (2,44). Los *impíos*, como los llama el texto, más que en cubrirse de gloria, soñaban en la posibilidad de regresar a sus hogares, recobrar sus posesiones y vengarse de aquellos que les constreñían a expatriarse. De Serón no se tienen otras noticias.

El camino que siguió el ejército de Serón fue probablemente el de la costa. Al llegar a la altura de Modín no vislumbró Serón trazas del enemigo. Con precaución internóse hasta Betorón Bajo, donde acampó con su ejército [2]. Más tarde continuó su avance hacia la subida de Betorón (Jos 10,10-11), con ánimo de proseguir su camino hacia el este. Pero Judas, apostado en la cima de la subida empinada y rocosa, le cortó el paso. Según los cálculos humanos, era tanta la desproporción numérica, que la derrota se mascaba. A ello se añadía la circunstancia de estar extenuados por el hambre, provocada, o bien por un ayuno legal, o por la misma condición de guerreros errantes (Jue 8,15; 2 Sam 16,2.14). La única ventaja del ejército de Judas, aparte de la invisible ayuda del cielo, era la situación estratégica. En Betorón encontraron la muerte los legionarios del legado Cestio Gallus, al principio de la primera revuelta.

Judas arenga a sus tropas (3,18-22)

18 Pero Judas les contestó: «Fácil cosa es entregar una muchedumbre en manos de pocos, que para el Dios del cielo no hay diferencia entre salvar con muchos o con pocos; 19 y no está en la muchedumbre la victoria en la guerra: del cielo viene la fuerza. 20 Estos llegan a nosotros llenos de orgullo e impiedad, para apoderarse de nosotros, de nuestras mujeres e hijos, y saquearnos, 21 mientras que nosotros luchamos por nuestras vidas y por nuestras leyes. 22 El los aplastará a nuestros ojos; no tengáis miedo de ellos».

La idea que desarrolló Jonatás para infundir ánimo a su escudero (1 Sam 14,6) sirve ahora a Judas para levantar la moral de los suyos. Dios luchará con Judas y su ejército. Tener miedo significa no tener fe.

Derrota de Serón (3,23-26)

23 Así que acabó de hablar, los acometió con decisión, derrotando a Serón y a su ejército. 24 Los persiguió Judas por la bajada de Betorón hasta el llano, quedando en el campo unos ochocientos hombres y huyendo los demás a tierra de los filis-

[2] *Ant. Iud.* 12,7,1.

teos. 25 Con esto, el espanto y el miedo a Judas y a sus herma-
nos se apoderó de las naciones vecinas. 26 La fama de su nom-
bre llegó hasta el rey, y en todas las naciones se contaban sus
batallas.

Es célebre en la historia de Israel la subida de Betorón. Allí derrotó Josué a los amorreos (Jos 10,10); por la misma escaparon los filisteos expulsados de Micmas (1 Sam 14,39). Una vez enardecidos los ánimos con las palabras de Judas, el diminuto ejército se lanzó contra el enemigo, que, imposibilitado de maniobrar por la estrechez del terreno, se replegó hacia la llanura, perseguido por Judas. El país de los filisteos (en griego: *paralia)* es la zona marítima (15,38). Después de esta batalla comenzó a tomarse en serio la existencia de Judas y de su ejército. No se trataba de vulgares bandas de rebeldes y de descontentos, sino de un ejército bien disciplinado. Sin embargo, es prematuro decir que la fama de Judas corría por las naciones. Estas escaramuzas y victorias sobre el ejército sirio levantaron la moral de los judíos ortodoxos; los débiles en la fe se reafirmaban en sus creencias; los apóstatas temían por su porvenir; las autoridades civiles y el ejército sirio perdían prestigio a los ojos de sus simpatizantes. El mismo rey se enteró de la hombrada de Serón, que terminó con un resonante descalabro militar.

Movilización general (3,27-31)

27 El rey Antíoco, en teniendo noticia de estos sucesos, se
encendió en ira, y dio orden de juntar todas las fuerzas del rei-
no, un ejército poderosísimo. 28 Abrió sus tesoros y pagó la
soldada a su ejército por un año, ordenando que estuviesen pre-
parados para todo evento. 29 Viendo el rey que sus tesoros ha-
bían quedado exhaustos y que los tributos eran escasos por las
disensiones y calamidades que él había traído sobre la tierra,
en su empeño de suprimir las leyes que habían estado en uso
desde los días antiguos, 30 temió no tener, como otras veces le
había sucedido, para los gastos y los donativos, que solía repar-
tir con más larga mano y mayor prodigalidad que sus antece-
sores. 31 En este grave aprieto, resolvió ir a Persia a cobrar los
tributos de las provincias y reunir mucho dinero.

A un jefe de distrito, Apolonio, siguió un general de provincia, Serón, y, finalmente, el mismo rey. En los días en que el monarca se enteró de que las cosas de Palestina marchaban mal, estaba planeando una expedición a Oriente, con el fin de castigar al rey de los partos. No le era posible de momento dirigir la campaña de Palestina. Pero pensaba que la victoria sobre el rey Arsaces VI aseguraría la paz en Oriente y llenaría las arcas reales para hacer frente a los gastos militares. De momento, y para asegurarse la fidelidad de las tropas, les pagó el sueldo de un año, prometiendo ser más generoso de regreso de Persia. Tácito afirma que el motivo que impidió a Antíoco helenizar todo el imperio fue la guerra contra los partos [3]. Nada dice Tácito sobre el proyecto del rey de

[3] *Hist.* 5,8.

ir en busca de dinero, pero no lo excluye. Sabido es que los seléucidas andaban siempre escasos de él después de la derrota sufrida en Magnesia (189 a. C.). Sin embargo, era proverbial la munificencia de Antíoco (Polibio, 30,25).

Antíoco delega a Lisias (3,32-37)

32 Dejó a Lisias, hombre ilustre y de linaje real, al frente de los
negocios del reino desde el Eufrates hasta los confines de Egip-
to 33 y con el cargo de velar por su hijo Antíoco hasta su vuelta.
34 Puso a su disposición la mitad de su ejército y los elefantes,
encomendándole la ejecución de sus planes, y sobre todo lo
de Judea y Jerusalén. 35 Debía enviar contra ellos el ejército,
aplastar y destruir la fuerza de Israel y las reliquias de Jerusalén,
hasta borrar de la tierra su memoria, 36 e instalar extranjeros
en sus confines, distribuyéndoles la tierra por suerte. 37 La otra
mitad del ejército la llevó consigo el rey, que partió de Antio-
quía, la capital de su reino, el año ciento cuarenta y siete, y,
atravesando el Eufrates, se dirigió hacia las regiones altas.

Era Lisias hombre ilustre *(éndoxos)* y pariente del rey (2 Mac 11, 1; Jer 41,1), sin que podamos precisar el grado de este parentesco. Acaso se trata más bien de un título honorífico que se concedía para premiar los méritos de algún personaje. A Lisias dejó Antíoco el cuidado de la parte occidental del reino, a saber: todo el territorio comprendido entre el Eufrates y Egipto, excepto Chipre. Nombróle además tutor de su hijo Antíoco Eupator (6,17), que contaba entonces nueve años de edad. Una parte del ejército fue puesta a disposición de Lisias, así como los elefantes, que de nada servirían al rey en su campaña por regiones montañosas. Las órdenes reales eran severísimas: liquidación total del judaísmo. Dadas las órdenes pertinentes al regente Lisias, el rey se marchó hacia las *regiones altas,* esto es, tomó la dirección nordeste, hacia la meseta del Irán. La fecha de partida fue el año 147 de la era seléucida, que corresponde al año 165 a. C. De esta expedición real se ocupará más tarde nuestro libro (6,1-16).

Soldados sirios en Emaús (3,38-41)

38 Escogió Lisias a Tolomeo, hijo de Dorimeno; a Nicanor
y a Gorgias, varones valerosos de entre los amigos del rey;
39 y envió con ellos cuarenta mil hombres y siete mil caballos
para invadir la Judea y arrasarla, según el mandato del rey.
40 Partieron con todo su ejército y vinieron a acampar cerca
de Emaús, en la llanura. 41 Cuando los mercaderes de la región
tuvieron noticia de su llegada, tomaron muchísima plata, oro y
cadenas para comprar los hijos de Israel como esclavos. A ellos
se agregaron fuerzas de Idumea y del país de los filisteos.

No podía Lisias abandonar la capital del imperio, por lo que encargó a Tolomeo organizara y dirigiera la campaña contra Palestina. Tolomeo, que en otro tiempo favoreció la causa de Menelao (2 Mac 4,45), era gobernador de Celesiria y Fenicia. De momento

envió un ejército de cuarenta mil hombres y siete mil caballos a las órdenes de Nicanor, hijo de Patroclo (2 Mac 8,9), y de Gorgias, todos ellos amigos del rey. Entre estos personajes existía una graduación. Unos eran *simples amigos del rey;* otros, *amigos predilectos* y primeros amigos (10,16.20.60.65; 11,27) [4].

Sólo Nicanor y Gorgias siguieron de cerca a las tropas. Los mercaderes acompañaron al ejército basados en las promesas hechas por Nicanor de cederles noventa esclavos judíos por un talento, es decir, a setenta francos oro cada uno. El tráfico de esclavos era corriente en el Próximo Oriente. En Am 1,6-9 se acusa a Gaza y a Tiro de haber entregado muchedumbres enteras de esclavos a Edom. El ejército expedicionario siguió en su avance la ruta de la costa mediterránea hasta llegar a la altura de Amuás (Emaús), a treinta kilómetros al este de Jerusalén, punto estratégico situado en la Sefela, desde donde podíanse dominar los accesos de Betorón y de Ayalón, el camino de Jerusalén y los territorios del sudeste.

Consejo de los Macabeos (3,42-45)

42 Viendo Judas y sus hermanos que las cosas iban de mal en peor y que los ejércitos acampaban en sus confines, y conocedores de las órdenes dadas por el rey de destruir y exterminar al pueblo, 43 se dijeron unos a otros: «Salvemos a nuestra nación de su ruina y combatamos por nuestro pueblo y por el santuario». 44 Y convocaron la asamblea para disponerse a la guerra, orando e implorando clemencia y misericordia.

45 Jerusalén estaba despoblada como un desierto;
no había quien de sus hijos entrase o saliese.
Su santuario estaba conculcado,
y los hijos de los extranjeros moraban en la ciudadela.
Era ésta albergue de los gentiles;
el gozo de Jacob había desaparecido,
y habían enmudecido la flauta y la cítara.

Los Macabeos se percataron de la gravedad de la situación. Pero la suerte estaba echada; volver atrás era tanto como cavar la propia sepultura. Donde no llegaban sus fuerzas supliría Dios, apiadándose de los que luchaban por su pueblo escogido y por su casa, el templo.

Reunión en Masfa (3,46-54)

46 Se reunieron y vinieron a Masfa, frente a Jerusalén, pues en otro tiempo había sido Masfa un lugar de oración para Israel. 47 Ayunaron aquel día, se vistieron de saco, pusieron ceniza sobre sus cabezas, rasgaron sus vestiduras 48 y extendieron el libro de la Ley, buscando en él lo que los gentiles preguntan a las imágenes de sus ídolos. 49 Trajeron los vestidos sacerdotales, las primicias y los diezmos, e hicieron venir a nazareos

[4] Véase Bickermann, *Institutions des Séleucides* 40-42; G. Corradi, *Studi hellenistici* (Turín 1929) 318-343. Gorgias, por su condición de estratega (2 Mac 8,9), dirigió las operaciones militares (5,58; 2 Mac 12,32). Nicanor tenía precedencia sobre él por ser de los primeros amigos del rey (2 Mac 8,9), pasando cinco años después a ser jefe militar (7,26ss).

que habían cumplido los días de su consagración; 50 y a voces clamaron al cielo, diciendo: «¿Qué vamos a hacer con éstos y adónde vamos a llevarlos? 51 Porque tu santuario está hollado y profanado; tus sacerdotes, en luto y humillación, 52 y ahora los gentiles se han reunido contra nosotros para destruirnos. Tú sabes las cuentas que echan sobre nosotros. 53 ¿Cómo podremos hacerles frente si tú no nos ayudas?» 54 Y tocaron las trompetas y clamaron a grandes voces.

No era posible acudir al templo, conculcado y desierto (v.45), por lo que se reunieron en Masfa, en el actual *Tell en Nasbet*, a trece kilómetros al norte de Jerusalén (Jue 20,1; 1 Sam 7,5; 10,17; Os 5,1). El v.48 es interpretado diversamente (Abel, Knabenbauer). Su sentido parece ser el siguiente: Tienen el libro abierto para leer en él. Dada la incertidumbre del momento, se necesitan las luces de lo alto para conocer lo que debe hacerse. A falta de profeta o de sacerdote que consulte al Señor por los *urim* y *tummim* (Ex 29,30; 1 Sam 14,18), emplean el texto de la Escritura. Al abrir el libro les salió un pasaje en el que se hablaba de la ayuda divina. Por lo mismo, su contraseña será: «De Dios la ayuda» (2 Mac 8,23). Los campeones de la fe han buscado en el libro de la Ley lo que los gentiles interrogaban a sus dioses. San Agustín [5] conocía esta práctica de inquirir la voluntad de Dios mediante la apertura al azar de las Sagradas Escrituras. San Francisco buscó en el Evangelio el género de vida que tenían que seguir él y sus frailes.

Masfa era la prolongación del templo de Jerusalén. Allí se montó una exposición de vestidos sacerdotales (Ex 28,4-42) que sólo se llevaban en el templo; se trajeron primicias (Ex 23,19) y los diezmos con el fin de mover a Dios a velar por su honor. Los nazareos, que se obligaban a no beber bebidas alcohólicas y a dejar su cabellera intacta hasta haber cumplido su voto, fueron llamados para someterse a los ritos y ceremonias que señalaban el fin del mismo (Núm 6,13-19). Todo ello era una muestra de la fidelidad a la Ley. Dios se apiadará de su pueblo y hará de manera que en un tiempo no lejano se realice en el templo de Jerusalén lo que ahora se hace en Masfa. Los que están presentes no dudan de que será así. Por lo mismo tocan las trompetas, conforme a Núm 10,9. Estos gritos y toques de trompeta eran a la vez grito de guerra e invocación a Yahvé antes del combate (Jos 6,33; 7,45; 9,12; 16,8). Las trompetas juegan gran papel en el rollo de la guerra, encontrado en Qumrân.

Medidas militares (3,55-60)

55 Después de esto instituyó Judas jefes del pueblo, de millares, centenas, cincuentenas y decenas, 56 y dijeron a los que edificaban casas, a los que habían tomado mujer, a los que habían plantado una viña y a los tímidos que se volvieran cada uno a su casa, conforme a la prescripción de la Ley, 57 y, levantando el campo, vinieron a ponerse al sur de Emaús. 58 Dijo Judas a los suyos: «Preparaos y portaos como valientes, prontos a lu-

[5] *Confess.* 8,29.

char mañana temprano contra estas gentes que se han reunido contra nosotros para destruirnos y destruir nuestro santuario.
59 Mejor es morir combatiendo que contemplar las calamidades de nuestro pueblo y del santuario. 60 En todo caso, hágase la voluntad del cielo».

Judas se apresta a la lucha, imponiendo una sólida organización a sus tropas. Los hermanos de Judas estaban al frente de los principales destacamentos (2 Mac 8,22). Conforme a la Ley (Deut 20,5-8), mandó a sus casas a los que podían entorpecer el entusiasmo y arrojo de los combatientes. Seleccionados los combatientes, Judas les dirige las últimas recomendaciones: ceñirse bien la cintura para poder correr más y mejor (Ex 12,11); pensar que es mejor morir combatiendo que vivir como esclavos de un pueblo gentil. Mucha confianza en Dios, que es, en último término, el que decide el éxito o fracaso de la batalla. Judas se inspira en la organización judicial y militar de los tiempos del Exodo (Ex 18,21; Núm 31,48; Deut 1,15). De los jefes de mil, cien y cincuenta se habla en los libros de Samuel (1 Sam 18,1) y Reyes (2 Re 11,15; 1,9-14). Esta división reaparece en Qumrân.

En busca del enemigo (4,1-11)

1 Gorgias, tomando cinco mil infantes y mil jinetes escogidos, levantó el campo por la noche, 2 con el propósito de atacar al ejército judío y derrotarlo por sorpresa. Llevaban por guías hombres de la ciudadela. 3 Tuvo de ello noticias Judas, y con sus valientes movió también el campo para atacar a los del rey que estaban junto a Emaús, 4 en tanto que el grueso del ejército andaba aún disperso, lejos del campamento. 5 Llegó Gorgias al campo de Judas por la noche, y, no hallando a nadie, los buscaba por los montes, diciendo: «Estos han huido de nosotros». 6 En cuanto fue de día apareció Judas en el llano con tres mil hombres, que no tenían los escudos ni las espadas que deseaban. 7 Vieron el campamento de los gentiles, fuerte, atrincherado, rodeado de la caballería, formado por hombres diestros en la guerra. 8 Dijo Judas a los que le acompañaban: «No temáis a esa muchedumbre ni su ímpetu os acobarde. 9 Recordad cómo fueron salvados vuestros padres en el mar Rojo cuando el faraón los perseguía con su ejército. 10 Levantemos al cielo nuestra voz, en la esperanza de que se compadezca de nosotros y, acordándose de la alianza con nuestros padres, aplaste hoy ante nuestros ojos este campamento, 11 y conocerán todas las gentes que hay quien rescata y salva a Israel».

Los sirios tuvieron noticia de los desplazamientos del diminuto ejército judío. Gorgias marchó a su encuentro con la intención de sorprender a Judas en algún sitio y obligarle a presentar batalla. Hombres de la ciudadela (literalmente: «los hijos de la ciudadela»), entre los cuales había judíos apóstatas [1], guiaron a Gorgias por el quebrado terreno. Supo Judas el itinerario del ejército de Gorgias y se desplazó a su vez, presentándosele la magnífica ocasión de atacar a los dos cuerpos de ejército por separado. Burlando la búsqueda de Gorgias, dirigióse muy de mañana al campamento de Amuás (Emaús). Desde su escondite examinó Judas de cerca el campamento general de los sirios y estudió las posibilidades de asaltarlo. La ocasión era propicia, porque parte del ejército andaba errante por la montaña en su busca. Además, el campamento hallábase en período de consolidación, de manera que muchos soldados vivaqueaban fuera del mismo, en completo desorden y con una disciplina militar relajada. La exhortación a los soldados antes del combate (v.8) estaba prescrita por Deut 20,2.

[1] FLAVIO JOSEFO, *Ant. Iud.* 12,7,4.

Asalto al campamento (4,12-18)

12 Los extranjeros alzaron sus ojos, vieron que venían a atacarles 13 y salieron al campo para combatirlos. Los soldados de Judas tocaron las trompetas, 14 y se trabó la lucha, siendo derrotados los gentiles, que luego se dieron a huir por el llano.
15 Fueron perseguidos hasta Guezer, los llanos de Idumea, de Azoto y de Jamnia; los rezagados cayeron todos al filo de la espada, quedando en el campo hasta tres mil de ellos. 16 Volviendo Judas con su ejército de perseguirlos, dijo a los suyos:
17 «No codiciéis los despojos, que tenemos ante nosotros el peligro, 18 pues Gorgias está con su ejército en los montes próximos. Por el momento haced frente a los enemigos; después ya podréis tomar los despojos con seguridad».

Los soldados de Nicanor trataron de hacer frente a los asaltantes, pero en vano. Acaso sus generales descansaban, despreocupados, en sus tiendas. Los sirios diéronse a la fuga por la llanura, buscando asilo en Guezer (Jos 10,33); otros iban errantes por la llanura de Idumea (según una variante textual, «llanura de Judea»), entre Azoto y Jamnia, o se encerraron dentro de estas dos ciudades costeras. Las gentes de Idumea aprovecharon la deportación de los judíos a Babilonia para abandonar las áridas tierras de Idumea y establecerse en esta zona fértil de la costa. Hubiera sido contraproducente detenerse en desalojar a los fugitivos de las ciudades en que se habían refugiado, porque Gorgias merodeaba por los montes vecinos. Hubiera sido también fatal para los judíos dejarse llevar de la codicia ante los despojos del campamento sirio, olvidando que un cuerpo de ejército, todavía intacto, podía caer de un momento a otro sobre ellos. Contra estos peligros les previene Judas.

Huida de Gorgias (4,19-25)

19 Estaba aún Judas diciendo esto, cuando apareció, saliendo del monte, una división de Gorgias, 20 la cual, al ver cómo los suyos habían vuelto las espaldas y ardía en llamas el campamento, porque el humo que se veía daba bien a entender lo sucedido, 21 se llenó de miedo, y más viendo al ejército de Judas en el llano en orden de batalla. 22 Todos se dieron a huir hacia la tierra de los filisteos. 23 Judas entonces se volvió y recogió el botín del campamento, donde tomaron mucho oro y

plata, y telas de jacinto y de púrpura marina, y grandes riquezas. [24] A su vuelta elevaban al cielo cánticos y bendiciones: «Porque es bueno, porque es eterna su misericordia». [25] En aquel día obtuvo Israel una gran victoria.

Judas no se equivocaba: Gorgias hacía en aquellos momentos su aparición en los montes. La imponente humareda que salía del antiguo campamento situado en las inmediaciones de Amuás le indicaba claramente que algo anormal sucedía allí. Gorgias no intentó presentar batalla, sino retirarse hacia la tierra de los filisteos, en busca del deshecho cuerpo de ejército al mando de Nicanor. La púrpura marina, conocida también por Polibio, era la de Tiro (Ex c.25-29).

Derrota de Lisias (4,26-35)

[26] Cuantos extranjeros se salvaron llegaron a anunciar a Lisias lo sucedido, [27] y éste, al oír las noticias, se quedó consternado y abatido, porque las cosas no habían sucedido en Israel como el rey se lo había ordenado. [28] Al año siguiente organizó un ejército de sesenta mil hombres y cinco mil caballos para acabar totalmente con los judíos. [29] Vino por Idumea y acampó en Betsur. Para hacerles frente sólo disponía Judas de diez mil hombres. [30] A la vista de tan fuerte ejército, oró, diciendo: «¡Bendito seas, Salvador de Israel, que quebrantaste el ímpetu del gigante por mano de tu siervo David y entregaste el campamento de los filisteos en poder de Jonatán, hijo de Saúl, y de su escudero! [31] Da este campo a manos de tu pueblo Israel y queden avergonzados su ejército y su caballería. [32] Infúndeles miedo, abate la presuntuosa confianza en su fortaleza y avergüéncense de su derrota. [33] Derrótalos por la espada de los que te aman y entonen cánticos de loor todos los que conocen tu nombre». [34] Vinieron a las manos, cayeron del ejército de Lisias cinco mil hombres. [35] Al ver Lisias la derrota de su ejército y la audacia del de Judas y cómo estaban dispuestos a vivir o morir gloriosamente, partió para Antioquía y reclutó mercenarios para acrecentar su ejército, con el propósito de volver contra Judas.

La derrota de Lisias tuvo lugar viviendo todavía Antíoco Epifanes (2 Mac 11,1-12). Tenía Lisias suficiente amor propio para organizar y dirigir personalmente otra expedición de castigo contra Judas. El año de los seléucidas 148 el 164 antes de Jesucristo, reclutó un imponente ejército, capaz, según sus cálculos, de aplastar a los judíos. Judas Macabeo, una vez liquidado el ejército de Gorgias, quiso castigar la insolencia de los idumeos, que molestaban a los judíos ortodoxos y acogían a los que desertaban de su ejército (2 Mac 10,10ss). Por motivos de seguridad pensó en aprovechar el descanso para arrebatar algunas plazas fuertes a los idumeos. Lisias corrió en ayuda de sus fieles aliados, y fijó su tienda en Betsur, plaza fuerte que dominaba el camino de Hebrón a Jerusalén, distante veintiocho kilómetros de esta última. En su oración hace notar Judas que la actual desproporción de fuerzas existía también entre Jonatás

y los filisteos (1 Sam 14,1-23), entre David y Goliat (ibid., 17,38-51); pero Dios *entregó* a los filisteos en poder de uno y otro. Dios y Judas derrotaron al regente Lisias, que, avergonzado, se retiró a Antioquía, queriendo zafar su derrota con el reclutamiento de nuevos mercenarios. Pero razones diplomáticas aconsejaban no azuzar al león de Judá, sino más bien amansarlo con medidas de libertad para el judaísmo. Antes de la dedicación del templo hubo otras operaciones militares (2 Mac 12,1-9).

Duelo por el templo (4,36-40)

[36] Judas y sus hermanos se dijeron: «Nuestros enemigos están derrotados; subamos, pues, y purifiquemos el santuario y restablezcamos el culto». [37] Y, juntando el ejército, subieron al monte de Sión. [38] Al ver el santuario desolado, profanado el altar, quemadas las puertas, la hierba crecida en los atrios como en un bosque o en un monte y las habitaciones destruidas, [39] rasgaron sus vestiduras y alzaron gran llanto, se pusieron ceniza sobre su cabeza, [40] se postraron en tierra, tocaron las trompetas de señales y clamaron al cielo.

Las fuerzas del regente Lisias habían evacuado Palestina; los idumeos habían sido humillados; los sirios de Jerusalén, sitiados en el Acra. Había llegado la ocasión propicia para purificar el templo y restablecer el culto legítimo. Los hermanos Macabeos subieron con el ejército a fin de tener a raya la guarnición de la ciudadela (1,35-36).

Acción de los sacerdotes (4,41-50)

[41] Luego ordenó Judas que algunos tuvieran en jaque a los de la ciudadela, mientras purificaban el santuario. [42] Eligieron sacerdotes irreprochables, amantes de la Ley, [43] los cuales purificaron el templo y echaron las piedras del altar idolátrico en lugar inmundo. [44] Deliberaron qué harían del altar de los holocaustos, que había sido profanado, [45] y les pareció buen consejo destruirlo, por cuanto los gentiles lo habían profanado, [46] y depositar las piedras en el monte del templo, en lugar conveniente hasta que viniese un profeta que diese oráculo sobre ellas. [47] Tomaron luego piedras sin labrar, conforme prescribe la Ley; repararon el santuario y el interior del templo, purificaron los atrios, [48] hicieron nuevos vasos sagrados, e introdujeron el candelabro, el altar de los perfumes y la mesa del templo. [49] Quemaron incienso en el altar, encendieron las lámparas del candelabro que lucían en el templo, [50] colocaron los panes sobre la mesa y colgaron las cortinas. De esta manera dieron fin a la obra.

Con un piquete de soldados que vigilaban los movimientos de la guarnición del Acra, procedieron los sacerdotes a la purificación del templo. Se escogieron aquellos ministros sagrados que no tuvieran mancha alguna que les inhabilitara para ejercer su oficio pastoral (Lev 21,17-21; 22,3). Las piedras del altar de Júpiter Olímpico (1,54-59) se arrumbaron a un lugar impuro, que acaso fueran las

pendientes del Cedrón en donde se encontraba el cementerio, el Tofet (Jer 19,13). ¿Qué destino debía darse a las piedras centenarias del altar de los holocaustos? (Ex 29,25; Lev 4,34). Por muchos años fueron inmoladas víctimas al Señor sobre las mismas; por su origen no cabe dudar de que eran santas. Pero las mismas fueron el soporte de un altar idolátrico; la sangre de los cerdos inmolados contaminó lo que era santo. Por el momento resolvieron demoler el altar, pero pusieron las piedras a buen recaudo hasta el advenimiento de un profeta que decidiera del destino de las mismas. Después de Zacarías y Malaquías no surgió ningún otro profeta (9,27; 14,41) [2]. La decisión fue sabia, por cuanto, no existiendo unanimidad de pareceres, convenía no exacerbar el espíritu de los que defendían una posición más rígida. El resultado de las deliberaciones se concretó en la construcción de un nuevo altar con piedras sin labrar, tal como prescribía la Ley (Ex 20,25; Deut 27,5-6). Puesto que en el recinto del templo tuvieron lugar orgías y bacanales, se procedió a purificar incluso el pavimento (2 Mac 6,4).

Fiesta de la dedicación (4,51-56)

51 En la mañana del día veinticinco del mes noveno, que es el de Casleu, del año 148, se levantaron de madrugada 52 y ofrecieron el sacrificio prescrito por la Ley en el nuevo altar de los holocaustos que habían construido. 53 Precisamente en la misma hora y día en que lo habían profanado los gentiles fue de nuevo renovado con cánticos, cítaras, arpas y címbalos. 54 Todo el pueblo se postró sobre su rostro, adorando y elevando sus bendiciones al cielo, que les había dado tan feliz suceso. 55 Durante ocho días celebraron la renovación del altar, y con alegría ofrecieron los holocaustos y sacrificios de acción de gracias y alabanza. 56 Adornaron la fachada del templo con coronas de oro y escudos y restauraron las portadas y las cámaras y les pusieron puertas.

El día 25 del mes de Casleu del año 167 antes de Jesucristo sacrificaron los gentiles la primera víctima, probablemente un cerdo (1,54-59; 2 Mac 6,7), sobre el altar asentado sobre el antiguo de los holocaustos; el mismo día del año 164 se ofreció el sacrificio prescrito por la Ley en el nuevo altar. Al rayar el alba, los sacerdotes ofrecieron un cordero de un año, recogiendo su sangre y rociando con ella el altar (Núm 28,3). Por ser el primer sacrificio en el nuevo altar, la ceremonia revistió gran solemnidad, con acompañamiento de instrumentos músicos (1 Crón 7,4; 16,42). Las fiestas duraron ocho días (1 Re 8,66; 2 Crón 7,8), durante los cuales el público ofreció holocaustos y sacrificios pacíficos (Lev 7,11.12.16; Núm 7,10-83). En señal de fiesta se adornó la parte frontal del templo con guirnaldas y coronas, en sustitución de las que habían sido robadas (1,22).

[2] La comunidad de los esenios de Qumrân esperaba para el fin de los tiempos la llegada de un profeta que resolvería todas las cuestiones (*Regla de la Comunidad* 9,11).

Fiesta de las Encenias (4,57-60)

57 Fue muy grande la alegría del pueblo por haber borrado el oprobio de los gentiles. 58 Mandaron Judas y sus hermanos y toda la asamblea de Israel celebrar los días de la renovación del altar a su tiempo, de año en año, por ocho días, desde el veinticinco del mes de Casleu, con alegría y regocijo. 59 Por aquel mismo tiempo levantaron en torno del monte Sión muros altos y torres fuertes, para que no pudieran los gentiles hollarlo como habían hecho antes; 60 pusieron en él una guarnición que lo defendiera. Fortificaron asimismo a Betsur, para protegerla y para que el pueblo tuviera una defensa por el lado de Idumea.

Señala bien el texto el origen de la fiesta de la *hanukkah*, que en griego se llama *enkaimá* (Io 10,22), *dedicatio* en latín. Los judíos modernos celebran la fiesta. Cada día, a partir del 25 de Casleu, se recita el *Hallel* (Sal 113-118) y se lee una parte del Pentateuco. El sábado se lee el capítulo del libro de los Números referente al candelabro de oro, y como *haptarah* el pasaje de Zacarías (2,14-4,8). La primera noche se enciende una luz, dos en la segunda y así sucesivamente (Bévenot, Abel).

Para impedir que la guarnición de la ciudadela o cualquiera otro pagano pisara el lugar santo, se construyeron muros y torres de protección alrededor del templo. La plaza fuerte de Betsur fue asimismo fortificada con el fin de prevenir cualquier sorpresa de parte de los idumeos. Las fortificaciones en torno del templo fueron destruidas por Antíoco V (6,62), reedificadas por Jonatán (10,11-45) y ampliadas por Simón (13,52).

Golpe de mano contra Idumea (5,1-3)

1 Cuando las naciones de alrededor oyeron que el altar había sido reedificado y restaurado como antes el santuario, se enfurecieron sobremanera, 2 y decidieron destruir a los de la raza de Jacob que vivían en medio de ellos, comenzando a ejecutar matanzas y destrucciones en el pueblo. 3 Comenzó Judas por hacer la guerra a los hijos de Esaú, y se apoderó de Acrabatana, en Idumea, desde donde hostigaban constantemente a Israel. Les infligió una gran derrota, humillándolos y llevándose sus despojos.

Los idumeos fueron aliados del imperio seléucida. Establecidos al sur de Palestina, trataron siempre de ensanchar sus fronteras hacia el norte y por la parte de la costa del Mediterráneo. La recuperación religiosa y militar de Israel amenazaba constantemente sus ambiciones territoriales, por lo cual se aliaron con los sirios y otros enemigos de los judíos con el fin de permanecer en el territorio. Enterados ahora de la derrota de Lisias y de la restauración del templo y de Jerusalén, temieron por su porvenir, descargando sus iras contra los indefensos judíos que habitaban en medio de ellos. Judas co-

rrió en ayuda de sus connacionales y se apoderó de Acrabatana, al sudeste del mar Muerto. En la Vulgata este territorio es llamado *ascensus scorpionis*, o de Acrabim (Núm 34,4; Jos 15,3).

Acción contra Bayán (5,4-5)

4 Se acordó de la maldad de los hijos de Bayán, que tendían lazos y emboscadas en los caminos. 5 Les obligó a encerrarse en sus torres, los cercó y, dándolos al anatema, puso fuego a las torres, que ardieron con todos los que en ellas había.

No existen datos suficientes para identificar el emplazamiento de Bayán. En Núm 32,3, los LXX traducen *Beón* por *Bayán*, ciudad que corresponde al actual *Jirbet es Sar*, cabe el camino de Ammán a *Araq el Emir*, en Transjordania. Parece que se trata de un clan rubenita que habitaba al sur de Jericó (ABEL) o en el valle del Jordán (BÉVENOT). Judas los aniquiló aplicándoles la ley del *herem* (Deut 7,28; 20,14; 1 Sam 15,3). Según 2 Mac 10,15s, murieron quemados en sus torres.

Encuentros con Amón (5,6-8)

6 Pasó a los hijos de Amón, y se encontró con un ejército fuerte y un pueblo numeroso, y a Timoteo por jefe. 7 Tuvo con ellos muchos encuentros, hasta que los derrotó y deshizo totalmente. 8 Se apoderó de Jazer y sus aldeas y se volvió luego a Judeas.

Atravesó Judas el río Jordán *(diepérasen)* para ir al encuentro de los amonitas, que tenían por capital a Rabbath-Amón, la actual Ammán. En este territorio se refugiaron judíos apóstatas (2 Mac 4,26), pero habitaban también allí otros que seguían fieles a la Ley. El jefe del territorio se llamaba Timoteo [1], príncipe indígena con nombre griego. Tomó Judas la ciudad de Jazer, «con sus hijas», es decir, sus dependencias (Núm 21,25; Jos 15,45) [2].

Noticias alarmantes llegan de Galaad (5,9-13)

9 Los gentiles de Galaad se conjuraron contra los israelitas que moraban en su territorio, con el propósito de aniquilarlos, pero ellos huyeron a la fortaleza de Diatema. 10 Escribieron a Judas y a sus hermanos, diciéndoles: «Se han juntado contra nosotros las naciones de nuestro contorno, que se proponen destruirnos; 11 están dispuestas a venir y apoderarse de la fortaleza en que nos hemos refugiado; tienen a Timoteo por jefe de su ejército. 12 Ven, pues, y líbranos de sus manos, porque muchos de los nuestros han caído ya, 13 y todos nuestros hermanos de la región de Tobi han sido muertos, y robadas sus mujeres, sus hijos y sus bienes, pereciendo allí unos seis mil hombres».

1 Cf. BÉVENOT, 30-31.
2 Prevalece la opinión de emplazar dicha ciudad en el actual *Jirbet Gazzir*, a cuatro kilómetros al sur de es-Salt (ABEL, *Géographie* II 356-357; R. DE VAUX, *Exploration de la region de es-Salt:* «Revue Biblique», 47 [1938] 405).

También los judíos de Galaad sufrieron represalias por parte de los habitantes del país, viéndose obligados a concentrarse en Diatema, localidad que no aparece en otros textos bíblicos ni profanos. Algunos (VACCARI, BÉVENOT) se inclinan por identificarla con Jaraca (2 Mac 12,17); otros, con el Hosn [3] u otra localidad de Basán. Por Galaad debe entenderse propiamente el territorio de Transjordania, al norte del Yarmuc. Timoteo parece ser el jefe de los amonitas (2 Mac 12,2). Aunque vejados por los habitantes del país, pudieron los judíos comunicarse con el exterior y escribir a Judas Macabeo exponiendo la situación apurada en que se hallaban. En peores condiciones vivían, al parecer, los judíos de Tobi. Se excluye que esta región deba identificarse con la de los Tobiadas en el *Araq el Emir* [4]. Algunos creen que es la región contigua al lago de Genesaret. Según Abel [5], esta región se hallaba en Tob (Jue 11,3-5; 2 Mac 10,6-8), entre Bosra y Dera.

Noticias poco halagüeñas de Galilea (5,14-16)

14 Estaban leyendo estas cartas, cuando llegaron, rasgadas las vestiduras, otros mensajeros de Galilea, 15 los cuales comunicaron que se habían juntado contra ellos gentes de Tolemaida, y de Tiro y de Sidón, y toda la Galilea de los gentiles, para aniquilarlos. 16 Cuando Judas y el pueblo oyeron semejantes noticias, se reunió una gran asamblea, y deliberaron sobre lo que habían de hacer por sus hermanos, que se hallaban en grave aprieto, combatidos por los gentiles.

Las tres ciudades marítimas: Tolemaida, nombre que recibió Acco en el año 261 por Tolomeo II; Tiro y Sidón, hicieron causa común con los de Galilea para perder a los judíos. Tolemaida adquirió gran importancia después de la destrucción de Tiro. En 219 pasó bajo el poder de los seléucidas, acuñando moneda propia en tiempo de Antíoco Epifanes. Tiro perdió su independencia en tiempos de Alejandro Magno (332 a. C.), pasando a depender de los seléucidas y consiguiendo más tarde (año 111) la independencia (11,59; 2 Mac 4,18-20), que confirmaron los romanos [6]. La expresión «Galilea de los gentiles» es ya conocida por otros textos viejotestamentarios (Is 8,23) y del Nuevo (Mt 4,15). Por ser un territorio fronterizo con naciones paganas, muchos gentiles fijaron allí su residencia.

División de fuerzas (5,17-20)

17 Dijo Judas a Simón, su hermano: «Toma gente contigo y ve a librar a nuestros hermanos de Galilea; yo y mi hermano Jonatán iremos a Galaad». 18 A José, el de Zacarías, y a Azarías les dejó por jefes del pueblo con el resto del ejército para la de-

3 ABEL, *Topographie des campagnes machabeénnes:* RB 32 (1923) 516.
4 VINCENT, *La Palestine dans les papyrus ptolémaïques de Gerza:* RB 29 (1920) 188.
5 *Géographie* II 10).
6 E. N. WRIGHT, *News about Old Tyre:* BA 2 (1929) 20-22.

fensa de Judea, [19] dándoles esta orden: «Quedaos al frente del pueblo, pero no trabéis lucha con los gentiles hasta nuestra vuelta». [20] Tomó Simón tres mil hombres para ir a Galilea, y Judas ocho mil para ir a Galaad.

Los Macabeos tienen que multiplicarse para acudir a las demandas de auxilio. Como representantes suyos en Jerusalén dejan a José, hijo de Zacarías, y a Azarías, con la prohibición de entablar combate con los gentiles hasta su regreso, lo que no cumplieron (v.55-64). Parece que Azarías ejercía la suprema autoridad civil, mientras que en el terreno militar compartía el mando con José.

Simón en Galilea (5,21-23)

[21] Partió Simón para Galilea, y después de muchos encuentros con los gentiles, los derrotó y persiguió hasta las puertas de Tolemaida, [22] quedando en el campo unos tres mil de los gentiles y apoderándose Simón de sus despojos. [23] Tomó luego a los que moraban en Galilea y en Arbata, con sus mujeres, hijos y cuanto tenían, y los trajo con júbilo a Judea.

No conocemos el lugar donde se desarrollaron los combates, en terreno montañoso o en las llanuras de Esdrelón y de el-Battof. En la lucha cayeron tres mil gentiles, huyendo los restantes a Tolemaida, perseguidos de cerca por Simón. Es curioso observar que el número de caídos corresponde al contingente de tropas mandadas por Simón. Siendo muy numeroso el número de los gentiles con relación a los yahvistas fieles a sus leyes, Simón tomó la decisión de llevarse consigo a los judíos de Galilea y de Arbata, y «los trajo con gran júbilo a Judea». Durante la guerra judía en el año 70, Arbata servía de refugio a los judíos que eran molestados en Cesarea. Arbata corresponde a la Narbatena de Josefo, entre Galilea y Samaria.

Judas se entrevista con los nabateos (5,24-27)

[24] Judas el Macabeo y Jonatán, su hermano, atravesaron el Jordán y caminaron durante tres días por el desierto, [25] encontrándose con los nabateos, que los recibieron amigablemente y les contaron cuanto a sus hermanos había sucedido en la región de Galaad, [26] y cómo muchos de ellos se hallaban prisioneros en Bosora, en Bosor, en Alema, en Casfor, en Maqued y en Carnaím, ciudades todas fuertes y grandes; [27] que también en las demás ciudades de Galaad había prisioneros, y habían ordenado los enemigos para el día siguiente atacar las plazas fuertes, tomarlas y acabar con todos los judíos en un solo día.

Salió Judas al frente de sus tropas camino de Galaad. Al cabo de tres días de camino encontró a unos comerciantes nabateos o árabes (2 Mac 5,8; 12,10) procedentes de Siria y en viaje de regreso hacia su capital, Petra. El encuentro, según 2 Mac 12,10-12, caso de que se aluda al mismo hecho, no fue nada amistoso. Hechas las paces, Judas informóse de los lugares que habían recorrido. Cuentan que en las poblaciones de Bosora, Bosor, Alema, Casfor, Maqued y Carnaím había muchos prisioneros judíos, a los que tenían decidido matar en un mismo día. Todas estas «ciudades fuertes y grandes» se encuentran al pie y en las proximidades del macizo volcánico Gebel-ed-Druz. Nada le dicen acerca de la situación de los judíos en Diatema, que fueron los primeros y únicos en dar la voz de alarma. Es posible que los judíos huyeran de Galaad, atrincherándose en Diatema. Terminada la entrevista, Judas y los suyos se dirigieron a Bosora (actual Busra, a 110 kilómetros al sur de Damasco y a 40 al este de Dera).

Llegar y vencer (5,28-36)

[28] Judas, con su ejército, atravesando el desierto, se encaminó a Bosora. Se apoderó de la ciudad, pasó a filo de espada a todos los varones, se adueñó de todos sus despojos y la puso fuego. [29] Levantando el campo por la noche, marchó hacia la fortaleza de Diatema. [30] Al amanecer alzó los ojos y vio una muchedumbre innumerable con escalas y máquinas de guerra, dispuesta a atacar y tomar la fortaleza. Entendió Judas que el ataque comenzaba, y oyó que de la ciudad subía al cielo un gran griterío y sonido de trompetas. [32] Dijo entonces a los de su ejército: «Luchad hoy por vuestros hermanos». [33] Y en tres secciones se dirigieron por la espalda, tocando las trompetas y clamando al cielo en oración. [34] Cuando el ejército de Timoteo se dio cuenta de que era el Macabeo, emprendieron la fuga. Les infligió una gran derrota, quedando aquel día en el campo hasta ocho mil hombres. [35] Luego se volvió Judas contra Masfa, la atacó, adueñándose de ella, matando a todos sus hombres, tomando sus despojos y entregando la ciudad a las llamas. [36] Partiendo de allí, tomó a Casfor, Maqued, Bosor, con las demás ciudades de Galaad.

Llegó Judas de improviso a Bosora, que, conforme a las leyes del *herem* (Núm 31,7-12), destruyó totalmente. De noche marchó a la fortaleza de Diatema, a 30 kilómetros al noroeste de Bosora, donde los judíos de la región se habían refugiado. La cuestión del emplazamiento de Bosora y Diatema es importante para poder conocer la distancia existente entre ambas localidades, que los soldados de Judas salvaron en una noche. Si Bosora estaba emplazada en el lugar conocido hoy por *Bosra eski-Scham* y Diatema en la localidad de Jaraca, existía entre las dos ciudades la distancia de unos 20 kilómetros, que Judas y su ejército pudieron salvar en una noche. Llegó Judas a Diatema en un momento decisivo. Mientras los gentiles se preparaban para el asalto, del interior de la fortaleza subía al cielo un gran griterío de los judíos, que oraban en voz alta, y sonido de trompetas (Jer 4,5; 6,1). De los asaltantes cayeron ocho mil, tantos como el número de soldados de Judas. En el v.35, el manuscrito 19 lee Alema, a 23 kilómetros al noreste de Dera, en vez de Masfa.

Nueva victoria sobre Timoteo (5,37-44)

**37 Después de esto juntó Timoteo otro ejército y vino a acam-
par enfrente de Rafón, del otro lado del torrente. 38 Envió Ju-
das a explorar el campo, y le trajeron estas noticias: «Se han
juntado con Timoteo todos los gentiles de alrededor, y forman
un ejército muy grande. 39 Además, han tomado a sueldo a los
árabes como auxiliares, y están acampados del otro lado del
torrente, prontos a venir contra ti». Salió Judas al encuentro
de ellos. 40 Timoteo había dado estas instrucciones a sus capi-
tanes: «Si al llegar Judas al torrente le permitiéramos pasar
hasta nosotros, no podríamos resistirle, porque tiene una fuer-
za incontrastable; 41 mas, si por temor acampara al otro lado
del torrente, iremos contra él y le venceremos». 42 Cuando
Judas se acercó al torrente, colocó a los escribas del pueblo a
lo largo del mismo y les dio esta orden: «No permitáis que se
quede nadie en el campo; que vayan todos a luchar». 43 Y atra-
vesó el primero contra los enemigos, y todo el pueblo en pos
de él. Fueron deshechos los gentiles, que tiraron las armas y
huyeron al santuario de Carnaím. 44 Pero los de Judas se apo-
deraron de la ciudad y pusieron fuego al santuario, que ardió
con todos los que en él había. Así fue abatida Carnaím, sin que
los enemigos pudieran hacer frente a Judas.**

Después de los combates mencionados, concedió Judas un relativo descanso a sus soldados, que se dedicaron a vivaquear por la región, ayudando quizá a los judíos de allí a reunirse en un lugar céntrico para emigrar a Jerusalén. Timoteo, entre tanto, aprovechó aquel descanso para reforzar su ejército con nuevos elementos. Acampó frente a Rafón, junto a Nahr el-Ehreir, afluente septentrional del Yarmuc. No pensaba Timoteo que los judíos se atrevieran a vadear el profundo lecho del torrente, calculando que aquel obstáculo natural frenaría el ímpetu que solía poner Judas en sus ataques bélicos. Quizá tuvo éste noticia de la concepción estratégica de su adversario, por lo que dio órdenes severas a los escribas *(grammateis)* de que nadie quedara en el campo. Entre los oficiales del ejército había escribas encargados de pasar revista a las tropas, cuidar de los registros, transmitir órdenes y amonestar a los soldados, a la manera de los capellanes militares de hoy día. Así lo ordenaban antiguas leyes (Deut 20,5-8; Jos 1,10; 3,2).

El ejército de Timoteo huyó a la desbandada, buscando asilo en el santuario de Carnaím, a unos quince kilómetros al sudeste de *er-Rafeh.* El santuario recibía este nombre del culto que se tributaba allí a la diosa Atergates, *Astarté,* que se representaba con cuernos *(qarnaim)* de vaca. Ningún respeto sentían los judíos por este lugar idolátrico, por lo cual lo condenaron a sufrir la suerte del *herem.* Sobre este episodio habla largamente el autor de 2 Mac 12,20-26.

De Galaad a Jerusalén (5,45-54)

**45 Juntó Judas a todos los israelitas que moraban en Galaad,
desde el pequeño hasta el grande, a sus mujeres e hijos y su ha-
cienda, una muchedumbre muy grande, para traerlos a la tie-
rra de Judá. 46 Al llegar a Efrón, ciudad grande y muy fuerte
en la entrada de un desfiladero, no podían desviarse ni a la de-
recha ni a la izquierda, sino que habían de pasar por en medio
de ella. 47 Los de la ciudad se encerraron, y muraron a cal y
canto las puertas. Les envió Judas un mensaje de paz, 48 dicién-
doles: «Permitidnos atravesar por vuestra tierra camino de la
nuestra; nadie os molestará; sencillamente pasaremos a pie».
Pero no quisieron abrirle. 49 Ordenó Judas entonces pregonar
en todo el campo que hiciesen todos alto en el sitio en que es-
taban. 50 Los hombres de guerra tomaron posiciones y ataca-
ron a la ciudad todo aquel día y la noche siguiente, hasta que
se rindió. 51 Pasó al filo de la espada a todos los varones, arrasó
la ciudad y se apoderó de sus despojos, atravesándola luego por
encima de los cadáveres. 52 Pasado el Jordán, llegaron a la gran
llanura de Betsán. 53 Judas, que mandaba la retaguardia, iba
exhortando al pueblo todo el camino, hasta llegar a la tierra de
Judá. 54 Con gran gozo y alegría subieron al monte de Sión y
ofrecieron holocaustos por no haber caído ninguno de ellos y
haber vuelto todos en paz.**

Desde Galaad, la caravana de judíos se dirigió hacia el Jordán, con el intento de cruzarlo a las alturas de Betsán. Pero antes de vadear el río toparon con la resistencia de Efrón *(et-Taibe),* que se negó a autorizarles el paso. No pudiendo vencer por las buenas la resistencia de los efronitas, Judas recurrió a las armas. Según 2 Mac 12,28, en la lucha murieron veinticinco mil «de los que estaban dentro».

Atravesado el Jordán, llegaron a la ciudad de Betsán. Las sospechas que podía abrigar Judas sobre el comportamiento de los escitopolitanos para con los judíos fueron neutralizadas por la intervención de los judíos del país (2 Mac 12,30). De esta famosa ciudad hasta llegar a Jerusalén debían recorrer todavía unos cien kilómetros. No se dice que los galileos hostigaran a la numerosa caravana de repatriados, ni tenemos noticia de ningún incidente ocurrido a su paso a través de la Samaria. Judas protegía la retaguardia, mujeres, niños y ancianos, contra los posibles ataques de las tribus y clanes hostiles que bordeaban el camino. La llegada a Jerusalén, que coincidió con la fiesta de Pentecostés (2 Mac 12,31), fue apoteósica.

Revés de José y de Azarías (5,55-64)

**55 En los días en que Judas y Jonatán estaban en Galaad y
Simón en Galilea, frente a Tolemaida, 56 llegaron a oídos de
José, el de Zacarías, y Azarías, jefes del ejército, las hazañas y
las batallas que llevaban a cabo, 57 y se dijeron: «Hagamos tam-
bién nosotros célebre nuestro nombre, peleando contra las na-
ciones de alrededor». 58 Y dieron orden al ejército que con
ellos tenían de emprender la marcha hacia Jamnia. 59 Pero les**

salió al paso Gorgias con su gente, [60] que derrotaron a José y Azarías, persiguiéndolos hasta los confines de Judea. Dos mil hombres cayeron aquel día del pueblo de Israel. Acaeció este gran descalabro [61] por no haber obedecido a Judas y a sus hermanos, creyéndose capaces de grandes hazañas. [62] Pero no eran ellos de la raza a que fue dado salvar a Israel. [63] Por el contrario, el heroico Judas y sus hermanos alcanzaron gran gloria ante Israel y ante todos los pueblos a cuyos oídos llegó su fama, [64] y en medio de aclamaciones todos los rodeaban.

Día tras día llegaban noticias a Jerusalén de las resonantes victorias de los tres hermanos en Galilea y Galaad. José y Azarías querían también hacerse célebres, y para ello decidieron mandar su tropa contra el general Gorgias, creyendo que les sería fácil vencerlo después del castigo que le infligió Judas (4,1). Pero era Gorgias un general muy experto en el arte de guerrear (2 Mac 8,9). Salió al encuentro de los soldados de José y de Azarías y los derrotó con facilidad. Este revés aconteció no tanto por la calidad y número de los combatientes, sino por haberse arrogado ellos un privilegio que solamente estaba reservado a la familia de los Macabeos. Jamnia o Jabne (Jos 15,11), ciudad principal de la costa (15,38-40), era hostil a la colonia judía que residía allí (2 Mac 10,8).

«*Razzias*» *contra Idumea y la Filistea (5,65-68)*

[65] Partieron luego Judas y sus hermanos en campaña contra los hijos de Esaú hacia el mediodía y se apoderaron de Hebrón y de sus aldeas, destruyeron su fortaleza y quemaron las torres de su recinto. [66] En seguida se dirigió contra la tierra de los filisteos, atravesando por Maresa. [67] Cayeron aquel día en la batalla algunos sacerdotes, que inconsideradamente salieron a luchar, queriendo dar pruebas de su valentía. [68] Se dirigió luego a Azoto, en tierra de filisteos, y destruyó sus altares, quemó las estatuas de sus dioses y se volvió a la tierra de Judá.

Los idumeos dominaban en Hebrón, desde donde hostigaban a la guarnición que Judas había establecido en Betsur con el fin de proteger la ciudad de Jerusalén.

De Hebrón marchó Judas a Maresa (Jos 15,44); la ciudad pertenecía al territorio de los idumeos (2 Mac 12,32-36). Para Judas era Maresa lugar de paso para atacar a los filisteos de Azoto. Unos sacerdotes, imitando el ejemplo de José y Azarías, «quisieron dar pruebas de su valentía», atacando a los habitantes del lugar, que repelieron la agresión dejando en el campo de batalla el cadáver de algunos de ellos. Este hecho prueba una vez más que cualquiera que se arrogara el privilegio de salvar a Israel por medio de las armas no perteneciendo a la familia de los Macabeos sería vencido fatalmente. En Azoto existía el templo de Dagón (10,83).

Muerte de Antíoco Epifanes (6,1-17)

Antíoco en Elimaida (6,1-4)

[1] Atravesaba el rey Antíoco las regiones altas de Persia cuando tuvo noticia de que en Elimaida, en Persia, había una ciudad célebre por su riqueza de plata y oro. [2] Había en ella un templo extraordinariamente rico, en el cual se guardaban armaduras de oro, corazas y armas que había dejado allí Alejandro el de Filipo, rey de Macedonia, el primero que reinó sobre los griegos. [3] Llegado a ella, intentó apoderarse de la ciudad, pero no pudo, porque, conocidos sus propósitos en la ciudad, [4] le resistieron con las armas, viéndose forzado a retirarse huyendo, para volverse con gran pena a Babilonia.

Dijo el autor sagrado que partió Antíoco de Antioquía el año seléucida 147, y que, atravesando el Eufrates, dirigióse hacia las regiones altas (3,37; 2 Mac 9,25). Antíoco conoció en su campaña éxitos y derrotas. Pero las guerras habían agotado todavía más las cajas de caudales. Había ido a Oriente en busca de dinero (3,31), y regresaba más pobre. Pensó entonces solucionar su problema económico con el asalto de un templo extraordinariamente rico de la provincia de Elimaida. Era el templo de Nanea-Artemis (2 Mac 1,13). Según Estrabón (16,1,18), Mitrídates I, el Arsaces VI de 14,2, sacó del mismo mil talentos. Calculaba Antíoco que tendría más suerte que su padre al intentar el saqueo del templo de Bel. Por el texto griego aparece que se considera a Elimaida como ciudad, cuando en realidad se daba este nombre a una región montañosa de Elam, o al territorio de los alrededores de Susa (Neh 1,1). Pudo ser que el traductor interpretara mal la palabra *medinah*, provincia, dándole el sentido de ciudad. A partir de Ciro se empleaba la palabra *Persia* para designar no solamente la región de Elam, sino también la totalidad del imperio de los aqueménidas, particularmente la región adyacente del golfo Pérsico [1].

Malas noticias de occidente (6,5-7)

[5] En Persia le alcanzó un correo, que le dio a saber cómo los ejércitos enviados a tierra de Judea habían sido derrotados; que Lisias había ido contra ella [6] con un ejército fuerte si los hay y había huido ante los judíos, que se habían hecho muy fuertes en armas y soldados con el botín grande que habían cogido a los ejércitos por ellos vencidos; [7] que habían destruido la abominación levantada por él sobre el altar de Jerusalén y habían cercado de altos muros el santuario, como antes estaba, y la ciudad de Betsur.

Al revés sufrido en su intento de apoderarse de los tesoros de un templo de Elam se añade la noticia de una retahila de fracasos

[1] De la expoliación de un templo por parte de Antíoco IV hablan los historiadores paganos. Appiano *(Syriaca 66)* alude a un saqueo del templo de Afrodites en Elimaida; Polibio (31,9) y San Jerónimo *(In Danielem* 11,44: PL 25,573) menciona el robo del templo de Artemides-Diana. En 2 Mac 1,13 se dice que Antíoco asaltó el templo de Nanea, la misma diosa, al parecer, que Anaites de Eliano *(De natura animalium* 12,23).

de las tropas sirias en Palestina (4,21-61). Es probable que estas noticias las recibiera Antíoco a medida que se iban desarrollando los acontecimientos. Es significativo, para conocer el estilo narrativo del autor, escuchar de boca de un pagano la expresión de que Judas y los judíos habían destruido «la abominación levantada por él sobre el altar de Jerusalén».

Ultimos momentos de Antíoco (6,8-13)

8 Cuando recibió estas noticias quedó aterrado e intensamen-
te conmovido; tanto, que cayó en el lecho enfermo de tristeza
al ver que los sucesos no habían correspondido a sus deseos.
9 Pasó allí muchos días, porque la tristeza se renovaba sin ce-
sar, y hasta creyó morir. 10 Haciendo llamar a sus amigos, les
dijo: «Huye de mis ojos el sueño y mi corazón desfallece por
la preocupación 11 pensando en qué tribulación y tempestad
me hallo yo, tan bueno, tan amado por mi suave gobierno.
12 Pero ahora me acuerdo de los males que hice en Jerusalén,
de los utensilios de oro y plata que de allí tomé, de los habitan-
tes de Judea que sin causa exterminé. 13 Ahora reconozco que
por esto me han sobrevenido tantas calamidades y que de mi
gran tristeza moriré en tierra extraña.

¿Dónde alcanzó el correo a Antíoco Epifanes? Según 2 Mac 9,3, se hallaba el rey en Ecbatana. Es posible que un copista inadvertidamente escribiera este nombre en vez de Ispadana, en el territorio de Gabiene. Las noticias adversas que había recibido contribuyeron decididamente a quebrantar la salud y la moral del rey, tanto que, aterrado e intensamente conmovido, cayó en el lecho (2 Mac 1,5-6), para no levantarse más. De la extraña enfermedad que aquejó a Antíoco escribe Polibio que el rey «volvióse loco, según dicen algunos, a causa de ciertas manifestaciones de la cólera divina». En 2 Mac 9,1ss se describe su repugnante enfermedad. Es evidente que la descripción de la misma hecha por Jasón de Cirene no es más que una inocente venganza del escritor. Con expresiones de colorido bíblico dice Antíoco en nuestro texto que «huye el sueño» de él (Gén 31,40), que su corazón desfallece por la preocupación (1 Sam 17,32). Trata de paliar sus desventuras con el recuerdo de la popularidad de que gozaba entre los suyos a causa de la suavidad de sus métodos de gobierno. Pero encuentra una mancha en su pasado: los males que ha causado a Jerusalén y al templo. Según Flavio Josefo [2], la causa de su muerte debe buscarse en el saqueo sacrílego del templo de Jerusalén. Es el mismo rey el que achaca a estos hechos sacrílegos el origen de tantas calamidades que le aquejan (v.13). El Dios de los judíos le ha castigado. ¿Por qué no culpa, en parte, de estos males a los dioses y diosas del templo de Elimaida, que intentó desvalijar? Porque, a los ojos del autor sagrado, los dioses paganos no existen en realidad; como el Salmista, podría decir que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen (Sal 115,5; 135,16).

A la enfermedad se añade el castigo de tener que morir en

2 *Ant. Iud* 12,9,1.

«tierra extraña». Tabe, donde murió, según testimonio de Polibio, formaba parte del imperio seléucida, en el extremo oriental del mismo. El autor sagrado escribe, no sin una gran dosis de ironía, que en las puertas de la muerte tuvo que confesar Antíoco su derrota vencido por el Dios cuyo templo saqueó. Si fue bueno para sus súbditos paganos, no pudo mostrarse más déspota para con los judíos, a quienes quiso arrebatar su fe.

Testamento y muerte del rey (6,14-17)

14 Y llamando a Filipo, uno de sus amigos, le instituyó por
regente de todo el reino, 15 entregándole la diadema, el manto
real y el anillo, y encargándole la tutela y educación de Antíoco,
su hijo, hasta ponerlo en el trono. 16 Murió Antíoco allí el
año 149. 17 Al saber Lisias la muerte del rey, entronizó en lugar
del padre a Antíoco, su hijo, a quien de joven había educado,
y le apellidó Eupator.

La muerte se adueñaba del enfermo. Antes de expirar llamó a Filipo, encomendándole la tutela y educación de su hijo. Es posible que el monarca moribundo desconfiara de Lisias, a quien había hecho antes idéntico encargo (3,33), por las graves derrotas que habían sufrido sus tropas en Judea. Pronto Filipo perderá los derechos de tutela sobre el joven monarca. La muerte sobrevino durante la primavera del año 163 antes de Jesucristo, correspondiente al 149 de la era griega [3]. La noticia de su muerte se esparció como reguero de pólvora, llegando a oídos de Lisias, quien, prescindiendo de la última voluntad del rey, y conforme a lo que le manifestó éste antes de emprender su campaña oriental (3,33), entronizó al hijo de Epifanes, Antíoco V Eupator (163-162). Afirma Appiano [4] que Antíoco Epifanes murió dejando un niño de nueve años, que los sirios llamaron Eupator, a causa de la bondad y virtudes de su padre. Lisias, añade, fue el tutor del niño. Cree Bévenot que la noticia de

3 Tal es la fecha que señala nuestro texto, que sigue el cómputo de Babilonia, que comienza en octubre de 312 a. C. Modernamente se tiende a modificarla por octubre del año 164, correspondiente al 148 de la era seléucida (ABEL-STARCKY, 37-38; P. LEMAIRE, *Atlas biblique* [Maredsous 1960] 184), a causa de la tablilla cuneiforme del British Museum 35609, que en sus líneas 9, 10 y 14 dice: lín. 9: «En el año 137, en el mes sexto, el día 10, el rey Se(leuco) murió»... Lín. 10: «En el mismo mes (sexto de 137), An(tíoco), su hijo, se sentó en el trono. Reinó once años». Lín. 14: «[En el año 148, en el mes] noveno, se oyó (decir) que el rey An(tíoco) murió». Entre [ ] van las reconstrucciones ilegibles del texto; entre paréntesis, las adiciones explicativas. Véase su texto: J. SACHS-D. J. WISEMAN, *A Babylonian King List of the Hellenistic Period:* «Iraq», 16 (1954) 202-212; J. SCHALAUMBERGER, *Die Neue Seleukiden Liste BM 35609:* B 36 (1955) 423-435; A. AYMARD, *De nouveaux sur la Chronologie des Séleucides:* «Revue des Etudes Anciennes», 57 (1955) 109-114. La tablilla sigue el cómputo oriental, que empieza en primavera del 311 a. C. Para armonizar la fecha que señalan 1 Mac y la tablilla en cuestión se dice que aquél sigue el cómputo occidental para los acontecimientos políticos y militares, y el oriental para las cuestiones internas de la comunidad judaica. Si esto fuera así, el mes noveno de la tablilla correspondería al tercero del 149 según el cómputo occidental. Pero cabe preguntar: ¿Es recta la reconstrucción del principio de la línea 14? ¿Está en lo cierto el autor de la tablilla? Si sufrió un error de cálculo en las líneas 2-3, 6-7, ¿no sucedió lo mismo al comenzar a escribir sobre Antíoco IV? Además, en la línea 14 se dice: «Se oyó (decir)», con lo cual puede significar que hubo un intervalo entre la muerte de Antíoco en Persia y el tiempo en que se conoció en Babilonia. La acuñación de monedas de Antíoco IV en 149 podría favorecer la fecha señalada por 1 Macabeos. La cuestión no está totalmente resuelta. (B. M. GIRBAU, *Sobre la fecha de la muerte de Antíoco IV:* EB 21 [1962] 69-74).

4 *Syriaca* 46.

Eusebio[5] según la cual contaba Eupator catorce años de edad cuando sucedió a su padre, es más conforme a la realidad. El mencionado autor se basa en que el joven monarca intervino personalmente en el ataque de Betsur y de Jerusalén (v.31). Con el reino, dice Flavio Josefo[6], heredó de su padre el odio contra el pueblo judío.

Judas ataca la ciudadela (6,18-20)

18 Los de la ciudadela tenían a Israel asediado en el santuario, molestándoles de continuo y apoyando la causa de los gentiles. 19 Judas resolvió quitarlos de en medio, y para ello convocó a todo el pueblo para cercarlos en forma. 20 Concentradas las tropas, pusieron el cerco el año 150 y construyeron ballestas y máquinas.

También la noticia de la muerte de Antíoco llegó a Jerusalén, queriendo Judas aprovechar aquel interregno para eliminar el principal obstáculo para el culto en el templo de Jerusalén. Debió también Judas calcular que el nombramiento de dos regentes traería división en el ejército, ocasión que podría aprovechar él para resolver el problema de la ciudadela que el difunto rey había establecido en el corazón del judaísmo (1,35-37).

Fugitivos de la ciudadela en Antioquía (6,21-27)

21 Pero algunos de los sitiados salieron y, juntándose con ellos otros de los impíos de Israel, se dirigieron al rey en queja, diciendo: «¿Cuándo será que hagas justicia y defiendas a nuestros hermanos»? 22 Nosotros con gusto nos hemos sometido a tu padre y obedecimos sus decretos, viviendo según sus disposiciones. 23 Por este motivo nos hemos granjeado la enemistad de nuestros conciudadanos y, 24 lo que es más aún, han matado a todos los nuestros que han caído en sus manos y se han incautado de nuestros bienes. 25 Y no sólo contra nosotros han alzado la mano, sino contra tus dominios. 26 Ahora mismo están acampados contra la ciudadela en Jerusalén, con el intento de apoderarse de ella, y han fortificado el templo y la ciudad de Betsur, 27 y si no les tomas la delantera, harán cosas mayores y no podrás dominarlos».

Flavio Josefo añade el detalle de que los fugitivos escaparon de noche de la ciudad, marchándose al campo, donde encontraron algunos judíos apóstatas, con los cuales siguieron camino de Antioquía para informar al rey[7]. Los encargados de informar al rey eran judíos apóstatas. En 2 Mac 13,3 se dice que entre los judíos que se entrevistaron con el rey estaba Menelao.

5 *Chron. Armen.*
6 *Bell. Iud.* 1,40.
6 *Ant. Iud.* 12,9,3.

Antíoco Eupator en Idumea (6,28-31)

28 El rey se irritó al oír estas noticias, y convocó a todos sus amigos, a los capitanes de su ejército y de la caballería. 29 Hasta de los otros reinos y de las islas del mar le vinieron tropas mercenarias. 30 Alcanzó el número de sus fuerzas a cien mil hombres de a pie, veinte mil de a caballo y treinta y dos elefantas adiestrados para la guerra; 31 todos los cuales, llegando por la Idumea, acamparon enfrente de Betsur y la combatieron por largo tiempo con máquinas; pero los cercados hicieron una salida, y, luchando valientemente, les prendieron fuego.

Seguramente que en la audiencia estaba presente Lisias (2 Mac 13,2). En nombre del rey, convocó éste un gran consejo de amigos del monarca fallecido y de oficiales del ejército para reclutar soldados. Es muy probable que haya una hipérbole en el número de los soldados de Lisias. El elefante se usaba corrientemente en el ejército sirio, pero se tendía a prescindir de él. Aun en el supuesto de que el número ingente de soldados fuera una realidad, no es de suponer que todos fueran enviados a Palestina. El itinerario del ejército fue el de siempre: por la costa mediterránea hasta la altura de Azoto o de Gaza, torciendo luego a izquierda, en dirección a Hebrón. Quizá el itinerario seguido fue por el valle del Terebinto (1 Sam 17,2) y de Odolam (2 Mac 12,38), para llegar, a través de un valle secundario, a la colina de Betsur. Antes de llegar a Judea, Judas había obstaculizado al ejército de Modín (2 Mac 13,14).

Judas abre un nuevo frente de batalla (6,32-41)

32 Judas levantó el cerco que tenía puesto a la ciudadela y vino a acampar junto a Betzacaría, enfrente del campamento del rey. 33 Este se levantó de madrugada y, moviendo el campo a toda prisa, se dirigió por el camino de Betzacaría. Dispuestas las fuerzas para la batalla, dio con las cornetas la señal de atacar. 34 Los elefantes, ante los cuales habían puesto zumo de uvas y de moras para excitarlos a la pelea, 35 fueron distribuidos por las falanges, colocando al lado de cada elefante mil hombres, protegidos con cotas de malla y con yelmos de bronce en la cabeza, y a más quinientos caballos escogidos 36 precedían a la bestia dondequiera que iba y la acompañaban, sin apartarse de ella. 37 Sobre éstas iban montadas fuertes torres de madera, bien protegidas y sujetas al elefante, y en cada una dos o tres hombres valerosos, que combatían desde las torres, y su indio conductor. 38 El resto de la caballería lo colocó a la derecha y a la izquierda, en las dos alas del ejército, para hostigar al enemigo y proteger las falanges. 39 En cuanto el sol comenzó a brillar sobre los escudos de oro y bronce, brillaron los montes con ellos y resplandecían como llamas de fuego. 40 Una gran parte del ejército del rey se desplegó en los montes altos, otra en el llano, y todos iban con paso seguro y buen orden. 41 Los judíos quedaron espantados al oír el estruendo de tal muchedumbre, el marchar de aquella masa y el chocar de sus armas. Era a la verdad un ejército extremadamente grande y poderoso.

Judas tenía cercada la ciudadela de Jerusalén mientras los sirios atacaban Betsur. Al recibir noticias de que la guarnición judía de esta fortaleza veíase desbordada por el enemigo, levantó el cerco de la ciudadela y pensó en abrir otro frente para distraer las fuerzas enemigas en el lugar conocido hoy día por Tell-Zacaría. Un judío llamado Rodoco (2 Mac 13,21) reveló al rey los planes militares de Judas. A este nuevo frente de batalla corrió el grueso de las fuerzas de Lisias, con innumerable infantería, caballería y algunos elefantes. Con estos animales pensaban los sirios imponerse a los judíos. Con el fin de enardecerlos para la lucha, poníanles delante jugo de uvas, literalmente «sangre de uvas» (Gén 48,11; Deut 32,14) y de moras; junto a los mismos había un piquete de infantería y algunos caballos acostumbrados a la lucha. Los testimonios antiguos que cita Bochart [8] prueban que el color blanco excita al elefante (ABEL). La verdadera razón de colocar zumo de uvas ante los elefantes se nos escapa. Cada elefante llevaba una torre de madera, que ocupaban algunos guerreros especializados en el lanzamiento de flechas, además del *cornac* que conducía al animal.

Judas y sus soldados pudieron contemplar y admirar la disciplina militar y las armas con que estaba equipado el ejército que debía enfrentarse con ellos. No cabe duda que Lisias logró un éxito psicológico sobre la moral de las tropas de Judas Macabeo.

Heroísmo de Eleazar (6,42-46)

42 Se acercó Judas con el suyo, se trabó la lucha, y cayeron del ejército del rey seiscientos hombres. 43 Eleazar, hijo de Savarán, vio una de las bestias protegidas con coraza regia, que superaba a todas las otras, y, pareciéndole que debía ser la del rey, 44 se propuso salvar a su pueblo y hacerse un nombre eterno. 45 Lleno de valor, corrió por en medio de la falange hacia ella, matando a derecha y a izquierda y haciendo que todos se apartasen de él. 46 Llegado al elefante, se puso debajo de él y le hirió. Cayó el elefante encima de él, y allí mismo murió.

Judas no rehusó el combate. La presión del enemigo se hacía sentir cada vez más. Debía de ser crítica la situación al decidirse Eleazar (2,5) a realizar una hazaña extraordinaria, que o bien podía desbaratar al ejército sirio o terminar con su vida. En contra de lo que él creía, el elefante en cuestión era el *proigumeno*, o sea el primer elefante, el que aventaja a los otros por su estampa y coraje. Muchos Santos Padres han examinado la moralidad del acto, preguntándose si su hazaña equivale a un suicidio indirecto. San Ambrosio exalta el valor, intrepidez y menosprecio de la muerte de este héroe, que quiso salvar a Israel dando muerte al opresor del mismo [9].

[8] *Hierozaicon* I 2,27.
[9] *De officiis* 1,40.

Huida y rendición (6,47-54)

47 Viendo los judíos la gran fuerza del rey y el empuje de su ejército, se retiraron. 48 El ejército real los persiguió de cerca en dirección a Jerusalén, y acampó contra la Judea y el monte Sión. 49 El rey negoció las paces con los de Betsur, que salieron de la ciudad por no tener ya vituallas para prolongar más la resistencia, pues aquel año era año de reposo para la tierra. 50 Ocupó el rey Betsur y puso guarnición en ella para defenderla. 51 Durante mucho tiempo estuvo acampado contra el santuario, y puso allí ballestas, máquinas y lanzafuegos, catapultas, escorpiones para lanzar dardos y honderos. 52 Los judíos, por su parte, construyeron máquinas contra las máquinas enemigas y lucharon durante muchos días, 53 pero escaseaban los víveres en sus almacenes, por ser el año séptimo, y los que se habían refugiado en Judea, huyendo de los gentiles, habían consumido los restos de las reservas, 54 y como el hambre se había apoderado de ellos, dejaron en el santuario una poca gente, y los demás se dispersaron, yendo cada uno a su hogar.

El elefante con la coraza regia había caído, muerto, y, sin embargo, la presión del enemigo no cedía, más bien aumentaba de manera amenazadora. El autor sagrado tiende el velo del silencio sobre la honda impresión que causó en la tropa la muerte de Eleazar; pero, al decirnos que los soldados judíos emprendieron la fuga hacia Jerusalén, confiesa veladamente que Judas fue derrotado por el enemigo. Un destacamento de valientes continuaba resistiendo en Betsur, pero pronto debían también entregarse, acuciados por el hambre. Habíase llegado a la carencia de víveres por razón del año sabático y porque los judíos traídos de otras regiones habían consumido las reservas. La tierra, según la Ley mosaica (Ex 23,10-11; Lev 25,2-7; Núm 10,32), debía descansar el año séptimo, durante el cual era permitido a los pobres apropiarse de cuanto producían espontáneamente los terrenos baldíos. El año 162 antes de Jesucristo, 150 de la era seléucida, era sabático. Desde septiembre-octubre del año anterior había cesado todo trabajo agrícola en los campos cultivados por judíos tradicionalistas. El rey perdonó la vida de los defensores de Betsur. Dejó allí un destacamento real, con gentes originarias de Siria, de Idumea y judíos apóstatas. Báquides la fortificó (9,52), cayendo más tarde en manos de Simón (11,65; 14,7.33) [10].

Una vez conquistada la fortaleza de Betsur, atacó Lisias el recinto del templo, empleando para ello gran cantidad de máquinas de asalto. Los defensores del templo fabricaron armas para contrarrestar las de los enemigos. Pero la superioridad de éstos era aplastante. Además, desde la ciudadela controlaban los sirios el área del templo. Ante este panorama, los soldados de Judas huyeron al campo en busca de alimentos y para salvar sus vidas en las fragosidades del desierto.

[10] Véase O. SELLERS, *The Citadel of Bethzur* (Filadelfia 1933).

Lisias pacta con Judas (6,55-63)

[55] Supo en esto Lisias que Filipo, a quien el rey Antíoco antes de morir había encomendado la crianza de su hijo Antíoco hasta instalarle en el trono, [56] había vuelto de Persia y de Media, y con él las tropas del rey, y que pretendía apoderarse del gobierno del reino. [57] Diose prisa entonces Lisias a volverse, diciendo al rey, a los generales del ejército y a la tropa: «De día en día perdemos fuerzas, escasean las provisiones, y la plaza que combatimos es muy fuerte, y debemos ocuparnos en las cosas del reino. [58] Tendamos, pues, la mano a estos hombres, hagamos las paces con ellos y con todo su pueblo, [59] y convengamos en que vivan según sus leyes, como antes. Precisamente a causa de estas leyes, que nosotros hemos pretendido abrogar, se han irritado y han hecho todo esto». [60] Fue bien acogida la propuesta por el rey y los generales, y enviaron mensajeros de paz a los judíos, que la aceptaron. [61] El rey y los generales les juraron, y en virtud de esto salieron de la fortaleza. [62] Entró el rey en el monte de Sión, y, viendo lo fuerte del sitio, quebrantó el juramento que había hecho y mandó destruir el muro que lo cercaba. [63] Luego se apresuró a partir, y, volviéndose a Antioquía, halló a Filipo dueño de la ciudad y la atacó, logrando apoderarse de ella por la fuerza.

En un momento crítico intervino la Providencia en favor del pueblo judío. Filipo, que había sido nombrado regente del imperio y tutor de Antíoco V, reemplazando a Lisias, había llegado a Antioquía al frente de sus tropas. La noticia alarmó a Lisias, que temía por su posición dentro del imperio. Entendió Lisias que la política iniciada por Antíoco Epifanes contra Israel no conducía a nada positivo, por lo que juzgó que debía volverse a la situación existente en tiempos de Antíoco III. Propuso el rey a los generales y a la tropa estos sus puntos de vista, que fueron aprobados unánimemente. Porque, además del peligro de Filipo y de las dificultades militares, existía en Palestina el problema de la manutención del ejército, agravado por el descanso de los campos durante el año sabático. Se hicieron proposiciones de paz con los judíos, que se aceptaron inmediatamente, por encontrarse también ellos en situación precaria. Los Macabeos reconocieron la soberanía seléucida sobre Palestina a cambio de autorizarles a regirse en conformidad a sus leyes religiosas, «como antes» (v.59). Judas conservará su condición de jefe, subordinado a la autoridad real de Antioquía (2 Mac 11,22-26). El rey marchó precipitadamente a la capital del reino, pero antes, como medida de prudencia, abatió el muro que cercaba el monte Sión para quitar a los judíos toda ocasión de atrincherarse de nuevo allí. Los judíos interpretaron aquel acto como violación de la libertad de culto y profanación de un lugar santo, mientras que el jefe sirio lo juzgó como simple medida de seguridad. Antíoco V y su tutor Lisias se enfrentaron con las tropas de Filipo en Antioquía, prevaleciendo sobre él. Filipo pudo escapar a Egipto y ponerse bajo el amparo de Tolomeo VI Filometor (2 Mac 9,29). Supone Flavio Josefo que Antíoco Eupator se apoderó de Filipo, a quien encarceló y mandó matar poco después [11].

Muerte de Antíoco V y de Lisias (7,1-4)

[1] El año 151 salió de Roma Demetrio, hijo de Seleuco, con unos cuantos hombres, y desembarcó en una ciudad marítima, logrando ser en ella reconocido por rey. [2] Al entrar en el palacio real de sus padres, el ejército se apoderó de Antíoco y de Lisias para entregárselos. [3] Al saberlo, dijo: «No quiero ni ver su cara». [4] Las tropas los mataron, y así se sentó Demetrio en su trono real.

Seleuco IV Filopator (187-175) duró poco en el trono. En lugar de su hermano Antíoco IV Epifanes logró que quedara prisionero de los romanos su hijo Demetrio. Pasaron los años. Al enterarse en su cautiverio de la muerte de su tío Epifanes, Demetrió pidió al senado autorización para trasladarse a Siria y hacer valer sus derechos al trono de los seléucidas. El senado, sin rechazar la petición, daba largas al asunto por interesar más a Roma mantener en el trono de Siria al regente Lisias y a un monarca menor de edad que a un hombre en la plenitud de sus facultades. El enérgico Demetrio no cejó en sus pretensiones. Un día se presentó ante él su preceptor Diodoro con la noticia de que el pueblo de Siria odiaba a Lisias y a Antíoco Eupator. Viendo Demetrio la apatía del senado, cierto día, con el apoyo del historiador Polibio, escapó de Roma, embarcó en una nave cartaginesa y desembarcó en Trípolis, en Fenicia (2 Mac 14,1). Le acompañaban ocho amigos, cinco criados y tres jóvenes. El animoso Demetrio, que contaba a la sazón veintidós años de edad, puso el pie en tierras de Siria el año 151, muy probablemente durante el verano de 161 antes de Cristo, como se deduce del hecho de hacer parte de su viaje en una nave de Cartago que se dirigía a Tiro para entregar las primicias que debían ofrecerse a los dioses de esta ciudad [1]. En el viaje de Trípolis a Antioquía (283 kilómetros) le comunicaron que la tropa, o más bien la oficialidad, se había apoderado de Eupator y de Lisias. Demetrio no quiso ni verlos, actitud ambigua con la que dejaba las manos libres a la oficialidad para que los ejecutaran, quedando de esta manera libre de la responsabilidad del asesinato de dos personalidades, oficialmente amigas de Roma. Esta muerte contribuyó sin duda a su reconocimiento como rey de Siria por los romanos.

Intrigas de Alcimo (7,5-7)

[5] Luego se llegaron a él todos los malvados e impíos de Israel, con Alcimo a la cabeza, que pretendía el sumo sacerdocio; [6] y presentaron al rey muchas acusaciones contra el pueblo, diciendo: «Judas y sus hermanos han dado muerte a todos

[11] *Ant. Iud.* 12,10.

[1] POLIBIO, 31,12,12.

tus amigos, y a nosotros nos han expulsado de nuestra tierra. [7] Te rogamos envíes una persona de tu confianza que vaya y vea todos los estragos que nos han causado a nosotros y al territorio del rey, y que los castigue a ellos y a cuantos les prestan auxilio».

Como consecuencia del pacto firmado entre Lisias y Judas, tuvieron los Macabeos libertad para ajustar sus cuentas con los judíos apóstatas, que eran perseguidos, vejados y constreñidos a abandonar las tierras de Palestina. Alcimo, nombre helenizado, del hebraico *Iaquim* (1 Crón 8,19), pertenecía a la estirpe sacerdotal (v.14), pero no era de la familia del sumo sacerdote Onías [2].

Proposiciones engañosas de paz (7,8-18)

[8] Eligió el rey a Báquides, uno de sus amigos, que gobernaba la región del otro lado del río, hombre grande en el reino y fiel al soberano; [9] y le envió en compañía del impío Alcimo, a quien instituyó sumo sacerdote, mandándole que tomara venganza de los hijos de Israel. [10] Partieron con un gran ejército, y, llegados a la tierra de Judá, enviaron mensajeros a Judas y a sus amigos con palabras engañosas de paz, [11] a las que ellos no dieron crédito porque veían el gran ejército que traían. [12] Acudieron a Alcimo y a Báquides muchos escribas reclamando un pacto justo; [13] y los asideos fueron los primeros entre los hijos de Israel que pidieron la paz, [14] porque se decían: «Es un sacerdote del linaje de Aarón el que ha llegado con las tropas; no nos engañará». [15] En efecto, les habló palabras de paz y les juró, diciendo: «No os haremos mal ni a vosotros ni a vuestros amigos». [16] Con esto le creyeron; pero prendió a sesenta de ellos, y en un solo día les dio muerte, según lo que está escrito: [17] «Las carnes de tus santos y su sangre derramaron en torno de Jerusalén, y no había quien los enterrase». [18] El miedo y el espanto se apoderó de todo el pueblo, porque se decían: «No hay verdad ni justicia, pues han violado los compromisos y juramentos que habían hecho».

La acusación hizo mella, enviando Demetrio contra Judas al generalísimo de sus ejércitos, Báquides (2 Mac 8,30), sucesor del difunto Lisias, mientras él marchaba a Babilonia para atajar las pretensiones de Timarcos. Demetrio le derrotó, recibiendo, por lo mismo, de los babilonios el sobrenombre de Soter *(salvador)*.

Alcimo acompañaba al generalísimo sirio Báquides en su viaje a Palestina. Propuesto acaso para el cargo de sumo sacerdote por Antíoco Eupator, busca ahora afanosamente la confirmación por parte del nuevo soberano, que le «instituyó sumo sacerdote» (v.5). Pero este nombramiento por real orden no tendría eficacia en la práctica mientras el templo y la ciudad de Jerusalén permanecieran en manos de los Macabeos y de sus amigos.

Báquides y Alcimo hacen proposiciones de paz a Judas, quien se percató de que el ofrecimiento no era sincero. Además, ¿por

[2] FLAVIO JOSEFO, *Ant. Iud.* 20,10,3; W. MOLLEKEN, *Geschichtsklitterung im 1 Makkabäerbuch. Wann wurde Alkimus Hoherpriester?:* ZAW 65 (1953-1954) 205-228.

qué ofrecer proposiciones de paz al amparo de un ejército dispuesto a lanzarse sobre Jerusalén? No fue tan enérgica la actitud de los asideos. Los escribas (5,42) cayeron en el lazo que Alcimo les tendía. Quizá estaban ellos dolidos por la conducta de Judas, que confiaba más en la eficacia de las armas que en las lucubraciones interminables de los *soferim*. Los asideos (2,42) vieron en Alcimo a un personaje perteneciente al linaje sacerdotal. Como hemos dicho, Alcimo pertenecía a la estirpe sacerdotal, pero no a la familia del sumo sacerdote Onías. Alcimo engañó a los asideos, los cuales consideraban las 24 clases sacerdotales como auténticos «hijos de Sadoc»; a saber: los descendientes de Sadoc, que, con Abiatar, ejercía el cargo de sumo pontífice en tiempos de David (2 Sam 20,25). Parece que el v.16 debe entenderse en el sentido de que, una vez estipuladas las paces, Alcimo propuso a Báquides la idea de liquidar a aquellos asideos que se habían mostrado más reacios a sus ofrecimientos y que en tiempos pasados se distinguieron en la lucha contra los simpatizantes del helenismo. Se citan en el v.17 unas frases de Sal 79,2 según la versión de los LXX. Una opinión muy en boga entre los comentaristas (CALÈS, CASTELLINO, HERKENE) data la composición del salmo de los años 587-586. Pudo el salmo recibir algunos retoques en tiempos de los Macabeos (CALÈS). El estilo empleado en los últimos versículos puede sugerir la idea de que son obra del traductor griego u otro autor distinto del que escribió el original hebraico.

Alcimo consolida su pontificado (7,19-25)

[19] Báquides, saliendo de Jerusalén, vino a acampar en Bezeta y mandó prender a muchos de los que habían desertado de él y a algunos del pueblo, y los mató, arrojándolos a una gran cisterna. [20] Puso luego la provincia en manos de Alcimo, con tropas para auxiliarle, y se volvió al rey. [21] Alcimo luchaba por asegurarse en el pontificado, [22] juntándose a él todos los perturbadores de su pueblo, que se apoderaron de la tierra de Judea y causaron a Israel muchos daños. [23] Así que vio Judas los grandes males que Alcimo y los suyos traían sobre los hijos de Israel, mayores que los causados por los gentiles, [24] se puso en campaña, y, recorriendo toda la tierra de Judea, castigó a los apóstatas, que cesaron de andar por ella. [25] Alcimo, viendo que Judas y los suyos se hacían poderosos, y conociendo, por otra parte, que él no era capaz de hacerles frente, se volvió al rey, acusándoles de muchos crímenes.

En las cercanías de Bezeta (a seis kilómetros al norte de Betsur) había pozos y cisternas. Las represalias comenzaron tan pronto como la policía delató a los culpables. El texto puede interpretarse de dos maneras. Admitiendo la lección de Luciano *(ap'autou,* de él) se infiere que fueron arrojados a una cisterna algunos desertores de su ejército, probablemente judíos, que protestaron por el modo injusto de tratar Báquides a sus hermanos de raza. Otra interpretación, sostenida por Abel, se apoya en la lección *met'autou*, con él, y traducen: «Que se habían pasado a él». Según lo dicho,

algunos de los que se incorporaron al partido de Báquides habíanse ensañado antes contra los helenizantes, intentando ahora borrar su pasado dudoso con alistarse al ejército sirio.

Báquides había sembrado el pánico en su alrededor. Las gentes vivían aparentemente tranquilas, por lo que juzgó innecesaria su presencia en Palestina, dejando a Alcimo el encargo de ultimar su misión. Estaba éste obsesionado por la idea de asegurar su pontificado, empleando para ello más bien métodos de captación. Pero la avalancha y presión de los helenistas y judíos renegados, que reclamaban un trato de favor, le hicieron impopular. Judas quiso terminar con las bandas de tránsfugas rencorosos y aprovechados, impidiéndoles circular por el territorio. Por falta de ejército no pudo Alcimo someter al Macabeo. Alcimo entrevistóse con Demetrio (2 Mac 14,5-14), acusando a Judas y a los suyos.

Misión y derrota de Nicanor (7,26-32)

[26] Envió el rey a Nicanor, uno de sus capitanes más ilustres
y enemigo jurado de Israel, encargándole la destrucción del
pueblo. [27] Llegó Nicanor a Jerusalén con un poderoso ejército,
y envió a Judas y a sus hermanos engañosos mensajes de amis-
tad, [28] diciéndoles: «No haya lucha entre nosotros; yo iré a ti
con poca gente; nos veremos y hablaremos como amigos».
[29] Vino, en efecto, a Judas y se saludaron amistosamente; pero
los enemigos estaban dispuestos a prenderle. [30] Mas, conocien-
do Judas que venían a él con engaño, temió y no quiso volver a
verle más. [31] Nicanor, cuando vio descubiertos sus planes, salió
a combatir contra Judas cerca de Cafarsalama. [32] El resultado
de la lucha fue que cayesen de las tropas de Nicanor unos cinco
mil hombres, huyendo los demás a la ciudad de David.

Demetrio dio crédito a las acusaciones de Alcimo y decidió acabar de una vez con los reaccionarios judíos. Confió esta tarea a Nicanor, general valiente e incondicional del monarca a toda prueba. Fue antes amigo de Antíoco Epifanes y general de su ejército (3,38-41). Al parecer tuvo Nicanor un altercado con Lisias, circunstancia que aprovechó para huir a Roma y ponerse a las órdenes de Demetrio, pretendiente al trono real de Siria. En Roma preparó la fuga de Demetrio [3]. Antes del año 162 era *elefantarco* (2 Mac 14,32), comandante de la sección de los elefantes. Nicanor llegó a Jerusalén con propósitos aparentemente pacíficos. En vez de apelar a las armas, sugirió la celebración de una entrevista entre él y Judas Macabeo. A consecuencia de los combates en Betzacaría y en Jerusalén (6,32-62), Judas se había retirado a tierras de Gofna (Gifne), a unos veintidós kilómetros al norte de Jerusalén [4]. Nicanor envió a Judas tres diputados, llamados Posidonio, Teodotos y Matatías. Las conversaciones tuvieron en un principio buenos resultados, firmándose un tratado de paz. Nicanor licenció a muchos soldados que le habían acompañado hasta Jerusalén, trabando amis-

[3] Polibio, 31,14.
[4] Flavio Josefo, *Bell. Iud.* 1,45.

tad con Judas, cuya personalidad encontraba simpática. Pero Alcimo protestó de esta camaradería entre Nicanor y su enemigo Judas, acusando al general de obrar en contra de los intereses de la nación. Dejóse el rey impresionar por Alcimo, enviando a Nicanor la orden de entregar a Judas encadenado en Antioquía. Las intrigas de Alcimo y la orden real cogieron de sorpresa a Nicanor, que tomó medidas encaminadas a apoderarse de Judas. En un choque en el término de Cafarsalama (Deir Salam, a diez kilómetros al norte de Jerusalén) cayeron cinco mil soldados del ejército de Nicanor (según Sinaítico, Vetus Lat. y Sir., los muertos fueron *quinientos*).

Nicanor en el templo (7,33-38)

[33] Después de estos sucesos subió Nicanor al monte de Sión,
y salieron del templo los sacerdotes y los ancianos del pueblo
para saludarle amigablemente y mostrarle los holocaustos que
se ofrecían por el rey. [34] Pero él, burlándose de ellos, los escar-
neció y profanó los holocaustos con altivez, [35] y, airado, juró,
diciendo: «Si Judas no se me entrega y su ejército no se me
rinde ahora, cuando vuelva victorioso daré al fuego este tem-
plo». Y partió lleno de cólera. [36] Salieron los sacerdotes, y de
pie, frente al altar y al templo, clamaron, diciendo: [37] «Tú, Se-
ñor, que has elegido esta casa para que en ella fuese invocado
tu nombre y fuese casa de oración y de plegaria para tu pueblo,
[38] toma venganza de este hombre y de su ejército, y caiga al
filo de la espada. Acuérdate de sus blasfemias y no permitas
que salgan con sus intentos».

El amor propio de Nicanor sintió al vivo la derrota de sus tropas en Cafarsalama, descargando todo su furor sobre el templo y los sacerdotes que lo servían. Aunque el texto diga que Nicanor *subió* al templo (2 Sam 24,18; 1 Re 8,1), en realidad salió de la ciudadela en donde se hospedaba, y *descendió* hacia el monte Sión, situado en un nivel inferior, al otro lado del Tiropeón. El uso del verbo *subir* para expresar la idea de encaminarse al templo se remontaba a los tiempos en que la ciudad estaba edificada sobre el Ofel. Los sacerdotes impidieron disimuladamente que Nicanor entrara en el recinto sagrado, cumplimentándole en la misma puerta, desde la cual pudo comprobar la verdad del sacrificio por el rey. Estos holocaustos por los soberanos reinantes estuvieron en uso durante el período persa, griego y romano. Los gastos que ocasionaban eran saldados por los mismos monarcas [5] (Bar 1,10-12; Esd 6,8-10). Burlóse Nicanor de los sacerdotes y se mofó despectivamente de los holocaustos. Desató su lengua en insultos contra los ministros del altar, atreviéndose, en el paroxismo de su furor, a escupirles en la cara, lo que, además de un ultraje, constituía una impureza legal. Una idea obsesionaba al general sirio: Judas. Si al regresar de su viaje no se lo entregan, arrasará el templo. La oración de los sacerdotes se inspira en la de Salomón (1 Re 8,43).

[5] Flavio Josefo, *Contra Ap.* 2,77.

Batalla de Adasa y muerte de Nicanor (7,39-50)

**39 Partió Nicanor de Jerusalén y asentó su campo en Beto-
rón, donde se le agregó un cuerpo de sirios. 40 En tanto, estaba
Judas en Adasa con tres mil hombres, y, orando, dijo: 41 «Se-
ñor, cuando los mensajeros del rey de Siria blasfemaron, un
ángel tuyo vino e hirió a ciento ochenta y cinco mil de ellos.
42 Aplasta así hoy a este ejército ante nosotros, y que, al verle
castigado por su maldad, reconozcan todos que fue por haber
amenazado tu santuario». 43 Los ejércitos vinieron a las manos
el día trece del mes de Adar, quedando derrotado el de Nica-
nor y cayendo él mismo el primero en la lucha. 44 Cuando el
ejército se dio cuenta de que Nicanor había caído, arrojó las
armas y huyó. 45 Los persiguieron una jornada de camino, des-
de Adasa hasta Gazer, tocando detrás de ellos las cornetas. 46 De
todas las aldeas próximas de Judea salían para acosarlos, y, lu-
chando contra ellos, los mataron al filo de la espada, sin que
quedase ni uno solo. 47 Se apoderaron de sus despojos y de su
botín y cortaron a Nicanor la cabeza y la mano derecha, que
orgullosamente había alzado contra Jerusalén. 48 El pueblo se
alegró extraordinariamente y celebraron aquel día con gran
regocijo, 49 y acordaron celebrarlo cada año el mismo día tre-
ce de Adar. 50 Por algún tiempo gozó de paz la tierra de Judá.**

Desde Siria llegaba un nuevo contingente de tropas para reforzar el ejército de Nicanor. Con esta ayuda creyó él acabar con los reaccionarios judíos, apoderarse de Judas y entregar el templo a las llamas. Judas siguió de lejos los pasos de Nicanor cuando éste, al frente del nuevo ejército, avanzaba en dirección a Jerusalén. Judas da por descontado que Yahvé castigará la insolencia de Nicanor, y, armado con esta confianza ciega, le presenta batalla. Colocó sus soldados en la colina de Adasa, para lanzarse sobre las tropas de Nicanor tan pronto penetraran por las pendientes que estrechan el camino en las cercanías de *Jirbet Adasa*, a ocho kilómetros al norte de Jerusalén. Nicanor cayó muerto en la refriega. Cortaron su cabeza y la mano derecha (1 Sam 17,54; Jdt 13,15; 14,1), conforme a las costumbres militares de aquel tiempo. Más información sobre el particular en 2 Mac 15,30-33. La batalla se dio el 13 del mes Adar, el último del calendario hebraico, correspondiente a febrero-marzo. Todos los años en aquel día se celebraba la fiesta de Nicanor *(Megillat Taanit)*, que subsistía aún en el siglo VIII después de Cristo. Pero al coincidir con la fiesta de Purim (2 Mac 15,36), cayó en desuso.

Los romanos entran en escena

Fama y proezas de los romanos (8,1-8)

**1 Llegó a oídos de Judas la fama de los romanos de que eran
muy poderosos, que se mostraban benévolos con todos los que
se adherían a ellos, y con quienes a ellos venían hacían alianza
y amistad. 2 Le contaron de sus guerras y de las hazañas que**

**habían realizado en la Galia, apoderándose de ella y someién-
dola a tributo; 3 cuanto habían hecho en España, apoderándose
de las minas de oro y plata que allí hay y adueñándose de toda
la tierra con su prudencia y paciencia, 4 no obstante estar este
país muy distante de ellos; y cómo a los reyes que desde los
confines de la tierra habían ido contra ellos los habían derrotado,
infligiéndoles tan gran descalabro, que los restantes les paga-
ban tributo cada año. 5 Y que a Filipo y a Perseo, reyes de los
Kittim, los habían derrotado en guerra y los habían subyugado,
6 y a Antíoco el Grande, rey de Asia, que estuvo en guerra con
ellos y que tenía ciento veinte elefantes, y caballería, y carros,
y ejército muy numeroso, le habían vencido 7 y cogido prisio-
nero, imponiéndole un gran tributo a él y a los que en el reino
le sucedieron, obligándole a dar rehenes 8 y a ceder las mejores
provincias, tales como la Jonia, la Media y la Lidia, que aqué-
llos cedieron al rey Eumenes.**

La mano de los seléucidas pesaba cada día más sobre Israel. La lucha del helenismo contra el yahvismo arreciaba, agravada por la apostasía de muchos judíos, que buscaban en aquél la libertad de conciencia y de costumbres que no encontraban en la rígida religión ancestral de Israel. El «resto de Israel» corría peligro de reducirse a su mínima expresión. Volviendo la vista a su alrededor, veíase el horizonte cerrado; en medio de tanta soledad vislumbraron una vaga esperanza en un imperio famoso, de las tierras de los Kittim, que tenía la fama de proteger a los pueblos pequeños oprimidos por las grandes potencias. En Palestina había llegado la noticia de que Roma había ayudado a Tolomeo Filometor, a Eumenes, rey de Pérgamo; a Timarco, gobernador de Babilonia. El senado reconoció a Demetrio como rey amigo, mientras se «comportara como tal» [1]. De ello concluyeron los Macabeos que Roma veía con malos ojos la política sectaria de los seléucidas. Los romanos eran poderosos, invencibles, metódicos, prudentes, tenaces, simples en el porte externo, fieles a sus palabras y con los pueblos amigos, aliados incondicionales de las naciones que se acogían a su protección. A ello se añade que ninguno entre ellos lleva diadema ni viste púrpura, no teniendo, por lo mismo, ocasión de engreírse. En vez de confiar el gobierno a un dictador despótico, disponen de un senado que mira por el bien del pueblo y por su buen gobierno. La fama fácilmente hermoseaba y alteraba cuanto concernía a un pueblo conocido desde Palestina únicamente por el eco de sus estrepitosas victorias. Todo el elogio ditirámbico a favor de los romanos puede interpretarse como una sátira velada contra los griegos, cuya dominación y cultura combatían los Macabeos (Penna, Vaccari).

La idea de recabar la ayuda de los romanos se venía incubando desde tiempo. Que Judas se dirigiera al senado poco antes del advenimiento de Demetrio puede inferirse de la carta de recomendación de Cayo Fanio, cónsul en 161 antes de Cristo, cuya finalidad era facilitar el paso de embajadores judíos a través del territorio de Cos, de vuelta de su misión en Roma [2].

1 Polibio, 32,7,13.
2 Flavio Josefo, *Ant. Iud.* 14,10,15; Niese, *Festschrift für Noldeke* II 817ss.

La fama de que gozaban los romanos iba respaldada por hechos concretos. Los romanos se cubrieron de gloria combatiendo contra *tois galatais* [3]. Cartagineses y romanos se disputaron el dominio de España para apoderarse de sus minas [4]. Los reyes de los confines de la tierra son acaso Aníbal, Asdrúbal, que a través de las columnas de Hércules, situadas al fin del mundo, llegaron a España.

Los romanos fueron también poderosos en Oriente. Filipo V fue derrotado por los romanos en Cinocéfale (197 a. C.); la misma suerte corrió Perseo en Pidna, el año 168, por obra de Emilio Paulo. Antíoco III sucumbió ante el talento militar de Escipión el Africano en la batalla de Magnesia (189), perdiendo su hegemonía en Oriente y siendo constreñido a pagar un fuerte tributo. Los historiadores paganos (APPIANO, TITO LIVIO) no dicen que Antíoco cayera prisionero. El autor sagrado refiere los rumores que circulaban en torno a la derrota de Antíoco, sin comprometer su propio juicio ni pretender examinar la verdad de los hechos a que se aludía. La India no perteneció nunca a los seléucidas, ni la Media fue cedida a los romanos. Para obviar esta dificultad, creen algunos que en el texto original se leían los nombres de Jonia y Misia, en vez de los de India y Media, que por un error introdujo en el texto un copista. Es cierto que los romanos entregaron a Eumenes las regiones de esta parte del Taurus, o sea la Misia, Lidia, Frigia, Licaonia y parte de Cara y Licia.

Conducta con los aliados y los enemigos (8,9-13)

9 Los griegos quisieron ir contra ellos y aniquilarlos; pero en cuanto les fue conocido el propósito, 10 enviaron contra ellos un general que los combatió, cayendo de los griegos muchos en el campo, siendo llevados cautivos las mujeres, y los hijos, saqueados los bienes, subyugada la tierra, destruidas las fortalezas y reducidos a servidumbre hasta hoy. 11 A los demás reinos e islas, cuantos se les opusieron, totalmente los subyugaron. 12 Pero a sus aliados y amigos que en ellos confían les guardan fidelidad, y así habían logrado dominar los reinos próximos y remotos. Cuantos saben de su fama los temen, 13 y cuantos son por ellos ayudados para reinar, reinan, y a los que no quieren los destituyen, y así han adquirido gran poder.

Quisieron los griegos medir sus fuerzas con Roma, como hicieron antes con Persia; pero fueron vencidos. En un principio, los romanos se comportaron suavemente en la guerra contra la Liga Etolia, que se había aliado con Antíoco (190 a. C.). Más tarde mostráronse duros con ellos en la guerra, que acabó con la destrucción de Corinto por el cónsul Lucio Mummio y la anexión de Grecia a Roma, formando la provincia romana de Acaya. Como

[3] Hállase muy difundida la opinión de los que relacionan la mencionada palabra griega con los habitantes de la Galia y no de Galacia. Después de los estudios de Mommsen, escribe Bévenot, está fuera de duda que el término griego *tois galatais* no se refiere a los gálatas, que se establecieron en Asia Menor el año 240 antes de Cristo, sometidos por Manlio Vulso el 189 (TITO LIVIO, 38,17,37), sino a los galos del norte de Italia, que apoyaron a Aníbal en la segunda guerra púnica (218-201), siendo vencidos definitivamente en el año 190 antes de Cristo.

[4] PLINIO, *Hist. Nat.* 33,4,6; ESTRABÓN, 3,3.

puede observarse, el autor sagrado incluye en el cuadro trazado acontecimientos posteriores a los rumores que llegaron a oídos de Judas. Lo mismo hace al aludir a las islas de Chipre y Creta (v.11). Con los aliados son los romanos buenos amigos. La situación apurada en que se encontraban los judíos ortodoxos les impedía ver el interés egoísta y el tacto diplomático que imperaba en las relaciones de Roma con los pueblos aliados.

Régimen democrático de los romanos (8,14-16)

14 Entre ellos nadie lleva diadema ni viste púrpura para engreírse con ella. 15 En vez de esto se ha creado un senado, y cada día deliberan trescientos veinte senadores, que de continuo miran por el bien del pueblo y por su buen gobierno. 16 Cada uno encomienda a uno solo el mando y el dominio de toda su tierra, y todos obedecen a este único, sin que haya entre ellos envidias ni celos.

En Palestina había llegado la noticia de que el senado se componía de trescientos veinte miembros, en vez de trescientos, como consta de los autores latinos. Tampoco el senado, en contra de lo que decía el vulgo y el autor sagrado recoge, se reunía todos los días, pues lo hacía en casos de necesidad y en las calendas e idus de cada mes. Asimismo era equivocada la noticia de que cada año se encomendara el mando a un individuo. Según Vaccari, se alude aquí a la institución del consulado anual. Se sabe que los cónsules romanos eran siempre dos; pero a las expediciones a tierras lejanas iba solamente uno. Es también posible que la idea de un cónsul naciera en Palestina por haberse entrevistado los embajadores judíos en Roma con uno solo de los cónsules.

Delegados judíos a Roma (8,17-21)

17 Eligió Judas a Eupolemo, hijo de Juan, hijo de Acco, y a Jasón, hijo de Eleazar, y los envió a Roma para hacer con ellos amistad y alianza, 18 librádose así del yugo del reino griego, pues veían que el designio de éste era someter a Israel a servidumbre. 19 Llegaron a Roma después de un largo viaje, entraron en el senado, y, tomando la palabra, dijeron: 20 «Judas Macabeo, sus hermanos y el pueblo de los judíos nos envían para hacer con vosotros alianza de paz y pedir que nos inscribáis en la lista de vuestros aliados y amigos». 21 Estas palabras fueron bien recibidas.

El primer mensajero fue Eupolemos (2 Mac 4,11), con nombre helenizado, pero fiel a los principios del yahvismo. Se cree que es el autor de una historia de los reyes de Judá, de que hablan Eusebio [5], Clemente de Alejandría y San Jerónimo [6]. En ella, aunque respetuoso con el texto sagrado, tiene una concepción helenista de la historia. La familia de Acco viose obligada, después del exilio, a

[5] *Praep. Evang.* 30,34.

[6] SCHÜRER, III 474-477; BELLET, l.c., 309.

probar sus títulos genealógicos para poder ejercer el sacerdocio (Esd 2,61; Neh 7,63). El otro enviado se llamaba Jasón, forma helenizada de la palabra hebraica Josué, o Jesús. Era hijo de Eleazar, que murió mártir a los noventa años en defensa de la Ley (2 Mac 6, 18ss). El viaje fue largo y, muy probablemente, por mar. Dos cosas pedía Judas a los romanos: trabar amistad con ellos y obtener ayuda contra el enemigo seléucida.

Documento oficial (8,22-32)

**22 He aquí la copia de la carta que escribieron en tablas de
bronce, y que enviaron a Jerusalén para que les fuese memorial
de paz y de alianza: 23 «Salud a los romanos y al pueblo judío
por mar y por tierra para siempre, y que la espada y el enemigo
estén siempre lejos de ellos. 24 Si el pueblo de los romanos fuera
el primero atacado o lo fuese alguno de sus aliados en todo su
imperio, 25 el pueblo de los judíos les prestará auxilio, según
las circunstancias lo dicten, con plena lealtad. 26 Al enemigo
no le dará ni suministrará trigo, armas, plata ni naves. Esta es
la voluntad de los romanos, y guardarán este convenio sin
compensación ninguna. 27 Asimismo, si primero el pueblo ju-
dío es atacado, los romanos le ayudarán lealmente, según las
circunstancias lo dicten, 28 y al enemigo no le darán ni trigo,
ni armas, ni plata, ni naves. Tal es la voluntad de los romanos.
29 Conforme a estas condiciones se conciertan los romanos con
el pueblo judío. 30 Si después de este acuerdo unos y otros qui-
sieren añadir o quitar alguna cosa, podrán hacerlo a voluntad,
y lo añadido o quitado será o dejará de ser valedero. 31 Cuanto
a los daños que les ha causado el rey Demetrio, ya hemos es-
crito a éste diciendo: ¿Por qué impones tan pesado yugo sobre
nuestros amigos y socios los judíos? 32 Si vuelven a quejársenos
de ti, les haremos justicia, haciéndote la guerra por mar y por
tierra».**

Era costumbre que tales tratados internacionales se grabaran en bronce; una copia se depositaba en el Capitolio y la otra se mandaba al Estado con el cual se hacía alianza. Falta en el texto recogido en el libro sagrado el preámbulo de este documento, que se omitió adrede para evitar la transcripción de nombres paganos, tales como Capitolio, Júpiter, etc. El documento fue redactado en latín, con traducción griega, traducido al hebreo por el autor del libro y vertido más tarde al griego, tal como se ha conservado hoy. En confirmación de la autenticidad del documento se aduce el hecho de que está redactado en el mismo estilo que los otros contratos firmados entre los romanos y los griegos, señalándose, en concreto, el *aequum foedus* encontrado en la isla de Stampolia (antigua Astupalea), del año 105 antes de Cristo. La analogía entre este contrato y el que figura en nuestro texto es palpable[7]. El documento impone a las dos partes firmantes obligaciones iguales *(aequum foedus)*.

7 Véase su texto en Bévenot y en Cig, 2485. Defienden la autenticidad de la carta: H. Rongy, l.c., 230-244; O. Roth, *Rom und die Asmonäer* (Beitrag zur Wissenschaft vom Alten Testament, Leipzig 1914). La impugna H. Willrich, *Judaica* (Forschungen zur hellenistichen Geschichte und Literatur, Göttingen 1900).

Los v.31-32 no forman parte del documento. Más bien contienen la narración hecha por los embajadores sobre las consecuencias inmediatas del tratado firmado. Un toque de alarma a Demetrio por parte de los romanos equivalía a un aviso serio.

Báquides en Judea (9,1-6)

**1 Cuando Demetrio supo que Nicanor y su ejército habían
caído en la batalla, volvió a enviar por segunda vez a Báquides
con Alcimo a tierra de Judá, a la cabeza del ala derecha de su
ejército. 2 Tomaron el camino de la Galilea y acamparon en
Masalot, cerca de Arbela, apoderándose de ella y matando a
muchos. 3 En el mes primero del año ciento cincuenta y dos
asentaron su campo enfrente de Jerusalén; 4 pero veinte mil
hombres de infantería y dos mil caballos se dirigieron a Berea.
5 Entre tanto, Judas había acampado en Laisa con tres mil
hombres escogidos, 6 los cuales, viendo la muchedumbre del
ejército, temieron sobremanera, huyendo muchos del campo y
no quedando de todos más que ochocientos.**

Este capítulo enlaza con lo dicho en 7,50. El tratado entre los romanos y Judas no impide que Demetrio mande de nuevo un poderoso ejército contra Judea. Báquides y Alcimo vuelven a Palestina con el ala derecha del ejército, esto es, con las tropas más aguerridas, que solían estar a las órdenes inmediatas del rey. Desde el norte de Siria tomó la dirección de Galilea, acampando cerca de Arbela, el actual *Jirbet Irbit*, a la altura de Magdala y no lejos del lago de Genesaret. Masalot, del hebreo *mesilloth*, escaleras, no es nombre de lugar. Por el texto se deduce que Báquides marchó a Jerusalén, o porque creía encontrar allí a Judas o para entronizar a Alcimo en sus funciones sacerdotales en el templo. Al enterarse de que Judas acampaba a unos kilómetros al norte, fue en busca suya. Las tropas cansadas de Judas temblaron a la vista del numeroso ejército enemigo. Berea (v.4) corresponde al actual *el-Bire*, a 16 kilómetros al norte de Jerusalén.

Cunde el desaliento (9,7-10)

**7 Viendo Judas que su ejército se disgregaba y que, sin em-
bargo, la batalla era inminente, se sintió aplanado, porque no
le quedaba tiempo para volverlos a juntar, 8 y, sintiendo que se
le rompía el corazón, dijo a los que le quedaban: «Ea, vayamos
al enemigo, a luchar contra él». 9 Querían ellos disuadirlo, di-
ciendo: «No podremos; mejor nos sería conservar ahora nues-
tra vida y volver luego con nuestros hermanos; entonces po-
dremos combatirlos; por ahora somos muy pocos». 10 Pero
Judas contestó: «Lejos de mí hacer tal cosa, de huir ante ellos.
Si nuestra hora ha llegado, muramos valerosamente por nues-
tros hermanos y no empañemos nuestro honor».**

No sabemos las causas que concurrieron al relajamiento total de la moral combativa de las tropas de Judas. La superioridad numérica del enemigo fue más bien un pretexto para rehuir el

combate. Unos se marcharon, otros quedaron al lado de Judas, pero con una moral muy resquebrajada. Judas midió justamente lo trágico de la situación, temiendo que su fin se acercaba. Sólo Dios, con un milagro, podía salvarle. Del pesimismo que invadía a los combatientes, y que influía extraordinariamente en sus ánimos, se hace eco el mismo autor sagrado.

Encarnizados combates (9,11-16)

**11 En esto el campo enemigo se movió y ellos le hicieron
frente. La caballería se dividió en dos partes: los honderos y
arqueros del ejército, todos hombres valientes, se adelantaron,
ocupando la primera fila. 12 Estaba Báquides en el ala derecha,
e hizo al sonido de las cornetas avanzar la falange dividida en
dos cuerpos. 13 Los de Judas dieron también la señal, y la tie-
rra tembló al estruendo de los ejércitos. La batalla fue encar-
nizada, y duró desde la mañana hasta la tarde. 14 Vio Judas que
Báquides, con el núcleo más fuerte de su ejército, estaba en el
ala derecha, y, juntando a los más animosos, 15 se echó con
ellos sobre el enemigo, derrotándolo y persiguiéndolos hasta
el pie de la montaña. 16 Los del ala izquierda, viendo derrotada
y en huida la derecha, pudieron perseguir a Judas y a los suyos
por la espalda.**

Fue el ejército sirio quien tomó la iniciativa. No se dice que Judas invocara a Dios al principio de la batalla; apela él al honor para no rehuir el combate, pero parece no acordarse de Dios. Acaso no quiso el autor sagrado comprometer la causa divina en una lucha que más parecía un suicidio voluntario que un combate entre dos ejércitos.

Muerte de Judas (9,17-22)

**17 La lucha se agravó, cayendo muchos de una y otra parte.
18 Cayó también Judas, y los restantes huyeron. 19 Jonatán y
Simón tomaron a Judas, su hermano, y le dieron sepultura en
el sepulcro de sus padres en Modín. 20 Le lloraron, y todo Israel
hizo por él gran duelo y por muchos días hicieron luto, dicien-
do: 21 «¡Cómo ha caído el valiente, el salvador de Israel!»
22 Por lo demás, la historia de las guerras de Judas, sus haza-
ñas, su magnanimidad, son demasiado grandes para ser es-
critas.**

La lucha se agravó, y de una y otra parte cayeron muchos. Entre ellos cayó *también* Judas. Los supervivientes de su ejército huyeron a la desbandada. Las gentes de Judas mutilaron el cadáver de Nicanor (7,47). Era de temer que la misma suerte esperase corriera el de Judas; pero sus hermanos lograron de Báquides, no sabemos a precio de qué, la autorización de llevarse el cadáver de su hermano y sepultarlo en Modín. Judas es llamado el valiente, el héroe *(gibbor)*, con alusión a 2 Sam 1,19; pero un héroe que salva a Israel, como en otro tiempo los jueces (Jue 3,9.17).

Tercera parte

JONATAN, SUCESOR DE JUDAS *(c.9,23-12,54)*

Israel, a la deriva (9,23-27)

**23 Muerto Judas, cobraron ánimo los apóstatas en todo el
territorio de Israel y levantaron cabeza los obradores de la ini-
quidad. 24 Hubo por aquellos días un hambre grandísima, y el
pueblo se pasó a ellos. 25 Escogió entonces Báquides hombres
impíos y los estableció por señores de la tierra. 26 Buscaban
éstos insistentemente el paradero de los amigos de Judas y los
llevaban a Báquides, que los castigaba y escarnecía. 27 Fue ésta
una gran tribulación en Israel, cual no se vio desde el tiempo
en que no había entre ellos profetas.**

La muerte de Judas sumió a Israel en una situación muy precaria. Los que le habían seguido encerráronse en sus casas o buscaron asilo en tierras inhospitalarias para no sufrir el oprobio de su derrota ni escuchar los improperios que les echaban en cara los helenizantes. Los judíos apóstatas arreciaron en su persecución, aprovechando la coyuntura para vengarse y tomar represalias. El hambre agravó la situación de los fieles escondidos en sus casas o en los desiertos. El excesivo rigor por parte de Báquides y los excesos de los apóstatas despertaron a los judíos del sopor en que yacían y les confirmaron en la necesidad de agruparse bajo un mando y luchar por las reivindicaciones nacionales.

Elección de Jonatán y su huida al desierto (9,28-34)

**28 Reuniéronse entonces todos los amigos de Judas y dijeron
a Jonatán: 29 «Desde que murió tu hermano Judas no apareció
ninguno semejante a él, capaz de hacer frente a los enemigos,
a Báquides y a los perseguidores de nuestro pueblo. 30 Pero hoy
te elegimos en su lugar para que seas nuestro jefe y capitán,
para que nos lleves a nuestras batallas». 31 Aceptó Jonatán el
mandato y ocupó desde entonces el puesto de Judas, su herma-
no. 32 Cuando Báquides tuvo noticia de ello, le buscó para
darle muerte. 33 Mas, sabiéndolo Jonatán, su hermano Simón
y sus parciales, huyeron al desierto de Tecua y acamparon junto
a las aguas de la cisterna de Asfar. 34 Súpolo Báquides en un día
de sábado, y vino con todo su ejército al otro lado del Jordán.**

Jonatán era conocido por su valor y su fidelidad a la memoria de su padre. Al comunicarle los conjurados que habían pensado en elegirle por jefe *(arjon)* y caudillo *(egoúmenos)*, no rehusó la oferta. Con ello se oponía al acuerdo concluido con el general sirio, por lo que tuvo que huir a uña de caballo al desierto de Tecua. Era el desierto el único lugar no controlado por las tropas de Báquides y en donde podían fácilmente ocultarse los que vivían al margen de la ley. Ocías había hecho una gran obra en el desierto de Tecua

al construir torres y excavar muchas cisternas (2 Crón 26,10) para los pastores y sus rebaños. La de Asfar se hallaba en el lugar que ocupan las ruinas de Bir-ez-Zaferán, a seis kilómetros al sur de Tecua. No nos explicamos el porqué Báquides, al oír que Jonatán se retiró al desierto de Tecua, se marchase a Transjordania. Acaso nos hallamos frente a una glosa muy antigua, ya existente en el texto hebraico, y que pasó a la versión griega [1].

Traición y castigo de los nabateos (9,35-42)

**35 Envió Jonatán a su hermano por jefe de una tropa, y rogó
a los nabateos, sus amigos, les permitieran dejar a su custodia el
bagaje, que era mucho. 36 Pero salieron de Madaba los hijos de
Jambri, y se apoderaron de Juan y de cuanto llevaba, y se par-
tieron con ello. 37 Llegó a Jonatán y a Simón, su hermano, la
nueva de que los hijos de Jambri celebraban una solemne boda
con gran pompa y conducían desde Madaba la novia, hija de
uno de los magnates de Canaán. 38 Y, acordándose de su her-
mano Juan, salieron, se ocultaron al abrigo de un monte, 39 al-
zaron los ojos y vieron una caravana regocijada y numerosa.
Era el novio, que con sus amigos y hermanos salía al encuen-
tro de la novia con panderos, instrumentos músicos y muchas
armas. 40 Lanzándose fuera de su escondite, los de Jonatán los
atacaron, quedando heridos muchos y huyendo los restantes
al monte, apoderándose los vencedores de todos los despojos.
41 Las bodas se convirtieron en llanto; el sonido de la música,
en lamentaciones; 42 y, tomada venganza de la sangre de su
hermano, se volvieron a la ribera pantanosa del Jordán.**

Cada uno que se juntaba a Jonatán y acudía a su escondite del desierto ponía a buen recaudo todo cuanto poseía. Pensó Jonatán confiar la custodia de estos bienes a los nabateos (5,25), de vida seminómada, que habitaban al sudeste del mar Muerto. Juan, hermano suyo, fue el designado para llevar el bagaje a la tierra de los nabateos y de asegurar a las mujeres e hijos de los combatientes una morada segura. Juan y su comitiva atravesaron el Jordán, llegando al país de los moabitas. En el camino les salieron al encuentro los hijos de Jambri, instalados en Madaba (Núm 21,30; 1 Crón 19,7), a treinta y cinco kilómetros al sur de Ammán, asaltando la caravana y matando al jefe que la conducía. Jonatán quiso vengar la afrenta, y aprovechó la ocasión de celebrarse una suntuosa boda. Madaba (v.37) se hallaba cerca de la cumbre del monte Nebo.

Escaramuza junto al Jordán (9,43-49)

**43 Supo el suceso Báquides, y en día de sábado vino con mu-
cha fuerza hasta las márgenes del Jordán. 44 Dijo entonces Jo-
natán a los suyos: «Ea, luchemos por nuestra vida. No es hoy
como ayer y anteayer. 45 El peligro nos acosa por delante y por
detrás; ahí y allí, las aguas del Jordán, las márgenes pantanosas
y el bosque; no hay escape. 46 Clamad, pues, al cielo para que**

[1] Véase «Zeitschrift für alttestamenliche Wissenschaft», 41 (1931) 35-42.

**os salve de vuestros enemigos». Trabóse la batalla. 47 Alzó Jo-
natán la mano para herir a Báquides; pero éste retrocedió, es-
quivando el golpe. 48 Salvaron Jonatán y los suyos el Jordán,
pasando a nado a la ribera opuesta; pero los enemigos no atra-
vesaron el Jordán para perseguirlos. 49 Aquel día cayeron como
unos mil hombres de los de Báquides.**

Llegó a Báquides la noticia del desplazamiento de Jonatán al otro lado del río Jordán y quiso cortarle la retirada. Aprovechó un sábado, por conocer la costumbre judía de no pasar a la ofensiva en día de fiesta (2,41; 15,1). Báquides vadeó el río y se camufló en los matorrales que crecen junto al mismo, esperando el regreso de Jonatán. Viose Jonatán aprisionado entre el ejército sirio y el Jordán, siendo la situación desesperada. «No es como ayer y anteayer» (Gén 31,2; Jos 4,18; 1 Sam 5,2; 2 Re 13,5), queriendo decir: Jamás nos hemos encontrado en situación tan comprometida; no hay escape. Jonatán recomienda la oración, pero atacó al mismo tiempo a Báquides, haciéndole retroceder. Del ejército de Báquides cayeron unos mil hombres, cifra que Flavio Josefo hace remontar a dos mil.

Fortificaciones de Báquides (9,50-53)

**50 Vuelto éste a Jerusalén, edificó ciudades fuertes en Judea,
la fortaleza de Jericó, la de Emaús, la de Betorón, la de Bétel.
la de Tamnata, la de Faratón y la de Tefón, con muros altos y
puertas y cerrojos, 51 poniendo en ellas guarnición para hacer
la guerra a Israel. 52 Fortificó asimismo las ciudades de Betsur
y Gazer y la ciudadela, y puso guarniciones y las abasteció de
víveres. 53 Tomó luego a los hijos de los principales del país
como rehenes y los recluyó en la ciudadela de Jerusalén.**

Se alargaba desmesuradamente la estancia de Báquides fuera de Antioquía. No valía la pena seguir la vida nómada de unos pocos guerrilleros descontentos con el gobierno de la nación. Bastaba levantar sólidas fortalezas en los puntos neurálgicos del país. Jericó ocupaba un lugar clave que controlaba las rutas de Jerusalén a la Transjordania; Amuás o Emaús era como un centinela al pie de la Sefela, que guardaba los accesos a Judea y a Jerusalén. Betorón dominaba la región de Modín y los accesos a las montañas de Efraím. Bétel (Beitin) defendía la capital por el septentrión. A dieciséis kilómetros al norte de Bétel se encuentra Tamnata *(Jirbet Tibna)*, en el camino que une Gofna y Birzeit con la región de Modín. Faratón (Jos 12,15) y Tefón (Jos 12,17) no han sido plenamente identificadas.

Muerte de Alcimo (9,54-57)

**54 El año ciento cincuenta y tres, el mes segundo, ordenó
Alcimo derribar el muro del atrio interior del santuario, des-
truyendo la obra de los profetas. Comenzó a ejecutarlo, 55 pero
le sobrevino un ataque apoplético y quedaron suspendidas las
obras. Se le cerró y paralizó la boca, de modo que no pudo ya**

hablar palabra ni disponer de su casa. Murió Alcimo en medio
de grandes tormentos. 56 Luego que Báquides vio muerto a
Alcimo, se volvió al rey, 57 y la tierra de Judea gozó de paz por
dos años.

Había en el templo un muro de separación entre el atrio de los judíos y el de los gentiles (1 Re 7,12), obra de los profetas, particularmente de Ageo y Zacarías. Que Alcimo pretendiera reemplazarlo por otro de estilo helenístico o que maquinara quitar toda la barrera entre judíos y paganos, no es fácil determinarlo. En tiempo de Herodes, la división entre un atrio y otro era señalada por el *soreg*, o balaustrada, cuya altura llegaba hasta el pecho.

Segunda expedición de Báquides (9,58-66)

58 Todos los apóstatas tomaron de común acuerdo esta reso-
lución: «Jonatán y los suyos viven muy tranquilos y confiados;
pues bien, hagamos venir a Báquides, y en una noche los pren-
deremos a todos». 59 Fuéronse a Báquides y se aconsejaron con
él. 60 En efecto, se dispuso a venir con mucha fuerza. En se-
creto envió cartas a todos sus parciales de Judea para que
prendieran a Jonatán y a los suyos; lo que no pudieron hacer,
por haber llegado tal designio a conocimiento de ellos. 61 Lejos
de eso, cogieron ellos presos a unos cincuenta hombres de la
tierra, cabecillas de aquella conjura, y les dieron muerte. 62 Lue-
go, Jonatán y Simón, con los suyos, se retiraron a Betbasí, en
el desierto; levantaron lo que estaba arruinado y la fortifica-
ron. 63 Informado Báquides de esto, reunió toda su gente y
avisó a los de Judea. 64 Vino a acampar enfrente de Betbasí, la
atacó durante muchos días empleando máquinas, que constru-
yó ex profeso. 65 Jonatán dejó en la ciudad a su hermano Simón,
y él salió al campo con un puñado de hombres. 66 Derrotó a
Odoaren, a sus hermanos y a los hijos de Fasirón en sus tiendas,
iniciando así sus sucesos y aumentando sus fuerzas.

Los apóstatas judíos diéronse cuenta de que los años de paz eran aprovechados por Jonatán y los suyos para emprender una nueva ofensiva. La oficialidad siria que custodiaba las fortalezas levantadas por Báquides no veía mayor peligro en las actividades de los hermanos Macabeos, acantonados en Modín y pueblos de los alrededores. Los intrigantes judíos acudieron entonces al crédulo Báquides, quien, creyendo que su campaña sería un paseo triunfal, dirigióse personalmente a Judea. Sus esperanzas de apoderarse por sorpresa de los Macabeos fracasaron. La localidad de Betbasí (v.62) debe buscarse entre Belén y Tecoa.

Derrota de Báquides y proposiciones de paz (9,67-73)

67 Simón y los suyos salieron de la ciudad, pusieron fuego
a las máquinas 68 y atacaron a Báquides, a quien causaron una
gran derrota; le pusieron en grave aprieto, haciendo fracasar
con sus planes su expedición. 69 El se enfureció contra los im-
píos que le habían aconsejado ir a Judea, hizo dar muerte a

muchos de ellos y resolvió volverse a su tierra. 70 Así que
Jonatán tuvo noticia de ello, le envió embajadores para con-
certar la paz y hacerle entrega de los prisioneros. 71 Asintió
a ello Báquides y aceptó las proposiciones, jurando no causarle
mal alguno en todos los días de su vida. 72 Hízole entrega de
los prisioneros que antes había tomado de la tierra de Judá y
partió para su tierra, no volviendo más a los confines de Judea.
73 Cesó la guerra en Israel, y Jonatán estableció su residencia
en Majmas, donde comenzó a gobernar al pueblo y extermi-
nar a los impíos de Israel.

El sistema de los dos frentes desconcertó a Báquides. Mientras Jonatán hostigaba las tropas en torno a Betbasí, Simón aprovechó la coyuntura para hacer una salida e irrumpir sobre los asaltantes. Según Flavio Josefo [2], el ataque de Jonatán fue de noche. Al verse Báquides cercado por sus adversarios y atacado de frente y por la espalda, cayó víctima del desánimo, no acertando a idear una maniobra que le pusiera al abrigo del enemigo. A falta de otras víctimas más codiciadas, culpó a los impíos judíos de su fracaso, descargando contra ellos el peso de su ira. Humillado, resolvió regresar a su tierra, pensando que, si los judíos helenizantes tenían cuentas pendientes con Jonatán, las resolvieran ellos mismos. En este estado de ánimo aceptó sin dificultad la firma de un armisticio que le sugirió Jonatán. Jonatán retiróse a Majmas, a unos quince kilómetros al norte de Jerusalén, alejado de las guarniciones griegas de la capital y con libertad de movimientos. El autor del libro atribuye a Jonatán las prerrogativas que tenían los antiguos jueces de Israel (Jue 3,10; 4,4; 1 Re 3,9; 2 Re 15,15).

Jonatán, halagado por Demetrio (10,1-6)

1 El año 160, Alejandro, hijo de Antíoco Epifanes, se alzó en
armas y se apoderó de Tolemaida, siendo bien acogido y reco-
nocido como rey. 2 Informado de ello el rey Demetrio, juntó
muchas tropas y salió a campaña contra él. 3 Al mismo tiempo
envió Demetrio a Jonatán cartas amistosas con promesas de
engrandecimiento, 4 porque se decía: «Apresurémonos a hacer
las paces con él antes de que las haga con Alejandro contra nos-
otros, 5 acordándose de todos los males que le hemos hecho
a él, a sus hermanos y a su pueblo». 6 Le dio autoridad para
juntar ejército, fabricar armas; le prometió que le contaría en-
tre sus aliados y le devolvería los rehenes que tenía en la ciu-
dadela.

La política interna de los seléucidas contribuiría en adelante a afianzar en el poder a Jonatán. No estaba el pueblo contento con el carácter misántropo y despótico del rey; tampoco los romanos veían con agrado los éxitos militares de Demetrio. En su victorioso trono debía experimentar la sacudida de la rebelión desencadenada por Alejandro Bala.

Este, que por su parecido físico hacíase pasar por hijo de Antíoco —el autor sagrado no quiere dirimir la cuestión de su origen—, fue

[2] *Ant. Iud.* 13,28.

el instrumento de que se sirvieron los romanos y los soberanos enemigos Tolomeo VI, Attalo II de Pérgamo, Mitrídates V de Capadocia para derrocar a Demetrio. Alejandro era natural de Esmirna, «desconocido y de estirpe incierta» [1]; «hombre de ascendencia humilde» [2]. Por su temperamento aventurero, el rey Attalo II le revistió de las insignias reales y lo envió a Cilicia, para que fuera allí una amenaza constante para Demetrio. En este tiempo, Heráclides, antiguo ministro de Hacienda de Epifanes, queriendo vengar la muerte de su hermano Timarco por parte de Demetrio, logró, durante el invierno del 153-152 antes de Cristo, que el senado romano reconociera las pretensiones de Alejandro Bala sobre el trono de Siria. El aventurero Bala llegó a las costas de Siria protegido por la flota egipcia, desembarcando en Tolemaida y adueñándose de ella por sorpresa. Corría el año 160 de la era seléucida, 152 antes de Cristo.

Tolemaida era una plaza importante que dominaba toda Palestina, y era la base principal del sistema defensivo de la Fenicia. Podía, además, recibir la ciudad ayuda militar de Egipto, cuyo rey, Tolomeo VI, veía con buenos ojos el amotinamiento de Alejandro. Demetrio reaccionó como guerrero y como diplomático. En una carta a Jonatán trata de atraérselo a su causa con promesas zalameras, convencido de la necesidad que tenía ahora de un aliado al sur del imperio.

Jonatán en Jerusalén (10,7-14)

**7 Vino Jonatán y leyó las cartas en presencia del pueblo y de
los que se hallaban en la ciudadela. 8 Un gran temor se apoderó
de todos cuantos oyeron que el rey le daba autoridad para jun-
tar el ejército. 9 Los de la ciudadela le devolvieron los rehenes,
que él entregó luego a los padres de éstos; 10 y estableciendo su
residencia en Jerusalén, comenzó luego a restaurarla y renovarla.
11 Mandó a los obreros construir los muros y rodear el monte
de Sión de un muro de sillares, para mayor fortaleza, como se
hizo. 12 Huyeron todos los extranjeros que había en la fortaleza
edificada por Báquides, 13 y abandonó cada uno el lugar en que
vivía para irse a su tierra. 14 Sólo en Betsur quedaron algunos
de los que habían abandonado la Ley y los preceptos, porque
les servía de refugio.**

Jonatán sacó provecho de las cartas reales, que leyó en Jerusalén en presencia de amigos y de enemigos. Tan pronto como recibió las epístolas de Demetrio, abandonó Majmas y se apoderó de Jerusalén, que convirtió en baluarte de la resistencia judía. Los sirios de la ciudadela escucharon aterrados el contenido del mensaje real, entregando los que tenían en rehenes (9,53). A los enemigos de Jonatán sólo les quedaba una salida: huir. Y así lo hicieron. Quedaron en Betsur algunos de ellos, confiados en los recios muros de la fortaleza y en un cambio de rumbo de la situación política.

[1] Tito Livio, *Epit.* 52.
[2] Justino, 35,1,6.

Las obras de fortificación se emprendieron rápidamente en Jerusalén. Convenía trabajar a destajo, por cuanto Jonatán había ido más allá de las atribuciones que le concedía Demetrio.

Proposiciones de Alejandro (10,15-21)

**15 Pero al saber el rey Alejandro las promesas que Demetrio
había hecho a Jonatán, y asimismo las guerras, las hazañas que
éste y sus hermanos habían realizado y los trabajos que habían
pasado, 16 se dijo: «¿Podremos encontrar otro hombre como
éste? Hagámosle nuestro amigo y aliado». 17 Y le escribió una
carta, cuyo tenor era el siguiente: 18 «El rey Alejandro, a nues-
tro hermano Jonatán. Salud. 19 Hemos oído de ti que eres
hombre de valor y muy digno de ser amigo nuestro. 20 Hoy
te constituimos, pues, sumo sacerdote de tu nación y te conce-
demos el título de amigo del rey—y le envió un vestido de púr-
pura y una corona de oro—para que mires por nuestros nego-
cios y guardes nuestra amistad». 21 Vistióse Jonatán la túnica
santa en el mes séptimo del año ciento sesenta, en la fiesta de
los Tabernáculos; alistó tropas y fabricó armas en gran can-
tidad.**

Alejandro no quiso quedarse corto; a las promesas acompañó las obras. En una carta le hace saber que le concede la dignidad de sumo sacerdote, reconociéndolo con ello jefe supremo religioso del judaísmo. Desde la muerte de Alcimo, este cargo estaba vacante. ¿Podía un monarca sirio conceder tal dignidad? Algunos sumos sacerdotes lo fueron por nombramiento de los seléucidas (Jasón, Menelao, Alcimo); precedente que Alejandro quiso ahora explotar [3].

Además, Alejandro le nombró rey aliado suyo. Quizá la mención de las insignias reales (v.20) sea una glosa. El 15 del mes séptimo se celebraba la fiesta de los Tabernáculos (Lev 23,33-43; Deut 16,13), en la cual inauguró Jonatán su dignidad de sumo sacerdote. De esta manera llegó un miembro de la familia macabea a la más alta dignidad de la nación. Faltábale que la misma fuera hereditaria en la familia y que los sirios reconocieran al sumo sacerdote como jefe, lo que se consiguió bajo Simón (14,41).

Contraofertas de Demetrio (10,22-45)

**22 Oído esto por Demetrio, se entristeció mucho y dijo:
23 «¿Qué es lo que hemos hecho, que Alejandro se nos ha an-
ticipado en hacer amistad con los judíos para ganarse su apo-
yo? 24 Les escribiré yo con palabras persuasivas, ofreciéndoles
ventajas y mercedes para que se hagan auxiliares míos». 25 Efec-
tivamente, les envió una carta del tenor siguiente: «El rey De-**

[3] Por otra parte, Jonatán descendía de Joarib, jefe de una de las veinticuatro clases sacerdotales de Aarón, pudiendo, por lo mismo, ejercer el pontificado (2,1.54; 7,1). Los esenios se opusieron a la conducta de los sumos pontífices asmoneos, pero no atacaron, al parecer, su origen. Pudo suceder, sin embargo, que en esta ocasión el «Doctor legítimo» (el Maestro de Justicia) de la secta se trasladara con sus seguidores a Qumrân y que el hijo de Onías III edificara el templo de Leontópolis (Abel-Starcky, l.c., 162). El movimiento de los *hasidim* tuvo lugar hacia el año 174, y el de los esenios hacia el 152.

**metrio, al pueblo de los judíos, salud. 26 Con gran alegría he-
mos sabido que os habéis mantenido fieles a nuestra alianza y
habéis perseverado en nuestra amistad y no os habéis unido
a nuestros enemigos. 27 Perseverad, pues, en vuestra fidelidad
a nosotros, y os recompensaremos con grandes mercedes por
lo que hiciereis en favor nuestro. 28 Os condonaremos las deu-
das y os haremos muchas mercedes. 29 Desde luego, declaro a
todos los judíos exentos de tributos y del impuesto de la sal y
del tributo de las coronas. 30 El tercio de la cosecha y la mitad
de la de los árboles frutales, que a mí me toca percibir, renun-
cio de hoy en adelante a percibirlo en la tierra de Judá y en los
tres distritos a ella anejos, tomados de Samaria y de Galilea,
desde hoy para siempre. 31 Jerusalén será ciudad santa y exen-
ta, igual que su territorio, de diezmos y tributos. 32 Renuncio
también a la autoridad sobre la ciudadela de Jerusalén y hago
de ella entrega al sumo sacerdote, que pondrá allí los hombres
que él escogiere para su guarnición. 33 Todos los judíos que
hayan sido llevados cautivos de tierra de Judá a cualquier parte
de mi reino, los doy por libres gratuitamente, y todos quedarán
exentos de tributos, aun de los de ganados. 34 Todas las fiestas,
los sábados, las neomenias, los días señalados y los tres días que
preceden y siguen a las fiestas, serán días de exención y de fran-
quicia para todos los judíos de mi reino. 35 Nadie tendrá auto-
ridad para intentar contra ellos acción judicial ni molestarlos
en cualquier negocio. 36 De los judíos serán incorporados al
ejército del rey hasta treinta mil hombres, dándoseles el sueldo
como a todas las demás tropas del rey, 37 y de ellos serán pues-
tos en las grandes fortalezas del rey, y asimismo nombrados
para los negocios del reino que exigen confianza. De ellos se-
rán sus jefes y vivirán según sus leyes, como lo ha dispuesto el
rey en la tierra de Judá. 38 Y los tres distritos tomados a las re-
giones de Samaria e incorporados a Judea lo serán de modo
que formen una sola circunscripción y no obedezcan a otra
autoridad que a la del sumo sacerdote. 39 De Tolemaida y su
distrito hago obsequio al santuario de Jerusalén para sufragar
los gastos del mismo. 40 Doy cada año veinte mil siclos de pla-
ta, pagaderos de los derechos del rey en los lugares que nos
pertenecen. 41 Todo el sobrante que los empleados del fisco
no hayan entregado, como en los años anteriores, desde ahora
lo destino a las obras del templo. 42 Y los cinco mil siclos de
plata que cada año percibíamos de los tributos del templo,
también los condonamos, y se los damos a los sacerdotes que
ejercen las funciones sagradas. 43 Cuantos se acojan al templo
de Jerusalén y a todo su recinto, deudores de los impuestos
reales o de cualquier otra deuda, quedarán libres, y también
cuanto tenga en mi reino. 44 Los gastos para edificar y restau-
rar el templo serán pagados de la hacienda real. 45 Los gastos
para la edificación de los muros de Jerusalén y las fortificacio-
nes de su recinto correrán también por cuenta del rey, y asi-
mismo la edificación de las murallas en Judea».**

A oídos de Demetrio llegaron las propuestas que Alejandro Bala hizo a Jonatán y, en un alarde de generosidad, quiso superarlas. Por aquello de que nunca segundas partes fueron buenas, comprendió Jonatán que no eran sinceros los sentimientos de Demetrio, sino dictados por las necesidades del momento.

La sal que se sacaba del mar Muerto (11,35) era propiedad del Estado sirio. El tributo de las coronas de oro tiene su origen en la costumbre entre los griegos y romanos de enviar cada provincia una corona de oro al general que ganara una batalla. Más tarde, cada año se enviaba lo equivalente en dinero *(aurum coronarium)* [4]. Debían los judíos pagar al rey el tercio de las cosechas y la mitad de la de los árboles frutales. A todo ello renuncia ahora Demetrio con tal de que los judíos pacten con él. La exención se extiende a Judea, Samaria. Los tres distritos de que habla el v.30 eran Aferema, Lida y Ramata (11,34).

Demetrio promete la inmunidad de franquicia en las fiestas judías, tales como Pascua, Pentecostés, fiesta de los Tabernáculos, días en que cada israelita adulto tenía la obligación de ir al templo (Ex 23,14-17). Serán también conceptuados como festivos los tres días que se calculaban como necesarios para el viaje de ida y vuelta.

Para subvencionar los gastos del templo les entregará Demetrio la ciudad de Tolemaida y distrito, con sus derechos aduaneros, además de una suma de quince mil siclos de plata, o sea unas trescientas mil pesetas. Reconoce el rey el derecho de asilo en el templo, en sentido más amplio del que entendía la Ley (Ex 21,13-14; Núm 35, 9-28). En un exceso de liberalidad sospechosa, llega incluso a conceder al pueblo judío el derecho de reedificar los muros de Jerusalén, las fortificaciones de su recinto y las murallas deterioradas de las ciudades fuertes de Judea con el dinero del rey.

Suspicacia de Jonatán (10,46-47)

**46 Cuando Jonatán y el pueblo oyeron estas palabras, no las
creyeron ni las aceptaron, acordándose de los grandes males
que había causado en Israel, y cuánto los había atribulado, 47 y
se decidieron en favor de Alejandro, que les había hecho propo-
siciones de paz, y así le prestaron auxilio todo el tiempo.**

Se había excedido Demetrio en su liberalidad para que los judíos le prestaran fe. Jonatán no cayó en la trampa, adhiriéndose por el momento a la causa de Alejandro, a quien nada tenían que objetar los judíos. Además, la estrella de Demetrio empezaba a palidecer al perder la amistad de los romanos y la estima del pueblo.

Derrota de Demetrio (10,48-50)

**48 Reunió el rey Alejandro grandes fuerzas, y asentó su cam-
po enfrente del de Demetrio. 49 Trabaron la batalla los dos re-
yes, y huyó el ejército de Demetrio perseguido por Alejandro,
que quedó vencedor. 50 La batalla fue encarnizada y duró hasta
la puesta del sol, cayendo en aquel día el rey Demetrio.**

Lacónico es el relato del encuentro de los dos ejércitos. Parece que el de Alejandro contaba con el apoyo de Jonatán. No se especi-

4 CICERÓN, *Pro lege agraria* 2.12,59.

fica el lugar del encuentro. En el primer encuentro tuvo que huir el ejército de Alejandro perseguido de cerca por Demetrio. En un segundo combate, que duró un día entero, Alejandro prevaleció sobre su enemigo, que quedó en el campo de batalla. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre el primero y el segundo encuentro? Bévenot calcula un año.

Preparativos de boda (10,51-56)

51 Después de esto, Alejandro envió mensajeros a Tolomeo,
rey de Egipto, diciéndole: 52 «Vuelvo a mi reino, he logrado sen-
tarme en el trono de mis padres y recuperar el gobierno, después
de derrotar a Demetrio y apoderarme de nuestra tierra. 53 Tra-
bada la batalla, fue vencido él y su ejército, y nos hemos sentado
en el trono de su reino. 54 Hagamos, pues, alianza; dame tu hija
por mujer, y seré tu yerno, y tanto a ti como a ella os daré pre-
sentes dignos de ti». 55 El rey Tolomeo le respondió diciendo:
«Dichoso el día en que has vuelto a la tierra de tus padres y te
sentaste en el trono real. 56 Con gusto haré lo que me dices. Ven
a mi encuentro a Tolemaida, para que nos veamos y te haga
yerno mío, según deseas».

Tolomeo IV Filometor ocupaba el trono de Egipto. A él acude Alejandro en calidad de rey aliado para pedirle la mano de su hija Cleopatra. Con este matrimonio pretendía Alejandro borrar la mancha de su oscuro origen, emparentándose con familias reales. Por su parte, Tolomeo veía con buenos ojos esta decisión de Alejandro, por creer que de esta manera le serían reconocidos sus derechos sobre la provincia de Celesiria y regiones adyacentes. Tolomeo señaló a Tolemaida como lugar de entrevista para ultimar los preparativos de boda.

Bodas en Tolemaida (10,57-60)

57 Partió de Egipto Tolomeo con su hija Cleopatra, y llega-
ron a Tolemaida el año ciento sesenta y dos. 58 El rey Alejandro
le salió al encuentro, Tolomeo le dio su hija Cleopatra, y cele-
braron en Tolemaida las bodas con gran magnificencia, como
de reyes. 59 El rey Alejandro escribió a Jonatán que viniese a su
encuentro. 60 Vino con grande pompa a Tolemaida, se entre-
vistó con los dos reyes y les hizo obsequios de oro y plata; tam-
bién a sus cortesanos les hizo muchos regalos, ganándose con
ello su favor.

A Tolemadia habían llegado las naves de Tolomeo en apoyo de las pretensiones del aventurero Bala. Al llegar el rey a esta ciudad le pareció encontrarse en su propia casa, calculando que muy pronto volvería ella a formar parte integrante de Egipto. La boda celebróse con gran boato, «como de reyes», con una semana de duración. No podía faltar en la misma el rey amigo Jonatán, que le ayudó en la lucha contra Demetrio.

Los aguafiestas y reacción de Alejandro (10,61-66)

61 Vinieron apóstatas, mandados de Israel, para acusarle; pero
el rey no los atendió, 62 antes mandó quitar a Jonatán sus vestidos
y vestirle de púrpura, como se hizo. Le sentó el rey a su lado,
63 y dijo a sus grandes: «Salid con él por medio de la ciudad y
pregonad que nadie se atreva a acusarle sobre ningún negocio
y que nadie por ninguna causa le moleste». 64 Cuando sus acu-
sadores vieron los honores públicos que se le hacían y le vieron
vestido de púrpura, huyeron todos. 65 Le honró mucho el rey
y le inscribió en el número de sus primeros amigos, y le nom-
bró general y gobernador de provincia. 66 Después de lo cual
volvió Jonatán a Jerusalén en paz y contento.

Creían los apóstatas judíos encontrar en Alejandro el mismo favor que sus partidarios en la corte de Demetrio. Pero las cosas habían cambiado mucho. ¿Cómo podía Alejandro volver la espalda a un amigo y compañero de armas? Que en Palestina no gozara Jonatán del favor de todos, no interesaba grandemente al monarca sirio; a él le bastaba saber que Jonatán rechazó las ofertas de Demetrio y se adhirió a su causa. Antes de partir Jonatán para Jerusalén recibió de Alejandro los títulos de *estratega* y *meridarca*. Por el primero le constituía generalísimo de las tropas de Judea; por el segundo le nombraba gobernador supremo de Judea, dependiendo, por descontado, del rey de Siria. En la persona de Jonatán se unían el poder religioso, militar y civil.

Bravatas de Apolonio (10,67-73)

67 El año ciento sesenta y cinco, Demetrio, hijo de Demetrio,
vino de Creta a la tierra de sus padres. 68 En cuanto Alejandro
lo supo, se volvió a Antioquía muy contrariado. 69 Demetrio
nombró gobernador de la Celesiria a Apolonio, que juntó un
poderoso ejército y vino a acampar en Jamnia, desde donde
envió recado a Jonatán, diciéndole: 70 «¿Vas a ser tú el único
que te levantas contra nosotros y voy a ser yo objeto de risa y
burla por causa tuya? ¿Por qué presumes hacerte fuerte en
los montes contra nosotros? 71 Si tanto confías en tus fuerzas,
desciende al llano y midamos las armas, que conmigo está la
fuerza de las ciudades. 72 Pregunta y sabrás quién soy yo y
quiénes los que me prestan auxilio, los cuales dicen que no
podrás mantenerte a pie firme entre nosotros, y que por dos
veces fueron vencidos tus padres en esta tierra. 73 No podrás
sostener el empuje de mi caballería y de mi ejército en campo
abierto, donde no hay piedras, ni guijarros, ni lugar a donde
huir».

Alejandro llevó una vida licenciosa y orgiástica [5], despreocupado de las cosas del reino, atrayéndose sobre sí la aversión de todos. La política de su favorito Ammonio de perseguir y matar a todos los amigos de Demetrio, principalmente sus familiares, indujo al hijo mayor de Demetrio a derrocar al intruso y restablecer en el

[5] TITO LIVIO, *Epit.* 50; JUSTINO, 35.2,2.

trono a los seléucidas. Amparado por veteranos generales, Demetrio II *Nicator* partió de Gnido, capital de Caria, y marchóse a Creta con ánimo de reclutar tropas mercenarias para oponerse al usurpador Alejandro. Logrado su intento, puso al frente de las mismas al fiel Lestene, desembarcando en las costas de Cilicia, probablemente en Seleucia, enarbolando la bandera de la rebelión. A Tolemaida, donde residía de ordinario Alejandro, llegó la noticia del levantamiento de Demetrio II y de su desembarco en Cilicia. Sin perder tiempo, Alejandro corrió a Antioquía, confiada al gobierno de Jerace y Diodoro, para defender la capital de las tropas del invasor. Mientras el nuevo pretendiente combatía a Alejandro en la parte septentrional del imperio, Apolonio marchó contra su aliado del sur, Jonatán. Con esta maniobra, el mismo tiempo que imponía silencio al general judío, cortaba el paso a Tolomeo, rey de Egipto, en caso de que intentara acudir en ayuda de su yerno.

Jonatán y Simón, en lucha con Apolonio (10,74-85)

[74] Cuando Jonatán oyó las bravatas de Apolonio, se llenó de indignación y, escogiendo diez mil hombres, salió de Jerusalén, llevando consigo a Simón, su hermano. [75] Acampó frente a Jope, que le cerró las puertas, porque había en ella una guarnición de Apolonio. Pero la atacaron, [76] y, atemorizados los ciudadanos, le abrieron las puertas, quedando Jonatán dueño de Jope. [77] Así que Apolonio tuvo noticia del suceso, sacó al campo tres mil caballos y una poderosa fuerza de infantería [78] y siguió el camino de Azoto, fingiendo pasar de largo frente a Jope; pero se volvió en seguida a la llanura, muy confiado en la numerosa caballería que tenía. Jonatán salió contra él hacia Azoto, y se trabó la lucha. [79] Apolonio había dejado emboscados mil caballos. [80] Supo Jonatán la asechanza que detrás de sí tenía, y, aunque unos y otros cercaron el campo y estuvieron lanzando flechas contra el pueblo desde la mañana hasta la noche, [81] el pueblo se mantuvo firme, según las órdenes de Jonatán, hasta que la caballería se fatigó. [82] Luego movió Simón sus fuerzas y atacó a la falange, y, como la caballería estaba ya agotada, los derrotaron y pusieron en fuga. [83] La caballería se dispersó por la llanura, huyendo hacia Azoto, y se refugiaron en el templo de Dagón, su ídolo, para salvarse. [84] Jonatán prendió fuego a Azoto y a las ciudades cercanas, se apoderó de sus despojos y dio a las llamas el templo de Dagón, abrasando a los que en él se habían refugiado. [85] El número de los que perecieron por la espada y por el incendio subió a ocho mil.

Jonatán acepta el desafío y quiere probar que también en la llanura su ejército es superior. Indignado por las bravatas de Apolonio, salió de Jerusalén al frente de su ejército y marchó contra Jope. La ciudad filistea resistióse al principio, pero tuvo que rendirse a Jonatán y a su hermano Simón [6]. En Jamnia, situada a veinte kilómetros al sur, se encontraba Apolonio. Al tener éste noticia de la toma de Jope por parte de Jonatán, en vez de atacarle fingió huir hacia el

[6] S. Tolkowski, *The Gateway of Palestine. A History of Jaffa* (Londres 1924).

sur, en dirección a Azoto, a quince kilómetros de Jamnia, con el intento de atraer al Macabeo hacia la llanura, donde la caballería podía maniobrar a su gusto. Pero el astuto Apolonio había dejado emboscados mil caballos para que se abalanzaran contra el ejército judío, de camino para Azoto, en busca del enemigo. El lugar donde se agazapó la caballería de Apolonio fue acaso el valle Qatra o el Nahr Skreir, al norte de Azoto. No cayó Jonatán en la trampa, que descubrió a tiempo. Se entabló la lucha, logrando Jonatán dar largas a la batalla con el fin de cansar a la caballería. Por su parte, Simón pudo contra la infantería de Apolonio, que se refugió en Azoto, en el recinto del templo dedicado a Dagón, confiado en que Jonatán respetaría este lugar sagrado. Era Dagón el dios de los filisteos (Jue 16,23), al que representaban con el cuerpo de pez y cabeza de hombre. ¿Cómo podía detenerse Jonatán ante un lugar sacrílego, donde en otros tiempos fue profanada el arca de la alianza? (1 Sam 5,2). Sin vacilar un momento, arrimó leña a los muros y dio el templo a las llamas, abrasando a los que en él se habían refugiado. La mortandad fue espantosa.

Jonatán regresa victorioso (10,86-89)

[86] De allí levantó el campo Jonatán y se vino hacia Ascalón, cuyos moradores salieron a recibirle con gran honor. [87] Jonatán se volvió a Jerusalén con los suyos, cargados de despojos. [88] Cuando estos sucesos llegaron a oídos del rey Alejandro, concedió nuevos honores a Jonatán, [89] le envió la fíbula de oro, como es costumbre darla a los parientes de los reyes, y le dio Acarón con todos sus términos en posesión.

Ascalón recibió entusiásticamente al vencedor de Jope y Azoto. Alejandro premió el valor y fidelidad de su aliado regalándole una hebilla de oro para su manto de púrpura. Le nombró «pariente del rey» y añadió a su jurisdicción la ciudad filistea de Acarón (Jos 13,3), entre Jamnia y Guézer. De esta manera calculaba Alejandro que su frontera meridional estaba en buenas manos, en el caso de que su suegro Tolomeo intentara un ataque, que no se hizo esperar.

Tolomeo, dueño de la costa (11,1-8)

[1] El rey de Egipto juntó grandes fuerzas, como las arenas del mar, y muchas naves, con el intento de apoderarse por engaño del reino de Alejandro y agregarlo a su propio reino. [2] Con pretextos de paz se encaminó a Siria, abriéndosele las puertas de las ciudades y saliendo todos a recibirle, pues era orden del rey Alejandro que le saliesen al encuentro, como a suegro suyo. [3] Así que Tolomeo entraba en las ciudades, ponía en ellas guarniciones. [4] Al entrar en Azoto le enseñaron el templo de Dagón incendiado, la ciudad y sus cercanías destruidas, arrojados en el campo los cadáveres y al borde de los caminos los montones de los que habían caído en la batalla. [5] Contáronle lo que había hecho Jonatán, con el fin de hacérsele odioso, pero el rey callaba. [6] Vino Jonatán al encuentro del rey en Jope con gran

aparato, se saludaron y durmieron allí. [7] Jonatán le acompañó luego hasta el río llamado Eleutero, y luego se volvió a Jerusalén. [8] El rey Tolomeo se adueñó de todas las ciudades de la costa hasta Seleucia del mar, meditando perversos planes contra Alejandro.

Tolomeo había protegido a Alejandro Bala en su logrado intento de ocupar el trono de Siria. A él entregó su hija Cleopatra. En esta coyuntura en que Alejandro veía amenazado su trono por el norte y sur, se alegra de que su padre político se dirija a Antioquía, por contribuir esta visita a elevar su prestigio ante los pueblos vecinos. No sospechaba Alejandro que su suegro abrigara turbios designios; por lo mismo, dio orden de que le salieran al encuentro y le recibieran con gran boato. El taimado Tolomeo aprovechó las facilidades que le daba su yerno para minar su poder y apoderarse de su reino. En cada ciudad que visitaba dejaba una guarnición. En Azoto escuchó sin pestañear el relato de los destrozos causados a la ciudad por Jonatán, sin pronunciarse en pro o en contra. En secreto concebía Tolomeo el proyecto de tener en Jonatán a un vasallo incondicional. Obedeciendo acaso a órdenes de Alejandro, y para granjearse la confianza de Tolomeo, Jonatán acompañó al rey egipcio hasta el río Eleutero, al norte de Trípolis y a trescientos kilómetros de Jope. El astuto Jonatán pudo conjeturar que no todo era oro de ley en el proceder de Tolomeo, por lo que se despidió de él en la frontera de Siria superior y regresó a Jerusalén. Aires de tempestad se cernían sobre el trono de Alejandro y no quiso Jonatán inmiscuirse en cuestiones de familia.

Tolomeo se declara (11,9-13)

[9] Envió embajadores a Demetrio, diciéndole: «Ven, hagamos alianza, y te daré mi hija, la que tiene Alejandro, y reinarás sobre el reino de tus padres. [10] Me pesa haberle dado mi hija, pues ha buscado asesinarme». [11] Y con calumnias procuraba hacerle odioso, por codicia de su reino. [12] Al fin le quitó la hija y se la dio a Demetrio, rompiendo con Alejandro y haciendo manifiestas sus enemistades. [13] Entró Tolomeo en Antioquía y se ciñó a su cabeza dos coronas: la de Asia y la de Egipto.

Al llegar a Seleucia, puerto de Antioquía, quitóse Tolomeo el antifaz. Desde allí púsose en comunicación con Demetrio II (10,67), que todavía no había llegado a Antioquía, ofreciéndole como esposa su hija Cleopatra Tea. Esta, que hasta entonces fue mujer de Alejandro Bala (10,58), habíase fugado de Antioquía para salir al encuentro de su padre en Seleucia. Como pretexto para retirar su confianza a Alejandro alega Tolomeo el designio de éste de asesinarle. Cuenta Flavio Josefo que, durante su marcha triunfal por las ciudades de la costa, al llegar a Tolemaida fue objeto de un atentado por parte de Ammonio, favorito de Alejandro. Al negarse éste a entregar al culpable, se encendió la ira de su suegro Tolomeo.

Mientras Tolomeo se apoderaba de Antioquía y pactaba con Demetrio II, Alejandro encontrábase en los montes de Cilicia ocupado en sofocar un levantamiento. Los dos ministros suyos, Hierace y Diodato, no pudiendo hacer frente al ejército de Tolomeo, le abrieron las puertas de la ciudad y le franquearon el trono de Siria. Gustoso hubiera Tolomeo ceñido la corona de Siria, pero, ante el temor de Roma, contentóse con anexionar a Egipto Celesiria y Fenicia, entregando a Demetrio los otros territorios del imperio sirio.

Muerte de Alejandro (11,14-19)

[14] Hallábase por aquellos días el rey Alejandro en Cilicia por haberse rebelado los de aquellos lugares, [15] cuando oyó que su suegro venía contra él en son de guerra. Tolomeo sacó su ejército y le fue al encuentro con poderosas fuerzas y le puso en huida. [16] Huyó Alejandro a la Arabia en busca de refugio, mientras que el rey Tolomeo quedó triunfante. [17] El árabe Zabdiel cortó la cabeza a Alejandro y se la envió a Tolomeo. [18] Tres días más tarde moría el rey Tolomeo, y los suyos que estaban en las fortalezas, perecían a mano de los moradores de las mismas. [19] Y así reinó Demetrio el año ciento sesenta y siete.

Nuestro autor no disimula las simpatías que siente por Alejandro, por el hecho de haber nombrado a Jonatán sumo sacerdote. Por lo mismo, calla el hecho de que Alejandro tuvo que abandonar Antioquía precipitadamente, perseguido por las tropas de su suegro, buscando refugio en Arabia, en una de las regiones colindantes con el desierto, en las cercanías de Alepo, la Beqa o Palmira, donde fue asesinado por Zabdiel. Pero Tolomeo debía seguirle en el camino hacia la sepultura; a consecuencia de una herida recibida en la batalla del río Onoporos (el actual *nahr Afrin*, al nordeste de Antioquía), al tercer día de haber llegado la cabeza de Alejandro a Antioquía, dejaba de existir. Demetrio II tomó el sobrenombre de Nicanor por haber ganado la batalla de Onoporos.

Entrevista de Demetrio y Jonatán (11,20-28)

[20] Por aquellos días reunió Jonatán a los hombres de Judea, para tomar la ciudadela de Jerusalén, contra la cual construyó muchas máquinas de guerra. [21] Pero algunos de los impíos, enemigos de su propia nación, se fueron al rey y le informaron de cómo Jonatán tenía asediada la fortaleza. [22] Oído lo cual, se irritó, y, viniendo a Tolemaida, escribió a Jonatán que levantase el cerco de la ciudadela y viniera a su encuentro a toda prisa, para conferir con él en Tolemaida. [23] Recibido el mensaje, Jonatán ordenó continuar el asedio, y se rodeó de algunos ancianos de Israel y sacerdotes, y resolvió aventurarse al peligro. [24] Tomando consigo plata, oro, un vestido y otros muchos presentes, fue a ver al rey a Tolemaida, hallando en él buena acogida, [25] no obstante que algunos impíos de su nación le acusaban. [26] Hizo el rey según lo que habían hecho sus antecesores, honrándole en presencia de todos sus enemigos. [27] Le confirmó en el sacerdocio y en cuantos honores tenía de antes, y le hizo inscribir en el número de sus primeros amigos. [28] Jonatán soli-

citó del rey que hiciese libres de tributos la Judea y las tres toparquías de Samaria, prometiéndole, en cambio, trescientos talentos.

Jonatán estaba al margen de las luchas por el trono de Siria. Amparándose en las promesas que le hizo Demetrio I (10,32), Jonatán cercó la ciudadela de Jerusalén con ánimo de acabar con ella. Durante el asedio llegaron noticias de la muerte de su aliado Alejandro y de la subida al trono de Demetrio II. Los judíos apóstatas quisieron sacar provecho de la situación acusando a Jonatán. Demetrio, alarmado, desplazóse a Tolemaida y llamó a cuentas al jefe judío, ordenándole, entre tanto, levantara el cerco de la ciudadela. Jonatán, rodeado de un grupo de ancianos y sacerdotes, marchó a Tolemaida. Su nobleza y los presentes que hizo al rey en señal de vasallaje cambiaron el corazón del monarca. A ambos sería más provechosa una política de acercamiento que el fragor de las guerras.

Carta de Demetrio (11,29-37)

29 Asintió el rey, y de todas estas cosas escribió a Jonatán una carta del tenor siguiente: 30 «El rey Demetrio a Jonatán, su hermano, y a la nación de los judíos, salud. 31 Os enviamos, para que de ello os informéis, copia de la carta que hemos escrito a Lástenes, nuestro pariente, acerca de vosotros: 32 El rey Demetrio a Lástenes, su padre, salud. 33 Hemos resuelto favorecer a la nación de los judíos, nuestros amigos, que nos han sido fieles. 34 Les confirmamos, pues, la posesión de los territorios de la Judea y de los tres distritos de Aferema, Lida y Ramata, que fueron desprendidos de Samaria e incorporados a Judea. Todos los sacrificadores de Jerusalén quedan exentos del tributo que el rey recibía antes de ellos cada año, de los frutos del campo y de los árboles. 35 Igualmente los restantes tributos que nos pagaban, de los diezmos, de las salinas y de las coronas, que nos pertenecen, desde ahora 36 se los condonamos todos, y serán anulados desde ahora para siempre. 37 Así, pues, haced una copia de este decreto y entregádsela a Jonatán para que se deposite en el monte santo y en lugar visible».

Para dar curso oficial a los tratados de paz concertados entre Demetrio y Jonatán escribió aquél una carta a Lástenes, el general de Creta que le había ayudado en la conquista de Siria, y que gozaba ahora de su máxima confianza [1]. Es posible que la carta fuera entregada a Jonatán durante su permanencia en Tolemaida y que la llevara consigo a Jerusalén para darla a conocer al pueblo. Demetrio se muestra generoso con los judíos. Pero, comparando esta carta con el decreto de Demetrio (10,28-45), se observa la omisión del calificativo de ciudad *sagrada* que se otorgaba a Jerusalén y la de otros privilegios. Hay necesariamente una gran diferencia entre las concesiones arrancadas en circunstancias críticas y las que se otorgan por un rey que domina la situación y que regula sus liberalidades conforme a la medida de su política.

[1] Diodoro, 33,4.

Maniobras de Trifón (11,38-40)

38 Viendo el rey Demetrio que había llegado a dominar el reino y nadie se le oponía, disolvió su ejército, enviándolo a sus casas, excepto las fuerzas extranjeras que había reclutado en las islas de las gentes. Esto le atrajo la enemiga de cuantos habían pertenecido al ejército de sus padres. 39 Trifón, que había sido antes de los parciales de Alejandro, cuando vio que las tropas murmuraban contra Demetrio, se dirigió al árabe Emalcue, que criaba a Antíoco, hijo de Alejandro, niño todavía, 40 apremiándole para que se lo entregase, a fin de sentarlo en el trono de su padre. Le comunicó cuanto había hecho Demetrio y el descontento de su ejército contra él, y permaneció allí bastantes días.

El erario real estaba en crisis. Para remediar la situación económica disolvió Demetrio su ejército, exceptuando las fuerzas provenientes de las islas de las gentes (Gén 10,5.32; Sof 2,11), principalmente de Creta (10,67). Esta medida le indispuso con los soldados que le habían apoyado con tanto entusiasmo [2]. A ello se juntó la conducta de Lástenes, «hombre sin religión y sin conciencia, que obligó a su señor a realizar los actos más indignos» [3]. Trifón, nacido en Casiana, distrito de Apamea, general que fue de Alejandro, al darse cuenta del descontento que cundía entre los soldados que habían sido licenciados, fue a entrevistarse con el árabe Emalcue, apremiándole para que le entregara a Antíoco, el hijo de Alejandro (11,54). De la situación tambaleante de Siria diose perfecta cuenta Jonatán, quien trató de sacar el mejor partido de ella.

Soldados judíos en Antioquía (11,41-51)

41 Entre tanto, envió Jonatán al rey una súplica para que retirase la guarnición de la ciudadela de Jerusalén y de las otras fortalezas, porque hostigaban a Israel. 42 Respondió Demetrio a Jonatán, diciéndole: «No sólo esto te haré a ti y a tu pueblo, sino que os colmaré de honores cuando llegue la ocasión propicia. 43 Por el momento me harías un gran favor enviándome algunas tropas auxiliares, porque mi ejército está disuelto». 44 Accedió Jonatán, mandándole a Antioquía tres mil hombres escogidos, de cuya llegada se alegró mucho el rey. 45 Amotináronse contra él los de la ciudad, en número de ciento veinte mil, pretendiendo matarle. 46 Se recluyó él en su palacio, mientras los ciudadanos ocupaban las calles de la ciudad y comenzaban el asalto. 47 Llamó el rey en su auxilio a los judíos, que acudieron luego, se distribuyeron por la ciudad, 48 mataron aquel día hasta cien mil hombres, incendiaron la ciudad y la saquearon. Así libraron al rey. 49 Cuando vieron los de la ciudad que los judíos eran dueños de ella a su arbitrio, perdieron el ánimo, y, suplicantes, clamaron al rey, diciendo. 50 «Perdónanos y haz que cesen ya los judíos de combatir contra nosotros y contra

[2] Justino, 35,2,3.
[3] Diodoro, 33,4; Justino, 36,1.

la ciudad». 51 Y depusieron las armas e hicieron la paz. Los ju-
díos adquirieron grande gloria ante el rey y ante todo su reino
y volvieron a Jerusalén cargados de botín.

La ciudadela de Jerusalén era una espina clavada en el corazón del judaísmo. Jonatán, especulando sobre el estado de descomposición del ejército sirio, pide a Demetrio que retire la guarnición del Acra y de todas las fortalezas de la línea Báquides (9,50-51). Tres mil soldados judíos de exportación llegaron a Antioquía en un momento crucial. La suerte, en un principio, fue adversa a los judíos, que combatían en calidad de «tropas extranjeras»[4] al lado de las fuerzas adictas al monarca. Soldados indígenas y extranjeros lograron romper el cinturón de la masa que se atropellaba para asaltar el palacio real. Los soldados pasaron a la ofensiva, matando hasta cien mil hombres, cifra que acaso el mismo autor conceptuaba como aproximada o como medio hiperbólico para expresar la idea de que hubo una carnicería espantosa. Los soldados judíos regresaron victoriosos a Jerusalén, cargados de botín (9,40; 10,87) y aureolados con la fama de haber conseguido una relevante victoria.

Un hombre informal (11,52-53)

52 Sentóse Demetrio en su trono, y la tierra calló ante él.
53 No cumplió el rey lo que había prometido, y se enajenó a
Jonatán, porque, además de no corresponder a los beneficios
que le había hecho, le molestaba mucho.

El valor y arrojo de los soldados judíos salvaron a Demetrio. La matanza de Antioquía causó sensación universal. Por un tiempo «la tierra calló ante él». Pero la victoria no había henchido sus arcas exhaustas, lo que le movió a exigir de los judíos el pago de todos los tributos y diezmos como hasta ahora. Para obligar a Jonatán mandó algunos generales al frente de numeroso ejército (11,63-74).

Trifón, a la carga (11,54-56)

54 Después de estos sucesos volvió Trifón con el niño Antíoco,
a quien proclamó rey, ciñéndole la corona. 55 Luego se junta-
ron a él todas las tropas que Demetrio había licenciado e hicie-
ron a éste la guerra, obligándole a huir derrotado. 56 Trifón se
apoderó de los elefantes y ocupó Antioquía.

No se había granjeado Demetrio la simpatía del pueblo. Trifón lo sabía, y por ello insistió y obtuvo del árabe Emalcue (11,40) la custodia del pequeño Antíoco VI Dionisios, a quien proclamó rey, ciñéndole la corona. Los que habían sido licenciados del ejército de Demetrio apoyaron a Trifón. Creyó Demetrio que se trataba de un vulgar bandolero y salió a su encuentro con pocas fuerzas. Al primer ataque, el rey tuvo que huir precipitadamente, refugiándose en Seleucia, mientras Trifón entronizaba al joven monarca de seis años en el palacio real de Antioquía, o de Calcis, según Diodoro.

4 Diodoro, 33,4.

Antíoco VI Dionisios y Jonatán (11,57-59)

57 Antíoco el joven escribió a Jonatán, diciéndole: «Yo te
confirmo en el sumo sacerdocio y te constituyo sobre las cua-
tro ciudades, y serás de los amigos del rey». 58 Y le envió vajilla
de oro, dándole el derecho de beber en vaso de oro, de vestir
púrpura y llevar la fíbula de oro. 59 A Simón, su hermano, le
instituyó general, desde la Escalera de Tiro hasta los confines
de Egipto.

El joven rey escribe lacónicamente a Jonatán, diciéndole que le confirmaba en el cargo de sumo sacerdote y le constituía sobre las *cuatro* ciudades y le aseguraba la amistad real. Llama la atención el número cuatro, cuando anteriormente se ha hablado de *tres*, que pasaron al dominio de Jonatán (10,30.38; 11,28). Probablemente la *cuarta* ciudad era Acarón (10,89) o Acrábata (5,3). No se olvidó de honrar a Simón, nombrándole general de la región comprendida entre el actual *Ras en-Naqura*, al norte, hasta el llamado torrente de Egipto, o *wadi el-Aris*, en el sur.

Jonatán recluta nuevas tropas (11,60-62)

60 Partió Jonatán y recorrió las ciudades del lado de acá del
río, y se le incorporaron todas las tropas auxiliares de Siria.
Vino a Ascalón y le hicieron los de la ciudad un recibimiento
muy honroso. 61 De allí pasó a Gaza, que le cerró sus puertas,
pero él la asedió e incendió los arrabales, saqueándolos. 62 En-
tonces los de Gaza le pidieron la paz, que les fue otorgada, dán-
dole en rehenes los hijos de sus jefes, que envió a Jerusalén, y
atravesó la tierra hasta llegar a Damasco.

Jonatán abraza la causa del joven monarca y se desplaza por toda la provincia de Abarnahara (7,8) en busca de soldados mercenarios, preferentemente aquellos que habían pertenecido al ejército de Demetrio. Posiblemente Jonatán recorrió solamente la región de Celesiria (12,25-30).

En guerra contra Demetrio (11,63-74)

63 En esto tuvo noticias Jonatán de que algunos generales de
Demetrio habían llegado a Cades de Galilea con grandes fuer-
zas, con el propósito de apartarle de toda intervención en el
gobierno. 64 Dejando a su hermano Simón en Judá, les salió
al paso. 65 Simón fue contra Betsur, la combatió muchos días,
teniéndola cercada, 66 hasta que pidieron la paz que les otorgó.
Los arrojó de allí, apoderándose de la ciudad y poniendo guar-
nición en ella. 67 Entre tanto, acampó Jonatán con su ejército
junto a las aguas de Genesaret, y muy de madrugada se puso
en marcha hacia la llanura de Asor, 68 donde encontró al ejér-
cito extranjero, que había puesto una emboscada en los mon-
tes. Se trabó la batalla, 69 y los emboscados salieron de la cela-
da, 70 y los de Jonatán huyeron, no quedando a su lado sino
Matatías, hijo de Absalón, y Judas, hijo de Calfi, capitanes del

ejército. [71] Jonatán entonces rasgó sus vestiduras, se echó tierra sobre la cabeza y oró. [72] Volvió luego a la lucha contra los enemigos, los derrotó y puso en fuga. [73] Viendo esto los que de los suyos huían, se volvieron de nuevo a él, y todos a una los persiguieron hasta Cades, hasta su campo, donde hizo alto. [74] Cayeron de los extranjeros aquel día unos tres mil hombres. Jonatán se volvió a Jerusalén.

En tierras de Damasco se enteró Jonatán de la infiltración de generales de Demetrio en Cades de Neftalí (Jos 19,37; 20,7), en la Alta Galilea. Acaso Demetrio envió por mar su tropa escogida de legionarios cretenses. Posiblemente, la presencia de estas tropas tenía la misión de advertir a Jonatán cuán peligroso era su papel de propagandista del joven monarca Antíoco VI. Jonatán no se arredró por este desplegamiento de fuerzas y marchó contra el enemigo. Entre tanto, el autor sagrado señala una acción esporádica de Simón contra la fortaleza de Betsur, que cayó en su poder.

Jonatán cayó en la trampa que le había tendido el enemigo al ocultar parte de su ejército en uno de los valles que descienden de la montaña. Jonatán no contaba con ellos; de ahí que el primer choque fuele adverso. Confortado con la oración, vuelve a presentar batalla, que gana. Asor es la famosa Jasor de Jos 11,10.

Embajada a Roma (12,1-4)

[1] Viendo Jonatán que las circunstancias le eran favorables, escogió algunos hombres y los envió a Roma para concertar y renovar la alianza de amistad con los romanos. [2] Y a los espartanos y a otros pueblos envió también cartas sobre lo mismo. [3] Partiendo para Roma y entrando en el senado, dijeron: «Jonatán, sumo sacerdote, y la nación de los judíos nos envían para renovar con vosotros la antigua amistad y alianza». [4] Y les fueron entregadas cartas para las autoridades de cada lugar, a fin de que pudieran volver en paz a la tierra de Judá.

En Siria sucedíanse los reyes, y de la mentalidad de cada uno dependía la paz o agitación en Palestina. Judas había solicitado en otra ocasión la amistad de los romanos (8,17ss); Jonatán intenta ahora nuevamente llamar su atención para que se acuerden de Palestina. A este fin mandó dos embajadores, Numenio y Antípatro (v.16), a Roma para concertar y renovar la amistad. Su éxito no fue mayor que el de los primeros mensajeros.

Embajada a Esparta (12,5-18)

[5] He aquí la copia de las cartas que Jonatán escribió a los espartanos: [6] «Jonatán, sumo sacerdote, y el senado de la nación, y los sacerdotes, y todo el pueblo de los judíos, a los de Esparta, sus hermanos, salud. [7] Ya antes recibió Onías, sumo sacerdote, de Ario, vuestro rey, cartas en que decía que sois hermanos nuestros, como lo certifica la adjunta copia. [8] Onías acogió con gran honor al mensajero, y recibió letras en las que claramente se hablaba de alianza y amistad. [9] Nosotros, aunque nada necesitamos, pues tenemos nuestra confianza en las Escrituras santas que poseemos, [10] hemos resuelto enviaros quien renueve con vosotros la fraternidad y amistad, a fin de no hacernos extraños a vosotros, pues han transcurrido ya muchos años desde vuestra embajada. [11] En todo tiempo, en las solemnidades y en los restantes días no hemos cesado de hacer memoria continua de vosotros en los sacrificios que ofrecemos y en nuestras oraciones, pues es justo y razonable acordarse de los hermanos. [12] Nos alegramos de vuestra prosperidad. [13] Cuanto a nosotros, han sido muchas las tribulaciones que nos han sobrevenido y muchas las guerras que nos han hecho los reyes vecinos. [14] No quisimos en ellas molestaros ni a los demás aliados y amigos, [15] porque contamos con la ayuda que nos viene del cielo, y con ella nos hemos librado de nuestros enemigos, y éstos fueron humillados. [16] Hemos elegido a Numenio, hijo de Antíoco, y Antípatro, hijo de Jasón, a quienes enviamos a los romanos para renovar la antigua amistad y alianza, [17] y les hemos dado el encargo de acercarse a vosotros y saludaros y entregaros nuestras letras, para renovar la alianza y fraternidad. [18] Esperamos que nos contestéis favorablemente.

Ninguna dificultad opusieron los romanos a un posible contacto diplomático entre Judea y Esparta. Al deshacer Roma la liga de Acaya (146 a. C.) convirtió a Grecia en provincia romana, dándole el nombre de Acaya. El rey Ario había escrito antes cartas a Onías, en las que decía que los judíos eran hermanos de los espartanos. Ario II murió, a los ocho años de edad, en el año 257 antes de Cristo. De ahí que la mayoría de los exegetas suponen que el autor de la carta fue Ario I (301-265), y el destinatario, el sumo pontífice Onías I, hijo de Jadúa, que ejerció su cargo en 323 antes de Cristo. Su contenido se reproduce más adelante (v.19-23). Jonatán responde ahora a una carta escrita hacía siglo y medio. Pero aunque los judíos no respondieran a la carta que les habían mandado los espartanos, sin embargo, nunca les olvidaron en sus oraciones (Bar 1,11). Celebra Jonatán la prosperidad de Esparta. No puede decirse lo mismo de los judíos, que han sido oprimidos durante años por los reyes vecinos. En el v.9 se alude genéricamente a la Biblia, que correspondía a la división tripartita del prólogo del Eclesiástico.

Carta del rey Ario (12,19-23)

[19] La carta enviada por vosotros era del tenor siguiente: [20] «Ario, rey de los espartanos, a Onías, sumo sacerdote, salud. [21] Hemos hallado en documentos escritos que los espartanos y los judíos son hermanos, unos y otros del mismo linaje de Abraham. [22] Desde que esto supimos, juzgamos que hacéis bien en darnos cuenta de vuestra prosperidad. [23] Nosotros, a la vez, os correspondemos. Vuestros ganados, vuestra hacienda, es nuestra, y la nuestra, vuestra es. Por eso he dado orden de comunicaros esto».

Yacía esta carta en los archivos de la nación o del templo. Supone la carta que entre ambos pueblos hubo en un tiempo relaciones

económicas y comerciales. La amistad debe continuar, idea que se expresa con frases típicamente orientales (1 Re 20,4; 22,4; 2 Re 3,7).

La crítica se ha ocupado extensamente del intercambio de cartas entre Jonatán y los espartanos. Un resumen de la cuestión en PENNA, 146-149; ABEL, 231-233. ¿Son auténticas estas cartas? Momigliano, entre otros, lo niega [1]. Sus argumentos no resuelven la cuestión. En cuanto al contenido de los mensajes, el autor sagrado no garantiza la verdad de las opiniones que se expresan en los mismos. El hecho de haber dejado sin contestación la carta del rey Ario en la que el monarca contaba su *hallazgo* demuestra que los judíos acogieron la noticia con escepticismo o con ironía. Por su parte, el autor sagrado deja a los autores de la carta la responsabilidad sobre el carácter legendario o histórico del parentesco que, según Ario, existía entre ambos pueblos. La presunta amistad entre Abraham y los de Pérgamo se recuerda en tiempos de Juan Hircano (JOSEFO, *Ant.* 14,255).

De nuevo en lucha con Demetrio (12,24-32)

[24] Tuvo Jonatán noticia de que los capitanes de Demetrio habían vuelto contra él con fuerzas mayores que antes, [25] y salió de Jerusalén a su encuentro, a la región de Hamat, porque no quiso darles lugar a que invadiesen la tierra. [26] Los exploradores enviados a espiar el ejército enemigo volvieron con la noticia de que tenían orden de caer sobre ellos aquella noche. [27] Así que se puso el sol, ordenó Jonatán a los suyos velar y estar sobre las armas, prontos a entrar en batalla durante la noche, y puso centinelas alrededor del campo. [28] Cuando los contrarios se dieron cuenta de que Jonatán y los suyos estaban preparados para la lucha, temieron, perdieron el ánimo, encendieron fuego en su campamento y se retiraron. [29] No lo advirtieron Jonatán y los suyos hasta la madrugada, engañados con la vista de los fuegos encendidos. [30] Los persiguió Jonatán, pero no les dio alcance, porque habían atravesado el río Eleutero. [31] Entonces se volvió contra los árabes llamados zabadeos, a los que derrotó, tomándoles despojos. [32] Poniéndose de nuevo en marcha, vino a Damasco, atravesando todo el territorio.

La noticia de los contactos diplomáticos de Jonatán con los romanos y espartanos puede desaparecer del texto sagrado sin que el contexto sufra menoscabo. De ahí que el v.24 se conecta con los hechos que se refieren al final del c.11. En la batalla de Azor (11,73) logró Jonatán poner en fuga a las tropas de Demetrio. Pero no cejó éste en su idea de humillar a los judíos. No debe extrañar que Jonatán se aventurase a detener al enemigo en la planicie entre Baalbeck y Hamat, la antigua metrópolis aramea (2 Sam 8,9), a orillas del río Orontes, por cuanto se le había confiado la custodia de los territorios «del lado de acá del río» (11,60). Fracasa-

[1] *Prime linee di storia della tradizione maccabaica* (Roma 1930) 141-151. S. SCHULLER, *Some Problems connected with the supposed Common Ancestry of Jew and Spartans:* «The Journal of Semitic Studies», 1 (1956) 257-268.

dos los planes de Demetrio de un asalto por sorpresa, sus oficiales renunciaron al combate y se retiraron. Pero podía atacar Jonatán la retaguardia; por este temor idearon la estratagema de encender fuego para despistarle. A la mañana siguiente comprobó Jonatán que el enemigo habia huido; quiso salir en su persecución, pero, en las seis o siete horas de que dispuso el ejército sirio para retirarse, se alejó lo suficiente para no poder darle alcance, habiéndose internado en los dominios de Demetrio II, más allá del río Eleutero (el actual *nahr el-Kebir)*.

Es posible que Jonatán atacara a los árabes zabadeos por ser aliados de los generales de Demetrio o para vengar la muerte de Alejandro Bala por parte de Zabdiel (11,17).

Obras de fortificación (12,33-38)

[33] Simón, entre tanto, se había puesto en marcha, llegando hasta Ascalón y a las próximas fortalezas; se volvió luego hacia Jope y la tomó, [34] porque había oído que querían entregar la fortaleza a los parciales de Demetrio, y puso allí guarnición para conservarla en su poder. [35] Vuelto Jonatán, convocó a los ancianos del pueblo y tomó con ellos la resolución de edificar fortalezas en Judea, [36] de levantar los muros de Jerusalén, de erigir un muro fuerte entre la ciudadela y la ciudad, a fin de separar aquélla de ésta y aislarla, para que los de allí no pudiesen comprar ni vender en ésta. [37] Reunidos los obreros para edificar la ciudad, se vino al suelo un trozo de muralla que da al valle del este, y lo restauraron, dándole el nombre de Cafenata. [38] Simón edificó también Adida, en la Sefela, y la fortificó y puso puertas y cerrojos.

Confiaba Jonatán en la pericia y energía de Simón, su hermano, hasta permitirle el lujo de alejarse por mucho tiempo y a varios kilómetros de Jerusalén. Mientras estaba en tierras de Siria, tuvo que acudir Simón a las ciudades de Ascalón y Jope y aplastar el complot tramado para entregarlos a los soldados de Demetrio. Hechas las paces, humillado el enemigo, comprendió Jonatán la necesidad de levantar fortalezas en Judea. De los proyectos pasó a la obra. Mientras en Jerusalén se levantaba el muro del sector oriental, entre el Ofel y el torrente Cedrón, un trozo del mismo se derrumbó. A este lienzo de muro le pusieron el mote de Cafenata, del aramaico *kaflata*, de *kefelata*, la doble, por haberse levantado dos veces. Esta parece ser la interpretación más obvia de la palabra misteriosa *Cafenata*. Según algunos (ABEL-STARCKY), la palabra es una variante fonética del arameo *kaphelta*, la *doble;* es el nombre que recibe el nuevo barrio noroeste del templo (2 Re 22,14). Simón llevó a cabo el mismo plan de obras en la Sefela, en donde edificó la fortaleza de Adida, entre Lida y Ono (Esd 2,33; Neh 7,37; 11,34).

Traición de Trifón (12,39-47)

39 Trataba Trifón de apoderarse del reino de Asia y ceñirse la diadema, quitando de en medio al rey Antíoco. 40 Pero temiendo que se le opusiera Jonatán y le hiciera la guerra, buscaba un medio de apoderarse de él y darle muerte. Con este propósito se puso en camino de Betsán. 41 Salióle al encuentro Jonatán con cuarenta mil hombres escogidos para la lucha, y llegó a Betsán. 42 Cuando Trifón vio que Jonatán venía con tanta fuerza, temió poner manos en él, 43 le acogió muy honrosamente, le presentó a todos sus amigos y le hizo muchos obsequios, ordenando a su ejército que le obedeciese como a él mismo. 44 Dijo luego a Jonatán: «¿Por qué molestar a todo el pueblo, no habiendo guerra entre nosotros? 45 Mándalos a sus casas, dejando contigo unos cuantos que te acompañen, y vente conmigo a Tolemaida. Te la entregaré con las demás fortalezas y pondré a tus órdenes el resto del ejército y los oficiales del rey. Hecho esto, yo me volveré, que sólo para eso he venido». 46 Diole fe Jonatán e hizo según le decía, licenciando su ejército, que se volvió a la tierra de Judá. 47 Sólo se reservó tres mil hombres, de los que dejó dos mil en Galilea, llevándose consigo sólo mil.

El ambicioso Trifón quiso a todo trance escalar el trono de Siria. La personalidad relevante de Jonatán le era un estorbo serio para realizar sus sueños de grandeza. Maquinó entonces la manera de quitarlo de en medio. De Siria bajó a Galilea y acampó en Betsán (5,52). A la noticia de la llegada de Trifón salióle Jonatán al encuentro llevando un numeroso ejército, que redujo a petición de Trifón. Jonatán cayó en la trampa, halagado, además, por la promesa de Trifón de entregarle Tolemaida y otras plazas fuertes de Galilea.

Tolemaida, tumba de Jonatán (12,48-53)

48 En cuanto Jonatán entró en Tolemaida, los tolemenses cerraron las puertas, le prendieron a él, y a los que le acompañaban los asesinaron. 49 Luego Trifón envió su ejército y su caballería a la Galilea y a la gran llanura para aniquilar a todos los parciales de Jonatán. 50 Supieron que había sido preso y muerto Jonatán y los que le acompañaban, y unos a otros se animaron para salir a campaña para combatir. 51 Al ver sus perseguidores cuán resueltos estaban a luchar por su vida, se volvieron. 52 Se fueron sin ser molestados a la tierra de Judá y lloraron a Jonatán y a los suyos, temiendo mucho por sí. Todo Israel hizo gran duelo. 53 Entonces todas las naciones vecinas se propusieron aniquilarlos, diciéndose: «Ya no tienen caudillo que los proteja; luchemos, pues, contra ellos y borremos su memoria de entre los hombres».

Tolemaida era ambicionada por los judíos a causa de su posición y como puerto de mar. Demetrio se lo había prometido antes (10,39), por lo que Jonatán veía ahora realizados los sueños de sus connacionales. A la noticia de la desaparición de Jonatán levantaron cabeza los enemigos, que pensaban acabar con Israel. Pero quedaba todavía un caudillo de la madera de los Macabeos: Simón.

CUARTA PARTE

SIMON, PRINCIPE DEL PUEBLO JUDIO (c.13-16)

Simón arenga a los judíos (13,1-9)

1 Oyó Simón que había reunido Trifón un poderoso ejército para venir contra la tierra de Judá y aplastarla, 2 y, viendo al pueblo lleno de espanto y de temor, subió a Jerusalén y reunió al pueblo. 3 Los alentó, diciendo: «Ya sabéis lo que yo, mis hermanos y la casa de mi padre hemos hecho por las leyes y el santuario, las guerras y las angustias que hemos soportado. 4 Por esta causa, que es la de Israel, dieron la vida todos mis hermanos, quedando yo solo. 5 No quiera el cielo que en esta hora de tribulación rehúya el peligro por amor de la vida, que no valgo yo más que mis hermanos, 6 antes tomaré la defensa de la nación y del santuario, de nuestras mujeres e hijos, ahora que, llevadas del odio, se han juntado todas las naciones para aplastarnos». 7 Se enardeció el pueblo al oír estas palabras, 8 y a grandes voces respondió, diciendo: «Sé nuestro caudillo en lugar de Judas y de Jonatán, tu hermano. 9 Combate nuestras batallas; cuanto nos digas lo haremos».

Simón era un guerrero. Mientras Judas luchaba en Gaulan, Simón conducía las tropas de Galilea a Jerusalén (5,20-23); en Mádaba vengaba la muerte de su hermano Juan (9,37.67); ayudó a su hermano Jonatán en Azoto (10,74-83); expugnó la fortaleza de Betsur (11,65-66), etc. Simón salió de Adida (12,38) y marchó a Jerusalén para levantar la moral del pueblo. La muchedumbre prorrumpe en gritos de aprobación, declarándolo *caudillo (egoúmenos)* suyo en lugar de Jonatán. De la dignidad de sumo pontífice no se dice una palabra.

Primeros encuentros (13,10-13)

10 Juntando todos los hombres de guerra, se dio prisa a concluir los muros de Jerusalén, que quedó fortificada toda en derredor. 11 Envió a Jonatás, hijo de Absalón, con bastante fuerza a Jope, que echó de allí a los que la guarnecían, quedándose en ella. 12 Trifón salió de Tolemaida con un poderoso ejército, para invadir la Judea, llevando consigo a Jonatán preso. 13 Simón acampó en Adida, frente a la llanura.

Las amenazas de Trifón hiciéronse efectivas. Jope, junto al mar, era una plaza fuerte estratégica contra la amenaza de Trifón desde Tolemaida. Allá fue un tal Jonatás, hijo de Absalón. Se cree que era hermano de Matatías, hijo de Absalón, de que se habla en 11,70. Jope (10,76) no sentía ninguna simpatía por los Macabeos (2 Mac 12,3-7). Jonatán habíase apoderado de la ciudad, establecinedo allí la guarnición judía (12,13) y algunos comerciantes. Desde este momento, Jope perteneció a Israel hasta los días de Pompeyo (63 a. C.). Esta hazaña se recuerda en el elogio de Simón (14,5) y en el elenco de sus glorias.

Engaño de Trifón (13,14-19)

14 Al conocer Trifón que habían nombrado a Simón caudillo en lugar de su hermano Jonatán y que estaba pronto a trabar batalla, le envió mensajeros, 15 diciendo: «Hemos detenido a tu hermano a causa de la deuda que tenía en el tesoro real por los cargos que desempeñaba. 16 Envía, pues, cien talentos de plata y a dos de sus hijos como rehenes, por que al ser libertado no se rebele contra nosotros, y le dejaremos libre». 17 Aunque entendía Simón que hablaban con engaño, envió el dinero y los dos niños, por no concitar contra sí la enemiga del pueblo, que podría decir: 18 «No ha enviado el dinero y los niños, y por eso pereció Jonatán». 19 Así, pues, envió los niños y los cien talentos; pero Trifón, faltando a su palabra, no puso en libertad a Jonatán.

Es repelente la figura de este general sirio dominado por la ambición y esclavo de la mentira y del engaño. Todos los medios le parecen lícitos con tal de conseguir sus tenebrosos fines. Con su ejército descendía por la costa mediterránea. Pero tuvo noticia de que los judíos le esperaban, bien pertrechados, con Simón como caudillo. Fue entonces cuando recurrió a la burda estratagema de pedirle enviara trescientos talentos y dos de sus hijos, con la promesa de libertar a su hermano. Simón, por temor a lo que dirán, accedió, pero Jonatán no fue puesto en libertad.

Muerte de Jonatán (13,20-24)

20 Trifón emprendió luego la marcha para invadir la tierra y devastarla. Para ello, rodeando, vino a Adora; pero Simón, con su ejército, le salía al encuentro dondequiera que él iba. 21 Los de la ciudadela enviaron mensajeros a Trifón, rogándole que se diera prisa a venir en su socorro por el desierto y les trajese víveres. 22 Preparó Trifón toda su caballería para llegar aquella noche, pero no pudo a causa de la mucha nieve que había caído. Llegó a Galaad, 23 y en Bascama dio muerte a Jonatán, que fue sepultado allí. 27 Después Trifón dio la vuelta y se volvió a su tierra.

Trifón había ganado una batalla diplomática e intentó coronarla con otra bélica. Al frente de sus tropas bordeaba la costa del Mediterráneo con el intento de torcer a la izquierda y enfilar alguno de los caminos que por los *wadis* conducen a Jerusalén. Pero la presencia de Simón en Adida le infundió temor, tratando entonces de alcanzar la capital haciendo un gran rodeo por tierras de Idumea, llegando hasta Adora, la actual Dura, situada a ocho kilómetros al este de Hebrón. De sus movimientos tuvo noticia Simón, que le acechaba sin cesar, en busca de un momento propicio para atacarle.

De la ciudadela de Jerusalén pudieron evadirse algunos, que fueron a contar a Trifón la urgente necesidad que tenían de víveres. Como medio de burlar la vigilancia, y con el fin de hacer frente a las borrascas del invierno, le aconsejaron que subiera a Jerusalén por el camino del desierto (9,33), pasando por Tecua y Belén. Una nevada abundante borró toda huella del camino e imposibilitó la ayuda de urgencia a los de la ciudadela. No son frecuentes en Jerusalén estas tempestades de nieve, por lo que cogiólos a todos de improviso. Temiendo quedar bloqueados en tierra extraña, Trifón encaminó sus tropas a la orilla occidental del mar Muerto, hacia las riberas del Jordán, continuando su marcha hacia Galaad (5,25ss). Bascama, que se encontraba en la región septentrional de Transjordania, al noroeste del lago de Genesaret, fue el lugar donde Trifón, cansado de arrastrar a Jonatán en calidad de prisionero, le dio muerte. Aunque no lo dice el texto, es probable que sus dos hijos siguieran el mismo destino. ¿Se alude a la muerte de Jonatán en el comentario de Habacuc (9,11) hallado en Qumrân? En este caso sería Jonatán el sacerdote impío.

Mausoleo familiar (13,25-30)

25 Mandó Simón por los restos de su hermano Jonatán, y les dio sepultura en Modín, la ciudad de sus padres. 26 Todo Israel hizo por él gran duelo y le lloró muchos días. 27 Edificó Simón sobre los sepulcros de sus padres y hermanos un monumento de piedras labradas por una y otra cara, alto y visible desde muy lejos. 28 Encima levantó siete pirámides, unas enfrente de otras, dedicadas a su padre, a su madre y a sus cuatro hermanos. 29 Las asentó sobre sus basas y las rodeó de grandes columnas, y puso en ellas panoplias para eterna memoria; y junto a las panoplias, naves esculpidas, que pudieran ser vistas de todos los que navegaban por el mar. 30 Ese sepulcro que erigió en Modín perdura hasta el día de hoy.

Los restos de Jonatán fueron enterrados en Modín. Pensó entonces levantar Simón un mausoleo para honrar la memoria de la familia, inspirándose en la arquitectura griega. Sobre una mole de piedras labradas se colocaron siete pirámides, dedicadas a su padre, a su madre, a sus cuatro hermanos, y reservándose una para sí. Para que el monumento pudiera ser visto del mar, tenía que estar emplazado sobre una colina, quizá en *Scheik el-Garbawi*, en las afueras de Modín. Sobre los restos de este mausoleo se levantó más tarde un edificio bizantino.

Trifón en el trono (13,31-32)

31 Trifón, que procedía dolosamente con el joven Antíoco, acabó por darle muerte, 32 se declaró rey en su lugar y ciñó la diadema del Asia, trayendo con esto una gran calamidad sobre la tierra.

Después de haberse apoderado alevosamente de Jonatán se ensaña Trifón contra el joven Antíoco VI Dionisios. Sube al trono de Antioquía con el título de *autocrátor*, para significar que escalaba aquel puesto por sus méritos y no por derecho de sucesión. Arrogábase también el título de *rey de Asia*, cuando en realidad era muy

insignificante la parte del reino que tenía bajo su mando. Los historiadores paganos [1] hablan del regicidio de Trifón, aunque discrepan en los detalles de cómo se llevó a efecto.

Alianza de Simón con Demetrio (13,33-40)

33 Simón edificó las fortalezas de Judea, las rodeó de altas torres y muros fuertes, les puso puertas y cerrojos y las proveyó de vituallas. 34 Envió algunos hombres escogidos al rey Demetrio, pidiendo que concediera al país la remisión de los tributos, por cuanto los actos de Trifón habían sido actos de saqueo. 35 Contestó el rey Demetrio a estas peticiones enviándoles letras del tenor siguiente: 36 «El rey Demetrio a Simón, sumo sacerdote y amigo de los reyes, y a los ancianos y a la nación judía, salud. 37 Hemos recibido la corona de oro y la palma que nos habéis enviado, y estamos dispuestos a hacer con vosotros una paz definitiva y a escribir a los intendentes reales que os condonen las deudas. 38 Todo cuanto hemos pactado con vosotros sea firme, y las fortalezas que habéis edificado sean vuestras. 39 Os perdonamos también las faltas y las ofensas cometidas hasta este día, y la corona que debéis, y si algún tributo se cobraba en Jerusalén, ya no se cobre. 40 Si algunos de vosotros estáis dispuestos a alistaros en nuestro ejército, podréis hacerlo, y que reine entre nosotros la paz».

Simón comprendió la farsa de los soberanos seléucidas; prescindió de ellos, entregándose a la consolidación de todas las fortalezas de Judea. La traición del partido de Alejandro (10,46-47) caló hondamente en su ánimo. Escribió a Demetrio manifestándole que la conducta de rapiña de Trifón le había desilusionado y que, por consiguiente, estaba dispuesto a pasarse a su bando en caso de que eximiera al país, exhausto por las guerras, de los tributos. La propuesta de Simón fue recibida como agua en mayo. Con un aliado en Palestina, la presión de Trifón disminuiría y le acercaría a Antioquía. Concede Demetrio en su carta el título de sumo sacerdote a Simón, al que llama amigo de reyes. Le dice que ha recibido la corona de oro (10,11.35) y la palma (2 Mac 14,4).

Autonomía de Israel (13,41-48)

41 El año ciento setenta quedó Israel libre del yugo de los gentiles, 42 y comenzaron a encabezarse así los documentos y contratos: «El año primero de Simón, gran pontífice, general y caudillo de los judíos». 43 En los días aquellos acampó Simón contra Gazer, y la cercó con sus fuerzas, construyó máquinas de asedio y las aproximó a la ciudad, acometiendo una de las torres y apoderándose de ella. 44 Invadieron la ciudad los que estaban en la máquina, produciéndose en aquélla gran conmoción. 45 Los de la ciudad subieron a las murallas con sus mujeres e hijos, rasgadas las vestiduras, y a grandes voces clamaban pidiendo a Simón la paz, 46 y le decían: «No obres con nosotros según merecen nuestras maldades, sino según tu misericordia».

[1] APPIANO, *Syriaca* 68; TITO LIVIO, *Epitom.* 55; DIODORO, 33,17.

47 Simón se dejó aplacar y suspendió las hostilidades contra ellos, pero expulsó a los de la ciudad, purificó las casas en que había ídolos, y así hizo su entrada en ella en medio de cánticos y bendiciones. 48 Después de limpiarla de toda impureza, instaló en ella gente observante de la Ley, la fortificó, y construyó allí para él una morada.

En las monedas que acuñó se da Simón el nombre de *egoumenos*. Se posesiona de manera oficial los dos cargos de sumo sacerdote y etnarca, que ostenta simultáneamente.

En el corazón de Palestina quedaban todavía dos espinas que urgía arrancar aprovechando las buenas disposiciones de Demetrio: la ciudad de Gazer y la ciudadela de Jerusalén. Contra la primera marchó Simón con el propósito firme de conquistarla. Decisiva fue la acción de la gran torre móvil, de madera, llamada en griego *elepole*, inventada por Demetrio Poliorcetes (336-283 a. C.), revestida de recios y puntiagudos clavos de hierro. Constaba de diversos planos; los soldados del plano superior saltaron sobre los muros y penetraron inesperadamente en la ciudad. Inmediatamente empezó Simón a fortificar la ciudad. En las excavaciones practicadas en el lugar por Macalister [2] se han encontrado restos de construcciones macabaicas y un testimonio del odio que un prisionero sentía por el Macabeo, y que dejó grabado sobre una piedra (ABEL).

La ciudadela desaparece (13,49-54)

49 Los de la ciudadela de Jerusalén no podían salir de ella ni entrar en la región para comprar o vender, y pasaban mucha escasez, pereciendo de hambre muchos de ellos. 50 Clamaron a Simón en demanda de paz, y él se la otorgó, echándolos de allí y limpiando la ciudadela de impurezas. 51 El día veintitrés del mes segundo del año ciento setenta y uno entró en ella con cánticos, palmas y acompañamiento de cítaras, címbalos y arpas, con himnos y cánticos, porque había sido aplastado un gran enemigo de Israel. 52 Estableció que cada año se solemnizara este día con regocijo. 53 Fortificó el monte del templo, que está próximo a la ciudadela, y habitó allí él con los suyos. 54 Viendo que Juan, su hijo, era hombre animoso, le hizo jefe de todas las tropas, con residencia en Gazer.

A los sirios del Acra llegó también su hora. Trifón no pudo ayudarles; su situación hacíase cada día más precaria. Muchos perecieron de hambre. Reducidos a optar por el dilema, perecer o pactar, siguieron el ejemplo de los de Gazer, acudiendo a Simón en demanda de paz, que se les concedió. El templo fue también objeto de sus desvelos; fortificó sus muros y estableció la residencia en la *Baris*, a la que sucederá la torre Antonia en tiempos de Herodes.

[2] *The Excavations of Gezer* (Londres 1912) I 209.

Demetrio en una cárcel persa (14,1-3)

1 El año ciento setenta y dos reunió el rey Demetrio sus tropas y se puso en marcha hacia la Media, en busca de recursos para hacer la guerra a Trifón. 2 Sabido por Arsaces, rey de Persia y de Media, que Demetrio había invadido su territorio, mandó a su encuentro a uno de sus generales, con el encargo de cogerle vivo. 3 Partió éste y derrotó a Demetrio, haciéndole prisionero y llevándole a Arsaces, que le encarceló.

El autor sagrado menciona solamente uno de los motivos que tuvo Demetrio para ir a tierras de Oriente. La razón principal estaba en que los partos amenazaban seriamente la integridad del imperio en el límite oriental. Mitrídates I (171-138), fundador del reino de los partos, había entrado triunfalmente en Seleucia, junto al Tigris, capital de la provincia de Babilonia, en los primeros días de julio de 141 antes de Cristo. Ante la crueldad de los partos, griegos, macedonios e indígenas, pidieron ayuda a Demetrio. Corrió éste a su demanda, y, con la ayuda de persas, elamitas y de gente de Babilonia, creyó haberlos sometido. Al año siguiente quiso Demetrio penetrar en la meseta persa, donde ganó muchos combates; pero cayó prisionero con ocasión de negociar la paz con Mitrídates [1]. Fue después internado en Hircania. Mitrídates le rodeó de atenciones, prometiéndole restablecerle en el trono, y le asignó como esposa a su hija Radoguna. Arsaces era un nombre común a los reyes partos y significa *rey* [2].

Oda a Simón (14,4-15)

4 Y disfrutó de paz la tierra de Judá toda la vida de Simón, que procuró la prosperidad de su pueblo; a todos fue grato su gobierno, y gozó de fama todos los días de su vida. 5 Y añadió a esta gloria la toma de Jope para puerto, teniendo así entrada a las islas del mar. 6 Extendió los términos de su nación y mantuvo el dominio de su tierra. 7 Redimió muchos cautivos, se adueñó de Gazer y Betsur y de la ciudadela. Quitó de ella las impurezas y no hubo quien le resistiera. 8 Cultivaban en paz la tierra, y la tierra daba sus cosechas, y los árboles del campo sus frutos. 9 Los ancianos se sentaban en las plazas, todos hablaban de las prosperidades de la tierra, y los jóvenes vestían como traje de honor el traje de guerra. 10 Abasteció las ciudades y las puso en estado de defensa. Llegó la fama de su nombre hasta los extremos confines de la tierra. 11 Hizo reinar la paz en toda la tierra, y gozó Israel de gran bienestar. 12 Cada uno se sentaba bajo su parra y su higuera, y nada había que les causara temor. 13 Desapareció de la tierra el que les hacía la guerra, y en sus días fueron vencidos reyes. 14 Dio seguridad a los humildes de su pueblo, tuvo celo por la Ley y desterró a todos los impíos y malvados. 15 Restauró la gloria del santuario y aumentó los vasos sagrados.

Aunque su autor recurra a veces a hipérboles, sin embargo, todo el mundo reconocía que los tiempos actuales, en comparación de

[1] JUSTINO, 36,1.
[2] JUSTINO, 36,1-38,9; APPIANO, *Syriaca* 67.

otros anteriores, marcaban una era de paz y de prosperidad. Simón dio a Israel un puerto de mar con la anexión definitiva de Jope (13,11); extendió las fronteras del reino (12,38); se adueñó de Gazer (13,43-47), de Betsur (11,65-66) y del Acra (13,49-51). La seguridad en las fronteras favoreció el desarrollo de la agricultura (2 Mac 12,1), cultivando la tierra que manaba leche y miel (Lev 26,4; Deut 8,8; 1 Sam 8,14). Los ancianos tomaban el sol o el fresco, según las estaciones, en las plazas públicas (Zac 8,4), comentando favorablemente los acontecimientos.

Renovación de la alianza con Roma y Esparta (14,16-24)

16 Había llegado a Roma y Esparta la noticia de la muerte de Jonatán, de la que se dolieron mucho. 17 Pero al saber que Simón, su hermano, le había sucedido en el sumo sacerdocio y que mandaba en la tierra y en sus ciudades, 18 le escribieron la renovación de la amistad y la alianza antes hecha con Judas y Jonatán, sus hermanos, en placas de bronce, 19 que fueron leídas en Jerusalén en la asamblea del pueblo. He aquí la copia de las letras enviadas por los espartanos: 20 «Los príncipes y la ciudad de Esparta, a Simón, sumo sacerdote, y a los ancianos, y a los sacerdotes, y a todo el pueblo de los judíos, sus hermanos, salud. 21 Los mensajeros que habéis mandado a nuestro pueblo nos han dado noticias de vuestra gloria y honor, y de ello nos alegramos sobremanera. 22 Hemos registrado en las deliberaciones del pueblo lo siguiente: Numenio, hijo de Antíoco, y Antípatro, hijo de Jasón, legados de los judíos, han llegado a nosotros para renovar la antigua amistad. 23 El pueblo resolvió recibir honrosamente a los mensajeros y depositar una copia de su discurso entre los documentos públicos, para que el pueblo espartano guarde memoria de ello. Y hemos enviado una copia de esto a Simón, sumo sacerdote». 24 Después de estos sucesos envió Simón a Numenio a Roma, para renovar la alianza con los romanos, mandando por él, como presente, un escudo de oro de mil minas de peso.

El autor sagrado, gran entusiasta de su héroe, emplea una frase vaga y estereotipada para señalar el pesar que romanos y espartanos sintieron por la muerte de Jonatán. No siendo las relaciones con estos pueblos de estrecha amistad, no dieron ellos demasiada importancia a la noticia triste que llegó de Palestina. Por el v.17 se desprende que fueron los romanos los que se adelantaron a renovar una alianza que hasta entonces había repercutido muy poco en la vida práctica de Palestina.

Un elogio grabado en bronce (14,25-45)

25 Cuando el pueblo oyó tales cosas, se dijeron: «¿Qué gracias podemos dar a Simón y a sus hijos? 26 Porque valerosamente han combatido contra los enemigos de Israel, tanto él como sus hermanos y toda su familia, y han afianzado nuestra libertad». Y grabaron en placa de bronce, que colgaron de co-

lumnas en el monte de Sión, 27 la siguiente escritura: «El día dieciocho del mes de Elul del año ciento setenta y dos, el año tercero del sumo sacerdote Simón, en Asaramel, 28 en la asamblea general de los sacerdotes y del pueblo, de los príncipes y ancianos de la nación, se hizo saber esto: En las muchas guerras que ha habido en nuestras tierras, 29 Simón, hijo de Matatías, de los hijos de Joarib, así como sus hermanos, se expusieron al peligro e hicieron frente a los adversarios de su nación por la conservación del santuario y de la Ley, y ganaron grande gloria para su pueblo. 30 Jonatán los congregó y fue sacerdote hasta que se reunió con sus padres. 31 Resolvieron entonces los enemigos invadir la tierra, devastarla y hacerse dueños del santuario; 32 pero se levantó Simón y salió a la defensa de su pueblo, y con grandes expensas suyas armó a los valientes de su nación y les pagó la soldada. 33 Fortificó las ciudades de Judea y a Betsur en sus confines, donde antes dominaban las armas de los enemigos. Puso allí guarnición judía, 34 fortificó a Jope, junto al mar, y a Gazer, en los confines de Azoto, en la que antes habitaban los enemigos, e instaló en ellas judíos y los proveyó de cuanto era necesario para su defensa. 35 Viendo el pueblo la conducta de Simón y la gloria que se proponía dar a su nación, le hicieron su caudillo y sumo sacerdote, en premio de haber realizado todas estas proezas y de la justicia y fidelidad que ha guardado a su pueblo, procurando por todos los medios el engrandecimiento de éste. 36 En sus días todo prosperó, y los gentiles fueron exterminados de la tierra, y en la misma Jerusalén los que ocupaban la ciudad de David, que habían convertido en ciudadela, de donde hacían salidas, profanando los alrededores del santuario, con gran perjuicio de su santidad. 37 Instaló allí judíos, la fortificó para seguridad de la tierra y de la ciudad, y dio mayor altura a las murallas de Jerusalén. 38 Por todo esto, el rey Demetrio le confirió el sumo sacerdocio, 39 y le inscribió en el número de sus amigos y le otorgó grandes honores, 40 pues supo que los judíos eran tenidos por los romanos como amigos, aliados y hermanos, y habían sido acogidos con honor los legados de Simón. 41 Los judíos y sacerdotes resolvieron instituir a Simón por príncipe y sumo sacerdote por siempre, mientras no aparezca un profeta digno de fe, 42 y por su caudillo que defienda el santuario, instituya inspectores de obras, gobernadores de la tierra, capitanes de las tropas y alcaides de las fortalezas; 43 que cuide de las cosas sagradas; que sea de todos obedecido; que se inscriban en su nombre todos los documentos públicos en la tierra; vista de púrpura y lleve la fíbula de oro. 44 A nadie será lícito, ya del pueblo, ya de los sacerdotes, traspasar ninguna de estas disposiciones ni contravenir a lo que por él fuere ordenado, o convocar en la tierra asamblea sin su consentimiento, ni vestir la púrpura ni llevar la fíbula de oro. 45 El que traspasare estas disposiciones o violare alguna de ellas, incurrirá en castigo».

En la placa se hace memoria de Matatías, hijo de Joarib (2,1); se mencionan las gestas de Jonatán (9,73; 10,21; 11,27), desaparecido hacía muy poco, que a su calidad de jefe (9,28-31) juntó la dignidad de sumo pontífice (10,20). Las gestas de Judas no se mencionan expresamente. La figura máxima del documento es Simón. Fortificó éste las ciudades de Judea (13,33; 14,5-7); ganó para la nación las ciudades de Jope y Azoto. Demetrio le confirió la dignidad de sumo sacerdote, que el pueblo confirmó para él y su descendencia, condicionada, sin embargo, a la aparición de un profeta que emitiera sobre el particular el veredicto definitivo. Simón rubricará todos los documentos con su nombre (13,42). Toda esta perícopa está concebida por una mentalidad enteramente adicta a la causa de Simón y empeñada en probar la legitimidad de los títulos religiosos, civiles y militares que ostenta.

Toma de posesión (14,46-48)

46 Todo el pueblo aprobó conferir a Simón estos poderes y honores, y convino en que él obrase conforme a ellos. 47 Aceptó Simón, agradecido, el sumo sacerdocio y ser caudillo y jefe de los judíos y de los sacerdotes, ejerciendo el mando supremo. 48 Mandaron que esto se escribiera en láminas de bronce y se pusiese en el atrio del templo en lugar visible, y que una copia de lo mismo se depositase en el tesoro del templo, a disposición de Simón y de sus hijos.

Todas las dignidades que se le confieren las ejercía ya Simón, pero le faltaba la consagración de estos derechos para él y para sus descendientes por parte de toda la asamblea de Israel (13,8). Simón aceptó gustoso los tres cargos (13,42; 14,41-52; 15,1-2). En el texto griego se le llama *etnarca*, porque, aunque ejerza los poderes de un rey, es, sin embargo, vasallo del rey de Siria.

Antíoco VII pacta con Simón (15,1-9)

1 Antíoco, hijo del rey Demetrio, envió desde las islas del mar cartas a Simón, sumo sacerdote y jefe de los judíos, y a toda la nación. 2 Era el contenido de las cartas del tenor siguiente: «El rey Antíoco a Simón, sumo sacerdote y jefe de la nación judía, salud. 3 Como quiera que hombres malvados se hayan apoderado del reino de nuestros padres, es mi voluntad recobrarlo y restablecerlo en su forma antigua, para lo cual he reunido un ejército numeroso y equipado de naves de guerra. 4 Me propongo desembarcar y perseguir a los que han arruinado el reino y asolado sus ciudades. 5 Te ratifico, pues, todas las exenciones que te han hecho los reyes mis predecesores, y todas las mercedes que te han otorgado. 6 Te permito acuñar moneda propia para tu tierra. 7 Que Jerusalén y su santuario sean libres; que cuantas has fabricado y cuantas armas fortalezas has levantado y posees, queden en tu poder; 8 que todas las deudas al tesoro real y cuanto en adelante hubiere de percibir el rey te sea por siempre condonado. 9 Y cuando nos hubiéremos apoderado del reino, os honraremos, a ti y a tu nación y al templo, tan magníficamente, que vuestra gloria se extenderá por toda la tierra».

La situación política de Siria favorecía la casi total independencia de Israel. Vimos que Demetrio II fue hecho prisionero por Arsaces (14,3). La noticia llegó a oídos de su hermano menor e hijo de Demetrio I, Antíoco, que se encontraba en la isla de Rodas. Inme-

diatamente éste concibió la idea de conservar a su hermano en el trono y sucederle, en caso de que lo primero no fuera posible. Reunió mucha tropa, escribió aquí y allá en busca de aliados para derrocar al intruso Trifón. Desembarcó Antíoco en Asia Menor, siendo proclamado rey en Sides, lo que le valió el sobrenombre de Sidetes. En sus monedas se complace él en llamarse *Evergetes*, bienhechor, en tanto que Flavio Josefo le conoce por el título de *Eusebés*, piadoso. Con el fin de juntar otros títulos para ocupar el trono de Siria aceptó la mano de su cuñada Cleopatra, refugiada en Seleucia, que había sido, sucesivamente, esposa de Alejandro Bala y de Demetrio II, todavía en vida cuando se celebró la boda [1]. Como vimos, Demetrio II en el destierro tomó por esposa a Radoguna (14,3).

Entre los pueblos aliados de sus planes contaba Antíoco en primer lugar con el pueblo judío, que tanto odio profesaba a su rival, Trifón. En la carta que hemos reproducido, se le reconocen a Simón los títulos de sumo sacerdote y de *etnarca*. Concediósele el poder acuñar moneda propia, a lo que se había anticipado Simón. Las pocas monedas conservadas llevan la inscripción *Ligullath Sion*, la redención de Sión, con figuras de palmeras entre dos cestas.

Antíoco en el continente (15,10-14)

**10 El año ciento setenta y cuatro, Antíoco se puso en marcha
hacia su reino, y todas las tropas se declararon por él, de suerte
que muy pocas fueron las que le quedaron a Trifón. 11 Perse-
guido por el rey Antíoco, vino huyendo hasta Dora del Mar.
12 Vio entonces cuántos males se le venían encima, pues las
tropas le habían abandonado. 13 Acampó el rey Antíoco contra
Dora, con ciento veinte mil hombres y ocho mil caballos. 14 Cer-
caron la ciudad por mar y por tierra, y la estrecharon, de suerte
que nadie podía salir ni entrar en ella.**

Cleopatra Tea llamó a Antíoco Sidetes para que desembarcara en Seleucia y la pusiera al abrigo de las amenazas de Trifón. El año 174, el 138 antes de Cristo, efectuóse el desembarco. A esta noticia siguió la deserción de muchos soldados del perverso Trifón, que se pasaron al ejército de Antíoco. La guerra entre los dos rivales se enconó. Perseguido por Antíoco, Trifón rehuía el combate marchando en dirección al sur del imperio. Pero aquí le esperaba Simón con su ejército, dispuesto a interceptarle el paso. Cercado entre dos fuegos, se refugió en Dora del Mar (Jos 11,1), a nueve kilómetros al norte de Cesarea y a igual distancia del promontorio del Carmelo, al norte. Por tierra y por mar, la ciudad quedó cercada. ¿Cuál fue su suerte? El autor deja la respuesta para después.

Un mensaje de Roma (15,15-21)

**15 En esto llegó de Roma Numenio y los que con él habían
ido, trayendo copia de cartas escritas a los reyes y a las naciones,
del tenor siguiente: 16 «Lucio, cónsul de los romanos, a To-
lomeo, salud. 17 Han venido a nosotros embajadores de los ju-**

[1] Appiano, *Syriaca* 68; Justino, 36,1.

**díos, aliados y amigos nuestros, enviados por Simón, sumo
sacerdote, y por la nación de los judíos, para renovar la antigua
amistad y alianza, 18 y han sido portadores de un escudo de oro
de mil minas de peso. 19 En virtud de esto nos ha parecido bien
escribir a reyes y naciones que no les causen ningún mal ni les
hagan la guerra, ni a sus ciudades ni a su tierra, ni presten auxi-
lio a quienes los combatan. 20 Nos pareció igualmente bien re-
cibir de ellos el escudo. 21 Si, pues, hombres malhechores, hu-
yendo de ellos, se refugiaran entre vosotros, entregadlos a Si-
món, sumo sacerdote, para que los castigue según la ley».**

Una carta de recomendación de Roma era un buen antídoto contra la tentación que podía asaltar a Antíoco de mover su ejército contra Simón una vez derrotado Trifón. El firmante del mensaje es Lucio, que se ha identificado con Lucio Furio Filón, Lucio Cecilio Metello y Lucio Calpurnio Pisón. Por los datos cronológicos contenidos en 14,1.24.27; 15,10, parece que debe identificarse con el tercero, Lucio Calpurnio Pisón (Abel, Bévenot, Knabenbauer, Vaccari), que fue cónsul con Popilio Lenas el año 615 de la fundación de Roma, correspondiente al 173 de la era seléucida.

Del contenido de la carta, muy favorable a los judíos, se deduce que Simón había pedido a los romanos el derecho de poder reclamar a los malhechores refugiados en el extranjero. Los romanos acceden a la petición, pero no señalan concretamente las medidas que debían tomarse para que se cumpliera la orden. Un derecho análogo otorgaron los romanos a Herodes [2].

Otros mensajes (15,22-24)

**22 En la misma forma escribieron al rey Demetrio, a Atalo,
a Ariarates, a Arsaces 23 y a todas las naciones: a Sampsaco, a
los espartanos, a Delos y a Mindo, a Sición, a Caria, a Samos,
a Panfilia, a Licia, a Halicarnaso, a Rodas, a Fasélida, a Cos, a
Side, a Arados, a Gortina, a Gnido, a Chipre y a Cirene. 24 Y co-
pia de estas cartas se la enviaron a Simón, sumo sacerdote.**

Entre los destinatarios figura Demetrio II, del cual ignoraban todavía los romanos su encarcelamiento en Persia. Atalo II, de Pérgamo (159-138), hijo de Eumenio, era prácticamente un vasallo de Roma. Ariarates V, rey de Capadocia (162-131), conocido también con el nombre de Mitrídates V Filopator [3], fue educado en Roma y seguía en buenas relaciones con los romanos [4]. Arsaces era rey de los partos (14,2). Las islas del Egeo, Delos, Cos, Samos, Rodas, Chipre y Creta se encontraban más o menos bajo control romano. Se mencionan las ciudades costeras del Asia Menor en la Caria: Mindo, Halicarnaso y Gnido. En la costa sur del Asia Menor se hallaba la Licia, con la ciudad de Fasélida; la Panfilia, con Side; Sirofenicia y la villa de Arados. Cirene está en la costa septentrional de Africa. En su enumeración no se sigue el orden geográfico.

[2] Flavio Josefo, *Bell. Iud.* I 474.
[3] Diodoro, 31,19.
[4] Tito Livio, *Epist.* 42,19; Appiano, *Syriaca* 40.

Capitulación de Dora (15,25-27)

[25] El rey Antíoco acampó enfrente de Dora la Nueva, la estrechó y construyó máquinas de guerra, quedando Trifón cercado, sin poder entrar ni salir. [26] Simón envió en ayuda del rey dos mil hombres escogidos y plata y oro y mucho material de guerra. [27] No quiso él recibirlos, antes bien, revocó cuanto había pactado antes y rompió con él.

Vuelve el autor a ocuparse del cerco de Dora. En el hebraico se leía la expresión *en te deutéra*, que se ha traducido en griego por «en el segundo día» (VACCARI), o segunda vez, como si Antíoco hubiera abandonado el cerco y lo reanudara. Abel supone que la expresión «Dora la Nueva» se refiere a un suburbio de la ciudad.

Antíoco recrimina a los Macabeos (15,28-31)

[28] Mandó a Atenobio, uno de sus amigos, para tratar con él y decirle: «Vosotros retenéis a Jope y a Gazer y la fortaleza de Jerusalén, ciudades de mi reino; [29] habéis devastado sus territorios y causado grandes daños a la tierra, y os habéis adueñado de muchos lugares de mi reino. [30] Entregad, pues, luego las ciudades que habéis ocupado y los tributos de que os habéis apoderado fuera de los confines de la Judea; [31] de no hacerlo, pagaréis por ello quinientos talentos de plata, y por los perjuicios causados y por los tributos de las ciudades percibidos, otros quinientos talentos; y si no, iré y os haremos la guerra».

Atenobio es enviado a Simón para exigirle cuentas. Los judíos, que habían celebrado solemnemente su independencia, se ven forzados a reconocer que Israel era todavía un país sometido a Siria, con gran autonomía en los momentos en que su amistad favorecía los intereses de Siria.

Se reanudan las hostilidades (15,32-41)

[32] Llegado Atenobio, amigo del rey, a Jerusalén, vio la magnificencia de Simón, su vajilla de oro y plata y la numerosa servidumbre, y quedó maravillado. Oído el mensaje el rey, [33] respondió Simón: «No hemos tomado tierra ajena, ni de bienes ajenos nos hemos apoderado, sino de la heredad de nuestros padres, de la que sin justicia nuestros enemigos se habían adueñado. [34] Aprovechando la ocasión, hemos recobrado la heredad de nuestros padres. [35] Cuanto a Jope y a Gazer, que reclamáis, hacían a nuestro pueblo grandes males y asolaban la tierra; por ellas daremos cien talentos». Atenobio no le respondió palabra, [36] pero se volvió furioso al rey y le comunicó las palabras de Simón, su magnificencia y todo cuanto había visto. Airóse el rey con gran ira. [37] Entre tanto, Trifón, embarcado en una nave, huyó a Ortosia. [38] El rey instituyó a Cendebeo general de la costa, poniendo en su mano fuerzas de infantería y caballería, [39] con el encargo de acampar frente a Judea y edificar a Cedrón y fortificar sus puertas, a fin de hostigar al pueblo de Israel. El rey se fue en persecución de Trifón. [40] En cuanto Cendebeo llegó a Jamnia, comenzó a molestar al pueblo, invadiendo la Judea, haciendo cautivos y muertos. Edificó a Cedrón, [41] y en ella colocó caballería e infantería, para hacer incursiones por Judea, como se lo había ordenado el rey.

Atenobio no estaba familiarizado con los suntuosos palacios de los reyes y con los muebles y vajillas que en ellos se usan. No esperaba Antíoco la respuesta arrogante y autoritativa de Simón. Su deseo hubiera sido ir él en persona a Jerusalén al frente de un ejército y dar el golpe definitivo, pero estaba empeñado en perseguir a Trifón, que por mar había huido de Dora y se había refugiado en Ortosia *(Ard Artusi)*, al norte de Trípolis. Alcanzado por el rey Antíoco, se le invitó a que se suicidara[5]. Cendebeo fue nombrado generalísimo *(epistrategós)* de las tropas de la costa, con lo cual pasaba a depender de él el propio Simón, que en otro tiempo fue jefe del mismo sector (11,59). La ciudad de Cedrón (v.40) estaba en el actual pueblo de Qatra, a seis kilómetros al sudeste de Jamnia.

Alarma de Juan (16,1-3)

[1] Subió Juan de Gazer y comunicó a su padre lo que Cendebeo estaba haciendo. [2] Llamó entonces Simón a sus dos hijos mayores, Judas y Juan, y les dijo: «Yo y mis hermanos y la casa de mi padre hemos combatido por Israel desde nuestra juventud hasta el presente, y nuestros esfuerzos han sido tan felices, que logramos la libertad de Israel. [3] Al presente yo estoy ya viejo; pero vosotros, por la misericordia de Dios, estáis en buena edad; tomad mi puesto y el de mi hermano y salid a luchar por nuestra nación, y que la ayuda del cielo sea con vosotros».

Juan, el segundo hijo de Simón, que había sido nombrado generalísimo de las fuerzas judías, con residencia en Gaza (13,14), a 15 kilómetros al este de Cedrón, percatóse de la gravedad de la situación, por lo que decidió comunicar a su padre «lo que Cendebeo estaba haciendo». Simón se considera viejo; tiene todavía fuerzas para ejercer sus funciones de caudillo y sumo sacerdote, pero no se cree capacitado para estar al mando activo del ejército. Las palabras de Simón recuerdan el testamento de su padre Matatías (2,49ss).

Los israelitas, victoriosos (16,4-10)

[4] Eligieron de la gente de todo el territorio los hombres más aguerridos y caballería, hasta veinte mil, y partieron contra Cendebeo, pernoctando en Modín. [5] Puestos en marcha muy de mañana, hacia la llanura, vieron un poderoso ejército de infantería y caballería que les venía al encuentro. Sólo un torrente había de por medio. [6] Se detuvo enfrente de ellos Juan con sus hombres; y viendo que los suyos temían atravesar el torrente, lo hizo él el primero; y sus hombres, viéndole, le siguieron. [7] Dividió su gente, colocando la caballería en medio de los infantes, porque la caballería de los contrarios era muy

[5] ESTRABÓN, 14,668. Según Flavio Josefo *(Ant.* 13,224), Trifón huyó a Apamea, donde fue sitiado y condenado a muerte.

**numerosa. 8 Resonaron las trompetas sagradas, y Cendebeo
y su ejército quedaron deshechos, cayendo muchos de ellos
y huyendo los restantes a la fortaleza. 9 Quedó herido Judas, el
hermano de Juan; pero éste persiguió a los enemigos hasta
llegar a Cedrón, que Cendebeo había edificado, 10 y huyeron
hasta las torres que hay en el territorio de Azoto, que Juan dio
al fuego, cayendo de los enemigos hasta tres mil hombres, y
se volvió victorioso a Judá.**

Padre e hijos reclutaron rápidamente un ejército considerable, donde por primera vez aparece la caballería. El nuevo ejército pernoctó en Modín, junto al panteón familiar de los Macabeos. Una vez electrizado el espíritu al contacto con los despojos mortales de Matatías y de sus hijos, el ejército israelita marchó en dirección a la llanura para trabar contacto con el enemigo.

Muerte alevosa de Simón (16,11-17)

**11 Tolomeo, hijo de Abubos, comandante del campo de Jericó, tenía mucha plata y oro, 12 y era yerno del sumo sacerdote.
13 Se engrió tanto, que quiso hacerse dueño de la tierra, para
lo cual resolvió quitar a traición la vida a Simón y a sus hijos.
14 Visitaba Simón las ciudades del territorio a fin de proveer
a sus necesidades, y bajó a Jericó con Matatías y Judas, sus hijos,
el año ciento setenta y siete, en el mes undécimo, que es el mes
de Sabat. 15 Los recibió el hijo de Abubos con perfidia en una
fortaleza pequeña, llamada Doc, que él había levantado. Les
ofreció un gran banquete, pero ocultó a siete hombres, 16 que,
cuando Simón y sus hijos estaban ebrios, a una señal de Tolomeo
se levantaron y, tomando las armas, dieron sobre Simón, matándole a él, a sus hijos y a algunos de su séquito, 17 cometiendo
una gran traición y devolviendo mal por bien.**

Dos años de paz siguieron a la batalla de Cedrón. Simón, libre de los cuidados de la guerra, recorría la nación en vistas a remediar las deficiencias de la administración y para mejorar el nivel de vida de sus súbditos. Pero no tomó las medidas de seguridad que reclamaban sus dignidades de jefe religioso y político de Israel. De esta imprevisión abusó un cierto Tolomeo, hijo de Abubos, acaso idumeo de origen, para apoderarse de él y de los hijos que le acompañaban, asesinándolos en un banquete. Era Tolomeo un hombre rico, casado con la hija de Simón. Ejercía el cargo de gobernador del campo de Jericó. Había edificado Tolomeo una fortaleza llamada Doc, verdadero nido de ladrones, al noroeste de Jericó y sobre el monte Qarantal, a una altura de 492 metros sobre el mar Muerto. Desde allí dominaba la amplia llanura de Jericó, confiada a sus desvelos. El mes undécimo *(Sabat,* enero-febrero) del año 177 (135 a. C.) visitó Simón el territorio de Jericó. Flavio Josefo dice que únicamente cayó Simón, siendo encarcelados sus dos hijos, a los que Tolomeo mató después. Según algunos (Cross), Simón es «el hombre de la mentira» de que habla el *peser* de Habacuc.

Rápida acción de Tolomeo (16,18-24)

**18 Luego escribió Tolomeo al rey para que enviase tropas en
su auxilio a fin de poner en su mano la tierra y las ciudades.
19 Envió otros a Gazer para que se apoderasen de Juan, y escribió a los oficiales de éste pidiéndoles que se pasasen a él, que
les daría plata y oro y regalos. 20 Mandó otros para que se apoderasen de Jerusalén y del monte del templo. 21 Pero alguno
se adelantó a comunicar a Juan, en Gazer, cómo habían sido
muertos su padre y sus hermanos, y que habían mandado
quien le matase a él. 22 Quedó fuera de sí al oír tales noticias, y,
prendiendo a los que venían a él para darle muerte, los mató,
pues sabía lo que intentaban. 23 Los demás sucesos de Juan,
sus guerras y las hazañas que realizó, los muros que levantó y
sus obras todas, 24 escritas están en los anales de su pontificado,
desde el día en que fue hecho sumo sacerdote después de su
padre.**

La ambición indujo a Tolomeo a enviar una embajada a Antíoco comunicándole la hecatombe y esperando de él ser nombrado gobernador de toda Judea. Pero quedaba Juan, el hijo de Simón. Mientras éste sitiaba la fortaleza de Doc, colocó Tolomeo sobre la muralla a la madre de Juan, amenazando arrojarla contra el suelo. Esta visión, dice Flavio Josefo [1], suavizó la acción de Juan, que alargó el cerco hasta el próximo año sabático, el 133 antes de Cristo, circunstancia que aprovechó Tolomeo para huir a Filadelfia, matando a la infeliz mujer antes de ausentarse.

Juan, llamado Hircano por haber combatido a los hircanios, reinó treinta y un años, desde 135 hasta 104. Los anales de su reinado se han perdido, conservándose algunos extractos en la obra de Flavio Josefo. Hubo en su tiempo muchas acciones de guerra. En el primer año de su reinado le sitió Antíoco Sidetes en Jerusalén; concluyó con él un tratado de paz, desventajoso para los judíos. Con la muerte de Sidetes, al año quinto del reinado de Juan, el reino seléucida tocó a su fin como potencia mundial, logrando Palestina su independencia de Siria, realizándose con ello el ideal por el que lucharon los Macabeos durante todos los días de su vida.

II MACABEOS

Autor

Con esta palabra designamos al que puso por escrito el llamado segundo libro de los Macabeos tal como aparece en nuestras Biblias. Los dos libros de los Macabeos son dos obras totalmente distintas, independientes y completas en sí mismas. El segundo libro no es continuación del primero. Es algo compleja la cuestión del autor de nuestro libro por haber intervenido dos manos en su

[1] *Ant. Iud.* 13,8,1.

composición: Jasón de Cirene, que escribió cinco volúmenes sobre estas historias, y un epitomador, que los ha resumido en uno. Los cinco volúmenes constituían un rollo en el cual podíase grabar una obra con una extensión equivalente a los cuatro Evangelios y Actos de los Apóstoles; el compilador lo ha reducido a uno, de la extensión del Evangelio de San Marcos. El autor mismo da testimonio de que su obra es un epítome (2,26.28).

De Jasón de Cirene no tenemos más noticias de las que nos ofrece nuestro autor. Algunos exegetas [1] lo identifican con el personaje llamado Jasón que envió Judas Macabeo a Roma juntamente con Eupolemo (1 Mac 8,17). Fue un judío procedente de la diáspora de Alejandría, de Egipto, que conoció, quizá sólo de oídas, la historia que narra en cinco tomos. El nombre de Jasón de Cirene fue encontrado en el templo de Tutmosis III en Egipto [2], de lo cual no puede deducirse que el visitante llamado Cirene fuera nuestro autor. Poseía óptima formación helenística; conocía la historia de los seléucidas, su administración, costumbres y títulos correspondientes a las diversas dignidades. Por otra parte, se nos presenta como judío muy creyente, y hasta demasiado crédulo. Es difícil distinguir en el libro actual qué partes se deben a Jasón y cuáles al epitomador.

Obra personal de éste son: 1) el prólogo (2,20-33); 2) el epílogo (15,38-40). Es profundamente religioso, devotísimo del templo y defensor celante de la Ley. Por sus escritos se deduce que poseía una cultura griega respetable. Se le ha calificado de fariseo a causa de su entusiasmo por la religión judaica e ideas doctrinales. Es sentencia común que sólo el epitomador viose favorecido con una inspiración carismática al resumir la obra de Jasón y componer su epítome [3].

Lengua

Unánimemente se admite que el libro fue escrito en griego, como lo consignó San Jerónimo, diciendo: «Secundus graecus est, quod ex ipsa quoque phrasi probari potest». En el cuerpo del libro, prescindiendo de las cartas que preceden al prólogo (1,1-2,19), pocos hebraísmos se vislumbran; en cambio, abundan las frases, expresiones y giros auténticamente griegos.

En cuanto a la tradición manuscrita, el libro no ha tenido suerte. Como el I de los Macabeos, tampoco éste se halla en el códice Vaticano (B) ni en el códice Sinaítico. Aparece en el Alejandrino (s.v) y el Véneto (s.VIII). Hanhart cree que los dos unciales A y Véneto son los que mejor retransmiten la forma primitiva del texto, que las versiones latina y armenia suelen confirmar [4].

[1] CORNELY, *Introductio* II-I,456.

[2] SAYCE: «Revue des Etudes Grecques», 7 (1894) 297.

[3] Modernamente se ha escrito «que una providencia especial divina vigilaba sobre la obra de Jasón para que tuviera todo lo que debía encontrar allí el autor del II de los Macabeos. Lo más prudente es dejar abierta la cuestión de la inspiración de Jasón, aunque no fuese tan completa como la que concede Dios para toda obra destinada a la revelación pública» (J. SCHILDENBERGER, *Inspiration und Irrtumslosigkeit des Hl. Schrift:* «Fragen der Theologie heute» [Zurich-Colonia 1958] 111-112).

[4] Ultimamente se ha hecho una edición ecléctica del texto: *Maccabaeorum liber II co-*

De las versiones antiguas descuellan por su importancia la armenia y la latina, por basarse en un arquetipo griego, que se ha perdido, según Bévenot [5]. Al hablar de versiones latinas nos referimos a los varios textos derivados de una traducción latina antigua. Sabido es que San Jerónimo no tradujo nuestro libro. No existe más que una traducción latina primitiva, de la que se han hecho recensiones diversas [6].

Fecha de composición

Dos cuestiones van incluidas en el enunciado: una, relacionada con la fecha de la composición del libro por Jasón de Cirene; la otra, con el tiempo en que se hizo el resumen. Para solucionar ambas cuestiones únicamente disponemos de criterios internos. Basados en que el último hecho referido es de los tiempos de Antíoco Eupator, se admite que Jasón escribió su obra poco después del año 160 antes de Cristo. La carta que abre el libro (1,1-9) fue escrita el año 188 de la era de los seléucidas, es decir, el 124 antes de Cristo. Parece que esta carta movió al autor a escribir su epítome (NIESE, KNABENBAUER). Al lado de esta sentencia tradicional se han propuesto muchas otras. Jasón, según los diversos pareceres, escribió el año 150 (ABEL), 130 (MOFFAT), 130-125 (OESTERLEY), 100 (PENNA). El epitomador acabó su obra en 100-50 (LODS), 70 (ABEL, MOFFAT), 63 (GRIM, BÉVENOT), 50 (KEIL), etc. Grimm, Bévenot y Lods creen que lo único seguro y cierto sobre esta cuestión es que el *Epítome* fue redactado en el período entre la obra de Jasón y la ruina de Jerusalén el año 70 después de Cristo. Pero hay indicios bastante significativos para colocar la obra del autor sagrado entre los años 100-70 antes de Cristo. ¿Escribió el autor en Palestina? Por la corrección del lenguaje y por el desconocimiento que demuestra de la topografía del país se cree que escribió fuera, probablemente en Egipto.

Fuentes del libro

a) *Cartas preliminares* (1,1-2,18).—Comienza el libro con unos documentos, en forma de cartas, que no formaban parte de la obra de Jasón. La finalidad que se propuso el autor al resumir la obra de éste fue dar a conocer a los judíos de Egipto los hechos trascendentales acaecidos en Judea durante la persecución de los seléucidas, a saber, la restauración del templo y del culto después de la profanación por Antíoco Epifanes y la acción contra Nicanor, que aseguró la continuidad del lugar sagrado y el desarrollo del culto. En memoria de estos acontecimientos se instituyeron la fiesta de la Dedicación o *Hanuka*, el 25 del mes de Casleu (10,5-8), y la del «Día de Nicanor», 13 del mes de Adar (15,7), respectivamente.

piis usus quas reliquit Werner Kappler Edidit Robert Hanhart (Septuaginta, vol.10) (Göttingen 1959).

[5] H. BÉVENOT, *The Armenian Text of Maccabees:* «Journal of Palestine Oriental Society», 14 (193) 268-283.

[6] D. DE BRUYNE, *Le texte grecque des deux premiers livres des Machabées:* RB 31 (1922) 31-54; ID., *Les anciennes traductions latines des Machabées:* «Anecdota Maredsolana», vol.4 (Maredsous 1932) XV.

Sobre el número de cartas discrepan los autores. Unos admiten en el texto una sola carta (MOMIGLIANO, NIESE, KOLBE), otros tres (LAQUEUR, BÉVENOT, RINALDI) y, más comúnmente, dos (TORREY, HERKENNE, ABEL, GRANDCLAUDON, PENNA, MARIANI, etc.). Las dos cartas que se distinguen en el texto son: 1.ª, 1,1-9.18-2,18; 2.ª, 1,10-17.

La primera fue escrita el año 188 de los seléucidas (124 a. C.). Con el propósito de poner de relieve la fiesta del mes de Casleu, la data de la misma, en contra de la costumbre, se pone en 1,9, en vez de ir al final (2,17). La segunda fue enviada a Egipto el año 148 de la era seléucida (164 a. C.). En la primera se invita a los judíos de Egipto a celebrar la fiesta de la Dedicación del Templo. En la carta se hace referencia a otra escrita el año 169 (143 a. C.), en la que se anunciaba la profanación del templo y su purificación. Los judíos de Palestina tratan de inducir a sus hermanos y correligionarios de Egipto a que abandonen sus templos particulares y abracen la doctrina mosaica de la unidad de santuario (Deut 12,5-12). A partir de 1,18 se ponen a la consideración de los destinatarios las razones que militan a favor de la hegemonía del templo de Jerusalén. En la carta del año 169 la comunidad de Jerusalén aludía tímidamente a la purificación del templo, pero se muestran todavía reservados por la situación inestable en Palestina, por dificultades políticas con Egipto. En la del año 188 se ensanchan los corazones y se comunica el entusiasmo a los judíos de Egipto por la fiesta de la Dedicación.

Rumores sobre la muerte de Antíoco Epifanes en Persia llegaron a Palestina. Los judíos de Jerusalén apresuráronse a comunicárselo a los de Egipto, en una carta concebida en estilo telegráfico, haciéndose eco de vagos rumores acerca del lugar y manera como acabó sus días el mencionado monarca.

Estas cartas preliminares, ¿fueron colocadas en el lugar que hoy ocupan por el epitomador o se añadieron posteriormente? ¿Compuso el autor sagrado las mencionadas cartas o las encontró consignadas en otro libro distinto del de Jasón? ¿En qué lengua fueron escritas primitivamente?

En las cartas se observan no pocos semitismos, por lo cual creen algunos que fueron originariamente escritas en arameo o en hebreo y traducidas al griego. Cabe suponer que el autor las conoció en su versión griega, hecha por un judío familiarizado con la lengua aramea. Ninguna razón apoya la hipótesis de la adición posterior de estas cartas al libro de los Macabeos, ya que su contenido encaja perfectamente en el plan general del libro. Fue el autor mismo quien antepuso a su obra estas cartas, que confirmaban la tesis que se propuso desarrollar en el libro.

b) *La obra de Jasón.*—En 2,19-32 dice el autor que su libro es un resumen de una obra de Jasón en cinco tomos. Este resumen va desde 3,1 hasta 15,37. El fondo, pues, y el contenido del libro son de Jasón de Cirene. Pudo éste informarse oralmente o utilizar documentos escritos para conocer la situación político-religiosa de los años anteriores a la persecución de Antíoco Epifanes. Jasón escribió su obra en griego; el que la resumió no tuvo la molestia de tener que traducirla. Su labor consistió en compendiar en un solo volumen una obra de cinco tomos. Pero no por ello cabe concluir que su actividad literaria se circunscribiera a compendiar la obra de Jasón; más bien debe admitirse que su libro es una composición literaria, en la que se utilizan materiales provenientes del libro de Jasón, que el compendiador redacta con el estilo que le es propio. Confiesa (2,26-31) que su «obra no ha sido cosa fácil, sino de mucho trabajo, sudores y desvelos». La composición del libro fue dificultosa, porque su autor se esforzó en hacerlo interesante y asequible a los lectores. Puso la máxima diligencia para que su libro fuera claro, diáfano, ameno, ágil; escogió las frases y palabras que dieran vida y colorido a la narración. En cambio, no se preocupó de verificar la objetividad y realidad de los hechos narrados por Jasón. De los muchos que Jasón consignó en su voluminosa obra, el autor seleccionó unos pocos encaminados a exaltar la figura de Judas y a poner de relieve la intervención de Dios en el éxito de los muchos combates que tuvo que librar para el triunfo del judaísmo sobre el helenismo.

El libro del epitomador ¿desborda la obra de Jasón? Dícese en el prólogo que éste narra la historia de Judas Macabeo y de sus hermanos, las guerras de Antíoco Epifanes y de su hijo Eupator (2,20-21). Ahora bien, a continuación del prólogo se refieren hechos (3,1-4,6) acaecidos bajo el reinado de Seleuco IV Filopator (187-175). Al final (14,1-15,37) se cuentan episodios que rebasan el reinado de Antíoco Eupator (163-162) y se adentran en el de Demetrio I Soter (162-150). Creemos que las palabras del texto no tienen el sentido tan estricto que le quieren dar algunos autores (GRANDCLAUDON). A su obra sobre Judas Macabeo pudo Jasón poner unas páginas introductorias que dieran a conocer la situación política y religiosa de los judíos antes del advenimiento de Antíoco Epifanes. También los datos que rebasan el reinado de Antíoco Eupator se deben probablemente a Jasón. Según Moffat, a quien siguen Abel y Bellet, las secciones que corresponden a los cinco libros son las siguientes: 1.ª, 3,1-40; 2.ª, 4,1-7,42; 3.ª, 8,1-10,9; 4.ª, 10,10-13,26; 5.ª, 14,1-15,37.

En su libro introdujo Jasón documentos preexistentes. Aparte de las cartas introductorias, de que hemos hablado, cabe mencionar: 1) carta de Antíoco Epifanes a los judíos (9,19-27); 2) carta de Lisias a los mismos (11,16-21); 3) de los delegados romanos a los judíos (11,34-38); 4) Antíoco IV escribe a la nación judía (11,27-33); 5) Antíoco V a Lisias (11,22-26).

Por lo que antecede, quedan deslindados los campos entre lo que es propio de Jasón y lo que él reprodujo sacándolo de otras fuentes escritas; entre las secciones propias del que resume (2,20-33; 15,38-40) y las cartas que antepuso él a su obra.

Carácter histórico del libro

Pocos historiadores le reconocen un fondo histórico superior al I de los Macabeos (NIESE, SCHLATTER); muchos lo rebajan o niegan totalmente (WELLHAUSEN, KOSTERS, LODS, OESTERLEY). El valor histórico del libro, escribe Lods, es muy precario. Aparece claro que la finalidad del narrador no es la de destruir, sino la de edificar (l.c., 888). Otros encuentran errores históricos en el libro, sobre todo en aquellos pasajes que contradicen las noticias contenidas en el I de los Macabeos. No pocos suponen que el autor ha sacrificado la historia al fin religioso. Las diferencias entre ambos libros de los Macabeos existen, pero no son irreductibles. Las mismas deben considerarse bajo la misma perspectiva que los lugares paralelos de los libros de los Reyes y de las Crónicas, del Evangelio de San Juan y de los sinópticos.

La composición de ambos libros es independiente. Sus puntos de contacto se explican por los hechos mismos y por su sucesión en la realidad. Las divergencias principales afectan a la disposición cronológica. Además, débese tener en cuenta que la era seléucida no era uniforme en todas partes. Como es sabido, empieza el año 312 antes de Cristo, con la conquista de Babilonia por Seleuco.

En Siria y Occidente, el año seléucida empezaba el mes de Tishri (septiembre-octubre), esto es, el año 312. En Babilonia empezaba con el mes de Nisán (marzo-abril), esto es, el año 311, de lo que se originaba la diferencia de un año. Es muy probable que Seleuco, personalmente, fijara el primer año de su gobierno al principio del año macedónico, que coincidía con el otoño de 312 antes de Cristo.

¿Qué sistema emplean los autores de los libros de los Macabeos? Según Kugler, Meyer, Niese, Lagrange, Grandclaudon, empiezan a contar a partir del año 312; otros exegetas son de parecer contrario. Bickermann y Abel admiten que el autor del II de los Macabeos parte del año 312, y el del libro I del año 311. Finalmente, Vaccari admite dos cómputos: el que se empleaba para reseñar hechos profanos, que partía del año 312, y el usado para señalar los hechos pertenecientes al judaísmo, partiendo del año 311. Según el P. Abel, los documentos del c.11 de nuestro libro están fechados según la época del 1.º de octubre de 312, que va desde el 1.º de octubre del año 165 al 30 de septiembre de 164. La campaña de Lisias Eupator (13,1ss) debe colocarse en el verano de 163, un año antes de la fecha verdadera, porque el epitomador fijó la muerte de Antíoco el año 148, que coincide con el advenimiento de su hijo. Por lo mismo reduce a dos años (10,3) los tres que separan esta fecha de la profanación del templo. Demetrio llegó a Siria el año 151 seléucida, que va desde octubre de 162 hasta septiembre del 161 (l.c., 19). Seguimos el cómputo establecido por Abel.

Antes de hablar de errores en el texto conviene determinar exactamente qué sistema cronológico utilizó el autor sagrado. Podemos todavía preguntar: ¿Entraba en la mente del autor sagrado la preocupación cronológica de los hechos que refería? ¿Tenía el mismo concepto de la historia que el autor del primer libro? Ateniéndonos a su propio testimonio (2,20-33), no entra en sus designios la investigación histórica, de cuya labor hace responsable a Jasón de Cirene. Cree que éste es un historiador, prestándole su confianza y tomándose la enojosa tarea de resumirlo. Los hechos narrados de manera patética por Jasón son para nuestro autor sustancialmente históricos. Pero no pudo el hagiógrafo reproducir en su epítome todo lo que escribió Jasón. De la inmensa selva de datos escogió algunos, que desgajó de su contexto y colocó en otro nuevo, poniéndolo todo al servicio de sus puntos de vista personales. Ahora bien, este desplazamiento puede dar la impresión de que el libro es menos histórico en parangón con el I de los Macabeos. Las mismas indicaciones temporales: «tres años después», «en la misma época», etc., pueden proceder de Jasón o del que resume su obra. En el primer caso pueden no tener ninguna relación con lo que precede; en el segundo revisten un sentido impreciso, vago. Esta despreocupación cronológica no impide que, dada la ocasión, se transcriba un documento y se indique con precisión un hecho determinado. Pero, dada su poca afición a la *acribia* histórica, cabe suponer que la inmensa mayoría de las indicaciones cronológicas que figuran en el libro son obra de Jasón.

Pero, aunque no quiera el autor comportarse como historiador, su libro tiene gran valor histórico. Su carácter parenético-religioso es compatible con la verdad de los hechos. Su libro puede entrar en la clasificación de relato histórico edificante, presentado de manera retórica y poética con el fin de agradar. En la narración se hace hincapié sobre hechos históricos particulares. Al efecto patético pertenece el juicio que el autor hace de los mismos, que está siempre en relación con el judaísmo ortodoxo. Para el autor Israel ocupa el centro de la historia y todos los pueblos de la tierra tienen fijos sus ojos sobre este diminuto territorio. Las manifestaciones divinas (11,8; 12,22; 15,12-16, etc.), que, según el prólogo (2,22), se encontraban consignadas en la obra de Jasón, entran de lleno en el género patético. Era éste el estilo que preferían ciertos historiadores helenistas, tales como Teopompo de Chios, Clitarco de Alejandría, Filarco de Naucratis. En tales escritos se ponía de relieve la intervención visible de Dios en el curso de los acontecimientos, complaciéndose en narrar apariciones maravillosas. Se conocen libros enteros escritos a este propósito, como el que lleva por título *En torno a la aparición de Júpiter*, de Filarco, o *Apariciones de Apolo*, de Itros de Pafo [7].

En el género patético se manipulaban los números con gran libertad, dándoles un significado simbólico y poniéndoles al servicio de la idea dominante del libro o de una sección determinada. Lo que a nosotros nos parece un despropósito o una cifra exagerada a todas luces no lo era para el lector antiguo que conocía la función de los números en el texto. Jasón se inspiró también en este punto sobre

[7] F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker* II (Berlín 1926) 161. Un florilegio de apariciones y milagros en los autores griegos y latinos paganos se encuentra en la obra de J. OBSEQUENS *Ab anno Urbis conditae CV prodigiorum liber* (Leipzig 1910).

la tradición popular que se complacía en poner en evidencia el numerosísimo ejército enemigo vencido por unos pocos fervientes yahvistas. De la tradición popular, dice Knabenbauer, proceden gran parte de las informaciones sobre las gestas que el autor narra, y que se apoyan sobre un rumor popular (l.c., 19). La obra de Jasón, escribe Bellet, puede encuadrarse en el género de los *logoi* de la historia de Heródoto. Si no existe inconveniente en clasificar la obra de Jasón dentro de este género, no lo habrá tampoco en extender al resumen las mismas características. Con ello no se pone en tela de juicio la veracidad de la Biblia, ya que el autor sagrado no responde de la objetividad de hechos retransmitidos por fuentes de información defectuosas. La obra de Jasón era conforme al estilo de su época y le pareció bien escribirla al estilo histórico de su tiempo. Tenía derecho a obrar así y los judíos entusiasmábanse en su lectura, destinada a demostrar la acción de Dios sobre su pueblo fiel. El epitomador, concluye Bellet, hizo un resumen de la obra de Jasón por considerar aquélla como libro útil. Al emitir su juicio y al poner en práctica su intento, fue asistido por una inspiración divina, de modo que su obra convirtióse en libro inspirado, sin dejar por ello de presentar los modos de decir y narrar propios de la historiografía patética [8].

Al estilo patético corresponden también los epítetos violentos que a menudo salen de la pluma del autor, los contrastes sagazmente planeados, las reflexiones que esmaltan su narración sobre el alcance de los acontecimientos. Es difícil establecer el límite entre la historia y el estilo retórico empleado. Lefèvre (DBS 606) opina que Jasón se coloca de parte de la historia; el epitomador, en cambio, escoge el arte oratorio. Jasón se interesaba por los lugares geográficos y por las fechas exactas; al epitomador no interesan estos datos, como lo demuestra el hecho de colocar sucesos en contextos en que no tienen sentido alguno (12,10). Finalmente, sería vano buscar en esta historiografía griega formada en la escuela de los retóricos la exactitud que reclama la crítica histórica moderna [9]. Cicerón definió la historiografía patética diciendo: «patheticon, quo perturbantur animi et concitantur» *(Brutus* 11,42). Añadía él que a los retóricos les era lícito «ementiri in historiis» para que su narración resultara más amena y sugestiva.

Finalidad del autor sagrado

Para nuestro autor, la historia no es un fin, sino un medio. La gran copia de hechos históricos del libro de Jasón se reducen a unos pocos que el autor enjuicia desde el punto de vista nacional y religioso. Cabe al designio general de ilustrar a los judíos de habla griega sobre las glorias del pueblo escogido y acrecentar su fe en los destinos providenciales de la historia, el autor fija preferentemente su atención en los destinos del templo. De un cabo al otro

[8] P. BELLET, *El génre literari del II llibre dels Macabeus:* «Miscellania Biblica B. Ubach» (Montserrat 1953) 14; V. HAMP, *Genus litterarium in Wunderberichten:* «Miscelanea Biblica A. Fernández», EE 34 (1960) 361-366; M. ADINOLFI, *Eloquenza e patetismo nel II libro dei Maccabei:* «Rivista Biblica», 10 (1962) 18-31.
[9] *La Bible de Jérusalem* (París 1948) 16.

del libro nos hallamos ante una apología del templo de Jerusalén. Una de las cartas que abren el libro tiene como finalidad inducir a los judíos de Egipto a celebrar la fiesta de la Dedicación del Templo (1,9). Para ello, el autor hace una exposición sabia sobre su origen y sobre el carácter sobrenatural del fuego del altar del santuario de Jerusalén. La segunda carta (1,10-17) es un anuncio gozoso de la muerte del mayor enemigo del templo, Antíoco Epifanes. A lo largo de las secciones que se distinguen en el libro, que corresponde, según dejamos anotado, a los cinco libros de Jasón, se esfuerza el autor por comunicar a sus lectores el entusiasmo y devoción que él profesa hacia el templo. Este lugar era santo e inviolable en tiempos de Onías. Heliodoro intentó profanarlo, pero terminó ofreciendo un sacrificio al Señor (3,1-40). Gentes malvadas explotaron el templo para sus intereses particulares; Antíoco lo profanó. La cólera de Dios dejóse sentir sobre Israel, cuyos pecados expían Eleazar y los siete hermanos Macabeos con su muerte (4,1-7,42). Dios mira propicio a Israel. El monarca impío es castigado por Dios con una muerte espantosa. Judas Macabeo purifica el templo e instituye la fiesta de la Dedicación (8,1-10,9). Judas asegura que el templo será defendido (10,10-13,26). Otro peligro es conjurado; Alcimo, a pesar de haberse nombrado sumo sacerdote, no ejerce sus funciones en el templo. Nicanor, otro émulo de Antíoco, es castigado con muerte afrentosa (14,1-15,37). En torno a esta idea central giran las cinco secciones del libro, que bien pueden considerarse como cinco discursos, cuya finalidad es convencer y comunicar su entusiasmo por el templo. Cada discurso es un drama con tres personajes: el judío piadoso (Onías, los mártires, Judas y los suyos); los judíos apóstatas (Simón, Jasón, Menelao, Alcimo); los gentiles (Heliodoro, Epifanes, Eupator, Lisias, Nicanor). Cada personaje debe proclamar a su manera la santidad del templo. El libro se cierra con la muerte de Nicanor. Su brazo fue colgado enfrente del templo. «Y todos, levantando sus ojos al cielo, bendecían al Señor, diciendo: Bendito el que ha conservado puro este lugar» (15,33-34) [10].

Plan de la obra

La idea del templo determina la estructura del libro, que puede dividirse en dos grandes partes: 1.ª Hechos acaecidos antes de la restauración del santuario (3,1-10,9). 2.ª Acontecimientos posteriores a esta fecha (10,10-15,37).

Introducción (1,1-2,19). A la obra preceden dos cartas de los judíos de Jerusalén a los de Egipto. En la primera (1,1-9.18-2,18) les invitan a celebrar la fiesta de la Dedicación. Se extienden a continuación en consideraciones sobre el origen de la misma, santidad del fuego empleado en los sacrificios del templo (1,18-36), destino del arca de la alianza (2,1-12), biblioteca de Nehemías y de Judas (2,13-15). En otra, más corta, se refieren los rumores que circulaban sobre la muerte de Antíoco Epifanes (1,10-17).

[10] Véase LEFÈVRE, *Macchabées (livres des):* DBS 605-606.

Prólogo del autor (2,20-33), en el que se dan noticias sobre el contenido y naturaleza del libro de Jasón y de las finalidades y método de trabajo que ha seguido el autor al resumirlo.

PRIMERA PARTE: HECHOS ANTERIORES A LA PURIFICACIÓN (3,1-10,8)

a) *Durante el reinado de Seleuco* (3,1-4,6): 1) Traición de Simón (3,1-6). 2) Misión de Heliodoro (3,7-40). 3) Onías acusa a Simón (4,1-6).

b) *Persecución de Antíoco Epifanes* (4,7-7,42): 1) Jasón, sumo sacerdote (4,7-22). 2) Le sucede Menelao (4,23-29). 3) Muere Onías (4,30-38). 4) Lisímaco y Menelao (4,39-50). 5) Arrecia la persecución (5,1-10). 6) Profanación del templo (5,11-27). 7) Edicto de apostasía (6,1-17). 8) Martirio de Eleazar (6,18-31). 9) Mueren los siete hermanos Macabeos (7,1-42).

c) *Triunfo del judaísmo* (8,1-10,9): 1) Primeras victorias de Judas Macabeo (8,1-7). 2) Derrota de Nicanor (8,8-36). 3) Muerte de Antíoco Epifanes (9,1-29). 4) Purificación del templo (10,1-9).

SEGUNDA PARTE: SUCESOS POSTERIORES A LA PURIFICACIÓN (10,9-15,37)

a) *Judas lucha contra los pueblos vecinos* (10,10-13,26): 1) Victoria sobre los idumeos (10,10-23). 2) Derrota de Timoteo (10, 24-38). 3) Primera expedición de Lisias (11,1-15). 4) Documentos para la paz (11,16-38). 5) Ataques a Jope y a Jamnia (12,1-9). 6) Expedición contra Timoteo (12,10-31). 7) Derrota de Gorgias (12,32-37). 8) Sacrificio por los muertos (12,38-46). 9) Muerte de Menelao (13,1-7). 10) Tratado de paz (13,8-26).

b) *Lucha contra Demetrio I* (14,1-15,36): 1) Misión de Nicanor (14,1-4). 2) Amistad entre Nicanor y Judas (14,15-25). 3) Intervención de Alcimo (14,26-36). 4) Suicidio de Racías (14,37-46). 5) Victoria sobre Nicanor (15,1-37).

Epílogo del autor sagrado (15,38-40).

Doctrina religiosa

Basta hojear las páginas del libro para convencerse de su carácter eminentemente religioso. Al revés del libro I de los Macabeos, el II nombra muchas veces y de manera explícita el santo nombre de Dios. Yahvé es el Dios de Israel; el Dios que en un tiempo estableció un pacto con su pueblo predilecto. En el libro se repite la idea de que Dios es creador de todo cuanto existe (7,23). El pasaje 7,28 es el texto viejotestamentario en el que con mayor fuerza y claridad se preconiza la verdad religiosa de que Dios creó lo que existe de lo que antes no era *(ouk ek ónton epóiesen táuta o theós)*. Ya en el primer verso de la Biblia se encuentra en germen esta verdad. Por un momento concedemos beligerancia a la hipótesis que interpreta el primer versículo de la Biblia en el sentido de que allí se habla *explícitamente* de la creación segunda, y sólo de manera *implícita* de la creación primera, o sea, de la nada. Supongamos que el texto pueda interpretarse de la siguiente manera: «Al principio de la creación por Dios de los cielos y de la tierra, y (cuando) en la tierra reinaba la confusión y el desorden, y las tinieblas cubrían la superficie del océano primordial..., dijo entonces Dios: «que sea la luz». Aun en este supuesto, con la introducción en el texto de la trascendental palabra *bereshit*, en el principio, cubre el autor sagrado la infranqueable zanja existente entre la eternidad de Dios y la temporalidad «de los cielos y de la tierra». El autor sagrado ha reconocido el «existir eterno» como nota esencial exclusiva de Dios, y, por lo mismo, lo ha enfrentado clara e impresionantemente a todo otro ser que fue creado por Dios «en el principio». Para el autor bíblico no hay lugar para la materia cósmica eterna e increada junto a Aquel que en el principio creó los cielos y la tierra. El escritor sagrado ha concebido conscientemente a Dios como el «único eternamente existente» y creador de todo otro ser [11]. Cualquiera duda que podía existir sobre el sentido de Gén 1,1 se disipa con el mencionado texto de nuestro libro.

Otra doctrina peculiar de nuestro autor se refiere a la providencia divina. En sus manos tiene Dios las riendas del universo y dispone los acontecimientos de la historia según su beneplácito. A los gentiles y profanadores del templo los castiga y tiene providencia de Israel y de su templo. Pero esto no autoriza a los judíos a dormirse sobre sus laureles y confiar en la incolumidad del santuario, «porque no eligió el Señor la nación por el lugar, sino el lugar por la nación» (5,19). Por los pecados de los moradores de Jerusalén había permitido Dios el desacato de Antíoco contra el templo (5,17); en caso de estar limpios de todo pecado hubiera castigado la insolencia del monarca seléucida, como hizo antes con Heliodoro (3,24ss).

En el libro aparece visible la idea del pacto. Ninguna necesidad tenía Dios de pactar con Israel, pero su bondad le impulsó a hacerlo. Dios, que «de nada necesita», ha tenido a bien establecer el templo en medio de Israel (14,35). Signo externo de esta alianza es el santuario de Jerusalén. Dios nunca ha sido infiel a lo pactado. Cuando parece que no presta interés a su pueblo o al santuario, es porque la otra parte firmante del pacto no cumple lo estipulado. De ahí el interés de Judas, el héroe predilecto del autor, de que entre los soldados no haya impureza ni pecado. En el supuesto de estar limpios espiritualmente, Dios no faltará a su promesa, luchará junto a ellos y no dará ocasión a que los profanos o su mismo pueblo le culpen de infidelidad al pacto de la alianza (8,15).

Angeles

Tiene Dios a su servicio agentes que ejecutan sus órdenes. Cuando Heliodoro estaba para perpetrar su crimen, se le apareció un jinete terrible, armado de armadura de oro. Otros dos jóvenes fuertes y misteriosos completaron la obra que había empezado aquél (3,25-26). En 2,21 dice el autor que en la obra de Jasón se hablaba de apariciones celestiales, o sea, de personajes misteriosos

[11] H. JUNKER, *Die theologische Chaosvorstellung in der biblischen Schöpfungsgeschichte*: «Mélanges A. Robert», 37.

que combatían por el triunfo del judaísmo. A veces eran visibles al enemigo (10,29), como en el caso de «los cinco varones resplandecientes, montados en caballos con frenos de oro» (10,29), que protegían a Judas Macabeo, lanzando flechas y rayos contra los enemigos. Dos veces se dice que estos jóvenes guerreros eran ángeles buenos (11,6; 15,23) que Dios mandaba a su voluntad por tenerlos a su servicio. Bastaba un reducido número de ellos para inutilizar a valientes guerreros y derrotar a ejércitos bien pertrechados. La naturaleza de estos ángeles no aparece bien definida en nuestro libro. A la luz de otros documentos, las ideas que aquí solamente se apuntan cobran un relieve singular [12].

Vida futura

La doctrina sobre el más allá caracteriza a este libro. El hombre muere, Dios jamás. En este mundo toda la humanidad está sometida al juicio del Creador. Cuando un individuo traspasa el dintel de la eternidad, sea bueno o malo, se encuentra de nuevo ante un Dios que le juzga según sus actos. Antíoco, que ahora se ensaña con los Macabeos, no quedará impune (7,19). Eleazar puede simular que come carne; puede engañar a los hombres y salvar así su vida terrena; pero de las manos del Omnipotente no escapará ni en vida ni en muerte (6,26).

La doctrina de la resurrección o de la sobrevivencia del cuerpo y del alma de los justos es el *leit motiv* de las respuestas de los siete hermanos Macabeos en el momento de morir. «El rey del universo resucitará a los que morimos por sus leyes a una vida eterna» (7,9); «del cielo tenemos estos miembros, que por amor de sus leyes yo desdeño, esperando recibirlos otra vez de Él» (7,11); el cuarto espera ser resucitado por Dios (7,14). Enjuiciando el autor la colecta de Judas para ofrecer un sacrificio expiatorio por los caídos, dice: «obra digna y laudable, inspirada en la esperanza de la resurrección» (12,43). Racías arranca sus entrañas con las dos manos y las arroja contra la tropa, «invocando al Señor de la vida y del espíritu, que de nuevo se las devolviera» (14,46).

Los fieles ciertamente resucitarán «para la vida» (7,14). Pero ¿cuál será la suerte de los impíos? «Tú, dice el cuarto hermano Macabeo a Antíoco, no resucitarás para la vida». ¿Es la resurrección un privilegio reservado para los justos? El texto es ambiguo, pero puede entenderse que, mientras a los justos les espera una nueva *vida*, mejor de la que han perdido, a los impíos les está reservada en el más allá una vida de sufrimientos. La madre de los Macabeos espera que en el día de la misericordia, que seguirá a la muerte, le sean devueltos sus hijos (7,29). Todos los mártires «beberán el agua de la vida eterna»; pero «tú, dice el más pequeño a Antíoco, pagarás en el juicio divino las justas penas de tu soberbia» (7,36). Parece que la recompensa y el castigo que recibirán, respectivamente, justos y pecadores, se colocan en el más allá, una vez se deja el mundo para entrar en la eternidad. Con términos claros se habla en nuestro libro de la suerte reservada a los justos en el otro mundo. Más oscura aparece la suerte de los réprobos.

[12] J. B. FREY, *L'Angélologie juive au temps de J.C.*: «Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques», 20 (1911) 82-83; L. HACKSPILL, *L'Angélologie juive à l'époque néotestamentaire:* RB 11 (1902) 527-550.

Intercesión de los santos

Hallábase Judas en situación apurada ante el numeroso y aguerrido ejército de Nicanor. Sus soldados habían perdido la moral. Para animarles les habló largamente; pero, al no lograr que vibraran de entusiasmo, les contó un «sueño digno de toda fe» (15,11). En el sueño-visión vio a Onías y a otro personaje, del que aquél hizo esta presentación: «Este es el amador de sus hermanos, que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa: Jeremías, profeta de Dios» (15,14). Hacía años que el profeta había muerto; sin embargo, seguía intercediendo por su pueblo mediante su oración. Sin querer estrujar este texto, al menos cabe ver en él la idea de la existencia de una comunión entre los justos de este mundo y los justos que han muerto en el Señor. El poder de intercesión se reconocía a los santos (Job 5,1), es decir, a los ángeles (Job 33,23; Dan 10,13; Tob 5,4). Según Filón *(Vidas de los profetas* 42,14), Isaías, Ezequiel y otros profetas eran invocados como intercesores, concediendo la literatura rabínica idéntico cometido a los grandes personajes del Antiguo Testamento.

Expiación por los difuntos

En el encuentro con Gorgias (12,32ss), muchos soldados judíos quedaron en el campo del honor. Por respeto al sábado, que se venía encima, dejó Judas los cadáveres insepultos para el día siguiente. Entre tanto, Judas torturaba su mente buscando la razón del porqué había permitido Dios semejante derrota. La respuesta la encontró al levantar los cadáveres, ya que «en las túnicas encontraron objetos consagrados a los ídolos de Jamnia, de los prohibidos por la Ley a los judíos». A todos les pareció manifiesto que por aquello habían perdido la vida (12,40).

¿Habían cometido una falta grave? ¿Tratábase más bien de una manifestación leve de codicia? ¿Era concebible que unos soldados, paladines del yahvismo, prontos a morir por Dios y por su patria, al morir recibieran el mismo trato que los paganos? Entre el pecado de éstos y el de aquéllos había gran diferencia. ¿Existía para los justos la probabilidad de recibir después de la muerte un trato de favor? ¿Tenían los justos la posibilidad de purgar su pecado aun después de la muerte? Así lo comprendió Judas, que mandó hacer una colecta y enviar lo recaudado a Jerusalén para que se ofrecieran en el templo sacrificios expiatorios para el pecado. Creía Judas en la supervivencia de las almas; en caso contrario habría sido superfluo y vano orar por los difuntos. Aún más, creía que los sacrificios de los vivos beneficiarían a los muertos. De este texto emana gran número de verdades sobre los novísimos. No entramos en pormenores acerca del origen de estas creencias que Judas y el autor sagrado manifiestan. La verdad es que tenemos en su testimonio una prueba evidente de la doctrina según la cual las oraciones de los

justos sirven de alivio a los que murieron piadosamente en el Señor, los cuales, por ciertas impurezas, no pueden entrar inmediatamente en posesión «de la magnífica recompensa que les está reservada» (12,45) [13].

Canonicidad

En contra de lo que pretenden ciertos autores modernos, no puede admitirse que la obra de Jasón estuviera inspirada. Lo es, en cambio, el resumen que de la misma hizo un autor anónimo. Quizá hiperbólicamente, asegura el autor que esta labor de resumir le ha costado «mucho trabajo, sudores y desvelos». Señal cierta de que Dios, al inspirarle, no le reveló nada nuevo ni le ahorró el trabajo que hubiera tenido cualquier otro humano al emprender una tarea semejante. Pero por la inspiración, aunque inconsciente de la misma, era el autor inspirado en todo, no existiendo error alguno formal en todo lo que él afirmaba y en el modo y grado que lo hacía. Antes de hablar de errores históricos formales en el libro debe individualizarse por todos los medios la mente del autor sagrado, ver y definir qué es lo que afirma en cada caso. El autor sagrado sale fiador únicamente de aquello que quiere afirmar o negar. De ahí que conviene conocer el género literario del libro. Aparentemente es un libro histórico, y muchos hechos que allí se refieren son históricos según la mente del autor. Pero ya hemos dicho que al autor sagrado no le interesa la historia en sí, sino más bien desde el punto de vista religioso. No falsifica la historia; únicamente la pone al servicio de un ideal superior.

El libro es inspirado, y como a tal lo ha recibido la Iglesia en el canon de libros sagrados. De él tenemos una mención implícita en Heb 11,35-36 y en *Pastor Hermas (Vis.* 1,3.4). Diversas veces aparece citado por los Santos Padres, como Clemente de Alejandría [14], San Hipólito de Roma [15], etc. En el concilio de Florencia (1442) fue incluido en el canon, proceder que confirmó el concilio Tridentino. Los protestantes han combatido su canonicidad, principalmente por contener doctrinas que no son de su agrado: purgatorio e intercesión de los santos.

Compilador y autor

A título de introducción, el compilador ha transcrito en el pórtico de su obra unos documentos, o cartas, que no figuraban en la obra de Jasón, por juzgar que su contenido encajaba perfectamente en el volumen y confirmaba a las mil maravillas la tesis que se proponía probar. Este proceder demuestra que, cabe al papel preponderante de compilador de la voluminosa obra de Jasón, ha aportado algo original, proveniente de otras fuentes de información. Quizá Jasón escribió poco después del año 160 a. C.; el compilador, hacia el año 124 a. C.

[13] Véase O'Brien, *The Scriptural proof for the existence of Purgatory from II Mach.* 12, 43ss: «Sciences Ecclesiastiques», 2 (1949) 80-108; W. Marchell, *De resurrectione et retributione secundum 2 Mach. et 4 Mach.:* B 34 (1956) 327-341.

[14] *Strom.* 5,14,97.

[15] *Comm. in Dan.* 1,2P,2-4.

Número de cartas

No convienen los autores en determinar el número de cartas de la sección (1,1-2,18). Según una hipótesis de Penna, a la cual nos adherimos, dos cartas se distinguen en el texto: 1.ª, 1,1-9.18, escrita el año 188 (124 a. C.); 2.ª, 1,10-17, del año 148 (164 a. C.). Cualquiera que lea las dos cartas en este orden advertirá que se procede con lógica. Solamente en esta hipótesis se logran dos escritos orgánicos y bien definidos en sus fines.

Introducción (1,1-2,19)

Fraternidad judía (1,1-9)

1 «A los hermanos judíos que moran en Egipto, salud. Los
hermanos judíos de Jerusalén y de Judea, paz y felicidad. 2 Que
Dios os bendiga, acordándose de su alianza con Abraham, Isaac
y Jacob, sus fieles siervos. 3 Que a todos os dé corazón dispues-
to para venerarle y cumplir con todo ánimo y buena voluntad
sus preceptos. 4 Que os abra el corazón para entender su Ley
y sus preceptos, os conceda la paz, 5 oiga vuestras súplicas, se
reconcilie con vosotros y no os abandone en el tiempo de la des-
gracia. 6 Esta es nuestra oración por vosotros. 7 Reinando De-
metrio, el año ciento sesenta y nueve, nosotros, los judíos, os
escribimos cuando nos hallábamos en la gran tribulación y an-
gustia que nos sobrevino desde que Jasón y los suyos se mar-
charon de la tierra santa y del reino. 8 Pues incendiaron el pórti-
co del templo y derramaron mucha sangre inocente. Pero su-
plicamos al Señor, y le ofrecimos sacrificios y flor de harina,
y encendimos las lámparas, y presentamos los panes. 9 Ahora
vosotros celebrad la fiesta de los Tabernáculos en el mes de
Casleu. Dada el año ciento ochenta y ocho».

Los judíos de Jerusalén se consideran *hermanos* de los de Egipto, a los que desean la paz *(salom)*, conforme a la costumbre judía. Después de la toma de Jerusalén por Nabucodonosor (587 a. C.), muchos judíos emigraron a Egipto (Jer 44,1), estableciéndose principalmente en Alejandría. Unos papiros aramaicos han puesto al descubierto una colonia militar judía en la isla de Elefantina, a diez kilómetros al norte de la primera catarata del Nilo y a más de mil del Mediterráneo. Estos papiros han revelado que tenían los judíos allí residentes no solamente una sinagoga, sino un templo, en que se ofrecían sacrificios. Destruido el año 411 antes de Cristo, acudieron al sumo pontífice de Jerusalén para restaurarlo, creyendo ellos que era legítima su erección [1].

Hacia el año 170 antes de Cristo, el hijo de Onías III se refugió en Egipto y construyó en Leontópolis, a treinta kilómetros al nordeste

[1] A. H. Sayce-A. E. Cowley, *Aramaic papyri discovered at Assuan* (Londres 1906); A. E. Cowley, *Aramaic Papyri of fifth Century B. C.* (Oxford 1923); E. Meyer, *Der Papyrusfund von Elephantine* (Leipzig 1912); A. Vincent, *La religion des Judéo-Araméens d'Elephantine* (Paris 1937); B. Couroyer, *Le Temple de Yaho et l'orientation dans les papyrus araméens d'Elephantine:* RB 68 (1961) 525-540.

de El Cairo, un templo, tomando por modelo el de Jerusalén. Los círculos sacerdotales de la capital teocrática veían con malos ojos aquel lugar de culto servido por un sacerdote de ascendencia levítica, por oponerse a la ley de la unidad de santuario (Deut 12,5-12). De ahí la correspondencia epistolar de los ambientes sacerdotales de Palestina con los judíos de Egipto a fin de convencerles de la necesidad de cesar con las actividades de culto fuera del templo de Jerusalén.

La expresión *en to nomo* (en la Ley) se emplea, según Ruperto de Deutz [2], para expresar veladamente que los judíos de Egipto, que se jactaban de observar la Ley, no se ajustaban a las prescripciones de la misma tocante a la unidad del santuario. Su culpa es más grave en los momentos actuales, en que el templo de Jerusalén ha sido purificado de toda impureza. La desgracia visitó a los judíos de Egipto en tiempos de Tolomeo Evergetes II Fiscón (145-116); pero es posible que la persecución fuera un castigo de Dios por haber transgredido ellos la ley de la unidad del templo [3]. Los judíos de Palestina han vivido también momentos muy difíciles. Esta situación anormal fue creada, más que por los reyes de Siria, por la conducta de Jasón, hermano de Onías, que se pasó al partido de Antíoco y compró la dignidad de sumo sacerdote (4,7-13).

Como colofón, se invita a los judíos de Egipto a asociarse a sus hermanos de Palestina en la fiesta de acción de gracias para celebrar la terminación de los males que les aquejaban. Llámase esta fiesta de los Tabernáculos o de las Encenias, del mes de Casleu. No habla de esta fiesta nuestro texto, sino de la que instituyó Judas Macabeo (1 Mac 4,59), y que, por celebrarse a la manera de la antigua solemnidad de los Tabernáculos, recibía también el nombre de fiesta de las *Encenias*, del mes de Casleu. La carta lleva la fecha del 188, o sea 124 antes de Cristo. Es muy probable que esta indicación cronológica fue desplazada a este lugar con el fin de poner de relieve la fiesta del mes de Casleu. La carta se interrumpe por la inserción de una segunda que da noticia de la muerte de Antíoco.

Rumores acerca de la muerte de Antíoco (1,10-17)

10 «Los moradores de Jerusalén y de Judea, el senado y Judas, a Aristóbulo, maestro del rey Tolomeo, del linaje de los sacerdotes ungidos, y a los otros judíos de Egipto, salud y prosperidad. 11 Librados por Dios de grandes peligros, le damos muchas gracias, estando prontos a luchar de nuevo contra el rey. 12 Pero Dios mismo ha aniquilado a los que combatían contra la ciudad santa. 13 Pues cuando ese caudillo, con el ejército que le acompañaba, que parecía irresistible, llegó a Persia, fueron heridos en el templo de Nanea, gracias al engaño de los sacerdotes de ésta. 14 Antíoco, acompañado de sus amigos, vino al lugar como para desposarse con ella y tomar en virtud de tal desposorio y a título de dote sus tesoros. 15 Los sacerdotes de Nanea le habían hecho esta propuesta, y él, con escasa gente,

[2] *De victoria Verbi Dei* 2,4,21: PL 169,1425-1438.
[3] LAGRANGE, *Le judaïsme avant Jésus-Christ* 520-552.

entró en el recinto del templo. Cerraron aquéllos las puertas 16 una vez que Antíoco había entrado, y, abriendo luego una abertura disimulada en el techo, a pedradas aplastaron al caudillo, y a los acompañantes los descuartizaron, les cortaron sus cabezas y las tiraron fuera. 17 Por esto bendito sea Dios, que así ha castigado a los impíos.

Envían la carta el pueblo judío, el senado o *gerusía* (4,44; 11,27; 1 Mac 12,6) y Judas Macabeo. Entre los destinatarios se menciona a Aristóbulo, preceptor del rey Tolomeo Filometor (180-145). Era Aristóbulo un filósofo peripatético que escribió y dedicó al rey un comentario alegórico al Pentateuco, en el cual intentó probar que la Ley mosaica, rectamente entendida, encerraba todo cuanto han podido enseñar los filósofos griegos [4]. La noticia que les comunican es la muerte del más acérrimo enemigo del judaísmo.

El relato de su muerte difiere de los otros dos textos en que se relata el mismo hecho (9,1-29; 1 Mac 6,1-14). Los remitentes de la carta se hacen eco de los rumores que les han llegado sobre la muerte de Antíoco, rumores que el autor del libro recoge a su vez sin responder de su objetividad real. La fantasía popular atribuyó a la muerte de Antíoco circunstancias que son propias de la de su padre Antíoco III al intentar el asalto del templo de Bel en Elimaida. Ninguna importancia concedía el autor sagrado a la leyenda contenida en el texto de la carta. Todo su interés estriba en relacionar la muerte de Antíoco con la purificación del templo de Jerusalén. En cuanto a los detalles de la narración, los refiere tal como los encontró en el mencionado documento. Habiendo indicado la fuente de sus informaciones, no era necesario que asumiera la responsabilidad de su contenido.

El santuario estaba dedicado a Nanea, la antigua Nana babilónica, diosa de la naturaleza y de la fecundidad, que los griegos identifican con Artemis de Efeso. Su culto es originario de Uruk (Gén 10,10). Los sacerdotes del templo propusieron a Antíoco su matrimonio con la diosa, con lo que recibiría, a título de dote, los tesoros depositados en el templo. Granio Liciniano cuenta un hecho análogo del mismo Antíoco; Séneca [5] habla de un posible matrimonio entre Antonio y Minerva. El asesinato salvaje de Antíoco era el que mejor convenía a un impío de su talla. Por esto, «bendito sea Dios, que así ha castigado a los impíos».

El fuego sagrado (1,18-36)

18 »Estando, pues, para hacer la purificación del templo en e mes de Casleu, hemos creído deber nuestro manifestároslo para que también vosotros celebréis la fiesta de los Tabernáculos y del fuego que se incendió cuando Nehemías, después de edificar el templo y el altar, ofreció sacrificios. 19 Pues, al ser nuestros padres llevados a Persia, los sacerdotes piadosos que había entonces ocultamente tomaron el fuego del altar y lo escon-

[4] CLEM. DE ALEJANDRIA, *Strom.* 1,22,150; 5,14,17; EUSEBIO, *Praeparatio Evang.* 7,14; 8,10; 13,12. Según Orígenes, Aristóbulo utilizó el método alegórico.
[5] *Oratio suasoria* 1,6.

**dieron en un hueco, a manera de pozo seco, en el cual lo depo-
sitaron, tan en seguro, que el sitio quedó de todos ignorado.
20 Transcurridos muchos años, cuando a Dios plugo, Nehemías,
que había sido enviado por el rey de Persia, mandó a los nietos
de los sacerdotes que lo habían ocultado a buscar el fuego, y,
según ellos contaron, no hallaron fuego, sino un agua espesa,
21 de la cual les mandó que sacasen. Cuando las víctimas estaban
dispuestas en el altar, ordenó Nehemías a los sacerdotes que
con el agua rociasen la leña y lo que encima de ella había.
22 Cumplido esto y pasado un poco de tiempo, salió el sol, que
antes estaba nublado, y se encendió un gran fuego, quedando
todos maravillados. 23 Y mientras oraban los sacerdotes y to-
dos los presentes, empezando Jonatán y respondiendo los res-
tantes, 24 hasta Nehemías, se consumía el sacrificio. La oración
era ésta: Señor, Señor Dios, creador de todas las cosas, temible,
fuerte, justo, misericordioso y rey único bondadoso, 25 único
liberal, único justo, omnipotente y eterno, que libras a Israel
de todo mal, que elegiste a nuestros padres y los santificaste,
26 acepta este sacrificio por todo tu pueblo de Israel, protege
tu heredad y santifícala. 27 Congrega a nuestros dispersos, vuel-
ve la libertad a los que viven en servidumbre entre las naciones,
pon los ojos en estos despreciados y abominados, conozcan las
naciones que tú eres nuestro Dios. 28 Aflige a los que nos opri-
men y con insolencia nos ultrajan. 29 Transplanta tu pueblo a
tu lugar santo, según dijo Moisés. 30 Los sacerdotes, entre tan-
to, cantaban himnos. 31 Cuando el sacrificio se hubo consuma-
do, mandó Nehemías derramar el agua restante sobre grandes
piedras; 32 y en cuanto lo hicieron, de la luz del altar se encen-
dió una llama que la consumió. 33 Cuando esto se hizo notorio
y contaron al rey de Persia que en el lugar donde los sacerdotes
llevados cautivos habían ocultado el fuego apareció agua, con
lo cual los que acompañaban a Nehemías habían encendido
el sacrificio, 34 después de hechas averiguaciones, hizo cercar
el sitio y lo declaró sagrado. 35 Aquel día fue día de felicitacio-
nes, en que el rey repartió y recibió ricos presentes. 36 Los de
Nehemías llamaron a aquel sitio Nafta, que quiere decir puri-
ficación; pero muchos le llaman Neftai.**

De la historia del fuego sagrado no disponemos de otras fuentes de información, por lo que tampoco podemos juzgar de su veracidad. Knabenbauer y Gillet dudan de la historicidad de la fiesta del fuego de Nehemías. Se refiere en la carta una tradición popular que aclara lo del Lev 6,5 (12) acerca del fuego perpetuo en el altar de los holocaustos. Este carácter popular de la narración se confirma por el hecho de que no se habla del fuego en la misma fiesta de la purificación (1 Mac 4,54-59) ni se alude a él en 2,16. Si añadimos que el texto griego es defectuoso, puede inferirse que toda esta historia del fuego es sospechosa; aún más, atendiendo a la misma narración, «non immerito in dubium vocari potest» (KNABENBAUER). Otros consideran el relato como un *midrash*. Sea lo que fuere, no por ello queda menoscabada la inerrancia bíblica. El autor reproduce el texto de una carta de la que no tenemos indicio alguno de que fuera inspirada. Este documento es inspirado por razón *consignationis, non ratione materiae.*

Lo que se dice acerca de la labor de Nehemías corresponde a la exaltación de su personalidad por parte del pueblo, atribuyéndole obras y proyectos que no le pertenecen. Se habla en el v.23 de un hombre llamado Jonatán, que difícilmente puede identificarse con algún determinado homónimo del libro de Nehemías (12,14.18; Esd 8,6; 10,15). La oración de que hablan los v.24-29 es el único ejemplo conocido de una plegaria sacrificial.

Al derramar el agua espesa sobrante sobre grandes piedras se encendió una llama de la luz del altar, que la consumió. El líquido misterioso es llamado *neftar*, que algunos relacionan con el verbo hebraico *kafar*, purificar. Según Abel, el término *neftar* es una contracción de una palabra compuesta de *nephtaatar; nephta*, que significa nafta, y *atar*, fuego. Nehemías encontró en este juego de palabras un vocablo apropiado para designar el líquido espeso, o nafta, del cual salió el fuego. Es evidente que el texto habla de la nafta, de un aceite proveniente de Persia [6].

Este relato, escribe Vigouroux, modelo característico de la *hagada* judía, contiene mucha fantasía y datos peregrinos. Nadie se extrañará de ello si tiene en cuenta que las informaciones proceden de una fuente apócrifa en que el papel de Nehemías es diferente del que le atribuyen los libros canónicos. El autor sagrado copia simplemente documentos; comprueba su existencia, sin garantizar la exactitud de las opiniones que allí se expresan [7].

Jeremías esconde el arca (2,1-8)

**1 »Se halla en antiguos documentos que el profeta Jeremías,
al mandar a los deportados tomar del fuego antes referido, les
entregó un ejemplar de la Ley 2 y les recomendó que no diesen
al olvido los preceptos del Señor ni se pervirtiesen a la vista de
los ídolos de oro y de plata y sus adornos. 3 Muchas cosas como
éstas les dijo, exhortándolos a no apartarse jamás del amor de la
Ley. 4 También en el documento estaba escrito que el profeta,
por revelación divina, mandó que le siguiesen el tabernáculo
y el arca al encaminarse al monte donde había subido Moisés
para ver desde allí la heredad de Dios. 5 Llegado a él, Jeremías
halló una gruta a modo de estancia, en la cual introdujo el ta-
bernáculo, el arca y el altar de los perfumes, tapando en segui-
da la entrada. 6 Algunos de los que le acompañaban vinieron
luego para poner señales por el camino, a fin de poder hallarlo
después. 7 Mas así que Jeremías lo supo, los reprendió, dicién-
doles: «Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva
a congregar a su pueblo y tenga de él misericordia. 8 Entonces**

[6] En Herkenne *(Die Briefe zu Beginn des zweiten Makkabaerbuches:* «Biblische Studien», 8,4, Friburgo i. Br. 1904) se encuentran expuestas las tentativas para resolver una cuestión que hasta el presente yace en el misterio. El santuario de que habla el v.34 se hallaba quizá cerca de Susa, donde invernaba el rey (Neh 1,1), ya que Eratostene habla de la existencia de nafta en Susiana (ESTRABÓN, 16,1,15). Más al norte, cerca de Arbeles, existía, según Estrabón, «el manantial de nafta y los fuegos (sagrados) y el santuario de Anea (Nanea)». Habla Pausanias de que en Lidia los magos en el santuario hacían quemar la leña sobre el altar sin fuego extraño (5,27,5). Análogas noticias cuenta Estrabón (15,3,15) de Capadocia, «donde los magos mantenían el fuego perpetuo», y de los santuarios de Anaitis (Nanea) y de Omán. En la proximidad de uno de estos santuarios crearon los judíos del exilio la leyenda del fuego del altar (ABEL-STARCKY, 227).

[7] *Nephtar:* «Dictionnaire de la Bible», 4,1597-1598.

dará a conocer el paradero de estas cosas, aparecerá su gloria, y asimismo la nube, como se manifestó al tiempo de Moisés y cuando Salomón pidió que el templo fuese gloriosamente santificado».

Los autores de la carta refieren algunas noticias que hallaron en antiguos documentos. Peregrina es la noticia sobre el arca de la alianza, emplazada en la parte más santa del santuario (1 Re 6,19). ¿Qué suerte corrieron estos objetos sagrados en la destrucción del templo por Nabucodonosor? (Jer 3,16). Ninguna noticia se ha conservado sobre ello en los libros canónicos, para los cuales ninguna importancia tendría el arca en los días de la restauración mesiánica. Según el documento apócrifo citado en la carta, Jeremías la escondió en una gruta del monte Nebo *(Djebel Neba*, al nordeste del mar Muerto), borrando cuidadosamente todo indicio que pudiera traicionar el secreto. El autor de esta leyenda pudo ser el historiador judío Eupolemo (1 Mac 8,17), según el cual tomó Nabucodonosor del templo todo el oro, la plata y el bronce, menos el arca y las tablas de la Ley, que se llevó Jeremías (EUSEBIO, *Praep. Evang.* 9,39).

Recuerdos de Salomón (2,9-12)

9 »También allí se cuenta cómo el rey sabio ofreció el sacrificio de la dedicación y terminación del templo; 10 y que así como, cuando Moisés oró al Señor, descendió fuego del cielo, que consumió el sacrificio, así también, orando Salomón, descendió fuego y consumió el holocausto. 11 Y dijo Moisés: «Por no haber sido comido el sacrificio por el pecado, fue consumido por el fuego». 12 También Salomón celebró la fiesta por ocho días.

El prodigio del fuego se realizó también en tiempos de Moisés (Lev 9,22-24) y de Salomón (1 Re 8,62; 2 Crón 7,1). Las palabras que se atribuyen a Moisés no se hallan en ningún texto canónico, pero parece que se refieren al incidente narrado en Lev 10,16-20. Pero no dice el texto mencionado que el fuego comiera al macho cabrío. Siete días duraron las fiestas de la dedicación del templo por Salomón (1 Re 8,65; 2 Crón 7,8-10). El día octavo, también festivo, celebróse la gran asamblea (Lev 23,36-39).

La biblioteca de Nehemías y Judas (2,13-15)

13 »Esto mismo se refiere en los escritos y memorias de Nehemías; y se dice, además, que había reunido una biblioteca y puesto en ella los libros de los reyes, los de los profetas y los de David y las cartas de los reyes sobre las ofrendas. 14 Así también Judas reunió todos los libros dispersos por la guerra que hubimos de sufrir, que ahora se hallan en nuestro poder. 15 Si, pues, tuviereis de ellos necesidad, mandadnos quienes os los lleven.

El libro de las memorias de Nehemías nos es desconocido. Acaso sea el que sirvió de base para la composición del libro canónico que lleva su nombre. Nehemías, en época de restauración nacional completa, se preocupa de recoger los libros sagrados. Es el primer testimonio sobre la formación del canon de libros sagrados del Antiguo Testamento. El verbo griego *episynagein* da a entender que existía una colección anterior autorizadísima, a la cual se añadieron otros. A este supuesto se llega atendiendo al significado del verbo: «reunir añadiendo una cosa a una cantidad determinada». Existía en tiempos de Nehemías la primera colección formada por los cinco libros del Pentateuco. A ésta se añadieron los libros de los Reyes, que para los LXX son los dos de Samuel y los de los Reyes. De la tercera se mencionan «los de David», con los que se alude a los Salmos, que se coleccionaban bajo el nombre de este monarca, por considerarse el salmista por excelencia. Las cartas de los reyes sobre las ofrendas designan la colección de epístolas emanadas de la corte persiana, en las que se autorizaba a los judíos la restauración del templo. Estos libros ocupaban un lugar de honor y eran considerados como sagrados (8,23; 1 Mac 12,9). Contra ellos se ensañó el impío Antíoco Epifanes (1 Mac 1,56). Los judíos de Palestina están dispuestos a enviar a los de Egipto los libros sagrados de que tuvieran ellos necesidad, frase que puede interpretarse en el sentido de que en Palestina se reconocía la canonicidad de algún que otro libro en la tercera colección, de que no tenían todavía conocimiento los de Egipto.

Invitación final (2,16-19)

16 »Estando nosotros para celebrar la fiesta de la purificación, os escribimos estas letras: Haréis muy bien en solemnizar estos días. 17 Dios, que ha librado a su pueblo, nos ha devuelto a todos la heredad, el reino, el sacerdocio y el santuario, 18 como lo prometió en la Ley. Esperamos, pues, de Dios que pronto tendrá misericordia de nosotros y nos congregará en el lugar santo de entre todas las naciones que existen bajo el cielo, 19 pues nos ha librado ya de grandes calamidades y ha purificado el santuario».

Vuelve la carta a recomendar a los judíos de Egipto la celebración de la dedicación del templo. La situación político-religiosa reflejada en la conclusión de esta carta parece bastante optimista. La carta termina de manera abrupta. Es posible que la fecha que aparece en 1,9 se hallara originariamente al fin de la misma.

PREFACIO DEL AUTOR

La obra de Jasón (2,20-26)

20 La historia de Judas el Macabeo y de sus hermanos, la purificación del gran templo y la dedicación del altar, 21 las guerras de Antíoco Epifanes y de su hijo Eupator, 22 las apariciones celestes a los que gloriosamente combatían por el judaísmo, para que, aun siendo pocos, recobrasen toda la tierra

y pusieran en fuga muchedumbres de bárbaros, [23] y recuperasen el templo famoso en toda la tierra, y librasen la ciudad, y restableciesen las leyes que estaban a punto de quedar abolidas, siéndoles el Señor propicio con toda bondad, [24] fue narrada por Jasón de Cirene en cinco libros, que nosotros nos proponemos compendiar en un solo volumen. [25] Porque, considerando el número excesivo de los libros y la dificultad que hallan, por la muchedumbre de las cosas, los que quieren aplicarse a conocer las historias, [26] hemos pensado proporcionar solaz del alma a los aficionados a leer y dar a los estudiosos facilidad para aprender las cosas de memoria; en una palabra, alguna utilidad a todos aquellos que tomen este libro en sus manos.

Escribió Jasón la historia de las luchas de Judas Macabeo contra los reyes Antíoco Epifanes, Antíoco Eupator y Demetrio I Soter. De la personalidad del autor nada se sabe; algunos [1] lo identifican con el legado mandado a Roma por Judas Macabeo (1 Mac 8,17). Lleva el sobrenombre de Cirene (1 Mac 15,23), por ser acaso originario de esta localidad africana. Del anonimato le ha sacado el autor de nuestro libro. El autor sagrado trata de compendiar en un solo volumen lo que Jasón dijo en cinco. Con ello se propone tres fines: 1) proporcionar solaz al alma; 2) ayudar la memoria del lector; 3) ser útil a todos. La historia de Jasón era muy densa, larga y, al parecer, farragosa. A nuestro autor sagrado interesa más la teología de la historia que la historia misma.

La obra del autor sagrado (2,27-30)

[27] Mas para nosotros esta obra que hemos emprendido no ha sido cosa fácil, sino de mucho trabajo, sudores y desvelos. [28] Como el que prepara un festín, buscando complacer a otros, se echa encima una pesada carga, así nosotros, para merecer la gratitud de muchos, hemos tomado con gusto este trabajo. [29] Dejando al historiador el oficio de narrar detalladamente las cosas, nos hemos esforzado por seguir las normas de la condensación. [30] Pues así como el arquitecto que se propone levantar una casa nueva ha de pensar en el conjunto de la construcción, mientras que el decorador y pintor sólo tienen que cuidarse de lo que toca a la ornamentación, así creo yo que nos sucede a nosotros.

Por amor a los lectores se ha impuesto el autor un trabajo de síntesis, que le ha costado sudores y desvelos. El autor y el epitomador tienen cada uno su trabajo peculiar. A Jasón corresponde la tarea de examinar los hechos con *acribía (diakriboun)*; al que compendia toca cumplir también con su cometido. Para ilustrar su pensamiento emplea una comparación sacada del arquitecto y del decorador. La explicación no es inútil, ya que manifiesta claramente que las características de la obra, su estructura, su composición literaria, lo que se juzga que se requiere para que uno pueda llamarse autor de un libro, pertenece a Jasón. Parece que el autor del libro

[1] CORNELY, *Introductio* II-1 1897-456.

deja a Jasón la responsabilidad de los detalles, mientras reclama para sí la gloria de haber interpretado fielmente su pensamiento y de haber condensado su obra voluminosa en un solo tomo. El autor sagrado aprueba las líneas generales de Jasón, pero no puede responder de los detalles. El no es historiador y, por lo mismo, no se arroga «el oficio de narrar detalladamente las cosas».

El autor y el compilador (2,31-33)

[31] Investigar la materia histórica, examinarla en todos sus aspectos y detalles, eso compete al narrador de la historia; [32] pero procurar el compendio de la narración, sin llegar a agotar el asunto, toca al compilador, [33] y con esto comenzamos nuestra narración, después de habernos extendido tanto en el prefacio. Sería una simpleza mostrarse difusos antes de entrar en materia, para luego ser breves en ésta.

En el texto original aparece clara la idea del hombre que entra en una propiedad de otro *(embateuein)*, por la que se pasea a su gusto examinando todo hasta el último detalle, llegando al límite de la indiscreción. Esto es lo que hace el que escribe o narra una historia. Al compilador compete, en cambio, resumir la narración de manera que reproduzca en pocas palabras el pensamiento del autor.

PRIMERA PARTE

DIVERSOS HECHOS HASTA LA PURIFICACION DEL TEMPLO (c.3,1-10,8)

Duelo entre Onías y Simón (3,1-6)

[1] Hallándose la ciudad en completa paz, observándose exactamente las leyes, por la piedad del sumo sacerdote Onías y su odio a toda maldad, [2] sucedía que hasta los mismos reyes honraban el santuario y lo enriquecían con magníficos dones. [3] Y así, Seleuco, rey de Asia, concedió de sus propias rentas todas las expensas necesarias para el servicio de los sacrificios. [4] Pero un cierto Simón, de la tribu de Benjamín, constituido inspector del templo, se enemistó con el sumo sacerdote con motivo de la fiscalización del mercado de la ciudad. [5] No pudiendo vencer la resistencia de Onías, se fue a Apolonio, de Tarso, que por aquel tiempo era general de la Celesiria y la Fenicia, [6] y le hizo saber cómo el tesoro de Jerusalén estaba lleno de riquezas indecibles, y que la cantidad de oro que allí había era incalculable y no se destinaba al sostenimiento de los sacrificios, pudiendo el rey apoderarse de ello.

De Onías III, hijo de Simón II, hace un gran elogio el autor de Eci 50,1-21. Fue sobrino de Onías II, contemporáneo de Tolomeo IV Filopator y Antíoco IV Epifanes. Yahvista hasta los tuétanos (15,12), se opuso a las tentativas de saqueo del templo por parte de Heliodoro

ministro de Hacienda de Seleuco IV. Su piedad y odio al pecado le hicieron acreedor a la veneración de todos. Los mismos reyes, Tolomeo II Filadelfo, Tolomeo III Evergetes y el mismo Antíoco III el Grande, honraban el santuario [1]. Cuando este último anexionó la Judea a su reino, después de la batalla de Panión (199 a. C.), quiso superar la magnificencia de los Tolomeos con el intento velado de ganar para la causa seléucida a los sacerdotes de Jerusalén.

La política de captación había calado hondo en los círculos sacerdotales de Jerusalén. Cierto Simón, de la tribu de Benjamín (*Bilga*, leen De Bruyne y Abel), encargado de la administración (*prostasía*) del templo e inspector del mercado público (*agoranomos*), entró en conflicto con Onías, sin que podamos saber las causas. Despechado al no poder vencer la resistencia de éste, marchó al encuentro de Apolonio (4,4-21), general (*strategós*) de la Celesiria y de Fenicia, denunciando las enormes riquezas guardadas en el templo. Los particulares depositaban en el templo sus ahorros (Neh 13,5). Decisivo era el paso dado por Simón en la historia de las relaciones entre el judaísmo y el helenismo. En momentos en que la economía real vivía momentos cruciales eran sumamente peligrosas semejantes denuncias hechas por un judío con personalidad religiosa relevante. En efecto, al decirnos el texto de 4,24 que Menelao, el hermano de Simón, fue nombrado sumo sacerdote, da a entender que Simón era de ascendencia de Aarón. De ahí que la lección del v.4: «Simón, de la tribu de Benjamín», debe cambiarse por la de: «Simón, de la tribu de Bilga», que pertenecía a una de las 24 clases sacerdotales (1 Crón 24,14; Neh 10.9; 12,5.18).

Diálogo entre Onías y Heliodoro (3,7-14)

7 Apolonio se fue luego a ver al rey y le dio cuenta de los tesoros referidos. Este eligió a Heliodoro, su ministro de Hacienda, a quien envió con órdenes de apoderarse de las riquezas.
8 En seguida se puso en viaje Heliodoro, con el pretexto de visitar las ciudades de Celesiria y Fenicia, pero en realidad para ejecutar el propósito del rey. 9 Llegado a Jerusalén, fue recibido cordialmente por la ciudad y el sumo sacerdote, a quien dio luego cuenta de lo que le había sido comunicado y del motivo de su venida, preguntando si lo que se les había dicho se ajustaba a la realidad. 10 El sumo sacerdote le hizo ver que se trataba de depósitos de viudas y huérfanos 11 y de una cantidad que pertenecía a Hircano, hijo de Tobías, hombre de muy noble condición, contra lo que calumniosamente había denunciado el impío Simón; y que, en fin, la suma de todo el dinero era de cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro, 12 siendo del todo imposible cometer tal injusticia contra los que habían confiado en la santidad del lugar y en la majestad del templo, honrado en toda la tierra. 13 Pero Heliodoro, en virtud de las órdenes del rey, contestó que aquellos tesoros habían de ser

[1] *Ant. Iud.* 12,50,58; *Contra Ap.* 2,48.

necesariamente entregados al tesoro real. 14 Señalado día, se preparó a entrar, dispuesto a apoderarse de tales riquezas, lo que produjo no pequeña conmoción en toda la ciudad.

Nada menos que el primer ministro, Heliodoro, recibió el encargo de ejecutar los propósitos del rey. Había en el templo una respetable suma perteneciente a la noble familia de los Tobiadas. Vivía Hircano (184-175) en la fortaleza de Araq-el-Emir, y era descendiente del famoso Tobías Amonita, contemporáneo de Nehemías (Neh 2,19; 6,6; 13,4). Partidario de los Lagidas, tuvo que abandonar Jerusalén al apoderarse de ella los seléucidas [2]. La declaración de Onías acerca de los tesoros de Hircano depositados en el templo debió de despertar aún más los deseos de Heliodoro de apoderarse de un dinero propiedad de un enemigo de los seléucidas. Según Onías, la cantidad de dinero depositado en el templo subía a la respetable suma equivalente a 2.390.000 dólares.

Un pueblo en oración (3,15-22)

15 Los sacerdotes, vestidos de sus túnicas sagradas, se arrojaron ante el altar; clamaban al cielo, invocando al que había dado ley sobre los depósitos de que les fueran guardados intactos a quienes los depositaron. 16 Nadie podía mirar el rostro del sumo sacerdote sin quedar traspasado, porque su aspecto y su color demudado mostraban la angustia de su alma. 17 El temor que se reflejaba en aquel varón y el temblor de su cuerpo revelaban a quien le miraba la honda pena de su corazón. 18 Los ciudadanos salían en tropel de sus casas para acudir a la pública rogativa en favor del lugar santo, que estaba a punto de ser profanado. 19 Las mujeres, ceñidos los pechos de saco, llenaban las calles; y las doncellas, recogidas, concurrían unas a las puertas del templo, otras sobre los muros, algunas miraban furtivamente por las ventanas, 20 y todos, tendidas las manos al cielo, oraban. 21 Era para mover a compasión ver la confusa muchedumbre postrada en tierra y la ansiedad del sumo sacerdote, lleno de angustia. 22 Todos invocaban al Dios omnipotente, pidiendo que los depósitos fuesen, con plena seguridad, conservados intactos a los depositantes.

Ningún poder humano era capaz de torcer la voluntad de Heliodoro; sólo Dios podía estorbar sus planes. Sacerdotes y pueblo se entregaban a ruidosas y espectaculares manifestaciones de duelo. Invocan al Dios «que había dado la ley sobre los depósitos» (Ex 22,7) para que velara por la incolumidad de los mismos.

Heliodoro, fuera de combate (3,23-30)

23 Heliodoro, por su parte, dispuesto a consumar su propósito, estaba ya acompañado de su escolta junto al gazofilacio, 24 cuando el Señor de los espíritus y Rey de absoluto poder hizo de él gran muestra a cuantos se habían atrevido a entrar

[2] A. Momigliano, *I Tobiadi nella preistoria del moto maccabaico:* «Atti della R. Accademia delle Scienze de Torino», 67 (1932) 165-200.

en el templo. Heridos a la vista del poder de Dios, quedaron impotentes y atemorizados. [25] Se les apareció un jinete terrible. Montaba un caballo adornado de riquísimo caparazón, que, acometiendo impetuosamente a Heliodoro, le acoceó con las patas traseras. El que le montaba iba armado de armadura de oro. [26] Aparecieron también dos jóvenes fuertes, llenos de majestad, magníficamente vestidos, los cuales, colocándose uno a cada lado de Heliodoro, le azotaban sin cesar, descargando sobre él fuertes golpes. [27] Al instante, Heliodoro, caído en el suelo y envuelto en tenebrosa oscuridad, fue recogido y puesto en una litera. [28] Y el que hacía poco, con mucho acompañamiento y con segura escolta, entraba en el gazofilacio, era ahora llevado, incapaz de auxiliarse a sí mismo, habiendo experimentado manifiestamente el poder de Dios; [29] y por la divina virtud yacía mudo, privado de toda esperanza de salud. [30] Los judíos, por su parte, bendecían al Señor, que había defendido el honor de su casa. Y el templo, poco antes lleno de terror y de turbación, ahora rebosaba de alegría y regocijo, gracias a la intervención del Señor omnipotente.

No fue sordo Dios al clamor de su pueblo. Por su parte, Heliodoro pasó a realizar su cometido. Entró en el templo, y, cuando sus manos sacrílegas se disponían a saquearlo, el «Señor de los espíritus»—título que el libro de Henoc (12,9) emplea repetidamente—demostró que era «Rey de absoluto poder» al enviar contra Heliodoro y su séquito un jinete que le derribó al suelo, donde fue acoceado por las patas traseras del caballo. Su salida del templo en parihuelas contrasta con la manera arrogante con que entró en él. La literatura judía y pagana de la época grecorromana recuerda análogas teofanías que demuestran la omnipotencia divina.

Onías le salva la vida (3,31-34)

[31] Pronto acudieron algunos de los de Heliodoro, suplicando a Onías que invocase al Altísimo para que hiciese gracia de la vida al que se hallaba en el último extremo. [32] Y temiendo el sumo sacerdote que el rey llegara a imaginarse que los judíos habían cometido algún crimen contra Heliodoro, ofreció un sacrificio por la salud de éste. [33] Mientras el sumo sacerdote ofrecía el sacrificio de propiciación, los mismos jóvenes se aparecieron de nuevo a Heliodoro, con las mismas vestiduras de antes, y, acercándose a él, le dijeron: «Da muchas gracias a Onías, el sumo sacerdote, pues a él le debes que el Señor te haya dejado la vida. [34] Tú, pues, castigado por Dios, confiesa ante todo su poder». Dicho esto, desaparecieron.

Más que magullamiento general, los jóvenes y las patas traseras del caballo del brioso jinete causaron a Heliodoro heridas precursoras de su muerte. La situación era comprometida en caso de que Heliodoro perdiera allí la vida, porque el rey seléucida culparía a los judíos de asesinato de su ministro (4,1). Todo el libro segundo de los Macabeos está sembrado de hechos milagrosos, provenientes de la obra de Jasón (2,21). Otras de sus peculiaridades es la confesión del poder, magnificencia y dominio supremo de Dios por parte de los gentiles.

Heliodoro regresa a Antioquía (3,35-40)

[35] Heliodoro, después de ofrecer un sacrificio al Señor y de hacer grandes votos a quien le había concedido la vida, se despidió amigablemente de Onías y se volvió con sus tropas al rey, [36] dando público testimonio de las obras del Dios altísimo, que con sus ojos había visto. [37] Interrogado por el rey sobre quién sería más apto para enviarlo a Jerusalén, dijo: [38] «Si tienes a algún enemigo o alguien que conspire contra tu reino, mándalo allá, que bien castigado vendrá, si es que salva la vida, porque sin duda que hay en aquel lugar una fuerza divina. [39] El mismo que en los cielos habita tiene sus ojos puestos sobre aquel lugar para defenderlo y hiere de muerte a los que a él se llegan con malos propósitos». [40] Tal fue el episodio de Heliodoro y de la preservación del gazofilacio.

El que vino a Jerusalén como enemigo de Dios vuelve a sus tierras pregonando sus maravillas y poder. No sorprende el hecho de que Heliodoro ofreciera un sacrificio, lo que, según Flavio Josefo, hicieron Tolomeo III, Antíoco VII, Agripa y Vitelio. Otros soberanos, como Darío (Esd 6,8), Artajerjes (Esd 7,12), sufragaron el culto y pedían oraciones. Esta práctica, apoyada por los rabinos, se basaba en Lev 25,25; 1 Re 8,41; Dan 6,27. No debió el monarca quedar convencido del testimonio de su ministro, al que llamó para que le señalara cuál, a su juicio, sería el más indicado para renovar el intento [3].

Rivalidad entre Onías y Simón (4,1-6)

[1] El ya mencionado Simón, el delator del tesoro y de la patria, hablaba mal de Onías, afirmando ser él quien había maltratado a Heliodoro y el autor de todo el mal. [2] Al bienhechor de la ciudad, al defensor de sus ciudadanos, al celador de la Ley, se atrevía a llamarle traidor al reino. [3] Tan adelante fue esta enemistad, que hasta llegaron a cometerse homicidios por parte de algunos parciales de Simón; [4] tanto, que Onías, considerando lo peligroso de estas rivalidades y que Apolonio, hijo de Menesteo, general de la Celesiria y la Fenicia, favorecía la maldad de Simón, se fue a ver al rey, [5] no como acusador de sus conciudadanos, sino mirando al interés común, y en particular al de toda la nación, [6] pues veía que sin la intervención del rey era imposible lograr la paz en el gobierno y que Simón no cesaría en su locura.

Fundados eran los temores de Onías de que en Antioquía se le acusara de haber intentado asesinar a Heliodoro (3,32). El calumniador no fue el interesado, sino el malvado Simón. Capitaneaba éste el grupo de los helenizantes, haciéndose cada día más tirante

[3] Algunos autores (Moffat) distinguen dos tradiciones en el relato y atribuyen al compendiador la tarea de adornar el texto con noticias sacadas de otras fuentes. Todas estas conjeturas no tienen punto de apoyo, ya que faltan otros testimonios fidedignos. Véanse en Abel las interpretaciones dadas a este episodio por el autor del cuarto libro de los Macabeos, c.1, por Le Syncelle y Ben Gorion. Un estudio más amplio de esta sección en E. J. BICKERMANN, *Héliodore au temple de Jérusalem:* «Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves», 7 (1939-1944) 5-40.

la enemistad entre conservadores e innovadores. Por otra parte, sabía Onías que el general de Celesiria y de Fenicia, Apolonio de Tarso (4,4.23), hijo de Menesteo, apoyaba al partido helenizante. La tensión iba en aumento, sin que en el horizonte se vislumbrara un destello de esperanza para la causa del judaísmo ortodoxo. Una decisión suprema se le ocurrió a Onías: entrevistarse con el rey y exponerle la situación. Se engañaba, porque al monarca interesaban agitadores que conmovieran la roca del judaísmo tradicional, haciéndola más flexible a las ideas helenistas.

Jasón, sumo sacerdote, introduce el helenismo (4,7-17)

**7 Muerto Seleuco y apoderado del reino Antíoco, por sobre-
nombre Epifanes, Jasón, hermano de Onías, comenzó a am-
bicionar el sumo sacerdocio; 8 y en una audiencia prometió al
rey trescientos sesenta talentos de plata, ochenta talentos más
de otras rentas, 9 y sobre éstos, ciento cincuenta más, si se le
autorizaba para instalar un gimnasio y una mancebía y se con-
cedía a los de Jerusalén la ciudadanía antioquena. 10 Accedió
el rey; y Jasón, obtenido el poder, luego se dio a introducir las
costumbres griegas entre sus conciudadanos. 11 Abolió los pri-
vilegios otorgados a los judíos por el favor de los reyes, gracias
a las gestiones de Juan, padre de Eupolemo, el que desempeñó
la embajada para obtener la amistad y alianza de los romanos;
contra los derechos ciudadanos introducía costumbres impías,
12 y hasta bajo la misma acrópolis se atrevió a erigir el gimna-
sio, obligando a educar allí a los jóvenes más nobles y a llevar
el petaso. 13 Así cundió en alto grado el helenismo y progresó
la introducción de costumbres extranjeras por la desalmada
actitud del impío, más que sumo sacerdote, Jasón. 14 Los sacer-
dotes ya no se preocupaban del servicio del altar; antes mos-
trando poca estima del templo y descuidando los sacrificios, se
apresuraban a tomar parte en los prohibidos ejercicios de la
palestra, en cuanto eran invitados a lanzar el disco. 15 Desde-
ñando los honores patrios, estimaban en mucho las distincio-
nes griegas. 16 Por lo cual vino sobre ellos la gran calamidad
de que aquellos mismos a quienes envidiaban y a quienes en
todo querían imitar se volviesen luego contra ellos y fuesen sus
enemigos y opresores. 17 No es cosa de poco ni que se hace
impunemente violar las leyes divinas, como lo mostrará el tiem-
po venidero.**

A Onías ganó la partida su hermano Jasón (forma helenizada de Josúa, Jesús), que litigaba delante del nuevo monarca con argumentos más contundentes y prácticos que los esgrimidos por él. Los reyes seléucidas ambicionaban el dinero y se vendían fácilmente al mejor postor. Pagaba Palestina al monarca sirio trescientos talentos (1 Mac 11,28), cantidad que Jasón prometió elevar a trescientos sesenta. Lo que pedía era muy del agrado del rey: instalar un gimnasio en Jerusalén para el perfeccionamiento de los atletas, una mancebía (1 Mac 1,14) para jóvenes de dieciocho a veinte años y la ciudadanía antioquena para los de Jerusalén. Los ejercicios gimnásticos se realizaban ordinariamente por jóvenes completamente desnudos. La juventud judía helenizante sentía gran complejo ante las señales externas de la circuncisión, que trataron de disimular con una dolorosa operación (1 Mac 1,15). La acrópolis, a que se refiere el texto, designa la fortaleza ya existente en tiempos de Nehemías (Neh 2,8; 7,2) al norte del recinto del templo, que llevaba el nombre de *Baris* o *Birah*. En su lugar se levantó en tiempos de Herodes la fortaleza Antonia. No debe confundirse con el Acra, de que tanto hablan los libros de los Macabeos. Era el *petaso* un sombrero de anchas alas utilizado en los ejercicios atléticos a campo libre para resguardar la cabeza del sol o del agua. Era emblema de Mercurio, «el efebo perfecto, estilizado por los ejercicios del cuerpo, delgado y con musculatura fuerte, el dios *agoniós*, apto para las luchas y concursos» [1]. Los jóvenes atletas podían pavonearse por calles y plazas y alardear de progresistas arropados con clámides de variados colores, el petaso sobre la cabeza, calzado cerrado, a la manera como lucen sus atuendos deportivos los atletas de nuestros días. Esta moda no dejaba de impresionar vivamente a todo joven israelita.

Por su proximidad con el templo, el gimnasio era una tentación continua para los sacerdotes jóvenes y progresistas, quienes podían fácilmente trasladarse de un lugar sagrado a otro profano. De todos estos males tenía la culpa el malvado Jasón. Fue él el capitoste que introdujo el helenismo y su culto en el recinto sagrado del templo; el que exaltó la fantasía de los sacerdotes, que entre sacrificio y sacrificio pasaban al gimnasio y competían con la juventud allí reunida en el lanzamiento del disco. De ahí que la disciplina sacerdotal se relajara y que se diera más importancia a las cosas del gimnasio que a su dignidad sacerdotal, que heredaron de sus antepasados. En el v.17, el autor alude a las muertes de Jasón (5,7-10) y de Menelao (13,4-8).

Los juegos de Tiro (4,18-20)

**18 Al celebrarse en Tiro los juegos quinquenales con asisten-
cia del rey, 19 el malvado Jasón mandó de Jerusalén espectado-
res, ciudadanos de Antioquía, portadores de trescientas drac-
mas para el sacrificio de Hércules. Pero los que las llevaban
pidieron que no se empleasen en los sacrificios, porque no con-
venía sino que se destinasen a otras expensas. 20 Y así aquella
cantidad que iba enviada, según la voluntad del donante, para
el sacrificio de Hércules, por deseo de los portadores fue des-
tinada a la construcción de trirremes.**

En Tiro se celebraban los juegos quinquenales *(penteteris, penteateris)* a imitación de los juegos olímpicos, de las Panatenas de Atenas y de los juegos píticos de Delfos. A ellos envió Jasón delegados judíos, portadores de una pequeña ofrenda para el dios Hércules, o sea el dios fenicio Melqart, el dios de Tiro y de Cartago. Es probable que en esta fiesta se conmemorara el cumplimiento del voto de Alejandro después de la toma de Tiro. Ario (2,24,6)

1 *Dictionnaire des Antiquités*, s.v.

representa al rey ofreciendo un sacrificio solemne a Hércules en presencia de las tropas. Si bien era insignificante la cantidad aportada por Jasón, tenía, no obstante, la significación de una *communicatio in sacris* con los paganos. Así lo entendieron los portadores de las dracmas, que pidieron se invirtieran en mejoras del puerto, o quizá a que con aquel dinero se engalanara una de las naves surtas en el mismo.

Antíoco Epifanes, en Jerusalén (4,21-22)

21 Habiendo sido enviado a Egipto Apolonio, de Menesteo, con motivo de la entronización del rey Tolomeo Filometor, vino a saber Antíoco que aquel soberano era enemigo de su reino, y se propuso prevenirse contra él. Llegado a Jope, subió a Jerusalén, 22 donde Jasón y la ciudad le hicieron un magnífico recibimiento, y entró en medio de antorchas y aclamaciones. Condujo luego de allí sus tropas a Fenicia.

Apolonio fue enviado a Egipto, como legado real, a las fiestas de la entronización de Tolomeo VI Filometor (1 Mac 7,16ss). Cleopatra, hermana de Antíoco Epifanes y viuda de Tolomeo V Epifanes, gobernó en Egipto en nombre de su hijo Tolomeo VI Filometor hasta que le sobrevino la muerte, el año 176, cuando su hijo contaba diez años de edad. Sus tutores, el eunuco Eulaios y el sirio Lenaios, querían reivindicar la Celesiria para Egipto (DIODORO, 30,16). Antíoco Epifanes aprovechó las fiestas de la entronización de Tolomeo VI, en 172, para sondear las intenciones de la corte de Alejandría. Como representante suyo en la fiesta envió al ex gobernador de Celesiria Apolonio (3,5; 4,4), hijo de Menesteo.

Menelao suplanta a Jasón (4,23-29)

23 Pasados tres años, envió Jasón a Menelao, hermano del antes mencionado Simón, para llevar dinero al rey y para gestionar ciertos asuntos importantes; 24 pero, ganada la gracia del rey, Menelao le adulaba, dándose aires de hombre influyente, con lo que obtuvo para sí el sumo sacerdocio, ofreciendo trescientos talentos más que Jasón. 25 Y así, con las credenciales del rey, se vino aquel hombre, que no tenía nada que le hiciera digno del sacerdocio, sino instintos de tirano cruel y sentimientos de fiera salvaje. 26 Jasón, que había suplantado a su hermano, fue a su vez suplantado por otro y forzado a huir a la tierra de Amón. 27 Mas como Menelao, una vez posesionado del poder, no cumpliese las promesas hechas al rey, 28 a pesar de las reclamaciones de Sóstrates, alcaide de la acrópolis, a quien pertenecía la exacción de los tributos, ambos fueron llamados por el rey. 29 A Menelao le reemplazó en el cargo de sumo sacerdote su hermano Lisímaco, en tanto que Sóstrates dejó que le sustituyera Crates, jefe de los chipriotas.

De Menelao sabemos que era hermano de Simón (3,4). Flavio Josefo dice que era hermano de Onías y Jasón, lo que no parece probable. En las entrevistas con los dignatarios de la corte debió de criticar la administración de Jasón y echarle en cara la adopción de métodos demasiado blandos para conseguir la rápida helenización de Palestina. A ello se juntó la sugerencia de que Palestina podía y debía tributar a las arcas reales trescientos talentos más de lo que ofrecía Jasón. Con las credenciales del rey y escoltado por un regimiento de chipriotas, Menelao presentóse a Jasón, exigiendo cuanto antes el cumplimiento de las órdenes reales. Jasón huyó a la región de los amonitas, poniéndose bajo la protección del Tobiada Hircano (3,11), partidario de los Tolomeos. Menelao no quiso o no pudo cumplir los compromisos contraídos con el rey, por lo que fue destituido juntamente con Sóstrates.

Muerte de Onías (4,30-34)

30 Entre tanto, los tarsenses y los malotas se rebelaron por haber sido dados en regalo a Antioquida, concubina del rey. 31 A toda prisa partió éste para aquietarlos, dejando encargado del gobierno a Andrónico, uno de sus dignatarios. 32 Menelao, juzgando la ocasión propicia, arrebató ciertos objetos del templo, que regaló a Andrónico; otros logró venderlos en Tiro y en las ciudades vecinas. 33 Cuando de esto supo con certeza Onías, que se hallaba retirado en un lugar de asilo, junto a Dafne, cerca de Antioquía, le reprendió. 34 Por lo cual, Menelao, llamando aparte a Andrónico, le pidió que matase a Onías; y aquél, yendo a verle, con dolo, dándole la mano y haciendo juramento, persuadió a Onías (aunque a éste no dejaba de serle sospechoso) a que saliese de su asilo, y al instante le mató, sin respeto alguno de la justicia.

Una rebelión de los de Tarso y de los malotas obligó al rey a alejarse de Antioquía en los días en que debían llegar los dos dignatarios depuestos, Menelao y Sóstrates. Providencial fue para Menelao esta coyuntura, que aprovechó para ganar el favor de Andrónico [2]. La voz de Onías debió de calar hondo en la conciencia de Andrónico y Menelao, porque también para ellos la enajenación de objetos sagrados era considerada como un acto idolátrico. Para acallar sus remordimientos determinaron quitarlo de en medio. Onías, que sospechó lo que se estaba tramando en torno suyo, refugióse en Dafne. En un paraje hermosísimo, vecino a Antioquía, con árboles y mucha vegetación, existía un templo al dios Apolo, con privilegio de asilo [3]. Con engaño logró Andrónico alejar al venerable sacerdote de aquel lugar, lo que aprovechó para asesinarle.

Ejecución de Andrónico (4,35-38)

35 Fue esto motivo de que no sólo los judíos, sino también muchos de las otras naciones se indignaran y llevasen muy a mal la inicua muerte de tal varón. 36 Vuelto de Cilicia el rey, se le presentaron los judíos de Antioquía y muchos de los griegos, que asimismo aborrecían la maldad, para hablarle de la

[2] HERÓDOTO, 3,64; DIODORO, 30,7,2.
[3] ESTRABÓN, 15,2,6.

muerte injusta de Onías. 37 Cordialmente se entristeció Antíoco, y, movido de compasión, derramó lágrimas, recordando la discreción y gran modestia de Onías; 38 e indignado, al instante despojó a Andrónico del manto de púrpura e hizo que, desgarrados los vestidos, le pasearan por la ciudad, hasta el sitio mismo en que había impíamente asesinado a Onías. Allí fue ejecutado aquel criminal, dándole el Señor su merecido.

Griegos y judíos lloraron la muerte de un varón que había conquistado su corazón por su religiosidad, discreción y modestia. Los primeros veían en su asesinato la violación del derecho de asilo; los segundos, la muerte ignominiosa de un distinguido personaje de su raza. El se enfureció contra su ministro por haberse arrogado atribuciones que no le pertenecían y porque había quitado de en medio una valiosísima pieza en su juego de ajedrez con relación al cargo de sumo sacerdote. El autor dice que Antíoco derramó lágrimas y lloró la muerte de Onías. Es posible que estas muestras de pesar fueran una ficción y un pretexto para eliminar a un funcionario que le resultaba molesto, en primer lugar por haber violado a su antojo el derecho de asilo y por ser Andrónico un testimonio viviente del asesinato por orden de Antíoco de un hijo de Seleuco[4]. El manto de púrpura (v.38) era reservado al rey y a sus parientes (1 Mac 10,89) y amigos (1 Mac 2,18).

Muerte de Lisímaco (4,39-42)

39 Muchos fueron los robos sacrílegos cometidos en Jerusalén por Lisímaco, aconsejado por Menelao; tantos, que, difundida la fama, se amotinó el pueblo contra Lisímaco, pero ya cuando muchos objetos de oro habían desaparecido. 40 Excitada la muchedumbre e inflamada en cólera, armó Lisímaco unos tres mil hombres y comenzaron a obrar desaforadamente. Era su jefe un cierto Tirano, no menos avanzado en años que en crueldades. 41 Cuando se dieron cuenta de que Lisímaco los atacaba, cogieron unos piedras, otros estacas y algunos hasta la ceniza que tenían a mano, y confusamente las arrojaban contra los que rodeaban a Lisímaco. 42 Fueron heridos muchos de ellos, algunos derribados y todos ahuyentados; el mismo sacrílego quedó muerto junto al gazofilacio.

Menelao, el instigador de la muerte de Onías, en apariencia quedó impune. Sus compromisos con el rey le obligaron a escribir a Lisímaco (4,29), diciéndole que reuniera dinero y objetos preciosos, dondequiera se hallasen, y los enviara a su nombre a Antioquía. Lisímaco fue obediente, pero fue tan despiadada la expoliación y llevada a cabo con tanta desfachatez, que el pueblo se amotinó. Lisímaco encontró la muerte junto al gazofilacio del templo.

[4] DIODORO, 30,7,23; JUAN DE ANTIOQUÍA, *Fragm.* 58. Véase C. MÜLLER, *Fragmenta historicorum graecorum* 4 (París 1861) 558.

Menelao, triunfante (4,43-50)

43 A propósito de estos hechos se entabló un juicio contra Menelao. 44 Habiendo venido el rey a Tiro, tres varones enviados por el senado propusieron ante él la causa. 45 Menelao, viéndose ya perdido, prometió mucho dinero a Tolomeo, hijo de Dorimenes, si le ganaba al rey. 46 Y, en efecto, Tolomeo, llevándolo aparte, hacia un peristilo, como para tomar el fresco, hizo mudar de sentencia al rey, 47 que absolvió de todos sus crímenes a Menelao, autor de toda maldad, y condenó a muerte a aquellos desdichados, que, si ante los escitas hubieran tenido que defender su causa, habrían sido dados por inocentes. 48 Sin tardanza fueron al injusto castigo los que habían tomado la defensa de la ciudad, del templo y de los vasos sagrados. 49 Pero hasta los tirios, horrorizados de la maldad, les hicieron magníficos funerales. 50 Entre tanto, Menelao permanecía en el poder, por la avaricia de los gobernantes, y progresaba en maldad, convertido en feroz perseguidor de sus conciudadanos.

Esta vez es el sanedrín que se reúne y envía a tres varones a Tiro para que planteen al rey el caso de Menelao. No culpa el pueblo a Lisímaco, al cual consideran como simple mandatario, sino a Menelao, el inductor del crimen. Parecía que la causa de éste estaba irremisiblemente perdida, pero le salvó su sagacidad y astucia. Especulando otra vez con el dinero, se lo prometió abundante a Tolomeo (1 Mac 3,38; 2 Mac 8,8) en caso de interceder por él ante el rey. Los escitas tenían la fama de ser el pueblo más bárbaro[5]. Todo corazón, por gentil y pagano que sea, se conmueve ante la opresión de un inocente.

Funestos presagios (5,1-4)

1 Por este tiempo preparó Antíoco su segunda expedición a Egipto, 2 y, por espacio de casi cuarenta días, por toda la ciudad aparecieron en el aire carreras de jinetes vestidos con túnicas doradas, armados de lanzas, a semejanza de cohortes, 3 y escuadrones de caballos en orden de batalla, ataques y cargas de una y otra parte, movimiento de escudos, multitud de lanzas, espadas desenvainadas, lanzamiento de dardos, brillar de armaduras de oro y corazas de todo género. 4 Por lo cual, todos rogaban que tales apariciones fuesen buen presagio.

De una campaña de Antíoco contra Egipto se habla en 1 Mac 1, 16-20. Discuten los autores (ABEL, BÉVENOT, KNABENBAUER, etc.) si en nuestro texto se alude a una segunda o a la fase ulterior de una misma expedición. La segunda campaña tuvo lugar el año 168. ¿Qué pensar de los fenómenos naturales o sobrenaturales visibles sobre el cielo de Palestina por espacio de cuarenta días? ¿Se trata de una ilusión colectiva? ¿Hubo o no milagro? Debemos

[5] CICERÓN, *In Verrem* 2,5,150; *In Pis.* 8,18: «Quis hoc fecit ulla in Scythia tyrannus, ut eos, quos luctu afficeret, lugere non sineret?»

tener en cuenta, antes de juzgar de la naturaleza de estas apariciones, que el número cuarenta es considerado por los semitas como sagrado y simbólico; que en la terminología empleada se vislumbra el vocabulario empleado por Polibio; que la narración presenta claras analogías con relatos similares de historiadores paganos [1]. Knabenbauer enumera una serie de prodigios de esta índole. Se trata, a nuestro parecer, de fenómenos naturales, de disposiciones caprichosas de nubes en el firmamento que toman la forma que más conviene al ánimo del espectador. El autor sagrado cita lo que Jasón de Cirene describe con tanta facundia de estilo.

Jasón, en Jerusalén (5,5-10)

**5 Difundido el rumor de que Antíoco había muerto, tomó
Jasón no menos de mil hombres y atacó de improviso la ciudad.
Aunque los moradores corrieron a los muros, la ciudad fue
tomada, y Menelao se refugió en la acrópolis. 6 Jasón hizo
sin piedad gran matanza entre sus conciudadanos, no teniendo
en cuenta que una feliz jornada contra sus conciudadanos es
el mayor infortunio; pensando, por el contrario, que alcanzaba trofeos de enemigos y no de connacionales. 7 Mas no por
eso logró adueñarse del poder, y al fin recibió el oprobio como
premio de su traición, teniendo que huir de nuevo a la tierra
de Amón. 8 El fin de su perversa vida fue éste: que, acosado
por Aretas, rey de los árabes, huyendo de ciudad en ciudad,
de todos perseguido, detestado como renegado de su Ley,
execrado como verdugo de su patria y de sus conciudadanos,
fue empujado hasta Egipto; 9 y el que a tantos había desterrado de la patria vino a acabar en tierra extraña, huyendo
a Lacedemonia con la esperanza de lograr un refugio en gracia del parentesco; 10 y el que a tantos había dejado sin sepultura, murió sin ser por nadie llorado y privado de sepultura,
no sólo del sepulcro familiar.**

Con un millar de beduinos reclutados en Transjordania subió Jasón contra Jerusalén, que capituló ante él, obligando a Menelao a encerrarse en la fortaleza de *Baris*. Jasón se excedió en su acción, matando a muchos y robando bienes a mansalva, por lo que se atrajo el odio de los judíos ortodoxos. Los helenizantes preferían el caudillaje de Menelao. Desilusionado, y con el temor de encontrarse con la tropa de Antíoco, regresó a su escondrijo de Transjordania.

El fin de Jasón fue desastroso. Morir en tierra extraña, sin que nadie le llore ni quien le depare una sepultura digna, lejos del panteón familiar, era para los antiguos una grave desdicha. Para un sumo sacerdote era el colmo de la degradación e ignominia. Sobre el presunto parentesco (v.9) con Esparta, véase 1 Mac 12,19-23. El v.8 habla de Aretas, rey de los árabes, cuando en realidad lo fue de los

[1] APPIANO, 4,4; PLINIO, *Natur. Hist.* 2,56; TITO LIVIO, *Ep.* 2,42; 3,10; 24,44; 37,3; TÁCITO, *Hist.* 5,13; FLAVIO JOSEFO, *Bell. Iud.* 6,5,3. Véase también SAN GREGORIO MAGNO: PL 76,1078.

nabateos (1 Mac 5,25). De este rey, que tenía su capital en Petra, se ha encontrado una inscripción en Khalasa, junto a la pista Petra-Gaza. Jasón era partidario de los Tolomeos.

Antíoco, en Jerusalén (5,11-16)

**11 Llegados a noticia del rey estos sucesos, sospechó que la
Judea quería rebelarse; y así, al volver de Egipto hecho una furia,
se apoderó de la ciudad por la fuerza de las armas 12 y ordenó a los soldados herir sin piedad a los que les salieran al encuentro y degollar a los que subiesen sobre las casas. 13 Así fueron muertos jóvenes y viejos, fenecieron hombres y mujeres
y niños, y fueron degollados doncellas y niños de pecho. 14 En
tres días enteros que duró, perecieron ochenta mil personas;
cuarenta mil cayeron asesinadas, y otras tantas fueron vendidas por esclavos. 15 No satisfecho con esto, se atrevió a entrar
en el templo, el más santo de toda la tierra, siendo su guía el
traidor a la religión y a la patria, Menelao. 16 Con sus impuras
manos tomó los vasos sagrados, y arrebató los dones que por
otros reyes habían sido ofrecidos para realzar la gloria y la dignidad del lugar, entregándolos a manos impuras.**

No habiendo salido a su gusto las operaciones de Egipto, descargó Antíoco todo su furor contra la indefensa ciudad de Jerusalén. Al asesinato en masa siguió la expoliación del templo (1 Mac 1,21), en donde entró con desfachatez acompañado del sumo sacerdote Menelao. El número de muertos es excesivo, y puede explicarse por el carácter simbólico del número, por una hipérbole o por corrupción del texto.

Castigo de Dios (5,17-20)

**17 Llena el alma de orgullo, Antíoco no veía que, por los pecados de los moradores de la ciudad, el Señor se había por
breve tiempo irritado, y por esto había ocurrido aquel desacato
hacia el lugar. 18 Si no hubiese sido por estar ellos cargados de
tantos pecados, igual que Heliodoro, el enviado del rey Seleuco,
para apoderarse del tesoro, hubiera éste sentido, en cuanto allí
puso el pie, reprimida su audacia por los azotes. 19 Pero no eligió el Señor por el lugar, sino el lugar por la nación; 20 por lo
cual, aquél ha tenido que participar de la desdicha del pueblo,
así como después participó en los beneficios del Señor, y, abandonado a la cólera del Omnipotente, de nuevo ha sido restaurado con gran gloria en la reconciliación del altísimo Señor.**

El autor sagrado sale al paso de una objeción que se le podría hacer: ¿Por qué Dios, que castigó tan severamente a Heliodoro (3,14-4), permanece impasible en el momento presente? Ciertamente, Dios no interviene ahora, porque ha escogido a Antíoco como instrumento para castigar los pecados de su pueblo. También en tiempos de Heliodoro existían pecadores, pero no era tan grande la irreligión como ahora (6,12-17). Entonces un sumo sacerdote legítimo y digno prestaba sus servicios en el templo; ahora es intruso el

que ejerce las sagradas funciones, y gran parte del pueblo le sigue fielmente. El castigo es bien merecido. Falsamente creían los judíos que el templo era inviolable (Jer 7,1-15). El templo no es en sí mismo un fin, sino un medio para conseguir un fin superior. Si por sus pecados el pueblo se hace indigno de él puede Dios privarle del santuario, que sigue los destinos del pueblo judío. Dios se ha apiadado de su pueblo, y el templo ha sido restaurado con gran alegría (7,33; 8,29).

Antíoco regresa a Siria (5,21-23)

**21 En suma, que Antíoco, habiendo arrebatado del templo
mil ochocientos talentos, a toda prisa se retiró a Antioquía, pen-
sando, en su orgullo, que podría navegar por la tierra y andar
por el mar, para vanagloria de su espíritu. 22 Todavía dejó pre-
fectos que afligieron a la nación en Jerusalén, a un tal Filipo,
frigio de nación, más cruel que el mismo que lo había puesto;
y en Garizim, a Andrónico. A los cuales hay que añadir Me-
nelao, que a todos excedió en maldad contra sus conciudada-
nos 23 y era el que peores sentimientos tenía hacia sus compa-
triotas.**

Después de una reflexión teológica, cuenta el autor que Antíoco marchó a Siria con un botín valorado en casi dos millones de pesetas. Para que no se repitiera otro intento de rebelión, dejó en Jerusalén una guarnición mandada por el frigio *epistates*, o gobernador, Filipo (6,11; 8,8). Como tropa de refuerzo estacionó otra guarnición en Garizim, al mando de Andrónico, distinto del que se habló en 4,38. Peor que todos ellos era Menelao.

Acción de Apolonio (5,24-27)

**24 Más tarde envió todavía Antíoco al abominable Apolonio,
con un ejército de veintidós mil hombres, con órdenes de de-
gollar a todos los adultos y vender a las mujeres y a los jóvenes.
25 Llegó éste a Jerusalén simulando paz, y hasta el día santo
del sábado se estuvo quieto. Entonces, mientras los judíos es-
taban en la fiesta, dio órdenes a sus soldados de hacer ejercicios,
26 y mató a todos cuantos salieron a contemplarlos, e invadien-
do luego la ciudad, dio muerte a una gran muchedumbre.
27 Pero Judas Macabeo, con otros nueve, se retiró al desierto,
y con los suyos vivía, a la manera de las fieras, en los montes,
alimentándose de hierbas por no contaminarse.**

Sin enlazar los datos cronológicos acumula el autor hechos sobre las calamidades que sobrevinieron a Jerusalén (1 Mac 1,29-40). La profecía de Daniel 11,30-33 estaba a punto de cumplirse. Pero también dejaba entrever el profeta (11,34) la salvación, que vendría con Judas Macabeo (1 Mac 2,4).

Persecución religiosa y cultos paganos (6,1-11)

**1 No mucho tiempo después mandó el rey a un anciano ate-
niense para que obligara a los judíos a dejar la religión de sus
padres, prohibiéndoles vivir según las leyes de Dios; 2 y con
orden de que profanara el templo de Jerusalén y lo dedicara a
Júpiter Olímpico, y el de Garizim, según la condición de los
moradores del lugar, a Júpiter Hospitalario. 3 Grave e inso-
portable era para la muchedumbre el progreso de la maldad;
4 porque el templo era teatro de libertinajes y orgías de los gen-
tiles, que se solazaban allí con las meretrices y en los atrios sa-
grados tenían comercio con las mujeres, llenándolo todo de
inmundicias. 5 El altar mismo estaba lleno de cosas indecentes,
execradas por la Ley. 6 No se observaban los sábados, ni se
guardaban las fiestas patrias, ni siquiera podía uno declararse
judío. 7 Al contrario, con inexorable violencia eran arrastrados
a celebrar cada mes el natalicio del rey y a participar en los sa-
crificios; y cuando se celebraban las fiestas de Dionisio, eran
forzados los judíos a tomar parte en las procesiones coronados
de hiedra. 8 Por sugestión de los tolemenses, se publicó un edicto
en las ciudades griegas inmediatas, para obrar de igual modo
con los judíos, obligándolos a participar en los sacrificios 9 y
condenando a muerte a los que no consintiesen en acomodarse
a las costumbres gentílicas. Era de ver qué excesos de desola-
ción tuvieron entonces lugar. 10 Dos mujeres fueron delatadas
por haber circuncidado a sus hijos, y, con los niños colgados
de los pechos, las pasearon por la ciudad y luego las precipita-
ron de las murallas. 11 Otros que se habían reunido en próximas
cavernas para celebrar ocultos el día séptimo, denunciados a
Filipo, fueron entregados a las llamas. Ni pensaron en defen-
derse, por el sumo respeto hacia el día santo.**

De Antíoco había emanado un decreto (1 Mac 4,43-64) obligando a todos a regirse por las leyes y cultura griegas. Para que la orden se cumpliera, puso en ciudades estratégicas observadores *(episkopoi)* encargados de denunciar a los recalcitrantes. En nuestro texto se dice que el rey mandó a un *geronta athenaion*. Quiso Antíoco que fuera un ateniense el que infundiera a los jerosolimitanos el helenismo más puro. El Dios de los judíos debía ceder su puesto a Júpiter, bajo el doble título de Olimpo y Hospitalario. En adelante, en Jerusalén, el antiguo nombre de Yahvé será suplantado por el de Zeus Olímpico. Los samaritanos, que habían levantado sobre el Garizim un templo rival al de Jerusalén, solicitaron de Antíoco concediera a su templo el título de Júpiter Hospitalario [1]. En el texto griego se da a Júpiter de Garizim el sobrenombre de *Xenios*, o bien porque su misión consistía en velar por los extranjeros o por aludir al origen extranjero de los samaritanos (2 Re 17,24).

El venerable *ateniense* cumplió su misión a las mil maravillas. En el templo de Jerusalén se repetían escenas que recordaban los cultos sexuales cananeos (2 Re 23,7). Se introducía en el recinto sagrado toda suerte de inmundicias: carnes impuras, bebidas, vestidos sin lavar, vajilla contaminada, etc. Sobre el altar sacrificáronse cer-

[1] Flavio Josefo, *Ant. Iud.* 12,5,5.

dos, según testimonio de Diodoro (39,1,4). Los sábados no se observaban (1 Mac 1,45-51). Cada mes los judíos eran constreñidos a celebrar el natalicio del rey, es decir, el día 25 de cada mes (1 Mac 1,59), participar en los sacrificios que se inmolaban con este motivo y comer sus carnes. De esta conmemoración mensual, que algunos (GRIMM, WILRICH) habían puesto en duda, se han encontrado pruebas fehacientes de su celebración en Egipto, Comagene y Pérgamo desde el siglo III a. C. hasta los tiempos de Adriano [2].

Era Dionisio el más popular de los dioses. En su honor se organizaba una procesión, a la que asistían sacerdotes, magistrados, efebos, etc. Las canéforas, que llevaban en sus cestas toda suerte de primicias y víctimas, figuraban en el cortejo. La efigie del dios iba en sitio de honor rodeada de sátiros y bacantes. En muchos sitios era considerado como delito mantenerse sobrio en estas fiestas [3]. Plutarco [4] relaciona esta fiesta con la de los Tabernáculos. Los judíos helenistas de Palestina introdujeron en ésta costumbres licenciosas importadas del helenismo. Sobre el respeto por el descanso sabático (v.11), véase 1 Mac 2,29-38; Dan 11,33.

Ruego del autor (6,12-17)

**12 Por esto ruego a aquellos a cuyas manos venga a parar
este libro que no se escandalicen de estos desdichados sucesos,
ni piensen que para ruina y no para corrección de nuestro linaje sucedieron tales cosas. 13 Que no dejar mucho tiempo impunes a los pecadores, sino aplicarles luego el castigo, es gran
beneficio. 14 El Señor aguanta con paciencia a las otras naciones, para castigarlas cuando han llenado la medida de sus iniquidades. 15 Mas no obra así con nosotros, que sólo cuando
hayamos llegado al colmo de nuestros pecados ejerce la venganza. 16 Nunca apartará su misericordia de nosotros; y corrigiendo a su pueblo con la adversidad, no le abandona, 17 sólo
para memoria hemos dicho esto. Ahora prosigamos nuestra narración.**

Tantos males abatidos sobre Israel podían despertar la idea de que Dios habíase desentendido de su pueblo, abandonándolo a su propia suerte. Al contrario, dice el autor, Dios, al que ama, castiga (7,33). A los judíos les castiga por sus pecados, con lo cual demuestra interés por ellos y un deseo ardiente de que se conviertan y vivan.

Martirio de Eleazar (6,18-31)

**18 A Eleazar, uno de los primeros doctores, varón de avanzada edad y noble aspecto, abriéndole la boca, querían forzarle
a comer carnes de puerco. 19 Pero él, prefiriendo una muerte
gloriosa a una afrentosa vida, iba de su propia voluntad al suplicio, 20 y la escupía, como han de hacer los que tienen valor
para rechazar de sí cuanto no es lícito comer por amor a la
vida. 21 Los que presidían el inicuo sacrificio, por la amistad
que de antiguo tenían con aquel varón, tomándole aparte, le
exhortaban a traer cosas de las permitidas, preparadas por él,
para simular que había comido las sacrificadas, según mandato
del rey. 22 Haciendo así se libraría de la muerte, y por la antigua
amistad hacían con él este acto de humanidad. 23 Pero él, elevándose a más altas consideraciones, dignas de su edad, de la
nobleza de su vejez, de su bien ganada y respetada canicie y
de la ejemplar vida que desde niño había llevado, digna en
todo de las leyes santas establecidas por Dios, respondió diciendo que cuanto antes le enviasen al Ades; 24 que era indigno de
su ancianidad disimular, no fuera que luego pudiesen decir los
jóvenes que Eleazar, a sus noventa años, se había paganizado
con los extranjeros. 25 Mi simulación—dijo—por amor de esta
corta y perecedera vida, los induciría a error, y echaría sobre
mi vejez una afrenta y un oprobio; 26 pues aunque al presente
lograra librarme de los castigos humanos, de las manos del
Omnipotente no escaparé ni en vida ni en muerte. 27 Por lo
cual animosamente entregaré la vida y me mostraré digno de
mi ancianidad, 28 dejando a los jóvenes un ejemplo noble, para
morir valiente y generosamente por nuestras venerables y santas leyes». Diciendo esto, tomó el camino del suplicio, 29 conducido por aquellos mismos que poco antes se mostraban humanos para con él, pero que ahora, enfurecidos a causa de las
palabras proferidas, le azotaban, teniéndolo por insensato. 30 Estando para morir de los azotes, exhaló un gemido y dijo: «El
Señor santísimo ve bien que, pudiendo librarme de la muerte,
doy mi cuerpo a los crueles azotes; pero mi alma los sufre gozosa por el temor de Dios». 31 Así acabó la vida, dejando con
su muerte, no sólo a los jóvenes, sino a todos los de su nación,
un ejemplo de nobleza y una memoria de virtud.**

[2] E. SCHÜRER, *Zu II Macc.* 6,7, *monatliche Geburtstagsfeier:* «Zeitschrift für neutestamentliche Wissenschaft», 2 (1901) 48-52. Dan testimonio de estas celebraciones mensuales otros monarcas helenísticos, tales como Tolomeo V, cuñado de Antíoco (piedra de Rosetta).
[3] LUCIANO, *Calumniae non temere credendum* 16.
[4] *Quaestionum convivalium* 4,6,1; TÁCITO, *Hist.* 5,5.

Era Eleazar un anciano de noventa años, al que forzaron para que comiese carne de cerdo (Lev 11,7) o simulara comerla. Al negarse a lo uno y a lo otro, lo sometieron al suplicio del *tímpano*, consistente en una rueda o cruz a la que se sujetaba al ajusticiado, quebrándosele los huesos (Heb 11,35). No pudiendo Eleazar acercar sus manos a la boca por tenerlas sujetas con hierros a la cruz, escupía la carne porcina que le introducían en la boca. El autor sagrado no describe su muerte, que Jasón contaba acaso largamente, pero recoge los últimos momentos del mártir, por constituir un testimonio de su fe en Dios y de respeto hacia la ley de sus padres. Judíos y cristianos han admirado y exaltado el valor de Eleazar. El libro IV de los Macabeos, capítulos 5-7, cuenta ampliamente su vida y muerte. San Juan Crisóstomo le llama «protomártir del Antiguo Testamento» *(In sanctos Machabaeos* hom.3: PG 50,627); San Gregorio y San Ambrosio afirman que fue el maestro de los siete hermanos Macabeos.

MARTIRIO DE LOS SIETE HERMANOS CON SU MADRE (c.7)

No solamente los ancianos, sino también los jóvenes supieron morir en defensa de la Ley. Esto es lo que trata de demostrar el hagiógrafo al describir brevemente lo que el autor del IV de los Macabeos ha tratado en dieciséis capítulos. El autor sagrado ha compuesto este capítulo *more rethorum facundo sermone* [1], y no con la finalidad de someter a la criba de la crítica los detalles que en él se mencionan. Difícil es precisar qué partes son propias del que resume y cuáles son las que proceden de Jasón o de otros documentos. El que sean siete los mártires ha contribuido a que los críticos pongan en tela de juicio este detalle numérico. San Cipriano [2] relaciona este número con el de los siete espíritus, siete ángeles que están ante el trono de Dios, siete brazos del candelabro, siete candelabros del Apocalipsis, las siete columnas de Salomón, las siete mujeres en Isaías, las siete iglesias, etc. En 4 Mac 14,7 se dice: «¡Oh santo número de los siete hermanos tan unidos entre sí! Porque de la misma manera que los días de la creación del mundo forman un círculo piadoso, de la misma manera lo hacen en torno al número siete los jóvenes que han vencido el temor a los suplicios». No se sabe cuándo los hermanos Macabeos fueron martirizados; no puede solucionar la cuestión el hecho de que se hable del rey. Todos los autores convienen en considerar el relato como obra maestra. Desde el principio al fin crecen de intensidad los tonos de la conmoción; aumenta la tensión por razón de las circunstancias, de las palabras de los mártires, de las amenazas del tirano. La antigüedad cristiana celebró la fiesta de su martirio, que, según una antigua tradición, tuvo lugar en Antioquía. Llámanse Macabeos por hablar de ellos el libro que lleva este nombre.

Muere el primero de los hermanos (7,1-6)

**1 Es muy digno de memoria lo ocurrido a siete hermanos que
con su madre fueron presos, y a quienes el rey quería forzar a
comer carnes de puerco prohibidas, y por negarse a comerlas
fueron azotados con zurriagos y nervios de toro. 2 Uno de ellos,
tomando la palabra, habló así: «¿A qué preguntas? ¿Qué quie-
res saber de nosotros? Estamos prontos a morir antes que tras-
pasar las patrias leyes». 3 Irritado el rey, ordenó poner al fuego
sartenes y calderos. Cuando comenzaron a hervir, 4 dio orden
de cortar la lengua al que había hablado y de arrancarle el cuero
cabelludo, a modo de los escitas, y cortarle manos y pies a la
vista de los otros hermanos y de su madre. 5 Mutilado de todos
sus miembros, mandó el rey acercarlo al fuego y, vivo aún,
freírle en la sartén. Mientras el vapor de ésta llegaba bastante
a lo lejos, los otros, con la madre, se exhortaban a morir gene-**

[1] RABANO MAURO, *In II Mach.* 7. Para más detalles sobre la naturaleza de este relato, véase ABEL-STARCKY, 30-34.
[2] *Ad Fortunatum* 11.

**rosamente, 6 diciendo: «El Señor Dios nuestro nos mira y ten-
drá compasión de nosotros, como lo dice Moisés en el cántico
de protesta contra Israel: Tendrá piedad de sus siervos».**

No es probable que en su martirio interviniese el rey personalmente; su presencia es más bien moral. Para rebajar la moral del joven y quebrantar su entereza se le azotó con zurriagos y nervios de toro (Act 22,24). Se le somete al tormento utilizado entre los escitas, consistente en arrancar el cuero cabelludo a los condenados a muerte [3]. En boca de los hermanos y de la madre aparecen palabras del Deut 32,36, dándoseles un sentido más profundo del que tienen en el original, en donde se habla de la participación en los sacrificios y en las comidas rituales paganas.

Martirio de otros cinco (7,7-19)

**7 Muerto de esta manera el primero, tomaron al segundo
para atormentarle. Y, arrancando el cuero cabelludo, le pre-
guntaron si estaba dispuesto a comer antes de ser atormentado
en su cuerpo miembro por miembro. 8 El, en su propia lengua,
respondió: «¡No!» Por lo cual en seguida se le dio el mismo
tormento que al primero. 9 Estando para exhalar el postrer alien-
to, dijo: «Tú, criminal, nos privas de la vida presente; pero el
Rey del universo nos resucitará a los que morimos por sus leyes
a una vida eterna». 10 Después el tercero fue expuesto a los
insultos, y mandándole sacar la lengua, luego al punto la sacó,
11 y animosamente extendió las manos, diciendo: «Del cielo
tenemos estos miembros, que por amor de sus leyes yo desde-
ño, esperando recibirlos otra vez de El». 12 Tanto el rey como
los que con él estaban se maravillaron del animoso joven, que
en nada temía los tormentos. 13 Muerto éste, sometieron al
cuarto a las mismas torturas; 14 y estando para morir, dijo así:
«Más vale morir a manos de los hombres, poniendo en Dios
la esperanza de ser de nuevo resucitado por El. Pero tú no re-
sucitarás para la vida». 15 En seguida trajeron al quinto, que
mientras le atormentaban, puestos los ojos en el rey, 16 le dijo:
«Tú, aunque mortal, por tener poder sobre los hombres, ha-
ces lo que quieres; pero no pienses que nuestro linaje haya sido
abandonado de Dios. 17 Aguarda un poco, y experimentarás su
gran poder, y verás cómo te atormentará a ti y a tu descenden-
cia». 18 Después trajeron al sexto, que, estando ya para morir,
dijo: «No te hagas ilusiones; por nuestras culpas padecemos
esto; por haber pecado contra nuestro Dios han sucedido en-
tre nosotros cosas tan tremendas. 19 Pero tú no creas que queda-
rás impune por haber osado luchar contra Dios».**

Al segundo empiezan por arrancarle el cuero cabelludo para obligarle a apostatar. En su lengua materna—que acaso sea el arameo—, dio un *¡No!* rotundo a los que tal infamia le proponían. Como el primero, manifiesta su fe de que Dios resucitará para la vida eterna a los que mueren por El. Este sentimiento de la resurrección, comenta San Agustín, aparece tan diáfano en la respuesta de estos santos mártires, que puede decirse que eran cristianos por su

[3] HERÓDOTO, 4,64.

fe y por su constancia. El tercero maravilló a todos por su intrepidez. El cuarto manifiesta su fe en la resurrección «a una vida eterna», favor que no se concederá al rey. Más explícito se muestra el quinto al preconizar que el Dios de los judíos atormentará a Antíoco y a su descendencia. Parece que alude a una muerte ignominiosa del rey y de sus descendientes, lo que se cumplió con el tiempo. Antíoco murió de muerte miserable; su hijo Eupator fue asesinado (1 Mac 7,4); a Alejandro Bala, presunto hijo del monarca Epifanes, le fue cortada la cabeza por un árabe (1 Mac 11,17). El sexto hermano confiesa que los pecados de los judíos han desencadenado esta persecución, que tiene el carácter de prueba temporal momentánea (6,12-17); pero no escapará por ello Antíoco al castigo que Dios reserva al que escogió como instrumento de su justicia (9,5-29; Dan 11,36).

Una madre intrépida (7,20-23)

**20 Admirable sobre toda ponderación y digna de eterna me-
moria se mostró la madre, que, viendo morir en un solo día
a sus siete hijos, lo soportaba animosa, por la esperanza que
tenía en Dios; 21 y en su patria lengua los exhortaba, llena de
generosos sentimientos, y, dando fuerza varonil a sus palabras
de mujer, 22 les decía: «Yo no sé cómo habéis aparecido en mi
seno, no os he dado yo el aliento de vida ni compuse vuestros
miembros. 23 El creador del universo, autor del nacimiento del
hombre y hacedor de las cosas todas, ése misericordiosamente
os devolverá la vida si ahora por amor de sus santas leyes la
despreciáis».**

Nótese el lenguaje escogido y las profundas ideas que expresa la madre de los Macabeos, impropios de su sexo y de su cultura. La formación del cuerpo en el seno de la madre era un misterio (Sal 139,15; Job 10,8; Ecl 11,5; Sab 7,2).

La madre adoctrina a su pequeño (7,24-29)

**24 Antíoco, a pesar de creer que se burlaba de él y de sospe-
char que con sus palabras le insultaba, todavía al más joven
que quedaba, no sólo de palabra le exhortaba, sino que hasta
con juramento le prometía, si dejaba las leyes patrias, enrique-
cerle y hacerle dichoso, tenerle por amigo y darle un honroso
empleo. 25 Mas, como el joven no le prestase atención alguna,
llamó el rey a la madre y la mandó que diese al niño consejos
saludables. 26 Como insistiese él mucho en ello, prometió ella
persuadirle; 27 e inclinándose hacia el niño, burlándose del cruel
tirano, en lengua patria le dijo así: «Hijo, ten compasión de mí,
que por nueve meses te llevé en mi seno, que por tres años te
amamanté, que te crié, te eduqué, te alimenté hasta ahora.
28 Ruégote, hijo, que mires al cielo y a la tierra, y veas cuanto
hay en ellos, y entiendas que de la nada lo hizo todo Dios, y
todo el humano linaje ha venido de igual modo. 29 No temas a**

**este verdugo, antes muéstrate digno de tus hermanos y recibe
la muerte, para que en el día de la misericordia me seas de-
vuelto con ellos».**

No entendía Antíoco lo que la madre profería en lengua aramea, pero sospechó que se burlaba de él. Sin embargo, no se airó contra ella, por considerar que de todo es capaz una madre a la que de golpe le arrebaten siete hijos. Trató de ganar al pequeño con promesas cuyo alcance no podía comprender el niño. Ni siquiera estaba capacitado para entender la lengua griega. En arameo adoctrinó a la madre su hijo acerca del origen de todo cuanto existe. No quiere decir el texto que amamantara a su hijo durante tres años, sino significar que durante este tiempo es extraordinario el sacrificio de una madre para sus hijos. Habla ella a su pequeño un lenguaje elevado, recordándole que Dios no creó los seres de algo existente, sino *ex ouk onton*, de lo que no existía, concepto que expresamos diciendo que Dios creó todo de la nada, *ex nihilo sui et subiecti*. Acaba su exhortación con el pensamiento de que, si Dios crea todas las cosas de la nada, *ex nihilo*, tiene también poder para crear de nuevo, por así decir, al hombre para una vida eterna.

Mueren madre e hijo (7,30-42)

**30 Estando aún explicándole esto, dijo el joven: «¿Qué espe-
ras? No obedezco el decreto del rey, sino los mandamientos de
la Ley, dada a nuestros padres por Moisés. 31 Tú, inventor de
toda maldad contra los hebreos, no escaparás a las manos de
Dios. 32 Nosotros por nuestros pecados padecemos, 33 y si nues-
tro Señor, que es el Dios vivo, se irrita por un momento para
nuestra corrección, de nuevo se reconciliará con sus siervos;
34 pero tú, impío, el más criminal de los hombres, no te engrías
neciamente y, orgulloso y vanamente confiado, te enciendas
contra sus siervos; 35 no estás aún libre del juicio del Dios omni-
potente, que todo lo ve. 36 Mis hermanos, después de soportado
un breve tormento, beben el agua de la vida eterna en virtud
de la alianza de Dios; pero tú pagarás en el juicio divino las
justas penas de tu soberbia. 37 Yo, como mis hermanos, entrego
mi cuerpo y mi vida por las leyes patrias, pidiendo a Dios que
pronto se muestre propicio a su pueblo, y que tú, a fuerza de
torturas y azotes, confieses que sólo El es Dios. 38 En mí y en
mis hermanos se aplacará la cólera del Omnipotente, que con
encendida justicia vino a caer sobre toda nuestra raza». 39 Fu-
rioso el rey, se ensañó contra éste con más crueldad que contra
los otros, llevando muy a mal la burla que de él hacía. 40 Así
murió limpio de toda contaminación, enteramente confiado en
el Señor. 41 La última en morir fue la madre. 42 Y esto baste a
propósito de los sacrificios y de los martirios extraordinarios.**

El último Macabeo recapitula los conceptos teológicos que sus hermanos manifestaron individualmente al morir, que en este caso es el mismo rey, al cual se le invita a reconocer al Dios de los judíos como el único y universal, sin rival alguno. En el v.36 extiende su pensamiento fuera de la familia y llama *nuestros hermanos* a todos

los judíos que sufren persecución por la justicia. Acaba el muchacho su profunda disertación teológica con una nueva idea relativa al valor expiatorio del sufrimiento en favor del prójimo.

La Iglesia conservó la memoria de los siete mártires Macabeos y de su madre. Sus reliquias se veneraban en tiempos de San Jerónimo en Antioquía [4], en donde contempló su sepulcro Antonino de Placencia [5]. Más tarde, parte de sus reliquias se depositaron en la iglesia de San Pedro *ad Vincula*, en Roma, y otra fue transportada a Colonia, probablemente en tiempos de Barbarroja.

Judas, en acción (8,1-7)

1 Entre tanto, Judas Macabeo y los suyos, entrando secretamente en las aldeas, invitaban a sus parientes y a los que habían permanecido fieles al judaísmo, y se les incorporaban, llegando a juntar hasta seis mil hombres; 2 e invocaban al Señor para que mirase por su pueblo, de todos conculcado; tuviese piedad del templo, profanado por impíos; 3 se compadeciese de la ciudad, devastada y casi enteramente arrasada; escuchase los torrentes de sangre que a él clamaban; 4 se acordase de la inicua muerte de niños inocentes y de las blasfemias proferidas contra su nombre, y mostrase su ira contra los malvados. 5 Puesto el Macabeo al frente de su tropa, se hizo irresistible a los gentiles, volviendo el Señor su cólera en misericordia. 6 Llegando de improviso a las ciudades y aldeas, las incendiaba; y ocupando posiciones convenientes, triunfaba y ponía en huida a no pocos enemigos. 7 Sobre todo aprovechaba la noche, como más acomodada para tales incursiones, y por todas partes se difundía la fama de su valor.

En 5,27 dijo el autor que su héroe, con otros nueve, se retiró al desierto, no para permanecer ocioso, sino para organizar una resistencia capaz de enfrentarse con los enemigos del judaísmo. La aparición de Judas y sus primeros éxitos es una muestra de que Dios ha cambiado su cólera en misericordia, gracias a la vida de perfecto israelita que llevaba Judas en el desierto y por el celo puesto en salvar a Israel del paganismo.

Planes de Nicanor (8,8-11)

8 Viendo Filipo cuánto había progresado aquél en poco tiempo y cómo iban creciendo sus éxitos, escribió a Tolomeo, general de la Celesiria y Fenicia, para que viniese en apoyo de los negocios del rey. 9 Este llamó al instante a Nicanor, hijo de Patroclo, uno de sus más fieles, y le mandó a Judea, poniendo bajo su mando no menos de veinte mil hombres de todas las naciones, con el encargo de destruir todo el linaje de los judíos. También se le agregó Gorgias, general muy experimentado en las cosas de la guerra. 10 Se proponía Nicanor proporcionar al rey, de la venta de los judíos cautivos, dos mil talentos, que debían a los romanos como tributo, 11 y así envió a las ciudades de la

[4] *Onomasticon*, ed. Lagarde, 172.
[5] *Itinerarium;* P. GEYER, *Itinera Hierosolymitana:* CSEL 39,190.

costa invitaciones para que viniesen a comprar esclavos judíos, prometiendo darles noventa esclavos por talento. No presentía la venganza que el Omnipotente iba a descargar sobre él.

En este texto desfilan ante el lector personajes que ya le son familiares: Filipo, frigio de origen (5,22; 6,11), encargado de helenizar a Judea; Tolomeo, hijo de Dorimene (4,45), con el sobrenombre de Macrón (10,12), partidario en un tiempo de Tolomeo VI Filometor, que le nombró gobernador de Chipre, ocupando igual cargo en Celesiria y Fenicia al abrazar la causa de Antíoco Epifanes (10,11-12; 1 Mac 3,38). De Nicanor se habla en 1 Mac 3,38, así como de Gorgias. El papel preponderante que juega Gorgias en la batalla de Emaús, según el texto de 1 Mac, se atribuye en el nuestro al cortesano Nicanor, por razón de que al autor del epítome le interesa poner de relieve la acción de Dios contra este enemigo de Israel y preparar de este modo al lector para que juzgue de la importancia que tiene para Israel el «Día de Nicanor» (15,36). Con el fin de armonizar nuestro texto con 1 Mac 3,38, algunos lo interpretan en el sentido de que Tolomeo comunicó a Lisias, primer ministro, los éxitos de Judas. Lisias puso el asunto en manos de Tolomeo, quien llevó consigo a Nicanor y a Gorgias. Hemos aludido a la inmensa carga económica que pesaba sobre los seléucidas, a partir del tratado de Apamea, el año 188.

Judas arenga a sus tropas (8,12-21)

12 En cuanto llegó a oídos de Judas que Nicanor se había puesto en marcha, informó a los suyos de la vida de aquel ejército. 13 Unos, acobardados y sin fe en la venganza divina, se dieron a la huida, yéndose a otros lugares. 14 Otros vendían cuanto les quedaba, rogando al Señor les librara del impío Nicanor, que los había vendido antes de caer en sus manos, 15 si no por ellos, siquiera por la alianza con sus padres y por su venerando y excelso nombre, que ellos llevaban. 16 Juntando el Macabeo su gente, en número de seis mil, los exhortó a no acobardarse ante el enemigo ni tener miedo de la muchedumbre de los gentiles que injustamente venían contra ellos, sino a combatir valientemente, 17 teniendo ante los ojos el ultraje inferido por aquéllos al lugar santo, la opresión de la ciudad escarnecida y la disolución de las instituciones patrias. 18 Ellos, decía, vienen confiados en sus armas y en su valor; nosotros ponemos la confianza en el Dios omnipotente, que puede con un solo ademán derribar a los que vienen contra nosotros y al mundo entero. 19 Y trajo a la memoria las ayudas prestadas a sus padres, lo de Senaquerib, en que ciento ochenta y cinco mil hombres perecieron, 20 y la batalla dada en Babilonia contra los gálatas, en la que, entrando en lucha ocho mil judíos y cuatro mil macedonios, y hallándose en grave aprieto, los ocho mil derrotaron a un ejército de ciento veinte mil, gracias al auxilio del cielo, logrando de aquella victoria grandes ventajas. 21 Con estos discursos los alentó, y estaban prontos a morir por las leyes y por la patria.

La cobardía de algunos seguidores de Judas pone de relieve el valor y la fe inquebrantable de éste. En confirmación de sus pala-

bras adujo Judas ejemplos de la ayuda dispensada por Dios a sus antepasados. Cita el caso concreto de Senaquerib (2 Re 19,35; 1 Mac 7,41) y el más reciente de la batalla que tuvo lugar en Babilonia contra los gálatas [1]. Se cree que el texto alude a la acción de Antíoco III contra los mercenarios galos al servicio de Malón, sátrapa que se rebeló en la Media el año 221 antes de Cristo, o a la de Antíoco II Soter (281-261), que, según Appiano [2], mereció el título que lleva por haber salvado el Asia Menor de la incursión de los gálatas. Muchos de los soldados del rey seléucida eran de origen judío (1 Mac 10,36). La desproporción entre ambos ejércitos y la victoria de los seis mil soldados de Judas sobre los ciento veinte mil sirios demuestra la intervención decidida de Dios en la lucha.

Victoria sobre Nicanor (8,22-26)

22 Dividiendo su ejército en cuatro cuerpos, puso al frente de cada uno de ellos a sus hermanos Simón, José y Jonatán, asignando a cada uno mil quinientos hombres. 23 A Eleazar le mandó leer el libro sagrado; dioles por santo y seña: «Auxilio de Dios»; y tomando a su mando el primer cuerpo, cargó sobre Nicanor. 24 Gracias a la ayuda del Omnipotente, mataron más de nueve mil hombres, destrozaron la mayor parte del ejército de Nicanor, obligando a los restantes a huir. 25 Se apoderaron, además, de todo el dinero de los que habían venido con el propósito de comprarlos. Después, habiéndolos perseguido largo trecho, 26 se volvieron, obligados por la hora, pues era víspera del sábado, y por eso no continuaron la persecución

El texto cita a José entre los hermanos de Judas, lo que parece contradecir al texto de 1 Mac 2,3-5. El mencionado José puede identificarse con el personaje de que se habla en 1 Mac 5,18.56; o más bien, considerar su presencia en el texto como un error de los copistas, que escribieron José en vez de Juan. Una vez enumerados los hermanos de Judas, independientemente de ellos, se cita a Eleazar. Este nombre aparece en todos los manuscritos griegos, en tanto que los latinos llevan unánimemente el de Esdras. Es muy probable que este Eleazar no sea el hermano de Judas, sino un sacerdote encargado de leer algunos versículos del texto sagrado (12,36). En este libro, abierto al azar, debía encontrarse el santo y seña del ejército de Judas, que por disposición divina fueron las palabras «Auxilio de Dios», de las dos raíces de las cuales se compone el nombre de Eleazar. La costumbre de adoptar el ejército una palabra como *consigna* se conserva todavía hoy. De su uso en la antigüedad dan fe Jenofonte *(Anáb.* 1,8,17: *Zeus soter kai nike)* y Vigecio (3,5: *Nobiscum Deus)*. La operación viose coronada por el éxito; el ejército de Nicanor sufrió cuantiosas pérdidas, mayores de las que señala 1 Mac 4,15. El dinero, pronto para comprar a los judíos como esclavos, cayó en poder de Judas.

[1] J. LEVY, *La victoire d'Antiochus I sur les Galates. Ptolomé fils de Makron:* «Mélanges H. Grégoire» (Bruselas 1950) 681-699.
[2] *Syriaca* 66.

Santificación del sábado (8,27-29)

27 Recogidas las armas de los enemigos y los despojos, celebraron el sábado, bendiciendo de todo corazón al Señor y dándole gracias por haberlos en aquel día librado, haciéndoles experimentar las primicias de su misericordia. 28 Pasado el sábado, repartieron el botín con los que habían sufrido persecución, con las viudas y los huérfanos; el resto se lo distribuyeron entre ellos y sus hijos. 29 Acabado esto, todos a una hicieron oración, pidiendo al Señor misericordioso se reconciliase plenamente con sus siervos.

Al término de la jornada y antes del sábado se recogieron las armas (1 Mac 4,23) y los despojos. En el texto paralelo citado no se habla de la inminencia del día de sábado. Una vez santificado el día sabático, los soldados se repartieron el botín (Núm 31,25-47; 1 Sam 30,24-31). Un glosador de alma delicada y fina pudo introducir en el texto la mención de las viudas y huérfanos.

Derrota de Báquides y de Timoteo (8,30-32)

30 En combates con las tropas de Timoteo y Báquides mataron más de veinte mil de ellos, y valientemente se apoderaron de altas fortalezas y se hicieron dueños de muchos despojos, compartiéndolos con los perseguidos, los huérfanos, las viudas y los ancianos. 31 Las armas, recogidas cuidadosamente, las depositaron en sitios convenientes, y el resto de los despojos los llevaron a Jerusalén. 32 Al filarca de los que venían con Timoteo le quitaron la vida por ser hombre impiísimo, que había afligido mucho a los judíos.

Nos hallamos ante un fragmento desplazado de su contexto histórico. En vez de señalar la primera campaña de Lisias (1 Mac 4, 27-35), de que nuestro autor hablará en el capítulo 11, refiere el fin de las hostilidades entre Judas, Timoteo y Báquides (1 Mac 5,6; 7,8). Ni siquiera se indica el lugar donde se enfrentaron los dos ejércitos, que por 1 Mac 4,1-22 sabemos que fue junto a Emaús. La acción de que se habla aquí tuvo lugar después de la purificación del templo y antes del regreso triunfal de Judas, vencedor en Galaad (1 Mac 5,28-55). Como hemos anotado repetidamente, falta en nuestro libro la ordenación cronológica de los hechos. En el v.32 se lee el término *filarca*, que equivale a jefe de tribu o de clan (12,10). En Atenas se daba este título al comandante de un cuerpo de caballería.

Huida de Nicanor (8,33-36)

33 Mientras celebraban sus victorias en la capital de la patria los que habían incendiado las puertas sagradas, Calístenes y otros más se refugiaron en una casita, a la que aquéllos pusieron fuego, recibiendo así éstos el merecido de su impiedad. 34 Y el muy criminal Nicanor, que había traído a miles de mercaderes para la venta de los judíos, 35 con la ayuda de Dios quedó humi-

llado por los que despreció, y, despojado de sus ricas vestiduras,
a través de los campos, como esclavo fugitivo, llegó solo a An-
tioquía, hondamente acongojado por la pérdida de su ejército.
36 Y el que había tomado a su cargo reunir de la venta de los
judíos en Jerusalén el tributo para los romanos, se hacía prego-
nero de que los judíos tenían un Dios que luchaba por ellos y
los hacía invulnerables, porque seguían las leyes dadas por El.

Difícil es determinar el sentido que el autor sagrado quiso dar al v.33, por existir gran anarquía entre los códices. Tras un paréntesis, el texto se ocupa nuevamente de Nicanor y de sus planes diabólicos. Pero recibió su castigo. Como Heliodoro, tuvo que regresar a su punto de partida, Antioquía, humillado por aquellos a quienes quería vender como esclavos, viéndose también constreñido a convertirse en vocero del Dios de los judíos. Calístenes era un hebreo helenizante. El incendio de las puertas del templo (1 Re 6,33-34) fue provocado por la intervención del misarca (1 Mac 1,31). El autor hace hincapié en que los gentiles pregonaban la gloria del Dios de Israel (3,36; 9,12).

MUERTE DE ANTÍOCO EPIFANES (c.9)

A la serie de muertes violentas y trágicas de los enemigos de Dios no podía faltar la del más impío de los emperadores seléucidas. Al autor sagrado no le impresionan las campañas gloriosas de Antíoco por tierras de Oriente; al contrario, le molestan, y hace lo posible para ocultarlas a los lectores, que deben formarse de él una idea sombría, conforme a la que se granjeó el monarca por la persecución del pueblo judío y de su Dios. A él, como a todo perseguidor del judaísmo, alcanzó de lleno la cólera divina, que dispuso providencialmente que el profanador del templo de Jerusalén encontrara la muerte en un asalto frustrado contra un santuario. En 1 Mac 6,1-16; 2 Mac 1,10-17 se refiere la muerte de Antíoco; a aquellos relatos sigue ahora un tercero. Si otras versiones del hecho hubieran existido, seguramente que nuestro autor las habría recogido en su libro. En todas las versiones de la muerte de Antíoco se hace hincapié en que fue una muerte lenta, dolorosa, misérrima, acaecida en momentos en que estaba empeñado en recaudar fondos para la economía del imperio. En los detalles, la diferencia entre las diversas tradiciones son grandes. La inerrancia del autor sagrado queda a salvo por circunscribirse a transcribir en su libro las distintas versiones que circulaban acerca de la muerte de Antíoco.

Antíoco regresa de Persia (9,1-4)

1 Acaeció por aquel tiempo que Antíoco hubo de retirarse
en desorden de Persia. 2 Había entrado en Persépolis con el
propósito de saquear el templo y apoderarse de la ciudad. Pero,
alborotada la muchedumbre, corrió a las armas, obligándole
a huir, y, puesto en fuga por los naturales, hubo de emprender
una retirada vergonzosa. 3 Hallándose cerca de Ecbatana, re-

cibió noticia de las derrotas sufridas por Nicanor y Timoteo,
4 y, encendido en cólera, meditaba vengar en los judíos la inju-
ria de los que le habían puesto en fuga. Con esto dio orden al
conductor de su coche de avanzar sin interrupción, apresuran-
do la marcha, cuando se cernía ya sobre él el juicio divino. Pues
en su orgullo había dicho: «En cuanto llegue allí, haré de Jeru-
salén un cementerio de judíos».

Hasta el presente, Antíoco había servido de instrumento de que se valió Dios para castigar los pecados de su pueblo, pero ha llegado el momento de someterse al juicio divino. No pudo Antíoco arrebatar los tesoros del templo de Nanea (1,13). De Elimaida (1 Mac 6,1) quiso marchar directamente a Babilonia (1 Mac 6,4), pero la idea de impresionar a los partos con un despliegue de fuerzas le obligó a dirigirse a Ecbatana, capital de la Media. Montó en cólera al recibir noticias de las derrotas de Nicanor y Timoteo, jurando vengarse de los judíos (1 Mac 6,5-6; 3,35-36).

Antíoco, herido de muerte (9,5-10)

5 Pero el Señor, Dios de Israel, que todo lo ve, le hirió con
una llaga incurable e invisible. Apenas había terminado de ha-
blar, se apoderó de él intolerable dolor de entrañas y agudos
tormentos interiores, 6 y muy justamente, puesto que había
atormentado con muchas y extrañas torturas las entrañas de
otros. 7 Mas no por esto desistió de su fiereza; lleno de orgullo
y respirando fuego contra los judíos, dio orden de acelerar la
marcha. Mas sucedió que, en medio del ímpetu con que el
coche se movía, cayó de él Antíoco, y con tan desgraciada caída,
que todos los miembros de su cuerpo quedaron magullados.
8 El que con sobrehumana arrogancia se imaginaba dominar
sobre las olas del mar y pensaba poner en balanza la altura de
los montes, ahora, caído en tierra, era llevado en una litera, po-
niendo de manifiesto ante todos el poder de Dios, 9 hasta el
punto de manar gusanos el cuerpo del impío, y, vivo aún, entre
atroces dolores, caérsele las carnes a pedazos, apestando con su
hedor al ejército. 10 Y al que poco antes parecía coger el cielo
con sus manos, nadie ahora le quería llevar, por la intolerable
fetidez.

Avanzaba Antíoco en su carroza real profiriendo amenazas y blasfemias contra los judíos. Dios no dejó impune semejante altanería y le hirió con una llaga incurable e invisible, que es la enfermedad propia del orgulloso, según Jeremías (15,18; 30,12-15). Al mal incurable se añadió una caída, con el consiguiente magullamiento. El que se arrogaba honores divinos y pretendía igualar el poder de Dios dominando las olas del mar (Is 51,15; Job 38,11) y poner en balanza las alturas de los montes (Is 40,12), se ve humillado y tendido, impotente, sobre una litera, manando gusanos de su cuerpo. No se excede Dios en el castigo contra Antíoco; su inmensa soberbia exigía un castigo ejemplar y humillante. Se ha querido investigar la naturaleza de esta enfermedad (9,21; 1 Mac 6,9), diciendo unos que fue la *helmenthiasis;* pero las tentativas fracasan ante el estilo retórico del autor, que se esfuerza por encontrar en la

enfermedad de Antíoco aquellos síntomas externos que en la apreciación de los hombres son más nauseabundos y repelentes. La putrefacción de las carnes es un anticipo del *sheol* (Is 14,11; 66,24; Ecli 7,17; 19,3). Así murieron Herodes el Grande y su hijo Agripa.

Palabras de dolor y arrepentimiento (9,11-17)

11 Herido así, comenzó a deponer su excesivo orgullo y a entrar dentro de sí mismo, azotado por Dios con punzantes dolores. 12 No pudiendo él mismo soportar su hedor, dijo: «Justo es someterse a Dios y que el mortal no pretenda en su orgullo igualarse a El». 13 Y oraba el malvado al Señor, de quien no había de alcanzar misericordia, y decía 14 que la ciudad santa, a la que antes a toda prisa quería llegar para arrasarla y convertirla en un cementerio, la reedificaría y la declararía libre; 15 que a los judíos, a quienes antes no tenía por dignos de sepultura y cuyos hijos había de arrojar en pasto a las fieras, los igualaría en todo con los atenienses; 16 que el templo santo, por él saqueado, lo enriquecería de los más preciosos dones y devolvería multiplicados todos los vasos sagrados; que los gastos tocantes a los sacrificios, de sus propias rentas los suministraría; 17 finalmente, que él mismo se haría judío y recorrería toda la tierra habitada para pregonar el poder de Dios.

Reflexiona Antíoco, reconoce su culpa, alaba al Dios de Israel, que no le escucha por haber llenado la copa de sus infidelidades. Vemos en las páginas viejotestamentarias que nunca Dios vuelve su espalda al pecador que, arrepentido, se reconcilia con El; pero aquí el Dios de Israel se muestra inflexible para con el enemigo número uno de su heredad. En su lecho de muerte le asalta el recuerdo de todos los males que ha perpetrado contra Jerusalén y su templo y promete repararlos con ventajas; pero es tarde; la hora de la justicia divina, del juicio divino, ha sonado ya. Llega Antíoco al extremo de prometer que, si sana, se hará judío, con todas las consecuencias que esta decisión traía consigo, obligándose a la observancia de la Torah y a circuncidar la carne de su prepucio. Las buenas disposiciones que le animan superan a las que le atribuye Daniel (4,31-34).

Carta a los judíos (9,18-25)

18 Mas como de ningún modo cesaban sus tormentos, porque el justo juicio de Dios había descargado sobre él, desesperanzado de su salud, escribió a los judíos una carta en forma de súplica, al tenor siguiente: 19 «A los honrados ciudadanos judíos, mucha salud, dicha y bienestar, el rey y general Antíoco. 20 Puesta en el cielo mi esperanza, me alegraría mucho de que gocéis de mucha salud, vosotros y vuestros hijos, y de que todos vuestros negocios os salgan a deseo. 21 En cuanto a mí, postrado sin fuerzas en el lecho, recuerdo las pruebas de honor y benevolencia que con amor me habéis dado. Volviendo de Persia, he caído en una enfermedad muy molesta, y he creído conveniente pensar en la seguridad común, 22 no desesperando de mi estado, antes confiando mucho que saldré de mi enfermedad, 23 y teniendo en cuenta que también mi padre, al partir en campaña para las altas provincias, designó sucesor, 24 a fin de que, si algo inesperado le ocurría o les llegaban noticias desagradables, no se inquietasen sus súbditos, sabiendo a quién pertenecía el gobierno. 25 Pensando, además, que los príncipes limítrofes y vecinos del reino acechan la ocasión en espera de sucesos, he designado por rey a mi hijo Antíoco, a quien muchas veces ya, recorriendo las satrapías superiores, recomendé a muchos de vosotros, y a él mismo le he escrito la carta que va a continuación.

Comprendió el rey que sus días estaban contados y que urgía asegurar el trono a su hijo Antíoco Eupator contra las pretensiones de Demetrio. A este fin escribe una carta circular en forma de súplica dirigida a los judíos en general. Se duda de la autenticidad de la carta por creerse que no encaja con el texto anterior; por la afirmativa se pronuncian historiadores de la talla de Meyer y Moffat. Está redactada en estilo griego, con fraseología abundante. Junto al título de rey, Antíoco se llama también *strategós*, cargo equivalente al de *pretor* en Roma. De documentos antiguos se desprende que Antíoco Eupator fue asociado al reino a partir del año 173 antes de Cristo hasta el 178. El autor no reproduce la carta que Antíoco mandó a su hijo, acaso por no tenerla a mano. En ella debió el monarca señalar los regentes del nuevo monarca, menor de edad, que fueron Lisias y Filipo (1 Mac 6,14-17).

Muere Antíoco (9,26-29)

26 »Así, pues, os pido y ruego que, teniendo en cuenta el bien común y el privado, conservéis vuestra lealtad hacia mí y hacia mi hijo, 27 persuadido de que, siguiendo con blandura y humanidad mis intenciones, se entenderá con vosotros». 28 Así, aquel homicida y blasfemo, presa de horribles sufrimientos, acabó su vida en tierra extranjera, sobre los montes, con una muerte miserable, como la que él a tantos había dado. 29 Transportó su cuerpo Filipo, su hermano, que, temiendo a Antíoco, el hijo, huyó a Egipto, a Tolomeo Filometor.

El tono digno y moderado de las palabras que cierran la carta de Antíoco contrastan con los duros epítetos de «homicida y blasfemo» con que el texto acompaña a Antíoco hasta el sepulcro. A pesar de dar prisa al conductor de la carroza real, no llegó vivo a Antioquía, muriendo en Tabe [1], en los alrededores de Ispahán, en los confines de Persia. Murió Antíoco dentro de los límites de su imperio, pero fuera de su palacio. El lugar del deceso, según Estrabón, es un terreno montañoso y a propósito para guarida de ladrones. Filipo se encargó de transportar su cadáver a Antioquía (1 Mac 6,13) por haber sido nombrado tutor de su hijo y honrado con el título de «amigo» del rey. Al llegar a la capital tuvo noticia de que Lisias defendía sus derechos de tutor y regente que le había con-

[1] Polibio, 26,10.

fiado Antíoco (1 Mac 3,32). Quiso Filipo que prevaleciera la última voluntad del rey; pero, derrotado por Lisias (1 Mac 6,55-63), huyó a Egipto, refugio de todos los enemigos de los seléucidas [2], donde residió desde 164 a 163 (13,23).

Purificación del templo (10,1-8)

[1] El Macabeo y los suyos, con la ayuda del Señor, lograron ocupar el templo y la ciudad. [2] Destruyeron las aras alzadas por los extranjeros en las plazas y los bosques sagrados. [3] Después de dos años de interrupción, purificado el templo, erigieron otro altar, y con fuego sacado de pedernales ofrecieron sacrificios; encendieron de nuevo las luces, quemaron el incienso y presentaron los panes de la proposición. [4] Hecho esto, rogaban al Señor, postrados en tierra, que no volvieran a caer en semejantes males, sino que, si volvían a pecar alguna vez, El mismo los corrigiese con blandura y no los entregase a los blasfemos y bárbaros gentiles. [5] El mismo día en que el templo había sido por los extranjeros profanado, ese mismo fue purificado, el día veinticinco del mes de Casleu. [6] Con gran regocijo celebraron por ocho días la fiesta, al modo de la fiesta de los Tabernáculos, recordando cómo poco tiempo hacía hubieron de pasar la fiesta de los Tabernáculos en los montes y en las cavernas, a modo de fieras. [7] Por lo cual, llevando tirsos, ramos verdes y palmas, cantaban himnos al que los había favorecido hasta purificar su templo. [8] Y de común acuerdo dieron decreto a toda la nación judía de celebrar cada año las mismas fiestas.

El autor vuelve a enhebrar el hilo de la historia (8,33-36), que interrumpió con el relato de la muerte de Antíoco. Lo que aquí se dice corresponde a la narración de 1 Mac 4,36-59, con la diferencia de que, mientras en este último lugar se dice que el culto fue interrumpido por espacio de tres años, en nuestro texto se habla de dos. Pero no cabe buscar en el libro II de los Macabeos una cronología con exactitud matemática. El autor de nuestro texto conocía el relato existente sobre este argumento (1 Mac 4,36-59; 2 Mac 1,8.19), por lo que pasa por alto muchos detalles y menciona otros. Así, por ejemplo, da mucha importancia al fuego (1,18; 2,1) sagrado que sacaron de pedernales (Lev. 10,1; Núm 3,4). Para solemnizar la fiesta se adoptó el ceremonial vigente en la fiesta de los Tabernáculos, con ocho días de duración. Con satisfacción comprueba el autor sagrado que el templo, que Heliodoro intentó profanar (3,7-10), que Antíoco Epifanes saqueó (5,15-21) y dedicó a Júpiter Olímpico (6,2), adquiere su carácter primitivo. La fiesta de la purificación y dedicación del templo representa para el autor el triunfo del judaísmo sobre el paganismo [1].

[2] Sobre la muerte de Antíoco: M. HALLEUX, *La mort d'Antioche IV Epiphanes:* «Revue des Etudes Anciennes», 18 (1916) 77-102; M. ZERWICK, *Respondetur interroganti: Quomodo in concordiam redigantur quae de morte Antiochi IV Epiphanis in libros Mac. triplici modo narrantur:* VD 19 (1939) 308-314; M. DAGUT, *II Mac. and the Death of Antiochus IV Epiphanes:* JBL 72 (1953) 149-157.

[1] Una más amplia información sobre la fiesta de la *Hanuca:* F. M. ABEL, *La fête de la Hanouca:* RB 53 (1946) 538-545; H. HÖPFL, *Das Chanukafest:* B 3 (1922) 165-179; E. SOLIS-COHEN, *Hanukkah: The Feast of Lights* (Philadelphia 1937); S. ZEITLIN, *Hanukka, its*

SEGUNDA PARTE

COMBATES DE JUDAS MACABEO HASTA EL «DIA DE NICANOR» (10,9-15,40)

Intrigas en Antioquía (10,9-13)

[9] Tal fue el fin de Antíoco, apellidado Epifanes. [10] Ahora contaremos los sucesos de Antíoco Eupator, hijo del impío, compendiando las calamitosas guerras. [11] Así que se hizo cargo del reino, puso al frente del gobierno a un cierto Lisias, general en jefe de la Celesiria y la Fenicia. [12] Tolomeo, llamado Macrón, que se había distinguido por su amor a la justicia en el trato con los judíos, reparando las iniquidades que con ellos se había cometido, procuraba tratarlos amigablemente. [13] Mas por esto fue denunciado por los cortesanos ante Eupator, y a cada instante tenía que oír que le tachaban de traidor; pues habiendo dejado Chipre, que Filometor le había confiado, se había pasado al bando de Antíoco Epifanes. Desesperado, viendo que no podía desempeñar honrosamente su cargo, se envenenó.

Con satisfacción recuerda todavía el autor la muerte del impío. Su intención es narrar a continuación algunos hechos sucedidos durante el reinado de Antíoco Eupator, «compendiando las calamitosas guerras». Filipo debió ceder a Lisias el puesto de preceptor del rey (1 Mac 6,55; 2 Mac 9,29). Tolomeo Macrón buscaba en los judíos un punto de apoyo y de comprensión que no hallaba entre sus rivales de Antioquía, que no veían con buenos ojos que un obrero de la hora de nona ocupara el importante cargo de gobernador de Celesiria y de Fenicia. Macrón sirvió antes a Tolomeo VI Filometor, a quien traicionó entregando a Epifanes la isla de Chipre, de la que era gobernador. Muerto su nuevo amo, quedó su conducta al descubierto, teniendo que soportar el calificativo de traidor con que le motejaban sus correligionarios de la corte.

Judas, contra los idumeos (10,14-17)

[14] Por entonces Gorgias, nombrado general de aquellas provincias, mantenía tropas mercenarias y con frecuencia hostigaba a los judíos. [15] Al mismo tiempo que él, los idumeos, dueños de fortalezas bien situadas, molestaban a los judíos, y, acogiendo a los huidos de Jerusalén, procuraban fomentar la guerra. [16] Las tropas del Macabeo después de hacer oración y pedir a Dios que viniese en su ayuda, acometieron las fortalezas de los idumeos; [17] y atacándolas con vigor, se hicieron dueños

origin and its significance: «Jewis Quarterly Review», 29 (1938) 1-36; J. MORGENSTERN, *The Chanukkahfestival and the Calendar of ancient Israel:* «Huca», 20 (1947) 1-136; 21 (1948) 365-490. Según este autor, es la Hanuca una fiesta anterior al exilio. O. S. RAUKIN, *The Origins if the Festival of Hanukkah* (Edimburgo 1930); ID., *The Festival of Hanukkah:* «The Labyrinth» (Londres 1935) 159-209.

de las plazas, rechazaron a cuantos sobre los muros combatían, degollaron a cuantos cayeron en sus manos y dieron muerte a no menos de veinte mil hombres.

En Palestina se encontraba el general Gorgias (1 Mac 3,38; 2 Mac 8,9) al frente de tropas mercenarias encargadas de hostigar a los judíos. Por el sur presionaban los idumeos, aliados de los seléucidas, que acogían a los tránsfugas judíos, disponían de fortalezas en la Idumea del Norte o Acrabatana y en la Idumea del Sur (12,32). Con evidente exageración, señala el autor que el número de idumeos caídos fue de unos veinte mil.

Venalidad de unos judíos (10,18-23)

[18] Habiéndose refugiado unos nueve mil en dos torres muy fuertes y bien abastecidas para resistir un largo asedio, [19] el Macabeo dejó, para mantener el cerco, a Simón, a José y a Zaqueo, con bastante gente, y él se dedicó a luchar donde más urgencia había. [20] Los de Simón, llevados de la avaricia, se dejaron comprar por dinero por algunos de los que en las torres estaban, recibiendo setenta mil dracmas por dejarlos escapar. [21] Sabido esto por el Macabeo, reunió a los jefes del pueblo y los acusó de haber vendido a sus hermanos, dejando huir a sus enemigos, [22] y como a traidores los hizo matar, apoderándose luego de las dos torres. [23] Dio feliz término a esta empresa, matando a más de veinte mil en las dos fortalezas.

Mientras la Vulgata dice que algunos *(quidam)* se atrincheraron en dos fortalezas, el texto griego señala el número de nueve mil, cifra hiperbólica. Simón es hermano de Judas (1 Mac 2,3); de José se habla en 1 Mac 5,18.56; Zaqueo puede identificarse con Zacarías, padre de José (1 Mac 5,18). El gran número de muertos indica una vez más la concepción que el autor tiene de la historia. En efecto, ¿cómo pudieron caer veinte mil hombres entre ambas torres, cuando en ellas habíanse refugiado solamente nueve mil?

Derrota y muerte de Timoteo (10,24-38)

[24] Timoteo, el que antes había sido vencido por los judíos, juntó numerosa fuerza mercenaria, y, reunida la caballería de Asia en buen número, vino con el propósito de hacer la Judea presa de guerra. [25] Al acercarse, las tropas del Macabeo se volvieron a Dios en oración, y, cubierta de polvo la cabeza y ceñidos de saco los lomos, [26] se postraron al pie del altar, rogando a Dios que se les mostrase propicio a ellos y hostil a sus enemigos, oponiéndose a los adversarios según las promesas de la Ley. [27] Terminada la oración, empuñaron las armas, salieron de la ciudad e hicieron alto cuando estuvieron cerca del enemigo. [28] Antes que del todo amaneciera vinieron a las manos; los unos tenían como prenda de feliz éxito y de victoria, a más de su valor, el recurso a su Dios; los otros iban al combate llevados de su pasión. [29] En lo más duro de la pelea se les aparecieron en el cielo a los adversarios cinco varones resplandecientes, montados en caballos con frenos de oro, que, poniéndose a la cabeza de los judíos [30] y tomando en medio de ellos al Macabeo, le protegían con sus armas, le guardaban incólume y lanzaban flechas y rayos contra el enemigo, que, herido de ceguera y espanto, caía. [31] Mataron veinte mil quinientos, y de los jinetes, seiscientos. [32] El mismo Timoteo huyó a la fortaleza llamada Gazer, plaza muy guarnecida, donde mandaba Quereas. [33] Las fuerzas del Macabeo, llenas de ardor, atacaron durante cuatro días la fortaleza. [34] Los de dentro, confiados en la fuerza del lugar, los ultrajaban sin cesar y proferían palabras impías y jactanciosas contra los asediantes. [35] Pero, al amanecer el quinto día, veinte jóvenes de los que seguían al Macabeo, encendidos sus ánimos por las blasfemias, se lanzaron valerosamente a la muralla y la escalaron con ánimo viril, matando a cuantos se oponían. [36] Y otros tras ellos la escalaron igualmente en medio del desorden de los asediados, y, poniendo fuego a las torres y a las puertas, encendieron hogueras, en que quemaron vivos a los blasfemos. [37] Francas las puertas, penetró el resto del ejército, se apoderó de la ciudad, dando muerte a Timoteo, que se había escondido en una cisterna; a su hermano Quereas y Apolofanes. [38] Realizada esta hazaña, con himnos y alabanzas bendecían al Señor, que tan grandes cosas hacía por Israel, dándoles tan gran victoria.

En todo este relato debe distinguirse entre las circunstancias históricas y la libertad que admite la historia patética, con finalidades didáctico-religiosas. De Timoteo se habla en 8,30-32. Algunos lo identifican con el personaje homónimo de 1 Mac 5,6ss, a lo que se opone la situación geográfica de ambos relatos. En esta perícopa, Jasón de Cirene y su compilador demuestran que la ayuda divina no faltó, manifestándose de manera visible y aparatosa (3,25; 5,3). Cinco ángeles, visibles al enemigo e invisibles a los judíos, aparecieron en el aire protegiendo a Judas y disparando flechas contra los enemigos. ¿Qué valor objetivo concede el autor sagrado a esta aparición? Encontró él el relato en la obra de Jasón y la transcribió; ye hemos dicho en la introducción que estas apariciones maravillosas formaban parte de la historia patética aun entre los historiadores griegos y latinos. Es posible que fueran los enemigos los inventores de esta visión con el fin de justificar su derrota. De su presencia no se enteraron los judíos. Timoteo huyó a Gazer, donde mandaba su hermano Quereas.

Derrota de Lisias (11,1-12)

[1] Muy poco tiempo después, Lisias, tutor del rey, pariente suyo y regente del reino, muy apesadumbrado por lo sucedido, [2] juntó alrededor de ochenta mil hombres y toda la caballería, y vino contra los judíos, pensando hacer de la ciudad una población griega, [3] someter el templo a tributo, como los santuarios gentiles, y hacer el sumo sacerdocio vendible y anual, [4] sin tener para nada en cuenta el poder de Dios, y muy pagado de los millares de sus infantes y caballos y de sus ochenta elefantes. [5] Entrando en Judea, se acercó a Betsur, plaza fuerte situada en un desfiladero y distante de Jerusalén unos cinco estadios, y la atacó. [6] Así que los del Macabeo supieron que

Lisias estaba atacando la fortaleza, a una con la muchedumbre rogaban al Señor, entre llantos y gemidos, que enviase un buen ángel para salvar a Israel. 7 El mismo Macabeo, tomando sus armas, se adelantaba a los demás para ir en socorro de sus hermanos; 8 y mientras con igual valor todos marchaban llenos de ardimiento, cerca todavía de Jerusalén, se les apareció en cabeza un jinete vestido de blanco, armado de armadura de oro y vibrando la lanza. 9 Todos a una bendijeron a Dios misericordioso y se enardecieron, sintiéndose prontos no sólo a atacar a los hombres y a los elefantes, sino a penetrar por muros de hierro. 10 Marchaban en orden de batalla, fiados en aquel auxiliar celestial, señal de la misericordia del Señor hacia ellos, 11 y como leones se lanzaron sobre los enemigos, dejando fuera de combate once mil infantes y mil seiscientos jinetes. 12 Y haciendo huir a los demás. La mayor parte de los que se salvaron quedaron desnudos y heridos, y el mismo Lisias se puso en salvo huyendo vergonzosamente.

El episodio es paralelo al que se narra en 1 Mac 4,26-35. Lógicamente, la perícopa debía seguir a 8,29 u 8,35, pero Jasón tuvo sus razones al colocarla en este contexto. Lisias era tutor *(epítropos)* del rey, amigo suyo (10,11; 11,22) y regente del reino (1 Mac 3,32). Con un ejército imponente—veinte mil soldados más de los que se mencionan en 1 Mac 4,28—Lisias se dirige a Betsur. En el texto se fija la distancia en 925 metros, o sea, cinco estadios. El texto se encuentra en mal estado, siendo muy difícil determinar cuál es la lección primitiva. El códice A lleva la palabra *schoinós*, medida de longitud. Según Plinio, un *schoinós* correspondía a treinta estadios [1], con lo que se obtiene la distancia aproximada entre Jerusalén y Betsur. Otros códices hablan de cinco estadios, quinientos y diez mil. Para resolver la dificultad ha propuesto Grimm identificar Betsur con Beit-Sahur, en el Cedrón, o con la aldea de *et-Tur*, en el monte de los Olivos.

Tuvo noticias Judas del ataque de Lisias contra Betsur y recurrió súbitamente a la oración, con palabras que recuerdan Ex 23,30. Escuchó Dios su voz, y he aquí que se presentó a su vista un jinete vestido de blanco, armado de armadura de oro y vibrando la lanza. Este ángel bueno (15,23; Tob 5,22) era enviado por Dios para proteger a su pueblo. Presentóse vestido de blanco (Mt 28,3; Mc 16,5; Jn 20,12; Act 1,10, etc.), estando todavía Judas en Jerusalén, circunstancia que parece contradecir a 1 Mac l.c., en que se dice que Judas acampaba junto a Betsur. Según nuestro texto, el ángel acompañó a Judas desde Jerusalén a Betsur. En las excavaciones de Betsur, en 1931, se encontró la ciudadela helenística, con varias monedas de Epifanes.

[1] *Nat. Hist.* 5,10.

Negociaciones de paz (11,13-38)

13 Como no carecía de discreción, echando sobre sí mismo la culpa de la sufrida derrota, y entendiendo que los hebreos eran invencibles, por tener de su parte al Dios todopoderoso, les envió un mensajero, 14 proponiéndoles la reconciliación en condiciones justas y prometiendo persuadir al rey de la necesidad de hacérselos amigos. 15 Aceptó el Macabeo las proposiciones de Lisias, mirando el interés público; y, en efecto, todo cuanto el Macabeo propuso por escrito a Lisias acerca de las peticiones de los judíos, fue otorgado por el rey. 16 La carta de Lisias a los judíos era del tenor siguiente: «Lisias, al pueblo judío, salud. 17 Juan y Abesalón, vuestros mensajeros, me han entregado una comunicación suplicando respuesta a los puntos en ella contenidos. 18 Cuanto era preciso proponer al rey se lo hice saber, y él ha otorgado cuanto le pareció aceptable. 19 Por tanto, si tenéis vosotros la misma buena voluntad hacia el reino, yo en adelante procuraré favorecer vuestra causa. 20 En cuanto a los detalles, he dado encargo a vuestros mensajeros y a los míos de que os los comuniquen de palabra. 21 Pasadlo bien. Año ciento cuarenta y ocho, a veinticuatro del mes de Dioscorintio». 22 La carta del rey decía así: «El rey Antíoco, a su hermano Lisias, salud. 23 Trasladado a los dioses nuestro padre y queriendo que los súbditos de nuestro reino vivan sin perturbaciones, atentos a sus propios intereses, 24 hemos sabido que los judíos se niegan a adoptar las costumbres helénicas, como quería nuestro padre, y prefieren conservar sus propias instituciones, y por esto piden les sea otorgado vivir según sus leyes. 25 Queriendo, pues, que esta nación viva tranquila, hemos resuelto que su templo les sea restituido y vivan según las costumbres de sus mayores. 26 Harás, pues, bien en comunicarles esto y concertar con ellos la paz, para que, sabiendo nuestra voluntad, vivan contentos y alegremente atiendan a sus propios negocios». 27 La carta del rey a los judíos es como sigue: «El rey Antíoco, al senado de los judíos y a los demás judíos, salud. 28 Si gozáis de salud, me alegraré de ello; nosotros estamos bien. 29 Menelao nos comunica que deseáis volver a juntaros con los vuestros, 30 y a los que lo hagan hasta el treinta del mes de Xántico les concedemos la paz y seguridad; 31 y concedemos que los judíos puedan usar de sus comidas y de sus leyes como antes, y nadie sea en modo alguno molestado por los errores anteriores. 32 He mandado a Manelao que os confirme en estas seguridades. 33 Pasadlo bien. El año ciento cuarenta y ocho, el día quince del mes de Xántico». 34 También los romanos le enviaron una carta, que decía así: «Quinto Memmio y Tito Manlio, legados de los romanos, al pueblo de los judíos, salud. 35 Lo que Lisias, pariente del rey, os ha otorgado, nosotros lo aprobamos. 36 Cuanto a lo que él ha creído deber someter al rey, enviad luego alguno con instrucciones precisas, a fin de que nosotros le apoyemos según vuestra conveniencia. Nosotros nos dirigimos a Antioquía. 37 Por tanto, daos prisa y enviad algunos que nos informen de vuestros deseos. 38 Pasadlo bien. El quince del mes de Xántico del año ciento cuarenta y ocho».

Según 1 Mac 4,35, Lisias regresó a Antioquía avergonzado, reclutando mercenarios para acrecentar su ejército y volver contra

Judas Macabeo. Esto no impide que, viendo las cosas con más claridad o por haber variado las circunstancias políticas, cambiara de opinión y tratara de negociar con el enemigo. Hace notar el autor que Lisias «no carecía de discreción» (v.13). Diose cuenta de que nadie podía enfrentarse con el Dios todopoderoso de los judíos. Las propuestas hechas por Lisias fueron aceptadas por Judas, por considerarlas de interés público. Cuatro cartas contienen negociaciones de paz. El orden que ocupan en el texto no es el que exigen la lógica y la cronología.

Lisias escribe al pueblo judío anunciando que Juan y Abesalón (1 Mac 2,2; 11,70; 13,11) le entregaron una comunicación en la que pedían una respuesta sobre puntos concretos. La carta lleva la fecha del año 148 de la era seléucida (164 a. C.). El nombre del mes *Jupitercorintio* es desconocido en la literatura griega. La Vulgata lee Dióscoros, sexto mes del calendario cretense (febrero-marzo). Las leyes de la crítica textual no autorizan tal cambio, pero parece exigirlo la correspondencia cronológica.

Antíoco escribe a Lisias diciéndole que está dispuesto a entrar en tratos de paz con los judíos (13,23; 1 Mac 6,59). En el v.23 supone el rey que su padre, Epifanes, fue trasladado de este mundo al Olimpo, para regocijarse en la compañía de los otros dioses. Los autores (Abel, Bévenot, Bickermann, Grandclaudon) juzgan que a esta carta le corresponde ocupar el último lugar.

A los judíos dirige Antíoco una carta en respuesta a una petición de Menelao. Por la misma concede un salvoconducto a los judíos que, en el intervalo de quince días, a contar del 15 del mes Xántico hasta el 30 del mismo, deseen marchar a Palestina. Menelao es el sumo sacerdote, varias veces nombrado con anterioridad (4,27.34.50). Los destinatarios de la carta son las autoridades de los judíos *(gerousía)*. La carta está fechada el 15 de abril del año 164 antes de Cristo, 148 de los seléucidas, y sigue en orden a las de Lisias y de los romanos. Firma la misma Antíoco Epifanes, o es expedida en su nombre.

También escriben los romanos «al pueblo de los judíos». A esta carta corresponde ocupar el segundo lugar en la serie de las cuatro, por confirmar concesiones que Lisias había hecho a los judíos. Firman la carta Quinto Memmio, la única vez que asoma al escenario de la historia, y Tito Manlio (o *Manilio, Manio)*, que Niese identifica con Manio Sergio, enviado a Oriente por el Senado en 165-164. Los romanos no pueden decidir en las cuestiones que se han sometido al examen del rey antes que no dé éste su parecer. Dicen que van a Antioquía, pero no especifican si proceden de Egipto o iban a Roma, vía Antioquía, Grecia, o inversamente. La carta está fechada el 15 del mes Xántico del año 148. La dificultad proveniente de adoptar los romanos el calendario seléucida queda resuelta al suponer que Jasón unificó la cronología de los documentos.

Acción contra Jope y Jamnia (12,1-9)

1 Concluido este tratado, partió Lisias al rey, y los judíos
se entregaron a las labores del campo. 2 Pero de los jefes que
quedaron en la región, Timoteo y Apolonio el de Genneo, y
Jerónimo y Demofón, y a más de éstos Nicanor, gobernador
de Chipre, no les permitían gozar de sosiego y de paz. 3 Por
otra parte, los de Jope cometieron un enorme crimen. Invita-
ron a los judíos que entre ellos moraban, con sus mujeres e
hijos, a subir en barcas dispuestas por ellos, como si no hubiera
enemistad alguna 4 y obrasen conforme al común acuerdo de
la ciudad. Aceptaron aquéllos, como deseosos de la paz y no
sospechando nada malo; pero, llegados a alta mar, fueron echa-
das al fondo no menos de doscientas personas. 5 Cuando Judas
llegó a saber la crueldad cometida contra los de su nación, dio
orden a su gente; e invocando a Dios, justo juez, 6 vino contra
los asesinos de sus hermanos, y de noche puso fuego al puerto,
quemó las naves y mató a cuantos allí se habían refugiado.
7 Habiéndole cerrado la plaza, se retiró, pero con el propósito
de volver de nuevo a exterminar de raíz a toda la población
de Jope. 8 Informado de que los de Jamnia se proponían hacer
otro tanto con los judíos allí domiciliados, 9 cayó de noche sobre
ellos e incendió el puerto y quemó las naves, de modo que la
claridad del fuego se veía desde Jerusalén, a distancia de dos-
cientos cuarenta estadios.

No tardan en reanudarse las luchas de Judas contra Siria. En 1 Mac 5,1-2 se achaca el comienzo de las mismas a la envidia de las naciones por la prosperidad de Judas. En nuestro texto se hace responsable de ello a los gobernadores de las aparquías de Celesiria, que azuzan a la población. El de mayor graduación era Timoteo, que, si no es idéntico al homónimo de 10,37, cabe al menos identificarlo con el Timoteo de 1 Mac 5,6.11. De Apolonio Genneo no se tienen otras noticias, como tampoco de Jerónimo y Demofón.

Nicanor hallábase al frente de un destacamento de mercenarios chipriotas y es distinto del Nicanor protagonista de luchas contra Judea (1 Mac 3,38), hijo de Patroclo (8,9). La aversión de los helenistas hacia los judíos se manifestó en un episodio lamentable que costó la vida a doscientas personas en el puerto de Jafa (2 Crón 2,15; Neh 3,7), al sur de Tolemaida. Este crimen es una *impiedad*. ¿Por qué este paseo en barca? ¿Montaron en ella por puro placer o para asistir a algún espectáculo náutico? En el programa de los festejos, uno de los números aprobados por las autoridades incluía un paseo por mar (10,8). El naufragio se achacó a la mala voluntad de los helenistas. Siendo judíos la mayoría de los náufragos, corrió la voz de que se trataba de un plan previamente calculado. A los judíos se les invitó a montar en navíos preparados para ellos. Al llegar mar adentro, la barca zozobró, hundiéndose con la tripulación. Judas vengó rápidamente la afrenta. La ciudad fue tomada definitivamente por Simón (1 Mac 13,11; 14,5). También Jamnia (1 Mac 5,58) fue devastada. Con la hipérbole utilizada quiere decir el autor que las llamaradas eran visibles desde muy lejos, no pu-

diendo, sin embargo, divisarse desde Jerusalén, distante del lugar unos cincuenta kilómetros, lo que corresponde a 270 estadios, no 240, como dice el texto.

Judas en Galaad (12-10,31)

[10] A nueve estadios de allí, cuando se dirigía contra Timoteo, le salieron al encuentro no menos de cinco mil árabes y quinientos jinetes. [11] Empeñada la lucha, con la ayuda de Dios los de Judas *salieron vencedores; y los árabes nómadas, vencidos,* pidieron la paz a Judas, comprometiéndose a darles ganado y ayudarles en todo. [12] Judas, convencido de que en mucho le podían ser útiles, hizo paces con ellos; concluidas éstas, se retiraron los árabes a sus tiendas. [13] Atacó también una ciudad fuerte, rodeada de foso y murallas altas, poblada por gentes de todas las naciones, que se llamaba Caspín. [14] Los de dentro, confiados en la fortaleza de los muros y en el abastecimiento de víveres, insultaban groseramente a los de Judas y les lanzaban afrentas y dicterios. [15] Los de Judas, invocando al gran Señor del universo, que en tiempos de Josué, sin arietes ni máquinas de guerra, había derribado los muros de Jericó, atacaron con fiereza las murallas. [16] Tomada por la voluntad de Dios la ciudad, hicieron en ella atroz carnicería, hasta parecer como lleno de la sangre que a él había afluido un vecino estanque de dos estadios de ancho. [17] Después de una marcha de setecientos cincuenta estadios llegaron a Jaraca, a los judíos llamados tubienses. [18] No pudieron entonces apoderarse de Timoteo, porque, sin emprender nada, se había ido de aquella región, dejando en cierto lugar una muy fuerte guarnición. [19] Pero Dositeo y Sosípatro, generales del Macabeo, marcharon contra ella, y mataron a más de diez mil de los que Timoteo había dejado en guarnición. [20] El Macabeo organizó su ejército por cohortes, puso a aquellos dos al frente de ellas y partió en busca de Timoteo, que tenía a sus órdenes ciento veinte mil infantes y mil quinientos jinetes. [21] Así que supo éste la llegada de Judas, envió las mujeres y los niños y toda la impedimenta a un lugar llamado Carnión, que era muy fuerte y de difícil acceso a causa de lo montuoso y quebrado del terreno. [22] Al aparecer la primera cohorte de Judas, se apoderó de los enemigos el pánico. Una aparición del que todo lo ve les infundió tal miedo, que se dieron todos a la fuga, cada uno por su lado, de suerte que unos a otros se molestaban y con las puntas de las espadas se *herían.* [23] *Judas persiguió con encarnizamiento a aquellos* criminales, matando hasta treinta mil hombres. [24] El mismo Timoteo, caído en manos de Dositeo y Sosípatro, instaba mucho que le dejasen libre, pues que tenía en su poder a muchos padres y hermanos de judíos, que no lo pasarían bien si él moría. [25] Dada su palabra con muchas seguridades de que los restituiría incólumes, le dieron libertad por amor de los hermanos. [26] Partió Judas contra Carnión y contra el santuario de Atargates, donde dio muerte a veinticinco mil hombres. [27] Después de esta derrota y matanza, emprendió Judas la marcha hacia Efrón, ciudad fuerte, donde moraba una muchedumbre de diversas naciones. Jóvenes robustos, ordenados ante los muros, luchaban animosamente, y dentro había mucha provisión

de máquinas y de proyectiles. [28] Pero los judíos, invocando al Omnipotente, que con su poder aplasta las fuerzas enemigas, se apoderaron de la ciudad y mataron a veinticinco mil de los que estaban dentro. [29] Partieron de allí, atacaron a Escitópolis, que dista de Jerusalén seiscientos estadios. [30] Pero ante el testimonio de los judíos que allí moraban, de que los escitopolitanos habían sido benévolos con ellos y en los días de su infortunio les habían guardado muchas deferencias, [31] les dieron las gracias, exhortándolos a continuar siendo benévolos con los de su linaje; y se vinieron a Jerusalén, próxima ya la fiesta de las Semanas, llamada de Pentecostés.

La narración, salvo algunas particularidades, es paralela a 1 Mac 5,24-53. El texto puede inducir a error cuando dice que «a nueve estadios de allí» se enfrentó con un grupo de árabes, ya que fácilmente podría tomarse la ciudad de Jamnia como punto de referencia. El contexto siguiente induce a creer que el autor ha juntado bruscamente dos episodios, con lo que se desfiguran las perspectivas geográficas e históricas. Judas había pasado el Jordán y, al frente de su ejército, marchaba por la alta planicie de Transjordania. Caspín, que Abel identifica con la actual Kisfín, al norte de Transjordania, pagó cara su resistencia a Judas. De la horrible carnicería da idea la imagen utilizada por Jasón de que apareció lleno de sangre un estanque que medía doscientos setenta metros de largo [1]. Se discute sobre el significado de Jaraca. Unos la consideran como nombre propio de lugar, y la identifican con la actual Kerak, a veinte kilómetros al noroeste de Bosra, en la Batanea. Otros ven en ella un nombre común griego con el significado de trinchera, campo atrincherado, identificándolo con Diatema (1 Mac 5,8-9). Los judíos de allí llamábanse tubienses por residir en el país de Tubi (1 Mac 5,13).

Al tener noticia de que Judas llegaba al frente de sus soldados, mandó Timoteo encerrar en Carnión o Carnáim (1 Mac 5,43) a las mujeres y niños, creyendo que por encontrarse allí el santuario de Astarté, lugar sagrado para los gentiles, respetaría Judas el lugar. Pero nada significaba la estatua de Astarté para los judíos, acérrimos monoteístas. Dice el texto que Judas marchó contra el Atargateo, o sea, contra el templo dedicado a la diosa *syria,* llamada Atargates o Deketo. Pero en nuestro texto se alude más bien al templo de la diosa Astarté, lugar de asilo, que dio su nombre a la población conocida por Astarot Carnáim (Gén 14,5), o Astarot (Deut 1,4; Jos 8,10) [2]. Rebasado el Yarmuc, Judas se dirigió al Jordán. En su camino se encontró con la resistencia de Efrón (la actual *et-Taiyibeh),* al que derrotó. Habiendo vadeado el Jordán, llegó a Betsán (1 Mac 5,29), ciudad importante en la historia del pueblo hebreo (1 Sam 31,10). En el siglo III fue llamada Nysa, y más tarde «ciudad de los Escitas» (Jue 1,27; Jdt 3,10), por haber enterrado allí Dionisio a su nodriza Nysa y a los escitas de su escolta.

[1] G. SCHUMACHER, *Across the Jordan* (Londres 1886) 157-166.
[2] Véase F. CUMONT, *Dea Syria:* «Pauly-Wissowa», t.4 c.2236-2243.

La fiesta de las Semanas (v.31) se celebraba cincuenta días después del sábado que coincidía con la Pascua o la seguía. Luego, entre el 14 y 20 de junio del año 163 (Abel-Starcky).

Derrota de Gorgias (12,32-37)

32 Después de la fiesta marcharon contra Gorgias, general de los idumeos. 33 Salió con tres mil hombres de a pie y trescientos de a caballo; 34 y, trabada la batalla, fueron pocos los judíos que cayeron. 35 Un cierto Dositeo bacenorense, bravo jinete, agarró a Gorgias por la clámide, y tiraba de él vigorosamente, queriendo cogerlo vivo; pero vino sobre él un jinete tracio que le derribó el hombro, y así pudo Gorgias huir a Maresa. 36 Los soldados de Esdras hallábanse fatigados de la larga lucha; pero Judas invocó al Señor para que se mostrase su auxiliar y caudillo en la batalla. 37 Entonó en lengua patria un canto de guerra, y, cayendo de improviso sobre los de Gorgias, los puso en derrota.

Gorgias mandaba el ejército del sur de Palestina, en tierra de Idumea, tomando esta palabra en sentido amplio (1 Mac 4,15; 5,55-68), aliada de los seléucidas. Dositeo no es el mismo personaje de que se habló en el v.19. El jinete tracio salvó la vida a Gorgias. Los tracios tenían fama de ser buenos jinetes [3]. Maresa o Marisa se encuentra en las inmediaciones de Bet Gibrin (Jos 15,44). Es la primera vez y la última que se menciona el nombre de Esdras, Esdrín o Esdrías (8,23; 1 Mac 5,18-56), comandante del ejército de Judas. La intervención oportuna de Judas atenuó las consecuencias de la derrota, que nuestro autor deja entrever oscuramente para que el lector no forme un juicio desfavorable de los soldados campeones del yahvismo.

Sufragios por los muertos (12,38-46)

38 Retrajo Judas su ejército y lo condujo a Odulam. Llegado el día séptimo, purificados según la costumbre, celebraron allí el sábado. 39 Al día siguiente, como era necesario, vinieron los de Judas para recoger los cadáveres de los caídos y con sus parientes depositarlos en los sepulcros de familia. 40 Entonces, bajo las túnicas de los caídos, encontraron objetos consagrados a los ídolos de Jamnia, de los prohibidos por la Ley a los judíos; siendo a todos manifiesto que por aquello habían caído. 41 Todos bendijeron al Señor, justo juez, que descubre las cosas ocultas. 42 Volvieron a la oración, rogando que el pecado cometido les fuese totalmente perdonado; y el noble Judas exhortó a la tropa a conservarse limpios de pecado, teniendo a la vista el suceso de los que habían caído, 43 y mandó hacer una colecta en las filas, recogiendo hasta dos mil dracmas, que envió a Jerusalén para ofrecer sacrificios por el pecado; obra digna y noble, inspirada en la esperanza de la resurrección; 44 pues si no hubiera esperado que los muertos resucitarían, superfluo y vano era orar por ellos. 45 Mas creía que a los muertos piadosamente

[3] Polibio, 5,65,10.

les está reservada una magnífica recompensa. 46 Obra santa y piadosa es orar por los muertos. Por eso hizo el sacrificio expiatorio por los muertos, para que fuesen absueltos de los pecados.

El sábado veníase encima y no era prudente ponerse al alcance del ejército de Gorgias para retirar los cadáveres. Judas retrasó su ejército unos quince kilómetros, refugiándose en el lugar del antiguo Odulam (1 Sam 22,1). Los muertos quedaron sobre el campo de batalla a causa de la proximidad del sábado y para que los soldados no quedasen contaminados al contacto con los cadáveres. El hecho de matar y de tocar un muerto acarreaba la impureza por siete días; el día séptimo debían purificarse los cuerpos y los vestidos (Núm 31, 19-20). Pasada la fiesta, diose sepultura a los muertos, acto que, según la Vulgata, realizaron Judas y los suyos. La noticia de que cada uno de los soldados fue llevado al sepulcro de familia tiene un significado más bien ideal que real. Al levantar el cuerpo de los caídos en la batalla, comprendió Judas el porqué de la derrota sufrida: los muertos habíanse contaminado con el pecado de apropiarse el oro y plata que recubría las estatuas de los ídolos (Deut 7,25) y de llevar escondidas bajo la túnica ofrendas robadas al templo de Jamnia. Por su pecado los ha castigado Dios. Judas alaba al Señor por haberle dado a conocer las causas del desastre bélico y por haber demostrado a todos que nada se oculta a sus ojos. En la oración pidieron a Dios que el pecado no fuera imputado a los muertos como crimen irremisible. Creían los judíos que los muertos podían alcanzar en el otro mundo el perdón de algunos pecados, mayormente si los vivientes se interesaban por su salvación y hacían por ellos acciones satisfactorias (Calmet). Los hechos amonestaban a los presentes a que no imitaran la conducta de sus compañeros, muertos en castigo de su pecado. Por el pecado colectivo se ofrecía un becerro, sobre el cual imponían las manos los ancianos de la asamblea. Su ceremonial se describe largamente en Lev 4,2-5,13. Al final de v.43 hace el epitomador una reflexión sobre el proceder de Judas, con lo cual manifiesta su fe en la resurrección de los muertos. Si Judas no esperaba que los soldados muertos resucitaran algún día, era vano y superfluo orar por ellos. Los v.45-46, en el original griego, dicen: «Así, siendo un pensamiento santo y bueno considerar que un magnífico galardón está reservado a los que mueren piadosamente, hizo el sacrificio expiatorio por los difuntos, para que fuesen libres del pecado». Las variantes de la Vulgata tienden a poner de relieve el valor dogmático del texto. Las palabras «pensamiento santo y bueno» son palpablemente una glosa redaccional. La Vulgata las conserva y las une con el contexto siguiente, como si fuese la conclusión lógica de todo el episodio. *Sancta ergo et salutaris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.*

Tres enseñanzas de gran alcance se desprenden del texto anterior: *a)* No solamente cree Judas en la supervivencia de las almas, sino también en la resurrección de los muertos. *b)* A los que mueren con sentimientos de religiosa piedad les está reservada una magnífica recompensa en premio de su conducta religiosa y moral durante el curso de su vida. *c)* Está convencido Judas de que un

sacrificio ofrecido en sufragio de los difuntos puede lograr que los pecados que cometieron les sean totalmente perdonados. Los soldados combatieron animosamente por su Dios y por su patria, pero tuvieron la debilidad de encandilarse por objetos impuros. Con terminología actual, cabe decir que Judas no veía en ello un pecado mortal, sino más bien una falta propia de niños irreflexivos. Santo Tomás les excusa diciendo que el robo de los objetos no era indicio de un acto de culto con los ídolos. Ellos, acogiéndose al derecho de guerra, se dejaron arrastrar por la avaricia, cometiendo con ello un pecado que no trasciende de las esferas de un pecado venial [4]. Esta impureza, en la mente de Judas, podía ser causa de que los difuntos no llegaran a la consecución del magnífico galardón a que tenían derecho por no haber sido totalmente perdonado su pecado. Los que están en vida, en estado todavía de merecer, pueden, con sus sufragios, lograr que este leve obstáculo sea removido. Por el carácter del relato puede conjeturarse que el autor sagrado polemiza contra los negadores de la creencia en la resurrección de que habló en 7,9. En este texto encontramos esbozada la doctrina de la Iglesia sobre el purgatorio y la práctica de los sufragios por los difuntos, *ut a peccatis solvantur.*

Muerte de Menelao (13,1-8)

[1] El año ciento cuarenta y nueve supieron los de Judas que Antíoco Eupator venía contra Judea con gran muchedumbre de tropas, [2] y con él Lisias, su tutor y regente del reino, con un ejército griego de ciento diez mil infantes, cinco mil trescientos jinetes, veintidós elefantes y trescientos carros armados de hoces. [3] A ellos se había juntado Menelao, que con grande astucia exhortaba a Antíoco, no llevado de la solicitud por la patria, sino esperando ser restituido en el poder. [4] Pero el Rey de reyes excitó la cólera de Antíoco contra aquel criminal; pues como Lisias hiciera ver al rey que aquél había sido la causa de todos los disturbios, ordenó fuese conducido a Berea y muerto allí, al estilo del lugar. [5] Había allí una torre como de cincuenta codos de alto, rodeada por todas partes de cenizas ardientes y coronada por una máquina giratoria, [6] con la cual arrojaban a las cenizas al ladrón, sacrílego o al autor de algún otro crimen horrendo. [7] De tal muerte había de acabar el impío Menelao, sin lograr el honor de la sepultura. [8] Muy justo era que quien tantos pecados cometiera contra el altar, cuyo fuego y cenizas son santos, en cenizas recibiera la muerte.

La campaña de Lisias tuvo lugar el año 149-150 de la era seléucida, correspondiente al año 163-162 antes de Cristo (1 Mac 6,20). De los cargos honoríficos de Lisias ha hablado el autor en otro lugar (11,1). Por temor a que Filipo tratara de hacer prevalecer sus derechos de tutor y se amparase del rey (9,29), llevó consigo Lisias al joven monarca Antíoco Eupator. El texto *receptus* dice que «cada uno mandaba un ejército griego de ciento diez mil hombres», cifra totalmente inaceptable, que contradice a la de 1 Mac 6,30, y que se opone a la misma mentalidad de Jasón, tan amante de

[4] IV *Sent.* d.45 q.2 a.3 ad 1.

hinchar los números. Ni griegos ni romanos usaron carros armados de hoces. Se trata de una costumbre oriental que se extendió por Persia y Egipto [1]. Poca utilidad tenían tales ingenios bélicos en un terreno tan quebrado como Palestina. Desde que Judas reconstruyó el templo de Jerusalén, Menelao residía en Antioquía, aunque nominalmente continuara en su oficio de sumo sacerdote y jefe de la nación judaica. También para este malvado sonó la hora que «el Rey de reyes» fijó en sus inescrutables designios para castigarle. Lisias acusóle al rey, quien mandó fuera ajusticiado en Berea, al estilo del lugar. El nombre de Berea había sido dado a Alepo por Seleuco Nicator (305-281). A un malvado de esta calaña correspondía también una muerte dolorosa. En Berea se estilaba un género de suplicio digno de él. Se obligaba al condenado a muerte a subir a una torre de veinticinco metros, llena de cenizas ardientes y coronada por una máquina giratoria, sobre la cual montaba el reo. A un movimiento de la misma caía éste fatalmente sobre las brasas, hundiéndose su cuerpo a medida que se agitaba y retorcía por el dolor, hasta que sobrevenía la muerte. Los persas aplicaban el suplicio de la ceniza [2]. El cuerpo de Menelao fue reducido a ceniza, negándosele los honores de la sepultura. La ceniza que le ahogó trae a la memoria la ceniza del altar y el fuego sagrado que él había profanado, aplicándosele la ley del talión (4,26; 5,8-10; 9,6.28).

Batalla de Modín (13,9-17)

[9] Iba el rey animado de sentimientos feroces, dispuesto a mostrarse más duro con los judíos que lo había sido su padre. [10] Informado de ello Judas, mandó a su gente invocar día y noche al Señor, para que, como siempre, ahora les ayudase, cuando el pueblo, que apenas había comenzado a respirar, [11] estaba a punto de quedar sin ley, sin patria y sin templo, y sometido a la tiranía de naciones blasfemas. [12] Cuando todos a una hubieron rogado al Señor misericordioso con lágrimas y ayunos y postraciones durante tres días continuos, Judas los animó y ordenó que se preparasen; [13] y después de consultar a los ancianos, resolvió emprender la marcha antes que el ejército del rey entrase en Judea y se hiciesen dueños de la ciudad; poniendo la cosa en manos del Señor, [14] encomendando al Creador del universo el resultado de la batalla y exhortando a los suyos a luchar animosamente hasta morir por las leyes, por el templo, por la ciudad, por la patria y sus instituciones. Ordenó su ejército en batalla junto a Modín. [15] Dio a los suyos el santo y seña: «De Dios es la victoria»; y con la flor de sus soldados acometió de noche el campamento del rey, matando hasta dos mil hombres y el mayor de los elefantes con los que llevaba encima. [16] Luego se retiraron victoriosos, dejando el campo lleno de pánico y de perturbación. [17] Al ser de día, todo estaba acabado, gracias a la ayuda del Señor, que le había socorrido.

A más peligro más fervor y oraciones más largas y continuadas. Judas no esperó al enemigo en Jerusalén; prefirió salirle al encuentro

[1] JENOFONTE, *Anábasis* 1,7,10; POLIBIO, 5,53,10.
[2] VERIO MÁXIMO, 9,2; OVIDIO, *Ibis* 315.

en las cercanías de Modín. Ofrecía este lugar dos grandes ventajas: la primera se refería a la naturaleza del terreno, montañoso y quebrado, propio para inutilizar los carros y elefantes del enemigo. En segundo lugar, por haberse producido en Modín el primer chispazo de la guerra de independencia. El lugar influiría favorablemente sobre los ánimos de los combatientes.

Sitio de Betsur (13,18-22)

**[18] El rey, vista la audacia de los judíos, intentaba adueñarse
por astucia de las plazas. [19] Llevó su ejército contra Betsur, plaza
fuerte de los judíos, pero se veía rechazado y derrotado y cada
vez menos fuerte. [20] Judas proveía de vituallas a los de dentro.
[21] Un cierto Rodoco, del ejército judío, descubrió al enemigo
los secretos de la defensa. Fue buscado, cogido y encarcelado.
[22] Por segunda vez el rey entró en tratos con los de Betsur, y,
hechas las paces, se retiró.**

Ve el epitomador que su libro se alarga y trata, por consiguiente, de recortar el estilo ampuloso que empleó en capítulos anteriores. Los hechos que narra corresponden a los que refiere 1 Mac 6,48-63. De Modín fue Lisias hacia el territorio de sus aliados los idumeos, sitiando a Betsur, con ánimo de avanzar hacia Jerusalén una vez conquistada aquella fortaleza. Rodoco, aunque el texto no lo diga expresamente, fue muerto en castigo de su traición (10,22).

Tratado de paz (13,23-26)

**[23] Atacó a Judas, mas fue vencido. Pero, informado de que
Filipo, quien había quedado por regente del rey, se había su-
blevado en Antioquía, quedó consternado. Luego pidió la paz
a los judíos, jurándoles atender sus justas peticiones; y, recon-
ciliado con ellos, ofreció sacrificios, honró el templo y ofreció
dones. [24] Al Macabeo le acogió muy bien, y nombró a Egemó-
nidas general desde Tolemaida hasta la región de los guerre-
nios. [25] Pero, al llegar a Tolemaida, sus habitantes llevaron muy
a mal los conciertos, e indignados querían romper lo estipu-
lado. [26] Subió entonces Lisias a la tribuna, se esforzó por de-
fender la causa, logrando aplacarlos, y se volvió a Antioquía.
Tal fue el suceso de la venida y retirada del rey.**

Mientras Eupator y el regente Lisias estrechaban el cerco de Betsur, se enteraron de la sublevación de Filipo en Antioquía (19,29). Lisias, que veía en peligro su posición privilegiada, marchó precipitadamente a Antioquía, lo que le indujo a pactar con los judíos (1 Mac 6,55-63). Nuestro autor añade que el rey ofreció sacrificios, honró el templo y entregó dones; pero pasa por alto la noticia de la destrucción de los muros del monte Sión (1 Mac 6,62). El general Egemónidas nos es desconocido. La región de los guerrenios (v.24) estaba situada cerca de Pelusio y representaba la extremidad meridional de Fenicia, en sentido amplio.

Alcimo indispone a los judíos con Demetrio (14,1-11)

**[1] Al cabo de tres años supieron los de Judas que Demetrio,
hijo de Seleuco, había desembarcado en Trípoli con poderoso
ejército y flota [2] y se había hecho dueño de la tierra, dando
muerte a Antíoco y a Lisias, su tutor. [3] Cierto Alcimo, que ha-
bía sido antes sumo sacerdote y que en los tiempos de la con-
fusión se había voluntariamente contaminado, considerando
que no había para él otro modo de salvación y de acceso al altar
santo, [4] se vino al rey Demetrio el año ciento cincuenta y uno,
trayéndole una corona de oro, una palma y unos ramos de olivo
que se creían procedentes del templo. Aquel día no pidió nada.
[5] Pero, aprovechando la ocasión, propicia a su demencia, de
haber sido llamado a consejo por Demetrio, para preguntarle
cuáles eran las disposiciones y designios de los judíos, respondió:
[6] «El partido de los judíos que llaman asideos, cuyo jefe es Judas
Macabeo, fomenta las guerras y las sediciones y no consiente
que el reino goce de paz; [7] por lo cual, yo, despojado de la dig-
nidad paterna, quiero decir del sumo sacerdocio, he venido
ahora aquí, [8] mirando con toda lealtad por los intereses del rey
y buscando también los de mis conciudadanos, pues, por la
temeridad de aquéllos, toda nuestra nación se halla en ruinas.
[9] Date cuenta, pues, ¡oh rey!, de estas cosas; mira por nuestra
tierra y nuestra raza oprimida, llevado de tu desinteresado
amor hacia todos. [10] Mientras Judas esté con vida, no podrá
el estado gozar de paz». [11] Dicho esto, al punto los restantes
amigos, que se hallaban indispuestos contra Judas, inflaron más
el ánimo de Demetrio.**

Demetrio escapó de Roma y, a bordo de una nave cartaginesa, desembarcó en las costas de Siria, en Trípoli, el año 161 antes de Cristo, 151 de la era seléucida (1 Mac 7,1).
Alcimo era de estirpe sacerdotal (1 Mac 7,5), pero no de la familia de Onías. Por favor de Eupator y Lisias, Alcimo sucedió a Menelao en el cargo de sumo sacerdote. Los asideos «fueron los primeros entre los hijos de Israel que pidieron la paz» (1 Mac 7,13) y reconocieron a Alcimo por legítimo sumo sacerdote.

Nicanor se dirige a Judea (14,12-14)

**[12] Logrando que éste llamase luego a Nicanor, comandante
anteriormente del cuerpo de elefantes, y le nombró general de
Judea, [13] dándole orden de acabar con Judas, dispersar a to-
dos los suyos e instalar a Alcimo por sumo sacerdote del san-
tísimo templo. [14] En seguida los gentiles, que por temor de
Judas habían huido de la Judea, se agregaron como rebaño a
Nicanor, pensando que el infortunio y la calamidad de los ju-
díos sería su ventura.**

Para distinguir a este Nicanor del homónimo de que habló en 12,2, el autor le caracteriza por el cargo que tuvo en un tiempo

de comandante del grupo de elefantes. Pero los romanos abolieron el empleo de estos animales en las guerras [1] ya antes del advenimiento de Demetrio.

Revés de Simón en Desau (14,15-17)

**15 Al saber los judíos la venida de Nicanor y la invasión de los
gentiles, se cubrieron de polvo, orando al que eligió a su pue-
blo para siempre y protegió en todo tiempo con manifiestos
prodigios su heredad. 16 A las órdenes de su jefe, se pusieron
luego en marcha, y vino a darse la batalla junto a la aldea de
Desau. 17 Simón, hermano de Judas, había venido a las manos
con Nicanor, pero, desconcertado un momento por la repentina
llegada de los enemigos, sufrió un revés.**

Confortados con la oración, los soldados de Judas presentaron batalla junto a Desau. Este lugar nos es desconocido; quizá en el texto primitivo leíase Adasa (1 Mac 7,40), que se encuentra a unos tres kilómetros de Cafarsalama (1 Mac 7,31) [2].

Amistad entre Judas y Nicanor (14,18-25)

**18 A pesar de lo cual, Nicanor, que sabía el valor de los judíos
y cuán animosamente combatían por la patria, temía encomen-
dar a las armas la resolución. 19 Por eso envió a Posidonio, a
Teodoto y a Matatías a proponer conciertos de paz. 20 Después
de un largo examen de las condiciones y de haberlo comunicado
el general a la muchedumbre, de común acuerdo convinieron
hacer conciertos de paz. 21 Señalaron el día en que los dos jefes
se reunirían solos, y pusieron dos sillas, una frente a otra. 22 Ju-
das, sin embargo, había apostado hombres en lugares conve-
nientes, dispuestos a intervenir si los enemigos cometían alguna
perfidia. Así tuvieron el amigable coloquio. 23 En adelante, Ni-
canor moró en Jerusalén, sin cometer injusticia, y hasta disolvió
las tropas que a manera de rebaños se le habían juntado. 24 A Ju-
das le tenía siempre a su lado, pues sentía hacia él cordial afecto.
25 Le exhortaba a que se casara y criara hijos. Y, en efecto, se
casó, y, viviendo tranquilamente, disfrutaba de la vida.**

Tres mensajeros envió Nicanor a Jerusalén con proposiciones de paz. Difícil es identificar a los tres enviados. Según 1 Mac 7,27-31, estas negociaciones tuvieron lugar antes del combate de Cafarsalama, lo que mueve a Grimm, Bévenot, Knabenbauer, a distinguir dos combates, el de Desau y el de Cafarsalama. En esta hipótesis, el curso de los acontecimientos sería el siguiente: 1) batalla de Desau; 2) negociaciones de paz; 3) derrota de Nicanor en Cafarsalama; 4) amenazas contra los sacerdotes del templo; 5) derrota y muerte de Nicanor. El v.21 es dudoso críticamente, pero la idea sustancial es que ambos jefes se entrevistaron en pleno campo, sentados en sillas lujosas, semejantes a la *sella castrensis* de los pretores romanos. Aunque la amistad de Nicanor fuera sincera, sin embargo controlaba de cerca todo movimiento sospechoso del caudillo Judas. Por indicación de Nicanor, Judas tomó estado, fundó un hogar y gozó de la vida. El verbo *koinonein* significa tomar parte en la existencia común de los mortales en vez de guerrear en campaña, vivir sin hogar ni lugar fijo y matar. La guerra es algo antinatural, por oponerse al instinto de la procreación y a la armonía que debe existir entre los ciudadanos.

[1] POLIBIO, 31,10,12.
[2] ABEL: RB 33 (1924) 375.

Intrigas de Alcimo (14,26-29)

**26 Pero Alcimo, al ver la buena inteligencia de ambos y los
pactos concertados, se vino a Demetrio, acusando a Nicanor
de traidora deserción contra el reino, puesto que se había dado
por sucesor a Judas, enemigo del reino. 27 El rey se enojó, e
inducido por las calumnias de aquel malvado, escribió a Nica-
nor, diciéndole cuánto le habían desagradado los conciertos
hechos y ordenándole que le enviase cuanto antes preso al Ma-
cabeo a Antioquía. 28 Cuando recibió estas órdenes, Nicanor
quedó confuso y sintió gravemente tener que anular lo concer-
tado, sin haber recibido daño alguno de tal varón. 29 Mas, no
siendo posible oponerse al rey, aguardó una ocasión propicia
para ejecutar sus mandatos.**

Alcimo veía con malos ojos la camaradería existente entre Nicanor y Judas. De seguir por aquellos derroteros, sus reivindicaciones quedarían en letra muerta. Por lo mismo acusó a Nicanor de haber nombrado a Judas *diadoco*, con lo cual le confería el derecho de ocupar su puesto al morir.

Ruptura de relaciones (14,30-36)

**30 Observando de su parte el Macabeo que Nicanor se con-
ducía con él más fríamente y que sus relaciones no eran tan
amigables como de costumbre, pensó que tal conducta era mal
indicio; y así reunió a muchos de los suyos y comenzó a guar-
darse de Nicanor. 31 Dándose éste cuenta de cuán hábilmente
había sido vencido por Judas, llegó al augustísimo y santo tem-
plo en el momento mismo en que los sacerdotes ofrecían los
acostumbrados sacrificios, y les mandó que le entregaran a
Judas. 32 Asegurando ellos con juramento que ignoraban dónde
estaba, extendió su diestra hacia el templo, 33 y juró así: «Si no
me entregáis a Judas preso, arrasaré este templo de Dios, des-
truiré el altar y elevaré aquí un magnífico templo a Baco».
34 Los sacerdotes tendieron las manos al cielo, e invocando al
que siempre se había mostrado defensor de nuestro pueblo,
dijeron: 35 «Tú, Señor de todas las cosas, que de nada necesitas,
has tenido a bien establecer este templo de tu morada en medio
de nosotros. 36 Preserva, pues, santísimo Señor, por siempre
limpia esta casa, que hace poco ha sido purificada».**

El episodio que en esta perícopa se refiere concuerda fundamentalmente con lo dicho en 1 Mac 7,33ss.

Suicidio de Racías (14,37-46)

**37 Un cierto Racías, de los ancianos de Jerusalén, fue denun-
ciado a Nicanor como amante de la ciudad, donde gozaba de
muy buena fama, y por su bondad era apellidado padre de los
judíos. 38 En efecto, en los tiempos anteriores había evitado todo
contacto con los gentiles y había atraído sobre sí la acusación
de judaísmo, exponiendo por ello su cuerpo y su vida. 39 De-
seando Nicanor dar muestra de su mala voluntad hacia los ju-
díos, mandó más de quinientos soldados a prenderle, 40 pues
creía inferir, prendiendo a éste, un golpe a todos los judíos.
41 Estaba la tropa a punto de apoderarse de la torre de su casa,
forzando la puerta de entrada y dada ya la orden de prenderle
fuego. Racías, estando para ser apresado, se echó sobre su es-
pada, 42 prefiriendo morir noblemente antes de caer en manos
de criminales y recibir ultrajes indignos de su nobleza. 43 Mas
como a causa de la precipitación no hubiera acertado a matarse
y la tropa invadiera ya la casa, resueltamente corrió al muro y
virilmente se arrojó encima de la tropa. 44 En viéndole se reti-
raron, y vino a caer en medio del espacio libre. 45 Aún respi-
raba, y, enardecido su ánimo, se levantó, y mientras a torrentes
le corría la sangre de las graves heridas, atravesó a la carrera por
entre la muchedumbre, hasta erguirse sobre una roca escarpada.
46 Allí, totalmente exangüe, se arrancó las entrañas con ambas
manos y las arrojó contra la tropa, invocando al Señor de la vida
y del espíritu que de nuevo se las devolviera. Y de esta manera
acabó.**

Desairado Nicanor por su fracaso en la captura de Judas, encontró una víctima expiatoria en la personalidad relevante de Racías, miembro de los ancianos de Jerusalén. El autor describe con admiración el arrojo de este prócer judío, que prefirió darse muerte a caer en manos de gente impía. Quizá Jasón de Cirene contara lo acaecido con riqueza de detalles; pero nuestro autor se apodera de aquel relato y lo resume de modo realista, encaminado a poner de relieve los valores con que contaba el nacionalismo judío. Racías obró de buena fe, y estaba convencido de que su acción, como la de Eleazar (6,18ss), contribuiría a impresionar favorablemente a sus correligionarios judíos y a servir de ejemplo de entereza a todos. El autor sagrado siente simpatía por Racías y no para mientes en el detalle de juzgar de la moralidad de este héroe nacional. Desde antiguo esta perícopa ha sido objeto de vivas discusiones, y hubo heresiarcas (los donatistas) que invocaban el caso de Racías para justificar la moralidad del suicidio. San Agustín [3] ha expresado su parecer sobre el caso Racías diciendo: *Factum narratum est, non laudatum; et iudicandum potius quam imitandum.* Heroico fue el acto de Racías, pero no bueno; no todo lo grande es bueno, decía San Agustín [4]. Antiguos comentaristas someten el texto a un examen moral riguroso, tales Cornelio a Lápide y Calmet.

Racías se mantuvo siempre adicto a las leyes judías, no declinando jamás a la derecha ni a la izquierda. Hubo otros que, aunque

[3] *Epist.* 204,6-8: PL 33,941.
[4] *Contra Gaudentium* 231,36-40: PL 43,728.

momentáneamente, hicieron concesiones al helenismo; él, en cambio, combatió de hecho y de palabra contra cualquier contacto o comercio con los gentiles. Cuanto más relevante era su personalidad, más impresión causaría su captura por las tropas de Nicanor. Quinientos soldados fueron a prenderle, rodearon su amplio palacio, quizá a las afueras de Jerusalén, prendiendo fuego a las puertas. Familiares y servidores se encontraban en la casa de Racías, quienes, asfixiados por el humo de las puertas ardiendo, se refugiaron en la torre situada en un ángulo del edificio. Habiendo los soldados penetrado en el edificio y llegado a la torre, comprendió Racías que no había escape posible. En aquel momento, ciego por el odio hacia el enemigo y obcecado por la idea del honor, atentó contra su vida echándose sobre su espada (1 Sam 31,4). Con la precipitación falló el primer intento, por lo cual, viéndose ya acorralado y al alcance de los incircuncisos, corrió hacia el muro y se arrojó sobre la tropa que rodeaba su casa. Los soldados esquivaron el golpe, y el cuerpo del infeliz dio contra el suelo. Todavía con vida, se levantó y, por entre la masa de los soldados, corrió hacia una roca que sobresalía e, irguiéndose sobre ella, se arrancó las entrañas con la mano y las arrojó sobre la tropa siria, cayendo luego exánime después de invocar al «Señor de la vida y del espíritu que de nuevo se las devolviera».

El autor subraya la fe de Racías en la resurrección de la carne, devolviéndole Dios la integridad de su cuerpo. Este episodio encaja perfectamente dentro del libro. Por su carácter tiene estrecha relación con el martirio de los siete hermanos Macabeos (c.7). Compárase 14,37 con 6,18-23. Aquí, como en el capítulo 7, aparece la fe de los mártires en la resurrección.

Designios de Nicanor (15,1-5)

**1 Informado Nicanor de que Judas andaba por los lugares
de Samaria, pensó atacarle con entera seguridad en día de sá-
bado. 2 Los judíos que a la fuerza le seguían dijeron: «No pre-
tendas aniquilarlos tan salvaje y bárbaramente; respeta el día
que preferentemente ha sido declarado santo por el que todo
lo ve». 3 A lo que aquel malvado contestó si había soberano en
el cielo que hubiera ordenado solemnizar el día del sábado.
4 Y como ellos le respondiesen: «Sí, hay un Señor, Dios vivo,
soberano del cielo, que ha ordenado celebrar el día séptimo».
5 «Pues yo—contestó él—digo que hay un soberano en la tierra
que manda tomar las armas y cumplir lo que conviene al rey».
Con todo, no pudo llevar a cabo su malvado propósito.**

Con la muerte de Racías quedaba Nicanor todavía en deuda con el rey, que le reclamaba «enviase cuanto antes al Macabeo» (14,27). En el ejército tenía Nicanor elementos judíos, apóstatas unos y ortodoxos otros, aunque de tendencia liberal, que por solidaridad de raza protestaron contra su designio de echarse encima de Judas y sus gentes en día de sábado y aniquilarlos. Ignoraba Nicanor que, a consecuencia de un revés (1 Mac 2,32-38), se determinó que podían defenderse los judíos en caso de ser atacados,

pero no tomar la iniciativa del combate (1 Mac 2,41). La protesta de los judíos enrolados en el ejército de Nicanor demuestra que conservan su fe, al mismo tiempo que declaran que la ley del sábado es universal, que obliga a todos los hombres indistintamente, por haber sido promulgada a raíz de la creación del mundo (Gén 2,4). Nicanor no niega que exista Dios, pero duda de que El haya ordenado el descanso sabático. Sin saber él por qué sus proyectos no se realizaron.

Judas catequiza a los suyos (15,6-11)

6 Mientras Nicanor, en su insensato orgullo, pensaba levantar con Judas y los suyos un monumental trofeo, 7 éste, puesta siempre su confianza en el socorro del Señor, 8 exhortaba a los suyos a no temer el ataque de los paganos; antes bien, recordando los auxilios que en tiempos anteriores les habían venido del cielo, esperasen también ahora del Todopoderoso la victoria, 9 y los alentaba, proponiéndoles testimonios de la Ley y de los profetas y recordándoles los combates que habían sostenido, dándoles con esto mucho ánimo. 10 Después de haber levantado sus espíritus, les puso de manifiesto la falta de fe de los gentiles y la transgresión de sus juramentos; 11 animando a todos, no tanto con la seguridad de sus escudos y lanzas cuanto con la confianza de sus alentadoras palabras. Sobre todo los alegró con la relación de un sueño digno de toda fe.

De nuevo opone el autor dos realidades: la de Nicanor, obcecado por su «insensato orgullo», y la de Judas, que condiciona su éxito en la lucha a la ayuda «del Dios de las batallas». Nicanor piensa levantar con Judas y los suyos un monumental trofeo, no en el sentido de erigir un monumento apilando sus cadáveres o amontonando las armas que tenían, sino en el de creer que la victoria sobre ellos levantaría extraordinariamente su prestigio ante el rey y la nación.

Un sueño misterioso (15,12-16)

12 He aquí el sueño que había tenido: Onías, que había sido sumo sacerdote, hombre bueno y bondadoso, de venerable aspecto, de suaves maneras, de elegante lenguaje, que desde su niñez se había ejercitado en toda virtud, tendía sus manos, orando por toda la comunidad de los judíos. 13 Aparecióseie también otro varón, que se destacaba por la blancura de sus cabellos y por su gloriosa dignidad, nimbado de admirable y magnífica majestad. 14 Onías dijo: «Este es el amador de sus hermanos, que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa: Jeremías, profeta de Dios». 15 Y tendía Jeremías su diestra y entregaba a Judas una espada de oro, diciéndole: 16 «Toma esta espada santa, don de Dios, con la cual triunfarás de los enemigos».

Judas contó un sueño-visión digno de fe *(axiópistos)*. La visión fue la siguiente: Apareció el sumo sacerdote Onías (4,33) en actitud de tender las manos y orando por toda la comunidad de los judíos. Su bondad y altruismo le caracterizaron ya en vida (3,31; 4,2). Pronto otro venerable anciano entró en escena; al hacer Onías su presentación, declaró que era Jeremías, profeta de Dios (2,1-8). De este texto aparece claramente la fe de nuestro autor en la intercesión de los santos a favor de los mortales.

Preparativos para el combate (15,17-24)

17 Alentados con estas nobles palabras de Judas, capaces de vigorizar y exaltar hasta el heroísmo las almas de los jóvenes, resolvieron no atrincherarse en el campo, sino arrojarse valientemente sobre el enemigo, y, luchando con todo valor, decidir la cosa, puesto que se hallaban en peligro la ciudad, la religión y el templo; 18 pues la solicitud que por las mujeres, los hijos, los hermanos y parientes tanían era menor que la que sentían por el templo santo, la más grande y primera de todas las cosas. 19 No era pequeña la ansiedad de los que en la ciudad habían quedado, inquietos como se hallaban por la lucha de fuera. 20 Cuando todos esperaban el futuro desenlace, y los enemigos se acercaban dispuestos en orden de batalla, y los elefantes colocados en lugares oportunos, y la caballería en las alas, 21 al ver el Macabeo la muchedumbre que se acercaba, el variado aparato de las armas, la fuerza de los elefantes apostados en lugares convenientes, levantando las manos al cielo, invocó al Señor, hacedor de prodigios. Sabía que no por la fuerza de las armas se alcanza la victoria, sino que Dios la otorga a los que juzga dignos de ella. 22 La invocación fue como sigue: «Tú, Señor, que enviaste un ángel bajo Ezequías, rey de Judá, que mató del ejército de Senaquerib a ciento ochenta y cinco mil hombres, 23 envía ahora, Señor de los cielos, delante de nosotros un ángel bueno que infunda a éstos temor y temblor. 24 Con la fuerza de tu brazo sean quebrantados los que llegan blasfemando contra tu pueblo santo». Y con esto terminó.

La noticia de la visión de Onías y de Jeremías electrizó a los soldados, que decidieron lanzarse a la ofensiva, conscientes de que de su valor dependía la suerte de sus tres grandes amores: la ciudad, la religión, el templo. En el lugar paralelo de 1 Mac 7, 43-50 no se habla de los elefantes. Jasón los introdujo en su texto para obtener un cuadro más impresionante de un general que en otros tiempos fue elefantarco. En la oración que precedió al combate alude Judas al ángel exterminador que diezmó el ejército de Senaquerib (2 Re 19,35; 1 Mac 7,41). Pide que mande Dios a su ángel bueno, como hizo en la expedición de Lisias (11,6-8).

Derrota y muerte de Nicanor (15,25-37)

25 Los de Nicanor avanzaban al son de las cornetas y de los cantos guerreros, 26 en tanto que los de Judas llegaron a chocar con los enemigos en medio de súplicas y oraciones. 27 Y mientras luchaban con las manos, oraban en su corazón a Dios; y así, magníficamente fortalecidos por esta manifestación de Dios,

echaron por tierra no menos de treinta y cinco mil hombres.
[28] Terminada la lucha y entregados a la alegría, hallaron que,
revestido de sus armas, estaba Nicanor entre los muertos. [29] Se
produjo un gran clamor y alborozo, bendiciendo al Señor en
la lengua patria. [30] Judas, que en cuerpo y alma estaba todo él
atento a la defensa de sus conciudadanos y había guardado la
generosidad de la juventud para sus connacionales, ordenó cor-
tar a Nicanor la lengua y el brazo hasta el hombro y llevarlos
a Jerusalén. [31] Llegado allí, convocó a los conciudadanos y
sacerdotes, y, puesto en pie ante el altar, mandó venir a los de
la ciudadela, [32] mostró a todos la cabeza del impío Nicanor y
la mano que el blasfemo había tendido insolente contra la santa
casa del Todopoderoso. [33] Mandó picar en menudos trozos la
lengua, echarlos a las aves y suspender enfrente del templo la
mano, como recompensa a su insensatez. [34] Y todos, levantando
los ojos al cielo, bendecían al Señor, diciendo: «Bendito el que
ha conservado puro este lugar». [35] La cabeza de Nicanor se
colgó de la ciudadela, visible a todos, como señal manifiesta del
auxilio divino; [36] y por público decreto se mandó no dejar pasar
este día sin solemnizarlo, [37] y que se celebrase el trece del mes
duodécimo, que en lengua siríaca se llama Adar, un día antes
del día de Mardoqueo.

¡Qué actitud tan dispar toman los dos ejércitos al iniciar el combate! El de los gentiles avanza al son de las trompetas y de cantos guerreros; el de Judas, con las armas en la mano, el amor de Dios en el corazón y la oración a flor de labios. La victoria de Judas fue aplastante; muchos soldados enemigos cayeron al filo de la espada. Nicanor quedó entre los muertos. Mandó Judas que le cortaran el brazo hasta el hombro, la lengua y la cabeza, que, como trofeos, debían llevar a Jerusalén. De la decapitación de cadáveres se habla en la Biblia (Jue 7,25; 1 Sam 17,54; 31,9; Jdt 12,8; 14,1). Los de la ciudadela contemplaron con pavor la cabeza de su jefe. Su lengua fue picada y reducida a trozos diminutos y arrojada para ser pasto de las aves del cielo. El brazo de Nicanor se colocó en un lugar cercano al templo, visible desde su recinto. Probablemente fue puesto sobre un palo levantado ex profeso o adosado a los muros de la ciudadela.

El 13 del mes de Adar fue declarado fiesta nacional (1 Mac 7, 45-50). En el Talmud (*Taanit* 2,12) se alude a esta fiesta. Era la víspera de la fiesta de Purim. En atención a esta solemnidad se prohibió que el día 13, como normalmente corresponde a una vigilia de fiesta grande, se ayunara y hubiera manifestaciones de duelo. El día 13 de Adar debía computarse como festivo, día de alegría, por haber desaparecido en él el enemigo de la causa judía. En la historia, este día fue conocido por el «Día de Nicanor», que cayó en desuso con el andar de los tiempos. No parece que sobreviviera al siglo VIII, eclipsado por la fiesta de Purim.

Epílogo (15,38-40)

[38] Tal fue la historia de Nicanor. Y como desde aquellos días
la ciudad ha estado en posesión de los hebreos, daré aquí fin a
mi narración. [39] Si está bien y como conviene a la narración
histórica, es lo que deseaba yo; pero si es imperfecta y medio-
cre, es todo lo que he sabido hacer. [40] Como el beber vino puro
o sola agua no es grato, mientras que el vino mezclado con el
agua es agradable y gustoso, así también la disposición del re-
lato siempre uniforme no agrada a los oídos del lector. Y con
esto damos fin a la obra.

El autor sagrado cierra su epítome con una resonante derrota de Nicanor y un triunfo glorioso de su héroe, Judas Macabeo. Este pierde su vida algo más tarde en lucha con Báquides (1 Mac 9,1-22), pero no quiere el autor empañar ni empequeñecer la figura de Judas con la narración de hechos que le sean adversos. La ciudad de Jerusalén no recuperó su total independencia; siguió perteneciendo al reino seléucida. Como señal externa de sujeción a Siria estaba el Acra, ciudadela, en el corazón de la capital del judaísmo. Más tarde, en 135, Antíoco Sidetes se apoderó de Jerusalén y destruyó sus murallas. Pero el templo, que en todo el libro absorbe la atención del autor, se mantuvo en manos de los judíos, no repitiéndose el sacrilegio de Epifanes de construir un altar a los dioses paganos. Después de la muerte de Nicanor no se registraron otras destrucciones parecidas a las que se llevaron a cabo en tiempos de Antíoco Epifanes, ni hubo desmantelamiento del monte Sión, como en el reinado de Eupator, ni ulteriores tentativas de helenización. El autor ha logrado el fin que se propuso al escribir su libro, que era el de preconizar dos fiestas relativas al templo: la de la Dedicación, precedida del castigo de Epifanes, y la del Día de Nicanor, en conmemoración de la derrota ignominiosa de éste (ABEL).

El epílogo termina con una comparación. No es grato beber vino puro o agua sola; pero es agradable y gustoso el vino mezclado con agua *(vinum temperatum)*. Aplicando esto último a su libro, aparece que no fue designio del autor exponer fríamente los hechos, encuadrarlos escrupulosamente en su marco cronológico e investigar todo lo referente a ellos hasta en sus mínimos detalles. Este método no hubiera sido del agrado del lector. Pero, si se sacrifica la sobriedad de la historia a un estilo retórico pomposo y patético, se logra una mezcla semejante al *vinum temperatum*. Con ello no quiere decir que en su libro existen mezclados el error y la mentira, sino que su relato histórico está encaminado a servir de edificación a los lectores; que está escrito con estilo poético y elegante a fin de que resulte agradable a los oídos de cuantos lo oigan leer *(akoás)*. Grandclaudon termina la exégesis de este epílogo escribiendo: «Dejamos, pues, a Jasón el fondo histórico y reconozcamos en el epitomador inspirado la fidelidad a su fuente de información y al arte de presentarla».

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA SEGUNDA EDICIÓN DEL
VOLUMEN SEGUNDO DE LA «BIBLIA COMENTA-
DA», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRIS-
TIANOS, EL DÍA 27 DE DICIEMBRE DE
1963, FESTIVIDAD DE SAN JUAN
APÓSTOL Y EVANGELISTA, EN LOS
TALLERES DE LA EDITORIAL
CATÓLICA, S. A., MATEO
INURRIA, NÚMERO 15,
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI